

UNIVERSITY OF ARIZONA



39001008148770

NOVELISTAS POSTERIORES A CERVANTES



TALLER DE
ENCUADERNACION
DE LIBROS DE
ELIAS MENDEZ
TRABAJO
GARANTIZADO
152 S. MEYER ST,
TUCSON. ARIZ.

Arizona
University
Library



Presented by
Anita C. Post

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES

(TOMO XXXIII DE LA COLECCIÓN)

BIBLIOTECA
DE
AUTORES ESPAÑOLES

DESDE LA FORMACIÓN DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DÍAS

TOMO TRIGÉSIMO TERCERO

NOVELISTAS POSTERIORES A CERVANTES

TOMO SEGUNDO

CON UN BOSQUEJO HISTÓRICO SOBRE LA NOVELA ESPAÑOLA

ESCRITO POR

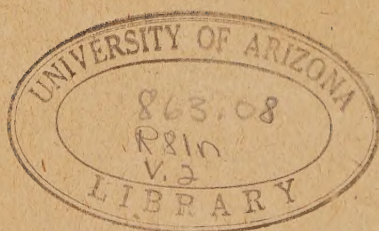
D. EUSTAQUIO FERNÁNDEZ DE NAVARRETE



MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESOSES DE HERNANDO
CALLE DEL ARENAL, NÚM. 11.

1924



BOSQUEJO HISTÓRICO

SOBRE

LA NOVELA ESPAÑOLA.

A MI CARO AMIGO DON AURELIANO FERNANDEZ GUERRA.

Usted me excitó á escribir la presente obrita, me estimuló con su ejemplo y me alentó con sus elogios. Acepte pues esta dedicatoria, como un tributo de mi cariño y del aprecio con que miro su buen ingenio y su laboriosidad incomparable.

EUSTAQUIO FERNANDEZ DE NAVARRETE.

El hombre es naturalmente inclinado á lo maravilloso. Entre las facultades que debió al Autor de la naturaleza, fué de las mas estimables la imaginacion ; ese don, que se puede llamar cuarta potencia de su alma, inventor de las artes y, en el hallazgo de las ciencias, auxiliar poderoso de su entendimiento. La imaginacion, lo mismo que este último, necesita alimentarse y nutrirse, porque el alma del hombre tiene una actividad ingénita, á que es fuerza dar empleo, y la inaccion de la imaginativa lo sume en la languidez del aburrimiento, así como la de la parte intelectual lo lleva á la barbarie. Instintivamente el sér racional acude con preferencia á las necesidades de aquella, porque es la fuente mas pura de sus placeres en la prosperidad, y en el infortunio el mas dulce manantial de sus consuelos. Si es feliz, ella aumenta su felicidad representándole con viveza todo lo que constituye su dicha ; si desgraciado, ella mitiga sus penas y disgustos, y divirtiéndole de cuanto le rodea, lo traslada á regiones aéreas, donde lo embriaga en ideales goces y le da vigor y fuerzas para sobrellevar su padecer. Así todo el nutrimento que pide esta facultad amiga del hombre es grato á su paladar, mientras que los manjares que su entendimiento requiere son duros y desapacibles al gusto, por mas que aliente el corazon á la esperanza de coger los frutos sazonados y admirables, hijos de la aplicacion y del estudio.

Cuanto mas atrasado en cultura, tanto mas se aproxima el hombre al estado primitivo de la sociedad, mayor desarrollo tiene su imaginacion á costa de su entendimiento adormecido, y mayor aficion le inspira todo lo que hable á ella. Por eso quienes mas se aproximan al estado salvaje, de cuyo sonrazonadores y cuenteros, mostrando á todo lo que sea narracion de sucesos históricos ó fabulosos una atencion suma, unafan ardiente, que en el hombre muy civilizado no se encuentran. El motivo se explica satisfactoriamente. La curiosidad es cualidad inseparable de todo sér que piensa, y tanto mas viva, cuanto mayores son las dificultades que halla para ser satisfecha. En un pueblo adelantado en cultura el ansia de saber que acompaña á nuestra naturaleza, encuentra con facilidad modos de saciarse ; la esfera de las ideas se dilata y se extiende al infinito, y apenas basta para abarcarlas el humano entendimiento ; hay libros que nos enseñen lo pasado y que dirijan nuestras acciones en lo porvenir ; el anhelo de poseer los medios de cubrir tantas necesidades como aquel estado crea, llama la atencion de sus individuos hácia las ciencias ; el estudiar los métodos de perfeccionarlas absorbe sus facultades, y el descanso reclama aquellos ratos que roban á su ejercicio. Muy al contrario sucede en un pueblo primitivo, que desconociendo las ciencias y ocupándole poco las necesidades del cuerpo, tiene libre el espíritu para atender á sus placeres intelectuales, que en él no pueden ser otros que los que le presten la narracion de sucesos que le deleitan é instruyen. Los ancianos hacen gran papel en un pueblo de esta manera constituido. No facilitando mas enseñanza que la que da la experiencia, aquel que mas vive, si tiene el don de observacion, es el que mas sabe, porque es el que ha visto mas ; no habiendo otros modos de transmitir los sucesos que la tradi-

cion oral, el que cuenta mas dias es el que conoce mas largo periodo de la historia de los que le precediero; á él pues está encomendado hablar de los hechos de sus mayores, celebrar las virtudes de los hombres gloriosos que honraron la patria, que la fundaron, la extendieron ó la libertaron de yacer esclava de los enemigos. Los ancianos hacen la vez de libros; son anales históricos de su pueblo, archivos del saber y de la prudencia de sus mayores. Los jóvenes los reverencian con un respeto supersticioso, y están pendientes de sus labios cuando despues de las faenas del dia se sientan en el hogar doméstico á escuchar sus lecciones.

Pero la tradicion oral es poco exacta, y la memoria de los viejos poco fiel. Desfigurábanse pues los hechos mas ciertos con circunstancias que adquirian al pasar de boca en boca: quién de buena fe los trabucaba; quién, dejándose llevar de su entusiasmo y fantasia, adornábalos con pormenores de su invencion; quiénes, en fin, engreidos por la atencion con que eran escuchados, preferian crear lo que no sabian á confesar su ignorancia ante aquellos á quienes habian visto en la cuna. Los hechos históricos verdaderos en el fondo llegaron á ser fabulosos en todo lo demás; y de aquí nació el *cuento*, padre legítimo de la novela. Todos los pueblos que conocemos han pasado por esta primera faz de su existencia, de donde dimanan la multitud de fábulas que oscurecen sus orígenes: fábulas sencillas las mas de ellas y llenas de encantos, que si no refieren su historia, nos pintan al menos sus ideas y sentimientos. Sin salir de nuestra nacion, cojamos por un momento la *Crónica* compilada por don Alonso el Sabio: ¿quién podrá leer sin un placer indefinible la historia de Bernardo del Carpio, la del conde Fernan Gonzalez, la de los siete Infantes de Lara, y otras por el estilo, que la sana crítica destierra al campo de la novela, pero sin que pueda decir hasta qué punto sea verdad lo que en sus narraciones se cuenta y desde dónde empieza la exageracion y la mentira? Porque es bien cierto que el pueblo no creó estos hechos, no hizo mas que revestirlos con el rico y variado manto de la fábula.

Mas para disfrazar de esta manera la historia, ninguno de los pueblos conocidos ha igualado á los orientales. Fáciles y comunicativos como ellos solos, todo lo vieron al través de una imaginacion viva y esplendorosa al par del sol que los alumbra. Cuando hablamos de orientales, deben entenderse por este nombre los egipcios, los árabes, los persas, los indios y los asirios. En sus felices climas tuvo su cuna el mundo, y su origen la fábula. Por un lado, la viveza de fantasia de aquellas gentes no les permitia ver los hechos tales como eran, sino mas grandiosos, y la facilidad de la hipérbole en sus expresivos idiomas llegaba á desfigurarlos; por otro, el deseo de enseñar al pueblo rudo con imágenes sensibles las ideas abstractas, les hizo componer alegorias, cuyo significado se fué perdiendo con el tiempo hasta el punto de que, desconociéndose el sentido alegórico que encerraban, se tomaron como sencillas historias; y de aquí nació la mitología pagana: coleccion de fábulas ingeniosas que prueban la necesidad que en todos tiempos ha tenido el pueblo de alimentarse de ellas, si por otra parte manifiestan las aberraciones del entendimiento humano. La florida imaginacion de los orientales desde luego les dió gracia infinita para la composicion de cuentos; mas diremos: así como los griegos supusieron que todo lo que tocaba el rey Midas se convertia en oro, de aquellas gentes pudo decirse con mas verdad que todo cuanto llegaba á sus manos se convertia en cuento. Apenas es creible su fecundidad para inventar, y lo ingenioso de sus ficciones. Su teología, su filosofía, su política y hasta su moral, todo lo explicaron por medio de fábulas y de parábolas. Los jeroglíficos de los egipcios indican hasta qué extremo era esta nacion amiga de envolverlo todo en simbolos y ficciones misteriosas. En ella la religion estaba disfrazada por medio de imágenes palpables, y á los profanos solo se enseñaba bajo el velo de multitud de fábulas; velo que no se levantaba sino para aquellos á quienes se juzgaba dignos de ser iniciados en sus misterios.

Fijado este principio, no entraremos en mas pormenores sobre estos pueblos remotísimos, porque francamente confesamos ignorar su literatura; pero en manos de todos los cristianos andan los libros de los hebreos, que fueron sus discípulos, y por las bellezas puramente literarias que en ellos se encuentran podemos juzgar lo que serian los de sus maestros, sin que se tome á profanacion que acudamos al texto sagrado por comprobantes de nuestros asertos. ¿Dónde se hallará una novela de mas interés, narrada con mas deliciosa naturalidad, llena de mas patéticas peripecias que la preciosa y verdadera historia de José, emblema de la envidia de los hermanos, sublime modelo del perdon de las injurias y tierno retrato de lo que puede la fuerza de la sangre (1)? Dónde un idilio mas

(1) El crítico Labarpe dice, en su *Curso de literatura*, que la historia de José ha obtenido tanto éxito en oriente en todas épocas, que se halla repetida en los cuentos de

los árabes, bien, añade, que de una manera inferior á la leccion hebrea. El escritor francés Bitaubé la tomó á fines del siglo pasado para asunto de un poema, pero no

moral y mas simpático que el de la espigadera Ruth, amable dechado de abnegacion femenil? Re-bosan los sagrados libros en estos ejemplos de narraciones escritas con un candor que arrebató y con un interés que la imaginacion mas lozana apenas ha sabido dar á la mas bien ideada ficcion. ¿Cuál pues no seria el encanto que darian á la ficcion los que sabian adornar la verdad con tan hermosos atavíos?

La fábula, que en sus principios no fué sino la historia desfigurada por la tradicion, ó la verdad disfrazada bajo el velo de la alegoria para hacer palpables á pueblos materiales las ideas abstractas, presentóse luego á cara descubierta, habiendo visto los hombres prudentes y observadores cuán útil podia ser para la enseñanza, pues al profundizar en el corazon humano advirtieron que nuestra flaca naturaleza se ofende de la correccion directa y odia la avidez de los preceptos. Compusieron desde entonces de propósito cuentos con el objeto de inbuir á los hombres, con el atractivo de la ficcion, en las sanas máximas de la moral y encaminar su vida por la derecha senda del bien, persuadidos los autores de que mas que un precepto aislado enseña el ejemplo de una persona, á quien su conducta arreglada hace feliz, ó que, por el contrario, por el olvido de lo razonable y de lo justo se ve sumergida en un mar de miserias y amarguras. Tratándole como niño irreflexivo (¿y qué otra cosa es el vulgo?), bañáronle de miel el borde del vaso para que no sintiese el amargor de la medicina; y de este principio nacieron el apólogo y la parábola. Por el primero, dando habla á los animales y hasta á las plantas, y revistiéndolos de las pasiones humanas, se trató de enseñar la moral á los hombres con una leccion indirecta, guardando tantas consideraciones á su amor propio, que ni se quiso que perteneciesen á su especie los actores de estos pequeños dramas. Esopo se distinguió en semejante género, que no desecharon tampoco los sagrados libros, por ser muy comun en el Oriente. La parábola se acerca mas á la novela, porque sus actores son hombres y puede muy bien suceder lo que en ella se pinta. El divino Fundador del cristianismo no despreció este medio de enseñanza, tan análogo á nuestras propensiones, en las parábolas del Labrador, del Hijo pródigo, del Rico avariento y de las Virgenes necias. Y no debe extrañarnos que Jesus descendiera así hasta acomodarse al gusto de las gentes con quienes vivia; porque á persuadir el entendimiento de los pueblos que habitan bajo los vivaces rayos del sol del oriente ó del mediodía, el mas seguro camino es cautivar su imaginacion. Para ellos es de comprension fácil cuanto se les quiere dar á entender con el lenguaje figurado, puesto que su indole hiperbólica los conduce á explicarse siempre por medio de metáforas y alegorias, y les presenta poco expresivos los recursos vulgares de los idiomas. Los hombres nacidos en menos ardientes climas llaman á esto exageracion y mal gusto, aunque ignoramos la razon. Cada pueblo tiene sus ideas, sus costumbres y su organizacion especial; y no hay causa que autorice á decir que sea de mal gusto tener presentes estas circunstancias para dirigirse á él, aspirando á cautivar su atencion para subyugar su entendimiento.

En estos pueblos la ficcion es una planta indígena que brotó espontáneamente del terreno; y el sabio Huet (1) observa que allí vieron la luz casi todos los grandes novelistas que ha habido antes de los tiempos modernos. Clearco, que escribió libros de amor, nació en Cilicia, provincia vecina á la Siria; Jamblico era hijo de padres sirios, y fué educado en Babilonia; Heliodoro, natural de Emeso, ciudad de la Fenicia; Luciano, natural de Samosate, capital de una provincia de Siria; Aquiles Tacio, de Alejandria de Egipto; san Juan Damasceno, tambien autor de historias fabulosas, fué llamado así por ser hijo de la capital de la Siria; Damascio tuvo su cuna en el mismo pueblo; de los tres Jenofontes, novelistas, de que habla Suidas, el uno nació en Antioquia de Siria, y otro en Chipre; Amelio era tambien asirio: de suerte, añade, que todo este pais merece ser llamado el país de las fábulas, mejor que la Grecia, adonde fueron trasplantadas, si bien encontraron en ella tan buen terreno, que fructificaron maravillosamente. Pero en los tiempos remotos de que hablamos, todavia las ficciones no tenian el artificio que estos y otros autores les dieron; nada nace gigante. Al principio los cuentos, destinados á grabarse en la memoria y que no se fiaban á la escritura, tenian que ser breves y sencillos, sin la trama vasta y complicada que forma el plan de las modernas novelas.

En pos de los hebreos vinieron los griegos, discípulos tambien en su filosofia y literatura, lo mismo que en sus artes, de los egipcios é indios, y discípulos que en cosas muy esenciales se aproximaron mucho mas á sus maestros que los primeros. Los hebreos, aunque adoptaron su modo de escribir y

supo trasladar el hechizo del candor y de la naturalidad que quilatan la relacion primitiva.

rue Saint-Jacques, au colonnes d'Hercules, MDCCXI; página 14.

(1) *Traité de l'origine des romans*, à Paris chez Mariette,

gran parte de sus conocimientos, como conservasen pura la creencia de un solo Dios, desecharon sus mitos supersticiosos, mientras los griegos bebieron en sus fuentes el sisten a completo de un gobierno político y religioso. Nutridos en los principios de la cultura oriental, fueron tan aficionados á fábulas, que puede decirse que estas formaron parte muy principal de la suya. Dicese que Homero habiendo visitado el Egipto, trajo de este país aquel espíritu fantástico que le dictó sus poemas admirables, y mil ideas nuevas sobre la jerarquía genealógica y empleos de las deidades griegas. Herodoto cuenta que los griegos tomaron de los egipcios su teología mitológica, y refiere algunos cuentos que él mismo habia aprendido de sus sacerdotes, á que, á pesar de su credulidad, no presta asenso; cuentos, sin embargo, que por inverosímiles que fuesen, no dejaban de ser agradables y de inflamar el genio novelero de los griegos. Y en fin, de aquellos mismos sacerdotes aprendieron Pitágoras y Platon á disfrazar su filosofía y á ocultarla bajo la sombra del misterio.

Mas aunque fuese probable que Homero visitase el Egipto con el fin de perfeccionar su educacion, y que de allí viniese con su lozana fantasía llena de nuevas ideas y conocimientos, es evidente que sobre los griegos habia ya ejercido influjo la civilizacion oriental mucho tiempo antes del nacimiento del gran poeta, y que formaban parte de los venerados orígenes de su historia las fábulas que él cantó. Cien años antes, cuando menos, habia sucedido la guerra de Troya, y este acaecimiento y los personajes que en él tomaron parte eran objeto de novelescas tradiciones que de boca en boca circulaban. Cada ciudad, cada pequeña república de las que componian el territorio griego tenia las suyas. El atraso de la navegacion, no permitiendo á sus habitantes alargarse á grandes distancias en el mar, ni examinar por lo tanto islas y continentes á que alcanzaba su vista, dió pábulo á su imaginacion robusta para convertir estos países desconocidos en teatro de encantamientos y prodigios (1). Acá vivia una ninfa á quien los dioses habian otorgado la inmortalidad; allá una encantadora, hija del sol, que con su vara mágica convertia los hombres en sucios animales, á quienes gobernaba en piaras; acullá un rey bondadoso, que vivia como un venerable patriarca cultivando hermosos jardines; y en otra parte monstruos horribles y deformes, que, alimentándose de carne humana, servian de oficiales á Vulcano en fraguas subterráneas de la isla de Lemnos. Es un error vulgar creer que Homero inventó estas fábulas; el poeta no hizo mas que apoderarse de ellas, formando con su contexto un todo, que inmortalizó en su divino estilo. Habia hecho viajes, grandes para aquel tiempo, visitando á Egipto y recorriendo las costas del Mediterráneo; y en tales correrías adquirió la noticia de todas estas tradiciones y consejas, que su ancianidad no quiso dejar ignoradas á sus conciudadanos. Así pues, con la complacencia con que todo anciano se entrega á hacer largas relaciones á los jóvenes de lo que aprendió en sus buenos tiempos, escribió la *Odisea*, poema encantador, que sin el fuego y fuerza de imaginacion de la *Iliada*, aventaja á este, en opinion de algunos (2); y ciertamente no sin visos de razon, pues sin ser tan sorprendente, es mas simpático, retratando en sus relatos la dulce expresion del alma noble y tranquila de un anciano de aquellos remotos tiempos (3). Inspirado estuvo el que comparó la *Odisea* con el anochecer de un

(1) El acontecimiento mas memorable de los antiguos griegos fué la expedicion de los argonautas; y oigamos lo que dice Bailli en su *Essai sur les fables*, t. II, cap. 13. «Sin embargo de la fama de esta expedicion, no se trataba mas que de atravesar el Ponto Euxino, ahora mar Negro, y de seguir costas para llegar á la Colchida por una travesía de cuatrocientas á quinientas leguas, navegacion que los turcos y los rusos hacen ahora todos los dias; pero relativamente al tiempo y á los medios, era una gran empresa. La navegacion era un arte nuevo que los griegos tomaban de los fenicios, etc.»

(2) El autor del *Telémaco* era uno de ellos.

(3) En la diferencia esencial del carácter de estos dos poemas se fundan principalmente los que creen en la existencia de mas de un Homero. Si no se halla imaginacion tan ferviente como en la *Iliada*, hállese en cambio en la *Odisea* mas saber y mas arte. Diez años hacia que Ulises habia dejado los muros de Ilión, y sus bienes en Itaca habian en tanto caído en manos de injustos malversadores, que no contentos con malrocharlos á porfia, querian obligar á su desconsolada esposa á contraer nuevo enlace y á hacer una eleccion, á que no podia oponerse sin exposicion de los mas crueles tratamientos. Este es el momento en

que se abre la accion. Ulises, mientras su hijo Telémaco le busca en Lacedemonia, parte de la isla de Calipso, y despues de penosa navegacion, es arrojado por una borrasca á la de los Feacios, contigua á Itaca. Minerva le libra del naufragio y de una muerte cierta, y le hace abordar cerca de un río, que le ofrece seguro asilo en sus orillas; permitiendo se quede dormido entre sus cañaveras, hasta que el alegre bullicio de una tropa de jóvenes doncellas que hácia allí venia lo despertó; y él, dirigiéndose á ellas, habló á la mas bella y noble pidiéndole algun socorro. Era Nausicaa, hija de Alcinoos, rey de aquella isla. ¿Qué personaje tan angelical es el de esta joven, y cuán puras y doradas las costumbres que en todo este episodio se describen! La hija del Rey venia á lavar en las cristalinas aguas del río los blancos velos y vestidos destinados á sus bodas, y feliz, compadece la desgracia. Recibe cariñosa al pobre náufrago, consolándole con bondad sin conocerle, y llama á sus compañeras, que tímidas se habian dispersado al imprevisto aspecto del suplicante, increpando dulcemente su fuga y mandando le den todos los auxilios de una afetuosa hospitalidad. Dicen que el inmortal cantor, viejo y ciego, mendigaba su pan por las nacies ciudades de la Grecia; y bien pudo ser Nau-

hermoso día ; tiene toda su calma y magnificencia este libro. Fundándose en los trabajos y peregrinaciones de un hombre y en las virtudes domésticas de su esposa , que por espacio de cerca de veinte años se conserva firme como una roca á los enibates de la seducción , tiene mas puntos de contacto con la novela que con el poema épico , segun la idea que nos hacen concebir de este último los clásicos en sus reglas. No dudaremos pues en dar á Homero el título de padre de la novela tal cual al presente se escribe ; digásenos , si no , ¿ en qué se diferencia el argumento , plan y contextura de la *Odisea* de los de una novela moderna , como por ejemplo *Persiles y Sigismunda* , y si se quiere otro mas reciente , como el *Conde de Monte-Cristo* , sino en ser mas interesante que la primera y en proponer un fin moral de que carece la segunda ?

El pueblo griego fué de los antiguos el que conoció mejor la índole de la belleza artística ; y todo lo que tomó de sus maestros se mejoró y perfeccionó entre sus manos. Homero especialmente debió al cielo el don precioso de un singular estilo ; y ha cerca de tres mil años que cuantos se dedican á las letras le respetan en este punto como acabado modelo. La reflexion que hombres de un talento teórico y especulativo hicieron sobre sus obras creó el arte poética.

Empeñados los preceptistas griegos en clasificarlo y reglamentarlo todo , hasta el mundo ideal de las ficciones , dividieron las fábulas , segun los asuntos , en mitológicas , épicas , apólogas y milecias. Las primeras versan sobre los dioses ; las segundas tienen por objeto á los héroes ; las terceras moralizan por medio de los irracionales ; y las últimas son fábulas de amor , no proponiéndose sino el deleite por medio de lances amorosos y escenas de la vida privada : luego expondremos el motivo por qué tomaron aquel nombre.

Sobre las fábulas mitológicas hace siglos que Dionisio Halicarnáseo , uno de los mejores críticos de la antigüedad , habló con el mayor juicio , manifestando comprender perfectamente su verdadera naturaleza. « Nadie sospeche , dice en el segundo libro de las *Antigüedades romanas* , que yo ignoro que son muy útiles á los hombres algunas fábulas griegas que , ó señalan las obras de la naturaleza por medio de la alegoría , ó han sido inventadas para consuelo de los acacimientos humanos , ó quitan de los ánimos las perturbaciones y los terrores y las locas opiniones , ó han sido fingidas para alguna otra utilidad ; en verdad que conozco estas cosas como cualquier otro. Pero las omito con cautela escrupulosa ; y mas apruebo la teología romana , pensando que en las fábulas de los griegos hay poco bueno , y que no aprovechan á muchos , sino á los que con cuidadoso exámen han conocido el blanco de ellas , cuya inteligencia han tenido pocos. » Los griegos , dando á sus dioses las mismas pasiones y los mismos vicios que á los hombres , los tomaron como protagonistas de novelas , que no merecen otro nombre las historias que de ellos se forjaron , historias lúbricas y sensuales , como el país en que se les dió vida. Los amores , las desgracias , los triunfos y las vicisitudes por que pasaban estas divinidades formaban el principal alimento que aquel pueblo novelero daba á su imaginacion ; y por eso al bosquejar la historia de la novela no se puede menos de fijar un rato la atencion en su mitología.

sica el recuerdo de algun ángel de juventud y de gracia que le socorrió á él mismo , y cuya conducta quiso eternizar agradecido en esta suavísima pintura. La descripción del palacio de Alcinoó , aunque buena , no excede á otras del mismo género que hay en la *Iliada* ; las bellezas inimitables de la *Odisea* son de otro género. En un tiempo en que la comunicacion del comercio no habia establecido relaciones entre los diferentes pueblos de la tierra , todos se reunian en torno de un extranjero para oír la relacion de sus aventuras. Ulises , con el placer natural en el hombre de verse objeto de la curiosidad general , satisface la de sus huéspedes y lisonjea su gusto hácia los cuentos maravillosos , narrándoles los prodigios que ha visto y los males que ha sufrido en sus largos viajes. Con el auxilio de Ancinoó retorna á Itaca ; halla á Eumeo , el noble dechado del buen servidor , que se le lamenta sin conocerle , y que llorando á su dueño , engorda los cerdos de este para ajeno regalo. Eumeo espanta los perros que querian morder al extranjero ; cuadro de una deliciosa naturalidad que nos hace recordar que tal vez el mismo Homero oyó ladrar contra sus andrajos al perro del rico. El servidor reconoce á Ulises , y este se da á conocer de su hijo Telémaco , que viene á la cabaña del honrado porqueri-

zo ; despues de lo cual preparan entre sí los medios de castigar á los osados amantes , sus enemigos. Ulises entra en la ciudad disfrazado con los harapos de un mendigo , y nadie en tan humilde traje reconoce al augusto Rey que despues de veinte años de ausencia vuelve á su casa ; solo su fiel perro lo reconocerá. Argos , el fiel Argos estaba allí echado al lado , levanta la cabeza y escucha ; conoce á su antiguo amo , y muere de placer á sus pies. Sin dudar puede afirmarse que la *Iliada* no tiene ningun trozo que pueda compararse á este pasaje , sublime por la poesia , por la verdad de los pormenores familiares y por la tierna sencillez de la expresion. Homero lloró quizá mas de una vez al escribir estas líneas , pensando en algun otro Argos , fiel compañero de su vida , que murió sirviéndole , víctima de la vejez ó del hambre y de la fatiga. Ulises , admitido en su casa por compasion como mendigo , ve la conducta de su esposa y oye sus súplicas á Diana . ¿ Cómo debía palpar entonces su corazon ! Llega el día de la venganza , y el combate con los desalmados amantes recuerda todo el fuego de la *Iliada*. Si hubo dos Homeros , la Grecia produjo dos hombres eminentísimos , que no ha producido ningun otro país ; pero la naturaleza no repite estas obras superiores de su poder.

Mas estas fábulas estaban ligadas con su religion; y no bastando solas al público entretenimiento, se introdujeron luego las fábulas milesias; que, tomando por asunto sucesos puramente humanos, deben considerarse como la verdadera novela de los antiguos. Todavía los griegos no se habian aficionado á otras que las mitológicas cuando los jonios, habitantes del Asia menor, llegando al colmo del poder y de la riqueza, vivian entregados á todos los placeres del lujo y de la molicie. Conquistólos Ciro, y toda el Asia menor cayó, á la vez que ellos, en poder de los persas; los cuales, al prescribirles sus leyes é inspirarles sus costumbres, aumentaron en aquel pueblo, tan inclinado á materiales deleites, los medios de hacer con nuevos refinamientos del lujo mas muelle y delicada su vida. Así los jonios cobraron fama de ser los hombres mas voluptuosos del mundo. Inventaron nuevos condimentos para su gula, coronábanse de flores en los festines, perfumaban las mesas, vestíanse de las mas preciosas telas, la lana era vil para tocar sus miembros, y no tratando sino de halagar sus sentidos, á ello subordinaron hasta los trabajos de su cultura intelectual. Habiendo aprendido de los persas el arte de componer cuentos de pasatiempo y recreo, hicieronlos llenos de pinturas disolutas y obscenas, tratando de animar la languidez de su molicie con el ardiente fuego de la lascivia. De todos los jonios, eran los milesianos mas voluptuosos y de mas delicado ingenio; y como por lo mismo se distinguiesen mas en tales composiciones, de ellos estas fábulas se llamaron *milesias*. Mayans dice que inventadas para dorar los vicios con la sofisteria y elegancia de estilo, hay de ellas millares de ejemplares, que todos sobran; pero si tan erudito escritor no habló metafóricamente, en verdad que no debió referirse á las primitivas, puesto que el tiempo las ha consumido todas. Lo único tal vez que ha llegado á nosotros es que un tal Aristides escribió muchos libros de ellas, y fué el mas célebre de los novelistas de Mileto.

Los jonios, descendientes de colonias salidas del Peloponeso y del Atica, sostenian gran comercio con los pueblos de Grecia; y unos y otros se enviaban recíprocamente sus hijos para adquirir unos de otros los usos y costumbres. Esta comunicacion continua aficionó á los griegos á las fábulas jonias, que, como sutil veneno, corrompieron sus costumbres por las cuales habian conservado su independendencia con heroicidad prodigiosa, y los dispusieron á ser avasallados. Los pueblos que congenian se buscan y hacen relaciones entre sí lo mismo que los individuos. Sibaris, ciudad de Italia, cuya voluptuosidad ha quedado en proverbio, teniendo por la fama noticia de Mileto, trabó comunicacion con ella para mejor emular su lujo y sus placeres, y esta conformidad de gustos formó entre los dos un lazo tan estrecho, que Herodoto afirma no haber habido en el mundo dos pueblos mas íntimamente unidos. Por medio de los sibaritas se introdujo en el occidente el conocimiento de las fábulas milesias.

Desde que á ellas se aficionaron los griegos no dejaron de practicar el arte de novelar, segun se ve en los extractos de obras que hizo Focio en su *Biblioteca*. Los primeros novelistas que se encuentran en Grecia son del tiempo de Alejandro Magno, en que escribió Clearco. Dejarémos de hablar de ellos y pasarémos á decir dos palabras de Luciano, que vivió en tiempo de los Antoninos, escritor moralizador é ingenioso, cuyas obras fueron uno de los arsenales adonde acudia por armas que esgrimir contra los abusos y vicios nuestro célebre don Francisco de Quevedo. Habiendo Lucio de Patras escrito, lleno de credulidad y de buena fe, una coleccion de metamorfosis de hombres debidas á la magia, Luciano, con espíritu satírico, las hizo suyas, y escribió el libro de sus *Transformaciones del asno*, extractando cómicamente los dos primeros libros de Lucio. Además escribió la agradable parábola del Juicio de las vocales, cuyo argumento creen algunos debido á la invencion de algun judío mas antiguo; y dos libros de historias grotescas y ridículas, que él da por tales, protestando que nunca han sucedido ni pueden suceder. Las obras que han quedado de Luciano aun son leídas, porque es escritor notable.

Todavía despues que la Grecia abandonó sus dioses por las puras verdades del cristianismo, floreció la novela en su literatura. Bajo el amparo de la luz evangélica nació Heliodoro, contemporáneo del gran Teodosio y de sus hijos Arcadio y Honorio, que algunos creen sea el mismo Heliodoro á quien san Jerónimo dirigió varias de sus cartas; lo cual es tan difícil de probarse como que los que lo niegan expliquen la causa de su negativa. Este peregrino ingenio escribió las *Aventuras de Teágenes y Cariclea*, libro el mas bien entendido y mejor acabado que hasta entonces se habia visto en el arte romancesco. Heliodoro sobrepujó á todos sus predecesores (desde Antonio Diógenes, hasta Jamblico, autor de las *Babilónicas*) tanto en la disposicion del argumento como en todo lo demás; sin embargo de que vencer á este último no era empresa vulgar, pues superior tambien

á los que le habian precedido, supo arreglar una accion y revestirla de los ornatos que le son propios, sin mas episodios que los convenientes y observando exactamente la verosimilitud (1). Dícese que el mérito de la ficcion de *Teágenes y Cariclea* valió á Heliodoro el ser elevado á la dignidad de obispo; si esto es así, nada prueba mas lo frívolo del carácter de los griegos, al mismo tiempo que su aprecio á semejante género de escritos. En cambio cuenta Nicéforo, escritor crédulo de poco juicio y fidelidad, que en un sínodo provincial, haciéndose notar el peligro á que la lectura de esta novela, autorizada por la dignidad de su autor, exponia á la juventud, se decretó su prohibicion; y habiendo puesto al autor en la alternativa de quemar su obra ó renunciar al obispado, optó por este último extremo. Fábulas deben de ser estas á que dió origen el famoso renombre que con ella hubo de granjearse Heliodoro, muy propias de la exageracion griega; pues es tan poco natural que la composicion de un libro de esparcimiento se premiase con el grave cargo de un obispado, como que ningun sínodo se escandalizase de la circulacion de obra tan honesta y moral hasta el punto de exigir que pereciese entre las llamas. Los que opinaron lo primero han hecho de una mera coincidencia causa y efecto, porque en realidad el autor fué obispo de Tricca, ciudad de Tesalia, y de tan severas costumbres, que un historiador cuenta que fué el primero que introdujo la de desposeer á los eclesiásticos que no se abstengan de las mujeres con quienes habian casado antes de pertenecer al clero. Los que asentaron lo segundo no fijaron la atencion en la pureza que existe en todo el contexto de la novela, que pudo sin escrúpulo escribirla un hombre revestido con el mas alto carácter del sacerdocio.

Nada es tan cierto como que los libros de entretenimiento son el mas claro espejo de las costumbres y sentimientos del que los escribe y del pueblo á quien se dedican. Pueblos relajados como los de Mileto y Sibaris no podian tener otros que los que daban pábulo á sus obscenidades y libertinaje; pueblos que profesaban una religion que es toda pureza, necesitaban distinto género de libros. En *Teágenes y Cariclea* descúbrese el benéfico influjo del cristianismo en la reformation de costumbres. Los amores de los protagonistas son castísimos, cual nunca los concibió la antigüedad pagana, y este afecto se halla libre de la levadura de malas pasiones con que se encuentra mezclado en las ficciones gentílicas, en lo cual, como en todo, lleva Heliodoro gran ventaja á los novelistas que le precedieron. Pasando de la parte moral á la literaria, muestra en su fábula una invencion fértil y fácil. Las aventuras son frecuentes, nuevas y verosímiles, sin que se precipiten, ni unas con otras se confundan. El desenlace siempre se ha tenido por admirable: nace del asunto, es natural, y sobre toda expresion tierno y patético. Al horror del sacrificio en que debian ser inmolados Teágenes y Cariclea, cuya belleza y mérito á todo el mundo enternecia, sigue el placer de ver á esta jóven salir del peligro á causa del reconocimiento de sus padres, y acaba su larga cadena de desdichas desposándose con su amante, á quien lleva en dote la corona de Etiopia. Seria de desear que el autor que tan bien ha sabido desatar el enredo de su novela sin acudir á medios sobrenaturales, de ellos hubiese prescindido en todo el curso de la obra, en que muchas veces por mera gala los emplea; bien que no sabemos si del mismo gusto eran los lectores que le rodeaban. Celebran los griegos la belleza del estilo de Heliodoro; á los modernos ha parecido muy afectado, y figurado y poético en demasia; y es de creer que si resucitasen los críticos del tiempo de Pericles, en que el lenguaje griego se recomendaba por su sencillez y energía (cualidades que por serle características han pasado á la posteridad con el nombre de *aticismo*), hubieran opinado lo propio. Sin embargo, á la literatura en épocas de decadencia le sucede lo que á una dama en el período descendente de su belleza: piensa por medio de galas y de afeites competir con la natural hermosura de sus buenos tiempos, disimulando á los ojos perspicaces entre cintas y flores las canas y arrugas, sin advertir que abruma y no hermosean los adornos demasiados. Piérdese Heliodoro en interminables descripciones, imaginando hacer ostentacion de sus talentos retóricos: tal era la moda de los ingenios griegos de aquella época, es decir, desde el reinado de los Antoninos, en que comenzó á decaer el buen gusto, hasta la total ruina del imperio.

De Heliodoro hemos hablado con alguna detencion, porque cualquiera que sea el mérito de su fábula, sirvió de modelo á todos los novelistas que en su patria le sucedieron, no faltando quien le considere como el manantial en que bebieron todos ellos, de la propia manera que fué Homero la

(1) Los siglos han respetado esta obra, de la cual se halla un códice en la biblioteca de Florencia. El obispo de Avranches monsieur Huet dice que habia tambien uno en

el Escorial, pero que en su tiempo ya no existia: desde antiguo ha habido abandono en la custodia de esta célebre biblioteca.

fueron perenne de los poetas. — Imitóle servilmente Aquiles Tacio, y á Heliodoro se debe todo lo mejor que en Tacio se halla, si bien así como no le siguió en la pureza de la pluma, tampoco tomó de él ni la variedad ni la verosimilitud de los sucesos ni el artificio de los desenlaces. No le hubiera sido muy difícil lo primero; pero todo lo demás pedía un talento tan feliz como el de su modelo, y Aquiles tenía la imaginación apagada y de cortos recursos. Quizá por esto mismo su estilo pasa por mas conciso y mas puro, mas sencillo y natural; pero todavía peca mas que Heliodoro en el abuso de las descripciones, á que se entrega sin regla ni medida: recurso manoseado de los ingenios medianos, los cuales, hallando en el objeto que piensan describir bien palpable su asunto, no se imponen otro deber que el de colocar palabras, ahorrándose el trabajo de emplear nuevas ideas y pensamientos, porque vienen tardíos y escasos á su mente. En el siglo xii Teodoro Prodomo y el obispo de Tesalónica, Eustathio, célebre comentador de Homero, escribieron tambien novelas, aunque sin talento ni atractivo, copiando á Aquiles Tacio, y siguiendo á Heliodoro á mayor distancia, aunque siempre sin perderle de vista. Algunos, viendo el escaso mérito de la obra que lleva el nombre de Eustathio, dudaron que fuese autor de libro tan baladí un varon que habia mostrado tanto saber en el comentario de Homero; pero si bien es exageración del buen humor de cierto crítico decir que un comentador no tiene necesidad de tener sentido comun, es muy cierto que puede algun hombre ser de erudición profunda, careciendo del talento de escribir; y aun tener este talento, siendo mediano en ciertos géneros: por lo cual no implica contradicción que el escoliasta sabio sea un pésimo novelista. — Aun en el tiempo del renacimiento de las letras griegas y romanas, cuando los europeos conocian tantas obras maestras de la antigüedad y comenzaban á formar otras nuevas, Heliodoro conservó su crédito y tuvo imitadores. Sus invenciones fueron de grande auxilio para las pastorales italianas y francesas. El Guarini en Italia, y en Francia D'Urfé, creyeron digno de su imitación el hermoso pasaje del reconocimiento que tanto quilata á la novela griega. — Otro mas sobresaliente imitador tuvo toda ella en España. El gran Cervantes, despues de haber enriquecido la patria literatura con la *Galatea*, el *Quijote*, las *Novelas* y el *Viaje del Parnaso*, queriendo emplearse en una obra que dejase fundada su reputación sobre cimiento indestructible, nada halló mejor para conseguirlo que una imitación del novelista griego; indicio del gran concepto en que este aventajado ingenio, tan conocedor en la materia, tenia su mérito. Así lo hizo en la novela de *Persiles y Sigismunda*, que trabajó con mas esmero que ninguna de sus obras, corrigiendo en ella los descuidos y defectos de estilo que se notan en el *Quijote*, y ostentando con la prodigalidad de sus episodios su fecunda invención, de cuya riqueza se gloriaba contestando á los que le echaban en cara la dureza de sus versos (1). Quedó tan satisfecho de su trabajo, que al ofrecérselo al conde de Lemos, cuando luchaba con las agonias de la muerte, lo elogia con toda la efusión de un padre, á quien ciegan las gracias de su hijo, estimándolo como el mejor de sus escritos; y si bien el público no ha sido de la misma opinion, es cierto que Cervantes es el único de los imitadores de Heliodoro que puede sin desventaja entrar en competencia con su modelo (2).

Los romanos, en verdad, para las fábulas no manifestaron la disposición y talentos que los griegos, ni en mucho tiempo las compusieron en prosa. Grave por extremo esta nación conquistadora, juzgó que los libros no debian tener otro objeto que perpetuar sus hechos por medio de la historia, ó conservar los principios de la moral y de la religion y los conocimientos de las artes y ciencias. A la poesia relegaron la fábula, donde tampoco admitieron mas que las mitológicas, y eso porque estaban consagradas por el dogma que habian tomado de Grecia, y veneraban muchos de los cuentos mitológicos como alegoría de misterios religiosos y naturales. Este pueblo, absorbido por la idea del patriotismo, y de imaginación menos rica y amena que los griegos, no tuvo nece-

(1) Véase el *Viaje del Parnaso*.

(2) Tenemos á la vista una traducción latina de *Tedgenes y Cariclea* con este título: *Heliodori aethiopiae historiae libri decem nunc primum à Graeco sermone in Latinum translati*. Stanislaw Warszewicki Polono interprete. Item locuples rerum ac verborum memorabilium index. Antuerpiae, apud Martinum Nutium, sub Cicogniis, m.d.lvi. Dice el traductor en su dedicatoria á Sigismundo, rey de Polonia, que el original griego lo encontró en la biblioteca de Matias, rey de Pannonia; piensa que el autor es el mismo á quien Filostrato llamó Heliodoro el árabe; pero es un error, porque este floreció en el segundo siglo de la Iglesia. De traducciones castellanas, tenemos

noticia de dos, aunque ignorando si se han impreso. La primera de Francisco Vergara, toledano, hermano de Juan Vergara, canónigo de la misma iglesia, y con él solo comparable en erudición y talento. Estudió las letras griegas bajo la dirección de Demetrio Cretense y de Fernan Nuñez, dicho el Pinciano, y escribió una gramática y varias versiones de esta lengua. La de la *Historia Etiópica* de Heliodoro estaba en la biblioteca del duque del Infantado, á quien la dedicó. Elogiaron á ambos hermanos Erasmo y Matamoros. La segunda de Agustín Collado del Hierro, médico, que residió mucho tiempo en Granada, donde murió, el cual tuvo la humorada de trasladarla en quintillas.

sidad de desahogar la fantasía con otras agradables ficciones; y por ello si en su literatura seria, en la historia sobre todo, y en la elocuencia del foro pudo con ventaja entrar en competencia con ellos, jamás los pudo seguir de cerca en los géneros de mera inventiva, en que pisaba supersticiosamente sus huellas. Solo Virgilio por la pureza inimitable de estilo pudo entrar con Homero en comparacion, y aun Virgilio en todo lo que á la imaginacion atañe, ¡cuán inferior no se queda á su maestro! Si se profundizan las causas, podrá darse todavía otra explicacion de la poca aptitud de los romanos hácia el género de la novela. No tenian los hijos del gran pueblo sino un pensamiento fijo, que era el de la patria: dominados por esta idea abstracta y general, desaparecia completamente el individuo; aquella lo era todo; este, considerado como nada, no podia por lo tanto adelantar en un género, que si bien se reflexiona, no es otra cosa que la historia fisiológica del sér humano; y por eso en los tiempos modernos, cuando el cristianismo ha dado al sér humano tan grande importancia, cuando ha enseñado á estudiar en su corazon, fuente de las virtudes y de las pasiones, no podia menos de progresar la novela á medida que progresaba el conocimiento intrínseco del hombre. Una larga disertacion se podria escribir sobre la materia.

No dejaron, sin embargo, las damas romanas de tener libros de amena lectura en que entretener sus ocios, pero eran imitados ó traducidos del griego. Virgilio no halla pasatiempo mas agradable que dar á las náyades, hijas del rio Peneo, que suponerlas, reunidas bajo las aguas, cantando los amores de los dioses, que formaban el principal argumento de las novelas de la antigüedad, como ya hemos advertido. Ovidio, contemporáneo de Virgilio, entretiene en lo mismo á las hijas de Minneo, mientras se ocupan en labores manuales, que dejan vagar en libertad la lengua y el pensamiento. Esto induce á pensar que la novela era tenida en los tiempos de estos dos grandes poetas por una distraccion placentera y digna de gentes principales. Las fábulas milesias, penetrando en Italia y siendo recibidas é imitadas por los sibaritas, llegaron tambien hasta Roma, donde no bastó á negarles la entrada toda la severidad de costumbres de la república. El célebre historiador Sisena, que vivió en tiempo de Sila y era como este dictador de la ilustre familia de los Cornelios, tradujo las fábulas milesias que compuso Aristides. Poco antes del tiempo de Augusto apareció en Roma un libro, titulado *La Sibaritida*, coleccion de escenas escandalosas de libertinaje é impureza. Algunos juzgan que esta sea la obra de Hemiteon, el sibarita, que refiere Luciano; pero mas probablemente lo fué de algun romano de relajadas costumbres, el cual hubó de intitularla así, á imitacion de las fábulas de aquella disoluta ciudad, que hacia ya quinientos años habia desaparecido por el fuego y hierro de los crotoniatas.

El olvido de toda gravedad de costumbres y de todo principio de moral en tiempo de los emperadores, y acaso la dificultad de dedicarse á la escritura de obras serias bajo su férreo y tiránico poder, indujo en fin á la composicion de libros de fantasía. Asegura un filósofo francés, y hay mucho de verdad aunque tambien algo de exageracion en su aserto, que las naciones corrompidas tienen necesidad de novelas como los enfermos de medicinas; y que mucho mejor sin duda seria que pudiesen pasar sin paliativos semejantes: y dice bien, si esto es señal de que las naciones aun se hallan en toda su entereza de costumbres. En Roma bajo el imperio, Petronio, uno de los cónsules y el hombre mas elegante de su tiempo, compuso en forma de sátira del mismo género de las que introdujo Varron, entreverando la prosa con el verso y lo serio con lo jocoso, un libro, que tituló *Las Menipeas*, porque Menipo el cinico habia tratado antes de la misma manera asuntos graves en estilo festivo y burlesco. Téngase esta sátira de Petronio por verdadera novela, con escenas ingeniosas y agradables, aunque frecuentemente sucias y deshonestas, y oculta bajo la corteza de la mas fina y picante ironía una pintura exacta de los vicios de la corte de Neron. Los estragos del tiempo no han dejado llegar hasta nosotros sino trozos sin ilacion, ó mejor dicho, fragmentos coleccionados por algun estudioso, de suerte que no es posible ya formarse idea clara de la trama y tejido de este escrito. Sin embargo, críticos muy apreciables dicen que parece que el plan debia estar bien entendido, y las partes que quedan formar un buen todo con las que faltan. Petronio se muestra buen crítico y de gusto excelente en las letras; pero con todo, su estilo es algo afectado, y sus pensamientos, aunque en general delicados y nobles, son alguna vez frios: el siglo de Augusto habia ya pasado, y comenzaba la decadencia.

No ha faltado quien diga que Lucano escribió novelas, porque hizo fábulas sálticas, lo que traducen algunos por fábulas que cuentan los amores de los sátiros y de las ninfas; pero pues tales obras no han llegado á nosotros, ignoramos si la traduccion será exacta (1). Pasemos á hablar de Apule-

(1) El obispo Huet, en su *Traité de l'origine des romans*, presenta sobre esto una conjetura muy justa. «¿No puede

yo, que se hizo famoso en tiempo de los Antoninos con su metamorfosis tan conocida bajo el nombre del *Asno de oro*, tomada de la misma fuente de donde sacó Luciano la suya. La obra de Apuleyo sigue un curso regular y está exornada con hermosos episodios, entre ellos el de Psiquis, que es de un mérito sobresaliente; pero, poco delicado en ciertas materias, dejó todas las obscenidades que encontró en los originales que seguía. No merece los mismos elogios su estilo, que es el de un retórico de escuela, afectado y lleno de figuras violentas; no faltando algun crítico que lo califique de duro, bárbaro y propio del suelo en que el autor habia nacido. Apuleyo era natural de Africa; y nos da con su libro idea aproximada de las fábulas milesias, puesto que declara que su invencion pertenece á este género.

Corre válida la opinion de que el emperador Claudio Albino, uno de los opositores al señorío del mundo contra Septimio Severo, se ocupaba tambien en tales composiciones. Julio Capitolino afirma en su vida que circularon algunas fábulas milesias con su nombre, bastante estimadas, aunque medianamente escritas. Esto último no fué obstáculo ninguno para que el Senado, en el extremo de la mas indecente y rastrera adulacion, lo celebrase como flor de la humana sabiduria, bajeza que le echó en cara Severo cuando venció y mató á Claudio Albino, diciendo que era indigno del título de sabio, que le habian prodigado, un hombre que no leia sino las fábulas milesias de Apuleyo y cuya erudicion toda consistia en cuentos de viejas y frivolidades, que preferia á graves ocupaciones.

Puede, en fin., cerrar el catálogo de los novelistas romanos Marciano Capella, que escribió un libro de invencion, á que siguiendo el ejemplo de Petronio dió el nombre de sátira, y es tambien de verso y prosa entremezclada; y su argumento, tratar de todas las artes liberales, para lo cual las personifica fingiendo que Mercurio, que las tiene por comitiva, casa con la Filología, á quien da por presente de boda todo lo que en ellas hay de mas brillante y precioso. Como se ve, esto es una alegoría mas bien que novela, y alegoría de artificio no nada ingenioso ciertamente. La frialdad de la invencion no se compensa por el estilo ampuloso y bárbaro (1). Por lo dicho puede formarse idea bastante exacta de la inferioridad en que quedaron los romanos con respecto á los griegos en número y calidad de autores de libros de amena literatura.

Los pueblos del Norte, invadiendo y despedazando el imperio romano al mismo tiempo que se dejaban vencer del ascendiente de su civilizacion, como no estaban dotados de mas vehemente fantasia ni conocian en literatura sino lo que de él tomaban, debieron tardar largo tiempo en cultivar la novela y en hallar nuevos caminos por los campos de la imaginacion, á pesar de que desde que abrazaron el cristianismo alimentaban su fe con libros escritos en el Oriente, cuyas poéticas historias y morales parábolas podian ofrecerles el germen de un nuevo género literario. Por el pronto la novela antigua (de cuya composicion el amor impúdico era elemento único y solo) estábales vedada por la religion y hasta por la vergüenza natural en gentes mas inocentes y menos frívolas. Hasta que los siglos trajesen de nuevo la relajacion á las costumbres no podia ser cultivada la novela. Mas en el siglo vii un pueblo, salido del fondo de la Arabia, fanatizado por astuto impostor, desbordóse, digámoslo así, sobre toda la haz de la tierra conocida. A fines de este siglo, que fué la época mas brillante de su gloria militar, su inmensa dominacion extendiase desde las orillas del Indo hasta las riberas del Océano atlántico. A principios del siguiente sus hijos se apoderaron de España, entrando por las columnas de Hércules; y atravesando los Pirineos se hubieran enseñoreado de todo el mediodía de Europa, si en los campos de Francia no les hubiese faltado la fortuna. Gozaba este pueblo de todas las cualidades de los orientales: fantasia, amor á lo maravilloso, extensa inventiva

recrearse que así como Tertuliano dió á Herodias el nombre de sáltica, es decir, danzadora. Lucano dió el mismo nombre á sus fábulas porque eran hechas para ser danzadas? Y qué sabemos si aun la palabra *sálticas* no está corrompida y debe decir *psálticas*, esto es, propias á ser cantadas como las óperas modernas? Nada quiero asegurar, porque seria una temeridad establecer ninguna opinion sobre tan flacos fundamentos. Semejante conjetura, aunque no pasa los límites de tal, es propia de un hombre erudito y reflexivo.

(1) «Créese que Marciano Capella era tambien africano como Apuleyo; y si no, mereció serlo (dice el obispo de Avranches), segun lo dura y forzada que era su manera de escribir. Ignórase el tiempo en que vivió, añade, y so-

lamente se sabe que fué mas antiguo que Justiniano y que llegó á la dignidad de procónsul.—Mas arriba he dicho que su estilo es la barbarie misma, tan atrevido é inmoderado en sus figuras, que no se le perdonaria al poeta mas determinado, y cubierto de una oscuridad tan espesa, que apenas es inteligible; sin que esto se oponga á que el autor fuese hombre muy instruido y de una erudicion poco comun.» Mucho se ha hablado de la barbarie del estilo de los africanos, atribuyéndola á natural instinto de estos pueblos; mas es preciso no cegarse y ver en esta barbarie de estilo la decadencia y degeneracion de la literatura romana antes que un defecto local. ¿Escribíase mejor en Roma, cuando dieron al público sus obras Apuleyo y Marciano Capella?

y propension á convertir en cuentos extraordinarios hasta los hechos mas sencillos, no bastando lo comun y palpable á satisfacer su ardorosa mente. Su aficion á lo fabuloso era tal, que desde antiguo llamó la atencion, aun entre los orientales, y habla de ella uno de los profetas hebreos. El nacer con dotes inventivas se consideraba en él como un privilegio que daba la divinidad, y mirábase con veneracion al que lo poseia; así el *Coran* dedica un capítulo á elogiar la sabiduría de Locman, que, segun conjeturas, no es otro que Esopo (1), á causa de la maravillosa fertilidad de su invencion en ingeniosas fábulas. Como innata era en ellos la poesia; y al paso que la imaginacion les suministraba imágenes con que adornarla, su lenguaje cadencioso y dócil daba fácilmente de suyo los versos que la habian de engalanar. Asegúrase que todas las naciones del mundo no tienen juntas tantos poetas como la Arabia. Conservaron la memoria de muchos anteriores á Mahoma; y si en las guerras que emprendieron por dilatar con la espada la doctrina de este impostor, se resfrió por el pronto algun tanto su aficion poética, rompió con mas ímpetu, como torrente represado, despues de sus conquistas. Estas eran las gentes que fijaron su asiento en el mediodia de Europa desde el siglo viii.

La Providencia parece que se agrada en permitir de cuando en cuando tamañas corrupciones de pueblos, para que, mezclándose las razas, se presten mutuamente las cualidades que les faltan, y en tal fusion de temperamentos opuestos se modifique la exageracion de las otras prendas que posean. En el siglo viii el musulman vino á posarse entre los cristianos de Europa, conquistando la España y apoderándose en pos de la Sicilia: pocos siglos despues, saliendo de madre los europeos como torrente que rompe las opuestas aceñas, se arrojan sobre el Asia y fundan el reino cristiano de Jerusalem en medio de las naciones mahometanas. La conquista, conservacion y restauracion de este reino fué el origen y objeto de las guerras de las Cruzadas, gran acontecimiento en la historia de Europa, que desarrolló los gérmenes de adelantos que fermentaban en su seno.

Mas estas guerras, si fueron un agente poderoso que obró en las costumbres y en el aspecto general de la civilizacion de Europa, no obraron tan particularmente en la propagacion de la literatura musulmana, que tomó otro rumbo para infiltrarse en el espíritu europeo. Los árabes de España conservaron el mismo que los de Oriente. El pais donde establecieron su corte, análogo á aquel de donde venian, no podia resfriar su imaginacion, embotar su singular inventiva ni causar una revolucion en sus gustos. El clima poético de Andalucía auxiliaba tambien á la esplendidez de sus fantásticas creencias. ¿Cómo podian echar de menos el cálido suelo de la Arabia cuando en sus vergeles andaluces, oreados por una brisa suave bajo doseles de perfumados jazmines, entre calles de limoneros y naranjos, que recreaban la vista y el olfato, mientras daban descanso voluptuoso á sus lánguidos miembros, escuchaban en boca del sabio que volvía de la peregrinacion del Oriente, las aventuras de su viaje y las costumbres de sus hermanos, y le oían cantar los versos que halagaron sus oídos en Badgad ó Medina (2)? Tampoco podia la educacion ocasionar revolucion alguna en sus facultades intelectuales, pues desde luego adoptaron la costumbre de enviar á sus hijos á la India para que aprendiesen en sus escuelas; y los sabios hacian como obligatorio este viaje á fin de perfeccionar sus estudios. El docto anticuario don José Antonio Conde nos ha dejado varias noticias sobre este punto de los tres primeros siglos de la dominacion arábiga en España (3).

(1) Los árabes, dice el obispo de Avranches, tradujeron sus fábulas en un grueso volumen, que tenían en gran estima, y despues agregaron otras muchas de su invencion. En otro paraje añade: «Las fábulas de Esopo fueron muy del gusto de los persas, que se apropiaron su autor.» Es el mismo Locman del *Coran*, tan estimado de todos los pueblos de Levante, que han querido todos robar á la Frigia el honor de su nacimiento y atribuirsele. Los árabes dicen que era de la raza de los hebreos; los persas no convienen en ello, y pretenden que fuese etíope, cuya idea parece confirmar la etimología del nombre de *Esopo*, y que pasó su vida en la ciudad de Caswin, que muchos creen sea la antigua Arsacia, de donde algunos otros opinan que era nativo. Y sobre este fundamento, viendo que su vida escrita por Mircond tiene muchísima relacion con la de Esopo, de Máximo Planudes, y notando que como los ángeles dan la sabiduría á Locman en Mircond, Mercurio da la fábula á Esopo en Filostrato, no falta quien se persuada á que los griegos han quitado á los orientales la persona de Locman para hacer de ella su Esopo; aunque bien pudiera ser lo contrario.

(2) Hé aquí, en prueba de lo poético de las costumbres árabes, cómo refiere un historiador un hecho sencillo de la vida privada: «En la luna de jaban, este mismo año de 376 (de Cristo 986), saliendo Jahye ben Malic ben Ayadh de la aljama de Córdoba despues de la azala de anocheecer, acompañado de algunos amigos, llegaron á su casa y se sentaron en su patio, que era grande y ameno con frondosos jazmines y naranjos; y allí, en tanto que reposaban, rogó Jahye á uno de ellos, llamado Aben Abi Hebab que le cantase unos versos que habian oído ambos en Bagdad á Mungmi, y se los cantó. Se despidió entonces Abue Hebab deseándole larga vida y olvido del plazo fatal, y le correspondió y partió; y antes de llegar al cabo de la calle le dieron voces que volviese, y volvió y le halló muerto. Era de los hombres sabios y generosos de este tiempo, y muy filósofo, y habia estado en la India y en diversas ciudades de Asia y Egipto.»

(3) Por el anterior ejemplo vemos que el sabio Jahye habia estado en Oriente; veamos algunos de otros muchos que cita Conde, t. i, fol. 231: «En la luna de safar, egira 180 (año de Cristo 796), falleció en Córdoba Said

En cuanto se vieron pacíficos poseedores de sus mas hermosas provincias, y en Córdoba fijaron su espléndida corte, hubieron de distinguirse por su amor al lujo y á las artes, y por su afición á todo género de estudios. Para ellos brindábales su prosperidad y riqueza. Abriéronse escuelas por todas partes, y esparcieron brillantísimas luces de saber sobre el resto de la Europa, oscurecida con las mas espesas tinieblas de la ignorancia. Los escritores se han entusiasmado al contemplar el estado esplendoroso de su civilidad en unas y otras regiones del globo, comparado con el de la Europa cristiana. «¿Qué es la institucion de nuestro sistema feudal, dice uno de ellos, sino el reverso del cuadro, cuyo lado brillante y luminoso lo formaban los árabes? Qué era la monarquía de Carlo Magno, si se presenta en parangon de la de su contemporáneo Haroun? Qué eran entonces los tesoros, el lujo, la industria y el comercio de la Europa, al lado de los de Oriente?» — La cultura árabe fué una antorcha puesta en medio de las tinieblas de los siglos, que llamamos bárbaros, para que á ella vinieran á encender sus luces los pueblos que quisiesen salir de aquel estado de oscuridad.

Los califas de España compitieron con los del Asia, no solo en esplendor, sino en amor á las letras. Córdoba se convirtió en una ciudad encantada, y á toda esta civilizacion, mas brillante á la verdad que sólida, daba inmensos realces la pompa de la poesía que relucia en los libros, en la lengua, en el trato social, en la vida doméstica y hasta en los edificios, los cuales con su arquitectura aérea y caprichosa pueden reputarse como poemas de piedra. En breve la literatura hizo progresos inesperados: el saber de la India se trasladó á las escuelas de Andalucía; y en la inmensa riqueza de su literatura no fué menos interesante la profusa coleccion de cuentos, en que se ostentaba en toda su gala la imaginacion oriental con sus prodigiosos encantamientos y su fatalidad inflexible. Cuánta fuera la magia de estas ficciones, en que la fantasia no conoce límites ni regla, basta á hacérselo concebir lo que nos agradan aun desfiguradas por traducciones hechas en lenguas que se resisten á sus animadas bellezas, por carecer del idealismo del idioma original. ¿Quién al solazarse con la lectura de *Las mil y una noches* no se ha creído alguna vez, como en sueños deliciosos, trasportado á un mundo imaginario, y no ha sentido cierta melancolia al volver al que le presenta la realidad?

Los cristianos españoles hicieron por el pronto poco caso de esta pomposa y risueña literatura. Pobres y dominados por el entusiasmo religioso, ni tenian el bienestar preciso para dedicarse á tan pacífico estudio, ni, aun cuando le hubiesen tenido, les dejaba el celo de su religion pensar en otra cosa que en arrojar con la fuerza á los descreídos del suelo que habian usurpado á los fieles verdaderos.

Habia empero en medio de la parte de Europa, entonces menos atrasada en cultura, un pueblo que se extendia desde los Pirineos al Loira, y abrazaba todo aquel espacio de tierra que anteriormente á la invasion mahometana era conocido con el nombre de Galia Gótica. Esta region estaba dividida en pequeñas soberanías, donde una larga paz y el influjo benéfico del clima habian suavizado las costumbres, y donde, á la sombra de envidiable tranquilidad y de paternal gobierno, se formó una lengua dulce, poética, armoniosa, hija primogénita de la latina, por cuyo motivo vino á llamarse romana, cuando en el resto de Europa no reinaban sino dialectos informes, á quienes no podia fiarse ninguna idea. Las mencionadas pequeñas soberanías formaban otras tantas cortes, que bullian en placeres, en fiestas, en festines, en competencia sobre cuál habia de hacer mas agradable su recinto. La barbarie feudal estaba casi desterrada de ellas. Multitud de hombres, cuyo oficio para sustentar la vida era ejercer el arte de la poesía, corria de una en otra, alegrándolas con sus can-

ben Abdûs, que era conocido por el Goder andaluz que viajó á Oriente, y fué allí discípulo de Malik ben Anas, y volvió á su patria con gran fama de sabio.» — T. 1, folio 268, año de la egira 210 (de Cristo 826). «Vino á España de sus viajes á oriente Jahye ben Jahye el Laiti, á quien Malek ben Anas llamaba el discreto andaluz y el entendimiento del Algarbe» — T. 1, fol. 286, egira 238 (año de Cristo 852). «En Córdoba se suscitó una querella literaria entre los alimes y alfaquies del aljama de Córdoba contra Hafit Abu Abderrahman Baqui ben Machalad; este sabio andaluz habia estudiado en Oriente.» — T. 1, folio 287. «Dicho año de 852 falleció en Córdoba el sabio alfaquí Abdelmelic ben Habib, andaluz conocido por el Salemi, que habia estudiado en todas las mas célebres aljamas de Oriente, y en todas partes dejó fama de su prodigiosa erudicion.» — Fol. 305. «Egira 235 (año de Cristo 668), falleció en Córdoba Jahye el Laythi, docto al-

faquí, que en su juventud viajó dos veces á Oriente.» Véase el fol. 268. — Fol. 350, egira 297 (año de Cristo 909). «Murió en Córdoba Obeidala ben Jahye el Laythi; habia recorrido las academias de Africa, Egipto, Siria», etc. — Folio 362, egira 302, (año de Cristo 914). «Murió en Zaragoza Casim ben Thabita ben Azami, el Adfi, que habia viajado en Africa, Egipto, Siria...» En fin, el que quiera ver mas ejemplos de estos viajes con que los árabes de España procuraban conservar la ciencia y el espíritu de sus hermanos de Oriente, busque en la misma obra y tomo los folios 427, 431, 480, 481 y otros muchos que por no ser prolijo se omiten. Aun despues que en Córdoba, en Toledo y en otras ciudades de España se establecieron escuelas no menos famosas que las que visitaban en sus peregrinaciones, el viaje á Oriente, cuna de la religion mahometica, no lo perdonaban los fieles musulmanes.

ciones, entreteniéndolas con el relato novelesco de sucesos, ó verdaderos ó inventados, y entusiasmando los corazones de las damas, que casi no tenían otros conocimientos que los que ellos les daban de lo que pasaba fuera de los confines de sus castillos. Hablamos de los trovadores, que conmoviendo las pasiones y excitando la imaginación, fueron estimados y bien recibidos en cuantas partes se presentaron. Ni siendo el espíritu religioso en el país á que nos referimos tan entusiasta como en España, estos hombres no escrupulizaban en estudiar la literatura árabe ni en poner á contribucion sus peregrinas invenciones, que revestidas á la europea, les proporcionaban honra y dinero. Ese oficio, que hoy por su céntrica situacion ejerce la Francia de ser propagadora de las ideas por todos los ángulos de Europa, lo ejercia entonces por las mismas ventajas la Galla Gótica ó (por llamarla con el nombre que ya tenia) la Provenza. Ella sirvió de conductor de la literatura amena de los árabes á las otras naciones, y fué la primera que les dió á conocer lindas colecciones de novelas, aunque impregnadas de un desatentado espíritu de libertinaje: lo desatentado y muelle de los provenzales y el vuelo que dió á su carácter el de algunos principes licenciosos, para cuyo recreo las escribian, haciales ser poco delicados en estas materias. Las costumbres en Provenza eran fáciles y libres; y por su division en pequeños estados, por su afición á las artes, por la aptitud de sus habitantes hácia la música y poesia, y por su inclinacion á todo género de sensualidad, este país renovaba la idea de la Grecia antigua (1).

La Italia, confinante con Provenza, estudió en ella con el arte de los versos el de las relaciones novelescas, y enriqueció su lengua con los despojos del provenzal (2). Algunos ingenios de la península italiana habian desde antiguo acudido á Provenza á alistarse en el número de los trovadores. El emperador Federico Barbaroja, que se gloriaba de serlo, llevó á Sicilia desde este país la cultura de las modernas musas, y los sicilianos fueron por este motivo el primer pueblo de Italia que con buen éxito les rindieron culto. Mas tarde el Dante, alejado de su suelo patrio por las pasiones civiles, perfeccionaba sus talentos poéticos entre los provenzales, y de ellos tomaba el instrumento con que su terrible imaginacion habia de cantar el infierno, y de ellos las tintas mas suaves con que pintara el purgatorio y la gloria. En seguida el Petrarca, trasladado á Aviñon, adonde los pontífices transfirieron la silla apostólica por huir de las sangrientas discordias de Italia, bien nutrido en el estudio de los cisnes del Ter y del Ródano, hizo resonar en el nuevo idioma italiano por las campiñas de la ciudad provenzal sus inmortales cantos á Laura, sirviéndole de nueva Hipocrene la deliciosa fuente de Vauclusa. Juan Bocacio, su amigo y discípulo, sacó de las colecciones de novelas que formaron los trovadores, las ciento que publicó con el nombre de *Decameron*, primer modelo de prosa elegante, sonora y graciosa que se vió en lengua vulgar de Italia, y que aun se proponen como dechado los autores que aspiran á la perfeccion en la lengua toscana.

Mas ya para el tiempo de Bocacio, que nació en 1313, los españoles, á quienes el rey don Alonso el Sabio hizo mirar con justo respeto las letras de los árabes (si bien entonces ya estaban en deca-

(1) La circunstancia de pertenecer hoy dia la antigua Provenza á la Francia, á cuyo territorio se hallan agregadas sus provincias, ha sido uno de los fundamentos en que han apoyado muchos escritores franceses la pretension de que la Francia fué la que enseñó al resto de la Europa el arte de novelar. Esta opinion defendió, entre otros, el obispo de Avranches en su tratado *De l'origine des romans*, y apela al testimonio de un escritor italiano, llamando Giraldu, y al de otra porcion de autores por lo que toca al resto de su poesia. Pero aun cuando se supusiese á los provenzales autores de la novela moderna y de la poesia vulgar (cosa que es delirio suponer estando demostrado que imitaron estos á los árabes), si tenemos en cuenta que en aquellos siglos los provenzales no eran franceses, podríamos decir con mayor razon los españoles que formaban parte de los reinos de España, y atribuirnos su cultura. Principes españoles los dominaron, y es de advertir que bajo el imperio de la casa de Barcelona comenzó entre ellos el lustre de las letras, y acabó con el fin de su dominio; su lengua era idéntica á la de las provincias del reino de Aragon; sus relaciones con este, grandes; su simpatía aun mayor; un monarca mismo imperó frecuentemente en ambos países, sin que ni en uno ni otro se le considerase como extraño, mientras en Provenza se miraba el

nombre francés con odio y con desprecio, y se consideraba á los nacidos al otro lado del Loira como bárbaros semisalvajes. Si cedieron á su dominacion no fué sino despues de haber mostrado, con una resistencia que costó mares de sangre, el horror con que admitian su yugo. En el dia, que se han hecho estudios mas profundos sobre los orígenes de la historia literaria, está fuera de duda la certeza de la opinion opuesta á la que sostuvo el obispo de Avranches, y ha triunfado la de monsieur Saumaise, á quien él rebatió, que defendia que la España despues de haber aprendido de los árabes el arte de novelar, lo enseñó con su ejemplo á todos los otros pueblos. No vale que se nos arguya con las fábulas de los ingleses Thelesino y Melkino, y del francés Unibaldo: la antigüedad que se atribuye á estos autores es apócrifa; y por lo que atañe á los romances de Carlo Magno, atribuidos al arzobispo Turpin, un autor francés, Lebeuf, prueba con muchas y convincentes razones ser de origen español. Sobre lo cual puede verse la historia de toda literatura del abate don Juan Andrés, t. II, cap. 9.º.

(2) Que Italia debió á Provenza su cultura literaria lo confiesan todos los escritores italianos que han hablado de esta materia.— Véase el abate Andrés, *ut supra*.

dencia), habian comenzado á sacar de ellas algun partido y aun á contagiarse con sus ideas y preocupaciones. No solo hizo este Rey traducir al castellano (que él comenzo á pulir y desbastar de la áspera herrumbre que lo cubria, dándole brillo y majestad) libros de las ciencias en que sobresalian los agarenos, deseando que fuesen cultivadas de sus súbditos, sino que tambien dió á conocer las fábulas de aquellos. Al principio de la historia de *Ultramar*, que se le atribuye y que es cierto se compiló por su mandado, trae sobre el origen de Godofredo de Bullon un largo cuento de encantamientos, que pudiera hacer un buen papel entre los que refieren las viejas para entretener á los niños, que tambien, sin que ellas lo sepan, tienen origen arábigo. Allí al abuelo de Godofredo se le llama El caballero del Cisne, personaje fantástico é ideal, no menos legítimo que el mismo Amadís de Gaula, y se le hace objeto de aventuras maravillosas en extremo (1). No sé de dónde sacó Tick-

(1) Este libro de *La gran conquista de Ultramar* es rarísimo; Ticknor solo lo conoció por copia manuscrita que dice perteneció al padre Sarmiento. Se imprimió en un tomo grueso en 4.^o francés, en letra de tortis, á dos columnas, en Salamanca, por maestre Hansgiesser, año 1503. — No sabemos que haya en Europa mas de tres ejemplares completos de esta preciosa obra; y uno para en nuestro poder entre los libros que fueron del excelentísimo señor don Martín Fernandez de Navarrete. Para formar idea de lo que es la historia del caballero del Cisne, daremos aquí los epígrafes de los capítulos que á ella corresponden, no atreviéndonos á mas por ser larguísima. Empieza en el cap. xlvii, y dice:

«Agora deja la estoria de hablar una pieza de todas las otras razones por contar del caballero que dijeron del Cisne, cuyo fijo fué, é de qual tierra vino, é de los fechos que fizo en el imperio de Alemaña; é de como casó con Beatriz; é de como lo lleuó el Cisne á la tierra de su padre, onde lo traxiera, é de la vida que despues fizo la duquesa su muger con su fija Idam, que fué casada con el conde de Tolosa de que ouo vn fijo á que dixieron Gudufre, que fizo muchos buenos fechos en la tierra santa de Ultramar, así como la estoria lo contará de aquí adelante.

»Cap. xlviii. — Como el conde Eustacio estaua en gran duda si aquellas bozes que oya eran del diablo ó no.

»Cap. xlix. — Como el conde Eustacio casó con la infanta Isoberta.

»Cap. l. — Como el rey Licomberte el brauo embió por el conde Eustacio, por guerra muy afincada que hauia con sus enemigos.

»Cap. li. — Como la infanta Isoberta parió vij fijos varones, cada uno con un collar d'oro al cuello.

»Cap. lii. — Como Gandaul aquel cauallero en cuya guarda habia quedado la dueña (Isoberta) escribió cartas á su señor el conde: de como la condesa Ginesa, madre del conde, furtó las cartas al mensajero é escribió otras falsas.

»Cap. liii. — Como aquel mensajero dió las cartas falsas al conde, é de la respuesta que traxo, é de como se vino por aquel castillo de la madre del conde.

»Cap. liii. — Como aquel mensajero dió las cartas falsas á Gandaul.

»Cap. liii. — Como aquel cauallero Gandaul tomó aquellos vij infantes, é los leuó al monte.

»Cap. liii. — Como nuestro señor Dios acorrió á aquellas criaturas, é les envió una cierva que los crió fasta que los halló el hermitaño.

»Cap. liii. — Como el hermitaño andaua á pedir con aquellos niños, é como le preguntaban quien gelos diera, é el no lo queria decir.

»Cap. liii. — Como la condesa Ginesa envió por el hermitaño, é de como le tornó los seis niños, é de como los queria matar.

»Cap. liii. — Como los niños despues que fueron cisnes, volaron é se fueron para un lago que estaba cerca del hermitaño do se auian criado.

»Cap. liii. — (Está dos veces repetido el número del an-

terior capítulo.) Como el conde Eustacio vino del castillo, ca auia xvj años que desde que fuera no vino despues.

»Cap. liii. — De la respuesta que la Condesa tornó al conde Eustacio su hijo.

»Cap. liii. — Como el conde Eustacio se tornó para Portemisa, é de como era juzgada su mujer que la matasen sino daba cauallero que la defendiesse.

»Cap. liii. — Como nuestro Señor acorrió á la condesa Isoberta.

»Cap. liii. — Como el mozo su fijo del conde entró en campo con el lidiador de la condesa Ginesa é lo mató.

»Cap. liii. — Como fué muy alegre el conde Eustacio cuando supo que aquel mozo era su fijo, é como le preguntó por los otros.

»Cap. liii. — Como el conde Eustacio preguntó á la condesa, su madre, por los collares, é de como la mandó tapiar.

»Cap. liii. — Como el Conde fué con los collares donde estaban los cisnes, é leuó consigo á Gabriel el hermitaño, é á su fijo.

»Cap. liii. — Como se tornaron los cinco cisnes niños con los collares, é como el otro quedo cisne.

»Cap. liii. — Como el duque Rayner tenia tomada por fuerza la tierra de la duquesa de Bullon.

»Cap. liii. — Como la duquesa de Bullon é su fija vino á las cortes del emperador, y se querellaron del duque.

»Cap. liii. — Como el caballero del Cisne aportó á la ciudad de Nimaya.

»Cap. liii. — De como la Duquesa rogó al cauallero del Cisne que lidiase por ella, é le dixo la verdad del fecho.

»Cap. liii. — Como el cauallero del Cisne otorgó á la duquesa de Bullon é á su fija que lidiaria por ellas.

»Cap. liii. — Como el duque Rayner otorgó que lidiaria con el cauallero del Cisne é dió al emperador su gaje.

»Cap. liii. — Como el emperador rescibió los gajes é mandó juzgar la batalla.

»Cap. liii. — De las fechuras de la cámara é de la imagen que estaba en ella.

»Cap. liii. — De la razon que dixo el conde de Namur.

»Cap. liii. — De la razon que dixo el duque de Lorenana.

»Cap. liii. — Como los doce pares juzgaron que li diasen los caualleros dos, é los metieron en el campo.

»Cap. liii. — Como el cauallero del Cisne presentó al emperador la cabeza del duque, é de como descabezaaron las rehenes.

»Cap. liii. — Como se partieron de la corte los parientes del duque, é de lo que hicieron.

»Cap. liii. — Como Dios acorrió á las doncellas que Segar dió á los escuderos que las desonrassen.

»Cap. liii. — Agora deja la estoria de hablar de los de Saxonia, é tornará á contar como el cauallero del Cisne fué casado con Beatriz fija de la condesa de Bullon.

nor, á pesar del sello arábigo que lleva esta historia, que en su origen se escribió en Normandía ó en la Bélgica, y que la comenzó un tal Juan Renhault, la concluyó despues Graindor de Douay, hacia los años de 1300, y de aquí se tradujo en castellano para ingerirla en *La gran conquista de Ultramar*, reinando ya don Alonso XI. Porque ¿no pudo suceder que fuese al revés, y que esta historia contada en el libro español fuese el ejemplar del poema de Renhault? No es mas natural que los normandos viniesen á tomar de nosotros las invenciones árabes, que no que nosotros buscásemos entre ellos lo que se fabricaba en nuestra casa? La falta de un códice completo coetáneo y fehaciente hace irresoluble esta cuestion.

Mas si el rey don Alonso el Sabio ó las personas de quienes se valia para compilar sus historias no fueron los que directamente pasaron de los libros árabes á los españoles este dilatado cuento, no

» Cap. lxxxij. — Como el angel apareció á Beatriz, la duquesa, la primera noche de su casamiento, é le dijo que era empuñada de una hija.

» Cap. lxxxiii. — Como el emperador dió al caballero del Cisne á Galieno, su sobrino, que le entregase del ducado de Bullon.

» Cap. lxxxv. — Agora dexa la estoria de fablar de esto, é torna á contar de los parientes del duque de Saxonia como fizieron.

» Cap. lxxxvj. — Agora deja la estoria de fablar de ellos, é torna á contar del cauallero del Cisne, é de Galieno como se partieron del emperador.

» Cap. lxxxvij. — Como Ancelin el Merino llegó al cauallero del Cisne é á Galieno, é de lo que les dijo.

» Cap. lxxxviii. — Como fueron descubiertos los parientes del Duque, é como enforcaron al Merino Ancelin.

» Cap. lxxxix. — Como un sobrino del Ancelin vino á preguntar á la hueste del cauallero del Cisne por su tío é de la respuesta que le dieron.

» Cap. xc. — Como el sobrino de Ancelin fué con nuevas á los siete condes que su tío era enforcado.

» Cap. xcj. — Como el cauallero del Cisne peleó con la primera haz de los condes que era capitan el conde Segar de Mombrin, é de como los desbarató.

» Cap. xcij. — Como el cauallero del Cisne mató al conde Segar de Mombrin, é de como venció á los suyos por la oracion de Beatriz, su mujer.

» Cap. xciii. — Como Galieno demandó al cauallero del Cisne la primera justa de la otra haz, é como ge la otorgó, mas no á su grado.

» Cap. xciiij. — Como el conde Espaldar de Gormasis mató á Galieno, el sobrino del emperador, de las primeras heridas é del esfuerzo que dió á los suyos.

» Cap. xcvi. — Como el cauallero del Cisne mató á Espaldar de Gormasia, é de como venció los suyos.

» Cap. xcvi. — Como el cauallero del Cisne é los suyos yban en alcance de los de Saxona.

» Cap. xcviij. — Como el cauallero del Cisne é su mujer, é los suyos é los de Galieno facian gran duelo por él.

» Cap. xcviij. — Como Yugo que yba en una haz por el cauallero del Cisne, mató al conde Jazaran, é de como venció los suyos.

» Cap. xcix. — Como el conde Aynor de Spira mató á Yugo, é como el cauallero del Cisne mató á él é venció los suyos.

» Cap. c. — Como el cauallero del Cisne prendió al conde Folquer de Rivera.

» Cap. cj. — Como el cauallero del Cisne tornó á los suyos que fuian, é de las cosas que fizo.

» Cap. cij. — Como los condes Mirabel de Tabory Graner leuaban presa á la duquesa Beatriz, mujer del cauallero del Cisne, é de la oracion que ella facia.

» Cap. cij. — Como apareció una golondrina del cielo al caballero del Cisne é le dixo que fuesse á acometer á los enemigos, é cobrarla su mujer.

» Cap. civ. — Del milagro que nuestro Senor fizo por el cauallero del Cisne, por su mujer.

» Cap. cv. — De como el cauallero del Cisne robó el campo, é como entuió el cuerpo de Galieno é los condes muy honradamente al emperador.

» Cap. cvj. — Del gran duelo que fizo el emperador é los suyos por Galieno, su sobrino.

» Cap. cvij. — Como el cauallero del Cisne é su mujer la duquesa Beatriz se fueron derechos al ducado de Bullon, é como se apoderaron dél, é del recibimiento que le fizieron.

» Cap. cviii. — Como el cauallero del Cisne fizo una gran corte en Bullon, é como armó cincuenta caualleros noveles, é como se empuñó su mujer é como parió una hija.

» Cap. cix. — Como la Duquesa salió á misa con su hija Ida, é de la gran fiesta que fizo facer el cauallero del Cisne.

» Cap. cx. — Como se ayuntaron con el conde Graner que habia escapado de la pelea de Caulença los fijos de los condes que murieron en la dicha pelea muy calladamente, é como vinieron á cercar al cauallero del Cisne en Bullon.

» Cap. cxi. — Del sueño que soñó el cauallero del Cisne é del consejo que le daua su mujer.

» Cap. cxij. — De como el cauallero del Cisne no quiso creer á su mujer la Duquesa, é de como le vino mandado de los de Saxonia que destruian la tierra.

» Cap. cxij. — Como el cauallero del Cisne se armó, é salió con su gente é peleó con los de Saxonia, é de como mató al conde Acarrin.

» Cap. cxiv. — Como los del cauallero del Cisne fuyan á la villa, é de como derribó al conde Galaran de Mombrin, é de como mataron el cauallero al cauallero del Cisne.

» Cap. cxv. — Como el cauallero del Cisne se fuera á Bullon é de como Terrin, su mayordomo, derribó al conde Galaran.

» Cap. cxvj. — Como el cauallero del Cisne se entró en la villa, é como los de Saxonia los combatieron muy de recio, é como los de la villa mataron bien trescientos dellos.

» Cap. cxvij. — Como el conde Galaran dió consejo á la hueste; é que cercasen el castillo é la villa en guisa que no saliese ninguno.

» Cap. cxviij. — Como el cauallero del Cisne é los suyos salieron á pelear con los de Saxona, é como mató al conde Malprian, fijo del duque Rayner.

» Cap. cxix. — Como el cauallero del Cisne embió con cartas á Terrin á demandar acorro del emperador.

» Cap. cx. — Como el emperador Otto embió por sus vasallos para ir á acorrer al cauallero del Cisne.

» Cap. cxxi. — Como el emperador Otto embió cien caualleros para que viessem como estaban asentados los de Saxonia.

» Cap. cxxij. — Como el conde de Grea vino con su haz á pelear con el conde Galaran.

» Cap. cxxij. — Como el cauallero del Cisne salió de la villa con los suyos para pelear con los de Saxonia, despues que vió que el emperador venia.

puede decirse lo mismo de los del indiano Bidpai (conocidos bajo el nombre de *Fábulas de Bidpai*, y bajo el de *Libro de Calila y Dimna*), obra la mas célebre de los orientales, traducida muchas veces en persiano, siriano, hebreo, griego, latín, español y en todos los idiomas de Oriente y Occidente, y siempre recomendada con elogios. La primera traduccion que tuvo en las lenguas occidentales fué la que se hizo en 1251 por orden de aquel monarca, siendo infante, la cual supone otra traduccion anterior hecha al latín. La de Juan de Capua á esta última lengua (que fué la que generalizó el libro por Europa) no se hizo hasta despues del año de 1262, y del hebreo; no como la latina española, que vino á servir de original á la castellana, que se sacó directamente del arábigo.

Un principe de la sangre de San Fernando, próximo pariente del rey Sabio, fué despues el primero que, tomando la idea de los árabes, se atrevió á componer abandonándose á sus propias fuerzas una preciosa coleccion de novelas. Hablo del infante don Juan Manuel, autor del *Conde Lucanor*. Nació en Escalona en 1282, y era su padre el infante don Pedro Manuel, hijo de San Fernando. Nacido para caudillo de esforzados caballeros en la incesante guerra que traía la España, acreditó desde su niñez su valor en empresas contra moros. Mas adelante fué coregente en la minoria de don Alonso XI, y en este puesto se portó con talento y perspicacia. Sentado en el trono don Alonso, no quedó muy satisfecho de su tío don Juan Manuel, y obligado este á evitar la saña de un rey que no perdonaba nunca, hubo de verse envuelto en guerras civiles, y fué uno de los poderosos promovedores de los disturbios de aquel reinado. En medio de vida tan agitada, halló tiempo para escribir varias obras, y una de ellas, la mas conocida y celebrada, y acaso la que mas lo merece, es la que acabamos de citar. Compónese de cincuenta cuentos ó apólogos, á los cuales solo les falta extension para que puedan llamarse novelas, segun la acepcion que hoy damos á esta palabra (1). Por su forma, conocidamente son del gusto oriental, pues todos están, como en las demás colecciones de este gusto, enlazados entre sí por medio de una ficcion que sirve como de hilo que los engarza. Este libro, aunque el primero en su género en lengua vulgar, no carecia de ejemplar mas antiguo entre los españoles. Pedro Alfonso, judío converso, llamado antes Moises Sephardi, natural de Huesca,

» Cap. cxxiv. — Como el emperador é el cauallero del Cisne desbarataron é vencieron á todos los de Saxonia: assi que de todos los condes que y vinieron no escapó ninguno que muerto ó preso no fuese.

» Cap. cxxv. — Como la duquesa Beatriz preguntó á cauallero del Cisne por su nombre, é de qual tierra era.

» Cap. cxxvi. — De la respuesta que le dió el cauallero del Cisne, é como mandó ensillar su cauallo é tomó su espada, la que traxiera é el fierro de la lanza, é dixo que se quisiera ir.

» Cap. cxxvii. — Como la duquesa Beatriz facia muy gran duelo porque su marido se queria ir, é como le pedia por merced que no se fuese.

» Cap. cxxviii. — Como la duquesa Beatriz trajo en sus brazos á su hija Ida, é dixo al cauallero del Cisne que pues que él se iba, á quién dexaba encomendada á su hija; é de como dixo que al emperador.

» Cap. cxxix. — Como el cauallero del Cisne dexó á su mujer el su cuerno de marfil.

» Cap. cxxx. — Como el cauallero del Cisne se fué para Nimaya al emperador, é del gran sentimiento que facian sus vasallos por él.

» Cap. cxxxi. — De la razon que dixo el cauallero del Cisne al emperador é á toda su corte.

» Cap. cxxxii. — Del gran pesar que habia el emperador é su mujer é todos los de la corte porque se iba el cauallero del Cisne.

» Cap. cxxxiii. — Del grito que dió el Cisne é como el cauallero del Cisne se despidió del emperador Otto é de toda su corte, é de como le encomendó á su hija Ida que la cassase é que le dicesse su tierra esentamente; é de como gelo prometió el emperador.

» Cap. cxxxiiii. — Como el cauallero del Cisne se fué en el batel, é como la duquesa Beatriz é Ida su hija se fueron para Bullon.

» Cap. cxxxv. — Agora dexa la estoria de fablar de todas

estas cosas, é torna á contar de la áspera vida que facia la duquesa Beatriz.

» Cap. cxxxvi. — Del gran miraglio que nuestro Señor fizo, é como perdió la duquesa Beatriz el cuerno de marfil del cauallero del Cisne.

» Cap. cxxxvii. — Como la duquesa Beatriz mandó facer el palacio que se habia ardido mucho mas rico que ante era.

» Cap. cxxxviii. — De las grandes cortes que fizo el emperador Otto en la ciudad de Cambray, é de como venieron ende muchos altos homes é la duquesa Bullon é su hija.

» Cap. cxxxix. — Como el conde Eustacio de Boloña pidió por merced al emperador que le serviria de copa, é de como le prometió el emperador todas las cosas que le demandase, é de como le demandó en casamiento á su sobrina Ida hija del cauallero del Cisne. é de la respuesta que le dió.

» Cap. cxl. — Como el conde Eustacio de Boloña envió á su tierra por haver é por hombres facer sus bodas.

» Cap. cxli. — Como leuaron á la iglesia al conde Eustacio é á Ida á velar.

» Cap. cxlii. — De las grandes bodas que fueron fechas en aquella corte del conde Eustacio é de su mujer, é de como aquella noche quedó empenada Ida del noble Gudafré que fizo muchas maravillas.

» Cap. cxliii. — Del sueño que soñó la primera noche Ida, é de las voces que dió, é de como lo contó al conde su marido.»

(1) Tan solo publicó Argote de Molina cuarenta y nueve apólogos. Pero en antiguos códices de la Biblioteca Nacional está el que faltaba, y cuyo título es: «*De lo que contesció á don Lorenzo Xarez Gallinato, quando descabezó el capellan renegado.*» Ya le gozan los doctos en un curiosísimo volumen que acaba de sacar á luz en Paris monsieur Adolfo de Puibusque, con este nombre: «*Le Comte Lucanor, Apologues et fabliaux du xiv.^e siecle, traduites pour la première fois de l'espagnol.*»

donde nació al mediar el siglo XI, escribió despues de haberse hecho cristiano, es decir, con posterioridad al año de 1206, un libro con el título de *Disciplina clericalis*, coleccion de treinta y siete cuentos y varios apotegmas, que se suponen referidos por un árabe moribundo á su hijo. Adviértase que el autor nació judío y profesó largos años la religion judáica, circunstancias á que debió una erudicion en las letras arábicas, que era entonces inútil buscar entre los cristianos. El pueblo judío, extraño á los odios religiosos entre estos y los inusulmanes, y tolerante como lo son siempre los débiles, fué, digámoslo así, un cuerpo intermedio entre los dos pueblos beligerantes, y con uno y con otro conservaba relaciones para él de comodidad y provecho. No teniendo otros medios de ganar la vida que el comercio y la ciencia, estudiaba con esmero las disciplinas de los árabes, quierén por su origen oriental le inspiraban mas simpatías, y vendia despues su ciencia á los cristianos. El libro de Pedro Alfonso está escrito en el latin del siglo XI, es decir, en un latin bárbaro y mestizo. No deberémos asegurar si lo conocia el infante don Juan Manuel; pero si se recuerda su aficion á libros, su alto nacimiento, que su riqueza le daba todos los medios que entonces existian de proporcionárselos, y que la obra del converso adquirió tanta celebridad que en verso francés fué traducida, podemos sin temeridad ninguna afirmar que sí (1). El plan del *Conde Lucanor* es el mismo, y alguna de sus historias ofrece en ambas obras notable semejanza; pero supera á su contrario el tono y estilo de la de don Juan Manuel, sin que por esto deba de ningun modo reputarse oriental. Los españoles, siempre graves y sesudos, podian tomar sus asuntos de la literatura árabe; mas al trasladarlos á su idioma los revestian de un traje propio de su gravedad y compostura. En punto á la influencia del estilo árabe en los escritos castellanos, ha habido mucho de aprension; la influencia fué mayor en las cosas que en el modo de expresarlas. Dígasenos en prueba, ¿qué orientalismo se encuentra en los rudos poemas del Cid, de Fernan Gonzalez, ni en las mas limadas poesías de Berceo y de Juan Lorenzo de Astorga, en donde los rasgos de imaginacion son tan escasos y tan natural y prosáica la expresion? El pueblo español, por su origen, por su religion, por los climas que habitaba y aun por la rudeza misma de las costumbres, era un pueblo del Norte; y hasta que vivió por largos años bajo el hermoso ardiente sol de Andalucía como señor de toda la Peninsula, no tomó algo, aunque poco en verdad, del estilo hiperbólico de los árabes. El del *Conde Lucanor* es severo y circunspecto; están sus cuentos narrados ciertamente con una sencillez nativa, que agrada tanto como la de los mejores orientales; pero no hay en ellos nada de sus ficciones, de sus metáforas exageradas, de sus hipérboles monstruosas. Esto baste para acreditar que la literatura española tenia ya entonces un carácter peculiar.

Comparando el libro referido con el *Decameron* de Bocacio, se notará no solo la distinta índole de los autores, sino la diferencia de gravedad y costumbres de los pueblos para quienes ambos escribieron. En el *Conde Lucanor* todo es moral é instructivo, y la enseñanza se da con seriedad y decoro; sus cuentos, se supone en la introduccion, llevan por objeto instruir á un magnate que, teniendo á su cargo la suprema administracion de sus vasallos, se halla con frecuencia perplejo sobre varias cuestiones de moral y política, y proponiéndolas á su secretario, este va satisfaciendo sus dudas con otras tantas parábolas, terminadas en dos ó mas versos que incluyen la moralidad. El *Decameron* en casi todos sus relatos es ofensivo al pudor; sus fábulas son milesias, careciendo de otro objeto que el de recrear un paladar viciado, y olvidando por completo el fin moral, que nunca debe perderse de vista en los escritos. Por este lado el escritor italiano se queda muy inferior al español; y si de esta comparacion se pasa á la del estilo, tampoco creemos que don Juan Manuel tenga por qué rehuir la competencia. El Bocacio es celebrado por su pureza de lenguaje; no es menos puro el de don Juan Manuel: si creó aquel la prosa italiana, dándola número y gallardia, nótese ya en este el completo desarrollo de los giros y formas que luego constituyeron la índole característica del majestuoso idioma castellano. Algo mas abundante y ameno es el Bocacio, como no llegue á degenerar en lánguido y pesado; pero en cambio, aunque natural y agradable siempre que narra, cuando hace hablar á sus interlocutores, es impropio por demasiado retórico y afectado; mientras que el estilo de don Juan Manuel, siempre conciso y lleno, está libre de este defecto.

El género de novela corta que cultivó Bocacio, halló continuadores en Italia; tras él hubo otros

(1) Pedro Alfonso dice que formó su libro *ex proverbis philosophorum, et suis castigationibus arabicis, et fabulis, et usibus partim ex animalium, et volucrum similitudinibus*. Vese pues por esto que es una coleccion de apólogos, aunque todos enlazados entre sí por una idea

principal. Sobre su fama en Europa habla Ticknor, y dice que fué traducido en verso francés, y no una vez sola, citando á Barbazan *Fabliaux*, 1808. Siempre ha sido libro rarísimo. F. W. V. Schmidt lo imprimió nuevamente en Berlín, año de 1827, en 4.^o

que compusieron colecciones sujetándose á mas decoro y haciendo consistir el interés de sus fábulas mas en lo portentoso y nuevo, ó en lo tierno y patético de los lances, que en lo picante de las ideas; pero no sucedió lo mismo en España con las obras de don Juan Manuel. Mientras el *Decamerón* tenia fama por toda Europa, admiradora de la literatura italiana, y cuando desde el principio de la invencion de la imprenta ocupaba sus prensas, el *Conde Lucanor* yacia ignorado; y no se conoció hasta que Argote de Molina hubo de imprimirlo por vez primera en 1575. El género en que está escrito permaneció olvidado tambien. La enfermedad caballeresca invadia todos los cerebros españoles; la idea de esta institucion tutelar se habia convertido en un verdadero frenesi, y la exageracion del espiritu caballeresco y las fábulas á que daba origen estaban apoderadas de todo: de la historia, en que se refieren hechos tan exagerados como en la mas disparatada novela, y hasta de los santorales, que se escribian en aquel tiempo atribuyendo á los santos acciones verdaderas ó falsas, pero no mas racionales que la penitencia del caballero Beltenebros en la Peña pobre.

Montalvo acertó á dar á la *Historia de Amadís* las gracias del estilo, y su libro obtuvo una reputacion inmensa. Largo tiempo se presentó como el mas perfecto modelo de la lengua castellana, y dábase como texto á los extranjeros que querian estudiarla. Su primacia confiésala el autor del *Diálogo de las lenguas* (1), á pesar de ser crítico descontentadizo, diciendo: «Comunmente se tiene por mejor estilo el del que escribió *Los cuatro libros de Amadís de Gaula*, y pienso que tienen razon; bien que en muchas partes ya demasiado afectado y en otras descuidado; unas veces alza el estilo al cielo, y otras lo abaja al suelo; pero el fin, así á los cuatro libros de *Amadís* como á los de *Palmerín* y *Grimalcón*, que por cierto respeto han ganado crédito conmigo, terné y juzgaré siempre por os mejores.» El mismo autor que, por el clásico gusto y erudicion que manifiesta en este escrito y por otras sospechas, se debe creer que no pertenecía á la clase de los que mas atractivo encontraban en la lectura de este género de libros, declara que en su juventud cayó en la tentacion de leerlos todos; ¿qué sucedería á los hombres escasos de instruccion, entusiastas por hazañas, dedicados á las armas, que esperaban de la guerra prez y eterno renombre? La inmensa popularidad de *Amadís* dió tal impulso á la composicion de estos libros, que ya en el reinado de Carlos V, que era cuando escribia el autor del *Diálogo*, se conocian los de *Esplandián*, *Florisardo*, *Lisuarte*, *Caballero de la Cruz*, *Guarino Mezquino*, *La linda Comesina*, *Reinálidos de Montalván* y otros que, aunque mal compuestos en el fondo y en la forma, revolvian la cabeza de la juventud enamorada de sus desatinos. ¿Quién podrá enumerar la inmensa caterva de los que siguieron á estos? Inventábanse para ellos los nombres mas estrambóticos y peregrinos: *don Clarián de Landantis*, *don Clarindo de Grecia*, *don Clarisel de las Flores*, *don Clarismundo emperador*, *Cleomedes y Claramunda*, *don Cristalián de España*, *don Cirongilio de Tracia*, y cuanto mas extravagantes eran los títulos, mas excitaban la curiosidad de los lectores.

Pero estos libros no son tan despreciables como se ha querido suponer; si con ellos tiene poco que hacer el literato, no sucede lo mismo al historiador y al filósofo. ¿Por qué estas historias, que con razon nos parecen disparatadas, tuvieron tanto séquito en siglo tan racional como lo fué el xvi? Porque en ellas veia descritas sus ideas y sus costumbres, porque daban nutricion á los pensamientos mas favoritos de todas las cabezas. — El libro de caballerías debe considerarse como la novela de costumbres de la edad media: las exageraciones están en los hechos que refiere, no en las ideas que enuncia; y aun en materia de hechos, no todos los que ahora nos parecen inverosímiles dejaban de tener ejemplos en la vida real de aquellos tiempos. Cuando vemos en la crónica de don Juan II de Castilla caballeros, cuya existencia no es dudosa, irse por esos mundos buscando aventuras, deseando encontrar con quién medir el esfuerzo de su potente brazo en los torneos, y damas á cuyas plantas rendir los trofeos de su victoria; cuando vemos á un sugeto tan grave como Diego de Valera, escritor juicioso y embajador prudente, celebrado por el no menos formal Hernando del Pulgar, andar convertido de corte en corte en un matasiete; cuando vemos pasos de armas como el del Puente de Orbigo, donde centenares de caballeros de todos los países acudieron á romperse las cabezas y magullarse el cuerpo, por si era mas ó menos hermosa una dama, á quien la mayor parte de ellos no conocia; cuando todavía un siglo despues miramos á Carlos V desafiar á singular batalla á Francisco I (2), exponiendo sus reinos á quedar huérfanos; y cuando,

(1) Lo publicó Mayans en sus *Orígenes de la lengua castellana*. Es de autor ignorado; pero quien quiera que fuese el que lo escribió, era persona de exquisito gusto y mucha erudicion.

(2) Mucho se ha hablado y escrito sobre el desafio entre estos dos grandes principes, que fué un rasgo de caballeros andantes; pero lo que pocos saben es que en el año de 1528 se imprimió un papel con este título:

lo que es mas extraño, se nos presenta Felipe II, el príncipe de genio menos poético y especulativo que hubo jamás, haciendo en los regocijos con que le festejaron los estados de Flándes el papel de caballero andante (1), admiramos la verdad de estos libros y reconocemos su influjo. Al presente nos es imposible formar una idea cabal del que recíprocamente ejercieron estos libros en las costumbres y las costumbres en ellos. El comercio, el mucho trato de gentes, la educacion sedentaria y la propension de las naciones modernas hácia la quietud, madre de las artes, han borrado gradualmente aquellos fuertes y determinados caractéres que distinguian á los pueblos occidentales, caractéres que son esencialmente necesarios á fin de que en determinados casos pueda obrar la humanidad con la mayor energia. El influjo de los libros caballerescos no fué nocivo, aunque alguna vez la sociedad pudo resentirse de su exceso. Grandes cosas tenian que hacer aquellos siglos; el impulso debia de ser proporcionado. Sin la excitacion febril que promovieron por aventuras, ¿hubiera habido muchos que confiándose á unos frágiles maderos se hubiesen entregado al Oceano, sin norte ni guia en busca de nuevas regiones, ni se hubiesen expuesto á las hambres y peligros que experimentaron por explorarlas, ni á acometer con pocas docenas de hombres imperios poderosísimos? Con gusto examinaríamos estas cuestiones, si para ello no fuese necesario escribir un extenso volumen y separarnos del plan que nos hemos propuesto en el presente escrito (2).

Relacion de lo que ha pasado sobre el desafio particular entre el Emperador y el rey de Francia. Con privilegio de su majestad. Tal es la portada, en la cual están grabadas las armas reales: no se expresan el lugar de la impresion ni el impresor; pero al fin se pone el privilegio, dado por el Rey, en Toledo, á 29 de noviembre de 1528, y refrendado por mandado de su majestad, que empieza así: «El Rey: Por cuanto vos *Gonzalo Perez*, mi Criado, me hecisteis relacion que vos por nos servir quereis tomar trabajo de facer imprimir la relacion de todo lo que entre mi y el rey de Francia ha pasado sobre nuestro combate, de la forma é manera que ha sido ordenada por nuestro consejo; é porque la impresion de ella os costaria mucho me suplicastes é pedistes por merced para que vos, ó quien vuestro poder oviere pudiédeses emprimir la dicha relacion é venderla por tiempo de seis años, é que otra persona alguna durante el dicho tiempo no la pudiese emprimir ni vender, so grandes penas ó como la mi merced fuese: e yo acatando lo que me habeis servido é servis, tuvelo por bien, etc.» Sigue á esto la fe de erratas y concluye con esta nota: «Con otro privilegio para todos los reinos de la corona de Aragon, pena de quinientos ducados. Está tasado á ocho maravedis el pliego.» Tiene veinte y ocho hojas sin foliacion. En la plana segunda de la portada comienza la obra así: *Relacion particular de todo lo que entre el emperador don Carlos, quinto de este nombre, rey de España, y Francisco, primero de este nombre, rey de Francia, sobre el combate de persona á persona ha pasado. Traducada de francés á español.* Este *Gonzalo Perez*, criado del Emperador, fué sin duda el padre del famoso *Alonso Perez*; llegó á ser secretario del Rey; y *Juan Calvete* de la Estrella celebra su expedicion en los negocios. Entre los literatos se le conoce por su traduccion de la *Odisea*, en su tiempo muy celebrada, y hoy de ninguno leida, aunque merece serlo, pues la sencillez y la antigüedad de su lenguaje tiene cierta conformidad que agrada con el argumento del poema griego.

(1) Véase *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso príncipe don Felipe*, etc., por *Juan Cristóbal Calvete* de la Estrella. Amberes, en casa de *Martin Nucio*, año MDLII.

(2) En la *Suma de filosofia natural*, de *Alonso de Fuentes*, impresa en Sevilla en casa de *Juan de Leon*, y acabada de imprimir en 5 de octubre de 1547, en 4.º, en el fol. 115 y siguientes, refiere uno de los interlocutores, llamado *Vandalio*, que hallándose reunidas muchas personas en una casa «un cierto bachiller que allí se halló me pidió prestado un *Strabon De situ orbis*.

Nuestro doliente (porque lo es) de ser muy leido y entendido (era este el amo de la casa) preguntó qué libro era aquel; y el señor bachiller, como debia entender mas en los preceptos pasados que en los defectos presentes, le dió cuenta muy por extenso de lo que trata este auctor; y el doliente con un semblante desdeñoso nos dijo: Pensé que trataba de otra cosa, porque me admiraba no haber visto este libro; porque yo soy uno de los hombres mas leidos que se pueden hallar en esta ciudad. Y así comenzó á discurrir, loándonos algunos auctores que habia leido como *Reinaldos de Montalván*, diez ó doce de *Amadís* y *don Clarián* y otros semejantes; y parando aquí, dijo que ningun libro entre todos cuantos habia visto le habia parecido mejor que *Palmerin de Oliva*.—*ETHRUSCO*. Por Dios, que es el mejor cuento que jamás he oído.—*VANDALIO*. Pues oyme, que no paró en esto su dolencia; que lo hizo parecer allí, y comenzó con mucho contento de todos, á veces leyendo, á veces de palabra, á contar la fama, vida y origen de *Palmerin de Oliva*; y no quedó en él, que hasta la cuarta generacion nos lo dió á conocer, diciendo que no se hallaba sin él, aunque lo tenia de cabeza. ¿Qué diréis de esto? ¿Qué plaga es esta? ¿Párceos con cuán justa razon anda el nombre de mi *Vandalia* tan infamado por todas las partes que de esta triste provincia se trata? ¿Qué dirémos? ¿En qué pecaron nuestros padres, pues padecemos los hijos tal ceguedad?—*ETHRUSCO*. No, señor, sino para que se vean en nosotros las obras de la ociosidad.—*VANDALIO*. En verdad que la teneis mas para decir eso, que el otro para encarescernos á su *Palmerin*; porque lo subió tan alto cuanto alcanzó su entendimiento, siendo (no sé si lo habeis leido estando doliente) un compendio de mentiras, y dejando esto, un romance tan grosero y de tal proporcion, que no sé de qué se enamoró nuestro caballero.—*ETHRUSCO*. Por Dios que creo que el regalo ó enfermedad que padecia debia de ser á causa de los amores de *Palmerin*, segun lo queria.—*VANDALIO*. A ser en Italia, pudírase creer eso, pero por acá no se usan de esos amores.—*ETHRUSCO*. En verdad, señor, que me conviene estar recatado siempre, y no entremeterme entre vosotros, por no sacar lo que los que se entremeten entre padres é hijos.—*VANDALIO*. Señor *Ethrusco*, no me culpeis, que debo naturaleza y crianza á esta ciudad; y sobrada pasion me compele á revesar lo que tengo en el pecho. Y tornando á nuestro propósito, en verdad que, así como los pontífices pasados tuvieron cuidado de examinar y dar por apócrifos muchos libros, cuya doctrina no era dañosa mas que por estar intitutados de algunos santos y doctores (de todos

La satírica pluma de Cervantes hirió de muerte los libros de caballerías, sin duda ignorando que la sociedad, que nunca sabe mantenerse en un justo medio, desde el extremo reprehensible que él zahirió había de arrojarse en otro mas perjudicial de egoismo, bajeza é indiferencia. La composicion inmortal con que logró tamaño triunfo, es de aquellas que, como todas las de primer orden, nunca envejece; y semejante á las de Homero, de todos tiempos y de todas las edades. Publicóla en dos partes; y en el espacio que medió entre la publicacion de la primera á la segunda, la mano atrevida de un enemigo de Cervantes regaló al público una continuacion de su cosecha. Todavía no sabemos quién fuese el escritor que se disfrazó bajo el nombre de Alonso Fernandez de Avellaneda y se hizo natural de Tordesillas. Creyó el biógrafo mas diligente de Cervantes (1) que era clérigo aragonés, y como tal favorecido de fray Luis de Aliaga, confesor del Rey; pero en nuestros dias algun escritor ha llevado sus sospechas á decir que fué el mismo fray Luis de Aliaga (2). Si esto es así, el reverendo padre confesor era muy incivil y grosero, cuando sin tener en cuenta la ancianidad y la desgracia, insultó con torpes improperios á Cervantes, digno cabalmente por estas mismas circunstancias de mayor respeto, y mucho mas hallándose su contrario en la cumbre de la fortuna: acto de vileza perseguir el poderoso á los desvalidos, execrable accion cubrirse para ello con el velo del anonimato. Cualquiera que fuese, Cervantes no se atrevió á acometerle de frente; pero sintió en el alma las injurias. Los españoles, acostumbrados al estilo encantador de este ingenio y á su inimitable gracia, con desden miraron la obra del audaz continuador, falta de aquellas dotes aunque no enteramente desprovista de mérito, si se prescinde de una comparacion que á todo escritor seria desfavorable. Debe de creerse que las principales imperfecciones que la hacen desmerecer para nosotros sean las de estilo, al ver que en Francia halló mejor acogida su traduccion, en donde las bellezas y defectos debidos al manejo de la lengua original desaparecen; advirtamos no obstante que Le Sage fué el traductor, y que mejoró su modelo. Aun en nuestros dias Avellaneda ha sido el objeto de las vigiliass de un crítico francés (3), de donde se deduce que no tienen su obra nuestros vecinos por un libro vulgar y despreciable, como desde su publicacion lo ha creído la generalidad de los españoles.

Cuando á mediados del siglo xvi lectores y escritores empezaban á cansarse de las ruidosas proezas de los paladines, comenzaron estos últimos á trasladar sus invenciones de los campos de batalla y de los palacios á los oteros y apriscos. El mismo Cervantes, que no dejó extrañeza de su siglo que no señalase con burlona sonrisa, hace concebir á su héroe, despues que se cansó de ser caballero andante, la idea de irse con su escudero á gozar las dulzuras de la vida pastoral. Origen de esta nueva irrupcion de novelas fué la *Arcadia*, de Sannazaro, poeta napolitano que alcanzó los últimos años del siglo xv y los primeros del xvi. Esta obra, encantadora por la delicadeza de sus imágenes y sencillez elegante de expresion, tuvo gran séquito entre aquella sociedad aniquilada por las mas crueles guerras, sin duda por el contraste de las amarguras que los afligian, con la tranquila vida que les daba á conocer el poeta, víctima tambien de los sangrientos trastornos (4). Jorge de Montemayor, natural de Portugal y domiciliado en España, fué el primero que se propuso imitar este libro en castellano, porque ninguna obra célebre se libre de imitaciones. Escribió su *Diana enamorada*, estando en Valencia, donde por su discreto ingenio y destreza en la música ha-

los cuales, y de por quien fueron prohibidos hago plenaria mencion no sin propósito en un capítulo de mi *Suma de los hechos notables de las mujeres*, en la cual lo veréis),—los gobernadores y prebostes de las ciudades habian de hacer lo mismo á los libros semejantes, por el mal ejemplo que de ellos resulta. Porque, dad acá en el mas cendrado libro destes, ¿qué se trata, dejando aparte ser todo fábulas y mentiras, sino que uno llevó a mujer de aquel, y se enamoró de la hija del otro; cómo la recuestaba y escribía, y otros avisos para las que están acaso descuidadas? Y no yerro en lo que digo, que me admiro que se tenga cuidado el prohibir meter en este reino las sábanas de Bretaña (á causa que se hallaban enfermas por su respecto muchas personas de muchas enfermedades contagiosas, de las cuales las dichas sábanas venian inficionadas), y no se provea en suplicar que se prohiban libros que den de si tan mal ejemplo, y tanto daño de ellos depende. Y porque se me caliente la boca, y quizá sin mi voluntad no podré parar tan presto, os suplico que me atajéis con proseguir nues-

tra materia para que demos hoy fin á ella.»—El maestro Alejo de Venegas, fray Luis de Granada, Arias Montano y todos los hombres mas célebres del siglo xvi alzaron su elocuente voz contra los libros de caballerías; pero cuanto ellos mas clamaban, mas se entregaba el público á la entusiasta aficion de su lectura.

(1) Don Martin Fernandez de Navarrete.

(2) Véase el prólogo del primer tomo de *Novelistas posteriores á Cervantes* en la presente coleccion.

(3) G. de la Vigne ha escrito y publicado hace poco un estudio crítico, titulado *Les deux Quichottes*, en 8.º, chez Didier, quai des Augustins, en que se propone desentrañar estas dos cuestiones. ¿Quién fué Avellaneda? ¿Cuál es el mérito de su libro? No hemos visto este escrito; pero por la idea que de él tenemos, el juicio del autor francés es favorable á Avellaneda.

(4) La *Arcadia* de Jacobo Sannazaro se tradujo del italiano al español por Blasco de Garay; y de esta traduccion he visto una impresion hecha en Salamanca, año de 1578, en 16.º

bia hallado tan buen acogimiento en las damas y poetas, que no pudo menos de manifestar su gratitud celebrando á las unas en su cancion de Orfeo, y conservando gran aficion á los otros en el resto de su vida. No consiguió igualar á su modelo : en la composicion no se ve la sencillez campestre, ni los episodios están verosimil y naturalmente enlazados, ni allí se encuentran el diálogo sencillo y animado y la viveza y exactitud de las descripciones que tanto deleitan en el poeta italiano, ni los versos de Montemayor son, en fin, tan dulces y armoniosos como los de Sannazaro, si bien la prosa no carece de propiedad y soltura. Sin embargo, Montemayor obtuvo aplausos y fué leído; y merecía por su estilo puro y discreto, por la dulzura de sus sentimientos, por el encanto de algunos de sus pasajes, sobre todos el de la preciosa historia del moro Abindarraez, que compensa á los ojos de los inteligentes la inverosimilitud del resto del libro, las historias de magia que le desdoran y la falta de accion que le hace desmerecer. Honorato D'Urfe, célebre novelista francés, autor de obras que ahora nadie lee y que en su tiempo las gentes se las robaban de las manos, escribió un drama pastoral, titulado *Sireno*, en que quiso retratar sus amores con Diana de Chateaurand, de quien estaba perdidamente enamorado; y segun monsieur Huet, no solo tomó de Montemayor el nombre del protagonista, sino el argumento y las incidencias de la fábula, para la que tambien puso á contribucion el *Pastor Fido* del caballero Guarini. La estimacion que el caballero D'Urfe hacia de la obra española era general en Francia, donde se leia original y traducida.

Luego halló en España Montemayor quienes le imitasen animados por el feliz éxito de su libro. *La Diana enamorada* tuvo dos continuadores, si bien el único que merece mencionarse es Gil Polo, natural de Valencia, pues la continuacion del salmantino doctor Alonso Perez fué tan mala, que Cervantes, censor no muy rigido de sus contemporáneos, la condenó en el escrutinio de la libreria de su héroe á que sin contemplacion fuese arrojada al fuego. Gil Polo, si bien no superó á Montemayor en la invencion y en la prosa, le aventajó sobre manera en el verso; es armoniosa, natural y fácil su poesia, como conviene á la campestre; su cancion de Neera vale por un poema, y la estiman los doctos como lo mas delicado que en su clase hay escrito en castellano. Y cúmplenos apuntar aqui la muy curiosa noticia de que al ver el aplauso universal que gozaron las tres Dianas y el gusto con que eran leidas, un tal fray Bartolomé Ponce trató de escribir un libro con título de *La Clara Diana* en alabanza de la virgen Maria.

En pos de los continuadores de Montemayor vinieron otros que de su invencion escribieron de estas novelas bucólicas en prosa y en verso. Luis Velez de Montalvo, gentilhombre cortesano, natural de Guadalajara, que siguió la casa de Mendoza, publicó el *Pastor de Filida*, haciendo discretas alusiones á personas de alta clase á quienes debia su educacion y subsistencia. Cervantes cayó tambien en la tentacion, y se presentó en la república literaria con su *Galatea*, que imprimió dos años despues del *Pastor de Filida*, es decir, en 1584, época notable, pues se daba por primera vez á conocer del público el príncipe de nuestros ingenios. Ensayóse asimismo en la novela pastoril Bernardo de Balbuena, obispo que fué luego de Puerto-Rico, autor del poema épico del *Bernardo* y uno de los hombres mas felizmente dotados por el cielo para la poesia y que manejan con mayor soltura la lengua castellana. Dió este poeta á luz *El siglo de oro en las selvas de Erifile*, que la Academia Española juzgó digno de ser reimpresso por sus cuidados como obra de un autor clásico; y á este juicio de tan distinguido cuerpo debemos la edicion de 1821. Habíase hecho la primera en 1604.

Lope de Vega compuso *La Arcadia*, que escribió para el duque de Alba, agradeciendo el amor con que le habia recibido en su casa por su secretario y valido (1). Cristóbal Suarez de Figueroa, *La Constante Amarilis*; Bernardo Perez de Bobadilla, *Ninfas y Pastores de Henares*; Bernardo de la Vega, *El Pastor de Iberia*, despreciado por Cervantes en el viaje del Parnaso; Francisco Rodriguez Lobo, *El Pastor peregrino*; Francisco Espinel Adorno, *El premio de la constancia* y *Pastores de sierra Bermeja*; don Gonzalo de Saavedra, *Los pastores del Bétis*, y otros ingenios otras fábulas por el estilo.

(1) Lope dice en el prólogo de *La Arcadia*: «Estos rústicos pensamientos, aunque nacidos de ocasiones altas, pudieran darla para iguales discursos, si como yo fui testigo de ellos, alguno de los floridos ingenios de nuestro Tajo lo hubiera sido; y si en esto, como en sus amores, fué desdichado su dueño, ser ajenos y no propios, de no haber acertado me disculpe; que nadie puede hablar bien en pensamientos de otros, si alguno no advirtiese que á vuelta de los ajenos he llorado los míos.

Tal, en efecto, como fué quise honrarme en escribirlos; pues era imposible hourarlos, acomodando á mis soledades materia triste como quien tan léjos vive de cosa alegre.» El argumento de *La Arcadia* es el siguiente: Anfriso, pastor de Arcadia, nieto de Júpiter, el que venció los gigantes en Olimpo y sujetó á Encélad y Egeo en las montañas del Etna, ama á la pastora Belisarda y es de ella correspondido. Los padres de Anfriso le hacen ausentarse por evitar el escándalo que este amor

Daba este género á los poetas campo adecuado para cantar sus amores y galanterías con moderación y decoro, suavizando las tintas de su pintura con trasladar á las amenas praderías los variados efectos de aquellas personas, que no menos se ostentan en los altos y ricos palacios de los cortesanos que en las pajizas techumbres de los rústicos y sencillos pastores. Disfrazados pues en hábito pastoril, todos contaron la historia de sus propios sucesos ó los de sus señores y mecenas (1). En comprobación de esta costumbre decia el doctor Cristóbal Suarez de Figueroa en 1617 (2): «Algunos, hallándose en honestas y licitas conversaciones, han manifestado su pasión con el medio de alguna novela, mudando los nombres y dándose á entender del todo con cifras, con alusiones y cosas así.» Por esta transmutación de nombres, en el *Pastor de Filida* el muy ilustre don Enrique de

da en el valle y libertarle de las manos de sus rivales; pero no consiguen que olvide á su amada. Los celos vienen á turbar la dicha de esta pasión. Anfriso, vuelto á sus patrios lares, creyendo que su pastora favorece á otro, enamora, por darla en cara, á la bella Anarda, y ella en desquite se casa con un rústico pastor á quien odiaba y que desde antiguo la pretendía. Averiguado el falso fundamento de sus celos cuando ya no tiene remedio, Anfriso está para perder el juicio, y deseando curar de una pasión que le mata, le aconsejan acudir á la cueva de la sabia Polinestra, quien le dice que para curar de amor no hay mejor medicina que la ocupación continua en hechos heroicos; y en efecto, inflamando su pecho en deseos de gloria, le envía curado. Esta es la moralidad de la obra que el autor en sus primeras páginas expresa de este modo, hablando con los pastores del Tajo: «Presto conoceréis con qué fuerza la hermosa, cándida y resplandeciente virtud aparta los ánimos generosos del camino deleitoso de aquella antigua letra de Pitágoras, y cómo después de tantos locos pensamientos, su ejercicio solo y el de las artes liberales fueron poderoso remedio para llevarle al templo del desengaño, en cuya peregrinación le muestran notables cosas.» A lo que puede inferirse por algunas alusiones que se comprenden, asunto de la fábula son unos amores desgraciados del duque de Alba don Antonio, nieto del gran duque don Fernando: fué con el tiempo virey de Nápoles, y trae algunas noticias de su vida Baena en sus *Hijos ilustres de Madrid*. Por el pastor Anfriso, nieto del gran Júpiter, está designado en *La Arcadia* este magnate. En el lib. iv se habla de la pastora Bresinda, su madre, que murió durante los amores, y por la analogía del nombre se ve que bajo este disfraz encubre el autor á doña Brianda de Beaumont, condesa de Lerin, madre de don Antonio. En el mismo lib. iv se indica que Anfriso es el heredero de la casa y que á la sazón tenía veinte y tres años; pues el dolorido pastor dice de esta manera á la sabia Polinestra: «¡Oh madre! que te duelas de mi edad. Vuelve los ojos á mi flaca vida, y considera que nací altamente, y que á mi sucesión importa que no se cuente en *Arcadia* tan desastrada tragedia (la de su muerte). Hoy estoy cerca de morir, y hoy cumplo veinte y tres años, etc.» Estas señas solo corresponden, de los hijos de la casa de Alba cuando Lope escribió *La Arcadia*, al heredero de estos vastos estados. Este sin duda concibió alguna gran pasión, que fué contrariada por sus padres, hiciéronle viajar, y pasó á Italia; mas la ausencia no hizo otra cosa que exacerbar su pasión. Vuelto á su casa, después de varios sucesos en sus amores, que se tocan en el discurso de la narración, vió á su querida en brazos de otro dueño; y esta desgracia, en vez de amortiguar su fuego, estuvo á punto de sumergirle el alma en la desesperación. Lope, tratando de adular su pasión, escribió su historia; pero al mismo tiempo que presentó el curso y fases de su enfermedad, quiso ofrecer al joven magnate la única medicina á sus padecimientos, darle esperanzas de curación, y con este objeto compuso *La Arcadia*. Aprobó-

la para la impresión fray Pedro de Padilla, poeta conocido en el siglo, y que habiendo tomado el hábito del Carmen, residía en su convento de Madrid. La fecha de la aprobación es el 6 de agosto de 1598. Dice en ella que ninguna obra de su género ha visto tan cuidadosamente trabajada; de suerte que entre las que en su tiempo salieron á luz, le parece que no se alarga mucho dándole el lugar primero; porque la dulzura del lenguaje en lo que es prosa, y el primor, agudeza y facilidad en los versos es todo muy digno del ingenio de su autor. Exageración del aprobante; la prosa de *La Arcadia* es solo regular, y entre algunas bellezas tiene impertinencias y hasta puerilidades indignas de un trabajo serio. Los versos son mejores: en él incluyó Lope algunas composiciones de lo mas selecto que hizo; mas otras desmerecen.

Varios poetas encabezaron la obra con versos en su elogio, segun costumbre del tiempo; entre ellos se halla un soneto del protagonista de la novela, que si lo escribió el preclaro sucesor de la casa de Alba, manifiesta que no era extraño á la bella literatura. Dice así:

ANFRISO Á LOPE DE VEGA.

Belardo, que á mi tierra hayais venido
A ser uno tambien de mis pastores,
Grande ventura fué de mis amores,
Pues no los cubrirá tiempo ni olvido.
Mis penas sé que habeis encarecido;
Pero corto quedais, que son mayores:
Bien es verdad que las haré menores
La causa por quien yo las he sufrido.
No comptan las voces desconformes
Del sátiro con voz, ni sin aviso
Juzgue Midas el canto dulce; solo
Tajo os escuche y mi famoso Tórmes.
A Apolo llaman el pastor de Anfriso;
Si soy Anfriso yo, vos sois mi Apolo.

Este soneto comprueba lo que antes hemos dicho, que Anfriso es el sucesor de la casa de Alba. El primer cuarteto alude á que Lope era entonces secretario del dueño de esta casa; la expresión de *mi famoso Tórmes* solo corresponde al mismo personaje.

No hemos visto la primera edición de *La Arcadia*, pero sí leído una en 8.º, hecha en Madrid por Melchor Sanchez y á su costa, año de 1673, dedicada al señor don Andrés de Villarán, caballero del orden de Santiago, del Consejo de su majestad, etc. Vale poco, así en la belleza como en la corrección.

(1) En el argumento del primer libro, que en las ediciones antiguas acompaña á la *Diana*, de Montemayor, después de referir los antecedentes del asunto, se dice: *Y de aquí comienza el primer libro, y en los demás se hallarán muy diversas historias de casos que verdaderamente han sucedido, aunque van disfrazados debajo de nombres y estilo pastoril.*

(2) *El Pasajero*: Alivio v, fol. 225, vuelto. — De *La Arcadia* de Lope, dice Montalvan en su *Fama póstuma*, que fué enigma misterioso de sugetos altos, desalumbrados en el rebozo de pastores humildes.

Mendoza y Aragon se convierte en el Pastor Mendino, y su abuelo el duque del Infantado en el rabadan Mendiano. También tomaban sus pellicos y cayados los amigos del poeta, y eran bautizados de nuevo. Los personajes que figuraban en la fábula, así como las alusiones hechas á sucesos verdaderos, no eran comprendidos en general sino por el autor que escribía y la dama á quien se enderezaba el escrito; y sin embargo, aquel lograba su objeto, sieste era conquistar la buena correspondencia de su amada halagando su vanidad; pues las pobres damas de aquellos tiempos, viéndose tan enfáticamente celebradas en letras de molde, daban por bien empleado renunciar á su clase y verse convertidas en humildes pastoras, juzgándose en profecía inmortalizadas y objeto de la admiración de la posteridad. «¿Qué mayor riqueza para una mujer, decia Lope en su *Dorotea*, que verse eternizada? Porque la hermosura se acaba, y nadie que la mire sin ella cree que la tuvo; y los versos de la alabanza son eternos testigos que viven en su nombre. La Diana de Montemayor fué una dama de Valencia de Don Juan, junto á Leon; y Ezla, su rio, y ella serán eternos por su pluma. Así la Filida de Montalvo y la Galatea de Cervantes, la Camila de Garcilaso, la Violante de Camoens, la Silvia de Bernaldez, la Filis de Figueroa, la Leonor de Cortereal no eran damas imaginarias.» Mas ¿qué es de la inmortalidad que ellas se ofrecían cuando á los mismos contemporáneos habia que hacer tal advertencia? No era, sin embargo, una mera ilusion la que les daba tales esperanzas. La celebridad que el Petrarca dió á Laura, hizo que habiéndose hallado su entierro y sabiéndolo el rey de Francia, Francisco I, fuese á ver los huesos de mujer tan hermosa, mandando labrar para ellos un buen sepulcro (1). No de otro modo cuando los reyes don Felipe III y su mujer doña Margarita, volviendo de Leon á Valladolid en el año 1602, hicieron mansion en Valencia de Don Juan, supieron por el marqués de las Navas, su mayordomo, que le habian aposentado en casa de aquella famosa mujer que con el nombre de Diana habia celebrado tanto Jorge de Montemayor. Los reyes quisieron verla, y fueron á su casa con toda su corte: era mujer muy entendida, bien hablada, muy cortesana y la mas hacendada y rica de su pueblo; y aunque, al parecer, de unos sesenta años, todavía conservaba rastros de cuán hermosa habria sido en su juventud. Tenia por nombre Ana, y los reyes le preguntaron con interés y curiosidad la causa y sucesos de aquellos amores, á todo lo cual satisfizo ella con mucha gracia y términos políticos, mereciendo que la Reina la regalase muchas y preciosas dádivas al despedirse. ¿Por qué cada dama no habia de esperar que el escritor que celebraba sus gracias fuese un Petrarca ó un Montemayor?

Aunque el autor y la dama eran los que habian de encontrar mas agrado en estos libros, porque para ellos cada página encerraba una alusion, cada verso un recuerdo, hallábalo también el público, aun cuando todo para él fuese un enigma: cosa que apenas se concibe, pero que es verdad muy comprobada (2). La mayor parte carecen de interés y de verosimilitud; y son tanto mas pesa-

(1) Manuel de Faria y Sousa, en su comentario á las *Lusiadas*, impreso en Madrid, 1659, t. II, canto IV, columna 434, nota sobre la octava 102, dice á este propósito: contando los dos sucesos que se refieren en el texto: «Vana cosa sería pensar que Laura fué tan hermosa y tan pura como la pinta el Petrarca; además que si él no la cantara, aunque fuera tan pura y tan hermosa como eso, no se supiera della. Hallóse su entierro, y el rey Francisco I de Francia fué á ver aquellos huesos que sustentaron aquella hermosura, y mandó labrar para ellos un buen sepulcro: ¿Por ventura si Laura no hubiera sido celebrada del Petrarca, hiciera el hallazgo de sus huesos tal movimiento en un rey? Claro está que no. Viniendo de Leon, el año 1603, los santos reyes Felipe III y Margarita, y haciendo noche en la villa de Valderas, les dijo el marqués de las Navas, su mayordomo, como por nueva alegre y no esperada que le habia cabido en suerte ser hospedado con Diana de Jorge de Montemayor. Y preguntando ellos de qué manera, dijo que aquel lugar vivia la llamada Diana y que le habian aposentado en su casa. Gustaron los reyes de la nueva, por lo mucho que se habian celebrado los escritos de aquel nombre; y haciendo traer á palacio aquella decanada belleza, cuyo nombre propio era Ana, siendo ya entonces, al parecer, de algunos sesenta años, en que todavía se miraban rastros de lo que habia sido, la estuvieron inquirendo de la causa de aquellos amores; y

después de ella haber satisfecho á todo con buena gracia y términos políticos, la envió la Reina cargada de dádivas reales. Por ventura si el ingenio de Montemayor no hubiera celebrado aquella Ana con el nombre de Diana y aquellos amorosos pensamientos, ¿hiciera el marqués de las Navas caso de haber ido á parar á su casa, para decirlo á los reyes, ni ellos della para oirla y honorarla? Claro está que no. Veis ahí la perpetuidad, la fama y la gloria que pueden dar tales autores como aquellos y como este con sus escritos.» Se advertirá alguna variante entre la narración del texto y esta de Faria; porque hemos preferido seguir al padre Sepúlveda, *Historia de varios sucesos*, MS., t. II, cap. 12. Este religioso jerónimo escribía en el Escorial cuanto pasaba en su tiempo, y como tenia mejores datos, preferimos su dicho en los puntos discordes.

(2) Las ediciones que de ellos se multiplicaban son la prueba mas evidente de la afición á tales libros. Daremos una noticia bibliográfica de los mas famosos; con protesta de que no creemos sea completa. — La primera de la *Diana* de Montemayor se hizo en Madrid en 1545. — Se reimprimió en Venecia por Alfonso de Ulloa, en 1568. — En el mismo pueblo apresso Jacobo Vincentio, en 1585, en 8.º Tiene esta edicion en la segunda página la licencia para imprimir la obra con los *Triunfos del Petrarca*, dada en Valladolid en 1561. En un segundo tomo, impreso también en Venecia, y en el mismo

dos cuanto que el argumento principal, que en ellos no puede ser muy interesante, se ve anegado por multitud de episodios inconexos y de amplificaciones retóricas. Mas atentos á consultar sus afectos y pasiones que á observar la naturaleza, separáronse del camino que esta les sugeria, prefiriendo la vana ostentacion de saber á la naturalidad y llaneza de que tan hermosos ejemplos te-

año se incluyó la segunda parte de la *Diana*, escrita por el salmantino Alonso Perez. Tal gusto habia entonces por leer libros españoles, que hasta los malos lograban los honores de la reimpression. — En Madrid, por Luis Sanchez, en 1595, en 8.º — En Antuerpía, en 1580. — En Milan, en 1616, en casa de Juan Bautista Biddello, en 12.º En casi todas estas ediciones se dió la segunda parte de Alonso Perez. — Gaspar Barthio, varon de mucha erudicion, que se deleitaba en los libros de invencion españoles, tradujo al latin la continuacion de Gil Polo, que publicó con el título de *Nemoralia*, y despues las otras dos partes de la obra, escritas por Montemayor y Perez. Tradujo al francés las dos continuaciones Gabriel Chapuis, natural de Tours, y las imprimió en Leon de Francia en 1582, en 16.º — La primera parte escrita por Montemayor tuvo por intérprete á S. G. Pavillon, que la imprimió en Paris en casa de Antonio de Brueil, 1605, en dos columnas, en una el texto español, y en otra la traduccion. Dedicó la edicion al duque de Nemours, y dicele en el prólogo que era fama constante entre los españoles que en esta novela se describian los amores del duque de Alba, de quien el autor fué doméstico. No sabemos de dónde el autor francés sacó esta noticia, pues en la nota anterior hemos demostrado lo contrario.

De *El pastor de Filida*, de Montalvo, conocemos seis ediciones. La primera en Madrid, en 1582; la segunda en Barcelona, en 1589; la tercera y cuarta en Madrid, 1590 y 1600; la quinta en Barcelona, 1613; la sexta en Valencia, dirigida por don Juan Antonio Mayans, 1792.

Pasemos á Cervantes. La noticia bibliográfica que vamos á dar de este autor está copiada de la que tenemos manuscrita, compuesta por el excelentísimo señor don Martin F. de Navarrete, que cuando publicó la *Vida de Cervantes* solo dió en ella la de las ediciones del *Quijote*, reservando las de las otras obras, por no hacer muy voluminoso el tomo, para los respectivos prólogos de estas, si la Academia española las publicaba. — *Los seis libros de la Galatea*, compuestos por Miguel de Cervantes, dirigidos al ilustrísimo señor Ascanio Colona, abad de Santa Sofia, en Madrid, año de 1584. Cervantes solicitó la licencia para imprimir esta obra á fines de 1585 ó á principios del año siguiente; pues habiéndola pasado el Consejo á la censura de Lucas Gracian Danisco, dió este su aprobacion en Madrid, á 1.º de febrero de 1584; en cuya vista se expidió por el Rey, á 2 del mismo mes, el privilegio á Miguel de Cervantes, *estante en nuestra corte*, para la impresion de su obra por el término de diez años. Sin embargo, consta que la dedicatoria la imprimió entrado ya el mes de agosto; pues hace mencion en ella de la muerte de Marco Antonio Colona, que sucedió el 1.º de aquel mes en Medinaceli, de donde se infiere que se equivocó don Juan Antonio Mayans, asegurando que *La Galatea* salió á luz en el principio del año 1584. Esta edicion llegó á ser muy rara viviendo su autor, lo mismo que la siguiente, como se infiere de lo que dice César Oudin en su *Advertisencia* á la edicion que hizo en Paris, año de 1611.

2.ª *Primera parte de la Galatea, dividida en seis libros, compuesta por Miguel de Cervantes*, dirigida al ilustrísimo señor Ascanio Colona, abad de Santa Sofia, con privilegio impreso en Alcalá, por Juan Gracian, año 1588; un tomo en 8.º El autor, en uso del privilegio que tenia por diez años, hizo esta edicion en su patria, segun se

infiere de la tasa que firmó Miguel Ondarza Zabala, escribano de cámara de su majestad, con fecha en Madrid, á 13 de marzo de 1585. El licenciado Varez de Castro, corrector por su majestad en la Universidad de Alcalá, firma la fe de erratas, á postrero de febrero de 1585. Siguen todos los demás principios, conservados en las ediciones posteriores.

3.ª En Lisboa, año de 1590. — La aprobacion está escrita en lengua portuguesa, por fray Bartolomé Ferreira, sin expresion de fecha ni lugar; pero en consecuencia de aquella censura se expidió la licencia para la impresion en Lisboa, á 15 de febrero de 1590, firmándola Antonio de Mendoza y Diego de Sousa. De esta edicion hace memoria César Oudin, y asegura estaba llena de erratas y faltas sustanciales, como dirémos en el artículo correspondiente.

4.ª En Paris, por Gilles Robinot, en la calle de la Drapería, á la enseña del plato de estaño, y en la pequeña galería de palacio, MDCXI, con privilegio de su majestad cristianísima. — Un tomo en 8.º de buena impresion.

El año de 1610 vino á España César Oudin, maestro de lengua española en Paris, y procuró adquirir algunos libros de gusto y entretenimiento, conforme á su profesion y para contentar á varios curiosos de Francia. Sabia las obras que eran conocidas y apreciadas en aquel reino; y principalmente *La Galatea*, libro, dice, ciertamente en su género digno de ser acogido y leído de los estudiosos de la lengua que habla, tanto por su elocuente y claro estilo como por la sutil invencion y lindo entretajimiento de intrincadas aventuras y apacibles historias que contiene. Buscólo con diligencia casi por toda Castilla, y aun por otras partes sin poderle hallar; hasta que pasando á Portugal, encontró en Ehora algunos ejemplares de una edicion de Lisboa, que es la anterior, la cual tenia muchas erratas, no solo en las letras y dicciones, sino aun mas sustanciales, faltando algunos versos y renglones enteros de prosa, cuyos defectos procuró corregir y remendar Oudin lo mejor que pudo. Así lo dice en la *Advertisencia* que hace á los estudiosos y amantes de las lenguas extranjeras; despues de la cual inserta una epistola de Galatea á las damas francesas, para captarse la benevolencia. Al fin de la obra se halla el privilegio en francés del rey Cristianísimo, permitiendo á Gilles Robinot imprimir por término de seis años la *Primera parte de la Galatea*, revista y corregida por César Oudin, secretario intérprete del Rey. Esta impresion se acabó de hacer el día 14 de octubre de 1611, segun se expresa en una nota final; y como la edicion de Lisboa sirvió de original, se conservaron al principio la aprobacion y licencia que para esta se expidieron en el año 1590, como queda expresado. Cita esta edicion el caballero Gordon de Percei en su *Biblioteca de romances*, t. II, pag. 108.

5.ª Con licencia en Valladolid, por Francisco Fernandez de Córdoba, año 1617, á costa de Jerónimo Martinez, mercader de libros, un tomo en 8.º de 307 folios.

Parece que esta edicion se hizo por la primera, pues se puso al principio el privilegio real despachado, á favor de Cervantes, en Madrid á 22 de febrero de 1584, refrendado por Antonio de Eraso.

6.ª En Baeza, por Juan Bautista Montoya, año 1617, un tomo en 8.º. — Cita esta edicion don Nicolás Antonio en su *Bibliotheca nova*, y Gordon de Percei en su *Biblioteca de romances*, t. II, pag. 108.

en los grandes maestros de la antigüedad. Cervantes llamó églogas á estas novelas pastorales al principio del prólogo de la suya, y siendo la égloga ó poema bucólico una imitacion de acciones tocantes al campo, en estilo sencillo y suave, ya dramático, ya meramente narrativo, ¿cómo se podrá calificar de tal aquel en que los pastores son personas principales, y sabios y científicos, y disquisidores en materias sublimes? Pues tales son los de estas novelas, en las cuales entre los personajes y el modo de expresarse existe una discordancia grotesca. El autor prefiere desatender la propiedad á humillar su pluma, y á lo mejor sus pastores hablan como pulidos cortesanos, usando terminos é ideas fuera de su esfera, cuando no entran en discusiones sobre materias abstractas, expresándose con mas fina dialéctica y mas alambicada metafísica que pudiera el sutilísimo Escoto en una cátedra de teología. Pero cabalmente era esto lo que al público agradaba: acostumbrado á la ergotismo de la escuela, encantábasele todo género de discusiones en que se mostraba ingenio; y pasando gran tiempo de su vida entre libros griegos y latinos, familiarizados con ellos y analizando en minuciosas retóricas el arte del bien decir, recreábase ver cómo el autor habia observado las reglas del arte en aquellas amplificaciones que para nosotros son solo *nugae canorae*. Preciso es confesar que, en todos conceptos, mas escolásticos que sus nietos fueron nuestros mayores.

Concedidas á los autores tamañas licencias, pudiendo hacer églogas sin el aroma del tomillo y Romero, no habia cosa mas fácil que hilvanar semejantes libros. Componíanse de verso y prosa, monstruosa mescolanza que conocieron los antiguos hasta los tiempos de su decadencia, pero magnífica invencion para publicar entreverados aquellos versos escritos á diferentes asuntos y en ocasiones diversas, que por sí solos no podian formar un volúmen, con lo cual se daba al público poco sano y mucho heno. Ya el satirizante Cristóbal Suarez de Figueroa confesó que la interpolacion de las prosas era medio excelente de hacer bulto, de disimular la mala calidad de las rimas (que presentadas solas descubrian fácilmente la hilaza) y un motivo de solicitar la licencia para la impresion, que, segun se explica, parece que la daban con repugnancia los superiores á las colecciones de rimas sueltas; mas justo es dejar aqui estampado que el mismo Suarez de Figueroa usó del poco ingenioso ardid que satiriza, empleándolo en la mayor parte de sus obras (1). Tampoco daba mucho que ha-

7.^a En Barcelona, por Sebastian Cormellas y á su costa, año de 1618.—Un tomo en 8.^o, Biblioteca Real.

8.^a *Va añadido El viaje del Parnaso del mismo autor*; con licencia en Madrid, por Juan de Zúñiga, año 1756.—En tomo en 4.^o de 352 páginas, á costa de Francisco Manuel de Mena, mercader de libros, quien obtuvo la licencia del Consejo para esta impresion, en la cual conservó los principios de la primera, á excepcion del privilegio. *El viaje del Parnaso* tiene diversa foliatura, aunque incluso en el mismo volúmen.

9.^a *Va añadido El viaje del Parnaso del mismo autor*; año 1772, con las licencias necesarias, en Madrid, en oficina de la viuda de Manuel Fernandez.—Un tomo en 4.^o Esta edicion, como hecha á plana y renglon con la de 1756, es idéntica á ella; solo varia en que desde la pág. 352, en que concluye *La Galatea*, continúa la foliacion de *El viaje del Parnaso*, hasta la pág. 431 en que este finaliza.

10.^a Dividida en dos tomos, corregida é ilustrada con minutas finas, en Madrid, por don Antonio de Sancha, año 1784.—Dos tomos, 8.^o mayor. Este célebre impresor, para restaurar el buen gusto de nuestra literatura, se propuso reimprimir correctamente las obras de nuestros escritores clásicos, y entre ellas todas las de Cervantes, á igual volúmen y letra y con adornos correspondientes para que formasen una coleccion digna de su mérito. Los tres tomos de *La Galatea* y otro con *El viaje del Parnaso*, y dos dramas inéditos, fueron dedicados al conde de Agradablanca, entonces ministro de Estado. Conservó algunos de los principios de la primera edicion, é ilustró esta con doce estampas, que representan los principales pasajes de la novela, inventadas y dibujadas por

don José Jimeno, y grabadas por Brieua, Pro, Fabregat, Moreno Tejada, y Vazquez, todos profesores muy conocidos por su habilidad y buen gusto.

11.^a En Madrid, por doña Manuela Ibarra, año 1805, tres tomos en 8.^o

A esta noticia bibliográfica, formada por don Martin F. Navarrete, pueden añadirse otras ediciones hechas en nuestros dias; pero por ser todas de surtido y muy conocidas, las suprimimos.

(1) Dice en *El Pasajero*, alivio II, pág. 88 vuelta, dando lecciones á un su compañero de viaje, «cómo con poco ingenio y doctrina se podia adobar un libro. Resta ahora interpolar los versos con algunas prosas que sirvan solo de explicar las ocasiones en que se hicieron; con esta mezcla, con aquel entreverado se disimula no poco aquella mala calidad de rimas solas y se da motivo á facilitar la licencia.»—Despues de otros varios consejos que da el doctor á su interlocutor para producir libros sin trabajo, le replica este: «¿Quién os enseñó ó de qué manera aprendistes el modo de escribir que me enseñastes tan á lo artificioso, tan á lo poltron, que cierto no parece os pudiera hacer versado en tanto extremo la experiencia solo?»—Doctor. ¿A quién sino á ella, maestra de todo, pudiera yo atribuir el blason de tan cómodo alumbramiento? Práctica viene á ser en mi lo que al presente es teórica en vos. Años ha que hallándome bien descuidado de ocupar la pluma, ó porque me juzgase insuficiente, ó porque otros cuidados me tuviesen con violencia oprimidos talento y gusto, se me apareció cierto personaje tributario de amor. Traiale indecible impulso de que se celebrase la hermosura y constancia de su querida en algun libro serrano y pastoril, como el de *La Galatea* ó *Arcadia*. Aunque con alguna modestia, excluí su deseo; pródigas cortesías de ofertas y palabras facilitaron el sí y dispusieron la voluntad. La dificultad consistia en la presteza; que fuese bueno y en

(*) En esta edicion se enmendó la plana á Cervantes imprimiendo *El viaje al Parnaso*, que no quiso jamás decir aquel peregrino innombrado.

cer á estos escritores el estilo, supuesto que la prosa poética con su sintáxis traslocada, sus epítetos y relumbrones disimulaba muchos defectos. Y es singular anomalía que estos libros, de tal naturaleza que pedían ser escritos con mas sencillez y menos afectacion que los demás, se escribiesen en una prosa enrevesada y con un hipérbaton que no tolera la índole de nuestra lengua. Pero tal vez así lo hicieron sus autores siguiendo servilmente á Sannazaro, quien practicó lo mismo, aunque no tuvieron en cuenta la índole de la lengua italiana, que aproximándose mas á la latina, ofrece mas libertad en esta parte.

Hay defectos en los libros de que hablamos que parecen anejos al género, como la falta de verdad y verosimilitud en el asunto, que contagia de los mismos vicios el estilo. Pero á las novelas pastorales españolas y francesas (que tambien en Francia se escribían á imitacion nuestra y eran leídas por nuestros vecinos (1) con mas entusiasmo que por nosotros), puede aplicarse la critica que el obispo de Avranches hace de las pastorales de los griegos del medio tiempo, que sirvieron de modelo á Sannazaro. «A cada paso, dice, hablando de las de Longo, se reconoce el carácter afectado del sofista por la estudiada reunion de las palabras, por la consonancia de las sílabas, por las descripciones inútiles sacadas de los lugares comunes de la retórica; y aun así es menos corrompido que el de la mayor parte de los antiguos novelistas, cuyo estilo se halla lleno de metáforas, de antitesis y de figuras brillantes que sorprenden á los sencillos y halagan el oído, sin llegar á la mente, confundiendo las cualidades del orador y del historiador, sin ser ni uno ni otro. En lugar de atraerse al lector por la novedad de los sucesos, por el arreglo y variedad de las materias y por una narracion neta y precisa, que aunque redondeada y cadenciosa adelante siempre en el asunto, le en-

breve, mirad cómo podía ser. Con todo me ofrecí; y comenzando, apenas en un día daba entera perfeccion á dos planas: tan niño y torpe me hallaba en aquel género de escribir. Era sobrestante de la obra el mismo interesado. Pudriase, y pudriame él con mi detencion, y yo con su celeridad. Moríame por hallar en tan largo y difícil camino algun atajo: sobre que de contiño tenía ocupados los nervios de la imaginacion. Ponderé convenia para subir presto á parte alta, si no se permitia dilacion para labrar una sola escalera, enlazar unas con otras hasta la cantidad necesaria. Este símil fué norte de mi borrasca, fué puerto de mi navegacion. Volaba desde allí adelante, mas era prestándome algunos sus alas. Cuanto á lo primero, entablé á mi placer los versos que tenía represados, que no eran pocos. Haciales la cama con ciertas prositas ocasionadas; y tantos granos junté, que vine á perficionar el deseado monton. Apenas nacido, le repudié con ira tratándole como adulterino. Al despedirle de casa, considerando sus yerros por falta de castigacion, allá, dije, vayas para no volver: por poco dinero poca salud.» Fol. 97.

(1) Monsieur d'Urfé, caballero de ilustre prosapia, ya citado en el texto, escribió la *Astrea*, que en su tiempo alcanzó entre los franceses una celebridad fabulosa. ¿Quién será capaz de compendiar sus elogios? El sabio Huet, obispo de Avranches, escribía en su obra *De l'origine des romans*: «Monsieur d'Urfé fué el primero que sacó de la barbarie la novela francesa y la sujetó á las reglas en su incomparable *Astrea*, la obra mas ingeniosa y cortesana que jamás se escribió en su género; que oscureció la gloria que Grecia, Italia y España habían en él adquirido. Otro obispo, discípulo y amigo íntimo del primero de que acabo de hablar (de san Francisco de Sales), ilustre por la extension de su talento y multitud de sus escritos, y estimable por la santidad de su vida, elogió á monsieur d'Urfé y su *Astrea* con tal expansion de alma, que muestra cuán profunda era la estimacion de que hacía ella estaba penetrado; y no llamó la estrecha union que tenían él y el otro prelado, á quien miraba como padre y maestro, juntamente con monsieur d'Urfé. Pero por maravillosa que fuese la novela, no quitó el valor á los que vinieron en seguida de emprender lo que él había emprendido, ni ocupó tan fuertemente la admiracion pública, que

no quedase parte de ella para tantas hermosas novelas como á su imitacion aparecieron en Francia.» Habla en seguida del *Ilustre Bassa*, del *Gran Ciro* y de *Clelia*, novelas de mademoiselle Escudery. El mismo obispo de Avranches dirige una larga carta á esta señora, refiriéndole la vida de monsieur d'Urfé, y dice en ella: «Era casi niño cuando lei por primera vez esta novela, la *Astrea*, donde hallé tanto agrado, que evité después haberla á las manos y abrirla, temeroso de no poder resistir la tentacion de leerla: tal placer preveía de su lectura, que era una especie de encanto. Me confirmé en la estimacion que por la misma había concebido, el saber que uno de mis regentes, hombre de mucho talento y gusto, la había leído como yo, y quizá mas que yo; teniéndola en tanto aprecio, que pensaba tomar de ella todo cuanto pudiese servir para hermosear un poema épico, que meditaba entonces y que después publicó con mucho aplauso. Cuando me vi comprometido á escribir el tratadito *De l'origine des romans*, que habeis leído y de que me habeis hablado tanto, volví á leer toda la *Astrea*. El tiempo, que había madurado mi juicio, y el estudio, que había formado mi gusto, me hicieron encontrar en ella nuevos encantos; y quedé persuadido de que no habiendo logrado oscurecerla del todo las admirables obras que habeis hecho en este género, conservará su precio mientras las letras florecen y las producciones del ingenio sean estimadas.» ¿Quiere verse cuánto se equivocan estos cálculos y cómo varia el gusto de un siglo á otro? Oigamos á Laharpe en su *Curso de literatura*: «Francamente digo que jamás he tenido paciencia para leer la *Astrea*, aunque mucho mas moderna que el *Romance de la Rosa*, y á pesar de la aceptacion prodigiosa que obtuvo. Algunos rasgos de agradable naturalidad, algunas imágenes pastorales que podían ser apreciadas en tiempos en que se carecía de otros modelos, no bastan á hacer soportable su palabrería y jerigonza sino á los filólogos y anticuarios, que se gozan en las tenebrosas vejeces de las lenguas. Cada cual se alimenta con su aficion. Tampoco he leído, á lo menos hasta el fin, la *Clelia* y el *Ciro*, de que Boileau se ha burlado tanto y con tanta razon, ni la *Ariadna* de Desmarets, que vale menos y que tuvo menos reputacion. No puedo leer lo que me fastidia.»

retienen con narraciones pomposas, llenas de palabras y vacías de sentido, le extravían fuera del camino; y mientras hacen ver al lector países que no busca, consumen y gastan su atención y le impacientan sin ir al objeto que pretendía y que ellos le propusieron. » Otros defectos de los autores de pastorales españolas nacen del tiempo en que vivieron, y mas son de la época que personales de los que escribían ó del género. Tales son el flujo ponderativo de engrandecer las ideas y exagerarlas, que viene á degenerar en la falsedad ó hinchazon; la pedantería ó prurito de ostentar intempestiva erudición, que presta á los personajes instrucción y conocimientos impropios de su estado; citando pobres y rudos pastores y trayendo á cuento en sus conversaciones asuntos poco triviales de historia y mitología; y en fin, el escolasticismo con que se les hace disertar en materias de amor, sosteniendo en forma dialéctica extraordinarias y empalagosas conclusiones, y usando un lenguaje estudiadamente metódico y afectadamente metafísico, que se hace ridículo por impertinente (1).

Balbuena fué, en nuestro entender, el que menos se separó de la sencillez bucólica con episodios incoherentes; pues estando dotado de una vena fácil y abundantísima, pudo llenar su asunto sin invocar auxilios extraños; y aunque algunas veces afectado y de abundancia que degenera en difusión, están sus prosas tan llenas de armonía, de riqueza, de desenfado y de gracia, que revelan el superior talento de aquel hombre. Aun son mejores sus versos, en especial las églogas; pues en los sonetos y canciones se entregó á sabiendas al alambicamiento de los conceptos, que la moda patrocinaba (2). En ellas aventaja á todos los poetas castellanos, y solo cede la palma á Garcilaso. Sus pensamientos son sencillos, y sus imágenes frescas y lozanas, en general adecuadas al asunto; su estilo puro, natural, propio, y con pocas excepciones elegante; su versificación armoniosa y corriente; en amenidad, soltura y abundancia no tiene igual; y si alguna vez imita á los antiguos, es como un gran maestro que tiene en su paleta hermosos colores propios con que vestir los pensamientos ajenos; á cualquier cosa en que Balbuena ponga la mano, da sello de originalidad. De desear habria sido que hubiese empleado mas variedad en sus metros, en vez de escribir todas sus églogas en tercetos, género de versificación complicado y de demasiado estudio, impropio por lo mismo para composiciones cuyo principal carácter debe ser la naturalidad; pero esto es menos reparable en un poeta que amolda sus pensamientos á los tercetos con la misma facilidad que si escribiera en prosa. Tambien sus pastores son á veces demasiado toscos y agrestes; y mas que los del siglo de oro, nos recuerdan los de nuestra misera edad de hierro. Echase además de menos mayor variedad y riqueza de incidentes, falta tanto mas reprensible cuanto que el autor poseía una imaginación privilegiada. Sin estos lunares, el mismo Garcilaso hubiera tenido que cederle, en la opinión de un gran crítico, el principado de la poesía bucólica (3); mas á pesar de ellos, es digno de la distinción que le ha hecho la Academia Española encargándose de reimprimir su libro.

(1) En un discurso de la historia de la *Pastoral* ó introducción sobre los poetas bucólicos, inserto en algunos *Monitores* de octubre y noviembre de 1804, se dice al fin (en el *Monitor* núm. 40, perteneciente al 1.º de noviembre), hablando de las pastorales españolas: «Entre los autores españoles citaré solamente á Lope de Vega, Cervantes y Montemayor. Todos tres se han ejercitado en la *Pastoral*, todos tres han desconocido ó desdeñado el gran arte de circunscribirse á un solo objeto, de seguirlo, de estudiarlo y de agotar en él todos los recursos. En el seno del crisol, donde echaban un metal, alguna vez puro, y frecuentemente brillante, se diría que tenían placer en mezclarle una liga que lo altera y hace perder su precio. Parece que estos autores han mirado con desden á los antiguos, sus maestros y los nuestros. Lope de Vega los admiraba, segun dicen; pero á lo que se ve, se contentaba con admirarlos, sin seguirlos. » Antes de este párrafo se explica así, hablando del *Taso* y de que en las mas ligeras composiciones la acción principal se halla siempre sofocada bajo el peso de los episodios: «Este cargo puede hacerse á todos los contemporáneos, y sobre todo á los españoles, cuyas producciones son menos sencillas que las de los italianos, mas hinchadas de hipóboles y mas embarazadas de incidentes y de relaciones. »

(2) A sabiendas hemos dicho, porque Balbuena no dejó de conocer que la afectación de este encespado estilo desdecía de la sencillez pastoril; así, en la pág. 63

de la edición de la Academia, al acabar el pastor Arcisio un alambicado soneto, pone en boca de otro pastor lo siguiente: « Por cierto, dijo Grasildo, acabando de oír al que cantaba, presumidos pastores hay en estas montañas. A mi parecer poco desdican estos cantares de lo que en otras mas arriscadas se oyeron; y no sé si me pesa que ya las nuestras vayan perdiendo aquella simplicidad y llaneza de sus dorados siglos, donde sin tantos rodeos solían decirse las cosas. Yo á lo menos temo tengo de los vengativos dioses, á quienes este cuidado toca, que indignados de semejantes altiveces, envíen por nuestros ganados algun riguroso castigo. » Pero era preciso disculpar al público de este gusto por lo sutil y rebuscado; y así continúa por boca de otro interlocutor: « Y ¿ cómo (respondi yo entonces), tú ganadero, piensas que en las selvas todo ha de ser ovejas y parlales? Nuestros faunos tambien y las ninfas de nuestros montes ¿ no tienen sus divinos lenguajes, que no á toda lengua es lícito pronunciarlos? Todo lo dan las musas, y todo cabe en sus dones. »

(3) Quintana, *Introducción á las poetas selectas castellanas*, pág. LII. Nosotros sin embargo lo dudamos. Garcilaso, á quien parece que se habia trasladado el alma de Virgilio, unía á una exquisita elegancia seductora sensibilidad, que da cierto tinte de melancolía suave á sus versos. Balbuena carecía de esta cualidad, y nunca puso el debido calor en los afectos.

La Galatea es de todas estas novelas pastorales tal vez la menos campestre. Como las demás obras de Cervantes, distínguese por la riqueza de sus incidentes y episodios, en que alude á sucesos de su ambulante vida. Complicadísimo su argumento, ignoramos cómo le hubiera desenlazado su autor, por no haber escrito la segunda parte, á pesar de que mientras vivió la estuvo ofreciendo (1). Puede sospecharse que la primer heroína de su novela no fué doña Catalina Palacios de Salazar, con quien Cervantes casó á poco tiempo de publicar su libro, sino que la escribió en Portugal durante sus amores con una dama de aquel país, á quien debió grandes obligaciones; y que despues cuando volvió á España, al trabar relaciones con doña Catalina, retocó la obra y la acomodó al nuevo sugeto. Siendo esta la primera que presentaba al público, no se atrevió á soltar en ella libremente el vuelo de su ingenio; antes, por el contrario, tímido y receloso, como novel autor, nunca perdió de vista el gusto del público para sujetarse á él, y muchos de los defectos que allí se notan son hijos de esta condescendencia. No de otro modo se concibe que tomase por lo serio cosas de que, según era su carácter jocosos y sano su criterio, se estaria riendo interiormente. De este empeño de complacer al público proviene que un autor que en sus otras composiciones es tan fácil y natural, se valga en esta de un estilo rebuscado y exquisito; de aquí las interminables disputas y conclusiones en verso; las terquedades poco interesantes de Lenio contra el amor, al cual se rinde al fin por una pastora arisca y dura; la discusion, en forma, de este pastor con Tirsi, que así en prosa como en verso es una metafísica insulsa; los juegos de acertijos, indignos de una obra seria; y otras cosas que al presente justamente desagradan y que en su tiempo serian los mas poderosos motivos de la aceptacion que tuvo la obra. Fué tanta, que en pocos años desaparecieron dos ediciones (2); de suerte que cuando César Oudin vino desde París á España á recoger libros de entretenimiento que reimprimir, y prefirió á todos *La Galatea* por su inmensa popularidad, no halló vendibles en toda Castilla ejemplares, y tuvo que echar mano del de una descuidada é incorrecta impresion hecha en Lisboa. Nos consta que el conde de Lemos tenia particular predileccion por este ingenioso escrito (3), y lo mismo sucederia á otros caballeros de su calidad; y sabemos que en Francia se hallaba tal placer en su lectura, que habia personas que lo sabian casi de memoria (4).

Causa extrañeza por lo tanto que recibio con tal aplauso, aun en vida del autor, no haya noticia de traduccion alguna francesa ó de los reinos confinantes, hasta que á fines del siglo pasado el caballero Florian, que, semejante á Le Sage, benefició en su provecho la rica mina de la literatura española, dió á conocer á los franceses *La Galatea*, haciendolas modificaciones que le pareció reque-

(1) El mismo Cervantes en el cap. 6.º, parte I del *Quijote*, en el escrutinio de la librería de este, reconoce los inconvenientes que ofrece *La Galatea* por dejar tanto cabo suelto, y que no se puede formar juicio cabal de su fábula, mientras no publique la segunda parte. Dice así: «Su libro tiene algo de buena invencion; propone algo y no concluye nada. Es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega. Y entre tanto que esto se ve, tenelde recluso en vuestra posada, señor compadre.»

(2) Cervantes mismo parece bastante satisfecho de su *Galatea*, á lo cual debió contribuir el lisonjero éxito que tuvo. Así, en el cap. 4.º del *Viaje del Parnaso*, refiriendo á Apolo sus obras y méritos literarios, dice:

Yo corté con mi ingenio aquel vestido
Con que al mundo la hermosa *Galatea*
Salió para librarse del olvido.

Además de las aprobaciones y elogios que publicaron á su frente, en la primera edicion, Lucas Gracian Dautisco, Luis Galvez de Montalvo, don Luis de Vargas Manrique y Lopez Maldonado, existen otras pruebas, que luego veremos, de que fué recibida con singular aprecio. Gracian dijo que era un tratado apacible y de mucho ingenio, y libro provechoso, de muy casto estilo, buen romance y galana invencion.

Mayans (en la vida del autor) dice que «en esta novela manifestó la penetracion de su ingenio, en la invencion; su fecundidad, en la abundancia de hermosas descripciones y entretenidos episodios; su rara habilidad, en desatar unos nudos al parecer insolubles; y el feliz uso

de las voces acomodadas á las personas y materia de que se trata. Pero lo que merece mas alabanza (añade) es que trató de amores honestamente, imitando en esto á Heliodoro y Athenágoras... Escribió las cosas de amor tan aguda y filosóficamente, que no tenemos que envidiar... Temió que había de ser reprendido de esta delicadeza, y así procuró anticipar la disculpa en su prólogo... No la tuvo para alegar la nota de la fecundidad de su ingenio, pues entretejió en esta novela tantos episodios, que su multitud confunde la imaginacion de los lectores, por atenta que sea; porque enlazados unos con otros, aunque con grande artificio, este mismo no da lugar á seguir el hilo de la narracion, frecuentemente interrumpida con nuevos sucesos.» Suprimiremos los juicios de otros autores por no abultar mas esta nota.

(3) Así lo dijo el mismo Cervantes en la *Dedicatoria del Persiles*, a 19 de abril de 1616, hablando al conde de Lemos de las obras que tenia entre manos y le ofrecia si el cielo le daba vida. «Las verá vvuecencia (escribire), y con ellas el fin de *La Galatea*, de quien sé está aficionado vvuecencia.»

(4) En la *Aprobacion* que dió el licenciado Marquez Torres á la parte II del *Quijote* comprueba la estimacion en que estaba *La Galatea* dentro y fuera de España. Refiriendo el pasaje de la visita de los caballeros franceses, dice que le encarecieron la estimacion en que, así en Francia como en los reinos confinantes, se tenían las obras de este autor. *La Galatea*, que alguno de los (de los lectores) tiene casi de memoria...

ir la variación de tiempos y de gustos (1). Escribía para un pueblo aficionado en las obras de ingenio á una sencillez que degenera en sequedad, sustituyendo á la abundancia de pormenores la elegancia de la expresion; para un pueblo que, por las estériles reglas literarias á que se rendía con nimia escrupulosidad, abominaba de los libros largos y empedrados de episodios. Extraxó pues la novela española, reduciendo á tres sus seis libros y poniendo de suyo el cuarto, en que le dió la conclusion que le faltaba (2). Para esto se abstuvo de traducir, y solo siguió el fondo de los incidentes, revistiéndolos á su modo de nuevo y de una manera mas ligera que en el original. Suprimió multitud de episodios, algunos que merecian mas atencion, y otros que el gusto actual halla bien suprimidos. De estos últimos son las discusiones metafísicas, los juegos pueriles de acertijos, la pompa fúnebre de Meliso (episodio de circunstancias que reducido á la apoteosis de un gran personaje español (3), tenia que ser leído con indiferencia por la generacion presente, y sobre todo en Francia), los amores disimulados de Lauso, y la aparicion de Caliope á celebrar los ingenios españoles; para lo que asistía, además de la razon del elogio fúnebre, el ser tal aparicion inconveniente en una novela. De los episodios suprimidos que podian conservarse son el de Rosaura y Crisaldo, feliz imi-

(1) Florian, en el prólogo de la traduccion suya, dice que hasta su tiempo nadie la habia traducido y que era novela enteramente desconocida de los franceses. (Se entiende de los de su tiempo, que en lugar de estudiar la lengua y literatura española, como los antiguos, afectaban tratarnos de hotentotes ó africanos.) Que la razon de ser desconocida le incitó á imitarla; como igualmente el ver que entre algunas extravagancias de mal gusto, tenia ideas encantadoras, sentimiento verdadero bien expresado, situaciones que afectan é interesan, movimientos y combates del corazon. Discúlpase de algunos cargos que pueden hacersele, tales como el excesivo número de episodios y los pocos sucesos que relativamente acaecen á *Galatea*, diciendo que en Cervantes hay doble número, y *Galatea* interesa menos; que tal era el gusto de aquel tiempo, y que el mismo defecto puede notarse en Montemayor y en las extensas novelas francesas que fueron largo tiempo de moda, cuyos autores tomaron por modelo á los españoles. Hablando de las batallas y duelos, que naturalmente habian de extrañar sus lectores en una obra pastoral, dice que es un tributo que Cervantes pagaba á su nacion. «No conozco, prosigue, novela ni comedia española sin combates. Este pueblo, uno de los mas valientes de Europa, y sin contradiccion el mas apasionado, tiene necesidad para que un libro le entretenga de hallar relaciones de guerra y de amor. Además se debe disimular á Cervantes, á quien habian ocurrido aventuras extraordinarias, el creer que su relato seria verosimil en una novela.» Concluye diciendo que para la inteligencia del texto le guiaron las luces de un español que amaba tanto las letras como su patria y que tenia de comun con Cervantes ser tan célebre por sus talentos como por sus desgracias. Era este el famoso don Pablo Olavide, conde de Pilos, perseguido por la Inquisicion.

(2) Florian tenia razon en adelantar disculpas á la critica de sus paisanos; y á pesar de las muchas supresiones que hizo y de lo que descargó la accion de incidentes, se formó este juicio de su obra: «El tradutor que amplifica ó suprime ó abrevia á su gusto, pudo disimular con mas maña los defectos del original. Bastaba para esto abreviar ó suprimir las relaciones que hacen perder de vista la accion principal; y al contrario parece que Florian, por lo mismo que conoció bien estos defectos, ha mirado como un deber el imitarlos. El lib. iv, que es enteramente suyo, está sobrecargado de incidentes; los sucesos se amontonan y se oprimen; ni están hábilmente manejados, ni gradualmente traídos. Es cierto que hay que atar multitud de cabos sueltos; pero nadie prescribia al autor que fuese de este ó del otro modo; y ha arribado al desenlace á costa

de la verosimilitud.» Como la conclusion es obra propia de Florian, la critica que se hace de ella nada tiene que ver con Cervantes, el cual dejó tela cortada para una segunda parte, es decir, para otros seis libros. El autor francés, por amor á la brevedad, guiso acabar en uno, y de aqui el defecto que se le critica.

(3) Don Diego Hurtado de Mendoza, caballero distinguido y escritor célebre, á quien en la novela se le conoce por el nombre de Meliso, murió en Madrid en 1575. Supone Cervantes sus exequias en las orillas del Tajo, y en ellas situado el valle de los Cipreses, de que hace una excelente descripcion. En este vallé se veian algunas sepulturas de jaspe y de mármol con sus letreros y epitafios. La que mas sobresalia era la del famoso pastor *Meliso*. Entonces les dijo el sacerdote Thelesio á los pastores y pastoras que alli estaban reunidos, que en aquella triste sepultura reposaban los *honrados huesos del nombrado Meliso, honor y gloria de nuestras riberas*: de donde se infiere que Cervantes tenia á don Diego Hurtado de Mendoza por natural de Toledo, como lo creyó tambien don Tomás Tamayo de Vargas, y no de Granada, como se cree generalmente. Despues de hechas las ceremonias de las exequias, Thelesio, puesto junto á la sepultura de Meliso, pronunció una oracion panegirica de sus virtudes; alabó la *integridad de su inculpable vida, la alteza de su ingenio, la entereza de su ánimo, la graciosa gravedad de su plática y la excelencia de su poesia, y sobre todo la solicitud de su pecho en guardar y cumplir la santa religion que profesado habia, juntando á estas otras tantas y tales virtudes de Meliso*. Concluida la plática, incitó Thelesio á los pastores á que se mostrasen agradecidos á aquellas frias cenizas, celebrándolas en la muerte como os obliga el amor que él os tuvo en la vida; y que aunque era general esta obligacion, tocaba mas en particular á los famosos Tirsí y Damon (Francisco Figueroa, y Lainez) como *tan conocidos amigos y familiares suyos*. En efecto, Francisco Figueroa, segun las noticias que de él nos dejó el licenciado Luis Tribaldos, de Toledo, que le conoció, pasó siendo mancebo á Italia, donde algun tiempo fué soldado, y otro tiempo prosiguió aplicándose á las letras en Roma, Bolonia y Sena, donde tal vez conocería á don Diego Hurtado de Mendoza. De Lainez nada se sabe. Estos dos pastores con Elicio y Lauso (que son Cervantes y Barahona de Soto) entonaron una cancion elegiaca, en que se hacen notables alusiones á su vida. Todo este pasaje hace creer que Cervantes escribia esta parte de *La Galatea* estando reciente la muerte de don Diego; asi como otros del canto de Caliope manifiestan que fueron escritos antes, puesto que habla en ellos de don Diego Hurtado de Mendoza como de persona que aun vivia.

tación del libro iv de la *Eneida*; la historia de la desventurada Leonida, la del pastor del bosque, y la de Timbrio conducido al patíbulo, en cuyo lugar puso Florian otro incidente mas ligado con el asunto; pero aprovechó su invencion, despojándola de lo inverosímil y demasiado libre, en la que tituló *Celestina*, novela española, que Trigueros dió á conocer en castellano con el nombre de *Robustina*. El escritor francés alteró y refundió otros episodios, como la aventura de Teolinda, cuyo final, en opinion de algunos, mejoró; y para dar mas colorido campestre á la obra, añadió algunos incidentes que le parecieron agraciados y pastoriles, como el cambio de los cayados, la fiesta campestre, la historieta de las tórtolas, y casi todos los pormenores del libro iv. Con esto hizo una obrita agradable, si bien desnaturalizando la novela original, sobre la cual algunos criticos superficiales llegaron á darle ventaja. Mas, segun la expresion de un autor español que no pensaba de la misma suerte, la obra de Florian «es una excelente y acabada pintura de abanico, sin magnificencia, aunque con una extrema exactitud; y la de Cervantes uno de los grandes cuadros de composicion de Murillo, donde colorido, variedad, caracteres, expresion, el pormayor y el pormenor, todo es grandioso, todo significativo, todo admirable. En Florian se ve mas el arte y el estudio y el artificio.» Prescindiendo de alguna exageracion en el elogio, lo demás es exacto.

La buena reputacion de Florian, unida al ilustre nombre de Cervantes, valió á la refundicion francesa los elogios de M. Fontanes, insigne traductor de Pope, y los del delicado Gesner; y el honor de ser traducida al inglés por Mr. Robinson, precedida de un ensayo sobre las novelas pastoriles. Tan favorable acogida animó tambien á don Casiano Pellicer á traducirla en castellano; y con efecto la imprimió en Madrid, en casa de la viuda de Ibarra, año 1797, en un tomito en 12.º, con muy buenas estampas y un prólogo, que informa de las alteraciones hechas por el escritor francés en el original, y al mismo tiempo da noticias muy curiosas para ilustrar esta fábula amatoria y varios puntos de nuestra historia literaria. Sábese que por entonces se hizo otra version del trabajo de Florian, que aun permanece inédita.

Otra faena mas seria emprendió don Cándido María de Trigueros. No satisfecho de la que se habia tomado el autor francés (que en su opinion imitó *La Galatea* de un modo, aunque feliz, incompleto), se propuso con los mismos materiales levantar un edificio nuevo, conservando muchos de los que Florian habia despreciado; porque Trigueros juzga que todo lo que salió de la imaginacion de Cervantes es oro puro. Y así se duele de que no puedan algunos tener cabida en su cuadro, tales como la descripcion del combate naval, y de la tempestad que luego se siguió y puso en libertad á los apresados; de cuyo episodio se valió Florian en su *Celestina*, despues de no haberle dado cabida en *La Galatea* (1). Estas imitaciones ó refundiciones sirven para acreditar el interés que en

(1) Efectivamente publicó en Madrid su obra con el siguiente título: *Los enamorados, ó Galatea y sus bodas, historia pastoral, comenzada por Miguel de Cervantes Saavedra. Abreviada despues y continuada; y últimamente concluida por don Cándido María de Trigueros. Con licencia. Madrid, en la Imprenta Real, mcccxcviii.* — Cuatro partes ó tomos en 8.º, y en cada una un prólogo, en que da razon de su obra. Divide la novela en doce libros.

Esta dedicada á Jovino. La tituló *Los enamorados*, porque, hablando en rigor, no hay en ella personaje principal. En los cuatro prólogos hay algunas cosas dignas de trascribirse; porque la obra es probable que yaza para siempre en el olvido. 1.º Empieza el prólogo del tomito primero diciendo que las de Cervantes, por su feliz invencion, abundancia y buen enlace de los incidentes y extraordinaria gracia y propiedad de la expresion, demuestran el gran ingenio del autor, á pesar de algunos resabios de su tiempo, y que no es posible leerlas sin gran deleite. Que acaso no escribió ninguna en que mas luciese la riqueza de su ingenio que en esta historia; pero sin embargo sus héroes, las mas veces no logran movernos por la mezcla de tanta cosa inconexa y aun moralmente opuesta, por la falta de sobriedad en las relaciones y en la expresion, y por los inverosímiles peligros en que presenta á sus personajes. Estas y otras menudecias han sido bastantes para impedir que tan preciosa invencion correspondiera enteramente al gran concepto de Cervantes. Juzga pues que ganaria mucho compendián-

dola, conservando lo excelente de ella, y suprimiendo lo que adormece y enfria. Esto intentó Florian en su *Galatea*; pero, en sentir de Trigueros, lo hizo de un modo incompleto. — «Cuando Cervantes escribió la suya todos los escritos de invencion rebosaban en amorios; no quiso ser menos que Montemayor, y aunque evitó muchos de sus defectos, no se puede decir que le aventajó. Sin embargo, los incidentes de su novela son por lo comun fáciles y naturales; sus personajes mueven é interesan; agréganse á esto ideas admirables, afectos verdaderos y bien expresados, excelentes situaciones muy graciosamente aprovechadas; todo lo cual excita, no obstante sus defectillos, el mas vivo deseo de ver su conclusion.» Señala Trigueros los defectos, y dice que Florian procuró evitarlos, como tambien el de difusion; pero que conservó el flujo de mezclar el verso con la prosa, que él mira como un monstruo de gusto malo é irregular. No imita este ejemplo, aunque en lo demás sigue el plan y método de Florian, extendiendo su misma fábula sin ceñirse á una rigurosa traduccion, y dividiendo esta en siete breves libros para que cada uno esté menos recargado. Y con el fin de que pueda llamarse obra suya, dice, ha señalado carácter á los personajes que no lo tenían en el original; ha insertado de nuevo la consulta ó consejo de los cuatro portugueses, de donde resulta el desenlace, que no es trágico y sangriento como el de Florian, defecto de su invencion, sino festivo y cómico; que Erastro y Florisa se casan como los

odos tiempos ha excitado la obra original. Mas ni Florian, que si evitó parte de sus efectos fué á costa de sacrificar sus bellezas, ni Trigueros, que, escritor laborioso pero sin ingenio, carecia de la fuerza de estilo de su gran modelo, consiguieron hacer obras duraderas, ni extractando ni refundiendo la pastoral del príncipe de nuestros escritores.

Entre tanto, aunque muy raras, aparecian algunas obras de pasatiempo, correspondientes á otros géneros. Despues que Alonso Nuñez de Reinoso dió los *Amores de Clareo y Florisea* que, comenzando por novela amatoria, acabó por libro de caballerías, imitacion á medias de las novelas griegas y

otros; que da á todos los personajes cuanto movimiento ha podido; que hasta el perro de Elicio tiene mas accion, y que no deja cabo suelto en la boda contratada en Portugal; en seguida de lo cual continúa él con cinco libros de propia invencion.

2.º *Prólogo.*— Quieré dar razon de las principales novedades que ha hecho y de los principios en que se fundan. Introduce desde el libro v cuatro personajes, que Florian no hizo mas que dejar asomar sin señalarles carácter. Les da Trigueros el de hacer reir, en lo cual malamente se apartó del que Cervantes quiso tuviese esta novela, que ni fué el de la sátira ni el del ridiculo y jocundidad. Atribuye pues á los cuatro portugueses el carácter de que regularmente se moteja á su nacion, por la rivalidad y hablillas de nuestro vulgo; y esto le proporciona una catástrofe alegre y agradable, ridicula y festiva, sin mezcla de cosa horrible ni dolorosa como el sangriento desenlace de Florian.

3.º *Prólogo.*— Manifiesta que su intento no es traducir *La Galatea* francesa ni disponer una imitacion ó compendio de la española, continuada ó concluida á su placer. Dice que los escritos de Cervantes tanto mejores y llenos de gracia parecerán, cuanto mas se examinen y comparen, no obstante los defectos de su siglo; y como *La Galatea* de Cervantes contiene muchas cosas preciosas que Florian omitió, ha procurado conservar en su imitacion lo que hay de mejor en las omisiones de este.— Quéjase de que los franceses, buscando la sencillez y regularidad que hacen los escritos *bonitos*, vituperan la abundancia de episodios, y dan en la monotonía y fastidio que no perciben; ó para evitarlos, prestan menos extension á los escritos, esmerándose en el buen decir, supliendo la invencion con la expresion, y las cosas con las palabras; y desprecian las obras que no tienen aquella seca regularidad y simplicidad despegada. Al contrario, los escritores españoles conocen que para agradar y entretener es preciso renovar la atencion; y el modo de lograrlo es entretener con la accion principal otras acciones subalternas, que siendo exteriores respecto de aquella, se le unan no obstante tan intimamente que parezcan parte suya; y atrayendo por sí mismas la atencion, hagan que se lea y no canse la principal. Estos son los episodios que abominan los franceses y de que usan los españoles excepto en algunas obras.

Los griegos, prosigue Trigueros, fueron los padres del buen gusto, de la regularidad y de la mas noble sencillez, que suelen constituir el mérito principal de sus escritos de imitacion é invencion. Huyeron de todo recargo y afectacion, procurando en cuanto es posible hermosear y mejorar la naturaleza; sus adornos son sobrios, y nadie puede decirse mas sinceramente adicto á la sencillez y regularidad que los famosos griegos. Sin embargo, en los poemas largos y en todas las historias de invencion se ve la abundancia de los incidentes, ya propios, ya extraños, que es el principal medio con que procuran entretener nuestra atencion, aun en fábulas de suyo sencillas, como son los *Amores de Dafnis y Cloe* del griego Longo. Así Cervantes usó de la abundancia de episodios, porque escribia para una nacion que no los vitupera; Florian evitó esta abundancia porque es-

cribia para una nacion que gusta de mas sencillez y temia ser acusado de redundante. Pero por grande que sea el talento de un escritor, es imposible que deje de ser molesto y fastidioso si en una obra larga no sabe introducir la variedad. Cervantes usó para ello de los dos medios propuestos; sus adornos son y debian ser muchos: la variedad de los caracteres personales, los incidentes menores, los cantares, las disputas, los versos, las descripciones, las situaciones; todas estas cosas que con tan variada largueza suministró su inagotable imaginacion son otros tantos ornatos necesarios para que una obra larga no fatigue. No todos estos adornos fueron los mejores; el gusto de su siglo influyó en ello. No gusta Trigueros de la multitud de versos que tiene *La Galatea* y de que ya he hablado antes, y entra en algunas observaciones sobre la de Florian.

4.º *Epilogo, al fin de la cuartaparte, concluida la obra.* Entra haciendo un elogio de Cervantes y de la celebridad de su novela dentro y fuera de España, y quéjase de algunos eruditos, que sin asustarles pasar plaza de extravagantes, queriendo aparecer mas linceos que sus predecesores, esparcen la semilla de una herejía critica y literaria, dirigida á degradar el mérito de tan gran escritor. Tal vez su estilo, su lenguaje, gracias y expresion choca con la jerigonza, con la insulsez, con la sequedad de sus detractores.

Dice que Voltaire sentaba que los españoles no tenemos mas libro que el *Quijote*, y que se engañaba por ignorancia ó malignidad ó por ambas cosas; pero que sus prosélitos aun de esto nos quieren privar: prefieren libros, que á seis hojas bastian ó cansan, á las obras de Cervantes que no saben leer ó no las han leído; libros de estilo cortado y sin union, que no dicen cien hojas lo que Cervantes diria en una ó dos; libros sin variedad, sin expresion, sin viveza, sin fuego, monótonos, helados y ateridos como los climas donde nacieron. Cervantes expresa mas y mejor cualquier concepto en una sola palabra que un tomo entero rebosando frases de sensibilidad.— Lisandro que escucha á Rosaura, cabizbajo y haciendo rayas con un cuchillo de monte, expresa mas, dice mas, pinta mas y mas clara y oportunamente la situacion de su alma que un capitulo entero de aquellos exagerados libros. Mas mueve, mas expresa, mas sacude, digámoslo así, el alma Rosaura arrojándose sin poder hablar á los piés de Lisandro, cuando él asegura que la pagará lo que la debe, que una docena de cartas de esos monótonos epistolarios que tanto nos celebran. Estas pinceladas abultadas, robustas, varoniles, á no ser que las tomen de los que escriben como Cervantes, no se hallan ni se ballarán jamás en aquellos timidos pintores que á fuerza de pulir el afectado tono de la llamada sensibilidad, mortifican y descomponen los colores con que intentan pintar el corazon humano. No por eso niega el mérito de los autores célebres; pero dice que pocos son comparables con Cervantes. Concluye, en fin, que si en tiempo de este convenia dar á los prosistas un ejemplo de la feliz extension de nuestra lengua, ¿cuánto mas conveniente seria ahora que destruye nuestro idioma con mezcla de expresiones y palabras ultramontanas tanto escritor que estudia la literatura extranjera sin conocer la propia?

de las historias caballerescas (1).—Jerónimo de Contreras, cronista del Rey, escribió su *Selva de aventuras*. Imprimiéndose antes de 1569, supuesto que está dirigida á doña Isabel, reina de las Españas, quien debió de ser doña Isabel de la Paz, esposa de Felipe II, que murió en aquel año; no habiendo vuelto en mucho tiempo á haber otra reina de tal nombre. De esta obra, cuyos ejemplares, aunque abundantes, desaparecieron todos en aquel siglo por la afición del público, habia ya una traducción francesa en 1580 (2). Han creído algunos autores que era distinta del libro de Luzman y Arbolea, de cuyo error con solo hojearla se hubieran desengañado. El héroe Luzman se destierra por rigores de su señora Arbolea, anda vagante por Italia, y despues de varios y curiosos sucesos en que entran hasta consultas mágicas, vuelve á España á la casa paterna, y hallando á su amada en un convento, se hace ermitaño, y pasa en tan santa ocupacion el resto de sus dias. Contreras, olvidando su título de cronista del Rey, comete grandes anacronismos en la novela, suponiendo monarcas que no existieron jamás, atribuyendo á los reinados de príncipes, cuya existencia es cierta, sucesos que acaecieron en tiempos muy diferentes; mas esto no quiere decir que ignorase la historia, sino que los autores de entonces en obras de imaginacion despreciaban el sujetarse á la verdad histórica, sin duda confiando demasiado en la ignorancia de los lectores. Su estilo se recomienda sin embargo por la claridad y sencillez, y es un mérito muy de admirar en aquel tiempo ver escritos de esta clase sin los resabios frecuentes de ridícula pedantería.

Ginés Perez de Hita, vecino de Murcia y tal vez natural de Mula, segun se infiere de algunas circunstancias de sus escritos, nos dió en la primera parte de sus *Guerras civiles de Granada*, publicada en Zaragoza en 1595 y cien veces reimpressa, un ejemplo de la novela histórica de este género, que bien cultivado con el estudio de las costumbres y enlazando atinadamente particularidades y anécdotas que la gravedad de la historia no admite, puede llegar á ser su mas agradable complemento; pero que, segun generalmente se escribe, es su mas cruel enemigo. Asunto de las *Guerras civiles de Granada*, verdadero en el fondo, y con pormenores de invencion propia, son los sangrientos bandos entre Abencerrajes y Zegries, que desolaron la ciudad en los últimos tiempos del imperio musulman y facilitaron su conquista por los cristianos. El autor supone (era entonces comun esta clase de suposiciones remedadas por Cervantes en su *Quijote*) que primitivamente su historia fué escrita en arábigo por un moro de Granada, llamado Aben-Amin, que despues de la conquista de la ciu-

(1) Debíó tener presente Cervantes este libro para escribir su *Persiles*, y de él se darán algunos mas pormenores en la nota en que se transcriba la noticia bibliográfica de esta última novela.

(2) Hizola Gabriel Chapuys, que dió á conocer tambien varios otros libros españoles. Tres ediciones hay de esta version con tres títulos diferentes: las portadas debían estar en aquel tiempo sujetas al capricho de los editores. — *Etranges aventures*, etc. Lion, Rigaud, 1580. — *Histoire des amours*, etc. Paris, Bouffons, 1587. — *Aventures amoureuses*, Ruan, 1598. — El original se debió imprimir varias veces, pero todas las ediciones del siglo xvi se han hecho rarisimas. Casi no se le conoce sino en la edicion hecha en Zaragoza por Pedro Cabarte, año de 1615, á costa de Juan Dalmau, impresor de libros, con este título: *Selva de aventuras, compuesta por Jerónimo de Contreras, coronista de su majestad. — Va repartida en siete libros, los cuales tratan de unos extremados amores que un caballero de Sevilla llamado Luzman tuvo con una hermosa doncella llamada Arbolea, y las grandes cosas que le sucedieron en diez años que anduvo peregrinando por el mundo, y el fin que tuvieron sus amores.* — De la licencia para la impresion, dada en Zaragoza á 10 de enero de 1615, consta que se habia impreso otras veces en esta ciudad. Cópíase en seguida la dedicatoria á la serenísima, ínclita y muy poderosa señora doña Isabel, por la divina clemencia reina de las Españas, que acompañó á la primera edicion. En ella dice el editor que habiendo venido á sus manos la *Selva de aventuras* de Jerónimo Contreras, no pudo dejar, por la comun utilidad que de ella se puede sacar y por la grande recreacion de ánimo que en ella se puede hallar, de imprimirla y ofrecerla á su majestad. De no imprimirla siguiérase grande daño, porque á la postre se perdiera,

como se han perdido muchas obras de admirables autores, algunas de las cuales cita; y porque con esta no sucediera lo mismo, hizo tirar gran número de ejemplares. Dice que se llama *Selva de aventuras* porque en ella se hallan tales y tantas, que ponen espanto y admiracion á los leyentes; y hace en seguida el elogio del libro diciendo: «Aquí hallarán otro Hipólito cazando, el cual mostrará el camino cómo se ha de huir el ocio, del cual nascen infinitos males. Aquí verán Melanion, aquel famosísimo cazador, el cual les mostrará cómo se han de domar los ferocísimos puercos monteses, frenando sus apetitos indómitos y no dejándose despedazar de ellos como Adónis, el desdichado hijo de Mirba. En el mas secreto é íntimo lugar de esta selva se hallará aquella hermosísima Diana con el coro de sus vírgenes, lavándose en unas cristalinas fuentes y trasmutando con su hermosura á aquellos hombres én ciervos, los cuales, dejadas las virtudes, han seguido los vicios, y no han tomado consejo primeramente del peregrino Luzman, porque en toda esta *Selva* fuesen encaminados. Y para abreviar, los ricos hallarán aquí remedio para tener en poco las riquezas; los pobres en estar contentos; los de amor furiosos hallarán el freno con el cual será domado el apetito; los tibios ternán espuelas para moverse ligeramente; los inconstantes y poco firmes verán la templanza que los encamina en todos sus actos; los ignorantes serán enseñados; los poco ejercitados verán tantos y tan diversísimos ejemplos, con los cuales serán de aquí adelante mas prudentes. Estos son los provechos y aun muchos mas de esta *Selva de aventuras*; estos me han movido á que la imprimiese y á que la presentase á vuestra majestad, por ser ella tan rica y tan provechosa joya.»

lad pasó á Africa y residió en Tremecen; que un nieto suyo muy hábil recogió entre otros este libro, y se lo prestó á un judío, el cual por su contento lo tradujo al hebreo y presentó el original árabe á don Rodrigo Ponce de Leon, conde de Bailen, á cuya insinuacion lo tradujo tambien al castellano; y en fin, que la tan zarandeada version castellana la hubo él por merced del mismo Conde. Todas estas vicisitudes del libro tienen traza de mera suposicion, aun quando en él no pueden menos de entrever los cuerdos mas fondo de verdad que el que á primera vista aparece. Hita, que fué soldado en la guerra contra los moriscos, residió en Granada quando aun no estaba muy lejana la ruina de aquel imperio y se conservaban gloriosos restos de su reciente poder. El espectáculo de tan abatida grandeza tenia que excitar su imaginacion y commover su sensibilidad. De los propios moros granadinos pudo saber la historia de aquellos encarnizados bandos; los moros á su vez la habian aprendido de sus padres que la presenciaron; y ochenta años de distancia eran bastantes para engalanarla con los poéticos y brillantes colores que da á la tradicion un pueblo que no sabe retener hecho ninguno sin revestirlo de los ornatos riquisimos que su fantasia le sugiere. Perez de Hita la encontró digna de ser entregada á la escritura, y empleó su ameno talento en escribirla. Tiene el estilo que empleó en ella la particularidad del de aquellos hombres privilegiados que deben al cielo el arte difícil del buen decir: guiados por el instinto, hallan la verdadera frase para expresar sus ideas; de suerte que consagrada por el uso nunca envejece, y despues de siglos conserva la misma frescura del tiempo en que se escribió. Hita conforma en esta circunstancia con Garcilaso y otros muy pocos escritores; de modo que en sus *Guerras civiles* hizo no solo un libro agradable, sino por su elocucion una obra clásica. En ella bebió despues, en época mas próxima á la nuestra, el caballero Florian las ideas de su Gonzalo de Córdoba, linda obrita, que, á pesar de estar sus moros y españoles pintados con poca exactitud, ha tenido la fortuna de encontrar en Peñalver un traductor que la pusiese en castellano con mas elegancia y esmero del que por lo comun se emplea en semejantes libros.

Mas á la novela corta, que inauguró con tan buen éxito Bocacio en Italia, y don Juan Manuel en España, ninguno de los aventajados ingenios españoles se dedicaba; y no en verdad porque el público viese con malos ojos este género, puesto que leia las pésimas traducciones que corrian de novelas italianas. A falta de buenos autores que las escribiesen originales, multitud de aficionados que hay en todos los siglos á embadurnar papel, deseosos de pasar por escritores, sin talento para serlo y lo que es peor sin conocer muchos de ellos los rudimentos del arte de escribir, dedicábanse á trasladar libros de novelas del toscano, como hoy del francés gentes de la misma calaña. Entonces andaban los traductores, como andan hoy, muy desacreditados; ¡pobre del libro que en sus manos caia! Sin embargo, la traduccion del *Decameron* en castellano corria desde muy antiguo, y no era de las peores; de las demás no hablaremos, pues reposan justamente en el olvido, de donde jamás deben salir.

Cervantes, que habia estado cerca de seis años en Italia y estudiado y reflexionado sobre su literatura, creyó que no existia motivo para dejar de trasplantar este género en España; y al ver que se leian aqui disfrazadas en pésima prosa castellana novelas extranjeras, se persuadió de que los que no encontraban repugnancia en tal pasatiempo le hallarian con mas gusto en obras originales si se las diesen regularmente escritas. Con tal idea compuso varias en diversos tiempos, que de mano en mano circularon con aplauso entre las personas instruidas y curiosas. Viendo lo cual, aprovechando la tranquilidad y el retiro de los últimos años de su vida, se dedicó á reunir las, corregirlas, limarlas y perfeccionarlas; y juntando doce en una coleccion, las publicó en 1615. Dedicólas al gran conde de Lemos don Pedro Fernandez de Castro, entonces virey de Nápoles, no solo como primer obsequio que hacia por gratitud y reconocimiento á la memoria de tan illustre bienhechor, sino atendiendo á la aficion laudable con que este cultivaba las letras y protegia y amparaba á los insignes escritores que contribuian á su perfeccion y adelantamiento. Acompañólas de una dedicatoria y prólogo, donde con la sencilla franqueza propia del genio con que los antiguos se alababan á si propios quando creian merecerlo (que vale mas que la refinada hipocresía de ahora que nos echa por tierra para que los demás nos celebren), no disfraza la satisfaccion que le causa el concepto aventajado que tiene de sus discursos. «Solo suplico á vuestreza, dice al Conde, que advierta que le envío, como quien no dice nada, doce cuentos, que á no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, presumiera ponerse al lado de los mas pintados.» Por otra parte decia al lector en el prólogo: «Solo esto quiero que consideres, que pues yo he tenido osadía de dirigir estas novelas al gran conde de Lemos, algun misterio tienen escondido

que las levanta.» Al hablar del mérito de la invencion, de la propiedad de los caracteres, de la verosimilitud de los lances y aventuras, y de la honestidad y decoro de los argumentos, alude á las novelas italianas, especialmente á las de Bocacio, tan celebradas entonces y despues en los paises cultos por la discreta disposicion y giro de la fábula y por su bello estilo y lenguaje, á pesar, como antes hemos dicho, de la lentitud de las narraciones, de la frialdad de los coloquios, y sobre todo, de la indecencia y obscenidad de los hechos. Iguales vicios tambien notaba Cervantes en otros libros de invencion é ingenio, publicados en España con gran aplauso, como la *Celestina*, de la cual no hemos hablado, porque siendo novela en accion, creemos que pertenece mas particularmente á la literatura dramática. De esta comparacion nacia pues el aprecio con que miraba las suyas, que reunian las recomendables prendas de aquellas, y estaban exentas de la falta de decoro y honestidad con que en las otras se ultrajaba la moral pública. Por esta razon les dió el título de *ejemplares*, persuadido de que ninguna habia de quien no se pudiera sacar algun provechoso ejemplo. «Que los requiebros amorosos que en algunas hallarás, dice al mismo lector, son tan honestos y tan medidos con la razon y el discurso cristiano, que no podrán mover á mal pensamiento al cuidadoso ó descuidado que las leyere.» Y añade: «Una cosa me atreveré á decirte, que si por algun modo alcanzara que la leccion de estas novelas pudiera inducir á algun mal deseo ó pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas en público.» Esto basta para conocer el objeto con que Cervantes trazó sus novelas, y además las razones que tuvo para corregir y mejorar en su vejez composiciones que tal vez habia escrito en el verdor de su juventud ó en la madurez de su edad varonil, como se nota en las correcciones que hizo en algunas de las publicadas, si se comparan con los manuscritos coetáneos que se han conservado de ellas.

Al mismo tiempo se jacta en dicho prólogo de ser el primero que habia novelado en lengua castellana. Esta asercion de Cervantes necesita de una breve explicacion. Pues qué, dirá alguno, las obras de que hasta aqui hemos hablado ¿qué son sino novelas? ¿Cómo un autor que las conocia puede alabarse á la faz de la nacion de ser el primero que las introdujo? La palabra novela, que era entonces nueva en el castellano, tenia en aquel tiempo una acepcion menos lata que la que se le da en el dia. No se entendia por este vocablo sino las cortas, que antes se llamaban cuentos, y que ahora se llamarian lo mismo; las obras de recreo de mas extension, ó se llamaban *libros de caballerías*, si trataban de hechos de armas ó de proezas de caballeros (que tal significado tuvo en lo antiguo la palabra caballería); ó *fábulas pastorales*, si la escena pasaba en las cabañas; ó bien *historias*, usurpando á las verdaderas este nombre, si no tomaban el título genérico de *libros de pasatiempo*. Juan de Timoneda, advirtiéndolo al lector en su *Patrañuelo* que no juzgase verdad lo que en su obra se contaba, dice que para evitarlo le dió el nombre de *Patrañuelo*, derivado de patraña; «y patraña no es otra cosa sino una fingida traza, tan lindamente amplificada y compuesta, que parece que trae alguna apariencia de verdad; y así, semejantes marañas las intitula mi lengua general valencia *rondalles*, y la toscana *novelas*». El nombre correspondiente á estos en castellano, segun Lope de Vega, era el que ya les hemos dado de *cuentos*. «En tiempos menos discretos que el de agora, aunque de hombres mas sabios, dice este autor, llamaban á las novelas *cuentos* (1).» A principios del siglo XVII era aun tan peregrino el nombre de novela en español, que Cristóbal Suarez de Figueroa dice en sus diálogos del *Pasajero*: «¿Acaso gustais de novelas al uso?» El otro interlocutor contesta: «No entiendo ese término, si bien á todas tengo poca inclinacion»; y queriendo explicárselo, prosigue: «Por novelas al uso entiendo ciertas patrañas ó consejos propias del brasero en tiempo de frio, que en suma vienen á ser unas bien compuestas fábulas, unas artificiosas mentiras (2)». En italiano el primero que introdujo este vocablo fué Bocacio, y temeroso de no ser entendido buscó dos ó tres palabras sinónimas con que explicarlo; su traductor le dió carta de naturaleza en castellano, y con tan buen éxito, que yendo de dia en dia ganando terreno, no solo se llamaron despues novelas las obras de invencion de cortas dimensiones, sino las que se dilatan por gran número de volúmenes.

A pesar de la franqueza, que algunos llamaron jactancia, con que se explicó Cervantes acerca del mérito de las suyas en los citados dedicatoria y prólogo, estuvo gran tiempo suspenso y receloso acerca del modo con que serian recibidas del público. Así, no solo se contentó al principio

(1) Prólogo de sus novelas.

(2) Dice *novela al uso*, porque si no, el otro interlocutor hubiera entendido que se valia de esta palabra ita-

liana en el sentido de si era amigo de noticias nuevas, que es el significado genuino de la palabra, diminutivo de *nova*, nueva.

con que circularan manuscritas, sino que para explorar mejor el efecto que causaban, nueve años antes de publicarlas en coleccion intercaló dos en el *Quijote*, la de *El curioso impertinente* y la de *El cautivo*. Para aquella tomó la idea, á lo que parece, de un episodio del *Orlando furioso* de Ariosto, en los cantos xli y xlii; y es digna del sitio que ocupa por su artificioso estilo y brillante pintura de los efectos del amor y de los celos, y de la fragilidad y astucias de algunas amas y oriadas; y ejemplar, no solo por el castigo que recibe Camila, sino porque enseña que solo se vence la pasion amorosa con huirla y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque son menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Esta imitacion dió sin duda origen á que Voltaire, que leia de prisa y escribia aun con mas ligereza, juzgase que todo el *Quijote* está ideado por la invencion de Ariosto. A la segunda dieron argumento los sucesos de un compañero suyo en la cautividad de Argel, que algunos con error ya manifesto han creido que fuese historia del propio Cervantes. Fueron ambas bien recibidas, sin que el entorpecer la marcha de la ingeniosa fábula caballeresca les atrajese el desagrado ó fastidio de los lectores: impertinentes parecieron, es verdad, en el lugar que ocupaban; mas no por eso se dejó de conocer la gala y artificio que en sí contenian, ni dejó el autor de adivinar el aplauso con que las demás serian recibidas cuando por sí solas saliesen á luz. La opinion que los españoles formaron de las dos que presentó de muestra fué confirmada por los extranjeros; y César Oudin tradujo al francés é imprimió en Paris á dos columnas en 1608 la de *El Curioso impertinente* para que sirviese de texto á los que se dedicaban al estudio de la lengua castellana.

Puesto que Cervantes fué el primero que introdujo este género en nuestra literatura, creemos que no desagradará que nos detengamos un poco á examinar lo que en él produjo. En la coleccion que dedicó al conde de Lemos publicó las novelas siguientes: *La gitanilla*, *El amante liberal*, *Rinconete y Cortadillo*, *La española inglesa*, *El licenciado Vidriera*, *La fuerza de la sangre*, *El celoso extremeño*, *La ilustre fregona*, *Las dos doncellas*, *La señora Cornelia*, *El casamiento engañoso*, *Diálogo de los perros Cepion y Berganza*. Con las dos que insertó en el *Quijote* y con la de *La tia fingida*, que, por haber dejado correr en ella la pluma con mas libertad de lo que convenia, no juzgó á propósito comprender en su coleccion, son quince las que conocemos de su elevado ingenio. Fruto mas que de su meditacion en el retiro del gabinete, de la observacion que le proporcionó la varia suerte de sus propios sucesos, padecimientos y peregrinaciones por Italia y otros países, y del profundo conocimiento que su vida pobre y vagabunda le dió de las costumbres y vicios de sus contemporáneos, están escritas no solo con originalidad, sino con la verdad y exactitud que presenta la naturaleza. Grande es la valentia y libertad de pincel con que la retrata y describe, y el noble desenfado con que sin contemplaciones á la adulacion reprende y ridiculiza los vicios con todas las gracias y donaires propios de su ingenio y del dominio que tenia sobre el idioma castellano. Pero no todas son de igual mérito, ya porque no todas se escribieron en un mismo tiempo y bajo igual situacion de espiritu, ya porque á causa de la variedad que se propuso no todas pertenecen al género en que brillaba sin rival. No hay que decir que las mejores son las satiricas y aquellas en que puede desplegar sin estorbo sus donaires faceciosos y las picantes gracias de su pluma.

En cuatro especies pueden dividirse para mayor método en su análisis. Unas amatorias ó del género urbano (llamámolas así por no encontrar otra palabra que exprese mejor nuestra idea), y son: *El amante liberal*, *La española inglesa*, *La fuerza de la sangre*, *La ilustre fregona*, *Las dos doncellas* y *La señora Cornelia*; otras de costumbres, como *La gitanilla*, *El celoso extremeño* y *El casamiento engañoso*; otras satiricas, como *El licenciado Vidriera* y *El diálogo de los perros*; y últimamente, dejó por muestra de lo que podria escribir en el género picaresco la de *Rinconete y Cortadillo*. Vamos por partes analizando lo que hizo en cada una de ellas. En el amatorio ó urbano brillan su riqueza de elocucion y armonia de estilo, únicas cualidades que en él podia desplegar. Son las que menos agradan de sus novelas, porque en ellas se advierte alguna falta de animacion, y las solas á que puede aplicarse la rígida censura de Capmani cuando dice: «¿Cuántas y mas sustanciales (objeciones) se podrian poner á sus novelas, que, aunque abundan de tiernos afectos, de hermosas descripciones y de discursos bien razonados, adolecen por lo general de una pesadez y uniformidad de estilo que amortigua por otra parte la curiosidad y deseos que despierta en el lector con los términos interminables y espaciosos rodeos de la narracion?» *La fuerza de la sangre* es la mas interesante de estas, y segun Florian, que solo reconocia como dignas del autor del *Quijote* cuatro de sus novelas (sentencia dura é inexacta), la mejor conducida de todas. Es apreciable ade-

más *La española inglesa*, que se funda en uno de los hechos desgraciados de nuestra historia, como fué la toma de Cádiz por el famoso conde de Essex, célebre por la privanza que gozó con la reina Isabel y por su desgraciada muerte (1). Esta novela debió de escribirse hácia 1611, y el desastroso suceso de aquella importante plaza marítima acaeció en 1596, estando Cervantes en Sevilla. También es digna de leerse la de *El amante liberal*, donde embozadamente cuenta Cervantes algunos de sus propios sucesos, y es notable la apóstrofe con que comienza á las ruinas de la miserable Nicosia, destruida por los turcos, como uno de los mas magníficos trozos de elocuencia de nuestra lengua.

Mayor mérito tienen, á mi entender, las novelas que he titulado de costumbres, á causa de la singular gracia de Cervantes para retratarlas. *La gitanilla* ha sido objeto de comedias en los antiguos y en estos últimos tiempos, porque en ella se describen al vivo las costumbres de este pueblo original, que vive en medio de nuestra sociedad sin pertenecer á ella. En la del *Celoso extremeño* se ven hábilmente dibujados los celos de un viejo ridículo que tiene mujer joven; y está llena de alusiones á las costumbres de la época. El viejo Carrizales, despues de haber andado por diversas partes de España, Italia y Flándes, vino á parar á la gran ciudad de Sevilla, donde halló ocasion para gastar lo que tenia. Entonces se acogió al remedio «á que otros muchos perdidos de aquella ciudad se acogen, que es pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores (á quien llaman ciertos los peritos en el arte), añagaza general de mujeres libres, engaño comun de muchos y remedio particular de pocos». Esperó que saliese la flota para Tierra-Firme, se acomodó con el almirante se embarcó y dió la vela de Cádiz. Estuvo veinte años en Indias, enriqueció, volvió á la ciudad del Guadalquivir, cayó en la tentacion de casarse con una niña; la encerró en una casa que compró, y en el portal de la calle, que en Sevilla llaman casapuerta, hizo su caballeriza para una mula, y en ella un pajar ó apartamiento, donde estuviese quien la habia de cuidar, que fué un negro viejo y eunuco, único varon que habia en toda la casa, pues el bueno de Carrizales no quiso tolerar ni gatos que recordasen el género masculino. Son graciosos y notables los arbitrios que buscó para que su pobre esposa no tuviese trato con ninguno de fuera; pero inútiles providencias en pueblo como Sevilla. «Hay en ella, dice el autor, un género de gente ociosa y holgazana á quien comunmente suelen llamar gente de barrio; estos son los hijos de vecinos de cada colacion y de los mas ricos de ella, gente baldía, atildada y meliflua, de la cual y de su traje y manera de vivir, de su condicion y de las leyes que guardan entre sí habia mucho que decir, pero por buenos respetos se deja.» Uno de estos galanes se empeñó en entrar en el encierro de la niña de Carrizales; usó del ardid de fingirse pobre y tullido y ponerse en oracion junto á la casa. Tenia una guitarrilla y cantaba romances, de los que gustando el negro que dormia en el portal, le abrió al fin la puerta. El fingido pobre le dijo que enseñaba á algunos morenos, y que ya tenia por discipulos tres negros esclavos de tres veinticuatro, por donde se ve que se habia introducido en Sevilla con el comercio de América la costumbre de valerse de negros esclavos para el servicio doméstico. Logró con paciencia el joven penetrar en la casa, que ama y criadas privadas de todo género de diversion, no pensaban en su encierro sino en proporcionársela á cualquier costa; y como en tales casos sucede, todas estaban en hacer traicion al celoso viejo. Una taimada dueña puso á su

(1) Roberto de Evreux, conde de Essex, obtuvo mucho tiempo los favores de la reina Isabel de Inglaterra, y acabó por ser degollado de orden de esta señora en 1601. En 1590 fué enviado al socorro de Enrique IV de Francia, á la cabeza de cinco mil hombres. Véase sobre este punto una nota del canto III de la *Henriada*. El 96 hizo expedicion contra Cádiz, en cuya ciudad entró sin resistencia á 1.º de julio, antes de anocheecer. Tuviéronse avisos el 29 de junio de haberse descubierto entre Lagos ochenta velas, que no habiéndose dado á plática ni reconocido, se ignoraba si eran de amigos ó de enemigos. Las galeras españolas estaban en el Puerto de Santa María carenándose y componiéndose; y aunque desbaratadas, se mandaron aderezar; pero solo pudieron prepararse catorce en mala orden, sin remos, sin gente y sin agua. Los galeones y la flota hallábanse en Cádiz; y en la ciudad habia gente escasa, pocos arcabuces, y menos gobierno. Se juntaron hasta diez y ocho galeras y los galeones; y

cuatro de aquellas se pusieron en la Caleta de Santa Catalina. El enemigo se presentó y batió las embarcaciones de la bahia; con lo que se resolvió retirar de noche los galeones al Puñal para defender aquel paso. Fué para toda Andalucía y Sevilla gran calamidad la invasion y saqueo de Cádiz, de que al comercio sevillano se ocasionaron pérdidas de gran consideracion. (Véase Zúñiga, *Anales de Sevilla*, lib. xv, año 1596, par. I.) Cervantes estaba en Sevilla y fué testigo de la gran conmocion de este suceso; compuso á él un soneto, que publicó Pellicer, página 160 de la *Biblioteca de Traductores*, y al mismo asunto hizo otro Juan Sanz de Zumeta, agudo poeta sevillano, celebrado por Cervantes en el canto de *Calope*, y por Herrera en sus *Anotaciones á Garcilaso*. Este soneto, por ser inédito, lo publicó también Pellicer en la pag. 86 de la *Vida de Cervantes*. El recuerdo de tan ruidoso acaecimiento suministró á este la idea de la novela *La española inglesa*.

señora en brazos de su amante; Carrizales los sorprendió, y el sentimiento le condujo al sepulcro. Pero; cuán interesante no nos lo pinta Cervantes cuando á las puertas de la muerte, volviendo en sí y conociendo lo mal que habia obrado en esta excesiva desconfianza, que dió estos tan amargos frutos, en lugar de clamar por desaforada venganza, dice, teniendo á su lado á su esposa y suegro: «A ti no te culpo, ¡oh niña mal aconsejada! (y diciendo esto, se inclinó y besó el rostro de la desmayada Leonora); no te culpo, digo, porque persuasiones de viejas taimadas y requiebros de mozos enamorados fácilmente vencen y triunfan del poco ingenio que los pocos años encierran. Mas porque todo el mundo vea el valor de los quilates de la voluntad y fe con que te quise, en este último trance de mi vida quiero mostrarlo, de modo que quede en el mundo por ejemplo si no de bondad al menos de simplicidad jamás oída ni vista. Y así, quiero que se traiga aquí luego un escribano para hacer de nuevo mi testamento, en el cual mandaré doblar la dote á Leonora y le rogaré que despues de mis dias, que serán muy breves, disponga su voluntad, pues lo podrá hacer sin fuerza, á casarse con aquel mozo á quien nunca ofendieron las canas de este lastimado viejo; y así verá que, si viviendo jamás salí un punto de lo que pude pensar ser su gusto, en la muerte hago lo mismo, y quiero que le tenga con el que ella debe de querer tanto.» Hé aquí el partido que saca de las situaciones la sensibilidad y el verdadero talento; es superior esta conclusion á la de la comedia de Moratin *El viejo y la niña*, que tanto se parece á la novela en el argumento, aunque difiere en los incidentes. El estilo es de grande hechizo, en extremo graciosa y adéguada la comparacion de las palomas, cuando estando ama y criadas bailando á todo su sabor al compás de la guitarra del gallardo músico, viene á advertirles la negra, puesta de centinela, que el ano ha despertado y se levanta.

El casamiento engañoso es un cuento gracioso de un pobre diablo, que, enfermo y escaso de medios de fortuna, se fia de una perdida, la cual dándole palabra de casamiento, cuando le ve descuidado toma las de Villadiego y le deja por puertas. Debe de estar fundado en algun hecho real que presencié Cervantes, pues lo cierto es que en el archivo de Simancas hay noticias de quién fuese el alférez Campuzano, su principal personaje (1).—Con este género de novelas debe colocarse *La tia fingida*, donde con tal desenfado se pintan las tretas de esas horribles mujeres que pervierten la juventud para hacer de ella un tráfico vil y escandaloso. Esta novela se ha publicado por primera vez en nuestros dias á vista de un manuscrito que existia en los Estudios reales de Madrid, pero con grandes lagunas y mutilaciones para no ofender á los oidos limpios y delicados (2). Una copia con-

(1) Don Tomás Gonzalez envió á don Martin Fernandez de Navarrete una nota que se conserva manuscrita entre sus papeles, en que se dice lo siguiente: «El alférez Campuzano, á quien Cervantes hace el héroe de la novela *El casamiento engañoso*, se llamó don Alonso Campuzano, alférez de la compañía de Navarra, de que era capitán su padre don Rodrigo, y lo habia sido su abuelo, que entre ambos sirvieron mas de ochenta años con mucho celo y fidelidad, segun certificacion del marqués de Almazan y de don Martin de Córdoba, ambos vireyes de Navarra. En 19 de junio de 1589 el consejo de guerra consultó la capitania que quedaba vaca por muerte de don Rodrigo Campuzano en su hijo don Alonso el alférez; y no habiendo habido resolucion, repitió consulta de recuerdo en 4 de mayo de 1590, la cual tuvo favorable éxito. El alférez don Alonso Campuzano estuvo en Oran los años de 1587 y 88 al mando de don Pedro de Padilla, y sin duda en aquella época le conoció Cervantes.» Este, cuando extendió su memorial en 1590, referia como cosa reciente y muy posterior á la campaña de Portugal y las Terceras el haber traído las cartas del alcaide de Mostagan y haber ido á Oran por orden de Felipe II.—Véase su vida, escrita por don Martin F. Navarrete, párr. 66, pág. 64, quien no pudo fijar la época precisa de estas comisiones de Cervantes, porque no tenia entonces semejante noticia del alférez Campuzano, que parece fijarla á los años de 87 y 88, si es que en Mostagan hizo Cervantes aquel conocimiento. Despues debió encontrarse con su antiguo amigo en Valladolid, donde le vió salir del hospital de la Resurreccion en el deplorable estado en que nos lo pinta su jovialidad.

(2) Conservábase manuscrita en un raro volumen de

misceláneas, que formó por los años de 1606 á 1610 el licenciado Francisco de Porrás, sevillano y racionero de su iglesia, para divertir los ocios de un arzobispo de Sevilla. Estaba al fin del códice, antes de las bien conocidas de *Rinconete y Cortadillo* y *El celoso extremeño*, copiadas todas de la misma letra; pudiendo corresponder á las obras de quienes el autor decia que andaban descarriadas por ahí, y quizá sin el nombre de su dueño. El códice perteneció á los jesuitas de San Hermenegildo de Sevilla hasta los tiempos de la expulsion, y despues á San Isidro de Madrid. Arrieta la publicó por primera vez al fin de una obrita titulada *Espiritu de Miguel de Cervantes Saavedra*, pero de una manera infiel, suprimiendo todos los pasajes que le parecian atrevidos, que cabalmente son los mejor tratados. Por una copiasacada con exactitud del códice, se imprimió en seguida en Berlin, no sin haber antes consultado con don Martin Fernandez de Navarrete para que diese su voto sobre la autenticidad de la obra, como lo dió, segun se dice en el prefacio puesto al frente de esta edicion. De aquella no puede dudarse, pues además de estar apoyada por el tono general de la novela, confirmanla multitud de expresiones y de frases idénticas á las que usó Cervantes en otras obras. Sirvan de ejemplo: *Novela* «puesto que la noche habia ya pasado el filo.» *Quijote*, parte II, capítulo 9: «Media noche era por filo, poco mas ó menos, cuando don Quijote...» Esta expresion la tomó Cervantes del romance del conde Claros de Montalvan, que empieza así:

Media noche era por filo,
Los gallos quieren cantar...

Novela. «A cuyo son no quiso la justicia danzar la dan-

temporánea existe en la Biblioteca Colombina, con preciosas variantes, digna de que la sacasen á luz los eruditos. El mérito que se halló en la novela indujo á su impresion, despues que la identidad del estilo y giros del lenguaje dieron á conocer indubitablemente ser de Cervantes. Por las de este género dijo sin duda el disfrazado Avellaneda, zahiriendo al autor, que algunas eran comedias en prosa, sin advertir el menguado que hacia con ello el mayor elogio á la disposicion y trazado de la fábula. Aun no se conocia en Europa la comedia llamada de costumbres, única que quisieron admitir los clásicos como racional y literaria. Pues bien, póngase cualquiera de estas novelas en diálogo y en verso y se tendrá la comedia de Moliere y de Moratin, quienes jamás dibujaron carácter mas cómico ni al mismo tiempo mas interesante que, por ejemplo, el del viejo Carrizales.

Escasamente merecen nombre de novelas *El licenciado Vidriera* y *El coloquio de los perros*; pero si la crítica no quiere concederles este título, en especial á la segunda, no negará á lo menos que son obras eminentes. Sospéchase que en *El licenciado Vidriera* se propuso por modelo al erudito Gaspar Barthio, prodigio de ciencia y de precocidad; mas á quien la extrema aficion y continua lectura de las novelas pastorales y otras obras del ingenio español, trastornaron la cabeza, viviendo diez años persuadido á que era de vidrio, sin querer por esta razon que nadie se le arrimase. Tambien Cervantes pinta al licenciado Vidriera de *buen ingenio y notable habilidad; su principal estudio fué el de leyes; pero en lo que mas se mostraba (su talento) era en las letras humanas, y tenia tan felice memoria, que era cosa de espanto, é ilustrábala con su buen entendimiento*. Todas estas circunstancias concuerdan con las de Barthio. Invitaron al Licenciado á viajar, y admitió el convite, persuadido de que seria bueno ver á Italia y Flándes y otras diversas tierras y paises, pues las luengas peregrinaciones hacen á los hombres discretos; calculando de que en esto podria gastar cuando mas tres ó cuatro años, que añadidos á los pocos que tenia, no serian tantos que le impidiesen volver á sus acostumbrados estudios. Corrió, como se habia propuesto, todas las principales ciudades de Italia y de Flándes, y volvió á Salamanca para graduarse de licenciado. Una dama que llegó á esta ciudad quedó enamorada de su ingenio y juventud; mas él, atendiendo mas á los libros que al amor, no quiso corresponderla. Diéronle hechizos en un membrillo para inclinar su aficion, por consejo de cierta morisca, creyendo que de este modo se forzaba su voluntad, como si hubiese, dice el autor, en este mundo yerbas, encantos ni palabras suficientes á forzar el libre albedrio; y esto, trastornando su cerebro, causó en él la locura de creerse de vidrio y de que nadie, por lo tanto, se le acercase, porque podria quebrarle. Satisfacia, sin embargo, á cuantos le preguntaban con grandísima agudeza y con mayor desembarazo que el que acaso tendria estando en su completo acuerdo, causando admiracion á los mas letrados y profesores de medicina y filosofía de la universidad que en un sugeto de tan extraordinaria locura se encerrase tan grande entendimiento. Por las extrañas contestaciones que daba se extendió su fama hasta la corte, y un personaje de ella mandó que lo llevasen á Valladolid (por donde se ve que supone el autor la accion de la novela desde 1600 á 1605), y dejáronle salir por la ciudad bajo la guardia de un hombre, para que los muchachos no le hiciesen mal. Habló de los poetas, pintores, libreros, azotados, silleros de manos, mozos de mulas, marineros, carreteros, arrieros, boticarios, médicos, envidiosos, jueces, licenciados, comediantes, diestros ó esgrimidores, de los que se teñian las barbas, dueñas, escribanos, alguaciles, procuradores, solicitadores, y de Madrid y Valladolid. Habló tambien de los músicos y correos de á pié, de las damas cortesanas, murmuradores, frailes gordos, santos frailes, gariteros y tahures; y siguiendo el profundo novelista la idea de que los niños y locos dicen las verdades, cargó dura, aunque sucintamente, la mano sobre todos los embaidores que hacen un comercio de la vida engañando á los simples ó abusando de los privilegios de su estado. Hé aqui pues el principal objeto con que retrató la locura de Vidriera: poner en su boca lo que en la suya propia hubiera parecido intempestiva osadía. Y siendo preciso llevar á término dichoso á un protagonista por quien el lector llega á interesarse, supone que á los dos años un religioso de San Jerónimo, que tenia gracia para hacer hablar á los mudos y curar á los locos, lo sanó de su en-

za de espadas de los bortelanos de la fiesta del Corpus de Sevilla.» *Quijote*. «Que si como dicen hemos de ir á Sevilla para la venida de la fiesta.» — Como Cervantes habia residido tantos años en Sevilla, son muy frecuentes en sus obras las alusiones á costumbres de aquella ciudad. Pero ¿á qué mas ejemplos? En su lugar copiarémos lo que confirmando la opinion del señor Navar-

rete, que luego fué general, dijo don Bartolomé Gallardo: «Basta tener ojos en la cara para reconocer la mano de este gran pintor de la naturaleza en el rasgo mas descuidado de su pincel vivaz. ¿Con cuáles podrán confundirse las líneas de Apéles? No hace pues falta alguna para acreditar que Cervantes hizo este cuadro moral de la humana flaqueza el *Cervantes fecit*.»

fermedad. Nunca Cervantes pierde de vista las glorias de su patria; y por este monje quiere sin duda hacer mérito del padre Ponce, que inventó el sistema de que pudiesen hablar los mudos, mucho tiempo antes que el abate L'Epée diera á conocer el suyo en Francia, granjeándose las bendiciones de la humanidad. Vidriera, viendo que aun de sano le perseguian los muchachos y no ganando cosa para vivir, se hizo militar, fué á Flándes, y allí murió como valentísimo soldado. Flándes era entonces el recurso de todos aquellos á quienes la fortuna perseguia ó á quienes atraian desgracias sus imprudencias.

Pasemos ahora á hablar del *Coloquio de los perros Cepion y Berganza*, la mejor de las obras de Cervantes despues del *Quijote*, la mas sazónada de ironia fina y sana instruccion, la que mas acredita el don de sagaz observacion que el autor poseia. Es una admirable crítica, dice Florian, llena de filosofía y de gracias; las costumbres españolas están pintadas en ella con toda la naturalidad y toda la agudeza de Cervantes. Mayans dice que puede muy bien llamarse sátira lucilio-horaciana, porque imitando á Lucilio y á Horacio reprende á muchos mordacisima pero ocultamente. Tambien mereció la aprobacion de Pedro Daniel Huet, hombre el mas erudito que ha tenido la Francia. Pudo servir á la invencion de Cervantes por modelo el *Asno de Luciano* ó el de Apuleyo, y tal vez, dado caso de que sea anterior á ella, un libro italiano muy celebrado, titulado *Brancalcone*; mas la ejecucion es como de quien en ella puso las manos: precioso apólogo, que tiene por interlocutores á dos perros del hospital de la Resurreccion de Valladolid, y por fin y objeto hacer la mas ardiente invectiva contra los vicios y abusos de varios ejercicios y empleos, ocultando bajo una ironia, al parecer ligera, eternas y profundas verdades.

Comienza Berganza á contar su historia manifestando que nació en el matadero de Sevilla, que está fuera de la puerta de la Carne, que se puso á servir con un jifero, llamado Nicolás el Romo; Cervantes nunca olvida en sus obras el color local. Pinta la vida de los que trabajan en el matadero, sus vicios, amancebamientos y hurtos, y adelantándose en nociones económicas á los conocimientos de su tiempo, aventura la notable especie de que en Sevilla no habia obligado de la carne, de cuyo concierto ó libertad provenia la abundancia. Retrata el modo con que los dueños se encomendaban á los jiferos para que hurtasen menos; la facilidad con que estos mataban á un hombre, las continuas pendencies, heridas y muertes que causaban, y sus sobornos á los alguaciles. Refiere cómo él llevaba la carne á la amiga del amo en una espuerta; hasta que este, resentido de cierta burla que ella le hizo por su medio, le quiso tirar una puñalada, de que se libró escapándose.

Despues de otros amos y otras aventuras volvió Berganza á Sevilla, ciudad á que llama *amparo de pobres y refugio de desdichados*, en cuya grandeza, no solo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes; y entró en servicio de un mercader muy rico. Tenia este dos hijos, que iban con gran aparato al estudio de los jesuitas (1), mientras el padre caminaba con mucha llaneza á sus negocios de la lonja; con cuyo motivo advierte que era costumbre de los mercaderes de Sevilla, y aun de otras partes, mostrar su grandeza y ostencion, no en sus personas, sino en las de sus hijos (lo cual dura

(1) Sin duda por esta cita creyó Rios que ya que Cervantes no habia nacido en Sevilla, como juzgó don Nicolás Antonio, á lo menos se habia educado en esta ciudad al abrigo de sus parientes y recibido allí la primera instruccion. Así lo persuaden las diligencias que practicó en 1768 para indagar si en la historia ó entre los papeles de la compañía de Jesus de San Hermenegildo de Sevilla se hallaba alguna noticia de los estudios de Cervantes; pero como la fundacion de dicho colegio comenzó en 1570, y las noticias que se buscaban eran anteriores, nada se halló entre las memorias del colegio ni de sus congregantes y matriculas. Mas ya está evidentemente demostrado que esta sospecha fué infundada. Los jesuitas vinieron á Sevilla á fundar en 1554. Véanse Zuñiga, *Anales de Sevilla*, en dicho año, y el padre Rivadeneyra, *Vida de san Ignacio*, lib. iv, cap. 10, y *Vida de san Francisco de Borja*, lib. II, cap. 12. La fundacion tuvo principio en una capilla pobre; y solo alcanzaron licencia los padres para confesar y predicar. Despues tuvieron dos casas principales, una profesa, y otra colegio, con gran número de padres «para criar (dice el citado Rivadeneyra) en la leche de la virtud y doctrina la juventud de ella con tanta satisfaccion y edificacion». Ve-

mos por las palabras de Cervantes, que á principios del siglo xvii eran concurridos estos estudios por los hijos de la gente principal y acomodada, y que habian sabido hacerse lugar en el aprecio y estimacion del vecindario; pues dice por boca de Berganza, cuando fué al aula á llevar el *vade mecum* que sus amos se habian dejado olvidado en casa: «Recibi gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban á aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban. Consideraba cómo los reñian con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los excitaban con premios y los sobrellevaban con cordura; y finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios.» — Cepion, contestando á Berganza, completa el elogio declarando haber oido decir de esa bendita gente que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él, y para guaidores y adalides del cielo pocos les llegan. Véase cuán pronto comenzaron los jesuitas á poseer aquel carácter insinuante que les hizo tanto lugar en el mundo.

todavía), y refiere varios usos y hábitos estudiantiles. El perro anduvo entre los estudiantes hasta que advirtiéndose que los distraía al tiempo del repaso, le ataron en casa con cadena. Burlándose finamente de los que aprenden cuatro latinajos, y queriendo pasar por prohombres, los repiten á todas horas (género de pedantería que entonces abundaba y de que no estaba libre la verdadera erudición), dice el perro que con su asistencia al estudio había aprendido algunos, y habla del uso que pensaba hacer de ellos (1). Continúa refiriendo la mala conducta de los esclavos negros, que, según hemos visto en otra parte, servían en Sevilla á las gentes acomodadas; su insolencia, latrocinio y deshonestidad. Una negra de su amo quiso matar al bueno de Berganza por vengarse de él; y él, poniendo piés en polvorosa, acomodóse con un alguacil amigo de su antiguo amo el jifero; y aquí hace filosóficas observaciones sobre las quejas que dan los hombres de la fortuna (2).

Su nuevo amo se presta á nuevas observaciones de su parte; los alguaciles eran tan canalla como las gentes que perseguían. ¡Qué de amancebamientos, qué de tretas para prender, y de socaliñas para dar libertad á los que prendían! Qué de invenciones para darse importancia! Cuenta que su amo un día acometió en la puerta de Jerez él solo á seis famosos rufianes y los llevó desde allí á la puerta de mase Rodrigo, que hay mas de cien pasos; cogió por trofeo seis vainas, y las fué á enseñar al Asistente (3); paseó la ciudad como para lucir el arrojo de haberse atrevido á reñir solo con la flor de Andalucía; y pasó la noche en Triana, donde tuvo gran cena con los mismos con quienes había figuradamente reñido en la casa de Monipodio, pala de rufianes y encubridor de ladrones. Cuenta en seguida el robo que hicieron dos de Antequera de un caballo que trajeron á vender á Sevilla, y cómo siguió con su alguacil hasta que cierta noche yendo de ronda con el Asistente, le azuzó este contra un ladrón, y él pegó con su amo. De tamaño burla, que aplaudió el Asistente, resintiéronse los corchetes, y antes de amanecer cuidó el perro de ponerse en Mairena, cuando pasaba por allí una compañía de soldados á fin de embarcarse en Cartagena, y se acomodó con el tambor para viajar con él, reconociendo la gran utilidad de los viajes.

Con nuevo amo, nuevas aventuras. Pudo así nuestro perro observar el carácter de los oficiales y tropa, y hacer un juicio exacto sobre los daños que causan en los pueblos los extravíos de la soldadesca. Su nuevo amo enseñóle mil habilidades, que mostraba al público en los pueblos. con lo cual recogía mucho dinero; y esta codicia y la envidia excitó en los rufianes deseo de hurtarle, porque es muy cómodo sacar de comer holgando: con esto satiriza á los titiriteros y demás gente baldía que poblaban la España. Tenía entre sus habilidades la de correr una sortija, y llegados á Montilla, lugar, dice, del gran cristiano marqués de Priego, fué mucha la gente que concurrió á ver estas gracias. Son muy chistosos, característicos y alusivos los conjuros que su amo le hacia para que saltase. Refiere despues el suceso de la hechicera Camacha, habla de las trasformaciones que se la suponía, y cuenta con gran viveza y energía el estado en que halló á la bruja Cañizares y cómo la maltrató. Muy de propósito se detiene en dar noticias de la hechicera Camacha, famosa bruja que vivió en Montilla, y de quien como de personaje importante hubo de escribirse particular historia, que se ha conservado manuscrita. Reproduce el perro lo que á una de sus discipulas oyó referir de sus portentosas habilidades, sus trasformaciones, sus viajes instantáneos á largas distancias, sus diversiones y festines, sus confecciones, aguas y ungüentos para untarse, y en fin, que no quiso acabar sus días sin disfrutar de los aquarelles de Zugarramurdi, de los bailes, zambras y comilonas con que se solazaban allí con el demonio en figura de cabron muchos brujos y brujas.

Pide este asunto una digresion sobre la filosofia de Cervantes, y sobre el objeto humanitario que se propuso en sus novelas satíricas. En el año 1610 se castigaron por la Inquisicion de Logroño multitud

(1) «Determiné, como si hablar supiera, aprovecharme de ellos en las ocasiones que se me ofreciera; pero en manera diferente de la que se suelen aprovechar algunos ignorantes. Hay algunos romancistas que en las conversaciones disparan de cuando en cuando con algun latin breve y compendioso, dando á entender á los que no lo entienden que son grandes latinos, y apenas saben conjugar un verbo ni declinar un nombre.—CEPION. Por menor daño tengo ese que el que hacen los que verdaderamente saben latin, de los cuales hay algunos tan imprudentes que, hablando con un zapatero ó con un sastre, arrojan latines como agua.—BERGANZA. Deso podremos inferir que tanto peca el que dice latines delante de quien los ignora, como el que los dice igno-

rándolos.—CEPION. Pues otra cosa puedes advertir, y es que hay algunos que no les excusa el ser latinos de ser asnos...»

(2) «No puedo sufrir, dice, ni llevar en paciencia oír las quejas que dan de la fortuna algunos hombres, que la mayor que tuvieron fué tener premisas y esperanzas de llegar á ser escuderos. ¡Con qué maldiciones la maldicen! Con cuántos improperios la deshonran! Y no por mas de que porque piense el que los oye que de alta, próspera y buena ventura han venido á la desdichada y baja en que los miran.»

(3) Era el licenciado don Juan Sarmiento de Valladares, que fué de oidor á la real Chancillería de Granada el año 1589; solo fué asistente un año, pues al siguiente

de infelices: acusados de brujerías: proceso de mucho ruido, en donde se pusieron de manifiesto gran número de supersticiones y embustes, que, como dice nuestro autor, resfrian el alma y la entorpecen aun en la fe, haciendo que olvidada de sí misma, ni se acuerde de los temores con que Dios la amenaza, ni de la gloria con que la convida. Era Cervantes de entendimiento muy elevado para que se dejase subyugar por la comun preocupacion que sostenia la creencia en brujas; pero tambien esta era la creencia de un tribunal, que pasaba por ilustrado; y negar la eficacia del poder de los conjuros y unciones malélicas valia tanto como negar la justificacion de la reciente sentencia. Lo que no podia atacar de frente, lo atacó de flanco; y en primer lugar nos hizo una vivisima pintura del estado mediocredito en que sus untos pusieron á la Cañizares, del asco y miedo que tuvo el perro al espectáculo espantable de aquel feo cuerpo, tendido en tierra abortido y como muerto, que arrastró al patio haciéndolo de un carcaño, para evitar con el horror de este cuadro que otras desgraciadas ilusas se valiesen de estos medios con que creian alcanzar cosas sobrenaturales. En seguida dice, para dar alguna explicacion racional de las grandes cosas que se contaban de las brujas, que tales sucesos proceden de la imaginacion desarreglada, y que solo en fantasia pasaban las personas sujetas á este desarreglo todo aquello que creian sucederles verdaderamente; siendo tal la fuerza de la aprension, que en untándose, figurábaseles que se trasportaban á otras regiones y mudaban de forma, convirtiéndose en gallos, lechuzas, cuervos, etc., y que en el lugar que los esperaba su dueño cobraban su primera figura. Añadió que á estos extravíos de la mente seguia la necesidad de cubrir sus faltas con la hipocresía, por lo que ya la Cañizares habia sido castigada por mano del verdugo. Paso muy adelantado para borrar del espíritu humano tamaña preocupacion fué ciertamente el asentar que las brujerías no eran mas que los extravíos de una fantasia febril. Y es muy notable que, mientras Cervantes escribia tan juiciosa critica, siendo inquisidor general su generoso mecenas don Bernardo de Sandoval y Rojas, el docto Pedro de Valencia dirigió á este ilustre prelado un discurso acerca de la materia (1), de resultados de haber leído impresa la relacion del auto de fe que se acababa de celebrar en Logroño, cuya lectura le causó, dióce, tal dolor por las graves ofensas de Dios y horrendas torpezas de los hombres, que le pidió licencia para exponer su sentir; y el arzobispo, no solo se la otorgó, sino que le mandó que lo hiciese. Con esto el sabio y piadoso Valencia manifestó que no convenia que tales relaciones, confesiones y edictos se publicasen, por el escándalo y mal ejemplo que producian, y que las sentencias debian darse en términos mas generales por el honor del tribunal: primero, porque mezclándose en las confesiones cosas tan poco verosímiles, muchos se inducirian á no creerlas y dudarian del todo, temiendo tales casos por soñados, y que no se han escrito sino en poesías y libros fabulosos; segundo, porque aunque ciertos prodigios y trasformaciones no sean imposibles á los ángeles escogidos, es lícito, prudente y debido dudar y examinar cada caso en particular, debiéndose presumir que ha sido por via natural, humana y ordinaria, no habiendo necesidad forzosa de acudir á milagro ó eficiencia que exceda el curso natural y comun de las cosas; porque las tales unciones pueden adormecer á los que de ellas usan, y exaltar su imaginacion hasta el extremo de contar sus sueños como realidades. Si en los siglos de la gentilidad, prosigue, cuando mas suelto andaba el demonio, no tuvo tanta licencia y desvergüenza para hacer tales juntas de muchedumbre de gentes que le reconociesen por dios, es de presumir que menos ahora. En conformidad de estos principios propone los remedios religiosos del ayuno y oracion y el modo de examinar los jueces á estos reos, induciéndolos á que se corrijan, sin exasperarlos á que confiesen. Ambos escritores comenzaban ya á ver la luz, y son dignos de nuestro reconocimiento por el valor que manifestaban en difundirla (2).

le le sucedió don Francisco de Carvajal, señor de Torrejon el Rubio: de lo que se infiere que Cervantes coloca la accion en 1589.

(1) Fecho en Madrid, á 20 de abril de 1611.

(2) O estos autores eran mas francos; ó habian andado bastante terreno en esta materia desde que escribia el maestro Pedro Ciruelo su libro *Reprobacion de las supersticiones y hechicerías*, impreso año de 1546 (un tomo en 4.º, con sus acotaciones por las márgenes). Antes de comenzar el prólogo pone como epigrafe: «Doctrina muy verdadera y católica, sacada de las entrañas de la mas sana filosofia y teologia, que por muy ciertas y claras razones arguye, reprobando muchas maneras de vanas supersticiones y hechicerías, que en estos tiem-

pos andan muy públicas en nuestra España, por negligencia y descuido de los señores perlados y de los jueces, así eclesiásticos como seglares, á los cuales va dirigida esta obrecita, que compuso el reverendo maestro Pedro Ciruelo, canónigo teólogo en la santa iglesia de Salamanca: su título es *Reprobacion de supersticiones*». — Dice en el prólogo que en un tratado de la confesion habia escrito ligeramente de la materia; «mas porque manifestamente veo cuánta necesidad hay que ellas (las supersticiones) sean bien declaradas y reprobadas, porque hacen mucho daño, y son causa de la perdicion de muchas ánimas cristianas, y este mal se continúa por muchos dias y años, he deliberado con buen celo de caridad, como debo á todos mis natura-

Sigue Cervantes su novela y el perro sus aventuras, diciendo que al salir de Montilla fué á parar á un rancho de gitanos cerca de Granada, cuya vida cuenta y cuyos embustes y hurtos describe. Lleváronlo estos á Granada, y quisieron trasportarlo á Murcia, pero se huyó y dió en la huerta de un morisco, ocasion para enterar al lector de las costumbres de los de España. No es la pintura á ellos favorable en verdad. Expone el critico los males que ocasionaban, é indica ya como remedio la expulsion. Preciso es reflexionar sobre este y otros pasajes para que formemos un juicio exacto de la resolucion que tomó Felipe III. No hay escritor de aquel tiempo que no la elogie; despues se hizo moda declamar contra ella, como providencia de impolitica intolerancia y casi de estupidez. Yo creo, sin embargo, que si en nuestros tiempos se dictase mereciera semejante reprobacion; pero en aquellos ¿no la justificaba la necesidad? Nunca los moriscos se sujetaron de buena fe á la dominacion cristiana; conservaban relaciones con sus hermanos de Africa, y no perdian la esperanza de restablecer su imperio, aquel imperio tan poético y brillante que lloraban perdido. Cuando el levantamiento en el reinado del segundo de los Felipes, anduvieron en tratos con el Sultan, ofreciéndole su auxilio si invadia la España; despues siempre sirvieron de espías y encubridores á los piratas turcos, que dando rebatos en las costas del Mediterráneo, destruian las haciendas y apresaban las familias de los habitantes del litoral. España, con sus fuerzas empleadas en lejanas provincias, hallábase en continuas alarmas, teniendo en su seno estos enemigos domésticos, que iban á mas, segun ella iba quedando mas débil, hijos espurios, con quienes no podia contar en el dia del peligro, y de quienes, al contrario, tenia siempre que temer. La opinion pública declarábase contra ellos, y no sin apariencias de fundado motivo, á nadie inspiraban confianza. Si fué una necesidad el arrojarlos, debe variar mucho la opinion que se forme de semejante paso, cualquiera que fuese la disminucion de la poblacion y riqueza que su expulsion hubiese de causar en el reino. Útiles son al hombre sus miembros, y no por eso deja de sacrificarlos cuando la conservacion de estos amenaza su vida. Así pues, en novelas como las de Cervantes se puede muchas veces buscar la explicacion de los hechos históricos y la rectificacion de nuestros juicios.

Ameniza el pasaje del morisco una salada crítica de los poetas y representantes y del desórden que habia en la poesia dramática, puesta en manos de personas sin la instruccion y el seso suficientes para darse al público. Nuestro héroe tropezó en la huerta con cierto poeta que escribia una comedia en que salia el Papa con doce cardenales vestidos de morado, por ser en tiempo de *mutatio caparum*, y dice que para encontrarles el traje habia revuelto todo el ceremonial romano. Acudió allí un recitante, y ambos entablaron chistoso coloquio sobre la comedia y su representacion, en el cual el poeta compara su obra en la grandeza del espectáculo á la que se titulaba *Ramillete de Daraja*. Pinta con energia la pobreza y miseria de los compositores de comedias, y deja entrever la superioridad que empezaban á darse los histriones sobre los hambrientos poetas. Este arrojaba á Berganza parte de los sucios y duros mendrugos con que burlaba su hambre; mas luego que saltó de allí el versista, comenzó tambien aquella enemiga á darle á él en qué pensar, siéndole forzoso abandonar al morisco. Entrando en la ciudad, vió salir del monasterio de San Jerónimo á su poeta, y siguiendo sus pasos fué con él á casa de un autor de comedias á quien llamaban Angulo el Malo, por distinguirlo de otro Angulo, no autor sino representante, que, segun dicen, era el mas gracioso que tuvieron entonces y tenian todavia, cuando se escribió el *Coloquio*, las comedias. Juntóse la compañía para oir lo que el poeta presentaba; mas habiendo desagradado, él se fué corrido, y el perro se quedó con el autor de aquella compañía. Probablemente será histórico todo este paso, pero es difícil atinar ahora con las alusiones, bien claras sin duda en aquella época. La vida de los cómicos le

les próximos de España, escribir este otro librito en nuestra lengua». — En el cap. 1.º de la segunda parte contra la nigromancia y jorguineries de las brujas, dice, entre otras cosas: «A esta nigromancia pertenece la arte que el diablo ha enseñado á las bruxas ó xorguinias, hombres ó mujeres que tienen hecho pacto con el diablo, que untándose con ciertos ungüentos y diciendo ciertas palabras, van de noche por los aires y caminan á léjas tierras á hacer ciertos maleficios. Mas esta alusion acontece en dos maneras principales: que horas hay que ellas realmente salen de sus casas, y el diablo las lleva por los aires á otras casas y lugares; y lo que allá ven, pasan y dicen, pasa realmente así como ellas lo dicen y cuentan. Otras veces ellas no salen de sus

casas, y el diablo se reviste en ellas de tal manera, que las priva de todos sus sentidos y caen en tierra como muertas y frias; y les representa en sus fantasias que van á las otras casas y lugares. Que allá ven, dicen y hacen tales y tales cosas; y nada de aquello es verdad, aunque ellas piensan que todo es así como ellas lo han soñado, y cuentan muchas cosas de ellas que allí pasan; y mientras que ellas están así caídas y frias, ni sienten mas que muertas, aunque las azoten y hieran y quemen y les hagan cuantos males puedan por acá de fuera en el cuerpo; mas pasadas las horas de su concierto con el diablo, él las suelta y las deja sus sentidos, y se levantan alegres y sanas, y dicen que han ido acá y acullá, y cuentan nuevas de otras tierras.»

ministra nuevo argumento para suazonada sátira. Con la compañía partió á Valladolid, y haciéndole dado una estocada en un entremés, dejó aquella gente y se acomodó en el hospital.

Allí pudo contemplar el cuadro lamentable de la miseria humana, el talento desatendido y despreciado, igualado en el lecho del sufrimiento con el vicio holgazan é inconsiderado, que suele parar en tales asilos. Preséntanse á la imaginacion del perro en especial cuatro personas, que gastando su vida en proyectos aéreos y especulaciones poco positivas, se habian visto reducidas al extremo de habitar aquellas salas, aunque por su educacion bien merecian tener un lecho propio en que postrar sus decaidos miembros. Eran estos un alquimista, un poeta, un matemático y un arbitrista. Berganza les oyó una conversacion en la que cada uno se lamentaba de su menguada muerte. El poeta quejábase de que, teniendo muchos años hacia compuesto un poema, no hallaba príncipe á quien dirigirse, *inteligente, liberal y magnánimo*. El alquimista de que por falta de igual protección no habia sacado plata de otros metales mas bajos, pero que sabia que se sacaba, y teniendo tal habilidad, moria de miseria en un hospital: ¡qué sarcasmo! El matemático andaba, veintey dos años hacia, tras de hallar el punto fijo y la cuadratura del círculo. Y el arbitrista expuso los diferentes arbitrios que habia dado á su majestad en su provecho, y sin daño del reino, añadiendo que entonces tenia uno portentoso, reducido á que todos los españoles ayunasen un dia al mes á pan y agua, dejando el importe de lo que habian de gastar en comer para el erario.

No fueron de pura invencion del novelista los cuatro personajes con que representa al vivo el triste destino que espera á los que, alimentándose de quimeras, olvidan las ocupaciones útiles, que solas pueden proveer á su subsistencia. Si ejemplos de poetas muertos en el miserable albergue de un hospital se quieren, no estaba lejos el de Camoens, á quien el mérito de su imperecedero poema (que le habia de valer en la posteridad estatuas y laureles) no libértó de dar su último suspiro, víctima del hambre y del descaimiento de espíritu, en uno de estos asilos de la pública caridad. Por el alquimista bien pudo querer representar á Lorenzo Ferrer Maldonado, célebre patrañero que valiera para modelo al conde de Cagliostro, el cual quiso ganar su vida con estas y otras invenciones dignas del *Buscon* de Quevedo. Este mismo fué el que, condecorándose con el título de capitán que nunca habia obtenido, fingió haber descubierto por el estrecho de Anian un canal, que ponía en comunicacion los mares del norte, tratando de llamar de este modo hácia sí la atencion de los gobiernos, que tenian fija la mira en tan importante descubrimiento (1). No es menos característica de las quiméricas especulaciones de aquel siglo la pintura del matemático, que habia gastado veinte y dos años en buscar el punto fijo y descubrir la cuadratura del círculo. Las navegaciones á grandes alturas de los portugueses y castellanos, aumentando los conocimientos de la geografia, habian fomentado el estudio de las ciencias náuticas, y entre los mas útiles problemas que estas ofrecian á la resolucion de los sabios, era el de la determinación de la longitud, sin la cual no podian ser seguras las derrotas. El gobierno español ofreció grandes premios al que hiciera este hallazgo. La curiosidad natural, halagada por el aliciente del lucro, incitó á muchos á meditar sobre este punto; y especialmente en el reinado de Felipe III fueron en gran número los que presentaron proyectos pretendiendo resolver el problema, aunque erraron casi todos el camino. Los mas notables de los proyectistas por su terquedad y constancia fueron Arias de Loyola y Luis de Fonseca. La divergencia de dictámenes que habia entre los cosmógrafos acerca de la bondad de sus invenciones, la necesidad de hacer sobre ellas experimentos en mar y en tierra, de suyo largos y costosos; la dificultad de construir los instrumentos, cuando las artes mecánicas aun se hallaban en atraso y cuando los autores estaban temiendo siempre que se divulgasen sus inventos y que otros les robasen el fruto de sus meditaciones; y en fin, la lentitud que ha caracterizado siempre nuestras juntas y consejos, aumentada en la presente ocasion por la providencia de no tomar en consideracion la propuesta de uno hasta haber concluido con la de otro, hicieron eternos estos negocios; y así, Arias de Loyola estuvo mas de treinta años negociando, es decir, malgastando sin fruto su salud y sus cortos recursos (2). Es histórico asimismo el carácter del arbitrista. Las gigantescas empresas de Carlos V, las guerras y desgracias de los últimos años de Felipe II, y sobre todo, los errores administrativos de uno y otro reinado habian puesto á esta nacion, que en el exterior parecia tan poderosa, en el estado mas misera-

(1) Sobre Lorenzo Ferrer y sus invenciones se pueden ver largas noticias en la *Memoria sobre viajes apócrifos, atribuidos á los españoles*, que publicamos en la coleccion de DOCUMENTOS INÉDITOS de los señores Salvá y Baranda.

(2) Sobre esta materia se habla largamente en la *Memoria sobre las tentativas hechas y premios ofrecidos en España al que resolviere el problema de la longitud*, que escribimos y publicamos tambien en la citada coleccion de DOCUMENTOS INÉDITOS.

ble y aflictivo. Sin poblacion, que América y Flándes se habian tragado la flor de ella; y sin crario, pues el oro de América no pasaba por sus arcas sino como por un canal casi sin dejar rastro de su paso, aumentábanse las atenciones á medida que crecian los ahogos. No se decidia el gobierno á emplear la única medicina á tanto mal, que era cortar los abusos y mejorar la administracion, y entregábase en manos de invencioneros, á la manera que el que padece una enfermedad rebelde y no tiene confianza en los médicos, oye con gusto á charlatanes empíricos que le ofrecen una salud que no le saben dar. Los arbitristas llegaron á ser una verdadera plaga, y Quevedo los persiguió con saña. Comparólos á Judas, y aplicóles aquellas palabras de *fur et latro* con que á este designa el Evangelio, cuando aconsejaba negociar con el bálsamo que la Magdalena derramó á los piés de Cristo; y prosigue su comparacion diciendo que, como Judas, los arbitristas meten la mano en el plato de su príncipe; y que así, quien quisiere conocerlos, que los busque en su plato, que hallará su mano entregada á su alimento (1). No fundándose en los principios de la ciencia los recursos que arbitrabán para enriquecer el erario, no eran en general mas racionales que el que describe Cervantes del que opinaba que un día de ayuno al mes en toda la monarquía española podria ser una mina de oro para el Estado. Tales eran estos personajes, frecuentes entonces en la sociedad, cuyos tipos retrata el novelista con tanta gracia; y píntalos oportunamente en un hospital, que es el paradero que suele tener semejante gente, los unos por bellacos y por ilusos los otros.

Los graciosos donaires con que describe sus particulares manías excitan la risa del lector poco advertido; y sin embargo, causan al que reflexiona otro sentimiento mas grave, considerando el estado del autor cuando los escribia. Si se atiende á que este ingenio privilegiado, despues de haber ocupado toda su vida en el cultivo de las amenas letras, se hallaba expuesto si la salud le faltaba á igualar al poeta del hospital de Valladolid, sus gracias infunden en el ánimo cierto dejo de tristeza. El mismo Cervantes no podia menos de volver los ojos sobre si al formar estos retratos; y al tiempo que su pluma por entrenar al público estampaba donaires, su corazon debia estar destilando la mas amarga hiel. Enternece un escritor que, teniendo verdaderas causas de alzar su grito contra la sociedad que se le muestra injusta, no toma otra venganza que la de excitar apaciblemente su risa.

Continuando la narracion de sus aventuras, dice nuestro perro que yendo una noche á casa del corregidor de Valladolid, de quien hace un elogio (2), quiso hablar sobre el medio de remediar los escándalos de las mujeres, y por entrometido le pegaron con una cantimplora; y cuenta en seguida que otra noche entró en casa de una señora que tenia una perrita faldera, la cual arremetió á él ladrando porque se veia con favor y apoyo; y ambos casos le dan materia para moralizar. «Si yo os cogiera en la calle, dice con motivo de la perrilla, animalejo ruin, ó no hiciera caso de vos, ó os hiciera pedazos entre los dientes. Consideré con ella, prosigue, que hasta los cobardes y de poco ánimo son atrevidos é insolentes cuando son favorecidos, y se adelantan á ofender á los que valen mas que ellos.» Esto no estará escrito á humo de pajas, como suele decirse, y su alusion tendria. ¡Ah! mas de una vez acaso al llamar pobre y hambriento á la puerta del poderoso con el sonrojo en el rostro y la timidez en los labios, viles parásitos, cuyo mérito no seria otro que granjearse las gracias de su dueño con torpe adulacion y viles artes, ladrarian é insultarian prevalidos de la proteccion que disfrutaban al manco de Lepanto, al escritor alegre, al regocijo de las musas. Con este recuerdo de Berganza concluye el *Coloquio*; y como vemos, son las aventuras de solo uno de los perros, dejando anunciadas para otro discurso si agradaban, las de su compañero Cepion. Gustaron siempre los escritores del tiempo de Cervantes de dejar tela cortada para nuevas obras, aunque jamás las llevarán á cabo.

No se extrañará lo que nos hemos detenido en el análisis de esta, pues es la mas notable que salió de la pluma de Cervantes, entre sus novelas. Por el descarnado extracto que hemos dado, vemos cómo pasea al lector rápidamente por muchas y variadas escenas de la vida social, cual por un vasto panorama que le instruye y deleita; compuesto de pinturas vivaces hechas en estilo nervioso, cuajado de pensamientos graves y profundos hábilmente expresados (3). Mejor que el de no-

(1) *Política de Dios y gobierno de Cristo*, pág. 57 del primer tomo de las obras de don Francisco de Quevedo en esta Coleccion; es párrafo notable y debe leerse.

(2) *Que es un gran caballero y gran cristiano*, dice el autor; por la época en que se escribió la novela, parece que pudo ser el conde de Gondomar, que gobernó la ciudad con gran reputacion.

(3) Seria preciso copiar casi todo el coloquio para ci-

tar las frases notables por el pensamiento ó por la expresion; pero trasladarémos algunas.

«Lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir.

»Mejor será gastar el tiempo en contar las propias que en procurar saber las ajenas vidas.

»Como el hacer mal viene de natural cosecha, fácilmente se aprende el hacerle.

vela merece esta obrita el nombre de apólogo; mas pues el autor la colocó entre aquellas sin variarle el título, respetemos su intencion.

No fué el único nuestro Cervantes que en aquellos tiempos trató el apólogo con la extension é importancia de la novela. En 1656 el licenciado Cosme Gomez de Tejada de los Reyes, capellan mayor de las Bernardas descalzas y patronato de San Ildefonso de Talavera, publicó en Madrid un tomo en 4.º con título de *El leon prodigioso, apologia moral entretenida y provechosa á las buenas costumbres, trato virtuoso y político*. Es una coleccion de cincuenta y cuatro apólogos, que enlazados entre si forman una historia completa; por lo cual uno de los aprobantes, llamado Francisco Macedo, lo alaba considerándolo como invento nuevo. «Que si bien, dice, el escribir apólogos fué de muchos y de grandes sabios á lo divino y á lo humano, el reducirlos á la unidad de héroe es particular invencion del autor, que debe ser estimada por adelantar los apólogos y darles la perfeccion de la idea mas perfecta. Es excelente la alegoria que, en el disfraz de personajes brutos, encubre grandes riquezas de doctrina moral, sacadas de todo género de letras, campeando mas las divinas, acompañadas de filosofia natural y moral, vestidas de estilo elegante y florido lenguaje, sin faltar la armonia del verso, dulce y numeroso siempre, y á ratos provechosamente picante: obra digna de aplauso y admiracion, que servirá con lo erudito é ingenioso de gusto á los doctos, y con lo doctrinal y moral de espejo á los virtuosos para adelantar sus acciones (1).» El autor cursó liceos y universidades. Segun dice, de la de Alcalá, donde comenzó sus estudios de teologia, pasó á la de Salamanca con deseo de comunicar á los varones sabios que encerraba su claustro. En algunos dias de vacante y ratos de recreacion ocupábase en el cultivo de las letras humanas, á que siempre fué aficionado, y escribió quince ó diez y seis de estos apólogos, que comunicó con varios amigos, en especial con el maestro Céspedes que fué su preceptor, varon muy docto en todo género de erudicion, á quien alcanzó en su ancianidad: este y los demás aprobaron su argumento como deleitable y útil. Dejada la universidad, otros asuntos le hicieron olvidar los apólogos, hasta que habiendo tropezado con ellos despues de muchos años, los leyó; no los halló del todo malos, y acordándose de la censura de su maestro, los corrigió y los vistió al uso, pero honestamente, segun dice, despues de haber añadido otros muchos hasta completar el número que hoy tienen. La obra es ingeniosa, y dala

»Los cuentos, unos encierran y tienen gracia en ellos mismos; otros en el modo de contarlos: quiero decir, que algunos hay que, aunque no se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabras, dan contento; otros hay que es menester vestirlos de palabras y con demostraciones de rostro y de las manos; y con mudar la voz se hacen algo de nonada; y de flojos y desmayados, se vuelven agudos y gustosos.

»Vete á la lengua, esto es, contiénete en hablar, que en ella consisten los mayores daños de la humana vida.

»Es prerogativa de la hermosura que siempre se la tenga respeto.

»Es obra en que se encierra una virtud grande, amparar y defender de los poderosos y soberbios los humildes y que poco pueden.

»No es buena la murmuracion, aunque haga reir mucho, si mata á uno; y si puedes agradar sin ella te tendré por muy discreto.

»Si eres discreto, ó lo quieres ser, nunca has de decir cosa de que debes dar disculpa.

»Mirate á los piés, y desharás la rueda.

»No hay mayor ni mas sutil ladrón que el doméstico; y así mueren muchos mas de los confiados que de los recatados; pero el daño está en que es imposible que puedan pasar bien las gentes en el mundo si no se fia y se confía.

»La humildad es la basa y fundamento de todas las virtudes, y sin ella no hay ninguna que lo sea...» (Es notable y digno de leerse todo lo que sigue diciendo de la humildad.)

»Las gracias y donaires de algunos no están bien en otros.» (Prosigue hablando sobre la oportunidad y conveniencia de los hombres principales, á quienes están mal las gracias de los truhanes; y en los párrafos siguientes de los vicios de la educacion de la nobleza.)

»Los mercaderes son mayores en su sombra que en si mismos.

»Ambicion es, pero ambicion generosa, la de aquel que pretende mejorar su estado sin perjuicio de tercero... Pocas ó ninguna vez se cumple con la ambicion que no sea con perjuicio de tercero.

»Mucho ha de saber y muy sobre los estribos ha de andar el que quisiere sustentar dos horas de conversacion sin tocar los límites de la murmuracion.

»¿Cuán dura cosa es sufrir el pasar de un estado felice á un desgraciado!» (Prosigue amplificando con elegancia esta idea.)

»No tiene la murmuracion mejor velo, para paliar y encubrir su maldad disoluta, que darse á entender el murmurador que todo cuanto dice son sentencias de filósofos, y que el decir mal es reprension, y el descubrir los defectos ajenos buen celo; y no hay vida de ningún murmurante, que si la consideras y escudriñas, no halles llena de vicios y de insolencias.

»Para saber callar en romance y hablar en latin, discrecion es menester, porque tan bien se puede decir una necesidad en latin como en romance.

»Las honestas palabras dan indicio de la honestidad del que las pronuncia ó las escribe.

»Al desdichado las desdichas le buscan y le hallan, aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra.»

No hay para qué citar mas.

(1) Dióse esta aprobacion en el colegio imperial de Madrid, 30 de diciembre de 1654. El otro aprobante fué el conocido escritor maestro José de Valdivielso, capellan mayor del señor infante Cardenal, y su censura es de 12 del mismo mes y año. En ella elogia tambien estos apólogos, diciendo que ingeniosamente el autor hace punta á los mas celebrados de la antigüedad, y prosigue con otros pomposos encomios.

mas valor el que el autor manejaba con soltura la lengua castellana. De su argumento y forma pudo tomar Castilla idea de su libro de *Gli animali parlanti*, si una vez conocidas las fábulas esópicas fuese para esto necesaria otra cosa que agrandar las formas y dar mas extension á sus limitados argumentos. Ofreció, si este libro era bien recibido, concluir y publicar otro de invencion (historia segun el la llama), en prosa poética, intitulado *Entendimiento y verdad, amantes filosoficos*, y dos poemas, uno con el título de *Nada*, y en contraposicion otro con el de *Todo*, ambos misticos, á lo que puede conjeturarse; pero, ó fuese que no correspondió la acogida del público á lo que el autor creia, ó que este murió antes que los tuviese preparados para la estampa, tales obras no parecieron; á lo menos ni las hemos visto impresas, ni don Nicolás Antonio llegó á consignar acerca de ellas la menor noticia (1).

Volvamos á Cervantes. Fáltanos hablar de *Rinconete y Cortadillo*, magnifico ensayo de novela picaresca, en la cual intentó pintar los ardides y raterias de estos famosos ladrones, que segun el licenciado Porras de la Cámara, existieron realmente en Sevilla, siendo históricos sus lances, y habiendo acaecido en el año 1569. Era entonces aquella ciudad el emporio de la riqueza de España, como centro del comercio de Indias, donde á fuer de gran capital, en que los medios de vivir abundan, las gentes se aglomeraban, y confundidos entre la multitud, mas fácilmente se libertaban los malvados de las pesquisas de la justicia, asilo de todo género de vagabundos, caballeros de industria y gente mal entretenida. A principio del siglo xvii duraba aun esta cofradía infame de los discípulos de Monipodio, que robaban impunemente bajo ciertas reglas ó constituciones, organizando el robo como se pudiera una empresa benéfica, con desacato de la moral y con grave perjuicio de la seguridad de las personas. Poner en claro sus tretas para precaverse de ellas, y prevenir á los magistrados civiles con objeto de que las evitasen fué el pensamiento moral de esta novela, que es de las que, por su estilo desenfadado y picante, se leen con mas gusto y de las que mas elogios han merecido de los críticos.

Los del siglo de Cervantes no recibieron sus novelas con el aplauso que merecen, y el público fué mas justo que las personas inteligentes: el público no tiene ruines pasioncillas de envidia y de competencia, que abran sus ojos para los defectos y los cierran para las bellezas, como sucede á los literatos. El que se disfrazó con el nombre de licenciado Avellaneda y tanto mortificó á Cervantes, atreviéndose á continuar su *Ingenioso hidalgo* y zahiriéndole con injurias descomedidas y groseras, tachó el prólogo de sus novelas de poco humilde, y á estas de mas satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas, y de que eran comedias en prosa las mas de ellas. No se necesita mucho discernimiento para comprender la malignidad é injusticia de la censura, sin embargo de que el aristarco se vea forzado á no poder ocultar que estaban escritas con mucho ingenio: confesion que en boca de un enemigo es el mas completo elogio. El título de *ejemplares* hirió vivamente á los demás adversarios del autor; y Cristóbal Suarez de Figueroa, que mordió á Cervantes siempre que tuvo ocasion, pagando en tan mala moneda las exageradas alabanzas que este le dispensó comprometiendo su juicio crítico, al hablar en *El pasajero* de los escritos de uno de sus interlocutores, dijo irónicamente: «Convendría erigirles algun frontispicio pomposo, algun nombre abultado, *ejemplar* y atractivo.» Calificando aquel título de hueco y altisonante, y que por tal podria atraerle la atencion de los lectores. Tampoco lo aprobó el famoso Lope de Vega en la dedicatoria de su primera novela, en que parece no reconocia en Cervantes las cualidades suficientes para cumplir con lo que prometia. Pero mientras escatimaban los elogios á las novelas, rendianles sin saberlo el tributo mayor de aprecio que puede darse á escritos de imaginacion, copiando sus argumentos para las obras dramáticas que componian. El mismo Lope de Vega, don Agustín Moreto, don Diego de Figueroa y Córdoba y don Antonio Solís, con asuntos de ellas escribieron excelentes comedias.

Mas sincero y menos preocupado Tirso de Molina, llamó á Cervantes el Bocacio español; y eslo si se atiende á la elegancia del estilo, si bien excede al escritor italiano en la filosofía de sus fábulas.

(1) «Hallando empero alguna gracia estos apólogos en los aficionados á varia leccion, me animaré á proseguir otra historia en prosa poética, que tengo comenzada y la intitulo *Entendimiento y verdad amantes filosoficos*; asunto nuevo, estilo uniforme: y así, de la fortuna del primer libro colegiré la del segundo, si edad y ejercicio no le mejoran. Escribiré tambien un poema contrapuesto al que te ofrezco de la *Nada*, que será el *Todo*. A

la invencion y á la imitacion del primero, por lo místico que toca, me dió luz la asistencia á confesiones y espíritu del religioso convento de Bernardas descalzas de Talavera; y al segundo el amor de la filosofía, como de contrarios es forzoso ser una la disciplina moral y natural; mas en esta oposicion se hallará hermandad por la causa de donde nacen, y correspondencia por los efectos en que convienen.»

Los aprobantes de ellas y algun que otro literato, libre de la ponzoña de los celos, aplaudiéronlas y celebráronlas con el mayor encarecimiento, agriando mas con esta conducta la injusticia de los émulo del autor. Por orden del vicario de Madrid censuró el libro el padre presentado Juan Bautista, religioso trinitario, y en su aprobacion dijo, entre otras cosas, «que estas novelas entretienen con su novedad, enseñan con sus ejemplos á huir vicios y seguir virtudes, y que el autor cumple con su intento, con que da honra á nuestra lengua castellana, y avisa á las repúblicas de los daños que de algunos vicios se siguen, con otras muchas comodidades». A consecuencia de ello, el vicario de Madrid, que era el doctor Gutierre de Cetina, manifestó al Consejo que nada contenian contra la fe ni buenas costumbres; «antes con semejantes argumentos, dice, nos pretende enseñar su autor cosas de importancia y el cómo nos habemos de haber en ellas».—El trinitario fray Diego de Ortigosa, que examinó tambien la obra por encargo especial del Consejo, dijo en su aprobacion que hallaba en ella cosas de mucho entretenimiento para los curiosos lectores, y avisos y sentencias de mucho provecho, y que proceden de la fecundidad del ingenio de su autor, que no lo muestra en este libro menos que en los otros que ha sacado á luz. El ingenioso escritor Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo extendió mas su dictámen en la aprobacion que dió por orden del Consejo de Aragon, diciendo «que era libro de honestísimo entretenimiento... y que no solo no hallaba en él cosa escrita en ofensa de la religion cristiana y perjuicio de las buenas costumbres, sino que antes bien confirmaba el dueño de esta obra la justa estimacion que en España y fuera de ella se hacia de su claro ingenio, singular en la invencion, y copioso en el lenguaje, que con lo uno y lo otro enseña y admira, dejando de esta vez concluidos con la abundancia de sus palabras á los que siendo émulo de la lengua española, la culpan de corta y niegan su fertilidad.» No es extraño que en vista de estas calificaciones en los privilegios expedidos se le tenga por libro de *honestísimo entretenimiento, donde se mostraba la alteza y fecundidad de la lengua castellana, segun habia sido reconocido por personas expertas en letras y por ellas aprobado.*

Y no se diga que eran siempre laudatorias tales aprobaciones, pues en este caso el público tomó á su cargo acreditar que habian tenido razon. Las multiplicadas ediciones que apenas publicadas las novelas se repitieron en Madrid, Pamplona, Brusélas, Barcelona y otras partes, muestran el aprecio con que las recibió; aprecio que cundió por los países extranjeros. Tres años despues de publicado el *Quijote* en España, César Oudin imprimia en Paris la de *El Curioso impertinente*. En 1615, cuando uno de los caballeros franceses que acompañaban á su embajador en Madrid preguntaba por Cervantes al licenciado Márquez de Torres, ponderando la estimacion con que, así en Francia como en los reinos confinantes, se leian sus obras, cita entre ellas las novelas. En efecto, las honraron con repetidas traducciones los franceses, poniéndolas en su lengua Francisco Rosset, el señor D'Audigier y Carlos Cottolendi á poco de publicadas, y posteriormente Carlos Hessein, monsieur Dubournial y otros, siendo muchas las veces que fatigaron las prensas. En Italia se publicó en Venecia, ya en 1616, una version italiana; y la que hizo Donato Fontana, milanés, vió la luz en Milan año de 1629. No hablemos de otras posteriores. Tiénenlas tambien los ingleses en su idioma, y son notables las traducidas por Shenton.

El tiempo que acrisola el mérito de las obras, dejando á cada una en sus verdaderos quilates, ha sido favorable á estas, conservando muy alto su valor en la pública estimacion. Los criticos modernos, libres de adulacion y envidia, han corroborado el juicio de sus aprobantes y aumentado á los suyos nuevos elogios. No copiaremos los de Mayans y Pellicer, que podrán parecer parciales por el interés que toma todo biógrafo en engrandecer á su héroe. Santibáñez dijo en el prólogo de la traduccion de uno de los cuentos morales de Marmontel (1): «Antes de concluir el siglo anterior (es decir, el xvi) se publicaron en España las primeras novelas regulares, esto es, las que no perdiendo de vista la imitacion de la naturaleza y las costumbres, se dirigen principalmente á la moral. En este sentido creo yo que dijo su autor que él era el primero que habia novelado en lengua castellana. Cervantes, aquel grande ingenio tan admirado de la posteridad y tan poco atendido de sus contemporáneos, imprimió en 1584 (2) sus novelas: obra en mi juicio la mas correcta de las suyas, y en dictámen de un docto escritor de nuestros días, la mejor en su clase de cuantas en Europa se han publicado hasta ahora. Lope de Vega siguió sus pasos, pero se quedó inferior.» El abate Andrés, que es sin duda el crítico á que Santibáñez alude, censura

(1) *La mala madre*, pág. 7 y siguientes y pág. 17.

(2) Es equivocacion: en este año se publicó *La Gálatea*. En la bibliografía de las novelas, que daremos

en otra nota, se verá cuándo salieron á luz por vez primera.

imparcialmente sus bellezas y defectos de esta manera (1): «Sus argumentos no tienen tanto interés como el de algunas novelas francesas; pero la conduccion de la fábula, la pintura de los caracteres, la expresion de los afectos y la propiedad del estilo, todo es tan superior en Cervantes, que en él parece que siempre se oye la voz de la naturaleza, y en los modernos se ve casi por todas partes la afectacion y el estudio. Cervantes, sin detenerse en observaciones sobrado individuales, toca todas aquellas circunstancias que ponen los hechos á mas clara luz y que sirven para preparar bien los accidentes; las aventuras se suceden espontáneamente y segun el orden natural de los humanos acaecimientos; las narraciones son claras y precisas, y se hacen verosímiles con la distincion de los tiempos, de las personas y de los lugares, con la exposicion de las causas y de los efectos, y con aquellas oportunas reflexiones que hacen ver la conexion de las cosas y dan mayor peso, evidencia é interés á las narraciones; las personas que se introducen habian y obran como corresponde al carácter propio de su esfera y condicion... En suma, en todo sigue las costumbres de la sociedad, todo procede segun el regular curso de la naturaleza; y las novelas de Cervantes ocultan la ficcion y presentan todas las apariencias de verdad, y por todas partes parecen verosímiles, llenas de interés y agradables. De aqui nace que aun despues de cerca de dos siglos se lean y vuelvan á leer con gusto por las personas cultas, se reproduzcan en nuevas traducciones y reimpressiones, y se tengan por una obra clásica y magistral en su género... A veces me ofenden algunos coloquios sobrado conceptuosos y poco naturales, y quisiera que los argumentos fuesen de mayor interés y mas dignos de su elegante pluma; pero sin embargo, digo que estas novelas son piezas excelentes de imaginacion y de elocuencia, las mas perfectas novelas de cuantas tenemos hasta ahora, y obras magistrales en su género.» — En fin, Capmani, en su *Teatro de la elocuencia*, reconoce que aunque encuentra defectos de languidez y de falta de interés en ellas, los resarcen suficientemente los modos de decir delicados, tiernos, sentidos y armoniosamente elegantes, las frases afectuosas y enérgicas, las imágenes de una extremada gallardía, las hermosas descripciones y los discursos bien razonados (2).

Autores que piensan hacerse notables sosteniendo paradojas quisieron á fines del siglo pasado, menoscabando las glorias de su patria, privar á Cervantes de parte de la suya y aun ultrajar su honrada y buena fe suponiendo sofistica y ligeramente que hurtó sus obras de otros, solo porque se conservan los primeros bosquejos de algunas en las misceláneas del licenciado Porras; ya hubo quien lo defendió de esta impostura. Otros achican su mérito, privados de sentidos para apreciarlo; á estos contesten los anteriores elogios; y si ellos no bastan, el testimonio de las numerosas ediciones publicadas sin cesar durante tres siglos (3). Si la continuacion

(1) *Historia de toda literatura*, t. iv, pág. 529.

(2) Tom. iv, pág. 427.

(3) Hé aquí una noticia bibliográfica de las novelas, que copiamos de los papeles de don Martin Fernandez de Navarrete.

Presentólas Cervantes para su impresion á mediados de 1612, y al año siguiente se publicaron con este titulo:

1.ª «*Novelas ejemplares de Miquel de Cervantes Saavedra*, dirigidas á don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, en Madrid, por Juan de la Cuesta, año de 1613.» Un tomo en 4.ª—Don Nicolás Antonio, Mayans y otros citan esta como la primera edicion, que no hemos logrado ver; pero por los principios de la que el mismo impresor Cuesta, repitió al año siguiente de 1614, se deduce que antes de mediado el año de 1612 presentó Cervantes su manuscrito al Consejo de Castilla, solicitando licencia para imprimirle. Y así fué que por comision de aquel tribunal, el doctor Gutierrez de Cetina, vicario de Madrid por el arzobispo don Bernardo de Sandoval y Rojas, decretó en 2 de julio de 1612, que examinase la obra el padre presentado fray Juan Bautista, trinitario, informando si contenia cosas contra la fe y buenas costumbres, y si era justo que se imprimiese. En 9 del mismo mes de julio contestó aquel religioso, desde su convento de la Santísima Trinidad, en la calle de Atocha, con su *Aprobacion* y elogios. El doctor Gutierrez de Cetina, en vista del mismo informe, extendió tambien la suya en el mismo día 9 de julio, diciendo que por comision y mandado de los señores del

Consejo de su majestad hizo ver este libro. Además de estas censuras, dadas por lo respectivo á la jurisdiccion eclesiástica de la Vicaría, encargó el Consejo directamente otro examen de las novelas al padre fray Diego de Hortigosa, trinitario tambien en Madrid, el cual en su *Aprobacion*, fecha á 8 de agosto de 1612, dijo que hallaba en este libro cosas de mucho entretenimiento para los curiosos lectores, y avisos y sentencias de mucho provecho, y que proceden de la fecundidad é ingenio de su autor, etc. Satisfecho por estas censuras el Consejo de Castilla de la bondad y mérito de la obra, mandó expedir el privilegio real en Madrid, á 22 de noviembre de 1612, en que se dice que por parte de Cervantes se habia hecho relacion, que «haviades compuesto un libro, intitulado *Novelas ejemplares*, de honestísimo entretenimiento, donde se mostraba la alteza y fecundidad de la lengua castellana, que os habia costado mucho trabajo el componerlo», etc.; y en consecuencia se le daba el privilegio por diez años para poderle imprimir él ó quien su poder tuviere.

Con esta licencia se comenzó la impresion de las novelas, que ya estaba concluida á mediados del año siguiente, cuando Cervantes escribió el prólogo y la dedicatoria al conde de Lemos, firmando esta en Madrid á 14 de julio de 1613. La tasa, dada á pedimento de Cervantes, por Hernando de Vallejo, escribano de cámara del Rey y del Consejo (en que expresa que el libro tenia sesenta y un pliegos, cuyo valor total era de siete reales y diez maravedís en papel), está fecha en Madrid

en ser reimpresas las obras por una serie dilatada de años es el fiador mas seguro de su mérito, grande es la excelencia de las novelas de Cervantes; las impresiones modernas son todavia en mucho mayor número que las antiguas, y eso que al presente faltan algunos de los motivos de

á 10 de agosto de 1613: lo que demuestra que la impresion del libro con sus principios se hallaba ya enteramente concluida.

La licencia del supremo Consejo de Aragon se solicitó despues de impresa la obra; pues la *Aprobacion* de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, dada por comision de aquel Consejo, está fecha á 31 de julio de 1613. El Consejo de Aragon, en vista de su ventajoso informe, no se detuvo en mandar expedir el privilegio real, como se verificó en *San-Lorenzo el Real, á 9 de agosto de 1613*, en el cual se repite ser el libro de las novelas de honestísimo entretenimiento, y con este otros elogios; y que por tanto se le concedian al autor diez años para que durante ellos se pudiese imprimir en el reino de Aragon. Es así aprobaciones manifiestan el aprecio que ya se hacia del ingenio de Cervantes dentro y fuera del reino de Castilla.

2.^a «*Novelas ejemplares de Miguel de Cervantes Saavedra*, dirigidas á don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, de Andrade y de Villalba, marqués de Sarria, gentilhombre de cámara de su majestad, vi-rey, gobernador y capitan general del reino de Nápoles, comendador de la encomienda de la Zarza, de la orden de Alcántara. Año 1614. Con privilegio de Castilla y de los reinos de Aragon. En Madrid por Juan de la Cuesta. Véndese en casa de Francisco de Roblés, librero del Rey nuestro señor.»—Un tomo en 4.^o de 236 hojas, sin los principios. Al fin de la obra se expresa otra vez «En Madrid por Juan de la Cuesta. Año mdcxiv.»

Esta edicion, que contiene todos los principios y aprobaciones de que hemos dado noticia, parece una repeticion idéntica de la primera, hecha por el mismo Juan de la Cuesta el año anterior: hemos examinado un ejemplar que posee el conde de Casa-Valencia, y le compró en Berlin el año de 1800.

3.^a «En Bruselas, por Roger Velpio y Huberto Antonio, impresores de sus Altezas: al Aguila de oro, cerca de palacio, año de 1614.»—Un tomo en 8.^o de 616 páginas, sin los principios. El privilegio, dado á los impresores por los serenísimos principes Alberto é Isabel Clara Eugenia, en su consejo de Bruselas, á 10 de mayo de 1614, manda que ninguno imprima ni venda este libro por espacio de seis años sin licencia de los mismos impresores. Contiene esta edicion el prólogo y la dedicatoria de Cervantes, las tres composiciones poéticas en su elogio, y las cuatro aprobaciones de los dos religiosos trinitarios, del doctor Cetina y de Alonso de Salas Barbadillo, que se estamparon en la de Madrid. {Academia española. Citase tambien en el catálogo inglés de libros de B. Whitte é hijo, pág. 268, número 8,224.)

4.^a «En Pamplona, año de 1614.»—Un tomo en 8.^o Citase esta edicion en el índice inglés de libros de W. Collins del año 1787, pág. 117, núm. 3,639.—En efecto, consta por la edicion hecha en la misma ciudad en 1617 que de orden del Consejo de Navarra aprobó esta obra fray Pedro de Olivares en Pamplona á 29 de setiembre de 1613 (cuando acababa de publicarse en Madrid), y que en consecuencia de esta aprobacion dió aquel tribunal, al impresor Nicolás de Assiayn, licencia para imprimir las novelas, con fecha, en Pamplona, de 8 de enero de 1614.

5.^a «En Pamplona, año de 1615.»—Un tomo en 8.^o Hácese memoria de esta edicion en el suplemento del catalogo de libros de W. Collins, del año 1784, pág. 24, núm. 2,820.—Sin duda fué repeticion del anterior, en

uso de la licencia obtenida y dada por el Consejo de Navarra.

6.^a En Venecia, año de 1616, en 12.^o Don Nicolás Antonio cita esta edicion en su *Bibliotheca nova*.

7.^a En Milan, año de 1615. Noticia del señor Vargas Ponce, que lo vió en una lista de libros antiguos que vendia un mercader de Valencia.—Un tomo en 12.^o. Lo he visto citado en el catálogo manuscrito del librero Salvá.

8.^a En Pamplona, por Nicolás Assiayn, impresor del reino de Navarra, año 1617. Un tomo en 8.^o Contiene en esta edicion la *Aprobacion* y licencia de que hemos hablado anteriormente, de lo que se infiere ser una repeticion de las ediciones anteriores, hecha en consecuencia del mismo privilegio.

9.^a En Madrid, año 1617. Un tomo en 8.^o Citase en el índice inglés de libros de King del año 1787, pág. 97, núm. 3,627.

10.^a En Madrid, 1622, en 8.^o La cita Don Nicolás Antonio en su *Bibliotheca nova*.

11.^a En Bruselas, año 1623: un tomo en 8.^o Citada en el índice de King, año 1787, pág. 97, núm. 3,628.

12.^a «Con licencia, en Barcelona, por Esteban Liberós, en la calle de Santo Domingo, año de mdcxxxi.»—Un tomo en 8.^o de 360 folios. Esta edicion se hizo por la de Pamplona, segun consta por la *Aprobacion y Licencia* dada por el vicario eclesiástico de Barcelona, á 8 de setiembre de 1627; pues á continuacion se pone la licencia del Consejo de Navarra, expedida á 11 de enero de 1614, de que hemos hecho mencion. Tal vez se hizo en Barcelona otra edicion á fines de 1627 ó principios del año siguiente; pues no era natural solicitar el permiso para la de 1631 con la anticipacion de tres ó cuatro años en una obra tan aplaudida y de tanto despacho.

13.^a En Madrid, año de 1664. Un tomo en 4.^o Citase esta edicion en el catálogo inglés de libros de Eggeston, de 1788, pág. 374, núm. 11,292.

14.^a En Londres, año de 1703: un tomo en 4.^o Se ve en el índice inglés de Faulder, año de 1788, pág. 83, núm. 2,486.

15.^a «Con licencia, en Barcelona, año de 1722.»—Un tomo en 4.^o de 403 páginas, á dos columnas. La *Aprobacion y la Licencia* para esta impresion están dadas por el doctor Miguel Jerónimo Martel, vicario general del arzobispado de Zaragoza, con fecha en esta ciudad, á 8 de marzo de 1663; pero no se expresa el nombre del impresor ni en la portada ni en otra parte alguna. Infíerese sin embargo de esta fecha: 1.^o que por los años 1663 se reimprimieron estas novelas en Zaragoza ó en algun otro pueblo de su arzobispado; 2.^o que esta edicion de Barcelona se hizo por el original ó texto de aquellas ediciones, respecto á que se conservó en ella su *Aprobacion y Licencia*.

16.^a «*Novelas ejemplares de Miguel de Cervantes Saavedra*, dirigidas á la excelentísima señora condesa de Westmorland. En esta última impresion adornadas é ilustradas con muy bellas estampas. En la Haya, á costa de J. Nearlme, mcccxxxix.»—Dos tomos en 8.^o

Pedro Pineda, que habia corregido la magnífica edicion del *Quijote*, hecha en Londres el año 1738, y cuidado de la que se hizo allí mismo el año siguiente de 1739 de *La Diana* de Gil Polo (que dirigió á doña Isabel Sütton con una epistola castellana), corrió tambien con esta publicacion de las novelas de Cervantes, dedicándola á la muy noble señora doña Maria Fane, condesa de Westmorland, con fecha en Londres, año de 1736, en consideracion á que en solo cuatro meses

placer que los lectores experimentarían en su tiempo. Los contemporáneos de Cervantes, testigos de los sucesos que retrató y de las costumbres y vicios que eran objeto de su sátira, tuvieron que encontrar en ellos mayor recreo que nosotros, que apenas podemos ya comprender

había aprendido aquella señora la lengua castellana, logrando, no solo entender los autores graves de ella, sino hablarla y pronunciarla con elegancia y corrección. El editor omitió la *Dedicatoria* de Cervantes, aunque no su prólogo; y arregló el texto á la edición de Barcelona, como parece por la *Aprobacion y Licencia*, que traslada de esta, cuando de orden de Francisco Terre, vicario general de aquella ciudad, la aprobó fray Tomás Rocca, en el convento de Santa Catalina mártir, á 8 de setiembre de 1627. También copia la licencia del Consejo de Navarra, dada al impresor Assiayn, en Pamplona, á 11 de enero de 1614, como que se conservó en las ediciones de Barcelona, hechas por el texto de las de Navarra.

El tomo I contiene las siete primeras novelas, y el II la de *El curioso impertinente* y las otras cinco; y cada una tiene al frente su estampa; todas bellamente dibujadas y grabadas por Jacobo Folkema, de quien son también las del *Quijote* de la edición de la Haya, hecha en 1744. La parte tipográfica está desempeñada con mucha belleza y curiosidad.

17.^a «Nueva edición ilustrada y adornada de muy bellas estampas. En Ambrés, á costa de Bousquet y compañía, MDCCLXII.»—Dos tomos en 8.^o mayor. Esta edición se hizo por la anterior, y así conservó como ella los principios de la de Barcelona y Pamplona. Además de las láminas correspondientes á las novelas, tiene en el t. I un retrato de Cervantes, copiado de la edición del *Quijote*, hecha en Londres, año de 1758.

18.^a «Nueva edición ilustrada y adornada de muy bellas estampas. Valencia; en la imprenta de Salvador Fauli, MDCCLXIX.»—Dos tomos en 8.^o

19.^a «Nueva edición, etc., por Salvador Fauli, año de 1783.»—Es una repetición de la de 1769, hecha por el mismo impresor con las mismas estampas y con solo el *Prólogo* de Cervantes en los principios. Una y otra parecen hechas con arreglo á las anteriores de la Haya y Ambrés, pues contienen también como ellas la novela de *El curioso impertinente*, que no se incluyó en las primitivas, y el retrato de Cervantes.

20.^a «Nueva impresión corregida y adornada con láminas, en Madrid, por don Antonio Sancha, año de 1785.»—Dos tomos en 8.^o mayor. Entre las empresas útiles que se propuso este hábil impresor, según hemos insinuado anteriormente, fué una la de formar colección de todas las obras de Cervantes, imprimiéndolas correctamente y adornándolas con buenas estampas; ¡ojalá que el encargado de corregir y purificar el texto hubiese sido á veces mas cuidadoso y diligente en cotejarlo con las ediciones primitivas, para rectificar la lección genuina de muchos pasajes, conocidamente viciados y pervertidos, como lo hizo después el señor Pellicer con el *Quijote*! El impresor nada omitió por su parte para hacer apreciable esta colección que dedicó al conde de Floridablanca. Cada novela tiene su lámina correspondiente, todas inventadas y dibujadas por don José Jimeno y don Bernardo Barranco, y grabadas por Brieva, Pró, Moréno Tejada, y Vazquez, insignes profesores de aquel tiempo. El esmero en la parte tipográfica y la uniformidad en el tamaño, letra y papel con las demás obras de Cervantes hacen esta colección la mas apreciable y completa que hasta ahora conocemos.

21.^a En Valencia, año de 1797.—Dos volúmenes en 8.^o con láminas.

22.^a En Madrid, año de 1797.—Tres volúmenes en 18.^o De ambas ediciones se habla en el catálogo de Dulau, publicado en Londres por enero de 1815, pág. 416.

23.^a En Madrid en la imprenta de Villalpando, año de 1799.—Tres tomos en 12.^o

24.^a En Madrid, por la viuda de Ibarra, año de 1803.—Tres tomos en 8.^o

Adición. A este catálogo del señor Navarrete pudieran añadirse otras muchas ediciones publicadas en el presente siglo; pero siendo la mayor parte de surtido, hechas sin elegancia, solo hablaremos de la siguiente, que ocupa los tomos VII, VIII y IX de las *Obras escogidas* de Miguel de Cervantes, que lleva por título:

25.^a «Nueva edición clásica, arreglada, corregida é ilustrada con notas históricas gramaticales y críticas por don Agustín García de Arrieta, individuo de número de la Academia Española, y honorario de la latina matritense, etc. Paris, en la librería hispano-francesa de Bossange, padre; calle de Richelieu, núm. 60.»—Bonita edición en 12.^o con láminas. La introducción se compuso entresacando literalmente todo lo que el señor Navarrete dijo de las novelas en su *Vida de Cervantes*, lo cual llamó el editor á pesar de que nada ponía de su cosecha

NOTA.

Además de las ediciones completas que se han hecho de las novelas de Cervantes, hay ejemplar de haberse impreso suelta alguna de ellas, como la de *El curioso impertinente*, que incluyó César Oudin al fin de la *Silva curiosa* de Julian de Medrano, impresa en Paris año de 1608, y las de *Rinconete y Cortadillo* y *El celoso extremeño*, que por haberlas encontrado manuscritas en un antiguo códice de la biblioteca de San Isidro de Madrid don Isidoro Bosarte, y notado algunas variantes sustanciales respecto á las ya publicadas, las imprimió exactamente conforme á estas antiguas copias en los números 4.^o y 5.^o de la obra intitulada *Gabinete de lectura española*, dando razón en los prólogos del hallazgo de estas novelas, de las circunstancias del códice y de las alteraciones que había advertido al confrontarlas con las que corren impresas del mismo autor.

TRADUCCIONES.

El abate Lampillas, tratando de las novelas y de su mérito (*Ensayo de la literatura española*, t. v, disertación 7.^a, pár. 7.^o, en la traducción castellana, pág. 187) dice que en el año de 1616 salieron de las prensas de Venecia traducidas en italiano, y que otra traducción hizo en el mismo idioma Donato Fontana, que se publicó en Milan el año 1629.

Hemos dicho ya en el párrafo 2.^o, número 6.^o de la *Ilustración bibliográfica*, publicada en nuestra *Vida* de Cervantes, que César Oudin, maestro de lenguas, tradujo al francés la novela de *El Curioso impertinente*, y á dos columnas la imprimió en Paris el año 1608, para la instrucción de sus discípulos, la cual se ha reimpresso suelta como se nota en algunos catálogos con el título de *Le mari trop curieux*, traducción del español. De estas reimpresiones cita una Dulau en el suyo, en 12.^o, con figuras, 1809. Publicadas las doce novelas algunos años después que la de *El Curioso impertinente*, los franceses hicieron de ellas repetidas traducciones, como asegura Lampillas, poniéndolas en su lengua, según llevamos dicho en el texto, Francisco Rosset, el señor d'Audigier y Carlos Cottolendi, cuyas traducciones fueron leídas y estimadas, si bien la que obtuvo mas aceptación es la de Pedro Hessein, publicada en Amsterdam, año de 1700, y reimpressa allí en 1709 y 1715, y en Paris en los años de 1715 y 1723. Aunque no sabemos si

sus alusiones, ni la oportunidad de sus críticas, ni la propiedad de sus pinturas y retratos. Tenemos en cambio otra ventaja, la de la imparcialidad; y al fin como Cervantes, aunque al pintar un vicio ó ridiculez tirase á tejado conocido, sabia generalizar su censura y tomar lo principal de la misma naturaleza, su critica pertenece á todos los tiempos y á todas las edades.

es la misma, ú otra nueva traduccion, es cierto que el año de 1768 se hizo en Amsterdam una bella edicion del *Quijote* y de las novelas, en lengua francesa, en ocho volúmenes en 12.º, con hermosas estampas (índice inglés de libros de Hayes para 1788, pág. 199, núm. 6,112); que en el mismo año de 1768 se hizo otra tambien en Amsterdam solo de las novelas en dos volúmenes en 8.º, con láminas (índice inglés de Robson, año 1786, página 218, núm. 7419); y que anteriormente en 1705 se habia hecho en la misma ciudad otra edicion en 8.º (índice de Faulder, 1785, pág. 285). Monsieur Lefebure de Villebrune, en el prefacio de su traduccion francesa de la *Segunda guerra púnica*, poema de Silio Itálico (impresa en Paris, año de 1781, en 8.º, t. 1), dice hablando de la novela de *El licenciado Vidriera*, que de ella habia dado una traduccion entre las novelas de Cervantes; este es otro traductor francés de ellas, de que no teniamos noticia.

Monsieur Dubournial, en la coleccion de obras escogidas de Cervantes que se proponia publicar, traducidas al francés, segun su prospecto impreso año de 1805, comprendia las trece novelas, incluyendo la de *El curioso impertinente*, que separaba del *Quijote*, para colocarla entre las demás (a).

«Cervantes, ses nouvelles, précédées de sa vie», cuatro volúmenes en 18.º, 1809. Véase el catálogo de Dulau, Londres, 1813, pág. 123.

No solo han traducido los franceses las novelas de Cervantes, sino que han escrito otras imitándole, como consta de este anuncio: *Nouvelles imitées de Cervantes et*

(a) De la traduccion de las obras completas de Cervantes, por monsieur Dubournial, hizo una edicion monsieur Mequignon Marvis en 1820, en que por lo tanto incluyó las novelas. Publicóla por suscripcion en doce ó trece volúmenes en 8.º con láminas grabadas, diseñadas por Horacio Vernet, Eugenio Laugier, Desseigne y otros; y el retrato de Cervantes por Lignon.—En el prospecto, despues de hablar el editor de que el estudio de la lengua española precedió entre los franceses al renacimiento de las letras, y fué como la aurora que anunció el día que habia de brillar en el gran siglo de Luis XIV, juzga las diferentes traducciones que aparecieron del *Quijote* antes de la de monsieur Dubournial. La gran aceptación que tuvo la de este movió al traductor á emprender la de *Persiles y Segismunda*, y despues á trasladar las *Obras completas de Cervantes*, que faltaban aun de las bibliotecas francesas, no habiéndose traducido jamás en esta lengua *La Galatea*, *El Teatro* y *El viaje del Parnaso*; cosa que extraña el editor, pues dice que en cada página de estos escritos se ve el genio original que compuso el *Quijote*, y en ellas bebieron los escritores del siglo de Luis XIV muchas felices ideas: de suerte que el traducirlas ahora era preparar una abundante cosecha á los literatos, y nuevos placeres á todo género de lectores. Espera que su edicion igualará en perfeccion tipográfica á la mejor que haya producido la Francia, la Italia, la Inglaterra, la Holanda y aun la misma España, teniendo además la ventaja de ser la primera en que se publica una coleccion completa del insigne escritor. Esto es en parte exacto, puesto que en la edicion completa que hizo Sancha y de que se ha hablado en estas noticias bibliográficas no se dió entrada al *Teatro*. Tambien podia el editor estar satisfecho de la belleza de la edicion, que es elegante sobre todas las que hemos visto, si se exceptúa el *Quijote grande* de la Academia española, con cuyo nombre se entiende la que se hizo en Madrid por don Joaquín Ibarra, honra y prezo de los impresores españoles, en 1780, en cuatro tomos en 4.º mayor. La coleccion francesa de que hablamos va precedida de una traduccion de la *Vida de Cervantes*, que por encargo de la dicha Academia escribió don Martín Fernandez de Navarrete; y se imprimió en 1819 para acompañar la edicion del *Quijote* que se hizo en el mismo tamaño.

(Adicion del escritor de este Boqueteo.)

autres auteurs espagnols, dos vol. 12.º, con fig., 1802 Paris. Véase el mismo catálogo de Dulau, Londres, 1813 pág. 157.

Los ingleses, segun varios catálogos de sus libreros, las tienen traducidas en su idioma por Sheuton, en 12.º, y hay otra traduccion publicada en Londres, año de 1741, en 8.º Asi parece del catálogo de libros ingleses, hecho en Londres, 1775, pág. 57; y del índice de Faulder, 1788, página 204.

A las traducciones completas de las novelas hay que añadir una italiana de *El Coloquio de los perros*. El señor D. Jovenal Vegezzi, de Turin, oficial de la primera secretaria de Estado de su majestad Sarda, y socio correspondiente de muchos cuerpos literarios de Italia, ha sido de los extranjeros que con mas ardor han cultivado en este siglo el estudio de las letras españolas. Traujo al italiano la comedia de Moratin *El sí de las niñas*; en 1822 las *Silvas* de Francisco de Rioja, de las cuales la de la *Rosa* obtuvo dos ediciones; en 1827, en la *Coleccion de fabuladores*, que imprimió en Milan, incluyó su version de las *Fábulas literarias* de don Tomás Iriarte. Despues, en opúsculo intitulado *Cento osservazioni etimologiche sul dizionario dantesco*, hizo elogios y tambien publicó idénticas explicaciones del *Diccionario de la Academia Española*, 1830. Igual alabanza le dió en las *Observaciones sobre siete vocablos drábes de que se valió el Ariosto*. Y en fin, publicó, ó á lo menos ofreció publicar en el diario de Nápoles, *Il progresso*, un artículo sobre los romanceros compilados del señor Duran. Este caballero trajo al italiano y publicó en 1819 *El coloquio de los perros Cepion y Berganza*. Esta preferencia prueba que esta novela no se distingue solo por el estilo, cualidad que desaparece en una traduccion, sino por el vigor de la pintura y profundidad del pensamiento, y que es digna de los elogios que en este escrito la hemos tributado.

EDICIONES DE LA TIA FINGIDA.

A la nota bibliográfica de ediciones de las obras de Cervantes, escrita por el señor don Martín Fernandez de Navarrete, añadiremos la siguiente de las que modernamente se han hecho de *La tia fingida*. El original de todas las impresiones que hoy corren de esta novela es, como en otra nota se ha dicho, un manuscrito del tiempo de Cervantes, de letra del licenciado Francisco Porras de la Cámara, racionero de Sevilla. La imprimió por primera vez el señor García Arrieta, en 1814, en Madrid, en la imprenta de la viuda de Vallín. Esta impresion salió con groseros errores, y variantes, por no haberse confrontado con el manuscrito la copia por donde se imprimió, y el señor Navarrete cuidó de librarla de ellos para la edicion que se hizo en Berlin en 1818, por intervencion del caballero Liaño, bibliotecario de su majestad prusiana. Luego se ha publicado en las colecciones de novelas de Cervantes varias veces; una de ellas en la de obras escogidas de Cervantes, que hizo el citado señor García Arrieta en Paris en la libreria hispano-francesa de Bossange padre, 1826, en 12.º; y otra en la de novelas escogidas, publicada en Barcelona en la oficina de los señores Bergnes y compañía. — Don Bartolomé Gallardo halló otro manuscrito de *La tia fingida*, existente en la biblioteca Colombina (AA. 441. 4) por donde pueden corregirse los defectos del de Porras. Véase sobre esto *El Criticon*, papel volante que publicaba Gallardo en 1835, núm. 1.º

Exorna además el discurso con una dicción pura y fácil, la anima con un estilo castizo y gracioso, y con su agudo ingenio todo lo vivifica. ¿Qué maravilla pues que estas composiciones se lean con indecible placer despues de dos siglos y medio y conserven todavia gran parte del gracejo que admiraron en ellas cuantos las oyeron de boca de su autor? Hay muchos tal vez á quien agraden mas algunas novelas modernas, de esas que en profuso diluvio nos vienen del vecino reino; pero consiste, no en su extraordinario mérito, sino en que excitan mas nuestras pasiones ó son mas análogas á nuestras costumbres. Un interés nacido de la curiosidad es el principal motivo que nos ceba en su exámen; y así, aunque la primer vez que cae el libro en nuestras manos lo deberemos con los ojos, apenas hay una que resista á la prueba de segunda lectura. Por el contrario, las de Cervantes siempre se leen y releen con placer, hallando en ellas el entendimiento y la imaginacion cada vez bellezas nuevas que antes se habian escapado á su observacion, lo cual dimana de la mayor doctrina, elegancia de estilo, estudio de las costumbres y pintura de caracteres: cualidades que quedan en el libro aun despues de satisfecha la curiosidad de los lances que forman la novela.

La publicacion de estas, aunque bien recibidas del público, no mejoró la suerte de Cervantes, y sirvieron solo para enriquecer á los libreros sus repetidas ediciones. En tal ocasion escribió el *Viaje del Parnaso* (1), proponiéndose, entre otros objetos, hacer una relacion de sus méritos literarios, que no habian bastado á librarle de la indigencia, la cual entonces era tanta, que para representarla al vivo supone que estando en un ameno jardin delante de Apolo, y permaneciendo en pié, mientras estaban sentados en sillas todos los poetas, como le dijese el Dios que doblase la capa y se sentase sobre ella, tuvo que responder que no la tenia (2). Si la pri-

(1) Aunque *El viaje del Parnaso* no pertenece á las obras novelescas de Cervantes, sin embargo, por completar la noticia bibliográfica de las principales que escribió, ponemos á continuacion una nota de sus ediciones.

1.^a «*Viaje del Parnaso*, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, dirigido á don Rodrigo de Tapia, caballero del hábito de Santiago, hijo del señor Pedro de Tapia, oidor del Consejo Real y consultor del santo oficio de la Inquisicion suprema. Año 1614. Con privilegio, en Madrid, por la viuda de Alonso Marín.»—Un tomo en 8.^o de ochenta folios. Es la única obra que dejó Cervantes de dirigir á su mecenas el conde de Lemos en este último período de su vida, sin duda por el recelo de que los Argensolas, que no cumplieron las ofertas que le hicieron al partir para Nápoles, le hubiesen indispuerto con aquel ilustre personaje. Don Rodrigo de Tapia era un joven estudioso, cuyos padres y abuelos fueron naturales de Madrigal; pero ignoramos qué relaciones ó consideraciones debió tener con él Cervantes, ni qué especie de proteccion pudo aquel dispensarle por este tiempo. De órden del Consejo examinaron esta obra el doctor Gutierrez de Cetina, que la aprobó en Madrid á 16 de setiembre de 1614, diciendo era libro curioso; y el maestro José de Valdivielso, que opinó en 20 del propio mes, que tiene muchas cosas muy apacibles y entretenidas, y muy conformes á las que del mismo autor honran la nacion y celebra el mundo. A consecuencia de estos informes, se expidió á Cervantes el privilegio, con fecha en Ventosilla, á 18 de octubre de 1614, refrendado por Jorge Tovar; y al mes siguiente ya tenia concluida la impresion, segun la fe de erratas, autorizada por el licenciado Murcia de la Llana, á 10 de noviembre; y la tasa, por Hernando de Vallejo, siete dias mas adelante.

2.^a «En Milan, por Juan Bautista Bidelo, año 1624.»—Un tomo en 12.^o Cita don Nicolás Antonio esta edicion.

3.^a «En Madrid, por Juan de Zúñiga, año 1736.»—En 4.^o Hállase al fin de la que se hizo de *La Galatea* en el mismo año y por el mismo impresor, á costa del librero Francisco Manuel de Mena; bien que con diversa foliatura ambas obras, y siguiendo en la edicion del *Viaje del Parnaso* la primera, con su portada y casi todos los principios.

4.^a «En Madrid en la oficina de Manuel Fernandez, año 1772.»—Un tomo en 4.^o. Es reimpression hecha á plana y renglon por la anterior de 1736, y se halla igualmente al fin de la que se repitió de *La Galatea* al mismo tiempo, con la diferencia sola de no poner foliacion separada en ambas obras, sino continuar la del *Viaje*, donde concluye la de aquella novela pastoral: esto es, desde el folio 332 hasta el 431, en que finaliza el libro con la *Adjunta al Parnaso*.

5.^a «En Madrid, por don Antonio Sancha, año 1784.»—Un tomo en 8.^o mayor. En este mismo volumen se publicaron á continuacion del *Viaje al Parnaso* la tragedia *La Numancia* y la comedia *El trato de Argel*, composiciones inéditas de Cervantes. De ellas hace memoria en el cap. 48 de la primera parte del *Quijote*, y su exámen es asunto principal de la advertencia del editor que precede á este tomo. Hállase adornado de tres bellas estampas, representando una la llegada de Cervantes en un barco juntamente con Mercurio á la faldá del monte Parnaso; otra es correspondiente á la accion de *La Numancia*, y la tercera á la comedia de *El trato de Argel*. La primera fué inventada y dibujada por don José Jimeno, y grabada por don Bartolomé Vazquez; las otras dos, inventadas y dibujadas por don Manuel de la Cruz, estan grabadas por don J. J. Fabregat con mucho esmero. Así esta edicion, que se tiene por la mejor que hasta ahora se ha hecho, compone parte de la coleccion que formó Sancha de todas las obras de Cervantes.

6.^a «En Madrid, por doña Manuela Ibarra, año 1805.»—Un tomo en 8.^o

Esta obra, parte por ser una critica de poetas desconocidos, muchos de ellos de los extranjeros, y en el dia aun de nosotros, y parte porque el autor, ocupándole demasiado su situacion, no se elevó á objetos dignos de la gloria del dios de los poetas, excitó poco interés en las naciones extrañas, donde no se ha traducido sino muy modernamente por monsieur Dubournial. En España tampoco se ha reimpresso con el afan y favorable acogimiento que las demás obras de Cervantes.

(2) Mas si quieres salir de tu querella (habla el autor) Alegre y no confuso y consolado,
Dobra tu capa y sientate sobre ella.

Que tal vez suele un venturoso estado,
Cuando le niega sin razon la suerte,

La primera parte de este lance es una ficción poética, la segunda es mas que probable que fuese realidad; y así Mercurio en la misma obra le llama el Adán de los poetas. Mas no por eso se enemistó, como vemos, con las letras, ni se contentó con exhalar inútiles quejas, creyendo mas digno de un orazon elevado hacer rostro á la fortuna y aumentar los méritos ya contraidos, si bien no esperase otro galardón que la gloria que pensaba adquirir con sus nuevos trabajos. ¡De cuántos sinsabores y disgustos no le consolara esta agradable idea de la inmortalidad á que aspiraba! ¡Cómo en profecía debió gozar imaginando los honores que le tributarian las edades venideras! Fundaba esta lisonjera esperanza en un libro que á la sazón componia, larga novela del género grave, para la cual puso á contribucion toda la riqueza de su ingenio y la fuerza de su inventiva, queriendo dejar en este fruto de sus cansados y tristes años consignada la mejor idea de sus grandes talentos, tan mal retribuidos (1).

El *Persiles y Sigismunda*, que es la obra en que se ocupaba Cervantes para poner el sello á su nombre, fué el libro favorito del autor, que lo consideraba como el mejor de todos sus escritos, prodigándole halagüeños elogios, que nunca le mereció su verdadera obra maestra, el *Quijote*. No es extraño; habia sido su única ilusion en una edad en que ya han muerto todas las ilusiones, y en una situacion que todas las agosta. Proponiéndose imitar á Heliodoro, le siguió hasta en el título de su obra, llamándola *Historia setentrional*, así como el autor griego á la suya *Historia etiópica*, con alusion á los países de donde eran naturales sus respectivos héroes. Cervantes en este último libro, lo mismo que en *La Galatea*, primero que dió á luz, ostentó con prodigalidad en la abundancia de episodios la admirable extension de su inventiva, y sorprende que ni la vejez ni los trabajos hubiesen sido capaces de disminuir ni de embotar su riqueza, frescura y lozanía. Pero tanta multitud de lances, muchos de ellos exagerados é inverosímiles, y no siempre suficientemente ligados con la accion principal, ahogan esta y perjudican al interés, haciendo desaparecer con frecuencia á los héroes, cortando de repente episodios que comenzaban á excitar la curiosidad, y entorpeciendo la marcha del asunto con tropiezos continuos é inesperados. Tambien desgraciadamente los héroes por su carácter aficionan poco al lector. Son un principe y una princesa, herederos de dos distintos reinos del setentrion de Europa, que se aman entrañablemente, y van juntos en peregrinacion á Roma, disfrazados bajo los nombres de Periandro y de Auristela. Multitud de trabajos les han hecho perder su comitiva; ambos amantes se encuentran solos mano á mano en un camino rodeado de peligros, que la extraordinaria belleza de los dos, y la concupiscentia mal regida de las gentes con quienes tienen que habérselas, aumentan á cada paso; y prosiguen su viaje fingiendo por decoro ser hermano y hermana y ocultando con todo cuidado su calidad hasta el fin de la novela. Tanto Periandro, que es el mas hermoso del mundo, como Auristela, que ocupa entre las hermosas el mismo preferente lugar que su fingido hermano entre los hombres, ha querido el autor que aparezcan dotados de una perfeccion moral tan ideal como su belleza física. Sus amores son por lo mismo exageradamente platónicos; ella parece una estatua de mármol, y él tan frio amante, que no tiene igual en la naturaleza. Damos crédito á la noticia de que se aman por el que nos merece el cronista de sus aventuras; pero en toda la novela apenas se dicen una palabra de amor, y las pocas que se hablan tan rebuscadas y exquisitas, que el lector queda persuadido de que no puede querer mucho quien se expresa de aquel modo. Estos caracteres tan perfectos, que dominan todas las pasiones y ponen su freno á todos los afectos

Honar mas merecido que alcanzado. —

Bien parece, Señor, que no se advierte

Le respondí, que yo no tengo capa. —

El dijo, aunque sea así, gusto de verte.

La virtud es un manto con que tapa

Y cubre su indecencia la estrechez

Que entera y libre de la envidia escapa.

Pensamiento filosófico que consolaba á Cervantes de sus desgracias, y único que puede consolar al desdichado sobre la tierra

(1) En el prólogo de las novelas hacia el fin habló por primera vez y anunció al público esta obra: «Tras ellas, dice al lector, si la vida no me deja, te ofrezco *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, libro que se atreve á competir con Heliodoro, si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza». Al año siguiente de 1614 publicó *El viaje del Parnaso*, y en el cap. 4.º pág. 54, dice:

Yo estoy, cual decir suelen, puesto á pique

Para dar á la estampa al gran *Persiles*

Con que mi nombre y obras multiplique.

En 1615 publicó la segunda parte del *Quijote*, y en su *Dedicatoria* al conde de Lemos le dice, á 31 de octubre: «Con esto me despido, ofreciendo á vuecencia los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, libro á quien daré fin dentro de cuatro meses, *Deo volente*, el cual ha de ser el mas malo ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir, de los de entretenimiento; y digo que me arrepiento de haber dicho el mas malo, porque segun la opinion de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible. Venga vuecencia con la salud que es deseado, que ya estará *Persiles* para besarle las manos, etc.»

del ánimo, pueden ser buenos en moral, pero literariamente son helados é indigestos, y la frialdad y falta de interés que acompaña á un héroe de esta especie refluye en toda la novela ó poema de que es protagonista: sean ejemplos la *Eneida* de Virgilio y *La Jerusalem* del Tasso, poemas que desmerecen por el empeño de los autores en hacer impecables á Eneas y á Godefredo. Tal defecto es mas notable en la novela de Cervantes, porque son dos las personas dotadas de esta perfeccion estoica. Si Periandro fuera un amante ardiente y emprendedor, y Auristela, sola y y desvalida ahogando sus propios deseos, le hiciese respetar su decoro, brillaria gallardamente la honestidad de esta hermosa princesa, y el lector, hallándola mas conforme á la humana naturaleza, por ella se interesaria mas. Por otra parte, si viera alguna vez luchar á Periandro entre el deber y el amor, podría convencerse de que amaba, y desear que gozase en brazos de su amada el premio de sus fatigas. Pero en aquel tiempo mistificábase á las heroínas de los poemas hasta hacerlas contrarias á la naturaleza humana, por quererlas pintar superiores á ella; y en los amantes no se suponía sino una adoracion sumisa y respetuosa, resto de las costumbres ideales retratadas en los libros caballerescos (1).

El error de haber imaginado mal á los héroes por seguir estas costumbres, y acaso tambien por querer imitar con demasiada sujecion la castidad de los amores de Teágenes y Cariclea, impide que tome el lector muy á pechos los trabajos que les pasan, por no haber podido el autor dar á aquellos personajes todo el interés de que eran susceptibles. Mal retratados, sin contraste los caracteres, é imposibilitados de brillar por falta de expresion en los sentimientos y pasiones, Cervantes vióse obligado á sostener su fábula con la complicacion de los episodios, buscando en su artificio lo que debió buscar en la pintura de los afectos; pero en este desesperado medio de que echó mano, hizo ostentacion de un lujo y una riqueza verdaderamente orientales. Episodios hay en el *Persiles* suficientes para componer gran número de novelas. Muchos de ellos, aislados, son agradables y bien escritos, aunque en la obra fatigan y confunden la memoria, y perjudican al desenvolvimiento de la fábula; entre los cuales se distingue el de Ruperta, pasaje dramático que dice Florian que por si solo bastaria á hacer precioso el libro; sin que deje por eso de ser curioso y ameno todo el itinerario que los peregrinos hacen de España á Roma por Aragon, Valencia y Cataluña y provincias meridionales de Francia, el mismo que siguió el autor cuando en su juventud acompañó á Roma al cardenal Aquaviva. Formado pues de recuerdos el libro, ofrece la ventaja de haber observado por si mismo el autor cuanto refiere de las cosas notables de las poblaciones de aquella carrera, y tiene para nosotros el aliciente de la verdad. Pero otros episo-

(1) La Harpe en su *Curso de literatura*, dice: «Hace tiempo que se ha tomado el partido de reir de todas estas heroínas de novela, para quien la declaracion de amor mas respetuosa era un ultraje tan grande, que no se perdonaba sino despues de muchos años de expiacion. Nada hay en este género mas célebre que un *Polixandro* del señor de Gomberville, en cinco grandes volúmenes de mil á mil doscientos páginas cada uno, que son un exceso de locura, tan curioso, que da valor para leerlos, aunque á la verdad, un poco á la ligera. La princesa, heroína de esta terrible obra, es una tal Alcídiana, que es la mas extraordinaria criatura que se ha imaginado jamás. Amada de todos los monarcas del mundo, vienen embajadores de todos los rincones del universo para pedirle en matrimonio. Los que no pueden pretenderla se contentan con declararse sus caballeros á seiscientos ó setecientas leguas; rompen lanzas en su honor, y se guardan de mirar á ninguna otra mujer del mundo, despues de haber visto el retrato de Alcídiana. Con todo, la Princesa está muy ofendida; figúrasele una audacia que el gran kan de los tártaros y el rey de Cachemira y los sultanes de Indias se atrevan á enamorarse de ella, aunque de un poco léjos. En fin, amar á Alcídiana, aun de mil leguas, es un crimen digno de muerte, excepto para Polixandro, el héroe de la novela, á quien solo ha permitido ella que le ame, porque en fin era preciso otorgar gracia á alguno. En calidad de su caballero, le despacha á todas las cortes á castigar á los insolentes que osan amarla sin su permiso. Polixandro da la vuelta al mundo, desafiando á todo el que encuentra; y cuando

ha muerto al uno, herido al otro, destronado á aquel, hecho al de mas allá prisionero, exigiendo palabra á todos de que ya no osarian manifestarse amantes de Alcídiana, vuelve al lado de su bella, que se digna honrarle con una mirada; pero que no se puede familiarizar, sino mucho tiempo despues, con la idea de casarse con un hombre que por ella ha muerto tantos otros. El mismo tambien se admira de ello, y cuando ya está casado, tiene todas las penas del mundo en persuadirle que un mortal pueda ser marido de Alcídiana y que este esposo sea él. La cabeza se le trastorna cuando le muestran la estancia de su esposa; dos escuderos tienen que sostenerle en la escalera, quiere caer en cada escalon, y la escalera concluye cuando uno aun no está bastante seguro de la vida de su héroe.» Tal es la pintura que hace La Harpe de esta novela, á cuyo estilo se ajusta la mayor parte de las del tiempo del caballero Gomberville. Pero ¿cómo explicará La Harpe que lo que él encuentra ridiculo se leyese con entusiasmo y trasportes de admiracion cien años antes? Es que habia otras costumbres y otras ideas, si se quiere, convencionales para escribir novelas; y variadas estas ideas y costumbres, halló la sociedad ridiculo lo que antes se creia sublime. Gran dosis de juicio, de talento y estilo debia poseer Cervantes, cuando escribiendo bajo el influjo de aquellas convenciones, en una novela heroica pudo libertar sus héroes de que hoy parezcan risibles como Alcídiana y Polixandro; pero aunque los libertó de este extremo, no atinó á hacerlos interesantes.

, principalmente los que se colocan en los mares del Norte y tierras convecinas, chocan á historia y geografia; se resienten de desmesurados é inverosímiles, y algunos de ellos auto-ridículas preocupaciones. Sorprende al pronto cómo Cervantes, que en el *Quijote* habia curiosamente zaherido lo poco naturales que son en general los libros de caballerias, y en todas obras hecho guerra á las desatinadas creencias del vulgo, incurrió en esta novela en los mismos defectos que combatió su sensata filosofia. Poco satisfecho quizá del éxito de sus anteriores escritos, ó creyendo tal vez que no se podia agradar sino con el abuso de lo maravilloso á aquella generacion contemporanea suya, mal curada aun de exageraciones, quiso ahora sacrificar sus ideas al deseo de que su nuevo libro fuese recibido con entusiasmo, y malogró el *Persiles* con un defecto que no se nota en el *Quijote* ni en las *Novelas*.

En embargo, aunque falto de interés, debe estimarse el *Persiles* como un prodigioso esfuerzo de imaginacion, y por la excelencia de su estilo digno de ser estudiado por cuantos quieran imerse en los primores de la lengua castellana. Escrito con mas meditacion que *La Galatea* y *Quijote*, corrigió aquí las faltas de construccion de estas dos novelas; y á pesar de la complicada urdimbre de su plan, en que entran mayor número de interlocutores que en las obras citadas, dejó atados completamente los cabos todos. Es mas castigado, aunque no tan vario, el estilo, mas espontaneo como el del *Quijote*, que le lleva la gran ventaja de prestarse á mas diversidad de matices por la índole festiva de la composicion, y en él corrige la afectacion y dislocacion de frase y los descuidos gramaticales que se encuentran en otros de sus escritos. Causa admiracion que, á pesar de los cansados años de Cervantes, jamás se note en él dureza ni sequedad en esta novela. Compuestos están los primeros capítulos en que se habla de las mazmorras de Corsicurvo y de los sucesos de la isla bárbara, con natural y rotunda elocuencia y agradable novedad de giros y frases. ¿No merece pues disculpa la opinion del autor, y en parte no parece legítima la que atribuyó su aprobante el maestro Valdivielso, diciendo que entre todos los libros del inmortal escrivano ninguno es mas ingenioso, mas culto ni mas entretenido?

No permitieron á Cervantes los achaques terminarlo tan pronto como se habia prometido, y duró su conclusion casi tanto como su vida. Ya presagiaba próxima su muerte cuando escribió el prólogo, rasgo singularísimo, que no se puede leer sin respeto hácia un autor que en tan duro momento conservaba en toda su fuerza su carácter festivo. Recibida ya la extremauncion compuso una dedicatoria al conde de Lenos; la cual, por esta circunstancia, excitó las malignas alusiones de un mordaz escritor (1), á cuya envidia ni la muerte del envidiado pudo imponer silencio. De la ruina y baja fué no comprender la nobleza que indica la conducta de Cervantes, á quien ni las dolencias de la agonía ni las agitaciones de un trance que hace olvidar todas las cosas terrenas, lograron anublar de su memoria el grato recuerdo de su favorecedor. Dedicándole pues este enviable testimonio de su pecho agradecido, envuelto entre sus postreros suspiros, parece quiso pagar su gratitud mas allá de los términos de la vida. Otro pensamiento respetable le movia á procurar no morir sin dejar terminado el *Persiles*. Habia probado la miseria al lado de un inseparable compañero, que si él desaparecia del mundo, como lo barruntaba, quedaba sin su apoyo la mendicidad; y no estando en su mano dejarle rentas ni estados, trató á lo menos de dejarle un libro de que pudiese sacar partido, aliviando con su producto su pobreza. Así no fué la frivola idea de que quedara en el mundo una obra nueva suya lo que le impelia en medio de las fatigas de su último padecimiento á ponerla en disposicion de imprimirse, sino el deseo santo de dejar un pedazo de pan á su desolada y pobre familia. Al poco tiempo de escribir la dedicatoria, monumento precioso de la filosófica tranquilidad de su ánimo en los instantes supremos, salió su alma de la cárcel de este mundo; mas como si la suerte quisiese ensañarse hasta con sus cenizas, borró las huellas de la tierra á que se entregaron sus helados despojos (2).

(1) El ya varias veces citado Cristóbal Suarez de Figueroa, en su *Pasajero*.

(2) Hé aquí el artículo bibliográfico que de esta obra publicó don Martin Fernandez de Navarrete:

A esta novela llamó Cervantes *Historia setentrional*, aunque anunciada por él desde 1613, no la concluyó hasta los últimos días de su vida, por cuya razon escribió la dedicatoria y el prólogo casi entre las agitaciones de la muerte, dejando á su viuda el manuscrito á que pudiese lograr algun provecho de su publicacion. Ya fuese con este objeto ó con el de honrar la

memoria de su marido, solicitó desde luego doña Catalina de Salazar privilegio real para imprimir la obra, que, aprobada por el maestro José de Valdivielso en 9 de setiembre de 1616, se concedió por diez años, con fecha en San Lorenzo el Real, á 24 del mismo mes y año, refrendado por Pedro de Contreras. Este privilegio le compró el mercader de libros Juan de Villaroel, á cuya costa se imprimió el libro por Juan de la Cuesta á fines de aquel año; pues ya se halla autorizada la fe de erratas por el licenciado Murcia de la Llana, en 15 de diciembre, y expedida la tasa en 23 del mismo mes por

El público no fué tan injusto con los talentos de Cervantes como se ha querido suponer, cuando se ha declamado contra su siglo. Leyó sus obras, consumiendo gran número de ediciones; y si de esta general aceptación no sacó Cervantes partido para asegurarse un buen estar, culpese á su poca

Jerónimo de Leon. Sin embargo, no salió á luz hasta el año siguiente, en que apareció con este título:

1.^a «*Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, historia septentrional por Miguel de Cervantes Saavedra, dirigida á don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, de Andrade, de Villalba, marqués de Sarria, gentil hombre de cámara de su majestad, presidente del Supremo Consejo de Italia, comendador de la encomienda de la Zarza en la órden de Alcántara, año 1617. Con privilegio, en Madrid, por Juan de la Cuesta, á costa de Juan de Villaroel, mercader de libros en la Platería.»—Un tomo en 4.^o

2.^a «En Valencia, por Pedro Patricio Mey, junto á San Martín, 1617, á costa de Roque Sanzonio, mercader de libros.»—Un tomo en 8.^o de 599 páginas. Despues del exámen y aprobacion del licenciado Domingo Abad y Huerta, en Valencia, á 14 de abril de 1617, expidió licencia para la impresor en aquella ciudad su vicario eclesiástico y del arzobispado, don Pedro Antonio Serra, en 7 de junio del mismo año. Hay un ejemplar en la Academia Española.

3.^a «En Barcelona, por Bautista Sorita, y á costa de Miguel Gracian, año de 1617.»—Esta edicion, en que no se puso el privilegio concedido á la viuda del autor, la cita don Vicente de los Rios en el núm. 91 de la *Vida de Cervantes*.

4.^a «En Pamplona, por Nicolás de Assiayn, impresor de libros, y á su costa, año de 1617.»—Un tomo en 8.^o El Consejo de Navarra mandó examinar la obra á fray Jerónimo Parada, religioso agustino, que la aprobó en su convento de Pamplona, á 12 de setiembre de 1617, y en consecuencia se concedió á Assiayn la licencia que solicitaba para imprimirla. Concluida la impresion, se pasó un ejemplar por órden del mismo Consejo al religioso franciscano fray Leon de San Pedro, para que, confrontándole con el original, viese si estaba conforme y arreglado; y hallándolo tal, segun informó en 17 de noviembre de 1617, expidió el Consejo su licencia en el mismo día para que el impresor pudiera vender cada pliego de aquel libro en papel á precio de cinco blancas.

5.^a «En Brusélas, por Huberto Antonio, impresor, año de 1617.»—Un tomo en 8.^o El impresor solicitó las licencias necesarias, y despues de una aprobacion escrita en latin, y dada en Brusélas á 5 de julio de 1617, por Enrique Smeyers, doctor de teologia y examinador de libros, donde hace un gran elogio de Cervantes, obtuvo el privilegio, expedido en consejo secreto por los serenísimos Alberto é Isabel Clara Eugenia, duques de Bravante, á 18 de agosto de 1617, por el término de ocho años, refrendado por T. Berti.

6.^a «En Lisboa, año de 1617.»—Un tomo en 4.^o Esta edicion se cita en la pág. 10, núm. 2294 del suplemento al catálogo de libros del librero inglés W. Collins para el año de 1784.

7.^a «En Brusélas, año 1618.»—En 8.^o Se cita en la Bibliothéque des romans, par monsieur le C. Gordon de Percey, impresa en Amsterdam, 1734, 8.^o, t. II, pág. 26.

8.^a «En Madrid, 1619.»—Citada en la misma biblioteca.

9.^a «Con privilegio, en Madrid, por la viuda de Alonso Martín. Año 1623, á costa de Domingo Gonzalez, mercader de libros.»—Un tomo en 8.^o de 599 páginas, que contiene todos los principios de la primera edicion. La fe de erratas está fechada en Madrid, á 27 de junio de 1623.

10.^a «Con licencia, en Pamplona, año de 1629, por Nicolás de Assiayn, impresor de libros, y á su costa.»—Un tomo en 8.^o de doscientos noventa y seis fojas. En vir-

tud de la licencia concedida por el Consejo de Navarra al impresor Assiayn en el año 1617, segun hemos visto continuó este repitiendo sus ediciones, siendo una de ellas la que citamos, y de la cual hemos examinado un ejemplar.

Todas estas por lo menos son las ediciones que se hicieron en el mismo siglo en que murió Cervantes, en el espacio y término de los doce años subsiguientes á su muerte; de que en otro siglo en que hubiera estado mas adelantado el comercio de librería y con menos trabas de tasas y aprobaciones (que no dejaban alargarse gran cosa á los libreros en la compra de los privilegios), habria podido sacar gran ventaja su esposa, que quizá y sin quizá, de esta aprobacion tan general del libro no alcanzaria lo necesario para el preciso sustento de suerte que de este catálogo y de los anteriores se saca en limpio que no mataba de hambre á los escritores la indiferencia del público, sino la perversa legislación en materias de imprenta. Despues, mientras reinó en todo su furor el culteranismo, se olvidó la lectura de Cervantes, y para encontrar nuevas ediciones del *Persiles* es necesario pasar al siglo XVII.

11.^a «En Madrid, por Juan Sanz, año de 1719.»—Un tomo en 4.^o de trescientas veinte y ocho páginas. El editor dedicó el libro al excelentísimo señor don Juan Manuel Fernandez Pacheco, marqués de Villena, duque de Escalona, etc.; y añadió algunos epígrafes á los capítulos que carecian de ellas, y se conservaron en la edicion de 1781, como lo advierte el editor en su prólogo.

12.^a «En Barcelona, año de 1724.»—Un volumen, 4.^o Catálogo de Dulau, Lóndres, 1813, pág. 416.

13.^a «Nuevamente corregida y enmendada en esta última edicion, año 1728, con licencia en Madrid, á costa de don Pedro José Alonso de Padilla.»—Un tomo en 4.^o

14.^a «En Barcelona, por Pablo Campins, impresor, año de 1734.»—Un tomo en 4.^o

15.^a «Con licencia, en Barcelona, por Juan Nadal, impresor, año de 1760.»—Un tomo en 4.^o Esta edicion de surtido parece hecha por la de Madrid de 1728, y el privilegio está expedido por el Consejo de Madrid á 24 de marzo de 1759. No ofrece ninguna particularidad.

16.^a «En Madrid, por don Antonio de Sancha, año 1781. Se hallará en su librería de la Aduana Vieja. Con las licencias necesarias.»—Dos tomos en 8.^o marquilla. El editor da en su prólogo algunas noticias del mérito de esta obra, cuya consideracion y el ejemplo que acababa de dar la Academia Española en la publicacion del *Quijote* le animaron á emprender esta reimpresion, en la cual, falta del original, se puso la mayor diligencia y esmero en la correccion, haciendo innumerables enmiendas, muchos suplementos y muchísimas restituciones, sin lo cual quedaba casi imperceptible el sentido del discurso (a). Este se dividió en secciones y párrafos por todos los capítulos para hacer mas descansada la lectura. Colocáronse por apéndices los epígrafes de los capítulos que se hallan en la edicion de Madrid de 1719. Y además de la bellez-

(a) «La muerte de Cervantes, acaecida acaso pocas horas despues de escrita la Dedicatoria... (dice el editor) ocasionó el disgusto que hoy experimentamos al ver lo incorrecto de las muchas ediciones que de ella se han repetido, que parece haberse hecho solamente para reproducir errores, descuidos y aun absurdos.

Por esta razon no ha habido lugar á eleccion del que debía servir de original, cuya falta se ha procurado suplir por la diligencia y exactitud del sugeto que se encargó de la correccion, en cuyo trabajo advirtió quien quisiere examinarle innumerables enmiendas.»

ilidad en todo lo que concernia al cuidado de sus intereses domésticos, y á la codicia de los abusaron de sus frecuentes necesidades para comprar baratos los privilegios de sus obras. Me- consideraciones debió á los literatos que estaban mas en estado de comprender su relevante

a impresion se adornó colocando al principio de cada de los cuatro libros una hermosa cabecera y ocho ampas de muy buen gusto, inventadas y dibujadas don José Jimeno, y grabadas por Moreno Tejada, Fagat, Briebe, Díaz y Selma, cuyos nombres solate bastan para darles la mayor recomendacion. Es mejor edicion del *Persiles* y forma parte de la coleccion de las demás obras de Cervantes en el mismo tomo.

7.ª «En Madrid, por la viuda de don Joaquín de Ibar- año de 1804.»—Tres tomos en 8.º

no hablarémos de ninguna otra edicion mas moderna ser de surtido y no ofrecer cosa notable, ni por su correccion ni por su esmero, y solo diremos que en el to- primero de la presente BIBLIOTECA DE AUTORES ESPA- ÑESES se ha reimpresso con todas las otras obras del mis- autor, sin perdonar medio para la correccion, ya que paratura que el editor ha tenido presente, no haya omitido dar lugar al lujo.

TRADUCCIONES.

lorian habla de haber visto dos traducciones france- de esta novela, aunque las dos de poco mérito, lo l no es extraño, porque la lengua francesa no estaba ndo se hicieron en disposicion de luchar con la espa- na. Probablemente seria una de ellas la siguiente:

Les travaux de Persiles et Sigismonde sous les noms de riandre et d'Auristela: histoire septentrionale, tra- de l'espagnol de Michel Cervantes, par Daudiguier. is, 1618.»—En 8.º La celebridad del nombre de vantes y el aplauso que merecian sus obras fuera de aña hicieron que tan pronto fuese esta trasladada rancés. Esta traduccion, aunque poco fiel, fué bien ibida, y se reimprimió en Paris por Louis de Feuxe, 6 en 8.º (*Dictionnaire bibliographique historique et cri- ve*, impreso en Paris, año de 1791, t. I, pág. 351.)

Persiles et Sigismonde, histoire septentrionale, tirée de pagnol de Miguel de Cervantes par madame L. G. D. R. rimée à Paris, chez Michel Gandovin, 1758.»—Cuatro nos, 8.º Hemos reconocido un ejemplar de la libreria e se vendió del librero Barthelemy.

n la coleccion de obras escogidas de Cervantes que eció publicar monsieur Dubournial, traducidas al ncés, segun su prospecto, impreso en Paris en 1805, omprendia el *Persiles y Sigismunda* ó *Los peregrinos Norte*; obra, dice el traductor, cuyo nombre apenas conocido en nuestra literatura, y que siendo la últi- que escribió Cervantes, es tambien la que estimaba s entre todas las que habia escrito y publicado. Las abras de monsieur Dubournial indican que las du- cciones anteriores se oscurecieron muy en breve. suya, segun el catálogo de Dulau. Londres, 1813, 125, vió la luz con este título:

Persiles et Sigismonde ou les Pelerins du Nord, trad. Dubornial, 1809, Paris.»—6. vol., 18.º

ITALIANAS.

or el mismo tiempo que se publicó la primera tra- cion francesa, de que hemos hecho mencion, tradujo trabajos de *Persiles y Sigismunda* al italiano Fran- co Elio, milanés, cuya traduccion salió impresa en ecia de la oficina de Bartolomé Fontana, el año 1626, 9.º, segun el testimonio de don Nicolás Antonio, *Bi- theca nova*, y de Mayans, *Vida de Cervantes*, núme- 78.

INGLESAS.

Los ingleses tambien tienen una traduccion, que he- mos visto citada de este modo: «*Persiles and Sigismunda*, año de 1741, dos volúmenes en 8.º» (*Catálogo de libros ingleses*, impreso en Lóndres, año 1783, pág. 64.—*Catálo- go de J. Hayes para 1778*, pág. 212, núm. 7079).

Extraño será que no tengan mas traducciones.

Los franceses además han puesto á contribucion sus lances para sus novelas y escritos de imaginacion. En Burdeos, el año 1839, entre los libros de monsieur Fon- frède, sugeto de erudicion y talento, que fué redactor principal de uno de los periódicos de aquella ciudad, vi el manuscrito de una tragedia del gusto clásico, sacada del episodio de Ruperta, bastante bien escrita. Estas son las ediciones y traducciones que se han hecho del *Persiles*.

Cualquier autor, por sobresaliente que fuese, podia darse por contento con obtener para sus obras un éxito tan completo. ¿Para qué pues nos detendrémos á hablar de los elogios que le han dado los escritores? Mayans habla de él, párr. 176 de su *Vida de Cervantes*; mas este biógrafo, que era eruditísimo, pero mediano escritor y hombre de ideas pedantescas, despues de disertar largamente sobre la cómica española y de decir que Cer- vantes fué quien mas la adelantó, dice que para per- feccionarla mas, quiso darnos en esta obra el ejemplo de una gran tragicomedia, escrita en prosa. No sabe- mos cómo para perfeccionar la cómica se escriben tra- gicomedias, ni qué tenia que ver con estas un libro nar- rativo, serio sí, pero que nada tiene de trágico en su accion. Los literatos españoles del siglo pasado eran gentes de ideas singulares. Mas adelante Mayans, en el párr. 182, hace el análisis del *Persiles*, y el paralelo con la novela de Heliodoro, añadiendo que el lib. III y IV de la española son mucho mejores que el I y II; y que así, cuanto mas se interna el lector en esta obra, mayor es el gusto que recibe al leerla. Ignoró Mayans, porque de saberlo no se lo hubiera dejado en el tintero, que además de la obra de Heliodoro, tuvo presente Cervantes otra espa- ñola para escribir el *Persiles*. Fué la que escribió Alonso Nuñez de Reinoso con el título de *Los amores de Cla- reo y Florisea*, y se imprimió en Venecia en 1552 por Ga- briel Giolito.

De ella dice, en el tomo de esta Coleccion de Auto- res Españoles correspondiente á *Novelistas anteriores á Cervantes*, don Carlos Aribau: «La historia de *Los amo- res de Clareo y Florisea* es produccion notable por mas de un concepto; el lenguaje cobra frecuentemente algun calor, y tiene rasgos de verdadera pasion; la tela se trama bien hasta que el urdimbre se rompe; hay sucesos bien inventados y desenvueltos con artificio. Si no nos enga- ñamos, allí está el embrión de los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*; en ellos, por lo menos, hay tanta semejan- za, que si no son imitaciones, parecen reminiscencias.» No se engaña el señor Aribau. Y si el plan de este mi escrito se limitara á tratar de Cervantes, haria aqui co- tejo de los pasajes que este tomó á Reinoso, aunque siempre mejorándole, y dando á sus imitaciones un as- pecto original con la riqueza de su imaginacion y la belle- za de su pluma. Este trabajo fuera curioso, y en otra oca- sion no desconfio de hacerlo. Tengo un ejemplar de la citada obra y de la misma edicion mencionada por el se- ñor Aribau, única de que hay noticia; y en la primera ho- ja se encuentra en lapiz esta nota de don Bartolomé Ga- llardo. «Acerca del gran crédito de poeta ingenioso con

mérito. Cuando salía su humilde féretro de la calle de Francos, á pocos pasos de su casa tenían las suyas dos insignes ingenios mas mimados de la fortuna, Quevedo y Lope de Vega. Este último le dió algun tiempo el título de amigo, en su juventud no desdeñó los elogios de Cervantes, y á lo que puede colegirse, era su compariente; y el primero, admirador de su ingenio, estudiaba sus obras como una rica mina, que podia beneficiar para sus composiciones satíricas y morales. Sin embargo, embriagado el uno en los aplausos de su gloria, y envuelto el otro en el torbellino del mundo, en que tan perjudiciales fueron á su tranquilidad y su ventura su franqueza y espíritu reformador, vieron este suceso como un acontecimiento vulgar, y no se sabe que ni uno ni otro se adelantasen al auxilio de su pobreza ni á hacer menos amargos con sus consuelos sus últimos momentos. Melancoliza considerar el miserable carácter de los hombres, aun de los que se llaman grandes; el mérito mas eminente es desdeñado por ellos y vilipendiado, si no lo acompañan el oropel de la riqueza y el boato de una posicion elevada. Si los talentos de Cervantes hubiesen residido en un rico caballero, ¡cuántos elogios no hubiera debido á la literatura! ¡Cómo se habria puesto sobre las nubes al prodigioso personaje! Y si la muerte lo hubiese robado á la tierra, su funeral habria sido una apoteosis, y las musas habrian llorado sobre la tumba! Pero Cervantes era infeliz, y los ingenios huyeron de él como de un apestado. Su viuda no tardó en dar á la impresion el libro legado por el cariño de su marido; y en breve tiempo se consumieron diez ediciones, haciendo así justicia el público á la memoria del buen escritor que le instruía y regocijaba. Era entonces costumbre que los amigos pusiesen al frente de los libros composiciones poéticas, laudatorias de los autores; pero ninguno de los ingenios celebrados de España inscribió su nombre en las primeras páginas del *Persiles*, en recuerdo del difunto escritor; únicamente en ellas se leen una décima de don Francisco de Urbina y un soneto de don Luis Francisco Calderon, que no es del todo malos ambos autores desconocidos (1).

Otra imitacion de las novelas griegas además del *Persiles* vió la luz no muchos años despues, compuesta por don José de Pellicer y Tovar, uno de los escritores mas incansables de España, que no dejó género en que no tentase fortuna, y que en muchos habria ofrecido modelos, si á su erudicion hubiera correspondido su juicio. Este ingenio que, aficionado á la literatura novelesca griega tradujo de la version latina de Anibal Crocio la *Historia de Leucippe y Clitofonte*, de Aquiles Tacio

que vivia en Italia Alonso Nuñez, véase la obra de Hortensio Frando int. Cataloghi, que se imprimió en Venecia el año 1552. Gallardo. »—La historia de *Los amores* ocupa doscientas páginas, al cabo de las cuales comienzan con portada nueva y foliatura nueva las *Obras en coplas castellanas y versos al estilo italiano*, del mismo Reinoso.

(1) Siempre me ha extrañado que cuando en aquel siglo apenas se publicaba libracho alguno que no se viese engalanado con elogios pomposos y retumbantes poesías, apareciese tan desnudo el *Persiles*. Parece que los amigos y apasionados del autor debian haber aprovechado la publicacion de su obra póstuma para dar á su memoria los postreros honores; sin embargo, solo dos desconocidos se mueven á hacerlo. Y no hay que decir que los mas eminentes poetas tenían á menos adornar con sus versos las portadas de los libros ajenos, porque los continuos ejemplos son un testimonio en contrario. Especialmente Lope fué tan condescendiente en esta parte, que raro es el libro que se imprimió en los cuarenta años últimos de su vida que no tenga versos suyos; basta consultar la edicion que Sancha hizo de sus obras sueltas, y aun allí no los reunió todos. Solo le faltaron versos para Cervantes. El primer elogio, algo expresivo, que hizo de este escritor fué catorce años despues de su muerte, en el *Laurel de Apolo*; y en este libro celebró Lope con énfasis á tantos que no lo merecian, que los que lo fueron justamente tuvieron poco que agradecerle. La amistad entre Lope y Cervantes, si alguna vez existió, no debió ser cordial y sincera; varias cosas lo indican. Don Martin Fernandez de Navarrete, en su *Vida del autor del Quijote*, quiere probar que hubo buena correspondencia entre aquellos dos grandes ingenios. No es preciso decir de cuánto peso son para el que escribe estas líneas sus respetables opinio-

nes; pero tiene que confesar que lo que es en este punto no le convencen los argumentos que aduce. Le engañó su buen deseo de que entre dos tan grandes hombres no hubiese divergencia de sentimientos. Por lo que toca á Cervantes, es cierto que en casi todas sus obras alabó á Lope, y que lo hizo con candor y sin reserva; mas ¿cómo pagó Lope estos elogios? Un hombre que era tan tierno y expansivo, que no sabe hablar de sus amigos sin efusion, que tiene siempre en la pluma la alabanza, escribe siempre de Cervantes con una frialdad en que se retrata la de su corazon. El por qué no congeniaba con él es mas difícil averiguar. Lope era el idolo del pueblo que usaba de su nombre como de medida de todo lo bueno; y esta aura popular tal vez le habia hecho sensible en demasia á todo lo que le pareciese falta de respeto hacia su persona y sus obras, y poco dispuesto á recibir las criticas sin ofenderse. Cervantes tenia sagacidad para conocer por dónde pecaban las comedias de Lope, y el que tan eminentemente supo pintar la parte ridicula de los libros de caballerias no careceria de gracia para retratar la que se hallaba en aquellas obras del fénix de los ingenios, tan aplaudidas del vulgo. Alguna chanzoneta acerca de ellas, y si se quiere, en desquite de que los tarsantes no le admitian las suyas, que no supo recibir Lope con la serenidad que debiera, fué tal vez la causa de su alejamiento que experimentó hacia su convecino; pues aunque en una epistola dice á Gaspar de Barriouey que se rie de sus detractores y que no lee sus sátiras, las cosas se toman segun de donde vienen, y pudo muy bien hacerse sordo á los gárrulos graznidos de los que, por falta de méritos, querian hacerse célebres satirizándole, y llegarle al alma las burlas de Cervantes por el elevado concepto que tenía de su capacidad y rectitud de juicio

ó á luz el año 1626, vertida en español, la novela poética de *Argenis*, que tomando por modelo Heliodoro, escribió en latin el escocés Juan Barclayo. Dedicóla á don Antonio de Negro, noble novés, con altisonantes elogios del original; y tan prendado se mostró de esta fábula, superior en su concepto á *Téagenes y Cariclea*, que tomó á su cuenta añadirle una segunda parte, la qual publicó en Sevilla (1). Era Pellicer mas erudito que hábil escritor; su segunda parte original es inferior á la traducida, y una y otra difieren mucho del esilo encantador del *Persiles*. Diez años habian pasado desde esta publicacion á la de la version de la obra de Barclayo; y ya se nota el deplorable estrago hecho en el estilo por el gongorismo, unido á la escuela conceptista para corromperlo. Cervantes salia del mundo llevando consigo las tradiciones del buen decir, y Pellicer entraba en él amamantado en el veneno de la afectacion mas ridicula. Solos tenia veinte y cuatro años cuando publicó su traduccion; pocos mas cuando le añadió su segunda parte.

Las *novelas ejemplares* abrieron los ojos á los ingenios españoles para ver que habia tambien heroes en la novela corta. En ella probó igualmente sus fuerzas Lope de Vega, porque no quedase género alguno literario en que no mostrara su portentosa facilidad, si bien confiesa que el novelar nunca entró en su pensamiento. Hubo de emprender esta carrera obedeciendo á una señora que le lo habia suplicado; y fácil es concebir que quien encontró argumentos para tantos centenares de comedias, en esta ocasion no los echaria de menos. La fama prodigiosa de Lope parece que le debia librar de envidiar sus triunfos á nadie; ¿qué es lo que podia apetecer mas en este punto? Sin embargo comienza mostrándose injusto con Cervantes, su predecesor. El que habia dado en sus obras tantos hiperbólicos elogios á autores que no lo merecian, y pensaba ostentar su espíritu audaz en *El laurel de Apolo*, hasta el punto de hacer dudar de su buena fe y de la rectitud de su critica, contentábase con decir que «en sus novelas no faltan gracia y estilo á Miguel de Cervantes». El señor Cerdá y Rico, que dirigió la hermosa edicion de las obras de Lope en veinte y un tomos (2), no puede menos de decir con este motivo que él añadiria que son las mejores que tenemos un hoy, y que las de Lope tanto son mas apreciables cuanto mas se allegan á la imitacion de las de aquel ingenio incomparable, á quien, á pesar de la mezquindad de sus elogios, se propuso por modelo (3). En el tomo viii de dicha coleccion están las novelas, ocho en número, á saber: *Las fortunas de Diana*, *El desdichado por la honra*, *La mas prudente venganza*, *Guzman el Bravo*, *Las aventuras sin pensar*, *El pronóstico cumplido*, *La quinta de Laura* y *El celoso hasta morir*. Dió á luz la primera con la *Filomena*, en Madrid, en 1621, en 4.º, é incluyó las tres siguientes con *La Circe* en la edicion que de este poema hizo dos años adelante, en la misma corte. Despues se imprimieron juntas con las cuatro restantes en Zaragoza, por la viuda de Pedro Verges, año 1649, en 8.º; y en el siguiente de 1650 en Barcelona, en el mismo tamaño, con el título de *Novelas am-*

(1) «Todo me ha parecido cuánto hasta aquí he visto como para intento, fuera de *Argenis* (tan honrados son mis ensamientos); solo *Argenis* me ocupó todo, sin dejar en mí cosa alguna de cuantas están eslabonadas al alma, de tantas al cuerpo. Asunto grande, digno solo de su autor, Barclayo digo, prodigioso ingenio de Escocia, que ha empujado á la fama mucho mas que todos los sabios antiguos; y así, desespere de conseguilla alguno, que embebecida solo en él, á nadie atiende. Aquí verá vuesamerced reprendidos los vicios, no las personas, pues para que quedasen ocultas, las recató entre anagramas. Amores sin puros, que solo les quita el crédito haber sucedido entre poderosos, por la mayor parte siempre arrojados. Guerras sangrientas, adonde el héroe francés hizo alarde de su valentía á los ojos del orbe, belicoso ganando á *Argenis*, á pesar de los competidores de su dicha. Amistades desencuadernadas por pasiones propias, y su sacado lazo cortado á manos de un afecto, pues son tan poderosos los deseos cuando quieren parecer tesón ó ma, que atropellan las obligaciones de modo que no parezca amistad la primera, pues en sus deijos se conoce que ha sido cándida ó interesada.»

Despues de la *Dedicatoria* sigue el siguiente escrito el traductor: *Al título de Juan Barclayo, ilustre genio de Escocia, y alumno de Francia, de don Josef Pellicer de Salas, su español intérprete, oracion*. En ella entre mil pomposas exageraciones se leen estas ano-

checidas é intrincadas frases: «Cédate Heliodoro; y si lo rehusare rebelde en el aplauso con que está legitimado justamente por los años, duplica el vencelle, ó en la estratagema de la cortesía, gloriándose modesto inferior suyo, ó en lo que claro conocen todos. No me fio de los doctos; de los bien intencionados sí, que nunca fué circunstancia del saber la buena intencion. ¡Oh cuán bien compiten la bellisima Cariclea y la divina *Argenis* sobre la mavoria de sus trabajos, dando á entender que pudieron padecer iguales fortunas: una errante por páramos, por naufragios desde Grecia á Etiopia, y otra encerrada con los regalos decentes á princesa en los dorados palacios de Trinacia!...»

(2) Madrid, por don Antonio Sancha, 1776-1779.

(3) Además de las palabras copiadas, dice Lope en seguida, aludiendo al dictado de *ejemplares*: «Confieso que (las novelas) son libros de grande entretenimiento, y que podrian ser ejemplares como alguna de las historias de Vandelo; pero habian de escribirlos hombres científicos, ó por lo menos grandes cortesanos, gente que halla en los desengaños notables sentencias y aforismos.» De donde se deduce que no reconocia en Cervantes circunstancias para cumplir lo que prometia.—Tirso de Molina cita á Vandelo en *Deleitar aprovechando* como uno de los grandes novelistas toscanos con Bocacio y Giraldo. No conocemos sus obras.

rosas de los mejores ingenios de España, dirigidas á don Miguel de Zalvá y Valgornera, señor de las baronías de Jorba y Vilamant, caballero de la orden de Santiago. Dúdase si las cuatro últimas son de la propia mano que las primeras. Parece notarse en ellas diferencias en el estilo y en la invención; pero como nada dijeron los que las publicaron respecto á sus autores, han pasado por de Lope, y como tales se han reimpresso.

Al fin del *Guzman el Bravo* ofreció á la señora Marcia, que fué á quien dedicó Lope las cuatro reconocidas por suyas, otra novela, titulada *El Pastor de Galatea*, en que dice hallaria todo lo que puede amor, rey de los humanos afectos, y á lo que llega una pasion de celos, bastardos hijos de la desconfianza, ansia del entendimiento, ira de las almas, é inquietud de las letras. Anunció publicarla juntamente con *El laurel de Apolo*; mas sin otro ningun opúsculo apareció este poema. En las colecciones de Zaragoza y Barcelona se publicó *El Celoso hasta morir*, que corresponde con las señas que da Lope de su *Pastor de Galatea*, siendo su argumento mostrar el estrago que hace la desenfrenada pasion de los celos en un hombre que se deja arrastrar de ellos indiscretamente: tal vez, aunque sin datos para asegurarlo, será una refundicion de aquella obra. En sus novelas, como en todas sus cosas, tiene Lope chispazos de ingenio y de talento; pero en ellas, como en todo, es muy desigual. Habíase acostumbrado á trabajar con suma precipitacion y abandono, acérrimos enemigos de la perfeccion; por lo que en el conjunto es muy inferior á Cervantes. Hay, puede decirse, tanta diferencia de su prosa á la del inimitable autor del *Quijote*, como de los versos de este á los de Lope de Vega. A cada criatura adorna el cielo con sus dones especiales, y abandonar el terreno propio para invadir el ajeno es exponerse á una derrota segura. No quiere decir esto que las novelas de Lope sean malas; el hombre de privilegiado talento, donde quiera lo muestra; y aquellos rasgos suyos aventajan en mucho á los de otros novelistas que entonces se estimaban. El público, que, absorto de admiracion, habia hecho de su escritor favorito el punto de comparacion de todo lo bueno, las recibió como de su mano, y si no se hicieron de ellas mas ediciones fué porque su fertilidad monstruosa habia acostumbrado á los lectores á novedades diarias.

Parece que la Providencia se habia propuesto en aquella época darnos una prueba de su ilimitado poder, produciendo hombres extraordinarios, como no los ha vuelto á ofrecer España, y como podemos asegurar que ninguna nacion los ha tenido juntos. ¿Cuál en un siglo nos presenta hombres tan colosales como Cervantes, Lope, Balbuena, Tirso y Quevedo? Es cierto que sus cualidades dominantes no eran el gusto y la parsimonia, como en los escritores franceses que ilustraron el siglo de Luis XIV; pero á semejanza de la naturaleza, que en los terrenos pingües y feraces brota espontáneamente en copiosísimos y fragrantés frutos, mezclados entre cardos y espinas, brotan de las cabezas de estos ingenios obras sin número, que aunque irregulares, asonbran por la abundancia, mejor diré, por la exuberancia de su savia productora. Al mismo tiempo que Lope, bien que algo mas jóven, florecia Tirso de Molina, ingenio también prodigioso, aunque de cualidades enteramente opuestas. El caballerismo cándido y noble de Lope, se hallaba en él sustituido por una malicia y suspicacia truhanesca; el sentimentalismo de aquel, por una desvergüenza sarcástica; la veneracion hácia el carácter ideal y casi divino con que el primero habia concebido al sexo bello, por una complacencia maligna en presentarle por los flacos que mas frecuentemente, obligándolo á descender de su altura, lo hacen el blanco de la mordacidad de los hombres. Dedicóse al teatro, donde adquirió triunfos, no tan ruidosos como los de Lope, pero mas durables. Las obras de ambos tienen la misma oposicion que sus caracteres: menos simpático y menos abundoso Tirso que Lope, le gana en agudeza y correccion de estilo; sus comedias están mas en consonancia con nuestros gustos. Los desengaños, ó mas bien el hastio que le causaba un mundo, cuyos desbarros le pintó su imaginacion con vivisimas tintas, moviéronle por fin á retirarse al claustro. Allí, entregado á los estudios serios que le subieron á los primeros puestos de su religion, abandonó los escritos en que tanto habia sabresalido; pero no decidiéndose del todo á dar de mano á las amenas letras y queriéndolas hacer compatibles con su nuevo estado, concluyó en 26 de febrero de 1652 una coleccion de novelas, que vió la luz en 1655 con el título de *Deleitar aprovechando* (1).

No era nuevo Tirso en esta carrera. El año 1621 habia publicado *Los cigarrales de Toledo*, libro

(1) La reimprimió Antonio Marin en Madrid, 1765, en dos tomos en 4.ª, de hermosa letra. Segun dice este en su prólogo ó advertencia, antes se habian hecho otras impresiones, pero muy mendosas. Marin puso todo es-

mero en la correccion del texto, y estaba tan satisfecho de su trabajo, que dice que si el autor viviera, lo reconoceria por su original.

Mateo de la Bastida habia hecho otra edicion en Ma-

en que reunió varias anécdotas y cuentos, siendo el hilo que los engarza la suposición de haberse reunido ciertas damas y caballeros en sus casas de campo, situadas en aquel término, y dispuesto que cada cual á su turno relatase una historia, en cuya ocupación y en la de representar comedias pasaban alegremente sus ocios. Entre los diversos lances que refieren es muy notable la preciosa novela de *Los tres maridos burlados*, que el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch reimprimió en uno de los periódicos de la corte y últimamente se ha incluido en esta Colección. En su obra de *Deleitar aprovechando*, fray Gabriel Tellez (que este era el verdadero nombre que bajo el seudónimo de Tirso de Molina había enriquecido nuestro teatro de fábulas picantes llenas de travesura é ingenio) se propuso dar á los aficionados á la lectura un desahogo sabroso, que al mismo tiempo que los recrease, pudiera ser útil á la mejora de sus costumbres, significando con su título, aunque con mas claridad, lo mismo que quiso dar á entender Cervantes en el epíteto de *ejemplares*, con que calificó sus novelas. Dedicóla á don Luis Fernandez de Córdoba y Arce, señor de la villa del Carpio, expresando en la dedicatoria el motivo que le incitó á escribirla y exponiendo el argumento de las tres fábulas que comprende. «Enamoróme, son sus palabras, la elocuencia histórica con que san Basilio, obispo de Seleucia, escribió en griego de la inclita virgen y triunfadora mártir santa Tecla, y llegó á mis manos ya latina. Recreábanme los entretejidos sucesos, los acertados descaminos y las derrotas misteriosas por donde el cielo guió al sacrosanto pontífice Clemente, á sus padres y hermanos, para que héroes todos de la primitiva Iglesia, aquel fuese en la monarquía apostólica el segundo Vice-Cristo, conforme á la disposición de su glorioso Maestro pescador, claverero, aunque el cuarto segun el nombramiento de su cóncave, y los otros admiración de Asia, blason de Europa, confusión de la fortuna, blanco de las adversidades, juego de las contingencias y triunfo de la virtud y de la constancia. Enseñoreábanse de mis afectos los rodeados atajos por donde la gracia guió para mas lustre de nuestra milicia redentora los pasos del bandolero mártir, gloria de Cataluña, ejecutoria de sus hijos, y verdadera imitación del que pendiente de un madero convirtió las afrentas del patíbulo en blasones, y sus asombros en deseos; lográndose los que abrasaban á nuestro catalán triunfante, de manera que algunos días, joyel de un árbol, pájaro celeste, iris del alimento diáfano, trofeo de la aurora virgen, y viva similitud de su hijo Dios difunto, quebró sus bríos á la muerte, y alargó los plazos á la vida para confusión de bárbaros y admiración de fieles.» Pensó al pronto si pondría estos tres asuntos en otras tantas comedias; pero luego desechó semejante idea, y menos se detuvo en la de escribir netamente las vidas de los tres santos, por la seguridad de que el público no las leería, retraído de tales libros y aficionado en demasía á los de entretenimiento (1).

did, el año de 1677, donde suprimió la dedicatoria de Tirso y la substituyó con otra de su cosecha, enderezada á la condesa de Fuensalida, vireina de Aragón.

(1) Todo lo que hay en este lugar de la dedicatoria acerca del estado del teatro y de la afición del público á leer novelas, es muy curioso; por lo que creo no parecerá excusado el que sea objeto de esta nota: «Tal vez imaginaba, dice, fiarlos al teatro en tres comedias; pero apenas me las consultaba el pensamiento, cuando retrocediendo él mismo, me advertía cuán desgano el auditorio á todo lo sagrado, amenazaba atrevimientos, ya envidiosos, ya ignorantes, si los unos de los otros se distinguen; lo contingente del aplauso, lo peligroso de las ostentaciones carpinteras y pintoras, adonde han dado en acogerse, como a porteria de convento las penurias de las trazas y sentencias; la poca fe que ganan las verdades con los ensanches mentirosos que en semejantes argumentos añaden las musas, pues no hay comedia de esta especie en que no pongan mas prodigios de su casa que encierra un *Flos Sanctorum*, como les vengan á cuento á las tramoyas, sin que escrupulicen los poetas las censuras que el concilio sacrosanto Tridentino fulmina contra los que fingen milagros nunca sucedidos; y últimamente, recelaba el saber por experiencia lo poco que permanece la memoria de los varones célebres que por este camino se manifiestan al concurso; pues la que mas duración goza es, en la corte quince días, y en los demás pueblos de tres ó cuatro; quedando al tercer año sepultados sus cuadernos en los legajos, cuando mucho, de algun tratante

papelista. Vidas de santos, me decía asimismo, sencillamente impresas, por mas que lo sazone lo admirable de sus casos, se llevan consigo lo fastidioso, mas que todo lo divino. Los títulos solos de los libros espirituales dan de suerte en cara, que ofrecerle á un mercader el privilegio de balde para que los tie al molde es sentenciarle en la pérdida del gusto, y la impresión al destierro de las especerías ó cartones. Tan insípida tiene la devoción nuestra tibieza. ¿Novelas? Eso sí; libros de comedias, aunque salgan los tomos de veinte en veinte; quimeras y aventuras con todo género de divertimento asegurado; por lo nuevo, apetitoso; por lo eslabonado, suspensivo; por lo satírico, picante: estos se compran, se buscan y apetece, sin que (aunque diversas veces se impriman), se pierdan los liberos, ni los lectores se empalaguen.» — Mas profano, segun eso, era el siglo de Tirso de Molina que el nuestro; hoy los libros devotos son los únicos que aseguran ganancia. Sigue luego. «Determinado pues en el empleo de estas resoluciones, gasté el año que digo en aliñarlas. La curiosidad registradora, siempre que las tiscalice, manifestará si cumplí, cuando no con sus deseos, con los míos. Coteje *La patrona de las musas* con lo que escribió en tres libros de la milagrosa santa Tecla, su devotísimo obispo seleuciense; *Los triunfos de la verdad* con lo que en diez que san Clemente dedica al primo de nuestro Dios Santiago, é intitula de las *Reconociones*; *El Vandolero* nuestro, con lo que las crónicas de su órden refieren del Armengol divino. Y atrévase la novela mas bien quimerizada con las que la gracia ce-

Conoció con esto el camino que debía seguir, entretejiendo con los extraños sucesos de sus héroes tres novelas, que lisonjearon el apetito que él considera enfermo.

Segun se expresa, quedó muy satisfecho de su obra, tanto, que la llamó quinta en número de su talento, pero en su estimacion la mayorazga en el amor; y para ponderar lo mucho que le habia costado el componerla, refiere que empleó en ella un año entero de desvelos, sin divertir la pluma á otros asuntos á que la inclinacion le llamaba. Pero, mal que le pese al autor, en *Deleitar aprovechando* no hay nada que pueda compararse á *Los tres maridos burlados* de *Los cigarales*. Fray Gabriel de Tellez, religioso mercenario, no era ya el Tirso de Molina de este libro, y mucho menos el de las comedias. Su musa alegre, sarcástica y traviesa necesitaba de la agitacion del mundo para explayarse; el respeto del claustro la comprimia; su gravedad parece que era forzada. Las novelas de *Deleitar aprovechando* pecan de lánguidas y pesadas; sobrales afectacion y se echa en ellas de menos la poesia conceptuosa de Tirso, la aguda ligereza y sal epigramática de sus redondillas. Han quedado en proverbio muchos versos y dichos de sus comedias; ninguna frase de sus novelas ha tenido esta suerte. Verdad es que les perjudica la comparacion con aquellas: si Tellez no hubiese escrito mas que sus novelas, se le hubiera tenido por un hombre notable en este género; á lo menos en él es, en nuestro concepto, superior á Lope, aunque siempre inferior á Cervantes. En esta COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES se ha impreso un tomo de las comedias de Tirso, y al frente de él los juicios que de su talento y obras forman los literatos mas distinguidos; parécenos por lo tanto excusado detenernos hablando de su persona, en especial cuando otros asuntos nos llaman á la tarea.

Lope y Tirso no fueron los solos que imitaron á Cervantes. Miguel Moreno, célebre orador, natural de Villacastin, que, por la reputacion que consiguió con su sacundia, fué enviado á Roma en compañía de don Domingo Pimentel, obispo de Córdoba, y del doctor Juan de Chumacero (en cuya expedicion murió en 1635, de edad de cuarenta y cinco años), ensayó sus fuerzas escribiendo *La desdicha en la constancia* y *El curioso amante*. Publica el epitafio que tiene en Roma en Santiago de los Españoles, que fué varon de graves costumbres, de venerable presencia y célebre por su estilo.

Francisco de Lugo y Avila, natural de Madrid, gobernador de la provincia de Chiapa, dió á luz en la corte, en 1622, un tomo de novelas; era hombre de mundo, favorable requisito para distinguirse en esta clase de composicion. Juan Cortés de Tolosa, que escribió *El Lazarillo del Manzanares*, compuso tambien otras novelas, que se imprieron en Zaragoza. *El Lazarillo* no hace esperar mucho de este autor; pero sin duda en él le perjudicó el arrojo de querer competir con la obra inimitable de un grande ingenio; tal vez abandonado al suyo propio, habria dado muestras de mayor talento. Cortés vivió en la corte y en palacio, y es probable que no fuese para él inútil esta escuela, donde tanto se aprende. Juan Lopez Raposo de Castanheda escribió las *Novelas de Silvio*; y aunque en portugués, merece mencion, porque entonces Portugal era una provincia de la monarquía española, sujeta, no menos que á las leyes de nuestro gobierno, á las influencias de nuestros ingenios. Sebastian de Orozco, toledano y jurisconsulto, escribió un libro de cuentos que nunca se ha dado á la estampa. Don Tomás Tamayo de Vargas examinó manuscritas sus obras; pero no sabemos cuándo trazó sus cuentos, si bien, aunque lo colocamos aquí, es verosímil que fuese con antelacion á las novelas de Cervantes. Antonio de Liñan y Verdugo, de quien don Nicolás Antonio solo nos da el nombre, pero que debió ser caballero que seguia la corte, y acaso pariente del Pedro Liñan de Riaza, á quien celebra Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*, compuso *Guia y aviso de forasteros, novelas ejemplares y de escarmientos*, en 1620. Por el título se infiere que sus argumentos se fundan sobre engaños hechos á los que son novicios en la corte, y se presentan á la claridad del dia para que los que de nuevo acuden á ella no caigan en el lazo. José Camerino empleó su ingenio en una coleccion de *Novelas amorosas*, que vieron la luz en 1625; y Ambrosio de Salazar publicó en Paris un año antes sus *Clavelinas de recreacion, varias historias, ejemplos y sentencias*. Este último escritor pasó toda su vida en Francia, como secretario de la reina Maria de Médicis y su intérprete de lengua española; fué por treinta años consecutivos profesor de grandes príncipes y personajes; y dió á luz otras muchas obras. Cultivabase por extremo la lengua española en Francia, formando su estudio una parte de la buena educacion; y el mismo Salazar confiesa que era comun aun entre las mujeres y niños. Esta circunstancia atraia maestros hábiles españoles á París, los cuales halla-

lestial, sin comparacion de mas sutil ingenio, para utilidad nuestra, alabanza suya y gloria de sus héroes, entretejó y dispuso, que saldrá de la competencia con la

ganancia que Midas contra Apolo, que Aragnes contra Palas. »

ban lucrativa la carrera de la enseñanza, y como fuesen algunos sugetos de literatura, no se contentaron con dar á conocer los libros que gozaban de aplauso en España, sino que por sí propios los componian para el uso de sus discípulos. De aquellos fué Julian de Medrano, que anterior á Salazar, publicó en Paris, en 1585, su *Silva curiosa, en que se tratan diversas cosas solitísimas, muy convenientes en toda conversacion honesta y virtuosa*, coleccion de anécdotas y proverbios que acrecentó y redujo á mejor forma en 1608 César Oudin. Y de aquellos pudo ser tambien H. Luna, intérprete de lengua española que se intitulaba, el cual escribió segunda parte de *El Lazarillo del Tórmes*, publicada en Paris en 1620, á dos columnas, en castellano y francés, para la instruccion de sus discípulos; si ya no era algun fúgitivo de los rigores del Santo-Oficio, como se infiere de las repetidas quejas y censuras que contra este tribunal exhala en su obra; no implica, sin embargo, que por semejante causa hubiese emigrado, y que tomase aquella profesion honrosa para ganar el sustento (1). Confesamos que ni hemos leído la mayor parte de los libros citados, ni conocemos de algunos sino los títulos; y que nuestro alejamiento de la corte, centro de los tesoros bibliográficos de España, nos impide haberlos á mano para examinarlos y dar de ellos cuenta á nuestros lectores. Regístrelos quien pueda, que tal vez entre su escoria podrá tropezar con oro.

Pero ni en las gracias de la novela corta, ni en la seriedad de la novela urbana (cuyos argumentos se parecian á los de las comedias de capa y espada, y que fué el género que cultivó Lope), ni en el interés de las históricas ensayadas por Perez de Hita y Tirso de Molina, era en lo que los españoles habian de adquirir sus principales lauros. Estaban reservados estos para el género picaresco, en el cual, dejando correr la fecunda vena de su imaginacion y campar la abundancia de su riquísima lengua, no habian de encontrar rivales en nacion alguna. Se ha supuesto que Juan de Timoneda, librero de Valencia, hombre de ingenio, aunque de poca instruccion, inauguró este género componiendo el *Patrañuelo*, que se imprimió en la misma ciudad, año de 1566, se reimprimió en Alcalá en 1576 (en 8.^o), en Bilbao en 1580, y en Madrid en 1759, y que á pesar de tantas ediciones, es libro raro. Hay hechos falsos que, asentados por uno ligeramente, y repetidos por todos sin comprobacion, llegan á tomar el carácter de verdades históricas. El verdadero padre de los libros picarescos fué *El Lazarillo del Tórmes*, sazonado cuento de la juvenil inventiva de uno de los alegres estudiantes de Salamanca, de aquella universidad en el siglo xvi una de las primeras del mundo, por fama en la enseñanza y por concurrencia de alumnos. Cualquiera que lo escribiese de los dos escritores á quien se atribuye, tuvo que hacerlo en los primeros tiempos del reinado de Carlos V, es decir, cerca de cuarenta años antes que hubiese noticia del *Patrañuelo*, el cual, por haberse hecho muy raras las primeras ediciones de *El Lazarillo*, creyeron algunos que le precedió en ser conocido del público por medio de la imprenta. De esta supuesta antelacion nació aquella opinion errónea, y de esta la fama que ha disfrutado *El Patrañuelo*, á pesar de ser obra de mérito bastante vulgar. Es mas acreedor al aprecio público Timoneda como editor de trabajos ajenos que como escritor. Sin él hubieran desaparecido muchos que por su antigüedad son monumentos sobremanera estimables. Además de *El Patrañuelo* compuso varios opúsculos, casi todos de entretenimiento, uno de ellos titulado *La sobremesa y alivio de caminantes*, compilacion de anécdotas y dichos agudos, que intitula cuentos, de la cual habla Paton en su *Elocuencia española*; pero todo ello vale poco (2).

No sucede lo mismo con *El Lazarillo de Tórmes*. La mayor parte de los bibliógrafos se hallan contestes en que fué obra de las inocedades de don Diego Hurtado de Mendoza, varon de vasta literatura y de talento profundo y despejado, hijo del gran conde de Tendilla, embajador en Roma en tiempo de los Reyes Católicos, y el mismo cuyo elogio fúnebre escribió Cervantes en su *Galatea*. Don Diego obtuvo igualmente la embajada de Roma en tiempo de Felipe II, y pocos habia de más sagacidad para desempeñarla. Fué amigo de Garcilaso, y con él uno de los introductores del metro italiano en la poesia castellana. Comenzó, segun los dichos bibliógrafos, su carrera literaria por este satírico juguete, y acabó por la grave y sesuda historia de la guerra de los moriscos de Granada, en que trató de competir con Tácito. Algunos, sin embargo, han dado otro

(1) Véase el tomo III de esta BIBLIOTECA, que contiene *Novelistas anteriores á Cervantes*, discurso preliminar, página xxxiii y siguiente.

(2) Sobre Timoneda y las ediciones de sus obras, véase la *Biblioteca valenciana de Jimeno* (t. I, pág. 72) y las eruditas adiciones de don Justo Pastor Fúster, to-

mo I, pág. 161. Timoneda alcanzó, segun Cervantes, una larga vida; pero no tan larga como se ha querido suponer haciéndole editor en 1511 de la *Silva de varias canciones*, y del *Cuaderno espiritual* en 1597, entre cuyas fechas median ochenta y seis años. Hubo dos Timonedas, padre é hijo, del mismo nombre.

autor al *Lazarillo*, especie que se tomó del padre fray José de Sigüenza. Este, en su preciosa Historia de la orden de San Jerónimo, atribuyó semejante honor al general de su religion fray Juan de Ortega, elegido el año de 1532, hombre afable, de costumbres apacibles, y de no poco ingenio para las bellas lctras; bastándole el indicio de haber hallado el borrador en su celda, escrito de su propia mano. La misma opinion ha seguido el autor extranjero de la *Estancia de Carlos V en Yuste*, relacion sacada de los documentos que extrató de Simancas su archivero don Tomás Gonzalez, al hablar de que aquel monje jerónimo fué llevado al monasterio, morada del Emperador, para distraer su soledad, como puede verse en dicho interesante escrito que en el año anterior de 1853 acaba de ver la pública luz en la *Revista británica*.

Tiénese con razon por insuficiente el indicio que alega el padre Sigüenza, para robará don Diego de Mendoza esta obra, cuya composicion es muy análoga á su genio. Don Diego, segun las noticias que de él se conservan, era un personaje severo, y dicese que nunca se le vió reir; mas bajo esta capa de gravedad ocultaba una buena dosis de malicia y de socarroneria. Si la risa no asomaba á sus labios, reíase interiormente de todas las extravagancias y preocupaciones de un mundo que, por su vida de soldado en su juventud y por los elevados puestos que ocupó en la edad madura, conocia perfectamente. Hácennos conocer este carácter suyo algunas poesias de su ingenio, que permanecen inéditas, y que por lo obsceno de sus asuntos no admiten la publicacion; así como su libertad avanzada campea en la correspondencia que estando en la embajada de Roma sostuvo con Felipe II acerca del concilio de Trento. ¿Quién mas á propósito para escribir tan chistosa obrita? *El Lazarillo* se imprimió en Ambéres en 1555 (1). No sabemos si hay alguna otra edicion anterior, lo que no seria extraño, atendida la época en que se compuso. Está escrita con estilo festivo, ligereza y gracia como corresponde á esta género de libros, sin que lo afee ninguna especie de pretension erudita. El citado padre Sigüenza, conocedor en materias de artes y literatura, dice que muestra en sugeto tan humilde la propiedad de la lengua castellana, y el decoro de las personas que introduce con tan singular artificio y donaire, que merece ser leído de cuantos tienen buen gusto. Y éralo en efecto, y no solo en España, sino fuera de ella en su propia lengua y vertido á las extrañas. Barezzio Barezzi lo tradujo de la segunda edicion al italiano, y lo imprimió en Venecia en 1622, en 8.º; despues en 1626, testificando el buen despacho de su primera edicion; mas adelante, en 1655, con una segunda parte que el mismo Barezzio le agregó. Tambien se tradujo al alemán y francés. Algo mas que gracias de estilo y lenguaje debe de hallarse en este librito al considerar el aprecio que lograron sus traducciones. En efecto, bajo la corteza de tan humilde sugeto brillan en él miras elevadas, y se critican los abusos con una fina ironia, en que, fuerza es decirlo, el autor, dejándose llevar á veces de su buen humor y de su irreflexion juvenil, se propasó mas allá de lo que en aquellos tiempos parecia prudente. Habiéndose permitido alguna viva pintura de la vida poco arreglada de los eclesiásticos, algunas burlas contra la expendicion de las bulas, y varias otras especies que promovian á escándalo, el Santo Oficio prohibió su lectura; mas como á pesar de esta prohibicion se imprimia á menudo fuera de España, y dentro y fuera se leia con afan, Lúcas Gracian Dantisco con licencia del Rey y del consejo de la Inquisicion, tomó á su cargo despojar la fábula de todo aquello que habia inspirado recelos al Tribunal de la Fe, y la dió á luz desasiéndola de la segunda parte, que era de distinto autor, y segun Gracian, impertinente y desgraciada (2).

(1) En el excelente *Discurso preliminar* que acompaña en esta Coleccion el tomo de *Novelistas anteriores á Cervantes*, á la pág. xxi y siguientes se hace un juicio del *Lazarillo del Tórmes*, que nos excusa dilatarnos en esta obra, porque no podemos decir mas ni nada mejor. En la misma página se da por nota una noticia bibliográfica, á la cual hay que añadir la edicion de Valladolid de 1603 en casa de Luis Sanchez, que cita don Nicolás Antonio; siendo de advertir que el mismo año, segun la referida noticia, se hizo otra edicion en Medina del Campo; la de Paris en 1616 por Adrian Ziffaine, con la traduccion francesa al lado; la de Madrid de 1811, un tomo en 8.º, sin expresion de la imprenta (hecha segun la expurgacion del Santo Oficio); dos posteriores, que se suponen publicadas en Madrid, si bien son contrahechas en Paris, y aunque contienen todo el texto, poco apreciables por su incorreccion y abandono; y la que salió á luz en esta última capital, imprenta de Gaultier Laguionie,

año 1827, en 16.º, edicion compieta, corregida por varios ejemplares de ediciones antiguas, y notable por la elegancia de los caracteres, fundidos por Didot, por el excelente papel, y por doce estampas que la adornan de agua tinta.

(2) De la expurgacion de Dantisco tenemos sobre la mesa una edicion que se publicó juntamente con otras obras suyas, en 1769, en Valencia, por Benito Monfort con este titulo: *Galateo español, ahora nuevamente impreso y enmendado. Su autor Lúcas Gracian Dantisco, criado de su majestad. Va añadido el Destierro de ignorancia que es cuaternario de avisos convenientes á este nuestro Galateo; y la Vida del Lazarillo del Tórmes, castigado* (es decir, expurgado). Un tomo 8.º Lúcas Gracian, célebre por las muchas aprobaciones de obras que se fiaron á su cuidado, fué hijo segundo del secretario Diego Gracian, y de su mujer doña Juana Dantisco. Quiriendo sus padres siguiese la Iglesia, le hizo su

No sabemos si esta segunda parte suprimida fué la misma que, segun Cardoso, de quien lo tomó don Nicolás Antonio, compuso un fray Manuel, natural de Oporto, cuyo apellido no refiere, ó acaso la que publicó en Venecia Barezzi Barezzi, ni si una ú otra es igual ó ambas diferentes de la que publicó en 1555 Martin Nucio en Ambéres. El señor Aribau cree que esta última y la de fray Manuel sean una misma; pero no nos decidimos á seguir su opinion, porque la razon principal en que se funda estriba en el supuesto falso de que don Nicolás Antonio debia precisamente conocer la segunda parte de *El Lazarillo*, impresa en Amberes, y hay motivos fundados para sospechar que no fué así; mas aunque la conociera, pudo, como se infiere de sus palabras, no tener noticias sino de oídas de la de fray Manuel; y entonces ¿cómo saber si ambas eran una misma? ¿No pudieron escribirse por distintos autores y en diversos paises dos segundas partes de esta obra? Cabalmente apenas habrá otra en castellano que mas imperiosamente reclamara una continuacion. El autor la dejó inconclusa, quizá porque negocios ú ocupaciones le distrajeran, y años despues cuando volvió á registrar el borrador no se sintió con ánimo para concluir la; por lo tanto, la narracion se suspende de improviso cuando el lector se halla mas embebecido en las aventuras de Lázaro, quedando burlada su curiosidad de saber el término que tendrian las ya empezadas. Así es que la necesidad de atar cabos sueltos animó á H. Luna á dar otra continuacion además de la de Ambéres, que conocia, poco satisfecho del desempeño de esta. Su trabajo hubiera estado en su lugar si se hubiera concretado á aquella tarea; pero descontento del estilo de Mendoza, osó poner al mismo tiempo su atrevida mano en tan lindo escrito, pretextando que su diction era tosca y llana, y su frase (¡cosa singular!) mas francesa que española. Dedicó su refundicion al ilustrísimo señor don Cristiano de Hosterhousen, caballero de la cámara del elector de Sajonia. Con semejante audacia escandalizó á los admiradores de aquel corifeo de nuestra literatura, y previno contra su continuacion, haciéndose sospechoso de poco criterio literario (1). Fulminado contra ella el anatema del desprecio sin examinar los méritos, ha permanecido largos años desconocida; siendo en verdad digna de atencion y superior en mucho á la del anónimo de Ambéres. Falto de invencion este é imitando donde no hacia al caso las metamorfosis de *El asno de oro* de Apuleyo, creyó vencer á su modelo con la inverosímil y ridicula trasformacion del Lazarillo en atun, y el relato de sus aventuras submarinas, sin considerar que el asunto es demasiado natural y prosaico para que se preste á tan maravilloso desenlace. Luna sigue otro camino mas llano, pero por lo tanto mas á propósito para interesar. Toma con bastante felicidad el tono del autor, á quien continúa, lo cual por sí solo es indicio de talento; enlaza bien su fábula con la primera parte; maneja la lengua con soltura y gracejo; inventa nuevos lances con oportunidad y sin violencia; presta á la narracion un estilo, que aunque no tan conciso y vivo como el de Mendoza, no deja de ser pintoresco y animado; y en fin, merced á la ventaja de estar fuera de España y respirar en una atmósfera menos comprimida, es mas claro y libre en sus censuras. Nada habria que reprenderle en esta parte, que nos hace conocer cómo pensaban los españoles y cómo escribian cuando sin temor daban libre curso á su pluma, si no incurriese fácilmente en desenvolturas que reprueba el decoro; lo que debe asombrarnos tanto mas cuanto que la obra está dedicada á la princesa de Ruhan madama Enrieta. Ofreció al lector, si esta le agradaba, escribir la tercera parte con la muerte y testamento de Lazarillo, que dice es lo mejor de todo. Riesgo hay, despues de haber salido bien de una empresa difícil, en reiterar las tentativas; pero no se cumplió, que sepamos, lo ofrecido. Juan Cortés de Torosa, de quien ya se ha hablado, escribió y publicó á imitacion del de Tórmes, con otras cinco novelas en Madrid, en casa de Alonso Martin, 1620, *El Lazarillo del Manzanares*, Lazarillo segundo que

majestad capellan real, dándole pension, para lo que se ordenó; mas por no tener inclinacion á esta carrera, se casó en Toledo con doña Juana Carrillo, señora de cabilidad y de hermosura. Sirvió á su majestad en las cosas del Escorial, y algunos meses antes de morir se dió mucho á la devocion. Débense estas escasas noticias á Andrés del Mármol en su *Vida del padre Gracian*, parte 1.^a, cap. 2.^o La familia de los Gracianes se hizo notable, porque todos sus individuos fueron aplicados y virtuosos; y el secretario Diego Gracian tuvo el consuelo de verse rodeado en su senectud de una numerosa posteridad, llena de talentos y de virtudes. De aqui las versos de Lope en el *Laurel de Apolo*:

Su siglo fué dorado,

Que todo le vivió, sus hijos viendo,
De santos y de sabios coronado.
¡Oh milagro estupendo
Que alcance un hombre á ver todos discretos
Sus hijos caros y sus dulces nietos!
Silva 1.^a, pág. 21 de la edic. de Sancha.

(1) Hablando de esta continuacion de Luna, dice el editor de *El Lazarillo* de Mendoza, impreso en Paris en 1827: «No es nuestro ánimo ocupar la atencion del lector sobre el mérito de esta composicion, cuya suerte fué la que Luna debió prever, si hubiera podido conocer el verdadero mérito de la inimitable sátira de Mendoza, á quien no contento con querer corregir en la primera parte, pretendió aventajar en la segunda.»

sobre carecer de la originalidad de la primitiva invencion, por ningun caso puede ponerse al lado del primero.

Este por la popularidad que le granjeó su excelencia literaria creó un género, que habia de ser cultivado por grandes y peregrinos ingenios. Mateo Aleman, natural y vecino de la ciudad de Sevilla, fué el primero que á su imitacion emprendió una novela de mas gravedad y mayores dimensiones. Criado desde su tierna juventud en el estudio de las letras humanas, su despejo le facilitó el puesto de contador de resultas en la contaduría de racion de Felipe II; y gozaba en la corte la consideracion que merecia su talento. Cuando visitó monseñor Aquaviva la España en 1572, haciendo mil distinciones á los literatos españoles, debió ser uno de sus favorecidos y comensales, segun los elogios que dispensó á su memoria. Por entonces sin duda animóse á viajar por Italia, y puede sospecharse que, así como Monseñor llevó á Cervantes de camarero, invitase á seguirle á otros literatos, y que Aleman aprovechase esta ocasion de ver aquel delicioso reino. Esto no pasa de vaga conjetura; pero lo que llega casi á evidencia, si se repára en las exactas y minuciosas descripciones que hace de algunos puntos de Italia, en especial de Florencia, es que la visitó en alguna época de su vida. Sábese de cierto que aun cuando suficiente para desempeñar su oficio, lo abandonó por dedicarse á ocupaciones mas de su inclinacion, y dicese que voluntariamente; pero puede creerse que no tomó tal resolucion sin que precedieran motivos que, hiriendo su pundonor, disgustasen su espíritu (1). Felipe II cometió el error de dar comisiones de cobranza de maravedises á hombres que, abstraídos en el comercio de las musas y mal organizados para tan áridos cuidados, no supieron rendir cuentas de su manejo; y así como Cervantes, Aleman se vió por ello preso y perseguido. En su edad propecta pasó al Nuevo Mundo, y en Méjico, donde tal vez murió, publicó una ortografia de la lengua castellana (2). Ocultas nos han quedado las causas de emprender en tal edad tan largo viaje; un contemporáneo, admirador suyo, celebrando su ahinco por el estudio con detrimento de su salud y hacienda, nos dice no haber soldado mas pobre, ánimo mas rico, ni vida mas inquieta con trabajos que la de este escritor, que prefirió filosofar pobremente á interesar adulando (3).

De sus obras ninguna le ha dado mas justa fama que la *Vida del pícaro Guzman de Alfarache*, que el público y los editores se empeñaron en llamar así, aunque la intituló *Atulaya de la vida humana*. Siguiendo la costumbre de *El Lazarillo*, supone escrita la vida por el mismo protagonista en

(1) Su elogiador, el alférez Luis Valdés, nos dice: « Como sabemós dejó de su voluntad la casa real, donde sirvió casi veinte años, los mejores de su edad, oficio de contador de resultas de su majestad el rey don Felipe II, qué está en gloria, y en otros muchos muy graves negocios y visitas, de que siempre dió muy buena satisfaccion; procediendo con tanta rectitud, que llegó á quedar de tal manera pobre, que no pudiendo continuar sus servicios con tanta necesidad, se retrujo á menos ostentacion y obligaciones. Empero si por aquí careció de bienes de fortuna, no le faltan dotes en el alma, que son de mucha mas estimacion y precio, y ninguno podrá preciarse de mas glorias.

(2) Esta obra, de que poseo un ejemplar, lleva por título *Ortografia castellana. A D. Juan de Billela, del consejo del Rey, nuestro señor, presidente de la Real Audiencia de Guadaluajara, visitador general de la Nueva España. Por Mateo Aleman, criado de su majestad. Con privilegio por diez años. En Méjico. En la emprenta de Ierónimo Balli. Año 1609. Por Cornelio Adriano Cesar*. Al segundo folio está la aprobacion, dada en San Agustín de Méjico, á último de marzo de 1609 años, por el maestro fray Diego de Contreras. Al tercer folio, la dedicatoria á don Juan de Billela, y en el mismo vuelto otra del propio autor á la ciudad de Méjico. Contiene la *Ortografia* ochenta y tres folios, en 4.º, sin contar los principios. Por lo raro que es este libro y el mérito de su autor, bien merece descripcion tan minuciosa.

(3) Dicese en el discurso preliminar de *Novelistas anteriores á Cervantes* que al haber salido á luz en Méjico su *Ortografia castellana*, dió ocasion á don Nicolás Antonio para creer que Aleman habia pasado finalmente

á Nueva-España, noticia á que nada tenemos que oponer; pero que si en mas positiva indicacion no se apoya, nos parece que no pasa de conjetura harto liviana». La dedicatoria de la dicha *Ortografia* convierte esta conjetura en certidumbre. Dirigese á la ciudad de Méjico, y dice así: « En esta consideracion, y por la negligencia de algunos que se descuidaban en Castilla en mirar por su propia ortografia... me determiné á escribir este discurso. No se lo pude imprimir, por no tenerlo acabado cuando me dispuse á pasar á estas partes; y porque como el que viene de otras extrañas, tuve por justa cosa traer conmigo alguna con que (cuando acá llegase) manifestar las prendas de mi voluntad; y entre otras elegi sola esta, que me pareció á propósito en tal ocasion, porque por ella se publicase al mundo que de tierra nueva y ayer conquistada sale nueva y verdadera manera de bien escrebir para todas las naciones... Recibe pues agora, oh ilustre ciudad generosa, este alegre y venturoso peregrino, á quien su buena fortuna trujo á manos de tu clemencia. » Por una nota que está al fin de la *Ortografia* se ve que él mismo corrigió las pruebas de la impresion, lo que no pudiera hacer estando en España; y quéjase de su vejez y achaques, que le tienen casi sin vista.

No ponemos como testimonio de la ida de Aleman á Méjico la carta que publicó el señor don Adolfo de Castro con el *Buscapié*, porque carta y *Buscapié*, si hemos de confesar nuestro pecado, nos han parecido siempre que no son de los autores á quienes se atribuyen, sino una ingeniosa ficcion del señor Castro, que honra por cierto su talento como escritor.

los ratos de ocio que le dejaban las galeras, donde vivia forzado al remo por delitos que cometió siendo ladron celeberrimo. Petronio y Apuleyo dieron ya el ejemplo de poner en boca del héroe de sus libros la relacion de sus hechos. Mendoza hizo lo mismo, y si en ello no se sujetó á una servil aunque afinada imitacion de sus predecesores, tuvo una ocurrencia feliz su elevado talento, que imitaron todos los que le sucedieron en escribir novelas picarescas. Da semejante método á la narracion cierto aire dramático, la adorna de la mayor viveza y colorido, y facilita al lector el mas íntimo conocimiento de las ideas y sentimientos del héroe, por quien se interesa al cabo de largo rato de oir sus confidencias. La vida de Guzman de Alfarache se divide en tres partes: en la primera se trata de la salida del pícaro de casa de su madre y de la irreflexion y ligereza con que los jóvenes se arrojan al mal, cegándoles sus apetitos los ojos para que no vean los precipicios en que van á despeñarse. En la segunda, la vida que hizo de pícaro y los resabios que adquirió con las malas compañías y ociosidad. En la tercera, las calamidades y pobreza á que vino y los desatinos que hizo por no querer reducirse ni dejarse gobernar de quien queria y podia honrarlo. La moralidad que de toda la obra resalta es que la ociosidad es madre de todos los vicios (que no hubiera andado Guzman los pasos que anduvo ni tenido el castigo en que al fin incurrió, si desde jóven hubiese buscado una ocupacion); y con los vivos ejemplos que el discurso de su historia presenta, tratar de hacer aborrecible la holgazaneria á los poco afectos al trabajo (1).

El libro, impreso por primera vez en Madrid en 1599, se multiplicó en breves años en gran número de ediciones, pagando al autor con usuras en gloria el trabajo que habia empleado al componerlo, pero no en provecho: la rapacidad y malas artes de libreros é impresores le defraudaron de sus productos; y así siempre vivió pobre, mientras con sus obras otros se enriquecian. Juzgósele el mejor libro de su clase que se habia compuesto; y lo es, sin duda, á pesar de lo difuso de la narracion y de lo aficionado que se muestra el autor á disertar y á extraviarse en episodios inconexos. Unia Mateo Aleman á una fecunda inventiva gran conocimiento de mundo, y era además eminente prosista. Naturalmente disertó y elegante, manejaba con extrema facilidad la lengua; y en este punto es un modelo digno de estudiarse. La edad en que escribió la obra da al estilo vigor y extraordinaria energia, y madurez al pensamiento. Su propension le llevaba á filosofar disertando, y aunque esta circunstancia quita al *Guzman* aquella ligereza jovial que parece debe ser el alma de semejantes libros, el autor á lo menos procura hacerla verosímil, teniendo buen cuidado de fingir de claro entendimiento é instruido en las letras á su héroe, con cuyos requisitos pudo aprovecharse mejor de la instruccion mas positiva que dan el género de vida que observó, los desengaños de las desgracias y la reflexion del castigo que hace volver los ojos sobre lo pasado. Guzman, en el estado en que se le supone cuando escribia, no podia referir lances de que estaba arrepentido, sin hacer sentidas reflexiones sobre ellos; y de estas ocasiones se vale el autor para que verbeneen máximas discretas entre una elocucion abundante y armoniosa. Mas si se propasó generalmente por la difusion de sus reflexiones, alguna vez olvidó tambien la necesidad que su libro tenia de este correctivo, y Guzman cuenta en algun pasaje hechos bien feos que pasan de travesuras para degenerar en delitos sin mostrar vergüenza ni arrepentimiento.

Pero estos defectos están redimidos por gran número de bellezas, especialmente de estilo (2). Cuan-

(1) En prueba de la facilidad con que manejaba la pluma, cuenta su citado elogiador, que cuando por voto que hizo escribió la vida y milagros de san Antonio de Padua, lo cual fué ocasion de que tardase tanto tiempo en publicar la segunda parte de su *Guzman*, supo por cosa cierta que, segun iba componiendo, se iba imprimiendo; de suerte que lo que de noche componia, se tiraba al dia siguiente, por tener ocupacion forzosa en que asistir de dia necesariamente. «Y en aquellas breves horas de la noche le vieron acudir á lo forzoso de sus negocios, á contar y escoger papel para dar á los impresores y componer la materia para ellos, y á otras cosas importantes á su persona y casa, que cualquiera de estas ocupaciones pedia un hombre muy entero; y o que de esta manera escribió, que fué todo el tercero libro (no obstante que todo él enteramente es en lo que mas mostró el océano de su ingenio, pues en él hallarán un riquísimo tesoro de varias historias moralizadas y escritas con su elegancia, que es con lo que mas

puedo encarecerlo), es el esmalte que se descubre mas en aquella joya.»

(2) Sobre esto refiere el ya citado autor del elogio haber oido á muchos sabios doctores de la insigne universidad de Salamanca, centro entonces de la cultura española, que como á su Demóstenes la griega, y á Ciceron la latina, puede la castellana lengua tener á Mateo Aleman por principe de su elocuencia, por haberle escrito tan casta y diestramente con tantas elegancias y frases. Y añade: «Bien lo sintió ser así un religioso agustino, tan discreto como docto, que sustentó en aquella universidad, en un acto público, no haber salido á luz libro profano de mayor provecho y gusto hasta entonces, que la primera parte de este libro.» — Mas adelante escribe: «Dejemos esto, y digase de los que admirados de tanta profundidad lo quisieron ahijar á diferentes padres tan doctos, y sugetos tan graves, que anduvieron buscándole cada uno el mas vivo ingenio, mas docto y de singular elocuencia, de quien tuvo concepto que pu-

do Aleman escribió, no habia invadido todavía el culteranismo nuestras letras; y así es mas puro que el de la generalidad de los escritores, de que en seguida hablaremos. Con tal ornato, el libro tuvo desde luego un éxito prodigioso; y la celebridad que dió á su autor es solo comparable á la que despues alcanzó Miguel de Cervantes, salvo que Aleman pudo saborearla durante su vida. Sirvanos de testimonio el elogio que acompaña las primeras ediciones de la segunda parte. «Oigan, exclama, las lenguas de los hombres; y las verán pregonar sus alabanzas, no menos en España (donde no es pequeña maravilla consentir profeta de su nacion), mas en toda Italia, Francia, Flándes y Alemania, de que puedo deponer de oídas y vista juntamente, y que jamás oí mentar su nombre sin grandioso epíteto, hasta llamarle algunos el español divino. ¿Quién como él en menos de tres años y en sus días vió sus obras traducidas y en tan varias lenguas, que, como las cartillas en Castilla, corren sus libros por Italia y Francia? ¿Qué autor escribió, que al tiempo y cuando quiso sacar sus trabajos á luz, apenas habian salido del vientre de la imprenta, cuando, como dicen, en brazos de la comadre no quedasen ahogadas y muertas? Y las que salieron vivas que alcanzaron á gozar de alguna vida, ¿cuáles como las de nuestro autor salieron con tan ligeras alas, que hiriendo las de la fama, la hiciesen volar con tal velocidad por todo el mundo sin dejar tan remota provincia donde con ellas no hayan llegado y se les haya hecho famoso recibimiento? De cuáles obras tan en breve tiempo se vieron hechas tantas impresiones, que pasen de cincuenta mil cuerpos de libros los estampados, y de veinte y seis impresiones las que han llegado á mi noticia que se le han hurtado?» — No es preciso pasar adelante: cincuenta mil ejemplares impresos en menos de catorce años y mas de veinte y seis ediciones furtivas apenas fueron bastantes para satisfacer al público nacional y extranjero del ansia de leer este libro, sin contar las traducciones en francés, italiano, alemán é inglés, hechas para los que no podian leerlo en su original. En francés conocemos tres, que todas fueron leídas, aunque ninguna satisfactoria; la que prevaleció al fin por su elegancia fué la de Le Sage, que ha perpetuado este libro en Francia; si bien por las libertades que se toma el traductor, mas que una version, es una refundicion de la obra española, acomodada al gusto francés (1). El tiempo ha amortiguado aquella grande aficion á la lectura del original, pero no ha disminuido su estimacion entre los sabios; y cuando uno del gusto y talento de don Leandro Fernandez de Moratin, trató de refundirla, eminente debe de ser su mérito.

Aficion deshecha habia en el siglo de Mateo Aleman á aprovecharse de los pensamientos ajenos, usurpando á los autores la gloria de concluir las obras, cuyos argumentos de justicia les pertenecian. No bien á luz salia una, cuyo mérito le proporcionaba lectores, otros se presentaban al público con una segunda parte, como se ha tenido ocasion de ver en lo que llevamos escrito, sin que se tuviese consideracion á que el primer autor viviera, ni le parase el escrúpulo de que el héroe venia á ser propiedad de su primer inventor. ¿Podia libertarse un libro de la celebridad de *Guzman de Alfarache* de correr la misma suerte? No seguramente: el deseo de fama y la codicia del lucro lo hacian imposible. Apenas habia echado á volar Mateo Aleman su primera parte, cuando salia ya de las prensas la segunda, escrita, al decir, por un tal Mateo Lujan de Sayavedra, natural y vecino de Sevilla, nombre con que cierto abogado valenciano, llamado Juan Martí, hubo de disfrazarse. Mostróse diestro en el ejercicio de la pluma, pues un año le bastó para forjar su escrito. Incomodó á Aleman tamaño atrevimiento, que por otra parte miró como testimonio de la bondad de su obra; y desahogó en varios parajes de sus escritos su resentimiento; mas feliz en esto que en un caso igual lo fué años despues Cervantes, quien por el carácter de su continuador tuvo que morderse los labios y reprimir su enojo. El medio mejor de hundir al atrevido era dar una segunda parte, hermana de la primera; esto hizo Aleman con la misma fortuna que en circunstancias idénticas el autor del *Quijote*. La nueva obra de Aleman ha sido impresa infinitas veces; ante su brillante luz desapareció la de Lujan de Sayavedra, y sus ejemplares se hicieron rarísimos; cayendo en un olvido que cierto no merece, y de que el editor de esta COLECCION la ha rescatado (2).

diera hacer obra tan peregrina y admirable; que todo arguye y cambia en mayor gloria de su verdadero autor.»

(1) Uno de los traductores franceses de *El Guzman* fué Chapelain, hombre de instruccion no vulgar, y literato de los mas respetados que florecieron en Francia antes del reinado de Luis XIV. Merecia la estimacion de que disfrutó, por mas que las burlas que, sin atencion á su ancianidad honrada, prodigó Boileau á su poema *La Pucelle d'Orleans*, ridiculizasen despues su nombre. Fué de los fundadores de la Academia Francesa y el

encargado de escribir *El juicio del Cid* de Corneille, que salió á nombre de este cuerpo, y es el primer modelo que se vió en Francia de critica sensata y urbana; luego dirigió los primeros pasos de Racine, que sujetaba sus versos á su correccion, é hizo mas: exento de celos literarios, le proporcionó una pension para continuar su carrera poética. Vese pues que eran hombres ilustres en las letras los que se dedicaban en Francia á la traduccion de libros españoles.

(2) Dos solas ediciones, dice el señor Aribau en el

La obra de Martí, llamemos al autor por su verdadero nombre, es á la verdad muy desigual: en el primer libro y parte del segundo nos complace lo bien que enlaza la fábula, la facilidad de su lenguaje, la gracia y estro de sus descripciones, las ocurrencias felices; y estamos prontos á ponerle al lado del escritor primitivo, perdonándole la audacia de meter su hoz en mies ajena, en gracia de haber sabido interesarnos; pero despues notablemente decae. ¿Tuvo hasta allí algun excelente guia que luego de súbito le faltó dejándole extraviado? Asi se deduce de lo que el mismo Aleman escribió al principio del prólogo de su segunda parte (1). «Me aconteció (añade) lo que á los perezosos, hacer las cosas dos veces; pues por haber sido pródigo comunicando mis papeles y pensamientos, me los cogieron al vuelo; de que viéndome, si decirse puede, robado y defraudado me fué necesario volver de nuevo al trabajo, buscando caudal con que pagar la deuda, desempeñando mi palabra: con esto me ha sido forzoso apartarme lo mas que fué posible de lo que antes tenia escrito. Pecados tuvo Esau que, cansado en seguir y matar la caza, causasen llevarle Jacob la bendicion (2).» Esto parece que explica suficientemente el misterio de por qué desde la mitad del segundo libro de repente se mete el continuador en enfadosas digresiones y se pierde como quien no sabe concluir lo que ha felizmente empezado. Con todo, si se suprimen los tres enormes capitulos en que, cortando el hilo de la historia, escribe un impertinente alegato sobre la nobleza de los oriundos de Vizcaya, y se hace alguna que otra escarda, de que no deja de necesitar tambien Mateo Aleman, resultará de esta segunda parte un libro ingenioso y no del todo desagradable. Aun sin tales supresiones debe agradecerse su publicacion como la de un repertorio curioso de ideas, de costumbres y de sucesos de su tiempo.

Era Martí buen gramático y hombre de grande erudicion y recto juicio. El mismo Aleman confiesa en el citado prólogo al lector (y en esta confesion no hay indicio ninguno de ironia), que no podia negar á su concurrente su mucha erudicion, florido ingenio, profunda ciencia, grande donaire, curso en las letras humanas y divinas, y ser sus discursos de calidad, *que le quedo invidioso, dice, y holgara que fueran míos* (3). Despues de esta concesion franca expone los defectos que nota

discurso preliminar á los *Novelistas anteriores á Cervantes*, se hicieron de la obra de Juan Martí, ó sea Lujan de Savavedra. No es de esta opinion Fúster en su *Biblioteca valenciana*, segun las palabras que se leen en el tomo 1, pag. 198: «Este libro, á pesar de las muchas impresiones que de él se hicieron, es sumamente raro, dé modo que ni aun llegó á noticia de don Nicolás Antonio. Se reimprimió en Zaragoza y en Castilla; pero yo no he visto mas que la de Barcelona.» El mismo señor Aribau habla de tres: la hecha en Bruselas en 1604, que ha visto y manejado; la de Zaragoza, de 1602; y consta de la aprobacion de esta, que habia sido ya impresa en Valencia. Por consiguiente, el no dar á esta obra sino dos ediciones, en la pág. 28, fué una mera errata de imprenta.

(1) El ejemplar por donde se imprimió en la Biblioteca carecia de este prólogo y de todos los demás principios, y asi no se reimprimieron; lo cual es una lástima, por contener noticias curiosas acerca del autor y de la suplantacion de su obra. Estos principios son: despues del privilegio y licencias para la impresion, dados en Lisboa, donde se hallaba Mateo Aleman en 1604, su dedicatoria á don Juan de Mendoza, marqués de San German, comendador del Campo de Montiel, etc., capitán general del reino de Portugal; el prólogo al lector; y el elogio de Mateo Aleman, escrito por el alférez Luis de Valdés, de que hemos transcrito lo esencial en el texto y las notas, asi como ahora lo hacemos tambien del prólogo, no dejando sin dar noticia de nada de lo que en ellos haya que sea digno de saberse para suplir en todo lo posible aquella falta. Nos guiamos por la edición de Valencia de 1605, y por la que se hizo en Milan á costa de Juan Bautista Bidelo, en 12.º año de 1615, en la cual tambien se publicaron dichos principios, pero que no es muy correcta.

(2) Lo mismo dice en su dedicatoria á don Juan de Mendoza: «Ya es conocida la razon que tengo en res-

ponder por mi causa en el desafio que me hizo sin ella el que sacó la segunda parte de mi *Guzman de Alfarache*; que si decirse puede, fué abortar un embrión para en aquel propósito, dejándome obligado no solo á perder los trabajos padecidos en lo que tenia compuesto, sino á tomar otros mayores de nuevo para satisfacer á mi promesa.»

(3) Habla con los continuadores de obras, y dice que él solo se diferencia de su contrario en haber este hecho segunda parte de su primera; y él en imitar la suya segunda. Y ofrecia hacerlo con la tercera si queria de mano hacer el envite, sabiendo lo habria de querer por fuerza: «confiado que allá me darán lugar entre los muchos; que como el campo es ancho, con la golosina del sugeto (á quien tambien ayudaria la codicia), saldrán mañana mas partes que conejos de soto, ni se hicieron glosas á la Bella en tiempo de Castillejo. Advierto en esto que no faciliten las manos tomar la pluma, sin que se cansen los ojos y hagan capaz al entendimiento; no escriban sin que lean, si quieren ir llegados al asunto sin descuadernar el propósito. Que haberse propuesto nuestro Guzman un muy buen estudiante latino, retórico y griego, que pasó con sus estudios adelante con ánimo de profesar el estado de la religion, y sacarlo de Alcalá tan distraido y mal sumulista, fué cortar el hilo á la tela de lo que con su vida en esta historia se pretende, que solo es descubrir como atakaya toda suerte de vicios y hacer atriaca de venenos varios: un hombre perfecto castigado de trabajos y miserias, despues de haber bajado á la mas infima de todas, puesto en galera por curullero de ella. Dejemos agora que nose pudo llamar ladrón famosísimo por tres capas que hurtó, aun fuesen las dos de muchísimo valor y la otra de parches; y que sea muy ajeno de historias fabulosas introducir personas publicas y conocidas, nombrándolas por sus propios nombres; y vengamos á la obligacion que tuvo de volverlo á Génova para vengar

en su obra; mas le disculpa en seguida diciendo que de ellos saca en consecuencia la dificultad que tiene querer seguir discursos ajenos, á causa de que «los lleva su dueño desde los principios entablados á cosas que no es posible darles otro caza, ni aunque se le comuniquen á boca; porque se quedan arrinconados muchos pensamientos de que su propio autor aun con trabajo se acuerda, el tiempo andando, la ocasion presente, como al rey don Fernando de Zamora para la infanta doña Urraca, su hija. Esto (prosigue) no acusa falta en el entendimiento, que no lo pudo ser pensar otro mis pensamientos; mas dice temeridad cuando se sale á correr con quien es necesario dejarlo muy atrás ó no venir al puesto (1).» Marti ofreció tercera parte si el cielo le daba vida antes de la eterna que todos esperamos; pero Aleman, por evitarle ocupar su tiempo en cosa excusada, díjole que tenia ya hecha la tercera suya, caminando con el precepto de Horacio para poderla ofrecer muy en breve. Por no haber tenido el señor Aribau la fortuna de leer este prólogo, nos dijo que ni uno ni otro cumplieron su designio; sin embargo, como vemos, no faltó á la del primer autor del *Guzman* sino ser conocida del público por medio de la imprenta; mas por lo que toca al segundo, es de presumir que con semejante noticia desistiese de su propósito (2).

Hablemos ya de Vicente Espinel, bizarro poeta natural de Ronda, á cuya correccion sujetaba el gran Lope de Vega en sus primeros años las juveniles lozanías de su musa. Vivió cerca de un siglo, honrando nuestro Parnaso, si bien con tan poco fruto, que al cabo de sus días sostenia como Cervantes su cansada vida con los caritativos socorros del arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, nombre bien caro á los ingenios españoles. En su vejez publicó dedicándola á este prelado la *Vida del escudero Márcos de Obregon*, tambien del género picaresco. No tuvo inconveniente el ilustrado Arzobispo en admitir la dedicatoria de una obra que hoy parecerá poco análoga á su sagrado carácter; de donde se infiere que la novela no estaba entonces mal vista de las personas timoratas, como ni hoy lo estuviera á no haberse en manos de los escritores franceses convertido en piedra de destruccion y de escándalo. Tiró Espinel en su *Escudero* al blanco de escribir una obra en prosa que uniese la utilidad al esparcimiento; mas en ella, como buen viejo, con las aventuras de su héroe mezcló reminiscencias de sus propios sucesos, que han hecho creer á algunos que la vida del escudero es la misma vida del autor. No era Espinel tan pródigo como otros de sus contemporáneos en sacar á luz los partos de su entendimiento; y segun confesion suya estuvo luchando largo tiempo con la trabada guerra interior que le hacian el temor y la desconfianza. Al cabo se alentó con la aprobacion de hombres sabios; y hé aquí las personas con quienes consultó, que no estará de más saber los nombres de los críticos respetados en aquellos tiempos: fué el primero el licenciado Luis Tribaldos de Toledo, editor de las obras de don Diego Hurtado de Mendoza y de otras varias apreciables (á quien celebra como gran poeta latino y español, docto en las lenguas sabias y en las vulgares y como hombre de consumada verdad); luego el maestro fray Hortensio Félix Paravesin, tenido entonces por doctísimo en letras divinas y humanas y muy grande orador y poeta, pero considerado posteriormente como el Góngora de la prosa castellana; el padre Luis de la Cerda, á quien se respetaba por sus letras, cristiandad y rectitud; Lope de Vega, de quien así queria cobrarse de los consejos que le habia dado en su juventud, sujetándose por respeto á su fama al dictámen del que fué su discípulo, con modestia que le honra; Domingo Ortiz, secretario del supremo consejo de Aragon, reputado por hombre de excelente ingenio y notable juicio; y en fin, Pedro Mantuano, mozo á quien califica de mucha virtud y de muy versado en la lectura de autores graves.

Todos le infundieron animo acerca del valor de su escrito, pero no le determinaron á la impre-

ta injuria de que dejó amenazados á sus deudos en el último capítulo de la primera parte, libro primero, y otras muchas cosas, que sin dejar satisfechas, pasa en indiferentes, alterando y reiterando, no solo el caso, mas aun las propias palabras. De donde tengo por sin duda la dificultad que tiene querer seguir discursos ajenos.»

(1) El autor de el *Elogio* no es tan comedido en su critica: «Testifica esta verdad (el mérito de la primera parte) el valenciano que, negando su nombre, se fingió Mateo Lujan por asimilarse á Mateo Aleman. Y aunque lo pudo hacer en el nombre y patria, en las obras no le fué posible sin que se descubriese su malicia y haberlo hecho movido de envidia del interés que se le pudo seguir; y no seria poco, pues en el mismo año que salió lo

compré yo en Flándes, impreso en Castilla, creyendo ser legitimo, hasta que á poca leido, mostró las orejas fuera del pellejo, y fué conocido.»

(2) Reconocemos como nadie el gran valor literario del *Discurso preliminar* que precedió al tomo de *Novelistas anteriores á Cervantes*; y no es un vano deseo de criticar el que nos ha movido á hacer estas advertencias, sino el laudable ahinco de adelantar cuanto sea dable el conocimiento de la historia literaria. No pretendo por ellas darme ningun género de superioridad sobre el señor Aribau, ni suponerme capaz de darle lecciones: haber adelantado algo mas las noticias con lograr á las manos un ejemplar raro y peregrino, no es mérito, sino casualidad y fortuna.

sion, á la que al cabo le decidió un suceso inesperado. Habiendo prestado á cierto caballero amigo suyo algunos cuadernillos del manuscrito, otro á quien él conocia se apropió uno de los episodios, y lo dió por suyo, creyendo que la obra nunca veria la luz. Su plagio aceleró este caso, y se publicó en 1618, aunque los principios del libro son del año anterior (1). El aplauso con que fué recibido excedió todas sus esperanzas; y aun pudo gozarlo algunos años impreso, si bien no tantos como supone don Nicolás Antonio, que alarga la muerte de Espinel hasta 1634, pues ya cuatro años antes habia publicado Lope de Vega su *Laurel de Apolo*, donde le celebra como bajado á la tumba (2).

(1) Segun don Nicolás Antonio se hicieron en 1618 dos ediciones, una en Madrid por Juan de la Cuesta, y otra en Barcelona por Pedro Margarit, en 4.º Poseemos un ejemplar muy bien tratado, pero sin portada, de otra edicion antigua en 8.º; que debió ser hecha por esta de Barcelona, como se infiere de tener al frente la aprobacion dada por Luis Pujol en 12 de enero de 1618, por encargo del ilustrísimo señor don Luis Sans, obispo de Barcelona.

Hé aquí los principios de la edicion de Madrid: 1.º Auto del Consejo Real. — 2.º Tasa, fecha 12 de diciembre. — 3.º Fe de erratas, á 9 de diciembre. — 4.º Privilegio dado á 12 de noviembre. — 5.º Aprobacion sin fecha, del abad de San Bernardo. — 6.º La del ordinario, por el doctor Gutierrez de Cetina. — 7.º Otra de fray Hortensio Félix Paravesin, quien asegura que el estilo, la invencion, el gusto de las cosas y la moralidad que deduce dellas arguyen bien la pluma que las ha escrito tan justamente celebrada en todas naciones. A mi, á lo menos, de los libros deste argumento me parece la mejor cosa que nuestra lengua tendrá. — 8.º Dedicatoria del autor al arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, *padre de los pobres y amparo de la virtud*, que dice así: «No será Márcos de Obregon el primero escudero hablador que ha visto vuestra señoría ilustrísima, ni el primero que con humildad se ha postrado á besar el pié de quien tan bien sabe dar la mano para levantar caidos; mas será el primero escudero que se ha confesado por ignorante, á lo menos en querer escudriñar y revolver los profundos archivos de las excelencias y prerogativas heredadas y adquiridas que se descubren de ese magnánimo y valeroso pecho: la inviolable verdad, raiz de tan inmensas y gloriosas virtudes como han resplandecido y resplandecen en vuestra señoría ilustrísima desde el principio de su dichoso nacimiento; piedad ingénua para todos, y en algo no imitable, cuando en los trabajos del señor don Gonzalo Chacon, su hermano, habiendo enternecido las entrañas de Dios, despues de haber consumido y gastado vuestra señoría ilustrísima todo su patrimonio, aun no se contentó basta quedarse á pié: hecho que no hay ojos que no humedezca, ni corazon que no ablande; justicia con mansedumbre, liberalidad con discrecion, misericordia con suavidad, y todas las demás encañonadas con la divina virtud de la prudencia. Las heróicas obras que vuestra señoría ilustrísima por la devocion de su santo pecho, así materiales como espirituales, ha hecho, ¿quién las ha igualado de san Eugenio y san Ildefonso acá? Si: todas las grandezas y virtudes de los antecesores se han cifrado y recogido en el pecho de vuestra señoría ilustrísima; tan grandes limosnas como se hacen en todo el Arzobispado por manos de sus piadosos ministros, que vienen á montar mas de setenta mil ducados. Pero ¿qué milagro, si siendo vuestra señoría ilustrísima canónigo de Sevilla, daba la mitad de su renta de limosna? Pues, ¿las materiales obras hechas en la cabeza y de las mas iglesias del arzobispado? y esta última de la renovacion ó reedificacion del santo sagrario de Toledo, que tan grande suma costó de oro y plata, como se vió en lo que escribió el licenciado don Pedro de Herrera

en lenguaje, aunque claro, elegante y verdadero? ¿El santo y enriquecido monasterio que, por mandado y expensa de vuestra señoría ilustrísima, se ha hecho en Alcalá de Henares con tanta renta y gasto, para encerrar en el aprisco de Dios hijas de criados suyos, que sirvan á su esposo Jesucristo, tan rico de estatutos justos y santos como de renta y artificio? ¿El insigne, en edificio, santidad y devocion, monasterio de los Capuchinos, que tan milagrosos efectos hace á fuerza de virtud en la ciudad de Toledo, enviando almas al cielo que rueguen por vuestra señoría ilustrísima? ¿La maravillosa obra ó reedificacion de la santa capilla donde la Virgen sacratísima honró tanto á su siervo Ildefonso con su admirable descension, dándole aquel preciosísimo don de la casulla que tan de nuevo resplandece y resplandecerá para siempre? Mas en las grandezas de que todo el mundo está lleno, ¿para qué tengo de gastar tiempo y palabras? Y porque mi Escudero no se alienta ni atreve á entrar en tan inmenso piélago, siendo así que por los efectos se rastrean las causas, quien viere las plantas que se han cultivado y crecido á la sombra de tan espaciosa y fértil palma, echará de ver la virtud y valor que della se esparce por el mundo; la compostura, discrecion y agrado de Bernardo de Oviedo, secretario del Rey, nuestro señor, y de vuestra señoría ilustrísima, y la limpieza y verdad con que usa su oficio; el término, sagacidad y buenas correspondencias tan desinteresadas de Luis de Oviedo, camarero de vuestra señoría ilustrísima; la entereza y verdad de Francisco Salgado, alguacil mayor de la santa Inquisicion; y las demás piedras vivas que han recebido luz de las centellas que salen de esa piedra angular. No quiero cansar á vuestra señoría ilustrísima, pues Dios le crió tan enemigo de oír sus alabanzas. Ofrezco á vuestra señoría ilustrísima este humilde y miserable trabajo, no para defensa suya, sino para honra y amparo de su dueño, que si fuere malo será malo y mio, y si bueno será de Dios y de vuestra señoría ilustrísima á quien, etc. — El maestro Vicente Espinel. » — 9.º Prólogo al lector.

Cuando se publicó *El escudero Marcos de Obregon* en la BIBLIOTECA no fué posible poner estos principios, que lo merecian, ó cuando menos la dedicatoria, una vez que la intencion del autor fué que el nombre de su insigne favorecedor fuese unido á su libro en signo de gratitud.

(2) Sobre el año en que nació Espinel han andado discordes los autores por no acudir á la verdadera fuente. Para la *Noticia crítico-bibliográfica*, escrita con hermosa elegancia y exquisita erudicion, que acompaña al tomo primero de *Novelistas posteriores á Cervantes*, no pudo tenerse á la vista la fe de bautismo de Espinel, documento que debe cortar para siempre la cuestion. En la parroquia de Santa Cecilia, en el arrabal de la ciudad de Ronda, llamado el Mercadillo, existen seis libros antiguos de bautismos, y en el segundo, fol. 36, partida primera vuelta, hay la siguiente: «Año 1531. — En domingo, 28 de diciembre, año susodicho, bapticé yo Francisco de Valdeal-mendras á Vicente, hijo de Francisco Gomez y de su legitima mujer Juana Martin. Fueron sus padrinos Gonza-

El *Escudero* extendió su reputacion desde España al resto de Europa; y Voltaire, que sin duda no le leyó y habló de él por solo su fama, creyó que habia servido de original y de base á Le Sage para la composicion del *Gil Blas*. No es esto exacto, porque examinada en su totalidad la obra francesa, difiere de la española; pero aquel autor, que semejante á la abeja libaba su miel en donde quiera que encontraba jugo para elaborar su panal, estudió el *Escudero* y se valió de él para algunos de sus episodios. Ya veremos luego que otro literato francés supuso que del mismo libro habia sacado su historia de *Estebanillo Gonzalez*: ¡tan llenas estaban las cabezas francesas de nuestro buen *Escudero*! El estilo de este es puro y correcto, sin mezcla del mal gusto que comenzaba á enseñorearse de las letras; pero seria de desear que fuese mas rápido y conciso, ejemplo dado por Mendoza en el *Lazarillo* y que ninguno de sus sucesores imitó. Conócese la edad en que Espinel escribia: como anciano es moralizador, y se apelmaza y repite en sus reflexiones; como anciano le recrean los recuerdos de su juventud, y haciendo viajar á su escudero por los mismos paises que él habia recorrido en aquellos floridos años de su vida, se detiene en profusas descripciones, que si al escribirlas halagaban su memoria, son hoy fatigantes para el lector. Por lo demás el plan está hábilmente combinado, y la accion camina derechamente á su fin.

Poco tiempo despues Jerónimo de Alcalá Yañez y Ribera, hijo de Segovia, donde nació en 1563, hizo participante al público de la *Vida y aventuras de Alonso, mozo de muchos amos*, que las omnímodas facultades que los editores se arrogaban en materia de títulos convirtió en el de *El Donado hablador*, por el cual es mas conocido. El doctor Alcalá estudió en aquella ciudad la lengua latina bajo la direccion del padre Hernando de Mendoza, quien por su virtud y letras fué despues electo arzobispo de Charcas. No queremos omitir (como noticia curiosa) que empleó tambien un verano en oír la explicacion de los himnos eclesiásticos á San Juan de la Cruz, primer carmelita descalzo, poeta y santo á la vez, el cual los explicaba en su convento á varios religiosos y estudiantes seglares. Por humanos respetos dejó esta carrera, y se dedicó en Valencia al estudio de la medicina; en cuya facultad graduado, volvió á su patria á ejercer su profesion. Granjeóse nombradía y medios para sostenerse decentemente, y solicitó y obtuvo la mano de doña Maria Rubion, señora distinguida del pueblo. Su facultad y las amenas letras le ocuparon privativamente desde entonces. De varias obras que compuso, y que fueron por cierto recibidas con frialdad, la que hace á nuestro asunto es la citada, por la cual reconquistó el terreno perdido con las otras. Imprimióse en Madrid en 1624 la primera parte, y leida con gusto y buscada, se animó á componer la segunda, que dió á luz en Valladolid dos años despues. Si valen algo los elogios que la acompañaron, es la obra de un mérito relevante; y por cierto que en esta ocasion no fueron del todo injustos. Ofrece poca novedad el pensamiento de ella, casi idéntico al de la novela de Espinel, á quien no iguala; pero ni carece de estilo y gracia, ni los hechos dejan de estar contados clara y limpiamente, y sazonados con discretas reflexiones. Valióse del diálogo para desenvolver su argumento, novedad que no aprueban todos, y en cuyo desempeño no fué muy afortunado. La curiosidad pública ha consunido, sin embargo, varias ediciones de *El Donado hablador*; mas haciéndose estas de surtido y por libreros ávidos, mas atentos á su ganancia que á la reputacion del novelista, son todas ellas defectuosas, y se encuentran llenas de crasos errores. La menos mala se hizo por los años de 1804 en Madrid, imprenta de Ruiz, en dos tomitos en 8.º Falleció Jerónimo de Alcalá Yañez, á los sesenta y nueve años de su edad, en 1652.

Con mas profundos conocimientos que todos los anteriores, con una erudicion prodigiosa en todo género de facultades sagradas y profanas, con una fantasia sobre toda comparacion rica y original, y con un dominio absoluto sobre la lengua, á quien hacia plegarse como una esclava á todos sus caprichos, se presentó en la palestra don Francisco de Quevedo escribiendo su *Historia de la vida del Buscon, llamado don Pablos; ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*. Convirtieron los editores este título, por largo y redundante, despues de la muerte del autor, en *Historia de la vida del gran Tacaño*, y es el que por mas lacónico y expresivo ha consagrado el uso. Capacidad tenia Quevedo para ponerse al frente de todos los novelistas picarescos; pero en sus obras de imagina-

lo Hernandez y el bachiller.... (no puede leerse, pero parece que dice *Camacho*), y las madrinas Maria de Leon y Cathalina Alonso.—*Francisco de Valdealmendras*.»

Asi consta de una certificacion original, dada por don Fernando de Cabrera y Rivas, colector y teniente cura de dicha parroquia de Santa Cecilia de la ciudad de Ronda, en 12 de enero de 1799. No cabe duda en que los citados señores fueron padres de Vicente Espinel,

aunque no conformen sus apellidos con el del hijo, que lo tomó de una de sus abuelas maternae, como era frecuente en el siglo xvi. Lope de Vega dice en su *Laurel de Apolo* que vivió noventa años; pero segun el dato que publicamos, habiendo muerto antes del año 1630, y segun la opinion mas seguida en 1623, pasaba poco de los setenta cuando murió. La expresion de Lope de Vega solo puede considerarse como una hipérbole.

con jamás apuró sus fuerzas gigantes: hacíalas por pasatiempo; y por mas que fuesen las de un Hércules, siempre se resienten de no haber sido maduramente meditadas. Mas si por esta causa *El Buscón* no es tan eminente en la idea del plan, ni tan rico en pormenores, ni tan escogido en el lenguaje como el *Guzman de Alfarache*, su invencion es mas espontánea; hay mayor travesura en las ideas, mayor desenfado en la dicción, mas viveza en las descripciones, y libre de pesadeces, produce mas agrado en mayor número de lectores. Quisiéramos que el autor, que con facilidad se dejaba llevar de la exageracion en todo, hubiese suprimido ciertas escenas repugnantes, y atenuado algunas pinceladas duras: con lo cual, sin perder nada de vivacidad y de energía, hubiera ganado en entonacion el cuadro. Pero ¿seria igualmente oportuno pedir que, dedicando mayor cuidado á la elaboracion de sus periodos, hubiese imitado la prosa abundante, sonora y admirablemente contorneada de Cervantes? Ha sido sabia la naturaleza en la inmensa variedad que manifiesta en sus obras; con ella aumenta indefinidamente nuestros placeres; y es fortuna que los grandes escritores no se parezcan, pues la diversidad, la misma contrariedad de sus cualidades sirve para multiplicar nuestros goces y para evitarnos el cansancio. La profundidad del talento de Cervantes se distingue por tal jovialidad urbana y tal nobleza de elocucion, que encantan; la de Quevedo por una originalidad incorrecta y cierta truhanesca agudeza de pensamiento y de expresion, que nos entretienen y admiran. Si hubiera puesto mas cuidado y estudio en redondear su frase y purificar su dicción, por el ejemplo de los buenos modelos, que nadie mejor que él conocia, ya no habria sido el mismo; hubiera dejado de mostrarnos su carácter con tanta franqueza y desnudez, y su estilo hubiera sido menos incisivo y denodado. Aceptemos pues con gusto una circunstancia que nos ofrece esta ventaja, aunque la ericen otros inconvenientes, y consideremos á Quevedo como un gran escritor y un modelo arriesgado. El giro caprichoso que impone al estilo el carácter peculiar de su ingenio, cuanto mas natural, es mas inimitable; y así es mas para admirado que para seguido. Cuarenta ediciones conocidas, desde la primera que se hizo en Zaragoza en 1626, y varias traducciones á diversas lenguas responden satisfactoriamente de la popularidad del *Buscón*. Fué, como todas las obras sobresalientes, censurado con acritud y realzado con exageracion; y mientras la envidia y el encono lo rebajaron hasta calificarlo de chocarrera farsa, por una reaccion natural, la admiracion apasionada lo puso á par del *Guzman de Alfarache*, y aun quiso que hombrease con el hidalgo de la Mancha. Ni uno ni otro merece: el odio y el amor son igualmente exagerados (1).

Adquirieron los escritores españoles en el género picaresco tal facilidad, que aun escribiendo de otras materias, su pluma parece se torcia á este género: así el ya citado Cristóbal Suarez de Figueroa escribiendo su vida en el libro que compuso con el título de *El Pasajero*, y tratando de poetizarla con algunas circunstancias extraordinarias para amenizar su relato, llegó á formar quizá sin advertirlo una novela picaresca, lo mejor acaso que produjo su pluma, fuera de esto, no muy delgadamente tajada (2). Publicóse este libro en el mismo año, aunque meses despues, que el *Persiles*, y precedió por lo tanto á *El escudero Marcos de Obregon*. Pocos habrán reparado en esta especie de novela, que se halla envuelta en el libro entre multitud de materias; pero tiene bellezas que la hacen digna de verse separada de tanto farrago. Es sobre todo excelente la relacion que hace á Figueroa el ventero cercano á Granada y antiguo soldado en el Piamonté, de la vida que llevó desde que dejó el servicio hasta que dió con su obesa humanidad en aquella posada.

Algunas veces nos hemos puesto á reflexionar en qué pudo consistir la propension y el estro que manifestaron los escritores, y la afición innegable que se desplegó en los leyentes, hacia un género que, tomando por argumento el modo de vivir de gente soez y perdida, no puede menos, á pesar de sus oportunas gracias, de parecernos grosero. En una sociedad ya adelantada en las artes del lujo como aquella, no concibe esta bajeza el refinamiento de nuestras ideas y la delicadeza de nuestros actuales gustos. La explicacion de semejante fenómeno es menester buscarla en las costumbres. Recibia entonces la nobleza española una educacion varonil y poco regalada, que al paso que sostenia su energia de cuerpo y de alma, la separaba menos de las clases infimas del

(1) Hemos sido breves en el juicio de Quevedo: ¿qué se puede decir de este autor despues de los estimables trabajos que nuestro buen amigo don Aureliano Fernandez Guerra ha escrito y publicado en el tomo xxiii de esta BIBLIOTECA?

(2) Lleva por título *El pasajero, advertencias utilísimas á la vida humana, por...* A la excelentísima repú-

blica de Luca. En Madrid, por Luis Sanchez, 1617.— En 8.^o La censura del ordinario dada por el doctor Gutierrez de Cetina está fecha en Madrid en 24 de julio de 1617; la del Consejo, por fray Juan de Camargo, rector del colegio de Doña Maria de Aragon, á 10 de agosto del mismo año. Lo que llamamos novela comienza al folio 286, y concluye, ó debe cortarse, al 379.

pueblo. Los hijos de los nobles frecuentaban las universidades en hábito de estudiantes, hábito que confundía y barajaba las clases; é igualados por el espíritu de cuerpo á los de mas humilde esfera, tomaban parte en sus travesuras, identificándose en su atolondramiento de muchachos con todo lo mas rastrero de la sociedad que los rodeaba; y tal vez abandonando las comodidades de sus posadas y la abundancia que en ellas gozaban, tenían por placer vagar de pueblo en pueblo cubiertos de harapos, viviendo á expensas de la caridad pública, curtiéndose entre molestas privaciones en las fatigas del hambre y de la intemperie. Salidos de las universidades, hecha una necesidad la independencia, no podían sosegar en la quietud de sus casas. En las Indias, Flándes ó Italia ponían el blanco de sus deseos; y allí corrían hijos de casas poderosas, no á mandar una compañía ni siquiera en calidad de alférez de ella (como pretende ahora cualquiera que no haya sido envuelto desde que nació en burdo paño de Segovia), sino de simples soldados á manejar una pica ó un mosquete. En tal concepto Ercilla desde el palacio de Felipe II, siendo gentilhombre suyo, atravesó el Atlántico, y fué á Chile á tomar parte en la reduccion de los araucanos; en el mismo, el gran duque de Osuna dió prueba de su valor en Flándes; en el mismo, el marqués de San German don Juan de Mendoza, capitan general que llegó á ser del reino de Portugal, se presentó en las campañas de los Países-Bajos á practicar los rudimentos de la milicia (1). Dándose á tal vida, trabajos en los mesones, viajes con toda descomodidad y escenas de campamento eran los principales pasatiempos de su juventud.

Esto hacían los de ánimos mas levantados, que otros, sin acordarse de ser útiles á la patria, andaban vagabundos y no volvían á sus casas sin haber antes pasado en las mas famosas academias por todos los grados de la briba. El gran pintor de costumbres españolas, Cervantes, nos da un retrato de ellos en su novela de *La ilustre fregona*. En Búrgos había dos jóvenes de casas principales, llamados don Diego Carriazo y don Tomás de Avendaño. El don Diego á los trece años dejó la casa de sus padres, llevado de su picaña inclinacion, y tres veranos acudió á la pesca de los atunes en las almadrabas de Zahara, que el autor gradúa el *finibus terrae* de la picaresca. Todo este pasaje debe leerse en su original, maravillosa pintura de la vida bribona, trazado como de tal mano. Vuelto á su casa nuestro aventajado jóven, hecho maestro en el arte, aunque no pervertido en sus procederes caballerosos, fué recibido en ella con júbilo; mas triste y pensativo en el vicio del hogar paterno, recordando sus queridas almadrabas, resolvió volver á ellas é incitó á su amigo don Tomás de Avendaño á que le siguiese en tan baja determinacion. Fingieron querer ir á Salamanca á estudiar, y les proporcionaron sus padres dinero y un ayo, á quien comenzaron ya á dar que hacer desde que pusieron los piés en Valladolid hasta que se le escaparon despues de haberle quitado cuatrocientos escudos que para el gasto llevaba, dejándole una carta en que la advertían dijese á sus padres que habiendo maduramente considerado cuánto mas propias son de caballeros las armas que las letras, habían determinado dejar á Salamanca por Brusélas, á España por Flándes. No serian de seguro Carriazo y Avendaño los únicos originales de este retrato, ni cierto Cervantes hubiera empleado con tanto cuidado los hermosos toques de su pincel vigoroso para pintarnos una excepcion de la regla, ni su pintura hubiera parecido verosímil á sus contemporáneos si en la vida real no hubiesen abundado los modelos. Ahora bien, cuando tan nobles aventureros y vagabundos, apagado el hervor de sus pasiones, volvían á la tranquilidad de sus casas, ó cuando el matrimonio daba compás al método de su vida, no podían menos de embelesarse con tales escenas que les traían á la imaginacion otras semejantes de que en sus mocedades, si no fueron actores, fueron espectadores á lo menos. Esta es la causa, en mi concepto, del gran interés que inspiraba su lectura, así á la clase media como á la elevada, únicas para quienes se escribían los libros de pasatiempo. Llorente, hablando de la composicion del *Siglo pitagórico*, de Antonio Enriquez Gomez; de *Don Raimundo el*

(1) A este caballero fué á quien dedicó Mateo Aleman la segunda parte de su *Guzman de Alfarache*, y le dice en su dedicatoria: «Si armas, notorio nos es y ninguno ignora que asistiendo vuestra excelencia los años de su infancia en los estudios de Alcalá de Henáres, donde tantas premisas dió de su florido ingenio, viéndose ya mancebo se pasó á Nápoles llevado de la inclinacion y valor militar. Y siendo allí temido por su esfuerzo, respetado por su valor y seguido por la notoria privanza con el Virey, su tío, pospuestas estas prendas, que fueran de otros muchos estimadas, tuvo en mas el bu-

licio de las armas en la guerra, que los deleites, paseos y privanzas en la paz; pues dejándolos, se fué á Flándes en seguimiento de la milicia, que tanto allí ejercitaban. Y con una pica (sin sueldo, sin algun entretenimiento ni mando) gustó de ser en particular soldado, buscando las ocasiones en que señalar su ánimo valeroso.» Nada hay que decir acerca de los otros dos ejemplares citados en el texto. Las comedias españolas están además llenas de caballeros que dejan su casa por acudir á Flándes á servir á su Rey como simples soldados.

Entremetido, compuesto por don Diego de Tobar y Valderrama, y del *Teatro del hombre, el hombre, ó vida del conde Matisio*, de don Juan de Zabaleta, dice que estas tres obras se escribieron con objeto de amortiguar el gusto nacional hácia las novelas picarescas y dar á la fábula una direccion hácia objetos mas elevados. Las dos últimas puede ser; pero respecto á la primera, no sé en qué puede fundarse. Añade en seguida que Márcos García, cirujano de Madrid, en vista de los partidos que habia, ya en favor de la una clase de novelas, ya en pro de la otra, tuvo la humorada de reirse de estos y aquellos, escribiendo en 1637 el discurso á que puso por título *La flema de Pedro Hernandez*.

Considerado del género novelesco *El coloquio de los perros* de Cervantes, tambien los *Cuentos y Sueños* de Quevedo, á pesar de su falta de accion, pueden pretender en él carta de naturaleza. En efecto, siendo un poco tolerantes en materia de nombres, estas preciosas muestras de imaginacion y de filosofia deben ser admitidas á la clasificacion de novelas alegóricas. Sea por la costumbre de dedicarse á estudios metafísicos, sea porque los árabes hubiesen inoculado semejante aficion, en los siglos medios y en los siguientes de que tratamos estuvo muy válida la alegoría. La mayor parte de los poemas largos que compusieron los vates del reinado de don Juan II, incluso *El Laberinto* de Juan de Mena, principal de todos ellos, se fundan en ella. En el reinado de Carlos V, Fernando de Acuña se labró una buena reputacion con la traduccion de *El Caballero determinado*, poema alegórico de grande estima en Francia. Las figuras alegóricas se admitian como un adorno en la poesia dramática; las alegorías formaban parte muy principal de los festejos públicos; y en las grandes fiestas religiosas eran alma de los autos sacramentales, que el público no hubiera jamás podido gustar ni comprender á no hallarse á ellas muy avezado. Aun en los libros de pasatiempo, en cuya composicion es de creer que para nada se la tuviese en cuenta, se trataron de explicar las aventuras por su medio, juzgando darles mejor interés con suponer encerrado en su contexto un sentido misterioso. Hizolo así Alonso Nuñez de Reinoso con sus *Amores de Clareo y Florisea*; y el gran Torcuato Tasso, despues de haber honrado su patria con el precioso poema de *La Jerusalem liberada*, discurrió para satisfacer á los críticos, que en todas sus aventuras habia oculto un sentido místico, que los guerreros eran personajes simbólicos, y sus combates figura de los que batallan el ánimo. Talento mas que humano hubiera necesitado, si tales simbolos hubiesen sido su pensamiento primitivo, para condensar y dar tan hermosas formas á un poema fundado en semejantes abstracciones del espíritu: de seguro no pensó en ellas cuando lo escribia; pero aquel hecho solo muestra que la alegoría se tuvo en su tiempo como el mas precioso elemento de las obras de imaginacion (1).

(1) El empeño de explicar la novela y el poema épico por la alegoría no fué solo de los italianos y de los españoles. Iguales causas produjeron en otros pueblos idénticos efectos; y donde pecaban los maestros, no era regular que dejasen de pecar los discípulos. A mediados del siglo XVII publicó en Francia Chapelain su poema titulado *La Pucelle*, largo tiempo esperado con ansia por el crédito que disfrutaba su autor, y que no correspondiendo á las esperanzas concebidas, fué años despues inhumanamente ridiculizado por Boileau. Hé aquí cómo en el prólogo explica el misterio de su poema: «Levantaré el velo, dice, del misterio de que está cubierto, y diré en pocas palabras que á fin de reducir la accion á lo universal, siguiendo los preceptos, y por no privarla del sentido alegórico, por el cual la poesia es hecha uno de los principales instrumentos de la arquitectónica, dispuse la materia de suerte, que la Francia debia representar el alma del hombre en guerra con ella misma y trabajada por las mas violentas de todas las emociones; el rey Carlos la voluntad, señora absoluta, inclinada al bien por su naturaleza, pero fácil de torcerse al mal por la apariencia del bien; el inglés y el borgoñon, súbditos y enemigos de Carlos, los diversos trasportes del apetito irascible que alteran el imperio legítimo de la voluntad; Amaury é Inés, el uno favorito, y la otra amante del Principe, los diferentes movimientos del apetito concupiscible, que corrompen la inocencia de la voluntad

por sus inducimientos y encantos; el conde Dunois, pariente del Rey, sectario inseparable de sus intereses y campeón de su causa, la virtud, que tiene sus raíces en la voluntad, que mantiene las semillas de la justicia que están en ella, y que combate siempre por libertarla de la tirania de las pasiones; Tannegni, jefe del Consejo de Carlos, el entendimiento que esclarece la voluntad ciega; La Pucelle, que viene á asistir al rey Carlos contra el borgoñon y el inglés y que le liberta de Inés y de Amaury, la gracia divina, que en el embarazo y abatimiento de todas las potencias del alma, viene á reforzar la voluntad, sostener el entendimiento, unirse á la virtud, y por un victorioso esfuerzo, sujetando á la voluntad los apetitos irascible y concupiscible que la turban y debilitan, produce esta paz interior y esta perfecta tranquilidad, en que, segun todas las opiniones, consiste el soberano bien.» — Por las primeras frases de esta explicacion se ve que no fueron solo los estudios metafísicos los que desarrollaron en los poetas el espíritu de alegoría, sino la falsa inteligencia que dieron á los principios de Aristóteles, que servian de regla á su sistema poético. El filósofo griego dijo que la epopeya tenia por objeto, no lo real y efectivo, sino lo posible ó lo universal: lo que solo significaba que el poeta no debia ligarse á la verdad histórica, sino que era dueño de presentar los hechos, no del modo que sucedieron, sino del modo que debian haber sucedido; y hé aquí cómo interpretaron un precepto tan claro y tan sencillo.

Los españoles, que á todo dirigian su actividad literaria, la trasladaron tambien con bastante felicidad á la novela. Desde antes de mediar el siglo xvi tenian elegantemente traducida á su lengua por Diego Lopez de Cortejana, arcediano y canónigo de Sevilla, *El asno de oro*, de Apuleyo (1), que aun cuando rigurosamente no pueda llamarse novela del género alegórico, pertenece al fantástico, que se da mucho la mano con aquel. Años antes el protonotario Luis Mejia escribió en el primero de estos géneros su *Labricio Portundo, Apólogo de la ociosidad y del trabajo*, que comentado por Francisco Cervantes Salazar, se publicó en 1546 (2). Supónese en este escrito (en que el autor trató filosóficamente de encomiar los provechos del trabajo y hacer aborrecibles los daños de la ociosidad) que en Sybaris vivía una regulada señora, llamada Ocia, á quien servian y con quien privaban la Fraude, la Hipocresía, la Pereza y la Ignorancia; y viendo otras personas, de las que formaban su corte y que no tenian como aquellas perversas damas empeño en pervertirla, que segun un oráculo, si se casaba seria la mas feliz de las mujeres, y tendria de su parto siete preciosas hijas, que representan las siete artes liberales, la suplicaron tomase marido. En efecto, ella les ofreció casarse con Labricio; pero al conocer por los regalos que este le enviaba que á su lado tendria que trabajar, despidió de su corte al mensajero con los presentes, encargándole que dijese á Labricio, que hombre tan rústico no podia poseer doncella tan delicada. Labricio, oida esta respuesta, partió luego á la corte, donde se puso á servir á Minerva, enemiga capital de Ocia, de que no poco se dió esta por sentida. En tal situacion, la Necesidad le envia al Temor á hacerla presente los males que de despreciar este enlace y perseverar en su vida se la habian de seguir; y ella reunió consejo, en el cual la Fraude y la Hipocresía prevalecieron con aduladoras argucias en contra de la propuesta del Temor. Labricio, descontento de los desdenes de Ocia, determinó tomar esposa de mano de Minerva, quien lo casó con una dama suya llamada Diligencia. Sabido por Hércules (que en el cielo estaba) este matrimonio, como pariente mayor de Labricio, pidió á Júpiter que lo favoreciese y honrase. El gran Dios, estimando justa esta peticion, envió á Mercurio, que preparó grandes fiestas; y en premio de su virtud puso á Labricio una corona de roble. Minerva le arregló la casa y dió dueñas y doncellas á su esposa Diligencia. Estas fueron las artes y las ciencias. A las fiestas acudieron como caballeros todos los héroes que mas se han distinguido en el mundo por su laboriosidad. Mercurio mientras se prepara la cena enseña á Labricio misterios recónditos, y le dice que para ser buen casado es menester que no separe de su compañía á las cuatro damas Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza. Asentados todos á cenar, un ciego, que representa á Homero, los deleita con sus cánticos; y alzados los manteles, dice Mercurio á la compañía que Júpiter ha dispuesto que Ocia con su comitiva de vicios sea desterrada á las islas Aqueron-teas. Esta es la fábula de Mejia, que mejoró Cervantes Salazar moralizándola.

Mas la obra maestra de la novela alegórica española no debia aparecer hasta cien años despues, en que Baltasar Gracian escribió la alegoria eminente que lleva el título de *Criticón*, nombre á la verdad algo exótico y poco armonioso; obra que, por consideraciones tal vez al hábito que vestia, publicó Baltasar con nombre de su hermano Lorenzo. Baltasar Gracian, natural de Calatayud y re-

Asi las reglas de los antiguos modelos del buen gusto, por ser mal comprendidas, contribuyeron á establecer y autorizar el imperio del malo.

(1) Esta obra se prohibió en el primer expurgatorio de don Fernando Valdés en cualquier lengua vulgar por las obscenidades que contiene. La traduccion se imprimió en Sevilla en 1559. Se reimprimió corregida en Alcalá de Henares en 1584. El título de la obra, que explica todo el argumento, dice asi: *Lucio Apuleyo. Del asno de oro. En el cual se tractan muchas historias; i de como una moza su amiga por lo tornar ave, como se habia tornado su señora, erró la bujeta e tornolo de hombre en asno. E andando fecho asno, vido e oyó maldades é traiciones que las malas mugeres hacen á sus maridos. E ansi anduvo fasta que al cabo de un año comió de unas rosas é tornose hombre, segun que él largamente lo recuenta en este libro.*

(2) Don Antonio Sancha hizo en el siglo pasado una excelente edicion de las obras de Cervantes Salazar con el título de «Obras, que Francisco Cervantes Salazar ha glosado y traducido. — *Diálogo de la dignidad del hombre*, por el maestro Oliva y por Cervantes. — *Apólogo de la ociosidad y el trabajo*, intitulado, *Labricio Portundo*, por

Luis Mejia, glosado por Francisco Cervantes. — *Introduccion y camino para la sabiduria*, compuesta en latin, como va ahora, por Juan Luis Vives, y vuelta en castellano con muchas adiciones por el mismo Cervantes. Con licencia del Consejo, en Madrid, por don Antonio de Sancha, MDCLXXII. » Precédele una hermosa *Advertencia preliminar* en que se da razon de estas obritas, escrita, segun tenemos entendido, por el señor Cerdá y Rico; y el *Discurso sobre la lengua castellana* que escribió Ambrosio de Morales, para que precediera al *Diálogo de la dignidad del hombre*. El *Apólogo de la ociosidad y el trabajo* lo dedicó Cervantes Salazar al arzobispo de Toledo don Juan Martinez Siliceo, y lleva al frente un prólogo del erudito maestro Alexio de Venegas. Gran bien hizo Cervantes de Salazar en publicar, y no lo hizo menor Sancha en reimprimir estas obras celebradas, de que decia Mayans en el *Specimen* de su Biblioteca: *Haec omnia opuscula si non sunt aurea, sunt auro cariora. Ingeniosis fictionibus vivendi rationem docent; et tamen hi libelli non leguntur, ac si neque editi, neque scripti essent. Ea est optimorum librorum ignorantia, et pessimorum redundantia.*

ligioso de la compañía de Jesús, fué uno de los talentos mas claros y de los ingenios mas agudos que produjo España en un siglo que vió morir á Cervantes y en que florecieron Lope, Quevedo, Tirso, Balbuena, Solís y Calderon. La idea del *Criticón* es describir los peligros que cercan al hombre incauto en los diversos periodos de su vida, y explicar el modo de salir de ellos incólume: con este motivo censura los vicios con que en cada uno de estos periodos le asedia la sociedad; y esto dió origen sin duda al título de la novela. Para lograr su objeto supone el autor un hombre que criado, digámoslo así, fuera del mundo, se presenta de repente en él con el uso cabal de sus potencias y sentidos, ignorante de cuanto pasa en el caos de la vida, y libre de todas las preocupaciones de la sociedad.

Esta ingeniosa invencion de valerse de un hombre, criado sin ningun conocimiento de lo que es el mundo, para describir los riesgos con que nos circunda, guarda gran analogía con la historia árabe de Hai, hijo de Yocdan, que se atribuye á Avicena. El autor, sea quien fuere, queriendo mostrar los progresos que un hombre solo, ayudado de las luces naturales, puede hacer en la filosofía, sin los socorros del método y del arte, finge que este Hai nació de la tierra, sin padre y sin madre, en una isla desierta, situada bajo la línea, modo de nacer que no repugnaba á los conocimientos que los árabes tenian de la naturaleza. Crióle allí una cabra, y llegado á la edad de la reflexion, por su juicio, por sus observaciones y meditacion adquirió por grados todos los conocimientos que da el estudio de la filosofía, hasta elevarse al del mismo Dios y del soberano bien, consiguiendo subir de la contemplacion á la mas sublime cumbre (1). No es esto decir que Gracian conociera la obra del filósofo árabe: probablemente no tuvo de ella noticia; y esta coincidencia significa solo que dos grandes talentos, puestos en igual caso, tienen por lo comun una misma feliz idea.

En *El Criticón* de Gracian, Andrenio, que es el héroe, se cria tambien en una isla desierta, dentro de una tenebrosa cueva, sin ver ninguno de los objetos que por defuera la naturaleza ofrece. Una tempestad arroja á Critilo á aquella isla, y encontrándose con él, queda maravillado de hallarse con un ser humano en aquellas regiones deshabitadas. Por este encuentro comienza el libro. Critilo quiere preguntarle quién es y cómo está allí; pero como Andrenio no conoce su idioma, no puede satisfacer su curiosidad. Poco á poco le enseña el que él habla, y es entonces cuando le da el nombre de Andrenio, pues antes como no tenia para qué le sirviese, carecia de él. Este, ya instruido en el habla, le cuenta lo que alcanza de su historia; que las fieras le criaron en una lóbrega caverna, negado á los objetos del cielo y de la tierra, y que un terremoto, destruyendo su guarida, le liberó de aquella oscura prision. Así el autor nos dispone á la manifestacion del asombro que deberia causar, á un hombre que hasta la edad de la razon estuviese sin nocion alguna de las maravillas de la naturaleza, la primera vista del sol, de los cielos, de una noche estrellada y demás portentos de la creacion, que por la falta de novedad no nos asombran; porque, como él dice, entramos en el mundo con los ojos del alma cerrados, y cuando los abrimos al conocimiento, ya la costumbre de ver las cosas, por maravillosas que sean, no da lugar á la admiracion.

Un barco que aporta á aquellas regiones los conduce á España. Aquí comienzan á observar los vicios y defectos de que adolece la sociedad, que el autor manifiesta por una tejida tela de alegorías, zahiriéndolos con chiste, y mas que todo, con inagotable agudeza. Vese aquí cuán feliz ocurrencia fué que Andrenio, que es quien nota asombrado las monstruosidades y extravagancias del mundo, se haya criado entre fieras entregado solo á la razon natural; pues de otro modo podia aparecer que las preocupaciones de la educacion, y no lo que tienen en sí intrínsecamente de monstruoso, eran causa de que le chocasen costumbres que no se parecen á las suyas. Critilo, en quien está representado el juicio y la prudencia, es el Mentor de este nuevo Telémaco, simbolo de la inocente candidez, y lo pasea ante las diferentes fases de la vida humana. De aquí se divide naturalmente la obra en tres partes: la primera que trata de la primavera de la niñez y el estío de la juventud; la segunda del otoño de la edad varonil, y la tercera del invierno de la vejez. Las alegorías de que se vale el autor en cada una de ellas para su crítica son muchas, ingeniosas y oportunas, sin que la abundancia le obligue nunca á esfuerzo ni á violencia.

Hermosa es en la primera parte aquella de los niños conducidos por una matrona de seductor aspecto y agradable genio, acompañada de multitud de criadas de su humor, que con mil invenciones

(1) Huet, en su *Traité de l'origine des romans*, habla de esta obra, y dice que es estimable, y que lo sería aun mas, si el autor no hubiese exagerado la ficcion haciendo

que Hai se eleve á raciocinios superiores a la verosimilitud.

y juguetes los entretenía sin perdonar halagos para deleitarlos. De esía manera los metió en un valle profundo rodeado á una y otra banda por montes altísimos; y llegada la noche, mandó la engañosa conductora hacer alto en aquella horrible profundidad. A una señal dada comenzaron á salir de entre breñas y cavernosas grutas, multitud de leones, osos, tigres y serpientes, que arremetiéndole de improviso, dieron en aquella flaca y tímida manada, é hicieron en ella encarnizado estrago. En medio de la espantosa carnicería remaneció por la opuesta parte del valle otra mujer, brillante como la aurora, que corría desalada á salvar tanto infante como perecía. En cuanto las carnívoras fieras descubrieron su rostro grave y sereno, cesaron en la matanza, y se retiraron á todo huir dando alullidos espantosos. Comenzó ella á recoger los pocos niños que habian quedado, y ayudada de hermosísimas doncellas que llevaba en su compañía, sacó muchos de las lóbregas cuevas y aun de las mismas gargantas de los monstruos; eran estos de los mas pobres, porque en los mas principales, como mas lucidos, habian hecho las fieras mayor riza. La hembra maldita que pone á los niños en precipicio significa la inclinacion anticipada al mal; por la reina libertadora se entiende á la razon. Aquella, dice el autor, se apodera luego de un niño, le gana con halagos, y adelantándose á la razon, triunfa de la misera infancia; los mismos padres con el mal entendido amor que tienen á sus hijuelos, por no contrariarlos, concédenles cuanto quieren. Con esto se apoderan del muchacho las pasiones, que se robustecen con la paternal connivencia, y prevalece la depravada inclinacion al mal que con sus caricias trae al tierno infante al valle de las fieras á ser presa de los vicios y esclavo de sus desordenados apetitos: de modo que cuando la razon llega con las virtudes, que son sus compañeras, ya los encuentra entregados á aquellos monstruos, y muchos de ellos sin remedio; siendo principalmente los que se hallan en este caso los hijos de señores y los ricos, en los cuales el criarse con mas regalo es ocasion de mas voluntariedad en las pasiones. ; Cuán bien expresados en está alegoría están los perjuicios de no violentar los caprichos y perversa inclinacion de los niños en la primera aurora de la vida!

Otra alegoría, no menos ingeniosa, hay algo mas adelante para manifestar cuán cambiada anda la suerte á veces en el mundo. Tenia la fortuna dos hijos muy desemejantes en todo: el uno agradablemente hermoso; el segundo desapaciblemente feo, que, si en los rostros eran desemejantes, no lo eran menos en las condiciones. La madre vistió al primero con un vestido bellissimo que tejió la primavera, y al segundo con un vestido tétrico y funesto, recamado de espinas. Salian de casa, y al primero todos le abrian la puerta; y todos, al contrario, huian del segundo: eran estos dos hermanos el Bien y el Mal. Triste y pensativo este último al ver lo mal recibido que era en todas partes, quiso valerse de una treta, y conociendo lo poderoso que es el Engaño y los prodigios que obra cada día, determinó de ir á buscarlo una noche. Despues de recorrer inútilmente en su seguimiento muchos parajes, dió, en fin, con él en casa de un presumido confiado, donde le halló encubierto bajo capa de verdad. Comunícale sus cuitas, y él, conociendo la raíz de su mezquina suerte, le dice que la cambiaria en buena si dejando el mal vestido se cubriera de flores; ofreciéndole barajar las cosas de modo, que él fuese el amado de los hombres, y el hermano el aborrecido. Diciendo y haciendo, fué el Engaño con el Mal á casa de la Fortuna. Ofrecióse el Engaño á esta por mozo de guía representándole la necesidad que como ciega tenia de un lazarillo fiel; abonóle el hijuelo, y así le admitió la Fortuna en su casa, que es todo el mundo. Desde aquel instante comenzó el Engaño á revolverlo todo en casa de esta señora: por llevarla á la habitacion de un virtuoso, la lleva á la de un malo; cuando habia de correr, la detiene; y cuando habia de ir con tiento, vuela; equivocábale las manos á cada punto para que reparta las felicidades y desdichas (1). Pero hizo aun mas el Engaño, metido á lazarillo de la Fortuna. Observó que por la noche, cuando desnudaba á sus hijos, cuidado que á nadie fiaba, ponía los vestidos de los dos en diferentes puestos; trocóselos sin ser sentido, y puso los del Bien al lado del Mal, y vice-versa. Sin reparar púsose la virtud la túnica de espinas, y la de

(1) Hé aquí los ejemplos que pone de estos golpes de ciego dados por la fortuna, por travesuras del Engaño. «Acabó con uno con un don Baltasar de Zúñiga, cuando habia de empezar á vivir; acabó con un duque del Infantado, con un marqués de Aitona y otros semejantes, cuando mas eran menester. Dió un revés de pobreza á un don Luis de Góngora, á un Agustín Barbosa y á otros hombres eminentes, cuando debiera hacerles muchas mercedes; erró el golpe tambien, y excusábase el bellacon diciendo: Vinieran estos en tiempo de un Leon X, de un rey Francisco de Francia, que este no es su siglo. ¿Qué disfavores

no hizo á un marqués de Torrecuso, y jactábase de ello diciendo qué hicieramos sin guerra? Ya estuviera olvidada. Tambien fué errar el golpe dar un balazo á don Martín de Aragon, conociéndose bien pronto su falta. Iba á dar la fortuna un capelo á un Alpizcueta navarro, que hubiera honrado el sacro colegio; mas pególe en la mano un tal golpazo, que echóle en tierra, acudiendo á recogerle un clérigo, y riendo el picaron, decía: ¡Eh! que no pudiéramos vivir con estos tales: bástales su fama; estos otros si que lo reciben humildes, y lo pagan agradecidos.

flores el vicio; y desde aquel día la virtud y la maldad andan trocadas y todo el mundo engañado ó engañándose: los que abrazan la maldad por el cebo del deleite hallanse despues burlados, y muchos abandonan la virtud por áspera, llegándoles tarde el desengaño (1).

De alegorias tan hermosas como las dos citadas está llena toda la obra. Estas dos se leen en la primera parte, y en la misma se hallan otras como la de *Las maravillas de Artemia*, que es la ciencia; la de *La venta del mundo*; y la de *Los encantos de Falsirena* (por quien se entiende el deleite lascivo), que es digna de leerse; pues aunque Falsirena encontró en la antigüedad un modelo en la Circe de la Odisea de Homero, supo el talento del escritor español adornar con tan nuevos colores su cuadro, que lo convierten en una pintura original. Pocas cosas pueden darse mas bien pensadas y aun escritas que el modo con que Falsirena se insinúa en el ánimo del incauto Andrenio y la sagacidad con que engaña al mismo Critilo, cuya prudencia habia sabido preservarle de otros peligros.

No tiene menos hermosas alegorias la segunda parte, donde se representan las inclinaciones que dominan en la edad madura y los peligros á que está expuesta. Por no caer en la tentacion de extracar, pasarémos á la tercera, en que nuestros dos viajeros entran en el territorio de la gran reina Vejecia, es decir, en los últimos confines de la humana vida. Graciosos y oportunos son los estatutos que da aquella señora para evitar que los ancianos sean cansados y ridiculos; pero pasémoslos de claro para detenernos en la crisis vii, que así llama el autor á cada capitulo. Lleva el extraordinario título *La hija sin padre, en los desvanes del mundo*, por cuyo extraño nombre designa á la vanidad. ¡Cuánta gracia, cuánta oportunidad y cuánta elocuencia á veces! En estos desvanes dice que se encuentran chimeneas de todas especies, por donde salga el humo de las vanas cabezas de los que los habitan, unas á la francesa muy disimuladas y angostas, otras á la española muy campanudas y huecas; que aun en esto se muestra la antipatía de las dos naciones. Distingue primero la vanidad que, incitando á los hombres á gloriosas acciones, puede ser útil y debe conservarse, de aquella que por exagerada, por ridicula y por necia, nunca da buenos resultados. «No solo, dice, no huyen de este humo las personas, sino que andan tras él. Hombre hay que por un poco humo dará todo el oro de Génova, que no ya de Tíbar. Yo vi dar á uno mas de diez mil libras de plata por una onza de humo. Dicen que es hoy el mayor tesoro de algunos principes y que les vale una India, pues con él pagan los mayores servicios y con él se contentan los mas ambiciosos pretendientes.—¿Cómo es eso que con humo les pagan? ¿Cómo es posible?—Si, porque ellos se pagan de él. ¿Nunca has oido decir que con el humo de España se luce Roma? ¿Sabes tú qué cosa es tener un caballero humos de título?... ¿Piensas tú que se estiman poco esas penacheras, tremolando al aire de su vanidad? Con este humo de la honrilla se alienta el soldado, se alimenta el letrado, y todos van tras él. ¿Qué piensas tú que fueron y son todas las insignias que han inventado, ya el premio ya la ambicion (para distinguirse de los demás), las coronas romanas civicas ó murales, de encina ó grama, las cidaris persianas, los turbantes africanos, los hábitos españoles, las jarretieras inglesas y las bandas blancas? Un poco de humo, ya colorado ya verde, y de todas maneras y en todas partes plausible.»

Habla en seguida de la vanagloria ó de la vanidad, que por infructuosa justamente merece este título. Dice que en su palacio, además de humo, todo es ruido, porque allí todos lo quieren hacer: por valiente, por sabio que el hombre sea, allí, en no haciendo ruido, no es conocido ni tiene aplauso; lamentando de este modo lo desvalida que está en el mundo la virtuosa modestia. No es por de dentro este palacio sino desvanes y mas desvanes, huequedades sin sustancia, y bóvedas de necesidad. En el primer desvan están los linajudos: uno dice que el conde Claros fué su tatarabuelo, á lo cual repone Critilo que acaso seria el conde *Obscuros*, porque no hay cosa mas oscura que el origen de las prosapias. Zahiére graciosamente esta preocupacion tan extremada en su tiempo; pero no para aquí, y con un chistoso cuento hace ver lo general que era en España el orgullo aristocrático por la extension desmesurada que tiene el goce de sus privilegios en una nacion en que provincias enteras son nobles. No faltaba, dice, en Italia soldado español que luego no fuese don Diego ó don Alonso; y preguntando un italiano «signori, en España ¿quién guarda la pécora?» «Anda, le res-

(1) Una idea semejante expresó un buen poeta italiano en un soneto que hace años tradujimos así:

Cuando al regio doset del cielo santo
Quiso subir desengañada Astrea,
Llevó al puro Placer; porque se vea
Castigado el mortal sin su alma encanto.
La fe, el amor y la virtud con llanto
Procuran tristes revocar su idea,

Y él tal ardor en ausentarse emplea,
Que se dejó olvidado el rico manto.

El dolor lo encontró, y anduvo errando
Ocultándose en él, entre la gente
Que lo juzgó el placer y á él acudia.

De entonces pasa que en el mundo infando
El hombre se confunde, y bien frecuente
Lo que juzgó placer es pena impla.

pondió uno, en España no hay bestias ni vulgo como en las demás naciones. » En otros desvanes hay vanos de mas perjudicial ralea; pues hay hombres que por el necio afán de hacerse célebres se arrojan hasta á cometer maldades. Cita al que abrasó el templo de Diana porque se hablase de él en el mundo; y ocurresele esta juiciosa reflexion: ¡Oh, cuántos han hecho otro tanto abrasando las ciudades y los reinos, no mas que porque se hablase de ellos, pereciendo su honra, pero no su infamia!

De esta crisis diríamos que no tenia igual si no fuese por la que sigue, á quien da el autor nombre de la *Cueva de la nada*, donde se van sumiendo todos los que pasaron la vida en una inútil holganza ó en obras que en nada aprovechan á sus semejantes. En ella ofrece con viveza y energía lecciones á nuestros nobles para sacudir el torpe letargo en que yacian sumidos, y pluguiera á Dios hubiesen sido eficaces sus palabras. No eran por desgracia aquellos los tiempos que corrieron desde el reinado de Isabel al segundo de los Felipes. Allí además se lee una sátira contra infinitos libros insulsos en que autores sin talento malgastaron su tiempo, ya de imaginacion ya de historia, sin perdonar tampoco tanto grueso comentario de legislacion y de materias escolásticas y morales como nos regaló aquel siglo para abultar inútilmente nuestras bibliotecas; comentarios en que no se hace mas que repetir lo que otros han dicho, sin enseñar nada nuevo; expositivos, segun él dice, secos como esparto que solo se ocupan en tejer lo que ha mil años se estampó, todos los cuales desaparecen en la anchísima y profunda cueva de la nada.

Grande este libro en la concepcion de su plan, ingeniosísimo en su desempeño, discreto en su crítica, y nuevo en sus pormenores, ¿cómo no es celebrado y reimpresso entre aquellos que la Europa venera y estudia por clásicos é inimitables? No ciertamente porque rebaje su mérito la frialdad, compañera casi inseparable de la alegoría; es porque se echa de menos en él aquel claro oscuro, por quien resaltan las gracias del estilo. Aprendan con esta leccion severa los que le descuidan, juzgándolo como mero accesorio de que se puede prescindir en un libro, y vean que si es accesorio, es de aquellos sin los cuales nunca una obra consigue la inmortalidad. Gracian, pensador profundo, ingenio sutil y creador, no fué un gran escritor por su empeño en ser un escritor extraordinario. Segun el sistema de escribir que se habia propuesto, no se permitió enunciar ninguna idea que no fuese de un modo muy separado del vulgo, ni fiar á la pluma renglon que no fuese un concepto; perdiendo de vista que los modos de hablar vulgares son en general los mejores, y que el concepto es un adorno, pero no debe formar la esencia del lenguaje; y que como la sal, debe sazonar, pero no destruir el condimento. Guiado de tal sistema, que pervirtió en él las mas asombrosas disposiciones, desde el principio hasta el fin del libro descarga sobre el lector, sin dejarle tomar aliento, una nube de conceptos y pensamientos sutiles, que repartidos con economía, fueran agradables y pudieran ser oportunos; pero agolpados de tropel, confunden y fatigan, privando al estilo de la naturalidad que atrae y de la variedad que recrea. Así pues, entreteniendo y aun excitando nuestra admiracion, cada alegoría leida de por sí es un encanto; leer de seguida en su totalidad *El Criticon*, una obra de paciencia. Banquete de manjares succulentos, condimentados de mas, y todos del propio modo, llegan sus bocados á hastiar el paladar, y el estómago no puede resistirlos (1).

Llevamos visto que ninguno de los ramos que produce el árbol frondoso de la novela dejó en los siglos xvi y xvii, en este último sobre todo, de ser cultivado con lauro por los españoles. Tantos y tan aventajados escritos y tan grandes escritores, eminentes si se los mira en sí, y mucho mas si se comparan con todos los que entonces producía el resto de Europa, hacian que España dominase donde quiera por las letras al mismo tiempo que extendia su imperio por las armas. La lengua española, estudiada por todos los pueblos con esmero, habia sucedido á la latina en la dignidad

(1) Don Diego de Torres y Villaroel no fué admirador ni aun partidario del *Criticon*, del que dice que el juicio formado por los hombres de capacidad se ha vuelto contra la fama de su autor; y cita un libro que escribió contra la obra, titulado: *Crítica reflexion y censura de las censuras, Fantasia apologética y moral*, escrita por el doctor Sancho Terzon y Muela, donde, segun su dicho, se contienen los errores de Gracian en *El Criticon*, afirmando que condena todas las acciones, introduce maldicias en lo que no hay, satiriza los aciertos, persigue las virtudes, y aplaude algunos disparates. Era Torres entusiasta por Quevedo, á quien procuraba imitar, y lo que al

parecer le indispuso principalmente contra Gracian, fué el haber dicho, á la verdad no con mucha razon, que las hojas de Quevedo son como las del tabaco, de mas vicio que provecho. (*El Ermitaño y Torres*, aventura curiosa en que se trata de la piedra filosofal, Madrid, en la imprenta de Benito Cano, mdccclxxxix, pág. 30 y siguientes.)

Capmani, en su *Teatro crítico de la elocuencia española*, y Bouterwek, en su *Historia de la literatura española*, han apreciado con buen criterio á este autor; pero el mejor juicio del *Criticon* es el que formó monsieur Viardot en sus *Estudios sobre España*

de ser la universal (1). Por esto se hacian multitud de ediciones y se expendian miles y miles de ejemplares de las obras de nuestros ingenios, consumiéndose la mayor parte fuera del reino, donde eran nuestros autores mas admirados y reverenciados que en su propia casa. Y como no todos en los países extranjeros se hallaban en el caso de tener medios y espacio para dedicarse al estudio de la lengua española, y á todos llamaba la atencion lo que en este brillante pueblo se pensaba y escribia, apenas tenian otra ocupacion sus literatos que traducir lo que salia de nuestras imprentas. Numerosos ejemplares de estas traducciones, unidos á los que se despachaban del original, daban á nuestros libros una popularidad increíble, que sostenia la influencia de nuestros gustos. En especial no habia lugar donde no penetrasen las obras de imaginacion, por tener los españoles fama justamente adquirida de ser el pueblo de Europa de mas amena inventiva para cuentos, anécdotas y novelas. Si se quiere un ilustre testimonio, oíase al gran Torcuato Tasso, que decia que quien nos hizo conocer á Amadis, amante de Oriana, merece mas elogios que los escritores franceses, sin exceptuar á Arnaldo Daniel, autor de *Lanzarote*, á pesar de las alabanzas que le dió el Dante, quien si hubiera leído el *Amadis de Gaula*, el de Grecia y el *Pigmalion*, hubiera mudado de dictámen, reconociendo que los poetas españoles pintan el amor con mayor nobleza y energia que los franceses. El juicio de este grande poeta en materias de imaginacion y de gusto es inapelable, pero aun tiene mayor fuerza si se encuentra comprobado por la aficion general.

La Francia, sobre todo, esa reina al presente del mundo por sus modas y por sus libros, no sabia obrar ni pensar sino por los ojos de los españoles, aunque casi siempre su enemiga política. Vestia á la española, y á la española escribia. Impregnados sus literatos del espíritu de nuestros libros, si algo producian, no era otra cosa que pálidas imitaciones y débiles reflejos de los que iban de España. Si en algun género copiaban á los escritores de Italia, téngase en cuenta que los estados de esta península eran en su mayor parte provincias de nuestra monarquía, obedientes á nuestras leyes, y los que no, sujetos como estas á nuestro influjo. D'Urfé, que tuvo encantada á la Francia en su siglo, y cuyos desmesurados elogios se leen, como hemos visto, en el *Tratado del origen de la novela* del obispo de Avranches, se granjeó su gran reputacion imitando nuestras pastorales: dice el Obispo que las aventajó; pero en este dictámen no puede verse mas que una disimulable exageracion del amor patrio. Mademoiselle Scudery debió no menos su gran renombre en sus extensas novelas á la imitacion del genio español. Este fué el Apolo que inspiró á monsieur Calprenède aquellos héroes que marchan siempre con la frente erguida, aquellos caractéres arrogantemente dibujados, entre los que sobresale el de Artaban, que ha quedado en su patria por proverbio; héroes cuyas elevadas aspiraciones hicieron decir á un critico francés que el estudio de las obras de este autor, en que se respira el heroismo, puede aprovechar á los que se dedican á la tragedia, siempre que no se caiga en el extremo que Crebillon. El mismo critico añade que no puede menos de confesar que los franceses fueron imitadores en todo; que imitaron á los españoles, los cuales á su turno habian imitado á los árabes, y que la galanteria entusiasta de ambos pueblos, aquellas pasiones exaltadas, los paladines invencibles que disponian del destino de los reyes, todas estas ideas, fuera de la naturaleza y de la verosimilitud, dominaron en la literatura francesa al mismo tiempo que la potencia española daba el tono en Europa y le hacia adoptar sus trajes, sus fiestas y sus torneos.

Por distinta via que Calprenède, Scarron, que tuvo gran número de aficionados y admiradores,

(1) El maestro Paton en su *Elocuencia española*, libro impreso en Valladolid en 1604, hablando en su prólogo de la popularidad de esta lengua, dice: «Haber depredado los moros de Castilla y las Indias á sus reyes. sujetos esta lengua, no lo tengo por grandeza ó blason; mas que otras naciones donde los españoles no tienen ningun señorío de propia voluntad, forzados de conocer su elegancia, cortesia y suavidad la procuren saber, esto es de mucha estima. En Roma hay estudios de lengua española, como de latina y griega y hebrea, y los nobles procuran dar á sus hijos ayos españoles, á fin de que les enseñen la lengua. Y esto no es de ahora, que parece está esta lengua en el estado, colmo ó cumbre de su perfeccion, como la latina en los tiempos de Ciceron; mas cincuenta y mas años ha que en Francia se enseñaba por arte con estudios públicos, como consta de un privilegio concedido á Bartolomé Cravio para que entre otros libros que en escuelas se leian pudiese imprimir una arte para

enseñar la lengua española á los franceses.» (Copia el privilegio, que es en latin, del año 1553; y en seguida algunos párrafos del prólogo del impresor, en francés, pero con tantas erratas, que apenas se adivina el sentido.) El autor del dicho arte, despues de decir que no hace falta manifestar al pueblo francés la utilidad y hasta necesidad del estudio de la lengua española, al dar sus preceptos viene á confesar que no la tiene por inferior á la griega y latina.

Cervantes, en su *Persiles y Sigismunda*, dice en comprobacion de lo cultivada que era en aquel tiempo en Francia, lib. III, pág. 162 del t. II, edicion de Sancha: «Llegaron así (las damas francesas Deleasir, Berlamia y Félix Flora), habláronlas con alegre rostro y cortés comedimiento, preguntáronlas quién eran en lengua castellana, porque conocieron ser españolas las peregrinas, y en Francia ni varon ni mujer deja de aprender la lengua castellana.

debió sus lauros tambien al gran partido que supo sacar de las obras españolas. Nadie ignora que las novelas que sacó á luz con el título de imitadas de las castellanas fueron recibidas con aplauso y leídas con entusiasmo; y aunque despues la variacion del gusto las hizo decaer, esto ha de atribuirse al defecto de no pintar las costumbres nacionales y á que, siendo copia de las extranjeras, no igualaban la exactitud y valentía en el pincel de los autores de quienes tomó la idea. Sin duda tomó la de su mejor obra, que es el *Roman comique*, de nuestras novelas picarescas. En ellas bebió la naturalidad y el estro que le caracterizan y que supo hacer suyos auxiliado de sus buenas disposiciones; en ellas el picante desenfado y los agradables donaires que tanto le recomiendan, por mas que despues una refinada cultura le anatematizase, teniendo sus gracias por mas dignas de la taberna que de los aristocráticos salones de los cortesanos de Luis XIV.

Todo el mundo sabe que en la primera mitad del siglo XVIII el teatro francés no se alimentó sino de traducciones españolas. Merced á ellas, se vieron libres sus ingenios de recorrer todos los períodos de la infancia del arte. Con ellas y con el estudio de sus originales se formaron Corneille y Moliere, que no se diferenciaron de los demás traductores sino en el superior talento con que habiendo sabido refundir sus versiones de un modo mas acomodado al gusto francés y á las doctrinas literarias que se enseñaban en la escuela y que con fe viva habia abrazado aquel pueblo, crearon el teatro de su nacion y pudieron atreverse á echar á volar las obras de invencion propia haciendo eternos sus nombres. Lo que con el teatro, sucedió con las obras de lectura; la traduccion é imitation de libros españoles, perfeccionando la prosa y vigorizándola con nuevas ideas, puliendo el lenguaje, dándole nuevos giros y mayor armonía y riqueza, prepararon á los escritores del siglo de Luis XIV el instrumento que les habia de servir para sus obras inmortales. Injustos fueron estos en la época de su gloria con los que les habian legado ya desbastados los medios de conseguirla. Despreciando y ridiculizando, cuando en sus manos las ideas variaron y se purificó el gusto, á los autores que los habian precedido, afectaron tratar de bárbara y grotesca la literatura española; y en vez de reconocer los bienes que á ella debian, los llegó á persuadir la ingratitud de que la aficion á su cultivo solo habia servido para retrasar entre sus mayores la aurora del buen gusto. Ignoramos la razon de esto.

De todas las novelas españolas que se imitaron en Francia lograron conocida preferencia (por ser mas análogas á la índole altanera de su orgullosa nobleza) las caballerescas y heroicas, precisamente aquellas en que mas resaltan los defectos que sus críticos nos acriminaron. En ellas es en las que se nota exageracion en el heroismo, exageracion en la galanteria, exageracion en los sucesos así como en los sentimientos, y afectacion en el relato. Con ellas dicen que los españoles inocularon en los franceses este vicio, si bien es de creer que aunque en España no se hubiese escrito ni un libro caballeresco, hubieran de la misma manera adolecido de él, por ser esta extralimitacion en todas las ideas heroicas el carácter especial del estado social de Europa en aquel tiempo. Pero si España le comunicó el mal, ella les envió tambien el remedio. En la misma saxon en que estaban en su auge los libros de caballerías penetró en Francia el sublime libro debido á la pluma de un español que, ridiculizando todo lo que habia en aquellos de exagerado y fuera de razon, ponia remedio á su contagio. Y ya hacia mucho tiempo que los españoles estaban curados de la enfermedad caballeresca, merced á este antidoto, cuando los franceses se entregaban con todo frenesi á la composicion de tales libros: testimonio irrefragable de que en los cerebros transpirenaicos se hallaba el mal en estado de recrudescencia tal que resistia á la eficacia de una medicina suficiente para España. Sin embargo, no tienen que quejarse de los efectos que en su suelo produjo la exaltacion de ideas que nos culpan haberles comunicado. ¿Quién sino los exaltados sentimientos de heroismo y el entusiasmo de la galanteria española puso en movimiento la actividad de la imaginacion francesa, y creando en el Rey un carácter grandioso y algun tanto novelesco, fué el gérmen de las grandes acciones y de las excelentes obras que ilustraron el reinado de Luis XIV? Sus eminentes escritores, mientras la critica mordaz nos ponia por blanco de la sátira, no desdeñaban estudiar un idioma que, á hacer caso de aquella, jamás produjo sino monstruos. Sabemos que Racine, como la mayor parte de los hombres que dieron á la Francia propia literatura nacional (citamos á Racine por ser el que mas se separa de nuestros escritores por la parsimonia y por la pureza clásica de estilo), sabemos, repetimos, que hablaba el castellano, y habia sido en su juventud afecto á nuestros libros: algun provecho sacaria de su lectura (1).

(1) En la coleccion impresa de las cartas de Racine el padre, se lee. En la carta vi á monsieur Lavaisseur, haciéndole la cita de un autor, le dice: «Yo quisiera por vues-

tra satisfaccion que este autor fuese italiano ó español.»
Hállase en la siguiente al mismo: «Desde Leon comencé á no entender el lenguaje, y necesitaria un intérprete del

Es tanto mas injusto el furor con que los críticos franceses se ensañaron en nuestras letras, cuanto que no cuidándose de acudir á las fuentes, juzgaron de ellas por los libros que sus naturales habian compuesto á imitacion de los nuestros. Podian aquellos prestarse á los tiros de la critica, á causa de que sin saber copiar las bellezas de sus modelos, por propia confesion de los literatos franceses (1), exageraban sus defectos; pero nunca de la falta de habilidad de estos franceses debe responder la literatura española. Con el encanto de un seductor estilo y de una lengua elegante y rica en galas para hermohear cualquier pensamiento, hacian desaparecer muchos defectos nuestros escritores; mas los transpirenáticos, teniendo que servirse de una lengua atrasada é ingrata, no podian menos de anublar muchas bellezas con la pesadez y rudeza de su estilo. Está pues fuera de toda razon hacer responsables á Mendoza, Montemayor y Cervantes de los defectos en que hizo incurrir á sus imitadores el valerse de lengua, diversa en indole, pálida, rebelde, inarmónica y pobre.

Favorecian estas injustas criticas las ideas francesas en puntos literarios; ideas emanadas del mezquino sistema que pretendia encerrar al ingenio en estrecho circulo de media docena de reglas convencionales, buenas como consejos del gusto, pero desatinadas cuando se las quiere levantar á la esfera de leyes inviolables: por eso, tan luego como se comenzó á juzgar de un modo mas ecléctico las obras de imaginacion principió la opinion á variar al instante de rumbo. Despues de lo mucho que se habia declamado contra el mal gusto de los ingenios españoles, el sabio Linguet, traductor de algunas comedias escogidas (2) de nuestro teatro, decia á fines del siglo pasado que las novelas españolas eran tan vigorosas y de tacto tan fino, que se aventajaban á las ideas comunes del siglo, y que contribuyeron mucho á la perfeccion de la lengua francesa, cuyas novelas no fueron mas que traducciones ó imitaciones suyas. Opina además que por lo general estaban mejor escritas que las composiciones dramáticas, porque se acercan mas á la originalidad natural. Este juicio, para nosotros tan favorable, ha ido tomando cuerpo, reconociéndose generalmente hoy dia la exageracion y falta de equidad de la censura que dictó á nuestros vecinos un impertinente y mal entendido orgullo.

Alcanzados tantos y tan envidiables triunfos en cuantas especies de novelas hay conocidas, dados ejemplos de grandes primores, si bien no todos puros y regulares, solo hacia falta que los españoles, amalgamando los distintos géneros de novela, formasen un cuadro donde nos diesen á conocer completamente la sociedad, reuniendo los diversos personajes cuyos retratos aislados habian aparecido en cada una de aquellas. A esto parece que se dirigió la de que vamos á hablar. Estando en todo su auge la gloria de la literatura francesa que habia oscurecido con sus deslumbrantes resplandores el estudio de la española, un literato de aquella nacion, hombre de exquisito gusto, pero de talento poco creador, que todavia nutria su imaginacion en el copioso manantial de nuestras obras, publicó el *Gil Blas de Santillana*, libro ingenioso, donde se presentan los mas notables caracteres de la novela castellana con tal novedad y gracia que hizo á los franceses, ocupados tan solo en contemplar su propia gloria, volver de nuevo la vista hácia el gran valor de nuestras propias invenciones. Reñidos debates ha habido sobre si la composicion del *Gil Blas* fué originariamente española, y el trabajo de Le Sage el de un mero traductor, ó si este la compuso de suyo con elementos españoles, tomados de acá y allá con eleccion acertada. El conde de Neufchateau sostuvo este último extremo; don Juan Antonio Llorente el primero, adjudicando la gloria de la primitiva composicion al célebre don Antonio Solís. Mas ni Llorente en sus ingeniosas *Observaciones* prueba (3) su

mismo modo que un moscovita en Paris. Sin embargo, he llegado á notar que es un compuesto de italiano y español, y como poseo bastante bien estas dos lenguas, me valgo de ellas para darme á entender.» — En la carta xii, dirigida á monsieur Vitart: «La moda de este pais (del Languedoc) es de vestirse de un paño de España muy bueno, que cuesta veinte y tres libras; mi tio me ha hecho un vestido de él, y parezco uno de los personajes de la villa.» — En la carta xxiv á monsieur Lavaisseur, dice: «¡Qué bien que sosteneis vuestra gravedad española! Parece que al aprender esta lengua habeis tomado el humor de su nacion. Andais á pasos tan contados, que escribis en tres meses una carta.» — Y mas adelante: «No creais que mi biblioteca sea muy dilatada; el número de mis libros es corto y poco á propósito para enseñar galanterías; son sumas de teología latinas, *meditaciones españolas*, algu-

nas historias italianas, los padres griegos, y ninguno francés: ved si encontraré aquí alguna cosa que pueda agradar á vuestras bellas.»

Racine estudiaba entonces para clérigo, siendo la mayor parte de los libros que manejaba *meditaciones españolas*, como las mejores que entonces se conocian por su uncion, elocuencia y estilo. No se aprovecharon poco de ellos Bourdaloue, Masillon y los grandes predicadores de Luis XIV.

(1) Laharpe, *Cours de littérature*.

(2) Las publicó en cuatro tomos en 8.º en 1774 con el título de *Teatro español*: las palabras que en seguida referimos son del prólogo.

(3) Observaciones criticas sobre el romance de *Gil Blas de Santillana*, en las cuales se hace ver que monsieur Le Sage lo desmembró del de *El bachiller de Salamanca*, en-

aserto, ni las razones del Conde convencen por completo, ni tiene mas fuerza la opinion del escritor español moderno que le sigue y trata de probar su sistema, manifestando que los modelos de muchas de las aventuras del *Gil Blas* se hallan esparcidos en otros libros impresos y conocidos, puesto que no implica contradiccion que el autor francés tradujese un manuscrito español é intercalase en él, sin variar su plan y contextura primordial, cuantas historias creyese que le podian dar mayor amenidad y agrado (1). Cuestion es esta que nunca se resolverá; pero en la cual el argumento de la influencia grande y beneficosa de nuestras obras de imaginacion en la literatura francesa brilla mas cuanto mas se adopte la opinion menos favorable á la parte que tuvo el ingenio español en la composicion del *Gil Blas*: cuando se quiera seguir como verdadero el sistema del conde de Neufchateau. Admirable es, en efecto, que un francés que floreció en el reinado de Luis XV, y que nunca estuvo en España, retratase con tal fidelidad las costumbres españolas, que hombres tan conocedores como el padre Isla y Llorente no pudiesen persuadirse de que fuese de extranjera mano la pintura, cuando hoy dia franceses que visitan nuestro país y viven entre nosotros no escriben acerca de nuestra nacion sino despropósitos, patrañas y ridiculeces. Y se ha de atribuir esto, sin duda, á que profesando el autor del *Gil Blas* con incansable ardor las letras castellanas, de cuyo tesoro tomó toda su vida el fondo de sus composiciones, llegó á identificarse con el carácter español, mientras que sus conciudadanos al viajar por nuestro suelo, no pudiendo ó no queriendo desprenderse de las ideas francesas de que vienen imbuidos, lo ven todo por el prisma de sus preocupaciones nacionales, que tergiversan cuantos objetos se ofrecen á su vista.

Cuando el *Gil Blas de Santillana* vió la luz en Francia como brillante muestra de la poderosa imaginacion española, llevaba esta medio siglo de yacer adormecida y en silencio, habiendo sucedido á la fertilidad de la primera mitad del xvii una esterilidad inconcebible, ahogados los alientos del ingenio español por la degradacion política del reinado de Carlos II. Recuperada algun tanto la monar-

tonces manuscrito español inédito; y se satisface á todos los argumentos contrarios publicados por el conde de Neufchateau miembro de la Academia francesa, ex-ministro del Interior. Madrid, imprenta de Tomás Alban y compañía, 1822.»—Un tomo, 8.º

(1) El doctor don Antonio Puigblanch, hombre de instruccion, aunque presuntuoso y procaz, ofreció en Londres una nueva traduccion del *Gil Blas*, hecha en vista de la del padre Isla, corrigiendo, dice, los defectos del lenguaje y estilo en que aquel incurrió. Tan satisfecho estaba el doctor Puigblanch de su obra, que se atrevió á presentarla como modelo de buenas traducciones. El mismo, en sus *Opúsculos gramático-satíricos contra el doctor don Joaquin Villanueva, escritos en defensa propia, en los que tambien se tratan materias de interés común* (Londres, en la imprenta de G. Guthrie, 1855, dos tomos en 8.º), dice á la pág. 572 del segundo, hablando de la cuestion elevada sobre la primitiva invencion del *Gil Blas*: «Tengo examinada esta cuestion mas de raíz que la examinó Llorente, de cuyo trabajo no puedo menos de decir que se resiente de precipitacion, y que en él sentó su autor como positivos algunos datos no bien averiguados. En un discurso, que precederá á la traduccion que tengo anunciada del *Gil Blas*, se verá que no hay fundamento para privar á Le Sage del mérito de aquella composicion; así como, por el contrario, no cabe duda en que se aprovechó de varios pensamientos de autores nuestros, lo cual ya lo conceden los franceses, y yo citaré algunos fuera de los advertidos por otros. Señalaré además una obra nuestra, escrita por los años de 1640, parte en verso y parte en prosa, cuyo objeto, y puedo añadir que tambien el plan; es el mismo que el del citado romance, esto es, una pintura del hombre en los diferentes estados de la vida civil, en la cual obra, que tambien contiene como el *Gil Blas* una sátira, no bien disimulada, del gobierno del conde-duque de Olivares, y que se imprimió dos veces en Francia, y una ó dos en Flándes, y ninguna en España, se registran algunas especies manifestamente adoptadas por Le Sage. Puede muy bien la obra á que aludo ser la misma que oyó el padre Isla decir que fué

entregada manuscrita por un abogado andaluz á Le Sage (creyéndose erradamente que este estuvo y residió en España, no habiendo estado nunca) para que cuidara de que se imprimiese en Francia, traducida al francés. Su autor, el cual, segun parece, siguió la carrera de leyes; y residió primero en Sevilla, y despues en Madrid, se expatrió voluntariamente por habérsele movido una persecucion en la corte, de modo que no envié su obra á Francia, sino que pasó él mismo allá á imprimirla, donde tambien imprimió otras. En una palabra, si hay alguna obra de la que pueda con fundamento afirmarse que sirvió de base á Le Sage para su romance del *Gil Blas de Santillana*, es esta que yo apunto. Desde luego no se puede negar que el escritor de que hablo ganó por la mano al francés, en cuanto á la idea y al plan, no obstante que el segundo mejorase ambas cosas considerablemente; lo cual satisfizo los deseos que manifestó el primero, así al principio como al fin de su obra, de que otro despues de él diese otra mas perfecta. A la misma obra pudo el padre Isla deber el pensamiento de llamar Jerundio á su fraile de Campazas, como que en ella ocurre un don Jerundio; pero decia ser en su juventud cuando la leyó. Ni entonces hubo de advertir la analogia que con ella tiene el *Gil Blas*, que tradujo siendo ya muy viejo.»—Por distinto camino va á parar el doctor Puigblanch al mismo punto que Llorente, que es que Le Sage tuvo un original español para su fábula. Puigblanch avanza mas la cuestion hácia su desenlace: segun Llorente, fué un manuscrito; segun él, un libro impreso varias veces en Francia y Flándes, lo que facilita la averiguacion. Copiamos tan largo párrafo del doctor catalan, ya por hacer á nuestro propósito, ya porque pertenezca á una obra polémica, impresa en Londres, que suponemos no muy conocida en España. A lo menos don Félix Torres Amat no tuvo de ella noticia cuando escribió su *Biblioteca de escritores catalanes*, por cuyo motivo el artículo del doctor Puigblanch está muy manco, no haciéndose mencion en él de multitud de obras que cita el doctor en esta, como producto de su laboriosidad.

quía con el advenimiento de los Borbones al trono de España, empezó á alentar la literatura seria, pero no volvieron á levantar cabeza los estudios amenos; en este punto bastaba á nuestros abuelos lo que les venia de Francia. La nacion poderosa que habia influido sobre ella, abatida y atrasada, sufría ya su influencia; la reina que dió leyes, descendió á ser tributaria; y aun experimenta ese yugo, que no sacudirá de su cuello mientras los aciertos gubernativos no la hagan recobrar su independencia moral, reponiéndola entre las naciones el preeminente asiuto que perdió por pasados desaciertos. Entre tanto, como el que por su culpa ó su desgracia cae en el infortunio desde la cumbre de la prosperidad, halla su consuelo al recordar los tiempos de su ventura, los buenos españoles se alientan en medio de la impotencia de los modernos ingenios, repasando la gloria de un Mendoza, de un Montemayor, de un Aleman, que ilustraron el siglo xvi; de un Cervantes, de un Lope, de un Espinel y de un Tirso, que puestos entre dos siglos, vieron espirar aquel y comenzar el xvii.

Antes y despues de estos hubo otros escritores de varia índole y gustos y de diferente mérito, así como de distinta fama y nombradía. Unos que, habiendo dado muestra de relevantes talentos en otros géneros, gozaban ya de nombradía, respetados del público, que han trasmitido á la posteridad; otros que, presentándose por primera vez en este, y no sobresaliendo despues en otros, no han logrado que fuese tan popular su memoria.

De muchos de ellos se ofrecerán obras en el presente volumen; y puesto que á mi escrito ha caído la suerte de servirle de prólogo, no estará de mas que demos una noticia mas individual de los autores que comprende.

El primero que se ofrece á los ojos del lector es ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO, escritor infatigable, á quien vió nacer la corte al mediar el último tercio del siglo xvi. Fueron sus padres el licenciado Diego de Salas Barbadillo, agente de los negocios de Nueva España y de la causa de la canonizacion de san Isidro, y doña María de Porras, personas que no debian estar mal acomodadas puesto que vivian en casa propia en la Morería, parroquia de San Andrés. Esto hubo de proporcionar al hijo las ventajas de una educacion esmerada. La actividad de los ingenios de aquel tiempo era, como hemos podido ver, incansable; ó sus afanes mejor recibidos del público que al presente, ó estaban menos sujetos á desmayos. BARBADILLO en fecundidad rivalizó con ellos, produciendo desde 1608 (en que parece sacó á luz *La Patrona de Madrid*, poema épico, que despues se ha reimpresso) multitud de obras apreciables (1).

Fué criado de la real casa, no se sabe en qué categoría; pero luego que entró á reinar Felipe IV, el afecto del Rey, por humilde que aquella fuese, lo igualaría con los de primera, segun la propension que tuvo el monarca á favorecer á los hombres de ingenio. El regio agrado le estimularia mejor que otra recompensa á trabajar sin descanso hasta que la muerte le quitó la pluma de la mano en lo robusto de su edad, que si llegaba, pasaba poco de los cincuenta (2). El que se encargó de publicar su última obra (*Coronas del Parnaso*) hizo al frente del libro un breve pero sentido elogio del difunto escritor. «En estas obras póstumas (dice recomendando el libro al lector) logra las mismas locuciones, las mismas sales, los mismos picantes, las mismas frases y las mismas elocuencias que en todas las que escribió como cristiano y como filósofo, y filósofo cristiano. Como cristiano desengañado, y como filósofo mal sufrido en la relajacion de las costumbres, contra las cuales se le venian á la pluma invectivas chistosas y avisos morales sin ofension de las personas. Escribió siempre en

(1) En 1612 dió á la estampa en Lérida *La ingeniosa Helena*, cuya impresion se repitió en Madrid dos años despues, en 12.º En 1615 publicó tambien en la corte *El curioso y sabio Alejandro, fiscal y juez de vidas ajenas*, y en el mismo año en igual punto, *Bocas de todas verdades*. En 1618, las *Rimas castellanas*, que dedicó al marqués de Cañete. En 1619, la segunda parte de *El caballero puntual*, cuya primera ignoramos en qué año se imprimió. En 1620, las seis obras *El necio bien afortunado*, *El sagaz Estacio ó marido examinado*, *Casa del placer honesto*, en cuyo prólogo ofrece segunda parte; *El caballero perfecto*, primera parte; *El sutil cordobés Pedro de Urdemalas*, que tambien dice ser primera parte, á la que va unida la comedia de *El gallardo Escarraman*; *La escuela de Celestina*, y en fin, la comedia *El hidalgo presumido*. En 1621, *Lostrifunfos de la venerable soror Juana de la Cruz*. En el mismo, *El cortesano descortés* y *La sabia Flora mal sabidilla*. En 1622, *Las fiestas de la boda de*

la incasable mal casada. En 1623, *Don Diego de noche*, cuya impresion se repitió al año siguiente. En 1627, *La estatua del dios Niomo*. En diferentes tiempos, *El licenciado Talega* y *El coche de las estafas*; y últimamente, cuando murió en 1633 estaba para publicar *Las coronas del Parnaso* y *Platos de las musas*, que en la corte y en el mismo tamaño en 8.º (como todas las obras de este autor) sacó á luz por aquel tiempo un intimo amigo suyo. A este catálogo hay que añadir varias comedias y otros versos que leyó en justas y certámenes poéticos.

(2) Segun consta de los libros de óbitos de la parroquia de San Justo, falleció á 10 dias del mes de julio de 1633, en la calle de Toledo, casas de la Compañía; recibió la extremauncion; no testó; enterróse en San Justo; pagó el entierro doña Magdalena Barbadillo, su hermana, que vivía en la dicha casa y calle; y pagó á la fabrica sesenta reales. Equivócase pues Baena cuando supone que murió en 1630.

lenguaje verdaderamente castellano, no intentando introducir otro extranjero, como los que lo afectan, ignorando el propio, ostentando saber lo que no pueden saber. Honróle su majestad con título de criado de su casa, merecedor, si no de mayores dichas, de mas socorridos premios; veneráronle todos los ingenios admirados, con que hizo número ilustre. Favorecióle frey Lope Félix de Vega Carpio en su *Laurel de Apolo*, el doctor Juan Perez de Montalvan en su *Paratodos*, don Gabriel Bocanigel en un elogio en la *Estafeta de Momo*, y el maestro Valdivielso en muchos de sus libros, y otras plumas de las mas bien quistas. Ilustró nuestra nacion con diez y seis hijos de su entendimiento, padres y maestros de muchos, á quien en retiros privados y acciones públicas enseñaron á hablar y á escribir con acierto y felicidad; gozó con asombro de atenciones cuerdas el furor sagrado de las musas que con tanta prontitud derramaban por sus labios voces y pensamientos tan impensados, que primero se oian formados que se creyesen dictados. — No debe, sin embargo, tenerse á BARBADILLO por un ingenio superior; su talento era mas extenso que profundo; su estilo mas fácil que nervioso; pero estimesele como un escritor agradable. Para muestra de ello presentamos *El curioso y sabio Alejandro*, que aunque de las primeras obras que escribió, es de las que mas satisfacen.

Sigue á este otro autor de primera nota, LUIS VÉLEZ DE GUEVARA, famoso por el rumbo, el tropel, el boato y la grandeza de sus discretas y numerosas comedias y por otros escritos de imaginación. ¿Quién no conoce *El Diablo Cojuelo*, aguda fábula que imitó y popularizó en Francia el elegante Le Sage, aunque sin poder entrar en competencia con el original, segun la opinion de sabios críticos? Pero no igualan á su reputación las noticias que sus contemporáneos nos dejaron de GUEVARA. Sábese de él únicamente que nació en Ecija, por enero de 1574, y que vino muy jóven á Madrid para ejercer la abogacía, sin mas recursos ni protección que los alientos de la edad florida, que ven sembrada de flores la carrera del vivir, sin que los desengaños les hayan hecho aun conocer cuántos duros abrojos las rodean. Distinguióse muy luego por su elocuencia en el foro y por su agudeza y chispa entre los literatos. Era de ingenio perspicaz y de carácter alegre. Cuéntase que defendiendo á un reo, que tenia mala causa, logró salvarle la vida, excitando la risa de los jueces con cierto chiste que dejó deslizar en medio de una exhortación patética, con que queria captarse la indulgencia del tribunal. Obtenida sentencia favorable, apeló el fiscal su reforma, saliendo el reo condenado á pena capital y á una multa el abogado, quien entabló pleito contra el fiscal para liberarse de ella. LUIS VÉLEZ DE GUEVARA presentado al rey Felipe IV, de tal manera supo cautivar la voluntad del soberano, que este, no solo vino á perdonarle la multa, sino á conmutar en la de presidio la pena capital del delincuente (1). Como quiera que sea, GUEVARA, al poco tiempo de presentarse en Madrid, logró la gracia del Príncipe, que se complacia en extremo con su conversacion amena é instructiva; y no dejó de poner los medios para conservarse en esta especie de privanza. Guiado de su natural impulso y tal vez por adular las aficiones del Rey, se dedicó al teatro, y de su fecunda vena corrieron como raudales infinidad de composiciones dramáticas, admirando por su abundancia en

(1) Refieren esta anécdota de LUIS VÉLEZ DE GUEVARA los autores que han escrito su vida; pero la tradición debe de ser inexacta, ó cuando menos el suceso no fué origen de su nombradía, puesto que muchos años antes que Felipe IV subiese al trono, escribía Cervantes en el *Viaje del Parnaso*, publicado en 1614:

Este que es escogido entre millares
De GUEVARA LUIS VÉLEZ es, el bravo,
Que se puede llamar quítapesarés.

Es poeta gigante, en quien alabo
El verso numeroso, el peregrino
Ingenio, si un Gnaton nos pinta ó un Davo.

Y en el prólogo de las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos* prodigaba el propio inmortal autor del *Quijote* á LUIS VÉLEZ encomios los mas encarecidos.

Discúlpeme el lector si le refiero aquí otra anécdota que el portugués Pedro José Suppico trae entre sus *Apotegmas políticos*, publicados en el primer tercio del siglo anterior. «Don Pedro Calderon hurtó unas peras á LUIS VÉLEZ, y como ambos improvisasen una comedia de la *Creación del mundo*, delante de Felipe IV en sus saraos privados, haciendo Calderon el papel de Adán y LUIS VÉLEZ el de Padre Eterno, dijo aquel de repente:

Padre eterno de la luz.
¿Por qué en mí mal perseveras?
PADRE ETERNO.
Porque os comistes las peras.
Y juro á Dios y á esta cruz
Que os he de echar á galeras.

Hizo luego Adán larga relación y extenso alegato disculpando su hurto y descubriendo otros de LUIS VÉLEZ, quien exclamó con regocijo universal:

Por el cielo superior
Y de mi mano formado,
Que me pesa haber criado
Un Adán tan hablador.

Tuvo esta comedia un saladisimo coloquio de Adán y Eva, en que se dijeron tantas ternezas, que Moreto (que hacia la parte de Abel), impaciente por salir al teatro, lo interrumpió con un desenfadado rasgo, entonces muy aplaudido:

ADÁN.
¡Eva, mi dulce placer,
Carne de la carne mía!
EVA.
¡Mi bien, mi dulce alegría!
ABEL (al paño).
Estos me quieren hacer.

aquel siglo cuyo carácter especial fué una fecundidad inagotable. Hay quien las hace subir al número de quinientas; y en ellas campea la facilidad y urbano gracejo de que le había dotado la naturaleza, y que perfeccionara con el trato de la corte. Para probar que en aquellos tiempos de los Vegas, Tirsos y Moretos lograron privilegiada aceptación, baste saber que el monarca, que también solía borrar comedias, le eligió por corrector de las que componía; y dice un biógrafo de GUEVARA que hallándose, entre las que se atribuyen á este Príncipe, rasgos tan felices, que muchas pueden pasar por regulares y aun por buenas, es de presumir que los mejores pensamientos que las avaloraban se deban á correcciones de la mano maestra de GUEVARA. Esta fatalidad atrae á los príncipes su elevada posición: rodeados de personas las más entendidas en todas materias, no quiere otorgarles el público el mérito de poder hacer las cosas tan bien como los demás hombres. Modernamente el infante don Gabriel, hijo de Carlos III. con su nombre publicó una gallarda traducción del *Salustio*; y el público desdenoso é incrédulo se ha empeñado en suponerla de su maestro Perez Bayer. GUEVARA murió en Madrid, á los setenta y dos años de su edad, en 1644 (1), de resultas de una enfermedad á la orina, que hizo muy penosos los últimos días de su existencia. Dejó un hijo, digno heredero de los talentos de su padre, de quien se conocen algunas obrillas.

LUIS VÉLEZ DE GUEVARA publicó *El Diablo Cojuelo ó novela de la otra vida* en 1644, en 8.º, sátira ingeniosa en que, por medio de una invención muy nueva, se retratan las costumbres que en su tiempo reinaban en la corte, y que fijó y eternizó su reputación. En ella lucen el más puro lenguaje, elegante estilo y cómico gracejo, continuado y de buen género; estando los varios cuadros que presenta la novela tocados con pincel suelto y valiente. Le Sage, conocedor del mérito de semejante género de escritos y con talento á propósito para apropiarse sus bellezas, dió á luz en París en 1707 una traducción del *Diablo Cojuelo*. Viendo que esta fué la base del gran renombre que adquirió como novelista, y que coronó después con la publicación del *Gil Blas*, atreviéndose diez y nueve años después de hecha la primera edición, á publicar una nueva en dos tomos en 12.º, añadiendo muchas cosas al original, aunque no todas de su propia cosecha; pues él mismo confiesa que tomó los materiales de la obra española, compuesta por Francisco Santos, titulada *Día y noche de Madrid*. Pero tales adiciones, que forman una segunda parte, no fueron del público francés tan bien admitidas como la primera, sin duda por no hallarse en ella ni el gracejo ni la inventiva de GUEVARA, imposible de imitar ni de admitir mejora. Equivocóse pues cuando en su presunción lo creyó conseguir Le Sage, según se explica en un prólogo agregado á su obra y dirigido al mismo GUEVARA, quien hacía ya ochenta años que yacía en el sepulcro. En el distinto aprecio que hicieron los franceses de la composición del escritor español y de la de su traductor, se ve claramente cuánto más apreciaban al primero que al segundo. Sin embargo, no debía hallar monsieur Boileau muy arreglada á los preceptos horacianos la obra de GUEVARA, cuando (según cuenta en sus cartas Juan Bautista Rousseau) habiendo visto este literato (versificador puro y correcto, pero preceptista sin ingenio) la traducción de Le Sage en manos de su lacayo, le amenazó con despedirle, si aquel libro dormía otra sola noche en su casa. Semejante aversión prueba más contra el gusto del legislador del Parnaso francés viciado por el espíritu de sistema, que contra el libro. ¿Qué piedad había de esperar este de quien estaba tan apegado al arte, que daba mayor mérito que á un buen poema á un soneto cuyas palabras estuviesen artísticamente combinadas? La opinión de los que no juzgan las obras de ingenio por las futilidades de reglas sistemáticas, sino por la grata impresión que les deja su lectura, fué bien contraria al sentimiento del autor del *Arte poética*. Refiérese que el público entusiasmado encontró allí escenas aplicables á la célebre Ninon de Lenclos, á monsieur Baron, al matrimonio de Dufresny y á otros personajes conocidos en la corte de París. ¡Tal privilegio alcanzan los escritores que pintan con maestría la naturaleza: ser de todos tiempos y de todos lugares, sin pertenecer jamás á clásicos ni románticos! Tal priesa hubo en comprar el libro, que no quedando ya sino un solo ejemplar, se suscitó un duelo entre dos jóvenes sobre cuál sería quien lograra la fortuna de llevarse. Prestó origen á multitud de piezas dramáticas; por las tiendas se veían muestras costosas y hábilmente pintadas en que se representaba el *Diablo Cojuelo*, y llegó, en fin, á ser este diablo tan afortunado, que tuvo por hijos multitud de ellos, como el *Diablo á cuatro*, el *Diablo de*

(1) Equivocadamente han dicho algunos que en 1646. En los libros de óbitos de la parroquia de San Sebastian consta la partida de Luis Vélez de Guevara, á 10 de noviembre de 1644, de donde resulta que estaba casado con doña María de Palacios, que vivía al tiempo de su

fallecimiento en la calle de las Urosas, que fué enterrado en Doña María de Aragon, y que testó ante Lucas del Pozo. Dejó varias misas, y por alhaceas al duque de Veraguas y á fray Justo de los Angeles.

plata, el *Diablo de rosa* y otros que fuera ocioso referir. Triunfo tan completo y popular se debió mas al mérito de GUEVARA que al de su traductor; confesando los críticos sensatos que este último quedó muy inferior al original: defecto inseparable de las traducciones de obras clásicas, cuya principal belleza consista en la fidelidad y precision con que estén retratados las costumbres y carácter del pueblo, en cuyo idioma se escribieron originariamente; costumbres é índole que, encarnadas en su idioma, no pueden encontrar en otro diferente del todo frases y expresiones que las retraten con belleza, verdad y galanura (1).

Al lado de *El Diablo Cojuelo* presentamos la novela de *Estebanillo Gonzalez*, que muchos creen obra de GUEVARA, impresa, al parecer, primero en Brusélas y despues en Madrid. Dice don Nicolás Antonio que su autor fué ESTÉBAN GONZALEZ, bufon que habia sido de Octavio Picolonini de Aragon (2). Tradujo y aydió al público en 1734 Le Sage, que tambien la creyó digna de su pluma. Pretensiones han tenido los franceses de hacerle autor original de la obra; y monsieur Audifret, su biógrafo, supone haberle oido decir que la compuso tomando en globo el argumento de *El escudero Marcos de Obregon*. Audifret debia hallarse trascordado, porque Le Sage estaba demasiado instruido en la literatura española para atribuirse un plagio que tan fácilmente se le podia comprobar; no pareciendo verosimil que ignorase lo que dice don Nicolás Antonio, y teniendo por otra parte noticias de Octavio Picolonini, gobernador y capitan general que fué de los Países-Bajos por Felipe IV, de quien hace mencion en la novela de *El bachilller de Salamanca*.

Nombre supuesto es, segun parece, y fingida la patria del autor de la *Picara Justina*, libro que imprimióla primera vez en Medina del Campo Cristóbal Lasso Vaca, año de 1603, con el titulo de *Libro de entretenimiento de la Picara Justina, en el cual, debajo de graciosos discursos, se encierran provechosos avisos. Al fin de cada número verás un discurso que te muestra cómo te has de aprovechar de esta letura para huir los engaños que hoy dia se usan. Es juntamente arte poética, que contiene cincuenta y una diferencias de versos, hasta hoy nunca recopilados, cuyos nombres y números están á la página siguiente*. Dirigida á don Rodrigo Calderon Sandelu, de la cámara de su majestad, señor de las villas de la Oliva y Plasenzuela, compuesto por el licenciado FRANCISCO DE UBEDA, natural de Toledo (3). Aunque su autor puede considerarse como novelista posterior á Cervantes porque ya estaba impresa la primera parte del *Quijote* cuando dió á luz su obra, precedió esta con mucho á las novelas ejemplares. Es comun opinion que no hubo tal licenciado UBEDA, autor de *La Picara Justina*, y que fué verdadero compositor del libro fray Andrés Perez, natural de Leon, religioso dominico, conocido por la *Vida* que escribió de san Raimundo de Peñaforte en 1604, por los *Sermones de Cuaresma* que publicó en Valladolid veinte años despues, y por los *de los santos* que dió á luz en 1622. Quiso ocultar su nombre en este que llamaba juguete, escrito siendo estudiante en Alcalá, por reverencia al sagrado instituto que profesaba. Los modelos que se propuso fueron el *Patrañuelo* de Juan de Timoneda, el *Lazarillo del Tórmes*, las célebres comedias *Calixto y Melibea* y la *Eufrosina*; y singularmente la *Atalaya de la vida*, que despues con el título de *Guzman de Alfarache* publicó Mateo Aleman, y de que ya dejamos hecho mérito. Fué, segun dice, su designio hacer á fuer de médico de un simple veneno medicamento útil con añadirle otro simple de buenas cualidades, y despertar, amonestar y enseñar á los sensibles, para que sepan huir de lo mismo que al parecer persuade. Los escrúpulos que sin duda tuvo despues de las libertades con que se explicó en su escrito y el temor de que no fuese entendido convenientemente, le hicieron añadir los párrafos que él llama *aprovechamientos*, y que son como las moralidades de la fábula. A tener el autor acierto y gusto suficiente para tomar lo mejor de los libros que imitaba, á saber combinar su fábula, y borrar en vez de dar rienda suelta á su imaginacion, diciendotodo lo que le venia á la pluma, y en fin, si hubiese respetado mas las leyes del lenguaje y del estilo, habria acertado á escribir un libro. Entonces podria decir con razon que Justina habia nacido para casarse con Guzman de Alfarache; y la novia seria digna del novio. Sus defectos gravísimos no fueron sin embargo, impedimento para que el libro se tradujese al francés y al italiano (4).

(1) Las ediciones españolas de *El diablo Cojuelo* son en gran número: la mas elegante es la que salió en Paris de la imprenta de Gaultier Laguionie, en 1827 en 12.º, aunque se queja el editor de haberla tenido que hacer en pais extranjero, sin los recursos y noticias que proporciona el propio.

(2) La circunstancia de haberse impreso esta obra

por primera vez en Brusélas hace verosímil la opinion de don Nicolás Antonio. En la portada se dice que la vida de Estebanillo Gonzalez fué escrita por él mismo.

(3) La licencia para imprimir el libro está dada en Guiníel del Mercado, á 22 de agosto de 1604.

(4) En la portada de la version italiana, hecha diez y nueve años despues de publicada la novela, se lee: *Vita*

En pos de *La Picara Justina* se imprimen tres novelas de SOLÓRZANO: *La Garduña de Sevilla*, *La Inclination española* y *El Disfrazado*. ALONSO DEL CASTILLO SOLÓRZANO, familiar del marqués de los Vélez cuando este caballero estuvo de virey en Valencia, dió en esta ciudad y en otras á luz varias obras de amena lectura. En 1654 publicó *La Garduña de Sevilla* en Logroño, adonde ignoramos qué asuntos le llevaron. Suyos son los *Donaires del Parnaso*, impresos en 1624 y 25 en dos partes; las *Tardes entretenidas*, dadas á la estampa en 1625, en 8.º; *Jornadas alegres* en 1626, tambien en 8.º; *Tiempo de regocijo y Carnestolendas de Madrid*, en Madrid, 1627; *Noches de placer*, donde se contienen doce novelas, en Barcelona, 1651, en 8.º; *Las arpias de Madrid y coche de las estafas*, en Barcelona, 1655; *Los amantes andaluces*, en el mismo año y pueblo; *Fiestas del jardin*, que contienen tres comedias y cuatro novelas, Valencia, 1654; *Historia de Marco Antonio y Cleopatra*, 1659; *La quinta de Laura*, en Zaragoza, 1649. Dedicó tambien su pluma á otros asuntos mas graves, y en el género histórico escribió la *Historia de la vida y hechos del rey don Pedro de Aragon* (Zaragoza, en casa de Pedro Dormer, 1659), y el *Sagrario de Valencia*, en que se incluyen las vidas de los ilustres santos hijos suyos y del reino de Valencia (en la oficina de Silvestre Sparza, 1655). Gozó entre sus contemporáneos de la reputacion de buen escritor, y Lope de Vega le celebró en alguna de sus comedias, y exageradamente en su *Laurel de Apolo*. Habla de él en la silva viii, en que elogió á los poetas del Manzanares; mas no lo incluyó Baena entre los hijos ilustres que nacieron en su orilla.

Pasemos á hablar de ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ, autor del *Siglo pitagórico ó Vida de don Gregorio Guadaña*, libro ingenioso, en que tomando por fundamento de su fábula la opinion pitagórica de la metempsicosis ó trasmigracion de las almas, supone una que sucesivamente va animando diversos cuerpos, sujetos á diferentes vicios, hasta que llega á posarse en el de un virtuoso. Están las trasmigraciones, que cada una forma un capítulo, escritas ya en verso ya en prosa, y todas ellas con gracia y desenfado. Tenemos delante la segunda edicion que se hizo segun el *ejemplar* (el original) en Rohan, imprenta de Laurencio Mauri, año 1682, en 4.º, dedicada al muy ilustre señor don Gaspar Márquez Barbarán, maestre de campo de un tercio de infanteria walona. La primera (que se hizo en la misma ciudad en 1647 y está plagada de erratas ortográficas, hasta el punto de dejar indescifrable el sentido) fué dedicada por su autor al mariscal Bassompierre, y es argumento de lo extendida que estaba la lengua española en Francia dedicar un libro escrito en ella á un ministro del rey cristianísimo. ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ era judaizante; nació en Segovia de un converso portugués, llamado Diego Enriquez de Villanueva; y habiendo desde niño profesado en público la religion católica, se dió á conocer en la corte de Castilla, durante el reinado de Felipe IV, con el nombre de Enrique Enriquez de Paz. Siguió la milicia, y obtuvo una capitania y el habito de San Miguel en premio de sus servicios; mas la Inquisicion de Sevilla le seguia los pasos. Complicado con otros judaizantes en cierta causa de fe, apenas tuvo tiempo para escapar á tierra extraña. En Amsterdam supo que habia sido quemado en estatua en un auto de fe, año de 1660, á la vez que otros lo habian sido en persona, con lo cual no le quedó la menor duda de la suerte que le esperaba si se arrojaba á pisar el suelo español. En su expatriacion cultivó las letras que antes de ella le habian dado crédito merecido. De sus obras las que se sabe que han sido impresas, además del *Siglo pitagórico*, son: *Las academias morales*, en Madrid en 1660, y en Barcelona en 1701; *La culpa del primer peregrino*, en Rohan en 1644, y en Madrid en 1735; *La política angelica*, en Rohan en 1647, y allí y en el propio año *La Torre de Babilonia*, reimpresa despues en Madrid; *Luis dado de Dios*, en Paris dos años antes; y el poema de *Sanson Nazareno*, publicado en Rohan, año de 1656; además de algunas comedias que se hicieron correr como de Calderon, y este desechó de su catálogo, poco amigo de vestirse con ajenas galas. Tan afecto á su lengua como á su patria, jamás usó de otro idioma que del español, y nunca se conformó con verse desterrado; muriendo al fin sin el consuelo de ver otra vez el suelo que tanto amaba. Quien desée mas noticias de este escritor consulte al señor Amador de los Rios, que en su excelente obra sobre los judíos de España consagra mucha parte del libro á su memoria.

Ningun género crearon los escritores de que vamos hablando; no hicieron mas que seguir las huellas de sus predecesores. *El Diablo Cojuelo*, *Estebanillo Gonzalez*, *La picara Justina* y la *Vida de don*

della Picara Giustina Diez; regola de gli animi licentiosi... Composta in lingua Spagnuola dal Licentiato Francesco di Ubeda, naturale della Città di Toledo; et hora

trasportata nella favella Italiana da Barezzi Barezzi Cremonense. In Venetia, M DC XXIV. Appresso Barezzi Barrezi.

Gregorio Guadaña pertenecen al género picaresco, al cual como por natural impulso dedicábanse entonces los escritores españoles; las demás novelas se acercan al que Cervantes pretendió haber introducido en castellano. En el mismo deben colocarse las que siguen de NAVARRETE Y RIBERA, de FRANCISCO DE SANTOS, de FULGENCIO AFAN DE RIBERA, de ANDRÉS DE PRADO, de AGREDA Y VARGAS, de MATEO VELAZQUEZ, de ANDRÉS DEL CASTILLO y de un ingenio de esta corte que no sabemos quién sea, puesto que bajo el misterioso velo de este anónimo ha creído ver siempre el público al monarca de aquel tiempo, ó cuando menos algun encumbrado cortesano. De todos los sugetos mencionados, ya porque escribiesen menos ó ya porque el público no los favoreciese tanto, encontrando poco su az en sus obras, son muy escasas las noticias. Sábese que DON FRANCISCO NAVARRETE Y RIBERA fué notario apostólico, y que en 1644 imprimió en Madrid un libro titulado *Casa de juego*, habiendo dado á luz cuatro años antes otro en el mismo punto, intitulado *Flor de santas*. No hay que preguntar mas, porque todo lo demás se ignora. La novela que se publica, titulada *Los tres hermanos*, escrita sin la letra *a*, es un juguete apreciable, que á mas de suma paciencia en el autor, prueba la inagotable riqueza de nuestra lengua, que puede prescindir en un largo escrito de una de las letras mas usuales en su composicion. Solo para dar muestra palpable de esta verdad puede alguna vez permitirse al escritor que se pierda en tan intrincado laberinto, que en otro caso es inútil pedanteria: si lo que se dice vale poco, tan poco valdrá porque se diga con cuatro vocales como con cinco. Otras tantas novelas hay en castellano de regular extension, que á cada cual falta su vocal correspondiente; y este esfuerzo hubo de parecer aun pequeño para los recursos que ofrece nuestra lengua, que hubo quien ensayó escribir una relacion no corta sin valerse mas que de una vocal (1).

FRANCISCO SANTOS era criado de la casa real. Debía tener genio jocoso y ameno, pues además de *El día y noche de Madrid* (que imprimió en esta capital, en casa de Pablo del Val, en 1663, y de que se valió Le Sage para la segunda parte que agregó á su traduccion de *El Diablo Cojuelo* de Guevara), empleó su vena en *El no importa de España*, *Las tarascas de Madrid* y *tribunal espantoso*, y *Los gigantes de Madrid por de fuera* (2).

El mismo año en que SANTOS publicó su *Día y noche de Madrid*, Andrés de Prado, natural de Si-güenza, dió á la estampa en Zaragoza una coleccion de seis novelas con el titulo de *Meriendas del ingenio y entretenimientos del gusto*: los epígrafes de las obras eran ya indicio del pésimo que dominaba.

A la circunstancia de haber nacido en Madrid y de nobles padres, debió DON DIEGO DE AGREDA Y VARGAS que Baena recolectase sus memorias. Fué hijo de don Alonso de Agreda (caballero del hábito de Santiago, del consejo y cámara de Castilla, natural de Granada) y de doña Luisa de Vargas y Guevara (que lo era de Madrid); sirvió á Felipe IV, con gente pagada á su costa, en 1640 y con su persona en el grado de capitán de infantería, por cuyos méritos y los muchos de su familia obtuvo merced del hábito de Santiago. En la capilla mayor del convento de Santa Inés de religiosas clari-

(1) Afirma Vargas Ponce en su «*Declamacion contra los abusos introducidos en el castellano, presentada y no premiada en la Academia Española. Sigue una disertacion sobre la lengua castellana, y la antecede un diálogo que explica el designio de la obra*. Madrid, 1783, en la imprenta de la viuda de Ibarra.»

(2) Don Diego de Torres y Villaroel, autor, aunque extravagante, instruido, que se hizo célebre en el siglo pasado con sus pronósticos, dice en la obrita que sacó á luz con el titulo del *Ermitaño y Torres*: «Poco mas allá (en la librería del Ermitaño) estaban las obras de FRANCISCO SANTOS en muchos tomitos pequeños. Este autor, añade en seguida, supo tambien poner los consejos en el punto de golosina que es necesario para que los hombres escuchen la reprension sin enfado; supo endulzar lo amargo de las verdades. Y no es menester poca habilidad para hacer esto, porque la soberbia y altanería satisfacen la consideracion y memoria de la propia excelencia, haciéndolos hambrientos de las alabanzas é idólatras de tratos humanos. ¡Tanto los desvía de la atencion á sus virtudes y á sus vicios; con que no queriendo verlos para corregirse con el ejercicio de las virtudes opuestas, no gustan de los espejos que les repre-

sentan sus deformidades! Los libros de SANTOS, aunque encaminados á la enmienda de las costumbres con la representacion de los vicios, y llenos de reprensiones y severas moralidades, han sido bien recibidos de todo linaje de gentes. Su invencion los encomienda y los sazona, y en esta parte excedió al Quevedo, pero no en el estilo. Si SANTOS hubiera hecho que concurriesen en sus obras con los donaires de la inventiva los de la locucion, hubiera logrado mucho mayor número de votos entre los críticos.—Con todo eso, dijo el Ermitaño (hasta aquí ha hablado Torres), es su lectura muy graciosa y entretenida, y se conoce que el autor hizo prolija y cuidadosa anatomia de muchas cosas, examinándolas con los ojos del juicio y de la razon, para penetrar sus falsos desórdenes. Es cierto que manoseó el mundo y la corte por las interioridades, y que no se quedó en la superficie de las acciones su inteligencia.»

En 8.º y en Madrid, año de 1678, se publicó *El diablo anda suelto: verdades de la otra vida, soñadas en esta*.

Y las mismas prensas de Madrid, en 1723 y en cuatro volúmenes en 4.º, hicieron coleccion de quince novelas suyas, titulándola *Obras en prosa y verso*.

sas de la ciudad de Granada, al lado del evangelio, se veia un sepulcro con su escultura de medio relieve coronada de este letrero :

El señor don Diego de Agreda vive triunfando del mayor cuidado.

En la misma iglesia habia otro sepulcro de progenitores suyos; monumentos que daban testimonio de lo ilustre de su linaje y del patronato que gozaba de aquella casa. Don Diego supo unir las letras á las armas, y tradujo al español del toscano *Los amores de Leucipe* (Madrid, 1617), despues de haber compuesto y publicado tambien en la corte un año antes *Lugares comunes de letras humanas*. En 1620 imprimió en la misma *Doce novelas morales y ejemplares*; y siendo estas lo que obtuvo mayor aceptacion de sus obras, las reimprimió en Madrid su nieto don Francisco de Agreda y Vargas, en 1724.

ANDRÉS DEL CASTILLO nació en Brihuega, junto á Toledo, á principios del siglo xvii; escribió *La mojiganga del gusto*, en seis novelas, dando, dice don Nicolás Antonio, á un ridiculo argumento un título tambien ridiculo, é imprimió su produccion en Zaragoza en 1641 en casa de Pedro de Málaga.

De FULGENCIO AFAN Y RIBERA y de MATEO VELAZQUEZ no poseemos mas noticias que las de sus obras.

No puede decirse lo mismo del doctor JUAN PEREZ DE MONTALVAN, autor de *La villana de Pinto* y de *Los primos amantes*. MONTALVAN, hijo del librero Alonso Perez, afectó aires aristocráticos, lo que dió lugar á que don Francisco de Quevedo, que no le amaba, ridiculizase su vanidad en un punzante epigrama. Queríale en cambio Lope de Vega con aquella efusion con que amaba á sus discipulos, de que fueron buen testimonio las lágrimas que toda su vida derramó por la violenta muerte de Elisio Medinilla. A MONTALVAN pagaba en cariño la profunda admiracion que él le tenia; y deseando que entrase en la carrera literaria con buen pié, le regaló el poema de *Orfeo en lengua castellana*, produccion suya, para que el discipulo la publicase con su nombre, como lo hizo en 1624. Bajo la tutela del fénix de los ingenios dedicóse á la poesia dramática, y ya componia para los teatros á la edad de diez y siete años. Sus comedias fueron representadas sin la ofrenda de pepinos y otras armas arrojadas que el público de aquel tiempo disparaba contra el infeliz que no tenia la suerte de agradarle. Escribia con fácil ingenio en verso y prosa; y no bastando el teatro á agotar su prurito de borrajear, compuso una coleccion de novelas, que salieron de los moldes de Madrid en 1624 y despues en 1626, y en Sevilla en 1641. La misma con el título de *Sucesos y prodigios de amor* se habia ya impreso en esta ciudad en 1633, y en Tortosa en 1633. Tantas ediciones prueban la aceptacion del público, viva todavia cuando don Nicolás Antonio escribió su *Bibliotheca nova*, en la cual gradúa de ingeniosas y elegantes estas novelas. El concepto de su mérito traspasó el Pirineo, y las tradujo al francés el señor de Rampale, imprimiéndolas en Paris en 1644. MONTALVAN tenia regular estilo, facilidad de elocucion, y aunque faltas de inventiva, pudieron alternar sin avergonzarse con otras que traducidas recorrian toda la Europa. Insuficiente el doctor para producir obras largas y de importancia, acertó á dar al plan de una novelita corta la coordinacion y enredo de una comedia; pero aun así para alguna de aquellas tuvo que mendigar pensamientos ajenos. Otras obras regaló además al público que le favorecia: en 1627 publicó la *Vida y purgatorio de San Patricio*, cuya edicion se repitió en 1636; en 1636, muerto su maestro y favorecedor Lope de Vega, dió á la estampa sus *Elogios y fama póstuma* (1); y en fin, el *Paratodos*, obra de varia leccion, exornada de ejemplos divinos y humanos, que vió la luz en Huesca por Pedro Bluson, año de 1633, y en Madrid en 1640, la cual ha tenido varias reimpresiones. Este método de escribir libros, semejante á nuestros periódicos, verdadera pepitoria de todo género de asuntos, era hallazgo para los que no podian resistir á la tentacion de ser autores, careciendo de talento y erudicion para escribir una obra continuada sobre cualquier materia; pero que tomando especies de acá y allá y amontonándolas sin orden ni discrecion, tenian pronto emborronadas cuatrocientas ó quinientas páginas. Escudados con el ejemplo de la *Silva de varia leccion* de Pero de Mejía (que formó en ella de noticias sueltas un libro curioso, porque era sugeto eminente), se arrojaron Cristóbal Suarez de Figueroa á escribir su *Pasajero* y sus *Paseos de Posilipo*, que ya no son tan buenos; y MONTALVAN su *Paratodos*, que todavia es mas infeliz. Quevedo, aunque sin poder acabar con ella, trituró esta última obra en su *Perinola*, y justamente comparó semejantes mamotretos á un coche de camino

(1) Reimprimiólos en Madrid el año de 1779 don Antonio Sancha, en el tomo xx de su gran coleccion de las obras de Lope.

en que se juntan personas de todas jerarquías y condiciones (1). En el *Paratodos* hay de todo como en botica, y no se comprende que puedan ser los buenos pasajes que en él se leen de la misma mano que las sandeces que á su lado se encuentran. Preparaba una segunda parte por hallar agrado la pereza del público en esta especie de escritos misceláneos; y tambien concluía un libro con el título de *Ars bene moriendi* (2), cuando fué acometido de una enajenacion mental, que al cabo le hundió en el sepulcro á los treinta y seis años de su vida. MONTALVAN siguió el estado eclesiástico, y en el tribunal de la Inquisicion obtuvo un cargo importante. Aunque parece que en sus contestaciones con Quevedo se mostró hipócrita y rastrero, acudiendo á medios vedados para vengarse del grande ingenio á quien no podia vencer en la polémica (3), era bueno para sus amigos: indicalo haber estos llorado su muerte en un libro que se imprimió en Madrid en 1659, bajo la denominacion de *Lágrimas á la muerte del doctor Juan Perez de Montalvan*.

Ocupa el último lugar de la presente publicacion una señora, á quien en calidad de tal parece debíamos ceder el primero; pero se ha querido que el lector cerrase el tomo, saboreando los agradables dejos de su sazonado estilo. Fué mas escaso entre nosotros el número de escritoras que en otras naciones; y por rara anomalía, hoy que se da una educacion esmerada al sexo que llamamos bello, lo es casi mas que cuando por gala se descuidaba el cultivo de su entendimiento. No parece sino que rechazan nuestras costumbres que las que nos roban los corazones con sus encantos aspiren tambien con su saber á cautivar nuestro entendimiento. Una literata ofrece en general á los ojos del vulgo cierto no sé qué de hombruno, que le quita parte de los hechizos de su sexo; pero es indudable que asi como no lo tiene el talento, muchas le poseen en muy eminente grado; y que muchas se avergüenzan de manifestarlo escribiendo, y muy pocas son las que á la preocupacion vulgar lograron sobreponerse. En el reinado de la gran reina Isabel la Católica se hicieron, á ejemplo suyo, de moda entre las damas ciertos estudios; y los hombres de su tiempo, acostumbrados á contemplar á esta señora dando lecciones en la ciencia de reinar á los principes mas cumplidos, nada creyeron superior al sexo que habia producido tan prodigiosa heroína. Entonces la universidad de Alcalá, sin embargo de que como recién fundada ó engrandecida por el cardenal Cisneros estaba en el auge de su disciplina, vió á Antonia de Nebrija regentar las cátedras de retórica y filosofía, supliendo en las enfermedades de la vejez á su famoso padre. Otros pueblos y universidades admiraron matronas que, burlándose del adagio castellano, pudieran enseñar latin al mas pintado (4). Despues, en lugar de ganar, ha ido debilitándose la opinion favorable á las mujeres en la carrera literaria, y apenas soporiarian las modernas costumbres una catedrática en la universidad central; apelo á nuestros estudiantes. Hay, sin embargo, un género de literatura, para que tienen mas aptitud y tacto mas exquisito en general que los hombres, y es el que se consagra á las artes de imaginacion. En este se han distinguido muchas damas en las naciones mas cultas de Europa; y si es difícil que nuestro orgullo transija con doctoras y teólogas, como Luisa Sigea, no hay justicia para que neguemos á la mitad del género humano espaciarse por los amenos campos de la poesia y de la novela, ni para que nos privemos por una necia altivez del placer que podriamos encontrar en sus delicados escritos. A ellos se limitó cabalmente DOÑA MARÍA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR, de quien en la presente coleccion se dan cuatro novelas: *El castigo de la miseria*, *La fuerza del amor*, *El juez de su causa*, y *Tarde llega el desengaño*. No desaprovecha DOÑA MARÍA ninguna ocasion de abogar por las mujeres contra la tiranía de los hombres, suponiendo que, como déspotas, las quieren

(1) Y no solo Quevedo, sino tambien el licenciado Gregorio Cid de Carriazo, en el prólogo que puso al libro de Matías de los Reyes, titulado *Para algunos*.

(2) Publicóse póstumo.

(3) Sobre ello véase, en el tomo xxiii de la presente Coleccion, la *Vida de Quevedo* que con tanto aparato de erudicion ha escrito nuestro buen amigo don Aureliano Fernandez Guerra, obra digna del eminente personaje á quien se consagra, pág. LXVII.

(4) Doña Beatriz Galindo, señora muy principal, enseñó latin á la Reina Católica, y fué llamada por autononasia *La latina*. Esto por muy sabido no merecia ser objeto de una nota, pero si el influjo que ejerció por el pronto en la educacion femenil. Prescindiendo de otras señoras que se distinguieron por su erudicion, no podemos pasar en silencio á doña María de Mendoza,

que por su categoria debió experimentar como nadie el influjo de la corte. Era hermana del autor del *Lazarillo de Tórmes* y de la *Historia de la guerra de Granada*, é hija del ilustre conde de Tendilla, embajador que fué de Roma. De esta señora, que se distinguió por su carácter varonil, escribe Paulo Manuceo á su hermano: *Cujus militaria facinora cum audimus, cuius eam nostrae aetatis viro animi magnitudine comparamus; cum autem ea quae scripsit, legimus, vel antiquis scriptoribus ingenti praestantia simillimam judicamus*. Es distinta de doña Mencía, marquesa del Zenete, á quien elevan hasta el cielo Vives y Matamoros, y con quien la confundió Andrés Scoto en sus *Mujeres ilustres de España*. — Don Nicolás Antonio, al fin de su *Bibliotheca nova*, trae un catálogo con el título de *Gynaeceum hispanae Minervae*, de las escritoras españolas que florecieron hasta su tiempo.

ignorantes para tenerlas sujetas. Solo copiarémos, en prueba, lo que dice en la introduccion de la *Tercera noche* de sus *Desengaños*, porque sirve al mismo tiempo para que por su boca nos enteremos del éxito que tuvo la primera parte de sus novelas. Supone que los hombres dirian al ver varias damas reunidas á divertirse novelando: «¿Quién las mete á esas mujeres en esos disparates? ¡Enmendar á los hombres! ¡Lindo desacierto! Veamos ahora á estas bachilleras, que no faltará ocasion de venganza». Y prosigue: «Como no era fiesta en que se podia pagar un silbo á un mosquetero, dejarían en casa doblado el papel y cortadas las plumas para vengarse; mas tambien imagino que á las desengañadoras no les daba mucho, porque diciendo verdades, no hay que temer....., que trabajos del entendimiento, el que sabe lo que son, estima; y al que no lo sabe, su ignorancia le disculpa (como sucedió con la primera parte de este *Sarao*, que si unos le desestimaron, ciento le aplaudieron, y todos le buscaron y buscan, y ha gozado tres impresiones: dos naturales, y una hurtada, que los bien intencionados son como la abeja, que de las flores silvestres y sin sabor ni olor hace dulce miel, y los malos, como el escarabajo, que de las olorosas hace basura). Pues crean que aunque las mujeres no son Homeros con basquiña y enaguas, ni Virgilio con moño, por lo menos tienen el alma, las potencias y los sentidos como los hombres. No quiero decir el entendimiento, que aunque muchas pudieran competir en él con ellos, fáltales el arte de que ellos se valen en estudios; y como lo que hacen no es mas que una natural fuerza, es preciso que no salga tan acendrado; mas esta noche no les valió las malas intenciones, pues en lugar de vengarse, se rindieron, que aquí se vió la fuerza de la verdad.»

Digamos ahora algo de quién era esta ingeniosa defensora de su sexo. A DOÑA MARÍA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR sus apellidos la califican de persona de nacimiento distinguido y de clase acomodada. Solo de este modo pudo tener espacio y desahogo para dedicarse á las letras, porque en España, entonces como ahora, pocos adeptos de las musas podian vivir de las ofrendas que el público rendia en sus altares. Por el tiempo en que floreció, se la supone con probabilidad hija de don Fernando de Zayas y Sotomayor, caballero del hábito de Santiago, que nació en Madrid en 1566. Fácil poetisa, y con instruccion no vulgar en las letras humanas, escribió en prosa y verso *Novelas ejemplares y amorosas*, que se imprimieron en Zaragoza en 1638 en 8.º, y *Novelas y Saraos*, segunda parte, impresos en la misma ciudad en 1647. ¿Residia en ella DOÑA MARÍA, y habia en ella contraído uno de esos dulces lazos que fijan la suerte de las criaturas? No se sabe. Como podemos haber observado, Zaragoza parece que logró la buena suerte en aquel tiempo de ser pueblo elegido para la impresion de libros de entretenimiento (1). Casi no ha habido novelista mas simpático á los lectores españoles que DOÑA MARÍA DE ZAYAS, segun las muchas reimpressiones que se han hecho de sus obras. Los poetas han puesto á contribucion sus lances para los dramáticos enredos, y (por limitarnos á las solas novelas que ahora se publican) *El castigo de la miseria* ha servido de original á una de las mejores comedias de nuestro antiguo teatro. Tampoco se han olvidado los novelistas extranjeros de ir á espigar á su abundante campo; y tenia Llorente tan buena opinion de DOÑA MARÍA, que le supone capacidad para escribir el *Bachiller de Salamanca* y el *Gil Blas*, si se hubiese ocupado en componer historia fabulosa mas larga y mas encadenada que las que hizo. Nosotros, sin rebajar en nada el mérito de esta escritora, no la juzgamos capaz de tanto. Carecia de la observacion y de aquel íntimo conocimiento de las escenas del mundo que solo puede adquirir un hombre, y de que está privada una señora por el retiro y circunspeccion en que la obliga á vivir el decoro de su sexo. A este no le es permitido penetrar en los palacios de los príncipes sino en dias de teatral ceremonia; nunca en el sucio asilo del vagabundo y pordiosero, en el garito de los tahures, ni en el burdel de la cortesana corrompida. No ve el mundo cual es, sino tal cual en el trato superficial y poco franco se le ofrece á sus ojos; los hombres, por el respeto que se merece, se presentan siempre ante una mujer con hipócrita compostura; y así, antes puede adivinarlos que conocerlos. Ma-

(1) Además de los que ya se han citado, en él y en este mismo año, don Gonzalo de Céspedes y Meneses, natural de Madrid, de quien en el tomo xviii. de esta Biblioteca de Autores Españoles se comprenden algunas obras, publicaba sus *Historias peregrinas y ejemplares*, que dedicó á la misma imperial ciudad de Zaragoza. Su impresor fué Juan de Larrumbe. Comienzan por un breve resumen de las excelencias de España. Prosigue, *El celo bien premiado*, historia sucedida en Zaragoza; con la descripcion, antigüedad y origen de esta ciudad. Se-

gunda, *El desden de la Alameda*; en la ciudad de Sevilla, con otro breve elogio de su grandeza. Tercera, *La constante cordobesa*, que se supone acaeció en la ciudad de Córdoba; descripcion y origen de este pueblo. Cuarta, *Pachecos y Palomeques*: pasa en Toledo; su descripcion. Quinta, *Sucesos trágicos de don Enrique de Silva*; en la ciudad de Lisboa, su descripcion y origen. Sexta, *Los dos Mendozas*, sucedida en Madrid; y otro pequeño elogio á sus mayores excelencias.

las circunstancias son las que refiero para escribir novelas, cuyo principal mérito consiste en el profundo conocimiento de las costumbres de las distintas clases de la sociedad; conocimiento que se adquiere, mas qué en la meditacion del gabinete, siendo actor ó espectador á lo menos de los lances que se describen ó de otros idénticos. Facilidad, claridad en la expresion y elegancia é interés en la narrativa son las cualidades más características del estilo de DOÑA MARÍA DE ZAYAS. Alguna vez, en lugar de corregir, se entrega á fomentar preocupaciones vulgares, como por ejemplo en *La inocencia castigada*, cuyo argumento versa sobre prodigiosos efectos que atribuye á los conjuros de la magia; pero tamaño falta de filosofia no destruye el gusto con que se leen sus obras. Si las ediciones arriba citadas son las primeras que se hicieron, antes de darlas á luz era nuestra autora ventajosamente conocida, segun los elogios que le rinde Lope de Vega en *El laurel de Apolo*, impreso con ocho años de antelacion al ejemplar primero que conocimos de aquellas. Sábese en efecto que escribió comedias y otros papeles, y el elogio de Lope alude solamente á su poesia (1).

(1) Hé aqui algunos libros curiosos anteriores á la publicacion de la primera parte del *Quijote*.

Cuestion de amor de dos enamorados: el uno era muerta su amiga, el otro sirve sin esperanza de galardón. Se han añadido á esta obra trece quistiones del philocolo de Juan Boccacio. Venetia, Giolito, 1535.—En 8.º No debe ser novela, pero se pone como libro raro de entretenimiento.

Procesos de cartas de amores que entre dos amantes pasaron: queja y aviso de un caballero llamado Lucindaro contra amor y una dama.—Cartas de refranes de Blasco de Garay, con otras de nuevo añadidas.—Diálogo (en verso) que habla de las condiciones de las mujeres. Todo con diligencia nuevamente corregido (por Alonso de Ulloa). Venetia, Gabriel Giolito, 1535.—En 8.º

Capitan Flegelonte.—La Criseida de Lidaceli, famosa y verdadera historia de amor y armas. Con graciosas digresiones de encantamientos y coloquios pastoriles. Madrid, 1720.—En 8.º El autor es de fines del siglo xvi.

Arce Solórzano.—*Tragedias de amor, y desdichas de Acrisio y Lucidora.* Valladolid, 1604.—En 8.º

Crónica de don Francés de Zúñiga, criado bien quisto y predicador del emperador Carlos V, dirigido á su majestad por el mismo don Francés. Salvá en su *Catálogo*, impreso en Londres en 1826, dice que poseia este manuscrito, en 4.º menor, de la primera mitad del siglo xviii, y del cual hizo mencion don Nicolás Antonio en su *Bibliotheca nova*, t. 1, pág. 501, advirtiendo que él poseia una copia, y la otra existia en la libreria del Vaticano. El códice (manifiesta el propio librero) comprende las siguientes novelas contemporáneas á la obra principal: *Novela de la tinta*, *Novela de las flores*, *Novela de los bandos*, *Novela del licenciado Tamariz*, *Novela del portazgo*, del licenciado Tamariz; y otra del mismo, con el epigrafe de *El ahorcado*. Todos estos desenfados son en verso, escritos con mucha galanura. Pertenecen á la mejor época de la poesia castellana y jamás han sido impresos, ni hace memoria de ellos Nicolás Antonio en el artículo de *Tamariz*.

Otras obras hay de diferentes autores, coetáneos ó posteriores á Cervantes, que no han podido tener parte en la presente Coleccion. Los nombres y títulos de algunas ponemos aqui para complemento del cuadro que nos hemos propuesto bosquejar.

Eslava.—*Noches de invierno.* Pamplona, 1609.—En 8.º ¿Serán novelas?

Heliodoro.—*Historia ethiópica de los amores de Teágenes y Cariclea.* Madrid, 1615.—En 8.º Por las aprobaciones y licencias del libro se ve que la traduccion se hizo del latin por Fernando de Mena, y jamás del francés, como afirma equivocadamente don Nicolás Antonio.

Don Gabriel del Corral.—*La Cintia de Aranjuez.* Madrid, 1628.—En 8.º

En 1636, Matías de los Reyes, autor de cierta obra en que imitó á Trajano Boccalini, y que llamó *El curial del*

Pernaso, publicaba una novela heróica con el título de *El Menandro*, que tuvo poca fortuna. Llorente lo atribuye á la tendencia del gusto hácia lo picaresco; pero la causa debió ser el escaso mérito del libro.—En la misma época imprimió en Jaen seis comedias aplaudidas en los teatros, que habia compuesto á los veinte años de su edad, y en 1640 un libro, parodiando á Montalvan, que intituló *Para algunos*. Tuvo reputacion de entendido, pero adversa la fortuna. No obtuvo, que se sepa, mayor cargo que el de administrador de las alcabalas de las yerbas de la órden de Alcántara, empleo en verdad muy subalterno.

Don Francisco de Quintana, hijo de Madrid, que en 1627 dió á luz la *Historia de Hipólito y Aminta*, disfrazado bajo el nombre de Francisco de las Cuevas, hizo imprimir, en 1646, otra titulada *Experiencias de amor y fortuna*.

Don Miguel Colodrero de Villalobos, nacido bajo el sol de Andalucía, en la villa de Baena, despues de ser conocido desde 1629 por la impresion que hizo en Córdoba de varias obras en verso, publicó en 1642 y en Zaragoza un libro en prosa con el título de *Golosinas de los ingenios*.

El maestro Antolinez de Piedrabuena (bajo cuyo nombre juzga don Nicolás Antonio que se ocultó fray Benito Ruiz, religioso dominico, hombre chistoso en su conversacion) publicó en Zaragoza en 1645 su *Universidad de amor y escuelas del interés, verdades soñadas ó sueño verdadero*.—Hay otra edicion con este título: *Universidad de amor y escuelas del interés, sueño verdadero ó verdades soñadas al pedir de las mujeres*. Van añadidas tres fábulas burlescas. *La que me pide me despide*, Paris, 1661.

En 12.º — También esta otra: *La universidad de amor ó sueño del interés, verdades soñadas ó sueño verdadero. Al pedir de las mujeres, segunda parte. Escribála el bachiller Gaston Daliso de Orozco; á las damas de buen arte y de mejor garabato.* Zaragoza, 1661. En 8.º —No hemos visto esta obra, que trae el librero don Vicente Salvá en su catálogo, impreso en Londres en 1826 y por cuyo verdadero autor dá Antolinez de Piedrabuena.

Don Francisco de Villalpando, marqués de Osera, caballero de Calatrava, publicó en los diez años que mediaron entre 1645 y 55 varias obras de pasatiempo, particularmente *Los escarmientos de Jacinto*; y, bajo el nombre supuesto de Fabio Clemente, *El amor enamorado*.

Gabriel Bocangel y Unzueta, natural de Madrid, y contador de hacienda en tiempo de Felipe IV, imprimió tambien por estos años algunas obras de entretenimiento.

Mas fecundo y con mas talento que los precedentes, Salvador Jacinto Polo de Medina, natural de Murcia, confió al público gran número de obras de entretenimiento, así en prosa como en verso, desde 1630 á 1657. Hé aqui sus títulos: *Las academias del jardín*, *El buen humor de las musas*, *Rábula de Apolo y Dufne*, *Fábula de Pan y de Siringa*, *Los octos en el desierto*, *El hospital de incurables*

Hé aquí los autores de quienes se leerán obras en el presente volúmen. Siendo el objeto de la Biblioteca dar á conocer el mayor número posible de los que en distintos siglos han honrado nuestra literatura, no se imprimen completos los rasgos de estos ingenios, fecundos en su mayor parte en demasia. El editor se propuso desde el principio no dar cabida en su Colección sino á los escritores de primer orden que rayaron mucho mas alto que los demás; popularizando tan solo aquellas obras mas relevantes de nuestras letras. A no ser así, habríase tenido que contentar con publicar únicamente los escritos de media docena de autores, dejando á otros muchos apreciables sumidos en el olvido, y privando al público de poder formar un juicio aproximado de la abundancia y riqueza de nuestra amena literatura. ¿Sería esto último justo, ni conveniente presentar cantidad de tomos al público, que no todo él habia de hallarse en la posibilidad de adquirir? ¿A qué imprimir lo que no se ha de leer, lo que ha de empalagar á lectores no acostumbrados á obras tal vez escritas sin la filosofía y delicadeza apacible, y á que por lo pronto se entrega la mayor parte de los estudiosos mas por curiosidad que por instruccion y pasatiempo?

En el siglo anterior fueron muy escasas las reimpressiones de nuestros autores, si se exceptúan los mas clásicos; y demasiado raros ó excesivamente caros, solo eran conocidos de algunos eruditos. Habia la propension á leer libros franceses, muerto en el público español el deseo de poseer los antiguos nacionales. Don Antonio Sancha y su hijo don Gabriel, impresores beneméritos de nuestras letras, tomaron á su cargo el resucitarlos; pero se arruinó su casa en la empresa, que empezaron á la verdad con mas lujo del que convenia. Siglo y medio hace que son muy poco leídos los escritores de nuestro buen tiempo, que una escuela literaria intolerante hizo que nuestros padres los mirasen con desden. Ya pues que su lectura es un alimento á que el público no tiene educado su estómago, no se le dé al principio en abundancia tal, que no la pueda digerir. Acostumbrémosle á saborear sus bellezas, á perder en gracia de ellas la repugnancia á lo que puedan tener de pesado y desapacible; que cuando cobre afición á su lectura, tiempo quedará de darle colecciones completas de los autores que mas le hayan recreado é instruido. El mismo lo pedirá entonces; por ahora basta con lo que se le presenta. Sirva esto de contestacion á los que zahieren al éditor porque no publica obras completas de todos los autores que reimprime. Si ellos así, otros piensan de distinta manera: de hombres es discutir; y las opiniones suelen variar tanto como las fisonomías. *Tot homines, tot sententiae*. En esta disparidad de dictámenes, arrímese el prudente al de aquellos que le merecen mas concepto de sabios, por la regla que nos enseñó el principe de Squilache para saber á cuál de los críticos es á quien debe hacerse caso:

Y si es Platon, basta el uno,
Que en las obras y en los modos
Querer contentar á todos
Es contentar á ninguno.

¿Y faltará, por ventura, quien se queje diciendo que se le dan mas obras antiguas de las que tienen

y viaje deste mundo y el otro, *El régimen moral*, *El reposo de la circunspeccion*, y *La historia de Irene y Carlos*.

José Camerino — *La dama beata*. Madrid, 1653, en 4.^o
— *Novelas amorosas*, 1756. Madrid en 4.^o

Suarez de Mendoza y Figueroa. — *Eustorgio y Clorilene*, *historia moscovica*. Zaragoza, por Juan de Ibar, 1663, un tomo en 4.^o

Don Cristóbal Lozano, natural de Hellin, provincia de Murcia, autor del *David perseguido* y otras historias *anoveladas*, que tuvieron bastante aceptacion, y hombre que no carecia de ingenio y amenidad, dió á luz el año 1672 un tomo de novelas con el titulo de *Soledades de la vida y desengaños del mundo*, que se reimprimió en Madrid en 4.^o, año de 1741.

Isidro de Robles sacó á luz en la corte en 1663: *Varios prodigios de amor en once novelas ejemplares, nuevas, nunca vistas ni impresas. Las cinco escritas sin una de las cinco letras vocales, y las otras de gusto y apacible entretenimiento. Añadidos tres casos prodigiosos. Compuestas por diferentes autores, los mejores ingenios de España*.

Otro tomo de novelas publicó Antonio Sanchez Tórtolas en Madrid, año 1673, con el nombre de *El entretenido: repartido en catorce noches de invierno*.

Fernandez de Mata. — *Soledades de Aurelia*. Ahora añadido el libro titulado, *Crates y Hisparchia, marido y mujer, filósofos antiguos. Va al fin una jácara nueva de un jague*, compuesta en cuartetas por Alejandro de Cepeda. Madrid, 1737 en 8.^o (¿Será novela?)

El caballero Francisco Botello de Moráes y Vasconcelos. — *Historia de las Cuevas de Salamanca*. Salamanca, año 1737. — En 8.^o

Ondategui. — *Historia trágica de Leonora y Rosaura*. Madrid, 1736, 8.^o

Montenon. — *El Antenor*, Sancha, 1788, dos tomos en 8.^o. — *Eudoxia, hija de Belisario*. Zaragoza.... un tomo en 8.^o Barcelona, 1815, en 8.^o — *El Eusebio, historia sacada de las memorias que dejó el mismo*. Barcelona, 1793, cuatro volúmenes en 8.^o Perpignan, 1819, cuatro volúmenes en 12.^o Paris, 1824, cuatro volúmenes en 18.^o — *El Mirtilo ó los pastores trashumantes*. Madrid, 1793, en 8.^o

Vida de Perico del Campo. Obra restituida á su idioma original, por un buen español. Dada á luz el abate Alcino, Madrid, 1792. — En 8.^o

Castro y Anaya. — *Las auroras de Diana*. Madrid, 1806, dos tomos en 8.^o (¿Será novela?)

deseo de leer? ¿No parecerán á muchos apelmazadas é indigestas las novelas, acostumbrados á la ligereza y superficialidad de los libros franceses? Pues sepan que esto mismo que ahora les parece soñoliento y pesado, era la delicia y esparcimiento de sus abuelos cuando estudiaban las ciencias en macizos y descomunales infolios, hartos de citas, casos, cabilaciones y macarrónicos latines, en aquellos tiempos en que la enseñanza estaba reñida con el deleite. ¿Cómo no parecer sabroso, claro, llano, leve y aéreo el *Guzman de Alfarache*, por ejemplo, á quien dejaba á un lado la suma de santo Tomás, ó algun escoliador indigesto y abrumante del Digesto y las Pandectas? La mayor parte de nuestras percepciones y todos nuestros gustos dimanen de la comparacion; el hombre de elevada estatura parecerá pequeño al lado de un gigante. No juzguemos pues con precipitacion estos libros; si hallamos en ellos algo que no conforma con nuestros gustos, no lo condenemos sin un maduro exámen. Recapacitese, antes de aventurar el juicio, en qué pudo consistir que fuesen algun tiempo la delicia de pueblos tan inteligentes y de espíritu tan cultivado como los occidentales de Europa. No solamente los españoles; los italianos, franceses, ingleses y alemanes encontraban solaz y entretenimiento dulcísimo en estas novelas en que hoy pocos le hallan. ¿Tendremos la arrogante pretension de que nuestro sentir valga mas que el suyo? ¿Serian los europeos de aquella edad unos insensatos en admirar estas obras, y los que ahora se cansan de ellas los sabios y entendidos, ó vice versa aquellos los sabios, y estos los insensatos? Ni unos ni otros. Toda la diferencia de nuestros juicios consiste en que aquellos y nosotros estamos de distinto modo preparados á su lectura.

Para encontrar atractivo en la de escritos de ingenios que agradaron en otra edad distinta de la nuestra, es necesario prescindir por un momento de nuestras ideas, preocupaciones y gustos, de nuestro modo de vivir; en una palabra, trasportarnos en espíritu al tiempo de los autores. La literatura de un siglo es su mas claro espejo; los novelistas los mas fieles intérpretes de las ideas, costumbres, adelantos y aun extravagancias de sus contemporáneos: por eso el interés de los escritos se pierde á medida que los años traen ideas y costumbres diferentes. Mal juez es el lector superficial de lo que no pasa ante sus ojos; es injusto en demasía, atribuyendo con desden al autor el extraño gusto y los errores que no eran privativamente suyos sino de su tiempo. De aqui dimana el que se canse y bostece tal vez en los mismos pasajes con que sus abuelos se entusiasmaban, dejando el libro para batir las palmas con aplauso. Prescindamos pues del mundo en que vivimos para que lleguen á deleitarnos las obras antiguas.

Si el lector al coger el libro se impregna de un pensamiento filosófico; si hace esfuerzos para trasladarse un momento á la sociedad de los hombres en cuya compañía vivió el autor; si la curiosidad le lleva á investigar las causas de por qué aquellos encontraban recreo en los mismos pasajes que ahora causan á sus sentidos opuesta impresion, y de aqui procede á comparar los gustos de ahora con los de entonces, las costumbres pasadas con las presentes; si de esta comparacion saca en limpio lo que ha ganado la sociedad en ciertos puntos y lo que ha perdido en otros; si aprende multitud de curiosidades del método de vida que entonces se hacia, que no solo satisfacen su deseo de saber, sino que le enteran de cómo la sociedad se transforma; si se atempera á pensar como los pasados, para conferir estos pensamientos con los que ahora le ha imbuido la educacion y el siglo; y por último, si al ver que un hombre, que en el suyo pasó por ingenio privilegiado, desbarra en ciertas materias,—comprende el lector la ventaja de haber nacido en mas ilustrados tiempos que le ponen á él quizá con menos talento é instruccion en el caso de corregirle. Es indudable que ha de hallar un irresistible encanto en estas lecturas, que sin tal preparacion debian causarle desabrimiento y fastidio. Por nosotros diremos que con este método de leer nos han ofrecido mas gusto é instruccion que todas las fútiles novelas galicanas, que en su original sirven de poco, y traducidas nos roban y asesinan la hermosa y rotunda lengua castellana, elevada á su perfeccion por los Garcilasos y Herreras, por los Granadas y Cervantes.

Hé aqui otra ventaja de los discursos entretenidos que se presentan en este volumen: su estilo no es siempre puro, porque la plaga del culteranismo y la pedanteria estropeaban ya con frecuencia los mejores pensamientos; mas su lenguaje es siempre hermoso, propio y castizamente castellano.

Procurar la conservacion de una lengua de prendas tan relevantes y tan bárbaramente ultrajada y desfigurada por pésimos traductores y escritores de poco saber, seria por si solo bastante para que mereciese bien de las letras el que dedica su esmero en dar reimpresas estas obras, aunque de tanta tarea no resultasen otros beneficios.

EL CURIOSO Y SABIO ALEJANDRO,

FISCAL DE VIDAS AJENAS,

ESCRITO

POR ALONSO JERONIMO DE SALAS BARBADILLO.

Son las grandes cortes epílogo confuso de prodigios raros, que por ser tan frecuentes á los ojos y á los oídos, los unos, ya que del todo no la quitan, templan la admiración de los otros. De aquí se sigue ser la mayor aquella que nace de la singularidad de no hallar en qué admirarse; pero los ingenios especulativos, que deteniéndose poco en la contemplación de estas obras exteriores y visibles, pasan á ser espías curiosas de los corazones y ánimos humanos, estos traen las potencias del alma en tan continuo ejercicio, que jamás conoció en ellos la suspensión ociosidad; son estudiantes peregrinos, su universidad es todo el mundo, su librería tan copiosa, que cualquiera hombre es para ellos un libro, cada acción un capítulo, el menor movimiento de semblante un compendioso discurso; pero porque está concedido á muy pocos el aprender discurriendo por sí mismos, y por el contrario, se les permite á muchos que se hagan sabios con lo que los otros discurrieron y notaron, Alejandro, caballero rico y docto en las que gozan el título de buenas letras, residente en la corte de España, y que se había hecho varón eminentísimo en ella en esta singular estudiosidad del conocimiento de los afectos y pasiones humanas, no quiso defraudar á la posteridad del beneficio de sus curiosísimas observaciones. Para de éste cuidado encomendó al pincel, y parte á la pluma; á él debemos retratos fieles de los semblantes de aquellos que ocuparon su especulación, y á ella breves epítomes de las vidas de sus originales. Adornaban estos las piezas de un cuarto bajo, que confinaban con un jardín amenísimo. De cada retrato pendía en una tabla escrito el epítome ingenioso y sutil, con mas erudición que malicia, porque aun esta, de malicia sospechosa, se pasaba á ser advertencia utilísima. No profanaban este lugar vulgares talentos, porque su dueño era muy celoso de

la honra de su ingenio, singularísimo por estas singularidades. Temía yo esta cuanto justa rigurosa ley, por ser en ella tan comprendido; mas ¿qué no vence el arte, y cuál arte se esconde á un afectuoso deseo? La ardiente codicia de mi curiosidad me hizo ingenioso; ofrecíme por su amigo con una simplicidad exterior, tan simulada y aparente, que vencí á la astucia con la astucia. Jamás pudo penetrar en mí si me conducía á su amistad otro fin que estuviera fuera de ella misma; siempre me juzgaba todo dentro de su aplauso, veneración y culto. Era su vanidad de las mas descolladas y gentiles, comun crimen de las bellezas y de los ingenios; sitiéla con las lisonjas mas serviles como alevés, mas tan desmentidas de sí mismas, que las creyó verdades. Rindióse al fin, y á no muy largo asedio, porque como era la batería dulce y tan continua, él me hizo á priesa dueño tirano del que se juzgaba mi superior, tanto, que me ofreció, sin pedírsela, de aquellos venerados retretes la entrada y la asistencia siempre que la quisiese y por todo el tiempo que yo gustase. Jeza que antes ni despues no se la mereció alguno. Yo te confieso, amigo lector, que sentí entonces derramárseme por todo el ánimo un dulcísimo deleite de vanagloria, porque nunca habia creído, segun mi comun y vulgar estilo de vivir, que tuviera tanto caudal de artificio y simulación constante. Acreditéme para conmigo, porque me hallé ser para mas de lo que pensaba; al contrario les sucede á otros, que se experimentan mucho menos de aquello que se presumieron. Satisface con pródigos agradecimientos a tan generosa confianza; recibí la preciosa llave, y pasé con gozo, aunque no sin respeto, aquellos defendidos umbrales. Apenas puse los piés en ellos, cuando volviendo los ojos á la mano siniestra, me acometió, sin permitirme defensa, un gran tropel de carcajadas vio-

lentas, que para darlas garrote y ahogarlás tuve necesidad de una y otra repetida mordedura de pañuelo, narigudo y limpión. Salióme inútil esta diligencia, porque se me fué desenfadando el gozo, tan insolente y descarado, que di las risadas mas inteligibles, tan inteligibles, tanto, tanto, que parecieron risadas castellanas, no cultas; y aunque procuré recogerlas y retirarlas, ellas travesaron largo tiempo mas juguetonas

de lo que yo quisiera. Ocasiónó este regocijado bullicio el retrato de un hombre monstruo, singularísimo por lo disforme de su vientre. Decía el título de arriba: *Panza dichosa*. Crecieron mas mi codicia estas novedades, y aplicando con ansia curiosa, y no del todo libre de malicia, los ojos al epitome, hallé que decía así:

VIDA DEL MALVADO VARON

Á QUIÉN EL VULGO DIÓ EL NOMBRE DE PANZA DICHOSA.

ESCRÍBESE PARA SER OIDA, NO IMITADA.

Este que ves ¡oh lector curioso! fué un bárbaro idólatra de su vientre, vivió para comer, no comió para vivir; en él hallarás el archigloton de España y una langosta racional y discursiva; este hizo que los años mas fecundos y pródigos pareciesen estériles y mezquinos. Su patria ó madre fué la que hoy lo es de todo el orbe, Madrid, aquella tan portentosa, tan singular, que ya sean en buena y en mala parte, no se contenta con menos que con ser madre de monstruos y de prodigios. Este pues que ahora embaraza nuestra narracion fué opuesto exdiámetro al calvo, al cano, al flemático, al frion planeta Saturno, porque aquel se comió no pocas veces á sus carísimos hijos, y este muchas mas á su venerada madre. Aquel, provocado del miedo ambicioso de no perder el reino, se cebó tirano en la sangre inocente de los que engendraba; este, por el contrario, entorpecido de una gula vilísima y carnícera, no perdonó á las entrañas de madre tan generosa y aun repitió la culpa como el ave infernal de Ticio, pues tantas veces se las royó cuantas, le volvieron á renacer, dejando sus plazas, que amanecían abundantísimas y copiosas, con solo dar una vuelta por ellas, desiertas y mendigas. Consumió en este grasiento y sucio desperdicio un riquísimo patrimonio, de quien solo quiso que fuese el heredero su vientre, dejando á todos los demás miembros huérfanos y desheredados. Apenas la cabeza conoció sombrero, guantes las manos, zapatos los pies. Siempre tuvo su carne muchas ventanas por donde asomarse y aun su juicio andaba no pocas veces asomado. ¡Oh cuántas se vió aquella carne tragona azotada del aire, tostada del sol, humedecida del agua y polvoreada de la tierra! Si creyeses que le bastaban las plazas públicas y comunes, engañáste mucho, porque solía meter á saco las mas célebres y festejadas despensas de la corte. Jamás permitió que ni los príncipes mas poderosos ni los ministros mas reverenciados extrañasen nada nuevo de aquellas cosas que sirven de mantenimiento y deleite; sus dientes desfloraron, conforme á los tiempos, toda fruta verderona, toda cristalina pesca, toda caza fugitiva, porque era su

apetito tan prevenido, tan anterior, que á las frutas vírgenes las acometía en aquella primera rústica aspereza, aun antes de estar maduras, y á la caza y pesca aun antes que tuviese la sazón y disposición conveniente, segun las leyes de su naturaleza particular. A sus dientes solos se les reconoció la primacía en poner en lo sumo de la desnudez á un hueso, extrañísimo despojo, porque lo último del rigor con que á uno se desnuda es hasta dejarle en carnes, y este, apurando mas la maldad, no se contentó con menos que con dejar á los huesos en lo último de huesos; los de las frutas todos se los tragaba y engullia; por esta causa le podían haber nacido en el vientre los árboles guindos, cerezos, albarcoques y duraznos, porque mas parecia que sembraba en él frutales, que no que comía frutas; mas pasemos á otras: el melon, la pera, la camuesa y hasta las simplonas habas siempre entraron bien vestidas y arropadas en su estómago, sin quitarles la cáscara ni aun limpiarles el vello, porque no se dijese que lo desnudaba todo. No se libró de su gula voraz y tragona aquel reino ventoso, vocinglero y cristalino; todos sus ciudadanos la experimentaron y temieron, como si dijésemos: El atun grasiento, tocino goloso del mar Océano, tan solemnizado cuando le pescan de los protopícaros de las Almadras; y aquel nobilísimo hidalgo montañés, con quien se multiplican muchos retratos á la Fortuna cuando le dividen en diferentes ruedas y todas sangrientas, salmon en nombre, que puesto en el gazarate de los golosos, será un Salomón para ellos, porque como es la cosa que mas bien les sabe, les parecerá que es la que mas sabe; tambien coronó su mesa el otro, tan defendido de sus espinas como si fuera rosa, sin que la imite ni en lo lucido de la belleza, ni en lo suave del aliento, comida en Madrid en todos tiempos sumamente discreta, porque siempre tiene mas de salado que de sáballo. Mas ¿qué mas podré decir que lo que afirman muchos virtuosos, y aun dicho por muchos y tales parece imposible? Dicen pues que fué un comedor tan infatigable y perseverante, que no conocieron sus dientes mas ocio que

el del sueño; sus despensas portátiles eran las faltriqueras, por eso las traía de cuero, con que venían á ser de cuero dos veces, por el dueño y por la materia. Las calles mas públicas y principales fueron para él tan familiares y domésticas como su propia casa, pues en todas igualmente comía y tragaba sin femenino melindre, sin varonil recato. Cercábale la pueril inocencia, con quien usaba entretenidas liberalidades, siendo mayores las burlas que las dádivas. Peregrinó todos los pueblos de España, sin reservar alguno á quien no hiciese visita particular y molesta, porque estos pasos que él daba no los gobernó su curiosidad, sino su golosina, como si dijésemos, y bástenos pocos ejemplos. Visitó en Pinto á los quesos substanciales, ciegos y desojados, porque el buen queso ha de ser corto de vista; en Zamarramala á las suavisimas mantequillas, mas derretidas que las mas finas portuguesas, porque estas se derriten con la humedad de la boca, y las otras con no menor fuego que aquel invencible y grande del tirano Amor; en Alcalá á las uvas panales, aquellas que en su misma planta nacen conservas golosas; su mismo nombre acredita mi opinion; llamáronlas moscateles, y creo yo que por la solicitud con que las buscan las moscas, gente que en esto de golosinas tiene la primacia del buen gusto. No se contentaba con gozar lo excelente de una comida en una provincia, sino que lo solicitaba en otras, pues fué á Portugal y á Zaragoza á buscar los celebrados quesos de Alentejo y de Tronchon. Otros hombres, si son glotones, no son golosos, y si golosos, no glotones; pero este hizo á entrambos vicios, como muchos á entrambas manos. Al fin, su panza fué tan peregrina en el mundo, que él vino á ser peregrino en él por ella; fué peregrino por su continua peregrinacion por la tierra y peregrino por la singularidad del humor, que le obligaba á que peregrinase. Al fin se podrá decir con verdad por este, y con verdad única, que á ninguna jornada de cuantas hizo, que fueron muchas, le llevaron tanto sus piés como sus tripas. No fué mas templado en la bebida ni le debió menos finezas. Hablen las bodegas de Castilla la friona, las de Portugal el derretido, las de los reinos de la nobilísima corona de Aragon y hablen estas con todos sus fueros y con todos sus fieros; hablen, digo, todas y principalmente las últimas; estas podrán decir cuán afectuoso y tierno se entregaba á sus regaladísimas malvasías, pues que pareciéndole que no habia otro bien que se igualase al gran deleite de beberlas, se ofendia de que su nombre empezase en mal, y le mudó en bien, llamándolas bienvasías. Los demás cofrades de la Tragantona y Coladera

Tantas veces lo aprobaban
Cuantas veces las probaban.

Por esta causa el vulgo rudo y soberbio, que siempre yerra los titulos de las cosas, le llamó Panza dichosa, siendo mas propios adjetivos para ella el de malvada ó infernal, pues le redujo á tanta miseria, que le obligó á que mendigase de puerta en puerta. Finalmente, aquella que un tiempo pudo competir en hartazgos con la del frenético Eliogábalo, vino á desear los mas duros y mi-

serables mendrugos, y aún no alcanzó tantos como quisiera de aquellos durísimos que se rebelan contra los dientes y sacan sangre de las encías. Su muerte fué en un hospital y su sepulcro en un carnero, que en aquel de quien él comió tanto en vida fué comido despues de muerto. Pudieran quejarse los gusanos de que habiendo comido este hombre por mas de un millon de hombres, no comieron en él mas que un hombre solo, y este llegó tan consumido á su poder, que se presume que se comió él mismo gran parte de sí propio. No es la presunción vana, porque muchas veces se consumía con el pesar de no tener que comer todo aquello que él quisiera engullir. Mas no os parezca este escandaloso hipóbole, oídme y creedme. Las vigiliass y sudores de mas de veinte antepasados suyos, que por largos siglos no hicieron sino acumular riquezas, las consumió la insensata gula de este miserable bárbaro en menos de siete lustros. Conforme á esto compití este en ser tragon implacable con el voracísimo tiempo, porque él solo se traga los siglos y las edades; tal fué, que se comió hasta su sepultura; porque la vendió para este efecto; segun esto, podremos decir, y no temerariamente, que á los gusanos que le habian de comer despues de muerto en su sepulcro, se los comió él vivo para conservarse en vivir; con que fué tan extraño, que reparó su vida con la misma muerte. Adelgacemos mas esta consideracion, si no reclamamos que de muy delgada se nos quiebre. Tenemos probado que se comió los gusanos de su sepulcro; siendo esto así, supuesto que á él se le comieron despues los gusanos del carnero del hospital donde fué enterrado, no será gran desacato decir que en su carne se comieron unos gusanos á otros y que aquellos del carnero hospitalario anduvieron unos gusanos muy caribes, comiéndose los animales de su mismo género; mas ¿dónde voy ciego? Los gusanos solos de los sepulcros, estos son los verdaderos caribes, pues no saben mantenerse sino de carne humana. Responderánme que tambien de tierra, y yo replicaré que en tierra y carne humana no diferencian el manjar sino el nombre, porque tierra y carne humana son una misma cosa. Colegrémos pues de esta sentencia que, no solo en la carne de este asqueroso gulon, sino generalmente en la de todos los demás hombres comen los gusanos. Sirva esto de algun desengaño para que enfrenemos nuestros insaciables apetitos, nuestros frenéticos deseos, y últimamente todas nuestras bárbaras sensualidades. Honestísima virtud es la templanza y digna de habitar en generosos y grandes ánimos; corrige y templá todas las inobediencias y libertades de la glotona gula y de la lujuria torpe cortando en una cabeza la de entrambas. El que quisiere ser varon casto, glorioso y difícil conquistá, ha de entrar primero por la puerta estrecha y cerrada de la abstinencia, no tan estrecha y cerrada que sea menester mas llave que la de hacer con la continuacion constante algun hábito y costumbre. Las mas copiosas y ostentativas mesas, mientras mas lo son de manjares peregrinos y preciosos, mas lo son de achaques, de dolores, de sueño, de pereza y de abrirle mas puertas á

la muerte con este artificio goloso de las que ella naturalmente se sabe. No son todos los venenos los que nos preparan nuestros enemigos, mas son los que nosotros nos tomamos por nuestra eleccion, cubiertos con el oro mentido de aquel sensual deleite. Algunos mueren de un bocado que les dan, y muchos mas de muchos bocados que ellos se toman. A mas han muerto los hartazgos que las cicutas. ¿Háse visto soliman mas ejecutivo que una apoplejia? Para conservar la vida comemos, y con este propio medio, usando de él desordenadamente, la destruimos. Considera, hombre, esto y no mas: Cuan-to excedieres en la mesa, te lo ha de castigar despues la botica. ¡Oh gran dolor! Si tuviéramos tan presente como es justo la memoria de que la primera entrada de la muerte en este mundo fué por la comida, no tratáramos tanto de huir de ella por la misma puerta por donde entró. Las mismas cosas en que mas nos olvidamos de la muerte son en las que mas debiéramos acordarnos de ella. Come un hombre, y si le preguntais el por qué, dice que por no morir. Y responde mal, que no come sino por entretener el vivir, pues aunque coma no dejará de morir al tiempo que le está su fin decretado, y es tan ciego, que olvidado del origen donde tuvo principio este comer, que fué en el propio morir, como tenemos advertido, no solo come con templanza aquello que le basta para alimentar el vivir, sino con bárbaro desórden aquello que le anticipa el morir, saliendo él propio á ofrecerse al camino á la misma muerte, de quien tiene por infalible que va huyendo. ¿No seria loco furioso

aquel que dándole una espada para que con ella defendiese su vida, se arrojase de pechos sobre su punta y la hiciese instrumento de su muerte? Pues esta bárbara culpa comete el glotonazo con el abuso de los manjares. La gula es uno de los vicios capitales y madre secundísima de la mayor parte de los demás; con la embriaguez engendra á la soberbia y á la ira, y con ella y la replecion á la torpe lujuria y á la soñolienta pereza. Nuestra madre comun la Naturaleza sabia no puso el deleite en los manjares por fin, sino por medio, que su fin es que nos sustentemos comiendo templadamente, y nosotros, haciendo de este medio principio, medio y fin, lo erramos tanto, que nos destruimos. Roguemos pues al cielo que nos envíe un rayo de su sagrada y liberalísima piedad para que con su luz nos desatemos de las tinieblas de un vicio tan irracional, tan torpe y tan ciego.

Hasta aquí llegaba el discurso de la vida de Panza dichosa, y yo reparé con atencion en la buena doctrina y me acomodé muy bien con ella; ayudé algo á su discurso con varias cosas que á mí se me ofrecieron, que aunque le hicieran mas dilatado, aun no fuera importuno; mas detúveme poco en ellas, porque se me fueron los ojos á otro retrato con honrada codicia. Atendíle con ellos mucho, con el juicio mucho mas; y pasando luego á la inscripcion, hallé que decia: *El majadero pulido*. No me pareció que las líneas de su semblante desmentian aquel ridículo renombre; corrí con esto al ingenioso epitome, empecé á leer y su discurso fué este:

VIDA DEL RIDICULO VARÓN

Á QUIEN EL PUEBLO DIÓ EL TÍTULO JUSTO DE EL MAJADERO PULIDO Y LIMPION AFECTADO.

PROPÓNESE, OH PIADOSO LECTOR, MAS PARA LA COMPASION QUE PARA LA RISA

Este que miras y esto que lees á un mismo tiempo ¡oh ingenio curioso! fué la risa comun de los pueblos, gozo y aumento de los mercaderes y sastres. Afectó la limpieza con ridículos melindres, con peregrinos escrúpulos; para esto andaba siempre cargado de alhajas limpionas, siendo mas acénila que hombre ó pareciendo una tienda portátil de lencería. Los lienzos que limpian la cabeza por el conducto de las narices nunca ios trajo menos que á docenas; los palillos mondadientes á centenares; los paños de manos á pares, y de la misma suerte para los zapatos bayeta, para los vestidos limpiaderas, de que venian bien prevenidos dos pajecillos, ó por decirlo con mas propiedad y gracia, dos buhoneros lampiños que le pisaban la sombra. Siempre hobió en vasijas nuevas, sin que ninguna repitiése sus labios, porque vasija estrenada decia que la tenia por sospechosa de que hubiese llegado á ella el contacto

civil de los siervos de la familia y la dejase, si no inficionada, menos limpia. Enjuagábase la boca y lavábase las manos aun en medio de las calles públicas, y esto tantas veces cuantas encontraba con alguna fuente de las muchas que son adorno y provision de esta nobilísima corte. Por no ensuciar los dientes y muelas no mordía ni mascaba, sino engullía; tanto quiso purificarlos, que molestados de la continua persecucion del hierro y del lienzo, los vió caducar en medio de su florida juventud; y decia muy lastimado y lloroso ¡oh lágrimas mentecatas! que quisiera tener dos pares para remudarlos, quitando los sucios y sustituyendo en su lugar los limpios. Mas atrevámonos algo mas al piélagro profundo de sus afectaciones fantásticas: de toda risada estupenda y escandalosa es digna la narracion que nos espera. Dicese que trayéndole un dia un criado para que le recibiese, como le preguntase de dónde era, y el otro le respon-

diese que de la Mancha, al instante rasgó los aires con una voz tiple, afectada, mujeril y hazañera y cayó desmayado. Volvió en sí después de largo tiempo á fuerza de algunas diligencias medicinales y mandó que le trajesen otro vestido, porque el que tenia puesto se le habia manchado aquel hombre, á quien, no solo quiso recibir, pero ni aun abrir los ojos para verle, porque no le manchase la vista. Prosigamos pues con la relacion de las culpas del proceso de este majadero magnífico. A las lavanderas llamaba mujeres líquidas; potables, cristalinas y transparentes, colegas canoras de las niñas, festín y sarao de las corrientes brilladeras, y por el contrario, á las mondongueras ministros del baratillo civil y asqueroso, contra la hambre picaña y grasienda de todo esportillero corito, de todo aguador gabacho, gente tripona, panzada y rastrera, y al fin condenada y precita. Decia que sus ollas eran cazoletas del infierno y perfumes bien dignos de aquellos palacios alumados y tenebrosos. Prevínose muy apriesa de todo aquello que llamamos testamento y codicilo, no tanto con atencion cristiana y prudente, cuanto con afectada y ridícula impertinencia. Vióse en lo que ordenó en ellos, que fué que no acompañasen su entierro ni los muchachos doctrinarios ni los desamparados, porque los mas de estos suelen tener sarna y temia que aun despues de muerto se la pegasen. Tuvo siempre mortal odio á los médicos y boticarios; á los segundos por las jeringas, á quien llamaba alevés, facinerosas, sodomitas y nefandas; y á los primeros porque consultaban con los ojos y con las narices á los servidores enfermizos y á los dolientes orinales. Con grande injuria de su salud y conocido riesgo de su vida, jamás quiso purgarse en toda ella, y preguntada la razon, como si la pudiera dar quien jamás la tuvo, respondia sin darla, dejándola mas ininteligible, cerrada y confusa; respondia al fin con mas melindre que pudiera doña Melisendra en Sansueña, que por no repetir tantas veces en un dia aquella miseria humana. Jamás retrocedió aquella cabeza vacía y ventosa, ¡ved qué gentiles calidades! por cualquiera de ellas pudiera ser adjudicada á una barbaría. Digo pues que jamás retrocedió sin que la acompañase todo el cuerpo, porque afirmaba, ridícula y pueril menudencia, que cabezas torcidas solo eran buenas para candelis y que por esto temia ver la suya nadando en aceite, que era lo mismo que naufragar en un océano de manchas. Estaba muy bien con los carros y escobones de la limpieza callejera y trotona, y llamábalos barberos útiles, curiosos y elegantes de las calles mas nobles, mas ilustres y mas públicas, porque las afeitaban y pulian. Si alguna vez encontraba con ellos al tiempo que suelen venir impeliendo un gran torrente de lodo rebalsado y detenido, corria, como el ciervo cuando acaba de darse un grande hartazgo de culebras, al agua de la primer fuente y se lavaba muchas veces los ojos, y hasta haber hecho esta impertinentísima diligencia á nadie queria mirar con ellos, aseverando que los traia llenos de serpientes, de víboras y de alacranes, y que no era bien que con tan malvado veneno quitase la

vida á las irracionales criaturas. Aquellos dias de los hartazgos, aquellos, digo, glotones y engullidores de las profanísimas Carnestolendas, cuando la insolencia fregonil y estropajosa vierte diluvios de agua sospechosa y espesa, de aquella con que se suelen enjuagar los presidentes murciélagos y nocturnos, decia que los señores jueces de la limpieza le habian dado su casa por cárcel; mas tan limpio era, tanto, tanto, que se salió de un cuarto de mucha y muy acomodada vivienda que le alquilaron sus criados y perdió con mucho gusto el dinero que dieron adelantado, porque supo que su dueño era confeso. Bajóse al rio humilde, al cristal modesto y nada guerrero del serrano Manzanares con su familia y alhajas, ella asustada y ellas casi arrastradas; bañáronse las personas, y sin tener atencion á su costa ni respeto á su curiosidad, hizo que se lavasen sus vestidos; mandó jabonar los bufetes, las mesas, los escritorios, las colgaduras y tapicerías y últimamente los clavos que las habian suspendido. Pasaron por esta rigurosa expurgacion los perros y los gatos, y hasta aquella ave graciosamente parlara y mas graciosamente pintada sintió sobre el abril indiano de sus plumas floridas las corrientes mantuanas del carpentano Manzanares. Sonó por la corte el caso, dió un gran grito por el mundo esta singular hazaña limpiona y frenética, y esta le granjeó con el pueblo el título justificadísimo del Majadero pulido y limpión afectado y aun le quedó á deber mucho. Quien quisiere saber mas hazañas de este menguado caballero lea los anales de las historias volátiles de las moscas importunas y caseras, que ellas le cuentan en el número de los mosquicidas, de aquellos mas crueles tiranos que las han perseguido y le dan el lugar primero. Encerrábase los veranos á matarlas; mas ya esta culpa habia sido cometida muchos siglos antes por alguno de aquellos grandes Césares que mandaron el orbe, pero no por esto menos ridícula ni mas disculpada. De estas aves fué cazador vigilantísimo y al fin un coco, una estantigua, un espantajo de todos los vasallos del gran duque de Moscovia. Afírmase que fué la patria de este varon moscatel la fidelísima ciudad de Zaragoza, ciudad verdaderamente insigne entre las mas ilustres de España, no tanto por lo curioso y magnífico de sus admirables edificios como por lo perseverante y prudente de su cristiano y político gobierno. Nacer entre tantos varones sabios uno necio debió de ser para que sirviese de lo que el lunar en el rostro de una dama hermosa. La planta mas fina y tersa no sale de las entrañas de la tierra sin alguna escoria, y las consonancias artificiosas de la música mas perfecta se suelen hacer tal vez mas agradables por alguna disonancia; demás de que si la variedad, así lo quieren algunos grandes juicios, es la mayor hermosura del universo, también, regulado con proporcion, lo será de una ciudad populosa.

Mas volvamos al asunto de nuestra pluma. Fué este caballero en su comer muy templado; la carne comia pocas veces y poca; siempre comió asado, y esto tan seco y enjuto, que le habia lamido antes el fuego lo mas precioso de su virtud y sustancia, y aun con estar así,

lo comia con palillos y tenedores, á imitacion de lo que nos refieren algunas historias modernas de ciertos gentiles, grandes políticos y no menos ilustres filósofos morales. A todos los guisados recusaba y los llamaba grasientos, groseros y brodistas; adjudicábaselos á los estudiantes de las universidades, que estudiaban el derecho y daba por razon el decir que esta voz *jus, juris*, en latin, significaba el derecho y tambien el caldo; y por esta causa, en su opinion, todo jurista era brodio y todo brodio jurista. Hablaba como hombre idiota y que no habia visitado las grandes escuelas de España, donde siguen esta prudentísima facultad los hijos de los mas poderosos y mas nobles hombres del reino y por ella ocupan eminentísimos puestos, así eclesiásticos como seglares. Digámos algo de su traje y adorno: su ropa blanca era mucha y muy costosa; esta no se lavaba en la parte comun y plebeya del rio, sino en lugar escogido, oculto y retirado; para este ejercicio tenia dos negras, tan presumidas y vanagloriosas de su jabonado, que decian ellas que se atrevian á jabonar á la misma nieve y á que saliese, despues de jabonada de sus manos negras, mucho mas blanca. Reparemos un poco; advertid y considerad cómo osaron estas etiopisas y guineas tiznar á la soberbia y á la vanagloria haciéndose de su parcialidad y séquito; mas ¿cuándo la soberbia y la vanagloria no estuvieron tiznadas? Mas antigüedad tiene la tizne en la infernal soberbia que en la abrasada Etiopia; ella es carbon y polvoroso cisco, que arroja unas chispas de mas ruido que efecto, y al fin, un humo caliginoso y vano, que mientras mas se desvanece, mas presto se desaparece; segun esto, cuando habita entre espíritus tan negros en su propia casa está, no ocupa nada ajeno. Dejemos á esta emperrada servidumbre y pasemos á los mercaderes y sastres, que en esto no harémos mas que dejar á los perros por los gatos; estos mas le desnudaron que le vistieron; mas así lo hacen con todos. Los demás ladrones que afligen la república, unos roban la ropa y otros el dinero; pero los mas de estos con la ropa que nos dan nos roban dinero y ropa. Lo peregrino y singular de su traje le hizo ser notado y escarnecido; mas habia llegado á sutilizarse tanto su vanidad, que recibia los desprecios en cuenta de aplausos; los silbos le sonaban á victores, y los vejámenes le hacian ruido de aclamaciones; mirábase tan arriba en su opinion, que no creia que nadie pudiese perderle el respeto sin quedar escrito en el número de los hombres juglares y placenteros; sin duda él era un culto, ó por mejor decir, un cultísimo de vestidos, porque no buscaba lo mejor en ellos, sino lo mas singular.

Con estos insensatos caprichos se dió gran prisa á desperdiciar mucha suma de hacienda, y si la muerte piadosísima no le hubiera prevenido en lo mas ardiente de su edad, tuviera su fin en la misma parte que Panza dichosa. Su testamento ridículo, de que dejamos referido algo, fué semejante al demás curso de la vida: mandó que sus vestidos y ropa blanca no se vendiesen, sino que se quemasen, porque mas queria que se con-

virtiesen en ceniza, que no que pasasen en los muladares de algunas personas sucias; sumo delirio no advertir que por este camino los enviaba al muladar mas presto, porque toda ceniza es polvo, y todo polvo muladar, que olvidado moria de sí mismo, pues no veia cuán cerca estaban su carne y sus huesos de la misma hediondez y podredumbre, y pretendia preservar á sus vestidos y ropa blanca de aquella injuria que á sí mismo no podia. Quiso ser abierto y embalsamado, y tanto mas confesaba ser corruptible, cuanto mas procuraba defenderse de la corrupción. Pretendió con esta vanidad lisonjearse á sí mismo en su cadáver y engañarse en aquello donde está el último y el mayor desengaño: los mas preciosos aromas no pueden cerrar la puerta á la corrupción, sino entretenerla; pues siendo así, ¿qué se consigue con esto sino mentirnos á nosotros propios y hacer burla y juego de las mayores y mas importantes veras? Yo pienso que estas son las especias aromáticas con que les sazonan la carne á los gusanos; para que la coman con mejor gusto sirvaes esto de pimienta y clavos y cómanlo poltronamente, sin romper los mares procelosos en demanda de la costosa especería, por quien tanta sangre se ha vertido, por quien tantos golfos se han surcado, buscándola unos hombres para otros hombres, la codicia de los unos para la gula de los otros. Volvamos al testamento: entre otras mandas pareció piadosa el dejar á las esclavas negras libres; mas ya ellas lo eran, porque en una familia que carece de gobierno cada uno sigue la ley de su voluntad. Hallóse que habia destruido en galas ridículas, superfluas y afectadas una suma increíble. Entre los mortales ningunos son mayores locos que los que siguen esta senda, pues no advierten que el primer vestido se sacó de la tienda del pecado y que en nuestros padres primeros fué lo mismo que un sambenito, y nosotros somos tales, que hacemos del sambenito gala. Pues, hombrechillos ciegos y miserables, multiplicad vestidos y galas; pero ha de ser advirtiendole que cuantas mas galas y vestidos os multiplicáredes, tantos mas sambenitos os multiplicais. Mas ¿qué dirémos de tantas cortesanas rameras que cometen tanto pecado torpe por una gala inútil, por un antojo bárbaro? Nuestros primeros padres Adán y Eva se vistieron de lo necesario para cubrir su desnudez porque pecaron; y éstas, afrentosa injuria de la república cristiana, por vestirse de lo superfluo pecan. La invencion del primer vestido fué para que sirviese á la honestidad y vergüenza, y al contrario, las tales por un vestido cometen infinitas desvergüenzas y deshonestidades; no vivimos con la necesidad, sino con la opinion, y de este daño se originan todas las ruinas de la virtud, porque el vestido tambien sirve como de escudo contra la inclemencia de los elementos, y este fué como segundo fin; pero nuestra vanidad ha introducido que sea ornato, ostentacion y pompa.

A mucha parte de indios de los que descubrieron nuestros españoles se les dió nombre de bárbaros porque andaban desnudos; y ¿por qué no serémos tambien llamados bárbaros nosotros por andar superfluamente

vestidos? Y es tan necia la arrogancia de nuestra presuncion y fantasía, que andando muchas veces casi desnudos, creemos que estamos muy bien vestidos; y esto nos sucede cuando es tan delgado lo que traemos y muchas veces tan rompido y acuchillado, que dejando de ser abrigo á nuestros miembros, solo sirve de entrete-
 tener á los ojos de los que nos miran, con que parece que mas tratamos de vestir al agrado de ellos que á nuestra carne. ¿Qué enfermedades repentinas se siguen de este desabrigo? No pocas, y luego paramos en el mayor extremo de la desnudez, que es la muerte; pues para llevarnos á la sepultura nos desnudan casi en carnes, donde pasando mas adelante esta desnudez, los gusanos nos desnudan de ella y nos dejan en los huesos. Puedan pues algo estas razones con nosotros; salgan las verdades alguna vez con la victoria que tan de justicia se les debe para mayor gloria de aquel grande artífice que es fuente de la vida y para que nos halle mas libres y desocupados la muerte.

Este fué el fin del discurso de la vida del Majadero pulido y limpio afectado; y aunque pudiera cargar la consideracion mucho sobre las acciones ridiculas de este menguado vanísimo al entendimiento, me le inquietaron los ojos por haber pasado sus luces á la contemplacion de otro retrato. Ocupábale la figurilla de un hombre tan pequeña, que pudieran consolarse con ella los pigmeos y los enanos; segun esto, mal dije le ocupaba, pues el lienzo se mirara desierto en la mayor parte si no llenaran sus vacíos muchas plumas, procesos y tinteros. Arrebatóme el entendimiento la extrañeza de la pintura, y cuando me determinaba á tenerla por enigma me desengañó la inscripcion, que decia así: *El pleiteante mole-
 dor y tramposo*. Viendo pues que conformaban el pincel y el título, se desasosegó mi ingenio, y corriendo á buscar su centro en el epitome, se entró luego por su discurso. Las razones de que se componia son las que se siguen:

VIDA DEL VARON INFELIZ Y PERVERSO

JUSTAMENTE LLAMADO EL PLEITEANTE MOLEDOR Y TRAMPOSO.

HALLARÁSE EN ELLO TANTO DESENGAÑO COMO LÁSTIMA.

Las líneas de este pincel y los renglones de esta pluma, noble y cristiano ingenio, te proponen pintado y escrito al Pleiteante moleador y tramposo; considérale tan pequeño y negro, y hallarás que este fué un trasego en los tribunales de los jueces y una pulga en los oficios de los escribanos criminales y civiles, mas vivo que el azogue, mas perjudicial y mas penetrante. Sus padres fueron viles, su patria nobilísima; ellos con hierros en los rostros, con hierros en las gargantas, y muchos mas yerros en las costumbres, manifestaban ser esclavos; mas el color de su rostro aun los infamaba mas, porque los acusaba por mulatos; traian en él crédito constante para la presuncion de toda maldad atrocísima y aleva, y era lo mismo que ir diciendo: ¡Afuera, afuera, aparta, aparta! Entrambos eran de Berbería, tierra que lleva mejores dátiles que personas; él, no contento con solo ser perro, se pasó de extremo á extremo y se preci-
 ó mucho mas de ser gato, y dióse tanta priesa á meter la uña, que le ahorró la horca. Diéronle cordelejo á vista de mucho pueblo y estuvo tan léjos de correrse por ello, que aunque mostró mucha travesura en los piés, no se podrá decir con verdad que diese un solo paso con ellos; tuvo mucho de extraordinario este vejámen, porque no se le dieron con voces, sino con patadas, y él, como en desprecio de este desprecio, despues de haber hecho piernas, se mostró muy estirado. Este fin tuvo el uno de los que dieron principio al Pleiteante moleador y tramposo; digo que este fin tuvo su padre y con el mis-

mo acabaron su abuelo y bisabuelo, de modo que pudo decir que venia de un linaje, que aunque nacian bajamente, altamente morian. La berberisca madre fué ave nocturna, y tal, que á nadie reconoció ventaja en el volar; por el cañon de una chimenea subia tan derecha por la línea de en medio, que á ninguna dejó desollada, quise decir deshollinada, si es que á las chimeneas las sirve su hollin de pellejo, permitasenos esta tiznada licencia y pase por término culto. Su amo pretendió para las Indias, y valióse de las malas artes de su esclava para su pretension; creyó ¡oh ciego! haber conseguido por medio de ellas un gran oficio; por esta causa antes de partirse la dejó libre y todos sus bienes muebles; bien que el título que se daba en público á esta liberalidad era diferente; él pereció en el agua, y ella en el fuego, de modo que á él las ondas y las llamas á ella castigaron sus cercos y conjuros; tales fueron los padres y tal el amo de Martinillo, asunto de nuestro epitome, en cuyas muertes al amo le sobró el agua, á la madre la sobró el fuego, y al padre le faltó el aire. Este es pues aquel Martinillo Pleiteante moleador y tramposo, y aun se le quedaron á deber mas atroces títulos; el progreso de su historia me sacará verdadero. Digamos su patria, porque ella á él, aun con ser tan vil, podrá honrarle, y él á ella en nada dejarla ofendida; tan ilustre es, tan magnífica, tan populosa, tan opulenta; ¿será menester con esto que os diga que fué la gran Sevilla? Ya lo dije; ¿y para qué? Pues las señas no pueden venirle bien á otra

alguna del orbe; yo os lo diré y advertid, para que la ciega pasión que podeis tener á otras ciudades no os obligue á haceros árbitros de este laurel, dándole cada uno á la que reconoce por patria. Quedó Martinillo con cinco cincos en la edad y en las malicias como si hubieran pasado por él muchos millones de siglos; el ser en el color muy negro y en el hablar pesado y prolijo hizo que se presumiese que no se le había puesto acaso el nombre de Martinillo. Crióle su amo como á hijo, y aun lo parecía, porque en las costumbres se diferenciaban poco; enseñáronle á leer, escribir y contar y tanto latin, que á ser Juan, supuesto que no era nada blanco, pudiera ser segundo Juan Latino; era singularísima su invectiva para toda maldad, para todo embuste, para todo fingimiento y cautela; su inclinación á solicitar causas, á bullir pleitos resucitando los ya olvidados y fabricando otros de nuevo; los bienes de su madre fueron confiscados; y así, aunque fué su hijo, no su heredero; mas una tía suya, hermana de ella, pescadera en el oficio, y en las costumbres pecadora carnal y torpe, con lo que había pescado, no en la mar, sino en las bolsas ajenas con sus malos pesos, le dejó acomodado y rico. No se gozó él tanto con la herencia como con que le trajo pleitos; parecíale á él que había heredado mas en ellos que en ella, y como un muchacho goloso que cuando le dan alguna cosa dulce la come muy despacio porque no se le acabe, así este llevaba los pleitos con pasos muy dormidos, porque le durase aquella causídica inquietud y aquel desasosiego litigioso. Diéronle una sentencia en favor en cierto pleito, y como la parte contraria apelase para esta corte, y sus letrados se lo disuadiesen porque no tenia justicia, apeló él tambien de la misma sentencia, tomando por color que no le habían adjudicado todo lo que él decia pertenecerle, y no era sino el dolor de ver que el pleito se le moria entre las manos; á esto se juntaba el deseo de venir á este bellissimo lugarazo á ejercitar en tanta variedad de tribunales como tiene su inclinación turbulenta, tan ocasionada á peligros como pasos, porque no se da paso sin peligro en los pleitos, y es fuerza que los peligros sean muchos, porque los pasos no pueden ser pocos: apenas puso los piés en esta admirable cuanto confusa Babilonia, cuando corrió como á su centro á la plazuela, que con ser su nombre San Salvador, solo pretenden en ella los que la frecuentan condenarse los unos á los otros, porque este es el fin de los pleitos. Parecióle poco el tráfico y que no sonaba aquel ruido á tanta trampa y cautela como su naturaleza le pedia; partió luego á toda diligencia apresurada y congojosa á la que llamamos de Santa Cruz, y aunque él fué con tanta priesa, yo me detengo despacio á considerar cómo pudo ser que se diesen á estas dos plazuelas, donde tantas injurias contra el Salvador del linaje humano se cometen, á la una su sacratísimo nombre, y á la otra el del lugar santísimo donde nos salvó; mas volvamos á Martinillo, que ha llegado al campo mas deleitoso y florido de cuantos le pudo pintar y mentir su tan alevosa cuanto sutil imaginación. Apenas se vió en aquella, aunque al parecer pequeña en sitio, en

lo demás dilatadísima provincia, cuando la dió con los labios la paz, que ni ella tenia ni queria ni podia tener, y él era el que menos deseaba que la tuviese, porque aunque es verdad que la ceremonia fué tan pacífica, el ánimo venia sangriento y belicoso. Deleitóse contemplando en su idea aquellos cuatro rios invisibles que la ciñen, y admiróse de ver que con ser tan caudalosos, mientras mas la regaban, correspondia con peores frutos. Digamos pues sus nombres en gracia de los lectores candidísimos que nos sufren y nos perdonan; son estos: El Tajo, el Ebro, el Marañon y Esguevilla. Expliquémonos mas y hablemos clarito como el agua, pues tratamos de estos clarísimos rios. Digo otra vez clarísimos, aunque no son venecianos; por el Tajo se entiende el de muchas plumas escribanistas, cuya agua, cuya tinta ni sabe ni puede ni quiere correr sino es por entre arenas de oro. Del Ebro, á quien llaman traidor, porque naciendo en Castilla, riega en Aragon. De este beben algunos solicitadorcillos alevos y muy alevos, porque mostrándose defensores de la una de las partes, acuden con avisos á la otra, y tal vez suelen engañarla en ellos, con que las estafan y las pierden á entrambas; pero es mucho mayor el número de los que gustan el agua del rio Marañon, el procurador, el pleiteante, el escribano, el abogado, el alguacil y el solicitadorcillo; y preguntada la razon, responden que por ser aquella agua sutil y delgadísima la beben todos los cortesanos. El Esguevilla se le aplicamos á todo escribanillo, á todo porterejo de aquellos que son podencos entre once y doce. Digo podencos otra vez, pues por el olor descubren la caza que buscan, y la razon por que se le aplicamos es considerando que es bien que estos ministros inmundos y espesos tengan por su compadre y paniaguado á este chirrion acuátil, y no digo chirrion cristalino por no manchar voz tan limpia con este asqueroso fragmento de Pisuerga. Estas son las metafóricas corrientes y las ondas alegóricas de quien se baña la provincia inconquistable que tanto deleitaba á Martinillo; refiramos ya cómo se portaba con ella; atronemos el mundo con narración de tanto estruendo y con tan vocinglera pintura. Apenas rompía el alba las tinieblas, aunque en aquel sitio jamás quedan del todo rompidas, cuando se paseaba por sus portales; paseábase bullicioso, haciendo con el gesto visajes, con las manos peregrinas acciones. Hablaba con aquellos valientes postes, que muchas veces con ser de piedra y tan dura, pienso que los tenia cansados y rendidos su prolija importunación. Hallábase al abrir de los escritorios, al poner de las mesas, al acomodar de los bancos; saludábase con todos y guardaba este orden sin jamás alterarle. A los personajes que allí se llaman secretarios hacia la inclinación hasta el suelo, á los papelistas algo menos; abrazábase con los procuradores, hacíase gracioso con los alguaciles, que es gente de buena carcajada y pagan con risadas de contado á todo aquello que les parece que está bien dicho, con sal y gracia. Entrábase luego en el oficio donde le parecia que empezaba á bullir pueblo; oía á diversos pleiteantes, á quien daba consejos y arbitrios sin pedirselos ni pagárselos; oíanle

algunos con gusto, porque les parecía que su ingenio era agudo, y era así; pero todas sus agudezas se encaminaban á que los pleitos fuesen eternos y jamás pereciesen. Entrábase luego en la cárcel, hacia memoriales á los presos, hablaba por ellos á los jueces y relatores, dando recaudos falsos, haciéndose criado de algun gran príncipe, y esto con tanta eficacia, que los dejaba ofendidos y cansados. No recibía de esto ninguna paga mas de aquella que le daba el gusto de manosear procesos y bullir entre plumas y tinteros. De aquí caminaba á palacio, donde tenia tres pleitos adquiridos y conquistados á fuerza de su dinero. Nadie puede pleitear sin gasto, y por esto huyen algunos aun de los pleitos en que tienen justicia; mas este, á costa de mucho gasto ¡oh increíble delirio! compraba ocasiones en que hacer inmenso gasto, porque apenas puso fin al pleito que trajo de Sevilla, cuando por no morir como el pez fuera del agua, compró á tres diferentes personas el derecho de tres diferentes pleitos, que son los arriba referidos, bien inciertos y dudosos; extraño y peregrino empleo y hasta ahora nunca visto, porque todos los tratantes del mundo emplean su caudal para ganar con él y ganarse; mas este tratante en litigios empleaba su caudal para perderle y perderse, con que se conoció bien que este hombrecillo bullidor y tacaño no era pleiteante por necesidad, sino pleitista artificioso por su malvada naturaleza; solicitábalos con tap afectadas diligencias á todos tiempos, á todas horas, sin perdonar aun á los dias mas feriados, que con esta molestísima importunacion traía á todos los que intervenian en sus pleitos con aquellas angustias que padecen los navegantes bisonños cuando se marean. Por esta causa apenas ponía los pies en el patio grande de palacio, cuando aun aquellas fortísimas columnas se estremecían, y si te hallaras presente, lector carísimo, creyeras que se había soltado algun leon africano; tanto era el ruido, tanta la confusion, y algunos huían de él por aquellas escaleras arriba y le atendían desde aquellos altísimos corredores, no sin miedo, como quien mira á un toro. Preguntarás, y no será pregunta vana ni ociosa, que cómo si deseaba tanto la duracion de los pleitos les daba tanta prisa con su importuna solicitud. A esto se responde que á este no le parecía que pleiteaba en faltando para él mucho cansancio y no menos molestia para todos los que participaban de sus causas. Así lo decía él, afirmando que todo lo que no era pleitear así no era pleito, sino ocio. Verdad es que en Sevilla siguió sus pleitos con diligencias dormidas; pero tomó otra navegacion en Madrid, reconociendo que era imposible, como él los quisiese, faltarle pleitos, suyos ó ajenos, en esta gran corte. Ajenos solicitó no pocos, y seguialos con no menos atencion y diligencia que los suyos, porque este no pleiteaba por vencer los pleitos, sino por bullir y trafagar con ellos. Fué el mas insigne de su tiempo en la inventiva de las trampas, y es cosa admirable, rarísima y bien singular que todas cuantas hacia miraban á la duracion del pleito, no al vencimiento. Jamás fué su intento despojar á nadie ni aun de solo un hilo, sino en pleitear y en procesar á todo el linaje hu-

mano; mas como se llegase el día fatal en que se vió desierto, así de pleitos propios como ajenos, y sintiese que por instantes se le iban ahogando los espíritus vitales, dió en un ingeniosísimo arbitrio para tener pleito por toda su vida y de quien se originasen tantos pleitos como dias tiene el año y como el día tiene horas, y aun para entrar en este pleito lo encaminó de suerte, que precedieron antes de él otros pleitos fatigadísimos y algo escandalosos. Determinóse á casar, pero con engaño y alevosía precedente para que esta sirviese de fundamento á su endemoniada pleitesía; vió una mozuela, su nombre Inés, tan mozuela, que aun para cumplir los diez y seis años le faltaban algunas semanas. Era virgen titular, y doncella en opinion; al fin su castidad era un argumento de solucion muy dificultosa. El padre fué un sastrecillo bullidor, grande caballero de taza en puño, tan diestro, que cuando entraba con ella en las justas de Baco, á nadie derribaba en tierra, sino á sí mismo. Era tan descosido de conciencia y lengua como mal cosedor con las manos. Con la lengua cortaba él de vestir, que con las tijeras no. Cosía con mucha flojedad los vestidos, y descosía con diabólica malicia las honras. Con esto obligó á que le diesen una leccion de coser bien en su propia persona, cosiéndole á puñaladas, tan bien cosido y tan mal, que no cosió mas; á lo que se dice le cosieron con una pared, que fué lo mismo que echarle un aforro de cal y canto. La madre, ni aguada ni vinosa, fué persona de continuas meditaciones, mas no espirituales; toda su atencion la cargaba sobre lo temporal, y de lo temporal no en lo mas limpio, sino en lo mas útil, al fin, con sus porfiados estudios alcanzó tan escogidos discursos, que nadie se los alcanzaba. Estos le adquirieron á su hija Inés un rico dote, no en galas ni en joyas, que estas siempre fueron modestas, tanto, que ni pudieron llamarse joyas ni galas, sino en buenas posesiones, como si dijésemos casas con tejás y balcones tan grandes, que pudieran ser aposentos en otras casas; balcones de aquellos que á tener sentido se pudieran desvanecer, así por estar en lugar tan alto como por verse teñidos con aquel precioso color azul y resplandeciente, y aun con todo este aparato pretendia que á su hija la creyésemos virgen con toda su flor, intacta y purísima; mas ¿qué mas flor que engañar con esta agostadísima flor á tantos simplones? Pues no era pequeña la parcialidad que lo defendía y juraba. Enriquecióla cierta persona de gran puesto, que por particulares circunstancias era mas interesada en el secreto que ellas mismas; con esto daban nombre de herencia á la torpe ganancia, haciendo sombra á esta mentira un testamento supuesto de un hermano de su abuela materna, que decían haber algunos años que pasó de este mundo, estando aun por nacer; reverenciaba á esta fábula alguna gente sencilla y llana como á verdad calificadísima; mas no me admiro, porque este fué uno de los casos que sin ser verdaderos parecen verisímiles. Tal era la hipocresía de la madraza socarrona, que con ser un epilogo de todos los vicios, en poniéndose la máscara de la virtud, nos equivocaba los mas nobles sentidos y hacia que las apariencias pasasen por

evidencias. A esta venerable anciana codició por suegra nuestro azogado Martinillo; fingióse gran caballero y valiósse de alguna gente echadiza y pagada, que lo aseguró por verdad constante; fácil y comun empresa entre los cortesanos de buena inventiva, de aquellos hablo que se ponen el don despues de mayores de veinte y cinco, de modo que el de estos viene á ser un don varonil, venerable y valiente, venerable por la barba, y valiente por los criminales mostachos. Parecen estos tales dones, dones armenios por la barbona espesura; son dones puestos adrede, y unos dones donados de los verdaderos dones. Muchos hay de éstos caballeros asustados que se sirven del don en un barrio, y en otro le traen baldado y baldío: por estas razones le llegó á creer que debe de haber un baratillo de dones de viejo, porque no consiste en tenerle mas que en quererle tener, y yo me le hubiera ya vestido, sino que me han dicho que no por eso anda un hombre mas fresco en el verano ni mas caliente en el invierno. Item mas, que no es cosa que se empeña ni se vende y que solo sirve de añadir tres letras mas al nombre y de embarazar mas papel con la firma; pero como todas estas consideraciones no le ocurriesen entonces á Martinillo, y por el contrario, juzgase que le estaba bien para su embeleco, habiendo tal como hoy anochecido Martinillo, tal como mañana amaneció don Martin y empezó á tejer su novela ignominiosamente. Era la tal Inés cuanto hermosa ignorantisima, que sucede, y no pocas veces, engendrar padres muy sábios hijos muy necios; por esta causa pudo la elocuencia civil y tacaña de nuestro don Martinillo deslumbrar á la bellissima Inés, con que deslumbró á aquella que era la lumbrera de la lumbrera de los ojos de los mas sutiles y curiosos cortesanos. Hablábala de noche sin sabiduría de su madre, aumentando tinieblas á las tinieblas con su engaño, porque la encantó de suerte con su canto este mas ruin señor que ruiseñor, que fiada de una palabra de casamiento en agraz y no madura que la dió delante de unas esclavas sobornadas y soñolientas, porque estaban bien bebidas, que despues confirmó con un cedulon jurado y perjurado, le hizo dueño de toda aquella virginidad postiza y remendada, como aquella que nació en casa de padre que no supo otro oficio sino remendar. Retiróse luego el caballero del don reciente, no por la razon que otros lo hicieran, que es el haber desfogado su deseo y satisfecho su apetito, sino porque conoció que en aquel poco papel del cedulon que habia dejado se encenderia el fuego de un pleito solemnísimo, tal, que á él le trujese muy ocupado y solícito y á toda la corte entretenida y admirada; y fué tan dichoso, si es dicha lograr un hombre su inclinacion, aunque sea tal, que excedió el suceso á la esperanza, porque él se prometió solo un pleito, y se halló con dos y entrambos criminales. Fué el caso que mataron á un correo la misma noche que él gozó de la bellissima Inés cerca de los umbrales de su puerta. Pedíanle entrambas sangres, y ninguna habia vertido, ni la del correo postillon ni la de la virgen postiza. De la del postillon caminante parecieron presto los culpados, y quedó absuelto de la sospecha. De

la postiza virgen bien pudiera parecer el que hizo el sacrificio sangriento, si él quisiera; pero por su autoridad estaba cerrada aun la primera noticia con mucha espesura de nieblas.

Don Martinillo, que ya habia empezado á saborearse con aquellas contiendas criminales, porque antes todos sus pleitos habian sido civiles, civilísimos, sintió mucho que la fama falsa que le atribuyó aquella muerte se hubiese muerto tan por la posta, que no pudo dejar de postear por ser cosa tan perteneciente á un hombre que era correo. Tuvo consultores en la cárcel que le libraron de aquella impertinentísima congoja y le dieron un consejo para su propósito muy á propósito; aconsejaronle que si deseaba pleitos fijos y permanentes, que celebrase luego aquel matrimonio ensuegrado, pues tantos pleitos tendria cuantos instantes pasasen por las vidas de él y de su atrocísima suegra. Aceptó luego el consejo y recibióle por arbitrio; sacaronle de la cárcel, y á la verdad para llevarle á otra mayor, pero él halló en ella lo sumo de su deleite. Entraron con él Tisifone y Alecto y toda la tropa horrible de las infernales furias; entraron con él apadrinándole en casa de su suegra, matrona perdurable y escollo, aunque de carne, mas duro, mas invencible que las mismas rocas; por esta causa le valieron poco contra ella, antes le ayudaron á perderse mas presto, porque como la vieja fuese persona de gran consejo y circunspeccion, aunque la misma noche del desposorio y los ocho dias siguientes la dió muchas ocasiones para que se armase alguna procelosa borrasca y se fuesen engrosando mas y mas las olas, ella inmutable con la aspereza y severidad del semblante respondia sin hacer estruendo escandaloso con la lengua. Toda su retórica era muda, y cuanto mas muda, tanto mas afectuosa; por esto acudió á la simplona de su mujer, y con ella tuvo azulísimas cuestiones, no porque nada le diese celos, que antes se alegraba con las visiones y fantasmas; no era de los maridos asustados y ceñudos, sino de los muy cortesos, comedidos y placenteros, demás de que de estas sombras él veia muy poco ó nada, porque el artificio de aquella maestra siempre fué mucho, siempre muy sagaz, siempre muy atento, al fin, él reñia con su mujer no mas de por reñir; reñíala porque salia de casa, y tambien la reñia porque guardaba clausura; hoy la reñia las muchas galas, y mañana la culpaba su desaliño y desaseo; despedia los criados y criadas sin pagarles su salario, no por no pagar, sino por pleitear con ellos; dió en tomar muchas cosas fiadas pudiendo pagarlas luego de contado, no mas de porque conocia que no pagando, como no pagaba al plazo señalado, se habia de levantar luego pleito y maraña. Tambien les resistia las pagas á todos los oficiales mecánicos, aunque fuesen de las mas comunes menudencias; con esto hervia en pleitos, y cuando todos ellos perecian, pleiteaba el solicitador con él sobre la paga de sus pasos.

Era este desatinado hombrecillo pleito de pleitos como cuento de cuentos y como una cadena de causas criminales y civiles que las unas se eslabonaban de las otras; al médico, al cirujano y al barbero que los tenia asala-

riados y al boticario que le fiaba las medicinas jamás pagó sin que precediese primero mandamiento de juez. No fué menos molesto á los tribunales eclesiásticos, y hasta con su majestad tuvo tres pleitos, y todos tres comprados, que son los que ya tenemos arriba referidos, porque aun persona tan soberana no se libraba de este malsin ingenio, de este proceso vivo. La simplona de Inés, aunque simplona, alumbrada de su madre y de algunas amigas ancianas que eran consejeras útiles, reconoció los daños que se le seguían á su quietud y á su hacienda con un hombre tan perturbador de todo el linaje humano y que solo habia nacido para riqueza de los abogados y procuradores y destruicion de sí mismo y de todos los suyos, y tambien de todos aquellos contra quien armase los pleitos. Entraron en consulta buscando arbitrios para salir del poder de un hombre tan peligroso; juntóse todo aquel señado venerable y reverendo de tocas largas, venerable dije, y ahora digo digno de ser venerado siempre, porque aunque todos sus magistrados eran femepinos, las resoluciones fueron siempre muy varoniles. Ventilóse el negocio, y echada bien la cuenta, hallaron que no podian expeler á don Martinillo sin pleito. Consideraba, y no sin justo dolor, la venerable madraza que le habian traído á casa con pleito, que en ella habia fabricado muchos pleitos y que sin pleito no podian expelerle de ella. Advertia que para hacerse á sí mismas el placer de echarle de casa habia de ser con el pesar de poner pleito, y por el contrario, el pesar que á él le hacian poniéndole en la calle le contrapesaba con el placer de andar trafagando por las audiencias; finalmente, ni á él le podian hacer pesar que del todo lo fuese, ni para sí se podian tomar placer que no les viniese muy menguado; demás de que el pleito era una maldad atrozísima, aunque dicen que algo usada, fingir y probarlo con testigos hechizos que habia puesto las manos en ella con tanta cólera, que llegó á desnudar la espada para matarla; tocaron con esto en lo sumo de la mentira.

Tan virgen estuviera la señora doña Inés cuando don Martinillo la gozó como estaba su espada, porque aunque es verdad que él se deleitaba mucho con las hojas, era en esta forma: con las de los procesos siempre, con las de las espadas nunca; con hojear solo las hojas de los procesos se deleitaba; pero de ver las hojas de las espadas desnudas temblaba mas que la hoja en el árbol; al fin, la resolucion fué terrible; pero ejecutóse, y no le pesaba al tal don Martinillo por pleitear y bullir; pero no le salió aquel regodeo de mucha dura; fué gozo fugitivo y deleite sutilísimo que se le desapareció como el humo, porque el favor y el dinero que ellas tenian no escaseó; abrevió la sentencia del divorcio, con que se halló en un instante sin pleito, sin mujer y sin suegra, que otro juzgara por tres sumas felicidades. No se desmayó con esto el mas que civil don Martinillo; inquietaba la calle de su esposa y levantaba pendencias de las mismas piedras, que siendo todas las de Madrid fuego, serian pendencias muy fogosas; tan de las piedras las levantaba, que tropezando una noche en una grande y descalabrándose, dijo que la habia puesto allí con mali-

cia y dió criminal querella; esto mas fué dar que recibir la pedrada. Tanta importunacion aun las mismas piedras no pudieran sufrirla; ¿qué mucho que unas mujeres tiernas se cansasen? Por esto buscaron el mas fácil despidiente, aunque el mas atroz; encomendaron el despacho de su persona á dos oficiales de la matanza, carniceros inhumanos y vertedores de humana sangre, que habiéndole espiado una tarde de aquellas tan impías cuanto ardientes de los rabiosos caniculares, rabiosos dije y con propiedad, porque aquellas estrellas fritas de la Caniculasen dos perros fogosísimos, y siéndolo, no hay que admirarse ni de que ellos rabien, ni de que nos hagan rabiar con su emperrada influencia.

Una pues de estas tardes que venia de bañarse del rio le bañaron en su sangre; con esto recibió aquel dia dos baños, de su sangre el uno, y del agua de Manzanares el otro; el primero él propio se le habia tomado por su eleccion, el segundo le recibió de mano ajena contra su voluntad; al fin, fué en hombros ajenos llevado á su casa, que era en la calle de Atocha, y al pasar por los escritorios del crimen hizo que le entrasen en uno de ellos, y con palabras casi no pronunciadas, interrumpidas y cadentes, dió una horrible querella de su suegra y esposa y poder á un procurador para que la siguiese despues de él muerto. Espiró al instante, y ahora me admiro mucho cómo se pudo morir este hombrezuelo en medio de su mayor deleite, que era el pleitear; con esto dejó un pleito póstumo para que se pudiese decir con verdad que aun siendo cadáver habia pleiteado y asistido en los escritorios entre escribanos, procuradores y alguaciles. Estos son los que le ayudaron á bien morir, mirad qué padres de la compañía de Jesus; pero como él acabó sin sacramentos y murió mal, por eso le ayudaron á morir, porque escribanos y alguaciles siempre ayudan á los que mal mueren y aun son causa de que mueran tan mal.

Esto se ha dicho sin injuria de algunos en quien resplandecen muchas virtudes y que por ellas merecian ser premiados.

La esposa y mujer del violento Martinillo salieron bien de la horrible querella y aun con facilidad, porque apenas hubo quien la siguiese, muchos que la persiguiesen sí. Este fué un milagro comun de dos, parte el favor, y parte el dinero, que son los tutelares y patronos de aquel distrito. Mandó que le enterrasen en Santa Cruz por estar en el barrio de los pleitos y porque ya que le hubiesen de pisar, fuesen los piés de los pleiteantes y los de todos aquellos que los ayudan y los pierden. Miserable y congojadísima fué la vida de este hombrezuelo, pues aun antes de salir de esta carne caduca y mortal, se anticipó el infierno, conversando con la discordia, que es uno de los mas principales ministros de aquella ciudad horrible. En mi opinion, todo soldado pleitea, todo pleiteante milita; por esto pudo ser que las de los procesos de los unos y las espadas de los otros se llamasen hojas.

No fué menos que pluma imperial la que dijo que á la majestad de los príncipes convenia el estar armada con

las leyes y adornada con las armas. Segun esto, tanto son semejantes como necesarias; pero del abuso de ellas se originan todas las calamidades de la república: mas guerras han vencido los ardides y estratagemas que la fuerza y el valor; y á este ejemplo la cautela y la solicitud han triunfado de mas pleitos que la razon y la justicia; mas ¿qué digo? En grande cumbre hemos puesto á los pleiteantes, haciéndolos compañeros de la gente mas ilustre del mundo, que es la militar; acomodémoslos entre la canalla mas perdida y desalmada del siglo, con esto habrémos hecho justicia; pues siempre importunan por ella, aunque no todas veces la desean. Diga pues que son los pleiteantes como tahures, porque de la suerte que la hacienda de aquellos se queda entre los gariteros y los mirones, así la de estos en las manos de los abogados y solicitadores. Abogados dije, así se llaman estos causídicos, que desvanecen con decir que tienen el mismo oficio en la tierra que los santos en el cielo, y pudieran considerar la diferencia, porque los santos no venden su patrocinio, y ellos el suyo sí, y tan costoso que hacen mayorazgos deshaciendo mayorazgos, pues con aquello que consumen en sus pleitos los mayorazgos antiguos, fundan ellos otros mayorazgos modernos; con la variedad de autores y de opiniones han hecho la justicia equívoca y dudosa. Y es muy de notar que con tener el derecho ficciones están mal con los ingenios poéticos, siendo en esta parte hermanos en armas. Las buenas ficciones poéticas que han de ser verisímiles y benemoratas enseñan con sumo deleite á las repúblicas mucha doctrina moral y política, con que se conservan. De las suyas no hago juicio, hable el pueblo y clamen las experiencias. Parecer es de muchos ingenios prudentes que entre los que somos cristianos y fieles católicos habia de haber unos jueces árbítró que compusiesen todos nuestros litigios y diferencias, porque es cosa de mucho dolor el ver que la mayor parte de las personas que asisten en las cortes de los grandes príncipes se ocupan ó en pleitear por sí ó en nombre de otros. En la de nuestro

poderosísimo y no menos católico monarca sirve de gran consuelo el ver que todos sus tribunales están ocupados de varones clarísimos por la sangre y por el ingenio, y que de la virtud y letras han tocado á lo mas alto, á lo mas sublime. Son tales personas muchas veces concedidas liberalmente del cielo, no buscadas ni halladas por la solicitud de los príncipes, que en ellas han dado á las repúblicas mucho mas de lo que pensaron ni conocieron; al fin, son los tales unos tutelares y patronos del bien público, que ni consienten viciarle ni oscurecerle; muévase el cielo de su gobierno sobre estos dos polos, justicia y piedad.

Con esta última reconocen que la potestad que se les ha dado sobre todos se ha de eslabonar con el tener amor á todos. Deben pues dar continuas gracias al cielo los que nacieron y viven debajo de tal dominio, que en los casos de justicia se les administra tan fielmente igual, que aun se reparte muy igual entre aquellos que por su calidad son desiguales; mas dejando todas estas consideraciones, una vida pacífica y quieta es lo sumo de la bienaventuranza humana y mortal; al fin es retrato de aquella eterna y divina que nada la sobresalta ni turba. Hagamos pues obras por donde la merezcamos, ejercitándonos en virtudes tan eminentes, que para nosotros sean mérito, y para nuestros prójimos ejemplo.

Con grande silencio pagué á la narracion de la vida de este moleador pleiteante, y quedara con algunas dudas y escrúpulos de su verdad si la experiencia no me hubiera facilitado el paso con el trato de otros monstruos no menos peregrinos. Bien quisiera yo dilatarme por el campo del discurso; mas halláronme los ojos nuevo entretenimiento en el retrato sucesivo, cuya inscripcion decia: *Mala lengua, malos piés y malas manos*. Hice tan extraño concepto de tan peregrinos atributos, que deteniéndome poco en los rasgos del valiente pincel, caminé á las letras que formó la pluma y hallé que se deletaban con estas razones:

VIDA DE UN HOMBRE

QUE FUÉ SOBRA Y TRASTO DE LA REPÚBLICA, Á QUIEN ELLA DIÓ EL ESCANDALOSO NOMBRE
DE MALA LENGUA, MALOS PIÉS Y MALAS MANOS.

Su patria fué Valencia, madre de santos, ya mártires, ya confesores, madre de valentísimos capitanes, madre de varones insignes por la erudicion y por el ingenio, y porque las damas no acusen por descortés á mi pluma, tambien madre de singulares hermosuras, siempre honestas, siempre sabias, porque entre mujeres aquellas solamente se pueden llamar sabias que son honestas. Pasemos de esta hermosura racional y discursiva á la no menos elegante, si no tan animada, de sus campos flori-

dísimos; tales son, que por ellos no se pasea la primavera con limitadas horas ni está reducida á particulares meses; antes su perseverante belleza nos obliga á pensar, ó que todo el año es un dilatado abril, ó que si se divide en meses, tantos como meses tiene abril; al fin, el año valenciano es un abril doce veces repetido, y aun dije poco, porque si allí los años se suceden los unos á los otros con igual belleza, la vida de este felicísimo abril no se ha de contar por años, sino por siglos, y aun se

podrá sospechar y creer de igual duracion con el tiempo. No he conseguido el averiguar quién fueron los padres del asunto de nuestra narracion, y si hemos de acudir á buscarlos en sus obras, porque cada uno es hijo de las suyas, hallo que ninguno de los mortales los ha tenido mas viles ni mas infames; tal fué este tal, que quiso adquirir con arte un don, que es liberalidad magnífica de la naturaleza sabia; este vendió la mercadería que jamás tuvo; este hizo oficio la conversacion; este, las sales, que siempre son tan ingenuas como ingeniosas, pretendió que siempre fuesen mecánicas y vendibles; finalmente, este fué de aquellos que se llaman locos por honestar al infame título bufonesco, y no son sino unos filósofos tacaños, tan poltrones como viles, y tan viles como bien afortunados; pues comen de decir pesadumbres y libertades á los mismos que los sustentan, siendo suma, bien que civil, felicidad poder cumplir un hombre en cada casa todos los antojos del vientre y de la lengua sin riesgo, porque le sirve de proteccion su infamia. Nuestro Luquillas, siendo un mes de diciembre humano y una sierra nevada con facciones, acometió en hábito de estudiante capigorrón á la ilustrísima escuela que baña el Tórmes; acometiola con ignorante osadía, pues fué á llevar frialdades, y en tiempo del invierno, porque este es en el que se cursa, á una de las tierras mas frias de la Europa; tan frio era el pícaro, que con ser por julio cuando esto escribo, me obliga su memoria á tiritar de frio y á dar algunas tenazadas con los dientes. Sírva-me de alguna disculpa, si acaso discurriere con alguna frialdad, ser el sugeto granizo, ser el asunto carámbano. Aquellos pues sutilísimos ingenios le conocieron luego, y como son tan pesados de manos como de ingenio sutiles, con ellos le dijeron las gracias y donaires que él intentaba decirles y no sabia, y con ellas le cargaron de muchas desgracias; admiróse de ver que hubiese tantos buenos jugadores de manos en una ciudad, aunque muy principal no muy populosa, barberos tan singulares como liberales, porque con grande velocidad sangraban de las narices y de las muelas. Reconoció el peligro que corria su dentadura en aquella tierra, porque demás de la frialdad de su temple, se hallaba á cada vuelta de esquina confirmado conde de Puño en rostro, y algunas veces era esta confirmacion muy dura, porque no todas venia aquella borrasca sin alguna piedra. Advertid que nos da este pícaro mucho que considerar; si él era el mismo granizo, ¿por qué huye de la piedra, supuesto que la piedra y granizo en todas las tempestades son compañeros? Confieso que no lo entiendo; solo sé que él se dió mucha priesa á volver las espaldas, que siendo esta accion tan propia de los ruines, no tuvo necesidad de hacerse alguna violencia; volver el dinero ó las prendas que le prestaron jamás supo; mas volver las espaldas y tambien malas respuestas, ninguno supo mejor que él; la primera accion de estas es de cobardes, y la segunda de insolentes; la insolencia y la cobardía son hermanas de padre y madre, y todas cabian en su pecho infame y aun les sobraba aposento; al fin, él se trasladó á la imperial villa de Madrid, patria comun y madre universal

de los extranjeros, madrastra de sus propios hijos, de aquellos únicos ingenios hablo que mientras mas clara y resplandeciente la hacen en el orbe con sus estudios, tanto mas parece que procura oscurecerlos y oscurecerse; mas dejemos estas quejas á otra pluma mas fecunda, mas erudita y mas anciana, para que así todo cuanto en ella tuvieren mas de autoridad, tanto mas se justifiquen. Trasládose pues el tal Luquillas á ella, sin mudar ninguno de sus malos hábitos, ni el de capigorrón ni el de malas costumbres; el primero porque al principio no pudo, el segundo porque jamás quiso. Vuelvo á decir que no quiso, porque antes estuvo tan lejos de querer desnudarlo, que cada dia se lo fué vistiendo mas sucio y mas manchado, porque considerando que era imposible que le correspondiese en Madrid graciosa la fortuna en el oficio de gracioso, no teniendo gracias naturales, quiso hacer gracia de la mayor de las desgracias, que es la villísima murmuracion, entreteniéndole con ella á unos potentísimos necios, que le acariciaban con aplauso vulgar y bárbaro aquel venenoso estilo, aquel torpísimo lenguaje. Parece imposible caso que á oídos nobles no les suene con estruendo horrible la murmuracion de la virtud ajena; y es tan al contrario, que suele ser este un entretenimiento portátil de los magnates, á todas horas continuado, y en ninguna aborrecido. Compraban pues algunos de estos de nuestro Luquillas con aplauso y con dinero la injuria de sus amigos y deudos; y estos deudos y amigos bien poco despues tambien compraban del propio mercader la injuria de ellos con dinero y con aplauso, porque era tal la astucia de este alevoso pícaro, que mientras hoy entretenia á Juan con la murmuracion de Pedro, oia y miraba atentamente al mismo Juan para llevar con sus palabras y acciones que murmurar mañana con el propio Pedro: por este camino era este el mas feliz mercader de la tierra, pues en todas partes le daban dinero y mercadería, sin poner él mas caudal que los pasos y diligencia, negociando con daño universal de todo el linaje humano y solo con único beneficio suyo; al fin, este hizo de su lengua navaja cortadora, y tanto, que las lenguas de los demás cortesanos no le llamaban otro nombre sino el de Mala lengua. De aquí se siguió que, enfadados algunos cuerdos, le hicieron beneficiado de mejillas con otras navajas, abriéndole con esto mas bocas que le ayudasen á dar mas apriesa chirlos en las honras y famas ajenas; pero él eligió otro consejo, porque por el mismo caso que le abrieron tantas, fué como si se las tapiaran todas. Reconoció que esto de traer costurones en el rostró es una gala muy costosa y que dura mas tiempo de lo que quiere la voluntad de su dueño. Con esto se enmendó de este vicio, pero no de ser vicioso; y como quien muda casa y barrio, se pasó de una culpa á otra culpa, y de un crimen á otro crimen, quedándose siempre él miserable ciudadano infeliz de la infernal Babilonia. Tenia mucho conocimiento y trato con toda mujercilla apestada de la sensualidad, de aquellas que hacen su belleza y su fama infame, torpe y vendible, de aquellas que son escandaloso naufragio de la juventud florida y noble que habita

en las grandes cortes. Parecióle que era bueno ser estafeta amorosa, andando en continuo movimiento de las casas de las rameras libres á las de los mozueltos ignorantes y ricos. ¿No advertís cómo este cada día se va haciendo mayor ministro del demonio, porque antes pecaba con la lengua sola, ahora con la lengua y con los piés? Con ella ahora persuade culpas, y con ellos busca muchas veces al día á los que quiere persuadirselas. Pocos tiempos habrá que vimos ser su lengua venenosa fiscal de los ánimos mas inocentes y cándidos, y ahora la misma traidora lengua es orador infame en alabanza de la lujuria inmundi y torpe. Entonces maliciosa acusaba culpas que no habia, y ahora, maliciosa mas, persuade culpas que pretende que haya; y es de considerar que con ser las mas de las culpas que él entonces acusaba fabulosas y fantásticas, no eran tan grandes como las que ahora efectivamente pretende que se cometan. Entonces su lengua era artífice de maldades inventadas y fingidas, y ahora con ella propia persuade maldades que exceden la mas ingeniosa y mas perversa inventiva; mas ciérrese aquí esta digresion, aunque justa, y volvamos á la narracion, aunque tan pesada y molesta. Cobró alas esta maldad, porque á los principios no halló resistencia: así sucede en todos los vicios; hizo su exordio por las mujeres mas comunes, y atrevióse luego á las de mas honesto y recatado decoro. Afectaba tanto las diligencias, acechando esquinas, atalayando ventanas, asustando á las criadas y congojando á las señoras, siendo su sombra en todos los lugares, sin perdonar á los mas sagrados ni á los mas ocultos, dando á entender que conocia á quien jamás conoció, que ya vino á ser mas perjudicial por esta solicitud importuna que antes por su locuacidad injuriosa, pasándose el aborrecimiento que antes tuvieron á su lengua á sus piés, ella muy mala, y ellos mucho peores. Con esto le agregaron al título de Mala lengua el de Malos piés, que se daba mucha priesa á crecer en estas infames hazañas; decian que hablaba mas con ellos que con ella: tanta era la nota que causaba su continua asistencia en algunas partes; y mi opinion es que siempre habló mas que con ella con ellos, porque su lengua fué siempre tan sucia, que mas parecia procedido de los piés, y de piés muy sucios, que no de la lengua, aunque la tal lengua no fuese muy limpia. Algunos afirman que fué tan fecundo hablador, que hizo de todos sus miembros lenguas por donde pudiese derramarse su venenosa y apesada verbosidad. Tan verdad es esto, que con cualquier visaje ó accion pretendia explicarse casi tan bien como con la lengua, y lo conseguia. Sus manos eran tordos, sus piés picazas, sus ojos papagayos, y su lengua un epílogo de toda esta atroz y malvada elocuencia. El hablar con las manos no trae nada de novedad para ningun estado de hombres; mas el hablar con los piés, yo pensé que solo les estaba permitido á las bestias; y no lo contradice la malicia de nuestro Luquillas, porque si toda bestia es maliciosa, él era lo sumo de la bestialidad y de la malicia; segun esto, jamás hablaba con instrumentos mas propios suyos que cuando hablaba con los piés. Algo

podiamos traer en favor de esta pedestre elegancia, porque si los de los versos se llaman piés, ¿cuál estilo mas canoro, cuál mas crespo y florido que el poético? Aquellas doctas vírgenes del Parnaso, aquellas dulces deidades, sagrada generacion de Apolo, haciendo lenguas de estos piés eruditos, se explican con ellos por la lengua y por la pluma; mas semejantes piés se reducen á número y medida; al contrario les sucedia á los de nuestro Luquillas, porque aunque reconocian número, medida no, porque siempre son disformes piés los de las grandes bestias. De la muerte, dice Horacio, que con esta lengua igualmente llama á los mas ricos y á los mas pobres; y si es estilo de la muerte imperiosa hacer lengua de los piés, tambien por esta razon le perteneció á nuestro Luquillas con justísimo derecho y en mas eminente grado, porque él fué muerte universal de las honras y famas de muchas matronas castas, de muchas vírgenes inocentes, vida tanto mas noble entre los buenos cuanto es mas estimada entre ellos la honra que la vida. Valióle esta infame contratacion el vestir ricos vestidos, el comer preciosos bocados; mas no le salió todo igualmente dulce, porque si la vara de los mercaderes media los terciopelos y gorgoranes con provecho y gusto suyo, el garrote de algunos que se daban por ofendidos le media las costillas con tanto daño suyo como dolor, y algunas veces era mas el dolor que el daño. Si comia las tortadas dulces en las casas de algunos señores, en otras que eran menos bien acondicionadas le daban mucho calabazate de pared, y le abrian otra boca en el colodrillo para que lo comiese por ella. Cuando estuvo en su patria, Valencia, se quejaba del turrón de Alicante, diciendo que era muy duro; pero como le llevase una vez su inquietud á Alcalá á ver los toros que se corren por la fiesta de San Diego, y los estudiantes siempre ingeniosos de aquella nobilísima escuela, en remuneracion de que quiso allí ejercer su mal oficio, le diesen á comer un gentil mendrugo de turrón de Torote, confesó luego en altísimos gritos que era mucho mas duro que el de Alicante. Escupió allí de contado un par de dientes, y no me admiro, que el comer de ordinario mucho dulce suele causar á la dentadura gravísimos daños. De esta suerte le repartia la fortuna los gustos y los pesares, vistiéndole el gusto de mezcla; mas así lo hace con todos: su condicion es de ramera, con nadie fué leal, con nadie constante, con nadie firme.

Deleitábase mucho nuestro Luquillas de ocupar el estribo del coche de algun magnate, y desde allí iba voceando con osadísima insolencia á todo lo mas generoso, á todo lo mas ilustre de la nobleza de estos reinos. Llegó la noticia á los señores magistrados del crimen de esta corte el escandaloso y perjudicial estilo de este pícaro tan sumamente pícaro, y parecióles que corria por cuenta de sus conciencias el enmendar la suya; pero pedia este negocio mas ardid que ruido, mas maña que estruendo, porque si llegaba á noticia de los poderosos que le hacian espaldas, no hallarian sus mercedes las del pícaro tan á la mano como era menester para sacudirle en ellas.

Por esto encomendaron el escribir su causa á una pluma muy callada, tanto, que apenas la sintió el mismo papel donde formaba los caracteres. Como ella no chisbó, no pudo dar en el chiste el procesado; y fué mucho proceder con tanto silencio, porque las innumerables y extraordinarias culpas que se le averiguaron obligaban á romper el aire con altísimas aclamaciones. ¡Oh cuántas veces el escribano limpió la pluma! Oh cuántas, no de la espesura de la tinta, sino de la suciedad de los vicios que con ella iba probando! ¿Probando dije? Parece gulla. Tan asquerosas eran las costumbres de aquel desalmado pícaro: apenas estuvo bien averiguado tanto número de escandalosos y singulares delitos, cuando una noche, despues de las doce, le sacó de la cama uno de los señores alcaldes y le dió posada en la cárcel, en una pieza fresca por ser bóveda, pero con una compañía de hombres tan traviesos, que le espantaron el sueño. Eran muchos, y todos le hacian cocos, ya por causarle miedo, ya por ser tan propio el cocar de las monas. Sacóle el aurora de esta molestia para ser sacado á otra mayor: fué el caso que los señores jueces, previniendo las intercesiones, madrugaron una hora antes de lo ordinario y le libraron, Dios nos libre, dos centurias de doblones. De doblones dije, porque la suela con que se los dieron estaba doblada, no porque se doblaba. Causó admiracion esta libranza por ser una misma persona quien la recibia y quien la pagaba, porque en otras ni el que la paga la recibe, ni el que la recibe la paga. Eran los doblones muy encendidos, como algunos que suele haber de color azafranado; y porque no pudiese negar haberlos recibido, no se contentaron con menos testigos que todo el pueblo. Restituyéronle á la cárcel, asegurándole que desde ella habia de ir, por lo menos, ya que no al mar de Galilea, á ver á Galilea en cualquier mar; decíanle que de aquellos dos hermanos fundadores de Roma, Rómulo y Remo, era forzoso conversase cuatro años continuos con el Remo, no con el Rómulo, y que le aseguraban que alguno habia comunicado con el Rómulo, que fuera mucho mas justo que el tiempo que gastara con él lo gastara con el Remo. Todo esto era animarle al paseo de los campos azules y vidriosos; mas él, que no era inclinado á ir á dar de garrotazos al dios Neptuno, y mucho menos con aquella capitulacion tan fuerte con que van otros, que es recibir en azotes ellos todo aquello que se descuidaren de darle á él en garrotazos, se determinó á buscar padrinos, y padrinos tales, que por lo menos se le conmutase esta penitencia en otra mas tolerable. Hallólos tan buenos, que los cuatro años galileos se los hicieron convertir en una exclusion del reino castellano y leonés. Salió de él y no rico, aunque pudiera, porque las ramerás cortesanas, entre quien habia enriquecido, le consumieron. Tales son estas arpias, bien semejantes en sus fueros á la muerte: á ninguno perdonan, á todos los desnudan. Salió al fin del reino, donde se dejó el dinero que en él habia granjeado por tan malos medios, pero no á sus vicios; antes, ¡oh gran dolor! se fué precipitando mas cada día de una en otra mayor maldad, porque los vicios andan en cua-

drilla y se llaman los unos á los otros como los salteadores para destruir á los que somos en este mundo pasajeros. A poco tiempo sacudió el yugo de la obediencia y se volvió á entrar en Andalucia; fuése á Córdoba: mala eleccion, por ser en aquella ciudad todos ingeniosos y entendidos; lo gracioso pareció frio, con ser el temple de aquella tierra calurosísimo; por lo maldiciente tampoco fué admitido, por haber allá excelentísimos artífices; y así le miraron con desprecio; pues atreverse á las tercerías de amor, ni aun le pasó por el pensamiento, porque en aquella nobilísima república los hombres viven muy atentos y advertidos en orden al decoro y honestidad de las mujeres. Con esto se vió suspense de todos sus oficios, y así buscó otro no menos infame y mas peligroso. Quiso seguir la disciplina de Caco, de que halló en aquella ciudad insignes maestros. ¿Disciplina dije? Y qué bien, pues no hay gente mas disciplinada que los discípulos de esta disciplina, y mas él, que ya entraba en ella bien disciplinado. Hizose presto varon tan erudito, tanto, que no entraba en casa alguna donde con grande sutileza y simulacion no clavase bien las uñas, sacando en ellas alguna presea importante; conociéronle presto y volvió las espaldas á la ciudad por no volverlas segunda vez al verdugo, que ya que habia sido jinete de albarda en Madrid, no lo quiso ser en Córdoba, por estar allí lo sumo del primor de la bridona francesa y de la jineta morisca. Con estas nuevas proezas se aumentó el renombre de Malas manos, y en este vive aun hoy su memoria infame en aquella fertilísima tierra.

Retiróse á una venta, que estos son los oratorios que tienen en el campo semejantes ermitaños; allí pues, habiendo hecho su confidente al ventero y revelándole por su mal que llevaba algunos compañeros brillantes en el pecho, parte en dinero, y parte en joyas, le puso espías en el camino, que por robarle lo que habia robado le mataron. ¡Oh gran Dios, cuántos son los ministros de tu soberana justicia! Los mismos ladrones de quien se ampara este ladrón son los que castigan su pecado; y donde él buscaba patrocinio, halló su mayor perdición y la última. ¡Oh miserable hombrezuelo, afectaste vivir toda tu vida con título de gracioso y sin haberlo conseguido hallaste el fin de ella en tan horrible desgracia! Si consideramos los infelices pasos de este perdido, halláremos que de todas cuantas cosas pretendió hacer oficio usual y corriente fueron crímenes y delitos. La primera tienda que puso fué la de la vil murmuracion, que le adquirió el título de Mala lengua. En la segunda vendió á los sensuales y torpes los penosos deleites de la lujuria, y por haber sido á costa de sus pasos, le llamaron Malos piés. En la tercera vendia las cosas ajenas que robaba como si fueran propias, y por esto le acomodaron el renombre de Malas manos. Mas ¿cuándo dejó él de vender las cosas ajenas? Preguntó: ¿en la murmuracion no vendia la honra ajena? Pregunto mas: ¿lo que vendia cuando era alcahuete era ajeno, ó propio? Prosigue en preguntar: en lo que vendia á los unos robado de los otros ¿qué propiedad tenia? Mas tan inclinado fué á vender, que no se perdonó á sí mismo, pues puso en

venta á su propia salud. ¡Oh suma infamia! Cuentan personas dignas de crédito y veneración que hallándose este pícaro con salud firme y segura y no teniendo dineros tan á la mano como sus vicios se los pedían, por no mayor precio que el de doscientos reales se hacia mártir de Satanás y dejaba ejecutar en su cuerpo todo aquello que padece un hombre que está enfermo de un tabardillo muy violento. Tendíase en la cama, rompíale las venas de los brazos, que por sola esta culpa eran dignos de remar perpetuamente; sajábanle las espaldas, y aquí no le culpo tanto, porque debía de ser ensayo para cuando se las sajase el verdugo; enjuagábanle las tripas con uno y otro clister muy repetidos; entrapábanle el rostro; ungíanle el cuerpo, y últimamente, despues de muy bien jaropeado, le daban una amarguísima purga, y por mucho que purgaba y purgó en diferentes ocasiones, siempre se le quedaron en el cuerpo todos sus malos humores. Admirábanse muchos de que curándose este la enfermedad que no tenia no enfermase, y entendíanlo mal, porque hombre de tan injustas costumbres no podia dejar de tener los humores injustos; su semblante debía de ser hipócrita, pues mentía en lo exterior la salud que en lo interior no gozaba; mas él estaba tan léjos de curarse por curarse, que antes por aquel medio prevalecia en él mas la enfermedad de sus vicios. En la misma cura enfermaba mas, pues cada vez que se ponía en ella aumentaba nueva maldad á sus maldades. Siendo esto así, no hay de qué admirarnos que á una vida tan infame y violenta se le siguiese una muerte tan violenta é infame; razon será que nos recojamos dentro de nosotros mismos y que nos examinemos con toda severidad, si en algo somos escandalosos con daño de ejemplo público y de la doctrina universal del pueblo. Infinito es el número de aquellos que, aunque somos pecadores

para con Dios, no somos infames para con los hombres; pero este, siendo para con Dios pecador gravísimo, fué para con los hombres lo sumo de la infamia. Paseóse de uno en otro vicio como si fueran amenísimas selvas; y tropezando cada día con el desengaño, no le quiso conocer hasta que estuvo de la otra parte de la vida, donde el que acá le pudiera ser eficaz y utilísimo remedio, allá le servía de perpetua y molestísima pena. No permita el cielo que tan miserable desdicha, oh fieles, nos suceda; y pues aun estamos en tiempo de sembrar y coger, démonos prisa, que aunque hayamos llegado á la labor despues del medio día, se igualen nuestras diligentísimas tareas con las de aquellos que las empezaron aun antes de la primera risueña y apacible luz del alba.

Grande llaga rompió en mi ánimo la narracion de una tan inquieta, tan infame y al fin, para la conciencia, tan poco segura; mas templóme el dolor, é hizome algo dulce la herida el poner los ojos en otro retrato, cuya inteligencia se me vendió al precio de una prolija contemplacion y de un discurso porfiado y penoso, y aun no desaté su dificultad, antes bien, pensando que quitaba nudos, los aumentaba, porque de un cuerpo salia inmensa multitud de rostros, y todos tan diferentes, que en nada el uno con el otro tenia correspondencia, cuya variedad me deleitara mucho si su interpretacion no me causara mucho mas. Levanté los ojos á la inscripcion ingeniosa, y hallé que decia: *El camaleon cortesano*. Acudí luego con una admiracion muy alegre á darne una palmada en la frente, accion tan natural como vulgarísima, mas no por eso, si es buena, reprehensible, pues no es pequeño el número de aquellas cosas á quien su misma excelencia ha vulgarizado. Caminé luego con toda diligencia al epitome, y hizome novedad el ser mas breve que los pasados. Este fué su discurso, así decia:

VIDA DEL CAMALEON CORTESANO.

PIDE Á LOS QUE GUSTAREN DE LEERLA MUCHA ATENCION, Y CON MAS QUE ATENCION RECELO Y REGATO.

Este que miras tan multiplicado de rostros y tan varios, sutilísimo lector, tuvo aun mayor número de razones que de semblantes, con mas distinta y mas peregrina variedad. ¡Oh cielos, no permitais que se inficione con el contagio de la peste de sus horribles costumbres ninguna humana imitacion! Oh, no lo permitais, no, no, piadosísimos cielos! Su nombre fué Federico, su patria y sus padres hemos ignorado, porque como de él hubiésemos de recibir esta noticia, en su boca nada hubo constante, siempre fué todo diverso y nunca uno mismo. Siguió la fortuna de varios príncipes que le estimaron, porque no le conocieron, ó fué al contrario, que porque le conocieron le estimaron, porque como las mas veces hacen árbitro de sus elecciones su capricho, las mas veces yerran. Con cada uno de estos se acomodó

de diferente patria, abuelos y padres, escogiendo de aquellos que á él le venian mas á propósito, con que vino á éstar, para con la opinion de los hombres, á su eleccion su descendencia, siendo él el primero, no sé si el último, á quien tal le ha sucedido. Ningun mortal vivió tan ajeno de sí propio ni tan dueño de sí mismo, porque nunca tuvo mas voluntad que la del poderoso que le admitia á su amistad, á quien servia de retrato y sombra; de modo que, teniendo él tantas voluntades como las de todos aquellos de quien esperaba recibir alguna utilidad ó interés, parecia, ó así lo daba él á entender, que nunca mas hacia su voluntad que cuando hacia las voluntades ajenas. Segun esto, mas veces ejecutó este su voluntad en un día solo que otros en todo el discurso de una vida, aunque fuese muy larga y muy dichosa,

porque habiéndose reducido á hacer su voluntad en la voluntad ajena, todos los instantes hallaria ocasiones en que cumplir su voluntad. Si acaso estando él alegre veia el semblante de su protector triste, luego el suyo se vestia de sombras y ceño, afectando tanto el excederle en la significacion de su dolor, que no parecia que le imitaba la tristeza, sino que se la competia y emulaba; con que se venia á creer que el principal en aquella pena sentia como segundo y como compañero, y que el compañero y segundo sentia como principal. Cuanto veia en su príncipe, tanto usurpaba: su traje, sus acciones, el tono de la voz y hasta el bostezar y escupir; mas todo lo dicho es poco, pues aun en las necesidades naturales se le queria hacer semejante, porque cuando el otro tenia sed, él tambien la tenia, bebiendo el mismo número de veces y la propia cantidad, sin exceder ni menguar una sola gota; y no es este el mayor exceso que debe celebrar nuestra admiracion; oidme y prevenidme crédito. Acompañábele en todas sus enfermedades, no asistiendo á curárselas, sino padeciendo las mismas, siendo tan unas mismas, que discurrían por los propios términos, ajustándose el principio, el medio y el fin de ellas á ser uno solo en entrambos. Con qué arte se conseguia esto, no lo entiendo; solo puedo afirmar que aquella maldad terrible, tan perjura cuanto supersticiosa, aquella, digo, que no me atreviera yo á sospecharla en un sangriento y homicida salteador sin escrúpulo, se me hace muy creíble y muy fácil en el ánimo de un hombre desenfrenadamente ambicioso. No pienses que yo he sido único en esta opinion, que muchos hombres de gran seso la defendieron y ampararon; mas volvamos al texto. Lo mismo le sucedia en las virtudes ó vicios del ánimo: con los lujuriosos fué torpísimo; con los juradores blasfemo; con los jugadores gran tahur y mayor fullero; por el contrario, en compañía de aquellos que abrazaban las virtudes opuestas á estos vicios, fué eminente hipócrita de tan ilustres virtudes. Con este arte era un ángel de los mas poderosos cortesanos, á quien tenia como á sus esclavos y cautivos, presos en las mazmorras oscuras de tanto artificio alevy de tanta alevosía artificiosa; esta, reconocida y penetrada de la atenta circunspeccion de los cortesanos prudentes, le dió el título, no pienso que fué impropio, del

Camaleon cortesano. Acumuló gran suma de riquezas, y todos se las dieron sin pedir las, porque como él se trasformase tanto en todos, que cada uno decia, este no es otro diferente de mí, sino un repetido yo, creían que en hacerle bien á él se hacian bien á sí mismos; de modo que lo mismo que le ofrecian juzgaron que se quedaba en ellos y que no era mas que pasar el dinero de una faltriquera á otra, permaneciendo siempre en su misma persona, siendo un sugeto solo el que lo daba y el que lo recibia. Con estas trasformaciones se hizo tan caricioso con todos, que hasta la muerte quiso que se trasformase en ella, y con ser una cosa que la concedia á todos facilísimamente, á ella se la pretendió negar; mas la muerte proveyó el auto de ejecútese luego; con lo cual, habiendo anochecido lúnes en la noche con toda su persona entera de Federico, el mártir siguiente amaneció trasformado en cadáver, que fué la última trasformacion y la mas terrible. Murió tan apriesa, que quien menos supo que se moria fué él propio, con que se halló muerto de balde, sin que le condenasen en costas médicos, barberos y boticarios. En orden al cuerpo, bien pudiera ser esta infelicidad felicidad, que así lo sintieron algunos gentiles, como aquellos que eran impíos, infieles y bárbaros; pero en orden al gozo eterno del alma, los que lo miramos con la verdadera luz de aquel gran sol de las verdades católicas reconocemos que es esta la mayor de las humanas miserias, y principalmente en aquellos cuya vida fué toda culpas y errores y que se presume que no pudieron llevar para con Dios bien ajustadas sus cuentas. Mucho quisiera discurrir sobre lo horrible de esta vida y de esta muerte, pero ingenuamente confieso que su mismo horror de todo punto me ha quitado el discurso.

Apenas puse fin á la leccion molesta de tan espantosa historia, cuando sentí cubrirseme el corazon y los ojos de nieblas y sombras; en él todo fué miedo, en ellos todo fué lágrimas; mas enjuguéme las, aunque algo tarde, el pasar la vista al sucesivo retrato. Su inscripcion decia: *El tramoyero ridiculo*. Caminé veloz en busca de este asunto festivo y tramoyero, y hallé que el corriente, elegante y sonoro de su discurso se explotaba en estos tan risueños cuanto floridísimos períodos:

VIDA DEL TRAMOYERO RIDICULO.

Del asunto que se nos presenta ¡oh apacible y modesto lector! su nombre fué Enrique, Toledo fué su patria, aquella gran princesa de las ciudades del orbe; aquella, digo, á quien sirven de archeros y soldados de guarda inmutables tantos inaccesibles, tantos robustos y descolados montes, cuyas eminentísimas cumbres son alcázares fortísimos de las siempre lucientes estrellas, y cuyas faldas amenas y venustas son corte floridísima, elegante y amena de las sagradas y canoras hijas de aquel

gran padre de los rios, el Tajo; aquel Ciso cristalino, aquel Midas sonoro, tan opulento, tan rico que sus aguas son plata corriente y fugitiva, y sus arenas granos de oro luciente y purísimo; pero por otras causas es rico mucho mas: estas son la ingeniosísima belleza de sus damas y la bellísima ingeniosidad de tanto varon erudito. Ellas igualmente hieren con el pico y con los ojos: tanto son agudas, tanto hermosas; ellos, escribiendo y hablando siempre son maestros: tanto son doctos, tan-

to elegantes. Bastante comprobacion es de esta verdad aquel que siendo en nombre José, cantó la milagrosa vida y muerte de aquel esposo virgen de la mejor virgen y esposa, de quien él recibió el nombre, el maestro José de Valdivieso, grande por su ingenio, grande por sus letras, grande por su modestia; mas digamos algo de nuestro Enrique: sin palabras terdas vagamundas y haraganas, sean todas significativas, hablen á propósito y viva la lengua castellana. Comia Enrique mucha hacienda poltrona, heredada quise decir; mas no la comia poltronamente, porque las bascas y angustias de su ingenio tramoyero y fantástico, volatin perpetuo y cosario continuo de la esfera del aire, le adelgazaban el semblante y los discursos, con que andaba tan sutil de rostro como de pensamientos; mas todo era inútil y vacío cuanto pensaba, verificándose en él mas que en otro alguno de los mortales aquel verso latino que dijo:

Oh curas hominum, etc.

Era ambiciosísimo, y todo el trofeo y aparato de su ambicion frenética se le encargaba á la singularidad, á aquella que es tan malquistada con todos, y con razon, por preciarse ella tanto de oponerse y contradecir á todos. Labró una casa con singularísimo capricho, porque en ella aquel sitio y lugar que en todas las otras casas se les reparte á las azoteas y desvanes, él le ocupó, parte con una huerta, parte con un floridísimo jardin. No defendia él esta accion con la historia de los celebradísimos huertos de Babilonia, aunque pudiera; pero era sumamente idiota y la ignoraba con ser tan vulgar; bien que como fuese mas que idiota ingenioso, decia con suma gracia que mas puesto en razon era que las elegantes flores se estuviesen mirando cara á cara con las resplandecientes estrellas que no las tejas groseras y rudas; porque, si bien se consideraba, habia, á nuestro parecer, entre las flores y las estrellas un cierto linaje de parentesco y correspondencia; porque las estrellas son flores del cielo, y las flores estrellas de la tierra. El cielo es una selva luciente y brillante, y la tierra una esfera purpúrea, pomposa y amenísima.

Mas volvamos á lo demás del edificio. Lo que habia de ser cueva era cocina; la primera pieza del cuarto alto la tenia empedrada como portal, y él mismo la aplicaba este nombre; y por el contrario, el suelo del sitio que habia de ser portal estaba enladrillado y lo llamaba sala de recibimiento del cuarto bajo. En verano habitaba el cuarto alto y le ponía tapices y esteras, y en invierno el bajo y por lo menos le hacia regar tres veces al dia. Tenia unas alacenas de vidrio y otras de hierro; en las de vidrio guardaba diferentes instrumentos de hierro, muy pequeños y portátiles, y en las de hierro grande copia de vasos de vidrio; con que en las unas Venecia aposentaba á Vizcaya, y en las otras Vizcaya daba hospedaje á Venecia; y era mucho artificio saber juntar cosas tan opuestas, porque los vizcaínos son hombres de mas manos que mañas, y por el contrario, los naturales de Venecia son gente de mas ma-

ñas que manos; los unos son tan sutiles y transparentes de ingenio como el vidrio y los otros son tan fuertes de manos como el hierro. En lo inferior de la casa tenia atado un gato, y en lo mas superior de ella un perro, y de lo uno y de lo otro daba razon á su modo. Decia que, pues él tenia la huerta y jardin donde los otros el tejado, era bien que estuviese allí un perro para que la guardase, y por la misma causa el gato en lo inferior, por estar allí la cocina, para que en ella se alimentase, valiéndose de sus buenas habilidades y diligencias. Colgaba los retratos los piés arriba y la cabeza abajo, y su fundamento era porque de esta suerte estaban sus rostros mas vecinos á los nuestros y los podríamos ver y juzgar mejor. Las pinturas de los países y frutales las hacia regar algunas veces para que creciesen las flores y las frutas; estas las ponía en partes muy oscuras, donde apenas las discernia la vista, y daba por motivo que porque no se les antojase á las preñadas alguna fruta ó alguna flor. En la cama, de los piés hacia cabecera, y de la cabecera piés, y de esto no daba la causa, pero yo la sé: es porque él era un hombre que ni tenia piés ni cabeza. A sus criados llamaba merced, hasta al cochero, que es la necedad mas estúpida que puede cometer un mentecato. A este ejemplo hacia todas las demás cosas al revés de los otros hombres.

Mas ¿qué diré de las tramoyas? ¡Oh vanidad de vanidades y todo vanidad! Con estas atraía á sí lo mas vulgar del ignorante y vilísimo vulgo, como si dijésemos mujeres rameras, cortesanas y tisonas. Tenia mucha abundancia de muñecos bailarines, zarabandistas y chaconeros, que sobre una mesa larga y ancha, en forma de teatro, bailaban el polvillo, el rastreado, el zambapalo y toda aquella caterva asquerosa de bailes insolentes á que se acomodaba la gente comun y picaña. No eran numerables los títeres con que representaba varias historias profanas y sagradas, y cierto que él pudiera ser entre ellos el prototítere y el archimuñeco, todo figurilla, todo inquietud, sin talento y sin sustancia. A tales hombrezuelos como este acariciaba y halaga aquella gran majadera, á quien los simplices llaman Fortuna. Murió mozo, porque como vivia contra la costumbre comun de la naturaleza en el comer, en el vestir y en el modo de habitar la casa, no se pudo sufrir mucho tiempo á sí mismo, con que parece que murió huyendo del mal tratamiento que se hacia á sí propio.

Quedaron huérfanos y sin amparo los muñecos, los títeres y todos los hombres tramoyeros, aparentes y fantásticos; mas ¡oh suma piedad de Doís, cuánto extendiste con él tu misericordia! Porque en la muerte parece que le diste junto en solo un dia todo el juicio que en los demás le habia faltado. Ordenó su testamento y dispuso de toda la hacienda que le restaba, que no era poca, en obras pias, con tan alta prudencia, con eleccion tan admirable, que todo aquello que su vida le habia hecho ridiculo y despreciado, le granjeó despues de la muerte aplauso y veneracion; al fin,

nuestro Enrique fué un sol, que amaneciendo nublado y oscuro, corrió entre tinieblas y sombras toda la carrera del día; mas al tiempo del ponerse, rompiendo las negras nubes, perfiló de oro y coronó de luces su di-hoso ocaso. Despues acá he sabido que este caballero, en medio de tantas vanidades y delirios, era caritativo y liberalísimo con gente virtuosa, noble y necesitada, con tanto secreto, con tanto estudio y artificio, que nadie le conoció esta virtud en su vida, y es de admirar y no poco que, habiendo él buscado en todas las demás obras públicas que hacia no mas fruto que la vanidad ridicula, aquí no pretendió mas que hacer la buena obra por solo hacerla, con que la hizo á los ojos de Dios agradable y preciosa.

Fué restituído su cuerpo á su nobilísima patria, la gran Toledo, donde las ninfas y cisnes del Tajo celebraron con armonía de lágrimas sus exequias y se le humillaron al recibirle las altas y pintadas peñas de sus montes. Así las llamó aquel fecundísimo ingenio español, tan fecundo que parece que no ha querido dejarnos nada que decir ingenioso y nuevo á los que despues de él hemos venido á gozar de la luz comun, nuevo gran Lope. Dice así:

Otras veces me habeis visto,
Altas y pintadas peñas,
Traer mas alegre al Tajo
Mis pobres cabras y ovejas.

Aquí pues reposan gloriosamente las cenizas de Enrique, á quien debemos pagar veneracion y reverencia, porque el adagio latino dice: *Exitus acta probat*. Y aquel, con justa causa, celebradísimo verso toscano nos advierte que

Un bel morir tutta la vita honora.

Hasta aquí llegaba yo tan entregado todo á la suspension de tanta hermosa variedad, que me habia olvidado de una de las mas comunes y mas precisas necesidades naturales; al fin, la ingeniosa y honesta codicia de saber mas pudo hacer que prevaleciesen las fuerzas del ingenio ingenuo contra el apetito villano.

Pero el mismo Alejandro, que me conocia, y por esta causa no ignoraba que podia correr tan largas horas mi diversion que no me escapase de ella sin alguna grave injuria de la salud corporal, me sacó de aquel estudioso laberinto, transfiriéndome de la mesa racional del entendimiento, á la que es tanto mas comun cuanto menos inevitable para la vida del cuerpo. Regalóme con sinceridad llana, tan sin sobra y tan sin falta, que reconocí que en todo, ya fuese lo mas menudo, ya lo mas grande, lo sabia todo. No era de aquellos sabios que, divertidos en vanas y sofisticas contemplaciones, tienen creído que realzan mas su sabiduría con ignorar algunas cosas comunes y vulgares; y siendo estas de las mas necesarias para proseguir con menos descomodidad la peregrinacion de esta vida, se nacen igualmente ridículos con lo que saben y con lo

que ignoran. Lo que sabia Alejandro, en órden á estudios y letras, era lo mas recatado, lo mas arcano de la filosofia moral, y esta no le enajenaba tanto de sí que no le dejase horas libres en que se pudiese mostrar grande político teórico y práctico. Así lo entendian algunos varones selectos, aquellos pocos, digo, á quien les está concedido el gran título y don inestimable de judiciosos. Estos se oponian contra los injustos atributos que le daba la ruda plebe, tan sospechosa como ruda, llamándole, unos fiscal, y otros juez de vidas ajenas, y muchos lo uno y lo otro; oponíanse, al fin, pero no dejando á Alejandro en toda aquella dignidad que él se presumia y aun se debía presumir, porque le llamaban el curioso Alejandro, título muy vano y exterior, en que se le quitaba la gloria que se le debia á un desinteresado estudio como el suyo, que solo se fatigaba mas por saber mas, y esto no para ostentacion con todos, sino para provecho suyo y de aquellos pocos que él conocia que pretendian ser aprovechados, porque los de este número nunca fueron muchos. Verificóse esta verdad, porque ni él ni sus familiares se hallaron jamás manchados de aquellos borrones que con tanto estudio tenia advertidos; demás de que si él afectara comun aplauso, fueran mas tratables y permitidas las puertas de aquel museo, que antes con rigoroso estatuto estaban defendidas y excusadas al mayor número de los hombres. No quiero negar que era hombre, y tan hombre, que se gozaba entre todos los humanos mas que todos, con aquel, aunque vano, tan apetecido deleite de las alabanzas; mas él siempre las despreció en los labios de aquellos á quien tenia por necios ó por viles. Curioso fué, no lo niego; pero mas que curioso sabio. El título de curioso solamente se podrá dar á aquel que busca los vicios de los otros no mas de por saberlos; pero al que los acecha para aprovecharse huyendo de las sirtes en que ellos se perdieron, llamarle debemos curioso y sabio. Tales serán los títulos de nuestro grande amigo Alejandro, sabio y curioso; bien que en la inscripcion de este nuestro libro le hemos dado los unos y los otros para que cada uno le busque por aquellos que se le han hecho mas conocido y estimado; en cuyo discurso breve hemos dispuesto lo mas principal de lo que entonces advertimos, con la rudeza de nuestro estilo, que tantos tiempos ha que perdonais y permitís peregrinar por el mundo. Lo que notamos en otras ocasiones, que se nos concedió estudiar en historias tan peregrinas, escribiremos, oh nobilísimos lectores, siempre que llegare á nuestra noticia que estas nuestras breves líneas, aunque tan achacosas y dolientes, por estarlo tanto la pluma y el dueño, os dejaron con sed y sin cansancio, que aunque muy de ordinario el cansancio y la sed suelen hacer compañía, aquí es fuerza que se dividan, porque si quedásteis cansados, no sedientos, y si sedientos, no cansados.

EL DIABLO COJUELO.

VERDADES SOÑADAS Y NOVELAS DE LA OTRA VIDA,

TRADUCIDAS Á ESTA

POR LUIS VELEZ DE GUEVARA.

TRANCO PRIMERO.

DABAN en Madrid, por los fines de julio, las once en punto, hora menguada para las calles por falta de la luna, jurisdiccion y término redondo de todo requiebro lechuzo, y patarata de la muerte. El prado de San Jerónimo boqueaba coches en la última jornada de su paseo, y en los baños de Manzanares, los Adanes y las Evas de la corte, fregados mas de la arena que limpios del agua, decian el *Ite rio est*; cuando don Cleofas Leandro Perez Zambullo, hidalgo á cuatro vientos, caballero huracan, y encrucijada de apellidos, galan de noviciado, y estudiante de profesion, embarazado con un broquel y una cortadora espada, aprendia á gato por el caballete de un tejado, huyendo de la justicia, que le venia á los alcan-ces por un estrupo que no lo habia comido ni bebido, que en el pleito de acreedores de una noble doncella al uso estaba graduado en el lugar veintidoseno, pretendiendo que el pobre licenciado escotase solo lo que tantos habian merendado. Y como solicitaba escaparse de él (para uno son sentencia definitiva del cura de la parroquia, y anto que no lo revoca sino el vicario, responso juez de la otra vida), no dificultó arrojarle desde el ala del susodicho eminente tejado, como si las tuviera, á la burada de otro que estaba confinante, nordesteado de una luz que por ella escasamente se bruñecaba, estrella de la tormenta que corria, en cuyo desvan puó los piés y la boca á un mismo tiempo, saludándolo como á puerto seguro de tales naufragios y dejando burlados á los ministros del agarro y los honrados pensamientos de doña Tomasa de Bitigudiño, doncella chafilona, que se pasaba de noche como cuarto falso, que para que surtiese efecto su bellaquería habia cometido otro estelionato mas con el capitán de los jinetes á gatas que corrían las costas de aquellos tejados en su demanda, y volvian corridos de que se les hubiese escapado aquel

saltador bajel de capa y espada que llevaba cautiva la honra de aquella señora moliatera de doncellazgos, que juraba entre sí tomar satisfaccion de este desaire en otro inocente chapeton de embustes doncelliles, fiada en una venerable madre á quien ella llamaba tia: liga donde habia caído tanto pájaro forastero.

A estas horas el estudiante, no creyendo su buen suceso y deshollinando con el vestido y los ojos el zaquizamí, admiraba la region donde habia arribado, por las extranjerías extravagancias de que estaba adornada la tal espelunca, cuyo avariento farol era un candel de garabato, que se descubria sobre una mesa antigua de cade-na, y papeles infinitos, así compuestos y desordenados, escritos de caracteres matemáticos, unas efemeridas abiertas, dos esferas y algunos compases y cuadrantes; ciertas señales de que vivia en el cuarto de mas abajo algun astrólogo, dueño de aquella confusa oficina y embustería ciencia; y llegándose don Cleofas curiosamente, como quien profesaba letras y era algo inclinado á aquella profesion, á revolver los trastos astrológicos, oyó un suspiro entre ellos mismos, que pareciéndole imaginacion ó ilusion de la noche, pasó adelante con atencion papeleando los memoriales de Euclides y embeleços de Copérnico; escuchando segunda vez repetir el suspiro, entónces, pareciéndole que no era engaño de la fantasia, sino verdad que se habia venido á los oídos, dijo con desgarro y ademan de estudiante valiente: ¿Quién diablo suspira aquí? Respondióle al mismo tiempo una voz entre humana y extranjera: Yo soy, señor licenciado, que estoy en esta redoma, adonde me tiene preso este astrólogo que vive ahí abajo, porque tambien tiene su punta de la mágica negra y es mi alcaide dos años habrá. Luego familiar eres, dijo el estudiante. Harto me holgara yo, respondieron de la redoma, que entrara uno de la santa Inquisicion para que, metiéndole á él en otra de cal y canto, me sacara á mí de esta jaula de papagayos de

pedra azufre. Pero tú has llegado á tiempo que me puedes rescatar, porque este, á cuyos conjuros estoy asistiendo, me tiene ocioso, sin emplearme en nada, siendo yo el espíritu mas travieso del infierno. Don Cleofas, espumando valor, prerogativa de estudiantes de Alcalá, le dijo: ¿Eres demonio plebeyo, ó de los de nombre? Y de gran nombre, le repitió el vidrio endemoniado, y el mas celebrado en entrambos mundos. ¿Eres Lucifer? le repitió don Cleofas. Ese es demonio de dueñas y escuderos, le respondió la voz. ¿Eres Satanás? prosiguió el estudiante. Ese es demonio de sastres y carniceros, volvió la voz á repetir. ¿Eres Bercebú? volvió á preguntarle don Cleofas, y la voz á responderle: Ese es demonio de talu- res, amancebados y carreteros. ¿Eres Barrabas, Belial, Astarot? finalmente le dijo el estudiante. Esos son demonios de mayores ocupaciones, respondió la voz; demonio mas por menudo soy, aunque me meto en todo; yo soy las pulgas del infierno, la chisme, el enredo, la usura, la mohatra; yo traje al mundo la zarabanda, el deligo, la chacona, el bullicuzcuz, las cosquillas de la capona, el guirignirigay, el zampapalo, la mariona, el avilipinta, el pollo, la carretería, el hermano Bartolo, el carcañal, el guineo y el clorin colorado; yo inventé las pandorgas, las jácaras, las palapatas, los comos, las mortecinas, los líteres, los volatines, los saltambancos, los maesecorales, y al fin yo me llamo el Diablo Cojuelo. Con decir eso, dijo el estudiante, hubiéramos ahorrado lo demás; usted me conozca por su servidor, que ha muchos dias que le deseaba conocer. Pero no me dirá, señor Diablo Cojuelo, ¿por qué le pusieron este nombre, á diferencia de los demás, habiendo todos caido desde tan alto, que pudieran quedar todos de la misma suerte y con el mismo apellido? Yo, señor don Cleofas Leandro Perez Zambullo, que ya le sé el suyo, ó los suyos, dijo el Cojuelo, porque hemos sido vecinos, por esa dama que galanteaba y por quien le ha corrido la justicia esta noche y de quien despues le contaré maravillas, me llamo de esta manera porque fui el primero de los que se levantaron en la rebelion celestial y de los que cayeron y todo; y como los demás dieron sobre mí, me estropearon; y así quedé mas que todos señalado de la mano de Dios y de los pies de todos los diablos, y con este sobrenombre; mas no por eso menos ágil para todas las facciones que se ofrecen en los países bajos, en cuyas empresas nunca me he quedado atrás, antes me he adelantado á todos, que camino del infierno tanto anda el cojo como el viento, aunque nunca me he estado mas sin reputacion que ahora en poder de este vinagre, á quien por trato me entregaron mis propios compañeros, porque los traia al retortero á todos, como dice el refran de Castilla, y cada momento á los mas agudos los daba gato por demonio. Sácame de este Argel de vidrio, que yo te pagaré el rescate en muchos gustos, á fe de Jemonio, porque me precio de amigo de mi amigo, con mis tachas buenas ó malas. ¿Cómo quieres, dijo don Cleofas mudando la cortesía con la familiaridad de la conversacion, que yo haga lo que tú no puedes, siendo demo-

nio tan mañoso? A mí no me es concedido, dijo el espíritu, y á tí sí, por ser hombre con el privilegio del bautismo y libre del poder de los conjuros, con quien han hecho pacto los príncipes de la Guinea infernal. Toma un cuadrante de esos y haz pedazos esa redoma, que luego en derramándome me verás visible y palpable.

No fué escrupuloso ni perezoso don Cleofas, y ejecutando lo que el espíritu le dijo, hizo con el instrumento astronómico jigote el vaso, inundando la mesa sobredicha en un licor turbio, escabeche en que se conservaba el tal diablillo; y volviendo los ojos al suelo, vió en él un hombreillo de pequeña estatura, afirmado en dos muletas, sembrado de chichones mayores de marca, calabacino de testa, y badea de cogote, chato de narices, la boca formidable y apuntalada en los colmillos solos, que no tenia mas muela ni diente; los desiertos de las encías erizados, los bigotes como si hubiera barbado en Hircania; los pelos de su nacimiento ralos, uno aquí y otro allí, á fuer de los espárragos, legumbre tan enemiga de la compañía, que si no es para venderlos en manojos no se juntan. Bien hayan los berros, que nacen unos entrepernados con otros, como vecindades de la corte: perdone la malicia de la comparacion.

Asco le dió á don Cleofas la figura, aunque necesitaba de su favor para salir del desvan, ratonera del astrólogo en que habia caido huyendo de los gatos que le signieron, salvo el guante á la metáfora, y asiéndole por la mano el Cojuelo y diciéndole: Vamos, don Cleofas, que quiero comenzar á pagarte en algo lo que te debo, salieron los dos por la bulharde como si los dispararan de un tiro de artillería, y parando de volar hasta hacerpié en el chapitel de la torre de San Salvador, mayor atalaya de Madrid, tiempo á que su reloj daba la una; hora que tocaba á recoger el mundo poco á poco al descanso del sueño, treguas que dan los cuidados á la vida, siendo comun el silencio á las fieras y á los hombres; medidas que á todos hace iguales, habiendo una notable priesa á quitarse zapatos y medias, calzones y jubones, basquiñas y berdegados, guardainfantes, polleras, enaguas y guardapiés, para acostarse hombres y mujeres, quedando las humanidades menos mesuradas, y volviéndose á los primeros originales que comenzaron en el mundo, horros de todas estas ventajas; y engestándose al camarada, el Cojuelo le dijo: Don Cleofas, desde esta picota de las nubes, que es el lugar mas eminente de Madrid, mal año para Menipo, en los diálogos de Luciano te he de enseñar todo lo mas notable que á estas horas pasa en esta Babilonia española, que en la confusion fué esotra con ella, segunda de este nombre. Y levantando á los edificios los techos por arte diabólica lo hojaldrado, se descubrió la carne del pastelon de Madrid, como entonces estaba patentemente, que por el mucho calor estuvo estaba con menos celosías y tanta variedad de sabandijas racionales en esta arca del mundo, que la del diluvio, comparada con ella, fué de capas y gorras.

TRANCO II.

Quedó don Cleofas absorto en aquella pepitoria humana de tanta diversidad de manos, piés y cabezas, y haciendo grandes admiraciones, dijo: ¿Es posible que para tantos hombres, mujeres y niños hay lienzo para colchones, sábanas y camisas? Dejadme que me asombre, que entre las grandezas de la Providencia divina no es esta la menor. Entonces el Cojuelo, previniéndole, le dijo: Advierte que quiero empezar á enseñarte distintamente en este teatro, donde tantas figuras representan, las mas notables, en cuya variedad está su hermosura. Mira allí primeramente cómo están sentados muchos caballeros y señores á una mesa opulentísima, acabando una media noche, que eso les han quitado á los relojes no mas. Don Cleofas le dijo: Todas estas caras conozco, pero sus bolsas nó, sino es para servirlos. Hanse pasado á los extranjeros, porque las trataban muy mal estos príncipes cristianos, dijo el Cojuelo, y se han quedado con las caponas sin ejercicio. Dejémoslos, dijo don Cleofas, que yo aseguro que no se levanten de la mesa sin haber concertado un juego de cañas para cuando Dios fuere servido; y pasemos adelante que á estos magnates los mas de los dias les beso yo las manos, y estas caravanas las ando yo las mas de las noches, porque he sido dos meses culto vergonzante de la proa de uno de ellos y estoy encurtido de excelencias y señorías, solamente buenas para veneradas.

Mira allí, prosiguió el Cojuelo, cómo se está quejando de la orina un letrado, tan ancho de barba y tan espeso, que parece que saca un delfin la cola por las almohadas. Allí está pariendo doña Fábula, y don Toribio, su indigno consorte, como si fuera suyo lo que pare, muy oficioso y lastimado, y está el dueño de la obra á pierna suelta en esotro barrio, roncando y desecuidado del suceso. Mira aquelpreciado de lindo, ó aquel lindo de los mas preciados, cómo duerme, con jigoterías torcidas de papel en las guedejas y el copeete, sebilló en las manos y guantes descabezados y tanta pasa en el rostro, que pueden hacer colacion en él toda la Cuaresma que viene. Allí mas adelante está una vieja, grandísima hechicera, haciendo en un almirez una medicina de drogas restringentes para remendar una doncella sobre su palabra, que se ha de desposar mañana. Y allí en aquel aposentillo estrecho están dos enfermos en dos camas y se han purgado juntos, y sobre quién ha hecho mas cursos, como si le hubieran de graduar en la facultad, se han levantado á matar á almohadazos. Vuelve allí, y mira con atencion cómo se está untando un hipócrita á lo moderno para hallarse en una gran junta de brujas que hay entre San Sebastian y Fuenterrabía, y á fe que nos habíamos de ver en ella si no temiera el riesgo de ser conocido del demonio que hace el cabron, porque le di una bofetada á mano abierta en la antecámara de Lucifer sobre unas palabras mayores que tuvimos, que

tambien entre los diablos hay libro del duelo, porque el autor que le compuso es hijo de vecino del infierno. Pero mucho mas nos podemos entretener por acá, y mas si pones los ojos en aquellos dos ladrones que han entrado por un balcon en casa de aquel extranjero rico con una llave maestra, porque las ganzúas son á lo antiguo, y han llegado donde está aquel talego de vara y media, estofado de patacones de á ocho, á la luz de una linterna que llevan, que por ser tan grande y no poder arrancarle de una vez, por el riesgo del ruido, determinan abrirle é hinchir las faltriqueras y los calzones y volver otra noche por lo demás; y comenzando á desatarle, saca el tal extranjero, que estaba dentro de él guardando su dinero por no fiarse de nadie, la cabeza, diciendo: Señores ladrones, acá estamos todos, cayéndose espantados, uno á un lado y otro á otro, como resurrección de aldea, y se vuelven gateando á salir por donde entraron. Mejor fuera, dijo don Cleofas, que le hubieran llevado sin desatar en el capullo de su dinero, porque no le sucediera ese desaire, pues que cada extranjero es un talego bautizado, que no sirve de otra cosa en nuestra república y en la suya por nuestra mala maña. Pero ¿quién es aquella abada con camisa de mujer, que no solamente la cama le viene estrecha, sino la casa y Madrid, que hace roncando mas ruido que la Bermuda, y al parecer cámaras de tinajas y como jigotes de bóvedas? Aquella ha sido cuba de Sahagun, y no profesó, dijo el Cojuelo, sino es el mundo de ahora, que está para dar un estallido, y todo junto puede ser siendo quien es, que es una bodegonera tan rica, que tiene, á dar rocin por carnero y gato por conejo á los estómagos del vuelo, seis casas en Madrid, y en la puerta de Guadalajara mas de veinte mil ducados, y con una capilla que ha hecho para su entierro y dos capellanías que ha fundado, se piensa ir al cielo derecha, que aunque pongan una garrucha en la estrella de Venus y una alzaprima en las siete Cabrillas, me parece que será imposible que suba allá aquel tonel, y como ha cobrado buena fama, se ha echado á dormir de aquella suerte.

Aténgome, dijo don Cleofas, á aquel caballero tasojo que tiene el alma en cecina, que he echado de ver que es caballero de un hábito, que le he visto en una ropilla á la cabecera y no es el mayor remiendo que tiene, y duerme enroscado como lamprea empanada, porque la cama es media sotanilla, que le llega á las rodillas no mas. Aquel, dijo el Cojuelo, es pretendiente y está demasiado de gordo y bien tratado para el oficio que ejercita. Bien haya aquel tabernero de corte que se quita de esos cuidados y es cura de su vino, que le está bautizando en sus pellejos y las tinajas, y á estas horas está hecho diluvio en pena con su embudo en la mano, y antes de mil años espero verle jugar cañas por el nacimiento de algun príncipe. ¿Qué mucho, dijo don Cleofas, si es tabernero y puede emborrachar á la fortuna? No hayas miedo, dijo el Cojuelo, que se vea en eso aquel alquimista que

está en aquel sótano con unos fuelles, respirando una hornilla llena de lumbre, sobre la cual tiene un perol con mil variedades de ingredientes, muy presumido de acabar la piedra filosofal y hacer el oro; que ha diez años que anda en esta pretension, por haber leído el arte de Reimundo Lulio y los autores químicos que hablan en este mismo imposible. La verdades, dijo don Cleofas, que nadie ha acertado á hacer el oro sino es Dios, y el sol con comision particular suya. Eso es cierto, dijo el Cojuelo, pues nosotros no hemos salido con ello. Vuelve allí y acompáñame á reir de aquel marido y mujer, tan amigos de coche, que todo lo que habian de gastar en vestir, calzar y componer su casa lo han empleado en aquel que está sin caballos ahora, y comen, cenan y duermen dentro de él, sin que hayan salido de su reclusion ni aun para las necesidades corporales en cuatro años que ha que le compraron, que están encochados como emparedados, siendo tanta la costumbre de no salir de él, que les sirve el coche de conchas como á la tortuga y al galápago, que en sacando cualquiera de ellos la cabeza fuera de él, la vuelven á meter luego, como quien la tiene fuera de su natural, y se resfrian y acatarran en sacando pié, pierna ó mano de esta estrecha region, y pienso que quieren ahora labrar un desvan en él para ensancharse y alquilarle á otros dos vecinos, tan inclinados á coche, que se contentaran con vivir en el caballete de él. Esos, dijo don Cleofas, se han de ir al infierno en coche y en alma. No es penitencia para menos, respondió el Cojuelo; diferentemente le sucede á esotro pobre y casado, que vive en esotra casa mas adelante, que despues de no haber podido dormir desde que se acostó, con un órgano al oido de niños, triples, contraltos, terceruelas y otros mil guisados de voces que han inventado para llorar, aunque se iba á trasponer un poco, le ha tocado á rebato un mal de madre de su mujer, tan terrible, que no ha dejado rnda en la vecindad, lana ni papel quemado, escudilla untada con ajo, ligaduras, bebidas, humazos y trecientas cosas mas, y á él le ha dado de andar en camisa un dolor de ijada con que imagino que se ha de desquitar del dolor de madre de su mujer.

No están tan despiertos en aquella casa, dijo don Cleofas, donde está echando una escala aquel caballero, que al parecer da asalto al cuarto y la honra del que vive en él, que no es buena señal habiendo escaleras dentro querer entrar por las de afuera. Allí, dijo el Cojuelo, vive un caballero viejo y rico que tiene una hija muy hermosa y doncella, y rabia por dejarlo de ser con un marqués, que es el que da la escalada, que dice que se ha de casar con ella, que es papel que ha hecho con otras diez ó doce y lo ha representado mal; pero esta noche no conseguirá lo que desea, porque viene un alcalde de ronda, y es muy antigua costumbre de nosotros ser muy regatones en los gustos; y como dice vuestro refran, si la podemos dar roma, no la damos aguiña. ¿Qué voces, dijo don Cleofas, son las que dan en esotra casa mas adelante, que parece que

pregonan algun demonio que se ha perdido? No será yo, que me he rescatado, dijo el Cojuelo, sino es que me llamen á pregones del infierno por el quebrantamiento de la redoma; pero aquel es un garitero que ha dado esta noche ciento y cincuenta barajas y se ha endiablado de cólera porque no le han pagado ninguna y se van los actores y los reos con las costas en el cuerpo tras una pendencia de barato sobre uno que juzgó mal una suerte, y lo mete en paz aquella música que dan á cuatro voces en esotra calle unos criados de un señor á una mujer de un sastre que ha jurado que los ha de coser á puñaladas. Si yo fuera el marido, dijo don Cleofas, mas los tuviera por gatos que por músicos. Ahora te parecerán galgos, dijo el Cojuelo, porque otro competidor de la sastia, con una gavilla de seis ó siete, vienen sacando las espadas, y los orfeos de la música, reparando la primera invasion con las guitarras, hacen una fuga de cuatro ó cinco calles. Pero vuelve allí los ojos, verás cómo se va desnudando aquel hidalgo que ha rondado toda la noche, tan caballero de milagro en las tripas como en todas las demás facciones, pues quitándose una cabellera, queda calvo, y las narices de carátula, chato, y unos bigotes postizos, lampiño, y un brazo de palo, estropeado, que pudiera irse mas camino de la sepultura que de la cama. En esotra casa mas arriba está durmiendo un mentiroso con una notable pesadilla, porque sueña que dice verdad. Allí un vizconde, entre sueños, está muy vano, porque ha regateado la excelencia á un grande. Allí está muriendo un fullero y ayudándole á bien morir un testigo falso, y por darle la bula de la Cruzada le da una baraja de naipes, porque muera como vivió, y él, boqueando, por decir Jesus ha dicho flux. Allí mas arriba un boticario está mezclando la piedra bezar con los polvos de sen. Allí sacan un médico de su casa para una apoplejía que le ha dado á un obispo. Allí llevan aquella comadre para partear á una preñada de medio ojo, que ha tenido dicha en darle los dolores á estas horas. Allí, doña Tomasa, tu dama, en enaguas, está abriendo la puerta á otro, que á estas horas le oye de amor. Déjame, dijo don Cleofas, bajaré sobre ella á matarla á coces. Para estas ocasiones se hizo el tate, tate, dijo el Cojuelo, que no es salto para de burlas, y te espantas de pocas cosas, que sin este enamorado morciélagos hay otros ochenta, para quien tiene repartidas las horas del dia y de la noche. Por vida del mundo, dijo don Cleofas, que la tenia por una santa. Nunca te creas de ligero, le replicó el diablillo, y vuelve los ojos á mi astrólogo y verás con las pulgas é inquietud que duerme; debe de haber sentido pasos en su desvan y recela algun detrimento en su redoma. Consuélese con su vecino, que mientras está roncando á mas y mejor, le están sacando su mujer, como muela sin sentirlo, aquellos dos soldados. Del mal lo menos, dijo don Cleofas, que yo sé del marido hecho durmiente que dirá cuando despierto lo mismo.

Mira allí, prosiguió el Cojuelo, aquel barbero, que

soñando se ha levantado y echado unas ventosas á su mujer y la ha quemado con las estopas las tablas de los muslos, y ella da gritos, y él, despertando, la consuela, diciendo que aquella diligencia es bueno que esté hecha para cuando fuere menester. Vuelve allí los ojos á aquella cuadrilla de sastres que están acabando unas vistas para un tonto que se casa á ciegas, que es lo mismo que por relacion, con una doncella tarasca, fea, pobre y necia, y le han hecho creer al contrario con un retrato que le trajo un casamentero, que á estas horas se está levantando con un pleiteante que vive pared en medio de él, el uno á casar ministros, y el otro á casar todo el género humano, que solamente tú, por estar tan alto, estás seguro de este demonio, que en algun modo lo es mas que yo. Vuelve los ojos y mira á aquel cazador mentecato de gallo, que está ensillando su rocin ahora á estas horas y está poniendo la escopeta debajo del caparazon, y deja de dormir de aquí á las nueve de la mañana por ir á matar un conejo, que le costaria menos aunque le comprara en la despensa de Judas. Y al mismo tiempo advierte cómo á la puerta de aquel rico avariento echan un niño, que por partes de su padre puede pretender la beca del Antecristo, y él, en grado de apelacion, da con él en casa de un señor que vive junto á la suya, que tiene talle de comérselo antes que criarlo, porque ha días que su despensa espera el domingo de casi racion. Pero ya el día no nos deja pasar adelante, que el aguardiente y el letuario son sus primeros crepúsculos, y viene el sol haciendo cosquillas á las estrellas que están jugando á salga la parida y dorando la pildora del mundo, tocando al arina á tantas bolsas y talegos y dando rebato á tantas ollas, sartenes y cazuelas, y no quiero que se valga de mi industria para ver los secretos que le negó la noche; cuéstele brujulearlo por resquicios, claraboyas y chimeneas, y volviendo á poner la tapa al pastelón, se bajaron á las calles.

TRANCO III.

Ya comenzaban en el puchero humano de la corte á hervir hombres y mujeres, unos hácia arriba y otros hácia abajo y otros de través, haciendo un cruzado al son de su misma confusion, y el piélagó racional de Madrid á sembrarse de ballenas con ruedas, que por otro nombre llaman coches, trabándose la batalla del día, cada uno con designio y negocio diferente, y pretendiéndose engañar los unos á los otros, levantándose una polvareda de embustes y mentiras, que no se descubria una brizna de verdad por un ojo de la cara; y don Cleofas iba siguiendo á su camarada, que le habia metido por una calle algo angosta, llena de espejos por una parte y por otra, donde estaban muchas damas y lindos, mirándose y poniéndose de diferentes posturas de bocas, guedejas, semblantes, ojos, bigotes, brazos y manos, haciéndose cócos á ellos mismos. Preguntóle don Cleofas qué calle era aquella, que le parecia que no la habia visto en Madrid. Es, respondió

el Cojuelo, que esta se llama la calle de los Gestos, que solamente saben á ella estas figuras de la baraja de la corte, que vienen aquí á tomar el gesto con que han de andar aquel día, y salen con perlesía de lindeza, unos con boquita de raton, otros con los ojitos dormidos, roncando hermosura, y todos con los dos dedos de las manos, índice y meñique, levantados, y esotros de *Gloria Patri*. Pero salgamos muy de prisa de aquí, que con tener estómago de demonio y no haberme mareado las maretas del infierno, me le han revuelto estas sabandijas, que nacieron para desacreditar la naturaleza y el rentoy.

Con esto se salieron de esta calle á una plazuela, donde habia gran concurso de viejas, que habian sido damas cortesanas, y mozas, que entraban á ser lo que ellas habian sido, en grande contratacion unas con otras. Preguntó el estudiante á su camarada qué sitio era aquel, que tampoco le habia visto. Y él le respondió: Este es el baratillo de los apellidos, que aquellas damas pásas truecan con estas mozas albillas por medias traídas, por zapatos viejos, valonas, tocas y ligas, como ya no las han menester, que el Guzman, el Mendoza, el Enriquez, el Cerda, el Cueva, el Silva, el Castro, el Giron, el Toledo, el Pacheco, el Córdoba, el Manrique de Lara, el Osorio, el Aragon, el Guevara y otros generosos apellidos los ceden á quien los ha menester ahora para el oficio que comienza y se quedan con sus patronímicos primeros de Hernandez, Martinez, Lopez, Rodriguez, Perez, Gonzalez, etc.; porque al fin de los años mil vuelven los nombres por donde solian ir. Cada día, dijo el estudiante, hay cosas nuevas en la corte. Y á mano izquierda entraron á otra plazuela al modo de la de los Herradores, donde se alquilaban tías, hermanos, primos y maridos, como lacayos y escuderos para damas de achaque que quieren pasar en la corte con buen nombre y encarecer su mercadería. A la mano derecha de este seminario andante estaba un grande edificio, á manera de templo sin altar, y en medio de él una pila grande de piedra, llena de libros de caballerías y novelas, y al rededor muchos muchachos desde diez á diez y siete años y algunas doncelluelas de la misma edad, y cada uno y cada una con su padrino al lado, y don Cleofas le preguntó á su compañero que le dijese qué era aquello, que todo le parecia que lo habia soñado. El Cojuelo le dijo: Algo tiene de eso este fantástico aparato; pero esta es, don Cleofas, en efecto la pila de los dones y aquí se bautizan los que vienen á la corte sin él. Todos aquellos muchachos son pajes para señores, y aquellas muchachas, doncellas para señoras de media talla, que han menester el don para la autoridad de la casa que entran á servir, y ahora les acaban de bautizar el don. Por allí entra ahora una fregona con un vestido alquilado, que la trae su ama á sacar de don, como de pila, para darla el tuson de las damas, porque le pague en esta moneda lo que le ha costado el criarla, y aun ella parece que se quiere volver al paño, segun viene bruñida de esmeril. Un

moño, unos dientes postizos y un guarda-infante pueden hacer esos milagros, dijo don Cleofas; pero ¿qué acompañamiento, prosiguió, es este que entra ahora de tanta gente lucida por la puerta de este templo, consagrado al uso del siglo? Traen á bautizar, dijo el Cojuelo, un regidor muy rico, de un lugar aquí cercano, de edad de setenta años, que se viene al don por su pié, porque sin él le han aconsejado sus parientes que no cae tan bien el regimiento. Llámase Pascual, y vienen altercando si sobre Pascual le vendrá bien el don, que parece don extravagante de la iglesia de los dones. Ya tienen ejemplar, dijo don Cleofas, de don Pascual, ese que llamaron todos loco, y yo Diógenes de la ropa vieja, que andaba cubierta la cabeza con la ropa, sin sombrero, en traje de profeta, por esas calles. Mudaránle el nombre, á mi parecer, prosiguió el Cojuelo, por no tener en su lugar regidor pascual, como cirio de los regidores. Dios le inspire, dijo don Cleofas, lo que mas convenga á su regimiento, como la cristiandad de los regidores ha menester. En acabando de tomar el señor regidor, dijo el Cojuelo, el agua del don, espera allí un italiano hacer lo mismo con un elefante que ha traído á enseñar á la Puerta del Sol. Los mas suelen llamarse, dijo el estudiante, don Pedros, don Juanes y don Alonsos. No sé cómo ha tenido tanto descuido su ayo ó naire, como dicen los de la India Oriental; plebeyo debia de ser este animal, pues ha llegado tan tarde al don. ¡Vive Dios! que me le he de quitar yo, porque me desbautizan y desdoran los que veo. Sígueme, dijo el Cojuelo, y no te amohines, que bien sabe el don dónde está, que se te ha caído en el Cleofas como la sopa en la miel.

Con esto salieron del soñado, al parecer, edificio, y en frente de él descubrieron otro, cuya portada estaba pintada de sonajas, guitarras, gaitas zamoranas, cencerros, cascabeles, ginebras, caracoles, castrapuercos, pandorga prodigiosa de la vida, y preguntó don Cleofas á su amigo qué casa es aquella que mostraba en la portada tanta variedad de instrumentos vulgares, que tampoco la he visto en la corte, y me parece que hay dentro mucho regocijo y entretenimiento. Esta es la casa de los locos, respondió el Cojuelo, que ha poco que se instituyó en la corte, entre unas obras pias que dejó un hombre muy rico y muy cuerdo, donde se castigan y curan locuras que hasta ahora no lo habían parecido. Entremos dentro, dijo don Cleofas, por aquel postiguito que está abierto y veamos esta novedad de locos. Y diciendo y haciendo, se entraron los dos, uno tras otro, pasando un zaguán, donde estaban algunos de los conualecientes pidiendo limosna para los que estaban furiosos; llegaron á un patio cuadrado, cercado de celdas pequeñas por arriba y por abajo, que cada una de ellas ocupaba un personaje de los susodichos. A la puerta de una de ellas estaba un hombre, muy bien tratado de vestido, escribiendo sobre la rodilla y sentado en una banquetta, sin levantar los ojos del papel, y se habia sacado uno con la pluma sin sentirlo. El Cojuelo le dijo: Aquel es un

loco arlatrista que ha dado en decir que ha de hacer la reduccion de los cuartos, y ha escrito sobre eso más hojas de papel que tuvo el pleito de don Alvaro de Luna. Bien haya quien le trajo á esta casa, dijo don Cleofas, que son los locos mas perjudiciales de la república. Esotro que está en esotro aposento, prosiguió el Cojuelo, es un ciego enamorado, que está con aquel retrato de su dama en la mano y aquellos papeles que le ha escrito como si pudiera ver lo uno ni leer lo otro, y da en decir que ve con los oídos. En esotro aposentillo, lleno de papeles y libros, está un gramaticon que perdió el juicio buscándole á un verbo griego el gerundio. Aquel, que está á la puerta de esotro aposentillo con unas alforjas al hombro y en calzon blanco, le han traído porque siendo cochero que andaba siempre á caballo, tomó oficio de correo de á pié. Esotro que está en esotro de mas arriba con un halcon en la mano es un caballero que, habiendo heredado mucho de sus padres, lo gastó todo en la cetrería y no le ha quedado mas que aquel halcon en la mano, que se las come de hambre. Allí está un criado de un señor, que teniendo qué comer se puso á servir. Allí está un bailarín que se ha quedado sin son bailando en seco. Mas adelante está un historiador que se volvió loco de sentimiento de haber perdido tres décadas de Tito Livio. Mas adelante está un colegial cercado de mitras, probándose la que le viene mejor, porque dió en decir que habia de ser obispo. Luego en esotro aposentillo está un letrado que se desvaneció en pretender plaza de ropa, y de letrado dió en sastre, y está siempre cortando y cosiendo garnachas. En esotra celda, sobre un cofre lleno de doblones, cerrado con tres llaves, está sentado un rico avariento, que sin tener hijo ni pariente que le herede, se da muy mala vida, siendo esclavo de su dinero y no comiendo mas que un pastel de á cuatro, ni cenando mas que una ensalada de pepinos, y le sirve de cepo su misma riqueza. Aquel que canta en esotra jaula es un músico sinzonte, que remeda los demás pájaros, y vuelve de cada pasaje como de un parasismo. Está preso en esta cárcel de los delitos del juicio porque siempre cantaba, y cuando le rogaban que cantase, dejaba de cantar. Impertinencia es esa casi de todos los de esta profesion. En el brocal de aquel pozo que está en el patio se está mirando siempre una dama muy hermosa, como la verás si ella alza la cabeza, hija de pobres y humildes padres, que queriéndose casar con ella muchos hombres ricos y caballeros, ninguno la contentó, y en todos halló una y muchas faltas, y está atada allí en una cadena porque, como Narciso, enamorada de su hermosura, no se anegó en el agua que le sirve de espejo, no teniendo en lo que pisa al sol ni á todas las estrellas. En aquel pobre aposentillo en frente, pintado por defuera de ellas, está un demonio casado, que se volvió loco con la condicion de su mujer. Entonces don Cleofas le dijo al compañero que le enseñaba todo este retablo de duelos: Vámonos de aquí no nos embarguen por alguna locura

que nosotros ignoramos, porque en el mundo todos somos locos, los unos de los otros. El Cojuelo dijo: Quiero, quiero tomar tu consejo, porque pues los demonios enloquecen, no hay que fiar de sí nadie. Desde vuestra primera soberbia, dijo don Cleofas, todos lo estais, que el infierno es casa de todos los locos mas furiosos del mundo. Aprovechado estás, dijo el Cojuelo, pues hablas en lenguaje ajustado.

Con esta conversacion salieron de la casa susodicha, y á mano derecha dieron en una calle algo dilatada, que por una parte y por otra estaba colgada de ataúdes, y unos sacristanes con sus sobrepellices paseándose junto á ellos, y muchos sepultureros abriendo varios sepulcros, y don Cleofas le dijo á su camarada: ¿Qué calle es esta, que me ha admirado mas que cuantas he visto y me pudiera obligar á hablar mas espiritualmente que con lo primero de que tú te admiraste? Esta es mas temporal y de siglo que ninguna, le respondió el Cojuelo, y la mas necesaria, porque es la ropería de los abuelos, donde cualquiera, para todos los actos positivos que se le ofrece y se quiere vestir de un abuelo, porque el suyo no le viene bien ó está traído, se viene aquí y por su dinero escoge el que le está mas á propósito. Mira allí aquel caballero torzuelo cómo se está probando una abuela que ha menester, y esotro, hijo de quien él quisiere, se está vistiendo otro abuelo y le viene largo de talle. Esotro mas abajo da por otro abuelo el suyo y dineros encima, y no se acaba de concertar porque le tiene mas de costal al sacristan, que es el ropero. Otro á esotra parte llega á volver un abuelo suyo de dentro afuera y de atrás adelante y á remendarlo con la abuela de otro. Otro viene allí con la justicia á hacer que le vuelvan un abuelo que le habian hurtado y le ha hallado colgado en la ropería. Si hubieres menester algun abuelo ó abuela para algun crédito de tu calidad, á tiempo estamos, don Cleofas Leandro, que yo tengo aquí un ropero mi amigo, que desnuda los difuntos la primera noche que los entierran y nos le dará por el tiempo que quisieres. Dineros he menester yo, que abuelos no, respondió el estudiante; con los míos me haga Dios bien, que me han dicho mis padres que desciendo de Leandro el Animoso, el que pasaba el mar de Abido en amoroso fuego todo ardiendo, y tengo mi ejecutoria en las obras sueltas de Boscan y Garcilaso. Contra hidalguía en verso, dijo el Cojuelo, no hay olvido ni chancillería que baste, ni hay mas que desear en el mundo que ser hidalgo en consonantes. Si á mí me hicieran merced, prosiguió don Cleofas, entre Salicio y Nemoroso se habian de hacer mis diligencias, que no me habian de costar cien reales, que allí tengo mi Montaña, mi Galicia, mi Vizcaya y mis Asturias. Dejemos vanidades ahora, dijo el Cojuelo, que ya he sabido que eres muy bien nacido en verso y en prosa, y vamos en busca de un figon á almorzar y á descansar, que bien lo habrás menester por lo maldrugado y trasnochado, que despues proseguiremos nuestras aventuras.

TRANCO IV.

Dejemos á estos caballeros en su figon almorzando y descansando, que sin dineros pedian las pajaritas que andaban volando por el aire y al fénix empanado, y volvamos á nuestro astrólogo regoldano y nigromante ingerto, que se habia vestido con algun cuidado de haber sentido pasos en el desvan la noche antes, y subiendo á él halló las ruinas que habia dejado su familiar en los pedazos de la redoma y mojados sus papeles y el tal espíritu ausente; y viendo el estrago y la falta de su demoñuelo, comenzó á mesarse las barbas y los cabellos y á romper sus vestiduras como rey á lo antiguo. Y estando haciendo semejantes extremos y lamentaciones, entró un diablejo zurdo, mozo de retrete de Satanás, diciendo que Satanás, su señor, le besaba las manos, que habia sentido el atrevimiento que habia tenido el Cojuelo, que él trataria de que se castigase y que entre tanto se quedase él sirviéndole en su lugar. Agradeció mucho el cuidado el astrólogo y encerró el tal espíritu en una sortija de un topacio grande que traia en un dedo, que antes habia sido de un médico, con que á todos cuantos habia tomado el pulso habia muerto. Y en el infierno se juntaron entre tanto en su sala plena todos los mas graves jueces de aquel distrito, y haciendo notorio á todos el delito del tal Cojuelo, mandaron despachar requisitoria para que le prendiesen en cualquier parte que le topasen; y se le dió esta comision á Cienllamas, demonio comisionario, que habia dado muy buena cuenta de otras que le habian encargado, y llevándose consigo por corchetes á Chispa y á Radina, demonios á las veinte, y subiéndose en la mula de Liñan, salió del infierno con vara alta de justicia en busca del dicho delincuente.

En este tiempo, sobre la paga de lo que habian almorzado habian tenido una pesadumbre el revoltoso diablillo y don Cleofas con el figonero, en que intervinieron asadores y torteras, porque lo que es del diablo, el diablo se lo ha de llevar, y acudiendo la justicia al alboroto, se salieron por una ventana; y cuando el alguacil de corte con la gente que llevaba entendia cogerlos, estaban ya de esotra parte de Getafe, en demanda de Toledo, y dentro de un minuto en las ventillas de Torrejon, y en un cerrar de ojos á vista de la puerta de Visagra, dejando la real fábrica del Hospital de Afuera á la mano derecha; y volviéndose el estudiante al camarada, le dijo: Lindos atajos sabes, mal haya quien no caminara contigo todo el mundo mejor que con el infante don Pedro de Portugal, el que anduvo las siete partidas de él. Somos gente de buena maña, respondió el Cojuelo. Y cuando estaban hablando en esto, llegando al barrio que llaman de la Sangre Cristo y al meson de la Sevillana, que es el mejor de aquella ciudad, el Diablo Cojuelo le dijo al estudiante: Esta es muy buena posada para pasar esta noche y para descansar de la jornada; entráte dentro y pide un aposento y que te aderecen de cenar, que á mí me importa ir esta noche á Constantinopla á al-

borotar el serrallo del gran Turco y hacer degollar doce o trece hermanos que tiene por miedo de que no conspiren á la corona; y volverme de camino por los cahones de los Esgüizaros y por Ginebra á otras diligencias de este modo, por sobornar con algunos servicios á mi amo, que debe de estar muy indignado contra mí por la travesura pasada, y que yo estaré contigo antes que dén las siete de la mañana. Y diciendo y haciendo, se metió por esos aires como por viña vendimiada, meneando la pajuela á todo pajarote y ciudadano de la region etérea, á fuer de los de la jerigonza crítica, y don Cleofas se entró á tomar posada, por haber muchos pasajeros que habian venido con galeones y pasaban á Madrid; con todo eso al huésped nuevo hicieron cortejo, porque la persona de don Cleofas traia consigo cartas de recomendacion, como dicen los cortesanos antiguos.

Convidáronle á cenar unos caballeros soldados muy cortes, preguntándole nuevas de Madrid, y despues de haber cumplido con la celebridad de los brindis por el Rey, que Dios guarde, por sus damas y sus amigos y haber dado las aceitunas y postres, carta de pago y fin de cena, se fué cada uno á recoger á su aposento, porque habian de tomar la madrugada para llegar con tiempo á Madrid, y don Cleofas hizo lo mismo en el que le señaló el huésped, sintiendo la soledad del compañero en algun modo, porque le traia muy entretenido, y haciendo varios discursos sobre la almohada, se quedó como un pajarito, jurando el silencio de las sombras como los demás del mundo, el meson de la Sevillana, el natural vasallaje con el sueño, que solas grullas, morciélagos y lechuzas estaban de posta á su cuerpo de guardia, cuando á las dos de la noche oyó unas temerosas voces que repetian: ¡Fuego, fuego! Despertaron á los dormidos pasajeros con el sobresalto y asombro que suele causar cualquier alboroto á los que están durmiendo, y mas oyendo nombrar fuego, voz que con mas terror atemoriza los ánimos mas constantes, rodando unos las escaleras por bajar mas apriesa, otros saltando por las ventanas que caian al patio de la posada, otros que por las pulgas ó temor de las chinches dormian en cueros como vinagre, hechos Adanes del baratillo, poniendo las manos donde habian de estar las hojas de higuera, siguiendo á los demás y acompañándolos don Cleofas con los calzones revueltos al brazo y una alfaja, que por no encontrar la espada topó acaso en su aposento, como si en los incendios y fantasmas importase andar á palos ni cuchilladas: natural socorro del miedo en las repentinas invasiones. Salió en esto el huésped en camisa, los piés en unas empanadas de frenegal, cinchado con una faja de grana de polvo el estómago, y un candil de garabato en la mano, diciendo que se sosegasen, que aquel ruido no era de cuidado, que se volviesen á sus camas, que él pondria remedio en ello. Apretóle don Cleofas, como mas amigo de saber, que le dijese la causa de aquel alboroto, que no se habia de volver á acostar sin descifrar aquel misterio. El

huésped le dijo muy severo que era un estudiante de Madrid, que habia dos ó tres meses que entró á posar en su casa y que era poeta de los que hacen comedias, y que habia escrito dos que se le habian chillado en Toledo y apedreado como viñas, y que estaba acabando de escribir la comedia de Troya abrasada y que sin duda debia de haber llegado al paso del incendio, y se convertia tanto en lo que escribia, que habria dado aquellas voces, que por otras experiencias pasadas sacaba él que aquello era verdad infalible, como él decia, que para confirmarlo subiesen con él á su aposento y hallarian ser verdadero este discurso.

Siguieron al huésped todos de la suerte que cada uno estaba, y entrando en el aposento del tal poeta, le hallaron tendido en el suelo, despedazada la media sofana, revolcado en papeles y echando espumajos por la boca y pronunciando con mucho desmayo fuego, fuego, que casi no podia echar la habla, porque se le habia metido monja. Llegaron á él muertos de risa y llenos de piedad todos, diciéndole: Señor licenciado, vuelva en sí y mire si quiere beber y comer algo por este desmayo. Entonces el poeta, levantando como pudo la cabeza y algo alborotado, dijo: Si es Eneas y Anquises con los Penates y el amado Ascanio, ¿qué aguardais aquí? Que está ya el Ilión hecho cenizas, y Priamo, Paris y Policena, Hecuba y Andrómaca han dado el fatal tributo á la muerte, y á Elena, causa de tanto daño, llevan presa Menelao y Agamemnon, y lo peor es que los Mirmidones se han apoderado del tesoro troiano. Vuelto en su juicio, dijo el huésped que aquí no hay almidones ni toda esa tropellía de disparates que ha referido, y mucho mejor fuera llevarle á casa de Nuncio, donde pudiera ser con bien justa causa mayoral de los locos, y meterle en cura, que se le han subido los consonantes á la cabeza como tabardillo. ¿Qué bien entiende de afectos el señor huésped! respondió el poeta incorporándose un poco mas. De afectos, ni de afeites, dijo el huésped, no quiero entender, sino de mi negocio; lo que importa es que mañana hagamos cuenta de lo que me debe de posada y se vaya con Dios, que no quiero tener en ella quien me la alborote cada dia con estas locuras; basten las pasadas, pues comenzando á escribir, recién venido aquí, la comedia del Marqués de Mantua, que zozobró y fué una de las silbadas, fueron tantas las prevenciones de la caza y las voces que dió llamando á los perros Meleampo, Oliveros, Saltamontes, Tragavientos, etc., y el ataja, ataja y el guarda el oso cerdoso, y el jabalí colmilludo, que malparió una señora preñada, que pasaba del Andalucía á Madrid, del sobresalto; y en esotra del Saco de Roma, que entrambos parecieron, cual tenga la salud, fué el estruendo de las cajas y trompetas, haciendo pedazos las puertas y ventanas de este aposento á tan desusadas horas como estas, y el cierra España, Santiago y á ellos y el jugar la artillería con la boca, como si hubiera ido á la escuela con un petardo ó críandose como el basilisco de Malta, que engañó el rebato

á una compañía de infantería que alojaron aquella noche en mi casa; de suerte que tocando al arma se hubieron de hacer á oscuras unos soldados pedazos con los otros, acudiendo al ruido medio Toledo con la justicia, echándome las puertas abajo, y amenazó á hacer una de todos los diablos, que es poeta grulla que siempre está en vela y halla consonantes á cualquier hora de la noche y de la madrugada.

El poeta dijo entonces: Mucho mayor alboroto fuera si yo acabara aquella comedia de que tiene usted en prendas dos jornadas por lo que le debo, que la llamo las Tinieblas de Palestina, donde es fuerza que se rompa el velo del templo en la tercera jornada y se oscurezca el sol y la luna y se den unas piedras con otras y se venga abajo toda la fábrica celestial, con truenos y relámpagos, cometas y exhalaciones, en sentimiento de su Hacedor, que por faltarme dos nombres que he de poner á los sayones no la he acabado. Ahí me dirá usted, señor huésped, ¿qué fuera ello? Váyase, dijo el mesonero, á acabarla al Calvario, aunque no faltará en cualquiera parte que la escriba ó la representen quien le crucifique á silbos, legumbre y edificio. Antes resucitan con mis comedias los autores, dijo el poeta; y para que conozcan todos ustedes esta verdad y admiren el estilo que llevan todas las que yo escribo, ya que se han levantado á tan buen tiempo, quiero leerles esta. Y diciendo y haciendo, tomó en la mano una rima de vueltas de cartas viejas, cuyo bulto se encaminaba mas á pleito de tenuta que á comedia, y arqueando las cejas y deshollinándose los bigotes, dijo leyendo el título de esta suerte: Tragedia troyana, Astucias de Sinon, caballo griego, Amantes adúlteros y reyes endemoniados. Sale lo primero por el patio, sin haber cantado, el Paladion con cuatro mil griegos por lo menos, armados de punta en blanco dentro de él. ¿Cómo, le replicó un caballero soldado de aquellos que estaban en cueros, que parece que le habian de echar á andar en la comedia, puede toda esa máquina entrar por ningún patio ni coliseo de cuantos hay en España, ni por el tablado con mucho ruido de chirimías y atabalillos Priamo, rey de Troya, y el príncipe Paris y Elena, muy bizarra en un palafren, en medio, y el Rey á la mano derecha, que siempre de esta manera guardo el decoro á las personas reales, y luego tras ellos, en palafrenes negros, de la misma suerte, once mil dueñas á caballo. Mas dificultosa apariencia es esa que esotra, dijo uno de los oyentes, porque es imposible que tantas dueñas juntas se hallen. Algunas se harán

de pasta, dijo el poeta, y las demás se juntarán de aquí para allí, fuera de que si se hace en la corte, ¿qué señora habrá que no envíe sus dueñas prestadas para una cosa tan grande, por estar los días que se represente la comedia, que será por lo menos siete ú ocho meses, libres de tan cansadas sabandijas? Hubiéronse de caer de risa los oyentes, y de una carcajada se llevaron media hora de reloj, al son de los disparates del tal poeta, y él prosiguió diciendo: No hay que reírse, que si Dios me tiene de sus consonantes, he de rellenar el mundo de comedias mías, y ha de ser Lope de Vega, prodigioso monstruo español y nuevo Tostado en verso, niño de teta conmigo, y despues me he de retirar á escribir un poema heroico para mi posteridad, que mis hijos ó mis sucesores hereden, en que tengan toda su vida que roer sílabas. Y ahora oigan vuestras mercedes, amagando á comenzar, el brazo derecho levantando, los versos de la comedia, cuando todos á una voz le dijeron que lo dejase para mas espacio, y el huésped indignado, que sabia poco de filis, le volvió á advertir que no habia de estar un día mas en la posada.

La encamisada pues de los caballeros y soldados se puso á mediar con el huésped el caso, y don Cleofas, sobre un arte poético de Rengifo que estaba tambien corriendo borrasca entre esotros legajos por el suelo, tomó pleito homenaje al tal poeta, puestas las manos sobre los consonantes, jurando que no escribiria mas comedias de ruido, sino de capa y espada, con que quedó el huésped satisfecho, y con esto se volvieron á sus camas, y el poeta, calzado y vestido, con su comedia en la mano, se quedó tan aturrido sobre la suya, que apostó á roncar con los siete durmientes, á peligro de no valer la moneda cuando despertase.

TRANCO V.

Dentro de muy pocas horas lo fué de volverse á levantar los huéspedes al quitar, haciendo la cuenta con ellos de la noche pasada el huésped de por vida, esperezándose y bostezando de lo trasnochado con el poeta, y trataron de caminar, ensillando los mozos de mulas y poniendo los frenos al son de seguidillas y jácaras; y brindándose con vino y pullas los unos á los otros, ribeteándolas con tabaco en polvo y en humo; cuando nuestro don Cleofas tambien despertó, tratando de vestirse, con algunas saudes de su dama, que las malas correspondencias de las mujeres á veces despiertan mas la voluntad, y antes que diesen las ocho, como habia dicho, entró por el aposento el camarada en traje turquesco, con almalafa y turbantes, señales ciertas de venir de aquel país, diciendo: ¿Heme tardado en el viaje, señor licenciado? El le respondió sonriéndose: Menos se tardó usted desde el cielo al infierno con haber mas leguas cuando rodó con todos esos príncipes, que no han podido gatear otra vez á la maroma de donde cayeron. Al amigo, señor don Cleofas, respondió el Cojuelo, chinche en el ojo, como dice el refran de Castilla. Bueno, bueno, pocos

hay, respondió el estudiante, que en creciendo el chiste miren esos respetos; pero esto no lo digo yo en galantería y por la amistad que hay entre nosotros. Mas dejando esto aparte, ¿cómo te ha ido por esos mundos? Hice todo á lo que fui y mucho mas, respondió el genízaro recién venido, y si quisiera me jurara por gran turco aquella buena gente, que á fe que alguna guarda mejor su palabra, y saben decir verdad y hacer amistades, mas que vosotros los cristianos. ¡Qué prestó te pagaste! dijo don Cleofas; algun cuarto debes de tener de demonio villano. Es imposible, respondió el Cojuelo, porque descendemos todos de la mas noble y mas alta montaña de la tierra y del cielo; y aunque seamos zapateros de viejo, en siendo montañeses todos somos hidalgos, que muchos de ellos nacen como los escarabajos y ratones de la putrefacción.

Bien sé que sabes filosofia, le dijo don Cleofas, mejor que si la hubieras estudiado en Alcalá, y que eres maestro en primeras licencias. Dejemos estas digresiones, y acaba de darme cuenta de tu jornada. Con el traje del país, como ves, respondió el Cojuelo, por ensuciarlos todos como cierto amigo, que por desaseado en extremo, ensució el de soldado, el de peregrino y estudiante, volví por los Cantones, por la Bartolina y Ginebra, y no tuve que hacer nada en estos países, porque sus paisanos son demonios de sí mismos, y ese es el juro de heredad que mas seguro tenemos en el infierno. Después de las Indias fui á Venecia por ver una poblacion tan prodigiosa, que está fundada en el mar, y de su natural condicion tan bajel de argamasa y sillería, que como la tiene en peso el piélago Mediterráneo, le vuelve á cualquier viento que sopla. Estuve en la plaza de San Márcos platicando con unos criados de unos clarísimos esta mañana, y hablando en las gacetas de la guerra, les dije que en Constantinopla se habia sabido por espías que estaban en España, que hay grandes prevenciones de ella, y tan prodigiosas, que hasta los difuntos se levantaban de los sepulcros al son de las cajas para este efecto, y hay quien diga que entre ellos habia resucitado el gran duque de Osuna. Apenas lo acabé de pronunciar cuando escurrí por no perder tiempo en mis diligencias, y dejando el seno Adriático me sorbí la Marca de Ancona y por la Romania. A la mano izquierda dejé á Roma, porque aun los demonios, por cabeza de la Iglesia militante, veneramos su poblacion. Pasé por Florencia á Milan, que no se le da con su castillo dos blancas de la Europa. Vi á Génova la bella, talego del mundo, llena de novedades y golfo lanzado. Toqué en Vinaroz y los Alfaques, pasando el de Leon y Narbona. Llegué á Valencia, que juega cañas dulces con la primavera. Metíme en la Mancha, que no hay greda que la pueda sacar. Entré en Madrid, y supe que unos parientes de tu dama te andaban á buscar para matarte, porque dicen que la has dejado sin reputacion, y lo peor es lo que me chismeó Zancadilla, demonio espía del infierno y sobrestante de ten-

taciones, que me andaba á buscar Cienllamas con otra requisitoria, y soy de parecer, por obviar estos dos riesgos, que pongamos tierra en medio; vámonos al Andalucía, que es la mas ancha del mundo; y pues yo te hago la costa, no tienes que temer nada, que con el romance que dice Tendré el invierno en Sevilla y el veranito en Granada, no hemos de dejar lugar en ella que no trajinemos. Y volviéndose á la ventana que salia á la calle, le dijo: Hágote puerta de meson, vámos y sígueme por ella, don Cleofas, que hemos de ir á comer en la venta de Durazutan, que es en Sierra Morena, veinte y dos ó veinte y tres leguas de aquí. No importa, dijo don Cleofas, si eres demonio deportante, aunque cojo; y diciendo esto, salieron los dos por la ventana, flechados de sí mismos, y el huésped desde la puerta, dándole voces al estudiante cuando le vió por el aire, diciendo que le pagase la cama y la posada; y don Cleofas respondió que en volviendo del Andalucía cumpliría con sus obligaciones; y el huésped, que parecia que lo soñaba, se volvió santiguando y diciendo: Pluguiera á Dios como se me va este se me fuera el poeta, aunque me llevara la cama y todo asida á la cola.

Ya en esto el Cojuelo y don Cleofas descubrian la dicha venta, y apeándose del aire entraron en ella, pidiendo al ventero de comer, y él les dijo que no habia quedado en la venta mas que un conejo y un perdigon, que estaban en aquel asador entreteniéndose á la lumbre. Pues trasládenlos á un plato, dijo don Cleofas, señor ventero, y venga el salmorejo, poniéndonos la mesa, pan, vino y salero. El ventero respondió que fuese en buen hora, pero que esperasen que acabasen de comer unos extranjeros que estaban en eso, porque en la venta no habia otra mesa mas que la que ellos ocupaban. Don Cleofas dijo: Por no esperar, si estos señores nos dan licencia, podrémos comer juntos, y ya que ellos van en la silla, nosotros iremos en las ancas. Y sentándose los dos al paso que lo decian, fué todo uno, trayéndoles el ventero la porcion susodicha con todas sus adherencias é incidencias, y comenzaron á comer en compañía de los extranjeros, que el uno era francés, el otro inglés, el otro italiano y el otro tudesco, que habia ya pespuntado la comida mas apriesa á brindis de vino blanco y clarete, y tenia á orza la testa, con señales de vómito y tiempo borrascoso, tan zorra de cuatro costados, que pudiera temerle el corral de gallinas del ventero. El italiano preguntó á don Cleofas que de adónde venia, y él le respondió que de Madrid. Repitió el italiano: ¿Qué nuevas hay de guerra, señor español? Don Cleofas le dijo: Ahora todo es guerra. ¿Y contra quién dicen? replicó el francés. Contra todo el mundo, respondió don Cleofas, para ponerlo todo á los piés del rey de España. Pues á fe, replicó el francés, que primero que el rey de España... Antes que acabase la razon el gabacho dijo don Cleofas: El rey de España... El Cojuelo le fué á la mano, diciendo: Déjame, don Cleofas, responder á mí, que soy español por la vida, y con

quien vengo, vengo, que les quiero con alabanzas del rey de España dar un tapaboca á estos borrachos, que si leen las historias de ella, hallarán que por rey de Castilla tiene virtud de sacar demonios, que es mas generosa cirujía que curar lamparones.»

Los extranjeros, habiendo visto callar al español, estaban muy falsos, cuando el Cojuelo, sentándose mejor y tomando la mano, y en traje castellano, que ya habia dejado á la guardarropa del viento tudesco, les dijo: Señores míos, mi camarada iba á responder, y á mí, por tener mas edad, me toca el hacerlo; escúchenme atentamente por caridad: el rey de España es un generosísimo lebrele, que pasa acaso solo por una calle, y no hay gozque en ella que á ladrarle no salga, sin hacer caso de ninguno, hasta que se juntan tantos, que se atreve uno á desembocar de ella á otra, pensando que es sufrimiento y no desprecio, á besarle con la boca la cola; entonces vuelve, y dando una manotada á unos, y otra á otros, huyendo todos de manera que no saben adónde meterse, queda la calle toda tan barrida de gozques y con tanto silencio, que aun á ladrar no se atreven, sino á morder las piedras de rabia. Esto mismo le sucede siempre con los reyes contrarios, con las señoras y potentados, que son todos gozques con su majestad católica; pero guárdese el que se atreviere á besarle la cola, que ha de llevar manotada que escarmiente de suerte á los demás, que no hallen dónde meterse huyendo de él.

Los extranjeros se comenzaron á escarapelar, y el francés le dijo: ¡ah, bugre coquin español! Y el italiano, ¡farfante marrano español! Y el inglés, ¡nitesgut español! Y el tudesco estaba de suerte, que lo dió por recibido, dando permission que hablasen los demás por él en aquellas cortes. Don Cleofas, que los vió palotear y echar espadañadas de vino y herejías contra lo que habia dicho su camarada, acostumbrado á sufrir poco y al refran de quien da luego da dos veces, levantando el banco en que estaban sentados los dos, dió tras ellos, adelantándose el compañero con las muletas en la mano, manejándolas tan bien, que dió con el francés en el tejado de otra venta que estaba tres leguas de allí, y en una necesaria de Ciudad-Real con el italiano, porque muriese hácia donde pecan, y con el inglés de cabeza en una caldera de agua hirviendo que tenian para pelar un puerco en casa de un labrador de Adamuz, y al tudesco, que se habia anticipado á caer de bruces á los piés de don Cleofas, le volvió al Puerto de Santa María, de donde habia salido quince días antes, á dormir la zorra. El ventero se quiso poner en medio y dió con él en Peralvillo, entre aquellas cenizas de Gestas, como en su centro.

Volviéronse con esto á sentar á comer de los despojos que habia dejado el enemigo muy despacio, y estando en los postreros lances de la comida, entraron algunos mozos de mulas en la venta, llamando al huésped y pidiendo vino, y tras ellos en el mismo carruaje una compañía de representantes que pasaban de Córdoba á la corte, con gana de tomar un refresco en la

venta; venian las damas en jamugas, con bohemios, sombreros con plumas y mascarillas en los rostros, los chapines con plata, colgados de los respaldares de los sillones, y ellos, unos con portamanteos sin cojines, y otros sin cojines ni portamanteos, las capas dobladas debajo, las valonas en los sombreros, con alforjas detrás, y los músicos con las guitarras en cajas delante en los arzones, y algunos de ellos ciclones de estribos, y otros eunucos, con los mozos que les sirven á las ancas; unos con espuelas sobre los zapatos y las medias, y otros con botas de rodillera sin ninguna, otros con varas para hacer andar sus cabalgaduras y las demás mujeres; los apellidos de los mas eran valencianos, y los nombres de las representantes se resolvian en Marianas y Anas Marias, hablando todos recalcado con el tono de la representacion. La conversacion con que entraron en la venta era decir que habian robado á Lisboa, asombrado á Córdoba y escandalizado á Sevilla, y que habian de despoblar á Madrid, porque con sola la loa que llevaban para la entrada de un tundidor de Ecija habian de derribar á cuantos autores entrasen en la corte. Con esto se fueron arrojando de las cabalgaduras, y los maridos muy severos apeando en los brazos á sus mujeres, llamando todos al huésped, y de nada se dolia.

La autora se asentó en una alfombrilla que la echaron en el suelo, las demás princesas al rededor, y el autor andaba solicitando el regalo de todos como pastor de aquel ganado, y dijo el Cojuelo: Con el señor autor estoy en pecado mortal de parte de mis camaradas. ¿Por qué? dijo don Cleofas. Respondió el diablillo: Porque es el peor representante del mundo, y hace siempre los demonios en los autos del Corpus, y está perdigado para demonio de veras, y para que haga en el infierno los autos si se representaren comedia; que algunas hacen estas farándulas, que aun para el infierno son malas. Uno le visto aquí, dijo don Cleofas, entre los demás compañeros, que le he deseado cruzar la cara porque me galanteó en Alcalá una doncella, moza mia, que se enamoró de él viéndole hacer un rey de Dinamarca. Doncella, dijo el Cojuelo, debia de ser de ella; pero si quieres, prosiguió, que tomemos los dos venganza del autor y del representante, espera y verás cómo lo trazo, porque ahora quieren repartir una comedia con que han de segundar en Madrid, y sobre los papeles has de ver lo que pasa.

Al mismo tiempo que decia eso el Cojuelo, el apuntador de la compañía sacó de una alforja los de una comedia de Claramonte, que habia acabado de copiar en Adamuz el tiempo que estuvieron allí, diciendo al autor: Aquí será razon que se repartan estos papeles entre tanto que se adereza la comida y parece el huésped. El autor vino en ello, porque se dejaba gobernar del tal apuntador, como de hombre que tenia grandísima curia en la comedia; habia sido estudiante en Salamanca, y le llamaban el Filósofo por mal nombre; y llegado con el papel de la segunda dama á Ana María, mujer del que cantaba los bajetes y bailaba los dias del

Corpus, habiéndole dado la primera dama á Mariana, la mujer del que cobraba y que hacia su parte tambien en las comedias de tramoya, arrojándole, dijo que ella habia entrado para partir entre las dos los primeros papeles, y que siempre le daban los segundos, y que ella podia enseñar á representar á cuantas andaban en la comedia, porque habia representado al lado de los mayores representantes del mundo, y en la lengua la llamaban Amarilis, segunda de este nombre. Esotra le dijo que no sabria mirar lo que ella con su zapato representaba. Respondióle esotra que de cuándo acá tenia tanta soberbia, sabiendo que en Sevilla le prestó hasta las enaguas para hacer el papel de Dido en la gran comedia de don Guillen de Castro, echando á perder la comedia y haciendo que silbasen la compañía. Tú eres la silbada, dijo esotra, y tu ánima; llegando á las manos y diciéndose palabras mayores, y tan grandes, que alcanzaron á los maridos, y sacando unos con otros las espadas, comenzó una batalla de comedia, metiéndolos en paz los mozos de mulas con los frenos que acababan de quitar; y dejándolos empelotados, se salieron don Cleofas y el Cojuelo de la venta al camino de Andalucía, quedándose abrasando á cuchilladas la compañía, que fuera un Roncesvalles del molino del papel, si el ventero no llegara con la hermandad en busca de los dos que se fueron para prenderlos, con escopetas, chuzos y ballesas, y viendo esta nueva matanza en su venta, jarros, tinajas y platos, hechos tantos en la refriega, los apaciguaron y prendieron á los dichos representantes para llevarlos á Ciudad-Real, habiendo de tener otra peleona mas pesada con el alguacil que los traia á Madrid por orden de los arrendadores con comision del consejo.

TRANCO VI.

En este tiempo nuestros caminantes, tragando leguas de aire, como si fueran camaleones de alquiler, habian pasado á Adamuz del gran marqués del Carpio Haró y nobilísimo descendiente de los señores antiguos de Vizcaya, y padre ilustrísimo del mayor mecenas que los antiguos ingenios y modernos han tenido, y caballero que igualó con sus generosas partes su modestia. Y habiéndose sorbido los siete vados y las ventas de Alcolea, se pusieron á vista de Córdoba por su fertilísima campiña, y por sus celebradas dehesas gramenosas, donde nacen y pacen tantos brutos, hijos del Zecro, mas que los que fingió la antigüedad en el Tajo portugués; y entrando por el campo de la Verdad, pocas veces pisado de gente de esta calaña, á la colonia y populosa patria de dos Sénecas y un Lucano, y del padre de la poesía española el celebrado Góngora, á tiempo que se celebraban fiestas de toros aquel dia y juego de cañas, acto positivo que mas excelentemente ejecutan los caballeros de aquella famosa ciudad, y tomando posada en el meson de las Rejas, que estaba lleno de forasteros que habian concurrido á esta celebridad, se apercibieron para ir á verlas limpiándose el polvo de las nubes; y llegando á la Corredera, que es la

plaza donde se hacen estas festividades, se pusieron á ver un juego de esgrima que estaba en medio del concurso de la gente, que en estas ocasiones suele siempre en aquesta provincia preceder á las fiestas, á cuya esfera no habia llegado la linea recta ni el ángulo obtuso ni oblicuo, que todavía se practicaba el uñas arriba y el uñas abajo de la destreza primitiva que nuestros primeros padres usaron; y acordándose don Cleofas de lo que dice el ingeniosísimo Quevedo en su *Buscon*, pensó perecer de risa, bien que se debe al insigne don Luis Pacheco de Narvaez haber sacado de la oscura tiniebla de la vulgaridad á luz la verdad de este arte, y del caos de tantas opiniones las demostraciones matemáticas de esta ciencia.

Habia dejado en esta ocasion la espada negra un mozo de Montilla, bravo aporreador, quedando en el puesto otro de los Pedroches, no menos bizarro campeon; y arrojándose entre otros que la fueron á tomar muy apriesa don Cleofas, la levantó primero que todos, admirando la resolucion del forastero que en el ademan les pareció castellano; y dando á su camarada la capa y la espada, como es costumbre, puso bizarramente las plantas en la palestra. En esto el maestro con el montante barriendo los pies á los mirones abrió la rueda, dando aplauso á la pendencia vellorí, pues se hacia con espadas mulatas; y partiendo el andaluz y el estudiante castellano uno para otro airosamente, corrieron una ida y venida sin tocarse al pelo de la ropa, y á la segunda, don Cleofas, que tenia algunas revelaciones de Caranza, por el cuarto círculo le dió al andaluz con la zapatilla un golpe de pechos, y él metiendo el brazal un tajo á don Cleofas en la cabeza sobre la guarnicion de la espada, y convirtiendo don Cleofas el reparo en revés con un movimiento accidental, dió tan grande tamborilada á su contrario, que sonó como si hubiera dado en la tumba de los Castillas. Alborotáronse algunos amigos y conocidos que habia en el corro, y sobre el montante del señor maestro le entraron tirando algunas estocadillas veniales al tal don Cleofas, que en la zapatilla, como con agua bendita se las quitó; y apelando á su espada y capa, y el Cojuelo á sus muletas, hicieron tanta riza en el monton agavillado, que fué necesario echarles un toro para ponerlos en paz: tan valiente montante de Sierra Morena, que á dos ó tres mandobles puso la plaza mas despejada que pudieran la guarda tudesca y española, á costa de algunas bregas que hicieron por detrás ciclopes á sus dueños.

Encaramándose á untablado don Cleofas y su camarada muy falsos á ver la fiesta, haciéndose aire con los sombreros como si tal no hubiera pasado por ellos, y asechándolos unos alguaciles, porque en estas ocasiones siempre quiebra la soga por lo mas forastero, habiendo dejarretado el toro, llegaron desde la plaza á caballo, diciéndoles: Señor licenciado y señor Cojo, bajen acá, que los llama el señor corregidor. Y haciendo don Cleofas y su compañero orejas de mercader, comenzaron los ministros ó vaqueros de la justicia á quererlos intentar con las varas, y agarrándose cada uno de la

suya á vara por barba, dijeron á los tales ministros, quitándoselas de las manos de cuajo: Sigannos vuestras mercedessi se atreven á alcanzarnos; y levantándose por el aire, parecieron cohetes voladores, y los dichos alguaciles capados de varas pedían á los gorriones favor á la justicia, quedándose suspensos y atribuyendo la agilidad de los nuevos volatíues á sueño, haciendo tan alta punta los dos halcones; salvando á Guadalcazar, del ilustre marqués de este título, del claro apellido de los Córdobas, que dieron sobre el Rollo de Ecija, diciéndole el Cojuelo á don Cleofas: Mira qué gentil árbol Berroqueño que suele llevar hombres como otros fruta. ¿Qué columna tan grande es esta? le preguntó don Cleofas. El celebrado Rollo del mundo, le respondió el Cojuelo. ¿Luego esta ciudad es Ecija? repitió don Cleofas. Esta es Ecija, la mas fértil poblacion de Andalucía, dijo el Diablillo, que tiene aquel sol por armas á la entrada de esa hermosa puente, cuyos ojos rasgados lloran Genil, caudaloso río que tiene su solar en Sierra Nevada, y despues haciendo con el Darro maridaje de cristal, viene á calzar de plata estos hermosos edificios y tanto pueblo de abril y mayo.

De aquí fué Garci Sanchez de Badajoz, aquel insigne poeta castellano, y en esta ciudad solamente se coge el galardón, semilla que en toda España no nace, además de otros veinte y cuatro frutos sin sembrarlos de que se vale para vender la gente necesitada; su comarca tambien es fertilísima. Montilla cae aquí á mano izquierda, habitacion de los heróicos marqueses de Priego, Córdobas y Aguilares, de cuya gran casa salió para honra de España el que mereció llamarse Gran Capitan por antonomasia, y hoy á su marqués ilustrísimo se le ha acrecentado la casa de Feria, por morir sin hijos aquel gran portento de Italia, que malogró la fortuna de envidia, cuyo gran sucesor, siendo mudo, ocupa á grandezas en silencio elocuentes las lenguas de la fama. Mas abajo está Lucena del alcaide de los Donceles, duque de Cardona, en cuyo océano de blasones se anegó la gran casa de Lerma. Luego Cabra, celebrada por su sima tan profunda como la antigüedad de sus dueños pregonada con las lenguas de sus almenas que es del inclito duque de Sesa y Soma, y que la vive hoy su entendido y bizarro heredero. Luego Osuna se ofrece á la demarcacion de estos ilustres edificios, blasonando con tantos maestros Girones la altivez de sus duques. Veinte y dos leguas de aquí cae la hermosísima Granada, paraíso de Mahoma, que no en vano la defendieron tanto sus valientes africanos españoles, de cuya Alhambra y Alcazaba es alcaide el nobilísimo marqués de Mondéjar, padre del generoso conde de Tendilla, Mendozas del Ave María y credo de los caballeros. No nos olvidemos de Guadix, ciudad antigua y celebrada por sus melones, y mucho mas por el divino ingenio del doctor Mirá de Mescua, hijo suyo y arcediano. Cuando iba el Cojuelo refiriendo esto, llegaron á la Plaza Mayor de Ecija, que es la mas insigne de la Andalucía, y junto á una fuente que tiene en medio de jaspe, con cuatro ninfas gigantas de alabastro derramando lanzas

de cristal, estaban unos ciegos sobre un banco de piés, y mucha gente de capa parda de auditorio, cantando la relacion muy verdadera que trataba de cómo una maldita dueña se habia hecho preñada del diablo, y por permission de Dios habia parido una manada de lechones, con un romance de don Alvaro de Luna, y una letrilla contra los demonios, que decia:

Lucifer tiene muermo,
Satanás sarna,
Y el Diablillo Cojuelo
Tiene almorranas.
Almorranas y muermo,
Sarna y ladillas,
Su mujer se las quita
Con tenacillas.

El Cojuelo le dijo á don Cleofas: ¿Qué te parece los testimonios que nos levantan estos ciegos y las sátiras que nos hacen? Ninguna raza de gente se nos atreve á nosotros sino son estos que tienen mas ánimo que los mayores ingenios; pero esta vez me lo han de pagar castigándose ellos mismos por sus propias manos, y daré de camino venganza á las dueñas, porque no hay en el mundo quien no las quiera mal, y nosotros las tenemos grandes obligaciones, porque nos ayudan á nuestros embustes, que son demonias hembras. Y sobre la entonacion de las coplas metió el Cojuelo cizaña entre los ciegos, que rempujándose primero, y cayendo de ellos en el pilon de la fuente, y esotros en el suelo, volviéndose á juntar se mataron á palos, dando barato de camino á los oyentes, que les respondieron con algunos puñetes y coces. Y como llegaron á Ecija con las varas de los alguaciles de Córdoba, pensando que traian alguna gran comision de la corte, llegó la justicia de la ciudad á hacerles fiesta y á lisonjearlos con ofrecerles sus posadas; y ellos, valiéndose de la ocasion, admitieron las ofertas con que fueron regalados como cuerpos de rey; y preguntándoles qué negocio era el que traian para Ecija, el Cojuelo les respondió que era contra los médicos y boticarios y visita general de beatas; y que á los médicos se les venia á vedar que despues de matar á un enfermo no les valiese la mula por sagrado; y que cuando no se saliese con esto, por lo menos á los boticarios que errasen las purgas, que no pudiesen ser castigados si se retrajesen en los cementerios de las mulas de los médicos, que son las ancas, y que á las beatas se les verria á quitar el tomar tabaco, beber chocolate y comer jigote. Parecióle al alguacil mayor, que no era lerdo, y tenia su punta de hacer jácaras y entremeses, que hacian burla de ellos, y quiso agarrarlos para dar con ellos en la trena y despues sacudirles el polvo y batanarles el cordoban por embelecadore, embusteros y alguaciles chanflones; y levantando el Cojuelo una polvareda de piedra azufre y asiendo á don Cleofas por la mano, se desaparecieron entre la cólera y resolucion de los ministros ecijanos, dejándolos tosiendo y estornudando, dándose de cabezadas unos á otros sin entenderse, haciendo los neblies de la mas oscura Noruega puntas á diferentes partes; y dejando á la derecha á Palma, donde se junta Genil con Gua-

dalquivir por el Vicario de las Aguas, villa antigua de los Bocanegras y Portocarreros, de quien fué dueño aquel gran cortesano y valiente caballero don Luis Portocarrero, cuyo corazon excedió muchas varas á su estatura, y luego á la Moncloa, bosque deliciosísimo, y monte de Clovio, valeroso capitan romano, y posesion hoy de otro Portocarrero y Enriquez no menos gran caballero que el pasado, y á la hermosa villa de Fuentes, de quien fué marqués el bizarro y no vencido don Juan Claros de Guzman el Bueno, que despues de muchos servicios á su rey murió en Flándes con lástima de todos y envidia de mas, hijo de la gran casa de Medina Sidonia, donde todos sus Guzmanes son Buenos por apellido, por sangre y por sus personas esclarecidas, sin tocar el pelo de la ropa á Marchena, habitacion noble de los duques de Arcos, marqueses que fueron de Cádiz, de quien hoy es meritísimo señor el excelentísimo duque don Rodrigo Ponce de Leon, en quien se cifran todas las proezas y grandezas heroicas de sus antepasados, columbrando desde mas léjos á Villanueva del Rio, de los marqueses de Villanueva, Enriquez y Riberas, y hoy de Antonio Alvarez de Toledo y Beamonte, marqués suyo y duque de Huesca, heredero ilustre del gran duque de Alba, condestable de Navarra.

Llegaron de un vuelo los dos pajarotes de camarada, no siendo esta la mayor pareja que habian corrido, al pié de la cuesta de Carmona, en su dilatada, fértil y celebrada vega, donde les anocheció, diciéndole don Cleofas al amigo: Camarada, descansenos un poco, que ya es mucho pajarear este, y nos metemos á lechuzas silvestres, que la serenidad de la noche y el verano brindan á pasarla en el campo. Soy de ese parecer, dijo el Cojuelo, tendamos la raspa en este pradillo junto á este arroyo, espejo donde se están tocando las estrellas porque aguardan á la madrugada visita del sol, gran turco de todas esas señoras. Y don Cleofas, poniendo el ferruero por cabecera y la espada sobre el estómago, acomodó el individuo, y estando boca arriba paseando con los ojos la bóveda celestial, cuya fábrica portentosa al mas ciego gentil obliga á rastrear que la mano de su artífice es de Dios, y de gran Dios, le dijo al camarada: ¿No me dirás, pues has vivido en aquellos barrios, si esas estrellas son tan grandes como esos astrólogos dicen cuando hablan de su magnitud, y en qué cielo están y cuántos cielos hay, para que no nos den papilla cada día con tantas y tan diversas opiniones, haciéndonos bobos á los demás con líneas y coluros imaginados; y si es verdad que los planetas tienen epiciclos, y el movimiento de cada cielo, desde el primer movil al remiso y al trepidante, y dónde están los signos de estos luceros escribanos, porque yo desengañe al mundo y no nos vendan imaginaciones por verdades? El Cojuelo le respondió: Don Cleofas, nuestra caída fué tan apriesa, que no nos dejó reparar en nada; y á fe que si Lucifer no se hubiera traído tras de sí la tercera parte de las estrellas, como repiten tantas veces en los autos del Corpus, aun hubiera mas en que hacerlos mas garatulas la astrología. Esto todo sea con per-

don del antojo del Galileo y del gran don Juan de Espina, cuya célebre casa y peregrina silla son ideas de el raro ingenio, que yo hablo de antojos abajo como de tejas, y salvo la obrica de estos señores antojadizos que han descubierto al sol un lunar en el lado izquierdo, y en la luna han lineado montes y valles, y han visto á Vénus Cornuta. Lo que yo sé decir que el poco tiempo que estuve por allá arriba nunca oí nombrar la Bociña, el Carro, la Espica virginis, la Ursa mayor ni la Ursa menor, las Pleyadas ni las Eliades, nombres que los de la astrología les han dado; y esa que llamaron Via Lactea, y ahora los vulgares Camino de Santiago, por donde anda tanto el cojo como el sano, que si esto fuera así, yo tambien por lo cojo habia de andar por aquel camino, siendo hijo de vecino de aquella provincia. Ya en estas razones últimas se habia agradecido al sueño el tal don Cleofas, dejando al compañero de posta como grulla de la otra vida, cuando un estruendo los clarines y cabalgaduras le despertó sobresaltado, recordando que se le llevaba á otra parte mas desacomodada el que le habia agasajado hasta allí; pero el Cojuelo le sosegó diciendo: No te alborotes, don Cleofas, que estando conmigo no tienes que temer. Pues ¿qué ruido tan grande es este? le replicó el estudiante. Yo te lo diré, dijo el Cojuelo, si acabas de despertar y me escuchas con atencion.

TRANCO VII.

El estudiante se incorporó entonces, supliendo con vosteos y esperezos lo que le faltaba por dormir, y prosiguió el Diablillo diciendo: Todo este estruendo trae consigo la casa de la Fortuna, que pasa al Asia Mayor á asistir á una batalla campal entre el Mogor y el Sofi, para dar la victoria á quien menos la mereciera. Escucha y mira que esta que pasa en su recámara, y en lugar de acémilas van mercaderes y hombres de negocios que dicen, cargados de cajas de moneda de oro y plata, con reposteros bordados encima, con las armas de la Fortuna, que son los cuatro vientos, y un harpon en una torre moviéndose á todos cuatro; sogas y garrotes del mismo metal que llevan; con ir tanto peso van descansados á su parecer. Esta tropa innumerable que pasa ahora mal concertada es de oficiales de boca, cocineros, mozos de cocina, botilleros, reposteros, dispenseros, panaderos, veedores y la demas canalla que toca á la bucólica. Estos que vienen ahora á pié con fieltros blancos, terciados por los hombres, son lacayos de la Fortuna, que son los mayores ingenios que ha tenido el mundo, entre los cuales va Homero, Pindaro, Anacreonte, Virgilio, Ovidio, Horacio, Silio Itálico, Lucano, Claudiano, Estacio, Papirio, Juvenal, Marcial, Catuló, Propercio, Petrarca, Sanázaro, el Taso, el Bembo, el Dante, el Guarino, el Ariosto, el caballero Marino, Juan de Mena, Castillejo, Gregorio Hernandez, Garcia Sanchez, Camoes y otros muchos que han sido en diferentes provincias príncipes de la poesia. Por cierto que han medrado poco, dijo el estudiante, pues no han pasado de lacayos de la

Fortuna. No hay en su casa, dijo el Cojuelo, quien tenga lo que merece.

¿Qué escuadrón es este tan lucido con joyas de diamantes y cadenas y vestidos lloviendo oro y perlas, prosiguió el estudiante, que llevan tantos pajes en cuerpo, que los alumbran con tantas hachas blancas, y van sobre filósofos antiguos que los sirven de caballos, de tan malos talles, que los mas son corcovados, cojos, mancos, calvos, narigones, tuertos, zurdos y balbucientes? Estos son, dijo el Cojuelo, potentados, príncipes y grandes señores del mundo que van acompañando á la Fortuna, de quien han recibido los estados y las riquezas que tienen, y con ser tan poderosos y ricos, son los mas necios y miserables de la tierra. Buen gusto ha tenido la Fortuna por cierto, dijo don Cleofas; bien se le parece que tiene nombre de mujer, que escoge lo peor. Primero lo debieron á la naturaleza, respondió el Cojuelo, y prosiguió diciendo: Aquel gigante que viene sobre un dromedario con un ojo, y ese ziego solamente en la mitad de la frente, con un árbol en las manos de suma magnitud, lleno de bastones, mitras, laureles, hábitos, capelos, coronas y tiaras, es Polifemo, que despues que le cegó Ulises, le ha dado la Fortuna á cargo aquella escarpia de dignidades, para que las reparta á ciegos, y va siempre junto al carro triunfal de la Fortuna, que es aquel que le tiran cincuenta emperadores griegos y romanos, y ella viene cercada de faroles de cristal, con cirios pascuales encendidos dentro de ellos, sobre una rueda llena de arcaduces de plata, que siempre está llenándolos y vaciándolos de viento; esotro pié en el elemento mismo, que está lleno de camaleones que le van dando memoriales y ella rompiéndolos. Ahora vienen siguiéndola sus damas en elefantes, con sillones de oro sembrados de balajes, rubies y crisólitos. La primera es la Necesidad, camarera mayor suya, y aunque sea muy favorecida. La Mudanza es esotra, que va dando cédulas de casamiento, y no cumpliendo ninguna. Esotra es la Lisonja, vestida á la francesa de tornasoles de aguas, y lleva en la cabeza un iris de colores por tocado, y en cada mano cien lenguas. Aquella que la sucede vestida de negro, sin oro ni joya, de linda cara y talle, que viene llorosa, es la Hermosura, una dama muy noble y muy olvidada de los favores de su ama. La Envidia la sigue y la persigue, con un vestido pajizo bordado de basiliscos y corazones. Siempre esa dama, dijo don Cleofas, como grosura, que es halcon de las alcandoras de palacio. Esotra que viene, prosiguió el Cojuelo, que parece que va preñada, es la Ambicion, que está hidrópica de deseos y de imaginaciones. Esotra es la Avaricia, que está opilada de oro, y no quiere tomar el acero porque es mas bajo metal. Aquellas que vienen con tocás largas y anteojos sobre minotauros son la Usura, la Simonia, la Mohatra, la Chisme, la Baraja, la Soberbia, la Invencion, la Hazañería, dueñas de la Fortuna. Los que vienen galanteando á estas señoras todas y alumbrándolas con antorchas de colores diferentes son ladrones, fulleros, astrólogos, espías, hi-

pócritas, monederos falsos, casamenteros, noveleros, corredores, glotones y borrachos. Aquel que viene sobre el asno de oro de Lucio Apuleyo es Crespo, mayor-domo mayor de la Fortuna, y á su mano izquierda Astolfo, su caballero mayor. Aquellos que van sobre cubas con ruedas y belicómenes en las manos, dando carcajadas de risa, son sus gentiles hombres de la copa, que han sido taberneros de corte primero. Aquella escuadra de salvajes que vienen en jumentos de albarda son contadores, tesoreros, escribanos de raciones, administradores, historiadores, letrados, correspondientes, agentes de la Fortuna, y llevan manos de almireces por plumas, y por papel pieles avahadas.

Tras de estos viene una silla de manos bordada de trofeos para la visitas de la Fortuna: los silleros son Pitágoras, Diógenes, Aristóteles, Platon y otros filósofos, con camisolas y calzones de tela de nácar, herados los rostros con eses y clavos. Aquellos que vienen ahora de tres en tres, sobre tumbas enlutadas á la jineíta y la brida, son médicos de la cámara y de la familia, boticarios y barberos de la Fortuna. Ahora cierra todo este escuadrón y acompañamiento aquella prodigiosísima torre andante, que es la de Babilonia, llena de gigantes, de enanos, de bailarines y representantes, de instrumentos músicos y marciales, de voces, de algazaras, que se ven y oyen por infinitas ventanas que tiene el edificio coronadas de luminarias, y flechando girándulas y cohetes voladores; y en un balcon muy grande de la fachada va la Esperanza, una jayana vestida de verde muy larga de estatura, y muchos pretendientes por abajo á pié, soldados, capitanes, abogados, artífices y profesores de diferentes ciencias, mal vestidos, hambrientos y desesperados, dándola voces, y con la confusion no se entienden los unos á los otros, ni los otros á los unos. Y por otro balcon del lado derecho va la Prosperidad coronada de espigas de oro y vestida de brocado de tres altos, bordado de las cuatro estaciones del año, sembrando talegos sobre muchos mentecatos ricos, que van en literas roncando, que no los han menester y piensan que los sueñan. Ahora sigue á todo este aparato una infinita tropa de carros largos llenos de comida y vestidos de mujeres y de hombres, que es la guardaropa de la Fortuna; y con ir tantos como la siguen desnudos y hambrientos, no les dan un bocado que coman ni un trapo con que se cubran; y aunque los repartiera con ellos no les viniera bien, que están hechos solamente á medida de los dichosos. Seguía este carruaje un escuadrón volante de locos á pié y á caballo, y en coches, con diferentes formas, que habian perdido el juicio de varios sucesos de la Fortuna por mar y por tierra, unos riéndose, otros llorando, otros cantando, otros callando y todos renegando de ella; y no tomaba de otros parecer, diligencia para no acertar nada, desapareciendo toda esta máquina confusa una polvareda espantosa, en cuyo temeroso piélagos se anegó toda esta confusion, llegando el día, que fué mucho no se perdiera el sol con la grande polvareda, como don Beltran de los planetas.

Subiéronse los dos camaradas la cuesta arriba á la recién bautizada ciudad de Carmona, atalaya del Andalucía, de cielo tan sereno, que nunca le tuvo, y adonde no han conocido el catarro sino es para servirle; y tomando refresco de unos conejos y unos pollos en un meson que se dice de los Caballeros, pasaron á Sevilla, cuya Giralda y torre tan celebrada se descubre desde la venta de Peromingo el Alto, tan hijo de vecino de los aires, que parece que se descalabra en las estrellas. Admiró mucho á don Cleofas el sitio de su dilatada poblacion, y de la que hacen tantos diversos bajajes en el Guadalquivir, valla de cristal de Sevilla y de Triana, distinguiéndose de mas cerca la hermosura de sus edificios, que parece que han muerto vírgenes y mártires, porque todos están con palmas en las manos, que son las que se descuellan de sus peregrinos pensiles entre tantos cidros, naranjos, limones, laureles y cipreses; llegando en breve espacio á Torreblanca, una legua larga de esta insigne ciudad, desde donde comienza su calzada y los caños de Carmona, hermosísima puente de arcos, por donde entra el rio Guadaira de Sevilla, cuya hidrópica sed le bebe todo, sin dejar apenas una gota para tributar al mar, que es solamente el rio en todo el mundo que está privilegiado de este pecho; haciendo mayor la belleza de esta entrada infinitas granjas por una parte y por otra, que en cada una se cifra un jardin terrenal, granizando azabares, mosquetas y jazmines reales. Y al mismo tiempo que ellos iban llegando á la puerta de Carmona atisbó el Cojuelo entrar por ella á caballo con vara alta, y los dos corchetes que sacó del infierno, á Cienllamas; y volviéndose á don Cleofas, le dijo: Aquel que entra por la puerta de Carmona es comisario de mis amos, que viene contra mí á Sevilla, menester es guardarnos. No se me da dos blancas, dijo don Cleofas, que yo estoy matriculado en Alcalá, y no tiene ningun tribunal jurisdiccion en mi persona; y fuera de eso, dicen que es Sevilla lugar tan confuso, que no nos hallarán, si queremos, todos cuantos hurones tienen Lucifer y Bercebú.

Entrándose en la ciudad los dos á buen paso, y guiando el Cojuelo, la barba sobre el hombro, fueron hilvanando calles, y llegando á una plazuela reparó don Cleofas en un edificio suntuoso de unas casas que tienen una portada ostentosa de alabastro y unos corredores dilatados de la misma piedra. Preguntóle don Cleofas al Cojuelo qué templo era aquel; y él le respondió que no era templo, aun cuando tenia tantas cruces de Jerusalem del mismo relieve de mármol, sino las casas de los duques de Alcalá, marqueses de Tarifa, condes de los Morales y adelantados mayores de Andalucía, cuya grandeza ha heredado hoy el gran duque de Medinaceli por falta de hijos herederos, que aunque fuera mayor no le hiciera mas, que por Fox y Cerda es lo mas que puede ser. Ya conozco ese príncipe, dijo don Cleofas, y le he visto en la corte, y es tan generoso y entendido como gran señor. Con esta plática llegaron á la cabeza del rey don Pedro, cuya calle se llama del Candilejo, y atravesando por Cal de Abades,

la Boriguenería y plazuela del Atambor, llegaron á las calles del Agua, donde tomaron posada, que son las mas recatadas de Sevilla.

En este tiempo á nuestro astrólogo ó mágico se lo habia llevado de una apoplejía el demoñuelo Zurdo, que sustituía el Cojuelo, y bajó á pedir justicia á Lucifer en el hueso del alma, con las mondaduras del cuerpo, del quebrantamiento de su redoma; y doña Tomasa, no olvidando los desaires de don Cleofas, trataba con otra requisitoria de venir á Sevilla, con un galan nuevo que tenía, soldado de los galeones, para tomar venganza, casándose con el licenciado Vireno de Madrid la Olimpa de mala mano, sabiendo que se habia escapado allá. Don Cleofas y su camarada no salian de su posada por desmentir las espías de Cieallamas y de Chispa y Redina; y subiéndose á un terrado una tarde, de los que tienen todas las casas de Sevilla, á tomar el fresco, y á ver desde lo alto mas particularmente los edificios de aquella populosa ciudad, estómago de España y del mundo, que reparte á todas las provincias de ella la sustancia de lo que traga á las Indias en plata y oro, que es avestruz de la Europa, pues digiere mas generosos metales, espantándose don Cleofas de aquel numeroso ejército de edificios, tan epilógado que si se derramara no cupiera en toda la Andalucía, le dijo á su compañero: Enséñame desde aquí algunas particulares, si se descubre á la vista. El Cojuelo le dijo: Ya por aquella torre que descubrimos desde tan léjos discurrirás que esa bellísima fábrica que está arrimada á ella es la iglesia mayor, y mayor templo de cuantos fabricó la antigüedad ni el siglo de ahora reconoce. No quiero decirte por menudo sus grandezas; basta afirmarte que su cirio pascual pesa ochenta y cuatro arrobas de cera, y el candelero de tinieblas, de grandeza notable, es de bronce, y de tanta ostentacion y artificio, que si fuera de oro no hubiera costado tanto. Su custodia es otra torre de plata, de la misma fábrica y modelo; su trascoro no perdonó piedra exquisita y preciosa á los minerales; su monumento es un templo portátil de Salomon. Pero salgámonos de ella, que aun con las relaciones ni los pensamientos no podemos los demonios pasearla, y vuelve los ojos á aquel edificio que se llama la Lonja, cortada del pernil de San Lorenzo el Real, diseño de don Felipe II, y á mano derecha de ella está el Alcázar, posada real y antigua de los reyes de Castilla, fértil albergue de la primavera, de quien es ilustrísimo alcaide el conde duque de Sanlúcar la Mayor, gran atlante del Hércules de España, cuya prudentísima cabeza es el reloj del gobierno de su monarquía, que á no estar labrado el Buen Retiro, fábrica de inimitable ejemplar, por el edificio, los jardines y estanques, tuviera este paraiso sevillano la primacía de todas las casas reales del mundo, poniendo en primer lugar el real salon que la majestad del rey don Felipe IV el Grande ha copiado su divina idea, donde todas las admiraciones vienen cortas, y las mayores grandezas enjauladas.

Mas adelante está la casa de la Contratacion, que

tantas veces se ve enladrillada de barras de oro y de plata. Luego está la casa del bizarro conde de Cantanilla, gran cortesano, galán y palaciego, airoso caballero de la plaza, crédito de sus aplausos y alegría de sus reyes, que esto confiesan los toros de Tarifa y de Jarama cuando cumplen con sus rejonos como con la parroquia. Luego está junto á la puerta de Jerez la gran casa de Moneda, donde siempre hay montones de oro y de plata como de trigo, y junto á ella el aduana, tarasca de todas las mercaderías y del mundo, con dos bocas, una á la ciudad y otra al río, donde está la torre del Oro y el muelle, chupadera de cuanto traen amontonado los galeones en los tuétanos de sus camarotes. A mano derecha está la puente de Triana, de madera, sobre trece barcos.

Mas abajo pues en el márgen del celebrado río, las Cuevas, monasterio insigne de la cartuja de San Bruno, que con profesar el silencio mudo vive á la lengua del agua. A esta otra parte sobre la orilla de Guadalquivir está Gelves, donde todos los romances antiguos de moros iban á jugar cañas, y hoy es de sus ilustres condes y del gran duque de Veragua, hijo y retrato de tan gran padre, que es para no tener á mundos miedo, Portugal y Colon, Castro y Toledo. Soláronsete, dijo don Cleofas, los consonantes, camarada. Cuidado fué y no descuido, respondió el Cojuelo, porque me daba mas que prosa el dueño de estas alabanzas. Y prosiguió diciendo: Allí es el Alamillo, donde se pescan los sábalos, albuces y zollos; y mas abajo cae el Algaba de los esclarecidos marqueses de este título, de Ardales, y condes de Teba, Guzmanes en todo. De esotra parte cae el Castellar de los Ramirez y Saavedras, y á la vuelta Villamanrique de los Zúñigas, de la gran casa de Béjar, cuyo último malogrado marqués fué Guzman dos veces Bueno, sobrino del gran patriarca de las Indias, capellan y limosnero mayor del Rey, cuya generosa piedad se taracea con su oficio y con su sangre, y hermano del gran duque de Sidonia, cuyo solio es Sanlúcar de Barrameda, corte suya, que está ese río abajo, siendo Narciso del Océano y generalísimo del Andalucía y de las costas del mar de España; á cuyo baston, y siempre planta vencedora, obedece el agua y la tierra, asegurando á su Rey toda su monarquía en aquel promontorio donde asiste para blason del mundo. Y pues ya llega la noche, y de estas alabanzas no puedo salir menos que callando para encarecerlas, dejemos para mañana lo demás: bajándose del terrado á tratar que se aderezase la cena, y á salir un poco por la ciudad á su insigne alameda, que hizo y adornó con las dos columnas de Hércules el conde de Barajas, asistente de Sevilla, y despues de Castilla dignísimo presidente.

TRANCO VIII.

Ya para ejecutar su designio habia tomado doña Tomasa, que siempre tomaba, por cumplir con su nombre y su condicion, una litera para Sevilla, y una acémila en que llevar algunos baules para su ropa blanca, y algunas galas con las del dicho galán soldado, que

metiéndose los dos en la litera, partieron de Madrid como unos hermanos, con la requisitoria que hemos referido. A nuestro astrólogo no le habian dado sepultura sobre las barajas de un testamento que habia hecho unos dias antes, y descubrieron en un escritorio unos deudos suyos, y estaba la justicia poniendo en razon esta litispendencia. Y el Cojuelo y don Cleofas, que habian dormido hasta las dos de la tarde, por haber andado rondando la noche antes la mayor parte de ella por Sevilla, despues de haber comido algunos pecados regalados de aquella ciudad y del pan que dicen de Gallego, que es el mejor del mundo, y habiendo dormido la siesta, bien que el compañero siempre velaba, haciendo diligencias para lisonjear á su dueño en razon de su delito, se subieron al dicho terrado, como la tarde antes, y enseñándole algunos particulares edificios á su compañero de los que habian quedado sin referir la tarde antes en aquel golfo de pueblos, suspiró dos veces don Cleofas, y preguntóle el Cojuelo: ¿De qué te has acordado, amigo? ¿Qué memorias te han dividido esas dos exhalaciones de fuego del corazón á la boca? Camarada, le respondió el estudiante, acordéme de la calle Mayor de Madrid y de su insigne paseo á estas horas, hasta dar en el Prado. Fácil cosa será verle, dijo el Cojuelo, tan al vivo como está pasando ahora; pide un espejo á la huéspeda, y tendrás el mejor rato que has tenido en tu vida, que aunque yo por la posta en un abrir y cerrar de ojos te pudiera poner en él, porque las que yo conozco comen alas de viento por cebada, no quiero que dejemos á Sevilla hasta ver en qué paran las diligencias de Cienllamas y las de tu dama, que viene caminando acá, y me hallo en este lugar muy bien, porque alcanzan á él las conciencias de las Indias.

A este mismo tiempo subia á su terrado Rufina María, que así se llamaba la huéspeda, dama entre nogal y granadillo, por no llamarla mulata, gran piloto de los rumbos mas secretos de Sevilla y alfaneque de volar una bolsa de breton desde su faltriquera á las garras de tanta doncellita poniente como venian á valerse de ella. Iba en jubon de holanda blanca acuchillado, con unas enaguas blancas de cotonía, zapato de ponle-vi, con escarpin sin media, como es usanza en esta tierra entre la gente tapetada, que á estas horas se subia á su azotea á tocar de la tarántula, con un peine y un espejo que podia ser de armar; y el Cojuelo, viendo la ocasion, se le pidió con mucha cortesía para el dicho efecto, diciendo: Bien puede estar aquí la señora huéspeda, que yo sé que tiene inclinacion á estas cosas. ¡Ay, señor! respondió la Rufina María, si son de nigromancia, me pierdo por eso, que nací en Triana; y sé echar las habas y andar el cedazo mejor que cuantas hay de mi tamaño; y tengo otros primores mejores, que fiaré de vuestas mercedes, si me la hacen, aunque todos los que son entendidos me dicen que son disparates. No dicen mal, dijo el Cojuelo, pero con todo eso, señora Rufina María, de tan gran talento se pueden fiar los que yo quiero enseñar á mi camarada; esté

alenta. Y tomando el espejo en la mano, dijo: Aquí quiero enseñarles á los dos lo que á estas horas pasa en la calle Mayor de Madrid, que esto solo un demonio lo puede hacer y yo. Y adviértase que en las alabanzas de los señores que pasaren, que es mesa redonda, que cada uno de por sí hace cabecera, y que no es pleito de acreedores, que tienen unos antelaciones á otros. ¡Ay, señor! dijo la tal Rufina, comience usted, que será mucho de ver, que yo cuando niña estuve en la corte con una dama, que se fué tras de un caballero del hábito de Calatrava, que vino á hacer aquí unas pruebas, y despues me volvieron mis padres á Sevilla, y quedé con grande inclinacion á esa calle, y me holgaria de volverla á ver, aunque sea en este espejo. Apenas acabó de decir esto la huésped, cuando comenzaron á pasar coches, carrozas, literas, sillas y muchos caballeros á caballo, y tanta diversidad de hermosuras y de galas, que parecia que se habían soldado abril y mayo y desatado las estrellas. Y don Cleofas con tanto ojo por ver si pasaba doña Tomasa, qué todavía la tenia en el corazon, sin haberse templado con tantos desengaños. ¡Oh proclive humanidad nuestra, que con los malos términos se abrasa, y con los agasaños se destempla! Pero la tal doña Tomasa á aquellas horas ya habia pasado de Illescas en su litera de dos yemas.

La Rufina María estaba sin juicio mirando tantas figuras como en aquel retrato del mundo iban representando papeles diferentes, y dijo al Cojuelo: Señor huésped, enséñeme al Rey y á la Reina, que los deseo ver, y no quiero perder esta ocasion. Hija, le respondió el Cojuelo, en estos paseos ordinarios no salen sus majestades, si quiere ver sus retratos al vivo, presto llegaremos adonde cumpla su deseo. Sea en buena hora, dijo la Rufina, y prosiguió diciendo: ¿Quién es este caballero y gran señor que pasa ahora con tanto lucimiento de lacayos y pajes en ese coche que puede ser carroza del sol? El Cojuelo le respondió: Este es el almirante de Castilla don Juan Alonso Enriquez de Cabrera, duque de Medina de Rioseco y conde de Medica, terror de Francia en Fuenterrabía. ¡Ay, señor! dijo la Rufina, aquel nos echó los franceses de España. Dios le guarde muchos años. Él y el gran marqués de los Vélez, respondió el Cojuelo, fueron los Pelayos segundos sin segundo de su patria Castilla. ¿Quién viene en aquella carroza que parece de la Primavera? preguntó la Rufina. Allí viene, dijo el Cojuelo, el conde de Oropesa y Alcaudete, sangre de Toledo, Pimentel y de la real de Portugal, príncipe de grandes partes; y el que va á su mano derecha es el conde de Luna, su primo, Quiñones y Pimentel, señor de la casa de Benavides en Leon, hijo primogénito del conde de Benavente, que es Luna, que tambien resplandece de día. El conde de Lemos y Andrade, marqués de Sarria, pertiguero mayor de Santiago, Castro y Enriquez, del gran duque de Arjóna, viene en aquel coche, tan entendido y generoso como gran señor, y en esotro el conde de Monterey y Fuentes, presidente de Italia, que ha venido de ser virey de Napoles, dejando de su gobierno

tanto aplauso á las dos Sicillas; y sucediéndole en esta dignidad el duque de las Torres, marqués de Heliche y de Toral, señor del Castillo de Aviados, sumiller de corps de su majestad, príncipe de Astillano y duque de Sabioneta, que este título es el mas compatible con su grandeza, á quien acompaña con no menos sangre y divino ingenio de Italia el marqués de Alcañizas, Almansa, Enriquez y Borja. Allí viene el condestable, prudentísimo Velasco, gentilhombre de la cámara de su majestad, consu hermano el marqués del Fresno. El duque de Híjar le sigue, Silva y Mendoza y Sarmiento, marqués de Alenquer y Ribadeo, gran cortesano y hombre de á caballo, grande en entrambas sillas, que por el último título que hemos dicho tiene privilegio de comer con los reyes la pascua de este nombre. Va con él el marqués de los Balbases Epinola, cuyo apellido puso su gran padre sobre las estrellas. Allí va el conde de Altamira, Moscoso, Sandoval, grán señor y caballero en todo, caballerizo mayor de su majestad de la reina. Allí pasa el marqués de Pobar Aragon con don Antonio Aragon, su hermano, del consejo de Ordenes, y del supremo de la Inquisición. Los que atraviesan en aquel coche ahora son el marqués de Jodar y el conde de Peñaranda, del Consejo Real de Castilla, ambos Simancas de la jurispericia, como de la nobleza. ¿Quién son aquellos dos mozos que van juntos, preguntó Rufina, de una misma edad, y al parecer que llevan llaves doradas? El marqués de la Hinojosa, respondió el Cojuelo, conde de Aguilar y señor de los Camareros, Ramirez de Arellano es el uno, y el otro es el marqués de Aitona, favorecedor de música y de la poesia, que heredó hasta la posteridad de su padre, entrambos camaristas.

¿Qué coche es aquel tan lleno que va espumando sangre generosísima en tantos bizarros mozos? preguntó la tal huésped. Es el duque del Infantado, dijo el Cojuelo, cabeza de los Mendozas y Sandoval de Varon, marqués de Santillana y del Cenete, conde de Saldaña y del Real de Manzanares, hijo y retrato de tan gran padre. Los que van con él son el marqués de Almenara, el mas bizarro, galan y bien visto de la corte, hijo del gran marqués de Orani; el almirante de Aragon, perfecto caballero; el marqués de San Roman, caballero de veras, heredero del gran marqués de Velada, rayo de Oran, de Holanda y Zelanda, y su hermano el marqués de Salinas, que iguala el alma con el cuerpo, copias vivas de tan gran padre; y don Íñigo Hurtado de Mendoza, primo del duque del Infantado, grandes caballeros todos y señores que bien pueden alabarse á sí mismos con decir quién son, que todas las lenguas de la fama no bastan. Va con ellos don Francisco de Mendoza, gentilhombre cortesano, favorecido de todos y diestro en entrambas sillas, de la espada blanca y negra. ¿Qué tropa es esta que viene ahora á caballo? preguntó la Rufina. Si pasan á espacio, te lo diré, dijo el Cojuelo; estos dos primeros son el conde de Melgar y el marqués de Peñafiel, que llevan en sus títulos sus aplausos; don Baltasar de Zúñiga, el conde

de Brandevilla, su hermano, hijos del marqués de mirabel, y que lo parecen en todo; el conde de Medellín, Portocarrero de Varon, y el príncipe de Aremburgue, primogénito del duque de Ariscot; el marqués de la Guardia, que tiene título de ángel; el marqués de la Liseda, Silva y Manrique de Lara, y Diego Gomez de Sandoval, comendador mayor de Calatrava, marqués de Villazores, Añover y Humanes; don Baltasar de Guzman y Mendoza, heredero de la gran casa de Orgaz; Arias Gonzalo, primogénito del conde de Puñonrostro, imitando las bizarrías de su padre y afianzando las imitaciones de su muy invencible abuelo. Allí viene el conde de Molina y don Antonio de Mesía de Tobar, su hermano, siendo crédito recíprocamente el uno del otro, y entre ellos don Francisco Luzon, blason de este apellido en Madrid, cuyo magnánimo corazón hallará estrecha posada en un gigante. Va con él don José de Castrejón, deudo suyo, gran caballero, y ambos sobrinos del ilustrísimo presidente de Castilla. En este coche que les sigue viene el duque de Pastrana, cabeza de los Silvas, estudioso príncipe y gran señor, con el marqués de Palacios, mayordomo del Rey, y descendiente único de Men Rodríguez de Sanabria, señor de la Puebla de Sanabria, mayordomo mayor del rey don Pedro; el conde de Garayal, gran señor, y el conde de Galve, su hermano del Duque, molde de buenos caballeros, y en quien se hallará, si se perdiera, la cortesía. Los demás que van acompañándole son hombres insignes de diferentes posesiones, que este es siempre su séquito. Viene hablando en otro coche con el príncipe de Esquilache su tío, y con el duque de Villahermosa don Carlos, su hermano, este del Consejo de Estado de su majestad, y esotro príncipe de los ingenios. Va con ellos el duque mozo de Villahermosa don Fernando, en quien lo entendido y lo bizarro corren parejas, y don Fernando de Borja, comendador mayor de Montesa, de la cámara de su majestad, con veinte y dos cursos de virey, que se puede graduar de Catón Uticense y Censorino. Allí viene el marqués de Santa Cruz, Neptuno español y mayordomo mayor de la Reina, nuestra señora. Aquel es el conde de Alba de Aliste, con el marqués de Tabara y el conde de Puñonrostro; tras ellos el duque de Nochiera, Héctor napolitano y gobernador hoy de Aragón. En ese coche que se sigue viene el conde de Coruña, Mendoza y Hurtado, de las nueve Musas, honra de los consonantes castellanos, en compañía del conde de la puebla de Montalvan, Pacheco y Giron. Allí el marqués de Malagon, Ulloa, Saavedra y el marqués de Malpica, Barroso y Ribera, y el de Fromista, padre del marqués de Caracena, celebrado por Marte castellano en Italia, y el conde de Orgaz, Guzman y Mendoza de Santo Domingo, y San Ildefonso, todos mayordomos del Rey. Aquel que va en aquel coche es el marqués de Floresdávila, Zúñiga y Cueva, tío del gran duque de Alburquerque, que hoy está sirviendo con una pica en Flandes, capitán general de Oran, donde fué asombro del Africa, levantando las banderas de su Rey veinte y cinco leguas dentro de la Barbaria. Allí va el conde

de Castellano, napolitano Adónis. Allí va el conde de Garcies Quesada y andaluz bizarro, el marqués de Belmar, el marqués de Tarazona, conde de Ayala, Toledo y Fonseca; el conde de Santisteban y Cocentaina, y el conde de Cifuentes, divinos ingenios; el conde de la Calzada, y tras él el duque de Peñaranda, Sandoval y Zúñiga; y en esotro coche don Antonio Luna y don Claudio Pimentel, del consejo de Ordenes, Castor y Polux de la amistad y de la generosidad.

¡Ay, señor! aquel que pasa en aquel coche, dijo la Rufina, si no me engaño, es de Sevilla, y se llama Luis Ponce de Sandoval, marqués de Val de Encinas, y como que me crié en su casa. El Cojuelo le respondió: Es muy gran caballero y el mas bienquisto que hay en esta tierra, ni en la corte, que no es pequeño encarecimiento. Y aquel con quien va es el marqués de Ayamonte, estirado título de Castilla, y Zúñiga de Varon, y no menos que él es ese que viene en ese coche, el conde de la Puebla del Maestre, que tiene mas maestres en su sangre que condes, mozo de grandes esperanzas, y lo fuera de mayores posesiones si tuviera de su parte la atención de la fortuna. Allí pasa el conde de Castriello Haro, hermano del gran marqués del Carpio, presidente de Indias, y tras él el marqués de Ladrada y el conde de Baños, padre é hijo, Cerdas, de la gran casa de Medinaceli. Esotro es el marqués de los Trujillos, bizarro caballero, y tras ellos el conde de Fuen-salida con don Jaime Manuel, de la cámara de su majestad, y hermano del duque de Maqueda y Nájera, que hoy gobierna el tridente de ambos mares. Dígame usted, señor licenciado, dijo la Rufina, ¿qué casas suntuosas son estas que están en frente de estas joyerías? Son del conde de Oñate, dijo el Cojuelo, timbre esclarecidísimo de los Ladrones de Guevara, Mercurio mayor de España y conde de Villamediana, hijo de un padre que hace emperadores, y es hoy presidente de Ordenes. Y aquellas gradas que están en frente, prosiguió Rufina, tan llenas de gente, ¿de qué templo son ó qué hacen allí tanta variedad de hombres vestidos de diferentes colores? Aquellas son las gradas de San Felipe, respondió el Cojuelo, convento de San Agustín, que es el mentidero de los soldados, de donde salen las nuevas primero que los sucesos.

¿Qué entierro es este tan suntuoso, preguntó don Cleofas, que pasa por la calle Mayor? que estaba tan aturrido como la mulata. Este es el de nuestro astrólogo, respondió el Cojuelo, que ayunó toda su vida, para que se le coman todos estos en su muerte; y siendo su retiro tan grande cuando vivió, ordenó que le paseasen por la calle Mayor despues de muerto en el testamento que hallaron sus parientes. Bellaco coche, dijo don Cleofas, es un ataúd para ese paseo. Los mas ordinarios son esos, dijo el Cojuelo, y los que ruedan mas en el mundo. Y ahora me parece, prosiguió diciéndole, que estarán mis años menos indignados conmigo, pues la prenda que solicitaban por mí la tienen allá hasta que vaya esotra mitad, que es el cuerpo, á regalarme en aquellos baños de piedra azufre. Con sus tizo-

nes se lo coma, dijo don Cleofas, y la Rufina estaba absorta mirando su calle Mayor, que no les entendió la plática; y volviéndose á ella el Cojuelo, le dijo: Ya vamos llegando, señora huésped, donde cumpla lo que desea, que es la Puerta del Sol y la Plaza de Armas de la mejor fruta que hay en Madrid. Aquella bellissima fuente de lapislázuli y alabastro es la del Buen Suceso, adonde, como en pleito de acreedores, están los aguadores gallegos y coritos gozando de sus antelaciones para hinchir de agua sus cántaros. Aquella es la Victoria, de frailes mínimos de San Francisco de Paula, retrato de aquel humilde y seráfico portento que en el palacio de Dios ocupa el asiento de nuestro soberbio príncipe Lucifer; y mira en frente los retratos que yo la prometí enseñar (sin estar la dicha mulata en la plática que hacía don Cleofas habia dirigido el tal Cojuelo), y diciendo: ¡Qué linda hilera de señores, que parece que están vivos! El Rey nuestro señor es el primero, dijo el Cojuelo. ¡Qué hombre está! dijo la mulata. ¡Qué bizarros bigotes tiene! ¡Y cómo parece rey en la cara y en el arte! ¡Qué hermosa que está junto á él la Reina nuestra señora, y qué bien vestida y tocada! Dios nos la guarde. Aquel niño de oro que se sigue luego, ¿quién es? El Príncipe nuestro señor, dijo don Cleofas, que pienso que lo crió Dios en la turquesa de los ángeles. Dios le bendiga, replicó Rufina, y mi ojo no le haga mal; y viviendo mas que el mundo nunca herede á su padre, y viva su padre mas siglos que tiene almenas en su monarquía. ¡Ay, señor! replicó Rufina, ¿quién es aquel caballero, que al parecer está vestido á lo turquesco, con aquella señora tan linda al lado vestida á la española? No es, dijo el Cojuelo, traje turquesco, que es la usanza húngara, como ha sido rey de Hungría, que es Ferdinando de Austria, cesáreo emperador de Alemania y rey de romanos, y la emperatriz su esposa María, serenísima infanta de Castilla, que hasta los demonios, volviéndose á don Cleofas, celebramos sus grandezas. ¿Quién es aquel de tan hermosa cara y tan alentadas gudejas, preguntó la mulata, que está tambien en la cuadrilla vestido de soldado, tan galán, tan bizarro y tan airoso, que se lleva los ojos de todos y tiene tanto auditorio mirándole? Aquel es el serenísimo infante don Fernando, respondió el Cojuelo, que está por su hermano gobernando los estados de Flándes, y es arzobispo de Toledo y cardenal de España, y ha dado al infierno las mayores entradas de franceses y holandeses que ha tenido jamás, después que se representa en él la eternidad de Dios, aunque entren las de Jerjes y Darío, y pienso que ha de hacer dar grada á mujeres de las luteranas, calvinistas y protestantes que siguen la secta de sus maridos, tanto, que los mas de los días vuelve el dinero el purgatorio. Gana me da, si pudiera, dijo la mulata, de darle mil besos. En país está, dijo don Cleofas, que tendrá el original bastante mercadería de eso, que esta ceremonia dejó Judas sembrada en aquellos países. ¡Oh cómo me pesa, dijo la Rufina, que va anocheciendo y encubriéndose el concurso de la calle Mayor! Ya todo ha bajado al Prado,

dijo el Cojuelo, y no hay nada que ver en ella; tome usted su espejo, que otro día le enseñaremos el río de Manzanares, que se llama río por que se rie de los que van á bañarse en él, no teniendo agua, que solamente tiene regalada arena, y pasa el verano de noche como río navarrisco, siendo el mas merendado y cenado de cuantos ríos hay en el mundo. El de mas caudal es él, dijo don Cleofas, pues lleva mas hombres, mujeres y coches que pescados los dos mares. Ya me espantaba yo, dijo el Cojuelo, que no volvais por tu río; respóndele eso al vizcaíno que dijo: O vende puente, ó compra río. No ha menester mayor río Madrid, dijo don Cleofas, pues hay muchos en él que se ahogan en poca agua, y en menos se ahogara aquel regidor que entró en el ayuntamiento de las ranas del molino quemado. ¡Qué galante eres, dijo el Cojuelo, don Cleofas, hasta con tus regidores! Bajándose con esto de la azotea, y la Rufina protestando al Cojuelo que le habia de cumplir la palabra el día siguiente. Todo lo cual y lo demás que sucediere se deja para estotro tranco.

TRANCO IX.

Y saliéndose al ejercicio de la noche pasada, aunque las calles de Sevilla en la mayor parte son hijas del laberinto de Creta, como el Cojuelo era el Teseo de todas, sin el ovillo de Ariadna, llegaron al barrio del Duque, que es una plaza mas ancha que las demás, ilustrada de las ostentosas casas de los duques de Sidonia, como lo muestra sobre sus armas, y coronel un niño con una daga en la mano, segundo Isaac en el hecho, como esotro en la obediencia, en el dicho, que murió sacrificado á la lealtad de su padre don Alonso Perez de Guzman el Bueno, alcaide de Tarifa; aposento siempre de los asistentes de Sevilla, y hoy del que con tanta aprobacion lo es el conde de Salvatierra, gentilhomme de la cámara del señor infante don Fernando y segundo Licurgo de gobierno. Y al entrar por la calle de las Armas, que se sigue, luego á siniestra mano, en un gran cuarto bajo, cuyas rejas rasgadas descubrian algunas luces, vieron mucha gente de buena capa, sentados con grande orden, y uno en una silla con un bufete delante, una campanilla, recado de escribir y papeles y dos acólitos á los lados y algunas mujeres con mantos, de medio ojo, sentadas en el suelo, que era un espacio que hacian los asientos; y el Cojuelo le dijo á don Cleofas: Esta es una academia de los mayores ingenios de Sevilla, que se juntan en esta casa á conferir cosas de la profesion y hacer versos á diferentes asuntos; si quieres, pues eres hombre inclinado á esta habilidad, éntrate á entretener dentro, que por huéspedes y forasteros no podemos dejar de ser muy bien recibidos. Don Cleofas le respondió: En ninguna parte nos podemos entretener tanto, entremos ahora buena. Y trayendo en el aire, para entrar mas de rebuzo, el Cojuelo dos pares de anteojos, con sus cuerdas de guitarra para las orejas, que se los quitó á dos descortes, que con este achaque palian su descortesía, que estaban durmiendo, por ejercerla de noche y do

dia, entraron muy severos en la dicha academia, que patrocinaba, con el agasajo que suele, el conde de Torre Ribera y Saavedra y Guzman, cabeza y varon de los Riberas. El presidente era Antonio Ortiz Melgarejo, de la insignia de San Juan, ingenio eminente en la música y en la poesía, cuya casa fué siempre el museo de la poesía y de la música. Era secretario Alvaro Cubillo, ingenio granadino, que habia venido á Sevilla á algunos negocios de su importancia, excelente cómico y grande versificador, con aquel fuego andaluz que todos los que nacen en aquel clima tienen, y Blas de las Casas era fiscal, espíritu divino en lo divino y humano. Eran entre los demás académicos conocidos don Cristóbal de Rosas y don Diego de Rosas, ingenios peregrinos que han honrado el poema dramático, y don García Coronel y Salcedo, Fénix de las letras humanas y primer Píndaro andaluz.

Levantáronse todos cuando entraron los forasteros, haciéndolos acomodar en los mejores lugares que se hallaron. Y sosegada la academia al repique de la campanilla del presidente, habiendo referido algunos versos de los sujetos que habian dado en la pasada y que daban fin en los que entonces habia leído, con una sílva al Fénix, que leyó doña Ana Caro, décima musa sevillana, los pillió el presidente á los dos forasteros que por honrar aquella academia repitiesen algunos versos suyos, que era imposible dejar de hacerlos muy buenos los que habian entrado á oír los pasados; y don Cleofas sin hacerse mas de rogar, por parecer castellano entendido y cortesano de nacimiento, dijo: Yo obedezco con este soneto que escribí á la gran máscara del Rey nuestro señor, que se celebró en el Prado alto, junto al Buen Retiro, tan grande anfiteatro, que borró la memoria de los antiguos griegos y romanos. Callaron todos, y dijo en alta voz, con accion bizarra y airoso ademán, de esta suerte:

SONETO.

Aquel que mas allá de hombre vestido,
De sus propios augustos esplendores,
Al sol por virrey tiene, y en mayores
Climas su nombre estrecha esclarecido;
Aquel que sobre un céfiro nacido,
Entre los ciudadanos, moradores
Del Betis, á quien mas que pació flores
Plumas para ser pájaro ha bebido;
Aquel que á luz y á tornos desafia,
En la mayor palestra que vió el suelo,
Cuanta le ve estrellada monarquía,
Es, á pesar del bárbaro desvelo,
Felipe el Grande, que árbitro del día,
Está partiendo imperios con el cielo.

Aplaudiéndolo toda la academia con vítores y un dilatado estruendo festivo, y apercibiéndose el Cojuelo para otro, destosándose, como es costumbre, dijo de este modo á un sastre, tan caballero que no queria cortar los vestidos de sus amigos, remitiéndolos á su naese barrilete:

SONETO.

Pándilo, ya que los eternos dioses,
Por el secreto fin de su juicio,
No te han hecho tribuno ni patricio,
Con que á la dignidad del César oses;
Razon será que el ánimo reposes,
Haciendo en tí oblation y sacrificio,
Que dicen que no acudes á tu oficio,
Estos que corran lo que tú no coses.
Los ojos vuelve á tu primer estado,
Las togas cose, y de vestir las deja,
Qué un plebeyo no aspira al consulado.
Esto, Pándilo, Roma te aconseja,
No digan que de plumas que has hurtado
Te has querido vestir como coraja.

El soneto fué aplaudido de toda la academia, diciendo los mas noticiosos de ella que parecia epigrama de Marcial, ó en su tiempo compuesto de algun poeta que le quiso imitar; y otros dijeron que adolecia del doctor de Villahermosa, divino Juvenal aragonés; pidiendo el conde de la Torre á don Cleofas y al Cojuelo que honrasen aquella junta lo que estuviesen en Sevilla y que dicesen los nombres supuestos con que habian de asistirle, como se usó en la Corusca y en las academias de Capua, de Nápoles, de Roma y de Florencia en Italia y como se acostumbraba en aquella. Don Cleofas dijo que se llamaba el Engañado y el Cojuelo el Engañador, sin entenderse el fundamento que tenían los dos nombres, y repartiendo los asuntos para la academia venidera, nombraron por presidente de ella al Engañado, y por fiscal al Engañador, porque el oficio de secretario no se mudaba, haciéndoles esta lisonja por forasteros y porque les pareció á todos que eran ingenios singulares. Y sacando una guitarra una dama de las tapadas, templada sin sentirlo, con otras dos, cantaron á tres voces un romance excelentísimo de don Antonio de Mendoza, soberano ingenio montañés y dueño eminentísimo del estilo lírico, á cuya divina música vendrán estrechos todos los agasajos de su fortuna. Con que se acabó la academia de aquella noche, dividiéndose los unos de los otros para sus posadas, aunque todavía era temprano, porque no habian dado las nueve, y don Cleofas y el Cojuelo se bajaron hacia la alameda, con pretexto de tomar el fresco en el Almenilla, baluarte bellísimo que resiste á Guadalquivir, para que no anegue aquel gran pueblo en las continuas y soberbias avenidas suyas. Y llegando á vista de San Clemente el Real, que estaba en el camino á mano izquierda, convento ilustrísimo de monjas, que son señoras de todo aquel barrio y de vasallos fuera de él, patronazgo magnífico de los reyes, fundado por el santo rey Fernando, porque el día de su advocacion ganó aquella ciudad de los moros, le dijo el Cojuelo á don Cleofas: Este real edificio es jaula sagrada de un serafín ó Serafina, que fué primero dulcísimo ruiseñor del Tajo, cuya divina y extranjera voz no cabe en los oídos humanos, y sube en simétrica armonía á solicitar la capilla empírica, prodigio nunca visto en el diapason ni en la naturaleza; pero no por eso privilegiada de la envidia.

A estos hipórbolos iba dando carrete, verdades pocas veces ejecutadas de su lengua, cuando al revolver otra calle, pocas veces paseada á tales horas de nadie, oyeron grandes carcajadas de risa y aplausos de regocijo en una casa baja, edificio humilde, que se indicaba de jardín, por unas pequeñas verjas de una reja algo alta del suelo, que malparia algunos relámpagos de luces, escasamente conocidos de los que pasaban. Y preguntó al Cojuelo don Cleofas qué casa era aquella donde habia tanto regocijo á aquellas horas. El Diablillo le respondió: Este se llama el garito de los pobres, que aquí se juntan ellos y ellas, despues de haber perdido todo el día, á entretenerse y á jugar y á nombrar los puestos donde han de mendigar esotro día, porque no se encuentren unas limosnas con otras; entrémonos dentro y nos entretendrémos un rato, que sin ser vistos ni oídos, haciéndonos invisibles con mi buena maña, hemos de registrar este conclave de San Lázaro. Y con estas palabras, tomando á don Cleofas por la mano, se entraron por un balconcillo que á la mano derecha tenia la enemiga habitacion; porque en la puerta tenían puesto portero, porque no entrasen mas de los que ellos quisiesen y los que fuesen señalados de la mano de Dios; y bajando por un caracolillo á una sala baja, algo espaciosa, cuyas ventanas salian á un jardinillo de ortigas y malvas, como de gente que habia nacido en ellas, lo hallaron ocupado, con mucha orden, de los pobres que habian venido, comenzando á jugar al rento y limetas de vino de Alauis y Cazalla, que en aquel lugar nunca lo hay razonable; y algunos mirones sentados tambien y en pié. La mesa sobre que se jugaba era de pino, con tres piés y otro supuesto, que podia pedir limosna con ellos, un candelero de barro, con una antorcha de brea, y los naipes con dos dedos de moho hacia ceniza de puro manejaos de aquellos príncipes; y el barato que se sacaba se iba poniendo sobre el candelero. A estotra parte estaba el estrado de las señoras, sobre una estera de esparto, de retorno del invierno pasado, tan remendados todos y todas, que parece que les habian cortado de vestir de jaspes de los mulidares. Y entrando don Cleofas y su compañero y diciendo una pobra, fué todo uno: Ya viene el Diablo Cojuelo. Alteróse pues don Cleofas, y dijo á su camarada: Juro á Dios que nos han conocido. No te sobresaltes, respondió el Diablillo, que no nos han conocido ni nos puede ver, como te previne, que el que ha dicho la póbra que viene es aquel que entra ahora, que trae una pierna de palo y una muleta en la mano, y se viene quitando la montera, y entre ellas le llaman el Diablo Cojuelo por mal nombre, que es un trapaza, embustero y ladrón, y estoy harto cansado con él y con esotros porque le nombran así; que es una sátira que me han hecho con esto, y que yo he sentido mucho; pero esta noche pienso que me lo ha de pagar, aunque sea con la mano del gato, como dicen. Muy grande atrevimiento, dijo don Cleofas, ha sido quererlas apostar contigo, sien lo tú el demonio mas travieso del infierno, y no te la hará na'ie que no te la pague. Estos

pobres, dijo el Cojuelo, como son de Sevilla, campan tambien de valientes, y reñirán con los diablos; pero no se alabará, si yo puedo, este de haber salido horro de esta chanza, que en el mundo se me han atrevido solamente tres linajes de gentes: representantes, ciegos y pobres, que los demás embusteros y gente de este género pasan por demonios como yo.

En esto se habia acomodado ó sentádose en el suelo el Pié de palo, Diablo Cojuelo, segundo de este nombre, diciendo muchas galanterías á las damas. Y entró el Morciélago, llamado así porque pedia de noche á gritos por las calles, con Sopa en vino, que le habia encontrado agazapado en una taberna, y sacado por el rastro de los mosquitos que de él salian, como de la cuba de Sahagun. Convidólos con su asiento el Chicharrón y el Gallo: el uno que cantaba pidiendo por las fiestas en verano y despertando los lirones; el otro mendigaba por las madrugadas, y tomando el suelo por mejor asiento, porque cualquiera cosa mas alta los desvanecia. Y estando en esto, entró un pobre en un carreton á quien llamaban el Duque, y todos se levantaron, ellos y ellas, á hacerle cortesía; y él, quitándose un sombrerillo que habia sido de un carril de un pozo, dijo: Por mi amor que se estén quedos y quedas, ó me volveré á ir. Temieron el desfavor; y acercándose el muchacho que le traia el carreton á la mesa donde se jugaba, pidió cartas. Faraon, que era uno de los del juego, llamado de esta suerte porque pedia con plagas á las puertas de las iglesias, y el Sargento, nombrado así porque tenia un brazo menos, le dijeron que los dejase jugar su excelencia, que estaban picados, que despues harian lo que les mandaba; viniéndose el Duque con el marqués de los Chapines, que era un pobre que andaba arrastrando, y de la cintura arriba muy galán, y estaba entreteniendo las damas, diciendo: Con vosía me vengo, que está mas bien parado; y á ninguno de los dos les habian las damas menester para nada. La Postillona, llamada así porque pedia á las veinte limosna, no dejando calle ni barrio que no anduviese cada día, tuvo palabras con la Berlinga, tan larga como el nombre, que habia sido senda de Esgueva á Zapardiel, sobre celes del Duque; y la Paulina, que apellidaban así porque maldecia á quien no le daba limosna, se picó con la Galeona, que llamaban de esta suerte porque andaba artillada de niños que alquilaba para pedir, sobre haber dicho unas malas palabras al Marqués, sin dar causa su señoría á ello, metiéndose la Lagartija y la Mendrugá á revolverlas mas, y el Pié de palo á las vueltas con las Fuerzas de Hércules, que eran dos pobres uno sobre otro, que á no meterse Zampalimosnas, que era el garitero, de por medio, y Pericon el de la Barqueta, y Embudo el Temerario, Tragadardos, Zancayo, Peruétano y Ahorcasopas, hubiera un paloteado, entre los pobres y pobras, de los diablos. El Duque y el Marqués interpusieron sus autoridades, y para quitarlo de todo punto enviaron por un particular, que trajo luego Pié de palo, para pagarlo de bonete, que fueron unos ciegos y una gaita zamorana, que muy cerca de allí se re-

cogían, que fué menester pagárselo adelantado porque se levantasen, y se concertó en treinta cuartos, y dijo el Duque que no se había pagado tan caro particular jamás, por vida de la Duquesa. Y al mismo tiempo que entró Pié de palo con el particular, se entró tras ellos Cienllamas, con la vara en la petrina, y Chispa y Redina con él, preguntando: ¿Quién es aquí el Diablo Cojuelo? Que he tenido soplo que está aquí en este garito de los pobres, y no me ha de salir ninguno de este aposento hasta reconocerlos á todos, porque me importa hacer esta prision. Los pobres y las pobras se escarapelaron viendo la justicia en su garito; y el verdadero Diablo Cojuelo, como quien deja la capa al toro, dejó á Cienllamas cebado con el pobrismo, y por el caracolillo se volvieron á salir del garito él y don Cleofas. Este es, dijo el Duque, señalando á Pié de palo, que nosotros, ni hombres como nosotros, no hemos de defender de la justicia á hombres tan delincuentes, tomando venganza de algunos embustes que les había hecho en las limosnas de la sopa de los conventos; y agarrando con él Chispa y Redina, comenzó á pedir iglesia á grandes voces Pié de palo, que en un bodegon hiciera lo mismo, queriendo darles á entender que era ermita, y no garito, donde estaban, y que todos y todas habían venido á hacer oracion á ella. El tal Cienllamas y Chispa y Redina comenzaron á sacarle arrastrando, diciéndole, entre algunos puñetes y mojicones: No penseis, ladrón, que os habeis de escapar con esos embustes de nuestras manos, que ya os conocemos. Entonces el Conde, metiendo las manos en los chapines, dijo: ¿Por qué hemos de consentir que no contradiga el Duque que lleve preso un alguacil á un pobrete como el Cojuelo? Por vida de la Condesa que no le ha de llevar, y haciéndose los demás pobres y pobras de su parte y apagando las luces, comenzaron con los asientos y con las muletas y bordones á zamarrearle á él y á sus corchetes á oscuras, tocándoles los ciegos la gaita zamorana y los demás instrumentos, á cuyo son no se oían los unos á los otros, acabando la culebra con el día y con desaparecerse los apalcados.

TRANCO X.

En este tiempo llegaban á Gradas don Cleofas y su camarada, tratando de mudarse de aquella posada, porque ya tenía rastro de ellos Cienllamas, cuando vieron entrar por la posta, tras un postillón, dos caballeros soldados vestidos á la moda, y díjole el Cojuelo á don Cleofas: Estos van á tomar posada y apearse á Caldevayona ó á la Pagería, y es tu dama y el soldado que viene en su compañía, que por acabar mas presto la jornada, dejaron la litera y tomaron postas. Juro á Dios, dijo don Cleofas, que lo he de ir á matar antes que se apee y á cortarle las piernas á doña Tomasa. Sin riesgo tuyo se hará todo eso, dijo el Cojuelo, ni sin tanta demostracion pública; gobiérnate por mí ahora, que yo te dejaré satisfecho. Con eso me has templado, dijo don Cleofas, que estaba loco de celos. Ya sé qué enfermedad es esa, pues se compara á todo el infierno junto, dijo el

Diablillo, vámonos á casa de nuestra mulata, almorzarás y conmutarás en sueños la pendencia; y acuérdate que has de ser presidente de la academia, y yo fiscal. Pádiez, dijo don Cleofas, todo se me había olvidado con la pesadumbre; pero es razon que cumplamos nuestras palabras como quien somos. Y habiéndose mudado de la pesada de Rufina otro día á otra de la Molería, mas recatada, pasaron los que faltaron para la academia en estudiar y escribir los sugetos que les habían dado y en hacer don Cleofas una oracion para preludio de ella, como es costumbre y obligacion de las presidencias de tales actos; y llegado el día, se aderezaron lo mejor que pudieron, y al anochecer partieron á la palestra donde les esperaban todos los ingenios con admiraciones de los suyos, y con los mismos antojos de la preñez pasada se fueron sentando en los lugares que les tocaban; y haciendo señal con la campanilla para obligar al silencio, don Cleofas, llamado el Engañado en la academia, hizo una oracion excelentísima en verso de silva, cuyos números ataron los oídos al aplauso, y desataron los asombros á sus alabanzas. Y en pronunciando la última palabra, que es el *Dixi*, volviendo á resonar el pájaro de plata, dijo: Yo quiero parecer presidente en publicar ahora, despues de mi oracion, unas pragmáticas que guarden los divinos ingenios que me han constituido en esta dignidad, leyendo de esta manera un papel que traía doblado en el pecho: «Pragmáticas y ordenanzas que se han de guardar en la ingeniosa academia sevillana desde hoy en adelante.»

Y porque se celebren y publiquen con la solemnidad que es necesaria, sirviendo de atabales los cuatro vientos, y de trompetas el músico de Tracia, tan marido que por su mujer *descendit ad inferos*; y Arion, que, siendo de los piratas con quien navega arrojado al mar por robarle, le dió un delfín en su escamosa espalda, al son de su instrumento, jamugas para que no naufragase, *et cetus, et Amphion Thebanæ conditor urbis*; y pregonera la Fama, que penetra provincias y elementos, y secretario que se las dicte Virgilio Maron, príncipe de los poetas, digan de esta suerte:

Don Apolo, por la gracia de la poesía, rey de las musas, príncipe de la Aurora, conde y señor de los oráculos de Delfos y Delo, duque del Pindo, archiduque de las dos Frentes del Parnaso, y marqués de la fuente Cavalina, etc. A todos los poetas heróicos, épicos, trágicos, cómicos, ditirámicos, dramáticos, autistas, entremeseros, ballinistas y villancieros, y los demás del nuestro dominio, así seglares como eclesiásticos, salud y consonantes. Sepades, como advirtiendo los grandes desórdenes y desperdicios con que han vivido hasta aquí los que manejan nuestros ritmos, y que son tantos los que sin temor de Dios y de sus conciencias componen, escriben y hacen versos, saltando y capeando de noche, y decir los estilos, conceptos y modos de decir de los mayores, no imitándolos con la templanza y petrífrasis que aconseja Aristóteles, Horacio y César Escaligero y los demás censores que nuestra poética advierten, sino remendándose con centones de los otros y

haciendo moliatras de versos, fullenías y trapazas. Y para poner remedio en esto, como es justo, ordenamos y mandamos lo siguiente :

Primeramente, se manda que todos escriban con lenguas castellanas, sin introducirlas de otras lenguas; y que el que dijere fulgor, livar, númen, purpurear, meta, trámite, afectar, pompa, trémula, amago y dilio, ni otras de esta manera, ni introdujere proposiciones desalinadas, quede privado de poeta por dos academias, y á la segunda vez confiscadas sus sílabas y sembrados de sal sus consonantes, como traidores á su lengua materna.

Item, que nadie lea sus versos en idioma de járahe ni con gárgaras de algarabía en el gutur, sino en nuestra castellana pronunciaci3n, pena de no ser oídos de nadie.

Item, por cuanto celebraron el Fénix en la academia pasada en tantos géneros de versos, y en otras muchas ocasiones lo han hecho otros, levantándole testimonios á este ave, y llamándola hija y heredera de sí propia, pájaro del sol, sin haberle tomado una mano ni haberla conocido sino es para servirla, ni haber ningun testigo de vista de su nido, y ser alarbe de los pájaros, pues en ninguna region ha encontrado nadie su aduar. Mandamos que se ponga perpetuo silencio en su memoria, atento que es la alabanza supersticiosa y pájaro de ningun provecho para nadie; pues ni sus plumas sirven en las galas cortesanas ni militares, ni nadie ha escrito con ellas, ni su voz ha dado música á ningun melancólico, ni sus pechugas alimento á ningun enfermo, que es pájaro duende, pues dicen que le hay y no le encuentra nadie, y ave solamente para sí; finalmente, sospechosa de su sangre, pues no tiene abuelo que no haya sido quemado. Estando en el mundo el pájaro celeste, el cisne, el águila, que no era bobo Júpiter, pues la eligió por su embajatriz; la garza, el neblí, la paloma de Vénus, el pelicano, afrenta de los miserables, y finalmente, el capon de leche, con quien los demás son unos pícaros; este sí que debe alabarse, y mátenle un fénix á quien sea su devoto cuando tenga mas necesidad de comer. Dios se lo perdone á Claudiano, que celebró esta necesidad imaginada para que todos los poetas pecasen en olla.

Item, porque á nuestra noticia ha venido que hay un linaje de poetas y poetisas hácia palaciegos, que hacen mas estrecha vida que los monjes del Paular, porque con ocho ó diez vocablos solamente, que son crédito, descrédito, recato, desperdicio, ferri3n, desman, atento, valido, desvalido, baja fortuna, estar falso, explayarse, quieren expresar todos sus conceptos y dejar á Dios solamente que los entienda. Mandamos que se les den otros cincuenta vocablos mas de ayuda de costa del tesoro de la academia para valerse de ellos, con tal que, si no lo hicieren, caigan en pena de menguados y de no ser entendidos, como si hablaran en vascuence.

Item, que en las comedias se quite el desmenurarse los embajadores con los reyes, y que de aquí adelante no le valga la ley del mensajero. Que ningun príncipe

en ellas se finja hortelano por ninguna infanta, y que á las de Leon se les vuelva su honra con chirimías, por los testimonios que las han levantado. Que los lacayos graciosos no se entremetan con las personas reales, sino es en el campo ó en las calles de noche, que para querer dormirse, sin qué ni para qué, no se diga : Sueño me toma, ni otros versos por el consonante, como decir : Ha rey porque es justísima ley, ni ha padre porque á mi honra mas cuadre, ni las demás; á furia me provoco aquí, para entre los dos, y otras vilidades, ni que se disculpen sin disculparse, diciendo : Porque un consonante obliga á lo que el hombre no piensa. Y al poeta que en ellas incurriere de aquí adelante, la primera vez le silben, y la segunda sirva á su majestad con dos comedias en Oran.

Item, que los poetas mas antiguos se repartan por sus turnos á dar limosna de sonetos, canciones, madrigales, silvas, décimas, romances y todos los demás géneros de versos á poetas vergonzosos que piden de noche, y á recoger los que hallaren enfermos, comen-tando, ó perdidos en las soledades de don Luis de Góngora. Que haya una portería en la academia por donde se dé la sopa de versos á los poetas mendigos.

Item, que se instituya una hermandad y peralvillo contra los poetas monteses y jabalíes.

Item, mandamos que las comedias de moros se bauticen dentro de cuarenta días, ó salgan del reino.

Item, que ningun poeta por necesidad ni amor pueda ser pastor de cabras ni de ovejas ni otra res semejante, salvo si fuere tan hijo pródigo que, disipando sus consonantes en cosas ilícitas, quedare sin ninguno sobre qué caer poeta; mandamos que en tal caso, en pena de su pecado, guarde cochinos.

Item, que ningun poeta sea osado á hablar mal de los otros sino es dos veces en la semana.

Item, que al poeta que hiciera poema heróico no se le dé de plazo mas que año y medio, y lo que mas tardare se entienda ser falta de la musa. Qué á los poetas satíricos no se les dé lugar en las academias, y se tengan por poetas bandidos y fuera del gremio de la poesía noble, y que se pregonen las tailas de sus consonantes como de hombres facinerosos á la república. Qué ningun hijo de poeta que no hiciere versos no pueda jurar por vida de su padre, porque parece que no es su hijo.

Item, que el poeta que sirviere á señor alguno muera de hambre por ello. Y al fin, estas pragmáticas y ordenanzas se obedezcan y ejecuten como si fueran leyes establecidas de nuestros príncipes, reyes y emperadores de la poesía. « Mándase pregonar porque venga á noticia de todos. »

Celebradísimo fué el papel del Engañado por peregrino y caprichoso, sacando al mismo tiempo que le acababa otros del pecho del Engañador, llamado así en la academia y en los tres hemisferios, y fiscal de la presente, que decia desta manera :

« Pronóstico y lunario del año que viene al meridiano de Sevilla y Madrid, contra los poetas, músicos y pintores. Compuesto por el Engañador, académico de

la insigne academia del Betis, y dirigido á Perico de los Palotes, protodemonio y poeta de Dios te la depare buena.»

Interrumpiendo estas últimas razones un alguacil de los veinte, guarnecido de corchetes, y tantos que si fueran de plata pudiera competir con la capitana y almiranta de los galeones, cuando vuelven de retorno con las entrañas del Potosí, y los corazones de los que los esperan y los traen. Doña Tomasa y su soldado, como entraron por la posta para entrar á la vista de la ejecucion de su requisitoria, la academia se alteró con la intempestiva visita, y el atrevido alguacil dijo: Vuelas mercedes no se alboroten, que yo vengo á hacer mi oficio y á prender no menos qué al señor presidente, porque es órden de Madrid y la he de hacer de Evangelio. Palotearon los académicos, y don Cleofas se espeluzó tanto cuanto; y el fiscal, que era el Cojuelo, le dijo: No te sobresaltes, don Cleofas, y déjate prender, no nos perdamos en esta ocasion, que yo te sacaré á paz y salvo de todo. Y volviendo á los demás, les dijo lo mismo y que no convenia en aquel lance resistencia ninguna, que si fuera menester, el Engañado y él meterian á todos los alguaciles de Sevilla las cabras en el corral. Hombre hay aquí, dijo un estudianton del Corpus, graduado por la feria y el pendon verde, que si es menester no dejará oreja de ministro á manteazos, siendo yo el menor de todos estos señores. El alguacil trató de su negocio sin meterse en mas dimes ni directes, deseando mas que hubiese dares y tomares. Y doña Tomasa estuvo, empuñada la espada y terciada la capa á punto de pelear, al lado de su soldado, que era sobre alentado muy diestra como habia tanto que jugaba las armas, hasta que vió sacar preso al que le negaba la deuda, libre de polvo y paja. El Cojuelo se fué tras ellos, y la academia se malogró aquella noche y murió de viuelas locas.

El Cojuelo, arrimándose al alguacil, le dijo aparte, metiéndole un bolsillo en la mano de trecientos escudos: Señor mio, usted ablande su cólera con ese diaquilon mayor, que son ciento y cincuenta doblones de á dos, respondiéndole el alguacil al mismo tiempo que los recibió: Ustedes perdonen el haberme equivocado, y el señor licenciado se vaya libre y sin costas mas de las que le hemos hecho, que yo me he puesto á un riesgo muy grande, habiendo errado el golpe. El soldado y la señora doña Tomasa, que tambien habian regalado al alguacil, por mas protestas que le hicieron entonces, no le pudieron poner en razon, y ya á estas horas estaban los dos camaradas tan léjos de ellos que habian llegado al río, y al pasaje, que llaman, por donde pasan de Sevilla á Triana, y vuelven de Triana á Sevilla; y tomando un barco, durmieron aquella noche en la calle del Altozano, calle mayor de aquel ilustre arrabal; y la

Vitigudiño y su galan se fueron muy desairados á lo mismo á su posada, y el alguacil á la suya, haciendo mil discursos con sus trecientos escudos, y el Cojuelo madrugó sin dormir, dejando al compañero en Triana, para espiar en Sevilla lo que pasaba acerca de las causas de los dos, revolviendo de paso dos ó tres pendenencias en el arenal.

El alguacil despertó mas temprano con el alborozo de sus doblones, que habia puesto debajo de las almohadas; y metiendo la mano no los halló, y levantándose á buscarlos, se vió emparedado de carbon, y todos los aposentos de la casa de la misma suerte, porque no faltase lo que suele ser siempre el dinero que da el diablo, y tan sitiado de esta mercadería, que fué necesario salir por una ventana que estaba junto al techo; y en saliéndole, se le volvió todo el carbon ceniza; que si no fuera así, tomara despues por partido dejar lo alguacil por carbonero, si fuera el carbon de la encina del infierno, que nunca se acaba. El Cojuelo iba dando notables risadas entre sí, sabiendo lo que le habia sucedido al alguacil con el soborno. Saliendo en este tiempo por Cal de Tintores á la plaza de San Francisco y habiendo andado muy pocos pasos, volvió la cabeza, y vió que le venian siguiendo Cienllamas, Chispa y Redina, y dejando las muletas, comenzó á correr, y ellos tras él á grandes voces, diciendo. Tengan ese cojo ladron; y cuando casi le echaban las garras Chispa y Redina, venia un escribano del número hostezando, y metiósele el Cojuelo por la boca calzado y vestido, tomando iglesia la que mas á su propósito pudo hallar. Quisieron entrarse tras él á sacarle de este sagrado Chispa, Redina y Cienllamas, y salió á defender su jurisdiccion una cuadrilla de sastres, que les hicieron resistencia á agujazos y á dedalazos, obligando á Cienllamas á enviar á Redina al infierno por órden de lo que se habia de hacer; y lo que trajo en los aires fué que con el escribano y los sastres diesen con el Cojuelo en los infiernos. Ejecutóse como se dijo, y fué tanto lo que los revolvió el escribano, despues de haberle hecho gormar al Cojuelo, que tuvieron por bien los jueces de aquel partido echarlo fuera y que se volviese á su escritorio, dejándolo á los sastres en rehenes, para unas libreas que habian de hacer á Lucifer á la festividad del nacimiento del Antecristo. Tratando doña Tomasa, desengañada, de pasarse á las Indias con el soldado, y don Cleofas volverse á Alcalá á acabar sus estudios, habiendo sabido el mal suceso de la prision del Cojuelo, desengañado de que hasta los diablos tienen sus alguaciles, y que los alguaciles tienen á los diablos. Con que da fin esta novela, y su dueño gracias á Dios, porque le sacó de ella con bien, suplicando á quien la leyere que se entretenga y no se pudra en su leyenda, y verá qué bien se halla.

LA PICARA JUSTINA,

NOVELA COMPUESTA

POR EL LICENCIADO FRANCISCO LOPEZ DE UBEDA,

NATURAL DE TOLEDO.

PROLOGO SUMARIO DE LA PICARA JUSTINA.

JUSTINA fué mujer de raro ingenio, feliz memoria, amorosa y risueña, de buen cuerpo, talle y brio, ojos zarcos, pelinegra, nariz aguileña y color moreno. De conversacion suave, única en dar apodos; fué dada a leer libros de romance, con ocasion de unos que acaso hubo su padre de un huésped humanista, que pasando por su meson dejó en él libros, humanidad y pellejo; y así, no hay enredo en Celestina, chistes en Momo, simplezas en Lázaro, elegancias en Guevara, chistes en Eufrosina, enredos en Patrañuelo, cuentos en Asno de oro, y generalmente, no hay cosa buena en romancero, comedia ni poeta español, cuya nota aquí no tenga, cuya quinta esencia no saque. La suma de estos tomos véala el lector en una copiosa tabla; mas si con mas brevedad quieres una breve descripcion de quién es Justina y todo lo que en estos dos tomos se contiene, oye la cláusula siguiente, que ella escribió á Guzman de Alfarache antes de celebrarse el casamiento.

Yo, mi señor don Pícaro, soy la melindrosa escribana, la honrosa pelona, la manchega al uso, la engulle figas, la que contrafigo, la figuera, la festiva, la de aires bola, la mesonera astuta, la ojienjuta, la celeminera, la bailona, la espabila gordos, la del adufe, la del rebenque, la carretera, la entretenedora, la aldeana de las burlas, la del amapola, la escalfa fulleros, la adivinadora, la del penseque, la vergonzosa á lo nuevo, la del ermitaño, la encantadora, la despierta dormida, la trueca burras, la envergonzante, la romera pleitista, la del engaño meloso, la mirona, la de Bertol, la bizmadera, la esquilmona, la defantasmadora, la desenojadora, la de los goritos, la deshermanada, la marquesa de las Motas, la nieta pegadiza, la heredera inserta, la devota maridable, la busca Roldanes, la ahidalgada, la alojada, la abortona, la bien celada, la del parlamento, la del mogollon, la amistadera, la santiguadera, la depositaria, la gitana, la palatina, la lloradora enjuta, la del pésame y río, la viuda con chirimías, la del tornero, la del disciplinante, la paseada, la enseña niñas, la maldice viejas, la del gato, la respостona, la desmayadiza, la dorada, la del novio en pelo, la honruda, la estratagemera, la del serpenton, la del trago, la conjuradora, la mata viejos, la barqueada, la loca vengativa, la astorgana, la despachadora, la santiguera, la de Julian, la burgalesa, la salmantina, la papelista, la excusa barajas, la castañera, la novia de mi señor don Pícaro Guzman de Alfarache, a quien ofrezco cabrahigar su picardía, para que dure los años de mi deseo.

Estos epítetos son cifra de los mas graciosos cuentos, aunque no de todos los números, porque son muchos mas; pero porque aquí se ponen tan sucintamente, remito el lector á la tabla.

PROLOGO AL LECTOR,

EN EL CUAL DECLARA EL AUTOR EL INTENTO DE TODOS LOS TOMOS Y LIBROS DE LA PÍCARA JUSTINA.

Hombres doctísimos, graves y calificados, en cuya doctrina, erudicion y ejemplo ha hallado el mundo desengaño, las escuelas luz, la cristiandad muro y la Iglesia ciudadanos, han resistido varonilmente á gentes perdidas y holgazanas, y á sus fautores, los cuales, con apariencia y máscara de virtud, han querido introducir y apoyar comedias y libros profanos, tan inútiles como lascivos, tan gustosos para el sentido cuan dañosos para el alma. Esta ha sido obra propia de varones evangélicos, los cuales no consienten que la honra propia del Evangelio, que consiste en una publicidad y notoriedad famosa, se dé á fútiles é impertinentes representaciones de cosas mas dignas de perpetuo olvido que de estamparse en las memorias humanas; y que no es justo que el nombre de libro, que se dió á la historia de la genealogía y predicacion evangélica de Cristo, se aplique á los que contienen cosas tan ajenas de lo que Cristo edificó con su doctrina y pretendió en su venida.

Estos insignes varones han mostrado en esto ser custodios angelicales, que defienden los sentidos, para que por ellos no entre al alma memoria del pecado, ni aun de su sombra, tan dañosa cuan mortífera; han probado ser jardineros del dulcísimo paraíso de Cristo, pues han pretendido que, para que las tiernas plantas, que son los niños cristianos, crezcan en la virtud sin impedimento, no les ocupen, viendo ó leyendo en su tierna edad cosas lascivas, las cuales, para imprimirse en ellos, halla sus sugetos de cera, y para despedirse, de bronce; hase visto ser leídos en los santos de la Iglesia, y criados á los pechos de su doctrina, sin discrepar un punto de ella, pues por ella han juzgado cuán dañoso es en la Iglesia de Dios usar semejantes libros y asistir á las tales representaciones; han mostrado en esto su modestia y mortificacion rara, junta con una gran caridad, pues á trueco del universal provecho de las almas, han carecido y querido carecer de estos gustos, siendo ellos los que por la gran capacidad de su ingenio pudieran mejor juzgar de qué cosa sea gusto; si ya no es que la divina contemplacion, á que son dados, les quita el tener por gustos los que el mundo aprueba por tales; finalmente, entre otras grandes virtudes suyas, dignas de eterna memoria, han mostrado el valor de su cristiano pecho, pues ni el gusto de los potentados holgazanes, que amparan este partido, ni los importunos ruegos ni promesas de grandes intereses y ofertas, ni la contradiccion de sabios placenteros ha sido parte para que no contradigan á un tan perjudicial cáncer de la salud del alma, á un hechizo de la carne, á una fantástica ilusion del demonio, y por decirlo todo, han resistido á un corsario infernal, el cual, á trueco de juguetes niños, compra y cautiva las almas, y las engaña como á negros bozales, obra propia de quien cumple y amplifica la de la redencion de Cristo y misterios de la redencion de las almas, que fué el fin que trajo á Dios del cielo al suelo, y á ellos á la Iglesia, madre suya, en Buena hora y feliz día.

Mas como sea verdad que el vicio es el mas valido y sus defensores mas en número, y la verdad tan atropellada, ya se han introducido tales y tan raras representaciones, tan inútiles libros, que en la muchedumbre del vulgo que sigue esta opinion ha anegado y ahogado tantos santos consejos cuales son los que referido tengo de estos santos varones, admitiendo sin distincion alguna cualquier libro, lectura ó escrito ó representacion de cualquier cosa, por mas mentirosa y vana que sea; y callo el agravio que hacen, aun los mismos que escriben á lo divino, á las cosas divinas de que tratan, hinchéndolas de profanidades y por lo menos de impropiedades y mentiras, con que las cosas de suyo buenas vienen á ser mas dañosas que las que de suyo son dañosas y malas. De aquí infiero que si el siglo presente siguiera tan docto y sano consejo como el de estos famosos varones, no me atreviera aun á imaginar el estampar este libro; pero atendiendo á que no hay rincón que no esté lleno de romances impresos, inútiles, lascivos, picantes, audaces, impropios y mentirosos, ni pueblo donde no se representen amores en hábitos y trajes y con ademanes que incentivan el amor carnal, y por otra parte no hay quien arrastre á leer un libro de devocion ni una historia de un santo, me he determinado á sacar á luz este jue-

te, que hice, siendo estudiante en Alcalá; á ratos perdidos, aunque algo aumentado despues que salió á luz el libro del *Picaro* tan recibido. Este hice por me entretener y especular los enredos del mundo, en que via andar. Esto saldrá á ruego de discretos é instancias de amigos. Diles el sí, cumplirélo. No mas sí; pero será de manera que en mis escritos temple el veneno de cosas tan profanas con algunas cosas útiles y provechosas, no solo en enseñanza de flores retóricas, varia humanidad y lectura, leyendo en ejercicio toda el arte poética con raras y nunca vistas maneras de composicion, sino tambien enseñando virtudes y desengaños, emboscados donde no se piensa, usando de lo que los médicos platicamos, los cuales de un simple venenoso hacemos medicamento útil con añadirle otro simple de buenas calidades, y de esta comistion sacamos una perfecta medicina purgativa ó preservativa, mas ó menos, segun el temperamento ó comistion que es necesaria.

Si este libro fuera todo de vanidades, no era justo imprimirse; si todo fuera de santidades, leyéranle pocos, que ya se tiene por tiempo ocioso, segun se gasta poco. Pues para que le lean todos y juntamente parezca bien á los cuerdos y prudentes y deseosos de aprovechar, di en un medio, y fué que despues de hacer un largo alarde de las ordinarias vanidades en que una mujer libre se suele distraer desde sus principios, añadí, como por via de presuncion ó moralidad, al tono de las fábulas de Esopo y jeroglíficos de Agaton, consejos y advertencias útiles, sacadas y hechas á propósito de lo que se dice y trata. No es mi intencion ni hallarás que he pretendido contar amores al tono del libro de *Celestina*; antes, si bien lo miras, he huido de eso totalmente, porque siempre que de eso trato, voy a la ligera, no contando lo que pertenece á la materia de deshonestidad, sino lo que pertenece á los hurtos ardidosos de *Justina*; porque en esto he querido persuadir y amonestar que ya en estos tiempos las mujeres perdidas no cesan sus gustos para satisfacer á su sensualidad, que esto fuera menos mal, sino que hacen de esto trato, ordenándolo á una insaciable codicia de dinero; de modo que mas parecen mercaderas, tratables de sus desventurados apetitos que engañadas de sus sensuales gustos; y no solo lo parece así, pero lo es; demás que á un hombre cuerdo y honesto, aunque no le entretienen lecturas de amores deshonestos, pero enredos de hurtillos graciosos le dan gusto, sin dispendio de su gravedad, en especial con el aditamento de la resuncion y moralidad, que tengo dicho; y de este modo de escribir no soy yo el primer autor, pues la lengua latina, entre aquellos en quien era materna, tiene estampado mucho de esto, como se verá en Terencio, Marcial y otros, á quien han dado benévolo oído muchos hombres cuerdos, sabios y honestos. Pienso que los que así escriben, añadiendo semejantes resunciones á historias frívolas y vanas, imitan en parte al autor natural, que de la nieve helada y despegadiza saca lana calida y continuada, y de la niebla húmeda saca ceniza seca, y del duro y desabrido cristal saca menudos y blandos bocados de pan suave. Consulté este libro con algunos hombres espirituales, á quien tengo sumo respeto, y sin cuyo consentimiento no me fiara de mi mismo, y dijéronme de mi libro, que así como Dios permitia males para sacar de ellos bienes, y junto con el pecado suele juntar aviso, escarmiento y aun llamamiento de los escarmentados, así (supuesto que en estos tiempos miserables tan desenfadadamente se apetece la memoria de cosas vanas y profanísimas) es bien que se permita esta historia de esta mujer vana, que por la mayor parte es verdadera, de que soy testigo, con que junto con los malos ejemplos de su vida, se ponga, como aquí se pone, el aviso á los que pretendemos que escarmienten en cabeza ajena. Bien sé que en otro tiempo no fueran de este parecer, y así me lo dijeron, ni yo sin su parecer me fiara de mí mismo; pero por esta vez probemos, y permítase que pruebe, si acaso tantos como están resueltos de leer así como así lecturas profanas y aun deshonestas, leyendo aquí consejos insertos en las mismas vanidades, de que tanto gustan, tornarán sobre sí, y acabarán de conocer los enredos de la vida en que viven, los fines desastrados del vicio y los daños de sus desordenados gustos; y finalmente, probemos si acaso por aquí conocerán cuán sutil y de poca estima y precio es la vida de los que solo viven á ley de sus antojos, que es la ley que Séneca llamó desleal, y Ciceron ley espuria ó adúltera.

En este libro hallará la doncella el conocimiento de su perdicion, los peligros en que se pone una libre mujer que no se rinde al consejo de otros; aprenderán las casadas los inconvenientes de los malos ejemplos y mala crianza de sus hijas; los estudiantes, los soldados, los oficiales, los mesoneros, los ministros de justicia, y finalmente, todos los hombres de cualquier calidad y estado aprenderán los enredos de que se han de librar, los peligros que han de huir, los pecados que les pueden saltar las almas. Aquí hallarás todos cuantos sucesos pueden venir y acaecer á

una mujer libre, y si no me engaño, verás que no hay estado de hombre humano ni enredo ni maraña para lo cual no halles desengaño en esta lectura; aun lo mismo que huele á estilo vano no saldrá todo junto, atendiendo al gusto propio y al gusto ajeno. No doy este libro por muestra, antes prometo que lo que no está impreso es aun mejor; que Dios comenzó por lo mejor, pero los hombres vamos de menos á mas. Puse dos consideraciones en dos balanzas de un pensamiento: la una fué que acaso algunos, leyendo este libro, seria posible aprendiesen algun enredo que no atinaran sin la lectura suya. Dióme pena, que sabe el Señor temo el ofender su majestad divina como al infierno, cuanto y mas ser catedrático y enseñar á pecar desde la cátedra de pestilencia. Puse en otra balanza que muchos, y aun todos los que leyeren este libro, sacarán de él antidoto para saber huir de muchas ocasiones y de varios enredos, que hoy dia la Circe de nuestra carne tiene solapa^{do} debajo de sus gustillos y entretenimientos; mas pesó tanto la segunda balanza; que atropelló el peso del primer inconveniente; demás que ya son tan públicos los pecadores y los pecados, escándalos y malos ejemplos, ruines representaciones de entremeses y aun comedias, alcahueterías y romances, coplas y cartas, cantares, cuentos y dichos, que ya no hay por qué temer el poner por escrito en papel lo que con letras vivas de obras y costumbres manifiestas anda publicado, pregonado y blasonado por las plazas y cantones; que este es el tiempo en que por nuestros pecados ya los malos pecan tan de oficio, que se precien de pecar, como si cada especie de pecado, cuanto mas enorme y feo es, tanto mas compitiera con la gloria de un famoso artificio, herencia, hazaña ó valentía muy famosa. Finalmente, pienso (debajo de mejor parecer) ser muy lícito mi intento; y si no, condénense las historias gravísimas que refieren insignes bellaquerías de hombres facinerosos, lascivos é insolentes. Condénese el procesar á vista de testigos y de todo el mundo y el relatar feísimos crímenes y delitos, segun y como se hace en las reales salas del crimen, donde reside suma gravedad, acuerdo y peso. Condénense los edictos en que se hace pública pesquisa de crímenes enormes y graves. Condénense las reprensiones de los predicadores que hacen invectivas contra algunos vicios, en presencia de algunos que están sin memoria é imaginacion de ellos; pero pues esto no se condena, antes es santo y justo, quiero por lo menos se conceda que mi libro es, no digo santo, que eso fuera presuncion loca, ni tal cual es la menor de las cosas que he referido, pero á lo menos concédase que el permitirse será justo, pues no hay en él número ni capítulo que no se aplique á la reformation espiritual de los varios estados del mundo. Sin esta utilidad tiene mi libro otra, y es que no piensen los mundanos engañadores que tienen ciencia que no se alcance de los buenos y sencillos por especulacion y buen discurso, ya que no por experiencia; y para conseguir este santo fin que prometo habia determinado hacer un tratado al fin de este libro, en el cual pusiese solas las resunciones y aplicaciones al propósito espiritual, y moviome el pretender que estuviese cada cosa por sí y no ocupase un mismo lugar uno que otro; pero mejor mirado, me pareció cosa impertinente: lo uno, porque el mundano, despues de leído lo que á su gusto toca, no hará caso de las aplicaciones ni enseñanzas espirituales, que son muy fuera de su intento, siendo este el mio principal; lo otro, porque despues de leídos tantos números y capítulos, no se podria percibir bien mi suficiente distincion adonde viene cada cosa; y por esto me determiné de encajar cada cosa en su lugar, que es al fin del capítulo y número, lo cual puse muy breve y sucintamente, no porque sea lo que menos yo pretendo, sino porque si pusiera esto difusa y largamente, destruyera mi mismo intento, que quien hoy dia dice cosas espirituales larga y difusamente puede entender que no será oído; ca en estos tiempos estas cosas de espíritu, aun dichas brevemente, cansan y aun enojan. Quiera Dios que yo haya acertado con el fin verdadero, y el pio lector con el que mi buen celo le ofrece, á honra y gloria de Dios, que es el fin de nuestros fines.

INTRODUCCION GENERAL

PARA TODOS LOS TOMOS Y LIBROS,

ESCRITA DE MANO DE JUSTINA,

ANTITULADA

LA MELINDROSA ESCRIBANA.

DIVÍDESE ESTA INTRODUCCION EN TRES LIBROS.

1.—DEL MELINDRE AL PELO DE LA PLUMA.

Redondillas.

Cuando comenzó Justina
A escribir su historia, en suma,
Se pegó un pelo á su pluma,
Y al alma y lengua mohina.
Y con aquesta ocasion
Dice símbolos del pelo,
Y mil gracias muy á pelo
Para hacer su introduccion.

Un pelo tiene esta mi negra pluma; ¡ay pluma mia, pluma mia! ¡cuán mala sois para amiga, pues mientras mas os trato, mas á pique estais de prender en un pelo y borrarlo todo! Pero no se me hace nuevo que me hagais poca amistad, siendo como lo sois, pluma de pato; el cual, por ser ave que ya mora en el agua como pez, ya en la tierra como animal terrestre, ya en el aire como ave, fué siempre símbolo y figura de la amistad inconstante, si ya no dicen los escribanos del número, y aun los sin número, que con ellos han hecho treguas sus plumas. En fin, señor pelo, no me dejais escribir.

No sé si dé rienda al enojo ó si saboree el freno á la gana de reirme, viendo que se ha ^{empata} empatado la corriente de mi historia, y que todo pende en el pelo de una pluma de pato. Mas no hay para qué empatairme, antes os confieso, pluma mia, que casi me viene á pelo el gustar del que teneis, porque imagino que con él me decís mil verdades de un golpe y un golpe de mil verdades. Y entenderéis el cómo, si os cuento un cuento, que puede ser cuento de cuentos. La prudentísima reina doña Isabel, prez y honor de los dos reinos, queriendo persuadir al rey don Fernando que cierta derrota y jornada que intentaba era tan contra su gusto cuan contra el buen acierto, volvió los ojos á unas malvas que estaban en el camino, y mirándolas, le dijo: Se-

ñor, si el camino donde están malvas, y no otra cosa, nos hubiera de hablar en esta ocasion á vos y á mí, ¿de qué tratara? Respondió el Rey: Vos lo diréis, Señora. Entonces dijo la Reina: Claro es que el camino donde solas las malvas sirvieran de lengua no supieran en esta ocasion decirnos á mí ni á vos otra cosa, sino mal vas. Volvió la rienda el prudentísimo monarca, y sonriéndose, dijo á su Isabela: No entendí que las malvas sabian hablar tan á propósito y tan bien. La Reina, echando el sello á su prudentísimo discurso y catecismo, dijo: No os espanteis, Señor, de que las malvas hablen tan bien, porque los yerros de los reyes, como son personas tan públicas y comunes, por secretos que sean, las piedras los murmuran y las malvas los pregonan. Dijo la Reina por extremo bien, que aun allá fingió el poeta que por do quiera que caminaba Júpiter, rey de los dioses, llevaba delante de sí, como pajes de hacha, sol y luna y todas las estrellas para que el mundo y dioses menores vieses los caminos por donde su rey andaba. Y otro pintó á un rey cargado de los ojos de sus vasallos. Mirad pues ¡oh pelos de mi pluma! cuánto me honrais y cuánto os debo, pues para decir mis yerros, mis tachas y mis manchas, haceis lengua de vuestros pelos, como si fueran yerros de real persona, que las malvas los pregonan. Así que de haberse atravesado este pelo y de lo que yo alcanzo por la judicaria picaresca, colijo para conmigo que mi pluma ha tomado lengua, aunque de borra, para hablarme. Sin duda que me quiere dar matraca, por ver que me hago coronista de mi misma vida. En lo cierto estoy. Como si lo adivinara. Ella es matraca. Alarma, señora pluma. Aquí estoy y resumo fielmente lo que me decís, porque en pago escribais con fidelidad lo que yo os dijere.

¿Ofreceisme ese pelo para que cubra las manchas de mi vida, ó decísme, á lo socarrón, que á mis manchas

nunca las cubrirá pelo? Agradézclos la buena obra, pero no la buena voluntad, ni menos la sana intencion. Mas entended que no ^{me}pretendo, como otros historiadores, manchar el papel con borrónes de mentiras para por este camino cubrir las manchas de mi linaje y persona. Antes pienso pintarme tal cual soy, que tan bien se vende una pintura fea, si es con arte, como una muy hermosa y bella. Y tan bien hizo Dios la luna, con que descubrir la noche oscura, como el sol con que se ve el claro y resplandeciente dia. En las plantas hacen labor las espinas, en los tiempos el verano, y en el órden del universo tambien hacen su figura los terrestres y ponzoñosos animales. Y finalmente, todo lo hizo Dios hermoso y feo. Dígolo á propósito, que no será fuera de él pintar una pícara, una libre, una pieza suelta, hecha dama á puro andar de casa en casa como peon de ajedrez, que todo es de provecho, sino es el unto del moscardon. Los que pretendieren entretenimiento, tras el gasto hallarán el gusto. No quiero, pluma mia, que vuestras manchas cubran las de mi vida, que si es que mi historia ha de ser retrato verdadero, sin tener que retratar delo mentido, siendo pícara, es forzoso pintarme con manchas y mechas, pico y picoté, venta y monte á uso de la mandilandinga. Y entended que las manchas de vida picaresca, si es que se ha de contar y cantar en canto llano, son como las del pellejo de pia, onza, tigre, pórfido, taracea y jaspé, que son cosas las cuales con cada mancha añaden un cero á su valor.

Mas ya querreis decirme, pluma mia, que el pelo de vuestros puntos está llamando á la puerta y al cerrojo de las amargas memorias de mi pelona francesa. Parecisme al galan, que por quejarse de un golpe de los desvíos presentes y daño pasados de su dama, hizo que le sacasen de invencion, echado en un pelambre, con un mote que decia:

Acordaos de un olvidado,
Que por vos está penado.

(pelado)

Así vos con ese pelo quereis publicar mi pelona, antes que yo la escriba. Segun eso, ya me parece, señora pluma, que me mandais destocar y poner *in puribus*, como á luchador romano, y que animando vuestros puntos á la batalla, viéndolos con pelo, y á mí sin él, tocais al arma y les haceis el parlamento, fundándolo en el que se suele platicar en la batalla del ajedrez, que dice: Cuando tuvieres un pelo mas que él, pelo á pelo te pela con él. Confiésoos de plaño, señora pluma, que con solo un pelo que se os ha pagado á los puntos me llevais conocida ventaja. Y confieso, si ya por tanto confesar no me llaman confesa, que los pelos que de ordinario traigo sobre mí andan mas sobre su palabra que sobre mi cabeza, que tienen mas de bienes muebles que de raíces, que son como naranjas rojas puestas en arco triunfal, que adornan plantas que no conocen por madres ni aun por parientas, y son mis cabellos de manera, que si me toco de almirante, temo barajas de posté, no tanto por el chinchon, que como ha tanto que soy condesa de Cabra, no temo golpes de frente, cuanto porque, como mis cabellos son movibles y borneadizos,

temo que al primer tope vuelva barras al almirante y descubra el calvatuerno de mi casquete, el cual como está bruñido sobre negro, parece pavonado como pomo de espada. Toda esta fanega de confusiones confieso que hay para ello. Digo que sí. Concedo que soy pelona doscientas docenas de veces. ¿Seré yo la primera que anoheció sana en España y amaneció enferma en Francia? Seré yo la primera camuesa, colorada por defuera y podrida por dentro? Seré yo el primer sepulcro vivo? Seré yo el primer alcázar en quien los frontispicios están adornados de ricos jaspes, pórfidos y alabastros, encubriendo muchos ocultos embutidos de tosca mamposteria, y otras partes tan secretas como necesarias? Seré yo la primera ciudad de limpias y hermosas plazas y calles, cuyos arrabales son una sentina de mil vascosidades? Seré yo la primera planta cuya raíz secó y marchitó el roedor caracol? Seré yo la primer mujer que al pasar el lodo diga las tres verdades de un golpe, cuando enfadándome por todos lados, diga muy sucio está esto? En fin, ¿seré yo la primera fruta que huela bien y sepa mal? No me corro de eso, señora la de los pelos, antes pretendo descubrir mis males; porque es cosa averiguada que pocos supieran vivir sanos, si no supieran de lo que otros han enfermado. Que los discretos escriben el arancel de su propia salud en el cuerpo de otro enfermo. Y no hay notomia que menos cueste y mas valga que la que hace la noticia propia y la experiencia ajena. ¿Y piensa el dómíne pelo que de eso me corro yo? ¡Dolor de mí, si supieran los señores cofrades del grillimon que me córria yo de pagar culpas oscuras con penas claras! No, mi reina, que ya se sabe que un mismo oficial es el que tunde las cejas y la vergüenza, y de camino con el tocino de las tijeras unto las mejillas para desterrar el rosicler ^{se} las corridas. Un clavo saca otro. Como este mal es todo corrimientos, con él se quitan los corrimientos. Y así se ve que ningún pelado se corre, por mas que lleven figas y matracas. Otra tecla toque, señor pelo, que esa por mas que se curse nunca me sonó mal. Antes, en buena fe, que me holgase saber si hogaño los señores cofrades publican congregacion, porque como quien soy juro, á lo menos como quien fui, que el otro juramento daba el golpe en vago, de ir por honrar su junta; mas cargada de parches por la cara que si ella fuera privilegio rodado y ellos sellos pendientes. Desmelenadas, desmelenadas de nosotras, si cuando nuestros gustos dieron al dolor la tenencia de nuestros cuerpos, desterrarán para siempre de nuestras almas el consuelo, como si el alma no pudiera ó no supiera dar posada á muchos gustos, que vienen en hábito de peregrinos, mientras el cuerpo llora y afana. Sin pelo salí del vientre de mi madre, y sin pelo tornaré á él. Y si alguno pensare que nací con pelo como hija de salvajes, terné el consuelo de la rana. Dicen las fábulas á propósito de que nadie hay contento con su suerte: que la rana, en realidad de verdad, nació con pelo, pero no tanto, que no naciese con mucha mas envidia que pelo; y de quien tuvo envidia fué del cisne y de la mosca. Del cisne, porque

cantaba dulcemente en el agua, y de la mosca porque dormía todo el invierno sin cuidado; y así pidió á Júpiter le diese modo como ella durmiese todo el invierno y cantase todo el verano. El Júpiter oyó benignamente su petición, y la dijo: Hermana rana, harás lo que me pedis; mas para conseguir el efecto que pretendéis es necesario que os peleemos, y del pelo que os quitáremos se os infundirá una almohada sobre que durmáis todo el invierno como la mosca, y del mismo pelo os harémos una lengua de borra con que al verano canteis, no con tanta melodía como el cisne, pero con mas gusto y mejor ocasion, pues él canta para convidar á la muerte, pero vos cantaréis para entretener la vida. Pelóse la rana, y el pelarse le valió conseguir su gusto y su petición. A propósito; los pelados tenemos este consuelo, que si algun tiempo fuimos gente de pelo, y ahora no le tenemos mas que por la palma, Dios sea loado, podemos decir que del pelo hicimos almohada para dormir, mientras los sanos están en misa y sermon imitando las moscas, que todo el invierno son de la cofradía de los siete durmientes, y juntamente hacemos lengua de borra para decir de todos sin empacho. Y viene esto con el refran de los del hospital de la folga en Toledo, que lo dice: Los pelados son hidalgos eclesiásticos y pájaros harpados. Y dicenlo porque los de nuestra faccion sin pena pierden la misa, y sin vergüenza la fama. Dicen de todos mas que relator en sala de crimen, y aun desí no callan. Y si una vez dan barreno á la cuba del secreto, hasta las heces derrama. Para decir de los otros, son como galeotes en galera, y para pregonar su casa son como gallinas ponedoras, que para un huevo atruenan un barrio. Sor pelo, sepa que si en el discurso de la matraca de la pelona lo quisiéramos meter á voces, no nos faltara cómo echarlo por la venta de la zarzaparrilla. Mil escapatorias tuviéramos, que sesenta son las especies de las bubas, como las de la locura, y se apela de una para otra, por via de agravio. Y mas yo, que á puro pasar clases, estoy de la otra parte de las bubas; pero no es mi desino que salgan las monas de máscara, sino que se venda cada cosa por lo que es. Si yo quiero, despues de haber sido ladrona del tiempo, predicar el día de la horca, ¿quién me puede condenar, si no es algun sin alma que no quiere escarmentar en cabeza ajena? El cisne canta su muerte, el cínife los daños de la canícula, la rana los ardores del verano, el carro su carga y su peligro, y el invierno pregona con trompetas y atabales del cielo los rayos y tempestades. Segun esto, ni es injusto ni indecente que permitan el cielo y el suelo el que sea pregonera de sus males la misma que los labró por sus manos, y que con el mismo estilo con que hablaba, cuando sin sentir nada, ó por sentir demasiado, se le pegó esta roña, diga ahora, á lo pícaro y libre, lo que cuesta el haberlo sido. Así que, para con este artículo de retarme en España lo que pequé en Francia, ya he cumplido. Mas parece que me dice mi pluma que se le ofrece otro escrúpulo en persecucion de lo que significa el pelo atravesado á tal coyuntura, y es la siguiente:

Díceme mi pelo que me llamo pelona, no por bubosa, sino por pobre. ¡Oh qué lindo! Hablara yo entre once y mona cuando contrapuntea el cochino. Sepa, señor pelo, que viene á pospelo esa injuria, y aun no la tengo por tal, ni habrá pícaro que tal sienta, porque pobreza y picardía salieron de una misma cantera, sino que la picardía tuvo dicha en caer en algunas buenas manos, que la han pulido y puesto en mas frontispicios que rótulos de comedias; y á la pobreza la arrimaron en la casa de una viuda vieja y triste, la cual, queriéndola labrar para sacarla de ella un mortero para hacer salsas de viandantes, sacó de ella un cepo de limosna. Y por tanto, como la sangre sin fuego hierve, donde quiera que se encuentran pobreza y picardía se dan el abrazo que se descostillan. Y yo, que del riopio del mortero de la vieja cogí mas que nadie, tan lejos estoy de correrme de eso y de que me llameis pelona, que antes es el mote que ciñe el blason de mi gloria y adorna el feston y cuartel de mis armas. Llámome pobre y pícaro mi pluma. ¡Gran cosa! Como si los pobres no tuvieran *pia mater en su sitio*. ¿Es porque no tengo mas que unas gerbigillas, y estas ruines? Pues emperador ha habido tan desherrado, que tenía unos zapatos solos, y para remendarlos, se quedaba en casa hecho pisador de uva ó torneador de tinteros, que son oficios de á pié mondo. ¿Es porque los pícaros siempre que comemos vamos á menos? Pues capitán ha habido á quien príncipes tributarios suyos le encontraron cenando nabos pasados por agua, dando en ellos con tal priesa y furia, que se podía decir con toda propiedad que era la batalla nabal. ¿Es porque los pobres traemos el testamento en la uña del meñique? Pues romanos cónsules ha habido para cuyo entierro fué forzoso pedir limosna, sin haber muerto con otra deuda mas que la del cuerpo á la dura tierra. ¿Elo es, en resolucion, que los pícaros somos pobres, mendigones, menesterosos? Pues ¿no sabes, pluma mia, que la diosa Pandora fué pobre, y por serlo tuvo ventura, y aun accion á que todos los dioses la contribuyesen galas, cada cual la suya? El pobre sobre todas las haciendas tiene juros, y aun el español tiene votos, porque siempre el pobre español pide jurando y votando. Si juntamente con ser yo pobre fuera soberbia, tuviera por gran afrenta el llamarme pelona, como tambien la misma diosa tuvo por afrenta que se lo llamasen, cuando, por haber sido pobre y soberbia, la desplumaron y pelaron toda los mismos dioses que la habian dado sus ricas y preciosas plumas, y por afrentoso nombre la llamaron la pelona ó la pelada. Y de ahí ha venido que á algunos pobres hidalgos, que de ordinario traen la bolsa tan llena de soberbia cuan vacía de moneda, y piensan que por el barreno del casco han de evaporar el aire, y yerran el golpe, los llaman pelones, porque son pobres pelones como la diosa pelada. Esos se podrán correr del titulillo, pues son pandorgos pelados; pero yo pobreta, que no hay hombre á quien no me someta, no tengo por afrentoso el nombre. Tristes pícaras, si nos preciamos de emplumadas, mal; si de

peladas, también; digo que del mal lo menos, mas quiero ser pelada que emplumada. Paréceme, señor pelo, que no hay ya que hacer aquí, pues: cuanto me ha querido decir no encaja. Podría yo jugar con él al juego que llaman los niños pelos á la mar y echarle con un soplo á galeras, y no estoy muy fuera de hacerlo; pero antes que le dé yo vaya y se vaya, le quiero hacer una fanega de mercedes, y son: que le doy licencia para que se alabe de que, sin saber lo que ha hecho, me ha hecho sacar del arca un celemin de retórica, porque, con atravesárseme en la pluma y discurrir los símbolos del pelo y de los pelones, he tenido buena ocasion para pintar mi persona y calidades, lo cual es documento retórico y necesario para cualquier persona que escribe historia suya ó ajena, pues debe en el exordio poner una suma del sugeto cuya es, describiendo su persona y calidades, en especial aquellas que mas á cargo suyo toma el historiador. De manera que mi pluma, aprovechándose de sola la travesía de un pelo, ha cifrado mi vida y persona mejor y mas á lo breve que el que escribió la Iliada de Homero, y la encerró debajo de una cáscara de una nuez; ni fué mejor abreviado el artifice *Mimercedes*. Solo un pelo de mi pluma ha hablado que soy pobre, pícara, tundida de cejas y de vergüenza, y que de pura pobre he de dar en comer tierra para tener mejor merecido que la tierra me coma á mí, que si mé rascó la cabeza, no me come el pelo; y segun mi pluma, lleva la corriente atrevida y disoluta, á poca mas licencia, la tomaran para ponerme de lodo, porque quien me ha dado seis nombres de P, conviene á saber, Pícara, Pobre, Poca vergüenza, Pelona y Pelada, ¿qué he de esperar, sino que como la pluma tiene la P dentro de su casa, y el alquiler pagado, me ponga algun otro nombre de P que me eche á puertas? Mas antes que nos pope, quiero soplarle, aunque me llamen soplona.

APROVECHAMIENTO.

De lo que has leído en este número primero, lector cristiano, colegirás que hoy día se precian de sus pecados los pecadores, como los de Sodoma, que con el fuego de sus vicios merecieron el fuego que les abrasó. Es sin duda que el mundo y el demonio, por fomentar la liga que tiene hecha con la carne nuestra enemiga, acreditan y honran los vicios carnales.

2. — DEL MELINDRE Á LA MANCHA.

Quintillas.

Por soplar manchó Justina
 Saya, tocas, dedos, palma,
 Y por el mal que adivina,
 Aunque no era tinta fina,
 Le llegó la mancha al alma.
 Que no hay mas justo recelo
 Que temer manchas de lengua,
 Pues no hay jabon en el suelo,
 Que si te manchan un pelo,
 Te pueda sacar la lengua.

¡Ay que me enciende palma, lengua, toca y dedo por quitar un pelo! Ya yo sabia, señora tinta, que vi-

vo en Cuaresma y con velaciones cerradas, sin que ella viniera muy aguda á echar sobre el retablo de mis dedos otro de duelos con el guardapolvo de su tuto. Pues no nos caque; que tiempo hubo en el cual, si yo quisiera, me sobrarian sacrisnuchos, que de un instante á otro me quitaran el guardapolvo y me pusieran de veinte y cinco. Pasó aquel tiempo, vino otro, no es por culpa mia. Atribúyolo á la fortuna, que es ciega; al tiempo, que es loco; al albedrío humano, que es volatario; y para decir verdad, parte de culpa tienen unos sulquillos que me han salida á la cara, que algunos los llaman rugas, y engañanse. No solo son, sino que mi rostro es muy blando de corona, y los cabellos soltadizos, que de noche se me han derribado por cuello, cara y frente, me sulcaron la carne, y me dejaron estas señales, y yo de puro enojada contra tan traviesos cabellos, los segué un agosto, y me unté con sangre de morciégalo, porque no naciesen mas cabellos tan villanos y tan amigos de arar tierra virgen; y aunque hallé remedio para dar carta de lasto á mis cabellos, no le he descubierto para embeber estas alforzas ó bregaduras del rostro, que parece hojaldrado. Una bruja me dijo que no se me diese nada, que diz que las rayas de mi rostro no se me echaban de ver mas que por la palma. Tómame el consuelo, como si en la palma no se vieran las rayas. Ahora bien; pasé de la raya, y salieronme muchas rayas, no importa, que el alma tiene muchos agujeros, y si huye de la cara, acude á la lengua. Consuélome con que si la tinta se entona por lo mucho que relace, á poder de gomá preparada, tiempo hubo en que relucía mi cara como bien acéalada, tiempo en el cual mi cara andaba al-olio, mudando mas figuras que juego de primera, ejercitando mas metamorfosis que están escritos en el poeta de las odas, mudando mas colores que el camaleon estrujando pasas, encalando carbon, *desgerumando* redomas; en fin, tiempo en el cual estaba en mi mano ser blanca ó negra, morena ó rubia, alegre ó triste, hermosa ó fea, diosa ó sin dias. Verdad es que como esta arte estabularia requiere ciencia y potencia, yo lo compasaba de modo que la potencia la encomendaba á mi mocedad y á mis manos, y la ciencia á tres redomas y dos salseras, y con esto, cuando tañian á concejo en mi villa el día de fiesta, cantaba yo al son de mi bandurria tres y dos son cinco, y á Dios que esquilan. Mas ¡ay! que no hay tanta infelicidad cuanto haber sido dichosa una persona; este amargo trago, aquesta memoria triste debo yo á la mancha y fealdad que la tinta ha querido poner en los dedos con que yo solia hacer estas maravillas; mas creedme, señora tinta, que aunque mas usana estéis de haber mandado mis dedos, toca y lengua, y tras esto lo estéis de que la mancha vuestra me llegó al alma, por lo menos no podréis negarme que habeis calificado mi historia, porque de haber vos dado á entender que ya no tengo sumilleres de corps ni de cortina ni sacrisnuchos despolvorantes, desojados por mi contemplacion, creerán que soy escritora descarnada, desocupada de mociles ejercicios, que ni me vierto ni divierto;

que estoy machucha, que soy de mollera cerrada, que soy cogitabunda y pensativa, y no como otros historiadores de jaque de ponte bien, que de la noche á la mañana hacen madurar una historia como si fuera rábano. Pero porque no se alabe tanto la hermana tinta, ni se precie de manchega y de que se halla bien en estas carnes pecadoras, á fe que la he de quitar con saliva.

¡Ay, ay! Por el siglo del buen Diego Diez, mi padre, que he mojado tres veces el dedo con saliva en ayunas, y no quiere salir la mancha. Demonio es la negra tinta, pues aunque fuera serpiente, hubiéramos ya aventádola, y aun muértola; que, segun dicen en alabanza del ayuno, la saliva en ayunas mata las serpientes; mas, segun veo, esta tinta mientras mas la escupo, cunde tanto como si fuera olio, con que asientan y se entrañan la tinta y colores. Por mi fe que lleva camino de pedir término perentorio y meses de plazo antes de salir á cumplir el destierro; aun si fuese peor de sacar una mancha de las carnes que de los vestidos, seria el diablo. Peor está que estaba, juro como mujer de bien, á lo menos como mujer de buenos, que por quitar la mancha del dedo se me ha entintado la saya blanca de cotoniña, puesta de hoy. Ya es esto mal pronóstico, tiros son á mi fama, irremediable pena; que, en fin, para el vestido hay jabon, pero no para la lengua en la fama, contra quien esta mancha arma la mamona, estando en la ley jeroglífica, y quiere que mi misma pluma dispare contra mí la ballestilla. (*San acalora*)

¡Ay de mí! Por soberbia me tiene la fortuna, pues así me trata, pareciéndole que para humillar mi entonacion son necesarias todas estas diligencias. ¡Oh fortuna! admito la advertencia, pero niego el presúpuesto. Nadie piense que el intitularme Pícara es humildad superba, ó que pretendo hacer lo que algunos, los cuales disfrazando su nombre, ó debajo de bucólicas élogos y diálogos pastoriles, intentan lisonjear á otros y ensalzarse á sí mismos, volviendo las trabas en sueltas, trepando con grillos de cordel, y sacando caras de fiombres debajo de las máscaras de monas. Que quien entendiere bien qué cosa es nombrarme la Pícara, dará por creído que tomo otro rumbo, y voy ajena de toda soberbia y altivez. Heródes se ensoberbeció tanto un dia, que se vió adornado con ricas ropas de tela, reverberantes con el sol, que deslumbrado del resplandor de su vestido, ó por mejor decir de su ignorancia, dió en decir que era dios y que como á tal le adorasen. Mas como el cielo es enemigo de soberbios, y tanto, que por no poder sufrirlos dió con la carga en el suelo, y aun en el infierno, quiso confundir su soberbia loca á papiroles y aun á menos. Confundióle con manchas, las cuales cayendo sobre la ropa, le traspasaron el alma, como si cada gota llevara una saeta de celestial fuego envuelta en sí. Y fué que un dia le envió tanta agua y con ella manchas sobre su vestido rico, con que le dió bien á entender que su nueva divinidad era ahogadiza y pasada por agua, y aun aperdigada á ser pasada por fuego. Justo castigo, no lo niego. Justa pe-

na contra quien, por verse vestido de oro, se olvida que es de polvo y lodo, como si el oro y cuantos ricos metales hay no trajesen consigo la memoria de la muerte y corrupcion, en razon de que las arenas exhaladas, corrompidas y acabadas, en virtud de su corrupcion, se convierten en zafiros y en las demás piedras y metales preciosos. Y la misma memoria traen las sedas consigo, por haberlas tejido y labrado un gusano, el cual por unos mismos pasos va caminando á la muerte y á hacer su tela. Mas ¿á qué propósito se ha enfascado Justina en el miércoles de Ceniza, no habiendo pasado Carnestolendas? Yo te lo diré, amigo preguntador. A un Heródes relleno de divinidad postiza, bien fué que la tinta le diese á entender que tenia mas de manchego que de inmortal Dios; pero ni de mi vestido ni del nombre que me doy en esta historia ¿qué soberbia se puede presumir para que así me humille el cielo? Es sin duda que me tienen por tan soberbia los murmuradores de estos mis escritos, que han pedido al cielo que, para humillar mi entono, no se contente con haberme echado en remojo á puro hacer saliva, sino que llueva agua de Guinea sobre mis vestidos. Pues por mi fe que no hay para qué.

Ya seria posible que esta culpa no estuviese en mí, sino en mi saya. Mas por cierto que no sé yo, saya mia, qué culpas sean las vuestras que merezcan tan desproporcionadas penas. Antes de verdad afirmo que en mi vida tuve saya que mas en estado de inocencia viviese. Díome esta saya un inocente de los que caen por verano, habrá cuatro dias, con tan sana intencion y con tantas reverencias, que tuve escrúpulo de vestir saya tan reverenciada y reverenda, imaginando si acaso la habia rifado á alguna imágen, como el otro que azotaron, porque despues de haber ganado á san Anton la moneda, le rifó todas las cochinillas que le encomendasen aquel año, y lo mismo hizo con una santa Lucía, á quien, despues de ganado el dinero que tenia para aceite para la lámpara, le dijo: Señora santa Lucía, una noche, y sin ojos, bien os podréis acostar á oscuras. Con su salsa se lo coma, que á lo menos si pudo rifar la moneda á estos santos, pero no los doscientos amapolos que le mandaron asentar los señores inquisidores por estas insolencias y otras semejantes, que ni en burlas ni en veras es bueno partir peras con los santos, que son nuestros amos. Así que quizá este era rifa sayas, como el otro era rifa cochinos. Pero débome de engañar. Sin duda fué que aquel bendito que me dió la suya habia sido fraile novicio, y al dármele, no me habló, por no quebrar silencio, si ya no es que las niñas de sus ojos, como niñas en fin parleras, me parlaron un monton de cosicas. Tambien es verdad que ayer, que se contaron tres dias despues de la data, salió como ahogado á la orilla del rio, donde me columbró, yendo yo á una ermita de un ventero, y me dijo dos ó tres razones pavonadas, en que me apuntó algo tocante á la saya. Mas como yo estaba ya ensayada y era moza de buenas costumbres y mejores pasos y el hombre no sonaba, no dejé el portante, sino á lo em-

barado, le volví á mirar con unos ojos, que enfrenaran un berraco. Y desde aquel punto y hora quedó tan á tapon el pobre noviciote, que no me ha dicho chus ni mus. Así que la saya no tiene la culpa la pecadora, y no sería justo que, si la culpa es mía, lo pague ella señora saya, que ya se pasó el tiempo de los Sicionios, Píndaros, Colónios, en el cual ahorcaban los sayos y sayas de los malhechores, lo cual despues la gentilidad tomó por hieroglífico de la injusticia que hacen los jueces cuando imponen al inocente la culpa del malhechor. Mas ya podría ser que alguna otra saya mia, compañera vuestra, os hubiese pegado ruines mañas, merecedoras de estas manchas, que esto de malas mañas pégase mas que frisa de verdugo á carnes de público penitente.

Mas ¿qué hago de espulgar culpas de mi saya? Ya no me falta sino mirar si en el alforza se le ha retraído algun pecado nefando ó alguna descomunion de matar candelas, segun ando echándola hurones, que humeen los deméritos que la acarrearón la mácula. Mas ¿para qué me agasto? Para qué me consumo en despabilar las entendederas? ¿Qué puede haber sido el haberme manchado, lo primero los dedos, y lo segundo un vestido, sino un pronóstico y figura de lo que me ha de suceder acerca de mi libro, si ya no me ha sucedido? ¿Los dedos no son con quien escribo mi historia? Pues ¿quién duda sino que el haber caído en ellos mancha pronosticalas muchas que han de poner ó imponer á mis escritos? Acuérdomé haber leido que tomando Aristóteles la pluma en la mano para escribir ciertas cosas contra Platon, cayó una china de lo alto, la cual le hirió en el pulgar, y aunque no era nada agorero, dijo: Dedo apedreado no puede apedrear bien.

Y cesó por entonces de impugnar á Platon. A propósito. Mancharse mi dedo, y con el mismo material que le había de ayudar á escribir, es cierto pronóstico de que pondrán tacha ó impondrán mácula y dolos en los dedos que lo escriben, cuanto y mas en la intencion mia y en la perfeccion de esta mi obra. Y el haberseme manchado la saya con que yo me adorno es indicio que, no solo en la substancia de esta historia pondrán los murmuradores falta y dolo, pero aun en el modo del decir y en el ornato de ella, conviene á saber, en los cuentos accesorios, fábulas, jeroglíficos, humanidades, y erudicion retórica pondrán mas faltas que hay en el juego de la pelota. Pero pongan, que les llamaré gallinas. Murmuren, que sobre lo que se habla no están impuestos millones. Desustancien, que no les engordará el caldo esforzado que de aquí sacaren. Digan, que de Dios dijeron. Deslustren, desadornen. ¿Saben cómo me consuelo? Con una carretada de refranes. Arrastren la colcha para que se goce la moza. Tras diez dias de ayunque de herrero duerme al son el perro. Tañe el esquilon, y duermen los tordos al son. Al son que llora la vieja, canta el cura en la iglesia. Afuera murmuradores, cuyas lenguas son acicates de mi intencion: cuanto y mas que el tiempo, aunque es todo locura, todo lo cura, y es cierto que ningun otro

médico da tan infalibles recetas para curar un desengaño. Y por eso dijo bien un poeta: «No hay mancha que con algo no se quite, ni detraccion que el tiempo no desquite.» Si yo manchare ajenas vidas, linajes, estados, oficios ó personas, ó descubriere algun novicio secreto, el cielo manche mi honor. Mas pues no trato de eso, ¿por qué me quieren matar? Venga jabon, Marina, no te dé pena mi mal, que como dice el refran, no temas mancha que sale con agua. Donosa hisopada, que así me ha salmionado la saya. Vive diez, que como la saya es blanca y se ha salpimentado con tinta, parece naipe de sypplicacionero. Mas no importa, que las astutas de un momento á otro momento hacemos verano, y mudamos rostro, edad y casa. ¿Qué aliño para no mudar saya? Vive diez, no digo yo saya; pero á poder de miel ceroterá, entraremos en tantas mudas; que mudemos el pellejo, como la culebra ó cilliebra, que así la llaman unas benditas de mi barrio, que llaman á las zapatillas daifas; á las ligas, tenedorcillos; á las calzas, taleguillas; al faldellin, cerco menor; á las piernas, listoncillas; al culantro, cilantro; á las turmas del carnero, hígado blanco; y usan otros nombres á este tono, que los debieron de hallar en la calepina machorra, á quien atribuyó la otra Melibea, que decía que este nombre asno se habia de escribir con equis. Pero dejados asnos á un lado, venga papel Marina.

APROVECHAMIENTO.

Especial vicio es de gente perdida no llorar los graves desastres de su alma y lamentar ligeros daños del cuerpo. Tal se pinta esta mujercilla, la cual llora la mancha de una saya como su total ruina, y de sus enormes pecados no hace caso. De este género de gente dijo el Profeta: Tienen manchas desde la cabeza á los piés, y siquiera no cuidan del fin en que vendrán á parar males tamaños.

3.— DEL MELINDRE Á LA CULEBRILLA.

Soneto de piés agudos al medio y al fin.

Púsose á escribir Justina, y vió
Pintada una culebra en el papel;
Espantóse, y llamó al ángel san Miguel,
Diciendo: ¿Ay, que es culebra! y me mordió.

Mas ¿si es pintada? Si es. Mas bien sé yo
Que la culebra es símbolo cruel,
Franqueóla el temor. Luchó con él.
Es cobarde el temor, y amainó.

Ya que vió la figura sin temor,
Discurre así: ¿Acaso este animal
Anuncia solo mal? No. ¿Pues qué mas?
Bienes. ¿Cuáles son? Fuerza y valor,
Prudencia, sanidad. Oh pesia tal,
¿Qué me detengo? Pesar de Barrabás.

¡Jesus, mi bien! ¿Qué has traído aquí, Marina? Buena sea la hora que nombré culebra, pues veo con mis ojos la que con la boca nombré. Mas ¿si es dragon? ¿Si me ha mordido? Si me moriré? ¡Ay Dios! Al rostro me mira; debe de ser salta rostro. Válgame san Miguel, que venció al diablo; san Rafael, que mató al pece. Válgame san Jorge, que mató la araña, y san Daniel, que venció á los leones. Válgame santa Cata-

lina y santa Marina, abogadas contra las bestias fieras. ¡Ay me! ¿dónde huiré? Mas ¿qué boba soy? Que no es cosa viva, sino culebra pintada en el papel, que llaman de culebrilla. Ya parece que se me ha tornado el alma al cuerpo. Ya no tengo miedo. Mas ¡ay, qué necia! que presto nos consolamos las mujeres con cosas pintadas. Debe de ser porque somos amigas de andarlo siempre. Mas, si va á decir verdad, por mal pronóstico tengo ver pintada culebra en el papel, en quien estampo mis conceptos, y especialmente me da pena el haberla visto al tiempo que tomé la pluma en la mano. ¿No fuera este papel de la mano? Ya siquiera, con serlo, persuadírame á que después de escrito tuviera mano para hacerme mercedes, y me acarreará honra y provecho, dándome á maravilla el papel. ¿No fuera este papel de la mano, para ganar por ella á los que blasfemaren de estos renglones, por ser obras de las mias? Si fuera de la mano, creyera que era mostrador del reloj, con que pintan á la esperanza cuerda; pero siendo de culebrilla, entenderé que es amenaza de la invidia, cuyas armas fueron una sierpe ó culebra, que va engullendo un corazon.

¡Ay mi Dios! papel mio, ya que no sois de la mano, ¿por qué no fuisteis del corazon, para que en la historia, donde hago alarde de algunos empleos del mio, fuérades tan felice pronóstico como yo deseo? Necesidad teníades de corazon para mostrarle en las adversidades en que os habeis de ver, y aun cuando tuviérades dos, como las perdices de Paffagonia, no fueran de sobra. Mientras un animal muerto tiene dentro de sí el corazon, tarde y mal le penetra el fuego. Así, si vos, aunque vais muerto, tuviérades corazon, tarde os venciera el fuego de la invidia de mis contrarios, los cuales por momentos intentarían alquitranaros con el fuego de sus lenguas fogosas. Pero siendo de culebrilla, pensaré que sois el fogoso can Cerbero, ó que habeis de ser traidor, y ofreceros á quien de vos se quisiere servir para atacar contra mí la culebrina de su intencion infernal. En ver que teneis culebrilla ó dragon pintado, se me caen las alas de águila, tan propias de mi arriscado ingenio, y me parece que, así como es propiedad del dragon subirse al encumbrado nido de la real águila, donde, con el veneno que allí pone, quitara la vida á sus polluelos, si el águila no se valiera de la preciosa piedra élitica, llamada comunmente piedra del águila, que es única para malos partos, para ser gratos y amorosos y tiene otras excelentes propiedades; así pienso que cuando yo mas me encumbrare en el nido de la altísima elocuencia, cuando mas levantara el estilo sobre las nubes de la retórica, entonces el villano y terrestre vulgo hará alas de la envidia y veneno de la murmuración, y querrá, como el dragon, oprimir los polluelos de mi entendimiento, que son mis conceptos y discursos ingeniosos, que creo son particulares, por haber sido engendrados de un ingenio razonablejonazo, crecidos con lección varia, aumentados con la experiencia, acompañados y bañados de dulces faccias, que, demás de ser sin perjuicio de na-

die, van en un estilo muy aparejado, para dar bohemio á los principotes, cansados de cansar y estar cansados.

Mas ¿de qué temo? ¿Qué me acobarda? Ya pensaré alguno que soy agorera, y tengo tanto de esto como de ermitaña. ¿Es posible que la culebra solo anuncia males, y solo es tablilla de malas mensajerías? No lo creo. No hay animal cuyas propiedades en todo y por todo sean tan malignas, que á vueltas de algunas nocivas no tenga otras útiles y provechosas. La hormiga con su golosía daña, y con su diligencia enseña. La abeja con su miel convida, y con su aguijon atemoriza. El leon con su cólera mata, y con su nobleza acaricia. El águila con su fiereza persigue al dragon, mas con su realaleza ampara los hijos de la cigüeña montañesa, su media hermana.

Los elementos con sus excesos matan, y con su temperamento vivifican. Los animales venenosos con lo mismo que dañan aprovechan á los heridos. Luego no es de creer que haya animal el cual no tenga algunas buenas calidades que sean pronósticos de algun buen suceso. Segun eso, algo de bueno habrá en la culebrilla que me prometa un venturoso fin. Milagro es que no se me acuerde á mí lo bueno que significa la culebrilla, que no hay hoja en los jeroglíficos ni en cuantos autores romancistas hay que yo no tenga cancelada, rayada y notada. Doyme en la frente con la palma para preguntar á mi memoria si está en casa. Ya, ya. Ya se me acuerdan mil primores acerca del símbolo y buen anuncio de la culebrilla. Moza, abre esas ventanas, que, segun me hierva de concetos esta cholla, no hay papel en casa de Apica la papelería ni tinta en los tinteros para comenzar á discantar los alegres pronósticos que me anuncia para en este caso la culebrilla, cuyo temor he rendido con la memoria de lo que tengo de escribir á este propósito.

Por cierto, si bien lo miro, antes tengo por anuncio de gran consuelo que el papel en quien deposito mis conceptos y mi sabiduría sea de culebrillas. Lo primero, porque quien viere que mis escritos tienen por arma y blason una culebra, pensarán que soy otra diosa Sofia, reina de la elocuencia, y que me convertí en culebra, no para engañar al dormido Adán, como los herejes valentinianos lo afirmaron de la dicha diosa Sofia vuelta en culebrilla, sino para enseñar sabiduría á los endormidos, que no saben en qué mundo viven, segun como lo canta el poético coro de la misma Sofia vuelta en culebra. Y en parte no se engañará quien pensare de mí aquesto; porque yo en el discurso de este mi libro no quiero engañar como sirena, ni adormecer como Cándida, ni trasformar como Circe ó Medea, ni entontecer como Cecrope, ni deslumbrar como Silvia; que si esto pretendiera, no pusiera las redes en la plaza del mundo, ni las marañas por escrito y de molde. Quiero despertar, amonestar y enseñar los simples, para que sepan huir de lo mismo que al parecer persuado. No hablo con los necios que, para ser oidores de mi sala, á los tales cuéntolos por sordos, y aun ternia á gran mer-

ced si para en caso de leer fuesen ciegos, que de esta suerte pensaria que, siéndolo, me serian mas acetas las oraciones que me rezasen á cierra ojos que con ellos. Así que, lo primero, la culebrilla os significa la desengañadora elocuencia mia.

Pintan á Aristóteles como que traslada sus escritos del corazon de una culebra, por ser ella símbolo de la prudencia, astucia y sabiduría. Y así, debo entender que mi autoridad importa que el papel en quien yo escribo sea de culebrilla, porque de aquí colegirán mis devotos, si gustaren, y mis amigos, aunque les pese, que mucho de lo que aquí dije lo trasladé del mismo original de quien Aristóteles trasladó la ciencia con que se alumbra el orbe.

Esculapio, dios de la medicina, tuvo por armas y blason una culebrilla argentada, en memoria de que en figura de culebra hizo en Siconia milagrosas curas, en especial en materia de ojos. Esto me viene muy á propósito, porque la culebrilla me promete, y yo me prometo, que con mis escritos he de curar y desengañar muchos ciegos, conviene á saber, madres descuidadas, padres necios, inocentes niñas, errados mancebos, labradores tochos, estudiantes boquirubios, viejos locos, viudas fáciles, jueces tardos. Y debérseme ha el blason de segunda Esculapia, pues lo que la culebra rasguña, mis obras lo dibujan. Y si faltare quien me diga un amen, por lo menos podré decir que una escritora ha dicho gran bien de mis cosas, y será tanta verdad, como que yo soy nacida y tengo boca.

El dios Mercurio era el dios de los discretos, de los facetos, de los graciosos y bien hablantes; y este tenia por armas una hermosa culebra, enroscada en un báculo de oro. Segun eso, norabuena os vea yo, culebrilla mia, enroscada en el papel sobre quien yo recliné mi corazon y mis manos; pues con esto entenderán los que en vos vieren mis obras que no les quiero dar pena, sino buenas nuevas, como el dios Mercurio. Que les hablo con donaire y gracia y sin daño de barras. Que si con lisonjas unto el casco, por lo menos no es unto sin sal. Que si amago, no ofendo; que si cuento, no canso; que si una liendre hurto ó fama de alguno, le restituyo un caballo. Que con los discretos hablo bien, y con los necios hablo en necio para que me entiendan. En fin, todas son gracias de Mercurio. Y si doy algun disgustillo, es con palo de oro, que es como palo de dama, que ni dañan ni matan.

Pero ya que tantas cosas se me acuerdan en pro del prójimo, querria dar con alguna en derecho de mi dedo, por no ser del bando de los galeotes, que dicen no se haber ensillado para ellos el refran que dice: Mas cerca está la camisa que el sayo. Ya, ya, una boa; la culebra, para no dar á la muerte franco el postigo de los oidos, por donde el encantador la guia, cose el un oido con el suelo, y el otro zúrcele con la cola para que á puerta cerrada se torne la muerte y aun el diablo. ¡Oh culebrilla, amiga mia, y qué bien me está remirarme en el espejo que me aclara vuestro catecismo, y aprender en él y en vos cómo me he de defender de los que so-

capa de melosas lisonjas me balldonan! Bien sé que de estos sirenos enmascarados me han de salir á cantar y ladrar juntamente. Unos me dirán: Buena está la pica-rada, señor licenciado; otro dirá: Gentil picardía; otro: ¡Oh que pícaro libro! Otro dirá: Buena está la Justinada; otros: Bueno es el concetillo, agudo pensamiento, gánasela á Celestina y al Pícaro. ¡Dolor de mí, si yo no supiera que hay mordiladas insertas en uncion de casco y pullas envueltas en lisonjas, y aun envidias enroscadas en alabanzas! Hermanitos, á otro perro. Mil años ha que hice esta obrecilla. Para aquel tiempo sobraba, y si no fueran mocitos, que de lástima no me han dejado vaciar esta conserva, ya hubiera este librito fídose por su pié á la especiería. Dícenme que está muy bueno el librito picarero y que se holgaran con él. Vayais norabuena, librito mio, que mas cuestan los naipes, y valen menos. Si ello el libro está bueno, buen provecho les liaga; y si malo, perdonen; que mal se pueden purgar bien los enfermos si yo me pongo ahora muy de espacio á purgar la Pícara. Mas ¡ay, que se me olvidaba que era mujer, y me llamo Justina! Vayan con Dios, que estábamos hablando yo y el señor don papel de culebrilla.

Señor don papel, como digo de mi cuento, si alguno de estos hombriperros ó perrihombres os saliere á cantar por delante, y á morder por detrás, no tengais pena, que, teniendo culebrilla, con lo que os ladraren jugaréis de diente, y con lo que os cantaren con lisonja ó sin lisonja haréis lo que la culebra, cosiendo el un oido con el suelo de humildad, y el otro con la cola de despedida. El ignorante vulgo es de casta de perro de aldea, que halaga al zafio mal vestido, y ladra y muerde al caballero bien ataviado que pasa de camino, no teniendo otra causa de este mal acierto, otra que su natural ignorancia y el no tener trato ordinario con los de hábito semejante. Así, el vulgo ignorante, como no conoce ni sabe qué cosa es una discrecion en hábito peregrino, á bulto ladra á la fama del autor, y aun si puede morder, se ceba asaz. Culebra teneis, papel mio, defendeos. Si á lo grave que teneis os perdieren el respeto, silbades, y aprovechaos de que teneis culebra y teneis de pícaro lo que yo de pícara; y si prohibiaren, morderd, que los dientes no se hicieron para echar melecinas. Solo os pido que si llegare un Perez de Guzman el Bueno, os rindais á su grandeza, acompañada de hidatga intencion y noble proceder, que ni por Perez tendrá pereza en haceros bien, ni por Guzman le será nuevo el usar de cortesía. Y generalmente quiero que os rindais y sujeteis al noble lector, que con bondad pasare los ojos por vuestros sanos consejos, vestidos con el zurrón de chistes y gracias picarescas, que, en fin, teneis culebra y es vuestro oficio andar pecho por tierra. Ahora bien, mal ó bien preparado ya, tengo papel sin temor, dedo sin mancha, y pluma sin pelos. ¿Puesta estoy á figura para escribir? No me faltaba sino que vos, señor tintero, os entonásedes y hubiesémos menester hacer otros tantos conjuros. Mas yo os fio. Que siendo tan propio de cornudos el sufrir, siendo vos do-

uro cuerno (por bien lo nombremos), forzoso será que sufráis estocadas de pluma que os saquen sangre tinta, y tengais tanta paciencia cuanta suele tener una olla de mondonguera ó mal cocinada, en la cual, segun decia Cisnerós, es mucho de ponderar; que, aunque tan de ordinario es combatida de esmerilazos de cucharrear, jamás quebró ni estalló ni hendió por los lados mas que si las tales ollas fueran encantadas. Agua va, desviense, que le tengo á punto, y va de historia.

APROVECHAMIENTO.

La verdadera sabiduría es luz, que no solo descubre su

objeto, pero á sí misma se manifiesta á quien la posee, de manera que nadie hay que mejor sepa lo que sabe ó lo que ignora que aquel en quien la ciencia está. Y por el contrario, el ignorante la primera ignorancia que tiene es de que es ignorante. De aquí es que con razon pinta el autor esta mujercilla tan husca, de cuatro jeroglíficos que leyó en qualche romancero, en el entretanto que se le sacaban los paños ó traian el medio para medir cebada, que le parece que no hay sabio de Grecia á quien no la gane, ni hombre que no invidie su sabiduría y elocuencia.

LA PICARA JUSTINA.

LIBRO PRIMERO.

LA PICARA MONTAÑESA.

CAPITULO PRIMERO.

De la escribana fsgada.

1. — DEL FISGON MEDROSO.

Octavas de esdrújulos

Al comenzar Justina, entró Perlicaro
Llamado el mataquista, semi-astrólogo,
Miró á medio mogate, al uso picaro,
Y viendo un libro sin título ni prólogo,
Hizo el columbron y pino de Icaro,
Tosió, sentóse, y dijo : Yo el teólogo
Condeno por nefando ese capítulo,
Pues va sin nombre, prólogo ni título.
Ah sora coroniconá, ya es deífica;
¿No responde? Pues oya, es un mal pésimo,
Que porque ha visto ya que no es prolífica,
Dé en coronista el año quincuagésimo.
Métase á bruja, que es arte mas pacífica.
¿Qué aguarda? Ella ha de ser, y no al centésimo.
Corrióse Justina, brava como un Hércules,
Aquel que dió famoso nombré al miértoles.

Nació Justina Diez, la Picara, el año de las pacidas, que fué bisiesto, á los 6 de agosto, en el signo Virgo, á las seis de la Boba allá. ¿Ya soy nacida? ¿Ox que hace frio! Tapajija, que me verán nacer desnuda. Tórnome al vientre de mi señora madre, que no quiero que mi nacimiento sea de golpe como cerradura de loba; mas vale salir de dos golpes, como voto á Dios de carretero manchego. Quiero marchar de retorno á la panza de mi madre, aunque vaya de vacío, y estaréme uchoando de talanquera, que todo lo he bien menester para responder al reto de un figson, que, andando ayer cuellidogollado, ha salido hoy con una escarola de lienzo tan aporcada como engomada, mas tieso y carrancudo que si hubiera desayunádose con seis tarazones de asador, y para los que no le conocen, yo les pintaré su traza, postura y talle.

Llámase Perlicaro á contemplacion de una su doña Almiré, que por el gran concepto que concibió de sus buenas partes, le llamó Perlicaro, dándole nombre de perla por su hermosura, y el de Icaro por la alteza de su redoma sabiondez. Mejor me parece á mí que fuera

denominarle Perlicaro, de que en ser murmurador de ventaja era perro ladrador, que el perro símbolo fué de la murmuracion por el ladrar, como de la lisonja por el lamer, y en el trato era picaro, y de uno y otro se venia á hacer la quimera de un Perlicaro. Mas pase, que esto de dar nombres jacarandinos es pintar como querer. Entró el muy picaro husmeando como perro perdiguero, jugando de punta y talon como si pisara sobre huevos, deshombreciéndose por mirar lo que yo hacia, haciendo colombrones de sobre ojo con la mano sobre la frente, empinándose por momentos al modo que los pícaros se realzan y alean de revuelto cuando dicen que hacen los picnicos de Icaro.

Ya que confrontó conmigo y tuvo llena la barjuleta de lo que pensaba decir de repens, comenzó á retorcer é hilar un bigote mas corpulento que maroma de guindar campanas, mirando de lado y sobrehombro como juez de comision á criados alquilones, torcido el ojo izquierdo á fuer de balletero, cabizbajándose á ratos mas que oveja en siesta, volteando la lengua sobre el arco de sus dientes con mas priesa que perro de ciego cuando salta por la buena tabernera, con un si es no es de asperges de narices, hablando algo gangoso como monja que canta con antojos, y á puntería me habló así:

Sora Justiniga, sora pícara en requinta, ¿de cuándo acá da en ser coroniconá de su vida y milagritos? ¿Escribe la historia de Penélope, de Circe, de Porcia y de otras de esta birlada? ¿Su vida guachapea? Bien hace, que quizá no hallara otro historiador que contara la vida de una persona tan necesaria como secreta. Pocos hubiera que á cuatro azadonadas de su leyenda no quedaran oliendo á pastel de ronda. Para coronista no tiene poco andado, que algun dia habrá tenido mas de cuatro coronas en su casa. ¿Tienes verecundia, coronista de Bercebuc? ¿Qué madre Teresa, para escribir sus ocultos éxtasis, captos y devociones? Qué Eneas, para contar á Dido cómo salió libre y sin daño de los abrasadores incendios de la tierra y de los recios in-

fortunios y borrascas de la mar? Qué César, para comentar sus hazañas, indignas de que otro que él las tomase en la lengua ó pluma, ya corta por envidiosa, ya larga por lisonjera? Qué Esdras, para contar la reparacion de su pueblo, que obró con una mano y escribió con otra? Qué Moises, para escribir el Pentateuco santo? Maldita sea la manta que te escupió. Mas yo me perdono porque voarced me perdone, y me deje llegar otro palmito.

A buen tiempo llegué, señora niña, pues vine á punto en que, por mi gran culpa, la vi nacer envuelta en las pares de los dos oficios mas comunes de la república; pregunte á mamá si quiere que la enalbarde con miel y huevos güeros unas torrijas y haga por ella los demás oficios de partero. Mas ¿cómo no gritó su madre pariendo una hija tan grande? Aunque debe de ser que como usted es hija tercera, y su madre pare como des-cosida, la parió sin pujo, como quien se purga con pepinos. Dígame á su madre si quiere unas cuentas de leche para desenconar los pezones. Dígaselo. Ande. Ea. Aunque no. Téngase, no se tenga. La verdad. En mi almario, que cumpliera todo lo que la he ofrecido si su madre tuviera la mitad de años que usted alcanza por el presente. No se me enoje, daifa, que vengo enfermo de vómitos. Y aun ahora en principio.

Dígame, así se vea sin esa ruga que le hace mamona en la frente, ¿en qué ley de historia trágica halló voarced que se puede comenzar un libro sin prólogo, ni capítulo sin título? Este capítulo ¿cómo puede ser capítulo sin cabeza? Este libro, ¿cómo lo puede ser sin título, prólogo ni sobrescrito? ¿Es este acaso el original del libro de los naipes? ¿Ella es la humanista? Por cierto, si no supiera mas de otras humanidades, que de estas escritas, pocas cuentas tuviera que rematar en el valle de Josafat. En esto tosió, y con gran estron-didad se sentó. Y, como si fuera un senador ó concilista, dijo: Digo yo el licenciado Perlicaro, ortógrafo, músico, perspectivo, matemático, arismético, géometra, astrónomo, gramático, poeta, retórico, dialéctico, físico, médico, flebotomo, notomista, metafísico y teólogo, que declaro ser este primer capítulo y todo el libro el segundo pecado nefando, pues no tiene nombre, prólogo ni título.

Señora suputante, la que fué nacida del año moque-ro en el mes gatuno, ¿á cuántos números ó capítulos piensa poner el de mi camarada, el alferez Santolaja, llamado por otro nombre el Moscon celibato, que fué su marido? ¿No ha de decirnos con muy buena corriente cómo la barqueó y lo de la purga surrepticia, con que le hizo aflojar las cinchas un coto? Avisame cuando aportare á los arrabales de este capítulo, que yo le pondré de mi mano una ó dos márgenes, sacadas del rio Leteo. Haréle una tabla, señalando en ella los lugares comunes de su vida y legenda; que todos lo han sido desde que su edad encontró con cero, y con la tabla le haré un par de cornucopias no malas. Y aun si yo quiero, la haré un sótano, digo un soneto, para la cabezada de su libro. porque parezca madeja con cuen-

da, que, si llega á gozarla, no será la primera madeja de que goce. Y si voarced no quiere que su libro llevo piés ni cabeza, ahórquese en buen día claro, y aun esto no habrá lugar, porque si para colgarla no tiene cabellos ni piés ni cabeza, aun para ahorcada no será de provecho. Espérame, que yo daré la postrer bocada luego, que no acierto á morir de súpito.

Díganos, madre Berecinta, si acaso es su intencion traspalarnos su vida á enviones de capítulos y sorbetones de números, como si fueran las obras del buen san Buenaventura (buena nos la dé Dios), ¿por qué sò olvidaba los mejores dos tercios de su historia? Lo primero, el abolengo de la cristiandad de su padre, cuyos abuelos son tan conocidos, que nadie lo puede ignorar, sino es quien no sabe que aquellos son cristianos á quien dan el santo bautismo, especialmente cuando son gente que lo hace á sabiendas. Lo segundo, ¿por qué no alegró la fiesta con la cascabelada de los abuelos de parte de madre? Que si los pusiera en ringla, sonaran mas que recua encascabelada. Pues aun, sin estos dos lios, se olvidó otro muy perteneciente á su vida. Decláreme por qué calló su concepcion, refiriéndonos por estupendísimo portento que supo callar los nueve meses que anduvo en el vientre de aquella su madrona, que en el cuerpo fué ballena, y en el alma Celestina. ¿Tan poco le parece que hay que hacer en comprender lo que hizo en el comedio de aquellos nueve meses de su taciturnidad increíble? Yo seguro que en toda aquella nuevemorada no anduvo ella queda, sino que hizo algun enredo allá en las tripas de su madre, como se escribe en la historia de aquel gran trapacista Falencio, el cual (todos somos historieros) el qual, en los nueve meses que estuvo en el vientre de su madre, en estando ella dormida, le sacaba algunas tripas, y se las iba á vender á las bodegoneras. A mí, reñona, ¿á nada responde? Ya se nos hace deífica, despues que tiene de historia lo que se podia digerir con dos de girapiiega? ¿No oye? No, que está muerta; pues vaya de responso á humo muerto.

Anima pecadora, sánete que si va á jeringar verdades por red de matraca, que me parece pésimamente que ahora dés en esa flaqueza. ¿Cómo, ahora que había voarced de aprovecharse de su experiencia para ser maestra de principiantes y medío mundo, da en escriba? Hase tardado toda su vida en hacer cortar plumas, tornear tinteros y bruñir papel, sin haber escrito cosa que sea de provecho, ¿y ahora quiere en el mas breve tercio de su vida guachapear historias? En fin, que despues que la experiencia le enseñe que no es prolífica, ni está de provecho para hacer oficios en derecho de nuestro dedo, ¿quiere dar tan en derecho de los suyos, que pretende sublimar en los cuernos de la luna una vida que ha tantos años que anda en los del toro? ¿Y para eso pone en cabeza de mayorazgo que nació en el signo Virgo, olvidándose que aquella hora hubo eclipsi entre Virgo y Capricornio y quedó Virgo do lado? ¿Halo por dejar oficios rencillosos y tomar oficio pacífico? Pues métase á bruja, que la mitad del

camino tiene andado. ¿A cuándo aguarda? Ello ha de ser, pues es cierto qué es usted tan diligente, que no ha de haber barranco que no navegue, ni mal paso por do no ande. ¿Por ventura piensá ser bruja en el año matusaleno? No lo crea, que sería mucho durar vasija tan tresnada, que ha mucho que pisa la soga y ya se roza; yo bien estoy, señora miadora, que despues de ser quincuagésima, dé en Carnestolendas, pero no en historio garfio. Segun eso, ¿á cuándo aguarda? Diráme qué es mocita la recién nacida: No medre don Perlicaro, si á buena cuenta, tomada el bisiesto en que nació hasta el presente en que estamos, no hace hoy cuarenta y ocho, tan justos como baraja de naipes, si ya no es que los cinco ceros y un cinco le vengan á plana ringlon, por aforrarse con la mejor pinta de en tres.

Aquí puso mi paciencia el *non plus ultra* á la espera de la enfadosa matraca. Ya has oído lo que me dijo este alquilador de verbos. ¿Qué sería bueno que hiciese en este caso una matrona como yo? Enojarse á todo reventar. Y dirán ¿de qué? Yo, te lo diré, amigo preguntador, si me dejas tomar huelgo para el salto. No se me hizo nuevo que hubiese matraca en el mundo ni que á él viniese quien diese vayas, que el Dios de amor las dió á la muerte en diferentes casos y en coyunturas en que el amor tomó por empresa los mismos muertos amantes que la misma muerte habia señalado por triunfo de su victoria. No me dió pena que fray Menos diese matraca á fray Mas; pues en las historias consta que ha habido criados que se han puesto á dar matraca á príncipes, sus señores. Tampoco me pareció cosa indigna de pechos nobles sufrir vayas y fsgas de fsgonesrateros y de medio mocate, que aun el águila, segun vemos, muestra su realaleza y condiciona hidalga en estar muy paciente y serena cuando la corneja se pone, papo á papo, á partir peras con ella y aun á hacer de ella burla con visajes y ademanos, sin que esto gaste un adarme de su paciencia, tanto, que algunos filósofos griegos dieron esto por jeroglífico de la paciencia á que su misma realaleza les obliga á los monarcas. Pues dirás: ¿de qué se enojó Justina? ¿Dirélo? Cómame el pelo. Ahora bien. Yo lo diré á sorbitos, que los que enfermamos de corrimientos no podemos estar tan á punto como los otros.

Vaya el primer sorbetoncito. Enojéme, enojéme de que á tan mal tiempo y en tan mala sazon, como era al punto que tomaba la pluma en la mano para sacar mis partos á luz, me hablasen á la mano. No ha salido mala la desecha de mi enojo, y no poco verisimil la razon de mi enfado. Y por si alguno pensare que la razon que le dado es cristiana, verdadera y católica, yo la quiero confirmar, y sea con una fabulita que no hiede. ¿Acuérdanse de la fábula de la Zorra, que por otra causa semejante á esta se enojó como yo y echó su maldición á una gata preñada en agosto, y desde entopces salieron los gatos agostizos desmedrados? Pues si no sabes la fábula, oye, que con la fábula de la Zorra me desterró mi madre. Estaba la zorra en una ría, y como siempre anda á buscar de comer de lance, parece ser

que quiso engañar á las sardinas para cumplir con su buen deseo de cuaresmar por agosto. Y para esto dió en escribir una carta á las sardinas del mar. Escribió, y decia la carta así: «Señoras sardinas: El salmon, mi señor, besa á vuestas mercedes las manos, y dice que »por acá en agosto hay frio en rostro; y así, que vuestas »mercedes se vengan acercando adonde suelen, que ahora es buen tiempo, entre la siega y la vendimia, que andan los pescadores en la labor del campo y le dan franco á vuestas mercedes. Por caridad las amonesto »que no aguarden á venir cuando suelen, que, como las »han caído en el chorrillo, no dejarán piante ni mamante á quien no pongan cerco y maten: matados ellos se vean, que tan injustamente persiguen á vuestas mercedes. A mí no me va nada, mensajero soy del señor »salmon. Pesarmeia de su daño por lo mucho que me »muero por vuestas mercedes, y tambien creo se morirán vuestas mercedes por mí. Y con tanto, nuestro señor »guarde á vuestas mercedes de falsos y engañadores. Fecha en Alba á los ligados de agosto.» Ya que firmó de él su carta la hermana zorra, contrahaciendo la firma del salmon lo mejor que supo una gata preñada que allí estaba, pareciéndole que la treta iba buena, y que si las sardinas anticipaban su venida, ella y la zorra sacarian el vientre de mal año, de puro contento comenzó á retozar. Y el retozo fué tal, que repeló la zorra, quebró la pluma, borró el papel, y lo peor fué que puso la carta de máscara é imposibilitó el leerla. La zorra, viendo que se le iba el mensajero, que era la lamprea, y que tenia poco tiempo y menos papel, viendo su traza resuelta en retozos y su intento tan deshecho como su vientre desesperado, maldijo con todo su corazón á la gata y á cuanto en el vientre traia, diciendo: Asados veas tus hijos como sardinas. Comprehendió la maldición á la pobre gata, y desde entonces salieron los gatos agostizos, tan desmedrados y friolentos, que á trueco de calentarse, se ponen á asar como sardinas. Quejóse la gata criminalmente de la zorra ante el leon, y dijo: Muy poderoso señor. Yo doña gata digo: que tengo alquilados por un tanto todos los retozos de mar y tierra, sin embargo de que todo el linaje gatuno y todos mis antepasados han tenido ejecutoria de esto y privilegio inmemorial. Y siendo así que, usando yo de este mi dicho privilegio y ejecutoria, cierto dia retocé un poco con ciertas menudencias, la madre zorra me ha echado maldiciones, que me han prejudicado á mí y á mis hijos. Por tanto vuestra alteza me desagravie, y pido justicia, etc. Dióse un traslado á la zorra, la cual en descargo de la sobredicha acusacion, dijo así: Muy poderoso señor: Yo doña zorra digo que, respondiendo al cargo que falsamente me impone nuestra hermana la gata, afirmo que, caso negado que yo la haya maldecido á ella y á su generacion, no lo hice por impedirle sus retozos, que en esto ni entro ni salgo, retoce hasta que reviente, aunque fuera bien que una gata que es gata de bien y ya madura y preñada, mirara cuán mal le está andarse ahora en retozos. Mas pues dice que ha ganado privilegio ó comprádolo, cada cosa en su tiempo.

po retoce! Pero, señor leon, cada cosa en su tiempo. ¿Es bueno que al punto que yo escribo mi carta y hago mi hacienda y aun la suya, venga la hermana gata con sus manos lavadas y lo eche todo á mal? Antes digo que yo soy la agraviada, y ella debe ser castigada con la pena del talion, como acusadora inicua, y pido justicia, etc. El leon, como padre en fin, proveyó una justicia de entre compadrés, y mandó que la gata pidiese perdón á la zorra y no hubiese pleito entre personas de una profesion. A propósito, yo no digo que quien tiene por oficio el fisgar no viva de matracas, que es su oficio, como el de la gata retozar; pero quéjome que haya venido á hablar á la mano á una persona cargada de conceptos á tiempo que comenzaba á partir y hacer hacienda, que fué tanto como el arar sobre yemas de vid y ventear sobre cierna de espiga. Esta fué la causa de mi enojo para quien lo quisiere creer; pero si va á no meter la verdad entre cachivachos, sábetelo que me enojé de que (¿diré? otra vez me rasco, vaya), de que me llamó vieja de cuarenta y ocho años al menorete, y aun si lo notaste, me llamó quincuagésima, que es la edad en que las mujeres apelamos para Noé. Quiero decir, apelamos para decir que no es así, aunque nos metan el libro del bautismo en las niñas de los ojos; que antes nuestras niñas, por ser niñas, aborrecen semejante libro, que para ellas no es libro de vida, sino de muerte. Son burlas tan pesadas, que no hay mujer, por atlantada que sea, que pueda llevar onza de ellas. El querer que la mujer guste de estas burlas es querer darle un burro para perro de falda y que guste de sus coces como si fueran paticas de un don florisel lanudo. El que gusta de decir las semejantes gracias es tanto como tener gusto de ver patear las gentes, como hacia Perico de Soria, el de la aguja de descoser almas y tripas. Esdar en lo vivo, es ser segundas parcas. Par diez, yo me corri, enojéme. Y hecha una onza de enojo y una arroba de cólera, le dije en esta guisa,

APROVECHAMIENTO.

Concedió á los hombres el Autor de naturaleza la política comunicacion de palabras y el uso de ellas para ayudarse unos á otros en las miserias de esta trabajosa peregrinacion, para pedirse socorro en los trabajos, para alentar el amor del prójimo y de Dios, último bien nuestro. Pero los hombres ignorantes y viciosos adulteran la lengua y las palabras, usando de ellas para comunicar entre sí mismos cosas frusleras y vanas, mas propias para calladas que dignas de salir á luz. Tales son las que en las fisgas y matracas usan de ordinario pajes, estudiantes, damas cortesanasy gente de la faccion de Justina y Pelicaro, como viste en el número pasado y verás en el siguiente.

2. — DE LA CONTRAFISGA COLÉRICA.

Terceto de esdrújulos.

Justina está de cólera frenética,
Por ver que la llamaron quincuagésima,
Como si aquesto fuera ser somética.

Miente, remiente, le dije, el muy picaño, que no tengo tantos años como matricula el contador del diablo. Y no porque sea burro de raza ha de retozar con los años, que es burla asnal. Sepa que la edad de una mujer en teniendo cero es de cera para en caso de andar con ella. No sin causa mandan los obispos que los años de una persona se queden en la iglesia en el libro del bautismo, y guarden el libro los mismos curas que guardan los pecados en secreto, todo á fin que nadie ande ni toque ni burle con los años de nadie. Y pues se precisa de haber comido del salpicon de Silva de varialeccion, ¿parece que fuera tan grave afrenta y maldicion ser las mujeres estériles, segun consta de las historias, si no fuera que la esterilidad es ajuar de viejas? No sabe que aun los milanos, en sintiéndose viejos, corridos de serlo, no parecen entre gentes, y por no parecer parecen de hambre? La culebra, por no parecer vieja, se mete en prensa de piedra, aunque le duela. Y el águila demostola el pico por no parecerlo, y aun se echa á cocer en agua caliente para renovar sus plumas, porque tiene decoro al refran que dice: Padece cochura por hermosura. Y aun los niños le pudieran enseñar esto, pues para significar cuán aborrecible es la vejez, dicen que el repelarles los cabellos por la parte mas sensible y delicada, que es la mayor pena que ellos conocen, la llaman estira viejos. Y pues usted toda su vida ha vivido á ratos perdidos, ¿por qué algunos de los que ha ocupado en leer cartispitis no los aplicó á leer que los griegos, para encarecer cuán odiosa es la vejez aun á los mismos dioses, dijeron que porque una vez entró á ver el cielo, mandó Júpiter que se hiciesen dos escobas de dos rayos y con ellas barriesen el sitio donde la Vejez estampo sus plantas, como si su mal olor pudiera corromper lo incorruptible? Y las fábulas refieren que en la república de Gauja una mujer riñó con dos verdades, llamadas la una Vieja sois, la otra Fea sois. Y finalmente, no paró hasta que las acusó falsamente por sométicas, induciendo muchas mujeres que fuesen testigos. Fué de modo que quemaron públicamente por sométicas las dos verdades. Mire él si yo fuera de las mujeres de aquel tiempo, á qué figurillase habian puesto. Siempre estas verdades saben á nueces verdes. Diráme que pues los hombres no se ajuagan de que los llame viejos, antes se afrentan de que los llame mozos, tampoco es justo que Justina se enoje de que se lo digan. ¡Oh qué gentil entablar para un penseque! Bien parece que no es hombre, pues no sabe en qué cae el serlo ni dónde el hombre tiene el tuétano, ni la mujer la cañada; y de ignorar estos principios, le viene el errar los fines. Es como el otro desollador principiante, que en estando un animal sin orejas, decia que no se podia atinar dónde estaba la cola; porque la ignorancia de los principios es erradora de colas. Si quiere saber que lo que ha dicho allá entre cuero y carne no tiene entre sí semejanza que un huevo con unas medias calzas, sepa que los hombres, solo por tener derecho á enfadar de oficio, huelgan que los llamen viejos; pero las mujeres, como huelgan de ser bonazas, provechosas, salsa de gusto,

pollas comederas, rabanitos de mayo, perritos de falda, por eso gustan de parecer moritas, y desgustan de que las llamen talladas. Y si va á hablar á lo gordo, como quien gobierna el mundo desde el banco del Cid, sepa que el hombre fué hecho para enseñar y gobernar, en lo cual las mujeres ni damos ni tomamos. La mujer fué hecha principalmente para ayudarle, no á este oficio, sino á otro de á ratos, conviene saber, á la propagacion del linaje humano y á cuidar de la familia. De aquí nace (atencion por caridad) de aquí nace que porque el varon en la vejez está mas á propósito para el gobierno, por estar mas instruido y experimentado, lo mismo es llamarle viejo que decirle un requiebro, y le pesa encontrar con Jordanes que le remocen, digo de día, que de noche hay otro calendario; por el contrario, la mujer, como fué hecha para ayuda de cámara, en viendo que los años se van de cámaras, y los hombres las tienen por decírselo, ponen un gesto de pujo; y el llamarlas mozas ó niñas es tañerles una almendrada. Y por eso dijo aquel gran trovador de las plateras:

Si quieres gozar lo que goza,
Y lo que el sabio aconseja,
Llamarás moza á la vieja,
Carrilla y niña á la moza.

Dígame, irregular, ¿hame visto dejar de comer nueces por falta de muelas? Soy yo como él que, para refinar y ennegrecer la barba overa, se peina con escarpidor de plomo; ¿y no ve el pobrete que está como el puerro con porretas verdes y raíces blancas? No gasto yo mi patrimonio como él en agallas, ferreto, nueces, granadas, piñones, mirra, salvia y lejía, con que hace ungüento y liga para que el rey negro restaure su barbacana. Y ya que le parece mal que yo sea historiadora de mi vida, no lo sea él de mis años; ni es bien que se meta en hacer cuentas justas un tan público pecador como él. Sepa, que si parece que tengo rugas, es que cuando me enoja con hidarvines como él, hago alforzas en el rostro para embeber la cólera. Y créame, que á no saber que ha poco que le hizo de corona el dueño de la montancha, Dios es mi padre, que le diera un cabe á vista de oficiales. Haga cuenta que no soy nacida y que en el vientre de mi madre me estoy todavía, que acá sabremos nacer y ser nacidas, sin que nos madure ni partee el muy comadrero. Lo que podrá hacer es, á la señora su espada virginal la partee y saque del vientre de la vaina, que á fede hija de agrijo y nieta de dulce, que pienso que la vaina de la dicha durindana ha muchos años que está preñada teniendo dentro en sí el intacto *Joannes me fecit*. Nacidas ó por nacer, así nos quieren en nuestra casa. Y el capítulo del viejo, yo le pondré de modo que le amargue, y sepan todos cómo mi marido Santolaja, si fué moscon, le picó en las mataduras, y aunque celibato, le bregó á coces la barriga al muy lebron. Qué si él tuviera sangre en el ojo, aunque parezca pulla el hablar así, no habia de atreverse á mirarme á este gemo de cara que Dios aquí me puso, ni á estos ojos pecadores, con los cuales le vi tender como cuerpo de notomía y darle mas azotes que á pulpo en pila. Todo se andará.

¿Y quién le mete á él ahora en si cuento ó no cuento mi conceta? ¿No sabe que los cristiauos ni tenemos nombre ni edad ni historia hasta estar bautizados siquiera de socorro? Aun podría ser que una sola cárcel que le falta de visitar le hiciese yo que la tresnase y me soñase. Hola, hola, conmigo no. ¿Y hace gestos? Por el siglo de mis maridos, que le meta esta pluma por los ojos y le escriba con ella una carta en la pia-mater, haciendo tinta de sus sesos, y le despache á las mil, de modo que esta noche llegue á cenar sus sesos con los sesenta caballeros que hundió la tierra.

Enojéme con tales ademanos, que se espantó el valenton mostrándose tan liebre como yo libre. Y, mas por costumbre vieja que por audacia nueva, retocó y espolvoreó la halda del chapeo, y mirándome con un ojo de vergüenza y otro de miedo, me dijo lo siguiente el medroso sigon, entonando en ut. Perdona sarcé, sora Justísima, que no entendí que tenia calafeteada esa ánima de tan varia historia, ni entendí que voarced habia acusado á la verdad por somética. Al punto bajé la mano para desvenainar un chapin valenciano, mas él comenzó á huir y medir tierra á varas de pescar. Y de trecho en trecho tornaba á mirar como ciervo acosado, cuidando si acaso le parecia mi chapin en forma de bala ó lágrima de Moises; que en fin, los corridos, el nombre se lo dice, que tienen caras de tornillo para bornearse, y piés de pluma para al trapontin. Cansada quedo de acuchillarme con un necio, que es tanto como batallar con una fantasma, que para herir es furia infernal, y para herida es aire; y por tanto, reservo para el día y capítulo siguiente el dar á mi libro cabeza, pues la mia por ahora está encalmada y bocinada de oír las dichas roncerías ó rocinerías de este asnal mancebo, el cual, para que veas quién es, pretendiendo hacer su informacion para graduarse de cola en alcolá, intentó probar que decendia de Balaan, y sacó en limpio que por línea recta decendia del asna de Balaan.

APROVECHAMIENTO.

Algunas mujeres hay de tan poco peso, que les pesa de que les llamen viejas, y no porque les pese de carecer de fuerzas con que servir á Dios, que es la causa por que les deberia pesar, sino porque aun cuando el mundo y la carne les despiden de sus vanidades, no se quieren dar por entendidas, y no sienten otras injurias, y si bien que les digan la verdad mas cierta de cuantas hay.

CAPITULO II.

Del abolengo alegre.

1. — DEL ABOLENGO PARLERO.

Redondillas con su estribo.

Cada cual de sus abuelos
Dan á Justina una cosa,
Como á Pandora la diosa
Que emplumaron en los cielos:
Melindres el titerero,
El suplicacionero andar,
El tropelista engañar,
Locuras el barbero;

El mascarero alegrones, *que me*
 Gaitero quita pesares, *que me*
 Y el meson que bida pares, *que me*
 Cuando le ofrecieron nones;
 Mas ¿cuál será Justina? ¿cuál su ciencia,
 Que es de tantos enredos quinta esencia?

Dicen que el consejo que da un necio es comparado al oro, porque es cosa de tanto precio, que no menoscaba su estima el hallarse entre lodo y cieno, y asimismo el consejo, aunque se halle en la boca de un necio, es de gran valor y estima. Es tambien comparado el consejo que da un necio á flor que nace de abrojos, al sol del invierno, á la comida quitada de la boca de leon, á la presa acogida á ave de rapiña; á invierno, que con lo que hiela aprovecha; á la comida del puerco, que se vuelve en sustancia regalada; al palo con que azotan el pulpo, que azotando aprovecha. Así, las palabras de un necio, aunque por ser de su boca enfadan y enojan, pero por ser consejo regalan y aprovechan. Tambien el consejo que se da acaso es comparado al estiércol de ovejas, que queda acaso, y hace gran provecho á la heredad. ¿Dónde va san Geminiano con sus símiles? Dígolo porque ya que aquel necio importuno me dejó espinada, mordida, apaleada y estercolada, será bueno aprovecharme del consejo que me dió, diciendo que para que mi libro no fuese hombre sin cabeza ni madeja sin cuenda, contase mi abolengo. Por vida de mi gusto, que lo he de hacer. A fe que les he de dar un alegron de abuelos con que ande la risa al galope.

Mas ¿qué hago? ¿Historia de linaje, y linaje propio, de de escribir? ¿Quién creará que no lie de decir mas mentiras que letras? Que si el pintar, que es poco mas que acaso, es al tanto del querer; el hacerse uno honrado, que es causa tan pretendida, ¿quién habrá que no la ajuste con su gusto, aunque sea necesario desbaratar la verdad para que venga al justo? Decia un Guzman intruso, caballero de don alquitar, camarada de un marido que me tuvo: Nadie hay que tenga licencia para pintar armas en su casa que no ponga un castillo y un leon. Que para esto basta ser castellano ó leonés. Y si los oradores tienen licencia para dar el nombre de la cabeza á los piés, sin que se les pueda decir que juegan á punta con cabeza, tambien pueden los vasallos aplicar para sí los títulos reales, pues todos somos miembro de rey. Viene muy á cuento el de un sastre, natural de la provincia de Picardía, el cual vino á ser rico, y se llamó Pimentel, y puso en la portada de su casa un muy fanfarron escudo de piedra y en él las armas de los Pimenteles. Tuvo soplo de esto la justicia, que quizá fué la fragua símbolo de la justicia, porque la una y la otra cosa se gobierna á soplos, y mandóle que borrarse la pimentelada, ó declarase la causa de haberse armado caballero tan de cal y canto y puesto las venerables veneras de los Pimenteles, no habiendo para ello otro fundamento que el haber sacado la piedra de la cantera de su rollo. Respondió el caballero sastre: Señor; las razones que me han movido á que lo escrito sea escrito son tres: la primera, que el cantero las puso; la segunda, porque me costó mi dinero; la tercera, que lo mandé hacer por mi

N-II.

devocion y en memoria de las muchas veneras que traje en mi sombrero, yendo y viniendo en romería á Santiago tres veces, en los cuales viajes me hice rico con limosnas, y en agradecimiento y reconocimiento pongo estas veneras. Y el que me quisiere quitar mi devocion no está dos dedos de hereje. El juez, que era cristiano temeroso, respondió: A la Inquisicion, chiton. Y el sastre se salió con lo que quiso. Así que todos se salen con poner las armas que pueden pagar, en especial los que son de la mi provincia de Picardía. Y si los pedís razon, cumplen con un pié de banco y con que les costó su dinero. ¿Qué será lo que tan poco cuesta, como escribir uno de su linaje lo que soñó? Como el otro que dijo haber decendido su linaje de la casa de los reyes de Aragon, y fué porque algunos de sus antepasados, mozos de caballos de la casa real, huyendo de miedo de sus amos, se hicieron descolgar en unos cestos desde la muralla abajo. Y esto fué decender de la casa real.

¿Pues qué en este tiempo, en el cual en materia de linaje hay tantas opiniones como mezclas? Verdad es que algun buen voto ha habido de que en España, y aun en el mundo, no hay sino solo dos linajes: el uno se llama el tener, y el otro no tener. Y no me espanto, que la codicia del dinero es mondonguera, y hace morcillas de sangre de toda broza, por ser toda de un color. Y cierto, que no es de espantar que haya tantas opiniones de un linaje, porque despues que en una casa entran cuatro ó cinco mujeres, cada cual de su suerte, como pan de diezmo ó como morcilla rellena, ¿quién atinará cual es lo gordo, cuál es lo magro, cuál es el piñon, ó cuál es el ajo ó alcaravea? Bien haya el tiempo que hacian la torre, y el que alcanzó el mundo antes de ser pasado por agua, que en aquellos tiempos todos eran Guzmanes y todos eran villanos. Y así, los escritores que se quieren engrandecer toman de atrás el salto, acógense á la torre de Babel ó al arca de Noé, y salen tan godos como Ramiro Nuñez.

Empero esto de sacar piedra de la cantera de la torre ó del archivo de Noé no se entiende con la escritora que se intitula Pícará; pues para fundar su intento debe probar que la picardía es herencia, donde no, será pícará de tres á cuatro.

Y si alguno pensare que por el mismo caso que me hago fundadora de la Picardía se cree de mí que, así como todos los fundadores de casas grandes se precian de altísimos principios, así yo me he de hacer de á par de Deus, no, no. No fundo yo á Roma para decir de mí, como dijeron los romanos de Rómulo, su sanguinolento fundador, que soy hija de Marte, nacida por el costado de Ilia, vírgen incorrupta. Que si Rómulo fué de casta de dolor de costado, la fundadora de la Picardía es de casta de dolor de piedra, que acude á las vías de la vejiga, que es camino real. No quiero yo fundar la república latina como Eneas, de quien fingieron ser hijo de los dioses, aunque no se le lució, cuando al salir de Troya se aperdigó para asado, y al entrar en Italia para cocido. Que la Pícará nació de las tejas abajo como tor-do. No fundo la escuela de Platon para fingir, como fin-

gieron de él sus discípulos los platoncillos, que nací de una sombra y de la intacta virgen Perictione. Hijo le hicieron de virgen, y de sobra. Era agudó. Debía de ser hijo de alguna doncella relamida, y su padre debía de ser padre de á sombra de tejado, y por eso cátales hijo de sombra. No soy de casta de sueño, que nazco á la sombra. No fundo yo la escuela de los gimnosofistas, como Buda, para decir de mí, como mintieron de él y de Celso, y de Aureoto y de Cécloponto, que fueron hijos de virgenes incorruptas. Como si el patir fuera regüeldo ó estornudo. Ni soy tan hereja ni tan necia. Pregunto: ¿de qué les sirvió á las palomas el honrarlas los poetas con decir que son abuelas de Eneas y madres ó hijas de Vénus? Por ventura ¿por eso túvoles mas respeto el pan en que las empanan ó el asador en que las asan? Pues ¿de qué le sirve á la pícara pobre hacerse marquesa del Gasto, si luego han de ver que soy marquesa de Trapissonada y de la Piojera y condesa de Gitanos?

Yo confieso que este es un tiempo en que el zapatero, porque tiene calidad, se llama Zapata, y el pastelero gordo, Godo; el que enriqueció, Enriquez, y el que es mas rico, Manrique; el ladrón á quien le lució lo que hurtó, Hurtado; el que adquirió hacienda con trampas y mentiras, Mendoza; el sastre que á puro hurtar girones fué marqués de paño infiel, Giron; el herrador parroquiado, Herrera; el próspero ganadero de ovejas y cabras, Cabrera; el vaquero rico de cabezas irracionales y pobre de la racional, Cabeza de Vaca; y el caudaloso morisco, Mora, y el que acuña mas moneda, Acuña; quien goza dinero, Guzman. Todo esto, y mas que yo me sé, pasa hoy día; pero norabúena pase, que esto y mucho mas merece el dinero; pero la ilustrísima Picardía no va por esta derrota, porque eso es querer engualdrapar las verdades.

Ea, Justina, ya que no quieren veros nacer monda y redonda, sino que vais con raíces y todo, para que á donde quiera que os planten déis fruto, decid vuestra prosapia, vean que sois pícara de ocho costados, y no como otros que son pícaros, de quien teme enojo Isabel, que al menor repiquete de broquel se meten á ganapanes. Una gente que en no hallando á quién servir, cátales pícaro, y puesto en el oficio, vive forzado y anda triste contra toda orden de picardía. Yo mostraré como soy pícara desde el abinicio, como dicen los de gallaruzas, soy pícara de amacha martillo. Dijo un labrador de Campos, de los del buen tiempo, á mi padre: Señor Diez, acá entre los labradores tenemos por nosotros que el macho, para ser buen macho, ha de ser bien amachado, el caballo bien acaballado, el burro bien aburrado, y el labrador, para ser buen labrador, bien alabradorado. Aquí entró mi padre, y dijo: Y el mesonero bien amesonado. Aquí entra Justina, y dice: La pícara bien apicarada; por lo cual no enmantaré cosa que á nuestra picardía pertenezca. Nació mi padre en un pueblo que llaman Castillo de Luna, en el condado de Luna, y mi madre era natural de Zea. Y si no saben dónde es Zea, yo se lo diré. Es Zea junto á Sahagun. Es Sahagun un pueblo donde reside una reverendísima cuba, la cual,

como casi siempre está tan vacía como hueca, da en entonada y dicen que la deben trigo y centeno, el cual se le paga siempre. A lo menos despues acá que pasó el año del muermo, digo del catarro, nunca le hinchiéron de líquido, sino de trigo y centeno. Aquel año de la moquera se hinchó de mosto, y cupo tanto en ella, que molió un molino con él. ¡Bravo espectáculo! ¿Qué sería ver salir sangre de aquella hermosa ballena, herida por las manos de algun inhumano modorro de ropa parda? Y si no conocen á Zea por la cercanía de esta darna, yo se le pintaré. Es Zea un pueblo que está en dos tercios como lio de sardinas; otros dicen que parece puramente alforjuelas, en razon de que al principio y fin del pueblo están muchas casas apiñadas, y en medio está una puente, que es la faja con que se traba el alforjuela. A lo menos si las mujeres de aquel pueblo diesen en ser mal entalladas y alforjadas, excusa ternian por nacer en una villa que parece molde de alforjas. Finalmente, es Zea una villa llana como la palma, no de la mano, sino de las que llevan dátiles. De aquí colegirás, letor cristiano, y aunque seas moro colegirás lo mismo, que, siendo mi padre natural del castillo y condado de Luna, puede decir la pícara Justina que de parte de padre es lunática, á pesar de su colodrillo, y siendo de Zea mi madre, podré decir que de parte de madre soy ceática, á pesar de mis caderas. Mas por no torcer el orden de una generacion tan importante, diré primero de mis abuelos machunos y hembrunos, y luego diré de mis padres. Ello yo no sé por qué mi padre no me llamó la torda ó la pagaya, pues mis padres todos tuvieron oficios, que no eran nada deslenguados, antes eran el crisol de la parla; pero llamáronme Justina, porque yo habia de mantener la justa de la picardía, y Diez, porque soy la décima esencia de todos ellos, cuanto y mas la quinta.

Fué mi padre hijo de un suplicacionero, el cual en barajas y cestos y gastos de bergantines cosarios traía mas de cincuenta escudos en trato. Él fué el que inventó traer los criados barajas, y por eso le llamaban por mal nombre el de Barajas. El fué el que inventó el echar la buena barba, y compuso el terlin-campuz de tabla á tabla. En su tiempo los que ahora se llaman barquillos se llamaban suplicaciones, porque debajo de oblea iban otras muchas que hacian una manera de doblez; mas las de ahora como no tienen doblez debajo, sino una oblea desplegada en forma de barco, llámense barquillos. Es vergüenza, todo está sofisticado. Este mi abuelo enviaba todos sus ministros vagantes con general licencia para que en campo raso y cuerpo á cuerpo aguardasen á todo jugador de primera y quinolas, mas no de otro juego, atento que cartas conocidas, cuales eran las que daba él á los suyos, para ningun otro juego valen lo que para estos. En los puntos de los naipes tenia notables cifras, y habia buenos discípulos de cifra; por oírle echar una buena barba y repicar un terlin-campuz se podía ir á tres leguas á verle uno, aunque fuera ciego. Murió en Barcelona á la lengua del agua, y con su lengua, á lo menos por su lengua, hubo palabras con un rufo, el cual le echó de un trasportin abajo; y aun-

que puesto de rodillas le hizo suplicasiones, el rufo le hizo barquillo en el agua. No era muy malo este oficio para una espía doble ó un enfermo de bazo. Pero mi padre no se aplicó á él porque era barrigudo y pesado, y así de ordinario se estaba recogido en casa de su padre cosiendo montetas y aderezando banastas para los bergantines yentes y vinientes que sulcaban el asturiano seno.

Mi bisabuelo tuvo títeres en Sevilla, los mas bien vestidos y acomodados de retablo que jamás entraron en aquel pueblo. Era pequeño, no mayor que del codo á la mano, que de él á sus títeres solo habia diferencia de hablar por cebratana ó sin ella. Lo que es decir la arenga ó plática era cosa del otro juéves. Una lengua tenia harpada como tordo, una boca grande que algunas veces pensaban que habia de voltear por la boca. Daba tanto gusto el verle hacer la arenga titerera, que por oírle se iban desvalidas tras él, fruterías, castañeras y turroneras, sin dejar en guarda de su tienda mas que el sombrero ó calentador. Malgrado de este cuitado, que como parecia gurrion ó pardal, dió en apearse y agarrarse tanto á hembras, que despues de haberle comido los dineros, vestidos, mulos, títeres y retablo, le comieron la salud y vida, y le dejaron hecho títere en un hospital. Cuando quiso tomar y morirse, dió en frenético, y desenfrenóse tanto que un dia se le antojó que era toro de títeres, y que las habia con una cruz de piedra que habia en el zaguan del hospital, y despues de hechas algunas suertes en su camisa y en otra de la hospitalera, embistió con la cruz de piedra, diciendo: *A pera que te aqueño.* Y embiste con mi cruz tan fuertemente, que se quedó allí al pié de la letra. La hospitalera era simple y bonaza, y viéndole morir así, decia: ¡Ay el mi bendito! Al pié de la cruz murió hablando con ella. Este abuelo nos dejó un pesar, y es que algunos bellacos, por hacer mal á sus sucesores, nos dicen que nuestro abuelo *se mató en la cruz.*

Mi tercer abuelo de partes de padre alcanzó buen siglo. Fué de los primeros que trajeron el *masicoral* y *tropelías* á España. Casó con una volteadora, gran oficiala de todas vueltas y larga de tareds, la cual, con morir de mas de cincuenta años, despues de un año tísica, murió volando. Su marido no quiso casarse mas por no ver volar inas mujeres. Ganó tanto dinero al oficio, que hombres muy honrados y muy estirados le quitaban el sombrero. Y es esto tanta verdad, que un hombre tan honrado que le sobraba un palmo de honra sobre la cabeza, y tan estirado que murió en la horca, un dia quitó á mi tartarabuelo el sombrero de tal modo, que por pocas le quitara la vida á vueltas del sombrero. Fué el cuento que mi tartarabuelo estaba un dia haciendo una *tropelia*, llamada los nueve pasajes de embudon, y por donaire, que era amigo de decirlos, dijo á fuer de gitano: *Garda la hulza; y armó cierta mamona á una faltriguera.* Oyólo el hombre, que era honrado por parte de su mujer, y creyendo que de veras habia montería de bolsas, dió un tornison á mi tropelista en la cámara de popa, que le derribó solas dos muelas que

le habian quedado de resto en el juego de las encías, y *reçudido* el sombrero que tenia en la cabeza, y dentro de la mitad del oficio. Era desgraciado en riñas, que de ahí á poco en una se le cayeron todos los dientes; y fué el caso que por decir otra gracia, le sucedió otra desgracia, en que á cierto Roldanillo ratero se le deslizó un punto de dedos, y como le habian de dar en otra parte, le dió en los dientes y quedaron vacantes las encías. El pobre tropelista, como aun para hablar entre dientes no tenia resto, viendo que no le podian entender palabra de las arengas, mas que si las tropelías fueran arábigas, se fué de corrido á una granja de Guadalupe, donde entendia en pasar higo; y el sol de Guadalupe, como le vió un dia en una higuera redondico, arrugado y negro, pensó que era higo pollino y pasóle de esta vida á la otra. Tres dias despues de muerto le tuvo el sol en la higuera holgándose con él, y los tordos gorjeando al rededor, que no tuvo otros parientes mas llegados que celebrasen sus exequias.

De los otros abuelos de parte de padre no sé otra cosa mas que eran un poco mas allá del monte Tabor, y uno se llamó Taborda. Y así, si no se hallaren en este catálogo, hallarse han en el que hizo el presidente Cirino, que ellos y los *cuchones* están en una misma hoja. Los parientes de parte de madre son cristianos mas conocidos, que no hay niño que no se acuerde de cuando se quedaron en España, por amor que tomaron á la tierra y las muestras que dieron de cristianos, y con qué gracia respondian al cura á cuanto les preguntaba. Luego los besara las manos. Ved aquí el abolengo parlon, de quien nació Justina parlona; solo les hago ventaja á mis abuelos, que ellos parlaban cuando el oficio lo pedía; pero yo á los oficios mudos hago parleros.

APROVECHAMIENTO.

No hay perdicion ni libertad cuyo principio y fomento no sea la demasiada parlería.

2.—DEL ABOLENGO FESTIVO.

Glosa.

Nace y vive y trota al son.

Siempre engendra un bailador

El padre tamborilero,

Pero siempre con un fuero:

Que si acaso da en señor,

Se torna siempre á pandero.

Y porque estos aranceles

No tuviesen excepcion,

Justina, que en conclusion

Es hija de cascabeles,

Nace y vive y trota al son.

Tengo por averiguada cosa que los hijos solo heredamos de nuestros padres los malos originales y los bienes naturales; pero malo y bueno lo barremos, aunque no sea natural, especialmente las hijas, que el dia que nos casan barremos la casa, y el dia que nacemos del cuerpo de Eva heredamos las mujeres ser gulosas y decir que sabé bien lo que solo probamos con el antojo, hablar de gana, aunque sea con serpientes, como quiera que tengan cara y hablen gordo. Comprar un pequeño

gusto, aunque cueste la honra de un linaje. Poner á riesgo un hombre por un juguete, echar la culpa al diablo de lo que peca la carne; y finalmente, heredamos comprar caro y vender barato. Y no me digas que estos males se heredan, porque de puros usados se hacen conaturales, y por eso se heredan como naturales. Crea que no es así; sino que viejo y nuevo, natural y accesorio, todo lo heredan los hijos. Leocion, médico famoso, pintó los hijos como quiso solo con mirar atentamente una hermosa imagen de Vénus y Cupido un poco antes del conflicto maridable. Las preñadas imprimen en los hijos la señal de una flor si la huelen con intencion. Yo he leído, que es cosa muy natural, que si las ovejas, poco antes de concebir, miran con intencion varas descortezadas, saldrán los corderos manchados. Pero en las cosas racionales hay mas notorios ejemplos: una ama ladrona crió con su leche á un emperador; y salió tan inclinado á hurtar, que por satisfacer su inclinacion hurtaba; pero para remediar este daño pregonó el emperador que cuando se hallase faltar alguna hacienda mueble á algun cortesano, la primera diligencia que hiciese la justicia fuese buscarla en su imperial palacio. Nise mamólo en la leche. ¿Adónde vas, hermana Justina, cargada de prólogos de burlas? Ay, hermano lector, iba á persuadirte que no te admires si en el discurso de mi historia me vieres, no solo parlonar en cumplimiento de la herencia que viste en el número pasado, pero loca, saltadera, brincadera, bailadera, gaitera; porque, como verás en el número presente, es tambien herencia de madre. Hallarás en el discurso de esta historia que soy cofrada de la ventosilla, que antes me faltará el huelgo que un cuento; no se escandalice, que tengo abuelo barbero.

Colegirás de mi lengua que soy moza alegre y de la tierra, que me retoza la risa en los dientes y el corazon en los ijares, y que soy moza de las de castañeta y aires bola, que como la guinda, y por no perder tiempo, apunto á la alilla. No te espantes, que tuve abuelo tamboritero, á quien no le holgaba miembro. Verásme echar muchas veces por lo flautado; y no se te haga nuevo, que tuve abuelo flautista, y parece nací con la flauta inserta en el cuerpo, segun gusto de ella. Veréis, finalmente, varios enredos, trajes, figuras, estratagemas, disimulos y solapos. No te espantes, que soy nieta de un mascarero, y como tengo dicho, de los padres, madres y lechonas, digo de las que nos dan leche, chupamos á vueltas de la sangre los humores y costumbres como si fuéramos los hijos esponjas de nuestros ascendientes. Vaya de abolengo festivo, que harto hago no le intitular el loco; y si hiciera son, ó fuera porque no me dijeran que les ensucio el oficio, como dijo el zapatero cuando, mientras fué á su padre con un recado, un pasajero se ensució en la esportilla; tornó abajo el muchacho, y hallando el mal recaudo, comenzó á dar voces, diciendo: Padre, que nos han ensuciado el oficio. Aquí del rey y del papa. *Help in the language*

Fué pues el padre de mi madre, mi abuelo, y era barbero, el cual de solas figuras de monas, gatos muertos,

armas de túmulo y retazos de monumentos de papel, tenia empleados en su tienda mas de seis docenas de reales; y aunque en casa no habia seso, habia muchas bacías, y aun no habia cosa en casa que no lo fuese, en especial su bolsa, que siempre repetia para bolsa de arrependida. Jamás lijo la barba á hombre que le faltase cuento. Almorzaba una guitarra por éntremo. Vez hubo que por hacer las crines al potro rúcio desechó buenas barbas de su tienda. Muerto por comedias. Y como muerto en Málaga, saliendo á representar la figura de Móstoles, cayó una teja de un tejado que le desmastoló. *(rubbed him down)*

Mi bisabuelo era mascarero, y aun mas que carero, que era carísimo. Vivía en Plasencia, donde ganó en alquileres de máscaras, cascabeles y aderezos de farasas muy buenos reales. En lo que él solía echar mucho clavo era en la cuenta de los cascabeles que daba á los danzantes de las aldeas, porque los buenos de los labradores, como venian con gran prisa de llevar los vestidos para ponerse galanes, malcontábanse, porque á llevar contábanse á lo sordo, y al traer, contábanse de sorna, y con esto pagaban la cascabelada. Su mujer á ratos perdidos hacia aloja, y por dársela un día á su marido, en otro rato perdido perdió el marido; porque por dársela muy fria de nieve la aloja, le alojó el ánima de esta vida á la otra, que todo es barrio y pared en medio, y no muy gruesas las paredes. *Small bed*

Mi tartarabuelo materno fué gaitero y tamborilero vecino de un lugar de Extremadura, que llaman Malpartida, que es un lugar que, con estar junto á Plasencia, no simboliza con él mas que si Malpartida fuese lugar de la China. El día de las danzas del Corpus ó en cualquier otro de alegría, el que llevaba á este mi abuelo no pensaba que hacia poco. Hacia hablar á un tamborino, dado que algunas veces hubo menester hacerle que callase algunas tamboriladas, que si las parlara fueran mas sonadas que nariz con romadizo. No había moza que no gustase de tenerle contento y ser su parroquiana, teniendo en la memoria aquel refran que dice: A ruido de gaitero érame yo casamentero. No le holgaba miembro. Con la boca hacia el son al baile, y al del matrimonio con los ojos. A un volver barras sacara él de la lunada de un hornillo una sarteneda de novios fritos. Verdad es que no eran los matrimonios de aquel tiempo tan campanudos como los de este, en el cual son necesarios muchos arrequives para matrimoniar de modo que aproveche. Por cierto, con mas propiedad le pudieran llamar á mi abuelo muñidor de matrimonios que tamborilero. Y todo lo hacia el mi bendito por ganar un real y dejar á sus hijos bien puestos; y salió con ello, pues nos dejó un tamborino lleno de tarjas, que para aquel tiempo era un tesoro. Y porque gatos de dos piés no goloseasen la cañada del tamborilete, le tenia el mi buen Arias Gonzalo colgado en una estaca muy alta, como atambor ganado en buena guerra. Y decía el buen viejo con grande disimulacion, que no descolgaba aquel tamborino porque era vínculo heredado de su padre Fulano garzon, tomorinero tambien de fama, y

que le tenía por consuelo de su memoria, y que el día que no le viese no estaría en sí, y que quería mas aquel tamborino roto y remendado que cien sanos. Y de cuando en cuando dábale golpecitos y decía: Mas valeis vos, Antóna, que la corte toda. Todas verdades apuradas. Este murió de desgracia, y fué que yendo un día de Corpus como capitán de mas de doscientos tamborineros que se juntan en Plasencia á tamborilar la procesion, tañendo su flauta y tamborino bien devoto, á lo menos bien descuidado de lo que podía suceder, sucedió que andaba de bardanza en la procesion un hidalguete de los de la casa de doña Nufía, el cual, de pesadumbre que mi viejo le habia desentablado una amistad de una diez y ochena para asensuarla á otro parroquiano suyo por dos años, ó como la su merced fuese, viéndole descuidado, le dió una gran puñada en la hondonada de la flauta y atestósela en el garguero. Debía tener el pasapan estrecho, y *aturó* la gaita como si se la hubieran encolado con las vias del garguero. Y lo peor fué que al entrar se llevó de mancomun tras sí los dientes que encontró en el camino, como si la gaita no supiera entrar sin aposentadores. Esta fué gaita, esta fué cuña, esta fué el diablo de Palerino, que nunca quiso salir hasta que de un estirijon se la sacó del cuerpo un tabernero, pareciéndole que lo mismo era sacar una gaita de aquel cuerpo que sacar un embudo de un cuero empegado; y tambien como mas amigo quiso ser verdugo en trance semejante. En fin, de aquel envion salió la gaita, y junto á ella revuelta aquella animita saltadera, trotadera, brincadera, bailadera, sotadera, que parecia un azogue. Murió en su oficio y su oficio murió en él, que despues acá no ha habido tamborinero de consolacion en todo aquel buen partido de Malparida.

APROVECHAMIENTO.

Muchos hombres de oficios alegres, cuales son tam-
borineros, gaiteros, son nocivos en la república y dig-
nos de gran castigo / porque en achaque de entreten-
mientos lícitos incitan y mueven á cosas dañosas, en lo
cual imitan á los que acompañaron la idolatría con el
fuego.

CAPITULO III.

De la vida del meson.

1. DEL MESONERO CONSEJERO.

Octava de piés cortados.

Los padres de la pícara Justi	na,
Que fueron en Mansilla mesone	ros,
Siendo, como son, padres y ella hi	ja,
La enseñan y la dan sanos conse	jos.
Como el consejo á gusto no se olvi	da,
Estos por serlo tanto los retie	ne,
Que ya no hay quien se humille á madre y pa	dre,
Si no es que al justo con su gusto cua	dre.

La primera pluma que se ha ensillado en Castilla para alabar la vida del meson, será esta que tengo pico á viento, esperando si viene el arriero del Parnaso y me trae alguna carraca con que hacer la costa de la buena

barba del meson. ¿No viene? Pues crean que he recorrido hasta el pajar de las musas y los moldes de las loas, y no hallo molde que diga del meson cosa que de contar sea. Consuélome con que podré decir que los moldes se erraron, que son grandes erradores; pero allá en Castilla la Vieja un rincon se me olvidara. Dígolo por un librito intitulado *La Eurosina*, que leí siendo doncella, que se refiere de un discrepito poeta, que para alabar el meson dijo que Abraham se preció en vida de ventero de ángeles, y en muerte de mesonero de los peregrinos y pasajeros del limbo, los cuales tuvieron posada en su seno. Pero este escritor monobibilio no advirtió dos cosas: lo uno, que es necesidad tratar tales personas en materias tales; y lo otro, porque Abraham dió de comer á su costa en su casa á los vivos, y á los del limbo no llevó blanca de posada, lo cual no habla con los mesoneros de este mundo, ni tal milagro acaeció en casa de mi padre. Demás de que yo no me quiero meter en historias divinas, no porque las ignoro, sino porque las adoro. Veamos si enristro con algo que de contar sea. Para alabar á los mesoneros unos les comparan á los grajos, otros á las hormigas, otros á las abejas, otros á las cigüeñas, porque todas estas aves hacen oficio de mesoneras con los huéspedes de su especie, entre las cuales quien mas se adelanta es el grajo; porque, no solo hospeda la cigüeña cuando pasa por su casa, pero la acompaña hasta ponerla en salvamento cuando va ó viene de veranar. Y quizá de aquí les vino á los mesoneros ser tan amigos de tener de munición grajos empanados. Ya te veo estar gorjeando por decirme que ninguno de estos símbolos cuadran con el mesonaje, porque ninguna de estas aves mesoneras pide dinero de cama ni de posada. Oh, pues si todo lo quieres tan guisado hazte preñada. Vaya otra. El mesonero es como la tierra, y el pasajero como rio. Verdad es que el rio por donde pasa moja, y al meson tambien siempre se le pega algo. Es el meson como la boca, y el pasajero es como la comida. Verdad es que siempre la boca medra, siquiera en probaduras, y lo mismo el meson. Finalmente, el meson es como olla nueva, que siempre toma el olor de lo que en ella se echa. Si el que pasa es próspero, queda el meson oliendo á bienes; y si pobre, la casa huele á trapos, y la cama á piojos. ¿Qué mas loor quieres del meson que compararle á la tierra, que es madre de los vivos, y al agua, que es el espejo en quien nos miramos todos? Qué te contaré? Un dios mesonero hubo. Verdad es que le desterraron del cielo por alcahuete. No se me logra cosa buena que diga del meson. A esta va, que parece que hago pinicos de jineta y á cada paso trota el potro. La mayor alabanza que yo hallo del meson es que no es tan malo como el infierno, porque el infierno tiene las almas por fuerza y para siempre, y con no gastar con los huéspedes un cuarto de carbon, los hace pagar el pato y la posada; pero el meson, cuando mucho, es purgatorio de bolsas, y en purgándose las gentes, salen de allí, y aun los hace salir. ¡Ah, ah! ¿Es por ahí la grandeza del meson? ¡Oh meson, meson! Eres esponja de bienes, prueba de magnánimos,

escuela de discretos, universidad del mundo, márgen de varios ríos, purgatorio de bolsas, cueva encantada, espuela de caminantes, desquiladero apacible, vendimia dulce; y por decirlo todo, sois tan dichosos los mesones y mesoneros, que teneis por abogado á mi buen padre Diego Díez y á mi buena madre, ambos mesoneros en la real de Mansilla de las Mulas, cuyos consejos y astucias verás en este número, que si le lees, no te habrás holgado tanto en toda tu vida como despues que naciste.

Mi padre y mi madre no quisieron tener oficios tan trafagones como sus antecesores, porque como eran barrigudos, quisieron ganar de comer á pié quedo. Pusieron meson en Mansilla, que despues se llamó de las Mulas por una hazaña mia que tengo escrita mas abajo. Es pueblo pasajero y de gente llana del reino de Leon, aunque pese al refran que dice: Amigo de Leon, tuyo seja, que mio non. Verdad es que no asentó de todo punto el meson hasta que nos vió á sus hijas buenas mozas y recias para servir, que un meson muele los lomos á una mujer si no hay quien la ayude á llevar la carga. El dia que asentó el meson éramos tres hermanas, buenas mozas y de buen fregado, otras tres gracias, bien avenidas en lo público, aunque en lo secreto cada cual estornudaba como el humor la ayudaba. No eran nada lerdas; mas, pardiez, yo era una águila caudal entre todas mis hermanas. Viales el juego á legua; mas el mio para ellas era de pasa, pasa. Mis hermanos todos se fueron á romper por el mundo, y asentáronse en la soldadesca; solo quedó en casa Nicolasillo, muchacho hábil, que le enviaban por ocho de vino y sisaba doce. Era el misterio que vendia el jarro en un cuarto, y decia que se le habia vertido el vino y quebrado el jarro. Este quedó para llevar al río las mulas de los huéspedes é ir por recado de noche; que á nosotras no nos lo consentian, porque habia en el pueblo pisaverdes trasgueros, que es villa de buen gentío, y lo fino de la ronda es en la calle de los mesones, y lo acendrado del mujeriego es el mesonaje. En buena fe, que una noche que se me antojó ir por vino á una taberna que estaba junto al cementerio, me sepultó mi padre el jarro en las espaldas; y alegando que llevaba salvoconduto de mi madre, fué á ella y la jarreó las costillas; y nos dejó tales á ella y á mí, que, á puro gastar incienso macho en bizmarnos, quedamos oliendo á vispras por mas de medio año. Pero todos estos daños desquitaba mi buen padre con sanos consejos, y tan sanos, que nunca les dolió diente ni muela. Mientras el pulmon me sirviere de abanillo no se me olvidará la plática que nos hizo nuestro padre á sus hijas el dia que puso el meson en perfeccion, y con todo buen recado de empeñan y suela, buen meson tengas donde quiera que te coja la noche, que tan bueno tú lo paraste. Mi buen Diego Díez, mi señor y mi bien y regalo, corona y gloria de los mesoneros, que no parecian tus consejos sino parlamento de un gran capitán, y á mis ojos chorreaban lagrimoncijas; pero estoy de prisa y no me puedo detener á llorar. Y porque veas la crianza de mi padre, te quiero contar la plática que nos

hizo el dia que dedicó su casa á los huéspedes, que es la siguiente:

Hijas, la carta del meson y la célula de la postura pública de la cebada esté siempre alta y firme; no haya junto á ella arca, banco, silla, escabel ni otro cualquier estribadero ó arrinadero, porque no se atreva algun bellaco á hacer cuenta sin la huésped y examinar y cotejar por el arancel si yo relanzo mi hacienda. Que vive Crispo, que no se ganó á mecer los niños de la rollona. No quiera nadie hacer exámen de mi conciencia á costa de mi sudor. La cebada no se mida al ojo, antes el arca en que estuviere esté en otro aposento mas adentro del portal y sea oscuro, y al medir siempre la que midiere vuelva barras á quien la pidiere recado. Las medidas estén siempre dentro del arca, porque mientras os dicen quiteme allá esas pajas esté la medida conclusa. El rasero no os obligo á tenerle en el arca, que si hay tienpo el rasero está en la mano. Y si por la prisa ó por comprarse cara la cebada ó con celo de hacer bien por vuestro padre, quisiéredes medir con el celemin del gusto y con el rasero del ojo, bien podeis, que mas valen vuestras manos que un medio celemin, y vuestros ojos mas que mil raseros. Y por eso os encargo que la cebada esté siempre en parte escondida, y el arca no tenga otro fiador de la tapa mas que vuestra cabeza, y con eso estorbaréis que os busme en el arca. Que no es bien que si está una moza honrada con medida á las manos, la hable nadie á la mano. Cuanto y mas, que la medida de un medio celemin no es palabra de rey, que no puede tornar atrás y bornearse un poco; ni es calle de plaza, que no puede tener altibajos; ni es mesa de trucos, que no puede haber hoyos, que el medio celemin tan bien duerme de lado como de barriga. En año de carestía, ya sabeis que la cebada, si la dais un hervorcito, crece mucho y pierde poco, y aun es de provecho para las bestias que andan lastimadas con tolarnos; y quien mas medra es la bolsa del mesonero, si se corre el oficio y no le amarga el caldo del cocimiento. Y años tales en que se compra cara la cebada, y aunque sea barata, que no debe nada lo barato á lo caro, tened siempre de munición algunos granzones que revolver con la cebada; que para quien lo quisiere creer aquello es la nata, y para el que no es la espuma. Soplen y avienten, que así lo hacen las viejas en las eras. Cuanto y mas que si las bestias son buenas de todo comen, y si no, aun zarazas no merecen.

Cuando el huésped os dijere: Señora huésped, ¿qué habrá que comer? encárgoos, por lo que debeis á la fidelidad de vuestros oficios, que, aunque tengais en casa la cosa, no digais que la teneis; encareced la cura, que para tasar de las puertas adentro cada cual es señor en su casa. Cuando trajéredes lo que os encargare, decid que lo que os pidieron lo comprastes al vecino á precio de ruegos y dineros, para que al vecino se pague la hacienda y á vosotros la salsa y la gracia. Con los huéspedes menos palabras que gracias, mas donaire que respuestas. No pongo puertas al mar, aunque al mar sí con quien habláredes; siempre tierra en medio; que la

mujer es cosa para de léjos, que es como figura de cera, como pintura al temple, librea de oropel, labor de masa, forma de emprenta, cadarme de embalsamado añejo, polvos de clavete de azucena, que en tocándolos se descomponen, deslustran y deshacen. Cualquiera demostracion que hubiéredes de hacer de alguna gracia, donaire ó servicio, sea antes de comer, porque el pasajero todas las cédulas libra en el cambio de la comida, y alzadas las mesas, haced cuenta que se alzó el cambio; al primero ó segundo plato de servicio tendréis mucha advertencia si hubieren enviado algo á vuestra madre, porque si no, tendréis entrada vendiéndola por preñada ó antojadiza, que ninguno habrá tan incrédulo que, viéndola con tan gran barriga, no lo crea, ni sea tan mal cristiano, que de miedo que no se pierda un alma, no lo haga. Y no reparéis en si os creerán, que con mozas de esperanza no hay quien no tenga fe. Cuanto y mas que encontraréis creederos que os crean si decís que yo estoy preñado y que de aqueso traigo tan levantado el pecho; y porque no os quejeis de que todos los consejos que os he dado son para *no-bis*, oid: Cuando estuviéredes en la mesa delante de los huéspedes, sacaréis de la vuelta del delantal ó de entre corpiño y saya un mendrugo de pan ó cosa que lo valga, y valdrán harto, que por eso dijo el refran: El francés hueso de tocino y la mesonera pan en el corpiño; y sea el pan tan duro y seco, que solo el verlo provoque á lástima y gana de proveeros de algun socorro y remojar la obra. Y si este tiro saliere incierto á causa de que algunos á la hora del comer miran hácia el redañó, llamad una vecina, que, con ocasion de vender algo que sea ó no sea necesario, conquiste su benignidad y levante las golillas á la gana de daros algo, con presupuesto que habeis de ir horras á todo y mancomunaros, qué lo que hoy por tú, mañana por yo. Y cuando no haya mas que estrujar y todos los cañales estén requeridos, dejad entrar á los pobres, dando primer lugar á los que sirven en casa; y si viéredes que estos negocian mal, licencia teneis para abogar por ellos, pues aun los clérigos y frailes pueden, segun derechos que me han platicado, abogar por los pobres en las causas civiles.

En dándoos algo, no aguardeis que segunde; porque se tiene por medio milagro que uno de estos datarios rehaga la chaza. A primer quilmo recoged la tierra, que no nace lana tan presto; aprended del gato, que mientras tiene en la mano el primer raton no espera segunde hasta orearse un rato. Huid luego. Nadie piense que sois alquilounas ó que tomastes á censo lo que se os dió de gracia. Y dado á una, entre otra y haga las mismas diligencias hasta ver el hondon á todo. La que quitare la mesa quitela sin reirse, porque no la hagan fiadora y ejecuten por la que se hizo invisible. Antes de mi consejo ha de entrar á quitar la mesa la que menos bien hubiere recibido, y entre rostrituerta y ceñuda, que unos pensarán que lo hace de celos, otros que de envidia, otros que de hambre, otros que de indispueta, lo cual, como decia un discreto, de que se

hace boca de lobo. Item, se advierte á la tal moza quitante que si le dieren cosa de poco momento no la tome, sino diga: Déjelo allí, señor galan, en esa mesa y presto, que me quiero ir á comer y de camino lo daré á un pobre. Y alzar la mesa revuélvalo con los manteles, que de derecho toda sobra es sombra que sigue al cuerpo del mantel. Ademan es este tan eficaz, que muchos, por no ser notados de mezquinos, dejan emboscar en los manteles el pan entero, el pedazo de queso, tocino, conserva, etc. Y cuando hubiere este lance, sed diestras, no haya bien caido la caza cuando la amortajeis en los manteles, no llegue algun criado que desballeje el mantel y lo meta en corbona y os quite la caza de las uñas. Que hay huéspedes astutos que traen hecho monopolio con sus criados y dícholes que á cuenta de los amos está el ser reyes, y á la de los criados ser tinientes. Y para hacerse mejor todo esto converná que déis traza de embarazar los criados en algun ejercicio nada desabrido, mientras se hace la siega y se levanta de eras; que lo que una vez traspuisiéredes de un aposento á otro es morcilla de gato.

Alzada la mesa, suelen los huéspedes chorrear de rebalsa gracias excusadas, pretendiendo evaporar la comida á costa de una pobreta. Este es el Magallanes en que suele haber naufragio. Hola avison. Huid evaporaciones de sobrecomida. En chirlando mas de lo que es uso y costumbre, dejádmelos engolito. Y si columbráredes que se levantan á montear la caza, hablad alto, que será pedir favor. Y si no os valiere, asomaos á la ventana, y decid á voces: ¡Nicolasillo, Nicolasillo! Que como los Nicolases son obligados de la castidad, proveerá Dios de que os oya yo. Demás de que yo siempre estoy cerca de mi casa, y al primer vocear vendré, como que me vengo á mi casa ó á lo que Dios me diere á mí de gracia, y á ellos de pena. Veréisme que entro mas sesgo que si me hubiera desayunado con seis palmos de garrote, mas severo que un Cid, y mas grave que el conde Fernan Gonzalez. No hayais miedo, que en viéndome á mí que vengo, y á vosotras que huis de padre, hombre chiste. Que por eso dijo el refran: No hay mejor perro que sombra de mesonero. Hijas, si no estuviere en casa mas de una de vosotras, una ha de hacer todas las tres figuras. Conviene á saber, que antes de comer sea perrillo de falda halagüeño; mientras comen, galgo hambriento; y al levantar de eras, liebre huida.

Encárgoos mucho que todo lo que entrare en vuestra casa lo honreis mucho; no digo á los hombres, que en eso bailaréis al son y haréis conforme á los méritos de cada cual. Que de los hombres no hay que tener pena, pues cada cual tiene boca alquilada y pagada para alabarse á sí. A los que habeis de honrar son las cosas que no saben hablar y volver por sí. Declárome. Si viene á vuestra casa un gato muerto, honralde, y decid que es liebre; al gallo llamalde capon; al grajo, palomino; á la carpa, lancurdia; á la lancurdia, trucha; al pato, pavo. Las frutas nunca digais que son vecinas de Mansilla, que es decir que son villanas y montañe-

sas, sino que vinieron de Bretaña con los godos. Que es villanía no honrar, pues la honra torna siempre á su oriente. Y en tiempos que hay tantos dones pegadizos, como piojo de cárcel, no os duelan estos bautismos, que en el meson hay pilas para todo. A lo que empanáredes, hacelde el vestido holgado, para que crezca, que si no creciere, será por su culpa, y con eso podréis vosotras decir que es la trucha tan grande como parece. Que estos yerros son como los de los médicos. Y aun mejores, que aquellos los cubre la tierra, y á estos el pan, que es cara de Dios, como dicen los niños. Nunca digáis que vuestra ropa no es limpia, que en España es cosa afrentosa. Y para vencer tretas de huéspedes, que para ver si la sábana está limpia miran si está tiesa y sin rugas, si cruje ó no, como si hubiéramos de almidonar las sábanas; para esto lo que habeis de hacer es rociarlas y empresarlas, que con esto podréis hacer informacion que son limpias de todos cuatro costados. De día yo os doy licencia que vais por vino y por recado á partes públicas. Y no sea como una criada que tuve, que la enviaba por pasteles, y iba por ellos á los centenos; y si la reñía, me respondía: Eso merece quien se ha tardado por traer bien hojaldrada la cosa y la carne aperdigada. Y vez hubo que la dí un real de á cuatro para que trajese para comer lo que le pareciese, y trájolo todo de nesferos. Reñíla. Díjela, ¿qué comida era aquella? Respondió: ¿El no me dijo que trajese lo que mejor me pareciese? Pues esto es lo que mejor me pareció. Tened mejor ojo que esta babilonia. Cuando algun huésped os dijere que le vais por vino, preguntalde en alta voz, que la oyan todos: Señor, ¿cuánto quiere usted que le traigan de vino? Que es buena treta, la cual llamaba un pariente mio la treta del atambor, porque los huéspedes, parte por vergüenza de ver gran jarro, parte porque no piensen que son mezquinos y acreditarse de liberales, envían por mas vino del que han menester. Y hacen bien, que si el vino es bueno, jamás se pierde, y aunque sea malo, sirve para lechugas. Hacen bien, rebien, buena pascua les dé Dios, que cuatro maravedís que un hombre alcanza son para lucir con ellos fuera de su casa y pagar su trabajo á una moza honrada, que se desvela en alimohazar el gusto á los huéspedes. Tampoco se os olvide que nunca falte una de vosotras á la puerta bien compuesta y arreada, que una moza á la puerta del meson sirve de tablilla y altabaque, en especial si es de noche y junto á la candela. En lo que no habeis de perder punto es cuando les oyéredes boquear á los huéspedes que quieren jugar, porque esto es una mina. Con tres us decia un tío mesonero de Arévalo que se enriquecian los mesones. Y eran las us, velas, barato, barajas. Y baraja tengo yo en mi casa que ha entrado en percha de ochenta veces arriba, y nunca salió á ver luz, sin alumbrarme con un real de á cuatro. Al mas pobre que pidiere baraja, se la dad, no se diga de vosotras que quereis mal á pobres. Confiésoos que oí á un hombre de buen rejoy que el inventor del naípe habia puesto en la baraja tres maneras de figuras, conviene á saber,

sota, caballo y rey, y que esto denotaba que el juego no le han de usar sino tres géneros de personas: una señorota, que es sota sincopada, un caballero y un rey. Pero tambien oí que le respondió un amigo que estaba par del señor bacalarío zurraverbos: Advierta usted que aunque los pobres y pícaros no entran en la figura de rey de oros ó de espadas, pero entran en la de copas y bastos. ¿Qué os parece de la respuesta? Pues yo fui el responsorio. Atento eso, no quiteis á nadie su derecho. Jueguen todos con unos mismos naipes mientras no se mandare que los ilustres y señores de vasallos paguen ocho reales por cada baraja, y los pobres dos reales. Por aquí sacarás, lector benévolo, digo benévolo, la discrecion de mi padre, su erudicion y maestria. Bien le llamaron á él Diego Díez; mil le pudieran llamar, pues en solo él habia la astucia y saber que pudiera hacer famosos á diez mil. Y le pudieran cantar las mozas del meson el cantar de Carmona, que dice: Mas valeis vos, Diego Gil, que otros cien mil.

APROVECHAMIENTO.

Hay mesoneros tan mal inclinados y disolutos, que hallarás en su casa aposentados mas vicios que personas. En ellas se aposenta la codicia, la sensualidad, el ocio, la parleria y el engaño, y sobre todo, el mal ejemplo y libertad, lo cual es causa de gran perdicion en república cristiana.

2.—DE LA MESONERA ASTUTA.

Redondillas de piés cortados.

Nunca de rabo de puer-
Se pudo hacer buen viro-
Ni para vihuela, cuer-
De palo, leña ó garro-
Cual el árbol, tal la fru-
Pu-la ma- y pu-la hi-
Pu-la man- que la cobi-
Y el pobre yerno cornu-

Ya que sabes quién fué Fernando, no puedo absconderte á Isabel. Yo, hermano lector, ya adivino que en oyendo quién fué mi madre, te has de santiguar de mi como de la Bermuda. ¿Qué quieres? Diérasme tú otro molde, y saliera yo mas amoldada. Soy fruta de aquel árbol y terron de aquella vena, ¿qué me pides? Escucha, y oirás las hazañas de otra Celestina á lo mecánico. Mi madre era menos boquipanda que su matrimonio. Todos los recados que nos enviaba eran con las dos niñas de sus ojos, los cuales traia siempre á puntería de bodocazos. Era por extremo imaginativa. Nuestros pensamientos eran su melonar, y siempre calabamelones. Decia que nos queria como á los ojos. Y para untarme el casco, me decia: A tus hermanos quiérollos como á los ojos de la puente, y á tí como á los de la cara. Oyólo una hermana mia cierta vez, y dijo: Pagados estamos, madre, que no faltarán ojos, que sean tan cosa de aire, á cuyo amor la compare. Entonces ella, que era astuta, dijo: Calla, boba, que quien pasa por un rio, tanto quiere que la puente tenga los ojos en

pié comò que lo estén los de su cara, pues le va la vida. Con esto nos dejó contentas. La verdad es que me queria mucho, y debíamelo, que le presté mucha masa en que empanar secretos tan graves, que el menor que mi padre husmeara, la despetuara; y quizá, si esto hiciera, acertara con el malhechor. Mas Dios me libre que yo sea como otras, que en haciéndose preñadas de un secreto, luego enferman de vómitos. Era muy caritativa, tanto, que quitaba la comida de la boca para dar á quien nunca vió, ni esperaba de él hazañas ni viñas. Verdad es que lo daba pagándoselo, y que lo que valia cuatro vendia en cuarenta; pero todo es contar por cuatros. Muy de ordinario nos decia que la mejor provision que podiamos hacer era de palominos empanados; porque lo uno es carne dura, y lo otro, puestos en pan, son tan grandes como los hace quien los vende. Que las empanadoras somos de la calidad de los reyes, que en haciendo cubrir una cosa, la damos título de grande. Y lo otro, porque si fuere grajo, nadie habrá que lo jure ni denuncie, como denunciaron del otro villano, cortador y obligado en tierra de Campos, que pesó una burra en la carnicería, y yendo á su casa por carne, respondió un niño, hijo suyo, á los que importunaban por ella, diciendo: ¡Válgalos el diablo! ¿tiene mi padre cada dia una burra que pesar? Aquellos son hurtos bobos, y peso de muchos pesares, que una burra hay muchos que la conocen tan bien como á la madre que los parió; pero un grajo despues de pelado y metido en la ataud, el diablo que conozca si es palomino ó cernicalo ó pito ó cualquier cosí. Gran mujer de pedir prestada á una bestia la mitad de la racion, y darle una libranza para el primer meson. Era tan compasiva de los pobres, que á ninguno recibia, solo por no le ver mal pasar en su meson por falta de dinero. Que quisiera ella que cuantos entraban en su casa les diera Dios mucha hacienda y con que hacer mercedes.

En su vida aderezó comida que no cobrase pasaporte, ni armó ave caballera en asador, que, demás de sacarle la quinta esenencia en forma de pringue para tostas, no le ^{hiciese} ~~hiciese~~ la salva, por tratarla como á caballera; y para excusar las mermas y alcabalas que por su propia autoridad cobraba de todas las cosas asadas, usaba donosas tretas, las cuales, cuando nos las platicaba, decia que era la leccion de la confusa. Unas veces se excusaba con decir que los huéspedes se habian tardado en venir, y el gato dádose prisa á llevar. Otras veces soldaba la rotura con ceniza, como hondon de caldera rota. Otras veces quemaba lo desmantelado, con un tizoncito delicadamente, que parecia todo una pieza lo asado y lo castrado. Oirás, y esto era en caso desesperado, hacia un guisadillo, atendiendo siempre á dos cosas: la una, que llevase poco coste; y lo otro, que no fuese muy sabroso. Aquí anegaba todas sus faltas. Y solia decir: Mirad, hijas, una cazuela es excusa-barajas, porque como allí se mete todo confuso, hueso y pulpa, viene á tener verdad el refran viejo, que á río revuelto, ganancia de pescadores y pesca-

doras. Y creedme, que los huéspedes se obligan mucho, y dan de sí mas que calza de aguja, si ven que las mesoneras les guardan el aire al apetito del comer. Pongo caso, hijas, que vaya mal guisado, que así ha de ser siempre, luego dicen: El guisado, así, así; la intencion fué buena, no supo mas la pobreta, que quien esto hizo sin decirselo, hiciera mas, si mas supiera. Y luego les veréis esquilar, diciendo: Señora María, señora María, que no hay huésped que no llame María á toda moza de meson, como si todas nacieran la mañana de las tres Marías, ó si no, dicen señora hermosa, que, como dijo el otro, para que una vieja sea moza, no hay otro remedio mejor que ser mesonera ó ajusticiada; porque á la del meson, no hay pasajero que no diga: Hola, señora hermosa; y si á una mujer la sacan á justiciar, luego dicen: La mas linda mujer y de mas bellas carnes que se vió jamás. Así que, señora María, alcance de su guisado, que está como de su mano. Aquí haya gran advertencia, que la tal moza en tal caso ha de hablar como inocente y vergonzosa, diciendo: En verdad que compré por amor de sus mercedes un ochavo de especias y un maravedí de vinagre y ajos para que la cazuela sabiese bien á sus mercedes, y dejé en prendas la mi sortija de plata, que no tengo otra. Y tras esto, hijitas, una reverencia, que estáis á pique de que si es hombre liberal, os dé una buena pieza, en pago del empeño de vuestra sortija, y sin haber enajenado ni perdido nada. No acabara yo si te contara por extenso sus tretas. Concluyo con decirte que para abrasar la casa, le sobraban dos hervorcitos de imaginacion; y para hacernos perder pié á todos, no habia menester echar toda la presa. Con todo eso decia de mí: Justinica, tú serás flor de tu linaje, que cuando á mí me deslumbras, á mas de cuatro encandilarás. Y por verme tan bien aplicada y por las buenas muestras que siempre di, gustaba mucho de platicarme todos estos ejercicios que he referido y otros que callo.

Estos trastos heredé de mi madre, sin quedar caclivacho que no me traspalase. ¿Qué quieres? Quien da lo que tiene, no debe nada; y quien enseña lo que sabe, menos. Las águilas enseñan á sus hijos á que miren el sol de hito en hito; porque como nacen con los ojos húmedos y tiernos, pretenden que el sol se los disegue y aclare para que vean la caza de léjos y se abalancen á ella, por ser esta propiedad única del águila, la cual desde lo altísimo de las nubes ve al cordero en la tierra y los peces en el agua de los profundos rios; y bajando con la furia de un rayo, divide con las alas el agua y saca los peces del abismo. Así, puedo decir, en esta materia era mi madre una águila, pues aclaró mis tiernos ojos para considerar la caza desde léjos y saberla sacar, aunque mas encubierta estuviese, un mar de dificultades. Verdad es que yo no habia menester mucho apetito, ni me costó muchos pellizcos el aprender, en lo cual hice ventaja á los aguiluchos, y grande, porque ellos son lerdos y tan perezosos, que es necesario que la madre á punzadas y her-

ronadas los saque del nido, y aun á veces los cuelga de las uñas y los hace mirar por fuerza al sol. Y por eso fingieron los poetas que, en el general repartimiento de los oficios, el águila se inclinó á ser ballastera, y tiraba al sol bodocazos y no erraba tiro. La paloma enseña á sus pichones á barrer y limpiar el nido, porque no es puerca, como la oropéndola, que teniendo doradas plumas, tiene enlodado el nido, lo cual es símbolo de las mujeres, las cuales salen á vistas vestidas de oro, y dejan un aposento mas sucio que una letrina. Pues ¿qué mucho que la palomita de mi madre me enseñase á barrer y limpiar, no solo la casa, pero las bolsas y alforjas de los recueros y aceiteros, que son mas sucias que ojos de médico y nidos de oropéndola? Muchos puedo contar á quienes el celo de enseñar sus hijos los ha hecho maestros de voto el muerdo, especialmente en Egipto, todo bueno y santo.

Pero mis padres no sabian otros jeroglíficos sino jacarandina, ni otras ciencias sino conjugar á *rapis*, *rapis* por *meus*, *mea*, *meum*. ¿De qué te espantas? Oye un cuento á propósito. Cierto soldado quiso ganar de comer á poca costa, y para esto se puso á lo escoplástico, aunque algo bastardillo, un bonete algo lardosillo y muy metido hasta la cóncava, un cuello solo asomado, aunque respuntado de grasa, una cara á humo muerto, un sayo sayon, un ferruelo largo y angosto, como cédula de sacar prendas, unas calzas que se reían del tiempo, un zapato empanado, un andar de Pero Hernandez, un mirar de brujulistas, un meterse de hombros como concomido, una voz modesta y baja, aunque tenia el bellacon mas chorro que un pollino, un cuello torcido como remate de cuchar, otro segundo pavon, de quien te daré noticia despues de andadas algunas millas de esta historia. Con esta figura y talle se hizo pedagogo intruso y ayo de algunos, á quien engañó en la mitad del justo precio. Especialmente engañó á un caballero que confió de él un hijo suyo para que fuese su ayo. Dijo le el caballero: Mire, padre, que le encargó este muchacho, que es travieso, para que le imponga. No sepa cosa buena que no se la enseñe. El dómine ayo se lo prometió así, y cumpliólo. El ayo á tercer día comenzó á leer la cartilla á su alumno, y dijo le: Mocito, ¿él piensa que yo soy alguno de los siete de Grecia? Engañase. ¿Piensa que es todo oro lo que reluce? Engañase. ¿Piensa que hace el hábito al mono? Engañase. ¿Piensa que soy quien piensa? Engañase. Vive Cristobalillo, que aunque le quiera enseñar cosa buena, yo no sé otra sino dos, una de guerra, y otra de paz. De paz es un boquívuelto, y ver si pinta, y hago á todos, tope donde topare. Y por mas señas, ve aquí la baraja. Lo de guerra, otro que tal. Tome esa espada. Uñas arriba, punta al ojo, el pié siga á la cara. Medró tan bien el caballerito, que á pocos días andados, se fueron ambos á Sevilla, y en el camino comieron lo que hurtaron, y en llegando á Sevilla hurtaron lo que comieron. Este fué el bellacon por quien se inventó el entremes que dicen: No le enseñaba á matar, sino á ser obediente Isaac. Así que, hermano

lector, cada cual enseña lo que sabe, aunque no todos saben lo que enseñan.

APROVECHAMIENTO.

Podráse decir de algunas madres de este tiempo que son para sus hijas mas crueles que avestruces; y que las que por naturaleza y obligacion debian ser misericordiosas, comen y cuecen sus hijos, como dijo Jeremías. Porque ¿qué mas propio cocer y tragar sus hijos puede haber que cocerlos en maldades y aprender en ellos el fuego del pecado y deshacer sus almas con ruines consejos y ejemplos?

3.—DE LA MUERTE DE LOS MESONEROS.

Sextillas.

Diego Díez desafió
A romance y á latin
A la muerte. Ella venció,
Y al Diego Díez le metió
En un medio celemin,
Con que vencido quedó.
La mujer del mesonero
Sustituyó el batallon.
Mas tambien le dió tapon,
Porque la atestó el garguero
Con longaniza y carnero,
Y así triunfó del meson.

Siempre oí pregonar que las gentes como viven mueren, salvo que viven con aire, y mueren sin él; y que como pecan penan, salvo que el gusto del pecar es enano, y las penas del pagar son gigantas. Callo la historia de la perra y aperreada Jezabel y otros cuentos de las historias sacras, de hombres cuyos verdugos fueron sus mismos gustos. Que en chapines de tan altos cuentos no me atrevo á nadar sin caer. Ahí está Diomedes, rey de Tracia, que fiará y abonará mi intento, pues él usó engordar sus caballos con carnes de reyes vencidos, y Hércules con las suyas dió un buen día á sus perros. Tambien me fiará mi camarada Herodías, que, por saltar y bailar sin estorbo, mandó cortar una cabeza, y despues de cortada, punzó rabiosamente con un alfiler largo la lengua difunta; pero tambien ella murió bailando, y la hundió y cortó la cabeza un carámbano, sobre quien andaba danzando. Mi padre en lo que siempre ponía mucho cuidado era en esto de echar polvoraduke de granzones al medir la cebada, segun y como nos lo notificó el día de la creacion mesonil. Un día me mandó cargar la mano algo mas de lo acostumbrado, y yo, como hija obediente, eché á osadas. Dormióse Homero. No reparó el buen padre que nos oía un caballero ratiño de junto á Portaalegre, que estaba junto á la puerta triste del pajar, y era para sus bestias la cebada sobre quien granizaban granzones. Hubieron palabras. Mi padre de corrido arrojó la sogá tras el caldero. El caballero de honrado desenvainó un medio celemin, de que había sobra en casa, con el cual le dió en la nuca á tan buena coyuntura que le metió el ánima en el medio celemin, y el cuerpo le tendió á la puerta del pajar. Vean aquí el celemin pecó, y allí penó. A lo menos podréme alabar que murió

como un pájaro mi padre, y que fué tan enemigo de dar fastidio, que murió sin gastar un comino en su enfermedad.

Al caballero se le echaba bien de ver que era noble y principal, pues no hubo bien mi padre caído en el suelo, cuando le pidió perdon, y le dijo que no lo decia por tanto, y otros cumplimientos muy de cortesano. Y si mi padre no tuviera excusa que estaba muerto, hubiera andado muy mal en no responderle muy buenas palabras. Era comedido el señor y liberal. En viendo el mal recado, luego, para consolarnos, nos dió á cuantos estábamos en casa tres reales de á ocho, y á mi señora madre doce, por ver que llevaba este negocio con tanta paciencia, esperando á ver cómo lo hacia con ella y con nosotras aquel buen señor. Y con esto nos obligaron, él con dinero y mi madre con su mandato, á decir á la justicia que nadie le habia hecho agravio á nuestro padre ni tocado al pelo de la ropa, y era verdad, que no le tocó en pelo ninguno, porque la parte donde le tocó el medio celemin estaba pelada, sino que cayó de la escalera, como él lo solia hacer algunas noches. Y esto era verdad, y tanta, que una vez se quejó de un cucharetero, porque le puso una mano de mortero en una escalera. Y viéndola, dijo: ¿Mano de mortero, á mí para caer, hidaruin? ¿He yo menester mano de mortero ni otro apetite semejante para rodar cincuenta pasos de una escalera? Con esta buena relacion que dimos de nuestro padre, nos dejó la justicia. Amortajámosle. Pusámosle en el aposento del horno, porque ya que no estuviere honradamente, estuviere hornadamente. Sobre el amortajarle hubimos palabras yo y mi madre; porque me dió una mortaja vergonzosilla, que, por ir rota por ciertas partes y vérsela el cuerpo á tarazonas, algunos pensaron que habíamos enterrado á mi padre con el rasero en mano, en memoria de lo que habia ganado con el medio celemin y por tener de sobra los raseros. De esto habia mucha risa y chacota en el entierro. Tontos. Por cierto sí. Las ganancias del Cid. Si supieran la buena obra que le habia hecho el medio, no pensaran que le habíamos enterrado con el rasero. Necios. ¿Mirad qué baston de capitan, para antojárseles que le enterrábamos con él en la mano, sino un rasero negro y carcomido? Si mi madre en dar mortaja no anduviera tan medida, nadie saliera de ella en maliciar lo del rasero.

Tratamos de enlutarnos; y si hiciéramos, sino que mi madre echó de ver que no habria luto que le viniese bien, porque era muy gorda, y así se puso á la malicia el luto. Aquella tarde toda no quisimos recibir pésames de nadie, porque dijo mi señora madre: Aun ahora mi marido está en casa, no quiero pésames. Cerramos nuestra puerta, como gente recogida; y aunque quisimos velar al difunto, no pudimos, porque el ratiño de Portaalegre, en viendo cerrar las puertas, nos convidó á una muy buena cena. Mi madre, como estábamos á puerta cerrada y sin nota, aceptó el convite. Verdad es que le dijo: Señor, somos muchas; ó todas ó ninguna. El caballero hizo á todas.

Era honrado. Fufmonos. Dejamos en guarda de mi señor padre un perrillo que teníamos, linda pieza. Valia por seis hombres. Y así, nos pareció que para guarda aquello era lo que hacia al caso; que para lo que es responsos y oraciones, las de sobremesa habian de ser todas suyas. Con todo eso, el diablo del perrillo, como olió olla y carne, comenzó á ladrar por salir; y viendo que no le abrimos, fuése á quejar á su amo, que estaba tendido en el duro suelo. Y como vió que tampoco él se levantaba á abrir la puerta, pensando que era por falta de ser oído, determinó de decírselo al oído. Y como le pareció que no hacia caso de él ni de cuanto le decia, afrentóse, y en venganza le asió de una oreja; y viendo que perseveraba en su obstinacion, sacóla con raíces y todo, y trasplantóla en el estómago. Con todo eso, por si era sordo de aquel oído, acudió al otro, acordándose que suele ser respuesta de discretos, á esotra puerta, que esta no se abre. En fin, acudió á otra oreja, hizo su arenga y la misma diligencia. El perro debió de hacer su cuenta: Este está muy muerto, y mis amas muy vivas; yo muerto de hambre, y ellas de boda. ¿Así que sin mí hacen boda? Pues yo haré la mia sin ellos. Y par diez, dióle de tajo y destajóle el cuerpo y cara, de modo que no le conociera el mismo diablo con ser su camarada. Cuando yo llegué y vi al perro harto de carne de mesonero, y la cara de mi padre tan descarada, y el cuerpo tan emperrado, dióme lástima. Y aun yo creyera que la tenia mi madre, si no la oyera decir: Valga el diablo tanto muerto. ¿Dónde tengo yo ahora aquí hilo y aguja para andar á coser muertos? Por ahí lo remendamos, aunque mal. Lo que es la carne no tuvo remiendo. Yo quisiera quitar unos pedazos de carne á un tabernero vecino; pero como mi padre era mesonero, no venia bien remendarlo con carne de tabernero, que es remendar paño de Londres con sayal. Con esto determinamos enterrarle muy en haz y en paz. Mi madre no chistó mas que si ella fuera la muerta; y aun el caballero la dijo que si hablaba, la acusaria de que habia echado á su marido á los perros. Era discreta. Vió lo que le convenia. ¿Qué le habia ni qué habíamos de hacer? Ya era muerto. Lo perdido no era mucho. Lo que él habia de hacer en casa nosotras lo sabíamos de coro, y aun mi madre vivia de sobra. Aquel señor era comedido. Mi padre le dió la ocasion. Cuando le pidiéramos la muerte, solo fuera enriquecer justicias y empobrecernos nosotras y perder los patacones que nos dió bueno á bueno sin pleitos ni barajas. ¿Qué habia que hacer sino pedir á la tierra que, pues cubre tantos yerros de médico y purga, cubriese uno de un caballero y un medio celemin?

En el entierro no lloramos mucho, que no llevamos palabras hechas. Mi madre era muy ojienjuta, y nosotras no podíamos llorar sino era comenzando madre y yendo arreo. Y aunque comenzara, no sé si pudiéramos seguir la corriente de sus lágrimas, porque íbamos muy ocupadas en mirar no hiciesen rabos los mantos, que era invierno, y los habíamos de tornar á sus dueños

en acabándose la tragedia. A lo menos, no enterré yo así á mis dos maridos. Veráslo. Una verdad no podré negar; y es que cuando me mandaron enlutar me holgué como los niños cuando los mandan poner calzones nuevos. Mis hermanas lo mismo. Y sucedió que á un mismo tiempo tuvimos gana de ver al espejo cómo nos estaba el luto y qué pantorrilla nos hacia. Mas por haber gente delante, y unas de empacho de otras, no osábamos descubrirnos ni salir á mirarnos á él. Pero como todas éramos quimeristas, cada cual dió su traza para mirarse al espejo. Una, la mas boba, dijo: Quiero poner ese espejo á la boca del padre, por ver si echia vaho y cubre el espejo. ¿Qué aliño para quien, sobre muerto, estaba atenazado con dientes de perro? No se admitió su voto, ni sirvió de mas que de desenlutar un poco mi risa. Otra, algo mas hábil, dijo: Quiero ver si está firme el clavo de este espejo, porque como entran tantos, no entre alguno que le derribe. Mas yo dije: Mostrádmelo acá, que en día de mortuorio no parece bien espejo aquí, quiéromele guardar en el arca. Mi madre dió su alcaldada, y le pidió para ver si le habíamos quebrado, y con este achaque se miró á su sabor y me le dió, diciendo: Toma, Justina, guárdale, que ya de poco servirá en esta casa. De modo que cada cual por su camino dió un golpe al espejo, según los méritos de su discrecion, y consiguió su gusto. En fin, llevámoste á la iglesia. A fe que, si él fuera por su pié, no llegaría tan presto á ella. Tornámonos á casa y corrió el agua por do solia. Mas antes que la de mi corriente dé otro paso, te quiero referir una glosa que hizo un pisaverde á quien yo di cuenta muy de raíz del caso, y hazla que sirva de epitafio del túmulo y blason del príncipe de los mesoneros.

Redondilla.

*Que á Diego Díez, mesonero,
Le acabe un medio es muy justo,
Que en medio del sumo gusto
Pide allí la muerte el fuero.*

Glosa.

Un rotifio caballero,
Con un medio que arrojó,
Dió tal golpe á un mesonero,
Que fué el primero y postrero
Que en el medio fin halló.
Prescrito ha la muerte un fuero,
Que á cuantos lleva y da fin
Los lleva por un rasero;
Mas no por el celemin
Que á Diego Díez, mesonero.

Mas hay ley que á hierro muera
El que con hierro mató;
Y es regla muy verdadera
Que le miden á quien quiera
Por el medio que midió.
Y así, no te cause susto
Que á Díez un medio mató;
No digas que es caso injusto,
Que á quien por medio pecó
Le acabe un medio es muy justo.

¡Oh cierto é incierto fin!
¿Quién pudiera imaginar
Que te habia de encontrar
Debajo de un celemin
A la puerta de un pajar?

*No me admira que se muera
En su cólera el adusto,
O en medio de un gran disgusto;
Lo que pasará á quien quiera,
Que en medio del sumo gusto.*

Muerte, llévante los diablos:
¿Somos aquí ropines,
Que con medios celemines
Nos dejas por los establos,
Hechos unos matachines?
Quien por ventas y mesones
Gastare de hoy mas dinero
Será muy gran majadero,
Sabiendo que con traiciones
Pide allí la muerte el fuero.

Yo no sé glosar, mas atiné: me parece que mi padre, según era de resabido, debió de sacar la muerte; y ella, por ganar honra en sacar del mundo á un hombre tan arraigado en él, se quiso meter en un medio celemin, porque se dijese de ella que sabe tanto que supo meter á un mesonero en un medio celemin. Y no dudo, sino que viendo mi madre vencido á su marido, quiso ella salir á vengar los cuernos y vencerla á bachillerías. Mas la muerte le dió tapaboca y aun tapagarguelo. Y si quieres saber el cómo, oye.

Mi madre era muy devota de cosa de asador, en especial era perdida por cosa de longaniza y solomo. Sucedió pues que una noche, viendo que ciertos pedazos de longaniza medio asada pasaban carrera en la plaza de una chimenea, y á caballo en su asador corrian parejas con otra cuadrilla de pedazos de pierna de carnero, les mandó que vista la presente se apeasen del asador. Los pedazos de longaniza se excusaron con decir que no estaban tan bien asados como era razon, y que, estando así, no podrian hacer cosa que fuese de provecho. Los otros pedazos de pierna de carnero se excusaron con que estaban desnudos y en piernas y que no se podian apaar sin tratarlo con su amo. Pero ella les dijo que sin embargo obedeciesen lo decretado. Ellos por via de fuerza apelaron en segunda instancia para su amo, que era un tocinero de Valladolid, pariente de Villamanan, de quien te contaré un gracioso chiste en el libro segundo siguiente. Lloraban los pobretes, tanto, que por pocas apagaran el fuego á puro llorar, y ponian los suspiros en lo alto del cañon de la chimenea. Derretianse de puro miedo; y siempre apellidando por sus amos. Pero el tocinero era de la condicion del rey, que donde no está no parece; y así, no pudieron ser socorridos de su amo. Ella, vista su rebeldía, embiste en ellos, derribalos del caballo, y así como estaban, metió la mayor parte de ellos en la cárcel del estómago, y á los otros les temblaba la contera. Ella, que estaba encarnizada, bebida y embebida, vele aquí el tocinero que venia en favor de su gente. Ella, por no ser sentida, metió sin mascar mas de dos varas de longaniza, repartidas en cuadrillas, aunque mal ordenadas y peor mascadas. Y como toda esta gente entró tan aprisa por el postiguillo del gznate, sin avisar á la mucha gente que habia dentro que se arredrase, pardiez, atóro la cuadrilla de longaniza, de modo que ni podian pasar atrás ni adelante, ni ella hablar ni respirar, porque estaba atacada hasta

la gola. Entró el tozineró, y pedíale razón de sí y de su gente, mas á esotra puerta, que aquella estaba cerrada de longaniza. Y lo lindo era que demás de estar relleno el gazzate, le sobraba fuera de la boca un pedazo de longaniza, que á unos parecia sierpe de armas con la lengua fuera, á otros ahorcada, á otros bota con llave, á otros garguelo con cabo, á otros que era boca recién nacida sin ombligo cortado, á otros tropelista con trenzas en la boca, á otros culebra á boca de vivar. Solo al tocinero, que le dolián, le parecia emboscada de enemigos y cueva de ladrones, y en fin, le parecia sepultura de longaniza. Pedimos favor para que aquella longaniza desocupase el paso; los criados del tocinero, enojados del tuerto que se habia hecho á su amo, del derecho que á ellos se le habia quitado, iban á embocarla el asador por el gazzate, y el mas propicio le metió la punta de un cuerno albar, con que la maltrató no poco. En fin, quedó tan lisiada, que de harta y atormentada, de asada y asadorada, la dió dentro de cuatro horas una apoplejía que la asó el ánima, y la sacó de este mundo malo sin llevar mas subsidio que la longaniza en la boca. Espantóme, á manera de decir, cómo pudo tan presto salir el ánima por un garguero tan acuchado. Decía un ladrón famoso que el ánima de un ladrón es de casta de agua de pozo, que no sale sin sogá; mi madre, que se picaba de ladrona mas que de boba, pudo decir esto mismo, y aun añadir que como los famosos mueren con sogá de seda, ella murió con sogá de longaniza. A lo menos la muerte hizole mas cortesía que á su abuelo el tamborilero, que mal partió de Malpartida, que á ella le tapó las vías con flauta de longaniza, y al otro con flauta de madero. No sé. A toda mi generacion la llevó la muerte por lo enflautado. Mucho me pesa, empero vaya. Y tiraba de cantazos á su madre. Lloré la muerte de mamá algo, no mucho, porque si ella tenia tapon en el gazzate, yo le tenia en los ojos y no podían salir las lágrimas. Y hay veces que, aunque un hombre se sangre de la vena cebollera, no quiere salir gota de agua por los ojos. Que las lágrimas andan con los tiempos, y aquel debia de ser estío de lágrimas. Y aun podré decir que unas lagrimitas que se me rezumaron salían á tragantones. ¿Qué mucho? Vía que ya yo me podía criar sin madre, y tambien que ella me dejó enseñada desde el mortuorio de mi padre á hacer entierros enjutos y de poca costa. Pues á fe que del trapo que sobró á la mortaja, de puro cumplida, no se pudieran hacer muchas balas de papel ni muchas encamisadas. La dicha camisa era cinciana de mangas, que no tenían mas de una, y era de pechos bajos, y tan bajos, que la hizo entrar á la sepultura á mi madre pecho por tierra. De espaldas no era muy cumplida, porque estaba á posta para disciplinantes. Y las faldas no carecían de celosías. Como no tenía la camisa mas de una manga, allí la metí ambos brazos. Y créeme, que no hice mal; que quizá si se los dejara sueltos ambos, se anduvieran de sepultura en sepultura buscando longaniza; y como no viese donde topase, echaria mano de lo que hallase, aunque fuesen tripas. Y si algun muerto la riñera, no dudo sino que

respondiera una necesidad con que se alborotaran los cementerios. O cuando mucho dijera: Cada loco con su tema, y perdone, que topo. Que eran dos bordones que ella tenía muy ordinarios. Cierto, que cuando la estábamos amortajando la miraba á los ojos, y me parecia que me hablaba con ellos, tanto y tan á menudo, que el encaje de ellos parecia jaula de pápagaño; y no se me pudiera quitar el miedo y temor, sino que mirando cuán calafateado tenía el gazzate, se echaba de ver que era muerta de á mazo y escoplo.

Mis hermanas tambien lloraron sus sorbitos, pero siempre guardándome la antigüedad en que yo jugase de mano y llorase la primera; y todo con mucho decoro, porque cuando la una lloraba, callaba la otra. Que era para alabar á Dios oír el concierto de nuestro lloro. Parecíamos los morteros de Pamplona, que cuando uno alza el otro abaja. Lo que mas sentí fué que quedó oliendo la casa á longaniza por mas de seis meses. Y el que guardaba los ataúdes se quejaba de lo mismo, porque segun dijeron los que la llevaron á hombres, yendo allí dió la cuerda y la longaniza, y fué tanta, que parecían trenzas de tropelista. Yo me espanto de mi madre que quisiese dejar acá aquella longaniza, y no la enterrar en sagrado, como hizo el Cid con su querido Babieca. A fe que si no fuera el mal olor que dejó en casa, que ella llevara mas de cuatro responso mas de los que llevó; pero con este achaque mas de cuatro maldiciones llevó de sobra, Dios nos perdone á todos. Misas no le dijimos muchas. Eramos tan bobas, que pensábamos que todos los niños de la doctrina á quien diésemos pan decían misas por ella. Y reparti-mos una hogaza entre mas de mil de ellos que vinieron de diversas partes, y con esto hacíamos cuenta que la habíamos hecho decir de mil misas arriba. No le dijimos otra. Del dinero que habia en casa no osábamos gastar nada en cosas de iglesia, porque como no era muy bien ganado, temimos no se nos dijese que hurtábamos el puerco y dábamos los piés por Dios; y por no dar á Dios cosa mal ganada y ajena, retuvimos el dinero. Despues cuando quisimos con ellos hacer por su alma algun bien, ya nuestros hermanos nos habian hecho tanto mal, que no hubo lugar. Mi fe, pensamos que nos durara mucho el sar mandouas, y con esto todo lo que se lloraba era de acarreo. *Los facinorosos*

El llorar de veras fué cuando vinieron de Italia mis hermanos, rompidos de vestido y de vergüenza, y sin ninguna nos tomaron á mí y á mis hermanas los cetros del imperio, que eran las llaves de casa, y nos ganzuaron arcos y buchetas. Trepaban por las paredes á los socarrenes y desvanes con el orgullo que si entrarán la goleta. Y todo por ver si habia emboscada alguna pecunia. Para lo cual no tuvimos otra defensa ni remedio sino soltar la rienda al lloro y madurar los tragantones pasados. Como éramos bozales, no estábamos prevenidos de pendencieros. No fuera ello á hora que pudiera yo poner en campo unos doce pares, que ni por otros mas necios diera un garbanzo, ni por mas determinados un comino. Contentárame que mis hermanas lo fueran

mías, mas estaba de Dios que yo había de salir de Mansilla sin raíces, y así me dejaron, y nunca comimos buenas migas. Verlo has en el segundo libro, si allá llegamos.

Paréceme que te leo los labios, hermano lector, y que me preguntas y me mandas que te diga muy en particular el discurso de mi vida y aventuras del tiempo que fui mesonera con tutores y viví con mi madre. ¡Oh necio, quien tal preguntas! ¿Qué vida quieres que cuente, sabiendo que bailaba al son que me hacía mi madre? Ea, déjame, no me importunes. Gentil disparaton. No pienses que lo dejo porque es de echar á mal, que cosas lícitas que pudieran entrar con letra colorada en el calendario de Celestina; pero no quiero que se cuente por mio lo que hice á sombra de mi madre. ¿Quiéresme dejar? Quitá allá tu real de á ocho. ¿Dinero das? Pues si tanto me importunas, habré de pintar algo, aunque no sea sino el dedo del gigante, que por ahí sacarás quién fue Calleja. Una cláusula tenía yo ordenada para dejar en mi testamento en favor de una discípula: esa quiero poner aquí, y sea donación entre vivos en favor de las plateras del meson, y servirálas de ejemplo, de espejo y de aviso; pues ella es suma en que se suma y cifra lo que toca, y pertenece á cuáles y quiénes, cuándo y cómo, y para cuándo han de ser cual fui yo, que dice así. Y va medio en copla.

La moza del meson esto es en conclusion. En andar, gouce; en pedir, pobre. De día, borrega; de noche, mega. En prometer, larga; en cumplir, manca. Antes de mesa, perrilla; después de mesa, grifa. En enredos, hilo portugués; al fallo, puercos montés. Lo empeñado todo, lo vendido nada ó poco. Una alforja de bailar, y otra de trabajar. En la bolsa munición; en la cara siempre unción. Cumplir con todos; amistad con los mas bobos. Lo pagado pase; lo rogado no vale. De ordinario alegría, y siempre tapagija. Y aires volan, y á Dios que es esquila, que con decir viene mamá y rascar la cofia se avientan los nublados, y no debo mas.

Querria pedir á sus mercedes una licencia, y es para ser un poquito cuerda, y durar como de lana para enjauarme los dientes con una consideración que me brinca en el colodrillo por salir á danzar en la boca, á ringla, con los diez y ocho. Ya soy cuerda. Dure lo que durare. Señores, los mis señores, compadéceos de esta pobre que tales alhajas de inclinaciones heredó de aquella que la parió una vez, y mil la tornó al vientre para renovar las marañas que en mí esculpió al principio. Créanme, que á veces me paro á imaginar que, si fuera verdad que las almas se trasiegan de cuerpo á cuerpo, como dijeron ciertos filósofos boddigueros, sin duda creyera de mí que tenía á meses las almas de padre y madre. Y pues va de seso, digo que ahora me confirmo en que todas las cosas tornan al principio de do salieron. La tierra se va al centro, que es su principio; el agua al mar, que es su madre; la mariposa torna á morir en la pavesa de quien fué hecha; el sol torna cada veinte y cuatro horas al punto donde nació y

fué criado; los viejos se tornan á la edad que dió principio á su ser; la espiga, madura y abundante de granos, se tuerce é inclina por tornar á la tierra de á do salió; y el ave fénix vuelve á morir en las cenizas que dieron principio á su vida. Y el hombre... ¿Dónde vas á parar, Justina? Pardiez, que si no me hablaras á la mano, por pocas parara en el miércoles de Ceniza, y dijera acuérdate, hombre, que eres ceniza. Mas no voy á eso, que cuando yo me hubiera de meter á predicadera de los encenizados, no me faltara qué decir, aunque no fuera sino lo que oí á un predicador que predicaba coplas de deleites; y viniendo á tratar del Evangelio de aquel día, dijo: «Hermanas, el Evangelio que se ha cantado en la misa de hoy dice que el día que ayunáredes unteis la cabeza y laveis la cara. Mas vosotras las mujeres, como en todo andais al revés, haceis esto á la trocadilla, que untais las caras y lavais las cabezas.» No me descontentó el puntillo de este padre ceniciento, porque valia cualquier dinero para si yo fuera quien le predicara, ó para él si el sermón fuera en la ronda ó entre las cercas ó en la lumbre asando castañas; mas en el púlpito, pardiez, que fué una de las catorce. Por otra parte, no me espanto, que quizá lo halló aquel bendito escrito en algun cartapacio de alquiler, y se le dieron con condicion que lo dijese todo como en ello se contenia, y emborrólo ó quizá de puro respeto ó de vergüenza. Tambien le excuso por ignorante. Pero ¿quién me hace á mí portazguera de púlpito ni alcabalera de echacuervos? Mas no importa, que las necias, digo, las mujeres, siempre tenemos pagado el alquiler de los cascabeles para entrar en esta danza; pero cierto que no iba á decir nada de esto de prédicas, sino que se atravesó el acho y birléle. Iba á decirles que echen de ver que no hace poco quien naciendo de tales madres se refrena, ni mucho quien se desfrena, que las hijasson esponja de las madres. A fe que he estirado bien la cuerda. Ya bostezo. ¡Jesus, mis brazos! Entumida estoy; cansada estoy de tanto asiento, y enfadada de tanto seso. Ahora digo que no hay mayor trabajo que obligarse un hombre á hablar en seso media hora. Pardiez, yo temia que me nacieran rugas en las entendederas. Ya pensé criaba molho el molde de las aléluyas, y telarañas el decir gracias. Ya me daba brincos el corazon por decir de lo bien hilado; que los sentidos habituados á decir gracias son como danzantes de aldea, que si una vez se calzan los cascabeles para subir al tablado, no los harán detener cuarenta alcaldes de corte.

APROVECHAMIENTO.

No dice mal esta libre mujer, en que todas las cosas tornan á su principio; pero es culpable ella y otras de su jaez en no inferir de este punto que, pues el nuestro fué tierra, polvo y ceniza, obremos como quien teme al que puso al hombre este fin y paradero, y como quien agradece el haber salido de tal principio, y como quien ha de volver á Dios, que es universal principio.

PRIMERA PARTE.

LIBRO SEGUNDO.

LA PICARA ROMERA.

CAPITULO PRIMERO.

De la romera bailona.

1.—DE LA CASTAÑETA REPENTINA.

Cancion de á ocho.

El gusto y libertad determinaron
 Pintar una bandera
 Con sus triunfos, motes y corona,
 Y, aunque varios, en esto concordaron:
 Libertad saque á Justina por romera,
 El gusto saque á la misma por bailona.
 Sea el mote: En Justina
 De gusto y libertad hay una mina.

Si es verdadaro el título que los poetas diéron á la vida presente y á la inclinacion natural que mas florece, llamándola puerta del otro siglo, yo digo que los dos quicios de mi puerta, que son las dos mas vehementes inclinaciones mías, fueron y son andar sin son y bailar al de un pandero. Otros dirán que quieren su alma mas que sesenta panderos; mas yo digode mí que en el tiempo de mi mocedad quise mas un pandero que á sesenta almas; porque muchas veces dejé de hacer lo que debia por no querer desempanderarme. Dios me perdone. Con un adufe en las manos era yo un Orfeo, que si de él se dice que era tan dulce su música que hacia bailar las piedras, montes y peñascos, yo podré decir que era una Orfea, porque tarde hubo que cogiendo entre manos una moza montañesa, tosca, bronca, zafia y pesada, encogida, lerda y tosca, y cuando vino la noche ya la tenia encajados tres sonos, y los piés, con traerlos herrados de ramplon con un zapato de fraile dominico, los meneaba como si fueran de pluma; y las manos, que un momento antes parecían trancas de puerta, andaban mas listas que lanzaderas. Todo es caer en buenas manos; que quien las sabe, las tañe. Mas ¿qué mucho que fuese amiga de adufe, pues mamé en la leche la flauta, tamboril de mi agüelo, el que murió con la gaita atorada en el gazzate?

Antes que pase adelante, quiero contar un cuento á propósito de la gaita que tapó á mi abuelo las vías. A un comediante oí yo una vez apostar que nadie acertaria, como es posible, tapar siete agujeros con uno ó uno con siete. Yo, acordándome de la muerte de mi abuelo, dije que los siete agujeros de la flauta los tapó mi abuelo con un agujero del gazzate, y el uno del gazzate con los siete de la flauta. Con esto gané la apuesta, que fué

unos chapines, con que me engreí, aunque miento, que con ellos me humilló mi novio. Pero esto no es de aquí, sino del medio. Así que, el un quicio ó polo de mi vida fué ser gran bailadora, saltadera, adufera, castañetera, y la risa me retozaba en el cuerpo y de cuando en cuando me hacia gorgoritos en los dientes.

La segunda inclinacion era andar mucho. Hubo un emperador que dijo que la mejor comida era la que venia de mas léjos; y yo sentia que la mejor romería y estacion era la de mas léjos. Decia la otra: El santo que yo mas visito es san Alejos. A la verdad, esto de ser las mujeres amigas de andar, general herencia es de todas; y cierto que muchas veces he visto disputar cuál sea la causa por qué las mujeres generalmente somos andariegas, y será bien que yo dé mi alcaldada en esto, pues es caso propio de mi escuela.

Un librito que se intitula *Cortes de las damas* dice que en las cortes de las damas que se celebraron en el Parnaso se propuso esta cuestion, y que sobre ella hubieron varios pareceres. Unos dijeron que la primera mujer fué hecha de un hombre que estaba soñando; y que el sueño era que andaba por la posta una gran jornada sin saber adónde iba ni para qué, y que así salieron las mujeres tan andariegas, que salen de casa, y si les preguntais dónde, dirán que van á salir de casa y no hay mas cuenta. Otro reprobió este parecer, diciendo que tan viva y despierta inclinacion de andar no pudo tener principio en andador soñado; y así, dijo que pensaba que el pedazo de hueso ó carne de que fué formada la primera mujer fué hecho de tierra de mina de azogue, que es bullicioso, inquieto y andariego. Otro dijo: No fué eso, sino que en realidad de verdad la mujer fué hecha de un hombre dormido, y él, cuando despertó, tentóse el lado del corazón; y hallando que tenia una costilla de menos, preguntó á la mujer: Hermana, ¿dónde está mi costilla? Dámela acá, que tú me la tienes. La mujer comenzó á contar sus costillas, y viendo que no tenia costilla alguna de sobra, respondió: Hermano, tú debes de estar soñando todavía. Yo mis costillas me tengo, y no tengo ninguna de mas. Replicó el hombre: Hermana, aquí no hay otra persona que me pueda haber descostillado; tú me la has de dar ó buscarla. Anda, vé, búscala y tráemela aquí. La mujer se partió, y anduvo por todo el mundo pregonando: Si alguno hubiere hallado una costilla que se perdió á mi marido ó

supiere quien tiene alguna de mas, véngalo diciendo, y pagaráselo el hallazgo y el trabajo. Y de aquí les vino á las mujeres que como la primera iba pregonando, ellas salen bocineras, y como nunca acaban de hallar quien tenga una costilla de mas, nacen inclinadas á andar en busca de la costilla y viendo si hallan hombres con alguna costilla de sobra. Bien veo que es blasfemia para creida y fábula para reida, y para entendida símbolo y catecismo no malo. Pero vaya de cuento. Llegó á las cortes un enamorado, y dijo: Las mujeres son cielos acá en la tierra, y por esto andan en perpetuo movimiento como los cielos. Bien hubiera dicho este galán, si las mujeres fuéramos incorruptibles como los cielos, pero ni lo somos ni él las buscaba así. Muchos pareceres hubo que, por estar algo desarropados, no osan salir al teatro, y tambien por dar lugar á que salga uno muy acertado, el cual dió la doncella Teodora; el cual no sólo alcanzó la razon de ser las mujeres amigas de andar, pero declaró la causa por qué todas por la mayor parte somos amigas de bailar, en lo cual venció el parecer de otra discreta dama que afirmó solo ser natural á las mujeres el andar mucho, y que si son tambien amigas de bailar, es por andar. Y vese en que las que pueden andar mucho, no bailan, sino andan; pero las que no tienen herencia para andar mucho, bailan mucho, porque ya que no andan en largo, andan en ancho. Este parecer hace mucho agravio á todo el hombruno, porque es decir que son tan locas como el otro que se paseaba todo el día sobre un ladrillo solo, y si le reñian, decía: Necios, cuando viene la noche, tantas leguas he andado yo como un correo de á pié, sino que lo que él anda á lo largo, lo ando yo en redondo. Pero la doncella Teodora dió mejor en el punto, y de cada una de las dos inclinaciones de andar y bailar dió su distinta razon, aunque en alguna manera redujo ambas cosas á un principio y razon, y dijo así:

Habéis de suponer, ilustres madamas y deífises, que aunque es cosa tan natural como obligatoria que el hombre sea señor natural de su mujer, pero que el hombre tenga rendida á la mujer, aunque la pese, eso no es natural, sino contra su humana naturaleza, porque es cautividad, pena, maldicion y castigo. Y como sea natural el aborrecimiento de esta servidumbre forzosa y contraria á la naturaleza, no hay cosa que mas luyamos ni que mas nos pene que el estar atenidas contra nuestra voluntad á la de nuestros maridos, y generalmente á la obediencia de cualquier hombre. De aquí viene que el deseo de vernos libres de esta penalidad nos pone alas en los piés. Vean aquí la razon por qué somos andariegas. Y la que hay para que seamos tan amigas de bailar es la siguiente: En el bailar hay dos cosas: la una es andar mucho, y la otra es alegrarnos mucho con el alegre son. Y como en el estar sujetas hay dos males, el uno estar atadas para no poder salir donde queremos, el otro estar tristes de vernos oprimidas, y tanto, que no hay necio á quien no le parezca que hace suerte en decir mal de nosotras, como si fuéramos todas burras de venta y en mala fe-

ria, qué para ser compradas hayamos de ser vituperadas, y como en el bailar hay dos bienes contra estos dos males, el uno el andar, y el otro el alegrarnos, tomamos por medio estas dos alas para huir de nuestras penas, y estas dos capas para cubrir nuestras menguas. Y esta es la causa por qué somos tan amigas de la baila, que encierra dos bienes contra dos males.

Celebróse mucho este parecer en las cortes, dando á Teodora la palma de discreta por una resolución tan atinada. Así que, señores, no se espanten que Justina sea amiga de bailar y andar, pues demás de ser herencia de abuelas, es propiedad de muchas, especialmente de todas. Verdad es que yo aumenté al mayrazgo lo que fué bueno de bienes libres; porque en toda mi vida otra hacienda hice ni otro tesoro atesoré sino una mina de gusto y libertad; de modo que, aunque entre la libertad y el gusto hubieran sucedido las discordias que fingen los poetas, podrás creer que yo sola bastara á ponerlos en paz, dándoles en mi campo franco para dibujar en mí sus blasones, trofeos, victorias y ganancias. Que cuando el gusto me considera tan bailona, y la libertad tan soltera y tan tronera, se contentan uno y otro con tener por armas y divisa á sola Justina, única amada suya y propia mina de todos los deleites suyos, confusion mia, escarmiento tuyo.

Muertos pues mi padre y mi madre, y entregados ya mis hermanos en el cuerpo de la hacienda y aun en el alma de ella, que es la bolsa, sin decir mas misas por sus ánimas que si murieran comentando el *Alcoran* ó haciendo la *barah*, tomé ocasion de andarme de romería en romería con achaque de hacer algo por ellos, porque se me deparase quien hiciese algo por mí. Y á fe de veras, que si ahora no tuviera mas malicia que entonces, valiera mi saya un manto de barato; verdad es que era moza alegre y de la tierra, y en viendo bailar me retozaba la risa en el cuerpo. Y para hacer *fo* cada semana siete romerías de á nueve leguas cada una, no habia menester mas razon que ver andar la veleta de abrego. La primera que hice despues que murió mi madre fué Arenillas, la cual contaré por extenso, por cuanto en ella sucedieron cosas dignas de memoria. Es Arenillas un pueblo que cae junto á Cisneros, donde hay la behetría, de la cual dijo el otre bellacon que preguntó al diablo si entendia los aranceles de aquella behetría; y respondió que toda una noche habia estudiádolos y no los habia podido entender. A esta romería fuí desde mi casa de Mansilla. Salí de noche como cigüeña que va á veranadero. Aunque miento, que á las cigüeñas nunca hombre las vido salir; mas á mí me vió un tabernero, por señas que me dijo, viéndome ir vestida de colorado: Colorada va la novia, ella resbalará ó caerá. Mal haya quien no le dió doscientos por adivino. Pues en efeto de verdad, ya que no caí, resbalé. A Arenillas llegué á las doce del día, á lo menos entre once y mona, cuando canta el gocho. Holguéme de ver en campo raso tantos campesinos, que me olian á camisa limpia, que son los

ámbares de aquella tierra. Viendo tanta gente, dije á mi vergüenza que me fuese á comprar unos berros al Alhambra de Granada. Luego, como buen predicadero, di una vuelta al auditorio con los ojos, y no sé qué fumecinos me dieron, que me parecía otro mundo. Vi de léjos que habia baile, y pardiez, no me pude contener, que sin apearme de la carreta, puse en razon mis castañuelas, y en el aire repiqué mis castañetas de repica punto á lo deligo, y di dos vueltas á buen son. Fué este movimiento tan natural en mí, tan repentino y de improviso, que cuando torné sobre mí y advertí que habia hecho son con las castañetas, si no viera que las tenia en los dedos, jurara que ellas de suyo se habian tañido, como las campanas de Belilla y Zamora. Yo habia oido decir que afirman doctores graves que cuando dos instrumentos están bien templados en una misma proporcion y punto, ellos se tañen de suyo, y entonces me confirmé en que era verdad; porque como mis castañetas estaban bien templadas y con tal maestría, que estaban en proporcion de todo pandero, no hubieron bien sentido el son, cuando ellas hicieron el suyo, y dispararon una castañeta repentina para que dijese á los señores panderos, acá estamos todos, como el bobo de Plasencia, que escondido de una dama debajo de la cama, luego que vió entrar el galán, salió de adonde le habia metido la dama, y dijo: Acá tamo toro. Quizá pudo ser que aquella castañeta repentina se causó de que las castañetas retozaban de holgadas; y no me espanto, supuesto que en aquel momento se cumplian veinte y cuatro horas que no sabian qué causa era siquiera un adarme de golpecito.

Oyó el son un primo mio, que guiaba el carro, y no tanto por mal ejemplo que tomase, que tambien él era de los de la baila, ni por pena que tuviese de ver bailar antes de misa, sino por temor de que no se le espantasen las mulas, que eran nuevas, me riñó á lo socarron, diciendo: Prima, muy á punto venian esas tabletas de san Lázaro; muy poca tencis vos de la muerte de vuestra madre, mi tia, y de la de mi tío, vuestro padre, que Dios tenga en el cielo. Pardiez, si entonces tuviera mi vergüenza en casa, yo me corriera; pero como no habia venido de la Alhambra, donde la despaché por berros, llamé al enojo, y con su ayuda dije: Tenga en el cielo, tenga en el cielo. Por cierto tenga, porque segun vuestro tío era de hurgandilla y amigo de husmearlo todo, y segun era cohete y busca ruido como su sobrino, y segun era amigo de verlo y escudriñar todo, sin parar en ninguna parte, imagino que, si posible fuera salirse las gentes del cielo, no le pudieran detener allá ni detenerle de que nos viniera á ver y tantear los pasos y contar si las castañetadas fueron una ó dos, como si fuera caso de inquisicion, que se examinan los relapsos. Mira ahora, ¿para una castañeta repentina que se le podía soltar á un ermitaño tanto ruido? Pardiez, ello medio bobería parece; mas dijela con enojo, y luego pedí perdon á Dios. Prosiguiendo mi enojo, le dije: ¿Juraréis vos que fué castañeta lo que oistes? ¿Berros se os antojan? Aguardad,

N-n.

que luego os los traerá una criada mia, á quien envié por ellos al Alhambra. Bobo, tocan á misa, ¿y piensa el muy majadero que las repicamos á buen son? En diciendo que dije esto de la misa, un esgrimidor que estaba junto á nosotros, que siempre me depara la ventura con gente de esta cazolada, me dijo: ¡Oh, qué lindo! ¿Misa ahora? Por Dios, señora hermosa, que lo que es misa voló, que en este punto dice la postrera el cura de Guaza, por señas que entre *Dominus vobiscum* y *Amen* no dejaba tragar saliva al monacillo. Que aunque se puede pensar que lo hace por no hacer falta á un convite de boda, pero creo que es porque los clérigos no dicen misa despues de medio dia. Con todo eso, fuimos allá, y no con poca prisa, y todo fué necesario, que por pocas no oyéramos misa; mas si plugo á Dios, llegamos al *Ite missa est*, y entre tanto que duró el oírle, encomendé á Dios mis padres y abuelos y todo el estado eclesiástico y la casa real, los buenos temporales, la paz de los príncipes cristianos, los pecadores y pecadoras en mis pobres oraciones. Ello poco tiempo fué, mas la oracion breve diz que penetra los cielos; y aun en una oracion de ciego oí decir que las oraciones breves, si son fervorosas, son como barreno de gitano ó como ganzúa de ladrón, que en un soplo hacen su efecto.

APROVECHAMIENTO.

Muchos y muchas de las que en nuestros tiempos van á romerías, que van á ellas con solo espíritu de curiosidad y ociosidad, son justamente reprehensibles y comparados á aquellos peregrinos israelitas que, caminando por el desierto adonde Dios les guiaba, dieron en ser idólatras. Y nota el modo de oír misa que se pinta de esta mujer libre y olvidada de Dios.

2. — DEL ESCUDERO ENFADOSO.

Villancico.

*Muy bien la sablé yo,
Mas ella me respondió,
Jo, jo, jo, jo.*

Un muy gordo tocinero,
Obligado de Medina,
Quiso servir á Justina
De galán y de escudero:
Ofreciela vino y pan,
Queso, tocino y carnero,
Y ella le ofreció un no quierlo
Tan gordo como el galán.
Muy bien la sablé yo, etc.

Los suspiros que arrojaba
Este nuevo Gerinelidos
Eran muy crudos revueldos
Con que el alma penetraba;
Y entre suspiro y revuelo

Sacó un hueso de tocino,
Y una botilla de vino,
Diciendo, vida, bebeldo:
Muy bien la sablé yo, etc.

Dijo corrido el galán,
¿Jo, jo á mí? ¿Soy jo, jodio?
Mientes, mientes, amor mio.
Que mi padre es Reduan.
Y así te juro, Justina,
Como moro bien nacido,
Que de gana te convido
A tocino y á cecina.
Muy bien la sablé yo, etc.

Salimos de la iglesia llevando algo picado el molino del estómago, con ánimo de ir á moler debajo de nuestra carreta, y al salir de la iglesia, como yo vi tanto mirador por banda, íbame hecha maya, y tenia por qué, pues iba de veinte y cinco, sin los de los lados. Llevaba

un rosario de coral, muy gordo, que si no fuera moza, me pudiera acotar á zaguán de colegio viejo; y tuviera la culpa el rosario, que parecia gorda cadena. Mis cuerpos bajos, que servian de balcon á una camisa de pechos, labrada de negra montería, bien labrada y mal corrida. Ciuta de talle, que parecia visiblemente de plata. Una saya colorada, con que parecia cualquier pimiento de Indias ó cualquier ánima de cardenal. Un brial de color turquí, sobre el cual caian á plomo borlas, cuentas y sartas, con que iba yo mas lominiesta y lozana que acémila de duque con sus borlas y apatusco. Un zapato colorado, no alpargatado, que en mi tiempo no se nos entraba á las mozas tanto aire por los piés. Mis calzas de Villacastin, algo desavenidas con la saya, porque ella se subia á mayores. Mas si los hombres mordieran con los ojos, segun fingieron los argotides, ¿qué de tiras llevara mi saya? Si los ojos de puro mirar se ausentaran de los párpados y desampararan sus encajes, como fingieron los oculatos, sin duda que me dejaran pavonada á puro engerir ojos sobre mí. Nunca gozamos las mujeres lo que vestimos hasta que vemos que nos ven. Y así, pude decir que hasta que vi que me miraban de puntería no supe lo que tenia puesto ni por poner. Mas en viendo que me miraban á dos coros aquellos disciplinantes, que estaban en ringla á la puerta de la iglesia, luego dí en lo que era. ¿Qué cosa es ver gente? Vive diez, que me entoné por mas de una hora, y que al mismo Narciso despreciara si por entonces llegara á mi puerta. Es necedad pensar que mujer estimada haya de hacer caso de quien la mira. Antes hará mercedes á un verdugo, si la amenaza con la penca, que favores á quien la quita una gorra y se le humilla. Somos como pulpo, que nos halla mejores quien nos hostiga mas; y véolo claramente en que habiendo por dos veces columbrado dos pollancones de los que no me solian saber á ruibarbo ni oler á cuerno, que si en otra ocasion los viera, por todo el mundo no dejara de decirlo un remoquete en el aire, porque esto de un conceto agudo siempre lo gasté; mas por verme tan llena de borlas y falsas riendas, tan ojeada y reverenciada, no los hablé mas que si estuviera en muda. Cierto que eran de oír. Unos me decian: Dios te bendiga, viéndome tan caríempollar. Otros guiñaban con los ojos y me hacian el ademán del vino de al diablo, que es el mejor, segun Mostoles. Otros me hablaban con la boca del estómago.

Y en este número entra un tocinerero, obligado de la tocinería de Rioseco, muy gordo de cuerpo y chico de brazos, que parecia puramente cuero lleno. Unos ojos tristes y melio vueltos, que parecian de besugo cocido; una cara labrada de manchas como labor de caldera, un pescuezo de toro, un cuello de escarola esparragada, un sayo de nesgas, que parecia zarcera do bodega, unas calzas redondas, con que parecia mula de alquiler con atabales, unas botas de vasqueta tan quemadas, que parecian de vidrio helado, una espada con sarampion en la hoja y viruelas en la vaina, una capa de paño tan tosco y tieso, que parecia cortada de

tela de artesa. Con esta figura salia mas tieso que si fuera almidonado. Contentéle. Negra fué la hora. Pegóseme como ladilla. Quisome hablar, no supo. Quisese despedir, no pude. Iba tan junto conmigo como si tuviera de tarea el ingerir su bobería en mi picarazona.

Y de cuando en cuando, por hacerme la fiesta, hacia un rodeon de pescuezo, cuerpo y espada, que todo parecia de una pieza, y cada vez que volvia me asentaba dos ojos del tamaño y color de los bodoques. Y á cada bodocada despedia un revueldo, y tras él, como cuando tras el rayo sale el trueno, me decia con una voz de mulo: Señora Justina, almorcemos, que no ha de faltar pan y vino, carne y tocino; queso y cecina. Yo, que nunca aguardo á desquitarme el miércoles corvillo, le dije: Jo, jo, jo, jo. El volvió, y con gran sinceridad me preguntó: ¿Con quien habla, señora? Yo dije: Señor, está aquí cerca mi pollino, el cual da fastidio, y si no digo esto, no habrá diablo que le eche de adonde está. Creyólo el buen Juan Pancorvo, que así se llamaba el malogrado, y volvióse á mirar atentamente mi pollino, rogándole, con el mirar de ojos, que por la amistad lo dejase. Maldígate Motezuma, tocinerero de Barrabás, que aun ahora no me parece que he acabado de abroquelarme de las estocadas que contra mí sacaste de la vaina de tu estómago y de los tiros de tu boca, tan secreta de palabras cuán pública de revueldos. Fué tanto el asco que me dió, que pensé que me dejaba conjurada la gana de comer por un año. Dónde quiera que iba me seguía. No me valian trazas. A todo salia. No me dejaba. No á lo menos por lo que yo tenia de Elías ni él de Eliseo, que tan pecador era él como yo, salvo que él pecaba caballero en un asno, y yo al pié de la letra. El era bobo en grado superlativo. Tantos veces le deseché, que él se echó á pensar una traza con que me obligar. Y fué que echando mano á la cinta, desenvainó una botilla de vino, y de la faltriquera un zancarron de tocino, envuelto en un cernadero. Y con la bota en la mano me saludó, diciendo: Vida, mire qué belleza, viva y beba. Que es rico, rico, rico. Yo que me pico algo de poeturria, dije al mismo punto Borrico, borrico, borrico, jo, jo, jo. El tornó á mirar si acaso yo hablaba con el pollino como la vez pasada. Y viendo que el pollino no parecia, medio corrido, medio atolondrado, medio amante, medio enojado, me dijo: ¿Jo, jo á mí, Justina? ¿Soy yo jodio? Juro á san Polo, que era mi padre de la Alhambra y de los Reduanes, ¿mire cómo podia ser jodio? Yo, que oí ser Reduan, le dije: Oh, señor Reduan, pues si es Reduan de los finos, yo quiero ver cómo corre la vega en mi servicio. Vaya usted, ande este campo, haga gentilezas, y entre ellas una sea que me compre una sortija de azabache tan negra como estuviera ese sombrero suyo si estuviera bien teñido; y no se me enoje, que no le dije jo, jo, por motejarle de jodio. Muy lejos voy de eso. Y yo le diré el por qué cuando me compre la sortija. Por ahora no digo mas, sino que por tenerle por muy caballero le dije lo que le dije. Con esto conjuré

aquella fantasma, y fué á correr la vega pensando diligenciar la sortija, mientras yo diligenciaba el absconderme donde correr la sortija, quiero decir, huir de adonde me encontrase para darme la prometida.

Ciertamente que no hay cosa mas penosa que unos de estos caimanes enamorados. Son los tales como tiro, que si va muy atacado y dispara, vuelve en daño lo que pudiera ser de gusto y de provecho. Aquel necio mas provecho se hiciera si dijera con el corazon, no pudiendo ó no sabiendo con la boca, á mí que no pido. ¿Pues decir que supo él manifestar su cuidado? Mas que un jumento. En mi vida vi amor enalbardado, si no fué este. Miren qué aliño de dárseme á entender un hombre, que en vez de ardientes suspiros, despachaba por instantes revueldos, que salian de lo íntimo de la hiel, que eran harto mas á propósito de dar muestras de una infernal piscina que publicar tiernos sentimientos de un corazon herido dulcemente. De las palomas dicen las fábulas que las desterró del cielo el Dios de amor, aunque nieta y decendiente suyo. Y yo no hallo que pueda haber habido otra causa sino porque el Dios de amor tiene por asquerosos los amores del palomo, por cuanto van insertos en revueldos. ¿Miren cómo no me habia de ofender á mí amor tan aborrecible, que aun enfada el alidalgado y sufrido Dios de amor? ¿Qué Celso amador habiamos encontrado, el cual á petición de su dama, que era amiga de oír músicas en carros triunfales, se trasformó en el carro y bocina del cielo para que su dama tuviese carro triunfal incorruptible, y juntamente música incansable? Reniego de su bocina roldana, que tal son ella me hizo. ¡Mirad por vuestra vida qué billetes en papel dorado! ¡Qué tercera sutilmente ingerida como cuña! ¡Qué dos mil patacones ojigallos para guantes! como á la ley del siglo dorado, que decia aquello que tradujo el poeta, y dice:

Si tienen puntas de oro las saetas,
Amor puede al seguro hacer sus tretas.

¿Qué pisacalles en falsete? Qué chinas al marco ó golpecitos de celosía? Qué coplas en esdrújulos? Qué canciones tan menudeadas, que unas á otras se alcanzasen, sino un revuelto y otro tras él? Por él se podia decir: ¿Suspiraste, vida mía? No, señor, sino regoldé. Corrida estoy de haber parecido bien á un tan mal pretendiente. Mas me holgara que dijera mal de mí, como el otro caballero que riñó con un gran murmurador, y le dijo: Señor Fulano, hanne dicho que todos los hombres honrados de este lugar os parecen mal y hablais mal de ellos, y que solo yo os he parecido bien, y decís bien de mí; pues juro á diez y á esta celuz, que si de mí hablais bien, os he de sacar la lengua por el colodrillo; que á quien tan mal le parecen tantos hombres honrados, córrome yo de parecerle bien. Decid mal de mí como de ellos para que entienda yo que soy tan honrado como ellos. Así que estoy corrida de haber parecido bien á este burrihombre. Mas pues no se queja el dorado y rubio sol de que le miren tantos feos,

y el cielo no se cansa de que le miren tantos bobos, quiero sobreseer del enfado con presupuesto de no acordarme de él sino fuere cuando tenga hipo tras carcajada. Solo digo que tornó á buscarme con la sortija; pero yo me hice reina de Tacamaca, que donde estaba no parecia, y estaba encobertada. Dejo esto. En resolucion, yo despedí á mi avechuchó y me fui á mi carreta, donde asentamos real yo y la parentela de Mansilla, donde comimos á dos carrillos lo que teniamos, y aun lo que no teniamos, y pasaron lindos chistes. Excusóme de ponerlos aquí el que, para hacer el retal de las Carnestolendas, llevó de mi casa listas de seda, que en otra tela vinieran bien. Digo que me hurtaron los escritos de lo que en todo este convite y sus chistes pasó. Y digamos á lo breve este paso, que, como dicen los labradores, cuento de socarro, nunca malo.

APROVECHAMIENTO.

Es tan sutil el engaño y engaños de la carne, que á los broncos, zafios é ignorantes persuade sus embustes, y embeleca con sus regalos.

3. — DEL CONVITE ALEGRE Y TRISTE.

Endechas con vuelta.

No hay placer que dure,
Ni humana voluntad que no se mude.

Sentóse á comer
La hermosa aldeana,
La que come ojos,
Corazones y almas:
Dice mil apodos,
Lindezas y gracias,
Fortuna envidiosa
Las trueca en desgracias.
Que no hay placer que dure, etc.

Con boca de perlas
Mil perlas derrama;
Pero los villanos
Nada bueno alaban:
Que lo amargo es dulce,
Si hay voluntad sana;
Pero si está enferma,
Lo sabroso amarga:
Que no hay placer que dure, etc.

La envidia es arpia,
Tigre y fleña hircana,
Que en ajenos bienes
Hallá muerte y rabia;
Y viendo Justina
Que esta la maltrata,
Con sentidas quejas
Así lamentaba:
No hay placer que dure, etc.

Mas considerando
Que fortuna es varia,
Trueca sus suprios
En gustos del alma:
Da bigas al tiempo
Y á la vil mudanza,
Y al son de un adufe
Esto dice y baila:
No hay placer que dure, etc.

Despedida aquella fantasma tocínara, aquel galán de ramplon, aquel galán inserto en salvaje, me acogí de-

bajo del pabellon de nuestra carreta, donde nos asentamos yo y mi gente ras con ras por el suelo como monas. Estaban conmigo unas primillas mías de buen fregado, pero no tan primas que no fuese más la envidia que mostraban que el amor que me tenían. Tenían por gran primor el servir á mis primos de estropajo, y así las trataban ellos como á estropajos, y mías yo á ellos y á ellas hacia que me respetasen, y aun los despreciaba, porque siempre tuve por regla verdadera que la mujer solo compra barato aquello que estima en poco. Con todo eso, quise dar vado al birotismo y soltar el chorro á la vena de las gracias y apodos, que es ciencia de entre bocado y sorbo. Bien sé que no he errado cosa tanto en mi vida; porque las gracias no son para villanos, y menos para entre parientes. El afeite, la gala, la damera, la libertad, el favor, el dicho, el donaire parece bien al yente y viniente, pero no al pariente. Es como los que dicen: Justicia, y no por mi casa. Ya se erró. Contámoslos, que de mis cascós quebrados habrá quien haga cobertera para la olla de las gracias para que no se le vierta cuando mas hierva.

Comenzamos á hacer penitencia con un jamon y con ciertas genobradas bien obradas y con nuestras piernas fiambres, llenas de clavos y ajos, y llueva el cielo agua; miento, que maldita la gota bebí, porque en nuestra tierra destétannos á las mozas con la que llora la uva por agosto, á causa de que todas somos friolentas y boca de invierno, como dijo el otro que nos vendió el rocin por mayo. Yo estaba recostada en el suelo, á la usanza de los convites de los hebreos, y no me falta razon; mis primos y primas todos echados en ala, que parecíamos tinajas sacadas á lavar.

Al principio de comer no corria la vena, y así callábamos como en misa, y aun mas, que para las mujeres que contrapunteamos una misa á lo jirguero, no es mucho encarecer; pero luego que el dios novio de la Baca, que es el Baco, carbonizó la hornacha, rechinaban las centellas de los ojos, y espumaba la olla por la lengua. A la verdad, si Justina no entonara los fuelles, maldita la tecla habia que sonara bien, sino qué á ruido de una buena decidora, todo hace labor. Preguntéles mil qué cosi cosi, y respondieron á todo como unos muletos de tres años. Preguntéles cuál era la cosa de comer que, siendo carne, primero se cortaba el cuero que la carne. No dieron en ello. Díjeles que era la molleja del ave, y persignábanse de *verbum caro*, como si relampagueara. Preguntéles cuál era la cosa que con mas carga pesa menos; pero dieron en ello como en la ciudad de Constantinopla. Uno dijo que era la porra de Hércules. Otros que era el caballo Babieca. Tóname el tino. Y cuando los dije que era el cuerpo del hombre vivo, el cual cuando está cargado de manjar pesa menos que cuando está vacío de comida y muerto de hambre, por pocas se volvieren en matachines á puro espantarse de la sabia Justina. Y eran tan discretas mis primazas, ó por mejor decir, tan buenas pagaderas, que me lo pagaban todo á golpes sobre mis espaldas. Hacían bien, que si yo lo quisiera entender, me decían que gracias

tan mal recibidas las echase á las espaldas, y al cabo del tranzado. En fin, ellas tras cada gracia palmeaban las espaldas, como si el decir gracias fuera enfermar de tos, que se quita con golpes de espaldas. Otras mil preguntas les hice de las muy perfiladas, así de mores como de cifras y medallas, enigmas y cosicosas. Mas para ellas era hablarles en arábigo.

Verdaderamente la ufanía de un vencimiento es ciega. Dígolo por mí, que no miré que al paso que iban riendo mis agudezas, iban envidiando mi buen entendimiento, y así iban resfriando la risa, hasta tanto que se murió de frio, y despues de muerta la enterraron la pena. Pero mi orgullosa pujanza tenia vendados mis ojos para no echar de ver que ya el placer habia reconocido las riberas de su fin y que aquella gente no estaba para gracias. Y en fin, siempre fué tan celebrado como verdadero aquello que dijo el poeta español, y yo cantaba:

No hay placer que dure,
Ni humana voluntad que no se mude.

Vendo pues en alto mar de mi pujanza, queriendo á lo solapado dar un picon á dos de los del corro macho y femia, al uno de comedor, y al otro de bebedor, escupí una bachillería que se me tornó á la cara, y dije: Hola, oid, que os quiero preguntar un que cosi muy gustoso para que torneis á enhilar el hilo de la risa. ¿Mas que no sabeis por qué pintó Apeles á Céres, dios del pan, con un perrillo de falda, y á Baco, dios del vino, con una mona? Estaba allí una prima mia, que habia hablado con mi Apolo, quiero decir, oídomé á mí la resolucion; y como tenia las armas de mi ciencia y las de su envidia, entró con armas dobles, y con gran desprecio, cosa que sentí mucho, me dió un mandoble, y dijo: Por cierto sí, gran sabiduría. Ya no quiero callar, como hasta aqui he hecho, mas por ver que no dejas hacer baza y que hablas á destajo, quiero decirlo; y porque tiendas que si queremos hablar podemos, y que nuestro callar es de discretas, y tu mucho hablar es de necia. Mira. El perrillo y la mona son dos animales, los cuales crió naturaleza solo á fin de entretener las gentes con juegos, retozos y burlas y visajes; y si dan á la diosa del pan, que es Céres, y al dios del vino, que es Baco, perrillo y mona, es porque se eche de ver que en habiendo que comer y que beber, luego se sigue el haber entretenimientos, juegos y burlas, conforme al dicho de un poeta, que dijo:

Sin Baco y Céres
Son de sobra gustos, juegos y mujeres.

Acertó. Corrime de verme cogida en mi trampa y empanada en mi masa. Mas ya me contentara con que este disgusto fuera ciclan y sin compañeros. Pero nunca la adversa fortuna hizo una primera sin hacer tras ella mazo ó fluj. Siempre llueve sobre mojado, como distilacion de alquitara; siempre pica sobre llagado, como mosca. Y es de casta de albarda de rocin triste que siempre cae sobre matadura. Dígolo porque luego

que la primilla me fasquió de lleno, salió un primo de vastos, que, saliendo de su paso, aguzó, cosa desusada, y dijo: Justina, ¿sabes qué se te puede decir acerca de tu misma pregunta? Dos cosas: la una, que en esa pregunta muestras que eres de casta de pistolete italiano, que apuntas á los piés y das en las narices. Dígolo; porque preguntas uno, y malicias otro. Pero, dejando aparte tus siniestros, que son mas que de mula de alquiler, yo te quiero responder á lo que has propuesto, ya que quieres que se ponga la cátedra debajo del carro. Digo pues que si aquí hay alguna persona que merezca nombre de mona, eres tú; lo uno, porque tienes la bota al lado, y decia verdad, porque ella merogó que defendiese su castidad que corría gran peligro, y tanto mayor, cuanto era mas chica y tiernequita; y lo otro, porque si las armas y los nombres de Baco y Céres se hubiesen de repartir entre los del corro, á nosotros los hombres nos cabia el nombre de Céres, y tener por armas perrillo de falda, y á las mujeres el nombre de Baco, y tener armas de mona. Que por eso dijo el poeta picaresco que son los hombres cereros, y las mujeres bacunas.

¿Quiéreslo ver? ¿Qué hombre hay de nosotros que, si le dejásedes, no os serviría de perrillo de falda, sin dejar jamás la tarea? Y en eso bien probada tenemos los hombres nuestra intencion. Pero tú y otras bailadoras como tú, que sois muchas, especialmente todas, sois propias monas; porque propio de monas es andar siempre bailando, ser mimosas, melíndreras y lurgandillas. Y yo seguro que antes de mucho te tome la mona y bailes. El diablo se lo dijo. Por adivino le pudieran dar doscientos por docena. Con esta respuesta me pagó el primillo. Confieso que lo pregunté con malicia; y confieso, no sin verecundia, que como tan sin pensar revolvió sobre mí con tan buen discurso, no solo no le dí á él ni á ellas mas vaya, pero me atajé y corté de manera, que por un buen rato no encontré con cosa buena ni mala que poder decir.

Un buen decidór ó decidora es de casta de lanzadera, la cual, aunque muchas veces y mucho tiempo ande aguda y sutilmente sobre los hilos de la tela, pero si por desdicha encuentra en uno solo, aquel la ase y detiene. Así yo, aunque habia gran rato dicho con agudeza, topé en este hilo, y perdí el hilo. Y sin echarlo de ver, no hacia otra cosa sino mirar atentamente á una cabeza de conejo, monda y raída, despues de repasada, que estaba acaso en la mesa, y escurbarla con el dedo, como si allí me comiera. Entonces otro de la compañía, á quien jamás vi meter letra, ahora dió tan en el punto, que en un punto me acabó de poner de lodo, como me vió estar maganta y pensativa, mirando tan atentamente la calabrerá de conejo, que yo tenia en las manos (que, como dije, la fortuna adversa es tirana; si desea venganza es insaciable, y á pendon herido da licencia general á todo necio para que haga suerte en un discreto asomado; y en parte hace bien, pues con ellos gana la honra que pierde, en ser tan favorecedora de bobos); dijo pues el decidór moderno:

Justina, si como creo que has sido pecadora, creyera que eras penitente, dijera que estando así pensativa mirando esa calabrerá de conejo que tienes en la mano, te estabas diciendo á tí misma: Acuérdate, Justina, que eres conejo, y en conejo te has de volver. A lo menos no negaré que este dicho me tornó en gazapo, pues me agazapó de modo, que no dije mas que si tuviera los dientes zurcidos. Tanto fué lo que me hizo callar y encallar. Mis envidiosas holgaban. La parentela reía, y todos daban las carcajadas, que se pudieran oír en Cambox. Yo, como avencinada en la corredera, quise me vengar. Y no fué poco ofrecérseme cómo responder, de manera que le reñí al tono que él me habia reñido castañeta soltera. En fin, yo saqué fuerzas de flaqueza, y troqué mi cara por otro tanto de máscara de grave, y con ella le dije: Señores mancebos y mancebas y sor primazo, gentiles honras hacen á su tia, mi madre, á quien Dios tenga en su gloria, pues con un *Ite missa est* que han rezado por su ánima, les parece que tienen derecho á reirse con mas bocas que pierna de pordio-sero de canton de corte. Miren que es la casa baja, y que con tantas carretadas de carcajadas reventará la carreta. Bien quisiera yo decirles mas, pero á un corrido acabasele presto el huelgo. El primo, como iba de vencimiento, sin interpolar risa, antes con mayor orgullo respondió al mismo tono que yo le respondí cuando me retó la castañetada de marras. Y lo que me dijo fué: Boba, allá Justina, no revientes tú de pena de estar corrida, que la carreta segura está de eso. Justina, por tus ojos, que se te antojan berros, que el ruido que has oído no son risas carcajales, sino que la mula boba suena mucho los cascabeles del petral y collera. Verdad es que yo no sé por qué ella lo hace. Que comerle, nada le come, que está encobertada. Debe de ser sin duda que la mula está corrida como tú de que la llamamos la boba por mal nombre, y refunfuña. En diciendo esto el primo, acaso la mula se meneó, y viendo que le salía tan á cuento lo del refunfuño y los cascabeles, acrecentó mas la risa suya y del auditorio; y todos, ni sé si á mí, si á la mula, dijeron: Jo, jo, jo, tan mal pronunciado como bien reído. Pardiez, la mula, como todo andaba tan confuso y de revuelta, no oyó bien, y aunque le decian jo, debió de pensar que la decian arre, si ya de puro beodos no decian arre, y acordó de tomar las del martillado. Dió un estirijón para desasirse de la carreta con tanta fuerza, que por pocas hubiera de hacer empanada de nuestros sesos. Y aun fuera con toda propiedad empanada, porque siendo nuestro seso tan poco ó tan ninguno, siendo empanada de sesos, fuera en pan nada. Soltóse la mula, quebró una maroma y el hilo de la risa. Pasó de trápala por entre toda la gente, vendiendo coces á blanca, y encontrones á maravedí. Y no se le dejaba de gastar la mercadería. Si no me cayera tan en parte la pérdida de la mula y de su huida, holgárame mas que nadie de verla; aunque, para decir la verdad, tan de corrida andaba yo como ella, y por eso no me vagaba el reir. No me pesó del alboroto, porque á no romper el hilo de la ma-

traca, llevaban camino de torcer maroma con que ahorcarme.

La mula andaba que parecia novillo encascabelado, y yo tambien lo parecia con tanta sarta y apatusco como traia en la collera. Mis parientes los machos fueron tras la mula; mis parientas las mulas quedáronse junto al carro, recogiendo sobras, que eran aprovechadas, como monas de unto, y diz que sus abuelos fueron grandes apañadores. Yo, pardiez, no soy tan apañadora ni aprovechada, sino es de la ocasion. Esta tuve por buena para reirme un poco. Ya me querrás reprehender. ¿Qué querias que hiciese? ¿Correr? No podia, porque con las sartas que llevaba hiciera mas ruido que la mula con sus cascabeles, y fueran muchos toros. ¿Habia de llorar? No. Que si á la doncella Io, por llorar la vaca, la llamaron jo, á mí, por llora mulas, me llamaran mulata. ¿Habíame de sentar? Era mucha, mucha, remucha flema, flemaza para quien era prima de tan buenos corredores. ¿Habíame de echar? Menos me convenia, porque pensaran que como pusilánime me enterraba de pura pena: cosa tan ajena de un corazon jinete. ¿Habíame de estar en pié como grulla? Eso era mucho lanzon, en especial quien traia el molino corrido de puro picado. En resolucion, como me vi sola y á peligro de dar en la secta de melancólica, que es la herejía de la picaresca, determiné de irme al baile, dando dos higas al tiempo, y otras tantas á la mudanza, y cuarenta mil á quien mal le pareciese. Sentéme entre una camarada de pollas, que estaban en espetera aguardando el brindis de los bailones. La moza que almohazaba el adufe, hasta que yo llegué, habia ido vien-to en popa, mas en llegando yo, parece que reconoció ser yo la princesa de las bailonas y emperatriz de los panderos, y luego me rogó se le templase y pusiese en razon. Yo me hice de rogar, como es uso y costumbre de todo tañedor; mas al cabo hice su gusto y el mio. Toqué el pandero, y canté en falsete unas endechas, que yo sabia muy á propósito de mis sucesos, cuya vuelta era:

No hay placer que dure,
Ni humana voluntad que no se mude.

Salian estas palabras calientes del horno de mis fer-
vorosas imaginaciones, y así no dudo que avivaron mas de dos friolentos. Hecha mi levada, me torné á sentar mas con la opinion de buena oficiala de tañer, y rebuena de cantar, y rebonisa de bailar, luego me apuntaron los bailones, no reparando en la poca antigüedad de mi estancia ni en el agravio que se hacia en ser yo de las primero escogidas, siendo la postrera venida, sino en los muchos méritos de los buenos toques de pandero que habian visto y los de castañeta que se esperaban. Sacáronme á bailar luego, lo cual no causó poco fruncimiento, pero lleváronlo en dos veces. Sacóme á bailar, en buena estrena, un escolar, que siempre mi dicha me queria dar estos topes, como si yo rabiara por ser de corona; entonces mas quisiera yo que me cayese en suerte un labrador, no cierto para que cultivara

mis dehesas ni labrara mis sotos, que no habia aun llovido sobre cosa mia que raices tuviese, sino que son gustos. Pero al fin no es fuerza que el que escoge sea escogido ni acendrado. Ley es de baile, salgan las que sacan. Obedecí al sacamiento, y cuanto á la ejecucion, apelé para las castañuelas. Mas ellas, de puro agudas, al instante me condenaron. Entró el estudiante dando mil brincos y cabriolas en el aire. Y yo á pié quedo, como lo bailo menudito y de lo bien cernido y reposado, le causé á él y á otra trinca de compañeros suyos, que decian del colegio de los dominicos de Sahagun. Mas á lo que yo allí ví, ella es gente floja para el oficio. Débelo de hacer que es muy húmeda aquella tierra, y mejor para criar nabos que bailadores.

APROVECHAMIENTO.

La libertad y la demasia del gusto entorpece el entendimiento, de modo que aun en los tristes sucesos no se vuelve una persona á Dios; mas antes procura alargar la soga del gusto, con que al cabo ahoga su alma.

4.—DEL ROBO DE JUSTINA.

Liras.

La Vigornia ladina
Ordena una danza, máscara y cancion,
Con que coge á Justina,
Cantando en fabordon
Su presa, su trofeo y su traicion.

La máscara acababa
En robar la Boneta seis bergantes;
La Boneta cantaba:
Soy palma de danzantes;
¡Ay, ay, que me llevan los estudiantes!

Cogen en volandina
Con este embuste á Justina descuidada.
La triste se amohina;
Mas no aprovechó nada,
Que fortuna, si sigue, da mazada.

Decia muy penosa:
¡Ay, ay, que me llevan los estudiantes!
Mas era esta la glosa
De los mismos danzantes,
Y así todos pensaron ser lo que antes.

Ya venia la noche, queriendo sepultar nuestra alegría en lo profundo de sus tinieblas, cuando vi asomar una cuadrilla de estudiantes disfrazados, que venian en ala como bandada de grullas, danzando y cantando á las mil maravillas. Eran siete de camarada, famosos bellacos, que por excelencia se intitulaban la Vigornia, y por este nombre eran conocidos en todo Campos, y por esto solian tambien nombrarse los Campeones. Estos traian por capitan á un mozo alto y seco, á quien ellos llamaban el obispo don Pedro Grullo, y cuadrábele bien el nombre. Cuadróle Justina para ser su feligresa, y enderezó la proa á someterme á su jurisdiccion, y si hiciera, si mi industria no me hiciera exenta. Este venia en hábito de obispo de la Picaranzona. Traia al lado otro estudiante vestido de picarona, piltrafa, á quien ellos llamaban la Boneta, y cuadraba el nombre con el

disfraz, porque venia toda vestida de bonetes viejos, que parecia pelota de cuarterones. Los otros cinco venian disfrazados de canónigos y arcedianos, á lo pical. El uno se llamaba el arcediano Mameluco, el otro el Alacran, el otro el Birlo, otro Pulpo, el Draque. Y las posturas y talles decian bien con sus nombres. Era harto gracioso el disfraz para forjado de repente. Venian en el propio carro de mis primos, porque con engaño le habian cogido. Y como le enramaron á él y á la mula, no le conocí, porque entonces no me entendia con carrioches rameros. Antes que hiciesen sus paradas, cantaban á bulto, como borgoñones pordioseros. Pero cuando paraba el carro, lo primero que hacian era bajarse y danzar un poco de zurribanda con corcovos; y tras esto á lo mejor del baile cogian en brazos á la pizarona, que llamaban la Boneta, y ponianla el bonete de don Pedro Grullo, y su manto roto, y metianla en el carro con gran algazara, haciendo ademán como que la robaban. Luego se subian con ella al carro y cantaban una letrilla en fabordon, la cual trataba de que, por premio de buenos danzantes, llevaban la moza llamada Boneta, que comenzaba y acababa la cancion. La Boneta tenia un buen tiple mudado. Lo que cantaba era romance, con esta vuelta siguiente:

Yo soy palma de danzantes,
Y hoy me llevan los estudiantes.

Unas veces decía oy, oy, otras decía ay, ay, con unos quejidos tales, que parecia que real y verdaderamente la hurtaran. Con este disfraz incensaron toda la romería hasta que se cansaron todos de verlas, y ellos cantar qué cantarás. Con razon pudieran ser estos comparados al cuife, que cuando mas muerde, mas canta, pues cuando quisieron morder mi honor y mi punto, cantaron en contrapunto. Aunque iban cantando todos los de la Vigornia, no les holgaba miembro, porque con los piés danzaban, con el cuerpo cabriolaban, con la mano izquierda daban cédulas, con la derecha bailaban, con la boca cantaban, con los ojos comian mozas, y con el alma toda acechaban mi estancia, que por mí lo habian, y mi muerte clara intentaban para echarme en sal en su carreta. No quiero dejar de decir las cédulas que daban á los circunstantes, porque vaya el cuento con raíces y césped. Una cédula decía:

¡ Oh qué lindas niñas,
Si pagan primicias !

Otro decía:

Bien estudiado habemos,
Si á nuestro obispo aplacemos.

Otra, que pronosticaba que mis borlas habian de ser ornatos de sus bonetes y galas del pendon de su triunfo, decía así:

Doctora, ganad las borlas,
Que aquí están las ciencias todas.

La cédula de la Boneta decía:

Si me llevades, llevades,
Como no me matedes.

Duró buen rato el disfraz; pero como el cansancio tenga juro sobre todos los disgustos, cobró sus derechos en este. Deshicieron los bailes y corrillos, y cada cual comenzó á enderezar el norte de los ojos y el timon de su carreta al puerto de su pueblo.

Y ya que los recios vientos de mi importuno baile habian ondeado con el presuroso movimiento el flaco navío de mi cansado cuerpo, fuéme forzoso descansar un poco sobre una blanca arena, adornada de oloroso tomillo, donde para mi descanso recliné, y amarré mi navichuelo, recogiendo los remos de las castañetas y las velas de mis ganas. ¡ Ay de mí ! que entonces debió de echarsu sonda mi contraria fortuna; y viéndome encallada en el arena de las Arenillas, se atrevió á embestirme á lo callado la que rostro á rostro no se atrevió entrar á justar con Justina. Dígolo porque con gran desgracia mia, viendo la Vigornia que yo estaba apartada del corro de la gente y que nadie miraba en lo que ellos ni yo haciamos, sino que todos entendian en aprestar su jornada, sino es yo, que tenia carro y carreteros; en fin, viéndome descarriada y descarrada, embistió de tropel conmigo toda la Vigornia. Cubriéronme el cuerpo con un negro y largo manto, y con un mugroso bonete mi rostro. Cogiéronme en volandillas; metiéronme en el carro con los mismos ademanes con que metian en él á la Boneta, y luego comenzaron á entonar la letrilla que solian:

Yo soy palma de danzantes,
Y ay, ay, que me llevan los estudiantes !

Todos los que me vian pensaban que yo era la Boneta; en fin, que me arrebataron, y comencé á ser ánima en penas mias, y cuerpo en glorias ajenas. Comencé á contemplar la vigilia de mi mal cierto. Gritaba, lamentaba y decía á voces: ¡ Ay, que me llevan los estudiantes ! Mas de mí nadie se dolia, porque estaban hartos de oír ladrado y cantado aquella lamentacion; en especial que ellos, para mayor disimulo, echaban el bajo á mi vozen fabordon; con lo cual no podia percibirse si eran las burlas pasadas ó las veras nuevas; era suyo el fabordon, y así no quedó don de favor humano para mí. Repetia mil veces: ¡ Que me llevan, que me llevan los estudiantes ! Desgreñábame y desgñábame, pero eran vispras de regla en día de atabales; en especial que la Boneta me arropaba porque pensasen que yo era la verdadera Boneta; y para que mi voz no sonase, me hacia la mamona, y levantaba el tiple, y el obispote esforzaba el bajo. Con razon pusieron en mi propio carro sus arcos triunfales en señal de que con mis mismas armas y con mis mismas voces me habian de vencer. Al paso que corrian por el suelo de las ruedas del carro, acarreador de mis males, corrian por mis mejillas lágrimas, que las sulcaban, viendo que con la ligereza que el águila arrebató el tierno corderito y con la que el presuroso Mercurio arrebató á la triste doncella Tevera para forzarla, y con la que el pensamiento sulca el orbe, con esa me iban remontando hasta que me hicieron perder de vista el sitio de Areni-

llas y la vista de la romera gente; la cual, como no sabian la gran traicion de aquel troyano seno, en que iba el nuevo tesoro de pobres, pensando los unos que era burla de entre primos, y otros que era el distras antiguo, ó se reian de mí, ó no reparaban.

Ya que vi que la burla iba haciendo correa, congojéme mas, y tenia razon. Consideré que aunque yo no era la primer robada ni forzada del mundo, pero sabia que tenian cierto de mi parentela que mi rapto y deshonor habia de ser vengado con lanzas de copos y espadas de barro. Tracia fué forzada de su hermano Leoncio; pero tuvo otro hermano llamado Serpion, que en venganza del agravio, le hizo sangrar de todas las venas de su cuerpo, y con la sangre que salió argamasó la cal con que puso las primeras dos piedras, sobre las cuales levantó unas casas que edificó para su hermana, sobre el cual paso he oido discantar algunos poetas. Unos dijeron que Serpion no quiso que se preciase su hermano de pariente, y que por eso le vació toda la sangre. Otro le llevó, porque sangre tan insensible no podia ser menos que entre piedras y arena; pero lo que mas hay que notar en este cuento fué el rótulo que puso en un padron que relataba la historia, el cual á mi ruego tradujo de griego un buen griego, y decia así:

Vivan los edificios señalados,
Con sangre fraticida argamasados.

Sabna y Heris vengaron el agravio de su hermana Damaris sacando el corazon del incestuoso Arnobio, el cual dieron á los leones; lo cual discantó el poeta, que dijo:

Tan crudos corazones
Solo pueden ser comida de leones.

No traigo á este propósito lo de Tamar ni lo de Dina, porque no es Dina Justina, sino indina. Así que estas pobres violadas tuvieron pendencieros de mantuvion, que despescaron su agravio; mas yo juraré por mis hermanos que si la burla viniera á colmo, perdonaran la sangre por una banasta de sardinas. Todo esto tenian ellos muy bien tanteado, y por eso iban tan satisfechos de la gatada. ¿Qué te contaré? Si vieras esta pobre Marta al revés, que quiere decir Tamar, ir camino tan fuera de camino, enjaulada como toro que llevan al encerrado, ladrando como perro ensabanado que llevan á matar, tuvieras duelo de la pobrecita, medio cocida, medio asada, medio empanada, medio aperdigada. Una cosa me dió siempre mucho consuelo y esperanza de salir intacta, y fué que unos por otros se detenian, y me llevaban en medio, sin hacerme declinar jurisdiccion ni conjurar tampoco. Parecia el asno de Buridano, que estando muerto de hambre y en medio de dos pienso de cebada, de puro pensar á cuál saludaria primero, nunca comió de un pienso ni del otro. Parecia tambien al zancarron de Mahoma en medio de dos piedras imanes, las cuales en otra se impide el robo; y la verdad, muchos pretendientes, que aman una misma dama, cuando así están juntos, son como olla de nabos que mucho hierve, que aunque todos andan listos con el ca-

lor, ninguno se pega á la olla. Así que todos me comian con los ojos, y ninguno me tocaba con las manos. Hasta aquí se alargó fortuna á hacer limosna á estudiantes, con quien pocas veces suele ser franca; mas cansada la hermosísima gitana celeste de emplear su favor en estudiantes, gente ingrata, gente que en ser voltaria compite con la misma rueda de la fortuna, extendió su mano diestra con rostro favorable para ampararme y defenderme, pareciéndole que si para un Eneas bastó una inclemente borrasca, para Justina bastaba una carretada de enemigos, y que bastaba haberme armado la mamona sin disparar la ballestilla.

Mas porque despues de un reventon subido da gusto el mirar atrás, por ser trabajo pesado, así me le da el referir unas octavas que compuso un gran poeta á quien yo comuniqué esta historia; y como iba lamentándome cuando me llevaban en el carro los de la Vigornia, y á este propósito compuso en octavas un diálogo entre mí y la princesa de las Musas, que á la cuenta es Caliope, en que finge que la diosa de las Musas me manda referir mis penas, y que yo á duras le cuento mis ansias y suspiros. Tienen un artificio singular, y es que juntamente son elegante latin y elegante romance, dificultad que pocos la han vadeado con el ingenio que este, que si lo que le sobraba de poeta le faltara de loco, era digna de lauro su cabeza.

DIALOGO ENTRE LA PRINCESA DE LAS MUSAS Y JUSTINA, Á PROPÓSITO DE SU ROBO.

En octavas españolas y latinas.

MUSA.

Declara si me amas, oh Justina,
¿Cuántas quimeras ibas fabricando,
Instante una tan próxima ruina?
¿Cuáles interna, voces replicando,
Urgente tanta pena repentina?
¿Cuáles lamentaciones resonando?
Cuando tantas injurias publicabas,
¿Cuántos celestes orbes penetrabas?

JUSTINA.

Grandes penas intentas, musa cara,
Mandando tan acerbas jusiones;
Suspende obediencias tales, dea preclara;
Suspende tan penosas relaciones.
¿Suspendes? Responde, oh musa clara,
Respondes negativa. ¿Oh duras confusiones!
¿Mandas? Subjétome. Afirmo, fui clamando
Tales infrascriptas voces dando.

¡Oh raras peregrinas invenciones!
Oh máquinas tan viles cuan brutales!
Oh quiméricas, oh vanas ilusiones!
Oh bárbaras personas animales!
Oh terrestres, caducas intenciones,
Serpentinas, crudas, duras, infernales!
Oh fortuna inhumana, ingrata, varia,
Tan dura cuan astuta, falsa cuan contraria!

APROVECHAMIENTO.

En achaque de máscaras y disfraces se cometen hoy día temerarios pecados; por lo cual los padres cuerdos y cristianos deben guardar á sus hijas de semejantes

ocasiones, en las cuales está solapado el anzuelo del peligro.

CAPITULO II.

La Vigornia burlada.

1.—DE LA ENTRETENEDORA ASTUTA.

Rima doble.

Despues que la carreta apresurada
Quedó emboscada y lejos de la gente,
La Vigornia insolente alborozada
Saltó de una llanada, y su regente
Quedó muy prepotente en la emboscada.
Vióse Justina apretada, y de repente
Pensó tan conveniente modo y traza,
Que el carro le sirvió de red de caza.

Despues que sali, ó por mejor decir, me llevaron por mar en carreta, metida como carne de pepitoria entre cabezas y piés; y ya despues que la noche puso al sol el papahigo, para que, ó durmiese, ó fuese de ronda á visitar las antípodas dejando á Delio su tenencia, pararon en una llanada, que estaba poco mas adelante de un bosque que les servia de trinchea y emboscada. Alparar, vieras llover tanto dejó sobre las mulas, que se te amulaba el alma: dolor de quien temia que querian desquitar los jos de la mula con los arres de su persona. Tras esto saltó en la llanada la insolente Vigornia, con gran alborozo y algazara, diciendo todos: Vitor la secretaria del señor obispo. Y para aperdigarme para el oficio, me dejaron sola con el obispote. Miren qué aliño para una pobre diez y ochena, que era niña y manceba, y nunca en tal se vió. Temblábanme las carnes de miedo; y aunque para él eran mis temblores trémolos de bandera en coyuntura de asalto, con todo eso se detuvo, y dijo: Justina, ¿de qué temes? ¿Aquí no estoy yo? ¿No estás conmigo? ¿Ay, hermano lector, mira con quién, para consolarme con decir: no estás conmigo? ¿Qué faltiel para muchol! Qué Absalon en guardia de Tamar, sino un obispo de la Vigornia y capataz de la bellacada!

Pero bien dicen, que la apretura y estrecheza en que se ve un entendimiento es la rueda en que cobra filos; pues en viéndome en este nuevo estrecho de Magallanes, comencé á dar en el punto de la dificultad, y lo primero en que me resolví fué en entretener agudamente toda aquella noche el obispote para que no corriesen sus gustos por mi cuenta, dado que él pensaba rematar cuentas del pié á la mano. Valióme mi ingenio. A él le doy las gracias, que por su industria embalsamé mi cuerpo, y le libré de corrupcion y del poder de aquella fantasma eclesiástica y del incendio, que ya me tenia tan socarrada como socarretada. Demás de que mi ganancia no fué de las de tres al cuarto, pues, como verás, de los despojos de mi victoria quedé tan aforrada de capas, sombreros, ligas, ceñidores, etc., que pudiera poner en campaña sombreroados, ligados, ceñidos y capados otros ocho capigorriones, tan grandes bellacos como estos que quisieron en tan breve tiempo dar á la enterísima Justina el ditado de Barca Rota. Oyan pues mi traza; escuchen la victoria alcanzada de una inven-

cible novicia, no con mas soldados que sus pensamientos, ni con mas fuerzas que sus trazas y con tan buen modo, que quizá si algunas le usaran, sonarau menos sus voces, y mas su fama.

Luego que me vi á solas con este sireno de carreta, y vi que con una mano me tenia echado un puntal al cuerpo, como hacen al árbol cuya fruta está á pique de caerse, compré una libra de Roldan por dos arrobas de dolor de estómago, y con ella desleida en lágrimas, galbegé mi cara, la cual quedó tan arrodanada, que hiciera temer al mismo Almanzor si estuviera en la carreta, y con buen tono hablé así:

Ea, picaron de sobre marca, obispo de trasgos, y trago de obispos: él no debe de haber medido los puntos del humor que calzo. No me ha pergeniado, que á pergeniarme bien, aun fuera Berzabú. Amanse el trote y el trato, que el que por ahora usa es para motolitas que no saben de carro y toda broza, que las de mi calimbo saben hacer de una cara dos, y en caso de visita saben dar á un obispo cardenales, que le acompañen sin perderle de vista. Como el bellacon oyó que yo le hablaba á lo de venta y monte y que yo habia tomado el adobo de la lampa que él praticaba, en parte le pesó, por ver que no podía sentenciarse de remate su pleito en tan breve tiempo como él pensaba; y en parte se le alegró la pajarrilla, viendo que habia encontrado horma de su zapato. Con esto se deshizo la mamona; y mirándome de otra guisa, con mas respeto y menos vergüenza, me dijo: Pícarona, si es que me habia de responder al uso de la mandilandinga, hablara yo para la mañana de San Junco. Por Dios que me encaja. Hermosa hilaza ha descubierto. Así la quieren en su casa; y así será de provecho; y yo la doy palabra que por las buenas partes que ha descubierto, la he de hacer obispa de la Picaranzona. Dígame rostro atento, que mi sentencia es la suprema, por ser dada en consejo de rosa; mire si tiene qué alegar ó suplicar, porque donde no, tomará la posesion quien trabó la ejecucion. Como me quiso tocar en lo vivo, avivé, y rechinando como centella, le respondí: Eso no. Tafe, señor picaron, y dile un muy buen golpe en los dedos, yo apelo, á lo menos suplico del tribunal de su injusticia al de su clemencia. Pero no; aguarde, oya. Oyámonos. Escuche, escuche. Dígame, muy infame, ¿parécele que mi entereza guardada por espacio de diez y ocho años, que tantos hago á las primeras yerbas, es bien que se consuma á humo muerto y se quede aquí entre dos costeras de carro, como si fuera hoja seca de carrasco viejo que, despues de vendida la leña, se queda en la lastre de la carreta? No quiero alegar en mi abono las leyes gentílicas, que dan término para llorar la virginidad; pero á lo menos no permita que entre cristianos muera una entereza tan de súbito. Dígame, ¿qué pícaro de hospital muere sin mas luz que ahora tenemos, sin mas ruido de campanas que el que ahora os acompaña? Los descomulgados van á la sepultura á lo sordo; pero pues no lo está mi entereza, no quiera que tan sin solemnidad se le dé sepultura de carreta á cencerros atapados; y

cuando yo y mi entereza hubiéramos incurrido en descomunion alguna por delitos, que nunca faltan, para eso es el obispo, para absolverme de ellos, y dar orden que mi entereza sea honrosamente sepultada. ¿Sabe lo que ha de hacer? Sabe lo que quiero mandarle? Que pues yo soy obispa, justo es mandemos á veces; que llame la camarada, y por lo menos de antemano bebamos la corrobila, como dicen los montañeses de mi tierra, y delante de la insigne Vigornia se ordene un festín, y me deje hacer cuatro pares de melindres, siquiera porque vean que me duele el degollar un pollo que ha tantos años que crio para su mesa episcopal. Y tambien sepa, señor don Acémilo, que me estimo, y quiero que delante de ellos me dé palabra, aunque no sea sino por bien parecer, que cuando sea cura me darán de beber, que lo que es de comer ya sé que es pedir peras al lobo, pues no las ha de tener jamás, ni para sí, ni para mí, sino es que comamos las calabazas que tiene de renta pagadas por mano de obispo, cada cuatro témporas un tercio, sin algunos que están caidos, que es la renta mas cierta que hay en Castilla; y si esto le está muy á cuento, consiento, si no, pique. Digo pique el carro. Que si por fuerza va, ya sabe que las mujeres sabemos malograr los gustos. Mas vale carnero en paz, que no pollo con agraz. Créame, amen, que le digo la verdad. Persona forzada, aun para servir en galera es mala; con ser oficio aquel de por fuerza. ¿Cuánto menos podrá una forzada servir de hacer favores, siendo oficio de gente voluntaria y gustosa? Y si esta razon no le contenta, llame á consejo, y verá lo que le dicen sobre esto de las fuerzas. Créanme ó no me crean, sabe Dios que en esta ocasion me encomendé con todo corazon á santa Lucía, de quien dicen que es abogada de los que la invocan en peligros semejantes. Vayan conmigo. Mi intento era apellidar por compañía, para dar á largas con untura de almacén y entretener el tiempo, aunque el motolito con toda su Vigornia en el cuerpo creyó que el llamar compañía era para hacerle la salsa al plato ó para tañer de mancomun al conjuer de la bruja que decia: Allá vayas, piedra, do la virginidad se destierra.

Cuando vi yo que mi obispote suspendia el auto y me oía de Autan, y vi que el gustosillo y blando céfiro de mis regaladas y airosas palabras borneaban su cabeza de porra de llaves y su cuello de tarasca, y hacia ademanes de aprobar mi consejo y llevar este negocio de gobierno conforme al arancel de mi peticion, luego dí por tan hechas mis chazas como sus faltas. Dicen que cuando las alas de cualquier ave de rapiña se juntan á las del águila, con el poder y virtud de las del águila se van pelando y consumiendo las de las otras aves, en especial las de las panteras y las grullas. Así ni mas ni menos, viendo yo que las trazas de este avechucho y grullo, que así se llamaba, se juntaban con las mías, tuve por cierto el apocar sus intentos, y destruir sus estratagemas con mis astucias; en especial me animó el ver que habia perdido la primera ocasion, porque es regla cierta que quien pierde el primer punto pierde mucho. Y no tuve mejor pronóstico de que la fortuna estaba en mi fa-

vor que el ver que se le habia escapado el primer lance de fortuna. Acuérdomé de un galán pensamiento de un poeta que fingió que el amor salió un día á caza llevando en su compañía al consejo. Era el desinio del amor cazar una fiera llamada buena ocasion. Yendo pues en persecucion de tan gustosa caza, llegaron á un espeso monte, en el cual estaba la ocasion encovada en el cabezo de un alto y casi inaccesible risco. Luego que el amor vió la presa deseada, pidió ayuda al consejo. Ayúdole. Llegaron al puesto tan ligera y astutamente que el consejo le puso la ocasion en las manos, de modo que el amor la pudo asir. Ya que el amor tuvo la presa en las manos, volvió el rostro hácia donde estaba su compañero el consejo, y díjole muy despacio: Amigo, haced traer una jaula en que enjaulemos y llevemos viva la ocasion, que tan perdidos nos ha traído. Mientras el amor volvió el rostro y cuerpo á decir estas razones al consejo, huyó la ocasion á vuelta de cabeza, y dejó al amor burlado y aun afrentado. Quejóse el amor de la poca ayuda del consejo. Mas el consejo le respondió, diciendo: Amigo amor, yo no acompaño mas que hasta cazar, pero no hasta enjaular; y así, tuya es la culpa, que teniendo la caza en la mano y armas en la cinta, no era necesaria mi ayuda. Así que, con mucho fundamento me consolé el ver que se ponía á tomar consejo el obispo en el tiempo que tenia la ocasion en la mano. Con las razones que le dije al obispote puse su señoría de cera, y mas obediente á mi mandato que si yo fuera la papesa. Queriendo pues poner en ejecucion mis ordenanzas, dió un silbo como de cazador, ó de ladrón, que todo lo era y de todo tenia gesto, y al reclamo acudió la Vigornia, pensando que ya habia, como ladrón, embolsado el hurto, y como cazador degollado á la pobre tortolilla, cogida en la red que ellos dejaron armada. Y como los soldados, despues que ven desmantelado el muro que han sitiado, se entran con algazara á tomar posesion del castillo conquistado, diciendo á voces: ¡Viva España y su rey! así ellos con voces y alaridos venian diciendo: Viva el obispo y su Vigornia! Y otro picarazo que tenia una voz rocinable dijo con un bajo temerario: ¡Viva el señor obispo, remediador de huérfanas! Yo, por les ganar la boca para mis intentos, dije á un bulto un amen, y tras él dos de mudanzas con tres castañetas en seco, en el poco sitio que me cabia en el carro, donde íbamos como palominos de venta. Usaba de todas estas trazas por vestirme del color de la caza, lo cual fué parte para que el mismo carro, que ellos ordenaron para su triunfo, me sirviese á mí de vivir donde cazarlos, como mas larga y gustosamente lo verás en los dos números que se siguen. Esto que he referido era entre dos luces, cuando se reía el alba, y tanto mas se reía, cuanto mas de cerca iba contemplando la burla que yo pensaba hacer al villadino, ó por mejor decir, al vil ladino.

APROVECHAMIENTO.

Permite Dios que el pecador, no solo no consiga los gustos que pretende con sus quimeras, pero ordena y

quiere que ellas sean instrumentos de sus penas y verdugos de su personas.

2.— DEL PARLAMENTO LOCO.

Estancias de consonancias dobles en un mismo verso.

Hizo cetro de un garrote el obispo,
Y á guisa del rey Mono hizo su trono,

Y para mas abono, dijo en tono :

Amigos, cese el cote y ande el trote.

Hoy se casa el monarca con su marca,

No quede pollo á vida ni comida

Con que sea servida mi querida,

Llamada en la comarca polliparca.

Traed tocino y buen vin de San Martin,

Pan, leña, asadores, tenedores,

Frutas, sal, tajadores los mayores,

Presto, que el dios Machin pretende el fin.

Acabada esta razon, dijo el moscon :

Marchad luego, hola, sin parola.

Fuéronse con tabaola, y quedó sola

Justina en conversacion con su obispo.

Justina entretenia y suspendia,

De modo que pudieron los que fueron

Hurtar lo que quisieron, y volvieron

Con lo que pedia su señoría.

Venidos, se asentaron y brindaron.

El opispo don Pero se hizo un cuero.

Luego el carretero cargó muy delantero;

Mas que si mucho pecaron, mas penaron.

Ya que estaba el carro atacado de bellacos, y el gobernador de la Vigornia en medio de ellos, pareciéndole que no venia bien el ser obispo casado, no siendo obispo griego, aunque cerca de serlo, renunció los hábitos é hízose rey. Tomó un garrote en la mano en forma de cetro. Hizo de las capas un trono imperial, poniendo por respaldar dos desaforados cuernos. Parecia rey mono puramente. Captó la benevolencia, pidió atencion, estaban boquiabiertos. Dijo Eneas, y escuchaba Dido el parlamento muy atenta por su mal. ¡ Oh qué bien dijo el refranista español : En consejo de bellacos razonamiento de trapos ! Lo cual quisieron sin duda decir los antiguos cuando para pintar una tropa de semejantes bergantes, gobernados por otro tal, pintaron una zorra coronada de restas de ajos, predicando en un cesto á las monas y á los gatos ; pero vaya de parlamento episcopal.

Caros infanzones míos, conocidos en nuestra region campesina por vuestras hazañas tan claras, que de noche relucen mas que ojos de gato, por lo cual son hazañas gatunas ; famosos por vuestras prendas nunca empeñadas, sino es en buena taberna : lo primero, hoy cese el cote, pues no hay para mi fiesta cumplida sin cumplirse mis deseos. Lo segundo, quiero que andéis al trote, que es el paso de mis cuidados ; demás de esto, aviso que os he juntado en este mi carro triunfal para que, como á otro Scipion, coroneis de gloriosa palma mi cabeza, no por la vitoria que he alcanzado, sino por la que espero. Demás de esto, os advierto que conviene á mi servicio y á vuestra honra vigornial y á la virginal de Justina, nuestra hermana, tan cara cuan barata, que pues puedo decir que hoy nació del vientre de la fortuna, vea yo que con gusto festejais mi nacimiento claro. La circunstancia del tiempo, si quereis

mirarlo, me da á entender que pues nació debajo del amparo de la estrella de Vénus, me ha de ser propicio el Dios de amor, su hijo, y el alba de mi Justina. Cantaré á voz en grito cuando el piadoso cielo honrare mi cabeza con su lauro, y diréis que renazco como ave fénix de las cenizas que ha hecho Justina en mi alma, despues de haber quemado las potencias de ella con el inmortal fuego de su rigor. Atencion. Ella está entera como su madre la parió, y aquí suspiró el auditorio ; mas en esta hora piensa tomar puerto mi presuroso baje y estampar en su entereza el *non plus ultra* asido de mis dos columnas. Digo claro que pretendo que dentro de una hora fatal la caza de esta rara ave haga plato al gusto mio. Este es el dia mayor de marca, en que vuestro monarca se casa con su marca ; por tanto mando y quiero que os extendais por los lugares de esta region comarcana, que son muchos y muy cercanos, y no dejéis pollo ni ganso ni palomino á vida. Llámese mi Justina la polliparca, porque quiero que ella sea hoy la Parca que acelere la muerte á todo pollo. No quede fruta ni queso ni bon vin de San Martin, ni cosas de las de pasagaznate que no adjudiqueis para mi cámara. Y porque no hay principal sin accesorios, traed para mi servicio asadores, tenedores, tajadores grandes de madera, que son los platos de las bodas de los labradores, manteles, sal, cuchillos y todo buen recado de pieza y suela. No quede cosa que no sea tributaria de mi solemne día, ofreciéndola á los piés de mi Justina, á quien justamente estoy rendido.

A vueltas de esto, no cesaréis de hacer perpetua demostracion de la alegría que en vosotros causan mis esperanzas, pues os consta que aun las cigüeñas se juntan á hacer fiesta el día que alguna se casa. Ea, amigos, que el dios de amor tiene alas y no sufre dilaciones. En especial el mio, que es mas volandero que la garza de Baldovinos. Hola, amigos, menos parola y mas obediencia, que pues las esperanzas de mi placer no dan mas larga que una hora, no es justo que os dé hoy mas de plazo para cumplir lo que tengo ordenado y dispuesto. No hubo bien dicho esto el nuevo Eliogábalo, cuando los de su faccion, con gran tabaola, saltaron un bárranco que nos dividia con la presteza que los galeotes saltan en el remo, ocupándose en obedecer al principote de la Vigornia. Entonces tuve por verdadera la fábula del Zorro, el cual, para ir en casa de una querida zorra, puso á un cochino alas de grifo, y se halló mejor con este modo de ceterería que con otra ninguna ; así estos, aunque como cochinos iban hacinados en una carreta, pero este zorro, con ánimo de cazarme, les puso alas de grifo ; solo hay que, aunque cazó carne, pero no la que él quiso. De la presteza con que parló me espanto ; mas si cochinos mandados de zorra vuelan, ¿ qué me admiro de la ligereza de estos ?

Cosa donosa es ver cuán de gana obedecen los bellacos á quien gobierna su bellacada, y cuán de mala á sus legítimos superiores. Preguntó uno á un caballero : Señor, ¿ por qué pagais tan mal á vuestros acreedores, siendo tan franco y pródigo con las personas á quien

no debéis nada? Respondió el caballero: Porque el pagar con obligacion es de pecheros, y el dar sin deber es de nobles. No me quiero detener ahora en calificar este dicho, que bien se echó de ver que erró este franco necio, que antes el pródigo paga pecho á la imprudencia y al vulgo, y al qué dirán y á todo el mundo; y por el contrario, el que paga á su acreedor muestra gran nobleza; lo uno en desechar sujeciones, lo otro en ejercer la virtud mas hidalga, que es la justicia, la cual hace una ventaja á las demás virtudes, que las demás solo miran el provecho de su dueño; pero ella y las que á ella se llegan no miran sino el provecho del tercero, que es mas nobleza é hidalguía, y tambien porque ella es tan noble é hidalga, que iguala al mayor, si debe, con el menor, si es acreedor. Pero dejado esto para los Sotos frescos, para los Gallos briosos y para las Peñas fuertes, que son los floridos de nuestra Salamanca, concluyo á mi propósito con decirte adviertas cómo estos bellacones tenian por bien obedecer á su verdadero obispo, el cual les traía sobre ojo; empero á su obispo soñado le obedecian, y con la presteza que el rayo sale de oriente y aparece luego en occidente, con tanta y aun con mayor obedecian estos demonios á su Belcebub. Dejáronme con él, y sin mí, tan sola cuan mal acompañada, tan triste cuan disimulada. Comenzóme á decir muchas chanzonetas, y de travesía me daba algunas puntadas para que le dijese lo que pensaba yo hacer cuando tomásemos la Goleta. Yo al principio comencé á responderle á son; mas ya que vi que se metia en tantos dibujos, eché por otro rumbo. Comencé á contar cuentos, los mas de risa que se ofrecieron, para divertirle la sangre. Contéle medio libro de don Florisel de Niquea, que entonces corria tanta sangre como yo peligros; mas á estos me respondia que para entonces mas se atenia al Niquea, ó por mejor decir al *neque ea*, que al don Florisel, y que para quien esperaba fruta eran muchas flores. Dile algunos sorbos de Celestina; mas decia que tenia espinancia y que no podia tragar nada de aquello. Pero ya que no me valieron los cuentos de mi señora madre Celestina, valiéronme sus consejos. Del mismo un poquito, mas dijo al mismo no, no. De alivio de caminantes dije lo que importó, para aliviar mi camino de la carga que tenia; mas él en nada sentia alivio: bien es verdad que todo cuanto yo le decia le sabia bien y todo lo aprobaba, aunque era con tal modo, que daba bien á entender que como no me tenia á mi toda, sino sola mi lengua y sombra, no las tenia todas consigo.

En esta sazón venia ya el hermoso Apolo, corriendo presurosamente por los altos de un cerro, siguiendo el alcance de los alojados infanzones, para descubrir los hurtos y emboscadas, de que siempre fué tan enemigo. Mas cansado el bellissimo jóven luciente de correr tras los nuevos Jonatases, parece que se detuvo y descansó tras un espeso monte de encinas, y ellos llegaron ante el tribunal de su antiguo obispote y nuevo rey de copas, y yo era una de ellas, con la presteza y provision que si ellos fueran el águila de caza que tuvo Pa-

leologo el rústico. Unos traian pollos, otros palominos, otros patos, otros pan, otros platos, que como era boda de pícaro y picaro y hecha por mano de pícaros, casi todo cuanto despescaron empezaba en P, pues instrumentos de platos y asadores, cazos y sartenes pudieran allajar dos novias con lo hurtado. Uno trajo un costal de pan caliente, con juramento que se lo habian sacado á traicion á un horno por las espaldas, que tenia vueltas á la calle, dejando por lengua, que lo habló, el calor y olor tan conocido. Otro, por no venir mano sobre mano, hurtó diez candiles de un meson para hacer en mi boda el entremés de la encandiladora. Otro trajo una sobremesa de unos que se habian quedado dormidos, despues de haber jugado sobre ella á los naipes; y aun dijo el estudiantico Vigornio que, como vió los jugadores dormidos, hizo á uno la mamona hácia la faltriquera. Parece ser que no traía bien los dedos, por lo cual recordó el dormido, y como sintió sobre sí la mano del nuevo reloj, que apuntaba á su faltriquera, no para dar, sino para tomar, se alborotó y comenzó á dar voces. Era el estudiantico bello bellaco, y sin perder compás ni mostrar turbacion, le dijo con mucho sosiego y contento: Hermano mio, si como soy estudiante burlon, fuera algun ladrón de los que andan hoy dia por el mundo, mala manera de negociar teniades, y muy peligroso era el sueño; pero amigos somos; duerma, galan, y mire, que por hacerle caridad y buena obra, le arropo. Tras esto le atestó el sombrero sobre los ojos, no tanto por arroparle cuanto por arroparse con la carpeta ó sobremesa, sin que lo columbrase el labrador, á quien dejaba hecho *pita ciega*, y tan ciega, que pensó que de pura caridad duranga y celo gatuno le dejara casquiateado. La sobremesa era galana, por señas que una *payata* sela habia prestado á la mesa sobre su palabra, y el estudiantico la tomó sobre su conciencia y debajo de sus brazos. Otro trajo un tizon de lumbré; quemado él sea con él, que este me desatentó, que no hacia sino soplarle, y alumbrarme á la cara y reírse, diciendo: Colorada va la dama. No acabara si contara por menudo las cosas de comer y el recado que trajeron. No me espanto sino cómo no sacaron de cuajo las aldeas y de cimientó los muros y casas de villas, segun y como lo hizo Júpiter cuando vino á las bodas de su querido.

Ya se juntaron todos. Vedme aquí con todo el conciliábulo congregado, para decretar á costa de la pobre Justina, que en esta ocasion era blanco de tantos necios; mas yo tenia reforzadas mis trazas y un ánimo como una capitana. Mi inquina era toda contra aquel Olofernes eclesiástico, que aun reir no me dejaba, segun que con los ojos me tenia confiscados boca, lengua y sentidos. En llegando, me sacaron del carro á hombros, como á cátedra de opositor; y el obispo don Pero Grullo miraba á las manos á los apeadores, por si acaso alguno se le deslizaba alguna mano al tiempo de trasladarme del carro al suelo. Dí orden como se guisase de comer. Hiciéronlo, y aunque sin orden, pero con tanta presteza, que parece que de mohatra se les hacia cuanto

querian. En todo me obedecían, sino es en irse poco á poco, que esto no se podía acabar con ellos. Para entablar mi juego de trecho en trecho y bien á menudo, les decía: Amigos, beban, y así lo lleven las viñas. Yo, mirando al obispote, hacia que bebia con un vaso de cuerno, y decía: *Brindis, quoties*. Beba el obispo, y vayá arreo. El obispo se excusaba de beber con una gracia, que contenía mucho de naturaleza, y era decir: De vino poco, que soy patriarca de Jerusalem; mas aunque le amargaba, todavía por mi contemplación bebió unos polvillos, los que bastaron para añublársele el cerebro, y aun para añadir algunas erres al abecedario de su Vigornia, el que menos, y estaba á treinta y uno con rey. Ello las gracias sean dadas á ciertos puños de sal que eché en el jarro. Decíame el obispo don Pero: ¡Ay, mi Justina, que en todo eres un terron de sal! Decía yo para conmigo: Verdad dice este, pues aun el vino á pura sal está echado en cecina. Ya que todo estaba guisado y á punto, hizo señal el señor Vigornio mayor, y todos escanciaron y comieron como unos leones; solo mi obispo tragaba mas bocados de saliva que de otra cosa; y pienso que en mirarme gastó una libra de ojos, y en decirles que se diesen prisa otra de lengua. No dudo sino que tras cada bocado que en sí habian los de la Vigornia, le daba su reloj las ciento; mas ellos, como de la fiesta no habian de sacar otra cosa que entremesar á las panzas, y como las traian húmedas del rocío y humedad de la noche y daban de sí como panderos mojados, iban dando alargas al tiempo, de lo cual recibia yo tanto gusto como el obispo pena y rabia. Entre burlas y juego, siempre yo muy cuidadosa con que bebiese el obispo y fuese arreo. Hízolo el obispo á tan buen son, que ya, por decirles daos mucha prisa, hermanos, decía: daos murria perra, hernandos.

Ya que tuvieron rehechas las chazas y hechas las rechazas, los buenos de los mozalbetes decían donaires. No metían letra; y si alguna metían, eran ces y erres. Hacíanme quebrar el cuerpo de risa, que ya el miedo habia pagado el alquiler de la casa é ídose á Berbería. Uno, que no tenia salero á la mano, echó cantidad de sal en el suelo, y allí mojaba el carnero, que por ser sobre yerba, salía carnero verde, y por ser sobre tierra, negro, y por todo salía verdinegro. Otro hacia sópas en vino con briznas de cecina, y sacábalas usando de huesos como de cuchara. Otros bebían con un zapato, porque á segunda vuelta voltearon las copas. Era hacienda hurtada, que se logra poco. Ya viendo sus demasías el enfrenado y compuesto Pero Grullo, menos bebido, aunque mas beodo, puso general silencio, diciendo: Carren, carren, por decir callen, callen. Averigüe Vargas el vocabulario. Los mozueros, como estaban metidos en la erre de Babilonia y su confusión, no le respondían, porque ni se entendían ni le entendían. Entonces el monarca, muy enojado, alzó una mano, que entre ellos, y en su habla jacarandina, era indicio de imperativo modo en la manera de mandar, y con esto se recogieron todos derechamente al carro, aunque no tan derechamente ni tan por nivel que no hicie-

ran algunas digresiones de cabeza, paréntesis de cuerpo y equis de piés.

Ya entraron todos, con que el carro quedó en cueros, ó los cueros en el carro. Lo que yo temí mucho fué que el carretero los habia de despeñar, porque habia cargado la mano mas que todos y aun la cabeza, é iba atazado hasta la gola. El obispo me escudereaba y llevaba de la mano al carro, aunque no tenia él poca necesidad de quien se la diese, para reparo de los muchos traspies que á cada paso daba. No he visto piés de gozues, si aquellos no. Daba vueltas como mona, en fin, y una vez dió una que pensé se despuntara las narices, que las tenia sobresalientes un poco y aun un mucho. El bien via que eran caidas de mas de á marca, que era beodo reflejo, que son los peores, mas por excusar su flaqueza, decía el pobre obispote: Justina, por tí danzo. Respondíale yo: Ya veo que por mí danza su señoría, sino que no quisiera yo que hiciera tantas reverencias ni que llevara los cascabeles en la cabeza y corona. Yo, para decir verdad, mis ciertas mamonas le armé hácia los piés, y no fueron de poco efecto, que maldita la que me salió en vano. Cuando se caía hácia mí, dábale un envioncito hácia el otro lado, diciendo unas veces: Ox que no pica; y otras, allá darás, rayo, que estelado es de ladina. Con estas estaciones y revelladas llegó al carro hecho pedazos, con mas sueño que amor. Para subirle al carro le dí de pié tres veces, y él otras tantas de cabeza; y cada vez que se levantaba, decía: Upa, que de esta entro. Ya de pura lástima hice á mi maña que le sirviese de grua, y metí en el carro, y yo tras él tan sin miedo cuan sin tardanza y sin peligro. Reclinéle sobre las capas, sobre las cuales comenzó á dormir la mona alta y profundamente. Vedlos aquí, to los duermen en Zamora, sola la hija de Diego Díez velando, pero no sin provecho; pues, segun ya verás, en el carro que cogieron el gato, pagaron el pato.

APROVECHAMIENTO.

Los malos, cómo tienen dada la obediencia al demonio, sujétanse de mejor gana á sus ministros que á los de Dios; mas cual es el dueño á quien sirven, tales son los gajes que tiran.

3.— DE LOS BEODOS BURLADOS.

Octavas de consonantes hincados y difíciles.

La fama con sonora y clara trompa
 Publique por princesa de la trampa
 La gran Justina Díez, que con gran pompa
 Vuelve su rebenque en cetro y le estampa.
 La que usa del rebenque como trompa,
 La que llueve azotes y no escampa,
 La que de su carreta hace palenque,
 Y cetro, lanza y trampa del rebenque.
 ¡Oh fama, cuyo acento el orbe encampa!
 Tu sonoro clarín no se interrompa
 Hasta ver la picaresca estampa,
 No digo en papel puesta, do se rompa,
 O en letra de escribano, que haga trampa,
 Sino en peña, en quien no se corrompa
 Memoria de un triunfo tan ilustre,
 Con el siguiente mote por mas lustre.

Mote.

Justina triunfó de ocho beodos,
Echándolos del carro á azotes todos.

Cuando las necesidades son repentinas, las mejores trazas y remedios son los que las mujeres damos. Ca así como el uso de la razon en nosotras es mas temprano, así nuestras trazas son las que mas presto maduran. Mil veces verás en los entremeses ofrecerse necesidad de trazas repentinas, y por la mayor parte las dan las mujeres, que son únicas para de repens. Es el discurso y traza de la mujer como carrera de conejo, que la primera es velocísima, ó como envion de francés, que el primero es invencible. Esto quisieron decir los antiguos cuando pintaron sobre la cabeza de la primer mujer un alpendro, cuyas flores son las mas tempranas. Decía un discreto: ¿Las mujeres por qué pensais que hablan delgado y sutil, y escriben gordo, tardo y malo? Yo os lo diré. Es porque lo que se habla es de repente, y para de repente son agudas y sutiles. Por esto es su voz apacible, sutil y delgada. Mas porque de pensado son tardas, broncas é ignorantes, y el escribir es cosa de pensado, por eso escriben tardo, malo y pesado. Digo esto á propósito que tuve dos ocasiones para dar una galana traza: la una el cogerme de repente, y la otra el verme tan apretada; y mas á la verdad, la mayor fué el ver que tan á mi salvo podia trazar. Viéndolos todos beodos, y al carretero mas que á todos, lo primero que hice fué darle un torniscon por verle tan fuera de mí como de sí. Con el golpe arrojó una espadanada de vino, que espantó á las mulas; toméle el rebenque ó látigo con que gobernaba las mulas, y con él derribé mi carretero en el duro suelo. El golpe fué grande, con el cual quedó sin habla, y yo sin pena. Sintieron las mulas notable alivio.

Volaban, pero mas mis pensamientos. El camino que el carretero habia traído hasta allí no iba apartado del de mi pueblo mas que sola media legua, y yo le sabia porque algunas veces le habia andado viniendo con mi madre. Y tambien la mula sabia el camino; piquéla, y como las mulas no eran nada lerdas, el camino apacible, el azote menudo, el cuidado grande, caminaron de modo, que en espacio de dos horas pude meter por mi pueblo esta carretada de odres, sin mas sentido ni movimiento que si fueran insertos en la misma carreta.

Yo comencé á pensar cómo diria al entrar con ellos por medio de mi pueblo. Ofrecióseme si diria: ¡Guarda las zorras! O si diria: ¿Quién compra cueros? O si diria: ¡Fuera, que entra la Vigornia y Pero Grullo! Mas para espantarlos bien y vengarme mejor, me resolví en entrar dando voces, y diciendo: ¡Aquí de la justicia, que estos bellacos robaron la mula y el carro en Arenillas! Y era así verdad como lo viste. Hicelo así, y con tales voces, que se pudieran oir en el real de Zamora. Los beodos con mis grandes voces despertaron despavoridos, y como reconocieron que estaban en medio de la plaza de Mansilla, castigados por mi

mano, y aun por la de Dios, como los de Senaquerib, acudian á derribarse del carro á toda furia. Esta era la primera estacion y no poco gustosa, porque al echarse del carro, daban temerarios zarpazos, y sonaban á cueros que se enjaguan, y los mas de ellos chocaban por salir con toda prisa y huir de mis rigores; como los cuervos mansos y traviesos suelen derribar un vidrio, vaso ó copa y volver el oido para perceber con gusto el sonido, así yo, aunque á rebencazos los derribaba, volvía el oido á perceber el sonido del golpe. La segunda estacion era huir con tal prisa, que parecia llevaban cohetes en los posteriores. Mas ya que habian huido algun tanto, y tornando sobre sí algo, echaban de ver que iban sin sombreros, sin capas, sin cuellos, sin ligas, sin ceñidores, asomaban á querer tornar al carro á sacar su hacienda. Yo les dejaba acercar en buen compás, y en viendo que estaban á mi mano, tremolaba el azote de las mulas, y dábales el rebencazo zurcido, que les aturdia. Bravas suertes hice defendiendo mi carro encantado, ó por mejor decir, encantarado. Jugaba de rebenque floridamente; porque para de lejos me servia de lanza, para de cerca de trompa de elefante, para en pié de azote y para asentada de centro. Con estas mis levadas se atemorizaron de modo, que sin capa, ceñidor, liga, sombrero ni cuello ni otras muchas cosas suyas, aunque habidas de por amor del diablo, se fueron huyendo por entre los sembrados, que parecian puramente las zorras de Sanson, con cuernos encendidos en las colas. Todo el pueblo y muchachos se llegó al ruido, y todos les silbaban y gritaban, y si alguno me miraba de lejos, tornaba á tremolar el azote. ¡Qué confusion para ellos, y qué gusto para mí! Estos fueron zorros, estos fueron diablos, que desde ahí á mas de diez y ocho ó veinte dias no se pudieron dar alcance unos á otros, hasta que un dia de mercado se juntaron en el de Vilada, que era donde ellos solian hacer sus conciliábulos zorreros. No se acababan de santiguar de la villana de las borlas y de las burlas, que ambos nombres me llamaban ellos; de las borlas, por las que llevaba al cuello, como montañesa, cuando me encestaron, á lo menos cuando lo pensaron; de las burlas, por las que les hice desde qué les puse en cueros, dejándolos con sus vestidos, que es el cosi cosi de Móstoles. Ya despues que tornaron sobre sí, alababan mi traza, pero escocíales la injuria, y tanto mas cuanto mas sin reparo la hallaban; que al cabo, al cabo, todos éramos de la cafida, cual mas, cual menos, y no podian dejar de reconocermé superioridad.

Despues que se juntaron y trataron de lo pasado, quitaron al Pero Grullo la presidencia y obispado de la Vigornia, con tales ceremonias como si en hecho de verdad le quitaran algun insigne oficio, y por sus edictorios le privaron de oficio y maleficio por muchos años precisos, y otros á merced, y lo sintió él como si le quitaran algun verdadero obispado, que, en fin, siempre fué verdadero el refran que dice: Lo que mas se quiere, mas se siente. Decíale: Hermano, no merece plaza quien tan infamemente salió de la de Mansilla.

Diéronle criadas vayas, lo cual él sintió mas que todo. Uno le decía : ¿Cómo digo de aquella emperatriz, ante cuyos piés hoy habemos de pagar tributo? Mejor dijeras aquella emperrada emperradéra, ante cuyos piés caímos hechos unos zaques, y de cuyo rebenque fuimos tan gobernados como desgobernados. Díjole otro : ¿Esta me llamais polliparca? Llámola yo Grulliparca, pues fué la parca del Grullo, y aun de toda su camarada. Otro le dijo : Camarada, ¿cómo era aquello de hoy renazco como ave fénix de las cenizas que ha hecho Justina, con el inmortal rigor con que me ha quemado las tres potencias del ánima? Mas cierto fuera decir : Yo naceré con dolor del vientre de una carreta, cabeza abajo y piés arriba, y hoy seré aborto de carreta, y me pondrá Justina como nuevo, de piro frisado, con su azotina. Otro le dijo : Hoy la rara ave de mi gustosa Justina hace plato al gusto mio. ¡Oh pecador! bien habías dicho, si no te hubiera primero dado con el plato en los cascos, y si no quemara tanto el plato como el de aceite, que lamió la mona golosa que estaba sobre una hornacha de lumbré. Otro decía : Viva el señor obispo, remediador de huérfanas. El huérfano sea el diablo, y tal remedio venga por su casa. Otro dijo : Ella está entera como su madre la parió. Eso juro yo que la entera es ella, y los quebrantados nosotros. Otro dijo : Ea presto, que el dios de amor tiene alas, juro á diez y á un rebenque, con que hace volar de la carreta. Otro, viendo tan adelante iba el darle vaya, medio lastimándose, medio físgando, dijo : Carren, carren, murria perra es esa en dar vayas al rasante. Tocó tecla de cuando por decir él callen, callen, daos mucha priesa, dijo carren carren, daros murria perra, etc. Dijeron dichos agudos y donosos, que por agudos los río, y por largos los callo; quédese á la discrecion del pícaro mas discreto, que es el único censor de toda letura de folga. No dejaron cosa que no tocasen, ni punto que no glosasen, hasta decirle : Bien pareces patriarcon de Jerusalem y nacido allá, pues tan vil y cobarde naciste. Henchíanlo de necio, cobarde y pusilánime, y fué tal y tan pública la vaya, que corrido de los mates que le daban y motes que le ponian, se fué de aquella tierra : yo no dudo sino que no paró hasta Ginebra. Y aun segun le pusieron hecho un negro, se debió de ir á Mandinga, ó á Zape, donde envían á los gatos. Aunque lo natural era que se fuera él á la isla de las monas, y yo á la de los papagayos. La bellaca que le saliera al encuentro á este toro agorochado. Muy capada quedó la Vigornia, y tan capada cuan descapada; con todo eso se rehizo y cazaba, no como antes, sino mosquitos, como milañ de cuarta muda, y á fe que no me da á mí poca pena cuando veo picarillos de alquimia entonarse; y que no concurren quien los haga tenerse en buenas. No sé acabar un cuento, ya sé que enfiado en él, pero ya acabo.

En fin, yo me fui á mi casa, donde fui recibida como un ángel, que la gente de mi casa, aunque me quería mal, holgaba de estas morisquetas que mamamos todos en la leche retozona; y cuando fui á mi casa llevé

tras mí gran cáfila de gente de toda broza, especialmente niños y páparos, como pantera que con el olor de su boca arrebatara tras sí los animales absortos tras su fragancia. De todos fui alabada por casta mas que Lucrecia, por astuta mas que Berecinta, por valerosa mas que Semíramis. Verdad es que por si acaso llevaba algo socarrada mi fama ó otra cosa, me zahumé con trébol é incienso macho en llegando á mi posada, quiero decir, que conté el cuento, con tan buenas clines, que sobre él pudo volar mi fama. Súpose y divulgóse la burla en toda la comarca, y fué tan célebre el cuento del carro y de las mulas, que por esta causa desde entonces llamaron á mi pueblo Mansilla de las Mulas, que hasta entonces no se llamaba mas que Mansilla á secas. La gente que me venia á ver y darme á mí el parabien, como presente, y á los Vigornios el paramal, como ausentes, me tenían despalmada á puros abrazos, aunque no muy puros, que algunos me pellizcaban, que es uso de la tierra. Despues que reposé en mi casa, y se me asentó la gosera, hice libro nuevo. Ya era otra cosa. Ya los principotes de mi pueblo me miraban con otros ojos, ya me llamaban de merced, y las gorras bajaban tantos puntos, que llegaban á dos corcheas, y aun al corcho de mis chapines. Mas no sé qué me hube desde niña, que jamás hombre de mi pueblo me cayó en gracia. Confieso que las mujeres somos de casta de plaza, que siempre gustamos de lo de acarreo, y somos como el deseo, que siempre endereza á lo mas remontado. Y somos como perros, que nos hallamos donde no hay gente, y por esta causa apetecia yo emperarme; yo en particular siempre tuve humos de cortesana, ó corte enferma, y cosa de montaña no me daba godo. Con todo eso, el tiempo que duró el festin de los parabienes viví contenta, que el gusto es el corazon de la vida. La justicia, sabido el caso, me adjudicó el despojo de la batalla, y mandó que el dueño de la mula hurtada me pagase muy buen hallazgo, pues por mi industria habia sido librada del poder de la Vigornia, y que se me diese por testimonio, porque nadie me pudiese motejar de mala, sino honrar por casta y astuta. Ello nunca faltan bellacos. Alguno me ha dicho despues acá : Hermanita, ¿cómo digo de la jornada de Arenillas? Si no quemada, tiznada, que una vela pegada á un muro, aunque sea argamasado, verdad es que no lo puede quemar; pero dejar de tiznar, es imposible. ¿Qué será si se pega á carne gorda, que se derrite tan bien como la misma vela? Como de estas necedades he yo oído. Digan, que de Dido dijeron. Lluevan dichos, que ya ahora no me sabian en mi pueblo otro nombre sino la Mesonera burlona, aunque algunos me llamaban la Villana de las burlas. Ya yo no me preciaba de mirar á quien quiera, que una honrilla sirve de garbo al cuello, y de almidon al vestido. Holgárame de haber tomado por tema de este número aquel refran que dice : Quien hurta al ladron, gana cien dias de perdon, de los concedidos por el obispo de sábado. Délos quien los diere, que si perdones se ganaran, yo habia ganado jubileo plenísimo; pero ya sé que para perdones verdaderos

aun el nombre les sobra, cuanto y mas el hecho. Con el mio á lo menos glosé el refran á osadas; pero ¿quién me mete en temas ni glosas, sino en tejer historias y en hilar mis romerías? Pero no, mejor me será dejarlo, que no es paro sin venta, para no dejar descansar las gentes. Yo lo dejo. Duerme, duermes, hermano lector, que mañana amanecerá y quizá tendrás gana de leer mas.

APROVECHAMIENTO.

La beodez no solo impide los buenos intentos y daña á la vida de la razon, pero hace que el que se embriaga peque mas y guste menos; en especial note el lector en qué paran romerías de gente inconsiderada, libre, ociosa é indevota, cuyo fin es solo su gusto, y no otra cosa.

SEGUNDA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO

DE LA PICARA ROMERA.

CAPITULO PRIMERO.

De la jornada de Leon.

1. — DEL AFEITE MAL EMPLEADO.

Sáficos y adónicos de consonancia latina.

Vencido el Grullo,
Cobra gran orgullo
La hermosa Justina
Y se determina
Salir de aldeana,
Y ser ciudadana
Súbitamente.

Uná mañana
Se puso galana,
Y desde el meson
Se partió á Leon,
Acompañada
De su camarada
Bárbara Sanchez.

Fué bien arreada,
Y mal afeitada;
Y las que la vieron
Tal vaya la dieron,
Que en fin se apeó,
Y el aiteite lavó.
Triste Picaña.

MUCHAS veces he oido que los soldados viejos tienen por comun refran decir: Nunca una victoria sola; dice bien, porque el orgullo de un triunfo hace los ánimos invencibles, y los arrisca y dispone para emprender nuevas hazañas. El grifo no pelea hasta que es de edad de cinco años y tiene buen cuerpo y suficiente proceridad; y si en la primer batalla que tiene con álguien vence, es prodigio de fortaleza, y si vencido, queda mas pusilánime que un milano, y pocas veces alza cabeza, y cualquier águila, no digo yo los morfuos, ni osifraga, ni haliero, ni pigargo, que son las especies naturales del águila, sino la bastarda ó mestiza, llamada cigüeña montañesa, le vence y acobarda; así yo, como de la pasada y referida empresa salí tan lozana cuan triunfante, no solo me ensanché, pero en mi misma opinion crecieron mis humos, mis desdenes, mis pensamientos, y aun pongo en duda si creció mi alma, segun vi en mi universal mudanza. Ya yo era dama; ya las cosas de Montaña y de Mansilla, que todo es uno, me olian á aceite de alacranes; ya se habia pasado el tiempo cuando queria mas uno de zaragüelles blancos con una pluma de pavo en el sombrero ó carapaza

cuarteada que á los mil Narcisos de corte, con todos sus alfeñiques y perfilados. Ya se habia pasado el tiempo en que yo estimaba mas que uno de estos me prometiese una libra de lino, ó azumbre de leche, ó vello en jugo, ó un cordero hurtado á su agüela, que si un cortesano me ofreciera una cadena ó cabestrillo de oro. Son las labradoras y montañesas como la loba, que en tiempo de brama huelen todos los lobos, y siempre escogen el peor y mas flaco. Hablad, con que se me diera á mí en aquel tiempo un pito por el galan que, besand, la mano, derribara la rodilla y dijera: Dama, toma ese cabestrillo de oro; pardiez, pensara que era pulla y que me queria encabestrar y enalbardar. El mayor presente que por entonces pensaba yo que se podia hacer á una mujer de mi estofa era una sortija de laton morisco, y á lo sumo de plata, y cuando llegaba á ser sobradadora, venia á perder la senda de la consideracion, y pensaba que era el *finis terrae* de los presentes; que como dice el refran: En estómago villano no cabe el pavo. Pasóse este solía, y á tal tiempo me trajo mi entono engomadero, que no estimaba yo entonces un faldellin de grana de polvo con franjones de oro mas que si nacieran los faldellines entre las cercas ó entre los cuernos del rastro; y todo esto vino de que, como dije, la pasada victoria sacó mis pensamientos de quicio y mi persona de mi estado.

Viéndome pues encapada y ensombrerada, á costa de la carretada de tontos que desembarcaron por mi órden en la real Mansilla, rica de sus despojos y ufana de mis trampantojos, se me puso en la cabeza salir de aldeana y montañesa y de dar de súbito en ciudadana. Resolvíme en dar una pavonada en la ciudad de Leon por ver si se me pegaba en ella algo de lo civil, ya que de lo criminal yo era maestra. La ciudad de Leon está solas tres leguas de mi pueblo, aunque hay en medio un mal paréntesis de un puertecillo, en cuya cumbre, en tiempos pasados, estuvo gran tiempo la estatua de un hombre capon. Hombre, digo, capon; alguno me

dirá : Justina, adjetivada para peras. Acaba ya, hermano lector, vente conmigo, que buena es mi compañía; así que la estatua de este capon tenía el letrero siguiente : «El capon tiene del hombre lo peor, y de la mujer lo mas ruin.» Cuando yo andaba mal herida de este escrupulete era por agosto, y muy cercanas las fiestas agostizas que se celebran en aquel pueblo con muchos atabales cuando menos. Resolvíme de ir, y resuelta, líce resolver á ciertos caballeros de Aburra, hijos de rocino de mi pueblo, que me tocaban algo en sangre, y aun no me tocaba poco, que me buscasen una pollina mansa en que yo dromedease la llanada que hay desde Mansilla á la noble ciudad de Leon. Esta es la campaña donde los antiguos dicen que fué la primera fundacion de Leon, cuando ella estaba en su flor, en hecho y en nombre, pues se llamaba entonces *Sublantia flor*; mas el aire de la mudanza, que todo lo derriba, la arrancó de cuajo, y mudó al sitio adonde ahora está, tan linda de lejos como fea de cerca, trocado el nombre de flor y su belleza en la apocibilidad, en el nombre de Leon, y junto con el rigor del frio y melancolía de las lluvias y humedades, en que por lo riguroso y melancólico representa la fiereza del leon y la melancolía de su cuartana.

De veras puedo decir que no fui á Leon tanto con espíritu de holgazana cuanto de curiosa de ver cuántos grados de verdad me trataban los leoneses que posaban en mi meson, los cuales noche y día se estaban contando las grandezas de Leon; y leonés sé yo que por contarme toda una noche las excelencias de la fuente del Piojo, dejó de dar de cenar á su mula. Miren con qué ansia estaria la pobre acémila de que su amo acabase de espulgar los piojos de aquella fuente. No he visto hombres mas moridos de amores por su pueblo; y es de manera, que donde quiera que se halla un leonés, le parece que la mitad de la conversacion que se halla se debe de justicia á la corona y coronica de Leon. En esto todos tienen una pega: Paréceles á los leoneses que alabar otro pueblo y no á Leon es delito contra la corona real. Oí decir á uno que le venia el ser leonés desde que le quiso bautizar un don Fulano Quiñones Lorenzana, su amo, honrado caballero : Oh, señora, Leon entre los animales, rey; Leon entre las ciudades, reina. Si, cuando esto oí, supiera lo que ahora sé de granuja y cricones, yo le dijera al páparo que no se entendia; pues, segun consta de las historias, dado que Leon se honrè, arme y autorice con las armas, blason é insignias del leon, que es rey de animales; pero su apellido no viene de allí sino del nombre de una legion de soldados enviados de los romanos para ganarla ó fundarla ó trasladarla, ó lo que sus mercedes mandaren, y aun por su honra no digo que el nombre de legion tambien le han tomado los diablos; pero voy á mi intento, y digo, que por excusar á un leonés, ú otro necio en su nombre, de que contando cuentos de las grandezas de Leon liaga salivas por mi cuenta, y por poder decir con libertad, no cuento mas, sor leonés, ni entable juego tan largo, que ya yo he andado esas an-

dulencias y visto la leonera, determiné dar principio á mi jornada.

Trajéronme una borrica donosamente aderezada, porque venia ensillada y enfrenada, y parecia mona con sayo. Como vi mi burra disfrazada, dije: Por mi fe, pues vos vais á lo húngaro, que he de ir yo á lo del dia-blo, y que me he de vestir á mí y á mis mejillas de grana de polvo, de modo que parezcan dos agís bien maduros. Mira qué envidiosas somos las mujeres, que aun de la burra tuve envidia de verla venir tan galana; mas no es nueva en nosotras esta flaqueza. De Blandina dicen los poetas que tuvo envidia á la gala y colores del papagayo; y por verse con otros tales colores y plumas, pidió al dios Apolo ó Júpiter, que no sé cuál era el hebdomadario de aquella semana, que la convirtiese en papagayo. Hizolo Júpiter; y como Blandina era mujer apapagayada ó papagayo amujerado, parlaba por papagayo de dia, y por mujer de noche. Los dioses, enfadados de tanto hablar, mandaron que la enjasen, que pues era papagayo, no se le hacia agravio, que el refran dice: Lo que me quise me quise, lo que me quise me tengo yo. Ella entonces, viendo acortados los pasos y libertad, cosa tan contra el gusto de las andorísimas mujeres, echó de ver cuánto mejor le solia ir con sayas antiguamente que ahora con plumas de color. Pidió á Júpiter que la tornase á su menester, que mujer solia ser; y el Júpiter, que era bueno como el buen pan y debía de estar borracho cuando tal hacia y deshacia, hizolo como se lo habia pedido la papagaíta á propósito. Tuve envidia como Blandina, y por no tener que pedir á Júpiter ni á otro beodo como él, y por tener juntamente galas y colores de papagayo y libertad de andar y hablar como mujer, envié por blanco y color á la tienda de una amiga, con que me pueda poner hecha un papagayo real. Trajéronme buen recado, sino que yo no lo supe amasar; recogíme á un aposento, no tan defendido que no tenia dos agujeros por donde ún tabernero de la calle, que vivia frontero, me solia dar unas esmeriladas de ojos, en tiempo que yo solia recogerme á ser cazadora y notomista de puertas adentro, y por jalbegarme á gusto y no me ver corrida como otras veces, tapé lo desmantelado del emplemente con tres cedazos, porque ya que me viese el tabernero, fuese por tela de cedazo como á luna en el eclipsi, y aun con todo eso no me aseguré, porque era el tabernero gran astrólogo de estas visiones, y eché de ver que no hube bien puesto los cedazos, cuando cernia mucho por verme; y para excusarle de esta labor y á mí de este temor, volví hácia él las partes que no pensaba afeitar, y puesto el espejo en el velador, me puse un poco de blanco y color de prima tonsura. Ello no quedó tan bien asentado como Scévola, de quien dicen que vivia tan de asiento, que por no se desasentar de una letrina donde le dió el mal de la muerte, le aguardó allí tan de asiento, que aunque le quitó la vida, pero no el quedarse sentado por mas de cincuenta dias en aquella cátedra de pestilencia.

Podré decir de esta primer postura que la primera

en tierra. Como era la primera vez que me hojaldré, encendióseme la sangre con la bregadura, y excitóse tanto el calor, que me derriñó el pringue; de modo que cuando llegué á la puente de Villarete, que es legua y cuarto de Mansilla, tuve por buen partido echar mi cara en remojo y lavar toda la unción, que fué la extrema de aquel año. No me pesa sino de ver el mal empleo de una salserita refina, que la reina se podía amapolar con ella. Tengo por cierto que esto de andar al olio es necesario, que ó sea siempre ó nunca, porque lo demás es como comer de una vez para toda la semana, que ni luce ni engorda. Es linda cosa irse entablado el rostro á tercios concertados, amoldándose con la postura y venciendo dificultades, que no se gana Zamora en una hora. En fin, tornando á mi propósito, yo acabé de componer mi gesto, si á Dios plugo. Tras esto me eché una saya de grana de polvo, que á fe que otra ha levantado menos polvareda, mis cuerpos de raso, un rebocino ó mantellina de color turquí, con ribetes de terciopelo verde, mi capillo á lo Medines, que parecia monje de la cogujada, unas chinelas valencianas con unas medias lunas plateadas á usanza de estas nobles doncellas de Tiro, por si se ofrecia hacer alguno como el de marras. Queríanme subir los galanes, mas yo les dije que era ligera y saltaria sin ayuda de burreros encima de la burra; puse la sobremesa, que era del vigorio que hizo la mamona á la faltriquera del dormido. En la manga de mi sayuelo metí un manto de burato con puntas de abalorio para lo que se ofreciese, y ofrecióse comiéndome á mi burra, iba galana y yo tambien, de modo que ella y yo pareciamos de una pieza, como lo sintieron los de Arauco de los caballos y caballeros españoles, partí llevando los ojos de la vecindad; que si los ojos que tras mí llevo se estamparan en mi jumenta, de burra se volviera pavon; iba la burra orgullosa y grave, como quien sentia el favor de la carga, que no era mala por ser yo; ni poca, porque demás de que yo pesaba mis ciertas arrobitas, como lo podrian decir los del peso de Valencia de Don Juan, donde se pesan las mozas á trigo en la iglesia, llevaba las alforjas cargadas de pepinos y cohombros, los cuales me habia dado un bendito hortelano, siempre augusto y nunca angosto, el cual solia librarnos á las mozas todos sus favores en estas frutillas, mas tampoco nosotras le pagábamos en mejor moneda; tambien saqué algo fiambre por no andar en Leon pordioseando, que como me decian que Leon era pueblo frio, temí que la caridad leonina no tuviese la misma propiedad.

Fuí en compañía de una Bárbara Sanchez, gran mi amiga, y aun no queria yo tanta amistad como ella me ofrecia. Iban tambien conmigo otras mozuelas, que me alababan poco por mirarme mucho. Una de ellas, viéndome mas lucida que todas, y aun que lo ordinario y acostumbrado en mí, á causa del nuevo acecalada, no lo pudo sufrir, y con mas envidia de la fruta de mis granadas que deseo del buen suceso de mis flores, me dijo: Señora Justina, muy sonrosada vas. Yo, que siempre envidio en las primeras cartas, la respondí luego, mas

confieso que el haberme aforrado de primera me hizo necia de fluj; en fin, la dije: Señora Brígida Roman, no es lo que piensa, sino que me lavé con agua de agabanzas y amapolas. Dió una gran risada de ver mi inocencia y de que pensase yo que habia de persuadirse ella que porque las amapolas y agabanzas son coloradas me habia de colorear á mí el agua de ellas. Confieso que respondí como inocente, que nadie nace enseñado sino es á llorar. La muy matreta como vió que me llevaba de vencida, me dijo: Mi hijita, pues en verdad, que habiéndote encerado el rostro de antemano con esa cera que se te derrite por el rostro, que fué mucho pegarse tanto á él el agua de amapolas y su color, que no suele el agua detenerse tanto sobre cosas enceradas. Vime convencida de la nueva Celestina, y hube de ser confesora sobre mártir. Mas juré de nunca llevar sobre mi rostro testigos, que á la primer vuelta de cordel parlan y descubren cuantos secretos les encarga una mujer honrada en su retrete; por esta causa, por no verme mas corrida, yo me apeé y lavé mi rostro y garganta en una de agua que iba mansamente murmurando de mi sencillez y de mis enemigas por entre unos amenos y deleitosos sauces; encarguéle el secreto que tocaba tanto á mi honra, prometímelo, y creía, que aunque las aguas no saben guardar secreto, pero tampoco le descubren, que es el misterio que no entendió Erasto, mas es fácil de entender, porque el agua no tiene sujeto sólido para conservar la memoria de los secretos; pero eslo para que nadie lo conozca en ella, porque á nada da asiento firmeza, como dijo el poeta español: No conserva el agua los escritos, mas hace los secretos infinitos; y cuando no conociera yo esta propiedad en aquella dulce corriente, bastaba ver que se iba riendo conmigo para sospechar que conmigo habia de ser noble y fiel; que el agua fué símbolo de la fidelidad, por la que guarda en tornar al mar, de donde nació, á pagar el tributo que debe. Estúvome tan propicia, que se detuvo á mi ruego para que en un breve espacio remirase en ella y en sus cristales mi rostro y mis mejillas, renovadas como alas de águila anciana, la cual, para renovar las plumas, pico y alas, las moja en agua viva des pues de tenerlas cálidas con el fervoroso sol y concitado movimiento.

Hasta este punto yo no iba muy de porte para con mis carillas, como ni ellas muy de amistad con mis carillos, á causa de que el cuidado de mi cara fué prisionero de mi lengua, si vale tocar en los jeroglíficos que acotó el gran maricon; mas en echando que eché en remojo mi cuidado, parlaba mas que una picaraza, y si bien se contara, mas cuentos dije que pasos anduve. Mis carillas á todo esto gustaban poco y respondian menos; lo que mas gastaban no eran risas ni palabras, que no las llevaban hechas, sino las nesgas de mi saya y ribetes de mi rebocino, siendo sus ojos dientes, y su envidia vientre.

¡Ah envidia, envidia! unos te pintan como perro rabioso, mas á otros les parece que es decir poco, porque al perro el saludador le sana con su gracia, mas el en-

vidioso con ajénas gracias empeora. Otros te llaman leona parida; mas á otros les parece que dicen poco, porque el parto de la leona y sus furias son de cinco á cinco meses, mas tú de un momento á otro momento estás parida de mil daños y preñada de dos mil amenazas, que eres hidra en partos. Otros te dan epítetos de arpía, mas pareceres hay que es poco subir de punto tu rigor, porque la arpía, después de haber muerto un hombre, mira su rostro y figura en el agua; y como se ve tan parecida al hombre que mató, ahoga en las aguas su vida por sepultar de una vez su rigor; mas tú, mientras mas te miras y remiras, mas persigues, y nunca te pesa de daño hecho de hombre á hombre, antes entre los mas semejantes eres mas cruel y metes mas zizaña. Otros te pintan en forma de un tigre que despedaza su propio corazón; mas otros dicen que esto es decir nada, porque en un corazón no tienes tú para comenzar, y aun te parece poco si no llegas al alma misma. No acabaré de decir pinturas tuyas, y aunque mas males de tí diga, todos serán pintados. Respecto de tus verdaderos daños, pintante como escuerzo, y como ponzoñoso encovado, porque les parece que el veneno del mal ajeno te engorda, y su bien te da en rostro; pero yo no me quiero meter contigo en dibujos, y menos en pintarte, que si á mí se me cometiera tu trasunto y el compararte, solo te pintara como mujer y como á una de mis carillas, en quien derramaste un veneno por entero, y este bastara; pero quíerote dejar; porque me dejes solo concluyo con decirte que entre muchos malos renombres y epítetos, heredados de tu madre la soberbia y de tu agüelo el desamor, ya no te faltaba otro sino llamarte comesayas, gasta tiras, engulle trapos, segun lo cual te podrán tambien llamar tarasca; porque quien engulle sayas, engullirá tambien caperuzas y sombreros. Esto he dicho á propósito de las que de pura envidia comian con sus ojos mis sayas y engullian mis ribetes y molinillos; mas punto en boca, que como yo pesqué tanto del sombrero y capa, no faltará quien tambien á mí me llame traga capas y engulle sombreros. Callar, callemos, que quien tiene tejado de virlo, no es bien boleé al del vecino.

APROVECHAMIENTO.

Pondera, lector, que los males crecen á palmos, pues esta mujer, la cual la primera vez que salió de su casa tomó achaque de que iba á romería, ahora la segunda vez sale sin otro fin ni ocasion mas que gozar su libertad, ver y ser vista, sin reparar en el qué dirán.

2. DE LA PULLA DEL FULLERO.

Sáficos adónicos de asonancia.

Yendo su camino,
Desde el jumentillo
La hermosa Justina
Mil gracias decia.
De los estudiantes
No la hable nadie
Porque la temen.
Mas (como el que peca
Siempre paga pena)
Vino un estudiante
Fullero y farsante,

Que la echó una pulla
Con que quedó muda,
Y hecha una rosa.
Ella se las jura,
Y ordena tal burla,
Cual verás abajo,
Que es cuento galano,
Pues hizo la moza
Escribir la bolsa
Mucha moneda.

Muchos estudiantes pasaban por el camino á las fiestas; mas como el rumor de mis trazas y la fama de mis burlas les habia dado zahumerio de pimienta y aun de rebenque, no habia hombre de ellos que me osase encarar, mas que si yo fuera osquillo jarameño, y ellos volteados; yo el perro de Alba, y ellos jerosolimitos; yo el leon disfrazado en traje de cordero, y ellos los zorros de quien hace mencion la fábula. Con todo eso les quiero decir una verdad, que aunque aborrecia estudiantes, sentí y me dió pena que no me hablasen y mirasen; y mientras menos me miraban, mas crecia en mí el pesar y el deseo. Somos sin duda las mujeres como puentes, que si no estamos cargadas de ojos, se abre é hiende la obra, y antes quebramos por falta de ojos que por sobra de pasajeros, aunque sean muy pesados. Somos las mujeres como mosquitos, que se van con mas deseo al vino mas fuerte, en que mas presto se ahogan. Somos como rabos de pulpo, que quien mas le azota le come mejor sazonado. Somos como mariposas, que dejando la apacibilidad del sol y de la luna, con toda propiedad morimos por la abrasadora luz de la candela, donde juntamente hallamos el desengaño y el castigo. Muere muy antes una mujer por un atrevido que ofendió su honor, y aun su gusto, que por un comedido que la guarda el aire, que es un no sé qué, y sí sé que raro. Las mujeres del disgusto hacemos salsa de agraz al gusto, el diablo entienda el guisado. Dijo bien un discreto: El que quisiere que una mujer tope primero con él que con otri, hágase sierpe, que como él parle, aunque la haga mal, saldrá con lo que quisiere; porque las mujeres heredaron de Eva hacer rancho con una sierpe, aunque tengan á su servicio un bello Adán, aun en tiempo de pan de boda. Son como Atarlia, que despreció todos los dioses y casó con Vulcano, el cual con un rayo habia muerto á su padre y maridos. Y aquesta fué la causa por que los antiguos, para pintar la imprudencia y condicion de la mujer, pintaban una bellísima doncella pisando un gallardo mancebo y dando la mano á un horrendo salvaje, que con un fúodos baston amagaba un golpe á sus hermosos ojos. No sé de adónde nos viene morir por lo peor, si no es que sea la causa la que dió un griego, que como por malo que sea un hombre, siempre hay una mujer mas mala, consiguientemente ningun hombre debe ser despreciado de la mujer; mas cuando eso fuera, ¿qué es la causa que tan mal sabemos tantear méritos, graduar personas, diferenciar calidades? Averigüelo Vargas; ello va en la comadre. Voy á mi cuento. Estudiantes fueron los que intentaron mi deshonor, como viste, y porque pasaban sin hacer caso de mi memoria por ellos, reventaba porque me dijese algo; y si me lo dijeran, no lo estimara en el baile del rey Perico. Si tengo culpa, aparejen el borrico para cuantas son mujeres, que yo en el mío voy caballera como las otras, y cuento mi cuento.

Los estudiantes pasajeros andaban mas cuerdos que yo, que como hostigados, no me miraban, aunque yo, como mal escarmentada, los echaba un ojo de á real. En viendo que me veian, bajaban la cabeza, y decian

unos á otros : Pasito, hola, amigos, la Mesonera burlona; las cuales palabras en nuestro lenguaje castellano era como si mas claramente dijéramos : Agua va, que pasa la que imprime las burlas con el rebenque. Mas quisiera entonces venir en mi carreta que á quien me diera un escudo, que para ellos no hubiera otro tal coco; y lo mismo fuera verme los estudiantes en mi carro que ver los moros al Cid en su Babieca, que fué la emprenta de sus bravezas, segun y como me lo solia contar, ó por mejor decir, cantar un pastelero mi vecino, el cual cada mañana me hacia desayunar con tres romances del caballo Babieca. Yo no he visto pastelero mas á pié ni mas á caballo que aquel; y echábase de ver en los pasteles, que parecian tener la carne del caballo Babieca.

Aunque los estudiantes no se dignaban de vernos, nunca me faltó por el camino conversacion de mujeres y espadachines, porque todo hombre ó mujer que no fuese estudiante me decian una chanzoneta. Yo no la escupia, que las mujeres, si creemos á los maldicientes talmudistas, somos hijas de una flauta y tamboril, y así salimos estrechas de pescuezo y anchas de cuerpo, y hablamos tiple. Si entre chanzonetas y donaires venia de máscara alguna pulla, aunque fuese mayor de marca, la rebatia con la presteza posible, y procuraba hacer el retorno, con el mejor consonante que podia distilar mi alquitara. Esto de repens es cómo sale, aunque los buenos dichos de las mujeres, como son todo paja, son los que mas presto salen al pelo del agua. De todas y todos me desquité, solo de un pícaro medio estudiante, medio rufian, no me desquité; y no es mucho que una pelota se me fuese por alto; y acontecióme lo que cantó el poeta que dijo: Quedóse la respuesta en el tintero, que alguna vez se duerme el buen Homero. Así que este bribon, inserto en escolar, se llega á mí, y con la mayor socarronería del mundo me miró en redondo con una sorna, que entendí que me habia de meter los ojos en el pulgarejo ó comerme las tripas con los ojos. Ya que le iba á decir un poco de lo bien hilado, atajóme con quitarme el sombrero y hacerme una inclinacion capital y comenzar á alabar mi talle, postura y cuello. Ya ven que una mujer alabada no tiene espada, y si la tiene, no mata. ¿Qué habia yo de decir á un hombre que me estaba loando? ¿Y qué no habia de poder el decirme, usando de tan astuta invencion? Ya se sabe que el cazador de ordinario coge las palomas á su salvo cuando se están remirando en el espejo del agua su belleza y componiendo con el peine del pico sus doradas y plateadas plumas; así no es mucho que me burlase y me cogiese con tiro de palabras y pullas este cazahampo, estando yo como inocente paloma entretenida, remirándome en el espejo que me hacian sus alabanzas abogadoras de mis primores. Iba el hombre discurriendo en su laudatoria, y vino á alabarme los *agnus* y piezas que yo llevaba al cuello, y en esto gastó mucho almacén. Preguntóme: Y señora, ¿qué piezas son esas dos que lleva asidas al rosario? Respondí: Señor, son *agnus Dei*. El dijo entonces: Eso no son ellos, juro á tal. Pues ¿qué son? le repliqué yo.

El entonces comenzó á concertar su capa y poner el freno á punto de aires bola, para en acabando de decir su dicho, picar; lo cual hecho, me dijo: Hermanita, estos son los sellos de las bulas de coadjutoría, que lleva para el canonicato del señor don Fulano, canónigo de Leon, y señaló pieza no mala. Tan presto como lo dijo se traspuso, de modo que cuando me quise descargar á uso del duelo picaral, no tuve con quién hablar, sino con su sombra y las pisadas del cuartago; y aun este parece que iba ufano de la pulla que me echó su amo, segun iba coleando. Tal fué su presteza, que de corrida quedé hecha una mona. Nada hubo allí bueno para mí, sino un rosicler, que me dicen mis vecinas que me hacia no mala pantorrilla á la cara. Juréselas, y no me las fué á pagar al otro mundo. Acuérdate, y verlo has, que si él me glosó al *agnus* (iba á decir, que yo le glosé el *qui tollis*; pero no quiero, por el respeto de cosas santas, aunque es gracia sin perjuicio), confieso que quedé picadilla; mas estos enojillos son agua de fragua y ceniza, que hace cala para que corte la espada. Este escolar era sobrino de un hermano de un cura rico de aquella tierra, gran fullero. Iba á jugar á Leon, por fama que tenia de que á las fiestas concurría gente del oficio brujuar (que estos huélense de cien leguas, como bizmados, y se conocen por *brújula*, que les sirve de judiciaria en defecto de la cabeza toledana), y quiso su ventura que en aquel breve rato que me hizo la salutation le eché de ver una señal, y aun señales, por donde no le podian desconocer, que estos bellacos son los Caines del mundo, que andan vagamundos, y traen señal para que todos les conozcan y nadie les mate; porque quiere Dios que no tengan tan honrados verdugos como manos de hombres, sino que sus pecados lo sean. Las señales que en el rostro tenia eran dos *juanetes*, que podian ser hijos del Preste Juan, que yo supongo que los hijos del Preste Juan se llaman Preste Juanetes. Tenia un ojo *rezmellado*, y el párpado vuelto afuera, que parecia saya de mezcla regazada, cor forro de bocací colorado, y el ojo parecia de besugo cocido, y no poco gastado á puro brujulear.

APROVECHAMIENTO.

Traza del demonio es que las mujeres libres á primera vista encuentren ocasiones con las cuales se conserven y continúen sus libertades, porque toma él muy á su cargo fomentar la perdicion que una vez persuade.

3.—DE LA ENTRADA DE LEON.

Redondillas de pié quebrado.

Tiene Leon una entrada
Tan extendida y tan larga,
Que por desabrida amarga,
Y por importuna enfada;
Mas Justina,
Por vencer esta mohna,
Y por dar contento á todos,
Comenzó á decir apodos
De una entrada tan malina
Y tan lodosa.

Yo entré por mi Leon por la puente que llaman del Castro, que es una gentil antigualla de guijarro pelado, mal hecha, pero bien alabada, porque los leoneses la han bautizado por una de las cinco maravillas; casi yo tenia creído que era semejante á la Segoviana, que hizo Hércules, ó el diablo por él, segun dicen los niños, ó Trajano, el que hizo la de Alcántara, de quien dijo el otro al rey Filipo II que mirase su majestad muy bien el ojo de medio, ó como la que hizo de media legua de largo Heródes, el que reedificó el templo; pero con licencia de los señores leoneses, mas gesto tiene de caballeta de tejado que de puente pasajera. Dolor de la puente de Villarete, que está junto á mi pueblo, que si no tuviera en medio un tirabraguero de madera, á causa de haberse quebrado por la parte mas necesaria y de mas corriente, pudiera hablar donde hubiera puentes, aunque fueran las de Navarra, de quien dice el refran de aquella tierra: Puentes y fuentes, Camarar y Campanas: Estella la bella, Pamplona la bona: Olite y Tafalla la flor de Navarra, y sobre todo, puentes y aguas. Junto á este puente por do entré está el arrabal de Santa Ana, que si, como iba á ver fiestas, fuera á buscar la muerte civil, yo escogiera el ir por allí á buscarla, como el otro que escogió morir sangrado de los tobillos. Necio, mejor fuera escoger que le llevaran á morir cien mil leguas de su lugar ó que le dejaran ir á morir á Leon y entrar por la puente del Castro y arrabal de Santa Ana, que con este medio tuviera esperanza de que en el interin pudiera apelar sesenta veces y tener despacho. Ya quisio Dios que aporté á la ermita de San Lázaro; quise entrar á hacer oracion, mas vi unos altarcitos, y en ellos unos santitos tan mal ataviados, que me quitaron la devocion, y yo habia menester poco. A la puerta de San Lázaro oí tañer unas tabletas, no de botica, que á serlo fuera mas á cuento para remedio de mi cansancio, mas no se me hizo creíble que la ermita de San Lázaro fuese como el templo de la diosa Cères, que tenia siempre á la puerta pan caliente. Tambien se me ofreció si acaso tañian á entredicho ó tinieblas, que pardiez, segun yo sabia poco de iglesia, no me acordaba si caia el jueves Santo en agosto. Tambien me vino á la imaginacion si acaso se habian anticipado mis castañetas y hecho otra llevada, como en la entrada de Arenillas; mas nada de eso era, sino que aquella mujer pedia limosna con aquellas tabletas; y para pedir de léjos, de modo que cuando allí lleguen los caminantes traigan desatcada la bolsa y no se detengan en madurar la gana de dar, se hace aquello. Yo, como nueva, le pregunté á la tabletera: Hermana, ¿no fuera mejor pedir con la boca, y no que pareceis que espantais moscas? Dijo: No, señora hermosa, que esto se hace para que puedan pedir todos los pobres que aquí se curan, aunque sean gangosos y mudos. Yo enmudecí tambien, porque me tapó la razon; solo di un rodeon hácia las compañeras, y les dije: Bueno por vida de Justina, muy probados son los de Leon; á fe mia que deben de ser pedidores de á legua y de ventaja, pues enseñan á pedir á los mudos. Amiguitas,

otro ñudo á la bolsa, que piden mucho en Leon. De la diosa Angerona dicen los relatores de la giroblera que era madre del silencio y abogada de los mudos, y que tenia siempre puesto el dedo en la boca; pero los muy curiosos añaden una cosa, en que se parecen mucho á esta tabletera de San Lázaro; conviene á saber, en que estaba á la puerta de la iglesia, y en la mano derecha un plato ó cepo, en que se echaba la limosna para la diosa Volupia; ya sé que no es solo Leon quien tiene estas Angeronas, que todo el mundo es uno, sino que entonces era tan bozal, que no pensé que habia en todo el mundo mas que un San Lázaro y unas tabletas.

Fuí adelante, y por mis pasos contados me fuí al rollo; vi que en frente de él estaban unas mezquitas pequeñas ó casas de calabacero, donde estaban asomadas unas mujercitas relamiditas, alegritas y raiditas como pichones en saetera. Parecian cotorreras de á seis en libra, y no lo eran mas que la Mendez; y por vida mia que para ser leoneses tan proveídos, no me pareció que las habian puesto en lugar decente y acomodado: lo uno, porque estando aquellas oficinas junto al rollo, ningun leonés honrado puede decir á su mujer vete al rollo, sin que en estas palabras vaya engerida, como piojo en costura, la licencia para que la tal mujer salga de sus cosillas, y entre en aquellas casillas, ó se ahorque en buen dia claro; porque mujer junto al rollo y conjurada con tal maldicion, ¿qué otra tela tiene que echar ni otro oficio que hacer sino es ahorcarse de una manera ó de otra, habiendo ocasion para todo? Y tanto mayor inconveniente es este cuanto mas usada es esta maldicion en aquella tierra. Bien sé que las leonesas nunca se aprovechan de esta maldita licencia y maldicion licencirosa; mas si se aprovechan, excusa tienen diciendo: Marido, hice lo que me mandastes, como el otro hortelano motilon, á quien su provincial mandó que le trujese una lechuga de la huerta, y por saber dél que era espacioso, le dijo por gracia: Lo que habeis de hacer es no la traer en todo este año; fué el hortelano por la lechuga, y no tornó desde allí á un año, que vino con su lechuga al provincial, y le dijo: Vea aquí la lechuga, padre; no dirán que no hice lo que me mandó. Quiso el provincial castigarle por fugitivo, mas él se excusaba con decir: Padre, ¿vos no me mandastes que no viniese dentro de un año? Así las de Leon las envian sus maridos al rollo, y van, y se recogen mientras hace calma ó quiere llover; excusa tienen de un mal recaudo, diciendo: Marido, vengo de donde vos me enviastes.

Otro inconveniente hallo yo en estar aquellas publicanas en aquel puesto, que es muy húmedo y frio, lo cual sobre calido pela á las gentes, y aun á las águilas, y aun hacen muy grande agravio á las bubas que allí nacieren, porque las bubas son nobles, y siempre vienen de caballeros y caballería, y las que de allí nacieren serán bastardas, en fin, nacidas de polvo de la tierra y aun del lodo. Dolor de los que allí trajinaren, que meterán carga de la ofra de España, y la sacarán de Francia. Ahora se me ofrece la causa por qué los leone-

ses debieron de poner junto al rollo aquellas casas do placer, sin duda fué por tener en un mismo cartapacio culpa y pena. Decia un papelista de aquí de Salamanca que como no hay sermonario que no tenga junto con la pascua la Cuaresma, tampoco hay placer carnal que junto á un boy no tenga un ay, y junto á un pequé, un ^{pequeño} por ello; el ejemplo no es muy á pelo, pero pase siquiera; porque no se quejen los papelistas que no entran en la pizarra, y así es bien que los citemos siquiera á una vez de remate. Lo que yo sabré decir es que como yo era niña y vi la horca antes del lugar, y junto á la casa de las mujeres maletas, pensé que era tan bravo el Leon, que en saliendo las gentes del lastre de la casa los subian á la cámara de popa del rollo, y que en apeándose de las burras, los subian al caballo de canto, y no de órgano; mas despues perdí el miedo, y vi que no era tan bravo el Leon. Todas estas imaginaciones y buenos conceptos me importaban para entretener el cansancio, con el cual iban batanadas mis asentaderas, lo que era bueno y aun lo que era malo. Si tuviera un ojo en un dedo, como pidió el momo, á fe que con él pudiera ver estampada en mis espaldas la verdadera imagen de una albarda; por esta causa si alguna vez salia yo con alguna bachillería y me preguntaban mis compañeras: Justina, ¿para quien te mete la paja? respondía: Hermanas, la albarda. Tambien estos buenos pensamientos me sirvieron de freno para frenar el temor que llevaba, pensando que por la mucha humedad del sitio, cuando llegase á la posada nos habia de haber nacido berros en las uñas á mí y á la jumentilla.

Ya entré por la puerta que dicen de Santa Ana, y á fe que no faltaron gentes que mirasen la procesion de los que entrábamos, y sobre todo la Mesonera burlona hacia raya, que un cansancio, aunque embota el gusto, aguza el garabatillo. Hice paraje en un meson que está pegante con la misma puerta de Santa Ana: lo primero, porque mi cansancio no me daba mas licencia, que al cansancio los antiguos le pintaron con las piernas trozadas; lo segundo, me entré allí por ver entrar gente de Campos empanada en carretas; lo tercero, por tener cerca un paseo, que llaman el prado de los Judíos, y lo principal, porque ví una fuente apacible allí junto á la puerta del meson, fuente es que corre cuando quiere, y algunas veces se queda á oír vísperas en la iglesia mayor ó hacer colacion de rábanos en la plaza de San Martín. Dígoles porque con todos estos puestos y manantiales, tiene necesidad de hacer cuenta antes de llegar allí; y aun cuando llega, trae necesidad de otra tanta agua con que lavar el barro que ha cogido en estas estaciones. Yo habia oido nombrar la fuente de Jabalina, y viendo que allí iban á beber muchos caballos que habian venido de acarreo para las fiestas, pregunté si era aquella la fuente Jabalina; engañóme el nombre. Sucedióme tambien un buen chiste, y fué que me dijo un leonés, viendo que yo miraba á aquellos caballos forasteros: ¿Qué mira, señora hermosa? ¿Espántase de que haya en Leon gente de á caballo? A fe, se-

ñora, que si hubiera en Leon caballos, que hubiera muchos caballeros. Mira por tu vida, qué querrias que le respondiese, sino un arre allá; pero díjele, porque me dejase, que segun vi en él, era uno de los que buscaban caballo, y pudiera ser que me cayera á cuestras la respuesta y el arre allá. Dióme gusto que vi bien proveido el meson; y sin duda lo estaba mejor que el mio, digo de alhajas, mas no de astucias, que á las mocitas de municion se les via el juego á legua, parecian todas sus trazas hijas del clérigo, segun se traslucian ellas de intencion bien pecadoras; mas faltábanles la sal y el saber, faltábanles el consejo de una buena madre que yo tuve, la cual con media espolada de ojos nos hacia andar á las quince, si no es que la mano de su reloj anduviese de posta, que para este caso no habia regla cierta; si era necesario, con un mismo candil nos hacia alumbrar y deslumbrar. Era ella una Circe, y mi padre otro Estabulario, tal, que no les faltaba sino convertir á los huéspedes en mulas; y si hicieran, si no temieran que siendo todos mulas, todos comieran la cebada, y ninguno la pagara. Yo no sé cómo no fundaron una universidad de mesoneros, que otras ha habido de menos consideracion, á lo menos provecho, así que las mocitas de este meson eran en grado superlativo boquirubias. ¡Cuitaditas! no tenian maestra. ¿Qué habian de hacer? ¿Quién tuviera lugar para hacerles buena obra? Lástima les tuve. El otro para llamar siempre á uno, decian, el señor Fulano, muchas veces come sin plato; yo se lo dije á las bobillas, por ver si habian aportado á la provincia de Pulla, siquiera de barlovento, y me respondieron si el pan, y pensaros que habian hilado beatillas.

Estando pues contemplando profundamente la somería de estas parvulitas y examinando una de ellas, que, segun me dió á entender, pretendia sacar carta de exámen, y para poder públicamente hacer su labor, digo de mesonera, sin temer malsines, quiso mi buena suerte que acaso y sin pensar supe cómo el fullero del ojo rezmellado, el que me dijo en el camino que los *agnus Dei* eran bulas de coadjutoria, posaba en aquel meson, lo cual no me dió poco gusto; porque demás de que yo se las habia jurado, toda mi vida tuve inquina contra escolares, como el perro de Alba contra los carpinteros de la Veracruz.

APROVECHAMIENTO.

La persona que una vez pierde el respeto á Dios, mira con desprecio las cosas santas y no santas, las honrosas y las que no lo son tanto, y de aquí es que aun de las piedras, calles y edificios y paredes murmura y fisga.

CAPITULO IV.

Del fullero burlado.

1.ª DE LA DEL PENSEQUE.

Seguidilla.

Hácese bobilla la del penseque,
Y no mira á cosa que no penetre.

Ojos que ven no envejecen, si no son los del águila, que cuanto mas pico ven, van mas á villa vieja. Tambien digo que de la regla exceptúo los ojos de mi amigo el ojimel, el sobrino del hermano del cura, el que nos vendió el galgo, el cual con la continuacion del juego y falta de sueño andaba tan chupado, que pensé que se le habia exprimido el alma por los ojos; de puro brujular se habia tornado brujo, así, porque no envejeciesen mis ojos todos once, mientras esperaba alguna coyuntura para hacer la burla al del ojo arremangado, quise ver, y no por brújula, todo lo que habia que ver en Leon, que ojos, y de leon, aun durmiendo, es bien que estén despiertos, y aunque tuve bien que mirar en algunos buenos picos que acudieron á decir donaires, mas como ojos de águila envejecen viendo pico, no quise que me acaeciese otro tanto; en resolucion, quise ver libremente sin costas, sin echar sisa en voluntad ajena ni pagar alcabala de la propia; y para esto era propio ver de léjos y guardarme de picos, que, ó son picadores, ó picaardeadores; yo pensé que habia mucho que ver en las fiestas; mas confieso que no habia, aunque miento, yo me absuelvo que sí habia; y es bien decirlo, porque no nos maten los leoneses, que tienen nombre de azadon, de los que llaman legones, y azadonadas me harán decir la oracion de los leoneses y de Leon. Lo primero granado y la granada habian desembarcado alli, y habian de representar la comedia de Santa Tatáis y Santa Egipcíaca, y habia de salir la granada con una calavera en la mano, que cuando la vi salir pensé que era vieja que salia á echar agua bendita á algun cimiterio. Tambien traian el entremés de los sacristanes enharinados, que parecian puramente torrijas enalbardadas, y otros muchos entremeses que comenzaban. Digo que somos las mas desgraciadas del mundo estas que somos hermosas, como es uso y costumbre con todos los entremeses de Maricastaña: miren si habia que ver, así hubiera que beber; pero todo el vino que habia era vino á la malicia; pero dejado esto, cree que no soy tan festiva, que ni iba tan descuidada de mi tiro, que no pregunté, y supe á qué hora vendria puntualmente el fullero al meson, de lo cual hice alforja para su tiempo y coyuntura, que toda está en guardarla, como boca de enfermo. Yo pensé que era verdad lo que malicidentes dicen, que las mujeres tenemos correo ordinario y posta que marcha del corazon á la lengua, y de la lengua á todo el mundo; mas de veras que yo no despegué mis labios para decir á persona alguna con qué fin inquiria del estudianton, y crean que nos agravian si piensan que no sabemos ser cerrajerías de bocas

las mujeres. Dénme que sepa una mujer que le importa para algun gusto ó provecho, que con las de Nicodemus no le abrirán los labios. Pregunto: ¿No era mujer Angerona? Sí, pues ella fué la que á la entrada del templo de la diosa Volupia estaba con el dedo puesto en la boca. ¿Qué era aquello sino que si la mujer huele que hay entrada para algun gusto ó deleite, significado por la diosa Volupia, es mas cerrada que trozo de nogal rollizo?

E informada pues de este punto, con el posible silencio partí á ver un rato la ciudad, iglesia y fiestas; debí de parecerles melosa á algunos hijos de vecino de Leon, aunque los leoncillos son retozones como cachorros, y aun me dicen que despues de grandes sor sugetones; deben de ser leones de la cuarta especie de los que fingió el poeta que se convirtieron en moscas. Algunos de estos moscones se me pegaron, á título de que en un portal mio que yo tenia en Mansilla bien regado habian estado de camarada como huevos en cazo de agua; la que yo sudé en ir por la calle de Santa Cruz, plaza y calle Nueva á la iglesia mayor no fué poca, porque el calor era mucho, y el trecho no poco. Yo pensé que aquel pueblo era fresco, como me habian dicho; mas debíase de entender que era fresco porque no es nada salado, ó que lo es cuando no es menester, ó quizá, como los leoneses tenian tan publicadas sus fiestas, debió de venir á verlas el calor de Extremadura. Dijéronme que los temporales de Leon eran muy francos, y pensé que nacia por las calles manzanillas de oro; mas segun vi la franqueza, era que no sabe acabar por poco, porque comienza en fresco, y acaba en hielo, y su calor acaba en fuego: pueblo extremado. Llegué á la iglesia mayor, y poco antes de entrar en ella encontré con una tropa de mozas de cántaro, que pensé que eran gorriones en sarmentera, segun chillaban; y era que al pié del patio, que es el paseo de los señores de la iglesia, está la fuente que llaman de Regla; no á lo menos por la que alli les vi tener, sino por la que fuera razon guardar junto á tan sacro lugar, ya que está alli la fuente. Mas estaba tan ajena de regla, que yo vi moza que embebida en ver, oir y no callar, con un lacaisimo bellaquisimo se entretuvo cogiendo y vaciando agua en su cántaro de barro mas de media hora. ¡Dolor de su ama, si la estaba esperando con el frio de la calentura para que le echase ropa de la que le sobraba á ella! Lo que es la moza tardó mucho, yo la perdono, porque me dió á beber por su cántaro un poco de agua, que aunque gruesa y no nada fresca, por donde mojaba pasaba, y aficionéme mas á su cántaro que á otro, por ser el mas enjuagado ó enaguado, como dicen las ciñantristas.

Comencé á entretenerme en mirar la iglesia; es bien galana, tanto, que pensé que era el carro del día del Corpus, adornado de varios galardetes y banderolas. Noté que estaba notablemente envejecida la portada mas que ninguna otra parte de la iglesia, y pensé que la causa era porque todas las viejas gastan mas de boca que de ninguna otra parte, en especial cuando son

afeitadas; pero no es eso, sino que aquella portada está vieja y molina y gastada de puro enfadada de ver entrar allí tantas caperuzas y tan pocos devotos á oír vísperas y oficios tan solemnes. Aunque entré dentro de la iglesia, yo cierto que pensé que aun no habia entrado, sino que todavía me estaba en la plaza, y es que como la iglesia está vidriada y trasparente, piensa un hombre que está fuera, y está dentro como corregüela de gitano. De otras iglesias dicen que parecen una taza de plata; de aquella puédesse decir que, no solo parece, sino que es una taza de vidrio que se puede beber por ella. Yo no sé para qué fin hicieron tan abrinquinado aquel famoso templo; si no fué porque como el frio y el calor de aquella tierra son traidores, quisieron que no se pudiesen esconder ni retraer á la iglesia, que la iglesia no vale á traidores, ó quizá el Topo que impedía aquel edificio cuando se comenzó á hacer en aquel sitio casa real, debió de sacar en condicion que las paredes fuesen de vidrio y las bóvedas de toba; mal año si les mandaran hacer tejados de vidrio, ¿qué malas pedradas fueran estas? Yo hablo como bobá, y á fe de penseque, que pudo ser que como la iglesia es chica, y la gente de aquella tierra mucha, en aquellos tiempos dieron traza que quedase la iglesia de modo que pudiesen oír misa desde la calle. Ya la gente está apocada, y así han cubierto los claros de las vidrieras y pintado allí unas cosas, aunque se han atajado muchos de los inconvenientes que yo pensé que habia, y no debia de haber ninguno, que de esto de iglesia á mí no se me entiende mas que á puerco de freno.

A lo mejor de mi miradura entré gran tropa de canónigos vestidos de blanco, las camisas sobre el sayo, que iban entrando al coro por diferentes puertas; yo, como era la primera vez que vi cosa semejante, pensé que era la hueste; mas despues, viendo que eran hombres como los otros, les perdí el miedo. Tras esto vinieron unas danzas de mozas, que llamaban las cantaderas; y guiada por este nombre, pensé que habian de cantar en el coro las vísperas con los canónigos, como cuando cantan las sivillas; y como vi pocas sillas respecto del mucho número de prebendados, que me dicen ser ochenta y cuatro, y que las cantaderas eran mas de cincuenta, pensé que en cada una silla habian de estar cantando un canónigo y una cantadera; mas todo fué pensar en vago, que no iban á cantar, sino á bailar. Por cierto que las pudieran llamar bailaderas y no cantaderas, y ahorrarnos de un penseque de los muchos que me sobaban; y hay de mas de cuatro que yo no digo. Estas cantaderas eran buenas niñas, pollas de hasta diez y ocho ó veinte años; en fin, de mi edad, que no tuve yo poca gana de entrar en la danza y engermirme como mujer de Pigargo, que se metió en el sarao de las reinas; y aunque al principio estuve por hacerlo, porque como iban bailando con atambores delante, pensé que iban haciendo gente; y como somos gente, pardiez por pocas nos asentáramos en la danza; por esta causa me anduve un rato tras ellas, bailando

con los ojos al son; y algunos de los que me veían me preguntaban si era yo cantadera. Yo, aprovechándome del nombre de cantadera y de la ocasion de fisga, les respondí: No, hermanos, que estoy en muda como colorín; yo no canto ni soy cantadera por todo este mes, y si algo canto, es elueco como gallina, y es cuando pongo, y entonces soy cantadera para lo que les cumpliere. Con esto conjuré algunos nublados; con esto desaparecian como trasgos los mancebos pescudaderos, aunque alguno de ellos hubo que dijo: A lo menos, si vos no sois cantadera, teneis gesto de encantadera. No se fué riendo, que yo le dije á él: Si yo soy encantadera, tápate con la cola, pues te sobra, asnazo. Ya me dicen que no son las cantaderas de diez y ocho años como solian, porque diz que han de ser doncellas, en memoria de las que lo eran en tiempo del rey Almanzor, que es una historia brava. Yo no la sé, mas bien pienso que si aquello durara y Santiago no lo remediara, llevaba camino el Almanzor de barrer tanta virginidad habia en España. Parecia aquello á lo de la fábula del Lobo, que pidió en parias las ovejitas mas bobas; y el bobo Almanzor, de cada parroquia diez ó doce cantaderas, y diz que todas vírgenes; y en mi ánima, que si fuera este tiempo, lo tuviera por medio milagro, y aun en aquel no era poco. Ellas decian que lo eran, que este es un pleito que nunca tiene mas de un testigo.

El modo de matricular estas danzantas me cuadró mucho cuando me lo dijeron, que diz que los curas tres meses antes de nuestra Señora de Agosto tienen cuenta con las casadas que mejor les parecen, de quien saben que son diligentes, y les encargan que les vistan y lleven una de aquellas bien impuesta, corriente y moliente, para bailar á sen con un salterio que les van tañendo. Tambien les van tañendo delante á las cantaderas unos atambores; yo pensé que las llevaban á la guerra, porque pensé que fuera imposible consentir que un día como aquel, en que procuran los cantores desgañir los chorros á puro ser cantaderos de los forasteros, se habia de permitir henchir la iglesia de ruido de atambores, que totalmente impide el poder oír la misa, y parecen todos caldereros; ello causa debe de haber; mas si yo la entiendo, me quemen. Habíame dicho que en las fiestas de Leon salen unos que llaman apóstoles, y pensé que tambien habian de ser cantaderos y bailar; mas despues me dijeron que no se usaba salir sino el día del Corpus, cuando sale la gomia y el gigante Goliás, y que no bailan los apóstoles, por cuanto no hay allí el indulto que hay en Plasencia para salir los apóstoles con cascabeles y danzas, y llevar en la procesion borrico y borrica; pero ya que no danzan en Leon, no les faltan danzantes baratos que de casa del dianche sacan á danzar unos zañcarrones, que es danza de mucho ruido y poca costa, que así lo requiere la tierra. Una cosa vi que se consoló mucho esta alma pecadora. En la iglesia de Leon hay una claustra ó calostra, no sé como se llama; sé que en ella hay un patio, que gastaron muchos ducados en medio enlosarle, y lo dejaron á la mitad, como al labrador

de Zahinos, que le hicieron la media barba á navaja y la otra le dejaron, á causa de que pidió plazos para la paga, y el maestro para la hecha. Dicen que se dejó así medio enlosado, porque aquella piedra la desmoronaba el agua, y á pocos años se volviera de piedra en arena. ¡Ay, Dios! ¿y el maestro no pudiera primero mirar los materiales que tenia? Así que, en el claustro donde está este medio enlosado ó este remiendo entero, me enteraron que ofrecen las cantaderas de la parroquia del señor Marciel, que es una iglesia que ha años que está comenzada á hacer de por amor de Dios, y porque no se acabe tan buen amor, no se acaba la obra; y aun me dicen que no solo ofrecen esto en aquella iglesia, pero que pocos días despues las mismas cantaderas llevan en un carro de bueyes un cuarto de toro, y le ofrecen á nuestra Señora; ¡ay Dios, qué llaneza! Yo de estas cosas de iglesia siempre pensé que era caso de inquisicion el murmurar, porque si no, de esta ofrenda y del tributo de las pescadas, ajos y puerros, á fe que les habia de dar una matraca que les enviara á Egipto á los leoneses; no para hacer agravio á nadie, que bien sé que todo es santidad y nació de la antigua devocion pura y llana, sino para entretenerles y galoppearles el gusto; mas como temo no quiera algun bachiller ir á mi costa á besar las manos á los señores inquisidores, no quiero meterme en agudezas, sino creer firmemente que las cantaderas de señor Marciel llevaban por guía delante de sí una que llamaban la Sotadera, la cosa mas vieja y mala que vi en toda mi vida, que me parece que para purgar una persona y digerir hígado y livianos y todos los entresijos bastaba enjugar dos veces los ojos con la cara de aquella maldita vieja cada mañana, que yo fio hiciera esto mas efecto que tres onzas de ruibarbo preparado. La cara pensé visiblemente que era hecha de pellejo de paadero ahumado; la faccion del rostro puramente como cara pintada en pico de jarro, un pescuezo de tarasca, mas negro que tasejo de macho; unas manos embezadas, que parecian haberlas tenido en cecina tres meses; solo en una cosa vi que andaban bien los curas, que la mandaban á la Sotadora cubrir el rostro con una manera de zaranda, forrada en no sé qué argamandales, y con esto no la ven; con todo eso algunas veces que soliviaba la zaranda, pensé que aquel maldito basilisco me queria encarar por mi gran culpa, y daba el tranco que me ponía en Baeza.

APROVECHAMIENTO.

Personas mal intencionadas son como arañas, que de la flor sacan veneno; y así Justina de las fiestas santas no se aprovechaba sino para decir malicias impertinentes.

2.—DE LA VERGONZOSA ENGAÑADORA.

Una octava con hijuela que glosan el pie siguiente:

Hurté al ladron, gané ciento de perdon.

A un jugador famoso, gran fullero,
Justina jugadera, mas fallera,

Con ser estílico y mas duro que un madero,
Le hizo derretir cual blanda cera.
Trocóle el oro aparente en verdadero,
Purgóle la indigesta faltriquera,
Y á sus oidos canta esta cancion:

Hurté al ladron, gané ciento de perdon.

Madre, la mi madre,
Remediadme vos,
Que me miran ojos
Con amor traidor.
Prestadme unos ojos
Contra el mal miron,
Porque me desquite,
Y le cante yo:

Hurté al ladron, gané ciento de perdon.

Ya que me vi libre de esta medio Celestina y eché de ver que no habia mas olas de forasteros ni forasteras, comiame los piés porirme á casa á la hora de las cinco ó poco mas, porque sabia yo que puntualmente aquella hora era en la que el fullero habia de acudir al meson, y aun él me lo habia enviado á decir, y que le viese á la hora de las cinco ó poco mas. Ya eran cerca de ellas. Dábame pena, que no sabia las calles; pero siendo fuerza el haber de ir á las cinco á la posada, quise mas dar cinco de calle que cinco de corto. Dios sabe la intencion con que él me envió á llamar, y aun yo la sé; la mia era muy diferente, yo la diré; él me echó la pulla, aprovechándose de los *agnus* que yo traia al cuello. Yo determiné hacerle con ellos mismos una que se le acordase; pues para que comiencen á verme el juego, supongan que me habian dicho que traia al cuello un muy hermoso Cristo de oro esmaltado, que de solo oro pesaba doscientos reales, además de unos pendientes de perlas graciosas y costosas, que de solo oirlo me jin-glaba el corazon, que el oro tiene este efecto en las mujeres, que á las quietas las hace corredoras, por cuanto el orose labró con azogue vivo; y á las corredoras las para y detiene, como se vió en la doncella corredora, á la cual ganó y aventajó el mancebo que, yendo corriendo, derramaba manzanas de oro, y porcogerlas la doncella corredora se paró y perdió la apuesta; así que, sola la memoria de esta pieza de oro me hacia traer el corazon á la jineta. Esta era la pieza que él hacia asomadiza á las pollas, que es treta de motolitos y feos mostrar el vellocino de oro para que les tengan amor y vayan doradas las pildoras de sus faltas; y no dudo sino que es eficaz, que yo me acuerdo cuando para significar esto cantaba: «Tárraga, por aquí van á Málaga», etc. Y decia la copla: «Tárraga, ¿por qué camino rendiré de amor el pecho?» Y respondia Tárraga: «Párraga, si fueres hecho cual Júpiter de oro fino; Tárraga, no, que el amor tiene alas y volará.» Pero Párraga se estaba en sus trece y decia: «Tárraga, por aquí van á Málaga; Tárraga, por aquí van allá.» Así que, yo no dudo sino que este medio fuera eficaz, si lo que ofrecen á los ojos estos (de tú si la viste) dieran con ello en las manos. Amor al Cristo si qué le tenia yo; mas el que á él le tenia era tan poco, que con dos de giraplica le barriera de las faldas del corazon. Vaya de traza y no me maten, que esto de contar cuentos ha de ser despacio como el beber. Yo llevaba dos *agnus Dei* medianos á los dos lados de mi rosario de coral, uno de

plata sobredorado y otro de oro, notablemente parecidos. Por estos me habia dicho el bellacon que eran las bulas de coadjutoría del canonicato. Eran, como digo, los *agnus* tan parecidos en la labor y apariencia, que á cualquiera que no fuera muy cursado artífice le engañara la indiferencia y rara semejanza que tenian las dos piezas entre sí. ¿Qué hago? Desato de mi rosario el *agnus Dei* de plata sobredorado, el cual guardé en la manga de mis cuerpos, que para secretaria era tan buena como una de un fraile francisco, de las que llamamos las damas arcas de Noé. El otro, para que mas campease, le puse con un rosario de azabache, que entonces era muy estimado; con todo eso costaba menos que ahora, que es el *cosi cosi* de Frómista, que el pato que valia menos, vendían por mas. Esto de los *agnus* á su tiempo verán de lo que sirvió.

Entré en el meson, y como supe dónde estaba, entré como que no sabia de él, pero tan compuesta y enfrenada como una mula de rúa. No me hubo visto bien el fullero, cuando comenzó á meter fagina y gastar boliña y decir fanfarrias y muchos donaires, y algunos picantes, que estos necios son como lobitos, que no saben jugar sino á mordicadas; mas yo dejéle gastar el pimentero é hiceme cuenta que pues no habia respondido á la echadiza del camino, mejor era llevarlo por la via de colotorto, tan encargada de las damas del tiempo de Maçatrada. Entré baja, encobadera, maganta y devotiva, que parecia abejita de Dios. Entonces eclé de ver lo que sabemos disimular las mujeres y con cuánta razon pintaron á la disimulación como doncella modesta, la cual debajo del vestido tenia un dragon que asomaba por la faldriquera de su saya. Por cierto, tan en mi mano estuvo disimularme y mostrarme temerosa, que con no tener mas vergüenza del hombre, que si me hubieran tundido, hacia de la vergonzosa con tanta facilidad como si mi voluntad y mis carrillos estuvieran hechos del ojo. Esto del disimular, segun yo oí á un predicador, aunque seamos santas, lo hacemos, y trajo á propósito que Ester fingió delante del rey Asuero estar tan flaca, que no podia tenerse en pié sin el arrimo de una dama de palacio; y trajo de Judit, que fingió no ser viuda, y otras cosas, y la mujer de Abraham fingió que era su hermana. Paréceme que dijo que habian fingido sin mentir. Yo no dijera así, sino que habian hecho apariencia de ficción. ¿Mas qué boba? ¿Ahora me subo yo á quebrar púlpitos? Bájomme con decir que no sé espante, que las pecadoras sepamos fingir y disimular. Como el estudiante me vió tan humilde y vergonzosa y que de solo alabarme de hermosa me ponía colorada, iba quebrantando olas y haciendo síncope; en fin, poco á poco se iba enfrenando, y hablaba con menos orgullo, ca siempre fué verdadero aquel dicho del maestro: La vergüenza en la doncella enfrena el fuego y apaga su centella. En fin, ya vino á desfalcarse y hablar con menos hipo; íbamos á menos, y calló. Ves aquí ya tenia Justina la perdis parada; y mira tú si soy buena para perdiguero? Ayúdome mucho á hacer mi tiro que este barrabásino

no sabia que yo era la que llamaban la Mesonera bur-lona; ó si lo sabia cególe el diablo, que no se le acordó; y no me espanto, porque como esos fulleros lo viven todo de noche, como predicadores de setas falsas, y como nunca salen de la imprenta de Pierre Papin, no llegan á su noticia estas burlas largas y discretas, mas que si fueran misas de pontifical, que para ellos es pueblos en Francia, pues hay hombre de ellos que el día de Pascua oye misa para todo el año. Así que, no me conoció; respondíle con gran mesura: Yo beso las manos de usted, que seria bueno que me dijese ¿qué te contaré? Cuadróle tanto mi virginal vergüenza y cortedad de palabras, que comenzó á decir: ¿Qué mujer esta? Qué vergüenza, qué agrado? Mal haya yo si no diera por una mujer como esta cuanto tengo. Así han de buscar los hombres las mujeres para casarse con estas vergonzosas, encogidas, temerosas, compuestas, que todo es esmalte sobre el oro de la hermosa (barto fué oyendo oro no saltar como la gata de Venus; mas como era el punto aquel de cazar ó espantar la caza, mandé al corazon que se metiese adentro, y á los párpados que echasen la tapa á los ojos de ello). Estas quieren de veras, estas son fieles, estas obedecen, estas regalan, estas entretienen, esta es la hermosura que se ha de preciar, esta es la hermosura que se ha de amar, este es el dote que han de buscar los hombres, esta es la dicha y suma felicidad. Aquí detuvo el portante, porque topó en la piedra del rubí de mi vergüenza, lo cual me cubrió de una hermosa púrpura, sembrada de escarlates cuando me alababa. Llanamente él me compuso una letanía de epitetos y gracias mías, que á ser yo tan blasfema como el pícaro del auto de Llerena, fuérale respondiendo *ora pro nobis*: lo que mas sacaba á luz los granos de mi granada era ver que como el hombre me habia perdido el miedo, por tenerme en posesion de parvulita é inocente, cuando me dijo aquella arenga daba de mano y traía la punta en par de *osólhos*, como quien prueba vista de burra que anda en venta. Tras toda esta laudatoria arrojó un celemin de ofertas cordiales. Mándame, señora, que mal haya yo si no la sirva de ojos, que aunque me ve apicarado, y sin temor de Dios y de las gentes, de que me arrepientó, vive Dios, que me muerdo por doncellas virtuosas y de vergüenza. Juraré yo que está usted criada á pechos de buena madre, que en el blanco de los ojos se lo echara de ver un niño. En diciendo esto, trocó la lengua en ojos, digo, que una modestia, aunque sea ligida, de una mujer pondrá puertas al mar y quemará un rio con toda su corriente. Véanlo por mi hombre, á quien mi vergüenza tenia en tal disposicion, que en el calor de su pecho pudiera cocer mas masa que un horno de concejo, y en las llamaradas de sus ojos se pudiera quemar Dardín Dardeña, y le debia de dar su corazon y el dios machorro mas recios golpazos que mazo de batan ó que cordoncito de santera. (Alapla...)

Como yo vi buena coyuntura, y tal, que pesara él cada onza de mis palabras á otro tanto de topación, entré con mis once de oveja, y fingiendo que de pura ver-

güenza tenia caídas las golillas y que tragaba saliva á duras penas, y tantas, que á garabatas de ruegos era necesario patearme las palabras, le dije: Por cierto, señor licenciado, que no está usted engañado en ofrecerme toda esa merced, que es cierto verdad que anoche aquí en la posada me dijeron que usted pretendia empeñar una pieza de oro por no sé qué dinero prestado, y dije que me le llamasen á usted, que yo queria, sin otra prenda mas que su palabra, prestarle todo el dinero que traigo, que son cincuenta y cinco reales y dos cuartos; porque yo sé que el señor su tío de usted es muy abonado y rico, y usted puede pagar mas que eso, que ha dias que una malograda hermana que tengo, á quien no me parezco en la condicion, antes por huir sus libertades vengo á buscar mi remedio y encomendarme á nuestra Señora del Camino, esta me dijo quién era su tío de usted. A esta razon, como fundada en falsa presuncion, él se hizo de nuevas, y dijo: Por cierto, señora, en lo que toca al ofrecerme el empréstito, usted me ha echado una ese y un clavo, y una argolla y un birote, y una cadena y unos grillos, y una amarra mejor dijera, y una albarda para todos los dias que yo viviere; mas eso de empeñar mi pieza no me ha pasado por el pensamiento, porque á mí me sobran quinientos reales á su servicio de usted; y harto mal me habian de andar las manos si á costa de bobos no hubiese yo de sacar de Leon horros unos ochocientos y el papo, fuera que el trato que yo tengo es mas seguro que en cueros de Indias. Tener un Cristo de oro, sí que le tengo, y le mostré á Julianica, la moza de casa; mas ella podrá decir si yo he tratado de tal empeño; solo le dije por vía de chacara: ¿Cuánto me darás, Juliana, por esta pieza? Así lo creo yo, dije, que esa pieza no la habia usted vendido ni empeñado, sino que la debe traer consigo. Así es, dijo el hombre, y véala usted, y comenzó á desabotonar el sayo. Yo, como vi á hombre quitar botones de sayo, atemoricéme y apartéme un poco; mas él se me llegó un mucho y me hizo miralle por fuerza, diciendo: Mírole, señora, que quizá no habrá visto otra tal pieza. Yo, no con pocos ademanos de vergüenza, soltándole y tornándole á tomar, le miré y remiré á mi sabor, por señas que creo que se me salió el alma á los ojos, y tras ellas las tres potencias á mirar la pieza. Alabésela parte por parte, y púsele en las nubes, por ver si me le daba; mas ¿quién le habia de alcanzar, habiéndole puesto en las nubes? Repetile mil veces: Usted le goce con quien mas bien quiere, pensando que quizás me respondiera, pues usted la goce, porque usted es á quien yo mas quiero, ó si quizá me preguntase si me queria servir de él; mas paréceme que por entonces no quiso. Es muy ordinaria treta de mujeres alabar una cosa para que nos la den, ó por ganar nuestra boca ó por temer no reventemos de antojadas. Está tan en uso esto, que ya se tiene por vil quien no se deja caer en este lazo; mas yo conocí un bellaco que con gran sutileza se salia de él. Si le alababan mucho alguna buena pieza, oíalo; y ya que se habian cansado de alabarla, ó por mejor decir, de pe-

dírsela, preguntaba muy de reposo: ¿De veras, señoras, que á vuestras mercedes les parece bien? Decian: Sí, y resí mil veces, por entender que á cabe de paleta estaba el decir: Pues, sírvase usted de la pieza. Mas él entonces con mucha pausa decia: Huélgome que esta pieza esté calificada con tan buenos votos, por estimarla mas de aquí adelante; yo, por ser tal la aprobacion, la terné por pieza avinculada. A gente mas moderna solia decir, cuando le loaban sus cosas: No me espanto que á usted le parezca bien, que por buena me costó. A mí este mi hombre no sabia tanto de respuestas, como de echar cerraderos, y hizose gorra, aunque pienso que lo debió de hacer por pensar que de vergüenza no la recibiera yo á título de dada.

Ya que vi que este tiro habia salido incierto, eché el resto de mis estratagemas, y comencé á fingir con ademanos y tragantones de saliva, encorvadas de rostro y cuello, que no me atrevia, aunque queria, decirle una cosa; mas él, que de mis palabras razonaba mas que rocin de yerba nueva, no via bien asomada á mi boca una palabra, cuando me la procuraba sacar con raíz y todo; y de esta suerte, y con protesta de que cuanto le pidiese me daria, aunque fuese la mitad de su reino, me sacó la razon siguiente: Señor, yo quisiera, no sé si lo diga, yo quisiera trocar este *agnus Dei* de oro; y así, si usted en algun tiempo ha de trocar esa pieza de oro, yo trocaré con usted, y lo que pasare mas yo lo pagaré á usted, que ya yo he dicho á usted que traigo dinero, y si no alcanzare, aquí traigo un manto de soplillo y estos corales para paga ó empeño; cuanto y mas que bien sabe usted y bien saben los de la posada que yo queria fiar de usted, y asimismo creo me fiara, pues soy abonada. ¿Qué razones estas para no le enternecer? Qué cabe para no le tirar? Qué lazo para no caer? No hube bien dicho esto, cuando descuelga la pieza de oro del cuello y me la pone en las manos. ¡Miren qué duro trance para una doncella vergonzosa como yo! Yo cuitándome toda, sonrojada é inquieta, andando el medio caracol, y orejeando con las dos manos, le dije: ¡Ay, señor, que no quiero! ¡Tómelo allá! ¡Desdichada de mí! No quiero yo nada dado; lo que quiero es que lo tase un platero, y lo que fuere de mas á mas, de su Cristo á mi *agnus* de oro, yo lo pagaré á dinero. ¿Qué dirán de mí los primos y primas que vienen conmigo, sino que soy alguna mala mujer? Vaya conmigo el piadoso lector, y no me tenga por boba, que yo me entendia. ¿Quieres saber por qué lo dije esto del platero? Hicelo y díjelo porque pudiese yo decir que el truco, ó por mejor decir, que el engaño habia sido á vista de oficiales, sin poderse llamar jamás á engaño ni ponerme ante justicia, y para otras cosas que luego verás. Tanto le porfié, que por mi ruego trajo un platero amigo, á quien dijo: Señor, á esto os llevo, encárgeos que en todo seais contra mí, y en nada contra la dama con quien truco; que viva Dios, que mi gusto era que ella se sirviera de la pieza de bueno á bueno. De las fanfarrias que él dijo al platero sobre la paga que él esperaba de su alejandría no me haga

Dios testigo, ni de otras tales; mas vaya, que ya se sabe que los hombres las mas veces se alaban, no de lo que es ó fué, sino de lo que les estaba bien que hubiera sido. Vino mi platero con su peso y todo recado; y por pocas no me hallara, que me escondí de vergüenza. Verdad es que á la ventana aguardé, como Hero á Leandro, á lo menos como á Alejandro, y despues que vi que estaban en casa, me metí detrás de una cortina. Todo lo llevaba la jacarandina.

(Sacaron á la infanta detrás de la manta) Mirélos; desenvainó su peso el platero, que no fué estocada, y las pesas, que no fueron pedradas; pesó la pieza y dijo: Pesa doscientos reales; hícele un gesto de probar vinagre, el fullero hizole del ojo al platero para que no anduviese tan en fiel. Añadió el platero de hechura, perlas y esmutes, tres ducados; no medre yo si no valian otros doscientos reales, y así enmendé el rostro y púsele de perlas. Llegó á pesar mi *agnus*, no tan en fiel del peso cuanto en el de los ojos del fullero, y como eran algo desconcertadillos, no tomé bien el tino, y dijo: Pesa el *agnus* solo diez ducados. El fullero, que no perdía compás alguno de mi rostro, como me le vió avinagrado, en segunda instancia dió un golpe al platero; y de conchabanza mientras yo luchaba con la vergüenza que tanto me azotaba, tasaron que yo pagase solos diez y seis reales, diciendo que bien mirado todo, no iba de mas á mas del Cristo al *agnus* sino solos diez y seis reales; pagó el fullero al platero su trabajo, que fué como quien paga al verdugo. Despidióse el platero, mas yo, para entablar otro segundo y mayor engaño, que te dará gusto el oírle, le dije al platero: ¿Qué le parece, señor maeso? ¿No le parece que es buen oro y muy fino el de mi *agnus Dei*, que doy en trueco al señor licenciado? El dijo: Muy bueno, señora, de Portugal. Y aun el platero pienso yo que era algo de allá, que sus fumeciños daja de muito galante, que á no venir de tasa, él saliera de ella. Mas como temió al fullero, tornóse con su peso y pesas como se vino. Dicho esto, eché mano á un bolso que traía, y temblando de vergüenza de dar y tomar con hombres, le dí al escolar en sus manos los diez y seis reales, en que fui condenada; y al dárseles me animé á reir un poco, mostrándome contenta, agradecida y halagüeña mas que perrilla de falda, que siempre acompaña la alegría con temor de que le destierren de las faldas á título de cipe zucio. Díjele: Tome usted los diez y seis reales, con lo mío me haga Dios bien, entablando para que no pidiese paga en otra moneda. El entonces me volvió los diez y seis reales, y aun me los metió por fuerza en la manga. Ya te he referido que en esta manga tenia yo emboscado el bolsillo con el *agnus* de plata parecido al de oro; y así, porque no encontrase con este bolsito, en quien yo tenia envuelta mi segunda treta, acudí á la manga y metí mano á las vueltas de la saya. El lo tomó por favor. Verdad es que la sacó presto, porque se compadeció de ver que yo de pura vergüenza estaba por cortarme la mano ó por raer el cuero, donde las suyas me habian dado un cabe. Y sobre todo, por verme

que decia yo entre dientes: Nunca mas, nunca otra en mi vida tal me acaeció con hombre. En esta coyuntura entró la segunda burla.

Yo, para darle á entender que me daba pena el verme tan obligada, le dije: Muéstreme vuestra merced, muéstreme vuestra merced ese mi *agnus* de oro, que no me ha de llevar por ahí, que yo quiero no quedar á deber mas que buena voluntad; él se hizo de pencas, por pensar que yo queria deshacer el trueco, pero como le importuné me le dió al cabo diciendo: Tome, señora Justina; veamos lo que manda. Suyo es, haga de él guerra y paz. Tomé el *agnus* de oro, y dije: Si no fuera grosería, yo deshiciera el concierto; pero ya que usted quiere hacerme tanta merced, yo le quiero dar de mi mano cierta cosa con que se desquiten los diez y seis reales. Entonces, como de vergüenza niñera, le volví las espaldas, porque no viese lo que queria yo hacer. El estuvo quedo como un cepo, mirándome solo por detrás, como si yo tuviera vidrieras en el espinazo, sin intentar ver mis manos ni lo que hacian. Bien dicea que el amor es ciego, no solo porque ama feo, sino porque aquello en quien él pone su blanco le ciega para que piense que el engaño es gozo, la traicion servicio, el daño obligacion, y el mal bien. Verdad es que cuando este amante tuviera ojos de lince, estaba la burla tan bien tramada, que no la alcanzara, porque toda pasaba de mi manga adentro, que para él fué manga de arcabuceros contra su bolsa, mas que manga de sayuelo. En esta manga metí el *agnus* de oro que le tomé, y saqué el bolso de tela con el *agnus* de plata, el cual yo habia guardado para esta sazón y coyuntura. Alargué la mano, hícele una solemne reverencia y díle el bolso; saco el *agnus* de plata, sueltos los cerraderos para que le viese y no pensase que era engaño. Mas no dudó sino que aunque le diera un pardal piando del bolso pensara que era *agnus Dei* y pensara que en mi poder le habia cubierto pelo. Valia el bolso y *agnus* de plata todos gordos cuatro ducados; al darle dije: Tome vuestra merced, que en verdad este bolso me lo dió por vistas uno que habia de ser mi esposo, y le costó cuatro ducados, y por seis no estuviera en mi poder. Bien empleado va, dóyese á usted por dos cosas. Lo uno, porque no es cosa lícita que las doncellas se carguen de obligaciones que no pueden desquitar; lo otro, porque ya que lleva mi *agnus* de oro, tenga en que le guardar, porque es de oro de Portugal, el cual de puro fino se toma de cualquier cosa, si no anda muy guardado. No hube bien dicho del coste de los cuatro ducados, cuando el dómine licenciado escupió otros tantos de su indigesta faltriguera y melos dió; yo, por no ser porfiada, tomélos con los deditos. Entré en el número de damas, cuyo nombre quiere decir dá mas, y él en el del buen ladrón, que es dí mas; y es claro que las mujeres, pues fuimos hechas de una costilla de hueso de hombre, tenemos privilegio para recibir y pedir hasta dejar al hombre en los huesos, y aun despues de todo pedir los huesos por justicia. En resolucion, haciendo avanza de la burla, yo saqué horro el Cristo de oro enteramente, pues me

quedé con el *agnus* de oro y los diez y seis reales que habia dádole en trueco. Item, vendí mi *agnus* de plata y mi bolsillo muy honradamente, sin miedo de que mi burla sea conocida ni descubierta ni probada hasta que nos veamos el fullero y yo de patas en el valle de Josafat; y aun para doblar la burla, de ahí á una hora estando él jugando, me puse á cantar una cancion que entonces andaba muy valida, pero tan á propósito que no pudo ser mas. Al principio del número la puse. El se puso á escucharme con hartó gusto, y decia: En todo tiene gracia esta doucella. Mejor dijera: En todo tiene agraz esta matrera.

APROVECHAMIENTO.

La modestia y vergüenza, aunque sea fingida, es agradable y muy decente á las doncellas, y gran pecado el aprovecharse mal de una cosa de suyo tan buena, loable, para fines malos.

3.—DE LA BURLA DEL ERMITAÑO.

Fué un ermitaño ladron,
Llamado Martin Pavon,
A dar una pavonada
En la ciudad de Leon;
Y posó en el meson
En que estaba aposentada
Justina,
Gran zahorí y adivina
De gente de esta bolina.
El era muy redomado;
Mas ella fué tan ladina,
Que á puro meter fagina
Le cogió como á cuitado
Sus dineros.

Todos los dias de mi vida quise mal á bellacos hipocritones, y no me falta razon. Los malos justamente son aborrecidos por las virtudes en que faltan como flacos, pero los hipócritas solo por lo que tienen y por lo que mienten. ¡Caso bravo, que quieran estos que respetemos las virtudes que no tienen, que llamemos al mono hombre, al lodo oro, al oropel perlas, y á sus marañes y latrocinios tesoro de biehes! Dios me deje avenir con un bellaco de pan por pan, y nó con estos sirenos enmascarados. En mi pueblo hubo uno de estos, tan gran ladron como hipócrita, que en hábito de ermitaño era gran gardoño, por tal le prendió el corregidor. Escapóse dos dias antes de nuestra Señora de Agosto, y fué á posar en el mismo meson del fullero, con quien tenia especial conocencia porque se llamaban Pavones: la bellaca que fuera la pava. No osaba salir de día, porque no cayesen ó porque no recayesen en él, y fuése por la recaida. Al justo le venia llamarse Pavon: propio de bellacos famosos, segun he oido decir á uno que llamaban Pico de Perlas, es traer puestos en el nombre el marvete de su marca, como Lutero y Manes, autor el uno de los luteranos, y el otro de los maniqueos, que el nombre quiere decir una cosa sucia en su lengua; y el otro luterano en la nuestra significa una cosa de burla y mofa. Pavon se llamaba, y es propio este nombre para que por él y por las calidades de esta ave me vaya yo

acordando de las malas y perversas de este bellacon.

El pavon es propia figura de un hipócrita, porque tienen propiedades tales los pavones, que unas desmienten á otras, y en hecho de verdad, parece uno y es otro. Tiene el pavon en la cabeza crestas, en las cuales denota lozanía como la del gallo, y poder como de serpiente; pero el macho es muy flaco y de pocas fuerzas, y la hembra de tan poco calor, que los mas huevos que pone los aluera. Tal era mi Martin Pavon. Quien lo oyera decir cómo antes que se recogiese habia servido al rey en Oran, en Malta y otras fronteras, pensara que era gallo de cien crestas, que es tan lozano que vence al leon y poderosa serpiente, temida de todo hombre. No hay cuclillo que así cante su nombre como él cantaba y cantaba sus hazañas; pero venido al fallo, era tan grande lebron, que si no es en la batalla de cortabolsas y en la guerra de gallinas, nunca otro acometimiento hizo ni otra cabeza cortó. El pavon todo está lleno de ojos, y vé tan poco, que si la pava se esconde, jamás la puede descubrir hasta que ella quiere. Este bellacon tenia tantos ojos para censurar vidas ajenas, que nunca hacia sino dar memoriales, y en ellos noticia de los amancebados y amancebadas de Mansilla. Teníanos enfadadas á las pobres mozas de meson, y él tenia tres por falta de una, todas hormas de su zapato. Quien viere una ave tan linda como un pavon, pensará que tiene la carne mas blanda que el pavo de Indias; mas en hecho de verdad, no la hay mas mala, mas negra ni mas dura. Así quien viera á este hipocriton tan cargado de los ojos de todos como de trapos, descualzo, maganto, ahumado, macilento, pensara que sus propias miserias le pusieran ojos y compasion de las ajenas; pero era un Neron, y donde él hurtaba con mejor denuedo era en los hospitales: ¿qué ánima esta? ¿Quién fuera á él en confianza que habia de partir con ella la capa como san Martin? Yo sé que se le averiguó que de un manto que le dieron á guardar partió la mitad, pero no para dar, sino para tomar, y llamábase Martin. El pavon tiene un pecho dorado, de color de finísimo zafiro, pero los piés son feos y abominables; así quien viera la modestia de este, pensara que era oro todo lo que en él relucia. Hacia que rezaba, y daba el silbo como cañuto de llave, suspiraba, hacia ruido como que se azotaba, y hacia mil embelecos, con que parecia un zafiro de santidad en la tierra; mas sus pasos eran negros y feos, que ni habia bolsa que no conquistase ni mujer que no solicitase, y en saliendo el tiro en vano, echábalo por lo de Pavia, y tornábase á azotar á santo. El pavon es de terrible y espantosa voz; mas los pasos tan sin sentir como si pisara en felpa. Así este daba gritos, que fuésemos buenos, y metia mas herrería que un Ferrer; mas de noche sin sentir descorchaba cepos y ganzuaba escritorios con el silencio que si fuera llover sobre paja. En suma, el pavon tiene figura de ángel, voz de diablo y pasos de ladron puro, y parado Martin Pavon.

En fin, como no hay cosa encubierta, sino es los ojos del topo, vínose á saber su vida y milagros; prendié-

ronle, soltóse. Llevaba muchos reales; fuése á Leon á dar una pavonada en las fiestas de agosto. Estaba en el meson en hábito de ermitaño; vile á las dos de la tarde, otro día despues del tiro del rezmellado; copocile, y no me conocí, y en viéndome tomó un libro en la mano, que decia llamarse *Guia de Pecadores*, y yo, como pecadora descarriada, lleguéme á él para que me guiase; él bien vió que la moza que entraba no hedia; mas no quiso mirar en tretas, dando á entender que lo hacia por no caer en la tentacion; yo me llegué tan cerca de él con el cuerpo como él lo estaba con la voluntad; saludóme humildemente diciéndome: Dios sea en su alma, hermana. Yo confieso que como no estaba ejercitada en estas salutationes á lo divino, no se me ofreció que decir *et cum spiritu tuo*, ó *Deo gratias*, ó *sursum corda*, mas á Dios y á ventura, díjele: Amen. Ya que me tuvo parada, y tal, que á su parecer no era censo de alquitar, me dijo: Hija, razon será que se acabe de leer este capitulo que tengo comenzado, porque como son cosas de Dios, no es razon que las dejemos por las terrenas, vanas, caducas y transitorias de las tejas abajo. Yo cuando oí aquello de las tejas abajo sospiré un sospirazo, que por pocas hiciera temblar la taconera de Pamplona como cuando la ciudad de la Mosqueta. El prosiguió con su sermón: podrá ser, hija mia, que la haya encaminado el Espíritu Santo para que oiga algo que le aproveche, y si tiene algo tocante á su alma, despues habrá lugar para comunicarlo. Pardiez, por entones tapóme é hizóme oír lo que bastó para enfadarme, y díjele: Padre mio, yo traigo lengua de su buena vida, y tengo necesidad de consolarme con su reverencia. Traigo priesa y no me puedo detener; ruegole, que si es posible, deje eso por ahora y oiga una cosa que quiero comunicar con él, que importa á la salvacion de mi alma. El entonces, que no queria otra cosa, sino que aguardaba á que yo le hiciese el son, dejó el libro, y aun asomó á quererme consolar por la mano; por consolarme en arte de canto llano, que comienza por la mano; mas yo, como intentaba consuelos en contrapunto, aborréle esta diligencia, y propuse y dije: Padre, yo soy una mujer honrada, casada con un batidor de oro; soy natural de Mayorga; vine aquí con unos parientes míos á las fiestas de la bendita Madre de Dios y á estarme aquí algunos dias en casa de una prima mia, beata, haciendo algo y comiendo de mi sudor; hanme hurtado la bolsa y algunos de mis vestidos, y la almodadilla y los majaderos que traía para hacer puntas de palillos, que las hago muy buenas; véome tal, que estoy á pique de hacer un mal recado y afrentar á mi linaje; por caridad le ruego, que pues la gente bendita, como su reverencia, tiene mano con los señores honrados y ricos, y tambien quien tiene mano para ricos, la terná con la justicia, que dé órden cómo me socorran, y si su reverencia tiene algo, reparta conmigo. Respondióme y díjome muchas cosas, que de suyo provocaran á castidad, si él no castrara la fuerza de ellas con ser quien era. Decia sin duda buenas cosas, pero con un modillo, que destruía la sustancia de la doctrina. que

bien parecia obra de diferentes dueños, pues la sustancia oía á Dios y el modillo á Bercebú.

Despues de alargar arengas tan malas de entender como buenas de sospechar, no pude atar cosa que dijese; solo colegí que en buen romance me aconsejaba que muriese de hambre en amor de Dios, si pensaba ser buena; y si mala, que él me aplicaba para la cámara, y que menos escándalo era que entre Dios y él y mí quedase el secreto; y que cuanto al pedir para mí, pienso que dijo que tenia gota y no podia andar; y cuanto á darme de su dinero, que él no lo tenia, y que antes un rayo abrasase sus manos que en ellas cayese dinero, cuanto y mas tenerlo. Tómenme el despecho del ermitaño. Ya yo sabia que este habia de ser el primer auto; pero yo iba pertrechada de fagina. Díjele pues: ¡Ay, padre, no quiera Dios que yo haga mal á un siervo suyo como él! Ya que yo haya de serlo, acá con estos bellacos del mundo es mejor, porque lo uno es menos pecado, porque es caza que se sale ella al encuentro, es mancha en mas ruin paño y es mas á provecho; en fin, saca el vientre de mal año. ¡Ay, padre! quírole confesar mi flaqueza, ya que le he comenzado á decir toda mi vida con tanta verdad, y me parece tan humano, que se compadecerá de mí. Sabrá, padre, que un criado del almirante, muy gentilhombre y caballero, corregidor de cierto pueblo suyo aquí cerca, que ha venido aquí á Leon, me ha ofrecido muchos reales porque acuda á su gusto, y si Dios y él, padre, no me remedian por otra vía, pienso echarme con la carga. El, en oyendo corregidor de cerca de Leon, criado del almirante, luego sospechó, como culpado y temeroso, si era el de Mansilla, y preguntóme: Jesus, ¿quién es este mal juez, ó de qué pueblo? Dios tenga piedad por su misericordia de pueblo gobernado por un hombre de tan poco gobierno. Decidme, hija, ¿de qué pueblo es, para que yo le encomiende á Dios? Yo, con inocencia aparente, me dí una palmada en la frente, y dije: No se me acuerda; bien sé que es tres leguas de aquí. El me dijo: ¿En Mansilla? Respondíle: Sí, sí, sí, ese es el pueblo, y ha venido aquí el corregidor á ver las fiestas, y como me ha visto á mí, dice que si yo le hago placer, no quiere mas fiestas. Lo que él se inquietó y zozobró no se puede significar, porque se le traslució que le venia á buscar y á prender y á hacer extraordinarias diligencias; pero el hipocritón, como yo le dijese que no se inquietase, me respondió: No os espanteis, hija, que las ofensas de Dios en el pecho de un cristiano son pólvora que le minan y hacen que se inquiete y salga de sí; pero con todo eso, decidme, hija: ¿Ese corregidor sabe adónde vivís? ¿No os podíades vos esconder de él? Item, si yo os buscase dinero, ¿cómo le habíades de huir el rostro? A esto le respondí: Padre, el corregidor bien sabe que yo poso aquí; y dice que aquí á este meson donde estamos ha de venir á la noche, y que para esto tiene un buen achaque, y es que anda espiando un famoso ladrón, que en Mansilla llaman el Pavón, el cual se le fué de la cárcel de Mansilla y se vino aquí á Leon, y creo no tardarán mucho en venir; mas si su reverencia me

buscase algun remedio, muy fácilmente me escaparía yo de él, porque aprestaría luego mi jumentilla é iría-me esta noche á nuestra Señora del Camino con mis compañeras, que vanallá todas; y si me dice algo, diréle que en la romería se verá su negocio. En la romería excusaréme con mis parientes y compañeras. Diréle que me lleve á Mansilla, que es camino de mi pueblo. En Mansilla avisaré á su mujer que mire que su marido anda perdido, y le recoja, y con esto irá mi camino, y él se quedará en su casa. Pero si voy sin manto á mi casa, y sin la hacendilla que traje aquí para entretenerme algunos dias, ¿qué he de hacer?

Entonces el bellacon se alteró aun mas, viendo que si el corregidor venia le habia de coger infragante; con todo eso me hizo otro sermoncete, pero con mejor método que el pasado, porque la conclusion fué darse otra palmada en la frente (confrontábamos) y decir: Ya, alabado sea el Redentor, algun ángel dejó aquí unos dineros de un mi compañero para tal necesidad; yo me quiero atrever á tomárselos, con que vos le receis otros tantos rosarios como os doy de reales: Dicho esto, sacó de un zurron seis escudos y me los puso en estas manos pecadoras. Juntáronse su temor y mi contento, para que ni él me dijese otra palabra ni yo á él. Fuíme. El luego mudó de traje y se fué á ver con el fullero. Yo ensillé mi burra y marché, porque los Pavones no me cayesen en la treta. Pavon fué este que en mi vida mas supe de él, que ha sido mucho para la mucha tierra que he visto y para la dicha que he tenido en encontrar con bellacos. El del ojo rezmellado no me vió jamás; pero escribíme una donosa carta, y yo en respuesta otra no menos; y por mi fe, que aunque se ha de detener la historia de la vuelta de Leon á mi tierra, te he de referirlas; y si te parecieren largas cartas, ya te he dicho que yo siempre pecho por carta de mas; y si buenas, holgaréme de que encartaré gente honrada.

APROVECHAMIENTO.

Hipócritas y gente que no viven en comunidad y hacen ostentacion de ejercicios y ceremonias, y hábitos inventados por solo su antojo, siempre fueron tenidos por sospechosos en el camino de la virtud.

CAPITULO III.

De las dos cartas graciosas.

Quintillas de pié quebrado.

El fullero escribe, y pica
A la Picara Justina;
Ella picando replica,
Y replicando replica,
Y con furiosa bolina
Le demuestra
Que su burla fué mas diestra,
Lo otro mas provechosa,
Lo tercero mas graciosa,
En fin, burla de maestra,
En todo el mundo famosa,
Y ainda.

Este es un traslado bien y fielmente sacado de un escrito y rescrito, que pasó entre mí Justina y el bachi-

ller Márcos Mendez Pavon, en razon de una burla mayor de marca, que despues de haber pasado en cosa juzgada por espacio de nueve años, retoñando las quejas en el corazon y lengua del sobredicho bachalarío, enviaron á las quince un correo á su pluma, y ella al papel, y todos dieron de rebato sobre la pobre Justina, á quien con parte de real y medio, bien llorado y mal pagado, le publicaron la sentencia irremisiva siguiente, que á no poder apelar para la respuesta era casi casi cosa de afrenta.

Va de carta:

«Yo el bachiller Márcos Mendez Pavon, el agraviado, á vos, Justina Diez, ovejita de Dios, trasquilada á crucas, que á precio de vuestras vergüenzas comprastes las que yo tengo de mis faltas en dinero, y mis sobras en manilargo: por estos mis escritos os reto á campo abierto para que aguardeis las asadoradas de mis razones, no con menos paciencia que la que mostrais en esa insigne escuela, teniendo tantos actos y aguardando en ellos tantos argumentos cornutos de tanto género de estudiantes capigorristas, resolviéndoos y resolviéndoos, sin dificultad ni impedimento, cuantas objeciones os representan. No podeis negar que una mia vale por ciento, pues por una palabrita que en el aire os dije de las bulas de coadjutoría, armastes todo el caramillo que ha pasado, y metido mas obra que los cazos de Toledo y monumento de Sevilla; y creed que en buena filosofia natural (la cual vos sabeis ya muy bien, atento que profesais mucho los movimientos sensibles de que ella trató) toda causa es mejor que su efecto, y por tanto se conoce que mi burla fué mejor que la vuestra, pues ella os hizo á vos parir la que me hicistes: reventaredes con ella el cuerpo. Otrosí, bien sabeis que todo licor mezclado no es tan perfecto en su especie como el puro, y pues mi burla fué burla de todos cuatro costados, sin brizna ni mezcla de veras ni de ofensa ni de venganza, fué burla mas perfecta en su especie que la vuestra, la cual vino envuelta en un muy verdadero y averiguado latrocinio. Creedme, que así como se tienen por malas las burlas del burro y otros animales de su jaez, porque no se saben burlar sin estampar uñas ó patas, así vuestra burla se ha de llamar burral, por cuanto en ella señalastes las manos y aun las uñas. Yo burlas he visto de damas, que con amor fingido parece que echan llamaradas y queman la olla del seso, y de recudida espuman la bolsa; pero vos, no con demostracion de amor, sino á título de truco, engañastes, y por truco bautizastes el hecho. Ruégoos que si otro truco hubiéredes de hacer al tono de este, lo primero que troqueis sean esas manos por otras, so pena de que á pocas tretas os cortarán las uñas para asentaros el guante; y no solo os cortarán las uñas, pero los pasos.

«No se alabe tanto, y sepa que yo pensaba darle la pieza que me llevó y mas barata y con menos trotes de pasos, que si bien se acuerda anduvo al trote desdó la iglesia al meson para topetar con yo pecadorcito.

» ¿En qué vicio dió? Menos inconveniente fuera dar en otro vicio menos costoso, en quien aunque llevara carga, pero no de restitucion. No le declaro el vicio, porque de ese menester se le entiende mucho. Diráme voacced: Señor licenciado, todo se andará, y aun todo se ha andado. Créolo, porque el vicio que yo digo y el burlo son grandes camaradas. Por eso dijo el otro que los vicios son conejos. Allá en Salamanca le declararán este latín, que á lo que yo perjunco, quiere decir que como los conejos y conejas todos paren, y ninguno es estéril, así un vicio pare mas vicios que un conejo gazapos. Engañóme su merced; pero puédome alabar que me engañó, tomando por medio un *agnus* de cera, cordero mudo. Hágome cuenta que tomó la pieza de mi cuello, como tomaron á cuenta los soldados en hábito y forma de ovejas y corderos á la misma hora que voacced me hizo el tiro; solo me pesó que para un hecho tan humano tomase un medio tan divino. Herejota, ¿por fuerza habia de ser la burla en cosas de las tejas arriba? ¿No me podia hacer la burla en unas calzas de obra que yo tenia en la posada ó en algun dinero seco? Mi fe, no se atrevió venir cara á cara, sino que se metió detrás de un santo como fugitiva y lebrona; ¿por qué no me pretendió hacer la burla de Pero Grullo el de Arenillas? Por estas pocas que aquí Dios me puso, que si yo fuera el obispote y conmigo las hubiera, que yo la habia de traer un *extra tempora* y me habia de salir del carricoche ordeñada ó desordenada de mi mano. Yo juraré que dijo su merced en Leon bien cacareada y pregonada la burla que me hizo. Eso creo yo, que mujeres no saben callar cosa, aunque sea la caca y el ceco y el cuco. Gran hazaña; ¿por qué no les dijo que me enviaba preñado por obra de gatuperio, que á trueco de llevar adelante el nombre y opinion de Mesonera burlona, dirá eso y mas? Y porque la crean dará un cuarto al diablo. ¡La inocentilla, y con qué sencillez me decia si queria prestados los cincuenta y cinco y un cuarto! El cuarto déle ella á Bercebú, y no sea el trasero, porque no paguen justos por pecadores. Los cincuenta y cinco guárdelos, porque siquiera se pueda decir de ella que entró una vez en su poder un mazo, y se descartó de él.

» ¿Cómo digo de aquel bolso que le dió en vistas su novio? ¡Oh vágame san Macario, si cada uno de sus novios le hubiera de dar un bolso para vistas del pleito, y qué de bolsos tuviera, aunque todos los tuviera necesarios, si es que ha de ir adelante en embolsar muy á menudo de manos á boca doscientos y cuarenta y cuatro que me llevó en un soplo! Si pensara que tenia alma, rogárala que me lo dijera de misas, pues que tiene tantos capellanes como dias hay en el año, y en el bisiesto dos mas para andar conforme al tiempo, á uso de potrosa. Mas no la quiero encargar esto ni meterla en escrúpulos excusados, porque me temo que si se encarga decir estas misas, cuando se muera hallará tan quejosos los del purgatorio como los que acá quedan; que si bien los mira, son todos los esta-

» dos que cuentan, atrevidamente se atreve á entrar burlado, y burlado del estado eclesiástico, cuyo mínimo profesor y acólito cuadragenario soy, no ha de dejar hombre á vida. ¡Ay, hermanita, ay, nueva Parca de bolsas, Caribilis del dinero, silla de piezas de oro, tarasca de sombreros, gomia de capas, zángano de meleros, condesa de gitanos, picara de tres altos! Ruego, la mi sántica, que se reporte, no piense que es grandeza menudear tanto el hacer burlas á los hombres, que alguna vez vendrá por lana, y muy sicofanta. Ya que quiso hacerme la burla, ¿para qué volvió barras y sacó á somorgujo el *agnus* de la manga? ¿No fuera mejor rostro á rostro? Pero es de casta de caracoles, que hacen su hecho á traicion. No le pediré el hurto ante justicia, que ya sé que no tiene varas altas; pero apareje el zárzo, que yo la haré vomitar la empañada. No me dieron pena los doscientos reales, pues de una asentada gano yo mas á los boquirubios de su tierra; pero pésame del mal empleo. Avíseme de su salud, y si llega ya á tener el alma setena, que de su edad ya otras tienen seis almas y media. A lo menos bien pienso yo que si con cada muela que se cae entra un alma de nuevo, pasan ya de doce sus almas, y terná ya las encías hechas un purgatorio. Sobre todo me diga si ha entrado algun cardenal en la corte de sus espaldas y si le han frizado la costilla que le cupo en el repartimiento de Adán, que no me holgaria yo poco una tan gentil tundidora de bolsas ajenas hallase un buen frisador de espaldas propias; mas en manos está el pandero que le sabrá tañer, porque me dicen que el señor corregidor de esa ciudad (buena vida le dé Dios) los pone como nuevos á los que tienen los dedos de mas de marca; y porque me nombres, te digo que Márcos te llama Marca de mas de marca. Con esto ceso, y no de rogar á Dios, que si es posible, en la resurreccion de la carne, por burlarte, te harte el cuerpo un caiman y salga tu alma trocada, media en un bolson ó bolsa de arzon ó manga de sayuelo, como el cordero que fué signo de tu cielo y memoria de mis penas. Fecha en el general, donde dicen leyes en la universidad de Asma. — El bachiller Márcos Mendez Pavon. »

RESPUESTA DE JUSTINA POR LOS TENORES MISMOS DE LA CARTA ARRIBA DICHA.

« Yo la licenciada Justina Diez, llamada por otro nombre la Guzman de Alfarche, y picara de prima por claustro, á vos el bachiller Márcos Mendez, fullero burlon de palabras, y burlado de obras, nariz de alquitara, ojo de besugo cocido, pescuezo de tarasca, cuerpo de costal, piernas de rastrillo, piés de mala copla, que á precio de la desvergüenza que me dijistes en el camino de Mansilla comprastes la privacion y traspaso jurídico de una buena pieza de oro y perlas, que decís estar en mi poder; salud é gracia: sépades. Digo salud, que os reviente, gracia que mejor os venga que la mia, y sépades para que no os engañen ni os esquilmén. Primeramente, por estos mis escritos os inlubo do

» mi fison, y os apercibo que para el tiempo que durare
 » el resolveros el alma con dichos, y la bolsa con hechos,
 » que será el que la nuestra merced durare, os armeis de
 » la paciencia que tuvo vuestra caritativa madre, en oír
 » llamar á su marido, vuestro putativo padre, hijo de Cor-
 » nelio Tácito por vía de hembra, y por la de varón de
 » Rabi Sidraque. No podréis negar, señor Ojunregazado,
 » que una mia vale por mil, pues de un golpe os engañé
 » en mil géneros de cosas, cuya suma vos la podeis hacer,
 » como á quien mas le toca, y como tocó en las tres
 » potencias del alma y aun en las de la bolsa. En la vo-
 » luntad os tocó, pues concebí de amor llegastes, y que-
 » dastes oliendo el poste, como el amo de Lazarillo. En
 » el entendimiento, porque os hice ver por tela de cedazo,
 » y creer que tenía vergüenza de vos, quien no os estima-
 » ba en un pelo de buboso, salvo el guante ó la pieza (ya
 » la crisma, si es que estais bautizado, siquiera de socor-
 » ro), y no me engañaría si dijese que el zahumerio de
 » la burla llegó á vuestra memoria, pues la terneí y de-
 » beis tener de mí, mientras durare el nombre y vida de
 » Justina, á quien Dios conserve muchos años, y á vos
 » tambien, aunque sea hecho tarazonas y en escabeche.
 » Poneis tacha á mi burla, que tiene mas obra que los
 » cazos de Toledo; pero si yo fuí el Juanelo del artificio,
 » vos fuistes el pagador del trabajo. Mirad vos quién es
 » el mas medrado en este lance. ¿Con filosofía me aco-
 » tais ó azotais? Yo no sé qué es filosofía, ni la he me-
 » nester; porque para saber yo que vuestros ojos no sa-
 » bieron por el órden comun de naturaleza, sino cuando
 » mucho por alguna jeringa, ni vuestra fullería se dió por
 » el arancel de los honrados, no heyo menester filosofía
 » natural ni moral ni enviar por sabios á Grecia.

» Preciaisos de que vuestra burla parió la mia; ahí
 » veréis vos que me sirvo de vos como de polra paridera.
 » No me diera Dios mayor trabajo que, si conversáramos
 » mucho, haceros cada año escupirme mas renta que
 » una potranca de las de buena árca, que maldito mas
 » me diera que tener cada año una mula boba, hija de
 » madre. Ríome mucho de que repudiais mi burla, por ir
 » mezclada en veras; ¿pues ahora sabeis que todas las
 » cosas vivientes, cuanto mas perfectas, son mas mistas?
 » Hermanito, mi burla era viva, y vivirá, y porque fue-
 » se mas perfecta, la hice mista; es que soy boticaria de
 » entre cristianos, y no curo con simples, como árabe,
 » sino con pildoritas, que le hagan buen provecho. No
 » hay mentira sin mezcla de verdad, ni mal sin mezcla
 » de bien, ni aun bobo, como vos bien sabeis, sin mezcla
 » de discreto; y aun vos, con ser tan tonto, comenzastes
 » á querer soñar de poder tener algo de discreto, el
 » tiempo que os duró el fugar de mí. Decid: ¿no teneis
 » vos por buena burla el ser fullero? Pues por mi fe
 » que vuestras fullerías no van forradas menos que en
 » pellejo de garduña. Mi burla no tiene lugar de ser lla-
 » mada cox bural, y se haria agravio el quitaros ese
 » nombre y usurpar el título que teneis avinculado y
 » puesto en cabeza de mayor asno. ¿Sabeis cómo podeis
 » llamar mi burla? Llamalda retozo de garduña, ojmel
 » de daga y toma, agridulce de bobos, que estos nombres

» le vienen mejor; y si no, sea como su reverencia man-
 » dare; con que no tenga pena que por acá nos corten
 » las uñas, que moza soy yo que, no solo sé trocar mi plata
 » por su oro, pero sé asentar el guante, y tras él las uñas,
 » y tras todo armar mamona, sin ser necesario traer de
 » acarreo quien suelte la ballestilla. De la intencion con
 » que pensábades darme el Cristo dado, no teneis para
 » qué darme cuenta, que yo creo alforjaríades mil qui-
 » meras; pero uno piensa el bayo, y otro lo ensilla. No
 » tengais por consejo sano dar joyeles dados, que no hay
 » peor juego que el dado; y si vine á priesa y dejé la
 » iglesia para venir al meson á buscaros, sabed que era
 » porque sabia que aunque estuviera á todas horas en to-
 » das las iglesias del mundo, en ninguna os habia de en-
 » contrar; porque sé que lo que vos teneis de oficio no
 » se cursa en la iglesia; y si dejé víspera de nuestra Seño-
 » ra fué por las del Cristo.

» Los consejos que me dais de escoger vicios que no
 » deban restitution, la villa os lo pague; pero tomaldos
 » para vos, y no en el juego de la primera, en el cual me
 » dicen que de puro escoger, echais en la mesa muchas
 » primeras, que no se hacen ellas, sino vos las haceis por
 » un molde hecho en Asis. Debe de ser que, como ense-
 » ñais á otros á escoger pecados, vos os habeis enseñado
 » á escoger cartas; y pues vos haceis primeras á vuestro
 » gusto, no os metais en los flujes de bolsa que yo hago
 » al mio; y pues sabe que los vicios andan de camarada,
 » como él y los fulleros que trae en rueda, aprovéchese
 » de ese buen consejo, para advertir que cuando viera
 » una moza de buen fregado como yo, carilucia, barbipo-
 » niente, pieza suelta, sin tio ni sobrino al lado, y sin
 » can que ladre, sino solo con su borrico y su picarico y
 » su baldeo y moza de la jabega, y á Dios, que me mudo,
 » no la crea; santíguese de ella; lea en un libro como su
 » primo el ermitaño; conjúrela, y por relucir que vea las
 » cosas, no piense que son oro, aunque se lo diga un pla-
 » tero de oro ó un orero de plata, que debajo de un bol-
 » sito de tela hay mil telas y mil engaños. De esto le pue-
 » de servir a quel ejemplo de los zamarrones de Cuenca,
 » que trajo á buen propósito; y si le parece que mi burla
 » es caso de inquisicion, hable á esos señores y cuénte-
 » les el caso, que quizá les entretendrá y aliviará un
 » poco del cansancio que suelen tener de tratar con al-
 » gunos tan grandes bobibellacos como él. Ello bien pue-
 » de ser caso de inquisicion; mas crea que no me acusa
 » la conciencia del haber consentido deliberadamente en
 » pensar que una imagen de un Cristo crucificado en po-
 » der de un sayonazo como él no andaba segura, y es ca-
 » ridad quitar la ocasion. Alegarme ha en su favor que
 » fueron parientes suyos los que labraron la cruz á Cris-
 » to; pues pesia tal con él, ¿labró una de palo, y quiere
 » poseer en pago una de oro? Para renovar memorias,
 » una de palo le bastaba, demás de las muchas que hace
 » cada momento en los dedos para jurar que pierde, aun-
 » que gane. Linda maña, mentir aboque de abaque, y
 » ahí está la cruz que lo atestiguará.

» Ahora bien, unas buenas nuevas le quiero dar, y son,
 » que los cristianos viejos le damos licencia para que

» pueda traer al cuello una cruz de palo, para que Dios
 » le libre de los relámpagos de Justina, aunque á un mo-
 » tolito como él debajo de los piés le saldrán ocasiones y
 » peligros que temer; que para los bobos se hizo la mala
 » fortuna y mal caso, que á los discretos nada les sucede
 » acaso, porque todo lo previenen. Paréceme que á su
 » noticia ha venido la burla de Pero Grullo; y júramelas?
 » ¡Ay, bobito, bobito! con él me depare mi dicha, siem-
 » pre que yo fuese á caza, que á fe que no la tuviéramos
 » mala, y á fe que si él fuera el Vigornio, yo le hiciera en-
 » tender que la carreta era bolso. No le quise hacer la
 » burla en calzas, que yo no trato de echarlas á pollos,
 » demás de que la burlada yo lo fuera, si me cargara de
 » sus calzas de obra, que á mí no me la podían hacer bue-
 » na, ni tengo por buena burla espulgar vestidos de mona.
 » ¿Alega que no fui cara á cara y que volví barras? A eso
 » digo, lo uno, que en guerra de retorno son licitas las
 » tretas; lo otro, que si fué engaño, fué engaño á vista de
 » oficiales. ¿No estaba un platero delante con sus pesas y
 » apatusco, y entre ellos dos lo ordenaron como quisié-
 » ron? ¿Qué mas quiere? ¿No le dije yo que guardase bien
 » el *agnus* en el bolsillo, porque el oro de Portugal de
 » puro fino se toma? No quise decir que se tomaba él de
 » fino, sino que por ser tan bueno, le deseaban muchos
 » tomar, y le tomaban; y echarálo de ver cuan presto
 » se toma, pues no se le hube bien dado, cuando fué
 » tomado de mí. No le dé cuidado pensar si acaso parlé
 » el chiste en Leon, que le digo de verdad que nunca
 » fui amiga de vender secretos que se suelen pagar por
 » calles públicas; y no quiero que por falta de secreta
 » me hagan hacer la digestion en la calle, jeringándo-
 » me las espaldas con alguna penca ó rebenque ó cual-
 » que cosa.

» Acá para conmigo confieso que mil veces me parlo
 » el chiste entre pecho y espalda, y á su costa traigo
 » forradas en risa todas las tres potencias del alma, es-
 » pecialmente cuando me acuerdo que se queja de mí,
 » porque con inocencia fingida le ofrecí si queria pres-
 » tados los cincuenta y cinco y un cuarto. Sepa que á
 » tontos como él no se pueden ofrecer los cincuenta y
 » cinco justos: lo uno, porque no vienen bien justos con
 » pecadores; lo otro, porque como es número de mazo,
 » moriráse por él, como gavian por rábanos; y así, no
 » se le podrán envidar de falso, y dirá que no me des-
 » carto de mazos y descártome de él. Ofrecíle un cuar-
 » to; pregunta si es trasero ó delantero. El que su mer-
 » ced mandare, que para el tantán monta que me dice
 » hace á dos luces, como candil de meson, y que ha es-
 » tado á pique de una plaza él y otro, por ser amigos
 » de atrás; aun dicen de él que es dado á perros. No se
 » espante que le dé el bolso de los novios, porque quien
 » no vió, novio es. Si no está roto el que le dí, por su
 » vida que me le envíe con un poco de almizcle, porque
 » despues que tomé en las manos su carta, me huelen
 » á sudor de jalma; y prométole, si me le envia, de pa-
 » gárselo en mandar á una recua de tontos, que traigo
 » tras mí, con cebo de que serán mis novios, que bailen
 » toda una tarde por su ánima, disfrazados con vestidos

» hechos de ochos y nueves, que es librea muy á su sug-
 » to; mas eso de hacérle decir misas ni sacrificios no
 » me lo mande voarced, porque unos pocos de capella-
 » nes amigos que tenia están depuestos como gallinas
 » cluecas. Si él quisiere que por su intencion y á su cos-
 » ta haga que me recen cada día á mi puerta la oracion
 » del justo cordero, yo lo haré con que me envíe el
 » *agnus* de plata que me tomó, que tal como es, á mí
 » me hace falta, y á él sobra, por ser cosa buena y de
 » devocion.

» Ya sé que tengo enojado al purgatorio; mas tam-
 » bien sé que tiene él por amigos los del infierno; cuen-
 » te á cómo salimos. Cuando leí los muchos títulos que
 » me daba, conocí que esa debe de ser la letanía que
 » rezaba; cual es el devoto, tal el santo y tal la devocion.
 » La menos á propósito para él es contar mis años; por-
 » que si, con los pocos que tenia entonces, le dí la pa-
 » pilla que papó, ¿qué le parece al papenco que será
 » ahora si le tornase á requerir el cañal, despues de ha-
 » ber comido mas guindas que él arrobas de bobo? ¿Por
 » los dientes me cuenta el alma? Bien parece que le
 » mordi; por lo menos sabe que soy viva, pues muerdo.
 » Con salud lo cuente, y sea tanta que le reviente por los
 » ijares. Ya pensé que tenia olvidada esta burla; mas
 » paréceme que, segun busca consuelos, no debe de te-
 » ner aun bien sana la llaga; échela un poco de mas sea
 » y mas cunda, con un granito de sal de necio, y luego
 » sanará. Por acá no hay nada de nuevo, sino que el
 » cardenal vive en esta ciudad y trae orden de dester-
 » rar todos los vagamundos y fulleros. Avisole porque
 » no le tienta el diablo de venir á esta tierra en tan
 » mala coyuntura; porque, demás y allende que los
 » cardenales de esta tierra son muy rigurosos, tenemos
 » un corregidor en esta ciudad, que á cincuenta pasos
 » huele cuerpos malhechores. Por allá, que es tierra de
 » bobos, se le correrá bien el oficio, que por acá hende-
 » mos un cabello por veinte partes. Lo de la marca se
 » borre, que el rey no comete el marcar á gente de tal
 » ruin marca; cuanto y mas que un pigmeo como él no
 » puede marcar á una gigante como yo. Ríome de que
 » se me firme Pavon. Como digo de aquella bendita li-
 » mosna que me pidió su pariente, el que nos vendió el
 » galgo. Sabe que veo que les viene tan de casta el ser
 » ladrones como el ser engañados. A buenas noches,
 » Pavon, deshace el rodancho; mosquilon, arrímate, gi-
 » ganton, que eres un bobarron, y por si acaso quisié-
 » res presentar esta carta á la justicia para pedir lo que
 » fué ganado en buena fíd, advierte que va de letra de
 » un escribano muerto, que siempre es falso, y sin fir-
 » ma, porque solo un tonto como tú podrá firmar carta
 » semejante. Fecha en Salamanca, en el mes gatuno,
 » entre once y mona.»

APROVECHAMIENTO.

La gente disoluta no se empacha de publicar sus ma-
 leficios por palabra y por escrito; pero Dios los escribe
 en el libro donde los leerán con gran confusion y men-
 guita suya.

CAPITULO IV.

De la Romera de Leon.

I. — DE LA ROMERA DORMIDA Y DESPIERTA.

Un sonetillo de sostenidos.

Ni dormida mas despierta,
 Ni despierta mas dormida;
 Ni ganada mas perdida,
 Ni perdida mas alerta;
 Cubierta mas descubierta,
 Cosiente mas descosida,
 Jineta mas á la brida,
 Fisgona mas encubierta;
 Devota mas sin rezar,
 Pagadora mas en venta,
 Veladora mas en vano;
 Huéspedada mas sin pagar,
 Cual este número cuenta,
 Jamás la vido cristiano.

Ya que he dado cuenta de lo que me sucedió en Leon y del retoño que de ahí á nueve años hubo, lo cual puse junto porque se conociese mas de próximo la materia de que las cartas trataban, quiero que nos descartemos de cartas para ir adelante con el cuento de mi jornada. Aquel día de nuestra Señora en la noche, porque acaso aquellos pavitos no me apareciesen en sueños y pidiesen carta de pago de mis deudas y desengaño de mis burlas, y por quitarles del cuidado que querian tomar de ser de mi guarda, sin ser ángeles buenos, determiné ser romera, como quien va á Roma por todo. Mandé á mi mochillero que ensillase mi hacanea y que me la sacase al prado de los Judíos, donde tambien encontré otras mozas que aquella misma hora iban de tropel á la romería que llaman de nuestra Señora del Camino, que es una legua de Leon, donde van aquella noche casi todos los forasteros. La cuenta que hice con la huéspedada fué ninguna; solo hice cinco reverencias á un san Cristóbal que tenia junto á una lamparilla, y le encomendé la huéspedada, que lo habia menester, porque como era colérica, como verás abajo, y se ahogaba en poca agua, le seria de mucha importancia un tan buen barquero de á pié; y si san Cristóbal me oyó, bien pagada quedó; y si no, basta que yo fuese contenta, sin que ella quedase pagada. El camino de la romería no es muy bueno; pero la compañía lo era, y con ella y con la profunda consideracion de mi Cristo lo pasé con mucho consuelo y como muy buena cristiana. No pude á la ida despabilar mucho la lengua; porque el sueño me hacia hacer mucha pavesa, si no fuera que mi picarillo, de cuando en cuando me soliviaba con un cantarico, que decia: No durmais, ojuelos verdes, que por la mañanita lo dormirédes; bien creo que la Romera diera un par de romeradas en aquel suelo de Jesucristo. Ni me aprovechaba mudarme de bridona en jineta, ni mudar mas posturas que veleta en campanario; que, en fin, el sueño es volteador, y me enseñaba las vueltas peligrosas; la postrera me vi en gran peligro, porque no estuve dos dedos del duro suelo; y entonces con el gran espanto desperté despavorida, y no pude tornar á pegar ojo.

Maldita sea cosa tan mala como el sueño. El sueño es loco; si da en seguir, no hay quien le eche á palos; y si da en huir, no hay traerle con maromas. Dicen que las mujeres tenemos dos extremos de locas: el uno, que si decimos de no y tijeretás, no hay villanchon como nosotras; y el otro, que si decimos de sí, rogarémos á un caiman. Yo digo que sea así verdad; pero decidme, maldicientes, si la mujeres hija del sueño de un hombre dormido, y tan dormido que le sacaron una costilla sin sentir dolor de mas, ni hueso de menos, ¿qué os espantais de los siniestros mujeriles? Cuando la mujer fuera la misma ficcion y engaño, la pura vanidad y mentira, no habia que espantar, pues es hija del sueño vano, fantaseador y loco. Olofernes y otros que durmieron á medias en esta vida y en la otra bien saben ser verdad lo que digo, pues el sueño trocó su descanso en alas, su quietud en azogue, su lecho en potro, y su reposo en horca y cuchillo. Dije esto á propósito de mi cabezudo sueño, que me puso á pique de hacer tortilla de sesos para perseguirme, y en un momento se ausentó de mí y desvió con el desnudo que si yo hubiera muerto á su padre; y la verdad, quizá dirá el sueño, que sí maté, porque las mujeres matamos con Eva al primer hombre, padre primero del sueño; y por eso las mujeres somos de poco dormir, porque el sueño, en odio y venganza de que matamos á su padre, no quiere hacer con nosotras mucho rancho. En mi vida vide despierta mas dormida, ni dormida mas despierta. Ya que del todo despabilé los ojos, iba imaginando mil cosas por momentos; y la que mas á menudo salteaba mi pensamiento era si acaso en esta romería me sucedia otra gatada como la de Arenillas. Si las veces que esto se me acordó se convirtieran en repollos de oro, mejor estuviera mi olla.

Ya llegué á la ermita, y de veras que me dió gusto el sitio, que es un campo anchuroso que huele á tomillo salsero, proveído de caserías, y aun hay allí personas que no las podrán sacar tan presto de sus casillas; digolo porque engordan mucho á las venteras. La ermita bien edificada, adornada, curiosa, limpia, rica de aderezos, cera y lámparas, ornamentos, plata, telas y presentallas. Gran concurso de gente, que por eso y por estar en el camino de Santiago se llama nuestra Señora del Camino. Notable provision de todas frutas, vino y comidas. Acuérdomé que desde esta romería quedé muy devota de los perdones de aquella tierra. Fué el cuento que cierto galan estaba rifando al naipe ciertas avellanas y genobradas, lo cual ganó; y viéndome, convidó á ello, y dijo: Tome perdones, señora hermosa. Yo no entendia el uso de la tierra; y pensando que se burlaba y que me habia deparado Dios otro obispo de romería, le dije: Beso á vuestra merced las manos, señor obispo, que en verdad que me suele á mí ir bien con obispos, aunque á ellos conmigo no tanto. Replicó el galan, que era á mí parecer galan comedido: No piense, señora hermosa, que me burlo, que en esta tierra es uso llamar perdones todo lo que se da en la romería, porque se tiene por devocion, como si fuera pan

bendito. Con esto me quieté y di grandes gracias á Dios nuestro señor, de haber encontrado tierra donde los galanes sabentan de raíz las cosas eclesiásticas. Verdad es que antes de decirme esto habia yo recibido los perdones con una mano, porque esto del récipe es cosa que las mujeres lo decoramos en el vientre de nuestras madres; y por eso nos llaman boticarias, porque nunca salimos de récipe. Estos perdones fueron para mí jubileo plenísimo, porque como partí sin cenar mas que de una empanada á la salida de la ciudad, traia picado el molino, y en un punto comí tanto del perdon, que si como quedé sin pena quedara sin culpa, fuera jubileo de penas.

Al candil de la luna, que la hacia no muy clara, pude maniatar mi borrico, y tender mi albardoncito en el duro suelo junto á unas mujeres que allí estaban en un corrillo, que las de mi pueblo á cabezadas me huyeron, digó, mohinas de verme dar con el sueño cabezadas contra el aire; y aunque algunas veces una amiga me daba con la punta de un palillo, mi sueño burlaba de todo y jugaba á punta con cabeza. Tambien es verdad que las busqué con el candil de la luna, mas no las hallé, porque alumbraba mal.

Echemé junto á unas mujeres, grandes estornudadoras en sueños, eran morcilleras de pato; reclinéme, y porque no me faltase centinela que me hiciese cuerpo de guardia, dí á mi mochillero un pedazo de mollete duro de lo que metí en la alforja en Mansilla para que se entretuviese y royese en él, y bien tenia que roer; mas hice mi cuenta que aquel pan en la mano le serviria de lo que á las grullas les sirve una piedra que llevan en la suya para sentir si duermen las que son de guarda. Yo le dije: Leonardillo, come este pan poco á poco, que está como unos bizcochos, entendiase de galera, y en acabándosete, despiértame; mira no te duermas, y en pago te prometo para almorzar el mayor pepino que traemos; y si algun hombre llegare muy junto á nosotros, recuérdame. ¿No notas el natural cuidado que tenemos las mujeres que no nos vean los hombres? ¿Qué piensas que es? Por ventura ¿huir de ellos? No, hermano; y si no, mira tú cuán pocas dejan de salir de casa por miedo de encontrarlos. No es sino una de dos, ó que como basiliscos queremos ganar por la mano, por matar y no morir, ó porque nuestro bien parecer es casta de purgas, que nunca se hacen con sola naturaleza, sino con artificio, y por eso no queremos que quien nos viere nos coja descuidadas; y así verás que en mirando á una mujer de repente, luego se inquieta y se remira, acude á cubrirse y descubrirse en aquella forma y manera que á ella le parece que es mas á propósito de agradar; mal me haga Dios si jamás quise mal á hombre. Con todo eso nunca gusté que me cogiese de repente, aunque ni nato ni espanto. El muchacho comenzó á tascar con su bizcocho, y al ruido que hacia con el juego de las muelas, que era mayor que el de los veinte y ocho majaderos de la pólvora de Pamplona, me dormí como perro al son de los golpes del ayunque; descansé, y aunque el sueño fué poco mas de hora y

media, con todo eso me satisfizo; porque las mujeres, como vivimos de priesa, dormimos poco, y aun si dormimos es á ojo abierto como leones, y no cerramos ojo sino á pura fuerza de naturaleza. Dormí, y debíme de echar de mal lado, porque todo se me fué en soñar; y fué el sueño que por las burlas que habia hecho en Leon me habian desterrado un año. ¡Cosa notable! que me pareció real y verdaderamente que habia pasado por mí un año, por donde eché de ver cuán fácil será á Dios el día del juicio dar á un hombre en un instante tanta pena de fuego en alma y cuerpo, que le parezca que ha sido un año, y que le haya de doler, como si tuviera diez cursos de infierno. Tambien me confirmé en sentir cuán traidor es el sueño, pues igualmente abre las puertas al gusto y al daño nuestro, para que igualmente haga suertes en nuestra imaginacion, y aun abre puerta para que entre la muerte en sueños, como el ladrón que saltea con máscara. Miren quién y cuán traidor es el sueño, que aquel á quien yo hice la burla estaba quieto, y sin acordarse de pedir justicia; á mí traidor sueño me desterró, y por un año, y sin oirme de justicia. Mil cosas pudiera decir del sueño muy á propósito; mas no quiero que me digan que yendo caballera en una burra, predico el sermón de las vírgenes locas. Dígaló otra, que á mí no me vaga.

Parece ser que mi mochillero siguiendo su molienda debió de encontrar algun nudo en el mollete, y queriendo conquistalle, avivó el ruido, y con él me despertó á muy buen tiempo, porque ya la gente se rebullia y parece que hormigueaba el trato; dí dos ó tres esperezos, y levanto mas tiesa que un ajo, dando de camino un pescozon al mochillero para sacarle el sueño con raíces y todo; y las porconas todavia roncando como unas poltronas. Parecióme mucho sosiego y buen aparejo para daries un poco de almagre de mi propia mano. Pardiez, si lo han por enojo, viendo que una de ellas traia aguja y hilo en la vuelta de una alforza, y un ovillito de hilo de buen tomo en la de la saya, cosilas muy á mi gusto por las faldas de las sayas del lienzo, que en aquella tierra se llaman camisas. Por el hilo y su olor saqué que aquellas eran tan mal cocinadas como bien cochinadas, y debian de estarse allí á hacer morcillas de pato, y las otras, segun me lo parlaron mis narices, eran del oficio tambien. Ya que tuve hecha mi tarea, parecióme que estas burlas son como piutura, que se ha de ver de léjos para que parezca bien, y así me aparté á ver la labor que habia hecho. No fuí yo sola la mirona, que en breve espacio tuvieron el auditorio que bastó para reir asaz la encamisada. Era cosa donosa ver la labor que hacian sueño, enojo, vergüenza y descoberturas. Andaban en torno unas tras otras, que parecian el toro de las coces; en fin, ellas andaban como cosidas, y yo me reia como descosida.

APROVECHAMIENTO.

✓ Los que toman la santidad por via de burla hácenla de los santos lugares; pero tiempo verná en el cual la haga de ellos el juez universal.

2. — DEL ASNO PERDIDO.

Súma-se un romance.

Una notoria excelencia,
Que vemos en los borricos,
Es que casi todos son
De un color y talle mismo.
Y aun hay algunos dolores,
De que sanan los heridos,
Si se sientan ras por ras
Encima de algun pollino.
Y aun quien quisiese emborrar
Propiedades de borricos,
Se pudiera estar rozando
Desde aquí al otro siglo.
Basta saber, que las dichas
Fueron único motivo
Para que Justina hiciese
A su salvo un lindo tiro.
De puro bobi de jota
Se le traspuso el pollino,
Y ella traspuso en otro
El sillón y albardoncillo.

Que si los hurtan ó truecan,
Ni lamenten ni hacen mimos,
Y con el mismo semblante
Sirven al pobre que al rico.
Tanto le parecía
El nuevo hallado al perdido,
Que á boca llena le dice:
Vos sois burro y asno mio.
Que pucs tanto os parecéis
Al burro que se me ha ido,
Y me sanais del dolor
Que mis entrañas ha herido,
Y que pues concurre en vos
Todo bural requisito,
Sin duda que vos sois él,
O sois hermanos ó primos.
Norabuena lo seais,
Desde hoy llamados mio,
Mio sois, pues mio os dice
La gata que os ha cogido.

Comenzaron muchos corrillos de bailes, juegos de naipes y de esgrima. Allí oí que alababan á un negro de que esgrimia bien con dos espadas y montante. En especial decían que jugaba por extremo un tiempo que llaman los esgrimidores tajo volado, con sobre rodeon y mandoble, que tambien los esgrimidores son como los médicos, que buscan términos exquisitos para significar cosas que por ser tan claras tienen vergüenza de nombrarlas en canto llano, y así les es necesario hablarlas con términos desusados, que parecen de junciana ó jacarandina; y en verdad que las mujeres habíamos de usar esto mismo y poner nombres particulares á nuestras ordinarias cosas, que ya de puro usadas y nombradas seria necesario novarles los nombres, con que se ennobleciese el arte. Mas pues hablo de esgrima, quiero ahorrar de gracias, porque siempre que nombro esgrima y esgrimidores se me arrasan los ojos de lágrimas, en memoria de un malogrado á quien quise bien, que era la prima de los esgrimidores, tan aficionado al arte, que muchas veces, faltándole con quien esgrimir á deshora, me pedía que por su gusto tomase yo la espada negra y esgriniésemos, lo cual yo hacia de buen rejoy, porque, como dice el refran, quien bien quiere, bien obedece. Murióse, mas no se me da nada, que donde quiera que estuviere, él sabrá defender su capa; que aunque la muerte esgrima con guadaña, él la hará con su montante tener á raya. Habia buenos bailes de campesinas; mas como yo ya era mujer de manto y en esta sazón estaba emmantada, no quise meter mi cuerpo en dibujos, porque ya me habia hecho por qué quererte mas que á sesenta panderos. Verdad es que los piés me comían por bailar, como si en ellos tuviera sabañones; mas venci la tentacion, acordándome que Herodías murió bailando; solo de lejos me holgué en la taberna, y vi algunas vueltas no malas desde un repecho, que sobrepujaba la gente; y como algunos me viesan hacer el son al baile con los ojos, me preguntaban si queria bailar. Yo respondí: No, señores, que soy coja. No faltó quien con curiosidad llegó á ver de qué pié cojeaba; pero díle un favor

de pantufllo, tal que á asegundar el favor, no fuera mucho sembrar por agosto. Somos muy curiosos los españoles. Diz que porque le dije que era coja habia de saber en qué nervio estaba la falta. Por diez, que si le dijera que no bailaba por estar enferma del bazo, se me chapuzara en las tripas á tomar el pulso del pulgarejo; yo le perdono y quiero paz, porque me perdone la que le di.

Digámoslo todo. Bien dicen que la fortuna del tiñoso tiene la rueda de corello; y quieren decir que nunca la fortuna de las pobres piedras es tan favorable que no tenga mal de bazo y se canse de correr. Quiero pues contarles una desgracia que entre mis fortunas buenas me sucedió. Mi mochillero andaba guardando la burra, y al son de la guarda tascaba el pan que le di; mas como estaba tan seco, añuzgó de sed, y dejó á la burra sobre su palabra, fiando no menos de su fidelidad que de su castimonia; y tuvo bastante ocasion su confianza, porque habia visto que habiendo llegado á hacerle el amor algunos de su especie y clavo, respondió á piés juntillos que no queria amores en romerías; de adonde se pudo certificar el muchacho, que quien con sus amigos jugaba de pié, á los ladrones y enemigos daria de mano. En fin, el muchacho sediento, boquiabierto como un pato, se fué á un pozo que estaba junto á la ermita, donde pidió de beber á una medio samaritana, bachillera y relamida, y parece ser que la mózuela tenia poca caridad para con muchachos, y el mayor bien que le hizo fué enjagarle los dientes con un refran, que es muy comun entre las mozas de aquella tierra, que dice: Quien no trae sogá, de sed se áhoga. El muchacho era ladino, y aunque sediento, respondió: A ese andar, la primer sogá que hallare será para ahorcarme. Quede con Dios bendito; y Dios la depare quien la dé agua, cuando tenga toca y potro y verdugo á mano, tan sediento de su sangre como yo de su agua. No se enterneció la daifa, ni se aplicó mas que á darle la sed de agua, que él mismo se llevaba consigo, diciéndole: No le quiero dar agua, rapaz, porque dejándote sediento puedes decir que te he dado una sed de agua. El replicó no mal: Aun eso no os debo, que si sed de agua llevo es la misma que yo traia. Aguardó el muchacho á mayor nubada, y allá despues de buenas noches, tras mucho Dios agua, le echaron una poca en un sombrero como si fuera racion de galera. En este ínterin parece ser que mi burra hubo palabras con otra algo revoltosilla; de una en otra se desafiaron; apartáronse por no alborotar el bodegon; debiólas de encontrar algun condestablo, que es prebenda de gitanos, y por vía de justicia mayor les dió su casa por cárcel, y las metió donde hasta hoy no han parecido. No dudo sino que por no escandalizar la asneria les dió garrote secreto. Busqué mi burra; pregunté por ella á su guardian; mas él con una cara de risa respondió: Los ganosos á boloron, y la burra fuése. Yo comencé á reirme, porque entendí que el pícaro queria regodearse, que tambien calzaba buen humor. El, viendo que me reia, alzando y bajando su cabeza, me dijo: Ríete, ríete,

que ofrezco al diablo la burra parece. Ya que vi que la burra iba talluda, comencé á buscar la burra con mas diligencia, y aun ya andaba perdida por la perdiada. A lo menos podré decir que tengo algo de reina, que es haber buscado asnos perdidos; mas como soy de inclinacion humilde, de profesion pícara, de cuidado ajena, y como ni viven Saules ni Samueles, determiné carecer de la expectativa y accion que podia tener por este camino á ser reina; qué cosi cosi hallé mi burra, sin parecer mi burra. Explicóme sin declararme, porque no me lleven ante el nuncio. Para hallar mi burra di la traza siguiente.

Yo, luego que desperté, habia rogado á una mesonera ó ventera gorda, que vivia frontera de la ermita, que me guardase el sillón y aderezo de la burra, porque como era de codicia, temí no me aplicasen al fisco, y porque con achaque de ver mi burra ensillada y enfrenada, muchos se desenfrenarian á tratar de ensillarla sobre burra; en fin, pedí mi aderezo; diómele, con que de antemano pagase tres cuartillos de posada, como si el aderezo de mi burra hubiera tomado cama y sudádole las sábanas y almohadas; vaya con Dios; venteras son; su oficio hacen, y yo el de discreta en callar aqueste punto, pues la emprenta de estas peticiones salió del meson que me parió. Sacó mi mochillero el aderezo de la burra, poniéndose el freno en la boca, condenándose á servirme de asno por haber sido él causa de la perdicion de mi burra, por hilar tan flojo su cuidado. Muy poco atenta estaba yo á estas gracias, por estarlo mucho en acotar con los ojos la burra que mejor me pareció y la que mas se parecia á la mía. Paré una con los ojos, y para mayor certificacion le eché las manos y dije al mozo: Muchacho, ensilla aquí, que pues esta borrica está queda, ó es nuestra ó lo quiere ser. Mira, tú no lo ves, que parece que nos conoce; no temas, haz lo que sabes. El muchacho era obediente é inclinado á estas levadas; mas era algo temeroso, como niño, por lo cual volvió los ojos atrás, y dijo: ¡Hola, nuestra ama, no sea que por un burro que tomamos, nos hagan subir en cada sendos! ¿No hay nadie que replique? Pues yo te ensillo. Por cierto la burra estuvo tan sujeta y obediente, que á mí me echó en obligacion, y así uno de los mejores sillones que jamás burra vistió. Paréceme que la burra engordó un palmo en ancho y largo de verse en mi poder y tan galana; con que quedó contenta tanto como yo pagada de la burra. Muchas buenas propiedades he oído de los jumentos de boca de algunos filósofos burreros; la una es que si alguno mordido del escorpion se sienta sobre una burra, traspasa en ella el dolor que le causó la mordedura; á lo menos el de mi pérdida, como por la mano me le quitó.

Esta mi burra no es mi intento hacer catecismo sobre las propiedades asnales, como el otro que se cansó de tratar del asno, que llamó de oro, y le dejó en el lodo; mas tampoco quiero dejar de decir que la propiedad que en las burras me contenta mas á mí es que como unas se parecen á otras en el color y talle, cual-

quier trueco, bueno ó malo, pasa por ellas y ellas por él, cualquier burla de trasposicion, si se hace con ligereza, tiene efecto. Otros sabrán otras mejores propiedades de burras, que como las maman en la leche, no se les caen de los labios; mas á mi gusto y parecer, la mejor que yo hallo en ellas es la dicha. A un caballo nunca le falta un remiendo en el pellejo, á una mula unos pelos en la bragadura, á un rocín una estrella; mas las burras todas parecen que salen por un molde; y cuando sea alguna la diferencia, que con lodo seco, que con trasquilarlas, se desconocen mas que Urganda la desconocida, sin que haya Vargas que lo averigüe, ni Ronquillo que lo sentencie; y así verán que el gitano por la mayor parte trata en burras, por ser hurto enaveriguable; en fin, yo le dije mio, y por mio quedó. Nunca fuí mejor gata, ni jamás me formé. Quíerote confesar una ignorancia crasa que entonces tuve, y fué que como yo oí decir á bulto á algunos teólogos de bodega, no sé qué casos de las cosas mostrencas, y de que la necesidad gradúa á las gentes de licenciadas, me pareció que siendo la mia extrema y siendo de la Santa Trinidad, pues soy su criatura y profeso su fe y alabo su nombre, en especial que entonces traía un hábito de la Trinidad, que compré á un padre sin licencia de mi madre, me podia componer conmigo misma, en razon del aplicamiento burriqueño. Verdad es que despues acá me han mandado hacer restitution de ello, y no lo tengo olvidado, que si muero con mi lengua y mi juicio, que bendito sea Dios hay tanta falta de ello como sobra de ella, en mi testamento he de mandar al escribano que me lo diga de misas, por no ir cargada de una horrica de esta vida á la otra, que pesa mucho y el camino es largo.

APROVECHAMIENTO.

El malvado como por burla obra la maldad; así se ve en Justina, que celebra sus hurtos como si fueran virtudes heroicas y excelentes hazañas.

3.—DE LA ROMERA ENVERGONZANTE. 415

Súmase en un sonetillo.

Demas de ser cosa bella,
No hay cosa mas subida
Que vergüenza de doncella;
Y ora dada y ora ven tida,
La que se aprovecha de ella
Con ella pasa su vida.
Con aqueste presupuesto
Dió Justina en vergonzante.
Con que ganó un joyel de oro,
Y si como hizo un cesto,
Hiciera mas adelante,
Pudiera hacer un tesoro.

Una vendedera ó corredera de Leon andaba cruzando entre todos los de la romería, á fin de que la comprasen un joyel de oro que traía en la mano para vender, que estas venteras de ciudad son como pescadores, que mudan mil veces el anzuelo agua arriba, agua abajo, hasta encontrar pez que pique; y como yo era hacendosilla y codiciosa de estas piezas, piqué en el anzuelo, y

puse en venta la pieza, que si buena era la que se vendía, mejor era la ventera, sin hacer agravio á la mercenante. Confieso que, como maliciosa, temí no me hiciese otra gatada como la que yo dejaba hecha en Leon; mas mal año, que sabo yo mucha mona. Bien sabia yo que para ver si una cosa es oro ó plata, el mejor contraste es morderla, y para ver si es alquimia ó laton, ver si mancha en raso blanco. Hice la prueba y saliíme á prueba, concertéla en ocho ducados; pero como inadvertida no hice cuenta con la bolsa, y así, cuando fui á pagarla, eché de ver que no podía sufrir tantas ancas, porque me venían á faltar diez y seis reales, y sin embargo de eso, no tenía con que tornarme á mi pueblo ni con qué pagar aquella noche cena y cama. Aquí verán mi virtud, pues estando yo en tiempo en el cual pudiera yo hacer dinero empeñando la honra, no consentí en tal tentacion, ni nunca Dios tal permita, porque tenía yo muy de coro una sentencia que vi escrita en el pedestal de una cruz de canto, que está hácia Villamartin en la Montaña, que dice: Antes á reventar que pecar; y así, yo eché á volar mi pensamiento para cazar una traza conveniente con que cumplir mi deseo sin pecar; y crean que las mujeres, en órden á cumplir un antojo de galas, somos extrañas; y si nos determinamos á comprar una gala, nos ha de venir á las manos, aunque nos cueste lo que la manzana de París. Es herencia de Eva; y desde que ella, por un gusto que el diablo pintó, puso á riesgo un hombre, y en él el mundo todo, quedamos mal enseñadas á poner á riesgo cuanto hubiere y atropellarlo todo á trueco de salir con nuestros gustos, y mucha parte es para salir con nuestros antojos el poder estar preñadas, ó el estarlo, ó el querer que lo estemos; y á este título quedamos tan mal acostumbradas, que aunque todas las demás costumbres se nos alean y hagan treguas, pero esta nunca jamás á mí, pues que si el antojo es de galas de oro, es carta ejecutoria para trabucar un mundo, y es la causa de semejante afecto, porque todos nuestros bienes los hallamos juntos en el oro: mirálos tú, los bienes son en tres maneras, honesto, útil y deleitable: en el oro hallamos honra y estima, que es moneda del premio y del bien honesto; en el oro tenemos el interés y el provecho, que es el bien útil; tenemos gusto, hermosura y gala, que es bien deleitable. Mira pues con tanto tropel de bienes adunados cómo se ha de avivar el deseo á la vanagloria, que es un deseo de honra y estima; pintáronla con unas velas hinchadas, que caminan presurosamente al gusto, con tijeras y aguja para cortar y coser nuevos trajes; á la codicia con alas: pues juntándose todo en uno, ¿qué se puede imaginar sino que como codiciosa habia de ser inventiva? ¿Y en hilar mil trazas y dar mil cortes, y como deseosa de gusto y au tau, habia de andar solícita, viento en popa, y volando para poner mis deseos en ejecucion?

¿Para qué ando por rodeos? Yo determiné hacerme pobre envergonzante, y ponerme á la puerta de la iglesia para igualar mis deseos con mi bolsa y con mi deuda. Ya parece que te ries y dás vaya á la envergonzanta; oye por tu vida siquiera un descarte, para no hacerme

tener tanta vergüenza ahora como entonces. Deseos de galas hicieron á Medusa idólatra, á Hortensia incestuosa, á Pentisilea parricida, á Romelia voladora, á Ceusis gala, á Silvia impúdica; que á mí me hiciesen pobre envergonzanta ¿qué hay que espantar?

Hecho el concierto de la pieza, díle á la vendedora ocho reales por principio de la paga, y no mas, porque le dije que por no trocar un poco de oro, no le pagaba por entero; depositamos de mancomun la pieza en poder de un mercero que allí estaba, por señas que se quiso hacer depositario de lo que no habia para qué; vaya con el dianche, no hay gato que no diga mio, y al cabo no le dan nada; déjelo con su peticion en los ojos y lengua, y con la pieza en las manos, con apercibimiento de que dentro de seis horas, que pedí de término perentorio, remataria la paga y el depósito con que dejé segura la compra. Mas para la paga en que estaba el busilis verdadero, comencé á entablar. Mi manto para desvergonzada era muy vergonzoso, y para vergonzosa, muy desvergonzado; para rica, muy pobre, y para pobre, rico. Fuíme necesario buscar un manto que cubriese mi traza y mi persona, en fin, tal cual el oficio. Yo habia visto andar por allí cruzando, cubierta con un manto viejo de anascote, tan sobrado de rugas cuan falto de tinte, á una medio santera del año de uno, y cuando no trajera cara, por el manto se le podian adivinar los años y servir de libro de bautismo. Yo le dije: Señora hermosa, que aunque sea una lamparera mas pesa la que higo duñigal; se huelga de que la llamen hermosa, y se derrite aunque sea durandarta; señora hermosa, ruégole por su cara que en prendas de esta burra y de este manto nuevo, me haga merced de prestarme este su manto viejo, para llegar me con él aquí á un pueblo que se llama Trobajo, y está cerca; tengo en este pueblo un poco de fruta que me la golosean los pasejeros, y se me pierde de madura; habemos de ir yo y una tia mia y buscar de camino unos primos; no nos atrevemos á llevar buenos mantos, porque si llueve se nos destruirán, y creo será la lluvia muy cierta, porque un primo me dijo que su reportorio daba agua; ruégole, pues, mi reina, que me le dé; ande acá, que si llueve ella se podrá entrar debajo de los portales; ¿mas á mí hame de coger el agua en descampado? Mire que soy agradecida, y no faltará un regalo con que servirla esta amistad. Quédese aquí este muchacho, para que tenga la burra de cabestro y la entretega mientras yo vengo; yo sé que gustará dél, que es donoso; ea, muchacho, quédate con la señora. No hube bien acabado mi arenga, cuando la mujer se desmantó á sí, y me enmantó á mí. Era leonesa de las del buen tiempo; llamábase Fulana de la Puerta, y como puerta, cuyo quicio estaba untado con mis mantecosas dulzuras y promesas, dió entrada á mi gusto y puerta franca á mis intentos.

Yo puse el manto una vez, y ciento me pesó, manto fué que me hubo de matar con un abominable hedor de malvas y girapliega, que á mi gusto es insufrible; por la cuenta es melecínara de consejo, y díjome el manto que se le corria bien el oficio en Leon. No me admiro que

los de Leon, como con el frio traen reconcentrado al calor, de ordinario enferman de estílicos; ya, en fin, me puse mi manto, que era largo y me cubria todos mis ribetes y cortapisas, y puesta ansí, que el diablo no me conociera, me tapé como condesa viuda, y despues de dada una vuelta á la ermita para deslumbrar la vieja, me senté á la puerta de la iglesia como pobre envergonzante; puse sobre mis rodillas un pañuelo blanco para que los que me hubiesen de tirar limosna diesen en el blanco y para señuelo de que pedía, y no para los mártires; y como la gente de la romería viese á la puerta de la iglesia, cosa allí pocas veces usada, una mujer de buen talle, compadecíase de mí, y decian: ¡Ah triste de tí, que te hace la pobreza ser niña grande, echada en la arca de la misericordia! Mucha fué la limosna; sin duda creo quedaron todos descuartizados, segun los cuartos muchos que me echaron sobre mis rodillas; caian de recio, y pensé que por pocas me las quebraran; pero golpe de cobre nunca mató á hombre. En resolucion, dentro del término perentorio que pedí á la moza corredora y á la vieja corrida, saqué mas de diez y seis reales en moneda de vellon, sin un patacon de á ocho que me metió en las manos un canónigo que debía de ser un santo; á lo menos si tenia tanta mano para con Dios como para conmigo, él pudo medir el camino del cielo á palmos. Yo de cuando en cuando, en achaque de componer el pañuelo, sacaba mi mano nada negra, y no poco larga, con la cual pareciendo moza de respeto, provocaba á lástima á los que veían que una tan buena moza la obligaba su pobreza á tales extremos, y su castidad á tales trazas. Algunos galanes me echaban alguna limosna por los oídos, ó por mejor decir, me la pedían; mas yo cabeceaba como rocin enfrenado que siente mosca y la espanta á cabezadas, y días tan buenas, que aunque di algunos cinco de calle, una vez encontré el hachon, y llevé de camino una nariz jerusalena, que parecia cuatro de bolos, y como es uso y costumbre, me descarté diciendo: Perdone, que topé. Estaba junto á mí cierto niño diez y ocho, de los que crió la Rollona á castañas y pan de boda, el cual, viendo mi resolucion, dijo: Ox, cómo se espolvorea la envergonzanta; tambien á ratos descubria un si es no es de mejilla, en buena coyuntura y sazon; y vi palpablemente la eficacia de esta acción, pues hubo mozo que entró y salió seis veces en la iglesia con su antepos solo por dar limosna á la envergonzanta; ya que tuve hecha mi mochilla, me levanté del ponadero.

Y no fice poco acabar de levantar de eras, porque cada cuarto que me echaban era aceite en el fuego de mi codicia y clavo que me cosia de nuevo con el asiento donde estaba; es verdad cierto que probé á levantarme mas de cinco veces, y que con decir: Tras de este cuarto voy, ya va, ahora, luego; mas luego me detuve un juicio: válgate el diablo la codicia, cuál eres; ahora digo que no me espanto de los escribanos ni de otra gente de á dinero fresco por barba, aunque estén anancebados á pan y cochino con la codicia; y que abrazados con ella se dejen caer en el infierno, porque es liga que

cose, red que caza, sirena que engaña, Circe que transforma; es, en fin, un embeleco vivo para cuerpo y alma; yo pienso que si no fuera el temor de que mi manto se perdiera y de que mi burra la hallara otro dueño aparecido, ahora no me hubiera apartado del ponadero. Bien dice el pícaro mi señor, que nadie cree cuán sabrosa es la vida del pícaro pobre si una vez le paladean con ochavo tras ochavo. Levantéme de mi folga, amortajé en mi pañuelo los cuartos advenedizos, llevélos tan atados en él cuan cosidos en mi mil ojos de pisaverdes. Tomé la derrota hácia unas peñas que están allí cerca de la ermita, camino de Astorga y Paramo. Allí me tras-puse y detuve un rato, el que bastó para que los galanes perdiesen la esperanza de verme y el hipo de buscarme; sentéme, conté mi hacienda, y puse aparte el dinero que me restaba de la paga del joyel. Quitéme el manto, y para deslumbrar la gente, me puse un galan rebocíño ó mantellina que yo llevaba en mi manga, en la cual metí mi manto viejo, que no fué poco caber, segun tenia el bolumbó. Ya no me oía tan mal el manto, parte por el bien que me hizo, parte porque la costumbre se vuelve en naturaleza, y el haber cursado el olor hacia no extrañarme tanto. Tornéme hácia la ermita con mucho desenfado, como si viniera de suplir algunas necesidades de las que no pueden tener sustituto ni coadjutor. Metíme entre la gente. Aquí se acabó el ser envergonzanta, y comencé el tornar á andar con mi cara descubierta y tan sin vergüenza como antes. ¿Qué te parece de la invencion? Dirás que bien. Pues á mí mejor. Dirás quizá que aunque fué la traza aprovechada, pero no honrosa. ¡Ay, hermanito, cuántos hidalgos honrados hay que en achaque que piden para pobres envergonzantes, piden sin vergüenza para sí! Pues ¿qué mucho que yo trocase mi vergüenza en menudos, si tanto dicen que vale la vergüenza de una mujer? Yo, á la verdad, no he tenido aquella por limosna, sino por justo estipendio de mi trabajo. ¿Parécete, hermano, que fué poco estar una moza de buen gesto y mejor pico mas de hora y media con funda en el rostro y lengua, en tiempo que andaban de sobra veedores y conceptistas? Pues si esta paciencia es tan dificil, no te lo sea el entender que merecí lo que se me dió con mucha honra mia.

Ya te estará silbando la lengua, como á rezadora escrupulosa, porque te diga cómo me hube y cómo despache la vieja que me dió el manto, con que mi vergüenza se desvergonzó á ser envergonzante de asiento. Jesus, ¿quién tal pregunta? Reniego de fautores de viejas; dejémosla, que otros mejores chistes te dirá; mas pues porfias con la tática, habréte de despenar, contándote lo que á la vieja le acaeció con la burra, con el mochillero y con mi manto y sin el suyo, vaya de cuento melecinerero. Mientras yo andaba en estas estaciones, la vieja melecinerera, cubierta con mi manto de soplillo y abalorio, se dió al diablo tantas veces, que si no la llevó fué porque le pareció que ni era de provecho para sí ni para ningun enemigo del alma: tales son las viejas. A la verdad, su queja era no muy mal fundada; lo uno, porque yo la tuve cosida á la burra largas dos horas,

que nó tuvo ánimo la triste vieja para levantarse de encima de un canto pelado mas que su calva, porque no dijese yo que huia con mi prenda; lo otro, porque por causa del manto mio que se cubrió, la hicieron tantos sinsabores, que fuera el menos mal el mantearla como á perro. Fué el caso que como los pisaverdes husmeadorcillos de ojeo que por allí andaban vian una mujer sola con buen manto de soplillo y abalorio, no mirando que debajo de buena capa hay mal bebedor, pensaban que habia caza. Hacianla de señas, mas ella no entendia el reclamo; llegábansele, hacian cabriolas como perros coliholgados; mas la triste de corrida y confusa se cubria el manto y trascubria de sudor; ellos pensaban que era doncellita de á quince, vergonzosita y moderna, y que por el tanto no tenia muestra. Con esto de cubrirse echaba agua al fuego, y gana á quien no habia menester apetito. Juntábansele mas, y porfiaban á que se les descubriese, alegando mil razones, afnuadas al uso, mas no á propósito. Ya vió la vieja que le era mejor partido el descubrirse. Desmantóse de súbito, y medio deletreando, por falta de dientes, dijo: ¿Qué me quereis, malogrados? Dejadme en paz. Los mozalbetes, viendo su gesto y habla, huyeron de ella como si fuera fantasma. Estas y otras rociadas de pesadumbres causaron muchas á la triste vieja, no acostumbrada á tanto trabajo; esta era su queja.

Y para decir la verdad, mayor la podian tener de mí aquellos galanes, pues por una parte les chupé la moneda, ó por mejor decir, la troqué á vergüenza, y por otra les puse ojos de médico con una tan mala vision, forrada en soplillo y abalorio. Hasta la burra estaba de mí tan quejosa, que por pocas se arrepintiera de ser mia, y si no la detiene, se acoge por piés. Miren cuál estaria el ánimo de mi vieja, mientras yo estaba echando el altabaque. Estando pues ya su paciencia para escurrirse, me fui acercando á ella. Compré de camino tres meloncitos por medio real; con los dos le pagué el alquiler del manto, con que le di tapaboca de melon para no quejarse ni de mi venida ni de su estancia. Era una cuitada la triste melecinerá; quizá se contentó porque de melon á melecina va muy poco. Con el otro contenté al mochillero, que estaba tan descontento, que en venganza habia parlado á la vieja lo del aplicamiento de la burra y gran parte de mi vida y milagros; y así la buena vieja, que debia de ser escrupulosa, como lo suelen ser muchas, me dijo: Señora, yo la perdono lo que me ha hecho esperar, porque Dios nos espere á todos; mas mire, hija, que torne la burra á su dueño, porque con lo ajeno nunca Dios hizo bien á nadie. Yo quísele decir por gracia: Madre vieja, eso no es así, que si Dios no hiciera bien á nadie con lo ajeno, no me hubiera ido á mí tan bien con vuestro manto; mas porque no hay gracias con viejas, á quien en un mismo tiempo se les seca la madre y el gusto, quíselo llevar por otro rumbo; derribé mi cabeza á lo santucho para darle á entender que todas éramos escrupulosas, aunque no melecineras. Pues así en figura, abemolé mi voz, clavé mis ojos en el suelo, y muy aserenada me volví al mo-

chillero, y dije: Sea por amor de Dios, niño, pues de una gracia que te dije á tí, has sacado una infamia para mí; mas padeció Cristo por viejos y por mozos y por niños, aunque no por bestias. Señora, con su licencia me quiero enojar: hídputa bobo, ¿y tan presto creiste lo que te dije por burla, que esta burra no era la nuestra? Anda, bobo, que lo hice por probar tu memoria de gallo. ¿No ves, necio, que mientras fuiste al pozo y te tarlaste, siempre yo tuve cuenta con la burra y vi adónde fué y con quién se juntó, y por eso estuvo ella queda cuando la echamos el albardoncillo, que á no ser la nuestra huyera como un pecado? Volvíme á la vieja, y dijele: Ah, señora, si esta burra fuera hurtada, no la habia yo de dejar aquí públicamente á que la conocieran y vieran el hurto. Con esto embazó la vieja y me creyó á macha martino. El muchacho, como si despertara de un sueño, levantando las manos, dió una palmadica sorda, diciendo: ¡Ay, Dios es mi padre, que dice verdad mi señora! Sabe Dios que temí no hablara la burra como la de Balaan y descubriera mi enredo; mas consoléme con que si la burra hablara, enfrenada así como estaba, no se le entendiera palabra. Entonces, viendo la buena vieja mi notoria inocencia y un falso testimonio tan convencido y patente, contrita de haber sospechado lo que sospechó de una tan honrada moza, se hincó de rodillas, y con las manos puestas, me dijo: ¡Ay, señora! perdóneme su merced, que bien habia yo de echar de ver que no tenia ella cara de andaren tales tratos, sino que este mal muchacho, de enojo que tuvo por ver que tardaba tanto, lo dijo; yo no se lo decia por mal á su merced, sino que este muchacho, malogrado él se vea, debe de ser algun pecador; perdóneme, señora. Sonreíme de haber de perdonar á una inocente, y con un ademán de paciente la abracé, y si no concluyo presto y me aparto, ella me echa una espadada de lágrimas, con que un molino pudiera moler pan de dolor; yo la perdoné la injuria porque Dios me deparase otra perdonadora tan buena y tan creedora. El muchacho tambien medio llorando, medio riendo, me pidió perdon y besó la cinta, y púsola en la cabeza como mona, que no sabia hacer cosa sin sal. Hermano lector, ruégote que si no te duele la muela del seso, escuches un poco de sermon cananeo. ¿No echas de ver cuánto puede la virtud? Cree que es omnipotente, á manera de decir. Dime, si solo el parecer virtuosa una ladrona como yo hizo semejante efecto en un corazón humano, ¿qué será el serlo? Mucho puede contra el calor la sombra de un frondoso, copado y fresco limon, naranjo, plátano ó laurel; pero mas puede la sombra de la virtud, pues sola ella vence enojos, allana cóleras y ataja pesadumbres. Muchos grandes filósofos de los antiguos dicen que el divino Platon nació de una sombra, y quisieron decir que la sombra de la virtud hace hombres divinos y efectos soberanos; no predico; ni tal uso, como sabes; solo repaso mi vida, y digo qué tengo esperanza de ser buena algun dia y aun alguna noche; ca pues me acerco á la sombra del árbol de la virtud, algun dia comeré fruta, y si Dios me da salud, verás lo

que pasa en el último tomo, en que diré mi conversión; hasta de seso, pues quédese aquí. Voy á mi cuento.

La vieja se partió, y no con poca prisa, á desayunarse con el melon que la di y un poco de pan que ella traia, mas duro que ánima de rico avariento, que habia sacado de mohatra de poder de mi mochillero, y á fe que le escalfé el valor del pan cuando hice con él las primeras cuentas; ca con mozos de servicio todo se ha de llevar por punto crudo, pues ellos no perdonan una jota. Aquí acaba la historia de la vieja; ruégote, lector de mis ojos, que esta vez y no mas me hagas escurrir cuentos de vieja. Hecha esta diligencia, fui al mercero, pagué el joyel á la vendedera, dando todo el menudo y moneda de vellon que saqué en el ponedero; púseme la pieza al cuello, y díjela si bien me acuerdo: Ah, pieza rica, cara me habeis costado, mas yo fio que me lo pagaréis; honrad mi cuello y mirad que me lo debeis, que pues me habeis hecho ser pobre envergonzante, podré decir con mas propiedad que nadie que me habeis costado mi vergüenza.

APROVECHAMIENTO.

Algunas mujeres se enriquecen á título de pobres envergonzantes; mas no por eso los siervos de Dios han de olvidar de dar la limosna, que dan por solo amor de su buen Dios y Señor.

4.—DEL PLEITO DE LA ROMERA CON JUSTINA.

Media rima.

Dijo á Justina un galan:
Vamos al Humilladero,
Do aquestas romeras van.
Ella dijo: Majadero,
Vaya él, que yo no quiero
Ir do bordionas están.
Ir virgen con hombre á humilladero,
Es irse tras el manso al matadero.
Las romeras que esto oyeron,
De tal suerte se enojaron,
Que sus bordones alzaron,
Y por pocas no la hirieron;
Mas de palabra chocaron,
Aunque al cabo amigas fueron.
Que la guerra y la paz de las mujeres
Anda presa con puntas de alfileres.

En la romería de quien voy contando de la ermita de nuestra Señora del Camino hay uso que todos los que allá van vayan juntamente á otra, que llaman el Humilladero. Andándome entreteniendo, llegaron unos galanes, que me dijeron: Señora Justina, véngase con nosotros; llevarla hemos al Humilladero, que tambien van allá estas damas. Yo, como no sabia el uso de la tierra y oí que me querian llevar al humilladero, pensé que era pulla, y respondíles con extremada cólera, ca la de las mujeres es siempre de Extremadura: jamás nuestro enojo es niño, siempre nace vestido y calzado, ca por eso y por decir que nuestros enojos nacen siempre de ocasiones ligeras, pintó el otro nuestra cólera dibujando una fuerte amazona que nacia de un colchon de lana; y otro lo volvió al revés, y pintó un hombre de borra, nacido de una mujer enojada, dando á enten-

der que nuestro enojo nace de pelos, y para en borra; en fin, yo me enojé hasta tentejuela, y en un tono irregular le respondí: No soy yo de las que ellos ni otros como ellos han de llevar al humilladero; allá á otras bordionas de su marca podrán ellos humillar y llevar al matadero ó humilladero, que yo soy muy soberbia para semejantes humildades. Por pocas se alborotara el bordogon; porque como dije de bordionas, y estaban allí tres romeras de no mal fregado con sus bordoncillos en las manos, á las cuales escudereaban los galanes que he dicho, sobre que menté bordionas, por poco me bordonearan los hocicos con sus bordoncicos, y por pocas me humillaran por lo que les dije del humilladero. De las palabras que me dijeron no hago caso, porque entre mujeres esto de palabras, por donde se van, se vienen. Los hombres, como son sólidos y macizos, en echando una palabra de la boca de uno á otro, se les torna á ella la injuria, que como encuentra en duro, torna de rebote; mas las mujeres diz que andamos muy barrenadas, y así las palabras que nos decimos no han llegado de una para otra cuando colan tierra; y aun dicen que, conforme al libro del duelo del género femenino, palabras de mujer á mujer no cargan, debe de ser que pesan menos, y son hechas de aire colado; y aun dicen que dichos de mujer á hombres se desquitan con dar una carrera por su calle ó darlas paz de Francia; lo que yo sé de uso es que entre nosotras aquella queda cargada á quien le quedare, ó por corta ó mal echada. En este sentido yo quedé cargada, porque como vi que eran tres á una, siempre que les decia injurias era con veinte con quies y cincuenta peros. Duró buen espacio la rociada de palabras, sin reconocerse victoria de una ni otra parte, y en el interin los mancebilletos, considerando que todo aquel ruido habia nacido de mi inocencia, y de la falta de haber cursado vocabularios de romería, no cesarian de reir al ver que tenía yo por pulla el decir que me querian llevar al Humilladero; mas de mi inocencia no hay mucho que espantar, porque yo habia oido decir á buenos predicadores de mi pueblo que cuando se cuenta á lo divino algun mal recaudo de alguna virgen loca, se significa diciendo que la humillaron; lo cual se funda en que no hay cosa que mas entone á una mujer que el tener su caudal entero, ni que mas la humille que lo otro, digo si se sabe, que si es oculto, siguen su trote; en fin, yo me tripulé en el nombre de humilladero, y fué la causa del tripularme y del engaño esta negra habla española, que despues que hay sermones impresos en romance, da de sí mas que unto de anguila; declaróme la timulgía del nombre, ó como se llama, y tan amigos como antes. Ya que se apaciguó el pleito y se fué el diablo para ruin y nos concertamos como buenas cristianas, fuímonos de camaradas todas con tanta hermandad, como si todas cuatro fuéramos mellicas. Este sí que es uso, y no el de los hombres que por dos palabras que se digan cara á cara, se descaran, para no verse la cara uno á otro en mil años. Por gran loco fué tenido el que dijo que queria hacer un soterrano en que guardar el aire del invierno

para el verano, como la nieve; pero por mas locos tengo á los hombres, que guardan las palabras de diez en diez años, que pues las palabras son aire, quien las guarda guarda aire; por cierto que es impertinencia. De *miel á hiel* solo va de diferencia una letra; de *yo á yo* ninguna, solo ser letra de griegos ó nuestra. Lindo caso, que por echar una i por otra, cata el pleito en casa. Igual lo paramos las mujeres, las cuales somos como arcos de cubas, que cuanto mas rechina es señal que están mas cerca de juntarse los extremos del aire; y así, mientras mas rechinamos riñendo, mas amistad nos hacemos, y aunque mas nos carguen de injurias, no por eso hacemos mas ruido; antes somos como carretas, que mientras mas las cargan, menos ruido hacen. Las riñas de las mujeres son sobre si dijiste cipe ó zape, y sobre si parece bien el hurraço, ó sobre si arrastra la falda. Nunca reparamos en cosa sustancial; nunca reñimos injurias graves, que esas antes sirven de hacernos callar; pardiez, mientras me dijeron de floreo, bravamente les revidé; mas en diciéndome dos ó tres verdades, que contenian la casa y nombres pascuales, callé como en misa. No nacieron las injurias graves sino para capitanaços; yo, en fin, vine á buenas, y ellas á rebuenas, y de mancomun me llevaron en medio como armas de frontispicio engarzadas en sirenas.

E ya que me vieron de paz, me contaron ellos y ellas el fundamento de la devocion y denominacion del Humilladero, diciendo: Mire, señora Justina, lo que llamamos el Humilladero; es una ermita pequeña, en que la Virgen se apareció á un humilde pastor, y él humillado la adoró, y hizo humilde oracion, y por eso y por los que allí van y se humillan á la santa imágen se llama el Humilladero. A mí muy bien me pareció, y reconocí con humildad interior aquel santuario; pero soy tan poco humilde, que por excusar el yerro de mi enojo, y la ignorancia del vocablo, dí una gran risada, y para restañarla como sangre de vena rota, me dí una gran palmada, y dije: Hablara yo para mañana. De manera que por allí se humillan las gentes y se llama Humilladero: yo digo que á esa cuenta se puede llamar volteadero, que yo he visto desde léjos que los que allí van dan mas vueltas á la ermita que reverencias á la imágen. Con estas y otras chanzonetas fuimos entreteniendo el tiempo para no sentir el calor, que nos hacia llevar humildes las cabezas como á ovejas en sesteadero. Ya que llegamos al Humilladero, hicimos nuestra oracion enana, como suele ser la oracion de los perdidos, y dimos nuestras vueltas al derredor como si fuera casa de San Anton; aunque de esto no hay de qué hacer escrúpulo, porque en aquella tierra hay tantos volteantes de obligacion, que para ellos cada día es de San Anton para bien hacer y bien voltear. Ya no quedaba nada que hacer ni estacion por andar; solo me restaba oír misa; en esto fui desgraciada, que no bastó mi descuido de acudir tarde, sino que cuando la quise oír, se me pusieron mil gentes delante que me estorbaron el oír misa; como supe, me encomendé á la santa Virgen, aunque si va á hablar de veras, fui tan sin acuerdo, que me

fui á mi casa sin verla; y para desquitar algo de mis descuidos, hice cien reverencias, treinta y dos á cada altar de los colaterales y treinta y seis al altar mayor. Mira mi muchacheria, todo en loco; no faltó quien se rió de mí y me contó las veces, mas esto es lo de menos; ca si yo fuera quien debia, pudiéralo sufrir, pues de Ana y de otras santas mujeres se rieron de verlas devotas y alcanzaron lo que pedian; lo malo era que yo era tan bobilla, que si me preguntaran qué pedía á Dios con tantas reverencias, no supiera responder; porque todo aquello iba en loco; y el mayor cuidado que yo tenia en cuántas reverencias hacia era ver si salian buenas y conforme á un molde de reverencias que á mí me habia dado una dama mesonera, gran mujer de reverencias. Concluido mi centenario de reverencias, besé á la cruz de mi rosario, como es uso y costumbre, y tomé agua bendita, y hice como fiel cristiana, aunque en todo conozco mis faltas, si va á hablar de veras. El molino de mis tripas iba bastanteamente picado, y como mis ocupaciones habian sido tantas que me estorbaron el prevenir comida, lo mas á propósito que se me ofreció fué ingerirme á buenas gentes y comer á bulto. Así lo hice; peguéme á ciertas camaradas de Mausilla, con quien comí de maquilas y no mal; súpome ricamente, porque esto que se come de mogollon siempre sabe á pechuga. Despues que hice y rehice la chaza, despedíme muy en breve para tornarme á Leon y ver curiosamente las cosas de ciudad, que fué el designio que me sacó de Mansilla, y tornarme luego á mi pueblo. Despedíme, pagando el escote con una reverencia de medio tornillo. Cierta fisgon, que á su parecer habia entablado conversacion conmigo para toda la tarde, como echó de ver la treta y reparó en que yo me habia hecho gorra y comido de mogollon, estándose escarbando los dientes con un palo de tomillo, me dijo muy á lo sanfarrico: Vaya con Dios la gorra, como si mas claramente dijera que me habia yo hecho gorra para comer, y que con brevedad levantaba de eras á tiempo de pagar el recibo. Yo que le leí el corazon, le respondí: Agradézcame, sor galan, que tan presto me he comedido á quitar la gorra de despedida, que suelo yo no alzar el cerco en tres dias cuando sitio un puesto.

Yo quisiera mucho tornarme sola á Leon, por poder contar á mi salvo el dinero que me habia quedado despues de tantas aventuras; pero no pule, que una mujer moza es como un fraile, que nunca le falta compañero. Pegóseme un bachillerejo, que de puro agudo era bobo, y un bobo, que de puro bobo era agudo. El bachillerejo no se fué alabando de la aventura del encuentro, de lo cual daré mas larga cuenta en el número siguiente. El bobo era un barbero de mi pueblo, tan discreto como oficial y tan bobo como tocho. De este no me pesó, lo uno porque hizo la barba á mi burra, socorriéndola con cebada, quitándola de su boca. Ellos se entendian, que era para en uno. La otra causa por que no me pesó del encuentro fué porque los bobos son de muchos probachos para un discreto. Un bobo picado y enojado sirve

de truhan; mandado, sirve de burro; despachado, sirve de posta; y á mí me sirvió este de todo esto y de sombra de hombre, por ser, como era, hombre de sombra; á lo menos no era loco, como lo son otros barberos, segun dicen malas gentes; algo arrocinado eso sí era. Como me conocia el humor, por parecer que queria simbolizar con él, se esforzó á decir algunas gracias, esforzadas como caldo de enfermo. La mayor gracia que halló á mano para entretenerme fué decirme: Señora Justina, ¿sabe qué voy mirando? Respondile: ¿Qué, señor Araujo? ¿Qué! replicó, que esa su burra me mira mucho, y no sé si lo hace porque la dé el parabien de que va galana. Yo le dije entonces: Podria ser, señor Araujo, que con el favor que usted hace á mi burra se entone; y creo que hay algo entre los dos, sino que no lo dice todo. El se comenzó á echar maldiciones, afirmando que no me tenia cosa secreta. Yo le hablé á la mano, y dije: Tenga, que sin duda le diré en qué pende mirarle tanto mi burra. Sepa, señor mae-so, que la sangre sin fuego hierve. Si otro fuera, ya ven si se diera por agraviado del impositicio parentesco; mas él entendiolo como el arte de Nebrija. No es lindo qué entendió que le habia yo dicho que la sangre sin fuego hervia, por querer decir que la burra era nueva y su sangre fervorosa. Yo no diera en que él habia entendido mi dicho en esta significacion, sino que por el hilo de su respuesta saqué el ovillo de su concepto. La respuesta fué decirme: Por cierto, señora Justina, si el hervor de la sangre hiciere mal á su burra, á falta de otro mas honrado, yo seré albéitar, por servir á su merced. A este dicho, ¿qué querias que respondiese, siendo el cabe tan de paleta, y la respuesta tan á la mano? Dijele: Por cierto, señor Araujo, muy enterada estoy yo que adonde usted estuviere no puede haber falta de albéitar.

APROVECHAMIENTO.

Las mujeres libres aun los nombres de los santos lugares ignoran: tal es el descuido que tienen de las cosas santas.

5. — DEL ENGAÑO MELOSO.

Unisonas.

Un bachiller graduado
De importuno y portado
Se pegó á Justina al lado;
Mas él quedó escarmentado
Del habérsele pegado
En tan mala coyuntura
Para su ventura.
Envióle por cierta miel,
Pero volviósele en hiel;
Y aun anduvo tan cruel,
Que le llevó á Peñaflor
El chapeo y zaragüel,
De que quedó avergonzado
El Anton Pintado.

Dos maneras hay de gentes que no saben lo que tienen: unas que por ser tan ricas no lo pueden contar; otras que por ser tan pobres no tienen que contar. Asimismo hay dos maneras de cosas, que no se saben bien los

provechos que tienen: unas porque tienen innumerables, como si dijésemos el unto del hombre, la camisa de la culebra, flor de romero, bálsamo, y sobre todo el dinero, y sobre todo el amarillo; otras porque no tienen ninguno, como si dijésemos el unto de mona, cabeza de rana, ombligo de oso, ojos de lobo, y sobre todo la pobreza y la sarna. Asimismo entre los hombres unos hay de notable provecho, como si dijésemos los buñoleros, figones, hojaldristas, y sobre todo la familia pícaral. Otros por extremo desaprovechados y sin yugo, como si dijésemos los médicos y boticarios, y sobre todo los escribanos sin número. Pero si algun hombre sin provecho vi en el mundo, fué un bachillerejo algo mi pariente, que aunque me pesó, se me pegó al tornarme de la romería á Leon. Este, en virtud de ciertos cursos interpolados que habia tenido en el colegio de los dominicos de Trianos, llevaba un pujo de decir necedades, como si hubiera tomado alguna purga confeccionada de hojas de Calepino de ocho lenguas y diez y seis onzas de disparates de Pero Grullo y trecientas cosas mas. Iba tan disparatado en el decir, que si no fuera por mi respeto, cuantos pasaban le hinchieran la cara de dedos; porque en achaque de decir gracias, les decia lástimas, y si replicaban, les decia necedades desafortunadas, y daba la pernada que desmostolaba la gente. Un padre de San Francisco le respondió á él como merecia. Iba el fraile en un pollino, y el bachillerejo en otro; no le faltaba sino no ir tan fuera de sí. Así, que mi bachiller en viéndole, dijo así: Padre, ¿en tiempo de nuestro padre san Francisco no andaban los frailes á caballo? El fraile le respondió: Hermano, es porque entonces no habia tantos asnos como ahora. Yo me espanto como á cordonazos no le echó á orear el seso, que me pareció mozo de digo y hago; yo mil veces, hecha una diosa Angerona, puse el dedo en la boca pidiéndole que callase; mas él, hecho un Vulcano, arrojaba rayos de lástimas envueltos en truenos de pullas, con que abrasaba la gente; esto de decir gracias, si no cae en manos de discretos, es retozar á coces; á un necio parécele que la mejor gracia del mundo es decir secretos propios y menguas ajenas, y es general engaño de bobos, que como ven que la gente se rie de lo que dicen, é imaginan que hacen aplauso á sus gracias, y no ven los cuñados que son risas que canonizan su necedad y tonterías. Demás que no es mucho que se rian los que oyen faltas ajenas, porque eso procede de que no hay quien no guste de sacar á luz faltas ajenas con la mano de un tonto. El discreto hace las gracias del aire, y de que el otro escupió recio ó paso, saca facetas gracias, dichos donosos y entretenimientos suaves. Ca por eso al dios Mercurio, que era el dios de las gracias y buenos dichos, le pintaban con un perrillo de falda, el cual sin morder ni hacer perjuicio, retoza con el aire y con su sombra; y he oido referir de Séneca, que llamaba perversores de naturaleza, corruptelas del tiempo y enemigos de la vida humana á los que por via de gracia decian verdades que amargaban, y como dicen las fábulas, aun el pito pronosticador de buenas

nieves y malas nuevas, formó quejas ante Júpiter, porque la corneja un día, burlando, le llamó carro de malas nuevas; y dijo que las veras no se han de decir por burlas. Helo dicho á propósito del gran enfado que me dió este primo en decir de burlas cuantas veras él alcanzaba. Decir que llevaba piés ni cabeza en cuanto decia es pensar que el cielo de Búrgos se cae á pedrazos.

Por esta causa me resolví en buscar un medio y traza con que echarle de mí, porque viéndose ausente, no ternia correnacia de decir gracias en mi servicio. Así, que para aventarle que fuese otro poco en cas del diablo y juntamente aprendiese á cómo se han de hacer burlas á otros, y de las suyas escarimentase, entablé lo siguiente. Díjele: Primo, mire que me importa mucho que se adelante y vaya con mucha prisa al meson donde yo posé ayer y anteayer, porque ahora se me acuerda que por olvido se me quedó debajo de mi cama un cesto con unos favos de miel, que yo traje para presentar á un procurador que en tiempos pasados hacia los pleitos de mi madre, y ahora ha de hacer los de mi partija. Entre en el meson como que va á otra cosa, y sáquele sin que lo sienta la huéspeda; y si le apretare en que le pague lo que yo quedé á deber de posada, abónome, que bien me lo debe. Ande, aguije, ¿no vuela? Ya ve lo que importa, no se quede aquella hociuda con la miel, que es un muy buen regalo, y vale dinero. Hola, mire que es miel vírgen, guárdela el decoro, no la lleve su entereza, vaya que importa á mi servicio. Pensó el bobo que le había hecho los hijos caballeros en mandarle cosas de mi servicio, y aun no entendió el majadero cuán de mi servicio era.

Fué hecho un rayo al meson, llegó jadeando, desasosegado é inquieto y orgulloso como si á título de la encomienda y comision de los favos llevara un rey en el cuerpo y fuera juez pesquisidor de la mesonera y del meson. Entró pues muy alborotado, y dijo: Ea, huéspeda, déme cuenta de aquellos favos de miel que mi prima dejó. La huéspeda, como le vió tan alborotado, pensó que alguna gran presea se le había olvidado, y díjole: Aquí no sabemos nada de eso; lo que sabemos de esa buena pieza de vuestra prima es que se fué anoche sin mas ni mas, y sin hacer cuenta ni pagarme un chocho; si ella dejó algo en la posada, yo no estoy obligada á dar cuenta de ello, pues no me entregó cosa; pero si ello ha quedado algo en mi casa, ó alguna prenda suya, no me saldrá de ella hasta que me pague el último maravedí. Pensaba la muy pelleja hacer burla de las mujeres de bien que ganan de comer con el sudor de sus carnes; pague noramala, que segun trae los pasos, muy barato le cuesta el dinero, y esta noche debe de haber ganado ella eso y mucho mas. Han visto el tontillo. No supo responder, sino subióse de rondón por la escalera, y de en aposento en aposento andaba husmeando dónde hallaria el cesto de los favos, que era su comision mal entendida y peor efectuada.

Y supongan, para la inteligencia de la burla, que yo á causa de cierta priesa, ocasionada de unos pepinos

y ensalada que comí, me había aprovechado de un cestillo de la huéspeda que hallé á mano, y le hice servicio, y me hizo servicio. Por eso dijo el otro que el bacin era la cosa mas agradecida del mundo, porque le hacen servicio y hace servicio. En fin el cesto substituyó otro vaso mas sólido; hízole servicio, é hízome servicio: ya parece que me llamas puerca; no te espantes, que son cosas que pasan por las gentes. Andando pues el señor mi primo hecho huron buscando el canastillo, viendo la huéspeda que el mocito no descubria caza ni prenda mia en que poder ella trabar ejecucion para hacerse pagada de lo que yo la quedé á deber, asíóle la capa, y no la soltó, hasta que le hizo escupir tres reales de moneda forera que se me cargaron de cama, paja, cebada, candil y posada. Hecho esto, le dijo: Como busque su miel, melada mala venga por él. Debió de ser justa aquella mesonera, pues le comprendió aquella maldicion que le echó, diciendo: Melada mala venga por él. Aunque bien creo yo que no estuvo la lacré en ser ella justa, sino en serlo la causa y en ser yo Justina, y mis trazas mas que por justicia; ya que tuvo licencia cumplida para buscar lo que queria, entró á somormuje debajo de la cama en que yo había dormido, donde encontró con el cestillo que yo le dije; sacóle, y dió una gran risada, diciendo: Sea Dios bendito, que ya he encontrado miel y cesto. La mesonera como reconoció ser suyo el cestillo, que era nuevo y bien labrado, le dijo (un disparate que suele pasar por gracia): No muy bendito, galan, que es mio el cesto; y diciendo y haciendo, arremete al estudiante á quitarle de la mano el cesto que estaba cubierto con alguna cantidad de lana que pedí prestada á una almohada: el pobre por defender el cesto y los favos putativos, no sé cómo se fué, que queriéndole encorporar consigo, se le trastornó el cesto con todo el matalotaje; y se puso de lodo vestido, manos y hocicos: el olor no era el mejor del mundo, el disgusto no poco, y todo lo pasara el estudiante, si la rabia de la mesonera no fuera tan inexorable y furiosa; mas quiso su desgracia que como la mesonera vió su cesto perdido, arremetió á él por detrás, y quitóle el sombrero con la presteza que el águila quitó el de Diadumenos, hijo de Macrino. Solo fué la diferencia que aquel quitar de sombrero fué pronóstico de investidura real, pero este le desnudez picaral; y no solo le quitó el sombrero, pero un zaragüel de paño que para ir mas ligero había quitado, é ido con un sevillano de lienzo. El estudiante quisiera arremeter á la mesonera y darse un refregon con sus sayas para medio partir la ganancia; mas ella por no encertarse asíó de un látigo, y á palos le fué guiando hácia la calle, haciéndole hacer algunas síncoas y sinalefas en la escalera, atrancando los pasos de tres en tres; de esta suerte le echó á orear en la calle, quedándose ella ladrando, que morder era caso peligroso, y diciendo: No tengo yo cestos para pícaros. Anda, bordion. Esto decia dentro de su casa, teniendo á lo público al pobre secretario del papa, etc. El triste mozo, que de corrido no habla, de temeroso se escondia. Al fin, tuvo por bueno darse á partido

y hablar á la mi señora con aquella humildad y sumision que si ella fuera la Vandomesa, y él un pobre cautivo.

Señora huésped, máteme usted, que, voto á Dios, siquiera por sacar el alma de entre tanta suciedad, me holgara que me matara. Señora huésped, déjeme llegar, y no me haga estar aquí afrentado entre tantos muchachos que tienen mi cuerpo cercado. ¿Han visto cómo se han juntado como moscas á la miel? Señora huésped, compadézcase de mí, que estos muchachos no me dejan, como si nunca hubieran visto á un hombre enlodado. Mal haya aquella infame de mi prima, que me hace andar en estas estaciones. Ande, señora, meta aquí la mano, y sacará dinero. Como la huésped oyó dinero, enterneciósse algo, y por gran merced le miró al rostro; mas como le vió sayo, gregüescos, manos, cara y calzas tan avecindados en Mérida, no solo no llegó, pero huyó, y dijo: Algun sin alma. Andad para bordon á burlaros con la hieputa de vuestra prima. El mocito, pensando que sus ruegos habrian enternecido la empedernidísima mesonera, íbasele acercando; mas ella, asiendo del látigo, tornó á hacer segunda impresion de palude y palazos sobre el cuarto derecho delantero, con lo cual le hizo ir trepando calle arriba, hasta que embocó por la puerta de la ciudad; y no fué poco caer yendo tan rodeado de muchachos, que festejaban la burla á osadas. En fin el triste, por último albergue, se fué á lavar á una alberca de agua, que estaba junto á la barbacana del muro. Allí se echó en remojo; pero ni quitó la mancha del vestido ni de la fama. Ya que esto hubo pasado por agua, parece ser que le miraron con mejores ojos, y le recibieron en el meson, donde sacó real y medio, con el cual hizo finiquito de la deuda del cesto: cobró su sombrero y zaragüel, y á vueltas de esto le dió una correccion fraterna la hermana mesonera, á la cual estuvo descaperuzado y tan temeroso como si fuera penitenciado por la Inquisicion; y así era, sino que la inquisicion no era santa.

Yo bien adiviné el ruido que á esta hora debia de haber en el meson, porque conocia el humor del mozo y la

codicia y cólera de la mesonera, aunque á prima faz parecia borrega, pero en fin leonesa. Decíame á mí mi madre que una mesonera es como un reloj. Decia bien. El reloj, cuando va de en lance en lance, y de muesca en muesca, ruido hace, pero es pequeño y gustoso; mas si da un golpe en vago, todas las ruedas se descomponen, y hace gran ruido; así una mesonera, que de momento en momento va golpeando la bolsa con dinero fresco de huéspedes que van y vienen, hacen un ruidito suave, y al son de las llaves del llavero alegra el hemisferio de su meson; mas si un huésped se le escapa sin pagar, da el golpe en vago, desconciértase el reloj, y arma un ruido del diablo. El estudiante despachado salió reciamente como una vira á buscarme; pero por ahora no te daré cuenta del suceso del encuentro, porque tengo que despachar otros mejores cuentos. Así que, adivinando el alboroto que á este punto pasaba en el meson que estaba junto á la puerta de Santa Ana, no quise tornar por ella, que es sobre asnedad no huir del lugar en que una vez hubo daño y peligro. Fuíme por una calle que los leoneses llaman Renuera, y creo pusieron este nombre á aquella calle con intencion de renovarse las casas; y como quizá no hubo bolsa para tanto, pusieronla aquel nombre para cuando lo hagan. Ya no le falta todo, que tras el nombre le vendrá el hecho, si Dios quiere; á lo menos ella es angosta y larga, como cédula de sacar prendas; con todo eso cupimos por ella yo y mi borrico, que no fué poco, segun iba ancho de ver que entraba en ciudad y en poder de quien le sabia bien tañer, y acompañado de otro, digo de Bertol, que tanto monta. Ya te cansará el leer los arrabales de mi leyenda; pues ¿por qué no me lo decias antes, lector amigo? Quédese aquí norabuena; y en estando de autan, avísame, que me verás ciudadana y en el meson, que es mi centro, y quizá te dará mas gusto.

APROVECHAMIENTO.

La mujer viciosa fácilmente se precipita á poner los hombres en peligro, que quien no teme el suyo, tampoco teme el ajeno.

TERCERA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO

DE LA PICARA ROMERA.

CAPITULO PRIMERO.

De la Mirona gustosa.

1. — DE LA MIRONA PISCANTE.

Esdrújulos sueltos con fulda de rima.

Suele en el verano el blando céfiro
Hacer entre las yerbas varios círculos:

Entrase penetrando hasta lo íntimo,
Queriéndolas haber con los antipodas.
No pudiendo bajar, sube al empero;
No pudiendo subir, torna á lo infimo.
Anda, vuelve y revuelve, y desde el ártico
Da vuelta general hasta el antártico.
El necio, cuando oye tal estrépito,
Teme como si fuera ruido bélico;
El sabio dice que es cosa utilísima,

Pues los terrestres, aéreos y acuáticos
 En él tienen contra el mal antidoto,
 Gusto, regalo, esfuerzo, ánimo;
 Solo el enfermo dice ser mortífero
 El dulce viento á los sanos salutífero.
 Así Justina, hecha un blando céfiro,
 Con piés, ojos y lengua hace mil círculos,
 Apodosa que penetra hasta lo íntimo,
 Sus ojos son zahirís de los antípodas:
 Lo que encarece, súbelo al empireo;
 Lo que vitupera, abátelo á lo ínfimo,
 Anda, vuelve, revuelve, y desde el ártico
 No deja cosa intacta hasta el antártico.
 Oyóla un necio, é hizo tal estrépito,
 Cual si resonar oyera rumor bélico;
 Mas ella prueba ser cosa utilísima,
 Trayendo á cuento (¿qué piensas?, los acuáticos,
 Y concluye, que las gracias son antidoto
 Contra el daño, y en las penas ponen ánimo;
 Que solo un necio siente ser mortífero
 Aquello que llama el cuerdo salutífero.

Dicen que la vista es el sentido mas noble de los cinco corporales, y por esta causa los filósofos le dan muy honrosos epítetos; y he oído que Aristóteles dijo ser la vista la mas noble criada del alma y la mas fiel amiga de las ciencias; y Platon la llamó espejo del entendimiento; Séneca, arcaduz de bienes; Ciceron, mina de tesoros; Eurípides llamó los ojos los galanes del alma; Teseo, escuderos de la voluntad; Menandro, espejos de la memoria; los excelentes griegos, reyes de los poetas, los llaman aljófares, perlas, cristales, diamantes y estrellas. Estos diz que lo dicen, véanlo allá, que si la cota saliere falsa, no será yo la primera que creo en cotas que no son á prueba; así que todos convienen en que no hay gozo sin vista, y que con ella todos los gustos son tributarios del alma. Por mí digo que esto de ver cosas curiosas y con curiosidad es para mí manjar del alma; y por tanto les quiero contar muy de espacio, no tanto lo que vi en Leon, cuanto el modo con que lo vi, porque he dado en que me lean el alma, que, en fin, me he metido á escritora, y con menos que esto no cumplo con mi oficio; y noten que cuando les parezca que murmuro, me aguarden, no me maldigan luego, espérenme, que cuando no piensen volveré con la lechuga, que aunque sea para con tocino, no es mala, y hecha la cuenta, verán que torno mas honra que la que debo, que no pretendo disgustar á nadie ni llevar lo bien ganado.

Como digo de mi cuento, yo entré en Leon caballería en mi borrica por la puente que llaman de San Márcos, que es el nombre de un ilustre convento de los señores frailes de Santiago, á cuyas paredes está arriada la puente. Esta casa, segun me pareció, tenia muy buena habitacion, si se tomarán la sillas del coro, que son tan buenas como yo pienso que serán las celdas en que han de vivir cuando las hicieren. Tambien la iglesia está muy buena. Es muy suntuosa, capaz, exenta, costosa, alta, anchurosa, desenfadada, grave y galana; sino que yo quisiera que la volvieran lo de dentro afuera, como borceguí; y si así estuviera al derecho, dígolo porque noté que lo mas delicado de la obra, lo mas primo y mas costoso y la imaginaria de canto mas delicada y mas sutil, la pusieron hácia

fuera, al oreo de viento y agua, y lo mas llano hácia dentro. Yo no sé qué fundamento tuvieron los artifices para hacer un tuerto tan contra derecho. Esta misma cuestion se movió estando yo presente; y sobre cuál hubiese sido la ocasion de traza semejante daban mis compañeros los romeros varios pareceres; y no se espanten, que ya han prescrito los holgazanes en dar sus votos sobre toda arquitectura y perspectiva; y aun los pícaros no admiten cuento que sea de menos estofa que la toma de la Goleta, y cuando mucho quitan del precio, consienten de por amor de Dios que se cuente á la ligera un poco del señor don Juan de Austria, con censo de que al mejor tiempo se le ponga silencio para que se trate de mayores cosas. Así que comenzaron á discurrir mis camaradas en esta cuestion, que á caer entre pícaros, llamaran de voz, sin permitirle sentar; pero romeros comen de todo.

El primer voto, sin duda galano, fué decir: Mirad, esta iglesia, como está tan junto al rio, débenla de lavar á menudo, y ahora como la han puesto á secar, sécanla por el derecho, que en estando enjuta, volverán la haz hácia dentro, como áropa seca. Otro dijo: No es eso, sino que esta iglesia la fundó gente caritativa, y viendo que todo el aire burgalés, que es el dañoso, habia de entrar por esta parte, pusieron hácia fuera la imaginería, para que tocando el aire en ella, se purificase de pestilencia. Devota contemplacion por cierto; pero á mí no me cuadra, porque si esto pretendieran, ¿no habian de haber puesto entre otras santas imágenes algunas medallas que allí hay de mozas tan pecadoras como yo y otras como yo? Otro dijo que como aquella casa se ha mudado tantas veces, á la iglesia se le antojó tambien; y no se le amañando jornada mas larga, se volvió lo de dentro afuera, que fué encamisada de las mas galanas que no he visto; á lo menos, si es así, que desde principio la fundaron aquella casa como ahora está, una queja tenemos los forasteros de los señores tracistas, y es que sin duda fiaron poco de nuestra devocion y curiosidad, pues creyeron que no tendríamos flema para entrar adentro á ver lo bueno, si lo pusieran dentro, sino que lo dispusieron de tal modo, que visto el lienzo del frontispicio, no hay mas que ver. Es como colgadura de tela, que todo se ve de una vez; ó por mejor decir, es comida á la borgoñona, que todo se sirve junto. Verdad es que adentro diz que tienen un muy buen medio claustro, con una escala de Jacobo, que parece que se hizo aposta para enseñar á trepar. A fe que diz que es agria; aunque no sé si esto de la escalera mal madura es allí ó en monasterio del señor San Claudio, donde cantan muy recio unos pavos. Tambien tienen allí en San Márcos una sacristía de muy buen yeso, con variedad de molduras y medallas, que por lo menos nadie dirá que aquella sacristía está hecha en canto llano. Junto á este convento vi un hospital, que se edificó para que estén allí malos los franceses y otras gentes que van camino de Francia, y no buscan á Gaiferos.

Paréceme á alguno que soy como el hortelano, que de

cuantas yerbas tocó, sólo echó mano de la mala; pero aunque pícara, sepan que conozco lo bueno, y sé que aunque esta iglesia, mirada con ojos médicos, cuales son los mios, parece que está al revés; pero para quien mira á las derechas, al derecho está, sino que siempre fué verdadero el refran de aldea: Cual el cangilon, tal el olor. Los ojos picaños, aunque sean trucheros, siempre tienen algo de borrachos, en pensar que las combas del nivel propio son tuertos de lo que mide.

Bien veo que fué muy buena traza no poner aquellas medallas junto al Sacramento y en parte tan oscura; y si dije que no hay mas celdas y habitacion que iglesia y coro, búrlome; ca hablando de veras, es claro que es suma alabanza suya el no haber edificado celdas para sí, ni cuidado de su descanso, por solo dársele á Dios, y carecer de aposentos, porque Dios los tenga holgados, que aunque pecadora, bien sé la historia de Salomon, el cual primero dió templo á Dios que palacio á su corona; y la de Urías, que no quiso cama, por saber que estaba en campaña la tienda del capitan general de los ejércitos el cielo y suelo. Si mi voto no acortara la grandeza de aquellos señores, yo los llamara segundos Urías y Salomones, pues por haber dado insigne templo y casa de descanso á Dios, carecen del suyo propio; cuanto y mas que la órden de aquellos ilustres caballeros no quiere descanso, siendo su profesion y ejercicio el quitar á los enemigos el que desean y aluientar la infidelidad de los términos de su invencible España. Estos cuidados los hacen no acabar claustros, pretendiendo antes atender á cercar y clausurar ciudades y reinos enemigos; y este asiduo y trabajoso ejercicio les hace que no sientan la subida de escaleras agrias, gente que escala fuertes con tal valor, que si en las nubes hubiera muros de enemigos, por ellos romperían, y en el mas alto alcázar pusieran su real bandera, adornada con la espada que da á España renombre famoso y blason insigne. ¿Paréceles que lo he parado bueno? ¿No ha estado buena la buena barba? Pues déjolo, con juramento que es verdad todo esto, y otro tanto que callo, así de lo de veras como de lo de burlas. Hágome de cuenta que callando lo ridículo y lo no tal, quedará la olla de mi seso hecha cazuela de pepitoria. Quiero contar mi derrota y camino.

Dos famosos rios cercan á Leon, para que entre otras coronas que ciñen aquella ilustre cabeza de las Españas, no sea menor una corona de claros y cristalinos rios, adornados de varios y frondosos árboles, pregoneros de una victoriosa é ilustrísima cabeza. Por la ribera de uno de estos rios, alta, llana y apacible, fuí caminando para entrar en la ciudad. Yo amo á aquel pueblo por ser cabeza de mi madre Mansilla, y así me perdono por haber dicho mal de él. Quanto dije de mal en la primera entrada fué disimulo, que el que quiere bien una cosa, siempre anda por extremos, cuándo diciendo mucho bien, cuándo mucho mal; pero siguiendo el picaral estilo que profeso, acudiré á lo uno y á lo otro; solo vayan con lectura, que lo bueno se tome por veras, y lo que no fuere tal pase en donaire,

porque lo contrario seria sacar de las flores veneno, y de la triaca que hago contra sus melancolías tósigo para el corazon.

Fuí caminando, como dicho tengo, por una espaciosa y apacible ribera hasta entrar en una ancha calle, que tiene ambas las aceras de huertas y planteles amenisimos. Llegué hácia otro convento que está junto á la puerta, por donde entré en la ciudad, y no tuve poca gana de entrar dentro de la iglesia, siquiera á la puerta, á tomar agua bendita, que no venia yo tan mal obligada de entradas de iglesia, que trajese perdidos los aceros de entrar por sus puertas. Parecióme el monasterio grave y bien edificado; mas quiso mi desgracia que aunque vi la iglesia y el monasterio por defuera, no entré dentro, porque jamás pude columbrar ni divisar la puerta de la iglesia, ó si la vi, no la conocí, porque una que allí se descubria era agravio manifestado pensar que por ella se entraba. Por menos inconveniente tuve pensar que en aquella iglesia se entraba por minas, como en la ciudad de Pamplona, ó por el tejado con garruchas, como en algunos castillos, que pensar que por tan poca puerta, vieja y baja, astrosa y estrecha, habian de entrar; porque pensar que era casa encantada y con puerta invisible, es pensar que somos esdrújulos; á lo menos no podrán decir que aquella es la puerta de los vicios, sino puerta de las virtudes, pues en la entrada es tan estrecha como anchurosa despues. Con esta ocasion pasé de largo, sin ver el monasterio mas que por defuera; solo pude echar de ver que aquel monasterio tiene mas tierra que el Escorial; entiéndese en las tapias. Por eso decia el otro: Dios te deje, hijo, tratar con gentes llanas, que hacen las casas á mazadas. Verdaderamente que cuando los predicadores quisiesen decir á los hombres que sus cuerpos son casas terrenas, les podrian decir: Acuérdate, hombre, que tu cuerpo es casa leonesa, que en nuestro lenguaje jacarandino seria decirle: Acuérdate que tu cuerpo es terreno y desmoronadizo.

Aunque no vi el monasterio, tuve mucho cuidado de preguntar á mis compañeras si le habian visto, y me dijeron que sí. Pedíles que me contasen lo visto, y una me dijo que le mostraron un candelero de Flándes, el cual sobre una piramidal de bronce torneado, funda un vistoso artificio, y de este tronco de bronce salen cuarenta y cinco hermosos candeleros de tres órdenes, á quince por banda, con gran proporcion, y de trecho en trecho, entre candelero y candelero, sembradas bolas de bronce y salvajes de preciosa labor, y en el último remate un salvaje bravato, con unas armas asidas de la una mano, y en otra un nudoso baston. Yo, cuando las oí, las dije: Segun eso, cuando ese salvaje y salvajicos estuvieren colgados, al menearse el candelero parecerá danza de títeres ó matachines, gobernada por el gran salvaje; en fin, me hicieron creer que era el mejor candelero del mundo, y por hacerles limosna y buena obra, lo creí. Tambien me dijeron que las mostraron seis cabezas de vírgenes, las tres bien puestas, bien labradas y aderezadas con unas piedras que fue-

ran preciosas, si todo lo que reluce fuera oro. Las otras dos ó tres las tienen en unas cajas de una madera muy no sé cómo, y hízoles lástima su mal aliño; mas esto de la pobreza hace que las cosas estén fuera del nivel del deseo. Yo mando dos reales de limosna para el aderezo, y ruego que pidan para ellas, que cuando todas las pícaras den tanto como yo prometo, yo creo que en son de hacer cabezas de vírgenes, podrán hacer otras tantas de lobo. *Lo que es el beaterio*

Como cuando yo oía esto iba diciendo algunas gracias, quiso mi ventura que un cura muy aficionado á los frailes de aquella órden, que me habia venido escuchando, y llevaba muy mal las gracias que yo decia, rompió la presa de súbito, y queriendo hacer la correccion fraterna, cogió un periquillo de predicarme con un hipo, como si hubiera jurado á Dios de convertir esta mi ánima pecadora, que es muy propio de necios tener las gracias por agraz y pensar que todo donaire es aire corrupto, y todo entretenimiento tiempo perdido. Comenzó á dar voces, diciendo: ¡Aquí de la Inquisicion, que murmura de los conventos de Dios! ¡Aquí del rey, que dice mal de los monasterios reales! Y no le faltó sino decir: Al arma, al arma, que es el cuerpo de Draque y el ánima de Lutero! No podré ni sabré referir todas las razones que me dijo en reproche de las mías; pero diré las que mi memoria pudiese sacar al ojo de la colada. Va de sermon.

Herniana, si estos padres no tienen gran puerta de iglesia es porque ni han menester mucha puerta para salir ellos, ni para que vos entreis, que lo primero les viene de su mucho recogimiento, y lo segundo de su poca codicia, tan conocida en el mundo. Y si vos no hallastes por dónde entrar, no importa, que los monarcas, emperadores, papas, reyes y príncipes hallan puerta para entrar por ella á tratallós, regalallos y estimallós. Por esa puerta han entrado y salido gentes, que con milagro conocido han alcanzado salud del cielo en raras y estupendas enfermedades. Es puerta chica, como de castillo, porque los conventos de religiosos son castillo de sabiduría, muro de ciencia, alcázar de santidad, y como castillo de universal armería cristiana, tiene la puerta estrecha. No me espanto que para vos no haya habido puerta, que por la tan estrecha no entran sino los que pretenden desnudarse de la camisa vieja del mal trato y vida pasada. Puertas son que, allí donde las veis, á muchos han parecido estrechas al entrar y anchurosas al salir, quiero decir, pesádoles que fuesen tan holgadas para poder salir, y al entrar no tan anchurosas cuanto la gana de entrar por ellas.

No se rían del candelero, que tal candelero para tales luces de religion, y tales luces para tal candelero, y si tiene salvajes, es una gala, que para ornato divino es muy bueno. Y crean que los santos que sanan enfermos tienen en sus altares las muletas en señal del hecho; no fuera impropiedad decir que delante de sus luces están hombres salvajes, en testimonio de las bárbaras é incultas naciones que han reducido á la luz del

Evangelio. Las santas vírgenes confieso que están mal puestas. Mas eso es confusion de nuestra corta devocion y argumento de su pobreza. Cuanto y mas que es grandeza que de tal materia hayan salido hechuras de tres medios cuerpos humanos, y con poco aderezo se pudieran adornar de modo que parecieran mucho. Y otra vez, hermanas, no les acontezca hablar así de los monasterios. Aquí paró el santo cura, que no fué poco, segun habia sido la carrera que habia tomado. Halléme tan confusa, apretada de ver su enojo y mi inocencia, que no supe sino decirle que yo pedia á la Iglesia el otro sacramento de la extrema uncion que me faltaba. Tan alligida me vi, que ya pensé que habia recibido todos los demás sacramentos, y solo me faltaba luchar con el diablo.

Quiso Dios que una vecina mia, por divertir mi pena y la correnca del padre cura, salió á decir un cuento, y fué que entrando en aquel convento de que tratábamos, vió en una capilla unas ymbres atadas, con que diz que azotan á los frailes, y se llaman disciplinas, y el fraile que les enseñaba la casa, tomando la disciplina en la mano, las dijo: Señoras, ¿quieren colacion? Y ella respondió: Padre, yo ayuno, que es hoy viérnes. Alza Dios tu ira; hénle aquí mi cura otra vez molhino. Con este tema tornó el cura á sus alegorías, diciendo: Ahí verán, son unos santos, no convidan mujeres con veinte meriendas profanas, sino con disciplinas. Mas quieren parecer secos que profanos, mas desamorados que pretendientes. Pardiez, mi vecina y yo, viendo que entablaba para otro sermon, dejámosle dando de mano hasta que se cansó y dejó de moler. ¿No veis qué necio? ¡Miren de qué se enojó, de oirme decir gracias! Como si mis donaires fueran bombardas. ¡Qué mal sabia este buen señor que no hay mejor rato que un poco de gusto! No hay hombre discreto que no guste de un rato de entretenimiento y burla. En su manera, todas cuantas cosas hay en el mundo son retozonas y tienen sus ratos de entretenimiento. La tierra cuando se desmorrana retoza de holgada, el agua se rie, los peces saltan, las sirenas cantan, los perros y leones crecen retozando, y la mona, que es parecida al hombre, es retozona; el perro, que es mas su amigo, es jugueton; el elefante, que se llega mas á todos al hombre, los primeros dias de luna retoza con las flores, y dice requiebros á la luna. Lo demás que falta dígalos doña Oliva, que libra en el gusto salud, refrigerio y vida; esta sí que era discreta; pero ya se sabe para quién no es la miel, ya se sabe qué ojos disgustan del sol; aclárome. Tambien y todo, ahora que no me oye el clérigo, ¿es necedad pensar que á una mujer que dice una gracia, luego es hereja? Sí, que cristianos somos, y aunque no sabemos artes ni toldogías, pero un buen discurso y una entrapelia, bien se nos alcanza, sino que estos hombres del tiempo viejo, si dan en ignorantes, piensan que no hay medio entre herejía y Ave María.

APROVECHAMIENTO.

A los santos templos, que para el santo son un des-

pertador del alma y un incentivo de devocion, hacen la gente libre y disoluta casa de conversacion y blanco de entretenimiento. Cosa que por ser tan contra la honra de Cristo, morador de los templos, la castigará ásperamente; de lo cual dió indicio su majestad divina viviendo en esta vida mortal; pues solo castigó por su mano á los violadores del templo, cosa digna de notar de su modestia. ¡ Oh Majestad suprema !

2.— DEL BARBERO EMOBADO.

Versos sueltos, con fin de rima.

Un solar vivo salvaje vió pintados
Ciertos salvajes, que con sus lanzones
Ocupan un hermoso frontispicio
De unas ilustres casas, que en Leon
Habitan los Guzmanes mas famosos;
Quedó abobado solo en ver salvajes;
Puédese decir de este embobado:
No difiere lo vivo y lo pintado.

Bertol Araujo, que así se llamaba el malogrado del barbero que se me ingirió, tenia muy poco de especulativo, y dábale notable pena verme tan escudriñadora y curiosa. Mas viendo que no me podía sacar de mi paso y que era fuerza el verlo todo, me dijo: Señora Justina, pique esta burra, si trae con qué, ó si no, déla que ande, y verá la huerta del Rey, que es nombrada en Leon, y está dos pasos de aquí. Yo como oí decir huerta de rey, pensé que era algun Aranjuez ricamente aderezado con mucha murta, jazmin, arrayan, alelis, mosqueta y clavellinas. En fin, huerta de rey; ¿qué será bueno que viese yo en la huerta del Rey? Por vida de mi gusto, que si no fueron muchos, infinitos cuernos del rastro, otra mosqueta ni mosquete, otros claveles ni clavellinas, yo no vi. ¿Pues el olor? De pecinas, sangre, lodos, charcos, lechones, era todo tan lindo, que hacia olvidar la fragancia de los mil Aranjueces. Eran tantos y innumerables los cuernos que cubrian el suelo, y aun mi corazon de tristeza, que verdaderamente no sé quién puede llevar en paciencia aquel estar un cuerno siempre jurándolas por la punta, la cual por la mayor parte está vuelta hácia la cara, y querría mas ver puesto hácia mi cara un mosquete á puntería, que aquel maldito y descarado encaramiento corniculorío. Esto llaman los leoneses huerta del Rey, que si hay he-rejías contra la majestad real, esta es una. Mas soy tan dichosa, que nunca me falta quien me saque el ánima de pecado; diréles el cuento, que es donoso.

Encontréme un soldadillo leonés, donosa figura; traia un alpargate y calza de lienzo, un gregüesco de sarja, ó por mejor decir, arjado de puro roto y descosido; una ropilla fraileña, que de puro manida parecia de papel de estraza; un sombrero tan alicaído como pollo mojado; una capa española, aunque segun era vieja y mala, mas parecia de la provincia de Picardía; un cuello mas lacio que hoja de rábano trasnochado, y mas sucio que paño de colar tinta; una espada del cornadillo, en una vaina de orillos. Era pequeño, azogado, inquieto, bullicioso y gran bachiller, otro segundo mesado, sin mas ni mas; se enojó en forma de ver que me reía de que llamasen á aquella huerta de rey,

y hecho un leon, con la espada empuñada, me dijo: El Rey mi señor hizo esta huerta, y esta huerta es huerta del Rey mi señor, aunque la pese á la relamida. El Rey mi señor es rey de España, y cuando plantó esta huerta le pareció que para el sosiego que él habia de tener en su casa le bastaba haber unos simplés sauces calisos que aquí plantó, porque lo mas del tiempo ocupaba en vencer infieles, moros y paganos. Sí, y aunque pese á quien pesare, esta es huerta del Rey mi señor. Yo me turbé de esto, que no soy espantadiza; mas á mi burra no sé que le tomó, que no daba paso adelante, aunque la daba palos asaz, pues no sé por qué, que yo no iba á maldecir maldito aquel. Visto que Bertol no respondia, y la burra no caminaba, y el soldadillo no cesaba, determiné hacerle un fiero espantavillanos, y dije: Si es huerta de rey ó no, no se meta el muy pícaro en eso; que si llamo á mis criados le haré moler el colodrillo á palos. ¡ Oh cómo relampagueaba los ojos, oh qué asas de brazos, oh qué ademanes! Todo fué tal y tan bueno, que el soldado determinó encomendarse á san piés y rezar la oracion del buen callar llaman santo; así noramala, así se han de tratar estos buscaruidos, que son como cohetes, que no hacen mal á quien los apuña, y ofenden á quien de ellos se desvia. ¿Qué se le daba al picarillo que yo dijese lo que quisiese? ¿Yo no tenia pagado el alquiler de mi boca por todo el día? El Rey mi señor, decia; mira quién dijo el rey mi señor; todos somos del rey, y si tales hombres, por ser soldados, son del rey, muchas mujeres, que somos soldadas, aunque mal soldadas, tambien somos del rey.

Concluida esta aventura, apresuré el paso, porque me sacó del mio la pesadumbre de la rencilla, y si por mí fuera, no anduviera mas á caza de ver curiosidades en Leon, por no encontrar mas uñas de leon; pero como sea verdad lo que oí á un galan, galinillo, que donde acaba el filósofo comienza el médico, parece ser que cuando yo acabé el deseo de ver curiosidades, comenzó á tenerle el barbero Bertol, mi íntimo; persuadíame fuésemos á San Isidro, donde están muchos reyes juntos sin baraja, que no es poco; mas yo le dije que no era amiga de ver reyes tan de por junto, y por buen arte me escapé de que me llevase á ver las antiguallas de aquel santo monasterio. Si yo fuera muy devota, en lo que yo me habia de ocupar era en ver á San Isidro de Leon, pues aquella casa en reliquias preciosas es un Jerusalem, en indulgencias una Roma, en grandezas de edificios un panteon, en religion la anacoreta, en coro un cielo, en el culto divino, riquezas, brocados, plata, oro un templo de Salomon; pero como á los ojos tiernos es la luz ofensiva, tambien esta grandeza lo era para mí en el tiempo que mis mocedades me traian como corcho sobre el agua. Ya soy otra. Aquí venia bien el dicho de Mariotea, si no fuera gracia insolente, la cual para persuadir á un su sobrino en que fuese bueno, le dijo: Mochacho, aprende de mí que ya soy otra, que compré un rosario, si á Dios plugo, por señas que aunque está enhilado de un simple hilo de seda floja, no se me quiebra, que no soy como otras traviesas que á se-

gundo día quiebran al rosario; noranegra cuélguesele de un clavito, como yo hago, y así durará el rosario; mal cuento, peor dicho, pero peor era yo.

Fuímonos por las casas de los Guzmanes, que es paso forzoso. Estas me parecieron una gran cosa; mas bastaba ser aquellos señores del apellido del mi señor Guzman de Alfarache para pensar que habian de ser tales. Ahora me dicen están muy mejorados y muy ricamente adornados los dos lienzos de casa con ricos balcones dorados, en correspondencia de muchas rejas bajas y altas, de gran coste y artificio, de lo cual resulta una gran hermosura, acompañada de una grandeza, gravedad y señorío trasordinario, anchurosas salas, aposentos ricos, vigamento precioso, cantería y labor costosa y prima, hermosa casa á fe; solo me pareció mal que á una escalera le falta cosa de veinte y cinco varas de pasamano, y dos ó tres salseritas de blanco color para afeitar unas desvergonzadas tapias de la caja de la escalera, lo cual, por ser en parte tan notoria y comun de aquella casa, hace notable fealdad, digna de enmienda. Aquí, en ver estas cosas, se quedó abobado el barbero Bertol Araujo, aunque para esto de embobarse no habia él menester appetite. Lo que á él mas le cuadró fueron dos salvajes de cantería, que están á los dos lados del balcon que están sobre la portada principal, en cuyo frontispicio está un epitafio ó letrero, el cual, á dicho de los que le entienden, es tan verdadero como bravato. El Bertol, viendo los salvajes, que eran de marca mayor, nunca acababa de repetir: Estos sí que son hombres, pesiatal; porque entendian el gusto barbero que no supo hablar de burlas, sino con burras vivas, ni de veras, sino con salvajes pintados. En San Márcos habia él visto las figuras de muchos emperadores, capitanes, emperatrices, reinas, galanes, damas y otras mil curiosidades, y en la misma casa las habia, mas nunca desplegó su boca para alabar cosa ninguna, sino estos salvajes; solo á éstos dió título de hombres y dábale gran gusto verlos tan denodados con sus lanzones. Yo pienso que estos salvajes le cuadraron por dos razones: la una por la conveniencia bobuna, y la otra porque, segun era animal desasociable, si á él le dejaban sangrar conforme él quisiera, sangrara las gentes con un lanzon en la figura, traza y postura que tenian aquellos salvajes, y con todo eso tenia de exámen, que segun he oído decir, al que va graduado por el que llaman daga dinero, nunca negocio mal. Vaya con Dios, que con esto se podrá decir que somos hoy día tan caritativos, que aun los bobos no llevan la sangre del brazo, y aun con eso mueren hoy día las gentes á humo muerto.

Yo bien dejara á mi sangrador espetado y boquiabierto, á que se hartara de ensalvarjar los ojos y alma con la vista de sus queridos salvajes, mas por los que nos habian visto venir juntos y por llevar compañía de hombre como moza honesta, le recordé del susto para que pasásemos adelante, y él á mis ruegos lo hizo. Verdad es que le di dos aldadadas á la boca del estómago para que recordase, y aun ahora no sé si ha acabado de mirar los salvajes. Hasta que colamos toda la calle que lla-

man la Herrería de la Cruz, otra cosa él no hizo sino volver aquellos sus ojos á los amigos, que yo no sé cómo no se deservigó á puro torcer la cabeza, que parecia ciñeña cantadora ó el asno Ciprico, el cual despues que Júpiter le convirtió en hombre, siempre que oía rozpar, bailaba y volvía la cabeza atrás.

Ya quiso Dios que llegamos á un meson que está á las espaldas del palacio del conde Fernan Gonzalez, donde entonces vivian los obispos. Consolóme ver que hubiese meson á quien hiciese espaldas un obispo, y mas yo, que tenia algunos pleitos con estudiantes. Antes de tomar posada le pregunté á mi camarada qué pensaba hacer y cuándo se pensaba ir á Mansilla. A lo cual me respondió que él habia de comprar unas ventosas de vidrio y dos lancetas, y no sé qué listones y algunas monas, muertas y gatos para la tienda, y que comprado aquello, se pensaba partir de mañana. Yo le dije: Pues, señor Araujo, si es que por la mañana se parte, todos iremos de camarada, que gusto de oírle rocinar, digo razonar, por el camino, y crea que poco mas á menos toda la lana es pelos. No sabrá por qué lo he dicho; dígolo porque cuanto á habitación, conversacion y recreacion, Mansilla y Leon pará en uno son. Con esta determinacion entramos en el meson yo y Peranton.

APROVECHAMIENTO.

Las mujeres dadas á vano gusto, no le tienen en mirar cosas honrosas y de autoridad.

CAPÍTULO II.

De la bizma de Sancha Gomez.

1. —DE LA ENFERMEDAD DE SANCHA LA GORDA.

Tercelos de piés cortados.

Aquí verás la pintura del dios Ba	co
En una mesonera gorda y bo	ba,
Que es puro bodegon de carne huma	na.
Descúbrele á Justina sus amo	res,
Su trato, su hacienda y sus secre	tos;
Justina en pago le hace la mamó	na.

Era la dueña de este meson viuda de dos maridos, ó por mejor decir, de marido, á cuya causa traía una toca roquetal muy larga, que en razon de exceder la gravedad de su persona aquel hábito y toca, se puede creer que la mitad de la toca era por el marido y la mitad por el fiador. Parecióme algo coja, y no lo era, sino que las gordas siempre cojean un poco, porque como traen tanta carne en el peso, nunca pueden andar tan en el fiel que no se desquilate una balanza mas que otra, y esta era gorda en tanto extremo, que de cuando en cuando la sacaban el unto para que no se ahogase de puro gorda. No lo hubiera conmigo, que yo la enjugara la panza con cortezones duros y secos, que así curé yo una perilla de una dama que tenia hastío de comer bizcochos. A esta mesonera, mi huésped, la llamaban en Leon por mal nombre Cobana Restosna, de que ella se corría mucho, porque se le pusieron por causa de cierta noche que se halló bautizada en vino como sopa.

Preguntándola un huésped: ¿Cómo se llama, huésped? Respondió que Cobana Restóna, y con él se quedó. La triste quiso decir que se llamaba Juana Redonda, y por decir Juana Redonda, dijo Cobana Restosna. No hay que espantar, que si los moldes con ser de molde se yerran, que la lengua se yerre de noche y á oscuras y en tiempo cargado y con nieblas en el cerebro, no hay que espantar. Despues de este suceso se mudó nombre y sobrenombre, y se llamó Sancha Gomez; mas para memoria del antiguo nombre de Cobana Restosna, le hallarás en la suma del número, en lo sobrado de los piés cortados, que soy como sastre hacendoso que hasta los retacitos aprovecho. La cuitada, para echar el resto á sus pesadumbres, traía un muy grueso cordón, que mas parecia bordon, segun era duro, nudoso y grueso, que á los dos lados de este gordo cordón tenia una bolsa y llavero de llaves, la bolsa de la hechura de huevo de avestruz, el llavero tamaño y con tanto hierro como el incensario de Santiago. Miren si esta carga era para doblegar una mujer, que parecia que constaba de solo carne momia, ó que era carne sin hueso como carne de membrillo. Sin duda era mala vision; toda ella junta parecia trozo de roble; era gorda y repolluda; no traía chapines, sino unos zapatos sin corcho, viejos, herrados de ramplon con unas duras suelas, que en piedras hacen señal. Los anillos de sus manos eran verrugas, que parecian botones de coche en cortina encerrada; nariz roma, que parecia al gigante negro; los labios como de brocal de pozo, gruesos y raidos como con señal de sogas; los ojos chicos de yema y grandes de clara; gran escupidora, que si comenzaba á arrancar, arrancaba los sesos desleídos en forma de gargajos.

Tenia dos lunares, en las dos mejillas, tan grandes que entendieran bolargas untadas con tinta. Parecia ella por cierto en la sodomía del rostro no muy avisada, aunque para su cuento nada boba, y menos descuidada en casa; destapóse, y echaron de ver cuán endiablada cara tenia, pues no bastó mi presencia para aparroquiar el meson de pisaverdes, que en fin, como dijo el otro, poco puede un buen despejo donde hay un buen despego.

Luego que columbró gente la mesonera, vino á recibirnos de paz, aunque antes de hablar disparó una rociada de gargajos, y yo la hice la salva á la gran salvaja primero que ella bajó solas seis gradas de la escalera de su casa para dar conmigo y proveer de recado. Ya tenia mi mochillero echado á mi jumenta todo buen recaudo de paja y cebada; anduvo agudo el muchacho, porque en un momento columbró que en los pesebres habia reliquias, y parecióle darlas á besar á mi burra, porque ganase las dulgencias: cosa del diablo, que en un invisible parvó el muchacho un gran monton de comida. Solia él decir que un pesebre recién vaciado era la era de Dios, y que allí cogia él mas que si sembrara. Bajó la huésped, si á Dios plugo, y me dijo: ¿Cuánto quiere de cebada, hija? Yo la respondí que de nada abajo cuanto quisiese me diese. No entendió el jergolí-

fico, y antes pensó que decia que de medio abajo le diese algo; iba á echar un cuartillo, que es racion de burra, yo la dije: Tenga, madre, que mi burra ayuna y viene acebadada. Con esto soltó el rasero y acudió al harnero á dar paja; el muchacho, que era agudo y decia sus gracias de en cuando en cuando, la habló á la mano, y desde léjos la dijo: Madre, tampoco es menester paja, que está la burra empajada, acudiendo á que yo habia dicho que estaba encebada. La Sancha estaba atónita oyendo la nueva jacarandina, y muy asustada dijo con mucho pismo: Nunca tal vi ni oí de burra, aunque ha que trato burras mas de veinte años. El barbero echó cebada por sí y por otro, que era tan franco como bobo, y con esto se fué á comprar sus ventosas, y yo quedé con mi mesonera, que de ella á una ventosa encarnada habia muy poca diferencia.

Llamábase la mesonera Sancha Gomez, y siempre se me iba el silbato á llamarla Sancha la gorda como á la tripera de Jaen; luego que vi el talle de la mujer y el ingenio de ramplon, se me ofreció que habia de hacerla algun buen tiro, y asesté á este blanco, poniendo en razon la ballesta de la atencion, el arco de palabras dobles, el virote de la lisonja y el jostrado de mi perseverante ingenio; sentéme á sus piés, habléla con mucha humildad y vergüenza, y llaméla madre y hermosa, y estuve con ella mas amorosa y retozona que gato de monasterio. Ya yo sé que la discrecion tiene tres partes: la primera, olvido de majestades; la segunda, halagos de palabras, y la tercera, inquisicion de secretos, á cuya causa el prudentísimo Mercurio tenia por armas el perro retozon, el lobo olvidadizo y la culebra escudriñadora; y puesta en este aviso como loba, me olvidé de otras curiosidades y designios y aun de mis narices, que á acordarme que las tenia, no sufriera un olor de la rabia y de la mesonera, que todo es uno; mas hiceme cuenta que olia boca de lobo; como perrita de falda la hice mil halagos, y como culebra la saqué cuantos secretos tenia, y sin duda la caí en gracia, que es gran cosa entender el trato como yo lo entendia desde que mi madre me crió, que fué flor de mesoneras. Con estas mis razones la ataladré los hígados á la buena vieja, y me dijo de *pá pa* toda su leyenda, tomando por presupuesto el declararme su Sancho nombre en vano, y el apellido de los Gomez, si bien me acuerdo redujo su linaje á los goznes de un arqueton de un molino, de adonde vino que sus abuelos se llamaban Goznes, sino que se corrompió el nombre, y como cuando á ella vino venia corrompido, la llamaron Gomez; todo lo hacia por asentar conmigo al oído el nuevo nombre, porque el antiguo de Cobana Restosna no viniese á mi noticia, y era boba; yo al principio pensé que lo redujera á la tarasca, que en mi tierra la llaman la Gomia, que tiene simpatía con el nombre de Gomez; pero no me estuvo mal que se apellidase de los Goznes, para que su arca me diese puerta franca. Díjome cómo cuando era moza traía una albanega labrada con hilo acaparrosado, con unos majaderitos que entonces se usaban, y un rodete hecho de cabellos trenzados sobre alambre; galana lnes con

trenzas de pábilos y rosario de agavanzas. Mil cosas me dijo de los trajes de su tiempo, que si era como ella lo pintó, andaban las gentes vestidas de monas. No hubo cosa que me escondiese. A lo menos, si todas las mujeres tuvieran tan buen desportaje, no se quejara el momo ni Alonso de la fábrica humana, ni retara la falta de no haber puesto Dios vidriera al lado del corazón por donde se vieran sus secretos, aosadas que la vi el alma, pues decir que me escondió los trances de sus amores en cepina, todo lo dijo, y allí vi cuán poco deben al amor los discretos, los galanes y las damas, pues aquella había tirado sus gajes. A esto dice el amor que estos son los encuentros de cuando juega á la pita ciega; mas á otros con eso, que eso fuera si él jamás saliera de ciego.

7 Mas ahorrando de cansadazos cuentos é historias que me contó, yendo á lo que hace al caso, diré una, que fué la que me abrió camino para mis deseos. Teníame ya por tan suya, que quiso repartir conmigo de sus males y descansar de sus penas, y no lo errara; como tenía por suyos mis oídos, tuviera también mi lengua; pero no echó de ver que donde una puerta se cierra, ciento se abren. A este fin me dijo, no sin algunos suspiros enalbardados con lágrimas, cómo ella había hecho diligencia de juntar algunos huevos para vender á los huéspedes que habían venido á las fiestas; mas que como valieron las truchas baratas, no gastó siquiera uno, de que estaba muy apesurada, porque tanto venia á ser la pérdida en los huevos como la ganancia en posadas de huéspedes; de camino me dijo cómo por temor de traviesos huéspedes estudiantes había escondido los tocinos, miel y manteca. Vayan conmigo por caridad, ¿qué alma había de escaparse de inquieta y azorada, sabiendo que estaba donde había tocino, huevos y miel? Qué entendimiento hubiera que no moliera mas que un molino? Qué voluntad que no se engolosinara, ni qué memoria tan olvidada de su estómago que no le hiciera amistad en semejante trance? Pero vamos con el cuento, y advierte que me preció de llevar una ventaja á las mujeres, y es que otras comunemente trazan para de repente; yo soy mujer que trazo á lo gatuno, quiero decir, que me estará un día aguardando lance, como cuando al ojeo de un raton está un gato tan atento y de reposo, que le podrán capar sin sentir, según está atento á la caza.

Después de todas nuestras conversaciones, como ella se fiaba de mí, me dijo que la alumbrase con un candil á sacar de un bodegon todo lo que había escondido, según y como mas largamente lo habemos referido. Alumbréla, trasladólo todo á una alacena con la veneración y atención que si fuera cuerpo santo: cena y todo lo encerró so el poder de una llave que traía asida de un cordón harto manido y jugoso, el cual se echó al cuello por sobre toca, y la llave por joel, con la estima y respeto que si fuera llave del arca del tesoro de Venecia. Yo no andaba muy sobrada de comida, como ni de dineros; pero nunca hay falta donde traza sobra, en especial en esta ocasión, en la cual con el dedo se adivi-

nara que era muy cierta la merced de Dios, que así se llaman huevos y torreznos con miel. Fué de gran consideración para mis trazas que no había otra persona al meson sino sola yo, porque una criada, y mal criada á lo que dijo la Sancha que tenía, se le había ido de casa, y á lo que piadosamente se cree, con un requero que la trajinó hacia Santander, donde son los buenos besugos y frescos. (fish) *merced*

Como anduvimos la vieja y yo haciendo san Juan, traspalando mil géneros de baratijas que tenía escondidas, por temor que tenía de que los estudiantes se las hiciesen declinar jurisdicción, quedé muy cansada, y no me espanto, porque yo no la ayudé á nada ni la ayudara, aunque la vierna echar los bofes á tarazonas, antes me holgaba de verla despeada como puero en camino de feria. Parecíame que para lo que había que nos conociamos, bastaba que la alumbrase con un candil tan trabajoso, que á puro amecharle me dolían los dedos: maldita sea tan mala invención como fué la de los candiles; he oído decir que todos los malhechores tuvieron parte en la invención de los candiles, y que inventó el garabato un gitano, la punta un ladrón, la torcida un judío triste, la crisuela una vieja, y el cazo un tavo, y el atizador una sodomita, y el fuego trajeron prestado de una aldea del infierno. Miren qué aliño para no me cansar yo en entender con este malhechor; la pobre Sancha Gomez, con el ansia de acabar su tarea y componer las alhajas de su casa, no cesó hasta que todo lo puso en buena razón y gobierno. Solo su cuerpo quedó desgobernado con el desmoderado cansancio de las idas y venidas del bodegon al aposento, y tan molida y quebrantada de piernas y cuadril y caderas, que le fué forzoso en acabando estas diligencias irse derecha á la cama, aunque no muy derecha, pues á cada paso se le torcía el cuerpo, de modo que parecía que iba sembrando cuartos de mesonera ó que era morcilla al aire. Desnudóse, y como iba sudando, y el desnudar era tan espacioso, resfrióse, y con esto le sobrevino al cansancio un dolor de panza tal, y con él tan apresurados cursos, que entendí serle mas fácil el parar que el parar; dos mangas de arcabuceros no trajeran mas obra á inquietud que ella. Al cabo se echó; ya la tuve un adarme de compasión, y quisiera acudir á su consuelo, viendo lo que por ella pasaba; verdad es que si alguna era mi compasión, mayor era la pasión que yo tenía por mirar en cuál lugar ponía la mesonera el tuson, digo el cordelejo untado, con el pendiente de la llave de la alacena; porque me importaba para mi traza, que no era mala. Como estaba tan congojada y decía á veces que se moría, pensé que también se le muriera el cuidado de la llave; mas si no lo han por enojo, después de desnuda y en camisa, la puso otra vez al cuello en lugar de gargantilla; miren qué hábito del Carmen. Lo cual parte me hizo reír, porque se me acordó del morisco que comulgó para morir, puestas las manos, y tenía entre ellas muy apretada la bolsa, y en parte me hizo rabiar, de ver que mi traza se iba descabalando, que en fin, entre aves de caza, primas y oficiales, en el primer

vuelo se adivina el alcance y se ven las ventajas. Mas con todo eso volví sobre mí, considerando que no hay castillo roquero ni alcázar ptrechado que deje de rendir su entono y descervigar su presuncion si se ve sitiado de una perseverante estratagema ó imaginacion constante, determinada á morir ó vencer. Acrecentó mi ánimo ver el poco que tenia la vieja. Ello la diablesa de la Sancha estaba perdida, y quejábase de modo que, á no ser mal conocido, yo pensara que hacía cuenta con pago. Pluguiera á las ánimas de purgatorio, que si así fuera, á fe que habíamos de ser herederos *ab intestato* Araujo y yo. Pero guardábame la ventura para serlo *in solidum* de la morisca de Riaseco, segun verás en el tercer libro, que ya asoma la caperuza como la sota de bastos. No dicen que el gato hizo un testamento, en que mandó á sus descendientes todo lo puesto á mal recaudo, y por no se hallar presente el gato, entró el raton *ab intestato*, con decir que él y el gato se parecían en el color del pellejo; y viniendo el gato á cobrar su testamento, el raton lo tragó y royó, á cuya causa quedó perpetua disension entre gatos y ratones. Pues segun eso, bien pudiéramos Araujo y yo ser herederos *ab intestato* de Sancha por la parecencia, puesto que Araujo se le parecia en lo bobo, y yo en lo mesonático. Pero dió en no se morir, y yo en que con su candil habia de encontrar la merced de Dios con miel encima, como dijo el hobo.

APROVECHAMIENTO.

Débense guardar las viejassencillas de mozuelas, que con halagos conquistan no tanto su amistad cuanto su hacienda.

2.—DE LA BIZMA PEGAJOSA.

Seaxillas de piés cortados.

Sancha Gomez mesonera-
En su meson recebi-
A la Pícara Justi-
Y al mochillero barbe-
Linda trinca por mi vi-
De mazo, fluj, y prime-
Tomaron la posesi-
De la apacible posa-
Y la Sancha los rega-
Mas llevó su mereci-
Que quien hace bien á rui-
Jamás espera otra pa-

La primera que oyó ficciones en el mundo fué la mujer. La primera que quimerizó y fingió haber remedio cierto para muerte cierta fué ella. La primera que buscó aparentes remedios para persuadirse que un daño claro habia remedio infalible fué mujer. La primera que con dulces palabras hizo á un hombre de padre amoroso padrastro tirano, y de madre de vivos abuela de todos los muertos, fué una mujer. En fin, la primera que falseó el bien y la naturaleza fué mujer. Dirás, hermano lector: Pues, Justina, ¿adónde apuntan los registros de ese breviario? Anda, déjame, letorcillo, que en haciendo un pinico de predicadora, luego me tiras nabos. ¿Sabes á qué voy? A que nadie se espante

si nos viere á las mujeres fingidoras, disimuladas, recetistas, bizmadoras, saludadoras, y todo sobre falso, que todo es heredado, y mas que yo me callo; y tambien voy á contarte lo siguiente. Ofrecióseme decir á Sancha, la mesonera que te he referido, que aquel hombre que venia conmigo, á quien ella habia visto apearse, era el médico de mi lugar, y que era muy inteligente y cursado en semejantes necesidades; y pardiez, arrojáme á esto, porque me hice cuenta que lo que allí habia que curar entre él y yo lo podíamos recetar, y dar una higa al médico, y dos á la bolsa de Sancha, y tres á la alacena, y mil á otras mil cosillas y adherentes necesarios. A este fin despaché á mi mochillero para que diese priesa á Bertol Araujo y que acabase de negociar en la plaza de Regla, y viniese, porque importaba. Salíó el muchacho tocando con la boca la trompetilla como pastareal, que era este su ordinario caminar. Mas cuando el muchacho salia del umbral del meson, ya Araujo venia cargado de ventosas, y aun de penas, á causa de que por haberse parado á ver una mona, se le habia caído una ventosa en el duro suelo. Y temiendo la estrecha cuenta que de ella habia de dar á su mujer en Mansilla, á quien temia como al fuego, comenzó á llorar, de modo que las lágrimas hacian correa, como si llorara arroje. Ello no me espantó que el hombre temiera aquella mujer, porque solia ella decirle al Bertol: Hola; Araujo, no me hinchás las narices, que por esta señal que Dios aquí me puso, y era un lunar, y por aquella luz que salió por boca del ángel y por el pan, que es cara de Dios, que esa tu cara te sarge. Miren, ¿quién no la temiera? Esto alegaba él, y añadía: Señora Justina, ¿ella no sabe que en toda Mansilla no la saben otro nombre sino Muerte supitaña? Pues ¿con qué ojos quiere que vaya yo á verla enojada? Querria mas ver cien diablos. Yo le consolé, y dije: Por cierto que me parece que ese su mal tiene tan fácil remedio como el hastío de la mula enfrenada del vizcaíno y el estar la roseta del sombrero adelante, que lo uno se curó con quitar el freno á la bestia, y lo otro con volver barras al sombrero. No diga él que compró mas de siete ventosas; y si pidiere cuenta del dinero, dígame que lo gastó en cebada, que hombre como él es forzoso gastar mucha cebada por estos caminos. Con esto quedó mas sosegado que el cornudo, á quien, llevando á degollar á su mujer porque habia parido de solos cuatro meses y medio, le dijo uno: Hermano, cuatro meses y medio de día y cuatro meses y medio de noche son nueve meses, y así vuestra mujer es nueve mesal; con lo cual dejó el cuchillo, diciendo: El diablo me lleve si te mato.

Tras esto le dije en cifra la burla que tenia pensado hacer á nuestra huésped; mas hablarle en cifra era hablarle en arábigo. Fuéme forzoso llegarme mas hácia él y decirle pan por pan lo siguiente: Amigo, yo he dicho á esta mesonera que sois médico de nuestro pueblo; tomalda el pulso y salios luego conmigo afuera, que yo os diré lo que habeis de hacer y lo que nos puede valer la trama si se teje. Ya yo le tenia acreditado con la mesonera, y díchole, á lo menos mentido de dos ó

tres curas milagrosas que habia hecho en mi pueblo, y que nunca hombre que él curase se murió. Todo verdad lisa, que eso de verdad siempre me precié de ella. Hizo lo que le dije, que era puro para rocin de talona, segun era de bien mandado. Solo lo que él exceptuaba en todos los mandamientos era que no le estorbase el llevar con cabezadas los compases á quien le hablaba, y que no le mandasen hablar, porque para semejantes ocasiones nunca tenia palabras hechas. Entró pues á la cama de la huéspeda, de la cual á una pocilga no habia diferencia. Sentóse el médico graduado en mi escuela; tomóla el pulso, el cual con la inquietud andaba tan recio como mazo de batan. Advértile por señas que la hiciese sacar la lengua, y la tentase estómago, hígado y espaldas, haciéndola volver y revolver barras por momentos. No hago caso de decirte cómo nos hizo ver visiones; solo digo que en estas tentativas se le aumentó el resfriado, y con él las quejas y deseos de que la curásemos. Hechas estas diligencias, nos salimos afuera yo y el hermano médico á consultar el mal y la cura; y á fe que he oído yo consultas de buenos médicos, que en graves enfermedades iban con menos tiento que yo en esta ocasion. Resultó de la consulta que por mi orden en un tono bajo y grave definió una receta vocal por el orden que yo selo iba diciendo, que si álguien lo oyera, mas afina pensara que era pregonar que recetar, pues iba diciendo conmigo; y acabóse el razonamiento con decir: Y no falte nada de lo que digo y ordeno. Yo le respondí amen, porque parecia mesa de órdenes, segun iba de grave y repetido. Con esto me entré adentro á intimar á Sancha mas distintamente lo que con un confuso sonido habia oído al doctor Bertol. Díjela: Madre, dice el doctor Araujo que á usted se le ha de hacer una bizma estomacica, y ha de llevar los requisitos siguientes: tomarás de lo gordo del tocino, que está mas metido y entrañado en lo magro de un pernil añejo, sin rancido ni corrupcion; derretirlo has, y con ello algo caliente fregarás las sobretipas, que por otro nombre se llama barriga ó espalda delantera, y juntamente las mejillas dentonas y molares del rostro, porque lo acuda el mal á perlesía; despues de esto la fregarás el cuerpo con pan rallado; hecho esto, harás una estopada con doce ó catorce claras de huevos, no muy frescos, sin que se mezcle yema ninguna; sobre esto harás una sufasion de miel en buena cantidad, *et fiat mixtio*; encerótenla y arrópenla. No entenderá todo esto, madre; pero lo principal y los materiales ya lo habrá entendido. Yo me ofrezco á ponerla las manos; y agradezcámelo, que con mi propia madre no hiciera esto. Manda tambien el doctor que despues de echada esta bizma, se esté queda y cubierta de ropa cuerpo y cara por espacio de hora y media, que con esto será su remedio cierto. ¿Qué me dice? ¿No me agradece la diligencia? Pues á fe que si no entendiera de ella que es liberal y dadivosa, y que en otra cosa me lo podrá pagar, no me ofreciera á tanto. Ella, que estuvo atenta á la receta, y tan medrosa que no se le ordenase cosa que costase dinero, como yo astuta en echar el cartabon de

las puertas adentro, acabado que lo oyó, dijo: ¡Oh, bendito sea Dios! que no le menester enviar fuera por cosa ninguna de las que ha recetado el señor doctor, que todo eso tengo yo de mi puerta adentro; y vos, hija, no perderéis de mí la paga. Tomá, hija, esta llave; con ella podréis sacar pan, huevos, estopas, tocino y miel. Cerrad la puerta de la calle, no entre nadie: treta vieja para decir que no le cogiésemos nada. Mas ¿con quién las habia? Yo la dije: No la hurtará hombre un pelo ni se dispondrá de nada, si no es como lo manda la receta. Fué necesario hacer lumbre; y como las mujeres somos soplonas de oficio, y no habia otra por el presente, cúpome á mí la tanda; mas por salir de este trabajo y por no rogar nada á soplos, supliqué al aceite de una alcuza que atizase por mi intencion. Remojé con ella los maderos verdes, hice una lumbre real, saqué la yema á un pernil de tocino, frella con una docena de huevos. Rechinaba el oficio, y la mesonera muy contenta, pensando que estábamos muy ocupados en hacerle su socrocio. Sacamos de pañales lo frito; pusímoslo á enfriar, mientras tanto eché en una escudilla el pringue de lo gordo del tocino, lo cual con unas claras de huevos llevé para curar á Sancha. Con esto la unté la barriga, y quedó tal, que parecia cordoban vaqueteado; con lo que sobró la floté los hocicos, de modo que parecia vendimiadora golosa. Tras esto le calafetéé todo el cuerpo con mucha de la clara de huevo y miel, con que quedó tan clarificada como pegada; tras esto la revolví las estopas al cuerpo y quedó de suerte que, en ser redonda y con pelos, parecia vellon en jugo, y en lo apretativo de las estopas y claras parecia cuba breada. Cubrila cuerpo y rostro y arropéla. Como todo su mal era cansancio y frio, con ropa y calor descansó. Dejé á mi Sancha cubierta como perol de arroz, sudando mas que gato de algalia, tan cubiertos sus ojos y sentidos, cuan atentos los mios por ir á despachar lo frito.

Cenamos, y no digo mas, porque sabiendo la cena y la gana, estése dicho el cuento. Ya que vimos á la cena el fondo y bebido de la bota de cuero de Araujo, remordióme la conciencia, y fui á destapar el perol de Sancha. Halléla medio loca de contento, dándome por lo hecho mas gracias que si yo fuera el mismo *Benedicamus Domino* en persona. Parlaba tanto y prometia tanto, que temí no se resolviesen sus promesas en palabras, y las palabras en aire, que es su fin y su principio. Ya me enfadaba, y díjela: Madre, acabe de dar gracias tan repicadas en canto de órgano; déjelas para el *Gloria in excelsis*. Ofrecióme si queria quedarme en su casa, dándome á entender que no estaba fuera de hacerme heredera de su hacienda. Yo repudié la herencia, y repudiara mil á trueco de no quedar en la pocilga de tan gran cochina, porque temí que á pocos dias que allí estuviera, me convirtiera en chinche como la doncella Onocrotala, la cual, por ser tan puerca, fingieron los poetas haberse convertido de mujer en chinche, y que desde entonces este animal, por lo que tiene de mujer, busca de noche compañía, y por volver por su honra, busca ropa limpia, porque piensen que lo

es ella. Así que, herencia de á pié quedo, yo la repudié. Verdad es que si yo me quedara en su casa, á pocos sorbos como estos yo la pusiera á ella y á su hacienda tan en delgado, que ni tuviera para qué sacarse el auto ni para qué gastar un comino para dar al escribano por la nota del testamento ó codicilo. Bien sé yo que si le preguntaran á Móstoles qué le parecia de la burla, bisma y receta, dijera mal de ella, por cuanto no se recetó vino por la cura; pero no creo yo del clementísimo Móstoles que si me oyera mi razon y viera que no era justo hacer recetas dudosas, con que se pusiera la burla á peligro de dar en vago, dejara de darme por excusada. ¿No es claro que si yo recetara vino, corría peligro el querer sacar dinero, y tras eso se habia de dar cuenta á vecino? Sí. Pues ¿qué burla puede medrar donde el secreto se extiende á mas de á dos? Antes por esta misma razon enviamos á pasear el muchacho mientras anduvimos de botica; cuanto y mas que todo tenia remedio, ni aun yole dí malo, y es el siguiente. Yo le dije al barbero: Señor licenciado, no es justo que la vieja deje de pagar la bota, pues lo bebido fué por su intención. A la verdad, si yo quisiese de bueno á bueno sacar á la huésped para vino, bien creo yo sería el lance cierto; pero lo uno, por reservarme para cosas mayores, y lo otro, porque lo hurtado es mas sabroso, y aun de mas estima, porque va por obra del entendimiento y traza, quiero que con mas maña saquemos á Sancha dinero con que remojar la obra, que anda muy seca, como dicen los oficiales cuando echan la buena barba. ¿Qué hago? Dígola: Madre, ahora solo resta, para que el mal no acuda á perlesía, que se le echen dos ventosas en los dos carrillos. No hube bien dicho esto, cuando el Bertol, que estaba encarnizado en curar la vieja, desenvainó las dos ventosas; pero antes que se las echase, de comun consentimiento la hicimos muchas mamonas, con achaque de que era necesario hacer llamamiento de humores á las mejillas, para que la ventosa los desbombase. Ya que tuvimos gastados los dedos de hacer mamonas, y las reideras de celebrarlas, echámosle las dos ventosas, las cuales encarnaron y tiraron de manera que la boca se reia renegando, los ojos parecian disciplinados, y los oídos como de liebre. Con esto excedia la Sancha á los consejos de Caton, pues no solo callaba, como él manda en la cartilla, pero ni via ni oia, ni aun pedia. Con todo eso, la cubrí la cara con la sábana, porque de lo que no se veno se da testimonio, y con dos deditos eché mano á la bolsa de Judas, que tenia colgada á la cabecera, como si fuera disciplina, y saqué á discrecion cuartos, los que bastaron para lamprear los torreznos en la sartén de mi estómago. Ya dióme conciencia de tenerla tanto en el potro; y cuando la destapé estaban tan bien medradas las ventosas, que no se le via la cara. Parecia acémila de grande con armas de bronce en la cara. También para quitar escrúpulos le dije al licenciado que si algo fuese de mas á mas, lo tomase por el trabajo.

Muchas veces me he acusado de esta gatada que hice

á Sancha, y estoy bien en que me culpen; pero no tanto como me culpó una vez un sota teólogo, que me dijo en una venta y sobremesa, sabe Dios con qué intención, que él sustentaria que el mayor pecado del mundo era retozar con la bolsa, y que esto defenderia en pública disputa. ¡Hídeputa traidor! Sin duda lo dijo por concluir que era menor pecado el retozar con las gentes que con la bolsa. Nunca argüí tanto como con aqueste cabrahigo de teología. Oye lo que le dije, que aunque esneredad meterse las liembras á tontologas, con todo eso sé que te holgarás de verme metida á teóloga. Díjele: Señor talego, digo teólogo, no niego que burlas con la bolsa traen consigo carga de restitution. Bien sé que es gran pecado; pero no hay por qué hacer alborbollas, sabiendo que una gran necesidad, aunque no todas veces excusa del todo, pero siempre excusa en parte, que aun los sabios para pintar la excusa, la pintaron muy flaca, hurtando un asador con carne asada, donde dieron á entender que no hay pecado mas excusable que aquel que procede de la necesidad de comida y sustento. Estuvo tan necio, que se puso á disputar conmigo, como si yo fuera la misma universidad de Bolonia, y arrojaba terlogías de dos en dos como pernadas de mulo, que no habia quien asiese una. Si alguna dijo que se le pudiese apuñar, fué que mirase que por gula se perdió el mundo. Yo pardiez, como vi que la teología me habia venido á las manos, díjele: Ahí verá que este pecado de la gula no es tan desesperado, pues aunque fué principio de nuestros primeros males, también fué ocasion de nuestros postrimeros bienes. Tomaos con Justina, si se ha emboscado por el paraíso terrenal. ¿Qué pensaban? Concluí la disputa con darle un corregimiento hermanal, diciendo: Hermanito, ya que es sembrador, no me siembre de espinas el camino del cielo; distinga entre el ser golosa y pecar contra el Espíritu Santo; no quiero decir que no es mal hecho, que cristiana soy, y bien se me entiende, que comer á costa ajena no está en ninguna de las obras de misericordia, sino cuando mucho estará á las espaldas de los cinco sentidos corporales, juntico á los tres enemigos del alma, sino que es malo y remalo; pero no nos quiera decir que todos los pecados son de una marca. Ya me iba enojando contra los espantadizos; mas yo les perdono, con que rueguen á Dios me dé con qué restituir estas y otras burlas; porque no piense alguno que me ha de acontecer lo que fingieron haber acontecido á Eutropolo, que era gran burlon, conforme al nombre, y porque pagase sus culpas le convirtieron en mona, á la cual los muchachos hicieron muchas burlas, hasta tanto que lastó sus maleficios en el mismo género de sus ofensas. Ello no es posible este metamorfosis; mas cuando mis culpas lo hicieran posible, solo me consolara con que hay ya en el mundo tantas monas de medio mogate, que si yo lo fuera, fuera entre tantas monas monarca.

APROVECHAMIENTO.

Permite Dios por justo juicio suyo que quien gana

hacienda con engaño sea engañado de otros en honra, salud y hacienda, porque pague en la misma moneda sus delitos.

CAPITULO III.

Del bobo atrevido.

Liras semininas.

Es muy recio
El tiro del dios rapaz;
Y mas necio
Quien sustenta paz
Con el, que al mejor tiempo echa el agraz.
¿Quién pensara
Que el rey de la afición
Intentara
Tirar á un bobarron
Flecha, saeta y dardo al corazon?
Mas sin pensar
Le hizo tal herida,
Que á perseverar
Justina dormida,
Hubiera de caer de recudida.

Sentíame muy cansada, y para remediar mi mal, determiné de echar la comida. Quiero decir, echarme yo y la comida sobre la cama, que eso llamo yo echar la comida. Quiero confesar una verdad, aunque no la doy de diezino, que según son pocas entre año, mas gana conmigo el alcabhalero de las mentiras que el dezmero de las verdades. Es pues la verdad ciclana, que si el barbero Araujo fuera de otro humor, sin género de duda afirmo que no me atreviera á dormir sola en el meson tan junto á él, que el hombre solo y con mujer fué simbolizado en un nogal, junto á la hortatiza, la cual con su sombra se enflaquece, y con sus nueces se deshace. Mas como era un cuitado, parecióme que no se le entendia cosa de provecho, y que cuando tuviera algunas trazas, fueran enfermas, que no pasaran del quinto, aunque del quinto al sexto no hay mas que un tabique en medio. Con esto me acosté tan segura de que él cantara el alamire, como de que podía yo dormir de remi fa sol la. Pero no hay que fiar en esta materia de hombre nacido, que antes las personas mas arrocinadas son mas tocadas de este muermo. Por esta causa fingieron poetas que animales, como son cisne, águila, cigüña, pato, íbice, elefante y centauro, han acometido diosas celestiales. Dijo bien un filósofo de entre cuero y carne, que la pasion de procrear era muy divina y muy humana, muy alta y muy bajaza; por la parte que tira al bien comun es tan divina, que pretende que las bestias puedan arribar á las nubes, y por la parte que es tan terrena pretende deprimir las nubes. Como esta es cosa que no consiste en perfiles de razones ni en bemoles de palabras ni en curiosos ardidés ó estratagemas, por mi fe que estos asnos presumen de que para el caso hacen al caso mejor que los discretos. Verdad es que se explican mal, pero Dios nos libre de burros en descampado, que como no saben de freno ni le tienen, con todo atropellan.

Así que, estando yo durmiendo á sueño suelto, pasada ya la media noche y digerida la mona, me cantó el gallo muy cerca, y despertóme, y á no tener pepita, me

fuera mal con él. Fué el caso que el señor doctor Bertol queria hacer otra cura en casa, y no la huésped. Echen la buena barba, y vean á quién cabia el miedo. Yo debo de ser. Triste de mí, si no supiera conjurar fantasmas de entre once y mona. Yo que le sentí el humor, y adiviné de qué pié cojeaba el muy licenciado, díjele muy de priesa: Señor Araujo. Ce, ce, ¿no oye? Escuche, escuche, ¿no sabe? Estése quedo, no haga ruido. ¿Oyeme? Oya. El con esto detúvose, y aun creo, si fuera mujer, se le rayara la leche, según tomó el espanto, á lo que él despues me confesó. Señor Araujo, dije, sepa que despues que se acostó han venido un monton de huéspedes, y yo por lástima que he tenido de esta pobre mesonera y porque no pierda la ganancia, los he hecho las camas, y acomodados los todos. Ahí junto á su cama está uno, y dice que es muy pariente mio, y me da muy buenas señas de que conoció á mi padre y á mi madre. Por su vida le ruego dos cosas: la una, que si le preguntaren si es mi pariente diga que sí, porque tiene traza este hombre de matarme, si sabe que estoy aquí con él, sin ser mi pariente, y parece un Roldan. Lo segundo, le ruego que pise paso porque no los despierte, que vienen cansados y molidos de romería. Si se ha levantado á buscar jarrillo de orinar, hácia acá no hay, maldito sea aquel por ahora; yo le vi anoche debajo de su cama hácia los piés, búsquelo bien, que alí lo hallará, ó si no, váyase al hospital de las cien doncellas (el hospital de las cien doncellas llamaba él el corral, por las tejas que en él destilan agua, y habléle en su lenguaje). Añadí: Tórnese á la cama, y duerma un poco, que ya casi será tiempo que tomemos las del martillado. Con esto amainó. ¿Has oído mi traza? ¿No has atendido cómo en ella acudí á todo? ¿Qué portillo dejé por cerrar? Qué razon sobró ni faltó? Y despues dirás que las mujeres somos indiscretas é incapaces y que por eso no nos dan estudio. Engañanse, y crean que si nos niegan el estudio es porque de antemano sabe mas una mujer en la cama que un estudiante en la universidad desojándose. Es nuestra ciencia natural, y portanto las ciencias de acarreo son de sobra. No conviene que á las mujeres nos ocupen en estudios que duren de media hora arriba, porque si tal nos ocuparan, se acabaran todas las buenas trazas repentinas. Los hombres trazan de tarde en tarde y con tinta y pluma, nosotras en el aire, y por eso, para que se conserven las ciencias repentinas, no es justo nos ocupen en las de asientos. ¿Qué predicador ni qué Apolo pudiera con mas presteza remediar un peligro como el que yo remedí con solas cuatro palabras? Acaba pues de creer que hay sofias, y que son mujeres. El bueno del doctor fantasma, como me oyó decir que habia en el meson gente y tanta gente, y pariente mio aroldanado, no solo no me habló, pero comenzó á temblar y á mover el aposento á puro temblor, tanto que pensé quedara como otro Cain, conocido por malhechor; pero no era su culpa tanta, pues no hubo sangre. Solíame decir mi madre: Hija, tú fueras buena para falso testimonio, porque te levantas tarde; pero en esta ocasion como sentí la mosca,

avivé, levánteme y vestíme, y aun si hallara una cota me la atacara. Y no contenta con esto, me fui junto á la cama de la mesonera, con achaque de que iba á saber de su salud; mas la verdad era que me pareció á mí que junto á ella no podía correr peligro mujer ninguna, que así como á la oropéndola ninguna vez la conoce el macho en el nido porque le tiene sucísimo, así junto á tan sucio nido no me parecía á mí que corriera peligro mi honestidad. Ello pardiez, que si allí viniera, que lo habia de pagar la vieja, porque á repelones la habia de sacar la bizma de claras de huevos y flotar con ello la cara á Bertol. Levantóse por la mañana Araujo, y como me vió vestida y en talanquera junto á Sancha, el meson sin gente, toda la casa yerma, que parecía casa de encantamiento ó aventura de Galiana, echó de ver su necedad y mi discrecion, y de espanto comenzó á dar manotadas en seco, parecia gato que está á caza de pardales en punta de canal de tejado, y al querer hacer la presa, da una gatada en el suelo, por causa de querer echar al aire las dos manos en que estribaba. Este no tenia de dónde caer alto, porque siempre andaba á burra, sin peligro de poder caer de ella; mas lo que es dar manotadillas en seco, como gato burlado, dábala que era un contento; corrióse de ver que le habian entendido la treta, y defendiendo el saco y tanto de corrido y avergonzado, voló sin decir siquiera á Dios que me mudo, y ya disimulara con que no me dijera á mí quedad con Dios, pues estaba excusado de ofrecerme salud de Dios quien me habia intentado enfermedad del diablo; pero el no pagar la posada con un decir, señora huésped, mire que vuelvo barras, fué recio caso.

Para remate de sus desdichas y principio de sus temores, se le olvidaron en la cabecera de la cama de la mesonera cuatro ventosas y una venda de sirgo, que él decia que le habia mandado su mujer comprar para sangrar las damas, y entre ellas á un muy melindroso capon de mi pueblo, que se sangraba muchas veces del tobillo, y á pesar del diablo, que le habian de poner una venda de sirgo; á este llamaba un sobrinito mio mamá, taita, por verle sin barbas; pérdida fué esta, por la cual fué áspidamente reprendido Bertol Araujo de su mujer, á quien llamamos Muerte supitaña. ¿Qué diré? Hasta los tiros de la espada dejó olvidados. Negro tiro fué el suyo que tan mal salió; pienso yo que los vientos no llevaban mas ligereza que aquella con que la vergüenza le sacó de la posada. Aquí verán que tuvieron razon los que pintaron á la vergüenza con alas, pues el vergonzoso cuando huye vuela. Y por eso dijo el refran: El toro y el vergonzoso poco paran en el coso. Aunque sea anticipar cuentos, es muy donoso el que me aconteció con Araujo en Mansilla. No habia darle un alcance, que la vergüenza de no se haber careado conmigo le hacia no carearse ahora á las derechas; ya una vez no pudo dejar de verme en mi casa, porque le hice llamar para sangrar un huésped que estaba en ella, de quien él sabia que tenia tan buena sangre en la bolsa como en las venas vino; y no le quise hablar hasta que

hiciese la sangría, por no le alterar la mano con el miedo, como el emperador cuando, para sosegar un barbero medroso de ver á su majestad, le tomó de la mano; ya que acabó, hice encontradiza con él, y díjele: Señor Araujo, esta es buena hora para sangrar; pero en horas desacomodadas, avísole como amigo, que no use oficios que no son para hacer á tientas; y dígame, mame-luco, cómo se ha atrevido á venir á mi casa, que nacen en ella Roldanes de la noche á la mañana, que son espantavillanos. Estas y otras mil gracias le dije buenas, pero á hablar con un discreto; pero decir semejantes gracias á tontos es como quien prueba corneta donde no hay eco. Con todo eso si alguna vez estubo menos necio, fué entonces, que me dijo: Señora Justina, ¿qué se le antojó decir que habia tanta gente en el meson del país de marra? ¿A media noche ve visiones? Yo le dije: ¡Ay, el mi buen Bertol, buen Bertol! Y aun por no ver yo una, dije que via tantas. Diga, bambarría, al maestro cuchillada; con mesonera burlona quiere burlas en meson; ¿no sabe que yo en meson estoy como Anteon sobre su madre la tierra, que nadie le podia hacer mal ni de veras ni de burlas, y él á todos sí? Pues aprenda, y para semejantes trances busque aprendizas, que yo he comido muchas guindas y tirado muchos huesos, y descalabro con ellos.

APROVECHAMIENTO.

No hay hombre que, estando con mujer á solas, comunmente sea seguro en caso de sensualidad; y aunque mas ignorante sea, antes deben ser reprendidas las que, con decir Fulano es un ignorante, excusan su flaqueza y falta de recato; siendo esta razon que antes acusa que excusa, pues la ignorancia es la que carece de freno, y suelta las riendas en semejantes casos.

CAPITULO IV.

De la partida de Leon.

1. — DE LA DESPEDIDA DE SANCHA.

Soneto.

Justina se despide, y pide á Sancha
La paga de la bizma y medecina,
Y porque dé de sí la muy mezquina,
La aprieta con sus brazos, aunque es ancha;
Y como la lisonja siempre ensancha,
Dió de sí, y dió truchas, miel, cecina.
¡Oh omnipotentísima lisonja!
¿Cuánto vales, cuánto puedes, cuánto enseñas,
Y mas si te encastillas en mujeres?
Allí del bien ajeno eres esponja,
De allí vences durezas, rompes peñas,
Lo que quieres puedes, y puedes lo que quieres.

Es uso en la ciudad de Leon, á lo menos entonces éralo, ahora no sé si se ha quitado con los diez dias; digo que era uso que á las cuatro de la mañana el abogado de una cofradía en voz muy alta iba por todas las esquinas de las plazas diciendo á voces: Encomendáreis á Dios las ánimas de Fulano pillettero y de Fulana pillettera, y por aquí iba echando una letanía de gente del otro mundo; y como yo aquella noche habia estado

tan despierta, que habia contado todos los relojes, y estuve atenta al pasar este pregonero eclesiástico, espantóme y duróme el periquillo hasta que la Sancha me refirió la corónica de la cofradía, y no con poca devoción. Despues acá me ha parecido que sería bien mandar quitar aquel uso, que quien oyere aquello á tal hora, pensará que ó es cofradía de trasgos ó zorra de morrazos. En esta sazón me acabé de vestir, y fuí á dar los buenos dias á mí burra, y ¿qué tales los tenia ella con estos bodorrios? Volví arriba á tomar la bendición de la gran Trapisonda de mi huésped, y preguntóme qué hacia el licenciado, que no la via. Yo le dije que habia partido muy de prisa aquella mañana, que las causas de irse así habian sido muy urgentes: lo uno, porque, á lo que yo creia, tenia mucho que curar en Mansilla; y lo otro, porque él habia allí en Leon ordenado una sangría á una persona en sana salud, la cual yo sucedió bien, y por temor de que no le denunciassen, se habia partido; y verdad es, añadí luego, que el no tuvo la culpa, porque la misma persona que él queria sangrar le dió ocasion, y antes me espanto cómo no la desangró, segun ella anduvo descuidada y dormida. Así lo creo yo, dijo Sancha Gomez, que no tendria la culpa el señor doctor, que se le echa á él muy bien de ver que es muy cuerdo y atinado, y por mí lo veo, que nunca hombre tanto bien me hizo, ni médico me curó tan diestramente; y cuando mas señales no hubiera en él para ver cuán honrado, cuán discreto, cuán cuerdo y cuán bendito es, bastaba ver las pocas palabras que habló. Por tu vida, oyente mio, que, aunque te parezca fuera de propósito, me escuches y juzgues si tengo yo razon en una cosa que te diré. Sabrás que no hay cosa que mas ofenda y dé en rostro que oír y ver que algunos, y aun muchos, alaban y engrandecen á algunas personas bobas de ejecutoria, sin otro fundamento, principio ni razon mas que decir Fulano es discreto, es santo; ¿sabido por qué? Porque no habla, porque no dice gracias, porque no se burla, y hoy dia hallarás en las repúblicas y comunidades que unos necios desconversables, inpolíticos, groseros hacen favor á algunos personajes por decir que no hablan. Aquí de Dios, y válgalo el diablo, como decia el bobo, si estos no saben hablar, ¿qué mucho que no hablen? Qué universidad jamás graduó de doctor en callar? Qué virtud puede haber donde hay fuerza? Luego si estos no callan por no poder y no saber hablar, ¿por qué han de dar nombre de virtud á lo que ellos mismos quisieran excusar? Dirá la otra vieja roñosa: Hija, ¿no ves el seso de Fulanita, que ni rie, ni burla, ni dice gracias ni donaires, ni es chocarrera? Diré yo: Pues ¡vieja maldita! ¿hay cosa mas fácil que dejar de hacer lo imposible? Pues ¿por qué alabas en aquella lo que le es forzoso? ¿Qué donaires quieres que diga quien si se echa al aire no tiene alas con que volar? Qué gracias quieres que diga quien por naturaleza salió en desgracia, como las tres hermanas, que son las madres de las gracias? Qué burlas quieres que haga quien no sabe qué son veras ni qué son burlas? Lo que yo entiendo es, que

como algunas veces hay tontos mudos en buenos oficios, acreditan otros tales, por calificar su patrimonio y aperdigarlos para que sus oficios se hereden en personas tales; y lo que peor es, que discretos habladores favorecen á veces tontos mudos, parte porque los han menester para campear junto á ellos, como rosa entre espinas, parte porque presumen que los tales, como no hablan, no hablarán sus males, y de estos se fían por ver que tienen siempre el secreto en el pecho, y yerran; lo que antes estos tontos medio mudos, como no saben hablar en canto de órgano, una vez que abren la boca es para decir en canto llano las verdades que saben, tope á quien topare. En fin, que tienen en el pecho secreto, y en la boca secreta. No alabo el hablar mucho, que bien sé que es gran mal; bien sé que es resolver el alma en aire y dar la llave del castillo al enemigo, Dios nos libre y nos guarde, y que contiene otros mil males, que la lengua los calla, por no escupirse á los ojos; mas lo que vitupero es que se tenga por grandeza y blason decir que uno no hace lo que no sabe, y que sepa callar quien no sabe hablar. Si el que no habla es porque no conviene, santo y bendito, ese tal es digno del lauro de un Hipócrates y Ajenore; pero que ese se dé á un callon de por fuerza, es necedad, y por tal la declaro por estos mis escritos. Bien está, tornemos á poner los bolos, y vaya de juego, que no quiero predicar, porque no me digan que me vuelvo pícara á lo divino y que me paso de la taberna á la iglesia; solo dije esto á propósito de la mesonera, que alababa al doctor Bertolo, no solo de gran médico, pero de hombre de pro, porque hablaba poco; concertáme esas medidas; ¿qué tiene que ver hablar poco con ser buen médico? Como si el ser médico consistiera en abogar en el tribunal de las parcas para que de hilanderas se tornaran en ser cocheras, para traspasar gentes de muerte á vida. Veán aquí lo que yo digo: Esta Sancha, como era una jumenta, cuadróle aquel asno mudo; pues dime, vieja de berceguey, si todo el mundo fuera mudo, ¿quién te relatara la bizma que te sanó? Sino que ya es refran viejo: Lo que ignoran baldonan.

Una cosa dijo Sancha, con la cual yo estuve muy bien, porque la estuve aguardando el envite al embocadero. Pésame, dijo Sancha, que se haya ido el señor doctor sin decirme nada, que quisiera yo darle un muy buen regalo por el trabajo. Ya yo sabia que la ausencia aumenta los regalos de boca, y á poco los de obra, que por eso pinta á la ausencia con la lengua de fuera y las manos cortadas; y porque esto no tuviese lugar, determiné hacer conforme al antiguo refran, que dice, cuando le ofrecieren la cochinita, etc., y en cumplimiento de ella dije: ¡Ay, señora! si usted tiene aficion al doctor, mi primo, que mi primo es, y tiene gusto de obligarle, no lo pierda por estar ausente, que yo se lo llevaré, que aunque sea una trucha ó cosa fresca, llegará muy buena á Mansilla, pues me parto ya, y he de caminar con la fresca de la mañana. A ella creo le pesó de haber regoldado la oferta de regalo; mas como la habia hecho con tanto ahinco, y yo fortalecídola con

mayor y tomado los puertos á todos los perros que podían estorbar su intento, no tuvo lugar de tornar la habla al cuerpo. Replicó : Pues, hija, ¿qué os parece á vos que se le podía enviar que le estuviese bien? A mí bien se me ofreció decirla : Pues, madre, ¿ese es el buen regalo que teníades aparejado? Mal aliño tiene de dar regalo quien no tenía determinado nada; pero no me pareció ir en esa letura, antes para alejándralla, así del ordinario bordon de lisonjeros, diciendo : Madre, en casa llena presto se guisa la cena. Tiene la casa tan proveida de regalos, que el menor se puede dar al príncipe y á la principa, cuanto y mas al doctor, mi primo; mas pues lo pone en mi albedrío, paréceme que aquel jarriello de miel que tiene en la alacena será allá muy estimado, y yo me amañaré bien llevarlo, si va así lleno como ahora está; porque si se vacía algo, batucarse ha todo, y perderá la miel su fuerza, y por mucha cuenta que se tenga se caerá y verterá toda. Fué razon concluyente; y allá á tragantones y con hartas contencencias me la dió. Paréceme que si la Sancha cupiera dentro del pipotillo de la miel se me metiera en ella segun se le fueron los ojos tras él; al punto que me hizo la entrega no hacia sino destaparle y mirarle como si me pidiera que le diera testimonio jurídico de algun cuerpo muerto que me depositara allí. Harta gana tuvo ella de pedirme que la dejase mermar algo de la miel; pero para si esto me dijera, ya yo habia reparado el golpe con lo del batuquerio y derramamiento.

Tras esto metí yo mi cólera tambien, y dije : ¡Ah, señora, para mi primo se hizo la tierra de promision, que manaba leche y miel, y para mí no darán agua las piedras! Pues á fe que si no fuera yo nacida, que vuesa merced fuera muerta, y con los muchos no apedreé yo las viñas. Si yo comiera miel, no se me diera nada, que de este regalo partiéramos yo y mi primo; mas soy muy poquito gulosa de cosas dulces; ea, reina, siquiera porque me acuerde de ella en mis pobres oraciones. Quiso Dios que oyó las mias la vieja, y me dió un pedazo de cecina que tenia debajo del almohada, no tan frio como puerco, y una gargantilla de abalorio, un rosario melonado bien labrado de azabache tan fino como yo, y lo que mas es, me dió la llave para que yo sacase estas galas de una arca, donde tenia este flete, en un escaparate hecho de ochos y nueves. Yo por pagarle la confianza que de mí hizo, le cogí un espejo del arca. Merced fué que le hice para que no viese su maldita cara, y se ahorcase como arpia; mas no haria, que yo la vi tocar en los cristales de una herrada de agua, y no desesperé ni se ahogó. De gasto de cebada y costa de posada no hubo memoria, que cuando corre la ventura, las aguas son truchas.

Créeme que un avariento la vez que da es Alejandro, es como Zapardiel cuando sale de madre. Yo hallo por mi cuenta que tanto da el avaro como el franco, sino que el avaro lo da de un golpe, y el franco de muchos; el liberal como siempre piensa en el dar, siempre piensa en el retener, y así salen de sus manos las franquezas con freno y falsas riendas; pero el avariento da sin freno, por-

que da con deseo de poner fin de una vez á todos los dones. He oído referir de Séneca, que en materia de espontáneas donaciones se atenia á los dones de avariento vivo y testamento de liberal muerto; y en el libro de Jauja se refiere que cierta gata era bodegonera, y tenia en su servicio otra gata, á quien encargó ciertas varas de longaniza para que las vendiese á palmos; vino á la tienda cierta garduña amiga suya á comprar ciertos palmos de longaniza; quisola hacer cortesía y dar buen palmo, y pareciéndola que palmo de gato es muy estrecho, se hizo cortar las uñas, y con ellas cuchilladas en largo, le midió el palmo tan largo como su voluntad. Pidióle su ama á la gata razon de tanta perdida y de un medir tan sin medida. A lo cual respondió : Quien mide á amigos no puede medir con uñas, y por eso me las quité. Y si el palmo salió grande, yo no excedí el mandato de usted, porque palmo hecho de uñas de gato, palmo de gato es; entonces la gata señora dijo con grande prosopopeya esta sentencia : Sin duda que la vez que hace merced un gato es Alejandro. El emboque de la aplicacion me perdona, pues ves que le dejo por estar la bola tan junto á barras, que entre buenos jugadores pasa por hecha. Bien te pudiera traer el jergológico del gusano de seda, el de las hojas del oro, y el del cáñamo; mas no quiero, por cesar de ser coronista de esta mensonera de la pestilencia; solo te digo que harto bien pagué su liberalidad, pues sufrí que me abrazase, ó por mejor decir, me ciuchase, y yo la medio abracé. Digo medio abracé, porque para abrazarla por entero fuera necesario un arco de la cuba de Sahagun. Tambien sufrí derramarse sobre mi albanega ciertos lagrimones de oveja vieja, y me retozase con sus claras, olor y estopas, que tuve bien que hacer en sacudir de mí tascos y pegotes.

APROVECHAMIENTO.

La hacienda mal ganada siempre paga censo á malos y á buenos, que contra el ladrón los unos sirven de verdugo, y los otros de jueces.

2. — DEL DESEÑOJO ASTUTO.

Sétimas de todos los verbos y nombres cortados.

En el capítulo siguiente.
Se cuenta un cuento admirado.
De un bachiller disparatado.
Necio, bo-loc, imprudente.
En quietud se cumplió el refrán.
Que tras cornu- apalea-
Y tras los cuernos penitencia.

Sali del meson con la furia que sale el impetuoso torbellino impelido del Eolo enojado, y aunque pasé por mi primera posada, no me dió temor ni los pavones ni la mesonera, porque los unos tuve por cierto que estaban ven cartis pitis, y la mesonera, á ley de creo, habia trabado la ejecucion en los muebles del bachiller. Mi burra iba cargada y sin peligro de que el aire la llevase á transformar en canícula, á causa de que mi criado y yo habíamos metido en las alforjas mas especies de cosas que

cupieron en el arca de Noé; porque como mi mochillero entendió la vida y humor de su ama, también él hacía por su parte tiros, mochilla y levadas, conforme á su capacidad, que no se puede pedir mas á un muchacho de poca edad. Seguía el arte y entendíala, y vilo en algunos buenos tiros que hizo á inocentes platerillas. Mucho me debe aquel muchacho. Hícele hombre, que si yo no fuera tamboritera, no saliera bailar. Aunque salí de Leon por la misma parte que entré, y dije mal de las entradas, me parecieron bien las salidas, que las tiene Leon muy buenas, muy mucho; entiéndese, si las salidas son para no volver jamás, como yo lo he hecho. Veníamos cantando yo y mi lazarillo, que el cantar alivia el cansancio, y aun la burra rozó su poquito bien, viendo echar el bayo á un burro que la salió á recibir, el cual para medir lienzo no le faltaba todo. No me alabo de lo que canté, porque no falta quien diga que en las mujeres en cuanto crece la dulzura del canto, mengua la inclinación á las virtudes, sino de que dije coplas que me parecía que se me hacían de mohatra. No me espanto que cantase Marta después de harta, que el canto fué el padre de las musas y abuelo de la poesía; y el Parnaso fué corte de la poesía, por ser paraíso de los deleites.

Con este ejercicio fué mi burra viento en popa hasta encimarse y arribar á la cumbre del portillo de Mansilla, y en viéndose á vista de mi pueblo, cayó; mas la noble é hidalga burra se levantó en un punto mas orgullosa que antes, de modo que me dió al alma. Sí, aquella burra, como era ciudadana y reconoció tierra de villa, al caer hizo lo que Julio César, que cayendo dijo: Téngote, Africa, no te me irás. Todas estas aventuras y conceptos me llevaban empapirrotada el alma, y con próspero viento marchaban mis sentidos á tomar puerto en mi querida villa, que es naturalísima cosa á una mudanza acarrear un deseo de sosiego, y un extremo otro extremo; porque como desde el príncipe hasta el último gusano ó polvo terreno todas las cosas están armadas en el fuste de la mudanza, es claro que por no salir de quien són, jamás toman ningun puesto, sino es para que sirva de paso y tránsito.

Algun miedo llevaba de si el bachiller melado, parte de cansado y parte de enojado, me aguardaba en el camino; y como sea verdad que un fiel corazon nunca engaña, por la parte que tiene correspondencia con principios, aun mas altos que el mismo cielo corporal, tampoco en esta ocasion me quiso ni pudo engañar. Dicho y hecho. Al revolver de una peña cortante le encontré muy melancólico y pensativo, que sin duda la cólera, adusta y requemada de tanto esperarme, se le habia vuelto en melancolía. Pero como es natural que la vista del matador hace revivir la sangre helada é inquietar las precordias, alborotósele la pajarilla, y como si él fuera una colmena de avispas ofendidas, con esa misma furia y susurro de palabras comenzadas y no acabadas, henchía el aire de quejas, y á mí de algunos temores. El mayor que yo tenía era no hubiese cogido alguna sopa de arroyo ó marinica del cascajal, que es lo

mismo que lágrima de Moisés, y dicho en romance es un guijarro. Esto me hacia mirarle á las manos y á la faltriquera, por si la habia hecho vivir de estevanías, que lo demás no me daba pena, que era un lebroncillo, y no valia sus orejas de agua para cosa de pendencia. Si el fuera un David, no temiera, que los Davides y los Corteses solo tiran piedras á los gigantes, y no á damas; si un Adán, aunque yo hubiera pecado mas que Eva, no temiera, porque nunca he oído que Adán apedrease ni aun riñese á Eva por el daño que hizo. Si supiera el capítulo que en el libro del *Duelo* que compuso don Oliva, trata la venganza que pueden tomar los hombres de las mujeres que les ofenden, no temiera, pues se dispone allí que basta por venganza tomarlas un guante; mas de todo sabia poco, y menos de disimular; pero confiada en que nunca me fué mal con estudiantes, se atrevió mi pobre chalupa á abordar con su buen calafeteado ó enmelado bergantín, no con poco cuidado de disimular la risa de la burla, la pena del mal olor, y el temor de sus desacatos.

Era gran habladorcillo, y por no perder la costumbre, quiso vengarse, no con piedras, sino poniendo en la honda de su lengua las crudas é indigestas razones que se siguen.

Mala hembra, ¿por qué has querido autorizar con la honra que me has quitado tu mesonera é ingrata descendencia? Serpiente, ¿por qué me has hecho arrastrar por los suelos de las camas bañándome de espurcia? ¿No sabes lo que yo y tú oímos en un sermón, que el estiércol de una golondrina causó mil pesares en casa de un santo, que no se me acuerda cómo se llamaba? Pues ¿por qué has querido estercolarme de hoz y de coz tan sin lástima de mí? ¿No habia otras burlas mas enjutas y de mejor olor? Naciste entre sebosos ratíños; criástete como gusano en estiércol de letrina. ¿Qué te contaré? Díjome cosas que no cupieran en el Calepino. Yo no por eso perdía tiempo ni perdoné algun jo á la burra; antes decia el jo doblado, con presupuesto que el un jo era para la borrica y el otro jo para el bachiller melado, aunque no meliflúo. Ya quiso Dios que paró la bomba. Bien pensó él que le respondiera yo algunas razones con que ablandara algo su escrupuloso enojo, mas no se me ofreció otra respuesta sino la de Marceira á Garceran:

¿Quiere darme por escrito
Ese largo parlamento?
Que me importará infinito
Para un negocio que intento.

Corrióse, porque era copla usada en Mansilla, y recibida por afrenta si una moza la decia á quien la hablabla.

Entonces él, enojadísimo con la afrenta de la respuesta presente y burla pasada, echó mano á un puñal, de dos que llevaba en la mano, y á cofre cerrado me amagó como valentón. Yo quisiera atropellarle con la burra, mas aunque la espoleé, no me entendió, ó si me entendió, no le quiso hacer mal por el símbolo y parentescó que entre ellos habia. Ofrecióseme de hacer del

ojo al acólito, para que conjurara sobre él una nube de pedradas, con que siquiera le espantara; dejólo de hacer, porque como mi picarillo era determinado, sabía que tardara yo mas en decírselo que él en empedrarle la cara y esmaltar la miel dorada con la sangre de sus venas; y así me determiné tomar por mi persona la empresa de espantarlo, confiada en que no era yo la primer mesonera que triunfó de hominicosos.

Bajé pues como un leon pardo ó azul, y fingiéndome furia de onza, y aun de arroba, le amagué con un terro; y juntamente le hice un gesto tan de hircana furia, que tuvo por mejor mostrarme él á mí las espaldas que esperar á que yo le mostrara á él los dientes. Con este ademan nos quedamos ambos hechos estatuas de salvajes de armas, él con sus dos dedos empuñados en la mano, y yo con mi terro punta al ojo. El medroso, espantado y absorto de ver mi ademan; yo perseverante por meterle el gesto en las tripas.

Ya fuimos á menos, retraje el brazo, eché á mis espantadores ojos las cortinas de mis párpados, y plegué el pendon de mis extendidas cejas; yo perdí el miedo, y él la cólera, con que pudo hablarme con algo menos rumbo, aunque no menos correa, que en esto del decir tenia rauda despepitada; llegóseme cerca, y dijo: Señora Justina, que no lo hacian por tanto, que cinco dedos envainados en la palma nunca dan estocada de muerte. Particularmente que un agravio de justicia pide algun camino para su descargo, y el que yo intenté no era el mas costoso. ¿Parécele bien, señora Justina, haber afrentado su sangre, enlodar á sus parientes, poner mal olor en mi fama y mi persona? Pues ¿así me paga, que todo el camino de la romería la vine acompañando, hecho un Roldan contra todos aquellos y aquellas que la querian agraviar? Dígame, ¿es posible que no tuvo miramiento una doncella tan limpia y tan honesta emporcar un cesto nuevo y limpio como aquel, y tras esto poner mi vida al tablero por defender su honra y su limpieza; ó por mejor decir, su suculidad? Ya yo sabía que aguardar fin á sus bachilleras razones era buscar el fondo al mar con sonda de calabaza ó cabeza de alfiler, y por tanto, le quise atajar, temiendo no me diese ocasion de segundo relámpago. Basta, basta, le dije, basta, señor enlodado, el del mal olor en su fama y su persona. Si él es un bobo, ¿qué culpa le tiene el consejo? ¿Por qué, pues yo le dije que fuese á la cama en que yo dormí, no subió paso á paso, sin ruido, á la propia cama donde yo le dije? Si él fué á otra cama de algun puerco como él, ¿de qué se maravilla que le ensuciasen y afrentasen? En las camas donde yo duermo nunca yo dejo esos incestos. Si fuera á la propia cama donde yo dormí, hallara ser verdad cuanto le dije, y que debajo de ella estaba un gran cesto de favos de miel; y por mas señas, sepa que el procurador que trataba mi pleito en Leon no los quiso, porque me hace el pleito de balde; y yo, por no traer sucia la alforja, derreti los favos en casa del procurador, y traigo la miel conmigo en un perolejo vidriado; véala aquí, para que entienda que es un tortolico y que no hace

cosa á derechas; y sepa que no lo tiene todo averiguado, que no lo hará con un real de á cuatro lo que me debe. Lo uno, porque sepa que no me costó poco á sacar de rastro el cesto y favos, que como él lo metió todo á barato, ya no habia rastro de la miel, y pensaba que era negocio dejado, y para sacar el juego de mañana di un real á una moza del meson, que me habló cómo y dónde estaba; mire si yo no fuera ladrona de casa y supiera negociar en mesones, ¿qué bueno lo habia parado? Lo segundo, que por el daño que él hizo y por vengarse dél, me tomaron á mí mas de tres reales de miel y el cesto, y hube de comprar este pote vidriado. Volo aquí todo, pote y miel y el cesto, y mostrélo, y al verlo quitéle el sombrero en prendas. El, confuso y convencido de verse culpado y la claridad al ojo, cortóse, y no supo qué se hacer. Parecióle que habia de ser segundo pleito de mesonera; y tanto mayor, cuanto yo era mesonera mayor de marca. No tuvo otro remedio sino hincarse de rodillas y pedirme, por las plagas de san Lázaro, que le fiese la paga hasta que nos viésemos en Mansilla. Mas yo, como soy misericordiera, eché de ver que no llevaba moneda en qué trabar la ejecucion; se le torné con algunas ceremonias y ratificaciones de que escupiria el real de á cuatro en viéndonos en Mansilla. Pidióme tambien con mucha instancia que no dijese cosa de lo que por él habia pasado á nadie de Mansilla; yo no le dije si ni no, porque pensaba en cobrando el cuatrin no dejar persona escolar ni lega á quien no dijese el chiste; y por contentarme, me dió algunas cintas y arenillas, que de Leon traia, lo cual todo lo tomaba yo con un ademan tan grave como si le hiciera merced de la vida.

Ya que vi que no tenia mas que dar sino palabras suyas, que para mí eran tan enfadosas, comencé á darle matraca, avisándole que si allí no desfogaba, no me podría contener en Mansilla y que mejor era que allí descargase la nube. Con este presupuesto estubo un poco quedo, lo que bastó para decirle galanas cosas sobre lo del haberse ido á fregar al caño como muchacho azotado, y echarse en remojo como pescada salada, y sobre lo de haberle hecho perder tierra la diosa Palas, digo la mesonera con el palo. Quisiera que se me acordaran los dichos que le dije; pero ya es comun que las que decimos de repente no tenemos buena retentiva, causa de no ser húmedas de celebró. El sí con su humedad podrá haber retenido para esto de matracas; era entonces yo una cendra, y aun ahora. No es tan viejo el moro, que puñalada no diera, si ocasion de burla y fisco hubiera. La matraca fué tal y tan buena, que no fué en su mano aguardarla mas que si fuera melecina de plomo derretido. En fin, tomó y fué.

Cuando yo entré en Mansilla vi que se estaba paseando por la plaza con el vestido mudado y en compañía de Bertol. En viéndome que me vieron ambos á dos, fué como si se les apareciera algun muerto á pedir ejecucion de testamento; y aunque mas los ceceé, no hubo venir; y no me espanto, que como yo decia ce, ce, el Bertol pensó que era el ce, ce de marras, cuando le dije

ce, ce, téngase, que está aquí mi pariente Roldan; y el bachiller oyendo ce, ce, se acordó del cesto, y por esto huyeron ambos. Con todo eso, el bachiller lo pensó mejor, y para obligarme á que callase, me vino á besar las manos y me trajo un real de á cuatro tan duro como un hueso. Puso el dedo en la boca; y como así el callar como el hablar se hace con la boca, y él apuntaba la boca, no entendí bien si me decía que callase ó divulgase la burla. Yo por acertar eché á la peor parte, en especial que ya tenía el cuatrin embolsado. Vi buen auditorio; comencé á decir pu, pu, y taparme las narices. ¿Qué ha, señora Justina? dijeron los del mercado. Respondí: Fuego de Dios, señor bachiller, y cómo huele á miel de ovejas. ¿Yo, señora? ¡Ay, sí! dije; él es, señor bachiller melado, que no debió de lavarse bien en los caños de Leon. Mal haya la mesonera que le encerró con tan mala trementina, hideputa del mal hojalдре.

¿Este es el secreto macho que me encargaba siendo él secreta? La bellaca que tal callara. ¿Parez que calla, señor bachiller? ¿Vuélvese á niño que no sabe decir la caca? De aquí fui diciendo, bellacas, que despues que una pícara desprende tres alfileres del secreto, no hay tal bohemio del gusto. Furiosa fué la venida de vayas que le dí y la que le dieron los de mi pueblo, que habia en él muchos de vaya. Quedó tan asentado el nombre del bachiller melado, y con él tal mancha y mal olor en su fama, que por muchos años que dure no le jabonará taborda.

APROVECHAMIENTO.

Quien quiera triunfa de un hablador, porque su indiscrecion da armas contra él.

3. — DE LOS TRAJES DE MONTAÑESES Y CORITOS.

Sextillas unisonas de nombres y verbos cortados.

*Yo soy due-
Que todas las aguas be-*

Escuch- que quier pintá-
Un mapamund- generá-
De Montañe- y Asturiá-
Desde el cocó- hasta el zapá-
Espád- monté- guadá-
Y si pregunt- ¿quién lo ha he-

*Yo soy due-
Que todas las aguas be-*

Soy la reina de Picardi-
Mas que la rud- conoci-
Mas famo- que doña Oli-
Que Don Quijo- y Lazari-
Que Alfarache y Celesti-
Si no me conoces cue-

*Yo soy due-
Que todas las aguas be-*

Yo pienso que la bondad de las cosas no consiste tanto en la sustancia de ellas cuanto en menudencias y accidentes de ornatos y atavíos. Asimismo pienso yo que la bondad de una historia, no tanto consiste en contar la sustancia de ella cuanto en decir algunos accidentes, digo, acaecimientos trasversales, chistes, curiosidades y otras cosas á este tono, con que se saca y adorna la sustancia de la historia, que ya hoy día lo que mas se gasta son salsas y aun lo que mas se paga. De aquí sacó

que pues he referido lo que toca á la jornada de Leon, será justó decir algunas menudencias de graciosos trajes y figuras que vi por las aldeas y en el camino, especialmente cuando me torné á Mansilla; y si lo que dijere para alguno fuere agraz, haz cuenta que mi historia es polla y que la salsa es de agraz.

Yo gustara ser una duquesa de Alba, Béjar ó Feria, y mas ahora que las tres hermanas son las mismas tres gracias sobre una misina ínclita é ilustre naturaleza; quisiera, como digo, ser una duquesa para hacer de estos trajes una tapicería tan costosa como la de Túnez, tan graciosa como la de los disparates, tan fresca como la de la Apocalipsis. En fin, fuera tapicería tan varia y de tanto gusto, que su variedad te excusara un Aranjuez, su riqueza unas Indias, su gusto los mil placeres. Decía, y decía bien, una dama discreta: No soy amiga de tapicerías de seda, brocado, terciopelos ni damascos, porque estas son colgaduras de pobres, y probábalo, porque estas son telas de repuesto, para que faltando dinero para saya, puedan servir de lo que les mandaren. La que es propio ornato para tapicería es la que tiene figuras, porque estas tienen mucho provecho y gusto. En invierno harto pan; en soledad, acompañan; en tristeza, divierten; en necesidad, adornan; en fin, casi suplen lo que los hombres; como se vió en el otro capitán que no quiso ir en casa de un amigo suyo que tenía muy buenos tapices, diciendo: No quiero ir á ver hombre enemigo mio que tiene dinero para sustentar tantos hombres pintados, que quien compra pintados que le deleiten, buscará vivos que le venguen. Así que, si yo fuera duquesa, es sin duda que yo mandara hacer una tapicería de estos trajes de los montañeses y montañesas de mi tierra, y coritos y coritas, que te diera muy grande gusto. Lo primero, yo encontré unos asturianos, á los cuales por aquella tierra de Leon unos les llamaban los guaños, porque van gruando como grullas en bandadas, ó quizá porque siempre van con las guadañas insertas en los hombros; otros les llaman coritos, porque en tiempos pasados todo su vestido y gala eran cueros; alguno dijo ser la causa otra. La verdad es que la falta de artificio, la necesidad del tiempo, la simplicidad del ánimo y la necesidad de su defensa les hizo andar de este traje, y no como algunos maldicientes dicen, el haber salido de Astúrias los que inventaron los cueros para el vino y las coronas para Baco; mas no por eso niego que el Baco tenga allí y haya tenido jurisdiccion y gran parte de su real patrimonio, no digo en vivos, sino en vinos. Ahora ya no se visten de cuero, si no es algunos que le traen de parte de dentro, y para esto tienen comercio de por mar con las Indias de Ribadavia, que engendra vino de color de oro. Otros llaman á estos coritos hijos de la Pernina, maldicientes quieren decir; venia esta denominacion de una gran hechicera, que allí traia los diablos al retortero, y se llamaba la Pernina; pero no es por eso, sino que por denotar que sus piernas andan vestidas de las calzas de aguja que sus madres les labraron en los moldes de sus tripas, les llaman de la Per-

nina. Todos estos nombres son asentados en las cortes de los muchachos con solo el fundamento de su niño gusto; y no es mi intencion que pasen por verdades, pues se sabe que los muchachos han tomado licencia para dar vayas á los mas calificados del mundo; y si yo hubiera de tejer historias de seda fina, á fe dijera bellezas de Oviedo y de la cámara santa y del principado de Asturias; pero soy relatera, ensarta piojos, y si tomo pluma en la mano es para hacer borrones, voy con la pluma retozando con orlas de cortapisas; díselo tú, que á mí no me vaga. Va de cuento: Estos asturianos encontré en diversas tropas ó piaras, con tales figuras, que parecían soldados del rey Longaniza ó mensajeros de la muerte de hambre, lo cual creyera cualquiera que los viera flacos, largos, desnudos y estrujados y con guadañas al hombro; vi tambien que llevaban unas espaditas de madera en la cinta; parémeme á pensar qué podia ser aquello, porque decir que había enemigos que no podian morir sino es con puñal de madera, era negocio difícil de entender, si no es creyendo que eran enemigos encantados como los de don Belvanis; imaginé si era batalla de sopas, en la cual se suele hacer la guerra con madera; pero eso fuera si las espadillas tuvieran forma de cucharas; en fin, no afinando la causa, me resolví de aguardarlo á saber en el otro mundo. Miren si es por ahí la gente corita, pues llevan armas incomprensibles que agotan el entendimiento; los que iban, sin sombreros y casi desnudos, los que venian traían dos sombreros y mucho paño enrollado. De manera que imaginé si acaso iban á la isla de los Sombreros, y allí los segaban con aquellas guadañas; en lo del paño tuve envidia, porque las mujeres somos grandes personas de andar empañadas, y de los sombreros tuve curiosidad; así, con toda mi inocencia pregunté á un asturiano lo siguiente: Hermano, decidme, ¿cuánto hay desde aquí á la isla de los Sombreros donde segáis, y desde aquí á la isla Pañera, donde os habeis empañado? El bellacon del asturiano debia de ser hijo de la Pernina y tener la redoma llena; respondió: Señora, los sombreros se siegan en Badajoz, y el paño en Putasi, digo en Potosí. A esto le repliqué luego: Yo entendí que me habian engañado; bien haya el que es llano y dice las verdades á las gentes; y diga, hermano, y estas espadicas ¿para qué son? A esto me dijo él: Vamos contra unas mujeres que están rebeladas contra don Alonso el Casto, y porque no es honra pelear con hierro contra gente de corcho, llevamos armas de madera. Preguntéle mas: ¿Y en qué isla es eso, galan? Respondió tan presto: Dama, en la isla del Cuerno. Parecióme mozo alegre y de la tierra, y por diez metí el buen sol en casa y estiré las preguntaderas, y dije: ¿Y esas guadañas? Dice: Son para segar oro para contentar las mujeres ruinas, que son muchas, á las cuales, como por una parte son locas y por todas codiciosas, se les ha encajado que hay en Potosí una muy grande dehesa en que nace el oro con barbas y raíces como puerro; y así, á ruego de muchas, les vamos á segar el oro con estas guadañas, y les dejamos las casas en prendas de que volveremos, y á esto vamos para lo

que cumpliere. Mil gracias me dijo el asturiano; preguntéle por qué los de su tierra no tenían cocote. Y díjome: Señora, en Asturias entre dos hombres tienen una cabeza partida por medio; y para que se junten como medias naranjas, están así sin cocote para estar lisas y juntas. Preguntéle que por qué andaban en piernas los asturianos; dijo que porque hay una profecía de Pero Grullo, que fué asturiano, de que en Asturias ha de venir por el rio una avenida de oro y toneles de vino de Ribadavia, y por estar prevenidos para la pesca andan siempre descalzos. Preguntéle que por qué hablaban siempre en tonillo de pregunta, y dijo que como tienen fama de que yerran mucho, preguntando siempre puedan decir que quien pregunta no yerra, si no es que pregunte lo otro, que ya me entiendes; tambien dijo que hablaban en tono de pregunta, porque como están lejos de corte, siempre llevan de acarreo respuestas. Ibanse léjos los compañeros, que á no verlo traza tenia el asturiano de entretenerme todo el dia. Verdaderamente parecia noble, y sin duda lo seria, que aquella tierra tiene las noblezas á segunda azañonada, dado que los nobles de aquella tierra son ilustre y heroica gente. No te he dicho del traje de las asturianas. Oye: unas traian unos tocados redondos que parecían reburujon de trapos en empujo de melecina; otras los traian que parecían turbantes de moros; otras, las mas galanas, azafranadas como cabeza de pito; otras de tanto volumen y de tal hechura, que parecia tejado lleno de nieve; y tantas diferencias de ellos como hechuras de pan de ofrenda. En aquella sazón traian todos luto por una persona de la casa real, y era cosa de risa ver los lutos de las asturianas. Una vi que por luto traia una soleta de calza parda, presa con dos alfileres sobre el tocado. Puramente me pareció que las ánimas de aquellas asturianas debian de ser de casta de truchas empanadas en pan de centeno, porque quien viera un rostro negro, una mantilla atrás, y otra adelante, no podia pensar sino que allí vivian empanadas las ánimas no incorporadas ni humanadas. Pues ¿las diferencias de los calzados no eran donosas? Unas traian unos zapatos de madera, que llamaban abarcas, con unas puntas de madero, que parecían cola de ternero retozon. Si aquellas mujeres supieran escribir, con los piés pudieran firmar, que aquel pico sirviera de pluma. Otras usan unas sandalias, que llaman zapato de apóstol; estas son de cuero ó pellejo, y las traen atadas con un cordel tan fuertemente, que despues de calzas pueden en las soplantes hacer son como pandero; y creo lo hacen á veces á falta de témpano. Otras traen unos zapatos de vaca, no cosidos, sino clavados con tan fuerte clavazon, como si fuera postigo de fortaleza, y aun algunas para vestir tan al propio como al provecho, traen echados tacones de herraduras viejas. Una cosa vi en que juzgué que los asturianos deben ser volteadores de inclinacion y aves de caza, porque sus madres los crian en el aire. Y es que van camino ocho ó diez leguas, y llevan los muchachos en unos cestos ó banastos sobre las cabezas; si como los traen en el aire, fuera en el agua, según razon, habian de ser pescados, y cer-

ca andan ellos de ello, pues no suelen tener casi nada de carne. Verdad es que á ellas les sobra.

Todas estas visiones llevara en paz y en haz de mi gusto si encontrara alguna de buena cara; pero teníanla todas tan mala, tan negra y abominable, que yo imaginé que eran salvajes escamados, y que quitados los pelos y cerdas, habian quedado así las caras sin barbas. Yo no sé cómo, siendo aquella tierra fria, son aquellas mujeres negras, porque el color negro es efecto de mucho calor, como se ve en el cuervo; mas debe de ser que con el frio se queman y ennegrecen como los naranjos cuando se hielan, ó se deben de afeitar con color de guinea, ó las paren sus madres en los cañones de las chimeneas, ó las ponen al humo que se acecinen, ó cual que así; ya sería posible que como Astúrias ha sido y

será el muro de la fe, y la herejía tiene por antecristos al ocio, al gusto y al dios Cupido, proveyó Dios de estas malas caras, porque sin duda, viendo estos caballeros tan malas visiones, se tornaran á la herejía, su señora, diciendo: Señora, hay peste; no es tierra para nosotros, que no viviremos dos dias; y con esto dejará la herejía la jornada y el intento de entrar allí, santo y bendito. Ahora digo que las doy licencia para que sean feas del papa, pues tanto importa.

APROVECHAMIENTO.

Animos libres y holgazanes solo ponen su fin en cosas vanas y de poco momento, olvidándose de las cosas sólidas é importantes.

LIBRO TERCERO.

LA PÍCARA PLEITEISTA.

CAPITULO PRIMERO.

De la hermana perseguida.

Tercetos de ecos engazados.

Pusieron en Justina sus hermanos
Manos, lengua, y tras esto una demanda:
Manda el juez pague costas de escribanos.
Vanos jueces, dice, apelo al almirante,
Ante el cual llamaré á Justez de Guevara
Vara de manteca y pecho de diamante.

Ya, Dios norabuena, asenté real en Mansilla: fuéme como en real, pues contra mí asestaron sus tiros los que mas obligacion me tenían, hermanos y hermanas, unos por codicia, y todos por envidia; y esto duró lo que bastó, y aun lo que sobró, para desengañarme que la esperanza de buen suceso era ninguna, porque la ocasion era tan durable como mi persona; y aunque á los principios me mostraban hocicos solos á boca cerrada, de ahí á poco abrieron la boca y desbocáronse; luego mostraron dientes, luego me mostraron las manos, y luego las uñas, cada cosa por su orden; tras ten con ten, pinicos; tras pinicos, andadura; tras andadura, trote, y tras trote, asomo de garrote. Como el odio es fuego, si una vez mina el alma, crece, y cuando mas no puede, revienta. Mis hermanos siempre salian con decirme que yo era libre y pieza suelta; y esto de pieza suelta me repetian cada paso, porque demás de parecerles injuria, la tenían por brava elegancia. Yo jamás les respondia de veras por no les dar ocasion á que la tomasen, sino hacia mis letrados por via de gracia, que siempre tuve esta por muy buena manera de responder, que la tal respuesta tiene lo bueno de la venganza y lo bueno de trapajija. Es fruta madura para

el dador, y verde para quien la recibe. A esto de pieza suelta les solia yo decir: Pdr cierto que no os entendéis. En realidad de verdura, que una moza villana, digo de villa, yendo á ciudad, es como peon que en yendo suelto se hace mas pronto dama, segun dicen los jugadores del juego de los de Alba, que es el de los escaches. Deciales mas: ¿Qué sabeis vosotros si con esto granjearé yo un casamiento con que honre á mi linaje y sea nuestro meson casa solariega, y se llame la casa de los Dieces ó de los Justinos? ¿Cuántas doncellas las envian sus padres á comedias y fiestas para que finjan que van sin licencia, en demostracion de las finezas de amor, solo á fin de que acarreen á casa un novio mostrenco de los que creen á las quince? Andad, que bolos son diablos, como dijo el otro que iba á birlas y le faltaban diez. Donde no se piensa salta la liebre, y andaba sobre un tejado. Creed que antes ser pieza suelta me ha de hacer á mí mucho provecho, y quizá á vosotros otras veces; pardiez, espumaba la olla y despumaba la mar, y les decia con toda la cólera del mundo y del diablo y la carne: ¿Qué, pensábades que me habia yo de estar aquí hecha monja entre dos paredes? Nunca medre Justina, si vosotros tal viéredes en los dias de vuestra vida, aunque vivaís mas que Matuta. No ha habido monja en nuestro linaje, no quiero yo ser la primera que quiebre el ojo al diablo. No en vano dice el cantar: Mariquita, daca mi manto, que no puedo estar encerrada tanto. Estas gracias no podian sufrir, que eran para ellos sol de marzo, que parece que sabe y da mazada. En fin, viéndome moza de tan buen descarte, mis hermanos me querian tan mal como si de hermana me hubiera vuelto en almerrana. ¿Qué piensas? Vi-

niéronse á poner conmigo en contarme los pasos, en fingir quimeras, y todo era sobre que yo les pedia mi hacienda. ¡Ah interés, interés! mas puedes que la natura, pues ella me dió hermanos, y tú me los volviste culebrones. Hacíanme fieros, y aun si va de confesion, me pusieron las manos, y no para confirmarme, ni aun para componerme el albanega. ¡Ay me! que no hay peores ni mas crudos verdugos para una mujer que hermanos. Estos, para decir desvergüenzas, se aprovechan del privilegio de hermanos; para reprimir y quitar gustos, del oficio de padres; para regalar y hacer bienes se acotan á hombres, y no mas, que en esto se dice que son tiranos; y para si una pobre moza hace alguito, luego tocan á la hermandad y aun al arma. Un mal hermano es enemigo, como la carne, que no la podemos echar de nosotras. Quien dijo hermano, dijo herir con la mano; hablo de los que tienen tan corrompido el amor como el nombre. Mis hermanas me ayudaban poco; antes creo ellas descomponian la paz y armaban las pendencias; y sabido el por qué, no era otro sino que me oían dama y orgullosa de condicion, y no podían llevar mis cosas. Maleaban con los de fuera mi crédito, y con los de dentro mellaban mi honra. La tijerada me daban, que me toreaban la ropa, y ainda. Decían de mí que era una arpía, que habia yo sola gastado á mis padres mas que todas; y tenían razon, que yo gasté á mis padres todo el caudal de entendimiento, y no dejé que heredasen. Esto sí gasté mas que ellas; mas de hacienda, yo aseguré que la mitad del tiempo comí lo que no entrara jamás en casa, si no fuera á contemplacion mia.

Es ordinaria condicion de gente villana perseguir las personas de buen entendimiento. A este propósito pintaron los sabios á la villanía como corneja, y á la nobleza como águila; y es la causa, porque el águila es tan noble de condicion como libre, y la corneja tan envidiosa como villana. Es de manera, que la corneja siempre anda maquinando males al águila, tanto, que cuando mas no puede, se le pone frontera al águila para hacerla gestos; mas ella, como reina, no estima por afrenta lo que hace una ave vil, vasalla suya, que es tan para poco, que aun muerta el águila, puede comer, y de hecho con sus alas come las suyas y las de la epantera. Esto para mí no era consuelo, porque yo quisiera comerlas en vida y no aguardar á cuando muerta, que entonces no es tiempo de comer.

Es muy propio de ignorantes envidiar á los sabios, y todo menesteroso tiene envidia de aquello que no tiene. Cuando yo veo que el elefante sufre que se quiera con él levantar á mayores un raton, no me admiro de la enemiga y odio natural y entrañado que tienen los hombres de corto y ratero y ratonado entendimiento con los de bueno. Persigue el raton al elefante, por ver que el elefante tiene todo lo que á él le falta. El elefante es enamorado, y tanto, que los pechos de una doncella pueden matarle de amores, con ser hembra de especie diferente; y como el raton es tan vil que tiene por madre y padre la corrupcion, telarinas y tierra de sotama-

banos, y las menos veces engendra un raton á otro, aquí procede que el raton persigue al animal en quien florece la inclinacion de engendrar, la cual, segun he oido, llaman los filósofos divinisima; y á fe que es mucho para ser cosa tan de acá abajo. Otras muchas propiedades tiene el elefante, como son grandeza, procedidad, compañía, habilidades varias, gustos de comidas, nobleza, gratitud y excelencias, que no hay en el raton; por lo cual, no reparando en que el elefante le puede sorber como á mosquito, le pretende hacer guerra con grande detrimento suyo, no por otra causa sino porque lo que al raton le falta de calidad, le sobra de envidia al elefante; en fin, que mis hermanas eran ratones, y yo elefante. Mal haya el haber nacido sin trampa, que á tenerla trompear el cuerpo y trampear la hacienda. Con estas consideraciones me animaba á tener por honra esta contienda, y por calidades esta porfia; pero como, en fin, las mujeres no somos de hierro, no es mucho que ratones que matan elefantes, mirando la trampa de mi entono, de cansada me venciesen. Tras todos mis males me pusieron demanda de mi hacienda ante la justicia de mi lugar. Para mí fué la justicia justicia, para mis hermanas misericordia. En resolucion, el señor Justez de Guevara, que así se llamaba el cogedor de mi pueblo, me condenó á desheredada y que pagase costas de escribanos. ¡Qué aliño para no quererlos como á dolor de ijada! ¡Ay de mí! Para mí tenia vara de hierro, y para mis contrarios de mantea; harta de esta enjundia hacían mis hermanas. A estas sí consentían mis hermanos que saliesen á deshora á informar la justicia en el pleito, y esto no les afrentaba; y si yo miraba al cielo, ya pensaban que llevaba el rio el ojo á la puente; todo esto se excusara si Justez me hiciera justicia. Dios nos libre de pleitar en pueblos chicos, donde hace la cabeza del proceso la envidia; el proceso, el soborno; los autos, la aficion; la apelacion, la del alcalde; la revista, solturas, y sobre todo el dinero. Hízome daño el ser conocida por burlona, que nadie se atrevia á hacer conmigo alparcería, pensando medrarian conmigo como el melado y Bertol. Llamábase el corregidor de mi pueblo Justez de Guevara; y aunque por el nombre de Justez me debía favorecer de justicia, mas pareceme que se acotó el apellido de ladron. Mas á fe que no se fué alabando, que de p á pa lo conté al almirante mi señor.

Viendo pues que cada dia salia para mí el sol con ceño, y para ellos sol de boda, determiné ir á buscar tierra donde el sol no fuese embarrador. En fin, determiné irme á Rioseco, adonde estaba el almirante mi señor, á seguir el pleito en grado de apelacion y hacer á derechos el negocio de mi partija. Muchos hermanos juntos por maravilla están en paz. Son como nabos muy atestados, que no los penetra el fuego; como arcabuz muy atacado, que revienta, y como plantas juntas en la tierra de do nacieron, que si no se apartan y trasplantan, nunca medran. Y con esto terná suficiente excusa mi determinacion; y si esta no bastare, llámome Mari-maricas, que es tanto como hacer ceribones. Dirásme:

Pues ¿cómo se partió Justina tan de súbito? Aguarda, amigo interrogatorio, verás que tomé gentil carrera para el salto; y sábetelo que para esto veinte días antes hice un ruido hechizo, y fué que descerrajé unas arcas en que me tenían encerradas unas joyas mías, las cuales saqué con otras niñerías comuneras, que valian buen dinero. Moneda no la saqué, porque no fache geito, como dijo el galateo, y porque no estaba madura, como dijo la zorra; éllo voluntad visto habías, como dijo el vizcaíno. Mas porque el disimulo del descerrajar no era bastante á encubrirme, antes en caso que me partiese me hacia mucho mas sospechosa, hice otra cosa que me aseguró, y fué que á cierto galan floreado, á quien yo daba alguna audiencia, á la buena fin le dije que me importaba que á las cuatro de la mañana pasase por mi calle y por junto á mi puerta corriendo, y fuese por cierta vereda, y que si fuesen tras él, hurtase el cuerpo á quien le siguiese, y al revolver un canton, quitase una media nariz postiza, y que si le diesen grita, y le dijiesen al ladron, él tambien á bulto lo dijese para disimularse; y que lo mas presto que pudiese, pusiese los piés en polvorosa. No le dije mas, y él lo hizo sin discrepar, que como el amor es ciego, á cierra ojos obedeció. Aguardé al punto concertado, y poco antes que pasase, arrojé desde la ventana dos piezas de plata, una taza y un copon, y comencé á dar voces: ¡Al ladron, al ladron que nos lleva robada la hacienda! Levántanse despavoridos y en camisa los de mi casa y los vecinos; corren tras él, y no le pudiendo dar alcance mas que si fuera hombre de sombra ó sombra de hombre, se tornaron no con poca risa de la gente que los vió ir y venir desnudos. Yo les dije al venir: Levantad esas dos piezas de plata que se le cayeron al bellaco. Y con esto hizoze mas que creible que aquel ladron habia entrado y descerrajado las arcas. El mozo no pudo ser descubierto, porque, demás de que corria con la ligereza de un pensamiento, se puso la media nariz de máscara que yo le dí, y al revolver de una calle, se la quitó y tornó atrás, y comenzó con los otros á apellidar al ladron. Con lo cual fué imposible dar en él, como ni en mí. Yo luego comencé á entablar mi juego, y les dije que mirasen que aquello era castigo de Dios; y todos aquellos veinte dias, antes que me partiese á Rioseco, hacia ruidos nechizos como de trasgo, y estallidos como de amenazas de ruina, hasta que un día de San Cristóbal, puesta de rodillas ante una imagen, oyéndome ellos, dije: Yo nago voto á tal, y á tal (ellos pensaron que de meterme monja, y parece ser que se alegraban, esperando que renunciara lo demás de mi legítima, mas salióles el sueño del perro), voto á tal y á tal de no anóchecher en esta casa, porque no quiero que se caiga y me coja en pecado mortal de odio y de rencor, que no solo hay en ella ladrones de la hacienda, sino de la paciencia, y aun parece que los diablos andan en esta casa. Dijelo con tal grima, que les puse miedo, y aunque me dijeron que estaba loca, tenían temor, y tanto, que aunque me vieron tomar el manto y mi atillo, me dejaron salir pensando que de veras y de temor me iba en casa de algu-

na vecina. Ya yo tenia prevenido un truchero cosario que me llevase á Rioseco, y así lo hizo.

Entramos las truchas y yo frescas y corriendo sangre. Frescas, porque entramos de mañana; y corriendo sangre, porque la burra sin duda iba pensando algun consonante para alguna copla, cuando se le resbaló un pié quebrado, y me sarjó las narices de la vena de las dos ternillas, y fué la sangre, que me salió mucha. Así supiera hablar aquella sangre inocente, y cómo dijera: ¡Aquí de Dios, justicia contra los mesoneros de Mansilla y contra aquel ladron de Guevara! Y sí debió de decir, siño que con el frio llevaba el pecho apretado, y lo otro era de mañana, y como estaban todos en las camas, no la oyó nadie gritar. Púdose decir por ella lo que dijo el alcalde bobo á Mariforzada: De hablar hablaste, y mas no te entendiste.

APROVECHAMIENTO.

Los malos no saben tener paz aun entre sí mismos, que lo heredan del demonio, que es príncipe de las discordias.

CAPITULO II.

De la marquesa de las Motas.

Versos heróicos macarrónicos.

*Ego poeturrius, caballino fonte potatus,
Ille ego qui quondam Parnasso in monte pacivi
Jam sum causatus luteas traxia deretejas;
Jam cantare nolo porrazos, atque cachetes,
Non porra Herculeae, nom jam Roldanica maza
Arridet mihi. Cosas de marca minori
Nunc cantare volo. Fussum turnam, atque mazoream
His quasi gladiis Justina picaña triumphat;
Quam cardatores titulis regalibus ornant.
Hæc est hilanderarum princepa sublimis.
Hæc cardatorum barbatorum stafatora.
Hæc utularum et brunarum garduna sutillis,
Inter accertatos, hæc est marquesa Motarum;
Atque inter picaros, hæc est picaña suprema.*

¡Qué vieja cosa es entre oficiales de audiencia untar con manteca los pleitos para que dén de sí, como los de cierto pueblo, que untaron un banco con manteca, para que diese de sí y cupiese mas gente; y sí cupo, mas fué porque se quitaron los capotes; pero la untura de estos escribas hace que quepa un mundo en sus manos, y todo con capote de justicia. A vara de justicia, que siendo tan delgada, hace sombra mas que el árbol de Nabico de Sorna, como dijo el bobo, y con ella se disimulan y encubren hartas cosas, no lo digo sin propósito, que soy linda aplicativa. Es el caso que pensando que mi negocio era mas breve que acento de monjas, aun no despedí al truchero, que esto de negociar como sale tan del corazon, siempre camina con alas; pero un solicitador mio que hacia mi negocio, aunque mas el suyo, me dijo que seria mi negocio largo. Pensóme, porque se me representó que queria gastar papel, tinta, dinero y tiempo, á costa de la pleitista novicia; é hicle un gesto de golosa en miércoles de Ceniza. Y como él viesse que yo me amohinaba de tan largas esperanzas, y temiendo no me solicitase otra para darle la ganancia de solicitador mio, deseoso de no me des-

aparroquiar, me apuntó cierta vereda y camino para abreviar mi negocio, diciéndome que por el camino que él me apuntaba había tanta diferencia para negociar como hay diferencia en andar un camino á caballo y con acicates á las quince, ó andallo á pié y con muletas y á legua por día, y á veces tornar atrás, y añadió: Y con todo eso es vía ordinaria. ¿Qué così così? Pensó el necio que ignoraba yo aquella junciana si la quisiera usar? Y así le dije: Señor mio, no me está á cuento la abreviatura que me ofrece de mi negocio; á otro hueso con ese perro. Entonces él, por abonar su yerro, me comenzó á decir: Pues en verdad, señora, que han venido á mí pleiteantas que han seguido mis consejos, y alguna pleiteanta entró á pié, pobre y sin blanca, que salió con sentencia en favor y con dinero de sobra y á caballo, y todo por órden mia. También me dijo que entendiese era mucho lo que me ofrecía, y tornó á repetirme lo de la comparacion del que anda el camino á pié ó á caballo. No tenía este necio otro estribo de su arenga ni de su amor, sino esta comparanza torreznera; y por darle tapaboca y que se le acabase la listecilla con que quería hacer ostentacion del abismo de su aviso, le dije: Señor mio, usted se resuelva, que yo quiero que mi negocio camine á pié y con muletas, y ándese lo que se anduviere, que bien sé yo entenderme con muletas, y aun con mulas. Aquí de Dios, no me muela, que este pleito no es de á caballo, sino de á pié. Haga cuenta que es mi pleito mendicante. El solicitador, viendo mi resolucion, redujo sus motus propios á mi derecho comun, y prometió acórtar rienda y tiempo. Con todo eso, no fué muy poco el que tardó; pero no tanto como fuera si yo no le hubiera cercenado el portante. Yo tenía mucha cuenta de cebar la lámpara con dinero, y con esto me parece que no se perdía lance, á lo poco que á mí se me entiende de pleitos. Nunca daba dinero adelantado, que son peores que sastres algunos escribanos y letrados, y antes esto les descuida que les aviva. Aguardaba á la puerta de la audiencia con el dinero en la mano, y con esto era como llevar cascabeles para que á mí son danzasen. Lo que nunca pude acabar con el escribano fué que metiese mas letra en las planas, que iban tan apartadas las partes, que parecían que estaban reñidas ó que eran rebujones de cabellos en cabeza de tiñoso, ni con que tomase los derechos delante de testigos. No sé qué misterio tenía esto, aunque sí sé, que mi bolsa me lo habló; harto ánimo tenía para gastar, que esto de pleitos es como passion de cátedras, que saca fuerza de flaqueza, y hace que las gentes sean como las perdices de Paflogonia, que tiene cada una dos corazones; mas como el corazon y la bolsa no se cortaron en una misma luna ni tienen una misma propiedad, vino á ser que el corazon se me hinchó de esperanzas, y la bolsa me vació de dineros, á pocos días andados despues que entré en Rio-seco. Verdad es que era fácil consolarme de la falta del dinero, atento que tenía conmigo piezas y joyas, como ya tengo dicho, y en la presente sazón andaba mas enojada que tienda milanese. Ya que me fué forzoso de-

liberar sobre el medio para tener dinero, imaginé si sería bueno vender las joyas, las cuales son las mas ciertas suplefaltas y fiadores abonados en semejantes tranques. Pero si no me engaño, pareceme que me dijeron que no querían salir de mi casa, porque no esperaban tener otra tal ama, y tenían razon, porque ama que así las sacase á vistas, ninguna como yo; sin embargo de esto, parecióme que era lástima vender piezas ganadas en tan buenas lides; y que aunque hubiese dinero para pagar su valor, pero no mi estima, porque eran mis joyas invencibles, ni avinculadas á mi mayorazgo, pero estábanlo á mi gusto, y por tanto, me resolví de buscar dineros por otra vía.

Dijeme á mí misma: Ea, Justina, ¿no eres tú la que hallas Indias entre salvajes? No eres la que arenillas de campos vuelves arenas de oro? ¿La que en las romerías haces hechos romanos? La que sacaste un Cristo de oro de poder de un sayon? Pues confía que ahora saldrás de aqueste aprieto, pues eres la misma que antes, y tu ingenio el mismo. Andaba mi cabeza como rueda de molino, y molió un poquito de lo bien cernido; digo, que al cabo acerté con el punto de la dificultad; y tanteando la disposicion del pueblo, la ocasion presente y esperanzas futuras, dí en la mejor traza que se pudo imaginar; óyela, que yo sé que te cuadrará, solo no me pidas cochite herbite, que yo cuento de espacio, aunque trazo de prisa.

Yo vivia en una calle donde moraban muchas hilanderas, que hilaban lana de torno, y también mi posada era en casa de una viejecita, que el rato que le sobraba de hacer los ejercicios que abajo verás, lo gastaba en hilar lana de torno. En esta calle había especialmente tres famosas viejas hilanderas, que, segun eran enemigas del género humano, parecían las tres parcas que hilan las vidas, y la principal era mi huésped, que está de Dios que yo he de topar siempre con casas señaladas. Parecióme que con este trato podría tener alguna granjería, no en hilar, que por mis pecados nunca llamé granjería lo que no se hacia solo con gorjear, sino en lo que verás. Mas como para un trato tan mecánico como este era necesario bajar el entono, determiné mudar pelleja como culebra, quiero decir, mudar de vestido. Así lo hice. Recogí mis joyas, corales y sertas, mis sayuelos y mis sayas, mi manto y rebocinos, y quedéme, como representante desnudo, con sola una sayita parda y corta, una mantellina blanca, mi zapato mocil, en fin, á lo hiladero. Ello el jemecillo de cara siempre puesto en razon; que por virtuosa que sea una mujer, nunca se suele olvidar de esta estacion, y yo en particular siempre tuve por opinion que no hay traza buena que no tenga en la cara el molde. Y esto mejor lo sé entender que explicar.

Puesta pues como pícara pobre, aunque no rota, fui una ó dos veces á pedir lana para hilar en compañía de la vieja mi huésped, y traíamosla de casa de un cardador que vivia junto á San Andrés. Era el cardador muy barbado, como ellos suelen serlo de ordinario, á causa de que el aceite y el arroyo de berrueces tienen el ar-

rendamiento de las barbas de España. Ya yo tenía prevenida á mi vieja que llevase mas lana de la ordinaria, para que yo la ayudase á hilar. Ella la pidió de buena gana, y el cardador me la dió de mejor, y aun me prometió que para mí nunca faltaria lana en su casa. Los cardadores no dejaban de decirme sus remoquetes, y yo los llevara menos mal, si no fuera que aquel olor del aceite me daba intolerable fasquia. Mas decíame mis compañeras que cuando, melindreando, decia: ¡Ay, Jesus, con el aceite y qué mal que huele! se me ponía el rostro como unas flores. Era sin duda de pura congoja, y ahora echo de ver cuán bonita estaba, pues mientras mas me enfadaba yo, mas se desenfadaban conmigo los de la carda. ¡Ah interés villano! qué para poseer tu gusto es necesario comerte como perdiz manida, con las narices tapadas. ¡Oh interés, interés! no me admiro que esfuerces á pasar mil mares de agua en navíos de frágil madera, ni que el delicado galán y melindrosa dama los cuezas en el frio de la escarcha, nieve y granizo, y vistas de trapos al que pudiera andar como un conde, pues desnudaste á Justina de sus tan queridas joyas y galas, y la hiciste que en compañía de una abominable vieja y unos agaleotados cardantes pasase por los mares del aceite, que son sobre manera penosos, contra quien no bastan alas de paloma ni aun de grifo. ¡Oh interés, interés! bien te pintan con espuelas calzadas y con alforjas, pues en mí vi que de plano me volviste en mujer de alforja cuanto al vestido, y en mujer de pluma cuanto á la ligereza. Tal era mi diligencia. Así que yo iba y venia en casa del cardador, cuándo con la vieja, cuándo con mis vecinas, hasta que ya me conocian y tenían en aquel obrador y en otros por parroquiana ordinaria; y me prometieron darme á mí que hilar, sin llevar padrinos ni intercesores ni mas fiadores que mi persona y mi cara. Andados unos pocos de dias, les dije á las tres parcas: Madres, vosotras no os podeis menear, porque una de vosotras es tullida, otra gotosa, y otra coja; y mientras vais y venís en casa del cardador á pedir y traer la lana que habeis de hilar, perdeis de hilar cada una tres libras, y de salud cuatro, porque la congoja que os causa la prisa de tornar á vuestra tarea os acaba, y es lástima, madres, trocar la vida por lana de ovejas; mejor será que vais hoy conmigo todas tres al obrador del maeso, y digais que á mí me entreguen en vuestro nombre toda la lana que vosotras y yo hubiéremos de hilar, que yo daré de todo muy buena cuenta. A vosotras os está bien, y á mí no mal. La paga que de vosotras quiero sea á vuestro gusto; y si le poneis en el mio, digo que no quiero de cada una de vosotras mas que un cuarto por ir y venir cargada, que son tres cuartos entre todas, quemado sea tal barato. Y para decir verdad, lo que mas me mueve es la lástima que os tengo. Las viejas entraron en acuerdo sobre la concesion de estos millones, que para ellas lo eran. Y aunque las demás decian que bastaban tres maravedís, mi vieja, como era la bruja mayor del hato, las hizo acetar el partido. Celebrado este contrato, de mancomun se fueron conmigo y me abonaron con el maeso y maesos,

de lo cual se holgaron no poco los lanudos, viendo que ahorrabán de tan malas caras y que el trueco era tan bueno. Con esto entablé yo mi juego como se podia desear. ¿Pensarás que pretendia yo hilar esta lana? Mejor me trasquilen, que yo tal quise ni hice. Yo te diré lo que hacia. Yo traia la lana y encargaba á las vecinas que la hilasen delgada, igual, lisa y á provecho. Cobraba el hilado, tornábalo y dábanme el dinero. Dirás ahora: Pues ¿esa es la famosa traza que Justina tanto cacareó? Pues ¿ganaba Justina en trajinar cada dia treinta ó cuarenta libras de lana? Negros doce maravedís. ¡Gran cosa! Antes parece que era perder tiempo y servir de balde y ser como el sastre del Campillo y la costurera de Miera, que el uno ponía manos y hilo, y la otra trabajo y seda. Advierte, y no te engañes, que si no miras mas de á cómo lo he contado, es como caso de conciencia en materia de restitution, puesto por boca del mismo mercader interesado, que lo afeita de manera, que si encuentra un nuevo teólogo, buscadero de los de á ciento en carga, no solo le tumbará, pero harále parecer que un promontorio de injusticia es monte de piedad, y una manifesta usura es una variedad heroica. Sábete que en esto de pedir yo la lana y traerla y llevarla por mi mano tenia yo muchas é infinitas ganancias, que yo habia aprendido de hilanderas famosas; que si como me enseñaron á hilar lana, me enseñaran á enhilar rosarios, ellas me aprovecharan mas, y yo me engañara menos; pero ya ves que hago alarde de mis males, no á lo devoto, por no espantar la caza, sino á lo gracioso, por ver si puedo hacer buena pecadora.

Al punto que yo llegaba en casa del maeso, los cardadores, desvalidos y á porfía, se levantaban á tomar el peso y pesas para pesarme las libras de lana que se me habian de dar, para llevar como colectora y agente de mis viejas, para que hilasen; y entonces, ora por descuido del que pesaba, que atendia mas á verme que á poner el peso y pesas en razon; ora por hacerme placer y obligarme, ora por mi ruego, ora porque yo daba al peso un pasagonzalo á lo disimulado, me solian dar dos ó tres onzas, y á veces un cuarteron de mas. Veán pues en treinta ó cuarenta libras otros tantos cuarterones de mas que me daban, y otros tantos de menos que yo tornaba, confiada en que las mismas diligencias me habian de valer, si era una mina, y sin hilar una mota. Demás de esto, yo ponía la lana hilada en parte húmeda, y como la lana cogia humedad, pesaba mucho mas, que la lana coge cuantos licores se le juntan, y por eso fué jergológico de la niñez y del mal acompañado. Hola, amigo avison, que por eso te hago avanzo de mis pasadas travesuras, que para solo decir las bien excusado fuera el hacerme yo escritora. Vino pues á ser que no habia día en el cual con faltas y sobras no me quedasen horas tres, cuatro, cinco libras de lana hilada en mi casa; porque la cuenta que yo pedía á las viejas era estrecha mas que pulgarejo de liendre, y la que yo daba mas ancha que calle de corte. Vendia cada libra de lana por tres, cuatro ó cinco reales, y á veces por siete, segun era; y para abonar mas mi hecho y mi persona y ase-

gurar mi juego, di en una cosa, y fué que compré á una moza de un tejedor gran cantidad de tamo y motas de jerga, y no me costó muy caro, que por un pedazo de pan me lo dió la triste, que diz que en su casa rodaba tanto el pan que no lo podia alcanzar, si no era con las alas del corazon. De este tamo y motas llevaba con cada libra de hilaza un poquito, mostrándome tan fiel, que hasta el tamo y motas tornaba; y este punto fué el que me acreditó tanto, que por la fidelidad de las motas me llamaban en todos los obradores la marquesa de las Motas. Vine á tener opinion de tan buena y tan fiel y aprovechada hilandera, que en teniendo un cardador un paño regalado ó prisa de hacer algun surtimiento, me llevaban á casa la hilaza. Verdad es que nunca recibí hacienda que de esta suerte me trajesen, porque libras enviadas por mano de maeso y pesadas en mi ausencia venian pesadas muy á lo justo, y por eso no las quería yo recibir, porque no habia lugar de hacer mangas de lana. Lo que les decia era : Señor, torne esa lana á su casa, que yo no quiero hacienda sorda, sino delante de testigos, que acaecen muchas desgracias por recibir las mujeres lana en secreto, y debajo de los piés le salen á una mujer embarazos. Tornábanla, y despues iba yo á ventura de que los oficiales y mi ventura y mis diligencias me valiesen. Con este tratillo muertó vine á revivir y juntar muy buenos reales, con que hice mis negocios pasando como marquesa; y de lo restante compré una borrica, que me costó veinte ducados, que las borricas de aquella tierra andan muy subidas. Esta di á comision á un aguador por un real y de comer cada día; y él sacó en condicion que las fiestas gozase de los alquileres de trajinar dueñas honradas, y corriase el oficio, porque habia entonces en aquel pueblo unas doncellas amovibles y algunas viudas de oropel y cierta camarada de mujeres, que parecian de casta de nabos, que para no se esturar es necesario revolverlos y menear la olla.

APROVECHAMIENTO.

En las hilanderas hay muchas marañas y embustes para hurtar lo que se les encarga, y deben restituirlo, por quien tanta cantidad de menudos vienen á defraudar notablemente.

CAPITULO III.

De la vieja morisca.

Cancion mayor.

¿Que no viera yo un barbero acaso,
O siquiera un albéitar no se hallara,
Que con balléstilla ó mano de mortero
De la vena poética sangrara
Un triste rozayerbas del Parnaso?
¿No basta media vez decir no quiero,
Sino que á fuer de fuero
Me pidas, musa mia,
Que con mi talento
Los hechos de una vieja en verso cante?
Que doña Lucia,
Si no una parca, una arpía en el alma y gesto;
Vaya en prosa, que de verso sobra aquesto.

Así como los caudalosos rios se van ufanamente gallardeando por junto á las márgenes de la tierra, sustentando un paso grave y entonado, usando de sus hinchadas olas como de brazos, para ir poniéndolos sobre las cabezas de las tiernas plantas, que á uno y otro lado le acompañan, llevando un ruido majestuoso y autorizado; pero en entrando en la corte de la mar, en presencia del emperador Neptuno, enmudecen y se esconden, sin dar mas muestras de autoridad que si se hubieran convertido en terrestre limo y polvo seco y menudo; así yo, la que entre estudiantes, galfarros, barberos, mesoneras, vigornios, pisaverdes, mostré mi entono, sin poder alguno medir conmigo lanzas iguales, reconociéndome todos superioridad, dando á la excelencia de mi ingenio título de grandioso, ahora que entré á competir con el mar de una morisca vieja, hechicera, experta, bisagüela de Celestina, me verás rendir mi entono y humillar mi no domada cerviz, sin mas ruido ni semejanza de quien fui, que si nunca fuera.

Esta vieja, en cuya casa posaba, era advenediza, natural de Andújar. No dudo sino que me recibió de buena gana en su posada por parecerle que era yo algo á propósito para enseñarme el arte; ca es muy propio de herejes y de brujos desear herederos de su profesion. Son como los bubosos, que quieren beber por todos los vasos porque hereden todos sus bubas. Ella era morisca inconquistada; y aun tengo por cierto que sabia mejor el *Alcoran* que el Padre nuestro; y viéraselo un niño, no solo en la lengua, pero en las obras, de las cuales diré algo, no para escandalizar el lector, sino para que fie poco de viejas ruines, que parecen rezáderas y ejemplares, y no relucen sino al candil del diablo, y para que te guardes de las tales. Yo creo en Dios; pero que ella creia en él, créalo otro. Cuando se persinaba no hacia cruces, sino tres mamonas en la cara, como quien espanta niños; y cuando llegaba al pecho hacia un gara-bato y dábase un golpecito con el dedo pulgar en el estómago: entiende por allá el *per signum*. Si la queria enmendar, respondia: No querer max persino, que no ser santiguadera. Preguntábala si sabia el Ave María. Respondia: Ben saber Almería é serra de Gata é todo. En las cuatro oraciones decia mas herejías que palabras, que por no hacer agravio á tan santas oraciones, no quiero conquistar la risa con trabucos de necedades y aun blasfemias. Preguntábala por qué no se habia casado ni queria casar. Respondia: No haber marido bueno, si no ser morisco. No sé en qué lo podia fundar, sino en que temia casarse con quien la hiciese ser cristiana. No niego que pueda haber y haya muchos moriscos buenos cristianos; mas cosa notable es que los mas no quieran casarse con cristianos viejos. ¿Quién duda, si no, que dan sospecha, de que quiero callar por no me acordar del cuento del que castigaron, y yo conocí que antes que bautizase un hijo ó él hiciese alguna apariencia de cristiano, decia: Perdonar, Mahoma, que no poder mas, so pena de caraña? En lo que toca á ir esta mujer á misa, era hablar en cosas excusadas. Una sola vez la vi ir á misa; y mientras estaban alzando se echó de hino-

jos sobre la tierra, y todo el mas resto de la misa estuvo tosiendo, con ser la mujer mas enjuta y avellanada que en mi vida vi; y tanto, que jamás, sino entonces, la vi toser. Maldita sea persona que de cuantas veces Dios nos visita con sus bienes no va á visitar á Dios en su casa; pero si yo se lo decia cumplia con trompóselas; veis aquí un clavo para la herradura. Y ahora me acuerdo que un dia tratando ella y yo de la obligacion que todos teniamos á la iglesia y á los señores curas, que son nuestros pastores: Sí, hija, que el primer medio real que yo gano cada año lo guardo para el cura. Yo que pensé que tenia devocion de dar aquel medio real al cura para aceite de la lámpara ó para la fábrica de la iglesia ó por otra cualque devocion; y no era, sino que ella pensaba que todo el toque de la confesion y de los misterios de la iglesia consistia en pagar el medio real, y que con eso se ácaban cuentos; nunca vi tal vieja. De la gente en procesion se espantaba y huía; y cuando habia truenos, se salia á la calle. Si pasaba el sacramento, luego tenia en qué entender en algun retrete; y si habia un ahorcado, se descervigaba por mirarle, y hasta perderle de vista le hacia ventana, que era pura para dama de ahorcados. El dia que los habia era el dia de sus placeres; y con ser coja, todos aquellos tres dias siguientes no cojeaba, antes con gran prisa salia todas aquellas tres noches de casa; lo cierto era que no iba á rezar por ellos, sino que la primer noche traia á los dientes que podia, la segunda de la sogá, y la tercera hacia conjuros al pié de la horca. ¡Qué demonio! Dábala osadía el diablo, que es el mueso de estas obras. Era cosa particular el agua que gastaba en lavatorios y cocimientos. Malditas sean personas que tan sin gusto ni honra ni provecho se dejan engañar del diablo. Siempre yo entendí de ella que era bruja, y no me engañaba, porque ella hacia unos ungüentos y unos ensalmos, que no era posible ser otra cosa.

Si no me tuviera Dios de su mano, yo hubiera caído en tentacion de regalarla, que pues sabia tanto de nigromancia, me resucitase á mi padre, segun y de la manera que la hechicera de Saul le resucitó á Samuel, ó al diablo por él; y á fe que si á mi padre resucitara, le habia de preguntar que quién libraba peor en el infierno, porque me han dicho que los que mas carena llevan son los malos escribanos, y otros que los letrados injustos, y otros hablan diversamente; pardiez, yo sospeché que me dijera que ni unos ni otros, sino los confesores absolvedores de estos, pues sin celo de gusto ni intereses los absuelven como ignorantes. Mas no quiera Dios que yo pidiera que á mi ruego se pusiese en cerco al diablo, que es gran pecado; porque en buen romance es tener el diablo por amigo y con merchan. Ella bien me quisiera enseñar el oficio por pegarme la sarna, y aun si yo quisiera aprovecharme de cosas que ella me decia, bien supiera yo en una noche coger sangre para hacer morcillas; pero no quise, lo principal por temor de Dios, y lo segundo, porque siempre fui enemiga de oficios que se hacen medio durmiendo como este de la brujería; en el cual por la mayor parte,

como yo via, las brujas se quedan amodorradas de sueño, y lo que en sueños hacen les persuade el diablo que es de veras, con unos enredos, que si los hubiera de contar como ella me los refirió, nunca acabara. Bueno es saber de todo, no para usarlo ni aun para saberlo, sino porque ya que se sabe, sirva de defenderse una persona de bellacas brujas sanguiuclás, que así llamaron los antiguos á las lamias, brujas y megas. Y advierto que es cosa de risa pensar que es cosa de importancia es sobre todo rezar; lo segundo traer el Evangelio de san Juan escrito; y lo tercero, bendiciones santas, y así decia esta bruja: ¡Ay, hija! las matronas, que así llamaba á las brujas, las matronas no temen ruda ni salvia, poleo ni yerbabuena, sino conjuros de abad. Llamaba la vieja conjuros de abad á las santas oraciones que nosotros reverenciamos. Con todo eso, por el bien que me hacia, estaba con ella en paz, no siendo jamás fautora de sus ensayos, no denuncié de ella; porque como ignorante, se me escapó la obligacion que yo tenia de decirlo á los señores inquisidores; y si la hice bien fué por la natural obligacion que tiene cada cual á querer bien á quien le hace bien. Estábamos como madre é hija; aunque me queria bien la diablo de la vieja, con todo eso, ni por amores que la decia ni servicios que la hacia, jamás pude conquistar la bolsa, porque cuando yo pensaba la cosa, ya ella iba dos leguas adelante. Eran sus mañas, enredos y ardidés tantos y tan disimulados, que me hizo caer en la cuenta de una cosa que leí; y dudaba sin atinar salida.

Leí que en el templo de Arcadia dibujaron al dios Júpiter de la estatura de un gran gigante, que tenia los piés sobre una tinaja vuelta boca abajo y hacía la parte de la tierra una vieja chica y fea. Significaban en esto que Dios tiene debajo de sus piés la luna del cielo y el terreno mundo; y el jeroglífico se concierta de esta suerte. Por la tinaja entendian la luna, porque esta preside al agua, significada por la tinaja, y por la vieja entendian el mundo, porque los engaños y embustes del mundo no pueden tener mejor imagen y dibujo que una vieja hechicera. Tambien entonces entendí un refran que dice: La águila enseña á vivir sin mengua; y creo quiere decir que como el águila, cuando se remozá, se despidе de ser vieja, puédese decir que cuanto mas desecha la vejez, desecha menguas, que están avinculadas al estado de la senectud femenina, á lo menos cuanto á la significacion jeroglífica. Confieso que me acobardó tanto su ingenio, que ya aunque dejara el arca del dinero abierta, no me atreviera á hacerle de menos un comino, antes hiciera como el Draque, que cuando vió las puertas de la Coruña abiertas, huyó y temió, pensando que era ardid; pero ¿quién diablos se ha de atrever á una bruja, que es el diablo el reñidor de sus pendencias?

APROVECHAMIENTO.

Mujeres viejas que son indevotas dan un indicio que son un abismo de mil miserias y hechicerías.

CAPITULO IV.

De la heredera inserta.

Octavas de arte mayor antigua.

Cual suele la tierra con agua amasarse,
Y como el rocío sin sentir descender,
Como suele el aire por lo hendido entrarse,
Y como á lo sordo el fuego se prende,
Cual suelen las plantas en tierra enrañarse,
Cual hiedra que en canto y en un muro prendo,
Y cual corderito que al pecho se pega,
Y cual sanguijuela que la sangre alega,
Cual suele la planta por la sutil hienda
Juntarse con otra á quien se semeja,
De la misma suerte, y sin que se entienda,
Justina, hecha nieta de la muerta vieja,
Se pega á la sangre, pecunia y hacienda,
Y sin tener gana á gritos se queja,
En mañas y hacienda hereda á la muerta;
Por eso se llama la heredera inserta.

Un miércoles á la noche se levantó una gran tempestad de truenos, relámpagos, aires, lluvia y turbiones, que ponían grima. Yo encendí una vela bendita y puseme á rezar. La vieja fué á otro aposento, y pensé que se iba á acostar, porque ella no tenía nada de estos embarazos; como dormía con luz por defuera y miedo por dentro, no pude enristrar el sueño, ni aun pude acabar con mi fiel corazón que dejase de dar aldabadas á la puerta de mi imaginación, el cual por instantes las daba á las puertas de mi alma para que recordase y escudriñase lo que pasaba. Levantéme y vestíme y fui al aposento de la vieja, por salir de la inquietud que me atormentaba sin saber la causa. No hube bien entrado, cuando veo mi vieja papo arriba, como trucha amorzada, que estaba muy en sana paz, dando la última boqueada. Verdaderamente confieso que en verla muerta perdí algún tanto del miedo que tenía de los relámpagos y truenos, porque saqué por mi cuenta que, según ella había muerto y aun vivido sin rastro de arrepentimiento, sin duda los diablos hacían fiesta por la muerte de aquella su amiga, y que los relámpagos eran cohetes y los truenos atabales, á fin de festejar la entrada de la diablesa. Yo como vi que la vieja había dado en esta flaqueza y que tan sin ruido había hecho finiquito, comencé á ensanchar el corazón y mirar la casa con ojos señoriles. Y tras esto comencé á hacer libro nuevo y trazar una buena vida, tras una tan mala muerte, y presto tracé cuanto me convenia. Lo primero, yo la amortajé sin asco de mal olor, porque estaba la vieja avellanada y enjuta que era un contento, y porque no se le antojase hacer alguna travesura, la até piés y manos aosadas, y aun así como estaba temía que en cogiéndola el menor real me había de espantar, como el Cid al judihuelo que le tiró de la barba estando muerto; no lo digo por la semejanza que con el Cid tenía en lo bueno, sino por la que yo tenía con el judihuelo. Tras esto voy derecha á la cámara benedicta donde tenía la

pecunia, fui cargada de llaves, y probando una y otra, abrí un cofrecillo barreteado, y en él hallé, gloria es el decirlo, y regocijo el mentarlo, envueltos cincuenta doblones de á cuatro, con lo cual pude hacer doblar por ella, pues ella doblaba por mí. Como hacían poco volumen, metí parte de ello en las zapatillas y entre soletas de las calzas, parte en la faja de grana que traía junto al cuerpo, y como algunos cayeron junto al corazón, y el oro es confortativo, tuve un ánimo invencible, tanto, que estuve sin comer ni beber hasta que eché la vieja de casa y la dí eclesiástica sepultura, como si fuera cristiana. Puseme un luto muy de gobierno, para lo cual me vestí una saya negra de la misma vieja, y de unos griñones que tenía para vender corté asaz una toca de luto muy honrosa, que del pan de mi comadre nunca fui escasa. Bajé al portal; puse dos ó tres sillas de costillas en hilera, abroqué los tornos y arrimélos como quien arrastra banderas y voltear arcabuces y destiempla añafles y atambores en entierro de capitán general. Llamé al sacristán que me pusiese el cuerpo en un féretro, concerté á destajo todo el entierro y oficios, lo menos costoso que pude, diciéndole que mi abuela era pobre, y que la comodidad que me hiciese lo pagaría en oraciones; él me dijo: Por cierto, señora, cuando mas razón no hubiera que haber criado á usted su abuela con tanto recogimiento, que la primera vez que á usted la veo es esta, bastará á creer que era una santa y que debo hacer cortesía. Preguntóme que cómo no me vía él en misa; yo le respondí que siempre me hacía mi abuela oír misa de alba, porque no me pudiese nadie y porque no tenía manto. El respondió: Pobre y honesta. No le dije que había muerto sin sacramentos, sino que ella por su pié el día antes había confesado y comulgado, y aun dicho: Hija, ten cuenta conmigo, que mañana pienso ver á Dios. Entonces el sacristán comenzó á decir á voces: Profeta, profeta, y fué á besarle el pié. Yo le dejé besar, porque nunca fui amiga de desembotar á nadie. Llamé algunas vecinas, y todas decían que para ser una santa, no había tenido otra falta sino haber sido descomulgable. No me dió poco gusto este con que, porque con él me persuadí que era fácil persuadirles lo que les era difícil de averiguar, conviene á saber, que yo era nieta de la difunta y traído solo para heredera. A las vecinas no les iba nada, y así me creyeron, de modo que me sobraban testigos para probar cuanto quisiera.

Tuvo soplo la justicia de la repentina muerte de la morisca, y mandó á un alguacil viniese á hacer la diligencia y depósito, en el interin que parecía el heredero, según los derechos disponen. Entró el alguacil, pero yo no me turbé. Y de propósito no le quise decir cosa alguna del ser yo nieta de la difunta, sino al descuido y como cosa asentada entablé mi hecho. Y el modo fué que comencé á derramar unas lágrimas que enternecieran un Agamenon, cuantimas un alguacil, y con ellas en mi rostro, le dije: Mire, mi señor alguacil, mi desgracia, que se me murió esta bendita como

un pájaro, confesada de ayer, y como no han subido mi mala suerte, no ha venido un ánima que me consuele hasta ahora que vinieron estas señoras, Dios las dé salud, y usted, á quien Dios prospere muchos años como yo deseo. ¡Ay, mi señora abuela! ¡Ay, abuela mía! lumbre de los mis ojos, y ¿qué haré yo sin vos? que me trujistes vos á vuestra casa para vuestro regalo, despues de haberos Dios llevado todos vuestros hijos y nietos; y sola yo he quedado para cubrir los vuestros ojos. Mejor fuera que vos cubriéades los míos. Ay, señor alguacil, mucho debo á Dios, que ya que á esta pobre la llevó Dios todos sus hijos y nietos, quedó sola esta triste nieta suya para cubrir sus ojos; que era ella una santa, un alma de paloma. ¿No es verdad, señoras vecinas, que era mi abuela una bendita? Ellas respondieron todas juntas, y á voz de uno: Sí, por cierto. No llóre, señora, que su abuela está gozando de Dios.

Como el alguacil oyó todo lo que dije con inocencia, y que como cosa asentada me trataba como única nieta y heredera suya, y que las vecinas decían lo mismo, no solo no me embarazó la hacienda, pero dijo: Pues ¿qué me traen engañado, supuesto que esta pobre doncella es la heredera? Yo entonces por asegurar mas el caso, me volví al alguacil y díjele: ¿Heredera yo, señor alguacil? Negra herencia de cuatro trapos. No me dé Dios salud si hay en mi casa un real en cuartos ni en plata con que enterrarla, si no vendo estos tornos y cachivaches; y decia verdad, que yo no tenia suyo real en plata ninguno, porque todo estaba en oro y no habia plata ni cuartos. Con esto se compadeció de mí el alguacil tanto, que para darme limosna echó el altabague y sacó treinta reales. Maldita la blanca él puso de su bolsa, sino la diligencia sola, pero harto fué para un alguacil. Una cosa juraré yo, y es que si él entendiera lo de la mortalla de la morisca, nunca él me creyera tan presto lo del abolorio; pero la poca esperanza avivó su fe, en especial que mis tretas y eficacia en el hablar dió la vida al negocio, y tanto mayor cuanto menor era mi miedo. Ca atento que la vieja era muerta, no tenia recelo alguno de que pudiese en el mundo haber quien me alcanzase en marañas. Con esto me entregué en el cuerpo, y aun en el alma, de la hacienda, y hice y deshice como quise en todo y por todo. Yo eché mi viejecita en la fuesa lo mas honrada y prestamente que yo pude, y á fe que me costó la burla buenos cinco ducados; pero guarde Dios al alguacil y buenas gentes que lo socorrieron.

Casi estoy por decir que, aunque se ofrecieron algunas cosas de disgusto en este entierro, ninguna sentí tanto como el interrumpir la ganancia de las libretas, porque cree que cuando una codizuela va llevando rauda y corriente, da notable pena el ver que se perturba, y que para perturbarse no hay dinero fresco cada dia; pero en fin, si duelos con pan son buenos, con dinero son rebuenos. Digo mi simplicidad, que para abonar mi atrevimiento y el meterme tan sin escrúpulo en la herencia, no tuve para conmigo otra excusa sino solo el

parecerme que aquella bruja, despues del cabron, me queria mas á mí que á nadie. Otra necesidad. No la dije misas, por parecerme que no la podia hacer mayor pesar que ofrecerle en muerte lo que tanto aborreció en vida. Otra simpleza. Parecióme que si ella muriera con su lengua, mandara aquella hacienda á algún mal morisco, lo cual fuera como quien lleva armas á infieles; y por tanto me pareció á mí que era mejor ahorrar de estos inconvenientes á España, y meter en ella paz bien pagada y mejor merecida. Por esta causa me pareció en el pleito de propiedad y herencia sentenciar en mi favor en vista y revista, y me hice poseedora inquilina, como dicen los escribanos. Lo que hay de culpa, Dios lo perdone; lo que hay de donaire, el lector lo goce. ¿No encontrara yo otras ochenta mil viejas como esta cada dia, para que tan sin contrapeso me hicieran bien? Aunque mal digo sin contrapeso. Uno tuve muy á mi despecho, y fué que antes del entierro y en el entierro y despues del entierro me vi necesitada de echar algunos lagrimonatos mal maduros, que me daban gran fastidio; porque llorar una persona sin gana, cree que solo se puede hacer en dos casos: el primero, que sea mujer; y el segundo, cuando ve el interés al ojo; particularmente cree que forcejar á llorar á una mujer que le estaban retozando en el cuerpo cincuenta doblones de á cuatro, ya ves qué trabajo seria. Casi parece tan grande como la colision del retozo de las dos hijas de Silva, que forcejaban en el vientre de su madre sobre cuál saldria primero. De verdad te digo que solo por haber vencido el torrente del alegría y forzado el alma á llorar en ocasion tan sin ocasion, merecí los doscientos ducados; porque te doy mi palabra que desde el dia que mi padre me imprimió el jarro en las costillas, como viste arriba, hasta aquella presente hora mis ojos no se habian desayunado de llorar, si no fueron aquellos dos sorbitos que lloré y pucheritos que hice en la jornada de Pero Grullo, que aun cuando mis hermanos pusieron en mi cara la verdadera señal de sus cinco dedos, no lloré, que soy muy ojienjuta.

No soy yo moza de ojos cebolleros, como otras que traen la canal en la manga y las lágrimas en el seno; y en queriendo llover, ponen la canal y arrojan de golpe lágrimas mas gordas que estiércol de pato. Allí eché de ver que el suelo de un pueblo hace mucha impresion en las condiciones y en el cuerpo, pues como Rioseco es, y se llama seco, me pegó la sequedad á mis ojos y cerebro; ó debo yo de ser sola la agraviada, pues otras le han hallado mas húmedo para sí que yo le hallé para mí. Era gusto oirme las simplezas de niña inocente y tierna que yo decia en la iglesia cuando como tórtola cuitada lloraba la muerte y ausencias de mi querida abuela; daba gritos, y eran tan recios como si estuviera de parto, y tan altos, que no sé cómo no me subieron al cielo estrellado y me convirtieron en estrellas ligadas y pluviales, como á las hermanas de Icaro, en la muerte y lloro de su loco hermano, que murió asado en el sol, cocido en el agua de las fervorosas lágrimas de sus hermanas. Debía de ser mejor hermano que los

mios, pues le lloraban tanto, ó debían de ser tan locas como él, que pretendió con caballos de cera vencer á los del poderoso Faeton.

Con estas ceremonias y lloros eché el sello y confirmé la opinion de ser mi abuela, y aseguré mi herencia, que bien pienso yo que cuanto ha que hay lloraderas en el mundo, sean precisas, sean voluntarias, sean alquiladas, sean insertas, no ha habido lloradera mas bien pagada que Justina.

APROVECHAMIENTO.

Nota las falsas lágrimas de una mujer, las astucias de una doncella, la codicia de una mozuela, sus embustes y mentiras, y todo te sirva de escarmiento y de aviso.

CAPITULO V.

Del sacristan importuno.

Seguidilla cortada.

Señor sacristan, vay con el dia-
Que no quiero honras que cuestan ca-

Ya que la gente, despues del entierro, me trajo á mi casa, y tuve segura posesion del arca del tesoro y del tesoro del arca, paseé toda la casa muy bien, y vi el mueble, que era poco, pero no malo. Verdad es que los vestidos estaban mas á propósito para sacar de ellos polilla que dinero. Estando mirando lo que en casa habia, llamó á la puerta el sacristan, que era una sal, digo en el calor, que en la gracia era una salmuera: lindo talle para un trasgo. El sacristan, mas asacristanado que comí en toda mi vida, era lego, soltero, aunque á los principios no se atrevió á soltar. Venia el bueno del hombre por el dinero del entierro, que eran cinco ducados, en honor y reverencia de los cinco sentidos corporales. Hablóme con tres mil retruécanos y cortesías, dicho todo con una manera de angustia, que entendí que era segundo mortuorio á humo muerto; en resolucion, él me dijo que entonces no queria mas de un ducado, y que poco á poco le iria pagando lo demás, que queria cobrar en tres tercios la deuda; y yo le dije: Señor, la limosna de la sepultura no es como alquiler de casa, que se paga á enviones, ni tampoco quiero darses ni tomares con sacristanes; no quiero censos de quita y pon con gente eclesiástica, que anda cada dia entre la cruz y el agua bendita; ve aquí todo su dinero, y váyase con la paz de Cristo.

El entonces, por complacerme, me dijo que si á mí me parecia que él queria hacerme alguna baja; y yo le dije: Señor sacristan, ni quiero que me haga baja ni quita. Tome su dinero y déjeme con mi sosiego. A cada cual haga Dios bien con lo que es suyo; usted no tiene otra renta sino su trabajo, y de este dinero lo menos es lo que á él le toca; no haga franquezas que le salgan al ojo; no le dije á los ojos, porque no tenia mas que uno; y mas que era el del cañon el que le faltaba.

Estuvo el sacristan bien importuno, y para mí lo era mas, y en la presente sazon mucho mas, porque me

comian los piés por tornar á acabar de hacer escolta y visita general de las preseas que la vieja habia dejado; y se fué haciendo mas reverencias que hay en un convento de frailes.

Esotro dia tornó tan sin vergüenza como si yo le hubiera pedido por amor de un santo que me viese. Dijo-me mil principios de cosas; y si alguna siguió fué decir: Señora, véngola á preguntar si ha de hacer honras á su abuela. Yo entonces hice el ademan del piojoso, y concomiéndome toda, le dije: ¿Y de qué, señor sacristan? Las mayores honras que usted y yo la podemos hacer á mi honrada abuela es no hablar juntos, que yo sé de ella que disgusta mucho que yo hable con sacristanes. Eso de honras guárdese para los caballeros y ricos, que yo no tengo sino tres sillas y dos tornos, un jarrillo, un cántaro y dos cestos y una triste ropa de cama y un vestido roto; mire si terné bien que hacer para ganar para pagar el entierro, cuanto y mas hacer honras. A él le pareció que era este buen pié para tomar la mano en proseguir su intento y hacer su oferta, y hizómela de hacer las honras á su costa y mencion; y mas por la cuenta queria honrar á mi abuela en la iglesia, y deshonrarla en su casa; yo que le entendí la honorifica, le dije: Tate, señor sacristan, honrados dias viva, que así me quiere cargar de honra; yo se lo tengo á merced; honra el rey tiene harta, descuide de eso. Y por hablar mas claro, dígame, señor honrador, ¿era él el que estimaba tanto la santidad? Era él el que canonizó á mi abuela por profeta? ¿Eran estas las profecías? Pues crea que no se cumplirán en mis dias. ¿Era él el que alababa la honestidad con que me crió mi abuela? Sola una excusa tiene, y es que así como lo que el leon toca con la boca no queda de provecho, así castidad alabada de su boca no queda á su parecer sino para echar á mal. Diga, pensadero, ¿en qué pensaba cuando dió en pensar que á dos dias muerta mi abuela he de perder lo que he ganado por espacio de tantos dias? No hay enamorado que no sea loco y confiado. Este pensó que yo le dilatara con esto la cura, y que decirle que mi abuela habia solos dos dias que era muerta era darle póliza con plazos y esperanza para el tiempo de por venir. No me salió el sueño del perro; dicho y visto no me cato, cuando desde allí á otros veinte dias tornó con la misma demanda, tomando por tema el preguntarme si queria hacer el cabo de año de mi abuela. Aquí ya perdí pié para no hablar en copla, sino en el estilo de ambasan; díjele: Señor don Besugo estrujado, no me enfade, que el dia que enterré á mi abuela acabé con sacristanes para todos los dias de mi vida, y crea que un sacristan á media legua me huele á requiliternam y á neque especias; lo cual para un vivo tan ruin y pecador como yo es peor que rebueldo de descasado. ¿Adónde ó en qué calendario halló que en veinte dias se acaba el año, para venirme á acabar la vida sobre que haga cabos de años? Digo que cuando el sol tornare atrás y concluyere su curso en los veinte dias, dentro de los cuales dice que es cabo de año, entonces daré á sus

perfiar cabo. Y no es poco decirle esto, que aunque sé que es imposible la condicion, con todo eso, por pensar que pensará que le prometo algo, me animo á mucho. Y avísale no me atraviase los umbrales, porque mi abuela me dejó casi concertada en Mansilla con un hidalgo honrado, que tiene ya mi honra por su cuenta, y si viene y sabe que aquí entra á ofrecermelas esas honras, crea que el menor pedazo será la oreja; y mire lo que ha hecho en solos tres días que aquí ha venido, que por conservar mi honor me es forzoso irme á Mansilla, y de hecho lo haré, que yo lo he dicho á mis vecinas, y me aconsejan que lo haga. Con esto el sacristán voló despedido de honras y provechos de cabo de año y de todos sus intentos. ¡Cuál iría su ánima!

APROVECHAMIENTO.

Un loco amor lo menos que acarrea es deshonor.

CAPITULO VI.

De la partida de Rioseco.

Sétimas de piés cortados.

Cual mercader codicio-
Que de Indias viene ri-
Cuya galera ó navi-
Trae el dulce viento en po-
Ni mas ni menos Justi-
Rica, ligera y gozo-
De Rioseco va á Mansi-

Entre la hacienda que había en casa encontré dos obligaciones: una contra una morisca muerta, y otra contra otra viva, la cual yo conocía, y aun la temía, porque esta sabía muy bien que yo no era nieta de la vieja, sino que todo era trama, y para que no me descubriese usé de este ardid. Yo la dije: Hermana, veis aquí una obligacion de seis mil maravedís que debeis á mi abuela; ella me la dió y entregó para que cobrase de vos; pero creed que yo no os he de dar pena, porque espero que me haréis merced en otras cosas. La morisca era astuta y entendióme, y hízose esta cuenta: Si yo descubro que esta no es heredera, entrará la justicia en la hacienda, y ella por vengarse descubrirá lo de mi obligacion, para que de mí cobren el dinero, y tanto me perderé; y si callo no me hablará palabra. Visto esto, determinó callar, y calló mas que una muerta, y yo callé porque ambos teníamos buen callar. De los herederos de la otra morisca tambien pudiera yo cobrar, que abonados eran, mas no quise porque no me pusiesen alguna objecion con que lo borrásemos todo, que esto de cobrar deudas es busca ruidos y descubre verdades. A este propósito dice la fábula que la paloma prestó al sapo en prendas de la cola la castidad, y que el sapo, no teniendo de qué pagar, y aun enfadado de verse tan casto, pidió á la diosa Vénus le convirtiese en paloma. Ella lo hizo; pero por si el sapo se entonase, sacó dél un retrato y escondióle en las aguas del Danubio, para cuando se entonase darle en los ojos con el retrato de quien fué, y que la confusion de ver quién fué y quién era le hiciese acortar de presuncion. La

paloma, viendo al sapo tan paloma como ella, pidióle su deuda y que le daria su prenda. Hubieron palabras, en que vino á decir el sapo á la paloma que era tan bueno y mejor que ella. La paloma corrida quejóse á su madre natural Vénus que la vengase de aquel agravio. Ella le dijo: Anda, hija, y busca en las aguas el retrato del sapo, y con esto le convencerás para que torne la castidad que le prestaste, que poniéndole delante su figura, se acordará de lo que no tuvo y lo que tiene. Fué la paloma, y como es torpe, jamás pudo descubrir el retrato; pero siempre iba y venia á buscarle, y de allí le quedó á la paloma que nunca cesa de andar solícita mirando y remirando el agua por si halla allí el retrato del sapo, para que le torne su castidad y aun su honra; lo cual ha sido causa que muchos cazadores maten palomas embebidas en mirar las aguas. Vean aquí en qué para pedir deudas; en no cobrarlas y recibir afrenta, pues el sapo, tras no volver á la paloma su castidad, la dijo injurias, y puso á pique de que el cazador la mate. Por eso no quise yo ser paloma en pedir deudas al sapo.

Bien creerás que con tan buena ayuda de costa concluiría bien mi pleito y sacaría sentencia en mi favor. Así fué, y tan favorable, que solo mi generoso gusto pudiera hacer tal efecto, que, como dice el refrán, trae la bolsa abierta, y entrásete ha en ella la sentencia. Concluso el pleito, hice la almoneda; el almoneda, afeitando primero todo el ajuar y emprendiendo la ropa de lino, y como se vendia en parte oscura, pasó como cuarto falso. Debióme este de valer otros trecientos reales, sin ocho ducados que pagué, porque los debía la vieja del alquiler de la casa, y aun para estos hice que me tomasen para en parte de pago unos cachivachos que no podia vender, requiriéndolos que yo me habia de ir á servir á Mansilla, forzada de mi pobreza, y que no habia otra cosa de qué pagar. Entre otras cosas les hice tomar en pago una albarda vieja de mi burra en tanto precio como si fuera nueva. Mas ellos se conformaron, diciendo: La mala paga siquiera en pajas, cuanto mas en albardas.

Partí de Rioseco á Mansilla en burra propia, con sentencia favorable y con trecientos ducados, poco menos. ¿Qué te faltaba, Justina, sino sarna? Vine cantando las tres ánades madre. No dejaba de tener algun recelo de cuán mal recibida habia de ser. Bien se me ofreció enviar delante de mí presentes á mis hermanos y algun recaudo amoroso; mas no era yo tan cuerda que imitase á otro mejor que yo, el que por gran temor de su hermano, yendo rico y poderoso, le envió presentes, para que dádivas ablandasen peñas. Antes me pareció como á necia que tanto me perdiera y diera nota de que habia ganado mucho en poco tiempo, que es cosa de mucha nota en mozas cual yo era, y aun no pudiendo esconder que el burro era mio, dije que me le habia encargado una vieja, la cual, cuando se murió, me dijo se le vendiese y se le hiciese decir de misas; y fué donoso cuento, que cuando mis hermanos me preguntaron la primera vez lo del borrico, estaba delante un clérigo, y como me oyó decir que le habia de vender para

decir misas, me salió á la parada, ofreciéndose á decir-las á cuenta; mas yo le dije : No, señor, que han de ser misas con diácono y subdiácono, y en su aldea no hay lugar para tanto. Si esto no digo, cogido me habia el cura. Entré en mi casa, recibíéronme, vivía, y aun á penas. Con todo eso me temian, por ver que me habia sabido valer de rey y de iglesia, pues traje carta de ex-comunion para los ladrones de fuera, y ejecutoria contra los ladrones de adentro. En virtud de la sentencia, nombré un curador á mi gusto, que era un hombre de armas, á quien yo conocia muy de atrás, y á la sazón estaba conmigo muy adelante en voluntad, y no le nombré tanto por finezas de amor cuanto porque, para defender mi hacienda y persona, tenia armas y dientes contra aquellos galeotes, mis hermanos, cuya cólera creció con el nuevo enfado de la sentencia favorable. Este hombre de armas era viudo y estaba de asiento en Mansilla, y posaba en la misma casa de mis hermanos, y aun la sustentaba, no de comida, sino de juego. La voluntad que yo le tenia era sana y sincera, aunque no poca, que verdaderamente las mujerés, si no nos previerten, sabemos querer sin ofensa de Dios mucho tiempo, sino que no nos entienden, que nosotras somos como mariposas, que querriamos tratar el fuego sin quemarnos. Con esta letura acudia á él en todas mis necesidades, y aunque el hombre me amparaba de merced, con todo eso me pareció que me importaba buscar marido que le doliese mi hacienda y me amparase de justicia, por lo cual determiné mudar estado y meterme en la órden de matrimonio. Algunas amigas mías me daban modos de devociones para casarme; mas viendo que eran muchas de ellas de risa, las dejaba; hallé por mi cuenta que son mas las recetas de devoción para casarse que las que hay para dolor de muelas. Acuérdomme

que hice azotar á una mujer porque me dijo que madrugase la mañana de San Juan, al punto que alboreaba, y que cual fuese la primer cosa que viese, tal seria mi novio. Madrugué, y lo primero que vi fué un borrico que venia rozando; esperé otro poco, y pasó un sacristan capon. Tómame la esperanza para bien matrimoniar. Déjeme de esto, y dí en hacer las romerías cosas rías, que son ir á las mas léjos, parte por alejarme de aquellos verdugos insertos en hermanos, parte por poder decir que el marido traído de léjos es precioso. Imité en esto á la tórtola, que cuando está descasada se aleja de su nido y no vuelve á él hasta venir enmaridada. Esto de encontrar con buen marido es como quien compra melones, que ni el hombre sabe si el melon que compra está maduro ó verde, ni si es todo pepita ó todo carne. Solo dice que el melon ha de tener tres calidades, pesado, escrito y oloroso, y á esta cuenta buen marido encontré yo; porque en lo que toca á escrito, no habia otro mas escrito en España, pues lo estaba en mas de veinte compañías de soldados, y á las menos habré servido; y aun la frente traía escrita con cuchilladas; pesado, no lo era poco; oloroso, tambien lo era, que de ordinario traía una poma porque no le oliese mal una fuente, y le duró la poma hasta que un dia la jugó al treinta y uno; mas no por eso dejó de oler, que como quedó pobre, olía á pícaro á cien pasos, que todo es olor, ó bien ó mal.

APROVECHAMIENTO.

Pondera el gran descuido de tomar santas devociones para encaminar á Dios el matrimonio santo, por lo cual hoy dia tienen los matrimonios fines tan aviesos y desgraciados.

LIBRO CUARTO.

LA PICARA NOVIA.

CAPITULO PRIMERO.

Del pretendiente tornero llamado Maximino.

Redondillas de solos dos consonantes, de mano de Justina.

Un Maximino de Umenos,
Por ir de menos á mas,
Quiso, ni poco menos,
Poseer en mí lo mas.
Fingíome ser, cuando menos,
Mendoza, Guzman, y aun mas;
Mas todo fué por demás,
Porque era un pelon, y aun menos.
Yo le dije no haya mas,
Señor mínimo de menos,
Que ni tengo amor de mas,

Ni tengo seso de menos.
Y no me torne aquí mas,
Señor tornero; á lo menos
Visite mi casa menos,
Si quiere no tener mas.
Dijo Umenos: A lo menos
No me quitarás jamás
Que te quiera mucho mas,
Cuanto me quisieres menos.
Si así procedes de hoy mas,
Tal es lo mas cual lo menos,
Ruégote vamos á menos,
No me envides mas y mas;
Ni mates ni mueran mas,
Que Dios nos hizo de menos,
Yaun es poco mas ó menos
Lo que va de mas á mas.
Y si es extremo tu mas,

Y es otro extremo mi menos,
 Estima menos tu mas,
 Porque valga mas mi menos.
 Que aunque yo te viera en menos,
 Y me viera á mí en lo mas,
 En mi mas tuviera menos,
 Porque entrarás tú en lo mas.
 Sube un poco mas mi menos,
 Baja un poco mas tu mas,
 Y con eso desde hoy mas
 Umenos no será menos.
 Porque siendo tú algo menos,
 Y yo tambien algo mas,
 Creceré yo tanto mas
 Cuanto tú fueres de menos.
 Aquesto me dijo Umenos,
 Y trecientas cosas mas,
 Y aunque nunca me amó mas,
 Nunca yo le quise menos.

Dos cosas hay en los pueblos pequeños que no se pueden esconder, almoneda y moza casadera; y como me olieron á víspera de novia, iban y venian pretendientes como la vanagloria. El primer pretendiente mio, á lo menos de los primeros, fué uno tan falto de hacienda y traza cuan sobrado de amor y buen despejo, mocito espigado, barbigoniente, bermejolo, pintojo, espadachin, no mal talle, sino que tenia la cabeza chica, que parecia porro de llaves, señal de poco seso, y la cara hoyosa de viruelas, tal que parecia molde de picar botas. Llamábase Maximino de Umenos, y aun era menos de lo que parecia. Este, despues de haber hecho algunas demostraciones, no tan costosas como graciosas, pensando que mi casamiento era de casta de quínola, que se hace sin descarte, ó de un blado, que se hace en el aire, me dijo, como cosa hecha sin arenga ni exordios: Señora Justísima, si usted me quiere por su criado de las puertas adentro, para almohazar su mula, ensillar su yegua, lavar sus paños, coser sus sayas y para otros oficios á esta guisa, aquí estoy, hágase su voluntad; créame que no soy perdido sino de amores, y no por todas, sino solo por voarced, á quien quiero por mi esponja. En parte me cayó en gracia el denuedo del hombre.

Díjale que me dijese qué oficio tenia. El titubeó algo acerca de este punto; pero como era descaradillo, limpióse de saliva y de vergüenza, y díjome: Una alma conjurada no puede negar la verdad; y así sabrá usted que no tengo un oficio, sino muchos, y son mas que los de los libros de Tulio. Mis oficios tienen tiempos, como el ganado pastos; yo al verano torneo, al invierno pongo en orden lanzas, garrochones y rejonas para hacer lo que se ha de hacer en su tiempo, y aderezo garrochas pavonadas para toros, y aun si tomo un caballo entre manos, no hay quien dé mejor cuenta de él que yo. Hidalgo como el gavilan, que soy Mendoza, Guzman, Cabrera, y de ahí arriba cuanto mandare. Soy vizcaíno, alavés, linda res, y mozo que no me duermo en las pajas. En esto último bien sabia yo que mentia, porque me constaba que maldito el colchon tenia en su cama, sino que dormia ras con ras sobre las pajas de un jergon, á causa de que el colchon le tenia empeñado en casa de un sastre que le hizo soleto, ropilla y valones para seguir su pretension. Yo

bien adiviné que este mocito no tenia caudal para ser admitido á tálamo y que todo era frusleria; mas con todo eso no le quise responder de repente, porque no me sucediese lo que á la diosa Delio, que queriéndola por mujer el dios Apolo, le desechó, por verle que venia mal vestido y á la ligera el paso de largo; y cuando ella vió que llevaba tras sí todo el ejército del cielo por criados, arrepentida juró hacer de ciertos á ciertos tiempos un gran llanto y vestirse de luto; y de aquí provinieron los eclipses y diluvios de Delio, que es la luna. Ansí no quise desechar á este pretendiente, lo uno por lo dicho, que debajo del sayal hay al; lo otro porque es ignorancia de damas casaderas despedir un pretendiente hasta que pique otro. Es cordura que nunca esté vacío el puesto, que taberna sin gente poco vende. Mas ya que acudieron al reclamo otros opositores de mas suficiencia y partes, yo, que estaba muy bien informada de las pocas de este barbigoniente espadachin, le llamé, y dije: Señor, yo he pensado en aquel negocio que usted me dijo el otro dia, y creo que conforme á la relacion que usted me hizo, me engañaba en la mitad del justo precio; de veras que cuando usted me dijo que era torneador en verano, entendí que ocupaba usted el tiempo del verano en torneos y justas, y parecíame bien, porque el tiempo del verano, en el cual la sangre se dilata y los miembros se desencogen, es acomodado para los ejercicios belicosos, y yo no estoy mal con personas de esa profesion; mas segun soy informada, el tornear usted en verano es que usted es tornero, y en el verano tornea trompos para los muchachos; y me han dicho que el poner usted en orden lanzas y garrochones, es que en invierno no tiene que hacer, sino aderezar estos instrumentos á quien se lo paga; y lo de dar cuenta del caballo, segun me han dicho, es que usted, si se lo pagan, engordá los caballos con zanahoria, pan de linaza y aceituna, que dicho en buen romance, es que usted es tornero de niños, garrochero de bobos y almohacen de caballos. ¿Es ansí como lo digo y la fama lo canta? El buen del alavés, que tenia muy poquita vergüenza, se quitó su sombrero, y dijo: Sí, señora, lo mismísimo; está vusted en lo cierto, véalo voarced si le arma el mozo. Cuando esto oí, quisiera pelarle las cejas de puro enojo; mas templéme, considerando que él hacia como discreto en buscar su remedio como mejor podia, y que yo era libre para hacer mi gusto; y por no perder ocasion ninguna que fuese de él, le comencé á dar un poco de vaya; y volviendo el rostro al sesgo como se usa entre matraquistas de la hampa, le comencé á decir veinte cosas. Sor tornasolado, le dije, dígame por vida de ese banco de botonera y por esas barbas de oropel, ¿no halló otro oficio que más le cuadrara que el del tornero veraniego? Pues ¿tan amigo le parece que soy de maridos que tengan oficio de á pié quedo y de siempre en casa? Pues ¿no ve que siendo tornero de dos de queso, en faltándole que hacer, le enviara por cuernos al rastro para que torneara tinteros para toda la vecindad? Dígame, ¿tantos toros pensaba correr, siendo mi ma-

rido, que se ofreció de aderezar lanzas y garrochones con que torearlos? Consuélese con que sabe poner en orden caballos, que para cuando haya de salir de semejantes ocasiones, tan avergonzado como corrido, estarle ha bien, y saldrá encima de esos caballos. Una cosa le quiero preguntar, y respóndame, que yo le doy licencia que me hable: ¿Por qué en aquella relación que me hizo de sus oficios, calidades y partes no me dijo en qué le podía yo ayudar en aquel oficio de torreador veraniego? No hube bien preguntado esto, cuando el mancebilleto me respondió sin maldita la pepita: Sora mia, yo la diré á voarcel de lo que me habia de servir, si matrimoniáramos los dos. Habíame de hacer cordeles de cerro y amolar las puntas á los clavos de trompos y peonzas, porque los muchachos dejaran toda la ganancia en casa.

Aquí confieso que me enojé un si es no es, y me comprendí dos alfileres de la paciencia, y sin ellos y sin ella le dije: Muy pícaro de á ocho en cuarteron, lo que ha de hacer es ir á buscar moza á Ubeda, donde son los buenos cerros, y busque una aguzadera de puntas de trompos en la manflota, que Dios es mi padre, si otra vez me mira al rostro ni estampa el pié veinte y cinco pasos de mi puerta, le haga yo al trompero trompon, no solo ir trompicando, pero tornearle las espaldas y sacarle la punta de la lengua por el colodrillo de esa cabeza de peonza. Temióme sin duda el pretendiente, é imaginando que yo tenía de respuesta los diablos de san Anton, se encomendó al caballo de los piés. ¡Cosa rara, cuán en manos de una mujer está, en coger y en descoger un hombre, ponerle hecho un ovillo y hacerle dar hebra! Así le metí á este las cabras en el corral, como si yo fuera el gigante Golías.

Mas no me espanto que nos teman los hombres, que como decia el señor don Carlos, aquel capitán es mas temido que sabe mejor vencer con paga y amor la voluntad de sus mismos soldados; y como nosotras pagamos á nuestros Roldanes en moneda de á dos caras, adelantadas las pagas, no hay hombre que no nos tema. Una vez oí en casa de unos caballeros sobre mesa seguir este intento; y uno trajo á este propósito aquella pregunta comun de que por qué causa á la fortaleza la pintan como á mujer. Y respondió diciendo que por la causa dicha. No me pareció cosa muy á propósito. Mejor dijo otro, que salió con menos orgullo y mas razon. Este prosiguió el intento, y dijo que para significar los antiguos cómo las mujeres somos valientes de acarreo y temidas cuando queremos, pintaron á la fortaleza en servicio de Vénus, y que otro pintó á Vénus, que yendo volando, arrebató la fortaleza, y la llevó gran trecho á mal de su grado, y la metió entre unos agrios peñascos, convecinos de un su jardín, y en estando en ellos, le quitó la capa á la fortaleza, y la hizo que cavase y cultivase las peñas, plantando en su lugar árboles deleitosos y edificase una fuerte torre; y añadió haber leído en muchos poetas que los mas copiosos ejércitos del mundo los habian capitaneado mujeres; no por otra causa sino porque la fortaleza viene á ser esclava

del amor y las mujeres; y concluyendo la plática, dijo:

No se espante nadie que las mujeres sean temidas; que pagan sus soldados adelantado, trazan con sosiego y pelean sin peligro. Este pretendiente se llamaba Maximino de Umenos, y sobre uno y otro apellido le dije algunos conceptos razonablejonazos, parte de los cuales puse al principio de este número y parte está escrito en el envés de mi memoria, y por no descogerla me perdonarás el cuento.

APROVECHAMIENTO.

Los que pretenden casarse en estos tiempos mienten en su calidad y casi en todo, siendo el contrato que con mayor verdad se debe tratar.

CAPITULO II.

Del pretendiente disciplinante.

Liras de piés cortados.

Un pelon desgarrado
Que andaba amartelado por Justo
Por verse remedado
Pidió al dios Cupido
Le diese de limosna un buen vestido
El ciego de Cupido
Como ciego, pobre inocente
Le dió un pobre vestido
Mas para penitente
Que para ostentacion de pretendiente
Dió al triste amante
Camisa, capirote y disciplinante
Y hecho disciplinante
Pasea su Justo
Mostrando en azotarse gallardía
En fin, de aquesta empresa
Salió disciplinante remojado
Y á toda furia y priego
Seguido de mucha gente
Que le hicieron huir mas que de pa-

No se le puede negar al amor que es inventivo, y que en trajes y disfraces tiene la prima, no trato del amor inventivo, porque en mi casa llueve como en Toledo de las tejas abajo, que ni soy Icaro, ni Faeton, ni Simon Mago, ni marqués de las nubes, para que el vuelo de mi lengua y pluma suba medio coto sobre el caballete de un tejaño. Digo pues que con justo título se le dan al amor de inventivo, pues mala y disfraza como quiere las gentes; porque quien es tan poderoso para en un instante trocar las almas, no es mucho que le sea para trocar los vestidos, si no es que sea los vestidos del otro portugués que se vistió para morir y dijo: *Ahora máteme Deus, con condezaon que el dia do juicio no me tire este vestido ó truque, que eo quiero, que co o meo me faga Deus ben.* Muchas cosas te pudiera decir por donde conocieras los raros disfraces y ensayos del amor; mas por ahora me contentaré con decirte uno de los mas donosos que has oido, y es de un pretendiente mio, que no teniendo otro modo ni manera cómo hablarme, dió en vestirse de disciplinante, para que no le faltase al amor librea que no haya dado á los suyos. En mi pueblo habia un hijo de una lavandera viuda muy regalon y muy hijo de viuda; éralo tanto, que él solo se sentaba á comer á la mesa y su madre le servia como si fuera madre

al uso de Jauja; nunca la llamaba mi madre, sino la mi lavandera. Harto tenia la madre que afanar para sustentarle á él. El provecho que de él se tenia en casa no era sino solo que estando él en ella jamás se endurecia ni tomaba de moho el pan, y para pasar dos azumbres de vino de un aposento á otro no habia menester bota ni jarro ni cuero. Tambien habia su madre del otro provecho, y era que cada dia después de comer la contaba un pedazo de la historia y descendencia de los Machucas; concluia siempre diciendo: Lavandera mia, de esta gente fué vuestro marido y mi padre, que sea en gloria. Hidalgo era, aunque pese á ruines hombres, que aunque le hicieron pechero, fué cosa injusta, y el rey nos debe todos los pechos mal llevados desde doscientos años acá. Yo soy hidalgo; que en Castilla el caballo lleva la silla. Con este cuento andaba la madre tan pagada, viendo que su hijo no era solo hidalgo, sino becerro de hidalguías, que daba sus servicios por bien empleados, en razon que de su linaje hubiese en el mundo un hidalgo. En fin, la pobre vieja andaba machucada, y él muy pomposo por el lugar. Tenia el mozo no mal tallo, antes era alto, bien dispuesto y por extremo blanco, y de tan buenas carnes como mal espíritu. Púsosele en la cabeza el casar conmigo; gustara él para esta aventura hallarse muy vestido y arreado; mas no le fué posible por ninguna via, porque aunque él quisiera herrar algun vestido negro mal guardado, no le habia en el pueblo, que por entonces no vestian los de Mansilla paño guineo, ni tampoco era para él oficio de lastron, porque por no llevar él una mala noche anduviera en cueros. Esta ocasion de verse con tan poca ropa le detuvo de venirme á hablar cuerpo á cuerpo y decirme su razon. Sí que pasaba él con otros por la calle, y miraba hácia mi ventana; mas tornando á mirarse, deshacia la rueda de los ojos, y alentaba las del cuerpo para pasar de largo. Sin duda que le vi un dia con unas calzas, que para no perderse el pié y pierna al embocarse en ellas, era menester una guia de hilo á hilo; los gregüescos tan repelados, que mas traia gesto de toreador acornado que de pretendiente amoroso; sayo y capa de la misma muerte. Y con andar así, era tan poderosa para con él la descendencia de los Machucas, que forcejaba contra la tempestad de sus trapos y pobreza, pretendiendo arribar al tálamo de Justina la hidalga. Vino mayo, y con él un dia florido, alegre y claro, fiesta de la Cruz. Este dia se resolvió ponerse de librea para rondarme la puerta y decirme su razon, y la librea que tomó fué vestirse de disciplinante; y porque se declarase ser acertado jeroglífico el de aquellos que por ley ordenaron que las mortajas de venta se colgasen á las espaldas del templo de Vénus, madre del dios de Amor; pues este idólatra de su ciudad descolgó este ensayo y mortaja del templo de Vénus, que en su alma hizo para suplir la falta de un buen sayo. Su discurso fué este. Las partes con que yo puedo competir son con que vea mi buen cuerpo, disposicion y blancura de carnes descubiertas, y aun será posible que el verter mi sangre la mueva á compasion; en cumpli-

miento de este propósito, se fué á la ermita que llaman de San Roque, y allí se vistió de una sábana de Ruan mia, la cual yo habia dado á lavar á su madre. Comenzóse á azotar y andar á son. La traza del disciplinante era tan donosa como gallarda, si cayera en otro sugeto. Dúbase tres azotes en buen compás, y tras ellos daba otros tres gallardos pasos con el azote sobre la espalda y los brazos puestos en asa. Como el disciplinante era solo uno, y el ruido tanto, y el uso tan nuevo para aquella tierra, en un punto aparroquió todos los muchachos de la villa que llegaron á mi puerta; y como no podia llamar al cerrojo, un poco antes de llegar avivó en tanta manera el ruido de los golpes, que entendí que me corria la calle algun desaforado caballo; asoméme á la ventana, y como el disciplinante vió que yo le miraba, por me haer favor dobló la parada de los azotes, y acortó la de los pasos, dándose á cada paso y medio seis azotes, y repicábalos á buen son. Cuando vi tal furia de azotes tembláronme las carnes de miedo, y cierto que sospeché que eran azotes del otro mundo, ó que era el ánima de Pavon que andaba en penas por mi puerta. Quitóme de este miedo un muchacho que me dijo: Señora, Machin es, ¿no le conoce? Entonces viendo que era hombre de carne y sangre y buena sangre, segun él decia, naturalmente me compadecí de él, y sin mirar lo que decia ni lo que podia suceder, olvidada totalmente de que aquel era pretendiente mio, dije: ¡Ay el mi disciplinante, y qué llagado vas, y quién te pudiera socorrer y consolarte! No hube bien dicho esto ni él oídolo, cuando pensando que era hecho su casamiento y mi voluntad conquistada, sin mas ni mas, dejando la procesion de los muchachos en la calle, dió á uno el capillo, y á otro el azote, y se entró en mi casa, y subiendo á toda furia uno y otro alto, se puso en mi presencia; yo temí que así hecho morcilla me diese paz, y huile el cuerpo. Yo no sabia si reirme ó enojarme en semejante ocasion; en fin, me reporté, y le pregunté: Hermano, ¿quién sois? ¿A qué venis, ó qué quereis? A esto me respondió: Señora, al quién sois, digo que soy un ave fénix. Y si me pregunta á qué vengo, digo que á si me quiere mandar algo; y si me pregunta que qué quiero, es si le está bien casarse conmigo. Yo no pude tener la risa, soltéla, salió; y queriendo mi risa retozar con el disciplinante desnudo, enfrióse y tornóseme al cuerpo; con esto tuve lugar de hablarle, y díjele: Por cierto, señor hidalgo nuevo, yo tenía lástima de ver sus carnes tan desangradas; pero ya mas la tengo al seso que se le va que á la sangre que le corre; y pues me habla por párrafos, haciendo una razon de tres esquinas, como bonete de entremés, yo le quiero responder con otra razon de tres gajos, como cuerno de ciervo ó asador de boda, por los mismos casos. Hame dicho que es ave fénix, y mucho me pesara si lo dijera de veras, porque si se le antoja morir quemado, como suele el ave fénix, no querria me quemase esa sábana de Ruan que dí á su madre para lavármela; y como sea verdad que esa sábana no se cortó de la tela del mantel de

Plinio, el cual se lavaba y purificaba con el fuego; no querria que pensase su madre que quedara lavada mi sábana quemándola él con el fuego que promete. No debió de querer decir usted que qué es ave. fénix, sino pelicano; y aun se puede creer, y yo lo creyera, si la sangre que saca á traicion la sacara en somo del garguero, como dicen los de su tierra. A lo segundo que me dice, que viene á que yo le mande algo, digo que no he visto disciplinante tan bien mandado, ni él ha visto mas mala mandona de disciplinantes; no mando yo á gente en camisa, demás de que yo tengo escrípulo de sacarle de un tan buen paso como lleva. A lo tercero de casarse conmigo, la respuesta está en la mano: yo concedo que los hidalgos han de ser recibidos con sola la capa y espada, y las hidalgas en camisa; pero ni pide justicia que reciba yo á un hidalgo en camisa, como si fuera mujer, y sin la mitad de la buena sangre, que yo tanto apetezco. No quiero yo amante que echa su amor en las espaldas, sino por el lado del corazon. Hermanito, tome su capirote y su azote y trote, mire que hace falta á tanto del bello muchacho que le aguarda, que no quiero yo que por mi culpa se deshaga la procesion de la Vera Cruz de mayo, ni quiero, si hay falta de agua, tenga la culpa yo, por hablar á la mano á un disciplinante tan devoto como él. Ya tú ves con esta respuesta cuál se marchitaria el pobre disciplinante; cree que si le vieras bajar las orejas y las escaleras, vieras el retrato de la quinta langosta; tardó en bajar media hora, que un corrido corre poco. En este comedio tuve yo lugar para hacer del ojo á un angelito de la vanguardia, que estaba fregando las escudillas, que hiciese lo que sabia; entendiome, que en mi casa todos entendian á medio guiñar. Ya que salió á la puerta, fué muy bien recibido de los muchachos, que allí esperaban su advenimiento; duró no poco la rifa, y él tuvo por bien tornarse á encorporar el capillo, por no se ver mas avergonzado. Tomó su azote, y dando un vehemente suspiro, alzó los ojos á mi ventana; entonces por sus méritos y pasiones, de la nube de una gran caldera descendió sobre su cuerpo una gran chaparrada de agua á medio hervir, harto limpia, pues limpiaba los platos, en que hubo para él y para los muchachos. Ellos enojados de la mala vecindad, comenzaron á tirar barro y terrones al disciplinante, como si fuera encorozado; él con la cólera quisiera entrar á machucar la moza; mas ya ella habia asegurado el paso, porque tenia echada la tranca; y por si repicase el aldaba, tenia prevenido un canto. Ya que no tuvo otro medio con que mostrar su enojo, echó tras los muchachos, con intencion de hacérlos disciplinantes de por fuerza; mas ellos revolviéron sobre él con tanto brio, que (como los ratones vencieron los valientes de Rodas) le vencieron al valiente hidalgo, y fueron tan poderosos, que le echaron del pueblo así en pelete como estaba, y hasta hoy no ha tornado al pueblo. Sabido el alboroto, vino la justicia, tomome el dicho; yo dije que aquel hombre me habia dicho que yo era un ángel, y que aquella casa era cielo y co-

sas á este tono, y que yo me hice cuenta mi casa es cielo, y este disciplinante de por mayo sin duda pide agua, y así mandé que se le echase, porque no fuese corrido de que con tan recios azotes no sacaba agua del cielo de mi casa. Diéronme por libre, aunque no habia para qué, que yo me lo tenia á cargo, pues fui siempre mas libre que el ave que canta siempre su nombre.

APROVECHAMIENTO.

El loco amor vuelve los hombres locos, y hace que con vergüenza y deshonor sea castigado quier le aduzte en su alma.

CAPITULO III.

De los pretendientes que ni quiero ni creo.

Redondillas de piés esdrújulos.

Aquí verás junto al tálamo
La celebrérrima Filide,
Y festejar á Amarilide
El amor con dulce cálam.

Aquí verás la matricula
De muchos miseros báganos,
Que con almas de canícula
Tienen bolsas de carámbanos;

En fin, verás que amor si es pobre y pícaro
Alas da, pero son alas de fícaro.

Así como en un cuerpo humano vemos que su hermosura no consistió toda en ojos, que eso fuera ser el hombre puente; ni toda en piés, que eso fuera ser copla; ni toda en brazos, que eso fuera ser mar; ni toda en manos, que eso fuera ser papel; sino que tambien requiere la hermosura que haya uñas, cejas, cabellos, vello y otros excrementos; así el conocer el honor de haber sido pretendida no consiste en que se conozcan los amantes admitidos tanto cuanto en que se conozcan los desechados, que son como excrementados: estos han de honrar mi historia.

Estos desechados honran á las damas como espina á flor, como cabeza de tirano á piés de capitan, como cautivo acoyundado en carro de triunfo; y créeme, que pudiera hacer una historia entera de los varios sucesos que en mi breve doncellez me sucedieron; porque no hay duda sino que una moza, despues que se embarca en el propósito de casar, es navio que compite con todos los vientos derechos y traveses, altos y bajos, mansos y furiosos; y aun es como roca ó muro de junto á mar, donde son tan frecuentes las olas, que por instantes unas á otras se van siguiendo el alcance, hasta que mansamente se quebrantan en la ribera, roca ó playa arenosa, sino que hay olas que para ser apacibles es necesario que no salgan de madre, y otras que para serlo es necesario que salgan de madre. Quédese así: solo haré en general alarde de mis aventureros pretendientes, porque decir en particular de todos, fuera reducir á cuenta los átomos del sol, las estrellas del cielo, las gotas del mar y los mínimos de las cosas cuantiosas y continuas y los juramentos falsos de los mercaderes. Unos de mis pretendientes ponian la gala

en mostrarse graves, por parecerles que yo tenía algunas avenidas de tordo y entono grave. Estos pasaban por mi calle tan llenos de este almidon y tan embullidos de juicio, que parecían unos senadores de Atenas. De estos me reía yo mucho, considerando su corto entendimiento, pues no veían que el fuego corporal de las minas quita la gravedad á las rocas y peñas, y las levanta desde lo íntimo hasta la torre de Eolo, aligerando su peso; y ellos, siendo de pluma, presumen que el fuego interior de su amor los vuelve en piedras, peñas y rocas de gran peso. No creo amor tan de á pié quedo, que es amor peñasquino; amor que para cuerdo es loco, y para loco es cuerdo, no creo al amor: si ese es amor, eso fuera creer que el amor solo por bien parecer tiene saetas ligeras en las manos, y en el cuerpo voladoras alas; y fuera pensar que el fuego enfria y la agua seca. No creo en el amor si ese es amor. Otros daban en quererme enamorar por galas, y estos ponían todo su fin en ir muy etablados de espalda, á puro papel y engrudo; sobrepuestos de pantorrilla, á puro embutir calzas estofadas; asentados de planta, á costa de tacon delantero; borneadizos de empena, á puro torcedor; y sobre todo, descontentadizos de cuello, yendo siempre tomando el sumorgujo hácia dentro, y finalmente, nunca contentos del asiento del vestido. Allí vi ser verdad que una de las necedades que están en la lista de España es que el galán español siempre se anda vistiendo; mas no creo en amor, si este es amor, si no es que pensemos haber sido acaso el pintar al amor desnudo y como niño, que no se sabe ni puede vestir. El amante de veras no le ha de sobrar tanto tiempo para acordarse de su vestido, ni ha de ser su amor tan garrapato que se quede en el vestido del mismo amante, sin salir afuera. Eso llamo yo ser Narcisos de sí mismos, y no amantes de sus pretendidas. Es su amor fuego de tan poca fuerza, que los enciende por de fuera, como á ungidos con agua ardiente, y por de dentro los deja frios; estos son amantes de entre cuero y carne, requerebradores de boca de estómago, y aun estomagadores de boca. Otros daban en representarse enamoradísimos y derretidos. Estos iban por la calle como absortos y asustados, haciendo de su corazón Vulcano, y de su frente cielo, y de sus ojos rayos, con que abrasar mi casa y persona; y si les parecía no tan á propósito este ensayo, luego que me vian, mudaban figura, trocando sus guiños locos en un mirar piadoso y tierno, y con él iban mansamente repasando el espejo de mis ojos, y al trasponer de la calle, se cosían como pulpos á un cantón, tan sesgos y enteros como si hubieran venido por cuerda como cohetes; y si acaso yo al descuido les daba una onza de mirame Miguel, allí era el alcachofar el alma y regociar mi vista con tanto del meneo, que parecían sus rostros colas de mula rabona, ya ojiales, ya alevados, ya hácia un lado, ya hácia otro. Aun de estos me reía mas; y no creo en amor, si este es amor. Amor que antes de llegar á su punto representa los extremos de su última perfección es como camuesa, que sin estar madura huele y está

amarilla; amor que sale primero á los ojos y á los meneos que á las manos no creo en él. Manos muertas y ojos vivos es imaginación y quimera de amor. Si con este éxtasis de contemplación tuvieran obras realengas, era entrar por camino real; mas esotras veredas no las conozco; reniego del amor, si ese es amor. Creer que en mirar ventanas echa el amor su caudal, es creer que sin fundamento pintaron al amor con los ojos vendados. Es risa pensar que está atenido el amor á mirame Miguel; no creo en amor, si ese es amor. El amor chapado cierra los ojos y abre los puños, encarcela la lengua y desataca la bolsa; en fin, es calentura que tiene el pulso en las manos. Otros hubo que pensaron de Justina que se moría por Roldanes, y á esta causa pasaban por mi puerta con espadas de á mas de la marca, hechos festones de armas tozadas de instrumentos bélicos. Esto era de día, que de noche todo era sacar lumbre de las piedras, con los golpes de sus espadas, intentando ruidos hechizos. Uno de estos me acuerdo pasó una vez, entre otras, por mi puerta, y antes de hacer su acostumbra salvá, comenzó á hilar y torcer los bigotes, metiendo el uno en la boca, mientras el otro se hilaba; y torcidos ambos, dió un soplo, que sirvió de goma para entiesarlos. Tras esto reconoció espada y daga; y finalmente, dando un rodeón al chapeo, alzó los ojos y dijo: Reina mía, ¿hale enojado alguno? que vive Dios que le acabe. Yo le dije: Si me hubiera usted de matar á quien me enoja, no hiciera usted testamento. Pero con todo eso, viva mil años para hacer reír á las damas.

Con esto se fué él muy contento, y contaba por favor el ventanazo. ¡Oh ignorantes, que pensáis que las damas viven de valentías y Roldanajes! Eso es no saber que Cupido jamás ciñó espada ni daga, ni embrazó adarga ni escudo, ni empuñó lanza ni chuzo, ni jugó montante ni alabarda. Son dos cosas entre sí muy diferentes cursar valentía y profesar amor, que lo uno vive en el alma y es huésped del cuerpo, y lo otro vive en el cuerpo y solo tiene por mesonera el alma. Es el amor humano, si está en posesión, noble, aljidalgalo, manso, apacible, quieto, asentado y reposado. Pero la fiereza y braveza es rigurosa, avara, inquieta, impaciente, tirana, espantosa y formidable. De adonde saco que quien lleva el amor por estos cerros, no conoce qué es amor, ó es su amor cerril, que no puede ser domado menos que con albarda, y aun. Ya quiero callar pretendientes de otras sectas, por no hacer letanía de erradores. Callo los donaires que me decían algunos, tan frios, que al llegar á mi ventana se volvían calamocós ó pinganillos. No digo de los muchos billetes, que fueron en tanto número, que no se hacía empanada en el pueblo que no se sentase sobre ellos, ni rueca de vieja que no se entrase con un rocadero hecho de ellos; una moza tenía que ganó muchos ochavos á engrugar papel de estraza aforrado en billete, y á cuarto el rocadero rayado con bermellón hecho de teja.

¿Qué diré de las músicas zorreras con que me hacían tornar á la memoria el olor del *requiem aeternam*

con que me sahumaron en el entierro de Ríoseco? Pues ¿qué si contara los pretendientes rústicos, que con su humilde bucólica aspiraban á la pretension y cátedra de la pobre mesonera? Fuera un juicio contarlos. Mal digo fuera un juicio, antes fuera una gran locura; ¿qué cuenta ni qué cuento he yo de hacer de amadores de estómago, indigestos de bolsa, maneos de manos, que piensan conquistar la torre de un corazón, atacando el arcabuz de solo papel de billete y pólvora de apariencias? Si no hay cosa que vale, no vale nada, y es tirar sin bala, que por eso se dijo: Quien dispara sin bala, nunca mata. Tales amantes ni los creo ni los quiero.

¿Saben á qué los comparo yo estos amantes campanudos que hacen apariencias y no ofrecen? Parécenme que son como afinadores de órgano, que le templan y no le tocan. Son como hombres de reloj, que amagan á quebrar la campana, y solo la hacen sonar. Son como truenos, que hacen ruido y nunca daño. Son como fuego, que guisa lo que no come. Son, finalmente, como parras locas, que todo es hoja, y el fruto no es ninguno. ¿De qué sirven accidentes sin sustancia, plumas sin carne, paja sin grano, apariencias sin verdad? Es disparate pensar que esto puede satisfacer á una mujer. Tal amor ni le creo ni le quiero. Sí que á las damas las despierta el gusto, pero luego se queda como pulso de desahuciado. Es el dinero el *plus ultra*, con quien todo crece y pasa adelante. Gustamos las damas que haya pasajeros por nuestra puerta, que no es buen bodegon donde no cursan muchos. Pero no es ese el *finis terrae*, que ya la gallardía, gravedad, señorío y aun el gusto y el amor, por pragmática usual, se ha reducido á solo el dar. Decía un licenciado Soleta, mi amigo, que se halló en la batalla gramatical, en que salieron muchos verbos con las narices cortadas, que el amor se declina por solos dos casos. Conviene á saber, dativo y genitivo: el primero, por ante de casadas; y el segundo, por postre. El diablo soy, que hasta los nominativos se me encajaron. En resolucion, el arancel con que hoy se miden las calidades y partes humanas es el dinero. ¿Quiéreslo ver? El dinero, para ser hermoso, tiene blanco y amarillo; para galan, tiene claridad y refulgencia; para enamorado, tiene saetas como el dios Cupido; para avasallar las gentes, tiene juego y coyundas; para defensor, castillos; para noble, leon; para fuerte, columnas; para grave, coronas, y en fin, para honra y provecho, es dinero, que quien esto dijo, lo dijo todo. Un sabio dijo que el dinero tenia tres nombres, el uno por fuerte, el otro por útil, y el otro por perfecto. Por fuerte se llama moneda, que quiere decir fortaleza; por útil se llama pecunia, que quiere decir municion y pegujal ó granjería gananciosa y paridera; y por perfecto se llama dinero, tomando su apellido del número deceno, que es el mas perfecto. No anduvo mal este loador de la moneda, sin duda que era letrado ó á lo menos escribano. De aquí podrás colegir mi seso y buen acierto, pues no andaba á lo loco, sino á lo cuerdo y aprovechado. Siempre tuve por doctrina cierta que los

hombres cuanto mas calificados son, tanto son de mayor capacidad; cuanto mas largos son de manos, es señal que tienen grandes alas de corazón, pues les hace volar fuera de sí. Somos las mujeres como astrólogos, que las malas ó buenas calidades las conocemos por las manos. Si el amor gana por mano, bésale las manos; y si en otra parte hace su manida, ni le creo ni lo quiero.

APROVECHAMIENTO.

La mujer vana es terrero de necios, en quien hacen suerte los locos y de poco seso. Y el vano amante es vil esclavo, que en las minas de su propio cuerpo y alma cava el azogue y metales para pagar el verdugo de sus gustos, que es la mujer á quien sirve y el propio amor en quien idolatra. Y finalmente, no hay quien no compre el amor á dinero.

CAPITULO IV.

De las obligaciones de amor.

Hexámetros españoles.

Tanto crece el amor cuanto la pecunia crece,
Que hoy día todo á él se rinde y todo le obedece.

Varias semejanzas y jeroglíficos dibujaron los antiguos para por ellos significar qué cosa es la mujer; pero casi en todos iban apuntando cuán natural cosa le es buscar marido para que le apoye, fortalezca, defienda y haga sombra, ca aun pintadas no nos quieren dejar estar sin hombres: unos la dibujaron en la paloma, porque esta ave sin hembra conocida jamás está en palomar, ni la hembra sin el macho; si así nos parecíamos á ellas en tenerla, y él en el zangajo, no fuera malo; otros por la hiedra, por cuanto esta planta jamás puede prevalecer sin tener parte de adonde asir, en tanta manera, que por asirse fuertemente á lo que topa, suele derribar los muros, á cuya causa establecieron las leyes que no plantasen hiedra junto á los muros, lo cual he visto yo traer á propósito de que las mujeres hagan menos sombra en los muros de la república y desmoronen menos cal. Bien aludieron á esto los que dijeron sea la mujer una planta, que en ojos, frente, cabellos, manos y vestidos tenia raíces como de hiedra para prender do quiera que acostase. Otros llamarón á la mujer tierra, otros agua, otros aire, otros fuego, y otros cielo; y aunque esto fué dicho á diversos propósitos, conviene á saber: que por su bajeza y memoria la llamaron tierra; por su parlería, ola; y por su fecundidad mar; por su inestabilidad, aire; por su cólera, fuego, y por su hermosura, cielo; pero todos estos epítetos convienen en que así como todas estas cosas buscan su centro y natural region para conservarse, y el cielo polos y ejes en que apoyarse, así la mujer naturalmente apetece hombre que la defienda, y como salió del hombre, que es su centro, al mismo quiere tornar para adquirir su conservacion, si ya no es que lo apliques á que una mujer dentro de una casa

es junta la contrariedad de todos los elementos. Hola, amigo, basta, lo aplicado estaba bueno.

Viendo pues yo que allende de las comunes y generales obligaciones que las mujeres tenemos de ser varonesas y buscar varon, que á mí me corría tan particular por el aprieto en que me vía, me casé con un hombre de armas, á quien yo había nombrado curador y defensor en los negocios de mi partija. Este hombre de armas me armó, y si quieres saber cómo fué, no digo mas, sino que me miró, y miréle, y levantóse una miradera de todos los diablos, semejante al humo de cal viva. Ahora que cosi, cosi, solia yo con este hombre hablar de la oseta y meter mas ruido y armonia que gorrion en sarternera; mas luego que le quise bien nunca tuve palabras. Su duda es que dice que el dios de Amor con ena á los parleros á que les saquen la lengua por los ojos y el corazon por las manos. Ya es verdad que en esto de sacar la lengua, siempre apelamos con las mil y quinientas. Pienso sin duda que la causa que movió á pintar al dios Cupido con dos saetas es porque el amor tiene dos tiros, el uno al corazon, y el otro á traspasar la lengua; y yeso tanto, que para mostrar su destreza se venda los ojos, como el diestro tañedor que, para hacer ostentacion de su arte, no mira al juego del instrumento mas que si fuera ciego. En resolucion, digo que como el verdadero amor nunca echa su caudal en palabras, al punto que en nuestras almas entró, vació el alma del aire con que se hacen las palabras, y metió en su lugar fuego con que abrasa los corazones. Era fuego, y queméme, que ni soy Larins, ni Setin, ni Arbuston, ni pábilo de vela de Vénus, ni mantel de Plinio, ni dedo de Pirros, ni cuerpo de Falisco para que el fuego no me quemé.

Díjome Lozano su cuidado con tan pocas palabras y tan cortas, que daban bien á entender que mas se hicieron para pensadas que para dichas, y como venian abrasadas del fuego de amor, salian tan estrujadas, que denotan quererse tornar á su alma en saliendo, por no se enfriar fuera de ella ni perder el espíritu interior con que las despedia el arco de alma por la cuerda de la lengua. Y si pocas razones manifestaron su cuidado, menores fueron las que sacaron mi consentimiento. Que, en fin, es cosa constante que, por pequeño que sea el eslabon, siempre es de mas cantidad y mas ruido que la del fuego que levanta la de la yesca en quien prende; sus palabras hicieron oficio de eslabon, y las mías de amoroso fuego y yesca, de fuerza habrán de ser tan pequeñas como lo es un sí quiero, que en ocho letras se concluye.

Ya no falta sino decir las gracias y partes de mi novio; dirélas, con ellas las tachas, que, en fin, no hay cosa criada sin chanfaina de malo y bueno, que aunque mas digan de un hombre que es como un oro, nunca es oro acrisolado; era mi marido Lozano en el hecho y en el nombre pariente de algo y hijo de algo. Y preciábase tanto de serlo, que nunca escupí sin encontrar con su hidalguía; podia ser que lo hiciese de temor que no se olvidase de que era hidalgo; y no le faltaba

razon, porque su pobreza era bastante á enterrar en la huesa del olvido mas hidalguías que hay en Vizcaya. Era alto de cuerpo, tanto, que unas damas á quien pidió licencia para entrar á visitarlas se la dieron con que se hiciese un nudo antes de entrar. Era algo calvo, señal de desamorado. Ojos chicos y perspicaces, señal de ingenioso, alegre y sobrino de Vénus. Nariz afilada, que es de prudentes; boca chica, con frente rayada, que es indicio de imaginativos. Corto de cuello, que es señal de miserables. Espalda ancha, de valiente; hollábase bien, mas de punta que de talon, que es señal de celoso. No tenia un cornado, señal de pícaro, y efeto de pobre. Dos cosas tenia por las cuales le podia despreciar cualquier mujer de bien.

La primera, que jugaba el sol antes que naciese; y no digo yo el sol, que con quedarme á buenas noches se acabara, pero jugaba toda la noche.

La segunda, que era muy amigo de pollas; en esto no reparara tanto, por creer de mí que le supiera amansar; mas lo primero siempre me dió pena, porque no tenia mas retentiva en el juego que si jugara á deber ó á pagar sobre los montes de la canela. Mas ¿qué de tachas digo? Digo mal de la prenda, y quedéme con ella. Caséme con él. Pero dírame alguno: Pues ¿cómo, Justina? ¿La tan guardada, la astuta, la que á todos engañaba y nadie á ella, se habia de dejar engañar tan á ojos vistos en hacienda, en gusto y en dinero, y mas en materia de casamiento, que es ñudo ciego? A esto pudiera yo responder que quien quiere bestia sin tacha, á pié se anda; ó con el otro refran que dice: Es mucho don Diego, buen marido y caballero. Pero quiero que me lean el alma y en ella un consejo digno de saberse de todos, ora sean de nuestro bando pícaral, ora sean de otra lampa; y en resolucion, quiero enseñar la vereda por donde camina el corazon de una mujer, que quizá me echará bendiciones alguno de los muchos que andan este camino.

Sepan todos cuantos quieren conquistar corazon de hembra que las menos se rinden á poder de pasion de amor ó aficion; porque en las mujeres las pasiones de amor, no solo son, como dijo el otro, reposadas y raposadas, sino son lentas y amortiguadas. Es su amor fruta que no nace en ellas, y si nace, no madura, si no es con humanas diligencias de regalos, importunidades y servicios. Es como fruta, que á veces madura en paja, otras en pez, y otras en arena; y si hubiera fruta que madurara en la bolsa, era la comparacion nacida. Si quieres saber por qué caminos le viene á la mujer de acarreo el amor, yo te lo diré. Por una de tres razones ama una mujer. La primera, y mas principal, es por dádivas é interés. Por manera que si estimamos calidades, partes, prendas y grandeza es por pensar que es plata quebrada, por la cual hallarémos moneda é interés. En fin, que trocamos la estima del honor por el valor del útil que deseamos. Nadie se espante de que yo diga lo mucho que puede con las mujeres el interés, pues natural razon lo persuade, y patentes ejemplos lo declaran. ¡Oh si atinase á contrapuntear

este puntillo! Tres géneros de gente hay, que por tener aviculada la necesidad, pagan fuero á la avaricia: niños, viejos y mujeres. Los niños, porque ni tienen ni saben que es tener. Los viejos, porque han menester tener mucho y no tienen nada. Las mujeres, porque demás de que tienen el mal de los niños y los viejos, tienen extremo en antojos, con el cual pueden menguar el caudal imaginable; no te quejarás que esta razon ha salido mal hilada. ¿Quieres ver cuán codiciosas somos las mujeres? Pues repara que no hay mujer, por excelente que sea, que no recatee en lo que compra, aunque sea una reina; nadie hay que se salga del número de las damas ni del da mas. Y si es verdad que al oro todas las cosas le obedecen, la mujer jamás cometió crimen *laesae majestatis* contra esta obediencia debida al rey de oros. Así que, el interés es la primera y principal cosa que acarrea nuestro amor. Esto bien claro va.

Perdonen las Alejandras; aunque no, no perdonen, que no ha habido mas de un Alejandro macho, y hembra de este nombre ni de este humor ninguna. Lo segundo que nos rinde y obliga es ver que un hombre nos está sujeto, rendido y puntual, reconecedor de nuestras excelencias y hermosura, protestador de que es indigno siervo, y nosotras reinas meritísimas. Este es gran punto, y su fundamento tambien es muy natural, y si no me engaño, es este. Las mujeres nacimos esclavas y sujetas, y como por nuestros pecados todo el dominio y sujecion es aborrecible, aunque sea natural y para nuestro bien, ni cosa mas amable que el mandar, viene á ser que no hay cosa de nosotras mas estimada que vernos con cetro sobre las vidas y sobre las almas, aunque sepamos que ha de durar poco; y lo peor es que no dura mas el cetro que si fuese hecho de humo; y si lo es, humo es que nace de fuego de estopa. Esta es la causa por qué preciamos tanto las gorradas, los paseos, las estancias al agua, hielo, granizo, escarcha, nieve, relámpagos, truenos, torbellinos, turbiones, borrascas, rayos y peligros varios, en fe de que son esclavos nuestros, que si de esto gustamos es porque nos ensancha el verlos como á esclavos herrados con el selló de nuestra obediencia, aunque yo confieso que esto de servirnos los hombres, ó no lo entiendo bien, ó es el servicio del juego de quebranta hueso; empero vaya, servir lo llaman, no le quitemos el nombre. El tercer modo, tambien muy cosario para rendir voluntades mujeriles, es la importunacion perseverante ó perseverancia importuna. No lo digo por decir, sino porque es verdad notoria; y la razon lo es mucho mas. Las mujeres nacimos para dar gusto, y no hay cosa que á nuestro natural mas le contradiga que dejar á nadie descontento. Aquí prenden los muchos alfileres con que nos prendemos; aquí consiste el deseo de componernos y ataviarnos para dar gusto. De aquí nace favorecer á los atrevidos y escoger el mas feo por ser el mas importuno. Dirásme, ¿á qué propósito tan larga arenga? No te espantes, que para gran salto es menester tomar muy de atrás la carrera; y para excusar un tan errado casa-

miento es necesario poner tales fundamentos como los que has visto. Y aun plega á Dios no se nos caiga la casa. Digo pues que no te espantes de mi yerro, porque si alguno tuvo excusas, fué el mio. Tres cosas he dicho que rinden á una mujer: interés, presuncion é importunidad. Interés, no dudes que le hubo, pues sin quien me amparara, ni mi sentencia era sentencia ni mi hacienda fuera mia. Mi presuncion no era poca, pues casando con hijodalgo, habia de salir de la nada el que me crió; demás de que era muy puntual sirviente. Y si se puede decir, me adora, y lo que es importunarme, fué de modo que siempre me andaba haciendo arrumacos y formando querellas, diciendo las arengas comunes, conviene á saber, que me matas, que me acabas, toma este puñal y muera á tus manos, tigre, y todo lo demás que en semejantes ocasiones se suele necesitar. Con esto desaté mi corazon, y me determiné meterme á caballera y mujer de algo. Quísome, quísele, ¿qué se ha de hacer? Puso el fuego la codicia, atizóle la importunidad, soplóle la vanagloria, el diablo cayera. Y mas despues que el amor es indiano, y aun avestruz, que come metal cuñado. De todos nuestros conciertos no dimos parte á mis hermanos, que ya sé el refran que dice: Quien sus propósitos parla, no se casa. Sé de cierto que si les descubriera mi pecho, antes me le atravesaran con lanzas que dejármelas correr con este hidalgo; que ya se sabe que es natural la enemiga que tienen los villanos á los hijosdalgo, que para dibujar los antiguos un villano, pintaban un monton de tierra; y para pintar un noble, dibujaban un sol. ¿Y qué bien? Y qué á mi propósito? La tierra, con ser así que del sol recibe tantos bienes, procura como villana con sus vapores y exhalaciones tupir el aire y ofuscar y enturbiar la clara y hermosa luz del sol; mas él como hidalgo trueca estos vapores en agua, con que se fertiliza la tierra villana y paga su osadía con hacerse el sol estómago de sus indigestas crudezas y alquitara de sus exhalados vapores. Así el villano, con recibir de un hidalgo hombre de armas honra y provecho, siempre le aborrece y persigue. Y allá fingió la fábula que riñeron los hidalgos y villanos animales, y publicaron sangrienta guerra; mas salió de concierto que dos por ambos campos las hubiesen. En nombre de los hidalgos fué nombrada el águila, y de los villanos el dragon; salieron al campo. El dragon anduvo en todo como villano; lo primero dijo al águila que para pelear con armas iguales habia de ser la batalla en el suelo, y que le habia de prestar unas alas. Todas estas ventajas le dió el águila. Y en entrando en batalla, al segundo encuentro se retiró el dragon, diciendo que no queria pelear mas. Preguntando el águila que por qué causa lo dejaba, respondió: Yo te lo diré. O me vences, ó te venzo. Si me vences, muy bien es dejarlo. Si te venzo y temato, ya sé que es condicion de águilas venir cada día muchas á ver el cuerpo muerto de su especie hasta que el cuerpo se corrompe; y aborrézcoos tanto, que mas quiero no ser vencedor que veros tan á menudo. Mira hasta dónde llega el odio de villanos é hidalgos. Es

tanto, que un día de burlas se lo dije á Nicolásillo, mi hermano menor, y me dijo que la maldición de Dios hubiese si me casase con hombre hidalgo. Por esta causa se lo encubría á los demás, hasta que un domingo fuimos mi esposo y yo y mis hermanos juntos á la iglesia; allí nos amonestó el cura. Mis hermanos cuando vieron nombrar Justina Díez, hija de Fulano Díez, con Fulano Lozano, embazaron. Mirábanse unos á otros, y luego todos me miraban á mí. Y parecióme ya mucha miradera, y pardiez, no lo pudiendo sufrir, aunque estábamos en la iglesia, afirmé mis manos sobre las aristas y la cabeza sobre el cuello, y en buen tono les dije: Yo soy, ¿no me conocéis? ¿Qué me miráis? ¿Mal era en buena fe, que no les iba yo á ellos á dar cuenta de lo que yo hago? ¿Vistes ahora? Buen aliño tuviera yo para que me lo estorbaran. Lea, señor sacristan, y digan, que de Dios dijeron. No me chistó hombre, riñóme el cura. Mas, como dijo la asturiana, vengué mi corazón. Con esto y con ver que mi pandero estaba en tan buenas manos como la del hombre de armas, no boquearon palabra, sino que vomitaron hasta el postrer maravedí de mi hacienda. Desde allí comencé á cobrar brio de hidalga; mas no por eso mis hermanos me tenían mas respeto; mal haya el nacer villana y montañesa, que nunca sale la persona de capotes. Es lo que dijo el otro carnicero, que no quiso adorar la imagen de Venus porque supo que se había hecho de un tajón en que él cortaba carne, y dijo: Como la conocí tajón, no la puedo tener respeto; así que, como me habían conocido tajona, nunca me guardaban el debido acatamiento.

APROVECHAMIENTO.

Una mujer libre á la misma iglesia santa pierde el respeto, y en ella se descompone; porque quien niega á Dios la posada de su alma y la tiene tan en poco que de casa de Dios la hace pocilga de demonios, tampoco atiende cuán digno es de suma reverencia aquel divino templo en que Dios está real y verdaderamente.

CAPITULO V.

De la boda del meson.

Redondillas de tropel.

*Casó Justina en Mansilla,
Y tañerone y cantarone,
Y bailoren y danzoren,
Hubo cien mil maravillas
Y trecientas mil cosillas.*

Nació el sol sin hermol
Con cuernos de caracol,
Conslarnero y trompetero,
Y su casa de pandero,
Y su gesto de perol,
Haciendo dos mil cosquillas
Y trecientas mil cosillas.
La madrina muy aína
Vino á tocar á Justina,
Fué el tocado barajado,
Y el velado lo echó en un lado.
La madrina se amohina,
Paga el jarro las rencillas
Y trecientas mil cosillas.

Colaciones de pifiones,
Y buñuelos y melones,
Y el bon vin de San Martín.
Hecho un mastin con retentin;
De avellanas dos serones,
De altramuces mil cestillas
Y trecientas mil cosillas.
Un cantor y un atambor,
Y bailó el corregidor,
Y el sacristan sin bragas
Nos convidó á verdolagas,
Y todos al derredor
Hicieron mil maravillas
Y trecientas mil cosillas.

Ya que vino el día de mi casamiento, si no lo han por enojo, amaneció y amaneció puro sol de boda; desuerte que era necesaria muy poca astrología para adivinar por el sol que se casaba Justina aquel día, porque salió el sol con su caraza de barnero, todo muerto de risa dando porradas en las gentes, que son las calidades de novios de aldea, según dijo el buen Cisneros. Por la mañana me vinieron á tocar mis vecinas, y me tocaron mas que si yo fuera portapaz. Fué tal la prisa de tocarme, que riñeron sobre mis toquijos, que en todo hay opiniones, hasta en tocar una novia. Lo que una tocaba, destocaba la otra; y ya que de comun acuerdo estuve tocada como la Pandora al gusto de muchos, entró la que había de ser mi madrina, tan ancha y gorda, que no cabía por las puertas; y la primera diligencia que hizo fué quitarme el tocado al rodopelo, diciendo que nadie se metiese en oficio ajeno; y sobre esto hubieron de abrasar la casa, quejándose que nadie se hubiese atrevido á tocar á su ahijada, sin estar ella presente desmelenada; y si fuera ahora, que tengo la cabeza *in puribus*? Traía de su casa para tocarme un papel de alfileres, y creo que si como comenzó á tocarme, prosiguiera, entablaba para día y medio; mas quiso Dios que vino la del corregidor Justez de Guevara, libróme de las manos de esta bada, que me tenía martirizada, y á pesar del diablo, que diz que si me hincaba un alfiler de á blanca por las sienes, había de callar, porque diz que las novias no han de abrir la boca, aunque las abran á puro hincar alfileres, como si la novia no fuese persona el día que se casa. Así que, entró la corregidora y dijo que muchos componedores descomponían la novia, y por tanto me dejasen á mí á mis solas tocarme á mi gusto, que era muy justo. No quisieron; mas las vecinas, para vengarse de la madrina, y en justo y en creyente, me metieron adentro, y me libraron de sus manos. Ella de acá á fuera me hacía algunas advertencias; y yo por bien de paz decía que todo lo que su merced mandase se haría; pero aunque esto decía, hice á mi gusto. Acordóseme de la fábula de la Cogujada y la Garza, que apostaron cuál salía mejor tocada, y la cogujada se ayudó de muchas aves, y la garza solo de su garzon, y salió la garza incomparablemente mejor tocada: Asimismo el señor mi marido me ayudó á tocar su pedazo, y diz que salió bonita, si á Dios plugo. Usábanse entonces unos garbos, que parecían carrancas de mastin; y con uno de ellos salí tan cuelliarguida, lominiestra y engomada como si fuera mujer de bocací, desayunada con viroles. Dióme gran pena el verme obligada á ir tan cuelliarguida y sujeta á falsas riendas, porque toda mi vida fui amiga de jugar bien de mis miembros; ni sé cómo hay mujeres que gusten de ir de aquella suerte, que parecen hombres de paja sobre fusta de lanzón. La comida fué buena, y bueno el servicio; y con todo eso hubo en ella algunos que comieron sin plato. Dióme gusto de ver que dos peñones de mi pueblo, con achaque de pan de boda, enviaban á sus casas cuanto podían á sus mujeres, y mirándome, decían como por donaire: Con licencia dela

señora Justina. Mas yo, porque no pensasen que el ser novia es ser boba y no ver nada, les decia tambien por burlas lo que pudiera pasar por veras, y era responder: Vaya en amor de Dios. El vino no fué malo, por señas que algunos de los convidados á tercera mano se pusieron á treinta y una con rey, y á cuarta hablaban varias lenguas, sin ser trilingües en Salamanca, ni babilonios en torre. Estos son los que honran las bodas, porque despues acabadas, dicen á los que les preguntan lo que pasó que en la boda hubieron danzas, y que hasta la casa era volteadora, y que ardian setenta candiles por arte de encantamiento, sin haber gota de aceite, y que hubo colaciones de letras, y que á ellos les cupo las equis, y que todos los de la boda traian cascabeles, y ellos en la cabeza, y que todos los convidados vinieron de lejos tierras, y hablaban con tal destreza que con sola la R decian cuanto querian, y cuentan mil maravillas, con que pretenden hacer una boda tan famosa como la de Dafne, en cuyo casamiento se volvieron las piedras en vino. La colacion no fué mala, pues allende de ciertos melones de invierno, que hicieron madurar á pulgaradas, hubo piñones mondados, y en agua, que para en aquella tierra es el *non plus ultra* de los regalos, avellanas en abundancia, y aun agavanzas y altramuces, con un si es no es de turrón; y para reir habia mandado hacer unos buñuelos con tripas de estopa, y maldito el hombre dejó de picar. Mira tú cuáles debian estar sus almas, pues les hice hilar estopa con los dientes; otros tenia hechos con pimienta; pero no los quise servir, por creer que era hacerme á mí la burla y ponerme á peligro de gastar otro tanto vino. Lo de las estopas me dió mucho gusto, porque hubo hombre que con las estopas en los dientes se halló mas embarazado y enredado que si estuviera entre los dientes el laberinto de Creta.

La madrina comia poco, porque con el enojo de los tocados, se las juró á un pichel, porque tenia en el pico pintado un rostro, semejante á la que sin su orden me habia tocado; y con la saña asió del pico del pichel, y dió tanto en él, que no le dejó, con ser de azumbre, gota de sangre. ¡Mira tú cuál estaria para darme los consejos que suelen dar las madrina! Yo me viera harto corrida, si no proveyera la fortuna que esta se durmiera á tan buen son, que al son de su ronquido se dieron algunas zapatetas. Una cosa muy calificada tuvo la boda, y fué que bailaron corregidor y corregidora y los corregidoricos y todo. Una hija del corregidor bailó bien, y recibiendo de ello gran gusto su padre, la dijo que pidiese cosa de su gusto, aunque fuese la mitad de su reñón. Ella le pidió una cabeza de ternera y una caja de carne de membrillo y unas medias lagartadas. Mas él le dijo en su casa á solas: Hija, no lo decia por tanto, cabeza yo te la daré. Dí tú á la moza de casa que vaya al rastro por una de cordera tierna, y cata ahí una cabeza de ternera; lo otro que pides no se usa en esta tierra ni pertenece á mi reino. Tambien el sacristan bailó su poquito, y aun zapateó un si es no es y aun algo mas de lo que sus bragas requieran; á cada zapa-

teta repetia: A la gala de San Martin. El bendito decia-lo por honrar al patron de la parroquia en que nos casamos, que se llamaba San Martin; mas algunos bellacos, maliciando que lo hacia el sacristan en honor y reverencia del vino, que era de San Martin, le comenzaron á arrendar, y tras cada zapateta decian á la gala de lo de Rivadavia, Cocua y Alaejos, que sustenta niños y viejos. En lo que toca á bailar, yo creo que no ha habido boda desde la de Hornachos acá tan festejada con bailes. Fué tanto, que hubo persona en la boda que no pudiendo bailar con las manos y piés, por legitimo impedimento que le vino, y otra vez vino, ya que no pudo bailar, se echó á rodar por el aposento, y no sé si del peso, si del gusto, cantaban ó rechinaban las vigas.

Una comedia hicieron los estudiantes de Mansilla de repente, y era la historia del rey Morulla y las cortes del mal cocinado. La música fué buena, y cantaron el cantar de la bella Malmaridada, que fué pronóstico de mis sucesos; pero dejemos esto de mis malas andanzas y varias aventuras y alojamientos en compañía de mi marido para el segundo tomo siguiente; concluyamos el cuento de la boda. Acabóse la fiesta, y fuéronse á sus casas los bodeantes acompañados del tamborino y una hacha de tea, que es el uso de las bodas de los ilustres de nuestro país; yo me quedé en mi casa con mi Lozano.

No te puedo negar que la noche de mi boda tuve un poco de desconsuelo, y aun mucho; la causa yo te la diré.

Las doncellas que tienen madres ó tías, ó otras mujeres á quienes toque el bien ó el mal de una novia, sácanla de vergüenza en la noche de la boda, y la novia, confiada que tiene valedores, hace algunos desvíos, y como quien recela el salto, hace que se torne atrás, escóndese, concómete, y hace otras diligencias semejantes, con que da á entender su inexpugnable entereza y hace estimarse y desearse. Yo tambien quisiera hacer algunos melindricos á este tono y llorar de vergüenza de ver que habia de dormir con hombre. Quisiera ir á la cama medio por fuerza, gritando, suspirando y gimiendo á fuer de las gentiles doncellas, que lloraban su virginidad; pero aunque volví el rostro á una parte y á otra, no hallaba persona de quien poder fiar esta aventura. Mis hermanas excusábanse por ser doncellas, y aun tenian entonces mas envidia que dinero, y no estaban para hacer mercedes, y de mis hermanos no habia que hacer caso, porque este oficio de quitar vergüenzas es de mujeres, y no de hombres, pues ellos antes las ponen que las quitan. Vime confusa, porque si iba luego, mal; si tardaba, peor, porque habia en el meson unos huéspedes que le convidaban á jugar á mí novio, y era mozo que si tantico me descuidara y se sentara á jugar, bien podia yo estarme cantando el socorred con agua al fuego toda la noche, porque él no era mozo que no se sabia sentar á jugar para menos que una noche; y aun cenando hizo dos ó tres partidos. Miren, si me descuidara y le soltara de la mano, cuál anduviera el mio. Por eso hacen mal las novias que se

casan con hombres que las han visto mucho y aperdigado, porque al menor césped que se atravesase, se les empata el molino. En fin, tanteado uno y otro, me pareció que, no solo me estaba bien hacerme de rogar, pero lo que mas convenia por entonces era rogarle yo tanto como si él fuera la novia. Y á fe que hizo harto, y vi que me queria mucho en que dejó por mí la barraja, que era su hembra, como él decia. Yo bien sabia mi entereza y que mi virginidad daria de sí señal honrosa, esmaltando con los corrientes rubies la blanca plata de las sábanas nupciales; pero sabiendo algunos engaños y malas suertes que han sucedido á mozas honradas, me previne; que si esto hubieran hecho algunas mujeres casadas con maridos tomines, no hubieran padecido tantos trabajos con sus maridos incrédulos y protervos, que les parece que no hay virginidad carbonizada que le baste para serlo ser confesadera, sino que por fuerza ha de ser martile sanguinolenta y morcillerá. Y engañanse, que hay tiempos en que el haber precedido de próximo abundancia, causa esterilidad; lo otro, que hay sugetos avertices como prados concejiles, y otras tienen otras excusas, mas para dichas entre sopa y brindis que para escritas en papel. Yo sé que mi marido no se quejará de mí en esta materia; cuanto y mas que ingenio tenia yo para, si quisiera andar á engañar motolitos, vender quebrado por sano. Mas no me dé Dios tal dicha. Con todo eso, amigo avison, que las invenciones de las mujeres para en semejantes casos son raras, porque tienen la experiencia por maestra, la necesidad por repetidora, y la inclinacion por libro. Todo cansa; dígolo porque cuando mas gusto pensé tener fué forzoso dar al sueño mi cuerpo, para que tuviese verdad aquel antiguo blason que sacó el sueño en las justas de Marte, diciendo entre otras bravatas: Yo soy el primer novio de las damas y el que mas estoy con ellas en las camas. Y si todo cansa, aunque sea el sumo gusto, justo es que piense yo que la larga historia de mi virginal estado te dará fastidio. Adios, piadosos lectores. Los causados de leer mi historia descansen; los deseosos del segundo tomo esperen un poco guardando el sueño á la recién casada. Y crean que si los principios de mis infantiles años les han dado gusto, les será incomparablemente mayor saber las aventuras tan extraordinarias que en el largo tiempo me sucedieron con gentes de varias calidades, no solo en el tiempo que estuve casada con Lozano, el hombre de armas, como se verá en el libro primero, pero en el que lo estuve

con Santolaja, que fué un viejo de raras propiedades, como se verá en el libro tercero y cuarto. Era único el mi Santolaja, cuya muerte dió principio á mas altas empresas, las cuales me pusieron en el felice estado que ahora poseo, quedando casada con don Pícaro Guzman de Alfarche, mi señor, en cuya maridable compañía soy en la era de ahora la mas célebre mujer que hay en corte alguna en trazas, en entretenimientos, sin ofensa de nadie, en ejercicios, maestrías, composturas, invenciones de trajes, galas y atavíos, entremeses, cantares, dichos y otras cosas de gusto, segun y como se lo dirá el citado segundo tomo, en cuyo primer libro me llamo la alojada, en el segundo la viuda, en el tercero la mal casada, y en el cuarto la pobre. Libros son de poco gasto y mucho gusto. Dios nos dé salud á todos, á los lectores para que sean paganos, digo para que los paguen, y á mí para que cobre, y no en cobre; aunque si trae cruces y es de mano de cristianos lo estimaré en lo que es, y pondré donde no lo coman ratones. Soy recién casada. Es noche de boda. A buenas noches.

APROVECHAMIENTO.

Generalmente en el discurso de este primer tomo y en el de la mocedad de esta mujer, ó por mejor decir, de esta estatua de libertad que he fabricado, echarás de ver que la libertad que una vez echa en el alma raíces, por instantes crece con la ayuda del tiempo y fuerza de la ociosidad; verás ansimismo cómo la mujer que una vez echa el tranzado al temor de Dios, de nada gusta si no es de aquello en que le contradice; siendo así que sin Dios no hay cosa que merezca nombre de gusto, sino de pena mayor que los mil infiernos. Mas como Dios sea infinitamente bueno, de los males saca bienes para los suyos, y para su divino nombre honra y gloria.

Todo lo que en este libro se contiene sujeto á la correccion de la santa Iglesia romana y de la santa Inquisicion. Y advierto al lector que siempre que encontrare algun dicho en que parece que hay un mal ejemplo, repare que se pone para quemar en estatua aquello mismo, y en tal caso se recorra al aprovechamiento que he puesto en el fin de cada número, que si así se hace, sacarse ha utilidad de ver esta estatua de libertad que aquí he pintado, y en ella los vicios que hoy dia corren por el mundo. Vale.

LA GARDUÑA DE SEVILLA,

Y ANZUELO DE LAS BOLSAS,

POR ALONSO DE CASTILLO SOLORZANO.

CAPITULO PRIMERO.

Cuéntase quiénes fueron los padres de la Garduña, cuyo nombre propio era Ruína, y su educacion.

Es la garduña, llamada así vulgarmente, un animal que, segun escriben los naturales, es su inclinacion hacer daño hurtando, y esto es siempre de noche; es poco mayor que huron, ligero y astuto; sus hurtos son de gallinas; donde anda no hay gallinero seguro, tapia alta ni puerta cerrada, porque por cualquier resquicio halla por donde entrar.

El asunto de este libro es llamar á una mujer Garduña, por haber nacido con la inclinacion de este animal, de quien hemos tratado; fué moza libre y liviana, hija de padres que, cuando le faltaron á su crianza, eran de tales costumbres que no enmendaran las depravadas que su hija tenia; salió muy conforme á sus progenitores, con inclinacion traviesa, con libertad demasiada y con despejo atrevido. Corrió en su juventud con desenfrenada osadía, dada á tan proterva inclinacion, que no habia bolsa reclusa, ni caudal guardado contra las ganzúas de sus cautelas y llaves maestras de sus astucias. Sirva pues de advertimiento á los lectores esta pintura al vivo de lo que con algunas de este jaez sucede, que de todas hago un compuesto, para que los fáciles se abstengan, los arrojados escarmienten, y los descuidados estén advertidos, pues cosas como las que escribo no son fingidas de la idea, sino muy contingentes en estos tiempos; y con esto daré principio al asunto.

Dejamos en las aventuras del bachiller Trapaza á este personaje en galeras; la causa fué haberse puesto un hábito de Christus, sin preceder las bastantes pruebas con que le da su majestad por su consejo supremo de Portugal; no fué con mas intento de pasar en la corte con estimacion de caballero, y ser esto capa para mayores insultos, que hiciera, si unos averiguados celos de Estefanía, su dama, no le pusieran á servir sin sueldo al gran monarca de las Españas, siendo bogavante en sus ga-

leras, donde estuvo todo el tiempo á que fué condenado y aun algo mas.

A este paraje fué en la cadena que sale de los galeotes de la imperial ciudad de Toledo cada año, provision que da el recto juzgado de cristianos ministros de su majestad á diferentes escuadras que tiene para defensa y guarda de sus costas, con que atemorizan á los enemigos corsarios que andan robando por los piélagos de Neptuno. Tocóle á Hernando Trapaza, padre de la heroína de nuestro asunto, ir en la escuadra de España, y así acompañó á la forzada caterva, conducido al puerto de Santa María. Lastimado iba de no haberse logrado un intento piadoso para sí, que fué el haber solicitado su soltura con limas sordas, y á conseguirle con los de su faccion no librara bien la señora Estefanía, autora de su desdicha. Bien diferente intento tenia esta celosa dama, pues apenas supo su partida á tan penoso ejercicio, cuando se arrepintió muy de veras de haber sido causa de su trabajo, y aunque no era muy ajustada, todavia el gusanillo de la conciencia le comenzó á labrar las entrañas, de modo que la pareció no satisfacía este daño con menos que casarse con Trapaza, pues tenia una hija de él, acabado el tiempo de ser galeote. Con esto determinó á dejar la corte, yéndose á Sevilla, porque desde aquella gran ciudad determinaba saber nuevas del que deseaba ver ya libre de aquella vida insufrible, que pintara yo lo mas sucinto que pudiera, á no haber otros ingenios ocupado la pluma en esto con mucha gala y erudicion.

Estaba Estefanía bien puesta de hacienda, que la habia dejado rica su genovés marido, y como tal se portaba en Madrid, donde ya habia caído su opinion, viniendo á saberse que por celos de un embustero le habia enviado á galeras, y entre sus amigas se murmuraba que hubiese tenido tan bajos pensamientos, que los pusiese en querer á un embaucador. Esto la obligó á dejar á Madrid é irse á Sevilla; púsolo por obra, haciendo almoneda de sus alhajas, digo de las que son de mas embarazo para camino tan largo, como eran bufetes, es-

critorios y cuadros grandes de pintura, que los tenía muy buenos y en abundancia, de que hizo muy buen dinero, con lo cual y dos criadas que le acompañaron, tomó un coche por su cuenta, y en él llegó á aquella ciudad, célebre depósito de la riqueza del occidente: allí tomó casa á su gusto, y aguardó todo el tiempo que faltaba á Trapaza para acabar sus galeras, con quien tuvo buena cuenta la piadosa Estefanía. Acabado, supo que las galeras de España estaban en el puerto de Santa María, y dispúsose á ir allá, no en el porte con que andaba en Sevilla, sino en otro mas humilde, porque no se dijese en ningún tiempo que con autoridad de persona había sido mujer de galeote, ó por lo menos quien le fué á sacar de galeras.

Supo luego que su penante estaba entre la chusma de la capitana, muy bueno, ocupado en el oficio de espalder, que es el preeminente de los forzados, con que lo excusan del ejercicio penoso del bogar; esto había alcanzado por su buen humor del general, y á no ocupar este puesto, estaba tan conaturalizado ya con aquella marítima estancia, que fuera, acabado el tiempo, buena boyá; mas todo se remedió con la venida de la señora Estefanía, que trató luego de que se le diese libertad, hablando con las personas que les toca el darla y granjeándoles con dineros; esto sin saberlo Trapaza, porque aun no le había visto ni él salido de la galera; y así, tuvo á gran novedad cuando lo llegaron á decir que había quien solicitaba su libertad con afición y dineros, no dando en que su Estefanía habría mudado lo severo en afable; conluso todo lo importante para salir Trapaza de bogavante, desherrado y puesto en libertad, sin saber por quién, fué llevado de la galera por el cómitre á la presencia de quien le libraba con mas brevedad que lo fuera si no lo deligenciara, porque es cierto que aunque los forzados acaben su tiempo, siempre hay causas para dilatarse mas, y quien va por cuatro años suele servir cinco y aun seis.

Vióse Hernando Trapaza en la presencia de su Estefanía, quedándose absorto de ver que ella fuese quien solicitó su salida de las galeras con el cuidado y diligencia que le habían significado; ella le recibió en sus brazos, y él pagó aquel cariño con lo mismo, pues fuera villana acción si á quien reconocía su yerro y le enmendaba consacrarle de aquel trabajo, no le admitiera en su gracia con gusto, olvidando el enojo que de ella tenía; con todo, sentía verla en humildes paños, habiéndola dejado en Madrid en tan lucido adorno; y era que no penetró la cautela con que Estefanía venía allí disfrazada, que no se la pudo revelar por los testigos, que eran el cómitre y escribano de las galeras, los cuales, como no eran nada escrupulosos, mas atribuyeron á amistad aquella que á matrimonio. Ellos fueron convidados á comer de Estefanía, regalándoles bastantemente. Acabada la comida, cada cual se fué á su rancho, y Trapaza y su dama se quedaron en el suyo, que era una buena posada; allí viéndose solos, de nuevo se hicieron mil fiestas, agradeciendo con muchas finezas el galán forzado la piedad á su Estefanía. Ella le dijo que su intento era,

después de sacarle de aquella trabajosa vida, satisfacer el daño que le había hecho con hacerle su esposo, si de ello gustaba, pues se hallaba con una hija suya y bastante hacienda para vivir con descanso, que era la misma con que la dejó en Madrid: aquí Trapaza abrió tanto ojo y vió los cielos abiertos en su amparo, pues cuando fuera menos el que hallara en la piedad de Estefanía, él salía tal de su penitencia, que cualquier pasaje le juzgara tierra de promisión para él. De nuevo pagó en abrazos nuevas tan alegres como oía, y aceptó la oferta y partido de casamiento, deseoso de ver ya á su hija, con lo cual Estefanía le hizo sacar un vestido de camino que le traía prevenido, honesto y no fanfarron, porque no diese motivo á murmuraciones á los de las galeras, juzgando por de mas porte á la hembra y á su galán. Aquella tarde se partieron á Sevilla, donde Trapaza, holgándose con su hija, que era de cinco años, cumplió como cristiano, lo que como gentil no había hasta aquel tiempo, que fué casarse con Estefanía *in facie Ecclesiae*. Mudaron de casa en otros barrios, tratando Estefanía de que su esposo buscase en Sevilla algun entretenimiento honesto para pasarlo mejor en aquella ciudad, que ya las canas con que escapó de las galeras no le permitían andar en garzonías como antes ni en peligrosas empresas; pero un mal natural difícilmente se enmienda, y mas como el de Trapaza, que era incorregible, y si había vivido hasta allí con quietud había sido por las amonestaciones de su esposa y por verse ya padre de una hija, la cual se criaba con mucho regalo de su madre hasta los ocho años de edad, en que Trapaza no tuvo ocupacion en Sevilla por su negligencia, que no era amigo de mas que asistir en gradas hasta el medio día, y á la tarde ver la comedia. Sentíalo esto su esposa, que ajustada á vivir quieta, olvidó sus travesuras, loca de contento con la hija que tenía, que era hermosísima en extremo.

La ociosidad, fundamento para todo vicio, brindó á Trapaza para que volviese á ejercitar el juego, piélagos donde tantas haciendas y honras se van á pique; comenzó por un entretenimiento, desmandándose de allí á pocos días á mayores excesos, de suerte que, por desquitar pérdidas que no eran considerables, hizo otras de mayor consideracion: faltábanle algunas joyas á Estefanía, con que conoció ser el autor de su pérdida su marido; lloró y riñó todo á un tiempo; propuso Trapaza la enmienda, pero no la hizo; pues en cuatro años que continuó el jugar, ya no había estaca en pared, como dicen: faltando el dinero y llegada la necesidad, era forzoso haber muchos disgustos, que estos vienen á ser los efectos del juego; habíase puesto en astillero de honrado ciudadano Trapaza, desconocido de los tiempos que Sevilla le conoció mas mozo, con las muchas canas que tenía; y en lo que se enmendó fué en no tratar mas de embelecocos, como antes, con ofrecerse mil necesidades: bien quisiera que Estefanía tratara de algun verdor, á costa de su opinion, mas veíala tan mujer de bien, que no se lo atrevió á decir, porque ella solo trataba de asistir á su labor y criar su hija, que ya

era de doce años, y la ayudaba, aunque poco inclinada á recogimiento, por ser muy amiga de la ventana. Su madre andaba con tanto disgusto con los desórdenes de Trapaza, que no cuidaba con el amor que á la hija tenía de reprenderla: culpa de muchas madres, que por tener omisión en esto, ven por sus casas muchas desdichas.

La pena de verse pobre y con disgusto puso á Estefanía en una cama, donde al cabo de un año la llevó Dios, haciendo lo que debía como cristiana, que donde hay entendimiento se reconocen los yerros pasados y se tiene arrepentimiento de ellos; ella tuvo muy buena muerte, habiéndola Trapaza dado muy mala vida; su entierro fué pobre, no teniendo Trapaza con qué la enterrar como quisiera; sintió mucho su muerte, y entonces conoció bien cuán errado había andado en sus distraimientos, pues con lo que su mujer le trajo de dote podía pasar con descanso; consolábase con su hija, viéndola con tan buena cara, y con el sentimiento de su mujer, no pensaba mas de que por su hermosura hallaría un casamiento, que sería el remedio de los dos; fundamento vano en los que se fían en él, pues en estos tiempos ni la hermosura ni la virtud hallan los empleos cuantiosos; el dinero busca el dinero, y en donde le hay no reparan en que sea una mujer la mas fea del orbe.

Con sus necesidades acudia Trapaza á los garitos, no á jugar, que se hallaba pobre, sino á que le pagasen los baratos que había dado, correspondencia que falta en los tahures, porque nunca atienden á mas que al tiempo que corre; á quien ven con dineros agasajan, y á quien los tuvo y carece de ellos desprecian. Con las ausencias que hacia de su casa Trapaza, comenzó su hija á tener libertad para dejarse ver á la ventana y ser vista; de suerte que á la fama de su hermosura ya frecuentaban la calle muchos pretendientes; bien lo conocia su padre; mas aunque pudiera atajarlo con sus reprensiones, viéndose necesitado y á su hija hermosa, halló que para reparo de su necesidad no había mas próximo remedio que hallar un novio rico; esto era lo mas honesto que pensaba, dejándole á su hija el libre albedrío para buscársele ella, que entrándose á mayores fondos el pensamiento, quisiera que Rufina, que este era su nombre, fuera una red barredera de las bolsas de la juventud que la festejaba. Templó mejor que lo imaginaba Trapaza, pues entre los penantes halló quien se pagó de la belleza de Rufina con caudal. Tenía la moza su poco de don, heredado de su difunta madre; y cuando no fuera así, ella era tan vana, que se le pusiera por lo poco que cuesta el hacerlo.

CAPITULO II.

Cásase Rufina; burla que la hizo un jóven que la galanteaba, y la muerte de su padre Trapaza.

Paseaba la calle un agente de los negocios de un pe-
rulero, hombre de mas crédito que de caudal, acreditado por hombre de verdad en la casa de la contratacion y con alguna hacienda; era de edad de cincuenta

años; este, habiendo sabido cuán poco dote tenía la dama y cuán pobre estaba su padre, la quiso desnuda; que cuando una aficion se apodera de un hombre mayor, es muy difícil de despedirla; tanto se aficionó Lorenzo de Sarabia, este era su nombre, de Rufina, que en ocho dias que trató de su consorcio se vió dueño y esposo de toda aquella hermosura. Era buena persona, muy amigo de la honra; y así, cargó con mujer y suegro, y llevóse la á su casa con este contrapeso, que no era pequeño, sabiendo cuán grande tahur era Trapaza, que en Sevilla se llamaba Hernando de Quiñones. Los primeros dias de la boda todos son festivos. Dió Sarabia á su mujer galas, aunque honestas, que como él era de edad, no gustaba de excesos; cosa que sintió Rufina mucho, porque era muy amiga de andar bizarra, y quisiera traer todo cuanto veía en otras mujeres, y estó la hizo no tener mucho amor á su esposo, el que tenía sus puntas de indiano en lo guardoso, y cuidó mas de este particular, por ver que su suegro era tan gran tahur y hombre perdido; y así, no fiaba el dinero que había en casa, ni aun el gasto de ella, de su mujer, con que á Hernando Trapaza se le marchitaron todas sus esperanzas de pensar que con el casamiento de su hija tendria que jugar de lo que ella poseyese; ¡tanto era lo que el juego le tenía hechizado! Lo que á él asistia y asimismo las ocupaciones de su yerno Sarabia en su ganancia dieron permision á Rufina para salir todas las mañanas fuera de casa, con achaques de ser esto á unas novenas que hacia para que Dios la diese un hijo: esta era la disculpa para con su marido, y lo cierto de sus salidas era á dejarse ver en la calle de Francos ó en la iglesia mayor. Entre muchos que acudian á estas dos partes frecuentadas de gente á verla era un hijo de vecino de Sevilla, de los mas traviesos mozos de aquella ciudad, poco menos desbaratado que Trapaza, aunque hijo de buenos padres, que muchos, olvidados de su buena sangre, dan en distraídos para aborrecimiento suyo; así era este, el cual se llamaba Roberto. Pues como galantease á nuestra Rufina, y el mozo era de buen talle, ella puso su aficion en él correspondiéndole, engañada de la primera informacion que le hizo, diciéndola que era muy rico. Era Rufina codiciosa y creyóle, porque deseaba tener dinero, ya que por la miseria de su esposo ó reclusion de bolsa careciese de él. La primera peticion que le hizo fué un vestido al modo de uno que había visto á una vecina suya, y con esta dádiva le prometió no serle Rufina desagradecida, viendo en él ejecutada esta fineza. Concedióle la peticion Roberto, y fundó un perro muerto en el mas extraño capricho que se puede imaginar; tenia conocimiento con la señora que tenía el vestido á quien había de imitar el prometido á Rufina, y fué Roberto á su casa y pidiósele prestado, como que era para una comedia que se hacia en un monasterio de monjas; no se lo pudo negar; y dentro de tres dias, que fingió tardarse en hacerlo, se le ofreció á Rufina envuelto en una toalla de Nápoles, verde, con las cenefas de gasa y seda, de matices labrada; llevósele un criado una mañana al tiempo que su marido estaba fuera de

casa á sus negocios ó agencias. Contentóle mucho á la dama la fineza del nuevo galan, hecha con tanta brevedad, y no quiso serle ingrata; de modo que antes que saliese Roberto de su casa ya habia tenido el premio de sus deseos. Despidióse Roberto, dejando á Rufina pensando cómo daría á entender al marido que aquel vestido se le habia enviado un pariente suyo de Madrid, para que Sarabia no tuviese sospecha de ella. No partió con menos cuidado Roberto en trazar cómo volver aquel vestido á su dueño; no le conocia Sarabia, y en esto fundó su enredo, que fué así. Dejó pasar tres ó cuatro días, en que pudiese dar á entender que la fiesta se hacia, y vistiéndose en humilde traje como criado, y á la hora que acababan de comer llamó en casa de Sarabia, diciendo ser criado de la señora propietaria del vestido; mandóle subir Sarabia, y viéndose en su presencia, le dijo que su señora le enviaba por el vestido que habia enviado á la señora doña Rufina para verle. Volvió Sarabia á su esposa y díjola: Hermana, ¿qué vestido pide este hidalgo? Ella dijo, algo turbada, conociendo á Roberto: Señor galan, vuélvase por acá mañana y se le dará. ¿A qué? replicó Roberto; mi señora me ha mandado que no me vaya sin él, porque esta tarde es madrina de un bautismo y es fuerza llevarle. Acudió Rufina diciendo: Pues ¿cómo sabré yo que es criado de su merced para hacerle entrega del vestido? El bellacon que vió haberle rechazado la taimada con ánimo de que no se le llevase, la dijo: El vestido es de estos y estos colores, tiene esta guarnicion, dándole bastantes señas de todo, y se le dió envuelto en una toalla de Italia, verde y labrada la cenefa de ella con matices de seda en gasa leonada. Como oyó esto Sarabia, dijo á su esposa: Con tan bastantes señas no hay que replicar; señora, dádle luego el vestido, que pues él le pide con tanto afecto, importará llevarsele para la ocasion que dice; y si no os quereis levantar de ahí, dadme la llave del cofre que le guarda é iré por él. No tuvo réplica que hacer á esto Rufina; y así, reventando de enojo se levantó de la mesa y sacó el vestido del cofre que le encerraba, y diósele á Roberto, diciéndole: A la señora doña Leonor beso las manos, y me perdone no se le haber podido enviar antes por no haber visto la amiga que deseaba hacer otro por él. Con esto se le entregó al galan disfrazado, echando por los ojos centellas de fuego: tanto era el enojo con que la dejó la cautela de Roberto. Salíóse el fingido criado de su casa; Sarabia preguntó que para quién se habia pedido aquel vestido. Y ella le dijo que para una amiga suya que deseaba hacer otro por él; con que no tuvo de qué tener sospecha su esposo, quedando Rufina ofendida de la cautela con que se le habia sacado el vestido de su poder cuando se juzgaba señora de él; desde aquel dia trató de vengarse de esta ofensa de Roberto. Comunicó la venganza con una criada suya contándole el caso, y fué á tiempo que Trapaza pudo oirlo todo. Tomó muy por su cuenta la venganza, que aun tenia reliquias de lo travieso que habia sido; y así, como conociese al autor de la burla de asistir en los garitos donde él iba, hallándole un dia

en uno le sacó al campo de Tablada, donde habiéndole referido la causa de traerle allí, sacaron los dos las espadas; pero fué muy en contra de Trapaza, porque aquel fué su último dia, pues de una estocada le dejó Roberto sin aliento ni poder hacer un acto de contricion; fin que tienen los que viven como este habia vivido. Púsose Roberto en cobro. Trapaza fué llevado á casa de su yerno, donde fué recibido de él agrídicamente; agria en haberle de poner en costa de enterrarlo, y dulce por quitarse aquel embarazo de su casa, que con la condicion de Trapaza era malo de sufrir, y hacia mucho Sarabia en tenerle consigo, siendo hombre tan desbaratado y perdido.

CAPITULO III.

Galantean á Rufina dos jóvenes; desafío que tuvieron, en el que murió el que la burló al principio; enviuda Rufina.

La señora Rufina lloró á su padre con entrambos ojos. Diráme algun crítico que cuándo se ha visto llorar con uno; á que respondo, que cuando es el sentimiento tan de veras como esté se llora á todo llorar, sin que el consuelo enjugue parte del llanto, y Rufina lloraba lo que faltaba á su esposo, que á fuer de yerno al uso, suspiraba adrede y sentia burlando. Quedaba Rufina casada, y eso en otra mujer de mejores inclinaciones le fuera de consuelo en esta pérdida; mas vivia con esposo de no gusto, y esto la doblaba el sentimiento; culpa de los padres que casan á sus hijos con edades desiguales. Sarabia vivia contento en verse marido de esposa moza y hermosa; mas Rufina era al contrario, porque su edad pedía otra igual á ella, aunque no fuera con tantas comodidades. Esta la hizo á esta dema profanar el recato, usar mal del matrimonio y tratar de divertirse, con advertimiento que sus empleos fuesen de gusto y provecho, y de esto último tanto, que lo que granjease fuese venganza del perro que la dió Roberto, de quien estaba tan picada, que diera cualquiera cosa por hallar quien le castigara su desprecio. Ofreciósele modo para ello con la ocasion de dejarse ver el tiempo que podia hurtar á su marido, que él ocupaba en sus agencias, y así su empleo se entabló de esta suerte.

En un festivo dia de los que Sevilla solemnizaba con mayores fiestas y mas concurso de gente, que es entre las dos pascuas todos los viérnes, desde Resurreccion hasta Pentecostes, cerca de Triana, por donde pasa el claro Guadalquivir, célebre rio de la Andalucía y espejo de los muros de Sevilla, en uno de los muchos barcos enramados que para el pasaje tienen los barqueros, que aumentan su caudal á costa de holgones, iba Rufina, con expresa licencia de su marido, á esta fiesta, por llevarla una vecina suya, de quien Sarabia hacia bastante confianza para fiársela, ignorando lo oculto de la persona á quien se la entregaba: cosa en que deben reparar los maridos, pues por no conocer bien las personas con quien tratan sus mujeres, resultan en estas amistades cosas en ofensa suya. Era la vecina mujer de su poco de barreno, amiga de ser vista y de conversacion. Fletaron un barco para ella, para Rufina y otras

dos amigas; y la codicia del barquero quiso que le ocupasen mas personas, sobornado de un hidalgo que asistia con otros tres camaradas á la orilla del río aguardando ocasiones como estas, de quien son en Sevilla lindos ventores; descubrióse el rostro Rufina al tiempo de entrar en el barco. Vióla este galán, que nombráremos con el nombre de Feliciano, y parecióle bien la moza, con lo cual persuadió fácilmente á sus amigos que se embarcasen con ellas, y granjeó para esto la voluntad del barquero con dineros, que todo lo allanan. Entraron todos en el barco, y Feliciano acomodóse en un asiento de él, cerca de Rufina, para comenzar á entablar su pretension. Era Feliciano hijo de un hidalgo rico, que habiendo tenido contratacion en las Indias y sucediéndole bien, habia aumentado mucha hacienda; no tenia mas que á este hijo, el cual en sus distraimientos iba disponiendo de la hacienda de su padre; de modo que se esperaba, á proseguir con sus gastos, que la disminuiria al paso que se habia aumentado, porque él jugaba, galanteaba y tenia camaradas de estos que continuán las casas de gula, ó de figones, y era tan pródigo, que él solo hacia el gasto á cuantos se hallaban con él en estos parajes; demás desto era un poco dado á la valentía, cosa en que pecan todos los mas hijos de Sevilla, que se crían libres como este que decimos. Puesto cerca de la señora Rufina, y sus camaradas acomodados con las amigas, partió el barco de la orilla, dando bordos por el río, sin tomar en mas de media hora tierra, que esto hizo el barquero por lo bien pagado que estaba; en este tiempo no perdió ocasion Feliciano, pues supo significar á la señora Rufina tan bien su amor, que ella, creyéndose de sus palabras, en hábito de ternezas, comenzó muy humana á admitirle en su gracia. Era hombre entendido Feliciano y de grandes donaires, y en ocasiones como estas desliaba el fardo de esta mercadería siempre, con que pocas veces dejaba de hacer risa entre damas, satisfechas de su buen decir; así lo estaba la oyente, quedando de la plática muy pagada del galán. Dijole su estado, nombre y casa, sin descubrirle cosa, y fué correspondida de Feliciano en esto, pues no le encubrió tampoco nada de su persona, dándole cuenta de quién era, de la hacienda que tenia y de lo mucho que la deseaba servir. Toda aquella tarde se gastó en entablar esta amistad muy á satisfaccion del galán y con mucho gusto de Rufina, llevando la mira á dos cosas: la una, á que Feliciano la vengaría de Roberto, y la otra, á quitarle cuanto pudiese. Logró los dos intentos como deseaba y como dirémos mas adelante. Desde aquel día Feliciano comenzó á frecuentar la calle de Rufina con mucha asistencia: esto en los tiempos que Sarabia estaba en la casa de la contratacion ó en sus agencias. No quiso la dama que hallase en ella la facilidad que pensaba con el escarmiento de Roberto; y así, primero que tuviese entrada en su casa, hovieron regalos en ella, así de cosas de comer como de galas y joyas; de manera que pagó por sí y por Roberto; con esto pudo Feliciano llegar á los brazos de Rufina. Suele comunmente desena-

morar lo gozado, y aquí fué al revés, porque Feliciano se vió tan enamorado de Rufina como si no la hubiera tocado una mano. En este tiempo sucedió estar Roberto de ganancia en el juego de mas de seiscientos escudos, y prevaricando de la condicion de los tahures, que no tratan de su aliño, sino de tener que jugar, este mancebo se vistió lustrosamente y andaba muy lucido. Pues viendo la frecuencia con que Feliciano asistia en la calle de Rufina; se picó desto, y trató de volver á enamorarla y deshacer la queja que de él tenia; con esto dió en pasear la calle y poner en nuevo cuidado á Feliciano por quién serian aquellos paseos. Sentia Rufina ver á Roberto volver á enamorarla; y cada vez que le veia se irritaba de la burla que le habia hecho, provocándola á vengarla, y para esto le pareció que nadie lo haria en su nombre mejor que Feliciano, su galán; que en esto emplean las mujeres á los que las galantean, resultando de aquí desgraciadas muertes, de que tenemos mil ejemplos cada día. No quiso Rufina decir á su Feliciano lo que le habia pasado con Roberto, sino para mas obligarle llevólo por otro camino, y fué decirle que la galanteaba y ofrecia dádivas, mas que todo lo habia despreciado por él; con esto fué echar leña al fuego de Feliciano y hacerle abrasar en celos, confirmandò por verdad lo que Rufina le decia con verle tan asistente en su calle, que le estorbaba el poder gozar de muchas ocasiones, que Rufina le evitaba para que se irritase mas contra Roberto. Llegó la cosa á términos que Feliciano, perdido de celos, siendo de los alentados mozos de Sevilla, halló una noche en la calle de su dama á Roberto; esto fué al tiempo que Rufina estaba acostada á aquella hora, aunque su marido pasando algunas cuentas de sus agencias; pues como Feliciano viese á Roberto, llamóle por su nombre, vióse con él, y para no dar nota en la calle le llevó á una callejuela sin salida que salia á ella, adonde caia el aposento en que Sarabia tenia sus papeles y él estaba ocupado. Habiéndose pues entrado los dos competidores allí, quien primero habló fué Feliciano, que le dijo estas razones: Señor Roberto, de unos días á esta parte he notado en vos que continuais el pasear esta calle con demasiada frecuencia, y estaba con dudas de quién sería la causa que os traia en esta inquietud, porque hay en ella damas de muy buen porte por quien pudiéades tenerla; pero mi cuidado ha descubierto que os le pone la señora doña Rufina; esto tengo averiguado, así por vista como por informacion de sus criadas, á quien vos hablais, buscándolas para terceras de esta solicitud. Yo ha muchos dias que curso estos pasos, habiendo merecido por mis finezas llegar á su gracia y todo lo que con ella se alcanza; pocas veces hago alarde de estas cosas; mas por atajaros el empeño á que os poneis, es fuerza publicar lo que sé que tendréis secreto como hombre bien nacido. Esta solicitud de mi amor os es ya notoria y cuanto me ha pasado, y así estimaré que desistais de la vuestra, con que excusáremos pesares que no pueden dejar de tenerse, á proseguir con vuestra pretension. Atento escuchó Roberto la propuesta de su competidor Feli-

ciano, y con la misma atencion, y aun mas, la habia oido el esposo de Rufina, puesto á la ventana de su aposento, con harto dolor de su corazon, oyendo cosas que le tocaban tanto en su honra; y aunque era oír mas en su afrenta, quiso atender á la respuesta de Roberto, que fué esta: Señor Feliciano, no me admiro que vuestro cuidado haya descubierto en mí el que tengo de galantear á la señora Rufina, pues os toca lo que me habeis significado, ni tampoco que os admireis como amante que yo haya emprendido esta pretension, de que no sabeis los fundamentos que tiene; yo tampoco quisiera hacer alarde de mis dichas, mas es fuerza que las oigais para que no culpeis mis pasos. Yo soy muy antiguo favorecido de esta dama, y he llegado á lo que vos; por cierto accidente he estado fuera de su gracia hasta ahora, que pretendo volver á ella; y si me admite, como lo espero, habréis de prestar paciencia, que no solo no desistiré de esta pretension, pero haré todo mi poder para que no se os acuerde de la que teneis en proseguir en vuestro martelo.

De esto resultó sacar las espadas los dos, porfiando Feliciano que habia de ser el que quedase con la prenda, y Roberto que no; con que la espada del que poseia al presente fué mas dichosa en quitar la vida á Roberto de una cruel punta por la tetilla izquierda, con que no pudo aun decir Jesus. Desdichado fin de los que andan en estos pasos, solicitando mujeres ajenas, pues no llegan á parar en menos que este desdichado. El ruinar de las espadas fué poco, porque la de Feliciano atajó con la brevedad del efecto que se hiciese pública la pendencia; y así no lo sintió nadie en el barrio, si no fué Sarabia, que era tan á su costa como se ve. Para que no se hallase allí el cuerpo de Roberto, anduvo advertido Feliciano en cargar con él y llevársele en hombros hasta una portería de un monasterio, donde le dejó, y él se retiró á otro hasta ver en qué paraba aquello. Sarabia, confuso con lo visto y irritado contra su adúltera esposa, fulminaba en su aposento venganzas de su honor, admirado de cuán poca lealtad le habia guardado Rufina, la cual, descuidada de lo que entonces pasaba, dormía á sueño suelto. Lo primero que Sarabia pensó en su venganza fué subir á la cama donde dormía su aleve esposa y matarla á puñaladas, mas consideró haber visto llevar aquel difunto de allí á su homicida, y que si le quitaba la vida, se le habia de imputar á él el delito de haber sido sin causa, y para esto tendria dos testigos contra sí en sus dos criadas; resolvíase á darla veneno con secreto, que fuese obrando algun tiempo, y parecíale que no cumplia con su justo enojo en dilatar lo que pedia breve ejecucion; por otra parte, determinaba irse de Sevilla y dejarla, y esto no estaba fijo, porque dejaba muchas cosas pendientes al juicio de las gentes, que podrian decir lo que quisiesen en oprobio de un hombre de su edad; con esto volvió al primer intento, que fué acabar con la vida de Rufina, y antes de ejecutar este rigor, que no lo era, sino justo castigo de su pecado, le pareció dejar escrito en un papel la causa de haber hecho aquel homicidio, para disculpa suya.

Con esto tomando recado de escribir, comenzaba á dar cuenta en un pliego de su agravio y venganza, y pareciéndole que no le daba las razones ponderativas que su agravio pedia, le rompía y comenzaba á escribir otro; de esta suerte rompió tres, con harta afliccion de su espíritu, porque como Sarabia era de edad, cualquiera accidente de pena era mucho para afligirle, cuanto mas un agravio tan conocido contra su honor, que á otro de mas ánimo hiciera dudar mucho en sus resoluciones. Al fin, despues de haber roto los tres papeles, comenzó á escribir el cuarto mas á satisfaccion suya, si bien paró en él, porque habiendo de nombrar á los ofensores de su honra, no sabia el nombre de ninguno, por no los haber conocido. Bien sabia Sarabia que lo que le tocaba era buscar á los adúlteros y quitarles primero la vida, y luego á su mujer; mas no los conociendo, bastante venganza era quitarla á ella la vida; en estas perplejidades pasó gran parte de la noche, escribiendo, borrando y rompiendo papeles, con grandísima afliccion suya. Resuelto pues de acabar de una vez, habiendo pensado antes lo que habia de escribir sin borrar ni romper, marginó otro pliego, y habiendo escrito lo mas de la sustancia de su ofensa, le sobrevino tal accidente de pena escribiéndolo, que fué bastante para ahogar los espíritus vitales y acabar con su vida, cayendo en el suelo el cuerpo falto del alma, que habiendo fulminado venganza, llevaba el pasaje no muy á parte segura.

Todo esto pasaba en su casa, y Rufina estaba, descuidada de todo, durmiendo; despertó, y hallando vacío el lugar que habia de ocupar su esposo, le comenzó á llamar; y como no le respondiese, tomó un manteo, y bajó á su escritorio, donde á la luz que habia en él vió á Sarabia tendido en tierra, falto de vida; alborotóse Rufina, y comenzó á llamar á sus criadas; levantáronse, y fueron testigos de aquel espectáculo, de que no poco quedaron admiradas de tan extraño accidente; solemnizaron con llanto sordo, por no alborotar la vecindad, la malograda muerte de su dueño, y Rufina de su esposo; y queriendo subir el cuerpo al cuarto principal donde asistia, reparó en el papel que tenia medio escrito, y en él leyó estas razones.

«Para que la justificacion mia sea notoria á los que
»leyeren este, habiendo visto mi rigor, digo, que ha
»sido procedido del poco recado de mi aleve mujer, pues
»profanando el santo sacramento del matrimonio, lazo
»con que á los dos nos unió la Iglesia, sin atencion
»al demasiado amor que la tenia, admitió dos empleos
»á un tiempo; siendo esto causa de que, por preferirse
»el uno al otro, el mas desgraciado muriese; siendo
»yo testigo de vista de esta desdicha, y el oyente de
»mi deshonor, haciéndome el cielo su ministro para
»castigar este...» Hasta aquí llegó con la pluma, donde se le alligó el corazon de manera que ahogándole los espíritus vitales espiró.

Admirada quedó Rufina de lo que veia y leia; de modo que por media hora no fué señora de sus acciones, considerando que pocos son los secretos ocultos, pues permite el cielo que se revelen, ó para enmienda nues-

tra, ó para castigo. En ella puso gran temor y afliccion la muerte del buen Sarabia; temor de ver cuán arrebatada habia sido, pues cumplió en morir con el sentimiento que de su agravio tuvo; afliccion de verse con su esposo muerto, sin saber qué traza dar para disimular su muerte; lo que estaba de su parte era el haberle mostrado siempre amor. Siendo causa esto de acelerar su muerte, pues no pensara tal de la voluntad que le mostraba; y así, viendo lo contrario Sarabia y desengañándose, acabó en breve con su vida; el haberle mostrado afliccion y vivir en tanta conformidad la alentó á seguir el consejo de una de las dos criadas que tenia, que era de quien fió sus travesuras, que la dijo que pudiese á su esposo en su misma cama, y que al amanecer hiciese el mayor sentimiento que pudiese, viéndole muerto á su lado; que ella y la otra compañera la ayudarían al disimulo, publicando haberle muerto el haber cenado tarde y mucho aquella noche; así se hizo. Llegado pues el día, Rufina comenzó á dar tantos gritos, que alborotó la vecindad; ayudaban al duelo las dos criadas, con que los vecinos mas cercanos pasaron á su casa, hallando á Rufina tendida en el duro suelo, medio vestida y fingiendo un desmayo. Ya ella habia quemado el papel de su esposo, porque no fuese hallado para su daño. Procuraron algunas amigas hacer que volviese en su acuerdo con remedios, que fueron en balde, y vuelta tornó á su llanto y siendo un lienzo el encubridor de las pocas ó ningunas lágrimas que vertía. Contaron la causa á que atribuyeron la muerte de Sarabia sus criadas, diciendo haberle advertido no cenase tanto, que en un hombre de su madura edad era grande exceso, con que los que lo preguntaron se satisficieron. Acudió la justicia, que nunca falta en estas ocasiones; y con el abono de la vecindad, en lo bien que se hubieron estos dos casados, se les quitó toda la sospecha que podían concebir de esta repentina muerte. Enterróse el buen Sarabia, y con la turbacion con que Rufina estaba no cuidó de lo que otras viudas, que era ocultar bienes; y así, un sobrino del difunto, acabado de enterrar á su tío, cargó con todo cuanto habia en casa, y fué menester pleito para sacarlo de su poder en lo que Rufina habia sido dotada.

Volvamos adonde dejamos el cuerpo de Roberto, que siendo á la mañana hallado de los religiosos, no le conociendo, quisieron enterrarle; mas un ciudadano les advirtió que primero le hiciesen poner en parte pública para que fuese conocido; que si era hombre que tuviese padres ó deudos en aquella ciudad, era bien que supiesen su desgracia, y ellos no perderían nada, pues si tenia hacienda participarían del bien que harían por su alma y del gasto de su entierro; parecióle bien al prelado; y así, se llamó á la justicia, dándole cuenta de cómo aquel joven habia sido hallado en su portería muerto; púsose el cuerpo en una placeta fuera del convento con dos cirios ardiendo, donde á poco rato que allí estuvo hubo quien le conociese y diese razon de quiénes eran su padres, llevándoles la lastimosa nueva, que en su vejez fué bien sentida su muerte, habiéndole

su anciano padre pronosticado lo que le sucedió, porque sus travesuras no podían parar en menos. Hizose luego su entierro en aquel convento, y la justicia trató de averiguar su muerte; mas como Sevilla es tan gran poblacion, quedóse para siempre por saber quién fué el homicida; solo Rufina lo supo, viendo ausente á su galán y ser el muerto Roberto, de cuya muerte se alegró no poco, porque le tenia mortal odio por lo que con ella habia hecho; fué dicha no haber reparado en la sangre que el difunto dejó en la callejuela sin salida, que á ser vista de la justicia, no lo librara bien la señora Rufina, con los indicios de ver allí los vecinos caía instante los dos pretendientes.

CAPITULO IV.

Queda Rufina viuda y pobre; se reúne con un antiguo amigo de su padre llamado Garay; entre los dos tratan de robar á un indiano llamado Marquina, y medios de que se valen para conseguirlo.

Ya tenemos á Rufina viuda, y lo peor de todo pobre; pues viéndose así, con su condicion traviesa, era fuerza valerse de su buena cara para sustentarse. Esto se entiende en las poco consideradas, que en las prudentes buscan modos honestos para pasar la vida; y como esto lo hacen con el fin de no ofender á Dios, así les abre camino para que se remedien.

Acabadas las honras funerales de Sarabia y apoderado su sobrino de la hacienda, se le entregó á Rufina la que le tocaba de arras en que fué dotada cuando se casó. Con esto le fué fuerza mudar de habitacion en diferentes barrios y en casa mas barata, pues su caudal no era para pagar la que tenia, que Sarabia se portaba muy lucidamente.

No logró tampoco el sobrino la herencia, como se pensó, que como su tío tenia tantas correspondencias con sus agencias, acudieron los acreedores á hacer cuentas con él; y despues de hechas, fué muy poco lo que le quedó; de manera que su codicia se hubo de acomodar á lo que le vino.

Rufina, moza, briosa y lozana, en nuevos barrios, no trató de dejarse ver de la juventud tan presto como otras, que en enterrando á sus maridos, luego salen á desenfadarse y á ser vistas, para con esto tratar de otro matrimonio. Habia llegado en la flota del Perú un hidalgo de la Montaña, que comenzando por criado de un mercader de Sevilla, aumentó su caudal á costa de su amo; y el poco trato que tuvo en Indias le acrecentó de manera que vino á ser mayor cada día, y en pocos años se halló poderosísimo; este habia pasado al Perú con un buen empleo; y allá, doblando su caudal, volvió á Sevilla en la flota de aquel año con otro de mayor cantidad, donde en Sevilla se deshizo de él, vendiendo sus mercaderías como quiso; de suerte que ganó al doble con mucha felicidad. Era Marquina, que así se llamaba el perulero, hombre de cincuenta años, ya cano, el hombre mas miserable que crió naturaleza, porque aun el sustento de su cuerpo se le daba con tanta limitacion, que ayunaba por ahorrar; su familia era

corta, porque no tenia en su casa sino lo forzoso para su servicio, un agente, un muchacho, un esclavo negro que tenia cuenta con un macho, y un ama que le gustaba lo poco que comia; y á toda esta familia traia tan muerta de hambre, que se juzgaba á milagro en Sevilla que hallase quien le sirviese; de las miserias del perulero Marquina se hablaba mucho en Sevilla, contándose graciosos cuentos, que á otro que no á él afrentarían; mas al tal perulero se le daba muy poco, tratando de ahorrar, con que tenia mucha cantidad de dinero.

Oyó Rufina las cosas de este hombre, y parecióle ser bueno hacerle una estafa que le escociese, y ella saliese con ella muy medrada. Habia Marquina tomado por una deuda á un correspondiente suyo, que habia quebrado, una heredad fuera de la ciudad, la cual él no poseyera para su recreo, por no atender á mas que á vincular hacienda, si no fuera por acomodar su deuda, y así hubo esta posesion en muy poco dinero. Estaba cerca del monasterio de San Bernardo, en un campo muy ameno que allí hay; en esta heredad vivia por ahorrar de casa; teniala bien guardada de ladrones, con fuertes puertas, gruesas paredes y muchas rejas en las ventanas; dentro se proveyó de lindas escopetas, que tenia siempre cargadas y asimismo de chuzos y partesanas, que tenia junto á la puerta. Hubo de recibir, para beneficiar la huerta y sacar provecho de ella, un hortelano casado, que salia á vender la hortaliza y fruta que la huerta producía; ¡ tanta era la codicia de Marquina! Su tesoro le tenia detrás de donde dormia, muy guardado en fuertes arcas de hierro, y en el aposento algunas escopetas cargadas para defenderlo; todas las noches continuamente reconocia la casa, viniéndose á ella á recoger antes que llegase la noche, y con este cuidado vivia el pobre azacan de su hacienda, sin tener hijos á quien la dejar, porque nunca se habia casado, ni tenia ánimo para ello, aunque le salian muchos casamientos con cantidad de hacienda.

Pues como Rufina se dispusiese á burlar á este avariento, el modo con que trazó esta burla fué valiéndose de un personaje muy á su propósito; era el tal un antiguo amigo de su padre Trapaza, hombre que habia en Madrid hecho algunos delitos cuando mozo, y ahora hacia poco que se habia retirado á Cádiz, y de allí á Sevilla; este andaba encubierto en aquella ciudad, valiéndose de un dinerillo que en buena guerra habia ganado, y tratábase con Trapaza; era único en esto del arte de rapiña, aunque temeroso de que le acomulasen, si cayese en manos de la justicia, hazañas pasadas, que habia hecho bastante cantidad, andaba recatado; conocióse con Trapaza de pocos dias que habia estado en galeras, saliendo él de esta penitencia bogavante cuando Trapaza entró, y alcanzóle allí pocos dias, con que se comenzó la amistad, y se continuó en Sevilla.

Este, que Garay se llamaba, fué el que eligió Rufina para apoyo de su burla ó estafa; era hombre anciano, y habiéndole ensayado en lo que debia hacer, un dia en que Marquina estaba en la lonja en sus negocios, por parte de tarde, poco antes que viniese á recoger-

se, que era casi á puestas del sol, pasaron por la quinta, Rufina en un sardesco, y Garay en un rocín; iba la tal hembra sin los hábitos de viuda, muy bizarra, con un vestido de camino y su capotillo, y sombrero con plumas, en su jumento con jamugas; pues así como llegaron á la quinta fué á tiempo que el hortelano abria la puerta de ella; llegóse á él Garay, y dijo: Buen señor, á mí me importa que esta dama no entre esta noche en Sevilla, y desearé que se quede en esta quinta por esta noche, si gustais de ello; y adviértos que de lo hacer se seguirá mucho bien, pues excusaréis un gran daño que podria suceder si no se queda aquí, y será quizá costarle no menos que la vida. Dudo el hortelano el hacerle aquel gusto, temiendo el rigor de la condicion de su amo, que sabia de ella no gustar que á nadie le diese entrada en la quinta, y así se lo dijo; mas Garay, sacando unos reales de á ocho de la faltriguera, le dijo: Esto os ofrezco por paga, y mucho mas, si mas quereis. Ofrecia esto en ocasion que la mujer del hortelano salia á ver con quien estaba su marido hablando, y oyó la plática, y aun vió la oferta, codiciándose á la alegre moneda que le daban, con lo cual animó á su marido á que recibiese en su casa aquella mujer, diciéndole que pues su señor tenia su cuarto tan apartado de su habitacion, podia bien admitirla, que no habian de ser tan desgraciados que aquella noche reconociese la casa y su aposento; tanto le supo persuadir la hortelana á su marido, que alcanzó con él que la huésped se recibiese en su casa secretamente; y así se hizo, dándoles Garay seis reales de á ocho, por principio de paga, ofreciéndoles mucho mas. Con esto se apeó Rufina en sus brazos, y la entraron en la quinta, despidiéndose allí de Garay y llevando él ya el orden que dirémos, que guardó en su lugar. Quitóse en la casa del hortelano el rebozo que traia, y dejóles á marido y mujer muy pagados de ver su buena cara, aunque Rufina mostraba una gran tristeza en ella, como que le hubiese acontecido un gran fracaso, que es lo que ella traia ya pensado de referir, si surtía efecto su pretension con el avaro Marquina. Apenas el sol fué puesto, cuando él llegó á su quinta en su macho, y delante el negro; llamó, y fuéle abierta la puerta, y luego él mismo, como acostumbraba, la cerró con llave, y esta se la guardó. Venia algo cansado, con que por aquella noche no hizo mas que tomar una poca de fruta de su huerta, que aun en conserva no la tenia, y con un poco de pan y una vez de agua irse á acostar, reconociendo primero su cuarto, sin bajar al del hortelano, que tambien le reconocia; cenó la familia bien moderadamente, por ser aquel dia viérnes, que los hacia ayunar sin devocion; y así pasaron hasta la mañana, que á su hora cierta madrugaba; y dando al esclavo recaudo para su despensa, mientras él estaba en la lonja, volvía con lo que habia de comer á la quinta, y se aderezaba para cuando Marquina volviese. Rufina se halló algo dudosa de conseguir su intento, por parecerla que se disponia mal para él; mas esperando mejor ocasion, dió á entender á los hortelanos que

sentía la tardanza de su tío, que así llamaba á Garay, y con esto se mostraba muy melancólica, procurando divertirla de esto la hortelana, que muy despejada era.

Vino á medio dia Marquina á comer á la quinta, y mientras se le acababa de aderezar la comida, quiso ver la noria de la huerta y reconocer en ella cómo estaba, por si tenía necesidad de algun aderezo, y halló faltarle alguna madera para que anduviese mejor en el riego de las legumbres; con esto quiso tambien ver en la casa del hortelano si habia alguna leña de la que se traía para estos aderezos que pudiese aprovechar para ellos; y así entró por su morada en ocasion que la hortelana le vió venir, la cual algo turbada hizo que Rufina se escondiese en un aposentillo que detrás de aquel donde dormía estaba; esto no se pudo hacer con tanta presteza que Marquina llegando allí no oyese rugir seda y aun viese la sombra de Rufina, y algo alterado se entró por el cuarto del hortelano, que era en lo bajo de la casa de la quinta, y no paró hasta llegar al aposento que encerraba Rufina, donde la halló; ofendido por entonces de que sin su licencia se hubiese dado entrada en su quinta á gente de fuera de casa, sacó por la mano á Rufina á lo claro, y viéndola de tan buena cara, quedó admirado de verla; y en vez de esperar la hortelana reprensiones de su señor por haberla traído allí, solo lo que le oyó fué preguntarla que qué dama era aquella. A esto le dijo la hortelana que el dia antes habia llegado allí con un hombre anciano, viniendo los dos muy congojados, y que les rogaron muy encarecidamente que á aquella dama le diese albergue aquella noche, por excusar una desdicha que esperaban si pasaban adelante, y que esta habia sido la causa de usar contra sus órdenes aquella piedad. Mientras la hortelana le decia á Marquina esto, él estaba muy atento al semblante de la forastera dama, la cual le tenia muy triste, con que acrecentaba mas su hermosura; de modo que tuvo allí tanto poder, que con ella pudo traspasar los inviolables preceptos de Marquina y aun hacer baterías en su avaro pecho; y así, ajeno de su condicion, con afable rostro, llevado mas de la terneza que de la severidad, dijo á la hortelana: Habeis andado muy bien en haber admitido á esta señora, no obstante mis órdenes, porque con tales sugetos no se han de observar, y mas en casos donde la piedad obliga á dar favor á los que necesitan de él; esta señora merece mas ngasajo que el que ha recibido en tan mal hospedaje como el de mis hortelanos, y si es servida, se le ofrezco en mi casa, como se debe á quien es. Agradecióle Rufina el ofrecimiento, y suplicóle que no tratase de mudarla de aposento, porque aquella tarde esperaba á su tío que habia de volver por ella; que para tan poco tiempo no era razon dar enfado á quien deseaba servir; sintió Marquina, ya medio amartelado, que la parada de Rufina en su quinta fuese por tan breve tiempo, que quisiera fuera por mucho; y con todo la dijo que aunque allí no estuviese mas de una hora, era bien que recibiese el servicio que le ofrecia con tanta voluntad. Deseaba Rufina llegar á esto, y así le dijo que por no pa-

recer grosera ni ingrata á su hidalga oferta, aceptaba la merced que le hacia; con que subió arriba, llevándola del brazo la hortelana, contentísima de ver tal mudanza en la condicion de su amo, que era aquello muy fuera de su apretada condicion. En lo alto de la casa vió Rufina muy buenas colgaduras de verano, frescas sillas de vaqueta de Moscovia, curiosos bufetes y escritorios de ébano y marfil, que aunque miserable, no lo era para el adorno de sus piezas Marquina, el cual mandó luego á su esclavo, dándole dinero, que le comprase para una espléndida comida; él lo hizo diligentemente por saber que habia de disfrutar de aquella largueza poco usada en su señor. Comió Rufina en compañía de Marquina, regalándola él con mucho cuidado, partiéndole los mejores bocados con mucho gusto, y no menos amor, que ya estaba rematado por ella. Despues de la comida la entró en una cuadra adornada de curiosas pinturas, adonde estaba una cama con un pabellon de la India, y en ella la suplicó que reposase la siesta y despidiese cuidados, que estando en su casa, donde la deseaba tanto servir, todo se habia de hacer bien, teniendo en ella mucha seguridad de no ser ofendida, caso que se temiese de aquel daño. De nuevo agradeciò Rufina estas finezas, y obedeciéndole, se quedó sola en el aposento, que era antes el en que Marquina dormía; él se bajó á unos entresuelos, adonde pasó la siesta con no poca inquietud y cuidado, penado por la huésped que tenia en su casa, no sabiendo cómo la obligaria para que le favoreciese, pareciéndole que si en este estado se viese, seria el mas feliz del mundo. Primero de entablar su amorosa pretension determinó saber de ella su pena y la causa de haber venido á su quinta, para ver si habia impedimento que estorbase el no la servir; para saber esto aguardó á que despertase; ya lo estaba Rufina, pensando en todo el tiempo que estuvo echada en la cama lo que le habia de decir cuando la preguntase su venida allí. Pues como viese el avaro Marquina ser hora de recordar á su huésped, entró en su aposento diciéndola que hacia la tarde pesada para dormir, y que le perdonase el avisárselo, que lo hacia con celo de que no la hiciese daño alguno. Agradecióle el buen deseo que del aumento de su salud mostraba tener, y aseguróle qué desde que se habia echado en la cama no habia dormido mas que entonces, porque sus cuidados no la daban lugar para quietudes y alivios. Suplicóla Marquina con mucha ternura que se sirviese darle parte de su pena, si la causa lo pedia; que la ofrecia, si él era parte para remediarla, servirla en cuanto se la ofreciese. Agradeciò de nuevo Rufina su hidalga oferta; y porque ya vió ser tiempo para comenzar á urdir su tela, habiendo tomado asiento cerca del enamorado avariento, le dijo así:

Granada, ilustrísima ciudad de nuestra España, es mi patria; mis padres, cuyos nombres callo por no ser á propósito decirlos, son de los dos mas antiguos y nobles solares que hay en las montañas de Búrgos; de su matrimonio no tuvieron mas hijos que á un hermano

mío y á mí; mi hermano dió la parte que á la juventud le tocaba, ya enamorando mujeres y ya tratando con amigos de su misma edad, que con el ocio y regalo solo tratan de hacer travesuras, con que algunos excesos que hizo en este particular le tenian ausente de Granada, temeroso de la justicia, que le seguia los pasos para castigarle algunas travesuras; yo trataba solo del regalo de mis ancianos padres y de acudir á mi labor, bien ajena de otros entretenimientos que veia tener á mis amigas, antes aborreciendo sumamente los que significaban que tenian, porque no sabia qué cosa era amor ni aun ponerme á una ventana para ser vista, y así hacia donaire de cuanto me decian en orden á sus empleos amorosos; parece que tomó el amor por su cuenta la venganza de estas amigas de quien hacia burla, y así la ejecutó bien á mi costa; porque estando un día mis padres fuera de casa, en la de un deudo suyo que se le habia muerto su esposa, sentí en la calle rumor de espadas, como que habia alguna trabada cuestion en ella, y púseme á ver lo que era á la ventana, que nunca tal pensamiento me viniera, pues de ponerle en ejecucion vengo á llorar ahora tantas desdichas; vi por mi mal acuchillar tres hombres á uno solo, el cual se defendia con tanto esfuerzo y valor, que por un rato estuvo á pié firme defendiéndose con mucho aliento y ofendiendo á sus contrarios, de modo que tenia heridos á los dos en la cabeza, y él tambien lo estaba; con verse maltratados los tres, procuraron concluir con la vida del que solo se les oponia, y así, con la rabia de verse heridos, le comenzaron á apretar de manera, que le fué fuerza irse retirando hasta la puerta de mi casa, adonde le dieron dos heridas en el pecho, de que cayó dentro en el zaguan de ella casi sin aliento. Moviíme á compasion ver tratar tan ásperamente y con tanta ventaja á aquel bien dispuesto jóven, y bajé de lo alto al zaguan, llamando á mis criadas para hacer lo que pudiésemos por favorecerle, que la calle estaba en un barrio solo de gente; y así, la que acudió fué poca y sin armas para ponerlos en paz; cerramos las puertas de casa y recogimos dentro al herido, haciendo luego llamar á un cirujano que tratase de su cura. Vino al punto, y haciéndole que se acostase, le dí por cama la que mi hermano tenia en unos aposentos bajos. Agradecido el jóven al agasajo que halló en mí, que comenzó por piedad y acabó en amor, vióle el cirujano las heridas, y por entonces no supo qué juzgar de ellas, aunque por mayor me dijo eran peligrosas: cosas que comenzaron á darme cuidado, porque de haberle visto con el valor que procedia en la pendencia, le estaba inclinada; él se me mostró muy agradecido á mi piadoso agasajo, manifestándolo con las razones que el poco aliento con que estaba le concedia. Vinieron mis padres de cumplir con su obligacion, y antes de entrar en casa supieron de un vecino suyo, hombre de prendas y anciano, lo que pasaba y cómo yo habia atajado la pendencia con haber dado entrada al herido en su casa, movida del celo de que no le matasen; holgáronse de que hubiese usado de aquella piedad en tiempo de tan-

ta necesidad con aquel hidalgo, que era á la condicion de ellos muy conforme, é inclinados á estas cosas. Vieron al herido, y teniendo compasion de su desgracia, le animaron á que se esforzase, y ofrecieron servirle en su casa, y á mí me agradecieron el haber sido causa para que no le matasen entrándole en ella, con que yo me animé á usar mas piedades con el herido, que hoy me cuestan caro. A la segunda cura dijo el cirujano no ser mortales las heridas, con que nos dejó á todos contentos, y á mí mucho mas, que cada dia crecia mi aficion. Todas las veces que yo estaba desocupada, á hurto de mis padres, acudia á verle, y él mostraba de esto particular gusto. Era este hidalgo natural de Pamplona, y de lo mejor de aquella ciudad; asistia en Granada á un pleito que tenia con un poderoso contrario, y viendo este su poca justicia y el rigor con que los jueces le habian de condenar, quiso con otro mayor echar por el atajo y librarse de su contrario, haciéndole matar á los tres, que criados suyos eran, por tener el pleito mas llano. Bien pasó un mes primero que Leonardo, que así se llamaba el herido, se levantase de la cama, siendo en todo este tiempo servido y regalado en casa con mucho cuidado. El segundo dia que se levantó tuvo lugar de verse conmigo, por tener mi madre una visita á que yo no asistí, deseando hallar lugar para verme á solas con mi huésped. El me significó su amor, y yo le correspondí con no desestimarle sus deseos, con que desde aquel dia quedó entre los dos asentado un firme amor. Poco habia que mis padres me trataban un casamiento con un hidalgo de Granada, que habia mostrado gusto de este empleo; y cuando yo habia tomado el del mio se prosiguió en esto con mas fervor. Supo Leonardo lo que pasaba y sintiolo notablemente; pero no pudo disponer de su persona hasta ver fenecido su pleito, tratando esto con mis padres; su sentencia la esperaba cada dia, y así luego que saliese tenia pensamiento de pedirme por su mujer. Con esto iba yo entreteniendo á mi padre para que no se apresurase en casarme con el de Granada. Acabó de convalecer Leonardo, y quedando muy agradecido al agasajo que se le habia hecho, que reconoció y pagó con muchos presentes, así de cosas de comer como de cosas de valor, se fué á su posada, tratando luego de que se feneciese con su pleito; pero en tanto ya le tenia muy malo, pues sin darme parte mi padre de lo que hacia en mi casamiento, lo efectuó é hizo las capitulaciones de él. Dióme luego cuenta de lo que habia hecho, que me atravesó el alma con aquellas nuevas tan penosas para mí. Vino el novio á verme, y halló en mí poco agasajo y menos gusto, con que salió bien disgustado cuando esperaba salir de mi presencia muy gustoso. Finalmente, como no era necio, echó de ver que el no estar yo gustosa nacia de mayor causa que del recato de doncella; y como habia sabido el hospedaje del herido, presumióse que él habia causado esta disgusto, habiéndosele anticipado en ganarme la voluntad; y con el celoso furor que le procedió de esta sospecha, que era tan verdadera, procuró averiguarlo mas de raiz, por no

hacer cosa de que despues se arrepintiese; que si esto hiciesen muchos, no saldrian los casamientos tan torcidos, prevenidos antes de otros empeños; yo me vi en este confusa; di parte de esto á Leonardo, y él lo sintió mucho. Vióme aquella noche, que en otras acudia á verse conmigo, y en ella concerté salirme la siguiente de casa de mis padres, llevándome él á la de unas deudas suyas, para sacarme por el vicario al otro dia. Llegóse la hora esperada, bien desdichada para mí por lo que me sucedió; y saliendo de casa en compañía de mi amante, al doblar la esquina de la calle en que vivia, nos estaba esperando mi novio, que todas aquellas noches era un Argos en la calle para certificarse de sus sospechas, y saliósele aquí mas verdaderas de lo que quisiera; y así, luego que nos conoció, acompañalo de dos criados suyos, acometió á Leonardo, que le rogieron descuidado; y fué de manera su acometimiento, que antes que tuviese lugar de sacar su espada, ya con las tres sus contrarias se halló herido de tres estocadas mortales, con que cayó allí muerto sin hablar palabra. Al ruido de la pendencia sacaron luces los vecinos, con que los agresores huyeron temiendo ser conocidos. Ya en casa de mi padre habia alboroto, siendo en ella echada de menos; lo cual conocido de mí, viéndome en esta confusion, afligida con la muerte de mi amante, solo tomé por remedio dejar los chapines, y con las basquiñas en la mano, á todo correr irme á casa de un conocido de mi padre, muy pobre y anciano, á quien di cuenta de lo que me habia sucedido y de cuánto importaba no parar en Granada; y así, tomando un rocín, me puse en él, y caminamos hasta el primer lugar, donde en otra cabalgadura me ha traído hasta aquí huyendo de alguaciles y de mi padre, que en busca mia han partido; que esto hemos sabido en el camino. Parecióme no entrar en Sevilla luego que llegué á ella, temerosa de que á sus puertas no me hallase quien me venia buscando; y así, tomé por mejor acuerdo quedarme en esta quinta, donde á puras importunaciones pias el hortelano me albergó por aquella noche. Esta es la historia de esta desgraciada mujer, sin teniendo otro consuelo en ella sino haber hallado en vuestra quinta el agasajo que me habeis hecho. El cielo os pague obra tan pia, pues lo es muy grande socorrer á necesitados de favor y que pasan por lances desdichados.

CAPITULO V.

Verifícase el hurto; engaña tambien Rufina á Garay, y ambos unidos toman el camino de Madrid.

Con lo fingido de la historia, la cual traía Rufina bien pensada, comenzó á verter lágrimas, de manera que el buen Marquina se lo creyó todo, y la acompañó en el llanto: afectos todos del amor que en su pecho iba obrando la socarrona Rufina. Entre los dobleces del lienzo que enjugaba sus fingidas lágrimas daba lugar para que sus ojos pudiesen ver las acciones de Marquina; y viendo cuánto se compadecia de su pena y lo bien que habia creído su mentida relacion, se dió por ven-

cedora en la empresa que intentaba. Un buen rato estuvieron los dos, Rufina llorando, y Marquina consolándola, y aunque este consuelo no era á todo ofrecerle remedio, porque aun no habia soltado las riendas á su avara condicion para que la liberalidad la echase de su corazon; considerando su buena cara, su afliccion y habérsele allí venido tan sin pensar, juzgó que el cielo se la trajo para gozo suyo. Era este el primer amor que Marquina habia tenido, y en cualquiera persona esta pasion primera siempre viene con tantos accidentes, que excede á cuantas en este género hay en el discurso de una vida. ¿Ama Marquina? Sí, pues será liberal. ¿Admitió huéspedes? Pues saldrá mal de su agasajo. ¡Oh amor, pasion dulce, hechizo del mundo, embeleso de los hombres, cuántas trasformaciones haces de ellos, qué de condiciones mudas, qué de propósitos desbaratas, qué de quietudes desasosiegas, qué de pechos descompones! El de este avaro hombre, conocido en esto por inhumano con sus prójimos, le trocó amor de manera, que hizo un liberal de un misero y un Alejandro de un Midas; parecióle bien Rufina, amóla y ya será señora de su voluntad y hacienda. Muchas cosas dijo Rufina en su relacion, que pudieran dejar sospechoso á Marquina de ser falsa, si la afliccion con que la estaba oyendo no le cegara los ojos y cerrara los oidos para que del discurso no pudiera conocer que le iba engañando; porque si Leonardo se anticipara á hablar á su padre en el empleo, claro estaba que no le negara á Rufina, teniéndole ventajas al otro pretendiente en la voluntad que de parte de la dama tenia en su favor; con esto hubo otras cosas que la bachillera de Rufina no previno, y la pudieran dañar para no salir con su intento; contentese con haber hallado un amante, que por serlo creyera otras cosas menos verosímiles.

Lo que resultó de la bien llorada relacion de Rufina fué que á toda rienda Marquina la ofreció su favor, su hacienda, su vida y su alma, haciéndola señora de todo y suplicándola fuese perdiendo la pena que tenia, que en casa estaba donde solo tratarian los que en ella asistían de servirla y darla gusto. Agradeció Rufina tan hidalgos ofrecimientos con nuevas lágrimas, que en ella era fácil el dérramarlas, como en las mas mujeres cuando les importa, y con esto quedó señora absoluta de la voluntad de Marquina y de su hacienda, con horca y cuchillo para cuanto hacer quisiese de ella. El pensamiento de Marquina, enamorado de esta moza, era llegar á los brazos con ella, y caso que se resistiese despues de haber batallado con las dádivas y persuasiones, pertrechos fuertes de un verdadero amante, cuando á todo esto le estuviese rebelde, llevárselo por la via de matrimonio, palabra que con la capa de honor que trae se rebozan muchas mujeres, aunque para algunas es tan corta, que les descubre sus defectos. El pensamiento de Rufina ya está dicho que tiraba con espada estafante á hacer una herida á este avariento, que le dejase palpitando, sin meterse en otros laberintos, si bien promesas de futuro y conciertos de consorcio para adelante no lo rehusaria ella, que era fácil en prometer; mas desde la burla

de Roberto, difícil en el cumplir sin ver mucha luz delante.

Todo aquel día se estuvo Marquina en la quinta sin acudir á sus negocios; pero estotro día de mañana, dejando á su huésped durmiendo, se puso en su macho, y acompañado del negro se fué á la lonja, advirtiendo primero al ama que diese de almorzar á su huésped en despertando, y que tuviese cuidado con la casa; el aposento donde tenia su moneda dejó cerrado, y bajando abajo, dió orden al hortelano que no dejase entrar á nadie en la quinta si no era al hombre de quien vino acompañada Teodora, que así dijo llamarse la disimulada Rufina; con esto se fué á la ciudad, adonde dió al negro bastante dinero para comprar regaladamente de comer. Levantóse Rufina, y la ama cumplió con su obligación, regalándola con mucho gusto, porque vió que estas magnificencias redundaban en provecho de todos; bajó á la huerta y paseóse por ella, alabando la compostura de sus calles y la correspondencia de sus cuadros, que era el hortelano muy curioso y la tenia muy bien compuesta, adornada de muchos frutales, de muchas flores y yerbas extraordinarias. Viendo Rufina que entraba el sol algo recio, se recogió á la casa, donde acaso vió una guitarra, que era del agente de Marquina por ser aficionado á la música, y como en ella era Rufina consumada, así de voz como de destreza, tomóla en sus manos, y habiéndola templado, se entretuvo por un rato, haciendo sonoras falsas en el instrumento. En esta ocupación estaba cuando llegó Marquina de la ciudad, y pudo saber aquella gracia mas de su huésped, la cual habiéndole sentido venir y que tambien la estaba escuchando, para amartelarle mas, cantó este romance:

A competir con la aurora
Salió Clarinda en el valle,
A dar mas vida á las flores,
Y á dar mas gozo á las aves.
Viendo la luz de sus soles,
El sol sus rayos no esparce,
Que alumbrar donde le exceden
Fuera atrevimiento grande.
Deidad celeste la juzga
El Bétis, y en sus raudales
Forma espejos cristalinos
Donde se mire y retrate.
Oponerse á sus primores
Pretendieron las beldades,
Cuando en igualdad compiten
Su belleza y su donaire.
Llegaron á la evidencia,
Y como les aventaje,
A hermosura tan valiente
Todas se rinden cobardes.
Su gala y su entendimiento
Hallan para acreditarse,
Si en las serranas envidia,
Aplausos en los zagales.
Feniso que atento adora
Sus luceros celestiales,
En su templado instrumento
Canta rompiendo los aires.
Aprisiona Clarinda las libertades,
Y ninguna que prende quiere rescate.

Acabó la letra con tan dulces pasos de garganta y tan sonoras falsas, que á Marquina le pareció no ser aquella voz humana, sino venida á la tierra de los celestes coros angélicos; aguardando estuvo á ver si aseguraba con

otra letra; mas viendo que dejaba el instrumento, entró donde estaba, diciendo: Dichoso el día, la hora y el punto en que mis ojos, reconociendo mi casa, se emplearon en tu vista, hermosa Teodora, pues de tan buen empleo ha resultado el conocimiento de tantas perfecciones y tan consumadas gracias. Presunciones pueden tener mi dichosa morada de cielo, cuando tal ángel la honra, tal deidad la vive y tanto bien la ilustra; poco hago en exagerar esto segun la pasión tengo, que si conforme á ella y á la afición que en mi pecho hay hubiera de alabar tu sugeto, Ciceron y Demóstenes quedarán cortos con su grande elocuencia. Paso, señor, dijo Teodora, mostrando tener empacho, que ya me conozco, y sé que le vienen muy grandes estas alabanzas á sugeto tan pequeño y humilde; y si entendiera que me oíades, dejara mi divertimento, porque quien habrá oído las voces célebres que hay en esta gran ciudad, habrále parecido la mía muy mal, sino que es de pechos nobles favorecer humildades y darles mayor honor que tienen méritos. Dejemos cumplimientos, dijo Marquina, encendido de amores, que vuelvo á reiterar lo que he dicho, asegurándoos, señora Teodora, que aunque he oído divinas voces en Sevilla, porque las tiene excelentes, esta vuestra puede competir con todas, con seguridad que las ha de exceder. Béseos las manos, dijo Rufina, por el encarecimiento; yo me doy por favorecida, y quisiera que mis cuidados me permitieran continuar el daros gusto con este instrumento; mas son tan graves, que este rato que le he tomado lo hice por probar si con él podia divertir la memoria de mis pesares. En mi casa, dijo Marquina, los he de ver acabar; y así, porque yo os sirvo en ella con gusto y amor, servíos de mostrar aliento en vuestra pena. Yo estimo, dijo Rufina, esa noble voluntad adornada con tantas obras, y me esforzaré, pues lo mandais, cuanto pueda; mas no sé cómo será, viendo que aun quien me dejó aquí, ha tres días que se olvida de mí. Eso no os dé cuidado, dijo el enamorado viejo, que causa forzosa le debe de obligar á no volver á veros. Yo presumo, dijo ella, que se debe de haber vuelto á Granada porque no le tengan por cómplice en mi fuga, y si esto es así, buena me ha dejado, llevándoseme lo poco que traía conmigo. No lo creais, dijo Marquina, que la lástima de veros en esta tierra sola y afligida no le dará osadía á dejaros y ausentarse; y cuando todo falte, yo no os puedo faltar, que os amo ya con tantas veras, que no sé si soy el mismo que solía. Aquí encajó su pensamiento el enamorado Marquina, con que se declaró con su huésped. Ella, no dándose por entendida de la afición, respondió solo á la oferta, agradeciéndole mucho su buen ánimo, esperando con efecto recibir de él siempre favor. Era hora de comer y estaba la mesa puesta, con que los dos se sentaron á ella, regalando Marquina á su dama con nuevos y exquisitos regalos, que donde asiste amor no hay pecho avariento, y así no lo era ya Marquina.

Habia concertado Rufina con Garay que viniese á verse con ella en las ocasiones que su amante estuviese fuera de casa, y que viniese en forma de pobre, de mo-

do que no diese sospecha su hábito. Ella había probado cuantos medios pudo para ver cómo se le podría hacer un buen hurto al miserable Marquina; mas era tan inexpugnable el aposento que su dinero encerraba, que mil veces se vió desesperada de buen suceso. Otros tres días se pasaron sin que se viese con Garay, y en todos mostraba un descontento, que á Marquina traía no poco cuidadoso, porque esto le atajaba la osadía para significarle mas lentamente su amor; en este tiempo pudo Rufina ver dónde el viejo tenía las llaves de sus cofres y considerar atenta la disposición de su casa para lo que iba trazando.

Antes de anochecer, que aun no había venido Marquina, estando Rufina puesta á una ventana que caía á la ciudad, vió llegarse á la quinta á Garay, en forma de pobre, con dos muletas; pidióle limosna, porque vió estar á Rufina acompañada de la hortelana; ella se la arrojó de la ventana, preguntándole de dónde era. Garay la dijo ser de Granada, con lo cual se alegró tanto, que dijo á la hortelana: ¡Ay, amiga! vamos abajo, si gustais, que quiero hablar con este pobre por si ha poco que vino de mi patria. Mostró complacerla la hortelana, y así bajaron las dos á la puerta de la quinta, mandando entrar en ella al fingido pobre, á quien preguntó Rufina que cuánto tiempo había que saliera de Granada. El la dijo que había como diez días. Con esto le hizo algunas preguntas generales tan largas, que la hortelana teniendo que hacer, acudió á las haciendas de su casa y los dejó, cosa que los dos deseaban, y por eso dilataba Rufina las preguntas. Viendo pues á la hortelana ausente, entre los dos trazaron para la siguiente noche lo que despues oiréis, conjurándose contra el buen Marquina, blanco á que tiraron ambos desde que habían salido á destruirle.

Con esto se despidió Garay, y Rufina se subió arriba diciendo á la hortelana cómo había sabido de aquel pobre muchas cosas de su patria, que la importaban para tratar de volver presto á ella; nó le dió mucho gusto á la que se lo oía, ni despues al ama de Marquina cuando se lo dijeron; porque con su ausencia temían ver á su señor volverse á su mezquina condicion, faltando la causa que le hacia liberal; y así, todos sus criados vivían contentos con la huéspeda. Vino Marquina, y aquella noche halló á su dama con mas alegre semblante que otras, con que tuvo atrevimiento para significarle mas dilatadamente sus penas y amorosos deseos; no los despreció Rufina, antes cariñosa mas que nunca, le dió algunas esperanzas de favorecerle, con que el buen viejo tuvo por cierto que aquella fortaleza se le comenzaba á rendir; y así, para abreviar mas esta amorosa conquista, aquella noche le dió una sortija, que con este fin había comprado para ella; era un diamante que valdria cincuenta escudos, cercado de unos pequeños rubíes. Mostróse agradecida la dama, y por fiesta de la dádiva quiso aquella noche entretenerle cantándole algunas letras, si bien mostró poco gusto cantárselas en tan mal instrumento como tenía, ofreciéndole Marquina pedirle esotro día una arpa, por verla inclinada á can-

tar con ella. Recogióronse cada uno con varios pensamientos, Marquina deseando ser favorecido de Rufina, llevando intento de obligarla con dádivas para que lo hiciese, por saber que estas atajan las dilaciones, y Rufina trazando el modo con que abreviar con el hurto que pensaba hacerle.

El siguiente día Garay, como cursado en semejantes lances de latrocinios, se previno de amigos, profesores de este ejercicio; y habiendo espiado á Marquina, aguardaron que estuviese ya para recogerse, que fué algo tarde, por haberle entretenido Rufina con ese ánimo. Bien serían las doce de la misma noche, cuando Garay y sus camaradas se llevaron consigo un hombre formado de paja, á quien pusieron con una capa rebozado. Este pusieron en frente de la principal ventana de la quinta, que era el cuarto de Marquina. Allí pues le fijaron con un palo en el suelo, de modo que parecia estar en pié. Era la noche algo oscura, de suerte que les fué en esto muy favorable. Puesta aquella figura en aquel sitio, llamaron á la puerta de la quinta con grandes golpes, resonando el ruido de la aldaba por toda ella; de manera que á Marquina le halló este rumor comenzando á dormir el primer sueño; despertó algo alborotado por parecerle novedad que á aquella hora llamase nadie en su quinta, cosa que nunca había sucedido despues que vivía en ella, por saber su recogida condicion, con que nadie le buscaba á aquellas horas; llamó á un criado suyo, é hizole mirase quién llamaba á su puerta; el criado medio dormido salió á verlo, y como viniese de aquella manera, preguntó que quién llamaba, mas no le respondieron; y no reparando en la figura fingida que estaba delante de la quinta á pié fijo, volvió á su señor diciéndole que no veía á nadie.

Sosegóse un rato Marquina, mas duróle poco este sosiego, porque con mayores golpes volvió á llamar Garay, que era el autor de esta tramoya. Con mayor sobresalto mandó Marquina á su sirviente que volviese á examinar quién llamaba; mas como le sucediese lo mismo, que no le respondiesen, dió esta nueva á su señor, con que le obligó á cubrirse con una capa; y así desnudo como estaba, púsose á la ventana, diciendo: ¿Quién llama á estas horas en mi casa? Tampoco tuvo respuesta, y mirando por el campo con mas cuidado que su doméstico, descubrió la figura de paja, que sin movimiento era el norte de este embeleco, y el principal personaje de él Marquina. Con notable pavor se halló Marquina entonces, viendo la persona que llamaba y que no le respondia; y así, sacando fuerzas de flaqueza, le dijo con voz alta: Señor galan, si es como (1) que quiere darme, efecto de la ociosidad y travesura de la juventud, yo no lo sufro, y así le ruego de bueno á bueno que se vaya y no altere nuestro sosiego, si no gusta que yo le ponga en el camino de Sevilla con mas celeridad que quiera, disparándole un par de balas si mas vuelve á inquietarme. Con esto se quitó de la ventana, y cerrándola, se recogió á dormir; mas apenas queria

(1) Como, expresion familiar usada en aquel tiempo, que quiere decir: dar vaya á uno ó matraca.

entrarse en la cama, cuando con mayores y mas desatinados golpes volvieron á llamar. Obligóle esto á tomar luego una escopeta cargada, de que estaba siempre prevenido para guarda y defensa de su dinero, y con ella salió otra vez á la ventana; y viendo en el mismo puesto al que sin movimiento se estuviera en él si no le llevaban, dijo: Demasiado atrevimiento es porfiar en lo que no tiene mas provecho que inquietarme; ya la descortesía pasa del límite, y merece que con otra mayor se le pague; quiteseme, quien quiera que sea, de delante de mi casa, si no quiere la haga ir mal que le pese. Esto dijo, habiendo alzado el perrillo á la escopeta y apuntándole. Pues como viese el poco caso que de su amenaza hacia aquel inmóvil personaje, de materia tan leve, pensó que sin temor de que tuviese escopeta con que hacerle ir de allí se burlaba con él; y así, requiriéndole por tercera vez que no le provocase á hacer una demasía, hallándole rebelde á tantas amonestaciones, se resolvió á disparar la escopeta, no para espantarle, como pudiera, sino para ofenderle; y así, apuntándole muy de propósito, no le erró, metiéndole dos balas en el cuerpo de paja, dando con él en tierra.

Esto aguardaba Garay con mucho cuidado y no menor atención; y viendo ejecutado lo que deseaba, al instante que cayó la figura del escopetazo, acudió con decir en lastimosa voz: ¡Ay, que me han muerto! Y luego tras de esto hicieron rumor Garay y sus camaradas, como que se admirasen del fracaso. Sumamente se alborotó con lo que hizo nuestro Marquina, porque los miserables siempre son de corto ánimo, y todo aquello que va en orden á menoscabo de su caudal lo sienten mucho. Cerró su ventana, y despertando á Rufina con no poco alboroto (y tuvo poco que hacer en esto, pues no dormía con el cuidado de ver bien entablada su pretension) la dió cuenta de esto que habia hecho; ella mostró pesarle mucho, reprendiéndole haber tomado aquella cruel resolución, diciéndole que pues habia conocido ser como, y que en su casa estaba seguro, podía haber dejádoslos llamar cuanto quisiesen á su puerta, que mas llevadero era pasar con inquietud que no ahora con sobresalto poniéndose en trabajo por una muerte. Con esto le dijo otras cosas, con que el pobre Marquina se halló confuso y lleno de temor, sin saber qué hacerse. Aconsejóle Rufina que si queria su quietud se fuese luego á San Bernardo á retraerse; porque era cierto, si aquel hombre se hallaba á la mañana muerto allí, el prenderle á él, por estar mas cercano á su quinta que á otra parte. Ya Marquina no quisiera haber nacido, y afligíase de modo, diciendo tantos desatinos, que si á Rufina no le importara valerse de la disimulación, se riera mucho de verle. Despertó á toda su familia, dióles cuenta del caso, y todos le afeaban el haberse precipitado á lo que hizo; con que el pobre viejo estaba para perder el juicio; considerábase en manos de la justicia, su dinero en poder de sus ministros, expuesto á su disposición, y su vida á riesgo de perderla si confesaba su delito en algun rigoroso tormento, no discuriendo en que la defensa es natural á cualquiera.

Lo que se resolvió en estas confusiones fué en ausentarse Marquina, yéndose á San Bernardo; mas no sabia en qué poder dejase el dinero. Fíarle de sus criados, no le estaba á cuento; llevarle en casa de algun amigo, que tenia pocos por su exquisita condicion, tampoco habia lugar para hacerlo. En esta perplejidad se hallaba, sobre que pidió consejo á Rufina. Ella, mostrándose afligida y no menos temerosa que él, no se resolvía en aconsejarle, si bien el final acuerdo ya le tenia en su mente maquinado, que es el que al fin se vino á ejecutar; y así, lo que dijo fué: si se hallaba con algun dinero. Marquina le confesó de plano tener en su casa cuatro mil doblones, sin otros dos mil ducados en plata doble. Pues lo que yo haria, dijo la taimada moza, puesto que por ser cosa pesada no se puede llevar á esta hora sin verse á casa de un amigo, que lo enterreis en esta quinta, en parte que sea despues hallado, poniendo alguna señal por donde sea conocido el lugar que lo atesora; y esto debe ser hecho por vuestra mano, sin que ninguno de vuestros criados lo vea, por el peligro que corre de que os le roben, supuesto que yo no puedo tampoco asistir aquí, que os fuera fiel guarda de todo; porque es cierto que si la justicia viene y me halla, he de ser la primera que prenda, y no deseo verme en tal peligro, despues de haber salido de los que os he dado cuenta. En medio de su aflicción, Marquina, oyendo esto á su huéspeda, se enterneció sumamente de verla con tal desasosiego por su causa, con que era cierto el perderla, y así se deshacia en llanto. Animóle Rufina porque llegase á efecto lo que deseaba tanto; y así, habiendo mandado á los criados que se recogiesen á sus aposentos, y que de ellos no saliesen, él y Rufina, de quien solo hizo confianza, por el mucho amor que la tenia, fueron adonde estaba el dinero. Teníale en un cofre barreado de hierro, con una llave tan extraordinaria, que fuera imposible falseársela ni sacar aquella moneda de allí si no era por aquel camino que. Rufina habia tomado, saliéndole bien su traza. Sacaron la moneda, y depositándola en un pequeño cofrecillo la que era en oro, le llevaron á la huerta, donde con un azadon le hicieron una honda sepultura y le dejaron sepultado, dejando á un lado lugar para seis talegos, en que estaban los dos mil ducados en plata, que los fueron llevando con harto trabajo, por ser Marquina viejo, y ella mujer no usada á tales ejercicios de cargar-se peso á sus hombros.

Pues como fuese depositado todo el dinero en aquella sepultura, dejaron encima de ella una señal bastante para ser conocido el lugar, y la tierra movediza la disimularon con cubrirla de yerbas que de la huerta arrancaron; con esto Marquina reservó para sí doscientos escudos en oro, que tenia en un escritorio, y cincuenta que dió á Rufina para que lo pasase en alguna parte hasta ver sosegado aquel alboroto. Con esto se subieron á lo alto de la quinta, y vieron desde allí andar gente en el campo con luz, que eran Garay y sus camaradas fingiéndose justicia; así estaba concertado entre Rufina y él, y ella le dió aviso de esto

á Marquina, aconsejándole no parase mas en la quinta, sino que se fuese á San Bernardo, llevándola á ella tambien. Para conseguir esto hubieron de salirse por las tapias de la quinta, por no poder abrir la puerta, que á ella llamaban ya los interlocutores en esta farsa, con el imperio de si verdaderamente fueran ministros de justicia. Toda la familia de Marquina le siguió por las tapias, que no quiso verse por su causa en poder de justicia, pagando su inocencia lo que él habia pecado con malicia; y así, dejaron desamparada la quinta al tiempo que ya queria amanecer. Marquina y su dama aguardaron entre unas huertas á que fuese bien de dia para que abriesen en San Bernardo, adonde se entraron luego que vieron abierta la puerta de la iglesia. Con atento cuidado habia estado Garay hasta que vió lograda la fuga de Marquina y su gente. Y así, luego que fueron dos horas de dia ya pasadas, acudió á este monasterio vestido de estudiante, por disimularse mejor; allí habló con Rufina sin que lo viese su amante, porque su miedo era tal, que se habia ya retirado á lo mas secreto del convento; y despedido de ella, quedando concertado entre los dos que le viniese allí á ver y á dar aviso de lo que pasase, dió cuenta Rufina á Garay cómo dejaban enterrado el dinero; pero mintiéndole en la cantidad, no confesándole haber mas que lo que se ha referido haber en plata; y esto lo hizo con el fin de ocultar de él la mayor partida, que estaba en oro, por lo que despues sucediese, por si podia ella aprovecharse de él, porque no tuviese parte en todo.

La siguiente noche, á mas de las doce, vino Garay y otro amigo acompañando á Rufina, que venia en hábito de hombre por disimularse mejor, y con su ayuda saltó las tapias de la quinta, y quedando ellos atendiéndola fuera de ella, hasta ser avisados que habia seguridad. Lo primero que hizo la astuta moza fué irse adonde habia dejado escondido el azadon, y con él desenterrar el cofrecillo de oro y volver á cubrir la plata con tierra y luego depositar en otro escondido lugar su cofre para que no se hiciesen los cómplices partícipes de toda la cantidad. Luego llamó á Garay y su compañero, y los dos desenterrando la plata, cargaron con ella, y fuéronlos todos tres á una posada que tenian fuera de Sevilla, y apenas los dejó durmiendo Rufina, cuando en el mismo traje volvió con un ánimo mas que de mujer, por su reservado tesoro; y aunque hubo harta dificultad en poderle sacar por el peso, al fin salió de ella bien, volviéndose á su posada sin haber sido echada menos de sus compañeros. El siguiente dia y otros dos, habiendo contentado á los interesados con poca moneda, y habiéndose estofado Rufina dos almillas de aquellos doblones de Marquina, dejaron á Sevilla ella y Garay, que no quiso desampararla conociendo de su sugeto cuántas medras se le habian de seguir en su compañía. Tomaron los dos el camino de Madrid, donde los dejaremos por volver á nuestro retraido Marquina.

CAPITULO VI.

Descubre Marquina el robo; cuéntase el viaje de Rufina y Garay; personas con quienes se reunieron en Carmona; da principio un pasajero á la novela de *Quien todo lo quiere, todo lo pierde*.

Estaba pues el mísero Marquina afligido de ver que en cuatro dias no hubiese vuelto á verle Rufina, que él tenia por Teodora, y así se valió de un monje de aquel monasterio, persona inteligente en Sevilla, para que le supiese qué diligencias hacia la justicia contra él, y qué se decia de la muerte. El monje lo tomó muy por su cuenta, y habiendo corrido por las partes donde de esto se podia tener noticia, no hubo nadie que le pudiese dar razon de lo que deseaba saber, con que volvió á decirselo á Marquina, muy contento de que pudiese libremente salir, dejando aquel retiro; con todo, él no se fió de lo que el religioso le aseguraba; y así, una noche se fué á casa de un confidente amigo suyo, á quien dió cuenta de su desasosiego, y él tomó á su cargo saber lo que habia. Hizo la misma diligencia que el monje, y no halló rastro de nada. Acudió á la quinta, y con la llave maestra de la puerta de ella, que le dió Marquina, la abrió, y la halló sola de gente, y el macho de su amigo muerto; porque como nadie pudo cuidar de su sustento, acabó con la vida. De todo dió cuenta á Marquina, aconsejándole que podia salir y pasearse como de antes, con que él se holgó de haber perdido el macho, á trueque de verse vuelto á su quietud y sosiego, si bien no dejaba de sentir el no le haber buscado Rufina, que la habia cobrado grande aficion; mas atribuló á que como era mujer, estaria retirada por temor de la justicia. Volvió á su quinta, y á ella volvieron el hortelano y su mujer con los demás criados, que todos andaban á sombra de tejado, como dicen, hasta ver sosegado aquel alboroto que en tanto miedo les puso.

La noche misma que Marquina fué á dormir á su quinta no quiso hacerlo sin haber vuelto su dinero al cofre que le guardaba; y así, acompañado del hortelano, con una luz bajaron á la huerta, acudiendo á la parte donde habian dejado la moneda en el cofrecillo y en los talegos, y guiándose por la señal que él y Rufina habian dejado para acertar con ello, no la hallaron, con que Marquina se alborotó no poco. Buscáronla por todo aquel contorno, mas fué en balde, que Rufina la habia quitado de su lugar para que anduviese hecho loco en busca de su dinero; una y muchas veces paseó aquel sitio con tanto cuidado como sobresalto; mas por aquella noche no dió con la señal, norte por quien se habia de guiar; con que el mísero Marquina perdía el juicio, haciendo cosas de loco. El hortelano no sabia qué era lo que buscaba ni para qué fin le habia traído allí; y así, con lo que le veia hacer le tenia admirado. Resolvióse el afligido Marquina á no tratar de nada por aquella noche; y así, con esta pena se fué á acostar, mejor diré, á estar penando toda aquella noche, que así la pasó; mas apenas la luz del dia entró por los resquicios de sus ventanas, cuando se levantó, y llamando al hortelano, volvieron al lugar mismo en que la noche antes habia es-

tado; buscó la señal, y fué cansarse; con que se resolvió en hacer cavar todo aquel lugar; hizolo el hortelano, y lo que de esto resultó fué hallar los dos hoyos que fueron sepulcro de la moneda y cofrecillo; con que el miserable Marquina acabó de rematar con su juicio, arrojándose en el suelo y dándose de bofetadas en el rostro, diciendo y haciendo cosas que causaba lástima á los que presentes se hallaron, que eran sus criados, los cuales vinieron á entender haber perdido su dinero, ó lo mas cierto, habérsele robado por orden de Rufina; confirmóse esto, con que la hizo buscar por toda Sevilla; mas ya la tal moza se había puesto en cobro, mudando tierra y llevándose el dinero del miserable viejo, que con tanto afán le había adquirido. El estuvo del pesar algunos días enfermo, y en Sevilla fué celebrado el hurto, holgándose muchos de que fuese así castigado quien tan pocas amistades sabia hacer con lo que le sobraba.

Luego que Rufina dió el salto en la moneda al miserable Marquina, le pareció no aguardar á que con diligencias fuese buscada de la justicia, como lo hizo el agraviado; y así, la noche siguiente, en dos mulas que buscaron ella y Garay, se fueron á Carmona, ciudad que dista media jornada de Sevilla, quedando concertado que un coche que iba á Madrid al pasar por aquella ciudad los llevase, para lo cual dejaron pagados los dos principales lugares de él. En Carmona se apearon en un buen meson, donde encubierta Rufina determinó aguardar el coche, disponiendo en tanto lo que había de hacer de su persona, señora ya de ocho mil escudos, en doblones de á cuatro y de á dos, caudal de aquel miserable, que con afán, vigiliás y ayunos los había granjeado, pasando mares y conociendo nuevos y remotos climas; que esto tiene granjeado el que es esclavo de su dinero, de quien la avaricia se apodera, que hubo muy pocos en Sevilla que no se holgasen de su hurto, por verle tan codicioso y tan poco amigo de hacer bien á nadie, que aun con ser interés suyo y en bien de su alma, pocas veces le vieron hacer alguna limosna. Escarmienten en este los avaros, considerando que si Dios les da bienes es para que con ellos aprovechen al prójimo, y no sea su ídolo su dinero. Volvamos á nuestra Rufina, que estaba en Carmona esperando el coche en que había concertado irse á Madrid, por parecerle que aquella corte era un *mare magnum*, donde todos campan y viven, y que ella pasaria mejor que otra con su moneda; si bien adquirida en mala guerra, que son bienes que pocas veces lucen granjeados por mal modo.

Llegó pues el esperado coche á Carmona, ocupado de seis personas, porque ocho es la tasa de los coches de camino, si ya no excede de ella la codicia de los cocheros, embaulando en ellos otras dos. Venian en el coche un hidalgo anciano con su mujer, un clérigo y dos estudiantes con un criado del clérigo, que era mozo de quince años. Ya sabian los caminantes que en Carmona estaban Rufina y su pedagogo Garay para ocupar los dos asientos principales del coche; y así, se

los desembarazaron esotro día á la partida de allí; mas Garay, que era hombre comedido, no quiso que le tuviesen por grosero; y así, cedió su lugar á la mujer de aquel hidalgo, que ocupó el lado izquierdo de Rufina, y él se acomodó con su esposo á la proa del coche. Pues asentado esto para todo el camino, partieron de Carmona un lunes por la mañana. Era esto en el mes de setiembre, al principio de él, cuando las frutas están en la mejor sazon. Iban todos los caminantes muy contentos con llevar tan buena compañía, y Rufina y Garay mucho mas con la gentil mosca que habian pillado al buen Marquina; el hidalgo era hombre entretenido, el clérigo de excelente humor, los estudiantes no menos agradables; y así, no se sentia el camino, hablando en varias cosas, deseando cada uno mostrar sus gracias, en particular el clérigo, que dijo ir á la corte á imprimir dos libros que habia compuesto, donde habia de sacar licencia para darlos á la estampa. Era el hidalgo, que se llamaba Ordoñez, curioso, y quiso saber de qué materia trataban; respondió el licenciado Monsalve, que este nombre tenia el clérigo, que eran de entretenimiento, por ser cosa que mas se gustaba en estos tiempos, y que el uno se intitulaba *Camino divertido*, y el otro *Flores de Helicon*. El primero constaba de doce novelas morales, mezcladas de varios versos á propósito, y el de Helicon, de rimas que él habia escrito estando estudiando leyes en Salamanca, y añadió á esto que si no fuera molesto, les entretuviera con el primero los ratos que hiciera pausa la conversacion.

Rufina, que era amiga de tales libros, y cuantos de este género salian los habia de leer, dióle deseo de ver el estilo con que escribia el licenciado Monsalve; y así, le rogó mucho que si no le era de enfado sacar el libro, estimaria oír de él una novela; porque se prometia que de su buen ingenio seria muy bien pensada y mejor escrita. Señora mia, dijo Monsalve, todo cuanto yo he podido ajustarme á lo que se escribe en estos tiempos lo he hecho; mi prosa no es afectada de modo que cause enfado á los que la leyeren, ni tampoco tan baja de voces que haga el mismo efecto; procuro cuanto puedo no cansar con lo prolijo, ni desagradar con lo vulgar; esta prosa que hablo es la que escribo, porque veo que mas se admite lo natural que lo afectado y cuidadoso; y es atrevimiento grande escribir en estos tiempos, cuando veo que tan lucidos ingenios sacan á luz partos tan admirables cuanto ingeniosos, y no solo hombres que profesan saber y humanidad, sino tambien damas ilustres, pues en estos tiempos luce y campea con felices aplausos el ingenio de doña María de Zayas y Sotomayor, que con justo título ha merecido el nombre de Sibila de Madrid, adquirido por sus admirables versos, por su felice ingenio y gran prudencia; habiendo sacado de la estampa un libro de diez novelas, que son diez asombros para los que escriben este género; pues la meditada prosa, el artificio de ellas y los versos que interpola es todo tan admirable, que acobarda las mas valientes plumas de nuestra España. Acompaña la en Madrid doña Ana Caro de Ma-

llen, dama de nuestra Sevilla, á quien se deben no menores atabanzas; pues con sus dulces y bien pensados versos suspende y deleita á quien los oye y lee: esto dirán bien los que ha escrito á toda la fiesta que estas Carnestolendas se hizo en el Buen Retiro, palacio nuevo de su majestad y décima maravilla del orbe, pues trata de ella con tanta gala y decoro como mereció tan gran fiesta, prevenida muchos dias antes para divertimiento de las majestades católicas. Esto decia el licenciado Monsalve, buscando al mismo tiempo en su maleta el libro de las novelas, y habiéndole hallado, con atencion y gusto de todos los del coche los entretuvo con esta novela, que leyó en alta y clara voz para divertir el camino.



NOVELA PRIMERA.

Quien todo lo quiere, todo lo pierde.

Valencia, ciudad insigne de las que tiene nuestra España, madre de nobilísimas familias, centro de claros ingenios y sagrario de cuerpos de gloriosos santos, fué patria de don Alejandro, caballero noble, mozo y de grandes partes, que saliendo de doce años en compañía de un hermano de su padre, que iba por capitán á Flándes, aprobó en aquellos países tan bien, que mereció sustituir la jineta de su tío, por muerte suya, asistiendo en servicio del católico Felipe III contra aquellas rebeldes provincias doce años continuamente, mereciendo por sus servicios un hábito de Santiago con grandes ayudas de costa. En Ambéres asistía en el tiempo que por lo rigoroso de los frios hace pausa la milicia, cuando le vino nueva cómo su padre habia pagado de la postrer deuda, por cuya muerte heredaba don Alejandro su mayorazgo, que siendo su primogénito y pudiendo estar en vida regalada y viciosa, como otros muchos caballeros, quiso, huyendo del ocio blando, antes asistir mas en los peligros de la guerra, sirviendo á su rey, que no entre las delicias de la patria, dando motivo á que murmurasen de él: consideracion que debieran tener muchos que no aspiran á mas que gozar de sus comodidades en vida libre, si lo son aquellas que desdoran su noble sangre. Viendo pues don Alejandro que por muerte de su padre le importaba ir á dar una vista á su patria Valencia á poner su hacienda en razon, pidió licencia al serenísimo archiduque Alberto, que visto el pedírsela con legítima causa, se la dió honrándole mucho por haberle prometido volver muy presto á servir debajo de su mano, cuando otros pensaban que se iba á retirar.

Llegó á Valencia, donde fué alegremente recibido de sus deudos y amigos. Comenzó á poner en razon las cosas de su hacienda, sin atender á los entretenimientos en que se ocupa la juventud; porque aunque era soldado, fué dado muy poco al juego, virtud que la ejercen pocos hombres mozos, y que se debe estimar en estos tiempos; porque el distraimiento del juego es tal, que de él nacen mil daños, como se experimentan en lastimosos sucesos que de él han procedido; teatro ha sido

Valencia de algunos. Tampoco don Alejandro trataba de amores, no obstante que tenía tan buena ocasion de emplearse con tan hermosas damas como ilustran aquella célebre ciudad. En lo mas que se ejercitaba este caballero era en hacer mal á caballos, teniendo cuatro, que compró en Andalucía, hermosísimos y de grandes obras; en estos salia en las fiestas de toros que aquella ciudad celebraba á romper algunos rejones, con que se llevaba la fama del mayor torreador de España.

Suelen en Valencia cuando comienza la primavera salir las mas familias de aquella ciudad á hacer la seda fuera de ella, en amenas alquerías que hay cerca, y esta ocupacion dura desde principio de abril hasta mediado de mayo. Pues como un dia saliese don Alejandro al campo á caballo, paseando por la amena y deleitosa huerta de Valencia, á la parte que llaman del monasterio de Nuestra Señora de la Esperanza, habiendo gastado toda la tarde en pasear por aquellos amenos jardines gozando del suavisimo olor del azahar que producen tantos naranjos como aquel fértil terreno tiene, al tiempo que el sol dejaba el valenciano horizonte, pasó por una alquería que alindaba con los claros cristales del Turia, y oyó dentro tocar una arpa con superior destreza. Detuvo el paso á su caballo, pareciéndole que querian cantar, y estuvo largo rato esperando á esto; mas quien la tocaba, ocupada en hacer diferencias en el sonoro instrumento, no ejecutó lo que muchas veces habia emprendido, que era dar la voz al viento. En esto cerró la noche, y don Alejandro pagado del ameno sitio, dió su caballo al lacayo, y haciéndole apartar de allí, él atendió solo debajo de un verde balcon á ver quién tocaba el arpa; mas á poco rato vió hacer pausa á sus varias diferencias y que, mudando de lugar, ocupaba en una silla el lado izquierdo del balcon, á quien servia de espejo el cristalino rio; aquí vió á una dama que con la misma arpa, en mas fresco sitio, gozando del viento manso que entonces corria, volvía á su gustoso ejercicio. Y despues de haber un rato hecho otras nuevas diferencias, cantó estos versos con dulce y sonora voz:

Parabienes dan las flores
A los cristales del Turia,
De que la rosada aurora
Entre zagales madruga.
Las avecillas alegres,
Hechas cítaras de pluma,
En sonoras capillas
Con motetes la saludan.
Las fuentejillas risueñas,
Que entre amenidades cruzan
Haciendo sierpes de plata,
Mas aplauden que murmuran.
Cuando Beisa penando,
Por dar pausa á sus angustias,
En su templado instrumento
Esto canta á quien la escucha:
Vientecillos suaves,
Que correis ligeros,
Decidle mis ansias
A mi ausente dueño.

Que despues que en su ausencia sin él me veo,
Con firmeza esperando, vivo muriendo.

La suavidad de la voz y la destreza con que la acompañaba con el arpa suspendieron á don Alejandro, de modo que no quisiera que cesara, ni él apartarse de

aquel lugar. Dejó la dama su instrumento, y poniéndose de pechos en el balcon, pudo, aunque era de noche, ver al atento caballero, que viendo tan cerca la ocasión, no la quiso dejar pasar; y así, llegándose cuanto cerca pudo, la dijo: Dichosísimo el ausente que merece que tan regalada voz celebre su ausencia; mucho quisiera saber quién es para darle por alegres nuevas la dicha que tiene. Algun sobresalto mostró la dama, cogiéndola descuidada aquellas razones; mas cobrándose, aunque no conoció por entonces á quien se las decia, le respondió: No cae sobre suceso de ausencia ni algun cuidado el haber cantado esta letra, y así os excusaré la diligencia de dar á ningun ausente nuevas de que es favorecido. ¿Qué certeza puedo yo tener de esto, dijo don Alejandro, cuando en lo penoso del deajo conozco pasión en vuestro pecho? Qué os puede importar tenerla? dijo ella. Ya mucho, dijo él, que no es tan flojo hechizo el de vuestra voz que no haya hecho sus efectos en este oyente, y así solicita el cuidado seguridades para vivir en su empleo gustoso. Causóle risa á la dama oír esto á don Alejandro, y díjole: ¡Qué bien hacen las mujeres que son lisonjeadas en no creer á los hombres, pues nunca les tratan verdad! ¿En qué juzgais que no son verdaderos? dijo él. En que si como vos encarecen sus finezas, replicó ella, habiendo tan poco tiempo que aquí estáis, ¿cómo les deben dar entero crédito? Pues por solemnizarme lo mal que he cantado ponderais que es hechizo mi voz, haciendo quien la oye mucho con su cortesía en esperarla tres coplas de un tono. No os arrojeis por el suelo ni despreciéis mi verdad, dijo él, dándole otro nombre; vuestra voz es singular, los accidentes con que habeis cantado lo serán tambien, pues es cierto se dirigen á la causa de la letra; solo le faltó por colmo otra de celos, si no es que vivais tan segura que no os los podrá dar.

Mejoróse del lugar la dama para hablar mas de propósito con don Alejandro, aunque no le conocia, por pensar que con algun fundamento lo hablaba tan misterioso, y así le dijo: Si lo que me ponderais el hechizo es tan verdadero como vuestra sospecha, bien puedo afirmarme en que sois de profesion lisonjero; y así, os suplico, por mi abono lo digo, que la aflicción de una necia melancólica no la atribuyais á pena de ausencia, que nunca he sabido qué es tenerla por nadie, ni tampoco la pienso tener. Dicra yo porque eso fuera cierto, dijo él, cuanto poseo. ¿Y es mucho? dijo ella. Poco es, replicó él, respecto del sugeto por quien lo ofrezco; mas lo mismo fuera ser señor del mundo, que todo lo diera por bien empleado. Sin duda que hoy me levanté con buen pié, dijo la dama, pues oigo en mi favor tantos, que me dejaran envanecida si pensara que tenia partes para sin ser vista enamorar; y á fe que á verme de dia, no confirmárades lo dicho con tanto afecto. Con lo oído, dijo él, no me puedo engañar, y así por fe presumo que quien en esa gracia es tan consumada, lo será tambien en las demás de que carezco, por serme poco favorable la noche; y pues no os digo esto de rayos y esplendores de que se valen los que halagan con las pa-

labras y lisonjean con los mentidos afectos, creeréis de mí que comienzo á amaros con verdades. Ahora bien, yo os quiero comepzar á creer, si me decís quién sois, dijo ella. Mereceré primero con mis finezas, replicó él, para que su valor supla el que me falta en la calidad. Ahora ós tengo por hombre de partes, dijo ella, pues esa desconfianza teneis de vos, y habréisme de perdonar que me llaman para una visita, y es fuerza irme por no dar nota con que me hallen aquí. Pues ¿seréis servida, dijo don Alejandro, de dejáros ver mañana en este puesto á estas horas? No sé si podré, dijo ella; mas venid, que eso es merecer, aunque yo no salga. Yo estaré aquí, replicó el ya aficionado galan, mas fijo que los sillares que sustentan este cielo que os atesora. Mucho llevo que pensar en eso de encarecer, dijo ella; para otra vez venid enmendado de hipérboles, que no soy amiga de oírlos, por tener por fabulosos á todos los que en ellos tratan, y mas con el conocimiento que tengo de lo poco que valgo. Con esto hizo una gran cortesía y se quitó del balcon, pesándole á don Alejandro que tan presto se ausentase de él, que quedó muy picado, así de su voz como de su entendimiento, y deseaba saber quién fuese con grandes veras. No se apartó la dama menos cuidadosa que el galan, porque luego mandó á un criado suyo que supiese quién era y le siguiese hasta saberlo; hízolo así, no costándole mucho la diligencia, porque á pocos pasos le vió poner á caballo y le conoció, volviendo con el aviso á su ama, que no se holgó poco de saber que fuese don Alejandro, de quien habia oído tantas alabanzas y visto hacer tan bizarras suertes en la plaza con los toros.

CAPITULO VII.

Prosigue el pasajero la novela de *Quien todo lo quiere, todo lo pierde*.

En llegando don Alejandro á su posada, quiso informarse de un vecino suyo quién era la dama con quien habia hablado, y dándole las señas del puesto de la alquería, supo de él llamarse doña Isabel, el apellido se calla, dama de grande calidad y partes en aquella ciudad, igualando su hermosura con su grande entendimiento. Fué esta dama hija de don Berenguel Antonio, un bizarro caballero que sirvió en la guerra muchos años, y ya dejadas las armas, se habia casado en anciana edad, de quien procedió esta hermosa damá, que entonces se hallaba sin sus padres, heredera de una corta hacienda, porque la de don Berenguel era de una encomienda que la majestad de Felipe II le habia dado por premio de sus servicios. Esta dama estaba en compañía de una anciana, tia suya, que lo mas del tiempo estaba enferma, y habíanse retirado á hacer la seda en aquella alquería. De todo se informó don Alejandro largamente, aunque de lo esencial de las partes de doña Isabel tenia ya bastantes noticias, porque en toda Valencia no se celebraba otra cosa que su claro ingenio y agudo entendimiento, extendiéndose hasta hacer muy lindos versos, gracia que se debe estimar en una dama de las partes referidas. No habia visto don Alejandro á esta dama, y descaba,

aun antes de haberla hablado, verla, y desde que supo ser el dueño de aquella alquería, acrecentósele mas este deseo, con el cual procuró algunas veces salir al campo con ganas de toparse otra ocasion como la pasada; pero no tuvo tal dicha, por estar la tia de doña Isabel aquellos dias enferma y no se apartar de su lado.

Bien se pasaron mas de quince dias, en los cuales doña Isabel pudo, con la mejoría de su tia, hallarse en un velo que se daba á una monja en el monasterio real de la Zaidia, que estaba vecino á esta alquería. Hallóse en esta fiesta lo mas lucido de Valencia, así de caballeros como de damas, y nuestra doña Isabel fué de embozo con una criada suya á ella. Acertó á sentarse en una capilla de la iglesia algo oscura, y viendo don Alejandro no hallarse allí con las demás señoras, lo que ya le daba cuidado, tuvo sospecha que quizá seria alguna de las que estaban de embozo en la capilla, y así se fué á ella con otros dos amigos, y llegándose á la dama, les dijo á los amigos: Agravio hacen estas damas á la señora monja en retirarse de lo que todos gozan; pero atribúyolo á que deben ser poco inclinadas á aquel estado, pues aun no quieren ver cómo se profesa en él. Holgóse doña Isabel con la presencia de don Alejandro, á quien ya habia visto en la iglesia, y quisiérale menos acompañado que venia; mas disimulando la voz, le dijo: Como no somos de las convidadas á esta fiesta, no cumplimos con todos los requisitos que hacen las que yo son; y en cuanto á retirarnos de carecer de ese acto, como se ha visto otras veces, no le vemos esta, porque en una basta para saber lo que es la que hubiere de elegir el estado de monja. Segun eso, dijo un amigo de don Alejandro, vos no seréis de las que le apetecen. No digo nada hasta ahora, porque eso ha de venir por vocacion, y yo no la he tenido. Ya en eso, replicó don Alejandro, nos dais á entender que por lo menos no sois casada, pero que deseais serlo. Yo no tengo que dar cuenta, dijo ella, del estado á que me inclino, y mas á quien está lejos de deudo mio, para que apruebe mi buen propósito. Pues ¿no daréis lugar con declararos, dijo él, para que sepamos cuál camino elegís? ¿Cuál me aconsejades vos? dijo ella. El de casaros, volvió don Alejandro, habiéndola ya conocido. Y si no tengo partes para serlo, dijo ella, ni en la posibilidad ni en la persona, ¿qué he de hacer? A faltar todo, dijo él, olvidaros de vos misma, que quien no es para monja ni casada, debe quedarse neutral por incapaz. Podré seguir ese consejo, dijo ella. Si vos sois servida, dijo don Alejandro, de descubrir lo que oculta vuestro manto, yo os daré consejo mas á propósito: esto dijo acercándose mas á ella, á tiempo que doña Isabel pudo cuidadosamente descubrir uno de sus hermosos ojos, que vieron los dos amigos. Si eso me ha de costar, dijo ella, bien me estoy cubierta, aunque por el consejo pudiera atreverme contra mi opinion. Ese atrevimiento, dijo don Alejandro, no la agraviara, que ya hemos visto señales que nos aseguran que podeis elegir el estado del matrimonio, premiando con gran dicha á quien mereciera vuestra mano; y sin ver mas me ofrezco á ser el que se

dispusiera á tan gustoso empleo; á lo mismo se ofrecieron sus dos amigos, pagados de su donaire y de la muestra que dió de su perfeccion. ¡Hay dicha como la mia, dijo la dama; que por un descuido que he tenido hallé tres pretendientes para mi remedio!

Ahora bien, yo quiero tratar de él, pues carezco de quien me le busque; sepa yo las partes de los que se me ofrecen á elegirme, que conforme á ellas haré eleccion del que mas tuviere. Cada uno en donairosas bur-las comenzó á exagerar sus partes con ridiculos disparates y á deshacer las de sus amigos, con que se rieron un rato, entreteniendo el tiempo, aunque no era á propósito el lugar en que tenian esta conversacion; porque los templos no son lonjas de ellas, sino casas de oracion, que así las llamó Cristo.

Despues de haberles oido el informe de su abono la dama, dijo: Yo quedo informada y advertida de lo mucho que merecen caballeros de tantas partes y calidad; consultaré con la almohada quién ha de ser el preferido de los tres; aunque, si va á decir verdad, yo tengo del uno algo mas informe, y aun experiencia de que es bien entendido, y este creo que me ha de inclinar á que le admita, si no teme que yo tenga otro empleo, que le juzgo receloso. Con esto entendió don Alejandro que por él se decia aquello, por lo que entre los dos habia pasado la primera vez que habia hablado con doña Isabel. Era hora de irse el acompañamiento de la fiesta; y así, con otros donaires y chistes se despidieron de la dama, quedándose de los tres el último don Alejandro, el cual le dijo: Buen pago dais á un fino amante, desvelado por vos; no pase el rigor tanto tiempo si no quereis que muera. A que respondió ella: La disculpa sea una enferma á quien asisto; y esto es mas verdad que vuestro encarecimiento; mas yo procuraré deshacer la queja cuando mas descuidado estéis. No hubo lugar de hablarse mas; y así se despidió don Alejandro, quedando la dama muy pagada de él y con deseo de hablarse muy despacio. Dentro de pocos dias lo procuró en el mismo balcón donde primero se hablaron; porque acudiendo allí don Alejandro, ella salió y se vieron, de cuya conversacion don Alejandro quedó muy amartelado, y la dama no menos, si bien pudiera no aventurarse á favorecerle, por estarle mal, como adelante se dirá. Viendo don Alejandro en doña Isabel tan claro entendimiento y agudeza tan profunda en decir, por quien adquiria fama de muy entendida, el segundo papel que la envió, despues de haberla significado su aficion por el primero, fué este con estas décimas:

Tanto en vos la discrecion,
Belisa, está acreditada,
Que pienso fué anticipada
Al uso de la razon;
Prodigio de admiracion
Obró el poder celestial
En vos, mas vuestro caudal,
Que esta dicha ha poseido,
Ya ostenta que lo adquirido
Frisa con su natural.
Anhelantes discreciones
Tienen los amagos vagos;

Pero en vos son los amagos
Discretas ejecuciones;
Almas son vuestras razones
Guiadas de la prudencia;
Cada razon es sentencia
Que pronuncia vuestro libro,
Pues de lo discreto y sabio
Es la fina quinta esencia.

El talento mas perfecto
Que presume de saber
Puede de vos aprender
Rudimentos de discreto;
Que lo ceñido y selecto
De ese ingenio soberano,
Gloria del imperio hispano,
Cuando en su corte fallara
Documento le enseñara
De elocuencia y cortesano.

Si vuestro ingenio sutil
La antigüedad conociera,
Veneraciones le diera
En estatuas de gentil;
Goce de un eterno abril
Esa verde adolescencia,
Que su divina prudencia
En nuestra moderna edad
Es sol que á su claridad
No halla humana competencia.

No sabía doña Isabel que don Alejandro tuviese aquella gracia mas de las que tenia, que era hacer versos, y gustó mucho de las décimas, á que respondió con este papel.

«Alabanza que sobra al sugeto por quien se dice es agravio suyo, y descrédito de quien lo escribe, pues el sugeto ponderado, juzgándose ajeno de tanto honor, atribuye el elogio á vituperio, y la alabanza á sátira dicha por ironía; ni me desvanezco tanto que no conozca lisonjas, ni me tengo en tan poco que no se me deba algo de lo escrito; con lo ajustado me obligáades, si con lo excesivo me ofendeis, con las pocas experiencias que tengo de vuestra condicion y trato; no me persuado á creer de los versos, si bien celo ó demasiado cumplimiento os los han dictado; el tiempo me ha de asegurar de la verdad; con él espero, ó dar-me por agradecida, ó sentirme por injuriada.»

Tuvo modo la hermosa doña Isabel para que este papel viniese á las manos de su nuevo apasionado don Alejandro, el cual quiso satisfacer á la propuesta queja de su dama con hacer esperar al portador y escribirle este:

«La corta alabanza vuestra fuera el mayor descrédito mio, si lo que me sobra de amor no supliera las faltas de lo poeta; mas por no incurrir en otro delito como ese, quiero que la prosa explique lo que la ruda vena no puede, suplicándoos que no con capa de desconfiada discreta acuseis mis necios afectos, que si no igualaron á sugeto tan del cielo, ha sido por lo que tienen tan de la tierra, que no se remontaron donde su dueño coloca sus bien dirigidos pensamientos. Bien merezco crédito en lo que digo, si conoceis lo que siento; y cuando lo queráis ignorar por vuestro recato, no podeis consultándoos al espejo, conociendo que entre muchas victorias que ganeis de vuestros rendidos, soy yo un corto trofeo de esta beldad y un humilde cautivo de vuestra pasion. Remito á que el exámen de la experiencia acredite estas verdades, y que de ellas

«conozcais que os aclamarán dueño mio todo el tiempo que viviere, para que agradecida pagueis buenos deseos, asegurada de no conocer jamás agravios.»

Con este papel comenzó la hermosa doña Isabel á tener un poco de mas satisfaccion de don Alejandro, facilitándole el ser escogido entre dos amigos suyos. Fueron continuando las vistas y menudeando los papeles, con que este amor iba subiendo de punto entre los dos amantes, encargándole mucho la dama el secreto en el galanteo, cosa que obedecia don Alejandro con mucha puntualidad. Era algo extremada en esto doña Isabel; de suerte que si en algun templo veia ser mirada de su galan, y entonces estaba acompañada de algun amigo, lo que los dos hablaban juzgaba ser en ofensa suya, revelándole su empleo; y así se lo decia ó escribia con tanta certeza como si lo hubiera oído. Llevaba don Alejandro esto con mucha cordura, satisfaciendo sus quejas con la verdad y aplacando su ira, que donde hay amor mayores imposibles se vencen. La mira que llevaba don Alejandro era casarse con esta dama, si bien no tenia hacienda; mas dilataba el hacerlo, deseando salir con una pretension de una encomienda que pedia por sus servicios y los de su tio en Flándes, y esta dilacion que hizo en esto le estuvo despues bien, como se dirá adelante.

Sucedió, pues que todos los recatos que la dama tenia, de que no frecuentase pasear su calle, mirar á sus ventanas ni acudir de noche á hablarla, sino á deshora, dándole ya entrada en su casa, sin exceder de lo que lícitamente se permite, ella misma los profanó de esta suerte. El tiempo de Carnestolendas se celebra en Valencia mucho con máscaras, disfraces, torneos y saraos; habíanse hecho algunos, donde con disimulo don Alejandro y su dama se hablaron, ofreciéndose danzar juntos y en los acompañamientos que resultan á la salida de estas fiestas. Una se hacia de junta de damas, en casa de una amiga de doña Isabel, adonde fué convidada con otras damas, y asimismo don Alejandro con otros caballeros; no habia sarao, sino esta junta era para juegos entretenidos y bailes alegres. Fué la primera á esta fiesta doña Isabel, algo temprano, y dentro de poco espacio acudió tambien allí otra dama muy bizarra, que envió su madre, acompañada de dos escuderos de su casa, haciendo fiel confianza de enviársela á aquella señora donde se hacia la fiesta, por ser muy amiga suya y vecina del barrio. Las dos pues estaban cuando acertó don Alejandro á venir tambien temprano y solo por aviso que le dió su dama de que así lo hiciese; recibíéronle las damas muy gustosas, y él comenzó á entretenerlas mientras venian mas señoras con sezonados chistes y alegres cuentos del tiempo.

La dama que habia venido allí, vecina de aquel barrio, levantóse á ver una labor de cañamazo de un tapete que cubria un bufete, donde estaban dos bujías alumbrando, y celebrando el buen gusto de los matices y lo nuevo de la labor, hizo levantar á don Alejandro á verla; habia en el bufete recaco de escribir, y esta dama, cuyo nombre era Laudomia, se comenzó á

entretener con la pluma en el blanco papel, haciendo algunos airosos rasgos, que escribía con lindo aire. Llegóse don Alejandro á ver lo que hacía, y celebró en ella aquella gracia con alguna exageración, cosa que oyó su dama, no teniendo pocos celos, así de verle tan cerca de doña Laudomia, como de que celebrase lo bien que escribía; tenía con ella este caballero algun conocimiento por un hermano suyo. Era don Alejandro algo burlon; pues como la viese ocupada en probar la pluma, por burlarla sacóse la hacia arriba de la mano, con que participó su blancura, que la tenía muy grande, de lo negro de la tinta. Ella, sintiendo la burla, con una palmada que le dió en un brazo se limpió de lo teñido de la pluma, afeándole de camino al burlon caballero su accion; á que él respondió que nunca menos lució la tinta que en sus manos, gracia dicha por ironía, por tenerlas, como se ha dicho, muy blancas; ella, ofendida de la socarronería, le volvió á dar otra palmada en las espaldas. Doña Isabel, que mas atendía á esto que á lo que hablaba con la señora de casa, encendida en rabiosos celos, se levantó del estrado donde estaba, y yéndose para don Alejandro, sin advertir lo que hacía ni la nota que daba, alzó la mano, y cogiéndole descuidado, le dió un gran bofetón en el rostro con tanta fuerza, que le hizo salir sangre de las narices, y con ella manchar el cuello. El, viendo tan intempestivo suceso, lo que hizo fué sacar un lienzo, y limpiándose la sangre, decir á su dama: No soy yo quien revela secretos tan apriesa; este ha durado lo que usted ha querido; y con esto, haciendo una reverencia, se bajó por la escalera y se fué á su casa.

Apenas doña Isabel ejecutó el impulso de su celosa cólera, cuando la pesó extrañamente de lo que había hecho, no tanto por la señora de la casa, que era íntima amiga suya, cuanto por la que fué causa de su cólera y celos. A este tiempo vinieron unas hermanas de la que hacía aquella fiesta, con cuya venida la pesarosa doña Isabel se retiró con su amiga á un aposento, donde viéndose solas, dijo muy admirada: ¿Qué ha sido esto, señora doña Isabel? Nunca tal imaginara de vuestro recato y modestia; vuestra accion me ha dicho en breve término lo que en mucho no me podíades vos decir: yo ignoraba este empleo que me habeis celado; y así, mas debo á vuestros celos que á vuestra amistad. ¿Es verdad que os sirve don Alejandro? Que me holgaré con extremo. No la podía responder doña Isabel con la pena que tenía y las lágrimas que bañaban su hermoso rostro; mas despues de algun espacio, lo que la dijo fué: Ya que mi necia cólera y desatinados celos os han manifestado lo que yo no he hecho, solo os digo que me sirve don Alejandro con fina voluntad, y yo se la pago con otra tan grande; nunca le vi tan desmandado á burlarse; irritóme la llaneza que tuvo con doña Laudomia; los celos son desatinados, y ellos han publicado mi amor con tan celerada accion. Pues vamos al remedio, dijo la amiga, que no es justo que don Alejandro no vuelva á esta fiesta, para dar que notar á doña Laudomia que queda sospechosa de vos. ¿Cómo lo haremos?

dijo la celosa dama. Fácilmente, replicó la amiga, con que le escribais un papel. Trajeron recaudo, y doña Isabel le escribió estos renglones:

«Efectos de amor y celos, aunque manifiesten rigor, no son agravios en el amante, sino favores; mas he hecho yo en aventurar el recato, que vos haréis en perder el enojo. Importa á mi reputacion que volvais luego á la fiesta, sin muestra de sentimiento, si no quereis que de hacer lo contrario le tenga yo tal, que por él me vengais á perder.»

Este papel llevó con diligencia un criado á casa de don Alejandro, donde le halló mudándose otro cuello para volver á la fiesta; holgóse con el papel, porque nada como los celos descubren los quilates de la voluntad; y así, luego obedeció á su dama con mas presteza; entró donde estaban las damas, dejando no poco sospechosa á doña Laudomia, con lo que había visto, de que quería bien á doña Isabel, y pesábale algo, porque le parecía bien don Alejandro, y no quisiera verle tan bien empleado. Así como el galán se vió en presencia de doña Isabel, muy risueño la dijo: Yo he tratado muy como á templo esta sala, y mas á vuestro rostro, que por no violar al uno ni osar atreverme al otro, no tomé la venganza que ordena el duelo entre los galanes y damas; y cuando aquí no volviera, fuera corrido de haber andado tan poco alentado donde me habían dado ocasion de vengarme tan en mi favor. A esto repuso doña Isabel: Como yo soy tan servidora de mi señora doña Laudomia, tomé muy por mi cuenta su desagravio haciéndooa aquel favor, bien ajena de que había duelo que disponga venganzas tan en contra de las damas. No pudo sufrir doña Laudomia que ella fuese motivo de su disculpa cuando lo habían sido los celos de su rigor; y así, le dijo sacudidamente: Nunca pensé que la poca amistad que tenemos se extendía á poneros en riesgo de mi defensora, cuando no me faltara osadía para vengarme; mas como estaba ajena de celos y poco cargada de agravios, no llegó tan presto la prontitud mia como el enfado vuestro; yo me huelgo ser la enigma de vuestras interpretaciones; para con quien fuéredes servida pasen, que para mí ya yo le tengo dada otra solucion bien fácil y que nadie la ignoraba. Querfala responder doña Isabel, sentida de su sacudimiento; mas la señora de la casa donde esto pasaba, porque no se encendiese mas fuego donde se iba encendiendo, lo atajó con hacer que se sentasen en el estrado, que ya iban entrando damas á la fiesta. Aquella noche estuvo muy sazonado don Alejandro, no dejando pocas damas amarteladas de él, entre las cuales era una doña Laudomia, que desde aquel suceso propuso hacer lo posible por sacarle el galán de su dominio á la celosa doña Isabel, y así lo cumplió.

CAPITULO VIII.

Donde el pasajero da fin á la novela.

Todos los favores que gozaba don Alejandro de su dama eran hechos con finísima aficion, porque esta dama le quería con grande extremo, si bien fué el po-

nerla en el delito para un caballero ausente, que había llegado con ella á mas apretados lances que don Alejandro, valiéndose poco esta dama del recato; de modo que el ausente había sido favorecido con todo extremo, y había bastantes causas para que esta dama sustentara aquella fe, sin prevaricar de ella, con descrédito suyo. Llegó este galán, llamado don Fernando Corella, de Madrid, corte del monarca de las Españas, donde tenía un pleito pendiente con el conde de Centaina, tío suyo, sobre cierta hacienda cuantiosa, y veíase en el Consejo Supremo de Aragon. Llegó á Valencia con la última sentencia en su favor y señor de dos mil ducados de renta. Hallóse doña Isabel confusa en el modo de complacer á estos dos caballeros y con no poca duda en cómo se había de portar con entrambos; hallábase prendada en el honor con don Fernando, y en el amor con don Alejandro, porque el primero había perdido mucha parte con la ausencia, propio en las mujeres, no hacer caso sino de lo presente. Entre las dudas que se le ofrecían, consultadas con una criada suya, se resolvió en buscar modo cómo hablando con el uno no perder al otro; de noche daba entrada á don Fernando, dueño de su honor; y al que amaba entretenía con papeles amorosos, negando el dejarse ver como hasta allí, porque no embarazase la entrada al mas dichoso, dando á esto por excusa que sus deudos andaban con cuidado y vigilancia espiondo su calle; que el mayor servicio que le podía hacer era no pasar de día ni de noche por ella hasta asegurar esta sospecha. Don Alejandro, que amaba con todas veras y estaba ignorando el doblez con que le trataba su engañosa dama, creía cuanto decía, y obedecía en todo.

Bien quisiera don Fernando cumplir con la obligación que tenía á doña Isabel casándose con ella; mas por tener á su madre viva y ver que no gustaba de este empleo, le hacía dilatar el casamiento, esperando que seria corta su vida, por la mucha edad que tenía; y así pasaba con su dama gozando sus brazos, y don Alejandro padeciendo con el deseo, engañado con sus papeles.

En este tiempo sucedió sobre el juego de la pelota tener don Alejandro un disgusto con un caballero muy calificado de Valencia, quedando las dos partes no muy aseguradas en la amistad, de modo que se esperaba cada día algun mal suceso. Era muy bizarro don Alejandro, y con aquel ardimiento de Flándes le parecia que nadie le buscaria menos que con la espada llamándole á la campaña. La parte contraria no había salido del disgusto muy descargada; y así, por entonces no mostró la ponzoña que ocultaba del deseo de vengarse de don Alejandro; y así, esperaba ocasion para hacerlo muy á su salvo, y buscábala con no poco cuidado y desvelo.

Habíase ausentado de Valencia don Fernando, y estuvo en un lugar suyo cuatro dias; en tanto doña Isabel, como queria bien á don Alejandro, avisóle que podía venir á verla á su casa de noche; pero que su venida fuese con mucho recato, de modo que no lo viese nadie, porque importaba mucho á su reputacion; hizo-

lo así el enamorado caballero, y guardándose de no venir á hora que diese nota alguna, se vió con su engañosa dama, que astutamente sabia guardar los aires á los dos galanes y aprovecharse de las ocasiones; de modo que sin saber el uno del otro su empleo, la servian; y la verdad es que si en su mano estuviera, doña Isabel escogiera por suyo á don Alejandro; mas como tenía don Fernando la mejor joya de su honor, era fuerza, por no quedarse burlada y sin honra, pasar con su empleo, hasta que su anciana madre muriese; y temiéndose de que podria faltar á esto, no desengañaba á don Alejandro, y así sustentaba los dos galanteos: suceso que pasa en nuestros siglos con muchas, por quien suceden no pocas desdichas.

Halló don Alejandro en su dama mas afabilidad que otras veces, mas agasajos y ternezas, con que se prometió verse mas del todo favorecido; mas engañóse su pensamiento, porque nunca le dejó pasar de lo lícito, temiéndose que con mas empeño se quisiese hacer señor de toda su voluntad, que entonces la tenía repartida. Aquellos dias que don Fernando estuvo ausente no lo pasó mal; mas volviendo á Valencia, doña Isabel volvió á su recato, dando nuevas excusas, que, como amaba don Alejandro, pudo creer, si bien no lo pasaba sin recelo, y en hábito disfrazado paseaba su calle hasta muy tarde; mas nunca halló á nadie en ella que le pudiese dar cuidado. Y este disfraz, que él aplicó para su seguridad, le valió para no ser conocido del caballero que le buscaba para ofenderle. La causa de no topar con don Fernando era que, como doña Isabel vivia con aquel cuidado, había prevenido que don Fernando entrase en su casa por la de una amiga suya, y esta tenía puerta falsa á otra calle, que no sabia don Alejandro, y de un terrado á otro se paseaba hasta ser de día.

Sucedió pues que una noche que don Alejandro venia por la calle abajo de su dama, le comenzaron á seguir por ella su contrario con dos criados suyos, esto aun sin conocerle; quisieron asegurar mas si era él, por no emplear las bocas de fuego que traian en otro, errando el conocimiento, y así á lo largo le seguian. Habíalos conocido don Alejandro, y viéndose entonces sin armas de fuego para defenderse, porque solo estaba con su espada y broquel, el arbitrio que tomó fué hacer una seña conocida á la puerta de doña Isabel, en ocasion que ella había bajado abajo, dejando en su aposento á don Fernando acostado; asomóse á una ventana para ver qué queria su segundo galán; y conociéndola, la dijo que le abriese luego, porque de no lo hacer corría peligro su vida, porque le venia siguiendo don Garceran, su contrario, y le hallaba desapercibido para su defensa; presumió la dama que don Alejandro le decía aquello solo porque le abriese, y así se rió de él, dándole á entender que lo tenía por ficción, con que don Alejandro le aseguró con grandes juramentos haber conocido á don Garceran y venir con otros dos tras él. Aquí se halló atajada doña Isabel y no menos confusa; y la respuesta que le dió fué que una amiga suya había venido á verla á prima noche, y que la

rogó se quedase allí, y que así no se atrevía á abrirle. Instaba en que lo hiciese don Alejandro, ponderando su peligro y acusándola de cuán poco le quería, pues en lance tan apretado le negaba entrada en su casa, que no lo hiciera el mas extraño. Volvió doña Isabel á decirle que por no dar nota en descrédito de su opinion lo hacia, que en cuanto á su amor bien sabia cuánto le tenia, y hacia al cielo testigo de que estaba con grandísima pena de no poder hacerle gusto. A esto replicó don Alejandro diciéndola que, pues su amiga estaba arriba en su aposento, que fácil le era darle entrada para que estuviese en el zaguan de su casa, sin salir de él hasta que pudiese hallar ocasion de irse. Parecióle á doña Isabel que apretaba mucho la dificultad, y que esto era con alguna sospecha de haber visto allí á don Fernando; y así, por asegurarse miró bien la calle y descubrió los bultos de los tres que estaban en acecho, por conocer bien á don Alejandro; comenzóle á creer con esto, y para ver qué disposicion habia para admitirle en su casa, le dijo que esperase un instante, veria si podria entrar. Con esto se subió arriba, y vió que don Fernando, desvelado de haberla visto bajar abajo, la preguntó que cómo no subia á acostarse. A que esta le satisfizo con decirle que hasta dejar á su tia quieta y las criadas de su casa, tuviese sufrimiento; dejóle y salióse á otra pieza afuera, donde se puso á discurrir lo que haria en un lance tan apretado. Por una parte veia tener á don Fernando en su casa, y que era hombre de hecho, y quien le tenia su honor á cargo, dándola esperanza de satisfacerle; en esto abogaba por el honor. Por otra parte el amor que á don Alejandro tenia la estimulaba para que no permitiese que le quitasen enemigos suyos la vida, que podia ser á no darle entrada; batallaban con la indecisa dama honor y amor, considerando en pro y en contra de sí lo que era obligada á hacer; y al cabo de varios discursos venció el honor, obligándola á no dar entrada á don Alejandro, considerando que de hacerlo se seguian dos daños contra su reputacion: el uno ser sentido de don Fernando y perderse, si le hallaba allí, sin remedio; y el otro, que si don Alejandro era sentido de su contrario, viéndole dar entrada en su casa, perdía mucho, y era tambien estorbo para su empleo. Parece que se ajustó á lo mas acertado; y así bajó á verse con don Alejandro, diciéndole: Señor mio, sabe amor que quisiera daros entrada, no solo en mi casa, pero en mi pecho otra vez, de quien sois dueño; siendo seguido, como decís, hallo por inconveniente el que os vean entrar á estas horas, cuando está tan asentada mi opinion por Valencia. Fuera de esto, la amiga que tengo por huésped está despierta, y mujeres somos curiosas, querrá examinar de mi tardanza con quién me he detenido, y aun averiguarlo con la vista, con la llaneza de mi amiga. Perdonadme que no os admita, asegurándoos que me deja lastimadísima veros ir puesto en tanto riesgo; mas excusando el que tiene mi fama, he querido no aventurarla tan conocidamente si os doy entrada. Mucho sintió don Alejandro este despego en su

dama, juzgando de su amor que no lo ejecutara, y mas en lance tan apretado. De haber visto el desengaño quedó tal, que cuando don Garceran le acometiera, no le pesara, por vengar en él el enojo que contra doña Isabel tenia, ó morir á sus manos; lo que la dijo al despedirse fué: No creyera, cruel señora, que á ocasion como esta faltara vuestro amor y piedad; en haberme despedido conozco lo poco que de uno y otro teneis en mi favor; toda la opinion que perdiérades, ó por parte de vuestra amiga, ó por asechanzas de mi contrario, se soldaba con tenerme seguro en el empleo que pretendia con vos; esto no lo habeis mirado por particulares respetos, que convendrán con vuestra razon de estado; la mia siempre ha sido tener méritos para haceros dueño y esposa mia; no lo debe permitir el cielo, pues ataja obras de piedad en vos; voyla á buscar en las armas de mi contrario, con presupuesto de no olvidarme del ingrato proceder que conmigo habeis usado. Responderle queria doña Isabel, convencida con lo que le habia dicho, para aventurar todo cuanto importaba su opinion, y cuando le llamó no fué oida, que ya bajaba por la calle seguido de don Garceran, que le habia ya conocido y le iba á acometer.

Todo esto vió doña Isabel, estando con grandísimo pesar de verle en el peligro que estaba; mas sucedió mejor que se pensó, porque al llegar don Garceran á tiro de pistola, cerca de don Alejandro, él se habia encontrado con don Jaime, amigo suyo, que venia acompañado de un criado á acostarse; por esto no fué acometido, que como don Garceran habia hecho paces en público con su enemigo, estábase mal que sobre ellas le viesen acometerle, y mas con armas de fuego; y así, viendo que aquel lance se habia perdido, se volvió por no ser conocido de los dos, si bien don Alejandro dió cuenta á su amigo de haberle venido hasta allí siguiendo: cosa que le causó admiracion, que tan mal guardase su palabra don Garceran en cosa tan ligera, aunque para él le parecia pesada y juzgaba agravio. Era ya muy tarde, y así por esto como por asegurar una sospecha que don Alejandro tenia, quiso quedarse allí con don Jaime; él lo estimó mucho, y con esto entraron en su casa, y antes de acostarse discurrieron los dos en lo pasado, habiéndole dado parte don Alejandro de sus amores con doña Isabel. Tenia don Jaime algunas noticias del empleo antiguo de esta dama con don Fernando, y sintió mucho que su amigo hubiese puesto su aficion en ella, y mas para casamiento, y así lo dijo; con que don Alejandro se persuadió que la causa por que no fué admitido era por tener allí á su primer galan, discurriendo con esto el haberle vedado el hablarla de noche, y que esto era despues que él habia venido de Madrid; pues comunicado esto con don Jaime, vinieron los dos conformes en que don Fernando estaba en casa de esta dama, y para saberlo con certeza fiaron de un criado de don Jaime el que lo examinase, quedándose en la calle hasta ser de dia; y por dar en lo cierto el mismo don Jaime de lo que pasaba, pusieron de posta otro criado suyo en la otra calle, donde estaba la puerta

falsa por donde don Fernando entraba; y con esta prevención se acostaron, aunque el desvelo de don Alejandro era tanto, que no durmió sueño. Media hora sería ya de día cuando uno de los dos criados vino á decir á los caballeros cómo habia visto salir á don Fernando de la casa de la amiga de doña Isabel en hábito de noche, y que á este tiempo, á una ventana de las de doña Isabel, que tambien caía á la otra calle, ella se habia puesto á verle salir, á quien habia conocido muy bien. Con esto quedó don Alejandro asegurado de su sospecha y sin género de amor para con la engañosa dama; de la vecina no se podía tener sospecha que nadie la galantease, por ser ya mujer de cincuenta años y indiciada en que sabia hacer algunas amistades de juntas amorosas. Tal género de mujeres debia de ser aborrecido de las gentes, pues con disimulado trato son polilla de las honras, con quien no vive marido, padre ó hermano seguro. La noche siguiente pudo el cuidado de don Alejandro ver mas á su salvo desde la casa de un conocido suyo entrar á don Fernando, y para mayor satisfaccion de su sospecha se subió al terrado, de donde vió cómo en el de enfrente estuvo este favorecido galan hasta ser avisado que pasase al suyo por la misma doña Isabel.

Esa misma tarde quiso la cautelosa dama satisfacer á su quejoso galan por cumplir con todos y no dejar á nadie con queja; y así, con una criada suya, de quien fiaba uno y otro empleo, y ella acudia á entrambos con solícito tercio, por lo que de ellos medraba, le envió un papel. Halló á don Alejandro que acababa de dormir la siesta, y estaba en un catre de la India echado; mandóla entrar y dióle el papel, en el cual leyó estas razones:

«No os encarezco; señor don Alejandro, la pena que tengo, considerando en vos el sentimiento que juzgo tendréis por no haber usado el acto de piedad que pedian vuestro amor y la buena correspondencia de una mujer bien nacida, cuando no la moviera él mismo; mas si considerais cuán delicado es el honor y cuánto se debe mirar por él, echaréis de ver que pues no os dí acogida en mi casa, estaba á pique de perder mi reputacion con la huésped que acerté á tener para enfado mio; el sentimiento que me dejastes os dijera bien mi desvelo, y yo en este papel, si os juzgara tan crédulo como os juzgo enojado; gracias al cielo que lo dispuso mejor, estorbando vuestro peligro y el mio, pues es cierto que á pasar vos por él no era mas mi vida. Suplicoos que el enojo no pase adelante, si ha merecido esta satisfaccion acabar esto con vos. Echaré de ver haber perdido la queja en la respuesta de este; téngala yo buena, si estimais mi vida; la vuestra guarde el cielo como deseo. La que bien os quiere.»

Notablemente se irritó con el papel don Alejandro, y aunque lo disimuló cuanto pudo, la criada, que no partia los ojos de su semblante mientras leia, lo conoció bien por algunas mudanzas que en él vió. Rogóla el ofendido amante que esperase en un alegre jardin, que

allí cerca estaba, mientras respondia, y tomando recado de escribir, aunque dilató el tiempo por hacer borrador del papel, contenia estas razones:

«Siempre vuestras satisfacciones fueron para mí aumento de amor; mas esta, aunque no la juzgo por tarda, ha hecho contrario efecto, conociendo venir tan falta de verdad como lo ha sido siempre vuestra fe; nunca presumí de mí que fuera bueno para entre tener ausencias, ni de vos que pasarades con ello adelante, sabiendo la pena que me tenia de costa padecer con deseos y esperar con zozobras. No culpo el no admitirme cuando amenazaban peligros á mi vida; y así, disculpo la accion, que ejercer tanta piedad con dos sujetos á un mismo tiempo es demasiada caridad. lo que culpo es que con empeño tan preciso busqueis en mí el voluntario, aventurando vuestra opinion en la corta duracion de un engaño, de que he salido con las diligencias que bastan para saber que un dichoso tiene entrada en vuestra casa, por donde le hacen buen tercio para vuestra correspondencia. Gozadle mil siglos, sirviéndoos de no acordaros mas de mí, porque ni soy bueno para llamado, ni dichoso para escogido.»

Este papel estuvo en breve tiempo en manos de doña Isabel, á la cual halló la criada en casa de la vecina amiga por donde entraba don Fernando; recibióla la dama, preguntándola á su sirvienta cómo le habia hallado; ella le dijo que con poco gusto, y que así la habia recibido, careciendo de los agasajos que siempre que la veía la hacia. Alteróse doña Isabel, diciendo: Con lo que me dices me prometo poco gusto con el papel; abrílole, y leyendo en él las razones que se han dicho, quedóse con él en la mano, ajena de sí, no sabiendo lo que la habia sucedido. Preguntóle la amiga qué contenia el papel, y ella para mejor satisfacerla, quiso que él lo dijese dándoselo á leer, por donde conoció la amiga estar descubiertos los amores de don Fernando, con pérdida de su reputacion, pues sabia ser por su casa la entrada á la de la amiga, pesándola muchísimo de que se hubiese sabido. Doña Isabel estaba con tanta pena de haber visto el papel, que no acertaba á hablar, y maldecia el punto y hora en que á don Alejandro habia admitido á su galanteo; mas un consuelo le quedaba, y era conocer en él tan noble condicion, que aunque estaba celoso, fiaba de su buen término que no publicaria su correspondencia; cosa poco usada en estos tiempos, donde se dicen aun las cosas que no suceden: ¿qué será las que con verdad pasan? No paró la desgracia de doña Isabel en esto solo, que cuando la fortuna comienza á volver la rueda para adversidades, no se causa en una sola. Sucedió pues que cuando salió la criada de dar el papel de su señora á don Alejandro, acertase á verla don Fernando salir de su casa y con el papel en la mano: poca advertencia de las que con poco celo sirven, que mayor la tuviera á hallar las dádivas que acostumbraba recibir del generoso don Alejandro; mas como salió con aquel disgusto de no haberle dado nada, cuidó poco de lo que la importaba encubrir, que fué lo que

castó para engendrar sospecha en don Fernando, el cual la siguió disimuladamente hasta la casa donde doña Isabel estaba; y hubo aquí otra inadvertencia, que fué dejarse la puerta abierta. Hallando con esto don Fernando franca entrada, subióse arriba sin ser sentido de nadie, y pudo oír leer el papel en alto á la amiga de doña Isabel, y despues lo que las dos platicaron sobre él, explicando la afligida dama su sentimiento. Con esto y la poca gana que este caballero tenia de cumplir su obligacion, que un amor gozado tiene menos fuerza que el que se espera, él halló camino por donde eximirse de ella, y así salió adonde estaban, no causándoles poco alboroto su vista de improviso. Lo que dijo, mirando á la afligida doña Isabel, fué: Yo juzgué, con las obligaciones que de por medio habia entre los dos, ser correspondido con la fe que pedian mis buenos deseos, enderezados á honesto fin de matrimonio; mas pues veo ¡oh ingrata doña Isabel! tu poco recato, admitiendo nuevo empleo, quedo libre para disponer de mí á mi voluntad, pues no fuera razon hacer empleo en quien tan poco mira su honor, para vivir toda la vida con escrúpulos y recelos de si me guardan el mio. Con esto volvió las espaldas, dando por bien empleada su diligencia, pues por ella pudo salir de un empeño donde sin gusto de su madre se hallaba.

No pudo el valor de doña Isabel resistir este pesar; y así, faltándole el aliento, se quedó desmayada en las faldas de su amiga, durándole largo rato el desmayo; pero vuelta de él, causó notable lástima las cosas que dijo, lamentándose de su poca dicha, sin saber qué remedio tener. Véase despedida de don Alejandro, sabedor ya de su empleo primero; despreciada de don Fernando, á quien por su poco recato tenia ofendido, y no discurría qué modo tener para desenjarle, vista la razon que tenia. Así pasó la tarde, ocupada en varios discursos, pero ninguno eficaz para su remedio. Llegó la noche y fuése á su casa, donde la dejaremos, por decir lo que don Alejandro hizo.

Luego que la criada se fué con el papel, don Alejandro estuvo un rato discurriendo consigo en lo que haria, pues ya hallaba esta puerta cerrada para su empleo y no ser á propósito de su honra el tratar de él. Háblele parecido bien siempre la hermosa Laudomia, con quien le pasó aquel lance de celos con doña Isabel; veia cuán principal era y tener buen dote; y así, trató de pedirla por esposa á su padre y hermano, cosa que alcanzó de ellos en breve con mucho gusto suyo, por ser este caballero muy querido de todos en su patria. Hicieron las capitulaciones, y publicóse luego por Valencia este casamiento; llegando á oídos de doña Isabel, juzgó si lo llegaria á sentir con veras, y mas siendo el empleo con quien ella tenia aborrecimiento desde aquel encuentro que habia tenido. Muchas cosas dijo lamentándose, maldiciendo su corta fortuna; pero no son estas nada para lo que le esperaba, porque don Fernando, hallando la ocasion, como la podia desear, para eximirse de su obligacion, no cumpliendo la que á esta dama le debia, trató de casarse con una señora rica y

hermosa, con quien su madre le instaba que se casase; hiciéronse tambien las capitulaciones, y aunque fueron con secreto, pasó luego la voz por toda Valencia, de modo que llegó la nueva á los oídos de doña Isabel. Tenia esta dama tanta confianza en que don Fernando no habia de faltar á su obligacion, que pensaba ella que faltaran todas las del mundo, y esta no; mas hallóse muy burlada; porque si ella, que habia de conservar aquel amor, como perdidosa de la joya la mas preciosa de su honor, tenia tan poco recato, hablando á un tiempo con don Alejandro, ¿cómo queria que don Fernando se casara con ella con tan grandes escrúpulos, habiendo de vivir toda la vida con recelos? Ese día que supo la última nueva del casamiento de este caballero no perdonó su enojo su hermoso rostro, pues le maltrató con golpes, ni á su dorado cabello, que esparció parte de él por el suelo; sus ojos eran fuentes que nunca cesaban de llorar; decia la afligida dama, cuando los penosos sollozos y afligidos suspiros la dejaban: Desdichada de tí, mujer sin ventura, castigada ingratamente por firme, por amante y por haber guardado fe á un desleal, á un fementido, á un traidor, pues habiéndole hecho dueño de lo mejor que poseia, niega la deuda, y la paga es olvido y mudanza; escarmienten en mí las inconsistencies y fáciles mujeres que engañadas de una leve lisonja y de un fingido amor se determinan á perder lo que despues no se puede recuperar; por grande desdicha paso, pues cuando en esta afliccion apetezco lo que otros aborrecen, que es la muerte, no quiere venir á dar fin á mis penas y alivio á mis cuidados. Visitóla aquella amiga, por cuya casa don Fernando entraba á la suya; y aunque la procuraba consolar cuanto podia, era tanta su pena, tan grande la causa y tan léjos su remedio, que eran en balde los consuelos, pues estos se fundaban en esperanzas, y aquí no las habia sino muy largas y fundadas en una muerte, que era en la de la esposa que don Fernando elegia; poner impedimento en el consorcio era el mejor remedio; mas un empleo tan oculto, sin haber precedido á él cédula ni testigos mas que una criada, qué fuerza habia de tener para impedir la intencion de don Fernando, que castigó muy de contado el delito de doña Isabel, para que escarmienten las que se arrojan á dejarse galantear á un tiempo de dos, no advirtiendo cuánto llegan á perder de su fama y opinion siendo burladas, como se ve en el ejemplo presente. El remedio último que doña Isabel eligió fué resolverse á entrarse monja en el real monasterio de la Zaidia, y así lo ejecutó de allí á tres dias que supo el casamiento capitulado de su riguroso galan.

Novedad pareció á Valencia ver tan presta mudanza en esta dama, cuando la juzgaban tan amiga de hallarse en todas fiestas, tan alegre en todas conversaciones, y finalmente, tan del siglo; atribuyeron todos esto, no á lo que pasó por estar oculto, sino á que Dios tiene muchos caminos por donde llama á los suyos. Esta señora escogió mejor esposo, y así con él vivió contenta lo que duró su vida. Don Fernando nunca tuvo sucesion, sino pleitos, empeños y pesares, no viviendo muy gustoso

con su esposa. Solo quien tuvo felicidades con la suya fué don Alejandro, pues le dió Dios hijos y muchos aumentos de hacienda.

Aquí tuvo fin la novela, que duró hasta que llegaron al fin de la jornada de aquel día. Alabaron todos al licenciado Monsalve su bien escrita novela, diciéndole Ordoñez: Si como la muestra que hemos oído es lo demás del libro, desde luego le prometo á usted que sea bien admitido en todas las manos y que tenga buen expediente. No le perdonamos á usted las novelas que faltan, para que así tengamos entretenida jornada. Agradeció Monsalve el favor que Ordoñez y todos le hacían, y ofrecióles que cuando faltase materia á la conversacion, lo supliría él con leerles otra novela hasta que se acabasen, no causándoles enfado. Todos aceptaron el ofrecimiento muy gustosos, con que habiendo llegado á la posada, eligió cada uno aposento, donde se retiraron á cenar y á dormir luego, por haber de madrugar al otro día.

CAPITULO IX.

Llegan Rufina y Garay á Córdoba; los ponen presos, y Rufina cae mala, y esto les proporciona conocimiento con un rico genovés, que se los lleva á su quinta para que aquella convaleciese.

Por sus jornadas llegaron á la antigua ciudad de Córdoba, una de las principales ciudades de Andalucía y cabeza que fué de reino en tiempo que España la ocuparon moros; su llegada á esta ciudad fué al anochecer; pues un tiro de ballesta antes de llegar á sus muros sucedió que habiendo salido dos hidalgos al campo desafiados, el mas desgraciado cayó en el suelo herido de dos estocadas penetrantes, con que el contrario le dejó, y se fué á poner en salvo; pedía el herido confesion á voces, al tiempo que el coche emparejaba con él; como el licenciado Monsalve era sacerdote y confesor, obligóle á salir del coche, acompañado de Garay y de la señora Rufina, que quiso aquí, sin ser menester, salir á ver el herido; acudieron á él y á tan buen tiempo Monsalve, que le pudo dar materia para caer sobre ella la forma de la absolucion, y luego perdió el habla, quedando en brazos de Garay. Volvióse Monsalve al coche, y llamando á Rufina, no quiso dejar á su Garay solo, con lo cual descortesmente partió el coche y los dejó allí, enviándoles á decir los que iban en él adónde se habían de apea con el mozo del cochero, cosa que sintió mucho Rufina, la cual quedó acompañando á Garay, que viendo aun con sentido al herido, le ayudaba á bien morir, diciéndole se encomendase de corazon muy de veras á nuestro Señor; mas él estaba tal, que en sus brazos perdió presto la vida; confusos se hallaron en ver qué harían de aquel cuerpo, cuando á este tiempo llegó la justicia, y como viese al difunto en los brazos de Garay desde lejos y á una mujer allí con ellos, y antes hubiese entendido que habían salido dos hombres desafiados, pensó que Garay era uno de los del desafio, con que le agarraron dos corchetes que acompañaban á un alguacil de la ciudad, y él les mandó que le llevasen luego á la cárcel, encomendando al alcaide que tu-

viese mucho cuidado con aquel preso, y él se llevó tambien á Rufina presa á su casa. Disculpábanse los dos con la verdad; mas el alguacil, que se presumía que por Rufina habían salido al desafio, no hacia caso de sus disculpas, diciendo que como probasen ser así lo que afirmaban, saldrían libres. Dejó á Rufina en su casa, y fué luego á dar cuenta al corregidor del caso, diciéndole cómo aquel hidalgo había muerto en el campo, y que le había hecho traer á la ciudad, y preso al homicida y á una mujer, sobre quien sospechaba había sido el desafio; mandó que la mujer se la trajesen á su casa, y fué hecho al punto. Estaban con el corregidor algunos caballeros, y con ellos un genovés rico, gran mercader de por grueso, que había venido á un negocio suyo; pues como viesen á Rufina con tan buena cara y talle, todos se pagaron de ella, en particular el genovés que era enamorado. Estaba Rufina afligida de ver que se le hiciese aquella extorsion caminando, con que era fuerza si se detenían esotro día perder aquel viaje. Hízole el corregidor con su teniente, que ya había llegado allí, algunas preguntas acerca del desafio y la muerte, y lo que á ellas respondió fué que no sabía nada de aquello, que ella venía de Sevilla caminando para Madrid en un coche, en compañía de otras personas que estaban en la posada que señaló y la habían avisado, y que vieron pedir confesion á un herido, saliendo del coche á confesarle un clérigo que venía con ellos un tío suyo anciano y ella. Resolvieron, por ser tarde dejar para otro día la informacion de todo, mandando el teniente que á los del coche se les avisase que no partiesen esotro día de Córdoba hasta serles ordenada otra cosa. Con esto se volvió Rufina á la casa del alguacil, que se la dieron por cárcel, acompañándola el genovés aficionado, por ser su casa en la misma calle, y cuando no lo fuera hiciera lo mismo: tanto se había pagado de la moza; al dejarla en casa del alguacil se ofreció con grandes veras, y ella le agradeció el que pensaba era cumplimiento. Con la pena de verse detenida allí le dió á Rufina una calentura, de modo que fué principio de unas penosas tercianas.

El día siguiente examinaron á los del coche, y todos dijeron la verdad, conformando con lo que había dicho Rufina, con que dieron á Garay libertad, con mas luz de haber sabido quién fué el homicida, porque los que se hallaron al principio del desafio depusieron en esto. Fué luego Garay á verse con Rufina, sintiendo mucho su indisposicion; esforzóla á que se animase para ponerse en camino, mas el médico que fué llamado para verla la aconsejó que si no quería perder la vida no se moviese hasta estar libre de su calentura. Con esto fué fuerza partirse el coche con la demás compañía, dejando allí la ropa de Rufina, la cual hubo de pagar al cochero lo que mandó la justicia, que si no fué por entero, fué alguna parte; no se descuidó el genovés en acudir á ver á la forastera á casa del alguacil, á quien comenzó á regalar con mucho cuidado y puntualidad, y era mucho para él, porque podía muy bien ser segunda parte del sevillano Marquina; mas el amor hace de los mise-

tables generosos, como de los pusilánimes alentados.

Bien estaria Rufina en la cama quince dias, en los cuales no dejó ninguno de tener visita del señor Octavio Filuchi, que así se llamaba el enamorado genovés, y despues de visitarla, venia el criado con un regalo, ó de dulces, ó alguna volatería, con que el alguacil y su mujer se daban por contentos, por lo que participaban de todo. Convaleció la dama, y para hacerlo mejor, nuestro genovés le ofreció un jardín y casa, que estaba en la verde márgen del claro Guadalquivir. Aconsejóla Garay, á quien llamaba tío, que aceptase el envite, porque habia conocido aficion en aquel hombre, y sabia tener mucho dinero, con que se esperaba otra presa como la de Marquina. Con este consejo Rufina estimó la oferta que le hacia; y así, dispuso el pasar allí hasta hallarse con fuerzas para caminar. No quiso el genovés que se supiese en Córdoba haberla llevado á su quinta, por no dar nota á la ciudad, y ocasion á la justicia para visitarles su casa; y así, dispuso con beneplácito de la dama que Rufina fingiese partir de la ciudad y proseguir su comenzado camino; hízose así á prima noche, que trajeron mulas, y ella y Garay con el mozo y dos acémilas con la ropa partieron camino de Madrid, por deslumbrar los ojos de curiosos; y despues de haber andado cosa de un cuarto de hora, volvieron á Córdoba, y se fueron á la quinta, que estaba como dos tiros de ballesta de la ciudad; en ella esperaba el señor Octavio Filuchi con una muy gran cena; cenaron alegremente, y allí comenzó el amante genovés á mostrar mas descubiertamente su amor. Era hombre de mas de cuarenta años, buen talle, vestia honestamente, y habia como dos años que era viudo, y del matrimonio no le quedó ningun hijo, habiendo tenido tres; su trato era grueso en todas mercaderías, y á su casa acudian por ellas todos los mercaderes, así de la ciudad de Córdoba como de las convecinas, porque tenia correspondencia en todas partes. Era un poco codicioso, y aun si mucho dijéramos, hablaríamos con mas propiedad; era hombre de caudal, porque tendria mas de veinte mil escudos, y mas de cincuenta mil de créditos, fuera de sus tratos; era dado á los estudios, por haber estudiado en Pavia y en Bolonia con mucho cuidado, antes de haber heredado á un hermano suyo, que por morir en España, vino á ella á heredarle, y casóse en Córdoba; enamorado de una hija de un mercader de los que compraban de su lonja, y por esta causa se quedó en aquella ciudad. Este sugeto, que ha de ser el asunto de nuestra narracion, es el que amaba á Rufina, el que la ofreció su quinta para convaler, el que lo hizo con deseo de conquistar su amor, y finalmente, el que se dispuso á no dejar esta empresa: tanta aficion mostró á la hembra. Ella estaba bien advertida por Garay de que el genovés era ave de quien podia sacar mucha pluma; pues la fortuna le habia traído aquella buena dicha, deseaba no serle ingrata, sino aprovecharse en cuanto pudiese, no dejando pasar ocasión ninguna. Por aquella noche no se hizo mas que cenar, y cada uno se fué á su rancho á dormir, por ser algo tarde. Hizo muestras el ge-

novés de querer irse á la ciudad, mas sus criados le dijeron no lo hiciese, por no haber seguridad alguna de noche, que era tiempo delevas, y habia soldados traviesos, y á vueltas de los hijos de vecino, que se aprovechaban de estas ocasiones para robar, por parecerles que á los pobres soldados se les ha de echar la culpa de sus insultos: daño que debia remediar la justicia teniendo vigilancia de rondar de noche para averiguar estas dudas, y caso que se averigüen, castigarlas con severo rigor. Quedóse al fin allí el genovés, que no se holgó poco; aquella noche se le pasó toda en vela, discuriendo cómo podria obligar á la huéspeda que tenia, con menos gasto, á que viniese con su voluntad; varias trazas daba, pero lo mas fácil que él sabia queria olvidar, pues alcanzar amores sin liberalidades es un milagro en estos tiempos.

Vino el dia, y habiendo mandado entrar á la convaliente el almuerzo, la hallaron levantada, cosa que le admiró al genovés, entrando en su aposento á reñirla aquel exceso y á mirar de camino si aquella hermosura de Rufina debia alguna cosa al artificio; hallóla peinándose el cabello, el cual era hermosísimo y de lindo color castaño oscuro; alabó el genovés á Dios de haberle dado tan hermosos cabellos, y mucho mas, cuando partiendo la madeja para responderle, vió su rostro tan igual en la hermosura como cuando se fué á acostar, cosa para enamorar á cualquiera, pues él conocer que su hermosura no tenia nada de mentirosa, sino toda natural y verdadera, es para el hombre el mayor incentivo de amor. Preciábase Rufina poco en inquirir aguas, afeites, blanduras, mudas y otras cosas semejantes, con que abrevian las mujeres su juventud, viniendo con todo esto la vejez por la posta; agua clara era con lo que se lavaba, y sus naturales colores el perfecto arrebol que traia. Venia pues el genovés á ver si gustaria de ver su jardín, y ella estimó su cuidado; y por no mostrársele desagradecida, así como estaba, sin trenzar el cabello quiso bajar á él; acompañóla Octavio con mucho gusto, dándole el brazo en algunos pasos que habia menester su ayuda, y ella tomándole vió todo el jardín con particular contento, y por ofender ya el sol se volvió á la casa, donde almorzó, y despues de haber hablado en varias cosas, quiso ver toda la casa; mostrósela el enamorado genovés. Tenia bien aliñada de cuadros de pintura de valientes pinceles, de colgaduras de Italia muy lucidas, de escritorios de diferentes hechuras, de camas y pabellones costosos; en efecto, no le faltaba nada para estar con un perfecto y correspondiente aliño.

Despues que hubieron visto casi todos los aposentos, abrieron uno, que era un curioso camarín, correspondiente con un oratorio; aquí habia muchas láminas de Roma, curiosísimas y de precio; agnus deis de plata, de madera y de flores de diferentes maneras; el camarín estaba lleno de libros en dorados escaparates puestos. Garay, que era hombre curioso y leído, aplicóse á ver los libros, y comenzó á leer sus títulos; en un retirado escaparate habia otros encuadernados con alguna curiosidad; estaban estos sin títulos; abrió uno Garay, y

vió ser su autor Arnaldo de Villanova, y junto á él estaban Paracelso, Rosino, Alquindo y Raimundo Lulio. Como el genovés le viese ocupado en mirar aquellos libros, díjole: ¿Qué es lo que mira tan atento el señor Garay? El dijo: Veo aquí una escuela junta de alquimistas, y según la curiosidad con que usted tiene estos libros, debe de profesar esta ciencia. Es así, dijo el genovés, que algunos ratos me ocupo en estudiar en esos libros; ¿usted sabe algo de ellos? Casi toda mi vida, dijo Garay, he gastado con ellos. Según eso, replicó Octavio, usted será gran alquimista. No le digo á usted lo que soy, dijo Garay, dejándolo para mas despacio, que trataremos de esto; solo sé que, fuera de estos libros, no he dejado de leer y estudiar ningún autor químico, y conozco razonablemente al señor Avicena, Alberto Magno, Gilgilides, Jervo, Pitágoras, los *secretos* de Cálido, el libro de la *Alegoría*, de Merlin, de *secreto lapidis*, y el de las *Tres palabras*, con otros muchos manuscritos é impresos. Solos los manuscritos me faltan, dijo el genovés, porque los demás ahí están; mas huélgome que usted profese este arte químico, á que yo soy tan aficionado. Bien lo sé, dijo Garay, yendo en la malicia de lo que pensaba ejecutar adelante; mas si le digo una cosa, se ha de admirar, y llegándosele al oído, le dijo en voz baja: Mi sobrina, sin ser latina, sabe tanto como yo, porque lo que practico lo ejecuta con la mayor presteza del mundo, y de esto ha de ver usted presto las pruebas; pero por ahora no la diga nada, que lo sentirá mucho.

No pudiera Garay haber topado camino para engañar al astuto genovés como aquel; porque era tanta su codicia, que andaba muerto por comenzar á hacer la piedra filosofal, pensando manar en oro y plata con ella, y con tal compañía se dió luego por felicísimo: engaño con que han gastado muchos sus haciendas y perdido sus vidas. Cuando esto le dijo Garay á Octavio estaba Rufina ocupada mirando algunos libros curiosos de entretenimiento, que de todos tenía allí el genovés; pero con su divertimento pudo oír algo de la plática, tocante á la química, y vió cuán gustoso atendía Octavio á lo que sobre ella le dijo Garay, el cual habia estudiado en aquel arte, y aun perdido alguna hacienda en investigar la piedra filosofal, tan oculta á todos, pues hasta hoy ninguno con certeza ha sabido dar en el punto de esta incierta arte; y con el desengaño que Garay tenia y poco dinero, habia conocido su poca certeza, y queria desquitarse de lo que perdió en ella con quien no habia aun salido de este engaño, que era nuestro genovés, el cual con lo que le oyó á Garay, habiéndole creído, se juzgó monarca del mundo. Lo que le dijo á Garay fué que tenia prevenido en aquella su quinta cuanto era necesario para comenzar aquella experiencia, y así le mostró en un aposento apartado de la casa hornachas, alambiques, redomas y crisoles, con todo los instrumentos que los químicos usan y gran cantidad de carbon. Para esto halló Garay la mitad hecho para forjar al genovés una buena burla; y el mayor fundamento era verle presumido de entender aquellos libros y conocer que sabia poco de aquel arte, pues el alcanzar algo de sus principios no

podría salir bien con su intento. Por entonces no se trató mas de esto, aunque el genovés no quisiera dejarlo de la plática. Bajaron á un cuarto bajo de la casa, cuyas ventanas caían á lo mas ameno del jardín, y allí les tenían prevenida la mesa; comieron gustosamente, y acabada la comida, dió lugar Garay para que el genovés y Rufina se quedasen solos, y fingiendo sueño, fuése á pasar la siesta; en tanto el genovés se declaró del todo con la dama, ofreciéndole cuanto tenia y poseia en su servicio; ella estimó su voluntad, y por entonces no le dió mas que una leve esperanza, mostrándole afable rostro. Habia visto una arpa en el camarín de arriba, y pidió que se la bajasen, que con la música comenzaba ella á hacer su negocio; gustó mucho el genovés de oírla que sabia tocar aquel dulce instrumento, y al punto mandó bajársele, diciendo que su difunta esposa le tocaba con primor, y que habia como ocho dias que, trayendo á aprender á unos amigos á su quinta, se habia encordado. Vino la arpa, y habiéndola Rufina templado con mucha brevedad, comenzó á mostrar en ella su gran destreza, que con gran primor tocaba aquel instrumento, dejando admirado al genovés ver lo diestro que tocaba. Ella para rematarle mas, fiada en su buena voz, que, como es dicho, la tenia excelente, cantó esta letra:

Con lazadas de cristal,
Dos risueñas fuentecillas
En la amenidad de un prado
Abrazos se multiplican.
La capilla de las aves
Tales paces solemniza,
Y el murmullo de las selvas
Los aplaude y regocija.

Lisardo, que mira atento
Amistad tan bien unida,
Cuando vive despreciado,
Dijo cantando á su lira:

¡Ay qué dulce vida!
Ay qué amor suave!
Ay qué gusto sin celos!
Ay qué firmes paces!

Fuente cillas, que haceis amistades,
Si saliere al prado Belisa, poneos delante
Porque olvide rigores,
Que es quietud de las almas union conforme.

CAPITULO X.

Garay y Rufina se proponen robar al genovés, y entre los dos discurren los medios de llevarlo á cabo; lo logran, y huyen á Málaga.

Rematado quedó el enamorado Octavio oyendo la suave y regalada voz de Rufina; la exageró su dulzura y juntamente su gran destreza, y no era encarecimiento de amor, que en uno y en otro tenia particular gracia; ella, mostrando colores en el rostro, mintió vergüenza donde no la habia, y dijo: Señor Octavio, esto he hecho por divertirlos; el cielo se me agradezca, que osadia ha sido ponerme á hacer esto delante de quien tantas voces mejores que la mia habrá oído. Ninguna puede haber que iguale á la vuestra, dijo Octavio, y así, quiero que vuestra modestia no sea ofensa de vos misma; preciaos, señora, de lo que el cielo con mano tan franca os ha dado, y sed agradecida á sus favores, estimándoos mucho; y creed que mi aprobacion no es la peor de

Córdoba, que en mi mocedad tambien cursé el cantar, mas la lengua no me ayuda para cantar letras españolas; las italianas canté razonablemente, y esto á una tiorba, en que soy algo diestro. Viendo pues que Rufina queria dejar la arpa, la suplicó que no lo hiciese, y así volvió á acomodarse con este romance:

El Bétis y sus cristales
Parias ofrece á las flores;
Porque aumenten la belleza
Al verde espacio de un bosque.
En las copas de los mirtos,
Los pajarillos acordes,
En su armonía explicaban
Conceptos de sus amores.
A favorecer los campos
Salió de su albergue Clori,
Envidia de las zagalas,
Prodigio hermoso del orbe.
Las aguas se suspenden,
Alegranse las flores,
Los vienteclillos calman,
Y así todos conformes.
Las aves repiten con dulces voces:
Huid, huid, temed, temed;
Alerta, pastores,
Que pues Clori en el campo sus plantas pone,
Matarán sus ojos de amores.

De nuevo volvió á exagerar el genovés Octavio la gracia de su querida Rufina, y ella á estimar el favor que le hacia; quiso darla lugar para que reposase un rato la siesta, y él se subió al cuarto de arriba á hacer lo mismo. Ya Garay habia pensado, en el tiempo que le juzgaban durmiendo, por qué parte se le podría hacer á Octavio la herida; y así, sintiendo que se habia subido á reposar, salió de su aposento, y se fué al de su fingida sobrina; dióle cuenta de lo que tenia trazado contra Octavio, siendo capa de esto la química ciencia, de que tanto se preciaba; ayudándole á desearla saber perfectamente la demasiada é insaciable codicia que tenia; y era así, que le parecia que sabiendo hacer la piedra filosofal, piélagos en que tantos han zozobrado, seria oro cuanto en su casa habia, y Crespo habia de ser un pobreton para con él, y Midas un mendigo. Confabuló Garay con Rufina en cosas importantes para que Octavio fuese el paciente y estafado; dióle algunos avisos, y tambien por escrito; porque con lo que le habia dicho el genovés de que era persona científica en aquel arte, la hallase por lo menos sabedora de los requisitos de él y diestra en saber sus términos; de todo quedó muy advertida Rufina, y para principio del engaño Garay la pidió algunos eslabones de una cadena de oro, que antes de partir de Sevilla habia comprado; era grande, y hacíanle poca falta docena y media, con que hubo bastante materia para comenzar la empresa. Con esto se fué Garay á la ciudad, y en una oficina de un platero liquidó aquel oro, é hizo de él una barreta pequeña, con que se volvió á la quinta á verse con Octavio, que habia dormido como si no fuera enamorado, hasta poco despues que llegó. Comunicó con Rufina lo que traía pensado; y viéndose con el genovés, comenzaron á hablar en varias cosas diferentes de aquella materia, todo de propósito; porque Garay iba con ánimo de que él le moviera la plática, y era tan-

ta su codicia, que no pasó un cuarto de hora sin venir á tratar de la química en ella; con mas espacio comenzó á hablar Garay, como el que habia tratado de aquella engañosa facultad, y habia salido con las manos en la cabeza, como todos los que la profesan. Admiróle á Octavio ver cuán en los términos de todo estaba; porque aunque se preciaba de discípulo de aquella escuela, en lo que le oyó platicar le reconoció mas capaz que él, y así se lo dijo; quiso acreditarse Garay con el genovés y dar principio á su embuste con decirle que fácilmente sacaría, para prueba de lo que sabia, oro de otro metal; alegróse Octavio, y con grandísimo afecto le rogó que lo hiciese. Garay le preguntó si habia carbon en la quinta, y el genovés le dijo que sí, y mucha cantidad, porque él habia querido dar principio á la piedra filosofal. Subieron los dos adonde estaba la oficina que habian antes visto, y viendo en ella Garay hornillos, crisoles, alambiques y otros instrumentos químicos, dijo: De lo que al presente necesitamos ya lo tenemos aquí, que es de dos crisoles pequeños; hizo subir fuego, y poniendo un poco de azófar á derretir en el uno, lo hizo liquidar, de modo que lo vió allí líquido el genovés; sacó una cajuela de la faldriquera Garay, y de ella un papel con unos polvos, que dijo ser lo importante para su intento; echólos en el crisol, y sacándole á la claridad de una ventana con la mayor presteza que pudo, sin que el genovés lo echase de ver, vació el azófar líquido por ella y en su lugar puso la barreta de oro que echó, y cubrióla, diciendo al genovés que importaba estar así media hora; en tanto hablaron de diversas cosas, todas en orden á desear el genovés saber hacer la piedra filosofal; porque era tanta su codicia, que le parecia que sabiéndola habia de ser señor del mundo. Vió Garay ser hora de manifestar su trabajo á los ojos del codicioso, y destapando el crisol, sacó su barreta de él, mostrándosela á Octavio, que viendo aquello quedó loco de contento, si bien dudoso de que aquello fuese oro verdadero, y así se lo dijo á Garay, el cual se le dió, para que haciéndole tocar á un platero, conociese que le trataba verdad. Quiso averiguarlo Octavio, y partióse de la quinta á la ciudad, donde supo ser el oro de veinte y dos quilates, con que volvió gozosísimo. En tanto Garay no estaba ocioso, porque instruyó á Rufina en todo cuanto habia menester para salir con su intento. Comunicaron todos tres la experiencia que se habia hecho, y Octavio, ya mas codicioso que enamorado, queria que otro día se tratase de comenzar á trabajar en la piedra filosofal, prometiendo á Garay grandes ganancias, ofréciéndose él á hacer toda la costa, aunque fuesen diez mil escudos. Garay era gran tacaño, y llevaba ya pensada la burla con grandes fundamentos, y á la propuesta del genovés le dijo estas razones:

Señor Octavio, yo tengo casi sesenta años, que es decirs haber pasado lo mejor y mas de mi vida; bien pudiera, con lo poco que sé de este arte, pasar lo que me queda con tanto descanso como un grande de España, sin empeño, esto á costa de muy poco trabajo, porque lo mas tengo pasado en mis estudios; yo carezco de hi-

os; quien me ha de heredar una razonable hacienda que tengo es Rufina, sobrina mia; con ella y la que heredó de mi hermano, padre suyo, podrá casarse honradamente con tan principal marido como el que perdió, que era de lo noble de la Andalucía, sin buscar más aumentos para ella, siéndome tan fácil el dárselos con lo que habeis visto; y el no usarlo lleva cierto intento que os quiero comunicar. En España saben que, si no soy yo, no hay ahora hombre que sepa la química con mas perfeccion, y han llegado las noticias que de mí tienen á oídos de su majestad, y así soy buscado con mucho cuidado por varias partes; mas ha sido tanta mi dicha, que he podido librarme de ser hallado, dando á entender que me he pasado á Inglaterra. La causa de huir de las muchas honras que su majestad me ha de hacer no va fundada en santidad y menosprecio de las cosas del mundo, sino en mi razon de estado, que es no querer honras ni favores con la pension de perder mi libertad para toda mi vida y pasarla disgustadamente en un honesto cautiverio, y declárome con vos mas. Su majestad está hoy con guerras en diferentes partes, cuyo gasto es tan grande, que para socorrer su gente, no solo ha menester sus rentas reales y la flota que viene de Indias, sino valerse de la ayuda de sus vasallos; pues si yo fuese hallado de los que diligentemente y con cuidado me buscan, sabiendo que con mi arte puedo remediar todo esto con mucha facilidad, claro es que en prendiendo mi persona han de dar con ella en una fortaleza, que ha de ser cárcel para toda mi vida, pues en ella no tengo de hacer otra cosa que trabajar siempre para aumentar los tesoros de mi rey y darle poder; y este bien se le diera yo por una ó dos veces, sino que la codicia en los hombres es tal, que no se contentan con lo que tienen, aunque sea mucho, sino que anhelan siempre á tener mas. Esta, señor Octavio, es la causa por qué ando fugitivo y encubierto, y debeisme el haberos revelado lo que no hiciera á mi hermano, que hoy fuera vivo; pero de vuestro valor y secreto fio el que os encargo, que no lo perderéis de mí.

Agradeció Octavio á Garay haberse declarado con él con tanta amistad, de la cual se hallaba tan feliz, que le parecia le podian envidiar todos los del mundo. Lo que le respondió fué que fundaba su razon de estado bien, y que para vivir preso, por temor de que no se pasase á servir á otro rey, la excusaba justamente con andar encubierto. Exageróle cuánto le estimaba y deseaba servir, y que no tenia que ofrecerle mas que su hacienda, que de ella podia servirse desde aquel dia como cosa propia suya; pero que lo que le suplicaba era que, pues habia comenzado á dar muestra de su habilidad, no se partiese de Córdoba sin dejarle luz de ella. Esto le ofreció Garay, diciéndole que cosa tan preciosa como el oro no se hacia menos que costando oro á los principios, y que así le avisaba que habia de ser grande el gasto para hacer la piedra filosofal; que si queria disponerse á que él la hiciese con particion de la ganancia, que no le estaria mal. El genovés, que no deseaba otra cosa, le ofreció gastar cuanto tenia en ello, y Rufina de ayudar-

les, porque de la enseñanza de su tío se le extendia á ella algo, y aun mucho, replicó Garay. Quedó pues de concierto que de allí á dos dias se daría principio á la obra, proponiendo que el principio de elixir divino (así llaman los químicos al todo de su trasmutacion) se forma de la congelacion del mercurio con el napelo, con la horra, con la cicuta, con la lunaria mayor, con la orina, con el excremento del muchacho bermejo, lambicado con los polvos de aloes, con la infusion del opio, con el unto del sapo, con el arsénico y con el salitre ó sal gema, y que él lo pensaba hacer con la orina del muchacho bermejo, la cual encomendó á Octavio le buscara con diligencia, que era mas á propósito que ninguna cosa. El se ofreció á buscarla, y para dar principio á la obra dió quinientos escudos á Garay, porque estos dijo haber menester para cosas precisas que se habian de comprar; y esta liberalidad hizo el genovés, así por el interés que se le seguia de lo que esperaba poseer como por haber dormido sobre el caso y pensar tratar casamiento con Rufina, pues teniéndola á ella por esposa, era cierto tener de su parte á Garay y que no le faltaria. No quiso dilatar el publicarle su pensamiento, que aquella noche, acabando de cenar, le sacó al jardín y se lo dijo. Parecióle á Garay que iba mejor encaminado su intento por allí; y así, le estimó su deseo exagerándole cuánto ganaba su sobrina en tenerle por dueño suyo; pero que habia un inconveniente, que era esperar una dispensacion de Roma para poder casarse, porque luego que enviudó Rufina, habia prometido, con el ansia de perder su esposo, entrarse religiosa, y para relajar este voto, que se hizo apasionadamente, habian despachado á Roma por dispensa de su Santidad; y que la jornada á Madrid era á cobrar ciertos réditos de un juro que tenia sobre la hacienda de un gran señor, que por poderoso no se le pagaban seis años habia; que le daba su palabra que venida la dispensacion se trataria luego del casamiento, que él veia á su sobrina muy inclinada siempre á lo que él la ordenase. Con esto quedó Octavio el mas contento hombre del mundo, y desde aquella noche fué dueño Garay de cuanto poseia.

Comenzóse pues á forjar la burla comprando Garay algunas cosas que él encarecia valer mucho á Octavio, y todo era engaño. Previno nuevas hornachas, nuevos crisoles y alambiques, diciendo que los que allí habia no eran á propósito. Esto hizo en tanto que nuestro genovés andaba buscando los orines del muchacho bermejo, que fueron algo dificultosos de hallar, aunque lo consiguió con dineros, que todo lo allanan, porque temiéndose de un hechizo la madre del muchacho, quiso que se lo pagasen bien. Todo cuanto Garay dilataba su química cautela era para hallar á propósito disposicion de dar el salto á Octavio; y para cuando se ofreciese la ocasion tenia comprados dos valientes rocines á propósito para huir de Córdoba, y estos estaban en parte secreta.

Compuso las destilaciones sobre las hornachas á vista del genovés, compró alguna alquimia, bronce y azófar,

Diferentes sales y otras cosas de lo que los químicos usan; y dando fuego á las hornachas, destilaban lo que se les ponía, que no era nada á propósito, sino solo para engañar al que gastaba sin orden, con la espera de lo que habia de resultar de allí. En cuanto á amor, íbale mejor á Octavio, porque con lo propuesto del casamiento, la señora Rufina, por pasar con su engaño adelante, le hacia algunos lícitos favores en ausencia de Garay, con que Octavio andaba loco y maniaco.

Ofreciósele venirle á Octavio una letra de cantidad que hubo de pagar á veinte dias vista; y con esto y alguna quiebra de correspondencias que tenia en partes extranjeras, con que temia faltar de todo punto á su crédito, si aquello no se componia en su favor; pero por lo que sucediese valiése del remedio que toman todos los hombres de negocios que quiebran, que es salvar los bienes para despues hacer la fuga á su salvo. Así nuestro genovés no se dió por quebrado de todo punto, pero iba disponiendo la prevencion para si sucediese, que fué lo que le estava mejor á nuestra Rufina y á Garay. Ocultó algunos bienes de joyas y dineros Garay en nombre del genovés, de quien él ya hacia mucha confianza, y la persona que los tenia en depósito estaba avisada que á nadie los entregase sino á uno de los dos; sin esto llevóse otro tanto á la quinta, que á vista de Rufina encerró en un secreto lugar que para fracasos como estos tenia fabricado con mucho artificio, sin que nadie diese con ello, si no es que lo supiese. Ibase trabajando en la mentida destilacion, dándole Garay buenas esperanzas que dentro de veinte dias tendria fin aquel trabajo y veria mucho oro en su casa para reparar aquellas quiebras, siendo mas de mil escudos los gastados en adherentes químicos, segun la cuenta de Garay, no habiendo gastado quinientos reales. Ofreciósele á Octavio en este tiempo llegar á Andújar á verse con un correspondiente suyo para tratar con él cómo se sanearian estas quiebras que se esperaban, y encargando á Garay su casa, fué dejar carne al lobo, porque viendo la ocasion como la pudo desear, sin aguardar á mas, sacó el depósito de aquella casa, lo que era dinero y joyas, y dejó la plata labrada, y lo que ocultaba la quinta no se quedó en ella; y acomodándolo bien, desampararon Rufina y Garay las hornachas y alambiques, y con su dinero acrisolado hicieron la piedra filosofal á costa del genovés ausente. Pusiéronse á caballo en ocasion que la gente de Octavio dormia, y tomando el camino de Málaga, que sabia muy bien Garay, caminaron por él toda la noche, con mas de seis mil ducados en joyas y dineros. Tuvieron advertencia de dejar las hornachas puestas y los crisoles y alambiques armados y todo á punto, y encima de un bufete un papel que escribió Garay en verso, que lo sabia hacer, para que con mas picazon quedase Octavio. Con esto, como está dicho, se partieron á media noche en sus rocines, que ya habian traído á la quinta, desviándose del camino real, adonde los dejarémos ir su viaje, ricos y prósperos, á costa del paciente, por decir lo que sucedió.

Volvió Octavio de Andújar de allí á dos noches, no

muy gustoso, por no haber negociado como quisiera, porque el agente no halló modo cómo guiar aquellas cosas para prevenir el daño que esperaban, por la quiebra de correspondencias y de caudal; pero lo que á nuestro genovés le consolaba mas era tener en Garay fundadas unas firmes esperanzas de que saldria con su empresa de modo que todo aquello se remediase y él quedase riquísimo, que tan ciego le tenia su química ó quimera. Llegó á la quinta ya de noche, y halló en ella á un criado suyo, que en compañía de Garay y de Rufina habia dejado, que los demás estaban en Córdoba. Este le recibió con un semblante muy triste; y hallándose con él arriba, sin ver mudanza en él de semblante, le preguntó con alguna alteracion, temiendo que hubiese novedad, por sus huéspedes; de ellos no le pudo dar razon alguna el criado, porque no los vió partir de la quinta, que le dejaron durmiendo y cerrado en su aposento; y así se lo dijo á su amo, y que por ser fuerte la puerta de él, no la pudo abrir hasta que la hizo pedazos, estorbiándose en esto hasta medio dia. Buscaron lo que por allí habia, y hallaron los cofres descerrajados y su dinero menos; no era esto lo que mas temia Octavio, sino que hubiese Garay llegado á su depósito. Al entrarse á acostar, poniendo él mismo la luz sobre el bufete donde estaba el papel, le abrió y vió en él escrito este romance:

Alquimistas mentecatos,
Mas codiciosos que ricos,
Que en multiplicar hacienda
Poneis todos los sentidos,
La piedra filosofal,
Que tanto habeis pretendido,
Para convertir en oro
Todo metal menos fino,
Enseña el doctor Garay,
En el orbe protoquímico;
Que vive ya escarmentado,
Si pecó de motolito.
Este, siguiendo la escuela
De Alejandro, Jervo y Rosino,
Paracelso, Morieno,
Raimundo, Avicena, Alquindo,
Con otros varios autores,
Que eminentes y eruditos
Se quemaron las pestañas
Por parecer entendidos,
Desentrañando los senos
De sus bien pensados libros,
En el fin de sus estudios
Supo lo que en el principio.
Y así, despues de gastar
Tiempo, que dió por perdido,
Solo el santo desengaño
Le curó de su delirio.
Lo que enseña desta ciencia,
En que tan dacto ha salido,
Es á escapar deste daño
Y á huir deste peligro.
Y porque los anhelantes
Que siguen su laberinto
No se queden sin vejámen,
Les pide atentos oídos.
Hombres de cascos baldados,
Ligeros de colodrillo,
Que para mofa de todos
Traeis al sesgo el juicio,
¿En qué fundais la intencion,
En qué estriba ese capricho,
Que corrupcion de materias
Engendren oro subido?

¡Putrefacción de excrementos

Ha de producir al hijo

Del sol, que navega á España,

De donde lo inquiera el indio?

¡De ciente ponzoñosa,

Del opio, veneno impio,

Ha de formarse un metal,

Del mundo el mas pretendido?

¡El arsénico y lo graso

Del oso han de ser principios

De generacion tan noble?

¡No mirais que es desatino?

Si á interpretar jerigonzas

De vocabios inauditos,

Andais de autor en autor,

¡No veis, no veis que ellos mismos,

Cuando se dieron al ocio

De sus estudios prolijos,

Para desvelo de necios

Escribieron en guarismo?

Porque á saber ser verdad

Lo que tanto habeis creído,

Con lo oscuro no os hicieran

Escolásticos del limbo.

Lo enigmático y dudoso,

Pretendiendo ser Edipos.

¡Quereis deslóbreguecer,

Cayendo en mayor abismo?

Si creéis que por verdad

Afirmaron los antiguos

Que la química era ciencia

Importante á los nacidos,

¡No echais de ver que en el modo

De vocablos exquisitos,

Para mas desatinaros

Huyeron del Calepino?

La virtud trasmutativa

Llamaron (ved qué delirio)

Polvo, piedra, cuerno, ungüento,

Elixir y otros distintos

Nombres, para que la escuela,

Que inquiera trasmutativos,

Andando en temas de locura,

Multiplica desvarios.

Lo que os manda ejecutar

En los términos precisos,

¡No veis que echa bernardinas,

Pues son sus vocablos mismos?

Denso, raro, ánima, cuerno,

Volatin, ingenio fijo,

Formas, materias, pureza,

Duro, blando, puro, misto.

Los humos de que se vale

Son calcantes, litargirios,

Magnetos, férreos y talcos,

Calaminas, calcatinos.

A los cuerpos de las sales

Los llaman nombres de espiritus,

Hilipinguado, baurat,

Tucar, coágulo, vitro.

Al azogue, que es el norte

En quien fundan sus principios,

Llaman Mercurio, Favonio,

Ecuato, Eufrate, unitivo.

A la plata, luna, reina,

Incineracion, lucinio,

Nigredo, calcinacion,

Hipóstasis femenino;

Y vosotros para usar

De aquestas cosas, solfictos

Andais siempre entre crisoles,

Bacías, fuelles, hornillos,

Baños, morteros, cedazos,

Parrillas, copellas, vidrios,

Alambiques, cazos, ollas,

Fuego, cazuelas, lebrillos,

Tan tiznados y ahumados,

Tan quemados y crntidos,

Que parecen en los rostros

A los sulfúreos ministros.

Que el escarmiento en los necios,

Que fingieron tal camino,

No os libre de mentecatos,

Es de lo que mas me admiro.

Pues buscando incertidumbres,

Apurados de juicio,

Empeñadas las haciendas,

Y de caudales fallidos,

Andais mas pobres que andan

Vagabundos peregrinos,

Gramáticos y poetas,

Entre quien pocos se han visto

Con caudal; y así vosotros,

De la razon fugitivos,

Disipais todos los vuestros,

Emprendiendo desatinos.

Tú, Octavio, con tanto amor

Como codicia, has venido

Conflado en este embuste

A ver vanos tus designios.

Si bien el que esto escribe

Bien con el suyo ha cumplido,

Pues de palabras de viento

A sacar moneda vino,

¡Qué piedra filosofal

Hay de quien se haga oro fino,

Como de un fingido engaño

Y un amoroso cariño?

El mio halló su provecho,

Y la moza hizo su oficio,

Que es fingir amor en quien

Estafado de ella ha sido.

Ahi quedan las hornachas,

Los alambiques y vidrios;

La receta de hacer oro,

Esa la llevo conmigo.

Si te pareciere bien,

Estafa á otro motolito,

Porque pague con su engaño

Lo que te hemos ofendido.

Porque cobrar tu moneda

Con las armas de Filipo,

Tus ojos no lo verán

Por los siglos de los siglos.

No tardó poco el engañado genovés en leer los versos satíricos que sus fugitivos huéspedes le dejaron, luz tuvo de ser ellos los autores del robo, mas no la halló para topar con ellos. Aquella noche la pasó cual puede considerar el discreto lector de quien se veía en víspera de quebrar, y sin remedio de soldar su quiebra, y estafado ó robado. No perdió la esperanza, así de hallar en Córdoba el depósito intacto como de alcanzar á los robadores de su moneda. Vuelcos daba por la cama, y no lo causaba el amor de la tacaña Rufina, que ya se le habia quitado con la falta de su moneda, sino el haberla perdido engañado de un embustero socaron; allí maldijo los principios de su química, aunque debiera echarlos bendiciones, pues le atajaron con la burla que prosiguiera en su intencion. Apenas vió el día, cuando levantándose á toda prisa fué luego á la ciudad y á la casa del depositario de su hacienda, y preguntóle si habia acudido allí Garay; le respondió que sí, y se habia llevado cuanto en su poder tenia, siguiendo la órden que le habia dado de entregárselo si viniese. En poco estuvo el desesperado genovés de no quedarse allí muerto de pena; hizo demostraciones de sentimiento, tantas, que á no saber la causa el depositario, le tuviera por falto de juicio. Consolóle lo mejor que pudo, y aconsejóle cuánto le importaba que luego se hiciesen apretadas diligencias en buscar á los delinquentes; hizo cuantas pudo, á costa de su dinero, que

le llevaron comisarios despachados con requisitorias por varios caminos; pero el que llevaba Garay y Rufina era tan extraordinario, que no dieron con ellos; y así, se volvieron á Córdoba á cobrar los salarios de quien les habia despachado, con que fué añadir gasto al robo. Dilatóse luego por toda la ciudad, con que á otra letra que le vino al genovés hubo de ausentarse por no aceptarla y dar consigo en Génova con lo que pudo salvar de su moneda y hacienda, dejando á sus acreedores á la luna de Valencia, sin hallar bienes de qué cobrar sus deudas y créditos que le habian dado: paradero ordinario de los que abrazan mucho con poco caudal, fiados en que con la fuga se libran de estos lances.

CAPITULO XI.

En el camino de Málaga encuentran Garay y Rufina á unos ladrones; los escuchan, sin que ellos lo adviertan, el plan de un robo, que debian depositar en un ermitaño; discurrir Rufina el robo; lo pone en ejecucion, y se queda á vivir en la ermita con el ermitaño Crispin.

A largo paso caminaban Garay y Rufina por camino desusado: en cuatro noches no durmieron en poblado, temerosos de que no fuesen hallados de la justicia, presumiendo que el ofendido genovés los habia de hacer buscar con cuidado; al fin ellos desvanecieron sus diligencias con guardarse en disfrazado traje de ocupar el poblado. Garay acudia á él por lo necesario para sustentarse, y por ser buen tiempo, que era entonces la primavera, dormian en el campo. Llegaron á un bosque que una tarde al ponerse el sol, temerosos de que un nublado muy denso no descargase sobre ellos cantidad de agua y piedra, que eso prometia con dilatados truenos y recios; con este temor se acogieron á lo mas espeso, donde amparándose de las ramas, las tomaron por defensa de una recia agua que el cielo envió, envuelta en piedra. Con el mismo temor se valieron del bosque otros que eligieron por amparo otro puesto cercano al en que estaban los fugitivos Garay y Rufina. El rumor de su plática dió motivo á Garay para que quietamente saliese de donde estaba, y encubierto de las ramas se puso cerca de ellos.

Eran tres hombres los que estaban allí, y cuando Garay llegó comenzaba esta plática el uno de ellos: Si esta noche, compañeros míos, no se serena, mal lance podemos esperar en lo que emprendemos; porque á continuar así esta agua, vendrá á ser estorbo de nuestros intentos. Así es, dijo otro, y el ermitaño de la ermita del cerro se habrá cansado en balde de habernos aguardado para facilitar nuestro robo. Unico hombre es, dijo el otro, y la capa de su hábito lo es de nuestros latrocinios, y ha sido excelente el modo con que ha sabido granjear las voluntades de los que le han dado á su cargo aquella ermita. El sabe tambien fingir con su estudiada hipocresía, que engañará á cualquiera, replicó el primero, y así lo ha hecho, acreditándose de virtuoso varon por toda esta tierra, siendo el mayor bellaco facineroso que habita en ella. Doce años ha que le conozco, dijo el segundo, usar el trato del araña, y

en todo este tiempo ha tenido tanta dicha, que nunca puso pié en cárcel, habiendo otros que al primer hurto son castigados. Es el amparo de los de nuestro trato, y su ermita, con aquella cueva que ha hecho debajo de ella, el depósito de nuestros hurtos, dijo otro, y el de antes de ayer fué el mas considerable que ha habido en esta tierra, pues pasaron de mas de mil y quinientos escudos en oro los que le quitamos al tratante en tocino. No me contento con otros tantos, dijo el que primero habia hablado, si la noche se mejora. Con esto trataron del modo cómo habian de ejecutar el hurto, de que no perdió sílaba Garay: sabia toda aquella tierra bien, y teniala medida á palmos; de modo que conocia razonablemente al ermitaño, si bien le tenia por un santo, no imaginando que tal trato tuviese ni que su ermita fuese receptáculo de ladrones. Volvióse á su puesto con Rufina, á quien contó cuanto habia oido á los ladrones; estuviéronse quietos, deseando que así lo estuviesen sus dos rocines, porque de ser sentidos, esperaban que tendrian mejor medra con sus despojos que con el hurto que iban á hacer. Sucedióles bien, estando la fortuna de su parte, porque las cabalgaduras estuvieron quietas, la noche se serenó, y los ladrones acudieron á hacer su herida: Garay y Rufina, sintiendo que se ausentaban de allí, tomaron el camino de una cercana venta, donde posaron aquella noche, y estuvieron en ella esotro dia; allí confirieron Garay y Rufina lo que habian de hacer, y se dirá adelante, dándoles motivo á nueva empresa lo que á los tres ladrones habian oido la noche antes; y así dispuesto todo, los dos se fueron cerca de la ermita del cerro, donde estaba el hermano Crispin, que así era llamado, siendo ermitaño, y antes Cosme de Malhagas, por mal nombre entre los de su trato.

Ensayada estaba Rufina en lo que habia de hacer; y así, á un árbol que estaba al pié de un cerro, cercano á la ermita, fué atada de Garay, y luego comenzó ella en altos gritos á decir: ¿No hay quien favorezca á una desdichada mujer que la quieren quitar la vida? Cielos, doleos de mí, y vengad el agravio que se le hace á mi inocencia. Aquí hacia su papel Garay, diciendo: No tienes que dar voces á quien no te ha de remediar; encomiéndate á Dios el poco tiempo que te queda de vida, que luego que seas atada á este árbol te he de sacar el alma á puñaladas. A los primeros gritos oyó Crispin á la mujer, y hallóse solo en la ermita, cosa nueva, porque siempre vivia las noches acompañado de la gente *non sancta* de su trato. Valióse el bendito de dos escopetas, antes que de amonestaciones, que no son tan eficaces para el miedo entre la gente obstinada; y así bajó al puesto donde estaban Rufina y Garay, disparando una escopeta. Vinole de molde á Garay esto, porque habiendo de hacer su fuga como tenia concertado con su moza, la hacia con mayor causa, pues se le atribuiria á temor de aquella tremenda arma; y así, poniéndose en su rocin y tomando la rienda al otro, á todo correr se ausentó de allí. Bajó Crispin, donde á la luz clara de la luna, que entonces comenzaba á salir, vió á Rufina

mintiendo llanto y fingiendo angustia del susto en que se habia visto; y así, para hacer mejor su papel, dijo al llegar el hipócrita ermitaño: ¿Dónde vuelves, enemigo mio, perdiste el miedo al tremendo rumor de la escopeta para acabar mi vida? Aquí me tienes, da fin á ella; mas lo que te aseguro es que por este delito que cometes, estando inocente de lo que me imputas, te ha de castigar el cielo fieramente. Llegó en esto Crispin, y díjola: No soy, señora, quien habeis pensado, sino quien viene á remediar vuestra pena y ponerse á defender vuestra vida. ¿Dónde está quien pretendia ofenderla? qué depuesto el modesto estilo de mi profesion, he venido con estas escopetas á seguir al que os ofende, por parecerme era servicio de nuestro Señor. Esto decia, y la desataba del árbol, y habiéndolo hecho, Rufina se arrojó á sus piés, diciendo: De vos, hermano Crispin, que ya sabia su nombre, me habia de venir este milagroso socorro; revelacion habréis tenido de este delito que se intentaba hacer, pues con armas ajenas de vuestro hábito habeis acudido al remedio, prevencion que os vendria del cielo para castigar tal maldad: páguenos Dios el socorro, que yo soy una flaca mujer, que no puedo mas que con sumisiones agradeceros este bien que me habeis hecho, debiéndoos no menos que la vida, que estaba expuesta al furor de un hermano mio, que mal informado queria quitármela.

Parecióle la mujer muy bien al hermano Crispin, que no despreciaba nada que tocase al género femenino; mas como su compostura y modestia habian de sustentar su introducida hipocresía, abstúvose de no decirle mil cariciosas razones, y asido á las aldabas de su mentida santidad, la dijo: Hermana mia, no soy tan digno de los favores del cielo como me hace, mas anhelo á procurar parecer bueno sirviendo en esta soledad al Señor; su divina Majestad ha permitido que en esta ocasion yo fuese el medio por quien vuestra vida no peligrase; gracias al cielo, que todo ha parado en bien; una celda pobre os puedo ofrecer esta noche y las demás que gustáredes hasta negociar vuestra comodidad, mientras se pasa la ira de vuestro hermano; esta os ofrezco con una voluntad muy sencilla y un amor de prójimo, que este hábito se vistió para ejercer estas caridades. De nuevo le dió Rufina las gracias por el ofrecimiento que le hacia mintiendo lágrimas, que en la mujer es cosa fácil; aceptó el ofrecimiento que la hacia, por ser lo importante para lograr su intencion, y así caminaron hácia la ermita, yendo el hermano muy aficionado de Rufina y metido en varios pensamientos; llegaron á ella con no poco cansancio de la engañosa moza, mintiendo aun mas del que tenia; Crispin la esforzaba, llegándose á darla el brazo. Abrió la puerta de su celda y entraron dentro; para lo exterior tenia una tarima en que fingia dormia, una pobre mesilla, un crucifijo á la cabecera de la cama, una calavera al pié, y la disciplina colgada cerca en un clavo. De ver esto se admiró Rufina, arrepintiéndose de haber venido allí, porque la pobreza de la celda y el encogimiento de su dueño parece que contradecian á la informacion que

habian tenido de los tres ladrones en el bosque. Crispin, viéndola notar todo su menaje, la dijo: Hermanica, parecerále pobre albergue este, con que se prometerá toda descomodidad esta noche; pues no desesperé de tenerla, porque ha sido dichosa en no haber hallado aquí quien asista en novenas, que suelen algunas personas devotas tenerlas en esta ermita; y así, la providencia de los que cuidan de ella tienen alguna ropa para hacer camas aquí. Mentia en esto el hipócrita, porque habiendo preguntado lo primero á Rufina si era de Málaga, y díchole que no, con esto se atrevió á fingir que habia allí camas para los que tenian novenas, y no era así, sino que él, para dormir con comodidad y regalo, tenia muy blandos colchones y la ropa necesaria para una regalada cama, y aun para dos, por los secretos huéspedes que tenia; estaba esta ropa con otras alhajas en un sótano que él habia hecho secretamente, que era la custodia de los bienes que, contra la voluntad de sus dueños, se traian allí por la gente de rapiña. Rógola que allí le atendiese, y el socarron solícito bajó abajo y subió la ropa, con que se hizo una cama en un retirado aposento, algo apartado del suyo; cenaron aquella noche algo mejor que Rufina habia pensado, porque no faltaron principios de regaladas frutas del tiempo, una sazónada olla y un conejo antes de ella, que dijo Crispin haberle dejado allí un devoto suyo, á quien debia muchas obligaciones. Rufina, forzando su natural alegre, estuvo muy mesurada en la cena, fingiendo mala gana de cenar, causada de su fingida desdicha; el hermano tambien mentia la hambre con que estaba, pues para sus buenos alientos era toda aquella cena poca; mas hubo de abstenerse, como Rufina, mas no lo estuvo de mirarla en cuanto la cena duró. Hubo gracias á la postre, como al principio bendicion, con que alzados unos pobres, aunque limpios, manteles, el hermano deseó saber de Rufina la causa de quererla su hermano matar, y así la rogó que se la dijese. Ella por mostrar agradecimiento en esto y reconocer la obligacion en que le estaba, le dijo: Aunque renovar sentimientos ha de ser para mí mas afliccion, tiéneme, hermano, tan obligada, que seria ingrata á no condescender con lo que me manda; y así, prestándome oídos, pasa mi suceso de esta suerte.

Yo soy natural de Almería, nacida de padres nobles, pues ha muchos años que en aquella ciudad tuvieron su antiguo origen; no tuvieron de su matrimonio mas que á mi hermano y á mí, que es un año mayor que yo; y murieron nuestros padres, dejándonos á mí de quince años, moza y con la cara que veis; tuve muchos pretendientes para casarse conmigo, mas mi hermano no se pagaba de ninguno, poniéndoles defectos, ya en la sangre, ó ya en sus personas, con que no llegó á tener efecto ninguno en su pretension; bien creo que era la causa de esto desear mi hermano que yo me entrase religiosa en un convento de monjas donde estaban dos tías mías, y de esto tuve premisas, por ver lo que yo era rogada de ellas que fuese allí religiosa; yo nunca tuve intento de serlo, y así nunca les salí á su pretension, con

que mi hermano no me mostraba muy buen semblante. Acertó á venir de Flándes un hidalgo que habia salido de Almería niño, y por sus servicios mereció llegar al puesto de capitán de infantería, y de allí á capitán de caballos; quiso dar una vuelta á la patria; y así, con licencia de su general, vino á ella muy lucido de vestidos; tenia mediana hacienda y muchos réditos caídos de ella desde que habia dejado su patria; vióme un día en una iglesia, preguntó quién era, informáronle bien, y lo mas cierto es que se aficionó de mí, conque me comencé á galantear y á escribir; al fin, por abreviar, yo, viendo sus finezas, su igualdad en sangre y buenas partes en él, procuré pagarle su afición, de modo que le di entrada en mi casa con pretexto de que seria mi marido; pudo hacer esto con mas seguridad, por estar entonces mi hermano enfermo de una larga enfermedad, de que pensó morir. ¡Pluguiera al cielo así fuera, para que no llegara yo á ver lo que ha pasado por mí! Uno de los que me festejaban, envidioso de que un recién venido hubiese sido admitido en mi gracia y tan adelante, dió en seguir sus pasos, y pudo su vigilancia llegar á verle entrar en mi casa y salir muy á deshora; con esto le pareció vengarse de mí, que le habia despreciado, en dar cuenta á mi hermano de lo que pasaba en su casa; y así, un día que le visitó, hallándose á solas con él, le dijo cuanto habia visto. Estaba entonces mi hermano mas esforzado, pues se comenzaba á levantar, y con mediana diligencia pudo certificarse en ver lo que el otro le habia dicho. No pudo por entonces vengarse por su gran flaqueza; mas dejó estar para mejor ocasion, sintiendo mucho que yo hubiese puesto los ojos en el capitán; porque con cualquiera no sintiera tanto el verme prendada como con él, que con un hermano suyo mayor habia tenido muchos disgustos, y nunca se llevaron bien.

Convaleció mi hermano, y viendo al capitán ausente de Almería, que habia ido á la corte á sus pretensiones, me dijo que me queria traer á Málaga á ver otra tia monja, de la órden de San Bernardo; yo, creyéndole, como estaba ignorante que sabia estas cosas, condescendí con su voluntad, muy gustosa de tratar tal jornada, porque queria mucho á esta señora, y ella me pagaba este amor con muchos regalos que me enviaba. Con esto se dispuso la partida, y viniendo en dos andadores rocines con dos criados, al llegar á este bosque los mandó adelantar á tomar posada, y al emparejar con ese sitio donde me hallastes, que era cuando habia anochecido, valiéndose de sus fuerzas, me apeó y puso en el término que viste, donde perdiera la vida infaliblemente si vuestro socorro no llegara en la forma que llegó, porque del trueno de la escopeta temió de tal manera, que desamparó el puesto y me dejó atada á aquel árbol; Dios os guarde, que nunca me olvidaré, mientras Dios me diere vida, de este beneficio.

Consoló mucho el hermano Crispín á su huéspeda, y ofreciéndola que la ayudaría en cuanto se la ofreciese; y por ser algo tarde se recogieron á dormir, yendo Crispín lo bastantemente enamorado de Rufina para desear

hallar modo cómo supiese, sin escándalo, su intencion. Rufina ocupó la cama que se habia hecho para ella, y Crispín otra que tenía escondida con muy buena ropa, que no se procuraba tratar mal. Toda aquella noche estuvo desvelado, discurriendo cómo podria manifestar su amor á su huéspeda; con esto le halló la mañana, anunciándola los pajarillos de los vecinos campos con sus harpadas lenguas; levantóse, y de allí á poco Rufina, la cual acudiendo á la iglesia de la ermita, que se podia entrar por ella desde la casa del ermitaño, le vió en ella de rodillas; apenas sintió ruido, cuando dejando su oracion, si la hacia, volvió la cabeza á verla; no pudo acabar consigo menos, tanto la queria desde la pasada noche; tambien Rufina de su parte se acogió á la hipocresía, estando largo rato de rodillas, mas que ella quisiera, porque no era muy devota. Vió acabar de orar á Crispín, y así ella tambien dejó de hacerlo, vino para ella el hermano, diciéndola: Load sea el Señor, hermanita en Cristo, y déle tan felices dias para el cuerpo y para el alma como yo deseo; dígame, criatura de Dios (¡y qué perfecta!), ¿cómo ha pasado la noche? Ella le dijo: Hermano, con su buen agasajo bien, aunque mi pena no ha permitido que el sueño diese sosiego. Es uno de los alimentos mayores que tiene el hombre, dijo Crispín, y así creo que hace tanto como la comida; encomiéndelo todo á Dios, que su pesar parará en alegría. Así lo permita su infinita bondad, dijo ella. Fuéronse de allí á una estancia que miraba al campo, donde sentados los dos, quien comenzó la plática fué Crispín, diciendo así:

Cierto que cuando veo á los hombres salir de su quietud y andar con desasosiego por la hermosura de las mujeres, en parte los disculpo, porque los efectos humanos no pueden dejar de hacer su oficio, que es dejarse llevar de lo que los ojos han visto con delectacion suya, teniendo por objeto una de las muestras mayores que nos ha dado la divina Majestad, para que por ellas rastreemos cuáles serán las celestiales beldades de aquellos espíritus angélicos. Yo desde que dejé el mundo, que fué en edad que aun no conocia malicia, me procuro apartar de ver hermosuras, porque hallo que es para mí grande inconveniente el mirarlas, pues de hacerlo con atencion, como he visto por experiencia, resulta el verme inquieto: lazos que pone el demonio para que los que estamos ajenos de él seamos suyos. Todo este período ha parado en llegarlos á decir que el mayor servicio que os he hecho ha sido el admitiros por huéspeda mia, cuando vuestro rostro es el mayor peligro que tienen las almas, pues tiene tantos primores, que con ellos las hechiza y enajena; no os admiren estas razones, ajenas de este hábito, que por lo hombre me distraigo de él, para deciros esto.

Quedó con colores de vergüenza el que tenia tan poca, y no menos la mostró Rufina; mas como la ocasion la ofrecia cabellos, y aquella era la que habia de darla camino para su pretension, no quiso perder sus cabellos, y así le dijo: Aunque yo no me incluya en el número de las que pueden con su beldad inquietar á

los hombres, le confieso, hermano Crispin, que me conformo con su opinion, que es tan poderosa la fuerza de la hermosura, que á mí, con ser mujer, me lleva y deja suspensa cuando tengo algun bello objeto delante de mis ojos; y así no me admira que los hombres hagan extremos estando enamorados, pues á mas les obliga la fuerza de la belleza que aman; ni aun me espanto de que comprenda aun hasta los que están retirados del mundo, pues no se han purificado de los humanos afectos. Yo estimo en mas el hospedaje que me haceis, pues es con tanta pension de vuestra quietud; quisiera que en mí misma no estuviera la causa; mas lo que podré hacer, será dejaros descansar y aliviaros del enfadoso hospedaje mio, si os tiene de costa lo que me significais pernicioso, que os pago, si no en la misma moneda, á lo menos con lastimarme que dejásedes tan presto el trato de las cosas del mundo por vivir en esta soledad, que aunque es por mejora de vuestro espíritu, todavía hallo en vos partes para que todos las estimaran algun tiempo, teniéndole despues para poner en ejecucion lo que habeis hecho. A medida de su deseo habló Rufina al hermano Crispin, y él, contento con lo que la oía, se atrevió á decirle que su hermosura era tan poderosa con él, que desde que entró en su albergue no podia sosegar, amándola tiernamente. Rufina no se esquivó de lo que le oía, disculpándole los afectos de hombre; no le desesperó de favor, porque la convenia; y así le dejó contentísimo. Fingióse Rufina indispuesta dos dias sin levantarse de la cama, donde fué regalada de su huésped con grandísima puntualidad, que de noche le traian conocidos suyos, de los cofrades de Caco, cuanto podian desear. A mucho se atrevia Rufina, que fué á quedarse á solas con un hombre en una soledad; mas hizo este atrevimiento conociendo en él mucha voluntad y amor; y este, cuando es perfecto, siempre peca en cobarde, pues no hay ninguno que amando perfectamente se atreva á ofender con osadías á quien ama; así lo hacia Crispin; lo que estaba en su favor fué el prometerle Rufina que sabido de su hermano que no estaba en Málaga, le oiria con mas gusto, pero que la pena de no hallarse aun allí segura la tenia desazonada para no atender á los muchos méritos que en él iba conociendo cada dia. Con esto pudo tener á Crispin á raya, con esperanzas de verla mas propicia en su favor; y así la prometió hacer las diligencias posibles con amigos suyos, para saber si su hermano estaba en Málaga.

CAPITULO XII.

Llegan los ladrones con el robo; se ponen á cenar, y despues de la cena empieza uno á contar la novela de *El conde de las Legumbres*.

Aquella noche los tres camaradas de la garra, amigos íntimos de Crispin, llegaron á su ermita con un grandioso hurto, que era el que no habia tenido efecto la noche que se acogieron al reparo del bosque, de quienes Garay oyó su plática; lo que traian eran dos bolsas con lindos doblones, en que habia mas de mil y quinientos escudos. A estos habia Crispin de franquear

la entrada en una casa, donde le daban limosna en la ciudad, y aquella noche no tuvo efecto su pretension por el agua, que le fué estorbo al ermitaño Crispin para ir á la ciudad; ahora se facilitó mas con un muchacho que dejaron dentro para que á media noche les abriese las puertas.

Estos tres garfios humanos se hallaron en la ermita, de quienes Crispin ocultó la huésped que tenia, y admitiéndoles á estos en su albergue, sin reparar en el recato de su estado, por la gran confianza que ya tenia de Rufina, de quien fiaba que le ayudaria en todo. Dióles de cenar á los tres, y sobre cena se trataron varias cosas; habia entre los tres uno que, habiendo dejado sus estudios, se dió á esta pícara y peligrosa vida, no mirando á su sangre y partes, que las tenia buenas. Este siempre era el fomento de las conversaciones y el entretenimiento de sus amigos; y así, le pidió Crispin que para divertir algo de la noche y no acostarse acabando de cenar, les contase alguna historia ó novela, pues tantas habia leído. Esto hizo por entretener á Rufina, que toda su plática estaba oyendo desde su aposento, que era otro mas adentro de donde los tres estaban, no poco alegre de acabar de haber visto que Crispin era el encubridor de aquella gente tan honrada. Rogado pues, el compañero quiso darles gusto, y así dijo de esta manera.

NOVELA SEGUNDA.

El conde de las Legumbres.

Don Pedro Osorio y Toledo, caballero nobilísimo, nació de ilustres padres en Villafranca del Bierzo, villa antigua, que confina con los términos del reino de Galicia. Crióse con su hermano mayor don Fernando Osorio y con una hermana, llamada doña Costanza en su patria; mas por faltarle sus padres á los tres lustros de su edad, le fué fuerza valerse del camino que toman los hijos segundos que les están señalados unos cortos alimentos, y así siguió la guerra en Flandes, donde por sus heroicas hazañas, hechas en ofensa del rebelde holandés, de alférez, que fué el primer puesto que tuvo, subió al de capitán, donde con mayor fama mereció que el serenísimo archiduque Alberto le honrase con su majestad para que le diese el hábito de Alcántara, con futura sucesion de la primera encomienda que de aquel militar orden vacase. Con esto continuó su hélico ejercicio, hasta que hubo treguas con el enemigo, firmadas por un año; esto y saber que su hermano mayor era muerto le obligó á pedir licencia para dar una vuelta por su patria, que dos hijos que habia dejado, y asimismo su hermana, necesitaban de su presencia; los unos para su amparo, y ella para tratar de su remedio.

Llegó don Pedro á Villafranca á tiempo que su hermana faltaba de allí quince dias habia, porque una tia suya, hermana de su padre, viuda, se la habia llevado consigo á Valladolid, donde entonces estaba la corte, determinada esta señora de dejarla su hacienda, des-

pues de sus dias, para que con ella se casase. Trató, luego que llegó don Pedro á su patria, de componer las cosas tocantes á la hacienda de su difunto hermano; y cuando ya las tenia puestas en razon y dejado á sus sobrinos en compañía de un deudo suyo anciano para que tratase de su crianza, determinaba irse á Valladolid á ver á su hermana. Previendo estaba su partida, cuando un dia que se halló en la plaza de Villafranca vió que por ella cruzaban, enderezando á un meson que estaba al fin de ella, mucha gente que acompañaba á dos literas; en la de adelante iba un anciano caballero, y en la que á esta seguia una dama, cuya hermosura y gentil aliño dejó á chantos la vieron aficionados, y mucho mas á don Pedro, porque fué tanto lo que se pagó de verla, que embozado el hábito, fué siguiendo la litera con una suspension tan grande, que no miró la nota que de ello podia dar á los que con él estaban; vióla apeaar á la puerta del meson, y si quedó pagado de su belleza, no menos lo fué de su bizarro talle y curioso prendido; finalmente, él quedó rematado por su hermosura, con que no sosegaba hasta saber muy de raíz quién era la que tan prestamente habia triunfado de su albedrío y cautivado su libertad; presto salió de este cuidado para ponerse en otros mayores, porque encontrándose con uno de los criados que la acompañaban, que acertó á salir del meson á la plaza, le preguntó, cortés y agradable, le dijese quién era aquel caballero y dónde iba; el criado, que no era menos apacible, le dijo estas razones:

Señor mío, el caballero por quien me preguntais, que es mi dueño, se llama el marqués Rodolfo; es un gran señor de Alemania; su venida á España fué á ser embajador ordinario en la corte de vuestro Rey, por la cesárea majestad del Emperador: trae á la hermosa Margarita consigo, hija suya, para casarla con Leopoldo, su sobrino, que asiste en Valladolid. Este caballero es bizarro y de grandes partes; y hallándose en lo mejor de su juventud, deseó ver tierras, y salió de Alemania con ese intento; acompañado de cuatro criados, vió á toda Italia, Francia é Inglaterra, y paró en España, donde agradado de su temple y pagado de sus hijos, ha querido vivir en la corte con mucho lucimiento de casa y de criados, siendo muy favorecido de la majestad católica, y amado de todo lo noble de su corte, porque su generosidad y agradable condicion saben muy bien granjear las voluntades de todos. Habíase tratado este casamiento de Leopoldo con la señora Margarita en Alemania; y cuando salió el Marqués, mi dueño, con la merced de esta embajada, hizo mas esfuerzo en esto, deseando el Emperador que tenga efecto: nuestra venida fué con tan mal temporal, que padeciamos en el mar una tormenta tan peligrosa, que muchas veces nos veiamos á pique de ser anegados. Entonces el Marqués, como tan cristiano caballero, hizo voto, si Dios le libraba de aquel peligro, por intercesion del glorioso patron de las Españas, de quien es muy devoto, visitar el santuario en que se venera su santísimo cuerpo. Llegamos á Valladolid, y apenas

el Marqués descansó quince dias, en que se capitularon Leopoldo y Margarita, cuando quiso cumplir su promesa, viniendo á Santiago. No viene con él Leopoldo, porque le pareció no convenir, y así se queda en Valladolid á cuidar del despacho de la dispensacion que se ha de traer de Roma por ser primos hermanos. Esto es lo que os puedo decir á lo que me habeis preguntado.

Agradeció don Pedro al criado la relacion que le habia hecho, y ofrecióle servirle, si en algo valiese, con que se despidió de él. Esta plática fué ya de noche, paseándose por la plaza, y hacia algo oscuro; de modo que el forastero no pudo notar en don Pedro las señas del rostro, porque él con cuidado deseó encubrirse de él. Apartóse el amartelado caballero con no poca pena de haber sabido lo del casamiento y que tan adelante estuviese; y así este cuidado como su amor no le daban un punto de sosiego. Aquella noche quiso de embozo ver cenar al Marqués y á su hija, valiéndose del tercio que le hizo el mesonero, porque le puso en parte donde á su satisfaccion dió buen cebo á sus ojos, que fué echar mas leña al fuego. Esotro dia partió el Marqués de allí, sin que don Pedro tornase á ver á su hermosa hija, porque la noche antes habia discurrido sobre su penosa inquietud, y convino para un nuevo capricho que le ocurrió que no fuese en ninguna manera visto de dia del Marqués, de Margarita ni de ningun criado suyo.

El camino de Santiago es áspero, porque todo el reino de Galicia es fragoso, y así el Marqués caminaba cortas jornadas, con que á don Pedro le pareció que su vuelta no seria en aquellos veinte dias, haciéndose la cuenta del descansar en Compostela algunos, para tornarse á poner en camino con mas aliento; dispuso con esto sus cosas, y despidiéndose de todos sus conocidos y amigos, se vino á Ponferrada, villa mas hácia la corte, cuatro leguas de la que habia dejado allí; se hospedó en un meson, de donde no salia de dia; las noches tomaba el fresco, con tanto recato de no tratar con nadie, que con ninguna persona de Ponferrada comunicó, sino con el huésped, de quien se hizo grande amigo y á quien dió parte de sus intentos. Tenia don Pedro un criado que le habia servido desde que juntos salieron de Villafranca hasta entonces, en quien don Pedro habia conocido mucha fidelidad y amor; á este nunca se reservó secreto alguno ni aficion que tuviese; de suerte que para con él no habia cosa oculta, salvo esta aficion, de que no le habia dado parte. Conocia Feliciano, que así se llamaba este fiel criado, que su dueño andaba con nueva inquietud, que tenia desvelo, pues lo mas de las noches se le pasaban sin dormir, dando vuelcos por la cama, suspirando, é ignoraba la causa de esto; veia por otra parte que en Ponferrada no estaba la causa de sus desvelos, porque á estar allí, ó de noche ó por el dia no dejara de acudir á su martelo; porque un corazon afligido brevemente descubre su pasion con los que le tratan de cerca, pues las acciones manifiestan su pena, y descubren la causa

de ella. Todo esto faltaba en don Pedro, si bien no las ansias de su pecho, que en el silencio de la noche no le eran ocultas á Feliciano, y como andaba con cuidado de saberlas, costóle algunos desvelos examinarlas con los oídos.

Un día, no pudiendo sufrir tanto silencio, hallándose solos, le habló Feliciano de esta suerte: Nunca imaginara, señor y dueño mio, que en tí pudiera haber tanto recato, que penas que encubres en tu pecho se me recelan, habiendo siempre sido el archivo de tus secretos y el fomento de tus empleos; poco me favoreces, pues cuando conozco en tí desasosiegos, inquietud y penas de amor, me las ocultas; véote desvelado las noches, retirado los días, y siempre con un profundo silencio y una grave melancolía, que me tiene puesto en notable cuidado; tú saliste de tu patria publicando que ibas á la corte, has hecho asiento en esta villa, con tanto retiro de que te vean, que me trae confuso ver esto é ignorar á qué fin se hace; no ignoro que á los criados solo les es dado servir á sus dueños con puntualidad y amor y obedecer sus órdenes y mandatos, y no querer saber de ellos mas de lo que les digan; yo he seguido hasta ahora este estilo; mas con la licencia que me tomo por la antigüedad de criado tuyo, siempre fiel en tu servicio, me atrevo á preguntarte: ¿qué designio te ha traído aquí? ¿Por qué causa vives con desvelos? Y ¿qué intentas hacer en esta posada, retirado de las conversaciones, que es lo que muchas veces, ó las mas, divierte las penas? ¿Merece mas este huésped, conocido de cuatro días, que un criado que te ha servido muchos años? Decláreseme este enigma, que no es mi consejo tan para desechar, que en algunas ocasiones no te has valido de él. Aquí dió fin á su justa querrela Feliciano, y su amo principio á su satisfacción de esta suerte:

Feliciano amigo, resistir uno su estrella mal puede, si del cielo está determinado que ha de dominar en él, aunque comunmente se dice que el sabio tiene dominio sobre ellas; yo debí de nacer para amar una beldad que ha rendido mi pecho, ha sujetado mis potencias y puesto en prision mi albedrío; y así, resistirme á lo que los hados disponen será yerro; déjome llevar de mi afición, con conocimiento de que sigo un imposible y que intento una temeridad, y por eso me ves imaginativo, desvelado y melancólico, sin sosiego las noches, con silencio los días, y padeciendo entre mí muchas penas, nacidas de que amo donde tengo por dudoso el premio de mi amor, con un impedimento que me desmaya la esperanza; al fin, por no tenerte confuso, yo vi aquella beldad, aquel serafín humano, aquel portento de hermosura, que pasó por nuestra patria en compañía del marqués Rodolfo, su padre; las partes que hay en ella, pues tú la viste, bien serán disculpa de mi arrojamiento de amarlas; conozco las, ámolos, mas hay un estorbo que me impide el pretenderlas. Esta dama, que es su nombre Margarita, está capitulada con un caballero, primo suyo, llamado Leopoldo, de tantas partes, que para competidor sobran; ya amé, ya quise, ya pa-

dezco; retroceder de esto, téngolo por imposible hasta probar los vados que en esto hay; galantearla un caballero pobre como yo, cuando la espera otro esposo galán, rico, bien entendido, conocido y con sangre suya, es disparate; porque ¿de qué suerte introduciré este amor de manera que llegue á recibir un papel mio? Mi sangre no es inferior á la suya, pues la casa de Astorga y la de Villafranca honran mi origen noble; en esto no podían reparar, si mi suerte fuera tal que con mas conocimiento me hubiera visto en la corte; á ella vuelve de su romería, y solo tengo de término para comunicarla tres meses, que será lo que tardare en venir la dispensación; he hecho varios discursos sobre el introducirme con ella, y el que mas en mi favor está es fingirme loco y procurar con donaires caerla en gracia en esta villa, para que de ella me lleve consigo á la corte. Esto se me ofrece por ahora, aunque sea en desdoro de mi opinión; mas fíjame en que en la corte seré conocido de pocos, por haber mucho tiempo que estoy fuera de España; sin esto el traje que pienso ponerme ha de ser ridículo, y esto me hará ser desconocido de todos é introducido en la casa del Marqués, donde no pienso perder tiempo, porque hay tambien en mi favor saber de quien me hizo información de esta dama que no admite con mucho gusto el casamiento, por ver á su primo muy distraído con mujeres. El comunicar esto con el mesonero me ha estado á cuento, porque él ha de ser el todo de mi introducción, deseando que haga un informe de mi persona muy en favor mio. Con esto sabrás, Feliciano, mi amor, mi pena y mis intentos.

Parecióle á Feliciano á propósito la traza de su dueño, pues por otra alguna no podía introducirse con su dama, y así fueron disponiendo algunas cosas para que tuviese mejor efecto; y la primera fué vestirse don Pedro de un hábito ridículo, que era á lo antiguo, con follados de paño verde, ropilla de faldas grandes, capa de capilla redonda, muy corta, y una gorra de Milan verde, de terciopelo; con este hábito se mudó á otra posada, que era de su hermano del huésped, persona de quien tambien fiaron el secreto, costándole esto á nuestro don Pedro algunos doblones, de muchos que habia traído de Flándes, con algunas ricas joyas de diamantes, ganado todo á luego, en que era muy dichoso.

Volvió pues nuestro Marqués con su hermosa hija de su romería, y antes de llegar á Ponferrada, los palos de la litera en que venia se rompieron; de modo que al anciano le fué fuerza ponerse á caballo y llegar así á la villa, adonde trataron luego de hacer otros para proseguir su viaje; no habia en aquel lugar maestro tan diestro que hubiese hecho semejante hacienda; y así no se la pudo dar en dos días; pena para los caminantes ver esa detención.

Posó el Marqués en el meson donde habia estado don Pedro, por ser el mejor de aquel lugar, y esa fué la causa por que él le habia dejado y mudado de posada en otra cerca de aquella. Instruido el huésped en lo que le

había de decir al Marqués para la introducción de su persona, vino la ocasión como la podía desear; porque como es propio de señores ociosos el preguntar en ajeno lugar por las cosas particulares de él, el Marqués, deseoso de saber lo que en Ponferrada había, mandó llamar al huésped. Era muy afable caballero el embajador, y habíase visto en España algunas veces; de manera que sabía la lengua de ella como si fuera nacido en su reino; pues como el huésped estuviese en su presencia, le comenzó á preguntar la antigüedad de aquella villa, las casas ilustres que había en ella, el trato de sus vecinos, la hermosura de sus damas y otras mil menudencias, á que satisfizo el huésped, dando larga cuenta de todo; y entre las cosas memorables que contó de aquella antigua villa quiso poner la de la persona de don Pedro, hablando de él con estas razones.

Entre muchas cosas de que á vuestra excelencia he dado cuenta, tocantes á esta antigua villa, que causan admiración, una que le prevengo sé que le ha de dar notable gusto. A este lugar vino, habrá quince días, un hombre vestido á lo antiguo, de paño verde, y tratado de algunas personas de este lugar, le preguntaron quién era. A que respondió que él había salido del río Sil, que baña los muros de aquel lugar, y que era de gran prosapia en Galicia; hécese llamar señoría porque se intitula conde de las Legumbres; los disparates que dice acerca de apoyar su título son ridículos, de modo que á todos hace reír; no sale mucho de la posada en que está, trátase bien, y no sabemos de dónde le socorren; tiene solo un criado, que le lleva su peregrino humor, y de esta manera pasa; tengo por rara maravilla no haber venido á visitar á vuestra excelencia, que es muy amigo de comunicarse con forasteros.

Dióle al Marqués mucho gusto lo que su huésped le contaba, y rogó que se le trajese á su presencia, ayudándole á esto la hermosa Margarita, que estaba presente á esta plática; obedeció el huésped solícito, porque le importaba traer á don Pedro allí; y así salió de su casa á la de su hermano para hacer que viniese, advirtiéndolo primero al Embajador que le había de tratar con muchos honores, si quería gozar de él gustoso; porque cuando no hallaba este agasajo, se desesperaba; prometiéndose así, con que el huésped fué por don Pedro, el cual vino vestido en la forma que le había dicho al Embajador; extrañóle el traje, y asimismo á la hermosa Margarita; acompañaba á don Pedro Feliciano, su criado; salióle el Marqués á recibir á la puerta de la pieza donde estaba, diciéndole: Bien sea venida la gala de España y la flor de todos los caballeros de ella. No gana vuestra excelencia las albricias, respondió don Pedro, en decirme esto, que muchos han alabado á la naturaleza por lo perfecto que me crió. Yo seré uno mas de los de ese voto, replicó el Marqués, que un diamante finísimo á todos parece bien; y así, ese talle, con las perfecciones que el cielo puso en él, es agradable objeto de cuantos le miran. Ya don Pedro llegaba á la presencia de Margarita, y así, fingiendo aun mas suspensión de ver su grande hermosura de la verda-

dera que tenía, dijo: Cesen ya las alabanzas de mi perfección, señor Marqués, que es tiranizárselas á esta dama; decidme si es hija vuestra, para que participeis de las alabanzas que la diere, por genitud de una belleza, que es prodigio de nuestro hemisferio, milagro de la naturaleza y asombro de los vivientes, si bien dulce y regalado objeto de los ojos, íman de las voluntades y poderosa flecha de Cupido; juro á fe de conde, que en este breve instante que he mirado su beldad, me tiene el alma tan rendida, que ya no soy mío, ni mi libertad prenda propia de mi alma. Tantas son vuestras ponderaciones, señor Conde, dijo la dama, que me dejan sospechosa de que se pasan á lisonjas, é introducirnos conmigo por ellas viene á ser descrédito vuestro, pues no aconsejaría á galán ninguno que al principio de su empeño mostrase sus defectos, pues es dar recelos de su verdad. La mía es, dijo el enamorado caballero, pura, cándida, limpia y sin mácula de socarronería, como veréis siempre en mí. Siéntese vuestra señoría, dijo el Marqués, que le queremos muy despacio. Así pluguiese al Plasmador del orbe, dijo don Pedro sentándose, mas veo que ha de ser tan breve este contento, tan momentáneo este júbilo, que menos que punto me ha de parecer la corta asistencia que habeis de tener en esta villa, no lugar terrestre, sino cielo hermoso, pues ha merecido que esta deidad ponga sus divinas plantas en él. Ahora bien, dijo el Marqués, comiencese vuestra visita con decirnos quién sois, que hablar con caballeros, de quien tenemos cortas noticias, es darnos causa á ser groseros y cortos en las cortesías que se les deben. No lo podeis ser, dijo el disfrazado caballero; mas para que mi amor y deseos de serviros se entablen con fundamento de saber mi origen, dadme atención.

CAPITULO XIII.

Prosigue el ladrón la novela de *El conde de las Legumbres*.

El reino de Galicia fué gobernado antiguamente por condes, y despues por reyes. Imperaba Gundemaro, señor de este reino, el cual quedó viudo del segundo matrimonio, de quien tuvo sucesión á la infanta Teodora, quien reinando despues, fué llamada la reina Loba; esta se enamoró de Recaredo el galán, uno de los ricos hombres de Galicia, que siempre siguió la corte; era deudo del Rey, aunque poco, y muy favorecido suyo, con que pudo tener entrada en el cuarto de la Infanta, y llegar á merecer sus brazos. De aquella amorosa unión fuí yo engendrado, y llegado el tiempo de nacer al mundo, era en ocasión que el Rey se halló en el cuarto de su hija; diéronla los dolores, y como primeriza en esto, no pudo disimularlo en la presencia de su padre, y él se pensó que otro accidente le había sobrevenido. Lleváronla sus criadas á la cama, ignorando el verdadero mal que la fatigaba, y á pocas horas se llegó el parto, en que me arrojó al mundo para conocer en él mis desdichas. Cuando me acabó de parir mi madre, que fué en brazos de una criada, tercera de sus amores, salió conmigo á entregarme á un hermano suyo, que estaba avisado para esto, y al salir del cuarto de la

infanta encontróse con el Rey, que venia á verla; temió que curioso quisiese examinar lo que en la falda de la ropa llevaba, y así, se volvió por excusar este lance, y atrevióse á bajar al jardín, y por una puerta que caía al rio Sil me arrojó en él metido en una cestilla de mimbres, dando cuenta á la Infanta cómo me habia entregado á su hermano, como estaba dispuesto antes; surcando iba las cristalinas ondas del claro rio, cuando las aguas se dividieron, y yo fui sumergido en ellas, y recibido en los brazos del mismo Sil, que cercado de sus hermosas ninfas, fui llevado á su cristalino albergue; bien pensaréis que esto es poética ficcion de las que maquinan los poetas; pues creedme, que pasó como lo digo.

En este oculto albergue fui criado de las ninfas y doctrinado del anciano rio, que deseó sumamente que yo saliese consumado en todo, y para esto puso toda su diligencia en mi enseñanza; supe tres ó cuatro lenguas, en especial la latina, con mas cuidado que todas; bien seria de cuatro lustros cuando amor quiso que su fuego tuviese jurisdiccion en el agua, porque se le diese feudo, como absoluto señor de lo terrestre y acuátil. Habia entre aquel virgíneo coro de ninfas una de quien el anciano Sil hacia mas estimacion que de las demás; llamábase Anacarsia; sus gracias eran superiores, porque su hermosura era singular, aventajando con ella á sus compañeras con el exceso que el Délico planeta aventaja en luz á los celestes astros; el tocar todos los instrumentos lo hacia con suma destreza, su entendimiento era superior; en fin, ella era un prodigio en todo. De esta beldad me aficioné de modo que no tuve hora de sosiego despues que el niño Dios hirió mi corazon con las flechas de aquellos hermosos ojos; era dificultoso el declararme con ella, por haber poco lugar de dejarnos á solas las que habitaban aquel palacio cristalino; pero un dia que todas las ninfas asistian en una academia de música y versos, con que entretenian al padre Sil, fingióse enferma la divina Anacarsia, solo á fin de que yo tuviese lugar para hablarla; estaba avisado de su traza, y así me fui á su aposento, donde la hallé en su mullido lecho, afrentando con su nieve animada al candor de las sábanas, y con su hermosura al mismo sol; turbéme cuando me hallé en su presencia, propio efecto de los que bien quieren; mas cobrándome algo, pude en balbucientes razones decirle estas: Hermosísima ninfa, gloria de esté undoso albergue, si pena para las almas que advierten en tu hermosura, la mia desde que te vieron mis ojos se ha entregado á servirte, que ya no tengo dominio en ella; tuya es, por tuya se tiene, trátala como á prenda de quien te la entregó con puro amor y encendida voluntad. He tenido á gran favor que permitieses darme este lugar para hacerte sabedora de mis amorosas pasiones; y si tú las remedias, como son bien entendidas, dichoso yo que á tanta dicha he llegado.

Cobróme aficion la hermosa Anacarsia, y así, á mis amorosas razones correspondió con otras, con que me dejó favorecido y con esperanzas de mayores premios,

si no las atajaran los pasos del undoso Sil, que como me echase menos en su academia, y juntamente á su hermosa ninfa, acudió luego á su albergue á ver qué hacia; y llegándose á él con pasos quietos, pudo escuchar toda nuestra amorosa conversacion, con que enojado conmigo quiso que no pasase á mas mi atrevimiento; y así, cercando el albergue de Anacarsia de claras olas, cubrió la puerta del aposento donde habitaba la ninfa, sacándome á mí de él violentamente, y de allí á la ribera del rio, de donde oí una voz que me dijo: Gundemaro, tú eres descendiente de reyes, aunque ha tiempo que dejaron su cetro, y le posee otro fuera de su línea; naciste gentil; tú escogerás la ley que mas te ha de convenir, que es la que observa ese reino que fué de tus antecesores; tu expulsion de mi morada ha sido justa, porque no era razon consentir amores ilícitos con quien me tiene ofrecida su pureza, y yo á ella mi amparo y patrocinio; vive de hoy mas en tu reino, y cree que deseo tus aumentos mucho, y así yo tendré especial cuidado contigo. Dijo, y con un remolino alborotó las aguas, quedando allí un rato quietas, como si tal cosa no hubiera pasado; la parte donde me hallé fué en una huerta de hortaliza, en un cuadro sembrado de perejil; túvelo por buen agüero, porque de aquel sitio se derivé mi nombre; y así, despues que tuve el agua del bautismo, me llamo don Pedro Gil de Galicia, tomando el apellido del reino que fué de mis padres, que ha cuatrocientos años que murieron, segun he sabido por fieles tradiciones. Esto soy, con que me llamo conde de las Legumbres, estado que he prohibido á mí; porque un hombre tan ilustre como yo no ha de vivir como particular caballero. Mi origen he dicho, mi prosapia he publicado; si mis partes merecen ¡oh ilustre Marqués! que con ellas me atreva á servir esta prodigiosa hermosura, esta singular belleza y este templo de todas las perfecciones, vuestra licencia espero, vuestro beneplácito aguardo; mi nueva y encendida aficion pide que no me le neguéis, pena de contravenir á ello, que dé fin á esta vida, en que se pierde el mas importante caballero que tiene la Europa y el deudo mas honrado que tiene el católico Filipo.

Acabó aquí su plática, con tantos encarecimientos y tan notables afectos, así de visajes como de significacion, que fué mucho no disparar la risa el Marqués y su hermosa hija. Feliciano estaba admirado, considerando á cuánto obliga el amor, pues á un caballero de tan gran juicio, que en la milicia se tomaba su voto por el primero, haciendo acciones de haberle perdido, se procuraba introducir por jugar para galantear á aquella dama. Despues que el Marqués hubo compuéstose, porque la risa de parte de adentro aun no la tenia sosegada, le habló de esta suerte: Señor don Pedro Gil, ilustre y fresco conde de las Legumbres, mucho me he holgado de conocer vuestra persona y saber vuestro prodigioso nacimiento y crianza, y á no certificármele vuestra autoridad, creyera que me contábadis ficciones que intentan los autores de los libros de

caballerías, pues por fuerza de encantamientos vivían los hombres y las mujeres en ellos quinientos años; debo dar crédito á un caballero tan legumbroso como vos, con la dignidad de conde á vuestras, que acrecienta decoro al trato y respeto á la persona; la mía queda desde hoy tan aficionada á vuestras partes, que no perderé vuestra amistad en cuanto la vida me dure, y quisiera ser natural de estos reinos para estar mas cercano á vuestro servicio; pero lo que en ellos asistiere, que será lo que la voluntad del César dispusiere, eso me tendréis muy pronto á serviros; en cuanto á daros licencia que sirvais á Margarita, desde luego os la doy, y á ella licencia para que os admita el galanteo, pues sé cuánto gana en eso; pero ella está capitulada con un primo suyo y despachado por la dispensación á Roma, para hacerse, luego que venga, sus bodas; esto es un atasco para no pasar adelante con vuestro deseo; no me pesa poco no haberos conocido antes para que, granjeando en vos un yerno tan ilustre, mi casa quedara calificada con sangre de reyes de Galicia; los mas galanteos llevan su fin al matrimonio, esto no puede ser, pues galantear sin este fin, ni vos lo queréis ni el esposo que aguarda Margarita.

Aquí nuestro disfrazado caballero hizo grandísimas demostraciones de sentimiento, oyendo lo que el Marqués le decía, con que aumentaba la risa á los circunstantes, que ya no podían abstenerse de ella, y mucho mas á la hermosa Margarita, lastimándose igualmente con su padre de ver en un buen talle y sugeto perdido el juicio con aquellas locuras, y que tuviese por tan cierto haber nacido quinientos años habia y ser aborto del río Sil. Mientras algunos criados de porte ponían dificultades en la relacion que les habia hecho don Pedro, y él estaba allanándose las, comunicó el Marqués con su hija un pensamiento que le habia ocurrido, que era llevarse á don Pedro á la corte; porque sus donaires y singular capricho no era posible sino que les habia de entretener mucho, no quitándole el tratarle como hombre principal, informados del criado que lo era, y que en el fin de una grave enfermedad quedó con aquel delirio. Vino la hermosa Margarita en que le llevasen, dejando para otra visita el declararse con él. Don Pedro Gil significó al Marqués á la despedida que ya que su amor no podia aspirar al fin de merecer la mano de su hermosa hija, por lo menos no le quitase la gloria de amarla con amor casto y limpio, que ese ni aun su esposo le tendria por sospechoso. El Marqués se lo permitió, diciéndole que á la noche fuese su huésped en la cena, que tenia que comunicarle algunas cosas; aceptó con mucho gusto don Pedro, y despidióse de esta visita.

Quedaron el Marqués y sus criados hablando sobre la persona de don Pedro, admirados de su nuevo capricho y loco tema, y el Marqués trató con ellos cómo tenia determinado pedirle que fuese con él. Acertó á hallarse allí el mesonero, y díjole: Dudo mucho que don Pedro Gil haga eso, si es que ha de ser tratado como á inferior, porque es puntosísimo y vano; y caso

que se determine, en el modo de caminar tambien halló dificultad; porque ir vuestra excelencia en litera y él á caballo, dudo mucho que venga en ello. Para eso darémos un remedio, dijo el Marqués, y es que Margarita le mande que la vaya galanteando cerca de su litera, que si prosigue en lo enamorado, no lo podrá rehusar, é irá en un macho regalado que traigo conmigo para salir algunos dias á caballo, que me canso de la litera, que por ser diferente en el adorno y buen aderezo que lleva de las demás cabalgaduras, no lo despreciará. Esto concertado, cuando anocheció vino don Pedro Gil á la posada del Marqués, hallándole muy afable al recibirle; tomó silla cerca de la hermosa Margarita, que fué para él sumo favor; hablaron en diversas cosas, hallando el Marqués en él un entendimiento muy capaz, si no se descompusiera con algunos donaires disparatados que decía, costándole algun cuidado para deslumbrar su conocimiento. Cenaron gustosamente, porque en toda la cena no cesó don Pedro de decir donaires y apodos á los circunstantes, con lo que los tuvo muy entretenidos. En levantando los manteles, el Marqués habló á don Pedro de esta suerte:

Señor Conde, lástima es que esa persona, adornada con tantas partes de cordura, se malogre en esta pequeña villa, y que no participe y se honre de ella la insigne corte del rey de España; ya he sabido que corta posibilidad estorba no estar donde digo, con la autoridad que esa persona merece; pero si se determina, por la afición que le he cobrado, estimaré en mucho que vuestra señoría se quisiese dignar de irse conmigo á Valladolid, adonde le tendré en mi casa con el decoro que se debe á quien es, sin que le cueste nada; de estar allí se le sigue que, conocidas sus partes, halle esposa igual á ellos, de calificada sangre y con riqueza, pues tratará con algunas señoras Margarita que las pueda hacer inclinar á esto; alcance yo este favor de que vuestra señoría quiera ir conmigo, pues el amor que muestra á Margarita, que es puro y sincero, me asegura que no ha de disgustar á su esperado esposo. A esto que he dicho aguardo su respuesta, halle yo la que merece mi voluntad y bien nacidos deseos.

Notablemente se holgó don Pedro de que hubiese surtido efecto su traza, y no menos que yendo por huésped del Marqués y cerca de su adorado dueño. Lo que le respondió fué esto: Señor excelentísimo, sola esa voluntad y amor de vuestra excelencia podían sacarme de esta villa, donde determinaba acabar mi vida en sus soledades, pues cuando un conde como yo se halla con obligaciones á que mirar, poca renta con que acudir á ellas, desdeñada de estos calamitosos tiempos, lo mejor que le puede estar es retirarse donde sea conocido por quién es, aunque ande fin el fausto de criados ni tenga mas que un moderado vestido; yo no saliera de esta villa en toda mi vida, mas vuestras instancias pueden mucho, juntamente con esta beldad, que atrae á sí los corazones, como el tracio Orfeo con su dulce lira los fieros animales, plantas y piedras; vuestro soy desde este dia; no quiero advertiros el tra-

to que se le debe á la calidad de mi persona, pues ya os consta mi regia sangre y título que poseo. Ir sirviendo en este camino á la beldad de vuestra hija es para mí uno de los mayores favores que me podeis hacer, y así acepto cuanto me ofreceis con mucho gusto. Trataron del modo que habian de continuar aquel camino, y el Marqués allanó con don Pedro Gil que habia de asistir en él, cerca de la litera de su hija, yendo en un macho regalado de su persona, cosa que aceptó don Pedro con mucho contento, y lo quedó el Marqués de ver que la fineza de su amor olvidase la comodidad del caminar, cuando todos pensaban que escogeria litera, como él la llevaba, ó que no fuera. Esto concertado, el dia siguiente don Pedro puso en la litera á Margarita, gozando de que con su ayuda ella se acomodase, valiéndose de sus brazos, y esto le duró desde que salió de Ponferrada hasta que entró en Valladolid. Las cosas que le iba diciendo por el camino, así de ternizas como de donaires, entretuvieron á la hermosa dama mucho, exagerándole á su padre en cada posada á que llegaban lo divertida que habia venido aquel dia con don Pedro Gil de Galicia.

La última jornada que caminaron quiso don Pedro certificarse de su dama si apetecia el casamiento en que estaba capitulada, y así, buscando conversacion á propósito, en que no fuese esto traído por los cabellos; como es ordinario en los afligidos descansar su pena con cualquiera persona que comunican á menudo, aunque conocia el sugeto de don Pedro Gil, á la pregunta que le hizo de si tomaba gustosa estado, le respondió: Señor don Pedro Gil, no hay duda sino que en mi primo Leopoldo hay partes para ser armado; mas hallo contra mí una condicion en él, tan inclinada á tratar con varias mujeres, sin reparar en estados, sean altos ó bajos, que me quita gran parte del gusto que tengo en este consorcio, lo que no hiciera á haber en él enmienda despues que me ha visto en España, pues esto le habia de poner freno, para que con mas veras fuera amado de mí: Dios sabe con el temor que tomo estado; porque quien en los principios halla estos tropiezos ¿qué puede esperar adelante? La obediencia de mi padre y la conveniencia para su casa con este casamiento me hace no salir un punto de su gusto; ya me he determinado: lo que hago es rogar á Dios que mis agasajos le obliguen para que con el conocimiento de ellos él se reforme. No quisiera don Pedro que tan en ello estuviera Margarita, sino que tomara esto con menos gusto, para que su introduccion hallara mas esperanza que las que se prometia. Hablóla en esto muy á su propósito, abonando la parte de su primo con decirle que podia esperar en él enmienda, y propuso entre sí de esforzar cuanto pudiese su pretension, declarándose con la dama en la primera ocasion que se ofreciese. Con esto llegaron ese dia á Valladolid, saliéndoles Leopoldo á recibir media jornada antes de su llegada. Fué recibido del Marqués y de su prima con mucho gusto, cosa para el disfrazado don Pedro de poco; porque viendo el buen tallo y persona de Leo-

poldo, le causó no pocos celos é hizo titubear en la empresa.

El Marqués dió á conocer la persona de don Pedro á su sobrino de esta suerte. Conoced, señor sobrino, á este caballero que nos viene desde Galicia favoreciéndolo, que su persona y partes merecen todo agasajo, como yo se le he hecho, bien debido á la real sangre do donde descende y á ser conde de las Legumbres: estado tan dilatado, que en cualquiera parte tiene vasallos que le obedecen. Reparó Leopoldo en don Pedro, y así de su traje como del nombre y título infirió que aquel personaje era hombre de humor y que como á gracejante le traian consigo; y así, por convenir en su presencia con lo que su tío le habia dicho, se volvió á don Pedro, á quien dijo: Mucho me he holgado, señor Conde, de conocer á vuestra señoría, y mucho mas de que venga haciendo este favor al Marqués, mi señor, y á mi prima; con los dos me ofrezco por su servidor y amigo, que basta haber estimado su persona y partes para que yo les imite. Agradeció don Pedro el favor que Leopoldo le hacia, y así le dijo: Todo lo que tocara á la hermosa Margarita debo tener en mucha estimacion; esta haré de aquí adelante de vuestra señoría, deseando valer algo para que me ocupeis en vuestro servicio todo el tiempo que el señor Embajador gustare que le esté asistiendo en su casa. Qué ¿ese bien mas tenemos? replicó Leopoldo; yo quedo con esto gozósísimo, pues tan de puertas adentro nos viene. No sé cómo le tendréis por tal, dijo el Marqués, porque el señor don Pedro Gil viene muy enamorado de vuestra prima, y este conocimiento entró por amor, si bien ya me ha asegurado que despues que supo su empleo se ha quedado convertido en amor de hermano, y con esa viene favoreciéndola. Así es, dijo don Pedro, para que no tengais recelo ninguno; que á no asegurarnos de esto, pudiérais tener alguna inquietud, y no solo vos, mas el mismo Narciso, que con mi gala y entendimiento no hay en el orbe quien compita. Ese conocimiento me queda, dijo Leopoldo, en lo poco que ha que os he visto; y así, fiado en vuestra palabra, me aseguraré, lo que sin ella no hiciera. Con esto llegaron á la corte, donde al apearse el Embajador en sus casas, halló muchas señoras que estaban aguardando á su hermosa hija. Apeóse Margarita en los brazos de su esposo, nueva pena para el enamorado don Pedro, que ya iba sintiendo de veras los celos. Aquella noche hubo una espléndida cena, en que cenaron cuantos se hallaron allí á su recibimiento: fué prevencion del galan Leopoldo, comenzando desde este dia á mostrar sus finezas. Posaba este caballero dentro de la casa del Embajador, y tambien don Pedro, señalándole allí un cuarto muy bueno, como si no viniera en cuenta de jugar, porque de aquel modo queria entretenerse á sí y á la corte con don Pedro: él se fué á acostar despues de cena, no poco cuidadoso de verse empeñado en empresa donde hallaba tantas dificultades, dudoso cómo podria salir con ella, cuando de por medio habia tantos empeños, y el mayor el ver la resolucion de Mar-

garita en obedecer á su padre, aun conociendo la condicion de su primo. No le animó mucho su criado Feliciano, antes le reprendia su determinacion, pues se habia expuesto á aparecer truhan en una corte por lo que no habia de alcanzar: en varios discursos pasaron gran parte de la noche los dos, resolviéndose don Pedro á que en declarándose con Margarita, si no era de ella bien admitido, volverse á Galicia.

Seis dias continuaron las visitas de los caballeros y damas, con quien el Embajador y su hija se comunicaban, y en todós ellos sazónó sus conversaciones don Pedro con muchos donaires que dijo, cayéndoles á todos en mucha gracia, celebrando cuantas decia, con que corrió la voz por la corte de que era el mas entretenido bufon que en ella habia entrado. Aconsejaban algunos al Embajador que le llevase á palacio, porque le aseguraban que el Rey gustaria mucho de él: vino á oídos de don Pedro, y enojóse mucho, diciendo que los señores como él, que tenian por dudoso el agasajo debido á su autoridad y sangre que el Rey le haria, no habian de ponerse en ocasion de tener despues sentimiento de haber andado corto con él. No quiso el Embajador disgustarle viéndole rehusar esto, librando el convencerle para cuando estuviese sazónado.

CAPITULO XIV.

Da fin el ladrón á la novela de El conde de las Legumbres.

Habian caído enfermos dos criados de Leopoldo, de quien fiaba sus amorosos empleos, y aunque pudo abstenerse de su condicion, en tiempo que debia andar ajustado por contentar á Margarita, no miró á esto, sino á seguir su gusto, y así le pareció salir de noche, acompañado de Feliciano, sabiendo que era hombre de buenas manos para fiar su seguridad de él; llevóle consigo tres ó cuatro noches á una casa, donde salia muy á deshora de ella; aunque entraba allá Feliciano, no quiso ser curioso en averiguar quién era el dueño de aquella casa hasta la tercera ó cuarta noche que asistió allí, y hallándose con una criada, que desèó seguir el ejemplo de su ama con Feliciano, la preguntó cuya era aquella casa y quién la dama del empleo de Leopoldo.

Con amor mal se guarda silencio; era criada, y con esto está dicho que diria cuanto le fué preguntado; de su informacion sacó Feliciano que aquella casa era de la tia de su dueño, y su hermana la dama que Leopoldo gozaba, con palabra que primero la habia dado de casamiento, y proseguia en esto porque su gran retiro la tenia ignorante del casamiento que Leopoldo tenia capitulado con su prima. Sabido esto por Feliciano, le trasladó á la noticia de su dueño esotro dia, de que don Pedro quedó tan absorto como indignado contra su hermana, si bien este procedimiento de Leopoldo, con quien tanto le tocaba, le esforzó su esperanza, viendo que por aquel medio le facilitaba mas su empresa, pues era cierto que viviendo él é igualando en sangre á Leopoldo, no habia de consentir que con otra se casase sino con su hermana, á quien debia su honor. El medio

que tomó para ver la resulta de este empeño fué que Feliciano dijese á la criada cómo Leopoldo estaba capitulado con su hermosa prima, exagerándole sus partes para que ella diese copia de esto á su hermana, aguardando lo que haria sabiendo su agravio. Hízose así como lo dispuso don Pedro, y á la siguiente noche, que ya doña Blanca (así se llamaba la hermana de don Pedro) tenia sabido esto, tuvo una gran pesadumbre con Leopoldo, si bien él negaba á piés juntillas el estar capitulado ni tratar de casarse con su prima, y así procuraba satisfacer á doña Blanca en esto. Ella fingió darse por satisfecha, con pretexto de hacer el dia siguiente una apretada diligencia sobre ello, con que despidió á Leopoldo, yendo él muy contento en pensar que quedaba su dama muy satisfecha; pero fuése con propósito de no volver á verla tan presto, fingiéndose indispuerto. Supo esa misma noche don Pedro, de Feliciano, todo cuanto habia pasado entre doña Blanca y Leopoldo, y sintió mucho que su hermana hubiese dádose por satisfecha de quien la trataba con tanto engaño; quiso se pasasen dos dias, hasta ver qué era lo que su hermana hacia, mandando á Feliciano que estuviese á la mira de todo.

Esotro dia de la satisfaccion de Blanca, ella con la rabia de los celos no tuvo sufrimiento para esperar á mas, y quiso saber su agravio de buen original, que fué de la boca del Marqués; tomó un coche, y yendo de embozo, se fué á su casa en tan mala ocasion, que habiendo llegado á los corredores de ella para hacer llamar al Embajador, se encontró con Leopoldo, el cual conociéndola, en breve se le ofreció presumir á lo que venia, que era á dar cuenta al Embajador de su casamiento y á mostrarle la cédula; y era así como lo imaginaba, que doña Blanca se dió por satisfecha de Leopoldo al cargo que le hacia de casarse con su prima, con ánimo de acudir el dia siguiente á saber del Embajador todo esto. Recibióla Leopoldo con muchos agasajos, aunque ella no le mostró buen semblante, cosa que acreditó en Leopoldo mas su sospecha; díjola que le importaba hablarla sobre cierta cosa, y para eso que seria cómodo puesto un cuarto separado del de su tio; porfiaba Blanca que antes que la hablase habia de estar con el Embajador, y esto defendia Leopoldo, diciéndola que estaba ocupadísimo en ver un pliego que le habia venido de Alemania, enviado del César. Tanto la persuadió á que le habia de hablar antes que ella al Embajador, que quiso por entonces Blanca darle gusto á Leopoldo; y así, el caballero se valió del cuarto de don Pedro, pi-diéndole que tuviese allí aquella dama mientras él volvía á hablarla, en asegurando á su tio y prima; como Blanca estaba de embozo, no la conoció don Pedro, aunque se sospechó, por lo que habia sabido, que era su hermana; tampoco Blanca conoció á su hermano, porque el traje que vestia era singular, y además de esto traia anteojos, con que se disfrazaba mucho. Acompañó don Pedro á su conocida hermana, y dejándola en su aposento cerrada, volvió á buscar á Leopoldo, para saber qué determinaba hacer de aquella dama; él

se ocupó un largo rato con su tío, y así no pudo salir, con que envió á decir á don Pedro que entretuviese á aquella señora por un rato, diciéndola en disculpa suya que precisa ocupacion le estorbaba que no viniese tan presto, pero que no podria tardar. Entró don Pedro en su cuarto, cerrándose por dentro para verse á solas con la dama. En tanto Margarita habia sabido que su primo habia hablado con una embozada en el corredor y pedido á don Pedro que la llevase á su cuarto, y apasionada de celos, quiso saber quién era, con la ocasion de poderlo hacer muy á su salvo por una puerta que de su cuarto iba al de don Pedro, de quien tenia la llave; hizo así, abriendo muy quietamente por no ser sentida; esto fué á tiempo que don Pedro entró en su cuarto, y pudo hallar sin embozo descuidada á su hermana, que aguardaba á Leopoldo, bien segura que podria ser vista de otro. Luego que la conoció, sin dar lugar á que echase sobre el rostro el manto, la dijo estas razones:

Mujer indigna de la noble sangre que heredaste de tus antecesores y de llamarte hermana mia, ¿es posible que, olvidada de las obligaciones que te corren, confiada en una leve palabra, vengas tan en oprobio tuyo á esta casa á renovar la infamia que has hecho, á rogar á quien te olvida, á persuadir á quien con falso modo te engaña? Si llevada de tu ciego amor querias este empleo, deudos tenias para comunicarlo con ellos, antes que cegarte y entregar tu honra á quien te ha de tratar con tanto desden, pues esto se verifica en sus acciones, si bien lo adviertes, pues cuanto mas finezas te miente, trata de casarse con su prima; que vivas tan enamorada, que cuando toda la corte sabe este empleo tú sola lo ignores. Si no mirara al lugar adonde estás, con este acero procurara acabar con tu vida, para que fuera escarmiento á otras; ¿tan ajena vives de la obediencia de nuestra tia, que has dado entrada en su casa á Leopoldo? ¿Tú habias de poner en contingencia tu honor, igualándole en sangre y calidad? Dicha ha sido tuya llegar en esta ocasion á esta corte, aunque en el ridículo traje en que me ves, para procurar con todo cuidado que Leopoldo no se burle de tí. Dime, fementida Blanca, lo que hay en este empleo para que se ponga remedio en todo, y esto sin desdecir de la verdad, pues te va en ello no menos que la honra y la vida.

Estas razones oía la afligida doña Blanca con los ojos puestos en el suelo y vertiendo de ellos hermosas perlas: tal se podian llamar sus lágrimas. Estaba tal la pobre dama, que no acertaba á pronunciar razon alguna; mas á persuasion de su hermano, en breves razones le dijo cómo en una fiesta la vió, y aficionado de ella, supo su casa, la paseó y envió papeles, y continuando el servirle con amantes finezas, pudo merecer tener entrada en su casa; y dándole palabra de casamiento por cédula que allí traia firmada de su mano y con testigos, llegó á sus brazos. Finalmente, la dama le dijo á su hermano cuanto habia, y él por no afligirla mas, la dió buenas esperanzas de que acabaria con Leopoldo que le cumpliese la cédula. Toda esta plática habia escuchado la hermosísima Margarita por la puerta que de su

cuarto venia al de don Pedro, y admiróse extrañamente de que persona calificada como don Pedro, segun inferia de sus razones, no faltar de juicio, sino muy con él, se hubiese puesto en astillero de jugar, pasando plaza de tal en su casa y en la corte; ignoraba la causa de haber hecho de sí aquella trasformacion, si bien le dió alguna sospecha que ella podria haberla dado; por otra parte, consideraba el doble trato de su primo Leopoldo, pues trataba casamiento con ella, habiendo dado cédula y palabra á aquella dama tan principal; por salir de una y otra duda no quiso estar oculta escuchándoles, y así, salió de donde estaba, á tiempo que ni doña Blanca tuvo lugar de embozarse, ni su hermano de disimular su enojo; pero cobrándose algo, dijo: ¿Qué celada ha sido esta, portento de la hermosura, dueño de mi alma y gobierno de mi albedrío? ¿Traiciones haceis con quien hallais descuidado? No de esa belleza tales sucesos, que será acabar la vida con un gozco, como otras se acaban con un pesar. No haya disimulos, señor mio, dijo Margarita, que ya sé que no sois lo que publicais, y que el pesar que os aflige pedia mas sentimiento á solas que donaires en público; mi curiosidad, con una punta de celosa, ha descubierto en vos fondos de lo que manifestais, y en Leopoldo, mi primo, macutela de la que prometian sus mentidas finezas; de una vez quiero salir de la confusion en que estoy, declarándose este enigma vuestro, que así le juzgo, hasta hallar su solucion en vos; mas antes que esto yo sepa, conviene que esa dama, hermana vuestra, se pase á mi cuarto, diciendo vos á Leopoldo que de verle tardar tanto se fué con despecho de aquí, sin ser posible el detenerla, y dejadme despues hacer á mí. Levóse consigo á doña Blanca, agasajándola, con que la animó á esperar mejor suceso en sus cosas del que se habia prometido en el desden de Leopoldo y la indignacion de su hermano. Dejó Margarita á Blanca en compañía de sus criadas, y volvióse donde estaba don Pedro, el cual, si bien al principio se alteró con su vista y saber que habia oido la deshonra de su hermana, se holgó despues de que sus celos y curiosidad hubiesen descubierto el rebozo á su disfraz, y hallado el desengaño de su primo. Pues con la venida de la hermosa Margarita don Pedro se alegró mucho, y así lo manifestó su semblante; ella le mandó tomar una silla, y haciendo lo mismo, comenzó su plática de esta suerte: Estoy metida en tantas confusiones de poco tiempo á esta parte y con tanto pesar del término doblado de mi primo, que vengo á consolarme con vos y á que me descifreis muchas cosas que hallo oscuras para mí: una es el veros remoto de esta corte, conocido fuera de ella por hombre faltar de talento; otra, que como jugar y hombre de entretenimiento, os hayais introducido en parte donde teneis prenda, y mas de tantas partes, como la señora doña Blanca, vuestra hermana, debiendo mirar, si sois el que sospecho en la calidad, os afrentais con daros á conocer por truhan y hombre ridículo, así en el traje que vestis como en los donaires con que entretenéis; el haberos puesto en esto es por gran causa, esa deseo

que me digais, porque yo salga de muchas dudas en que estoy.

Calló con esto la bella Margarita, y don Pedro para satisfacerla dijo así: Hermosísima señora, no ignoraréis, aunque no lo hayais experimentado, que amor es poderosa deidad, y que como tal, no hay humano sujeto que, si se vence de su pasión; no busque modos, invente trazas é investigue caminos para remediarla; este alado dios, á quien han rendido vasallaje cuantos sus poderosas razones han sentido, hirió con una mi pecho, viendo vuestra divina hermosura cuando pasó por Villafranca, patria mía; fuí informado de quién érades, el estado que esperábades tener, con mucho gusto de vuestro padre, aunque poco-vuestro, por conocer la condicion de Leopoldo, que verifiqué con oirlo despues de vuestra boca; animóme esto, aun estando tan adelante el consorcio, á emprender esta empresa por el camino extraordinario que habeis visto; pospuse mi autoridad, calidad y noble sangre, haciéndome hombre de humor con la quimera que habeis oido, para que esto me introdujese con vuestro padre y con vos; ha sido mi dicha tal, que pude conseguirlo, si bien vuestro respeto enfrenó en mí el declararme con vos, temiendo que no habíades de darme crédito y ser en tiempo que vuestras bodas están tan adelante; la desdicha de mi hermana y vuestros celos han sido causa de que oigais de mí que soy don Pedro Osorio de Toledo, caballero calificado y de las dos casas de Villafranca y Astorga; hónrame el pecho la militar insignia de Alcántara, dada por muchos servicios hechos en la guerra, con esperanzas de encomendar presto. Mi estado os he dicho, mi atrevimiento tambien; por último, os pido perdon, disculpando amor y vuestra divina beldad este yerro, que ha dado motivo para vuestro desengaño, y mi dicha haber sucedido la facilidad de mi hermana, quien la tiene á cargo su honor le cumplirá su palabra, ó yo perderé la vida sobre ello.

Admirada dejó á Margarita la relacion de su disfrazado amante; y puesta en obligacion de favorecer y estimar su fineza, lo cual iba ya haciendo, ofendida como desengañada con el proceder de su primo, lo que le respondió fué: Señor don Pedro, con leve causa, como es mi poca hermosura, os dispusisteis á empeño tan grande contra vuestra opinion y sangre; yo estimó la fineza, si bien os disculpo, pues vuestras partes eran dignas de mayor empleo que el mio. Yo he sentido la poca estimacion que de mí ha hecho mi primo, y así le costará el perderme, si bien creo que quien teniendo tan adelante su boda no desistia de sus gustos, daba á entender con esto que no era el suyo de casarse conmigo; bien me ha estado el desengaño antes de haber enlazado el nudo que no se puede desatar sino con la muerte; habré conocido del todo su condicion y su poca fineza, como conoceré la vuestra, no me olvidando de lo que os debo. A sus piés se arrojara don Pedro á besárselos, si Margarita le diera lugar; agradeció con muchas sumisiones el favor que le hacia y prometia hacerle; lo que los dos determinaron allí fué lo que ade-

lante se sabrá. Fuése Margarita á agasajar á su huésped y á poner en ejecucion lo que con don Pedro habia consultado. El enamorado caballero aguardó á Leopoldo, el cual vino de allí á media hora que su prima se habia retirado á su cuarto, preguntó á don Pedro por la dama de que le dejó en guarda, y la respuesta que dió fué que viendo su tardanza se habia ido, sin bastar persuasiones suyas á detenerla. Bien me ha estado el tardarme, dijo Leopoldo, pues ha resultado de esto cumplirse mi deseo, que era ver fuera de esta casa á esa mujer que ha dado en perseguirme; no he tenido poca dicha en que no se haya encontrado con mi tio, que tuviera muy mal rato con él á hablarle. Algunas preguntas le hizo don Pedro con su acostumbrado donaire para sacarle mas; pero Leopoldo no se declaró del todo, si bien para don Pedro ya estaba entendido su pensamiento; y era tanto el enojo con que estaba de ver el desprecio que hacia de su hermana, que fué mucho abstenerse de manifestarlo con la espada en la mano.

Ya Margarita habia vuelto á verse con Blanca, de quien mas dilatadamente supo sus amores, y los verificó la cédula de casamiento que la mostró, dejándola de nuevo admirada el doble proceder de Leopoldo. Envió Margarita á llamar á su padre, y teniéndole en su presencia, á solas le dijo: Siempre fué buena razon de estado en los padres el casar á sus hijas con su gusto, pues un empleo que ha de durar toda la vida no es bien que sea sin voluntad; muchos fian en que las condiciones de los hombres se mudan con la mudanza de estado, y son pocas las que con él tienen enmienda; y así hace mucho de su parte quien con esta obediencia cierra los ojos á aventurarse, y mucho mas quien en su empleo tiene vistas premisas de cuán malo ha de ser. Mi obediencia nunca reparó, señor y padre mio, en cumplir con tu mandato, aunque conocí en mi primo Leopoldo condicion tan adversa á la mia, que ella me estaba prometiendo disgustado empleo; obedecí conociendo que otros pudieran serme mas de gusto, no inferiores en calidad ni riqueza; vi en tí deseos de que estas bodas se hiciesen. Despachóse á Roma, despues de capitularlas, por la dispensacion; y cuando en mi primo habia de haber mas amor y mas fineza para conmigo, procede con diferente modo, pues ha dado palabra de casamiento á una dama que veréis presto en vuestra presencia. Entonces llamó á doña Blanca, á quien habia dejado en su aposento, la cual salió adonde estaba el Embajador y su hija. Tomó silla con los dos, y prosiguió Margarita, diciendo: Esta dama es, señor, á quien digo que mi primo dió palabra de casamiento por escrito, y con esto le debe su honra; trae consigo la cédula que le hizo, y queriendo hablarte para darte razon de lo que pasaba en su ofensa, fué vista de Leopoldo, deteniéndola que te viese, y encerrándola en el cuarto de nuestro huésped; y esto pudo llegar á mi noticia, y con un poco de curiosidad, por la puerta que de mi cuarto va á él, pude escuchar una plática en que he sabido todo esto; salí por esta dama, y he la traido á mi cuarto para darte noticia de lo que me has oido.

La calidad de esta señora es mucha, porque es Osorio y Toledo, descendiente de dos calificadas casas en España; tiene ánimo de dar cuenta á sus deudos, que los tiene en esta corte muy notables, para que estorben mis bodas. Hasta aquí ha llegado el obedecerte como á padre; de aquí adelante no permitirás que te obedezca, porque antes tomaré un hábito en el mas estrecho convento de esta corte, donde acabaré con mi vida, que yo sea esposa de mi primo.

Quedó el Embajador admirado con lo que oia á su hija; vió la cédula hecha á doña Blanca, convencióle la razon que tenia en poner por ella impedimento á las bodas que de futuro se esperaban, y determinó de despedirlas por su parte, y aun al sobrino, para que no viviesen juntos desde aquel día. Hizo retirar las dos damas, y mandó llamar á Leopoldo, y venido á su presencia, le mostró la cédula que hizo á Blanca, diciéndole si conocia aquella letra. El, turbado y perdido el color, comenzó á negarlo, mas el Embajador le dijo que no lo hiciese, porque con muchas cartas suyas le comprobaban ser una misma firma aquella y las otras. Confesó últimamente Leopoldo que ciego de aficion habia hecho aquello, pero que no pensaba cumplir la cédula, aunque sobre ello perdiese la vida. Habia estado don Pedro oyendo esta plática encubierto y ya en diferente hábito que el que traia, con un vestido muy lucido y su hábito de Alcántara en la ropilla y capa, y oyendo esta razon de Leopoldo, sin aguardar á mas, se entró donde estaba, y le dijo: Señor Leopoldo, vos miraréis mejor lo que decís, advirtiéndole en la talidad de la que despreciais, pues con ella os iguala en sangre; ella es mi hermana, y por eso me toca el ampararla y defenderla si no la cumpliéredes la promesa hecha: espada traigo en la cinta, y sabré con ella haceros que se la cumplais ó perdais la vida. Replicó á esto Leopoldo que ya tenia mirado en aquel particular lo que podia mirar, y que amenazas no le habian de forzar á hacer lo que no era de su gusto. Encolerizóse don Pedro, y desafió á Leopoldo; la pesadumbre se iba encendiendo mas, las damas salieron á ser el remedio de todo, pusieron en medio de los dos, mandando cerrar las puertas porque no saliesen fuera. Con todo lo que habia pasado en la pesadumbre no habia reparado el Embajador en la persona de don Pedro, sino que se creyó que habia venido tras de su hermana; y el verle con lucido vestido, hábito y sin anteojos, que siempre los traia, le hizo desconocer; mas reparando mas en él, conoció en que el huésped que tenia como truhan era el que desafiaba á su sobrino. Como Margarita viese que su padre no apartaba los ojos de él con admiracion, cayendo en lo que podia ser, le dijo: Señor, el que miras en diferente hábito es el que poco ha traia otro bien ridículo; don Pedro Osorio de Toledo es quien con donaires nos entretenia; apaciguado este disgusto, sabrás la causa que le movió á ponerse en esa forma. En nueva admiracion quedó el Embajador, y no dejara de preguntar á su hija le declarase aquello, si el ver á los dos caballeros empuñadas las espadas y en

visperas de hacer aquella sala palestra de su duelo no se lo estorbara. Comenzó por blandas razones á persuadir á su sobrino que no rehusase lo que le habia de estar tan bien, pues de no lo hacer se seguian tantos pesares; y que no se fiasse en él, porque vista la poca razon que tenia y la ofensa que á aquella dama hacia, habia de ser contra él, ayudando á sus contrarios, hasta hacerle casar. Y que en cuanto á su hija, se desengañase que no seria su esposa, porque ella no se hallaba obligada de él, con las pocas finezas que con ella habia hecho. Vióse Leopoldo atajado por todos caminos y en vispera de perder la vida; y así hubo de condescender con lo que su tío le decia, dando de nuevo la mano á doña Blanca y abrazando á su hermano, antes desconocido, por quien era. Entonces Margarita dijo á su padre cómo aficionado de ella don Pedro, se habia introducido en su casa con hábito de juglar, cosa en que se hallaba con obligaciones de premiarle aquella fineza, si en ello tenia gusto; mostróle tener su padre, y con su licencia se dieron las manos, llegando don Pedro á ver cumplido su deseo. Las bodas de los dos fueron de allí á quince dias, en que asistió lo noble de la corte; hizose aquella noche una lucida encamisada, habiendo carrera pública aquella tarde. El Rey honró á estos dos caballeros, con que vivieron en España muy contentos con sus esposas.

A todos los oyentes dió gusto la novela de Garceran, que así se llamaba el que la refirió, divirtiéndose asimismo Rufina, que desde su aposento la habia escuchado. Hacia el ermitaño Crispin gran confianza de ella; y así no excusó que se tratase aquella noche de muchos designios que tenian los compañeros de burlar en partes donde tenian avisos que habia hacienda; algunos hurtos reprobó Crispin con su autoridad y experiencia, y otros reprobó por los inconvenientes que allí les propuso; era el norte de aquella compañía; y así, ninguno excedia de lo que él ordenaba. Era hora de recogerse, y por aquella noche no se hizo particion de lo hurtado, disfrutándolo para mejor ocasion, quedando en depósito del ermitaño, que con fidelidad lo guardaba. Recogidos los compañeros, Crispin no lo quiso hacer hasta verse con Rufina y darle las buenas noches; hallóla mas gustosa que hasta allí habia estado, con que se holgó mucho; preguntóla que qué la habia parecido la novela. Dijole que muy bien y que con oir muchas como ella divertiera su melancolía. No la tengais, dueño mio, se atrevió á decirle el falso hipócrita, que muchos divertimientos de estos habeis de tener y aun medras en esta casa, si lo esquivo moderais. Parecióle á Rufina que era tiempo ya de dejar severidades y tristezas á un lado, y desde aquella noche comenzó á hacer mejor rostro al hipócrita, por llevar á efecto el asalto que le pensaba dar. Con esto se fué Crispin á dormir, llevando grande confianza que aquella roca se habia de rendir poco á poco, pues le mas estaba hecho, que era echar á un lado la santimonia y quitádose la máscara.

CAPITULO XV.

Rufina da á Crispin un narcótico; durante el sueño lo roba, y huye con Garay á Málaga; avisa con un anónimo al corregidor que Crispin es encubridor de ladrones, y sale con Garay para Toledo; escapase Crispin de la cárcel, y se encamina tambien á Toledo, en donde ve á Rufina, y prepara el modo de vengarse del robo que le hizo.

El dia siguiente, antes de salir la aurora, ya los oficiales de la garra habian dejado la ermita, yéndose á buscar la vida á costa de pacientes; Crispin habia de ir á la ciudad á pedir la limosna ordinaria, y despidióse de Rufina; ella le encargó hiciese diligencia de saber si su hermano estaba en Málaga, dándole las señas de su rostro y talle, bien diferentes del rostro de Garay; dejola cerrada el hermano, cosa que á ella se le dió poco, porque desde Córdoba traía hechas llaves maestras, forjadas contra el robado genovés. Quedóse sola en la ermita; ya estaban de concierto ella y Garay que en viendo en Málaga al hermano Crispin, él se viniese á la ermita; así lo hizo, viniendo en uno de los dos cuartagos; fuéle abierta la puerta por Rufina, y en breve espacio le dió cuenta del trato del ermitaño, de su afición y cómo tenia en aquella ermita tanto dinero junto, hurtado en buena guerra.

Deseaba Rufina engañar á Crispin de modo que en lo que tocaba á moneda no le quedase un dinero solo; y así previno á Garay que luego volviese á la ciudad y le buscasse unos polvos conficionados de modo que infundiesen sueño, que estos prevenia para la burla que le pensaba hacer; y que desde aquella noche no se le pasase ninguna sin dormir con su cuartago cerca de la ermita, en una parte que le señaló desde una ventana que sojuzgaba toda aquella campaña. Con esta advertencia Garay volvió por la posta á Málaga, y le trajo los polvos en breve tiempo, sin que hubiese venido Crispin, porque todo el dia ocupaba en juntar la limosna, y hasta cerca de anochecer no volvía á la ermita. Volvió pues, siendo alegremente recibido de Rufina con muchas caricias, que fueron para él gran les lisonjas, hallándose cada punto mas enamorado de la moza; mostróle lo que habia juntado de la limosna, dado de buena voluntad, y sin esto algunas cosas que él pudo agarrar, sin verlo sus dueños, como eran dos jartos de plata y una gargantilla de perlas: descuido de quien las dejó á mal recaudo, sin temer las malas manos de Crispin; la gargantilla dió luego á Rufina, haciéndosela poner, con que le dijo muchos requiebros. Ella le agradeció el presente, con que aquella noche cenaron amigablemente, haciendo la sobremesa un apuñamiento acerca de sus amores; no tuvo muy en contra la respuesta, con que libró su dicha en promesas de futuro, que esperaba ver presto cumplidas.

Estaba concertado entre los ladrones hacer capítulo la noche siguiente, y rehusábalo Crispin todo lo que podia, porque no se hiciese, porque lo hurtado se habia hecho carne y sangre en él; y así no quisiera que vinieran, aunque se previno de una traza, que fué luego que llegaron decirles que no parasen allí, porque tenia

aviso de la ciudad que la justicia andaba cuidadosa de buscar á un homicida, y que en caso de traicion no valian los sagrados á los delincuentes; que se temia no viniesen á su ermita, donde fuesen conocidos algunos de ellos, que los buscaba la justicia. En gente de este porte siempre es creible cualquier novela de este género, y así creyeron á su caudillo y se fueron de la ermita, con que nuestro Crispin quedó á solas en ella con su dama, la cual le habia prometido favorecerle aquella noche, con que estaba loco de contento, no viendo ya la hora de verse favorecido de aquella hermosura. Llegóse la hora de cenar y tenían bien con que hacerlo, porque Crispin habia traído el dia antes mucha caza de volatería, y la tenia para la cena prevenida, con muy gentil vino, de lo mejor que habia en Málaga, de que estaba llena una bota. Aderezada la cena con ayuda de Rufina, que en esto se mostró solícita, se puso la mesa y comenzaron los dos á cenar gustosamente; los brándis se menudeaban, adverti la hembra de gobernar la taza con tal cautela, que Crispin siempre bebió vino que estaba misturado con aquellos polvos que infundian sueño; bebió el hermano espléndidamente, rematándose con el postrero brándis la cena, á que se le siguió luego un pesado sueño, tan grande, que Rufina hizo experiencias de él, procurando despertarle con tirarle de las orejas y narices, y era como si tirara de un cuerpo sin sentido y muerto; con esta seguridad bajó á la bóveda, y de unas arcas que en ella habia sacó cuanta moneda ocultaban, que no era poca; esta puso en unos talegos muy liados con cordeles, y los acomodó en unas bizazas de cuero, en que parte de aquel dinero habia sido hurtado á un tratante de ganado mayor y obliga'o de una carnicería.

Hecho esto, Rufina salió al campo, y con una seña que hizo acudió Garay á la ermita con brevedad; díjole Rufina en el estado que estaban las cosas; cargaron con el dinero, y las alhajas se dejaron, con no poco sentimiento de los dos, mas á su razon de estado importaba esto para no ser conocidos por alguna de aquellas piezas y malograr con esto su diligencia. En breve acomodaron la moneda en el cuartago, y los dos se pusieron á caballo, yéndose á Málaga, no poco ufanos de habérsela pegado al mayor ladrón de toda la Europa tan á su salvo. Llegaron á Málaga, y en la posada de Garay se aposentaron, estando Rufina oculta de los huéspedes aquella noche y esotro dia. Sabia Rufina cuándo estaban determinados de tener junta los ladrones con su jefe Crispin, que era para de allí á cuatro dias, y previno lo que se dirá adelante, que me llama Crispin, á quien dejamos dormido.

Pasó toda la noche durmiendo cerca de la mesa en que habia cenado, y ya bien entrado el dia, despertó, no sabiendo lo que habia pasado aquella noche; llamó á Rufina, acordándose que por su mucho sueño habia perdido la ocasion que habia deseado, de que no poco se lastimaba; repitió con voces el nombre de la astuta moza, mas fueron en balde; buscóla por toda la casa, la iglesia y bóveda, y no hallándola, salió al campo á bus-

carla, y halló las puertas cerradas, cosa de que se maravilló mucho, con que pensó que le había sucedido á Rufina una desgracia; buscóla de nuevo, mas hallando las arcas abiertas y vacías de la moneda que guardaban conoció que se la había llevado, y que ella era causa de su fuga; parecióle que por aquel campo estaria, porque nose atreveria á salir con la oscuridad de la noche. Buscóla todo lo que pudo, pero fué en balde; con que á costa de su sentimiento hubo de tener paciencia, corrido de que á un ladron tan antiguo como él le hubiese hecho herida una flaca mujer, infiriendo de esto que todo cuanto habia hecho con él era fingido por robarle. Este dia fué á Málaga, por si acertaba á toparla en la ciudad. Encontró con Garay, y como no le conocia Crispin, porque no le habia visto, todo fué cansarse.

Ya Rufina y Garay tenían prevenida su partida para Castilla; mas no quiso ella partirse sin darle un mal rato al hipócrita ermitaño. Ella sabia el dia que habian concertado los ladrones hacer capítulo y junta en la ermita, que quiso aquel mal hombre hacer receptáculo de delinquentes, digo su casa ó celda para que fuesen hallados juntos, y llevasen el castigo que merecian por sus delitos. Escribió un papel al corregidor, dándole en él razon de dónde y cómo se podrian prender; y con esto partiéronse de Málaga, deseando parar en Toledo, donde los dejarémos ir su camino, por decir que el corregidor, luego que recibió el papel, aguardó á que fuese ya de noche, y yendo con alguna gente á la ermita, la cercó y entró dentro, donde halló á Crispin bien descuidado de aquella visita. Buscóle la casa, bajó á la bóveda y dió con los compañeros; halló allí las escalas, ganchos y llaves maestras, cosas concernientes al rapante ejercicio; asimismo vió en las arcas piezas de plata y alhajas de precio, indicios que manifestaron el trato de aquella virtuosa gente, á quien mandó prender y maniatar fuertemente. Crispin estaba turbado de suerte que no acertaba á hablar á lo que le preguntaban. El corregidor le dijo: Mal hombre, vil hipócrita, que con capa de santidad ejerces latrocinios; ¿no te bastaban para tu sustento las muchas limosnas que hallabas, dadas por caritativos pechos, suficientes para tener una muy buena pasada en un lugar cómodo para servir á Dios nuestro Señor, sino valerte del mas infame ejercicio del mundo? Tú has venido á mis manos; de ellas saldrás tú y todos tus compañeros para una horca. Con esto los llevaron, donde sustanciada la causa, fueron condenados á muerte, porque confesaron muchos delitos, todos culpando á Crispin, que era quien les daba aviso de los hurtos y abria las puertas para hacerlos. El anduvo tan valeroso en el tormento, que negó fuertemente; mas con todo no se pudo librar de la sentencia, si bien despues se libró de la cárcel. Diéronle en ella unas terribles tercianas, por donde se dilató en él la ejecucion de la justicia, si no la de sus cómplices, que fueron luego ahorcados. Y cuando estaba Crispin para entrarle en la capilla, en hábito de mujer salió á medio dia de la cárcel, con no poca admiracion de todos, y con mucha pesadumbre para el alcaide de la cár-

cel, que le costó muchos dias de prision, culpándole que con sobornos le habia dado libertad; mas él se libró de esta acusacion, dando la persona que le dió los vestidos, que por ello fué á galeras.

Caminando Rufina y Garay por sus jornadas á toda priesa con gentil moneda, llegaron á la imperial ciudad de Toledo, donde pensaban tomar asiento, llevando Rufina intencion de portarse en aquella ciudad con mucha ostentacion, y para dar mas honesta capa á su estancia, fingió que Garay era su padre; con esto tomó casa autorizada en buenos barrios; la familia era una esclava que compró en Málaga, y otra doncella de labor que recibió allí, un pajeillo y un escudero; ella se puso las reverendas tocas de viuda, y Garay, vestido honestamente, llamábase don Jerónimo, y ella doña Emerenciana; el apellido fué Meneses, diciendo descender de los nobles que ilustran á Portugal; con todo esto puesto en astillero, fué comprando las alhajas convenientes á la casa de una principal viuda, fué visitada de las señoras del barrio, quedando muy pagadas de su agrado y cortesía, con que fué granjeando algunas amigas, de las que se pensaron que era oro todo lo que relucia en Rufina, teniendo creído descender de la noble familia de los Meneses. Salió Rufina á la iglesia mayor, adonde fué vista de la juventud ociosa, y conocida por damas recién venida á la ciudad; y como era de buena cara presto tuvo aficionados y que la paseaban su calle. Mientras ella se iba informando de los que mas adinerados eran para continuar con sus cautelas, la dejarémos, y á los penantes en su pretension amorosa, para dar la vuelta á Málaga, que dejamos libre de la cárcel á hermano Crispin.

Luego que Crispin se vió libre por su buena maña, no paró en Málaga, antes se fué á un bosque que está vecino á la ciudad, donde pasó todo el dia, y en viniendo la noche se acercó á la ermita, habitacion que fué suya, mientras fué creído de los de Málaga que era buen cristiano. Habian puesto en su lugar á un buen hombre, que acudia á pedir por las iglesias para un hospital; este aun no estaba de asiento en la ermita, porque le habian de aderezar primero la casa. Fué, como está dicho, Crispin á ella, y en la parte que caia al mediodía, cerca de unas losas, señal que él habia puesto para conocer mejor el sitio, cavó con una estaca, que en el bosque habia hecho, la tierra, de donde desenterró un talego que allí tenia reservado, con unos doblones, de la demás moneda que de monton se juntaba, que en estas partijas siempre salia mejor mejorado por el oficio de adalid de aquella gente *non sancta*. Con estos doblones, que serian hasta quinientos, se fué á la ciudad de Jaen, adonde tenia un amigo, hombre del trato de la rapiña; ya él sabia la fuga que habia hecho de la cárcel, como antes habia sabido su prision, que le puso en harto cuidado, temeroso de que en el potro no le encartase, que se habian hallado en algunas caravanas de hurtos los dos. Holgóse este camarada mucho con la presencia de Crispin, el cual iba mal vestido, porque el hábito se le habian quitado por indigno de traerle, y los

bajos eran muy trabajosos; presto se remedió esto con dar Crispin dineros á su huésped para que le comprase un vestido bueno de color; este se vistió y ciñó espada, con que parecia otro, habiéndose cortado la barba, que la traia muy larga.

En este nuevo hábito asistió algunos dias en Jaen el buen intencionado Crispin, hasta que se ofreció hacer un hurto en Andújar, y fué de cantidad; hubo particion de él fiel y legalmente; y temiéndose que por las diligencias que hacia el lastimado no fuesen descubiertos los delinquentes, á Crispin le pareció bien poner tierra en medio y no aguardar á verse en otra fiesta como la de Málaga, de donde no hizo poco en escaparse. Acompañóse de un mozo, natural de Valencia, persona de buen talle, y con su moneda dieron con sus cuerpos en Toledo, donde no habian estado mas que de paso, por lo cual estaban ciertos que no serian conocidos. Llamábase el valenciano Jaime, y era hijo de un alpargatero de Valencia, y por travesuras que habia hecho con alguna cantidad de ropa de que se descuidaron sus dueños, andaba fuera de su patria; era de edad de veinte y cuatro años, blanco, rubio, de gentil disposicion, y sobre todo de vivo entendimiento, y gran bellaco socarron. Este mozo se vistió, á costa de los que lo padecian, muy al uso con galanes vestidos; y un dia los dos se fueron á misa á la iglesia mayor, llegando á oirla á una capilla, donde acertó á estar Rufina, llamada allí doña Emerenciana; conocióla luego Crispin, de que recibió mucho gusto; cuanto pudo se encubrió de ella por no ser conocido, aunque de eso podia estar seguro; porque el haberse cortado la barba y mudado de traje le hacian desconocido de quien antes le vió con el hábito de ermitaño. Mostróle á Jaime su compañero á la viuda, la cual le pareció muy bien, y aconsejóle que la fuese siguiendo, sin ser notado de ella, hasta saber dónde posaba; fácil fué de saber la casa, y de los vecinos de la calle que se llamaba doña Emerenciana de Meneses, venida allí de Badajoz con su padre. Quedó escocido Crispin de la burla de esta moza, y juró que pues su dicha se la habia traído á sus ojos, no se habia de ir de aquella ciudad sin desquitarse del hurto con algunas mejoras, para lo cual instruyó á Jaime en lo que habia de hacer y lo que se habia de fingir para con ella, no descubriéndole quién era. Presto se ofreció ocasion de representar el papel que tanto estaba ensayado entre él y Crispin; y así, una tarde cuando tocaban las oraciones, que era casi de noche, hubo una pendencia en la calle de Rufina, de que salieron dos de ella muy mal heridos. Apenas la justicia se halló allí, haciendo ir á curar los heridos á sus casas y prendiendo algunos de la calle, que no se hallaron en la pendencia, la dejaron despejada de gente, porque nadie queria, por hallarse allí, verse puesto en prision sin tener culpa.

En esta ocasion se comenzó la químera de Crispin y Jaime, que este, instruido por el marrajo y mal ermitaño en lo que habia de hacer, se puso un hábito de Montesa en un galan vestido negro, y emparejando con la casa de Rufina, dejó la capa en manos de Crispin, y

sacando la espada, se entró en ella, fingiendo ir asustado; halló la puerta de la escalera abierta, y subiéndose por ella, llegó hasta la pieza delestrado de la señora viuda, en que estaban ella y sus dos criadas. Alborotáronse de ver entrar á aquel hombre así, con la espada desnuda, en cuerpo y alborotado. Levantóse del estrado Rufina y sus criadas, y él la dijo: Si la piedad no falta en esa hermosura que veo, hermosa dama, os suplico que vuestra casa sea mi amparo para ocultarme de la Justicia que viene en mi seguimiento; habiéndome conocido por delincuente de una muerte que he hecho en una pendencia que se trabó en esta calle, dió con mi persona en la que está vecina á ella, y cayera en sus manos sin duda alguna, si con valor no me resistiera, hiriendo á dos ministros, que venian con el alcalde mayor; valíme de los piés, que con la justicia es respeto y cordura volverla las espaldas. Púseme en fuga, y ellos en mi seguimiento; acerté á ver esta puerta abierta, é hice eleccion de esta casa para que sea mi amparo; suplicoos que si no recibís enfado, yo esté aquí hasta que vea pacífica de gente esta calle y pueda salir; pero si extrañais verme y os causa algun enfado, aunque sea con riesgo mio me volveré á salir á la calle, porque mas quiero ser preso que descortés con vos. Ya hemos pintado el talle de Jaime, que desde esta noche se ha de llamar con mas requisitos. Vióle Rufina con atencion, y la que estaba ajena de aficionarse; sino solo á la moneda y á ser polilla de ella, de solo ver á este hombre se le inclinó, y así le dijo: Nunca en las personas de mi calidad ha faltado la piedad, y mas con quien juzgo por el buen exterior la buena sangre que debe de tener; y así, pesándome de vuestro disgusto, os ofrezco esta casa para que en ella estéis oculto todo lo que fuere menester para deslumbrar á quien os sigue; que no fuera razon dejaros en sus manos pudiendo libraros de ellas; sosegaos os suplico, que cuando la justicia os busque aquí, yo tengo parte secreta donde os podré esconder. Agradeció el jóven la merced que le hacia, y ella replicó: Mi estado os dice el recogimiento que debo tener en mi casa; por esto yo os la ofrezco por todo el tiempo que fuere necesario hasta componerse vuestras cosas; mas mi padre vendrá, aunque algo tarde, y si él gusta de que asistais en su cuarto, yo estaré muy contenta. De nuevo rindió gracias el cauteloso mozo por el favor. Ellos, que estaban en esto, llamaron á la puerta con grandes golpes, diciendo que abriesen á la justicia; alborotáronse todos al principio; mas cobrándose del susto Rufina, tomó por la mano á Jaime y lo llevó á un tocador suyo, donde habia cierto tabique doblado, que cubria un paño de tapiceria, y allí le dejó, diciéndole que tuviese seguridad que no seria hallado; con esto mandó abrir la puerta; por ella entró Crispin, que se atrevió á mucho de ser conocido de Rufina, fiado en que en el nuevo traje se le deslumbraria; venia con Crispin otro picaron conocido suyo; traian á fuer de justicia linterna, vara corta y armas de fuego; entraron pues adonde estaba la viuda, que los recibió con mucha cortesía, haciéndose de la que ignoraba á qué pu-

diesen venir. Crispin la saludó cortesmente y dijo : Aunque sea atrevimiento, señora mía, el daros un poco de enfado, el oficio que ejercemos nos manda hacer las diligencias posibles por cumplir con él; y yo soy mandado del señor corregidor, que reconozca las casas de este barrio, por si en ellas halla un delincuente que andamos buscando; en las vecinas hemos estado, y solo falta por ver la vuestra; perdonad el que se mire todo, que con esto cumplimos con nuestros superiores y nuestras conciencias. Aunque por mi verdad, dijo Rufina, os pudiérais asegurar tanto como con la experiencia, diciéndoos que aquí no ha entrado nadie, no quiero que me tengais por persona que amparo delinquentes facinerosos, si este que buscáis lo es; y así os hago la casa franca para que se vea toda si está en ella el que buscáis. Alumbroles una criada con una bujía, y ellos miraron mucha parte de la casa, dejando algo de ella, porque esto se le atribuyese á cortesía. Esto hecho, con la misma cortesía que entraron se despidieron; habiendo hecho esto á costa de su peligro, porque su compañero apoyase la trama que llevaba urdida.

CAPITULO XVI.

Sigue Crispin disponiendo los medios para robar á Rufina; se vale para ello de su compañero Jaime, que se enamora de ella.

Salíó el mentido caballero de donde estaba, mostrando en el rostro alegría de haberse escapado de quien le buscaba, y con agradecidas razones comenzó á ponderar el favor que le habia hecho la viuda. Ella, que se iba prendando de él mientras le veía, significó que si como su deseo era de servirle lo pudiera ejecutar, que allí fuera servido, mas que aguardase á su padre, que ella acabaría con él que por lo menos aquella noche no le permitiese salir de allí. Antes os suplico, dijo Jaime, conociendo ya en ella que se le inclinaba, que le diese licencia para irse, que lo que pensaba hacer era retirarse á un monasterio de religiosos, y desde allí avisar en la posada á sus criados que estaba retraído, para que acudiesen allá, y esotro día partirse á Sevilla, porque á su tierra no podia por entonces volver; pesóle á Rufina de ver en él aquella resolucion, y díjole que le pedía no se determinase á lo que intentaba, por el peligro que le podía venir, que aguardase allí un par de horas.

El se ofreció á obedecerla, y dejándole hablando con la criada que habia en Toledo recibido, le pidió Rufina licencia para acudir á cierta cosa que le dejó encargada su padre antes que viniese. Este achaque tomó para comunicar con su esclava, que era con quien mas se entendia, sus pensamientos; retiróse con ella á otro aposento, adonde la manifestó cuán bien le habia parecido aquel caballero, y que se le hacia de mal dejarle ir de su casa, á riesgo de que le prendiesen; y que por otra parte, no sabia si Garay tomaria á bien que quedase allí aquella noche; la esclava era ladina y sabia bien lo que habia de aconsejarla á su ama; hablóla al gusto diciéndola : Señora, en tí seria felicidad hacer cualquiera demostracion de amor con este forastero con tan poco

trato; pues librar en que Garay le admita en casa por esta noche, dúdolo mucho; lo que te aconsejo es que pues esta casa es grande y tiene algunas piezas que no se habitan, como son dos, que se baja de tu cuarto á ellas, que allí le hospedes, y déjame el cuidado de aderezarle la cama y lo necesario, que yo lo haré con brevedad; y esto ha de ser sin que llegue á noticia de Garay, que él está de partida para Madrid dentro de dos dias, y tú quedarás con el que ya amas en casa, dándole, para que no se vaya, á entender que la justicia no se aparta de esta calle. Parecióle bien á Rufina el consejo de la esclava, y mandóla ir á aderezar el aposento que se le señalaba al jóven, lo cual hiciese poniendo en la cama limpia y olorosa ropa, de la mas delgada que habia; así la obedeció la berberisca, con que Rufina volvió á verse con el galan, diciéndole : Señor mio, yo sin licencia de mi padre la he tomado en mandaros aposentar en esta casa, donde á sus ojos esteis oculto, como lo deseais estar á los de la justicia; tenedlo por bien, y recibid de mí este pequeño servicio, de que debeis dar gracias por la voluntad con que le hago, deseosa de vuestra quietud. Con mayores exageraciones que las hechas agradeció Jaime el favor que de nuevo se le hacia, contentísimo de ver que aquel peje habia dado en la red del amor, segun las demostraciones manifestaban. Estuvieron los dos hablando en varias pláticas, en que Jaime comenzó á alabar á la viuda su hermosura: lisonja siempre creída de las mujeres, y de esto resultó el mostrársele inclinado, con que fué hacerla á ella la cama, para entablar lo que deseaba, que era ver esto, y que su hermosura fuese quien estos milagros hacia de un fugitivo y temeroso un enamorado. Vino luego la esclava, habiendo hecho lo que se le habia encargado; con esto llevó Rufina á Jaime al aposento, y dejándole en él con luz, le dijo que tuviese paciencia en quedarse solo hasta que ella dejase recogido á su padre. Túvolo el galan por bien, encargándola no dejase de volver á verle, porque sin su vista lo pasaria mal aquella noche. A mí me importa, dijo ella, porque deseo saber muy despacio quién sois y el origen de vuestra inquietud. Con esto se despidió de él, mirándole con una ternura de ojos, que le alentaron al astuto mancebo para esperar buen fin en su empresa.

No era tan viejo Garay que no tuviese sus pocos de brios para desear ser galan de Rufina y tratar de casarse con ella, si él no fuera casado; andaba ausente de su mujer, que la tenia en Madrid, como muchos que, ó por varios en las condiciones, ó por enfadados de sus mujeres, las dejan, olvidándose de ellas, para que viendo su desprecio y olvido, traten de buscar consuelo con quien mas atentos á sus gracias gusten de ellas, para ofensa de los que tampoco las estimaron. Habia dias que Garay no sabia de su esposa, y presumia que debia ser muerta, y determinaba de dar una vuelta á Madrid y certificarse de esto secretamente, para si era muerta tratar de casarse con Rufina, representándola las obligaciones que le tenia; con este pensamiento andaba de partida, y la tenia concertada de allí á dos dias. De-

jémosle en esto, y volvamos á Rufina, la cual luego que hubo venido Garay, le dió de cenar, excusándose de hacer esto en su compañía por fingirse indispueta, cosa que él creyó fácilmente. Acabada la cena, era costumbre suya irse luego á la cama á dormir; acordó á que lo hiciese así Rufina, y cuando sintió que dormía, mandó á sus criadas prevenir la cena al encerrado galán, con quien pensaba cenar con mucho gusto. Hizose así con brevedad, con que cenaron los dos regaladamente, yéndose Rufina por puntos declarando con acciones demostrativas que estaba rematada de amores. Luego que se alzaron de los manteles, mientras las criadas cenaban lo que de la mesa habia sobrado, que no era poco, pidió á su huésped que le dijese su nombre, patria y á qué habia venido á aquella ciudad; y él, por darla gusto, fingió esta quimera, para la cual le pidió attention, y él dijo así:

Mi patria, hermosa señora, es Valencia, ciudad de las mas nobles de España, como os lo habrá dicho la fama que de ella corre siempre, pues con ella la gana á muchas ciudades en lo noble, en lo rico y en lo afable de su clima y amenidad de sus campiñas; soy allí de la noble y antigua familia de Pertusa, bien conocida en todas partes; mi nombre es don Jaime Pertusa, á quien nuestro Rey, por servicios de mis antepasados, me honró este pecho con la roja cruz de Montesa y la encomienda de Silla, que es de las mejores de aquella órden; sin lo que vale tengo un mayorazgo que de mi padre heredé, que valdrá tres mil ducados de renta; nací solo y con las obligaciones dichas; puse los ojos en doña Blanca Centellas, dama ilustre y de muchas partes en Valencia, á quien serví con muchas finezas; no me las pagaba con el amor que ellas merecian, siendo de esto causa estar esta señora aficionada á un caballero que la servia tambien, llamado don Vicente Pujadas; este fué á mí preferido, con que yo desesperaba de celos. Quiso este caballero quitar delante de sí todo lo que le podia hacer estorbo en su amorosa pretension; y así, una noche que me halló en su calle, acompañado de tres criados me acometió, llevando yo solo uno conmigo; defendime cuanto pude, mas sañí mal herido de la pendencia, de suerte que pensaron que muriera de las heridas. No se pudo averiguar quién habia sido el que me hirió, aunque todos lo presumian, y la justicia por la fama de ser don Vicente mi competidor le prendió, mas él probó la coartada con sus criados, con que fué libre. Convalecí de mis heridas, y sentido de ver con la ventaja que mi competidor me habia acuchillado, no quise para vengarme guardarle nobles respetos, sino con la misma le acuchillé, de modo que él salió mas mal herido que yo; hubo personas que me conocieron en la calle y depusieron contra mí, cosa bien nueva en Valencia, porque por este camino raras veces se averigua nada; fué fuerza ausentarme temiendo el peligro del herido, que le daban poco término de vida, y el mio, si sus deudos trataban de vengar su muerte. Salí de Valencia y víname á esta ciudad, donde ha un mes que estoy; en él he sabido de persona confidente de Valen-

cia, con quien me correspondo, que mi contrario está ya sin peligro, y convalece á toda priesa, y juntamente está capitulado con doña Blanca. De esto he tenido mas sentimiento que de haber hoy encontrado dos hombres, que pagados por don Vicente, vinieron aquí á matarme por su órden; acometiéronme en esta calle, herí al uno, pienso que de muerte, con que me escapé de sus manos con la gente que acudió á meter paz; hallé vuestra casa para refugio mio, donde ya no temeré el peligro de la justicia que me pueda prender el cuerpo, siendo presa mi alma de vuestra hermosura, si bien es dulce la prision, y en que yo estaré lo que mi vida durare, como sea con gusto vuestro.

Aquí cesó la narracion del fingido don Jaime, dejando á Rufina contentísima de ver en aquel caballero partes para ser amado y principios de aficion en él, con que le prometia ser ya esposa suya. Esto discurrió en breve instante, y lo que le respondió fué: Señor don Jaime Pertusa, mucho me pesa que hayais conocido á Toledo para disgustos vuestros; que con ello no tengais intencion de volver tan presto á la patria, podria estarle bien á quien desea veros en esta ciudad muy asistente, y os aseguro que á poder por mi parte hacerlo, lo emprendiera por todos los caminos que hubiera, aunque entraran aquellos que con pactos fuerzan las voluntades; si es verdad esto, lo que la naturaleza no hizo, quisiera que hiciera la industria. Una voluntad me debeis de poco tiempo á esta parte, que si como es os obligara, me pudiera tener por muy dichosa, y fuera el mas eficaz hechizo que yo pudiera hacer; no me hizo el cielo tan hermosa como deseara ser en esta ocasion; mas si afectos de amor obligan, yo espero de vos que conozcais en breve las obligaciones que me debeis. Mil veces, dijo don Jaime, beso la tierra que pisan vuestros chapines, pues aun de ella con el favor que de vos recibo no es digna mi boca; no pienso que os deba nada que no os haya pagado, y así no temo pleito de acreedores. En cuanto á desear forzarme el albedrío, os respondo que es menester poca fuerza para quien le tiene rendido, y con esto que os digo habréis excusado el valeros de ilícitos medios, cuando vuestra hermosura es el mas poderoso hechizo que me enajena de mí por estar en vos; dichosa la hora en que fuí acometido por aquellos asesinos de mi patria, pues por un disgusto que en ella tuve, hallo en su descuento mil gustos que le consuelan; con los favores que oigo de vuestra divina boca déme el cielo vida, que si va mi amor seguro y en bonanza, me prometo felicísimo puerto en vuestra gracia; con ella renuevo alientos y pierdo la memoria de mi patria, pues adonde tengo dicha y gusto, allí es la mia. Estas y otras razones amorosas pasaron don Jaime y Rufina, sabiendo el bellacon enamorarla bien, y ella, dejándose llevar de su engaño, no atendia á otra cosa que estársele contemplando perdida de amor; el tiempo se pasaba en estos coloquios amorosos, y así cerca de las dos de la noche Rufina se retiró á su cuarto, bien pesarosa de hacerlo, y el engañoso mozo se quedó á acostar,

no poco contento de ver cuán bien había surtido efecto la traza de Crispin. El estaba con algun cuidado, porque en aquel día ni otro no pudo ser avisado de lo que pasaba por la presencia de Garay; mas desde que este se partió á Madrid, con mas libertad vivió Rufina enamorada de su huésped. Avisó don Jaime á Crispin con la esclava, escribiéndole un papel de la manera que andaba favorecido; con ella le respondia Crispin dándole otro, y en un bolsillo cien doblones para que se entretuviese jugando y diese algunos á las criadas para ir granjeando su voluntad para lo que se ofreciese.

Luego ese día que se fué Garay á Madrid se halló Rufina ocupada con dos visitas que le vinieron de dos damas vecinas suyas, cosa para ella de grandísimo disgusto; porque en aquella ocasion mas estimara que la dejaran sola con su galán que no ser visitada. Luego que las amigas se fueron, se fué á aposento de don Jaime, que así le llamaremos mientras durare el engaño; en él le halló entreteniéndose con una guitarra que la esclava le había dado. Era el jóven diestrísimo músico, y hacia tambien versos de buen aire, cosa que lleva el valenciano suelo, pues hay en él admirables músicos y poetas; de una gracia y otra estaba adornado. En fin, el tal don Jaime se estaba entreteniendo con la guitarra; llegó Rufina con pasos lentos al aposento, oyendo la dulce armonía de las templadas cuerdas heridas con diestra mano; y sin ser sentida del jóven, le estuvo aguardando, echando de ver que queria cantar este romance con dulce y sonora voz, que la tenia extremada.

¿Quién pensara que mis males,
De quien jamás estoy libre,
Trocara fortuna en bienes,
Para hacerme mas felice?
Penas que un tiempo me dió
El alado dios de Chipre,
El mismo convierte en glorias,
Para que yo las estime.
Al bajel de mi esperanza,
Que el imperio de Anítrite
Surcó por saladas ondas,
Viendo peligrosas sirtes,
Hoy, sin temer huracanes
Adonde en golfos peligro,
Le conduce á alegre puerto
Una hermosura sublime;
A quien el alma y potencias
Se le postran y se rinden,
Si bien tan poca victoria
No es de sus blasones timbre.
¡Oh tú, dueño de mi alma!
Pues á conocerte vine,
Oye á tu Gerardo atenta
Lo que de su pena dice.
¡Bellas ninfas del Tajo, decid si visteis
Que se abraze con nieve quien ama firme?

A vuestra hermosura apelo,
Clori, aunque de exceso paso,
Por ver que en nieve me abraso,
Y que con fuego me hielo.
Nadie me dará consuelo,
En pena que es tan crecida,
Si la que da la herida
El remedio no la aplique.
¡Bellas ninfas del Tajo, decid si visteis
Que se abraze con nieve quien ama firme?

Nuevas llamas fueron las que abrasaron el tierno pecho de Rufina con oír al fingido don Jaime cantar; parecióle en extremo su dulce voz, su gran destreza, y sobre todo notó en la letra que había cantado, que le pareció haberse hecho por él al suceso pasado; y era así, que el pícaro era bellaco, y con unas puntas de poeta, y con buen natural que tenia, en breve hizo de memoria aquella letra para cantársela á Rufina, la cual cantó así como había sentido que ella le escuchaba. Entró la enamorada moza donde el galán estaba haciendo diferentes falsas en la guitarra, y díjole: Señor don Jaime, ¿esa gracia mas teneis? Mucho me huelgo, aunque no me maravillo, porque Valencia cria regaladas y dulces voces. La mía es muy mala, dijo él, mas ha cantado esta letra muy gustosa. Ya veo, dijo Rufina, que la letra es tan moderna, que no ha tres dias que estaba por hacer. Así es verdad, dijo don Jaime; mas ¿qué mucho, si la causa por quien se hizo tiene tanto poder que hará á los troncos tener alma y amarla, qué será á mí, que soy criatura racional y conozco mejor sus partes amándolas? No seas lisonjero, dijo ella, que á saber que lo que me decís es cierto, aun pudiérais acordaros mejor de este hospedaje; pero los hombres saben encarecer lo que no sienten, y fingir no amando. En uno y en otro os engañais, dijo él, y así, creed de mí que puedo dar por bien tenido el susto de mi prudencia y el peligro de verme preso, á trueque de haber tenido la dicha de conoceros; lo que os suplico es que me pagueis esta fina voluntad confiando de mí, que os amo tiernamente. Con estas le supo decir don Jaime otras amorosas razones á Rufina; de modo que desde aquella tarde le comenzó á favorecer de suerte que el pícaro desistió de la empresa comenzada, y dió en amar á Rufina; ella vivia engañada, porque se pensaba que su huésped era el que se había pintado en la relacion, y lo que mas la aseguró esto fué el preguntarla él quién era; no quiso parecerle inferior á sus ojos, y así en breves razones le dijo cómo descendia de los ilustres caballeros Meneses de Portugal, aunque había nacido en la ciudad de Badajoz. Bien se pensó con esto el pícaro que hurtaba bogas y enderezó á casamiento, desengañado de lo que Crispin no queria en su edad desengañarse, que era el conocer los peligros de su trato y cuán á pique andaban, hurtando, de subir á una horca. A este mozo le pareció bien Rufina, y mucho mas que fuese noble, y trató de enamorarla muy de veras y merecerla por esposa. Lo mismo pensaba hacer ella; y así, correspondiéndose como finos amantes, Rufina se descuidó, y don Jaime se halló favorecido de ella del todo.

Quedó Rufina con el temor de que Garay volveria presto allí, como le había prometido; vió lo que le debía, que estaba en lugar de su padre, y que como tal le conocian en Toledo; echaba de ver tambien que venido había de sentir mucho que le dejase, aunque ella le pensaba dar algun dinero secretamente y despedirle de sí; considerólo mejor, y mudando intento, se resolvió en irse de Toledo y que la hallase ausente de allí Ga-

ray cuando volviese de su jornada, persuadiendo á don Jaime que la llevase á su patria Valencia; esto determinaba decirle pasados dos ó tres dias, porque la vuelta de Garay no sería hasta pasados quince, segun él habia dicho á la partida. En tanto pues que Rufina lo consideraba mejor, pasaban ella y su amante gustosos, y él no poco enamorado de ella, por lo cual determinaba desistir de su primer intento, aunque le pesase á Crispin. Era por tiempo de invierno, en que las noches son largas; y así las entretenian los dos amantes, ya platicando de varias cosas de amores, ya cantando, habiendo tambien Rufina manifestado la gracia que en esto tenia, con que á dos voces cantaban algunos tonos de los que corrian entonces. Una noche que ya habian cantado y hablado de diferentes materias, deseó Rufina que su galan les entretuviese á ella y á sus criadas con alguna cosa; y así le dijo que si sabia alguna novela para que contándosela las entretuviese una parte de la noche. Era el jóven general en todo y de buen ingenio; y así, para obedecer á su dama y manifestar que tenia buena prosa en las narraciones, dijo: Aunque quien es tan entendida como tú, hermosa Emerenciana y dueño mio, le parezca mi prosa vulgar, préciome de ser obediente á tus mandatos, tanto, que no dejaré de obedecer en este particular, con que haciéndole préstamo, podrán tener disculpas los yerros que en mí se conocieren; y así, habiendo oido á un caballero de Valencia bien entendido esta novela, quiero referirtela. Sosegóse un rato, y comenzó así:

NOVELA TERCERA.

CAPITULO XVII.

Jaime, para divertir á Rufina, da principio á la novela de A lo que obliga el honor.

En Sevilla, ciudad insigne, metrópoli de la Andalucía, madre de nobles familias, patria de claros ingenios, erario de los tesoros que envian las Indias occidentales á España, nació don Pedro de Ribera, nobilísimo caballero de la ilustre casa de los duques de Alcalá, tan estimada en aquel reino; por muerte de sus padres quedó heredero de cuatro mil ducados de renta, con que se portaba en Sevilla lucidamente, siendo el primero que en todos los actos públicos se hallaba, señalándose mas que todos en su lucimiento y porte. Tenia este caballero un primo hermano en Madrid, asistente en aquella corte del mayor monarca; habia ido á ella á unos pleitos, de que tuvo buen suceso con sentencia en favor, y pagado de la vivienda de la corte y trato de sus cortesanos, trocó la asistencia de su patria por la de esta ilustre villa; tuvo en ella amistad con un anciano caballero, cuyo nombre era don Juan de la Cerda, en quien concurrían muchas partes, por donde era estimado de todos. Honrábase el pecho con la roja insignia del Patron de las Españas, á que se le añadía una encomienda de dos mil ducados. Era este caballero viudo, y de su matrimonio le quedó sola una hija heredera de cuanto tenia, en quien la naturaleza puso con

particular cuidado todo su afecto en hacerla hermosa, con no poca envidia de las damas de Madrid. Pues cómo el luminoso planeta excede á los lucientes astros que toman de él luz, así esta hermosísima dama, como sol de la hermosura, excedia con ellas á las damas de Madrid.

Deseaba don Juan casar á esta señora con persona muy á su satisfaccion, que la igualase en la calidad y hacienda. Bien pudiera don Rodrigo de Ribera, que así se llamaba el primo de don Pedro, de quien primero he hablado, intentar este empleo, por su sangre y por la amistad que con don Juan de la Cerda tenia; mas era hijo segundo en su casa, y esto le enfrenó á no tratar de emprenderlo, considerando cuán poca hacienda tenia para igualar dote tan aventajado. Lo que hizo fué proponer á su amigo don Juan la persona de su primo, que estaba en Sevilla, haciéndole relacion, así de sus partes como de su mayorazgo; parecióle bien á don Juan, mas prudentemente quiso hacer informacion de esto primero, sospechando que don Rodrigo con la pasion de deudo podria haberse alargado en su alabanza y hacienda. Y así, teniendo don Juan un amigo en Sevilla, le escribió luego que se informase de las partes, persona y hacienda de don Pedro de Ribera con toda verdad, porque le importaba no ménos que calificar su casa con él y remediar á su hija doña Brianda. En breve tuvo respuesta, en que conformó el amigo con cuanto don Rodrigo habia dicho de su pariente; y aun se alargó mas que él, no excediendo de la verdad en su informacion; con ella se halló muy gustoso don Juan, y así se vió luego con don Rodrigo, y le dijo informase á su primo de esto, tratando con él el casamiento de su hija. Hizolo así, y don Juan quiso primero que se le enviase un retrato de la dama para no hacer esto á ciegas, fiándose de su primo, que no daria lugar al pintor para que la copiase lisonjeramente, sino con toda verdad y fidelidad. Hizolo así don Rodrigo, con que don Pedro quedó gustosísimo, y remitió á su primo que las capitulaciones se hiciesen en tanto que él partia, para lo cual le envió su poder. En tanto que don Rodrigo trataba de esto con don Pedro, doña Brianda contemplaba en otro retrato, que don Pedro le habia enviado. Este caballero hizo lucidas galas; con ellas partió á Madrid; no pudo partir con él su familia, porque quedaron á que se les acabase una lucida librea, y con solo un criado partieron en dos mulas con sola la compañía del mozo de camino, que en otra, no peor que las que llevaban los dos, seguia su largo paso, llevando don Pedro no poco deseo de llegar á Madrid por ver á la hermosa doña Brianda, de quien iba aficionadísimo por el retrato, que no le apartaba de su pecho, envuelto en la misma carta que su primo se le habia enviado.

Media jornada antes de llegar á Toledo comieron, y mandando don Pedro al mozo de mulas que se adelantase á prevenirles posada en la ciudad, él se quedó entreteniendo sobremesa con unos hidalgos de Orgaz, que era el lugar donde estaba, á los naipes; perdia, y

picóse, con que el juego duró hasta que los dieron lugar á desquitarse, que fué algo mas tarde que quisiera. Púsose á caballo, é informado del camino que habia de tomar, comenzaron él y su criado á caminar; anoche-cióles á una legua andada, y hubieron de proseguirle con la sombra de la noche, que fué mas oscura que otras, por estar el cielo nublado y no dar lugar á que las estrellas mostrasen su resplandor, ya que la luna, por ser muy menguante, no les podia favorecer; con esto é ir divertidos erraron el camino; de modo que vinieron á dar en unos olivares, media legua antes de llegar á Toledo. Como no sabian el camino, ignorando en la parte que estaban, determinaron, por no alejarse mas de Toledo, de apearse en aquel olivar y aguardar allí hasta que el alba con su luz les mostrase el camino; quitaron las maletas á las mulas, y sobre ellas se tendieron debajo de un olivo, que fué el verde pabellon de aquella cama campesina; el cansancio les trajo sueño, y así se rindieron á él, que no debieran, pues cuando mas á placer dormían, descuidados de lo que les habia de suceder, acertaron á llegar á aquel sitio cuatro hombres con lentos pasos, que el patear de las mulas los llevó á aquel sitio. Estos eran unos ladrones que venian de hacer un hurto, mas no les salió cierto, y volvianse á Toledo; no quisieron perder la ocasion, pues los ofrecia cabellos; y así, viendo á los dueños de aquellas mulas durmiendo, convenidos en lo que habian de hacer, se abrazaron dos con cada uno, y atán-doles las manos atrás, les despojaron de cuanto tenían, exceptuando los jubones y calzoncillos de lienzo, y por hacer mas brevemente su fuga, hasta las mulas se llevaron.

Quedaron amo y criado lamentándose del suceso, culpando el criado á su señor en haberse divertido tan á lo largo al juego, pues por esto les vino aquella desgracia; haciendo varios discursos sobre ella estuvieron, hasta que las aves con su dulce canto comenzaron á hacer salvas á la aurora, que salió agradecida al aplauso que la hacian; oyeron entonces cerca de sí balidos de ganado, con que comenzaron á voces á llamar á su pastor, que vino luego adonde estaban, y les desató, compadecido de verlos desnudos. Preguntáronle que cuánto habia de allí á Toledo, y díjoles que media legua corta; pero que si querian ir á un cigarral de su dueño, que estaba de allí muy cerca, que él los guiaria, donde fiaba de la piedad de una dama que en él asistia, que remediaría su necesidad. Tomaron su consejo, y siguiendo al pastor, los llevó á un cigarral, á quien el cristalino Tajo muraba por una parte; tenia lucida casa, con altas torres y dorados chapiteles; llegaron á él, y llamando el pastor, les fué luego abierta la puerta por un hombre anciano, que servia á aquella señora de mayordomo de su hacienda del campo, teniendo á su cargo gobernar la familia de los pastores y beneficiar los esquilmos que del ganado sacaban. Subió el pastor que los guió hasta allí, y en breves razones hizo relacion á su señora de la desgracia de los forasteros y que se venian á valer de ella; mandólos subir, llegando

don Pedro á su presencia con harta vergüenza suya, por venir desnudo; solo se abrigaba con una capa que el pastor le prestó. Hizo relacion de su viaje y que iba á Madrid á un pleito, no diciendo quién era, sino solo que era un hidalgo de Sevilla, cuyo nombre era Fernan Sanchez de Triviño. Compadecióse doña Victoria de verlos así, en particular á don Pedro, que le pareció bien su persona; y entrándose adentro, de unos baules que tenia sacó dos vestidos de color, que les dió, mandándoles que se vistiesen luego; hiciéronlo así, con que don Pedro, ya vestido, hizo mejor ostentacion de su talle, con que se agradó mas de él doña Victoria, no apartando de él los ojos. Llegó la hora de comer, y sin escrupulizar en hacerlo en su compañía, la dama comió con don Pedro, que no acababa de darla gracias del favor y merced que le hacia.

De esta suerte estuvieron dos dias en el cigarral, sin declarar la dama lo aficionada que estaba de don Pedro, sino con los ojos, que ellos fueron intérpretes de su pena. Bien lo conocia don Pedro, y lo comunicaba con su criado, mas no se atrevia á decirle nada como estaba tan próximo á casarse. El criado le animaba que no perdiese aquella ocasion, pues se la habia ofrecido la fortuna, ni fuese cruel con quien se le habia mostrado tan piadosa. La soledad del sitio, la hermosura de la dama y el habérsele declarado algo le obligaron á don Pedro á que correspondiese á su aficion; empero la dama no quiso llegar á los brazos, si primero no le daba palabra de ser su esposo. Ya don Pedro estaba encendido en su amor, olvidada la dama del retrato, y aconsejándose de su criado sobre lo que debia hacer en esto, él le dijo que no perdiese la ocasion que le ofrecia la fortuna, que podia gozar aquella dama, cumpliendo con ella en darle palabra de esposo y aun cédula, mas que en ella no dijese su nombre, sino el que le habia dicho; así lo hizo don Pedro, con que doña Victoria de Silva, que así se llamaba la dama, dió lugar á que el caballero llegase á los brazos con ella.

De esta manera estuvo en el cigarral otros cuatro dias, y haciéndola entender que iba á solicitar la sentencia de un pleito que traia en el Consejo de Indias, á que era importante hallarse su persona, alcanzó licencia de doña Victoria, con palabra de que volveria con brevedad pronto á verla; con esto partió otro dia muy de mañana con muchas lágrimas de la dama, y él fingió con la cubierta de un lienzo en sus ojos que la acompañaba en el llanto. Partió con esto del cigarral, habiéndole la dama dado mulas y dineros para llegar á Madrid; de contado le vino el castigo por lo que habia hecho, pues al entrar en Illescas un machuelo espantadizo dió un brinco, cogiendo á don Pedro descuidado, y dió con él en el suelo desconcertándole una pierna, con que fué menester quedarse en aquella villa curando con un algebrista que trajeron de Toledo. Allí le dejáremos por volver á doña Victoria, que quedaba con la partida de su galan llorosa y con mucha pena. Una criada suya que acudió á componer la cama en que habia dormido, hallóse que por descuido habia dejado-

se don Pedro el retrato de la dama con quien iba á casarse envuelto en la carta que con él le envió su primo. Púsole todo en manos de su señora, y ella descogiendo el papel vió el retrato, con que la puso en nuevo cuidado y pena; acrecentóle uno y otro leer el papel, que decia de esta suerte:

«Primo y señor mio: Con esta va el retrato de mi señora doña Brianda de la Cerda, bien y fielmente sacado de su original; bien creo que su hermosura será para vos estímulo que apresure vuestra venida. Su padre don Juan os aguarda con grande alborozo; no dilateis la jornada, que con esta hermosa copia será grosería; en tanto dispongo las capitulaciones en la forma que hemos tratado; con vuestra vista se firmarán, y podeis estar gozosísimo de haber hallado tanta dicha. — Vuestro primo, don Rodrigo de Ribera.»

Apenas pudo doña Victoria acabar de leer el papel, y con la pena que de haberle leído recibió, la dió un desmayo, estando con él mas de media hora en brazos de su criada; volvió de él dando grandes suspiros y vertiendo muchas lágrimas; quejóse del engañador sevillano, y mucho mas de su facilidad, pues se habia determinado á entregar su honor á un hombre que vino á su casa despojado de unos ladrones. Aquel dia pasó en solo llorar; mas echando de ver que su reputación corría riesgo, no quiso que se dijese de ella que un hombre la habia burlado; y así, con la luz que la habia dado la carta de á lo que iba y con quién se casaba, determinó irse á Madrid, pues lo podia hacer mejor que otra, por no tener deudo cercano á quien dar cuenta de su intento, sino un hermano en Flandes sirviendo en aquellos ejércitos, donde era capitán de caballos. Dió parte de su intento á Alberto, un criado anciano de su casa que la habia criado desde niña, y á él le pareció bien, ofreciéndose á acompañarla; con esto hizo cargar dos carros de su labranza de todo lo necesario para el adorno de una casa principal, y partieron á Madrid, donde luego que hubieron llegado á aquella insigne villa, se informó Alberto de dónde vivia don Juan de la Cerda y de si el novio que esperaban habia venido de Sevilla. Súpolo todo y que don Pedro aun no era llegado á Madrid, cosa que puso en cuidado á doña Victoria, ignorando la desgracia que le habia sucedido en Illescas.

Lo primero que hizo esta agraviada dama fué alquilar una casa sola que estaba muy cerca de la casa de don Juan de la Cerda; en ella quiso que estuviese Alberto, con nombre de que él era el señor de ella; luego le mandó que acudiese en casa de don Juan de la Cerda, y allí procurase saber si tenia necesidad de una dueña para su servicio, que en este traje se quiso mudar por desconocerse mejor á los ojos de don Pedro. Hizo la diligencia Alberto, con tantos deseos de acertar, que tuvo buen efecto, porque doña Brianda no deseaba otra cosa sino hallar una dueña que la sirviese; como le fué propuesta por Alberto, en nombre de hija suya, no solo la recibió en su servicio, pero á él tambien por su escudero, que tenia agradable presencia, y sus blancas canas le autorizaban mucho; habiendo pues negocia-

do á medida de su deseo, volvió con la respuesta á doña Victoria, de que se mostró muy gustosa, y porque doña Brianda deseaba verla presto. Aquel dia sacaron todo lo necesario para vestirse una viuda moza, y se hizo á toda priesa; de suerte que otro dia ya doña Victoria pudo ir á verse con la que habia de ser su dueño, en compañía de Alberto, que hacia el papel de padre, y fueron los dos muy bien recibidos del anciano don Juan de la Cerda y su hermosa hija: no quisiera Victoria que lo fuera tanto, por no ver muy pagado de ella al novio que esperaba; y aunque esto la podia enfriar el intento con la máquina que llevaba pensada, no desmayó en él; supo doña Brianda allí la patria de Alberto, que mudó el nombre en Estéban de Santillana, y así le llamaremos con el apellido; dijo ser de Utrera, cerca de Sevilla, y que allí fué casada su hija con un hidalgo honrado de aquella villa, que trataba en Indias, haciendo al Perú viajes, en uno de los cuales habia muerto, dejando tantas deudas, que toda su hacienda se habia consumido en pagar acreedores, y que de estas resultas habia puesto pleito á uno en el Consejo de las Indias, esperando en breve sentencia de él. Como don Juan oyó decir á Santillana ser andaluz, le preguntó si habia asistido algun tiempo en Sevilla; él le dijo que á esta ciudad, como cercana á su patria, iba y venia muchas veces, pero que su hija era quien habia tenido alguna asistencia en aquella ciudad; por entonces no quiso don Juan preguntarles nada de don Pedro de Ribera. Quedóse Victoria por criada de doña Brianda muy contenta con tenerla en su servicio, á quien fió luego las llaves de todos sus cofres y escritorios, no con poca envidia de las demás criadas, que sentian, y con razon, que una de ayer recibida hubiese merecido mas que ellas, con servicios de algunos años. Santillana dijo tener casa cerca de aquella, y mujer, que hubo de hacer este papel Marcela, criada de Victoria, por lo cual no le dieron aposento dentro de la casa de don Juan.

Volvamos á don Pedro de Ribera, que habiendo convallecido llegó á Madrid, yendo á apearse á casa de su primo don Rodrigo, que le habia tenido cuidadoso su tardanza; la causa de ella se la manifestó don Pedro, no reservándole nada de cuanto le habia pasado en el cigarral de Victoria, hasta la palabra que la habia dado, con nombre supuesto, y preguntóle don Rodrigo la calidad de la dama, y don Pedro le dijo llamarse doña Victoria de Silva y ser de lo noble de Toledo. Mostró poco gusto de esto don Rodrigo, afeándole la accion de haber burlado y deshonorado aquella señora, de quien podia temerse; porque á saber que venia á casarse á Madrid, podia verse en algun peligro, si tratase de vengar su ofensa. Hablaron luego en doña Brianda, y dijo don Pedro cuán enamorado venia del retrato, aunque le habia perdido con lo demás que le hurtaron los ladrones cerca de Toledo; pero bien sabia don Pedro que esto no era así, sino que se le habia dejado olvidado debajo de la almohada de la cama, en el cigarral de Victoria, y no le daba poco cuidado de esto. Trató don Rodrigo que antes que don Pedro viese á su suegro y esposa, se

le hiciesen vestidos, así de camino como negros, y en tanto hubo de estarse retirado; esto es cosa que con dineros en Madrid se hace brevemente; y así, dentro de cuatro días se le hicieron vistosas galas de camino, con que fingiendo ser recién venido él y su primo don Rodrigo, se fueron á casa de don Juan de la Cerda, siendo recibido él con mucho gusto, por ver en don Pedro tan buen tallo. Avisaron á doña Brianda que entraba á su cuarto el que había de ser su esposo, y ella estaba con sus criadas, que la acababan de vestir; púsose en su estrado, y sus dueñas en una alfombra cerca de ella, adonde entró don Pedro, acompañado de don Juan y don Rodrigo. Estuvo el galán caballero muy gustoso en la visita y muy despejado, sin que se le pudiese notar la primera necedad de los novios, porque era don Pedro de claro entendimiento y de galán despejo. Vió en el original de la hermosa doña Brianda haber andado fidelísimo el pincel, pocas veces dado á copiar verdades, cuando se han de decir con las colores en empleos como estos. Pagóse mucho de la hermosura de la linda doña Brianda, y ella le pagó en esto, pues quedó muy contenta de la persona de don Pedro.

Habíanse de asentar algunas cosas acerca de este casamiento, que necesitaban la persona de don Pedro; y así él, don Juan y don Rodrigo se retiraron á otro cuarto, donde se encerraron con un escribano y algunos deudos que llamaron á hacer las capitulaciones. En tanto quedó doña Brianda con sus criadas tratando de la persona de don Pedro, su esperado esposo; todas la daban sus parabienes de que fuese tan á su gusto; solo Victoria no la decia nada, cosa que notó su señoría; quedóse á solas con ella, y díjola: Doña Teodora, que así dijo llamarse, ¿por qué, cuando todas mis criadas me dan enhorabuenas de haber acertado en la elección que he hecho de casarme, estás tú tan callada, que si quiera por lisonjearme no las imitas? ¿De qué nace tu silencio? Había de propósito Victoria hecho aquello para venir despues á este lance, como vino. Vió la ocasion á medida de su deseo, y quiso aprovecharse de ella, respondiendo á la propuesta de doña Brianda así: Señora, en la persona del señor don Pedro no hay que poner falta ninguna, que es tan perfecto galán, que no hay mas que desear; y así todos confesarán esto; mi silencio ha nacido de que en Sevilla no conocí otra cosa que este caballero, porque yo viví en barrios que él frecuentaba mucho; la causa no te la he de negar, porque en esta ocasion no es justo que te trate con engaño quien solo desea servirte y tu quietud; pues vivir sin ella lo que ha de durar la vida, mas es muerte civil que vida gustosa de casada. Alteróse con lo que oía doña Brianda, y con apretadas amonestaciones rogó á su dueña que le declarase lo oscuro de aquellas razones preñadas, que no entendía. Ella, que se vió en ocasion de derramar su ponzoña contra don Pedro, tirano de su honor, no fué perezosa en hacerlo; y así, pidiéndola que se fuesen á lugar menos registrado de sus criadas y mas solo, sen retiraron á un camarín, donde la cauta Victoria dijo así:

No cumpliera yo con el amor que, como á señora mía, te tengo, si no te hablase con claridad en lo que te importa no menos que, tu quietud; y así, dueño y señora mía, sabrás que don Pedro tuvo amores con una dama de Sevilla, muy hermosa y principal, si bien sus padres no la dejaron hacienda con que poder sustentar sus honradas obligaciones; el festejo fué tan apretado, que viéndose ella obligada de las muchas finezas, asistencias y regalos de don Pedro, se le rindió con palabra que la dió de casamiento, de que hubo testigos, aunque con vino este matrimonio clandestino secretó por entonces, por vivir don Fernando, padre de don Pedro, que sabia estos amores, y habia procurado con todas veras apartarlos, no viniendo en que don Pedro se casase con doña Elvira de Monsalve, que así se llama esta señora. De la continuacion de su empleo resultaron prendas vivas, que fueron dos hijos y una hija, que hoy están en poder de su madre. Aguardaba don Pedro á que su padre muriese, que vivia con achaques y tenia mucha edad; sucedió así, y cuando doña Elvira se pensó que luego seria esposa de don Pedro y acabarian sus pesares, que los tuvo muchos, de que estoy cierta, por vivir en su barrio, él se retiró de verla algunos días, lo cual visto por ella, determinó de dar parte de este agravio á dos primos suyos, que lo sintieron tanto, que trataron luego de hacer que don Pedro le cumplierse la palabra que le habia dado á su prima. Vivía retirado don Pedro en un lugar suyo, cerca de Sevilla, y con cuidado de guardarse de sus enemigos, que visto que no venia en lo que era razon, trataban de matarle. En este estado lo dejé, cuando mi padre me trajo á Madrid, donde ha cosa de mes y medio que estoy. Esto es lo que puedo asegurarte del señor don Pedro, y que no estará seguro en esta corte, porque los primos de la dama, á quien yo conozco, son caballeros muy calificados y de hecho, los cuales no dudo que vengán aquí, adonde venguen el agravio de su prima, con mas seguridad que en Sevilla, adonde él vivia recatado de ellos.

CAPITULO XVIII.

Prosigue Jaime la novela de *A lo que obliga el honor*.

Atenta escuchó doña Brianda la relacion que le hizo su dueña acerca de la persona de don Pedro, y sintió en extremo que este caballero no viniese de Sevilla tan libre como ella deseaba; acerca del mentado empleo, que la encubierta doña Victoria fingió, le hizo algunas preguntas la afligida dama, de si estaba muy enamorado, de si era hermosa doña Elvira y otras muchas circunstancias, á que satisfizo con mucho cuidado. llevando la mira á que quedase muy en desgracia suya don Pedro; con todo, no dando entero crédito doña Brianda á lo que habia oido á su dueña, remitió el dar cuenta de ello á su padre y que él se informase mejor de todo. Entróse á hablar con él, que ya habian acabado las capitulaciones, y en tanto doña Victoria se quedó en la primera sala, lugar donde asisten las dueñas; allí llegó un criado de don Pedro, á quien él habia mandado acu-

dir á la estafeta por las cartas que de Sevilla le viniesen, y trayéndole un pliego, preguntó á la dueña por su amo, sin haberla conocido: tan disfrazada estaba con las tocas. Ella le dijo estar allá dentro con su señor. Traíale este pliego, dijo el criado, que en la estafeta de Sevilla le ha venido, y estas cartas. Pues si gustais, dijo la astuta Victoria, que yo se le dé, pues que vos no podeis entrar donde él está, yo lo haré por haceros gusto. Hacedme mucho favor, dijo el criado, con que se fué, dejando el pliego en manos de la dueña. Ella lo primero que hizo fué abrir el pliego, y dentro de él poner una carta que brevemente escribió y entrar delante de su señora con el pliego, habiéndole cerrado primero. Ella preguntó ¿que adónde iba con aquellas cartas? Y ella, no mostrando malicia alguna, la dijo: Señora, llévolas al señor don Pedro, que se las trae su criado de la estafeta. Como las mujeres son curiosas, Brianda quiso en aquella ocasion serlo abriendo los pliegos, y en el uno halló la carta que habia escrito la dueña, cuya firma era doña Elvira de Monsalve. Con lo oido de la relacion, púsole deseo de saber lo que la carta contenia, porque ella le habia de dar luz de todo mejor; y así, leyéndola, vió en ella escritas estas razones:

«Vuestra ausencia y mi poca salud, querido esposo mio, me tienen de manera, que acabarán presto con mi vida, y mas con las nuevas que he tenido de que os vais á casar á esa corte; no me puedo persuadir á creer tal cosa de quien me tiene dada palabra de esposo, y hay de por medio prendas de los dos: no os advierto mas de que hay Dios que juzga rectamente, y que tengo á mis primos, que si saben este desprecio con los hechos á mí, irán á vengar su agravio. El cielo guarde vuestra vida, para que conozcais mi fineza y vuestra obligacion. Vuestra esposa, *doña Elvira de Monsalve.*»

Con haber leído esta carta confirmó doña Brianda por verdad cuanto la habia dicho su vengativa dueña. Salió su padre en aquella ocasion, á quien dió cuenta de lo que sabia acerca de don Pedro, mostrándole juntamente la carta de la fingida doña Elvira; quedó el viejo admirado, y haciéndose cruces de ver que un caballero de tan ilustre sangre hubiese tratado con engaño á aquella señora, con hijos de los dos, y que con esto se viniese á casar con su hija; reservó el darle cuenta de que sabia esto hasta informarse mejor de un caballero de Sevilla, amigo suyo, á quien fué luego á buscar.

Apenas don Juan se salió de casa, cuando don Pedro, acompañado de su criado, volvió á ella, que habiéndole dicho cómo el pliego de Sevilla y las demás cartas se las habia dado á la dueña, venia á cobrarlas de ella, puesto que no se las habia enviado á la posada de su primo. Hallóse á doña Brianda en la primera sala, de quien su padre se habia apartado, y díjola: Con menos ocasion, dueño mio, pudiera volver á veros, cosa tan del interés mio, mas en esta me disculpa el volver por unas cartas de Sevilla, que mi criado dejó en poder de esa señora, criada vuestra. Esta se pensó, dijo Brianda,

que vos estábades con mi padre, y os las entró á dar, encontró conmigo, y yo, sabiendo de ella á lo que iba, se las tomé con un poco de curiosidad y recelo, por temer que en Sevilla caballeros de vuestra edad no vivirán sin empleo. Esta curiosidad me ha salido á la cara, si bien puedo agradecer el desengaño, venido tan antes de mi empleo, que peor fuera despues de haberle hecho aquí: he visto esa carta, que leeréis, de quien vos conocéis tan bien; para mí bastaba, sin otra informacion que he tenido, para no tratar de admitir desde hoy la plática de casarme con vos. De la carta sabréis lo que no ignorais, y quedad con Dios, que no os quiero cansar.

Quedóse don Pedro con la carta en la mano atónito, sin saber lo que le habia sucedido; leyó la carta, y vió en ella que algun pecho envidioso de su dicha se la queria barajar por aquel camino, fingiendo aquella quimera; vió á la dueña allí, y sin reparar mucho en ella, la dijo: Señora mia, ¿qué embustes son estos que contra mí se han ordenado? ¿Yo tengo dama en Sevilla y de este nombre? Yo hijos en ella con palabra de marido? Si no es mentira la mayor que ha formado el embeleco, yo quiero perder mi cabeza. Por mí, dijo la dueña, yo creo vuestra satisfaccion; mi señora es bien que la crea, porque está tal, que dudo mucho que permita pasar adelante en este matrimonio, porque á mí me consta que ha dado á su padre cuenta de todo esto, y que él va á hacer informacion de ello con un caballero de Sevilla, que está aquí, muy amigo suyo. Yo me huelgo de eso, dijo don Pedro, pues conocerá que eso es mentira, y que tal dama como esa doña Elvira no la hay en Sevilla; pero á vos, señora, os suplico me digais si privais mucho con mi señora doña Brianda. Soy á quien mas favorece, dijo ella. Pues siendo eso así, replicó don Pedro, bien podréis acabar con ella que oiga mi satisfaccion. Mucho dudo que ella os hable mas, que la vi muy indignada contra vos, y es persona que cuando se enoja, informada primero de la razon, no pierde el odio que cobra en muchos dias. Pues si vos privais tanto con ella, dijo él, bien creo que podréis ablandarla con ruegos, representándola lo que la amo y estimo. En mi mano está eso, dijo la dueña, pero ¿qué me daréis porque alcance con mi señora que haga eso? Quanto me pidais, dijo él, si es que reparais en interés, que mi condicion es liberal, y no reparo en servir á quien me favorece. Moza soy como veis, dijo la dueña, y no tengo perdidas las esperanzas de casarme; lo que me falta para conseguir eso es tener algun dote; en vuestra liberalidad fio, que sirviéndoos me favoreceréis, porque vais cuánto deseo mi gusto. Haced lo que os tengo rogado, dijo él, que yo os prometo quinientos escudos para ayuda á remediaros; y para que esteis mas segura de que lo cumpliré, traed recado de escribir, que de ellos os quiero hacer luego una cédula. Quiso ver doña Victoria en qué paraba aquello; y así en breve trajo papel, tintero y pluma, y púsose en un bufete para que hiciese la cédula que le prometia. Don Pedro anduvo tan galante, que hizo una firma en blanco, ha-

ciendo confianza de la dueña para que sobre ella pudiese la cantidad nombrada; parecióle á ella venirle aquello de perlas, para afirmar mas su intencion; y agradeciéndole á don Pedro el favor que la hacia, le prometió ser muy fiel tercera con su señora, de quien podia esperar muy presto estar en su gracia; así se lo pensó el amante caballero, con que se despidió de ella. Entró en este tiempo Alberto, á quien doña Victoria dió cuenta de lo que pasaba, admirándose de que tan adelante estuviese el enredo, para estorbar aquel casamiento. Díjole la dama que sobre la firma de don Pedro escribiese una cédula de casamiento, que él la hiciese, poniendo la fecha desde el tiempo que estuvo en el cigarral, y con testigos. Así lo hizo luego Alberto, procurando asimilar cuanto pudo la letra de la firma de don Pedro, que era diestro en hacer aquello, por ser grande escribano.

Aquel dia don Juan de la Cerda no halló al caballero sevillano en su posada, y remitió el verse con él el dia siguiente. Esa tarde doña Victoria supo de doña Brianda que por ninguna cosa trataba del casamiento, aunque se quedase sin casar, y de camino descubrióse á su dueña, diciéndola cómo antes que tratara de este empleo era servida de un caballero muy calificado, llamado don Sancho de Leiva, á quien habia comenzado á favorecer con veras, por tenerle amor; mas que la instancia que su padre le hacia en que viniese en casarse con don Pedro la habia obligado á serle obediente; pero que ahora que habia sabido el trato doble de don Pedro, pensaba volver á favorecer de nuevo á don Sancho. Holgóse mucho doña Victoria de saber esto, porque desde luego se prometió buen suceso en su comenzada empresa, y para mas asegurarla, dispuso la voluntad de doña Brianda á que favoreciese á don Sancho. Téngole muy enojado, dijo ella; mas si yo le enviase un papel, no dudo que el enojo se le pasase y volveria á servirme. Ofrecióse la fingida dueña de llevarsele, como la mandase poner el coche, informándose de dónde posaba; no se holgó poco doña Brianda de ver cuán solícita hallaba á su dueña en servirla, y mas en aquello que era tan de su gusto; y así, para tenerle, la mandó que esa tarde fuese en coche á verse con don Sancho, escribiendo un papel para él, que le dió. No lo dijo á lerdá ni descuidada; y así Victoria se fué, no á la posada de este caballero, sino á la casa que habia alquilado, mandando volver el cochera á casa de Brianda, diciéndole que desde allí se iria ella á pié á casa, en compañía de Santillana, su fingido padre. Desde aquella casa escribió dos papeles, uno á don Juan de la Cerda, enviándole á llamar, y otro á don Sancho, haciendo lo mismo, y dándoles las señas de la casa á que habian de acudir. En tanto que los papeles se daban, ella se vistió un galan vestido, y como dama, dejados los hábitos de dueña, esperó estas dos visitas en su estrado, acompañada de su criada. No tardó mucho en venir don Sancho de Leiva, ignorando de quién era llamado, por no conocer al dueño del papel que habia recibido. Apenas habia tomado asiento y hablado con doña Vic-

toria algunas palabras de cumplimento, cuando esta dama fué avisada que don Juan de la Cerda se acababa de apearse de su coche y subia á visitarla. Ella, viendo esto, dijo á don Sancho: Señor mio, á mí me es fuerza hablar á este caballero que viene á solas, pero no que se os vede á vos el saber la política que con él tratare, suplicoos que os retireis á esa alcoba, y detrás de esa cortina esteis atento á cuanto habláremos, que todo ha de redundar en gusto vuestro. Obedeció don Sancho confuso de no saber en qué habia de parar aquella prevención.

Entró don Juan, y habiendo tomado silla, doña Victoria le habló de esta suerte: Confuso juzgo, señor don Juan, que vendréis enviado á llamar por un papel de persona que no conoceis, y de haber venido á esta casa, cuyo dueño tampoco habeis visto; pues porque salgais de confusiones, yo os quiero decir quién soy. Mi patria es la imperial ciudad de Toledo; nací segunda hija en la casa de mis padres, porque un hermano mio es el heredero de ella; nuestro apellido es Silva, que con esto no tengo mas que deciros sobre mi calidad; y sabed que mi padre y hermano, el uno tuvo el hábito de Santiago, y el otro tiene el de Alcántara, con que le fué á servir á su majestad á los estados de Flándes, donde es capitán de caballos. Dejóme en Toledo en compañía de una tia anciana que dentro de pocos dias murió, y por su muerte me retiré á un cigarral que tengo cerca de Toledo, donde asistia entretenida en la administracion de mi hacienda, que consiste en ganados y labranza; aquí pasaba la vida quietamente, entreteniéndome el campo y no conociendo al amor, hasta que una mañana un pastor mio me trajo dos hombres á casa, desnudos de toda su ropa, á quien unos ladrones habian despojado de ella; compadecíme de ellos, en particular del mas principal, y de dos baules de vestidos que dejó mi hermano les saqué dos, que se pusieron; agradeciéronme la piedad, si bien el principal de ellos no la tuvo de mí despues; sus lisonjas, cortesano estilo y caricias que me supo hacer en cuatro dias que allí le tuve huésped me inclinaron de modo que ya no era dueña de mí; el trato continuado obligó á creerle que me amaba, con que declaradamente le amé. Finalmente, con cédula que me hizo de casamiento pudo llegar á mis brazos; y significándome que venia á un pleito cuantioso, en que le importaba asistir al salir la sentencia de él, me pidió licencia para llegarse á Madrid, ofreciéndome volver muy presto: esto con tales afectos de amor, que á otra que le tuviera menos voluntad que yo la engañara; dile cuanto hubo menester para esta asistencia, y con esto partió de mis ojos con harto sentimiento mio. Por un retrato y una carta que se dejó debajo de la almohada de la cama he sabido que viene á casarse á esta corte, y no menos que con el prodigio de la hermosura, mi señora doña Brianda de la Cerda vuestra hija. Como el honor es la prenda de mas estima, viendo el proceder de don Pedro, me determiné á venir á esta corte y valerme de personas de prendas, que en ella fueron amigos de mi difunto padre, para

que con su favor estorben este casamiento; parecióme que la primera diligencia era haceros sabedor de mi deshopra y mal término de don Pedro, para que conociendo lo uno y lo otro, no os determinéis á hacer el empleo que está capitulado, segun he sabido. Yo tengo de seguir mi justicia con esta cédula y los testigos que tengo; pasad los ojos por ella, y ved si me sobra la razon para molestar á don Pedro que cumpla lo que promete. Admirado dejó á don Juan de la Cerda lo que oía á doña Victoria, y con lo informado conoció de la condicion de don Pedro ser voluntarioso y amigo de gozar cuanto se le ofrecia, con el ejemplar que tenia de lo de Sevilla; y así, determinó que el casamiento de su hija no pasase adelante. Descogió el papel que le dió Victoria, y él vió escritas estas razones.

«Digo yo don Pedro de Ribera, vecino de la ciudad de Sevilla, que por esta cédula, firmada de mi nombre, me otorgo esposo de mi señora doña Victoria de Silva, natural de Toledo, á la cual le cumpliré esta palabra, cada y cuando que por esta mi cédula me sea pedido. Testigos Alberto y Marcela, criados de su casa.—Don Pedro de Ribera.»

Habiéndolo leído la cédula y reparado bien en ella, le dijo don Juan: Pésame mucho, señora mía, que don Pedro haya procedido con vos, teniendo tan noble sangre, con trato tan doblado; pues cuando os hizo esta cédula venia á ser esposo de Brianda, mi hija; lo que yo puedo hacer de mi parte es que con este advertimiento no pisará mas los umbrales de mi casa, ni hablaré mas en el casamiento, porque no fuera bien empeñarme á hacerle cuando vuestra contradiccion con tanta justicia me le puede barajar; seguid vuestro intento, y no le dejéis hasta salir con él á cabo, pues os importa no menos que el honor; y en lo que fuere de mi parte para conseguir vuestra pretension, yo os ofrezco mi favor, que amigos tengo aquí que podré valerme de ellos, cuando no por mi persona, para que os ayuden. Agradecióle Victoria la merced que la hacia, vertiendo algunas lágrimas, con que dispuso mejor el pecho del anciano don Juan para ayudarla en cuanto pudiese; la cédula se llevó para mostrársela y que fuese quien con mas verdad le hiciese reconocer su delito. Con esto se despidió de Victoria, diciendo que presto la volveria á ver, volviéndole la cédula y ratificando al salirse de la visita el que la habia de ayudar, como lo veria por experiencia. Con esto se fué, dando lugar á que don Sancho de Leiva saliese del lugar en que estaba retirado; tomó asiento, y doña Victoria le dijo: Ya, señor don Sancho, si habeis estado atento á la plática que tuve con don Juan, habréis entendido mi suceso, y cómo don Pedro por esta causa no será marido de la hermosa doña Brianda; ella me envia á que os diga de su parte que violencia de su padre la obligaba á hacer este empleo muy contra su gusto, y que ha tenido á dicha suma ofrecerse ocasion de que se deje para volver á favoreceros. Esto veréis escrito de su mano en este papel que os envia. Diósele, y con su licencia don Sancho le leyó el hombre mas contento del mundo, por

ver con aquello resucitar su muerta esperanza. Prosiguió doña Victoria su plática, diciendo: Ahora, señor don Sancho, os juzgo vacilante en discurrir con vos mismo cómo este papel pudo llegar á mis manos; dudoso es el enigma á no daros la solucion de él. Ya sabeis, pues sois enamorado, que amor es padre de muchas trasformaciones, y que por él todas cuantas tiene Ovidio se ejecutaron. Segun esto, quien amaba como yo á don Pedro, y de mas á mas tenia de mí las prendas que sabeis, bien creará que por restaurar mi honor y cumplir con mi afliccion habré hecho cuanto pueda por mi parte. Yo vine á esta corte con intento de entrar en servicio de doña Brianda, y lo he conseguido; pues aunque me veis en esta casa, que corre su alquiler por mi cuenta, estoy en la suya sirviéndola de dueña, hábito que escogí por encubrirme mejor á los ojos de don Pedro y hacer cuanto pudiese con doña Brianda que le aborreciese: ya le tengo hecha la cama para que su casamiento no pase adelante, deseando que el vuestro tenga efecto. Y así, ved qué me mandais que diga á vuestra dama; porque de aquí, en el traje que os he dicho, tengo de volver á su casa, que hago gran falta en ella; si gustáredes de escribir, ahí teneis todo recaudo; eso me parece que será lo mas acertado, porque vea Brianda que yo he hecho su mandato con puntualidad. El secreto que sabeis, en lo que toca á mi disfraz, habeis de guardar, que me importa no menos que conseguir mi intento; de vos fio que lo haréis, como de quien sois puedo esperar. Grande admiracion le causó á don Sancho lo que oía á doña Victoria; alabó su valor, y agradeció la merced de haber sido la tercera de sus amores, pidiendo al cielo le diese vida para agradecerle aquel favor, prometió guardarla el secreto hasta que fuese su voluntad de que le revelase. Y por hacérsele tarde á doña Victoria, escribió un papel á su dama muy amoroso, estimando el favor que le hacia y prometiéndola serle firme amante en cuanto tuviese vida. Con esto se despidió de Victoria, á quien dejarémos desnudándose el vestido de dama para vestirse el de dueña, con que habia de volver á verse con doña Brianda, por decir lo que halló don Juan de la Cerda en su casa.

Sentido don Pedro de Ribera de ver la mala informacion que le habian hecho á la que esperaba por esposa, dió cuenta de todo á su primo don Rodrigo, y los dos fueron á casa de don Juan de la Cerda. No estaba entonces en casa, y así preguntaron por doña Brianda, que salió á recibir su visita en pié porque fuese mas breve, que no tenia mucho gusto de ver á don Pedro con lo que sabia de él. El penante caballero comenzó á satisfacerla con mil salvas y juramentos de que en su vida habia conocido tal señora en Sevilla como la que escribia aquel papel, y que algun envidioso de su dicha se la queria barajar por aquel camino; que se informase bien don Juan, su señor, y que si hallase esto por verdad, queria perder el bien de merecer su mano. Salva fué esta que hizo dudar á Brianda si era embeleco el que habia sabido; libraba en la diligencia de su padre el

saber la verdad con mas certeza; y así, lo que les respondió á los dos primos fué que ella no era dueña de su voluntad por haberla subordinado al gusto de su padre, que por sí no podía responderles ni desistir de la mala presuncion que contra don Pedro tenia, que su padre vendria presto y dispondria segun la informacion le hubiesen hecho. En esto estaban quando don Juan entró, que venia de verse con Victoria; en breve le hizo don Rodrigo relacion de lo que estaba tratando y de la queja de su primo, y cómo se ofrecia á que con apretada informacion se supiese si aquello que habian escrito de él era verdad ó engaño. Tomaron todos asiento, y don Juan respondió así.

CAPITULO XIX.

Se da fin á la novela; Jaime se descubre á Rufina; entre los dos tratan de robar á Crispin; lo verifican; marchan á Madrid, en donde se casan; prenden y ahorcan á Crispin; sorprenden en un hurto á Garay y es sentenciado á galeras, en donde acaba la vida.

Señores míos, yo he salido de casa con intento de averiguar, con amigos de Sevilla, la verdad de lo que á don Pedro se le imputa, y no los he hallado; pero quando los hallara, pudiera ser que no hubiera llegado á su noticia este empleo, que Sevilla es gran ciudad, y hay barrios tan distantes unos de otros, que es como estar en dos lugares separados; lo que yo acabo de averiguar en este punto es que don Pedro ha dado palabra de esposo á una dama de Toledo, de quien fué huésped en un cigarral suyo, quando le despojaron ladrones; y demás desto tiene á cargo su honor. Esto lo confirma la misma dama de quien fui enviado á llamar, y lo confirma esta cédula, firmada de su nombre, que no podrá negar, pues todos conocemos su letra.

Puso la cédula en manos de don Rodrigo, y luego en las de don Pedro, sin fiársela de ellas, con que el uno y otro quedaron absortos, y don Pedro descubrió en su turbacion su delito, si bien juraba no haber dado tal cédula con nombre suyo, sino con otro supuesto. Como don Rodrigo sabia el caso, era quien mas afeaba la culpa del primo, por donde don Juan le dijo así: Señor don Pedro, hasta llegar un hombre mozo á conseguir su gusto, y mas si está enamorado, hará cualquiera cosa; venciós amor, y no me espanto que os arrojádes á ser causa del deshonor de aquella dama, no reparando en ser principal y de tan ilustre sangre, y que á la larga ó á la corta, dando cuenta á sus deudos de la ofensa, habian de vengarla; admírome de que viniendo á casaros con Brianda tan enamorado, como por cartas significásteis, hubiese lugar en vuestro pecho para admitir otro amor en él; mas debió de ser apetito, pues tan olvidado de aquel empleo tratábades de segundo. Pues, señor mio, si como caballero deseais proceder, que no lo dudaré de quien sois, lo que os importa es cumplir con esta obligacion, ó habrá quien os haga que la cumplais, que no está esta dama tan desnuda de favor como la juzgasteis; ella ha venido á Madrid á emprender por cuantos caminos haya recuperar su pérdida; halo de hacer, y todos han de favorecer su causa, vien-

do la justicia que tiene; mi consejo es que no deis lugar á que de vos se hable en Madrid mal; cumplid con lo que debeis, y no os ciegue el amor de Brianda, porque antes la encerraré entre cuatro paredes, y que allí acabe su vida, que no se case con vos.

Levantóse con esto de la silla en que estaba, y enojado se entró en otra pieza; lo mismo hizo doña Brianda, con que los dos primos confusos y sin hablarse palabra se fueron á su posada, adonde don Rodrigo dió á su primo una grande fraterna, afeándole su doblado trato. No tenia don Pedro disculpa alguna que dar, solo dudaba cómo aquella cédula se habia hecho firmada con su nombre, pues él no la habia hecho, sino la del nombre supuesto. Dejémoslos en esta confusion haciendo varios discursos, y volvamos á la fingida dueña, que acudió á casa de don Pedro, y llevó el papel de don Sancho á Brianda, holgándose mucho con él, porque temia que don Sancho, enojado de verla casar, no volveria á verla mas. Contóle Brianda cómo habia estado allí don Pedro con su primo don Rodrigo, y lo que pasó con su padre y cómo los habia despedido del casamiento, con otro lance que se habia descubierto de haber don Pedro dado palabra de casamiento por cédula á una dama de Toledo, la cual venia siguiéndole para estorbar su empleo. Hízose Victoria desentendida del caso, y comenzó á decir abominaciones de don Pedro. En esto le vino á doña Brianda un recado de una prima suya en que la convidaba aquella noche para un particular de una comedia que se hacia en su casa, á que respondió que iria allí. Ofreciósele á Victoria luego una traza con que tuvieron fin estas cosas, porque se le logró como quiso, y es que dijo á doña Brianda que si gustaba de verse con don Sancho aquella noche en parte segura, mientras se hacia el particular, podia, porque la casa de su padre estaba franca para todo; queria bien la dama á don Sancho y deseaba satisfacerle á la queja que habia tenido de ella, y así aceptó el envite de su dueña, la cual llamando á Alberto, le dió un papel para don Sancho, en que le llamaba que acudiese á las ocho de la noche á la casa de doña Victoria; y con este llevó otro para don Pedro de Ribera, haciéndole saber cómo doña Brianda, no obstante lo que habia pasado delante de ella y el enojo de su padre, se determinaba á darle la mano de esposa, viéndose aquella noche en una casa, de quien el escudero daria las señas, que no faltase á las nueve de la noche. No fué perezoso Alberto en dar los dos papeles, que entrambos hicieron harta novedad en los que los recibieron, y mas en don Pedro, pues de despedido, se veia llamar á ser favorecido con la mano de doña Brianda, de quien era intercesora su dueña y á quien debia esta obligacion, dando por bien empleado el donativo que la habia ofrecido. Previniéronse los dos galanes, y en tanto doña Brianda y su dueña se pusieron en el coche, dejando á don Juan de la Cerda para acostarse, y se fueron á la casa de Victoria, que pasaba por de Santillana, nombre supuesto de Alberto; llegando á ella, fueron recibidos de Marcela, criada de Victoria, que hacia papel de su madrastra; allí dejaron los man-

tos, y aguardaron á la hora concertada para don Sancho; en tanto que esta se llegaba, Victoria escribió con Santillana ó Alberto un papel á don Juan, que contenia estas razones.

«Mi señora doña Brianda, en lugar de ir al particular que se hace en casa de su prima, se ha venido á la casa de mi padre, con intento de dar allí la mano á don Pedro, no obstante vuestra resolucion; lo que os aviso para que remedieis este daño, con que salgo de mi obligacion, dándoos este advertimiento.»

Con este billete se fué Santillana, advértido que hasta dadas las nueve y media no se le diese á don Pedro; y así lo hizo. Mientras esto se disponia, don Sancho no se descuidó de acudir adonde era llamado; hizo una seña, y fué abierto, con que se halló muy presto en presencia de su dama, donde todas sus quejas se satisficieron, y Victoria los dejó solos en un aposento que cerró tras de sí. Llegóse la hora de las nueve, en que don Pedro cuidadoso acudió á la casa de quien le habia dado las señas bastantes para no errarla, y haciendo tambien la seña, le abrieron. Vióse con Victoria, la cual le entró en un aposento sin luz, diciéndole que importaba no se mover ni hacer ruido allí, porque en breve vendria su señora á estar con él; él lo prometió, con que estuvo aguardando el tiempo que Victoria se ocupó en quitarse las tocas y monjil y vestirse de gala. Hecho esto, se fué al aposento, donde hablando en baja voz, pudo engañar á don Pedro y darle lugar á que se diese por favorecido. Dejémoslos así, y volvamos á don Juan, que al tiempo que se comenzaba á desnudar llegó Alberto y le dió el papel de su señora. Alborotóse el ansiano caballero, y saliendo de casa acompañado de Alberto, fueron á la del corregidor, que era muy cerca, á quien el afligido viejo dió cuenta de lo que pasaba; el corregidor era amigo suyo; y así, acompañado de sus ministros, fueron los dos á la casa de Alberto, donde llamando á grandes golpes, fueron abiertos. Llevaban de propósito linterna y una hacha por lo que sucediese, que fué bien menester, porque hallaron toda la casa á oscuras; encendieron la hacha y alumbrando un criado con ella, fueron por todos los aposentos de la casa mirándolos; en uno hallaron á don Sancho y á doña Brianda, y preguntándoles el corregidor qué hacian allí, respondió don Sancho que estar con su esposa, y ella confirmó lo mismo. Quiso don Juan sacar la espada contra ellos, mas el corregidor le reportó, advirtiéndole que su hija no asistia allí con quien pensaba, que aquel caballero era don Sancho de Leiva, bien conocido en la corte por su mucha calidad. Tuvo por bien don Juan de la Cerda este casamiento á trueque de no ver á su hija empleada en don Pedro, á quien queria mal desde que supo sus enredos. Pasaron luego á otro aposento que hallaron cerrado, y queriendo derribar la puerta de él, abrió por de dentro don Pedro, saliendo adonde estaban, el cual les dijo que él estaba allí con doña Brianda, su esposa, y que por gusto suyo habia venido á aquella casa á desposarse con ella. A estas razones salió del aposento doña Victoria diciendo:

Engañado estáis, señor don Pedro, que no soy quien pensais, sino doña Victoria de Silva, á quien debeis su honor, y él me ha obligado á ponerme en servicio de la señora doña Brianda, sirviéndola de dueña. Reconocióla don Juan de la Cerda con mas atencion, y asimismo su hermosa hija, y viendo todos el disfraz que habia hecho para recuperar su honor, le hicieron cargo de ello á don Pedro, el cual, hallándose convencido de todos, de nuevo ratificó la palabra dada; lo mismo hicieron don Sancho y su dama, reservando hacerse las bodas para de allí á ocho dias, de quienes fueron padrinos dos grandes de España con sus mujeres. Vivieron contentos los cuatro novios, teniendo despues hijos, que fueron el consuelo y alegría de sus padres.

Mucho gusto dió la bien referida novela de don Jaime á Rufina y á sus criadas, siendo ella otro eslabon mas en que se iba encadenando la voluntad de Rufina, y así le favorecia con mas caricias. Parecióle al jóven que ya tenia conquistada su voluntad y que no habia mas que querer, y así se la pagaba, determinado desistir del intento que traia de robarla, y deseaba hallar ocasion para decirselo: ofrecióse la buena á Rufina; porque como ella creyese ser don Jaime el mismo que en su relacion habia dicho, le dijo cómo su intencion era, antes que su padre volviese de Madrid, irse de su casa, llevándose lo mas precioso de ella, y que se podian ir á Valencia, pues allí era poderoso y de tal sangre, que tendria su padre por bien este casamiento. Aquí fué fuerza al mozo descubrir la trama que habia fabricado para rendir á Rufina, y porque no viviese en mas engaño, le dijo así: Dueño y bien mio, conociendo vuestra voluntad en favorecerme, os quiero tratar con claridad, hablando lisamente con vos, en lo que hasta aquí no habeis sabido, y perdonadme, que amor solo puede disculpar mi delito: no lo ha sido el amaro; porque claro es que no está en vuestra mano resistir que no os amen los que ven vuestra divina hermosura; yo la he visto, y vencido de su poder, rendími albedrío y tres potencias á vuestra beldad: victoria que conseguiréis muy fácilmente de otros mas rebeldes pechos que el mio; luego que miró la luz de estos dos soles, se rindió por esclavo suyo, y lo confesará siempre. Este preámbulo he anticipado á lo que os pienso decir para que él disculpe mi yerro y dore mi delito. Yo no soy el que mi relacion os ha dicho, si bien soy nacido en Valencia, pero de padres humildes, gente honrada y limpia; el mio pasaba su vida honestamente, valiéndose del trabajo de sus manos, que con esto os he dicho que fué oficial en el ministerio de alpagatero; nací con altos pensamientos, que no queriendo abatirme á ejercer aquel mecánico oficio, me vine á Castilla, habiendo estado primero en la Andalucía, y he tenido suerte, que con mi honrado proceder nunca me saltaron amigos y dineros. Llegué á esta ciudad, en compañía de un hombre llamado Crispin, que en Málaga estuvo preso por no sé qué delito, que él no me ha querido confesar. He sido de este hombre obligado, con haberme hecho la costa del camino y

prestádome dineros, como conoció en mí buena voluntad y deseos de ser su amigo; habiéndome granjeado esto con buenas obras, un día se declaró conmigo, aconsejándome que procurase introducirme en vuestra casa, para que él después se introdujese en ella; al fin á que esto se dirigió fué á que, sabiendo que tenéis mucho dinero, os robásemos, que con esto que oí en su boca acabé de creer lo que me presumía, que era haber estado preso por ladrón en Málaga. Con este pensamiento fingimos una pendencia, me retiré á vuestra casa, donde he hallado tanto favor en vos y tanto agasajo en vuestras caricias, que ellas frustrarán el intento de Crispin; porque desde hoy que os doy cuenta de esta máquina trataré de hacerle á él tiro en la moneda que trae, para castigo suyo, no permitiendo el cielo que á quien tanto me ha favorecido dé ingrato pago con ofensas. Yo os he descubierto mi pecho; ahora disponed de mí lo que fuéredes servida, que no tengo de consentir que os haga daño, aunque yo desdiga de la calidad que os había fingido.

Admirada quedó Rufina de lo que oía á su galán, considerando la mala intencion de Crispin; que habiéndola en Toledo conocido, trataba de vengar el hurto que le había hecho en Málaga, y estaba con temor de si Crispin le había dicho á Jaime quién era y su proceder. Esto de haberse declarado en decir quién era, dando por fabulosa la relacion que la había hecho, la obligó para declararse tambien con él; y así, en breves razones se desdijo de su primer informe, declarándole su origen y quién fueron sus padres, con lo sucedido hasta haber llegado á Toledo: cosa que había ocultado hasta aquel punto; mas el amor y el vino hacen hablar mas de lo necesario. Cuadróle al mozuco que Rufina fuese igual suya; y así, siendo mas conforme la union, trataron de casarse y dejar á Toledo por Madrid; pero que esto había de ser, decia Rufina, habiéndose vengado primero de Crispin, que estaba indignada contra él por la máquina que levantaba en su ofensa. Ofrecióla Jaime que le dejase á él hacer, que con capa de amistad entraria su engaño, no solo para dejarle sin moneda, mas para asegurarse dél cuando intentase vengarse del arañó; porque había de dejarle en la cárcel de Toledo; y así, esa misma noche salió de casa de Rufina para verse con Crispin, á quien halló en su posada, bien desconfiado de verle: holgóse mucho con la presencia de su compañero, el cual le dió cuenta de cómo estaba introducido con Rufina y que la tenia medio inclinada á favorecerle; pero que lo que le importaba para asegurarla mas era tener algun dinero que gastar con ella y sus criadas, para que obligada con esto hiciese mas confianza dél y creyese que la amaba. En esto fué estafado Crispin, con toda su antigüedad de ladrón, pues para que hiciese ostentacion de lo que había fingido le dió cien escudos en oro que gastase á su albedrío, esperando de ellos otros tres tantos de logro; sacólos de un talego donde tenia mas de quinientos doblones, habidos en buena guerra; echó toda su vista Jaime al lugar que escondia aquella

amarilla moneda, y juró de dejar al talego sin opilacion de ella, como lo cumplió muy presto. Pues viendo que Crispin salia á dar dos perdices y un conejo á la huésped para que los asase, para cenar con su camarada, él en tanto se llegó á una maletilla, depósito de aquella moneda, y haciendo saltar la chabeta del candado que la cerraba, como diestro en aquel oficio, la abrió, y de ella sacó el talego preñado de doblones para que tuviese su parto en diferente lugar que el dueño se había pensado. Cenaron muy á su placer, y Jaime se despidió de Crispin, dándole buenas esperanzas que brevemente veria conseguido su deseo. Con esto se volvió á casa de su Rufina, que fué de ella bien recibido; dióla cuenta de lo que le había pasado con Crispin y de cómo había pagado con su dinero el atrevimiento de intentar robarla; mostróla los doblones á solas, con que la alegró la vista, que era muy aficionada á moneda, y mas si era en oro. Díjola Jaime cuánto importaba salir luego de Toledo antes que Crispin hallase menos su dinero; mas á esto dió una salida buena Rufina, no obstante que se aprovechó del consejo de su galán en cuanto á la fuga; esta fué valerse del arbitrio de Málaga, dando aviso á un alguacil, muy gran perseguidor de ladrones, cómo Crispin estaba en Toledo, no le ocultando la posada y señas del tal arañuelo de las haciendas. Despues de haber escrito el papel que avisaba de esto, trataron de su partida, en ocasion que hallaron dos carros, que partian luego á Madrid, en que cargaron toda su ropa y demás bienes, y con sola la esclava que les sirviese, se fueron á la corte, piélagos que admiten todo peje, adonde determinaba Rufina estar encubierta hasta saber de Garay.

Dejémoslos poniendo su casa, y volvamos á lo que resultó del papel que recibió el alguacil, el cual no hubo acabado de leerle, cuando puso en ejecucion el aviso que en él se le daba, porque llamando corchetes, fué acompañado de ellos esa noche despues del aviso; y llegando á la posada donde Crispin estaba, con mas esperanzas que un judío de que Jaime le había de dar entrada en casa de Rufina para hacerle señor de su moneda, fué cogido en su aposento y puesto en la cárcel. Habia poco que un juez de Málaga le buscaba en Toledo, y no hallándole, dejó á este alguacil las señas de su rostro, por las cuales fué luego conocido del que le fué á prender. Llévaronle á la cárcel, y toda su ropa se guardó, en la cual iba, á su entender, la moneda en oro que le había pillado Jaime, que nunca la había echado menos, siendo esto favorable para los dos amantes. Lo que resultó de la prision de Crispin fué que, poniéndole á caballo en aquel tremendo potro de madera, fué muy mal jinete en él, hablando lo suyo y lo ajeno; con que sustentada la causa, le sentenciaron á muerte de horca, para que en ella hiciese cabriolas delante de todo un pueblo; y no fué poca misericordia de Dios venir á parar en esto, arrepentido de sus pecados, porque aunque es este el paradero de todos los de su oficio, las mas veces mueren de muertes súbitas, á la violencia de una escopeta ó al rigor de una espada. Ahorcaron á

Crispin, y del tiempo que fué ermitaño le quedó morir buen predicador en el patíbulo. Bien echó de ver que aquel castigo le habia venido por Jaime, mas como buen cristiano le perdonó á la hora de su muerte.

Rufina y su amante, escondidos de los ojos de Garay, á lo menos ella, vivian en Madrid casados, porque luego que llegaron se hizo la boda. Garay habia pasado á Alcalá, donde le habian dicho que estaba su mujer, y á la hallando allí, comenzó á acompañarse de gente del araña, y así tuvo la medra; porque siendo hallados en un hurto, todos pasaron por la pena de azotes y seis años de galeras; fué llevado á Toledo en la cadena, y allí, entendiendo que estaba Rufina, la escribió un papel, en que la pedia que pues por su industria habia granjeado lo que tenia, se doliese de su trabajo y le sacase dél, redimiéndole de las galeras con dar un esclavo en su lugar, que esto se hacia cada dia. El portador del papel buscó á Rufina en la calle donde le dijeron; mas luego supo de los vecinos de su casa su mudanza, con que el buen Garay, cargado de hierros, de años y de trabajos, fué á ser batanador del agua y criado de su majestad, con otros muchos que no pretendieron aquel cargo.

CAPITULO XX.

Saben Rufina y su marido que un autor de compañía de comedias tenia en su poder dos mil escudos, y disponen entre los dos el robárselos; lo logran y marchan á Zaragoza, en donde se establecen, poniendo una tienda de sedería, viviendo como honrados hasta su muerte.

Volvamos á Jaime, que campaba en Madrid lucidamente; presto se acompañó de buena gente, toda amiga de trasportaciones sin ser culta, porque estas eran de alhajas y moneda. Hicieron algunos hurtos rateros con tanta cautela, que no se pudo hacer averiguacion de los delinquentes, con que ellos andaban mas alentados, y nunca ociosos en buscar dónde emplear las garras.

Habia hecho un autor de comedias que asistia en Madrid una lucidísima compañía, de lo mejor que habia en España; esto alentado de un poderoso príncipe, que con el ejemplar que otros le dieron antes, que hacian esto, quiso imitarles aun con mas afecto, no sé si de piadoso en amparar á pobres, ó llevado de otra cosa; al fin, él tomó por su cuenta, á costa de su dinero, el amparo deste autor, y para principio de año le granjeó los mayores cómicos que entonces habia; de manera que tenia dobles los personajes; esto hizo con intencion de que sin ayuda de otro autor tuviese la fiesta del Corpus de Madrid, cosa que no se habia visto hasta allí. Compróle comedias, que le escribieron los mejores poetas de la corte, siendo de este señor pagados y rogados, de modo que les alentó á escribir cortado para esta grandiosa compañía; con que otra que estaba en Madrid, viendo ser sin fruto su competencia, desistió de la corte, y se fué á Toledo, donde tomó la fiesta de aquella imperial ciudad. Quedándose pues este flamante autor en la corte, la villa le dió la fiesta del Corpus, y para lucirse de galas adelantó toda la paga, que fueron dos mil escudos en plata; así se sacó en

condicion, con haber entonces tanta esterilidad de ella, pero fué negociacion de apasionados de la compañía. Llevóse el autor el dinero á su posada, que depositó en un cofre que tenia en su aposento. Tuvo aviso de esto la cuadrilla de Jaime, y queriendo hacerse dueño de aquella moneda, no supieron cómo harian el hurto, discurriendo con varios caprichos. Remitiéronse al parecer de Jaime, que le habian hallado bueno en algunas ocasiones, y él reservó para otro dia el dársele, por pensarla mas despacio. Aquella noche se retiró con su esposa, á quien dió parte de lo que traian entre manos él y sus amigos. Dudoso de cómo emprenderian aquella hazaña, ella, que era viva de ingenio, le dió el modo cómo consiguiese lo que deseaba, con el aparejo que tenia de ser poeta. Trazaron el hurto, y á la mañana Jaime lo comunicó con sus camaradas, que les pareció muy bien la traza; no se dice, reservándolo para la ejecucion de la empresa.

Vistióse otro dia Jaime de estudiante, comprando de los roperos de viejo una loba muy traída, y aun manchada, requisito de poetar; con ella casó un manteo de bayeta muy raída, calzóse anteojos grandes, y con un sombrero de grande falda, se previno de lo que era menester para lo que intentaba, costándole dos noches de desvelo. Otro dia se apareció en el mentidero, en ocasion que la compañía holgaba, por causa de unas tramoyas que se hacian para una comedia de tres poetas en el corral del Príncipe; halló allí al autor, y llegándose á él con mucho comedimiento, despues de haberle preguntado por su salud, le dijo así: Yo, señor autor, por la gracia de Dios, soy poeta, si no lo ha vuestra merced por enojo. Era socarron el autor, y acostumbrado á verse muchas veces con semejantes figuras, y respondióle: Séalo vuestra merced por muchos años, que no me enojaré por eso. El fundamento de mis letras, dijo Jaime, estriba en haber sido artista en Irache, donde soy graduado de bachiller, con no pocos aplausos de mi nacion, que soy vizcaíno, para servir á Dios y á vuestra merced; mi patria es Orduña, nacido de la mejor sangre de aquella antigua villa; mi nombre es bachiller Domingo Joanchó, bien conocido en toda Vizcaya; allí, no desestimado el bien que el cielo me ha hecho con la gracia *gratis data* de ser poeta, he cursado la poesia hasta venir á dar en hacer comedias; he trabajado algunas con no pocos desvelos, no de estas que corren en estos tiempos, porque son muy extraordinarias las que tengo escritas, que serán hasta doce. Víneme á esta corte, donde hay tan lucidos ingenios, para aprender de ellos y manifestar mi gracia; ha sido mi suerte tan buena, que hallé aquí á vuestra merced con la mas lucida compañía que hay en España, en quien deseo emplear cuanto traigo; esto hallando gusto en vuestra merced para ponerme siquiera media docena de comedias mías, que en cuanto al precio de ellas no nos desconcertaríamos; dígame vuestra merced su sentir acerca de mi proposicion. Era este autor diferente que otros, que en llegándoles cualquier poeta á dar una comedia, huyen del tal, si no es de los clásicos, y

aun no quieren oírlo, como si Dios, que dió ingenios á aquellos que están acreditados con ellos, limitara su poder, y no le diera á muchos con mucha mas claridad. Vuelvo á decir que este autor era muy jovial, y el tiempo que no se hallaba ocupado gustaba de toparse con estas aventuras, y así quiso ver qué títulos eran los de las comedias que traía, porque ellos informasen del ingenio de su autor. Preguntóle que cómo se intitulaban las que tenía escritas. Entonces el fingido Jaime, que hacía aquel papel con mucha socarronería, sacó una memoria de ellas y leyóselas al autor, diciendo :

MEMORIA DE LAS COMEDIAS QUE EL BACHILLER DOMINGO JOANCHO, POETA VIZCAÍNO, HA ESCRITO EN ESTE AÑO EN QUE AL PRESENTE VIVE, CUYOS TÍTULOS SON ESTOS :

La infanta descarriada.

El que tenga, tenga.

Ahi me las dén todas.

Escarpines en Asturias.

El Lucifer de Sayago.

La gandaya.

El roto para vestir.

No me los ame nadie.

Tárraga, por aquí van á Málaga.

Los lamparones en Francia.

Turrones donde no hay muelas.

La señora de Vizcaya.

Estas son las doce comedias que tengo escritas, y de todas ellas no quisiera que otra se representara mas presto que la última, por ser cosa de la patria; es una comedia de gran migajon, y casazo para alborotar diez cortes; y pondérola con decir que me ha costado inmenso trabajo hacerla.

Mucho hizo el autor en disimular los golpes de risa que le vinieron oyendo los títulos de las comedias, y quisiera tener mas espacio para gozar del entretenimiento del poeta vizcaíno; lo que le dijo fué : Señor mio; mucho me he holgado de conocer á vuestra merced, aunque hasta ahora no sabia su nombre; justo es que se manifieste en esta insigne corte de España; lo que por mi parte puedo hacer es el oírlo con toda mi compañía la comedia de quien tiene mas satisfaccion, y esta, á fuer de poeta nuevo, se me ha de dar de gracia, que es cosa esta usada; las demás que me contentaren pagaré á como nos concertaremos, que tanto me podrán satisfacer, que haga un empleo para todo mi año, aunque me empeñe; esta noche habrá lugar de leer en mi posada; al anochechar vendrá vuestra merced, y nos manifestará sus gracias en la comedia que quisiere. Esta de la *Señoresa de Vizcaya* he de leer primero, dijo él, que es la que ha de ser apoyo de mi fama. He reparado, dijo el autor, en que la llame vuestra merced señoresa, pudiendo llamarla señora, que es vocablo mas usado. Así es, dijo el fingido poeta; pero como simboliza tanto la cadencia de señoresa con princesa, duquesa, marquesa, condesa, baronesa, etc., así la

llamo señoresa, y es cosa de novedad, que como vuestra merced mejor sabe, el tiempo no está para otra cosa, sino para oír novedades, que lo comun y trivial hasta los rústicos no se dignan de oírlo. Cada instante se pagaba el autor del disimulado poeta, que con no poco artificio hablaba de aquel modo con él. Previnole que no faltase á la hora dicha, con que se despidió de él. Jaime dió luego cuenta á su cuadrilla de cómo había negociado con el autor audiencia, ofreciendo que por su parte le entretendría de modo que pudiesen hacer el hurto; valiéronse de llaves y ganzúas, hurones de las arcas. Llegada la noche, acudió á casa del autor el disfrazado poeta á leer su obra. Ya el autor tenía hecha relacion á su compañía del sugeto que aguardaba y que tendrían con él alegre noche, con que no faltó persona de ella, y en la sala de los ensayos aguardaban todos al poeta, que vino muy disimulado. Recibieronle todos con cortesés agasajos, haciéndole sentar en una silla, delante de la cual estaba un bufete con dos bujías, y sacando su comedia, encuadrada lucidamente, viendo al auditorio con quieto silencio, leyó así :

COMEDIA FAMOSA DE LA SEÑORES DE VIZCAYA, HECHA POR EL BACHILLER DOMINGO JOANCHO, POETA VIZCAÍNO.

Son las personas que hablan en ella las siguientes :

DON OCHOA, caballero.

DON GARNICA, caballero.

GOYENECHÉ CUCHARON, su lacayo.

Tenga vuestra merced, dijo el autor : ¿ no le basta á lacayo un nombre? No, señor, dijo Jaime; que el primero es su apellido, y el segundo muy conforme á la propiedad de lo que representa; pues como el cucharon revuelve los guisados, este revuelve la maraña de la comedia. Pase vuestra merced adelante, dijo el autor. Prosiguió diciendo :

GRACEGELINDA, señoresa de Vizcaya (nombre muy propio para las gracias que dice).

GARIBAYA } *criadas suyas.*

GAMBOINA }

LORDUY, escudero viejo.

ARANCIBIA, mayordomo.

Una herrería.

Pare vuestra merced por amor de Dios, dijo el autor : ¿ esa herrería ha de hablar? No, señor, dijo el poeta pero estése erre erre allí, porque es necesaria en la comedia. Pues no se ponga, dijo el autor, entre los personajes de ella. Así será, dijo el bachiller.

Trece vasallos de la señoresa.

¿ Trece? replicó el cómico; ¿ no se pueden reducir á menos número? No, señor, dijo el poeta, porque estos son de trece casas solariegas, y cada uno en su nombre da el voto para casarse esta señora, y el faltar uno era hacer un desprecio de una familia honrada; yo voy muy legal con la historia de Vizcaya, y no querria faltar un átomo de lo que dice. Pues eso se me hace fuerte

cosa llenar la comedia de tanta gente, dijo el autor, que no tengo yo tanta. Alquiléla vuestra merced, dijo el poeta, que para una comedia como esta no hará mucho. ¿Hay mas gente? dijo el autor. Si hay, dijo el poeta fingido. Item, *siete doncellas*, que hacen un sarao á su señora á la entrada de Vizcaya. Vuestra merced traza una comedia, dijo el autor, con cosas exquisitas; ¿dónde quiere vuestra merced que busquemos siete doncellas, y mas en esta corte? Señor, no hay medra sin costa, dijo el poeta; doncellas habrá de anillo, ya que no las haya en propiedad, que sean para representar, y estas suplirán la falta de las verdaderas; aunque si se hallasen seria mas propia la comedia. Con eso me ha dejado vuestra merced consolado, dijo el autor, y toda esa cantidad tengo en mi compañía, aunque me valga de las mujeres que no pisan tablado. Vaya vuestra merced comenzando los versos. Así lo haré, dijo el poeta.

Salen en la primera escena don Ochoa, galán primero, y Goyeneche Cucharon, su lacayo, de camino entrambos, con botas, espuelas, fieltros y quitasoles. Pues si fieltros, ¿para qué quitasoles? dijo el autor. Mal sabe vuestra merced, dijo el poeta, lo que es el temple de Vizcaya en verano; señor mio, hay unos aguaceros, que parece que se abren los cielos de agua, y es recísima, y luego sale un sol que derrite los sesos. Bien lo creo, dijo el autor; ahora diga vuestra merced. Sosegóse el poeta, y con buena gracia comenzó así:

OCHOA.

Goyeneche Cucharon,
Esta es Vizcaya la bella,
Y este su primer mojon,
Y aquello que me vuelve á ella
Es afición, afición, afición.
Esta es del país la raya,
Sin que le falte una pizca,
Hasta donde el mar se explaya.

CUCHARON.

Y por una haya bizca
Le dieron nombre Vizcaya.

OCHOA.

La señoresa del país
Es Gracegelinda hermosa,
El dueño suyo y de mis
Potencias.

CUCHARON.

Es una rosa.

OCHOA.

Desde Sansueña hasta Paris.
Mi competidor Garnica
Entiende hacerme la mueca;
Mas si este ingenio se aplica
A atajarle en cuanto pica,
Yo estorbaré en lo que peca;
De amor la cruel borrasca
Pasé, y su furia diablesca,
Con la boca de tarasca
Favores que de ella pesca
Los masca y aun los remasca.
Aquí vengo revenido,
Y reconvenido mas,
Que amor mucho me ha rendido.

CUCHARON

De tu fineza tendrás
En premio...

OCHOA.

¿Qué?

CUCHARON.

Celos y olvido.

OCHOA.

Mucho mi astucia machucha
En buscar favor acecha,
Para gozar de esta trucha.

CUCHARON.

Pero poquito aprovecha,
Que no has de verte en la lucha.

OCHOA.

Este es el palacio, aquel
Estuche que fiel me guarda,
Mas que alentado lebrel,
La vizcaína alabarda
De dama, que asiste en él.
Llama á la vela.

CUCHARON.

A candil,

O vela.

Aquí sale uno de los trece, que se llama Chavarría, con un candil en la frente, y dice desde lo alto de un castillo, que ha de estar formado en el tablado:

CHAVARRÍA.

¿Quién, pesa tal
Viene pasado el abril
A llamar con furia tal?
¿Es corchete ó alguacil?

OCHOA.

No soy corchete ni broche,
Sino un hombre que despacha
Cuanto topa á troche y moche.

CHAVARRÍA.

Pues no se me da una hilacha,
Desde el punto del alba hasta la noche.

CUCHARON.

Tu cólera aquí se aplaque;
Aunque este mozo contra ti peque.

OCHOA.

¡Oh pesa su badulaque,
Quién se volviera alfanegue
Para castigar á este traque barraque!

Consideró el auditorio que si con estos versos continuaba el referir una larga comedia de quince pliegos, que sería darles á cada uno un tabardillo; y así con un murmurio sordo comenzó á alterar el silencio. No deseaba otra cosa el fingido bachiller; pero dando un golpe en el bufete, con que hizo temblar las dos bujías, dijo en alta voz: Señores, *tacete, tacete*; no entendía el lego auditorio el latín, y así se comenzó á alterar mas, hasta matar las luces; desenvainaron luego botas de camino, talegazos de arena, y en forma de culebra de cárcel, se vió una confusión en aquella sala, de donde salió el poeta maltratado y perdida su comedia; harto le pesó despues de haberse puesto en aquel lance, por donde juzgó á los peligros que se ponen los poetas pésimos, que se atreven á leer sus comedias á gente maleante y fisgona, reservando los comedidos, para que cada uno piense serlo él. Lo que resultó de la culebra fué que la cuadrilla de Jaime, que eran tres buenas lanzas, no se descuidó, porque con su buena maña dejaron al autor sin el dinero de las fiestas. Llevóse en casa de Jaime, adonde se partió dándole á él de conformidad, y por tener parte en la traza de su esposa, doscientos escudos mas. El siguiente día, que el autor quiso comenzar á sacar galas, acudiendo á su dinero, vió

el cofre abierto y que faltaba de él dinero; quedó del susto sin sentido. Preguntó á su mujer quién habia entrado allí, y no supo darle razon alguna. Hizo luego varias diligencias, dando cuenta á la justicia; visitaron las calles vecinas al mentidero, y fué sin provecho. Fué lastimado el autor á dar á su protector cuenta del suceso; mas el príncipe, entendiendo que era estafa, no le creyó. Cayó malo de pesadumbre, con que se le fué creyendo la mala burla, atribuyendo á tener parte en ella el poeta, el cual fué buscado con mucho cuidado; mas no pareció, que él se supo guardar y sus compañeros. Con esto fué condenado el príncipe á darle la hurtada cantidad, que estas generosidades han de hacer los que nacieron con mas prerogativas que otros. Al

fin el autor convalació en breve con la restauracion de su dinero, á costa de la generosa mano que lo suplió; con todo, no cesaban los alguaciles de hacer averiguaciones del hurto y de buscar al poeta; lo cual sabido de Jaime, dando cuenta de ello á su esposa, le aconsejó que deixasen á Madrid, pues tenian dinero con que poder pasar en otra parte tomando algun trato; siguió su parecer el mancebo; y así, dejando á Madrid, se fueron á Aragon, donde en su metrópoli la insigne ciudad de Zaragoza tomaron casa, y en ella pusieron tienda de mercaderías de seda, ocupándose en este tráfico el tiempo que les duró la vida, la que pasaron dedicándose á actos de virtud, á fin de enmendar en parte sus extravíos pasados.

LA INCLINACION ESPAÑOLA.

POR

ALONSO DE CASTILLO SOLORZANO.

GOBERNABA el poderoso reino de Polonia Casimiro, prudente y esforzado rey, temido de sus enemigos, y amado de sus vasallos; este en las guerras que tuvo con sus comarcanos reyes siempre salió vencedor, porque asistía en ellas, sin exceptuarse del cuidado y trabajo que causa el peso de la guerra, considerando que la presencia del rey en ella acrecienta el brío del soldado para pelear mejor, pues como conoce que su dueño le mira, procura aventajarse para gozar despues el premio que merece por sus hazañas. Conociendo esto Casimiro, premiaba á sus soldados, viniendo por sus puños á verse en mayores estados, y de esta suerte tuvo en sus ejércitos valientes capitanes que le ganaron ricas provincias, conque era el rey mas temido de la Europa. Entre los capitanes que mas se señalaron en las guerras que tuvo con el de Dinamarca y Moscovita fué uno que acertó á venirse de España por cierta desgracia que no refiero. Era un gran caballero de las calificadas casas de Castilla; vino con su mujer, que á esto le obligó temer una violencia de un rey airado, con quien estaba descompuesto por medio de émulos suyos, que envidiaban sus partes y valor. El nombre de este caballero era Enrique, y el de su esposa amada Blanca; tan lealmente sirvió á Casimiro, que le obligó á darle premios muy iguales á sus grandes servicios, con que llegó á verse conde en la corte de Polonia.

Un día que el Rey salió á caza, libre del trabajo de la guerra, que no se la daban sus contrarios de temor, despues de haber muerto dos jabalíes y un ligero corzo, quiso descansar en la márgen de una clara fuente, adonde, no con majestad de rey, sino con llaneza de igual á sus caballeros, quiso merendar en su compañía: acción que no disminuye la majestad real, usada tal vez, antes acrecienta amor en los súbditos. Despues de haber merendado se trató de varias materias, y entre ellas del esfuerzo de todas las naciones. Los polacos se daban el primer lugar entre todas, y el segundo al español; otros se apasionaban por el francés, otros por el húngaro; en efecto, hubo diversos pareceres entre ellos,

estándoles atento á todo Enrique con mucha nota de Rey, porque conoció que por modesto no celebraba su nacion, cuando merecia tan buen lugar entre todas; y para meterle en conversacion, le dijo el Rey: Amigo Enrique, ¿qué es la causa porque alabando todas las naciones, dándoles el lugar que merecen ó su pasión les dicta, tú estás tan mudo, pudiendo dar voto tan bien como todos, segun conozco de tu prudencia? A esto respondió el cuerdo caballero: Serenísimo señor, en competencias tales, que suelen resultar de ellas disgustos, nunca yo doy mi voto; fuera de que seria ignorancia mia introducirme á darlesiendo extranjero, donde tantos caballeros naturales hablan con tanto acierto. Con todo, dijo el Rey, gustaré de oírte, y así te mando que en este particular digas tu sentimiento. Porque la obediencia me obliga, dijo Enrique, habré de obedecerte; y así digo, que en las victorias se conoce el mayor valor, pues cuantas mas se ganaron, eso adquieren de fama á la nacion que las consigue; y si hemos de dar crédito á las historias, es cierto que por ellas se sabe que nacion ninguna ha alcanzado mas nombre, por las grandes victorias que ha tenido, que la española; esta belicosa nacion parece que nació solo para aventajarse á todas las demás en el valor y en la bizarría; y la mayor señal de que es esto que digo cierto es ver que todas las naciones en poniéndose en competencia de otras, todas se dan á sí el primer lugar en el valor, porque es cierto que cada una se ha de alabar á sí, y luego el segundo le dan á la española; de donde se infiere que, reconocida esta por segunda de todas, viene con esto á ser la primera. Y porque vuestra alteza vea cuán inclinados somos los españoles á las armas, si se pudiera hacer una experiencia que diré, lo conociera mejor. ¿Cual es? dijo el Rey, que por dificultosa que sea, yo la haré poner en ejecucion. Es, dijo Enrique, tomar un niño pequeño que apenas haya hecho mas que dejar el pecho de su madre ó ama, y encerrar á este tal en una parte oscura donde no vea la luz del sol, y cuando salga hombre de allí, aunque vea cuanto pueda serle cebo

de los ojos de agrado, á lo primero que se inclinará será á las armas, porque estas le mueven el apetito á seguir su profesion y le da incentivos para pelear. Esto es lo que siento. Mucho me huelgo, dijo el Rey, de haberte oído eso, y quisiera hacer la experiencia mas á mi gusto que ahora puedo; pero tú verás que la hago, sino con la propiedad que quisiera, con la que pueda; y aun será castigo tuyo por no haber alabado mi nacion, siquiera por cumplimiento. Esto dijo el Rey con algun enfado, de que quedó Enrique con pesar de verle así; presto le tuvo él de haber alabado su nacion tanto y de darle intencion para pruebas de ella, porque sabiendo el Rey que Enrique tenia un solo hijo de solos dos dias que le habia nacido, violentamente se le tomó de su casa, con tiernísimo sentimiento de Blanca, su madre, y de su padre. A este le hizo encerrar en una oscura cueva que hizo á propósito con sus aposentos cavados en peña viva, capaz de habitar en ellos con mucha comodidad. Cuidaban de este niño dos mujeres, la ama que le criaba y otra: estas dos sin luz alguna criaron este pequeño infante hasta la edad de cuatro años, enseñándole la lengua polaca. Desde esta edad á la de quince años entró un caballero, y por mandado del Rey le doctrinó con luz de vela, de quien aprendió desde las primeras letras hasta saber bien la filosofia, siendo en él la enseñanza aun mas dificultosa, porque como estaba encerrado y carecia de noticias, era menester trabajar mas, por darle á entender lo que ignoraba de vista. Era el niño de gallardo entendimiento, y así cuanto le fué enseñado lo aprendió con eminencia, dando muy buena razon de todo, hasta llegar á la edad de cinco lustros, en la cual mostraba grande impaciencia de que el Rey le tuviese allí encerrado, careciendo de lo que Dios crió en el mundo para regalo del hombre. Su prision era secreta para muchos, porque cuando fué traído á la cueva se le llevaron á su madre de un lugar cercano á la corte donde vivia, y se le puso pena de la vida á ella y á su esposo si decian que por mandado del Rey se habia hecho esta violencia; y así, si no era el Rey, el caballero que le enseñaba, su ama y la compañera que le servian en la prision, no lo sabian, y esto con el gravámen de ser castigados si revelasen el secreto. El sentimiento de Enrique y Blanca de verse sin su hijo y no tener otro para su consuelo les quitó la vida en breve tiempo, pesándole ya al Rey de haber comenzado á hacer experiencia que le costaba perder en Enrique un gran soldado; hizo que se les honrase en muerte mucho, y propuso que en saliendo el jóven de la cueva le haria grandes mercedes. Su maestro, entre las cosas que le enseñaba, despues de haberle instruído en la ley cristiana, eran diversas lenguas, en que salió muy erudito. Decíale muchas veces que ninguna cosa habia mas hermosa que el sol, de cuantas criaturas Dios habia formado, despues de los ángeles y el hombre; que él era regocijo de la vista, alma del dia, fomento de las plantas y quien ayudaba á engendrar todas las cosas. Esto habia concebido Cárlos, que así se llamaba el jóven encerrado, con que era sumo el deseo que tenia de verle.

Tenia el Rey dos hijas, las mas hermosas y bizarras damas que habia en la Europa: la mayor se llamaba Sol, y la segunda Claudomira; eran dotadas de cuantas gracias puede tener una hermosura, sin las que con el estudio habian ellas adquirido, que era saber muchas lenguas, cantar y danzar; y Sol en particular sabia hacer excelentes versos. De esta dama habia alcanzado un retrato Rosardo, príncipe de Dinamarca, mancebo bizarro y valiente, aunque tan soberbio, que era mal querido de los vasallos de su padre por las demasías que con ellos usaba. Con el de Dinamarca tenia Casimiro firmadas paces, y acabábase el tiempo; de modo que presumian que volverian á sus temas antiguas de la guerra, porque el Dinamarqués habia perdido en las pasadas guerras doce fuerzas que le habia ganado el Polaco, y deseaba cobrarlas, por ser las mas importantes de su reino. Bien quisiera Rosardo que su padre no intentara guerra con Casimiro, porque estaba enamorado por el retrato de la bella infanta Sol, y gustara mas de que se tratara de paces y casamiento con ella que de guerras. Era el de Dinamarca altivo y soberbio, al fin padre de Rosardo, que tuvo él á quien parecer, y no osaba el hijo tratarle estas cosas, porque sabia cuán ofendido estaba del Polaco. Tenia este príncipe grande amistad con el príncipe de Suecia Felisardo, y hallándose los dos en una caza general que se hizo en los confines de los dos reinos, que duró casi un mes, el Dinamarqués le mostró al Sueco el retrato de la infanta de Polonia, y de solo verle quedó tan enamorado Felisardo, que desde aquel dia no tuvo un punto de sosiego, con lo cual, por poder vivir, se determinó ir á Cracovia, corte del Polaco, á ver este prodigio de hermosura; previno lo necesario, aunque determinó ir encubierto, y puesto en el camino le dejarémos por decir lo que pasó en Polonia.

Tenia Casimiro tanto cuidado con el encerramiento de Cárlos por ver el fin de la experiencia que en él hacia, que siempre tenia la llave de la cueva consigo; y para llevarle lo necesario para su persona y doctrinarle el maestro, se la habia de pedir al Rey; dióla en presencia de sus hijas algunas veces, cosa que puso deseo y cuidado en Sol de saber de dónde era aquella llave; y así un dia llamó á Doristeo, el maestro de Cárlos, y preguntóselo; mas él, como le estaba encargado aquel secreto, dijo que era de la librería de su padre. No se satisfizo de esto la hermosa Sol, y así el primer dia que vió darle la llave al Rey mandó un paje que le siguiese y tuviese cuenta dónde abria con aquella llave; anduvo el paje diligente en servirla, y obediéndola puntual, siguió á Doristeo, y vió que atravesando un ameno jardin del cuarto del Rey salia á la calle y abria unos sótanos que estaban contiguos al palacio, volviendo despues á cerrar; esto le dijo á la Infanta, la cual tuvo mas deseo de saber aquel secreto, y anduvo de allí adelante con mas cuidado por saberlo. Un dia que el Rey se estaba paseando por una galería que caia á este jardin, habia dado la llave de la prision de Cárlos á Doristeo; esto vió la Infanta, y tuvo cuidado cuan-

do se la volviese para estar de secreto encubierta y oír lo que los dos platicaban. Volvió Doristeo á entregar la llave al Rey, como acostumbraba, y preguntóle él: ¿Cómo está el preso? A que Doristeo respondió: Prometo á vuestra alteza que le tengo lástima; él está gallardo mozo, y tiene de unos días á esta parte unas impaciencias de verse encerrado, que temo no se quite la vida con ellas; y así, si es llegado el tiempo en que vuestra alteza ha de hacer la experiencia que desea, tendré por acierto que le dé libertad para que salga y se manifieste á todos. En cuanto á mi enseñanza, no tengo ya que hacer, porque cuanto sé lo sabe, y con mas eminencia que yo, porque en muchas cosas que me pregunta con vivo y claro ingenio, me hallo atajado de respuesta. Vuestra alteza disponga su salida, y no malogre con su prision una bizarra juventud, que excede con las partes que tiene á muchas. Presto, dijo el Rey, tendrá libertad Cárlos, que aguardo á cierta ocasion para verle libre, y entonces veré lo que tengo en él; en tanto será bien que se le hagan vestidos los mas costosos que pudieren ser, porque como esto es contrario á lo que espero que se incline, desearé que con las galas no lo ejecute, y tambien con los regalos; y así te torno á encargar que en la materia de guerra no le trates, ni por el pensamiento, antes sepa de cosas de gusto, placer, música y deleites, porque con esto, teniendo puesto el gusto en ellas, no le llevará la inclinacion á lo que su natural pide. Quedó Doristeo muy encargado de servir al Rey en lo que le mandaba, con que dejó su presencia. Toda esta plática habia escuchado la hermosa infanta Sol con mucha atencion, dejándola confusa, porque no podia dar en lo que fuese con certeza; por una parte sospechaba que este Cárlos, de quien habian hablado Doristeo y el Rey, era hermano bastardo suyo, que el Rey, su padre, le ocultaba por algunos respetos que debian de importar. Este y otros discursos hacia la dama; mas como no sabia la verdad, no daba en lo cierto; con esto creció en ella mas el deseo de saber esto; y así se determinó á tomar la llave al Rey, y porque no hiciese falta, hacer otra y procurar salir de su confusion. Aquella noche se le ofreció ocasion para ello, porque habiéndole dado al Rey cierto accidente que le obligó á acostarse, como lo supiesen las infantas sus hijas, pasaron á su cuarto á verle, y estando Sol á la cabecera de su cama, vió que por debajo de la última almohada de ella asomaba el anillo de la llave, con cuya vista se alegró sumamente, y entreteniéndolo al Rey, pudo con disimulo sacársela y guardarla en la manga de la ropa. Volvió á su cuarto, y llamando á un criado suyo, de quien en muchas cosas hacia confianza, le encargó que en el mas breve tiempo que fuese posible mandase hacerle otra llave como aquella, porque la importaba mucho; obedeciéndola el criado, y dentro de dos horas la tuvo en su poder, con que se alegró sumamente, agradeciéndole el cuidado con una dádiva de valor.

A la mañana acudió la Infanta algo temprano á ver á su padre, y con el mismo disimulo volvió á po-

nerle la llave en su lugar, de modo que no fué echada menos, porque aun no habia venido Doristeo por ella como acostumbraba para ver á Cárlos. No veia la hora la Infanta de examinar aquel secreto, y con el temor que tenia de ser descubierta, aguardaba ocasion de cumplir su deseo; ofreciósele muy á medida de él, porque dentro de dos dias salió el Rey á caza, y haciendo que Doristeo visitase algo de mañana á Cárlos, llevósele consigo á esta holgura, habiendo de ser la vuelta el dia siguiente á la hora de comer. Apenas vió la Infanta á su padre ausente, cuando haciendo poner una carroza, la mandó entrar en el jardin; púsose en ella, y saliendo por la puerta de él encubierta con las cortinas, llegó á la prision de Cárlos, guiada por el paje que la sabia, sin quererse acompañar de otra persona; salió de la carroza secretamente, haciendo esperar dentro de ella al paje, y abrió la puerta en ocasion que no fué de nadie vista, por ser en parte sola aquella prision. Con la codicia que llevaba de averiguar lo que aquello fuese, olvidóse de cerrar la puerta por de dentro, y fué entrando por la oscuridad de la cueva con mas ánimo que su natural pedia; de esta suerte llegó á lo último de un callejon, que venia á rematar en una pieza cuadrada, donde vió en un candelero de plata una vela ardiendo que estaba sobre un bufete, y cerca de él un jóven sentado en una silla leyendo en un libro, cuya presencia le enamoró tanto, que desde aquel punto quedó sujeta al vendado hijo de Vénus.

Volvió Cárlos la cabeza al ruido de las pisadas que habia sentido; y pensando ser Doristeo, le dijo: ¿Qué novedad es esta, maestro mio, venirme á ver tan á menudo? Con esto que la hermosa Sol le oyó hablar, se arrimó á la pared, atajada, sin poder dar paso adelante, pesarosa ya de haber venido allí. Levantóse de su asiento Cárlos, y tomando la luz, quiso ver quién era el que se escondia y no le daba respuesta, y descubrió con ella un portento de hermosura, un erario de perfecciones; en fin, la mas hermosa vista que sus ojos habian tenido hasta allí; es circunstancia de esto saber que ya Cárlos estaba solo en aquel encerramiento sin su ama y la mujer que le acompañaba, porque para servirle acudia solamente un criado con la misma fidelidad de guardar el secreto de esto que Doristeo. Volvamos á Cárlos, que así como vió á Sol, quedó suspenso con la vela en la mano sin hablar palabra. Estuviéronse mirando el uno al otro un rato, y quien primero rompió el silencio fué Cárlos, diciendo: Mi maestro me aseguró que la mas admirable cosa que habia de ver para alegría de mis ojos era el sol, y así creo que el que me favorece en este oscuro albergue y el que tengo presente es esta criatura de Dios; dime si te llamas así, para que estime y venere tu persona. Respondióle la Infanta: Mi nombre es ese que dices; Sol me llamo, pero no el que tú piensas, porque ese no es criatura racional; que solo sirve de alumbrar la tierra y criar las plantas de ella con el ayuda de su calor. Pues ¿quién eres, replicó Cárlos, que tanto deleite recibo con tu vista? Una mujer, respondió la dama, que cu-

riosa de saber este secreto he querido averiguarle; y ya que lo he conseguido, te pido licencia para volverme. ¿Vienes con beneplácito de mi maestro? dijo Carlos. Sin él he venido, replicó ella, que con mi industria pude hacer llave para esa prision. Luego en tu mano está el darme libertad ahora, dijo él. Así es, dijo Sol; mas corre riesgo tu vida y aun la mia, si por mi ocasión llegases á salir de aquí sin la voluntad del que te encierra. Yo no conozco, dijo él, superior ninguno, ni eso me ha enseñado mi maestro, aunque sé que se ha de obedecer á los reyes despues de Dios. Desear uno su libertad, y procurar ser hombre quien ha sido tronco hasta aquí, es justo; perdóname que hasta saber qué es la luz del dia, por esta vez lo tengo de ver. Ponfale inconvenientes la hermosa Infanta para que no saliese, pesados de no haber cerrado la puerta por dentro; mas el jóven, aunque aficionado á la dama, tomó el camino de la puerta, siguiéndole la Infanta con mucho pesar de haber emprendido cosa con que habia de dar disgusto á su padre. Llegaron los dos á un tiempo á la puerta, que abrió luego Carlos, sin oír persuasiones de la Infanta que le rogaba no lo hiciese; salió por ella, admirándose de ver la luz del dia, la hermosura del sol y de todo aquello de que le habia dado noticia Doristeo, y él habia carecido en aquel encerramiento. Suspenso estaba de ver esto, sin acordarse ya de la hermosura del sol que tanto le habia enamorado: tanto le divertia la novedad de lo que ignoraba por práctica, cuando acertó á pasar por la calle un tambor tocando una caja de guerra, y iba á echar un bando por el Rey; agradóse del rumor y son que hacia con las baquetas, y fuése embelesado tras él, sin reparar en que se reian todos de ver á un hombre de su edad en buen hábito ir admirado de ver tocar una caja, no quitando los ojos del parche de ella. De esta suerte siguió su camino dejándose á la Infanta, la cual, afligida de haber sido curiosa, se volvió á palacio, dejándose con la pena la puerta de la prision abierta.

Volvamos á Carlos, que suspenso en oír la caja caminaba tras ella, hasta llegar á una plaza donde se publicó el bando, el cual era que todos los hombres que fuesen solteros, desde edad de diez y seis años hasta cuarenta, se alistasen para la guerra que se esperaba contra el rey de Dinamarca, pena de la vida. Bien entendió el bando Carlos, digo lo razonado de él, mas con la advertencia que el Rey dió á Doristeo, no tocándole en la materia de guerra, no sabia qué cosa era; y así, queriéndolo preguntar, vió venir hácia sí un hombre huyendo de otro, con una espada desnuda en la mano; el que le seguia traia otra espada en blanco: detúvole Carlos dejando pasar al primero; mas viéndose detenido el segundo, le dijo: ¡Oh qué mala obra me has hecho en estorbarme que siga á mi contrario! ¿Por qué causa? replicó Carlos. Porque ese hombre me dió un bofetón, con que me afrentó, fiado en que tenia valedores cerca de sí, y no pude entonces vengarme de él, y ahora lo procuraba. Mientras esto decia el ofendido, Carlos miraba atentamente la espada que traia

desnuda, y muy pagado de sus acerados filos, le preguntó que qué era aquel instrumento. El hombre le dijo, admirado de su inocente pregunta: Esta se llama espada. ¿Para qué es? replicó Carlos. Para adorno del hombre y para defensa suya, dijo el otro, porque con ella se ofende y se defiende de su enemigo. Tenia Carlos en esta sazón la espada en la mano, y oyéndole decir aquello, le dijo: Pues ¿teniendo tú instrumento con que ofender á quien te ha afrentado, te estuviste quieto por el temor, y no te defendiste? ¡Oh cobarde gallina! no estés mas en mi presencia, que no me agradan hombres afeminados. Con esto le tiró dos ó tres cuchilladas, con que le hizo huir de allí, y se quedó muy ufano con su espada en la mano, mirándola y contentándose mas de ella cada instante. Contemplando estaba en sus lucidos aceros, cuando se ofreció una cuestion en la misma plaza, y fué que vió venir acuchillando á un hombre tres, el cual se vino retirando adonde estaba Carlos; él, que vió esto, se puso á su lado y le defendió valerosamente, hiriendo á los dos, con que huyeron de su presencia todos, dejando libre al solo. Preguntóle Carlos que por qué le venian ofendiendo aquellos tres, y él le dijo que habiéndoles ganado al juego una cantidad de dineros, ellos, sentidos de verse despojados de su caudal, se los querian quitar á cuchilladas, y lo hiciesen si no fuese por tu ayuda. ¿Qué es dinero? le preguntó Carlos. Este que traigo conmigo, dijo el hombre, riéndose de su simple pregunta. Mostróselo, y volvióle á decir Carlos: ¿De qué sirve este metal? Este, dijo el hombre, es aquello con que compramos cuantas cosas son necesarias para la vida humana; quien esto tiene en cantidad es estimado por ello, sube con su valor á dignidades, alcanza tener muchos amigos, y aun es causa de tener enemigos, como ahora se ha visto, pues por tiranizármele me querian quitar la vida, que es la mas preciosa joya del hombre. Tenia en la mano Carlos una cantidad de reales que el hombre le habia dado, y oyéndole decir aquello, dijo: Si esto es causa de perder un hombre la prenda que mas estima, ¿para qué se ha de hacer caso de ello? Con esto lo arrojó en el suelo, acudiendo á tomarlo mucha gente del vulgo, que sobre apoderarse de los reales esparcidos, se dieron muchos mojicones, experimentando de nuevo Carlos que el dinero era peligroso en quien le gozaba, pues codiciándolo se procurarian quitar la vida por él, y que tambien era causa de ensoberbecerse los hombres poderosos con mucha cantidad de aquel metal, con que se compraban todas las cosas. Estando en esto se vió cercado de ministros de justicia, que habiendo sabido haber herido á dos hombres, le venian á prender: dijéronle que se diese á prision y rindiese las armas; dos cosas le pedian que, para el orgullo y aliento que habia cobrado Carlos, eran bien dificultosas de obedecer por él; lo de la prision ya se veia si lo aceptaria quien la habia tenido tan larga desde que nació hasta aquel dia; y la segunda menos, pues habiendo oido que la espada era defensa del hombre, teniéndola consigo, no se la habia de dejar

quitar. Porfiaron á que se diese á prision; mas él, cólerico de oírles esto, les acometió con tanto brio, que en breve dejó dos hombres á sus piés sin vida. Acrecentóse el número de los ministros para prenderle, y tambien el de los heridos por defenderse: tanto era su ardimiento y valor, admirando á todos su arrojamiento; pero como cargó tanta gente á ayudar á la justicia, fué abrazado por detrás, y rendido, quitándole la espada, con que ligándole las manos fué llevado á la cárcel, donde le pusieron esposas á ellas, y una gruesa cadena á un pié, dejándole no poco impaciente de experimentar esto, porque se le figuró que habia de durar otro tanto como la pasada prision y ser mas rigurosa, pues en esta le oprimian con hierros, cosa que no habia tenido en la otra.

Dejémosle estar aquí, despedido de verse oprimido, y volvamos al príncipe Felisardo de Suecia, el cual llegó encubierto á Cracovia, corte del de Polonia, el mismo dia que salió de su prision Carlos. Habia tenido Casimiro con el padre de este príncipe grandes encuentros en sus guerras, como valedor que fué del rey de Dinamarca, y deseaba el de Polonia vengarse de él; y así venia este príncipe encubierto solo á gozar de la vista de la hermosísima Sol y llevarse un retrato suyo, para tratar despues de casamiento con ella y anticiparse al príncipe de Dinamarca. Entró pues en la ciudad algo de noche, y todo el dia siguiente estuvo oculto; esta noche supo que habia en palacio un sarao, porque habiendo venido el Rey de caza aquel dia, quiso que se hiciese por divertirse. El de Suecia quiso ir de embozo, pero no se encubrió tanto que un caballero polaco no le conociese; este se lo dijo á otro, y vino á oírle un criado del Príncipe, el cual se lo dijo á su dueño dentro de la sala del sarao, advirtiéndole el riesgo que corría su persona si era conocida entre sus enemigos; vió á la Infanta, y retiróse luego á su posada, yendo perdido de amores de ella. Al pasar por junto á la prision de donde habia salido Carlos, encontróse con una muy grande tropa de ministros de justicia que venian reconociendo á cuantos encontraban; y temiendo ser conocido, adelantóse á sus criados, y arrimóse á la puerta de la prision que fué de Carlos, la cual habia dejado abierta la Infanta, porque con el susto de verle partir con tanta celeridad no se acordó de volver á cerrar, y así apenas se arrimó Felisardo, cuando la puerta se abrió del todo; parecióle que el cielo disponia aquello para que él no fuese conocido; y así, echando de ver que habia llave puesta en la cerraja, la quitó de ella, y encerrándose echó la llave por dentro y se la guardó; luego que hubo hecho esto se fué entrando por aquella estancia, admirado de no encontrar con persona, y llegó hasta el primer aposento de ella, donde vió luz en una lamparilla, porque la de una bujía se habia acabado; esta tenia siempre encendida Carlos, por carecer de la luz del dia en la lóbrega estancia que habitaba.

Reconoció Felisardo el aposento, y vió en él un lecho de grana, con alamares de oro, y ropa en él muy

delgada; cerca de este lecho habia dos cofres con vestidos, que reconoció, habiendo primero encendido una bujía que halló allí sobre un bufete; vió diversidad de libros, así de ciencias como de entretenimiento, admirándose de que en estancia donde habia tantas comodidades para habitarla no estuviese su dueño. Aquí estuvo el extranjero Príncipe hasta la mañana que se vistió; esto no porque le avisase ser de dia la luz de algun resquicio, por carecer de esto aquel albergue, sino que por la costumbre de su dormir, cuando despertó juzgó ser de dia. Levantóse, y apenas se habia acabado de vestir, cuando oyó abrir la puerta de aquella estancia, cosa que le puso en no poco cuidado, por tener la llave él, y haber otra. Era que entraba Doristeo á que le llevasen lo necesario, el cual como le sintiese Felisardo escondió la luz de la lamparilla; reconoció Doristeo estar sin ella, y así le dijo: Carlos, ¿parece que estás sin luz? Así es, dijo Felisardo, hablando en lengua polaca, que era en la que Doristeo le habló. Pues yo vuelvo, replicó él, á que traigan luz y lo necesario. Ya tenia Felisardo prevenido un vestido de los que halló en un cofre, el cual á toda prisa se le vistió porque no le hallasen con el que traia al uso de Suecia. Dióle lugar para esto el espacio que tardó en volver Doristeo con la luz; esta la trajo el hombre que acudia á servirle. Entraron dentro, y advirtiéndole en la persona de Felisardo, le desconoció, diciéndole muy alborotado: Mancebo, ¿quién os ha traído á este lugar en que habitaba otra persona? Yo me he venido á él, dijo Felisardo, hallando la puerta abierta. Pues ¿cómo, replicó Doristeo, la puerta hallastes abierta? Bien lo conoceréis, dijo Felisardo, pues extrañais que no soy el que aquí habitaba. Extraño fué el sentimiento que tuvo Doristeo de oírle esto, conociendo la mala cuenta que habia de dar al Rey de lo que se le encomendó; pero el remedio que halló para librarse de su castigo fué que, pues tenia debajo de su mano á aquel mancebo que se habia encerrado allí, que él supliese la falta del ausente sustituyéndole; y así le dijo: Jóven, á quien no conozco, ¿qué causa os ha obligado á entrar aquí sin licencia del dueño de esta estancia? Librarme de mis enemigos, dijo Felisardo, que me querian quitar la vida. Pues ¿cómo hallé cerrada la puerta? replicó Doristeo. Porque en ella habia llave, dijo Felisardo. De esto se maravilló Doristeo, y le preguntó dónde la tenia; mostrósele Felisardo, que no debiera, que estaba encima de un bufete, de la cual se apoderó Doristeo por tenerle seguro para lo que habia pensado hacer, y luego le dijo: En este albergue asistia por mandado de nuestro Rey un caballero de vuestra edad, el cual no sé por cuál medio ha conseguido su libertad, y se ha escapado de esta, que por haberle encerrado podemos llamar prision, adonde no estaba por delito ninguno, sino por gusto del Rey, para hacer cierta experiencia, que si era curiosa para su alteza, era muy pesada para el paciente. Yo os hablo claramente; á mí se me habia cometido la guarda de este jóven; yo he dado mala cuenta de él, no por culpa mia, sino por diligencia suya; el faltar de

aquí me ha de costar la vida; y así, siendo primero yo que otro, habréis de prestar paciencia y suplir por él en tanto, asegurándoos de dos cosas. La primera, que no os ha de venir ningún daño de esto; y la segunda, que yo procure que salgais de este encerramiento con brevedad. El que se ausentó de aquí se llamaba Cárlos; vos habréis de suplir por él, tomando este nombre, volviéndoos á asegurar que procuraré en breve vuestra libertad, y quizá será para medra vuestra.

Mucho sintió Felisardo que se dispusiesen sus cosas de modo diferente del que se pensó; pero considerando que de ser hallado por orden del Rey, también había de ser preso, y que de esta suerte fiándose de aquel caballero en lo que le prometía, podría ser mejorase de dicha, le dijo: Yo, caballero, hice mal en no pelear con mis enemigos antes que encerrarme aquí; ya lo hice; yo estoy dispuesto á pasar por la pena que me viniere; de vos me fio, que como caballero trazaréis modo cómo no me venga ningún daño. Reconoció Doristeo en los acentos de lo que hablaba que no era natural de aquel reino, y así le dijo: Holgaríame mucho de saber quién sois, con la misma promesa de que en nada seréis deservido; fíaos de mí, y creed que soy caballero que os sabré servir en todo. Parecióle al Príncipe que le estaría bien descubrirsele, y así le dijo quién era, á lo que venía y lo que le había sucedido hasta entrar allí, dejando admirado á Doristeo oírle esto, y no discuriendo en el modo de haberse librado de allí Cárlos. De nuevo se le ofreció, pidiéndole con muchos encarecimientos que le ayudase á cumplir con el Rey en su fidelidad, pues con eso le libraba de la muerte, que era infalible, á saber su descuido. Con esto le dejó lo que había de comer, sirviéndole el hombre, á quien encargó el mismo secreto, advirtiéndole que corría el mismo riesgo por su persona que el mismo Doristeo. Con esto se dejaron al pobre caballero encerrado, cercado de varios pensamientos sobre lo que sucedería de él. Sus criados fueron presos de la justicia y tenidos por espías; diéronles graves tormentos porque confesasen á qué habían venido allí, y ellos dijeron que pasaban adelante, y les obligó á hacer noche en Cracovia el deseo de ver aquella gran corte; no pudieron saber de ellos otra cosa, que no fué poco no revelar el secreto de que su Príncipe estaba allí encubierto.

Volvamos á Cárlos, el cual estaba en la cárcel preso; y habiéndose dado cuenta á los jueces de lo criminal cómo aquel hombre se había resistido á la justicia sobre prenderle y muerto dos hombres, le condenaron á muerte; pero en su descargo se ofrecieron algunas personas á jurar cómo aquel hombre estaba sin juicio, porque viendo tocar una caja de guerra, que echaban un bando, la fué siguiendo en cuerpo, muy admirado, que había arrojado el dinero, que había quitado á otro hombre la espada, y otras cosas de las referidas, que por ellas se debía de argüir que estaba loco. No se satisficieron de esto los jueces, y quisieron verse con el preso, al cual hicieron algunas preguntas en términos jurídicos; pero como él no tenía noticia de aquellas co-

sas por su maestro Doristeo, á cada una preguntaba lo que era muy en su juicio, cosa que dió á los jueces motivo para echarle fuera de la cárcel, mandándole alistar en una de las compañías que se hacían contra el de Dinamarca y Suecia, solo para que abultase con la gente, porque en él conocieron que le faltaba capacidad, pues despues de haberle preguntado su nombre, no supo decir quién era ni dónde había nacido. Con esto salió Cárlos de la cárcel, y comenzó á seguir la profesión de Marte, porque acabado el tiempo de las paces asentadas entre el Polaco y Dinamarqués, se comenzaron los dos reyes con sus valedores á prevenir para volver á sus antiguas enemistades; y así á toda prisa con el publicado bando el Polaco hacia gente; pues con la hecha sin dejarse ver apenas, salió por soldado ordinario Cárlos en una compañía de infantes, marchando para juntarse con el ejército del Rey.

Doristeo, confuso y discursivo siempre sobre la libertad de Cárlos, se vió con el Rey, á quien suplicó que se sirviese de dar libertad á aquel jóven, que ya estaba en edad para salir de aquel encerramiento. Estaba el Rey con deseo de verle, y así permitió que saliese de allí y que se le tuviese cuenta con las acciones suyas, para ver á lo que se inclinaba; con esto fué Doristeo á la prison por Felisardo, á quien dió cuenta de lo bien que había negociado su libertad, y díjole que se vistiese el mas rico vestido de los que allí había, que eran de Cárlos, y fuese á besar la mano al Rey; obedecióle, y vestido lucidamente fué acompañado de Doristeo á verse con el Rey. Había la Infanta oído algo de esta plática, y estaba aguardando á ver á Cárlos, que pensó que se había vuelto á la prison. Llegaron Felisardo y Doristeo á la presencia del Rey, que los estaba aguardando con grandísimo alborozo; ya el jóven venía instruido de Doristeo en lo que había de decir y para llevar su mentira adelante; y así, luego que se postró delante del Rey, le dijo: Cuando hubiera estado mas tiempo encerrado en aquel oscuro albergue por gusto de vuestra alteza, lo debía de haber dado por bien empleado por llegar á recibir este sumo favor de besar su real mano; aquí está este humilde vasallo vuestro, deseoso de seguir el camino de mi padre en vuestro servicio. Holgóse el Rey de ver la persona del fingido Cárlos, y abrazándole le dijo: Costosa experiencia he querido hacer en vos, pero os ha de ser muy bien premiada por lo que habeis padecido; id á besar las manos á mis hijas para que os conozcan, que Doristeo tendrá cuenta de vuestra persona, pues sustituye el lugar de vuestro padre. En ese le tengo, serenísimo Señor, dijo Felisardo, y así le guardará el mismo respeto que al que me dió el ser. Llévóle Doristeo á la presencia de las infantas, á quien besó las manos, admirándose la hermosa Sol de verle, porque no olvidó tan brevemente las especies del verdadero Cárlos de su memoria que no echase de ver que este era otro, y no el que ella vió con tanto gusto en la cueva, y este cuidado la mudó de semblante, de modo que se lo conoció Doristeo. Ya sabían las damas que aquel caballero

era el de la experiencia que hacia el Rey, porque las infantas se lo habian dicho, y así todas pusieron los ojos en Felisardo, que tenia buen talle, deseosas de que él se pagara de alguna de ellas.

Volvió Doristeo con Felisardo á la presencia del Rey, y él le habló en varias materias, hallándole capaz de todo, porque en todas discurría bien. La última de que se trató, donde el Rey queria comenzar á ver el efecto de su experiencia, fué de la guerra, tratándole de la que al presente tenia con el rey de Dinamarca y el de Suecia, su valedor, y que iba disponiendo su ejército para marchar con él contra los dos reyes, de quien tenia aviso que tambien se prevenian contra él. Aquí á nuestro fingido Cárlos y verdadero Felisardo se le mudó el semblante por dos cosas, de modo que el Rey lo echó de ver. La primera, porque le pesó de que se hiciese la guerra contra su padre; y la segunda, que se le puede mejor dar nombre de primera y mas principal, porque el Príncipe era pusilánime y de cobarde y afeminado corazon, de manera que nunca se vió en ejercicio de armas, porque el poco brio y aliento le hizo caer muchas veces en vergüenza; lo que le dijo al Rey fué que parecería mal al mundo que entre reyes que habian sido amigos, segun estaba informado, hubiese tan reñidas guerras, de donde resultaba menoscabo de las haciendas y pérdida de vida; que si su voto valiera, él le diera antes á la composicion que al rompimiento. No le pareció bien al Rey esta primera accion en el jóven, cuando de su persona y edad se prometia que en oyendo nombrar guerra y viendo gusto en él de que se hiciese, él se habia de ofrecer á servirle, y aun molestarle á que se apresurase á partir. Dióle cuenta el Rey del bando que habia echado y de cómo ningun caballero bien nacido dejaba de irle sirviendo; á que respondió con mucha tibieza que él los imitaria, pero estando siempre cerca de su real persona, pareciéndole que allí era estar en el cuarto de la salud. Todo esto notaba el Rey, y le pesaba mucho de que le saliese mal la crianza del jóven, y así le dijo: Yo te tengo, oh Cárlos, por tan hijo de tu padre, que aunque has hablado tibiamente en la guerra, puesto en ella, sé que me molestarás para que te ponga en puestos peligrosos donde mostrar tu valor. Aquí mucho mas turbado que antes, respondió: Yo haré lo que los caballeros que asisten á vuestra alteza cerca de sí, que fué lo mismo que decir: Estaría con los ancianos acompañándole, aunque la razon fué equivocada. No quiso el Rey apurarle mas en esto; mandóle que tuviese por posada la casa de Doristeo, y así le llevó á ella, pesaroso este de que en el Príncipe hubiese tan poco valor que hablase así al Rey.

Vinieron todos los caballeros de la corte á visitarle allí, y sacáronle á caballo á ver la ciudad; en este tiempo habia el Rey dispuesto hacer otra prueba de este jóven, y así un día que paseaba el terrero del cuarto de las infantas solo, aguardando unos caballeros que habian ofrecidole venir allí, mandó el Rey salir á un balcón á una dama de las mas hermosas de palacio, y que le favoreciese trabando plática con él. Era esta señora

de las que mas privaban con las infantas, llamada Laudomira; parecióle bien á Felisardo, y comenzó á llegarse hácia el balcón, y viendo la ocasion á medida del deseo para hablarla, la dijo: Bien deseaba mi afecto la libertad del encerramiento que tuve, pues con ella carecia de tantos gustos. Muchos son los que se pierden sin ella, dijo la dama, y esta corte perdía en vos un gran caballero que la ilustrase. Bésoos la mano por el favor que me haceis, dijo él; pero quiero advertiros que no he mudado de estado en cuanto á estar preso, si bien es mas dulce prision la que padezco. No os entiendo, dijo la dama, mas infiero de esa razon que vivís contento con algun empleo. Con el que tengo presente, dijo él, que de solo haberos visto hoy con atencion, me habeis robado la libertad. Sin duda, dijo la dama, estais pensando en la brevedad de la vida, que no habeis tenido espera á que con mas finezas ó demostraciones yo conociera vuestra voluntad, pues tan presto me la habeis dicho. El estilo que se tiene en palacio, si no lo sabeis, es enamorar, servir y obligar sin declarar la pena hasta que el tiempo permita que se diga sin ofensa de la dama; mas yo os disculpo, que como quien ha pasado poco por estos lances, recluso en un encerramiento, no habeis sido curioso en informaros primero de lo que aquí se usa en este particular. Así es, dijo él; pero ya que mi inadvertencia ha pecado en esta parte, no desmerezca mi fe en dejar por eso de ser favorecido vuestro y que tenga permission para serviros. Yo os la doy, dijo la dama, con tal condicion que seáis muy firme; porque si veo que no lo sois, demás de la opinion que perderéis, me daré por tan ofendida, y procuraré muy de veras vuestro castigo. Así se lo prometió Felisardo, aunque picado de la dama, que por razon de estado la galanteaba, que él mas enamorado estaba de Sol desde que la vió la primera vez, pero deseaba llevar adelante el engaño de ser el fingido Cárlos, y así pasaba con él. Continuó algunos dias el galanteo, siendo ya público en palacio, y aun envidiado de algunas damas.

Otro dia se ofreció ocasion de hablar Felisardo con la hermosa Laudomira en el mismo puesto, y ella le arrojó desde el balcón una banda por favor, de que Felisardo hizo mucha estimacion. Todo esto ordenaba el Rey, el cual mandó á Darisio, un caballero de su cámara, que como que era galan antiguo de Laudomira, le sacase al campo y procurase quitarle aquella banda. Aguardó este caballero á que desamparase el Príncipe el lugar en que habia recibido el favor, y encontrándose con él, le dijo: Señor Cárlos, yo tengo necesidad de hablaros á solas fuera de este lugar, y aun de la ciudad; si sois servido, veníos conmigo, que en breve sabréis para lo que sois llamado. Parecióle á Felisardo que venia Darisio con disgusto, y que el llamarle era para tener con él alguna pesadumbre, y así le dijo: Si es tan breve lo que me quereis decir, ¿para qué hemos de cansarnos en salir fuera, pudiéndolo saber donde estamos? No conviene, replicó Darisio, y así haced lo que os pido. Hubo el Príncipe de seguirle, bien cercado de temores, porque era en extremo tímido. Salieron fuera

de la ciudad, y habiéndose apeado y dado los caballos á sus lacayos, Darisio le dijo esto: Señor Cárlos, el ignorar que yo soy galán de la hermosa Laudomira, y mas antiguo que vos, ha sido causa de haber inadvertidamente tratado de galantearla; por forastero y estar conmigo disgustada, ha querido despicarse con vos y llegado á favoreceros con esa banda; á mí me importa que la corte no vea prenda suya en vuestro poder; y así os pido que me la deis de bueno á bueno, porque si no será fuerza que la cobre con la espada en la mano. Turbóse Felisardo viendo la resolución de Darisio, que no la quisiera tan determinada; y así le respondió: Señor Darisio, no puedo negar que esta banda que traigo no me la haya dado la hermosa Laudomira; yo no sabia que vos la servíades, y así no culparéis que yo admitiese el favor; huélgome de haber sabido ser vos quien la festeje, y porque prendas en quien con veras no es favorecido están de mas, hago cuenta que me ha dado esta banda para vos; tomadla, que no es razon que yo traiga lo que se me dió mas por desquite que por voluntad. Dióle la banda, y muy ufano con ella Darisio quiso ponérsela luego al cuello, mas Felisardo le pidió que no lo hiciese, ya que se la habia dado. Condescendió Darisio con su gusto, y volviéronse los dos muy en paz á la ciudad, admirado Darisio de que el fingido Cárlos hubiese tan corto ánimo, que no le tuviese para defender el recibido favor. Vióse luego con el Rey, á quien dió cuenta de lo que habia sucedido, mostrándole la banda, con que se admiró mucho, viendo cuán mal le salia el pronóstico del difunto Enrique, padre del que pensaba ser Cárlos, y mandó á Darisio que publicase aquella mengua de Cárlos por la corte, hasta ver si en otra ocasion hacia otro desaire como el sucedido, y así se lo prometió Darisio.

Hecha la prevencion del ejército, se dispuso el Rey, habiendo nombrado general á Darisio, y él oficiales en los tercios, á partir de allí á dos dias. No quedó en todo el reino persona de importancia que no fuese con el Rey; él hizo dar á sus criados muy buenas ayudas de costa para que fuesen lucidos, y entre ellos fué uno Felisardo, el cual, pareciéndole que ir contra su padre á pelear no era cosa que le habia de estar bien, determinó á pedir al Rey le nombrase por alcaide del alcázar de Cracovia, palacio real, con tres fines: el primero, de no ir á la guerra contra su padre; el segundo, procurar enamorar á la hermosa infanta Sol; y el tercero, para que si no era favorecido de ella, irse secretamente á su tierra. Este oficio le pidió al Rey, dejándole con mucho sentimiento de oír tal peticion, porque aquello era declaradamente mostrarse cobarde y enemigo de ir á la guerra. Lo que le respondió fué: Cárlos, sois muy mozo para ese cargo; nunca le doy á caballeros de vuestros pocos años, sino á personas que me han servido mucho, y ya por ancianos debo jubilarlos. Venid conmigo donde yo fuere, pues lo hacen todos los grandes príncipes y caballeros de Polonia, y yo mismo no me reservo de lo que me puede suceder; y adviértoos que en tanta juventud parece muy afrentosa cosa que

excuseis el trabajo, y no sigais á vuestros progenitores, que fueron tan grandes soldados. Iba á disculparse Felisardo, mas no le quiso oír el Rey; lo que hizo fué mandarle apercibir para el dia siguiente, con que no se pudo excusar.

Partió el Rey de su gran corte en busca de su enemigo, donde le dejarémos marchando con un ejército de veinte mil hombres, por decir lo que hizo nuestro Cárlos con un trozo de gente que habia partido antes. Iba, como dije, por un soldado ordinario, aunque muy estimado de su capitan por su buena persona. Estaba el enemigo fortificado tres leguas de donde hizo alto aquel trozo del ejército, y era un grande llano capaz para darse batalla campal; allí quisieron fortificarse, pero habiendo pareceres en contra, pasaron una legua mas adelante, y en un puesto mas á propósito asentaron su real y se comenzaron á fortificar. Desde este puesto enviaron algunos soldados por espías del enemigo para saber qué gente era la que traia y qué designios; entre ellos fué nombrado Cárlos, el cual, gozosísimo de ir á ganar nombre, se adelantó á los otros, y aquella noche, acercándose cuanto pudo á las trincheras del contrario, pudo toparse con otra espía que se despachaba á lo mismo que él para saber del ejército polaco lo que hacia y determinaba; pidieronse el uno al otro el nombre, y como no se le pudiesen dar por ser de contrarios ejércitos, lo remitieron á las armas; en breve despachó con la espía contraria Cárlos, porque murió á sus manos. Sucedióle á esta espía otra, y siguió los pasos de su compañero; y llegando otro soldado en seguimiento de los dos difuntos, Cárlos peleó con él y pudo rendirle y llevárselo prisionero á la presencia de su general, á quien dió cuenta de lo que le habia sucedido, y del mismo prisionero se certificó el general, estimando en mucho el valor de Cárlos. Allí supo la gente que traia el contrario y cómo venia con presupuesto de ganar un puesto eminente, para desde allí estar ventajoso al contrario para cualquier faccion; mandóle poner á recaudo el general, y á Cárlos le hizo luego alférez de una compañía de caballos. Desde aquel dia alentado con el premio este jóven dió mas dilatadamente á conocer su valor, porque teniendo un encuentro con el enemigo sobre el referido puesto, defendiendo el ganarle, se vió pelear con mucho aliento y brio, matando muchos enemigos, hasta que pudo prender á un coronel de los mejores soldados que tenia el de Dinamarca. Todo esto fué á vista del Rey, que desde una colina pudo ver la batalla y en ella las proezas de Cárlos. Murió gente de una parte y otra, y libólos de hacer retirar la noche, mandó el Rey llamar á Cárlos, y por lo esforzado que anduvo en la prision del coronel le hizo capitan de caballos de su misma compañía por muerte del que la gobernaba. Ya tenemos capitan á nuestro héroe, con poca envidia de muchos soldados.

Continuóse la guerra, y por no ser largo en referirla por menudo, digo que la última batalla que se dió, que fué la campal, habiendo peleado los reyes por sus personas, vió el de Polonia hacer hechos portentosos á

Cárlos. Hallóse el Rey sin caballo, que se le habian muerto, y él apeándose del suyo se le dió, y á fuerza de armas cobró otro, con que se metió por lo mas peligroso de la batalla, hiriendo y matando á cuantos topaba hasta llegar á encontrarse con el estandarte real del rey de Suecia, que iba cerca de él; allí, ayudado de solo su valor, se entró por lo peligroso de las armas, y pudo prender al rey Floriseo de Suecia, encomendándole á cuatro soldados que eran de su compañía, y él yendo delante haciendo con su espada lugar hasta que le dejó en puesto seguro en una tienda de su maestre de campo. La batalla tuvo fin con la muerte del rey de Dinamarca, con que el ejército se desbarató y puso en huida, siguiendo el alcance lo que duró el día la gente del Polaco. Con esto se retiraron los de Polonia, y el maestre de campo, á quien se entregó el rey de Suecia preso, quiso ganar las gracias con lo que Cárlos habia peleado á costa de su sangre; y así, tomando al Rey en su compañía, le llevó á la tienda del de Polonia y se le presentó, diciendo que él por su persona le habia preso. No se puede decir el gusto con que el Polaco le recibió; hízole muchas honras al maestre de campo, y despues muchos agasajos al prisionero, el cual no pudo sufrir que aquel soldado usurpase la gloria al que le habia preso, y así le dijo: Mi suceso no es nuevo en lances de guerra, pues de la manera que ha sido mi prision pudiera haber sido la tuya á tener al cielo de mi parte; seria novedad que quien no me ha preso peleando gozase de la gloria del premio; y así, lo primero que te advierto, oh rey de Polonia, es que sepas que quien me prendió no es este caballero; menos edad tiene, y creo que le oí nombrar Cárlos. Tenia ya el Rey noticia de Cárlos por el servicio que le habia hecho aquel día con darle su caballo, y así mandó llamarle, muy enfadado con el maestre de campo por la tiranía que queria usar con el verdadero autor de aquella hazaña. Mandóle dejar su presencia y el cargo que tenia y que le buscasen luego á Cárlos; muchos se dispusieron á buscarle por dar gusto al Rey, que le vieron deseoso de tenerle en su presencia, y con la diligencia que hicieron le hallaron que venia á curarse de dos heridas que traia, aunque no peligrosas. Llegó á besar la mano al Rey, el cual le echó los brazos al cuello, diciendo: Bien sea venido el nuevo Aquiles de mi ejército; llegad, Cárlos, que así me dicen os llamaís, que quiero honraros con el cargo que vuestro maestre de campo ha perdido por ambicioso, pues deseaba quitaros la gloria que vos merecisteis á costa de vuestra sangre, por haber preso al rey de Suecia; este os doy con cuatro mil escudos de renta. Besóle la mano Cárlos por el favor que le hacia, y pidióle licencia para irse á curar; dióselo el Rey, mandando que la cura se le hiciese en una tienda que tenia de respeto cerca de la suya, adonde quiso que se alojase. Siguiéronle muchos caballeros, deseosos de agradar al Rey, y así por lisonjearle le comenzaron desde aquel día á cortejar acompañándole.

No permitió el Rey que el de Suecia se alojase fuera de su tienda, y así le tenia en su compañía, siendo es-

te agasajo algun consuelo para la pena de su prision. En dos sillas estaban sentados los reyes cuando acertó á venir á la tienda Felisardo, el cual, mientras duró la batalla, ahorrándose de peligros, se habia retirado fuera de ella, y desde el lugar que escogió para seguro de su persona vió toda la refriega, y ahora venia entre la tropa de la gente á ver al Rey; pues como entrase en la tienda acertó á poner en él los ojos su padre el de Suecia, el cual, sin poderse contener, se levantó con los brazos abiertos, y se fué para su hijo, diciendo: Felisardo mio, en buen hora te vean aquí mis ojos, que tanto han sentido tu ausencia, y el no saber dónde estabas. No pudo Felisardo huir el cuerpo á este impen-sado suceso, y así toda su máquina dió en tierra, con pedirle al Rey su padre la mano y besársela. Novedad se le hizo al Rey ver el favor que el de Suecia hacia al que tenia por Cárlos, caballero de su corte; y así le preguntó que de dónde conocia á Cárlos. A Felisardo dirá vuestra alteza, dijo el Sueco: conózcole de que es el heredero de mis estados y príncipe de Suecia. Volvió el Polaco con esto al Príncipe, y díjole: ¿Vos no sois Cárlos el que yo tuve recluso en una cueva? No, Señor, dijo Felisardo, si bien es verdad que en esa cueva me retiré temiendo ser conocido en vuestra corte, por las diferencias que entre vuestra alteza y mi padre habia. Aquí se quedó el Rey admirado y confuso con lo que le oia, no sabiendo cómo se habia abierto la prision de Cárlos; y para certificarse mejor, determinó enviar á llamar á Doristeo con el correo que despachaba á sus hijas avisándolas de su victoria; así lo hizo aquella noche porque le sacase de la confusion en que estaba. Cenaron los dos reyes y el príncipe Felisardo juntos, y mientras se daba orden en hacer curar los heridos y enterrar los muertos, hubo lugar de llegar el correo á Cracovia y dar las cartas á las infantas, que se holgaron mucho con la felice nueva de la victoria; y sabiendo que el Rey enviaba á llamar á Doristeo, le cometieron el visitar á su padre de su parte y darle la nora-buena de su dichoso suceso. Llegó Doristeo al ejército, y habiendo hecho su embajada de parte de las infantas, en presencia de muchos caballeros que acompañaban al Rey, este se apartó con él á un retiro de su tienda, á quien dijo estas razones:

Doristeo, bien se te acordará que corrió por tu cuenta la crianza de Cárlos, depositándole tú en aquel retiro y encerramiento, para experimentar en él la inclinacion que sacaba de allí: curiosidad que yo emprendí hacer por lo que oí á su padre; tú me ibas informando cada día de cuanto se pasaba con él, y tenia avisos, así de sus condiciones como de lo que aprendia de tí. Despues de tenerle allí veinte años y mas, me suplicaste que le sacase de allí, que ya tomaba con impaciencia aquel retiro; yo vine en lo que me pediste, y así salió; trujístele á mi presencia, al cual examinándole en la suficiencia, no me descontentó; mas probándole en el valor, le hallé con un natural temor, ajeno de ser hijo de tal padre. Prosiguió en esto con la prueba que hice de la banda, y vi ser tan pusilánime,

que se la dejó llevar á Darisio. Despues vi que el venir á la guerra lo hizo de mala gana, antes procuraba excusarlo con pedirme el oficio de alcaide de mi alcázar. Aquí sé cuán mal ha probado, pues en esta batalla última me han informado que infame y encogidamente se retiró de pelear, cuando todos hicieron su deber en mi servicio. Este jóven que he tenido por Cárlos ha parecido ser Felisardo, príncipe de Suecia; él me ha dicho que salió del encerramiento de Cárlos, y por no ser conocido se valió de la astucia de ser tenido por él. A mí bien me pudo engañar, que nunca vi á Cárlos, mas á tí no puede ser. Yo deseo salir de esta confusion, y para eso te he enviado á llamar. Pues estamos solos, dime la verdad de lo que en esto sabes con claridad, porque de no lo hacer, no tienes segura tu cabeza.

Turbósele el semblante á Doristeo, y balbuciente en las palabras, dijo de rodillas estas: Invictísimo Casimiro, rey de Polonia y señor mio, yo no te pienso negar nada de lo que me mandas decir, aunque me cueste la vida, y si lo he hecho hasta aquí, ha sido por defenderla de tu rigor, pues era cierto que me habias de mandar cortar la cabeza. Yo entrando como solia á la prision de Cárlos hallé á este jóven en ella, cosa que me causó no poca admiracion. Preguntéle que quién le habia traído allí, y él me dijo que habia hallado aquella puerta abierta, de donde infiero que el mismo Cárlos no pudo salir de allí, sino que alguno le sacó con otra llave que hizo, porque esa la tenia en mi poder. Temiendo, como he dicho, tu rigor, me valí de hacerte aquel engaño; no es posible escondérsenos Cárlos, que no sea conocido de mí.

Oyendo el Rey esto, le vino al pensamiento si aquel caballero que tan hazañosos hechos habia ejecutado en la guerra era Cárlos; pues tenia este nombre, y así se lo comunicó á Doristeo. Preguntóle al Rey por las señas de él, y dándoselas, vió que era el mismo, con que el Rey recibió extraño gusto; y para verificar mas esto mandó á Doristeo que de su parte fuese á visitarle á su tienda, que estaba herido en la cama; hizolo Doristeo con no poco alborozo, deseando que fuese aquel caballero herido el fugitivo Cárlos. Entró Doristeo en su tienda, y hallóle en la cama, con cuya vista fué grande la alegría que recibió. No menos la tuvo Cárlos, que echándole los brazos al cuello le dijo: Padre mio, que así le llamaba como le habia criado y doctrinado, ¿qué venida ha sido esta aquí que tanto regocijo me habeis dado con vuestra presencia? Mas le recibiréis, hijo de mi alma, dijo el anciano Doristeo, si supiesedes de qué parte vengo á visitaros. Sentóse en una silla y díjole cómo el Rey le mandó que de su parte supiese cómo se hallaba de las heridas, y que despues de saber de su salud, deseaba conocerle por el que habia tenido encerrado en la cueva, y que de esto le habia de resultar gran bien. Holgóse Cárlos mucho de oír aquello, y díjole que las heridas no eran cosa de consideracion que le obligasen desde ese otro día á estar en la cama, que besaba á su alteza su real mano por el favor que le hacia sin méritos de su parte. Aquí le preguntó Doristeo

cómo habia salido de la cueva, y él le dijo que una bizarra y hermosa dama le abrió la puerta, de cuya vista quedó muy pagado; y con esto le contó cómo la habia dejado por irse tras el son de la caja de guerra, con todo lo demás que le sucedió, admirándose de oírsele Doristeo, porque no llegó á saber la resistencia de la justicia ni su prision, ni tampoco daba en quién pudiese ser la dama que le abrió. Preguntóle las señas de su rostro, y como aquel que las tenia muy en la memoria, se las dijo, con que Doristeo presumió que seria la infanta Sol, pero no daba cómo hubiese podido hacer llave para la puerta ni aun saber aquel secreto. Estúvose con Cárlos Doristeo una hora, y al cabo de ella se despidió, y fué á dar al Rey cuenta de que el herido era el verdadero Cárlos. Holgóse el Rey de esto, y no veia la hora de verle; esotro día cumpliósele su deseo, porque Cárlos fué á besar la mano al Rey, y él le honró mucho, y le hizo donde con diez mil escudos de renta. Supo allí Cárlos quién era, y el Rey dijo en presencia de sus caballeros la prueba que habia hecho de él y cómo salió cierto lo que habia dicho Enrique; su difunto padre, de la inclinacion española, pues por tenerla á las armas, habia señaládose en ellas mas que todos y ocupado el puesto que gozaba.

En este tiempo murió el general Darisio de una aguda enfermedad que le dió, con que luego ascendió á aquel puesto Cárlos, encomendándole el Rey su ejército y dándole orden para que con él siguiese al de Dinamarca hasta hacerle guerra; se entró en su tierra, y él se fué á Cracovia, donde fué recibido con mucho regocijo de toda la ciudad, haciéndose muchas fiestas por la victoria; llevóse al rey de Suecia y á su hijo Felisardo consigo, teniéndolos en su corte en forma de presos, sin salir de un cuarto de su palacio, que era no poca pena para Felisardo, porque estaba muy deseoso de galantear á la hermosa Sol, con quien deseaba casar; y así le habia dado de esto parte al Rey su padre.

Volvamos á Cárlos, que con su ejército entró en Dinamarca, y á dos jornadas se encontró con el del Rey nuevo, á quien osó dar batalla campal, en la cual fué tambien preso como el de Suecia, por demasiado alentado y haber querido empeñarse en lo peligroso de la batalla. Su ejército, viendo preso á su Rey, se desbarató, y volvió á entrarse la tierra adentro; no quiso seguir Cárlos el alcance por ser ya la entrada del invierno y comenzar los frios en aquella tierra, que son grandes, y así se volvió á Cracovia, donde se le hizo un recibimiento muy grande, por mandarlo así el Rey. Besóle la mano, y de él oyó muchos favores, con no poco envidia de los caballeros de su corte. Al nuevo rey de Dinamarca aposentaron en otro cuarto de palacio, dándole gente que le sirviese y guarda que asistiese á tener cuenta con él.

El segundo día que Cárlos llegó le hizo el Rey su almirante, dándole tierras y todo cuanto era de su padre. Con esta merced fué á besar la mano á las infantas, que ya lo deseaban, en particular la hermosísima Sol, que desde que le vió la primera vez le amaba. Allí

conoció Carlos que quien le habia dado libertad en la cueva era Sol, con cuya vista quedó muy enamorado.

Las dos hermanas le hicieron muchas honras, que así se lo mandó el Rey. Con esto Carlos era el mas estimado caballero de la corte de Polonia, y á quien todos cortejaban y aplaudian por dargusto al Rey, el cual le comenzó desde entonces á ocuparle en el manejo del gobierno del reino, hallando en él grandísima capacidad para todo.

En medio de estas felicidades fué el cielo servido de querer llevarse al rey de Polonia. Dióle una enfermedad en tiempo que los reyes de Dinamarca y Suecia trataban de medios de paz. Esta se hacia con ofrecerle feudo cada año, y así se concertó. Tenia el enfermo Casimiro noticia de cuán gran soldado era el rey de Dinamarca, y tambien la tenia del encogido ánimo del príncipe de Suecia, y así escogió al primero para yerno suyo, casándole con la segunda hija; esto dispuso hacer, aunque no lo publicó hasta que vió que su mal se aumentaba, manifestando los médicos que estaba muy de peligro. Visto esto, mandó juntar á los grandes de su reino, y hallándose todos en su aposento, y Carlos entre ellos, dijo estas razones:

Grandes y príncipes de Polonia, mi enfermedad crece de modo que los médicos afirman que es mortal. He mandado juntaros para deciros que la felicidad de un reino consiste en tener rey que le sepa gobernar con valor y prudencia; el valor para saber defenderle de sus enemigos, y la prudencia para saber guardar justicia, dándole á cada uno lo que le pertenece. Yo no deo varon que me suceda; el reino ha de heredar Sol, mi primera hija, la cual deseo que halle muy buen empleo en príncipe que tenga las calidades que he dicho; de los comarcanos á este reino no hallo ninguno que

me contente, y mas por el inconveniente que hay en que, si caso á mi hija con príncipe heredero de reino, darále primer lugar al suyo antes que al mio, y al reino de Polonia no le está bien admitir segundo lugar, siendo tan poderoso que merece el primero. Para esto he considerado que mi hija case con vasallo mio, y este con las calidades que he dicho: muchos hay que la merecen, mas el que mas accion tiene á ser interesado en este favor es Carlos, á quien para experimentar su inclinacion tuve en un encerramiento desde que nació hasta la edad de veinte años, poco mas. Este es mi gusto, Carlos se case con mi hija Sol, y sean mis herederos, y á esto no me ha de contradecir ninguno, pena de la vida. En segundo lugar, quiero que el rey de Dinamarca case con Claudomira, mi segunda hija, obligado siempre á la promesa del feudo que ha prometido darme; y Felisardo, si gustare, le daré á mi sobrina Clarista, hija de un hermano mio, que por su muerte tengo en tutela.

A todo esto no le replicó vasallo, antes todos con mucho gusto se holgaron tener á Carlos por su rey, el cual, besando la mano á Casimiro, dió la mano á Sol, desposándolos el arzobispo de Cracovia, que se halló presente: lo mismo hizo el de Dinamarca con Claudomira, y Felisardo con Clarista, que fueron llamados allí para este efecto, estando de ello muy gustoso el rey de Suecia. Apretóse el mal del Polaco, con que murió dentro de tres dias; hiciéronsele suntuosas exequias, y acabadas, fueron luego jurados por reyes de la Polonia Carlos y Sol, con que los lutos se convirtieron en fiestas; los demás señores se fueron á sus retiros con sus esposas, donde vivieron con mucho contento, y Carlos mucho mas, que fué muy valerosa rey.

EL DISFRAZADO,

POE

ALONSO DE CASTILLO SOLORZANO.

Es en la insigne y coronada villa de Madrid, corte de los reyes de España, el campo que llamau de Leganitos un ameno sitio donde las calurosas noches del verano concurren muchas damas y caballeros, con el ligero traje que permite la noche, á gozar el fresco, que pocas falta de aquel lugar, con la vecindad del altivo puerto de Guadarrama, piadoso socorro contra el fuego de la canícula, así con su blanca nieve como con sus regalados y frescos vientos. Aquí pues, una noche que la luna no comunicaba sus plateados rayos, por ser el último cuarto de menguante, se salieron dos damas vecinas de aquel sitio á gozar del sonoro murmurio de la fuente de Leganitos, con la permission que da la noche y el embozo de los sereneros: iban acompañadas de dos criadas en solo el traje de enaguas brillantes y pretinillas de lo mismo, habiendo mandado á un anciano escudero, en cuya confianza salieron, que se quedase algo detrás por no ser conocidas por él y tener mas libertad para desenfadarse con el embozo. De esta suerte pues iban las dos damas con sus criadas y el escudero á la vista, cuando habiendo tomado el camino alto del colegio que llaman de Doña María de Aragon, bajaron por él á la fuente de Leganitos, y antes de ella, como cuarenta pasos, se les ofreció al encuentro un hombre vestido en tosco traje. Venia con una capa de paño pardo, una montera de lo mismo, capote de dos faldas y calzones de lienzo blanco. Este pues, emparejando con las damas, acortó á caer al lado de la mas hermosa, cuyo nombre era Serafina; y el de la otra, que era su hermana, Teodora; y con el despejo que permite la noche, habiendo visto el buen brio de la dama y por estar cerca de su hermosura, le dijo: Bien hace la luna en no salir á mostrarnos su luz si sabia que á este feliz campo habia de salir beldad de mas lucidos rayos. Repararon las dos damas en la persona que les habia hablado, habiendo entendido el hipérbole, y causóles admiracion en ver que desdijese el traje del lenguaje cortesano que le oian. Paráronse con esto aten-

tamente á mirarle, y él, embozándose en la tosca capa con que se cubria, se estuvo quedo.

Era doña Serafina despejada, y á esto se le añadia ser mujer, que todas son perdidas por novedades, y quiso descifrar aquella enigma; y así con libre despejo, quitando el rebozo al encubierto, le dijo: Corramos la cortina á este personaje embozado, hermana mia, que me ha dado antojo de saber de él, porque miente en sus encarecimientos, mas de lisonjero cortesano que de tosco plebeyo. No os juzgo por tan desconfiada, hermosa señora, dijo él, que os ha ya dicho el espejo que he andado corto en alabaros lo que el cielo os concedió para que muchos me han ganado por la mano en las alabanzas. Ninguna merecen mis partes, dijo Serafina, pero una lisonja cuesta poco, y así por lo bien que me está, admito el encarecimiento, que no lo fuera á haberme visto con la claridad del dia; con ella quisiera veros, por deshacer sospechas que tengo de que habeis gustado mudar de traje, por seros conveniente el disfraz, ó por querer con él tener esta noche entretenimiento, cansado del cortesano que siempre usais. Os habeis engañado, dijo él, que este me concedió mi humilde nacimiento, si bien encubro unos altos pensamientos, muy ajenos de él. Y cuáles son esos deseo saber, dijo ella, tomando asiento algo apartado de la gente. El, acercándose mas, dijo: Mis pensamientos son anhelar á ser mas de lo que soy, y así me llevo donde veo que se pueden ajustar á mi deseo, comunicándole con quien me los pueda dar realce. Los habeis empleado mal, dijo ella, porque si pensais haber topado con alguna señora encubierta, soy tan amiga de desengañar, que os digo luego que aquí se remontan muy poco con la bajeza del empleo. Si, como conozco que me engañais, supiera la verdad de lo que sois, dijo él, aun hablara con mas gusto; pero topar engaños á los principios, ¿qué me puedo prometer despues? ¿Luego aquí llegaste con deseo de empleo? replicó ella. No soy tan desvanecido, dijo el embozado, que presuma que con tan pocas

partes le puedo tener sin mayores asistencias y finezas; mas en esta dicha de haberos topado quisiera continuar con esperar que mi voluntad os merezca siquiera este breve rato de audiencia, porque no en balde el cielo guió mis pasos á este sitio, donde tanta ventura he tenido de encontraros. Yo venia con ánimo de refrescarme en la fuente con sus claros cristales, dijo ella; de esto estoy desahuciada por faltarme un búcaro que se olvidó en casa, y así admito vuestro deseo, y esta noche á costa de mi sed la quiero pasar en conversacion con vos. Bésoos la mano, dijo él, por el favor que me haceis, que no es poco, cuando en mí veis tan pocas partes para merecérosle. Así Dios os guarde, dijo Serafina, que nos digais qué capricho ha sido el vuestro en vestir esta noche ese traje, que me ha dado sospecha que aquí entreteneis el tiempo hasta que se llegue la hora en que con él entreis donde os aguardará otro mejor empleo. Soy tan nuevo en esta corte, dijo él, que aun no he tenido esa buena suerte; mi traje es este, no ajeno de mi nacimiento, en él ando de día; y porque la noche es capa que encubre muchos defectos, quise, ya que encubre los míos de andar mal vestido, que el alma os diga que ha sido gran dicha mía haberos visto para que sepais que en mí acrecentais desde hoy el número á muchos rendidos que tendréis con vuestra hermosura. Muy á ciegas os habeis enamorado, dijo ella, ó lo fingís estar, señor encubierto. Responedme derechamente á lo que os pregunto, que sabiendo quién sois, aun me tendréis mas de espacio aquí por esta noche. ¿No me dais esperanzas que serán otras? dijo él. Como sepa la causa de ese disfraz, podrá ser que vuestra cortesía me vaya obligando, dijo Serafina. Bien pudiera, dijo él, mentiros, como fingido cortesano, diciéndoos lo que no soy, mas no os he mirado tan apriesa que me obligue á fingir mentiras cuando deseo que de mí experimenteis verdades. Admirábase Serafina de ver hablar aquel hombre así y porfiar en que era lo que mostraba por su hábito, y deseaba que con mas luz la luna le desengañase. Hablaron gran rato, el embozado tratando de que le debia ya voluntad, y ella no se persuadiendo á que la hablaba con veras ni que era hombre plebeyo.

Cumplió la hermosa Cintia sus deseos á la dama saliendo á desterrar alguna parte de las sombras de la noche. Era esto á tiempo que la mas gente desamparaban el sitio de la fuente de Leganitos, con que las damas y el disfrazado se fueron acercando á la fuente, ellas seguidas de su anciano guardian, y él de otro hombre vestido en el mismo tosco traje. Mientras ellas se refrescaban, el nuevo aficionado se llegó al que le seguia, y hablándole un poco al oido, se apartó de ellos, causándoles algun recelo á las damas aquella breve plática, porque como la corte es madre de tantos embusteros y gente de mala vida, se temieron de que el nuevo amartelado y su compañero no fuesen de los que con prendas ajenas viven y campan en Madrid; así se lo comunicó Serafina á Teodora, dándole motivo á esto venir las dos adornadas con algunas joyas de valor,

de que juzgaron que á costa de alguna violencia se querian apoderar de ellas: consoláronse en que aun habia gente en aquel sitio, si bien apartada del que ellas habian de nuevo elegido. Volvieron á la plática con el disfrazado galan, ellas porfiando en que les dijese quién era, y él en perseverar que no tenia mas calidad de la que manifestaba su traje, si bien la que habia adquirido con haber sido admitido á su conversacion era ya mucha.

Con la luz que comunicaba la blanca hermana de Febo reparó Serafina con mas atencion en el nuevo acompañante suyo. Consideróle un mozo de edad de veinte y cuatro años, de gentil disposicion y buen rostro. El traje es el que se ha referido, mas como cuerda hízose una consideracion la dama, y fué que siempre la gente agreste y humilde manifiestan en las manos quién son, por mas que se quieran encubrir, ó cortulas de andar en el trabajo, ó toscas en la hechura por aquello en que se ejercitan. Teníalas el disfrazado de bonísima hechura y blancas, por donde conoció la dama que era él hombre mas de lo que publicaba. Confirmóse esto con que habiéndose refrescado en la fuente, sacó un lienzo para limpiarse la boca, el cual se manifestaba blanco, grande y delgado y con buen olor. No quedó Serafina poco contenta de ver esto, porque en lo que habia hablado con ella le habia parecido bien, y su deseo era saber quién fuese y la causa por qué venia en aquel traje.

Daba el anciano escudero priesa á las damas para que se volviesen á casa, y ellas resistian juntamente con el embozado, que con ruegos le pedia dilatase la estada otro poco; en esto llegó el que se habia despedido de él con una bandeja en que traia búcaros finos de Portugal y unos dulces de Génova, cosa que se halla con mucha facilidad en Madrid, habiendo de todo mucho. Presentóselo á las damas, y ellas, así en la galantería con que se ofreció como en la calidad del regalo, calificaron el buen gusto del que se le ofrecia, y hicieron mas misterio del personaje. El ver aquel lugar fresco ya solo y sin gente obligó á las damas á recogerse á su posada, diciendo Serafina: Yo he tenido, señor mio, muy buena noche pasándola con vuestra cortés conversacion, si bien me holgara de no dormir con el cuidado de saber á quién tengo de agradecer el agasajo que á mi hermana y á mí habeis hecho sin conocernos; este sitio le frecuentamos algunas noches; no os aseguro que vendremos á él la que viene, por haber en esta dilatado nuestra estada; con todo, acudió mañana aquí, que deseo, si os lo merezco, saber quién seais. Sintiera mucho, dijo él, que habiéndome costado vuestra vista no verme en la libertad con que antes estaba, parara en no continuar el recibir este favor; estimo el que me haceis, y prometo veros mañana, mas ha de ser con pretexto de que no os puedo servir por ahora con deciros quién sea, por cierta causa que lo impide, pero asegúroos que no la habrá para dejaros de servir mientras el cielo me diere vida. Con esto se despidieron las damas del disfrazado, á quien pidieron

que ni las acompañase ni signiese, que en obedecerles echarian de ver su cortesía. Prometióselo así, con que dejaron su presencia; mas el compañero del encubierto las siguió á largo trecho, y supo su casa:

Llevó Serafina algun cuilado, inclinada al encubierto galan y obligada de su cortesía; y aquella noche comunicó con su hermana Teodora su inclinacion, hablando de él mucha parte de la noche, deseando la que venia verse con él. No menos cuidadoso partió el amarelado galan, que la hermosura de Serafina le hizo perder la libertad; y así poco sosiego tuvo aquella noche, mas al fin la pasó con esperanzas de verla la que venia.

Vino la siguiente noche, bien deseada de Serafina y del encubierto enamorado; y en el mismo puesto en que se habian encontrado la noche antes se hallaron esta. No mudó de traje el galan, cosa que sintió Serafina; por de no haberlo hecho se presumió que no debía ser hombre principal, sino plebeyo y de baja suerte, porque cuando lo fuera, por agradar á sus ojos habia de mudar de traje. Hablólas el forastero con mucha cortesía, mostrando no poco gusto de que hubiesen cumplido su palabra en salir á gozar de la noche, de que les dió las gracias. No hemos hecho poco, os prometo, dijo Teodora, que hay quien impida el gozar de nuestra libertad y quien nos pida cuenta de nuestras dilaciones. No lo dudaré yo, dijo el forastero; pero perdonando el atreverme, sin habérselo merecido antes, ¿no me diréis si es marido ó hermano el que pide cuenta de eso? Basta que haya quien la pida, dijo Serafina, á vos no os toca saber mas de que hacemos esto con alguna pension. Yo lo estimo, dijo el forastero, mas volviendo á la plática pasada, os suplico me digais si sois casada. ¿Qué os importa saberlo? dijo ella. Algo me debe de importar desde anoche acá, que no deseo veros empleada, dijo el forastero. Dueño tengo, dijo Serafina, fingiendo, aunque no en Madrid. Juráralo yo, dijo el galan, de mi corta dicha, que nunca me la da la fortuna sino menguada. Si supiera que lo habíades de sentir, dijo Serafina, no os lo dijera. Pues no os encarezco, replicó, cuánto me holgara de veros en libre estado, que aunque el mio es tan indigno de merecer serviros por la desigualdad que hay entre los dos, siendo yo un bajo hombre, nacido de padres labradores, y vos una señora principal, como el amor no acepta á nadie, despues que me ha hecho suyo, habiéndome rendido con vuestros ojos, deseara veros sin dueño de la manera que si hubiérades de serlo mio. Extraño capricho es el vuestro, dijo Serafina, que conozcais las desigualdades entre los dos y deseais aun en este verme desocupada; pues porque aprendais de lo claro que os hablo, os digo que he fingido que soy casada, no lo siendo, ni aun deseo por ahora verme en esa sujecion. Mucho me habeis obligado, dijo el forastero, con haberme hablado con veras; con las mismas os digo que si de aquí fuera desengañado de esto, no me volviérades á ver. Con cada razon de estas engendraban Serafina y Teodora nuevas confusiones, no acabando de dar en lo que aquel hombre podria ser. Vían-

le con efectos de enamorado, oían que confesaba ser hombre plebeyo, el traje lo aseguraba, y mucho mas no le habiendo mudado la segunda noche que le vian. Deseaba ver á Serafina en estado libre, que parece que esto tiraba á pretenderla. En todo discurrían, y nada averiguaban. Con la misma galantería que la noche pasada habló el forastero con las dos hermanas, y con mas prevencion las regaló junto á la fuente. Allí estuvieron hasta ser hora de recogerse, dando al encubierto galan licencia para acompañarlas hasta cerca de su casa, de suerte que no se extrañaron que él ni el compañero que traía consigo las viesen entrar en su casa.

Eran estas damas hijas de un principal caballero, que por servicios que hizo á la majestad de Felipe III en Flándes tuvo un hábito con encomienda; y cuando murió se le hizo merced de dar la misma encomienda á quien casase con la hermosa Serafina, la cual tenia varios pretendientes; pero era tan moza, que no trataba de casarse, aunque su anciana madre le instaba en esto: con la encomienda, que era de tres mil ducados de renta, pasaban madre y dos hijas, ahorrando de ella para el dote de la segunda; y con intento que fuese cantidad, no trataba Serafina de casarse por entonces: tanto deseaba el remedio de su hermana. Despedidas las dos damas del forastero, él se fué á su posada, perdido de amores por Serafina. No iba con menos cuidado la dama, porque se le acrecentó el afecto con que el galan preguntó su estado, y le pesó de su ficcion, persuadiéndose á que en aquel bajo traje habia mas de lo que publicaba, aunque él confesase ser un humilde hombre.

Con alborozo aguardaban la siguiente noche, cuando antes que á la luz del dia venciesen las nocturnas sombras, estando las dos hermanas en un cuarto bajo de su casa haciendo labor, se les entró por la puerta una dama embozada con el manto; su entrada fué con alguna alteracion, y vióse de esto el efecto, porque apenas puso el pié en la sala donde las dos damas estaban, cuando ella misma acudió á cerrar la puerta con la aldaba, indicio que dió de que lo hacia para mas asegurarse. Alteráronse Serafina y Teodora, y dejando la labor, se levantaron á recibirla. La dama recién llegada, con alguna congoja que del susto que traía procedia, les dijo: Perdonadme hermosas damas, el atrevimiento de haberme entrado aquí sin pedir os licencia, que la causa de haberlo hecho lo pide, pues es tal, que á no hacerlo, ponía en gran peligro mi vida. Mi entrada aquí ha sido huyendo de quien juzgué muchas leguas de esta corte, y aun imposibilitado con prisiones de poder venir aquí. Mi corta suerte ha querido, por castigo de mi inobediencia, que todo se le haya hecho fácil para que yo le padezca. Temo perder la vida á manos de quien presumo que me sigue; si hay piedad en vuestros pechos, que donde hay nobleza nunca falta, os suplico me amparéis por esta noche, que á la mañana yo daré aviso á persona que me favorezca y defienda de quien me intenta matar. Cuando esto acabó de decir la afligida mujer ya habia descubierto el rostro, en quien vieron las

dos hermanas mas que mediana hermosura, y con la congoja la acrecentaba mas. Consigo trae la recomendacion la beldad; ella movió á piedad los pechos de las dos damas, y así Serafina, como hermana mayor, tomó la mano en responderla, diciendo: Afligida señora, sosegad el pecho, que en parte estais donde seréis servida con mucho gusto y amparada de quien os pretende ofender; á esta casa no se atreverá nadie, y así, con esa seguridad podeis perder el temor que habeis cobrado. La peticion vuestra es muy justa, y nos favoreceis en quereros valer de esta casa para refugio vuestro esta noche, y todas las que fuéredes servida podréis estar en ella hasta que os veais asegurada de vuestros recelos y temores. Agradeció la dama lo que le ofrecia Serafina con las mas corteses razones que pudo, con que, á importunacion suya y de Teodora su hermana, se quitó el manto y ocupó una almohada de su estrado. Esta ocasion fué parte para no ir Serafina y Teodora á verse con el forastero en la fuente de Leganitos, cosa que él sintió mucho, acompañándole en el sentimiento Serafina, que, como tan inclinada al disfrazado galan, no quisiera que se hubiera ofrecido aquel estorbo con la apasionada y temerosa dama.

No perdió el galan la esperanza de ver á las dos hermanas, hasta que vió que por ser algo tarde no vendrian al puesto; prestó paciencia á su despecho, y retiróse con su compañero á su posada. En tanto las dos hermanas trataban de asegurar los temores á la huésped que impensadamente se les habia venido. Regaláronla con una sazónada cena, habiendo dado cuenta á su anciana madre, que estaba entonces indispueta, de su venida, hallando aprobacion en su piedad de haberla amparado, viendo en su agradable y hermosa presencia ser digna de todo buen agasajo. Llegóse la hora de retirarse á dormir, y lleváronla Serafina y Teodora á su aposento, donde se le habia hecho una limpia cama, muy cerca de la en que las dos dormian. Despues de acostadas quiso Serafina que su huésped les diese cuenta de la causa de haber escogido su casa para refugio y seguridad de su fuga; y para obligarla á que de ella les hiciere relacion, le dijo así: Perdonad, hermosa señora, si en esta casa no se os ha hecho el hospedaje que merece vuestra persona, que en la voluntad no se ha podido errar, antes cuanto viéredes que se usa de llaneza con vos lo habeis de atribuir todo á muestras de amor; digo esto por haberos dado cama en este mismo aposento que nosotras la tenemos, que á dároslo en otra parte, habia de ser apartada algo de aquí, y quien está con desconuelo y temores mejor le estará en compañía que en soledad, y mas de quien, como nosotras, os desea servir. Estimarémos mucho, si la causa lo pide, que nos deis parte de vuestra pena, que las que se comunican suelen descansar los pechos en que dan aflicciones. De nuevo, dijo la afligida dama, os vuelvo á dar las gracias de las honras y favores que me habeis hecho, y en lo que me pedís perdon me hallo mas agradecida, pues con la pena que tengo no pudiera tener mas alivio que con estar cerca de quien me la consuele; y así,

cumpliendo con lo que me mandais, aunque sea renovar mi sentimiento, os haré relacion de mis trabajos, que pasan de esta suerte.

Sevilla, metrópoli de la Andalucía, ciudad populosa y de las mas ricas de España, es mi patria; nací en ella, hija de padres nobles, de la familia de los Monsalves, bien conocida en todas partes. Don Enrique de Monsalve, veinticuatro de Sevilla y del hábito de Alcántara, fué quien me dió el ser en su casa; fui la tercera de sus hijos, porque dos varones nacieron primero que yo. En mi tierna edad faltaron mis padres, quedando á cargo de mi hermano mayor, cuyo nombre es don Rodrigo de Monsalve, del hábito de Santiago, el cual, sustituyendo el lugar de mis padres, tuvo siempre particular cuidado con mi persona, porque me queria en extremo. El hermano segundo, llamado don Antonio, inclinóse á la guerra, y así fué á servir á su majestad á los estados de Flandes, donde es capitán, habiendo ganado mucha reputacion en la milicia y crédito de gran soldado. Yo me estaba en compañía de mi hermano don Rodrigo, que no deseaba poco mi remedio, y este amor le debí, que aunque le salieron grandes casamientos, porque es cuantioso su mayorazgo, no trató de efectuar ninguno hasta ver mi empleo; la poca edad que tenia causaba no haberle hecho; y así, mis mayores cuidados por entonces eran ocuparme, despues de la labor, en los pueriles juegos de las niñas, hasta que me vi en edad de tratar de otros entretenimientos; tuve maestros de danzar y cantar, porque tengo razonable voz, y estas dos cosas supe con gran destreza.

Una señora que habia sido grande amiga de mi madre, y yo lo era de una hija que tiene, quiso hacerme un agasajo una tarde de las de la primavera, y así pidió licencia á mi hermano para llevarme á una quinta que tenia, á quien bañaban los cristales del undoso Guadalquivir, río de Sevilla, en la parte que llaman de San Juan de Alfarche; fui con ella y otras señoras á la quinta, donde tenia gran prevencion de merienda. Tenia esta señora, juntamente con aquella dama hija suya, un hijo estudiante; eran de segundo matrimonio los dos. Este fué de secreto á la quinta sin saberlo su madre, y llevóse consigo un caballero, grande amigo suyo, natural de Córdoba, del ilustre linaje de los Godoyes, bien conocido en nuestra España. Habíanse escondido los dos en un aposento de la casa de la quinta, que se correspondía por una puerta secreta con el cuarto principal de ella, y desde allí gozaron aquella tarde de cuanto hicimos, que ya podeis considerar, damas mozas y que salen tarde á estas holguras, cuánto se dan á la libertad una vez que les toca el gozar de ella, con la seguridad que teniamos de que no eramos juzgadas de nadie; si bien doña Rufina, la hija de la señora de la quinta, no ignoraba el estar escondido allí su hermano con el otro caballero, y tambien sabia esto el jardinero, con cuyo beneplácito habian entrado allí regalándole, que no hay cosa que no facilite el dinero. Habiamos paseado el jardin de la quinta y un pedazo de la huerta que en ella habia, no perdonando aun á la fruta

que no había llegado á sazón: golosina de mujeres; despues de esto nos retiramos á una espaciosa sala, donde cada una de las damas mostró sus habilidades, y yo tambien las mías de cantar y danzar, con no poca admiracion de las amigas y aun de los escondidos caballeros, que todo lo estaban viendo por dos barrenos que habian dado á la puerta que caia á aquella parte. Caíle en gracia al cordobés don Estéban, que este es su nombre, y vino á ser esto cuidado y amor en breve término.

Con haber el sol templado la fuerza de sus rayos, dilatando la tierra sombras, nos salimos otra vez al jardin, llevando allá los instrumentos de arpa y guitarras que habiamos traído, adonde continuamos la música, acompañándome dos criadas de la señora de la quinta, que tenian buenas voces y mucha destreza. Nada se les escapaba á los galanes, que todo lo oyeron, y enviaron con el jardinero un recado á doña Rufina que procurase venirse á la casa de la quinta conmigo solamente. Quiso dar gusto á su hermano, cuyo era el recado, y como que alguna precisa causa le molestase, me pidió la acompañara. Yo, que estaba ignorante de lo que me habia de suceder, víname con ella, dejando á las demás amigas á la orilla de un estanque entreteniéndose en varios juegos, y mano á mano nos entramos en la sala, donde nos salieron al encuentro los dos caballeros. Asustéme con su presencia, mas conociendo ser el uno hermano de la amiga que iba conmigo, aseguréme. Recibiéronnos con muchas alabanzas de mis gracias, en particular quien mas las exageró fué don Estéban. Yo le estimé el favor que me hacia, y mudando otra plática, tuvo este caballero lugar de declararme cuánta aficion me tenia despues que me habia visto allí, pidiéndome licencia para servirme y galantearme desde aquel dia. Yo, que nunca me habia visto en aquellos lances, turbada y perdido el color no supe qué me le responder. Callaba á todo con el empacho en que me hallaba; mas mi amiga, esforzando la parte de don Estéban, me dijo: Cierito, doña Clara, que este es mi nombre, que estás tan turbada y asustada como si hubieses visto dos dragones. ¿Es nuevo desear galantear los caballeros á las damas, siendo iguales en calidad, quando se dirigen sus pensamientos para honestos fines? El señor don Estéban es tan gran caballero, como todos saben, desca servite; no es justo que á esto le seas desconocida y des mal pago á su voluntad. Tanto me persuadió esta dama y su hermano, que cuando salí de allí ya don Estéban habia alcanzado licencia de mí para servirme, y yo tenia un cuidado mas en mi pecho: grandes son los efectos que causa el amor, pues quien nunca habia sabido qué cosa era, antes hacia burla de los que oia quejarse de él, ya comenzaba á amar á quien no habia visto hasta entonces. La causa lo merecia, porque sin exageracion os digo que no he visto caballero de mejor presencia, talle, rostro y demás partes que don Estéban, si bien mi hermano don Rodrigo casi le llega á igualar. Desde aquel dia comenzó este caballero á festejarme secretamente. Escribímonos, donde en amorosos conceptos y encarecidos amores iba nuestra

correspondencia echando mas raíces. Tal vez por el órden de doña Rufina nos veíamos en su casa, mas eso era teniéndola á ella presente, ó á la vista por lo menos, con que no recibí mi amante de mí mas favor que darle una mano. Tenia un pleito de consideracion en Sevilla sobre un mayorazgo, y hasta salir con él no determinaba pedirme á mi hermano; y así, con esperanzas de tener presto sentencia en favor, se pasaba el enamorado caballero importunándome siempre en que le diese entrada en mi casa. Tanto instó en esto, que hube de permitirle que me hablase á una reja de noche algo tarde, porque como mi hermano era mozo, venia á deshora á recogerse, y temia que le viese. La continuacion de los amantes en comunicarse aumenta mas eslabones á la cadena del amor.

Amábame tiernamente don Estéban, pagábale esta encendida aficion, y como amor tiene cosas de niño en pedir siempre mas de lo que le dan, él importunaba en desear ser mas favorecido de mí, hasta que ablandó esto mi pecho, de manera que le hube de dar entrada en casa, de que resultó por mi mal acuerdo perder la prenda de mas estimacion en las mujeres, si bien con el pretexto de ser mi esposo, de que me dió la palabra delante de un devoto crucifijo con grandes protestas de que la cumpliria. La continua asistencia todas las noches en mi cuarto causó el tener prenda viva de don Estéban, cosa que me puso en notable cuidado, porque como crecia cada dia mas el preñado, así se aumentaban en mí los temores. Instaba en que me pidiese por esposa á don Rodrigo, pues con eso se soldaban todos los defectos; mas él me animaba á que en viéndome desembarazada de aquel peligro lo haria luego. Aumentáronseme temores, recelándome que este caballero me trataba con engaño, pues en cosa que tan bien le estaba, y mas para su seguridad, ponía inconvenientes. Aquí, señoras mías, pagaron mis ojos con lágrimas la poca advertencia y mucha determinacion que tuve á arrojarle con don Estéban. De mi flaqueza vinieron á ser testigos dos criadas, que pluguiera al cielo nunca yo les diera parte de ella, pues tan caro me cuesta habérsela dado, pues quien lo hace cautiva su libertad y presta sujecion á quien es inferior á ella. Ya se llegaba el término en qué esperaba mi parto, cuando hallando á una de estas dos criadas y un hombre que de su aposento salia á deshora, la reñí con alguna blandura, por no poder mostrar el rigor que pudiera á no saber ella mis defectos. Pues esto solo la irritó de modo, que me dijo algunas libertades que me encendieron en cólera; y presumiendo que no se atreviera á lo que hizo, la castigué con mis manos, pesándome no poco de haberlo hecho; pero ¿qué cólera repentina fué buena? Por tenerla han sucedido mil desdichas; yo soy una de las que han pasado por sus desdichados efectos. Trató la criada de vengarse de mí, y hizolo muy á su salvo. Era moza de buena cara, á quien mi hermano habia inclinándose, si bien ella nunca le admitió; mas despues ella con mi ejemplar desdijo de su primera constancia en sugeto mas humilde, como era el que hallé en su apo-

sento. Tuvo pues ocasion de verse con don Rodrigo, á quien dió parte de los amores de don Estéban y mios, hasta decirle en el estado en que me hallaba, cosa que él no habia caído en ello, porque este nuevo uso de guarda infante, tomado de Francia, me fué propicio para encubrir mi defecto. Deseó don Rodrigo hallar ocasion de vengarse de mí y de don Estéban, quitándonos las vidas; pero reparaba en que no era culpada en esto la inocente criatura que habitaba en mi vientre, y así lo que le encargó á la criada fué que le avisase cuando yo hubiese desembarazádome del penoso preñado; así se lo prometió la traidora mujer, aunque no tuvo lugar de hacerlo, como sabréis.

Llegó el dia de mi parto, comenzándome los dolores desde la tarde; envié á avisar á don Estéban, y quiso mi corta suerte que estuviese ausente de Sevilla en una aldea, dos leguas de aquella ciudad. Diósele un papel mío á don Fernando, un hermano suyo, el cual sabia este empleo, y acudió algunas noches acompañando á don Estéban; este, viendo que su hermano no venia, envió un criado á llamarle á toda diligencia. Ya era de noche, y mi parto se fué dilatando hasta la mitad de ella. Estaban don Fernando y un criado suyo en la calle aguardando allí para recibir la criatura. Y sucedió que mi hermano viniese á aquella hora á acostarse; era la noche muy oscura, y aunque él divisó dos bultos á la puerta falsa de su casa, ellos no le vieron. Dióle deseo de averiguar si era don Estéban, el que era causa de su deshonor, y arriándose á una pared, previno una pistola de dos que traía para su defensa todas las noches. En esto sintió que abrian la puerta y que una criada salia fuera á la calle; á su salida se llegaron los dos hombres á recibirla; ella les dió un niño que habia yo parido, y que con gritos manifestaba el deshonor de su madre; penetraron estos el pecho de mi airado hermano, y así, irritado de la cólera que oyendo esto recibí, pensando que el uno de aquellos hombres fuese la causa de su deshonor, apuntándole la pistola, no le erró; fué el desgraciado don Fernando el que perdió la vida con la violencia de dos balas que le pasaron el pecho. El criado, que vió el estado de las cosas, con su criatura gritando comenzó á huir; mas siendo seguido de don Rodrigo con la espada en la mano, á pocos pasos le atravesó de una punta por las espaldas, dejándole allí pidiendo confesion á voces. Todo esto habian visto las criadas, las cuales me lo fueron á decir á mí luego; yo, temiendo verme ya trofeo de la muerte y en las manos de mi hermano, animándome me vestí á toda priesa y me salí de casa, yéndome á la de don Estéban, que no era lejos de allí. Aun no habia venido, por no poder haberse desembarazado de un negocio importante á su pleito; pero el criado que le fué á avisar, que era el gobierno de su casa, habia vuelto á dar orden á don Fernando que me asistiese. Contéle cuanto pasaba, aunque incierta de que don Fernando era muerto; y lo que él hizo fué tomar dos caballos y dineros y ponerme en el uno; subióse en el otro, y partióse de Sevilla para Córdoba.

Llegamos á Carmona, donde estuvimos de secreto dos noches, porque yo me reparase mas de mi flaqueza y susto. Allí supimos lo que pasaba en Sevilla, de un forastero que posó en nuestra posada. Dijo pues que así como don Rodrigo mató á don Fernando y hirió de muerte á su criado, tomando la criatura la dejó en una casa del barrio á una mujer de un criado suyo encomendada, y él se volvió á casa con ánimo de acabar con mi vida. De las criadas supo mi fuga, cosa que le dió notable pena, por no poder vengarse del todo. No lo creyó, y andando buscándome por la casa, que es grande, llegó entonces la justicia á ella, que habiendo llegado adonde estaba muerto don Fernando, de su criado, que aun estaba con vida, supo quién fué el que le habia muerto. Fué preso don Rodrigo y llevado á la cárcel, donde se le entregó al alcaide; buscáronme luego en casa, y visto que no parecia, con la luz que le dieron las criadas de la ficion de don Estéban, fueron á su casa al tiempo que él venia de su jornada, que era bien tarde; diéronle cuenta de lo sucedido, trayéndole al difunto hermano á su presencia; y llamando él al criado que gobernaba su casa, le dijo un mozo de caballos que él le habia ensillado dos, en que se habia partido en compañía de una mujer. No quiso oír mas el alcaide de la justicia, que era quien hacia la averiguacion, para mandar despachar gente por los caminos que procurasen detenerme á mí y al criado, y á don Estéban dieron la casa por cárcel, con guardas de vista.

Esto fué lo que dijo el forastero, con lo cual el criado determinó tomar otro camino del que habia pensado y venirse á esta corte; así lo ejecutó, y nos venimos por extrañas veredas á deshoras hasta Madrid, donde habrá que llegamos como un mes, poco mas; desde aquí escribió el criado de don Estéban á su amo mi llegada á esta corte, y con la pena que estaba, así de saber que estuviese preso como de carecer de su vista. En respuesta de esta carta vino otra, no como yo esperaba; porque ¿qué culpa tenia yo de la muerte de don Fernando? ¿Mandéle yo matar, por ventura? Si mi hermano lo hizo, ¿era justo tener el enojo contra mí? Lo que la carta contenia era que luego que la leyese se partiese de Madrid y me dejase. Fuerte mandato le pareció á Leandro, que así se llamaba el criado de don Estéban, al cual pareciéndole mal que usase de este rigor con quien no se lo habia merecido y le costaba muchas lágrimas, le significó cuánto me debia, y que pagaba un firme amor que le tenia con ingratitud, y que aunque perdiese su gracia, no habia de dejarme. Esta carta se le envió á don Estéban por la estafeta: desconsiderada resolucion de Leandro, no advirtiendo las diligencias que se hacian para saber dónde yo estaba. Andaba el alcaide de la justicia solícito en esto, y vino á dar con la carta enviada por la estafeta, y por ella supo dónde estaba yo. Habiéndolo sido Leandro el que me habia traído, y no obstante que vieron el despego con que don Estéban me trataba, se persuadieron á que por su orden me habian traído aquí, y que despues se habia cansado de mí; con esto doblaron las guardias á don Es-

téban, que le pedia don Rodrigo mi hermano la fuerza de su casa, y don Estéban á don Rodrigo la muerte de su hermano don Fernando. Determinóse el alcalde de la justicia, sin darse por entendido de dónde yo estaba, á despachar un alguacil, para que con una requisitoria me trajese á Sevilla, y á Leandro preso en mi compañía. Habia sido el alguacil hijo de un criado de mi hermano, y dióle cuenta del caso, para ver qué determinaba que hiciese, el cual le mandó que hiciese cuanto apretada diligencia pudiese en Madrid para hallarme, y que hallada, avisase con un propio. Esto me avisó un criado de mi hermano que oyó hablar á don Rodrigo con el alguacil, sabiendo la parte donde por entonces me tenia Leandro, que sabido esto, mudó de posada, y se vino cerca de estos barrios.

Ayer, que salia acompañada de la huéspeda de casa á tomar el fresco en el campo de Leganitos, al volver de una esquina, ví á mi hermano en el mas extraño traje que se puede imaginar; venia con una capa parda de las que usan traer los labradores manchegos, una montera parda, capotillo de dos faldas del color de la capa y polainas, con calzoncillos de lienzo; extrañé su disfraz, y alteróme de manera, que apenas pude dar un paso adelante. La compañera que me llevaba de la mano reparó en esto, y preguntóme la causa de mi susto; yo se la dije y cuán temerosa estaba de que me habia conocido. Confirmé esta sospecha con verle enderezar con pasos algo acelerados hácia la parte donde estaba; viendo esto mi compañera, me dejó y se entró en una casa. Yo, con la turbacion que tenia, sin reparar en que me dejase, aceleré pasos y valíme de vuestro amparo, de que hago la estimacion que es justo, pues si no eligiera vuestra casa, que es ya sagrado para mí, creo lo pasara mal. El que mi hermano no me haya seguido he extrañado mucho, no sé qué haya sido la causa, que tengo por sin duda que no reparó en mí, aunque me lo pareció, porque á hacerlo, es sin duda que me siguiera, y mi vida corriera peligro. Esta es mi infeliz historia; yo me hallo bien confusa en no saber en qué hayan parado las cosas de don Estéban y en ver á mi hermano aquí libre de la prision donde le dejé.

No se holgaron poco las dos hermanas de oír la relacion que doña Clara les hizo de sus trabajos, por sacar de ella que el embozado á quien ellas hablaron las noches pasadas era don Rodrigo sin duda alguna, porque las señas que daba de su vestido conformaban con las que ellas habian visto en el disfrazado caballero; quien con mas exceso se alegró era Serafina, que deseaba que aquel entendimiento, cortesía y demás partes que en él habia conocido fuese en sugeto principal, y así se persuadió siempre á esto. De nuevo consolaron Serafina y Teodora á doña Clara, dándole buenas esperanzas que todo pararia en bien con el favor del cielo, en quien esperase que la habia de remediar sus trabajos. Con esto se durmieron hasta la mañana, aunque doña Clara, con la pena que tenia, no lo pudo hacer como Teodora, que vivia sin cuidados, que Serafina ya tenia los que bastaban para no sosegar condescuido, y así, fué ella quien

mas noticia podia dar del desasosiego de su huéspeda.

Parecióle á doña Clara el dia siguiente escribir un papel á Leandro á la posada, en que le daba cuenta de dónde estaba y la causa que la obligó á quedarse allí, de la cual ya tenia noticia por la huéspeda, que volvió asustada y con pesar de haber perdido á doña Clara. Quien mayor le recibió fué Leandro, que con amor y lealtad servia á esta dama desde que la sacó de Sevilla, y aunque pudiera hacer diligencias por saber dónde estuviese, no osó salir de casa, por el aviso que tenia de que los andaban buscando en Madrid por órden de la justicia. Admiróse mucho de que don Rodrigo se hubiese venido á Madrid, habiéndole dejado preso, y trató de vivir con mas cuidado porque no le encontrase, por saber de su resolucion que donde quiera que fuese le quitaria la vida. Con esto, en anocheciendo fué á verse con doña Clara, consolándola en su afliccion, diciéndola que todas aquellas cosas habian de parar en bien. Dió las gracias á la madre de Serafina y Teodora de la merced que hacian á doña Clara, y díjoles que con su licencia queria llevarla á la posada; no se lo consintieron, enojándose mucho, así de que tratase de mudarla en ocasion que corria peligro su vida como de que lo hiciese por temer que les causaria fastidio, que aunque estuviese años en su casa, no le podria dar á quien con tanto gusto la servia. De nuevo les rindió gracias doña Clara, con que Leandro se volvió á su posada; halló en ella una carta de don Estéban, que le reprendia de su inadvertencia de haberle escrito por la estafeta, habiendo otros modos como hacerlo, que habia esto sido causa de despachar juezá prenderlo; de que le dieron aviso á don Estéban que se pusiese en cobro, y tambien la persona de doña Clara, hasta que él avisase otra cosa, tratando de servirla y regalarla con mucho cuidado. Dábale con esto aviso de cómo don Rodrigo se habia salido de la cárcel engañando á los porteros de ella, y que se entendia iba á Madrid; que de nuevo le encargaba el ocultar á doña Clara y el cuidado con ella, hasta que él saliese libre de su prision, pues al alcalde le constaba ser él tan ofendido con la muerte de su hermano como don Rodrigo con haber faltado su hermana de su casa. Mucho contento recibió Leandro con leer esta carta de su dueño, conociendo por sus razones que presto vendrian á bien estas cosas. Dió aviso de esto á doña Clara el dia siguiente, con que fué parte para que se consolase y esperase presto verdad en descanso.

Este mismo dia recibió doña Serafina un papel de la mano de una mujer embozada, la cual le dijo que aguardaba respuesta de él. Lo que contenia era esto:

«Como en los amantes que bien quieren es su mayor tormento la ausencia, quien la padece, faltando la presencia de quien ama, suplica á la causa, si no hay otra precisa que lo estorbe, se sirva de dar lugar á que ejerza la piedad obras suyas, y cesen las del rigor de faltar tantos siglos del puesto en que su dicha mereció el mayor empleo que podia esperar su deseo.»

No poco se holgó la hermosa Serafina de leer este papel, que ya acusaba al dueño de remiso ó olvidado, y

no la habia puesto en poco cuidado haber faltado su recuerdo, cuando ella faltaba del señalado puesto, que era descuido en él no haber sabido la causa de no verle. Pidió á la mujer embozada que esperase, y respondiendo al papel, se le entregó, el cual puesto en las manos de quien con afecto le esperaba, que era el disfrazado don Rodrigo, leyó en él estas razones:

«No merecia piedades quien con tanto descuido vive, »que lo mismo que exagera con voluntad lo trata como »con olvido; este nombre le diera antes, si no me pareciera la cortedad recato, y que por él se deben per- »donar los yerros, con la pena de haber padecido ausencia: de haberla tenido hubo precisa causa, que »impidió nuestra salida. Esta noche nos veremos donde »sabeis, que hay muchas cosas que deciros. Dios os »guarde.»

Contentísimo quedó don Rodrigo con la promesa de la damá, la cual comunicó su salida con su hermana en la forma que habia de ser, pues por la huéspedes que tenian les parecia grosérla dejarla en casa, sospechosa de su salida. Dióla muy buena Teodora, con tener á una amiga de su madre enferma, á quien pidieron licencia para irla á ver un rato; concediósela, y acompañadas de solo su escudero, se fueron á la casa de la amiga por cumplir con él, y habiendo estado allí un poco rato con la amiga, dieron la vuelta por el campo que llaman de Leganitos, y en el mismo puesto señalado hallaron al disfrazado don Rodrigo en el propio traje en que hasta entonces andaba. Recibiólas con mucho gusto, exagerándoles cuánto habia sentido su larga ausencia, padeciéndola con mil temores de que hubiese sido por falta de salud ó quiebra de voluntad. Ni uno ni otro ha sido, dijo Serafina, sino haber tenido á nuestra madre indispueta; pero cuando lo que decís fuera, bien se os ha mostrado el amor que publicais tener, pues haber dejado pasar tiempo sin procurar saber de las dos, pues no ignorábades nuestra casa, puesto que se os permitió venirnos acompañando hasta ella; ¿qué responderéis á esto? Dijo el enamorado caballero: No falta de voluntad, que esa no la puede haber en mí, sino temor ó recelo de dar nota en vuestra casa con venir á ella ó enviar papel, hasta que ya no lo pudiendo sufrir, me resolví á lo que viste. ¿Cortedades tiene quien encarece que ama? dijo Teodora; no me parece que os disculpais derechamente. Apretaban las dos sobre esto al caballero, y él porque se mudase plática les dijo: Si yo como amo con voluntad dispusiera las cosas á medida de mi deseo, no errara en ninguna accion; mas quien tiene rudo natural, como nacido en agrestes paños, ¿cómo quereis que acierte? Vió aqui Serafina la ocasion á su propósito para lo que traía pensado, y no la quiso perder, diciéndole: Señor don Rodrigo de Monsalve, basta el disfraz para conmigo, que ya sois conocido, y dure lo que mandáredes para vuestros vengativos intentos. Yo he sabido quién sois, y tanto de vuestras cosas, que os admiraréis; con que en cuanto á disculparos, no teneis salida. Decid vos que habeis andado ocupado en cosas tocantes á lo que venistes de Sevilla aquí, saliéndoos de

la prision, y nos darémos por satisfichas, yo á lo menos, que deseo sumamente vuestra quietud y que todos vuestros negocios se hagan como deseais. Absorto se quedó don Rodrigo sin poder hablar: tal le tenia la turbacion, admirado de cómo podia ser conocido de aquella dama andando en aquel traje, y no habiendo puesto los piés jamás en Madrid. Discurrió sobre esto, de modo que el callar tanto aseguró á las demás que era él. Lo que le respondió á Serafina fué: Señora mia, yo no sé qué es lo que me decís con rebozos; mi nombre no es ese, ni yo nací con tal dicha que merezca ese noble apellido que me dais; vos me habréis tenido por otro de quien os han dicho algo, que en cuanto á mí, estoy seguro que no me ha traido cuidado alguno á Madrid, sino ver la corte, y mi venida ha sido importante á ella. A buscar á vuestra hermana, acudió Teodora; no hay que encubriros, que de vuestras cosas sabemos las dos mucho, y os dirémos cuanto hay en esto si gustais. Volvió don Rodrigo á turbarse y ellas á apretarle de modo, que por saber él cómo habian tenido noticia de sus cosas, vino á confesar ser don Rodrigo de Monsalve y quien decian.

Holgóse sumamente Serafina de que le hubiese salido cierto lo que ella tenia por dudoso, habiendo con cautela habládole; y así, en conformidad de haber confesado quién era, se sentaron en otro puesto menos juzgado que aquel, y don Rodrigo refirió de nuevo su historia sin discrepar en nada de cuanto habian las dos damas oído á doña Clara; solo lo que varió en ella fué, no el decir que venia á Madrid en busca de su hermana, sino que habiendo estado preso por la muerte de don Fernando, y salido de la prision engañando á los porteros de ella, se habia venido á Madrid disfrazado para estarse así en tanto que se componia la muerte, y la fuga de su hermana decia que habia sido para Lisboa, adonde pretendia ir presto en busca suya. Bien quisiera Serafina componer aquellas cosas por la seguridad de doña Clara y por tener en Madrid mas quieto á don Rodrigo, mas parecióle temprano, que quiso tenerle mas obligado para tratar de esto. Aquella noche se ocupó toda en relaciones, y así no se trató de la voluntad, aunque á la despedida bien significó la suya don Rodrigo para con la hermosa Serafina, la cual le favoreció con decirle que estimaba su fineza, pero que deseaba saber con apretada informacion si dejaba algun cuidado en Sevilla, antes de determinarse á favorecerle, que ella tenia quien se lo dijese; bien lo creyó don Rodrigo; y así, apretando en saber quién le habia dicho sus cosas, no pudo conseguir el saberlo, por donde quedó con sospechas de que de su hermana se sabian, cosa que le aumentó el cuidado para hacer mayor diligencia en buscarla.

Correspondíanse estos dos amantes en amor, y estaba tan adelante esta correspondencia, que se trataba entre los dos de casamiento, enterado cada uno de la calidad del otro. En tanto la justicia de Sevilla hacia sus diligencias en buscar á don Rodrigo con requisitorias, en que le gastaron alguna cantidad de hacienda.

El alguacil que habia venido en busca de doña Clara y de Leandro hizo tambien sus diligencias en buscarlos en Madrid, pero todas en balde, por el cuidado con que Leandro vivia, habiendo mudado de posada, y no sabiendo de ella sino de noche, y esto á solo visitar á doña Clara, á quien daba buenas esperanzas de que presto se habia de ver empleada en don Estéban. Doña Clara era regalada de las dos hermanas sus huéspedes y de su anciana madre con mucho amor, y á ella se le habian cobrado de manera que, cuando fuera hermana suya, no se le tuvieran mayor. Deseó Serafina ver acabadas aquellas cosas y reducidas á paz por lo que interesaba, pues no tendria de asiento á don Rodrigo allí, menos que con saber dónde estaba su hermana, y para comenzar á tratar de esto, lo primero que hizo fué dar cuenta á doña Clara cómo se comunicaba con don Rodrigo su hermano. Dijole la correspondencia que habia entre los dos, y asimismo con el fin que se continuaba, deseando pagarle su amor y finezas con darle la mano de esposa. No se puede exagerar cuánto se holgó la afligida dama de oír esto, pareciéndole que el cielo abria camino para que sus cosas parasen en bien, teniendo de su parte á Serafina, que era cierto habia de aplacar el enojo de su hermano y alcanzarle el perdon de él.

Comunicó Serafina con esta dama qué modo ó camino se podia tomar para que don Estéban y don Rodrigo se conformasen, y ocurrióle á doña Clara este. Tiene en Sevilla tan ganadas las voluntades de todos el conde de Palma con su agasajo y afabilidad, que no se ofrecia en aquella ciudad cosa ardua ni dificultosa que como élla emprendiese no la alcanzase, y así todos se valian de su amparo y intercesion para todas sus cosas; en particular tenia gran suerte en componer enemistades, como se habia visto por experiencia en muchas que habia compuesto entre caballeros, que á no mediar su autoridad, pararan en muertes y desdichas; pues quiso doña Clara valerse del Conde para que con su intercesion se templase la justicia, y su hermano y don Estéban se compusiesen, y así se le escribió una carta en orden á esto, dándole cuenta de quién era, dónde estaba y de cómo don Rodrigo asistia en Madrid, habiendo llegado allí en su busca y el traje que traia para hacer su hecho, de modo que su vida corria peligro; finalmente, le daba cuenta de todo, y le suplicaba mediase en esto, solicitando el que don Estéban le cumpliese la palabra que le habia dado casándose con ella y haciendo paces con don Rodrigo. Recibió la carta el Conde, el cual habiendo sabido de quién era y enterado tambien del caso, quiso servir á esta dama, como lo sabe hacer con tanta galanteria y generosidad de ánimo. Vióse con don Estéban, y sin darle cuenta de la carta de doña Clara, le comenzó á persuadir tratase de cumplirle la palabra que le habia dado habiendo prendas de por medio. No rehusaba esto don Estéban, que si bien estuvo algo frio cuando la fuga de su dama, entonces estaba tan enamorado y deseoso de verla como á los principios de su amor; lo que sentia era ver que don Rodrigo no hubiese acometido á tratar de que esto se hiciese, están-

dole tan bien á su honor; de modo que don Estéban vivia quejoso de dos cosas: la una, de la muerte de su hermano, y la otra, del despeso de don Rodrigo en no haber tratado de conciertos. A todo esto se obligó el Conde que pondria la mano en ello; y dejando á don Estéban muy en hacer cuanto le pedia, trató con la justicia que esto viniese á concierto, perdonando don Estéban la muerte de don Fernando, con que aplacó su rigor, y don Estéban tuvo libertad con una fianza de estar á lo que le sentenciasen. Esto sabido en Sevilla, no sabiendo el Conde adónde habia de dar aviso de lo que habia hecho á doña Clara, se resolvió de irse á Madrid; en su compañía se llevó á don Estéban y á un primo de este caballero, natural de Córdoba. Tuvo aviso de esto don Rodrigo por su confidente, y holgóse que el negocio tuviese este concierto.

En tanto que llegaban á Madrid el Conde, don Estéban y su primo, la hermosa Serafina, viéndose una noche con su don Rodrigo, le dijo cómo su hermana se comunicaba con ella y era muy su amiga, de quien habia sabido todos sus sucesos; y que si le importaba su empleo, entendiase que primero habia de preceder el perdon de ella que el darle su mano. Ya tenia doña Clara noticia por Leandro de cómo el conde de Palma habia reducido á don Estéban y lo traia consigo á Madrid, que así se lo habia don Estéban escrito. Viendo don Rodrigo esto, con mucha facilidad dijo que perdonaria á su hermana por lo bien que le estaba darle su mano despues. Agradecióselo Serafina, y mandóle que para la noche siguiente mudase de traje y viniese á su casa, adonde estaria su hermana con ella aguardándole, que no queria mas rebozos ni guardarse de su madre. Obedeciola don Rodrigo, el hombre mas contento del mundo, y así, luego que vino la noche, con un bizarro vestido de color vino á casa de Serafina acompañado de dos criados lucidos con una vistosa librea. Fué recibido de la hermosa Serafina y de su hermana Teodora y llevado á la presencia de su madre, á quien habia Serafina dado cuenta de todo el suceso y de la aficion que este caballero la tenia con el fin de ser su esposo. Allí halló don Rodrigo grandes agasajos en los brazos de doña Blanca, que así se llamaba la anciana señora, y muchas lágrimas en los ojos de su hermana, que postrada á sus piés le pedia su mano y perdon de haberle sido causa de sus disgustos. Don Rodrigo la abrazó sin muestra de enojo alguno, y aquella noche estuvo dos horas de visita muy gustoso, siendo favorecido de los ojos de su Serafina, que por estar en la presencia de su madre, no se extendió á mas el favor. Supo don Rodrigo cómo su hermana era huésped de doña Blanca y sus hijas y por el camino que habia venido allí, que fué ponerle en muchas obligaciones, estimando el gran favor que la habian hecho. Con esto se acabó la visita, mandándole en secreto Serafina que volviese á verla todos los dias, cosa que don Rodrigo obedeció con mucha puntualidad por lo que en hacerlo interesaba.

Llegó el conde de Palma á Madrid con los caballeros que le acompañaban, y sabiendo Leandro la casa que

le tenían aperebida para posar, acudió á ella á verse con su dueño, el cual se holgó mucho con él; preguntóle luego por doña Clara, de cuya salud le dió muy buenas nuevas, y asimismo de todo cuanto pasaba y se ha dicho, porque así se lo habia mandado doña Clara. Holgóse don Estéban de tener esto vencido y que don Rodrigo la hubiese hablado y visitase, y así se lo dijo luego al Conde, el cual el siguiente dia, llevando consigo á don Estéban y á su primo en su carroza, se fué á casa de doña Blanca, guiado de Leandro; fué en ocasion que acertó á estar allí don Rodrigo, cosa de que el Conde recibió mucho gusto. Pidió licencia á doña Blanca para visitarla; túvola, y en su presencia careó los dos caballeros enemigos antes, á quienes hizo ami-

gos luego. Y para aumentar mas su gusto, llamando al párroco, don Estéban dió la mano de esposo á su doña Clara, y don Rodrigo á doña Serafina. Habíale parecido bien á don Sancho de Godoy, primo de don Estéban, la hermosa Teodora, y quiso que á estas bodas acompañase la suya; informó el Conde de quién era, y así se dieron las manos. La fiesta de las velaciones celebraron muchos caballeros mozos de Madrid con una lucida máscara, á que se siguieron muchos saraos, siendo todo fiestas un mes que estuvieron en la corte, el cual pasado, se volvieron á Sevilla todos tres contentos con sus queridas esposas, despidiéndose del conde de Palma con muchos agradecimientos que le dieron por el favor que les habia hecho.

VIDA

DE DON GREGORIO GUADAÑA,

POR ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ.

CAPITULO PRIMERO

Cuenta don Gregorio su patria y genealogía.

Si está de Dios que yo he de ser coronista de mi vida, vaya de historia.

Yo, señores míos, nací en Triana, un tiro de vista de Sevilla, por no tropezar en piedra. Mi padre fué doctor de medicina, y mi madre comadre; ella servía de sacar gente al mundo, y él de sacarlos del mundo; uno les daba cuna, y otro sepultura. Llamábase mi padre el doctor Guadaña, y mi madre la comadre de la Luz; él curaba lo mejor del lugar, y ella parteaba lo mejor de la ciudad; quiero decir, que él curaba al vuelo, y ella al tiento. Andaba mi padre en mula, y mi madre en mulo, por andar al revés, y todas las noches, después de vaciar las faldriqueras, se contaba el uno al otro lo nacido y lo muerto. No comían juntos, porque mi padre tenía asco de las manos de mi madre, y ella de sus ojos, por haberlos paseado por las cámaras ó aposentos de los enfermos. Cuando había algun parto secreto, el sobreparto curaba él, y el parto ella, y todo se quedaba en casa. Mi padre daba remedios para fingir opilaciones, y mi madre á los nueve meses desopilaba á todas.

Un tío mío, hermano de mi padre, era boticario, pero tan redomado, que haciendo un día su testamento, ordenaba que le diesen sepultura en una redoma por venderse por droga. Era su botica una piscina de ellas, y el ángel que la movía era mi padre; pero los pobres que caían en ella, en vez de llevar la cama á cuestras, los llevaban á ellos. No se daba manos mi tío á llenar su botica, ni mi padre á vaciarla; y entre los dos había cuenta de medio partir cada mes, por lo bebido y purgado. Si un enfermo había menester un jarabe, mi padre le recetaba diez, y si una medicina, veinte; y con este arbitrio estaba de bote en bote la casa llena de dinero á pura receta baldía, igualando mi padre las enfermedades, pues todas gozaban igualmente de su providencia. Cuando un enfermo decía que no podía tomar purga, mi padre le hacía tomar píldoras, y si no gusta-

ba de ellas, las comutaba á pócimas, y de no á jarabes; y cuando el enfermo estaba en su opinión, él se despedía; y de esta manera obligaba á todos á beber, ó á reventar, que todo es uno, cuanto recelaba. Nunca fué único en los remedios, porque hubo día de veinte y cuatro, á hora por remedio, ó á remedio por hora, y sin remedio los iba despachando á todos. Cuando él conocía una enfermedad corta, le largaba la rienda, y cuando caminaba mucho, se la tiraba, y entre andadura y trote, nunca la dejaba llegar á la posada de la salud, antes la rodeaba por el camino de la muerte; sesteando todos en casa de mi tío el boticario. Tasaba mi padre sus recetas como para sí; y solía muchas veces reñir con su hermano, con lo cual aseguraba los enfermos. Llamábase mi tío Ambrosio Jeringa, si bien á Jeringa le comutaron muchos á purgatorio, por los muchos que purgaban en su tienda los pecados de atrás.

Tenia mi madre un hermano cirujano; era la llave de mi padre, y con ella abría todo el lugar. Llamábase Quiterio Ventosilla. Era el hombre mas dado á perros que vi en mi vida, porque hacía anatomía de cuantos topaba en la calle; perseguía aun después de muertos á los pobres del hospital, y no paraba hasta verles los hígados y sacarles las entrañas; solía decir que abriendo los muertos, sanaba los vivos; pero yo nunca le vi abrir ninguno que no le abriesen primero la sepultura. Era hombre tan carnicero, que el día que no cortaba carne partía huesos; hacía una sangría por excelencia ó por señoría, pero había de ser en ayunas, que después de haber bebido, porque él no comía jamás, de cinco picadas apenas acertaba una; y como mi padre le conocía la enfermedad, aplicábale la mañana por remedio. Era tan noble, que jamás sacó sangre baja; siempre picaba alto. Cuando sangraba del tobillo á alguna dama, asistía mi padre con una luz, y mi tío traía la sangre mas peligrosa, á pesar de los humores mas ocultos. Tenía á fuentes apestado el lugar, y así daba botones de fuego á los nacionales, como si no lo fueran; estaban reputadas sus tiendas por tentaciones del diablo, y ja-

más abrió postema que no la hiciese. Alegrábase su alma cuando oía espadas en la calle, pero si no había heridos, decía que todos eran unos cobardes. Sus ungüentos eran bufones de las heridas, entretenían un año y dos las llagas; era grande alegrador de un casco, pero mas del suyo.

Mi abuelo por parte de padre era sacamuélas; llamábase Toribio Quijada, y desempedrabá una y aun dos á las mil maravillas. Solía ponerse en la plaza con un rosario de huesos al cuello, y hacía una oracion tan piadosa, que la mayor parte de la gente estaba la boca abierta escuchándole. Limpiaba dientes y muelas con tal gracia, que nunca mas se hallaban en la boca. Ninguno llegó á sus manos con dolor de muelas que no saliese con otro mayor. Disciplinaba una boca con agua tan fuerte, que duraba la llaga en cuanto había boca. Era destilador de cuantas aguas introdujo la malicia humana; sus redomas eran reliquias del Jordan, y llovían damas, y en su bolsa dinero, porque las mudase caras todas las noches; y él las mudaba de forma que no las conocían sus amantes sino cuando él quería. Quitaba canas, teñía mudas, y mudaba rostro á otro barrio cuando se lo pagaban. En esto de poner dientes era único, tan bien los ponía como los quitaba; pero en lo que ninguno le llevó ventaja fué en hacer ojos; podía uno quitarse los suyos por ponerse los que hacía, y era tan letrado en esta materia, que con haber hecho dos mil tuertos derechos, ninguno veía la claridad de su justicia.

Mi abuela, por parte de madre, se llamaba Aldonza Cristel, y tenía por oficio ayudar con ellos á las damas. Tenía la mano tan hecha á deshacer agravios retenidos, que no había dama por delicada que fuese que no fuese de ella en ausencia y en presencia su peligro. En su mocedad fué un lince, y conservaba los ojos tan claros, que no se le escapaba el mas oscuro. Tenía en su casa dos baños, no los de la reina mora, por ser cristianos los que se bañaban en ellos; pero en el aseo, limpieza y libertad no debían nada á los del gran turco. Poseía el secreto de un agua tan excelente, que la mas estéril se había fecundada á los primeros tres vasos; gustaban mucho las cortesanas de esta agua, porque era destilada por unos arcaduces de tal artificio, que mal año para el de Juanelo.

Una prima hermana mía, hija de mi tío el cirujano Ambrosio Jeringa, era maestra de niñas; llamábase Belona Lagartija, y era tan extremada en todo género de costura, que labraba un enredo de noche sobre la almohada, tan bien como de día le zurcía. Tenía á cargo algunas niñas, no tan niñas que no tuviesen niños que las llevasen y trajesen de la escuela. Era la señora mi prima tan prima en la bucólica doctrina, que despues de haber juntado sus discípulas las meriendas, se las comía. Tenía arte y natural de robar los corazones á todos sin ser gavilana. Era dama tan gentil, que idolatraba una estafa mejor que al sol; y presumía tanto de serlo, que traía pendientes de sus rayos los mejores planetas del lugar, y yo entre ellos, ha-

cía junta de sus discípulas, y cantábales la cartilla en dos palabras. Ninguna salió de sus manos que no supiese bordar un embuste tan bien como Celestina; prendíase de forma, que soltaba cuando quería. Azotaba sus niñas cuando venían tarde, y hasta que derramaban mil lágrimas no cesaba el castigo; jurábasela con el dedo si no ganaban la palmatoria; y como á ella no le tocaba la palma por no ser mártir, quería hacer notoria su virginidad. Muchas mocitas iban á su escuela por aprender labor, y principalmente por saber hacer puntas y encajes; y llevaban hecha la costura, el encaje y la punta, tan perfectos, que sus dueños lo juzgaban por hecho en casa. Era la suya de grande recogimiento; nunca consentía que sus discípulas helgasen; siempre trabajaban con la aguja en la mano de noche y de día. Gustaba mucho que sus niñas se tocasen bien, y en razon de posturas, reverencias y gestos era única, y temíanla tanto, que cuando las enseñaba, ninguna se meneaba sin su licencia. Cuando venía á su escuela algun galán á hablar con su parienta, los mandaba hablar juntos en otra pieza, porque las otras muchachas no perdiesen su labor escuchando la plática, que siempre fué amiga de dar buenos ejemplos.

Un primo mío, hijo de mi tío el boticario Ambrosio Jeringa, era alquimista; llamábase Crisóstomo Candil, y solo le faltaba quemarse á sí para hallar la piedra filosofal, porque él lo era. Había traído gran cantidad de orates engañados sobre convertir las piedras en oro, y como no se convertían, las habían dado por heréticas y á él también. Era su casa el último cuartel del infierno, donde penaban los metales los pecados de mi primo. Era el diablo filosofal cuando se ponía á martirizar los mistos y los simples, siendo el mayor que alimentó la ignorancia. Un día riñó con un criado suyo sobre que no podía meter en los cascos la piedra que tantos buscaban; rióse el mozo, y él le tiró unas tenazas que tenía en la mano; el criado, sentido del golpe, oyéndole decir que no hallaba la piedra, le tiró una que tenía, y metióle en los cascos la piedra mortal, en lugar de la filosofal, y púsole en peligro de ir á buscarla al infierno. Había gastado la botica de su padre en estas locuras, pero la botica daba para todo, y aunque no lo diera, él esperaba restaurarla á puro acrisolar disparates. Bullía como un azogue á fuerza de tratar con él, y tenía trasladadas á su casa las minas de Almadén con calidad de dar su alma á la piedra filosofal, á quien adoraba por fe, aunque mala. Tenía hecho pacto con la fragua de morir en ella, tanto la quería, por haberle robado con el mucho amor ó calor el poco juicio que tenía.

Mi bisabuelo, por parte de padre, era saludador; llamábase Estefanio Ensalmos, y su mujer Casilda Pomada. Nació con tal gracia mi bisabuelo, que desde la barriga de su madre venía soplando; aprendió este oficio con un alguacil de los vagamundos en Sevilla, y de un soplo suyo resucitaba un proceso. Ninguno le llevó ventaja en soplar hácia dentro; era la destruccion del vino, pero pareciéndole mal soplar en secreto, determinó de soplar en público; armóse de la hechura de un crucifijo

de latón, y púsose en el arenal de Sevilla á saludar bolsas. Tenia un muchacho hecho á la mano; este en achaque de rabiarse se le ponía delante, pidiéndole soplase; él besaba la cruz tres veces, que nunca se vió con tanta paz, y con grande admiración, dando voces á la gente, diciendo que se apartasen de aquel muchacho que rabiaba, le disparaba tan cruel tabagada, que daba con él en tierra; acudía luego con un calvario de cruces, levantábase el muchacho, y con este arbitrio llovían ignorantes á comprarle el aliento á peso de plata. Solía, cuando saludaba de mal de rabia, arrimarse al paciente que no la tenia, y sacábale la bolsa por ensalmo; y cuando el pobre la hallaba menos, rabiaba de veras. Cuando saludaba ganado era de noche, y era meter dos zorras á saludar ovejas; nunca se limpiaba de vino, como otros de calentura. Solía untarse los piés con un betún fuerte, y entraba por una barra ardiendo como por flores; pero descuidándose un día de no untarse, por estar hecho una uva, le saludó el fuego de forma que ninguno le viera hacer el canario que no dijera que rabiaba; y por mas soplos que daba, el fuego no se quería dar por saludado. No se levantó de la cama en seis meses, y no por eso dejaba de saludar á Cazalla seis veces cada día; y si san Martín estuviera cerca, hiciera lo mismo. Dió un tiempo en ser hipócrita, por no correrle bien el oficio de saludador. Armóse de una lamparilla, y andaba de noche pidiendo para las ánimas, y la primera que metía era la suya. Tenia una voz como un clarín; solía ponerse en la plaza de San Francisco, entre once y doce de la noche, y hacia llorar á los escribanos los pecados de aquel día, que no era poco. Tenia un amigo tabernero, que le tomaba cuenta de la demanda, y él del vino; habíase vestido un saco, con que llevaba á saco todas las bolsas; llamábanle por la ciudad el hermano Estefanio, y no tuvo tantos la santa Hermandad. Tenia ojeriza todas las noches con la Cabeza del rey don Pedro, que está en el Candilejo, hecha de mármol; poníase frontero de ella, y atemorizaba el barrio pidiendo para él; y como un poeta que vivía en lo alto de la casa buscaba soledad y silencio para hacer sus versos, enfadado de oír tan insolente demanda, le llamó, diciendo: Hermano, apare limosna. El, que oyó la voz del primer cuarto de las estrellas, tomando su gabán ó capa larga con ambas manos, dijo con voz dolorosa: Eche, hermano, que Dios se lo pagará. El poeta con no pequeña devoción le dejó caer de lo alto la alhaja mas servicial que tenia en casa, y puso á mi abuelo como una basura; él, que se vió dentro de Mérida en tan poco tiempo, empezó á privarse de razón, diciendo que bajase á deshacer el agravio que le había hecho; á cuyas quejas el poeta, sacando un candil que daba luz á sus versos, le dijo: Hermano, ¿halló la limosna? ¿Quieres luz? Y cerrando la ventana, lo dejó á oscuras. Quedó tan escarmentado de esta burla, que ni aun de día pasaba por la Cabeza del rey don Pedro.

Mi bisabuela tiraba por otro rumbo; era barbera de las damas, quiero decir, que les quitaba el vello, y á veces el pellejo; pintaba cejas, hacia mudas, adere-

zaba pasas, forjaba arreboles, bañaba soles, ponía lunares, y preparaba soliman; el inocente rostro que se ponía en sus manos, si no salía mártir, salía confesor; anochecían en su casa las viejas palomas, y salían cuervos; en esto de sacar manchas era única, quitaba las de la cara, pero no las del cuerpo. Últimamente, no pretendo cansar á vuestras mercedes con brujulear mas la baraja de mi honrada genealogía, pues era proceder infinito y dar con la que tuvo Adán en el campo damasceno. Estos fueron los mas honrados de mi linaje, de cuyos oficios saqué mis armas; bien podía mi vanidad pintar en su escudo zorras, zorrillas, perros, gavilanes, castillos y otras sabandijas, pero sería igualarme, y aun condenarme, por la vía ordinaria; la guadaña y el orinal saqué de mi padre, las muelas de mi tío, las redomas de mi boticario, y á este paso los demás con que adorno el escudo de mis armas; si soy bien nacido, dirá el capítulo que se sigue, y si tengo nobleza, lo dirán mis obras en el discurso de mi vida, pues á mi flaco juicio, el mas bien nacido fué siempre el que vive mejor.

CAPITULO II.

Cuenta don Gregorio su nacimiento prodigioso.

Mis padres no tuvieron hijos en mas de doce años de matrimonio, y un día dijo mi padre á mi buena madre: ¿Cómo es posible, Brígida de la Luz, este era su nombre, que habiendo vos hecho parir á tantas, no os apliquéis á parir? Mirad, doctor, respondió ella: de la misma suerte que vos matais y os quedais vivo, hago yo con mis comadres; hágolas parir, pero quedome sin parir. Segun eso, dijo él, cuando yo me muera, pariréis vos. Puede ser, respondió ella. Enojóse mi padre, y cada día andaban al morro sobre mi concepcion; ella decia que no habia de parir, y él que sí, y yo los enfadaba antes de nacido. Mirad, Brígida, decia mi padre, no hay gusto como tener hijos; esta hacienda que gozamos ¿á quién la podemos dejar sino á nosotros mismos? Doctor, respondió ella, ¿si vos no empreñais, cómo puedo yo parir? ¡Luego en mí está la falta! replicaba él. Bueno es eso, respondió ella, ¡pues qué, en mí! No probaréis vos eso, aunque revolvais todos los libros de la medicina. Si vos os echárades una bizma, decia mi padre, no anduviéramos cada día en estas disputas. ¿Yo bizma? respondió ella, echáosla vos que necesitais de ella, que mi madre, buen siglo haya su alma, no contentándose de haberme parido, se echó una, y reventó antes del parto; y no me está á cuento tener herederos tan á mi costa. Pues algun remedio se ha de dar, decia mi padre, para que os metais en cinta. Meteos vos en la razón, respondía ella, que yo no gusto de partos con artificio, que no soy Juanelo, y no penséis que fundo mal mi razón; porque los hijos han de venir naturalmente, y no con tramoyas como parto de comedia. Si yo supiera, decia mi padre, que la falta estaba en mí, yo buscara remedio suficiente para tener hijos. Doctor, replicaba mi madre, no andemos enga-

ñando la naturaleza; haced vuestra diligencia como manda Dios, y no como ordena el diablo, y pues teneis potencia para matar, tenedla para engendrar, y no me deis materia para que busque otra forma.

Estas y otras pláticas solian tener mis padres sobre faltarles heredero, segun me contaron despues, hasta que un día estando mi madre bien descuidada, yo llamé á la puerta de su estómago con un vómito. Bien temia ella mi venida, habiéndola faltado el correo ordinario tres meses sin carta mia; entró mi padre por la sala cuando ella estaba con el ansia, y dijola: ¿Qué teneis, Brígida? Doctor, respondió ella, tengo ansias de heredero. Buenas nuevas os dé Dios, replicó él. Tomóla el pulso, y confirmóle el preñado con tanta alegría como si yo estuviera fuera llamándole taita. Dió mi madre en ser antojadiza, y un día dijo que la trajesen el ave fénix. Mi padre, por no deshacerme antes de tiempo, buscó una ave exquisita de la India, y no contenta de habérsela guisado á su modo, se le antojó antes de probarla morder á mi padre en el pescuezo. Otorgó el pobre con harto dolor de su alma, y aun de su cuerpo. Hincó el diente mi madre diciendo: Doctor, pues quisisteis heredero, y no le trajisteis el ave fénix, servidle de aveccna. En fin, el antojo le hizo otro en el testuz, saliendo mi padre con la marca de su heredero, si bien por no conocerme me compraba tan á su costa.

Dí en ser tan entremetido desde el vientre de mi madre, que no la dejaba dormir de noche á puras coces; era un diablo encarnado. Solia meterme entre las dos caderas, y ella daba unas voces tan fuertes, que las ponía en la vecindad, por no enfadar al cielo. Cuando ella estaba descuidada, solia yo darle una vuelta al aposento de su vientre y revolverla hasta las entrañas. Doctor, decia rabiando, ¿qué Roberto el Diablo me habeis metido en el cuerpo? Jesus mil veces, decia él, estais endemoniada. Estoy endoctorada, que es peor, respondia ella; en mi juicio estaba yo de no tomar bizma. Bizma, decia mi padre, pues ¿cuándo la tomastes? Pecadora de mí, decia ella, ¿tan flaco sois de memoria que no os acordais? Herédada tengais el alma de Galeno, que así disteis heredero á mi vida tan sin pensar; aconsejaos con toda la medicina, y mirad si con otra bizma se puede remediar esta, que así la podré yo llevar como volar. ¿Quién me hizo de comadre madre, y de estéril fecunda? Sin duda que el fruto de mi vientre es de casta de encinas, pues si ellas lo dan á palos, yo á coces; no, no ha de pasar así por el siglo de mi abuela, que pues vos fuisteis el autor de mi daño, que lo habeis de remediar, ó sobre eso morena, blanca ó negra.

Brígida, decia mi padre, á los nueve meses, como vos sabeis, se quita ese dolor; la mejor bizma que podeis tomar ahora es el tiempo; sosegaos, que despues de pasada la tormenta amanecerá en el puerto de vuestros brazos un infante, y entonces no os hallaréis de gozo. Ya yo sé, replicó ella, que no me hallaré entonces, porque me habré ido pará la otra vida. Pero en lo que toca á ser infante, malos años para vos; infante ha de ser,

y como tal se está ensayando para revolver el mundo. Qué, ¿quereis un doctorico? No, no os veréis en esto; ahito está el mundo de doctores, y no de comadres. No le faltaba mas á Brígida de la Luz sino parir un hijo hermafrodita, medio doctor y medio comadre. No, amigo, mejor cuadra á la mujer ser doctora y comadre, que al varon ser comadre y doctor.

Pecadora de vos, respondia él, ¿no veis que la hija no levanta la generacion, y el hijo sí? Ya yo sé, respondió ella, que una hija no levanta lo que levanta un varon; pero tal vez una sola mujer ha levantado á muchos hombres del polvo de la tierra y puéstolos en el cuerno de la luna. Mirad, decia mi padre, para parir hija, mejor fuera que no hubiérades tomado bizma. Ese es el pago que vos me daréis, respondió ella, pues hija ha de ser, aunque os pese.

Ultimamente, en estas disputas llegó la hora de enfadarme yo de la posada; comencé á sacudir las túnicas de la vida para vestirme las de la muerte. Mi madre, como maestra de tales acjos, empezó á quejarse de mi atrevimiento; llenóse la casa de vecinas, las cuales por hacer compañía á mi madre cuando ella pujaba por echarme de sí, pujaban todas, y algunas parían antes que mi madre. Dí en que habia de nacer de piés, por no venir rodando de cabeza, como hacen todos. Avisó la comadre, discípula de mi madre, á mi padre de este trabajo, profetizando un parto peligroso, como si no lo fueran todos, pues salen á morir. Rogábanme que yo diese una vuelta, como si fuera podenco, y yo quedo que quedo, plantándome piés firmes en el vientre de mi madre. Ea, amiga, decia la sota comadre, maestra sois, valeos de vuestra ciencia. ¿Qué ciencia, pecadora de mí, respondió mi madre, si ese ladrón de doctor me la quitó con una bizma? Entonces las vecinas, unas llorando, otras rabiando, decian: Puje, señora comadre, que le va la vida; salga de piés ó de cabeza, échelo fuera. No puedo, decia mi madre. Pues ha de poder, replicaba su discípula rascándome los piés. Y yo erre que erre.

Llamaron á mi tío el cirujano y algunos médicos amigos de mi padre; hicieron junta sobre mí aun antes de nacido: tales son los médicos, que aun allí tienen jurisdiccion sobre nuestras vidas. Dieron á mi madre muerta si no me sacaban hecho cuartos, como si yo hubiera cometido algun crimen de lesa majestad. Mi padre decia á voces que abriesen á mi madre por medio si querian que yo saliese vivo; oyóla ella, que no estaba tan muerta, y dijo: Abierto tengais el corazon; dejadme viva, que si esta bizma salió mala, otra saldrá buena. Resolviéronse á que me pescasen con anzuelo, como si fuera barbo; empezó mi tío á sacar ganchos para sacar del pozo de mi madre el caldero de su hijo. Olí el fruto de Vizcaya, púseme de piés juntillos. deseando salir de aquel peligro, pidió pujos la comadre, y á dos reimpujones me arrojó mi madre de la ventana de la muerte á la calle de la vida. Empezaron todos á reir, y yo á llorar. Aquíétense, dijo mi madre, que no ha salido todo. Era así la verdad, porque yo ve-

nia preso de ciertas damas, á quien todos rinden parias, y hacíanse tanto de rogar estas señoras, que estuve por meterme otra vez en el vientre de mi madre para sacarlas fuera. En fin, salieron, y en pago de su rebeldía las quemaron. Pidió albricias la comadre habiéndome tentado; mi tío el boticario le prometió una jeringa, mi padre una receta, y mi cirujano una sangría para mayo; ella lo estimó, porque sabía que le daban de lo mejor que vendían en sus tiendas.

Empezaron todos á alabar mi hermosura; unos decían que parecía á mi madre, otros que á mi padre, otros que á mi abuela, otros que á mi abuelo, otros que á ninguno, y todos decían verdad; empezaron juntamente á paladearme con miel por engañar el acibar que me tenía aparejado el señor mundo. Vistiéronme la primera mortaja, y empecé á jurar de cadáver y á recibir por cuenta la respiración del aire. ¡Quién dijera que después de nueve meses de cárcel me diesen libertad en otra mas oscura!

Ordenaron de darme ama; hubo en esto diversos pareceres sobre la leche; llovía Galicia gallegas, y todas sobre un espejo daban rayos de vino disfracado en cuajo; últimamente, entregaron mi inocencia á una que pudiera apostar á beber en secreto con el mayor hipócrita. Empecé á aplicar mis labios á sus dos pechos, tan grandes, que parecían alcabalas de Baco; la cara de mi ama no diferenciaba de la de una loba, como lo era; metiéronme en la cuna, primera sepultura del hombre, y con toda la música de Galicia no me harían dormir si yo daba en llorar.

Ordenaron que durmiese con aquel pellejo que me alimentaba, y una noche que mi gallega tenía cuatro dedos de vino sobre los sesos me quiso arropar con todo su cuerpo, pero yo que había bebido gran cantidad de mosto, empecé á levantar el chillido de tal suerte, que levanté la casa, cuanto y mas los que dormían en ella. Acudió mi madre y sus criadas, y llegándose á la cama, me hallaron debajo de aquella cuba casi para espirar; quitáronme la pesadilla que tenía encima, riñeron al ama, y pusieronme en la cuna para que buscara la rebueta que le había quedado á mi gallega. No la despidieron, porque dijeron los médicos que no mudasen de amas si no querían que yo mudase de vida. En fin, no quiero enfadar á vuestras mercedes con mis niñeces por hallarme tan hombre; solo diré que mis padres me dieron por nombre don Gregorio Guadaña; cuando niño me llamaban Gregorico, cuando muchacho Gregorillo, y cuando hombre Gregorio; subíme de hora en hora sobre veinte y dos años; en ellos fui al estudio; aprendí lo que no sé, y estudié lo que sé, con que lodiego todo.

CAPITULO III.

Viaje de don Gregorio, de Sevilla á Madrid, y lo que le sucedió en Carmona.

Mis padres querían que yo estudiase para letrado; yo partí como piadoso á los estudios: la mitad de ellos di á la memoria, y la otra mitad á los libros. Pareció-

me la vida de los letrados peligrosa, respecto de los muchos pareceres; sin embargo, estilo suyo, dije á mis padres que quería ir á acabar mis estudios á Salamanca y graduarme de doctor en su universidad; parecióles bien mis buenos deseos; buscáronme letras para Madrid; púseme á la ley de la partida, y salí de Sevilla el último día de Pascua de flores; iba yo muy á lo noble con mi explorador de á caballo delante en una mula llamada la andadora. Al llegar á los caños de Carmona encontramos con un juez persiguidor, digo persquisidor, con sus ángeles de guarda, escribano y alguacil. Preguntóme muy á lo saludador adónde caminaba. Yo le respondí que á la corte. Irémos sirviendo á usted, me respondió, que allá vamos todos; díle las gracias por la merced que me hacía de llevarme en su compañía. Alentóse la plática, y preguntéle qué negocio le había obligado á salir de Sevilla. El me respondió: Señor mío, yo soy juez por su majestad y natural de Madrid; habrá dos años que vine á Sevilla á castigar ciertos agresores que habían muerto un caballero alevosamente. ¿Qué, usted es, le repliqué, el señor don... don..., yo no le conocía. Don Juan de Liarte soy para servir á usted, me respondió de nuevo. Le dije: Ofrezco mi persona al servicio de usted, que deseaba conocerle por la gran fama de juez y caballero que deja en Sevilla. Por lo menos, replicó él, aunque mis émulo quisieran oscurecer el sol de mi justicia, no podrán por los muchos rayos que han salido de ella. Esos he visto yo, le repliqué, en los muchos que usted deja azotados, colgados y echados á galeras. Huélgome que sea testigo de vista, me respondió, que no meserá de daño en el consejo su testimonio. Ha costado esta muerte mas de cuarenta. Pues ¿cómo? dije yo: ¿todos mataron á ese caballero? No le mataron, replicó, pero eran amigos de los matadores, á quien no pude coger por haberse pasado á Indias. Lo que yo oí decir en Sevilla, le respondí, es que usted los tenía presos en la cárcel Real, y que se le escaparon al alcaide, y él con ellos. Así es, dijo él, y no faltaron malas lenguas que publicaron haber sido yo el primer movedor de esa danza; pero costóles salir á vergüenza pública, y algunos fueron á galeras, para escarmiento de muchos que hablan de la justicia como si dominaran sobre ella. Usted hizo como quien es, le dije, en sacar á limpio su honra; pero tal vez el juez se fia del escribano, y sin tener culpa en el cohecho, le culpan en el hecho. No bien había soltado la palabra de la boca, cuando me la cogió al vuelo el escribano, diciendo: Esos escribanos, señor hidalgo, mas son escribas que ministros de fe; yo soy el secretario Arenillas, y no es el sol mas limpio cuando da testimonio al día de su luz que yo. No, por vida de... Suplico á usted no se altere, le respondí, que lo que dije fué hablando en general, y no en particular; no obstante que cuando el juez esté libre y el escribano, hay alguacil... ¿Cómo alguacil? replicó el mismo alguacil, ¿cómo usted? Yo le dije: No conozco á usted sino es para servirle. Pues yo soy (esto dijo hecho un diablo) el alguacil Torote, y

tengo tan hecha la mano á prender ladrones como á castigar deslenguados. Yo reparé que tenia mi lengua en la boca; y así no me dí por entendido, pues hablaba con deslenguados. Metióse el juez de por medio, y dijo: Este caballero habla muy cortesmente; discurre sobre la materia sin nombrar partes, y así ninguno se debe agraviar de aquello que no le toca. Aseguro á vuestras mercedes, señorías, excelencias y demás dignidades que leyeren mi historia, que si yo tuviera poder sobre los tres, que los mandara colgar sin otra informacion, porque se sintieron de manera, que les conocí el delito tan bien como ellos lo habian ejecutado.

Mudamos plática por haber conocido la teórica, cuando llegó á nosotros á toda prisa un hombre algo poblado de barba en una mula, parenta de audadura; saludónos y saludámosle, que como á mí me venia de casta, lo hacia soberanamente; preguntéle adónde caminaba, y respondió que á Madrid. Como le vi tan barbon, le marqué por letrado, como lo era; mi juez cuando lo supo quedó contentísimo por llevar la audiencia cabal; preguntéle qué negocio le sacaba de Sevilla á la corte; y respondiome que iba á reformar todas las leyes de los jurisconsultos sin quedar ninguna. Rióse el juez, y reímonos todos; y sin dejar el tema, nós quisó hablar en latin, y metióse en Babilonia de hoz y de coz; hablaba setenta y dos lenguas juntas y no hablaba ninguna, y de cuando en cuando decia: Si á mí me dejasen purgar las leyes, yo baldara á Baldo y á cuantos le siguen. No me pareció mal la postrera razon, y quisiera que la pusieran luego por obra para que le desterraran á él el primero. El escribano era uno de los lindos y feos bellacos que levantaron testimonio á su signo, y conociendo el humor, le dijo: Señor licenciado, quisiera informar á usted de un pleito en que vamos dudosos todos los de la compañía. Informeme, le respondió, que el parecer que yo le diere será sentencia definitiva. Pues suplicole esté atento, dijo el escribano, que me va no menos que la vida, la honra y la hacienda. Yo, señor, soy natural de Valparaíso; mi padre se casó dos veces, una por órden de Dios, y otra por gusto del diablo; del legítimo matrimonio salí yo, y del bastardo otro tan bastardo, que era zurdo; mi abuela, por parte de madre, zurda tambien, por cierta enemistad que tuvo con mi padre, dejó todos sus bienes á la bastardía. Yo, que me llamaba del propio nombre, dí en ser zurdo; pero un hermano de mi abuela, letrado y zurdo, se opuso á los bienes, diciendo que su hermana no podia dejarlos á sus nietos, por cuanto él era hombre de leyes y las hacia; apenas metió la primera peticion, cuando una hija de mi abuela, pero no de mi abuelo, zurda tambien, sale y dice que ella es legítima heredera de los tales bienes, y que en cuanto á la cláusula del testamento de su madre, que manda no herede hombre ni mujer derecho, alega ser ella zurda en grado superlativo aun antes de nacer, porque su padre la engendró á zurdas. Téngase usted, dijo el letrado, ¿cuántos zurdos se oponen á estos bienes? Cuatro hasta ahora, respondió el escribano. Pues

¿hay mas? replicó el letrado. Suplicole esté atento, dijo Arenillas, que yo haré el caso derecho. Digo que estando el pleito en este estado un hipócrita zurdo, de estos que piden para sus ánimas, se opone, y dice que mi abuela, en el último vale de su vida, principio de su muerte, hizo un codicilo, por el cual manda revocar el testamento, y deja á una ermita que gobierna todos sus bienes. Nosotros, que vimos desgobernado el pleito, dimos el codicilo por falso; pero el juez, que era hombre de capricho, proveyó un auto diciendo que atento que mi abuela en uno y otro testamento se funda en dar los bienes al mas zurdo, que aquel que probare serlo mejor, ese se lleve los bienes. El bastardo alega y dice que él es engendrado en pecado, y que no puede haber mayor zurdo que el pecado. El letrado dice que él tuerce el derecho, y que no puede haber mayor zurdo que el que hace el derecho tuerto. Yo, que soy escribano, digo que vuelvo un pleito lo de dentro afuera, y que no puede haber mayor zurdo que el que vuelve la verdad en mentira. El hipócrita dice que es un diablo, y le tienen por santo; y que no puede haber mayor zurdo que el que vuelve lo humano divino. La mujer alega y dice que ella es mujer y zurda, y que diga todo hombre si puede una mujer hacer cosa á derechas. Esa zurda, dijo el letrado, funda mejor su opinion á pagar de mis leyes. ¿En qué lo funda? respondió el escribano. Fúndolo, dijo el letrado, en que Eva fué sacada del lado izquierdo de Adán; y fúndolo en que la manzana que le dió fué con la mano zurda, porque si fuera con la derecha Adán no la comiera.

Victor, dijimos todos, que ha dado la sentencia como jurisconsulto teologal. Nosotros quedamos contentos, y él pagado de su parecer, que no fué poco.

Llegamos con este y otros pleitos á Carmona, salímonos á recibir una cuba andando, era la huéspedea, y tenia aposentadas sobre sí cosa de treinta quintales de carne sin hueso, propia para despensa. Si yo fuera á Roma por algun breve, brevemente habia llegado á sus narices; los ojos estaban penando en dos sumideros; sus pechos eran tan pesados, que no podia la monarquía de su cuerpo con ellos; su boca tenia un chirlo de cuarenta puntos, y cuando se reía se le podian ver los hígados; y aun comérseles tambien. Era tan calurosa, que siempre se estaba bañando en el sudor de sí misma, pero el agua salia de una fuente tan sucia, que solo la podia oler el mesonero; á su lado venia la criada, no tan criada que no tuviese criados, si bien con el mucho trabajo estaba tan flaca, que parecia bujía en la mano de su ama; no vi moza mas descarada en mi vida, porque no la tenia. El escribano dijo ser espíritu visible, el letrado respondió visible, ni aun invisible. El juez no la vió con traer anteojos de larga vista, yo si la vi, ya no me acuerdo, en fin, yo la he pintado algo, y me pesa porque no era nada.

Apeámonos, y salió de un aposento el mesonero; yo cuando le vi me admiré de haber llegado á Sierra Morena tan presto. Traia un sombrero grande, y él lo era, porque nunca se lo quitaba; con un pellejo de ante traia

vestido el suyo, y sobre él una daga tan ancha como su conciencia, y mas larga que su vida; habia sido Malco en cierto prendimiento, y traia cortada la oreja derecha por milagro; el un bigote llegaba á la huérfana oreja izquierda, y el otro buscaba la derecha por el cogote, y no la hallaba; las narices largas y anchas; solamente le faltaba tener los ojos rasgados para que no luciesen tanto unas negras y oscuras niñas que tenia en ellos; miraba atravesado, y si lo estuviera pareciera mejor. Sean bien venidos voacedes, nos dijo, caballeros. Como yo estaba apeado de mi andadura, no me di por entendido, pero el letrado, que era acaballado y siempre andaba en sí mismo, le dijo: Huésped, el señor don Juan de Liarte es juez pesquisidor por su majestad, y así vea dónde se ha de aposentar. Dióle cuartana al mesonero, porque para su vida lo mismo era ser pesquisidor que inquisidor; los demás del meson andaban barajándose las palabras; yo conocí el juego, y dije á la huésped aderezase de comer, que habíamos de ir luego nuestra jornada. Resucitaron todos, porque entendieron que mi juez les iba á juzgar las almas ó las bolsas á los del lugar. Estando á la mesa, dicen que se llegó á mí la criada, que yo no la vi, y me dijo al oído: Señor, ¿este licenciado, que ya le conocia, es chino ó indio? Amiga, le respondí yo con el mismo secreto, es griego. La moza lo publicó por el lugar, y con la novedad de ver un letrado griego, que no lo era, se llenó el meson de gente. Entre los que vinieron á verle fué otro letrado del lugar, tan derecho como él. Apenas le dijo el mesonero quién era nuestro abogado, cuando le saludó en latin; él le respondió tan bien, ó tan mal, que el otro volvió la cara á un amigo suyo, y le dijo: Verdad nos han dicho, porque me respondió en griego. Yo solté la risa, y si la dejo correr, se me fuera á Grecia. Señor, dijo el abogado del lugar, aunque sea atrevimiento, quisiera preguntar á usted si ha mucho que salió de Grecia. Señor mio, le respondió nuestro abogado, nunca estuve en ese reino, y así no sabré dar á usted razon de lo que me pregunta. Yo aparté á un lado al de Carmona, y díjole: Señor, este jurisconsulto griego es persona de calidad, y viene encubierto á ver y hablar á su majestad y á enmendar todas las leyes y ponerlas mas griegas de lo que están; y así suplico á usted le dé por excusado, si no le respondiere á propósito. Pésame, dijo, porque tengo un hermano en Grecia, y quisiera preguntarle si le conocia; ¿trae algun criado? No trae criado, le dije yo, sino una mula, griega tambien, y nos ha certificado que habla tan buen griego como él, por ser costumbre de Grecia enseñar á hablar á los animales como si fueran papagayos. ¿Es posible, me respondió, que habla griego la mula? Sí, dije, y dan la razon diciendo que la burra de Balan aportó al país de Grecia, y dejó esta especie de animales. Si usted, señor licenciado, sabe algo de griego, entre la caballeriza y llámela; que á buen seguro le responda. Si ella supiera latin, yo entrara, me respondió, pero de griego sé poco, y temo que mis frásis no los entienda la mula; pero con licencia de usted quiero entrar á verla. No tiene que to-

mar ese trabajo, dije yo, que ya la saca el mozo del meson á darla de beber. No bien habian salido todas, cuando me preguntó cuál era; yo le dije: Aquella rucia postrera. El quiso hablarla en italiano, y respondiéndole en gallego; pero si como sonó la voz de la herradura en la pared, sonara en la cabeza, brevemente le metiera el griego en los cascos, y le sacara el latin. Fuésele al pobre toda la sangre al corazon, y yo le dije: Señor licenciado, no se admire de la respuesta de la mula, que como no le habló en griego, se picó de la mano como otras del pié. No me respondió palabra, antes saliéndose de la posada haciendo cruces, iba diciendo: Jesus mil veces, hoy es el día de mi nacimiento; no mas burlas con mulas griegas, que hablan por detrás.

Apenas hubo salido, por llevaba hartas, cuando se apeó en el meson por la posta un correo de Madrid; salió á reconocerlo nuestro alguacil, y los dos se abrazaron estrechamente. Preguntó el llegado por el juez; salió al punto del aposento, y el correo le presentó un pliego del Consejo, abrióle y vió que le ordenaba se viniese á Carmona á prender dos caballeros, de los cuales harémos mencion adelante, que importaba al servicio del Rey; diéron parte á mí y al letrado de su detencion, y que le pesaba mucho no poder ir en nuestra compañía sirviéndonos hasta Madrid. Yo le respondí que de ninguna manera le habia de dejar, aunque la comision durase un año; el licenciado dijo lo propio, y él nos aseguró despues de muchos cumplimientos que no tardaria seis dias en Carmona.

Poco le faltó al mesonero para ahorcarse antes de tiempo, cuando oyó que el juez se le quedaba en casa; la huésped se desmayó de mal de justicia, la moza solamente se alegraba de ver gente de pelo en casa, á quien ella imaginaba quitar algunas motas; tomamos posesion en lo mejor de aquel palacio, y no tardó mucho que no llegasen á él dos coches de camino, con gente pasajera para Madrid; el uno de ellos venia vacío con pacto hecho de parar en Carmona seis dias para llenarse.

El primero que salió del coche fué un fraile de San Jerónimo, tan parecido á la huésped en lo grueso, que no dijeran sino que los dos se habian amasado en una artesa; el segundo fué un mal soldado, tan hermanísimo del huésped, que dudé si era lo mismo; el tercero era un estadista, hombre de capricho y de consejo; el cuarto un filósofo, el mayor orate que oró á la naturaleza en esta vida y en la otra; la quinta era una vieja, y la sexta (número peligroso para tales sugetos) una niña al uso con mas hermosura que años, y mas experiencia que dias. Dióle la mano al bajar del coche el estadista, y ella le dijo: Señor don Crisóstomo, mejor materia de estado es subir que bajar. Mi señora doña Beatriz, le respondió, esa regla no toca á las damas, pues mas son las que suben que bajan. El filósofo dijo: Ese argumento defenderé yo, siendo las mujeres de naturaleza del fuego, que siempre buscan lo mas alto. El soldado iba á dar su razon, pero estorbósela el fraile, diciendo: No se trate de caidas, que vamos en coche, y tenemos que pasar á Sierra Morena.

La vieja era tía de la niña, y nunca vi sol con tan mala aurora; díjola cuando se apeó del coche: Beatricica, mira cómo andas por estas piedras, no caigas. Calle, tía, dijo ella, ¿cómo puede la república de mi cuerpo caer con tan buen estadista como llevo al lado? No te fies en eso, respondió la vieja, niña, que hay estadista que en aprovechándose de la república, la deja luego. Yo estaba notando los sugetos que salían del coche, y vi que se venían dando la mano la naturaleza, el mundo, el cielo, Marte y Venus. Salió nuestro tribunal á recibirlos, hubo ceremonias, preguntas y besamanos, servicios y cumplimientos cortesanos; pero la niña llevó la gala á todos en ser cortesana. Era una perla pendiente de la oreja de su tía, ojos negros, cejas grandes, dientes de marfil, boca pequeña, gentil cuerpo, mejor donaire, y sobre todo linda voz, por entonces, pues no pedía; jugaba con armas dobles, y podía vender destreza á cuantas se armaron en la calle Mayor de corsarias. Cenamos todos juntos aquella noche, y antes de poner la mesa se llegó á mí la tía rezando en una camándula, y díjome: ¿De dónde es usted, que lo quiero conocer? Yo le respondí que de Sevilla. Luego lo dije, me respondió ella: ¿irá usted á Madrid? Sí, señora, le repliqué, voy á la corte á pretender un hábito de Santiago, ó por mejor decir, á ponérmelo en los pechos. Honrarse puede el hábito de estar en ellos, dijo la vieja: ¡qué buen talle! Bendígate Dios el mozo, y ¡qué galán eres! toma una higa. Esto decia despeñando una cuenta en señal de haber rezado á mi devoción. ¿Qué le parece de mi sobrinica? respondió. Yo la dije que era un prodigio de hermosura; ella me fué á la mano ó á la boca, que es mas propio, y dijo: Está flaquita la pobre de dos meses á esta parte, pero sus carnes son el ampo de la nieve. Mas á todo esto, ¿cómo es su nombre? Don Gregorio Guadaña, respondí, para servirla. Para servir á mi sobrinica le guarde Dios, me dijo, que á mí no me está bien criado de tan poca edad. Volvióse para ella, y díjola: Niña Beatricica, habla al señor don Gregorio, que le debe tu hermosura mil alabanzas. Quiéreme creer, señora tía, le respondió la niña; desde la hora que me apeé del coche puse los ojos en este caballero por simpatía: ¡oh si yo fuera tan dichosa que le llevase á usted en mi compañía, daría por feliz mi viaje! asegurándose que en mi hallaría la correspondencia que se debe á tan noble persona en irle sirviendo. Señora mía, le respondí, yo nací solamente para ir sirviendo á usted, y dejaré, no solo la compañía que traigo, pero lo mas importante, que es la vida, perderé por entregarle el alma; disponga de una y otra á su voluntad, que las hallará prontas para seguir su gusto.

Pasara mas adelante la plática, si no lo estorbara el estado, quiero decir el estadista, el cual llegó diciendo: Señora doña Beatriz, cuando una provincia se rebela á otro dueño, necesita de castigo. Señor don Crisóstomo, respondió la vieja, no hay reino sin posesion. El soldado dijo: Muchos he conquistado yo á coces y á bofetadas, juro á Dios. El filósofo salió con la suya, diciendo: No hay monarquía sin influencia de los astros.

El fraile respondió: Es gran príncipe el diablo, y no me admiro que tenga tantos vasallos y que los aliente con semejantes monarquías. Yo que vi el mundo, la naturaleza, el cielo y Marte contra mí, diciendo con temor aquí de la justicia, llamé á mis amigos, escribano, alguacil y letrado, los cuales salieron á darme favor, con achaque de tragar. La niña se sentó junto á mí, y la vieja á su lado; si yo pudiera hacer un seguro sobre mi vida, lo hiciera, porque me parecia que cada uno de mis émulos me comía al primer bocado; dió en regalarme la sobrina, y entendí enfermar de la tía. Mi juez no quitaba los ojos de su hermosura, ni ella se los dejaría quitar; cuando se descuidaba, proveía en auto de revista, y paseábalá de arriba abajo. El escribano lo trazaba con los ojos una causa, el letrado la defendía, y el alguacil la estafaba; solo yo la quería sin interés. Acabóse la cena, quitaron las mesas, y rodeamos todos, como abejas, aquella colmena de miel; lo de virgen se quede para los mártires, que solo el fraile era confesor; tan propiamente era colmena la niña, que lo conocería un ciego, por el zángano de la tía, y como habia tantos tábanos, tenia la vieja algunas picadas sin fruto.

CAPITULO IV.

Lo que le sucedió á don Gregorio, saliendo á rondar con el juez en Carmona.

Recogieronse todos, excepto nuestra compañía; llegóse el juez á mí y al letrado, y díjonos si gustábamos de ir á rondar. Yo bien excusara la ronda por tener otra en diferente parte, pero no pude. Salimos con todo secreto á prender los dos caballeros que ordenaba el Consejo. Sería la una de la noche cuando á guisa de ronda llegamos á la casa de los agresores. Llevaba el juez tres cañutos del lugar que conocían los dos caballeros, que habian dado muerte alevosamente, si hay muerte que no lo sea, al hidalgo de que hicimos mencion en el antecedente capítulo. Llamaron los malsines; y como los conocían por amigos, siendo traidores, abrieron luego. Entramos todos con aquella espantosa palabra: Deténganse á la justicia. Los corchetes agarraron de la moza, y cerraron la puerta. El escribano y alguacil, siguiendo al juez, subieron la escalera con tanto ánimo como si fueran á ganar la casa santa. Llevaba el alguacil una linterna, dió luz á una sala, no halló persona; dió luz á una alcoba, hija de la sala, no halló alma; hizo oriente á otra, no halló cuerpo; y con la priesa que llevaban todos, se dejaron por mirar un aposento cuya ventana daba en otra calle. Ellos iban coléricos, yo no llevaba sino admiracion, cuando siento abrir el aposento, y salir un hombre con una espada en la mano y una vela en la otra. Conocile sin haberle visto en mi vida por el agresor, y díjele: Caballero, mirad por vos, que os viene á prender un juez de su majestad, y le teneis en vuestra casa. En breves palabras me respondió: conozco que sois noble, hacedme gusto de guardar este anillo, que será lazo de eterna amistad entre los dos. Tomé el anillo, cerró el aposento á tiempo que colaba un soplo de mal aire por la escalera. Veníale siguiendo

el juez y demás tropa. Llegó el malsín al aposento, y dijo: Pecador de mí, decía verdad; ¿adónde van vuestras mercedes? ¿Aquí duerme en este aposento el señor don Juan? Comenzaron á llamar de parte del Rey, y como no respondían, dieron con la puerta en el suelo, á tiempo que mi don Juan habia dado con su cuerpo en la calle: poco le faltó al juez para hacer lo mismo; pero contentóse con poner en la cárcel los criados y embargar los bienes, que aunque pocos, por no ser casado el caballero, eran buenos. Hubo tres depositarios: el escribano, el alguacil y un vecino, que se llamó en lo último del depósito, para las alhajas de mas peso; que los ministros de justicia no se entregaron de cosa que no pudiese ir en la faltriquera. A mi letrado le daban un libro de Bartulo y otro de Baldo, y respondió que no quería llevar consigo sus mortales enemigos. Dió fe el escribano de haber visto saltar por la ventana á don Juan, y el alguacil juró haberle tirado una estocada al juez. Alborotóse la vecindad y prendimos diez y seis inocentes visitando tres casas; en la última vivía una dama entre corte y ciudad, con cierto galan que la hacia compañía de noche.

Llegóse al juez un hombre rebozado, pues no hay celos que no traigan su rebozo, y dijole: Si usted quiere prender un cómplice en la muerte de ese caballero, en esta casa vive una dama, visítela usted, que dentro de una alacena hallará lo que desea; advirtiéndole que está cubierta con un retablo en la segunda sala. Mi juez se azoró con la mina, y siguiendo todos á la primera sala, dimos en la China, quiero decir, en sus damascos, propias colgaduras de damas; entramos en la segunda, adonde tenia la vista que admirar, y el buen gusto que sentir. Rasos de nácar con cenefa de oro adornaban sala y alcoba; sillas de lo mismo, escritorios de ébano y marfil, sacados á las mil maravillas de poder de sus dueños. Los escritorios hacian correspondencia con sus pirámides, tan célebres por su camino como las de Egipto. El estrado turco, el suelo arábigo, y la cama de damasco sobre un catre de la India. Olla toda la casa á vísperas solemnes, pero tales santos se guardaban en ella. Salíó á recibir al juez una vieja, de estas que mudan caras todas las noches, y nunca aciertan con la que solian tener. Como no lo conocia, le dijo: ¿Eres tú don Alonso? El juez respondió: Sosiéguese usted, que es la justicia. ¡La justicia en mi casa y á estas horas! dijo la vieja. El juez inadvertidamente se salió de la sala primera, y mandó cerrar las puertas de la calle. No bien se puso por obra, cuando la vieja cerró la sala y nos dejó á oscuras; enojóse el juez, comenzó á varear la puerta, y respondió la vieja: Espere si es servido, que estamos en camisa. En fin, ellas acomodaron su galan, en tanto que nosotros nos acomodábamos á reir la sutileza del juez. Abrió la vieja, y entramos hasta la alcoba, admirados de ver un brazo que corria la cortina haciendo plaza á su dueño; era una dama tan hija de Vénus, que parecia haber salido de la espuma en aquel instante. Abrió los dormidos ojos con tal gracia, que nos llenó de luz á modo de relámpago que pásase presto.

Sentóse en la cama, arqueó las cejas, tendió los brazos, aderezó la holanda, alentó la vista, armó los ojos, y púsose á matar vidas, diciendo: ¡La justicia en mi casa! Téngolo por imposible, siendo ella el tribunal de los justos, y no de los gustos; y cuando lo sea, retírese la justicia en tanto que me armo de vestidos, y no será fuerza que la acuchille con las armas del tercer planeta. No tiene usted que levantarse, dijo el juez, sino decir en qué parte acomodó su galan el cuerpo, que importa al servicio del Rey. ¡Jesus, señor! respondió ella, mi esposo ha quince años que acomodó su cuerpo en el Perú, dejando el alma por estas partes; si su espíritu importa al servicio de su majestad, abra mi corazón, y sáquele, que á buen seguro le hallará en él. ¿Casada es usted? le replicó el juez. Sí, señor, respondió la dama; casada y mal casada, pues me dejó mi esposo por las minas del Perú; concubinas de los ambiciosos. En verdad, dijo el juez, que no son malas minas sus niñas de usted. Otras habrá peores, respondió ella; pero los hombres aborrecen las nuestras, porque en vez de dar oro se le sacamos, y están engañados, porque nosotras no tenemos otras mejores minas que las de los hombres. Pues suplicóla, dijo el juez, nos enseñe la que está escondida, que la trataremos con el decoro que se debe á su belleza. Señor mío, dijo ella, la mina que naturaleza me dió no es para todos. No me entiende, respondió el juez algo sentido; lo que yo vengo á buscar es su amante, su galan ó su diablo. ¿Su qué? dijo la dama; ¿su diablo? Pues ¿tíeneme por endemoniada ó por hechicera? ¡Jesus mil veces! Madre, madre, la pila del agua bendita; presto, presto, que hay diablos en casa. Arredro vayas, Satanás, dijo la vieja, llenándonos de agua; diablos aquí, *abrenuntio, libera nos, Domine*.

Poco le faltó á mi juez para desesperarse, y sin mas dilacion comenzó á pasear la vista por los cuadros en achaque de alacenas. La dama le dijo: Si usted es inclinado á la pintura, mire esa cabeza de san Juan Bautista, que fué del Ticiano. El respondió: Retratos vivos busco yo, señora mía; sosiéguese, que la justicia tiene los pinceles en casa del verdugo para retocarlos cuando se le antoja. Súpole mal á la dama esta respuesta, y levantándose en unas enaguas de cristal que se podian beber en ayunas, le dijo: ¿Qué busca el señor juez en mis cuadros, mirándolos por detrás? Busco, le respondió, una cierta alacena que ha de tener esta sala; la cual, si no me engaño, tiene por defensa aquel san Miguel con su diablo á los piés. Alzó el cuadro mi juez, y dimos con ella. Estaba cerrada, y pidió el escribano la llave para dar fe de lo que tenia dentro. Llamen un cerrajero, dijo la vieja, que ha seis dias que se perdió la llave. ¡Ah, madre, dijo el juez, cómo me parece que habeis de pasear las calles antes de tiempo! Mirad dónde está la llave, ó caerá la alacena en el suelo. No hará, respondió la dama, que tiene búcaros de Lisboa y vidriós de Venecia; yo tengo la segunda, abra usted, y si viere alguna sabandija nocturna, no se espante.

Entre tanto que el juez procuraba abrir la alacena,

apartó la dama al escribano y alguacil, y puso en sus manos un bolsillo con veinte doblones; el escribano dijo: Está bien, no se hable mas en esto. No bien habia mi juez abierto la alacena cuando el galán, que estaba como galápago dentro, dió un soplo á la luz, y dejándonos á oscuras, se abalanzó al suelo, dando encima de mi juez. Acudieron el alguacil y escribano, diciendo: Resistencia, aquí de la justicia; y como la sala habia quedado en tinieblas, andábamos todos barrajados unos con otros dando voces, como si tuviéramos un ejército de enemigos encima. El escribano, con mas ligereza que su pluma, abriendo la puerta de la calle, puso al galán en ella. El juez pedia luz; la dama misericordia, la vieja agua bendita, el escribano doblones, el alguacil resistencia, mi letrado calle, y yo de risa pedia silla para sentarme, porque no la podia tener en pié. Hola, decia el juez, prended esa vieja hechicera. Ella respondió: Hable como ha de hablar, señor juez de la langosta, que ahora todos somos de un color. Venga luz, decia el escribano. ¿Luz? replicó la vieja; la que salió por boca del ángel puede buscar, que aquí no se vive sino en tinieblas. Por vida del Rey, que las he de meter en un calabozo, decia el juez. La dama, entonando su voz jacarandina, dijo:

Zampuzado en un banasto
Me tiene su majestad,
En un callejon Noruega
Aprendiendo á gaviilan.

Aseguro á ustedes que cantó los cuatro versos con tal gracia, que si yo fuera el juez, le perdonara el delito por toda la jácara. ¿No hay quien pida luz en casa de algun vecino? dijo el juez. El escribano respondió: Yo no acertaré con la escalera (decia verdad; con los doblones; sí). El juez no habia soltado la vela de la mano; llegóse á la cocina, y empezó á soplar un tizon con lumbre; la vieja, que estaba sobre una silla, le dejó caer un caldero de agua sobre la cabeza, y puso á mi juez como un palomino. Dió voces el ministro abadejo, llamando al escribano para que diese fe del diluvio. El respondió: ¿Cómo quiere que dé fe del diluvio, si ha mas de cuatro mil años que pasó, y no ante mí? Que no le digo eso, replicó el juez, sino que dé fe del agua que estas putas me han echado encima. Si le doy, respondió el escribano, testimonio será verdadero, pues no lo vi. Por vida del Rey, seor Arenillas, replicó el juez, que tan untadas tiene usted las manos de unto de Méjico como yo el cuerpo de agua; pero á todo esto, el galán de estas niñas ¿está asido? ¿Qué galán? dijo el alguacil, ¿el de la membrilla? Por Dios, que si no lo vamos á prender á Manzanares, que aquí le veo mala órden. Ah, señor licenciado, dijo el juez, ¿no dará un parecer sobre el derecho de la escalera? Pecador de mí, respondió el letrado, yo traigo en mi faltriquera eslabon, yesca y pajueta. Hablara yo para el día de la Candelaria, lléguese á mí, y nos verémos las caras, dijo el juez. Apenas mi letrado empezó á caminar por el tacto adonde estaba mi juez, cuando la dama le puso delante un taburete; fué tal la caída que dió abra-

zándose con él, que en vez de hacerse las narices se las deshizo, y dijo con voz dolorosa: En toda mi vida he dado peor parecer que esta noche, y si dijera caíla, acertara. Con todo se levantó, y encendió luz, que no fué poco haber aclarado el derecho de su justicia. Ya la dama tenia en sus blancas manos una camisa de holanda para mi juez, y llegándose á él, le dijo: Desnude usted el pellejo de la culebra, y vístase de mi mano este lienzo hereje, labrado con estas manos cristianas, aunque pecadoras. El juez quedó admirado de la hermosura y gracia de la dama, y como estaba tan propiamente rio, quiso dar corriente á las aguas, que dádvas quebrantan peñas, cuanto mas varas, pero no olvidó al galán ni la vieja, dando su palabra de no hacer agravio á ninguno. Descubrió entonces la dama otra alacena: diciendo: Salga usted, señor don Pedro. Salí otro galán; y el escribano entendió que á la dama se le deslizasen otros veinte doblones, pero en fe de la palabra, no se trató sino de solemnizar su cordura. Yo pregunté á la dama si habia mas alacenas, y respondiome que volviese otra noche, y me pondria en la tercera: pásese en silencio la vieja, porque mi juez estaba ya derretido á la luz de la niña; dimos fin á la visita, y salimos del palacio encantado, dando con nuestros cuerpos en la posada, tan cansados de la ronda como del sueño.

CAPITULO V.

Lo que le sucedió á don Gregorio hasta salir de Carmona.

Serian las cinco de la mañana cuando nos recogimos, y á las seis me vino á dar los buenos dias la tia de doña Beatriz, en achaque de la mala noche. Venia rezando en una camándula, y díjome corriendo la cortina: Buenas y frescas rondas dé Dios á usted, señor don Gregorio. En verdad que mi sobrinica no ha podido dormir en toda la noche, con el cuidado que ha tenido de su persona. Dígame, pecador, qué gusto saca de rondar al lado de la justicia; merecia un gran castigo quien deja los favores de Vénus por los de Júpiter. Yo le conté el suceso de la dama con sus alacenas, y ella me respondió: En verdad, señor don Gregorio, que todos esos almarios ó alacenas son necesarias para guardar ó encerrar las almas de los inocentes; piensan los amantes de poquito que su dama está obligada á ser Lucrecia á pié quedo; andan los favores á millares, y el señor dinero se está donde mi Dios es servido. No, amigo, todas las mujeres son de tomar, y en no siendo los hombres de Daroca, no alcanzarán un gusto perfecto, aunque se vuelvan Adonis, y se trasformen en Narcisos. Los amantes de Durango son buenos para vivir en Valdeinferno; pero los que asisten en Ciudad-Real, continuamente gozarán de Valparaíso. Mucha gala y poco dinero, no es galán al uso: ¿piensa por su vida que una dama tiene mas gracia que dame, ni mas donaire que da mas? Déla por perdida si no funda sobre estos dos ejes el cielo de su hermosura. Los necios piden belleza, gala, discrecion, casa, colgaduras, sillas, escritorios, bufetes, camas, joyas y otras galas, y no

miran que todo esto cuesta lo que ellos no dan. En mi tiempo las mujeres no pedían, porque los hombres daban; pero ahora es necesario ser campanas, para despertarlos. Mi sobrinica, Dios la guarde, es una boba; no pedirá un cuarto si la quemaren; y yo la digo: Niña, no está el tiempo para usar de esas galanterías, pide, aunque te despidan. Dime, tontá, ¿puede el mundo conservarse sin pedir? La tierra pide agua y sol, el cielo pide almas, el limbo inocentes, y todos nos pedimos los unos á los otros. La justicia se pide, la gloria se pide, y la muerte piden muchos; ya que tú no pidas la muerte, pide hasta la muerte, pues te piden á tí. Si la fortuna te deparare un hombre como el señor don Gregorio, y se enamorare de tí, en tal caso no le pidas, que él te dará el tesoro de su mayorazgo; que si lo tiene, es mas seguro que el de Venecia; pero á los demás despídelos á letra vista, y pídeles de contado. Ella me suele responder: Calle, tía, reniegue de mujer que pide y de hombre que aguarda que le pidan. Señor don Gregorio, es una pérdida, no tiene cosa suya. Yo lo creo, la dije, pero usted debe moderar esas liberalidades. Imagina, me respondió, que no hay hombre que la contente; cincuenta me la han pedido, y cincuenta mil veces ha dicho que no; en esta parte la debe usted lo que es justo la pague, pues toda esta noche se le fué en alabar su talle, cordura, ingenio, discrecion y prudencia, diciendo: ¡Ay, tía, si le habrá sucedido alguna desgracia á aquel caballero! Cuando usted vino, que serían las cinco de la mañana, me querría hacer levantar de la cama para que supiese de su salud. Estas finezas, la dije, mas nacen de su mucha discrecion que de mis cortos merecimientos.

En esto estábamos, cuando entró la niña echando rayos al aposento. Veníala siguiendo el estadista, á quien ella habia dejado por su materia de estado: llegaron los dos á darme los buenos dias, y como hay dias para todos, les repartí los que pude. El estadista me dijo: Señor don Gregorio, no es buena razon de estado rondar por amistad, siendo curiosidad del gobierno, y no razon moral. Yo soy estadista, pero nunca condeno el dia por salvar la noche; no siendo gala del juicio vestirlle de tinieblas á costa del sueño, pues nuestra vida consiste en la conservacion del individuo, y mas cuando usted deja sus servidores pendientes de su fortuna. Si está mal con el dia, no tiene razon, siendo mi señora doña Beatriz tan propiamente sol. La niña respondió: Señor don Crisóstomo, crea que el sol no se levanta por costumbre, sino por naturaleza. La vieja dijo: El señor don Crisóstomo vive por razon de estado, pero las mujeres por órden natural; mas precia su merced gobernar la república de su bolsa que la de su cuerpo. Los estadistas, amigo y señor, son como los relojes, que en dejando de dar, mueren; pero usted quiere gobernar, y no dar. Pues sepa que no hay estado que dé, que no guste de recibir primero. Yo, señora mía, replicó el estadista, me atrevo con mi poco juicio á gobernar una monarquía, pero no una mujer. Tiene razon, dijo la vieja, porque nosotros lo desgo-

bernamos todo, y así no se fie de ninguna. ¿Quiere un ejemplo? dijo don Crisóstomo: Adán fué el primer estadista, y le derribó una mujer. Engañase, respondió la vieja. Pues ¿quién fué? replicó don Crisóstomo. El diablo, dijo ella, pues no contento con el gobierno de su jerarquía, se opuso al gobierno de Dios, y luego al del hombre, engañando primero una simple mujer, y desde entonces no fiaremos las mujeres de ningun estadista una república de alacranes. Linda gente, almas de leones, y cuerpos de corderos; todo lo saben, todo lo ignoran, todo lo gobiernan, y todo lo destruyen. Perdóneme, señor don Crisóstomo, solamente los reyes son estadistas, pues les dió Dios dos ángeles de guarda para que acierten, pero usted solo es de guarda para sí solo.

Aquí llegaba el discurso de Celestina cuando entró el soldado: yo como le vi empecé á levantarme á toda priesa, pidiendo de vestir á mi criado; la niña quiso serlo; pero yo la dije que conservase la compañía si no queria perderme. Llegó el soldado arqueando cejas y engomando bigotes, y dijo: Esta niña, señor don Crisóstomo, ha rondado con el señor don Gregorio. Yo respondí que si habia puesto él alguna en lugar de ronda por irse á dormir; no se dió por entendido, que no lo era. Llegóse á la vieja y díjola: ¡Ah, madre, qué preparada estais para salir á fiestas populares! Como vos, respondió la vieja, salgais á ellas, sea luego. El soldado replicó: Si la bajada del gran Turco fuera tan cierta como la de vuestra sobrina á esta sala, trabajo tenia Italia. En verdad, respondió la vieja, que mas trabajo tendria el castillo de Milan si á escala vista le hubiéades vos de asaltar. Llegó á la plática el filósofo, diciendole: Mi señora doña Beatriz, la cosa mas necesaria para la conservacion del mundo es la privacion, y la que mas se siente es ella misma; si usted nos priva de su vista, forzosamente mudaremos forma, y no dudo que la del señor don Gregorio sirva de materia á la de usted; pero conviene no mudar muchas por no hacer verdadera la opinion de Pitágoras, que dice se pasean las almas de cuerpo en cuerpo como de flor en flor. La niña respondió: No reprueban las damas esa opinion, pues cada dia mudan galanes; pero yo, señor mío, no la he seguido hasta ahora, porque mi forma está intacta, y aborrece las materias corpóreas como apostemas. Ya yo sé, dijo el filósofo, que usted es hecha de la materia prima, y que su composicion es celeste y angélica. Oyólo el fraile, que entró en este punto, y dijo: Bien digo yo, que no hay filósofo que no toque en hereje. Angélica será el alma cuando esté en compañía de los ángeles, que en cuanto está en el cuerpo de esta señora, aunque lo es, no lo es; y en lo que toca á ser de la materia prima, no es sino de materia corruptible, y mire lo que habla, que soy calificador del santo Oficio; yo no sufriré una hereja á mi padre que venga del otro mundo. De tal mundo puede venir, respondió el filósofo, que no diga una, sino mil y una; lo que yo digo sustentaré con Aristóteles, que dice ser hechos los cielos de la materia prima ó quinta

esencia; esta señora es todo cielo, luego es compuesta de lo mismo. Que su alma es angélica, nadie lo duda, siendo de naturaleza intelectual; y habiéndola criado Dios inteligencia separada de materia, y aunque ahora tiene por enemigos el mundo y la carne, librela Dios del demonio, que de los demás pocos se han librado.

Pasara mas adelante el argumento si no entrara mi juez haciendo gala de la camisa, quiero decir, abotonándose las mangas holandesas con sus puntas de Flandes, á quien servia de encaje él mismo. Veniale siguiendo mi letrado, y detrás de ellos el alguacil y escribano; los que hallaron asientos se sentaron, los demás de sentidos se quedaron en pié, diciendo que así se hallaban mejor. Mi letrado levantó la plática, pero dejóla luego caer: preguntóle á la niña qué edad tenia. Ella le respondió: ¿Qué edad me juzga el señor licenciado? En verdad, replicó él, que cuando ande la señora doña Beatriz sobre sus cuarenta y ocho es todo lo del mundo. La vieja respondió: Mi sobrina anda en dos, pero son piés; no puedo sufrir letraduras anales, que son peores que asnales. ¿Han visto al señor letrado de Matusalen y qué buena vista tiene? Pues por el siglo de mi abuela, que no tengo yo cincuenta cumplidos. Justicia de Dios venga sobre todos los que levantan falsos testimonios; digo que si no es un letrado, otro en el mundo nos podia hacer tan grande tuerto. ¡Cuarenta y ocho! Una muchacha que anda en tutela y no puede por falta de edad usar de los bienes que heredó de naturaleza! Vuélvala á mirar, señor licenciado, y retráctese de lo que ha dicho, que es herejía cometida contra la diosa Vénus; desdígase, que no le absolverá de este pecado un impotente. Púsose colorado el jurisculto, y dijo: En tanto que la señora Matorralba, que así se llamaba la vieja, no me mostrare el libro del bautismo, no me apearé de mi opinion. ¿Cómo se puede apea, replicó la vieja, quien anda en sí mismo? Por vida del señor licenciado, me diga qué edad tiene. Póngame número, respondió el abogado. Juzgo yo, dijo la vieja, que habrá enfadado al tiempo sus noventa y seis años, y á las gentes sus noventa y seis mil. Ese sí que es testimonio verdadero, respondió el letrado; noventa y seis cardenales tenga en la cara quien tal dice. El filósofo metió el montante, diciendo: No se trate de años, que ninguno los tiene, pues se pasan y deshacen como la niebla á los rayos del sol. Nuestra vida no consta de años, sino de sombra, que en faltando la luz de la respiracion, falta ella. La edad del hombre es flor de almendro, que á la primer luz visita el sepulcro. Los años se hicieron para los cursos celestes, que acabados, vuelven; pero no para el hombre, que se va y no vuelve á tener parte en el siglo. No es bien contar los años cuando se pueden contar los alientos; los primeros no faltan, los segundos sí. No se tiene lo que no se posee; no en vivir mucho consiste la felicidad del hombre, sino en saber cómo se vive. Nuestra vida es un día de veinte y cuatro horas; en una salimos al mundo, y en otra le habemos de dejar. No por tener menos años se aumenta la vida, los dolores sí; pues

siendo los dias mares de nuestra vanidad y corriendo tormenta en ellos, el que estuviere mas cerca de la muerte, estará mas pronto de llegar al puerto. No caducan los ancianos, los mancebos sí; pues los unos saben que han de morir, y los otros aspiran á vivir, y mas juicio tiene el que se pone con experiencia que el que sale sin ella. No por quitarse los años se vive mas, antes menos, pues pensando engañar al tiempo, nos engañamos á nosotros mismos. El principio del nacer es jerglífico del morir, todos nos vamos, y la tierra permanece; salimos como flor, y luego somos cortados del campo de la vida. Los que se quitan los años se quitan las armas de la sabiduría. Mas vale contar mas que menos, pues no hurta quien gasta de sí mismo los dias de su vanidad. Los filósofos antiguos trabajaron por llegar á la edad perfecta, pero nosotros trabajamos por llegar á la edad de la ignorancia. Los cuatro humores llevan la carroza de nuestra vida sobre las alas del tiempo; pretender cejar atrás las ruedas de este triunfal edificio es querer retroceder el curso y velocidad de los planetas. No es bien que los años vivan con cuenta y la virtud sin ella. El caballo mas diestro cae en el principio de su carrera. Tan presto se atreve la muerte á derribar un mancebo de veinte y cuatro como un viejo de ciento. Ninguno se agravie de serlo, pues no hay mayor afrenta que infamar el tiempo y la naturaleza. Tiempo hay para todo; pero no goza el hombre sino su parte, y no podemos, siendo mundo pequeño, abrazar con la vida el mundo mayor, y así nos dieron la parte conforme la capacidad de nuestro sugeto. La sustancia de la forma y fuerza de la materia nunca se atrevieron á nuestra privacion. El gusano que deshace nuestra vida no se cria de los años; críase de nuestro apetito, que los años no tocan lo que no criaron, sino dan lugar á que se crie. El daño no viene de la luz de afuera, viene de las tinieblas de adentro; en rebelándose la república de nuestro cuerpo, somos todos perdidos, unos hoy, y otros mañana. No somos señores de nosotros mismos, pues á físicas medicinas nos gastamos, y cuando esperamos vida, entonces nos rodea la muerte. ¿Qué aguardamos de fábrica amasada con agua y polvo y alentada con fuego y aire! Cuatro simples hicieron un simple, tan sujeta á los accidentes de la ignorancia, que cada hora sabe mas de esta ciencia: vivimos entre muertos, comemos muertos, vestimos muertos, visitamos muertos, lisonjamos muertos, y con tener á nuestra vista tanto cadáver, queremos vivir para siempre. En verdad que venimos al mundo para merecer, pero no para valer, y no puedo creer sino que antes de nacer cometimos algun delito, pues nos condenaron á semejante destierro. Yo no alcanzo el secreto, pero sospécholo; y de no, ¿qué razon hay para que el hombre fllore cuando nace? ¿No fuera mas puesto en razon que guardara los lloros para la muerte? Antes de cometer el delito le llora; ¡notable error, ay de mí! Sin duda le habia cometido antes, y pues le viene á pagar, justo es que guarde la risa para la muerte y las lágrimas para la vida.

El fraile, que le habia escuchado atentamente, le dijo:

Usted es filósofo moral, pero quisiera que fuera mas espiritual; los años no se pueden despreciar, siendo escalas por donde el alma por su merecimiento sube al trono angélico. Los virtuosos, aunque se quiten los años, no se quitan las virtudes, ni es justo atropellar la vida con la continua memoria de la muerte, sino emplearla en saber morir. Si la forma asiste en la materia y no la gobierna como debe, justo es que de la culpa salga la pena. Las constelaciones de los planetas inclinan, pero no fuerzan; porque el libre albedrío del espíritu es mas firme que los mismos cielos, y no lo fuerzan las impresiones celestes, por ser compuesto de mas dignidad cuanto va del ángel á la esfera. La privacion toca á la materia, pero no á la forma; y si la forma no puede eternizar la materia, no es defecto suyo, sino orden del Altísimo y primer entendimiento, que es Dios. Los años no acaban al hombre, antes le hacen mas perfecto, subiendo el temperamento desde la humedad al calor, y del calor á la sequedad, y con ella el anciano obra bien conociéndose á sí mismo, si no en todo, en parte, y con este arbitrio de los años pasa el hombre á mejor vida, y no mereciera tanta posesion si los años no le dieran á conocer lo infinito de una inmortalidad; de modo que este plazo finito no quita el infinito. En vano despreciaron la vida los filósofos, siendo ella una escala por donde se sube á la inmortalidad. Si piensa que los justos hacen penitencia por despreciar la materia, se engaña, que los actos de virtud son los alientos de la misma vida; saber vivir es saber obrar; retirarse del mundo por buscar la quietud será prudencia, pero no sabiduría, porque la contemplacion del espíritu sin obras mas viene á ser vicio de la potencia que virtud del acto. No cometimos delito antes de haber nacido, pero la culpa del primer hombre causó este delito, amagado en el individuo; mi alma libre estaba por creacion, pero no por generacion, pues vino al cuerpo, de modo que el secreto no es grande si se cree por fe. La verdad es que cuatro simples hicieron un simple, pero el Señor del mundo sopló en el espíritu de vida intelectual, sustancia incorpórea, llena de sabiduría angélica; y bien puede la fábrica amasada con tierra y agua ser ruina de sí propia; pero el dueño que la habita, aunque caigan las columnas del templo, no morirá como Sanson. Si comemos muertos y vestimos muertos, no lo somos, que Salomon, príncipe de la sabiduría, igualó la materia corporal con la del bruto en cuanto á volver á la tierra, donde fué formada; pero en la resurreccion de los muertos volverá á ser juzgada, pues todos hemos de resucitar en el valle de Josafat. De modo, señor mio, que su doctrina de usted sin la mia será sembrar en tierra donde no cayó rocío del cielo y labrar un palacio sobre la region del aire.

El estadista tomó la política en la boca, y dijo: Cuando la monarquía del orbe se hizo tuvo principio para tener fin, y este fin y principio consiste en el gobierno y conservacion de los años, que hacen con sus muchas partes el todo, siendo ellos y cuanto se ve visible y invisible, gobernados por la suma sabiduría de aquella

causa primera, luz y ser de todas las demás causas. Pero la fábrica humana, torcida en parte por el pecado, no pudo ser hecha en mejor forma; esta es de años, y si muchos no son nada, menos fueran si el gobierno no los alentara con el estado. Necesario es que para castigar á muchos malos peligrén algunos buenos, pues muchas veces paga el inocente brazo el delito que cometió la cabeza. La república del hombre tiene para su conservacion la materia, compuesta de cuatro cualidades; trèpan por ella los años; si se acaban en medio de la agitacion ó el accidente mal gobernado, la medicina los arruinó, ó la poca fuerza del húmedo los acabó. Los años deben ser gobernados con una mediocridad de estado; y si por sustentar el todo de la virtud peligrare alguna parte, no se escandalice el necio, que, como nuestra vida es una continua guerra, no se puede hacer sin escándalo de la salud y falta de muchas fuerzas. Por ensanchar la monarquía del cuerpo se pone á riesgo la del alma, que es tan horrible el estado del linaje humano, que atropella el divino. ¿Qué importa que sea la potencia señora si el acto predomina sobre ella cuanto va del pensamiento á la obra? Muchos reinos se conquistaron con la imaginacion sin riesgo de un soldado, pero no con las armas sin riesgo de muchos. ¿Quién duda que el retirarse del bullicio del mundo no sea materia de estado de la prudencia? Pero ¿quién podrá dudar que no es cobardía del ánimo huir de su semejante? No dudo que la suma felicidad consista en la moralidad de la vida y gloria intelectual; pero ¿quién podrá alcanzar el triunfo soberano sin muchos peligros? Y cuando lo alcance, ¿quién duda haberle dado el perdón mayor parte que el arrepentimiento? Los necios no consideran que el estado consta de años, y los años de experiencia y tiempo; no reparan en las obras buenas, sino en las malas, como si para vencer un ejército de enemigos se pudiera conseguir sin robos, muertes y escándalos. ¡Oh si la guerra se pudiera hacer sin tributos! ¿Qué culpa tenían los inocentes niños que se hallaron en tiempo del diluvio, los que acabaron en la derrota de Madian, y otros infinitos? Por cierto, estado divino es atropellar con justicia los unos y los otros. Cuando las monarquías se declaran guerra ca la una tira á su conservacion, aunque se arruine la parte inocente; no hay regla sin excepcion, como lo es querer guardar un general sin riesgo de un particular. No se gana el cielo sin buenas obras; pero ¿quién no habrá maltratado infinitas virtudes primero que lo consiga? Pues para ganar una fortaleza se pelea con los buenos y malos sucesos, y entre ellos peligrá el justo y el injusto. Concluyo con decir que los años no se pueden conservar sin peligro de vida, y á veces los mejores son de contraria fortuna para el hombre, y cuando se quita los años, se los aumenta de ignorancia, y al contrario, cuando sube de punto la edad, los llena de sabiduría y gobierno.

El soldado se levantó, diciendo: ¡Oh pesa mi con tanto argumento! Oh bien haya la guerra donde la verdadera ciencia es estudiar en el libro de la muerte, si nos dan lugar para ello! Los orates filósofos, que des-

precieban la vida, fuéranse á la guerra, que allí hallarían la verdadera privacion. Si querían abandonar la materia, fuéranse á sufrir el cerco de un año, y para librarse de las tentaciones de la carne, tentarán una ó dos picas de nieve en medio de los Alpes, como yo he tentado, vive Dios; y si los años son escalas para subir al cielo, fuéranse á escala vista paseando de tiro en tiro; andaos á justificar albedríos, á salvar inocentes y castigar culpados, cuando la guerra no repara en muertes, robos, latrocinios y otros delitos de esta clase. Entrad saqueando un lugar, preguntando por los buenos para salvarlos, y por los malos para castigarlos; juro á Dios que si los santos se pusieran delante, los desnudáramos, cuanto y mas los hombres. Los argumentos de los filósofos y teólogos se escriben con tinta, pero los nuestros con sangre; y pocos se libraron de la guerra dos veces sin dejar los ojos, las orejas, los brazos y la vida, que es lo mas seguro. Aténgome á la ciencia del señor licenciado, que á pura peticion pide para sí el dinero, y da la justicia á quien la desea. ¿Hay mayor felicidad que dar parecer á la parte que saque el dinero de su faltriquera y lo ponga en la mia? Esta sí que es materia para reir, forma para llorar, y privacion para sentir. Dice el señor filósofo: Saber vivir es saber obrar; pues ¿hay obra mas cierta que la del derecho? Los letrados juegan al hombre, dejan á las partes que lo sean; háldanles los reales, que son los reyes de la baraja de Baldo, y no hay pleito que no se lleven de codillo. ¡Ah, señor licenciado! cómo gustara yo de que usted diera un parecer sobre un tiro de artillería, para que caminase por derecho al enemigo.

Mi letrado no respondió palabra, por ser hombre pacífico, y nunca hablaba solo, acompañado de los suyos sí. Yo celebré la academia, haciendo juicio conmigo de los muchos que habian hecho ellos encontrados. Empecé á abrir los ojos del entendimiento, noté la moral doctrina del filósofo, la intelectual del teólogo, y sobre las dos la del estado, á quien acuchillaba el soldado con la suya; y siendo cada una de por sí buena, nunca se pudieron acordar. Eché de ver entonces que la sabiduría era un instrumento acordado, cuyas cuerdas sutiles los músicos humanos tocan á tiento, y de aquí me pareció nacia la desigualdad de voces en los maestros, porque cada uno tocaba como le sonaba mejor al entendimiento; sola la música de mi letrado me pareció que totalmente desacordaba todas, y aun las tenia sujetas, pues ninguna dejaba de entrar en su jurisdiccion. Dióse fin á la academia, y cada uno se fué á prevenir su viaje para la corte.

CAPITULO VI.

Sale de Carmona don Gregorio, y cuenta lo que le sucedió en una venta de Sierra Morena.

Seis dias estuvimos en Carmona, y en ellos mi juez averiguó causas á puro sacar efectos, soltando presos sobre fianza, y haciendo otras diligencias, que omito por no embarazar mi historia. Parecióle á mi juez y letrado que ocupásemos el coche que venia vacío, y

que los criados fuesen en nuestras mulas; pagamos la posada, y salimos todos juntos con harto gusto de los del lugar, que rogaban á Dios los sacase de tanta justicia. La niña pretendió pasarse á nuestra carroza, pero yo la dije no era tiempo, respecto de la compañía. Llegamos por nuestras jornadas reales, pues ellos nos llevaban á una venta que saltea en Sierra Morena; salíonos á recibir ó á robar, que todo es uno, el ventero, descendiente por línea recta del mal ladrón, pero él era el mayor y mejor de su linaje. Traía por barba un bosque etíope, y cazaba con los ojos vidás, sirviéndole el sobrecejo de arcabuz, con que tiraba á matar al vuelo. Servíale de montera un paso de cuenca, y por capote traía una docena de palmillas; era tan alto como seco, y tan moreno como la sierra; con un ojo miraba al sur, y con otro al norte, y atravesaba con ellos del este al oeste. Era príncipe de los salteadores, pues venia de caza con su arcabuz en la mano, y en la pretina una docena de perdices ganadas para él. Al primero que saludó fué al escribano, y no sé si se conocían, ellos lo saben, y yo tambien. Doña Beatriz se desmayó de verle; el juez dijo: De buena gana manjara yo colgar este ladrón. El arbitrista respondió: El mundo se ha de perder por un ventero, si el estado nó los quita del mundo. El filósofo replicó: Si nació debaj del signo de Mercurio, déjenlo. El soldado dijo: Por vida del diablo, que estoy por hacer una buena obra al alma de este ventero, sacándola de su mal cuerpo. El fraile respondió: Nadie condene lo que no crió; este se puede salvar en su oficio si obra bien; cristiano es, y su libre albedrío se tiene como el mas pintado. Hecho salvados, dijo el soldado, bien puede ser, padre mio, pero no de otra manera.

Ellos estaban en esta plática, cuando se apeó de un caballo un mancebo de buen talle, si bien su vestido, aunque mostraba reírse por una parte, por otras lloraba; era, como pareció despues, poeta de los que hacen versos á costa del sexo. Apartóme á un lado, y pidióme relacion de toda la compañía; yo se la dí brevemente, y él quedó tan capaz de todo, que hablaba con mis amigos de la misma forma que si hubiera venido en su compañía mucho tiempo. Llegóse al escribano, y díjole: Señor secretario, déle con la pluma á las perdices, volarán al asador. Dicho y hecho, ya la huéspedela ponía á perdigar; calificaron todos á nuestro poeta por hombre de buen humor, como lo son todos, y prosiguió diciendo: Pluma de escribano es pluma de ave imperial, que en tocando á las demás, se consumen todas, y ella queda libre.

El ventero puso una mesa triangular, y en ella unos manteles de Etiopia. El poeta no pudo creer sino que habian desollado algun negro, y nos le vendian por tela. En medio de la mesa puso por salero un pedazo de medellín, salado á las mil maravillas. Un jifero, que podia desjarretar un toro, ocupaba la mejor parte de la mesa, y á su lado tres platos, tan faltos como quebrados, y con gran devocion en el suelo estaba un jarro ahogado en mosto. El vaso era primo hermano del

salero, pero tan hondo, que el bajel que nadaba en él iba seguro de bajo, pero no de tormenta. Alumbraba la mesa un candel, tan cansado de vivir, que daba paratismos á cada instante. Gruñía de cuando en cuando un animal de bellota, y debajo de la mesa andaban dos hijuelos suyos por derribarla. Tres galgos y un mastín estaban de rodillas por los piés aguardando con gran devocion las reliquias de la cena. Gato no vi, porque el amo lo era. Distaba la mesa de la caballeriza cosa de una cuarta, y en ella estaban dos músicos apuleyos, entonando un rebuzno tan bien como dos necios la risa cuando las carcajadas vienen de golpe y con rocío. Estaba colgada la cuadra de una colgadura de humo, labrada en los países del infierno. Tocaron á cenar con el cabo del jifero, de la librea del vaso, y entonces salió á vistas la ventera. Era la madre de los pigmeos, engerta en Galicia; yo entendí que venia de rodillas por servirnos con mas devocion; pero como vi que pedía favor para subir el plato á la mesa, la tuve lástima, pero no cuando nos miró de trino con una cara de pellejo ahumado y una alquitara por nariz; los ojos parecían espirituales, porque miraban hácia dentro. Por dedos traía unos palos de escorzonera por mondar, y por cabello un vellon de lana churra. Doña Beatriz sacó un pañuelo de holanda, y dijo: Tía, lléguese al norte y deje la Noruega. Crítica es usted, mi señora doña Beatriz, dijo el poeta; bien hace de hablar culto, que la posada no es muy clara. No sacaremos esta mesa á campaña, dijo el soldado. No será malo, le respondí, que nos ahogamos de calor. Padre mío, dijo la vieja, sáquenos de este purgatorio. No puedo, señoras, que es el infierno, respondió el fraile. El soldado alzó la mesa en alto como bandera, y dió con ella en el portal de la venta, cubierto con el manto azul. Empezamos á trinchar con los dientes las perdices; el poeta se puso á mi lado, y como si hubiera salido de un pesado cerco, así despachaba las inocentes aves; el ventero nos echaba de beber, y con una pierna de perdiz hizo la razon seis veces, no habiéndola tenido en su vida sino cuando bebía. Por cierto, dijo el filósofo, que están sazonadas las perdices, y que merecía el ventero ser cazador de un príncipe. Si yo supiera, dijo él, que habia de tener tan honrados huéspedes, yo trasladara la sierra á la venta. Bien áspera y espesa es ella, dijo el poeta, la voluntad le agradecemos.

La niña no hacia sino regalarme á vista de mis competidores, y el soldado la dijo: No regale usted al señor don Gregorio en público pudiendo en secreto. Yo le respondí que un favorecido podia favorecer ó convidar muchos, que recibiese de mi mano la parte que le concedia mi cortesía. El me respondió que no gustaba de favores por segunda mano. Yo le dije que pues no los recibia, que callase cuando los viese en poder de su dueño. Eso será si yo quisiere, replicó él echando mano á la daga. Yo levanté el plato, y sin ser platina, quise ser coronista de su vida, escribiendo con sangre su misma descortesía. Alborotáronse todos, y cada uno fué á tomar su espada, unos por via de paz,

otros por via de guerra. Pero como describano se levantase á buscar sus armas, tinta y papel digo, y diese en el candel y nos dejase á oscuras, cada uno daba tajos y reverses sobre la mesa, llevándose el jifero, salero y demás sabandijas. Ténganse al Rey, decia el juez, y la vieja: ¡Ay, que se matan sobre mi sobrinica! Acudan antes que rancen y pidan suelo. El fraile con voz majestuosa, orgánica y grave, dijo que no se pudo hacer el mundo sin mujeres, notable sexo. El soldado daba voces, diciendo: Huésped, encienda luz, buscaré á imoco de candel á mi enemigo. La niña se abrazó conmigo, diciendo: ¿Qué es esto, señor don Gregorio, adónde está su prudencia de usted? Si quiere quitarme la vida, máteme á pesadumbre. Y diciendo y haciendo, se quedó desmayada en mis brazos, á tiempo que el mesonero y su mujer se pusieron á mi lado, uno con el candel, y otro con una tea ardiendo. Yo estuve por desmayarme de verlos, porque me parecieron dos demonios que venian á tentar á doña Beatriz ó á llevársela antes de tiempo. Acudió la vieja con un jarro de agua, roció la dama, y volvió en sí, á tiempo que el poeta acababa de pintar su desmayo en un soneto, y dijo que le pesaba hubiese vuelto tan presto, porque habia empezado una cancion. Ya mi juez, letrado, fraile, filósofo y estadista habian sacado fuera de la venta al soldado y reducidole á que fuera mi amigo. Yo lo rehusé, pero hube de casar mi amistad por fuerza, con intencion de pedir divorcio cuando me pareciese. Salimos fuera de la venta, y cada uno tomó asiento sobre su capa. Pidieron al poeta dijese el soneto, que fué el que se sigue:

Desmayábase el sol porque su tía
Le puso en venta los divinos ojos,
Y si fueran flingidos sus enojos,
Desmayarse pudiera cada día.
Lo colorido entre la nieve ardía,
Y dando amor en su coral de ojos,
Bebió ciego los líquidos despojos,
Que Dafne se perdió por bohería.
Marte celoso esgrime su cuchilla,
No caria de la muerte, pero rayo
De las nubes morenas de Sevilla.
Adonis pide con la silla el Bayo;
Y se duda, picando á cordobilla,
Cuál será jabali de este desmayo.

Celebramos los versos, acomodóse cada uno sobre su ropa para dormir en el portal de la venta, bien que en ella habia dos camas, la caballeriza y el pajar, pero las dejamos para la chusma. El poeta dijo: No són estos colchones á propósito para las musas. Parécense á los de mi celda, respondió el fraile. De poco se espantan, dijo el soldado; bien se ve que no han dormido en campaña. ¿Qué mayor campaña ó guerra, replicó el poeta, que dormir en una venta en medio de Sierra Morena? Dormamos, dijo el juez, que son las noches cortas. La vieja y la niña se acomodaron junto á mí por huir del soldado. Empezaron algunos á roncar, digo, á tocar el clarín de bellota, y el que lo hacia infernalmente era el alguacil; podia ser chirimía de Lucifer. El poeta dijo: Mal año para el órgano de Apuleyo; ¿quién ha de dormir oyendo esta música? ¿De esta se

admira? respondió el escribano; si el juez entonare la suya oirá maravillas. Empezó el ministro á llevar el contrabajo al alguacil, y por mas que nos tapábamos las orejas, no podíamos divertir el ruido; y sin duda nos sirvió de agüero, pues dentro de una hora dieron sobre nosotros treinta bandoleros, hermanos del ventero; los dormidos recordaron, y aun los despiertos, á tiempo que tenían atadas las manos, y aun los piés, y no tuvimos lugar de tomar armas ni de ponernos en defensa. Apartáronnos fuera de la venta un cuarto de legua del camino; doña Beatriz lloraba, la vieja gruñía, el poeta glosaba, el soldado juraba, y todos íbamos como ovejas al matadero.

Empezaron los ladrones á limpiarnos la ropa, y por hacerlo con mas comodidad nos la quitaron del cuerpo, y nos fueron atando uno á uno á su árbol, haciendo una alameda de penitentes en camisa. Doña Beatriz quedó en enaguas, y la vieja en manteo; hubo pareceres de llevarse la niña, pero por no llevar la tia, la dejaron. Apartáronse un poco de nosotros para hacer junta sobre nuestras vidas; entre tanto estaba la justicia pidiendo misericordia, mejor allí que en la jácara; fueron poco á poco desviándose mas, cosa de cuatro tiros de mosquete, y aun de allí temíamos los suyos. Doña Beatriz y la vieja se deshacían á lágrimas; yo las consolaba, como amante que aguardaba, sin coronarme de favores, las flechas de la hermandad. El escribano decia que un astrólogo alzó figura sobre él, y le dijo que habia de morir en un palo, y que sin duda se llegaba la hora. Mire lo que habla, Arenillas, dijo el juez, que si saben los bandoleros que hay en la compañía alguacil, escribano y juez, acabarán con todos. El fraile dijo: No nos podia suceder menos con tantos votos, tantos reniegos, tantas ninfas, tantos versos, tanta justicia, tanto estadista, y sobre todo tanto baldo, escribano y alguacil. En fin, cada uno se encomiende á Dios, y si los bandoleros volvieren, no serán tan crueles que no me concedan confesarlos. Los cocheros y nuestros criados estaban atados criminalmente, y renegaban á pesar de la doctrina del fraile. Quien mas se quejaba era nuestro abogado por haberle dado garrote en una pierna; entendí que diera su alma al derecho, segun alegaba de su justicia. Como la noche estaba algo oscura, parecíamos encamisada de difuntos; y si como era verano fuera invierno, lo fuéramos de veras. No obstante, se le antojó al señor cielo relampaguear, y poco á poco empezó la artillería celeste á hacer su oficio, dándonos una carga de granizo y agua tan fuerte, que nos puso como ánades sobre estanque, pero no tan libres. ¡Válgame nuestra Señora de las Aguas, decia el fraile, y qué nublado tan cruel ha caído sobre nosotros! El soldado respondió: Calle, padre, no se enoje, llévelo con paciencia, ganará el cielo. La vieja empezó á quejarse de su madre, que la traía consigo desde que nació. ¿Vienen esos bandoleros? dijo el juez. No parecen, respondió el escribano. ¿No hay alguno que se pueda desatar á sí mismo? replicó el fraile. Desata por ahí, respondió el cobero: No trate de eso, padre mio,

que los bandoleros nos ataron á prueba, y estése. Hermano, ¿quién os mete en puntos legales? dijo el letrado; tratad de vuestro oficio, y no os metáis en términos de justicia. Amaneció el Señor con su luz, y cuando nos vimos los rostros, reíamos y rabiábamos á una; estábamos perdidos, con unas caras deslavadas, dando diente con diente como si fuera en diciembre. El alguacil tendió la vista por un ribazo, y entre unos jarales divisó un bulto; empezó á darle voces, y respondió el eco lo que bastó para consolar la compañía. Ibse llegando á nosotros un zagalejo, que guardaba unas yeguas en lo alto de la sierra, y admirado de ver tanto bulto blanco, se detuvo, pero asegurándose de nuestra desgracia, nos desató á todos y guió á la venta, donde llegamos sin aliento.

Hallamos al ventero y su mujer llorando nuestra fortuna; reparámonos lo mejor que podimos con la poca ropa que dejaron en la venta los bandoleros en el coche olvidada, en tanto que llegábamos á parte donde pudiéramos vestirnos. Dióle á la vieja su mal tan fuertemente, que se ahogaba; acudí á su remedio, y la maldita madre queria dar cuenta de la hija. Ella me dijo: Hijo mio, yo me muero, pregunte si hay una ventosa, que en el ombligo es todo mi remedio; de no, mi hora es llegada. Yo pregunté á la ventera si la tenia; díjome que no; pero que podia servirme de un orinal; yo con la prisa no reparé si le seria á propósito; pedí estopas, metíle cantidad, y dí con mi orinal en la barriga de la vieja. Dios nos libre, tiró tan fuertemente, que se llevó tras sí las entrañas de la pobre Matorralba; yo que vi el vidrio lleno de tripas, eché á correr dando voces, llamando al fraile que la confesase. Acudió él, y como vió el espectáculo, llamó á la ventera, diciéndole que le quitase la ventosa. ¡Ay, señor! dijo, esa le ha dado la vida; déjela su merced sosegar con ella una hora. Entró doña Beatriz, y con diligencia arrancó el orinal relleno, y dijo la vieja: No hagan burla, por vida de Beatricea, que si el señor don Gregorio no me socorre con la ventosilla, me muero. Salimos de la venta tan vestidos como desnudos. Llegamos á Juan Abad, y el cobero tomó sobre su crédito el dinero que fué menester para reparar nuestra desgracia. Lo que nos sucedió hasta llegar á Toledo, y de allí á la corte, pretendo pasar en silencio por ser coronista de mayor, que no todo se puede escribir, ni menos oír.

CAPITULO VII.

Llega don Gregorio á Madrid y da cuenta de lo que le sucedió con un pariente suyo y con un alguacil de corte, y otros sucesos.

Llegamos á Madrid, en cuyo océano tomó cada bajel diferente rumbo; doña Beatriz y la vieja dijeron que traían cartas de Sevilla para cierta amiga suya que vivia en el Avapiés, que fuese con ellas para saber su posada; hícelo así, y despues tomó la mia en la calle del Principe por gozar del nombre. Diéronme un cuarto bajo, tan pariente de la calle, que mas compañía tenia con ella que conmigo; no salí de casa en dos dias, procurando acomodarme á uso de corte. Al tercero, es-

tando el sastre vistiéndome, entró en mi cuarto un hombre de buen tallo, vestido de terciopelo liso, un candel por sombrero, y con los brazos abiertos se vino a mí diciendo: Señor don Gregorio, don Gregorio y señor, primo de mi alma, don Gregorio de mi vida, don Gregorio de mis entrañas, ¿es posible que os veo, don Gregorio! No lo puedo creer. Yo quedé espantado de tanto Gregorio y de tan prima amistad; preguntóme si le conocía; yo le respondí que no me acordaba haberle visto en mi vida, y era verdad. Yo lo creo, me dijo; pero yo conozco muy bien á vuestro padre el doctor Guadaña, á la comadre de la Luz, á Ambrosio Jeringa y á Quiterio Ventosilla. Yo, que oí desensartar mi honrada genealogía, le dije: ¿Quién es usted, que le quiero conocer? Y él respondió santiguándose: Yo soy... válgate Dios y lo que has crecido, don Cosme Longobardo, hijo de Longobardo Paulin, primo hermano de don Carlino Montiel, pariente en cuarto grado de su padre el doctor Guadaña: ¿no me conoce? Yo le dije: Señor mio, los parientes están disculpados cuando por flaqueza de memoria no se acuerdan ó no conocen á sus deudos; si yo lo soy de usted, me tengo por venturoso en haberle conocido. Vístase, me dijo, que como nuevo en la corte tiene necesidad de padrino. Hicelo así, y entre tanto todo se le iba en admiraciones, diciendo que era un vivo retrato de mi padre. Entró la huésped en esta pintura descubriendo la suya, tal, que solo le faltaba estar revuelta al árbol del Paraíso engañando á Eva, por ser la carita engerta en serpiente. Díjole á mi nuevo primo: Señor don Cosme, ¿conoce usted á este caballero? Señora Mari Alfonso, respondió él, conozco al señor mi primo don Gregorio Guadaña, y por cartas que tengo de Sevilla sé que venia su merced á esta corte. ¿Que su primo es? dijo la huésped, séalo por muchos años. Dió una vuelta al aposento y fuése.

Salimos á dar el primer chasco á la corte; díjome mi nuevo pariente: Oye, primo, los galanes no deben vivir sin amor; si quiere galantear una de las mas hermosas damas de Madrid, véngase conmigo. Dicho y hecho; llevóme á una casa donde vivian tres doncellas, una mas firme que otra; dos madres, tres tías y cuatro criadas; llamábase la mas hermosa doña Angela Serafina de Bracamonte, y celebraba los dos nombres soberanamente por lo ángel y serafín. No vi en mi vida tan aseada ninfa de Manzanares, emulacion del Tajo, con licencia de las señoras toledanas. Mi primo sirvió de relator en el consejo de Venus, informándola de mi calidad y persona en el pleito de pretendiente. Inclínose el tercer planeta á dar oídos á mi justicia, y preguntóme si tenia mas probanza que dar. Díjele que no; pedí libertad, pues me hallaba preso, y respondióme: Por ahora, señor mio, á prueba, y estése. Entró una criada al dar la sentencia con otra peor, y dijo: Señora, el platero trae aquella sortija de diamantes: ¿entrará, ó no? No entre, respondió la madre; bastan las que tienes, niña, sin empeñarme ahora en cincuenta ducados. Parecióme que seria descortesía no pagarlos, y dije: Si mi señora doña Angela quiere favorecerme con poner-

se en mi nombre la sortija, me tendré por venturoso haber llegado en esta ocasion. Mi primo dijo: Entre el platero, que yo la suplicaré ciña una de sus diez azucenas con los tres diamantes. Saqué de un bolsillo los cincuenta ducados, pagué al platero, y fuése, dándome mi dueño un liston verde en pago de la sortija. No tardó mucho de entrar otra criada, diciendo que el lencero traía la pieza de holanda que le habian pedido; la tia dijo que de ninguna suerte la habia de comprar á diez y seis reales la vara, que era muy cara. Yo la dije que tenia necesidad de unas camisas, y gustaria se las brasen en casa. Mi serafín dijo: si el señor don Gregorio gusta de ello, suba el lencero norabuena. Entró con cuatro piezas, pero salió sin ninguna, pagándole por ellas mas de cien ducados. Ya yo me tomara en la calle, dije á mi primo, que temo entre otra moza con toda la puerta de Guadalajara. Bien decís, me dijo; basta por ahora. Y sobra, dije yo, acordándome de mi doña Beatriz, que en todo el camino de Sevilla á Madrid no me pidió un jarro de agua, con tener al lado la Matorralba, que quitara los dientes á diez ahorcados.

Sali tan sin dinero como enamorado, y acordándome del refran que dice «tanto te quiero cuanto me cuestas», le dije á mi primo si era pretension aquella de muchos dias, y respondióme que no se alcanzaban tan brevemente aquellas conquistas, pero que la fuerte batería del tiempo todo lo rendia con el oro, sin embargo que aquellas damas aspiraban á matrimonio. Yo le dije: Si el señor mi primo me hubiera dicho antes de hacer la visita la palabra del esposo y la esposa, yo me hubiera desposado con mi cordura, y no desposado de mi dinero. No lo digo por eso, dijo él, dígolo porque estime el señor Guadaña, cuando gozare tanta hermosura, mi cuidado y diligencia. Llegamos á mi posada, comimos juntos, y sin apartarse de mí, sino cuando dormia, me siguió quince dias, mucho mas que mi sombra. En ellos asenté plaza de verdadero amante, galanteando mi nuevo serafín de dia y de noche. Pidióme música, encargándome el secreto, que debía de importar no lo supiese don Cosme, y díjome que fuese única; parecióme que la pedía de una voz. Púseme de ronda aquella misma noche, compré una buena guitarra en casa del Capon, y sin llevar conmigo amigo ni criado, dí con mi cuerpo gentil en la idolatría de mi dama, quiero decir en la calle de los Jardines, donde ella vivia. Hacia la noche oscura, y convidándome el silencio, empecé á rascar la guitarra y entonar la voz. Yo estaba enamorado, no podia cantar mal: no hube bien ó mal empezado á decir *Malograda fuentequilla*, cuando un alguacil de corte, que venia de ronda con su escriba al lado, se llegó á mí, diciendo con voz espantosa: ¿Quién va á la justicia? Quién va á la justicia? Señor mio, le respondí, la justicia se viene á mí, que yo no voy á ella. ¿Quién es, me dijo, qué hace aquí, dónde vive, qué oficio tiene, y de dónde viene? Esto dijo, quitándome la guitarra. Yo le respondí: De Sevilla soy, canto aquí, vivo aquí, y estoy aquí. Púsome la mano en los pechos, diciendo: ¿Sabe que

está hablando con un alguacil de corte? ¿Qué armas trae? Yo le dije que no traía sino mi espada; parecióle que la llevaría como la guitarra, y quiso quitármela; yo me retiré dos pasos atrás, diciendo: Señor, téngase á la justicia, téngase á la razón, y pida con cortesía la capa, pero no la espada; y suplícole me vuelva la guitarra, que yo la rescataré á peso de plata. Esa no llevará, me respondió, recójase á su posada, y agradezca que no le meto en un calabozo. Ellos se fueron la calle abajo, que esta gente no va calle arriba, y yo quedé hecho músico de la legua, sin cantar en el teatro de mi dama.

Fuí á mi posada, dormí lo poco que había de la noche, y á la siguiente, habiendo comprado nuevo instrumento, determiné, á pesar de la justicia, dar mi música. Aguardé á la una de la noche, y sentí que mi Angela se ponía al balcon; empecé á andar en punto con mi guitarra, cuando al primer verso dieron conmigo alguacil y escribano, diciendo: ¿Quién va á la justicia? Téngase á la justicia, y aquí de la justicia. La de Dios venga sobre tí, dije entre mí, y levantando la voz le respondí: Señor, téngase á la justicia, ¿quién ha de ir sino un hombre á quien quitó anoche una guitarra? Con esta serán dos, me dijo. Yo quise sacar la espada, pero no pude, porque sin sentir me rodearon tres corchetes, y el escribano cuatro, y me quitaron guitarra, espada y broquel, diciendo el alguacil: Por vida del Rey, que si le hallo otra noche alborotando la calle, que ha de dormir en un cepo. Fuéronse, y quedé tan corrido y afrentado, que no tuve aliento para disculparme con mi dama, que estaba viviendo, como otras muriendo de risa; y al cerrar el balcon dijo: Superior música, y entróse, dejándome, no á la luna, que no había salido, pero sin ella, que era peor.

Fuí á hablar con mi pariente y otros amigos suyos, que vivían seis casas mas arriba de la de mi dama; contéles mi desgracia, y díjeles que deseaba vengarme del alguacil aunque me costase una vara. En el mismo instante que miré la casa, tracé mi venganza: tenía un medio patio con tres altos; compré una garrucha y una maroma fuerte, y de lo alto de la casa, que caía al patio y á la calle, le pusimos yo y mis camaradas cosa de cien quintales de peso; en el remate de la cuerda, que había de caer á la calle, pusimos un fuerte hierro volteado; este entraba en una argolla, que yo había de llevar asida en la pretina por las espaldas, de modo que estando asido uno de otro y soltando el peso de lo alto como tramoya de comedia, volaría una casa. Compré una guitarrilla ó un tiple pequeño, y púsele una cinta con un alfiler de la mano quedaba colgada en la cintura. Con esta célebre invencion llegó la hora de ponerme asido de la argolla y cordel, y mis amigos en lo alto de la casa para soltar el peso.

Empecé á la una de la noche á tocar el tiple, abrí mi boca para beber en mi *fuentecilla*, y al primer cristal, sentí venir mi alguacil y escribano; Dios nos libre, arremetió á mí el ministro envarado, diciendo: Por vi-

da del Rey, que ha de dormir con los galeotes el pícaro bribon. Yo solté la guitarrilla, y como mi alguacil me visitase las manos y no la hallase, empezó con las suyas á abrazarme, por ver si traía armas dobles. ¿Adónde tiene la guitarra? me dijo. ¿Qué guitarra? le respondí, ¿viene loco usted? Yo, que sentí el estrecho abrazo que me daba, apretándole fuertemente, dije: Tira. Soltaron mis amigos el peso, y fuimos volando yo y mi alguacil por la region del aire. El pobre, que se vió levantar del suelo, empezó á decir: ¡Jesus mil veces, que me llevan los diablos! El escribano entendió que se lo llevaban, y fué corriendo como un galgo á la calle de Alcalá á dar testimonio que al alguacil N. se lo habían llevado los demonios. Yo, que había subido á lo alto con mi alguacil, le dije: Hermano, téngase á la justicia si puede, y por ahora apéese de aquí abajo. Soltéle; y dió con su cuerpo y aun con su alma en el jardín de la calle, ó por mejor decir, en la calle de los Jardines, y quedóse sin decir, Dios, valme. Yo entendí que le había despachado de esta vida para la otra, pero no fué así. Quitamos luego la tramoya, dejando raneando á Téngase á la justicia.

Fuimos en casa de doña Beatriz, á quien no había visitado por los nuevos amores de mi Angel, y ella, en pago de la rebeldía, estaba con mi juez tomándole residencia; llamamos á la puerta cuatro ó cinco veces, y no respondieron. Yo adiviné la causa, y dije á mi primo y á sus amigos: Esta ninfa está ocupada, si no me engaño; démosle un chasco, y sea luego. Fuimos en casa de dos albañiles amigos, y pagándoselo muy bien, les hicimos tapiar la puerta de la calle con yeso y ladrillo, y quedó de piedra y cal, cuanto mas de ladrillo y yeso. Fuéronse los oficiales, y pusímonos frontero de la puerta rebozados para ver por dónde salía el galán de mi doña Beatriz. Amaneció su excelencia la señora Aurora, cuando vimos llegar al escribano y alguacil en busca del juez, y dijo el alguacil Arenillas: No es esta la puerta. ¿Cómo no? respondió el escribano, esta ha de ser. Vive Dios, dijo él, que estamos dormidos ó que hemos errado la calle. Dieron la vuelta seis ó siete veces, y por mas que el alguacil afirmaba ser aquella la misma calle, no quería el escribano dar fe y verdadero testimonio que era ella. Abrió la ventana la vieja Matorralba, saludó á los dos y díjoles: Entre el señor Arenillas y el señor Torote, que la moza fué á abrir la puerta; fué así, abrió la criada, y dijo de adentro: ¿Quién nos ha calafateado el ojo de nuestra casa? Quién nos ha cubierto y tapiado la delantera de nuestro albergue? Al ruido se asomó mi juez en camisa, y á su lado doña Beatriz. Que me maten, dijo la Matorralba en alta voz, si el soldado no nos ha hecho esta burla. Salimos donde estábamos escondidos, y dando vuelta á la calle llegamos al cerrado albergue; la Matorralba, que me conocí de la ventana, dió aviso al juez. La niña se desmayó, y el escribano y el alguacil nos dieron parte de la bellaquería que habían hecho á la ninfa. Yo les pregunté quién estaba dentro, y respondió el escribano que no podía dar fe de lo interior de aquel cerrado al-

cazar. Alborotóse la vecindad, y algunos vecinos mal intencionados llamaron la justicia para prender la justicia. Vino un alguacil de corte con su escribano; echó la tapia abajo, y por favor me dejaron entrar dentro por pariente de la niña, hallaron al juez perdido de vergüenza, á la niña ganada, y á la vieja sin ella; dieran por no haberme visto lo que yo diera por verlos como los vi. El juez habló con el alguacil de corte, y como se entiende esta gente por señas, todo se hizo á gusto de la niña.

CAPITULO VIII.

Cuenta don Gregorio la desgracia que le sucedió con el alguacil Torote, por cuya causa la prendieron.

Parecióme que habia tomado satisfaccion bastante de doña Beatriz y el alguacil de corte, de quien supimos aquel día que estaba para dar su alma al Criador. No me dejó de dar cuidado por los muchos testigos que habia sobre el caso; pero en fe de ser cómplices todos, se sosegó mi espíritu. Sucedióme un día en la calle Mayor que vi en una de sus tiendas una dama de tan buen talle, que me llevó los ojos. Estaba comprando niñerías de cabeza, que no son pocas, y alzando el manto, vino de repente un relámpago de luz tan fuerte, que me turbó la vista. Yo habia menester poco para olvidar una y querer otra, gala de que se visten los buenos cortesanos, cuando empecé á ofrecerla toda la calle Mayor, cuanto mas la tienda menor. Hízose de rogar; pero como no hay mujer que no guste de recibir, y todas son de tomar, bastó el ofrecimiento para empeñarme en treinta escudos, que se iban á las mil maravillas, y las letras cobradas mejor. Supliquéla me dijese su casa, y díjome que era casada y no convenia: eché de ver entonces que era desgraciado en no preguntar primero; sin embargo, no quise perder ocasion de verla; pedíle me señalase sitio, y concedióme el Prado; bien le merecia por ser tan liberal; no di parte á don Cosme de mi nuevo empleo, y no pasaba día que no tuviese dos querellas, una de doña Beatriz, y otra de mi Angel, á quien iba á visitar por cumplimiento, por parecerme larga la pretension, y lo peor por haberme pedido por esposo, cosa que yo aborrecia tanto.

Llamábase mi tercera dama doña Lucrecia Luzan, y su criada me aseguraba, á pesar del marido, todo buen pasaje; porque su señora, decia ella, se habia enamorado de mi talle, liberalidad y cortesía. Preguntéle qué oficio tenia su amo, y respondióme: ¿Usted pretende el oficio, ó la señora del oficio? Calle por su vida, pretenda para alcanzar, y pregunte para ignorar, que le conviene; ponga esta fortaleza en mis manos, que yo daré con ella en suelo. Paguéla la buena esperanza, que así se llamaba, y no reparé en mi locura, pues á lo que pareció despues, el marido de la señora Lucrecia era, no Tarquino, sino el alguacil Torote, ministro de mi juez.

Continué quince días en mi pretension, sin ir á su casa por no encontrar con Tácito; hablábala en la calle; rondábala de noche, sin música, acordándome de

Téngase á la justicia, si bien estaba cada día mejor. Llegó la hora de rendirse este fuerte, y díjome que no podia verla en su casa á causa de su marido, á quien, como dicho tengo, no conocia, ni queria conocer, por lo bien ó mal que me dijo la criada. Díjela que en mi posada la podia hablar seguramente; parecióle bien, y una tarde con todo secreto la coloqué en mi cuarto. No habia entrado, cuando mi criado me dijo que mi primo me venia á ver; cerré la dama por defuera con intencion de volver luego, cuando veo á mi Angela y sus hermanas tirarme de la capa, diciendo: Oye, galan, véngase por aquí arriba, que tenemos que hablarle. Llegó mi primo, y dijo: Estas damas os acusaban la rebeldía, adios. Fuése, y dejéme entre ellas, que fué lo mismo que entre dueñas. Una me decia: Es un ingrato; otra: Es un vil caballero; otra: Es un fementido galan; y entre aquella, esta y la otra me llevaban poco menos que á galeras, pues iba forzado.

Parecióme que seria imposible volver á mi posada, y dábame mucho cuidado la ausencia que hacia doña Lucrecia de su casa, que me certificaba ser el marido el celoso extremeño, y le temia como el diablo, y aun mucho mas. Con este pensamiento busqué mi criado para darle la llave, y no le hallé; pedí licencia para ir las siguiendo á la deshilada, y no fué posible; depárome le fortuna, al llegar al corral del Príncipe, al alguacil Torote, marido de mi encerrada dama; como no le conocia por tal, apartéle á un lado, y contéle mi desgracia, suplicándole fuese á mi posada para sacar de ella á mi dama, por lo que importaba á su honor y el mio, disculpándome de no volver á ella, por ocasion de cierto embargo que la justicia habia hecho en mi persona. El me dijo: Ya entiendo, descuide el señor don Gregorio, que todo se hará como dice. Fuése en mala hora á poner por obra su desgracia y la mia, pues abriendo mi cuarto y viendo dentro su propia mujer, la dió cuatro puñaladas celosas, y dejándola por muerta, se salió de la posada, y me fué á buscar para hacer lo mismo.

Alborotóse la casa, y juntamente la vecindad, y hallando el horrible espectáculo, se dió parte á la justicia; escapóse mi criado de ella, y vino á buscarme á casa de doña Angela; yo cuando lo supe quedé sin juicio, no pudiendo adivinar lo cierto del caso; salí sin dar parte al origen de mi daño, y fui á buscar á mi primo; no lo hallé, y como todo el mundo está lleno de soplones, y los malsines son cañutos de mayor esfera, no faltó quien me llevó la justicia á casa de don Cosme. Pusieronme en la cárcel á mí y á mi criado, adonde pagamos, yo lo que no habia comido, y él lo que no habia solicitado.

CAPITULO IX.

De lo que le sucedió á don Gregorio hasta salir de la cárcel.

Vínome á visitar á la cárcel el juez y díome cuenta de toda mi desgracia, que aun yo no la sabia: díjome cómo su alguacil Torote era marido de mi dama, pero que estava con esperanzas de vida, y como mi amigo

venia á solicitar mi libertad. Echóse de ver, porque á otro día de mi prision, el primero que vi en ella fué mi juez. Agradecile con grande afecto el celo que tenia de noble, como lo era, y dándole parte de mi inocencia, empezó á tomar la mano en el negocio, y como persona que entendia tan bien las criminales causas, hizo la mia tan civil, que á no meterse de por medio vacaciones, me dieran en fiado los señores de las garnachas. Doña Lucrecia, aunque del todo no estaba fuera de peligro, estaba fuera de alguacil, que no era poco. No pareció Torote en dos meses por mas diligencias que hizo mi juez en buscarlo para acomodar el negocio y hacer las amistades. Vínome á visitar doña Beatriz, la Matorralba, el escribano y toda la compañía que vino conmigo de Sevilla. Mi buen primo mostró serlo, porque me comia un lado aun en la misma cárcel. Quien no hizo caso de mí fué doña Angela Serafina de Bracamonte, y estando un día paseándome con mi juez, vino su criada, y dióme un papel, escrito de la mano de su señora; ábrile y vi que venia armado de los versos siguientes:

 Mi don Gregorio Guadaña,
Falso Tarquino andaluz,
Que por gozar á Lucrecia
Fuiste romano gazul;
 Dícenme que la señora
En tu cuarto, á poca luz,
De cuatro puñaladitas
No pudo decir Jesus.

 Si el señor Tácito andaba
Caminando con su cruz,
Dejárasle descansar
A sombra de su salud.

 Si la señora Lucrecia,
Tendida como un atun,
Por dar Torote á Jarama,
La dió Torote capuz,

 Sepa que todo instrumento,
Matrimoniado laud,
No canta todas las veces,
El tono del ave cú.

 Cerrar ninfas y dar llave,
Solo un guadaño avestruz,
Hijo de la misma Parca,
Puede ejercerlo en Tolu.

 Fuiste malsin declarado
De un serafín Boquirú,
Violando con la justicia
Todas las perlas del sur.

 Lindo alcaide nos ha dado
La comadre de la Luz,
Pues dió la llave del fuerte
Al brazo de Bercebú.

 Por tu vida, dueño mío,
Que te vuelvas á Adamuz
A ser médico, pues eres
Examinado en Corfú.

 No son celos por tus ojos,
Uno pardo y otro azul,
Sino amor, porque me fino
Por galanes como tú.

 Avisame si á Lucrecia
Se le ha restañado el fluz,
Y si se pasa Torote
Por el vado del Perú.

 Camisa tienes, mi alma,
Si has de aforrar el baul,
El jinete de gatzates
Te la vista con salud.

 Dios te libre de las cuerdas
De ese músico taur,
Y si las tocares, canta
Milagros de tu virtud.

Díjale á la criada: Amiga, dile á tus señoras que estimo el favor de las musas; si quieres llevar la respuesta, aguarda, que brevemente te despacharé. Hízolo así, y despidiéndome del juez, la dije la respuesta en estos versos, que leyó su ama en presencia de mi primo:

 Mi doña Angela del Monte,
No braca, mas serafín;
Primera estafa de Vénus,
Segundo logro de abril.

 Hechizo de Manzanares,
Y no de Guadalquivir;
Dulce emulacion del Tajo,
Ninfa en sus aguas gentil.

 Si Tarquino de la legua
Por ver á Lucrecia fui,
Mas vale perder un reino,
Que serlo de Medellín.

 Tu celestial hermosura
Para matrimonio ví;
Mucho signo en poco dote
No ha de pasar ante mí.

 Soy mucho para marido,
Y no he de poder sufrir
Una visita del Pardo
En fiesta de Balsain.

 Por tu vida, mi señora,
Que marides por ahí
Un boquirubio de sienes,
Pues hay en la corte mil.

 Dale la holanda, mis ojos,
En mi nombre á Juan Paulin,
Y matízala primero
De algun palomo turquin.

 No me quieras por esposo,
Que descubro zahori
A cuarenta y nueve estados
Un perro de un florentin.

 Soy Guadaña, y soy Torote
El extremeño alguacil,
Y te dejaré sin alma,
Mi doña Angela, en un tris.

 Todo lo que no es marido
Me puedes, mi bien, pedir;
Porque tu mina merece
La plata del Potosí.

 Aconséjate con mama
Y mira si podré ir
Por galan de Meliona
A la corte de Madrid.

 Si me coges entre puertas,
He de ser, si digo sí,
Un conde de Carrion,
Infausto yerno del Cid.

 Holguémonos como manda
El arancel de Merlin,
Tú pidiendo á todas horas,
Y yo dando sin pedir.

Díjome mi primo que apenas acabó de leer doña Angela los versos, cuando dijo la madre: ¿Qué queria el bribon de don Gregorio? ¿Gozarte y dejarte? ¡Malos años para él! En verdad que si pretende llevar la flor de tu hermosura, que ha de ser con título de esposa y esposo al uso. ¡Oh qué lindo descanso! ¿Quería llevarse lo mas precioso de una doncella por cuatro varas de holanda y tres diamantes? No se verá en eso; amanse la cólera, ó váyase á galantear las señoras sevillanas, que las de Madrid mas ganan con un marido que con una docena de galanes; por vida de don Cosme, que diga á ese pícaro de don Guadaña que no me entre por estas puertas, porque si entra, por vida de Angelica, que lo mande cargar de leña sin ir al monte.

Qué ¡pensaba holgarse sin matrimonio! Está engañado; no merece descalzar á doña Angela, cuanto y mas calzarla. Yo le dije que tratásemos de mi libertad, y luego hablaríamos sobre aquella materia, tan postema para mí. Estando en esta plática, entró el alguacil Téngase á la justicia, arrimado á un báculo, tan flaco y amarillo, que parecia la muerte. Todos empezaron á decir: Hola, aquí viene el alguacil á quien llevaban los diablos la otra noche, y le soltaron por haber dicho Jesus en la media region del aire. Otro decia que no es eso, sino que por tiempos está endemoniado este alguacil, y juegan con él á la pelota los diablos. Otro decia: Callad por vida vuestra, que nada de eso pasó, sino que unos enemigos suyos lo volaron por tramoya y lo soltaron sin ella. Yo entendí que me venia á embargar, pero engañéme; habló con el alcaide, y fué. Perdonéle el susto por la brevedad con que se volvió á su casa en una silla de manos, y ganéme un millon de bendiciones, porque al entrar en ella decian los presos: Bien haya el alma que te mancó, verdugo de los pobres y estafador de los ricos. Otros decian: Si fueron diablos, tuvieron buen gusto, y si hombres, lindo entretenimiento. Entró en este estado mi juez con el mandamiento de soltura, por estar doña Lucrecia fuera de todo peligro; echéme á sus piés, en señal del ordinario agradecimiento; pagué mi prision, que hasta el tormento se paga, y salí de la cárcel con no poco recelo del alguacil Torote, que no parecia en toda la corte, por mas diligencias que se habian hecho. Dieron por libres á mi huésped y otros criados de su casa, que andaban á monte, constándoles á los señores de la sala estar inocentes, y habiéndose presentado el mismo dia. Costóme la burla mas de doscientos escudos, y si no estuviera el juez de por medio, me costara dos mil.

Mudé posada por parecerme conveniente, y llevéme mi primo á la suya, entre tanto que se buscaba otra con mas comodidad. Hallé en ella á la Matorralba y doña Beatriz, y entró luego mi Serafina de Bracamonte. Miráronse las dos á orza, y dijo doña Angela: Reina mia, ¿es vuesa merced hermana del señor don Gregorio, porque se parecen? No, señora, respondió doña Beatriz, soy su cercana deuda por parte de Vénus, y vengo á saber de su salud. Pues excúselo por ahora, dijo mi Angel, que está el señor don Gregorio tomado para palacio. ¿Cierto? replicó doña Beatriz riéndose. Ciertísimo, respondió doña Angela. Y mi sevillana dijo: Pues crea la señora cortesana tendrá el palacio tan lleno de gente, que no quepa don Gregorio en él. Parecióme que aquellas señoras me armaban otra para dar conmigo otra vez en la trena; metí paz, y cada una se fué á su casa, favorecida de mi cordura, que aunque no la tenia, me preciaba de tenerla, y el daño estaba en la confianza que yo tenia de mi persona, tanto de galan como de discreto, virtudes que no conocí en mi vida.

CAPITULO X.

De lo que le sucedió á don Gregorio con los amigos de don Cosme y el juez.

Parecióme andar acompañado por asegurarme de Torote. Visité á doña Lucrecia, y díle bastantemente con que reparase su desgracia, que siempre me precié de agradecido. Busqué los amigos de don Cosme, y el uno de ellos, llamado Pablillos, por mal nombre, habia reñido con otro de la misma cuadrilla, á quien llamaban Sebastianillo el Malo, medio rufian, y caco por naturaleza; si bien, por no tener que hurtar, andaba con la boca abierta robando el aire. Díjome Pablillos que lo habia de matar, aunque supiese pernear en la de palo; vile tan rematado, que me obligó á decirle que yo le daria de palos una noche por despícarle; otorgó el partido, y otro dia por la mañana saqué mano á mano á Sebastianillo por la calle de Atocha, y díjele como su enemigo estaba resuelto á matarle por cierto agravio que habia recibido por su mano; pero que por excusar una desgracia, le habia reducido á que fuese su amigo, con calidad que yo le habia de dar de palos en su nombre; que se sirviese de aguardarme *aquí* la noche á la puerta de su casa, que yo haria la plataforma de Palermo, con lo cual él quedaria sin palos, Pablillos vengado, y yo gustoso de haberlos hecho amigos. Estuvo un poco suspenso antes de soltar el sí, pero en fe de nuestra amistad, dijo que recibiria los palos de veras, cuanto mas de burlas. Despedíme de él, y di cuenta á Pablillos de cómo aquella noche sacaria á limpio su honra.

Busqué un garrote acomodado, púseme de ronda, y fui á las nueve de la noche con Pablillos á dar fin al duelo. Habia mi Sebastian mudado de parecer, y en lugar del beneficio que le queria hacer, me tenia la justicia en su casa, para salir al primer golpe y prenderme. Fué así, llegué á levantar el palo, y dió conmigo un primo hermano de Téngase á la justicia, con su escribano, diciendo á voces que venia á matar á Sebastianillo á su casa. Agarróme un corchete, y el alguacil dos, y como si fuera el mayor ladrón del mundo, así me llevaban por la calle, quitándome la espada, y llevándose el garrote por testigo. Al llegar á la de Toledo, procuré ser Sanson contra aquellos filisteos, di dos golpes al escribano en la boca del estómago, y vino á tierra; al alguacil le solté la capa, y al corchete la pretina, y con mas ligereza que ellos diligencia, me puse en mi posada. Salió mi criado á recibirme, y admirado de verme gentil hombre de á pié, me preguntó si me habian capeado algunos ladrones; yo le dije que sí, y era verdad. Púseme nueva librea, y llevéme debajo de la capa un garrote de tres palmos y medio, algo mas seguro que el primero, con intencion de suplicar á mi Sebastianillo que pues no habia querido recibir los palos de burlas, los recibiese de veras. Tomé la espada y daga de mi criado, y con mas cólera que atrevimiento, me fui á su casa. Hacia la noche calurosa, y estaba el pícaro sentado en una silla á la puerta, tomando el

fresco; pero como le faltaba abanico, llegué con el de encima que traía en la mano, y díle una docena de palos, salvo error de cuenta, tales, que bastaron á tenderle en el suelo, y sacando la daga le dí un chirlo de cosa de diez puntos cirujanos tan malos, que ninguno se los quitara por el tanto. El quedó como merecía, y yo me fui como deseaba, quedándome tan liviana la mano, que podía volar con ella. Encontré con mi Pablillos, que habia puesto piés en polvorosa cuando vió la justicia, y dándole parte de su desagravio y el mio, empezó á danzar de alegría, y canonizóme por uno de los mas valientes hombres del mundo, y yo me lo creí por la vanidad que traía en los cascos de haber salido tan bien del suceso referido. Fué conmigo hasta dejarme en casa de mi primo, y fuése.

Dentro de una hora, vino á buscarme el juez con un hermano suyo, algo turbados y aun demudados de color, y dijo el juez que le importaba mi persona aquella noche para un caso de honra, que le hiciese gusto de ir en su compañía. Hicéle así, y díjome saliendo á la calle, cómo por aquella parte solia venir la comadre de la Reina, á quien venían á buscar para un lance forzoso. Yo entendí que estaba doña Beatriz reventando por parir, y díjome: No es eso, amigo, es negocio de honra. ¿Honra dijiste? Enmudecí, y él prosiguió diciendo: Es necesario que los tres nos pongamos estas máscaras, para no ser conocidos; por vida del señor don Gregorio, que calle á todo lo que viere, que no estoy para darle cuenta de mi desgracia. Pusímonos las tres carántulas, y quedamos matachines de honra. Serian las dos de la noche, cuando por la Red de San Luis vimos venir hácia la Puerta del Sol la comadre de la Reina en un machuelo con su criado detrás. Acordóseme de mi madre, por las muchas veces que solia venir á tales horas de la misma manera. Llegamos á ella, y díjola el juez: Apéese usted y véngase con nosotros, que le importa la vida. La pobre quedó muerta cuando la bajamos del machuelo y lo entregamos al criado, diciéndole que se fuese á su casa, lo que él hizo de buena gana. Señores, dijo la comadre, ¿dónde me llevan? El juez respondió: No tema, que no ha de recibir agravio de ninguno, sino mucho beneficio y provecho. Vendámosla los ojos, y quedó la pobre verdadera comadre del tacto. Yo la dije: Madre mía, aquí lleva el amparo de todas las comadres del orbe; sosiegue su espíritu, y crea que la fuerza de la honra nos obliga á ser descorteses. Ya estoy en el caso, dijo ella, entendí diferente; quien donde llevarén gusto, que las mujeres de mi oficio están sujetas á semejantes fortunas. Anduvimos con ella rodeando catorce calles, y llegamos á una casa principal, cuya escalera subimos, y dimos en una sala, aderezada á lo grave, y tanto, que levanté dos puntos al instrumento de la honra.

Quitamos el velo á la comadre, y llevónos el juez á una alcoba, donde estaba recostada sobre un riquísimo catre de la India una dama cubierta con un ceudal blanco, dando unos dolorosos suspiros, tan bajos como altos los pensamientos de donde salían. Las blancas man-

salían por el velo se podía bien colegir el sol que se ocultaba en lo diáfano de aquella nube. El juez dijo á la comadre: Amiga, haced vuestro oficio, mirad siesta mujer está pronta al parto que se espera. Salímonos los dos á la sala y quedó el hermano de mi juez con la comadre, la cual salió luego, y dijo á nuestras máscaras, que nunca nos las quitamos hasta que se fué, que aquella señora estaba despacio, y que á su parecer no podía parir en dos horas; que trujesen ciertos medicinales ungüentos que habia menester, y sin salir de casa ya los tenia en la sala. Volvió á tentar el puerto de la humana generacion, y dentro de una hora llegó á salvamento un bajel, no galera, tan hermoso, que parecia no haber tenido tormenta en el mar de la vida. Fajó la comadre la dolorosa hermosura, y oíle decir: Amiga, encomiéndeme á Dios, que estoy en grandísimo peligro; lastimóme el corazon, y determiné poner remedio en la desórden que sospechaba. Serian las cuatro de la mañana, cuando por los mismos pasos que habíamos traido la comadre la volvimos á llevar, despues de haber puesto el infante como manda la ley de naturaleza. El juez la dió en un bolsillo veinte doblones, encargándole el secreto, que aunque no sabia la ocasion, conocia la parte; quiso ser diligente en la inteligencia; ella se fué á su casa, y nosotros nos volvimos á la de la parida, donde me sucedió lo que se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XI.

De lo que le sucedió á don Gregorio con el juez sobre el suceso del antecedente capítulo.

Llevóme el juez á una sala con grande secreto y díjome: Amigo y señor, las leyes de la honra son difíciles de guardar, aunque los honrados se desvelen por su verdadero cumplimiento, pues mal puede un noble gobernar las acciones que no penden de su albedrío; pero el mundo, que puso el meromisto imperio del honor en una mujer, nos obliga á que pasemos por este errado camino, en cuyo áspero monte tantos se perdieron ó despeñaron. Esta señora, que habeis visto ser horrible esperanza de la muerte, es una infeliz hermana mia, á quien por su flaqueza saltó la amorosa llama de la tercera estrella, abrasando con ella todo el lustre de su honrado nacimiento. En ella puso el cielo el gusano y polilla de nuestro linaje, pues con no vista libertad, enamorándose de un criado suyo, le entregó las llaves de su honor, sin reparar en la deshonor que podia venir á sus deudos. La desigualdad es tanta, que me corro de decirla; y así basta entre los diestros señalar la herida, si bien yo la he descubierto tanto, que solo nuestra amistad puede ser fiadora de su secreto. Considero que os parecerá rigor ajar en su verdor esta rosa; pero ¿quién podrá perdonar por una vida tantas como han de morir, viviendo la que fué causa de su muerte? Quién duda que saliendo á la plaza del mundo mi infamia, me murmuren de poco cuerdo y me noten de menos avisado? Quién duda que sea esta mujer una ruina de mi honrado pundonor? Pues cuando no case con el agresor del delito, que es el menor daño que me puede venir,

quedo sujeto á otra mayor, que cuando una noble mujer se pierde á sí el decoro, no hay riesgo que no atropelle, ni infamia que no ejecute. Si lo callo, me pierdo; si lo digo, me afronto; si la caso, me deshonoró; si la olvido, me acobardo; si la guardo, me engañó; si la ausento, me arruino; si la perdono, me ofendo; y no menos que con su muerte sepulto su flaqueza y remedio mi honra. Por otra parte, considero que no me concedió poder el derecho divino sobre una fragilidad tan comun como tiene el sexo femenino, y que no puedo ni debo, por una vanidad de la honra, quitar la vida á quien puede repararla con el matrimonio. Mas esta bien fundada razon la derriba el honor del siglo, pues se ha tomado tanta licencia, que predomina sobre las leyes justas de la naturaleza. Concluyo, amigo, con decir que si el amor me detiene, el honor me irrita; si el cielo me amenaza, el mundo me defiende; si la sangre me ata, el agravio me suelta; si el rigor me persigue, la honra me atormenta; y finalmente, que su pecado y el mio luchan el uno con el otro por subir á lo eminente del delito, ó para bajar al abismo de la culpa á recibir el debido castigo que merecen.

Díjeme antes que alegase mas razones en favor de la venganza: Señor don Fernando de Salcedo (este era su nombre), pésame que para una trágica accion os hayais valido de mí, porque os quisiera lisonjear la pena con el olvido, anteponiendo á vuestro honor todo secreto; pero considerando que me trujistes como parte interesada en vuestra reputacion, aunque no me pidais consejo, os advierto que los mas discretos se pierden en estas materias, por la violencia con que la ira enciende la imaginativa, oscurece la memoria y daña el entendimiento. Confieso que el yerro de vuestra hermana ha sido costoso para vuestra sangre; mas ¿quién se puede librar de la mancha comun del pecado, ora sea por flaqueza defe, ora por anticipacion de la Vénus ó por codicia de los humanos bienes? La tela frágil de naturaleza se salpica aun de los mas castos pensamientos, y no tiene tantas partes de armiño quanto su ámbito ocupa de lunares feos. No apruebo, amigo y señor, á sangre fria la muerte, en quien os ha de llevar la mejor parte del corazon. Si este delito estuviera en los vulgares aplausos, en las maldicientes lenguas de los enemigos, aun tenía el duelo de la honra mas fuertes razones con que atropellar el derecho divino; pero cuando no ha salido la culpa de los umbrales de vuestra casa, es razon que le valga el arrepentimiento, es justo que le ampare el secreto, notando que si con la vida no se guarda, menos se guardará con la muerte; pues es cierto que la sangre de esta inocente, que si lo es quien se dejó llevar de los engaños de amor, clama contra su misma sangre; y si con la vida la honra habia de blasonar de la duda, con la muerte no podrá alentar de la venganza. En vano la desigualdad que decis impone tributos á la prudencia, si el agresor del delito natural es digno de la nobleza de vuestra casa; advertid que no será ese el primer golpe que ha recibido el cuerpo de la nobleza, y en los que le puede dar la fortuna, ningun-

no puede ser mas leve que el vuestro. No ajeis con los pálidos movimientos de la muerte esta rosa; no arranqueis al primer fruto este árbol; no derribeis á la primera vista este edificio; no mateis al primer vuelo del nido esta paloma; no sepultéis en el abismo de la crueldad esta hermosura. No seais homicida de vos mismo; no alcanceis nombre de cruel en vuestra misma sangre, que mas vale errar por piadoso que acertar por riguroso. Cuerdo sois; las leyes del mundo no han de poder mas que las divinas. Vuestra hermana no es vuestra esposa, para que os obligue la verdadera honra á lavar con sangre el agravio cometido. Conventos hay donde toman puerto divino estas borrascas, olvidos donde se aseguran estos objetos, casamientos donde se cubren estas faltas, y tierras donde se mudan estos delitos. No podeis negar que el infante recién nacido no sea vuestra sangre; aborrecerle por la culpa de su madre no es de nobles, es de fieras; pues ¿cómo quedará vuestro corazon cuando vea el retrato del original que rasgastes? No hay duda que os consuma los vitales espíritus aquella fuerza de imaginacion agitada de la ira y alentada de la venganza. Algo se templó mi juez con las piadosas razones que le dije, encaminadas á la defensa de su hermana, y resolvióse á poner por obra mi consejo, anteponiéndole á las rigurosas leyes de la honra, materia que pedia mayor retórica y mas tiempo. Agradecíle con un estrecho lazo de amistad el honor que me hacia, y dando á criar el infante recién nacido, se puso el debido secreto á su desgracia.

Diez ó doce dias anduve en compañía de mi juez, y llevéme á una academia, cuyos ingenios admiraban el mundo con sus locuras. Yo me preciaba de poeta culto, lírico, cómico y heróico, los cuatro vientos de las musas. Habia todas las noches nuevos asuntos, y entre los ingenios habia uno tanpreciado de ridículo como de loco. Servia de entremés á las burlas, y de farsa á las veras. Dióse un asunto celebrado por nuevo, si bien todos lo son cuando se aciertan á escribir. Este fué que una dama sentada en su cama, queriendo dar á sus blancos piés el velo de nácar, ó hablando culto, calzarse los coturnos, se desmayó de ver su amante, que impensadamente la cogió con el hurto en los piés, como otros en las manos, á cuya desmayada hermosura se dijeron los sonetos siguientes:

En un catre de nieve colocada
Con sus diez azucenas Amariles,
Nevando mayos, floreciendo abrilles,
Flora viviente fué sobre la almohada.
La nieve en los coturnos abrasada,
Adorada por términos gentiles,
Ardia en sacrificios juveniles,
Sobre el ara de Vénus consagrada.
Pisaba Apolo la luciente estera
Por gozar los descuidos de su dama,
Haciendo de sus rayos vidriera;
Viólo el honor, y por guardar su fama,
Trasformando la diosa en blanca cera,
Fué el desmayo laurel, Dafne la llama.

Nuestro ridículo poeta dijo el que sigue:

Calzábase Amarillos los coturnos,
Y amor que los miró por alambique,

Mas tierno y derretido que alfébique,
Los ojazos abrió casi diurnos.

Iba el ladrón contando por sus turnos
Desde el dedo mayor hasta el meñique,
Y si otro fuera, me la diera á pique;

Que amor sabe jugar cientos nocturnos.

Viólo la ninfa, y disparando un rayo,
Déllico sol, tercero de un canuto,

La dió sin mas ni mas cierto desmayo;

Pero el cobarde amante hijo de un puto,

Salíéndose, mirándola al soslayo,

No quiso hacerla Porcia, siendo Bruto.

Yo, que me preciaba de poeta medio culto, dije:

La diurna Amariles, por el rumbo

Fatal del venatorio bamboleo,

Donde el fogoso campo de Himeneo

Sirve palestra al palpitante tumbo,

El coturno de nieve, no de chumbo,

Derrite en el Vulcano giganteo,

Y si amor se preciara de pigmaeo,

Títere pareciera en el columbo.

Vénus, que en tales actos no se zumba,

En lengua erasma, articulando á Erasmo,

Habló la gatomaquia gatatumba.

Dióle al hijo de Chipre el asma ó asmo;

Y ella, revuelta en holandesa tumba,

Tuvo gota coral de pasma á pasma.

Como no faltan poetas ridículos, otro académico dijo
el que se sigue:

En Tirias tersas de púrpúrea pompa

Amariles deidad colura campá,

Y unos talares de cristal se zampa,

De Vénus alma, de Mercurio trompa,

Sin temer que un mosquito la interrompa,

En fuegos sulfureantes ampos ampa;

Cuando su ninfa su coturno estampa

En el que Adonis, jabali se rompa.

Colúmbrale la diosa medio zamba,

Y queriendo imitar á la hecatomba,

Extiende helante la cerúlea gamba;

Suspiros gira por luciente bomba,

Y el hijo propio del nocturno Bamba,

Cuadrupedantes rayos le rimbomba.

Otro poeta dijo al mismo asunto este romance:

Calzábale los coturnos

Con mucho descuido el sol,

Que tambien se calza el dia

Sus dos medias de color.

Cuando la bella Amariles

De su oriente despertó,

Y con la luz de sus ojos

Sus nevados piés calzó.

Colocada en una almohada,

Con diez azucenas dió

Sepultura á diez jazmines,

Rayos sí, del niño Dios.

Su descuido dió cuidado

A un nuevo Adonis polltron,

Que viendo abracarse el dia,

Con mucha flemma se heló.

Divisó por las columnas

Donde Hércules no llegó,

Todo el imperio de Vénus,

De quien pudo ser arpon.

Miró en dos ejes partido

Todo Chipre, donde amor

Jugó cañas tantas veces

En torcido caracol.

Parecióle al pobre amante

Que aquel jardín se cerró,

Y ni aun con llave maestra

A abrirlo no se atrevió.

Como un amante de plomo

Páso á paso se llegó,

A ver trozos de cristal

Arder en fuego menor.

Alzó Amariles aquellos,

Soles sí, luceros no,

Y con un eclipse templado

Todo el orbe sepultó.

Volvióse la academia capítulo de jácara, adonde los
senadores de las musas jacarandinas se ponían á jugar
los pleitos de la vida rufiana. Entre ellos habia dos hi-
jos de esta ciencia; el uno se llamaba Añasquillo de
Toledo, y el otro Ectongo el de Talavera, y contábase
el uno al otro su vida y milagros en estos versos:

Contando está sus araños,

Como si fuera moneda,

Añasquillo el de Toledo

A Ectongo el de Talavera.

Escúchame, amigo mío,

Confesaréte mis rentas;

Y si no absolvieres dudas,

Oyeme de penitencia.

Seis años ha que me puse

A guarduño en esta tierra,

Examinado de caco

En la Vera de Plasencia.

Yo y Colmenar competimos

En ajustar una reja,

Multiplicando guarismos

Sobre el libro de una puerta.

En menos de cuatro mayos,

Como si fueran ovejas,

Trasquilamos en camino

Muchas personas de cuenta.

Saqueamos en la Palma

Poco menos de doscientas,

Que para reses perdidas

Se hicieron nuestras tijeras.

Partimos esta ganancia

En la vega de Antequera,

Y si no fuera por mí

La partimos en galeras.

Con todo nos dieron caza,

Y fuimos sobre conciencia

Presentados en la cárcel

Sin bendición de la Iglesia.

Allí conocí tus mañas

Apretándote las cuerdas,

Siendo confesor de azote,

Por ser mártir de la penca.

Dícenme que tu gáznate

Ha probado á la jineta

Muchos hombres de dos caras,

Testigos de tu destreza,

En la selva Caledonia

Y laberinto de Creta

Fuiste robador de Europa

Y otro París de tu Elena.

Acogistete á sagrado,

Al pié de Sierra Morena,

Con la Julia á la italiana

Y la Octavia á la francesa.

Ya te conocen en Flándes,

En Corfú é Inglaterra

Por soldado del araña,

Pues como gato peleas,

Pareciéramos los dos

Colgados en una entena

Fruta de pagar delitos,

Que madura estando seca.

Dieron fin á la jácara, por gozar de la comodidad de
cierta carroza, que nos aguardaba á mí y al juez, con
dos amigos que en ella venian para ir á cierta casa, de
que haré mencion adelante. Yo dije entrando en ella
que no habia descanso y comodidad mayor para la vi-
da humana como la de un coche, y respondió mi juez:
Por cierto, señor don Gregorio, que tuvo poca razon
Demócrito en poner la felicidad del hombre en reir,
Heráclito en llorar, Platon en la virtud, Aristóteles en
el honor, Filon en el amor, y otros muchos en diferen-
tes acciones y virtudes. Si ellos dijieran que no la hay
mayor que la comodidad de cada uno, anduvieran acer-
tados; y no niego haber en el mundo verdad, justicia,
razon, virtud, misericordia, amistad, limosna, honra,
caridad, templanza, fortaleza, prudencia y sabiduría;
pero antes que se ejecuten todas estas morales y polí-
ticas virtudes, entra primero la comodidad de cada uno.
Porque el hipócrita adquire santidad por malos medios,
siendo mártir del demonio; pero toda esta santidad
fingida no es ejecutada sin que primero la comodidad
tenga su imperio en la misma hipocresía. En el vientre
de la madre la busca el hombre, pues despues de haber-
se hallado nueve meses en el albergue natural, rom-
piendo las túnicas que le cubrian, sale á buscar la co-
modidad del aire. La madre hace lo mismo; pues para
eximirse del dolor que la oprime, arroja el hijo por su
comodidad á los umbrales de este siglo, y apenas res-
pira, cuando la busca con los labios, y obrando con la
razon, no hay deleite que no anteponga á toda virtud.
Si está enfermo, no hay doctor que no busque remedio
que no tome, pesar que no advierta, dolor que no re-
prima, tirando al remedio hasta alcanzarlo, y cuando no
lo puede conseguir, busca la muerte, la cual sirve de
comodidad al hombre, cuando los dolores no admiten
humano remedio. Los jueces, primero que lo seamos,
buscamos no ser juzgados de otros, y primero adquiri-
mos comodidad propia que busquemos á la justicia la
suya. Los señores de título primero la buscan para la
conservacion de su estado y personas, despues entra la
liberalidad y la nobleza. Hasta el culto divino la tiene
para ejercer sus oficios espirituales en sus primicias.

y rentas eclesiásticas; despues entran el amor, la caridad, la doctrina, el celo y fervor espiritual. El hombre mas amigo de la honra mira primero el provecho que ha de sacar de ella, y á veces no es todo virtud el conseguirla, porque la honra sin comodidad propia nunca fué buena, aunque lo sea. Todos los oficios de la república procuran la perfeccion de la obra, pero primero su comodidad; despues entran el trabajo, la manufactura y la perfeccion del arte. El que se halla incapaz del siglo, busca su comodidad primero, y aunque sea para servir á Dios, pone la mira en su comodidad; despues entran la abstinencia, la disciplina y la obediencia. El que nació de ánimo humilde, hallándose incapaz para la guerra, procura su comodidad, buscando los oficios que tienen menos riesgo de la vida; despues entra el agradar á los superiores. El que salió al mundo con muchos espíritus vitales busca la comodidad de la guerra para su descanso, y antes de pelear mira si puede hacer presa en el amigo ó enemigo, si le pagan ó no le pagan, si le honran ó no le honran; despues entran el valor, la valentía, el ánimo y el esfuerzo militar. El amor del padre para con el hijo la busca en engendrarle, y el amor del hijo para con el padre en heredarle. La mujer que mas ama y quiere á su marido mira primero su comodidad en la dote, por ser los bienes de fortuna en la mujer de mas amparo que en el hombre. El sabio la busca en la adulacion, el mercader en la usura, el escribano en la pluma, el labrador en la nube, el tahir en la flor, el cortesano en la lisonja, el malisín en la traicion, el ladron en la noche, el homicida en la sangre, la doncella en la esperanza, la viuda en el monji; y todos, antes de ejercer lo útil de su estado, le tienen librado en la comodidad y conservacion del individuo.

Aquí llegaba el juez con su discurso cuando se apearon los tres, y me dijeron no saliese del coche porque iban á ver si yo podia gozar de la conversacion de ciertas ninfas. Hicelo así, y apenas entraron en la casa donde paró el coche, cuando cercaron la carroza tres hombres, diciéndome el uno que saliese de ella si no queria morir; yo lo hice por la parte mas flaca del estribo con tanta ligereza, que tuve lugar de sacar la espada y ponerme en defensa. El cocheró dió voces á mis amigos, y saliendo todos se pusieron á mi lado. Reñimos valerosamente mas de un cuarto de hora sin conocerse ventaja, hasta que el juez conoció á su alguacil Torote por la pinta; yo me sentí herido en el brazo izquierdo, y acordándome de mi tío el cirujano, di conmigo en casa de Tamayo, adonde recibí en cuatro dias absolucion de mi culpa. No paró aquí la indignacion y cólera de Torote, porque me buscó varias veces en la academia, hasta que una noche me sucedió la fortuna que se sigue.

CAPITULO XII.

De lo que sucedió á don Gregorio con el alguacil Torote y sus amigos.

Serian las diez de la noche cuando salimos segunda vez de la academia; despedí á mi primo, que estuvo en

ella, por ir mas ligero, y á mi juez, por ir mas seguro de honra, que cada dia queria volver atrás la palabra que me habia dado. Fuíme por la calle de las Carretas, y dí en la Puerta del Sol, y al querer subir por la Red de San Luis oí que me llamaba una mujer tapada, diciéndome: Ah, señor don Guadaña, váyase despacio, que allá vamos todos. Detúveme, y conocí á mi doña Angela de Bracamonte por la pinta de la voz, que pintaba serafines de oro. Luego me ofrecí, como amante, á irle acompañando; y díjome que no vivia donde solia, por cuanto se habia mudado á cierto barrio; quise saberlo, y no hubo órden. Parecióme que venia á tentarme de matrimonio; pero engañéme, que no habló en él. Dimos en el Prado, adonde me despidió, diciendo que de ninguna manera la habia de acompañar ni saber su casa. Extrañé el modo con que me despedía, y con intento de irle siguiendo la dejé algo sentido de su descortesía. Tomó el camino, y á la deshilada la fui siguiendo hasta que se detuvo y sentó junto á una fuente del Prado, y sacando una vihuela pequeña, que yo no vi con haber hecho las ceremonias de amante que acompaña de noche á su dama, empezó á cantar con tan suave voz, que admiró los galanes y damas de la carrera. ¡Válgate el mismo Orfeo por sabandija! ¿Quién te armó de vihuela, no habiéndola traido ni habiéndotela dado? Con esta admiracion estuve hasta que dió fin á su música, diferente de la que yo la di con Téngase á la justicia. Serian las doce de la noche cuando por el Prado arriba iba mi doña Serafina sola, y yo siguiéndola; empezó á menudear el paso, y como la luna daba bastante luz para no perderla de vista, determiné saber su casa y ver en qué parte podia aquella mujer llevar la vihuela.

Al llegar á lo último del Prado, junto á un álamo estaba durmiendo un hombre; llegóse á él mi Angel, tiróle de los piés, y sacólo á campaña; él recordó á tiempo que la ninfa habia pasado de largo; no sospechó el dormido que podia ser otro que yo el que le habia hecho aquella burla, y sacando la espada que traia al lado, embistió como un león á matarme. Ella que vió la impensada batalla, dijo en alta voz: ¡Ah, señor don Gregorio Guadaña, apriete los puños, que le va la vida! ¡Dios nos libre! Apenas oyó mi nombre el que reñia conmigo, cuando como un desesperado se arrojó con tres estocadas sobre mí, y de la menor me hubiera muerto, á no hallar su espada resistencia en una cota de malla que llevaba. Conocíle luego por el alguacil Torote, porque me dijo: Traidor, con tu sangre se sacará la mancha de mi afrenta. Esto es hecho, dije entre mí; sin duda que mi sangre es sacamanchas de honras, y me la quieren quitar; y lo hicieran á no venir de ronda el mismo alguacil Téngase á la justicia, que se puso á mi lado en agradecimiento de haberle hecho volatin. Torote dejó el Prado por no visitar la cárcel, y yo sin duda fuera á dormir á ella si no llevara cuatro reales de á ocho que lo estorbaron, asegurándole al ministro que solo habia querido defenderme de aquel hombre que me habia salido al camino á quitar la capa. Creyéronlo así, y dejáronme, llevando mi dinero á la cárcel de su

bolsa. Yo quedé dando al diablo á mi Angela, y tomando mi camino por la calle de Alcalá, con intento de irme á mi posada.

Hallé á la puerta á mi primo y sus camaradas, que me estaban aguardando para ir á rondar; contéles el suceso y lo bien que había salido de las aguas de Torote, y calificáronme por el Cid Rui Diaz. Solo sintieron que no hubiese sido el conde de Carrion con doña Angela. Serian las dos de la noche, y la señora Diana las había afusado á los antípodas; no se hallara un rayo de su luz por un ojo de la cara. Vivía un boticario recién casado en la Carrera de San Jerónimo; ordenamos de darle un chasco. Llegué yo, como mas atrevido, y empecé con el pomo de la espada á llamar á la puerta; él dormía en un cuarto bajo, y respondió lo acostumbrado: ¿Quién está ahí? Abra usted, le respondí, que cierta necesidad precisa nos obliga á llamar á estas horas. No abro yo mi botica, dijo, á las dos de la noche á ninguna persona; venga mañana. Sosegámonos un poco, y con un canto razonable llamé otra vez, á cuyo alboroto, algo alterado, dijo: ¿Quién es, quién es? Suplico á usted, le respondí, abra, que es lance preciso y obra de caridad. Hermano, replicó, ya os he dicho que vengais mañana, porque mi botica no se abre de media noche arriba. Estuvimos quedos otro cuarto de hora, y con otro pelado mayor que el primero á mantenimiento llamé tercera vez, á cuyo golpe temblaron las redomas, y el boticario dijo: Por vida de doña Lucrecia Bampulla, que si me levanto que ha de costar triunfo el llamamiento. Yo le respondí: Abra usted y sabrá lo que quiero, y despues me disculpará. No lo hizo, y yo á dos manos entendí romper la puerta á golpes. Aguarden con los diablos, respondió, que ya me levanto. Hízolo así, y abriendo su botica, dijo: Hombre del demonio, ¿qué me quieres? Yo le respondí: Suplico á usted sea servido decirme si este cuarto es falso. Él quedó con él en la mano, y nosotros nos fuimos por la calle abajo solemnizando la burla.

Llevaba mi primo un dominguillo de paja, vestido de colorado, espantosa figura, en un palo alto, bastante para el intento que diré. Vivía junto al Caballero de Gracia un doctor de medicina, el cual tenía una mujer algo medrosilla; llegamos á su puerta y llamamos; él respondió del primer cuarto que caía á la calle, diciendo: ¿Quién llama? Suplico al señor doctor, respondí, se asome á la ventana, que le quiero hablar dos palabras de parte del Conde, mi señor. ¿Qué conde ni qué acá? replicó él; id con Dios, hermano, vuelva mañana. ¿Cómo vuelva mañana? dije yo llamando otra vez; asómese á esa ventana el señor físico, que importa la vida de un príncipe. Vete á echar, hermano, respondió, que yo no me levanto á estas horas. Serále fuerza, dije, apedreando la puerta, á cuyos golpes se levantó, y como tenía luz, y su mujer le rogase que se asomase á la ventana, la abrió á tiempo que mi primo metió por ella el dominguillo, y dándole con él en las barbas, oímos que dijo la doctora: ¡Ay, hermano, que se nos entra el diablo por la ventana! El conoció la burla, y tomando

su espada y broquel, salió á la calle. Mi primo tenía ya un pellejo de agua para reparar el golpe, y como el doctor le tirase una estocada, á un mismo punto empezó mi primo á pedir confesion. El físico, entendiendo que le había muerto, se entró en su casa, y por librarse de la justicia, que presumía había llegado á socorrer el herido, empezó á saltar tejados y alborotar la vecindad. Como iba en camisa, ningun vecino le quería recibir, entendiendo ser algun espíritu ó fantasina venida del otro mundo.

Levantamos el difunto pellejo, y dimos con nuestro cuerpo en la calle de Toledo, y por ella venía una ronda. Iba en nuestra compañía un sastre, llamado Juan Grande; nosotros nos detuvimos, y él se adelantó y paró en una esquina rebozado con su capa. Llegaron los porteros, y dijeron: El señor cabo de ronda pregunta quién es usted. Nuestro camarada respondió muy á lo grave: Decid que un grande de España. Los porteros volvieron atrás, y dijeron al cabo: Señor, es un grande de España. Alborotóse el cabo, y díjoles: Apartaos á un lado, apartaos presto; y llegándose con mucha cortesía, el sombrero en la mano, y la ceremonia política en los piés, le dijo: ¿Quién es vuecelencia, quién es vueseñoría? para que le vamos sirviendo. El respondió: Señor, soy Juan Grande, el sastre. Esto dijo valiéndose de los piés, y nosotros hicimos lo mismo por escapar nuestros cuerpos de tanto corchele como le acompañaba.

Venia mi señora la alba llorando auroras cuando nos apartamos de la noche, y cada uno fué á su posada á dar su tributo al sueño, como dicen los asentistas de Morfeo. Yo dormí dos horas, y á las siete de la mañana estaba en casa de mi doña Angela, preguntándole por la vihuela con que cantó en el Prado. La niña me respondió si venía loco. Señaléle la hora, y respondiome: Por vida de mi madre, señor Guadaña, que anoche á la hora que usted dice estaba yo en mi cama tan señora de mí, cuanto ajena de usted. ¿Es chasco? la dije yo, porque los dímos anoche mi primo y yo tales, que no tendrá lugar el que usted me quiere dar ahora, negándome que la señora doña Angela no fué conmigo anoche al Prado; conmigo estubo, diciendome se había mudado de esta casa, cosa que yo no creí, por cuya causa la fui siguiendo, y no tan sin cuidado que no me le diese mayor verla sacar una vihuela y cantar con extremada gracia:

En los ojos de Amariles
Madrugaba un claro sol.

En verdad, señor don Gregorio, dijo la vieja, que no madrugaban los de usted, que debían de dormir; pues ¿no se acuerda, diga, pecador, que anoche á las diez estubo en esta casa dando muchas satisfacciones, y no pagando ninguna, de que no había venido á ella por haber tenido un pleito sobre su mayorazgo? ¿Yo pleito? dije; ¿yo mayorazgo, yo satisfaccion? Buena está la burla. ¿Qué burla? dijo doña Angela. ¿Viene loco? ¿No se acuerda que despues de mil promesas que anoche me hizo, la postrera fué darme palabra de casamiento?

De todo me acuerdo, la dije, sino de la palabra de esposo, y niego haber estado anoche en el Prado, y que la señora doña Angela fuese conmigo, y niego lo de la vihuela, lo de la ronda, y sobre todo lo del casamiento. Eso será si pudiere, dijo la vieja; pero no podrá, que hay Dios en el cielo y justicia en la tierra. Yo quise salir de aquella maldita casa, cuando agarraron de mí las hermanas de la moza de golpe, y dando voces en favor de su honra, la vino á socorrer un notario, un alguacil, un escribano, tres malsines y mi primo Longobardo, los cuales me cercaron, aconsejándome que cumpliera la palabra dada á la señora doña Angela, pagándole su virginidad, si no queria dormir muchos dias en la cárcel, y al cabo casarme por fuerza y con mala reputacion. ¡Ay! dijo la vieja llorando, no crean ustedes á ese Páris traidor con esta inocente Elena, que los engañará como engañó esta casa, deshonorando el antiguo blason y ilustre sangre de los Bracamonteses, solar bien conocido en las montañas de Jaca. Antes que viniese á este albergue estaban estas niñas doncellas en conserva, tan recogidas, que ni aun el sol las miraba; era un monasterio, y ahora por mis pecados lo es de arrepentidas. No le dejen ustedes de la mano hasta que la honra de mi Angel esté satisfecha, pues con la gua-

daña de ese mal hombre está derramando sangre, pidiendo venganza contra el homicida que la degolló. Testigos tengo; aun vive el himeneo que profanó; no dirá que fué fingido estando tan reciente; ténganle, señores, y consideren que los corales de la honra que esta niña guardó veinte y dos años, este ladron se los robó en un abrir y cerrar de ojos; si no hay justicia en la tierra, la pediré al cielo. Mucha honra le hace esta niña en casarse con él, y si no se la hubiera quitado, primero cegara que tal viera; pero este negro amor, este negro querer bien ciega á las mujeres y da vista á los hombres; ellas quedan cargadas en el duelo del honor, y ellos descargados en el del amor; últimamente, ó se case con mi Angel, ó vaya condenado al infierno de un calabozo. Yo estaba tan fuera de mí, cuanto ella dentro de su casa y su bellaquería. Mi buen primo decia que la vieja tenia razon; los ministros de justicia que era justo que yo casase sin pleito; los malsines aseguraban y juraban que me habian oido lo de palabra de esposo, y algunos que habia hecho vida matrimonial ó añaal. En fin, yo dije que fuésemos á la cárcel norabuena, que mas queria acabar con honra en ella que vivir con deshonra toda mi vida en aquella casa...

VIDA Y HECHOS

DE

ESTEBANILLO GONZALEZ.

DEDICATORIA

QUE HIZO EL MISMO ESTEBANILLO GONZALEZ AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON OCTAVIO PICCOLÓMINI DE ARAGON,
DUQUE DE AMALFI.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR :

Yo Estebanillo Gonzalez, hombre de buen humor, hijo de mis obras y padraastro de las ajenas, y menor criado de vuestra excelencia, queriéndome hacer memorable, fiado en haber merecido ser el menor criado de vuestra excelencia, me he puesto en la plaza del mundo y en la palestra de los combates, dando á la imprenta este libro de mi vida, y no milagros. Y por temer el rigor de la censura de tantos zoilos ignorantes y de tantos émulos mordaces, y por no hallar otro mas valiente general que lo defienda de ellos, ni otro mas valeroso soldado que lo preserve de tan ponzoñosos venenos, ni otro mas generoso príncipe que me ayude y ampare, me postro á los piés de vuestra excelencia, suplicando humildemente se digne de admitir esta pequeña ofrenda, para que mi varia peregrinacion y ridiculo discurso llegue con tal auxilio á merecer aplauso, y me sirva de alcanzar de vuestra excelencia la merced y favor que hasta aquí he recibido, y de aquí adelante me prometo de su acostumbrada y conocida magnificencia, para que demás de los laureles que vuestra excelencia ha ganado con admiracion del orbe y espanto de los enemigos, cante la invencible fama entre la multitud de sus proezas el ser honrador de sus criados y amparo de los que poco pueden; que con esto quedarán los curiosos alegres de tener un libro de chanza con que entretenerse, y yo desvanecido de tener tan poderoso dueño de quien poder ampararme y favorecerme.

El mas humilde y menor criado de vuestra excelencia,
ESTEBANILLO GONZALEZ.

PRIMERA DE DON FRANCISCO DE LA CRUZ, CRIADO DE SU ALTEZA,
Á ESTEBANILLO GONZALEZ.

Hoy califican tu ciencia
Los trabajos que has pasado,
Pues por ellos has mostrado
Lo que vale la experiencia:
La elegancia y suficiencia
Juntas se llegan á ver,
Estebanillo, en tu ser,
Pues has sido tú el primero
Que has sabido, chocarrero,
Chancear y componer.

OTRA DE FRANCISCO DE ALI, CRIADO DE SU ALTEZA,
Á ESTEBANILLO GONZALEZ.

Las gracias te den laurel,
Pues que de ellas eres suma,
Y el dios Delfio por tu pluma
Tambien te adorne con él:
Si en el decir tienes miel,
Bien se puede colegir
Que el hacer sigue al decir;
Y es muy digno de alabar
Que quien tan bien sabe obrar,
Sepa mejor escribir.

SONETO

DE ESTEBANILLO GONZALEZ, AUTOR DE ESTE LIBRO.

Diéronme ser los montes de Galicia,
 La sacra Roma en sus escuelas ciencia,
 La libertad de Génova conciencia,
 El regalo de Nápoles malicia.

La intratable Calabria el avaricia,
 El poder limitado la paciencia,
 Los trabajos del mundo la experiencia,
 Y los Estados-Bajos la codicia.

Experto en tales dones, he quedado
 En laúces y donaires tan curtido,
 Que si llegase al fin, que he deseado,

Pondré todas las chanzas en olvido;
 Y si no estoy del mundo retirado,
 Me hallo de no estarlo arrepentido.

PROLOGO.

Carísimo ó muy barato lector, ó quien quiera que tú fueres, si curioso de saber vidas ajenas llegares á leer la mia, yo me llamo Estebanillo Gonzalez, flor de la jacarandaina. Y te advierto que no es la fingida de Guzman de Alfarache, ni la fabulosa del Lazarillo de Tórmes, ni la supuesta del Caballero de la Tenaza, sino una relacion verdadera, con parte presente y testigos de vista y contestes, que los nombro á todos para averiguacion y prueba de mis sucesos, y el dónde, cómo y cuándo, sin carecer de otra cosa que de dia, mes y año, y antes quito que no añado. Por tres causas debes aplaudir y estimarla: la primera, por ir dedicada al mas prudente general y valeroso soldado que han conocido nuestras edades, y por ser yo una humilde hechura suya, y que solo pretendo con este pequeño volumen dar gusto á toda la nobleza, imprimiéndolo en estos países, confiado solamente en el amparo de mi amo y señor, el excelentísimo duque de Amalfi, que, como primero y sin segundo Alejandro, siempre me ha amparado y favorecido, mostrando los preciosos quilates de su grandeza, valor y generosidad en levantar mi humildad y corto merecimiento de las deshechas ruinas del olvido y del inútil polvo de la tierra. La tercera, porque no lo doy á la imprenta para hacer mercancia de él, sino solo para que sirva de presente y regalo á los príncipes y señores y personas de merecimiento, y no volveré la cara ni encogeré el brazo á los premios que me dieren; porque soy hombre que, por tomar, tomaré unciones, y por recibir, recibiré un agravio. Tengo por imposible que te deje de agradar, si acaso no estás dejado de la mano del gusto, ó hecha la cara al desaire de andar corto en alabar lo que es bueno, por dar muestras de entendido. Aquí hallará el curioso dichos agudos, el soldado batallas campales y viajes á Levante, el amante enredos amorosos, el alegre diversidad de chanzas y variedad de burlas, el melancólico epitafios fúnebres á los tiernos malogros del Infante cardenal, de la reina de España y de la emperatriz María; el poeta compostura nueva y romances ridículos, el recogido en su albergue las flores de la fullería, las leyes de la gente de la hampa, las preeminencias de los pícaros de jábega, las astucias de los marmitones, la cautela de los vivanderos, y finalmente, los prodigios de mi vida, que han tenido mas vueltas y revueltas que el laberinto de Creta. Donde, despues de haberla leído y héchote mas cruces que si hubieras visto al demonio, la tendrás por digna y merecedora de haber salido á luz. Dios le saque de las tinieblas de ella con bien, para que tú quedes contento, y yo pagado y libre de tu censura.

VIDA Y HECHOS

III

ESTEBANILLO GONZALEZ.

CAPITULO PRIMERO.

En que da cuenta de su nacimiento, estudios y travesuras, y de un chiste donoso que le sucedió con un valiente, y el viaje que hizo de Roma á Liorna.

Prométote, lampiño ó barbado lector, ó cualquiera que fueres, que, si no lo has por enojo, solo sé de mi nacimiento que me llamo Estebanillo Gonzalez; tan hijo de mis obras, que si por la cuerda se saca ovillo, por ellas sacarás mi noble descendencia. Mi patria es comun de dos; pues mi padre, que esté en gloria, me decia que era español trasplantado en italiano, y gallego engerto en romano, nacido en la villa de Salvatierra, y bautizado en la ciudad de Roma: la una cabeza del mundo, y la otra rabo de Castilla, servidumbre de Astúrias, y albañal de Portugal, por lo cual me he juzgado por centauro á lo pícaro, medio hombre y medio rocin; la parte de hombre por lo que tengo de Roma, y la parte de rocin por lo que me toca de Galicia. Ello, si va á decir verdad, aunque sea en descrédito de mi padre, jamás me he persuadido á que esto pueda ser como él lo afirmaba, porque no tuvo mi madre tan depravado el gusto que me habia de abortar del derrotado bajel de su barriga en el aguanoso márgen del Miño, entre piélagos de navíos y promontorios de castaños, y en esportillas de Domingos, Brases y Pascuales, pudiéndome parir muy á su salvo en las cenefas y galon de plata de la argentada orilla del celebrado Tiber, entre abismos de deleitosos jardines, y entre montes de edificios insignes y sobre tapetes escarchados por la copia de Amaltea, cunas y regazos de Rómulos y Remos. Y cuando tuviera tan mal capricho y tan hecha la cara al desaire, que me hotezara de su gruta oscura á ser, con perdon, gallego, y á que perdonara á Meco como todos sus pasados, echaria la sogá tras el caldero, y donde me parió me daría bautismo; si ya no es que soñase como Hécuba, reina de Troya, que de su vientre habia de salir una llama, que fuese voraz incendio de Galicia; y después, viendo el monstruo que habia vaciado del cofre de su barriga,

se acogiese á Roma por todo, para que su santidad en pleno consistorio á fuerza de exorcismos sacase de mi pequeño cuerpo las innumerables legiones que tenia este segundo Roberto, que presumo que han sido y son tantas, que quedaron el día de mi nacimiento escombradas las moradas infernales, como lo verás en el discurso de mi vida. Y finalmente, para que no padezca detrimento mi natividad, ni ande mi patria en opiniones, ni pleiteen Roma y Galicia sobre quién ha de llevar mi cuerpo cuando llegare su postrimero fin, convido á los curiosos al valle de Josafat el día que el ángel, pareciendo viento de mapa, tocare la tremenda trompeta, á cuyo eco horrible y espantoso se levantarán pépitorias de huesos y armaduras de tabas; que entonces, por ser tiempo de decir verdades, presumo que no la negarán mis padres, con que todos saldrán de sus dudas, y yo sabré si soy vasallo de un sumo pontífice ó de un rey de España, monarca de un nuevo mundo; y á quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga; y en el interin haré como hasta aquí he hecho, que ha sido á dos manos como embarrador, siendo español en lo fanfarron, y romano en calabaza, y gallego con los gallegos, é italiano con los italianos, tomando de cada nacion algo, y de entrambas no nada. Pues te certifico que con el aleman soy aleman; con el flamenco, flamenco; y con el armenio, armenio; y con quien voy voy, y con quien vengo vengo. Mi padre fué pintor *in utroque*, como doctor y cirujano; pues hacia pinturas con los pinceles, y encajes con las cartas; y lo que se ahorra en la pasa, se perdía en el higo. Tenia una desdicha, que nos alcanzó á todos sus hijos, como herencia del pecado original, que fué ser hijo-dalgo, que es lo mismo que ser poeta; pues son pocos los que se escapan de una pobreza eterna ó de una hambre perdurable. Tenia una ejecutoria tan antigua, que ni él la acertaba á leer, ni nadie se atrevia á tocarla, por no engrasarse en la espesura de sus deffloradas cintas y arrugados pergaminos, ni los ratones á roerla, por no morir rabiando de achaque de esterilidad.

Murió mi madre de cierto antojo de hongos, estando preñada de mi padre, segun ella decia; quedóse en el lecho como un pajarito. Y pienso, conforme el alma tenia la cordera, que pasó de solo Roma á una de las tres moradas, porque no era tan inocente que al cabo de su vejez, y habiendo pasado en su mocedad por la Cruz de Ferro y siendo tan vergonzosa y recatada, fuese al limbo á ver tantos niños sin bragas. Dejó dos hijas garifas, siendo cristianas, de la edad que las manda comer el doctor, con mucha hermosura en breves abriles; y yo quedé con pocos mayos y muchas flores, pues no ignorando la de Osuna, no se me ha ocultado la del berro. Despues de haber hecho las funerales, ahorcado los lutos y enjugado las lágrimas, aunque no fueron mas que amagos, pues se quedaron entre dos luces, volvió mi padre á su acostumbrada pintura, mis hermanas á su almohadilla, y yo á mi desusada escuela, donde mis largas tardanzas pagan mis cortas asentaderas.

Era mi memoria tan feliz, que venciendo á mi mala inclinacion, que siempre ha sido lo que de presente es, supe leer, escribir y contar; lo que me bastara á seguir diferente rumbo, y lo que me ha valido para continuar el arte que profeso, pues puedo asegurar á fe de pícaro honrado que no es oficio para bobos.

Gustó mi padre de darme estudio; y con no haber por mis travesuras llegado á la filosofía, salí tan buen bachiller, que puedo leer cátedra al que mas blasona de ella. Traia tan enredados á los maestros con enredos y á los discípulos con trapazas, que todos me llamaban el Judas Españolito. Compraba polvos de romero, y revolviaos con cebadilla, y haciendo unos pequeños papeles, los vendia á real á todos los estudiantes novatos, dándoles á entender que eran polvos de la Anacardina, y que tomándolos por las narices tendrian feliz memoria; con lo cual tenia yo caudal para mis golosinas, y ellos para inquietar el estudio y sus posadas y casas. Escapábanse pocos libros de mis manos y pocas estampas de mis uñas; sobre lo cual cada dia andaba al morro ó habia quejas á mi padre y hermanas. Tenia á cargo la mayor de ellas el castigarme y reprenderme; y unas veces me daba con su mano de mantequilla bofetadas de algodon, y otras me decia que era afrenta de su linaje, que por qué no acudia á quien era, y por qué no procedia como hijodalgo; que atendiera á que nuestra madre la decia que yo era el mayorazgo de su casa y cabeza de su linaje y descendiente del conde Fernan Gonzalez, cuyo apellido me habia dado por línea recta de varon; y por parte de hembra, del ilustre y antiguo solar de los Muñatonos, cuyos varones insignes fueron conquistadores de Cuacos y Jarandilla, y los que en batalla campal prendieron á la serrana de la Vera y descubrieron el archipiélago de las Batuecas; y que una tia mia habia dado leche al infante don Pelayo, antes que se retirara al valle de Cavadonga; y otra habia amortajado al mancebito Pedrarias, siendo dueña de honor de la infanta doña Urraca.

Reíame yo de todos estos disparates, y por un oído me entraba su reprension, y por otro me salia; y finalmente, fueron tantas mis rapacerías é inquietudes, que me vinieron á echar del estudio poco menos que con cajas destempladas. Por cuya causa mi padre, despues de haberme zurrado muy bien la badana, me llevó á casa de un amigo suyo, llamado Bernardo Vadia, que era barbero del duque de Albuquerque, embajador ordinario de España, con el cual me acomodó por su aprendiz, y despues de haber hecho el entrego de la buena prenda, se volvió á su casa sin hijo, y yo quedé sin padre y con amo. El cual me dijo que me quitase el sombrero, y la capa y entrase á ver á mi ama, lo cual hice al instante, y entrando en la cocina, la hallé cercada de infantes, y no de Lara. Dióme una rueda de naranja para cortar la cólera, y un mendrugo de pan, abizcochado de puro duro, para secar los malos humores; y despues del breve desayuno y despues de haber lavado cuatro docenas de platos, escudillas y pucheros y ollas, y puesto la ordinaria con poca carne y mucha menestra, me dió una canasta de mantillas, pañales, sabanillas y baberos de los niños, y abriendo la puerta de un patio y dándome dos dedos de jaboncillo de barba, me enseñó un pozo y una pila, y me dijo: Estebanillo, manos á la labor, que este oficio toca á los aprendices, y por aquí van allá, que no quiera Dios que yo os quite lo que de derecho os toca. Bajé la cabeza, y orejeando como pollino sardesco, desembanasté los pañizuelos de narices del puerto del muladar, henchí la pila de sus menudencias, y despues de haber sacado mas de cien cubos de agua y dádoles con cincuenta manos, y no de jabon, jamás salió limpio el caldo de sus espinacas. Hice lo mejor que pude la colada, tendí los trapos y supe hacer muy bien los mios, pues me eximi con brevedad del tai oficio, que á estar mucho con él, no hubiera Estebanillo para quince dias. Hice el venidero lo mismo, y lo que hubo de menos en la lavadura de los pañales, hubo de mas en los mandados de casa y fuera de ella; y al tercero, al tiempo que me habia dado mi amo una libranza para ir á cobrar seis ducados á la Judería, entró en la tienda un valiente, cuyos mostachos unas veces le servian de daga de ganchos, y otras de puntales de los ojos, y siempre de esponjas de vino. Díjole á mi amo que se queria alzar los bigotes; y por ser tan de mañana que aun no habian venido los oficiales que tenia, trató de alzárselos él. Mandóme á mí, aunque ya tenia el ferriero puesto para ir á ver á los hidalgos del prendimiento de Cristo, que encendiese unos carbones y calentase los hierros. Ejecutóse su precepto, y habiéndole alzado al tal temerario la mitad de su bosque de tabaco, se armó una pendencia en la calle, á cuyo ruido de espadas se asomó mi maestro á la puerta; y viendo que en ella habia algunos criados del Duque, su amo, se arrojó á la calle á ver si la podia apaciguar, quedando el bravo con un pilar que anhelaba á remontacion, y otro que amagaba precipicio. Y por durar mucho la pendencia y hacer tardanza mi amo, no

cesaba el matasiere de echar tacos y porvidas. Preguntóme muy á lo crudo si era oficial; y yo, pareciéndome cosa de menos valer decirle que no lo era, le respondí que sí. Díjome: Pues vuesa merced, señor chulo, me alce este bigote, porque donde no, saldré como estoy á la calle y le quitaré á su amo los suyos á coces y á bofetadas. Yo, por no alcanzar algo de barato de aquel repartimiento y porque no me cogiera en mentira y parecerme cosa fácil levantar un bigote, sabiendo levantar dos mil embustes y testimonios, sin quitarme el ferruuelo ni dar muestras de turbacion, saqué un hierro de los que estaban al fuego, que se habia estado escaldando desde el principio del rebato y escaramuza; y por no tener en qué probarlo y parecer diligente, tomé un peine, encajéselo en aquella selva de clines; arriméle el hierro, y levantándose una humareda horrenda al son de un sonoro chirriar y de un olor de pié de puerco chamuscado, le hice chicharron todo el pelámen. Alzó el grito diciéndome: Hijo de cien cabrones y de cien mil putas, ¿piensas que soy san Lorenzo, que me quieres quemar vivo? Tiróme una manotada con tal fuerza, que haciéndome caer el peine de la mano, me fué fuerza con la turbacion arrimarle el molde á todo el carrillo y darle un cauterio de una cuarta de largo, y dando un ay que estremeció las ruinas del anfiteatro ó coliseo romano, fué á sacar la daga para enviarme con cartas al otro mundo. Yo, aprovechándome del réfran que á un diestro un presto, me puse con tal presteza en la calle y con tal velocidad me alejé del barrio, que yo mismo, con ser buen corredor, me espanté cuando me hallé en menos de un minuto á la puerta de la Judería, habiéndome salido de junto á la Trinidad del Monte; pero una cosa es correr y otra huir, y esto sin dejar el hierro de la mano; y al tiempo que lo fuí á meter en la faldriquera hallé pegado á él todo el bigote del tal hidalgo, que era tan descomunal, que podia servir de cerdámen á un hisopo y anegar con él una iglesia al primer *asperges*.

Entré en la Judería, y dando la libranza que llevaba á un hebreo, que se llamaba David, me despachó con toda brevedad. Salíme al instante de Roma, contento por haberme librado de la cautividad del Egipto de mi ama y del poder del Faraon del zaino sin bigote. Determinéme de ir á visitar á Nuestra Señora de Loreto, por la fama que tenia aquella santa casa; y habiendo caminado alguna media legua con harta pesadumbre de dejar mi casa, padre y hermanas, volví la cabeza atrás á contemplar y á despedirme de aquella cabeza del orbe, de aquella nave de la Iglesia, de aquella depositaria de tantas y tan divinas reliquias, de aquella urna de tantos mártires, de aquel albergue de tantos sumos pontífices, morada de tantos cardenales, patria de tantos emperadores, madre de tantos generales invencibles y de tantos capitanes famosos. Miré la gran circunvalacion de sus muros, la altura de sus siete montes, Alcides de sus edificios, reverencié sus templos, admiré la hermosura de su campo, la amenidad de sus jardines; y considerando lo inucho que

perdia en dejarla, y lo mal que me estaba volver á ella, derramando algunas tiernas lágrimas, proseguí con mi viaje; y al cabo de algunas jornadas llegué á ver aquel celestial alcázar, aquella divina morada, aquella cámara angelical, paraíso de la tierra y eterno blason de Italia. Visitaba una vez cada dia este pedazo de cielo, é infinitas á un convento que está muy cercano, de padres capuchinos, por razon que me ponian bien con Cristo con lindas tazas de Jesus llenas de vino y con muy espléndida pitanza. Quiso mi desgracia que reñí un dia con un pobre mendicante por haberme querido ganar la palmatoria al repartir de la sopa, y bajándole los humos con mi hierro de abrasa bigotes, lo dejé con dos dientes menos.

Y dejando la quietud de aquella santa vida, me fué forzoso poner tierra en medio. Fuíme al santo Cristo de Pisa, y desde allí á la famosa villa de Siena. Llegué á ella en tiempo de feria, y halléla toda llena, así de gentes de varias naciones como de diferentes mercancías; y andándome paseando por ella, me llegaron á hablar dos mancebos muy bien puestos, los cuales, habiéndose informado de mi patria y nombre, me dijeron que si los queria servir, puesto que estaba desacomodado. Yo, pensando que eran algunos mercaderes ricos, les dije que sí; y llevándome á su posada, despues de haberme dado muy bien de cenar, me dijo el uno de ellos, que era español: Estebanillo, tú no tienes mas á quien servir ni contentar que á mí y á mi camarada, y ayudarnos á llevar adelante nuestra antigua tramoya y comer y beber y oír y callar, y antes ser mártir que confesor. Yo les prometí tener ojos de alguacil cohechado, orejas de mercader y habla de cartujo. Y abriendo un escritorio, sacó de un cajon un mazo de doce barajas de naipes nuevos, y el otro camarada, que era napolitano, un balon de dados y los instrumentos necesarios; y asentándose en dos sillas bajas junto al fuego, hiciéronme avivar la lumbre con un poco de carbon, á cuya brasa puso el italiano un crisol con un poco de oro y una candileja con plomo. Desempapeló mi español sus cartas, y no venidas del correo; y sacando de un estuche unas muy finas y aceradas tijeras, empezó á dar cuchilladas, cortando coronas reales, cercenando faldas de sotas por vergonzoso lugar, y desjarretando caballos, señalando las cartas por las puntas para quínolas y primera, dándoles el raspadillo por la cartera, y echándoles el garrete y la ballesta para las pintas, sin otra infinidad de flores. El italiano en una cuchara redonda de acero empezó á amolar sus dados, sin ser cuchillos ni tijeras; haciéndolos de mayor y de menor, de ocho y trece, de nueve y doce, y de diez y once; y despues de haber hecho algunas brochas, dando barreno á dos docenas de dados, hinchó los unos de oro y los otros de plomo, haciendo fustas para juegos grandes y para rateros. Dijéronme que tuviera atencion en aprender aquel arte; porque con él seria uno de mi linaje. Puse tanta atencion en lo que me mandaron, que dentro de un mes pude ser maestro de ellos, porque siempre se in-

clinan los malos á aquello que les puede perjudicar. X Después de haber acabado el español de cercenar naipes falsos, y el italiano de amolar huesos de muerto, para dar sepulcro con ellos á los talegos de los vivos, nos fuimos á reposar lo poco que quedaba de la noche. Desde allí adelante me llevaban todos los días por su paje de flores y naipes, y cargado de naipes y dados, que era su aderezo de reñir, campeaban los dos á costa de blancos. En esta forma íbanse á las casas de juego, concertábanse con los gariteros prometiéndoles el tercio de la ganancia que se hiciese, asegurábanles el peligro por la sutileza de la labor, y adonde no consentían su contagión, hacían tener de respeto, cuando jugaba el español, media docena de barajas, á las cuales yo y el italiano le dabamos con la de Juan trocado, y al garitero y á los tabures con la de Juan grajo, y cuando jugaba el italiano, hacíamos yo y el español lo mismo, echándonos sobre la tabla y acercando los dados á nuestras pertenencias, y llevando de reserva entre los dados una fusta para valerse de ella cuando la hubiese menester. Doblábanse con personas de cantidad, y á veces de calidad, las cuales hacían tercio adonde quiera que jugaban; cargábanles las ganancias en virtud de sus ayudas y destrezas. Salían mis amos siempre perdidosos, al parecer de los mirones; por lo cual todos los tenían por buenos jugadores, y solicitaban de jugar con ellos. Sabían las posadas mas ricas, teniendo en todas; á costa de buenos baratos, quien les daba aviso de cuando había huéspedes de buen pelo. Acudían á ellas, trataban amistad con los que hallaban, quedábanse á comer con ellos á escote; y por sobre mesa, en achaque de entretenimiento, dábanme dineros y enviábanme por lo que yo traía, y empezando por poco, acababan por mucho, dejando á los pobres forasteros en cruz y en cuadro. Y con hacer los dos muy grandes ganancias, cada uno en lo tocante á su flor, nos moríamos de hambre, porque lo que ganaba el español á las cartas, lo perdía á los dados, porque además de no conocerlos, no se sabía aprovechar de lo poco que alcanzaba á entender; y lo que el italiano ganaba á los dados, perdía á los naipes, que aunque tenía en casa el maestro, no había aprendido á leer en libro de tan pocas hojas.

Yo andaba siempre temeroso de que se descubriese la flor, y por cómplice en ella, en lugar de enviarme á Galicia, me enviarán á Galilea, ó por ser muchacho me dicesen algun estrecho jubon, no necesitando de él. Mas quiso mi fortuna que estando una noche los dos cenando y algo tristes y recelosos, porque uno de los perdidosos le había ganado el italiano, me enviaron á llamar á unos amigos suyos, para que se informasen si los había reconocido ó sospechado algo. Yo, pensando que yase había descubierto la maula y que toda la justicia daba sobre nosotros, con intención de no volver, y por no irme sin cobrar mi salario; ya que me había puesto á tanto riesgo, salí fuera á una antesala, y tomando el ferreruero del señor español, que era nuevo y de paño fino, dejé el mio, que estaba bien raído. Y saliendo á la

calle, informándome por el camino de Liorna, me salí de la villa, y con la claridad de la luna, por temor de que no fuese seguido, anduve aquella noche tres leguas; y al cabo de ellas, hallando una pequeña choza de pastores cercana del camino, me retiré á ella, adonde fui acogido, y pude con sosiego descansar, hasta tanto que el alba se reía de ver la aurora llorar á su difunto amante, siendo mujer y no fea ni mal tocada, que á este tiempo, dejando la pastoril cabaña, y prosiguiendo mi comenzado camino, me di tanta priesa á alejarme de mis amos, que otro día al anochecer llegué á Liorna, y metiéndome en una posada á descansar de la fatiga que había pasado, supe otro día cómo las galeras del gran duque de Toscana estaban de partida para Mesina, para irse á juntar con las de España y Nápoles y con otras muchas que habían ocurrido para agregarse con la real, estando por príncipe de mar y tierra y por general de aquella naval el serenísimo príncipe Emanuel Filiberto, cuya fama, virtud y santidad, por no agraviarlas con el tosco vuelo de mi pluma, las remito al silencio. Y habiendo alcanzado licencia de un capitán de galera, me embarqué en la que llevaba á su cargo, por estar informado ser todas las de aquella escuadra águilas del mar, cuyos caballeros, sus defensores, de la órden de San Estéban, dan terror al Turco y espanto á sus fronteras, tienen fatigado su templo con el peso de los estandartes y medias lunas africanas, y con cadenas de multitudes de cautivos cristianos, á quien han dado amada libertad, añadiendo cada día á las historias nuevas proezas y eternizádas victorias.

CAPITULO II.

En que se refiere su embarcacion y llegada á Mesina, y viaje á levante, y lo que le sucedió en el discurso de él y en la ciudad de Palermo, hasta tanto que se ausentó de ella.

Salimos una tarde de esta pequeña Cartago con viento fresco y mar serena, y con todos los amigos que requiere una feliz navegacion. Estuve tres días tan mareado, que al compás que daba sustento á los peces del mar, ahorra-
ba raciones de bizcocho á los caímanes de galera. Alentéme cuanto pude, sirviéndome de antidoto para volver en mí el ser asistido de dicho capitán con animados sorbos de vino y tragos de malvasía; que tengo por cosa asentada que estos licores me volvieron á mi primer ser, y que si después de muerto y engullido en la fosa, con un cañuto ó embudo me lo echasen por su acostumbrado conducto, me tornara el alma al cuerpo, y se levantara mi cadáver á ser esponja de pipas y mosquito de tinajas. En efecto, llegamos á Mesina, adonde quedé absorto de ver la grandeza de su puerto, ocupado con setenta galeras y cincuenta bajeles, todo debajo del dominio del planeta y rey cuarto defensor de la fe, y azote de los enemigos de ella. Y el contemplar tanta gente de guerra, de tan extrañas y apartadas naciones, tanta diferencia de helicosos instrumentos, el clamor de tanto pito, el ruido de tanta cadena, las diferentes libreas de tantos forzados y la variedad de tantos estandartes, parecióme que estaba en otro mundo y que

sola aquella ciudad era una confusa Babilonia, siendo una tierra de promision. Alegrábanme los acentos de los bodegones marítimos, apellidando los unos tripa, tripa, y los otros tolla, folla, repitiendo en mis oídos los ecos arábigos que decían: *Macarrone, macarrone, qui manja uno manja dos*; pero entristeciame de ver que todos comían, y yo solo los miraba. Arriméme á un esclavo negro, tan limpio de conciencia, que lavaba media docena de menudos con una ración de agua. Hícele mil zalemas y sumisiones por saber que era mercadante de panzas y por verme racional camaleón. Ofrecíle mi persona, diciéndole ser único en el caldillo de los revoltillos y en el ajilimoje de los callos. Et, agradándole mas el verme desbarbado que no el ser buen cocinero, me recibió, haciéndome aquella tarde dar seis caminos desde el matadero de la villa hasta su barraca, cargado de patas de vaca y manos de vitela; y dándome, después de mi molestazo trabajo, un plato de mondongo verde con perejil rumiado. Por ver la brevedad del despacho y el despojo y ruina que hice en sus panecillos, me dijo que me fuese á traer mi ropa y á buscar un fiador que darle, para tener seguro su bodegón, porque de otra suerte no me recibiría, porque no había muchas horas que se le había ido un criado con un cuajar cocido y una media cabeza sancochada; y que así, mas quería estar solo que mal acompañado. Yo, dando gracias á Dios de salir de la espesura de su mal cocinado, me planté en la playa, y el primer español que encontré en ella fué un alférez del tercio de Sicilia, llamado don Felipe Navarro del Piamonte, el cual, poniendo los ojos en mí, me llamó y preguntó que si estaba con amo ó lo buscaba, y si tenía padre ó hermanos ó algunos parientes ó conocidos en aquella ciudad. Respondíle que no tenía dueño, y que andaba en busca de uno que me tratase bien, y que era tan solo como el espárrago y del tiempo de Adán, que no usaban parientes. Contentóle mi agudeza, y díjome que su oficio era vigilia de ayudante, y víspera de capitán, que si lo quería servir, seria uno de los de la primera plana, y que esguazaría á tutiplén. Yo, ignorando de esta jerigonza avascuenzada, por no ser práctico en ella, y por ser tan jóven, que en el mismo mes que estábamos cumplí trece años, bien empleados, pero mal servidos; pensando que la primera plana era ser de los Guzmanes de la primera hilera, y el esguazar darme algun poco de dinero, y el tutiplén llegar con el tiempo á ser plenipotenciario, concedí en quedarme en su servicio. Y diciéndole mi nombre, le fui siguiendo á su posada, donde en los pocos días que estuvimos en ella lo pasamos con mucho regalo. Había ido el capitán de nuestra compañía á la ciudad de Palermo á ciertos negocios suyos, por cuya ausencia mi amo, como su alférez, metía la guardia, llevando yo su bandera con mas gravedad que Perico en la horca; porque es muy propio de hombres humildes ensoberbecerse en viéndose levantados en cualquier puesto ó dignidad. Persuadíme que todos los que quitaban el sombrero á la real insignia me lo quitaban á mí, por lo cual hacia mas piernas que un presumido de valiente, y me ponía mas

huevo y pomposo que un pavón indiano. Pesábame estar ausente de mi padre y hermanas y en parte que no podían ver el hijo y hermano que tenían, y al oficio que había llegado en tan breve tiempo, ganado por mis puños. En esta ocasion nombró su alteza serenísima el príncipe Filiberto Manuel de Saboya, generalísimo de la mar, treinta galeras para ir en corso la vuelta de Levante, en busca de navíos y galeras turcas, yendo por cabo de ellas don Diego Pimentel y don Pedro de Leiva, siendo mi compañía una de las que tocó embarcarse para ir en aquella navegacion. Salimos de Mesina un sábado por la tarde, y habiendo aquella noche dado fondo en Rijoles, reino de aquel apóstol calabrés, que por quitarse de ruidos y malas lenguas se hizo morcón de un saúco, á la mañana zarpamos, encomendando á Dios nuestros buenos sucesos y rogándole nos volviese victoriosos. Mi amo me mandó que tuviese cuidado de asistir al fogón y de aderezar la comida para nuestro rancho; y acordándome de las mudanzas de fortuna, referí aquella ingeniosa glosa de: «Acordaos, flores, de mí». Y aunque me llegó al alma el bajar de alférez á cocinero, por reparar que era oficio socorrido y de razonables percances, no repliqué ni me dí por sentido; antes en pocos días salí tan buen oficial de marmiton, que podía ser archipreste de la cocina del gran Tamorlan.

Pasamos el mar de Venecia, reconocimos el cabo de Cuatro columnas, y al cabo de cuatro jornadas, surcando la costa de Grecia, cogimos una barca de griegos, á vista de Puerto-Maino. Yo iba á esta guerra tan neutral, que no me metía en dibujos ni trataba de otra cosa sino de henchir mi barriga, siendo mi ballestera el fogón, mi cuchara mi pica, y mi cañón de crujía mi reverenda olla; usaba, en habiendo algun arma ó faena, de las siguientes chanzas. Iba siempre apercebido de una costra de bizcocho, la cual llevaba metida entre camisa y pellejo. Procuraba poner mi olla en la mejor parte, y en medio de todas las demás, y para no hallar impedimento madrugaba, y les ganaba á todos por la mano. Y cuando la galera andaba revuelta, chirriando el pito y curreando los bastones, quitaba la gordura de las mas sazonadas ollas y traspasábala á la mía con tal velocidad, que aun apenas era imaginado cuando ya estaba ejecutado. Y por hacer salva á algunos púlpitos relevados, piñatas de respeto y oficiales de marca mayor, en descuidándose un instante el que estaba de guardia, zampaba mi costra en el golfo de sus espumosos hervores, y en viéndola calada, sin ser visera, la volvía á su depósito, algunas veces tan caliente y abrasante, que al principio fué toda mi barriga un piélago de vejigatorios. Pero después que me hice á las armas, estaba toda ella con mas costras que cien asentaderas de monas; mas lo tenía por deleite que por fatiga. Esta empapada y avahada sopa me sirvió siempre de desayuno, sin otros retazos ajenos, mas ganados á fuego y cuchara que no á sangre y fuego. No dejaré de confesar que algunas veces me cogió la centinela con el hurto en las manos, y quitándome la espumadera y dándome un par de cucharazos, despedía su cólera, y yo guardaba mi costra; porque en este

mundo no hay gusto cumplido, ni se pescan truchas á bragas enjutas, andando, como dicen los poetas, entre rumbos de cristal, rompiendo cerúleas ondas, y fatigando con piés de madera y alas de lino, campañas de sal y montes de armiños. Cogimos diez y siete caramuzales y una urca, ellos llenos de colacion de los llagados del mal francés, y ella ballena de ricas mercancías; y aunque no tuve de ellas parte, con ser de los de la primera plana, me tocaron algunos despojos de la pasa y ligo, que me sirvieron algunas semanas de dulcísimos principios y de sabrosos postres. Volcóse uno de los caramuzales por la codicia del asalto y competencia del sacco, quedando los codiciosos hechos sustento de tiburones y alimento de atunes. Yo, que jamás me metí en ruidos ni fui nada ambicioso, me estaba tieso que tieso en mi cocina, á la cual llamaba el cuarto de la salud.

Fuimos á Castel-Rojo á hacer aguada, y salimos rabo entre piernas, por la fuerza de los turcos de tierra, y así nos retiramos á la mar, de quien éramos señores. Enderezamos las proas á San Juan de Pate, tierra de Grecia, donde nos hablaban en griego, y nos chupaban el dinero en genovés; que yo reniego de la amistad del mejor país de contribucion; dígoles por este, que es contribuyente del Turco, que lo demás, su alma en su palma. Volvimos á Puerto-Maino, donde cogamos de codornices ó coallas saladas y embarriladas, como si fuesen anchovas, trato y ganancia de los moradores de aquella tierra, adonde siendo yo maestro de toda patraña, me engañaron como á judío caribe, y fué en esta forma. Dióme mi amo media docena de pesos mejicanos, y mandóme saltar en tierra á meter algun refresco. Salté en ella, y hallé junto al puerto una gran cantidad de villanos, cada uno con un carnero, y todos ellos con cien manadas de malicias. Parecióme que me estaria mas á cuento comprarles uno, por estar mas á mano la embarcacion, que irlo á buscar á la villa, que está de allí una gran milla, y volver, cuando no cargado, embarazado. Llegué á un villano, y concerté el que tenia, que me pareció de tomo y lomo, en una pieza de á ocho. Pescóme el taimado la pieza con la mano derecha, y con la izquierda hizo amago de entregarme el aventajado marido al uso. Y al tiempo que fui á asir de la ya venerada cornamenta, soltó el villano el atril de san Márcos, y dejó en libertad el origen del vellocino de Colcos. Empezó el tal animal á dar brinco y saltos la vuelta de la villa, partiendo el amo mas ligero que un viento en su alcance, dando muestras de quererle coger; y yo con mas velocidad que una despedida saeta fui en seguimiento del amo, por cobrar mi real de á ocho. El carnero huía, el dueño corría, y yo volaba. Fué tanta mi ligereza, que lo vine á alcanzar en un bosque frondoso, que estaba en la mitad del camino que habia de la villa al puerto. Preguntéle por el carnero; díjome que se habia metido por la espesura del bosque, y que no sabia de él. Pedíle mi dinero, á lo cual alegó que lo vendido vendido, y lo perdido perdido, que ya él habia cumplido con entregármelo, que hubiera yo tenido cuidado de asirlo con brevedad y ponerlo en buen

recaudo. Yo, movido á ira de la sinrazon del villano, por verlo solo y sin armas, me atreví á meter mano á una espadilla vieja y molhosa que habia sacado de galera, pensando de aquesta suerte atemorizarlo y reducirlo á que me volviese mi dinero; me sucedió muy al contrario de lo que yo me imaginé, porque apenas el tal borreguero vió en cueros y sin camisa el acero novel, cuando empezó á dar infinitas voces, diciendo: ¡Favor, que me matan! Socorro, que me roban! A cuyos gritos salió de lo mas intrincado del bosque una manga suelta de toso villanaje, que Dios me libre por su santísima pasion de semejante canalla. Venian todos cargados de chuzos y escopetas; y antes que fuesen descubiertos de mí, ya me habian atajado los pasos, y quedé en manos de villanos; que de las desdichas que suceden á los hombres, esta es una de las mayores. Llegó uno, que parecia cabo de cuchara de los demás, preguntó á mi inocente Judas la causa de su lamento, y él dijo que despues de haberme vendido un carnero, y dádole ocho reales por él, le habia ido siguiendo con intencion de quitárselos, y que alcanzándolo en aquel puesto, se lo habia pedido con muchos retos y amenazas, y que porque me los habia negado, habia metido mano á la espada para matarlo y robarlo. Ellos, sin oir mi disculpa, que bastaba á Inés ser quien es, llegaron á mí, y despojándome de la duritudana, me dieron tantos cintarazos con ella, y tantos palos con los chuzos, que despues de haberme abarrado como encina, me dejaron hecho un pulpo á puro golpes. Fuéronse todos haciendo grande algazara y dando muchas muestras de alegría; y yo, viéndome solo y rendido en tierra y en medio de tan lóbrega palestra, temiendo no saliese otra emboscada que me dejase sin despojos, ya que la pasada me dejaba sin espada y sin costillas, me levanté como pude, y desgajando de un sauce un mal acomodado baston, le supliqué que me sirviera de arrimo, y abordonado con él, me volví á mi galera, donde conté todo el caso, el cual fué celebrado, y juzgaron á buena suerte haber salvado los cinco de á ocho. Contónos el patron de la galera que él habia llegado allí diversas veces, y que habia visto hacer la misma burla á muchos soldados, y que todos los carneros que conducen á aquel puerto los tienen adestrados á huirse en viéndose sueltos y volverse á sus casas; y que escogen los mozos mas ligeros de aquella cercana villa para venirlos á vender, teniendo de reten, para los que los siguen, una cuadrilla de villanos armados á la entrada de aquel bosque; y que aunque se han querido vengar algunos soldados de su engaño y villanía, no se habian atrevido, por el bando que echan los generales de pena de la vida al que les hiciere mal ni daño; porque temen que pongán en arma la tierra, y les impida aquel retiro de cualquier tormenta y el hacer aguada y tomar algun refresco. Dí gracias al cielo de haber escapado con la vida y de haber llegado á tiempo en que, no solo los hombres engañan á los hombres, pero enseñan á los animales á dejarlos burlados. Yo tuve que rascar algunos dias, y de que acordarme todos los que viviere.

Tuvimos una noche en este mismo puerto una provechosa tormenta, llegando á pique de perderse toda la armada, porque las galeras, abatidas de la fuerza de los vientos y combatidas de las soberbias y encumbradas ondas, rompiendo cabos y despedazando gúmenas, se encontraron y embistieron unas con otras, y como si fueran dos enemigas escuadras, se quebraban los remos, se desgajaban los timones, y se maltrataban las popas; y mientras unos llamaban á Dios, y otros hacían promesas y votos, y otros acudían á sus menudas faenas, mi merced, el señor Estebanillo Gonzalez, estaba en la cámara de popa, haciendo penitencia por el buen temporal, con una mochila de pasas y ligos, dos panecillos frescos y un frasco de vino que le había soplado al capitán, diciendo con mucha devoción: «Muera Marta y muera harta». Cesó la tormenta, remendáronse las galeras lo mejor que se pudo, y volvimos atrás, como potros de Gaeta, cuando pensábamos pasar muy adelante. Pusieron en cadena unos patrones, porque aseguraron á los generales que llevaban bastimento para tres meses, no llevándolo para seis semanas; por cuyo engaño quizá se perdieron muchas victorias y se malograrón muchas ocasiones. ¡Qué de ello pudiera decir cerca de esto y de otros sucesos que han pasado y pasan de esta misma calidad, no solo á patrones de galera, sino á gobernadores de villas y castellanos de fortalezas y á municioneros y proveedorés, en quien puede mas la fuerza del interés que el blason de la lealtad! Pero no quiero mezclar mis burlas con materia de tantas veras, ni aguar la dulzura de mi bufa con el amargura de decir verdades. Pasamos por entre turcos y griegos despues de haber descubierto con turbantes de nubes y plumas de celajes el altivo y celebrado Etna, el ardiente volcan y el fogoso Mongibelo; llegamos á Mesina llenos de banderolas, flámulas y gallardetes; saludamos la ciudad con pelicanos de fuego, y ella con neblines de alquitran hizo salva real á nuestra buena venida y publicada victoria. Saltamos en tierra, donde los dos generales fueron bien recibidos de su alteza serenísima el príncipe Filiberto Manuel, el cual saliendo á ver su victoriosa armada, honró á todos los capitanes y soldados particulares, así con obras como de palabras; porque solo dan honra los que la poseen, y deshonra los que carecen de ella; porque no puede dar ninguno aquello que no tiene. Mandó poner á la urca de la presa un artificio en forma de carroza, que en virtud de sus cuatro ruedas andaba sobre el agua, caminando á todas las partes que la queria llevar, sin velas, ni remos, ni timon, que á todo esto ha llegado la sutileza de los ingenios, y todo esto puede la fuerza del oro. Retiráronse á sus puestos la mayor parte de las galeras, particularmente las del gran duque de la Toscana, quedándose en Mesina sola una escuadra de veinte y cinco galeras, en las cuales embarcándose su alteza, y dejando aquella ciudad en una confusa soledad, partimos la vuelta de Palermo á gozar de su cucaña. Detuvimos veinte y un dias en Melazo, por falta de buenostemporales. Hay en este puerto una iglesia de la advoca-

cion de San Fanfano, abogado de gomas y lapas, adonde cualquiera que llega á encomendarse á este bendito santo, padeciendo estas enfermedades, metiéndose en la arena de su marina y echando sobre ella una poca de agua del mar de aquel puerto, le salen en breve espacio milagrosamente infinitades de gusanos de sus llagas antiguas ó modernas, y queda bueno y sano de su pestifera enfermedad. Yo, que por andar bien aforrado de paño y vino de Pedro Jimenez, no necesité de este santo milagro, y cuando acaso necesitara, por no echar sobre mi cuerpo la cosa que mas aborrezco, que es el arrastrado y sucio elemento del agua, me quedara hecho otro Lázaro leproso. Si este divino santo convirtiera este milagro en el de la boda del Architríclino, y volviera aquel agua del puerto de San Fanfano en vino de San Martin, te aseguro que dejara de seguir las galeras, y que dejando el mundo, me retirara á este sagrado á hacer penitencia de mis pecados en el húmedo yermo de su bodega ó cantina.

Prosiguiendo el viaje de aquella fértil y abundante corte de Palermo, me sucedió una desgracia en mi aplaudido y celebrado fagon, con que dí con los huevos en la ceniza; y fué que yendo una mañana á querer poner la olla con una poca de carne que había quedado en mi rancho, por ser el último dia de navegacion, al tiempo que la metí en un balde, y alargué el brazo al mar desde la proa, para coger un poco de agua para lavarla, llegó una soberbia onda, fomentada de una mareta sorda, y cargó con la carne y lavadero, y me dejó mojado y descarnado. Yo, por no dejar á mi amo sin comer ni hallar por mis dineros con que encubrir el robo marítimo, arrimé al fagon la piñata, llena de tajadas de bacallao, pensando que en virtud del ajazo y pimenton supliera la falta del sucedido fracaso; y habiendo espiado una olla de un capitán, pienso que podrida, pues tan hedionda fué para mí, y visto que el guardian de ella se entretenia en la crujía en el juego de dados, le dí el gatazo, á su olla asalto. Pues yendo á mi rancho, y trayendo un pequeño caldero vacío, trasapé el bacallao á él, y la olla del capitán á la mía. Hecho esto trueque sin partes presentes, zampé el pescado del caldero en la olla capitana, y volviéndolas á tapar á las dos, volví el caldero á su lugar, y poniendo la mesa, y llamando á mi amo y sus camaradas, aparté la piñata, y híceles que comiesen temprano, por estar á cuatro millas de Palermo. Alabaron todos lo sazonado de la olla, confirmándome por el mejor cocinero de la armada. Levantóse nuestra tabla al tiempo que se puso la del capitán, y que el guardian y maestro de cocina, habiéndole hecho dejar el juego, venia muy cargado con su olla victoriana. Desembarazóse de ella, quitóle la cobertera, y al quererla escudillar, se quedó hecho una estatua de piedra, sin menear pié ni mano. El capitán, viendo su elevacion y que apenas pestañeaba, le preguntó la causa, pensando que le había dado algun accidente. El le respondió, viendo aquella trasformacion de Ovidio en su olla, que sin duda aquella galera se había vuelto palacio de Circe, pues á él lo habían

convertido en mármol frío, y la carne de aquella olla en bacallao. Viendo el capitán el suceso tan en su daño, echó á rodar la mesa de un puntapié, y con mucho enojo le dijo al cocinero soldado que si él no se hubiera puesto á jugar, ni nadie se hubiera atrevido á tales trasformaciones, ni él se quedara burlado y sin comer; que echase el pescado al mar, y que de allí adelante no se encargase de guisar su comida, que él buscaría quien acudiese con mas cuidado. Con esto le volvió las espaldas muy enfadado, y el pobre soldado con muy grande flema llevó á un banco la encantada olla, y dió lo que estaba dentro á los forzados de él, y teniendo su piñata vacía en la mano derecha, al quererse ir á llegar á su rancho, un esclavo á quien tocó parte en las tajadas de bacallao, quizá agradecido de la limosna que le habia hecho, le contó haber sido yo el autor de aquella maraña y el varon santo que convertia la carne en pescado, para mortificacion y continencia del capitán, y que él me habia visto hacer el milagro y la trasladacion de un sepulcro á otro. Yo, que estaba receloso de ser descubierto y andaba escondido para ver en qué paraba aquel alboroto, estaba cerca del bando contrario, bien ignorante de lo que en mi contra se trataba. El soldado, así que se satisfizo de la verdad, por volver por su reputacion, puso por obra la venganza. Y llegando á mí y alzando el vaso y olla muy airosamente, rompió los cascos de ella en los de mi cabeza, diciéndome: Señor soto-alférez, quien goza de las maduras, goce de las duras; y quien come la carne, roya los huesos. Yo caí sin ningun sentido sobre la crujía, adonde al ruido del golpe acudió mi amo y su capitán: informáronse del caso, y por ver que me bastaba por castigo el estar como estaba, pidió el capitán á mi amo que me despidiese luego que llegase á Palermo, porque quien hacia un cesto, haria ciento; el cual le prometió de hacerlo así. Fuéronse los dos á la popa, y yo, despertando del sueño de mi desmayo ó letargo de mi tamborilazo, me hice curar de un barberote media docena de burujones que me habian sobrevenido de achaque de olla podrida, y entrapajándome muy bien la cabeza, me fui poco á poco á mi rancho. Leyóme la sentencia mi amo, dándome, aunque sobre peine, por haberle sabido bien la olla, su poquita de reprension. Díjele que supuesto que me despedia, habiéndome sucedido aquella desgracia por acudir á su regalo, que me pagase lo que me debia, conforme al concierto que hizo conmigo en Mesina cuando me recibió. Preguntóme que si desvariaba con el dolor de la cabeza, porque él no habia concertado nada conmigo, ni de tal se acordaba, ni que á los abanderados se les daba otra cosa que de comer y beber y un vestido cada año. A estas razones le respondí algo enojado que él no me habia recibido para abanderado, sino para estar en la primera plana y para esguazar, y que no solo no me habia dado el sueldo de la primera plana, ni los provechos del esguazo, ni puéstome en el avanzamiento que me habia prometido; pero que en lugar de cargo tan honroso, que me habia obligado á ser lamedor de platos y

marmiton de cocina, por lo cual me habia venido á ver en el estado en que estaba. Mi amo, despues de haberse reido un gran rato, me dijo: Señor Estebanillo, vuesa merced ha vivido engañado. El ser abanderado es oficio de la primera plana, cuyo sueldo tira el alférez. Si el esguazar ha pensado que no es otra cosa que comer y beber, será el ollazo que le han dado sobre la cabeza. El tutiplen es que vuesa merced es en todo y por todo otro Lazarillo de Tórmes; mas porque no te quejes de mí ni digas que te he engañado, no siendo nada inocente, ves aquí dos reales de á ocho para ayuda de tu cura y para que esguaces en saltando en tierra y bebas un frasco de vino á mi salud. Yo los recibí, y le agradecí la merced que me hacia, y me fui previniendo para salir de aquel abreviado infierno, por estar ya cerca de tierra.

X Tenia la ciudad y corte insigne de Palermo hechos grandes apercebimientos para recibir á su alteza serenísima por dar muestras de su valor y grandeza y por significar el gusto que tenia de que la viniese á mandar y gobernar tan gran principe, y tan lleno de perfecciones y excelencias, y así al tiempo que llegó cerca de su playa colmó el mar de balas, el aire de fuegos, la esfera de humos, y la tierra de horrores. Desembarcóse de su real al son de bélicos instrumentos de guerra, y acompañado de la nobleza ilustre de aquel reino y aplaudido de los habitantes, entró en una de las mejores ciudades que tiene el orbe y en uno de los mas abundantes y fértiles reinos de cuantos encierra la Europa. Tomó pacífica posesion de su merecido gobierno, y yo inquieto amparo de una pobre hosteria, adonde en pocos dias quedé sano de la cabeza y enfermo de la bolsa. Mas como tras la tormenta suele venir la bonanza, así tras de una desgracia suele venir una dicha, que á haberla sabido conservar, harto feliz hubiera sido la que hallé á los ocho dias de mi desembarcacion; pues yéndome una tarde paseando por el cazaro de Palermo, admiracion del presente siglo y asombro de los cinceles, me llamó un gentilhombre que servia de secretario á la señora doña Juana de Austria, hija del que fué espanto del Otomano y prodigio del mar de Lepanto. Díjome que me habia encontrado tres ó cuatro veces en aquella calle, y que le habia parecido ser forastero, y estar desacomodado; que si era así, que él me recibiria de buena gana, y que me trataria como si fuera un hijo suyo en el regalo y en el traerme bien puesto. Pareciéndome el partido mas claro y menos sin trampa que el de esguazar, díjele que le serviria con mucho gusto, y dándole el nombre como al soldado que está de centinela, y negándole el tener padre ni ser medio romano, me vendí por gallego; y se echó muy bien de ver que lo era en la coz que le dí y en la que le quise dar. Fui siguiendo hasta su aposento; adonde, despues de haberme dado de merendar, me entregó la llave de un baul que tenia, depósito de sus vestidos y de una buena cantidad de dineros; que el hombre que llega á hacer confianza de quien no conoce, ó está jurado de santo, ó graduado de menguado. Y como mi

amo me puso el cabe de á palaleta , y yo tenia , tras de jugador , un poquito de goloso , fué fuerza el tirarlo , dándole toque y emboque al baul ; el cual quedó libre de no hacer dos de claro por ser las sangrías pequeñas y de no mucha consideracion , por no darme lugar á mayor atrevimiento mi poca edad y el buen tratamiento que me hacía mi amo. Estuve con él cerca de un mes , que certifico que no fué poco , para quien está enseñado , como yo lo estoy , á mudarlos cada semana , como camisa limpia. Llegó un dia de fiesta , aderezábale una conocida suya las vueltas y valonas , y aun pienso que le almidonaba las camisas , siendo yo el portador de llevarlas y traerlas. Madrugó á oír misa , por ser dia de correo , y vió que yo me habia descuidado en no traerlas un dia antes , como siempre acostumbraba á hacer ; dióme media docena de bofetadas , muy bien dadas , pero muy mal recibidas , diciéndome : Picaro gallego , ¿ es menester que ande yo siempre tras vos diciéndoos lo que habeis de hacer ? Como teneis habilidad para comer , ¿ por qué no la teneis para servir , teniendo cuenta , pues no sois de los que buscaba Heródes , de lo que yo necesito para hacerlo , sin que yo os lo mande ? Y diciéndo esto , se salió de casa , y yo me quedé con mis bofetadas hasta ciento y un año.

Volvió mi amo al cabo de un rato muy alborotado , diciéndome que recogiera toda su ropa blanca y que me apercibiera , porque á otro dia nos habiamos de embarcar para Roma , porque iba acompañando al príncipe de Votera , yerno de su ama , que iba á aquella corte á ver el condestable Colona , su padre. Yo salí fuera á hacer lo que me mandaba , con doblado disgusto del que habia tenido , por no atreverme á volver á Roma y perder tan buen amo , aunque estaba algo en mi desgracia por el desayuno de las bofetadas. Encontré en la calle á un jornalero matante , que por haber gastado con él algunas tripas del baul , se habia hecho amigo , y lo era de taza de vino y de los que ahora se usan. Contéle todo mi suceso , y pedíle que me aconsejase en aquello que me estaba bien. Y despues de haber reportado el bigote y arqueado las cejas , acriminó mucho lo que mi amo habia hecho conmigo , diciéndome que no me tenia por mancebo honrado ni por hijo de hombre de bien , si no me vengaba. Y persuadiéndome que no fuese á Roma ni tratara de darle mas disgustos á mi padre , se resolvió en que me fuese con él á Mesina , y desde allí á Nápoles , y que para el viaje cargara con todo cuanto pudiera , que él me lo guardaria en su posada , y á mí me tendria oculto en ella hasta que se embarcase mi amo y los dos nos pusiésemos en camino. Pudo tanto conmigo la persuasion de este interesado verdugo , que me obligó á hacer una vileza que jamás habia pensado ni pasado por mi imaginacion ; que tales amigos siempre incitan á cosas como aquestas , y una mala compañía es bastante á que el hombre mas prudente y de mejor ingenio tropiece en una afrenta y caiga en un peligro. Llevé toda la ropa que estaba fuera de casa , entreguéla á mi amo , y ambos estuvimos ocupados toda aquella tarde en apres-

tar lo necesario para el viaje. Llegó el dia de la embarcacion , y como mi natural , aunque era picaril , no se inclinaba á hurtos de importancia , sino á cosas rateras , no determinaba , temiendo no me cogiesen en la trampa y me diesen un jubon sin costura. Quiso mi desgracia que estando ya resuelto de no hacer cosa por donde desmereciera y de ir acompañando á mi amo , entró en el aposento el Aquitofél consejero de mi estado y amigo de mi dinero. Díjome que cómo estaba con tanta flemma , habiendo de partir las galeras á prima rendida y estando mi amo en la marina con el Príncipe , y el aposento solo , y la noche oscura. Yo , viéndome en tan fuerte tentacion y acordándome de lo que le habia prometido , le dije que todo lo que habia de sacar lo habia metido en aquel baul , y que por pesar mucho no habia podido cargar con él ni habia hallado quien lo quisiese llevar. El me respondió : No le dé cuidado eso , que aquí estoy yo que me llevaré sobre mis hombros , no solamente el baul , pero el arca de Noe ; y arrinarse á él y echárselo á cuestras y salir del aposento , todo fué uno. Viéndole cargar con los Penates de Troya , sin ser piadoso Eneas , sino un astuto Sinon , tomé mi ferreruelo , cerré tras mí , y fuílo siguiendo. Fué tan grande la ventura de mi amo , que al tiempo que iba á salir el baul por la puerta de la calle llegó al umbral de ella á querer entrar , y viendo que lo mudaban sin su gusto , me dijo : ¿ Adónde vas con ese baul á estas horas ? Yo , con mas desmayo de muerto que aliento de vivo , le respondí que á embarcarlo en la galera , adonde habiamos de ir. Replicóme : ¿ Y sabeis vos en qué galera me embarco yo ? Respondíle : Señor , quien lengua ha á Roma va ; demás que me habian dicho que vuesa merced estaba en la playa con su excelencia , y me mandaria adónde lo habia de llevar. Díjole á mi fingido palinquin que volviera el baul á su lugar ; hizolo así , y no viendo la hora de ponerse en salvo por no ser conocido , se puso con brevedad en la calle. Díjome mi amo con rostro airado , ceñudo de ojos y amostazado de narices : ¿ Quién os manda á vos sacar mi hacienda de mi casa sin tener licencia mia ? Díjele : ¿ Tan flaco es vuesa merced de memoria que ya se le ha olvidado la pendencia sobre las valonas y el haberme dicho que no habia de andar tras de mí diciéndome lo que habia de hacer , sino que cuidase yo de lo que vuesa merced necesitaba , sin aguardar á que me lo mandase ? Pues siendo esto así , y viendo que en este cofre tiene todos sus vestidos y dineros y que necesita de ellos para este viaje , no pienso que ha sido error hacer lo que vuesa merced me manda. Pidióme la llave ; díselo , abriólo y reconociólo por todas partes , y volviéndolo á cerrar , me dijo : Señor Estebanillo Gonzalez , vuesa merced se vaya con Dios de mi casa ; que no quiero en ella criados tan bien mandados , ni sirvientes tan puntuales , y que unas veces pequen de carta de mas , y otras de carta de menos ; y agradezca que estoy de partida , que á no estarlo , yo le hiciera cantar sin solfa ; y aun puede ser que lo haga , que no estoy muy fuera de ello , si no se me quita de delante. Yo ,

temiendo que por haber intentado cazar ganguas, no me enviase á cazar grillos, me salí del aposento, temblando de miedo, sin amo, sin dinero y sin haber cenado, porque lo poco que había acaudalado en ser cajero de aquella tesorería lo había gastado con mi valiente de mentira.

Viéndome que ya era irremediable lo hecho y que había sido ventura haber hallado tan buena salida, habiéndome cogido las manos en la masa, me fuí á la posada de mi amigo, al cual hallé con una cara de deudor ejecutado. Contéle el despedimiento del cuerpo y el alma; y despues de mas de media hora de paseo dando mas bufidos que un toro y echando mas tacos que un artillero, vino á parar toda la tormenta en mandarme azainadamente que pidiese de cenar á la patrona. Yo le dije: En cuanto á pedirlo, yo lo haria con todas veras; pero que en cuanto á la paga, había salido de casa de mi amo como niño de doctrina, abofeteado y sin blanca. El me respondió: Pues cuerpo de tal con él, ya que no tuvo ánimo de cargar con un talego, ha de dejar por la cena empeñado el ferreruero, que no me he yo de acostar haciendo cruces por sus ojos bellidos, habiendo hecho por él lo que yo he hecho, arriesgándose, como me he arriesgado, no debiéndole ninguna amistad ni teniéndole obligacion ninguna, que si me ha dado algunos reales, mas he hecho yo en pedirselos que él en dárme los. Y yo sé que si me conociera, que me ayunara, y que ya hubiera hecho cubrir, no solamente una tabla, sino mas tablones que hubo en el templo de Salomon; que presumo que debe de ignorar que por mí se hizo la jácara de Zampuzado en un banasto. Fué tanta la risa que me dió el ver su modo de hablar y su crudeza, que le obligué á que pensase que hacia burla de él; por lo cual, dejando caer el ferreruero y habiéndome hecho conde de Puñoenrostro, arrancó la tizona, quizá por haberle yo negado la colada; pero como no he sido nada lerdo ni perezoso en tales apreturas, tomé tierra del rey, y con presteza á la calle, y entrándome en casa del cardenal Doria, arzobispo de Palermo, mi bravo se quedó plantado de firme á firme, tirando ángulos corvos y obtusos á la puerta de la posada.

Hallé á la entrada de la del palacio al cocinero mayor ó de servilleta ó manteles de su eminencia, que se llamaba maestre Diego, y viéndome entrar tan presuroso y alborotado, me preguntó que qué era lo que traía. Yo respondí que un puñetazo junto al ojo y cien libras de miedo, porque me habían cogido entre dos para quitarme el ferreruero, y que me había dado tan buena maña, que me había librado de ellos, los cuales me habían venido siguiendo hasta haberme valido de aquel sagrado.

Quiso ser curioso y saber de dónde era, y cómo me llamaba, y si tenia padre ó amo, ó si era venturero. Satisficiele á sus preguntas, y recibíome por su pícaro de cocina, que es punto menos que mochillero, y punto mas que mandil. No me descontentó el cargo que me había dado, porque sabia, por experiencia de la embarcacion, que es oficio graso, y ya que no honroso, pro-

vechoso. Regulábase mi amo á costa ajena, que es gran cosa comer de mogollon y raspar á lo morlaco. Tenian cada dia pendencias él y el veedor, y á la noche sucedia con ambos aquello de en la caballeriza yo y el potro nos pedimos perdon el uno al otro. Yo llevaba, al tiempo que el reloj echa todo su resto, la comida de raspatoria á casa de mi amo, y á las tres de la tarde las sobras, resultas y remanentes y percances, con ayuda del jifero, al baratillo de la ropa vieja y usada; y lo restante del dia me ocupaba en hacer burro de noria á un volteador asador, donde estaba cuatro horas como caballo del acerado, boca abajo y sin comer. Hacia de dia entierros de leños y carbones, y á la noche sacaba los tales muertos á que fuesen refrigerio de vivos. Hiciéronme al cabo de cinco semanas, en premio de mis servicios, barrendero menor de la escalera abajo, que de esta suerte avanza quien sabe tan bien servir, y con tanta satisfaccion de sus oficiales. Salí al nuevo oficio descalzo, desnudo y tiznado, con tener de mi parte los cardenales, de que era el uno á quien servia, y el otro el que me hizo el rebosado valiente, y ayunaba al traspaso.

Quiso mi favorable estrella que los criados de casa estudiaron la comedia de los Benavides, para hacerla á los años de su eminencia, y á mí por ser muchacho, ó quizá por saber que era chozo del conde Fernan Gonzalez, me dieron el papel del niño rey de Leon. Estudiéle, haciéndole al que se hizo autor de ella que me diese cada dia media libra de pasas y un par de naranjas, para hacer colacion ligera con las unas, y esfregarme la frente al cuarto del alba con las cáscaras de las otras; porque de otra manera no saldria con mi estudio, aunque no era mas de media columna, por ser flaco de memoria; y esto que había visto hacer á Cintor y á Arias, cuando estaban en la compañía de Amarilis. Creyólo tan de veras, que me hizo andar de allí adelante, mientras duraron los ensayos, todos los dias, y estudiando todas las noches, mascando pasas y todas las mañanas atragantando cascos de naranjas y haciendo fregaciones de frente. Llegó el dia de la representacion; hízose un suntuoso teatro en una de las mayores salas del palacio; pusieron á la parte del vestuario una selva de ramos, adonde yo había de fingir estar durmiendo cuando llegasen los moros á cautivarme. Convidó el Cardenal mi señor á muchos príncipes y damas de aquella corte; pusieronse mis representantes de aldea muchas galas de fiesta de Corpus, adornáronse de muchas plumas, y en efecto el palacio era un florido abril. Pusiéronme un vestido de paño fino con muchos pasamanos y botones de plata y con muy costosos cabos; que fué lo mismo que ponerme alas para que volase y me fuese. Yo, aprovechándome del comun vocablo del juego del ajedrez, por no volverme á ver en paños menores, le dije á mi sayo: jaque de aquí. Empezóse nuestra comedia á las tres de la tarde, teniendo por auditorio todo lo purpúreo y brillante de aquella ciudad. Andaba tan alerta el autor sin título, por haber él alquilado mi vestido y héchose cargo de él, que no me perdía de vista. Llegó el paso en que yo salía á caza, y fatigado

del sueño me había de recostar en aquella arboleda; y después de haber representado algunos versos y apartándose de mí los que me habían salido acompañando, me entré á reposar en aquel acopado y florido dosel, adónde no se pudo decir por mí que me dormí con la purga, pues aun no había entrado en él, cuando siguiendo una carrera que hacia la enramada, me dejé descolgar del tablado, y por debajo de él llegué á la puerta de la sala, y diciendo á los que la tenían ocupada hagan plaza, que voy á mudar de vestido, me dejaron todos pasar, y menudeando escalones y allanando calles, llegué á la lengua del agua, y desde ella á la sombra de la mar. Informáronme otra vez que di la vuelta á esta corte que salieron en esta ocasión al tablado media docena de moros bautizados, hartos de lonjas de tocino y de frascos de vino; y llegando á la arboleda á hacer su presa, por pensar que yo estaba allí, dijo el uno de ellos en alta voz: ¡Ah niño, rey de los cristianos! A lo cual había yo de responder, pensando que eran criados míos: ¿Es hora de caminar? Y como ya iba caminando mas de lo que requería el paso, no por el temor del cautiverio, sino por miedo del despojo del vestido, ni al podía hacer mi papel ni acudir á responder á los moros estando una milla de allí, concertándome con los cristianos, aunque no lo hice muy mal, pues salí con lo que intenté. Viendo el apuntador que no respondía, soplabá por detrás á grande priesa, pensando que se me habían olvidado los piés; y á buen seguro que no se me habían quedado en la posada, pues con ellos hice peñas y Juan danzante. Viendo los moros tanta tardanza, pensando que el sueño que había de ser fingido lo había hecho verdadero, entraron en la enramada, y ni hallaron rey ni roque. Quedaron todos suspensos, paró la comedia, empezaron unos á darme voces, y otros á enviarme á buscar, quedando el guardian de mi persona y vestido medio desesperado, y ofrécien-do misas á san Antonio de Padua y á las ánimas del purgatorio. Contáronle mi fuga al Cardenal, el cual respondió que había hecho muy bien en haberme huido de enemigos de la fe, y no haberles dado lugar á que me hiciesen prisionero; que sin duda me había vuelto á Leon, pues era mi corte, y que desde allí mandaría restituir el vestido; y que en el interin él pagaría el valor de él, y que así no tratasen de seguirme, porque no quería dar disgusto á una persona real, y mas en días de sus años. Mandó que le leyesen mi papel y que acabasen la comedia; lo cual se hizo con mucho gusto de todos los oyentes, y alegre el autor de ella por tener tan buen fiador.

CAPITULO III.

Adonde se declara el viaje que hizo á Roma; lo que le sucedió en ella, estando por aprendiz de cirujano. Cómo se volvió á huir tercera vez; entró á servir de platicante y enfermero en el hospital de Santiago de Nápoles, y cómo se salió de él por pasar á Lombardía con puesto de abanderado.

Aquella tarde iba tan en pópa mi fortuna, que todo me sucedía á medida del deseo, pues así que llegué á la marina, oí dar voces á un marinero, diciendo: *A Na-*

poli, a Napoli. Preguntéle que cuándo se había de partir. Respondióme que ya estaba la faluca echada á la mar, y que solo aguardaba al patron, que había entrado en la ciudad á sacar licencia para ello. Estando en esta plática, llegó el dicho patron, con quien me concerté con brevedad, en virtud de una lucha que había hecho de lo mas alzado de la cocina, que sería de hasta cuarenta reales; y embarcándome con él en una barquilla, volviendo por instantes la cabeza atrás, llegamos á la faluca y echamos todo el trapo, y al cabo de seis días me hallé en Nápoles. Me fui aquella noche fuera de la puerta Capuana, y al amanecer tomé el camino de Roma, donde sin acaecerme de qué poder hacer mencion, llegué una mañana á una puerta de sus antiguos muros, y habiendo entrado en ella y considerando en el traje honrado que llevaba y la afabilidad de mi padre, me fui derecho á su casa, adonde fui muy bien recibido, haciendo muy al vivo el paso y ceremonias del hijo pródigo. Preguntóme mi padre que dónde había asistido el tiempo que había faltado de sus ojos. Hícele creer que había estado en Liorna sirviendo de paje á don Pedro de Médicis, gobernador de aquella plaza, y que me había venido con su gusto, por solo verle á él y á mis hermanas y por tirarme el amor de la patria. Hizo que me regalasen, y no poniendo en olvido mi buenas costumbres y habilidades, me dijo que se holgaba mucho de mi venida, pero que aquella misma tarde me había de buscar quien me enseñase oficio, aunque le costara cualquier cantidad, porque no quería que durmiese en su casa ni que estuviese en el contorno de ella; y que pues había tenido tan buenos principios en el de barbero y sabía levantar tan bien un bigote, que quería que prosiguiese con él; y que mirase que no fuera tan solícito en cobrar libranzas é irme con ellas, como había hecho con su amigo Bernardo Vadía; que ya aquella estaba pagada, pero que si proseguía en mis travesuras, que no lo tuviese por mi padre, sino por mi enemigo capital. Comí al galope, por temer que me pudiese en la calle antes de acabar, y con el bocado en la boca, por no faltar á su palabra, como al fin hijodalgo, me llevó á la barbería de un maestro catalán, que se llamaba Jusepe Casanova. Habló con él, y hallólo muy duro y muy léjos de recibirme, por estar informado de mi mala opinion y poca estabilidad. Salíó mi padre por fiador de cualquiera desacierto que yo hiciese en el tiempo que estuviese en su casa, y le prometió pagar cien ducados si dentro de un año le hiciese falta de ella; pero que si asistiese y cumpliese el plazo, que él me había de dar á mí veinte para que hiciese un vestido. El maestro, contentándole el partido, y que tenía por cosa segura el irme yo y el cobrar él tan buena cantidad, vino en las condiciones, y haciendo de ellas escritura por ante notario, yo quedé á ser aprendiz, y mi padre se arrepintió del contrato al cabo de tres meses, que fué el tiempo que estuve en aquella tienda, ignorando mas cada dia que aprendiendo.

Tratóme este maestro con mas respeto que el primero, pues el otro me enseñaba á lavar pañales, y este á

echar barbas en remojo. Servíale cuando salía fuera á dejar lampiños, y á algunos señores, de paje de bacía y de mozo de estuche, y en la tienda, de calentar el agua y de atizar la fogata. Hacíame que asistiese todo el día en ella y que tuviese cuenta en aprender á rapar zaleas y alzar criminales, ocupando los ratos perdidos en leer unos libros que tenía de cirugía. Y por no darme á conocer, aunque ya era bien conocido de mi amo, acudía á todo con mucha puntualidad, y mas los primeros días, porque se dijese por mí aquello de cédacito nuevo. Pareciendo al cabo de algunos días á mi amo que ya sabía algo del oficio, por lo atento que me veía estar siempre á los tormentos de agua y fuego, me mandó quitar el cabello y barba á un pobre, que había llegado á pedirle una rapadura de limosna; que en las cabezas y rostros de los tales siempre se enseñan los aprendices, porque llueva sobre la poca ropa. Hícele sentar sobre una silla vieja reservada, y de respeto, para gente de poco pelo. Púsele por toalla un cernedero de colar lejía, y sacando de un cajón de los principiantes unas tijeras, poco menos que de tundidor, y un peine, desperdicio de algún rocío rodado, me acerqué á mi paciente, y diciendo en nombre de Dios, por ser el primer sacrificio que hacía, empecé á tirar tijeretadas á diestro y siniestro; mas viendo la poca igualdad que llevaba y que estaba el cabello lleno de escalones y con mas altas y bajas que a'ojamiento de capitán, traté de esquillarlo como á borrego y rapaterron. El me pedía que fuese sobre peine, y yo lo hacía sobre casco. En efecto, yo le empecé á trasquilar como á pobre, y despues lo esquillé como á carnero, y lo atusé como á perro lanudo. Tentóse el cuitado la cabeza, y hallando su lana convertida en calabaza, desierta la mollera y calva toda la cholla, me dijo: Señor mancebo, ¿quién le ha dicho á vuesa merced que tengo gana de ser buena boyá para raparme de esta manera? Respondíle que aquello era nueva moda venida de Polonia y Croacia, con la cual gozaría de mas limpieza, y se saldrian mas bien los malos humores de la cabeza; y que si acaso era amigo de traer cabellos largos, le volverían á crecer á palmós, por habérselos quitado á raíz y en creciente de luna; y encajándole otra media luna de la márgen de una bacía vieja, llena de agua fria, en el empañado pescuezo, que le pudiera servir de argolla, ya que lo tenía á la vergüenza, despues de haber empañado las bedijas, encajado la barba y héchole mil mamonas, le enjaboné los carrillos tan aprieta y tan apretadamente, que en poco espacio pudiera ser por la abundancia de espuma, ó madre de Vénus, ó mula de doctor. Sobajéle las barbas, ajéle los bigotes, rasquéle las mejillas, lavéle los labios, y despolvoréle las narices; y mi dos veces pobre, agarrado á su bacía el hocico, cerraba y hacíame mas gestos que una mona. Quitéle la bacía, sacudíle los dedos, y limpiándole mas de dos libras de natas ó requesones frescos, lo volví de blanco alemán en tostado africano. Tomé un hocico ó navaja, y empecé, no á cortar, sino á desgajar lana de aquel soto de barba, cuya espesura pudiera ser habitacion de silvestres animales. Llevaba

hacia abajo los cueros, y no los pellejos; y como yo no tenía el dolor, apretaba mas la mano, por dar fin á la obra y acreditarle en breve con mi amo, que desde el principio de este prodigio le habían venido á llamar para hacer una sangría, y estaba ausente de la tienda. Era tan mal inclinada la navaja, que cortaba la carne y no la barba. Yo, viendo que mi párroquiano tenía todo el rostro como zapato de gotoso, y que estaba teñido en la sangrientalidad, volvíle á dar otra agua, porque no se despeñase el rojo licor y se descubriese el defecto del no viejo y lo borazo de las armas; limpiélo muy bien, y por ver que proseguían las corrientes, entré en mi aposento, y saqué un gran puñado de telarañas, y muy al descuido fuí tapando las pequeñas grietas hechas en aquel rostro de peñasco y las que cada instante le iba haciendo. El, no pudiendo soportar el dolor, me dijo: Mancebito, mancebito, ¿raspa, ó degüella? Respondíle: Señor mío, lo uno y lo otro hago, porque la barba de usted es mas dura que una roca, y es menester pasar cochura por hermosura. Yo estaba temblando de que viniese mi amo y le viese la horrenda figura que tenía, pues su rostro mas era tapicería de arañas que cara de cristiano, porque eran tantos los lunares que le había puesto, que á habérselos visto á la luna de un espejo quedara lunático ó frenético. Yo, viendo que mis principios mas eran de carnícero que de Barbero, saqué del estuche de mi maestro una de sus mejores y mas cortantes navajas, con la cual empecé á bizarrear y hacer riza en aquella barba boba, que harto lo era el dueño, pues pasaba tantos martirios á pié quedo, sin estar en tierra del Japon. Quiso la mala suerte, que siempre huyendo de los ricos da en seguir á los pobres, que al tiempo que lo iba enjordanando y quitándole veinte años de edad, tropezó la navaja en uno de los remiendos ó tacones que le había puesto, y embarazándose en la tela de araña, no quiso pasar adelante, por lo cual me obligó á apretar la no ligera mano; y dando un grito el doliente, quísose levantar, por lo cual fué fuerza y mandamiento de apremio cruzarle no mas de la mitad de la cara, que la otra mitad la tenía él cortada, y presumo que no por bueno; y así por verlo pobre, le hice amistad de emparejarle la sangre. Mas viéndole en pié y con un sepan cuantos, como mazo de golpe, y que por el rastro que dejaba podía caminar Montesinos, salíme á la calle, metíme en el palacio del sobrino Barberino, diciendo entre mí: Ahora que estoy libre ande el pleito.

Llegó mi amo á esta ocasion, halló al pobre dando sollozos, la casa llena de vecinos, y la puerta de mequetrefes. Dijéronle la causa del rumor y lo mal parado que estaba el herido; y él, apartando la gente, se llegó al caballero cruzado, y viéndole la cara tan llena de pegatostes que parecia niño con viruelas, perdió el enojo, y rebozándose con la capa, no se atrevia á acudir al remedio, por no descubrir el chorro de la risa, la cual se le aumentó mucho mas cuando vió que al ruido había acudido la mujer de aquel sin ventura, que era vecina nuestra, y que dándole el pésame las demás, decia que

sín duda se burlaban, porque aquel hombre no era su esposo, ni ella habia estado tan dejada de la mano del Señor que habia de haber escogido tal monstruo por marido. Dió mi amo fin á sus gorgoritas de alegría, y desembarazándose del ferreruero, le zurció el gemo de abertura; y por no ser hombre que repara en puntos, le dió docena y media de ellos. Echó toda la gente fuera, y quedándose solo con el herido y con su mujer, que ya lo habia conocido por señas que le habia dado y por el metal de la voz, envió á llamar á mi padre, el cual, imaginando que lo llamaban para remediar alguna travesura mia, de que no se engañaba, acudió al momento, y viendo aquel espectáculo horrible, con ser hombre muy severo, no dejó de sonreirse en poco. Trataron los dos de quitar y contentar aquella figura de león de piedra que tenian delante, porque no se querellase y diese queja á la justicia; y saliendo mi maestro á curarlo y darlo sano, y ofreciéndole mi padre diez escudos, quedó muy contento y se retiró á su casa. Supo mi maestro adónde yo estaba, y trayéndome á la suya, despues de haberme reunido muy bien, me dió por castigo, como al fin mi juez competente, suspension de oficio en el desbarbar, por tiempo de un mes, en cuyo término estudiaba algunas veces en los libros de cirugía, teniendo de los correspondientes de la tienda algunos provechos de limpiarles los sombreros, para lo cual habia comprado una escobilla á mi costa, y quitarles los pelos de las capas, echándoselos yo muchas veces encubiertamente, para obligarles á ofrecer.

Acució traer á la tienda, antes que se acabara el mes de la suspension, un muchacho, hijo de un mercader, para que le cortaran un poco del cabello y que le emparejasen las guedejas. Dijele á mi amo que pues no estaba aquel arte en la suspension de oficio, que decretara en darme licencia y facultad. Vino en ello, y quiso hallarse presente, temeroso de lo pasado. Y para poder adestrarme, empecé con lindo aire á correr la tijera por encima de la dentadura de un terso y bien labrado marfil y á echar en tierra escarchados hilos de oro, acabando con tal presteza y velocidad, que mi amo me dió el parabien de ser tan buen oficial, y apenas se apartó de mí satisfecho de que ya no erraría en nada, cuando metiendo todo el cuerpo de las tijeras en una guedeja del tierno infante para despuntársela, no acordándome que tenia orejas y pensando que todo el distrito que cogian las dos lenguas aceradas era madeja de Absalon, apreté los dedos, y dejélo hecho un Malco, un ladrón principiante y una barona posta. Dió el muchacho una voz que atronó la tienda, y tras de mil ayes un millon de gritos; corrió la cortina del cabello, y viendo la oreja medio cortada dije: Cuerpo de tal, ¿aquí estais vos, y no hablais? Preguntóme el maestro que qué era lo que habia hecho. Yo le respondí que no era nada, que aquel rapaz se quejaba de vicio; que me dijera en qué parte tenia la cola con que pegaba la guitarra, para pegarle con ella media oreja que le habia echado en tierra. Mi amo, oyendo esto y viendo la sangre que le corria, llegóse á él, y considerando una tan gran lástima, cerró

conmigo y dióme poco mas de cien bofetadas, y poco menos de cincuenta coces. Y pienso que el no aumentar el número fué por dolerle los piés y haberse lastimado las manos. Curóle la oreja, y empapelando el retazo de ella, lo llevó de la mano á casa de su padre, al cual se satisfizo diciéndole que aquello habia sido una desgracia, sin que se hiciese á mal hacer, y que ya me habia castigado por ello tan bien, que me dejaba medio muerto. El mercadante, viendo que ya aquello no tenia remedio y que era falta que se encubria con el cabello, y que el castigo que él merecia lo habia venido á pagar su hijo, despidió á mi amo con mucho agrado, y á mí me concedió perdon.

Quedó tan escarmentado mi maestro de ver en mí tan malos principios, que temiendo que fuesen peores los fines, jamás me quiso ocupar en dejarme afeitár á ninguna persona de importancia; solo me empleaba en los de grátis y en los peregrinos pobres, los cuales llegaron á ser pocos y á disminuirse, porque el que una vez se ponía en mis manos no volvía otra, aunque anduviese como ermitaño del yermo. Y con todos estos defectos me tenia yo por uno de los mejores cirujanos que habia en Roma y por el mejor barbero de Italia, y fué tanta mi presuncion y desvanecimiento, que me persuadí á que yo solo con lo que sabia podría sustentar mi persona y traerla muy lucida y aun servida de criados. Y por verme fuera de dominio y enfadado del poco caso que se hacia de mí, cogiéndole á mi amo las mejores navajas y tijeras y una bacia y los demás aderezos de pelar lechones racionales, me salí tercera vez de Roma, á la vuelta de Nápoles, en cuyo camino y posadas de él pasé plaza de barbero apostólico, examinado en la corte romana. En efecto, trasquilando postillones y rapando percacheros, di fin á mi viaje. Llegué á aquella corte, que por ser primer Chipre y segundo Samos, le dan por renombre la Bella. Fuíme derecho á Santiago de los españoles, que estando á título de hospital, es un auxilio y amparo de los de esta nacion y un edificio suntuoso. Hablé con el doctor de él acerca de acomodarme, el cual se llamaba Cañizares, de quien fui remitido á Juan Pedro Folla, que entonces ejercia el oficio de cirujano mayor. Dí á entender ser barbero y cirujano examinado, y no de los peores en aquel arte, el cual me recibió para ser enfermero y uno de sus ayudantes.

Empecé á hacer las guardias á los dolientes, conforme me tocaban, tanto de día como de noche, acudiendo á darles lo que les ordenaba el doctor y lo demás que necesitaban. Ofrecióse una sangría el mismo día que entré en la dignidad, y el cirujano, por hacer prueba de mí, me la encomendó. Yo, llegando á la cama del enfermo, le arremangué el brazo derecho, y estregándoselo suavemente, le di garrote con un listón de un zapato que habia pescado á una moza de un ventorrillo en el discurso del camino. Saqué la lanceta, y por haber leído cuando andaba trahojando los libros de mi postrer amo que para ser buena la sangría era necesario romper bien la vena, adestrado de ciencia y no de experien-

cia, la rompí tan bien, que mas pareció la herida lanzada de moro izquierdo que lancetada de barbero derecho. Al fin salí tan bien de ella, que solamente quedó el doliente manco de aquel brazo y sano del izquierdo, por no haber llegado á él la punta de mi acero, de que Dios libre á todo fiel cristiano. Quejóse á Juan Pedro Folla, el cual habiendo reconocido la sangría y visto que dejaba el brazo estropeado, me dijo que si me habia examinado de albéitar ó de barbero. Respondíle que del cansancio del camino traía alterado el pulso, y que esto habia sido la causa de no dar satisfaccion de mi persona, pero que á la segunda habria enmienda; porque, como decia el doctor Juan Perez de Montalvan en su libro cómico: De dos la una, no se yerra en el mundo cosa alguna. Mas perdóneme su cadáver, que él tambien se erró en escribir esto; porque á la deciochena sangría hice lo mismo, sin haber acertado ninguna en las demás.

Habia entrado un soldado de los adocenados de bravo y rumbo á curarse de unas tercianas; y porque le asistiese con cuidado en su enfermedad, me habia dado un real de á cuatro, y quiso su pecado que me tocó estar de guardia el dia de su purga. Viéndose fatigado de sed, imploró mi auxilio, confiado en el plateado unto. Yo, haciendo desvíos de sabio doctor, y ademanes de ministro roto, me cerré de campiña á su demanda, y él, representando conmigo el auto de Lázaro y del Rico avariento y sacando la lengua como jugador de rentoy y seña de malilla, me tenia fatigadas las orejas; mas viéndome inmóvil á sus voces y endurecido á sus quejas, haciendo duelo lo que era piedad, y pareciéndole des crédito de su persona no darle lo que pedia, habiéndome cohechado para que le asistiese y sirviese, me dijo: Señor estornudo de barbero y remendon de cirujano, trate por su vida mitigar mised; porque si no, yo le prometo que demás de que no me lo irá á penar al otro mundo, dé cuenta al mayordomo de este hospital de los sobornos que recibe á los que entran á curarse con él. Yo le respondí que se reportara, que por mirar por su salud me habia excusado, pero que yo le cumpliria de justicia. Bajé abajo, y subiéndole encubiertamente un jarro con cuatro potes de agua fria, y metiéndoselo debajo de la cama, le dije: En acabándose ese recado, vuesa merced avise, que será servido en todo y por todo. Tomó al proviso el cajilon, y alzando á menudo los codos, á pocas idas y venidas le dió fondo, y descubrió el suelo, mirando hácia la parte donde yo me estaba paseando y diciendo: Dios te consuele, pues me has consolado el alma; por cuya consolacion dentro de media hora pasó la suya de este mundo al otro. Vive Dios que reviento por desbuchar aquí los males que causa untar como brujas; pero allá se lo haya Marta con sus pollos. Escondí el malhecho; dije que habia muerto de repente, pero con todos sus sacramentos; diéronle sepultura.

Tenia por flor que todas las veces que me tocaba repartir los consumados, que ordinariamente se dan á las doce de la noche, de tal modo me alegraba, siendo

pecador, que de veinte que me entregaban, los multiplicaba en treinta, y con una santa caridad y amor á los prójimos cobraba contribucion de los diez. Sucedióme una noche que estaba de guardia visitar á menudo á un estudiante, por verlo que estaba muy fatigado y lleno de bascas; y como mis ojos eran lince, y mis manos barrederas, al tiempo de alzarle la cabeza para que arrimase el cuerpo á ella, por ver si de aquella suerte podia mitigar una tos que le ahogaba, columbré una bolsa que tenia debajo de la almohada, con doce doblas por piedra fundamental, y cincuenta reales de á ocho por chapitel. Reconocí que estaba alerta á la buena guardia, y así dilaté el lance para mejor ocasion; y porque no se sospechase en mí, despues de cumplida mi pretension, me puse á lo largo como compañía de arcabuceros; y por sobrevenirle unos desmayos mortales, me dieron muchas voces los enfermos que estaban mas cercaños á su cama, diciéndome que acudiera presto á ayudar á bien morir á aquel licenciado y á traerle un confesor. Yo, viendo que se llegaba la hora en que él diese cuenta á Dios, y yo tomase cuenta á su bolsa, envié con un compañero mio á que le trajese el capellan mayor, y yo haciendo del hipócrita desalado, mas por el dinero que por el medio difunto, me eché de bruces sobre la cabecera, y diciendo: Jesus, María, *in manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, le iba metiendo la mano debajo de la cabecera; y al instante que agarré con la breve mina de tan preciosos metales, la fui conduciendo á mi faltriquera, volviendo á repetir: Jesus, Jesus, Dios vaya contigo. Pensaban los circunstantes que el Dios vaya contigo lo decia al enfermo, siendo muy al contrario, porque yo lo decia á la bolsa, por el peligro que corría desde la cabecera hasta llegar á ser sepultada en mis calzones. Llegó el confesor, y ballándome muy ronco y fatigado de ayudarle á bien morir, me tuvo de allí adelante en buen concepto, y agradeciome la caridad. Sentóse sobre la cama del enfermo á oírle de penitencia, porque aun tenia su alma en su cuerpo, y sus sentidos muy cabales; porque yo solamente era el que apresuraba su vida, por dar fin y muerte á su dinero. Fué Dios servido que estando en la mitad de la confesion, le dió un parasismo tan terrible, que á un mismo tiempo lo privó de sentido y de vida. Yo acudí con toda voluntad al difunto cadáver, mientras que lo mudaron de la cama de madera á la cuna de tierra, y despues le hice decir un par de misas; y por ser cuando di la limosna para ellas despues de haber almorzado y cargado de delantero, mandé que fuesen de salud, que estas obligaciones me corrian, por haber quedado su legítimo heredero, sin cláusula de testamento. Abrí aquella mañana la bolsa, y habiendo registrado las tripas de ella, la metí en el lado del corazon, y di por bien empleadas las voces y la mala noche.

Viéndome pues con tanto dinero y en vida tan estrecha, que apenas tenia hora de sosiego ni lugar de echar y derribar con gente de toda broza, pretendí comodidad con mas ensanchas; y andando con este presupues-

to, me salió una tarde á descenudar al muelle de aquella ciudad. Estando despacio contemplando tan lindo sitio, pasó á este tiempo por junto á mí mi amo el alferez don Felipe Navarro de Piamonte, á quien serví en la embarcacion de levante. Conoció al punto, y lleguéle á hablar y á ofrecirme de nuevo á su servicio, y á contarle en lo que me ocupaba en aquella corte. Holgóse mucho de verme, y díjome cómo era alferez de la compañía del maestro de campo don Melchor de Bracamonte, y que estaba de partida para Lombardía, para cuyo efecto se había hecho aquel tercio; que si quería volver á ser su segundo alferez, y esguazar como de primero, que me llevaria de buena gana. Yo, por ver á Milan y por salir de la clausura en que estaba, y no ser ayala de muertos y centinela de enfermos, y pareciéndome mucho mejor el son de las cajas que el de las flautas ó jeringas, dejé el oficio de arrendajo de cirujano, y tomé el de abanderado. Embarcámonos en una escuadra de galeras, y sin suceso adverso ni cosa memorable llegamos á Lombardía.

Estuvimos alojados en una villa, que se llama la Costa, comiendo á costa del patron y diciendo aquello de, huésped, máteme una gallina, que el carnero me hace mal. Eché de ver que aquella vida era mejor que la de cirujano, si durase siempre estar sobre el villano. Mandaron á mi tercio que marchase á los Países-Bajos, cuya nueva me dejó sin aliento, por ser camino tan largo, y que lo habíamos de caminar en mulas de san Francisco. Estaba en mi compañía un soldado que habia servido en aquellos estados en tiempo de treguas; y para informarme de él qué tierra era adonde nos mandaban ir, lo convidé á beber dos frascos de vino en una ermita del trago; y despues que estaba como el arca de Noé, habiéndole yo dicho como estaba de camino para ir á ver la gran corte de Brusélas, me dijo lleno de vaguidos de cabeza y de abundancia de erres: Camarada del alma, tome mi consejo, y haga lo que quisiere, pero á Flándes, ni aun por lumbré, porque no es tierra para vagamundos, pues hacen trabajar los perros como aquí los caballos; y tan helada y fria, que estando yo un invierno de guarnicion en la villa de Güeldres, tuve una pendencia con un soldado, de nacion albanés, sobre cierta metresa; y habiendo salido los dos á la campaña y metido mano á nuestras lenguas de acero, ayudado yo de mi destreza, le hice una conclusion, y con una espada ancha de á caballo que yo traia entonces le di tal cuchillada en el pescuezo, que como quien rebana hongos di con su cabeza en tierra, y apenas lo vido don Alvaro de Luna, cuando quedé turbado y arrepentido; y viendo que palpitaba el cuerpo, y que la cabeza temblaba, la volví á su acostumbrado asiento, encajando gatzate con gatzate, y venas con venas, y helándose de tal manera la sangre, que sin quedar ni aun señal de cicatriz, como aun no le habia faltado el aliento, volvió el cuerpo á su primer ser y á estar tan bueno como cuando lo saqué á campaña, y la cabeza aun mas firme que antes. Yo, atribuyéndolo mas á milagro que á la zurcidura y brevedad de la pegadura, lo levanté de

tierra, y haciéndome su amigo, lo volví á la villa, y llevé á una taberna, donde á la compañía de un par de fogotes nos bebimos teta á teta media docena de potes de cerveza, con cuyos estufados humos y bochornos de los fulminantes y abrasados leños se fué deshelando poco á poco la herida de mi compañero; y yendo á hacer la razon á un brindis que yo le habia hecho, al tiempo que trastornó la cabeza atrás para dar fin y cabo á la taza, se le cayó en tierra como si fuera cabeza de muñeco de alfeñique, y se quedó el cuerpo muy sosegado en la misma silla, sin hacer ningun movimiento; y yo, asombrado de ver caso de tanta admiracion, me retiré á una vecina iglesia. Diéronle sepultura al dos veces degollado, y yo, viendo el peligro que corria si me prendiesen, me salí de Güeldres en hábito de fraile, por no ser conocido de la guardia de la puerta; y pasando muchos trabajos llegué á este país, que aunque es frio, no tiene comparacion con el otro, como vuesa merced echará de ver en lo que en buena amistad le he contado. Agradezcle el aviso, y dí tanto crédito á su fábula de Esopo, que incité á la mitad de mi compañía á que fuésemos á buscar tierra caliente, y cargando con quince tornillos, novillos, amadrigados del cuartel de Nápoles, los llevé á la vuelta de Roma á que hiciesen confesion general, y á que ganasen indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados. Llegamos á ella, unas veces pidiendo y otras tomando, y las mas cargados de monsieur de la Paliza. Apartéme de la tal compañía, y encontrando con un amigo mio, me informé cómo mi padre habia ido á Palermo á cobrar un poco de dinero que le debia un criado del duque de Alburquerque, que en aquella ocasion era virey de Sicilia. Celebré la buena nueva, y entréme con mucho desembarazo en mi casa, haciéndome absoluto señor de ella.

Recibiéronme mis hermanas muy tíbiamente, mirándome las dos con caras de probar vinagre, dándome cada día en cara mis travesuras y los cien ducados que habian pagado por mí á mi segundo maestro. Hacíame regalar como á mayorazgo de aquella casa, estimar como heredero de aquella hacienda, y respetar por haber nacido varon. Tenia con ellas mil encuentros y rebates cada día, particularmente porque me aguaban el vino, bebiéndolo ellas puro. Llegó el rompimiento á tal extremo, que no viendo en su boca enmienda, me resolví á que oliese la casa á hombre, echando el bodegon por la ventana, y una tarde que me dieron una folleta de vino, bebí de él, bautizado de una vecina fuente, estando la mesa con la vianda y todos sentados á ella; dándole á la mayor con los platos, y á la menor con el frasco, y echando á rodar la mesa, las dejé á las dos descalabradas, y yo me volví á mi hospital de Nápoles, donde haciendo la gata muerta, y dando por disculpa de mi ausencia cuatro mil enredos, fui segunda vez admitido; y teniendo nuevas á los primeros dias de mi ejercicio de que mi padre habia muerto en la ciudad de Palermo, por no meterme en costa de lutos ni dar que mormurar á mis superiores, me embarqué para Sicilia, con mas intencion de aprovecharme de la herencia

que de hacer bien por su alma. Lléveme bien con los albaceas, y viendo el testamento, hice yo mi negocio, y ellos su agosto. Vendílos y algunos muebles que había dejado, y con el dinero que saqué de ellos empecé á ser imán de los de la hoja, y norte de los de la hampa, los unos yesca para galeras, y los otros pajuelas para la horca, y todos juntos tea para el infierno. Viendo que me comían de polilla y que eran carcomas de mi corta herencia, los dejé con la miel en los labios, por ver que mi bolsa iba dando la hiel.

Traté de acomodarme en casa del Virey; y por haber sido mi padre muy conocido de todos los criados de aquella casa, fui recibido por mozo de plata en ella. Acudían á verme y darme el parabien toda la amontonada valentía; y yo, por darles á entender lo sobrado que estaba, les sacaba á todos el vientre de mal año. Fueron tan á menudo estas visitas, que con andar yo cuidadoso, como aquel que conocía la gentecilla de aquel arte, que en menos de tres meses me faltaron algunos talleres de plata, y aun anduvieron conmigo comedidos, pues no se llevaron los demás. Sabiendo su excelencia la buena cuenta que había dado de lo que se me había entregado, y que á aquel paso presto daría fin de toda su vajilla, habiéndose satisfecho no ser yo el que había hecho el tiro, sino aquellos honrados que me venían á visitar, y que yo no tenía con qué satisfacer la pérdida, mandó despedirme, y que me aconsejaran que me apartara de la compañía de gente tan perniciosa. Salí de palacio muy bien puesto, por los grandes provechos que tenía y por tirar plaza de soldado en una compañía que tenía sesenta soldados efectivos para entrar la guardia, y ciento y cincuenta para el día de la muestra. Harto pudiera decir acerca de esto, pero me dirán que quién me mete en esto ni en gobernar el mundo, teniendo doctores la Iglesia.

En este tiempo estaba de partida un delegado de esta corte á hacer una ejecucion sobre cierta cantidad de dinero dentro del reino, y viéndome tan bien adornado y que había sido criado de un virey, me nombró por su alguacil, y llevó consigo; saliendo de la ciudad y caminando hasta que llegamos adonde íbamos á caballo, con botas y espuelas, y armas ofensivas y defensivas y vara alta de justicia, que parecía en mí de varear bellota. Iba delante de tal juez, y de tal suerte llevaba el rey en el cuerpo, que daba á todos una voz, y á un ven acá pagaba en las hosterías no mas de aquello que me parecía. Habiendo fenecido nuestro viaje, prendí el primer día que llegamos tres labradores, en virtud de mi comision, con ayuda de vecinos y porque ellos gustaron de dejarse prender; y con ser su causa civil, les hice echar grillos y cadenas y meter en calabozo hasta tanto que pintaron y pidieron misericordia. Banqueteáronme un día los parientes de estos prisioneros porque intercediese por ellos con el legado. Hice en el convite tantas razones, que quedé sin ella, prometiéndolos soltar dentro de una hora; y dando muchos traspiés, con ser la tierra llana, me fui á la posada, y le pedí á mi juez competente que soltase aquellos desdichados,

porque no tenían con qué pagar, y que el que no tiene, el rey le hace libre. Echó de ver el mal que traía, y preguntóme por verme inquieto que si me había picado la tarántula. Yo le respondí que aprendiese á hablar bien ó que yo le enseñara; que él solo era el tarantulero y el atalantado y el hijo de Atalanta. El, riéndose de mí, se me acercó, y alargando la mano, me tomó la barba, y hizo en ella presa. Yo, agraviado de aquello, pareciéndome que era menosprecio y atrevimiento grande á un alguacil real, agarréle de los cabezones, y pidiendo favor á la justicia y dándole recios enviones para llevarlo á la cárcel, le hice tiras la valona, y le desabotoné la ropilla. El al principio lo llevó en chanza, por ver que no obraba yo, sino mi criado; mas despues, viéndose ultrajar delante de mucha gente que ocurrió á mis voces, se enojó como un Satanás, y quitándome la vara, me hizo pedazos el rey en los cascos. Tuve dicha en que fuese delgada, que á no serlo, daba fin de su nuevo ministro. Volvíme á pié y apelando á Palermo á acumular la resistencia; y advirtiéndome cuando se pasaron los terremotos de la cabeza haber sido yo el culpable, me quité de historias, y me volví á juntar con mis valientes. Hiciéronme salir una noche en su compañía, cosa que jamás había hecho, en la cual uno de ellos, haciendo el oficio de san Pedro, abrió una puerta, y por aligerar de ropa á su dueño, lo dejaron sin baules. Fueron sentidos de las centinelas de unos gozques, y saliendo toda una familia en su seguimiento, les obligaron á dar con la carga en tierra, y á darles á los que los seguían un refresco de cuchilladas. Yo, que estaba temblando de miedo antes del hurto y en el hurto y despues del hurto, y siempre apartado de ellos, y pesadoso de no haber conocido su modo de vivir antes de salir de mi posada, para no haberme puesto en aquel riesgo, viendo á mis compañeros huir y á los heridos volverse á sus casas á curar, metiendo los lamentos en el cielo, por no hacerme hechor, no lo siendo, me estuve quedo y tan cortado, que cuando me quisiera ir, es cierto que no pudiera. Acudió al ruido de las voces la justicia, y hallando tres baules en la calle, y cuatro hombres bien heridos, y yo no muy lejos, me llegaron á reconocer; y confiriendo de mi turbacion que era de los que habían hecho el daño, sin valerme el alegar haber servido al Virey ni sido alguacil ejecutor del legado, me llevaron por mis piés, que aun no tuve ventura que fuese en volandas, adonde hice experiencia de amistades y prueba de amigos, saliéndome todo como yo merecia. Tomáronme otro día la confesion, y por variar en las preguntas que me hicieron y contradecirme en los descargos, me sentenciaron á *sursum corda* y encordacion de calabaza. Mas antes que cantase aquello del potro rucio, por tener atencion que había servido al Duque mi señor, me condenaron á salir desterrado, poniéndome en libertad. Y sacándome fuera de las puertas de Palermo, encaminéme á Nápoles, y escarmentado de la causa de mi destierro, me junté así que llegué con otra tropa, aun peor que la referida.

X Fuímonos á bañar una noche al muelle, y á la vuelta, queriendo dar garrote á una reja, pasaron dos ciudadanos, y por quererlos descobijar y dejar sin nubes, dieron gritos: Guardia, guardia. Desmayó toda la gavilla, viendo venir al socorro una escuadra de soldados de la garita de don Francisco; huyó la gente de la carda, y yo en vanguardia de todos. Fuímonos á la posada; hallámosla abastecida de pavos de Indias, que habia traído otra patrulla que habia salido del mismo cuartel. Comí con ellos con sobresalto, dormí sin ellos con desasosiego, y á la mañana échelos la bendición; y por verme libre de justicia, que cada instante pensaba que me venian á prender para que escotase los pavos, senté plaza de soldado de á caballo en la compañía de don Diego Manrique de Aguayo. Estábame siempre muy de asiento en Nápoles, buscaba soldados para mi compañía, dábame mi capitán á dobla por cada uno, los cuales embaucaba y daba á entender para conducirlos dos mil embeleclos, y otros tantos al capitán para encarecerle la cura y el trabajo y gastos, aun no imaginados, del oficio de la correduría; con que demás de quedarse agradecido, añadía nuevos socorros á lo capitulado. Ibame los viérnes y los sábados á la marina, adonde por aprendiz de valiente estaba la mayor parte de sus pescadores; traía alborotado el cuartel con trapazas, enredadas sus damas con tramoyas, cansadas sus tabernas con créditos, y el chorrillo y guantería con fianzas, de suerte que de todos me hacia conocer, y con todos campaba y á todos engañaba. Y temiendo que se descornase la flor y se acabase el crédito y dinero, dejando á muchos llorando por mí y no por fuerza de voluntad, hallando embarcacion para España, me embarqué secretamente y dí con mi cuerpo en Barcelona.

CAPITULO IV.

De cómo llegó á España, y viaje que hizo á Zaragoza, Madrid, y peregrinaje á Santiago de Galicia, y otros ridiculos sucesos que le pasaron en Portugal y Sevilla, hasta que entró á ser mozo de representantes.

Despues de haber llegado á Barcelona, estuve en ella algunos dias por descansar de la larga embarcacion, y al cabo de ellos fuí acompañando hasta Zaragoza á una dama, con quien habia hecho conciencia por haber posado los dos en una misma posada, la cual era en si tan generosa y tan amiga de agrader á todos y de no negar cosa que le pidiesen, que en virtud de los regalos y mercedes que me hizo por el camino, comí dos meses de balde en el hospital de Nuestra Señora de Gracia, que es uno de los mas ricos de España, y adonde con mas amor y cuidado se asiste á los enfermos, y adonde con mas abundancia se les regala. Despues de salir de la convalescencia, me metí en un carro cargado de frailes y de mujeres de buen vivir; carga de que jamás han ido ni van faltos. Fuíme con él á Madrid, por la noticia que tenia de ser esta villa madre de todos. Llegué á la que es corte de cortes, leonera del real leon de España, academia de la grandeza, congregacion de la hermosu-

ra, y quinta esencia de los ingenios. Al segundo dia que estuve en ella me acomodé por paje de un pretendiente, tan cargado de pretensiones como ligero de libranzas. Dábame diez cuartos de racion y quitacion, los cuales gastaba en almorzar cada mañana, y lo demás del dia estaba á diente como haca de buhonero, siendo, á mas no poder, paño veinticuatreño. Comía mi amo tarde, por ser costumbre antigua de pretendientes; y era tan amigo de cuenta y razon, peso y medida, que comia por onzas, y bebía por adarmes; y tan amigo de limpieza, que pudo blasonar no tener paje que fuese lameplatos, porque los dejaba él tan lamidos y escombrados, que ahorra de trabajo á las criadas de la posada.

Viéndome sin esperanza de librea y con posesion de sarnia y las tripas como tranchahilo, traté de ponerme en figura de romero, aunque no me conociese Galvan, por ir á ver á Santiago de Galicia, patron de España, y por ver la patria de mis padres, y principalmente por comer á todas horas y por no ayunar á todos tiempos. Dejé á mi amo, vestíme de peregrino con hábito largo, esclavina cumplida, bordon reforzado y calabaza de buen tamaño. Fuí á la imperial de Toledo, centro de la discrecion y oficina de esplendores, adonde despues de haber sacado mis recados y licencias para poder hacer el viaje, me volví por Illescas á visitar á aquella divina y milagrosa imágen; y dando la vuelta á Madrid, me partí en demanda del Escorial, adonde se suspendieron todos mis sentidos, viendo la grandeza incomparable de aquel suntuoso templo, obra del segundo Salomon, y emulacion de la fábrica del primero, olvido del arte de Corinto, espanto de los pinceles de Apeles, y asombro de los cinceles de Lisipo. Diéronme sus reverendos frailes limosna de potaje y caridad de vino, piedad que en ellos hallan todos los pasajeros. Partí de allí á Segovia, y habiendo descansado tres dias en su hospital, pasé á la ciudad de Valladolid; juntéme en ella con dos devotos peregrinos, que hacian el propio viaje, y eran, cuando no de mi cantidad, por lo menos de mi calidad y costumbres. Era el uno francés, y el otro genovés, y yo gallego romano; y todos tan diestros en la vida poltrona, que podíamos dar papilla al mas entendido gitano; y en efecto trinca, que se escaparon muy pocos de nuestras garatusas. A las primeras vistas nos conocimos los humores, como si nos hubiéramos criado juntos; y al fin, por conformidad de estrellas ó concordancia de inclinaciones, hicimos liga y monopodio de ir á pérdida y ganancia en todos lances que nos podian suceder en esta jornada, guardando las leyes de buena compañía; y para que mejor las observásemos, el genovés, como hombre mas experimentado, con tono fraternal nos informó en las ceremonias y puntos de la vida tunante. Doróla con tantos epítetos y atributos, que por gozar de sus excepciones y libertades, dejara los títulos y grandezas del mayor potentado de Europa. Acabó el Ciceron á lo pícaro su compendiosa oracion, que además de ser gustosa penetró de tal manera nuestros corazones, que no hubo punto, por delicado que fuese, que no nos obligásemos á repetirlo y á ejercitar-

lo; y principalmente cuando en lugar de *quam mihi et vobis* nos encargó aquella santa palabra de quémese la casa y no salga humo; con que quedó tan pagado como nosotros contentos.

Proveidas las calabazas á discrecion, dimos principio á nuestra romería con tal fervor, que el día que mas caminábamos no pasaba de dos leguas, por no hacer trabajo lo que habíamos tomado por entretenimiento. En el camino vendimiábamos las viñas solitarias, y cogíamos las gallinas huérfanas; y con estas chanzas y otras salimos cargados de dineros y limosnas, de las cuales comíamos los canterones y rebanadas de pan blanco, y lo negro y mal cocido vendíamos en los hospitales, para sustento de gallinas y aumentacion de alajú. Con esta mala ventura, con coles pasábamos por Benavente, y llegamos á Orense, adonde mis compañeros, como corsarios de aquel camino, me dijeron que allí los peregrinos de toda broza lavaban los cuerpos, y en Santiago las almas; y es la enigma, que hay en esta ciudad unas fuentes, cuyas aguas salen por todo extremo cálidas, que sirven de baño á los moradores de ella. Aquí los peregrinos pobres lavan sus cuerpos y hacen colada de su ropa; y en Santiago, como se confiesan y comulgan, lavan sus almas. Nosotros, por gozar de todo, nos echamos en remojo, como abadejos, y dando envidia nuestras ropas á las de Inesilla, sin gran daño del jabon, sacamos nuestras túnicas transparentes. Llegamos á la ciudad de Santiago, que porque no me tengan por parte apasionada por lo que tengo de gallego, me excuso de decir lo mucho que hay en ella que poder alabar. Ajustámonos nuestras conciencias, que bien anchas las habíamos traído; y cumpliendo con las obligaciones de ser cristianos y de ir á visitar aquella santa casa, quedamos tan justificados, que por no usar de nuestras mercancías andábamos lacios y desmayados. Por cuya causa y por ser muchos los peregrinos que acuden á la dicha ciudad, y pocos los que dan limosna, me despedí de mis camaradas; y con deseo de ver y vivir con capa de santidad, caminé á la vuelta del reino de Portugal.

Llegué á Pontevedra, villa muy regalada de pescado, adonde siendo ballena racional, hice colacion con medio cesto de sardinas, dejando atónitos á los circunstantes. Pasé de allí á Salvatierra, solar esclarecido de los Muñatones y patria de mis padres, que no oso decir que es mio, por lo que he referido de mi nacimiento y porque todos mis amigos, llegando á adelgazar este punto, me dicen: Antes puto que gallego. Informéme del nombre de un tío mio, y en creencia de una carta que fingí de mi padre, contrabaciendo su firma, fui ocho dias regalado de él, y á la despedida me dió cincuenta reales y respuesta de la carta, por haberle asegurado que me volvía á Roma. Proseguí el camino de Portugal, y pasando por Tuy y llegando á Valencia, alcancé en ella la carta de misericordia que se da á todos los pasajeros pobres, con cuya carta se puede marear muy bien por todo aquel reino, pues en cualquier ciudad ó villa que la muestran, juntan y dan con que puede co-

mer cualquier hombre honrado; y como yo lo era, y con mas quilates que hienro de Vizcaya, comía á dos carrillos y hacia dos papadas. Dióme en Coímbra el obispo de ella un toston, que es su acostumbrada limosna, y llegando á Oporto, me desgradié de peregrino; y por no colgar los hábitos, los dí á guardar á la huéspedea de la posada en que estaba, y con los dineros de mi peregrinaje y con los que me había dado mi tío compré una cesta de cuchillos, rosarios, peines y alfileres y otras buhonerías; trasforméme de peregrino en buhonero. Ibame tan bien en mi mercancía, que iba el caudal adelante; con menudear en visitar las tabernas y mamarme á cada comida un par de tajadas de raya, con que se me pudiera atribuir aquel vocablo placentero de moma raya. Encontréme una tarde el alguacil de vagamundos, y preguntóme cómo podía pasar con tan poca mercancía. Yo le respondí: Señor mio, vendiendo mucho y comiendo poco; cuya razon le agradó, y no trató de molestarme. Llegó á esta sazón un bajel de aquella ciudad que es la flor del Andalucía, gloria de España y espanto del Africa; en efecto, la pequeña Sevilla, y la sin segunda Málaga. Saltaron en tierra una docena de bravos de sus percheles, que venían á cargar de arcos de pipas, y como siempre he sido inclinado á toda gente de beria y pen lon verde, al punto que vi esta cuadrilla de bravos me hice camarada con ellos, y como no son nada lerdos, convidábanme á beber, y llevándome á la taberna, hacían quitar el ramo. Colábamos hasta tente bonete, sin que yo echase de ver hasta el fenecer de las aceitunas, que era el tal convite el de Cordobilla. Al fin, unas veces gastando por mi gusto, y otras por los ajenos, dí al través con toda mi buhonería, y perdí la amistad de mis rajabroqueles, pues así que me vieron descaudalado, huían de mí como si tuviera peste.

Viéndome pobre y buhonero reformado, me volví á embanastar mi vestido de peregrino, y con mi carta de misericordia me fui á la ciudad de Lisboa, donde quedé fuera de mí, viendo la grandeza de su habitacion, lo suntuoso de sus palacios, la generosidad y valor de sus títulos y caballeros, la riqueza de sus mercaderes y lo caudaloso de su sagrado Tajo; sobre cuyas espaldas se vía una copiosa selva de bajeles, tan á punto de guerra, que atemorizando el tridente hacían temblar el cadúceo. Era la causa del apercibimiento y junta de esta armada estar con recelo que el Inglés venia sobre esta ciudad. Empeñé, el segundo día que me ocupé en su admiracion, mi vestido de peregrino por un frasco lleno de aguardiente, por ver si daba mejor cuenta de este trato que del buhonero. Ganaba cada dia dos reales, y pareciéndome poco, por ser mucho el gasto, me iba á los bajeles de la dicha armada todas las mañanas, y en ellos trocaba brandavin por bizcocho, y á veces por pólvora y balas, que aunque era cosa defensiva, como la ganancia sufría ancas, dábales parte de ella á los cabos de escuadra y derrengábanse y ensordecian. Aquí me hacen cosquillas mil cosas que pudiera decir, tocantes á lo que pueden las dádivas y á lo que

mueve el interés, y lo presto que se convencen los interesados, y los daños que resultan por ellos, y las penas que merecen; pero como es fruta de otro canasto, y no perteneciente á Estebanillo, no doy voces, porque sé que sería darlas en desierto. Apliquéme de suerte á trabajar, cebado en la ganancia, que despues de haber hecho mil trueques al alba, y revendíolos en tierras á las once del día, en dando las doce horas, en que nadie me daba provecho, y yo me hallaba ocioso, me iba al tranco de los castellanos, que es la cárcel de ellos, donde porque le hacia algunos servicios y mandados, me daban muy bien de comer y algunos dineros, con lo cual ahorrraba el gasto de la comida, y llevaba para ganar la cama y cena en la posada, y me quedaba libre la ganancia del aguardiente. Dividióse la armada, y por ver que ganaba muy poco en la ciudad, por haber tantos de este trato, dejándome el hábito de peregrino, empeñado que estaba, vendí los frascos y caudal de que habia hecho provision, y con lo que saqué de la venta y lo demás que yo tenia compré una buena cantidad de tabaqueras, y con ellas me fui camino de Setubal.

Llegué á Montemoro, donde aficionados los vecinos de ellas, por ser curiosas, bien labradas y á moderado precio, en tres dias dí fin de todas, y doblé mi dinero. Juntéme en esta villa con un mozuelo, de nacion francés, que andaba bribando por todo el reino, y era uno de los mas taimados y diestros en aquel oficio; que aunque es tan humilde y tan desdichados los que lo usan, tiene mas malicias y hay en él mas astucias, ardides y engaños que un preñado paladino. Descubríome, por habérsele ido un alatés suyo, el modo de su gandaya, el provecho que sacaba de ella y de la suerte que disponia su enredo; pidióme que le ayudase. Prometióme el tercio de lo que adquiriera, despues de pagados los gastos; y al fin me redujo á su gusto. Llegamos cerca de Evora, ciudad, en tiempo que habia muy grandes frios, y antes de entrar en ella se desnudó mi Juan Francés un razonable vestido que llevaba, y quedándose en carnes, abrió una talega de motilon mercenario, sacó de ella una camisa hecha pedazos, la cual se puso, y un juboncillo blanco con dos mil aberturas y banderolas, y un calzon con ventanaje de alcázar, con variedad de remiendos y diferencias de colores, y entalegando sus despojos, quedó como Juan Paulin en la playa, entrándose de aquella suerte en la ciudad, habiéndome dejado antes la cumplida talega, y advirtiéndome que entrase por otra puerta y le esperase en el hospital. Obedecile, y hice lo que me mandaba, reconociendo superioridad, por ser el autor de aquella máquina picaril. Iba por las calles mi moderno zamarada haciendo lamentaciones que enternecian á las piedras, dando sombreradas á los pasantes, haciendo reverencias á las puertas y cortesías á las ventanas, y dando mas dentelladas que perro con pulgas. Descubria los brazos, echaba al aire las pechugas, y mostraba los desnudos piés. Unas veces lloraba, suspiraba, y jamás cesaba de referir su miseria y desnudez. Dá-

banle los caritativos lusitanos limosna de dineros, las piadosas portuguesas camisas viejas y vestidos antiguos y zapatos desechados; y él, haciendo unas veces la guaya, y otras la temblona, y tendiéndose en tierra, haciendo rosca y fingiendo el súbito desmayo, iba recogiendo alhajas, juntando pitanzas y agregando china. Cargó con todo á boca de noche, y vinóme á buscar al hospital, adonde tuvimos una mesa de principes, y nos dimos una calda de archiduques. Madrugamos muy de mañana, y saliendo ambos bien arropados del hospital y ciudad, marchamos á buscar nuevos ignorantes. Hacia cada dia el tal tunante su compasiva representacion, y vendiamos la variedad de alhajas, sin reparar en precios; y esto no en las partes donde se habian juntado. Con esta guitonería provechosa anduvimos doce dias, haciendo lamentaciones y enajenando muebles, hasta tanto que al último de ellos, estando mi gabacho en la plaza de una villa dando mas voces que un vorábito, al dar los buenos dias, llegó á él á darle limosna un ropavejero de otra villa cercana, á quien la noche pasada habiamos vendido y traspasado una carga de baratijas; y habiendo venido aquel dia á esta villa á negocios de sus mercancías, nos habia visto á la entrada en diferente hábito del que de presente tenia; y habiéndolo reconocido despacio, dió parte á la justicia; la cual, trocando en ira la piedad que hasta entonces le habian tenido, lo llevaron á la prision con mas voces y algaraza que alma de sastre en poder de espiritus.

Hallóse en el prendimiento cierto gorrón que, á título de ir á proseguir sus estudios á Salamanca, ocupaba de dia las porterías y las noches los hospitales, el cual me dió aviso de ello, ignorando ser yo cómplice de aquel delito. Yo, por la experiencia que tenia de barbero, viendo aquella pelear, eché la mia en remojo. Pues sin reparar en que estaba lloviendo á cántaros ó á botijas, cargando con toda la mochila y ropa de él, que sin ser escarraman habitaba calabozo oscuro, y saliéndome de la ciudad á la hora que peinaban el aire murciégalos y que mozuelos fatigaban las selvas, y habiéndome informado del camino de Yelves, empecé á marchar á lo de soldado de Oran, y despues de haber caminado hasta dos leguas, sirviéndome de norte una luz que estaba algo apartada, y pensando que fuera algun pastoral albergue, apresuré el paso á ella con deseo de enjugar mi mojada ropa y tener un poco de descanso. Y al cabo de un rato, hollando lodos y enturbiando charcos, llegué en traje de alma en pena, adonde aligerando mi conciencia, pagué todos mis pecados. Hallé debajo de la clemencia de un desollado alcornoque, que demás de servir de pabellon el verano, servia de resguardo y chimenea en el invierno, á una cuadrilla de gitanos, mas astuta en entradas y salidas que la de Pedro Carbonero; los cuales aquella misma noche habian hecho extramuros de la dicha ciudad un hurto de dos mulas y cinco borricos; y por no poder caminar por el rigor de la noche y parto de las nubes, habian hecho alto en aquel despoblado sitio y hecho lumbre para enju-

gar sus mal ganadas vestiduras. Saludélos de tal manera, que excedí los límites de la cortesía, mas por temor de haber dado en sus manos que por amor ni afición que jamás les tuve; porque ¿quién es tu enemigo? El que es de tu oficio. Recibieronme con el mayor agrado que se puede significar, y compadecidas las taimadas gitanas de verme de la suerte que estaba, aun antes de informarse de la causa de mi llegada ni de lo que me habia obligado á venir á tales horas á su morada campesina, me empezaron á desplumar como á corneja, á título de enjugar en su gran lumbre mi muy mojada ropa, por librarme de algun catarro ó resfriado; y aunque me quise excusar de dársela, por hacer su robo con rebozo de tener compasion, me dejaron en pelota, dándome para cubrir mis desnudas carnes una capavieja de un gitano mozo. Yo enternecia la soledad de aquel monte y sus robustos árboles con los suspiros que daba de ver mi hacienda en monte tan sin piedad y en banco tan roto, no quitando los ojos de mi amado jubon, compañero en mis trabajos, depositario de mi caudal. Temí que por el peso reconociesen sus colchadas doblas y sus emboscados reales. Parecíame que aun siendo insensible, sentia el apartarse de mí, y que me decia con muda lengua: Adios, Estebanillo, que ya no nos hemos de ver mas. Estaba ocupado todo el rancho en enjugar mis funestos despojos, teniendo para este caso cercado todo el fuego y sitiada toda la hoguera.

Tenian entre ellos una algazara como gitanos, una alegría como gananciosos, y un temor como salteadores, pues cada instante volvia las cabezas por si llegaban en su seguimiento los dueños de su botín y cabalgada. Estando todos de la suerte que he dicho y yo del modo que he pintado, llegaron de repente á vistas del rancho hasta veinte hombres, que, á lo que pareció y despues supe, eran escribas ó ministros de justicia, y á la voz de decir: Favor al Rey, como si fuera nombrar el nombre de Jesus entre legiones de demonios, se desapareció toda esta cuadrilla de Satanás con tanta velocidad, que imaginé que habia sido por arte diabólica. Yo, hallándome solo, pensando que venian en busca mia para que acompañase al triste francés en la soledad de su prision, por saber que tanta pena tiene el ladron como el encubridor, y hallarme ligero de ropas y desembarazado de vestido, atravesando y saltando pantanos me libré de sus uñas, no habiendo podido de las de los gitanos, y como fuí el postrero y la capa era corta, y por debajo de sus harapos daba reflejos la jaspeada camisa, seguian por estrella la que era palomar; iban todos tras de mí implorando el favor de la justicia, y yo con el de mis talones, despues de haber corrido mas de media legua, los dejé muy atrás, quedando tan rendidos como yo cansado. Caminé toda la noche por temer la voz del pregonero y por no quedarme helado en aquella desabrigada campaña. Anduve dos dias fuera de camino, asombrando pastores y atemorizando ermitaños, y al cabo de ellos llegué á Yelves, frontera de Extremadura, y valiéndome del poder del corregidor

y de la caridad del cura, y contándoles haber sido robado de gitanos, el uno mandó echar un plato, y el otro un guante, con que de veras se hizo el juego de quien viste al soldado, quedando yo agradecido y algo remediado. Contáronme ambos cómo los dichos gitanos habian hecho un hurto junto á Alvora, y que habia salido la justicia en su seguimiento, y que habiéndolos hallado á todos en la campaña al abrigo de un gran fuego, se les habian huido sin poder coger á ninguno; mas que al fin habian dejado el hurto que habian hecho. Llegóse á mí un labrador, y preguntóme que si queria detenerme allí á coger aceituna, que me daria cada dia medio toston y de comer, con lo cual me podia remediar y tener para hacer mi viaje. Parecióme que era buena conveniencia, y así tuve por bien de servirle y estar con él mas de veinte dias, donde en cada uno de ellos hacia tres comidas á toda satisfaccion; mas por hallarme afligido de la soledad del campo, de la frialdad del tiempo y falta de tabernas, y parecerme cargo de conciencia llevar de jornales mas que valia la aceituna que cogia, pues antes servia de estorbo y embarazo á los que me ayudaban, cobré un dia de fiesta lo que me debía mi amo, con lo cual me fuí á la vuelta de Sevilla, despues de haberme fardado conforme á la posibilidad del dinero. Llegué á Mérida, puente y pasaje del memorable rio de Guadiana, adonde se acababa de fabricar un convento de monjas de Santa Clara; y por causa de haber falta de peones para su obra y por ir yo algo despeado, me puse á peon de albañil. Dábanme cada dia tres reales de jornal, y por juzgarme no tener malicia, no consentia la priora que ninguno sino yo entrase en el convento á sacar la cal que estaba dentro de él para que se fuese trabajando. Ocupaba en esto algunos ratos, y todas las veces que entraba en el dicho convento iba delante de mí la madre portera, tocando una campanilla para que se escondiesen y retirasen las religiosas; pero yo imagino que no estaban diestras en el son, pues antes parecia llamada que retirada; pues sin bastar cencerrear, todas compadecidas de mi gran trabajo y de mi poca edad y mi agudeza, en lugar de retirarse, se acercaban á mí y me daban algunas limosnas, aconsejándome que me volviese á mi tierra y no anduviese tan perdido como andaba.

Sucedíome en esta villa un gracioso chasco, y fué que un domingo de mañana me llevó un labrador honrado á una bodega suya á henchir en ella un pellejo de vino para llevar á su casa. Entramos los dos á hacer prueba del que fuese mejor, y habiendo hecho á puras candelillas un cirio pascual, me hizo tener la empegada vasija con un gran embudo que habia metido en ella, agarrada con ambas manos; iba sacando de la tinaja cántaras de vino y vaciándolas en el cóncavo de botanas y engendrador de mosquitos; y mientras él volvía la cara á ir escudillando, me echaba de bruces en el remanso que hacia el embudo, y en el interin que él henchia su pellejo, yo rehenchía el mío. Atólo muy bien y echómelo á cuestras, para que gozara la bodega de ver cuero sobre cuero y pellejo sobre pellejo; y ape-

nas lo tuve sobre mí, cuando me derrenqué y eché con la carga, cayendo en tierra á un mismo tiempo dos lios de vino ó dos cargas de mosto. Probó el labrador á levantarme, pero cansóse en balde, porque sola la cabeza me pesaba cien quintales, demás de ser mi barriga segunda cuba de Sahagun. Salí á la calle, buscó un hombre que le sacase el pellejo, y cuatro que me sacasen á mí. Pusiéronme, á pura fuerza de brazos, de patas en la calle, y no pudiendo sostenerme sobre ellas por haberme sacado de mi centro como atun á la puerta de la bodega, adonde no bastando inquietudes de muchachos, burlas de barbados y socorros de calderos, dormí como un liron todo aquel día y toda aquella noche, y tuve á gran milagro despertar el lunes á las once. Hallándome levado de fregados y espulgado de faltriqueras, levantéme como pude, y seguido de estudiantes mínimos y de muchachos de escuela, me salí al campo medio avergonzado, preguntando á los que me encontraban y se reían de mí: Camaradas, ¿por dónde va la danza? Volví á proseguir el camino de Sevilla, detúveme una semana en Cazalla, ayudando á cargar vino á unos arrieros de Constantina, adonde cada día cogía una zorra por las orejas, y un lobo por la cola. Desde allí fuí á Alcalá del Rio, que está á dos leguas de Sevilla, y al pasar una barca que hay en su ribera, me preguntó un labrador si queria estar con amo. Y por responderle que sí, me llevó á media legua de allí, y me entregó á un cabrero suyo para que le ayudase á guardar un hato de cabras que tenia, y al despedirse de mí me dijo que tuviera buen ánimo y que sirviese bien, que con el tiempo podría ser que llegase á ser cabrero. Y pienso qué ya lo hubiera sido muchas veces, si Dios no me hubiera guardado mi juicio y quitádome de la cabeza el no haberme casado. Comimos al medio día de un gazpacho que me resfrió las tripas, y á la noche un ajo blanco que me encalabrínó las entrañas, y lo que mas sentí fué que teníamos un pollino por repostería, el cual debajo de los reposteros de dos pellejos lanudos nos guardaba y conservaba dos mortijas, cuyo licor, no siendo ondas de Ribadavia, eran olas del Bétis. Y como yo, enseñado á diferentes licores y á regalados manjares, me hallé arrepentido de haber vuelto media legua atrás de mi derecho camino; y así, dejando dormido á mi compañero, y madrugado dos horas antes del alba, pesqué el mejor cabrito de la manada, y echándomelo áuestas, me hallé avergonzado de que me viesen solo aquel día con pitones sobre la cabeza, á causa de ser el animalejo de buen tamaño.

Díme tan buena diligencia, que llegué muy temprano á Sevilla, aunque en mala ocasion, por ser en tiempo de la gran avenida de su rio, aunque ya habia dos dias que era pasada. Vendí mi hijo de cabra en cuatro reales, aplaqué el cansancio con hostiones crudos, camaroncitos con lima. Fuíme á dormir á la calle de la Gatera, donde de ordinario hospedan la gente de mi porte. A la mañana visité las Cuevas, diéronme sus santos nonjes potaje de frangollo y ración de vino, y dándome además de esta limosna dos reales cada día, me entretu-

ve algunos en sacar cieno hediondo de su cantina, de lo que habia traído la creciente, y cansado de andar en bodegas vacías y de sacar ruinas aguadas, dí la vuelta á Sevilla, y encontrando un día un aguador que me pareció letrado, porque tenia la barba de cola de pato, me aconsejé con él para que me adestrase cómo tendria modo de vivir sin dar lugar que los alguaciles me mirasen cada dia las plantas de las manos, sin decirme la buenaventura. El sin revolver libros me dijo que aunque era verdad que el vino que se vendia sabroso, oloroso y sustancioso, que no por eso dejaba de marearse muy bien la venta del agua, por ser muy calurosa aquella tierra y haber tanta infinidad de gente en ella; y que era oficio que con ser necesario en la república, no necesitaba de exámen ni habia menester caudal. Dí por bueno su parecer, y comprando un cántaro y dos cristalininos vidrios me encastillé en el oficio de aguador, y entré á ser uno de los de su número. Empecé á vender agua fria de un pozo que habia en casa de un portugués, en cuyo sencio parecia, segun su frialdad, ó que usurpaba los ampos al Ampo, ó que robaba los copos al Apenino. Costábame cada vez que lo llevaba no mas de dos maravedís, y sacaba de él dos reales. Hacia creer á todos los que acudían al reclamo del agua fria que era agua del Alameda, y para apoyar mejor mi mentira, ponía en el tapador un ramo pequeño, que hacia provision de él para toda la semana; con él daba muestras de venir donde no venia, siendo la mercancía falsa y sus armas contrahechas. Servia el tal ramo de acreditar el trato, adorno y garzota y penacho de mi carambanado cántaro. Algunos curiosos me preguntaron la causa de tenerla yo mas fria que los que la traían de la misma parte, y satisfaciales con decirles que por vender mas la tenia toda la mañana en nieve, y que á la tarde, mientras vendia un cántaro, dejaba otro resfriando, y que la ganancia suplía el gasto, con cuyo engaño vendia yo mas en un dia que los demás de esta profesion en una semana, teniendo menos trabajo y mas opinion. Ibame todas las tardes al corral de las comedias, y todos los caballeros por verme que era agudo y entremetido, me enviaban, en achaque de dar de beber á las damas, á darles recados amorosos. Bebian ellos por agradarme, y hacian lo mismo ellas por complacerme; de manera que usaba á un mismo tiempo dos oficios, tirando del uno racion, y del otro gajes; pues demás de pagarme diez veces doblada el agua, me gratificaban el ser corredero de oreja. Hallábame tan bien en este comercio, que jamás lo hubiera dejado si el cántaro no pesara y fuera verano todo el año. Quejábanse cada día mis parroquianos de que padecían dolor de tripas y mal de ceática, y atribuyéndolo á otros desórdenes, echaba yo de ver que lo causaba la gran frialdad del pozo.

Vendian algunos aguadores por las mañanas, por no ser tiempo de tratar su mercancía, naranjas secas, en cuyo trato ganaban razonablemente. Y yo, ó ya fuese de envidia, ó porque ninguno de ellos me echase el pié delante, trabajé de un golpe tres diferentes mercancías; provechosas para la bolsa, y ocasionadas á tener

entrada en todas partes, con cuyo achaque daba recados á las doncellas mas recatadas, y muecas á los maridos mas celosos. Eran jaboncillos para las manos, palillos y polvos para limpiar los dientes. Hacia los jaboncillos de jabon rallado, de harina de chochos y de aceite de espleigo; daba á entender que eran jaboncillos de Bolognia. Cogia raíces de malvas, cocíalas en vino y sangre de dragon, tostábalas en el horno y despachábalas por palillos de Moscovia. Formaba los polvos de piedras pomes, cogidas en la márgen de aquella celebrada ribera, y habiéndolas molido, las mezclaba con pequeña cantidad de polvos venimios, en cuya virtud se volvian rojos y pasaban á la plaza de polvos de coral de levante. Puse mi mesa de montambaneo, y ayudándome del oficio de charlatan, ensalzaba mis drogas y encarecia la cura, y vendia caro; porque la persona que quisiere cargar en España para vaciar en otros reinos, ha de vender sus mercancías por buhonerías de Dinamarca y invenciones de Basalicata, y curiosidades del Cuzco, naturalizarse el dueño por grison ó esguízaro; porque desestimando los españoles lo mucho bueno que encierra su patria, solo dan estima á materias extranjeras. Vend'alo todo tan caro y tan por sus cabales, que á los compradores obligaba á que lo estimasen, y á los que se hallaban presentes á que lo comprasen. Y como todas estas mercancías son cosas pertenecientes á la limpieza de la boca y á la blancura de las manos, eran las damas las que mas las despachaban, por ser las que menos las conocian, particularmente las representantes, por salir cada dia á vista en la plaza del mundo. Hallábase en esta ocasion entreteniendo en esta ciudad una de las mejores compañías de toda España. Era su autor, cuando no de los doce Pares de Francia, por lo menos uno de los doce de la fama. Tuve en virtud de estos dos badulaques conociencia con sus reinas fingidas y príncipes de á dos horas, y como en ellas no reina la avaricia, ni aun han conocido á la miseria, yo cargaba de reales, y ellas de piedras pomes, que puedo añadir por blason al escudero de los Gonzalez, por haber engañado á representantes, habiendo salido los que mas presumen de entendidos engañados de ellas. Habia una que, por razon de prenderse bien, prendia las mas libres voluntades. Tenia un marido á quien no tocó las tres virtudes teologales, sino las tres dichas de los de su arte, que son tener mujer hermosa, ser pretendida de señores generosos y estar con autor de fama. Era esta diosa, con tener partes sobrenaturales, medio motilona ó picaseca de la compañía, porque no hacía en ella mas de una parte; que era cantar, pero con tanto extremo, que era sirena de estos siglos y admiracion de los venideros. Tenia la edad de los versos de un soneto, y caminaba á tener conterilla. Era su posada patio de pretendientes, sala de chancillería y lonja de mercaderes, porque siempre estaba llena de visitas y sobrada de letras y memoriales. Yo, que todo lo trascendia, apenas vi el ramo, cuando me entré en la taberna. Iba siempre apercebido y cargado de mis jaboncillos, polvos y raíces, y sobre quién se los habia de feriar, se al-

borotaba todo el conclave, y al que despues de la competencia salia elegido, él no muy rico, gastó muy bien su bolsa, y quedando ufano, partia yo satisfecho. Díjome la tal dama una tarde que se habia aficionado de mí por verme muchacho, entremetido, agudo y desenfadado; que si queria servir, que me recibiria de mil amores, y que no era uso dar salario á los mozos de comedia, porque no necesitaban de nada, por los provechos que tenian; que si estos faltaran en su casa, que ella alcanzaria con el autor que tocara la caja en las villas, ó que pusiese los carteles. Yo, pareciendo ser aquella una vida descansada, y que á costa ajena podia ver las siete partidas del mundo, como el infante de Portugal, no quise hacerme de penceas ni que me rogasen lo que yo deseaba; díle el dulce *fiat*, y pedíle dos dias de término para deshacerme de mi botica, y vender los cántaros y vasos, lo cual me concedió muy afablemente, y encomendándome el no faltar á mi palabra, me dió un real de á dos para que refrescase.

En este plazo hice baratillo de mis drogas y almoneda de mis pocos trastos, y no viendo la hora de ser solicitador de tanto pretendiente, me fui á casa de mi ama, la cual me ocupó en cuatro oficios, por verme hábil y suficiente para todos ellos. Era el primero cansado, el segundo fastidioso, el tercero flemático, el cuarto peligroso. Servíale de camarero en casa, doblando y guardando todós sus vestidos; de faquin en la calle, llevándole y trayéndole la ropa á la casa de la comedia; de escudero en la iglesia y en los ensayos, y de embajador en todas partes. Tenia cada noche mi amo mil cuestiones con ella, sobre que yo la descalzaba, por presumirse que no era yo eunuco y por verme algo bonitillo de cara, y no tan muchacho, que no pudiera antes calzar que descalzar, por lo cual andaba en busca de un criado para despedirme á mí. Eran tantos los que acudian al galanteo de mi ama, picados de su resistencia y estimacion, ó celosos de verse desdeñados y juzgar á otros por favorecidos, que el aposento, que era cátedra de representantes, se habia trasformado en cuarto de contratacion. Contábanme todos sus penas, referíanme sus ansias, y dábanme parte de sus desvelos. Unos me presentaban dádivas, otros me ofrecian promesas, y otros me notificaban amenazas, y otros me daban billetes en verso, los cuales amanecian flores del Parnaso, y anochecian biznagas del Pegaso; y yo, como privado del rey, ó secretario de estado y guerra, recibia los dichos memoriales y la untura que venia con ellos por el buen informe y brevedad del despacho. Unas veces los consultaba, y otras veces, por ver la detencion de mi ama, los decretaba en esta forma: á los de los miserables ó pobres, no hay lugar; á los hijos de familia, en vispera de herencia, acuerde adelante; y á los ricos y generosos, désele lo que pide. Ibalos á todos dilatando el pleito, y á ninguno desconfiaba, antes los cargaba de esperanzas. Fingia muchas veces estar mi ama acatarrada de achaque del sereno de un particular, por hartarme de caramelos y azúcar cande; y otras les hacia creer que tenia convi-

dadas, con que me daba un verde de confituras, empanadas y pellas de manjar blanco el día que jugaba y perdía; porque de pícaro es dificultoso el sentar baza. Al tiempo de abrir los baules para sacar los vestidos ó para meterlos, me henchía la faltriquera de cintas y listones, y dándoselos á los amantes por favor y en su nombre, me satisfacían de suerte, que había con que comprar la cantidad de lo que había sacado y con que probar la mano toda la semana.

Quiso Bercebú, que dicen que jamás duerme, que habiéndose ido mis amos un día que no se representaba á pasear al arenal en un coche que habían pedido prestado, y habiendo quedado yo solo en la posada á limpiar y doblar todos los vestidos, porque estábamos en vispera de partirnos, entraron á llamarme dos mozos de la comedia y el guardaropa, para que nos fuésemos á holgar, por ser día de vacacion. Salí con ellos, entramos en una taberna, bebimos seis cuartillos de lo caro, jugamos á los naipes quién había de pagar el escote; y por ser yo el condenado en costas, quedé tan picado, que desafié al guardaropa á jugar las pintas; el cual, no siendo escrupuloso y teniendo mas de negro que de blanco, á cuatro paradas me dejó sin blanca. Yo, abrasado de ver mi poca suerte, le dije que si me quería aguardar iría por dineros. Y diciéndome que sí, partí de carrera á mi posada, y sacando un manteo cubierto de pasamanos de oro que tenía mi ama, lo llevé á casa de un pastelero conocido mio, al cual le pedí veinte ducados prestados, diciendo que eran para mi ama, que le faltaban para acabar de pagar una joya que había comprado; y que al instante que mi amo viniera se los volvería, demás de darle su ribete por el trabajo de contar dinero. El pastelero, viendo la prenda de tanta satisfacción, me dió la cantidad que le pedí, con lo cual volví á jugar y á perder como de primero. Toméle dos reales de á ocho al ganancioso, por vía de alicantina, y con rebozo de préstamo, con los cuales me salí á la calle, y viéndome desesperado y lleno de congojas de haber perdido, por dar gusto á las manos, oficio tan provechoso para el cuerpo, me fui á mi posada antigua de la calle de la Galera, adonde cené y dormí aquella noche con harta inquietud y desasosiego.

CAPITULO V.

En que se hace relacion de la ausencia que hizo de Sevilla á ser soldado de leva, y los varios acaecimientos que le sucedieron en Francia é Italia, y de cómo estuvo en Barcelona sentenciado á muerte.

Así que por unas pequeñas celosías de la misma morada descubrí los reflejos de la luz del venidero día, cuando me vestí, teniendo el corazón lleno de pesares, y los ojos llenos de ternezas de ver la coz galiciiana que le había dado á mi ama, en satisfacción del buen tratamiento que me había hecho; y considerando el daño que me podía venir en echando menos el manteo, me salí de aquella ciudad, única flor de Andalucía, prodigio de valor del orbe, auxilio de todas las naciones y

erario de un nuevo mundo; y tomando el camino de Granada, á gozar de su apacible verano, di alcance á dos soldados, de estos que viven de tornillo, siendo siempre mansos y guis de todas las levass que se hacen. Dijéronme, despues de haber platicado con ellos, que iban á la vuelta de la villa de Arahal, por haber tenido noticia que estaba allí un capitan haciendo gente; y que era villa que no perecerían los que militaran bajo de su bandera. Yo, mudando de propósito y de viaje, los fui acompañando, pagando todos el gasto que se hacia rata por cantidad. Llegamos segundo día á la dicha villa, y siendo bien admitidos del capitan, y sentado la plaza, gozamos quince dias de vuelo, pidiendo á los patrones empanadas de pechugas de fénix y cazuelas de huevos de hormigas. Vino órden de que marchásemos; y saliendo de la villa una mañana, hacia nuestro capitan la marcha del caracol, dejando el tránsito á la mano izquierda, y volviendo sobre la mano derecha. Prosiguió tres dias con esta disimulada cautela; pero al cuarto, enfadados todos los soldados que tenía, que éramos cerca de cincuenta, á la pasada de un bosque lo dejamos con solo la bandera, cajas, alférez y sargento, y con cinco mozas que llevábamos en el bagaje; que mal puede conservar una compañía quien siendo padre de familia de ella trata solo de adquirir para sí á costa de sudor ajeno, sin advertir que es cosa muy fácil hallar un capitan, y muy dificultosa juntar cincuenta soldados. Marché con esta compañía sin oficiales á la ciudad de Alcalá la Real, á juntarnos con la gente de la flota que de presente estaba en ella alojada, estando por cabò don Pedro Orsua, caballero del hábito de Santiago, adonde demás de ser bien recibidos, gozamos de buenos alojamientos y socorros. Andaba cada día con una docena de espadachines á caza de corchetes, en seguimiento de soplones y en alcance de fregonas. Hacíamos de noche cacarear las gallinas, balar á los corderos, y gruñir á los lechones. Llegó el tiempo de la embarcacion, y siendo langostas de los campos, raposas de los cortijos, guarduños de los caminos, y lobos de las cabañas, pasamos á Montuque, Puente de Don Gonzalo, Estepa y Osuna. Ibamos yo y mis camaradas media legua delante de la manguardía; embargamos recuas de mulos, cáfilas de cabañiles y reatas de rocines, y fingiendo ser aposentador de compañía á falta de bagaje, cogia los cohechos, alzaba los embargos, y partía la presa, aconsejando á los despojados se apartasen del camino por el peligro de otros aposentadores, á fin que no llegase queja á mi capitan.

Llegamos á Cádiz, y al tiempo del embarcarnos me pareció ser desesperacion caminar sobre burra de palo, con temor de que se echase con la carga, ó se volviere patas arriba, por cuya consideracion me escondí á lo gazapo, y me zambullí á lo de jabalí seguido. Partió la flota al golfo, y yo al puerto, pues en el inter que ella pasó el de las Vegas, yo senté plaza en el de Santa María. Y como mi natural ha sido de quebrantar el sétimo, y de conservar el quinto, tuve á dicha ser soldado de la galera *Santo Domingo* en la escuadra de Es-

pañá, y debajo del gobierno del duque de Fernandina; por razon de ser esta galera de las mas antiguas, y de ser hospital, cuyo nombre siempre reverencié, por la comodidad que continuamente hallé en ellos, y tan abuela de las demás, que estaba sin dentadura de remos y jubilada por ser viejos; con que pensé ser cuervo de la tierra, y no martajo de la mar. Serví en ella de tercero al capitán, de despensero al alférez y mozo de alguacil. Enviábame el alférez á comprar carne á la carnicería de esta villa, donde continuamente abundaba la gente, sobraban las voces, y faltaba la carne; acercábame al tajo, daba señor al carnicero, y atronaba las orejas á los oyentes; recibía la carne, metía las manos en las faltriqueras, y los ojos en el rostro del cortador; y en viéndolo ocupado en llamamientos de alguaciles ó en particion de tajadas, bajaba todo el cuerpo, encubríame entre la bulla, fingía haber perdido algun dinero, y agachándome, como quien anda á caza de luganos, salía á lo raso, y ganaba los perdones del que hurta al ladrón. Quedábame con el dinero, sisaba en el camino la tercera parte de la carne, y á medio día me comía la mitad delo que llevaba al alférez. Entré un día con un amigo, soldado de la galera *Santa Catalina*, á refrescar en su rancho, y hallé amarrado á un banco y amarrado á su ballestera mi buen amigo Juan Francés, el inventor de la temblona y el autor de los tunantes, que dejó en prision en la ciudad de Evora cuando salió á hurga á dar en manos de gitanos. Conocióme así que me vió, y dándome tiernos abrazos al son de duras cadenas, me dijo cómo despues de haberse hecho de penca, y dádole ciertos tocinos á traicion, le habian echado toda la ley á cuestras; mas que estaba consolado, que ya no le faltaban mas de ocho años, y que saldría de aquel trabajo en la flor de su edad, para poder proseguir con su industria. Favorecíle con lo que pude, y volviéndome á mi galera, supe cómo habia enviado á pedir don Antonio de Oquendo al duque de Fernandina dos compañías prestadas, como libras, para salir á recibir la flota; y que sin que me preservara á mí aquella seguidilla que dice «quien no fué hombre en la tierra, menos lo sería en la mar», habia tocado á mi compañía ir por una de las llamadas, y yo por uno de los escogidos. Embarcámonos en doce bajeles de Nueva España, y apartándonos de la vieja, seguimos el rumbo de Colon y el camino de la codicia.

En el poco tiempo que duró esta embarcacion, no eché menos la Mancha, pues por ser aguados mis camaradas y haberse todos mareado, fué siempre mi barriga caldero de torreznos y candiata de vino. Hallábame gordo y sucio, en blanco la bolsa, y en oscuro la camisa; los cabellos emplastrados con pez, y los calzones engomados con brea. Sobrevinonos una fiera tormenta, y apareciéndonos Santelmo despues de pasada, nos volvió al puerto derrotados y sin flota. Y como de los escarmentados se hacen los arteros, pedí licencia á mi capitán para ir á cumplir un voto, que le di á entender habia hecho en la tormenta referida; y atribuyéndolo á chanza, se sonrió y calló como en mi-

sa. Yo, como habia oído decir que quien calla otorga, me juzgué por licenciado, y me determiné como bachiller. Fuíme entrando en el Andalucía, y apartándome de los tránsitos de la venida, por no pagar en alguna fiesta lo que hice en muchas semanas, llegué á Córdoba á confirmarme por angelico de la calle de la Feria, y á refinarme en el agua de su potro; porque despues de haber sido estudiante, paje y soldado, solo este grado y caravana me faltaba para doctorarme en las leyes que profeso. Y acordándome de lo bien que lo pasaba con mis tajadas de raya y colanas de vino cuando era buhonero, me determiné de volver al trato; mas por hallarme escaso de caudal lo empleé en solas mil agujas, y me salió de la ciudad á procurar aumentarlo. Y despues de haber corrido á Hernán Núñez y otras dos villas, llegué á la de Montilla, á tiempo que con un numeroso senado y un copioso auditorio estaba en su plaza sobre una silla sin costillas y con solo tres piés, como banquetá, un ciego de *nativitate*, con un cartapacio de coplas, harto mejores que las famosas del perro de Alba, por ser ejemplares y de mucha doctrina y ser él autor; el cual chirriando como garrucha, y rechiuando como un carro, y cantando como un becerro, se rascaba el pescuezo, encogía los hombros, y cocaba todo el pueblo. Empezaban las coplas de aquesta suerte:

Cristianos y redimidos
Por Jesus, suma clemencia,
Los que en vicios sois metidos,
Despertad bien los oídos,
Y examinad la conciencia.

Eran tantas las que vendia, que á no llegar la noche, diera fin á todas las que traía. Fuéronse todos los oyentes encoplados y gustosos del dicho autor, y él, apeándose del derrengado teatro, por verse dos veces á oscuras y cerradas las ventanas, empezó á caminar á la vuelta de su casa. Tuve propuesto de ser su Lazarrillo de Tórmes; mas por parecerme ser ya grande para mozo de ciego, me aparté de la pretension; y llegándome á él, le dije que como me hiciera conveniencia en el precio de las coplas, que me compraría una gran cantidad, porque era un pobre mozo extranjero que andaba de tierra en tierra buscando donde ganar un pedazo de pan. Enternecióse, y no de verme, y respondiéndome que la imprenta le llevaba un ochavo por cada una, demás de la costa que le tenia de traerlas desde Córdoba; y que así, para que todos pudiésemos vivir, que se las pagara á tres maravedís. Yo le respondí que se habia puesto en la razon y en lo que era justo, que fuésemos adonde su merced mandara, para que le contasen el dinero de cien pares de ellas y para que me las entregasen con su cuenta y razon. Díjome que le siguiera á su casa, y alzando el palo y haciendo puntas á una parte y á otra, como ejército enemigo, aporreando puertas y escalabrando paredes, llegamos con brevedad á ella. Tenia una mujer de tan mal arte y catadura, que le habia Dios hecho á él infinitas mercedes de privarle de la vista, porque no viera cosa tan abominable; y sobre todas estas gracias tenia otras dos, que era ser vieja y muy

sorda. La cual, así que vió á su marido, lo entró de la mano adestrando hasta la cocina, quitóle el ferruero y el talego de las coplas, y sentólo en una silla. Dijole en alta voz que sacase del arca dos legajos que habia de su obra nueva, que era cada uno de cincuenta pares, y me los diese y recibiese el dinero á razon de seis maravedís cada par; mas todo su quebradero de cabeza era dar voces al aire, porque demás de ser sorda, al punto que lo dejó sentado, habia salido al corral á traer leña para hacerle fuego; yo, reventándome la risa en el cuerpo, le dí parte de la ausencia, el cual me rogó que le avisara cuando viniera, para que tratase de despacharme. Llegó en esta ocasion, echó la leña en tierra. Sintió él el ruido del golpe, y acercando la silla hácia la parte que le pareció estar, dió conmigo, y tentándome al ferruero, y pensando que eran faldas, volvió á dar el segundo pregon, dejándome atronados los oidos, y ella, mirándonos á los dos, estaba como suspensa. Hícela señas de que llegase á oír su marido y advertirle á él el engaño, y descolgando ella un embudo grande de hoja de lata, se metió la punta en el oído, y poniendo la boca de él en la del relator de coplas, le preguntó que quién era yo, y que para qué me habia traído á su casa. El, despues de haberle satisfecho, en tono de predicador de mandato, por el cañon de su embudada corneta, volvió á referir tercera vez lo que dos veces habia mandado. Sacó ella los legajos, y despues de haber recibido el pago, hizome el entrego de ellos; y yo, cargado de agujas falsas y de coplas de ciego, me fuí á dormir al hospital. Sali al amanecer de la villa, y estando algunos dias en la de Aguilar, pasé á las de Cabra y Lucena; vendia las agujas á las mozas, y cantaba las coplas á las viejas; y como se dice que al andalúz hacerle la cruz, á las andaluzas, para librarse de sus ingenios, les habian de hacer un calvario de ellas. Hurtábanme las redomadas de aquellas ninfas, mirándome muy á lo socarron mis agujas, haciendo ayuntamiento de belleza y tratos de gitanos. Andaban mis papeles de mano en mano, jugando con mis puntas acerdadas dos mil modos de pruebas, que yo reniego de tantas probadas. Quedaba pasmado de oír lo donairoso de su ceceo y de ver el brio de su desgarro; y mientras tenia cuenta con las unas, las otras me empandillaban la vista y las agujas, pues jugando con ellas al escondite, unas me las quitaban, y otras me las diezmaban, emboscándolas en los tocados, y ocultándolas en las bocamangas; de manera que despues de haber cobrado dacio, feudo y tributo de este pobre bulhonero de poquito, despues de regatear dos largas horas, me compraban un cuarto de ellas, y de cosario á cosario me dejaban sin vales. Oían las coplas las viejas, y despues de haberme roto los cascos y secado los gaznates, con aquello de á las mas maduras, con sus boquitas papandujas me las alababan, y entre todas las vecinas de un barrio apenas me compraban un par de ellas. Por lo cual y por ser tierra de buenos vinos llevé tan adelante mi caudal, que en pocos dias pudiera jugar las hormas. En efecto, dí al traste con todo, y quedé hecho mercadante de banco roto.

Encaminéme á la vuelta de Gibraltar con intencion de ser pícaro de costa, y estando á vista de sus muros, me dieron nuevas de cómo prendian á todos los vagamundos y los iban llevando á la mazmorra, para que sirviesen en ella ó de soldados, ó de gastadores. Yo, por ser uno de los comprendidos en aquel bando y por no ir á tierra de alarbes á comer alcuzeuz, me fuí á la Sabina á ser gentilhomme de jábega y corchete de pescados. Concertéme con un armador por dos panecillos cada dia y dos reales cada semana. Volví los calzones, eché las piernas al aire, y púseme en lugar de banda un estrobo, insignia y arma de aquella religion; y al tiempo de tirar la red hacia que echaba todo el resio de la fuerza, y la tiraba con tanto descanso y comodidad, que antes era divertimento que trabajo. Y al tiempo que salia el copo á ser celosía de bogas, jaula de sardinas y zaranda de caballas, por ver el armador con baston de general de jabegueros, mirando á las manos y sacudiendo en las cabezas, haciendo yo oficio de escribano contrahecho, la causa perteneciente á las manos la remití á los piés, porque donde no alcanzan las fuerzas, es menester valerse de la industria. Hacíame Clície de aquel sol de bodegon de la cara de mi amo, y haciendo reverencias con los piés, sin haber en aquel distrito persona que mereciese hacerle cortesía, retiraba con los dedos de los cuartos bajos angelotes, y con los talones rayas. Tenia un camarada detrás de mí, el cual recogia los despojos, sirviéndole unos de estomaguets y otros de ventosas de mal de madre; los alojaba entre la camisa y la barriga, y otras veces les daba fondo por el resquicio de los zaragüelles, de modo que llegué á tiempo que ejercitaban los piés el oficio de las manos; y en faltándome sacristan que me ayudase á dejar el armador de *Requiem* y dar sepulcro á sus pescados, escarbaba con un pié sobre la arena como toro en coso, y formando anchurosa fosa, daba con el otro sepultura á la presa, y con ambos cubria á los difuntos, para sacarlos en quedando en la soledad. Venian los arrieros, compraban el lance, y en corriendo por su cuenta, descansaban los piés, y trabajaban las manos; que si es desdicha verse en poder de muchachos, harta desdicha será hallarse cercado de pícaros. Dígolo porque al instante que no corria el lance por el armador y que volvia las espaldas y desamparaba el monton de escamas plantadas á bien librar, les hurtábamos á los arrieros mas de la tercia parte, por mas bellacos que fuesen y por mas cuidadosos que se mostrasen. Con el provecho de estos perances, racion y salario que ganaba, comia con sosiego, dormia con reposo, no me despertaban celos, no me molestaban deudores, no me pedian pan los hijos, ni me enfadaban las criadas, y así no se me daba tres pitos que bajase el Turco, ni un clavo que subiese el Persiano, ni que se cayese la torre de Valladolid. Echaba mi barriga al sol, daba paga general á mis soldados, y me reia de los puntos de honra y de los embelecos del pundonor, porque á pagar de mi dinero, todas las demás son muertes, y sola es vida la del pícaro.

Habiéndome asegurado que en la ciudad de Málaga

hacian levas de mozos de jábega unos pescadores antiguos con patentes de armadores, y que daban cincuenta reales á cualquiera bisono que se alistase debajo de sus redes, dejé la Sabinilla, y me fuí al promontorio de la pasa y almendra, y al piélago de la batata. Senté plaza de holgazan, cobré paga de mandria. Pero cansado de andar atrás sin ser cabestrero, fingiendo haberle dado á un chulo una mojada con la lengua de un jifero, me retiré á sagrado y pedí iglesia, y cuando el armador venia á pedirme el dinero, dábale largas, diciéndole que el herido habia ya pasado del sereno, y que en habiendo declarado los cirujanos, volveria á trabajar y desquitar lo que habia recibido y gastado. Pero viendo que hacia diligencia para buscar al doliente, y que por no hallar rastro ninguno me queria echar en la prision, y que me andaba acechando para cogerme fuera de sagrado, me fuí una tarde al muelle, y hallando de partida un bajel francés que iba á Francia de poniente, y haciéndole creer al capitan que tenia unos parientes muy ricos en Burdeos, y que me habian enviado á llamar, llevándome cosa muy poca por el flete, me embarqué en su navío, porque es de hombres como yo el urdir una mentira, y es muy fácil de engañar un hombre de bien. Pasamos el estrecho de Gibraltar, que en lo borascoso y apretado parece título moderno. Corrimos una tormenta hasta el cabo de San Vicente, y desde allí, ayudados de un viento fresco y favorable, llegamos á San Maló de Lilia, puerto de Francia y provincia de Bretaña. Hay en esta villa veinte y cuatro perros de ayuda asalariados, los cuales están á cargo de un soldado que los asiste y cuida de ellos; que como hay soldados particulares, hay tambien soldados perreiros. Este tal tocaba cada día, al querer anochecer, una media luna ó llave de Medellin ó madera de tinteros, á cuyo horrendo son acudian todos los perros á una puerta sola que tiene la dicha villa; y echándolos fuera, hacian tal guardia y ronda toda la noche, que cualquiera persona forastera que llegase, ignorante de tales centinelas, lo hacian dos mil pedazos, con que estaba asegurada de cualquier antepresa y de cualquier cautela enemiga; y sin pretender esta escuadra perruna avanzamientos, ventajas ni ayudas de costa, entraban cada noche de guardia, y estando siempre alerta, jamás estaban quejosos. Tocaban caja en esta villa, levantando gente para ir en corso contra el Inglés, y daban á cada soldado una dobla. Yo, viéndome necesitado y en tierra extraña, y por gozar de todo y dejar en todas partes mi memoria eterna, cogí la dobla, senté la plaza, y levantando los talones, amanecí al tercero día en Land, puerto y provincia de Normandía, adonde, por ser tiempo de guerra, juzgándome por espía del Inglés, me hicieron una salva de horquillazos y puntillones, que fué poco menos que la de Borbon sobre Roma; y por hallar entre tantos malos algunos buenos, me dejaron pasar libre, y me escapé de una larga prision. Y valiéndome de mi acostumbrado oficio, y arrepentido de haber dejado en la ciudad de Lisboa mi socorrido hábito de peregrino, llegué á Ruan, cabeza de

Normandía, á quien el caudaloso Sena, despues de haber sido cinta de plata de la gran corte de Paris, es talahí escarchado de esta rica y poderosa villa; y en una de sus primeras posadas me previne de una poca de ceniza, en achaque de ser para secar unas cartas, y metiéndola en un poco de papel y aposentándola en el lado del corazon, me fuí á la bolsa, que es la parte del contratamiento y junta de todos los asentistas y hombres de negocios, y hallando un agregamiento de mercaderes portugueses, metiéndome en su corro y no á escupir en rueda, sino á hacerlos escupir en corrillo, les hablé con la cortesía y sumision que suele tener el que ha menester á otro, y en su misma lengua, porque no excusasen la súplica, porque como mis padres se habian criado en la raya de Portugal, la sabian muy bien, y me la habian enseñado; y despues de haberles dado á entender ser lusitano, les pedí que me amparasen, para ayuda de poder llegar á la ciudad de Viena, adonde iba en busca de unos deudos mios, y por venir pobre y derrotado, huyendo de familiares, á quien no bastaban conjuros ni compelmientos de redoma, y que por lo que sus mercedes sabian habian quemado á mi padre, cuyas cenizas traia puestas sobre el alma al lado del corazon. Ellos con semblantes tristes, algunos con preñeces de ojos, que sin ser medos esperaban partos de agua, me llevaron á la casa del que me pareció el mas rico y respetado. Pidiéronme la ceniza, y habiéndola dado, sin ser primer día de Cuaresma, fué cada uno besando el papelon por antigüedad. Pidiéronme licencia para repartir entre ellos aquellas reliquias de mártir; y yo, mostrando un poco sentimiento, les dí ampla comision, como se reservasen algunas para mí, pues en virtud de unos polvos que habia echado al mar, me habia librado de una gran tormenta que habia corrido en el estrecho de Gibraltar. Suspiraban todos por el trágico suceso que les habia hecho creer, y decian con tiernas lágrimas: El Dios de Israel te dé infinita gloria, pues mereciste corona de mártir. Repartieron las cenizas de la dicha posada ó bodegon, y mostrándome todo amor y benevolencia, me volvieron á la referida bolsa, y echando un guante en todos los de su nacion, me juntaron veinte y cinco ducados, los cuales me dieron, y una carta de favor para un correspondiente suyo, mercadante en la corte de Paris, para que me socorriese para ayuda á proseguir mi viaje; y despues de haberme encargado que procediese como quien era y que jamás pusiese en olvido la muerte de mi padre y mi felicidad en haber merecido ser su hijo, me despedí de ellos, alegre de haber salido tan bien de gente que siempre engañan y jamás se dejan engañar.

Tomé el camino de Paris, comiendo á pasto y á tabla de patron; y apenas llegué á verlo y reconocerlo, cuando empecé á dar voces, diciendo: Cata Francia, Montesinos, cata Paris la ciudad. Halléme corrido y avergonzado cuando entré y átravesé sus espaciales calles de la vaya que me daban algunos remendones y desculadores de agujas, diciendo á voces: Señor don Diego, daca la borrica. Compré al pasar por una botica

unas cantáridas y otros requisitos tocantes á mi oficio de cirujía, y yéndome á posar al burgo de San German, á la posada de uno de los expelidos de España, que se llamaba Granados, á aquella misma noche me eché en el pescuezo dos emplastos ó vejigatorios; y á la mañana, por haber amanecido muy hinchado, me puse cantidad de paños sobre él, y me fuí al palacio del embajador de España, que era el marqués de Miravel, y diciendo venir de Galicia á curarme del mal de los lamparones, me dió su limosnero tres cuartos de escudo por la llegada, y uno cada semana, hasta que fuí sano, sin llegar á piés reales. Dí la carta de favor, y tuve por ella otro socorro harto razonable. En esta corte ó confusa Babilonia, olvido del gran Cairo y lauro de todo el orbe, gastaba como mayorazgo, y comía como recién heredero, con que di fin á la limosna de la tribu de Abraham y á la caridad de los lamparones. Y por no volver á ser seguido de gozques y de andar dando alabadas, me quité los emplastamientos y trapos del pescuezo, y me acomodé por paje de un caballero, natural de Roma, dándole á entender ser su paisano, y hijo de un caballero romano de honor de su santidad, de los que llaman del Eson. Tratóme á los principios como á hijo del tal, pero en muy poco tiempo conoció el pié que cojeaba; y descubriendo toda la tramoya, nequitó las calzas folladas y la procesion de agujetas, me despidió de su servicio.

Viéndome desamparado y pobre y tan apartado de mi patria, por tener algun refrigerio para ayuda de llegar á ella, pues ya tenía de ayuda de costa el haber aprendido la lengua francesa, compré seis mil agujas de lo que habia buscado en el oficio pajeril, sin acordarme de lo bien que me fué con las andaluzas, y saliéndome de Paris, tomé el camino de Leon de Francia. Y vendiendo mi mercancia y gastando lo que sacaba de ella en los mejores vinos que hallaba, por tener valor y esfuerzo para poder hacer tan largas jornadas, hallé cerrados los pasos de aquella villa, por causa de la contagion; y así me fué forzoso buscar nuevas trochas y seguir modernos rodeos. Pasé por Montelimar y por Orange, y queriendo entrar por Aviñon, me tiraron dos mosquetazos las guardas de sus puertas, y me hicieron volver atrás, por no llevar boleta de sanidad. Viéndome imposibilitado de remedio y que sin ser avestruz me habia comido toda la acerada mercancia, y habiendo hecho voto de no comer ni comprar ni aun carne de agujas, por no acordarme de tan ruin buhonería, me encomendé á Dios, y sin ser potro de Gaeta, me aparté reculando de la villa, y me volví por el mismo camino que habia traído. Hallé en un villaje un sargento que estaba levantando gente, el cual me preguntó que si queria ser soldado y servir al cristianísimo rey de Francia. Yo, viendo que me apretaba la hambre y que en aquella ocasion, por solo mitigarla, serviria al Mameluco, le respondí que sí. Llevóme á su cuartel, que era en una villa llamada Sabaza; entregóme á su capitán, cuyo nombre era monsieur Juni, del regimiento del baron de Montéme. Hizome con él, y poniéndome

un cuarto de escudo en la mano, me hizo sentar plaza en su compañía, dándome por nombre monsieur de la Alegrez; porque como el capitán era mas fino que un coral, y me vió en la comida alegre de cascós y me conoció el humor, me confirmó sin ser obispo, dándome nombre conforme á mi sugeto. Marchamos por el Delinado, haciendo buena cherra, y en cada tránsito habia avenidas de brándis, al tenor de Abu, monsieur de la Fortuna; Abu, monsieur de la Esperanza. Hallábame mas contento que una Pascua de flores; juzgaba aquella vida por la mejor que habia tenido, y llamaba á aquella provincia la tierra del Pipiripao. Fuimos á guarnicion á la villa de Roman, adonde á costa de los patronos comiamos á dos carrillos, y pediamos á discrecion, y habia libertad de conciencia, siendo rey chico Juan soldado, adonde persuadidos de los oficiales, por hacer ellos mejor su negocio, molestábamos los vecinos, gastábamos cada dia cien cubas de vino, y cada noche un bosque de leña en los fuegos disformes que haciamos en nuestras posadas y en el cuerpo de guardia. Vino el unto á los mayores, recibieron el soborno, y echando rigurosos bandos, nos hicieron ayunar hartos meses lo que comimos pocos dias. Mucho paño tenia aquí adonde poder cortar, pero se embotaran mis tijeras, y pensando ganar amigos, cobraré enemigos. Diéronnos un tapaboca Bartolo, con darnos cada dia medio cuarto de escudo; que para henchir los oficiales las bolsas es necesario que los soldados alfojen las barrigas.

Embarcámonos al cabo de una temporada en una villa del duque de Guisa, llamada Mondragon, y conduciéndonos de las soberbias corrientes del caudaloso río, llegamos á desembarcar en la Provenza, adonde nos agregamos á una armada que tenia el dicho Duque para socorrer el Casar de Montferrat, á cuya oposicion estaban en Villafranca de Niza las galeras de Nápoles, y por general de ellas don Melchor de Borja. Enfadábame ya de oír tanto alon, alon, sin haber alguno de gallinas ni de capones, y el gastarme todos el nombre con monsieur de la Alegrez acá, monsieur de la Alegrez allá; y sobre todo estaba temeroso de ver que algunas veces que me habia puesto como el areo del fris, cantaba en sino español, por lo cual dieron en tenerme por sospechoso y llamarme espion; que el hombre que llega á beber mas de aquello que es menester, no solamente no guarda sus secretos, pero descubre los ajenos. Dieron á toda el armada una paga, que es la extremauncion de los franceses cuando entran en países extraños, la cual cogí con ambas manos, y apresurando ambos piés, fuí á resollar á Villafranca; hablé á la guardia de la puerta en italiano, por lo cual me dejaron entrar. Fui á ver á don Melchor de Borja, y contándole todo mi suceso, lo celebró mucho; y por parecerle soldado entretenido, me mandó dar dos doblas y que acudiese á comer á su casa. Vínole órden del duque de Saboya para que marchase con los españoles, y dejase los saboyardos y otras naciones que estaban á su órden, y que dejase á los franceses á que

siguiesen su camino. Embarcóse así que la recibió, y fatigados de una procelosa borrasca, llegamos á Monaco, y de allí zarpamos á la ciudad de Génova, desde adonde envió nuestro General dos galeras de su escuadra por bastimentos á la villa de Liorna. Embarquéme en una de ellas, y habiendo tenido un feliz viaje, al desembarcar en el muelle de la dicha villa supe cómo su alteza el gran duque de la Toscana levantaba gente para enviar al estado de Milan. Alistéme al instante, por no perder el tiempo ni la ocasion. Diéronme ocho ducados de contado, y tuve cuatro meses desvedada la bellota en casa de patrones, adonde daba de puntillazos al sol y me burlaba de la fortuna. Envié el gobernador de Milan á dar aviso á su alteza de que al presente no necesitaba de aquella gente, por lo cual dieron licencia á muchos soldados, siendo yo uno de los primeros, por ser pequeño de cuerpo y por constarle á mis superiores no ser grande de virtudes.

Púseme en camino á la vuelta de Sena, y pasando por Viterbo del Papa, llegué cuarta vez á la gran ciudad de Roma. Fui á ver á mis hermanas, de quien fui mal recibido; y queriendo hacer del esmarchazo, llamaron un vecino suyo, barrachel de justicia, el cual cantando aquel verso de «mira, Zaida, que te aviso», me puso en la calle, tomando á su cargo el amparo de mis hermanas. Fuíme al palacio del conde de Monterey, que estaba entouces por embajador de España, adonde me junté con un portugués, que era criado de don Juan de Eraso; y volviendo á continuar la vida de los temerarios, estafábamos cortesanas, y agotábamos tabernas. Abríle trinchera á un pintor en la cara sobre ciertos arrumacos que hacia á una conocida mia, por cuyo delito fué fuerza retirarme al palacio del dicho Embajador; y viendo mi pleito en mal estado y que mis hermanas aun no me daban un Dios te ayude, cosa que se da cada instante á uno que estornuda, me ayudé de mi hacienda trocando secretamente una casa que me habia dejado mi padre en la calle Ferratina por una gran suma de pinturas, las cuales envié por la conducta á Nápoles. Y yendo yo despues á tratar de su enajenacion, di tan buena cuenta de ellas, que en menos de un mes la mayor parte me la chuparon damas y me la comieron rufianes; y algunas cincuenta que me habian quedado las perdí una noche al juego de las pintas, parando á pintura y pintura, y diez en la quinta. Viendo que se me habia caído la casa, por haber perdido, no por falta de ciencia, sino por haberme encontrado con otro mas diestro que yo, senté plaza, en una leva que se hacia para España, en la compañía, sin caballos y con esperanza de rocines, del prior de la Rochela, y volví de nuevo á escandalizar con embustes el cuartel, á alborotar los cuerpos de guardia y á inquietar los bodegones, cargado mas de miedo que de hierro y con una letanía de valentía amontonada.

Metíome en prision mi capitán por cabeza de estos banderizos, porque temia que me huyese con ellos; y dióme en lugar de castillo el alcázar del Tarazanal, porque á gran rio, gran puente. Embarcámonos en una

fuerte armada para ir á España, yendo por generales de ella el marqués de Campolátaro y el de Santo Luchito, y por general de la caballería mi capitán, y por comisario general don José de Palma. Arriméme todo el tiempo que duró la embarcacion, por tener razonable pluma y por saber algo de cuenta, á la despensa del bajel, adonde iba embarcado para ayudar á dar racion á la gente de mar y guerra; y por andar al uso y no querer asentar en oficio que todos yerran, daba el dispensero el bizcocho mas menudo á los soldados, preservando siempre las costras mayores y enteras. Ibales dando raciones de atun de lo que se iba pudriendo, y guardaba lo que estaba bueno: Metia un punzon en el tocino, y el que estaba oloroso le iba ocultando, y distribuyendo el que no lo estaba, haciendo lo mismo con el vino y con lo demás que está á su cargo; porque ya es plaga antigua ser lo peor para el soldado. Tenia cuidado de regalar al cabo de la guardia y al capitán que venia por cabo del bajel, con que todos callaban y amorraban, y al compás que lo pasaban mal los soldados, triunfábamos nosotros. Llegamos á dar fondo en Rosas, adonde se embarcó toda la infantería; salimos del puerto la caballería desmontada, y tomamos tierra á seis leguas de Barcelona. Quedamos aquella noche en la playa, escribiendo sobre el socorrido papel de su arena la pena de quedarnos sin patron y hechos lobos marinos de la playa; á la mañana nos alojaron donde tuvimos de ello con ello, pues detrás de un regalo oíamos un *cap de Deu*, y veíamos media docena de pistoletes. Estaba mi capitán conmigo, por haberme retenido una paga y haber yo dado queja sobre la restitution. Era yo siempre su ceja, pues que me tenia sobre ojo; que el soldado que no se dejare pasar por cima en materia de interés y tratarse de dar quejas ó capitular á sus oficiales, su verdad será mentira; y demás de no avanzar, será malquistado y aborrecible; y en achaque del servicio del rey, le darán con que no quede de servicio. Pasábalo yo mejor que todos los de mi compañía, por estar alojado en una taberna y ser intérprete con los catalanes y napolitanos, pagándome el corretaje en ponerme á veces, que por hablar catalán, hablaba caldeo, y por hablar napolitano, hablaba tudesco. Tuve un dia una pendencia con un soldado sobre un mentís por la gola, y dándole por debajo de ella una estocada, di con él patas arriba, por haberse él mismo, no haciendo caso de mí, entrado por los filos de mi espada; de manera que le hirió su gran soberbia, y no mi mucha modestia. Y por no dar venganza á mi capitán ni dar lugar á que satisficiesen su rencor, con hacerme prender y castigar, ó querer él mismo abrirme de grados y corona, me fui á la ciudad de Barcelona, adonde de presente estaba el que nació infante, y gobernó cardenal, y murió santo. Tomé tierra del Papa, y por no estar á merced de la justicia, me amparé de la piedad del convento de la Merced. Mi capitán, como si yo le hubiera á su padre robándole su hacienda ó quitándole su dama, envió tras mí á hacerme prender en Barcelona, y anduvo tan diligente un quitapelillos suyo, abunillo de la compañía

y hijo de huevo de la armada, que sin valerme antana, ni defensa de motilonos, ni aquello de iglesia me llamo, me hizo, con una cuadrilla de alguaciles y corchetes, sacar de sagrado y meterme en la cárcel del Tarazonal; que hay soldado que, por agradar á su capitán, prenderá al mismo que le dió el ser, con razon ó sin ella.

Echáronme grillos y cadena y una argolla al pescuezo, con un virote que siempre señalaba al norte y apuntaba á las vigas. Fulminaron un proceso de soldado huido y alborotador de la armada; y sin reparar en el dolor que le costé á mi madre cuando me parió, el trabajo que tuvo en envolverse, ni el molimiento que pasó en columpiarme, me dieron un susto con el debo condenar y condeno, por ser cosa que tenia con que pagarla, que á echarme la ley de la *numerata pecunia*, fuera irremediable el dar satisfaccion. En efecto, como quien no dice nada ó como quien no quiere la cosa, me sentenciaron á oír sermoncito de escalera, á santiguar el pueblo con los talones y á bambolearme con todos vientos, como si yo tuviera otra vida al cabo de un arca, y como si la que yo tenia me la hubiera dado el Pilatos que dió la sentencia. Notifiquéme un notario, tan buen cristiano, que no pidió albricias por la buena nueva ni derechos de lo procesado. Hice algunos pucheros cuando la oí; atragantéme algunos suspiros, echando por los ojos ciertos borbotones de lejía de panilla. Díjome el carcelero que me pusiera bien con Dios, sin haberme dado para aquel último trance con que ponerme bien con Baco. Y acordándome del tránsito que habia de pasar, para probar si era como los que habia hecho siendo monsieur de la Alegrezza, me apretaba con la mano el gáznate, y con ser sobrepeine, no me agradaban aquellas burlas, diciendo entre mí: Si esto hace la mano, siendo de carne blanda, ¿qué hará la sogá, siendo de esparto duro? Hincándome de rodillas pedia misericordia al cielo; prometíale, si me viniera en libertad, hacer penitencia de mis pecados y mudar de vida; mas al cabo vino á ser el juramento de Pelayo.

Pasó la voz por toda la ciudad, y acudieron muchos amigos á verme, y vecinos de ella á censurarme. Los amigos me consolaban, diciéndome que me animara, que aquel era camino que lo habíamos de hacer todos, que solo les llevaba la delantera; y en lo último se engañaron, porque yo me he quedado de retaguardia, y ellos han llevado la delantera, perdonando verdugos, pidiendo misas, y haciendo alzar dedos. Decían algunos catalanes que era compasión, por cosa tan poca, privarme de la vida en lo mejor de mi edad; otros, que tenia cara de grandísimo bellaco; otros, que no por bueno estaba en tal aprieto. Entró á este tiempo un fraile francisco muy trasudado y fervoroso, preguntando: ¿Dónde está el sentenciado? Yo le respondí: Padre mio, yo lo soy, aunque no tengo cara de ello. Díjome: Hijo, ahora es tiempo de tratar de tu salvacion, pues ha llegado la intemerata; y así este poco de vida que le queda es menester emplearla en confesar sus culpas y en pedir á Dios perdon de sus pecados. Res-

pondíle: Padre mio, si un buen amigo es espejo del hombre, uno que tuve en Sicilia, tan intrínseco, que me hizo medio carnal á costa de un ojo, me decia que antes mártir que confesor; demás que por cumplir los mandamientos de la santa madre Iglesia, no me confieso sino una vez en el año, y esa por la Cuaresma. Pero si es ley humana que pague con la vida el delito que he cometido, vuestra reverencia advierta, pues es tan docto, que no hay mandamiento ni precepto divino que diga: No comerás ni beberás; y así, pues no voy contra lo que Dios ha ordenado, vuestra paternidad trate de que se me dé de comer y beber, y despues trataremos de lo que nos está bien á los dos, que en tierra de cristianos estoy, y iglesia me llamo.

El padre, algo enojado de oirme decir chilindrias en tiempo de tantas veras, sacó de su manga un crucifijo pequeño, y empezóme á predicar aquello de la oveja perdida y lo del arrepentimiento del buen ladrón; y esto dando tantas voces, que atronaba todo el Tarazonal, y derramando tantas lágrimas, que inundaba aquel pequeño retrete. Yo, que mas gana tenia de comer que de oír sermones, por haber veinte y cuatro horas que no me habia desayunado, decia entre mí viendo las crecientes de llantos que destilaba por sus ojos: Aunque mas lágrimas deis, en vano las derramais. Mas viendo que alguna razon tenia, pues daba tantas voces, y que sin ser víspera de San Estéban me querian colgar como racimo de uvas, alargarme el gáznate como si fuera ganso, despejé el rancho, y hincando una rodilla y poniéndome en postura de ballestero, desembuché la talega de culpas, y dejé escueto el almacén de los pecados; y habiendo recibido la bendicion y el *ego te absolvo*, quedé tan otro, que solo sentia el morir, porque juzgaba, segun estaba de contrito, que se habian de tocar de su mismo motivo todas las campanas, y alborotarse toda Barcelona, y dejar de ganar su jornal la pobre gente por venirme á ver. Mas por conservar y alargar la vida, como en prenda tan amable, hice dar un memorial en mi nombre al marqués de Este, que ejercia el puesto de general de la caballería, por haber muerto el prior de la Rochela, alegando en él ser hijodalgo, y que conformé los fueros de los que lo eran, me tocaba morir en cadahalso, degollado como carnero, y no en horca, ahogado como pollo. Pensaba que me pediria informacion de ello, y que me daria término para enviar á hacer las pruebas á Roma y á Salvatierra, y que en el ínter no me faltaria una lima sorda para limar la cadena y grillos, ó una ganzúa para abrir las puertas de la prision; pero salióme todo en vano, porque el Marqués respondió que él no pretendia otra cosa sino que yo muriese ajusticiado, que en lo demás escogiera yo la muerte que quisiera. Agradecile la cortesía, y tomando una piedra, y pareciendo un penitente jerónimo, me daba con ella infinidad de golpes en los pechos; pero con tanto tiento y con tanta blandura, que no se rompieran aunque fueran de mantequillas. Perdí el color, faltóme el aliento, y trabóseme la lengua cuando oí que en mis tristes oi-

dos clamoreaban los ecos de los esquilones y campanillas de la santa Caridad.

Estando con este susto, que le doy de barato al que lo quisiere, entraron acaso en el dicho Tarazanal don Francisco de Peralta, secretario de cámara de su alteza, y José Gomez, su barbero; y habiéndose informado de todo, mostrando algun sentimiento, llegaron á darme el pésame de mi desgracia. Pero viéndome que como si me hubieran de sacar á bodas hablaba bernardinias y echaba chiculios, y que habia convertido la piedra, sin ser Domingo, de tentacion en dos libras de pan, que me habia enviado el carcelero, y que haciendo monipodios, por haber venido acompañadas con un jarro de vino, me estaba saboreando con ellas, volvieron el sentimiento en alegría, y me dijeron, que cómo no sentia el haber de morir. Respondíles que harto lo habia sentido mientras no me habian dado de beber; pero que tenia para conmigo el vino tal virtud, que al instante que lo bebía me quitaba y desarraigaba toda la melancolía. Y que advirtiéndome que aquel día salia de poder de soplones, alguaciles y escribanos, daba por bien empleada la muerte; pero que si sus mercedes pudieran alcanzar con mi General que, debajo de mi palabra me diera licencia por tres meses para ir á Roma á confesar ciertos pecados reservados á su Santidad para descargo de mi conciencia y salvacion de mi alma, me harian muy grandísimo favor, y que yo les haria pleito homenaje, como infanzon gallego, de volver en cumpliéndose el término á ofrecerme al funesto suplicio y á entregar al trinchete de gargueros la mejor cabeza que jamás ciñó garzota. Cayóles tan en gracia mi demanda, que habiendo conocido mi buen humor y el buen tiempo que gastaba, me prometieron ayudar, y le fueron á informar de todo á su alteza serenísima al mismo instante, por el peligro que corría en la tardanza; el cual, como príncipe tan piadosísimo y por constarle que tenia iglesia, mandó que se suspendiese la ejecucion y que se revocase la sentencia de muerte y que me echasen por diez años en galeras.

Estaba tan de mi parte el marqués de Este como si yo le hubiera hecho alguna sangría estando resfriado, que replicó á la gracia que se me habia concedido, y dijo que era muy tierno y delicado para traspalar sardinas, y que así era mucho mejor, para que fuese un ejemplar á toda la armada, quitarme de este mal mundo, y que cuando se hubiera hecho tres ó cuatro años antes, no se hubiera perdido nada. Mas de tal manera abogaron por mí mis dos defensores y abogados y de tal suerte encarecieron á su alteza mi despejo y taravilla de donaire, que le dió deseo de verme, y mandó sacarme de la prision libre y sin costas, y que yo le fuese á besar los pies por la merced que me habia hecho. Lleváronme la buena nueva y mandamiento de soltura, y dejando burlado al pueblo, cansados los campanilleros, y sin provecho el verdugo, me fuí cantoneando á palacio, recibiendo parabienes y haciendo pagamento de ellos con una pluvia de gorradas. Echéme á los pies de su alteza serenísima, dile las gracias por la recibida,

y despues de haberme oído algunas agudezas y contándole algunos chistes graciosos, quiso premiar mis servicios haciéndome grande de España, pues mandó que me cubriese, prometiéndome que con el tiempo me haria de la llave dorada de las despabiladeras. En efecto me trató como á bufon, y me mandó dar de beber como á borracho. Pero aunque estuve á pique de cubrirme y de tomar posesion de tal oficio, lo dejé de hacer por ciertos sopapos y pescozadas que me dieron sus pajes con manos pródigas y por la grande aficion que tenia al hábito de soldado; por lo cual me salí de palacio, y me fuí á dar dos sangrías para atajar el daño que me pudiera venir del susto que habia pasado.

CAPITULO VI.

En que da cuenta del presidio que tuvo en Rosas, el viaje que hizo á Milan, y cómo pasó á la Alsacia, y se halló en la batalla de Norlinguen.

Despues de haber desistido el temor y olvidado el peligro en que me vi y recuperado en una taberna la sangre que me habia hecho sacar, yéndome un día paseando hácia la vuelta del muelle, supe cómo el duque de Cardona levantaba un tercio, para enviarlo á Lombardia, y que era maestre de campo don Felipe de Cardona, su hijo; y por coger ciertos reales que daban, con que se engañaban muchos bobos, senté plaza de soldado; pero apenas mi capitán me vió tan mozo y nada pesado, cuando me metió en galera con los demás de sus soldados, temiendo que me perderia y que necesitase que me pregonasen. Zarpatos de allí á estar de presidio en Rosas, hasta tanto que el tercio se acabase de hacer, adonde teniamos cada tarde un pequeño socorro; mas porque era menos que moderado y nada bastante para aplacar mis buenos apetitos al cortar la cólera, procuré de valarme de uno de tantos oficios como sabia y habia ejercitado; y despues de haber estado entre mí toda una siesta procurando, sin estar en conclave, hacer una buena eleccion, elegí el de cocinero, por cogerles con suavidad los socorros á los soldados y por socorrer con ellos mis necesidades; para cuyo efecto armé un rancho, que ni bien era bodegon, ni bien casa de posadas; pero un bodegoncillo tan humilde, que pudiera la guerra dejarlo por escondido ó perdonarlo por pobre. Estaba hecho á dos aguas, y no tenía defensa para ninguna. Era todo él ventanaje, y necesitaba de ventanas; con tener mil entradas y salidas, usos y costumbres, y veredas y servidumbres, y libre de censo y tributo, no tenia puerta ni cerradura ninguna. Eran sus mesas retazos viejos de tajones de cortar carne, sus asientos de grandes y torneadas losas, que habian servido de tapaderos de caños, sus ollas y cazuelas de cocido y no vidriado barro, y su vajilla de pasta del primer hombre. Pusiéronle por nombre la plaza de armas, por su poco abrigo y menos limpieza, pues no habia en toda ella mas rodilla para limpiar los platos que mi falda de camisa. Hacia cada dia un potaje, que aun yo mismo ignoraba cómo lo podia llamar, pues ni era jigote francés, ni almodrote castellano; mas pre-

sumo que si no era legítimo, era pariente muy cercano del cocinado de Valladolid, porque tenia la olla en que se guisaba tantas zarandajas de todas yerbas y tanta variedad de carnes, sin preservar animal, por inmundito y asqueroso que fuese, que solo le faltó jabon y lana para ser olla de romance, aunque lo fué de latin, pues ninguno llegó á entenderla, ni yo á explicarla con haber sido estudiante. Con esto engrasaba á los soldados, y despachando escudillas de contante y platos de fiado, ellos cargaban con todo el bodrio, y yo con todos los socorros.

Despues de haber durado algunos dias esta industria ó disimulado robo, prueba de mi buen ingenio y remedio de mi necesidad, nos embarcamos en un bajel, y fuimos á dar fondo junto á la bahía de Génova, adonde aun no hube puesto los piés en tierra cuando traté de escurrirme, sin ser anguila; mas por andar mis oficiales alerta, por saber la retirada que habia hecho á Barcelona, no pude salir con mi intento. En efecto, marchamos la vuelta de Lombardía, teniendo siempre tapa al son del tapalapatan, y descubriendo tapaderos de cubas, á la sombra de la sábana pintada, llegamos á Alejandria de la Palla, adonde por ir derrotados, y no de batallas ni encuentros, nos dieron vestidos de munición, que en lengua latina se llaman vestidós mortuorios, y en castellano mortajas. Yo, temiendo vestirme de finado y de hacer mis exequias en vida y por no parecer bisoño, siendo soldado viejo, y habiendo hecho servicios particulares (que si es necesario me darán certificaciones y fes, por ser mercancía que jamás se ha negado á ninguno), me fingí enfermo, y me fui á un hospital, valiéndome del ardid del diente de ajo, gustando mas de estar en carnes vivas que en vestidos difuntos. Repartieron todas las gentes en castillos y guarniciones, y al punto que supe me habian dejado solo, que era lo que yo deseaba, saqué la cabeza como el galápago de mi santo retiro, y saliendo como caracoj en verano, con toda la casa á cuestras, cuyo peso era bien ligero, me fui á la ciudad de Milan. Y viéndome que por causa de ser soldado estaba con mas soldaduras que una caldera vieja, arrimé á una parte como á gigante la milicia, y siguiendo la milicia de la corte, reconocí su ventaja y senté el pié, volviendo de muerte á vida y de pobre á rico.

Salí el dia que llegué á ver despacio aquella famosa ciudad, y me pareció una de las buenas de todas cuantas habia andado, y que á gozar de mar, como muchas de ellas, no sufriendo igualdad, les llevara conocidas ventajas. Vi que sus templos competian con los de Roma, que sus palacios aventajaban á los de Sevilla, que sus calles excedian á las de Lisboa, sus sedas á las de Génova, sus brocados y cristales á los de Venecia, y sus bordaduras y curiosidades á las de Paris. Visité el palacio y corte, habitacion de su alteza serenísima el señor infante Cardenal, que habia acabado de llegar de Barcelona á gobernar tan hermosísima ciudad y á defender tan inexpugnable estado. Hablé con todos los conocidos, y díme á conocer á los que no lo eran; y

enfadado de los oficios pasados, por haber medrado tan poco en ellos, sabiendo cuán agradable es el *troppo variar*, me hice padre de damas, defensor de criadas y amparador de pobretas; vendíme por natural de Alcaudete; picaba á todas horas como alguacil, y cantaba á todos ratos como alcaudon; tenia aposentos de congregacion de ninfas de canton, salas de busconas, palacios de cortesanas, y alcázares de tusionas. Vendia sus mercancías á todos precios, vivia siempre con el adelanto, por tener esculpido en la memoria aquellos versos conceptuosos que dicen que quien no paga tentado, mal pagará arrepentido. Señalaba horas sin ser mano de reloj, hacia amistades sin ser valiente, y llevaba á cada instante á vistas sin ser casamentero. Era, cuando me hallaba á solas con ellas, el Píramo de su aldea; en habiendo visitas, era su criado; en habiendo pependencias, su mozo de golpe; y en hacerles los mandados, su mandil. Incitábalas á ser devotas de san Roque, y aconsejábalas que siempre que lo visitasen, se acercasen al ángel y huyesen del perro. Campaba como mercader, vivia como gran turco, y comia á dos carrillos como mona. Llegábame siempre á los buenos, por ser uno de ellos, y acercábame á los ricos, y huia de los pobres, tratando muy ordinariamente con gente de naciones, sin necesitar de aprender lenguas. Confirmé este oficio por uno de los mejores que han inventado los hombres, si no hubiera descendimientos de manos, rasguños de navajas y sopetones de machetes. Pero viendo que por ciertos estelionatos del signo Virgo me querian dar colacion de la referida, me amparé del palacio de don Marco Antonio de Capua, hermano del príncipe de Roca Romana, caballero napolitano; y por habérsele ido el cocinero, entré en el reinado de la cocina, y empuñé el cetro de la cuchara. Y despues de haber estado algunos dias en quietud y regalo, complaciendo á mi amo y haciendo alarde de mis estofados y reseña de mis aconchadillos, marchó su excelencia el duque de Feria con un lucido, aunque pequeño ejército, para dar socorro á la Alsacia, yendo mi amo por capitán de una compañía, y yo por su soldado y cocinero. Pasamos los dos tan dilatado camino con muchísimo descanso y regalo, abundando siempre de truchas salmonadas y diferencias de muy suaves y odoríferos vinos; porque como llevaba pella de doblones, hallábamos aun mucho mas de aquello que queriamos. Pasamos el Tirol, y juntáronse nuestras fuerzas españolas con las imperiales, que estaban á cargo del mariscal Aldringer; y hecho de todas un cuerpo, socorrimos á Costanza y Brisaque; y volviendo á separarse, nos fuimos á invernar á la Borgoña, adonde me fué fuerza reformarme del oficio y cargo que me habian dado de la cocina, por hallarla en todas las vistas que hacia hecha un juego de esgrimidor, sus ollas vagamundas, sus cazuelas holgazanas, y sus calderos y asadores rompellos; siendo causa de este daño la destruccion de la tierra y la falta del dinero.

Viéndome pues cocinero reformado, busqué otro modo y otra novedad de trató; y haciéndome mercante

de hierros y clavos de herrar caballos, y marchando á la vuelta de la Baviera, en pocas jornadas quedé desencavado, y conocí el yerro que habia hecho en emplear mi caudal en cosa que no podia acertar; de modo que lo que fiaba, no me pagaban; lo que me estafaban, aun no lo agradecian; y lo que hurtaban, jamás me lo restituian; con que al cabo de la jornada hallé el carro de mi capitán, adonde yo llevaba la indigestible mercancía, muy vacío, y mi bolsa muy anublada. Fuése en esta ocasion mi amo á Italia, á cosas que le importaban, dejándome á mí desherrado y desollado, pues quedaba sin el amparo de sus ollas y perdido el trato de los hierros. Hallóse al presente sin cocinero don Pedro de Ulloa, capitán de caballos; y por haberle informado que yo era el mejor de todo el ejército, me recibió para que le sirviese en el dicho oficio, porque en la tierra de los ciegos el que es tuerto es rey. Contóme mi amo, el pretendiente á quien serví de paje en Madrid, que hallándose en una aldea cercana á él una víspera de Corpus, llegó una tropa de infantería representanta, que ni era compañía ni farándula, ni moji-ganga ni bolula, sino un pequeño y despendo ñaque, tan faltó de galas como de comedias, el cual, á título de compañía de á legua, pretendió hacer la fiesta del día venidero, ofreciendo satisfaccion de muestra; y que habiéndose juntado todo el concejo, gustaron de oírlos, para ver si eran tales como ellos presumian. Llamáronlos en casa del alcalde, y delante de mi amo y de los jurados representaron el auto de *La locura por el alma*, adonde el que hacia á Luzbel, por dar mas voces que los demás, pareció mejor que todos, siendo todos harto malos. Acabóse la muestra; salió mi amo á la plaza con todo el ayuntamiento, adonde hallaron al cura, que por haber estado diciendo vísperas, no se habia hallado en la representacion; él preguntó al alcalde que qué tales eran los representantes. Satisfizole con decirle que no habian parecido mal, pero que uno, que representaba el diablo, era el mejor de todos. A lo cual le respondió el cura: Si el diablo es el mejor, ¿qué tales serán los demás? Por lo cual aplico y digo que si yo pasaba plaza del mejor cocinero del ejército, no sabiendo lo que me hacia, ¿qué tales serian los demás? En efecto, á falta de buenos me hizo mi amo alcalde de su cocina y soldado de su compañía.

Prosiguiendo la dicha marcha, llegamos á alojar á las sierras de Baviera, adonde nos dieron por patron uno de los mas ricos de ellas, aunque por tener retirado todo su ganado y lo mejor de sus muebles, se nos vendió por pobre; mas no le valió nada su fingimiento, porque sus mismos criados me dieron aviso de ello, porque demás de ser enemigos no excusados, son los pregoneros de los defectos de sus amos. Hablaba nuestro patron tan cerrado aleman, y ignoraba tanto el lenguaje español, que ni él nos entendia lo que nosotros deciamos, ni nosotros entendiamos lo que él hablaba. Pedíamosle por señas lo que habiamos menester, y él, aunque las entendia, como no eran en su provecho, se daba por desentendido y encogíase de hombros.

Dijome el criado que me habia advertido de lo demás, y entendia un poco la lengua italiana, que su amo era un buen latino, que si habia alguno entre nosotros que hubiera sido estudiante, le daria á entender lo que le pediamos. Alegráronseme las pajarillas, por ver que yo solo quedaba señor absoluto de la campaña, y que podia hacer de las mias, sin que nadie me entendiera. Acerquéme al patron, y díjele muy á lo grave que yo era furriel, mayordomo y cocinero de mi amo, y que así le advertia que tenia un capitán de caballos del rey de España en su casa, y persona de mucha calidad; que tratase de regalarle muy bien á él y á sus criados, y que porque venia cansado y era hora de comer, que hiciese traer todo lo que era necesario. Respondióme que le dijera la provision que me habia de hacer en la cocina, y que haria á sus criados que lo trajesen al punto. Díjele que era menester para la primer mesa de los gentileshombres de la boca, y para la segunda de los pajes y meninos, y para la tercera de los lacayos, estáferos y mozos de cocina una vaca, dos terneras y cuatro carneros, doce gallinas, seis capones, veinte y cuatro palominos, seis libras de tocino de lardear, cuatro de azúcar, dos de toda especia, cien huevos, cincuenta libras de pescado para escabeche, medio pote de vino para cada plato y seis botas de respeto. El, haciéndose mas cruces que hay en el monte santo de Granada, me dijo: Si para las mesas de los criados es menester lo que vuesa merced pide, no habrá tanta hacienda en este villaje para la del señor. Respondíle: Mi amo es tan gran caballero, que mas quiere tener contentos á sus criados que no á su persona; y así él y sus camaradas no hacen de gasto al día á ningun patron sino un relleno imperial avado. Preguntóme que de qué se hacia el tal relleno. Respondíle que me mandase traer un huevo y un pichon recién nacido y dos carros de carbon, y mandase llamar á un zapatero de viejo, con alesna y cabos, y un sepulturero con su azada, y que sabria todo lo que se habia de buscar para empezar á trabajar en hacerlo. El patron, medio atónito y atemorizado, salió en busca de lo necesario al relleno. Y al cabo de poco espacio me trajo todo lo que habia pedido, excepto los dos carros de carbon. Toméle el huevo y el pequeño pichon, y abriéndolo con un cuchillo de mi sazónada herramienta, y metiéndole el huevo, despues de haberle sacado las tripas, le dije de esta forma: Repare vuesa merced en este relleno, porque es lo mismo que el juego del gato al rato: este huevo está dentro de este pichon, el pichon ha de estar dentro de una perdiz, la perdiz dentro de una polla, la polla dentro de un capon, el capon dentro de un faisán, el faisán dentro de un pavo, el pavo dentro de un cabrito, el cabrito dentro de un carnero, el carnero dentro de una ternera, y la ternera dentro de una vaca. Todo esto ha de ir lavado, pelado, desollado y lardeado, fuera de la vaca, que ha de quedar con su pellejo. Y cuando se vayan metiendo unos en otros, como cajas de Inglaterra, porque ninguno se salga de su asiento, los ha de ir el zapatero cosiendo á dos cabos, y en estando zurcidos

en el pellejo y panza de la vaca, ha de hacer el sepulcero una profunda fosa, y echar en el suelo de ella un carro de carbon, y luego la dicha vaca, y ponerle encima el otro carro, y darle fuego cuatro horas, pocas ó menos; y despues sacándola, queda todo hecho una sustancia y un manjar tan sabroso y regalado, que antiguamente comian los emperadores el día de su coronacion. Por cuya causa y por ser el huevo la piedra fundamental de aquel guisado, le daban por nombre relleno imperial aovado. El patron, que me estaba oyendo la boca abierta y hecho una estatua de piedra, lo tuvo tan creído y se persuadió tanto á ello, viendo mi entereza y la priesa que le daba á la brevedad de traer todos los requisitos que le habia ordenado, que tomándose la mano, harto sin pulsos la suya, me la apretó, y me dijo: *Domine, pauper sum*; á lo cual, entendiendo la seña, le respondí: *Nihil timeas*. Y llevándolo á la cocina, nos concertamos de tal modo, que restaurando la pérdida de los hierros, me sobró con que poder comprar dos pares de botas, haciéndole á mi amo creer que era el patron muy pobre, y que le habian robado todo el ganado gente de nuestras tropas, por lo cual lo habian dejado destruido; por cuya causa, teniendo compasion, me mandó, por saber que yo solo lo entendia, que acomodase con él lo mejor que pudiera, de suerte que no le hiciese mucha costa en el gasto de la comida. Pero viendo los criados que me abundaba el vino en la cocina y que me sobraban los regalos que el patron me enviaba, dieron cuenta á mi amo, recelosos de la cautela; el cual hizo diligencia de saber si era verdadero lo que yo le habia asegurado; y hallando ser todo al contrario y que estaba alojado en la casa mas rica de aquel villaje, llamó al patron, y con un intérprete borgoñon, que entendia las dos lenguas, supo de él la contribucion que me habia dado y que le habia dicho que era su furriel, mayordomo y cocinero, y lo demás que he referido. Bajó mi amo á la cocina, y tomando un palo de los mas delgados que habia en ella, me limpió tan bien el polvo, que mas de cuatro días comió asado y fiambre por falta de cocinero. Yo le dije, viéndome mas que aporreado, que si queria servirse de hombre de mi oficio que fuese fiel, que lo enviase á hacer á Alcorcon, y que se persuadiese á que no habia cocinero que no fuese ladrón, saludador que no fuese borracho, ni músico que no fuese gallina. Salimos de allí, y fuimos hacer plaza de armas general en la campaña, llevando yo, por la obligacion de ser soldado, una carabina con braguero, por habersele roto caja y cañon, y un frasco lleno de pimienta y sal, para despolvorear los habares; y por armas tocantes á la cocina, un cuchillo grande, cuchillo mediano y cuchillo pequeño; que á tomar trasformacion y convertirse en perros, se pudiera decir por mí que lleva *perri chiqui, perri grandi, perri de tuti maneri*.

Pasamos de la plaza de armas á juntarnos con el ejército que traia su alteza serenísima el infante Cardenal para pasar á los estados de Flándes; y habiéndonos agregado á él siguiendo la dicha derrota, ganamos al-

gunas villas, cuyos nombres no han llegado á mi noticia, porque yo no las vi ni quise arriesgar mi salud ni poner en contingencia mi vida, pues la tenia yo tan buena, que mientras los soldados abrian trinchera, abria yo las ganas de comer; y en el ínter que hacian hosterías, se las hacia yo á la olla, y los asaltos que ellos daban á las murallas, los daba yo á los asadores. Y despues de ponerse mi amo á la inclemencia de las balas y de venir molido, me hallaba á mí muy descansado y mejor bebido; y tenia á suerte comer quizás mis desechos, y beber, sin quizás, mis sobras. Fuimos prosiguiendo nuestra jornada hácia la vuelta de la villa de Norlinguen, juntándose en el camino nuestro ejército con el rey de Hungría, con lo cual se doblaron las fuerzas y nos determinamos á ir á ganar la dicha villa. Y al tiempo que la teniamos bloqueando y esperando cura, cruz y sacristan, el ejército sueco, opuesto al nuestro, pensando darnos un pan como unas nueces, vino por lana, y volvió trasquilado. Yo, si va á decir verdad, aunque no es de mi profesion, cuando lo vi venir me acoquiné y acobardé de tal manera, que diera cuanto tenia por volverme lcaro alado ó por poder ver la batalla desde una ventana. Cerró el enemigo con un bosque sin necesitar de leña ni de carbon, y ganándolo á pesar de nuestra gente, se hizo señor absoluto. Llegó la nueva á nuestro ejército, y exagerando algunos de los nuestros la pérdida, pronosticaban la ruina; que hay soldados de tanto valor, que antes de llegar á la ocasion publican contentarse con cien palos. Yo, desmayado del suceso y atemorizado de oir los truenos del riguroso bronce y de ver los relámpagos de la pólvora y de sentir los rayos de las balas, pensando que toda Suecia venia contra mí, y que la menor tajada seria la oreja, por ignorar los caminos y haberse puesto capuz la señora luna, me retiré á un derrotado foso, cercano á nuestro ejército, pequeño albergue de un esqueleto rocin, que patiabierta y boca arriba se debia entretener en contar estrellas. Y viendo que avivan las cargas de la mosquetería, que rimbomban las cajas y resonaban las trompetas, me uní de tal forma con él, habiéndome tendido en tierra, aunque vuéltole la cara por el mal olor, que pareciamos los dos águilas imperiales sin pluma. Y pareciéndome no tener la seguridad que yo deseaba, y que ya el contrario era señor de la campaña, me eché por colcha el descarnado Babieca; y aun no atreviéndome á soltar el aliento, lo tuve mas de dos horas á cuestras, contento de que, pasando plaza de caballo, se salvaria el rey de los marmitones. Llegó á esta ocasion al referido sitio un soldado de mi compañía, poco menos valiente que yo, pero con mas opinion de saber guardar su pellejo, que presumo que venia á lo mismo que yo vine; y viendo que el rocin se bamboleaba por el movimiento que yo hacia, y que atroné todo el foso con un suspiro que se me soltó del molimiento de la carga, se llegó temblando al centauro al revés, preguntando á bulto: ¿Quién va allá? Yo, conociéndole en la voz, le llamé por su nombre, y le supliqué me quitara aquel hipógrifo de encima, que por ser desbocado habia dado con-

migo en aquel foso y cogídomelo debajo; hizo lo que le rogué; mas reconociendo que el rocín era una antigua armadura de huesos, no pudiendo detener la risa, me dijo: Señor Estebanillo, venturosa ha sido la caída, pues el caballo se ha hecho pedazos, y vuesa merced ha quedado libre. Respondíle: Señor mío, cosas son que acontecen, y aun se suelen premiar. Calle y callemos, que sendas nos tenemos, y velemos lo que queda de la noche á este difunto, porque Dios le depare quien haga otro tanto por su cuerpo cuando de este mundo vaya. Concedió con mi ruego, y tomó mi consejo; y al tiempo que la aurora, atropellando luceros, daba muestras de su llegada, despediéndome de mis dos camaradas de cama, me fui á una montañuela, apartada del campo enemigo, por parecer curioso y no tener que preguntar y por confiarme en mi ligereza de piés y tener las espaldas seguras.

Empezáronse los dos campos á saludar y dar los buenos dias con muy calientes escaramuzas y fervorosas embestidas, en lugar de chocolate y naranjada, y al tiempo de cerrar unos regimientos del sueco con uno de alemanes, empecé á dar voces, diciendo: ¡Viva la casa de Austria! ¡Imperio, imperio! ¡Avanza, avanza! Pero viendo que no aprovechaban mis exhortaciones, y que en lugar de avanzar iban volviendo las espaldas, volví yo las mías, y con menos ánimo que aliento, y con mas ligereza que valor llegué á nuestro ejército. Encontré en su vanguardia con mi capitán, el cual me dijo que por qué no me iba á la infantería española á tomar una pica para morir defendiendo la fe ó para darle al rey una victoria. Yo respondí: Si su majestad aguarda que yo se la dé, negociada tiene su partida; demás que yo soy corazo ó coraza y no infante, y por estar desmontado no cumplo con mi obligacion. Díjome que fuese adonde estaba el bagaje y tomara un caballo de los suyos, y que volviese presto, porque quería ver si sabia tan bien pelear como engañar villanos con rellenos imperiales. Fui me al rancho, metíme debajo del carro de mi amo, cubríme todo el cuerpo de forraje, sin dejar afuera otra cosa mas que la cabeza, á causa de tomar aliento, porque al tiempo de la derrota, que ya la tenía por cierta, me sirviera de cubierta, por ser desierto todo aquel distrito de la campaña. Llegó á mí un capitán, que estaba de guardia al bagaje, y me dijo que por qué me hacia mandria y me cubria de yerba, y no acudía á mi tropa. Respondíle que por haber hecho mas de lo que me tocaba, me habia el enemigo muerto mi caballo y metiéndome dos bulas en el muslo, y que porque no se me resfriase la herida, me habia metido en aquel monton de forraje. Con esta satisfaccion se fué adonde estaba su compañía, prometiéndome de enviarme un gran cirujano amigo suyo para que me curase, y yo me quedé cubierto el cuerpo de esperanza, y de temor el corazon.

Al cabo de un rato, temiendo que viniese el cirujano á curarme estando sin lesion, ó que mi capitán enviase á buscarme viendo mi tardanza, y me hiciese ser inquieto siendo la misma quietud, me volví á mi monta-

ñuela á ser atalaya ganada y gozar del juego de cañas. Y estando en ella haciendo la consideracion de Jerjes, aunque con menos lágrimas y mas miedo, vi que un trozo del contrario ejército cerró tres veces consecutivamente con el tercio de don Martin de Idiaquez, y que todas tres veces los invencibles españoles lo rechazaron, lo rompieron y pusieron en huida. Animóme esta accion de tal manera, que arrancando de la espada y sacando la mohosa á que la diese el aire, con estar á media legua de ambos campos, me puse el sombrero en la mano izquiera para que me sirviese de broquel, y dando un millon de voces á pié quedo, empecé á decir: ¡Santiago, Santiago! ¡Cierra España! ¡A ellos, á ellos, cierra, cierra! Y presumo que acobardado el enemigo de oirme ó atemorizado de verme, comenzó á desmayar y á poner piés en polvorosa. Empezó todo nuestro campo á apellidar: ¡Victoria, victoria! Yo, que no me habia hallado en otra como la presente, imaginando que llamaban á mi madre, que se llamaba Victoria Lopez, pensando que estaba conmigo y que la habia traído en aquella jornada, respondí al tenor de las mismas voces que ellos daban, que dejases descansar los difuntos, y que si alguno la habia menester, que la fuese á buscar al otro mundo. Y contemplando desde talanquera cómo sin ninguna orden ni concierto huían los escuadrones suecos, y con el valor y bizarría que les iban dando alcance los batallones nuestros, rompiendo cabezas, brazos, desmembrando cuerpos, y no usando de piedad con ninguno, me esforcé á bajar á lo llano por cobrar opinion de valiente y por raspar á rio revuelto; y despues de encomendarme á Dios y hacerme mil centenares de cruces, temblándome los brazos y azogándoseme las piérrnas, habiendo bajado á una apacible llanada, á quien el bosque servia de verjel, hallé una almadrada de atunes suecos, un matadero de novillos arrianos y una carnicería de tajadas calvinas; y diciéndo que buen día tendrían los diablos, empecé con mi hojarasca á punzar morcones, á taladrar panzas y á rebanar tragaderos, que no soy yo el primero que se aparece despues de la tormenta ni que ha dado á moro muerto gran lanzada. Fué tan grande el estrago que hice, que me paré á imaginar que no hay hombre mas cruel que un gallina cuando se ve con ventaja, ni mas valiente que un hombre de bien cuando riñe con razon.

Sucedióme, para que se conozca mi valor, que llegando á uno de los enemigos á darle media docena de morcilleras, juzgando su cuerpo por cadáver como los demás, á la primera que le tiré despidió un ¡ay! tan espantoso, que solo de oirlo y parecerme que hacia movimiento para quererse levantar para tomar cumplida venganza, no teniendo ánimo para sacarle la espada de la parte adonde se la habia envasado, tomando por buen partido el dejársela, le volví las espaldas, y á carrera abierta no paré hasta que llegué á la parte adonde estaba nuestro bagaje, habiendo vuelto mil veces la cabeza atrás por temer que me viniese siguiendo. Compré de los que siguieron la victoria un estoque de Solingues y algunos considerables despojos para volverlos

á revender, blasonando por todo el ejército haberlos yo ganado en la batalla y haber sido raya de la campaña. Encontré á mi amo, que lo traian muy bien desahuciado y muy mal herido, el cual me dijo : Bergante, ¿cómo no habeis acudido á lo que yo os mandé? Respondióle : Señor, por no verme como vuesa merced se ve; porque aunque es verdad que soy soldado y cocinero, el oficio de soldado ejercito en la cocina, y de cocinero en la ocasion. El soldado no ha de tener, para ser bueno, otro oficio mas que ser soldado y servir á su rey; porque si se emplea en otros, sirviendo á oficiales mayores ó á sus capitanes, ni puede acudir á dos partes ni contentar á dos dueños. Lleváronlo á la villa, adonde, por no ser tan cuerdo como yo, dió el alma á su Criador. Dejóme, mas por ser él quien era que por los buenos servicios que yo le habia hecho, un caballo y cincuenta ducados; que cincuenta mil años tenga de gloria por el bien que me hizo, y cien mil el que me diere otro tanto por el bien que me hará.

CAPITULO VII.

Que trata del viaje que hizo á los estados de Flándes; una pendencia ridicula que tuvo con un soldado; la junta que hizo con un vivandero, y otros muchos acaecimientos.

Despues de haber celebrado una de las mayores victorias que se han visto en los siglos presentes y en la mejor ocasion que han visto los humanos, se despidió su alteza serenísima de su primo hermano el rey de Hungría, y volvió á continuar su jornada sin haber quedado contrario que se le opusiese. Halléme en esta marcha huérfano de mi amo, viudo de cocina, y temeroso de gastar mi hacienda, todo lo cual me obligó á sustentarme de mi trabajo y á poner nuevo trato. Dí en hacer empanadas alemanas, por estar en Alemania, que á estar en Inglaterra, fueran inglesas; buscaba la harina en los villajes donde sus moradores se habian huido, y la carne en la campaña, adonde sus dueños de ella se habian desmontado; hacia cada noche media docena, las dos de vaca, y cuatro de carne de caballo; echábalas á la mañana á las ancas de la yegua, sin ser ninguná de ellas la bella Tartagona, y en llegando la hora del rendibuy general, apeábame del dromedario, tendia el rancho sobre mi ferreruero; sacaba dos ternas de dados, y hacia rifar mis empanadas á escudo, quedando muchos quejosos de que no hiciese mayor provision de ellas, como si la campaña fuese tumba comun de caballos muertos. Decíanme algunos de los rifadores que era la carne muy dura, pero que estaban muy bien salpimentadas; yo le respondia que era causa el ser la carne fresca, por no tener lugar para manirla, por ocasion de marchar cada dia, pero que como tuviesen despacho y pimienta, no importaba nada la dureza. Pasámos el Rin, y marchamos la vuelta Cruzenaque, y desde allí llegamos á Juliers, adonde su alteza serenísima, acompañado de la caballería de Flándes, que le habia salido á recibir y convoyar, se apartó del ejército, y se fué á dar alegrías á la grandiosa corte de Bruselas, que por instantes le estaban esperando. Mandó volver atrás

muchas de sus tropas, para si necesitase de ellas en Alemania, juntamente con la gente de liga del elector de Colonia y Maguncia y la de su majestad cesárea, yendo Mansfelte por cabo de todas. Fuéme fuerza volver la proa por no ser mi oficio para encerrarme á ser cortesano. Añadí al trato de las empanadas aguardiente y tabaco, queso y naipes; y para tener en seguridad mi persona, y en guardia mis mercancías, me arrimé á la caballería española, yendo por cabo de ella y por su comisario general don Pedro de Villamor. Pretendia el capitan de campaña que yo le pagase contribucion de mi trato, conforme lo hacian los demás que proveian la caballería, y yo me eximí de ello de tal suerte, que siempre quedé libre como el cuquillo, porque alegué ser un compuesto de dos, ni vivandero llevando víveres, ni gorgorero llevando menudencias, porque ni tenia carreta como el uno, ni cesta como el otro, pues en rincones de ajenos carros llevaba todo mi caudal. Tuve, por ser entretenido, entrada en casa del comisario general, y entraba una vez cada dia á visitarle en su mesa, porque sabia que gustaba de ver á monsieur de la Alegria, y tres á sus carros y cantinas, por conservar la alegría del nombre; entremetíame con todos los señores, y como es de los tales perder, y de mercaderes ganar, jugaba á los naipes y dados con todos; y haciéndose perdidizos, por cumplir con la ley de generosos, yo cargaba con la ganancia por mercader de empanadas caballunas.

Estando en Andenarque, encontré un dia en una taberna al soldado que me ayudó á velar el difunto caballo junto á Norlinguen; y dándome vaya de que me habia hallado debajo de él, yo le dije que estaba satisfecho de su persona, que á no haber hallado ocupado aquel sitio, que hubiera él hecho lo mismo; empezóse á correr y á decir que era mas valiente que yo, y pienso que no mentia, aunque fuera mas gallina que Caco. Yo, desestimando su persona y encareciendo mi coraje, le desafié á campaña, y descalzándome un zapato, le di un escarpin, guante de mi pié izquierdo, por no tenerlo de las manos, en lugar de gaje y desafio; y por cumplir con las leyes de retador, estaba él hecho un zaque, y yo una uva, y así no acertábamos á salir de la taberna. Los soldados que estaban presentes, por ver cuál era mas valiente ó porque tal pendencia se ahogase en vino, nos adestraron las puertas y nos fueron acompañando hasta fuera de la villa, y despues de habernos medido las armas, nos dejaron solos y se apartaron de nosotros para vernos combatir. Sacamos á un mismo tiempo las espadas, dando algunos traspiés y amagos de dar de ojos; empezóme él á tirar cuchilladas á pié quedo, habiendo de distancia del uno al otro una muy larga pica. Yo me reparaba y trataba de ofenderlo á pié sosegado. Decíame de cuando en cuando: Reciba esta, señor gorgotero fiambre. Y yo, metido en cólera, aunque lo veia tan lejos, de que no me pesaba, le respondia : «Déjela voacé venir, seo mal trapillo á fernado, y reciba esta á buena cuenta; y esto tirando tajos tan á menudo, que tenia hecho una criba al prado donde es-

tábamos. En conclusión, acuchillando nuestras sombras y dando heridas al aire, estuvimos un rato provocando á la risa á los circunstantes, hasta tanto que la descompostura de los golpes y el peso de las cabezas nos hicieron venir á tierra y nos obligaron á no podernos levantar. Acudieron los padrinos y los demás amigos, y diciendo: Basta, no haya mas, que muy valerosos han andado, y ya los damos por buenos, nos asieron dos de ellos por las manos, y no hicieron poco en ponerme en pié. Llegó un camarada mio á querer levantar á mi contrario, y al tiempo que se bajó para ayudarlo, imaginando que era yo y que lo iba á hacer confesarse por mi rendido, alzó la espada, y diciendo: Antes muerto que rendido, le cortó toda la mitad de un labio. Acudió al ruido el gobernador de la villa, y viendo á mi camarada desangrarse, y á los dos con las espadas desnudas, habiéndose informado de que éramos los autores de la pendencia, mandó llevarnos presos y hacer curar al herido. Lleváronme á mi entre cuatro esbirros á la prision, mas en volandas que sobre mis piés, por no estar para sufrir la carga; y á mi competidor, porque solo bastara un carro para poderlo menear, lo dejaron tendido en campaña, adonde como animoso combatiente estuvo de sol á sol. Yo iba tan herido de las estocadas de vino, que ni conocí los que me llevaron preso, ni supe si la cárcel era cárcel, meson ó taberna. Estuve en ella cuarenta horas, y en todas ellas no supe qué cosa era despertar. Informaron al comisario general de todo el suceso, y compadecido de mí y por hacerme la merced que siempre me hacia, envió un recado al gobernador pidiéndole que me soltase, supuesto que la pendencia que habíamos los dos tenido se apaciguaba con dos jarros de agua fria. El gobernador, por complacerle, mandó que al punto me sacasen de la prision. Llegó con la orden un criado suyo, y habiendo hecho poca diligencia en despertarme, volví en mí. Y pareciéndome estar en otro nuevo mundo, extrañaba el lugar adonde me hallaba; contóme quién habia sido la causa de mi libertad; y yo, haciendo cruces y pareciéndome salir de un castillo encantado, fuí á toda prisa á darle las gracias del buen tercio al comisario general; el cual, despues de haberme hecho relatar todo el origen de la pendencia y sucesos de ella, se rió infinito, y mandó satisficiesen mi traspaso. Y despues de haber sacado el vientre de mal año, fuí á visitar á mi rancho, el cual estaba como cosa sin dueño. Hallé el caballo boca abajo y pensativo, y mas flaco que caballete de espadador. Miré los frascos del aguardiente, y hallélos de vacío como mulas de retorno, y las demás mercancías, algunas cercenadas, y otras que se habian huido en piés ajenos. No me dió cuidado esta no pequeña pérdida, porque eché de ver que con una docena de empanadas de rocines se satisfacía toda.

Llegamos á Chavamburque, villa del elector de Maguncia, la cual hallamos desierta de todos bastimentos, casas yermas, y las caballerizas sin ningun sustento para los caballos. Aquí despaché muy bien una nueva provision que habia hecho de aguardiente, pero no me

atrevia á pregonarla por las mañanas, por saber cuán bajo es el oficio de pregonero, y así la vendia cantando, por no ignorar cuán honroso es el de cantar. Llamábanme todos por ser tan conocido, y porque gustaban de oír mis chanzas; brindaban á mi salud, y yo haciendo la razon, volvíales á brindar á la de *aliquantum* y á la de sus dineros. Enborrachéme brevemente, y el daño que yo mismo solicitaba lo pagaban los frascos, por lo cual cada dia habia menester comprarlos nuevos. Tuve vergüenza los primeros dias de ir á comer continuamente á la posada del comisario general y á la de don Cristóbal Salgado; pero viendo tantos peinados gorros acudir con tanta puntualidad y cuidado pensando que eran tablas de obra pia, y que se comunicaban con todo particular viviente, acudí de allí adelante á gozar de la limosna ó á comer de bonete, porque si las gorras que se metían fueran lanzas en Oran, ya ha muchos dias que estuviera el Africa por nuestra. Gastaba las horas del dia en esta forma: despues del alba hasta las nueve ejercitaba el oficio de destilador de aguas, que este título le habia dado, porque no me llamasen aguardentero, á quien tenia entrada y amistad con todos los oficiales mayores del ejército; de las nueve á las once hacia mis empanadas y las vendia, y de las once á la una era visitador general de las cocinas ajenas, sobrestante de las ollas, reconecedor de las cazuelas, superintendente de los asadores, y pesquisidor de los vinos; de la una á las tres era veedor de las dos mesas referidas, gracejo de sus dueños, y ejecutor de sus despojos; y de las tres hasta ponerse el sol, mercante de quesos y estanquero de naipes. Tuve un dia una pendencia con un marmiton sobre quién sabia fregar mejor una olla. Entramos en la cocina á hacer la prueba, y por haber él dado mejor razon de su oficio, siendo él aprendiz y yo maestro, y hacer burla de mí, le dí con los cascós de la olla en los de su cabeza, quedando tan rotos los unos como los otros. Fuíme á amparar de don Carlos de Padilla y de otro capitán de corazas. Y estando un dia con ellos pensando tener asegurada mi persona, llegó el comisario general, y por habérsele quejado el que tocó casco, sin ser jugador de espada negra, me dió media docena de palos tan bien dados, que me obligaron á tenerlos hasta hoy en la memoria. Viendo que no me valia la inmundidad de mi sagrado, les dije á los que tenia por mis valederos, que conforme el libro del duelo, aquel agravio no corría por mi cuenta. Ellos, riéndose al compás que yo lloraba, me llevaron á la casa del dicho comisario general, y haciéndome brindis á su salud, hicieron las amistades.

Marchamos otro dia de mañana á la vuelta del Rin, en virtud de una orden que habia enviado su alteza serenísima para que volviésemos muy aprisa á socorrer á Brabante. Iba yo muy triste, porque me habian informado, entre otras cosas, no ser bueno aquel país para mis mercancías, por la sutileza de ingenio y gran trato de su burguesía, pero alegre por la generosidad de sus príncipes y señores y por ser tierra rica y abundante adonde si tenia mala venta mi aguardiente y

tabaco, tendría buen despacho el arte de la bufonería. Pasamos á Juliers, á Estevans, Uberta y Disté, y llegamos á Tirlémon, adonde estaba su alteza serenísima, opuesto á los ejércitos de Francia y Holanda. Juntéme en la dicha villa con una añadidura de vivandero y una tilde de mercadante. Puso él de su parte la carreta, tienda, postes y embudos, y yo un caballo y todo aderezo de cocina. Agregué un poco de dinero que tenía de pequeño caudal, con el que él se hallaba, y habiendo hecho una razonable provision y una escritura de estar á pérdida y ganancia, él se ocupaba en vender el vino y cerveza, y yo en hacer pulpetas de oveja y ollas de carne mortecina, por costarnos á precio moderado. Sentía por extremo el verio entrar cada momento en la cocina á dejarme desprovisto de guisados, porque sin duda en las muestras que daba presumo que se había hallado en la rota del príncipe Tomás, y que los enemigos lo habían tenido alguna semana atado á un árbol de piés y manos, sin darle sustento humano. Desbautizábase él en ver que yo visitaba por instantes la pipa del vino, que á la de la cerveza siempre guardé respeto, porque me pareció orines de rocío con terciaria. Iba cada día á menos nuestro caudal, porque él comía por ocho, y yo bebía por ochenta, sobre lo cual venimos á reñir, y cada uno por su parte nos fuimos á quejar al autor general, el cual, informado de la justicia de cada uno, teniendo á novedad tan gracioso pleito, nos divorció sin ser obispo, mandándonos separar de nuestra alianza. Partimos los bienes muebles que cada uno había traído, mas no los gananciales, por hallarnos de pérdida y con algunas deudas. No me pareció proseguir mas con el dicho oficio, y así me determiné de ir á ver la corte de Brusélas, por ver si conformaba su vista con su grandiosa fama.

Llegué á Lovaina, insigne universidad de Brabante, y refrescándoseme la memoria de mis estudios pasados, por proseguir en ellos, me entré en un escolástico tabernáculo, adonde tomando un calepino de tragos, en poco espacio, pensando hablar romance, hablaba un latín tan corrompido, que ni yo lo entendía, ni nadie lo llegaba á entender. Salíme fuera de la muralla á desollar en campaña el animal que había cogido en poblado de taza, de las primeras letras de la villa, detúveme en quitarle el pellejo no mas de treinta horas, por causa de despertarme las cajas y trompetas de guerra, que daban muestras de la llegada de su alteza á aquella villa; porque á no servirme de desesperador juntamente con la artillería, con que se le hizo salva, yo entiendo que durmiera hasta el día de hoy. Levantéme con molimiento de cuerpo, dolor de cabeza, y boca de probar vinagre; llegué aquel mismo día á Brusélas, adonde hallé ser excusada toda alabanza para tan grandiosa poblacion. Contempléla por plaza de armas de la Europa, por escuela de la milicia, por freno de rebeldes, por espanto de enemigos, por esmalte de lealtad, y por pasmo de hermosura. Vi sus altivos muros, puertas y torreones, que siendo competidores de las pirámides egipcias, son colum-

nas sobre quien el Atlante español fia el peso de su celeste máquina y monarquía. Veneré sus campos por Eliseos, sus salidas por jardines de Vénus, y sus bosques por recreacion de Diana. Hallé toda su nobleza en campaña, por lo cual y por hallarme sin dineros, y ser tierra que quien no labora no manduca, me volví á seguir el ejército. Y despues de haber entrado los ejércitos enemigos con piés de plomo, y retirándose con piés de pajas, me fuí á ver á la celebrada antepresa del fuerte de Escuenque, adonde hallé á don Cárlos de Padilla, capitán de corazas españolas, que por haber conocido mi alegre modo y haberme defendido de los palos referidos, se me mostraba aficionado; y como me había visto solícito con el comercio de la bucólica, me hizo vivandero de su compañía, dándome carro, caballos y dineros, debajo de palabra de préstamo, y con cláusula de darle los víveres necesarios á su casa al mismo precio que yo los comprase en las villas: costumbre tan antigua en la milicia, en que se ha establecido por ley inviolable.

Fuí á la villa de Calcar, adonde cargé de todo lo competente á mi tráfico; y en particular busqué una criada de las que se usan en campaña, mercadante en la tienda, criada en la mesa, fregona en la cocina, y dama en el lecho, de tierna edad, para que no ocupase el carro ni cansase los caballos con el volúmen de su persona, y de buena cara para atraer los huéspedes. Volví á mi cuartel, planté el bodegon, y empecé á hacer lo que siempre había hecho, y lo mismo que hiciera ahora si volviera á tal oficio. Daba al capitán la mercancía peor y la que menos me costaba y la que se maltrataba por razon de los golpes del carro, contándosela á mucho mas de aquello que me costaba. Acudían á mi tienda infinidad de Adonis á la ñagaza de la criada, y cayendo en la red sin ser mártés, despachaba ella su mercancía, y yo la mía; pero entre tanta abeja que acudia á los panales, pegados los panales en la trasera, solian venir unos zánganos y moscones, que me llevaban mas de una traspuesta que yo ganaba en veinte asonadas. Pero viéndome corrido y enfadado de que al maestro le diesen cuchillada, me aparté por unos dias de mi compañía, por gozar del refran de quien se muda, Dios le ayuda, aunque me ayudó conforme á mi buena intencion; y para llevar mas tren y ostentacion, le pedí á un capitán, conocido mio, una carreta prestada, diciéndole no ser mas que para un convoy, ofreciéndome al buen tratamiento del caballo; con la cual y el carro que llevaba me hice vivandero de verdad, habiéndolo sido hasta allí de mentira. Arriméme al mayor grueso de la caballería española, adonde cada día iba creciendo el caudal y aumentándose el crédito y la opinion; mas la codicia, que siempre rompe el saco, y el vicio de hallarme con tanto descanso, me incitaban á jugar cada instante con la gente mas lucida de las tropas, entendiendo ganar por todas partes. Mas un dia, que fué noche para mí, aunque despues lo fué de pascua, habiendo perdido con don Pedro de Villamor lo que quizá en la villa, ha-

ciendo el amor, había ganado la criada, le supliqué que me jugara la carreta y caballo, que aunque no era mio, corría plaza de serlo. Hizo lo que pedí, y echando quínoles mas que un quebrado, y flujes, que para mí eran de sangre, me ganó el corto caudal que yo había adquirido y la carreta y caballo que estaban en confianza. Volvíme á mi tendejon cabizbajo y pensativo, adonde pensando hallar consuelo, se me doblaron los pesares, añadiendo pena á pena y pérdida á pérdida; porque la criada, habiendo tenido noticia de que había jugado lo mio y lo ajeno, había hecho pella como el escarabajo de lo mejor que yo tenia y acogidose sin cañamar, dejándome la tienda sola. Por cuya causa, aprovechándose algunos caballos ligeros de la ocasion, por salir pesados, la entraron á saco, como si fuera pabellon de enemigos.

Halléme fuera de cuidado de no tener que guardar, y con solo el carro y caballos de mi capitan, que por razon de conocer ser suyos, no pasaron por la misma risa. Busqué un pan fiado para que se desayunasen, siendo ya las nueve de la noche, y hartándolos de agua, los volví á la estala tan tristes, que me persuadí que habian sabido mi pérdida, y no la hubieron de ignorar, pues ayunaron de sentimiento de ella á pan y agua. Venida la mañana, me envié á llamar don Pedro de Villamor, y dando muestras de su valor y liberalidad, me volvió todo lo que me había ganado, dándome de mas á mas lo que me alegró el alma, me confortó el corazon, y me desterró la tristeza. Salí de su casa hecho un carretero de la Mancha, y dándole tras cada alabanza un millon de bendiciones, volvíme á mi compañía, di la carreta á su dueño, y mi capitan, que ya sabia todo lo que me había pasado, viendo sus caballos que hilaban tan delgado que podian saltar por arco como perros de rezadores, preguntándome si les habia dado la racion en dineros, me los quitó tan colérico, que pensando que me queria pagar el porte de habérselos traído, me fuí de su compañía, antes que él me echara de ella. Halléme dos dias antes con carro, carreta y criada y mucha mercancia, y en el que de presente me hallaba y compré un saco de pan y un rocin viejo y cargado de muermo, el un ojo ciego, y el otro bizco á puras nubes, y que se acordaba del asalto de Matrique por el principe de Parma. Carguélo con el costal, y hacíame dos mil reverencias, ó por ver que habia en el mundo quien se acordase de él, ó por suplicarme que le quitase lo que no podía llevar. Fuíme con el regimiento de caballos del marqués de Vizconte, llevándolo del cabestro para servirle de guia, y refrescándolo á cada tiron de arcabuz, y dejándolo descansar todas las veces que él queria. Vendí mi pan, compré dos frascos de aguardiente, hice mi barraca; y para comprar ollas, sartenes, calderos, potes y tazas y tener que dar de comer y beber, embagué á todo el regimiento, sin quedar soldado á quien no pidiese prestado; y como muchos pocos hacen un mucho, junté una buena cantidad, con la cual me volví á armar de nuevo. Pero toda la ganancia y los préstamos no fueron bastantes á

poder tener aquel oficio en pié, porque era tanto lo que yo bebia, que cuando pensaba ir muy adelante, me hallaba muy atrás. Apretábanme los acreedores, á quien pagaba con buenas palabras, pero jamás con buenas obras; pero advirtiéndolos que á costa suya por la mañana hasta medio dia estaba atolondrado de aguardiente, y de medio dia hasta la noche de *pura mente capiamus*, dieron al auditor muchas quejas, por *debitibus nostris*; y una mañana, al son de una trompeta, hicieron almoneda de todos mis asadores, parrillas, cucharas, morteros, rallos, trébedes y tenazas y de todos los demás trastos, pareciendo mas almoneda de baratillo ó mercado viejo que bienes de vivandero. Cada acreedor cargó con lo que pudo, y ninguno se atrevió á cargar con el caballito de Vamba. Yo, viendo que, sin valerme las leyes de la espera, me habian dado sentencia de remate, me despedí harto tiernamente de mi querido rocin, y él á disculparse conmigo de no hallarse con fuerzas para poder acompañarme.

Amparéme de los capitanes, y ayudándome entre todos para ayuda de los gastos del camino, me fui al regimiento del conde de Fuenclara, el cual había ido á Alemania, con orden de su alteza serenísima, á pedir socorro á la cesárea majestad del Emperador para poder echar de estos estados los ejércitos agregados de Francia y Holanda. Fui á hablar á don Pedro de Carvajal, su teniente coronel, el cual audivo tan bizarro, conociendo mi sugeto, que me prestó con que poder levantar la cabeza y encastillarme en la vivandería. Compré una carreta y dos caballos, cerrados de edad, y abiertos de espinazo, con mas faltas que un juego de pelota; pero animales quietos y sosegados y que siempre buscaban su comodidad. Marchamos al contorno de Matrique á cobrar algunas contribuciones, yendo por cabo de toda nuestra gente el marqués de Leyden; y volviéndonos á retirar, los buenos de mis caballos dieron en decir nones, y aunque los mataba á palos, jamás tuvieron atrevimiento de tirar coces; y esto viniendo la carreta vacía y yo caminando á pié, que á venir cargado, hubiera mas de seis horas antes que necesitara de cargar con ellos y traerlos á cuestras. El uno, que era cabezudo como aragonés, dió en que no habia de pasar adelante, y salióse con ello hasta ciento y un año, por cuya razon me fué fuerza quedarme muy atrasado de las tropas y venirme en buena conversacion con el otro, suplicándole que me hiciese merced por otra tal de no dejarme hasta el cuartel. Tropecé en el camino con seis soldados de una partida de holandeses que habian salido de Matrique; y al tiempo que llegaron á despojarme, vi mas adelante una emboscada de hasta otros veinte. Y pensando que eran de nuestra gente, les empecé á dar voces para que me viniesen á ayudar. En el ínter procuré de escurrirme de los que me tenian cercado. Acudió toda la emboscada, con la cual yo cobré ánimo, y empecé á dar voces, diciendo: ¡Viva España, y muera Holanda! Ea, soldados, paguen esos luteranos la amistad que me querian hacer. Llegó toda la tropa, y como me oye-

ron que engañados los trataba, tan mal de palabra, me dieron media docena de mochos, y me dejaron tan de valentía en el donaire, y donaire en el mirar, que me daba el sol por la parte que le dió á don Bueso.

Llevarónme á mí y al señor mi caballo presos á Mástrique, teniendo á dicha el ser prisionero, por vengarme del tal rocín, viéndolo en poder de enemigos. Diéronme por cárcel una taberna, que era lo que la mona quería. Pasó la fama que era un vivandero rico, por lo cual esperaban de mí una gran ranzon, y por Dios que se engañaban, no en la mitad del justo precio, sino en todo y por todo. Al cabo de algunos días, viendo que se alargaba la prision y crecía la costá, pedí licencia para hablar al duque de Bollon, que era gobernador en aquella villa, la cual se me concedió, y cercado de chuzos y alabardas como paso del prendimiento, me llevaron á casa del dicho duque, al cual hallé que estaba comiendo cercado de camaradas y con grande ostentacion. Hice mil cortesías, dime un centenar de tapabocas poniéndome la planta de las manos en los labios, como versos de amantes secretos, echéme á sus piés, y que quiso que no quiso, le dí un par de paces de Judas, dejándole los zapatos limpios de polvo y lodo. Hízome levantar, y preguntóme que cuánto daría por mi ranzon. Referíle muy triste que su excelencia me mandara dar de beber para echar aquel susto abajo, y que despues trataríamos de cosas de gusto, y no de pesadumbre. Mandó que se me diera al instante, y un paje, por lisonjearme, no conociendo mi calidad y buen despacho, me trajo la bebida en una taza tan cristalina como penada. Yo le dije : Señor mio, eso es añadir penas á penas ; salir yo de las penas de la prision, y darme á beber en taza penada, es querer dar conmigo en la sepultura ; vuesa merced me traiga una taza de descanso, y serémos buenos amigos. Díjome que no había taza tan grande como á él le parecia que yo había menester ; á lo cual respondí : Traígaseme un caldero de hacer colada, que cuando no venga lleno, suelo tiene. El Duque, disimulando la risa, le mandó me trajese una fuente que tenia de vidrio y un frasco grande de vino, y me lo fuesen echando hasta tanto que aplacase la sed. Hízolo así el paje, y yo hociendo en un arteson que tenia, adonde se despeñaban media docena de caños del artificio, á pocas tiradas dejé la fuente agotada y agotado el frasco. Díjome el Duque : Con esa píctima aliento tendrá ahora para tratar de su ranzon. Respondíle : Excelentísimo señor, *de dignare in fora quanto volite* : yo no tengo plaza de soldado ni calle de vivandero, porque soy caballero aventurero, temiendo mas de Galaor que de Esplandian. Mi nombre es Estebanillo Gonzalez entre los españoles, monsieur de la Alegrezza entre la nacion francesa. Mi oficio es el de buscon, y mi arte el de la bufa, por cuyas preeminencias y prerogativas soy libre como novillo de concejo. Si cada soldado de los que se hallaron á hacerme prisionero quiere una gracia por lo que le puede tocar, y vuesa excelencia cuatro gestos por lo que le pertenece, júntense todos ; que luego de con-

tante serán satisfechos y pagados ; y donde no, su daño hacen, y mi provecho ; porque habiendo descubierto quién soy, no me puede faltar de derecho esta casa, por ser la mas principal, y en pocos dias que entre en ella se encarecerá el vino, y en pocos meses se morirán todos de sed. Holgóse el Duque de oirme ; riéronse sus camaradas, y mandóme dar un plato de la mesa. Me brindaron tan á menudo, que á no ser tan buen piloto, les pudiera decir : A espacio, penas, á espacio. Alzaron la tabla, y llamándome el Duque, me dijo que por postre de mesa me daba libertad, y por principio de conciencia dos doblas, para hacer venta en el camino. Agradecíle la merced, y recibiendo las dos doblas, me despedí de él y sus camaradas, suplicándole encarecidamente que por ninguna razon diera libertad á mi rocín, por los mochos que recibí por su causa. Y saliéndome de la villa, tomé el camino de Namur, adonde llegué con harto temor, porirme recelando en todo el viaje dar en las leyes de partida, ya que en la pasada renuncié las de la entrega, prueba y paga.

Fuí á visitar á Bernabé Vizconte, capitan de caballos, y contándole mi prision y la causa de mi libertad, y dándome en poco rato á conocer, le agradaron tanto mis burlerías, que despues de haberme reparado la esterilidad del camino y añadir otra dobla á las dos que yo traía, me metió en su coche, adonde encochinados los dos, me llevó á ver el conde Octavio Piccolomini, general de la armada imperial, que en aquella sazón estaba en aquella villa ; el cual, habiéndose informado del capitan las partes y méritos que en mí concurrían, se holgó de tener un rato con quien poderse entretener, que no siempre estuvo César venciendo batallas, ni Pompeyo conquistando reinos, ni Belisario sujetando provincias, que hay tiempos de pelear y tiempos de divertirse. Y por ser hora de cortar capas y de echar bendiciones, le pusieron la mesa perteneciente á tal señor, y necesaria á tan gran soldado. Mandóme dar silla de la suerte que andaba el mundo, y honróme con que fuera su convidado. Púsome un criado la silla al revés, cosa que hasta entonces ignoré ; y al tiempo que la quise volver me dijo que no tratase de ello, porque él me daba aquello que me pertenecía. Y como no iba yo á tratar de vanidades de asientos, sino de henchir la talega, corrí mas de treinta postas, camino de brándis, con estar mal ensillado. Dió fin lo que empezó en comida y acabó en banquete, y usando los camaradas diez de comida hecha, compañía deshecha, quedamos solos yo y su excelencia y el capitan que me había conducido á que sacase la tripa de malaño. Desafiáronme á jugar á la primera, y sacando en lugar de tantos cada uno un puñado de doblas, las hicieron de resto ; y yo, valiéndome de la libertad del nuevo oficio, lo hice de sopapos. Contáronme tantos, y empezamos á jugar un sopapo de vale, treinta de resto, y de precio cada dobla de treinta tantos. Hallé que en ley de cristiano no podia jugar aquel juego, por ser como escritura prohibida el ir yo á la ganancia, y ellos á la pérdida ; pues si me decia bien, ganaba doblas, y si perdía, perdía sopapos, que en

tiempo de necesidad recibiría veinte al maravedí; y si los dos me ganaban, quedaban dolientes de dedos y lastimados de bolsas; pero sin reparar en escrúpulos de cargos de conciencia, por ser cosa que no se usa, jugué sin miedo, como quien tenía resto abierto y bastantes carrillos para pagar cualquier cantidad. Gané á su excelencia seis doblas, que por usar siempre de su conocida generosidad, presumo que se dejó perder. Ganóme el capitán treinta tantos, y dióselos de barato á los pajes, los cuales me hicieron hincar como hombre humilde que se ve, en altura, y ponerme cariampollado y de figura bóreas, y dejándome hechos los carrillos salseretas de color granadino, ellos quedaron alegres, y yo satisfecho. Preguntéle al criado que me puso la silla que si había pasado hora por ella, ó por qué razón me la ponía á mí diferente que á los demás que habían comido con su excelencia. Respondióme: A los que convidaba mi amo y son gentiles hombres, se les da la silla á la haz; pero á los que ellos se convidan ó son gentiles hombres de la bufa, se les da al revés. Yo le respondí: Si siempre me ha de regalar su excelencia como ha hecho hoy, mas que me ponga vuesa merced albarda; y considerando que ya pasaba plaza de caballero alegre, y muestra de gentil hombre entretenido, dije entre mí: Mi gusto es mi honra, y ande yo caliente y riase la gente; pues poco importa que mi padre se llame hogaza si yo me muerdo de hambre. Fuése aquella tarde su excelencia corriendo la posta á la corte de Brusélas, mar donde acuden todos los ríos del poder y valor y patria común de todos los extranjeros. Quedéme helado cuando supe su partida, por haberme dejado habiendo sido su camarada de mesa, y de puro sentimiento estuve á pique de renunciar el tal oficio y de volverme á mis platos y escudillas. Fuíme á dar cuenta de ello al marqués Matey, que estaba en aquella villa por coronel de infantería alemana, el cual me animó á que prosiguiese adelante con mis caravanas, y que no temiese el año del noviciado; y porque echó de ver que sentía el haberse ausentado su excelencia, me dió dineros para que le siguiese por la posta. Púseme en camino, dando á entender á los postillones, porque veía que se reían de mí, viéndome tan pobre de vestido, que era un caballero mayorazgo que me había escapado de la prisión de Mástrique.

Entré en Brusélas desempedrando calles, pareciendo yo postillon desbaliado y el postillon correo sin asistencia. Y después de haberme apeado y curádome, como penitente de sangre, mis desolladas asentaderas, me fui en busca del palacio de su excelencia, pues sin duda pronosticaba el bien y merced que me había de hacer y el que de presente me hace; pues con tanto extremo me había inclinado á su servicio, y con tal agonía le venía buscando. Preguntéle á un cortesano que si conocía al conde Octavio Picolomini de Aragon y si sabía á qué parte estaba su palacio, el cual respondió: Muy poco debe vuesa merced de saber quién es ese señor, pues me pregunta á mí si le conozco, no habiendo hoy en todo el orbe persona mas conocida por su valor, por

su fama y por su ilustre nacimiento; pues después de haber sido honor y gloria de Italia y Alcides del sacro imperio, ha sido el Mesías de estos estados; pues siempre que nos hemos visto oprimidos y molestados de ejércitos enemigos y habemos implorado su santo advenimiento, nos ha sacado del caos de aflicción en que nos hallábamos; pues en virtud de los socorros que nos ha conducido, el gobierno que ha tenido y la lealtad que ha mostrado, hoy se hallan los victoriosos y enemigos campos vencidos, y nuestros derrotados ejércitos vencedores; pues después de haber sido con el suyo causa principal de que dejasen Lovaina libre, y los estados pacíficos y triunfantes, ha sido el primer motivo y causa de haber ganado la Capela, rendido á Jateleto y conquistado á Corbi; habiendo convertido los cristales del caudaloso Somá en mar de sangre enemiga, y sus plateadas márgenes en promontorios de fogosas piras y en lilibéos de funestos despojos. Pero ¿quién podía dar á la casa de Austria tantas victorias, á Flándes tantos laureles, y añadir tantos timbres á sus armas, sino un señor de tan grandiosa calidad y tan antigua casa, originada de los excelentísimos duques de Amalfi, de cuyo esclarecido tronco han florecido sumos pontífices, títulos y señores que han dado asunto con su valor y grandeza á las historias y han inmortalizado sus famas, adornando el un cuartel de su escudo las barras de Aragon por descendiente de su casa real, tan venerada en el orbe por sus poderosos reyes, por sus invencibles conquistas y por sus aplaudidas victorias?

Tenia talle mi entendido cortesano de no cesar en un año, y pienso que tenía bastante materia para ello, á no llamarlo unos amigos suyos, por lo cual le fué fuerza quebrar el hilo de tan verdadera relacion y discurso tan notorio. Despidióse de mí, y dándome noticia de la calle donde vivía su excelencia, se fué por una parte, y yo me escurrí por otra. Quedé alegre por la buena informacion, y triste advirtiendo que un señor de tantas partes y de tan conocida nobleza no se dignaría de recibir en su servicio un pobre hongo, producido del polvo de la tierra, y mas viéndome en traje tan destruido y en hábito tan roto; porque en el día de hoy no traen á cada uno mas de conforme se trata. Pero considerando que el rey don Fernando de Aragon fué el príncipe mas amigo de bufones que han conocido nuestras edades, y que su excelencia, por descendiente de aquella real casa y por gozar de las bendiciones de aquel adagio que dice: Bien haya quien á los suyos se parece, me admitiría, por constarle que semejantes casas jamás están escasas de leones atados y de bufones sueltos; y que fué una borracha la gentilidad en tener por deidades y dar adoracion á la poesia, música y amor; y no dársela á la bufonería, siendo arte liberal de que tanto han gustado emperadores, reyes y monarcas, y que solamente es aborrecida de pelones y miserables; y tratando los romanos de desterrar todos los bufones, por ser gente vagabunda é inútil á la república, no pudieron conseguir su intento, por alegar todo el Senado y los varones sabios y doctos ser provechosos para decir á sus emperadores

libremente los defectos que tenían y las quejas y sentimientos de sus vasallos, y para divertirlos en sus melancolías y tristezas. Animándome estas consideraciones, alargué el paso y resucité la esperanza. Llegué al palacio de este nuevo Marte, y valiéndome de las excepciones y privilegios de mi profesion, sin licencia de porteros ni recados de pajes, me entré hasta su misma sala, adonde me recibió con rostro alegre, y con su acostumbrada afabilidad mandó que me refrescasen, para que apagara el calor del camino, y que de allí adelante me asistiesen con todo lo necesario y me tratasen como á criado suyo. Agradecile el favor y honra que me hacia, y pomposo de haber salido con mi pretension, senté el real, y tomé pacífica posesion del provechoso oficio. Mandóme hacer un vestido de su librea, para que me sirviese de estimacion con los señores, y de salvaguardia con los pajes y lacayos; y aunque lo sentí por saber que aunque su nombre empezá en libertad, es vestido de esclavitud y munición de galeotes, pues al menor tris hay un topafuera, me fué fuerza en echarmelo, por no contradecirle en su gusto y por remediar mi desnudez.

En este tiempo hizo mi amo un viaje á Alemania á reforzar el ejército imperial que estaba á su cargo, en defensa y custodia de estos estados. Partió de esta corte en caballos ordinarios, siendo yo uno de los primeros que le iban sirviendo de norte, y no de los postreros en llegarme á comer en su mesa y en silla baja, á uso de corte. Tomaba, por solo tomar, cuanto me daban sus camaradas y los títulos y señores de las villas y ciudades por donde íbamos pasando; yo, por no dar, aun no daba á ningun criado los buenos dias. Llegamos á Viena, adonde sin limpiarme las botas de las salpicaduras del camino, fuí á besar la mano á la cesárea majestad de la emperatriz María, la cual, con ser yo pequeño y no usarse en Alemania chapines, me hizo grande del sacro imperio; mandóme cubrir como á potentado. Yo, viéndome favorecido y en vísperas de privado, me endiosé con tanta gravedad y vanagloria, que en lo hinchado y puesto en asas parecia botija de serenar. Llegó un paje por detrás de mí, y viéndome tan espetado y relleno, metió por debajo del envés de la barriga un puntiagudo aguijon, que podia servir de lengua á una torneada garrocha, y dar muerte con ella al mas valiente novillo de Jarama. Disimulé el dolor, aunque era insufrible, por no perder un punto de mi engollamiento; y al cabo de un rato me salí de la sala, por no poderlo sufrir; y encontrando al mayordomo mayor, le dije: Señor, ¿cómo se permite que se atrevan los pajes á los príncipes extranjeros y de tanta calidad, que se cubren delante de sus majestades cesáreas? El cual, dejándome con la palabra en la boca y volviéndome las espaldas, me respondió: Esos son los postres de los bufones, cuyas palabras me dejaron tan mortificado y sin espíritu, que en muchos dias no me atreví á volver al palacio.

Mi amo, que así me he atrevido á llamarlo, pues comia su pan y vestia su librea, y siempre lo ha sido, lo

es y lo será, con la mayor brevedad que pudo hizo su ejército, y dándole orden de marchar la vuelta de Flándes, fué prosiguiendo su viaje. Yyo, por no volverme de vacío, me fuí á despedir de la majestad cesárea de la Emperatriz, la cual me mandó dar una taza grande de plata y cien escudos de oro. Al punto que lo recibí tomé la posta, y corrí en ella hasta Praga, cabeza del reino de Bohemia. Fuí á visitar á don Baltasar de Marradas, que era virey de aquel reino; hallélo en la mesa, y celebrando mi buena venida, me dió de comer y beber, aun mucho mas de lo que me bastaba. Salí á una sala de su antecámara, adonde estaba la tabla de la repostería, en la cual hallé una gran porcelana llena de crema con mucha azúcar, y á su lado un plato cubierto de bizcochos. Hízome cosquillas lo dulce, y atreviéndome á embestirle, fiado en mis preeminencias, mojé un bizcocho en aquel piélago de ampos, y trasladándolo con sutileza de manos á boca, me sirvió de impedimento un criado de repostero, que juzgándolo á atrevimiento, ó ignorando mi dignidad, me sacó aquel dulce maná de entre los labios, lastimándome todo el frontispicio de marfil. Yo, sintiendo el dolor y no reparando en galas, le encajé la porcelana en la cabeza, dejándosela tan ajustada, que parecia montera redonda de sayal blanco ó cofia de aldeana curiosa. Empezáronle á bajar tantas y tan espesas corrientes, que sirviéndole al rostro de albayalde, le aprovechó de enjalbegar el vestido. Tomó un cuchillo que halló á mano, y se vino como rayo para mí. Yo, que sabia cuán irremediable es una jilerada picaresca, volvíle las espaldas, y medio rodando unas escaleras abajo, llegué á la cocina; y por ver que me venia siguiendo, puesta la mano en su celada, por temor de no quebrarla, tomé un asador con la mano derecha, y una tapa de hierro de una grande olla en la izquierda, y me planté de firme á firme con mi mosca en leche. Dió chillidos una fregona, á los cuales acudió el mayordomo, y hallándonos á los dos en postura tan ridícula, se puso en medio, y sin dar lugar al criado á que se quitase el nevado tocador, nos llevó á la mesa de su amo, con todas nuestras armas y pertrechos. Rióse mucho el Virey del suyo y de ver la blancura de mi competidor; y despues de mandar hacernos amigos, me dió una veintena de escudos, la cual recibí con mucha voluntad, y con muchísima me salí de su palacio, receloso del enamorado alemán.

Marchamos á Wormes, ciudad de las principales del Palatinado y vecina del ameno y caudaloso Rin, adonde estaba hecho alto el ejército imperial, aguardando segunda orden para pasar á Flándes. Venia mi amo tan á la ligera, que no traía consigo ningun bagaje; por lo cual fué fuerza que los pocos criados que le veníamos acompañando le sirviésemos en lo tocante á su comida y regalo y en otros oficios de la escalera arriba, supliendo la falta de los que venian atrás en guarda de su recámara. Encargáronme, por ver mi brio y despejo, la despensa de la comida, la cantina del vino y el pozo de la nieve, que fué lo mismo que meter una zorra en una viña cercada en tiempo de vendimia, ó hacer á un

lobo pastor de ovejas. Diéronme criados pertenecientes á tal amo, para que entretenidos cerca de mi persona, observasen mis órdenes. Estimábanme todos los coroneles y capitanes del ejército como á nevero en verano y pescador en Cuaresma. Regalábanme como quien podia y mandaba, como quien tenia á quien; hacia mis sacas de vino y mis vendejas de nieve, y con la calidad del uno y la frialdad del otro gozaba mi bolsa de un templado temperamento. Habíame dado por cuartel, para que me aprovechase de alguna cosa, la casa de un judío rabí, de nacion italiano, el cual, por decir que era mi paisano y que me conoció á mí y á mi padre en la ciudad de Roma, alargaba la contribucion, y me hacia esperar, sin ser de su ley; pero viendo que no me aprovechaba el llevarlo por bien ni por mal, me dí por desentendido, y confirmando de nuevo la amistad de la conociencia antigua, lo traje una tarde á mi despensa á que merendase en ella; y habiendo puesto la mesa con variedad de regalós y escasez de tocino, hícele entrar en el pozo de la nieve, en achaque de sacar dos frascos que estaban puestos á enfriar, el uno de vino, y el otro de agua de limones; y al tiempo que lo ví en lo hondo, buscando la parte adonde estaban, tiré de la escalera, y la subí arriba, dejándolo empozado como á otro José; y volviéndome á asomar á la puerta del pozo, le dije: Perro judío, primero te has de volver carámbano que salgas á ver la luz del cielo hasta que me pagues todo el tiempo de mi alojamiento conforme á los demás oficiales del ejército, y con el tresdoble á mí, por usar de presente tres oficios en servicio del general, y todos ellos de á dos bocas. Empezó á gritar y á llorarme pobrezas; y diciéndole que poco importaban sus voces, porque no podian ser oidas, le cerré la puerta y lo dejé empozado en parte donde no se abochornaria. Otro dia, por ser forzoso el sacar nieve para el servicio de mi amo, volví á abrir, y lo hallé tiritando de frio y casi helado. Volvíle á protestar ser la culpa suya, desahuciándolo de la salida hasta que yo estuviese satisfecho. Redújose con esto á darme unas señas para que su mujer me diese todo aquello en que quedamos de concierto. En efecto, cobré mi boleta, y despues saqué al pobre rabí, tan hambriento y helado, que en mas de cuatro horas que lo tuve al rincon del fuego, dándole caldas y regalándolo, no le pude volver á su primer ser.

Otro dia de mañana marchamos la vuelta del país de Henao, y al cabo de algunos dias llegaron á hacer plaza de armas cerca de las murallas de Mons, donde el conde de Buquoy, gobernador de aquel país, señor de los calificados de Flándes, salió á recibir á mi amo; y llevándolo á su palacio, acudiendo al ser quien es y á su conocida liberalidad y largueza, le hospedó y banqueteó, excediendo sus costosos regalós á los de la boda del rey Baltasar, y los néctares de sus odoríferos licores á la bebida que dió la célebre Cleopatra al invencible Marco Antonio. Fueron estos banquetes para mí unos juicios finales, porque privándome de lo poco que yo tenia, daban cada instante con mi edificio en tierra. Dí en visitar los vivanderos del ejército muy á menudo y en que-

rerlos meter en contribucion, estando en país libre; por lo cual y por excesivos gastos que les hacia y no pagaba, tenia cada instante con ellos mil peleonas y les echaba cada dia mil roncás. Pero al cabo me venian á derribar y vencer con dos docenas de estocadas vinosas, respetándome por criado de quien era. Sucedióme un dia un cuento harto donoso, y fué que saliendo de comer de la villa, tan por extremo cargada la cabeza, que los niños me parecian hombres, y los hombres gigantes, lo blanco azul, y lo verde leonado, llegué dando traspies á una grasería, que estaba toda cubierta y adornada de manojos y hileras de velas de sebo; y pareciéndome los manojos que lo eran de rábanos, le pregunté al dueño que por qué causa les habia quitado las hojas. El cual, por no entenderme y conocer de la suerte que iba, dejó de responderme, y se puso muy despacio á reir. Yo, que imagino que la preñez de mi borrachera me habia dado antojo de comer rábanos, alargué la mano á una de las hileras, que estaba pendiente de un palo largo, y agarrando dos velas y tirando con fuerza para darme un verde de lo que apetecia, dí con todo el agradijo en tierra. Viendo el amo toda su mercancia hecha pedazos, antes de dejármela probar tomó el palo, y descargólo sobre mí con tal furia, que si el vino me habia hecho ver estrellas á medio dia, él me hizo ver luceros á las dos de la tarde. Sentia, aunque borracho, de tal suerte el dolor y agravio, que metiendo mano á la espada, cerré con él como con tropa de enemigos. Viéndome tan fuera de mí y que sin miedo ninguno me iba acercando á él sin bastarle la defensa del palo, se metió en un aposento cercano á la tienda y cerró tras sí la puerta. Yo, viendo que por mas estocadas que daba á la puerta no se me quitaba el escozor de la chimenea y de las costillas, cerré con la procesion de candelaria, y tirando tajos y reveses, desgajando y desmenuzando escuadrones de sebo y pábilos, rendí á mis piés el número de mil velas ó rábanos, dejando la tienda hecha una ruina de grosura. A este tiempo acertó á pasar por cerca de mi palestra una tropa de soldados de los nuestros, y viéndome jugar de montante y tan encendido en cólera, á persuasion de unos vecinos, me sacaron á la calle, diciendo á grandes voces: ¿Palos á mí por un par de rábanos, valiendo á liarle el manajo? Lleváronme medio en peso, adonde dormí la pendencia, dejando al pobre burgés sin dormir de puro desvelado. Fué la queja á mi amo, con otras muchas que dieron los vivanderos de que yo les estafaba y destruia; por lo cual, indignado contra mí y porque viesen la igualdad de su justicia, me mandó prender y echar una grande y pesada cadena y que me pusiesen á buen recado. Los ejecutores infernales, no siendo lerdos ni perezosos á su mandato, por dar muestras de ministros puntuales, me amarraron á un duro banco, y no de galera turquesca. Allí purgué la batalla de los rábanos, allí pené los pecados cometidos contra los prójimos vivanderos, ayuné sin ser témporas ni vigalias, y hice dieta sin haberme metido en cura. Enterne-
cida de este rigor la señora condesa de Buquoy, sor-

da á las quejas de tantos demandantes, le pidió á mi amo que trocase el peso de su justicia en la balanza de su misericordia; el cual, viendo la deidad que me amparaba y el ángel que me defendía, mandó que me deseslabonasen, y que me diesen cumplida libertad. Salí de aquel penitente yermo con propósito de no disgustar mas á mi amo ni obligarle á que me volviese á poner en semejante apretura, dejando de allí adelante de visitar los conocidos vivanderos, que fué el mayor castigo que se me pudiera dar. Pasé aquella campaña tan quieto y sosegado, que mas parecia pretendiente de ermitaño que hombre de bureo.

Llegó el tiempo de retirarnos, y por gozar de mis anchuras y no andar compungido y recatado, me fuí á desenfadar al bosque de Bodu, tres leguas de Mons, á acompañar al príncipe Tomás, que andaba en seguimiento de un ciervo. Estuve allí muchos dias, hecho devanaderas de su distrito y sabueso de su espesura. Cansado de buscar en campaña lo que abunda en poblado, le persuadí á su alteza que dejase aquel enfadoso ejercicio, y que le bastase por escarmiento haber andado tantos ratos tras de un animal cornucopia, sin poderle dar un alcance; porque si aquel molimiento y cansancio era divertimento de príncipes como su alteza, no era vida de caballeros alegres como yo, porque mas queria irme á ser raposa de una pequeña defensa que quedarme á ser lobo de un dilatado bosque. Respondiome que me guardaria bien de dejarlo, porque lo pagaria con las setenas. Este mandato me acrecentó el deseo de apartarme de ser seguidor de perros y saltador de matas. Y poniéndome en el camino de Mons, sin reparar en la nueva órden, me fuí á visitar mis antiguas parroquias y á verme libre de todo dominio. Estúveme holgando en ellas hasta que supe que su alteza habia conseguido el fin de su caza, por haber muerto un disforme y temerario ciervo; por cuya razon le volví á buscar, para irle acompañando hasta la corte de Brusélas, adonde estaba mi amo. Preguntóme que cómo me habia ido sin su licencia y no obedecido lo que me habia mandado. Respondíle que me habia perdido en el bosque como el marqués de Mantua, y por no encontrar con algun infante Baldovinos, me habia retirado á descansar del trabajo pasado. Parecióle muy frívola disculpa, y descubriendo mi flor y oyendo que todos los caballeros y señores que le acompañaban le pedian á voces mi merecido castigo, se apartó á una parte con ellos á consultar la gravedad del delito y á pronunciar la sentencia que se me habia de dar. Yo estaba con rostro de reo y con temblores de aterciado, dando al diablo oficio con tantas zozobras y vida con tantos sobresaltos. Salíó de la junta y sala del crimen que en pena de mi desobediencia se me pusiese un peto fuerte y un espaldar reforzado, y que me clavasen en la delantera del peto, como lanzas en ristre, los cuernos del difunto ciervo, arbolados en forma piramidal, para que me sirviesen de toldo ó pabellon, y en cada gancho de la dilatada cornamenta un cascabel de marca mayor; y que del pellejo se me hiciera una capellina de armas,

que cubriendo la cabeza sirviese de loriga á lo restante de las partes desarinadas. Notificáronme el fallo, y como si fuera pasado por vista y revista, no se me concedió apelacion; y haciendo venir de la villa un armador de rastrillos de dedos y un sastre de coser pieles, me armaron de punta en blanco y me vistieron de animal selvático. Subieronme á caballo, y me mandaron que corriese la posta hasta entrar en Brusélas y dar una vuelta por todas sus calles y paseos, y despues entrar en su palacio real. Salí del bosque con insignias de marido consintiente, sin que me faltase para el vergonzoso jeroglífico sino solo un pregonero y una ristra de ajos, y como por calles acostumbradas, segun el camino real, asombrando pasajeros y alborotando perros, porque pensando que fuese segundo Anteon, me seguian y perseguian, entré en Brusélas, donde al son de mis casaca-beles y al estruendo de las herraduras de mi rocinante, se despoblaban las casas y se colmaban las calles. Abortábanse de ver la diabólica armadura y ridículo traje. Y dándome mas silbos que á un encierro de toros, me regalaban de cuando en cuando con algunos manzanazos. Llegué al real palacio, y al punto que puse pié en tierra tuve órden de su alteza serenísima el infante Cardenal que subiese á verlo. Entré en la sala con muchísimo trabajo por el altura de mis ganchosos alcornoques y por el anchura espaciosa de mis aspas de cornicabra, adonde mirando su alteza mi espectáculo horrible y espantoso, estuvo tentado de dar un buen rato á sus lebreles; pero venciendo su piedad á su deseo, mandó que me regalasen y que no se me hiciese ofensa ninguna. Yo estaba tan avergonzado de verme gentil-hombre de Cervera y de traer astas arboladas sin ser corneta, que estuve mil veces tentado en el dicho camino, villas y villajes en la entrada de Brusélas de apearme y vengarme á puras cornadas, por el escarnio y burla que de mí hicieron. Dejélo de hacer porque no me desjarretasen ó me echasen alanos á la oreja. Despues de haber refrescado y tomado algun aliento, volví á subir á caballo, y me fuí á casa de mi amo, llevandó de retaguardia un grande ejército de muchachos y una grande algazara de gritos y voces. Entré en su cuarto, y admirándose de que siendo yo soltero usurpase armas ajenas, anticipándome para lo venidero, se holgó infinito de lo sucedido, por haber dejado de ser cortesano, por andar al reclamo de ciervos y venados. Y por parecerle mi traje tan extravagante y ridículo, que no siendo de sátiro ni fauno, era trasunto del mismo Barrabás, mandó llamar á un pintor, al cual le hizo que me retratase al vivo; con cuyo favor, por hallarme merecedor de pinceles, prometiéndome de que á otra caza se me levantarían estatuas, olvidé las afrentas pasadas, y traté, quitándome aquel endemoniado traje, de gozar de las presentes.

En esta ocasion convidaron á mi amo á un bautismo, dos leguas de Rupelmunda, en un castillo llamado Basel, y dejando de acompañarle, me quedé en Brusélas en cierto divertimento, y al segundo dia tomé la posta, codicioso de gozar de la colacion y percances ex-

traordinarios. Hallé á mi amo tan airado contra mí, que en castigo de mi tardanza mandó que me diesen de beber otro tanto vino como se habia gastado en la colacion y banquete de la noche pasada y que me apremiasen á que diese fin de ello. No apelé de esta nueva y nunca oida sentencia, antes supliqué por la brevedad de la ejecucion, atento á la sequedad del camino, aunque hallaba imposible el cumplimiento sin echar ensanchas á mi pellejo quitándole todas las botanas. Mas el gran baillío, que estaba acompañando á mi amo, por librarme de este tormento, que para mí venia á ser regalo, lo persuadió á que me encerrase en una prision, como lo executó, volviéndose á Brusélas; y allí hubiese visto el fin de mis dias á no ser por la piedad del príncipe Cardenal que me hizo sacar librándome de los inauditos tormentos que me preparaban. Lleváronme delante de su alteza, el cual me dijo: ¿Qué desdicha es esta, Estebanillo? O ¿qué pecados has cometido para haberte puesto en tal aprieto? Yo le respondí: Señor, estos son caprichos de señores y pension de los de mi arte. Díjome un ayuda de cámara: Hermano Estéban, el oficio del gracioso tiene del pan y del palo, de la miel y de la hiel, del gusto y susto, y es menester pasar cochura por hermosura. Pedí de beber para echar abajo toda la melancolía; á pocos lances y buenos me reventaban los ojos de alegría y la barriga de vino, y echaba de la oseta. Volvíme con su alteza á Brusélas, adonde, sin ser doctor, le visitaba por la mañana en la cama, y á medio dia en la mesa.

Al cabo de algunos dias volvió mi amo segunda vez al imperio, yéndole yo sirviendo en figura de correo hasta llegar á la corte de Viena, la cual hallé llena de máscaras, fiestas y regocijos, por ser Carnestolendas y tierra donde se celebra mas que en ninguna parte de la Europa. Y yo por oír decir: Donde quiera que fueres, haz como vieres, hice media docena de máscaras los primeros dias, con ayuda de amigos y conocidos, tan alegres y vistosas, que demás de ser celebradas, no perdí nada en la mercancia. Y viéndome cargado de alabanzas y premios, proseguí en dar gusto á los señores y regocijo á la corte. Habiéndome hecho una cadena de dientes y muelas de caballos, que estaban como el camarada que tuve en Norlinguen, me vestí de montañano, y me tercié el cabestrillo de raigones; puse en la mano derecha un gatillo de sacar muelas, y en la izquierda una cestilla llena de botecillos de ungüentos y emplastros encerados. Llevé conmigo cuatro judíos italianos con vestidos provocativos á risa, y con medias máscaras que cubrian de la nariz arriba, por causa de que no fuesen conocidos del vulgo, y subiendo en un caballo, me fui por todas las plazas y cantones de la corte, haciendo paradas y dando voces para juntar la gente; y para encarecer mis medicamentos, llegaban los tres judíos, que estaban apartados de mí, cada uno por su parte, rompiendo el corrillo y concurso de la gente, y compraban de los botes y emplastros; y pagándome por cada uno dos reales, á vista de todo el auditorio, provocaban á muchos ignorantes á que lle-

gasen á lo mismo; llevando en los pequeños botes una poca de harina desleida con agua, y en los emplastros un poco de cañamazo bañado con sebo y cera. Llegaba despues el cuarto hebreo, fingiendo tener gran dolor de muelas; traía las manos puestas en los carrillos, y quejándose muy á menudo, juntábase á las crines de mi rocín, abría una boca de un palmo; mirábale yo despacio la dentadura, como si él fuera caballo y yo albéitar que pretendiese saber la edad que tenia, y abatiendo el gatillo y fingiendo sacarle una muela, ponía en él otra que yo llevaba, pedida para el efecto á un amigo barbero; y dando á entender habérsela sacado sin dolor ni sangre, le hacia que escupiera muchas veces, y alzando el brazo con el gatillo enmolado, alababa mi destreza y convidaba á quitárselas á los pobres de gracia, obligándome á dejar todos los vecinos de aquella corte, por muy poco precio, sin ningunos dientes ni muelas. Dábame el judío un real, y volvíase á salir del corrillo, encareciendo mi agilidad y jurándole no haberle dolido ni sacándole sangre, por lo cual llegaban algunos inocentes á querer hacer la prueba y remediar sus dolores; y yo engañándoles con visitarles las andanas y hacerles creer no estar la muela en estado de sacarla, les aplicaba uno de los emplastros, les quitaba el dinero y los enviaba muy consolados. Solemnizábalo los que sabian que era buena, y divertíanse los que lo ignoraban; y apenas se deshacia un corrillo, cuando á poco trecho juntaba otro y hacia la misma manufactura, encajando la propia presa. Vine á llegar cerca del palacio imperial, á tiempo que sus majestades cesáreas estaban á unas ventanas, juntamente con el príncipe Matías, hermano del gran duque de Toscana, viendo pasar mucha variedad de mascarados. Y por ver que ponian los ojos en los de mi cuadrilla, empecé á vocear y juntar un numeroso auditorio; y despues de haber hecho mi papel, como en las demás partes, y hecho su parte los tres cansinos, llegó el doliente del mal de santa Polonia, y haciendo muy al vivo su figura, abrió la puerta, que le sirvieron sus dientes de rastrillo para que no entrase el tocino, y sus labios de puente levadiza para impedir el paso al vino. Y como estaba asegurado de que jamás le hacia daño ninguno, echó al aire toda la herramienta de mascar; agarréle con el gatillo una muela, que me pareció la mas abultada de todas las demás, y por hacer reir á sus majestades á costa de llanto ajeno, tiré con tanta fuerza, que no solo se la saqué, pero muy grande parte de la quijada con ella. Empezó el judío á dar voces, y sus camaradas á empujarse contra mí, sus majestades á reirse, y el pueblo á regocijarse. Mas por ver que habia algunos en el corro que se aminoraban contra mí, enternecidos del arroyo de sangre que salia de la boca del desquijarado, dije en alta voz: Adviertan vuesas mercedes que el doliente es judío y sus camaradas hebreos, y que he hecho aposta lo que se ha visto, y no por ignorar mi oficio. Con estas razones volvió á renovar el alegría y á celebrar la accion, y á darles tal felpa á los cuatro zabulones, que á no valerles los piés, lleva-

ran mas que curar, aunque pienso que no llevaron muy poco.

CAPITULO VIII.

En que declara la vuelta que dió á los estados de Flándes sirviendo de correo, y lo que le sucedió en el socorro y batalla que dió su amo en Tionvila, y de cómo fué recibido en el servicio de su alteza serenísima el infante Cardenal, y otra mucha variedad de sucesos.

Mi amo, que siempre andaba solícito y cuidadoso en el servicio de su majestad católica, partió de Viena el primer día de Cuaresma á los estados de Flándes, con un nuevo socorro de lucido ejército; y yo me quedé en Viena á cobrar los gajes de haber alegrado á los alemanes y entristecido á los hebreos, y mas los donativos competentes á mi oficio. Dióme su majestad cesárea una cadena de oro, y otra el archiduque Leopoldo, su hermano, y otra el príncipe Matías, sin otras dádivas de títulos y señores. Al tercer día de mi ocupacion y recogimiento de preseas me envió el marqués de Castañeda, que estaba en aquella corte por embajador de España, por correo á los Países-Bajos con un despacho de su majestad católica por su hermano el serenísimo infante Cardenal. Cuando me vi entronizado en tanta altura, olvidándome de todos mis oficios y beneficios, como no pude decir, de paje vine á marqués, como don Alvaro de Luna, dije, de bufon vine á correo, que fué el primer escalon. Hice tan buena diligencia, que ensanché mi fama, y quedé opinado por persona de confianza. Holgóse mucho su alteza cuando me vió tan avanzado y supo con la brevedad y cuidado que habia traído el despacho; por lo cual toda aquella campaña exercité el nuevo oficio de andar al trote, volviendo otras dos veces á Alemania, á Lorena, á Luxemburgo, á las fronteras de Francia y al ejército que traía mi amo para socorrer á Tionvila, llevando despachos, zangoloteando postillones y desorejando postas.

Quiso mi ventura que me hallé con mi amo al tiempo que, hecho otro segundo dios de las batallas, la venia á dar al ejército de Francia, que nos tenia sitiada y oprimida la dicha villa. Supliquéle, en albricias de la victoria, pues yo la tenia por cierta, por ir el Hércules de Florencia á socorrer la combatida Troya; que en acabando de despachar la otra vida al ejército contrario, me enviase á llevar las nuevas á su alteza. Respondióme: Señor Estebanillo, vuesa merced es hombre muy diligente para correo, y muy cobarde para estas ocasiones; y así, supuesto que sé yo que no ha de pelear y que ha de hacer lo mismo que hizo en Norlinguen, segun me han contado, yo le concedo lo que me pide; y así, póngase en otra montañuela, y si viere que Dios fuere servido de darme victoria, vaya á darle aviso á su alteza, que yo sé que ganará mas en ello que en buscar rendidos despojos. Yo, estimando la merced y tomando su consejo, por no ponerme en contingencia de que pasase detrimento el viaje que esperaba hacer, me subí en una montaña, á dos leguas de ambos campos, á tiempo que cerrando mi amo con el del enemigo,

obrando pródigios de valor y portentos de bizarría, lo deslizo, venció y arruinó, quedando la villa libre y la campaña por suya, hecha toda ella un cementerio de finados. Viendo pues que nuestro valeroso ejército, en virtud de llevar tan heroico é invencible general, apellidaba la victoria y avanzaba al desbaliço, bajé de mi revelado Olimpo á llevar la dichosa nueva á su alteza; mas encontrando en el camino á un vivandero de los nuestros, so color de apagar el polvo que habia cobrado en la batalla, fingiendo haberme hallado en la primera embestida, bebí de tal modo, celebrando el valor de mi amo y brindando á su salud, que dentro de un cuarto de hora me hallé con mas gana de dormir que no de correr postas. Pero aún más lome lo que mas pude, por codicia de ganar las albricias, con estar aturrido y medio fuera de mí, con ayuda de un vivandero y de un amigo mio que le estaba acompañando, volví á subir á caballo; pero en ocasion tan desgraciada, que tirando la villa un cañonazo, quizá por salva de la victoria, pues vino acompañado de otros muchos, con pasar la bala mas de una legua de mí, fué tanto el pavor y sobresalto que recibí, que pensando que me habia hecho pedazos á mí y á mi caballo, me dejé caer de él tan desatentadamente, que dando con todo el cuerpo una grande caída en tierra, me lastimé con la punta de un desgajado baston una pierna, y me salieron de ella algunas gotas de sangre, las cuales, al instante que las llegué á ver y á sentir el dolor, tuve por cosa cierta que el cañonazo me la habia hecho menudas astillas, y empecé á dar voces que atronaba toda la campaña, diciendo: Jesus, que me han muerto, confesion, confesion; á cuyas lamentables quejas acudió el vivandero y el conocido amigo, é informándose de la causa de ellas, les certifiqué haberme hecho pedazos la pierna una bala de artillería de las que habia tirado la villa. Ellos, que habian oído el estallido de los rigorosos bronce y veian los extremos dolorosos que yo hacia y una poca de sangre que campaba en el nevado campo de la calceta, lo creyeron de tal suerte, que llevándome en peso entre los dos, me metieron en el carro y me llevaron á la victoriosa villa.

Buscáronme una buena posada, y porque vieron lo necesitado que iba de sueño, por lo mucho que habia bebido, me recostaron sobre una limpia cama, y dejándome sosegar, se salieron en busca de un cirujano para que me curase. Tardaron mas de cuatro horas en volver á la posada, por haber hallado todos los cirujanos ocupados en curar algunos heridos de los nuestros y de los muchos prisioneros que se habian hecho. En cuyo término cesistí los vapores de la cabeza y quedé libre del dolor y borrachera. Y estando durmiendo despacio lo que habia bebido de prisa, entraron en mi aposento mis enfermeros y un venerable y bárbaro cirujano, con media docena de platicantes, que al olor de haberle dicho que tenia muy linda chispa y que era criado del victorioso general, me venia á curar de ostentacion. Al instante que llegaron, aligerando todos á un tiempo de capas y sombreros, empeza-

ron á deslizar estuches, á limpiar sierras, y á afilar navajas, hacer hilas y á romper paños, haciendo capirota de huevos y cocimientos de vino. Al tiempo que estuvo todo á punto, mandó el tal maestro que me despertasen para ver la cura que requería el destroz de la bala. Y habiéndolo yo hecho, aunque no con mucha facilidad, porque estaba en lo mejor de mi sueño, me senté sobre la cama, y quedé muy escandalizado de ver tantos cuervos con herramientas de hacer anatomía. Díjome el maestro que descubriese la pierna para reconocer el golpe y aplicarle el remedio conveniente. Yo, sonriéndome como quien ya tenía su juicio cabal, la eché con brevedad al aire, y haciendo el cirujano acercar una vela encendida y poniéndose apresuradamente unos cristalinos anteojos, le dió una atenta mirada de alto á bajo y un sobado de dedos, que parecía que maduraba brevas. Pero hallándola toda sana y buena, sin tener otra lesión mas que un pequeño rasguño, me dijo muy atufado y medio corrido: ¿Vuesa merced acaso hace burla de mí, pues me envía á llamar para curarle sus heridas fingidas y fabulosas? Respondíle: Vuesa merced me ponga en el estado que estaba cuando lo envié á llamar, y echará de ver que cuando la herida no fuese verdadera, por lo menos me lo parecía; pero porque no se queje de mí ni diga que ha trabajado en balde, tome esta, pieza de á ocho, para que no salga de aquí lo que ha sucedido, y haga cuenta que me ha echado media docena de estopadas. Recibió el dinero, y riéndose él y la chusma de oficiales, nos desocuparon el aposento.

Fuí á visitar á mi amo, á quien dí el parabien de la victoria, y le conté la causa de no haber llevado la nueva de ella á su alteza serenísima y lo corrido que había quedado el cirujano cuando me había hallado aun sin señal de herida; lo cual fué, añadir á una alegría otra alegría, y á un gusto otro gusto. Salí á recorrer la campaña para ver dónde había mi amo emprendido tan gran resolución, obrando tan grande hazaña, y ganado tan gran renombre: halléla toda cubierta de cadáveres sangrientos, que movían á piedad aun á los mismos homicidas. Vi una multitud de prisioneros, adonde, demás de estar en ellos la mayor parte de la nobleza de Francia, estaban sus mas valientes y animosos soldados. Enseñáronme la gran copia de vencidas banderas, mostráronme la gran suma de sus rendidos estandartes, la grandeza de su artillería y la riqueza de sus despojos. A este tiempo mandó mi amo retirar las piezas y municiones á la villa (la cual, como á su libertador, le aclamaba y aplaudía, dándole, tras infinitos parabienes, infinitud de agradecimientos) y llevar todos los prisioneros á Brusélas. Y despues de haber hecho hacimiento de gracias al Señor, cuya mano poderosa es la guía de las victorias y prosperidades de este mundo, le dió aviso por entero á su alteza serenísima, con cuya victoriosa nueva se alegraron todos los países, y tocando la trompa su invencible fama, se acobardaron los extraños, y se animaron las plumas, por tener tan valeroso asunto los no apasionados coronistas. Y habiendo hecho

enterrar todos los difuntos y curar los heridos, y refrescar su ejército, se entró á tomar algunas villas de la Francia, molestando sus fronteras y poniendo horror á toda aquella provincia. En cuyo tiempo, en premio de tantos y tan reales servicios, y en recompensa de tantos socorros y hazañas victoriosas, le envió su real majestad la merced y título del ducado de Amalfi, estado que fué de sus ilustres progenitores y restauración de tan valeroso soldado. Hizo aquel día mercedes á todos sus criados, y demás de ser yo uno de los favorecidos, me prometió dar en el dicho estado con que pudiese descansar y vivir en marchitándose la flor de la juventud, y llegando á los umbrales de la vejez. Yo acepté la promesa, como aquel que no sabía el fin que vendría á tener ni el estado en que me hallaría en aquella edad, y pues no hay plazo que no llegue, ni deuda que no se pague, y es refran italiano el asegurar que *ogni promessa é debito*, tengo por cosa cierta y por caso asegurado, como quien tan bien conoce su generosidad, que si Dios me da vida, veré este plazo cumplido y esta deuda pagada. Y por aumentar el regocijo de tan alegre día y darle á mi am... muestras de agradecimiento, compuse un soneto en su alabanza, no conforme á su gran merecimiento, pero por lo menos harto trabajado, por declarar sus primeras letras su gloriosa estirpe de Aragon, por cuya atepción y hazañas notorias se le había hecho la merced; y en las letras de en medio el nombre de su ducado, y en las últimas líneas los atributos tan debidos á su persona, y tan conocidos en la Europa; el cual, si no me he olvidado, decía de esta manera:

Guerrero insigne,	Ilustre y	Poderoso,
laureado de	afine por	Prudente;
Onor del orbe,	Atises	Eminente,
Romano César,	Que triunfó	Animoso;
Pris de Flándes,	venceedor	Famoso,
Alejandro sin par,	Victor	Valiente,
De cuya fama,	dulce y	Refulgente
Está el imperio	Victorioso y	Victorioso;
Planté en fuerza,	Aquiles	Aplaudido,
Rayo en la guerra,	Marte en ser	Soldado,
Alfá de Carlago,	Amón	Temido,
Gloria de Siena,	El auro	Venerado,
Onor de	Alfándes, donde sois	Querido,
Norte de	Italia, donde sois	Amado.

Contentóle á mi amo la novedad de la curiosidad de la compostura; y aunque no creyó que los versos fuesen hijos de mi ingenio, se satisfizo de mi grande voluntad. Despachóme por la posta en busca de su alteza serenísima á llevar ciertos pliegos de importancia; y dando tres higas á Atalanta y cuatro á los irracionales partos del Bétis, le hallé en Estéque; el cual habiendo recibido los despachos, tuve, demás del premio, el tenerme siempre en su gracia. Allí fui bravamente favorecido de los señores del país, porque como yo les contaba todo el suceso de la batalla y como me veían en servicio de tan esforzado y valeroso general y amparado de un príncipe, hermano de un rey de España, se inclinaban todos á hacerme mercedes, y yo á recibirlas. Marchó despues de lo referido su alteza la vuelta de Dunquerque, por estar aguardando la armada, que ve-

nía á cargo de don Antonio de Oquendo y de don Andrés de Castro. Determinéme á irle acompañando, por lo que se me pegaba, y porque sabía que gustaba mi amo de ello. Llegamos á aquella pequeña villa, que por ser grande en valor, es terror de Holanda y opresion de las demás armadas enemigas; cuyos invencibles bajeles, siendo ruina y destruccion de las flotas holandesas, son los que abastecen y enriquecen estos países. Llegó la referida armada con mas grandeza que gobierno y con mas velocidad que ventura. Salióla á recibir la holandesa con menos fuerzas y mejor disposicion; y al tiempo que se empezaron á pelotear, no agradándome aquel juego de requeta, por no llevar algun pelotazo de barato, estando en tierra y las armas dos leguas á la mar, dejando á su alteza serenísima en campaña, me fuí á la villa, y me entré en una cantina adonde se vendia cerveza, por si acaso diese algun cañonazo en su edificio, no me pudieran empezar sus obras muertas; y pidiendo cerveza, cosa que jamás habia probado, porque me detasen estar en ella, estuve bebiendo toda una tarde potes de purgas, por no recibir récipes de píldoras holandesas; y con hallarme las tripas encharcadas como rana, no tuve ánimo para salir hasta tanto que cesó el ruido de la refriega y me aseguraron haber dado fin la disputa de las armadas. Entró el proceloso invierno, coronándose los montes de escarchados turbantes; vistieronse las sierras de tersas alcandoras, y el tirano de las flores y bandolero de las hojas asaltó el bosque y combatió la selva. Volvió el leon español á su leonera, y yo, como oso colmenero, le fuí acompañando para lamerme los dedos en la cueva de la corte.

Al cabo de mucho tiempo marchó mi amo el duque de Amalfi con su ejército la vuelta del imperio, por órden de la majestad cesárea, habiendo enviado para conducirlo al conde de Lesen. A esta ocasion me sobrevino una tan rigurosa enfermedad, que me obligó á no poder seguirlo y á quedarme en Brusélas. Publicóse mi dolencia por toda la villa, por lo cual me venian á ver muchos amigos y conocidos. Visitábanme los mejores doctores, servíame con mucha puntualidad la huéspedea de la posada, asistíanme la criadas, y regalábanme los vecinos. Fáltome el dinero, añadiéndose á una enfermedad otra; presumo que es mucho mayor la de la bolsa que la del cuerpo. Faltáronme á un mismo tiempo amigos y conocidos, huéspedea, criadas y vecinos; con que me desengañé que aquellas visitas no se hacian por ganar una de las obras de misericordia, ni por ver á Estebanillo, sino á la fama de mi dinero, y para ser esponjas de él. Este ejemplar me ha hecho conservarlo el tiempo que lo he tenido, aunque en ello he ido contra los preceptos y reglas de mi profesion. Y porque con razon se diga que cosa mala no se muere, tuve entera y cumplida salud en muy pocos dias; y hallándome convaliente, fuí á visitar á su alteza serenísima y á pedirle licencia y ayuda de costa para ir á buscar á mi amo; el cual, no consintiendo que me fuese á Alemania, me mandó quedar en su

servicio. No repliqué á esta proposicion, por verme muy débil para ponerme en camino. Y por lo bien que me estaba, entré á servirle con muchísimo gusto, y aunque mi oficio no era jurado, tiraba racion cada dia y provechos cada hora. Aquí fué donde se me infundió un abismo de gravedad, viendo que de bufon de una excelencia habia llegado á serlo de una alteza real; y como otros dan en querer perros, monos y otros diferentes animales, dió su alteza en quererme bien (que hay ojos que de legañas se enamoran, y como hay hombres de bien con poca dicha, hay pícaros con mucha suerte), y mostrarlo en mandarme hacer muy ricos y costosos vestidos. Gustaba de llevarme á la caza á caballo, y en sus coches cuando salia á tomar descanso del peso de su gobierno y á dar alegría á sus súbditos y regocijo á la corte; en cuyo apacible estruendo y sonoro ruido me hallaba como el pez en el agua ó como el aceite sobre ella. Tocóme la desvanecida por línea de presuncion, por verme favorecido y premiado; y como tal, solo trataba de la comodidad de mi persona, aseo y regalo de ella. Y para que se entienda el mal tiempo que gozamos, hubo mas de cuatro pares de presumidos que llegaron á tenerme envidia y procurar que cayese de la privanza, sin advertir que no era yo segundo Ruy Lopez de Avalos, sino un pobre caballero alegre, con quien gustaba de entretenerse un príncipe, y que ellos, si querian usar mi oficio, pues tanto lo envidiaban, lo podian hacer, y se hallarian tan favorecidos como me juzgaban. Viéndome cargado de tantos émulos, traté, por si acaso de la próspera llegase á la adversa, de hacer recluta de doblones, que son los amigos del alma y regaladores del cuerpo; para lo cual hice una lista de todos los príncipes, duques, condes, marqueses y barones del país, llenando un pliego de la letanía de sus nombres, con anotacion al márgen, en lugar de *ora pro nobis*, de las calles y palacios en que vivian, y conforme la lista los iba visitando, al tiempo que estaban sobre la tabla, por ser propio, demás de gozar yo de muchos regalos, de hacer los señores mercedes, porque á las mañanas se levantan mustios y desabridos, y á las tardes se hallan enfadados de negocios ó fatigados de acreedores. Hallaba en los señores referidos tanta liberalidad, magnificencia y ostentacion, que echaba de ver que ni habia otra Flándes en el mundo, ni otra generosidad en la Europa. El dia que me hallaba melancólico no visitaba á nadie, porque fuera contra razon ir á buscar quien me alegrase, siendo mi oficio alegrar á todos, ni entrar pensativo y murrio quien iba á pedir dineros, sin llevar prendas de oro, sino una poca de parolina.

Llegóse el tiempo de las Carnestolendas, y yo, por agradar á su alteza y alegrar á todos los señores de la corte, por el bien que me hacian, saqué un carro triunfal muy compuesto y adornado, y dentro de él una docena de bebedores escogidos á moco de candil, que con ser tan buenos despabiladores, quedaron á la noche de moco de pavo. Llevaba una redonda mesa, donde los doce comian pan, muy espléndida de fiam-

bres y cecina salada, y dos botas de cerveza para apagar los apetitos de la carne. Representaba yo el zambo mayor de aquellos doce monos, teniéndolos instruidos á mis órdenes y mandatos. Iba en cabecera de mesa uno, que por ser tan amigo de Baco lo representó aquella tarde muy al vivo. Iba desnudo en carnes y con una guirnalda de hojas de parra contrahechas, que le ceñía toda la cabeza, y otra enramada de las mismas hojas, que le tapaba las pertenencias y bosques de la baja Alemania. Iba sentado sobre una bota de vino, y por ser tiempo de invierno y tierra no muy acomodada para triunfar en carnes, con tener asiento cálido de vapores y con ir menudeando jarros de su tridente, iba tan de Baco hibernizo, que mas parecía alma penando en sierra nevada que pellejo encima de tonel. Llevaba cada uno de los de mi cuadrilla, en lugar de cifras y cañas, un gran vaso en la mano derecha, lleno de cerveza, y en emparejando con cualquier coche de damas ó señores, les brindaba yo á su salud, y mis compañeros á un mismo tiempo y compás, sin saber puntos de solfa, empinaban los codos y hacían la razón. Llevaba de mas á mas otros tres criados, el uno para que fuese sacando la cerveza de los toneles, y los dos para que fuesen hinchendo las tazas que se iban vaciando; con tal cuidado y puntualidad, que jamás parecíamos vírgenes locas, porque siempre estuvieron llenas las lámparas y las orejas encendidas. Dimos tres ó cuatro vueltas al tur, bebiendo á tantas saludes, que padecieron detrimento las nuestras; y cuando yo iba el adnar cuesta abajo, y nos hacia el vino y la señora doña cerveza á unos estar de *Asperges me, Domine*, y otros de *Humiliate capita vestra*, acertó á pasar su alteza, y haciéndole todos una salva real de tragos puros y refinados, nos fué forzoso salir rendidos, habiendo entrado triunfantes. Cayó nuestro desnudo Baco de la esfera de su tonel encima de la mesa de la comida, y echando abajo tablas, jarros, platos y vianda, se puso en postura de paciente en espera de ayuda; acudimos todos á ayudar á levantar á nuestro jefe, y demás de no poder conseguir nuestro deseo, nos quedamos de paso de juicios de la Resurreccion sin poder ninguno levantarse del puesto. Viendo los carroceros que llevábamos que habíamos dado fin á los toneles y á la representacion, y que todos habíamos caído sin ser Faetones, y que por ser á vista de todo un pueblo nos empezaban á tirar lágrimas de Moisés, quizá porque pasara yo el martirio de mi santo, aunque lo sintiera mucho menos, dándole rienda á los caballos, nos sacaron del paseo bien acompañados de silbos y voces. Nos llevaron á una posada que tenia yo fuera de palacio, y como quien descarga pellejos de vino de carro manchego, nos fueron poniendo en tierra tan domésticos y pacíficos, que ninguno meneó pié ni mano. Bajaron á mi helado Baco, y á puros azotes de los carroceros y de un concurso de muchachos que se habian juntado, le volvieron toda la frialdad en calor. Era tanto el tumulto de la gente que iba acudiendo, que tuvo por bien la patrona por ver desembarazada la puerta y por saber que ha-

bia de quedar satisfecha, por ser yo el autor de aquella danza, de entrarnos adentro y tendernos en un patio á que nos diese el sereno. Allí pasamos la noche, sin picarnos pulgas, ni inquietarnos mosquitos, ni despertarnos gallos. Venida la mañana, volví en mí, y me hallé harto molido el cuerpo de la cama de losas en que habia dormido. Contemplé la parva lobuna que cogia todo el distrito del patio, y á mi amigo y compañero Baco en medio de ella en cueros, metido entre cueros y roncando mas y mejor. Despertélos á todos, y pagándoles su jornada de racion y representacion, y habiendo contentado á la huéspeda, me fui á palacio á esperar que su alteza se levantara, para que por mayor me pagara los gastos de la fiesta y la salva real que se le habia hecho; porque se reiría el mundo de mí si, despues de haber bebido dos botas de cerveza y una de vino y dormido una noche al sereno por el mes de febrero y en Flándes, fuera condenado en costas. En efecto, alcancé aun mas de lo que pretendia, porque yo siempre pedia como criado de los mas pequeños, y su alteza me daba como príncipe de los mas grandes.

Determinéme por razon de estado, ó por mejor decir, por andar al uso como los demás, de tener un poco de quebradero de cabeza, con entretenimiento de galanteo. Aficionéme de una doncella de su señora, y dama de dame, labradora en el aseó, y cortesana en guardar fe. Tenia pocos años y muchas astucias. Traía todo su dote y ajuar á cuestras, y el testamento en la uña. Servía, por ser huérfana y por estar en parte recogida, á una tia suya, tabernera, adonde yo tenia conocimiento y entrada los ratos de mi ociosidad. Puse los ojos en la tal polla, y pareciéndome que estaba ya en edad de poner huevos, la dí un día un pellizco tan apretado como el amor que la tenia, y ella me pagó la lisonja con una cox tan desigual á su adamadura, que malos años para la mas briosa yegua. Y como es muy propio de pollinos el hacer el amor á cox y bocado, no extrañé el son de la castañeta. Entróse ella en su aposento muy enojada de mi atrevimiento, y yo me quedé en el portal muy alegre por el favor de su cox. Huía de allí adelante de mí como del demonio, y no tenia poca razon; porque es muy fuera de las leyes del interés entrar enamorado con las pertenecientes á Cupido; porque ni Lucrecia tomara el acero, ni Porcia píldoras de brasas, si sus pretendientes hubieran entrado en pluvias de oro y no en torbellinos de conceptos, dando, en lugar de galas, pesadumbres; y piliendo, en lugar de favores, celos, hinchándoles la cabeza de aire, y los cofres de sonetos, como si fuese mercancía que se hallase sobre ella para los forzosos gastos. En efecto, viendo que no llevaba bien los dedos para organista y que galanteaba al tiempo antiguo, y que en el presente no hay Elisás, Heros ni Tisbes, y que es mas estimado el reloj que da que no el que señala, le envié un buen regalo á mi señora Dulcinea con un criado mio, retrato de Sancho Panza, y un amoroso billete dándole á entender mi pretension. La tal bobilla, como habia sido niña de muchos Gomez Arias, y de aquellas «nun-

ca en tal me vi», agarró la dádiva, recibió el recado, y remitió el decreto para la consulta de su tia; dándome licencia para que, en achaque de entrar á apagar la sed del cuerpo, entrase á mitigar el calor del alma. Desde aquel dia empecé á menudear en las visitas, y desde aquella hora comenzó la corderilla á pelarme, y la tia á desplumarme. Dióme por primer favor una rosa de liston, diciéndome que me la pusiera en su nombre, porque era el primer galan que habia dado. Yo le dije: Reina mia, el galan yo lo soy, y me vengo á entregar á la prision de los ojos que me han cautivado; damas son las que busco, y no galanes; nómbrese usted por mia é irán las cosas derechas, pues tendré yo dama, y vuesa merced galan. Agradóle á la tia el discurso, y agarrándome la cinta, dijo: El señor Estéban tiene razon, que á las damas se han de dar galanes, y á los galanes damas, y por derechos de esta sentencia me quedaré yo con este favor, que no faltaré ocasion en que emplearlo.

Llegó nuestro amor tan adelante con el curso del tiempo, que nos miraban con cuidado los cofrades que acudían á la ermita, y que nos murmuraba el barrio y la vecindad; y porque no perdiese por mí su buena reputacion, que era reputada por doncella, sin ser piadoso Eneas, la saqué una noche de aquella encendida Troya, y dí con ella en mi casa. No tuve á poca suerte, sino á gran milagro, el haberme librado del emplasto de su tia, por ver que jamás le dió para libros. Era tan melindrosa esta dama, que no comia caracoles porque tenían cuernos, pescado porque tenía espinas, ni conejos porque tenían colas. Desmayábase de ver salir un raton de su nido, y alegrábase de ver entrar una compañía de mosqueteros en el cuerpo de guardia. Comia en mi presencia por adarmes, y en mi ausencia por arrobos. Era enemiga de reclusion y amiga de libertad, y con rebozo de melancolía era celosía de la ventana y umbral de la puerta. Recibia al principio muchas visitas, con achaque de primos; y por informarme yo que todos los que la venían á visitar lo eran carnales, no queriendo sufrir segunda vez las armas que me hizo poner el príncipe Tomás, la metí en clausura, y tomé aposento sin ventana á la calle y en calleja sin salida; no me faltó sino ponerle un torno para parecer el celoso extremeño. Dejábale cuando salia fuera á mi criado para que estuviese de centinela de vista y que fuese espía de aquel campo; pero entiendo que esta diosa lo adormecía como á Argos, ó que me servia de espía doble. Cantábame ella cada noche que venia á casa aquella copla de «Madre la mi madre, guardas me poneis, etc.» Iba todas las fiestas á misa, y oía la de san Gregorio, y volvía á casa á hora de completas, por lo cual di yo en acompañarla, y ella en sentirse de llevar tan cuidadoso escudero. Perdíaseme de cuando en cuando, y al tercer dia, como ahogado, remanecia en casa de su tia; por cuya causa estuve muchas veces determinado á hacerla pregonar ó á ponerle un rótulo en las espaldas. Y aun- que me hacia creer con lágrimas y juramentos que por

mi mala condicion se habia retirado á casa de su tia y no habia salido un punto de ella ni dejádose ver de persona, con todo eso no dejaba de castigarla, con tal rigor, que la pobretilla no se atrevió á hacerme mas falta, sino que fué una sobra de voluntad, por un an- tojo que le dió de ser capitana, pudiendo ser real por lo velera y bien despalmada. Aficionóse tanto al son del parche, que despues de haber servido de paje de jineta, hube menester órden de su alteza para hacerle borrar la plaza y que la volvieran á casa de su tia, fin- giendo que un oficial conocido suyo se queria casar con ella. Cumplió la órden, y al cabo de los meses mil volvieron las aguas por do solian ir; con lo cual quedó ella pesarosa, y la tia alegre, y yo celoso.

Despiquéme en visitar tabernas, adonde entraba gas- tando largo, pagando adelantado y haciendo muestras de centenares de doblas para opinionarme de rico y cobrar crédito para adelante en habiendo hecho cargadilla con dilaciones de trueques, y de hoy á mañana mudaba de cuartel y buscaba nuevo alojamiento, adon- de hacia la misma embestida y la propia retirada, de tal manera, que en término de un año no tenia crédito ni retiro. Todas las huéspedes me buscaban, pero yo no queria que me hallasen; salíame á recibir á sus puertas cuando pasaba por sus calles, y viéndome per- seguido de tanta demanda y seco de hacerles tantas promesas, determiné de andar de allí en adelante en haca de buen paso y sordo de ambas orejas. Fué muy provechoso á mi oficio el dejar el divertimiento de la dama y la ocupacion de las tabernas, para poder acu- dir con mas puntualidad al servicio de su alteza y al amparo de muchos títulos y señores que cada dia me favorecian y remediaban. Y así, despues de haber ve- nido de campaña, que por no ser coronista de guer- ras ni tratar cosas de tantas veras voy prosiguiendo con mis burlas, llegaron otras Carnestolendas, no tan heladas como las que resfriaron á Baco, ni tan calien- tes como salimos sus compañeros. La codicia de la dádiva de su alteza y el deseo de alegrarle, me obliga- ron á trazar otra mascarada en otro carro como el pa- sado; pero con diferente asunto. Alquilé una cama con todos sus adherentes y un jumento de buen tamaño, que no fué poca suerte el hallarlo en esta corte, donde hay tanta falta y sobra de ellos. Hice aderezar la cama en la testera del carro y meter en ella al pollino, amar- rado de piés y manos á do; fuertes palos fijados para el propósito; cubrílo con una sábana muy delgada y con una muy labrada colcha, y dejándole sola la cabeza de fuera, le puse debajo de ella un cabezal y dos almo- hadas de muy blanca pluma. Vestí á un compañero de mujer, para que representando serlo del pollino, fue- ra lamentando el verlo enfermo y en visperas de mo- rir, la cual encubria debajo del avantal un gran orinal con su vasera. Llevaba otro en hábito de barbero con una cesta llena de ventosas y estopas, y un fingido ofi- cial con una jeringa, que podia servir de aguatocha para apagar fuegos. Iba yo vestido de doctor con una ropa de levantar y un bonete de caer, unos guantes

arrollados y un gran sortijón de piedra de jaqueca y chinelas terciopeladas. Llevé de mas á mas cuatro violones sentados en la cabecera de la cama de nuestro afligido enfermo y un pequeño tonel de cerveza para que sirviese de orina. Con toda esta preparacion entré con mi carro en el tur ó paseo, al tiempo que todo lo brillante y lucido de esta corte estaba en él, y en parándose alguna tropa de carrozas de señores ó damas de calidad, empezaba la fingida mujer á llorar en altas voces, enjugando las dolorosas lágrimas con las sábanas del cuitado. Tomábale yo el pulso con mucho reposo, pedía la orina, la cual me daba la afligida dueña con tristes suspiros; tomábala yo en la mano derecha, y con la izquierda me ponía unos anteojos, y mirándola, haciendo con ella muchos espantos y arqueando las cejas, alzaba el orinal, y de bote y voleo me hebía toda la orina haciendo muchos ascos. Con los labios hacia señal al barbero para que le echase las ventosas, el cual llegando á la cama y sacando de la cesta media docena de grandes ventosas, le metía á cada una media libra de estopas, y encendiéndolas á la luz de una vela, se las iba pegando en el pescuezo, y del fuego de la estopa y pelo del jumento se levantaban una grande humareda y olor de chamusquina. Con el dolor de la quemadura se alborotaba el enfermo, y dando enviones por saltarse, hacia estremecer la cama. Volvía la mujer á gritar; y yo acallándola, y limpiándola con una rodilla de cocina, hacia señas al barbero que le quitase las ventosas, y mandaba á lo mudo al oficial que le echara la ayuda. Obedeciame con puntualidad, aunque no le echaba bodrio, por guardarla para mejor ocasion. Volvía á respingar el señor burro, á soltar tantos espumajos por la puerta de la dentadura como presos por el postigo desdentado. Fingia un desmayo la bella mal maridada, y por volverla en sí hacia al oficial que sacase el sacabuche, y haciendo señal á los músicos, tocaban sus violones, con que dábamos fin á nuestra callada y lamentable representacion. Pasábamos adelante, y en encontrando otras carrozas de títulos y personas, á quien yo tenia obligacion, hacíamos lo mismo.

Sucedíonos un cuento harto solemne en el discurso de nuestro viaje, y fué que saliendo hacia una parte de paseo, que está sin poblacion, en un pedazo de pradería, cerca de los muros de esta corte, estaban dos pollinas en cintas, mendigando un seco pasto, y cuando nuestro doliente las vió, olvidando sus ardientes ventosas y ayuda cámara ú de costa, empezó á alzar el cuello sobre las almohadas y á dar unos rebuznos tan recios, que obligaron á la triste de su esposa á trocar el llanto en risa y á caerse todos los oyentes sobre los estribos y testeras de sus coches del mismo achaque. Fué tanto lo que se celebró la tal música, que en un instante pasó la palabra por todo el paseo, y todos me pedían, en acabando de ver la fiesta, que hiciese rebuznar al enfermo. Respondíales que yo no entendía su lengua, y así no me atrevía á suplicárselo; pero que fuesen por las dos burras, que podría ser que se alentara á servirles y

darles gusto. Solemnizaban la respuesta, prosiguiendo su viaje, y yo el mio. Vine al cabo de hora y media á encontrar la carroza de su alteza, y mandando hacer alto á mi carro, volvía á hacer las mismas ceremonias, con mas gracejo que en las demás partes; porque además de la puntualidad y presteza, nos ayudó el señor pollino, haciendo su papel de tal modo, que á mí y al oficial nos hizo llorar, y á su alteza y á sus criados reír. Y fué de aqueste modo, que despues de haber hecho las ceremonias acostumbradas, llegó el diligente oficial con su flauta llena de agua fria, reservada para aquel paso, y alzando la ropa y apartándole el dilatado mosqueador, haciendo puntería, le dió un flautazo y le apretó los conductos de tal suerte, que dejó muy aguado el paciente, sin haberse desayunado; el cual, sintiendo la frialdad del regadío y la borrasca de las tripas, como otros se echan con la carga, él se quiso levantar con ella, echando todo el resto de su fuerza; y al tiempo que el pobre barberote le sacó la alatonada culebrina, le dió un cañonazo de sebo mascado con tal violencia y abundancia de tacos en medio del rostro, que le turbó la vista y le engrasó toda la delantera del vestido, y quebrando las ligaduras de los piés, enseñaba las virillas vizcaínas, tirando zapatetas á pares y truenos á docenas. Yo porque no peligrara mi estercolado jeringador, pensando que me tuviera respeto por ser doctor, me llegué á su merced por volverlo á ligar y á arroparlo, porque no se resfriara; mas no atendiendo á las insignias de mi ropa y sortijon, ó creyendo que le habia errado la cura, como suelen hacer muchos parientes suyos, me dió dos pares de coces tan bien pegados en la boca del estómago, que haciéndome pedazos el orinal, dió conmigo sobre las tablas del carro. Acudió el barbero á limpiar á su oficial, la mujer del llanto fingido á llorarle de veras, el asno á tirar respingos y cabriolas, y los músicos á huir de él. Su alteza se moria de risa, y sus criados de placer. Siguió la carroza su comenzado paseo; y mis dos guiadores, viendo que nuestra fiesta habia acabado de tragedia, desligando las manos al pollino, lo levantaron del lecho á que convaleciera, y lo ataron á una parte del carro; y mandando á los violones que tocasen, salieron muy despacio del paseo. Llegaron á la posada á tiempo que habia vuelto en mí, y apeándome, me llevaron á mi aposento y me echaron sobre mi cama. Roguéle á la patrona que me cerrase la puerta y que no dejase aquella tarde á ninguno entrar á hablarme, porque me sentia muy malo. Hizolo así, y aquella noche, aunque me sentia quebrantado de las coces, me brindó de tal suerte al sueño la referida orina, que de un tiron alcancé la luz del venidero dia.

CAPITULO IX.

Donde prosigue el fin que tuvo la referida máscara, la salida que hizo á campaña cuando se sitió Arras, el chiste que le sucedió con un vivandero, lo que pasó á la retirada con su dama, y su nueva campaña de Aire, enfermedad y muerte de su alteza, y su partida á Alemania en busca de su amo el duque de Amalfi.

Apenas el hijo de Latona por el tur de su cuarta esfera, embanastado en su carricóche, nos vendia alegría en lugar de naranjada, cuando los llantos y supiros de una mujer y el estruendo y alboroto de una tropa de gentes que subian por las escaleras de mi aposento me inquietó, no con poco sobresalto, al oir sus confusas voces y ver que abriendo mi puerta entraron á un mismo tiempo á darme los malos días, pues no los pueden dar buenos los que madrugan á pedir, la huésped de casa, el ama del pollino, el dueño de la cama, los músicos y el barbero. Lloraba con tiernas lágrimas la dueña del jumento el haber salido su fingida enfermedad verdadera, y con duras razones me pedia le pagase el valor de él, por causa de tener todo el pescuezo quemado y andar desordenado de tripas y estar inútil para servirle. Poníame por cargo de conciencia la tiranía que habia usado con animal tan donoso y humilde; jurábame que á saber para el efecto que lo queria, que antes me hubiera dado un hijo suyo que á su querido pollino; porque demás de haberlo criado, era sus piés y manos y quien le ayudaba á sustentar su pobre casa. Pedíame el oficial el valor de su vestido, ó que le comprase otro nuevo, alegando que por mi causa habia quedado el suyo de manera, que no solo no se lo podia poner, pero ni llegar con media legua á la parte donde se le habia quitado por los aromáticos olores que de sí expelia. El camero decia que era cosa de gentiles lo que habia usado con él, pues su cama, hecha para descanso de cristianos, la habia hecho lecho de animales, y que estaba resuelto á no recibirla, por estar medio chamuscada y llena de operaciones sardescas. Los músicos pedian su jornada, y la huésped su quebrado orinal. Consideré que todos tenian razon, y concertéme con ellos lo mejor que pude, por no tener ruidos por cosa tan justa. En efecto, todos partieron contentos, y yo quedé harto triste de apartar de mi lado las doblas, á quien habia dado eterno sepulcro, y en hallarme algo lastimado de las coces del enfermo y tener que pagar el alquiler de la ropa de doctor. Por saber que la buena diligencia es madre de la buena ventura, me levanté á dar modo de recuperar el gasto de lo pasado. Y porque su alteza no me dijera que lo iba á ejecutar de cantante y que lo regocijaba á fuerza de interés, tomé la pluma, invocando el auxilio de las nueve, estando la vena pronta, por estar en ayunas, le compuse un sene-to, dándole el atributo de «El señor Infante, príncipe invicto», para que sirviese de acuerdo de la fiesta y de anticipacion á la paga. Advierta el lector que la ene de una línea sirve de eñe, que no le habia de dar á su alteza renombre de Nau, y que demás de ser licencia poética, es libertad bufónica. Decia de esta manera:

N-D.

E l que dará á su	» atria eteña hazaña
» auros ganando y	» ayos expeliendo,
» iendo al mundo	» nmortal, pues que venciendo
» excede á Grecia, dando	» ombre á España;
» una en la paz, y	» iro en la campaña,
» rror de Europa,	» feliz renaciendo
» rayo de luz;	» ues átomos vertiendo
» ris argentina cuando	» strellas baña:
» unca vencido	» centro de venturas,
» elice siempre, y con	» acer muy hombre,
» ngel divino,	» a sol de las criaturas,
» adie ignora su fama	» su renombre:
» ú, lector, si por	» orpe conjeturas,
» sas dos	» rlas te dirán su nombre.

Agradóle á su alteza, por parecerle compostura dificultosa, y demás de quedar en opinion de entendido, conseguí mi pretension, agradeciendo á las musas la brevedad de mi despacho.

Volví á hacer paces con mi ingrata Dulcinea, dándome de nuevo mas sustos que los pasados y algunos madrugones. Cuando me via cargado de chola y en oficio de siete durmientes, se le daba de mi amistad tres caracoles; y yo de su amor, cuando despertaba y la hallaba ausente, tres rábanos. Con estos pleitos ordinarios y con este extraordinario sobrehueso anduvimos alborotando posadas é inquietando barrios todo aquel invierno. Llegó la primavera, y á la mitad de su florido curso salí con su alteza á campaña con un lucido ejército. Llegamos á la vista de Arras, con intento de socorrerla, por tenerla sitiada cerca del campo francés. Habia oido decir á su alteza que aquel dia no se habia de preservar su persona ni la de ninguno de sus criados de entrar en la batalla, si la presentaba el contrario, ó de embestir con él en sus mismas fortificaciones. Estas palabras infundieron en mi casi cadáver cuerpo un miedo tan intrínseco y helado, que ya me parecia que el tronitoso bronce fulminaba sobre mí sus carniceros estragos. Fúme deslizando de las marciales tropas, trayéndome los achaques por los cabellos. Cul-paba el caballo de flojo, y las cinchas de apretadas, á la brida de corta, y á los estribos de largos; y por mas que me procuré quedar atrás, siempre tomé compañeros. Anduve montaraz, hasta que otro segundo yo, que se habia retirado herido de la flecha de Baco, me dijo que se habian mudado los votos, por serenarse los primeros ímpetus, con que sacudí mis últimos temores. Ofrecióse de ser mi lucero, inquiriendo adonde pudiésemos refrigerar los macilentos miembros, tan trémulos con el miedo como frágiles con la gazuza; discurrimos los conocidos tabernáculos del trago, penetrando los límites del cuarto de la salud, y los hallamos tan desiertos de refrigerio como poblados de quien lo buscaba. Aquí fué adonde dí al diablo la guerra y adonde tuve por insensato al que tiene con que pasar en la paz y viene á buscar picos pardos, y entre abismos de descomodidades anda solicitando su muerte. Fué tan general la hambre que se pasó, que para poder exagerar, basta decir que llegó á mí, que cuando le falta á uno de mi oficio, que es perro de todas bodas y registro de todas mesas, muy de rota va el negocio.

Llegamos una tarde á hacer frente de banderas cer-

ca de un pequeño villaje, desamparado de sus moradores. Y teniendo noticia que un vivandero traía medio saco de pan y dos jamones cocidos, y que por tenerlos reservados para él y su familia, no quería, por ninguna cantidad, socorrer á los mas amigos y conocidos suyos, traté de que alcanzase la industria lo que no podia la fuerza del dinero, y compelido de la hambre, le aseché y ahondé mas de una hora por el contorno de su tienda, desde adonde columbré que como hombre experto y cuidadoso de aquello que tanto le importaba, tomó una pala, y haciendo un profundo hoyo á una parte de la tienda, metió en él el referido bastimento en dos sacos mediados, y cubriéndolo con unas tablas, hizo encima su cama, y se acostó, á mas no poder, con su mujer y criaturas. Yo, que atentamente estaba mirando por la vislumbre de la tela y resplandor de la luz el mal lance que había echado, me quedé mas avergonzado que triste, por haber blasonado delante de muchos señores que le había de dar asalto á su guardada provision. Al tiempo de quererme retirar de la parte donde habia estado sirviendo de atalaya, vi que la tienda habia estado arrimada á una zanja, que servia de division y atajo á una acostumbrada vereda, y de impedimento de poder pasar gente de á pié ni de á caballo por ella; y por causa de tener mas bien guardada su ropa y que le sirviese de foso y trinchera, habia puesto el redomado vivandero su tienda en aquel sitio. Pero como no hay cosa que mas avive y sutilice el ingenio que es la necesidad, se me ofreció á la idea un ardid, con que me juzgué señor del pan y los jamones. Y por no perder tiempo, fui á dar parte de ello á tres mozos de cocina que servian á ciertos señores italianos, que prevenidos de cuchillones y de mejor herramienta que pudimos hallar para este efecto, nos encajamos en la zanja; y á la hila, como banda de grullas, fuimos marchando hasta la tienda, al tiempo que palpitaba un cabo de vela que habia quedado. Tomamos á la luz de sus boqueadas el derecho de la cama de su dueño, que no estaba muy distante, y poniéndonos de rodillas, y no á hacer oracion, comenzamos los dos á abrir mina al fuerte de los sacos, y los dos á ir retirando los desperdicios de ella. Tuve tan buena suerte, que hallando el terrend arenisco y blando, en término de hora y media, estando ya rendidos y cansados, desembocamos la mina en el pozo de los víveres, y cargando con los sacos, nos retiramos, sin ser sentidos, á hacerle la reparticion y á remediar la gazuza. Tomando doblada parte de la presa por ingeniero, minador y guia, me retiré á dormir lo que quedaba de la noche. A la mañana, saliéndome á pasear y á ver si el sol habia descubierto lo que encubrió la soledad de la noche, hallé al vivandero muy triste, á su mujer muy llorosa, y á sus hijos y criados cariacontecidos, y llena la puerta de la mina de oficiales y soldados, los unos celebrando el disculpado hurto, y otros santiguándose de la sutileza de la empresa. Dejéles á todos echando juicios, y volvíme á requerir lo que habia ganado en buena guerra, temiendo no le hiciesen otra mina. Con esta

proporcion me remedí hasta tanto que salimos á tierra de promision, adonde estuvo todo sobrado. Y dejando aparte los sucesos de aquella campaña para el coronista, á quien le competen; digo que al fin de ella nos volvimos á Brusélas, adonde yo cobré una vida y nuevo ser, por verme libre de los trances de la guerra y del rigor de los enemigos. En la bonanza de este mar me deleitaba, en el golfo de esta grandeza me divertia, la dulzura de sus sirenas me conhortaba, y la suavidad de sus anfonos me entretenian, y últimamente, yo era el pez Nicolao de aqueste Mediterráneo, porque en sacándome de este centro, pasaba desmayado de recelos y parasismos de temores. Aquí solo trataba, por ver que andaba melancólico su alteza, de alegrarlo y divertirlo, unas veces contándole los discursos de mi vida, y otras haciéndole relacion de las ajenas. Inquietaba mi sosiego y perturbaba mi inquietud un italiano de mi arte y profesion, llamado Leonora, el cual, algunos dias que acudia á la mesa de su alteza, lo que le faltaba de prosa, le sobraba de manos, y á costa mia hacia alarde de su graciosidad, alargándome unas veces el pescuezo, sin ser ahorcado, y otras arañándome la cara, como si fuéramos verduleras, con que provocaba al conclave á risa y á mí á cólera; porque en oponiéndome á la defensa, con solo un papirote daba con mi débil cuerpo en tierra. Aprovechéme de aquel refran de á fuerza de villanos hierro en medio, y salíame muy mal la industria; porque siendo él, demás de fuerte, animoso, me hubiera despalcijado muchas veces, á no ser su alteza el iris de paz y amparo de mi defensa. Decíale, porque no blasonase de sus fuerzas, cuando veía que estaban inquietos los nublados de su cólera, que tres cosas de valor no se estimaban en el siglo presente, que eran consejo de pobre, galas de cortesana y fuerzas de ganapan. El, por motejarme de miserable, porque no gastaba con él los doblones, que no se perderian por mal guardados, me respondia que tres cosas le eran necesarias á un bufon para poder campar alegremente y para granjear amigos, que eran boca de confesor, espada de mercader y bolsa de señor generoso. Con estas disputas graciosas y batallas burlescas daba gusto y placer á quien tantas mercedes me hacia, no reparando en hacer escaramuzas de gatos, pues siempre salia arañado, ni en rodar media hora por la sala como vellon de lana. Llegábase el tiempo en que su alteza cumplia años, y para celebrarlos, alabando el dichoso mes de mayo en que habia nacido, hice un romance, y por dar á entender á algunos acaballeros fisgones de aquello que no entienden, que muy presumidos de discretos no estimaban mis versos, porque no eran de poeta con don ó descendiente de godos, que tambien los pobres y humildes saben hacer cosas de ingenio, pues tienen un alma y tres potencias como los mas poderosos, y cinco sentidos como los mas calificados, y que no hay cláusula en el testamento de Adán que dejase, como señor que era entonces de todo el mundo, á los caballeros mejorados en tercio y quinto en las aguas de Hipocre-

ne, y á los pobres herederos del caño de Bacinguerra, la una fuente del Parnaso con licores poéticos, y el otro caño cordobés con inmundicias selváticas. El romance decia de la forma siguiente :

¡Oh qué galan venís, mayo!
Mas teneis razon que os sobra,
Teneis justicia que os vale,
Teneis verdad que os abona.
Despues que sois rey jurado
Por las flores gloriosas,
Excelso Arturo os alienta,
Supremo Favonio os sopla.
Amaltea en vasallaje
Os ha feudado su copia,
En tormentas de claveles,
En avenidas de rosas.
De jazmines y arrayanes
Formais matizadas flotas,
Siendo la campaña mar,
Siendo las flores sus ondas.
Diréis que hoy hace Fernando
Años justos, y que os toca,
Por nacer en vuestro mes,
El baston, el peto y gola.
Es así, yo lo confieso,
Que por ser verdad que consta,
Hoy Madrid se regocija,
Hoy Brusélas se alborozas.
Hoy, mayo, ha de haber dos mayos,
Dos primaveras hermosas,
Dos albas en solo un día,
Y en un día dos auroras.
Dos soles verá Brabante:
Uno farol, otro antorcha;
Uno planeta, otro infante;
Uno en carro, otro en carroza.
Lleguemos á cuentas, mayo,
Y confesad sin lisonja:
¿Cuál merece mas aplausos?
¿A quién mas triunfos le tocan?
Diréis que por mas antiguo
Sois de la mesa redonda
Príncipe, par y caudillo,
Siglos, lustros, años y horas;
Que por vos es Marte Adónis;
Lasciva Vénus, Belona;
Incasta dueña, Lucrecia;
Inconstante dama, Porcia;
Que mientras teneis el celso,
La senectud se remozas,
La estéril vega se anima,
El inútil troneo brota;
Que ufana produce Céres,
Que alegre dibuja Flora,
Y sin ser reina Amaltea,
Pensiles jardines forma;
Que al alba las avecillas
Sobre el sauce cantan solfa,
Sobre el álamo gorjean,
Sobre el mirto verde entonan;
Mirra la floresta vierte,
Cinamomo el monte aborta,
Diamantes da en risa el alba,
Perlas da en llanto el aurora;
Que hacen gratos maridajes
Las fiestas mas portentosas,
Celebra el mar himeneos,
Ostenta el céfiro bodas;
Que sale halagüeño el sol
Con su mostacho á la moda,
Sin nube que se le atreva,
Sin vapor que se le oponga;
Que por dar tapete al prado,
Dan las plantas mas frondosas
Una tempestad de flores,
Un torbellino de hojas;
Que vos, mayo, sois del campo
Quien lo enriquece ó lo agosta,
Quien lo alienta ó lo destruye,

Quien lo levanta ó lo postra.
Estas son vuestras hazañas,
Declaradas ya por propias,
Que ni el olvido las niega,
Ni el tiempo anciano las honra.
Aleguemos por Fernando,
Mayo alegre de esta zona,
Feliz primavera en Flándes,
Sol hermoso de esta Europa.
Que es moderno, no hay dula;
Pero mas argenta y dora
Quien al oriente da luces
Que quien al ocaso sombras.
Este mayo, en pocos mayos,
Muchos privilegios goza;
Prevista deidad le alienta,
Hesperio candor le adorna.
Este el sol es su meñino,
El alba es su precursora,
Y es el día mas sereno
De aquesta perla la concha.
La palestra se estremece;
Que ¿á quién no admira y absorba
Ver un piélago de dichas,
Ver un golfo de victorias?
Sin número son sus hechos,
Sus acciones belicosas,
Dignos de laurel sus triunfos,
Dignas de palmas sus glorias.
Su natural es divino,
Su condicion milagrosa,
Su compostura suprema,
Su conversacion heroica.
¿Quién vió lebrél arrojado,
Cuya piel, por prodigiosa,
Aspira á vellon de tigre,
Y espira en vellon de onza;
Que por falta de discurso,
O se enfurece ó se enoja
De ver en el tur del cielo
Correr á la luna postas;
Y ella á su arrogancia muda,
Cuanto á sus ladridos sorda,
De luces la tierra inunda,
De plata las minas colma?
¿O nube densa, atrevida,
Que llena de vanagloria
Se opone al sol cara á cara,
Y le embiste proa á proa;
Mas el celeste diamante,
Que por ser tan luminosa
Su claridad, quiso el cielo
Vincularlo por su joya,
La deshace en plumas rizas,
La disminuye en garzotas,
En lluvias la desvanece,
En vapores la trasforma?
¿O mariposa, que al prado
Sus varios matices roba,
Siendo pintada alcatifa,
La que fué blanca alcandora;
Que puesta á la ardiente llama,
Fluctúa el cerco animosa,
Para ser despojo débil
Lo que fué altanera pompa;
Y el fuego, que refulgente
Sus atrevimientos nota,
Ni precipitado ofende,
Ni inter necido perdona?
Pues de aquesta misma suerte
A aquesta luna española,
A este claro sol de Austria,
A esta llama vencedora,
El que se le opone alivo,
El que de Alcides blasona
Es á rayos de este Apolo
Lebrél, nube y mariposa.
Si es su estrella favorable,
Si es su suerte poderosa,
Si va en bonanza su dicha,
Si va su fortuna en popa,
Fuerza es, mayo, que os exceda;

Pues su ventaja es notoria,
 Su valor mas conocido,
 Su calidad mas grandiosa.
 Rendidle á Fernando el cetro,
 Entregadle la corona;
 Sea mayo, y como rey
 Fueros quite y leyes ponga.
 El sol en el año impere,
 Cual la deidad portentosa,
 Que es por gusano y por ave
 Hija y madre de sí propia.
 Dadle el victor de sus años,
 Lleve el grado con la borla,
 Los árboles lo respeten,
 Las flores lo reconozcan.
 A sus años tan felices
 Tocad la sonora trompa,
 La caja la tierra altere,
 El clarin los rayos rompa;
 Flores el parque derrame,
 El palacio vierta aromas;
 Porque goce en holocaustos
 Lo que su fama pregona.

Díselo á su alteza, y como príncipe tan perfecto, sin reparar en la humildad del verso, premió lo realizado de mi voluntad; porque son excusas de avaros y malos pagadores el calumniar al poeta y censurar sus versos, para quedarse de grátiis con sus obras; pero tienen poco de Jerjes, pues no estiman el corcho de agua, y mucho de Midas en guardar su dinero. En este tiempo gastaba yo el que tenía en regalar á mi miñona, sin reparar que eran obras hechas en pecado mortal y que sembraba en mala tierra. Queríala por lo que me costaba, y estimábala por ser mujer y porque al fin habemos nacido de ellas. Mas la tal señora no me estimaba sino porque la sirviese de marqués del Gasto y conde de Cabra. Tenia yo la fama de ser su galán, y otros cardaban la lana. Decíame que me tendria por ídolo de su altar si llegara á verme ciego, mudo y sordo, y alabando mis dádivas, vituperaba mi persona. Y mientras mas pesos falsos me hacía, queria que yo la estimase mas y la maltratase menos. Pedíame unas veces matrimonio, otras divorcio, y eternamente *danari y piu danari*. Y por darme mas muestras de su fineza y obligarme á quererla mas, amaneció un día en mi casa, y amaneció veinte en las ajenas. Por lo cual, mas por venganza que amor, ó mas celoso que desapasionado, la hice prender á pedimento de su tia y meterla en una torre como á doña Blanca de Borbon, adonde se sustentaba á mi costa, pareciéndome en todo y por todo al perro del hortelano. Quiso mi dicha que, para apartarme de esta fiera esfinge y cruel lamia, llegase la alegre primavera, acompañada del céfiro y Favonio, y lisonjeada de Flora y Amaltea, la cual dando esmeraldas á los prados, librea á las selvas, y esperanza á los montes; animó las flores, resucitó las plantas y enamoró á las fieras; por cuya venida y por haberse puesto el ejército francés sobre la villa de Aire, salió su alteza á campaña para socorrerla, no quedándome yo en zaga, porque mas queria arriesgarme á ser prisionero de un turco que esclavo de mi perversa Dálila, porque mucho mejor me estaba ser burro de una tahona que consentir que ella me acabase de sacar los ojos. Despues de varios sucesos que tuvo su alteza en

campaña, unos prósperos y otros adversos, habiendo vuelto á sitiar la villa por haberla ganado el enemigo y hechas fortificaciones tan inexpugnables, que daban terror á los sitiados, fué Dios servido de darle una enfermedad tan de repente y tan violenta, que le fué necesario retirarse á la villa de Cortray, quedando el ejército á cargo del baron de Beck, tan celebrado por sus hechos como conocido por sus hazañas, y en quien tanto género de alabanza es muy corto á su gran merecimiento. Hallóse su alteza tan indispuerto, que pasó fama de que era muerto; y aun hubo personas tan incrédulas de lo contrario, que quisieron ver y creer sin ser apóstoles. Al cabo de algunos días fué volviendo en sí y cobrando mejoría; por lo cual, pidiéndome yo mismo albricias por depender de su salud toda mi alegría y la de los estados, le hice los siguientes versos, tomando el asunto de la gran calentura que habia tenido.

Dió Fernando entre arreboles,
 Soles;
 Brotando sus pocos mayos,
 Rayos,
 Y sus lucientes albores,
 Esplendores.
 Viendo el mal tantos fulgores,
 Fué Faeton precipitado,
 Que el vuelo le han abrasado
 Soles, rayos y esplendores.
 Tuvo el mal por enemigo,
 Castigo;
 Dándole su atrevimiento,
 Escarmiento;
 Gozando, pues se condena,
 Pena.
 Si á la primavera amena
 De su alteza se atrevió,
 Tenga, pues lo mereció,
 Castigo, escarmiento y pena.
 Si nunca reserva el mal,
 Cardenal,
 Mirara que es el triunfante,
 Infante,
 Y que es en todo y en parte,
 Marte.
 Mas ya abatió su estandarte,
 Cuando admiró su virtud;
 Porque tuviese salud
 Cardenal, Infante y Marte.
 Goce en edades lozanas,
 Semanas,
 Y á despecho de holandeses,
 Meses,
 Y para azote de extraños,
 Años.
 Pues á España evita daños,
 Porque el mundo se alboroce,
 Viva siglos en paz goce
 Semanas, meses y años.

Estos le aliviaron alguna parte de su tristeza, y hallándose algo convaleciente, se pusieron en camino de Brusélas, para dar con él en la gloria. Llegó á esta corte, que se le mostró ufana y regocijada de verlo con algunas premisas de salud, aunque despues volvió su regocijo en sentimiento, por verlo recaer con menos esperanzas que tuvieron en la caída. Al fin quiso el cielo llevarse lo que era suyo, dejando á estos estados sin príncipe que los gobernase, á España sin infante que la socorriese, y á los soldados sin padre que los amparase. Contar el sentimiento que hizo esta corte y

todos los países, príncipes y señores de ellos y todas las demás naciones, fuera proceder en infinito. Solo diré que como yo, puesta cada cosa su tanto, perdía mas que todos, estuve tres dias sin comer ni beber, hechos mis ojos dos fuentes, y mi corazon un centro de ardientes suspiros. Y por satisfacer en algo tanta merced y beneficio como me habia hecho, compuse una glosa fúnebre para poner en su real túmulo, que es la siguiente:

*Si la libertad llorais,
Ojos, que perdido habeis,
Aunque mas lágrimas deis,
En vano las derramais.*

Ojos, una muerte esquivar
Le dió fin al sufrimiento,
Porque un fuerte sentimiento
Vuestra libertad cautiva;
Y si el gran dolor os priva
Del curso que ejercitais,
El raudal no suspendais;
Pues viendo tales despojos,
No ceseis de llorar, ojos,

Si la libertad llorais.

Si en su bella juventud
Adquirió renombre eterno,
Si aplaudisteis su gobierno,
Si admirasteis su virtud,
Si visteis su rectitud,
Si su fama conocéis,
Si sabeis lo que perdeis,
Llorad, que será tibieza
No llorar la gran riqueza,
Ojos, que perdido habeis.

Cortó un golpe de guadaña
Cetro y corona de gloria,
Llevó el cielo la victoria,
Y perdió su infante España:
Y aunque el cielo su luz baña,
Pues yace el cuerpo cual veis,
Llorad, ojos, no ceseis;
Pues á deuda tan debida
Solo pagais con la vida,

Aunque mas lágrimas deis.

El alma en celeste vuelo
Partió triunfante y ufana,
Porque flor tan soberana
No era flor para este suelo;
Llorad, ojos, con desvelo,
Pues ya al orbe lo inundais;
Y aunque mas lágrimas dais,
Son pocas, y no me espanto,
Que si no es eterno el llanto,
En vano las derramais.

Al cuarto día me apretó la hambre, aunque fué mas fineza en mí el haberme pasado sin beber que sin comer: imaginando que mis lágrimas no lo habian de resucitar, y que no era cosa decente llorar por quien estaba pisando rayos de luz, manojos de estrellas y racimos de luceros, dije: El muerto á la huesa, y el vivo á la hogaza; y entrando en un penitente bodegon, al compás de Dios te tenga en su gloria, henchí todos los vacíos, y refresqué todos los secanos; y despues de haberme animado, salí á desistir pesares y á buscar mi vida. Como me veían sin señor ni amparo, todos huían de mí, á todos enfadaba, y mis gracias eran desgracias; nadie conocía á Estebanillo, ni nadie se dignaba de llegarme á hablar, como si yo hubiera sido doctor y errado la cura de su alteza. Viendo pues que aun mi moza se me hacia de pencas, despues de haberla sacado de la prision, y que queria que mandásemos á semanas y que calzásemos los calzones á meses, me determiné de irle á hablar al conde de Traun, que estaba en esta corte por embajador extraordinario de la majestad cesárea, al cual le supliqué que le escribiese á mi amo el duque de Amalfi de cómo habia quedado huérfano de tan gran príncipe, sin herencia y reformado, que si gustaba su excelencia que cantase por mí aquella copla que dice: «Vuelve á casa, pan perdido». El cual no se descuidó en hacerme merced, pues en el primer correo tuvo respuesta de mi amo, el cual le suplicaba me enviase á Alemania, que era donde se hallaba su excelencia, con la mayor brevedad que pudiera. Envióme el Conde á llamar con un criado suyo; dióme la órden que tenia, y mandó que me pudiese en cami-

no, y me dió para el gasto de él. Pasó la nueva por esta corte, y empezó su burguesía á llover embargos sobre mí, y á querer hacer arrestos, sin haber en todo mi aposento sobre qué tropezar, ni alguacil que me prendiese, ni carcelero que me quisiese recibir en su prision. Salí contra mí una querrela de una vidriera, á quien despues de haberle quebrado muchos vidrios, le habia dado una cuchillada. Estando en tres dormidas, como gusano de seda, pedíame una patrona el menos-cabo de una cama, porque estando una noche acostado en ella, y cual digan dueñas, soñando que vertía aguas en la proa de una galera de Malta, le inundé todos los colchones. En efecto, no quedó vinatera ni cocinera de tripa y callo que no cargasen á molestarme. Yo, ni negando la deuda ni ofreciendo la paga, les prometía satisfaccion antes de hacer mi viaje; y al cabo y á la postre quedaron satisfechos de quien yo era, porque quedara yo muy desairado, y no se estimara mi caballería, sin pagar á mis acreedores, porque ni tuviera quien me cortejara á todas horas ni quien se acordase de mí en todos tiempos.

Fuíme á despedir de don Francisco de Melo, que estaba por gobernador de estos estados, y de todos los señores, así del país como extranjeros; y habiendo juntado muy buena garrama, por respecto del dueño á quien iba á servir, me fuí á decirle adios á mi querida Belerma y á derretirme con ella como si fuera portugués. Y despues de haberle dado con qué poder pasar muchos días y de haber hecho muchas finezas y sentimientos de la forzosa partida, le prometí de que daría muy presto la vuelta por solo verla y regalarla; y que si habia de sentir mi ausencia y gustaba de que me quedase, obedecería su gusto y despediría las postas. Ella, muy sonriéndose y reventándole por los ojos rayos de alegría, por quedar en su libertad, sin tutor ni curador de su vida y milagros, me respondió: Señor Estebanillo, que vuesa merced se vaya ó se vuelva, que se quede ó no, *pour moi c'est tout un*. Y aunque tal despejo y desvío decíara el corazon mas firme y constante, á mí se me encendió de tal suerte, teniendo sus ofensas á favor, que salamandra de su fuego sentia cada instante encenderme en la lumbre de sus ojos, y gustaba de estar hecho Tántalo de su belleza; porque es muy de mujeres como la tal desestimar á quien las regala, y idolatrar á quien les quita lo que tienen y les da muchas bofetadas, y de hombre como yo perder el juicio y gastar la hacienda por quien no lo agradece ni sabe guardar fe ni lealtad; pero al fin era yo tal como ella, y ella tal como yo. Pudo mas en mí ir á buscar á mi amo que no la prision de mi libertad ni el estar en la gloria de Niquea; y dejándola en un monasterio, mas por fuerza que de grado, tomé las prevenidas postas, y repitiendo al son de su trote: Adios, Bruselas, pasé á Namur, Marcha y Lisel, adonde despues de romper los cristales de la Musela y fatigar el bosque de Crucenaque y desempeñar las calles de Wornes, Fraquendal, Espira y á Donaverte (plaza del duque de Baviera, adonde me embarqué en el caudaloso y nombrado Danubio, cuyas rá-

pidas corrientes bañan el reino de Hungría, y con soberbia del golfo desembocan en el mar de Constantino-pla), desembarquéme en Viena, harto cansado de haber ido sobre elemento tan prodigioso para todos, y de tan poco provecho para mí; y antes de descansar ni tomar posada, fui á visitar las cesáreas majestades, teniendo orden del mismo Emperador, así que entré en su real sala, que no hablase cosa que tocase á su alteza serenísima el infante Cardenal, por el gran sentimiento que hacia cuando lo oía nombrar la cesárea majestad de la Emperatriz, su hermana. Holgóronse de verme y de oirme, y haciéndome aliviar el mareamiento de mi embarcacion, fui á besar la mano al marqués de Castel Rodrigo, que estaba por embajador ordinario de la católica y real majestad y por su primer plenipotenciario para el tratado de las paces; el cual, procediendo como tan gran señor, me amparó y houró, no por quien yo era, sino por el valor de su excelencia.

Estuve algunos dias hecho caballero festejador y recibidor general de cuanto me daban, mareándose de tal suerte la cochinilla del gracejo, que no trocara mi oficio por el mejor gobierno. En este tiempo partió mi amo por la posta del ejército imperial para venir á Viena, y teniendo yo noticia de ello, le salí á recibir al camino; y echándome á sus piés, le pedí perdon de haber dejado tres años su servicio, dándole por disculpa haber quedado enfermo á su partida y el haber entrado á servir un bisnieto de Carlos V, hijo de un rey de España y hermano del mayor monarca del orbe. Hízome levantar y cubrir, y díjome que se hallaba indigno de recibir en su servicio á quien habia tenido por dueño un tan gran príncipe. Entró su excelencia en la corte, y así que se apeó en su palacio, me mandó que tuviese cuidado de visitar todos los oficios tocantes á la bocólica, y que yo los ajustase de suerte que fuera bien servido. Yo, no solo tomando el mando, sino el palo, que así lo hacen los que no han sido nada y llegan á verse en bragas de cerro, hice visita general en cocina, cantina y potajería, y los metí de tal manera en pretina, que decian que me habia dado mi amo el pié, y me habia tomado la mano. Y al fin quise ser tan recto veedor, que me enemisté con todos los de casa, desde el mayor al menor, los unos porque les quitaba el mando, y los otros porque les quitaba los provechos. Cantábame un criado, á quien no le habia tocado la residencia, todas las veces que me encontraba:

Mal lograda fuentequilla,
Deten el paso y advierte, etc.

En efecto, tuve un poco de buen tiempo en aquella corte, teniendo muchos provechos de dádivas fuera de casa, y muchos regalos dentro de ella; pero en lo mejor de él se fué mi amo á gobernar las armas imperiales, por muerte del general Francisco Alberto, quedándome yo enfermo del mal de los ricos; porque como me vió la fortuna puesto en razonable estado, quiso, mostrándose liberal conmigo, que de mas de un millon de arrobas que habia bebido, le pagase una sola gota de pension, porque tambien ella reparte en la jurisdiccion

de los cuerpos sus millones y alcabalas, y algo se me habia de pegar á mí de andar entre príncipes y señores. Apenas habia mi amo salido de casa, cuando se conjuraron contra mí todos los criados de ella, por haber sido mequetrefe, metiéndome en aquello que no me tocaba ni era perteneciente á mi oficio. Llegó á tanto su atrevimiento, quizá por verme medio tullido, que habiéndome un dia sentado en la cocina por gozar un poco del calor del fuego, llegó el cocinero, y echándome como á Luzbel de la silla abajo, enarboló en lugar de espada un asador, y pienso que se quedó en solo el amago, por ver que al tiempo de quererme levantar me dió un pícaro de cocina tal sartenazo en la mitad de la cabeza, que á no ser de llano, me dejaba para siempre libre de la enfermedad de la gota. Y no paró solo en esto, pues una criada barrendera, con quien no habia usado de mi comision, descargó sobre mis hombros media docena de escobazos, con que me obligó á besar dos ó tres veces la tierra sin ser parte sagrada. Acudió el mayordomo al son del paloteado, y despues de haberse holgado infinito de verme aporreado y tendido en el duro suelo, dándoles á todos razon y á mí baldones, me puso de piés en la calle, dándome con las puertas en la cara, adonde se me vino á la memoria aquel sentencioso adagio de que en furia del conde no mates al hombre. Yo, temiendo que pluvia que habia empezado en palos y sartenazos no acabase en torbellino de sangre, animándome lo mas que pude, tomé la posta y me fui á buscar á mi amo, al cual hallé al cabo de algunas jornadas en la Moravia, en una villa llamada Helbruna, adonde le di mis quejas, y criminé lo que habian hecho en mí contra los criados. Mas aunque me hizo mucha merced y me prometió dejar vengado, al cabo de la jornada se quedaron todos en casa y yo con mi sartenazo.

Llegó á aquella villa con su armada el archiduque Leopoldo, y juntándola con la de mi amo, hizo plaza de armas general. Dió su excelencia un grandioso banquete al Archiduque y todos los cabos de la armada, por agasajarlos; y porque corriese parejas su valor con su grandeza, bebióse en él á lo aleman, pero yo, sin ser la torre de Babel, bebí en todas lenguas, caí de todas maneras, y dormí de todas suertes. Otro dia muy de mañana marchamos en seguimiento del Sueco, el cual nos tenia sitiada una plaza en la Silesia, llamada Brique; pero siendo advertido el enemigo de la gran resolucion que llevaban el Archiduque y mi amo de socorrerla, aunque se arriesgase de perder la armada, no osando atender á tan valiente determinacion, se resolvió, con hallarse muy fortificado, no solamente en levantar el sitio, pero en dejarnos libre una villa, llamada Nais, que está á cuatro leguas de Brique, despues de haberla puesto fuego por cuatro partes, sin haber emprendido por ninguna. Y habiendo sido informado el Archiduque de mi amo lo diligente que yo era y la confianza que en diferentes ocasiones se habia hecho de mí, y la merced que me hacia su alteza (que esté en gloria) cuando estuve en su servicio, me mandó que haciendo

oficio de correo llevase estas buenas nuevas á sus cesáreas majestades. Llegué á Viena á toda diligencia, y apeándome en el patio del palacio imperial, dí el despacho al conde Buchaim, que hacia oficio de camare-ro mayor, queriendo mas usar de las obligaciones de correo que de las preeminencias de gentilhombre entendido. Regaláronme todos los señores de palacio y criados de importancia, porque demás de mi buen humor, servia de correo de buenas nuevas. Mandóme dar su majestad cesárea una cadena de oro de harto precio y que se me despachase con nuevos pliegos á la armada, adonde volví con mucha brevedad, y serví en ella toda la campaña el oficio de correo, advirtiendo al pos-tillon que corriese estos renglones, por si escrupulea sobre el nombre de armada ó ejército, que en Alemania se apellida de este modo, y que cuando no fuera así, nadie me puede quitar que yo la llame como quisiere, porque lo que se escribe de veras no goza la libertad y privilegios de lo que se compone en chanza.

Sitiamos una villa llamada Glogau, que está en el fin de la Silesia y en los confines de Polonia y de Pomerania, adonde mi amo visitaba muy á menudo las trincheras; y por probar mi valor, aunque ya tenia harta noticia de él, me llevó una mañana consigo, mas forzado que de voluntad, diciéndome que me queria hacer un valiente soldado, siendo cosa irremediable, si no es quitándome el pellejo como á culebra y volviéndome á hacer de nuevo. Esguazamos una ribera, llamada Odra, que pasa por medio de la asediada plaza, y llegamos cerca de las murallas, desde adonde el enemigo nos enviaba colacion de balas sin confitar y de peladillas amargas. Yo, empezando por el credo y acabando en los articulos, le dije á mi amo que no me agradaba mucho aquel almuerzo, que me dejase á mí ir á nuestro cuartel y que trajese otro criado, que yo le renunciaba mi parte del honor que habia de ganar en aquella accion. El me respondió que de aquella suerte ganaria opinion y me haria memorable, que tuviese buen ánimo. A lo cual le repliqué: Certifico á vuestra excelencia que no me falta otra cosa, y que yo no busco en este mundo pundouores, sino dineros en serena calma, sin sirtes ni bajíos. Apenas acababa de pronunciar estas últimas razones, cuando nos tiró la villa un cañonazo tan derecho, que á bajar la puntería nos llevaba á los dos de bola ó á uno de calles; y aunque no mostré flaqueza por estar mi amo delante, cuando vi que poco distante de nosotros hizo á un soldado volatin de Carnaval, dándole remate de vida, no habiéndolo tenido de paga, cumpliendo con mi profesion y gustando mas que dijese, «aquí huyó», que no «aquí cayó», me afulé con tal donaire, que parecia el suelto caballo á quien movian tantos vientos como espuelas. Llegué al cuartel con una tilde de vida y menos de aliento; subime al pajar, y se-pultéme en la paja. Al cabo de una hora vino mi amo, y preguntando por mí, le dijo un paje que me habia puesto en la pajada á madurar como níspero. Mandóme bajar, y llegando á su vista, no limpio de polvo y paja, me dijo: Picaro, ¿cómo sois tan cobarde que me ha-

beis dejado, y á vista de una armada habeis vuelto las espaldas y puéstoos en huida? Yo le respondí: Señor, ¿quién le ha dicho á vuestra excelencia que yo soy valiente, ó en qué ocasion no lo he hecho mucho peor que hoy? Si vuestra excelencia me envió á llamar á Flándes para que le sirviese de soldado, está mal informado de mis partes, porque como otros son archiprestes de presbíteros, yo soy archigallina de gallinas. Obligóle la respuesta á convertir su enojo en placer y á disculparme de lo sucedido.

CAPITULO X.

En que prosigue el fin que tuvo aquel sitio y del viaje que hizo al reino de Polonia, y de lo que le sucedió á la vuelta en la batalla de Leipsic, que dieron los imperiales á los suecos, y un reencuentro que tuvo con un trozo de vivanderos, y de la vuelta que dió á Flándes, y despues al imperio.

Al cabo de ocho dias y habiéndome retirado de la plaza por venir el enemigo con grán poder, su alteza el Archiduque me despachó á Polonia con dos pliegos de cartas, el uno para el Rey y el otro para la Reina, su hermana. Tomé la posta, llevando de compañía un ayuda de cámara del gran duque de la Toscana, el cual llevaba la nueva del feliz nacimiento del primogénito de aquel estado; el cual anduvo tan liberal conmigo, que me hizo la costa todo lo que duró el viáje. Llegamos á la corte de Polonia, adonde se apartó de mí á dar su embajada; y yo, anticipándome con la mia, me fui al palacio real, y dí el pliego en mano propia á su majestad; el cual, como no me conocia ni tenia aviso de quien yo era, me hizo mil honras, y mandó que me fuese á descansar, que él tenia particular cuidado de despacharme. Fui al cuarto de la Reina, dí el pliego del Archiduque, su hermano; y ya por mis extraordinarias cortesias ó por advertirle en el pliego la calidad del portador, me mandó cubrir, y en lugar de enviarme á descansar, me mandó regular y que cuidasen del señor embajador. Dió aviso de ello á su majestad, el cual se holgó mucho, celebrando la gravedad y tesura con que le habia dado el pliego. Al cabo de tres dias me despacharon, dándome trescientos ducados para guantes; y enviándole la Reina á su hermano, entre las demás cartas, una en que le encargaba que si acaso me despachase á los Países-Bajos, me diese comisión de traerle unas puntas y una muñeca vestida al traje francés, para que sus sastres tomasen el modelo y le hiciesen de vestir á uso de aquel reino, por ser el de Polonia embarazado y no á su gusto.

Recibidos los despachos y dineros, partí en busca de la armada, y por no poder entrar por la parte de los confines de Alemania, por estar tomados los pasos del enemigo, pasé por la Hungría; y habiendo llegado á la corte imperial, el señor marqués de Castel Rodrigo, embajador ordinario del rey Católico, me dió otro pliego de cartas para la armada; y partiendo con toda brevedad en su alcance, entré en el reino de Bohemia, y pasando por Praga, llegué á Dresde, corte del duque de Sajonia. Allí tomé lengua de la armada, y me dijeron que marchaba la vuelta de Leipsic en seguimiento de

la sueca. Yo me dí tan buena diligencia en seguir aquella derrota, que á las veinte y cuatro horas, una legua de Leipsic, descubrí á las dos armadas puestas en batalla campal y dándose muchos bodocazos y cuchilladas. Aquí fué adonde el señor correo perdió todo el brio y quedó mas cortado que una çernada. El caballo que llevaba, animado de las trompetas y cajas, quería embestir con los batallones; y yo, atemorizado de oír una fragua de Vulcano y de ver desatadas todas las furias del averno, quería ponerme en huida. En efecto, estábamos de contrarias opiniones yo y mi camarada el rocín. Temia por una parte el perder los pliegos por venir sin postillon, y por otras dos mil el perder las ganas del comer y arriesgar el caballo, que me habia costado muy buen dinero. Era tan grande y tan espeso el humo que causaba la artillería y mosquetería, y tan copiosa la polvareda que levantaban los alados húngaros y frisones, que no me daban lugar á ver quién llevaba lo mejor. Estuve un gran rato sin determinarme si pasaria adelante ó volveria atrás, porque la gran turbacion que tenia no me daba lugar á determinarme; pero al tiempo que me quise acercar un poco, sabe Dios con cuánto sobresalto, llegó á mí un batallon de los nuestros diciendo que perdíamos la batalla por falta de la caballería del cuerno izquierdo, y preguntándome, pues era correo, si sabia algún buen camino donde poder salvarse, le respondí que dejasen aquel cuidado á mi cargo y que me siguiesen; y con mas miedo que todos ellos, los alejé de la tremenda palestra de tal manera, que á la noche los acuartelé en un villaje á veinte leguas de ella; porque si yo fuera tan diestro en los alcances como en las huidas, ya estuviera escabechado á pocos laureles. No fueron tan pocos los que me siguieron que no pasaron de dos mil, con que pudiera blasonar haber sido restaurador de tanta caballería.

Llegamos á puerto salvo, despues de pasar la borrasca, por hallar en el villaje una infinidad de vivanderos, que iban á nuestra armada cargados de bastimentos ignorando el siniestro suceso; y habiéndonos juntado todos á consejo de guerra para darles un Santiago, y no de azabache, me enviaron á que sirviese de espía de los pobres demonios para reconocer la cantidad que habia y si estaban alerta. Volví al cabo de un cuarto de hora, y disminuyendo el campo contrario y animando el mio á la empresa, cerró con tal valor, que si aquella mañana perdió una batalla en campaña, aquella noche ganó otra en poblado, con harto menos peligro, y con mucho mas provecho. En efecto, entraron los amigos á saco; era un confuso laberinto oír en el peso de la oscuridad de la noche los gritos de los derrotados vivanderos, los llantos de sus tiernas criaturas, los golpes de los descerrajados baules, las embestidas á los sacos del pan, los asaltos á las botas del vino, y el cierra, cierra las arcas de ropa, sin usar de ninguna piedad ni misericordia, porque como tienen á los vivanderos en opinion que los roban y que se llevan todo el dinero de la armada, se habian revestido de Nerones. Yo quise tambien probar la mano y ganar algunos despojos, pues habia

sido guia de los vencedores y espía contra los vencidos, y dejando á guardar mi caballo á un soldado que se me habia dado por amigo, con intento de pescar otro mejor entre los muchos vivanderos, cargué con mi maleta de pliegos, y llevándola debajo del brazo izquierdo, metí mano á la espada, y cerré con el escuadron de carros á tiempo que estaban todos ellos en cruz y en cuadro, sin que hallase otra mercancia mas que lágrimas y ternezas de sus dueños, por lo cual fué fuerza retirarme sin caballo. Y volviendo en busca del mio, hallé que el soldado á quien se lo habia entregado se habia acogido con él, de manera que me quedé sin el uno y sin el otro, por ser disparate dejar lo cierto por lo dudoso; de forma que entre tanto despojador vine yo solo á ser el despojado, quizá por lo que habia tenido de vivandero.

Venida la mañana, marché á pié cargado con la maleta, siguiendo nuestras derrotadas tropas, y encontrando con un coronel, me preguntó que cómo caminaba á pié. Yo le respondí que en la batalla me habia llevado la bala de un cañonazo el caballo de entre los piés. Díjome: Por cierto, Estebanillo, que fuiste dichoso en no llevarte á tí, y que lo puedes atribuir á milagro, y ser buen cristiano de aquí adelante. Marché poco á poco, hecho correo de á pié, hasta llegar á la corte de Praga, adonde hallé á su alteza el archiduque Leopoldo y á mi amo, que estaban recogiendo la gente que se habia escapado de la pasada refriega. Preguntóme su alteza cómo me habia ido en Polonia. Y yo le encarecí las mercedes que en ella habia recibido; y deseando saber la causa de mi venida á pié, le satisfice con decir que habia llegado á la armada al tiempo de la batalla, y que animándome de ver á su alteza opuesto á los peligros, empecé á escaramuzar con las tropas enemigas, adonde me dí á conocer bien á costa de mi sangre; pero que habiéndome sido forzoso el retirarme, por ver al enemigo victorioso, rendido el caballo de haberme puesto en salvo, me fué fuerza el dejarlo y venir á pié. Dió crédito á todo ello, por ignorar la batalla de los vivanderos. Leyó las cartas, y en recompensa de haber salvado los pliegos y traídos á cuestras, me mandó dar para montarme. Fuí á ver á mi amo, y contéle lo mismo, aunque, como me conocia, no pude, como con los demás, acreditarle de valiente. Envióme otro día su alteza con un despacho á Viena para su majestad cesárea, y con otros para los estados de Flándes, dándome trescientos escudos para el camino. Fuíme á despedir de mi amo, el cual me dió otro pliego para don Francisco de Melo. Llegué por la posta á Viena, dí los pliegos y otros que asimismo traia á la majestad cesárea de la Emperatriz y al marqués de Castel Rodrigo. Allí conté maravillas de la batalla y mentiras ni vistas ni imaginadas, ganando mucho mas con ellas que no gané en Yelves á coger aceitunas. Y habiéndome despachado, me volví á empostillar, y dándome unas pocas de alas el rapaz virotero, resucitando en mí las cenizas del amor pasado, llegué en ocho días á Brusélas, adonde, despues de haber dado mis despachos y hacer mis em-

bajadas, me salí á pasear y á ver la tía de mi cuidado, la cual me lo acrecentó con unos pucheritos que hizo, lamentándose de la desconsolada vida que habia pasado aquel enjaulado serafín. Limpiéle las lágrimas con unas doblas que le dí, fris de tales tempestades, para que la sacase de empeño y la trajese á casa. Partió como una saeta; y yo quedé lastimado de su relación, aguardando el retrato de una penitente egipciaca. Mas presto me consolé por verla entrar por la puerta, palida como un maldroño, flaca como una trucha, y con mas papada que un canónigo. Por estas señas conocí lo que habia sentido mi ausencia. Abrazóme tierna y estrechamente, y yo la dí los brazos sospechoso y desengañado, y mas cuando vi unos asomos de lágrimas en sus neutrales ojos, que debían de ser por la reclusion pasada ó por la que esperaba entrando en mi poder. Pasamos aquel día con gusto; mas no tanto que no dejamos de tener tres pesadumbres, y en la semana trescientas, por ocasion de que por regalarla gastaba lo que tenia y lo que buscaba, y ella, por verme tan liberal, lo era tambien conmigo en darme lo que le pedia, que eran celos y mas celos.

Volví á hacer una visita general á todos los señores de esta corte, guiándome por la carta de marear de mi antigua lista, aunque por haber sido corsario en seguir aquellos rumbos, no necesitaba de ella. Satisfice algunos deudores, por pedirme la deuda con humildad y ofrecirme de nuevo sus casas con amor; que á quien esto no obliga, ó se precia de muy caballero, ó de gran tirano. Visitábanme los amigos que me habian menester, saludábanme los soldados que me querian pedir, y pegábanseme los brazos que me intentaban estafar. Mi dama, por desquitar algo del encarecimiento pasado, volvió á hacer de las suyas, y dándoles á todos piques de esperanzas, me daba á mí repiques de celos y capotes de desesperaciones. Determiné de vengarme por los mismos filos y de sacar un fuego con otro fuego; para lo cual, habiéndome acariciado otra dama tan buena como ella y de no menos servicios y virtudes, y que basta, para decir qué tal era, que ella me hubiese acariciado. En efecto, acepté el favor, y en agradecimiento de la mala eleccion que habia hecho, la convidé á merendar fuera de los muros, y por parecer hombre de mi palabra, otro día la envié á advertir por la puerta que habia de salir y en el puesto que habia de esperar, y á la hora que habia de ser. Llegado el plazo, me presenté al desafio campal, llevando por armas un gran jarro de vino y ciertos sazonados manjares. Llevé por padrinos un par de amigos, y por portadores de la merienda á mi querida prenda y una conocida suya. Al tiempo que llegamos adonde la otra dama me estaba aguardando, me adelanté un poco, despues de haberla abrazado á letra vista, la dí á entender que las dos que venían en mi seguimiento eran criadas mías, y señalando la hostería donde habia de entrar, volví á retaguardia, y le hice creer á la señora mi moza ser aquella una persona de merecimiento y á quien yo tenia muchas obligacio-

nes, y que la habia convidado por haberla hallado en aquel puesto. Entramos en la hostería, y llamando al patron, le pregunté que si sabia hacer una ensalada con los tres artículos pertenecientes para salir perfecta. El me respondió que si no fuera muy buena la que él me daria, que no le pagase nada de todo el gasto que hiciese en su casa. Cubrieron la tabla, y poniéndome yo y mi nueva pretensora en cabecera de ella, la empecé á brindar á lo flamenco, y á dar paz á lo francés, y á hacerle plato á lo español, comiendo los dos los mejores bocados. Sintió de tal suerte mi antigua compañera este desprecio, que atragantaba podre por la boca, y vertia ponzoña por los ojos, no porque ella me tuviese amor ni sintiese verme divertido en nuevo empleo, sino por la poca estimacion que de ella hacia en presencia de tanta gente; y lo mas que le llegaba al corazon era el ver que su competidora le mandaba pedir lo que faltaba en la mesa y le hacia que escanciase la bebida. Al fin, pagando agravios de celos con venganzas de lo mismo, dimos fin á la obra; y principio á la cuenta del gasto que habia hecho el patron; el cual, ajustando su conciencia, me pidió un patacon de pan, cerveza y ensalada y de la buena pro. Yo, tomando de la mano á quien me habia servido de novia en la mesa, me iba diciendo no era obligado á pagar lo que me pedia, por no haber sido la ensalada de mi gusto.

El patron me impidió el paso, pidiéndome el escote; por ver que se juntaba bulla de gente, porque no presumiesen que por miserable no le pagaba ó por no tener con qué, me encará con él y le pregunté que si acaso se acordaba de que me habia dicho que si no fuera buena la ensalada, que él me daba por libre del gasto que hiciese. Confesó ser así, y que no solamente no podia estar mas bien hecha, pero que nadie le llevaba ventaja en saberlas acomodar. Yo le respondí: Pues tan gran maestro sois en esa profesion, ¿qué tres propiedades ha de tener el que quisiere acertar á hacerla apetitosa y sin ninguna falta? Replicóme que él no sabia mas propiedad que de cobrar su dinero, ni mas faltas de que nadie la hiciese con él en irsele con su sudor. Díjele muy puesto en cólera: Pues para que veais que sois un lego y un idiota en este oficio, el hombre que hubiere de hacer una buena ensalada ha de ser justo, liberal y miserable: justo en el vinagre, liberal en el aceite, y miserable en la sal; y pues vivís de presumido, teniendo tanto de ignorante, porque no presuman los que nos están mirando que lo hago por no pagaros, ni vos os alabeis que no habeis cumplido lo que me prometisteis, veis aquí el real de á ocho que pedís. Y diciendo esto, lo saqué con un puño de ellos de la faltriquera, y arrojándole con mucha fuerza á unos convecinos jardines, le dije: De esta suerte se parte la diferencia y quedamos ambos pagados; y otro día sed mas avisado conmigo, y seré yo mas generoso con vos. Celebrando el cuento y accion los mirones, y el hostelero avergonzado, bajó la cabeza y volvió las espaldas; pero yo, por andar mas galante á vista de mi

moderno galanteo, saqué otro real de á ocho, y llamando al que partía desconsolado, le dije: Ahora que os halláis convencido y no pedís nada, veis ahí lo que pretendiais, y arrojándoselo en tierra, me entré con mucha gravedad en la villa. Acompañé á la dama bisoña hasta su casa, y con mi vieja camarada me retiré á la mia, á la cual sirviéndole de escarmiento el referido desprecio, por no llegar á verse en otro acto semejante, dió en mostrárseme mas apacible y en darme menos enojos, porque para el veneno y letargo de celos, esta es la perfecta contrayerba.

En este tiempo la condesa de Ulst, á pedimiento de mi amo y por agradar á la reina de Polonia, me dió una gran muñeca, vestida á lo francés, que habia hecho traer de Paris. Compré cantidad de puntas de las mejores y mas finas que pude hallar, en cumplimiento de lo que me habia mandado el archiduque Leopoldo, y llegándose el tiempo de poner el ejército en campaña, salió don Francisco de Melo, como su general, á visitar las fronteras, y me mandó que le siguiese, ó presumido que yo era algun gran ingeniero, ó teniendo noticia que era único minador de jamones y panecillos. Fuimos recorriendo todas las plazas, y llegando á la de Lila, me despachó como á correo para Alemania, con pliegos para el señor marqués de Castel Rodrigo. Di la vuelta á Brusélas, y por tener ya mas satisfaccion de mi dama, la dejé en casa de un mercader, que á saber la buena mercancía que le dejaba, estoy cierto que no la hubiera recibido. Dejéle pagado algunos meses adelantados y todos los vestidos y galas que yo mas estimaba, por ser dádivas de su alteza; y despues de haber dispuesto mis negocios lo mejor que pude y despedidome de mi infanta Palaeona y de los amigos del trago, tomé la posta, y empecé á desmolir lo que habia comido, á sudar lo que habia colado, y á trocar en el trabajo del camino la vida palaciega de la corte. Partí de Brusélas en el mes que los enamorados sirven á sus amores; y divirtiéndome la variedad de las flores, la hermosura de los campos, el susurro blanco de los despeñados arroyuelos y el gorjear de las sonoras aves, llegué á Viena, y entregando los despachos que llevaba, por hallarme desocupado y por tomar algun descanso de tan dilatado camino, trocando el oficio de correo en mi antigua dignidad, en achaque de éntrome acá que llueve y hace un sol que rabia, me entraba en el imperial palacio, y en las casas y posadas de todos los señores, unas veces echando lauces en vacío, y otras hinchendo la red, tomaba del pecador como venia, y solo sentia á par de muerte unos pegatostes, que como emplastos de resfriado se pegan á los poderosos, y pensando que lo que me daban á mí les habia de hacer falta á ellos, me hacian mal tercio, y muchas veces eran ocasion de salirme en *albis*, y otras de disminuirme las dádivas. Yo les decia: Caballeros Lanzarotes, ya que no gozais de la gloria del dar, no impidais el infierno del pedir; y si sois tutores de las haciendas de los señores, sed curadores de sus honras y famas; pues no lo gana un poderoso con henchiros á vosotros

las balijas, ni á sus criados los jergones, ni con trasformarse en primaveras de galas; pues diferente renombre ganó Alejandro con dar que no Heliogábalo con banquetearse y desperdiciar brocados y diamantes, y diferente fin tuvo el uno por ser dadivoso que el otro por ser gloton; y el que da imita á Dios, que siempre nos está dando á manos llenas infinitudes de gracias y mercedes, y el que no da imita al mismo demonio, que solo nos regala con pesadumbre y sobresaltos.

Despues de haber hecho mi ronda, dí en querer probar la ventura y en jugar con todos los títulos y coronales, como si yo lo fuera ó gozara de sus rentas; y unas veces por venir la mia detrás, y otras por entrarle á treinta y nueve el as, me dejaron á oscuras de lo que habia ganado en todas mis corredurías y de las mercedes que me habian hecho en aquella corte, y de las mercancías que yo habia vendido en ella; porque á tanto extremo ha llegado mi codicia, que no he hecho ningun viaje que no haya cargado de ellas, llevando siempre cosas de poco volúmen y de mucho valor, y de aquello que carecia en el reino adonde llevaba los despachos; pero no hay estreñido que no vaya de cámaras. Al fin, sin poderme aprovechar de las lecciones de mis primeros amos, por jugar con gente de *libera nos, Domine*, me vine á hallar como Juan Paulin en la playa, y tan aborrecido de todos, por la gran pérdida que habia hecho, que andaba como el alma de Garibay, que ni la quiso Dios ni el diablo. Pero por no dar un buen día á las corrientes de Flegetonte ni venganza á mis competidores, valiéndome de unas resultas que me habian quedado, tomé la posta para ir á la villa de Pasan, junto del Danubio, corte del archiduque Leopoldo. Pero apenas habia corrido media legua, cuando pasando por un ameno jardin, que está cercano al camino real, me conocieron unos señores y unas damas que estaban en él holgándose, y hiciéronme apeaar á tiempo que se cubrian las mesas de un opulento banquete; y yo, por ser rogado y por aliviar mi melancolía, cerré los ojos, y embestí con platos diversos y con vinos diferentes; pero entrando de victoria, salí de rendimiento, porque tantos á uno era fuerza que diesen conmigo al través, y para acomodarme mejor de ropa blanca, el postillor que llevaba por guía quedó de tal forma, que no le pudiera guiar á él un ejército entero; y creo que á ser convidados los caballos, pasaran tambien el mismo detrimento. Corrimos los dos parejas tan iguales, que nos apeamos á un mismo tiempo, comimos y bebimos á un mismo tiempo, y caímos á un mismo punto. Acabado el banquete, hicieron diligencias aquellos señores, segun supe despues, para ver si nos podian volver en sí; pero advirtiendo que era cosa irremediable, nos mandaron llevar á una pradería, dentro del mismo jardin, adonde estaban nuestros caballos. Cargaron con nosotros dos docenas de criados, cantándonos cien responsos y haciendo cincuenta paradas, y echándonos mil jarros de agua; mas fuera muy poca toda la del convecino Danubio para apagar tanto fuego. A la tarde, despues de haberse holgado muy bien con diferentes instrumentos,

se volvieron todos aquellos señores y damas á la corte, dejándome encomendado al jardinero para que tuviese cuidado de mí y de los caballos y maletas.

Quiso mi ventura que otro día de mañana acertase á pasar uno de los caballos nuestros tan cerca de su dueño, que le puso pié con pata y zapato con herradura. Obligóle el dolor y la carga á volver á este mundo, habiendo estado en el paraíso de Baco. Sentóse lo mejor que pudo, por no atreverse á levantar, desde adonde, no costándole poco trabajo, me despertó. Sentéme también á su lado, tan atolondrado como él y tan fuera de mí, que no reconocia en la parte que estaba, porque imaginaba haber pasado de la gran Constantinopla. Preguntéle al postillon que cuántas postas habíamos corrido, y respondiéndome que á su parecer mas de doscientas, segun se sentia de molido y cansado. Puséme en pié, sirviéndome de bordon la cola de uno de los dos caballos, el cual, por no ser casado, tuvo ánimo de al son de un medio relincho darme dos pares de zapatadas, con que dió conmigo en un acopado nicho de una fronlosa murta, con que me dejó hecho estatua de Baco en jardín de Flora. Y columbrando por sus verdes celosías que el jardinero venia hacia la parte adonde estábamos, olvidado del dolor é imaginando que estábamos en camino real, y que él era pasajero que venia por él, le pregunté que cuántas jornadas habia desde allí á la corte de Viena. Él, riéndose de la pregunta y ayudándome á salir de mi capilla, me volvió la cara á la parte del mediodía y me dijo: ¿Ve allí vuesa merced la torre de la iglesia mayor de la corte por quien pregunta? Por el distrito que hay de aquí allá puede conjeturar las jornadas que ha hecho despues que salió de ella. Quedéme, mas atónito de lo que estaba, por ver el poco viaje que habia hecho, pensando, segun me habia dicho el camarada, que estaba á vista de la villa adonde iba. Dile priesa al postillon á embriar los caballos; el cual, ayudado del jardinero, se levantó, y por ponerles las bridas en las cabezas, se las ponía en las colas, lo de adentro afuera, y lo de arriba abajo; y por ser conocido de los trotones, no llevó de la colacion que yo participé. El piadoso Velardo de aquella guerra, viendo que los tragos obligan á lo que el hombre no piensa, lo puso á punto de levo, y nos ayudó á montar en ellos, que entiendo que no le costó poca fatiga, segun estábamos de pesados. Abriónos la puerta del jardín, adonde se empezó á santiguar mi católico postillon, y picando trasero y amorrando á la parte delante, tomó el camino de Viena, yendo yo en seguimiento. El jardinero, como sabia que no era aquel el viaje que yo hacia, nos empezó á dar voces diciéndonos que nos volviámos á la corte. Yo, con darle al postillon mas holas que hay en el estrecho de Magallanes para hacerlo parar, era dárlos al aire, por lo cual, apretando las espuelas á mi descansado rocín, pasé delante de él, y habiéndolo detenido y enseñándole las torres y murallas de Viena, aun no lo podia persuadir á que iba errado. En efecto, reduciendo al caballo antes que á él, empezamos á hacer nuestra jornada. Llegué al cabo de las diez y ocho á los piés de su

alteza, el cual se holgó de verme, y mucho mas cuando supo que llevaba la muñeca y puntas que habia mandado traer de Flándes, y pagándome diez doblado de la costa que me habian tenido, dentro de ocho dias me despachó á toda diligencia, con aquel presente y despachos, á la Reina su hermana, á Varsovia, corte de Polonia.

CAPITULO XI.

En que cuenta el segundo viaje que hizo al reino de Polonia, el desafio que tuvo con un estudiante polaco, la llegada á Viena y partida á Italia, y lo que le sucedió en el camino con un capitán alemán, y los viajes que hizo á Roma y Nápoles hasta llegar á España.

Despues de haber corrido muchas postas y pasado malos dias y peores noches, por ir siempre zangoloteándoseme cuajar y tripas, por ir el uno lleno de comida, y las otras de los mejores vinos que hallaba, sin guardar la disciplina de los correos, llegué á Polonia, y di mis pliegos y regalos á su majestad real, siendo embajador sin título y grande sin señorío. Tratóme, al fin, como reina, porque siempre he hallado mas afabilidad y llaneza en emperadores y reyes que no en ciertos engolletados que se bautizaron en su alteza, y se confirmaron y añadieron un dor en el anchuroso dominio de Neptuno, y se endiosaron en el primer oficio que llegaron á ejercer. Todos los señores polacos, por respeto de la merced que su majestad me hacia, me cargaban de dádivas y me henchian de vino, y me trataban de señoría, con lo cual me hallaba mas liueco que un regidor de aldea. Ayudóme bravamente el saber la lengua latina, porque de otro modo hubiera sido imposible entender una palabra, por la gran oscuridad de su lenguaje y porque ellos no saben de la nuestra sino el dar señoría á uso de Italia, por haber en aquellos países muchos mercaderes italianos. Partieron sus majestades á su gran ducado de Lituania, adonde por antiguos fueros tienen obligacion de asistir en él un año, y dos en Polonia. Es este estado un país muy fríasimo y de muchos y muy grandes y espesos bosques, particularmente uno llamado Viala-Vexe, en el cual su majestad mató en solo un diaseis toros salvajes, tan feroces, que daba horror el mirarlos, y tan bárbaros, que cada uno de ellos podia prestar barbas á media docena de capones. En cualquiera parte que sus majestades hacian noche, el señor de aquel distrito les alojaba y banqueteara al uso polaco, con tal grandeza, que á mí me causaba admiración, y me parecia cosa imposible que hubiese tierra que produjese tantos regalos, ni señores que tan generosamente diesen muestras de su poder y voluntad.

Dióle á su majestad deseo de ir á caza de las grandes bestias que tienen virtud en la uña del pié izquierdo, y llegando á un gran bosque, en muy poco tiempo dió muerte á ocho; y entiendo que á querer darse diligencia, pudiera matar ochocientos, por ser siglo abundante de bestias. Yo consideraba cuántas racionales hay mayores que estas y con mayores uñas y mas virtudes para sus provechos en las manos derechas, y no hay quien ande á caza de ellas. Yo pienso que me preservé

en esta ocasion por ser bestia pequeña y andar el Rey á caza de grandes. Marchamos desde aquel bosque á la vuelta de Groden, ciudad de Lituania, adonde por venir yo algo indispuerto de haber querido bizarrear en tanta variedad de banquetes, caí malo, por cuya razon, hallándome al cabo de algunos dias algo convaleciente, pedí licencia á sus majestades para volverme á Alemania, la cual medieron con mucha voluntad, y un pasaporte real para todo su reino, y una carta de favor y recomendacion para mi persona, para la majestad cesárea de la Emperatriz su prima, y pliegos para el Archiduque su hermano, honrándome para ayuda del viaje con seiscientos escudos y con dos riquísimos vestidos á lo polaco y con una carroza con dos bazarros caballos, porque caminara con mas descanso y porque no me dañase el sol ni el viento, temiendo no volviese á recaer el señor embajador, y una guia intérprete para que me convoyase hasta llegar á los confines de Alemania. Presentáronme tres señores de los que iban acompañando la corte tres caballos, como si Estebanillo fuese alguna persona de gran puesto y calidad; pero el señor que es generoso no mira el sugeto del que recibe, porque solo se atiende al valor del que da; que el que pone excepciones, son achaques al viérnes por no ayunar. Contemplándome tan poderoso y en tan alto estado, me despedí de sus majestades y de todos los señores y títulos de su corte, y poniéndome en camino salí de Lituania, y atravesando todo el reino de Rusia y pasando el de Moscovia, llegué á una ciudad del reino de Polonia, llamada Cracovia, que es adonde se coronan los reyes de aquel reino y adonde hay gran comercio de mercancías y muchos mercaderes italianos, siendo todo su tráfico y trato el de la seda.

Allí tuve un desafío de los que yo no suelo rehusar con un estudiante polaco sobre quién beberia mas aguardiente. Yo lo acepté al mismo punto que me desafió, pero por ser de parte de noche y estar ya bien cenado y mejor bebido, lo dejé para por la mañana venidera; el cual no excusé por materia y razon de estado, pues parecia género de cobardía huir yo la cara, viniendo con carroza, criados y caballos de respeto y con guia tafaraute. Aquella noche hice provision de esponjas y estopas, y á la noche, quitándole á mi faraute unos grandes calcetones de paño que traia debajo de unas botas, que le pudieran servir de calzones, le metí en la una de ellas todas las esponjas y estopas en lugar de escarpin y calceton, y como quien calafatea navíos, se las calafateé muy apretadamente. Dile la instruccion de lo que habia de hacer, y avisando al huésped y depositando seis doblones, que era el señalado premio del vencedor, le dije que recibiera otros tantos de mi competidor, el cual con bacanal catadura se nos venia acercando. Dió el depósito al patron, el cual nos metió en una sala, que nos vino á servir de palenque y estacada: diónos á cada uno un jarro de azumbre y media de la mejor aguardiente que tenia, porque peleásemos con armas iguales. Sirviómelo á mí de padrino mi faraute Garci Ramirez, y al retador otro estudiante

camarada suyo. Pusiéronnos una mesa, y encima de ella dos vasos pequeños, para que empezásemos nuestra batalla, y dos pipas y un papelon de tabaco picado, y un candelero con una vela encendida, para que se entretuvieran los padrinos mientras durase la refriega. Declaróse quedar por vencedor el que diese mas presto fin á su jarro: hiciéronles los jueces salva, para ver si habia algun fraude en ellos; y habiéndolos dado por justos y rectos, nos partieron el sol, poniéndonos á los dos de frente enfrente, y la tabla en medio, que nos servia de valla; y en lugar de trompetas y de son de embestir, despues de haber henchido los vasos, empezaron á enflautar sus pipas y á resollar humaredas. Yo y mi estudiantè nos dábamos de las astas bien á menudo y con lindo denuedo, y como era por la mañana y el país muy frio y en el rigor del invierno, apenas dábamos lugar á que los padrinos tuviesen tiempo de escanciarnos, porque aun no estaban llenas las ampolletas cuando ya estaban vacías. Jugaba tan bien de la china mi escolástico, que ya reconocia yo superioridad; y á no haberme valido de ardides, quedara el campo por suyo, por llevarme mas de seis vasos de ventaja, aunque se veia ya tan fatigado del peso de la cabeza, que la reclinaba á menudo sobre la tabla, y desconociendo á su compañero, se le antojaba la vela cirio pascual. Cuando yo ví que se habia llegado la ocasion de conseguir mi intento, haciéndole á mi compañero, se acercó hácia la vela en achaque de encender la pipa, y en lugar de despabilarla la dejó á buenas noches: empezóse á lamentar por la gran falta que les hacia á los dos; y el padrino contrario, haciendo del cortés, tomó la vela, y fué á encenderla. En el ínterin, viendo á mi competidor que estaba amorrado sobre la mesa, como jugador trasnochado y perdidoso, dándole un baño de aguardiente á su bota, dejó el jarro con menos de cuartillo, quedándole agradecidas botas, estopas y esponjas del buen desayuno que les habia dado. Vino al punto el camarada, y tomando cada uno su pipa de tabaco, mi faraute, aun antes de dar fin á la suya, dijo que le parecia que iba muy despacio la procesion, y que los combatientes estaban bien bebidos y calientes, y los padrinos muertos de frio y en ayunas, y que así queria ir á hacer que les trajesen de almorzar á costa del que perdiese. Respondió el otro que hablaba muy bien y que pedia razon y justicia, y que cuanto antes fuera seria mejor, porque se las pelaba de hambre. Salióse mi faraute de la sala medio chillando la bota; fué á pedirle al patron que aderezase con mucha brevedad de almorzar para dos, y en el ínter se fué á nuestro aposento, y se quitó la bizma pródiga, y limpiándome la bota lo mejor que pudo, se metió en ambas sus calcetones, y volvió con lindos apetitos y con muy buen almuerzo. Cubrió el patron la mesa, haciendo desamorral á mi contrario; y yo diciendo que tambien queria almorzar, me levanté, y brindándole al patron á la salud de quien lo habia de pagar, levanté el jarro, y chupando gotas, por hacer detencion y quitar sospechas, me estuve gran rato tragando mas aire

que brandevin; y dando fin á lo que habia quedado, empecé á publicar la victoria y á pedir el premio de ella. Diéronme todos por vencedor, y entregándome el patron los doce doblones, me senté muy despacio á almorzar con los padrinos, sin que el rendido estuviese de provecho para podernos ayudar. Reconocieron lo que habia dejado en el jarro, y aun apenas era un cuartillo, el cual se bebieron entre los dos, y los tres dimos fin al almuerzo. Despedíme del faraute, y despues de haberle dado para guantes, proseguí mi viaje, atravesando la Hungría y regalándome con sus fuertes y sabrosos vinos.

Llegué á la corte cesárea, adonde por verme entrar con ostentacion de carroza y autoridad de criados y caballos, tuve ciertos bostezos de ponerme un don, aunque no fuera yo el primer bufon que lo ha tenido, ni me sentara mal, siendo correo imperial y real, que me llamasen don Estebanillo. Pero porque no hicieran burla de mí como de muchos que los tienen sin tener caudal con qué sustentarlos, me empecé á santiguar, diciendo: Líbreme Dios de tan mal pensamiento. Informáronme en Viena de cómo mi amo habia pasado á Italia, y que desde allí se habia embarcado para España; cuya nueva sentí en extremo, por carecer de la merced que me hacia, y que por su respeto me hallaba en tanta propiedad. Fuíme á palacio á dar á su majestad cesárea la carta de recomendacion que traia de la Polonia, la cual, despues de haberla leído, me prometió favorecerme en cuanto se me ofreciera, y por ser á cuatro dias de mi llegada dia de año nuevo, cobré mi aguinaldo de todos los señores de aquella corte, los cuales me doblaban la parada por verme gentilhombré de carroza. Pero por no hallarme con gusto cumplido por estar ausente de mi amo, me determiné de pasar á Italia para ir en su seguimiento; y para ponerlo en ejecucion me fuí á despedir de las cesáreas majestades, y despues de haberme mandado dar una ayuda de costa y un imperial pasaporte, me honró la Emperatriz con una carta de favor para el católico y poderoso rey de España, su hermano y mi señor. Despedíme de toda la nobleza, y haciendo almoneda de mi carroza, tomé el camino de Italia. Rogóme á la salida un capitán genízaro que lo llevase á caballo hasta Milan, pues que llevaba cuatro de vacío, que él cuidaria del que yo le entregara. Imaginé que no me estaria mal el ir acompañado tan largo y peligroso camino, y mas de un capitán, por lo cual correspondí con obras á sus palabras. Montó encima del que le pareció mejor, porque era hombre mal contentadizo y no poco presumido, aunque no lo cargó mucho de maleta, porque presumo que habia hecho de algun escarpin de cuero la pequeña llevada. Era el tal señor veinticuatreño en sus comidas, y no en el paño de su capote. Y porque yo no entendiera que era modo ahorrativo, me decia que le hacia mal el cenar de noche, y que era cosa muy saludable á la vida humana el dormir desembarazado el estómago; pero la noche que yo le convidaba no reparaba en humanidades ni en embarazos.

Pasamos toda la Stiria y el Tirol, y entramos en país de Grisones, adonde el señor capitán aleman me dijo que él era conocido por aquellos países, y que podria ser que hubiese allí señores ó soldados que lo hubiesen visto en Alemania con su compañía, y á mí con la escuadra de mis chanzas; y que así importaba á su reputacion que yo pasase plaza de criado suyo, y esto con un género de gravedad y un modo de aspereza, que me dejó atemorizado, aunque sabe muy bien el cielo que estuve por dejarlo á pié para que fuese hasta Milan abordonando con su jineta, si acaso la llevaba doblada en la estrechura de su maleta. Pero temiendo no se me alzara á mayores con el caballo, y á mí me diera media docena de muertos por el alquiler de él (porque como se habia salido con no querer sustentarlo, tambien se saliera con lo que se le antojara); callé y sufrí, consolándome con que mi nuevo amo comia cada dia una comida muy tenue, y el señor su criado comia tres, y bebia trescientas. Iba siempre que caminábamos muy adelante de nosotros, teniendo á caso de menos valer el dejarse comunicar, y yo y mis criados polacos nos gloríabamos en irle siempre cortando de vestir, porque obligará un figuron de estos á que murmure de él el mas capuchino; porque no hay ley ni razon que obligue á ser grave á quien ha menester servir y agradar para no morir de hambre. Pero hoy todo el mundo está lleno Bartolomicos; pues hay criados de señores que apenas se hartan de lamer los platos, y por verse con esperanzas de rico ó con una gala perdurable, tienen mas tordo que sus amos y mas humos que Alcorcon.

Llegamos á Chavena, adonde me embarqué yo y mis caballos y mis criados, y en vanguardia el capitán, mi señor; el cual, como me vió que iba algo rostrituerto, y él se halló en tierra del rey de España, me empezó á echar rodamontadas, como si fuera extraño para mí, siendo medio gallego, y patria para él, siendo medio aleman. Convidéle á cenar en colmo, disimulando el enojo, con intencion de pegársela en Milan y porque no se despartiese de mí hasta llegar á él; y sin reparar en digestiones de estómago, comió como leproso, y bebió como hidrópico. Otro dia, cumpliéndose lo que yo tanto deseaba, entramos en aquella rica y nombrada ciudad de Milan, adonde elegimos por posada la de Falcon. Díjele al capitán la noche que llegamos á ella que pagase la comida de su caballo, pues demás de haber venido en él de balde, le habia yo hecho la costa todo el camino, habiéndome ofrecido á la salida de Viena muy diferente de lo que me habia cumplido. Respondióme que no solamente no queria, pero que ni aun le pasaba por la imaginacion; que la pagase yo, pues ganaba el dinero á decir gracias, que el suyo era ganado á mosquetazos, y que harta merced y honra me habia hecho en traerme en su compañía y de admitirme en nombre de criado suyo. Yo, quitándome de ruidos, como enemigo que soy de ellos, me retiré á reposar muy de espacio, y venida la mañana me fuí á ver á su excelencia el marqués de Velada, que era gobernador de aquel estado, al cual me quejé muy en fôrma de lo que ha-

bia usado conmigo el espetado capitan y genízaro grave; con que se alegró mucho por oír el modo con que se lo pinté. Y como señor tan discreto y entendido, despues de satisfacerme con premio la relacion, no quiso que nadie se quejase de su justicia, y así me remitió al auditor general, á quien habiéndole yo informado de la mucha que tenia, y que mi capitan Holofernes eran sus bienes castrenses, movibles, y no raíces, y su persona portátil, le envió media docena de ministros audienceros á que lo hiciesen parecer á juicio ó le arrestasen en la misma posada, estando todos á su costa y pension en guardia de su persona. Llegué haciendo el oficio de Judas con los tres pares de alfileres con alma á la posada, y lo hallé lavándose las manos, siendo Pilatos los que venian por él, y el que habia de ser sentenciado. Notificáronle el auto, que fué para su gusto peor que de Inquisicion, y mirándome muy despacio con sus genízaros ojos y dándome el vos que dan los señores, me dijo que no dijese mal del dia hasta que fuese pasado, porque aun habia sol en Peral. En efecto, no pude decir mal del presente, porque fui satisfecho antes de ponerse. Dióme por via de acuerdo veinte escudos, y echóme por via de ronca mil amenazas. Vení los cinco caballos en cien doblas, con que acrecenté el caudal y aligeré de costa; despedí los criados, porque solo los ha de tener quien tiene renta segura para sustentarlos, que para matarlos de hambre y traerlos desnudos, cualquiera se los tendrá.

Viéndome libre del capitan Faraon y de siete bocas polacas, que eran para mí las del Nilo en lo rápidas y borrascosas, me salí á espaciar y á dar una vista á la ciudad y á dejarme ver. Y como iba hecho á lo de Brusélas y Viena, que todos me hablaban y todos me conocian, y en todas partes entraba y en las mas de ellas tenia provechos, extrañé el nuevo paseo, porque todos me miraban y nadie me hablaba, y en el poco tiempo que me detuve en aquella ciudad, si daba, lo recibian con buen humor, y si pedia, me daban esperanzas con buenas palabras; y así por las vísperas saqué los difuntos, echando de ver que no era mercancía la mía al uso de aquel estado, pues solo dos señores compraron y gustaron de ella, que fué don Fadrique Enriquez, gobernador del castillo de aquella ciudad, y don Vicente de Gonzaga, general de la caballería. Estos fueron los dos peregrinos en esta Jerusalem; pero mas vale pocos y buenos, pues cada uno de ellos me dió muchas doblas. Supe que mi amo no volvía á Italia, y que me aseguraban que se habia de embarcar para Flándes, y viéndome sin amigos ni conocidos, ni tener parte donde divertirme ni entretenerme, dí en hacer visitas á costa de mi dinero y á darme á conocer á peso de mi caudal, y á cebarme en el juego en destruccion de mi bolsa, y sobre todo en tener amigos que solicitaban mi perdicion. Y para concluir con mi suceso, digo que en solos dos meses que jugué como poderoso, que desperdiocé como pródigo, que gasté como heredero de padre miserable, me quedé como en Viena cuando me obligó otro tal disparate como el presente á ir por la posta á

la corte del archiduque Leopoldo. Y porque en todo imitara este trance al otro, me despedí del marqués de Velada, de quien tuve, demás del pasaporte, con qué poder pasar el camino. Salí á boca de noche de la ciudad como gran señor ó como mercante de banco roto; metíme en la carroza que iba á Florencia, adonde nos hallamos una mezcla de todas yerbas, así de oficios como de naciones; porque iba en ella un judío de Venecia, un esmarchado milanés, que salia á cumplir diez años de destierro; una dama siciliana, que por ser antigua en aquella milicia iba á ser bisona en la de Liorina; un fraile catalan, que iba á Roma á absolver de ciertas culpas, y un peregrino saboyardo, que iba á confesar algunos pecados reservados á su Santidad. Llegamos á Bolonia la Grasa, adonde nos detuvimos dos dias, por ver el gran concurso de gente que se habia juntado á ver efectuar las paces y publicarlas entre los príncipes de Italia. Al tercer dia caminamos por las montañas de aquella ciudad, y en sus confines tuve en una posada una pendencia muy reñida de voces, y muy quieta de manos, por causa de ser el huésped tan alentado como yo. Fué la causa el pedirme la cantidad de seis bocales de vino de solo una comida: cosa tan fuera de la medida de mi barriga y de la quietud de mi cabeza, que me hacia patear ver tan manifesto robo. Porque aunque es verdad que se han visto mis tripas con muchas mayores sumas, no ha sido quedando ellas secas, como de presente estaban, ni en la tranquila bonanza en que se hallaban, ni mi cabeza tan libre de vapores, ni el juicio de lúcidos intervalos, ni la lengua tan escasa de pelos y borrones. Mas, en efecto, vino á valer mas su mentira, por estar en su tierra, que mi verdad, por estar en la ajena, quedándome al cabo de todo yo con mis voces, y él con mis dineros; porque todos los países que son de confines, como este lo es, de diversidad de potentados, son los patrones de sus hosterías últimos fines de la sangre y sudor de los pobres pasajeros.

Llegamos á Florencia, que con justo título empieza su nombre en flor, por ser breve jazmin de las ciudades de Italia y nueva maravilla de Europa y antigua admiracion del mundo. Cuando vi tan espaciosas calles empedradas de losas catedrales, los desperdicios de sobras de bastimentos en la llanura de sus insignes plazas, lo abastecida de carne y caza, la sobra de fruta y flores, y lo colmada de agua de olores y de vinos odoríferos, me quedé suspenso, imaginando que es poco curioso el que puede y tiene con qué ver esta ciudad, y lo deja por negligencia, y que no puede decir que ha tenido regalo cumplido quien no ha estado algun tiempo en ella. Y como cada uno se inclina á lo que mas apetece, yo me aficioné de tal suerte á sus vinos, que aun lloro el no poder gozar de su admirable y sustancial verdea. Parecióme que quien habia visto esta ciudad, ni le faltaba mas que ver, ni que habia mas que desear. Hice alto en ella, eligiéndola por mi corte, hasta tanto que supiese nuevas ciertas de mi amo. Y por curarme en salud, antes que me apretase el hambre, cosa jamás conocida en los que son prácticos en mi ofi-

cio, fui á visitar al príncipe Matías, hermano de su alteza de Toscana, ante cuya grandeza fui bien venido, quedando su alteza alegre, y yo contento, por haberme conocido en Alemania cuando hice el oficio de sacamuelas. Sin reparar en mi humilde sugeto, no pareciendo á los caballeros gorriones atrás referidos, sino á los príncipes de su valor y calidad, me introdujo con su alteza el gran Duque, su hermano; y despues de haberle dado parte de las buenas que 'yo tenia y de las virtudes y propiedades que en mí concurrían, me alcanzó licencia para poderlo entrar á ver y hablar todas las veces que estoviese en la tabla. Pero despues habiendo gozado de mi bureo y conociendo mi buen humor y habiendo sido informado de un sobrino de mi amo, llamado don Francisco Picolomini, gentilhombre de la cámara de su majestad cesárea y caballero del hábito de Santiago y capitán de su guardia alemana, de cómo habia servido á su alteza serenísima el infante Cardenal y la gran entrada que habia tenido con sus majestades cesáreas y con el rey de Polonia, me dió libre facultad para que lo entrase á ver á todas horas, y mandó que se me diese cuatrocientos escudos y todo aquello que necesitase para el sustento y adorno de mi persona todo el tiempo que yo gustase de servirle. Habiendo gozado algunos días de tan lucido tratamiento, me envió su hermano el príncipe cardenal Carlos de Médicis, generalísimo de la mar, con un despacho de cartas á Liorna, adonde de presente se hallaba la marquesa de los Vélez aguardando órden y buenos temporales para embarcarse sobre cuatro galeras de su alteza de Toscana, para pasar con ellas á Sicilia, adonde estaba el marqués de los Vélez, su marido, por virey de aquel reino. Llegué á Liorna, y en virtud de los despachos que llevaba, salieron aquel mismo dia las cuatro galeras con muy próspero viento, en las cuales me embarqué por órden que traía de su alteza, de ir entreteniendo á la marquesa hasta la ciudad de Nápoles. Llegamos á Puzol, cuatro millas de la dicha ciudad, adonde su excelencia el almirante de Castilla, que era virey de aquel reino, la salió á recibir y á ofrecerle su palacio y hacienda, suplicándole saltase en tierra para poderla servir y regalar. Y excusándose la Marquesa, por tener la mar en calma y el viento favorable, se despidieron los dos; y yo, por parecer persona de importancia, hice lo mismo, regalándome su excelencia, por haberla acompañado desde Liorna, con cien escudos de oro.

Acogíme á mi nuevo retiro de Nápoles, al cual hallé tan fértil y poderoso como lo habia dejado; pero todos los amigos y conocidos y paraderos tan trocados, que me causó admiracion y asombro. Fui á visitar la taberna principal del chorrillo, y halléla tan diferente y tan en bajo estado, que llegué á dudar si era aquella la misma que ser solia. Fui al cuartel de los españoles, el cual hallé tan desierto, que parecia sombra de aquello que habia sido. Supe en él cómo todos mis camaradas, que se sustentaban de ser desfacedores de tuertos y agravios de damas de alta guisa, de hacedores de pares y alborotadores de pendencias, estaban unos muertos

en desafíos, otros huidos, y otros en galeras, y otros ahorcados. Fui á entretener con las damas, donde acabé de ver la mayor mudanza que pueden contar las historias pasadas, porque las que dejé bisoñas estaban ya jubiladas, las que eran mozas y ollas las hallé viejas y coberteras, las que habia dejado en el amago de la senectud las hallé pasando plaza de hechiceras y brujas, y primera, segunda y tercera vez subidas en azotea, y residentes en Corozain. Consideré cuán breve flor es la hermosura y con cuánta velocidad se pasa la juventud y cuán á la sorda se acerca la muerte y qué de mudanzas hay de un dia para otro; por lo cual no me espanté de hallar en el tiempo de doce años que habia que faltaba de aquella ciudad tanta variedad de mudanzas y tanta diversidad de acaecimientos, y mas en gente que vive muy de priesa y ellos mismos como la mariposa solicitan su fin. Hallándome tan solo adonde pensé andar muy acompañado de tantos amigos y camaradas viejos que habia dejado, empecéme á pasear y á gastar conmigo lo que habia de gastar con ellos. Buscaba la mejor fruta, solicitaba la mejor caza, gastaba los mejores vinos, y ordenaba en mi posada que estoviese la nieve siempre sobrada. Y teniendo noticia que se embarcaba para España el duque de Medina de las Torres, virey que ha sido de aquel reino, me fui al muelle y me embarqué en su misma galera; el cual, por la nueva conciencia, me hizo una burla, aunque ligera al parecer, muy pesada para mis costillas, pues no siendo yo nada liviano, hizo pasarme por toda la galera en el aire de mano en mano, como si fuera mi cuerpo un saco de paja, dándome despues, para que se me apaciguara el susto del paloteado, una docena de doblas.

Tuvimos antes de llegar á Gaeta una razonable borrasca, y despues de haberla pasado, llegamos á dar fondo en el ancho y espacioso muelle de Liorna. Despedíme del Duque, y saltando en tierra, tomé la posta para Florencia, adonde di parte á su alteza de toda la jornada y sucesos de ella. Estuve allí muchos días, teniéndolos todos buenos, y no pasando ninguno malo; pero como tenia voluntad de ir á España á buscar á mi amo, por parecer criado de ley, estaba con algun género de disgusto; y así me determiné de pedir licencia á su alteza, el cual me la dió y un razonable donativo con ella. Y despues de haber hecho lo mismo con los príncipes sus hermanos, y recibido ofrendas como de tales manos, tomé el camino de Roma, para saber antes de partir á España en el estado que estaban mis hermanas, por haber infinidad de tiempo que no habia tenido nuevas de ellas, que aunque es verdad que por mis grandes travesuras no me habian hecho ninguna amistad, al fin eran mi sangre y á quien deseaba todo bien. Al pasar por Siena, fui á visitar al arzobispo de ella, hermano del duque de Amalfi, mi señor, el cual, habiéndose enterado de toda la peregrinacion de mi viaje y de los buenos servicios que habia hecho y cuán importante era mi persona para la república de los palacios, mandó que me diesen, despues de haberme regalado, cincuenta escudos y cartas de favor para

la ciudad de Nápoles. Agradecile la merced, y proseguí mi camino

Llegué á aquella cabeza de la cristiandad, á quien siempre he tenido en lugar de patria, por haberme criado en ella; me fuí derecho á mi casa, la cual hallé en poder de segundo poseedor. Pregunté en ella á qué parte se habían mudado mis hermanas; y me respondieron que de esta vida á la otra. Sentí sus muertes como hermano, porque solo iba á verlas para hacerlas obras de tal, arrepentido de los disgustos que las había dado. Hice pesquisa para ver si me habían dejado por heredero, y supe que se habían casado y dejado hijos, con que me encomendé á la paciencia, y ahorré de lutos. Fuíme una mañana paseando á ver el cardenal Mattei, por haberlo conocido en la corte imperial estando por nuncio apostólico, en quien tuve un buen amparo y buena estrena. Hizo lo mismo conmigo el marqués Mattei, general de las armadas de su Santidad, á quien yo había comunicado y recibido merced en los estados de Flándes estando por coronel de la armada imperial, como atrás he referido. Fué aquella misma mañana acompañando á un jardín que tiene extramuros de Roma, llamado la Navicella, que demás de ser en hermosa un prodigio de naturaleza, es de los mas nombrados de la Europa, adonde excediendo la grandeza del dueño con la belleza de aquel palacio de la Floreda y alcázar de Amaltea, dió un banquete, que si no excedió á los que hicieron los emperadores de aquella corte, por lo menos pudo merecer nombre de competidor, y por lo mas eternizar la fama de tan generoso señor. Y como el Marqués tenía criados de todas naciones, conducidos de Flándes y de Alemania, y de su natural no son ranas, sino mosquitos, y aquel día todo anduvo sobrado, cargaron de tal manera con los demás criados de los convidados, que trasformados en leones, se daban batallas campales unos con otros, sin atreverse nadie á meterlos en paz, por conocer de la suerte que estaban. Y habiendo yo salido hartos mas cargado que todos ellos y mas valiente que un gato viéndose apretado sin recelar peligro, metí mano á la espada, y me puse en medio de ellos, sin saber á qué ni para qué, tirando á diestro y siniestro golpes, que los dejaba aturridos; pero haciéndose todos una gavilla contra mí, sin respetarme por lobo mayor, me dió un tal revés en blanco, por ser de llano, que me hizo echar por la boca todo un tajo de tinto. Púsose toda la gente lacayuna en huida, pensando que me dejaban muerto; y yo creo que estaba en vísperas de ello. Empecé á grandes voces á pedir confesion; acertó á pasar allí un doctor de medicina, y llegándose á tomarme el pulso, viendo su grande alteracion y las bascas y trasudores y agonías que pasaba, sin informarse de la causa de mi accidente, mandó al jardinero que hiciese diligencia de buscar quien me confesara, porque tenia muy pocas horas de vida. El buen hombre, porque no muriera como un alarbe, estando en tierra cristiana, me trajo á grande prisa al capellan del Marqués, el cual así que vió el penitente se empezó á reir, por haberle dicho que un doc-

tor me habia desahuciado, y queriendo ver la herida de que decian que procedía mi mal, me quitó el sombrero, y halló limpia la cabeza de sangre, y sin mas mácula que un pequeño burujon, causado del cintarazo que me habian dado. Preguntó á los que se habian hallado presentes á la pendencia que si tenia mas heridas que aquella; y habiéndole dicho que no, le dijo al jardinero: Si todas las veces que á este hombre le da este mal le hubiesen de confesar, fuera necesario que siempre llevase consigo un capellan; su enfermedad necesita de sueño; y así, hágalo retirar á un aposento, que yo salgo por fiador de su vida; y dígame al médico que lo desahució que esta dolencia, como es de herida y mordedura, compete á la cirugía, y que así no me espanto que haya errado, porque de acertar, anduviera contra el estilo de su profesion. Fuése á dar cuenta del suceso á todos aquellos señores, y el jardinero me metió en una sala baja, adonde me hallé á la mañana fuera del peligro y libre de todo mal. Despedime del jardinero, agradeciéndole la amistad que me habia hecho en haber sido mi enfermero, y volviéndome á Roma, me avisaron unos conocidos antiguos de cómo un bar Rachel habia tenido noticia de mi llegada á aquella corte, y que andaba en mi seguimiento para prenderme por travesuras pasadas. Y por no verme en poder de justicia ni pagar pecados viejos, me fuí á Ripa-Grande, y me embarqué en una faluca napolitana que hallé de partida, sin tener lugar de meter ninguna cosa de regalo para la embareacion.

Salimos de Tiber con algun poco de trabajo al desembocar en la playa; pero hechos al mar, ayudados de un viento fresco, tuvimos un próspero viaje. Habia embarcado un gentilhombre romano, que iba en la dicha faluca, un medio tonel de vino, que por ser amable ó angelical, lo llevaba de presente á un amigo suyo napolitano; y tanto lo alabó y encareció un día, que me despertó la voluntad y me dió gana de beberlo á la noche; y aprovechándome de mis ardidés y trazas, llegando por la oscuridad de la presente á una cala, me arrimé al dicho tonel, y fingiendo quedarme allí á dormir, me senté sobre un banco, y cuando eché de ver que todos estaban reposando, quitando el tapadero que llevaba á la parte de arriba con un reforzado cuchillo, y haciendo caballera á una pipa que llevaba para tomar tabaco en humo, pues sin ser verdugo le quité la cabeza de los hombros, me puse sobre la mia el ferreruero, porque si alguno despertara no me cogiera con el hurto en las manos, teniendo en ella cubierto el rostro y tonel, y metiendo la pipa entre los cristales de aquel néctar suavisimo, empecé á chiflar de tal suerte, que no sentí la frialdad del mar ni el rocío de la mañana. Con este alivio de tripas llegué á Nápoles, habiendo tenido siempre cuidado de volverlo á tapar bien, y de habérselo hecho tales salvas, que á haber hallado ingenio con que poder alargar ó añadir la pipa del tabaco, hubiera llegado vacío, aunque si va á decir verdad, no llegó muy lleno. Desembarquéme en el Molo Pícolo, adonde hallé que estaban veinte y cinco bajeles para hacer viaje á España á

llevar gente de guerra, levantada en aquel reino, de lo cual me holgué en extremo, por llevar en ellos asegurada mi persona y muebles. Embosquéme en aquel jardín de Italia y en aquel abreviado globo, gastando el tiempo que me detuve en él, hasta partir la armada, en oír comedias españolas é italianas, que son pasto del cuerpo y recreacion del alma. Entreteníame en ver en el largo del castillo la variedad de montambaneos y charlatanes, la poca venta de sus badulaques y la gran multitud de sus arengas prosas y oyentes noveleros. A este tiempo se hicieron las honras por la muerte de la Reina nuestra señora; y en feudo de vasallaje puse este fúnebre epitafio en su real túmulo.

Este de lutos piélago eminente,
Este de gradas Etna relevante,
Este de luces Febo refulgente,
Este de rayos Júpiter tonante,
Este de llamas Faeton ardiente,
Este de fuegos Icaro arrogante,
Este de olores celestial consuelo,
Este de voces querubin del cielo,
Es túmulo real de una Belona,
Es pira imperial de una hermosura,
Es sepulcro feliz de una leona,
Es urna angelical de una luz pura,
Es triunfo de Isabel, de una amazona,
Tan santa reina y celestial criatura,
Que dejando en Madrid reliquias bellas,
Al cielo se partió á pisar estrellas.

Iba de cuando en cuando á ver á su excelencia el almirante de Castilla, el cual me mandaba dar cien reales cada vez, como visita de doctor de cámara real. Favorecíame tambien el conde de Celano y el príncipe de Vínaro, por respeto del arzobispo de Siena y de don Tiberio Carrafa. Dí en tener mis devociones cotidianas y en visitar todas las estaciones de lo caro, por probar de todo y dar con lo que tenia en el lodo. Gastaba tan largo, que algunos que me conocian y otros que sin conocerme se me habian pegado, pensaban que habian muerto mis hermanas sin herederos y que venia de heredarlas; que tambien tienen sus pegatostes los gentilhombres de la bufa, como los generales y sus tenientes. Pasó de tal suerte la fama de mi ostentacion y gasto, que se enamoró de mí de solamente oidas una cortesana recién venida, de razonable cara, pocos años, y menos galas, que con esto se echará de ver de la suerte que anda el mundo, la cual me dijo, llegándola á ver, que se habia inclinado á mi persona, y no á mi dinero. Y aunque me pareció milagro en mujer de tal porte, me persuadí tanto cuanto á que podia ser verdad; porque tiene tanta fuerza y virtud la fama del generoso, que demás de ser iman de sus potencias y sentidos, se lleva tras sí las gentes, piedras, animales y plantas, como el músico de Tracia. Y de justa ley y razon se les habia de llevar tras sí el que es miserable; á las gentes para escarnecerle, las piedras para apedrearlo, las fieras para que lo despedazasen, y las plantas para hacerlo echicharron. Yo, escarmentado del trato de tales damas, y no en cabeza ajena, sino en la mia propia, me quise excusar, por estimar mas morir gustando vinos de taberna que vivir probando acíbares de celos; pero al fin no me pude resistir, porque me convirtió,

N-II.

siendo pecadora, con decirme que no queria de mí otra cosa mas de que comiese y callase y que sirviese de mozo de ciego en adestrar boquimuelles y en encaminarla contribuyentes. Yo, por probar si aquella mujer era de otra masa que las demás de su profesion, pues no trataba de pelarme, sabiendo que tenia copia de plumas, aceté la conveniencia con todos los pactos y capitulaciones que me pedia, y desde aquel mismo dia me iba á las casas de conversacion, y en entrando en materia de damas, aseguraba que no habia otra como la referida, ni de mejores partos ni de mayor aseo, ni de mas buena conversacion; y de tal manera la alababa, que provocaba á muchos de los oyentes á pedirme que los llevase á su casa, ó á irse ellos solos, por no dar á entender su pasion; y con lo que mas los incitaba era con decir que no era cosa mia, sino que la habia oido alabar á todos los señores adonde yo tenia entrada, y que habia ido con algunos de ellos á visitarla, y me constaba le habian dado muchas dádivas y regalos, y que habia mas de dos muy picados. Con esta flor, en tiempo de dos meses llegó á estar tan bien puesta y se halló tan pretendida y festejada, que no mirando que la hallé en paños humildes y que la habia adquirido galas, porque aun para ser una mujer mala ha menester caudal, para que pareciese lo que yo publicaba, y que me debia el verse en tanta altura, por los testimonios que le habia levantado, me dijo una tarde que me recatase de entrar en su casa, y que si me pudiera excusar de no entrar en ella, lo tendria á favor, porque una enemiga suya, habiendo aquel dia tenido una pendencia con ella, la habia llamado de bufona, y que si los galanes lo llegasen á entender, corriamos los dos muy gran peligro, y ella perderia mucha reputacion. Yo, no pudiendo llevar en paciencia tantos puteriones y desagradecimientos, alcé la mano y díle un par de tamboriladas, que no se las dió mejores el obispo que la confirmó, y haciendo del rufian, le dije: Dile á tús bravos que me las vengan á pedir, que Estebanillo Gonzalez me llamo por mar y tierra, medio gallego, y medio romano; y echando estas y otras roncas, me salí á la calle empuñando la espada y calando el sombrero; y ella disimulando, por no publicar su agravio, me dijo que aunque se echara con un negro con una jeta de un jeme, me habia de hacer cortar la cara. Y aunque le dí á entender no hacer caso de toda una armada, fué tanto el miedo que concibí, que cada instante me atentaba el rostro por ver si lo tenia rabanado, y á cada paso lo volvía atrás para mirar si venia algun galan suyo en mi seguimiento ó si salia la criada á tomar la demanda; que pienso que segun yo iba y segun mis bríos, bastara ella á dejarla vengada. Y desde entonces, en viendo un negro, me aparto media legua de él, porque temo no venga de su parte á cumplir el favor que me prometió.

Fuí hecho una basura de temor á buscar un par de valientes de los de la fama, de quien poderme amparar; y hallé dos que me dejaron sin ella, porque quien no tiene dinero ¿qué fama puede tener? Estos tales, por dos desventuradas bofetadas que habia dado, le dieron mas

de doscientos venturosos bofetones á mi bolsa. Declarélos todo el suceso, y ellos, encareciendo el atrevimiento y exagerando el riesgo, me llevaron á hacer consulta del remedio á la audiencia de una taberna, y despues de haber hojeada los Bártolos de media docena de platos y los Baldos de una docena de garrafas, me pidieron cuatro de á ocho para gastar en espías y informarse con todo secreto de la agraviada y de su sirvienta, si se habia querellado á algun galan suyo; y así mismo para andar en seguimiento delos que la entraban á visitar, para ver si en saliendo de su casa venian en busca de la mia. En conclusion, cada dia me daban avisos falsos con personas echadizas de que habia dado cincuenta escudos á unos esmarchazos del país para que me divadiesen la facha ó me faciasen; y cada dia se me agregaban mas valientes para andar en busca de ellos, haciéndome contribuyente de todos por persuadirme que por sus respetos y por saber que era camarada de tantos hombres honrados, no se atrevian á ofenderme, y que me convenia antlar de dia con escolta, y á boca de sorna con patrulla, siendo todo una mentira y embeleco y una pública estafa. Tuve suerte de encontrar una tarde á la criada de la parte ofendida, á la cual, por ir cercado de tanta valentía, me atreví á llegar á hablarla, no diciéndoles quién era; y dándole quejas del rigor de su ama en pagar á quien me matase, habiéndole hecho tantos servicios, me aseguró con todos mil juramentos que aun no le habia pasado tal por la imaginacion, y antes estaba muy arrepentida de lo que me habia dicho, y muy pesarosa porque no habia vuelto á su casa; porque despues que la habia dejado, tenia muy pocas visitas ó ningunas; y que para que mas me satisfaciese de la voluntad que me tenia, que leyese aquel billete que traia, con el cual habia mas de una semana que me andaba buscando para dármelo, y que la respuesta fuese el ir yo mismo á desenojarla, porque seria bien recibido; y que ella, aunque pobre criada, salia por fiadora de cualquiera riesgo ó daño que sobre aquel particular me viniese. Recibí el papel, y dándole entero crédito á la pucheril embajadora, le di un real de á ocho para alfileres por la buena nueva que me habia dado; y prometiéndole que haria lo que su señora me mandaba, me despedí de ella, y ocultando el billete, me volví al corrillo, adonde me esperaban. Fuí con ellos á palacio, dándome por desentendido de la picardía que conmigo habian usado, pues me habian hecho sentir mas el miedo que habia tenido que no el dinero que habia gastado. Llegamos al cuerpo de guardia, y diciéndoles que me aguardasen, que subia á hablar á su excelencia, me aparté para siempre jamás de aquella cuadrilla de pretendientes de galeras y solicitadores de horcas. Paréme en las escaleras á leer el papel de mi bien costosa dama, el cual decia de esta forma:

•Señor gallego romano,
Hombre de chanzas y burlas,
Que ha probado todos bodrios,
Y campado de garulla;
•Mas raído que bayeta,
Mas descollado que grulla,

Con mas flores que verano,
Y mas conchas que tortuga;
•Postillon de Alcalá Hueta,
Gentilhombre de la bufa,
Residente de bodegos,
Y asistente de bayucas;

•¿Cómo, ingratonazo amante,
Despues de darme una zurra,
Y jugar de carambola
Con cuatro mil garatusas,
•Has dejado á tu carrasca,
Quizá por buscar currucas
Y por chamuscarme en celos,
O te guiñas ó te afusas?

•Tortollilla me contempla,
Que en lugar de llanto arrulla,
Por saber que aquesa flor
Es del berro ó la de Osuna.
•Vuelve á casa, pan perdido,
Pues me tienes vagamunda,
Que tu persona apetezco,
Y renuncio tu pecunia.»

No me pesó nada de ver los versos, aunque por ellos me trataba como quien soy y como quien su merced era, porque al fin me satisfacese mas de lo que la criada me habia asegurado. Y entrándome á visitar á su excelencia y coger los ciento del pico, no salí de palacio hasta el cuarto del alba, haciendo á mis valientes estar toda la noche á oscuras y sin cenar y aguardándome al sereno. De allí adelante dí en no entrar en cuartel y de no salir de los palacios de los señores, hallando por mi cuenta que si durara un mes mas el andar en la compañía que andaba sustentando el ejército de vagamundos que cargó sobre mis hombros, que me fuera forzozo volver á ejercitar mis antiguos oficios ó sentar plaza de soldado. Porque ha llegado á tal estado la malicia, que ya no hay descuidada madre que en reconociendo las faltas de su hija y sobras de nietos de diferentes padres, como quesos de muchas leches, no se consuele con decir que no le faltara á su cordera un soldado con quien casarla: el negro del llanto es que se vienen á cumplir sus no santas profecías. No hay hombre, por bajo y humilde que sea, que en viéndose que por sus defectos no cabe en el mundo ó que no halla quien le dé un bocado de pan, que luego no se acoja á la inmunidad de este sagrado. Y aun apenas los tales han sentado la plaza, cuando todos quieren ser parejos con los demás que nacieron con obligaciones, á los cuales los suelo yo decir con la preeminencia de mi chanza que membrillos cocidos y caracoles crudos no son todos unos. Dejóme la tropa de cainanes tan remontado de cuentas, que llegándose el tiempo de la embarcacion, hube menester vender parte de mi recámara. Y por no parecer ingrato á mi abofeteada cortesana ni faltar á la correspondencia que debe tener una persona de mi autoridad, le respondí á su billete el romance siguiente:

«Madama doña embeleco,
Mas lamida que alcuzcuz,
Mas probada que piñata,
Mas chupada que orozuz;
•Mas batida que una estrada,
Mas navegada que el Sur,
Mas combatida que Rodas,
Mas gananciosa que un flux;
•Tan Circe de los novatos,
Que con saber que eres pusilánime pecadora,
Te hacen todos rendidí;
•Caritera perdurable
Del juego del dingandux,
Tarasca de las meriendas,
Y del dinero avestruz;
•Ya no hay Bras, ni hay pan perdido,
Que á tu gran ingratitud
Le he cantado ya el *per omnia*,
Despues de hacerle la cruz.
•Solo estoy arrepentido
De que te hice la buz
Y de haberme zambullido
Por lastre de tu laud.

«Adios te queda, que parto
A ver á Calatayud,
I or no ser de tu galera
El forzado de Dragón.»

Cerré el papel, y dándosele á un vinatero conocido mio, se lo puso en sus manos, saliendo sin aguardar respuesta como lo habia ordenado. Fuíme á embarcar, por haber tirado la capitana pieza de leva. Hicelle llevar mi baul, observando el adagio que dice: Al embarcar el primero, y á desembarcar el postrero; metílo á lo príncipe en la popa de la capitana, llevando para el matalotaje del largo camino veinte frascos de vino y veinte sardinas saladas y diez panecillos bizcochados y otras menudencias de regalos de dulces, para quitar el amargor de la boca despues de las grandes polvaredas. Iba el armada naval llena de infantería y caballería, levantada en aquel reino para rehacer con ella los ejércitos de España, y por cabo de toda ella don Pedró de Arellano, caballero de la órden de Santiago, llevando en la capitana, demás de mi persona, á muchos caballeros y señores particulares, y particularmente á don Melchor de Borja, general de las galeras del dicho reino, y un obispo de la órden del séráfico Francisco y al reverendísimo padre fray Juan de Nápoles, general de la dicha religion en la provincia de España, y otros muchos frailes que iban á ella á capitulo general que de presente se hacia. Partimos de Nápoles con viento en popa y mar en bonanza, dejando llena la amenidad de aquella playa de madres que lamentaban por sus hijos, y casadas que lloraban por sus maridos, y de solteras que suspiraban por sus amantes. Entremetíme con todos los señores, y por haberme encomendado el Virey al general, tenía particular cuidado con mi persona; que si como he tenido ventura con señores, la hubiera tenido en armas y en amores, quedara inmortalizado entre los varones heróicos y entre los amantes de renombre; pero las armas me han desmayado el corazon, y las damas me han afligido las bolsas. Llevábamos ocho cocineros, que trataban de nuestro regalo, y sirviendo yo de sobrestante de todos, abastecia la mesa y comia de lo mas sazonado. Bebia tan sin compás, que siempre servia de lio en la popa, ó de estorbo en la proa; por cuya razon los soldados unas veces me despojaban sin ser enemigos, y otras me daban humazo sin ser atalaya, y otras me punzaban con alfileres sin ser morcilla; llegando á tal extremo sus desenvolturas y mis bien quejados agravios, que mandó el general que pena de estar seis horas de cabeza en el cepo quien me llegase á hacer mal ni inquietase mi perdurable reposo, y para mayor defensa mandó que me pusiesen un soldado de posta quando á no poder mas me reclinaran los vapores y me atarquinará el sueño.

Llegamos á dar fondo á la isla de Mallorca, reino muy fuerte y abastecido, y sobre todo muy barato, y ilustrado de mucha nobleza. Salté una mañana en tierra, y por desechar los frios humores marinos, tomé tal lobo terrestre de aguardiente, que excedí á mi retador polaco en tercio y quinto; y al salirme á tomar el aire, por desistir el gran bochorno, salió la aguardentera tras

mí pidiéndome la paga de lo que habia bebido. Yo, sin respetar sus tocas, pareciéndome que era algun animal que me servia de estorbo á mi camino, le dí tal envion, que le hice á su despecho sentarse en tierra. Levantóse como vibora pisada, y cerrando conmigo, me dió tal puñetazo en la barriga, que me provocó á restituírle por la boca toda su aguardiente, dándole con él un baño, que la cubrí de arriba abajo. Ella, hallándose afligida, comenzó á dar voces y llorar su vestido, mientras yo con bascas mortales tomé posesion de siete piés de nuestra comun madre. A este tiempo acertó á pasar el general, y compadecido de verme rendido y lastimado de oír, aunque de léjos, á la remojada aguardentera, mandó que se le diese á ella un patacon, y que á mí me lleva en los marineros á su capitana, donde fué menester para entrar en ella virarme con el cabrestante, porque mas puede y pesa un lobo racional que no dos irracionales. Salimos aquella tarde de aquel puerto, y al cabo de doce dias que habiamos partido de Nápoles, llegamos á dar vista á la deseada España, sin haber encontrado en todo el camino ni enemigos que nos perturbasen ni tormenta que nos inquietase, atribuyéndolo todos, despues de la voluntad del cielo, á la ventura del general; pues habiendo hecho otros tres viajes, siempre habia llegado á salvamento; que no consiste en solo tener valor el que gobierna, sino en tener dicha para conseguir sus resoluciones.

CAPITULO XII.

En que prosigue su llegada á España, y de dos ridículos casos que le sucedieron con una moza de posadas y un moderno ingeniero; de la merced que le hizo su real majestad, y de un nuevo galanteo que le sucedió en ella, y de los demás acaecimientos que tuvo hasta llegar á San Sebastian.

Desembarquéme en Vinaroz con todos los señores que iban en aquella armada, y la gente de guerra fué á desembarcar á los alfaques de Tortosa. Púsose en camino de Zaragoza don Melchor de Borja, y yo, por ahorrar de gasto y triunfar á costa ajena, lo fuí acompañando, y por ser el viaje que yo habia de hacer. Llegamos en el fin de una jornada á una villa llamada Híjar, que está en el reino de Aragon, y entrando en una de sus mejores posadas, por hacer frio, me fuí derecho á la cocina; y hallando en ella una adamadilla fregona, olvidado del uso de la tierra, le tomé una mano y se la besé, y ella, corrida de que le tratase como á padre de confesion ó como á misa cántano, alzó un trapo de cocina, y dióme tal golpe con él en medio de la cara, que me quitó el sitio de todo el cuerpo; y al tiempo que trataba de desagaviarme y de armar la fullona, me hallé cercado de toda la familia, cerrando de tal suerte con el pobre Estebanillo, que si no acuden al socorro los criados de don Melchor de Borja, vengo á morir de achaque de un beso. Sacáronme de poder de aquella caterva, y viéndome libre de ellos, empecé á decir á grandes voces: ¡Oh bien haya dos mil veces Flándes, y dichoso y bienaventurado quien vive en él, pues allí con la mayor llaneza y sencillez del mundo se apalpa, se

besa y galantea, sin sobresaltos de celos ni temores de semejantes borrascas; cuya libre preeminencia y acostumbrada comunicación es causa de muchos aciertos en la gente ordinaria, pues obligados los extranjeros de la cortesía y afabilidad que hallan en sus metresas y y del amor que todo lo vence, llega una pobre doncella, en virtud del casamiento, á ser madamisela, é infinitad de ellas á madamas! Y diciendo no hay tan Flándes en el mundo, me retiré al aposento que me habian señalado.

Entramos la segunda semana de Cuaresma en la ciudad de Zaragoza, que el que goza de su grandeza y regalo puede ser envidiado de todos. Es corte y cabeza del reino de Aragon, y en esta ocasion custodia y defensa de Castilla, y resguardo de Navarra; cuya amenidad de campos y fertilidad de árboles, aumentando los anales de su fama, acreditan y multiplican la inmortalidad de su nombre; y animada y vanagloriosa de príncipes y señores que la califican, ha llegado á merecer ser hoy segunda corte de España y habitacion de su invencible leon. Supe en ella cómo mi amo el duque de Amalfi, despues de haber recibido mil honras y mercedes de su real majestad, y muchos presentes de sus grandes, se habia embarcado para Flándes á gobernar las armas. Sentí de tal manera su partida, por lo que yo estimaba estar en su servicio y por la falta que me hacia y por haber hecho el viaje en balde, que no sé cómo no me caí muerto de pesadumbre; pero animándome lo mas que pude, me salí á divertir y á contemplar el caudaloso y cristalino Ebro, que con labios de plata besa los piés de los altivos muros de aquella insigne ciudad, y siendo procreado de las copiosas corrientes de Navarra, viene á servir de espejo á esta antigua Cesar-Augusta, depositaria de multitudes de vírgenes, de millares de santos y de inmensidades de mártires. Fuí un dia á su abundante plaza del Pilar, adonde el patron de las Españas dejó á la que, siendo emperatriz del cielo, es defensora de aquel reino. Y despues de haber hecho oracion en su templo angelical, salí á ver aquel espacioso y abundantísimo mercado, el cual estaba lleno de atun fresco, de truchas salmonadas y de mil diferencias de pescados, así de su cercana mar como de su convecina ribera. Aficionéme á unas sardinas sarapasadas, ó ya fuese por ser su precio moderado, ó por ser apetitosas á la bebida; y comprando media docena de ellas y una ochená de pan, me retiré á una taberna de vino blanco, que por ver entrar y salir mucha gente de ella, me persuadí que no amargaba el bodrio, pues tantos tunantes acudian á la sopa. Asáronme las sardinas, y á solo el olor que daban estando en las brasas, me bebí media docena de tazas de vino, y despues al sabor diez y ocho. Preguntéle á la huéspeda cuánto era lo que le debía. Y mirándome con mucha atencion de piés á cabeza, me dijo: Vuesa merced no se ha bebido mas de veinte y cuatro tazas de á dos dineros; si yo tuviera veinte y cuatro parroquianos tan buenos oficiales, mi marido fuera en breve tiempo veinticuatro de Sevilla. Yo le pagué lo que me pidió, asegurándole que aquello

era una niñería y un breve desayuno para lo que yo acostumbraba á beber; y ella, haciéndose muchas cruces, me rogó muy encarecidamente que no echase su casa en olvido, que me daba palabra que otro dia, por solo mi respeto, empezaria una bota de vino tinto, que era el mejor que habia en aquella ciudad. Despedíme de ella, prometiendo no faltarle mientras á mí no me faltase el dinero.

Salíme á la calle del Coso, segundo cársara de Palermo, y hallé hecho el distrito de su cruz otras segundas gradas de San Felipe, adonde fuí conocido de muchos soldados de Flándes, Alemania é Italia, con los cuales me fué fuerza hacer camarada, por no andar solo y por tener con quien conversar. Estaban esperando á su majestad, porque se decia que estaba de partida en Madrid para venir á aquella corte; y en el interin tambien yo, como pretensor, y que llevaba carta de la Emperatriz, su hermana. Dimos en visitar la taberna de blanco y tinto, aunque mis visitas eran tan cortas, que allí me salia el sol, y allí me hallaba la luna. Hacíase en este tiempo en una aldea cercana de esta ciudad una fiesta, á devocion de un mártir de aquel reino, á cuya fama acudia mucha gente de toda la comarca; y por no tener que hacer yo y dos camaradas soldados de Flándes, nos fuimos á divertir y entretener á la dicha aldea, y en el camino fué cada uno discuriendo sobre sus pretensiones. Dijo el que parecia de mas autoridad que se habia ocupado todo un año en leer un libro que trataba de fortificaciones; y que aunque era verdad que no tenia ninguna experiencia, porque habia muy poco que habia venido á servir desde el reino de Nápoles, su patria, que tenia tan en la memoria todo lo contenido en el libro, que se atrevia á decirlo, sin errar una sílaba, tan bien como el Ave María, y venia á suplicar á los señores del consejo de guerra le diesen licencia para sentar plaza de ingeniero y gozar del sueldo que gozaban los demás de aquel género; que lo que á él le faltaba en experiencia, le sobraba en ciencia. Dijo el otro compañero que él habia servido en la caballería, y que en la batalla de Rocroy habia sido su compañía desbaratada; yéndose él retirando para ampararse al calor de nuestra infantería, un teniente de nuestras tropas, pensando que era francés, por ir en tal traje, por ser hábito mas desembarazado y libre que los demás para hacer el amor y montar á caballo, le habia seguido y dado un pistoletazo y dos cuchilladas; y que despues de haberse librado de sus fieros golpes y puesto en salvamento, en virtud de haber tenido buen caballo y dado al diablo el primer inventor de trajes ajenos, siendo tan bueno y honesto el suyo, que habia pedido licencia, por haber quedado estropeado del brazo derecho, y que habiendo llegado á Madrid y presentado sus papeles ante los señores del consejo de guerra, por no haber sido las heridas dadas por el enemigo, en castigo de querer ser arrendado de francés y vestirse de dominguillo, con porquería estrecho y con greñescos con bragueta encintada, no le habian querido hacer merced, antes le habian roto todos los papeles de sus servicios y remitido el

memorial al parlamento de Paris, para que le premiase, cuando no los servicios, por lo menos el afición de quererlos imitar en el uso del vestir; y que así se había venido como persona desesperada á andar mendigando.

Con estos discursos llegamos á la aldea á la una de la tarde, y hallamos en su plaza dos compañías de labradores, la una de moros con ballestas de bodeques, otra de cristianos con bocas de fuego. Tenian hecho de madera en la mitad de su dicha plaza un castillo de mediana capacidad y altura, adonde habian de estar los moros; y el dia venidero, cuando la procesion llegase á su vista, la compañía de los cristianos le habia de dar asalto general, y despues de haberlo ganado á los moros, los habian de llevar cautivos y maniatados por todas las calles, dando muchas cargas de arcabuzazos en señal de la victoria. Tenian dos danzas, la una de espadas y la otra de cascabel gordo, y cuatro toros que correr; por lo cual estaba el anchuroso distrito todo lleno de andamios, y todas las entradas de sus calles cerradas con talanqueras. Estaba toda la puerta de la iglesia colgada de paramentos, y pendientes de ellos veinte y cuatro premios para premiar los veinte y cuatro mejores sonetos que se hiciesen en alabanza y pintura de una rosa, que al alba es boton y capullo, á medio dia flor, y á la tarde despojo. Los premios eran cintas y guantes, bolsillos y un par de ligas de color. Habia al tiempo que llegamos á esta académica colgadura mas de veinte sonetos de estudiantes y de personas de don y rumbo, que asimismo habian venido á ver la fiesta. Yo, por ser tentado de la poesía, me acerqué á leer aquella selva de variedad de musas. Era su compostura tan realzada y culta, que mas me pareció prosa griega que verso castellano. Leílos todos sin entender ninguno, y le dije á un estudiante que estaba cerca de mí que me hiciese merced de declararme aquel género de poesía y decirme si tal lenguaje era armenio ó caldeo. A lo cual me respondió que no se atrevia á declararlo, porque él tenia allí uno, que era parto de su ingenio, del cual esperaba llevar el mejor premio, y á querer darme la significacion de él, se hallaria confuso y no saldria con ello, porque lo que de presente andaba valido era el gongorizar con elegancia campanuda, de modo que pareciese mucho lo que no era nada, y que no lo entendiese el autor que lo hiciese ni los curiosos que lo leyesen. Porque en no remontándose un poeta, sino abatiéndose á raterías de escribir con lisura, pan por pan, y vino por vino, no solamente no era estimado, pero tenian sus versos por versos de ciego. Llamé á mis camaradas, que el uno estaba divertido en ver las danzas, el otro en darle vueltas al castillo, midiéndolo todo á piés y nivelándolo con un compás; y con achaque de beber un trago, para aliviar el cansancio del camino, los llevé á una taberna, para ver si acertaba mi pluma á remontarse sobre aquella vascuensa jerigonza. Y pidiéndole á la huésped un jarro de vino y recado de escribir, nos retiramos á una pequeña sala, adonde nos dieron lo que habia pedido. Púseme á escribir, el ingeniero á peinar-se, y el otro á beber. Levanté los ojos buscando un

consonante, y vi al peinado matemático, que habiendo desembaulado de una de sus faltriqueras un gran papelon de harina, se estaba rociando con ella un largo y encrespado cabello que tenia; no pudiendo detener la risa, le dije que si trataba de freir la cabeza, pues la enharinaba tanto. A lo cual me respondió: Hermano Estebanillo, cada uno campa con su oficio y vive con su ingenio, si acaso lo tiene; y así, mientras vos quereis ganar premios con vuestros disparates de Juan de la Encina, me aseo yo para representar lo que soy y hablar al concejo de esta aldea sobre los yerros que tiene la planta y fortificacion del castillo; que estoy cierto que hé de sacar yo mas en media hora con mi matemática que no vos en un año con vuestra poesía. Repliquéle que si importaba al caso, para que lo respetasen, el ir enharinado como besugo. Respondióme que no ignoraba yo que en Flándes servia aquello de gala y de secar el pelo, y que era uso de gente de porte, y que por habérsele acabado unos polvos olorosos que habia traído de allá para el efecto, se aprovechaba de los de la harina, y que hallaba por experiencia, y que lo habia fundado en buena matemática, el ser mucho mejores y mas baratos; porque siendo el trigo el rey de las legumbres y el patriarca de las plantas y yerbas, era fuerza que fuese su harina ó polvo la nata y flor de todo lo referido; y que así lo pensaba dar por escrito é introducirlo cuando volviese á los Países-Bajos. Con la buena conversacion ó polvareda, dí yo fin á mi soneto, él á su nevada peinadura, y el otro, que tenia mas juicio que nosotros, al jarro. Salimos todos juntos á la plaza, despues de haber pagado lo que habiamos hecho de gasto, y apartándome de ellos, llegué á la puerta de la iglesia, y en el referido paramento prendí con un alfiler el soneto que habia hecho al nivel que estaban todos los demás, cuyos versos eran los siguientes:

Ébúrnea de candor, fenix pomposa,
Débil boton, broudosos brujulea,
Záfir menida, armiño golosea,
Siendo dosel tributa pavorosa.
Maravilla epigrama procelosa,
En canícula fiesta titubea,
Pues solsticio facton, ninfa Febea,
Precipicios inunda jaclanciosa.
¡Oh inicu trance y trémulos fulgores!
Contemplarse al albor regio edificio,
Y yantando en atril de ruiñeñores,
Ser al ocase infausto sacrificio,
Y sombra mustia lo que al alba flores,
Siendo de Ceres frágil desperdicio.

Apenas estaba colgado el compendioso globo de bernardinas y dislates, cuando, como si fuera cartel de justa real, se llegó todo el novelero vulgo á leerlo; y celebrándolo por no entenderlo, y ensalzándolo porque presumiesen que no lo ignoraban, sacaron mas de veinte traslados de él; y por hallarse presentes los jueces académicos, me dieron por premio las referidas ligas, aunque mal dadas y peor merecidas, quedando con todos en opinion de segundo Góngora. Y apartándome de la tropa de mil cultos versificantes, me fuí en busca de mis camaradas, santiguándome de que hubiese llegado á ver tiempo que se premiasen chanzas y bachillerías, y

no ingenios. Hallé al estropeado encolerizado con los soldados de la compañía de la Suiza, diciéndoles á qué lado habian de llevar los arcabuces los que iban á la parte de afuera de hileras, y cómo se habia de calar la cuerda, y á cuántas hileras habia de ir la bandera. Y aunque lo quise apartar de allí, diciéndole que para qué se metia en lo que no le iba ni venia, pues aquellos labradores no eran gente de guerra ni estaban obligados á saber las leyes de la milicia, no pude desarraigarlo de la compañía, respondiéndome que no parecia bien que los forasteros que viniesen á aquella fiesta hiciesen burla de aquella pobre gente, habiendo allí soldados viejos, como ellos lo eran, para doctrinales. Dejélo con su tema, y yéndome paseando por la dicha plaza, vi que en un rincon de ella estaba el matemático con el cabildo y concejo, que se habian juntado á su pedimento. Acerquéme un poco para ver de qué materia se trataba, y puesto el oído como vaquero que ha perdido novillos con cencerro, oí que mi camarada le estaba diciendo al alcalde que era un valiente ingeniero, y que tendria á particular favor, para darse á conocer en España, que su merced le ocupase en lo tocante á su profesion, pues de presente tenia muy bien en qué. El alcalde le respondió que lo habian engañado en hacerlo venir á aquella aldea, porque en ella no habia ingenio ninguno, que en Motril los habia muchos y buenos de azúcar, y que allí, siendo tan eminente como decia, seria muy bien recibido. El replicó que su ingenio no era de azúcar, sino de hacer fortificaciones, y que habiendo visto que la de su castillo estaba errada, segun las reglas de Euclides, y que no sabrian los soldados, por ser bisonños, hacer circunvalacion ni abrir ramal de trinchera, por eso los habia hecho juntar á sus mercedes para que se fuese ganando palmo á palmo, sin que llegase á haber inundacion de sangre, mediante lo cual quedaria aquella pequeña república eterna. El regidor respondió: No son tan bisonños nuestros soldados como vuesa merced los hace, pues en esta convalacion ó convalencia que es necesaria sabrán hacer muy fuertes ramales y bien torcidas sogas, porque además de no haber en toda esta comarca quien los lleve ventaja, cogemos en esta aldea el mejor esparto que hay en todo el reino; en lo demás, porque dé fama nuestra fiesta, vuesa merced disponga á su gusto, que todos estos señores del concejo le ayudarán con todas veras. Dijo el soldado que lo primero que se habia de hacer era añadir y poner dos caballeros al castillo. El jurado le respondió: Eso no le dé á vuesa merced cuidado, porque esta tarde y mañana al amanecer vendrán aquí muchos y muy calificados de Zaragoza, y por hacernos merced se pondrán en la parte que les ordenare, y si fueren menester damas, lo alcanzaremos de la misma suerte. Advirtióslo el soldado que los caballeros que decia habian de ser labrados de tierra. Respondióle el sacristan que los caballeros de aquel reino y de todo el mundo que no eran de bronce ni de acero, sino de tierra y polvo, como el mas pobre villano, y que para dárselo á entender la iglesia, el miércoles de ceniza les decia al po-

nérsela: *Memento homo*, etc. Insistiales el soldado que mandasen juntar á todos los labradores, para abrir un cordón que cogiese todo el contorno de la plaza, para que el castillo quedase sitiado. Respondióle el alcalde que para abrirlo y cerrarlo que él y sus compañeros bastaban; pero que la dificultad que se les ofrecia era que no se hallaria en la tienda cordón que fuese tan largo, porque todos los que se vendian en ella eran cortos y claveteados; pero que podria suplir la falta un listón, pues campearia mas y seria mas agradable á la vista. Estaba el soldado tan grave y espetado y tan divertido en la gente que se le habia juntado, que no atendia á los despropósitos que le respondian. Preguntóle al regidor que si tenia en los almacenes provision de zapas y palas. El cual le respondió: Señor ingeniero, en esta aldea hay muchos zapas, porque es muy abundante de gatos; zapas, si no son las hembras de este linaje, no hay otras ningunas; mas en lo que toca á palas, tendríamos cuantas quisiéremos. Pidióle el soldado que le trajese un par de ellas, para ver si eran de municion; y llegándose el jurado á una de las mas cercanas casas de adonde se hacia el ayuntamiento, le trajo una pala grande de madera, con que en aquella tierra se junta y traspala el trigo; y llegando muy vanaglorioso, se la puso en las manos al señor matemático, diciéndole: No por falta de palas se dejará de hacer la fiesta, porque en un cuarto de hora me atrevo á juntar descientas de estas; y si no le agradare esta hechura, y las quisiero mas largas, le haré traer cuantas se hallaren en los hornos. Díjoles el soldado que aquellas no eran de provecho, porque habian de ser de hierro las distancias de las anchuras de las bocas, porque con aquella era imposible abrir trinchera para desembocar el foso. El sacristan, haciéndose cruces, le respondió que en su vida no habia oído los nombres exquisitos y extravagantes que iba nombrando, ni que tal habia escrito en su breviario; pero que á él le parecia que la trinchera era cosa forzosa que se abriese con trinchete, segun su derivacion; y que si era así, que allí habia un zapatego de viejo que los tenia muy buenos y muy afilados, y que en un pensamiento le abriria, como quien rebaña tajadas de melon.

Estaba tan turbado el pobre soldado de ver que todos cuantos estaban en su rueda, pensando que habia dormido entre algunos sacos de harina ó que apostase la habian echado, pensando lisonjearle, se llegaban á él, y unos con las manos, y otros con los ferreuelos, y otros á soplos le iban deshollinando el cabello y enjabegando el vestido, que no advertia en que lo que hablaba con aquellos villanos y lo que le respondian era hebraico, por ser gente que no lo entendia, ni ataba ni desataba con su loca pretension, y con todo esto no dejaba de proseguir en su tema. Díjole al alcalde que para el castillo y hacerle brecha habia menester media docena de cañones. A lo cual respondió que aunque fuera una docena se los podia dar al punto el sacristan, porque los tenia, como hacia el oficio de escribano, de los mejores gansos que se hallaban en toda Francia. No

digo cañones de escribir, dijo el soldado, sino piezas gruesas. Respondióle el alcalde: De esas, gracias á Dios, tenemos hartas de lienzo casero y de muy buenas frisas. Yo, que estaba reventando de haber tenido tanto la risa, soltándola toda de un golpe, di causa á que todos me mirasen, y no de buen talante, y porque no sospechasen que era haciendo burla de ellos, les dije que la causa de haberme reído había sido de ver á aquel señor ingeniero, mi camarada, en figura de mozo de molinero, hablar tan culto con sus mercedes, que ni era entendido ni se daba á entender, pues las piezas que pedía eran de artillería, de las que traen los ejércitos para defensa y ofensa. A esto respondió el alcalde que era pedir gollerías, porque no tan solamente no las había en el aldea, pero que la mayor parte de sus moradores ni las habían visto ni oído. Mi camarada, medio enfadado de que yo hubiese llegado á interrumpirle sus designios, le dijo al alcalde que supuesto que no había piezas con que abrir brecha para dar el asalto, que sería forzoso que le diese media docena de barriles de pólvora, para hacerle mina al castillo y volarle un lienzo. Respondióle el regidor: Esos son los que no hallaremos por ningún dinero; pero se los daré á usted de anchovas, que las puede comer el mismo Rey; y para que las pruebe y vea que tengo buen gusto, mientras vamos al encierro de los toros, por ser ya hora, se irá con el señor jurado á una pequeña posada que está aquí cerca, que yo le enviaré un plato de ellas para que se regale con su camarada; y cuanto se liere de costa hoy y mañana en ella, les pagaremos con mucho gusto, y esta noche nos veremos y trataremos de lo que se ha de prevenir para que nuestra fiesta no tenga ningún defecto, ya que Dios nos ha traído á tan buena ocasión dos tan excelentes matamicos. Dióme gana de reír, pensando que si el regidor sin conocernos nos llamaba matamicos, si nos hubiera visto en la taberna de Zaragoza, con justa causa nos pudiera llamar matamonos y malazorras.

Pasó el jurado delante de nosotros, y juntándose á este tiempo con el ingeniero el otro soldado, nos llevó á un pequeño bodegoncillo, y dió orden y facultad al huésped, que se llamaba Pero Anton, para que nos diera de comer y beber cuanto quisieramos, que el conchejo lo pagaría. Y volviéndose muy de prisa, por causa de dicho encierro, nos dejó tan bien alojados, que con el luquete del plato de anchovas que nos trajo un hijo del regidor henchimos de rayas toda una pared. Acomodamos razonablemente al patron de casa, el cual, por no dar muestras de su flaqueza y por darnos alegría, por lo bien que despachábamos su mercancía, nos empezó á tocar un tamboril y una flauta. Yo y mis camaradas tomamos por estribillo el decir: Toca, Pero Anton, que la aldea lo paga. Y al son del chiste y paloteado, le comimos cuanto tenía en su casa, menudeando tan apriesa los cuartillos, que faltando pared adonde rayarlos, fué necesario ir cruzando las rayas sencillas y convirtiéndolas en dieces. Hizose el encierro, acudiendo á él muchos nobles de Zaragoza, á los

cuales el alcalde alojó en su casa, y contándoles lo que había pasado con el ingeniero, le dijeron que sin duda debía ser algun loco, porque aquello se hacia en la guerra, y no en la paz, y que si abría cordon ó trinchera en la plaza, que cómo se habían de correr los toros, y que quién había de querer estar en el castillo si lo batía ó volaba. Acertóse á hallar en esta conversacion el que hacia el capitán de los moros, y viendo que él había de ser el batido ó volado, partió como un rayo á querer matar al matemático. Detuviéronle los caballeros y el alcalde, reportándole, con darle por castigo al que le queria hacer tanto daño, sin ser su enemigo ni haberle ofendido en su vida, que pagase la costa que había hecho, y que él y sus camaradas se saliesen al punto de toda aquella jurisdiccion. Vino el sacristán á notificarnos el auto, á tiempo de que el ingeniero estaba blasonando de que por él se hacia aquel gasto, y que pensaba sacar muchos ducados de aquel pequeño conchejo, porque estaba satisfecho que no había otro como él en todos los ejércitos de la cristianidad. Cuando oímos el riguroso fallo, los dos nos quedamos mudos, y mi estudiante de un año y sin maestro, atónito y embelesado. Requiríonos el sacristán que nos saliésemos con mucha brevedad, porque estaban conjurados contra nosotros todos los moros, por haberlos querido volar siendo bautizados; y que si nos deteníamos allí, demás de la pena del señor alcalde, nos matarian ellos á puro bodocazos. Llarné á Pero Anton, con mas miedo que vergüenza, y le dije que supuesto que lo gastado no lo pagaba el aldea, sino nosotros, que nos mirase con ojos de piedad, pues lo habíamos preservado á él de los barriles y cañonazos. El cual, como he dicho, por estar de buena data ó por temer que la morisma no nos hallase en su casa, nos hizo buen partido, pagamos cada uno su parte, andando á puto el postre por quien había de pagar primero, y no ser el postrero en salir de la casa y de la aldea. En efecto, despachamos con brevedad y con la mayor presteza que pudimos.

Llegamos antes de la media noche á las murallas de Zaragoza, adonde en el portal de un convento nos estuvimos hasta el alba, dando al diablo el libro de las fortificaciones, y al salvaje que tan poco provecho había sacado de él. Venida la mañana, entramos en la ciudad, la cual hallamos alborozada y llena de fiestas y regocijos, por entrar aquel día en ella su majestad, habiendo salido á recibirle todos los títulos y caballeros y toda la demás nobleza. Yo y mis compañeros, olvidando con la buena nueva la mala noche y por celebrar la entrada, nos fuimos á nuestro devoto tabernáculo á hacer hora y á ver á mi buena tabernera, que demás de haber sido desde el segundo día que entré en su casa la tesorera de mis dineros, siempre que me veía me hacia mil halagos. Bebia yo tan desaforadamente de aquel licor zaragozano, que mis camaradas me habían muchas veces reñido, diciéndome que mirase que aquel vino no era francés ni italiano, sino español puro y sin trampas, y que aunque eran las co-

midas sustanciosas, comía poco y bebía mucho, y que al cabo había de dar conmigo en el hospital ó en la sepultura. Pero yo me hacía sordo, y callaba y sorbía. Empezó á pasar la nueva de que su majestad estaba ya á las puertas de la ciudad, y queriendo ir á verle y á gozar de tan excelsa entrada, no me pude menear de la parte adonde estaba asentado, por hallarme tan tullido de manos y piés, que no era señor de mí. Fuéronse mis camaradas contentos de que por no haber tomado sus consejos había salido verdadera su profecía, y cumpliósese el deseo á la tabernera de tenerme siempre en su casa. Pero le duró mucho la alegría, porque dentro de quince días di fin al corto caudal; y así que olió mi pobreza, me dijo que buscara posada, porque no quería tener enfermos en la suya. Anduvo tan bizzarra conmigo, que aun no me quiso hacer crédito de una taza de vino, quizá por solicitar mi salud, habiéndomelas dado de diez en diez cuando estaba mucho peor y tenía con que pagárselas; mas al cabo y la postre cada uno acude á quien es.

Habíanme dicho mis camaradas cómo en la jornada había venido acompañando á su majestad el marqués de Grana y Carreta, embajador ordinario de la majestad cesárea, cuya nueva me alentó de manera, que viéndome forzado de la necesidad y de la falta de salud, le fui á visitar, y por estar satisfecho que en aquel señor había de hallar todo socorro y amparo, por ser muy generoso y muy amigo de mi amo, á quien yo había conocido en la batalla de Tionvila, siendo general de la artillería de la armada imperial, que gobernaba el Duque, mi señor; el cual, así que me vió pendiente de dos muletas, admirándose de hallarme en tan miserable estado, usando de su grandeza y piedad, me admitió en su casa, mandando á sus criados que se me acudiese y regalase con todo lo que yo pidiera. Dióme además de estas mercedes una libranza de muy gentiles reales, con que quedé libre de necesidad. Tuve además de esta suerte otra no menor que ella; y fué que teniendo noticia de la grave enfermedad que tenía don Francisco Totavila, maestre de campo general, y su hermano don Vicente Totavila, á quien yo había conocido en Flándes siendo capitán de corazas, haciendo alarde de señores liberales y de ilustres caballeros napolitanos, vinieron por mí en una carroza, movidos de compasión, y llevándome á su casa, me dieron una cantidad de doblas para que me pusiese en cura; que no es poca grandeza en el siglo que corre que haya señores que den sin pedir, y mas en tiempo que estimaba yo mas un real que ahora un doblon; porque entonces me hallaba tullido y desacomodado, y al presente me hallo con salud, y con ella adquiero lo que he menester y mas de lo que yo merezco. Viéndome entonces favorecido de tantos señores y la bolsa en buen estado, consulté mi enfermedad con el licenciado Estanca, cirujano de opinion, ciencia y experiencia, y con el doctor Tamayo, cirujano de su majestad, los cuales me condenaron á ser gato de algalia y caballo de juego de cañas; y por ver si me podía librar de tener penas de in-

fierno en vida, me ponía todos los días á la puerta de la calle de la casa del Marqués, adonde, como tengo dicho, era mi asilo y habitacion, y á cuantos doctores pasaban, malos ó buenos, de fama ó sin ella, les quitaba el sombrero hasta el suelo, no tanto por el grado como por haberlos menester, y á todos contaba la llaga y la plaga, y les ofrecía montes de oro, y á ninguno daba nada; porque del prometer al cumplir hay muchas lenguas de distancia, y mi oficio es de recibir, y no de dar. Decíanme todos: Estebanillo, si quieres vivir, no bebas, que era lo mismo que decirme cáete muerto; y el vino que hasta aquí has despeñado por los conductos de la garganta, es menester que salga alambicado por todo el cuerpo, en agua convertido. Viendo que todos se conformaban en una misma cosa, me determiné, con el refugio de los señores que me favorecian, á irme al hospital á tomar una docena de sudores y dos unciones particulares. Recibíéronme con gran voluntad, por tener un loco mas en aquella santa casa; y tratándome como alma condenada, me abochornaban los tuétanos, y me escaldaban las pajarrillas, estando siempre como el rico avariento, carleando con un palmo de lengua fuera de la boca, pidiendo á aquellos benditos Lázaros una gota de vino, acotándoles con las obras de misericordia; pero ellos me decian que con la paciencia se alcanzaba la gloria, y que lo que había pecado por carta de mas, era necesario que lo purgase con carta de menos. Y despues de haber hecho mi cuerpo una docena de veces sopa abahada, me dieron las dos unciones para que aprendiese á ser mula de doctor babeando todo el día. Viéndome tan atormentado y afligido delante de los enfermeros y de otros muchos testigos, hice en alta voz juramento solemne de no beber mas vino, pues por su causa había llegado á verme como me veía y á padecer lo que estaba padeciendo. Pero arrepentido del gran disparate que hacia de quererme privar de aquello que mas estimaba y de intentar apartarme de lo que mas quería, al mismo punto que acabé de hacer voto, le añadí una alforza diciéndo en voz baja: Hasta que salga del hospital. Y con haberle acordado el plazo al juramento, aun lo vine á quebrantar, pues en el rigor y fiereza de la salida de los sudores y entrada en las unciones, obligué con ruegos á mis camaradas á que me trajeran lo que me ayudó mas á echar espumas y lo que me alargó mas la enfermedad, porque mas gustaba de morir bebiendo que vivir sin beber. Habían venido acompañando la corte algunos poetas de los de nombre y fama, y uno de ellos que tenía noticia de mi persona, y aun unos mendrugos de celos sobre una niña á quien festejaba, que por su agudeza y brio la llamaban la Coscolina, quizá á pedimento de ella ó por venganza de él, me compuso la glosa siguiente:

*Tomando estaba sudores
Marica en el hospital,
Que el tomar era costumbre,
Y el remedio era el sudar.*

El remedio del gracejo,
Galan de la Coscolina,

Que al olor de una sardina,
Da fin á un tonel de añejo,

Por curtir bien su pellejo,
Que está lleno de vapores,
Sin que le valgan sus flores,
Ni aproveche su cocaña,
Hoy en la corte de España
Tomando estaba sudores.
De suerte se vió afligido,
Como le falta la nieve,
Que flora lo que no bebe,
Mas no por lo que ha bebido:
La sed lo tiene rendido,
Y en faltándole el bocal,
Es incurable su mal;
Pues de suerte se entristece,
Que, hecho lágrimas, parece
Marica en el hospital.
No da al viento exclamaciones,
Siendo sus ansias atroces;

Pues por no dar, no da voces,
Y por tomar, toma unciones:
Por pedir, pide á montones,
Y toma sin pesadumbre
Una azumbre y otra azumbre;
Y así pide por merced
Que le remedien su sed,
Que el tomar era costumbre.
Siendo un tiempo bachiller,
Hoy está en eterna muda,
Y lo que ha bebido suda,
Y trasuda por beber:
Por dar al cuerpo placer,
Trata ya de se a enfusar,
Por salir á refrescar,
Diciendo que es mejor medio
El beber para el remedio,
Y el remedio era el sudar.

Después de haber estado mas de dos meses en el hospital, salí de él sano de piés y manos; pero las piernas como hueso, y el cuerpo como espárrago, y la voz como tiple de capilla, y con órden de que hiciese cuarenta dias de dieta, la cual cumplí de manera, que antes de pasar las cuarenta horas, habia ya bebido más de cuatrocientas, comiendo en casa del Embajador cuanto me daban, y comprando en las plazas cuanto apetecia; de suerte que me trataba como sano, echando seis ligas al doctor, y doce al cirujano, y cien bendiciones al varon santo que descubrió el sarmiento, y doscientas á los que las plantan y benefician. Sentí infinito el no hallar en la corte los dos hermanos Totavilas; y estuve harto pesadoso cuando me dijeron que estaban en campaña, por faltarme á la convalecencia tan buen amparo. Dióme capricho, porque no se me apolillaran las dos vestidos que me dió el rey de Polonia, de vestirme á lo polaco, por llevarme tras mí los ojos del vulgo y por ser conocido con más brevedad. Salíme en este traje á pasear todos los dias con una mulletilla, á lo de príncipe ó privado, extrañando de tal manera el traje toda la ciudad, que sus oficiales dejaban sus acostumbradas ocupaciones por salir á verme á las puertas, por tener que reir y fisgar, las damas su labor por asomarse á las ventanas á hacer burla y donaire de mí; y los muchachos, olvidados de los mandados á que iban, me cercaban y seguian, y aun á veces me querian apedrear. Unos decian que era judío, otros que japon, otros que turco; y yo callaba y oreaba, porque aquel que deja su traje se pone á cualquier censura.

Habia hecho el amor, antes de haberme tullido, á una dama de mantellina y de chinela con liston, gobernanta de la cocina; y llavera de la despensa, compradora del sustento, moza de cántaro, y lavandera del río, á quien ya he dicho que llamaban por mal nombre la Coscolina; y por vivir en frente de la taberna de los dos vinos, adonde yo cargué como nube, y no de agua, para llover en la region de fuego del hospital, tuve lugar para verla, hablarla y regalarla. Y como al tiempo que ella me mostraba amor, y daba con algunas finezas señales de agradecida, caí malo, y me ausenté de su barrio á ponerme en cura, se suspendió la comunicacion, y quedó mi pretension en cierne; mas como las de aquella raza son el símbolo del amor

y el desprecio del interés, sin reparar en dimes ni diretes, me hizo, sin ser doctor, media docena de visitas, dejándome siempre debajo de las almohadas muy lindos papelones de confituras. Por no parecer ingrato á tanto favor, la fui á buscar un sábado en la tarde á la carnicería principal; y encontrándola al salir de ella y llegándome á hablar, como solia otras veces, se espantó tanto de verme en aquel hábito y se corrió de tal suerte, por verse detener delante de tanta gente, que encendida de cólera y llena de vergüenza, se abajó al suelo, y tomando una piedra, que podia servir de pesa de reloj, me la tiró con tal suavidad y blandura, que á no retirar la cabeza, me la hiciera pedazos, y diciendo: Al loco, muchachos, se fué con la mayor brevedad que pudo. Los muchachos por obedecerla empezaron á darme mil voces, repitiendo: Guarda el loco, guarda el loco, cargándose de piedras y de tronchos de coles. Y tengo por cosa cierta que á no pasar á esta ocasion el Embajador, que me metió en su carroza y me llevó á su casa, que venia á ser uno de los innumerables mártires de Zaragoza, aunque dudoso el premio de mi martirio.

Fuí otro dia á hablar á su majestad, con mil temores de llegarme á poner delante de tal soberanía, pues cuando vi los rayos de su grandeza y consideré las fuerzas de su poder, eché de ver que los demás poderíos opuestos á los giros de luz son vapores ó exhalaciones abortadas de la tierra, cuya ambicion las ha congelado en nubes, y cuya envidia y golpes de la fortuna han solicitado oscurecer su claridad y suspender el curso de su luciente carrera, sin advertir ni considerar que al cabo ha de permanecer por su sol, y al fin ha de deshacer, consumir y abrasar los mas altivos y remontados vapores y las mas gruesas y preñadas nubes. Presentéle los papeles de los servicios que habia hecho siendo correo, la letra de favor de la imperatriz María, y las fes que llevaba de haber sido criado de su alteza serenísima el infante don Fernando, pidiéndole en recompensa el poder tener una casa de conversacion y juego de naipes en la ciudad de Nápoles; la cual, no solamente me dió por merced particular y provision en forma, pero de mas á mas, carta para el almirante de Castilla, virey de aquel reino, para que me amparara y favoreciera, que solamente se puede clamar feliz y bienaventurado el que sirve á tan gran monarca, pues él solo es el que premia y el que tiene con que poder premiar; y aquel que en su servicio no avanza, culpe á su corta suerte, y no á la grandeza de este poderoso Alejandro. Yo quedé tan ufano y tan agradecido de ver que un refulgente Apolo y un leon coronado se acordase de remunerar servicios tan inútiles y hechos por tan humilde sabandija, que á no saber que mi madre me habia parido en Salvatierra de Galicia, reino que me ha honrado en poderme nombrar su leal vasallo, me hubiera, al mismo punto que recibí la merced, partido por la posta á Roma, y sacado su esqueleto de la tumba adonde yace, y trayéndolo lleno de paja, como caiman indiano, en lle-

gando con él al primer puerto de cualquiera de sus reinos, lo vaciara y me zampara de nuevo en su vientre, aunque estuviera en él en cucullas, y la obligara á que me volviera á parir vasallo de tal deidad. Que si supieran bien los que lo son, el rey que tienen y las mercedes y honras que cada instante les hace, le servirian de rodillas; pues siempre las pregona la fama, las publican las historias, y las envidian los reinos extranjeros. Hallándome ya despachado y tan á medida de mi deseo, me fuí á despedir del conde de Monterey y de don Luis de Haro, grandes de España, y grandes en valor y grandeza, amparo de todos los pretendientes; los cuales, demás de haberme favorecido en mi pretension y en la brevedad del despacho, me dieron dos cartas de favor para el dicho Virey, suplicándole que por ningun impedimento se me dilatase la real merced; que el ser señores no consiste en la nobleza del solar ni en la grandeza del título, sino en dar muestras de serlo, ayudando á los desvalidos y favoreciendo á los que poco pueden, y honrando generalmente á todos; que para no hacer esto, poco me importa á mi ni á nadie que sean grandes ó que sean pequeños. Dióme asimismo el marqués de Grana, demás de las mercedes que me habia hecho, una carta para el virey de Navarra y cincuenta ducados para el camino, y treinta don Francisco Toralta, maestre de campo general reformado y gobernador de Tarragona. No me atreví á irme á despedir de tantos duques, marqueses y condes como habia en aquella corte, por haber sido causa mi enfermedad de no haber tenido dicha de haberlos comunicado. Y estando con algun reposo aguardando á partir con comodidad y compañía, me envió á llamar mi conocida tabernera, la cual, pensando que me hacia una lisonja, me dió un billete muy cerrado, diciéndome que se lo habia dado su vecina, á quien yo tanto habia estimado, para que en todo caso lo pusiese en mis manos. Abrílo con harto regocijo, porque aunque me sentia algo agraviado, no dejaba de quererla con todo extremo, el cual decia de aquesta suerte:

«Por pensar que usted era soldado, me incliné á su persona, porque como tengo algo de Vénus, soy aficionada de los que siguen á Marte. Y aunque le vi que asistia mas al ramo de una taberna que no á la bandera del cuerpo de guardia, no por eso lo desestimé, porque jamás tuve por valiente al que pasa por plaza de aguado; pero cuando llegué á verlo con bonete turco y sayo de loco, quedé tan corrida y avergonzada de haber empleado tan mal mis finezas y de haber puesto en tan humilde sugeto mi amor, que quise vengarme á pedradas en la causa, por haber sido engañada en la materia. Y así usted, perdonando el atrevimiento, ponga mi amor en eterno olvido, y enamore de hoy mas á las que fueren polacas; ó mudando de traje, podrá ser que yo mude de parecer. — Su menor criada, y un tiempo su mayor aficionada.»

Quedé tan enamorado de oír el billete, como picado de haberla visto apedrear con dos mil donaires, tanto, que estuve resuelto á suspender el viaje y á mudar

de vestido; pero por no resfriarme y por temer que dama que se llamaba Coscolina se me habia de acoger como cañamar, me salí al mismo punto de Zaragoza, y tomé el derecho rumbo de San Sebastian, para pasar en la primera embarcacion que hallase á los estados de Flándes á buscar á mi amo y señor, para agradecerle el bien y regalo que en su casa habia recibido y las mercedes y honras que por su respeto me habian hecho; y despues con su licencia y voluntad irme á Nápoles á gozar de la merced que su majestad me habia hecho, quizá por atencion de que era yo su criado y que solo habia venido á España en busca suya. Llegué á la ciudad de Tudela, una de las principales de Navarra, adonde me dió un verde aceitunado de olorosas frutas y de excelentísimos vinos, llevando ordinariamente un mundo tras mí, por la novedad del traje, haciéndoles creer el mozo de mulas que era un embajador del Transilvano. Pasé á una legua de aquella ciudad el presuroso y soberbio rio de Ebro sobre los hombros de una anchurosa y reforzada barca, en la cual compré una gran cesta de anguilas, por ser comida regalada y estimada en toda aquella comarca; las cuales, con los arrieros y pasajeros y mozos de mulas que nos habiamos juntado en el camino, nos las merendamos en una venta á cuatro leguas de Tafalla, bebiéndonos con cada uno, porque no se nos pegase al estómago, una azumbre de vino, mas helado que si fuera deshecho cristal de los despeñados desperdicios de los nevados Alpes; porque vale tan barata la nieve en aquel país, que no se tiene por buen navarro el que no bebe frio y come caliente. Menudeamos de tal suerte el sabor de las anguilas y á la consolacion de la frescura de la bebida, que á estar mas en la venta de lo que estuvimos, obligábamos al ventero á que bebiera lo que beben los bueyes, hallando cuando entramos en su posada un tonel lleno de lo tinto.

Caminamos al caer el sol y toda la noche, por ser tierra tan cálida, que no se puede andar por ella si no es con mucho riesgo de la salud mientras dura la fuerza del sol. Quiso mi desgracia, por barajarme el gusto que traia de la buena merienda, que á una legua de Tafalla, emparejando con una ermita que está cerca del camino real, ni sé si por ir lleno de sueño, ó por caminar cargado de vino, di una caída de la mula abajo, tan feliz y venturosa, que sin romper la manga de la hungarina polaca, ni la del jubon napolitano, ni la de la camisa española, me hice mil pedazos un brazo, por ser la mula pequeña de cuerpo y el camino, llano y arenoso. Quedé el hombre mas contento de este mundo de ver que mi caída no necesitaba de insignia; porque ¿qué mas gusto que en cualquier tiempo digan los que vieren el revolcadero: Aquí cayó un lobo gallego, que no: Aquí mataron á un hombre, rueguen á Dios por él? Lleváronme medio muerto á la villa, y metiéndome en una posada, en lugar de cirujano, pedí que me trajesen de beber para pasar el susto. Trajo el huésped una cantimplora de vino frio, y el mozo de mulas un cirujano caliente; y tratando primero de aplacar mi sed, traté despues de re-

mediar mi brazo. Hallóme con un calenturon temerario; y atribuyéndolo al vino que en su presencia habia bebido, dijo que si proseguia con tal desórden, que no tenia que ponerme en cura. Dile palabra de enmendarme y de satisfacerle su trabajo, en virtud de lo cual me curó aquella noche, viniéndome á visitar despues dos veces al dia. Coheché de tal manera al huésped, que apenas habia dado fin á una cantimplora llena de clarete y nieve, cuando ya estaba otra apercebida y puesta á enfriar. Decíame el cirujano todas las veces que me curaba que echara de ver si habia importado el reglarme en la bebida, pues cada dia iba mejor. Reimos yo y el huésped, dándole á entender que bebia agua cocida.

Al cabo de quince dias me hallé sano y con fuerzas para ponerme en camino. Pagué al huésped; y despues de haber andado muy generoso con el cirujano, le dije que la causa de estar tan fuerte y animoso y haber estado bueno con tanta brevedad era por los milagros que habia usado el vino conmigo, por ser yo tan devoto suyo y por haberle tenido siempre á mi cabecera. El me respondió: Lo que á unos mata, á otros sana. Y despidiéndome de los dos y saliéndome aquella mañana de Tafalla, llegué á la tarde á la ciudad de Pamplona, caabeza del reino de Navarra, frontera de Francia. Y queriendo entrar por una de las puertas de sus fuertes y altivos muros, se alborotó de tal manera la guardia que estaba en ella por verme en traje polaco, que me espanto cómo no me dieron una rociada de balazos. Salió un cabo de escuadra con veinte y cinco soldados, y todos con sus armas, á recibirme, mas de guerra que de paz. Hiciéronme poner pié en tierra, y cercándome como si fuera enemigo, me preguntaron que de qué nacion era, qué oficio ejercia, de dónde venia y dónde iba. Yo, temblando de verme entre tantas picas y arcabuces, despues de haber satisfecho al interrogatorio, les dije que mirasen que era Estebanillo Gonzalez, flor de la jacarandina, criado del duque de Amalfi, y hidalgo muchísimo menos que el Rey; y que para que mas se satisfaciesen, les presentaria mi carta de creencia y ejecutoria, protestándoles que me diesen libertad y me levantasen el sitio. Pero no siendo todo esto bastante para ablandar al cabo de escuadra, se determinó de llevarme delante del conde de Oropesa, que era virey de aquel reino, y á quien yo traia las cartas de recomendacion. Llevé tras mí un batallon de gente popular, apellidándome á voces espion. Llegué á palacio con toda esta escolta, y entráronme en el cuarto de su excelencia, habiéndole primero enviado un recado con un paje suyo el cabo de escuadra de que habia preso á un esguízaro españolado por sospecha de espía. Llegué á su deseada presencia, por verme libre de aquellos soldados del prendimiento; y despues de haberle hecho un rastreado de cortesías, le dí la carta, la cual leyó con mucho agrado; y riéndose de ver con el recato y guardia que me habian traído, le mandó al cabo que se volviese, que aquella espía era de paz. Y despues de haberse entretenido conmigo en saber el largo viaje que habia hecho sin haber podido dar un

alcance á mi amo, mandó á su mayordomo que todo el tiempo que me detuviese en aquella ciudad, hasta tener nueva cierta de embarcacion, que me diese ocho reales de racion cada dia, que de presente hay racionero de la capilla real de Granada que hubiera trocado su racion por la mia. Hallábame siempre á su mesa, adonde saliendo siempre tripa horra, daba sepultura á los mejicanos. Venian todas las noches muchos caballeros navarros, y particularmente don Pedro Navarrete, á cortejarle y entretenerle, con quien yo chanceaba bravamente; y despues de venderles bulas sin ser Cuaresma, les contaba las mayores mentiras y embelecos que se pudieran imaginar; y para que no pudiesen comprobarse, acotaba haber sucedido en Alemania y en Polonia. Dábanme allí muy buenos baratos, y en sus casas muy caros y sabrosos claretos.

Bajéme una noche á jugar á las pintas con un acemilero alentado, y encerrándonos los dos en su aposento, que estaba pegado á la caballeriza, á la luz de una torcida, alimentada con aceite, le gané todo cuanto tenia, con tal rigor, que aun no tuvo dicha de que llegase el naípe á su mano; y colérico de su mala suerte ó sentido de la pérdida que habia hecho, quitándome de las manos el libro descuadernado, me dió con toda la bajaran en mitad de los hocicos: yo, acordándome de las leyes del duelo, por no quedar en nada cargado, aunque siempre lo estaba de vino, le dí tal sombrerazo en las asentaderas de los bigotes, que le dejé aplastadas las narices. Acudió con velocidad á un rincon á tomar su espada, y yo, temeroso de que la hallase y me ahorrase de venir á Flándes, arbolé la luz, y dándole un soberbio candilazo sobre las espaldas, despues de haberlo hecho acemilero manchego, quedó el pobre Estebanillo á oscuras y á puerta cerrada y muerto de miedo; pero díme tan buena maña á palpar la surtida, que primero dí con el cerrojo que mi contrario con la tizona. Salíme á lo raso, y amparándome del cuerpo de guardia, llegó en mi seguimiento mi encandilado acemilero, con cinco palmos de herrusca, tan antigua, que pienso que en su juventud la trajo el Cid en sus alforjas. Opúsose á su ímpetu un cabo de escuadra, y despues de haberlo hecho desarmado, sin haber tocado á la queda, y de darnos á cada uno media docena de cintarazos, que de esta mercancia suelen los oficiales de ahora ser muy liberales, se hizo sabedor de todo el caso, y trató de hacernos amigos, no queriendo venir en ello mi rascador de mulas hasta tanto que le pagase el menoscabo de la ropilla y el valor del candil. Pero yo, dando muestras de príncipe polaco, le dí doce reales, de veinte que le habia ganado, y llevándolo á él y al cabo de escuadra y á media docena de soldados á la taberna del vino de Zaragoza, que está dentro del mismo palacio, gasté los ocho reales que me quedaban de toda la ganancia, ahogando la penitencia y poniendo en olvido los agravios.

Tuve otro dia nueva de que habia llegado á San Sebastian la marquesa de Torres en una fragata de Dunquerque, de lo cual dí aviso al Virey, y pidiéndole licencia para proseguir mi viaje, me dió á la despedida

un pasaporte y una carta para Onofre Pastor, maestro de campo reformado y gobernador de aquella plaza, para que me hiciese dar embarcacion y una ayuda de costa, como de mano de un grande de España y conde de Oropesa. Salí de la ciudad de Pamplona con una mula y un criado; y despues de haber pasado los confines del reino de Navarra, entré en la provincia de Guipúzcoa, que, aunque es país no barato, es muy regalado y ameno de variedad de arboledas. El segundo dia y postrero de mi viaje, á persuasion del criado, quizá por ir él á caballo, bebí una poca de sidra, por hacer gran calor y decirme que era buena para refrescar, pero apenas la habia embasado por mi daño é ignorancia en la cueva de mi barriga, empezó á tener alborotos con el vino que estaba dentro y andar á puñadas el uno con el otro, sintiendo yo, bien contra mi gusto, la batalla y el combate; pero qué menos me podia suceder con bebida cuyo propio nombre es zagardoa, que mal azagaya le tiren al ladron que tal me hizo beber. Al fin, como en muchos reinos y señoríos me han dado emperatrices, reinas y damas de calidad muchas ayudas de costa, en esta provincia la señora doña Zagardoa, marquesa del Real de Manzanares, me honró con hacerme ayuda de cámara y escudero de á pié, pues todo el camino fuí á pata con los calzones sueltos y en las manos y haciendo á cada veinte pasos una parada. Llegué, sobre tarde, á San Sebastian, debilitado, lacio y despeado, y para alivio del mal que habia padecido, la primer nueva que me dieron fué que la fragata que habia venido de Dunquerque se habia partido para la Coruña; mas para conmigo todos los duelos con vino son menos, y es el que me mata y da vida. Acudí al remedio, y entrándome en una posada, me trajeron un bizcocho y una azumbre de lo de Rivadavia, el cual, por ser mi paisano, me sosegó la tormenta de la barriga, y fué causa de poderme poner las agujetas. Y sintiéndome un poco mas aliviado, fuí á llevar la carta del conde de Oropesa al gobernador de aquella plaza, el cual me dijo que el dia que supiese que habia alguna embarcacion para Flándes, que le avisase, que al punto me haria embarcar, y que si se me ofreciese alguna cosa, que acudiese á su casa. Con esto me despedí, y yéndome la vuelta de mi posada á tratar de la convalecencia de mi desgracia, encontré con dos soldados de los Países-Bajos, que me habian conocido en ellos, el uno alférez y el otro sargento, los cuales habian sido prisioneros en la batalla de Roroy, y se habian huido de la prision, y estaban aguardando pasaje para volverse á sus compañías; y despues de habernos saludado, les supliqué se quedasen aquella noche á cenar conmigo; en cuyo convite me contaron su larga prision y el modo que tuvieron para librarse y llegar á gozar de la amada libertad. Quedamos aquella noche de concierto de hacer camarada, supuesto que todos éramos de una nacion y haciamos un mismo viaje. Estuve treinta dias en esta villa, gastando lo que tenia, y sin tener socorros, como en las demás partes donde habia estado. Asistíales á mis camaradas don Diego de la Torre, secretario que habia sido de Estado y

Guerra en los estados de Flándes. Al cabo de este tiempo hallamos un bajel hamburgués que iba á Holanda, con el cual concertamos nuestra embarcacion por muy poco dinero, y del remanente que á mí me habia quedado compré siete mil limones, con intencion de venderlos donde llegase á tomar puerto, y cuatrodoblar el caudal; pero hice la cuenta sin la huésped. Hicimos una buena provision, así de comida como de bebida, la cual juntamente con los limones llevamos al dicho bajel, y echando la bendicion á la tierra, tomamos quieto y pacífica posesion de él.

CAPITULO XIII.

En que prosigue el viaje que hizo á Flándes, los naufragios que le sucedieron en el camino, y los palos que le dieron en Inglaterra, la llegada á Brusélas y la despedida para Nápoles.

Salimos de aquel puerto con favorable viento y con esperanza de tener feliz viaje; y el primer dia, por tener conciencia y amistad con el patron y marineros, donde fueron tantos los brándis, que si con cada una camináramos un cuarto de legua, llegáramos aquella noche á Dunquerque, dimos todos tres camaradas valientes muestras, mientras duró la bonanza, de alentados, fuertes y briosos; pero al cabo de dos dias nos sobrevino tan fuerte borrasca, que deshicimos la pompa, y hechos unas madejas, nos tendiamos como atunes. Tardamos veinte y cinco dias en solo tomar la canal, habiendo desde San Sebastian á la boca de ella no mas de ochocientas leguas. En esta canal, y no de tejado, tras de todos nuestros infortunios y trabajos, nos faltaron los bastimentos, así á nosotros como á los marineros. Aquí fué donde de todo punto aborrecí el agua, y donde acabé de confirmar por insensatos á los hombres que pueden caminar por tierra, comiendo cuanto quieren y bebiendo cuando gustan, y se ponen á la inclemencia de los vientos, al rigor de las ondas, á la fiereza de los piratas, y finalmente, ponen sus vidas en la confianza de una débil tabla, sin considerar el peligro de un escollo, el riesgo de una sirte, y el daño de un bajío, el temor de un banco, el sobresalto de una playa, y la soberbia de una bestia fiera é indómita, y que le basta ser mujer para ser mudable y volitaria. Yendo la muerte á la puerta, y la hambre dentro de casa, animé á mis compañeros, y diciéndoles: De paja ó heno el vientre lleno, los bajé abajo, y dando en los limones como si estuvieran en conserva, cortábamos la cólera á todas horas, aunque teniamos bien poca, los cuales nos servian de principios y postres. Traiamos todo el dia las bocas agrias, las barrigas acedas, y los dientes afilados y de un palmo, y á la noche cerrábamos con una docena de toneles de vino que llevaba el patron, con que quedábamos confortados. Y por irse pudriendo mis limones, los iba trocando con una gran cantidad que llevaban los marineros, y creciendo y multiplicando la mia.

Pero viéndonos el patron tan alegres y regocijados y estar todo el dia y la noche debajo de cubierta, sin lamentarnos de la hambre y sed como todos los demás lo hacian, y considerando que no éramos cuerpos santos

para pasarnos de milagro, bajó abajo, y haciendo visita general, nos descubrió la flor, y nos mandó subir arriba. Pero anduvo tan bizarro, considerando á lo que obliga la necesidad, que no se dió por entendido, ni nos hizo cargo de nada de lo que le faltaba; pero de allí adelante no nos dejó entrar debajo de cubierto, con que nos helábamos de frio y nos ahilábamos de hambre, soplando siempre un viento contrario para acabarnos de acomodar. Estando ya desahuciados de todo remedio dando bordos, llegamos una tarde á dar fondo en Valmur, uno de los mejores puertos de Inglaterra. Saltamos en tierra, y nos entramos en una taberna, y como si fuera noche de Carnestolendas ó se casara alguno de nosotros, toda la noche, ó la mayor parte de ella se nos fué en satisfacer las muchas que habíamos pasado malas, sin haber á las últimas rociadas ninguno que se acordase de las tormentas ni de las calamidades pasadas. Venida la mañana, desembarcamos todos los limones, y los llevamos á vender á una villa que está á una legua de este puerto, y en una de las mas ricas posadas tomamos un aposento, y llevando con nosotros una gran partida de ellos, dejamos los demás encerrados. Fuimos á la plaza, adonde pasamos plaza de marchantes de agrio, y á medio dia nos regalábamos como mercaderes de dulce. Despachamos aquel dia todos los que sacamos al mercado, y volviendo á la noche á nuestro aposento, hallé que me habían hurtado mas de la mitad de los que habia dejado; y como si estuviera en tierra del rey de España y tuviese á mi lado al duque de Amalfi, mi amo, que me defendiese, empecé á hundir la posada á voces y á llamar perros, ladrones, luteranos al huésped y á sus criados, á lo cual ninguno me respondia por no entenderme. Llegó el sargento á mí, y viéndome tan colérico y desbaratado, pues braveaba en tierra ajena y con nacion contraria á nuestra fe, me dijo que callase, porque habia muchos en aquel reino que sabian hablar español, y que si alguno ilegase á entender lo que les decia, que me matarian á palos; pero apenas fué dicho, cuando fué hecho, porque habiéndome oído un inglés españolado todos los nombres de las fiestas que les habia dicho, dió cuenta á cuantos estaban en la posada, y tomando cada uno el palo que halló mas á mano, me dieron mas leñazos que limones me habian hurtado. Y no contentos de haberme medido de arriba abajo infinidad de veces y de no dejarme hueso que me quisiese bien, nos llevaron á todos tres á una jaula de hierro que estaba en mitad de la plaza, y encerrándonos en ella como á papagayos, nos dejaron á oscuras y al resistero del viento. Allí purgamos los buenos pastos que nos habíamos dado, y allí temimos, siendo en tierra, mas que todos los peligros que habíamos pasado en la mar. Estuvimos toda la noche haciendo consultas, y á la mañana amanecemos arrecidos, por ser cerca de Navidad, y transidos de sed y hambre. Llegábamos á ver cuantos pasaban por cerca de la jaula, y en lugar de preguntarnos: ¿Cómo estás, loro? Nos decian: Infames papistas y espiones y otros favores á este tenor. Acertó á pasar un caballero de

aquella villa, que su persona daba muestras de serlo, el cual nos saludó en latin, y yo tomando la taba y soltando la taravilla, sin darle lugar á que nos hiciese ni una pregunta, le estuve latinizando mas de media hora, contándole nuestro viaje y causa de la penidencia, mollizna de palos y encerramiento de jaula; y humillándome ante él, le mostré todos mis papeles, y le supliqué que tuviese compasion de nosotros. El cual, enternecido de ver con la poca razon que nos tenian de aquella suerte, fué y habló á la justicia, y volviendo con un ministro de ella, nos hizo abrir la puerta, y sin decirnos os, nos salimos de la jaula y nos pusimos en la calle los tres pajarotes. Agradecemos al caballero la merced que nos habia hecho, y vendiendo los limones que nos habian quedado en junto, salimos de la villa mas recios que jarras.

Llegamos á la marina, adonde hallamos el bajel con mucho espacio, y sus marineros con mucha flemma, y dos fragatas de Dunquerque, que forzadas del mal temporal, habian llegado á dar fondo. Viendo que estaban medio de partida y que el dinero iba boqueando, nos determinamos de embarcarnos en ellas; y llegando á hablar á los que venian por cabos, me llevaron á mí á la una, y mis camaradas á la otra. Salió la mia dia de Navidad del año de 1643, y en corso contra holandeses, franceses y portugueses. Iban todos deseando hallar ocasion en que mostrar su esfuerzo y dar un filo á sus sueños, y yo rogando á Jesucristo que por su bendito nacimiento no tuviésemos fortuna de llegar á descubrir vela, aunque fuera de cera. Pero el segundo dia nos fué fuerza pelear con un bajel holandés, y despues de habernos peloteado mas de una hora, se fué á pique, salvándose la gente. Tomamos la derrota la vuelta de Bretaña, andando á caza de bajeles franceses, y en encontrándolos, poníamos bandera francesa; y de la misma suerte, en encontrando bajeles holandeses, poníamos bandera holandesa. Llegamos á la costa Bretona, donde cada dia andaba el diablo en Cantillana, y se batia muy bien el cobre. Si el bajel que encontrábamos era fuerte, huíamos como galgos, y todos muy tristes, y yo reventando de alegría, y ensiendo débil y de poca defensa, cerrábamos de tropa á caiga quien cayere. Y yo, por no dar alguna mala caída, me metia debajo de cubierto, y en estando pasada la borrasca, subía á saber si era presa de vino; y en siéndolo, peleaba yo solo mas que todos, pues mientras los marineros se chupaban media docena de potes, me chirriaba yo una. Anduvimos muchos dias, unas veces huyendo por reconocer ventaja, convertidos los mas valientes en temerosas liebres, y otras veces dando alcances, por ser nosotros mas fuertes, trasformado el mas cobarde en invencible leon. Al fin, habiendo echado algunos bajeles á fondo, y cogido presas de importancia, nos volvimos la vuelta de Flándes, ayudados de un poniente favorable. Era una alegre fiesta de caramessa el vernos cuán bien lográbamos los ratos desocupados que teníamos, porque como el vino no nos habia costado nada, bebíamos todos á discrecion; y el mal humor que yo gastaba, cuando llegábamos á embestir,

lo trocaba á este tiempo en chancear y en ayudar á las faenas, no á las de los árboles y velas, sino á las de remojar los tragaderos. Eran siempre mas largos estos oficios que los del sábado Santo, y á la tarde veníamos á estar todos iguales y á caer unos sobre otros; al fin, vida de cosarios, y muerte de pasajeros. Viniendo un dia todos muy alerta por la costa de Francia, al tiempo que emparejamos con Calés, nos salieron á dar alcance dos bajeles holandeses, los cuales, mas por fuerza que por grado, nos hicieron meter en Dunquerque, contra la voluntad del capitán de la fragata, que no contento de lo pasado, aun todavía queria probar su ventura; mas yo, viendo cuán buena habia sido para mí el haber dado fin á mi viaje, salté en tierra y me entré en la villa. Y como otros buenos cristianos se van derechos á la iglesia, yo me fuí derecho á una taberna, y no metiendo en ella mas de cuatro reales, empecé á pedir y á gastar como si fuera cargado de doblones, en confianza de hallar amigos ó conocidos, porque mi oficio es unas veces barco lleno, y otras barco vacío.

Estuve allí unos días refrescando y descansando, y á la partida el maestre de campo don Fernando Solís me dió con que pagar el gasto que habia hecho y con que venir hasta Nieporte, adonde Salvador Bueno, gobernador de aquella plaza, me amparó y ayudó para el camino. Llegué otro dia á Brujas, adonde me vestí á lo polaco, y por ser Carnestolendas y traje ocasionado, faltó muy poco de no apedrearme. Pasé de allí á Gante, en cuyo castillo hallé todo regalo y agasajo; y al cabo de dos dias hice mi entrada en Brusélas, que fué el segundo dia de Cuaresma, adonde fuí muy bien recibido de mi amo, haciéndome la merced que siempre me ha hecho, y gozando en su palacio de la generosidad que siempre he gozado. Fuí á visitar á los demás señores, en quien hallé la misma grandeza, y aun mas que antes, y con mas quilates aventajadas las dádivas. Llevaba tambien tras mí sus poquitos de muchachos, porque imagino que no se ha visto traje mas mirado ni hombre mas perseguido que yo con él; y yendo á ver á mi dama, para mudar de vestido, me dijo el mercadante adonde la habia dejado que á pocos dias de mi partida se habia ella echado al mundo, por quitarse de malas lenguas; y que todos mis vestidos los habia vendido y empeñado, sin haber dejado cosa ninguna en su casa. Fuíme á la de su tia, la cual me recibió con mil zalemas, y me dijo que en aquel instante acababa de salir de allí su sobrina, y que estaba como un ángel, y que deseaba volver á mi poder, y que la habia estado mas de una hora persuadiendo para que me fuese hablar y dar un recado muy amoroso de su parte, y á disculparla del yerro que la habia hecho; y que el haberse hecho tan miserables los hombres para con las mujeres, la habia obligado, por verse en necesidad, á enajenarme la ropa que le habia dejado á guardar. Yo dije que al punto le enviaria la respuesta de todo lo que habia dicho por escrito, para que se la diera á su sobrina. Y despidiéndome de ella, me entré

en casa de un amigo, y tomando recado de escribir, le compuse un romance, que decia de esta suerte:

Madama doña Escotoña,
Ya no mas, por no ver mas,
Puesto que hasta aquí he querido
Cantar mal y porñar.

Ya, mi reina, no me atrevo
Sufrir mas, por querer mas,
Porque agravios por finezas
Es ya moneda usual.

Esa zalema á los moros,
Ese tus tus á otro can,
Esas flores á otro mayo,
Esas chanzas á otro Bras.

Lleve el favonio suspiros,
Lleve lágrimas la mar,
Y lléveme á mí el diablo
Si vos me engañareis mas.

Por vuestra causa he quedado
Retrato del padre Adán,
Siendo en corte, por lo menos,
Polaco, á no poder mas.

Vos, señora, habeis tenido
Mas conchas que no un caiman,
Mas cautelas que un Sinon,
Mas pleitos que una ciudad;

Mas entradas que no un reino,
Mas salidas que un lugar,
Mas visitas que una audiencia,
Mas aplausos que un mordas;

Mas encuentros que los dados,
Mas ofrendas que un abad,
Mas vulecos que tuvo Troya,
Mas tiros que tiene Oran;

Mas que angélicas traspuestas,
Mas dispuestas que una paz,
Mas cebo que un pescador,
Mas uñas que un gavilán.

Y si mas llegare á veros,
Cuando juegue y diga mas,
Ruego al cielo que en castigo
Diga topo y eche azar.

Hicelo un billete, y despues de haberlo cerrado, sêlo envié con un muchacho á la tia, echándoles á las dos la bendicion para siempre. En este tiempo mi amo, por verme en mi traje y hacermelo dejar el ajeno, me hizo una pura mancha el vestido polaco en un banquete; pero al cabo de dos dias salí á su costa hecho una parte de plata. Y por hacer alarde de la nueva gala, me fuí al salon de palacio, y andándome paseando por él, me acordé de haber leído como en aquel mismo puesto el invencible emperador Carlos V, por hallarse enfermo de la gota y fatigado de los trabajos de la guerra, hizo renunciacion de su imperio y reinos, y se fué á Yuste á retirarse y á tener quietud. Y queriendo aprovecharme de tan grandioso ejemplar, por verme enfermo del mismo achaque y fatigado de los trabajos de la paz, y porque se me va pasando la juventud, y que me voy acercando á la vejez, propuse de abreviar con mas eficacia parairme á retirar y á tener sosiego en aquel ameno y deleitoso Yuste de la gran ciudad de Nápoles, metrópoli de todas las grandezas, maravilla de maravillas, cuyos montes son dulce olvido de los hombres, cuyos campos son prodigios ostentosos de la naturaleza, cuyo celebrado Seveto es emulacion del Xanto y competidor del Pactolo, su muelle asombro del piramidal coloso, sus templos desperdicios del de Efeso, sus príncipes y señores el símbolo de la lealtad, la congregacion del valor, el centro de la nobleza, el sôl de

toda la Europa, y la flor de toda la Italia. Para cuyo efecto traté al instante de hacer este libro, por hacerme memorable y porque sirva de despedida de mi amo y señor, para que, como tan gran príncipe, viendo que es cosa justa lo que le suplico, en premio de lo que le he servido, acordándose de la palabra que me dió después de la batalla de Tionvila, me dé licencia para retirarme á disponer de la merced que su majestad me hizo á la fértil vega napolitana, teniendo mi celda en el San Yuste de su ducado de Amalfi. Y estando en los últimos pliegos de esta obra, llegó á esta corte la funesta y infeliz nueva de cómo la majestad cesárea de la emperatriz María había sido Dios servido de llevarla á mayor imperio, para que trocase la corona que tuvo en esta vida por la corona de la gloria, cuyo justo sentimiento me inundó el corazón de suspiros, y de llantos los ojos, porque en oír un tan tierno malogro y tan acelerada partida, ¿qué diamante no se ablandara, ni qué risco no se enterneciera? Y soy tan por todo extremo infeliz, que siempre á una pena me sigue otra pena, á una desdicha otra desdicha; pues habiendo tenido suerte de servir á un tan gran príncipe como fué su alteza serenísima el infante Cardenal, que en campos de zafir pisa tapetes de luceros, al tiempo que mas me amparaba y asistía, por ser perla del nácar la divina Margarita, se lo llevó el cielo para que en él fuese celestial rubí; y cuando con toda liberalidad y grandeza la majestad real de la hermosísima reina de Polonia me honraba y favorecía, trocó el reino estable por el eterno; y ahora de presente la emperatriz del orbe, reina de la hermosura, la princesa de las flores, cuya belleza era sobrehumana, y cuyas virtudes eran divinas, porque gustaba de hacerme merced y de ayudarme con generosa mano, dejando á Alemania en un eterno caos, y á España en una confusa tiniebla, se ha partido á ser luz del sol y querubín entre los querubines; de modo que para que á mis tormentos no haya humana resistencia, me han faltado de cuatro años á esta parte tres columnas invencibles, tres deidades milagrosas, y tres floridos pimpollos de la casa de Austria, que han sido un infante de España, hermano de un poderoso rey; una reina de Polonia, mujer de tan gran monarca, y hermana de un emperador; y una emperatriz de Alemania, mujer de un emperador del orbe, y hermana de un rey de España y de una reina de Francia; de suerte que hoy me hallo tan huérfano y solo, que ya no tengo á quien volver los ojos, si no es á mi rey y señor y á mi antiguo dueño el excelentísimo duque de Amalfi, que á no estar debajo de su amparo y no hallarme tan obligado como me hallo á tanto favor y merced como me ha hecho y hace, me hubiera forzado el sentimiento de esta última muerte á irme á un desierto á hacer penitencia, ó á un oculto y encumbrado monte, para que entre sus soledades me acabasen las melancolías que me afligen de la presente desdicha. Y por dar muestras de agradecido á tantos grandiosos beneficios como de su majestad cesárea había recibido, compuse á su muerte los siguientes versos:

Cuando lleno de albores
Entró el jurado mes, rey de las flores,
Prestando á los jardines
Avenidas de rosas y jazmines,
Y dando á los vergeles
Lluvias de lirios, flotas de claveles.
La flor mas olorosa,
La mas purpúrea y resplandeciente rosa
Que pasó de Castilla
A ser del sacro imperio maravilla,
La que al sol al miralla
Le presentó victoria, y no batalla
La emperatriz María,
Risa del alba y esplendor del día,
Trágico golpe quiso
Trasformarle el laurel en cipariso.
Porque en tal desventura
Nos faltase la luz y la hermosura.
Jamás creyó su Atlante,
Que se eclipsara sol tan rutilante,
Ni que de fiera parca horrenda huella
Se atreviera á menguar luna tan bella;
De hoy mas no dén las flores
Fragancias de odoríferos olores.
Ni tenga el mar bonanza,
Ni se vistan los prados de esperanza:
Sea todo agonía,
Pues le faltó al imperio el alegría.
Hinchándose con llanto muy profundo
De sentimiento y luto todo el mundo.

GLOSA.

*Aprended, flores, de mi
Lo que va de ayer á hoy;
Que ayer maravilla fui,
Y hoy sombra mía aun no soy.*
Purpúreos claveles rojos
Fueron mis facciones bellas,
Todas racimos de estrellas,
Todas soles á manojos;
Mas ahora son despojos,
Y no aquello que antes fui,
Pues deshojó el alelí
La parca de mi hermosura;
Y así de tal desventura,
Aprended, flores, de mi.
Ayer me vió la campaña,
Dando á sus flores olor,
Mujer de un emperador,
Y hermana de un rey de España;
Y hoy un golpe de guadaña
Me ha postrado adonde estoy,
Y aquello que fui no soy,
Ni puedo volver á ser;
Con que podrá el mundo ver
Lo que va de ayer á hoy.
La corona de mi frente
Tuvo ayer muy gran valía,
Por ser reina de la Hungría
Y emperatriz del Oriente;
Por rosa resplandeciente
Tal bien ayer merecí;
Mas como mortal nací,
La parca cortó mi ser,
Sin respetar ni temer
Que ayer maravilla fui.
Infanta nací en la cuna,
Y en mi juventud hermosa
Vine á ser reina y esposa
De un sol de quien fui la luna:
Tributóme la fortuna,
Y ahora feudos le doy,
Y aunque en urna real esloy,
Me sirve de desconsuelo
Que ayer me vi sol del suelo,
Y hoy sombra mía aun no soy.

Ya me parece, amigo lector, que será justo el dar fin á este volúmen, porque no sería razon, tras de tanta pena y sentimiento, escribir cosas de chanza, cuando

hubiera materia para ello; y así, me perdonarás el haberte dado el postre en tragedia, pues harto me holgara yo y toda la cristiandad que su majestad cesárea se gozara siglos de siglos, y darte en lugar de sus epitafios fúnebres una docena de romances alégres. Y así, culpa á la muerte, y no á mi pluma; pero porque te quedes saboreando con la miel del bureo, y no lloroso con el trágico fin, porque sea postre agridulce como granada, hice una despedida de mi amo y de todos los señores y damas de esta corte, advirtiéndote que me ha costado harto trabajo, porque su compostura es la mas difícil que hasta hoy ha salido, por ser romance sin una letra vocal que es la o, con ser la mas necesaria de todas cinco, que es el siguiente :

Insigne duque de Amalfi,
Cuya fama á Italia ilustra,
Y ella ufana á tus laureles,
La da palmas á la pluma;
Fuerte Alcides de Alemania,
Cuyas deidades angustas

Y águilas sacras rapantes
Las preservásteis de injurias;
Valiente Aníbal de Flándes,
Pues en su primera angustia
Le sacásteis invencible
De las tinieblas oscuras:

Estéban se parte á Italia,
Y antes de partir renuncia
El alegría y la chanza
Y la gala de la bufa.

A vuestra excelencia suplica
Le dé licencia, si gusta,
Pues que sus males y achaques
La muerte y vejez anuncian.

Bruselas, quedad en paz;
Damas, deidades purpúreas,
De cuya beldad se saca

Quinta esencia de luz pura,
A reverder en el valle,
Pues ya mi merced se atufa

A tener casa de naipes
Y á vivir de garatosa.

Príncipes, duques, marqueses,
Mi viaje se apresura,

Y el partíme es para siempre,
Y la vuelta para nunca.

El fin de mis caravanas
Anhela y pide pecunia,
Que es la bella entretenida

Sanguijuela que la chupa.
Valiente y fuerte milicia,
Cuya infernal baraunda

Me hace temblar cada día,
Y guardar muy bien la nuca,
A mi partida haced salva,
Pues sabeis mis cancamusas,
Y que en campaña de *requiem*
Nunca estuve de aléluya.

Burguesía, ya se ausenta
Esta tremenda figura,
Que de lámparas y tazas

Fué tarasca y fué lechuza.
Quedad en paz y quietud,
Galcazas de la chusma,

Putillas de la salud,
Venteras de carne cruda.

Muy huérfanas quedaréis,
Bellas y amenas bayucas,

El alma queda en rehenes,
Ya que el cadáver se muda.

Mis niñas en esta ausencia
Darán vertientes de zupia,
Que si es muerte el ausentarse,
Lágrimas den á sus urnas.

Si al que se muda, Jesus
Siempre le ampara y le ayuda,
Buen viaje y buen pasaje,
Pues que ya pinta la uva.

LOS TRES HERMANOS,

NOVELA

ESCRITA SIN EL USO DE LA A.

POR FRANCISCO NAVARRETE Y RIBERA.

Premio el lector llevará,
Cuando el discurso leyere,
Si en alguna línea viere
Razon escrita con A.

EN Toledo, pueblo insigne por quien le dió principio, que fué Ptolomeo, eminentísimo estrellero, por su suelo y cielo, por su sitio, como por su célebre río, sus dulces y melosos frutos, por su rico y suntuoso templo, por sus bellos rostros de mujeres en visos del sol, esculpidos entre crepúsculos de nieve, por sus eternos edificios, propios de sus ilustres vecinos, por el entendimiento de sus hijos, que son robo de los estudios, por el orgullo invencible de muchos que siguieron pendones, y con gusto oyeron el rumor del bélico instrumento, y en nombre de su rey rindieron fuertes, pendieron triunfos, y fueron dignos merecedores de mercedes y privilegios que hoy hinchén sus honorosos escudos; este pues Toledo, como digo, en el principio que reinó el prudentísimo y temido rey don Felipe II hubo un buen clérigo con el beneficio del templo del glorioso Isidoro, con cuyos frutos y los derechos de sus obveniciones, se gobernó bien regido, sin deseos del propio ministerio. Este pues crió un bello mozo, por nombre don Pedro Osorio, en el título de sobrino, que es el deudo común de estos señores, con todos los propios que el tesoro de los hombres contiene; fué bien entendido como brioso, de lindo cuerpo, y mejor condicion; crióse con el motivo de sí solo, porque muchos se perdieron por otros, y no por sí; exentóse de los desvelos del ciego dios, y recogido en virtud, cuidó siempre el ejercicio de leer curiosos libros y de buen ejemplo; en fin, quitó y hurtó el vicio de su juventud. Y en medio de este sosiego, bien seguro de su perdicion, un domingo del fogoso julio, en el festin del río deleitoso, vió en un coche un hermoso prodigio, un espíritu del sol en vestido de mujer, el pelo en rizos de oro, sus ojos dos luceros, verde el color, tesoro prometido, si bien difícil por lo severo y poco divertido.

Puso los ojos el cuerdo mozo en el bellísimo y hermoso rostro, en cuyos divinos reflejos se entregó vencido

y sin el uso de su condicion; fué cortés del sombrero, y en lo recíproco vió su cortejo bien recibido; llegóse, y vió un gentil hombre, si no es que fuese hombre gentil, que muchos lo son en el conocimiento de lo que deben donde tienen honores, y todo el beneficio de su común ministerio, pues por pequeño interés venden lo que no tiene conocido precio, que es el crédito y opinion de sus dueños fingidos en veces, y en veces solícitos corredores de su conocido interés, con que son inquietud y perdicion de los hijos de sus señores. Díjole: Señor mío, por conocerle le pido quién es este portento hermoso. Respondió el buen escudero, de nombre Monzon: Este querubín divino lo engendró don Rodrigo Ponce de Leon, de noble y generosa estirpe, rico y muy poderoso, pues tiene en censos y tributos tres mil escudos por tercio de bueno y seguro cobro; es viudo de diez meses; tiene otro hijo, que por inquieto no vive en Toledo, y en su olvido es el disgusto de don Rodrigo mi señor, que siempre lo tiene por muerto ó perdido, por su mucho brío y poco temor.

Don Pedro quedó gustoso del informe, y dijo: Yo estimo lo referido, y quedo reconocido deudor. Despidióse: quedó confuso como inquieto, y como le cogió en los principios, fué un improvisó que le privó de su entendimiento, y solo con el distinto de hombre siguió el coche, supo el nido de su hermoso dueño, de quien desde el mismo punto que le vió se reconoció preso en el brete de sus ojos. Recogióse, oscureció, y quedó en silencio el tropel confuso de los vivientes; penó desvelos sin ser vencido del sueño, y con deseo de ver luces del sol, como de los divinos luceros dueños de su inquietud, dejó el lecho, vistióse presuroso, y fué donde dejó su entendimiento. Estuvo poco tiempo, y vió el escudero, en quien puso el punto fijo de su norte; díjole: Señor, yo soy el pídido del informe y vuestro conocido deudor; yo peno, yo estoy vencido de los bellos ojos de

vuestro dueño; en vos espero remedio, que siendo honesto, como lo es, el intento mio, bien podeis sin escrúpulo ser el temple de mi sosiego, que os prometo servir en mucho. Monzon respondió: Bien he conocido, señor, vuestro fuego, que yo soy hombre, y mozo tuve esos impulsos de incendios; decid lo que quereis, que os prometo ser vuestro fiel servidor. Don Pedro tomó nuevo brio, y con diferente sosiego dijo: Yo pretendo por un billete que mi dueño esté entendido del violento fuego que en mí obró el ver sus divinos ojos. Monzon respondió: Yo me obligo en corto tiempo que el billete esté leído y respondido; porque, decirlo quiero, que vi no sé qué correspondiente en los ojos que vos visteis, en que juzgo no muy dificultoso el leer y recibir; bien podeis escribir, y si fueren versos, mucho mejor, con un poquito de culto, que es el sobrescrito del buen ingenio; de noche espero, que yo pondré el pecho en vuestro servicio. Con este ofrecimiento se despidió Monzon, y don Pedro le envió contento con el cortejo de seis doblones que le dió. Fuése don Pedro con el gusto diferente, lo que entre muerto y vivo, recogióse en su retrete, y escribió estos versos:

Vuestros bellos ojos vi,
Que divinos como bellos
Estoy perdido por ellos,
Si en verlos no me perdí.
Yo me considero en mí
Confuso entre muerto y vivo;
Dolor y gusto recibo,
Tengo temor, bien espero,
Y en fin, dicen lo que os quiero
Estos versos que os escribo.

Escrito, cerró el pliego, siendo su deseo prevenido; correo fué el sol en su curso con piés de plomo, sintió mucho lo prolijo de su luz, oscureció y fué presuroso, y vió en el puesto de su prevencion que Monzon estuvo en los puntos del reloj de oro; hizole solemne recibimiento, cortes como humilde, y dijo: Señor don Pedro, yo estoy en el puesto donde espero orden de vuestros preceptos. Don Pedro le dió el billete con otros dobloncillos, y dijo: Yo espero por medio vuestro el remedio y gusto mio. Despidióse, y Monzon hizo como bueno y solícito confidente, diciendo: Este es un hombre muy nobilísimo, muy poderoso, de lindo entendimiento, modesto, y en resolucion del mejor crédito de los hombres; su intento es en buen fin, pues solo pretende desposorio. Esto se escuchó con gusto, que es el tiempo en que se corre el riesgo, que quien escuchó siempre estuvo en vehemente peligro. Cobró Monzon un billete, que don Pedro recibió, perdido el seso de gusto, y leyólo y vió su estilo, que es este:

«Los dudosos conceptos, el tener y no tener fe, bien
creo que son justos temores. Lo tierno estimo, lo fino
quiero, mujer soy y noble, honesto es mi pretexto,
mucho os estimo.»

Leyó el billete, y quedó don Pedro gustoso; consideró en su breve compendio lo mucho que en él se le dice; y perdiendo el temor, poniendo en olvido todos los riesgos y peligros que le pueden venir, se resolvió y escribió en otro, que dice su resolucion. Mon-

zon, correo diligente, codicioso, como lleno de embustes, fingiendo ruegos y conceptos no oídos, yenda y viniendo, y bien encendido el fuego en sus deseos, tuvieron los dos queridos por bueno y seguro medio el verse juntos, porque despues de sucedido no tuviese remedio ni faese disuelto su intento; en cuyo pretexto estuvieron conformes, no viendo ni temiendo el brio y rigor de don Rodrigo, y que suele ser el fin muy diferente de lo prevenido. En fin, Monzon dispuso el negocio en que los juntó en un retrete suyo, en medio del silencio.

Entró don Pedro en el retrete, donde estuvo prevenido su hermoso dueño; y Monzon lo cerró sin ver lo enorme de su delito, pues recibiendo beneficio de su señor, fué el vendededor del tesoro rico de su honor, que es en los nobles de excesivo precio en este tiempo. Don Rodrigo, inquieto y medroso con los justos temores que se deben tener, por ser viudo y solo, viendo y conociendo el poco crédito de los sirvientes, que son enemigos de dentro del muro con sueldo conocido, preguntó por su empeño querido, último engendro de su juventud; no le respondió, dió voces, púsose en un corredor, eminente puesto de su edificio, donde oyó entre un rumor ledó, como quien temeroso huye, que Monzon en este tiempo lo hizo como delincuente. Con estos incitos don Rodrigo tomó un estoque y un broquel, pidió luz, y hecho perdiguero de su honor, buscó rincones y retretes, y vió el de Monzon sin luz, hecho muro el postigo, dió golpes, vuelto el celo en celos. Don Pedro que oyó el ruido, temiendo el peligro, se determinó en poner cobro en su querido dueño, y bien prevenido en lo diestro como en lo discreto, sin perder punto, en tiempo que don Rodrigo furioso, como ofendido, de un golpe rompió el sepulcro ó entierro de su honor, siendo menos dichoso que brioso, recibió un golpe que don Pedro le dió, con que dió en el suelo, pidiendo confesion. Don Pedro como pudo y con invencible denuedo puso cobro en su dueño y lo entregó en el convento de Siliceo, donde por el nombre de su tío le conocieron é hicieron lo que pidió. El buen don Rodrigo quedó en el suelo; hubo inquieto ruido por ser hombre de mucho bulto; confesóse y curóse.

Vino el corregidor, y de oficio inquirió quién fuese el delincuente. Monzon, escondido en el hueco de un pesebre, fué descubierto de un perro de monte, en otro nombre corchete, fué preso, y temiendo el burro, dijo el negocio, cómo y con quién, propio motivo de hombre vil. Don Pedro, que conoció el delito cometido, cuidó de ponerse en cobro; fuése de Toledo con el cómodo del silencio y el socorro de su bolsillo, prevencion de hombres de bien. Fué en lo oscuro por el uso del comercio, y con luz por los montes, y no viéndose muy seguro entodo el reino, tocó en Bejel, puerto del Estrecho, donde vió un esquife surto con dos remos, en que se entró y remó con mucho esfuerzo. Tomó puerto en el Peñon, presidio de su Rey, donde fué bien recibido, que en su modo le vieron hombre lucido y en visos de muy noble.

Don Rodrigo en ménos tiempo de un mes estuvo muy bueno, y quedó el buen señor con justo sentimiento en verse sin sus dos hijos, lo perdido del uno sin remedio; porque supo cómo don Pedro, hijo suyo, cometió el in-casto, si bien no entendido, y temeroso del confuso contingente del pueblo, y por el otro, que no volviendo, ó siendo muertos sin sucesion, se pierde un vínculo como el suyo; con estos dolores y sentimientos estuvo don Rodrigo el tiempo que duró no ver á su querido hijo don Diego.

Don Pedro sirvió en el Peñon mucho, y estuvo poco, porque teniendo con los moros muchos encuentros, en uno de ellos fué preso, y por ser hombre de precio, fué presente del rey de Fez, donde puesto en hierros, consideró el suyo, y con esto muy confuso, temiendo lo enorme de su delito, en que juzgó redimirse primero de los moros que de negocio del peso suyo. Diéronle por oficio el sustento de unos perros lebreles, entretenimiento y gusto del Rey, en cuyo poder fué preso don Diego Ponce, que de este nombre fué el hijo de don Rodrigo, y preso tuvo el de Luis por encubrirse y redimir lo excesivo de su precio; tuvo suerte con los moros por los buenos propios que en él vieron, por ser discreto y muy diestro jinete, por lo que todos le quisieron bien, y uno de ellos, que siendo preso en Toledo se huyó con otros, le encontró en Fez, y conociéndole, le prometió mucho bien y tener secreto, sin descubrir quién fuese, con que don Diego hizo leve su prision.

Viéronse juntos Luis y don Pedro, y Luis le preguntó su nombre y dónde fué preso. Don Pedro respondió lleno de dolor y con muchos suspiros: Yo soy de Toledo; sucedióme un negocio confuso en Bejel, tomé un esquite, toqué el Peñon, donde tuve en diferentes tiempos muchos encuentros con los moros, y fué Dios servido que en uno de ellos fui preso, y estoy donde me veis, y no espero remedio, porque no lo es mío el redimirme de los moros, sino de un delito enormísimo que he cometido en Toledo, con que me puedo despedir de él todo el tiempo que viviere. Luis le respondió: Tened consuelo y no desesperéis, que Dios puede ofrecer remedio, que yo le espero, preso como vos, y con muchos inconvenientes. Yo soy del reino de Toledo, no muy léjos de él, hijo de un hombre muy rico; mi nombre es Luis, y bien sé que si supiesen de mí, que brevemente será redimido si fuese en peso de oro; decidme vuestro dolor y sentimiento con el seguro de mi secreto, que os prometo como noble socorridos y ser vuestro remedio en todo lo que se ofreciere y poner el hombro en el beneficio y servicio vuestro, no siendo el suceso en oprobio de nuestro divino precepto ni en perjuicio del Rey nuestro señor, y podeis tener por cierto que lo cumpliré siendo vivo, sin excepcion de lo muy dificultoso. Con esto recibió don Pedro mucho consuelo, y se determinó y descubrió su pecho, en que dijo: Crióme un tío mío siempre con el silencio de quien me engendró, porque ni él me lo dijo, ni yo lo pregunté; tuve lo menesteroso, espléndido el sustento, copioso el vestido,

bien corregido, con introduccion en lo político, y en lo menesteroso en el preciso cortejo, con que mi tío vivió gustoso, y yo muy quieto. Y este postrero julio, que fué el mes en que hizo curso mi suerte y volvió en disminucion su creciente, vi un espíritu del sol en un cuerpo de mujer; quitóme el sentido, robó mi entendimiento, supe cómo don Rodrigo Ponce de Leon fué quien engendró este hermoso portento. Como Luis oyese el nombre de quien le dió el ser, encendió el fuego de los ojos, turbó el color, é hizo mucho sentimiento, por lo que don Pedro dijo: Señor, yo he visto en vos muy diferente modo del que tuvisteis en los principios; si os doy disgusto en mi digresion, decidlo, y si os mueve mi dolor ó despierto el vuestro, que bien creo de un hombre mozo y de vuestro sugeto que con este recuerdo sentiréis lo que en gustos ó disgustos os hubiere sucedido. Luis, con severo rostro, respondió: Decís bien, que el puesto y prision en que estoy me sobrevino por mujer que yo quise bien; decid vuestro suceso, que con gusto le escucho. Prosiguió don Pedro y dijo: Un escudero, que fué el piloto de mi perdicion, fué el medio con que tuve modo en que se entendiese mi deseo; fueron y vinieron correos, escribí muchos billetes, cuyo estudio me dió versos; dispúsome de ingenio, filé mi estilo, dije conceptos, efectos precedidos del incendio que el dios desnudo infunde; en fin, el buen escudero nos juntó donde tuve el premio de mis honrosos deseos, en tiempo que don Rodrigo, con el celo de quien es, nos cogió juntos en el retrete, donde yo dichoso, y él menos prevenido, quedó en el suelo por muerto; puse cobro en mi dueño, vine donde me veis. Este es mi suceso, de vos me fio, y espero que me cumpliréis lo prometido.

Luis, si en el principio del cuento hizo sentimiento, de modo que no lo pudo encubrir, entonces escupió fuego entre inquieto y prudente, perdió el sosiego, confuso y medio resuelto el sufrimiento en el postrero punto, consideró lo que despues puso en ejecucion por conveniente de su honor mismo, quedó un poco suspenso, y tomó por remedio despedirse, diciendo: Mi ejercicio es preciso, yo me voy, despues nos veremos. Fué, y don Pedro no supo qué le sucedió en ver que Luis le dejó en confuso silencio sin responderle, y muy triste pensó si el negocio referido tocó en hombre ó mujer que fuese deudo de Luis, porque en el discurso suyo vió en él diferente modo que tuvo en los principios de sus ofrecimientos. Con esto don Pedro se fué, y cuidó de su ejercicio por no perder el crédito de buen sirviente. Luis, con el sentimiento de lo que oyó, entre resuelto y prudente, estuvo previniendo en el cómputo de su honor qué medio pudo tener y cómo tuviese remedio lo perdido. Vió lo primero en don Pedro un sugeto de lindo modo, bien entendido y muy posible el ser noble. Consideró el yerro, que es de los que tienen el perdon consigo, y que don Pedro, con sencillo pecho, se le descubrió, porque le ofreció y prometió mucho, y que lo prometido se debe como por escrito, que es ley entre nobles. Estuvo lleno de confusiones, tuvo estímulo

de homicidio. Vióse preso; en fin, pensólo bien, y determinóse en lo mejor, que fué poner cobro en lo perdido, y que don Pedro fuese esposo de quien fué el instrumento de su confusion. Buscólo, y viéndole, le dijo:

Don Pedro, yo soy hijo legítimo de don Rodrigo Ponce de Leon; mi nombre es don Diego Ponce; por inquieto é inobediente he venido y estoy en el misero puesto en que me veis; bien visteis mi sentimiento en vuestro discurso, y no sé si de prudente ó de clemente os perdoné; despues que os vi tuve deseos íntimos de vuestro bien; el motivo ignoro, que no es de mí comprendido, y os prometí socorrer, y lo he de cumplir ó morir por ello, que el ser quien soy me dice que cuide mi empeño en lo prometido, y que olvide el sucedido oprobio. Yo os he de poner libre en Toledo, donde seréis esposo de quien con extremo quereis; el dolor y desconsuelo que yo tengo es en si fuese muerto don Rodrigo, mi señor y querido principio mio. Tened consuelo, que siendo muerto ó vivo, seréis deudo mio y dueño de mi vínculo, y todo esto brevemente lo veréis cumplido. Yo tengo un confidente moro, que con otros se huyó de Toledo, siendo preso, y hoy es vecino de Fez, que luego que vine preso, conociéndome, tiene conocimiento de un poco bien que de mí recibí, y he visto en él fe siendo moro, pues me tiene secreto de quien soy, y me prometió poner en puesto seguro donde yo quede libre; los dos tendrémós este indulto, que por mis ruegos bien sé que iréis conmigo.

Esto dicho, don Pedro se postró en el suelo, los ojos en los piés de Luis, y dijo: Dichoso yo mil veces, pues en medio de mi perdicion, y teniendo el remedio solo en morir, veo el trueque que mi suerte hizo en ponerme de muerto vivo, de perdido en mucho cobro; en fin, hoy soy hijo vuestro, y yo quien por vos vivo. Luis le puso en pié y consoló mucho, y con el concierto hecho se despidió. Don Pedro quedó como el que despertó de un penoso sueño, que en mucho susto se vió en los colmillos de un león ó en los cuernos de un toro, y se ve en su lecho libre y quieto.

Luis estuvo con su confidente moro, le pidió cumplierse lo prometido; el moro lo cumplió con el cortejo de hombre muy noble, y en tiempo oportuno los llevó y puso en seguro puerto, de donde en breve tiempo estuvieron en el Peñon, en cuyo fuerte los recibieron bien, y les previnieron esquisite que les puso en Bejel, desde donde fueron en un coche bien entretenidos, confirriendo en veces su negocio, en que don Diego, restituido en su nombre, dijo: Don Pedro, si Dios fuese servido que estuviere vivo el que vos heristeis, ¡qué dos gustos considero! El uno, de quien me tuvo por muerto; el otro, en que yo le viese vivo. ¡Dichoso yo si llego donde deseo! ¡Qué festines y gustos miro en vuestro desposorio! No sé qué teneis, que miro en vos un medio hechizo que me hurtó el deseo y me inclinó mucho en vuestro beneficio.

En esto sintieron que el coche entró por el puente de Toledo muy de noche, en cuyo silencio se fueron donde don Pedro se crió, porque don Diego no quiso

beber de un golpe el bebedizo del triste fin de quien le engendró, sino divertirlo en correos, que es fingido consuelo de los tristes; dieron golpes, y el buen clérigo, que recogido y en mucho olvido de que en el tiempo del sueño hubiese quien lo inquiete y busque, respondió y preguntó: ¿Quién es? Don Pedro dijo: Vuestro sobrino es, querido señor mio. Oído el eco de sus deseos, corrió el cerrojo, y bien incrédulo de su gusto, vió lo que no pensó ver en lo poco de su discurso. Dijo don Pedro, porque su tío supiese y estuviere en el cortejo debido: 'El señor don Diego Ponce es hijo del señor don Rodrigo y redentor mio y quien me libró de muchos infortunios, que en breve tiempo fueron prodigiosos, y es quien compone mi sosiego y quietud, y me tiene donde me veis libre de mis delitos; solo os ruego que de presente nos entereis en si es vivo ó muerto el señor don Rodrigo, que siendo vivo, es en lo que consiste nuestro gusto y cumplido bien. El buen clérigo, muy gustoso, como entendido del negocio, viendo juntos los dos, dijo con descuido, siendo dueño del misterio y secreto de todo: El señor don Rodrigo vive, sí, con mucho dolor y sentimiento por vuestro olvido, siendo único y muy querido hijo, que siempre tuvo por muerto. Don Diego, puesto en el suelo, dijo: No pretendo otro bien sino lo que os he oído, que con eso quedo quieto, gustoso en mis desvelos, y cumpliré con don Pedro lo prometido. El clérigo lo puso en pié con muchos ofrecimientos y muy reconocido del bien recibido de don Pedro. Con esto don Diego se despidió, y dejó juntos tío y sobrino; fué, y vió cierto el informe. Vió vivo el tronco de quien procedió noble y rico; fué recibido como el perdido joyel que el inquieto y deseoso dueño encontró.

Don Rodrigo, enternecido de ver un hijo querido y que tuvo por muerto, como de lo sucedido, en que vió su honor en opinion contingente del vulgo, le dijo: Don Diego, hijo mio, tú eres único heredero de mi vínculo y de los ilustres privilegios de nuestros progenitores, y eres quien por tí mismo debes tener vigilo en el oro precioso del honor. Yo, como solo y viudo, he tenido mucho descuido en mi gobierno, y no he puesto el celo en el punto que el honor pide, por lo que te ruego, y te lo doy por precepto, que mires de quién te sirves, que es de mucho peligro el sirviente, no siendo bien entendido y virtuoso; porque en el uso y ejercicio en los hijos, hombre ó mujer, es muy posible el imprimirse el motivo y condicion de los continuos con quien se vive, y es cierto que por un ruin sirviente tengo perdido el sosiego y gusto, y no espero tenerle el tiempo que viviere. Don Diego dijo: Señor, bien entendido estoy de vuestro dolor y justo sentimiento, que como vuestro es mio. En mi prision de los moros bien por extenso supe lo sucedido del mismo delincuente, que preso en Fez, sin conocerme se descubrió; y yo en tiempo le prometí socorrer y poner el pecho en todo su remedio y redencion. Supe despues cómo vos y yo somos ofendidos, y siendo el negocio del peso que es, tengo por bien y mucho mejor el cumplir lo que prometí que otro estímulo

to, que si en vos me miro, me veo noble, que es preciso el cumplir lo prometido; con que vengo resuelto, si vos, señor, teneis por bien, en poner remedio en lo perdido y que se junten en uno. Don Pedro es muy lindo mozo y de perfectos propios; el perdon es propio vuestro; por quien sois os lo ruego, querido señor mio. Don Rodrigo, enternecido y prudente, le respondió: Hijo mio don Diego, mucho estimo ver en tí esos visos de noble con los deseos de cumplir lo prometido; pero tu pretension no es posible ni puede tener efecto, porque ese mozo don Pedro es mi hijo, que siendo soltero lo engendré en un bello prodigio de mujer del suelo ilustre de los Osorios; el celo tuyo y vehementes deseos proceden del mucho deudo que contigo tiene, pues como tú eres mi hijo, lo es don Pedro Osorio; el remedio

es que quien fué motivo de todos estos disgustos se quede en el convento donde delincuente se entró.

Don Diego hizo mucho sentimiento y se enterneció de modo, que fué menester que don Rodrigo le pidiese y divirtiese é hiciese su trueco en los consuelos. Sosegóse don Diego por los ruegos y el debido respeto, y don Rodrigo envió por el buen clérigo y por don Pedro, su hijo. Vinieron, y todos juntos confiriendo en el confuso negocio, se resolvieron en que don Pedro fuese religioso, y él vino en ello con mucho gusto, y escogió un convento de Recoletos, con que se celebró en un mismo tiempo profesion de uno y religion de otro, donde recogidos vivieron, siendo ejemplo de virtud, y murieron reducidos y penitentes, reconocidos de los muchos beneficios que recibieron de Dios nuestro señor.

EL CABALLERO INVISIBLE,

NOVELA

COMPUESTA EN EQUIVOCOS BURLESCOS.

ANONIMA.

En lo bajo de Andalucía, y veinte luego, había un caballero, á quien llamaban y no respondía; era nacido de un brazo, gentilhombre en la ley, y de su color blanco, donde tiran; tenía el juicio pintado, la memoria en inventario, su condicion era de arrendamiento, su calidad la tenía en su complexion, su cantidad era en escudos de armas, vivía en la casa de la muerte, la cual tenía puerta de calzon, la llave de la mano, ventanas de nariz, con rejas de arados, el poyo de alcalde, dos salas de audiencia, un retrete que apenas, los corredores de lonja, el pozo airon, el brocal de daga, el cubo de molino, el carrillo hinchado, la sogá arrastrando, corral de concejo, secreta que calla. Este confuso caballero se admiraba en sí, considerando su extraña naturaleza, descando con extremo ser casado, mirando á que no se perdiese generacion tan notable, y como no faltan terceros de la cuerda, ciertos amigos de dinero hicieron diligencia, buscando con quién casase, y hallaron una hermosa dama tan á medida del buen caballero, que pareció haberla trazado el sastre de su naturaleza. Era una niña de un ojo, hija de un padre de yeguas, y de una madre de sumidero; llamábanla Blanca, de cuatro al ochavo, al padre Domingo de la tentación, y á la madre Ana de tapicería; era esta niña gallarda tañida, tenía muchas gracias de Roma, buenas manos de labor de campo, tañía campanas, cantaba kyries, y bailaba el agua adelante, leía cátedras, escribía en un oficio público, y contaba lo que le sucedía; su risa era de un arroyo, su donaire del que tiene don y es nada, y en todas estas gracias atinando á ser casada como pansion.

Pues como el tal caballero supiese las partes de esta niña como la voluntad de sus padres, generoso como enamorado, le envió las donas siguientes: en el arca de Noé, un apretador de dificultades, el chapin de la reina con listones de madera, dos guantes, el uno de desafio, el otro de pedir para un pobre, una sortija corrida con cinco piedras tiradas, y por arracadas dos calabazas fritas, y para su servicio cuatro moras de zarza, dos negros ojuelos, y una negra pascua. Estimaron los padres el regalo, y agradecidos le dieron en dote á

la ira mala dos mil ducados de títulos, mitad en reales de ferias, y mitad en cuartos de luna, el horno de Babilonia, dos molinos de viento, la manta de Cazalla, sillas de encerrar trigo, escritorios de escribanos, mesas de guarnicion, una cama de un melon, que todo lo dicho vino á montar cuatro cuentos de horno; de tal suerte satisfizo al desposado la grandeza de este dote, que apresurando plazos, llegó el deseado día de las bodas, á cuya contemplacion los nobles de aquel lugar, que eran unos caballeros que vendian caballos, trataron de hácerle unas fiestas de guardar, y habiendo entrado en junta de médicos, nombraron cuatro cuadrilleros de la hermandad, para que cada uno vistiese á ocho del mes y escogiese colores; lo cual se hizo tan breve, como para el día siguiente hubo aquella noche muy costosos fuegos de san Anton, con muchos baladores de garzas.

Amaneció el deseado día, y empezaron las fiestas de esta suerte. Estaba la plaza de un soldado bien aderezada, colgada de doseles de cartilla. Asistió á éllas el rey, que la mandó matar, con los consejos de un padre, tres cardenales de un ojo, y otros muchos señores de lo ajeno; muchas y hermosas damas de ajedrez, y en andamios de albañiles los desposados y sus padres. Entró alegrando la plaza un clarín de valonas, y seguíanle los atabales del que ha corrido el mundo. Entró un alguacil de moscas en un caballo de oros, á quien acompañaban doce corchetes de un sayo, llevando en la mano por insignia una vara y una cuarta, y comision en el despejo, hízolo, dando lugar á que los caballeros hiciesen la entrada con esta solemnidad. Entró la primera cuadrilla, que era un aposento pequeño en caballos rodados de una sierra, las libreas de tela de cebolla, cosa nueva y de grande primor. La segunda entró en caballos de poner sillas, seguros, poco briosos, con librea de tela de los sesos, que á los ojos se venía. Entró la tercera de un negocio en caballos de llagas, rica casta á no ser zainos, con libreas de tela de juicio. La cuarta y última entró en caballos castaños con su fruto, con libreas de tela de araña brillante, si de poca costa, todos conformes en lanzas de coches, banderolas de cam-

panarios, mochilas de caminantes, bozales negros, espuelas de cuidado, estribos de la paciencia, riendas de reformation, cabezadas en una esquina y bocados rabiosos. Entraron en solemne paseo, haciendo á quien se debía dos reverencias y una paternidad, y dada la vuelta y media, trataron de correr la posta, lo cual se hizo á parejas de sotas con mucha bizarría. Acabada la carrera de Indias, entraron seis machos de herrero cargados de cañas de vacas, con reposteros vivos y garrotes de necios; tomaron las cañas, y en dos partes divididos empezaron el juego de quínoles, donde anduvieron en las vueltas de Guadalquivir, y en las revueltas de un mentiroso, tan bien, que se midieron á compás de música. Fué el juego calentando hasta que los padrinos de un bautismo hicieron las paces de Inglaterra, á cuyo tiempo soltaron el toro del signo, que con su braveza alegró la gente de á caballo. Y un caballero llamado y no escogido dió una lanzada de viña venturosa, porque dió al toro en el gatillo de una escopeta, y le salió á la cola del dragon; tocaron la trompeta del juicio en señal que desjarretasen, cosa fácil por ser tantos contra uno. Empezaron un caracol de escalera bien ordenado, porque el que lo guiaba sabia bien como buen guisado.

Acabadas las fiestas con el dia, llevaron en solemne acompañamiento á los desposados á su casa, donde á todos se dió rica colacion de capellanía, en que hubo cajas de difuntos, canelones de disciplina, y en ricos almibares limones de carreta, peras de cama, y muchos cubiertos que nadie los veía. Amaneció el alegre dia de la boda, donde juntos los huéspedes se les dió la comida siguiente. Pusieronles en mesas de escaleras manteles de muralla, cuchillos de capa, limas de herrero; sirviéronles en fuentes de piernas pan de opilados, en bollos de la frente, y roscas de tornillo; habia á un lado de la mesa una cantarera que vendia cántaros, con muy curiosos barro en la cara, y en la otra parte muchas macetas de zapatero, con diferentes flores de talures; sirviéronles pasas de negro, un melon de un corcovado, un adobado de un colete, un picado del juego, perdigones de plomo, capones de música, gallinas que huyen, una olla del rio, con vaca de una prebenda y carnero de enterrar, manjar blanco como la nieve, y por saine de del convite algunos platos de pescado, en que hubo lenguados de guardar viñas, acedias de estómago y pámpanos de parra, y de postre conserva de una flota, con otros dulces de navajas, castañuelas de bailar, nueces de ballesta, manzanas de espadas y peros de in-

convenientes, vino quien faltaba, y aguas de diferentes chamelotes.

Alzadas las mesas y despedidos los huéspedes, quedaron en felice concordia, donde algunos dias se gozaron sin celos y con amores, dulce golfo de la paz; y en medio de este sosiego se les recreció un disgusto, porque el tal caballero se resolvió á ser soldado de una pierna, y dejar su mujer á beneficio de natura, y pasando acaso un tercio de fin de abril, que iba á los estados de hondo, y vió que el capitán mandaba la jineta de silla, y el alférez llevaba la bandera para su ropa, y el sargento á la barda de una huerta. Habló al general, que era un poder para pleitos, y asentáronle la plaza de Vivarambla. Despidióse de su mujer, diciendo que por ser aquella jornada de pan no la podía excusar. Fué en una compañía de cien infantes, hijos de rey, y marchando en su hilera, que era una que vendia hilo, llegó á su viaje, donde se ofreció salir á una escaramuza picada, donde dió muchas cuchilladas de calzas, y al fin salió con dos heridas mujeres, la una en las espaldas de un monte, y la otra en la coronilla de un pastel, de que vino á morir de otra parte. Ordenó su testamento, y mandó á sus criados muchas cosas de su servicio; salió su alma de cántaro para la gloria de un vencimiento, quedó su cuerpo de libro desalmado, cual ruñan, y tendido como camisa al sol; cubriéronlo con un paño que sale á la cara, y puesto en una caja de conserva, hicieron las campanillas del paladar señal por hombre con tres dobles de cientos y una sencilla mujer de Castilla.

Vinieron á su entierro frailes de haba, de la orden de Moyano, los hábitos en sus costumbres, y capillas de hornos, y en sus manos de papel velas de navío. Vinieron los niños del limbo con hachas de partir leña, y lo llevaron á cuestras arriba cuatro hermanos de padre y madre, y le cantaron las tres ánades madre. Llegaron á San Ciruelo el Verde, y vieron un hombre jugado que habia hecho un hoyo en la barba en un cimiterio de un viejo, donde lo arrojaron como pelota, y se quedó como espada de Bilbao. Hechos los oficios de zapatero y sastre, pusieron sobre su sepultura una piedra de la ijada, con letras de cambio, en que decia quien la leía: Aquí no hace este caballero ninguna cosa. Llegó la triste nueva á la sin ventura Blanca, porque tuvo dos cartas de marear por dos vias, la ordinaria y la ejecutiva; cubrió su cabeza de ajo, y recogióse, donde acabó algunas cosas que tenia empezadas á trece por docena del mes del obispado en el año fatal.

DIA Y NOCHE DE MADRID,

DISCURSOS DE LO MAS NOTABLE QUE EN ÉL PASA.

POR FRANCISCO SANTOS.

DISCURSO PRIMERO.

ENOJADO se mostraba el cielo contra los mortales una confusa noche, amenazando con espantosos relámpagos, que por entre oscuras nubes se despedían, fulminados de impulsos poderosos; bramaba el viento en los cóncavos que formaba el agua, volviéndola en penachos soberbios, cuya atrevida arrogancia parece que se oponía á la conquista de los orbes celestes; y en castigo de su atrevimiento, quedaban deshechos en espuma, siendo testigos los que vagaban su dilatado reino, todos huyendo del sosiego ajeno del orden natural. Retrocedía á no ser para formar un caos confuso; los elementos se aunaron para un estrago, que es muy propio para una ofensa el juntarse los mas discordes, disponiéndose para una total ruina del globo terrestre; el granizo titubeando, medroso buscaba la tierra por asilo en semejante confusion huyendo del mar, cuya braveza se sorbía el portátil albergue viéndose aumentado su caudal. El día venia tímido ó medroso, pareciéndole que la noche se coronaba á duraciones; el fuego despedía flechas, el aire arrojaba suspiros, el mar mostraba copiosas lágrimas, y la tierra temblaba de temor; mas el cielo piadoso, atento á todo, desterrando lutos, ya dejaba ver su divino color, clareado por los visos del crepúsculo; el alba, anunciando al día, á cuya deseada vista una tropa de gente en un vaso, que sobre las aguas esperaban remedio del autor de la vida, enarbolando una blanca bandera, en cuya candidez se via un escudo rojo con las barras de Aragon, y alentando un venerable religioso redentor á unos humildes redimidos, despidiéndose de las playas de Argel al mirar sus rostros, los vió como fuera de los tormentos, risueños y llenos de gozo, que mas parecia que deliciados entre flores estaban que no fluctuando equívocos gigantes de cristal. Ea, amigos; que ya la piadosa mano de Dios nos ha sacado del cautiverio del infiel, y nos llevará al puerto deseado; pidámoselo de todo corazon postrados. Lo cual hicieron

con entrañable ansia aquellos que el día antes se habían visto debajo de la forzosa servidumbre de un moro; y ya se hallaban entre espantosos montes de agua, amenazándolos la muerte, á quien con rostro alegre esperaban.

Mucho pueden las lágrimas de un rendido corazon; pues así que acabaron su oracion, serenó el tiempo, picando una tramontana, que hizo huir los vapores que en forma de nubes servían de doseles al agua, y ya llenos de alegría adornaban aquel monte de palo de gallardetes y banderolas, levantando el estandarte de la piadosa Redencion de los religiosísimos mercenarios con treientos cautivos, entre los cuales venia uno, á quien un moro principal habia entregado á la Redencion de gracia y sin interés, si hay gracia entre enemigos de la fe, llamado Onofre, hombre de varia fortuna, á quien dió libertad solo por su claro entendimiento, pues luego le manifiesta la lengua; ocupábase su amo en traerle á su lado, solo por oírle; tanto puede la discrecion y naturaleza; á ninguno se la negó tan del todo que dejase de enseñarle las luces del conocimiento, sin mostrarse tan escasa que le dejara inhábil. Este moro, habiéndole oído decir que su contraria fortuna no le permitia cumpliese sus deseos, que solo eran el ver la corte del gran monarca de España, Madrid, de quien le alejaba su estrella, por el grande desío que tenia de llegar á su estancia; y así, movido el moro de sus justos deseos, como quien habia gozado de su grandeza en el tiempo que la habia pisado cautivo, le ofreció libertad en la primera ocasion que hubiese, como lo cumplió, entregándole á la piadosa Redencion, dándole dineros para que en saltando en tierra reparase su persona de lo necesario. En fin, gozando de un favorable viento llegaron al deseado puerto, donde tomando tierra, hicieron el acostumbrado reconocimiento á la amada madre, á quien postrados besaron, y desembarcados buscaron donde descansar de tantos trabajos como causa el mar; y conseguido, ordenaron su viaje, que se logró con buen

tiempo, hasta que vieron las torres deseadas de aquella gran Babilonia de España; y con los avisos que habían tenido, ya los aguardaba grande número de religiosos, acompañados de la mas lucida, mas atenta y cortesana plebe, esperando al pueblo peregrino que aquel Moisés calzado habia sacado de cautiverio, todos en sus cuadrúpedes, cubiertos de negras gualdrapas, que mas parecían montes de azabache, heridos á golpes de nieve, formada de sus blancas estameñas, entraron por las calles con mucho gozo del pueblo, siguiendo á la multitud de redimidos gran tropa de piadosos, hasta llegar á su casa, en cuya puerta aguardaban tantos religiosos, que parecia no habia salido alguno de la casa, con su cruz y ciriales en manos de sacerdotes, y el estandarte de la redentora del mundo, María de las Mercedes.

Acabada la procesion y el recibimiento con el dia, pues parecia que solo aguardaba á que se acabase tanto regocijo para oscurecerse, sin llevar deseos de saber en qué habia parado tanto festivo alborozo, Onofre, despidiéndose del padre redentor, á quien ofreció volver á visitar, salió del convento, admirado de ver tanta gente como habia ocurrido á la procesion; fué pasando calles, absortos sus ojos de la grandeza de sus casas, hasta que la noche le obligó á buscar dónde recogerse; y para hacerlo mejor llamó á un mozo, que le pareció haber seguido la tropa de redimidos, á quien cortesmente suplicó le guiasé á una posada donde pudiese descansar; hizolo el mozo á una casa, que al parecer era conocido de la gente que la vivia, pidiendo le diesen buena cama; y despidiéndose, preguntó al cautivo si se le ofrecia otra cosa en que le pudiese servir, lo haria con mucho gusto, á quien, agradecido el cautivo, dijo se quedase á cenar con él, tomando el trabajo de ir á buscarlo, y dándole dinero para ello; el mozo se ofreció á servirle, y con brevedad trajo lo bastante, con que habiendo cenado, le preguntó el cautivo dónde era su posada, y oyéndole decir era cerca, le suplicó no se fuese tan presto, conversarian un rato, y creyese le habia cobrado amor, aunque en tan breve tiempo, pues no es menester tratar mucho con un hombre dócil para conocerle. El mozo con agradecimientos corteses se quedó, á quien el cautivo pidió se sirviese de decirle su nombre, patria y estado de vida, que le seria agradable, habiendo conocido su buen discurso; y el mozo, nada perezoso, procurando no dar ocasion á la porfia, dijo así:

A mí me llaman Juanillo el de Provincia; el por qué oirás, si estás atento. Nací y me crié en Madrid, corte del gran Júpiter español el Cuarto Filipo, solo con el abrigo de una pobre madre, pues padre no conocí; crióme á sus pechos, por ser madre entera, pues la que pare y no cria no se lo puede llamar; pasaba la vida con harto trabajo; llamábame amado hijo, y algunas veces añadia el de carísimo; renombre que entendí algo tarde, pues cuando llegué á alcanzar estos puntos, ya era muchacho adocenado en años, como en compañía los valientes del milagro. Era el renombre que

me daba de carísimo porque de mi parto pasó muchos dolores, y con gran pesadez me trajo en sus entrañas; parióme doblado, y á mi entender fué dar fin á mis dobleces, que, aunque es fruta del tie n p o , en mi vida la he usado ni tenido. Tuvo grande ma en los pechos, que la prolja enfermedad no la dejó hasta que la cortaron el uno, en cuya enfadosa cama vendió cuanto tenia; con mucha brevedad seria, porque el caudal del pobre siempre se parece á su dueño. Llegó á tanta pobreza, que la necesidad la sujetó á pedir por Dios; no es afrenta, que la afrenta es negarle el socorro al pobre que le pide. Perdóname, amigo, la turbacion que me ha causado el sentimiento, deshecho en lágrimas, no por verme pobre, solo ha sido el acordarme del estado á que vino mi madre. Acudia á los oficios de provincia, llevándome en sus brazos; y su mucha humildad y la inocencia mia, engastada en cariñoso agrado, hallaron caridad. En estos sitios acuden los ministros del tribunal de los alcaldes de casa y corte de su majestad, y entre muchos que quitan, no faltaba quien nos socorriese, y cómo el agradecimiento vive entre los pobres, que desembarazados de la confusion del tener conocen á quien les hace bien, mi madre, agradecida al socorro que allí hallaba, se aplicó á barrer los oficios todas las mañanas, que son unos puestos donde asisten de dia y de noche los ministros en cuanto no tienen que hacer, ó salen á buscar á los que de noche buscan lo que aun no se ha perdido. Con este afan, mi madre cobró voluntades, y yo hallé amor, pues muchas veces me vi en brazos de alguaciles y escribanos, y no me iba mal, pues como en la niñez cualquier meneo es gracia, y un buen natural granjea las voluntades, me daban dádivas, y yo conocia á quien era franco conmigo, y me arrimaba á él así que le via.

Ya la edad iba dejándome andar, cosa que en el hombre no es tan notada como en la mujer, con que me iba aplicando á ayudar á mi buena madre; pues asiendo de la escoba, la quitaba parte del trabajo, dándole muchos gustos, pues todos me acudian, y yo la acudia con todo. No me enseñó mas entretenimiento para vivir que el que te he dicho; Dios se lo perdone, pues sin oficio me dejó en tantos laberintos con la puerta abierta para ser oficial de aventar parvas, siendo por mis pecados viento de ministros. Faltóme regalo, cariño, enseñanza y madre á un tiempo, quedando de diez años, edad, aunque poca, que ya conocia de toda costura, pues no era para menos el sitio donde me crié. Parecíanme mal algunas cosas que via donde habitaba, y tal vez reprendia y era oido, que quien atiende á reprension de pocos años la escucha en chanza ó la toma como de niño, sin atender que ellos y los locos dicen las verdades. Quedé con el oficio de mi madre, y comia y bebia entre los que bien me querian, y de algunos llevaba ciertos golpes y bofetadas, y sabe Dios que lo digo sin pasion, que no es razon que en un pecho cristiano duren rencores que fueron dados sin causa; pero en el mundo que gozamos

¿qué mayor causa que decir verdades? Pero tal vez eran mis razones lanzas que herian sus corazones; que como los ojos enfermos no sufren la luz, tampoco el vicioso sufre la razon cuando la hiciere en su mala vida y costumbres; y como es en el hombre tan de su cosecha el dar en pago de un agasajo un mal galardón, á mí, que decia las verdades, me pagaban con castigo.

Fué Dios servido que un mozo gallego, de diferente alma que algunos que allí acuden, asistia en un oficio, usando el de escribiente; viéndome tan servicial, agudo, amigo de saber, y que mis razones daban muestra de capacidad, se aplicó á enseñarme á leer, y yo me dí tanto á ello, que con poco trabajo lo conseguí; tenia lugar para todo, porque, como era hombre de buena conciencia, no le ocupaban mucho. No perdía la misa ningun dia, y algunas veces que estando en ella preguntaban por él, yo, como quien mas cuidado tenia con quien me hacia bien, respondia dónde estaba, á que decian algunos: Pues á la misa que le dé de comer. ¡Oh mal lenguaje en gente falta de entendimiento! Era, en fin, mi maestro hombre sano, y por no enfermar en estos puestos, procuró poco á poco el huir del contagio. Entre muchas liciones que le debo, era la mas ordinaria el decirme: No hagas burla de tus mayores, superior ó príncipe, que es gran pecado y es ultrajar á la misma justicia, pues el superior es el dueño de todo; no le niegues la debida cortesía ni lo que le toca ó pertenece, y repara en el castigo que da el cielo á los que usurpan el hacienda á su dueño, pues quitándole el poder, le oscurecen la estimacion que merecia, y para ejemplo procura saber la vida de Elio Seryano, valido de Tiberio, emperador romano, que habiendo merecido estatuas y gobernado el imperio su ambicion y soberbia, le castigó la burla que de su príncipe hacia, mostrándole presagios tristes, anunciadores de su muerte, y en breves horas el que mandaba á Roma y al mundo se vió arrastrar por sus calles y destruir sus estatuas, hallando en una, al irla á hacer pedazos para de su metal labrar instrumentos viles, dentro del hueco de la garganta un cordel, y del cuerpo salió una culebra, señales del juicio celestial, en que dice: Esto merece quien de su príncipe y señor hace burla, usurpándole la grandeza que merecia, sin reparar á lo que le obliga el nombre de valido, pues le dice: Mira que ese título te fuerza á llorar los trabajos de tu señor, que es el cargo que tienes, que balido es llanto, y el mas sincero animal, símbolo de la inocencia, cuando le oprime el sentimiento, bala, que en él es llorar, y así el nombre de valido quiere decir sentimiento y lágrimas. Estas y otras liciones semejantes me decia, y cuando se quiso despedir de mi compañía, me dijo: Juan, si acaso llegares á extremo de tomar estado de matrimonio, pues no sabes el bien ó el mal que para tí está guardado, mira que la mujer es una joya que, aunque propia, se ha de guardar con recato, usando de ella con mucho amor, y se ha de manejar sin que falte algo de sospecha lícita dentro de tu pensamiento, pues hay algunas que, aunque las traten

bien, se bastardean, perdiendo de su intrínseco valor, y muchas que, tratadas con poca estimacion, se aburren y vienen á menos de lo que son; y así, el hombre avisado y cuerdo la ha de tratar con amor y caricia, sin fiarse de ella, como de enemigo que puede ofenderle si quiere; y en esto no me aparto de dar alabanza á la buena, llamando dichoso al que la tiene por consorte. Fáltome en fin, pues no hay cosa que no le tenga en este mundo; dió fin á mi enseñanza, dejándome, porque todos le dejaban, viéndole de extraña condicion á la suya; quedé segunda vez solo, sin su compañía, pues ya le habia cobrado amor como á quien procuraba mi enseño y darme á conocer la luz de la razon, que es parte que necesita de maestro; solo el llorar se ejerce sin enseño, que es lo primero que se hace en naciendo, lición de la naturaleza en que representa los trabajos que nos esperan en el discurso de la vida.

Aplíqueme, con el reconocimiento que la edad me concedia, á recoger de encima de las mesas el sebo que dejaban las velas que ardian de noche; hacia con esto dos cosas, mi provecho y limpiar lo asqueroso que deja el sebo derretido. Pasé algun tiempo deste modo, hasta que un hombre, que daba agua fresca por estos oficios, siendo el suyo aguador de un cántaro, reparando en que me lucía y pasaba la vida razonablemente, pareciéndole que la causa de mi lucimiento era el sebo que adquiria, por habérmelo visto vender algunas veces, se introdujo de aguador á medio bufon, que para serlo enteramente uno ha menester mucha gracia; decia algunas chanzas, aplaudidas de muchos tontos que allí acuden, bellacos solo para ejercer su oficio; pues la razon las mas veces no es como se dice, y es como suena, con que vino á dar gusto con sus mentiras, y yo disgusto con mis verdades. Ofrecióse á tomar la escoba y el cuchillo rabon; ejercíalo con mas cuidado que yo, con que el cariño que me tenian se pasó á mirarme ya como cosa enfadada. ¡Oh vil novedad, lo que siempre has valido! El amor que hasta entonces habia durado se trocó en amenazarme que, si no buscaba modo de vivir, me habian de meter en un calabozo y enviarme á servir al Rey. Apoderóse de mis flacas fuerzas el temor, que donde hay resistencia de poca edad, presto entra, con que medroso me ausenté una noche; y pareciéndome mucha ingratitud tanta ausencia de donde me habia criado, así que el dia mostró sus luces me fuí acercando á mis queridos lugares, aunque con harto miedo, cuando vi al que era causa de todo mi pesar, que ya estaba usando mi oficio. Te prometo que me sobrevino una tristeza tan grande, que me quedé como fuera de mis sentidos, en tal forma, que aun no determinaba si viviente ó bulto de piedra era, hasta que llegó á mí una mujer, que como me vió suspenso tan de mañana, tirándome de un brazo, me dijo: ¿Qué haces aquí tan elevado, muchacho? ¿Buscas comodidad? Volví los ojos de una atencion confusa en que los tenia, y aplicándolos á quien me habia preguntado, vi que era una mujer de mala cara, revuelta en una capa parda, y

del propio color una montera, que la cubria, á quien, quitándome el sombrero, respondí que desacomodado estaba, y buscaba á quién servir; perdóname el ser varon, que corriendo mis ojos copiosas lágrimas, fué tanta la tristeza que me sobrevino, que apenas podía pronunciar palabra formada; consolóme, diciendo: ¡Ea, qué hombre de tan buena cara no dejará de hacer lo que debe á bueno! Vente conmigo, que yo te doy palabra de favorecerte si obras como debes. Seguila mas contento que la pascua de Navidad, donde hay piñones y muchachos, y á poco espacio llegamos á su casa: ¡Oh poder inmenso! ¿Quién no hubiera nacido entonces ó se quedara muerto así que fué lavado de su original culpa, para no llegar á ver al dueño de la casa? Quedéme inmóvil á la puerta, sin saber qué hacerme, por haber conocido el sitio donde la fortuna me habia arrojado, hasta que salió á la puerta el dueño á verme, como le habia dicho la mujer que me llevaba consigo. Mira, ¿qué haria yo cuando presente le vi, si ausente le temblaba? Díjome: Entra, hijo. El nombre mas tierno que crió naturaleza es; pero en la boca de este hombre todo fué horror y confusion para mí; él procuraba acariciarme, y yo toda el ansia que tenia era por huir de su vista. Era, en fin, el que ejecutaba la justicia en los miserables que por sus pecados salen á vergüenza pública, sentenciados á pena corporal.

En estos lances me hallaba, cuando Dios, que en las mayores necesidades acude á los suyos, acordándose de mí, me dió treguas con un profundo desmayo. Alivio es el que faltan los sentidos cuando hay penas en que ocuparlos; y cuando volví en mí me hallé en casa de un santo sacerdote, que habiendo visto lo que habia pasado, compadecido de mis pocos años, me llevó á su aposento, y ya cobrado de aquel letargo en quien representa la muerte su poder, me dispuse para huir, á cuya diligencia me salió el sacerdote al paso, deteniéndome, que con poco trabajo lo consiguió; pues así que vi hábitos de san Pedro, me consolé, diciendo entre mí: Donde hay insignias de Pedro, poco poder tiene Malco. Soseguéme, y preguntóme la causa; y sabida, me consoló, dándome pan y un trago de vino, con una reprensión muy recia para mi poca edad, diciendo: Para el hombre que nació de padres humildes y es dado á buenas costumbres, hay en este lugar muchas ocasiones para comer y pasar; y para el que tiene valiente corazón hay en la campaña una pica ó un mosque; y para el sosegado hay un oficio, á gusto de la persona, en que emplear la primera edad y hallarse en la crecida con que ganar de comer; y para el que á nada de lo dicho se aplica hay otros ejercicios, que, aunque no dan honra, no la quitan, ni estragan á nadie la calidad; y así, busque su remedio, que no es razon que estando en edad para ello no lo haga. A los niños siempre los suena mal la reprensión, y mas siendo dada detrás del agasajo; á mí se me añadió el pan en la garganta, aunque lo tenia harta gana, con las razones de mi consejero; despedime, dándole palabra de tomar su consejo.

Si el que promete la enmienda por miedo de castigo tuviera siempre el látigo á la vista, él se enmendara; sale de la prision en que la pena le tiene otro de quien era, y con la libertad vuelve á ser el que antes ó peor.

¿Has visto el pececillo que enredado en el verde garito de juncos lidió toda la noche en su oscura prision, sin poder conseguir la libertad, hasta que las luces de el alba le enseñan puerto por donde librar la vida, y consiguiéndolo huye de aquel calabozo, sin parar en largo espacio? Así yo, que libre y en la calle me vi, todas se me hacian angostas, hasta que dí en el campo, donde pasé aquel dia pensando en mi fortuna, llegando la noche con su acostumbrada tristeza, hallándome en aquella soledad sin saber adónde guiar mis pasos; y pareciéndome que una noche como quiera se pasa, y en la edad nueva no se siente, pero siéntese en la madura, me arrimé á un ribazo con intento de quedarme allí aquella noche, cuando un pobre que descansaba el cuerpo sobre dos muletas, viéndome de aquel modo, me dijo: Hombre, ¿qué haces allí? Mira que no es tiempo de quedarse en el campo. Y viendo que no le respondia, se acercó á mí, y me conoció, y yo á él por cósario en Provincia. Preguntóme que en aquel sitio qué hacia á tal hora, siendo mi habitanza en la confusion del mundo. Contéle toda mi historia, y hallé consuelo en él; pues animándome, dijo le siguiese, que él me llevaria adonde me recogiesen aquella noche y todas las que gustase. Seguile, y me llevó á una casa, cuyos dueños eran dos viejos, marido y mujer, que en el santo matrimonio habian vivido cincuenta años y mas, de que tenian un hijo, que primero lo habia sido de mejores padres, pues le habia sacado de la casa donde llamaba padre á José; llamábanle hijo, y él los obedecia como tal. Así que entré se arrimó á mí, como vió otro de su igual en edad, y empezó á cobrarme amor, y yo á pagarle con la misma caricia, y á breve tiempo quedamos amigos, en tal grado, que no se hallaba el uno sin el otro. Faltaron los viejos, porque les faltó la vida, dejándole por dueño de todo; hacíalo conmigo como si fuera su hermano; tenia ocho camas, y todas se ocupaban; no faltaba con qué hacer trabajar á la sarten, ni el de Alcorcon holgaba; y yo, aconsejado de mi padrino, el que me llevó á esta casa, me arrimé á la vida mendiga.

Diéronme liciones entre él y otro compadre suyo, tullido de dia, y sano de noche; mi padrino era tuerto, y tenia una pierna mala, que en recogiendo quedaba buena, y su dueño con entera vista; las liciones fueron con una salutación á la edad, como si fuera en el gusto de alguno tener poca ó mucha. Díjome el uno si sabria fingirme ciego. A quien respondí que por qué habia de ser ingrato á Dios, habiéndome dado buena vista, dar á entender al mundo que era ciego; que no la admitia por ser licion nada sana. Y yo le haré dos muletas, dijo el otro, con que mi compadre salga á pagármelas y hágase tullido. Tampoco me sonó bien, pues usándolo, el continuarlo habia de ser fuerza, y tal

vez, ofreciéndose ocasion de huir de algun aprieto, habia de quebrantar el precepto, y muchos no lo tendrían á milagro, aunque yo dijese que lo era, siendo causa de perder el crédito para la limosna. El primero volvió á decir que con un casquete de pez, quitándome el pelo, pasaria plaza de tiñoso, y que me imitaria unas llagas para autoridad de pobre. A lo que respondí que hombre de pelo habia de ser mientras tuviese vida. Enojáronse los dos, y me dijeron que me fuese norabuena, pues no estimaba ni agradecia las liciones que me daban, que alguno diera por otras tantas medio año de limosnas, que buscasse modo de vivir sin pedir con el tonillo que ellos, ni repitiese llagas de Cristo ni pasos de su pasion, y que era muy niño y bachiller.

Yó, atento á todo, procuré por buenos medios el templar su enojo, á quien dije: Señores, yo estimo sus liciones, pero no las admito, pues en ellas no me han de ganar; y así, no se cansen, que yo he de pedir con diferente modo que el que me enseñan, y con él me he de bandear sin pedirles nada, que yo no quiero sus consejos nada sanos, pues con ellos procuran enfermarme el cuerpo al parecer y que quede sin parecer el alma; yo tengo de fingirme tonto, pues lo soy, y no será novedad; y en viendo la mia, yo sabré decir cuatro chanzas honestas, con su poco de equívoco, que por lo traidora es razon al uso; andaré desnudo, con que daré lástima á los que me vieren, y á mí recuerdos de que naci así; y en extendiéndose mi fama, he de traer criado conmigo para que recoja la limosna.

Agradóles la chanza, y me quedé con ella muchos dias, y me fué tan bien, que mi fama se extendió en la corte, llamándome unos Juanillo el de Provincia, y otros el de las verdades; y cree que siempre la he traído, la profeso y la digo, aunque en muchas ocasiones me ha sido fuerza hacerla trocar la capa con la mentira, para que algunos á quien fastidia la verdad me oyesen, aunque verdaderamente la mentira no tiene mas paga que la burla y la verdad; la admiracion se entiende viniendo como quien son, pero trocando capas, todas pasan plaza de buena moneda en el oido del poco virtuoso, á quien suena bien la fábula, y da asco la licion científica y enseñes de la verdad. A los que conocia yo de buen natural los decia la verdad desnuda, porque yo via que agradaba á su oido; y á los que les hiere la verdad, ella por ella se la guarnecía con ribete de chanza, con que no yendo en carnes, no ofendia al oido de los que tienen librado el gusto en el Repolista, que es un bufon desvergonzado que entretiene á muchos tontos de la corte, á quien solia yo decir: Hartaos de mentiras, que podrá ser oír la verdad en el otro mundo, como decia Leonidas Espartano á sus soldados: Comed bien, satisfaced esa hambre que os prime, que podrá ser el ir á cenar á los infiernos. Bien conozco que todos cuantos siguen la verdad todos miran á un blanco; aunque vayan por diferentes caminos, todos se juntan á un fin, que como el que la crió es solo un Dios, ella es siempre una, como lo confesó Hermagoras, de

quien habla san Agustín: era gran filósofo, matemático y astrólogo; hacia burla de sus padres, porque adoraban muchos dioses; la verdad ha de ser siempre una, pues es siempre un Dios el que la crió.

Aunque se disfrace, dijo el cautivo, no es posible el deslucirla de sus atributos, que son limpieza, pureza, valor, bondad y suavidad, y yo creo que el tiempo no sujeta á la verdad, que la verdad sujeta al tiempo.

Así es, respondió Juanillo, y el consejo del poderoso, si tiene algo de avariento, no lleva fundamentos de la verdad, porque de ordinario le mueve solo su comodidad, con que hace verdadero el refran de quien mas tiene mas quiere; á mí jamás me movió el interés mas de hasta sustentar mi persona moderadamente, pues nunca he sabido qué es tener un real sobrado; y como hecho á estas humildes armas, no me inquieta la gula de la riqueza, que es un gusanillo que roe hasta el alma, y siempre he procurado huir de la mentira y de su hijo el engaño; y conozco que aun dicha forzosamente, no lleva brios de valor, y el mejor medio es no usarla, y el mayor castigo del mentiroso es que si alguna vez quiere decir verdad, no es creida por tal de quien le conoce y escucha, porque el que está habituado á mentir, nunca sale de aquel trato, y conocido por tal, no le dan asiento entre hombres de razon, pues no sirve de otra cosa que de inficionar, como apesado. Pero cree que está el mundo de tal data, que no quiere ni consiente carda, por andarse en el corro de la mentira.

¡Oh árbol de la vida, dijo el cautivo, si por traer las raíces al revés de los otros árboles, quieres andarlo, mal haces, habiéndote dado Dios cinco sentidos y tres potencias! Guárdate del fuego, que como árbol te puede quemar, que no eres de la madera del árbol Laix, á quien el fuego no ofende, que tú eres un árbol sujeto á cuantos trabajos hay pesados en el mundo, y siendo tan cierto, tan cierto es el olvido en tí.

¡Qué bien dices! dijo Juanillo, que en los animales podia notar los realces de grandeza que tiene á todos, pues el mas prudente es el elefante, que aprende lo bueno ó malo que el maestro le enseña, y con el pie dicen haber escrito letras formadas en el arena; mas discurso tiene el hombre, pues es el maestro, y á quien se sujeta el elefante, y no aprende lo que le enseña el maestro, que por suyo señaló Dios en un confesionario, en un púlpito y otros lugares. El caballo es el más noble de los animales; y su madre tiene cuidado, para quererle y criarle, el comerle así que nace la carne que saca en la frente; y al hombre, sin tener que dar á Dios mas de una mala correspondencia, le está queriendo y criando, siendo la mejor obra de sus santísimas manos. El perro es el animal de mas memoria que hay, y en conocimiento excede á muchos, pues conoce á todos los que le hacen bien, y llora por el que mas bien le hace, si le pierde, como cuentan muchas historias; conoce el camino pasándole una vez, y sabe huir del mal paso; y el mal hombre no paga ni agradece á Dios los beneficios que de él recibe, ni se aparta del camino

que le aparta de Dios, ni llora, aunque le pierde. El lobo tiene la grandeza de lo reluciente de los ojos, y su cabeza es contra los hechizos; mejores ojos tiene el hombre, pues parecen dos hermosísimos luceros del cielo, y no tiene cosa que sirva para alivio de su prójimo, pues solo su provecho le mueve. El ciervo tiene aquel conocimiento de la yerba siselis, con que las mujeres mitigan los dolores del parto, comiéndola cuando vírgenes; el hombre conoce cuantas yerbas odoríferas y salutíferas hay en el mundo, sin pagar el enseño á quien tanto le costó su doctrina, y siendo malo, hasta el alma de los que con él tratan inficiona. El oso se sustenta los inviernos del humor de sus manos, y el hombre de tan ricos y sustanciales alimentos como produce el aire, el mar y la tierra, sin desvelarse en dar gracias á su Criador. El toro solo fué un tiempo estimado entre los romanos, y el hombre sabio lo es en todo el mundo. El animal mas venerado de los españoles es el leon; y el hombre cuerdo, temido y venerado de todos los vivientes, y con tantas partes tan superiores á los animales, da en pago una continua ingratitud, sin acordarse de las obligaciones de cristiano, amando á la mentira y el engaño; y mandando Dios que ampare á su prójimo, en lugar de hacerlo, le pone el pié para que caiga. ¡Oh culebra vil é inútil, que arrastrando andas por encima de tu mismo pecado, sin dar la mano á la razon, para que sirviéndote de muleta, te levante del engaño en que estás! Si el castigo del mentiroso fuera como el de la atrevida abeja que pica, y el atrevimiento le cuesta la vida, él se apartara de su daño. En fin, volviendo á mi historia, no hay cosa estable en este mundo; pues lo que hoy es cuerpo viviente, mañana es frió cadáver. Enfadóme el mendigar con tanta salud, y aconsejado de un religioso, á quien yo acudia, y de quien siempre he recibido buenos consejos, dejé la vida poltrona, asistiendo en su convento, donde hoy estoy sirviendo, sin que me falte cosa de lo necesario para alimentar la vida, que es la que te he contado.

Muy agradecido te confieso, dijo el cautivo, á la merced que de tí he recibido en haber contado tu vida, que de verdad que tiene que dar muchas gracias á Dios el que criándose sin padres ni maestro, sale virtuoso, y en particular el que ha corrido siempre fortuna de pobre; y porque ya es tarde y el cuerpo miserable pide descanso, dejo de contarte mi peregrina historia, pero lo ofrezco para la primera ocasion; solo te digo que mi nombre es Onofre, mi patria Nápoles, y te suplico que por la mañana vengas, para que como hijo deste lugar me le enseñes, con las cosas mas notables que en él pasan, que pues confiesas no moverte el interés, yo te ofrezco el agradecimiento. A quien Juanillo ofreció de servirle, y despedidos, se recogieron.

DISCURSO II.

No apenas mostraba el dia sus deseadas luces, pues solo las muestra ó manifesta entre penas á aquel que

las aguarda para ofensas de Dios, sirviéndole de letargo mortal lo que por alivio le envia el Autor de todo. Mostrólas entre alegres endechas de diversas aves, con cuya sonora armonía alaban á su Criador, cuando llamó á la puerta de la posada de Onofre Juanillo, á quien halló vestido, que á quien siguen cuidados, poco acompaña el descanso. Diéronse los buenos dias, y despues de preguntarse cómo habian pasado la noche, y respondidos cortesmente, dijo Juanillo así: Pues Dios ha sido servido que veamos la luz del dia, habiendo pasado la oscura tiniebla, aquella que con su manto nos enluta las luces que nos alientan, con que nos da liciones para morir, pues cada dia tiene fin, sin reservarse el mas festivo ó lucido del año, imitando la triste muerte á la fria noche, pues atrevida acaba la vida mas descansada y la edad mas robusta, hilando siempre el estambre sutil de nuestra vida la parca Cloto, Lachesis la tuerce, y Atropos la corta. ¡Oh corta vida del hombre! pues sin hora de descanso pasas la carrera, sin poder volver atrás un paso. Razon será que desterrando la pereza nos encaminemos adonde con quietud oigamos misa; y si te parece, sea en la casa de la milagrosa virgen de las Mercedes, pues es á quien debes el buen suceso de tu libertad, que allí hay gran quietud, que es la parte que mas conviene para contemplar tal misterio. Contento soy, dijo Onofre, bien puedes guiar donde quisieres, que desde luego te doy palabra de obedecerte en todo.

Fueron, y á breve instancia llegaron al religiosísimo convento de la redentora María, en cuyo altar mayor hicieron oracion, pasando al milagroso santuario de aquella hermosísima aurora, que desde el seno del padre fué enviada para ser madre de Dios, con el privilegio de concebida en gracia y en gloria, dádiva de su amado hijo, como quien pudo y quiso; y así que entraron en la capilla, cuyo título es Remedios del hombre, salió misa, que oyeron con grande quietud, hasta que copioso número de hombres y mujeres se llegaron á la santa comunión, que duró el darla largo espacio, de lo que Onofre estaba absorto y elevado, viendo tantas almas arrepentidas junto á su Dios, pues con amor le recogian en sus entrañas. Acabóse la misa, y saliendo á la calle, preguntó Onofre á Juanillo si era continuo el comulgar tanta gente. A lo que respondió: Sí, y dura el tiempo que las misas, que será hasta las dos del dia, y no es solo en esta capilla, que hay en Madrid muchos santuarios donde es lo mismo. Onofre no cesaba de dar gracias á Dios, diciendo: Señor, tantas almas buenas son causa sin duda que nos consintais á tantos malos como somos en este mundo. Perturbólos la contemplacion una tropa de pobres que iban á todo correr; y habiendo Onofre reparado en sus achaques, que despues de colmada edad habia tullidos, mancos y otros con plagas bastantes para pedir limosna, reparó en otra cantidad de mujeres, asimismo pobres, con las ruinas que la edad y la necesidad traen. Preguntó á Juanillo la causa de ir separados unos de otros, y dónde tan apriesa, á lo que respondió: Estos van con

la bulla que ves por conseguir el coger limosna de dos ó tres casas; y el ir apartados hombres de mujeres es que en algunas casas de señores, donde dan limosna, gustan que el rato que aguardan sea no estando juntos, porque la ociosidad no tome ocasiones; y así, dan en unas casas limosna á hombres, y en otras á mujeres; y yo me conformo con el buen gusto, pues aunque pobres, tambien son de la culpable materia que los ricos, aunque algunos creo que extrañan esta verdad, pues en viendo á un pobre huyen de él como de una fiera, siendo quien por un ochavo se ofrece á ser abogado ante el tribunal de Dios. ¡Qué de cosas consigue el que da limosna al necesitado! pues viéndose socorrido, dice, penetrando con aquella humilde vista las celestes esferas: ¡Dios te dé que dar, dándote de sus bienes! El que lo ve ó lo sabe esparce fama, pues con amor le alaba de caritativo y limosnero. Dios, que todo lo alcanza, le señala premio, porque parte con el mendigo el hacienda que le dió en administracion. ¡Oh grandeza de la limosna dada con amor! Que no es razon darla con desagrado al que necesitado la pide, que haría vergüenza gastar, y bien propia, á trueco de sufrimiento ajeno, y no serán estos pobres solos, prosiguió Juanillo, que por otras calles irán muchos mas; y estos son pobres que no perecen, porque piden públicamente, pero cuántos necesitados habrá de puerta adentro con muchos hijos, sin tener pan que darles. Tal creo, dijo Onofre, pero no morirán de hambre, que tienen gran Dios que los socorra. Así es, respondió Juanillo, y para que alabes su grandeza y por el camino que cuida de sus ovejas el Pastor celestial, escucha.

Sale de la casa de un hombre poderoso una criada en busca de lumbre, y pasa cuatro puertas de la suya; vive en la que llega á llamar una pobre viuda con seis hijos: allí va á buscar lumbre, donde no ha ido jamás y casi en jamás se enciende; allí la guía Dios; llama á la puerta, y pregunta: ¿Hay lumbre? Conócela la mujer en la voz, y con eco afable la responde que no. No lo oye la moza, y entra dentro; la buena mujer la recibe como á cosa de la casa de un poderoso, que amor, rendimiento y agasajo siempre sobra donde sobra necesidad; la moza la mira el rostro pálido, lo que un pobre trapo, que sirve de toca, concede que se vea; vuelve la vista á un lado, y ve entre muy remendada manta seis criaturas, á quien por tapar mal la poca ropa manifiestan harto trabajosas camisas; uno llora, otro se va enterneciendo como ve llorar á su hermano, el mas pequeño pide pan, otro pide agua, otro dice que le vistan, y el mayor con algun discurso les dice que callen y no sean cansados. La madre enjuga con la toca las lágrimas que el sentimiento ha traído á sus ojos, y dice: Déjalos á los pobres, que no se han desayunado desde ayer mañana. La moza que por lumbre habia ido se enternece y queda como absorta; mira á todas partes, y cuanto ve todo es pobreza; vuelve el rostro, porque no vean su sentimiento, y enjúgale en el revés de la basquiña; sálese triste, sin pedir

lumbre, y sin ella se va á su casa; véla su ama, que aguardándola está para hacer chocolate; dícela: ¿Cómo no traes la lumbre? La moza no acierta á responder; mírala su señora el rostro, véle lloroso; pregúntala qué tiene ó quién la ha ofendido, qué la falta, que cómo habiendo salido bien alegre, vuelve tan triste, que la saque de dudas y la responda. La moza, impedida de un sollozo, negándola el paso á la respiracion, forma medias palabras, y á partes iguales, ojos y lengua, cuenta la miseria que en aquella casa hay y la necesidad que padece. La señora, llena de piedad, agradece lo compasivo de su criada, y dícela: Si tú, á quien no acompaña tanto discurso como á otros, sientes tan entrañablemente la miseria del pobre, ¿cómo mi corazon no se deshace en lágrimas y te acompaña? Y pues me has dado en qué merecer con Dios, y poder emplearme en un acto tan agradable á sus ojos, socorrer quiero á esa mujer pobre, que bien tengo entendido que es una viuda recogida y virtuosa; y así, dueña te hago de cuanto hay en casa; alienta su pobreza, y ten cuidado cada dia de hacerlo, pues Dios me ha dado con qué. La moza, desde aquel dia nada perezosa, se convierte en ángel, y cuida de aquella Daniel metida en un lago de miserias, rodeada de seis leones, llevándola el sustento.

Mira por el camino que Dios envió á esta pobre qué comer, pues bien puedes creer que pasa en este lugar esto y mucho mas; y tambien hay algunos que pueden hacer limosnas, y no saben que tal se usa en el mundo, antes sirven de quitar el sustento al desvalido, en lugar de dárselo, y pasan á mas, que lo mismo que los sirve para anhelar, tambien se lo quitan ó encarecen.

La bien gobernada república de abejas cria entre sí un animalejo parecido á ellas en lo que la vista registra; llámale zángano; susténtase con el trabajo de la pobre abeja, gozando del licor que su afán cria, pues la come la miel y la cera, sirviendo solamente de estorbo y de inquietud, sin dar provecho alguno, y aun no se contenta su ambicion, que cuando salen las abejas á buscar qué comer va con ellas, y es el que se come las flores mas copiosas y altas, sin dejar las cosas buenas; hasta en la comida pone carestía, que no se contenta con quitarlas el sudor y aliento con que afanan, siendo su estorbo y su inquietud, y apurándolas el caudal, que tambien las quita lo que las sirve de aliento. ¡Oh zángano con quien hablo! que no quieres conocer la pobreza de esa abeja, teniendo en tu casa, donde habitas, mucho mas de lo que has menester, y allí te ha dado Dios, con medida colmada, los haberes del siglo; conténtate con eso, y deja al pobre que aliente su penosa vida, pues con ella está gustoso, aunque no sale de trabajos; no le quites lo que le alienta, que le cuesta gotas de sangre; y si no quieres cesar hasta ver acabada esa higa que contemplas en el mísero, mira que una que cuesta dos cuartos suele librar de mal ojo al que la trae; compra tú las alabanzas de un pobre por dos maravedís, que en tal ocasion lo harás, que te sirva de guarda para no caer en las llamas eternas. Es-

cucha, oírás lamentar al pobre, y verás cómo Dios cuida de lo que tú habías de hacer con la hacienda que te dió; no te hagas malquistado con tu Criador, abre los ojos y presta el oído, que si no lo haces, te diré que aun eres peor que el áspid, pues para no oír á quien le quiere encantar, cose el un oído con la tierra y el otro tapa con la cola; pero hácelo por librar la vida de los que procuraban que salga de la cueva para matarle; pero tú tapas los oídos con los entretenimientos, por no escuchar las lástimas, y cierras los ojos por no ver al que representa á Dios cuando andaba en el mundo, pues pobre fué desde que nació en un pobre albergue, hasta que murió en un desierto, siendo enterrado de la Misericordia; mira que el áspid, por defender la cabeza, opone al riesgo todo el cuerpo, y tú opones toda el alma para defender la hacienda. Y si no te mueve lo dicho para que la conmiseración te ablande, mira que de Amasis cuentan que, viendo llevar á morir á un solo hijo que tenía, no lloró ni mostró sentimiento alguno, y lloró muy tiernas lágrimas viendo pedir limosna á un amigo suyo; compadécete tú de ver entre miserias y aflicciones al pobre, que puede ser que sea indigno del estado que tiene, y tú del que gozas; limpia la cera del oído, desembrázale, déjale sincero, y entonces escucha.

¡Ay! dice el pobre al amanecer; si Dios me dará en qué ganar un pedazo de pan para mis hijos. ¡Ay! dice á medio día, hijos queridos, tomad ese pobre sustento que vuestro padre ha adquirido. Saca de un paño blanco y roto dos cuartos de morcillas de carnero y un panecillo; enternécese, y con la capa se limpia los ojos; mírale su esposa, y dice entre sí: Corazón mio, ¿de qué metal eres hecho; que viendo aquellas lágrimas de sangre blanca, tú no las viertes de sangre roja? Surten tantas á sus ojos, que tal vez las niega el paso el penoso sollozo; el pobre marido, que á su pena había menester quien le ofreciese alivio, es quien necesita de consuelo para su mujer; ásele las manos, légalas á sí y abrázala, diciendo: Pasa ese corazón con el mio, amada esposa, para que yo sea solo el que sienta por los dos. A este paso, atentos cuatro hijos queridos y bien doctrinados, forma una capilla de tristes voces, y de verlos llorar y á sus padres, procuran el consuelo por aplacar su llanto. Uno dice: Madre mia de mi corazón; otro: Padre de mis entrañas; otro chiquito, de ver llorar á sus hermanos, ya se enternece y suspira. Llamad, niños, al Padre del alma, que es el interior y el poderoso, que el padre exterior no puede mas. A tantas lágrimas, á tantos suspiros, á tanta aflicción y á tanta pobreza, ¿quién será quien socorra? ¿El rico, el próspero, el que tiene mas de lo que ha menester? No. Pues ¿quién? Dios, por medio de la misma pobreza, cuida del vil gusano; del bruto, del ave y del pez, ¡y se había de olvidar de su imagen y semejanza, que es el hombre! No cabe en Dios la dureza que en el mortal.

Llama á la puerta un religioso capuchino, y dice: ¿Hay un huevo para los pobres enfermos? Recoge el llanto la mujer y sale á responder, no tan enjutas las lágrimas que el religioso no conozca su tristeza. ¿Qué

tiene? la pregunta. ¿Qué le aflige? No me niegue la verdad. Surten otra vez á sus ojos copiosas lágrimas, que es propio en el triste el aumentar el llanto la vista de quien le puede remediar. Vuelve á sacudir el sollozo, sin poder pronunciar mas palabras que: Mi marido, mis hijos, yo todo pobreza. No la consiente la pena que diga mas, y sin mas preguntar, entra dentro el religioso, guiado de la misericordia de Dios, donde ve llanto de inocentes y amor de piadosos. Enternécese tambien, consuélese con brevedad, y empieza á consolar. No hay mas, hijos, ea, desechad la tristeza, que Dios que lo ve lo remediará. Oye su afán de la boca del hombre, que entre sus colmadas penas ya siente alegría, con solo ver aquel saco de sayal tan amoroso á los ojos de Dios, por ser insignia del mas humilde pobre. Saca el religioso de las mangas cuatro panecillos, y de una cesta media docena de huevos, dásele, y dice: Hermano, Dios se lo da, acuda á la portería de mi convento cada mañana, que yo tendré cuidado de socorrerle con lo que pudiere. Agradecido el hombre, le ase las mangas, y en él las refresca la boca y los ojos; él se despide, dando á cada muchacho cuatro pasas, con que quedan contentos; y al salir de la puerta la da á la mujer un papellillo; ella, creyendo que es el nombre de Jesus, le mete en el pecho.

Vase el religioso, y ellos quedan con un consuelo tan interior, que llepos de gozo, no hacen mas de mirarse el uno al otro. Légame uno de los muchachos á la madre, y como la vió dar el papellillo, la dice: ¿A ver qué es, madre mia? Esta saca el papel, extiéndele los dobles, y vé que tiene mas letras de las que imaginó; dásele al marido para que le lea, ve que es libranza en que dice la providencia de Dios: Dé el síndico de este convento de San Antonio treinta reales al portador. Ya el gozo en estos pobres encubiertos pasa de gozo, pues enmudecen, conociendo que Dios ha sido el que ha socorrido su tristeza; vase el hombre á su afán, y la mujer sale en busca de quien la ha de pagar el papel; hállale con brevedad, y con un semblante de gozo la despacha con su dinero.

Abre los ojos, rico miserable, pues has escuchado el llanto del pobre, y ves cómo á tus descuidos se desvela el mismo Dios, para cuidar de lo que á tí tocaba de derecho con el hacienda que te pidió.

Perdona, Onofre, prosiguió Juanillo, si te he cansado, que en llegando á estos lances, como pobre, aunque se enternece el alma, el corazón me ofrece alientos para decir lo que pasa en Madrid, tan verdaderamente como lo has oído. Antes te confieso, dijo Onofre, que gusto tanto de oírte, que lo hiciera continuamente, pues á tus razones cualquier pecho cristiano debe atender; y así prosigue si tienes mas que decir, pues todo lo que pasa en este lugar de tan gran confusión no se puede ver, y para saberlo necesito de tu buen discurso. Siendo eso así, prosiguió Juanillo, pues has oído del modo que pasa la vida el pobre, oye de la forma que la goza el rico.

¿Qué tiempo hace? pregunta el poderoso por la ma-

ñana. Responde un criado : Triste hace el día, y está lloviendo; bien responde este criado : triste y llorando está el día. Poderoso, abre los ojos del entendimiento, y verás cómo cesa el tiempo de arrojar lágrimas para que lluevan tus ojos. Manda que cierren las ventanas y que le traigan chocolate. Vase levantando, abriendo mas boca que la tarasca. Salta de la cama, y ya le espera un criado, ocupadas las manos con unas chancletas de terciopelo; póneselas en los pies, y otro criado le echa en los hombros una capa de grana, y pone en la cabeza una gorra de felpa. Siéntase cerca de la cama, junto á un brasero de lumbre, no porque siente frio, pero basta el que ha oído decir que le hace. Vase calzando, entra el chocolate, tómale y acábase de vestir. Manda poner el coche, vase á misa, porque es día que obliga, esto hace si no hay oratorio en casa, que en Madrid ya hay tantos como poderosos; procura oír la mas breve, y da vuelta á casa. Pide de almorzar algo ligero porque no se le estrague la gana para el medio día, porque solo está pensando en que ha de comer mucho; sácanle una conserva, toma dos bocados, y parécele que se le han abierto las ganas, con que dice que le saquen algo de mas jugo; tráenle una polla de leche, come las pechugas y la rabadilla; va pellizcando lo mas tostado, y poco á poco la deja esqueleto. Manda quitar la mesa, y sobre el brazo de una silla donde está sentado se recuesta; á breve rato pide un libro entretenido, dánsele, lee breve, y manda que le toquen un instrumento; en estos lances llega la hora del comer. Llámante á la mesa, donde le esperan diversas viandas; come de todas, sin reservar principios ni postres. Levántase, murmurando entre dientes de un palillo que le escarba las encías, sin hacer caso de lo que le escarba la conciencia, y pregunta qué comedia hacen; dícensele, y responde : Mal título tiene, pero no hace tiempo para otro entretenimiento. Vase á ella, véla representar en compañía de otro de su misma posibilidad, y si no le gusta mucho, se sale á la segunda jornada, alborotando para ello la gente del patio. Vase á casa, si antes no se van adonde Vénus convida con su plato, pónense á jugar hasta la media noche, y de cuando en cuando pide de beber con sus bizcochos de canela. Dice el uno : Esta vida no se puede llevar; hace un tiempo tan encogido, que no sabe un hombre qué hacerse, sin poder salir á espaciarse. El otro dice : Mortal estoy en tales días, sin poder ir á buscar un entretenimiento. Este se debe de sentir inmortal lo mas del año, pues dice que está mortal en días tristes no mas. ¡ Oh qué ajeno está de la razon el que en solo un día dice verdad, sin hacer reparo que el mismo tiempo esconde sus luces por no ver las demasías que hace el hombre ! Qué vida pasarán estos que tienen bienes en días alegres y espaciosos, si en los tristes y encogidos, pasando la que he dicho, les parece penosa, y puede ser que los pariese su madre sobre una alfombra de malvas, y recogiese en hartos pobres pañales ! La cosa mas amada y aborrecida que hay es la pobreza; todos la alaban, y con razon deben hacerlo, pero nadie la busca ni procura, que el poderoso no la

alaba para propia; que bajarse de aquel lugar en que le tiene la fortuna no le está bien, ni es consejo sano para él; pero pues ama á la pobreza porque Dios la amó, se acuerde del pobre, á quien suele probar la paciencia el corto poder, y repare que tiene la fortuna muchas mudanzas, y que el capitan Belisario, despues de haber vencido á los persas en el Oriente, á los godos en Italia, y á los vándalos en Africa, dando todas estas victorias al emperador Justiniano, el mundo le pagó por una libranza de la envidia, y le sacó los ojos, viniendo á tan miserable estado, que su albergue era una pobre cabaña de pastores, de donde salía á pedir limosna para alimentar la triste vida. Nadie confie en que tiene; obre bien, que no hay mayor seguridad ni vida mas descansada, y tenga por cierto que el caritativo y piadoso, que siempre anda lo uno con lo otro, si se emplea en el socorro del necesitado, es como la luz, que hermosa y caudalosa, llegan á ella otras que necesitan de resplandor, y pródiga da su caudal á los mendigos necesitados, sin que en ella se conozca falta alguna, antes mas copiosa mientras mas da.

Estos ricos para el adorno personal no dejan terciopelo rizo ni liso, felpa, chamelote, tafetan ni raso, que todo no lo arrastran, y aun inventan otras telas; medias de pelo y de arrugar, las bastantes; zapatos, los que sobran; sombrero de castor, mas de uno; ropa blanca, mucha, que no hacen otra cosa las doncellas de casa. Deste modo viven, no como un hombre deste lugar, que yo conozco; mozo, rico y soltero, que habiéndome enseñado su casa, y despues del adorno, que era bueno y curioso, habiéndosele alabado, me dijo: Lo mejor falta que veas, y sacó de debajo de la cama un ataúd, dado triste color, y dentro del la mortaja, atada con un cordel de esparto; y viendo alguna suspension en mí, me dijo : Mas cierta es esta alhaja que cuantas has visto; mortal soy, sé que me he de morir, y para que no se me olvide, tengo debajo del lecho donde descanso este despertador. Esto es en cuanto á la verdad de la muerte; en la posibilidad de todo lo que adquiero, son dueños de la mitad los pobres; en cuanto á otras obras, quédese á Dios. Esto me dijo, y yo digo ahora que esta vida es como la flor del amaranto, que jamás se marchita. Mas da que hacer el pobre en su casa; pero ¿ qué pobre hay que no enfade, estorbe y canse, si le oprime la necesidad ? Cada noche ha menester su mujer dos cuartos de hilo para remendarle el hato; toma la camisa, y mas que el verla rota, la aburre y consume no tener remiendos para ella, obligándola la fuerza de la necesidad á cercenar las faldas para acudir al cuerpo; si ase los calzones, que parecen, salpicados de diferentes remiendos, papagayos en muda, los tiene en pié, volviéndolos lo de atrás adelante. Las mangas vestideras, que asidas á un miserable jubon de gamuzas andan, son de fustán, bien parecidas á los calzones en lo trabajoso. La ropilla, sin mangas, que perdidas se han deshecho á puras peticiones de los zaragüelles. La capa, muy alcuza, que tambien ha entrado en las sisas de tantos remiendos como se han ofrecido

para socorrer la necesidad del vestido. El sombrero, como los zapatos, que á puro limpiarlos, ya no tienen color. Las medias han sido parte para haber hecho á su mujer maestra de coger puntos, y con toda esta miseria se holgaría de tener qué comer para él y su mujer.

¡Dios justo y santo! que haya hombres á quien diste hacienda sobrada, que no reparen en la mujer que no sale á misa, por no tener manto, y en la que por ser vergonzante aguarda á que la noche la ampare para salir á buscar un pedazo de pan, y la que para dar de comer á sus hijos va al matadero, y aguarda á que arrojen unos desperdicios de los vientres de las vacas para cogerlos, y con ellos sustentarse, y que todas estas que digo tambien tuvieron bienes, y ya no quedó ni aun señales de que hubo, solo quedó la puerta que la vil necesidad abre para que la virtud se vaya, y solo al que puede se le concede cerrar esta puerta que tan olvidada tiene; pero ¿qué mucho, si los tiene turbada la vista tanto entretenimiento como inventa su poder? Estos zánganos aun no se contentan con hacerse ciegos y sordos á las tristes y necesitadas quejas del pobre, que tambien procuran quitarlos lo poco que tienen.

Vive cerca de la casa de un poderoso un pobre, en una casilla que fué de sus abuelos, y siempre la reserva de las ocasiones de la necesidad, temblando de que si la vende se acabará el dinero que le dieran por ella, y se hallará sin casa y pobre como siempre. El poderoso no cabe en la que vive; y para ensancharse, por medio de un criado suyo y amigo del pobre, le envía á decir que le venda la casa; responde que, aunque su necesidad es grande, pues los mas dias no tienen que comer, que no se determina por el presente á enajenarla, que antes pedirá por Dios un pedazo de pan. El poderoso que tal oye, le parece grande atrevimiento el que el pobre ha tenido en no haberle obedecido; y mas furioso que sierpe herida, promete en su corazon el darle mala vecindad, para que se vaya aburriendo. Cáese en estos lances una tapia que dividia las dos casas; con que el pobre parece que ha estado toda la vida en lo profundo de las minas del azogue, segun tiembla, porque no tiene con qué levantar la parte que le toca. La tapia primero temblaría que se cayese; ya tiembla este pobre; á él le harán caer. El rico le envía á decir que mire que es menester abrir zanjias y sacar cimientos y levantar rafas de ladrillo, que es decente para la guarda de su casa y hacienda, que busque dinero, y que si no lo hace con brevedad, le echará de la casa por justicia, porque está por su lado muy á riesgo su hacienda. El pobre responde que por su casa no le faltará nada, y que él no ha menester tanto gasto, que con un cimiento de piedra aguja, como ella tenia, y una rafa de yeso tiene barto. El rico se enoja y le amenaza. Busca un albañil conocido y un ministro que lo sea tambien, que de la parte del rico nunca faltan cirineos. Dicen al pobre que mire que es menester levantar aquella tapia, ó que dé fianzas de seguridad á la hacienda de su vecino. El, que tal oye, se pone mas triste que la noche;

dice que le den tiempo para buscar dinero sobre la casa, por no tener otra prenda; á lo que le responden que buen espacio busca, que procure modo mas breve, porque á otro dia sin dilacion alguna se ha de empezar. El pobre no sabe qué responder; quédase confuso, mirándolos como quien dice: Socorredme por pobre. A esotra puerta, que esa no se abre. El maestro, como le ve confuso, le dice que mejor le ha de estar el venderla, y pues tiene tan buena ocasion, que hace mal en no gozarla, porque la medianería le ha de costar mucho; que tome su consejo, que le ofrece de hacer sus partes en la tasacion. El pobre, que tal oye y se ve sin consejo mas de aquel que le dan, y que todos son de parte de que la venda, se determina á ello. Tratan de concierto, ajústase, danle su dinero, y échale en la calle; busca casa de alquiler; mírase triste, fuera del rincon donde nació y llamaba suyo. Hállase embarrizado con el dinero, y temeroso de no gastarlo ó que se le baje, busca dónde ponerlo á ganar; halla con brevedad un enredador que le carrea con otro, que de ordinario el malo trae otros tales por segundas personas; dícele que don Fulano es hombre hacendado y de mucho caudal, á quien podrá dar aquella cantidad. El pobre con facilidad da crédito á todo, porque le parece que como él es hombre llano y sincero, todos lo serán. Entrega su dinero, hácenle escritura de á tanto por ciento, y de su misma hacienda le dan medio año adelantado de réditos; cree que le han dado algo; pasa el primero mes, y al segundo ya se ha levantado el enredador con el hacienda deste pobre y otros.

Mira la obra que hizo el zángano poderoso á la cuitada abeja en quitarla la casa, sin reparar que en siete piés de tierra ha de estar hasta el fin del mundo, y para cuatro dias que tiene de vida, le parece poca la capacidad que pisa, quitándole para ensancharse la humilde choza al mísero y pobre viviente.

Es la carcoma un gusanillo pequeño, pero muy ambicioso; no se contenta con poco, hállase con mucho, y todo lo pierde. Arrímase á un árbol grande, hermoso y pomposo de hojas, con intento de buscar dónde recogerse; y al pié de su edificio empieza á roer hasta que cabe su cuerpo. Hállase bien en casa que llama propia; parécele que la comida no ha de faltar; cree que el tiempo no le ha de ofender, y no se acuerda que hay fin; y aun no está contento, que como va creciendo su soberbia y no cabe en aquel aposento, y procura roer mas y mas en el corazon del árbol, labrando salas y recibimientos muy de su gusto, hasta que á puro roer al árbol le seca y quita la vida. Repara en él el labrador que busca leña, y como le ve tan sin jugo de virtud, le corta para entregarle al fuego, donde con toda su vanidad muere la ambiciosa carcoma. Guárdese el que con hacienda mal adquirida labra palacios, que puede ser faltar el brio que le alienta y llegar Atropos con su cortadera y derribarle. Pida á Dios, arrepentido, antes que falte el tiempo, que este labrador, que no reserva árbol, por mas grande y copetudo que sea, que no le corte para entregarle al fuego eterno. ¿Quién es el que

verdaderamente se puede llamar rico, preguntó un discípulo á su maestro? Y respondi6le que aquel que humilde, estando pr6spero en los bienes del mundo, se tenia en poco, siendo de otros tenido en mucho. Y a~adi6: Aquel que se temple por s6 solo cuando est6 mas airado. Un poeta dijo que los bienes deste mundo eran todos como el vuelo del 6guila, que apenas le empieza cuando se desaparece. El obrar bien es lo mas durable; y el acudir al pobre es el oro que resplandece en las armas del noble; que el pobre, todo su caudal se convierte en imaginados deseos; y el caudal del rico son los cumplimientos de sus apetitos; pero el pobre deseando, y el rico ejecutando, tienen á qu6n temer, que es la muerte.

DISCURSO III.

En los oidos del piadoso siempre suena bien la conversacion que solo se endereza para consuelo del pobre; ejercicio honesto es hablar en la caridad y aumentos espirituales y temporales del pr6jimo, y de hombre de sano juicio es dar l6cion de virtud, en particular al que carece della; y as6, todo cuanto he oido, amigo, dijo Onofre, ha hecho en mis oidos muy gustoso ruido; bien se conoce que tienes experiencia en lo que has dicho, pues lo cuentas como á aquel á quien puede haber sucedido. Ya te he contado, respondi6 Juanillo, c6mo siempre he sido pobre; y as6, como tal te confieso que puede ser, pues los trabajos nunca huyen del misero en bienes de fortuna; pero cree que pasa en este lugar lo que te he contado, y aun mucho mas; y pues el d6a va manifestando su edad, y el sol descubre sus luces á la tierra, con que la fertiliza y alienta, guemos por esta calle arriba, saldremos á la Plaza Mayor, y ver6s c6mo va empezando su confusion, que despues que alabes su hermosa planta, har6s reparo en lo que encierra de mantenimientos, que no es el menor bien de una rep6blica tener rey justo y piadoso, juez entendido, gobernador desinteresado y plaza abastecida. Pasaron la Puerta Cerrada, y subieron la escalera de piedra de la Cava, dando en el portal de los Pa~eros, en cuyo sitio hizo reparo Onofre, preguntando á Juanillo qu6 tiendas eran aquellas, que le admiraba lo adornado y compuesto de sus telas. A lo que Juanillo respondi6: Todas estas, y mas que hay á la vuelta, son de mercaderes de pa~os, y yo me acuerdo, y no soy muy viejo, cuando en cada poste destos habia otra tienda de medias de cordellate de todos colores; y algunas que habia de regalo eran de estame~a, y todas se vendian, porque las compraban las mozas de servicio; y ya es mercader6a que sin pragm6tica se arrincon6 su traje, como el de los cuellos y los guardainfantes en este tiempo; pues no hay zarzapastrosa que no haya condenado á destruicion las faldillas del jubon, quitasol del guardainfante, solo por ir hecha toda ella una francesa 6 gruesa de agujetas, pues mas parecen se~uelos de la paranza del pecado que trajes decentes. Pues dime, pregunt6 Onofre, ¿no hay ya quien sirva, 6 qu6 es la causa? Mas mozas hay hoy que damas, replic6 Juanillo, y no falta á qu6n ser-

vir, pues no hay verdulera ni carnicera que no use y quiera criadas. No consiste en eso, y si lo quieres saber, escucha, pues no te cansan mis razones.

Está ya tan perdido el mundo, y en particular este lugar, que las que en el tiempo de marras eran mozas de servicio, ya son damas en esta edad, usando el traje que te dir6, que es liarto indecente; pero muchas que le usan y sirven me dan que notar el que se6 cierto estar contento y pagado su amo, aunque la vea con mas adorno que á su esposa, pues consiente el que lo ande con su desvergüenza y libertad; y verdaderamente mas pena debe, en mi juicio, el consintiente que el hechor. Trae la picarona camisa muy delgada, con el cabezon y pu~os bien labrados; enaguas de beatilla, con puntas algo grandes, porque se vean bien, que es anzuelo para la pesca de estos tiempos; medias de pelo, de un color tan salido como ellas; calcetas de hilo muy delgado, mas de un par, porque hagan piernas; zapato muy replicado, 6l y el zapatero porque le hiciese peque~o; ligas de colonia ancha con puntas blancas, que faltar en lo que se ha de ver, fuera mucho descuido; encima de un jubon de coton6a, uno de rasilla, porque venga con la tela de la cara, que es bien rasa; la cabeza hecha un mayo con cintas de mas colores que inventa Venecia, toda ella una flor, pero flor con muchas espinas, mas que el espio, junco, zarza y cambroneria, frutos que produjo la tierra despues que fu6 maldita. Trae arracadas de perlas, y perlas por gargantilla, que para tales damas ya murieron coral, azabache y abalorio, y peon6as ya no se siembran; usan un guardapiés con ocho guarniciones muy anchas; y en traer la cara acicalada no se descuidan, como anda en venta la hoja; cúbrense con una capa mejor que la trae su amo 6 con una mantilla blanca muy grande; á 6l no se le da nada, porque la mira con gusto. A pocos lances pide manto; en siendo se~ora d6l, pide puntas, que sin ellas dice que es de viuda, y no entiende serlo. Mira t6 todo esto c6mo se sustentará con quince reales de salario; no gu6an ellas el agua á su molino con los quince del salario, con tener quince al gasto. Y á esa moza que has pintado, dijo Onofre, ¿qu6n la sirve? que dama tan compuesta ha menester criada. Dentro de casa la tiene, respondi6 Juanillo, que lo es su ama; porque gusta el se~or de casa, que como trae medias de Inglaterra, que parece que han tenido viruelas y muchas, segun sus costurones, sirvenla de ligas unas cintas de lana; los zapatos son, aunque viejos, hartos de cordoban y suela; camisa echada en casa, que la hil6 ella, y no su criada; toca de lino en la cabeza, y en las orejas arillos de plata, con unas calabacillas de coral; gargantilla de lo mismo, vestido de estame~a de Toledo, y manto de peso, todo apreo de buen gusto, mas no á gusto del se~or, que le ha empleado todo en su criada, porque cuida del rostro, sin hacer reparo que rostro y cuerpo tienen el t6tulo que el libro de Montalvan. As6 consiente á la mujer que sirva á su criada. Ciego est6 tal hombre, y es fuerza que lo est6 quien se ha dado todo al dios vendido. Porque no se pierda esta moza, dice á su es-

posa que la tiene en casa, que como es de buen parecer, sera lástima que ande de casa en casa. Esto dice el que usa tales yerros; la mujer no trata mas que del servicio de Dios; es sana, no tiene malicias, y cree que todos son así. Vase á misa, y aunque tarde, por oír dos ó tres, y se queda á sermón si ve disposicion de que le ha de haber, no la pide cuenta el señor, como queda entretenido con aquel disgusto que por gusto tiene.

En ciertas partes del mundo he oído decir que se crían centauros ó sagitarios; son unos brutos que de medio cuerpo arriba parecen hombres, y de medio abajo caballos; yo no los he visto en estas partes, pero sé que se crían en Madrid muchos que parecen hombres, y son brutos; y así, á quien vive como he referido le daré este aviso, diciéndole: Hombre al parecer, mira que no tienes razon, que la una es la que Dios te dió por esposa, y esotra es una moza deservicio, que te tiene fuera de tí, comiéndote la hacienda, enfermándote el cuerpo, y encenagándote el alma; abre los ojos del entendimiento y mira que, sin que tú lo sepas, con lo que á tí te quita, sustenta días ha á un lacayo de valonas y medias, porque es mozo de brios, y ahora mira no de mala gana á un criado de un alcalde, porque trae coileto y vaina abierta; mira con los personajes que se emplea tu dama ó tu criada. Puedes creer, prosiguió Juanillo, que no es murmurar lo que te voy á decir, que no todas estas salen estériles, que algunas se llenan de huesos la barriga, y viéndolo el agresor, como va creciendo el bulto, le juzga por suyo, sin reparar en que pueden haber trabajado muchos en aquella obra. Procura buscarla dónde esté, que tenerla en casa ya fuera demasía de falta de vergüenza. A su mujer la dice que ya no hay que creer en ninguna moza, que mire quién pensara tal de una muchacha como aquella. Halla dónde esté, que no faltan unas pasadas ollas, que ya quebraron, y sus cascós sirven de tapar otras nuevas. Esto hace, si acaso su desvergüenza no la consiente parir en casa, haciendo á su esposa que la sirva y regale, y crie como á hijo lo que pare, dándola por ello muchas pesadumbres, si acaso no pasa á tratarla mal de obra.

Para fuera de casa por fin y postre de aquel lance; y apenas lo arroja, cuando lo da á criar, ó echa adonde la piedad los cria; hállese la recién parida con los pechos cargados; anda dolorida quejándose. La que la acude, consejera á mas no poder, la dice que si fuera ella, que buscara cria; párecele bien la lición, y sin dar cuenta á su amo, van juntas á la casa de una buena señora, que llaman capitana de gente lechal, que vive á Lavapiés; búscala una casa de unos señores que tienen poder de hacienda, con que sustentan criados y criadas. Es la primera criatura que han tenido; empieza á darla el pecho, y á pocos días se le luce á lo recién nacido el cuidado de la ama; los señores muy contentos empiezan á darla el vestido, la joya y otras alhajas que la generosidad del poder reparte con quien le agrada. Hállase mujer de prendas, y con la quietud y el recogimiento está de buen parecer; y ella, que no lo tiene á novedad el saberse engerir, úsalo ahora con mas libertad, con

que se pone de luna llena la que no ha salido de meneguante. Repara en ella un criado de los de escalera arriba; véla moza y de buena cara, con buenas alhajas, querida de sus amos, y envidiada de las demás criadas; empieza á galantearla para esposa; ella lo conoce, y se pone mas hueca que calabaza añeja, y entre la gravedad y la estimacion, no la parece mal, ni le paga en mala moneda; habla el pretendiente á sus amos del intento que tiene, y gustan de su acierto, porque han sabido de su boca de ella que con palabra de casarse contigo la hubo un caballero, y el día que se habian de sacar los recados para amonestarse, le mataron, quedando preñada, y que lo que parió se murió. En fin, se ajusta, porque quiere sombra de marido; y ya tiene creida su autoridad con la compuesta mentira, pues con la mascarilla del engaño tapó la infamia de sus obras. Cásanse muy á gusto; porque ella ha conocido en él buena masa, que es lo que ha menester su condicioncilla; hállese con marido, y al instante toma don, que luego las entra á estas fregateras como heredado, habiéndosele hallado entre las hebras de un estropajo. De mi señora doña Fulana no se ha olvidado su primer amo; sabe que se ha casado, y procura por los medios posibles el verla; consíguelo por órden de la que la tuvo en su casa cuando parió, que razon es que una veleta sirva á todos vientos. Caréanse, y el buen señor la habla muy tierno, pareciéndole mas hermosa que nunca; répresentala cosas pasadas, deudas y obligaciones que se tienen; ella, que aun no las ha olvidado, se va ablandando poco á poco, y con el reconocimiento de lo referido, vuelve la conversacion antigua con mas fuerza que antes.

Acaba de criar; los señores no quieren en casa criados casados; danla mucho mas de lo que la deben, y á él tambien y despídenlos. Sale enseñada á que la llamen doña Fulana, que la suena bien, y á romper galas, que no la parecen mal; su marido no puede dárse las, y ya le mira como á hombre inútil, que no merecia ser su esposo; ya le utraja, como le ha conocido blando, y mostrándole un hociquillo desabrido, le dice que cuando pensó el píojoso tener tal mujer; que ella debia de estar fuera de sí, cuando tal hizo; que trate de buscar con que ella sustente aquel punto en que se ha criado, porque no ha de bajar dél. El pobre hombre se aburre, y viven no muy en paz, porque lo quiere así mi señora doña Fulana.

Si esta desvanecida mujer, que, siendo una pobre moza de servicio, y sabe Dios si nació en las malvas, ya que la sucedió el trabajo que sabe, y Dios la remedió y soldóla quiebra de su honra, y la ha puesto en el estado que está, que parece algo y es nada, tratara de arriarse á la virtud, vistiendo honestamente, ya fuera seguir la ley de Dios, y estimando á su esposo, se acordara quién fué y reparara quién es, sin olvidarse de lo que ha de ser, y que sus galas y hormosura, si la tiene, han de parar en nada, ó contemplara en el pavo, cuando forma la rueda, encrespando su pluma y tendiendo las alas, alentando sus venas con el caudal de su sangre,

pareciéndole entonces estar mas hermoso, lozano y galan que jamás, pero en medio de esta alegría baja los ojos á la tierra, y como ve toda aquella fanfarrona hermosura fundada sobre cimientos frágiles y asquerosos y ve el lugar donde ha de parar, le sobreviene una melancolía tan grande, que le obliga á deshacer toda aquella máquina que habia formado, quedando triste, pensativo, pálido y melancólico. Haz tú lo mismo, y mira, ya que no á tu nacimiento, á la tierra de que eres formada, contemplando en ella tu mas seguro lugar; y haciéndote así, la tristeza te hará dejar tanto adorno, y recoger las redes y lazos que encubiertos traes en ese traje, que para contentar á Dios todo eso sobra, y para tu marido mucho menos basta.

Y tú, señor, que, siendo tu criada, violaste el sagrado y guarda de tus menores, pues en lugar de doctrina y buen ejemplo los enseñaste á pecar, siendo causa de cuanto hace esa mujer, pues verdaderamente tú tienes la culpa, que hiciste tu casa casa de pecar, habiendo de ser y parecer un sagrado y guarda de tus súbditos, pues el primer enseño es lo que no se olvida con facilidad, y la misma obligacion tenias á tu criada que á tus hijos, pues todos son menores tuyos, ¿por qué no dejas á esa mujer? Por qué no reparas que es ya otro tiempo, pues es casada? Y no tan solamente debes dejarla, que tambien la has de dar consejos sanos para que no ejercite lo que la has enseñado. Déjala que acuda á lo que Dios manda, y mira que tienes en tu casa una buena cristiana por esposa, que no habrá duda en que sus oraciones te tengan en pié. Vuelve en tí, mira que son contrarios y muy opuestos la vida y la muerte, y que reinando la muerte, acaba la vida, y aunque la vida sea reina y señora, no acaba con la muerte; lo mas que hace es no hacer caso della, siendo tan cierta. Tambien el cuerpo y la alma tienen esta contrariedad, y muy reñida, y es menester enfrenar el cuerpo con recio bocado, para que no la lleve ó guie al despeñadero, ni la inquiete á solos sus apetitos. Mira que el caballo huye del acicate que le hiere, y por apartase á su entender del daño que recibe, se va al despeñadero, si no le refrenara y detuviera el jinete haciéndole meter por camino. El alma siempre se desvela por guiar al cuerpo á buenos pasos, refrenándole y aconsejándole lo bueno, para que no se pierda y la pierda; pero él huye deste acicate que le parece mal, y no procura mas gobierno que el suyo, hasta que la edad ó la enfermedad le ablanda, y no repara que la vida es breve y puede ser muy breve la enfermedad.

Hállase un cuerpo malo de una recia calentura, y toda su ansia es pedir agua, siendo lo que mas le acrecienta el mal, pues no es mas que dar vigor á la materia para que vuelva á encenderse con más fuerza, y le parece mal la regla del médico y de quien le asiste, pues procura con la abstinencia que mejore, y él solo mira su gusto aunque empeore. Mira que al oído del discreto hace ruido gustoso el consejo sano, y nadie se arrepiente si primero mira el fin que le puede resultar en lo que va á ejecutar, pues como avisado de sí mismo,

no yerra con facilidad; nadie huye de la razon si tiene juicio, y si huye, téngale por loco; quien arrima ó arrinconea el matrimonio de Dios por una vil mujer, merece el castigo que el lupon. Es un animal que se cria en el Ponto de Grecia, isla del mar; así que la edad le da permission y conocimiento, escoge para vivir en compañía una hembra de las que con él se han criado, ó una la mas cercana que le haya mostrado mas amor; con ella pasa quieto y contento; pero algunos viciosos buscan otra por diferenciar, y es tal su calidad, que en el mismo acto se quedan muertos, y ellas enferman, siendo causa que en el contento de la novedad, como es animal de poca posibilidad, se desaina; puédese creer, pues el conejo despues del acto se desmaya y cae en el suelo pataleando, como á quien faltan fuerzas para volver en sí. Tambien las palomas, y una vez casadas, no buscan mas compañía; pero son aves sin hiel, y los hombres de estos tiempos tienen mucha. Si te ciega lo adornado del rostro y compuesto de galas de esa que fué tu criada, mira lo adornado y hermoso del alma de la que por consorte te dió el cielo. Mira que un cuerpo lascivo no puede dar ni aconsejar mas de como obra, que todo lo acaba la vida, y que una alma amiga de Dios da consejos sanos y buenos. Repara que si caes malo, sola es tu esposa la que hecha un argos vigilante se desvela en acudirte, mirando por tu salud, arriesgando su persona entre ansias y trabajos; y la mala mujer solo te quiere en tus adversidades y en el interin que tienes que darla, que en faltando en tí el poder, falta en ella la voluntad y el fingido amor, y te va dejando para buscar otro, y puede ser ponerte en ocasion que pierdas la vida y arriesgues el alma. Repara con el sosiego que se pasa el tiempo, si se gasta como se debe, acudiendo á lo que Dios manda; pero busca sosiego, quietud ni tiempo en vida que no se conoce el tiempo, sosiego ni quietud, que en servicio del demonio todo falta; y muchas veces dos lágrimas que llora el engañoso cocodrilo te ablandan y vuelven á su gusto, y las mas veces solo el que diga que las ha derramado; y un océano de ansias y suspiros que ha arrojado tu esposa, aconsejándote lo que te está bien, no ha hecho señal en tu corazon, pues parece que le vuelves bronce. No seas desagradecido á quien te crió, que es gran maldad, y aunque la vida se ve arruinada de la muerte, y estragada la calidad de la pobreza, mucho mas acaba y destruye la ingratitud, usándola con quien generosamente hace mercedes; muy falto de conocimiento está el que no repara en el nacimiento de gracias que debe por la vida que goza; y mire por fin que el agradecer no consiste en palabras, en obras consiste.

DISCURSO IV.

Solo es vida el reconocimiento á la deuda, y así dijo un sabio que no habia mayor muerte para la criatura que la ingratitud; y el que la tiene es ignorante; y se verá en él, pues sus obras van guarnecidas de tiranía y temeridad, con que se da á conocer en diferenciarse el prudente y sabio; pues este usa modestia y templan-

za en todo lo que obra. Agradecido te estoy, dijo Onofre, en dar luz á la tiniebla de mi ignorancia con el discurso que en tí he conocido; pues poco daño puede causar quien sabe dar liciones de vivir bien; dichoso es el que, buscando guia en un camino ignorado, la halla, sin la hambrienta pasion del interés, atenta á la obligacion de cristiano, y discursiva en lo que debe hacer y decir, como mortal que desea vivir eternidades; y así, Juan, confieso que tengo envidia á tu buen natural. Mucha paga me adelantas, dijo Juanillo, y yo me conozco el que he de quedar corto en servirte; pero cree que en lo que has oído no he puesto nada que no pase así; y así, escucha, ya que el ver esta plaza en un día de toros no puede ser por ahora, te la pintaré lo mejor que mi discurso pueda, desembarazada de la máquina de trastos que ves que encierra. Y habiendo Juanillo con el pincel del alma pintado el adorno real, sitio de los católicos reyes, pasando á los puestos de los reales consejos, lo pulido y compuesto de los balcones y ventanas á quien adornan el oro de Arabia y el indiano metal, gastado en vistosas y ricas colgaduras, la entrada de las reales guardias, el aire y gala con arrogante bizarria de la española nacion, lo grave y majestuoso de la tropa alemana, lo riguroso y colérico de la nacion tedesca, la entrada del sol y luna de España y el despojo de la plaza; y despues de contarle lo mas notable que se ofrece, hasta la salida del primer toro, y habiendo conocido en Onofre lo atento y suspenso que le habia escuchado, le dijo: Pues has oído la prevencion de la fiesta, quiero que sepas algo de lo mucho que en tal dia sucede.

Viene por la mañana tanta gente al encierro de los toros, que no queda lugar que no se ocupe. Córrense cuatro ó seis dellos, y acabase la fiesta, y la gente que ocupaba los tablados se apea para cubrir la plaza. Bájase de un tablado un hombre de casa y familia, sacudiendo la capa y limpiando el sombrero de algunos arroses que las narices de otros han tenido, sufrimiento del que no puede ver la fiesta en balcon, y despues de compuesto de hato, y no de ojos, los vuelve á un tablado, y ve que se baja una mujer de razonable brio y no mala cara, bien apreada de vestidos, que ya es comun en las comunes, y en su compañía una niña de las que la edad las permite sepan lo que es mundo, gozando de sus pasatiempos. Al apearse del tablado descubre un pulido pié, y la pierna adornada con lo que ya se sabe, echando al aire parte de las enaguas con todas sus puntas, descuidoes con mucho cuidado, porque sabe que aquello inquieta; hace reparo en que la miran, arroja un ay, y se echa el manto; compónese, y con brevedad descubre un tarazon de rostro, á modo de mirame que eso quiero, y dice: Anda, doña Luisa. El tal hombre, que atento ha estado, pareciéndole bien la dama, se llega á ella muy cortés, diciendo si le mandan algo, ó quieren que las vaya sirviendo. Respóndele: Otra cosa habiamos menester, mas que criados. ¿Pues qué se ofrece? las dice. Hablen, no sean tontas. A lo que la taimada responde: En ayunas salimos de casa, y qui-

siéramos almorzar, y pues ha llegado á tan buen tiempo, guie adonde se pueda matar el gusanillo, que por parecernos tarde aun no tomamos chocolate. El hombre, hecho un blando portugués, guia mas cortés que la necesidad, enviando el pensamiento adonde habrá buena comodidad, y entre su atropellado discurso, se le acuerda de una casa que, aunque roba á ojos abiertos y de todo, hay lugar para poder hablar; llegan, y procura el acomodarlas en lo mas secreto y escondido, porque ha dicho la dama que conviene á su reputacion. Parte luego muy diligente, y pregunta: ¿Qué hay que almorzar? Respóndele que pollas de leche, perdices y pichones, y que hay tocino extremeño. Parécele bien, aunque repara que su dinero es poco, pero alégrase en confianza de una caja de plata y el rosario, que es engarzado en lo mismo y tiene medallas; vuelve muy contento adonde están las taimadas, y dice que miren de aquello que le han ofrecido lo que mas es de su gusto para ir por ello. Respóndele que haga lo que quisiere, que no tienen mas gusto que el suyo: vuelve muy contento con gran cuidado en elandar, peinándose con los dedos el pelo, alabando su dicha en haber topado tal dama, y pide que le aderecen una polla y un par de perdices, y con mucha brevedad se lo ponen en dos platos, con que muy contento lo lleva, sin aguardar mas criado; dícenle que se siente, y responde que en trayendo pan y vino; van por ello, y en el inter el ave de rapaña ha guardado una perdiz en una talega de lienzo que trae debajo de la saya, prevencion con que tiene gran cuenta siempre que se viste, por si acaso sale de casa y se ofrece ocasion; van trinchando, y viene el bobo muy cargado con un jarro, una taza, tres panecillos, y la capa, porque se le caia, asida con la boca, y el sombrero abollado y trastornado á un lado de un tropezon que dió en el umbral de una puerta, el pelo enmarañado, y el color perdido, como el dinero y el sentido; pónelo en la mesa y siéntase. Ellas, como diestras, cada una ase su media pechuga, y el pobre diablo toma un hueso para empezar á roer; vásele todo en contemplar las manos de su Vénus, muy compuestas de sortijas, que ha ganado corriéndola; á él se le va el alma mirándola el rostro, y á ellas mirando á la mejor presa. Parten la polla, y dícenle que pida un limon; va por él, y cuando vuelve ya las pechugas están en la talega de lienzo; echan agrio, y empiezan á comer con tanta ansia, que parece que las han tenido atadas. Abrevian con ello, y dice el Adonis si quieren mas. Responden que si son buenos, pida unos pichones, y si no, que traiga un poco de tocino; va por ello, y trae lo todo; pónelo en la mesa, y echa mano al jarro á ver si tiene vino, aunque le habia socorrido con una azumbre y le habian faltado los brios para hacer ruido; va por vino, y aguardando á que se lo den, tarda; y en aquel tiempo envian un pichon y un pedazo de tocino á visitar los presos del calabozo de lino; acabase el almuerzo con sus postres de fruta del tiempo, y el rañán pagote va al ajuste del gasto. Pregunta cuánto debe. Dícenle que cincuenta reales, y buen provecho. Estírase de cejas,

saca su dinero, hala treinta, y por la resta deja cautivo el rosario y empeñada la caja de plata. Este hombre tiene casa, y en ella á su mujer y sus hijos, y no los dejó ni aun pan para desayunarse, que al salir por la mañana barrió con cuanto dinero había, diciendo que presto volvería y traería que comer. Va donde están las aves de rapiña, componiéndose el bigote; siéntase junto á la que ya tiene por dama, y pídelas una mano, á lo que responde la taimada que tenga paciencia y no sea colérico, que mire que no es sitio decente para tal atrevimiento, y no miran ellas que en aquel sitio han sido ladronas estafadoras. Alárgale una mano, enfadada de aquel tonto y ciego, y él asido como simple pajarillo de aquella apestada liga, la pregunta dónde vive y si es casada. Ella responde que no es casada, pero que está en compañía de un hermano, y dice verdad, que cualquiera lo es por parte de Adán. Estando en estos lances, da la una del día, y dice doña Luisita: ¡Jesus mil veces! Doña Juana de mi corazón, ¿á qué hora hemos de ir á casa, y qué lugar tendremos para ver los toros! ¡Ay, pobre de mí! Sosiégate, dice doña Juana, que mentira mas ó menos lo ha de hacer; dirémos que una amiga nos convidó á comer y adonde ver la fiesta, que eso fué la causa de no haber ido á casa. Con esto se sosiegan, y el señor embelesado dice que mejor fuera en el ínterin que duraba la fiestase fuesen al campo ó á una huerta á merendar, que la holgura de toros ya se sabe qué es en Madrid. ¡Ay, Virgen! dice doña Luisita, ¿al campo, adonde vaya un toro y nos mate? Eso no. Y doña Juana, astuta y sosegada, dice: ¿Es posible que aconseje un hombre tal disparate? ¿Vienen de fuera de Madrid á ver esta fiesta, y los del lugar la habíamos de perder? Bien digo yo que es vuesa merced colérico; después de acabada, hay lugar para todo; y así, no perdamos tiempo; vamos, y busquemos lugares que sean decentes y buenos. El hombre, ya empeñado, discurre que el dejarlas será cobardía, y mengua el no proseguir en el galanteo, como si no fuera mayor mengua el continuar el hombre su ruina. Pónele confuso el que la memoria le acuerda que no tiene blanca, y sácale de la pena el que carpinteros hay que han armado tablados y son conocidos, con que vuelven á la plaza.

En el estado que va este hombre, ¿quién le acordará y dirá al oído: Repara que tu casa quedó sin un consuelo para comer; bien sabes que no dejaste moneda alguna, y que tienes hijos, que si son chicos, piden pan antes de amanecer, que tienes mujer; que son las dos de la tarde? En vano será, porque todo el sentimiento le lleva en buscar un tablajero conocido; entran en ella, y hé que ya no cabe nadie en sus tablados: ellas se angustian, y él turbado y mas colorado que pimienta maduro, las dice que anden apriesa; hácenlo, y con brevedad dan vuelta á la mayor parte de la plaza; ve un conocido, dueño de un tablado; llámale, y pídele dos asientos que sean buenos; el carpintero, que ha notado para quién son, y sabe que en tales lances no se repara en maravedises, dice que dos lugares tie-

ne en un nicho, pero que menos de seis reales de á ocho no los ha de dar; y el galán, sin reparar en que los ha de pagar, y que el precio es mucho, cierra el batallón del amor contra todos sus sentidos, y ajusta los lugares. Siéntanse las damas, y él se queda en la plaza; el del tablado le pide el dinero, diciendo que lo ha menester para pagar el sitio; y él, como si tuviera en su casa mil ducados sobrados, le dice que envíe luego ó en amaneciendo por ellos. El tablajero, como ve ya sentadas las mujeres, calla y apela á la cobranza; luego hace reparo que es fuerza el traerlas algo que merendar, y con señas las dice que va por ello; ellas le responden en la misma frase que hará bien, que es la tarde larga, y ya se lo querían decir. Sale de la plaza, y pide consejo á todo su discurso sobre dónde irá que le presten unos cuartos; acuérdate de un amigo que en algunas ocasiones se le ha ofrecido, y aunque muchas le ha habido menester, no ha llegado por detenerle la vergüenza; pero ahora llega sin ella, que se la quita el demonio para que cumpla con él; que para cumplir con lo que Dios manda, él se la volverá. Y porque esta razón quede definida, prosiguió Juanillo, escucha un ejemplo, que no te pesará el oírle, y nos sacará de dudas.

Salía de su celda un santo religioso en un día que se celebraba un grande jubileo en su casa, con intento, aunque impedido, de buscar lugar decente y confesar almas arrepentidas; y para hacerlo mejor, se llegó al altar mayor para pedir á Dios sacramentado su divino auxilio, y al llegar á sus gradas vió sentado en ellas un demonio. Admiróse el religioso, y llegándose cerca dél, le dijo: ¿Qué haces ahí, maldito? A lo que respondió el padre del pecado: Restituir. Bueno es, dijo el religioso, pero en tí no sé que lo sea, pues hasta ahora no he visto diablo que tenga conciencia; pero dime qué restituyes. Excusaba el responder, á lo que el santo le forzó, amenazándole con una correa ó cordón, con que obedeció, diciendo: Restituyo la vergüenza á estos que se están confesando, que cuando cometiesen la culpa se la quitó, y ahora, que han de decirla, con la vergüenza que les vuelvo, cobran tanto horror, que avergonzados callan su afrenta. Bien te empleas, dijo el religioso; pero en castigo de tu atrevimiento, di en voz alta en qué te ocupabas, y quién eres, y vote, que basta para castigo de un malo el que él propio diga que lo es. Obedeció el maldito, con que todos los que penitentemente acudían, contritos especulaban su conciencia con rigor. Y así, este hombre, si fuera para las faltas del sustento de su casa, lleno de vergüenza, se encogiera; pero para lograr un pecado mortal, pierde la vergüenza.

Llegó, en fin, al tal amigo, y saludándole le da ocasión que le pregunte qué se le ofrece. Responde el enamorado que ha tenido una pesadumbre en la plaza, y que por no alejarse á su casa para pagar á un ministro el agasajo que le ha hecho en no prenderle, le dé cincuenta reales. El hombre diligente le da un doblón, y dícele que mire si manda otra cosa. Responde

que desear ocasion de servirle, que le ha hecho mucha merced; despídese, y parte en busca de un figon ó ladronera, que mejor nombre es este para tal tienda; pide si hay algo para merendar; dícele que no. Va en busca de otro, como un loco desatado, sin compás en el andar, ni reparo en los que encuentra, ni atencion de su persona. Halla en él una empanada de pollos tan ligera, que verdaderamente parece en pañ nada. Pregunta si hay mas. Dícenle que unas lenguas de puerco; tómalas, pide pan, y sin concertar ni preguntar cuánto lo llevan por ello, alarga el doblon, y pide la resta. Dánle lo que quieren, y sin contar lo echa en la faltriquera. Luego se le acuerda que es menester bebida; y en la tienda de un vidriero conocido pide que le den una garrafa; dánle una muy grande, porque como él dia es acasio- nado, no ha quedado otra; tómalala jugando de aquel refran de su suelo se tiene; busca un mozo, y échala vino y nieve; y aunque es grande, procura que no vaya menguada, que harto lo es él. Parte á la plaza, y ya cuando llega todo está cerrado y toro fuera; y como anda por las espaldas de los tablados, y está oscuro, y él ha menester poco, tan sin sentido anda, que tropieza con las tornapuntas y piés de techos de los tablados. Al cabo de una hora, cansado y molido, sube la escalera de un tablado, porque ha parecido que es donde están las damas; llama en su puertecilla, por estar cerrada, tan desalentadamente, que cansados é importunados los mas cercanos, le abren; ve que no es allí, y sin acertar á responder á lo que le preguntan, se baja sin hacer caso de algunas razones pesadas que le han dicho; vuelve á encaminar la vista en lo lóbrego de aquella estancia, y ve que se baja el que le alquiló los asientos; alégrele el ver que ya ha acertado; dale la garrafa para que beba; bebe como un sediento, y luego le dice que alcance á las damas aquella merienda; hácelo, y él se queda detrás de todos. A poco rato plantan la mesa sobre sus pecadoras basquiñas para merendar, y el pobre estudiante en Escoto apenas puedè alcanzar, con que las estudiantas tomistas engullen á cuenta del escotista. Dícenle si quiere merendar, y él responde que no tiene gana; y es verdad, que los enamorados que están cerca de alcanzar sus deseos no se acuerdan de comer, que tambien sustenta amor como la calentura, y el primer hombre no conoció la necesidad hasta que pecó. Danle, aunque con algun trabajo, la garrafa, y él bebe, porque la saliva que hace en su boca parece ajonge cocido. Acaban de merendar, y sosiégase. Prosigue la fiesta, y llega el fin, tan cierto á todas las cosas del mundo. Levántanse sus majestades, y la gente hace lo mismo, y nuestro darista se alegra en ver la fiesta acabada. Bájase del tablado, y ellas, al apearse, sin acordarse de la garrafa, la quiebran; angústianse á lo taimado, y el rufian dice que no importa: la una, codiciosa de la corchera, se la quiere llevar, y el mucho estorbo se lo impide. Procuran salir de la plaza, consiguenlo, y dicen al caballero Dardin que guie á la Trinidad; ya van dando mas gravedad al pecado, pues para su ajuste citan lugares sagrados. Hácelo, llegan á su

lonja, y páranse. Dice doña Luisita: Ahora bebiera yo un poco de limonada. Yo tambien, dice doña Juana, con que al pobre diablo le es fuerza guiar donde la hay; empiezan á echar cuartillos y á llenarse ellas como pelotas ó como quien son hasta que no quieren mas; ajusta lo que debe, paga, y queda ajustada la vuelta del doblon. Salen fuera, y él guia donde le ordenan; llegan á la calle, en que piensa este animal tener pesebre; y antes de llegar á la casa, los sale una moza al encuentro, diciendo: Desdichada de mí, que ha dos horas que está mi señor aguardando, hecho un rene- gado; anden ustedes apriesa. Con que doña Juana alarga el paso, y doña Luisa se queda consolando á nuestro pagote; dícele que espere en la cara de en frente hasta que ella le avise, que será en yéndose el hermano, que es un demonio. Quédase el galán á la luna, si la hace; á ratos se arrima, y á ratos se pasea, siempre el oido atento á la puerta, por si le llaman. Pásase el tiempo, dan las diez de la noche, cánsase de esperar, y determina el llegar á la puerta; hácelo, no ve á nadie, entra dentro, nota un callejon oscuro, síguele; y por el tiento halla una escalera; no se atreve á subir; escucha, y oye entre el silencio que maya un gato, y un perro le responde con su ladrido, á cuya disonante capilla llora un niño, y quien le acude al ruido de la cuna canta así:

En las orillas del Nilo
El engaño se hospedó,
Y por agentes buscó
Mujer, lance y cocodrilo.

Sale á la calle, sin hacer caso del romance, que si le hiciera, admitírale por desengaño; levanta los ojos á la casa, nota que sus cuartos dan señales de hospedar mas que á doña Juana, y tómalas para otro dia. Si se empezó á perder este hombre desde por la mañana, continuándolo todo el dia y la mejor parte de la noche, pues aunque no llegó á ejecutar sus deseos, harto pecó con el pensamiento y la palabra y con todas las obras exteriores que pudo, ¿qué mucho que como á perdido le tratasen estas mujeres, haciendo burla dél? Oye las once de la noche, y vase á su casa; llama á la puerta, ábrele su mujer, el rosario en las manos, y las lágrimas en los ojos. ¿Es posible, Fulano, dice afligida, que tenga corazon para estar todo un dia sin venir á su casa, sabiendo del modo que la dejó, que si no fuera por un pan que me lian prestado, no sé qué fuera de mí y estas criaturas? ¿Qué es esto en que anda? ¿En qué se ha entretenido desde las cuatro de la mañana hasta las once de la noche? Lloro la afligida mujer, y él, como ve la demasiada razon que tiene, calla y se va desnudando, y al son de lágrimas y quejas se queda dormido. El mayor consuelo que lleva un hombre desterrado es que le hagan compañía virtudes y buenas obras; pero á este que se destierra de vivir ¿quién le hará compañía en el inter que se ensaya á morir? Miren lo que ha ejercitado todo el dia; que de ordinario son los sueños confusas especies de aquello que se obró, vió y oyó; mala compañía le hará la memoria.

Si este hombre, cuando vió la desvergüenza que las taimadas tuvieron en el amuerzo, se fuera á la mano y se acordara de sus obligaciones, vaya; pero embriagado de amor no hizo caso en todo el día que era casado y tenía hijos, ni se fué á la mano en cincuenta reales de almuerzo, ni en ochenta de asientos, ni en cincuenta de merienda, ni en treinta de garrafa, ni en un día perdido siendo azacan de dos estafadoras.

Apenas amanece cuando llama á la puerta de la casa el carpintero de los asientos. ¿Quién es? dice la mujer, que vestida se ha quedado sin acostarse, llorando sus cuitas. Sale á abrir; pregúntale qué quiere, y él dice que le diga al señor Fulano que viene por los seis reales de á ocho de los asientos del tablado. La mujer se estira de cejas y suspira. Entra, y dícele á su marido: Mire usted que vienen por seis reales de á ocho de los asientos de ayer; en verdad que no se alquilan para mí, que con tener que comer me hubiera contentado. Empieza á renovar la afligida mujer la llaga de su congoja, y él se viste al mismo son que se desnudó, hasta que las lágrimas de la mujer le obligan á decir que no es él el que los debe, que es un amigo que le trajo todo el día ocupado; la mujer calla y siente, y él siente y calla. Acábase de vestir, y viene un recado del vidriero que envíe el garrafón, que le han menester. Responde que luego le llevará. Sale de casa, síguele el carpintero, á quien despacha con buenas palabras, diciendo que luego ha de cobrar unos dineros y tendrá cuidado de pagarle, que le perdone, que por no dar disgusto á su mujer no le pagó en casa. Acóbrdale luego el acordarse que no tiene un consuelo para sus hijos, y dice entre sí: ¿Es posible que la fortuna me siga deste modo? ¿Que tan pobre sea yo? Hombre, sin razon de hombre, si lo que gastaste ayer mal gastado lo guardaras, bien tuvieras para hoy, y tuvieras quietud en tu casa; como tuviste brio ayer para buscar prestado, sin necesidad, busca hoy, pues necesidad tienes. A este galán de doña Juana le es fuerza, para pagar los asientos y la garrafa y desempeñar el rosario y tabaquera, vender una prenda ó hacer una trampa; y por la casa donde debe el doblon no se atreve á pasar hasta que lo paga, y si se acuerda de doña Juana, y quiere ver si puede alcanzar paga del gasto pasado, se detiene, porque no tiene, que ya sabe que se han de ofrecer gastos nuevos. Abried el ojo, mentecatos, que andan ladrones con taleguillas de lienzo.

¿Qué te parece, Onofre, prosiguió Juanillo, de lo que has oído? Pues cree que pasa del mismo modo, y no hablo de la que no halla maula y vende la camisa para ver los toros, ni de la que, después de la fiesta acabada, yendo con su galán, le sucede el enfado, porque otro la conoce, y se ofende del que va con ella, y no se ofende della, que es la causa de todo. Tal día como el de toros en Madrid cree que suceden cosas notables, que para escribirlas era menester un molino de papel.

Otros amigos se sientan cuatro juntos, y el no llevar que merendar al tablado les parece que es mengua en gente conocida; ordenan la merienda, como para veinte

personas, que ya saben que en el tablado se ha de dar á los conocidos y á los cercanos en asiento, aunque no lo sean, mucha bebida en una garrafa grande con mucha nieve, y de respeto una bota de buen tamaño para recebar. Vanse á la fiesta solos y sin sus mujeres, porque dicen que es grande estorbo para un hombre la mujer propia. Llega la hora de merendar estos amigos, y antes de probar bocado van repartiendo con los conocidos. Está cerca dellos una mujer que toda la tarde ha estado tapada, y así que los ve merendar, saca de los guantes dos blancas manos, llenas de sortijas de azabache; que aunque negras, campean entre los libres dedos; compone el manto, y al intentarlo descubre el rostro; hace reparo uno de los cuatro amigos, y dice entre sí: No es mala la tapada. Toma de la mesa, que armada está sobre las rodillas, lo mejor que hay, y se lo da á esta dama; y ella sin melindre alguno alarga la mano y lo toma, con que le parece á este tonto que ya es suya, como si fuera nuevo en las mujeres el tomar, y dar muchas pesadumbres. Otro amigo, que lo ha visto muy colérico, con juramentos dice que se vaya poco á poco, que parece que para él solo se ha traído la merienda; y este colérico se ha enojado por no haber sido él el primero en aquel empleo: el galante responde algo enojado, con que la amistad está á pique de quebrar; sosiéganse, y acuden á merendar; pero ya no hay mas que desperdicios del partir; van dando de beber á todos, sin descuidarse de la dama el que empezó. Acábase el vino de la garrafa y bota, siéndoles fuerza el buscar un peon de los que andan la plaza para que lo traiga; convídase uno de ir, y danle entre los cuatro amigos para cuatro azumbres de vino de lo bueno, y él trae tres de lo largo, y suple la falta de la azumbre echando agua. Dice uno bebiendo: Este vino es barato; bien lo digo yo, que había de ser así. Otro responde: Ya no tiene remedio; ¿qué importa? El no importa deste lugar vale mas que otros reinos. Acábase la fiesta, y el galante se queda aguardando á la dama: los tres le llaman y dan prisa, y él dice que se aguarden ó se vayan. Llégase á ella, y dícela muy tierno que le mande. Responde que le estima el agasajo, pero que le haga gusto de irse, porque es casada, y vendrá allí su marido, á quien espera. Con esto se despiden el tonto, y ella se queda aguardando á quien ya sabe. Y no te quiero cansar en otros lances que suceden, y de ordinario por mujeres; pues se ven en los tablados penden-
cias y cuchilladas: uno que pierde la capa, y otro que se la halla; uno se quiebra una pierna, y otro que le llevan á la cárcel, y le cuesta su dinero, y no ve la fiesta; y destas cosas, un sin fin de boberías, y sabe Dios si muchos de los de merendonas en tales días, y asiento en delantera de tablado, tienen la camisa con mas remiendos que años su edad; y podrá ser que á otro día no haya con que poner la olla, si no se busca prestado; y para ver los toros no ha de faltar, aunque se hunda el mundo. Vanse, en fin, los cuatro amigos juntos, y dice el uno: Yo no he merendado bocado; otro dice que no ve los bultos de hambre; otro dice: Vamos á un ligon, bus-

carémos algo que comer. Van donde es malo y caro, vuelven á merendar y á dejar el poco dinero que habia quedado.

A un loco le preguntaron que dónde tenia Madrid su tesoro, y él respondió: El día de toros en los figones. Preguntando á este mismo loco que cómo habia perdido el juicio, respondió: Porque me engendró mi padre en un día de toros, cuando no hay juicio en el mundo, y así salí tan falto dél. Y preguntándole una mujer que por qué se holgaba de ser pobre, respondió: Por no tener que dar á las mujeres, aunque quiera.

DISCURSO V.

Un filósofo dijo que salia tarde la dádiva de la mano del que la da, cuando ha dado lugar á que hayan salido colores en el rostro del que pide; mucha vergüenza gasta en este mundo el que nació pobre, pues salió al puerto de la miseria, reconociendo vasallaje al que puede mas; no puede ser todo igual, pues para conocerle la riqueza ha de haber pobres que carezcan della, y ricos que la gocen; con la riqueza se tapa la boca al quejoso, y con la riqueza nacen alas en los piés del perezoso; en la gente comun no se llama el no tener pobreza, llámanla desdicha; el moderado gasto y conocimiento de su poder hace á muchos hombres ricos: dígoles, prosiguió Juanillo, por esta tropa de gente de hábito negro que ves parados en esta plaza, que unos están lucidos de cara, y otros de vestidos. Dime, preguntó Onofre, quién son, y tantos juntos, que yo he imaginado si aguardan algun entierro. No has dicho mal, respondió Juanillo, que estos hombres aguardan moros que cautivar, y quien cautiva cierto es que prende, y gente cautiva ó presa la llaman desgraciada; y así, al desgraciado cuando le prenden le entierran. Estos son sastres que están aguardando la flota en el maestro que los viene á buscar, pues si no conocen en los recados de los vestidos que han de hacer mas granjería que en el jornal, no quieren trabajar, y si la conocen y ven que hay con qué añadir el pendon, se ajustan; y en cayendo el moro, van al punto á la redencion, que es aquel portal de allí en frente tan adornado de gallardetes y banderolas en sus postes; llámanle de los ropavejeros, y yo le llamo bergantín de maulas. Hay entre estos algunos que de los ahorros se visten, y para que lo notes, repara en aquel que vuelve el rostro á nosotros; mirale desde el tronco á la altura, y verás en los zapatos y las medias compradas con el jornal, que como es miserable, así salieron ellos y ellas; los calzones son de tafetan doble, como quien los posee, y ya se rien de su dueño primero porque fué bobo, y del segundo porque no es tonto; la ropilla tiene los pechos de paño, y las espaldas de bayeta; la capa mira cómo blanquea con la edad, que luego arroja las flores al rostro; solo por esto la quieren mal las mujeres, porque las planta los años en la cara, aunque mas lo encubran con sus afeites; la valona, aunque la pone debajo tafetan de pliego, blanquea poco, y yo apostaré á que la golilla se acuerda de la

batalla naval, segun muestra la antigüedad; al sombrero bien se le conoce haber salido del sitio de los valientes, y por eso está tan caído de faldas, que parece que su amo toma liciones de viudo, y aunque le da manos, no toma brios; la toquilla es de manto, y el aforro tambien; y cree, amigo Onofre, que no es murmurar, que bien conozco que son pobres, pues aguardan á otros para que los den de comer, y el tiempo no está para comer á gusto ni vestir á use; y tambien hay algunos que se aventajan en vestidos á los que pueden mas. Y aun eso es parte, dijo Onofre, de la perdicion de caudales deste lugar, que segun he oido, dicen que un cortador de carne se echó tantas galas y mas que un almirante. Así es, respondió Juanillo; pero hasta hoy no he visto regla en esto, porque son los que mejor pueden.

Divertidos en su plática estaban, cuando vieron á una mujer que, puesta la mano en una mejilla, iba dando alaridos que llegaban al cielo; preguntóla Onofre qué tenia ó qué era la causa de su tristeza; y ella llorosa dijo casi por señas que muela era quien aumentaba toda su pena; ¡Ah cuerpo humano! repetia entre sí Onofre; si una muela te da tan mal rato, siendo una parte tan pequeña, que te hace no estar en tí, sin comer ¡ni dormir ni acordarte de cosa, ¿qué dolor será aquel tan fuerte como cierto de la hora del morir? Qué batallas tendrán entre sí los sentidos, como cuando muere un poderoso y deja muchos herederos, que siendo todos unos y hermanos, lo mas comun, sobre si á tí te mejoró ó te dió en vida mas que á mí, se forma entre ellos una perpetua enemistad, siendo antes que muriera su dueño unos y conformes? Así los sentidos turbados y descompuestos, cada uno fuera de sí pretendo reinar, hasta que todos dan con su dueño en la tierra, siendo el pobre cuerpo el que solo es el que, si tiene algun sentido, siente penas, desasosiegos y inquietudes y sobra de dolores. Anda acá, Juan, dijo Onofre, verémos sacar la muela á esta mujer, que ya hice reparo al pasar en la percha del sacamuelas, que parece en su aparato que el dueño ha robado algun cementerio; bravo ruido tendrá su tienda el día del juicio sobre buscar cada uno sus muelas; ¡qué de bocas abiertas se verán sobre el ajuste de aquellas menudencias! Llegaron al puesto del sacamuelas, sin dolor suyo, cuando, en mala hora para la paciente, la hizo abrir el maestro de la referida profesion una cuarta de boca y echar al aire otra tanta lengua; y despues de haberse lavado dos ó tres dedos de cada mano en la boca de la paciente, la preguntó cuál muela era la que le dolia; señalóla la mujer, y él volvió á enjuagar los dedos, y luego sacó un estuche, ó dél una herramienta, que llaman gatillo, que es peor que un gato de desvan, y aprestándose á la obra, siempre la pobre mujer la boca abierta, y no por escuchar sus gracias, esperando en él doler el descanso, la sacó una muela sana, y dejó la dañada. La mujer dió un grito, que le puso en el cielo, y acabó con un ¡ay pobre de mí! revuelto entre bocanadas de sangre, y mas cuando aplicó la punta de la lengua al lugar que pensó hallar vacío, y le halló ocupado con su antiguo huésped,

de desocupando la boca de la mucha sangre que la sa-
 , dijo : ¡ Desventurada de mí ! Señor, ¿ qué ha hecho,
 me ha dejado la muela mala en la boca, y me ha su-
 do una sana ? ¿ En qué pensaba cuando tal hizo ? Pero
 socarron del maestro, medio riéndose, la dijo : Calle,
 de esa muela tambien estaba dañada ; si mañana habia
 e volver á buscarme, ya lleva hecha esa diligencia ;
 elva acá la cara la sacaré esotra. La mujer, ya puesta
 la obra, volvió á abrir la boca llena de sangre, y él
 ió la muela dañada, porque ya habia para acertar con
 la señales de ruina, pared y medio ; sacóla, y la mu-
 , arrojando sangre y quejas, se fué, y el sacamuelas
 siguió y asíó del manto diciendo que le pagase ; pero
 mujer, llena de enojo, escupiendo á cada palabra, le
 dijo : Cuando me vuelva la muela á la boca y ponga tan-
 rme como antes estaba, yo le pagaré, y en el inter-
 ios le dé en pago tanto dolor como yo llevo. Fuése de-
 ndo su tragedia gente y sobrados muchachos, que
 unca faltan en fiestas deste color. Uno decia : Mala
 nado, otro : Tal te guie Dios ; otro : Antes me dejara
 morir que ponerme en las uñas de tus gatillos ; y el
 maestro de errar á todo se hacia sordo, y por disminu-
 ur tomó un braguero y se puso á coser, con que la gen-
 e poco á poco le fueron dejando solo. Tambien muda-
 on de sitio los dos amigos, que á ratos se reian, y á ra-
 os se admiraban. Prométote, amigo Onofre, dijo Jua-
 nillo, que me dolia una muela mucho, y con lo que he
 isto se ha ido el dolor, y si vuelve, tengo de venir á
 ste Japon, pues solo su vista hace huir el dolor con
 memoria del martirio. Dime, por tu vida, dijo Ono-
 fre, qué gente es aquella que en aquel portal se anda
 aseando, unos en cuerpo y otros la capa terciada, y si
 no me engaño, ocupan una mapo con una escobilla de
 mpiar, qué á traer toalla al hombro, creyera que pe-
 ian para la maya. Estos, dijo Juanillo sonriéndose, son
 nancebos, llamadores en tiendas de sombrero, y son
 ales, que vuelven loco al que llega á comprar, y aun-
 ue sea amigo, lleva que contar agravios. ¿ En qué ma-
 nera ? preguntó Onofre ; ¿ tenemos otro sacamuelas ?
 No, prosiguió Juanillo ; pero escucha, que sin dolor in-
 erior del que llega á comprar son peores esos.

Llega uno, y pide un sombrero, á quien con agasajos
 monerías le dicen que entre dentro en la tienda, ó
 siéndole de la capa casi á fuerza lo hacen, porque si
 queda fuera, otro de pared y medio, que alerta está, con
 a vista mas atenta que perro que aguarda presa, le hace
 eñas y se le lleva. Estando dentro, le sacan un sombre-
 ro del género que pide, pero no tan bueno como le
 quiere ; dice que no le gusta ; arrímanle y sacan otra
 uerte mejor ; toma el vendedor un sombrero y sacúde-
 , y luego le limpia con la escobilla, que siempre anda
 on ellos, y despues de limpio se quita el suyo, si le
 ene puesto, y se pone el que ha limpiado, con que
 siempre es el que primero le estrena. Vase al espejo ga-
 anteando de cabeza, y dice : Mire usted qué sombrero
 qué horma ; Dios la bendiga, no la hay mejor en la
 orte. Este sombrero á un amigo se puede dar, y en su
 ida le ha visto otra vez. El que compra le mira y se le

prueba, y dice que le agrada ; con que le saca otro y
 otro, hasta que le vuelve á dar con el primero, sin per-
 der el ademán de ponérsele, alabando la horma ó su
 cabeza. En fin, llegan á concierto, y pide tanto el que
 vende, que le da la mitad el que compra ; á lo que el
 sombrerero, con una risilla falsa, dice : Usted no busca
 género tan bueno ; aguárdese, verá sombreros de ese
 precio. Y sin aguardar mas razones, le saca uno de co-
 rito recién venido. El hombre va apurando su pacien-
 cia, y el astuto vendedor, mas sagaz que la culebra en
 el manzano, le va sacando otros géneros hasta que le
 hace huir el precio ; y muy atento dice que no puede
 darle, que antes le ha pedido menos de la costa. Déjale
 salir de la tienda, diciendo : Usted volverá á mi casa,
 que del maestro que este es no le hay en Madrid. Así
 que le ve fuera le vuelve á llamar, diciendo que vea otro
 género ; con que el hombre enfadado se va huyendo á
 priesa de quien poco á poco le iba matando, y sin de-
 tenerse pasa medio portal, y da en otra tienda, donde
 hacen las mismas ceremonias que en la primera, si no
 mas ; al cabo de dos horas que le han estado moliendo,
 ya enfadado, ajusta uno en mas de lo que vale, tan bue-
 no, que á dos posturas descubre diez manchas, y con
 el calor de la cabeza se le caen las faldas, como las alas
 al tierno pollo cuando se quiere morir, quedando como
 sogas deshechas que ha fregado el vidriado de una boda
 en casa de dueño rico y gastador. A pocos dias acierta
 á pasar por la tienda, ve en ella al que se le vendió, y
 dícele : Famoso salió aquel sombrero. A que responde
 el tal sombrerero : ¿ Pues habia yo de engañar á hom-
 bres como usted ? No hay en Madrid mejor ropa que la
 que yo vendo en mi casa. Tal salud tengas, dice el pa-
 ciente, y se va.

Parece que lo has usado segun lo cuentas, dijo Ono-
 fre ; pero dime, ¿ está siempre la escalera puesta en la
 horca como ahora ? No, respondió Juanillo, que el es-
 tarlo hoy da señales de algun ajusticiado. Sacólos de la
 duda un muchacho que, tocando una campanilla, de-
 claró ser ajusticiados, pues sus voces decian : ¡ Hagán
 bien por el alma destos hombres. Preguntóle Juanillo :
 ¿ Cuántos son mas de uno ? Y respondió el muchacho :
 Otro. No parece bobo el tamaño, dijo Onofre, segun te
 ha respondido. No lo profesan ellos, prosiguió Juanillo,
 que son maestros del dos de bastos, y su habitanza es
 debajo destas armas reales, con otros de su porte ; y no
 les falta para hacer saltar la taba y sustentar sus per-
 sonas, en el inter que hay panaderos tontos, fruterías
 descuidadas y compradores divertidos, y lo que mas los
 engorda es un día destos, que como acude mucha gen-
 te que gusta de ver estos trabajos y se aprietan unos
 con otros, no sienten el que estos inocentes degüellen
 las bolsas á los descuidados.

Aquí llegaba Juanillo, cuando media docena de cie-
 gos venian con grande furia sacudiéndose el polvo á pa-
 los, como suyos, dados sin mirar á quién, y sabida la
 causa, era sobre cuántos habian de estar debajo de la
 horca aquella tarde, rezando por el alma de los que
 habian de ajusticiar ; pusieronlos en paz dos tuertos y

un bizco, á tiempo que, volviendo la cabeza Juanillo, vió al verdugo que registrando estaba la escalera, y el verle fué causa que, perdiendo el color, se ausentase sin detenerse hasta que atravesó la plaza, huyendo como de la muerte. Siguióle Onofre, y así que se detuvo, le miró el rostro para saber la ocasion de haberle dejado solo, y viéndole de color mortal, le preguntó qué habia sido la causa de su turbacion, que tan otro estaba. A lo que respondió: Déjame, Onofre, que solo el ver aquel hombre que ejecuta la justicia ha sido parte de haberse turbado todos mis sentidos, y solo pido á Dios que me tenga de su mano, que el corazon parece que no cabe en el lugar que siempre ha ocupado, segun los golpes que dentro da; y no es el miedo parte, pues quien á nadie ofende, no tiene qué temer; pero no puedo negarte la turbacion que me oprime en viendo, no solo á este hombre, pero á cualquiera que tenga vara de justicia en la mano, que mas quiero pedir por Dios toda mi vida libre de penas y desasosiegos que cuanto hay en el mundo, y siendo dueño de todo, habia de tener que hacer la justicia conmigo. Témolala porque representa la persona del rey, y el rey la de Dios; y como es Dios quien me ha de juzgar, en viendo vara de justicia, me parece que la aprension apoderada de mis oidos, dice: Juicio. Bien estoy con que se respete y ampare y tema á la justicia, dijo Onofre, pues por ella vive en su casa cualquiera seguro; pero que se desfigure un hombre de tal calidad, que parece que ha llegado el último vale de su vida, parece cobardía; pero el tener respeto y temor á la justicia la llaman los discretos cuartana de los nobles; y aunque en sangre no lo seas, has manifestado el serlo en el proceder, que es nobleza que granjea cada uno por sí, y no es la peor. Que lo adquirido mas lauro merece que lo heredado, y no desmerece asiento entre los buenos en sangre el que lo es en costumbres y proceder; y volviendo á tu turbacion, no me espanto si cuando viste al verdugo te acordaste de que su mujer con ofrecimientos te llevaba á su casa para que le sirvieses; y pues el color ya restituido va ocupando su lugar, y el habla essegada dice que ha huido el temor, dime por tu vida, ¿salen en Madrid los ajusticiados á pié, ó á caballo? A caballo, respondió Juanillo; y el salir así es mucha ganancia para el verdugo, porque para un borrico que ha menester, recoge doscientos, y de todos le dan rescate los dueños, que son pobres labradores que vienen con leña o paja; pero lo que mas hay hoy que admirar es ver dos mil tontas mujeres y muchos simples, que despues de colgados los penitentes, verás que llegan y los besan los piés, tocándolos con las manos y luego besando los dedos que llegaron al zapato, como si fuera reliquia milagrosa el pié de un hombre que muere á manos de la justicia, que aunque verdaderamente muere conociendo á Dios y sabe la hora en que ha de ser, ya ha sido un facineroso ó ladron, y besar tales trastos mas es falta de cordura que otra cosa, porque á ser devocion, reliquias hay de muchos santos y eligies de Cristo y su Madre á quien adorar. Y si algunos mercatatos di-

jeren que lo hacen por ahuyentar el miedo, digo que mienten, que solo encomendarlos á Dios es la parte mas cierta para que halle el miedo resistencia, ó no verle morir y rogar por él á Dios. Bien dices, dijo Onofre; y ahora dime, ¿qué hacen aquí tantos hombres juntos, que su adorno me da que notar, pues veo unos que parecen molineros, y otros de harto trabajoso vestido, y todos me parece que deben de aguardar una misma cosa. Estos, respondió Juanillo, son Guzmanes, y aquí hay harto que notar, pues no todos son del arte que les da de comer; que aquí hay maestros de la albañilería y carpinteros que llaman de obras de afuera, y otros que llaman peones, que son los que amasan el yeso á los albañiles; y en sabiendo tirar cuatro pelladas, luego son maestros, y juegan de dórico y compuesto, siendo ellos los simples de que el compuesto se hace. Otros hay que ayudan á dár recado, entre los cuales hay muchos á quien faltó el caudal, y se vienen aquí á buscar en qué ganar un pedazo de pan. Y para que notes el pago mas ordinario que da el mundo, y que nadie puede decir bien estoy y seguro, pues aun los huesos no lo están despues de enterrados, repara en aquel hombre de la capa negra que tiene el rosario en las manos, que yo le conocí tejedor de sedas con ocho telares que todos trabajaban y su amo comia; y como ya la obra de Castilla no vale nada, porque las gaiterías extranjeras la han arrinconado llamándola broma, porque dura, no reparamos en que el extranjero trae las telicas de cebolla, y se lleva el paño de Segovia para su gasto, y sirve de nosotros; en fin, este hombre se perdió, faltándole el caudal, con las huecas destos infames usos ayudando á ello mal tiempo, hijos y enfermedades obligándole necesidad á venir á ser peon de albañil.

Mira aquel que tiene el medio panecillo en la mano que se limpia los ojos á la capa, y creo que no es porque los tiene malos, que la causa será el sentimiento que en acordarse de tiempos pasados surte á los ojos. Era mercader joyero, y su corta suerte le ha traído á este estado. El otro día salió del hospital, y los amigos que tenia huyen dél en viéndole, como si fuera un apestado; pero ¿qué mayor peste que la pobreza? Solo un amigo ha sido el que no le ha faltado del lado, que es el perro que ves junto á él. Repara en aquel que toma el tabaco: cuatro años ha que valia su hacienda diez mil ducados, y vivia quieto y regalado; y aun eso imagina que le ha echado á perder, pues se metió á arrendar una de las sisas que tiene el vino, y le sirvió el sosiego la hacienda; ha estado preso, y por pobre le soltaron que la necesidad le obliga á venir á buscar quien le dé en qué ganar un real. ¿Y aquel que manotea tanto, preguntó Onofre, tan azulado de valona, es maestro? No, respondió Juanillo, que tambien viene á buscar quien le ocupe: ha sido juez de comisiones. ¿Qué dices replicó Onofre; ¿y ahora viene á esta miseria? No ha que admirarse deso, prosiguió Juanillo, que un juez de comision se compone de un rodrigon, que despues de estar en la casa en que sirve, con favor de criado de don Fulano, le dan una comision, con que le hacen d-

bre langosta, pues va á cortar las haciendas á los pobres labradores; y mas monta el tanto de sus salarios que el principal del negocio, y algunos vienen de diligencia molidos á palos; y tiene buen gusto quien diligencia hace con ellos, que mas son ladrones que jueces de comisiones, si acaso hay diferencia en estas sabandijas.

Perturbólos á la plática alguna gente que siguiendo á los ministros venia; y apartándose á un lado, notaba que era un hombre, que asido de una mujer, decia que le sacado veinte reales de la faltriquera, que los daba para comprar de comer. La mujer negaba á las lágrimas y buen rostro, con que los que cerca se hallaban volvian por ella ultrajando al hombre con palabras pesadas; bravo engaño es debajo de buen rostro malas mañas; lición es del demonio, pues para engañar á Eva se valió solo de un buen rostro. El hombre iba hecho una sierpe, y decia: En esta faltriquera cogí la mano, señalando á la de un lado, y perderé el otro si la miran y no la hallan. Con que un ministro, viendo reparado en la instancia del hombre, se determinó á mirarla, y para hacerlo mejor la fué guiando por un portal para ejecutarlo con menos gente. La mujer se hacia muy pesada, con que dió bastante indicio, tiempo que un hombre, que detrás iba de la mujer, vió que dejó caer en el suelo dineros, y llamando á la justicia, los dió aviso, diciendo que mirasen que aquella mujer dejaba caer el hurto en el suelo. Levantólo el juez, y dijo: Un real de á cuatro falta, mírela usted. Solo el ministro, y de unas bolsas de lienzo, que palian talegas de alcafonías, se le sacó.

Señora remilgada, dijo el dueño del hurto, ¿será raro llamarla ahora ladrona? Mire si ha salido á luz mi infamia y su infamia. La justicia, como vió la razon que había el hombre, y reparó en que la mujer habia enmudecido, tomaron su dicho, nombre y casa al hombre, y á la señora inocente llevaron á enjaular, para prevenir la posada en frente del Hospital General.

Apenas se fué la justicia, cuando de entre la gente que se habia llegado salia dando voces un sacerdote, que al parecer, diciendo: ¿Hay mayor infamia y revivimiento, que á la vista del castigo se esté robando? ¿Que tal pase en este lugar! ¿Qué es eso? preguntando á un hombre; señor licenciado, ¿qué le ha sucedido en su merced? A quien respondió el sacerdote: ¿Qué quiere que sea? Aquí llegué á ver este alboroto, ¿quién me han alborotado mi sosiego, pues me han sacado veinte doblones de una bolsa y hasta dos pañuelos. Miraba las faltriqueras, y decia que no le habian dado cosa en ellas; daba vueltas, y miraba al suelo, para ver la accion del que pierde algo inclinar la vista á la tierra, por ver si lo halla, y lo mismo hace el que se la algo por ver si hay mas; nadie pierde mayor ni mejor alhaja que el tiempo mal gastado. No seré yo dichoso, decia, como aquel que topó el ladron y el hurto; pero ¿dónde le he de buscar yo, que ya estará lejos de aquí? Y tambien podia ser estar mirando yendo lo que pasaba, que bien de ordinario sucede.

Onofre, atento á todo, estaba como fuera de sí, diciendo: ¿Es posible que á la vista de un suplicio, donde se ha de hacer justicia, se atrevan á un sacerdote? ¡Oh lugar! Oh confusion del mundo!

Vamos de aquí, dijo Juanillo, que estas cosas suceden tan de ordinario, que no hay que espantarse, y pues es hora de almorzar, sígueme. Hizolo Onofre, y á pocos pasos entraron en una casa, donde pidieron lo necesario, y con brevedad fueron servidos; y á poco rato vieron un hombre que, llamando á la dueña de la casa, la dijo: Vuestro marido queda preso en la cárcel de Corte. ¡Mi marido! ¿Por qué? preguntó la mujer. A lo que el hombre respondió: Porque él se tiene la culpa, que los hombres han de andar cuerdos y atentos con la justicia. Salia de la carnicería con un cabrito, y llegando un alguacil á mirarle, no lo consintió, y porfiando el ministro en que lo habia de hacer, se resistió sacando la espada. Miren qué desatino en un hombre como Domingo. Forzosa cosa será que usted tome su manto, que aquestas son cosas que no quieren dilacion en el negocio, y yo voy en el inter á la cárcel, y allí aguardo.

Fuése con esto, y Onofre preguntó á su amigo quién era el dueño de la casa que se atrevia á una resistencia formada con la justicia. Parécele juguete tal accion, debiendo andar prudente y cortés, pues sabrás, dijo Juanillo, que el que ha hecho la accion que has oido no tiene mas dignidad que ser tabernero, y ayer era mozo de pellejos; ha tenido buena suerte en esta casa, donde ha ganado para tenerlas; cuyas plumas son de oro, plata y cobre, y no repara que son parecidas á la estatua de Nabuco, que al primer vaiven de la fortuna no faltará una china que la deshaga; yo sé que ha dado en un valle que le han de hacer aplacar los tusos, aunque imagino que saldrá bien de todo, porque tiene todo, que es tener dinero: ¡oh buen Dios, lo que puede! Bien puede Marina sacar la hucha y llevarla á la cárcel, que en estos lances no hay favor como el oro.

A este tiempo ya Marina se habia adornado; el manto era una capa de paño verde, con el cuello de terciopelo del mismo color, que sus señas decian: Soy de un lacayo, memorias que guardaba Domingo para acordarse de sus obligaciones. Marchó dejando encomendada la casa á una amiga suya, que en la cara se le conocia haber gozado de lo gálico, verde que pacen los machos de las salas de San Juan de Dios. Páguenos, dijo Juanillo, y vamos, que la visita de la cárcel hoy no se puede perder, y verémos qué le dan á Domingo por la valentía.

Así que salieron á la calle, ya entraba la justicia, con el rigor que se sabe, á embargar el hacienda, como lo hicieron, cerrando la puerta.

Hombre ó mozo de tabernero, siéndolo, pues tambien lo serias de los pellejos, y aunque ahora no lo eres, lo has sido, y es fuerza que las heces te hayan quedado, ¿qué importa que tengas cuatro reales, si no tienes prudencia y eres humilde? Y qué importa que tu ha-

cienda sea ganada con gotas de sudor, si las vendías á precio de vino? Si quieres aumentos, busca humildad, desterrando de tí la soberbia, que para nada es buena; solo sirve para caer, como lo hizo el ángel mas hermoso que habia en el cielo; y para que veas el estado á que viene la soberbia, escucha: Cíparas, mujer hermosa, tuvo siete hijas, llevando á su madre en la hermosura muchos reales, pero tan soberbias, que enfadados los dioses de su demasía, las convirtieron en siete gradas de un templo, para que fuesen pisadas de todos. Guárdate tú, no quedes convertido en pez, y tu hacienda en agua, que aunque nades no hallaras qué aguar; pero consolaráste diciendo: Lo que es del agua, el agua se lo lleva.

DISCURSO VI.

Amanece el día deseado de todos; quiere el Autor de las cosas criadas manifestar su luces, desterrando las confusas tinieblas de la noche, para que el hombre deje de ser ingrato á tantos beneficios, y ya otro conozca la deuda en que le está á Dios que le ha criado. Despierta antes del amanecer, y vase visitando, deseando entre el día solo para su comodidad, su gusto y su ganancia. Sale de casa, sin acordarse que hay muerte y que todo su ser puede dejar de ser en lo breve de un pensamiento; y aunque se contempla á la imagen y semejanza de Dios, no le da gracias de que le ha sacado de entre los lutos de la noche, imagen de la muerte; y toda su prisa es por ir á engañar á su prójimo ó buscar ocasion de murmuraciones ó entretenimientos excusados. También amanece para el bruto, pues criatura es de Dios. Levántase en la cueva donde habita, dejando caliente el lugar que de lecho le ha servido; extiéndese, y entre esperezos encorva el lomo, y abre la boca; levanta la vista al cielo, y luego la inclina á la tierra. El pajarillo sale del nido, y á la puerta de su estrecha vivienda, con el agudo pico pule sus alas, extendiendo cada una á compás de una patilla, y viéndose en el deseado día empieza su canto. El pez, que en lo lóbrego de su estancia pasó la noche quieto y encogido, viendo el día, retoza con los cristales; y despues de muchos brinco, causados de su alegría, saca la fretecilla de plata, levantando la vista al cielo. Este pececillo seguro amanece á su entender que despues de muchas fiestas y escaramuzas que le mueve su alegría, por las luces que goza, que levantar la cabecilla al cielo es darle gracias del bien que recibe, parte luego bullicioso á buscar sustento, y sin pensamiento de hacer mal, da en el garlito ó la red, y queda preso ó muerto. El pajarillo sale de su nido á ver la claridad, y para dar gracias á su Criador, mueve la sonora voz, mirando á todas partes, dando nuevas á las aves que ya ha venido el día y ha manifestado sus luces: levanta el vuelo para buscar sustento; ve una verde zarza, y enderézase á ella, para descansar de los retozos que por el aire ha dado, é inocente de que el desvelado cazador tiene enredada la zarza de engaños, que preso en la vareta, ultrajada su

pluma, ajados sus hermosos colores, y con la lucha que le ha ocasionado el verse preso, ya herido ó muerto. El animal que de la cueva poco á poco va saliendo llega á la bruta puerta, mira al cielo, y estremécese abriendo la boca, con que en su modo da gracias al Autor de todos. Sale, seguro á su entender, á buscar alimento, sin reparar que el montero ha estado toda la noche sobre la cueva, aguardando á que salga, y á que le ve, le tira, y queda muerto. El bruto, el ave, el pez, todos dan gracias á su Criador de la vida que gozan, sin aspirar á mas, y sin hacer mal mueren inmediatamente.

¡Ay de mí, miserable gusano! que siendo hecho con tan hermosa arquitectura, á quien Dios dió dos ojos, dos oídos, dos manos y dos piés, y un discurso tan penetrante, no le aplico al conocimiento de que tengo una alma no mas; y que si falta la vida, que puede ser y me halla mal prevenido la muerte, no tengo otra vida á que apelar para curar el alma, ni otra alma que salga á pagar las deudas que causé viviendo; y pudiendo aspirar á una vida eterna, malogro el mayorazgo que me dio, ofendiendo al padre que me le dejó, dándole causa para que me eche su maldición, como á hijo desobediente, y desherede de lo que por mío señaló.

Salte, con fin de hacer mal, un hombre de su casa donde habita de noche; es de vecindad, donde viven otros, aunque malos, mejores que él; y sin santiguarse ni mirar al cielo, solo mira á la tierra, que le parece mucha y larga para llegar adonde ha estado pensando toda la noche. Guía sus pasos á Provincia y busca de un alguacil conocido, que no faltan ministros que conocen á estos, y ya los entienden su flor que es flor que usa la serpiente llamada liena, que tiene instinto de aprender los nombres de los pastores que habitan donde ella, y llamándolos de noche, le ocasiona á que salgan de sus cabañas, y luego los mata. Así este hombre anda de día vigilante á los pecados ajenos; nótales, y aprende las casas y nombres de los que pecan para luego matarlos, llamándolos por medio de la justicia. ¡Oh, vil serpiente con voz y rostro de hombre! Llegó uno destos de quien hablo á Provincia, halló con quién desahogar su infame pecho, á tiempo que Juanillo y Onofre, pasando por allí, repararon en el hombre; y parándose, como quien no hace caso de aquello mismo que desea ver, oyeron que el alguacil decía que guiase; y Juanillo dijo á Onofre: Sígueme, veré una de las vilezas que los que las profesan usan en este lugar. Hizolo Onofre, y á breve instancia dieron en la calle del Arenal, y en una casa harta de viviendas hambrienta de entrada se metió la guía, y en su seguimiento la justicia. A poco rato salieron con la caza que era una mujer de honesto adorno, tapado el rostro, y un hombre de buen parecer, que venia entre el alguacil y el escribano.

¿Qué te parece, dijo Juanillo, lo que vas viendo? Pues sabrás que el honrado que guió á este lance es el niño del fuelle de la fragua de Vulcano; mira cómo queda dentro; pues cuidado, y verás cómo sale á

tiempo, y se atraviesa el paso para el ajuste, que á esos ya los conozco yo, y sé su modo de vivir. Fuéronse los dos amigos á lo largo, detrás de la justicia; y al llegar á la escalera de piedra de San Ginés, los cogió de cara el cierzo, haciéndolos detener, y sus primeras razones fueron decir al preso: ¿Qué es esto, señor Fulano? ¿Va vuesa merced á la cárcel? Mire si manda algo en que le sirva, que amigos son estos señores, y harán por mí cualquiera cosa. A lo que dijo el preso: A la cárcel me llevan, y los he suplicado dejen á esta señora, que es casada, y como no me conocen, no han querido hacerme favor. Entonces el fuelle apartó al alguacil á un lado, y estando hablando con él, el preso se subió la escalera arriba, y de lo alto dijo, quitándose el sombrero: Regalen vuestas mercedes á ese caballero, que yo le prometo de satisfacerle el agasajo, y esa señora, por mujer siquiera, la pueden dejar, que yo los encomendaré á Dios que los libre de soplon. El ministro quedó haciendo el papel de un confuso, y el fuelle sin poder respirar, como le faltó el aliento, que á su entender ya tenía en la bolsa, mirando al alguacil brotando parte del veneno de sus podridas entrañas, le dijo: Si vuesa merced le dejó suelto, ¿qué quería que hiciera? Vil soplon, si querías ajustar el que no fuese ese hombre á la cárcel, ¿por qué te pesa de que haya huido? Respóndeme luego, que no he acabado contigo.

En fin, desterrando la confusion, el ministro dijo á la mujer: Vuesa merced, señora, váyase con Dios, y mire por la enmienda, que otra vez, aunque sola, la he de llevar á la cárcel. Fuése con eso al paso de quien lluye; y volviendo la justicia al soplon, le dijeron si mandaba algo. A que respondió aturdido: Váyanse ustedes con Dios, que yo me he de ver con este caballero para decirle cómo ha usado tal término con hombres como yo; pero á un beneficio, una mala correspondencia es muy cierto; esto cierto es que lo diría por la gente que lo oía, que para la justicia que ya le conocía no era necesario. Hiciéronle ir, y él hubo menester poco, no porque la vergüenza fuese la causa, que estos tales la vendieron en la cuna.

Quiera Dios nuestro señor, fuelle de Satanás ó cierzo del infierno, que viento des á la barca de Aqueronte; ¿á esto madrugastes, despues de desvelado toda la noche, hasta ver preso el pez? ¿Para esto usaste de la mas vil obra que hacen los hombres, si acaso son tales como tú? Respóndeme, duende convertido en aire pestilente. Dirás que lo hiciste por evitar un pecado mortal, por atajar un escándalo y por limpiar tu casa, que ya sé que vives en ella, y que vives de lo que tú sabes y todos sabemos. Mientes, si tal dices; no bastaba conocer á este hombre y mirar que debes querer á tu prójimo como á tí mismo; pero por conocerle lo hiciste, que sabes que tiene que gastar, y pensaste que te tocará á veinte por ciento; el sueño del ciego fué para tí, que mala yerba eres; á la cieuta te comparo, fria y venenosa; medio desesperado vas, porque no se ha hecho á tu gusto lo que querías; mira no te mueras de pesar, que Filistion Niceo murió de risa, y Filipides

de gusto de un vencimiento poético. No mueras tú de un susto, que suele helar la sangre; y procura, para que no te lleve arreataadamente otro aire mas fuerte que tú, traer plomo en los piés como lo traía Filetas, poeta elegíaco griego, de quien afirma Eliano que, para que el aire no le llevase, traía en los zapatos gruesas suelas de plomo; mira que tú andas muy ligero, y que el aire de la muerte no se descuida. Solo te digo que te vayas para quien eres, y te lleves esta advertencia hácia allá, y ten cuidado con ella; el testigo falso engendró al soplon, y por obra tan infame salió condenado en doscientos azotes. Mira que sigues su rumbo, y que te consuelas con decir que tales sustos los echas á la espalda.

¿Qué te parece, amigo Onofre, dijo Juanillo, lo que vas sabiendo mas en este laberinto del mundo? Mira si ha salido todo verdad; pues aguarda, que no se ha acabado la historia. Mira el que llevaban preso cómo sale de la iglesia, y se va á la justicia con mucho sosiego; mira cómo los saluda, y ellos á él; escuchia, que en buen lugar estamos para oír.

Agradecido estaré toda la vida, dijo el hombre, al agasajo que se ha hecho conmigo, y á conocer valia algo el interés, le diera con sobrado gusto; pero ya saben mi posada, y pues me conocen, me pueden mandar. Esto no se ha hecho por otra cosa mas que por conocer que con hombres como vuesa merced para la enmienda no es menester ejecutar castigo, dijo el alguacil, y porque el soplon no haya logrado su desvelo. Despidiéronse, y el hombre guió á la plaza, á quien hizo volver el rostro Juanillo, que en voz alta dijo: ¡Oh ministros extraños á todos los nacidos que salieron al mundo para serlo, pues desinteresais las diferencias de todos! buenas pascuas os dé Dios, y mala al soplon, sobre el mal rato que le habeis dado. Sonrióse el hombre, y Onofre se llegó á él, diciendo le hiciese gusto, para sacarle de dudas, decirle el suceso, que aunque habian visto gran parte dél, no sabian lo interior, á quien el hombre dijo así: Estando hablando con aquella mujer en su casa, entró la justicia; luego me conocieron, por ser amigos míos; dijéronme cómo los habia dado el punto aquel hombre, y que habia de salir al paso para el ajuste; que los habia dicho cómo era conocido mio, como es verdad que le conozco de una tarde que le libré de manos de unos que infamándole de soplon le querian dar su merecido, y el alguacil que por quedar bien con él, que de cuando en cuando los socorria con viento, llegase hasta San Ginés, y allí me entrase, y que luego dejarían la mujer; despues ha pasado lo que vuestas mercedes han visto; pero yo le haré que se acuerde de mí. Con esto se despidió, quedando Onofre espantado, diciendo: Famoso dia tendrá el soplon. ¿Que haya tales hombres en el mundo! Aunque no mirara al haber nacido cristiano, se habia de acordar que le debía aquella accion de librarle la vida de quien le queria ofender; ¡y que haya pretendido tal infamia! ¿De eso te espantas? dijo Juanillo; hay en Madrid un sin fin destos. ¿Piensas tú que la jus-

ticia hiciera tantas prisiones como hace si no fuera por el aliento destes huracanes? En sus oficios se están paseando ó sentados, hasta que llega el aire y los descoje.

En el campo, cerca de los pueblos, se crían cardos silvestres, y aunque silvestres, echan su flor en una como alcachofa; cuaja esta flor simiente, y seca se cae, dejando el lugar donde fué congelada, que es un círculo redondo, tan sutil, que parece ser hecho de aquellos átomos que descubre el sol cuando entra por parte tan angosta que le niega lo franco. Sécase el cardo, y de entre sus hojas saca el aire de octubre aquel círculo sutil, y trae á los pueblos volando por su esfera; en viéndole los muchachos cómo vuela por el aire y corre por la tierra, le llaman milano, y procuran asirle; hácenlo, aunque con algun cansancio, y en cogiéndole en las manos, le dan un fuerte soplo para que vuele á su gusto. Estos niños con alma sincera le avientan con soplos, porque ven que no hace daño el levantarle del suelo ni aventarle, y á ellos los sirve de entretenimiento; pero el soplo da un soplo al ministro ó milano, que quieto en su lugar se está, para que vuele, para que haga daño, para que, si pega el pájaro en la liga, que á puro soplo ha puesto en su vara, le dé parte de la pluma que le ha de quitar. Atrevido aire de octubre, que á ese milano sacaste de su quietud, que por tal la tenia, aunque entre hojas secas, y le has traído adonde cause é inquiete á esos niños; pero ¿para qué hemos de reñir á este aire, pues no hace mas daño que cansar y moler á aquellos niños y tambien los entretiene? Pero tú, aire cruel del infierno, que interrumpes y deshaces la quietud del ministro que sosegado se anda paseando con el rosario debajo de la capa, porque no le vea otro compañero suyo, que no es aficionado á cuentas, y le llame santurrón canandulero, que hasta en el rezar ha entrado el vituperio y la murmuración, y puede ser que esté pensando en cosas que importan á su alma, ¿para qué le desacomodas de su quietud? ¿Para que vaya á hacer mal á su prójimo? Para que si hay ocasión eche veinte juramentos? Para que te dé algo de lo que ha de quitar al otro? Buen amor tienes á tu prójimo; buena lición sacaste de la escuela de amor; sin duda llegaste después que había trocado armas con la muerte, pues tu amor mata; mira que hay muertes desprevénidas, y que no andas seguro debajo de tejados ni canalones; mira que Esquilo, siendo hombre de mucha razón, sentado en el campo estudiando, le mató una tortuga que dejó caer una águila, dándole en la cabeza de tal suerte, que de la grave herida murió. Mira que tú vives de hacer mal, y que no sabes si tu castigo está prevenido en tu lecho. Mira que no mereces que te llamen hombre, pues á Dios nombra quien nombra hombre. A ti te han de llamar camaleón, pues le sustenta lo que á tí; pero con diferencia que el camaleón cuando abre la boca para recoger el aire da gracias de camino al que crió tal elemento, y no daña con él; pero tú recibes el aire como sabes; y para que te sustente, al arrojar con que dañas

y matas, que tus entrañas producen ascos de peste. Solo te digo, para dejarte, que no te juzgo, que te digo quién eres, que el juzgar le toca á Dios, á quien suplico nos juzgue con toda su piedad y misericordia.

Bien le has castigado de palabras, dijo Onofre, aunque mucho mas merecia, pues ni de los mandamientos de Dios ni de las obras de misericordia se acuerda el que solo estudia cómo hará mal á otro. Aguarda, dijo Juanillo, que lance semejante no se puede perder, pues nuestro entretenimiento es recoger hoy bazas perdidas, ó por lo menos parecemos mal sus descuidos. Repara en aquellas dos damas que allí vienen, que aunque bien vestidas, son muy desgarradas, y á fe que las conocí yo con diferente adorno, que aquella de las puntas en el manto, que son de tramoya, con ella las ha ganado; yo me acuerdo cuando asaba castañas al lado de una que decia ser su tia, y la tal tia vendia por menudo su mercadería. Sacóla de menores, y pasó á medianos un estudiante; hijo de un mercader lencero, de los que traen la tienda á cuestras, y luego un mozo de mulas la puso en mayores, aunque para ello vendió el caudal, echando la culpa á la careza de la cebada; y ya es mujer de cuarto de casa, estrado y criada, y no falta quien la da coche algunas veces; y en verdad que fiada en su cara, anda muy barata y se da mucha priesa; ella dice que buenos son muchos pocos, y si se descuida la han de condenar á zarza, porque es de la calidad del diablo, que á nadie desecha ni hace asco de cosa, sin reparar las miserables el mal fin que tienen todas, ocupando las camas de los hospitales ó las puertas de las iglesias, tullidas y llagadas, sin poderse menear, pudiendo reparar con tiempo en la causa de su mayor hermosura, que es el adorno; sin el adorno, ¿cómo amanece? Y tomando un espejo, contemplarán la falta que las hace la falta de las galas, el cabello descompuesto, y sin el cuidado ordinario, que poco las adorna, mirando el color del rostro pálido y á trechos amarillo, qué ajeno está de la hermosura, los ojos con ojeras y legañas, de haber estado aquellas breves horas cerrados; mirarán los labios cárdenos, el aliento pesado y enfadoso, todo causado de una noche que para descansar se acuestan; y si esto que sirve de descanso desfigura tanto, ¿qué hará una enfermedad? Y si contemplaran en la enfermedad, no estuvieran léjos de acordarse de la muerte; pero ellas solo estudian el ejercicio de desnudar á los hombres para vestirse y adornarse. Mira qué presto que hallaron las arpas con quien hablar, que ya cecean á aquel alguacil; escucha, que en buen lugar estamos para oirlas.

Llegó el ministro á ellas, y después de saludarle la una, le empezó á reñir cómo en tantos tiempos no la habia ido á ver, que bien se conocia el tener nuevo gusto. A lo que respondió el ministro que ocupaciones precisas no le daban mas lugar, que mirasen si mandaban algo, porque tenia que hacer. A lo que la una dijo: Esta tarde le hemos menester á usted, que doña Inés, señalando á la compañera, tiene un particular que hacer, y es con un indiano de los que han venido con la flota, que

bien se le conoce ser hombre de hacienda, pues á la primer vista la ha dado veinte pesos para las puntas de tin manto; ha pasado á Castilla á ver sus damas, y ha encontrado con ella, y la picarona bien sabe embobarle con sus melindres; y creo para mí que esta tarde va para despedirse, y así á las seis aguardamos; la portera estará avisada, que es aquella buena vieja, antigua en casa, que bien conoce vuesa merced. Despidiéronse con eso, y el alguacil dió palabra de ir, y con el acostumbrado desgarró prosiguieron su viaje.

Vil mujer, hija del Nilo, astuto engañador cocodrilo, que en sus engañosas riberas te has criado, que lloras para matar al hombre que te está favoreciendo, ¿qué razon darás á tan justas quejas como contra tí da la misma naturaleza, pues á quien te alienta quieres matar? El leon es el animal mas fiero que hay, y si recibe un beneficio del hombre, agradecido le sirve toda su vida. Dirás que es forastero, que se ha de ir y dejarte, que es rico, que pague bien el gusto que ha tenido. Esto respondes, falso animal, caballo desbocado, que al dueño que te ha lavado, regalado y peinado y te ha querido y estimado, le matas de dos coces ó le despedañas. Sobrada paga era á lo que tú mereces, segun quieres, cuatro reales de plata; mira qué agradecimiento das á lo demás.

Un pájaro hay bien conocido, á quien llaman torcecuellos; á este le dió naturaleza la lengua diferente que á otros pájaros, pues es delgada como un hilo y larga. Este con particular instinto busca los hormigueros mas copiosos, y allí se echa, sacando y tendiendo la lengua á la puerta de aquellas ambiciosas afanadoras; ellas, codiciosas del sabor de la carne, se enlazan en ella, y estando toda cubierta de hormigas, abre el pico y sepulta en su seno todas aquellas vivientes, metiendo dentro la lengua, cargada de hormigas como erizo de madroños ó manzanas. Peores sois que este pájaro, que aunque mata, es á quien nunca le ha hecho beneficio; pero vosotras matais al mismo que os sustenta. Este una vez mata; vosotras muchas veces; este cierra los ojos para engañar, vosotras los abríis para ofender á Dios y al hombre. Este le dió naturaleza la pluma que le adorna, y siempre se reconoce deudor, pues cantándole endechas, agradece el beneficio. A vosotras os da el vestido el hombre, y le procurais matar; peores sois que el demonio, pues para meter el pecado en el mundo se valió de vuestro rostro, y nombró por su abogado, siendo vosotras el principal instrumento para que entrase la culpa por los puertos de la naturaleza. ¡Desdichado es el hombre que en el meson del mundo, donde ha de venir, topó consorte de vuestro humor, y dichoso aquel á quien cupo mujer honesta y virtuosa, que es toda la dicha del siglo!

¡Válgame Dios, dijo Onofre, amigo Juan! ¿Esto hay en Madrid? ¡Es posible que no teman estas viles mujeres la justicia de Dios, sin dar el oido á sus amenazas y reparando en las ganancias del pecado, pues todo su caudal es comerse de cáncer sus miembros y consumirse poco á poco, agregándose á este achaque

otras enfermedades graves, como la lepra, asma, perlesía, hidropesía, el no poder lograr la comida en el estómago con desgana della, el frenesí, la lengua pasmada, la gota y otros achaques tan graves y mas llenos de penas, desasosiegos, inquietudes y dolores, y que tan sin rienda pequen por tan viles modos! ¿De eso te espantas? dijo Juanillo; hay tantas que usan esta flor, que para mí no es novedad por ser tan práctico. ¡Oh bondad infinita! replicó Onofre, peores son estas que la víbora, que aunque hace reventar á la madre que la cria, ya es obra de la naturaleza; pero lo que estas hacen es obra del demonio, que mete al hombre en el pecado, y luego corre el velo y toca la campanilla para que todos le vean y su misma afrenta le mate. Aun no hace tanto daño el cuervo en sacar los ojos á la madre que le cria. Baste, sierpe lasciva, que para nombrarte te llamen mala y luego mujer. Vamos, Juan, que no quiero ver en este lugar mas de lo que he visto, que para perpetua admiracion basta. ¿Aun no has empezado, respondió Juanillo, y ya te enfadas? Ten paciencia, que hay mucho mas que saber y ver, que estas son cosas que los hijos deste lugar las tenemos por tan comunes como un domingo cada semana.

Sus pasos guiaban los dos amigos á la calle Mayor, cuando un *kyrie eleison* de un sacristan que junto á la cruz de su parroquia iba los hizo detener; era un entierro, y por ver la ostentacion que llevaba, se detuvieron. Iban ocho religiones, los hermanos de San Juan de Dios, que llevaban el cuerpo, los niños de la doctrina y desamparados, todo el cabildo, veinte y cuatro pobres con sus hachas de cuatro pábilos, muchas cofradías, y sus mayordomos con cetros; el cuerpo iba en una caja, cubierto de bayeta, y detrás mucho acompañamiento pardillo, y antes de llegar el cuerpo á la iglesia, se detuvo en el ínter que dijeron un responso, á tiempo que los testamentarios, que en sus razones se le conoció el serlo, al llegar donde Onofre y Juanillo estaban se detuvieron, preguntándolos otro que iba en el entierro que cuántas misas habia dejado. A que respondió uno dellos que ciento, y que en cuanta hacienda dejaba no habia para pagar deudas y entierro. Estiróse las cejas el que preguntó, y el entierro anduvo.

Hombre, que no eres mas que un vil gusano, á quien despues de muerto aborrecen los mismos que cuando vivo le amaron, pues ya no hace mas que causar horror y espanto, ¿para qué quieres honra fantástica? ¿De qué te sirve despues de muerto? Procura honra en el alma, que es solo la que entre los muertos vive. Anda acá, Onofre, dijo Juanillo, le encomendaremos á Dios y preguntaremos quién es. Fueron, y en la iglesia notaron un aparato como para un príncipe; estaba toda la tierra enlutada, veinte y cuatro blandones de plata para las hachas que llevaban los pobres, que á puro atizarlas ya iban demediadas. Toda la música de la capilla real, y la tumba tenia al rededor mas de doscientas luces. ¡Válgame Dios! dijo Onofre, quién será este que con tanta majestad viene á la tierra. Preguntólo á un hombre que habia acompañado el entierro, y respondió que

era un bodegonero de la calle de las Velas. ¡Válgate Dios por bodegonero! dijo Juanillo; ¿no era mejor ajustar un entierro de moderado gasto, acordándote quién eras y eres, y no dejar que notar? Con doce sacerdotes y una cofradía tenías harto para hombre de tu esfera, y no tanto aparato y tan pocas misas; ¿por qué no te acordaste de tus padres y de tus parientes y bienhechores, que por tales podías tener á cuantos han comido en tu casa? Por qué no reparabas que había almas en el purgatorio; y que en Madrid se da limosna para redencion de cautivos, y que hay pobres viudas y huérfanas doncellas? Esto sí que luciera mas que las hachas que llevan los pobres. Tú, sin duda, te aconsejaste con alguno de tu oficio, que de ordinario son zafios y gente que solo entiende en la ganancia que deja la tajada con dientes y el picadillo de livianos de vaca. Mal te aconsejaron en un lance, que despues de muerto no hay enmienda, y mas habiendo tenido un trato como el tuyo; quiera Dios sea solo el cuerpo el que pereció, y no el alma, que si la llevas hambrienta de caridad, no has de poder socorrerla, aunque te hallaras allá con lo que sobraba en tu mal bodegon, que en lugar de darlo á pobres, lo recogias para volverlo á vender; y cuando sobraba no era por falta de hambre en los que á comer entraban, que la causa de sobrar era lo mal guisado y mala sazón de lo que bien vendido los ofrecias, y por eso preveniste tantas especies al cuerpo, y te olvidaste del alma. Allá lo verás cuando de tantas veces como acá oías decir ¿cuánto debo? allí oyes decir ¿cuánto nos debes? Y volviendo la vista á la parte de la voz, ves que se acercan á tí una tropa de aguadores, esportilleros, lacayos y mozos de sillan, quejándose de tí, porque dejaste su pobre hacienda en el mundo, pudiendo haberla llevado allá y repartir con ellos, contigo y con los de obligacion.

DISCURSO VII.

El que usa misericordia debe ser breve en la resolucion, y el que airado fragua castigos debe dilatar el juicio y la ejecucion, y haciéndolo así, excusa el arrepentimiento. Divertido estaba, dijo Juanillo, pensando en lo afligido de un preso el día de visitarse, y todo lo allana cuando hay juez piadoso que obra con misericordia, con que se parece á Dios; y pues es hora, vamos á ver la visita, que hoy será temprano. Siguióle Onofre, y á breves pasos llegaron á la cárcel de Corte, donde á su puerta había gran número de gente; y preguntando la causa, supieron era un ministro que había quitado la espada á un lacayo por ser de mas de marca y traerla en vaina abierta; y el tal lacayo gallego había avisado al mayordomo de su casa, y habían venido á la defensa una veintena de lacayos y una docena de pajes; daban con demasiado brio voces, diciendo eran criados de don Fulano, y que no diese la justicia lugar que lo supiese su amo. Pero como la justicia estaba en el zaguan de la cárcel, asiendo á dos que eran los que mas voces daban, los metieron dentro y cerraron la puerta, con que los de afuera apelaron á la visita. Muchos aguardaban á que

abriesen, y algunos llamaban, á quien el señor portero decia se fuese noramala; para él tales días de bulla son enfadosos, y no me espanto; pero un preso que llamaban á la visita hizo abrir, con que todos entraron. Llevaban este preso porque traia un colete de bien poco abrigo y defensa, que su dueño, mas que por defensa, le traia por abrigo.

Así que dentro estuvo Onofre, permitió que la admision usase sus extremos, notando en tan hermoso edificio tanta comodidad y desahogo para los presos, cuando cerca de sí vió un hombre que batallando estaba con otro; quejábale el uno amargamente de su corta fortuna, diciendo: ¿Es posible que usted no me haya hecho mas favor, sabiendo que hoy se ha de ver mi pleito, en haber examinado aquel testigo, que importaba mucho á mi negocio? A lo que el otro respondió: A mí no me han dado blanca alguna, y no viendo luz, yo no acierto á escribir, aunque fuera para mi padre. Aquí conoció Onofre que el uno era preso, y el otro era escribano. Prosiguió diciendo: Usted busque dinero, y tendrá buen pleito. ¿Qué bueno le he de tener, respondió el preso, si se ha de ver hoy sin falta, y con su descuido de usted, qué sé yo lo que saldrá? Gran desdicha es el ser pobre un hombre, y no hallar caridad en los que trata. Despidióse el escribano, porque le llamó otro preso, quedando este primero mas triste que la noche. ¡Es posible, decia Onofre, que seamos tan malos los hombres, que no viendo el interés primero, no nos movamos para acudir al necesitado! Que este escribano, que ya le habrá comido su hacienda, falte á una diligencia porque faltó el dinero; poco premio espera del cielo el que solo mira al de la tierra. Volvió la vista al otro lado Onofre, sintiendo en su corazon estas miserias; vió otro preso que á un hombre suplicaba le llamase á su letrado, porque salia ya la visita; y el tal hombre le respondió que ya le había llamado; pero que decia que si no le daban dinero, no queria venir. ¿Qué dineros le he de dar, respondió el preso, si ya los llevó ayer y no se vió el pleito? Amigo, replicó el tal, ya se lo dije, y me respondió que hoy era otro día. ¡Ah pobre de mí! prosiguió el preso; sin abogado y en visita, ¿qué haré? Paseábase, apretando las manos una con otra, levantando la vista al cielo pidiéndole favor. A todo atendia Onofre, cuando vió que entre los sayones llevaban á la visita á un hombre cano y macilento, que iba chasqueando dos pares de grillos muy cortos de mastil; y llegándose Onofre á otro preso, le preguntó que por qué estaba aquel hombre tan cargado de prisiones. A que respondió el preso: Seis meses ha que está del modo que veis, solo por un indicio, y cierto que cuando le trajeron preso no traia cana alguna, y mirad qué tal está. ¡Ah triste vida del hombre! decia entre sí Onofre; dime, ¿cuándo descansas? Que no sé cuándo ó cómo vives con tantos trabajos y penas como entran en tí con el uso de la razon. Vamos arriba, dijo Juanillo, que ya creo que empieza la visita. Subieron, y vieron que se empezaba en Domingo el de la resistencia; y como Marina no se había descuidado, no le fiscalé el algu-

cil, y el escribano habia escrito con pluma suave, pero con todo salió condenado en doscientos ducados y cuatro años de destierro y privado de aguador. Si á este le castigaran, decia entre sí Onofre, por esta resistencia, pues era justicia, no se atreviera á otro tanto alguno, con mas alas que este; pero como el dinero es gran favor en todas partes, y aquí no ha tenido pereza en bullir, todo se ha hecho bien.

Si le sucediera esto á un capitán harto de pasar malas noches y peores dias, atento al servicio de su rey, siempre buscando la muerte, opuesto á cualquier empeño, y el cuerpo con mas cicatrices que ochavos su bolsa, con el informe de un apasionado ministro y lo escrito de un mal agasajado escribano, le encerraran quince dias, hasta que el consejo de guerra le embargara, y luego le formaran competencia entre las dos justicias, que no hay cosa que mas apure la paciencia, pues siempre aguardan los mártes, y para el preso llegan aciagos; y cuando llega á verse su negocio, ya el vestido con que entró en la cárcel á puro remiendo no se le conoce su primer origen, ni á su dueño si tiene cara; pues le tienen tal las barbas, que parece casería pequeña entre alameda grande, y ya el que era hombre robusto está tan cenceño, que le pasarán de parte á parte con una pala de centeno. A este con rigor se le escriban sus pecados, que es soldado y pobre, y no ha podido guiar la pluma ni enroscar la vara.

Siguióse la visita en el lacayo de la vaina abierta, y mandaron los señores que al punto se la volviesen y echasen la puerta afuera; y aun no iba contento, que decia que habia de hacer y acontecer. No hay hoy puesto con mas libertades, dijo un preso que junto á Onofre estaba, que lacayo de un señor ó de un alcalde; y sin decir mas, se salió de la sala. Visitóse el del colete, y el alguacil alegaba que traía espada. A lo que el dueño dijo que en su vida se la habia puesto. Mandáronsele volver, que parecia de gamuzas y no de ante; y al irse le dijo el alguacil agradeciese que no le habia fiscalado. Llamaron á visita al hombre cano, y así que se empezó á relatar su causa, dió la hora, y los señores se levantaron, mandando desocupar la sala y la cárcel para sacar aquellos míseros de fortuna.

¡Válgame Dios, dijo Onofre, qué laberinto es el de esta casa! Vámonos, que ya me tiemblan las carnes de estar aquí dentro. Salieron fuera, y guiando sus pasos á la Puerta del Sol, vieron grande ruido á la de una casa grande, y preguntando Onofre á un mozo la causa, le dijo que dos hombres sobre una suerte se habian herido muy mal en aquella casa, que lo era de juego. Entraron dentro, y en el zaguan vieron una mujer, que entre llantos y congojas en las palabras que decia declaraba ser su marido uno de los dos heridos. Consolábala un sacerdote, y ella con muchas lágrimas decia: Que se lo tenia yo avisado á este hombre que el juego le habia de dar el pago, que no basta que me ha jugado toda mi hacienda, sobre tantos disgustos como tengo por este juego, que desde ayer no le he visto la cara; y los mas dias es así, sin reparar que tiene mujer y que

está pereciendo, sin tener que llegar á la boca; pobre de mí, ¿qué es esto? que tenia yo marido sosegado, y este maldito ejercicio me le ha puesto en el estado que ves. ¿Qué tengo de hacer, sin tener prenda que vender para curarle? ¿Adónde iré? ¿Dónde echaré? ¿Quién me dará consuelo? Quién me dirá por dónde le de guiar? A todos causaba dolor el llanto de la mujer, cuando entrando un hombre venerable con una muleta en la mano, preguntó dónde estaban los heridos. Enseñáronselos, y vertiendo algunas lágrimas, que enjugaba á la capa, decia: ¡Ah, hijo, cómo os lo habia yo pronosticado, que este juego habia de acabar con vos y conmigo! ¿No basta que me habeis dejado á puertas, sin tener consuelo alguno, el que se ha visto sobrado y estimado, verse hoy pobre y abatido? Harto os he predicado siempre en lo que os estaba bien; no habeis querido tomar consejos de vuestro padre, no os tengo la culpa.

Así lamentaba la mujer y el padre de los dos heridos, cuando entró la justicia para hacer la averiguacion, y queriendo llevarlos á la cárcel, vieron que el uno, que era el mas mozo, estaba sin habla, y el otro ya tenia la muerte cercana á los pálidos labios. ¿Hay mayor desdicha, amigo Juan, dijo Onofre, que aquesta que se ve? De ordinario sucede esto en casas de juego, respondió Juanillo, sin mirar los jugadores su perdicion de cuerpo y alma; pues perdiendo las haciendas, pierden las almas á puros juramentos y porvidas, deseándose mal unos á otros; uno picado de haber perdido, aguarda al que le ha ganado, y colérico y precipitado le da dos estocadas; otro no se harta de decir infamias al que le habia ganado; otro coge la baraja con que ha perdido, y con boca y manos los hace pedazos, y en desocupando la boca, ensarta la tarabilla de malditos sean los trapos y quien los buscó para que os licieran, el que hizo el papel, el que hizo el carton, el que hizo el engrudo, el que os pintó, el que os cortó, el que os vende, y el que os trajo á esta casa, y el que vive en ella, y á cada palabra de estas liace pedazos un naipe, mirando con unos ojos de tigre en batalla, sin atreverse nadie á reportarle, porque su traza es de reñir con quien le engendró. Si le va á la mano otro, porque no le dan barato, amaga un bofetón al que ha ganado, diciéndole palabras afrentosas; y enfadado el paciente de sufrir, saca una daga y le da con ella. Esto y mucho mas pasa en el juego; ¿en casa del jugador qué pasará? Pierde uno, y picado para perder mas, va á su casa á buscar qué; la mujer defiende sus alhajas, porque es contra ellas el mandamiento de ejecucion que lleva; ultrájala de palabra ó la da de bofetadas, llevándose por fin lo que queria, sin reparar que es mujer y de materia frágil y que el diablo no duerme; pero quien no mira por el alma, mal mirará por su casa. Muchos hombres hemos conocido que para sustentar el juego han hecho muchas vilezas, perdiéndose á sí y á su linaje. Vamos de aquí, dijo Onofre, que lástimas que no se pueden remediar basta el verlas de paso, para solo contemplar la miseria deste mundo y el pago que da. ¿Ves esta

desgracia? replicó Juanillo, pues cree que no será parte para que no se enmienden jugadores, que antes en lugar de huir destas amenazas, buscan otros que quietos y sosegados están, y á fuerza de su infame consejo, los hacen tomar este modo de morir. Hombre jugador es peor que el demonio, que si el demonio da malos consejos, es su oficio, y luego se conoce ser él quien los da, segun lo que aconseja; pero el jugador da liciones de perdicion como perdido á otros que aun no lo están, para verlos como él se ve; pero siendo cristianos, es de notar que el demonio, como imposibilitado del bien de Dios, ciega y guia al hombre para que pierda la gracia que ya perdió él, y el jugador cela y guia á su amigo para que pierda el hacienda que ya perdió él, siendo escalones para perder el alma; y lo que mas espanta, que vendrán guiados de la gula del juego, que los sirve de aliento, siendo lo que les mata; y aunque tropiecen con la muerte, no los causa horror ni aparta del vicio.

Mas sentido tiene el pájaro cien sayos; llámanle así los cazadores, porque en quitándole la pluma hermosa y de varios colores que le adorna, le queda otra mas menuda debajo, y en quitándole la segunda, le queda un vello muy espeso. Así es el jugador; como anda á deshoras con la muerte á los ojos, debajo del vestido que de la gala le sirve, trae otro, que es colete, y luego la malla ó el jubon de cien tafetanes; llámanle cien sayos. Este pájaro, con tanta pluma, su carne vale muy poco, que es negra, y al instante que le matan huele mal, que mas le matan por la pluma que le han de quitar. Así es el jugador, por quitarle lo que gana, le suelen matar. Este pájaro tiene la cabeza tan desnuda, que parece que naturaleza, cansada de haberle adornado con tanto cuidado el cuerpo, le dejó la cabeza desnuda porque tuviese algun defecto, pues no hay cosa criada sin él. Así es el jugador falto de entendimiento; su cabeza es la parte mas desnuda. Cria el pájaro en ella un légamo pegajoso, es muy gloton, y muy ruidoso su canto. Así es el jugador, que huye el sosiego y la quietud de donde él está; hasta cuando duerme está soñando con el juego; miren qué quietud tiene, cuando todo es quietud. Este pájaro el sustento mas regalado que tiene es el que le mata. Así es el jugador; el juego es su mayor regalo, y es quien acaba con él. Busca por los montes parte donde haya animal muerto; la carne muerta luego cria gusanos, los gusanos busca él; come tantos, que le embriagan y sacan de sí. Miren qué sentido le queda al que acaba de perder; busque á la memoria, verá dónde la tiene. Tan sin sentido queda este pájaro, que turbado y sin él da en el suelo junto al mismo sustento que con tanta ansia buscó: él es causa de su ruina; el gusano, que su anhelar es buscar donde asirse, encuentra con la cabeza de este pájaro, y se ase en ella, comiéndole ya los ojos ó parte, que cuando quiere volver en sí, ya no es dueño de sí, pues herido ó ciego de lo uno ó lo otro, queda imposibilitado de volar, con que acaban con él los mismos gusanos. Miren al jugador que acaba de perder, cuán falto queda de alientos, y cuán sobrado

de impaciencia. Estando este pájaro entero, que se conoce lo que fué, no llegó en todo aquel sitio otro pájaro de su género, porque les causa horror ver su semejante muerto, por lo mismo que ellos andan buscando. Si el jugador hiciera otro tanto, ya tuviera sentido; pero aunque ve que la embriaguez del juego ha puesto aquellos dos hombres cerca de muertos, si ya no lo están, es tal su ceguedad, que en lugar de que los cause horror y espanto ver lo que ven, darán mucha prisa para que los saquen fuera y ponerse á jugar en el mismo sitio que ellos están, sin hacer reparo en la sangre vertida ni en las lástimas que hacen otros; diferente hace el pájaro; mas entendimiento tiene que el hombre. Jugador, date una palmada en la frente de tu vicio, y llama á la memoria, para que te acuerde que hay fin; pero si la memoria la tienes metida entre barajas de naipes, donde hay figuras, espadas, palos y copas con que brinda la gula, primero que de allí saques, ya podrá ser que haya llegado la muerte por tí como ha llegado por aquellos dos. Bien se puede jugar un rato para divertir el pensamiento de muchos ahogos que hay, siendo de tal suerte, que no ocasione el perder la amistad ni la hacienda, salud ni sosiego, que todo lo pierde un jugador embriagado en el juego. Darse un hombre tanto al pecado, que enamorado dél le lleve á cuestras, ya es trabajar mucho, ya es penalidad, ya es ser esclavo del vicio y de su autor el demonio. A la tortuga la hace andar tan poco la carga de lo que trae por guarda; es imagen de la pereza, y el jugador de la pereza un todo, pues le ocasiona el juego faltar á Dios y á sus obligaciones en el mundo.

Guiando iban sus pasos Onofre y Juanillo una calle abajo, cuando á la puerta de una casa grande habia detenidas algunas personas, á las amargas quejas de un pobre francés amolador; quejábase de que unos mozos, mas sobrados de edad que de juicio, le habian ensuciado los palos que con las manos ase, para hacer rodar aquel carro, á quien su mismo amo sirve de mula, solo porque le ayuda; daba voces, quejándose de que no le pagaban lo que habia amolado: justa queja es en el pobre; pero enfadados los agresores de oírle y ver que juntaba gente, propio de los ruines ofenderse de la razon, le tiraron una teja y le descalabraron. Levantó el alarido como vió sangre, y las quejas se volvieron palabras pesadas; sintiéronse agraviados los tales, y llegando al pobre, le dieron de palos, pareciéndoles no quedaban bien de otro modo. Eran estos caballeros, que siguieron el libro del duelo, cuyo autor fué un demonio, un cochero y dos lacayos destos de colete de grandes faldillas, abrochado con muchos cordones, la espada en vaina abierta, que parece verga de ballesta, segun la arquean porque se vea la hoja, muy grande valona, que mas parece esclavina del viaje de Santiago, muchas melenas y muy peinadas, que no falta una castañera á quien agradan. Llegóse mucha gente, porque el llanto del pobre francés era grande, y á todo los hechos, muy abiertos de plantaje; estaban á la vista del ruido, riéndose unos con otros; la gente que llega-

ba preguntaba el suceso, y mirando las partes, daban por consuelo al pobre paciente que se fuese y callase.

¡Válgame Dios, qué extraña anda la razon de los hombres! Ese cuitado amolador quieto se iba por la calle, buscando un pedazo de pan á costa de su trabajo, con unos calzones de mala gamuza y una mala hungarina, y sin camisa, con unos zapatos, que á puras puntadas de hierro que los da con los clavos que arrojan los herradores, los tiene en pié; mirale las manos que le forma lo riguroso de un invierno, que mas parecen pulpos que manos humanas; repara en el calor de un verano, cómo se atreverá á pasar tan poca ropa como le adorna. Déjale vivir, que quieto se va, no le ofendas, y si le ofendes, déjale quejar; y si porque se queja le castigas, ¿qué te quedaba que hacer, si se ofreciera á la defensa, sino es matarle? No sé qué le falta á tu crueldad. Mente divina, Dios piadoso, júzgame con toda tu misericordia y bondad, dijo Onofre, que sinrazones tales no las quisiera ver. No te espantes, respondió Juanillo, destas niñerías, que mucha gente deste lugar lo tiene por juguete; y mira que ya hemos llegado á la Puerta del Sol, que es uno de los mejores sitios que tiene Madrid, pues es su plaza de armas, siempre llena de soldados, cuyo capitan herido y vencedor se ha retirado á la victoria de sus hazañas, teniendo en centinela su alférez mayor enarbolando la bandera del Buen Suceso, dejando por sitio señalado para la inocencia que no tiene culpa la fuerza de la inclusa. Este sitio de resplandores, con razon llamado del Sol, es abundante de muchas cosas, y nombrado, no solo en Madrid, pero en las mas partes del mundo. Aquí llegaba Juanillo, cuando las voces que un mozo daba los hizo volver á saber la causa, y preguntándola Onofre á otro que allí estaba, le dijo: Este que se queja es criado de un doctor; salió hoy á vender la mula de su amo, por ser espaciosa, y haber menester, para las visitas que tiene, mula de mas brios, por ser muchas. ¿Tantos enfermos tiene? preguntó Onofre; á lo que el mozo prosiguió: Es un barrio el que habita de gente delicada, destos que se visten con luz sin salir de la cama, muy cerradas las ventanas porque no entre aire, y si toman chocolate, y tiene á su parecer mas azúcar de lo que ha menester, dicen que es húmeda y los ha hecho mal; otras veces dicen que está muy tostado el cacao; otras que la canela era fuerte; otras veces dicen que el pimientto los mata, y luego llaman al médico; y así, para tentar el pulso y bolsas á todos, ha menester mula briosá, y por no serlo la que tenía, la envió hoy á vender con este mozo; y mas tardó en llegar que en topar mercader, y segun dice, fué otro criado de un doctor forastero, que acababa de llegar á caballo entre dos seras de pan; treta que no la alcanzara el mismo diablo, pues porque no echaran de ver que entraba la muerte por las puertas de Madrid, venia rebozado con la capa del sustento. Huyendo dicen que venia de su lugar, que siendo de mucha gente, en un año que le habia vivido, ya estaba medio despojado por su causa; y así se venia á Madrid, que por lo grande no serian tan notadas sus obras, y á breves

lances se concertó con él, y porque le convidó y ofreció ocho reales el comprador, le dejó subir en la mula, y sin salir de la calle de Alcalá, se le ha perdido. Sonrióse Onofre del buen humor del mozo, y llegándose al cuitado, que no cesaba de planir, oyó que unos le consolaban, y otros le aconsejaban mirase los mesones, que podria ser haberla entrado á dar un pienso; otros le decian se fuese y no llorase, que su amo lo ganaria en cuatro dias, que ya empezaba el melon. A todo el mozo lloraba, y babeaba de las narices lo bastante para almidonar la capa y bocamangas á que se limpiaba. Lástima causó en lo compasivo de Onofre las cuitas del pobre corito; y Juanillo, llamando á su amigo, le dijo creyese que dias de mercado sucedian lances varios en aquella calle; y para que supiese la astucia de algunos ladrones, escuchase un cuento, que sucedió con otro mozo de un doctor.

Salió como este á vender la mula, por ser tan nueva y cerril, que no podia su amo salir á las visitas en ella. Llegó al mercado, y al punto halló mercader, que aquestos mozos zafios antes le hallan que un pícaro malicioso, que ya entiende toda jerigonza. Concertóla con brevedad, y díjole viniese en su mula por el dinero en casa de un cirujano, para quien era; y llevóle á la de uno donde era conocido por algunas veces que le habia afeitado. Entró, dijo al mozo esperase á la puerta en tanto que él salia. Hizolo así, sin apearse de la mula, y el ladron preguntó por el maestro, y habiéndole saludado con las ceremonias que ellos usan, le dijo que aquel mozo tenia sus partes bajas dañadas, y que de vergüenza no se habia dejado curar muchos dias, que le hiciese gusto de mirarle, y se sirviese de si era menester algun recado, ponerlo; y á buena cuenta tomase un real de á ocho, que él acudiria con mas. El maestro respondió que con mucho gusto lo haria, que se aguardase un poco, despacharia con una forzosa diligencia en que estaba. Está bien, dijo el ladron, yo tengo que hacer; dígame vuesa merced que espere, porque él es tan corto, que no dudo el que no aguarde y se vaya. El maestro, muy contento con su onza, salió y díjole: Entre, mancebo, y aguarde un rato, que al punto le despacharé. ¿Sabe ya vuesa merced lo que es? dijo el mozo. A quien respondió el maestro: Sí, amigo, ya me lo ha dicho este señor, y yo abreviaré lo posible el negocio en que estoy para despacharos. Con esto se apeó, y el ladron, asiendo las riendas, le dijo: Al punto te daré tu dinero, y para tí una docena de reales para que almuerces, que ya se lo he dicho. Picó con esto, y el mozo entró en la tienda y se sentó. Acabó el cirujano lo que estaba haciendo, y llamó al mozo á la trastienda, y así que estuvo dentro, le dijo: Desatáquese. ¿Para qué? preguntó el mozo. ¿A qué? respondió el cirujano: para curaros. ¿Qué me ha de curar? replicó el mozo. Déme vuesa merced mi dinero, y no gaste chanza conmigo. El maestro, algo confuso, le dijo mirase cómo hablaba, que no era hombre que gastaba chanza con nadie, y que no entendia qué dinero pedia. A que el mozo medio turbado dijo: El dinero de la

mula que me ha comprado aquel hombre. Amigo, respondió el cirujano, yo no sé de mula, ni sé de dinero; solo sé que me dijo que estabais malo de vuestras partes bajas, que os mirara y curara, y para ello me dió un real de á ocho. Con esto el mozo levantó el alarido, que le ponía en las nubes. Llegó al ruido gente y justicia, y habiendo oído las dos partes, consolaban al mozo, diciéndole: Lo que podemos decir á este no jueguen bobos, y cuidado para otra vez, y en el inter, Dios le consuele.

DISCURSO VIII.

Mucho aligera el paso el que desea ver, y poco cansancio siente el que con gusto anda; no aguarda satisfacion en este mundo el que caritativo obra; ni el soberbio ambicioso obra con quien conoce necesitado. Guiando iban sus pasos Onofre y Juanillo á la casa donde, tremolando en vez de bandera su mismo ropaje, está aquella capitana milagrosa, que alistó debajo de su órden tanto esclarecido soldado, con que asombró y dió miedo al mismo infierno, combatiéndole desde el Carmelo Monte, cuando en su calle los detuvo el paso un pobre, que causaba lástima al corazon mas ajeno de la caridad; iba con dos chapines en sus manos, llevando arrastrando el cuerpo, solo con la defensa de dos corchos, que atados en las rodillas, las defendian de que las piedras las ultrajasen; la cabeza llevaba con un casquete lleno de sangre y pez, toda cogida; el pescuezo liado con unos trapajos llenos de sangre aguada, que parecia materia; los brazos del mismo modo, las piernas rodeadas de orillos, y sus voces llenas de lástimas y clamores. Pedía por un solo Dios crucificado, que bajó del cielo á la tierra á padecer afrentas, por el pobre tullido y llagado, que arrastrando por este suelo miserable pide limosna á los católicos cristianos; así la piedad divina los libre de verse como á este vil gusano ve, decíalo con un tono espacioso y sonoro; y de rato en rato levantaba el cuerpo, enderezándose sobre las rodillas, para que sus voces llegasen á las viviendas altas, y sus ojos vieses quién ofrecia su santa limosna. Juntaba deste modo mucha, á tiempo que de la portería del Cármen bajaba una tropa de pobres de recibir la limosna de su santa casa; y parándose algunos, se empezaron á reír del pobre tullido. Uno le dijo: Enredador, embustero, si á la noche te vieran cuando te recoges, los que ahora te dan limosna por las lástimas que haces, ¿qué poco la tuvieron de ti! Otro llegándose cerca, le dijo: Adios, tramoyero entrapajado. A lo que Juanillo dijo á su amigo Onofre: ¿Has reparado en aquel pobre que le llamó tramoyero entrapajado? Sí, respondió Onofre, que es aquel tan arropado de sayo. Pues sabrás, replicó Juanillo, que cuando pide limosna no habla mas palabra que la de Dios te dé Dios, y luego repite Dios, Dios; y si le dicen que perdone en algunas casas, responde: Eso sí, eso sí, y nunca se le oyen mas razones; y mira ahora cómo formó mas sílabas para su venganza.

A todo el tullido andaba discreto, pues no respondía ni cesaba de implorar al verdadero Dios, con que cansados se fueron, y el quedó sin los enemigos de su oficio, que son los mayores que tiene el hombre. ¿Ves este tullido? dijo Juanillo, pues repara bien en él, que á la noche te le he de enseñar, para que veas con cuánta tramoya quitan algunos la limosna á los que verdaderamente son tullidos y necesitados, que ahora no quiero decir nada, no digas que murmuro del pobre. No diré tal, respondió Onofre, pero cuando doy la limosna, solo la doy por Dios al que por Dios la pide, sin hacer reparo en lo que el pobre puede encubrir con su desvelo; solo miro que publica pobreza, y á mí no me engaña, que si engaña es á sí solo. Pero dime, Juan, ¿qué hace tanta gente lucida en estas gradas, estando la puerta del templo cerrada, segun parece, y creo que ya es mas de medio día? En esta iglesia, respondió Juanillo, sin duda alguna hay sermon, y no se debe de haber acabado, pues sus puertas dan señales del sosiego y quietud que dentro pide la palabra de Dios. Y estos que se pasean y platican aquí afuera es gente que hace poca falta donde no asisten, pues donde ellos están no hay quietud ni sosiego; y así, bien están acá fuera, que aguardarán á que acabe el predicador, para preguntar cómo ha sido el sermon ó murmurar de la gente que va saliendo de la iglesia; á estos los llaman liudos, y si estuvieran dentro, no dejaran oír á los cercanos á ellos, ni al predicador predicar, siendo causa su inquietud; y en el inter que hay lugar para que veas este santo templo, escucha el entretenimiento que tienen estos dentro de una iglesia.

Siéntanse dos, destos lindos de quien hablo, juntos enfrente de otros conocidos de su misma profesion, y pregunta el uno al otro: ¿Quién es el predicador, que no le conozco? Muy mozo parece; árbol tan nuevo poco fruto puede dar. Este, le dijera yo, si cerca me hallara, es quien en nombre de Dios te viene á decir su palabra; este es un religioso que se ha desvelado por versí puede dar liciones de fruto á tu esterilidad; y aunque te parece mozo, es buen estudiante, y le ilustra la alma ajustada á la ley de Dios, y procura él que la tuya le sea y salga del vicio en que duerme; este puede ser que con unos cordeles de cáñamo torcido hiera sus carnes, cuando las tuyas se engolfan en las delicias del mundo; y puede ser que sus oraciones te sustenten con vida. Este es el que sube al púlpito, dice la salutacion y encomienda el Ave María; y en lugar de rezarla, dice el otro: Amigo, no tiene mal pico. No lo oye bien el camarada, y arrima la cabeza á la de su amigo tanto, que se juntan las dos cabezas, y luego besa el uno el oído del otro, para hablar y ser oído, con que entiende que su amigo dice que tiene buen pico.

Mejor fuera que le dijera que tenía buen espíritu; respóndele que así, meneando la cabeza y la boca. Los que están enfrente tienen á este murmurador por hombre entendido, y es un bruto, que también hay brutos principales, y uno dellos por señas, arrugando el entrecejo, le pregunta qué le parece. Y él murmurando

responde (arrugando la nariz y levantando el labio superior con el inferior, con que hace un gesto horrible) que no es cosa. Al que preguntó á este, le pregunta otro: ¿Qué dijo don Fulano? Y él responde: Que nos vamos; pluguiese á Dios, que con esto dejaréis asientos á otros y quietud en el templo. No es ocasion, respondió el tal que preguntó, el irnos á la salutacion; ¿qué dirán los que lo ven? Y mas cuando otros andan buscando asientos con tanto fervor; ya no tiene remedio el dejar de oírle, con que abrevie tenemos háto; pero ¿quién lo ve? Se quedan estos á oír el sermón; y si los preguntaran quién lo ve, dijeran que amigos y gente conocida; y se les podía responder: Tambien lo ve Dios, que realmente patente está en ese Sacramento; y tambien lo ve ese orador evangélico, que ha hecho reparo en tus enfadosos meneos y demasiada inquietud. Empieza el sermón con un lugar de David, tan piadoso como grande, de aquellas amorosas palabras que tanto alcanzaron con Dios: Yo solo pequé contra tí, Señor; y el murmurador, meneando el cuerpo, dice: Mas de mil veces he oído este lugar en el púlpito. Mas valiera que tu alma le dijera con dolor de su corazón á su confesor una vez. Va el predicador llenándose de fervor, arrojándole en sus razones de suerte, que le hace sudar, obligándole á limpiarse el rostro con el hábito. Entonces podía el murmurador reparar que el agua que aquel orador arroja es la que falta en sus ojos, y dejar de murmurar. Va vagamundeando la vista, atractiva solo al pecado, y ve un hombre que llora de oír al predicador, y él se ríe; y mudando la vista, tan inquieta como la lengua, ve en otro lado á un pobre hombre, á quien obliga el sueño á dar algunas cabezadas, con que se inquieta é inquieta á cuantos hay cercanos á él, para que le vean y noten. Atiende tú al sermón, y deja ese cuitado, que puede ser que no haya dormido la noche pasada de dolores, hambre ó necesidad, y tú sano y háto de todos manjares causas mas escándalo.

A este tiempo entra por la puerta de la iglesia un amigo suyo, de aquellos de contramangas huecas á puro almidon y vueltas, que parecen quitasoles flamencos; véle, y sin reparar en la quietud que en semejante lugar es menester, le llama, ceceando tan recio, que se oye. Pregúntale el que entra: ¿Hay lugar para mí? A quien responde: ¿Pues habia de faltar para vos? Con esto es fuerza, para que aquel lindo pase, inquietar la gente de la mitad de la iglesia. Hace reparo el predicador, estira las cejas, abriendo los ojos mas de lo ordinario, siéndole fuerza parar en el sermón, por la inquietud y murmullo que se ha levantado. Va pisando á unos, y atropellando á otros; dícele una buena mujer que por qué no vino mas temprano para no hacer mala obra. Y solo por esto la llama Margaritona, que en estos tiempos ya se sabe lo que quiere decir. Llega sin sosiego donde su amigo y otros levantados le esperan; siéntanse todos, y todos empiezan á charlar si doña Elena es hermosa y si doña Petronila tiene mejores ojos. Prosigue el predicador su sermón, y en todo lo restante no han cesado aquellas bocas de demonio. Acábase el sermón, bá-

jase el predicador, y luego se van juntando todos los del conclave de la murmuracion: ¿Cómo les ha parecido? dice uno. A quien responde otro: Así, así; es poco teólogo. Otro dice: Es muy sabido cuanto ha dicho y muy golpeado en los púlpitos. Otro dice: No es mal estudiante, pero le asean aquellos meneos y brinco que da en el púlpito. Otro, por no dejar la suya en el pecho, dice que cansa como es largo. A todos respondiendo: Atención, murmuradores de lo que no entendéis. A tí, con quien hablo, que dices que es poco teólogo, ¿qué entiendes tú de teología? Ni aun las coplas de Gálferos y Melisendra has sabido leer en tu vida, que ayer aprendiste, siendo criado de un mercader, y ya era tu edad de veinte años arriba. Mira á qué hora empezó á entrar en tí el conocimiento de la cartilla, y creo que no has llegado al catecismo. A tí, que dices que lo que ha predicado es muy sabido y muy golpeado en los púlpitos, ¿de dónde lo sabes? que jamás oyes sermón, y este ha sido mas por fuerza que de grado; y así no atendiste á él, que todo se te fué en hablar; y si es muy golpeado en los púlpitos, ¿cómo han herido en tu corazón tan poco tantos golpes de la palabra divina? A tí, que dices que es bueno si no diera aquellos salticos en el púlpito: si es bueno, ¿por qué no le sufriste algo, indecente? En decir que es bueno hablaste verdad, pues es muy cierto que la palabra de Dios no puede ser mala; pero yo apostaré algo, que si quieres decir verdad, que en tí será cosa nueva mas vista, que no entendiste palabra del sermón, porque la murmuracion no te dió lugar, ni el entendimiento tiempo para discurrir. Solo te digo que, cuando se menea el predicador algo mas de lo decente, al entender de algunos mentecatos, que no tiene el sentido en sus afectaciones del cuerpo, que le ocupa en hermohear tu alma. A tí que lo largo del sermón te molestó, no me espanto, que tu confusion es hablar mucho y dar voces, y aunque no dejes de hablar, sentias no poder dar voces, y por eso deseabas que se acabase, y el mismo deseo te lo dilataba, á tu entender; y ¿qué mal entender tienes!

Estos lindos todos juntos aguardan una misa breve, y ya hartos de murmurar por entonces, vuelven la vista á un altar, y ven una, empezado el primer Evangelio. Arroñillanse sobre diez vueltas de capa, si acaso no traen bayeta que poner en el suelo. Sacan el pañuelo, y empiezan á limpiarse la cara; luego se componen el pelo y tientan la golilla; sacúdense luego la ropilla, golpeando las faldillas á capirotes que arroja el dedo del corazón despedido del pulgar. Luego se componen las ligas, luego componen lo ajado de la toquilla del sombrero, luego miran á todas partes, en particular donde hay damas.

Acábase el primer Evangelio, levántanse, y miran los pies si están limpios y pulidos, sin mirar que debajo de ellos hay cuerpos muertos que conocieron vivos, con quien comieron y bebieron, y por dicha habrá poco tiempo; pregúntenlos cómo les va en la otra vida, y oirán lo que responden. Vuelven á arrodillarse, y echan mano al bigote; compónenle á su entender, y luego

sacan el pañuelo y se suenan las narices, mirando lo que ha salido dellas como si fuera ámbar ó perlas preciosas; y aunque se las suenan con melindre, vuelven á descomponer el bigote, dándole otra vez dedos, y pareciéndoles que queda bueno, echan mano al rosario, sacarle de la faltriquera, y en él revuelto un liston que sirvió de lazo en la cabeza de un demonio; y empieza á contemplar de modo que lo vean otros. Repara uno de sus amigos en el liston, y pregunta: ¿Es favor? Y él muy risueño, haciendo gestos en el rostro, dice: ¡Ay! es de cierta dama. Y puede ser que la tal dama haya sido criada de algun mesonero, que destos puestos suben al estrado y coche.

Hombre divertido, contempla en este sacrificio que en este altar de Dios se hace, y mira que no es solo su imagen la que está en él, que es su real y corpóral presencia, y que no meneas los ojos, sin que él lo vea; el mayor pecado, que mas enoja á Dios y clama contra el mismo que le comete, es no tener respeto ni quietud en el templo.

Acábase la misa, y levántanse, limpian las rodillas, como si hubieran llegado al suelo, sacuden la capa, y echan la mano al rostro, y forman unos garabatos, meneando los dedos tan apriesa, que parece que tocan batalla en un órgano; deste modo se santiguaban. En la primera edad juegan los muchachos con unos alfileres á un juego que llaman el crucillo ó el cruzado; el que hace cruz formada, gana; la que no forman bien, la llaman cabeza de perro, y no vale. Mira tú que te santiguas con mas garabatos que tiene una barredera de pozos, si acaso son cruces las que te haces, ó son cabezas de perros. Salen á la calle, y empiezan á levantar la voz de punto y á murmurar de nuevo, notando á cuantos van saliendo de la iglesia.

Sale una mujer honesta y tapada, con el rosario en las manos, y por verla y que se destape, la dicen que es vieja y que no tiene dientes, que debe ser una tarasca, si acaso no la tiran del manto, como suelen. La mujer es cuerda, calla, y se va su camino. Sale otra á quien notan de briosas y buenas partes. Uno dice, pintándola el pié, que cómo, siendo un ángel, se tiene en tan poco. Otro la dice: ¡Jesus, qué medroso talle! En un palmo le pueden meter. Otro dice: Si todo lo que se ve es tan bueno, veamos el rostro, para morir deseando. Mejor es vivir obrando bien que deseando obrar mal, dice la tal tapada, y se descubre á este último que habló, porque es su marido, y dícele: Poco gasta usted estos requiebros en su casa; pues creo que si hubiera conocido, no me hubiera dicho tantas finezas; huélgame que dé lugar á que otros me hayan galanteado por su ocasion; muy buen entretenimiento tiene usted, pero crea que hay otros mejores y mas decentes. Vuelve á taparse y se va. El se desfigura algo, pero no emudece.

¿Es posible que tan embebecido estés, murmurador, que á tu esposa no conozcas y por otra la tengas? Tu mismo ejercicio ha dañado tu lengua y se ha vuelto contra tí. Pero ¿cómo la habías de conocer tapada?

Por el vestido mal pudieras, que la saya y el manto que lleva es prestado, que no lo tiene ni aun para salir á misa, que para oirla lo busca entre la vecindad; en verdad que fuera mejor que vuesa merced rompiera menos galas, y su mujer tuviera saya y manto, y reparara que el diablo es puerco y gruñe, y que puede ser que, cansada de buscarle prestado y sentir poco calor en su marido, la obligue á dejar que se lo den, pues es muy cierto el rendirse las plazas mas fuertes por necesidad.

Estos hombres aun en sus casas son aborrecidos, y para mí creo que por vivir con sosiego los que con ellos tratan, los desearan la muerte para quietud de las almas. Perdona el ser humano, que le he de comparar al puerco, pues es animal que aun cuando está comiendo, está murmurando ó gruñendo, y hasta que muere no hay sosiego ni quietud en la casa que habitan, y en murmurando dan buenos dias. Así el murmurador, encenagado como este animal, se estriega á otros mas limpios que él, para encenagarlos, como él se ve, y que se den á la murmuracion, siendo odiosos á los buenos, y aborrecidos en sus casas, sin conocer la quietud hasta que sus dias se acaban; pues entonces queda la casa, que sin ellos queda, llena de perpetua alegría.

Cierto, amigo Juan, dijo Onofre, que no hago nada en admirarme de oír tus verdades, que no son murmuraciones las que solo llevan su mira á fin bueno, honesto y virtuoso, y se puede creer que será como lo has dicho, y pasará en un lugar que hay tantos, sin número, diferentes en condicion, calidad y poder; y pues ya parece hora, segun las muestras de la gente, vamos, verémos la joya que encierra este santo templo. Guió Juanillo, y despues de hacer oracion en su altar mayor y haber contemplado en un devoto *Ecce homo* que junto de una puerta está, oyeron unas voces en la calle, que decian: Para ayuda llevar estos enfermos al hospital, por amor de Dios. Salíó Onofre á la calle, donde vió un mozo de hermosa presencia, adornado el pecho con una cruz de Santiago, el sombrero en la mano, donde recogia la limosna que adquiria con sus voces, y por la cera de en frente iba un licenciado muchacho, el rostro como el de un serafin, con el mismo ejercicio. ¿Quién son estos? preguntó Onofre á su amigo Juan, á quien respondió: Quien se emplea en obras de caridad y misericordia; ¿quién quiereres tú que sean? Unos ángeles, que llevan enfermos á curar al hospital, y aquella silla, que es donde va el pobre enfermo, que lleva en su frontera pintada á María Santísima, es del Refugio, y como lo es María de los pobres, va pintada como patrona. El ejercicio destos es cuidar de los pobres, ampararlos, recogerlos y curarlos, procurando en todo para el pobre regalo, quietud y comodidad; y así, contempla en estos dos ángeles, y aun sus obras son para subir á mas, que si cupiera envidia en los ciudadanos del cielo, la tuvieran de tales hombres, que siendo mortales, los ilustran tanto las obras, que parecen divinos.

En esta contemplacion estaban los dos amigos, cuan-

do vieron que de una casa grande salía huyendo una mujer, y en su alcance un hombre de madura edad, con una muleta en la mano, diciendo razones de las que duelen, como mala mujer, enredadora, que con tus embustes y tramoyas quitas la hacienda á las doncellas houradas, haciéndolas perder la inocencia, y que rocen el decoro con que son criadas. Yo os juro por estas canas de hombre de bien que si os vuelvo á ver en esta casa, que tengo de hacer que os lleven á la Galera, que otras con menos causas que vos estarán allá. Colérico estaba el buen señor, hasta que un criado le reportó, y obligó con razones á que entrase dentro. Llegóse alguna gente á la mujer, como de ordinario sucede en semejantes lances, y preguntada de algunos, respondió que era quitadora de vello, y que por haberla hallado quitándole á una mujer de aquella casa, sin mas causa la habia ultrajado aquel hombre del modo que habian visto. Poca razon ha tenido este caballero, dijo Onofre, sin respetar el ser mujer, deuda con que nace el hombre. Mal conoces tú, respondió Juanillo, á estas mujeres: mira cómo se va sin arrojar razones en su defensa, pues á fe que no son mudas; pero conocerá la razon contra sí; obligada á callar se va. Pues dime, replicó Onofre, ¿estas qué hacen malo, para que las ultrajen así? Que no habiendo mas causa que quitar el vello, no es parte para que las traten mal con palabras injuriosas; que tambien nosotros nos ponemos en las manos de un rapador, y consentimos que nos encaje la barba en sus manos, que es meneo burlesco, y nos sobajan y entretienen con nuestro testuz en lavatorio una hora; y si queremos pulir esta obra, la llamamos afeitar, de mano de un mal rascador que tiene el sentido y la memoria en unas ventosas sajas, que le están esperando, y nos traban el rostro como nalgas de un niño; y así, no nos hemos de espantar que se hagan el rostro las mujeres de mano de otra mujer; que yo sé lugares donde las rapan los barberos, que es mucho peor. Pues para que sepas, dijo Juanillo, que todo lo merecen estas santas mujeres, por sus buenas obras y costumbres, escucha, y no sentencias jamás sin oír ambas partes, que es accion de juez apasionado.

Entra una destas en una casa de familia, donde hay doncellas, hijas, criadas y deudas, y algunas casadas que se agregan: en sabiendo que van estas mujeres, plantan su rancho en una de las viviendas mas recogidas de la casa donde menos acude el dueño della; siéntase muy á su gusto, y saca una cestilla de vidros quebrados, que su intento es que las que ha de rapar lo parezcan; coge luego entre sus piernas una pretendiente de la hermosura, y sobre sus faldas la acomoda la cabeza. Vala quitando el vello y el bozo, señales que en el rostro de la mujer dice tiempo quieto y sosegado, y quitado, dice tiempo ocasionado y revuelto; si tiene cañones, la echa un hilo, con que la va repelando, que se puede creer que sufre por gusto lo que no hiciera por penitencia; en viéndola rapada, saca una redomita de agua, y blaudamente, amortajando dos dedos en un pedazo de toca, la va lavando; preguntala qué agua

es aquella, y responde que se llama agua costosa, que hasta entonces no se ha inventado otra mejor, que es agua que conserva el rostro limpio y sin arrugas. Mucho huyen de las arrugas las mujeres; arrugas, dobleces, poco se diferencian; bueno fuera que huyeran dellos. Saca luego un botecillo de una masa blanda, y las da una mano, para que las suyas anden francas al tiempo de la paga. Luego saca un pedacito de papel de color, y las da el colorido. Pregunta la paciente qué color es aquella, que parece buena. Responde el pintor que es color oriental, hecha con la sangre del múrice, y que no se halla en Madrid mas de en una parte. Luego saca un carboncillo, y las cejas desiertas las vuelve poblado; dice la figura que se va pintando que tiene buen negro el carbon y muy propio. A que responde el pintor: Tal costa tiene. Saca luego un palito colorado, y las limpia los dientes. Pregúntanla qué palo es, y responde que celeste, donde anida el ave de su nombre, cosa que apenas se halla; que conserva la dentadura firme y limpia. En estando esta figura pintada, va pintando á las demás, y en acabando, la dice una si la quiere dar un poco de aquella agua, y es que se ha mirado al espejo, y se ha creído hermosa, que cuánto la ha de llevar por ella. Responde que con sus parroquianas no gana, ni es su intento tal, que cuatro reales; y saca una redomita de poco mas de onza de agua; que en el camino compró media docena en casa de un vidriero, y las llenó de agua en el baño de una taberna, donde entró á beber un cuartillo de lo de adentro, con que cria mejores colores que las que presta su papel. Cobra sus cuatro reales y la paga de la barba, y dice la otra si la quiere dar un poco de aquella masilla del bote. Sácala diciendo: Nadie de ustedes sabe qué aderezo es este; todo es hecho de sebo de diferentes animales. Dale tanto como dan por un cuarto de ungüento blanco; y jugando siempre de aquello de con las parroquianas no gana, la pide seis reales, y no vale cuatro cuartos, que no es mas de un poco de sebo de cabrito y miel de Leganés. Otra la pide un papel de color; encárccele mucho; en fin le saca, llevando por él dos reales, y dice: Estos mismos me lleva por él un extranjero que los hace, que ha venido poco ha, que en Madrid no saben hacerla tan buena. En siendo cosa de extranjero artifice, basta para darla valor, y le cuestan á tres cuartos en casa de un portugués que vive en la Puerta del Sol. Luego la piden un carboncillo; dale con interés de un real, y son carbones de sarmiento, que en la ceniza que arrojan los que los queman los coge; el palito de los dientes pide otra; excusa el darle, y por un real se ablanda, y no vale dos cuartos, que no es mas de palo de sangre de drago. Todas cuantas mujeres hay en esta casa se igualan en comprar, con que la rapadera saca muy buen dinero por lo que no vale nada.

Y no hablo de mil cosas que consigo traen para engañar, como pasas aderezadas, cañutillo de albayalde, soliman labrado, habas, parchecitos para las sienes, modo de hacer lunares, teñir canas, enrubiar el pelo,

mudas para el paño de la cara, aderezo para las manos, con que aderezan su bolsa, y otros mil badulaques que debajo de aquella saya, alcahueta de trastos supersticiosos, trae, que por no cansarte no nombro. Rióse Onofre, y dijo: Juan, ¿dónde has estudiado tanta droga? A lo que Juanillo prosiguió diciendo: ¿Desto te espantas? Otro ejercicio usan algunas, peor que este, por lo que merecen castigo grande, que el que aquel hombre las dió no equivale á lo merecido de sus habilidades, y para que los sepas todo, atiende.

Usan las malas, en achaque de quitar el vello ó el vellon, que á solo él llevan la mira, el ser corredoras de deseos, y vendedoras de quietudes. Entran en una casa, donde la simple doncella que la conoce la envió á llamar, doncella de las que el deseo de ser madres las trae inquietas. Mira de buena gana á un caballere de los que llaman pisaverdes, que es lo mismo que bestias en prado, no mas de porque la miró, y no sabiendo cómo enviarle á decir lo bien recibido que está en su corazon, se allana y facilita por medio destas santas mujeres, pues con su achaque de rapar, rapan la honra, sin atender al fin que puede tener, no mirando mas de su provecho, chupando á cada uno de por sí cuanto pueden; y suelen usar esta correduría en casas donde hay marido que no repara en nada; y no cesa aquí su mal trato, que tambien, para quitar mejor el dinero á las simples cordilleras, se fingen que saben la diabólica invencion; y para que lo crean, traen en una bolsa al lado de su falso corazon unos palillos, y en cada uno pintada la figura que las parece, con una mistura que hacen de alumbre de roque, batida con agua, con que pintan cosas que no se ven si no echan en el agua. Llaman á la mujer simple en parte que la soledad las haga compañía, y dicenla: Fulano te adora, y por tí se muere, y si le quieres ver, yo me atrevo á que lo logres al punto.

¿Cómo puede ser? dice la mujer. Y el astuto engañador pide que traiga un caldero de agua. Va la simple mujer por él; y en el ínterin saca la embustera un papel, donde trae pintada de infame mano una figura que parece de hombre; enséñala el papel blanco, y luego le echa en el agua, y se ve lo pintado; espántase de lo que admira, y no del demonio que lo hace; saca luego unos naipes, que dice es una baraja que arrojó colérico un tahir, y que así han de ser para la suerte que pretende hacer; y con ellos forma unos juegos con que emboba á la simple mujer. No excusan hacer otros embustes, con que dice que no la olvidará, valiéndose de monedas arrojadas y cosas semejantes.

Doncella recogida, mujer soltera ó casada, atended á todo, y haced reparo en los trastos de que se vale esa mujer para hacer sus enredos. De unos naipes que un blasfemo arrojó, naipes malditos; de una moneda arrojada con maldicion, todo maldito; de la boca de un ciego y dormido á los preceptos de Dios. Pues ¿por qué crees que cosa con maldicion haga nada de provecho? Si es Dios solo el que mueve las voluntades, ¿por qué te persuades á que las mueve el enredo y la infamia de esa mujer al parecer, que sus obras de demo-

nio son? Abre los ojos de la razón, y no creas que cosa alguna puede obrar sin Dios, y que donde hay pecado no habita, porque Dios es gracia; y gracia y pecado no los junta su inmenso poder, ni la piedra iman aderezada con embelecos, ni las monedas, naipes, habas y otros embustes, que no nombro por infames. A todo le falta fuerza, que por sí no la tienen, que son criaturas; el Criador es el que todo lo puede; llámale, doncella, y pídele remedio, que él te crió, y no te tiene olvidada; no te creas de manifestos enredos y tramoyas. Y la casada mire en la obligacion que está, y tome el consejo de su padre espiritual, que otra cosa la saldrá á la cara por fin, pues fin tiene todo.

Y tú, rapandera y tramoyera, enredadora y alcahueta, cuenta tus trastos y herramientas, y saca el rosario, y mira que tienes alma, y que la juegas á la primer quíñola sin descarte, y te veo con infames cartas en las manos. Restituye cuanto tienes, que todo es mal ganado, si lo has ganado del modo que he dicho, que adquirido con trabajo honesto, libre de mi granizo, Dios te haga bien con ello, y á mí con su gracia.

DISCURSO IX.

El hombre que recibe beneficios y mercedes ha de ser agradecido á su bienhechor, que el agradecimiento es guarda del bien recibido, y siendo de persona superior, razon natural que obliga es que sean las gracias con obediencia y respeto. A todo hemos faltado, dijo Onofre, pues estando á la puerta de la que aboga por el hombre, no hemos entrado á darla gracias del bien recibido, siendo el Buen Suceso de los hombres. Bien has reparado, respondió Juanillo, que divertidos con el afán del mozo del doctor no atendimos á la obligacion; y pues estamos cerca, vamos, visitarémos su santo templo, y te holgarás de verle. Fueron, y despues de haber hecho oracion, al salir vieron un hermano de la casa que con una moza estaba en diferencias, siendo causa de que Onofre preguntase á su amigo qué era lo que litigaban. A lo que Juanillo respondió: Escucha sus razones, que ellas te sacarán de dudas; con que atento Onofre, oyó que el hermano decia así: Ya la tengo buscada una comodidad de una casa honrada; es marido y mujer, dan diez y seis reales cada mes, buen sustento, y lo mejor es que no hay á qué salir de casa, porque el señor compra de comer, y las menudencias necesarias están por junto. Fuego, respondió, ¿qué tal debe de ser amor tan mezquino, pues no fía de una criada? Para mi humor no es casa, que yo no quiero tanto emparedamiento, y yo no soy buena para monja. Despidióse con esto, y Onofre dijo á su amigo: Sin duda, Juan, este hermano acomoda mozas de servicio. A que Juanillo respondió que sí, que atendiese que llegaba otra. Era una destas de manto remendado, guantes cortados los dedos, gregorillo de puntas, saya de rasilla, mas arrugada que hoja de breton, con el rosario en la mano, dándole vueltas á la muñeca. Preguntó al hermano: ¿Hame buscado comodidad? A quien el hermano res-

pondió: ¿Qué comodidad quiero que la busque, si á cuantas la procuro pone dificultades y achaques? Si es hombre viejo, dice que será impaciente, cansado y pegajoso; si mozo, que no es casa segura; si casado, que será celoso, y luego lo pagan las criadas; si hay hijos, que no es bueno traer niños á cuevas: á todas pone excusa; váyase con Dios, que para ella no hay casa como la de San Juan de Dios. ¿Qué casa dice, hermano? replicó la fregatriz; y el hermano algo enfadado la dijo: La sala de las unciones. Fuése, y apenas se apartó cuando con unas cumplidas reverencias, sin agobiar el cuerpo, muy chupada de faldas y fruncida de mantilla, muy abultada de pechos y carrillos, se llegó una de las que juran en la cruz de hierro de no ser castas en Castilla; y sin perder las reverencias á cada razon, como cojo sin muleta, le dijo al hermano si la queria buscar una casa donde criar, porque estaba recién parida y se le habia muerto la criatura. El hermano, despues de haber mirado aquella alcuza en basar de tetas, la dijo: Vaya la señora Dominga, y pregunte por la Inclusa, que allí van las de su tierra á hacerse la leche. Fuése sin perder las reverencias, y al hermano, al ir á entrar en la iglesia, le detuvo una mujer de buen hábito, preguntándole si conocia á la moza que la envió tal dia ó sabia quién era. El hermano la respondió que no, que á ninguna de cuantas acomodaba conocia, que era cuidado que habia de tener quien la recibia, que á él no le tocaba. Pues sepa, dijo la mujer, que se lo pregunto porque se me ha ido, y se ha llevado un vestido de mi marido; y así, le suplico, si acaso la ve ó sabe della, me avise. Díóla palabra de hacerlo, con que la mujer se fué algo consolada.

¿Qué de lances deben de pasar destos en Madrid! dijo Onofre; á quien respondió Juanillo: Tantos, que el querer referirlos fuera desatino; ya no hay mozas de servicio, que se acabó el ser en ellas, y solo las quedó el vicio; ya son damas, y las damas tienen mozas sobradas, porque las dejan salir con cuanto quieren. Aquí llegaban los dos amigos, cuando, volviendo á mirar al hermano, le vieron reprendiendo á una muchacha porque habia dádose al vicio, á quien decia así: Venga acá, ¿cómo ha dejado la casa que la busqué? ¿No repara que en ella se puede aprender virtud y honestidad, que no faltaba el sustento? No repara que menospreciar la honrada comodidad por la vanidad del mundo es falta de juicio? No ve que la virtud es un linaje celestial y que es solo lo que da hartura y bienes de gloria? ¿No repara que ese traje mundano la llevará al paradero donde van otros de su trato? Mire que la falta de las cosas temporales hace crecer el bien interior en el alma, que es diferente hartura que la del cuerpo. Mire que una enfermedad, negando la salud, borra la hermosura y consume la hacienda. Recójase, que es lástima que una mujer, hija de buenos padres, ande en los pasos que anda; y si me da palabra firme de la enmienda, la ofrezco volver á la misma casa. La picarona, enfadada de tanta reprension y documentos, con gran descaro, echando el un pié delanterero, meneando

el cuerpo, puesta en jarras y la cabeza algo torcida, le dijo: Hermano, ¿predica? ¿Piensa que soy algun hereje? Vaya á emplear esa habilidad al Japon, que yo no necesito de su doctrina ni ofrecimientos, que tengo lo que he menester, y no carezco de servir, que soy servida y regalada. El hermano, enfadado de ver tanta libertad en pocos años, levantando la mano, le dió una bofetada muy á su gusto. Ella levantó las quejas, que llegaban á las nubes, y el hermano, sin hacer caso, se iba á la iglesia. Llegó alguna gente á las voces de la moza, y entre ella algunos desos de toalla por la cintura, colete á la vista, y calzon sin abrochar las boquillas, porque se vean los de lienzo, sombrero blanco y medias de color. Preguntáronla, con su acostumbrada arrogancia, quién la habia enojado, y ella, con el favor á la vista, empezó á formar razones contra el hermano; pero él con mas justa razon, algo colérico, asiendo un palo de un ciego, se fué á ella, que si no huye, es peor que la bofetada. Buena salud tengas, y mala á quien mal le pareciere, dijo Onofre, que en gente de razon siempre pareció bien la justicia, pues podian ablandar las razones del hermano á un corazon de piedra; y miren con el desahogo y sobrada desvergüenza que le respondió; solo me espanta que este hermano no se canse en un ejercicio tan mal agradecido, que no tendrá mas de quejas de todas partes. Así es verdad, respondió Juanillo, pero como lo hace por Dios, no lo tiene por enfado; porque el que se mueve á la caridad y amor de su prójimo, sin humano interés, jamás se cansa. Razon cristiana es, replicó Onofre, y pues no te enfada el que te pregunte, dime por tu vida á qué entran estos pobres en la iglesia tan afanados y presurosos. Yo te lo diré, y para que admires, prosiguió Juanillo, una caridad no creida, entra, y verás cómo socorre á estos pobres otro pobre, que aunque la piedad toda es en sí maravillas, en algunos luce mas lo fervoroso del espíritu que en otros, como en este hombre, á quien aguardan estos pobres mendigantes. Con facilidad se movia Onofre á ver lances piadosos, pues así que oyó á Juanillo, entró en la iglesia, y á poco tiempo vieron entrar un hombre de buena edad y humilde hábito, que despues de hacer oracion y besar la tierra, se levantó, y fué á los pobres, que ya venian á él todos haciéndole reverencias, á quien con rostro alegre saludó, diciendo: ¿Qué hay, hijos? Ya Dios ha dado hoy para mí y para vosotros; y así, razon será dar al César lo que es suyo. Ya he comido yo, perdonad que haya sido sin vuestra compañía, pero creed que la imaginacion os tenia presentes. Y sacando de un paño blanco alguna comida, la fué repartiendo entre todos; y lo mismo hizo de algunos cuartos que traia, y luego al mas necesitado le dió unos zapatos que le habian dado á él.

Si el obrar bien ó mal del hombre se ve premiar al fin, por la regla del juicio divino, buen pleito tendrá este pobre en el tribunal de Dios. Este estado no es de los que se convierten en nada ó en vanidad, que todo es uno; no es este obrar del mundo, que aun no llega á ser humo; este obrar y este estado de vida en el cielo

asiste entre los justos. Entre sí repetía estas razones Onofre, cuando un pobre le dijo : ¡Ah, señor, cómo se conocen los bien nacidos en las obras! A que respondió con rostro severo : No gastes otra vez el tiempo en acordarme de vanidades de linajudos; á quien sustenta él soy, aunque ande vestido de necesidad; solo me habeis de acordar el estado en que estoy y en el fin tan cierto que nos espera, que así me darás contento. Al hombre próspero en los bienes del mundo, que primero fué pobre, á ese sí que es razon acordarle lo que fué, para que no acaricie á la soberbia, ni la admita en su casa, sacando ejemplo de la flor mas hermosa que produce la tierra, contemplando en la azucena tanta belleza y fragancia, que así que su boton se halla crecido, antes que esparza su riqueza, le inclina á la tierra, y mira la miseria de que ha nacido, y al pié de sus principios mira su fin; pues si atrevida mano no la corta, la ha de servir un mismo lugar de cuna y ataud; y mirando que los pañales en que nació la ofrecen mortaja, no se desvanece, que pudiera con tanta hermosura; y así, otra vez tened cuidado, y quedad con Dios hasta mañana, que ya sabeis que las tardes me voy á los hospitales á ver trabajos, enfermedades y miserias, á que nace sujeto el hombre, que allí contemplo en un espejo, que me representa mi rostro propio, y lo que soy sin engaños, y pues para hoy ha dado Dios, pedidle para mañana, que obligacion es.

Fuése con esto, quedando los pobres dando mil gracias á Dios, alabando tal caridad. Mira qué tal es este hombre, dijo Juanillo á Onofre, que aun los de su oficio dicen bien dél. Todo lo merece la caridad, respondió Onofre, y de cuanto he visto en este lugar no me ha gustado cosa como esta limosna dada por mano de un mendigo; que con lo que aquí ha repartido á pobres se podía sustentar y lucir alguno; pero él no hace caso de lo exterior, solo mira á lo interior, que es el alma. Pues has de saber, dijo Juanillo, que ha sido hombre de muchos ducados y de grande caudal en ganado; y por haber fiado á algunas personas, que le movieron con fingida necesidad y encubierta traicion, se halla hoy como ves; pues otro Job, con la paciencia que has notado, visita algunas casas donde le conocieron y socorren, que no es poca dicha en este tiempo el que no desconozcan pobre al que conocieron rico, pues es cierto el que desfigura la pobreza notablemente, y sé por muy cierto que en algunas casas le recogieran y regalaran; pero dice que no es solo él al que han de sustentar, que tiene muchos hermanos á quien acudir, y en sustentando su persona con moderada comida, reparte lo demás, como has visto, siempre con un mismo semblante. Amigo Juanillo, dijo Onofre, admirado estoy de lo que veo en este lugar, pues todo él es maravillas; no en balde le alaban las extranjerías naciones aclamándole Madrid, madre de pobres. Y pues ya es hora de dar al cuerpo su ordinario sustento, guía, amigo Juan, donde comamos, y sea en parte que haya poca gente, pues hay muchos que dejan de comer por notar las acciones que hace el otro mascando, y le cuentan

los bocados, como si tuvieran arrendada la alcabala del mascar. Hízolo Juanillo á una casa que guisan para los que huyen de los mal cocinados bodegones; y así, llamada á estas casas particulares de la gula. Sentáronse, y fueron servidos con lo que pidieron, y estando cerca de los fines de su tarea, vieron entrar tres hombres de buen pelaje; y sentados los dos, el otro ordenó lo que habian de beber, y luego se sentó. El uno no queria comer, y los otros le decian por qué no hacia compañía y comia, á lo que respondió : Amigos, yo he de ir á comer á mi casa, y si ahora tomo algo, no tendré gana despues; á lo que otro dijo : Pues á mí solo me sabe bien lo que como por acá fuera, que en entrando en casa, luego empiezan las mujeres con sus reprensiones y documentos, con que se hace rejalar cuanto sacan á la mesa; y yo, por no dar á la mía con algo que le duela, he dado en comer por acá fuera los mas de los dias. El otro, que faltaba de hablar, dijo : Pues yo, aunque como aquí, tambien he de comer en casa, que estómago hay para todo. Dábanle, al que no queria comer, vaya entre los dos, importunándole á que comiera; pero él se excusaba con los medios posibles, diciendo : Para mí, amigos, no hay gusto como ir á mi casa y sentarme á la mesa con mi mujer y mis hijos y comer un bocado, y mas yo que soy poco comedor; si aquí como algo, no tendré despues gana; perdonad, que yo me he de regir deste modo. Famoso capuchino haceis, dijo el uno, sin duda teneis miedo á vuestra mujer; andaís bien, no os azote. El otro le dijo : Si lo dejais por no traer dinero, mal haceis, que aquí no hemos menester nada vuestro. A todo el hombre se armaba de paciencia, diciendo : Sea lo que vosotros quisiéreis, que yo no he de salir de mi regla. Quien tan bien la guarda, replicó el uno de los dos, lástima es que no sea fraile. Ya Onofre y Juanillo habian acabado de comer, y saludando á los tres, salieron fuera.

Este hombre que no ha querido comer, dijo Onofre, es tonto, porque conociéndole la condicion, hace mal de acompañarse con otros de diferente calidad que la suya. Si se conoce templado en el comer y beber, ande con otros de su humor, y con esto no llegará á semejantes lances como este. Es verdad, respondió Juanillo, pero no todas veces se puede excusar una compañía, ó ya por andar juntos en algun negocio, ó por otros mil lances que se ofrecen. Bien estoy en que eso es así, replicó Onofre, pero antes de llegar á lo apretado de semejantes ocasiones, puede poner un hombre muchas excusas; y lo que mas he notado hasido la desenvoltura en las lenguas de los dos, sin reparar en que los escuchaban otros, y dejarse decir el uno que tenia por estorbo el que su mujer le reprendiese lo malo de su condicion, y diga es parte para no comer en su casa. No te espantes de lo que has oido y visto, dijo Juanillo, que otros hombres hay en Madrid peores que estos; hay muchos ó algunos que, despues de haber comido con quien han querido, ya como estos que has visto, ó en otras partes peores, donde el demonio trinchá y da de beber, haciendo la salva, van á su casa con un rostro

bermellon y unos ojos de gato encerrado, su esposa espera vigilante, tiénele la mesa puesta con aseo y empieza, dícele que cómo viene tan tarde á comer, y él no responder palabra se sienta á la mesa; empieza á partir mucho pan, que como no está en lo que hace, hace cosa sin medida. Sácanle la olla, ó lo que en ella ha cocido, puesto en un plato; no quiere potaje; prueba algo de la verdura, y dice: ¡Jesus, que salada! fueo en tal mano. La mujer se pone triste, pruébala también, ve ó gusta que no tiene mas sal de la que ha menester, y dícele que no tiene razon, y él la mira con unos ojos de enojado vengativo; pide de beber, dándose; llégalo á los labios, y dice que de dónde han traído quella hiel y vinagre. La mujer conoce la mala gana que trae, que no es la primera vez, y trata de comer y callar; y él como ve la quietud con que masca, empieza á gruñir, y ella con sobrada razon le responde algunas palabras que sin fundamento alguno le oye decir; él se enfada, porque ha menester poco; y con cuanto hay en la mesa da en el suelo. Si la mujer levanta la voz, él levanta la mano, y la da de bofetadas. Ella, entre ofensa, dolor y lágrimas, arroja palabras de sentimiento que encerraba su pecho; y él molino, como ya quitó la cólera en su pobre mujer, repara en que no ha tenido razon; y como ella no cesa de arrojar quejas, él toma la capa y se va. Y por no cansarte, no hablo de otros peores que este, que hay muchos de grueso caudal, que por hacer fuera de casa gastos excusados, se ven muchas veces sin tener que llevar á la boca, siéndoles fuerza el ir vendiendo las alhajas que adornan la casa, hasta que la dejan como ermita de desierto, y ellos andando el tiempo, y gastándose de este modo, se hallan penitentes de Satanás, solo por seguir un infame gusto, sin reparar que tienen mujer que sustentar, y que mal comida, sin tiempo, faltándola la compañía de su marido, y mirándole distraído, y viéndose ultrajada, puede como frágil hacer lo que el perro, que le cria uno en su casa, regalándole y defendiéndole de que nadie le dé, ni otro perro le muerda; pasa un día, y otro día destrágale el gusto; enfádase con él, y dale de palos ó puntapiés, con que el perro va cobrando miedo á quien solia hacer fiestas, y tal vez muda de casa y de amo, buscando donde no le castiguen y dén de comer; y si el hombre perdido da ocasion á que su mujer haga lo mismo, mire que enojada es peor que el perro, que este animal no hace mas daño que irse sin llevarse nada, y la mujer si se aburre le hará participante en el mayor mal que pueden tener los hombres.

Y así, amigo Onofre, aunque estos hombres que has visto no son de los mejores, puede ser que no sean de los peores, pues es cierto que habrá otros mas malos; el que quisiere vivir quieto, como Dios manda, médale con su poderío, y obre con quietud, amor y temor, quietud y amor en su casa, y temor en la muerte, como varon discreto, pues el que lo es se viste de prudencia, y conoce que es mortal, y como tal se mide en sus acciones y obras, y repara que todo mira al fin.

DISCURSO X.

De las cosas mas convenientes que tiene un lugar grande ó pequeño es el maestro de niños, pues es el principal instrumento que enseña prudencia, respeto y temor, y así deben los tales maestros ser gente de sana conciencia, virtuosos y verdaderos; conviene que no sean avarientos, pues el avaro siempre anda falto de consejo; tampoco debe ser ambicioso, pedidor ni son-sacador de sus discípulos, pues siéndolo, da lugar para que se atreva el niño á cosas indecentes, por agasajar á su maestro; ni ha de ser durable en el rencor, pues es juez de una tierna república. Debe ser su doctrina ejemplar, y sus razones llenas de doctrina, pues en serlo consiste el que lo sean muchos y cuando mas colérico se ha de reportar; y de mi parecer el mas aventajado es el mas desinteresado, que sabe mezclar lo justiciero con lo piadoso, acordándose que el rey de las abejas tiene aguijon, pero no hiere jamás con él; basta el miedo que pone de que puede ofender si quiere.

A la puerta de uno llegaban Onofre y Juanillo, á tiempo que con voz grave decia á sus discípulos: Lean con cuidado, y tengan atencion en la lectura, para que les aproveche. Licion es esta, dijo Juanillo, para gente de mas edad que estos niños, y en particular para aquellos que toman un libro que tiene cincuenta pliegos, y en dos horas le pasan, y dicen que tiene poca sustancia su escritura, y es solo su gusto de la poca sustancia. Mal puede tomar las señas de un camino el que le anda á oscuras y por la posta; ¿qué provecho puede sacar en tan breve tiempo, y qué reparo hará en sus razones? Qué doctrina dejará impresa en la memoria? ¿Cómo podrá contar algo de lo que ha leído? Pero hoy los mas gustos solo buscan en un libro chanzas y cuentos, sin reparar que los cuentos y chanzas son saúnete para que se lea la licion, que hiere en la mala vida y costumbres. Mal gusto tiene el que, cuando come una cosa de sabor, la traga á medio mascar; haciéndolo así, poco gusto dejará en el paladar; con el sosiego y la quietud se goza de todo, y se experimenta el sabor y dulzura de la obra, que lo atropellado jamás dejó provecho.

Lean, decia el maestro, con cuidado, á tiempo que llegó una piadosa madre con un hijuelo que de muy mala gana iba á la escuela, aunque la madre le obligaba á poder de caricias y ofrecimientos. Entró dentro, y sin saludar al maestro, le dijo: Este niño ha cobrado miedo á vuestra merced, y sin duda es la causa el que le azota; no haga tal por su vida, ni me le dé por causa alguna, que si aprendiere tarde, mi dinero lo paga; y sepa que me ha costado mucho trabajo el criarle, y no quiero que nadie me le dé ni castigue. Ofreciólo el maestro, aunque primero la dijo mirase que la letra en la tierna edad se imprimia con el castigo ó la amenaza, segun el sugeto, y que conociendo aquel niño cariño demasiado en sus padres, y templanza en su maestro, no haria nada de provecho, y que su oficio era enseñar, y la brevedad en ello le daba crédito, y para conseguirle era menester riguridad, cuando la ocasion lo pedia. A todo

decía la madre que no quería que le llegase al pelo de la cabeza.

Mujer ó madrastra, que mas lo pareces que madre, ¿sabes lo que te toca hacer en la enseñanza deste hijo que te ha dado el cielo? Sabes lo que te manda Dios que obres en su crianza? Pues respóndeme á estas preguntas.

Si con esas alas que das á tu hijo, asegurándole que no será castigado, saliese de mala inclinacion, dado al vicio, ¿quién tendrá la culpa? Si con ese demasiado cariño que le muestras, llegase á perderte el respeto, pues el amor maternal en la edad crecida no es tan fino como en la tierna, ¿á quién te quejarás? Si confiado en que el maestro no ha de ofenderle, no asiste á la escuela y se da á vicios, conforme la edad, y aun se anticipa en ello, ¿quién lo pagará? A esto respondes que tu hijo es de buena masa, y la inclinacion no es mala; por eso tú lo vas bastardeando, segun tus obras.

Juega uno con un perro, que ha criado en su casa, vale retozando y cosquillando, porque ya lo ha hecho otras veces, y gusta de ver cómo se enfurece y procura defenderse de las burlas de su amo. Descuidase con el animal, y enojado, como se ve querido, se atreve á abrir la boca y atravesar con los dientes una mano á su dueño, de que muchos dias está manco. Los que le asisten dan al diablo al perro, y el impaciente dice que no tiene el perro la culpa, que él la tiene; dice bien, que si él no le hubiera enseñado á que entre las burlas del retozo mordiera, el animal no sabia, y él se lo enseñó. Así tú á ese niño le vas haciendo que pierda lo dócil y se pase á desabrido, porque conoce que le quieres, y procuras traerle en caja como joya, retozándole con cariños. Que se quieran los hijos, obra es de la naturaleza, pues el animal mas horrible los quiere, pero ha de ser el querer de modo que no lo conozcan, y criarlos con temor y respeto, y no dejarlos seguir su humor, con esas alas que cortan el hilo á la virtud mas que las del vencejo al aire. No hay cosa que mas destruya á un enfermo que no obedecer al buen médico, pues si solo sigue su apetito, atraerá un mal gobierno, y el mal gobierno la perdicion. Y así, antes que los hijos lleguen á mediano conocimiento, los has de tener enseñados á que con un mirar de ojos te entiendan y obedezcan, y será entonces en él muy suave la doctrina, pues el saber obedecer es gran virtud. Querer verdaderamente á los hijos, dice un filósofo, es el criarlos de modo que los quieran todos, obligando á ello su cortesía y afable condicion. Al águila noble, en la edad crecida, la sobrevienen tres enfermedades. La primera, se le hacen pesadas las alas; la segunda, se le oscurecen los ojos; y la tercera, se le embota el pico, con que queda imposibilitada de volar, ver ni picar, faltándola alientos y vista; todo esto causa la enfermedad ó la vejez; pero procura su renovacion, y lo consigue, como ya se sabe, retirándose á su nido; allí se está hasta que la hacen estas nuevas y se le aclara la vista. ¿De dónde comiera esta águila, si no fuera dejando hijos bien enseñados, que las presas que hacen las traen á su madre

para que coma y reparta entre ellos lo que sobra? Haz tú así, si quieres tener quien te socorra en la vejez, criando tus hijos con obediencia y amor, para que así conozcan la obligacion que te tienen, y conociéndola, sabrán la que tienen á Dios.

Atentos estaban Onofre y Juanillo á todo lo que habia pasado entre el maestro y la mujer, cuando despedida ocupó su lugar un hombre que tenia un hijo en la escuela, y despues de saludar al maestro, le informó á lo que iba, mandando llamar al que ya, habiendo visto á su padre, cubiertos los ojos de agua, y el aliento impedido de un sollozo, se venia al mismo que procuraba su castigo, y puestas las manos cruzadas, con que por señas dicen humildad, pedia á su padre no le azotasen mas, pues ya le habia castigado en casa. Entonces el padre en voz alta dijo: Para que los que os conocen sepan vuestras infamias, las vengo á publicar á la escuela, que un niño que no hace lo que su padre le manda es razon que sea castigado públicamente, pues el castigo dado en presencia de otros causa vergüenza y atrae la enmienda. Fuése con esto, y el maestro ejecutó la sentencia en aquel tierno reo. Este hombre, dijo Onofre, quiere hijo, y aquella mujer no quiere hijo, segun las muestras que cada uno ha dado. Pero dejando esto aparte, pues para crianza de los hijos hay un sin número de escritos, aquellos dos hombres que ha rato que están en barajas (y en verdad que algunas palabras que se les oye, que son bien pesadas, han de obligar á echarse alguno con la carga) ¿en qué han de parar tantas razones de si pasa la calle ó mira las ventanas, le he de matar? De esta pendencia, dijo Juanillo, alguna dama es la causa. Atentos estaban mirando en qué habia de parar, cuando enfadado uno de muchas razones que habia dejado pasar, habiendo procurado con la cordura posible reportar á su contrario, y viendo que cortesía no bastaba apaciguarle, dándole una puñada en los pechos, sacó la espada, y despidiendo la capa de los hombros, empuñó una daga, y el otro, aun no fuera de algunos traspies que le habia hecho dar, medio aturrido, viendo venir á su contrario, sacaba piés para sacar la espada virgen, tan lejos de martir, y enfadado el otro, le tiró dos cintarazos, rematando con ponerle la espada á los pechos, dando con él y su miedo en el suelo. Dejóle levantar, y habiéndolo conseguido, aunque con harto afan, le volvió las espaldas, á tiempo que alguna gente que habia llegado procuraba la paz. Cobróse el de la espada y daga, y arrojándolas en sus vainas, fué en busca de la capa, pero no la halló, quedando soldado de la quiebra pasada. Buscábala con cuidado, pero ni cuidado ni diligencia bastaban á dar con ella. Este hombre, dijo Juanillo, habia de ir á buscar su capa á los ropavejeros, que allí van á parar las cosas halladas, que en este mundo nada se pierde, sino es el tiempo. En fin, se metió en una casa en el ínter que le trajeron capa, y Onofre dijo á su amigo Juan para qué gastaba tanto bálago aquel cobarde, si no habia de ser hombre para sustentarle, habiendo quedado avergonzado, sin tener brios para echar al aire aquella hoja cartuja. De eso no

«espantes, respondió Juanillo, que él solo puede decir y los cercanos á él si acaso aquella cólera paró en blandura, y la empleó en pichones bravos; así las agujetas, fiadoras de los calzones, quebrarán la fe del lazo y manifestarán la verdad; que yo apostaré que ha quedado como niño de la doctrina despues de un entierro, que nunca les falta cera que vender. ¿Ves este cobarde? prosiguió Juanillo, pues toda esta pendencia, sin ser sastre, ha de volver lo de dentro afuera, que estos gallinas con cresta de gallo tienen bravas puntaldas, y para que sepas algunas, que usan muchos venedizos á este lago, como huyendo del charco donde cantaban renacuajos, atiende.

Hay hombre destos valientes en conversacion que por haberle fallado un boton en parte menesterosa, suplen la falta con un alfiler, y como su oficio del alfiler, asir ó arañar, descuidándose del lugar que ocupaba, pasa la mano y se hiere; duélele, y procura sustentar aquel duelo con una banda, y mas lo hacen por quitar aquel estorbo del lado izquierdo. Tópale un amigo, y como le ve así, le pregunta: ¿Qué es eso, Fulano, herido estás? Y él responde: No es nada, ahí es cierta pendencia que sucedió estotro día; ¿no ha llegado á vuestra noticia? No, responde el tal amigo. Pues habréis de saber, dice el herido, que me acometieron cinco hombres estando hablando con una mujer de las de mucho punto deste lugar, y si no fuera por la destreza y andar un hombre bizarro, por Dios que me hubiera ido mal; en fin, se dispuso bien; dos dicen que hay heridos, y yo ando medio retirado, hasta que se dispongan las cosas; todo se acabará con el tiempo. Y la herida vuestra ¿es algo? pregunta el tal amigo. A quien responde: No, yo mismo me herí al ir á hacer una treta con la daga, que de tretas tienen estos perrillos caseros, que todo su ser es ladrar, sin salir del umbral de su puerta. Todo se puede llevar, prosiguió el herido, con el cuidado de la dama, que obligada á lo bizarro, que ya sabréis que estas mujeres se pagan de los valientes, me socorre con todo lo necesario. ¡Que en tales ocasiones, dice el tal amigo, no se halle un camarada al lado del otro, por vida de tantos y cuantos! Pero en verdad que todos andamos de mala, que á mí me sucedió anoche un enfado harto grande; topé la ronda en que iba un alcalde de corte con ocho ministros, y el mas alentado, que bien le conoceis, me quiso quitar el broquel; defendíle, y le hice servir; unos rodaban, y otros, por no rodar, huían; no he sabido cuántos heridos hay, porque mi espada no se descuidó, y hasta saberlo anda un hombre á sombra de tejados, porque no le echen la mano. Y el que cuenta esto, mas cobarde qué Sardanápalo, por haber oído decir que andaban ladrones en el barrio, cobró tanto miedo, que se recogió con sol á su casa, y aun no se contentó con la cerradura ordinaria, pues adelantó á las guardas de la puerta una tranca, sin dormir en toda la noche de miedo que le dió una puerta que se meneaba con el aire que hacia. Crédito se puede dar, dijo Onofre, á lo que has contado; pero espántame el que haya tales hombres que no se aver-

güencen de haber nacido. Pues cree que los hay, prosiguió Juanillo, y en este lugar venden ellos sus drogas, sin ser deste lugar, que nacieron fuera, y vinieron en canasta con red, como quien son. Esa razon aguardaba yo de tu boca, replicó Onofre, como natural deste mundo abreviado, que de otro modo anduvieras mal. Pues cree, dijo Juanillo, que no es la pasion la que mueve mi lengua, sino la verdad, y para que lo creas, te diré las ocasiones que hay para que no sean cobardes los hijos deste lugar.

En todos los barrios ó en los mas hay maestros de armas, y donde no, no falta un aficionado que tiene espadas negras, y se huelga que las vayan á jugar, y apenas pasa el varon de los doce años, cuando el deseo de saber le mueve é inquieta con la golosina de tirar cuatro palos en un juego público; y así, el ejercicio de las armas es fuerza que destierre el temor, como las letras lo simple del hombre; y si haces reparo, verás traer la espada ceñida en tierna edad á todos los mas, siendo primera causa lo que he dicho; y luego que les entró el amor con facilidad, como hay tanto sobrado á qué mirar, y en habiendo amor, no se excusan lances honrados, engendrados del qué dirán. Y así, no hay alguno que no sepa sacar la espada en viendo la ocasion, y se ve muy de ordinario en juegos públicos mozos oficiales deste lugar jugar con tal aire y destreza, que puede la admiracion usar sus extremos, como lo hace, cuando cosas grandes son el principal motivo; y no me negarás que el que sabe jugar la espada negra sabrá sacar la blanca y plantarse con aire y defenderse con brio. Así es, dijo Onofre, y afirmo por verdad lo que has dicho, pues en los castillos y plazas fuertes no hay mas ejercicio para el soldado honrado que el ejercitar las armas, para que habituado no le coja inhábil la ocasion de la campaña. Es verdad, replicó Juanillo; si no fuera tan menesteroso el ejercicio de las armas que se manejan en la paz, no tuvieran los reyes y príncipes tan grandes como ha tenido nuestra España maestros científicos en este arte con quien ejercer lo belicoso, que establecer lo contrario fuera querer oscurecer la gloria que á los pasados se les debe en dejar á luz, vista de todos la verdadera destreza, que sus nombres la fama los burila en las hojas del libro de la inmortalidad, pues á ellos se les debe la primera luz de la razon, y á los destos tiempos tantos realces de su noble desvelo, hijo de bizarro aliento, en fin, español, que merecen, por la continuacion de su ejercicio, á quien mueve solo el deseo de la enseñanza, que los mármoles y bronces ofrezcan planas á las grandezas de sus obras.

DISCURSO XI.

El animal mas humilde, doméstico y leal que crió la naturaleza es el perro, y así con halagos mueve á que le den el hueso roído, y con él se contenta; pero el leon ambicioso, aunque haya cogido entre sus espantosas uñas la liebre, si ve pasar la cabra montés, suelta la presa humilde por la otra mayor, movido de la ambi-

cion ó embriaguez del tener mas; animal, en fin, que aun preso y atado da temor su poder: así, el avaro rico solo su nombre da miedo en el oído del pobre; y aunque forzosamente le haya menester, huyó de su poder soberbio. ¡Cuántos hombres, prosiguió Juanillo, tendrá este lugar parecidos á este fiero animal! Y para que lo admires, repara, amigo Onofre, en aquel tan pensativo, con aquella capa de color, tan raída como su conciencia; es hombre de cien mil ducados, y vive en una jaula que ha labrado, mayor que la que había menester tal pájaro, donde tiene un sótano, y porque diferencie á los otros, son sus puertas de hierro, y aun al sol le niega el que registre su estancia, pues le oprime la entrada á la luz con tres rejas de hierro, que mas parece locutorio de cartujas que calabozo del logro y usura. Este, cuando ha menester algun dinero para emplear, baja al infierno, donde está penando su cuidado, y á su propia hacienda pide la cantidad que ha menester, ofreciéndose á veinte por ciento; y lo hace porque le han dicho que un hombre vende una casa con necesidad para pagar ciertas deudas que lo aprietan; ó que otro vende unas piezas de plata de mucha hechura, y la pierde toda, obligándole á ello el corto poder. Para estos empleos saca el dinero, pero para prestar al necesitado, como él no lo es de los bienes temporales, no se acuerda que hay necesidad en el mundo, y jamás verá llegar algun pobre á su puerta, porque conocen la esterilidad de sus umbrales y la infernal condicion del dueño. ¡Oh vil cardo, que no das fruto hasta estar enterrado! Yo creo que ha de venir á ser como Crespo, hombre riquísimo, á quien mató su gula, pues le venció á que comiese oro derretido; ¿pero qué no hará un avariento poderoso? Mal hace, dijo Onofre, siendo dueño de tanta hacienda, en extrañarse de la caridad y olvidarse de que con una mortaja y siete piés de tierra le ha de pagar el mundo.

Atiende, dijo Juanillo, á lo que aquellas dos picaronas de mantilla blanca con aquel hombre, que ayer le vi que andaba vendiendo un guardapiés de bayeta de su mujer, y á fe que no es buena señal vender tal alhaja á entrada de invierno, y no sé de qué come, que siempre le veo con la capa en el hombro vendiendo prendas. Aquí llegaba Juanillo, cuando oyeron que las dos busconas le pidieron las diese unos dulces, y él muy contento las llevó á una confitería. ¡Que se atrevan dos picaronas como estas, dijo Onofre, de tan ordinario pelaje á pedir dulces á un hombre, y que haya hombre que se los dé y se pague de tal! Amigo, respondió Juanillo, el pedir las fregatrices dulces ya es tan comun como el chocolate. Pues dejemos, replicó Onofre, lo que no tiene muy fácil el remedio, y dime qué hace tanta gente en aquellas rejas. Allí, respondió Juanillo, es la estafeta, y hoy es la de Badajoz, y ha de haber bravo rato en el mentidero, dosel de las Covachuelas de San Felipe. ¿Por qué das nombre de mentidero, dijo Onofre, á un lugar sagrado? Yo, prosiguió Juanillo, no trato al lugar con indecencia; á los que mienten en él, siendo sagrado lugar, es solo á los que llamo mentidores, pues profanándole, le hacen mentidero, que entre ellos se dicen

mas mentiras que entre sastres y mujeres; y porque veas algo de lo mucho que pasa en esta lonja, repara en aquel hombre que acaba de leer aquella carta, y verás el ruido que mete con ella. Así fué, pues apenas lo hubo hecho, cuando doblándola, la guardó, y sacó otra con mas renglones que letras tenia la que guardó, y subiendo las gradas, se paró como que leía, á tiempo que se llegaron á él mas de veinte personas. Uno decia: ¿Qué hay de nuevo, señor Fulano? Otro: ¿Tenemos algo bueno? Otro preguntaba si era carta del ejército. Otro decia: Señor capitán don Sancho, sáquenos de dudas. Otro, en voz alta que resalía á todos, decia: Esta carta será cierta y verdadera. En fin, todos puestos en rueda y él en medio, empezó á leer y á llegarse mas gente que á los primeros besugos. Tardó en leer la carta mas de una hora, y la que tomó en la estafeta no tardó el tiempo que se gasta en rezar un Ave Maria. Salía la gente del cerco del enredo, unos santiguándose, otros estirándose de cejas, otros mordiéndose los labios, otros apretándose las manos y dando recias patadas; y viendo estas acciones, se llegaba mucha gente y preguntaban qué nuevas habían venido. Acabó de leer la carta ó tramoya con letras, y quedóse en el sitio rodeado de noveleros, contando la disposicion del ejército, prevencion de la campaña y sitio del enemigo y dando su parecer en el modo con que se había de gobernar la gente para un asalto y por dónde convenia darle.

¿Ves este hombre? dijo Juanillo, pues en su vida ha salido de Madrid, y le llaman el señor capitán, y le oirás contar de mas de quinientas heridas que le han dado en la guerra; y dice bien, que algunos que le conocen le dicen que no sea enredador; y á buen entender, heridas son bien penetrantes el decir las verdades á quien carece dellas; mas él poco las siente, pues no se enmienda; y yo apostaré algo á que la carta que ha leído ha sido escrita esta noche en su posada para con ella embobar hoy á cien tontos que tienen librado el gusto en las mentiras que oyen, que la carta que él tomó en la estafeta puede ser que sea de un bodegonero que se ausentó estotro día, en cuya casa comia este capitán mentira, y le enviaria á pedir la monta de las tajadas con dientes que le quedó debiendo, que en toda cuanto gente aquí ves no hay diez soldados, y cierto que me admira que los noveleros no hayan reparado en tu alquicel, y te hayan cogido en medio de cincuenta á preguntarte de tu cautiverio, y pudieras sin mentir entretenerlos mejor que aqueste mentecato con su carta postiza, pues habla sin fundamento, y tú con él podías hablar. Raro humor de gente, respondió Onofre, pues se creen tan de ligero de quien no saben que sea cierto lo que dice. Yo soy soldado, pero no contara cosa en cuanto á los sitios de la campaña; solo lo hiciera á otros que supiera yo que eran soldados; que hablar con quien en su vida ha sabido volver á su nido la espalda ni sabe lo que se pasa cuando no hay que pasar, para mí creyera que era dar voces al viento, que nunca responde cosa conforme mas de con los últimos acentos que oye.

Quien con quietud vive en la tierra ¿cómo ha de saber regir ni gobernar los estados de la milicia? ¿Qué pareciera que un pastor, que en su vida ha salido de guardar ganado, se pusiera á leer teología sin haber estudiado letra? Este, gobernando su ganado, acertara; un mercader tratando en sus mercaderías no puede errar mucho, pero mucho errará dando pareceres de letrado si no estudió para ello. Acudiendo cada uno á su ejercicio, está todo quieto y en paz; yo nunca gastara el tiempo tan mal gastado como escuchando á quien no es profesor verdadero de la materia en que trata, porque el que habla de aquello que no entiende, es como el tiro que sale casualmente sin gobierno de la mano del que tira, que siempre va errado; y es cosa muy cierta que el que habla en lo que no alcanza ni entiende, miente, y se imposibilita para ser creído en lo que profesa.

Inquietólos de su conversacion las voces que dos soldados, al parecer, daban sobre el volar una mina, y mas volaban sus levantadas voces, pues llegaban al campanario. Uno decia: Señor capitán, vuestra merced ha lidiado siempre en partes que no ha habido necesidad de abrir minas, y así mal puede entender lo que no ha visto. Pero algo picado el tal que escuchaba, le respondió: Por eso he abierto muchas bocas en pechos contrarios, lo que vuestra merced no ha llegado á hacer. Enojáronse, y púsolos en paz un hombre de madura edad, con su espada en el lado, y en las manos una muleta, y el vestido harto trabajoso. ¿Has visto la pendencia de los dos? preguntó Juanillo á Onofre; pues aquel de las plumas en el sombrero es tropista, y nunca ha servido de otra cosa, y cuando va á llevar gente, se le muda el color del rostro, pues el que le ves ahora, afrenta de tomate maduro, se le vuelve pálido, siendo causa el perder la vista los bodegones de la Puerta del Sol; y el otro es destos que buscan gente, á quien con promesas hacen sentar plaza de soldados, administrando este ejercicio, peor que el de los moros cosarios de Argel, por lo que de cada uno les toca; y aquel buen viejo bien se nota en él el ser soldado en el vestido que le adorna; y aunque la edad le ha jubilado algo los brios, no por eso ha desechado la espada del sitio que siempre ocupó. Mira con qué razones, pocas y corteses, y por lo corteses penetrantes, los ha puesto en paz, y ha mudado de sitio. Repara en aquel hombre de la capa parda, tan capuchina de remiendos, y el sombrero tan espumador, segun la grasa que siempre trae. Ha estado todo el día remendando zapatos á la puerta de un zaguan, y hora viene á oír mentiras, que á él le sirven de descanso el rato que deja ocioso el boj; pero tiene una cosa buena, que oye y calla; pues jamás le he visto meter la mano en el plato de esta lonja; y aquel que va con él es un escudero destos que en la picardía son ciento y tantos, empleándose en su mejor edad, sin guardar los preceptos que se deben á la golilla, en dar capa á unos vestigios, con tocas ó huesos entre algodón, donde solo quedó el fufi lleno de deseos de volverlo á ser, desde la mortaja de la toca, dueñas en fin, y tiene tan extraña condicion á la del zapatero, que puede ha-

blar con todas las monjas que hay en Madrid; mira cómo ponen tienda de su mercadería. Así fué, pues sossegados, empezó el rodrigon á menear su taravilla, y se le fué llegando mas gente que á pragmática nueva y deseada, empezando á jugar de aquel bocado peor y mejor que tiene el hombre segun usa dél. Y despues de haber hablado gran rato en los estados de la milicia y gobierno de la campaña, mudó la plática, tratando de la carestía de los mantenimientos, y decia: Que en un año como este, tan abundante de todo, como Dios nos ha dado, que podian las hormigas, con lo que adquieren de los desperdicios del labrador, poner tienda de panecillos, ¿valga un pan lo que vale? A lo que respondió otro: No tiene la culpa el panadero que le vende; la culpa tiene la hormiga que lo almacena. Luego proseguia diciendo: ¿Que valga una libra de carne tanto en un tiempo tan abundante como apregona la cuerda Extremadura? A que respondió otro: La culpa tienen nuestros pecados. Otro que habia perdido en todas estas ocasiones el ejecutar heridas con su lengua, viendo ocasion en la vacante, se opuso, echando la mano á los bigotes, que por lo copiosos parecian cosas de su piel, siendo la suya de zorro, y dijo abriéndose de piernas, sacando el papel del tabaco: ¿Que en un año tan fértil como este valga una azumbre de vino aguado y mal medido catorce cuartos? En verdad que lo he conocido yo bueno y bien medido por seis, y menos. En fin, cada uno dijo su alcaldada corta, porque el báculo de vidas perdurables no daba lugar á mas. Este hombre que tanto habla, preguntó Onofre, ¿entiende algo de lo que trata? No, respondió Juanillo, porque ni es estudiante ni soldado, y le juzgo tan imposibilitado de saber, que las cinco vocales no han llegado á su noticia. Pues mal puede hablar bien quien miente de continuo, replicó Onofre; que á los animales se les sigue gran daño en no poder hablar, y á los hombres mucho mayor por hablar mucho. La lengua es esclava del hombre; pero si la deja libre, se truecan las suertes, quedando el hombre hecho esclavo de su lengua, y siempre tiene en el pico su corazon, manifestando lo mas secreto y escondido que hay en él. El que quisiere hablar bien ha de hablar siempre verdad; y este hombre no tiene entendimiento ni es capaz de discurso, pues no tiene miedo á su lengua, oyéndola con dos oídos tan cercanos. Bruto parece, pues no conoce que está su muerte debajo de su lengua, y el centro de la muerte debajo de sus piés. Quien mucho habla, mucho yerra, aunque no sea mas que en la demasía, es certísimo.

Aquí llegaba Onofre, cuando saliendo del cerco de la mentira el zapatero de obra segunda, y viendo en Onofre señales de cautivo, se acercó á él, mirándole atento, sin hacer movimiento mas de con las cejas, hasta que llamándole Onofre, le preguntó si era mudo. A quien respondió: No lo soy; parecerlo quisiera, que hablar sin ocasion es querer ser sin ocasion oído; y al que tiene miedo en el hablar, el silencio le hace cuerpo de guardia y defiende; y así, mas vale ser mudo que

hablar cuando no hay ocasion, como aquel majadero que juega tanto, que no deja hacer baza á nadie. Quien tan bien discierne las razones como vos, dijo Onofre, merece ser oído; y si yo puedo servirlos en algo, preguntad, cómo sea poco; porque de las palabras se ha de usar como del vestido; y véase parte de él, y parte de él se encubra. A lo que el zapatero prosiguió diciendo: Me parece que nos entendemos; y así, siguiendo vuestro humor, digo que no seré molesto, pues la razon hablada sin tiempo queda hecha señora del hombre; y callando, me veo señor de todas las razones. Bien decís, replicó Onofre, que á mi entender el cuidado de naturaleza en poner dos oídos tan cercanos á la lengua no fué otra cosa que decir: Ahí pongo dos guardas para que uses con medida de ese instrumento, pues es muy cierto que el que calla vive seguro, y el que habla suele dañarse á sí y á otros, y el mayor enemigo que tiene el hombre es su lengua mal gobernada, pues mas posible es callar bien que bien hablar; y así, solo os suplico me digais de dónde sois, dónde os cautivaron, qué trato os hacían y quién os rescató. A lo que Onofre satisfizo diciendo: Mi patria es la gran ciudad de Nápoles; cautiváronme cerca del presidio de Larache, habiendo salido á hacer leña con otros soldados; la fortuna favorable me dió un amo, aunque moro, hombre de piadoso natural y buen entendimiento; tratóme mejor que yo merecía, y por haberme oído quejar de mi fortuna diversas veces, me preguntó la causa, y habiéndome oído decir que solo era el deseo de ver á Madrid, movido á piedad me ofreció el rescate para la primera ocasion que hubiese, como lo cumplió, entregándome á la redencion que ha hecho ahora la religiosísima órden de la Merced, y el padre redentor, á quien mi amo encargó mi persona, lo ha hecho conmigo como padre, hasta ponerme en Madrid; treinta meses estuve cautivo, que solo los sentí en no poder frecuentar los sacramentos con la libertad que entre cristianos. Esto es haber respondido á vuestra pregunta; mirad si mandais otra cosa. Solo servirlos, dijo el zapatero, y pues me habeis hecho sabidor de lo que ignoraba, quedad con Dios, y advertid que no soy mas de un pobre remendon de zapatos; la fortuna no me dió mas bienes que los que os he dicho; pero con ellos vivo quieto y gustoso, oigo y callo; y así gozo del mundo, y creo por cosa muy cierta que un tropezon que da el hombre, aunque salga herido dél, tiene cura, y la medicina y el tiempo le sana; pero el tropezon de la lengua no le sana el tiempo ni la medicina. Fuése sin hablar mas palabra, y Onofre quedó espantado de ver un hombre tan miserable y tan cuerdo. En mi vida, dijo Juanillo, le he oído hablar otro tanto, y le conozco hartos tiempos ha. Si habla siempre como ahora, respondió Onofre, lástima es que calle, que aunque el silencio es sueño del entendimiento, se ha de usar dél con buen medio; que el hombre se diferencia del animal en la razon, que sin ella no fuera mas de un bruto, y á este hombre le adorna y enriquece mucho el buen lenguaje. Así es, replicó Juanillo, pues la cosa mas fea que hay

en el viviente es buen cuerpo, gala y disposicion, si con ello tiene mala lengua habladora.

Hízolos dejar la conversacion el alboroto de dos ciegos que, tirándose recios palos, eran parte para que en lugar de ponerlos en paz, huyesen dellos los que lo vían, hasta que los sosegó, haciendo dejar el paloteado, una vendedora de escarpines, y ya algo quietos, dijo el uno muy colérico, limpiándose los mocos á las mangas del jubon y meneando los hombros á son de zarambeque: Anda, hijo de la alcahueta á no poder mas, que yo me vengaré de tí en la primera relacion que salga, que tengo de hacer que no te den pliego que vender. En cuanto á lo de mi madre, respondió el otro, mientes en decir que fué alcahueta á no poder mas, porque sé que murió de treinta años, y no era edad en que no podía hacer primeros papeles; pero la tuya dejó el ser frazada por baqueta, y si no tuvo otro oficio, fué por tener mala cara, que nunca á tí te engendrara tu padre, si tuviera vista. Hízolos callar otro ciego, y para que dejasen el puesto y el enfado, los dijo que en la manta colorada lo habia como de lo caro, y que allí tenia para media, que le siguiesen. Hiciéronlo, dejando que reir á los que habian visto la pendencia, y la que los puso en paz, tratanta de escarpines, sobre volver por el uno de los dos ciegos, trabó pendencia con ella otra de su trato, donde salió en público las faltas y sobras; y despues de las lenguas anduvieron las manos entre los mal peinados rebujos de pelo, hasta que un mozo de los que sacan barato de los boliches las puso en paz, diciendo: ¿Es posible que dos mujeres como vuesas mercedes hayan llegado á este extremo en la calle, donde todos lo notan? Ciertamente me espanta que siendo tan amigas se pierdan el respeto. Cada una dió su disculpa, y ya sosegadas, fueron á echar la pesadumbre abajo, acompañadas de aquel hidalgo del ajuste.

¿Qué te parece, dijo Juanillo á su amigo Onofre, de lo que pasa en esta lonja? Cree que es uno de los mejores sitios que tiene Madrid para un rato de divertimento; pues ya es tarde, si te parece, vámonos paseando al Hospital General, para que veas unas de las mejores casas que tiene España para pobres de todas enfermedades; y de camino verémos la de los niños desamparados, á quien recoge el amparo y caridad, que es una casa de mucha consideracion; y para que no sientas el camino, haz reparo en aquel hombre macilento que está en aquel umbral de aquella puerta; era su hacienda muy florida, y por lo pericon se la han comido las pendangas deste lugar. Tenia, cuando tenia, el mas raro humor que hombre en el mundo; decía que quién habia de sufrir los enfados y ahogos de un matrimonio, ni los melindres, celos y empeños de una dama. Pero conociéndole el capricho una de las marcadadas de este país, le ha puesto en el estado que ves, pues lo mísero del vestido dice la posibilidad de su dueño. Pero dime por tu vida, preguntó Onofre, ¿cómo se dejó engañar de las mujeres, pues segun has contado, huía tanto de sus empeños? El cómo no sé, pero sé del modo que engañan, prosiguió Juanillo, á los boquiru-

sios como este; y porque no sientas el viaje, como tengo dicho, te lo contaré.

Llega una destas, toda agujetas, vestida á la francesa, con muchos lazos, que no es nuevo en ellas el ser todas lazo, y en viendo á un hombre que saben que tiene, se estriegan á él, con que le dejan apestado. Mírala al bobo, á quien deja rozado con galas y inquietado con una ojeada que le dió, pero no habla palabra por establecer su condicion, solo contempla el descuido con que lleva el cabello hecho un pensil de flores, que como suele ofrecer la ocasion los cabellos al amor, estas buscan la ocasion con los cabellos, haciendo dellos flecos y paralelos al pecado. No deja de parecerle bien, aunque se fuerza lo posible á desviar de sí algunos movimientos con que le brindó el niño amor. Véncese, y procura el desvío; ella, que vuelve la vista á ver si ha obrado su cebo, repara en que sí, pues nota el que tiene los abios secos con lo que ha babeado, y los procura remojar con quien muerde; vuelve la dama á buscar ocasion de encontrarse con él, y al emparejar le mira y dice: No entendí que eran tan cobardes los hombres. Hácele con esto asomar colores al rostro, y por apaciguarla la sigue; dícela si hablaba con él; ella responde que sí, que bien podia pagarla algunos de los muchos desvelos que le cuesta. El que oye estas ternezas á la vista del sol de junio empieza á responder, disimulando lo mejor que puede; trábase conversacion algo estrecha, y el tonto, mas tierno que una melcocha, la dice si le ha de querer por interés, á que responde la astuta culebra: Mujeres de mi porte, sangre y reputacion no se determinan á semejantes empeños movidos del interés, pues solo amor es quien preside. Con esto, simplemente cree que le quieren por su persona no mas, y dice entre sí: Mujer que sin interés quiere, merece ser querida, sin reparar el tonto que jamás ha habido mujeres de tal color, que ahora se usan colores tristes y desesperados; y en todo tiempo sus dádivas no han sido mas que tristezas y desesperaciones. A pocos lances se determina ella á ver si el buril de su astucia puede labrar aquel bruto diamante, y por medio de una criada, bien alicionada, le envia á decir que la ha sucedido un disgusto grande, y para remediar lo posible de él la haga merced de enviarla quinientos reales; y que para memoria de reconocerse su deudora tome las joyas que lleva aquella criada. La que lleva el recado ha sido del arte desde edad de diez años; miren si sabrá hacer bien el papel. Da el recado, aun mejor que su ania se le dió; y el tonto que le escucha entra en consulta con su memoria, entendimiento y voluntad, y sale de acuerdo que se los dé, pues ha conocido el mucho amor que le tiene y cuán desinteresada es; y pues se ha determinado á pedirle aquel dinero, y le envia prendas, cierta señal es ser grande, ó por lo menos precisa la necesidad. Dáselos, y dice á la recaudadora que se lleve las prendas, que excusada diligencia ha sido para con él el enviárselas, á lo que la criada responde: ¡Jesus mil veces! Lo primero que mi señora me dijo fué que las dejara; y si no bastaban, volviese por mas. ¡Ay Dios! Yo apostaré que

estima en mas esté á gasajo que cuanto hay en el mundo; en verdad que si la costó el determinarse á enviarlos á pedir á vuestra merced el desperdiciar mas rosas de su bello rostro que las que produce un mayo; bonita es la otra; por no pedir se dejaran morir entre dos paredes; mal la conoce vuestra merced, no hay mujer de tal condicion en Madrid. El pobre simple la dice: Haga lo que la mando, y no se meta en mas, que vuelva las prendas á su señora, y la diga no sea tonta. La moza ha menester poco, y parte mas veloz que el tiempo. Su señora la recibe contenta, porque la ve venir alegre, y dice: ¿Qué hay? ¿Picó el pez? A que responde la criada: Con tal gracia le puse yo el cebo, al instante cayó. Enséñala las prendas y el dinero, no tan cabal como él se lo dió, pues la sisa sus principios los tuvo en la fregatriz servidumbre, y la taimada dice: Mas da el duro que el desnudo, vayan cayendo estos peces; y á su cuenta ve por algo con que nos regalemos.

El tal pagote, lleno de confusiones, sintiendo el dinero que ha salido de su bolsa, dice entre sí: No es posible que esta mujer haya enviado á pedir este dinero sin grande ocasion, pues en todo el tiempo que la que la conozco no me ha empeñado en nada, ni su agrado ha dado muestras de interesado; pues si esto es así, en una ocasion no ha de ser un hombre tan laceriado que no socorra á una mujer que le quiere. Por este camino y por otros, que sus habilidades arbitran, los van limando poco á poco las haciendas, sin descuidarse de la letra general en los dias mas festivos del año, cuando saben que ha de ir á verla su galan el estar muy tristes, y la criada bien avisada; y si pregunta, como es fuerza gastador de aquel ejército de drogas; la causa, responde con el pañuelo en los ojos; y la segunda dama hace su papel al vivo, y dice, publicando su semblante tristeza: ¿Qué quiere vuestra merced que tenga mi señora, que de puro buena la suceden lances como el que ahora está llorando? Ayer amparó aquí á una mujer porque vino diciendo la habia sucedido un disgusto en su casa, y en el inter que se apaciguaba, la recogiese mi señora en la fuga; hízolo, como Juana de buena alma, y esta mañana cuando fui por de comer se fué, y la llevó el manto, que solo las puntas habian costado treinta de á ocho, y demasiado de corta anduvo, pues no se llevó mas. Muy bien empleado está, dícelo la picarona cabeceando, y mirando á su ama; con que el tontonazo lo cree, hallándose en la obligacion y empeño de darla para otro. Y esto lo usan con los que llaman duros de bolsa, y tampoco se les olvida la intencion en las mayores holguras de esconder la gargantilla ó manillas, y alborotarse con el tonillo de: ¡Ay triste de mí! entránlese en la bulla del desmayo, para que llegue el galan muy tierno á preguntar la causa; y subida, aunque con dolor de su bolsa, la ofrece otra, y ella le paga con melindres dan á montones. Y deste modo van ablandando y rindiendo aquellas inexpugnables bolsas de hierro, sin hacer reparo el paciente gastador en que traen el cebo á la vista, y tapado el anzuelo, hasta

que á los mas duros los deian tan blandos, que aun brio no tienen para tenerse.

DISCURSO XII.

La buena fama, adquirida con buena fe, es hermana de los bienes espirituales y dueña perpetua de la alabanza, es maestra de la virtud, honor y dignidad, y su nombre vuela por diversas y remotas partes del mundo, pues su pregon va dando noticias de la bondad; y así, mas vale buena fama que los bienes de la fortuna, que la mas horrible llaga sana, y la mala fama mata, y la buena ha de ser ejecutando obras de caridad, no como el hipócrita, que sólo adornan la portada de su vida, labrada á la malicia. Esto he dicho, amigo Onofre, prosiguió Juanillo, por los señores que tienen cuidado con los hospitales de Madrid, pues su celo lleno de caridad y su atencion colmada de piedades es bastante á que no falte lo necesario en la comodidad y el regalo destas casas, habiendo en ellas tantos necesitados enfermos. Y pues hemos llegado á la casa de los pobres huérfanos desamparados, entra, y verás lo que sustenta la piedad desta puerta adentro.

Entraron dentro, y así que pasaron sus umbrales, de una puerta que entreabierta estaba, oyeron una voz tan delgada y agradable, que se conocia ser de alguno de los muchachos que allí habitan, que divertido en el afan en que estaba, cantaba, sin reparar que le escuchaban, estas décimas ajustadas á los quiebros de su voz, sin mas instrumento que lo que con sus manos ejercitaba:

Atended, pasos, que fuistes
Sin sentido hácia la muerte,
Y en el tránsito mas fuerte,
Como á ciego me pusistes;
Si por lo frágil me asistes,
Pasos, dados vanamente,
Como de ignorante gente,
Que me dejeis solo os pido,
Que no está á todo perdido
Quien llorando se arrepiente.
Cuanto en la vida he pensado,
Cuanto ciego he pretendido,
Humo y sombra todo ha sido,
Como misero engañado;
Ya de todo lo pasado,
El tiempo perdido siento;
Si conmigo en cuentas entro,
Solo pido al corazon
Tenga de sí compasion,
Con ternezas allá dentro.
¿Quién me enseñó tantos daños,
Con tan ciegos desvarios,
Que no trate como mios,
Años tan llenos de engaños?
Pero ya los desengaños
En la frágil edad mia,
Con horrorosa porfia,
Dicen que hay pena y tormento,
Y que todo este ardimiento
Puede cesar en un día.
No aguardes, cuerpo indiscreto,
Al tiempo que los sentidos
Turbados no hallen oidos
En lo frágil del sugeto;
No quieras verte en aprieto,
Que aunque es el juez piadoso,
Es justo y es poderoso;
Y si has sido descuidado,

Puedes ser predestinado
Al infierno riguroso.

Temiendo la muerte fiera,
¿Por qué ya, corazon mio,
Pues que lágrimas te envío,
No ablandas tu dura esfera?
Mira el lance que te espera,
Que á todos convierte en hielo.
Pide con humilde celo,
Apartado del pecado,
A Dios, pues le has enojado,
Que no te niegue su cielo.

¿Quién me librará de mí,
Antes que de mí me ausente,
Si un instante es lo presente,
Y lo que se espera así?

Sujeto á penas me vi,
Por haberos ofendido,
Y así, triste y abatido,
Gran Dios, os pido postrado
Que no sea desechado
Por haber sido perdido.

Nunca léjos de temeros
Me vi en mi vida, Señor,
Que como á Dios y hacedor,
Temblaba para ofenderos;
Siempre impulsos de quereros
Tuve en mi edad peregrina,
Mirando esa cruz divina,
Norte de luz celestial,
Que el haber sido yo (tal
Cual soy) ya me desatina.

Deten, vida, la carrera
Desbocada, que te pierdes,
Que ya pasaron las verdes
Flores de tu primavera;
En la jornada postrera,
Contempla tu lozanía;
Pues ya se oscurece el día
Mas hermoso de tu edad;
Mira que no hay mas verdad
Que el ser de ceniza fria.

Cuando contemplo mi estado,
Cual cristiano discursivo,
Solo me espanta que vivo,
Habiendo tanto pecado;
Y pues á tiempo he llegado,
Pretendo de hoy mas estar
Tan otro, que pueda dar
Avisos de arrepentido
Quien tan sin rienda ha vivido,
Pudiéndose condenar.

Atajó la voz al muchacho un hombre, que llamándole mandó que acudiese al otro ejercicio, quedando Onofre y Juanillo tristes con su ausencia, por haberle escuchado con gusto, y habiendo hecho reparo el hombre en la suspension de los dos amigos, volviendo á ellos, los dijo creyesen que cuanto cantaba componia, siendo parte su entendimiento para que con mucho cuidado se le diese estudio. Fuése con esto, y Onofre absorto no cesaba de dar gracias á Dios, contemplando en tan verde edad avisos tan maduros. A quien Juanillo dijo así: En esta casa se recogen los muchachos huérfanos, y se enseñan, dando á cada uno el oficio á que se inclina, habiendo dentro de casa algunos maestros de diferentes artes, y maestro para leer y escribir; y algunos á quien Dios da buena voz, como á este, los acomodan donde la ejerzan, y otros en otras partes, de donde vienen á valer, que aunque la fortuna los arrojó pobres, la caridad los recoge y cria. Aquí verás venir muchas mujeres pobres preñadas, que no tienen en qué recoger lo que esperan parir, y la caridad las tiene en esta casa cama y regalo, hasta que convalezcan del parto, y se

Nevan lo que paren; y si la tal parida es tan pobre que no tiene quien apadrine lo que nació de sus entrañas, para lavarle la culpa original, aquí tienen cuidado de hacerlo; y si acaso, por ser engendrados entre las sombras del letargo mortal, los dejan, cuidan en esta casa de remitirlos á la de San José, donde se crían un sin número de criaturas, así las que de aquí van como las que echan en la misma casa, donde verás un aposento lleno de zapatos y medias, piezas de lienzo, cordellates y frisas, todo para el vestuario de los niños, teniendo dentro amas, para que vayan criando, en el inter que los remiten fuera dando un tanto cada mes y la ropa que han menester hasta que tienen edad para remitirlos á otras casas como esta, donde asiste la misericordia. Demás desto, se recogen pobres á dormir cuidando de su abrigo, con que granjea el nombre de amparo de huérfanos. Y pues has oído lo mas notable, vamos al Hospital General, pues ya la tarde va negando las luces al día. A su lonja llegaron á tiempo que de la iglesia vieron salir un entierro que se enderezaba á su campo santo, á quien acompañaron, notando otra caridad harto grande, granjeada del cuidado que tiene mucha gente deste lugar en enterrar, con la decencia posible, á los pobres que mueren en este hospital, y decirles misas, todo adquirido de limosnas que su santo celo recoge. Absorto estaba Onofre habiendo entrado dentro y viendo tantas salas, todas llenas de enfermos, y deteniéndose á la puerta de una, que su rótulo decia ser de incurables, oyó una lastimosa voz que se quejaba de su afán, con estas razones:

¡Ay miserable de mí, pecador, qué triste fué la hora en que nací; pues jamás he visto la cara al contento, ni he salido en toda mi vida de pesares, nacidos de llagas y dolores! ¿Cuándo ¡oh gran Dios! me sacarás de tantas aflicciones y desasosiegos, pues para mí no hay descanso viviendo, que solo la muerte me alienta en nombrarla, y el ver que tarda basta para renovar mis dolores? ¿Para qué es vida tan larga, llena de trabajos?

Con cuidado miró Onofre al que se lamentaba con tanta ansia, y vió era un hombre mozo que en una cama incorporado yacía; y atendiendo á lo continuo de sus quejas, oyó que proseguía así: Vida con tantos trabajos no es vida, pena es, y su fin el espirar; mis pecados son causa de mis dolores, y mis dolores causa de mi llanto, y el llanto se alienta de no poderme menear de un lado. ¡Oh lo que pesa el pecado, pues da con el miserable cuerpo en el bajo del mundo! Como en pecado fuí concebido, nunca supe salir de pecado; ¡ay pecador de mí! Acabó sus quejas con sobrada copia de lágrimas á tiempo que Onofre, como elevado, decia entre sí: ¡Oh miserable vida humana! la mas descansada y regalada, que no eres mas de una flor producida de la tierra, que apenas abre su boton, cuando se sujeta á ser ultrajada, abatida y pisada, y los propios pañales están formando la mortaja. Aquí llegaba contemplando la miseria del humano poder, cuando acompañada de dos ancianos varones y dos pajes, entró una mujer, cuyo traje era de viuda, aunque pocos años, á visitar los

enfermos desta sala, despues de haber hecho lo mismo en las otras, y dispuesta á besar el suelo, arrodillada, se llegó á la primer cama, consolando al enfermo, y dejándole un papel de bizcochos y otro de pasas, igualó deste modo á todos los enfermos de lá sala, animándolos con piadoso agrado.

Preguntó Onofre á su amigo quién era aquella señora, á quien Juanillo respondió: Un ángel, que gasta su hacienda en estas obras, y no es sola esta, que cada semana verás que viene un criado suyo con un azafate de hilas y paños, para que curen las llagas á los pobres; y esto hace en los mas hospitales de Madrid. Bien has hecho, dijo Onofre, en dar nombre de ángel á quien gasta el rato ocioso en hacer hilas para curar las llagas de los pobres, pues haciéndolo es fuerza acordarse de la miseria humana y reparar á lo que nace sujeto el cuerpo mortal. Pues cree, prosiguió Juanillo, que hay destas señoras muchas en este lugar, y en particular la mejor de todas, aquella que pone el hombro para ayudar á llevar el gran peso de la corona al mayor monarca del mundo, que tambien emplea muchos ratos en este ejercicio, acompañada de las hermosas estrellas que la asisten, á quien da ejemplo. Rompió el hilo á su conservacion un hombre, que tocando con un palo en un cascabel, que atado traía en una montera hecha de frisa de dos colores, y aporreándole á compás de su voz, cantaba y se paseaba, todo á un tiempo, sin reparar en nadie, así:

Quien para penas nace,
Solo á morir despierta;
Que no es vida segura
La que descansa muerta.
Nace el hombre en el suelo,
Sujeto á las miserias,
Y aun contra él la noche
Suele armarse de estrellas.
Sale con el pecado,
De que fué causa Eva;
No es nuevo en las mujeres
El prevenir tragedias.

Yo triste, que entre todos
Quiero cantar mis penas,
Pues sus males espanta
Quien canta en las tormentas,
Pobre nací en un día
Falto de luces bellas;
Y al verle triste, dije:
Mi noche será cierta.

Sentí desde aquel punto
Trabajos que me aprietan,
Que anticipado aliento
A ello dió licencia.

El campo trocó á lutos
Su mas hermosa yerba,
Que á quien verdoros sigue,
El mundo le desprecia.

Los arroyos y fuentes
De verme se recelan,
Y por mirarse ausentes
Huyendo se despeñan.

Viví con inquietudes,
Que una hermosura honesta
Fué causa de mis males,
Pues por ella me cercan

Era un ángel humano;
Harto he dicho, si es cierta
La humanidad estar
A la muerte sujeta.

Págome mil desvelos,
Pero con tal prudencia,
Que solo fuera tuya,
Me dijo, si pudiera.
Mi corazón se angustia
Porque ya la sospecha,
Por abrasarme en celos,
Se apoderó en mas fuerzas.

Mirábame gustosa,
Pero no es cosa nueva
Que la hermosura mire
Con ojos de belleza.
Atrévime á sus padres,
¡Oh nunca yo lo hiciera!
Pues solo un imposible
Oí, que heló mis venas.

Voto de religiosa
Desde la edad muy tierna
Me dicen tiene hecho,
Y que cumplirle espera.

Adios, gustos del mundo,
Dije oyendo estas nuevas,
Que mas quiero la muerte,
Que no vivir sin verla.

Al campo salí huyendo,
De donde casi á fuerza
Los míos me trajeron
Atado como á fiera.

Diciendo que estoy loco,
Que locura tan cuerda,
Es estarlo un amante
Que ha perdido tal prenda.

Lo agradable de la voz, mas que lo humilde del verso, tenia suspensos á los dos amigos, cuando vieron que un mozo platicante del hospital venia en busca del que

habia cantado, que amenazándole con un látigo que en la mano traía, le hizo obedecer, llevándole consigo. ¿Qué es esto, amigo Juan? dijo Onofre; que no acabo de admirarme de tantas novedades como á la vista se ofrecen; ¿qué hombre es este que se queja cantando, y por eso le amenazan con el castigo? Sígueme, respondió Juanillo, y verás los locos desta casa; que este que ha cantado es uno, y aquel que le gobierna es el que tiene cuidado con ellos, y á quien tienen miedo. Fueron juntos, y á breve espacio dieron en un patio, donde algunos estaban entretenidos en un juego de argolla; y reparando Juanillo en uno que se andaba paseando, los ojos bajos, y las manos cruzadas, mirando donde estampaba la huella á cada movimiento que hacia, conoció ser el que habia cantado, y llamando á Onofre, le dijo reparase en él; no fué el sosiego que en llamarle tuvo tanto que el loco no lo oyese, y acercándose á Onofre, con mucha atencion le empezó á mirar de arriba abajo, y luego le preguntó: ¿Eres cautivo? A quien Onofre respondió: No, pero ¿por qué lo preguntas? ¿Por qué si no lo eres, para qué lo pareces? Y si ya estás redimido y en tierra de cristianos, deja ese alquicel, y dámelo á mí, pues yo sí que estoy cautivo y mas sujeto que tu habrás estado, pues con obedecer á tu amo cumplirías, y yo he menester seguir el gusto de cuantos platicantes hayen esta casa, sin ser mi amo ninguno. Diciendo esto, volvió á pasearse, cantando á compás de sus pasos así:

Aquel pajarillo
Que está en la prision
Todas sus endechas
Nacieron de amor.
Que triste se peina
Al rayo del sol,
Llorando su estrella,
Tan hecha al rigor.
A ratos se alegra:
Propio del dolor
Dilatar la pena,
Por darla mayor.
Y si la memoria
Le acuerda un favor,
Al punto le olvida
Su mucho temor.
Sosegado está
Con la suspension,
Que es de la memoria
El mayor blason.
Pero el mal pasado
Memorias dejó
En pluma ultrajada
Y en triste color.
De la libertad
Se olvidaba, y vió
La muerte en los celos
Que ausencia labró.
Triste se lamenta
Del que le prendió;

Pues le quitó el gusto
Mas casto y mejor.
Pero ya alentando,
Su pena olvidó;
Pues alegre entona
Su agradable voz.
Sacudió las alas,
Y el pico aguzó,
Que aun no se ha olvidado
De lo que es valor.
Y con su armonía
Aquesto cantó,
Por dar gusto á quien
Sus quejas oyó.
Libertad preciosa,
Cuando en ti se vió
El que te ha perdido,
Poco te estimó.
Con ansia te busca
El que te perdió;
Pues si ausente vives,
Verte deseo.
Así lamentaba,
Y abierta notó
La puerta en la jaula,
De donde escapó.
Mas ay de mí triste
Que sujeto estoy!
Y la angustia y pena
Mis brios cortó.

Apenas hubo acabado, cuando con un palo que en la mano tenia, jugándole consigo á compás de esgrimidor, empezó á decir: Plaza á la vianda lícita, turbados sentidos, y sacando un pedazo de pan, mas negro que blanco, prosiguió diciendo: Relíraos, ojos licenciosos, dejad de mirar ahora, pues por haber mirado estais tan otros de lo que un tiempo fuisteis. Engañados oídos, cerraos á mis mismas quejas, pues las doy sin tiempo.

Ea, olfato, que el demasiado vicio que ya pasó os ha castigado. Huye, gusto, que cosa que siempre fué mala, ¿para qué la quiero? Tacto, si te parece duro el pan, pierde tu ser, y él será blando y bueno, que hay necesidad, y donde habita, todo sabe bien. Potentados del alma, plaza digo: memoria, no me acuerdes de cosas pasadas; y aunque sea tu lugar el primero, véncete á la voluntad de un loco, que aunque para sí no tenga juicio, nunca le falta para dar consejo. Con mucho cuidado atendieron á sus razones Onofre y Juanillo á tiempo que con el mismo deseo escuchaban otras personas, que la ocasion que á ellos les habia llevado, entre los cuales uno de contramangas almidonadas y grandes vueltas de puntas, á quien se acercó el loco, despues de haber dado fin al mendrugo, y tentándole los brazos, le dijo: ¡Jesus, qué blancas contramangas que traes! Yo apostaré que cuidas mas dellas que de la camisa, porque la camisa no se ve tanto; muchas vueltas tienes; malo eres para amigo. ¿Por qué? le preguntó el tal hombre. Y el loco respondió: Porque andas al uso, y quien al uso anda, anda torcido; quítate á un lado, que harto loco me soy yo. ¿Pues qué has visto en mí, replicó el compuesto, que así me tratas? Mucho, dijo el loco, pues he reparado que no es tuyo el cabello que te adorna; pero si lo traes por acordarte que has de morir, bien haces, pues te acompañan cabellos de un difunto, ó fueron de quien la enfermedad se los quitó, por quitarle el engaño que con ellos traía; pero si por el parecer no mas te los pones, mas loco eres que yo, pues es muy cierto que hombre de buen juicio no ha menester mas adorno que su claro sentido. Apartate, vuelvo á decir, que á quien tanto cuida de la hermosura, cerca está el demonio de vencerle, como á la primera mujer, pues la venció ofreciéndola las cosas mas estimadas en el mundo, como son hermosura y sabiduría, y que nunca llegaría á vieja; tampoco tú llegarás á tener canas que se vean, pues las tapas con ajenos adornos. Mal consentido es que quieras ir contra la voluntad de Dios, y que procures enmendar la mejor obra de sus santísimas manos. Con mas deseos de oírle atendian todos á sus razones, cuando vieron que con un carbon estaba escribiendo en la pared, y que habiendo acabado, notaron que lo que habia escrito decia así:

No quieras enmendar la tabla al cielo,
Que al fin serás cadáver, todo hielo.

Colores hizo salir en el rostro del de la cabellera, y Onofre, siguiendo su humor, le preguntó que por qué el demonio, siendo tan astuto y sabio, se atrevió á ir á engañar á la primera mujer en forma de culebra, y no se valió de otra mas conveniente. A que el loco respondió: Harto lo sintió el primer volatin; pero como el Todopoderoso era entonces, ahora y siempre el que gobierna y manda, no se lo consintió, y porque tú qué preguntas das muestras de no saber, escucha.

No hay cosa que mas sientan las mujeres que es el que las digan que son feas ó que tienen muchos años; y

así, el demonio, especulando desvelado, la ofreció para vencerla: yo te daré hermosura, con que atraerás á tí los albedríos como iman. Mirarán te todos, y de todos serás querida; tendrás sabiduría en las palabras, con que adquirirás; no llegarás á la senectud. Grande ofrecer fué á una mujer, que lo que mas siente es imaginar: Si llego á vieja, seré desechada de todos, y seré excluida de los adornos que da la naturaleza. Mucho le costó al demonio el ensayarse en estos ofrecimientos, para hacer entrar el pecado por los puertos del mundo; y tan establecido quedó el tomar las mujeres de mano del demonio cuanto las ofrece dar, que hoy está mas en su punto que ha estado jamás; pero nunca pudo salir de culebra, que él harto trabajó para tomar forma de hombre; pero como esta forma era tan agradable á Dios, y tenía deseos de tomarla, para habitar entre nosotros, no quiso que la estrenase nadie antes de él, como sumo bien, pues habiendo Dios formado al hombre á su imagen y semejanza, ¿cómo habia de consentir que el demonio tomase la forma del hombre? Solo se lo concedió á Gabriel, cuando le hizo embajador de la santísima Trinidad, á la mas hermosa, santa y pura criatura; entonces le dió la forma mejor que pudo dar Dios, pues dió la suya misma; y pues en Dios están todas las gracias, todo el poder y todo el querer, siendo sumo bien, sin fin ni principio, y que todo lo que en su divino ser se halla no puede ser mejor de lo que es, vuelvo á repetir que le dió á Gabriel la mejor forma que pudo dar, pues dió la suya misma; pero claro está que á la mejor criatura habia de venir el mejor parainfante del cielo en la forma mejor; pues Gabriel, mirado á buena luz, quiere decir hombre y Dios; y así, como tan parecido, le fió Dios su mismo retrato, para que le llevase á su esposa, y en premio esperase una *fiat*. Y se puede creer que el engañador, cuando fué en busca de Eva, iba medroso y temblando, mirándose en tal forma, y decia entre sí: A una mujer que huye de un varón y alborota todo un barrio espantada, ¿qué alborotará y espantará una sierpe? Pero aquí de mí saber, yo la daré con la golosina á la primer vista, y asegundaré con la promesa, con que el interés me hará hermoso; y aunque me vea demonio endemoniado, que es peor que malo, no se ha de espantar de mí, ofreciéndola alhajas tan certísimas de su gusto. ¡Ah ceguedad de todos los nacidos! pues ajenos de la verdad, no reparamos en que los bienes deste mundo es humo entre dos vientos; la vida es viento que le entretiene, y en llegando el viento de la muerte, le desaparece. Acabó el loco con un: ¡Ay de mí, que no sé! A quien Onofre preguntó que por qué acababa todas sus razones con una misma, diciendo ¡ay de mí, que no sé! y que por su vida le sacase de la duda. ¿Duda tienes? dijo el loco; no es nuevo en el hombre, pues la tiene de que puede quedarse muerto desprevénidamente en su mas lozana salud, sin reparar que el primer lugar que le dan cuando nace es una cuna, que á media vuelta que la den queda en forma de tumba; lición que dice: Desde hoy empiezas á morir, y así atiende á esta redondilla. Y tomando otro carbon, sen-

tó en la pared, así admirándose todos de que el juicio ya vivia entre los locos, pues ellos le tenían:

En tu sana juventud,
Si haces pruebas, sea una
Dar media vuelta á la cuna,
Y la verás ataud.

Volvió á Onofre, diciéndole: A tu duda respondo. Quitóme Dios el juicio, hálleme sin fuerzas para volver en mí; no sé el estado en que me cogió, y cuándo he de morir no sé. Aquí llegaba, cuando un mozo tambien orate se llegó á él diciendo: Famoso ha sido el sermon, señor caónigo. No ha sido malo, señor platicante de doctor, respondió el loco, pero conmigo ya sabe que no se ha de burlar, porque es dos veces loco hombre que no respeta á los mayores y á los que le han hecho bien, como ayer se vió, perdiendo el respeto á quien le habia criado; y quien tiene acciones tan feas, no se cuente por hombre; y para que escarmiente, pues el loco por la pena es cuerdo, tome esos catorce palos que le doy, y tocando en el cascabel, cantó así:

El que de pobres padres fué nacido,
Y en estado humilde fué criado,
No se olvide jamás de su dechado,
Aunque en fortuna esté favorecido.
Tenga siempre en memoria lo que ha sido,
No despreciando aquel que el ser le ha dado,
Que obedecerle y darle el mejor lado
Es conocer el bien que ha recibido.
Que extraño á la razon está el que, siendo
Humilde, no conoce que es pequeño,
Pues ama la mentira y el engaño.
Desde el punto que nace va muriendo,
Sin pagarle la vida á Dios, que es dueño,
Y le libró de todo mal y daño.

Así que acabó de cantar, empezó á pasearse muy apriesa, diciendo: Qué cosa tan cierta es el pensar aquel que anda entre desdichas, ó nació con ellas, el ser comun hacienda de todos; y qué fuera de la razon imagina, pues juzga por sí á todos los demás, como si yo dijera: Loco soy, todos serán. ¡Ah del mundo! decia con grandes voces. A quien imitando otro con muchas mas, respondió: ¿Quién llama? Acercándose al conclave de la gente, y reparando en él el del cascabel, le dijo: ¿Cómo respondes tú por el mundo? Porque sí, replicó el loco, acaso se diferencia de mí el mundo presente en algo, aun mas loco es que yo; y así, antes le doy que le quito; solo me aventaja el traer en sus trajes muchas agujetas, y yo no tener una para atacarme. Pues ya que has respondido por el mundo, dijo el del cascabel, atiende á mis razones, y respóndeme á ellas.

¿Por qué se huelga el hombre de anadir á quien no tiene por enemigo? Ordinariamente, respondió el loco, quien tal hace es hombre de muy baja esfera, y porque le tengan en algo, procura avasallar á los que trata; con que para sí le parece que hace algo, y para los que le conocen no hace nada. Bien respondes, mundo loco, dijo el del cascabel, y ¿por qué no tiene el hombre ánimo compasivo de la miseria ajena? ¿Eso preguntas, dijo el loco, sabiendo el mundo cuál es? Cree que no trata el hombre de ayudar á su prójimo en mas de en viéndole tropezar, ayudarle á caer, y que la

voz vuelve diciendo: Fulano ha caído, ya no se levantará mas. Bien dices, dijo el del cascabel, y ¿por qué engaña el hombre á quien dél se fia? Porque conozca el mundo, respondió el loco, la profunda bajeza de su espíritu. Pues yo me vengaré de todos, dijo el del cascabel, como señor de la bienaventuranza del siglo, solo con un instrumento. Tú, señor de la bienaventuranza, replicó el loco, ¿de qué suerte? En que hablo con salvo-conduto, prosiguió el del cascabel; sin piedra ni palo me vengo, aunque escuchen mis razones como de loco; que eso me acredita en las verdades. Habíanse llegado al ruido de los locos dos muchachos, á quien el del cascabel dijo: Idos de ahí, hijos del vencejo, que á vuestro padre le levantaron del suelo para que haya volado hasta un coche; miren que brincó desde un prado de malvas, donde apacentaba ganado, como el hijo pródigo; pero no me espanta que el mundo como bola rueda. Apenas dijo esta razon, cuando el loco que habia hablado por el mundo empezó á dar muchas vueltas en el suelo, diciendo: Rueda, si es bola, á tiempo que el platicante del látigo, viendo la demasía, los encerró, con que se acabó la fiesta, y el día iba haciendo lo mismo, y Juanillo y Onofre, admirados y gustosos, se fueron ausentando del hospital como los demás.

DISCURSO XIII.

El animal mas contrario al hombre que crió la naturaleza, es el mismo que le dió por compañía, con quien ha de vivir y con quien ha de tratar, la mujer en fin, pues muchas dan fin con el hombre. ¡Quién supiera pintar todo su ser, pues apenas es cuando deja de ser! Triste de aquel que la que le cupo en la suerte del mundo es de metalino gusto! ¡Qué triste vida tendrá, si ya no es muerte vida tan llena de desdichas! Dichoso el que la topó Porcia honesta y virtuosa; esta es la mayor dicha del siglo, pues no la iguala cuantos bienes tiene; ¡y cuántos tienen esta dicha propia y segura, y no la conocen ni estiman! ¡Qué mal hacen! Qué vida como los casados, que su voluntad se parece á las ruedas del carro! Y ¡qué muerte como la que se parece á las ruedas de la noria! Si la voluntad de unos casados es una, como la de las ruedas del carro, que si la una anda, hace la otra lo mesmo, y si para, la otra la obedece, si ceja, tambien la sigue; esta es vida conforme, pues la voluntad del uno es la del otro, de ordinario están unos con la de Dios; si no hay que comer, se consuelan, como es uno el querer de los dos; si rotos, están alegres, y con pan y cebolla gustosos; y si lo hay sobrado, gustosos, alegres y consolados. ¡Qué muerte como la vida de los casados que se parecen en la condicion á las ruedas de la noria, que si la una anda por un lado, la otra anda por otro; la una sigue un movimiento, la otra el contrario; cuando la una para, la otra aun no ha dejado de andar, y para que la una ande, la otra ha de hacer fuerza! Este no es vivir; muerte es, condenada á eternidades. No hay gusto jamás entre tal gente; si el uno dice cestas, el otro responde rábanos;

si estrellas, el otro estopas; si paz, el otro guerra; y aunque haya sobrado lo necesario, como no hay paz, gusto ni sosiego, ni luce ni parece, y siempre reina la ira, la maldicion, el juramento, el rencor, el odio, la venganza, la murmuracion y la libertad en la conciencia, y el demonio como gobernador; y si en esta casa falta el sustento, como falta la paz y la prudencia, él procura medios viles, y ella viles medios, siempre cada uno para sí. Pues si por suerte no es matrimonio, ¡qué vida tan mala! Que no puede ser buena la vida que se alienta de pecados. Cuando la pretende, si tan presto no la alcanza como quiere, se aburre, cansa y envejece, pierde el sosiego, la quietud y la paciencia. Si la alcanza, á pocos dias se halla mas embarazado que el que trae espada y daga, ferreruero y golilla, sin haberse puesto jamás golilla, ferreruero, daga ni espada; si la sustenta, gasta su hacienda y la ajena, tal vez adquirida con medios infames; si la quiere dejar, le persigue, y da celos por ver si obran en él, céjale los pasos, y suele ponerle en estado que se pierda, que es la última venganza deste enemigo. Si la quiere, ella lo conoce, obrando con rostro desgraciado, siempre melindrosa y siempre pediguña; todo la enfada, y nada la contenta, hasta que le deja sin cama en el hospital en la sala de incurables. Y así, atencion, barbiponientes de hogaño, que si teneis hacienda, teneis flaqueza, y se arma contra vosotros un demonio con dos caras: una que pinta por sus manos, y otra que la verás cuando se levanta. Y aunque te parezca que se lleva los ojos que la miran, no se lleva sino es el hacienda de los que la creen, sin perdonar la salud; y por eso uno, que antes de caer de todo punto apartado destos tropezones vivientes, donde el hombre se quiebra los ojos, pierde la hacienda y pone á riesgo el alma, dijo así:

¡Oh qué triste juventud
Es la del que sin medida
Pasa la flor de su vida
Gastando hacienda y salud!
¡Qué llorosa senectud
Tendrá, si á tiempo no advierte
Que hay rigor y hay dura suerte,
Que su vida se deshace,
Y desde el punto que nace
Está esperando la muerte!

Y aunque te parezca que te deja el corazón lleno de alegres deseos, te engañas, que solo pretende el quitarle; y si atiendes en el artificioso descuido del taparse, no es descuido, sino aviso de que es traidor, y procura tu mal; y así, encubre el rostro, lo uno porque no la vea quien ya la conoce y sus infamias, y á los que no la conocen, para que deseen verla. En fin, toda la mujer es presagios tristes, anunciadores de desdichas, y para que veas y sepas lo que encierra en sí las cinco letras de su nombre, lee:

Muerte dice la primera
Letra de su infausto nombre,
Y porque mas nos asombre,
Vicio la segunda encierra;
La tercera dice guerra,
Cuarta y quinta espada y rayo.

¡A quién no causa desmayo,
Si es que lo quiero entender,
Ver que toda la mujer
Es de la muerte un ensayo!

A la puerta de una casa nada grande llegaban Juanillo y Onofre, después de ausentes del hospital, á tiempo que las voces que una mujer daba, riñendo con un hombre, los hizo detener disimuladamente; la mujer decía había de ir á cuantas fiestas hubiese en Madrid, y se había de holgar mientras viviese, y que no estaba con él para ser su esclava, y creyese no se había de dejar ultrajar; que tan buena era como él, y pues ya la conocía la condicion y el humor, se le siguiese, si quería paz en su casa. Mal dice esta mujer, dijo Onofre, que primero es el hombre, que ella su esclava es; pues para señal de que sale sujeta al hombre, así que nace la taldran las orejas, donde la ponen un eslabon de cadena, señal de esclavitud; y caso que niegue esto, no negará lo que dice la Iglesia, que se avenga con su esposo, como ella se aviene con Cristo. Grandes voces daba la mujer, y el hombre con voz baja la procuraba reportar; pero en ella poco herian sus razones, hasta que enfadado, la sacudió el polvo por demasiado. Enfurecióse la tigre con tal coraje, que fué causa de alborotar la vecindad; llegó alguna gente, y entre ella un alguacil, desenroscando una vara de junco, con el tono de: Tén-ganse á la justicia, ¿qué voces son estas? La mujer, que vió al alguacil, levantó el grito con palabras injuriosas, diciendo: Ladron, infame, holgazán, mal nacido, que me has muerto; esto merezco yo por haberte quitado muchos piojos que trujiste á mi poder. Y volviéndose al alguacil, le dijo: Vuestra merced le lleve á la cárcel, que es un ladron, y yo se lo probaré, que no es mi marido. El ministro, que tal oyó, asentando con un escribano que llegó, sacando las escribanías de la pretina, embargaron los pocos trastos que había, dando con hombre y mujer en la cárcel.

Seguirlos quisieron los dos amigos, pero el ruido que una mujer hacia con una criatura los detuvo, diciendo entre lágrimas y gozo: Querido de mis ojos, ¿qué has hecho sin tu madre? ¿Dónde has estado, bien mio? ¿Qué ausencia ha sido esta de quien te parió y te quiere? ¿Qué fiera te ha detenido, que así te ha parado? Pero no era fiera, pues te dejó la vida. Con brevedad juntaron sus tiernas ansias mucha gente, y preguntada la causa, respondió que se había perdido aquel hijo desde por la mañana, y le hallaba desnudo, habiéndole quitado cuanto llevaba puesto, hasta los zapatos. A cada palabra que la mujer decía, el niño lloraba, y ella aumentaba el amor, dándole besos y abrazos, y envuelto en su manto, vertiendo lágrimas de contento, se fué. ¡Cuánto debemos los hijos á los padres! dijo Onofre; pero admirado estoy que haya quiense atreva á una inocente criatura, desnudándola, hasta dejarla como á esta que hemos visto. No te espantes, respondió Juanillo, que en Madrid suceden muy de ordinario estos despojos por manos de algunas aves que anidan en este lugar, que viendo una criatura bien vestida, procuran

cogerla sola, y engañándola con cuatro confites, la meten en un portal, dejándola como á esta que viste; y aunque suelen caer en la tentación de la justicia, y por sus buenas obras las palmotean, no por eso falta quien ejerza sus habilidades. Pero volviendo á las ternezas de la buena mujer, ¡qué contento recibiría cuando halló á su hijo, pues fué causa el gozo de verter lágrimas! Pero no me espanta, que el bruto gime si halla menos en la cueva al hijuelo que dejó; y el perro ladra ó llora si le quitan el cachorro, y el pájaro se entristece si pierde la cria. Y si perdida la hallan, el bruto se estriega al hijuelo y le lame, y el pájaro, tendidas las alas, no se barta de dar vueltas de contento. ¡Qué nombre tan tierno! dijo Onofre. Inspiró naturaleza en el de madre tanta ternura, con pródiga liberalidad, que en nombrarla solo despierta amor y respeto. ¿Qué bruto indómito de bárbara nacion, el mas habituado á inhumanas costumbres, no confiesa el rendirle parias de afecto á tan amable nombre? ¿Qué fiera hay que con amoroso dictámen no descubre el ser parcial de su madre? Solo á la víbora se le concede esta crueldad, por ser venenoso aborto de la misma fiereza, pues en naciendo, acarrean la muerte á las entrañas que la avivaron: extraña sabandija á todo lo criado, pues las piedras anhelan por volver al centro que las produjo, y los arroyos atraviesan montes de dificultades por juntarse con el mar, á quien tienen por madre; y el fuego exhala deseos, por volver á su soberano asiento, aguzando centellas á lo lejos, para enamorar á su amada esfera. Solo el mal hijo imita á la víbora ó al rayo, que para nacer hace reventar á la nube que le congeló, sin corresponder con la mayor obligacion. ¡Qué cosa tan aborrecida es á los ojos de Dios la ingratitud al beneficio maternal! Y así aconsejan los doctos que en la tierna edad, cuando trabaja la enseñanza, se tenga cuidado con habilitar los hijos á tener vergüenza, pues con ella se adquieren las demás virtudes, que la vergüenza es el reprimir el corazon, para que el espíritu huya de todo aquello que es baja; y así, es un temor noble, y el que le tiene procura no caer en falta con los superiores á él; y el no hallarse vergüenza en todos es que no todos tienen los ojos claros para seguir lo que les está bien, huyendo de lo malo, sin ceguedad ni pasión. Un sabio dijo que la vergüenza era encubridora de muchas faltas, y dijo bien, en fin, como sabio, pues no hay vestido que mas tape la desnudez de nuestros descuidos; y así, yo diré á quien carece deste bien: Si no tienes vergüenza, haz lo que quisieres, que todo será malo, y el vergonzoso sabe agradecer el bien que ha recibido, respetando á los mayores, siendo humilde á quien le ha criado, estimando á quien debe el ser y cumpliendo con esta deuda como discreto; cierto es el estar pronto para agradecer y estimar la vida á cuya es.

A la oracion tocaban las campanas, á cuyos golpes se detuvieron Juanillo y Onofre, haciendo lo mesmo cuantos la oyeron, cuando reparando Onofre en dos hombres que juntos iban, oyó que el uno dijo al otro: Vamos, no os pareis, que yo apelo á mi parroquia, que esto sacristan, segun se adelanta, debe de tener que

hacer. Muy contentos se iban, pareciéndoles haber dicho alguna agudeza, sin atender ni reparar que puede ser la última campanada de su vida, y que la lengua de aquella campana nos dice que bendigan las gentes á María Santísima, y se acuerden de aquella misteriosa embajada de Gabriel, pues fué el primero que dijo Ave María, y acordándose de tan dulcísimo nombre, pidan á su dueño interceda con su precioso Hijo perdone las almas que yacen en los senos del purgatorio. Y no tan solo esto, que también debemos hacer reparo en que aquellas campanas, que de ordinario son las que á tal hora se tocan las que tienen el eco mas triste, nos dicen: Repara, mortal, que ya se acabó hoy, siendo un día tan hermoso y claro, y cuando nació le celebraron las aves con sonora música, y entonces parecía que no habia de llegar á oscurecer sus lúces la fría noche, ni se habia de atrever á tanta hermosura y resplandor; haz tú lo mismo, contemplándote cerca de la noche de tu vida, que no sabes cuándo te llenará de lutos ese ser que te alienta, y pide á Dios por aquellos que fueron vivos como tú, y ya lloran en el purgatorio; hazlo, que así no te faltará quien por tí lo haga, cuando te veas en el lugar que ellos se ven, suplicando á Dios te guíe, para que no tuerzas el camino, y contempla en esa humilde glosa la verdad:

*Cuando las campanas tristes,
Con sus golpes dan espanto
Es porque llames el llanto,
Pues para morir nacistes.*

Señor, desde que nací,
Sin merecer esta vida,
Te ofendo tan sin medida,
Que no sé si estoy en mí;
Tu-gracia y fe merecí,
¡Oh gran Dios! pues que me hicistes,
Y con tu aliento infundistes
El alma que el ser me da,
Triste lamentando está,
Cuando las campanas tristes.

Que duerma el hombre en pecado,
Sin mirar que puede ser
No llegar á amanecer,
Si está de Dios decretado:
¡Oh qué tiempo mal gastado
Es el que pasa sin llanto!
Mire de la muerte el tanto,
Y le dirá en conclusion
Que la pala y azadon
Con sus golpes dan espanto.

Mira que aquel que murió
Te dejó escrito un papel
Para que te acuerdes dél,
Pues ya su vida acabó;
Y solamente dejó
Horror, tristeza y espanto,
Y debajo de su manto,
La viuda dando gemidos,
Y aquellos tristes suspiros
Es porque llames el llanto.

Apenas nace en el suelo
El hombre, cuando el rigor
Le acomete y el dolor,
Ansias, sustos y desvelo:
Mira que la muerte el velo
Corre; como te opusistes
Y disparates hicistes,
Llora, por no haber llorado
En tiempo tan mal gastado,
Pues para morir nacistes.

Y si esta glosa no te agrada por lo humilde, pues ya

tiene estragado al poderoso gusto; contempla ~~la~~ ^{esta} segunda, que podrá ser hagan dos avisos lo que uno no pudo, y aunque la copla es antigua, no lo es la glosa:

*Cuando tocan la campana
A muerto, no es por el muerto,
Sino porque estés despierto,
Que será por ti mañana.*

Deten el curso veloz,
Caminante de esta vida,
Si por suerte está dormida
Tu alma en pecado atroz.
Haga en tu oído mi voz
Que mires la flor temprana
Que corta mano tirana,
Y su caída te advierte
Que es reseña de la muerte
Cuando tocan la campana.
¡Oh tú, aquel que enamorada
Fué un mayo tu lozanía,
Y cuando nacia el día,
Dabas tributo al cuidado!
Mira el tiempo mal gastado
Con el discurso despierto,
Y el oído siempre alerta;
Que si oyes alaridos,
Formados de mil suspiros,
A muerto, no es por el muerto.

Pension forzosa al nacer
Es el morir; ¡oh caso fuerte!
Y como es la vida, advierte
Que suele la muerte ser:
Mira que el amanecer
En tu vida no es muy cierto;
Y que puede ser incierto
El gozar del Criador:
No hablo por darte horror,
Sino porque estés despierto.

La vida es humo que al viento
De la muerte se deshace,
Y apenas el hombre nace,
Cuando huye de escarmiento:
En lugar de estar atento,
Enseña el alma á inhumana,
Pasando vida profana,
Sin mirar que el que murió
Solamente te avisó
Que será por ti mañana.

La señal de la cruz que en los rostros se hacia la gente, dándose las buenas noches, daba muestras de acabada la oracion; y despidiéndose los fieles, se dicen: A ensayarnos vamos á morir en el breve sueño que nos ha de servir de descanso; cuando deteniendo Juanillo á Onofre, le dijo atendiese á dos buhos, cubiertos ó envueltos en dos mantillas blancas con su guarnicion negra, y muy angostas de faldas, por ir en faldas menores; llevaban guardapiés, con algo de aquello que relumbra, que como es de noche cuando salen estos murciélagos, han menester mantillas blancas, que aunque estén raidas como su cara, y gastadas como su castidad, es color que resale, y los relumbrones, aunque sean falsos como ellas, todo brilla de noche, y sirve de señuelo en la paranza de su maldicia, con que va diciendo con el pregon de sus meneos: Venid, pajarillos nuevos, que ya están las varetas llenas de engaño; no queremos á los astutos, que ya nos conocen, y tiran coces sin dar blanca. ¡Oh buhos, que de ordinario aborreceis el día, porque la noche encubre las faltas, que son mas que las de un juego de pelota! El buho todos sus antojos son procurar matar á los padres de

quien nació y fué criado, y estas todo su anhelar es por quitar la hacienda y la vida á los mismos que las alientan.

Iban estas dos aves nocturnas con mucha color en el rostro, con que encubren ó disfrazan la fun'la gállica, muchos dicen que la vergüenza arroja colores al rostro, y segun esto, ninguna destas tiene vergüenza, pues jamás se les ve color propio, que el que manifiestan despues de compuestas es artificial.

Iban diciendo la una á la otra: Amiga mía, perdido está el mundo; en todo ayer y hoy no ha llegado á mí quien diga: Demonio ó mujer, ¿quieres algo? Y si no fuera por la vecina de adentro, no me hubiera desayunado hoy. ¿Por qué no ibas á mi casa? dijo la compañera, que Fulano llevó ayer dos pollas famosas, y hoy ha llevado medio cabrito y un lomo de carnero, y cierto que lo hace el mozo muy bien conmigo; yo apostaré que está como un ángel aguardándome para cenar, pero segun nos fuere, será á la vuelta. ¿Casóse ya? preguntó la otra. A quien respondió: Sí, y muy bien, que le dieron famoso dote y una muchacha como una perla. ¿Y á tí dió vistas? volvió á preguntar. A quien respondió: Amiga, sí, que el vestido de raso de flores y el guardapiés de ormesí que tengo, del dote salió; pues era yo boba que á dote nuevo me habia de descuidar; ayer me pagó medio año de casa, y me dió cien reales para dos camisas; el mozo está perdido por mí; y si yo quisiera, las mas de las noches se quedara en mi casa. Yo, amiga, dice la otra, no tengo tanta suerte, que aquel hombre que tuve no llegó á darme unos zapatos; porque se habia encaprichado en decir que ninguna de nosotras cocemos la olla con un carbon solo. Aquí llegaban, cuando las detuvieron dos habones modernos, y despues de breve conversacion, ellos guiaron, y ellas los siguieron.

Onofre, que atento habia estado, se hacia cruces, y Juanillo dijo: ¿Ya te espantas? Pues aun no has empezado á ver lo que de noche pasa en este lugar; però dime, ¿qué te parece de aquellas dos trojes de pecados? ¿Atendiste á la que dijo que el mundo estaba perdido porque no habia topado quien la dijese demonio ó mujer, quieres algo? Bien dijo en nombrarse demonio, pues estas mas son que mujeres; pero volviendo á la otra, ¿qué vida pasará la recién casada, por causa de la picarona, pues es cierto que aunque mas disimule él, dará hartos indicios de su entretenimiento y gastos de hacienda? Y mira la lealtad que le guarda su dama; y lo que mas me admira es el que hay muchos hombres que se dejan creer que sus damas son leales, y lo son como Judas, pues están comiendo y bebiendo con el de gasto cotidiano, y el sentido en otras partes de gusto ó ganancia; y en apartándose el pobre pagote, ellas se arriman á cualquiera, y con cuatro melindres de los que usan emboban al pobre inocente; y en su casa del tal todo le enfada, hasta su mujer, porque no gasta dobles ni melindres, y solo la quiere á faltas; y de verdad que no es muy simple aquel adagio que dice: La mujer propia y la olla cuando faltan

son buenas, pues hasta entonces no ha sido conocida su bondad. ¡Oh qué tonto es el hombre que sustenta al mismo que le mata por un gusto que apenas es cuando no es! Sin reparar que aquestos basiliscos no quieren porque las quieren, sino es porque las dan, y en faltando, en ellas falta el amor, como el humo del lugar donde fué congelado, pues habiéndole criado la leña, la niega, y desampara en viéndola quemada, como á cosa que ya no tiene que dar. Por cierto, Juan, dijo Onofre, que todas tus razones son útiles, y que dan tanto gusto al oír las, que jamás me cansaré de escucharlas; y ahora dime, por tu vida, ¿qué ruido y voces son las que escuchamos, que parece tropelía de algun escudron? Allí, respondió Juanillo, hay una fuente, de las muchas que tiene este lugar, y la gente que va por agua, sobre cogerla dan aquellas voces; y pues hemos tocado en las fuentes públicas, donde los aguadores y las mozas de servicio van por agua, escucha lo que estas fuentes alcahuetean, aunque siempre están hablando lo que ven, pero no las entiende nadie.

Procura la picarona fregatriz gastar entre dia el agua, empleándola ya en regar ó en fregar, aunque haya pozo en la casa, para que en llegando la noche, con el tonillo de por agua voy, ensillar el cántaro debajo del caparazon de la mantilla, y con apariencia de muy servicial, salen de casa, y caminan á la fuente, donde las están esperando el lacayo, el cochero, el paje, el mozo de sillas, el criado del doctor y otros semejantes, que las que pican mas alto no salen por agua. Allí se juntan cuatro ó seis dellas, y urden sus telas, y suelen tenderlas; córtase entre ellas largamente de vestir. La una dice que su ama tiene mala condicion y que por su amo está en la casa. Otra dice: A mí, amiga, no se me da nada que mis amos tengan mala condicion; yo hago mi gusto, y tómenlo como quisieren, que á mí no me ha de faltar dónde servir. Otra dice: Yo buena casa tengo, que mi amo harto siente que salga por agua; però mi ama, por vengarse de algunas pesadumbres que por mi causa tiene con mi amo, me hace salir por ella. Otra la pregunta la ocasion por qué riñen sus amos, y dice: Hermana mía, el demonio del hombre dió en perseguirme y solicitarme, y venció; porque ya veis, mi amo, y dentro de casa, cierto es que habia de alcanzar. Oyes, Juanilla, prosigue, en no estando mi ama en casa, de tú le trato, y me ha dado palabra que si muriera mi ama se habia de casar conmigo; él me da lo que he menester, sin que mi ama lo sepa, aunque ella algo celosa anda; però á mí no se me da nada. ¿Qué quieres, amiga? dice otra, eres dichosa; yo ha que hablo á Fulanillo dias ha, que pasan de cuatro años, y salido de unas medias que me dió, no le debo otra cosa, y teniendo lo que ha menester; todo quiere suerte en este mundo. Al mio se parece, dice otra; ayer me envió con aquella vecina de enfrente, que adereza valonas, que es amiga á quien fio mis secretos, un calzado que vale seis reales de á ocho; allá le tengo, hasta que haya ocasion de ponérmele. Llegan á este tiempo otros galanes nuevos, que tienen; y cada una se aparta á ha-

blar con el suyo, y el cántaro está como salió de casa. Diviéndose á rincones oscuros ó portales cercanos á la fuente, á tiempo que la ronda de media docena de alguaciles, con mucha bulla y aquello de : Ténganse á la justicia, ¿quién dirémos? los espanta. Una suelta el cántaro por huir, y á su galán se le cae el sombrero por escaparse; otra, que está en un portal con su guapo, se suben él y ella una escalera arriba; otra da en manos de un alguacil; aflígease á vueltas de buen rostro, repara en ella el ministro, porque le ha concedido el verla la luz que le ha comunicado un bodegoncillo cercano; parécele bien, y en lugar de hacer su oficio, la requiebra ó manosea, dale palabra de que el día siguiente se verá con él en tal parte, y despedida se va á casa sin agua. La que subió la escalera arriba con su cuyo, turbada se le cae el cántaro á la puerta de un cuarto de la casa; salen al ruido dos mozos, y al dicho galán de Mariblanca le dan una sotana de palos, creyendo que atrevido con la regla del medio partir se había puesto á multiplicar; á ella la ponen de palabra, mejor que merecía. Salen fuera, y ella se va sin cántaro á casa. Otra que á lo oscuro de un rincón se había ido con la turbación que la justicia la puso, se le cae la mantilla, y sin ella se ausenta; vanse á casa al cabo de dos horas: la una dice que no ha podido llenar por haber mucha gente; otra que por llenar la han quebrado el cántaro; otra entra muy espantada, santiguándose, diciendo que de milagro de Dios viene con vida, que no sabe cómo se ha librado de mas de treinta espadas desnudas, que por bien empleado da el haber perdido la mantilla y no la vida. Los amos, aunque riñen, al fin lo creen; y no creen los pecados que evitan en evitar que vayan á tal hora por agua, y el ahorro que al cabo del año se hallan, dando limosna á un pobre aguador para que lo traiga, excusando la murmuración, el escándalo, el tiempo mal gastado, con tantos pecados mortales; y cree, amigo Onofre, prosiguió Juanillo, que se me ofrecía harto que decir, pero no quiero detenerme en las calles de Madrid de noche, que huelen mal las verdades, y temo la ronda del mal gusto no me encuentre y murmure las razones.

DISCURSO XIV.

La noche triste, muerte del mas alegre día, había tendido su negro manto, con que avisa á los mortales que todo tiene fin. Y ya aquellos que su vida y costumbres no caben en el mundo de día se van disponiendo para salir de noche; y Juanillo dijo á Onofre así: Pues nuestro entretenimiento es oír y ver las cosas mas notables que en aqueste mundo abreviado suceden, y ya que no sean todas, la mayor parte no ha de ser posible, atenderémos á las que pudieran registrar. Cuando á la puerta de una taberna vieron que se había llegado mucha gente, y acercándose Juanillo, preguntó á un mozo la causa, á quien respondió así: Este ruido es que llevaban á la cárcel á un hombre y una mujer, y se han entrado á socorrer en esta casa como á sagrado, por

ser el dueño lacayo de un vizconde, y que por entonces no estaba en ella, que si lo estuviera, no se hubiera atrevido la justicia á entrar dentro, porque era Toribio peor que el diablo, y no sufría burlas. Y reparando atentos los dos amigos, vieron que la justicia queria descubrir la cara á la mujer, y ella lo defendía con grande extremo, pues no era bastante el ofrecer dejarla libre si lo hacia, hasta que la mujer del señor Toribio, atando la boquilla la del pellejo que gobernaba, se levantó del puesto donde media, y á fuerza la hizo descubrir, manifestando un bulto de tiniebla ó mendrugo de azabache, pues era una negra, con mas hocico que el de un puerco, pero ladina portuguesa. El hombre que con ella cogieron se quedó turbado, sin saber qué decir, hasta que el alguacil le dijo: Cierito que iba vuestra merced muy bien empleado con tan buena albaja; ¿es posible que un hombre blanco haga tal? El hombre, absorto y como fuera de sí, no hacia mas de mirar y hacerse cruces mal formadas en el rostro, diciendo con medias razones rempujadas á pausas: Por blanca y muy bizarra la he tenido, porque el lenguaje podia engañar al mas avisado, así en lo pulido de las razones como en lo entendido de ellas; no he tenido ocasion de haberla visto la cara, ni aun una mano, porque el manto y los guantes lo han defendido; hela dicho que se descubriese para verla la cara, á lo que me respondió que amor vendado vencia, y otras razones á este tono, á tiempo que vuestras mercedes llegaron, y ahora los suplico la envíen con Dios, y á mí me lleven donde gustaren. Púsose de por medio la señora de casa, con que dejaron ir libres el día y la noche en aquellos dos amantes. Entre la gente que había llegado fué uno un sacerdote, que habiendo visto lo que había pasado, y oyendo á algunos que espantados estaban del engaño de la negra, los dijo así: Mucho me admira que de un rostro negro hagan tanta novedad los hombres, y no la hagan de una alma en pecado, que estándolo, no hay cosa mas fea y abominable. ¿Qué mujer hay de aquestas de mal vivir, pues solo es engañar, que aunque á la vista sea hermosa y blanca, todo aquello no pasa del rostro, pues solo del rostro cuidan para contentar, dejando el alma mas podrida y asquerosa que las hediondas bafeas que arroja la sierpe cuando se renueva? Pues ¿qué mujer, volvió á decir, hay destas que no procure dejar á un hombre tan feo y espantoso que por no verle cierran los ángeles los ojos? Adelante deseaba Onofre que pasara, pero dió fin á sus razones por la indecencia del lugar, que el que oye hablar á puerta de taberna, no repara en el dueño de las razones, pues de ordinario juzga ser la causa la mercadería que allí se vende.

Su viaje siguieron Onofre y Juanillo, y á breve instancia vieron á la puerta de otra tienda de vino cuatro mozos de buena edad y pocas barbas, que tratando de la valentía, dijo el uno que sabiendo las cuatro generales, no habia menester mas para salir en un juego público; á lo que otro respondió que aunque eran las principales heridas, no bastaba el saberlas, sin saber defenderlas del contrario. Otro dijo que no habia mas destreza que

buen ánimo y tirar estocadas. El otro, que no había hablado por tener la boca ocupada mascando algo, dijo: ¿Qué destreza como la deste laud, puesto en el ángulo corvo, y no estarnos mareando con sus ángulos obtusos y agudos? Empinó con esto el jarro, y entrególe á otra para que hiciese la razon, á tiempo que dos estudiantes salían de la taberna sin pagar despues de haber bebido, á quien la medidora daba voces, diciendo: ¿Quién es el que ha de pagar el vino? Y los cuatro amigos, que no habían reparado en los estudiantes, creyendo que con ellos hablaba, la respondieron que otra vez mirase la cara á quien echaba el vino, y no fuese bachillera. La moza respondió que no hablaba con ellos, que lo había dicho por dos estudiantes que se habían ido sin pagar. Llegó á este tiempo el dueño de la casa, y habiendo oído decir que se iban sin pagar empezó á gruñir entre dientes, hasta que rompió con la voz, y dijo que era mucha desvergüenza la que se hacía en su casa, mirando á los cuatro amigos desde los piés á la cabeza; y el uno, enfadado de que los mirase y hablase de aquel modo, no teniendo ellos la culpa, le dijo que se fuese poco á poco, ó trajese espada para hablar como hombre, y no como dueña. Entró por ella como un viento, y la medidora empezó á dar voces, y como le vió salir con espada desnuda, desamparó el pellejo, sin echarle freno en la boca, y fué á favorecer á su amo. Al salir á la calle los cuatro camaradas echaron á rodar una mesa de castañas asadas y una olla de mondongo, echando al aire las discípulas de Narvaez; y al salir el tabernero le dieron un trasquilón, obrado de un tajo, con que dijo: ¡Confesion, que me han muerto! Llegó justicia, y los cuatro diestros se fueron al cuarto de la salud. Asieron del herido para meterlo en casa, toda alborotada, llena de gente, y el baño y el suelo lleno de vino; llamaron á un barbero para que le tomase la sangre y curase, y despues de curado, le tomaron su declaracion, luego á la medidora, castañera y mondonguera, que tenían que llorar, una sus castañas, otra su mondongo, otra su vino, y el tabernero su cabeza rota; y por si acaso había heridos de la otra parte, le llevaron á la cárcel, embargándole cuanto tenía, depositándolo en un bodegonero, compadre suyo. Estaban Juanillo y Onofre mirándolo todo, admirados de los lances impensados que le vienen á un hombre sin buscarlos. Si este hombre, dijo Onofre, hubiera tenido mas prudencia, sin echarse tan presto con la carga, y mas atento supiera quién eran los culpados, y por cantidad que serian cuatro cuartos cuando mas, se reportara y juzgara que á lo hecho no había ya remedio, mas quieto se hallara ahora, y no que por haber hablado arrojadamente, se halla herido, preso, y su vino vertido, y que le costará su dinero. Vamos de aquí, dijo Juanillo, acercándonos á la Plaza Mayor, pues la noche convida con su quietud y claridad. Así lo hicieron, y antes de llegar á la plazuela de Anton Martin, vieron que la ronda de unos ministros de corte habían detenido á un hombre á quien quitaron un broquel y un estoque; y como le hallaron aquellas armas indecentes, le miraron con mas cuida-

do, y toparon dos pistolas cargadas; y preguntándole quién era, que se atrevia á traer aquellas armas vedadas, respondió que hermano de un despensero, y que él era botiller de un señor; y si le quitaban algo de lo que llevaba, se enojaria su amo, y les pesaria de haberlo hecho, á lo que un ministro enojado, levantando la mano, le sacudió con unas cuantas puñadas, dejándose las muy bien asidas, y á empellones le fué guiando á la casa donde un ángel tremola la espada de la justicia, para que allí amansase los tufos, como lo hacen los mas valientes. Si este zafio gallego, dijo Onofre, que en el habla he conocido que lo es, se atreve á esto, ¿qué hará quien con alguna libertad puede? Así está todo perdido, replicó Juanillo, pues apenas entran estos monstruos galicianos en Madrid, cuando para comer asen de una esportilla, ó tomando dos cántaros trasiegan agua, y luego subiendo á mayores, se acomodan á lacayos de un señor, y apenas lo son, cuando se echan vaina abierta, y muy tiesos de cola se la van mirando como á cosa que nuevamente sale de aquel bulto; y luego no falta una Dominga, que hecha ama por la leche, le da para colecto, con que á pocos escalones sube al extremo que este que va á la cárcel.

Su camino seguian los dos amigos, cuando á la puerta de una tienda de tabaco vieron dos fantasmas amortajados en seda, mas melindrosos que títeres de vidrio, destos que lo mas del año traen los zapatos con los talones acuchillados y cosidos con lazos negros, la espada muy limpia, y la camisa no tanto, muy barbihechos de rostro, y deshechos de vientre, sombrero trique, y vueltas bailarinas, y lacito de color en la negra toquilla; en fin, son los que sirven de carga á un macho ó mula, que parece de tahona, acompañando á una silla, donde va una dueña de la edad, atenidos á tres reales cada dia. Estaba el uno, muy vejiga en lo hueco, contando al otro las gracias y partes de su dama; alabábala el pié, y por apocarle decia que era un pigme, y que muchas veces le parecia duende. Sin reservar lo mas secreto, la fué pintando, y luego pasó á las alhajas del cuarto de casa, contando del estrado y colgaduras de la cama, adorno de pinturas, escritorios y demás trastos, hasta que cansado de mentir, dió lugar para que empezara el otro. Los dos amigos estaban atentos, y Juanillo, ya cansado de oír á un tonto, dijo á su amigo: Yo apostaré que la tal dama calza sus ocho largos de zapato, y tendrá los piés con mas juanillos que dedos, y apenas llegará de la ronda cuando se descalzará, para que salgan los malos humores; y aunque salen algunos, muchos entran. Miren este bobo, que quiere sustentar con veinte y cinco cuartos, que el ochavo que falta á tres reales que le dan es la renta del mayordomo; y si quiere Dios, el estrado será un redor de real y medio; la cama un mal jergon, lleno de la pajaza donde viene el vidrio; las colgaduras las que teje el araña, que el cuarto de la vivienda será el primero donde con mas libertad anidan ratones, y nacen los gatos ariscos. Los escritorios serán una arquilla de seis reales, comprada en la tornería, donde guarda las drogas que la pintan el ros-

tro, que para los vestidos no ha menester encierro, que solo el que trae es el que tiene. Las pinturas serán cuatro papelones enalmagrados de los que traen los franceses. Y aunque fuera verdad cuanto ha dicho, dijo Onofre, y tuviera una dama como un ángel, para qué la alaba á otro hombre, sabiendo que el deseo es ave que vuela, y que todo cuanto habla es poner alientos de verla en el que escucha. ¡Oh qué tontedad en muchos que hay como este! Que aun de sus propias mujeres manifiestan las gracias en públicas conversaciones, sin reparar que el real sitio del Escorial se desea ver por lo que se oye alabar; el que le ha visto apasionado alaba sus partes, y el que escucha labra deseos de verlas; lo mismo sucede alabando el mentecato cuatro melindres de su dama ó mujer, que el que escucha desea verlos, y procura que se hagan con él para notarlos mejor; y aunque se quede con deseos no mas, ya basta la intencion de ofendelle, por ser hablador. Alabar las partes de la mujer, pruebo que es bueno, siendo las del alma, como decir: Tengo una mujer, que me ha dado el cielo, virtuosa y santa; cada dia confiesa y comulga, no consiente la murmuracion donde ella está, ni que se ofenda al prójimo; es caritativa y piadosa. El que escucha estas partes, solo dice: Gracias á Dios, ¡quién la imitara! ¡Dichosa ella y quien con ella habita! Pero el que escucha gracias del cuerpo y melindres exteriores, calla y desea el verlos; y viéndolos, procura gozar de aquel cariño, con que ya te ofende con el pensamiento, y se anima á la palabra, y si le surte, ejecuta la obra, teniendo tú la culpa de todo.

Cansados de haber oido aquellos dos tontos, mudaron de sitio Onofre y Juanillo; y á pocos pasos oyeron que de una casa, algo oscura la entrada, salia un ay lastimoso, repetido algunas veces; y con el deseo de saber, pues no los movia otra cosa, se detuvieron, y Onofre, como mas animoso, entró en el zaguan, donde oyó formadas razones, y aunque revueltas entre ansias, conoció eran de mujer, y prestando el oido atento, notó que la que se quejaba decia así: ¿Es posible que no baste el llevarme mi pobre hacienda y la ajena sin tenerme á mí y á esa criatura atadas deste modo? ¿Qué defensa ven en una pobre mujer sola, sin mas amparo que el de Dios? No hubo menester Onofre oír mas razones, pues en las que habia escuchado conoció que eran ladrones, y sacando la espada, entró mas adentro, hasta que el resplandor que salia por el agujero de una puerta, comunicado de una luz, le informó ser allí donde se formaban aquellas amargas quejas, y sin atender al riesgo que le podia venir, dió tan grande golpe á la puerta, que saltando un pedazo de tabla, quedó bastante abertura para que viese eran dos hombres, que estaban liando lo que habia en el aposento, y ya turbados con el golpe de la puerta, mostraban cobardía en sus acciones, á tiempo que ejecutando Onofre otro golpe en la puerta, quedó franca la entrada, acometiendo y diciéndoles: ¡Ah, ladrones infames! ¿cómo os atreveis á una pobre mujer? dando al uno tan recia cuchillada, que obediente besó la tierra,

y el otro temblando no sabia lo que le habia sucedido, á tiempo que dos vecinos de la casa, que vivian en el cuarto alto bajaban con luz y sus espadas desnudas; pero ya Onofre los habia quitado á los ladrones las espadas, y Juanillo habia desatado á la mujer, pues ya se venia á Onofre, agradeciéndole el piadoso socorro; y como hay ministros sobrados por cualquiera parte, en esta no faltaron, pues media docena llenaron el aposento, empezando á preguntar la causa de aquel alboroto, á quien Onofre dijo que la dueña de casa daría mas razon que nadie, y ella medrosa y llorosa dijo así: Yo soy una pobre mujer, lavandera; viniendo esta noche del río, abrí este aposento, y dejando dentro esta criatura, salí á encender una luz, y cuando volví con ella hallé á estos dos hombres dentro, que la primera palabra fué decirme que el callar me daría la vida, y asiéndome las manos, me las ataron, haciendo lo mismo á esta criatura, sin tener piedad de sus tiernas lágrimas; vi que iban liando toda la ropa, sin reservar nada, en ocasion que estos dos señores, que ángeles deben de ser, echaron la puerta en el suelo, socorriéndome. Lo demás diré yo, dijo Onofre, pues el haberlo hecho fué que, pasando por la calle, oí las quejas desta pobre mujer, y habiendo notado en ellas la causa, entré á darla socorro, y creyendo que estos hombres se pusiesen en defensa, los acometí con la espada á la mano. A ese tiempo bajamos nosotros, dijeron los vecinos, por haber oido decir: ¿Cómo os atreveis á una pobre mujer? En fin, la justicia, atando un pañuelo al herido, maniatándolos, ordenaron de llevarlos á la cárcel, suplicando á Onofre los acompañase hasta en casa de un juez para que dijese su dicho, á quien Onofre obedeció, quedando el juez y todos los ministros agradecidos de su bizarría, y despedidos, se fueron los dos amigos á proseguir su tarea.

DISCURSO XV.

Avisos daban los relojes á la vida humana de su velocidad y carrera, pues apenas la empieza, cuando apenas halla carrera que seguir. Mira que tienes una hora menos de vida, ya te aviso; esto hace el primer reloj que se oye, y los demás avisan lo que ya se sabe. Contando las horas estaban Juanillo y Onofre, á tiempo que un agua va de una fregona, dama del esparto molido, los hizo detener con algun temor, aunque estaban lejos, y mintió, segun se vió, pues arrojó bien poca agua; acertó á caer en las costas todo el principal á dos hombres que, al oír decir agua va, levantaron la vista para huir del relámpago, y les dió el trueno sin perderse nada, pues antes de llegar al suelo lo recogieron. El uno, que á lo que se oyó no tenia mucha paciencia, empezó á decir razones notables, sin reservar el eres una tal tú y tu ama. El otro no hacia mas de sacudirse, cuando la luz del farol de un demandante los acabó de rematar la poca paciencia que los habia queda lo, pues vieron lo que rato habia que oían, siendo causa para que, cólericos y determinados, quitándole la luz, subiesen una

escalera que les pareció ser camino para su venganza, y llamando á una puerta, de donde les pareció habrían salido aquellos trastos digeridos, aunque lo hicieron con palabras injuriosas, viendo que nadie respondía, se bajaron á tiempo que al salir á la calle los cogió las enjuagaduras, de donde participó el pobre demandante; volvieron las razones en el colérico, y el otro con mucha paciencia dijo se fuesen, pues ya iban enjuagados.

A todo lo que habia sucedido estaban Onofre y Juanillo en un portal de enfrente, y viendo que se habian ido los escabechados, hicieron ellos lo mismo, hallándose á breves pasos en la calle Mayor, y de una casa, que por el hueco de la cerradura de la puerta manifestaba haber luz dentro, oyeron una voz agradable, á quien suspensos atendieron por gozar lo dulce de su eco, que el dueño por divertirse cantaba así:

Corazon, ¿qué pretendes,
Que te atreves á dar
Suspiros á las rejas
De la mayor beldad?

Deten el paso altivo,
No quieras emplear
Tu amor en imposibles,
Pudiendo quieto andar.

Sosíégate, que avisos
Doy á tu voluntad;
Pues teniéndola libre,
La quieres cautivar.

Desvanecerte miro,
Con gran desigualdad;
Pues humilde pretendes
Hasta el cielo llegar.

Amar una hermosura
Que no se ha de alcanzar,
Es un querer que pasa
A ser locura ya.

Dirás que no hay mas dicha
Que prisionero estar,
Donde es cierto que un ángel
Dulces prisiones da.

Y que atrevido quieres
En sus altares dar
Todo un libre albedrio
A quien puede mandar.

Que teniendo tal dueño,
Es la cautividad
Alegria, y lo libre
Triste prision será.

Concedo que el amor
En ti puede reinar,
Mas mira que es criatura
Sujeta por mortal.

Amar al Hacedor
Es el mejor amar;
Pues aquello que hizo
Deshacerlo podrá.

Esto un pastor cantaba,
Cerca donde el cristal
De encogido pasaba
A ser corriente ya.

Y desde sus orillas,
Por crecer su caudal,
Lágrimas le ofrecía,
Que le cuestan llorar.

¿Quién será el dueño de tan agradable voz, dijo Onofre, que suspende con la dulzura de su canto? Aquí, respondió Juanillo, viven unos oficiales, que bordan cuanto hacen por sus manos, y sin duda estarán velando. Divertidos estaban los dos amigos, cuando llegaron á ellos dos pobres, segun sus razones, pues en ellas declaraban serlo, y con mucha cortesía les pidieron una limosna para la posada, diciendo era grande su necesidad, y de pobres soldados estropeados de balazos. Compadecido Onofre, los dijo se cubriesen, echando mano á la faltriquera, cuando otros dos compañeros de los pobres asieron á Onofre y Juanillo por detrás, sin dejarlos ser dueños de sus acciones, ofreciéndose los que pidieron la limosna á mirarlos las bolsas; pero á esta ocasion de la puerta donde oyeron cantar salian cuatro mozos de buen brio, de los que con facilidad sacan la de Alemania de la angosta prision donde descansan, y como vieron bultos, se fueron acercando á ellos, y los ladrones ó pobres de conciencia, viendo el miedo á los ojos, soltaron la presa, y poniéndose en fuga con la diligencia posible; y así que Onofre se vió suelto, sacó la espada con tono de jah, ladrones! á cuya voz

hicieron lo mismo los cuatro camaradas, ofreciéndose al alcance dellos, pero fué en vano, porque huian, y no es todo un huir con necesidad ó correr por gusto. Dejáronlos, preguntando la causa á Onofre, y sabida, se pelaban por no haberlos pelado, ofreciéndose los mozos de servirlos ó que mirasen si mandaban alguna cosa, de quien agradecidos Onofre y Juanillo, se despidieron, echando una calle abajo, donde oyeron de una cueva, que señales de tener luz la misma luz les daba, que salía una voz á lo francés; haciendo reparo, conocieron que era un figon, donde estaban aderezando aves; y atentos vieron que á unos gallos cortaban las crestas muy á raíz, y luego con el patillo de extender la masa los aporreaban las agudas pechugas, dejando las cuadradas alas que parecían perfiles; y luego los meclaban con tocino, y tardeaban con agua azafranada, dejándolos tan capados, que por tales pasaban plaza. ¡Ah, ladrones, engañadores del mundo! dijo Juanillo, no tan quedo que oído de los gabachos, los dieron con la trampa en los piés. Mudaron de sitio los dos amigos, y á poco espacio vieron salir luz de otra cueva, y cuidadosos notaron que en lo mas profundo della estaban un hombre y una mujer empleándose en ejercicios pios, pues cristianaban al hijo de Valdemoro; ella tenía el pellejo, y él con un jarro iba llenando las faltas. Plegue á Dios, dijo Juanillo, que reventados halleis los pellejos aguados por la mañana, ladrones con ganzúas de agua, que lo que Dios envía puro lo poneis tai, que no tiene brio para decir que es vino. ¿Que se consienta esto en el mundo! dijo Onofre. A quien Juanillo respondió: No te espantes, que así ha labrado esta casa en que vive, que algun príncipe no la tiene tan buena, y se pasea en un macho que vale ducientos ducados, y no ha muchos años que era mozo de pellejos en aquella taberna de enfrente, y el otro día corrió gansos en un caballo enjaezado; pero ¿para qué nos cansamos? que ya se pasó el tiempo del remedio, y vino el de la aflicción; ya se acabó el tiempo cuando se vendía vino, y ya ha muchos días que las lunas tabernales traen muestras de agua; no gastemos el tiempo tan mal gastado como en cosas que cada día van á peor; pero escucha, que, si no me engaña el oído, instrumentos suenan cerca, y puede ser que sea para cantar, pues el ruido que hacen parece que es templarlos. Así fué, que habiendo templado y concordado los instrumentos cuatro músicos, que amparados de dos embozados procurando publicar lo diestro de sus voces, cantaron así:

Si de tu hermosura quieres
Una copia con mil gracias,
Escucha, porque pretendo
El pintarla.

Eres dueña del lugar,
Bandolera de las almas,
Iman de los albedrios,
Linda alhaja.

Es tu talle hermoso y medroso,
Todo en un puño se halla,
Que siendo su dueño un ángel,
Me admiraba.

Un rasgo de tu hermosura
Quisiera yo al retratarla,

Que es estrella, es cielo, es sol,
No es sino el alba.

El atrevido que al pelo
Te mira por su desgracia,
Hallará en cadenas de oro
Prision larga.

Es tu frente toda nieve,
Y el alabastro batallas
Ofreció al amor, haciendo
En ella vaya.

Amor labró de tus cejas
Dos arcos para su aljaba,
Y debajo ha descubierto
Quien le mata.

Es tu nariz nada impropia,
De lo ajustado la mapa,
Y aunque cubre dos claveles,
Poco tapa.

Al resquicio de carmín
El dios vendado, en venganza,
Por guarda le puso perlas
En dos bandas.

En tu barba hay un sepulcro,
Donde se sepultan almas,
Y por matador al rostro
Le remata.

Dos azucenas animas
Pequeñas, pero tan blancas,
Que amor sin vista quedó
De mirarlas.

Remataré con el pié,
Trasto que apenas se halla,
Que tan hermoso edificio
Es poca planta.

Apenas hubieron acabado de cantar, cuando dé una casa grande, cuyo zaguan no tenia puerta que le cerrase, vieron salir cuatro hombres, que despidiendo de sí las capas, manifestaron las manos ocupadas con sus espadas y broqueles, y sin hablar mas razones de á los atrevidos se castiga así, empezaron á jugar el látigo con alentado brio, sin dar lugar á que los pobres músicos pusiesen en guarda sus instrumentos, pues haciendo escudo dellos, fueron los primeros que quebraron, en fin como cosa vana. Salieron á su defensa los dos embozados, pero aunque empezaron con buen aire, lo pasaron mal, pues habiéndole quebrado el broquel al uno, le alcanzó una estocada, dando en el suelo el cuerpo, y el aliento en el último vale de su vida; que á un ¡ay de mí! ¡muerto soy! se ausentaron los cuatro, y el compañero hizo lo mismo.

Absorto estaba Onofre de lo que habia pasado, á quien Juanillo dijo: El ausentarnos de aquí ha de ser luego, que si viene la justicia, puede ser que paguemos los justos por los pecadores. Hiciéronlo con brevedad, y ya léjos preguntó Onofre á Juanillo la causa de lo que habia pasado, qué seria su principal motivo, pues no habian cantado aquellos hombres cosa que ofendiese á nadie; que alabar las partes de la belleza de una dama y sin nombrarla, permitido era en todo el mundo; á quien Juanillo respondió así: Esta música sin duda se daba á alguna dama para enamorarla, como si el oído se hubiera de enamorar del que paga la voz ó el que la tiene, pues mas razon será enamorarse del que canta bien que del tonto que se vale de otro para ser querido; y sin duda pretensores ó dueños de la casa de la dama eran los que defendieron el puesto, que son cosas que suceden, y muchas veces está la da-

ma á la vista, holgándose de que por su ocasion haya cuchilladas y muertes, que con eso cree que tiene partes para ser amada, pues por ella se pierden los hombres; y los tontos no reparan que los tiene poco amor quien gusta de verlos morir. Largo trecho se habian apartado, cuando á lo léjos vieron un bulto todo blanco, con una luz, que á ratos andaba hácia ellos, y á ratos se paraba, y que grande cantidad de perros al rededor le ladraban, con repetidos aullidos, y Juanillo muy arrimado á Onofre le dijo: ¡Hola! parece que aquel bulto cuando quiere se alarga y se acorta. Así es verdad, dijo Onofre, pero no temas, pue puede ser cosa que despues nos haga convertir el temor en risa. Tambien puede ser, replicó Juanillo, el alma de Garibay, que segun Quevedo dice, siempre anda cargado de perros, ó puede ser la de la lavandera de Toledo, ó el alma de Pedro Grullo, que como andamos entre verdades manifestas, nos vendrá á hacer compañía. Todo este discurso habia hecho la medrosa imaginación de Juanillo, cuando ya mas cerca, conocieron que era una mujer de las que llamamos traperas, que andaba mirando las busuras de la calle, toda revuelta en una mantilla blancá, con un esportillo en el brazo, y en la mano un palo con un garabato; y ya cobrado Juanillo del susto que le causó el ver que se alargaba cuando queria, haciéndolo cuando se bajaba á las basuras y volvía á enderezarse. ¡Oh qué de cosas forma en su idea la imaginación; y mas de noche! decia entre sí Juanillo, cuando emparejando con ella, la preguntó Onofre: ¿Qué hora es? A lo que la mujer respondió: Las once, y ya es hora de recogerse, y mas quien no tiene que hacer, pues no se gana nada en andar de noche. Pasaron adelante, y á poca estancia oyeron unos golpes, revueltos entre gemidos, y á ratos unos silbos medrosos, á que Onofre preguntó qué ruido era aquel. Y Juanillo respondió: Allí es un obrador, donde fabrican sombreros, y siempre trabajan con este ruido. ¡Oh miseria del mundo! dijo Onofre, ¡con qué trabajo ganan la comida algunos, y con cuánto descanso comen otros! A tiempo que llegando á la puerta de la casa, vieron por el hueco de la cerradura unos hombres medio desnudos, entre montes de niebla, amasando lana, á cuyo afan gemian y silbaban. Estos hombres, dijo Onofre, cuando gimen se quejan de su fortuna rigurosa, pues del modo que se ve afanan para conservar la triste vida; y á mi entender cuando silban llaman á la muerte para que dé fin á tantos pesares. En esta contemplacion estaba Onofre, cuando de una casa grande vieron abrir, de un balcon que hacia espaldas á la casa, una ventana, á cuyo ruido un hombre, que aguardando estaba aquel lance, vieron que se determinaba á subir por una reja baja, que se enlazaba con el balcon, donde abrieron la ventana; y reparando atentos los dos amigos, encubiertos en el hueco de un pórtico, vieron que de la ventana sacó una mujer el brazo, arrojando la punta de un cordel, dejando la otra atada al balcon, con que el que subia se ayudó para llegar arriba con brevedad, entrando por la ventana y cerrándola. Gran-

de atrevimiento es este, dijo Onofre, y no ha dado señales en la turbación de ser la primera vez que ha escalado la casa. ¡Oh mujer determinada, que á tal hora das entrada á un hombre por una ventana, sin mirar tantos riesgos como pueden venir! Eso, dijo Juanillo, ya lo hacen ellas con seguridad bastante. En esta casa vive un caballero, casado con una señora principal; tienen criadas, y alguna será la dueña del atrevimiento; estarán ya sus amos en la fuerza del primer sueño, y ella vigilante habrá aguardado hora para que su galán entre, sin reparar el que quiebra el precepto de fiel criada, que ultraja el sagrado de la casa, que si se entendiera tal caso, el dueño imaginara temerariamente en su inocente esposa, pues al oír decir: Un hombre entra á deshoras en tu casa por un balcon, ¡cuántas imaginaciones habian de batallar con su pensamiento, siendo causa de todo una vil criada! y cómo deben los que se sirven dellas procurar el exámen riguroso de sus costumbres y mañas; y ya que no pueda ser, sea el que habiten lo mas á trasmano de la casa, sin que puedan ser dueñas de ver la calle de noche, pues con eso se corta el hilo á todas sus infames determinaciones. Aquí llegaba Juanillo, cuando vieron que volvian á abrir la ventana; ya salía el hombre que habia entrado, sacando de camino un envoltorio grande, que despues de haber bajado se le echó atado al cordel la señora, y cargado con él guió mas ligero que un viento, y ella, quitando el lazo, cerró la ventana.

¿Qué te parece? dijo Juanillo; ¡qué lance para llegar la justicia y asir deste galán cernicalo! Mira qué ocasion para que se descubriera la fiel criada que tal hace, que despues de violar la casa, la roba, y se puede creer, pues no es dificultoso el que sea, que la traerá engañada con que se ha de casar con ella; y deste modo vayan sangrando el hacienda de la casa. Ella pensará que en saliéndose ha de hallar ajuar en casa de su galán, y él se luce echando cada día su gala al tiempo, como muchos lo hacen, sin tener juros ni rentas. El que lo ve juzga el por dónde vendrá encañada tanta gala y tanto perejil, y mira los manantiales de donde producen. ¡Ah, mala mujer! que te engañas en engañar á quien se fía de tí; tu castigo te tengo de decir, pues por las obras presentes presto se copia las venideras. Atiende; te las pintaré, que puede ser que el miedo te traiga á la enmienda, diciéndote en lo que has de parar si corres tan desbocada.

Pareciéndote que ya tienes hacienda adquirida, como sabes, sin reparar que lo que es del diablo, él se lo lleva, buscas ocasion de reñir en casa de tus amos, para que te despidan; hácento, enfadados de tí y tus razones. Mira si supieran quién eres, ¿qué hicieran? Sales contenta en busca de la casa de tu galán, imagínasla poblada, y hállasla desierta; créíasla compuesta y alhajada, y hallan tus ojos muy poco que ver, pues contemplan una sala de esgrimidor. Preguntas por las alhajas que has ganado á la uña, y por las que con el dinero que le dabas pensaste que hubiera comprado;

respóndete que las tiene en casa de un amigo; créeslo por el presente, porque no sabes quién es tu galán; pasa aquel primero día, y ya te mira junto á sí, y te contempla maza, que la dama en cuanto nueva es buena, pues solo el matrimonio de Dios honesto y virtuoso goza la dicha de no enfadar. Ya falta de tu lado el día entero y la entera noche; dícesle que cuándo os habeis de casar, y entretiénete con palabras; va rompiéndose el zapato, lo mismo hace la media, el manto pide otro, el vestido se rie de tí, la comida falta, el cariño no sobra; ves en él muchos desvíos; conócesle la flor, y procuras buscar la del berro, porque para tí no hay otro remedio; á él no se le da nada, porque siempre hombres de tal humor son mansos, y no riñen por cosa alguna. Tú te das prisa por lucirte, sin desechar ripio; pasa un día y otro día, naturaleza se va cansando, el mal humor reina, y el pecado va arrojando sus ganancias á la vista, disfrazadas en un color entre morado y colorado, que enseña en las narices; allí le arroja, por ser la parte donde toma el primer bocado la tierra; extiéndose este color á la parte alta, sembrando por la frente unas rosas ó manchas, que mas son manchas que rosas, y como nó se descuida el mal humor que reina dentro, hace madurar estas manchas, convirtiéndolas en gomas. Los mas árboles la crian, y donde la muestran es en parte que ha recibido herida ó golpe, ó fué causa de daño; allí arroja la goma, y el cuerpo humano en el rostro, como parte que fué principal instrumento para adquirir este afán, que tanto desfigura, pues á la hermosura mas salada en gracias exteriores se le muda la forma en arrojando estas flores al rostro, causando desvío en quien mas la solicitó y quiso; aun entonces no procurarás el remedio entre estos golpes, con que dice el pecado: Aquí vivo y no muero, pues á mas no poder, harás lo que el mercader de paños, que tapa la buena pieza con el retal manchado ó con el pedazo que liarto de rodar la tienda perdió el color; lo mismo harás, triste, á mas no poder, tapar otras mejores, si acaso hay mejoría entre tal gente, haciendo terceros papeles en tal comedia del demonio, hasta que cumpliendo la condenacion de zarza, quedarás en el espinó á vivir muriendo, dando con todo tu edificio en una cama. Dura la enfermedad, vas vendiendo lo comprado á mas de lo que costó, pues costó gustos y pasatiempos; y ahora se vende á peso de dolores, llanto y necesidad. El galán en un tiempo ya no te acude, porque no tienes qué te coma; acábase lo que hay que vender, y tropiezas en la puerta de la iglesia con llagas y dolores; y aun mucho mas merecias; pero quiero darte un consuelo, pues á las que son tales como tú, el mal de otros es gozo; que quien tiene entendimiento, tambien ha de sentir el ajeno como el propio. Escucha la vida de tu galán, que como le faltó lo que por el balcon le dabas, y se le acabó el socorro que hallaba en tí cuando podias trabajar, y como estaba enseñado á galas y paseo, y quedó habituado á sacar lios de hacienda por las ventanas, volvió á ello, pero le duró poco que lo mal ad-

quirido nunca dura mucho, y de un lance en otro dió en la cárcel; pero salió lucido con brevedad, contando ducientos y diez, repartidos por detrás y delante; en esto paró el que querías que fuera tu marido, enseñándole á escalar casas, y harto de tí querías que te diera la mano. Mira cómo te ha dado el pago el mundo, y contempla en tu galan el que le ha dado la justicia; y pues tienes lugar, en cuanto te dejan los dolores, pide á Dios perdón de tus pecados; y las que han empezado á seguir el rumbo que esta, miren lo que hacen, y procuren la enmienda, que aunque ven sol en las bardas de su vicio, miren que se pondrá cuando mas descuidados estén.

DISCURSO XVI.

¿Qué cosa tan cierta es ser la vanidad consumidora de la hacienda, inclinando á torpezas y destruyendo el crédito ganado, hasta que pone á uno en el mas bajo estado del mundo; y el que busca alabanza en boca ajena, suele hallar su vituperio, y el que no la busca, suele asegurarse de ser murmurado! Lo mas cierto es engendrar merecimiento con buenas obras, y con eso se adquiere alabanza segura. No consiste la bondad en el adorno exterior, en obras interiores sí: conocerse uno vale mucho, que habiendo conocimiento propio, hay cierto desengaño. Mal suena el don en quien no le merece; que gran donativo fuera el estancar los dones, sin poder llamársele el rodrigon, el paje ni la fregona, y con eso no se hubiera bastardeado tanto aquella luz de la nobleza. Pues el otro día casó una mujer á una hija con un mozo que su padre supo despedaza un carnero; y preguntándola que con quién habia casado á Mariquita, respondió que con un mozo muy bien nacido, que en verdad que tenia su madre don; la vanidad pinto, que ya sé que aunque el sapo fanfarree, no correrá, ni la mona dejará de serlo aunque se vista de chamelote. El medirse en el estado propio, contento con él, hace mucho para la quietud; el ejercicio ajeno caro costó siempre; y para ejemplo de lo que he dicho, prosiguió Juanillo, escucha á este hombre que canta, pues él mismo desengaña á otros del engaño que él tuvo; pudiendo vivir quieto, se enzarzó aspirando á caballero, de tal modo que, cuando volvió en sí, apenas sacó cosa sana del zarzal de la caballería, y salió tan herido, que tarde ha de convalecer; y pues cantando dice quién es, quien quiso ser y quien volvió á ser, escucha:

Zapatero solia ser,
Vuélveme á mi menester,
Que un hombre, teniendo oficio /
Y pasándolo sin justo,
Busque trato de disgusto
Y se arroje al precipicio,
Mas parece aquesto vicio
Que no procurar valer.
Si el que tiene trato honrado
Busca otro disoluto,
Este mas parece bruto
Que hombre experimentado:
Arrime tanto cuidado
Si quiere tener placer.

Que haya quien, libre siendo,
Se sujete á la justicia,
Solo porque la malicia
Así le va conduciendo,
No puedo alcanzar ni entiendo
Aquesto qué puede ser.
Aquel que pobre nació
Y en humildad fué criado,
En viéndose algo sobrado,
A caballero subió;
Su acabamiento buscó,
Por no saberse abstener.
Si el tiempo da desengaño
A cualquiera que nació,
La culpa la tenga yo
De haber buscado mi daño;
Y pues conozco el engaño,
Que solo estubo en querer,
Desengáñate, cuitado,
Que no hay tal como tu oficio,
O usar del ejercicio
En que estás habituado,
Mirando al tiempo pasado
Cómo acabó tu poder,
Zapatero solia ser.

Este, dijo Juanillo, es zapatero; vióse con alguna hacienda, mas que mediana, y con una hija de razonable cara, enseñada á galas, como tenia con qué; y pareciéndole que casarla con oficial lo tendria su hacienda á mucha mengua, la casó con un paseante enredador, porque decian que era muy bien nacido el señor don Fulano, dándole con la hija la mayor parte de la hacienda, y poco á poco se la dió toda; él tuvo tan buena maña, que en breves dias dió fin á toda; y pareciéndole á este cuitado loco que un yerno con don y sangre colorada no era razon tener un suegro zapatero, arrimó las hormas, dándose á la caballería de don Quijote, sin mas ni mas, y sin reparar que lo que él tenia por ámbar, olian otros cerote, se prendió un don cosido á dos cabos, como quien sabia tan bien; pero acabada la hacienda, el yerno dejó á la mujer, y el padre sin poder sustentarla la puso á servir, y él volvió á su tarea antigua, y ahora hacen burla dél los de su oficio, pues en cualquiera ocasion le llaman don, y á él, aunque está caído, no le suena mal.

Mira tú, amigo Onofre, si el conocerse uno sirve para alivio de la vida, pues si este hiciera reparo en que era un zapatero, y como tal habia de obrar, tratar y ser tratado, y con humilde discurso dar estado á su hija con igual, pues el casarla con otro zapatero no la deslucia de quien era, y si lo hubiera hecho, viviera mas descansado; mucho arrastra y acaba el poder el querer ser caballero, y el pobre que no nació para ello, pues le pone en estado tan bajo, que llega á pedir limosna, siendo causa el querer tener ostentacion como el que puede romper mas que vale su caudal, gozar de galas cuantas fiestas hay, no descuidarse con los mejores bocados que entran en el lugar, y á pocos lances volvemos á lo que antes, á coser ó á remendar, y haciéndolo continuamente sin aspirar á fundar torres sobre poco cimientto, viviera el hombre pobre quieto, considerando el que no nació para mas que pobre y medirse como tal.

Vamos, amigo Onofre, prosiguió Juanillo, acercándonos á la posada, pues ya la hora llama á recoger al

sosiego, que en el camino no faltará en qué detenernos; y así, es menester abreviar el paso, que la mejor fiesta nos aguarda en casa, que ya se irán recogiendo los huéspedes, pues falta poco para las doce, que siendo tu posada cerca de la mía, como lo es, bien puedes gozar un rato de la fiesta que tiene dispuesta aquella tropelia mendiga. Siguióle Onofre, y antes de llegar, en una casa baja, y al parecer de poca vivienda, oyeron que á un tiempo sonaban dos contrarios acentos, pues el uno repetía llanto y tristes voces, y el otro alegría y bulla. Suspensos quedaron los dos amigos oyendo lo que oían, sin poder saber la causa, hasta que de la casa salió un muchacho cantando seguidillas al ruido que hacía tocando en un jarro con los cuartos que llevaba á depositar en casa del aguador legítimo; y preguntándole la causa de su alegría, respondió que había nacido en su casa un niño, y sin decir mas se fué, á tiempo que salía otro llorando y limpiándose á las mangas las lágrimas y mocos. Padre mio, dijo mal pronunciado así que vió gente, sin darle lugar la fuerza del sentimiento para mas razones, pues aprisionada la lengua con el ansia, le faltan fuerzas para quejarse. Preguntóle Juanillo: ¿Qué has, niño, que así te congojas? ¿Quién es causa que tan tiernamente lloras? A que respondió el muchacho: Mi padre, que se ha muerto, es quien causa mi pena. Tantas fueron las lágrimas que acudieron al tierno varon, que sin poder hablar mas palabra, se fué; cuando vieron que una mujer salía de la propia casa cargada con un esportillo, unos fuelles, un alnife y un barreño á quemar las pases de la que había parido, diciendo: ¿Qué mas desengaño quiere el que nace de lo que oye? ¡Oh mujer, dijo Onofre, si sientes como dices, qué bien sientes! ¿Qué mas desengaño para el que nace que llorar al instante, sin tener en toda la vida cumplido descanso, y para asegurárselo mas á este que nace, oye entre la queja de mortal el último acento de la vida, causada de los golpes de la muerte! Acercóse Onofre á la mujer preguntándola la causa de todo lo que se oía y vía, á quien respondió: ¿Qué quiere usted que sea en el mundo mas de trabajos, sustos y aflicciones? En esta casa ha nacido uno á tiempo que otro ha muerto, y por hacer el mundo de las suyas, llora la que ha perdido á su marido, el padre á quien ha venido el hijo le hace reír el alborozo, sin reparar nadie mas de en su provecho y su gusto, pues aquí donde hay alegría con el recién nacido, poco sienten el pesar de los que lloran al difunto; la que ha perdido al esposo llora su pena y pobreza, pues aunque mas la animan, siente la falta de su compañía, sin tener con qué enterrarle, si no es valiéndose de la misericordia que acude á los pobres; y la que ha parido, viendo á su esposo contento con el hijo deseado, tambien se conoce en ella alegría. En fin, valle de lágrimas, pues á este que nace llorando, mañana le llorarán su muerte, ó él llorará la de sus padres, que hoy le están cantando la gala por recién venido. En el inter que la mujer había hablado, ya la lumbré encendi-

da iba quemando las pases, y los dos amigos huyendo del humo se ausentaron, y á pocas casas mas arriba oyeron el algaraz de una mujer que estaba enseñando á hablar á un tordo, á cuyas enfadosas liciones se puso á reír Onofre. Y Juanillo, que conoció la causa, le dijo: ¿Oyes? Esta mujer tiene granjería en esto de criar tordos y perrillos, y el otro día se le perdió un perrito, y gastó mas de cincuenta reales en pregones; y viendo que no parecía, trajo novenario á san Antonio para que se le deparase; y no es sola esta mujer, que hay muchas en Madrid que tienen librado todo su gusto en los perritos de falda, y llega á tanto su desvergüenza y poco miramiento, que cuando están las perritas salidas, que tambien lo deben de estar ellas, pues tal hacen, las tienen en el inter que el perrito de mi señora doña Fulana las cubre. Mejor fuera que los ratos que gastan en estos entretenimientos los emplearan en rezar por las almas del purgatorio, y reparar que el pregonar á un perro y traer novenario por él no son cosas que agradan á Dios ni parecen bien á nadie, si lo miran con cristiana atención. Aquí llegaban los dos amigos, cuando oyeron una voz tan delicada y suave que cantaba tan cerca de donde ellos iban, que Onofre conoció era de mujer en lo cariñoso de su eco y quiebro de su voz, y deteniéndose á una ventana donde salía la voz; oyeron que decía así:

En un espejo, á cuya
Luna eclipsada vió
Laura aquella belleza
Que amor tanto admiró,
Y con lágrimas tristes,
Sentimiento y dolor,
Así contempla y llora
Las horas que perdió.
Ya solo aquel reflejo,
Que el metal azogó,
Mirando su hermosura
Mortal, así empezó:
Si toda humana rosa
En lo que yo paró,
Pues el tiempo atrevido
Su beldad ultrajó,
¿Qué importa la deidad,
Si postrada se vió,
Aunque anduviese un tiempo
Muerto por ella amor?
Atiende, desengaño,
Aunque tarde, á mi voz,
Y mira que esa luna
Dice que ha muerto al sol.
Si este pelo es de quien
Amor flechas labró,
El tiempo con su sitio
Barbacana formó.
¡Ay de mí, si esta frente
Es la vaya en quien dió
La edad tantas batallas,
Ella misma venció!
Si sois vosotros, ojos,
Quien de amores mató,
Hoy á vuestras pestañas
Dió asaltos con rigor,
De miedo os escondeis,
Como falta el valor,

Pues no hay seguridad
En quien mortal nació.
Mejillas, que la rosa
En vosotras halló
Colores que envidiar,
Y uniones que admiró,
Entre vosotras reina
Cárdeno lirio hoy,
A trechos descubriendo
El alel el color.
Que es de tanta blancura,
Que entre pechos formó
Alabastro envidioso,
Nieve con suspension.
Esa boca, en quien hizo
El clavel particion,
Y en tan breve resquicio
Esparcio su valor,
Pálida y amarilla
Rasgada la dejó,
Porque ve que la faltan
Las perlas que la dió.
Y las que han quedado
Toman triste color,
Que acción de buen criado
Es dar gusto al señor.
Si la humana hermosura
Este fin esperó,
Porque cuando podía
Tampoco reparó.
Si pensó de inmortal,
En todo se engañó;
Pues no hay cosa en la vida
Que tenga duración.
Y si de lo que fui
Solo el que fui quedó,
¿Qué aguardo que no arrojo
Lágrimas de dolor?

Aquí acabó con harto sentimiento de Onofre, pues había sido parte su voz para que suspenso hubiese reprimido mas de una vez las lágrimas que surtian á los ojos, á querer mostrar que sentían, como quien can-

tando lloraba, y rompiendo el silencio, dijo así: ¿Eres ángel, ó eres mujer? Eres mujer, ó eres desengaño de la mayor hermosura, que así suspendes con tu voz y avisas del fin tan cierto que nos espera? ¿Quién eres, cuidado, que así despiertas? Centinela que velando detienes el paso á las vanidades, ¿quién te alienta que así elevas el alma? Confiésote, amigo Juan, prosiguió Onofre, que me ha enternecido el alma esta voz de un espíritu desengañado del mundo. Pues para que de veras te admires, dijo Juanillo, escucha, oírás el mayor prodigio de la honestidad. Esta que ha cantado es una doncella sola, á quien dejaron sus padres en tierna edad porque les forzó á ello la muerte, y se ha sustentado hasta hoy con la labor de sus manos; y aunque la han salido muchos casamientos, no ha sido posible acetar alguno ni consentir que la vean la cara, y si alguno se la ve, lo tiene á grande milagro, admirando en ella la mayor hermosura y la mayor honestidad, y todas las noches está velando hasta esta hora de las doce, y luego reza maitines antes de recogerse. Suele acompañarla una buena señora, deuda suya, que es la que sale fuera por lo necesario, y esta casa se la dan para que la viva los dueños de aquella de enfrente, y si la falta algo para su persona, la socorren con mucha puntualidad, que á quien bien vive, hay en este lugar quien bien le hace, pues al paso que el torpe busca la deshonestidad para darla y alimentarla, así el virtuoso busca la honestidad para socorrerla y acudirle. Ella en fin es un ángel en la tierra, y todo cuanto canta es siempre desengaños de la caduca hermosura y edad; y así, Onofre, vuelve en tí, y vamos á la posada, que parece que estás como fuera de ser. Déjame, respondió Onofre, que no sé qué sentimiento interior ha causado esta voz en mí, que sabe pintar las ruinas que el tiempo hace en el edificio de la belleza, de cuya arquitectura solo quedan señales de lo que fué, hasta que también las señales dejan de serlo. ¡Oh bondad inmensa, si reparara el mortal en el empleo de su vida! pues en toda ella cuanto obra todo es maldades, sin atender que bastardea á la memoria dejándola salir con cuanto quiere, sin encaminarla á la muerte, olvidándose que todos los trabajos fueran gustos conformándose con la voluntad de Dios; pero somos tan malos y perezosos, que solo nos animamos á seguir lo que nos daña, sin volver los ojos á la aflicción de un pobre, á los dolores de un tullido, á la torpeza de un ciego, á la miseria de un huérfano, á la tristeza de una viuda, á las necesidades de una pobre doncella recogida, á las curas de un enfermo, á los llantos de un hospital, ni al que va cantando en un ataúd, sin haber duda en que habrá sido nuestro amigo y comido y bebido con él pocas horas antes; á todo tapamos oídos y ojos, abriéndolos solo para nuestra perdición, criando alas para ella como la hormiga, empleando el oído en cosas ilícitas y profanas, y no en lecciones de buen vivir, sin reparar á lo que huele la tierra de una sepultura, donde solo vive la verdad y adonde tiene seguro lugar todo este ser que nos anima. Muy bien estoy, dijo

Juanillo, con todo lo que has dicho, pero déjalo por ahora y sígueme. Obedecióle Onofre, y al volver de una esquina oyeron unas quejas lastimosas, que atendiendo á ellas, conocieron ser de mujer, y alargando el paso Onofre, vió una en cuerpo y con poca vestidura que la adornase, pues á la luz de la luna reparó que para estar en camisa no la sobraba nada; y preguntándola la causa que la movía á semejantes quejas y peticiones de favor á tal hora, en la calle, tan falta de vestidos, á que respondió: Yo me tengo la culpa, pues me creí tan de ligero; hanme desnudado unos ladrones despues de sacarme de mi casa por engaños. Pues ¿cómo una mujer, dijo Onofre, sale de su casa á estas horas, sin mas atencion al decoro que se pierde en tiempo tan excusado para las mujeres? A que respondió: Yo, señor, soy comadre de las que partean, y como este oficio mio tiene obligacion á dejar la casa, el lecho y el lado de su marido siendo llamada para un parto, llegaron á mi casa dos hombres diciendo eran criados de un caballero á cuya casa suelo acudir, y me dijeron me vistiese al punto porque estaba con dolores la señora; y yo, guiándome si eran de la casa ó no, salí con ellos, examinándome por esta callejuela, que así que entré en ella me amenazaron que el callar me daría la vida, y así me fuese desnudando, ó que ellos lo harían, como lo hicieron, dejándome como ustedes me ven; y lo que mas siento es las reliquias que me llevan; y así, por ser mujer, los suplico me acompañen hasta mi casa, que cerca es, pues en el estado que he quedado no es para poder dar un paso sola. Y movidos á piedad los dos amigos, la fueron acompañando hasta dejarla á la puerta de su casa, y prosiguiendo otra vez su viaje, preguntó Onofre á su amigo si habia muchas mujeres de aquellas en Madrid, á quien Juanillo respondió así:

De aquestas mujeres hay las que bastan; aunque el lugar es tan grande, muchas viven de su trabajo, y otras se meten en cosas graves; hay en estas muchos lazos y nudos encubiertos, mas que los que manifiesta un esparavel; son mujeres de secreto, pues saben, cuando Fulana se casa á título de doncella, si está cancelado el signo de su título y si sabe ser madre en el parir, aunque no lo haya sido en el criar; amparan en sus casas á muchas mujeres, no por ser pobres, sino es que la necesidad de quejarse de gustos pasados las hace salir de sus casas, porque no se sienta en ellas que tienen de qué quejarse. Hay otras que saben hacer parir á una estéril aparentemente, llevando consigo lo que esperan que nazca en la casa de la que tiene la barriga de trapos, y siempre andan cargadas de reliquias y piedras preciosas, como la del águila y el iman, y eso era lo que mas sentía que la hubiesen quitado los ladrones. De ordinario estas mujeres tienen por maridos hombres poco celosos, que mas que de sus mujeres, lo son de las ermitas donde lo hay bueno, y los mas son holgazanes, á título de mujer tengo que lo gana; y si no fueran estos tan buenos, mira tú cómo consintieran que otro hombre sacase á su mujer de la cama y

se la llevase, quedando ellos como atun revolcado en lo caliente; y yo conozco algunos hombres que hablan y tienden su red fanfarrona, con la hacienda y favores que adquieren sus mujeres, sin tener vergüenza de en cualquiera conversacion el decir: No temo á la fortuna en cuanto viviere mi Fulana; y muchas no son comedres, pero son parideras, y no reparan en el juicio terrible del mundo, y tambien hay algunas á quien Dios ha dado con que hacer, como hacen, muchas obras de piedad, y no niego alabanza á las buenas, que solo hablo terrible de las que por terribles lo merecen.

Entretenidos en la conversacion, llegaron á la posada de Juanillo, donde llamando á la puerta, fué abierta con grande alegría, por el deseo que tenian de su venida, á quien recibieron con alegre bulla, dándole nombre de: Bien venido, señor presidente, preguntándole quién era el que en su compañía llevaba. A quien Juanillo respondió que el señor Onofre era primo suyo, y habia de ser su huésped lo restante de la noche, dándole licencia para ello; á quien respondieron dos licenciados, destos que barren las dos ceras de una calle á un tiempo, pidiendo con grandes acatamientos y cortesías, sin perdonar casa donde no llaman ó entran, si no es menester llamar, que como son curiosos, acomodan lo que hallan mal puesto, á título de pobres, saliendo á estos cursos cuando se pone el dia, que como son tan vergonzosos, porque no los vean el rostro, lo hacen, y con voz grave á un tiempo respondieron á Juanillo que como dueño podia mandar, y con la ceremonia de besar la mano y arrastrar el zapato, los fueron guiando á un aposento, donde acomodados todos, reparó Onofre que en medio dél habia un púlpito grande, labrado en Alcorcon, á quien todos servian de guardas, por estar lleno de aquel licor que prestó sueño á Noé, y encima de una mesa pequeña, á quien cubria una servilleta tullida, que por eso no se habia ido á Manzanares á refrescar el color amusco, un cuchillo que estudiaba para navaja, ni bien lo uno ni lo otro, pues era un pedazo de hoja sin tronco de que asir y bien compuesto, un pan deshecho en pedazos, y á un lado una escudilla de la tierra, llena de aceitunas, aderezadas en casa de un mercader de aceite y vinagre; y despues de acomodados todos en sus asientos, no muy fáciles de quebrar, por ser humildes como la tierra, solo Juanillo se sentó en una silleta de palma, hecha por las manos de un francés, alhaja antigua en la casa, á quien faltaba poco para quebrar, por los demasiados asientos que habia hecho, haciendo sentar á Onofre á su lado; y estando todos en silencio, llamaron á la puerta con grandes golpes, siendo fuerza levantarse uno para ir á abrir, y pareciéndole al que llamaba que tardaban en responder y abrir, dijo con voz alta: ¿Están dormidos, ó es para hoy ó para mañana? Abrieronle, y vieron ser el pobre de Dios te dé Dios; diéronle alguna yaya, y ~~seguro~~ volvió el silencio; hasta que Juanillo dijo así:

DISCURSO XVII.

Su misma ignorancia sirve al ignorante de entretenimiento, pues se ve que nunca le suena bien la agudeza de la boca ajena ni la discrecion ó razon sentenciosa; y por el contrario, al discreto le sirve de divertimento otro discreto, á quien no se harta de alabar, pareciéndole mas sabio y entendido que él, no como la alabanza del simple, que solo es de las simplezas que oye. Al perezoso sirve de alivio el dia triste y encogido y la noche larga. Al diligente, el dia largo, la noche corta, el buen tiempo y la buena suerte adquirida con su desvelo. Al ladron, la lobreguez de la noche, el descuido, el sueño pesado y la ignorancia, á quien como desvelado procura ofender. Al sano de conciencia sirve de alivio la honestidad, la quietud, el entretenimiento justo, el obrar bien y el acordarse de la muerte. Al rico descuidado, las fiestas, los entretenimientos, aunque sea con daño de otros, conversaciones en la usura y cómo se ha de engañar siempre aspirando á mas. El pobre no tiene mas entretenimiento, alivio ni desahogo que comunicar su pobreza y corto poder á otro pobre como él, con que un rato de conversacion los sirve de alivio y aliento para vivir. Así, nosotros, dijo Juanillo, como pobres, unos con otros nos consolamos con honestos divertimientos; y aunque poco cursados en la estudiosa poética, hacemos academias para entre nosotros no mas; y como la pobreza siempre huye de alabanza y fama, fué causa de que estos señores hayan reparado on que habia forastero que los podia impedir su desahogo, y sentado que el señor Onofre es deudo mio, con toda seguridad pueden ustedes empezar. Así lo hicieron, y para ello el que tenia oficio de secretario, puesto en pie, dijo que al señor licenciado Castellano le tocaba empezar, y que dijese lo que á su cuenta tenia; y él sin dilatarlo dijo así:—

A mí, noble academia, se me encargó un soneto, en que se pregunta á una calavera dónde dejó el lucimiento que cuando vivia. Es así:

Vulto, que tienes forma de haber sido
Rostro mortal, con ojos y cabellos,
¿Adónde te dejaste tanto vello,
Que te contemplo triste y denegrido?
Dime si te quitó lo clorido
(Pues veo que en tu frente dejó el sello)
La muerte, y ya los ojos por no vello,
Huyeron hasta el valle del olvido.
Cáusete horror, viviente, lo que miras
En este triste espejo de la muerte;
Guía tus pasos solo á vivir quieto.
Olvida para el prójimo las iras,
Mira que un esqueleto te lo advierte,
Y te tendrá cualquiera por discreto.

Así que acabó le dieron todos el victor, y Juanillo dijo á su amigo Onofre: Este que ha dicho se llama el licenciado Castellano, y este que le sigue es el licenciado Guarismo, y segun sus apellidos, es gente de gran cuenta.

Levantóse el tal Guarismo, y dijo: A mí se me encar-

gó un soneto á un retrato de una hermosura cuyo original habia muerto. Es así:

¿Es posible que toda esta belleza
Volvió á ser lo que antes habia sido,
Trocando la memoria por olvido,
Y tanta majestad por la bajeza?
¿Y que duerma el viviente en la pereza,
Empleado en el vicio su sentido,
Sin acordarse para qué es nacido,
Amando á la hermosura y la grandeza?
No se fle la edad, que mas luciente
La parece que vive por hermosa,
Puesto el amor por loz de su pelo.
Mire justo á las puertas de su oriente,
La muerte de su vida ¡oh envidiosa!
Procurando dejarla hecha de hielo.

Ya cuando acabó estaba en pié un mozo de buena presencia y brio, y Juanillo dijo á su amigo: ¿Ves este mozo? Pues el que topamos en la calle del Cármen es; contéplale allí tan lastimado, arrastrando por el suelo; con aquellas lamentaciones que oiste, y mírale ahora si podia jugar una pica en la campaña, y por eso el pobre de Dios te dé Dios le llamó tramoyero entrapajado; pero despues verás lo que anda con ellos. Sosegáronse los victores que dieron al licenciado Guarismo, y el tercero dijo así:

A mí se me encargó el glosar una copla que en este lugar está al pié de una cruz; no es mia la glosa, sí que es esta:

*Aquí dió acero cruel
A un hombre muerte precisa,
Y este epitafio te avisa
Que ruegues á Dios por él.*

Hombre humano que al divino Precepto de Dios olvidas, Mira que todas tus idas Van á parar al destino: Busca otro mejor camino, Que no te pierdas por él, Huye al apetito infiel, Que vas por zarzas y abrojos, Y muerte al que ven tus ojos <i>Aquí dió acero cruel.</i> Vivir bien es lo que importa Y guardar los mandamientos; Y pues que ves escarmientos, El paso á tus vicios corta; El amar á Dios conforta, Pues la vida es indecisa; Mira que corres aprisa, Y no quieres reparar Que suele el castigo dar <i>A un hombre muerte precisa.</i>	Mira ayer cómo pasó, Mira hoy cuál va pasando, Oye que están clamoreando Por el que ya se murió: Solo el obrar bien vivió, Que lo demás todo es risa, Mira que la muerte pisa Muy cerca de tus umbrales, Ella amenaza tus males, <i>Y este epitafio te avisa.</i> Ayer vivia, hoy murió El que ya enterrado está, Y el que hoy nace allá se va Desde el punto en que nació: Solo del mundo llevé Lo que vivió como fiel; Ya hiere la llama en él, Y solo son tus demandas A tí, que en el mundo andas, <i>Que ruegues á Dios por él.</i>
---	---

Alabaron lo bien buscado de la glosa, y dándole victores, se levantó otro, y Juanillo dijo á su amigo: Este que se ha levantado anda con dos muletas muy poco á poco, y con un tonillo quieto pide limosna, y mira qué sano y qué buena voz tiene. Y él con mucha desenvoltura dijo: A mí, ilustre academia, se me encargó glosar dos versos que se me dieron; que son estos:

*¿Para qué quiero yo vida,
Si la muerte me convida?*

Si al instante que salí Al mundo empecé á llorar, Si el dolor vino á buscar	A la forma en que nací, Si nunca al contento vi, Pasando vida afligida,
---	---

Con trabajos perseguida,
Si sé que todo anhelar
En la muerte ha de parar,
¿Para qué quiero yo vida?
Mas es morir que vivir
El vivir con el dolor,
Conociendo que el rigor

Es quien lo ha de divertir:
Y llegando á discurrir,
Veo la edad abatida,
Con miserias condolidas;
Y si siempre he de penar,
No quiero mas aspirar,
Si la muerte me convida.

No le dieron á este tantos victores como á los demás; pero tuvo alabanza en la boca de Onofre, á quien Juanillo dijo: Repara en este peinado tan barbihecho, que si le ves mañana, no le has de conocer, pues cuando sale de casa parece tiñoso que en su vida tuvo pelos, y mírale ahora que parece paje al uso. Y él, componiéndose los bigotes, dijo: A mí se me dieron otros dos versos que glosase, que son estos:

*Pasa un año y otro año,
Y nunca pasa mi engaño.*

Toda la vida es un sueño,
Que cuando empieza es dormir,
Propio ensayo del morir,
Con que despierta á su dueño;
Riguroso es el empeño,
Que en naciendo enseña el daño,
Con tan claro desengaño,
Pues pasa la edad mayor,
Pasa el contento mejor,
Pasa un año y otro año.
No hay cosa en la edad mas cierta
Que trabajos y dolor,
Sustos del mayor amor,
Pues su esperanza es incierta;
La muerte siempre está alerta,
Igualando en un tamaño
El señor al mas tacaño,
Sin llegar á discurrir
Que sé que me he de morir,
Y nunca pasa mi engaño.

Acabó con el alegría que todos, ocupando el puesto un mozo muy risueño, y con muchas cortesías dijo que á él se le habia encargado el pintar un almendro, á quien desbarató el cierzo todo la pompa que madrugó á echar. Es esta décima:

Oh tú aquel que desvelado,
Sin mirar las tiranías
Del tiempo, abrevias tus dias,
Solo por verte adornado,
Tu anhelar se vió engañado,
Negándote el tiempo paces,
Pues entre mil sustos yaces
Que la hermosura no ataja,
Sirviéndote de mortaja
La camisa con que naces.

Así que acabó, volviendo Juanillo á Onofre con el acostumbrado cuidado, le dijo: Repara en este, que cuando llega á una puerta arroja un ¡ay! tan lastimoso y profundo, que con él provoca á lástima, y luego llora, con que junta mucha limosna, y mira ahora que la demasiada risa no le ha dejado decir. Diéronle muchos victores, diciendo: Famoso ha estado el Mortecino, á tiempo que levantándose Juanillo dió licencia, que rompiendo el silencio se empezase á consumir lo que hubiese dispuesto; y aprestados todos á la obra, oyeron unas lastimosas voces que, repetidas por diversas partes, decian: ¡Fuego, fuego! ¡Agua, agua! ¡Que me abraso! Y entre esta confusion notaron una voz delicada,

que decia : ¡Que me muero ! ¿No hay quien socorra á una afligida mujer ? ¡Favor ! ¡Piedad ! ¡Cielos ! Y á este tiempo por la calle hacian pedazos la puerta hasta que la echaron en el suelo, porque ya el humo rompía por muchas partes ; ¡oh confusion de la riguridad deste elemento ! pues en breve tiempo ya la posada era un bolcan de vivas llamas. Admirado y confuso estaba Onofre sin saber á qué parte guiar ; y en lugar de echar á la calle, se entró la casa adentro, donde oyó un ¡ay de mí ! tan delicado y lastimoso, que arriesgando todo el valor, se opuso á las mas encendidas y abrasadoras centellas subiendo por una escalera ; y atendiendo al lugar de donde salia la voz, oyó que era en la casa de pared y medio, que tambien ardía por un pedazo de tejado, y pasando por toda la llama dél, dió en un corredor de la casa, donde notó que de una parte que estaba cerrada salia la voz y mucho humo ; y dando un recio golpe á la puerta, hizo saltar las guardas de la cerradura, franqueando la entrada, donde vió entre humo y fuego una mujer, que habiendo saltado de la cama en que dormía, medio tapada con sus vestidos, ya el humo la habia prevaricado el sentido dando con ella en la tierra ; y Onofre, cogiéndola en los brazos, la sacó hasta ponerla en el corredor, que todo ardía ; y viéndose cercado por todas partes de aquel voraz incendio, animoso y determinado de librar dos vidas, se entró por las llamas, bajando por la escalera que habia subido, hallándose en el patio de su posada ; y viendo la puerta de la calle que parecia imposible poder salir por ella por haberse apoderado el incendio en toda la casa, arriesgando su persona, salió por entre llamas, dejando admirados á los de afuera viéndole salir de aquel modo. Los alaridos eran grandes, oyéndose por una parte : ¡Ay, hija de mis entrañas ! ¿quién te podrá socorrer ? Y por otra un hombre que determinado se queria entrar por las llamas, á quien detenian para que no ejecutase tal intento, y llegando Onofre á una mujer, la dijo : Tened piedad, señora, de esta, que el desmayo la tiene sin sentido ; y la mujer entre copiosas lágrimas conoció ser su hija, ocasionándola el gozo á dar mayores voces, llamando con ellas al hombre que arrojado porfiaba á entrar por el fuego, que era padre de la que Onofre habia librado, que viendo á su hija y oyendo decir quién la habia libertado de la fiera prision del fuego, no se hartaba de abrazarle con amor, diciendo : Libertador de todo mi bien, ¿quién eres ? Y la mujer, por otro lado asida dél, tambien mostraba agradecimientos á tan gran beneficio, á tiempo que ya el fuego poco á poco iba perdiendo su fuerza, á fuerza de otro elemento, pues mucha gente que habia acudido la mas se habia ocupado en echar agua, con que habian aplacado el incendio riguroso, y los pobres de la posada andaban aturdidos con el dueño della, que tambien habia quedado para pedir limosna como ellos ; uno lloraba sus muletas, otro sus trapos, otro su casquete ; en fin, todos lloraban sus caudales, y Juanillo andaba perdido en busca de Onofre, que habiéndole encontrado, no se hartaba de abrazarle, y mas cuando supo en lo que

habia empleado su valeroso ánimo ; y reparando Juanillo en la gente que se iba ausentando, vió un hombre que, cargado de ropa y cosas de valor, se iba por la calle adelante, y deteniéndole, le preguntó dónde llevaba aquel hato, y turbado, sin acertar á formar razon alguna, lo dejó caer en el suelo ; y llegando Onofre, conociendo ser ladrón, pues su turbacion lo confesaba, le dió de hallazgo unos cuantos cintarazos ; y preguntando en voz alta cuyo era aquel hato, lo conoció el padre de la que él habia librado, diciendo : Mucho te debo, amigo, pues me has libertado la vida y el hacienda.

Ibase apaciguando el alboroto y recogiendo mucha de la gente que habia acudido, unos á matar el fuego, y otros á llevarse lo que pudiesen, como de ordinario sucede. Y el dueño de la casa del lado, padre de la que Onofre habia sacado de entre las llamas, asiéndole de la mano, le hizo entrar en su casa en un cuarto bajo, que aunque habia sido despojado del adorno, no habia tocado el fuego en él, y llamando á Juanillo, los hizo sentar, para que conociese Onofre lo agradecido que le estaba ; le preguntó la causa de estar á tal hora sin haberse recogido y hallarse tan á tiempo para socorrer á su hija, que le sacase de la duda, y le dijese por dónde le habia guiado Dios. A quien con razones corteses, pocas y medidas refirió el suceso, hasta que la sacó en brazos á la calle. El hombre agradecido los hizo aderezar una cama, donde descansasen lo restante de la noche, suplicando á Onofre se sirviese de admitir aquella casa por su posada, en cuanto fuese su voluntad, y despidiéndose, quedaron los dos amigos solos.

Estaba Onofre como elevado, pensando en los sustos de aquella noche, á quien Juanillo dijo así : ¿Qué fuera, amigo, que el incendio que ya ha pasado descubriera camino para que te quedaras en Madrid ? pues haber dado socorro á Laura, que es la que sacaste en brazos de entre las llamas, estar sus padres tan agradecidos, y con razon, no tener otra hija y ser de los mas ricos deste lugar, habernos hospedado en su casa, decirte que no salgas della, tener tú partes para merecer, no sé qué te diga ; y así, discurre en lo demás en el inter que viene el día. Persuádete Juan, dijo Onofre, en que soy pobre y forastero, que son dos partes muy contrarias á tu imaginacion ; y así, déjate de fábulas, y entreguémonos al sueño. Así lo hicieron, y como estaban cansados y ya era tarde, con facilidad se quedaron dormidos. Cuando á pocas horas Onofre, en quien poco duraba el descanso, oyó entre el silencio y la quietud un ruido, que al parecer se hacia en cerradura de una puerta, donde procuraban entrarse una llave á dar vueltas ; desterró de sí el sueño de todo punto, incorporándose sobre el lecho ; atento, cuidadoso notó que abierta la puerta procuraban quitar la llave, y levantándose en pié, sacó la espada, diciendo : ¿Quién va ? Y con el sobresalto que se levantó, tropezando con un bufete, hizo caer un candelero, que los habian dejado con luz, siendo parte bastante para que al ruido se alborotase segunda vez la gente de la casa. Salieron sus

dueños, que aun no habían rendido al sueño el asustado cuerpo, y en su seguimiento los criados y gente que le asistían, y hallando á Onofre con la espada en la mano, alborotado de aquel modo, preguntándole la causa, respondió que había sido el haber oído abrir aquella puerta cercana á su lecho. Reparó el dueño en ella, y como la viese abierta, quedó maravillado, por ser de un cuarto algo excusado de la gente menor de la casa, donde tenía un oratorio, y procurando examinar la causa, así él como todos los demás no pudieron hallar indicio de quién hubiese sido dueño de tal atrevimiento. Habiendo mirado las mas viviendas de la casa, acompañándolos á todo Onofre y Juanillo, repararon en una puerta que hacia paso al zaguan, en que tenía puesta una llave por la parte de afuera, de que admirado el dueño, conoció el no ser aquella la llave de la puerta, y procurando abrirla, y no pudiendo conseguirlo con otra llave, se valieron de la fuerza, dando tantos golpes, que saltó el pestillo que la cerraba, y quitando Onofre la luz á un criado que la tenía, se ofreció el primero á mirar el zaguan, y en un rincón, donde había cantidad de muebles de la casa, que por miedo del fuego habían bajado, y arrimados allí, vieron un hombre que embozado defendía el rostro, procurando conseguirlo por medio de una pistola que en la mano tenía, y apuntando á Onofre, dijo: El dejarme ir libre los estará bien; pero Onofre lleno de cólera le tiró tan fuerte estocada, que pasándole el brazo de la pistola, la dejó caer en el suelo, y al asegurarle otro golpe, pidió por Dios que no le malasen. Reportóse Onofre, llegó toda la gente de la casa, y preguntándole si había mas que él y quién le había ayudado á semejante atrevimiento, dijo que él solo era el que entre la bala del fuego se había metido allí, y que en la calle le aguardaban dos compañeros. Salir quiso Onofre determinado en busca de aquellos viles hombres, pero los ruegos del dueño de la casa y demás gente le detuvieron, y volviendo á preguntar al herido qué era su intento, respondió que abrir la puerta de la calle para que entrasen los dos amigos, que así había quedado de acuerdo, y que al irlo á hacer turbado había abierto dos puertas, sin dar con la que buscaba, siendo causa de haberle sentido. Los criados de la casa querían maniatarle y entregarle á la justicia; pero Onofre, compadecido de verle herido, los suplicó que, pues no había al presente justicia que lo hubiese visto, le echasen en la calle, pues otra cosa no sería generosidad. Conviniéron todos en ello, y Onofre, adelantándose, abrió la puerta, pero no vió á nadie, que el ruido ó las muestras que ya daba el día había hecho dejar el sitio á los dos: enviáronle con su mala ventura, y volvióse á sosegar la casa, no para descansar, pues solo fué para admiraciones de lo que en tan breves horas había pasado, volviendo de nuevo el dueño de la casa á rendir agradecimientos á Onofre, ofreciéndole su persona y poder, y que como dueño de todo podía mandar de allí adelante, á quien agradecido Onofre retornó estimaciones; y como ya las luces del día con-

vidaban á gozarse, y ya quieta la gente se ocupaba en ir acomodando las cosas que el miedo y el fuego habían descompuesto, dando mil gracias á Dios por tan grande dicha, pues solo en el cuarto de Laura había tocado el fuego, y suplicando á Onofre se sirviese de tomar asiento y contar su peregrina historia, á quien obediente se ofreció, diciendo así.

DISCURSO XVIII.

Nací en la gran ciudad de Nápoles; aunque no de padres nobles, eran limpios del contagio que la fe castiga por medio de su justicia. Criéme á un tiempo, en compañía de una hermana, siendo con igualdad queridos de nuestros padres, amándonos los dos con una union tan estrecha, que apenas se hallaba el uno sin el otro. En mí fué mostrando la edad las obligaciones con que nace un hombre de bien, y en mi amada hermana, á un tiempo con alguna hermosura, mucha humildad y vergüenza, que son las partes que mas engrandecen la belleza. Faltónos á los doce años de nuestra primavera la madre, siendo el sentimiento parte para que nuestro padre, postrándole la pena, se ajustase á vivir en una cama, sin poder levantarse della, pues para hacerlo se valia de nuestro alivio, amonestándonos siempre pidiésemos á Dios paciencia, pues es de lo que mas necesita quien con enfermos lidia.

No era la edad la que le tenía tan postrado, pues solo era una profunda tristeza, causada de la pérdida de su amada consorte. Justo sentimiento, pues perdió en ella el ejemplo mayor de la caridad, virtud y honestidad. Los años en nosotros iban desplegando las arrugas de la niñez, en mí para atender al servicio de mi padre, y en mi hermana para que la honestidad la obligase á tanto retiro que no era vista de nadie. Vivía enfrente de nuestra casa un caballero, el cual tenía un hijo, casi de nuestra edad, que desde el primer conocimiento de la razon nos habíamos querido con amable amistad. Perdonadme el que abrevie una historia tan larga como la mia, que aunque el mal comunicado dicen que se presta alivios á sí mismo, en mí renueva las llagas de mi pena. Atrevióse á mirar á mi hermana con intento de los que paran en infames fines, pues á no ser así, padre y hermano tenía á quien poder hablar, pues él por su persona no desmerecía el sí para honesto empleo. Este persuadía á mi hermana con todos los medios posibles, en quien halló siempre una resistencia honrada. Supe todo lo que pasaba de la boca de una criada, de quien se quiso valer por medio del interés; pues amparado della, intentó profanar el sagrado de mi casa: dióme un papel, en que leí sentencia de muerte, fulminada por un ciego á los mandamientos de Dios, pues sus atrevidos caracteres ofrecían dádivas para vencer aquel muro de la honestidad, y acababa diciendo: Poco han de importar tus resistencias á mi mucho amor, pues es poderoso como su dueño. No pude sufrir desde aquel punto la fuerza que la razon me hacia en que procurase mi venganza; y así, guié los pasos en

busca de mi enemigo; halléle en una casa de conversacion, y al llamarle noté que salia desafiado con otro caballero, habiendo sido la causa una suerte del naipe. Seguimos algo á lo lejos, y así que llegaron al sitio señalado, sacando las espaldas, á los primeros tiempos que se tiraron vi que mi enemigo cayó en tierra de una estocada, y pareciéndome que mi afrenta se quedaba en pié si perdía la vida á manos de otro hombre que no fuese yo, me puse con brevedad á su lado, defendiéndole de otra estocada que su contrario le tiraba contra el suelo; y viendo que á un hombre caído se le negaban hidalgas atenciones, y que en un pecho noble no cabe accion tan desatenta, tomé el duelo por mío, y puesto casi encima de mi contrario, reparé un tajo que me tiró, y desviándole, hallando mi espada en buena postura, y la suya algo desviada de la rectitud, le ejecuté una estocada tan bien guiada, que fué bastante para añadir la lengua, sin poder pronunciar la última palabra de su vida. Perdió la vital respiracion, y mi enemigo cobró la que tuvo cerca de perdida, levantándole del suelo; viendo que el tiempo me negaba tiempo para mi venganza, procuré el salvar mi persona y que él lo hiciese, retirándonos á un convento de religiosos, dando cada uno aviso á su casa del suceso pasado. Sintiólo el padre de mi contrario, pero el mío mucho mas, pues solo fué el aumentar penas á sus penas.

¿Quién creyera que á un beneficio tan grande como librarle de las manos de su enemigo y de los brazos de la muerte, me pagase con un desprecio el mayor que imaginan los hombres? Sucedió que, algo receloso de mí, como reinaban en él tantas traiciones, mudó de retraimiento, y viendo que yo no salía del mío y que mi padre impedido no se levantaba de la cama, juzgando ejecutados sus torpes y atrevidos deseos, se determinó una confusa noche, escalando un balcon, llegar hasta el dormitorio de mi hermana, donde estaba ya recogida, y atrevido cuanto desatento, sin atender la vecindad de tantos años, amistad tan estrecha, deuda que me tenía, y la principal, que negaba á las leyes de Dios, la despertó, amenazándola con la muerte si no consentía en su gusto; ella asombrada dió voces, llamando á su padre y hermano, y defendiéndose con varonil valor, dió lugar á que Dios la favoreciese; pues como todo lo ve, y en las mayores necesidades socorre á los suyos, permitió que alentado mi padre tuviese ánimo de levantarse, fiado en la ayuda de un báculo, y mas breve de lo que le concedian sus achaques, llegó á dar socorro á su querida hija, consiguiéndolo, aunque con grave daño de su persona.

No hay animal, en cuantos la naturaleza crió, mas atrevido, mas ciego y pertinaz y perverso que el hombre, pues no hay cosa que le parezca imposible para lograr un infame apetito, y compadecida de su ruina, la misma naturaleza le puso un despertador para que le avisase de las calamidades que le amenazan, pues los golpes que da el corazon del hombre en los sobresaltos y sustos no es concedido á otro ningun animal. Yo, que

triste con el ausencia de mi amado padre estaba, me determiné esta noche de verle acompañado de un amigo español, que razon es llamarle amigo, pues examinado le tenia en mi retiro, que enfermedad, prision y ausencia es prueba de los leales. Deste me fié, para que fuese en mi compañía, por divertir los latidos que mi corazon daba, anunciándome las ruinas de mi quietud. Llegué á mi casa, y llamando á la puerta, preguntó un criado quién era, y conociéndome en la voz, me dió franca la entrada con mucho gozo de verme. Agradezcle el alegría que mostraba, y dejando á mi amigo á la puerta, en forma de centinela, dije al criado no cerrase. Bien creí, así que subí el primer escalon, el hallar con quietud mi casa, y que mi padre se holgase de verme, aunque ya llevaba imaginada la reprension, en fin, como de padre, á quien amparaba la razon; pero aquí de todo mi valor: apenas subí el último escalon, cuando oí que entre ansias y lágrimas pronunciaba mi padre estas razones: ¿Para qué me concedes la vida, mano atrevida, si dejas nublado lo cándido de las honradas canas? ¿Qué te hice? ¿Qué ocasion te di, para tal atrevimiento? ¡Ay, hijo querido! Ay, On fre amado, quién te llevara nueva de tanta amargura como tiene la congoja en que queda tu padre! Así que acabó la última razon de las que he referido, vi que del cuarto de mi hermana salia un hombre diciendo: Para que sientas y penes, te dejo la vida, bulto caduco. No hube menester preguntar la causa, pues conocí á mi enemigo, á quien dije: Onofre soy, Dios me ha guiado aquí, solo para castigar tu loco atrevimiento, pues aun con la muerte no has de satisfacer á tan grave ofensa como la que has cometido. Ofrecíme con la espada desnuda, y recibíome tirando un pistoletazo; pero á quien Dios guarda, en vano se le oponen fuerzas humanas. Fáltóle la piedra; bastante desengaño, pues aun las piedras sienten las alevosas intenciones, sin ayudar á quien las comete. Si el hombre falta á los mandamientos de Dios, ¿qué mucho que falte una piedra insensible, para dar luz á su malicia? Soltóla en el suelo, echando mano á la espada, que así que la sacó le saqué la vida por la puerta que le abrió una estocada que le atravesó las entrañas. ¡Muerto soy! dijo, á tiempo que vi á mi lado á mi amigo, diciendo: Antes moriré que dejarte. Soseguéle, guiando los pasos adonde habia oído á mi padre, hallándole en el suelo, que así que me vió me ofreció los brazos, diciendo: Levántame, hijo querido, que no te quiero preguntar quién guió tus honrados brios para mi defensa, pues conozco que ha sido obra divina. Levantéle del suelo, y aunque algo turbado, noté que echó la mano á la una mejilla, y luego la miró. A quien pregunté qué era lo que hacia; y me respondió: Admírame de que tan presto hayas lavado mi afrenta, pues pidiendo sangre, se habia asomado al rostro con las muestras de lo que pedia. No hube menester oír mas para volver adonde mi enemigo, triste cadáver, yacia, y sacando un puñal, le corté la atrevida mano; y como el caso no pedia dilaciones, aunque pude llevar el cuerpo donde, cuando fuese hallado, no se supiese

quién había sido el dañador, no quise sino que se viese castigada su osadía dentro de mi casa. Tenia mi padre una hermana monja en un convento de Nápoles, donde aquella noche se recogió mi hermana, y donde despues quedó monja con todo el dote que pidió el convento. A mi padre, en los brazos de mi amigo y los de un criado, llevé á mi retraimiento, y luego entre todos procuré poner en guarda la hacienda mas importante, y los dos criados que, aunque no tenian culpa en lo que yo habia hecho, bastaba el ser míos, y no era razon dejarlos en manos de la justicia, pues contraria á la naturaleza del rayo, siempre quiebra su enojo en los humildes, no como el rayo, que busca lo mas levantado y copetudo donde ejecutar su golpe.

Pasó aquella noche, tan llena de tragedias para mí, y vino el día, donde descubierto el caso, fueron tantas las diligencias de la justicia, que vinieron á saber dónde estaba, y para sacarnos á mí y á mi padre del retraimiento alcanzaron licencia del virey. Llegaron estas nuevas á mi padre tan de proviso, que hallándole lleno de sustos y falto de quietudes, se apoderó de sus flacas fuerzas la muerte en espacio de veinte y cuatro horas. Enteróse en el mismo convento, y yo, acompañado de mi amigo y dos deudos suyos, que habiendo sabido mi historia se fueron á mi amparo, accion en fin española, salí del convento, y fui hospedado en casa del uno, á quien debí mi libertad por entonces, pues no era posible salir de Nápoles por las prevenciones que para cogerme habia. Pasó aquella primera riguridad, y ya mas sosegado, ordené el ausentarme de mi patria, pues no habia otro medio mas conveniente, y despedido de mi hermana, en cuya compañía quedó la criada, pasé á Roma con el criado, y á pocos días que pisé sus hermosas calles, en una conversacion oí alabar la corte del gran monarca de España, lo afable y cariñoso del trato y conversacion de sus hijos, lo milagroso de sus templos y lo real de su calles y casas, apoderándose en mí el deseo de verla; ordené mi viaje, solo sin el criado, que le dejé acomodado en Roma; logréle, aunque con hartos sustos y penas, que despues de muchos días de viaje en el mar, habiendo pasado gran tormenta, viendo que nuestras vidas se habian jugado muchas veces, impensadamente nos hallamos en el puerto de Cádiz, donde desembarcado pasé á Sevilla; y pareciéndome bien, estuve en ella algunos días, hallando amigos, que el que vive honestamente, en todas partes los halla; y una tarde que el demasiado calor convidaba á desamparar las casas, por gozar de un fresco viento, salí al árenal, acompañado de dos amigos, y apenas le hube pisado, cuando ví que dos hombres, así de palabra como de obra, habian maltratado á una mujer, la cual se vengaba con razones, propia accion de femenino brio; y como nos miraba atenta, como quien procuraba favor, volvierón á ella, renovándola el sentimiento á fuerza del dolor; y pareciéndonos mas cobardía que bizarría de varenil ánimo, los procuramos reparar con razones corteses; pero ellos, que la cólera que tenian les pareció la habian de ejecutar con nosotros como con

la mujer, empuñando sus espadas, dijeron: Excusada diligencia será vuestra defeusa á nuestro mucho valor, y mas conociendo el que sin duda os importa esta mujer. Acometiéronnos sin mas causa, sin duda estaban ciegos, pues cualquier hombre lo está si se deja vencer de la pasion; no se meneaban mal si los acompañara la razon, pues no hay escudo mas fuerte para la defeusa. El que á mí me cupo me tiró á los primeros tiempos una estocada, sin acordarse de reservar fuerza para la ocasion; pues arrojándose tras la espada, con muy poco desvío que hice en la mia se estrechó tanto, que alcanzándole con la daga, le pasé el pecho. Muerto soy, dijo, á tiempo que el que lidiaba con mis dos amigos, abierta la cabeza, procuró aprovecharse de los piés. Fué nuestra fortuna corta; pues habiendo salido aquella tarde alguna justicia de Sevilla á cierta diligencia, y no habiéndola logrado, al volverse llegaron tan cerca de nosotros, á tiempo del suceso, que sin podernos ausentar, rendimos las espadas, que la obediencia á la justicia nació de pechos nobles. Fuimos presos, llevándonos á la cárcel, donde en un encerramiento pasamos harta pena, y mis dineros y joyas harta cruja, pues su favor y el que mis amigos tuvieron, por medio de buena gente que valia en Sevilla, nos minoró la sentencia su desapasionado tribunal en cuatro años de un presidio. Ofrecióse viaje á Larache, por haber otras personas que llevar, y fuimos de los nombrados en esta leva. Entramos en él con brevedad, por ser corto el viaje; como la fortuna es varia y aunada con mi estrella, tomaba sus liciones. Sucedió que una tarde, saliendo por seña ocho soldados, y llevando de guarda veinte, nos asaltaron de improviso cincuenta moros cosarios, y despues de haber peleado algun tiempo, con pérdida de ambas partes, nos rendimos diez hombres que quedamos á veinte moros, que nos sujetaron á su forzosa servidumbre; embarcáronse en una chalupa, y maniatados y maltratados nos llevaron á Argel, donde en su zoco ó plaza de mercados fuimos vendidos á público pregon. No fué mi suerte en todo mala, pues aficionado de mí, me compró el presidente del divan ó consejo, llamado Ceni, en cuyo servicio estuve treinta meses, en los cuales no falté dos de su lado. Amábame notablemente, era entendido, ladino español, y díjome haberse criado en Madrid, y habiéndole referido mi peregrina historia y el deseo que tenia de ver la corte del gran leon de España, movido de mis justos deseos, me ofreció libertad en la primera ocasion que hubiese, diciendo que antes de muchos años permitiese Alá viese él la Puerta del Sol de Madrid. Cumplió la promesa que me hizo, entregándome á la piadosa redencion de los religiosísimos cuanto observantes mercenarios, en cuya compañía vine á este lugar, donde he encontrado con este amigo, de que doy mil nobuenas á mi dicha, pues he conocido en él grande amor á su prójimo y un discurso desinteresado; pues solo le mueve la caridad y la pobreza que propia.

Muy gustoso habia escuchado Teodoro, que este era el nombre del padre de Laura, á Onofre, y agradecido

le ofreció de nuevo que podía mandar en su casa como propia, á quien suplicó que, no siendo otro intento el suyo mas que ver á Madrid, lo podia hacer en su compañía. Agradeciolo Onofre con muy corteses razones, y Teodoro, para que conociese lo agradecido que le estaba, ordenó que mudase de traje; y aunque se excusó lo posible, le vencieron los ruegos de toda la gente de la casa, que ya le habian cobrado amor.

Cada dia iba Onofre manifestando mas claramente su afable condicion, con que Teodoro se determinó á declararle su intento, que era el que se quedase en casa; y así, un dia, en compañía de su esposa, habiendo reparado en los ojos de Laura, que algo licenciosos los permitian hiciesen reparo en el buen talle y corteses atenciones de Onofre, le dijo así: Cierito, amigo, que ha dias que batalla mi pensamiento con un empeño bien grande, donde forzosamente ha de haber juicio, y habiendo conocido que vuestro entendimiento es capaz, me he determinado de haceros juez, para que sin pasion lo juzgueis, y por no dilataros el informe, es así. Un hombre deste lugar, de razonable poder, se halla obligado á otro, por favores que le debe, siendo tales, que los que confiesa son la quietud y la hacienda, y me alargo á decir que el vivir conoce este hombre que no es bastante paga á tanta deuda, ofrecimientos ni agasajos; y así, entre las mejores prendas de su casa, una, la mas estimada de todas, que tambien confiesa el deberla, está determinado de darle, pareciéndole no tiene otra paga que equivalga á sus merecimientos, y

para esto os he hecho juez. Determinad qué os parece, que lo que vos definiereis ha de ser. Bien conoció Onofre desde el primer fundamento en las razones de Teodoro que en aquel juicio era juez y reo; y tambien la memoria le acordó lo que dijo Juanillo la noche antes haber surtido, y viendo tan buena ocasion, pareciéndole para admitir tal prenda, no habia necesidad de informes, pues la bondad es como la hacienda, que luego se conoce dónde la hay, respondió así: Mi parecer, señor, es que sin saber muy seguramente el que sea capaz y merecedor este hombre de la prenda que decís, no se la déis; y creed que os hablo como dueño. Examinado tengo, dijo Teodoro, el que la merece. Pues si vos gustais deso, replicó Onofre, por cosa vuestra, es fuerza la trate bien, y en siendo propia, la estimacion es debida; y así, al dichoso que tal prenda aguarda bien podeis creer que las horas se le harán siglos. No hubo menester Teodoro oir mas para levantarse y abrazar á Onofre, declarando su intento mas á la luz, quedando la esposa de Teodoro contenta, Laura gustosa, y Onofre tan agradecido, que se queria arrojar á los piés de Teodoro, que dándole nombre de hijo, ordenaron las bodas con gusto de todos; ofreciendo á Juanillo el ampararle en cuanto viviese, y abrazándole Onofre, le dijo: Como amigo me has de tratar, que en cuanto yo viva, seguro tienes mi amparo, pues no era razon dejar en la calle á Juanillo el de Provincia, ni entre los sueños del olvido del *Dia y noche de Madrid*.

VIRTUD AL USO,

Y MISTICA A LA MODA,

DESTIERRO DE LA HIPOCRESÍA, EN FRASE DE EXHORTACION Á ELLA; ENBOLISMO MORAL, EN EL QUE SE EPACTAN LAS AFIRMATIVAS PROPOSICIONES EN NEGATIVAS, Y LAS NEGACIONES EN AFIRMACIONES,

POR DON FULGENCIO AFAN DE RIBERA.

A LA SEÑORA DOÑA ANTONIA MANRIQUE DE LARA,

PRIORA DEL ILUSTRÍSIMO CONVENTO DE LA ENCARNACION DE LA CIUDAD DE ÁVILA.

SEÑORA.

DESDE que vuestra señoría me elevó á la honra de nombrarme por mayordomo de las mas preciosas alhajas de su convento, ha vivido avergonzado mi agradecimiento por haber carecido de ocasiones en que darse á conocer. Con el motivo de mi ministerio he merecido disfrutar el apreciable frecuente trato con vuestra señoría, y aunque su elevado juicio es insondable por mi tan limitado talento, he llegado á comprender que reside en vuestra señoría cierto sidérico rúmen de distinguir espíritus, como tambien facilidad en la comprension de genios, con no sé qué especie de ceño á todo lo que huele á superficiales inanimadas exterioridades. Pero ¡cómo ne ha de saber distinguir de espíritus quien desde edad de tres años le tuvo, como si al tres se le añadiera un cero, para dejar un suntuoso palacio por la estrechez de una celda, trocando los ricos brocados por una humilde estameña, renunciando dilatados dominios por una ciega obediencia, sujetandose á ser mandada la que dejaba estados donde seria obedecida, admitiendo preceptos en lugar de vasallos! Bien conocidos son en la Europa los altos heróicos timbres de los señores condes de las Amayuelas, de quien vuestra señoría es hija legítima, cuya delineacion, si yo la emprendiera, pudiera tener visos de agravio, pues era como intentar poner coto á lo noble, y agotar un océano que forma sus crecientes de arroyos de sangre real, con que se ceban sus venas.

Luego que vuestra señoría llegó á la requerida edad para ser priora, fué electa por tal con universal aceptacion de todo el cuerpo del capítulo; y de tal modo desempeñó las obligaciones de su oficio, batiendo las dos alas de religiosidad y prudencia, que siendo estatuto y ordenacion pontificia de ese convento que ninguna priora pueda ser reelecta, acudió esa ilustrísima comunidad con reverentes súplicas á la Silla apostólica, pidiendo dispensacion para poder reelegir en priora á vuestra señoría, la cual obtenida, en su virtud ha sido vuestra señoría reelecta muchas veces hasta hoy, sin que sus súplicas á los prelados hayan sido bastantes para exonerarse del yugo de la prelación, teniendo presente los señores prelados que en la persona de vuestra señoría tiene ese ilustrísimo convento una digna sucesora de santa Teresa de Jesus, manteniendo en su punto la regular observancia que dejó planteada aquel abrasado serafín, antecesora de vuestra señoría, en el tiempo que la última vez fué priora de ese convento.

Contemplo ser motivo de justicia que una obra dirigida á desterrar la peste de la hipocresía con frases que en la realidad es lo mismo que practican, para que descubriendo las tramoyas se huya el cuerpo al engaño, se le ofrezca y dedique á quien, por ser sucesora de la doctora mística de la Iglesia, estará muy diestra en rechazar las invasiones de los que profesan estas desnudas místicas exterioridades. Me pondré en la matrícula de los felices si esta obrilla, parto de mis divvertidas ociosidades, mereciese el grado y proteccion de vuestra señoría, á cuyos piés quedo con el debido rendimiento. Dios prospere á vuestra señoría por siglos, y corone de felicidades.

Madrid y mayo 30 de 1729.

Besa los piés de vuestra señoría su mas favorecido criado y servidor,

DON FULGENCIO AFAN DE RIBERA.

PRÓLOGO AL LECTOR.

Con el motivo de haber venido á esta corte á la prosecucion de un pleito matrimonial que tengo pendiente en la Nunciatura, porque estoy resuelto á morir degollado antes que casarme, en uno de los cuartos del meson del Peine, que es mi pobre morada, uno de los despojos que habia dejado mi antecesor habitante (á mas de un poco de sarna que me dejó en las sabanas, por lo que me acuerdo de él muchas veces al dia) fué un pliego de papel, cuyo título era : *La Virtud al uso, y Mística á la moda*. Leílo, y su contenido me picó en la fantasía, aun mucho mas que la sarna que tengo en el cuerpo, y como, gracias á Dios, la bendita leyenda caía en varon constante, preocupado con la misma melancolia (por haber vivido muchos años entre un grandísimo atajo de bribones y bribonas que hacen trato de la virtud, unos para *comer*, otros para *gobernar*, y otros para *suponer*), saqué mi navaja y corté la pluma. Las especies me bullian, y como bandadas de pájaros me levantaban el casco de mi poco seso. Entre si escribo ó no escribo se me acordó una noticia que oí á mi abuela; y fué que en sus tiempos estaban tan validos los libros de las caballerías, que eran el único y total embeleso de las gentes; y para su destierro los señores obispos tomaron diferentes providencias, ya enviando misiones, ya expidiendo cartas pastorales; pero nada aprovechó, hasta que Cervantes tomó la pluma y escribió los libros de *don Quijote*; ¡cosa rara, que lo que no pudo conseguir la desnuda verdad, voceada de los prelados y ministros eclesiásticos, fué reservado triunfo á la débil armadura y esfuerzo de una ingeniosa ficcion! Si yo, ó cualquiera otro, quisiera solicitar el destierro de estos bergantes, con serias sentenciosas cláusulas, los engañados se quedarían en su engaño, y los engañantes en su engañadura y garatusa; pues ropa afuera, dije, y veamos si lo que no puede vencer una desnuda verdad, puede ser trofeo de una bien vestida ficcion; si lo que no pueden las veras, pueden alcanzar unas bien afectadas bur-las. En este pensamiento estaba, cuando entró en mi cuarto un notario apostólico, con su goli-lla, acreedora á todos los piojos del Hospital General; y me notificó un auto de traslado de mi perseguidora novia; yo, que estoy á dar largas al pleito, por ver si este demonio, cansada de esperar, se desespera, en todo traslado me mamo los nueve dias de las tres rebeldías que se me acusan. En este término escribí lo restante al pliego que hallé; allá va, léelo si quieres; y si no, déjalo estar, que al cabo, con lo que me pone á la mesa mi mesonera del Peine y con la otra mitad que me hurta lo pasaré honradamente, hasta que en mi pleito se dé sentencia definitiva; la que, si fuese favorable, me ahorrará de pesadumbres; y si fuese adversa, en Roma me hallarás, siguiendo en la Rota mi defensa; y finalmente, todo lo peor que podrás ver en mí será verme en las galeras del papa ó ahorcado; pero casado, cristiano lector, no me verás, porque tengo á mas infelicidad lo segundo que no lo primero. Adios, amigo, y encomiéndame á Dios, que si alcanzases de su majestad que yo me vea libre de esta mujer, yo conseguiré de la santísima Trinidad que tú te veas libre de caer en manos de la justicia; y siendo esto así, no sé yo cuál de los dos quedará mejor. Adios.

VIRTUD AL USO,

Y MÍSTICA Á LA MODA.

CARTA PRIMERA.

Don Alejandro Giron á su hijo el hermano Carlos del Niño Jesus.

Hijo mío, escribir direcciones para instruir una juventud y labrar un grande hombre, empleo ha sido de hombres grandes. Don Gabriel Vocangel escribió un romance que empieza :

A la corte vas, Fernando,
Noble, heredado y mancebo,

dirigido á un hijo suyo, y está bien escrito, por vida de Euterpe. Un don Fulano Losada, colegial mayor de cierto colegio, escribió otros documentos para un hermano suyo, que se las apuesta á Vocangel, á fe de poeta honrado. Otros papelillos y libretos andan por ahí, para niñas y mozas, con mil cositas ; todo esto en romance, que en latín, si yo lo entendiera, es una bendición de Dios lo que hay ; pero he reparado que todos conspiran en formar un caballero andante, deshacedor de tuertos ; y allende de esto, ninguno le señala renta para comer. Considerando yo esto, viéndote ya en edad, bien nacido, pues nada se quedó sin hacer, y sin medios, me afligia, por no poderte acomodar, hasta que se me ofreció un gran pensamiento. Has de saber que yo leí uno como tratado de la *Virtud al uso* ; y habiéndome gustado, la puse en práctica, y con tan buen pié, el Señor sea bendito, que con ella y lo que yo adelanté he tenido desde entonces una vida mejor que canónigo. He sido estimado de los necios, aplaudido de los camándulos, no mal recibido de los discretos, regalado de los simples, admirado de las beatas, y celebrado de las embusteras ; con que viendo lo útil de este estado y lo poltron de esta vida, he resuelto acomodarte en ello ; porque tú eres tonto tan sustancialmente, que con dos pistos tuyos se pueden corroborar cien necios ; y esta es una partida muy esencial para el empleo, porque en un místico á la moda se cuenta lo necio por santidad, lo tonto por virtud, y lo simple por candidez. Digiere bien estos diez y ocho documentos, y te hallarás hecho persona en cuatro días, sin verte necesitado á desearme la muerte, para ser hombre acomodado con mis póstumas riquezas.

DOCUMENTO PRIMERO.

Lo primero que has de hacer es reformar el traje, zapato ramplon, rosario grande, medallas que metan ruido y libritos de devocion. Lo exterior del vestido, ni compuesto con afectacion, ni puerco con cuidado ; pero no descuidarse en que el interior sea bueno. Ropa delgada en verano, y telas que abriguen bien el invierno ; el paso grave ; la cabeza algo inclinada hácia los piés ; los ojos entreabiertos y cerrados ; la frente algo arrugada, en postura de pensativo, y cádate hecha la figura mística, y nos hallamos de la noche á la mañana con un hombre virtuoso en casa, sin saber cómo ni cuándo ni por dónde nos ha venido tanto bien. En las iglesias has de estar siempre de rodillas ; trabájento ellas, pese á su alma, que obligacion tienen á ello, segun dice una filosofia, pues afirma que por el bien del todo debe trabajar cualquiera parte. De cuando en cuando un suspiro y sonar las medallas es muy del caso ; date muchos golpes de pechos á puño cerrado y recio, que suenen, con el consuelo de que, si lo siente el pecho, luego se alegra el estómago ; besa la tierra muchas veces ; pon los ojos muy abiertos y fijos en una imagen, mirándola sin pestañear, y si pudieres echar cuatro lágrimas, ejecútalo, porque eso menos tendrás que mear.

DOCUMENTO II.

Debes tener mucho cuidado de recoger en cualquiera contingencia de cosas lo que pudieres para tí ; cuida bien del individuo, y si pudieres ejecutarlo con mucho secreto y sin que te cueste blanca, hazlo, y no olvides la especie ; todo lo que fuere conveniencia propia, di que no lo desees, pero solicítalo con toda eficacia. Cuando pretendas algo para tí ó para tus parientes, en viendo que no se compone bien la cosa, clava los ojos en una pintura de las que hubiese en la pieza, y haz una exclamacion ; *verbi gratia* : ¡ Oh buen Francisco, y qué ajeno vivistes de estos devaneos y vanidades que el mundo aprécia ! En asuntos de pillaje, tener muy presente aquello de, la caridad bien ordenada, etc. Tambien en materia de dar, procura que sea poco, á

menudo y en público, ponderando tus buenos deseos de dar y tu falta de medios. Dos exclamaciones, mirando al cielo, valen un millon en estas ocasiones; *verbi gratia*: ¡Oh válgame Dios, quién tuviera mucho que dar! ¡Oh ricas, y lo que perdeis! En atravesándose un interés tuyo, buscar un pretexto místico, y apretar con ello, que en estos casos es tison cristiano la porfía para agarrar. Si acaso por esto, ó por otro motivo alguno, te censuraren de hipócrita ó embustero, trata de echar cuatro reniegos en secreto natural, y llevarlo con paciencia, diciendo: Mas padeció Dios por nosotros, y que siempre la virtud es perseguida; que como tú logres el alma del negocio, importa poco el negocio del alma.

DOCUMENTO III.

Debes, hijo mío, ser muy desvergonzado, con los ojos bajos, que en siendo con capa de virtud, se llama libertad cristiana. Si mientras das el pildorazo dijese ó usases tres ó cuatro veces de esta voz *verdaderamente*, en solfa y tono de ponderación, harás creer que rebozas mas celo de la honra de Dios que el mismo Elias. Murmurarás de todos, pero cuidado con los *peros*. Quiero decirte que entres alabando, mas luego echar el *pero*, que esta es la quinta esencia de la murmuración. Ejemplito: Tiene Fulano bellas prendas, lindo genio, *pero* me quiebra el corazon el ver que, etc.; apretarle bien la mano con el *pero*, hasta no dejarle hueso sano, y concluir diciendo: Ya lo encomiendo á Dios, que lo traiga á verdadero conocimiento. ¡Ay, Dios mío, su majestad le dé su salvacion para el alma! Has de murmurar de lo pasado, de lo presente y de lo futuro; nota bien esta máxima. Murmurando de lo pasado, te acreditas de noticioso, y echando la contera de aquello de ¡oh, y lo que habrá visto! ¡Oh si volviera al mundo! pasa plaza de virtud, con farfaleas de revelacion. Murmurando de lo presente, te declaras corrector general del mundo, con gajes de desengañador. Murmurando de lo porvenir, te acreditas de místico en infusion de profeta. No creas que nadie es bueno, sino tú y los que te imitaren; á todos lo que no fueren por donde tú, desprécialos como pecadores; pero siempre con palabras místicas, que con eso te tendrán muchos por santo, y Dios por fariseo. El dictámen tuyo no lo depongas, aunque te lo predique san Pablo, porque en lo malo ó en lo bueno el ser inflexible es cosa de ángel. Si las razones, por milagro de Dios, te hiciesen fuerza, resistelas como tentacion del demonio, y responde con medias palabras, que suenen á revelaciones y misterios; *verbi gratia*: Eso es verdad, pero yo tengo otros motivos; en lo natural hace fuerza, pero no hay fuerza contra Dios; tiene eso otros principios mas altos. Con esto al hombre mas advertido volverás en tres semanas loco.

DOCUMENTO IV.

La conversacion es el contraste para calificar personas, pero para todo hay reglas. Nota estas: Si habla-

res con hombres eruditos, críticos y discretos, habla poco, y eso del juicio final, de la muerte y del infierno; con cuatro suspiros entripados, un ejemplo que eche chispas, y los dejarás á todos hechos unos monos; porque estas verdades mazorrales, sin venir al caso, no tienen respuesta ni contraresto. Has de decir mal de todas las ciencias naturales y artes liberales; pero nunca te metas en dar razon de eso, sino decir que saber salvarse es la verdadera ciencia, que en el infierno hay muchos doctos, pero ninguno santo. Si pudieres tener de memoria algunas autoridades de algun santo, que mal entendidas hay algunas, contra astrólogos, poetas y humanistas, darles luego con ellas; y si las quisieren explicar, decir que son cavilaciones del demonio, y mudar luego de asunto. Con hombres doctos y serios te encargo mucho que, en no siendo herejía, apoyes todo cuanto digan; y de cuando en cuando decir: Lo mismo dice santa Teresa; lo propio afirma el venerable Puente; y luego dos cositas de las agonías de la muerte y del juicio universal, que con eso, aunque no logres opinion de docto, queda en duda el crédito de místico. Con los tontos habla mucho de Dios, y pondérales la Sagrada Escritura. Con los habladores no porfies, porque ellos por hablar porfiarán contra la santísima Trinidad. Déjales decir, y luego embócales la muerte y el infierno, y queda la plaza por tuya. Con las mujeres has de contar muchos ejemplos de Belarminio, devociones y oracioncitas, para el tiempo de acostarse; y algunas indulgencias para la hora de la muerte, suspirar un poco, y que recen mucho; con eso las acabas de hacer locas, formando de tí un gran juicio.

DOCUMENTO V.

Los señores tienen el primer papel para representar tu honra y provecho, porque para la opinion los sigue el vulgo, y para dar son ricos. Con estos has de introducirte por una cosa que regularmente les falta, y por otra que comunmente les sobra. Fáltales sucesion á los mas, y es raro al que no le sobran pleitos. Promételes de parte de Dios sucesion para su casa, y favorables sentencias en sus pleitos; que si no sale como tú dices, con un no conviene, metido en la vaina de dos suspiros, se subsana todo. A las señoras, imponerlas en unas devociones breves, ponderándolas mucho su eficacia, decirles que no ayunen mucho ni se maten, porque sus personas son muy necesarias en la república. Contarles algunos ejemplos de reinas y señoras que entre galas, carrozas y sáinetes se han ido al cielo. Echales algunas profecias en bruto, *verbi gratia*: ¡Ah, señora, lo que Dios le tiene guardado, ó lo que hemos de ver! No ha de ser solo Abraham en el mundo. Todo esto á ojos cerrados, sin olvidarte de aquello de: Yo soy gran pecador, pero eso no obstante, gasto mis ratos en encomendarla á Dios. Si encuentras con alguna persona beata, con presuncion crítica (Dios te saque bien, hijo mío), leida en Belarminio, en el *Espejo de cristal fino*, *Vida de san Patricio*, los catorce ro-

mances, y sus *Retazos de la Madre de Agreda*, alábele mucho su entendimiento, dile mucho mal de las comedias y de los Quijotes pisaverdes, pondérale su aplicacion, y concluye diciendo: Si todas las personas principales se aplicaran así, ¡qué distinto estuviera el mundo!

DOCUMENTO VI.

Una de las principales columnas en que estriba el edificio de esta mística bribonica es el que hagas creer ser un hombre de una sinceridad columbina y de una candidez inculpable. Esta bola se emboca en las conversaciones con los señores, pero mas bien con las señoras. El modo ó pala con que dispara es no formalizarte nunca en el tratamiento de las personas, haciendo la puntería muy alta para las medianas, y muy baja para las muy altas. Ejemplito: A las que no tienen mas que señoría ó solo la tienen en crepúsculos, como las mujeres de los oidores, á quien se les da de limosna, y los litigantes por necesidad, á estas á la primera palabra llamarías su alteza; hasta otro rato decirlas su excelencia, y si la conversacion fuere muy larga, espetarles majestad. A las señoras de primera magnitud, que tienen excelencia á cielo raso y á cuerpo descubierto, las tratarás de su merced; míralas á la cara, y una ligera risa que notarás es evidente señal de que ya prendió la yesca de tu fingida simplicidad; entonces acude de recio con un su reverendísima, que te la dejes temblando y suelte la risa hasta mearse. Síguese ahora el exámen de tu simplicidad, al crisol de la experiencia. Esta suelen fabricarla las doncellas de labor y los pajes de antesala, llevados de las ponderaciones de tu sinceridad, que han oído celebrar á sus amos al palillo de la mesa. El modo de fabricarla es, ó será, proponerte unas bien pensadas mentiras, que excedan todos los límites de la humana credulidad; en este caso has de hacerte cruces del prodigio ó de lo extraordinario del suceso, dando á entender que lo has creído poco menos que artículo de fe; y en caso necesario y si la mentira lo permite, te has de empeñar en que quieres ir á verlo. Luego estos criados cuentan el caso á sus amos, festejan tu credulidad, aumentase su buena fe, y crece como espuma tu buena opinion. Sentada esta baza, tienes letra abierta para agarrar todo cuanto te se antojase, y una mina de chocolate, tabaco, oro y plata, sin tener el trabajo de cavar con un azadon; y te aseguro que en pocos años podrás disputarle las riquezas á Creso.

DOCUMENTO VII.

Tendrás dos confesores, uno para el gusto, y otro para el gasto. Mas claro, uno para tu buena opinion, y otro para que lleve los talegazos de tus fechorías. Eres tan tonto, que no me fio de tu necedad para la inteligencia de esta importantísima máxima; quiero decir, que has de tener dos confesores, para fregar con el uno, y enjuagar con el otro. Vayan dos cuartos á que no me has entendido. Mira, hijo, has de buscar un hombre

N-II.

docto, de mucha fama y opinion en la corte, de estos que tienen planteadas tres ó cuatro pretensiones en la cámara, y acuden mucho á la Covachuela, y que sea hombre de rompe y rasga. Asimismo has de buscar un clerizonton, capellan de un hospital, ó confesor del Buen Suceso; con este has de confesar tus picardenguélas; esto es fregar. Para enjuagar irás al sabiondazo, gimiendo y llorando, quejándote de las sequedades que padeces en la oracion, ponderando que son tales, que no te da Dios impulsos para formar ni un acto de atricion. Le pedirás licencia para delatarte á la santa Inquisicion por hereje, pues te hallas en tales tinieblas de lo sobrenatural, que casi casi te atreverás á jurar que no tienes fe; porque imaginas que el misterio de la Encarnacion, cuando en la oracion te pones á considerarlo, es una quimera; y como si fuera quimera tal, así sacas los afectos, sin que tu espíritu halle motivo alguno de amor ni agradecimiento á tan imponderable beneficio. Dirásle tambien que la muerte y pasion de nuestro redentor Jesucristo te se representa como una fábula, sin que la continuada meditacion de sus misterios sea bastante á mover tu voluntad al mas mínimo afecto de compasion; y luego poner por materia de la vida pasada la última mentira que echaste, pues aunque fué en materia leve, haces memoria que la dijiste con plena advertencia y deliberacion. Válgame Dios, qué angélica conciencia, dirá entonces tu confesor. Entonces tu sabiondo confesor procurará sacarte de esos escrúpulos, y te alentará á la perseverancia. Otras tres ó cuatro veces volverás con estas boberías y fingidos escrúpulos. Declarado ya por quieto en ellos, volverás con otro mayor. Irás á pedirle licencia para cortarte la lengua con unas tijeras, porque haces memoria de que, siendo muchacho, cuidado con esto de muchacho, no se entienda que tu virtud es de ayer acá, enredado con unas mozuelas, las dijiste unas palabras poco decentes, y que no discurras otro medio para dar satisfaccion al Señor sino es este, y que parece que Dios te da luz para que así lo ejecutes, respecto de que en la oracion, ni fuera de ella, no te se borra de la memoria esta especie. El hombron sabiondon procurará disuadirte diciendo que es tentacion conocida; otras tres ó cuatro veces volverás instando sobre esto mismo, y cada día irá tu confesor formando mejor juicio de tí. Sosegado ya de esto, irás á pedirle licencias que excedan los términos de la prudencia, como son el que te permita estar tres dias enteros sin comer ni beber, que te consienta el tomar todos los dias dos disciplinas de sangre, etc. Supongo que el doctorado te irá á la mano en estos fervores; pero si acaso, por juzgar tu espíritu de clase especial, te diese las licencias que le pides, en este caso su merced se quedará en su casa, y tú te irás á la tuya, y te comerás buenas ollas y buenos jigotes; y en orden á las disciplinas, que el señor doctor te dé nalgas, ó si no que se zurre él, que para eso se ordenó de sacerdote de misa. El fruto que se saca de la práctica de este documento es que el señor confesor, en los estrados, cuando oiga ponderar tu sinceridad

dad, candidez y alegría en el Señor, dirá: Ven señorías esa paz interior que manifiesta, pues solo el que está aquí sabe lo que ese pobrecito padece. Con esto queda confirmada tu buena opinion, te tienen por santo, y rueda la bola, que mientras rueda no es cinca.

DOCUMENTO VIII.

El cuarto ó aposento de tu habitacion será recibimiento de las visitas, porque al olor de tu buena opinion irán unos á darte cuenta de sus trabajos, otros á encomendar en tus oraciones la salud de sus enfermos, y otros para que encomiendes á Dios á sus recientemente difuntos. El adorno de tu cuarto será un fiel testigo de tus buenos ejercicios; y así, las paredes estarán llenas de estampitas, y á proporcionados trechos algunos cilicios de diferente hechura, y no les endures el hierro, pues bajo del supuesto de que han de quedar vírgenes, cuando tú salgas de esta vida, no les dejes quejosos, por libra de hierro mas ó menos; unas disciplinas colgadas, ya de hierro, ya de cordel, hacen mucho al caso. Tendrás dos camas: la una será una desnuda tarima, y por cabecera una piedra, como medio umbral de puerta, y encima una calavera; pondrás sobre la cama un cruzon de quince piés de largo, con su corona de espinas. La otra cama constará de tres ó cuatro colchones, sábanas de delgado lino, y cabeceras de ruan ó cambray. La penitente cama llamará á la atencion del mas descuidado entendimiento, y concebirán que es sitio de tu penitencia; pero les moverá la curiosidad á preguntarte: ¿Quién duerme en la otra? A lo que responderás con taimado, fingido disimulo: En esa penitente cama duerme cierto amigo mio, que suele acompañarme en mis espirituales ejercicios, y en otra duermo yo, por ser de espíritu mas tibio. Yo te aseguro que, aunque haya estudiado súmulas el que te hizo la pregunta, ha de sudar sangre primero que sacuda esta garrocha; llegar á creer como artículo de fe que tú eres el que duerme todas las noches en la desnuda tarima, y que la otra cama es cama solo de perspectiva, para disimular tu silenciosa verdadera penitencia, y tu virtud va fundada sobre los sólidos fundamentos de una verdadera humildad, y que esta es la que te obliga á hablar antibológicamente, diciendo que en la cartujana cama duerme un amigo tuyo; porque los místicos de nuestra profesion no reconocemos mas amigos, ni tenemos mas dama, ni adoramos otro ídolo que á madama Conveniencia propia y á monseñor Amor propio, con su hermano el milor Interés nuestro, regoldando á todo esto en todas nuestras obras, palabras y pensamientos.

DOCUMENTO IX.

En el referido aposento tendrás un altarito, aseadamente alhajado, no con ricas preseas, pero con cositas muy curiosas y artificiosamente colocadas. En este tendrás puesta una imagen de ingeniosa escultura, de bulto, para que me entiendas, de un niño Jesus, este

ha de ser tu apellido, y has de dejar lo Giron á un lado, y si puede ser, haz que sea napolitano. Aquí es menester que reflexiones el documento vi. Mira, hijo, los místicos, para distinguirnos de los pecadores, cuando necesitamos nombrar á Dios ó á Cristo, señor nuestro, usamos de esta distintiva voz: el Amo; tú, para ir consiguiendo en las expresiones y voces de nuestro gremio, has de apellidar á tu niño Jesus con las voces de el Amo mozo. La práctica de este documento te la iré enseñando con ejemplitos, porque tu rudeza me pone en estos estrechos. Mira, cuando te se encomiende á tus oraciones la salud de algun señor enfermo, has de responder con tu acostumbrada fingida sinceridad, diciendo: Estos dias estamos algo enojados el Amo mozo y yo, y no nos hablamos; pero yo me veré con el Amo mayor, y verémosi se pueden componer reyertas. Esta respuesta con tan poco cuerpo tiene mucha alma. Virtualmente das á entender tus frecuentes coloquios con Cristo y el niño Jesus: de camino, y sin decirlo, publicas cierto retiro y sequedad con que Dios está ejercitando tu virtud, pues aunque sean pecadores, por lo que con motivo de curiosidad han leído en las obras de santa Teresa, especulativamente saben las entradas y salidas que hay en la Vía Mística; con esto, sin que ellos lo sientan, les espetas y desarrancas una lanza que les atraviesa el corazon de su credulidad. Solicitarás saber todos los dias el estado de su salud, y si sanase, dirás: Hartas quimeras he tenido con los dos amos porque lo querian para sí; pero ya se dieron á buenas, y nos lo han dejado acá á su alteza. Esto dirás si es algun oidor; y si fuese algun grande de España, dirás á su merced; y cuidado con esto, porque es el crisma de confirmar candideces. Pero si se muriese, te harán cargo los de la casa con aquello de: Bravamente lo ha hecho el hermano Carlos; bien se conoce que no le pagaba á su excelencia el amor que le tenia. Entonces has de responder: Bastantes quimeras he tenido con los amos sobre el punto; pero mejor está su eminencia donde se halla, que no en esta vida miserable; es el Amo mozo muy amiguito de comer fruta en sazón. Dos bolas tan grandes como la del chapitel de Santa Isabel embocadas de una vez, en solas cuatro palabras. La primera es que das á entender, sin peligro de quebrantar el silencio que guardas y debes guardar de los favores que Dios te hace, que hablas y tienes coloquios con Cristo y el niño Jesus, como los tenia Moisés con Dios. La segunda bola es que, sin decirlo, quedan entendidos en que has tenido revelacion de que el tal señor está ya gozando de Dios, aunque haya muerto con la manceba en la cabecera. Tendrás cuidado de visitar los enfermos que tienen que dar de sí, y encargarles mucho que se encomienden en tu Amo mozo, y tengan fe con él, que cuando está de buen humor, sabe dar un gusto. Luego añadirás que el autor *Biblia*, de quien tienes hecho juicio que es verdad todo lo que dice, afirma que toda buena curacion viene de Dios, que se ponga con total resignacion en sus manos; y finalmente, que á Dios rogando, y con el mazo dando

Este es un conceptazo de primera clase. Explicárselo así: Que se ponga en manos de Dios, como si no hubiera médico; que de tal modo se sujete al médico como si hubiera Dios. Si sanase, te hallas con un milagrito á la margen y manos libres para el *ayarrantibus*, per *Christum Dominum nostrum*.

DOCUMENTO X.

Para coger el provecho, que ya te supongo con honra y crédito de santo, es menester su poquito de filis. Ten especial cuidado de echar unas vareticas en las conversaciones contra los que tienen apegado el corazón á los bienes temporales; otras, ponderando ciertas necesidades de que tienes noticia; otras, alabando la liberalidad y limosna. Procura persuadir con toda eficacia que todo es vanidad y tierra, que todo lo hemos de dejar acá, y solo hallaremos lo que hubiéremos repartido. Con esto y con exclamar: ¡Ah, si yo tuviera! ó: ¡Las necesidades que hay! enternecerás un peñasco; te constituirán por alcahuete de limosnas, echarás el ramo por de dentro, y algo te se ha de pegar á las manos de la masa. Si acaso vieres á alguno inclinado á hacerte bien, di que necesitas de poco, y esto junto con el documento de las propiedades del alma, manarás en chocolate y regalos; que para alimentar este miserable cuerpo para que sirva al espíritu, cualquiera cosa basta. En agarrando, dirás que socorrerás tu necesidad, y lo restante para pobres que tú sabes. Solicita con maña conocer los genios; al vano, alábale su bizarría; al místico, póndele los bienes de la limosna; al compasivo, represéntale con viveza, ó tu falta de lo mas preciso, ó las ajenas, extremas ó graves; y á rio revuelto, ganancia de pescadores; al liberal, empeñarlo á que empiece; al miserable, decirle que todos le tienen por mezquino, pero que tú has sacado la cara por él cuantas veces lo has oído, y que en su defensa has dicho que no tienen razon, y que acusan neciamente su loable economía, y que no ser pródigo es virtud, como tambien el dar en las ocasiones es liberalidad; y será milagro si con esto tú no sacases leche de las tetas de un carnero. A los mayorazgos, que regularmente suelen ser grandísimos majaderos de rabo á oreja, por esencia, presencia y potencia, cuando les oigas decir una borricada, alábales su prontitud; pero no gastes mucha saliva en esto, porque estos tales, cuanto mas borricos son, suelen ser mas desdichados, sin saber leer en otro libro mas que en Salgado, *De retentione Bullarum*, traducido en romance por el doctor *Primum mihi, secundum mihi, et tertium mihi*; y así, con estas bautizadas bestias gastarás solo las generales de la ley, y aplícarte á los segundones y terceronos de las casas, que estos, aunque mas pobres, son discretos; y llevados de tu persuasion, ya por mí instruida, convencidos del peso de su entendimiento, has de sacar mas de ellos, siendo pobres, que no de los otros pollinos, aunque sean mas ricos. Pero en todo caso mas vale morir de atrevido que de cobarde; y así, ojo á espetar la eternidad de cuando en cuando; con esto verás que nada te falta;

porque unos por liberales, otros por vanos, otros por compasivos, otros por necios, á trueque de no hacer cosa bien hecha en esta vida, y otros por ser acreedores á tus oraciones, irán socorriendo la plaza con lo necesario, y aun algo mas. Procura regalarte y decir que nada te gusta, pero que es forzoso obedecer á quien te lo manda. Quejaráste de diversas dolencias, pero no les has de dar el nombre de enfermedades, sino de ejercicio que Dios te da. Esto mira á tres cositas, muy importantes á nuestro intento: la primera es que con eso no echarán menos si tienes ó no muchas horas de pública oracion mental en la iglesia. La segunda en que, aunque te vean gastar rico chocolate, vino generoso, regalado carnero, chorizos de Extremadura, perniles de Galicia, perdigones de la tierra, y pollas de leche al tiempo, nadie lo echará mal, porque lo considerarán como precito remedio y ordenado régimen medicinal. La tercera, porque aun los mismos, contruidos argos de tus operaciones, aunque tengan sus puntadas de místicos, te han de considerar en el estado de una purgacion pasiva, que en la via mística no es el peor estado. Dirás tambien que es precepto natural el mirar por la salud, y que por eso te regalas, aunque con bastante repugnancia, pero que la obediencia es ciega. Con esto y con los documentos que yo te suministraré, como la ocasion lo pidiere, haz cuenta que tienes un mayorazgo en esta vida; que si en la otra te llevase el diablo, allá lo verás. Adios, hijo, que me voy á descansar.

CARTA II.

El hermano Carlos del niño Jesus á su padre don Alejandro Giron.

Venerable padre mio, mi señor y maestro: Recibí, seis meses habrá, la carta monita, místico-bribonica de usted, y con ella una India, un Potosí, un Perú, un manantial de oro, plata y chocolate, un ramo del árbol de la vida, la verdadera piedra filosofal, que tantos han buscado, y ninguno la ha hallado; y finalmente, es una funcion.

Su merced me trata en ella, con la libertad de padre, de muy tonto, pues no soy tanto como á su merced le parece; en verdad que cierto amigo mio y bien sabiendo me asegura que como yo diera con él leccion de gramática seis ó siete años, que habia de llegar á saber tanto latin como un músico; y que si me metiera en estudios mayores, al cabo de diez ó doce años habia de saber tanta teología y predicaderia como el superior mas estirado; pero ¿quién me mete á mí en estudiar ni uno ni otro, cuando solo con la observancia de los documentos de su merced me rio yo del arcediano de Toledo? Yo tengo un arcazon, que parece á la arca de Noé, lleno de chocolate generoso, un bolsillo de oro y plata de todas monedas; pues con esto, ¿quién me mete á mí en ponerme á declinar nombres ni papeliños? Háganlo eso los pecadores y los que no saben la ciencia que su merced me ha enseñado.

Considero muy de mi obligacion darle á su merced cuenta de todos mis progresos. Habiendo puesto en práctica los documentos de mi padre, confieso que con el que he sentido muchísimo alivio para mi panza y bolsillo ha sido la práctica del documento vi, en el que se me encomienda la ficcion de sinceridad y candidez; y en prueba de ello, referiré á su merced lo que habrá ocho días que me sucedió. Como ya tengo bien sentada mi opinion de virtud, tengo letra abierta para encajarme en los estrados, aunque haya visitas: en esta suposicion, habrá de saber mi padre que el día de San Isidro, con el motivo de ver la procesion que por la tarde con tanta solemnidad se celebra en esta corte, cierta casa de la Plazuela de la Cebada, por la coordinacion de sus muchos y muy dilatados balcones, es golosina de la curiosidad de las señoras, para el mejor registro de ella: así que vi tanta gente de estofa, me metí allá como piojo en costura; pero mi virtud hizo raucha, y me metí en medio, como Pedro entre ellas, danzando la pavana; á porfía andaban sobre á cuyo lado se habia de sentar el hermano Cárlos del niño Jesus. Yo, por no descontentar á ninguna y contentar á todas, con cada una me arrimé un poquito, les contaba un ejemplito del libro *Gritos de las ánimas*, y luego me mudaba con otra, y la encajaba aquello de «caminando un ermitaño por una espesa montaña, etc.» Pasábame á otra, y la embanastaba un retazo de historia de la cueva de san Patricio, y así di vuelta á todo el ganado. Reconocí el campo, y habia señoras de todas suertes; unas eran mujeres de alcaldes de corte; otras de oidores del Consejo de Ordenes; otras eran señoras de títulos, reciénamente impresos, que aun mantienen el nombre y apellido que tenian en el siglo; otras señoras habia cuya grandeza y antigüedad se puede disputar con el mismo Adan. En esta confusion de cosas, tuve presente el citado documento vi, y así á las primeras las di el tratamiento de su eminencia; á las segundas, de su alteza: á las terceras, de su majestad; y á las cuartas, de su merced. Entre tiple y bajo celebraban las buenas señoras mi simplicidad, y yo, en secreto natural, echaba el contrapunto con reirme de la suya.

Pasó la procesion, y la gente de la casa, dándose por agradecidos de haber tenido tan buenos huéspedes, aunque era un pobre guarnicionero, sacó el vulgar refresco de hospital, de agua de limon, azúcar esponjado y chocolate; y yo me negué al favor, con el pretexto de mis dolores de estómago, flatos, destilacion y vauños, de lo que di tan extensa relacion, que quedaron todas lastimadas de mi trabajo; con esto emboqué mi bola, y renuncié gustoso una jicara para adquirir doscientas pastillas de chocolate; pero lo mas cierto es porque entre mi beata y yo teniamos dispuestas ciertas empanadas de tocino de Algarroba, con un buen frasco de lo que se pisa en Esquivias, para eso de las siete de la tarde, á puerta cerrada.

Concluido el refresco, se siguió un rato de diversion; y para que está fuese mas cumplida, se empeña-

ron las señoras en que el hermano Cárlos del niño Jesus habia de cantar unas seguidillas. Yo me resistí todó lo posible, y alegaba que desde niño siempre habia estado dedicado á la virtud, por lo que nunca me habia inclinado á tocar instrumento alguno; y que aunque la virtud nose oponia á la música, antes bien habia oido decir á mi padre que no sé si san Agustín ó Quinto Curcio, aquí dispararon á reirse mas de mi simpleza, decia que el ser aficionados á la música era señal de predestinados, por lo que yo era aficionado á oirla, pero inhábil para practicarla, por el no uso ni ejercicio; que lo mas que yo hacia era, para alegrarme en el Señor, tal vez á mis solas, cantaba, sin instrumento alguno, algunas seguidillas á lo divino, ó un villancito del nacimiento de mi niño Jesus. Asiéronse de esto, y me instaron á que cantase; me pusieron en las manos un guitarron; y yo, sin pisar trastes, empecé á rascar la guitarra en seco, y canté las cuatro seguidillas siguientes, con sus estribillos:

Por la calle abajito
Va el niño Jesus
Con la bola en la mano,
Y arriba la cruz.
¡Válgame el cielo
Y esas calzas azules
Que traes al cuello!
A la virgen de Atocha
Ya no la quiero,
Ni la ven las patas
Con el sombrero.
Vivan las damas,
Que yo las querré mucho
Si fuesen santas.

Rio de Manzanares,
Déjame pasar,
Que me voy á una cueva,
Y me quiero azotar.
Mi niño Jesus,
Yo besaré tus llagas,
Tu corona y cruz.
Cuando me desataco
Para azotarme
Tengo fuerte el espíritu
Y flaca la carne.
Oigan un primor,
Que al subirme las bragas
Siento el descozor.

Con estas cuatro seguidillas, compendio de veinte y ocho desatinos, ponderaron mi sinceridad, y yo interiormente, como un inocente Cain, homicida de sus docilidades, me físgaba de la suya. Pero dió lumbre mi candidez, porque al día siguiente, á eso de las diez de la mañana, fué á mi casa un lacayo con un azafate, y en él ocho libras de chocolate, con un doblon de á ocho, de parte de mi señora la duquesa de N., y la respondí un papel del tenor siguiente:

«Mi señora duquesa de N.: El Amo mozo sea con su merced. Al tiempo que salia esta mañana de la oracion recibí la caridad que su reverendísima me hace, para el socorro de mis necesidades y quebrantada salud. Yo pondré á su reverencia en la presencia del Amo mayor, porque el Amo mozo no está estos días de muy buena guisa conmigo, y le hablaré despacio; y si antes de un año no tuviese su majestad un duquesito, tengo de reñir con los amos hasta enojarme. Ellos guarden mil años á su eminencia, en compañía del tío duque. Amen. De mi oratorio, hoy domingo 22 de mayo de 1729.

»Besa la mano de su merced su menor criado,
»y mayor pecador del mundo,

»EL HERMANO CÁRLOS DEL NIÑO JESUS.»

Al lacayo no le di el real de plata que acostumbra dar la gente relajada; le di un buen consejo, amonestándole

que tuviese recogimiento de sentidos, que eran las puertas por donde entraba la muerte al alma.

Tengo por criada y gobierno de mi casa á una beata de saco y cordon de esparto, con sus cinco nudos y toda repulgada; es de estado doncella, pero tiene las tres comunes propiedades de las viudas, que son el ser gorda, comedora y andadora; y finalmente, es tan gentil bribona como yo.

En las consultas que se me hacen guardo lo mandado por su merced; pero estos dias pasados se me hizo una, en la que no valiéndome ni pudiendo aprovecharme de la leccion que su merced me ha dado para las consultas, dí de propio Marte salida al caso; y yo lo referiré como sucedió.

Llegó á mí una viuda, entre gimiendo y llorando, y me preguntó que si cuando una mujer casada, por socorrer sus necesidades ó por humana fragilidad, incurria ó delinquía en faltas de lealtad al matrimonio, el marido, despues de muerto, si acaso lo sabía allí en la otra vida. Yo reconocí que la pobrecita, tras venir acusada de su conciencia, venia llena de miedo, sospechosa de que su marido vendría desde el otro mundo á tentarla el bulto. Yo, por consolarla, la dije: Hija, lo que yo he llegado á entender en mis ejercicios espirituales es que, al tiempo de apartarse el alma del cuerpo, viene el ángel de la guarda, y con una navajita de cortar plumas, con mucha curiosidad y delicadeza tira dos tajos, y no queda cuerno á vida. A esto me replicó que si á los que morian en el hospital sucedía tambien eso. A que la respondí: Hija, lo mismo sucede al que muere en el hospital que al que fallece entre brocados y colgaduras de damasco, porque es pension y carga concejil del ángel de la guarda volver el alma á su Criador mocha, como se la entregaron.

Me parece que, aunque hubiera estudiado los nominativos y el libro cuarto, no pudiera haber respondido mejor.

No quiero tomar resolucion grave sobre la profesion mística sin consulta de su merced. Dos pensamientos se me han ocurrido, á mi parecer buenos. El primero es el quitarme el pelo á rapa terrón; para el verano es conveniencia, y para el invierno mejor, pues mirando á mi amor propio, que es el ídolo de nuestro instituto, abriga mas un solideo de bayeta negra que no el propio pelo, y de camino doy un superior realce á mi opinion de virtud. Es el segundo, que me parece será muy del caso el vestirme de sayal franciscano, en traje de abate, en esta forma: la collarina negra y mi cuellecito almidonado con sus polvitos de color azul celeste, capa, casaca, chabarreta y calzon del dicho sayal, y mi sombrero á tres vientos, tambien de contextura franciscana. Lo especial de la figura mística ha de arrastrar las atenciones de los mas divertidos, y con eso el hermano Cárlos será mas conocido en la corte, y con eso tendré olor á clérigo y á fraile; con esto no seré aborrecido de los unos, ni mal visto de los otros. Vea su merced cuál cosa es mas conveniente, y lo que me dijese ejecutaré.

El escribir algun librito de devocion me parece adelantaria mucho mi opinion, así por lo devoto del asunto como tambien porque mi nombre ande de molde entre los corros de beatas; y así, padre mio, si á su merced le parece, escribiré un librito, cuyo título será: *Novena y devocion al niño Jesus, escrita por su devoto y el mas indigno pecador el hermano Cárlos del niño Jesus.*

Tengo un huesecito, cosa de tres dedos de largo, pedazo de una canilla, del Campo Santo del Hospital General, y digo que es de la pierna de san Nicolás; pero lo tengo mas blanco que la nieve y engastado en plata; mas ya pudiera engastarlo en diamantes con lo que me ha valido. Voy á los enfermos, y por este hueso, que hace oficio de embudo, les cuelo á los calenturientos media azumbre de agua; ellos, con la mucha fe que tienen conmigo y con la mayor sed que ellos tienen consigo, beben que es un milagro. Encargo el secreto, para que no se lo digan al médico; porque esta gentecilla es enemiga de estos embustes de devocion, y si voy á decir la verdad, las mas veces les sobra la razon, porque ¿adónde hay paciencia en el mundo para tolerar el que ellos se estén desvelando para el acierto, y que si el enfermo sana, le digan los asistentes que el agua que le dió el hermano Cárlos lo ha curado, y si se muere, á facha y bigote le dicen que él lo ha muerto, porque, ó lo sangró antes de purgarlo, ó porque lo purgó antes de la sangría? Vamos claros, padre mio, para entre los dos; yo he tocado palpablemente que con mi agua, como yo no sé si el enfermo está en creciente ó en menguante de calentura, muchos enfermos se han puesto de peor calidad que estaban; pero agarre yo, y tiren los médicos; y si no tienen paciencia para sufrir los sofiones que por mí llevan, que dejen el oficio, y se metan á obispos ó á cardadores, y se verán libres de eso, que yo estoy á hacer mi negocio, y no el suyo. Con esto, muera ó viva, siempre llevo presa á mi casa, como tumba que sale de parroquia, que nunca vuelve sin ella; cuando hace mucho calor ó mucho frio, como estos extremos son los que debemos evitar los profesores de esta mística, no salgo de mi casa, envío á mi beata, y á fe de bribon, que lo hace la niña casi casi tan bien como yo.

CARTA III.

Respuesta de don Alejandro Giron á su hijo el hermano Cárlos del niño Jesus.

Hijo, recibí tu paulina, enmascarada en carta; veo que vas aprovechando, y conozco que, gastando contigo mucha paja y cebada, llegarás á ser un hombre tan célebre, que podrás llegar á ser borrico guion de una cabaña; por fin, eres fruto de mi vientre, y me es preciso proseguir lo comenzado; y así, recibe los siguientes documentos.

DOCUMENTO XI.

Ahora anda muy valida la Academia Española; si acaso se ofreciese hablar de ella, dí que es la mayor obra del mundo, que mentira mas ó menos será; agua bendita, golpe de pechos y bendicion episcopal te sacarán de ese trabajo; frente tiesa y ese cuerpo derecho, y vamos á lo que importa; y quéjate de mí, si tú perdieres la baza. El motivo de prevenirte esto es porque hay entre los académicos algunas personas de caudal, y alabándoles sus obras, los heredarás en vida; ellos se quedarán tan tontos como son, y tú te hallarás mas rico de lo que eres, segun dice una coplilla, que yo sabia, que dice así:

Su renta tiene segura
El que lisonjea á necios,
Que á quien los hace eruditos
Instituyen heredero.

Si te consultaren algunas dudas, que siendo tú lo que eres, no lo dudo, responde preguntándoles á ellos mismos su parecer; y luego decir, mirando al cielo: Eso mismo me parece á mí. Con eso quedas bien, y ellos van gustosos. Ten muy de memoria esto, para todas cuantas preguntas te hicieren, porque son pocos los que buscan la verdad, y muchos los que buscan solo apoyo. Con esto pasan muchas necedades bien vestidas el título de religiosas y arregladas decisiones, porque si alguno las contradice, responde que las aprobó un santo. Supongo que, siendo tú tan necio y tonto como tú mismo, has de contradecir todo lo que no entendieres, segun lo que dijo un poeta hembra:

Que siempre el que censura y contradice
Es quien menos entiende lo que dice.

Y sobre este punto de contradecir podia yo darte carta de recomendacion para un quidam, clerizonte conjurador, que en dos dias te haria maestro en contradecir el Credo y las obras de misericordia; mas no quiero meterlo en ese trabajo, porque me han dicho de secreto que está ahora muy ocupado en aprender á construir las palabras de la consagracion.

Pero te advierto que nunca disputes; porfiar, esto sí, que para eso no es menester saber; y los que no lo entienden suelen dar mas crédito al que mas porfia, y mucho mas siendo *baquelon*. En concluyendo la porfia, dirás: Dejemos eso, y vamos á lo que importa; se quedarán todos mirándote, con atencion de pescador de caña.

El conocer los sugetos es muy dificultoso, pero muy útil para pasar esta vida miserable. Mira, hijo, hay unos tontos por fuera, otros por dentro, y otros por dentro y por fuera. Los tontos por fuera son los que no han estudiado sino una facultad, *verbi gratia*: un gran teólogo, si á este no le hablan de teología, no sabe hablar tres palabras. A estos preguntales cosas hondas, tocantes á tu conciencia, proponiéndoles varios escrúpulos que te se ofrecen, ponderándoles tus buenos deseos. Los tontos por dentro son los que solo han leído algunas comedias, tal cual libro en romance, y algu-

nos arrapiezos de latin; regularmente hablan mucho, porque presumen de elocuentes, sin saber que no es lo mismo hablar mucho que hablar bien, porque lo primero dice cantidad, y lo segundo calidad. Toma para que te acuerdes, esa coplilla:

Es en hablar infinito
El amigo don Pascual,
Y aunque en esto habló poquito,
Yo te digo que habla mal.

A estos alábalas su erudicion y tírales algunas jaculatorias hácia la bolsa, porque suelen tener tan divertidas las potencias en centones de Quevedo, de Calderon y Moreto, que aunque los capes no lo sentirán. Los tontos por dentro y por fuera son los que solo saben una mala gramática y tres quebradillos para una visita. Los hidalgos de aldea son todos así; tambien hay de esto entre los señores; á estos alábalas sus ascendientes y su buen genio con algunas cositas devotas, como estas coplas:

El Señor, divina luz,
Con una porra ó un mazo
Le dió al demonio un porrazo
En el árbol de la cruz.
Dios nos libre y nos defienda
De la muerte y su guadaña,
Porque no hay arte ni maña
Que con la muerte se entienda.
Cuatro pilares tiene esta cama,
Cuatro ángeles la acompañan
Y la Virgen que está en medio;
Dios me recoja á buen sueño.

Y para el porte y comercio político les has de enseñar esa coplilla, que sobre oler á mística, es el centro de nuestra profesion.

En este mundo enemigo
No hay nadie de quien fiar;
Cada cual cuide de sígo,
Yo de migo, y tú de tigo,
Y procurarse salvar;
Mas si alguno me la hiciese,
Un cantazo por detrás.

Suelen ser muy compasivos; y así, pondérales tus trabajos, entre suspiros y medias palabras, y agarrarás algo, que es á lo que estamos. Si te convidan á comer, no seas corto.

DOCUMENTO XII.

El tratar con monjas es contrabando, porque como ellas no dan mas que conversacion, se prohíbe á todo beato gastar la pólvora en salvas.

El que no fuere botero
Con las monjas no me trate,
Que solo trata con monjas
El que trata en cosas de aire.

No obstante, tienen su voto para tu opinion, porque creen de ligero cualquiera virtud; y así, visítalas el dia de su patriarca no mas. Los frailes son escollo en que te quebrarás la cabeza si los tratas mucho, porque por lo regular son doctos y picarones, con que á dos por tres descubrirás la caca. Busca entre ellos algunos legos que dicen misa, porque estos suelen ser bellísimos para tu intento. Cuéntales tus mentidas virtudes, y los

pondrás blandos como un guante, y si tienen algun manejo, lo harás comun de dos. Para quien no te doy permiso ni licencia para que los veas ni oigas, aun desde cien leguas, ni me atravesies las puertas de su iglesia, aunque sea día de santa Teresa de Jesus, es á los carmelitas descalzos. Estos son unos demoniones blancos para nuestro intento, porque son tan versados y diestros en la verdadera, genuina y fundamental teología mística, que á dos veces que te echen la vista sobre el hombro, te han de conocer la musa, y no habrá mas remedio que el irte á vivir cien mil leguas de Madrid, ó llevarte en cuerpo y alma á la calle de Leganitos, donde te darán doscientos chochos por las calles acostumbradas, por embustero. Y así, guárdate de estos animalicos, si quieries guardar el almario.

Con los clérigos (de estos los hay fatales) no tienes que causarte mucho, porque lo que únicamente saben es saber negar. No obstante, si fueren de aquellos que compran el ser canónigos como si fuera oficio (con los canónigos de oficio no te metas) bien puedes tratar, porque suele haber algunos muy tontos y muy buenos, de quien se puede decir:

Y tuvimos, de verdad,
Lástima á su entendimiento,
Y envidia á su voluntad.

A estos meterlos á beatos, y ser tú su director, y con eso tienes sobre su prebenda un beneficio simple. Con los clérigos rasos has menester observar esta regla: mira, muchos de estos, á título de bien acomodados y de fuerte bolsillo, se constituyen por cabeza y jefe de todo su linaje, hasta el quinto grado de consanguinidad y afinidad inclusive; en los congresos y consultas que tienen con sus parientes, en las que presiden con plenitud de potestad, y los parientes están como unas liebres, no se contentan con ostentar su dominio á lo poderoso, sino tambien á lo docto, regoldando á grandes moralistas, diciendo: Ya es opinion muy sentada en la teología moral que la simple fornicacion es pecado mortal, y aun muchos autores graves afirman que tambien la sodomía. A estos les has de acudir alabando mucho las obras de Villalobos y Ledesma, que por estar en romance no tiene inconveniente el que el clérizonton diga que las ha leído, y tú haz lo que crees. Prosigue diciendo que es lástima que entierren el talento que Dios le ha dado, y pues es tan grande moralista, que saque licencia para ser confesor, y se meta á ser obrero en la viña del Amo, que lo deseas mucho para tu espiritual consuelo, y que te alegrarás mucho de que lo haga, porque parece que Dios te da luz para suplicárselo, etc. A esto te responderá que ha muchos días que el señor obispo en las visitas se lo ha dicho, pero que él tomara á bien en dar buena cuenta de su alma, y que no quiere tomar á su cargo conciencias ajenas; apretar en réplicas, y la tempestad vendrá á parar, como si lo viera, en *agarrabundus exullet fidelis chorus, alleluya*. Aunque no he estudiado gramática, sé algunos latines volanderos, como, *verbi gratia*, cuando tocan á la Ave Maria, ya sé que al princi-

pio se dice: *Angelus Domini*; y en acabando de rezar, se dice: *Benedicanza Celi*; y cuando alguno estornuda, se dice: *Dominus tecu*. Finalmente, tengo noticia de los latines mas necesarios para un hombre de plaza; ten tú cuidado tambien en aprenderlos.

DOCUMENTO XIII.

En cosas de monarquía no has de hablar palabra; si oyeres algo de esto, decir que nos hemos de morir, y que solo nos toca el obedecer; que en las manos de Dios están los corazones de los reyes, y que lo que estos ejecutasen esa es la voluntad de Dios. Alaba mucho á los ministros, y di que los encomiendas á Dios muy de veras. En oyendo alguna cosa que no suene bien, por poco decente, haz mil espavientos, y luego échales á cuestras el infierno entero y verdadero, y decir que en esas cosas no gastas chanzas. A cuantos llegasen á tí á hablarte, riete, y cógeles ambas manos, y sea trabajo ó felicidad lo que te contasen, di á todo cuatro ó cinco veces: Gracias á Dios, gracias á Dios; es brava máxima esta, porque de su práctica se arguye una constancia é igualdad de ánimo, así para lo adverso como para lo favorable; y cuidado con esto, porque es el exámen de los espíritus. Ahora para lo que yo te doy licencia es para que, si alguno te diese algun vejigazo, luego que vayas á tu casa arrojes al suelo la montera ó sombrero, y lo pises, con media docena de votos; y cuidado guardarte de la beata, porque si mañana sale de tu casa, sacará tus faltas á la calle.

DOCUMENTO XIV.

No te se olvide ser muy malicioso y hacer mal juicio de todo, con el consuelo de que acertarás las mas veces, y queda en duda si lo supiste por revelacion; y si no aciertas, en suma es un pecado mortal, y te queda la disculpa para contigo de que es genio tuyo, travesura y viveza de natural que Dios te ha dado, y para con los demás, si acaso lo publicaste: ¡Oh, que nos engañamos! ¡Así fuera yo como él! Todas son astucias del demonio. Le echas un lindo remiendo para este mundo, que para el otro luego lo verás; pero no tienes que buscarte despues de muerto, ni impedirle el santo sosiego de mi cama con aquello de quitenme este hábito, porque no entiendo esa jerigonza, y no te conoceré por hijo, enviándote á espulgar un perro, aunque vengas con grillos y cadenas. En las conversaciones de las casas de los señores, en donde ya te discurre introducido, es frecuente conversacion el hablar de la impensada exaltacion de algunos ministros, como tambien de la repentina é inopinada caida de otros; no te metas en investigar los motivos de lo uno ni de lo otro, porque el mismo que delante de tí habla en tóno de conmiseracion, para disimulo, suele haber sido el cómplice ó conspirante en uno ó en ambos extremos del verbo que se ha tocado; en este caso, lo que has de hacer es levantar los ojos al cielo y hacer esta exclamacion: ¡Ah, Señor! No apetezco bienes que se acaban, ni temo males que tienen fin. Te los dejarás sin habla, porque este es

un despróposito como los del doctor Zafrilla, que no tenían ni respuesta ni argumento; y queda lo místico en su punto, con la contera de *Arreñafa me fecit*, padre Benito.

DOCUMENTO XV.

Ya no se tiene por hombre de bien ni de virtud quien no se queja de destilación, flatos y vaguios de cabeza. De todo esto te quejarás y añadirás ciertos dolores de estómago. Estas son unas enfermedades que el médico mas diestro no te puede averiguar que mientes, porque son incognoscibles por el pulso, segun oí muchas veces á mase Barrientes, barbero de nuestro lugar. Con esta turba de enfermedades tienes letra abierta para comer cosas de regalo cuando te convienen, ó en tu casa, si te las presentan. Dirás donde tú te entiendas que te fatiga mucho una acre mordaz destilación, originada de ponerte á leer libros espirituales inconsideradamente, sin reparar en si estabas recién comido ó recién cenado; que sientes mucho la molestia de los flatos, porque te impiden mucho la quietud de la oración, y que cuando estos te dejen, cuando mas engolfado estás en la meditación, recibiendo gustos espirituales, te acometen unos vaguios de cabeza, que contra tu voluntad te es preciso dejar el santo ejercicio de la oración; pero que lo que mas sientes es el nó poder dar rienda suelta á la santa virtud del ayuno; con esto no te censurarán el que por la mañana tomes por desayuno media libra de solomo en adobo, y medio cuartillo de chocolate, con dos bizcochos tan largos y cuadrados como dos tirantes, por unos acerbos dolores de estómago que padeces, originados de ciertos imprudentes ayunos que seguiste en los primeros fervores de la empresa de la virtud, y que los médicos y tu confesor te estrechan á que tomes una jicara de chocolate, mas tus pocos medios te estrechan á sacrificar tus dolorcitos á Dios, acompañando á Cristo en la cruz, porque si no es tal cual día que alguna buena alma te socorra, es curativa que no puedes seguir. Añadirás que para asimilarte á san Gregorio, ya tienes la partida del dolor de estómago, pero quisieras imitarle en sus virtudes; pero ¡oh Señor, que soy gran pecador! Hemos de suponer que toda esta planta no la has de hacer en el barrio de Lavapiés, porque allí no sirve, sino es en casas de estofa; y si no es que tengan corazones de bronce, milagro será si no lloviesen sobre tí libras de chocolate. Concluirás diciendo: Este es ejercicio que Dios me ha dado.

DOCUMENTO XVI.

La elección de estado es uno de los principales instrumentos con que has de labrar la rueda de tu buena fortuna: eso de caserío, ni por pienso ni imaginación. ¡Jesus mil veces! La casamiente es un veneno para el instituto de nuestra profesion. Guardarás te muy bien de las doncellas viejas, porque estas, en cumpliendo treinta años, sin que se haya hecho postura á la mercadería, se arremeten aunque sea á un beato pelon con su solideo. Estas tienen sus argumentos de repos-

tería; para persuadir al santo matrimonio, te introducirán primero en una conversacion de tono humano, y luego te embestirán con aquello de, mas vale casarse que abrasarse; en el mismo tono responderás que eres un pobre hombre para mantener mujer ni hijos, y que dos árboles secos tarde florecen; sin dejarte respirar, te replicarán diciendo que cuando nace un hijo nace un pan. A esto has de responder que cuando nace un hijo nace quien se coma dos panes, y el pan suéle estar en Berbería; y sin darles lugar á segunda ó tercera réplica, plántate de patas y á pié firme en mitad del infierno, y demonios por aquí, y condenados por allí, Judas á un lado, porque vendió á Cristo, y Pilatos á otro, porque dió la injusta sentencia, con las revelaciones que ha habido sobre el caso; que ya me las has oído á mí. Saldrás en paz; y luego envías la ropa blanca que tienes que coser, porque estas doncellas viejas regularmente son buenas costureras, y te hallas en tu casa, libre de cuidados, tripa horra, la costura hecha, sin costarte blanca, y ándese la gaita por el lugar. Clérigo no puedes ser, ni te conviene. Es la razon de lo primero, porque para ser clérigo es menester saber gramática, y tú, aunque la estés estudiando quince años, siempre estarás remoto en las declinaciones de los nombres. Es la de lo segundo, porque aunque en ese feliz estado Dios te librára de la penosa dulce fatiga de tener hijos, el demonio te carreará sobrinos, y estos te han de quitar la hacienda, y aun tambien la honra. Tendrás en ellos una continua é incesable gotera de pesares, que en tu vida podrás comer un bocado de pan con gusto ni sosiego; y como no estamos á eso, gracias á Dios, darle de mano; y hácia fuera, que hace calor, entre tí y tu beato podeis gastar honradamente vuestros perniles, y no te metas á mantener haraganes, porque luego quieren hacer caso ejecutivo de justicia lo que empezó por motivo de piadosa gracia. Y así, cuando te propongan el ser clérigo, tienes la respuesta en la mano de que no sabes latin, y eres ya grande para estudiarlo; y para quedar mejor y mas bien opinado en la virtud, agárrate de la redoma que mostró el ángel á san Francisco, y dando cuatro ó cinco zampuzones en el abismo de tu indignidad, te acreditas de humilde y contemplativo, y quedarás como un cuarto.

Otro recurso les queda á los amantes de tu virtud; y es que, como en las religiones hay legos, te propondrán, como estado el mas perfecto, el que te metas fraile. Hijo, no te pase por el juicio, pues aunque te persuadan que con eso tienes la comida segura para toda la vida, sin el afán de buscarla, ten por cierto que en las religiones se halla lo penoso sin peso ni medida, y los alivios con mucha medida y peso. Mas yo te quiero dar de barato que eligieras la religion mas mitigada que haya en la Iglesia de Dios: dime, aunque fueras sobrino ó nepote del mismo sumo pontífice, ¿quién te podrá librar de que Dios te depare un prelado tonto y maniático? Para esto no hay remedio. Mira, yo soy viudo, y primero me sujetara á remar en galeras que exponerme á esta contingencia. Si sobre esto te insta-

sen y mazeasen con aquello de lo mas perfecto es lo mejor, responde que en la casa de tu Dios hay muchas mansiones, y que á unos los quiere para postas, y á otros para postillones; y que, finalmente, lo pondrás en manos de Dios, y ejecutarás lo que te inspire; que no te han de acusar rebeldías para que respondas dentro del tercero día; y así, hijo, quedemos en esto, tú has de ser un perpetuo celibato, como yo viudo eterno; á mí me ha ido bien, y cada día me va mejor en esta vida que he tomado, y creo que con mi caudal y el tuyo, producto de nuestra mística bribonica, hemos de fundar un mayorazgo para Martinico, el hijo mayor de tu hermana Margarita.

DOCUMENTO XVII.

El gobierno de tu casa confiarás á una criada, que solemos llamar ama; pero esta es preciso que la busques beata, con su saco y cordon y fruncida toca; y si puede ser, que sea de estas que se suelen estilar ahora de torrezno y trago; y con eso los entrantes y salientes de tu casa dirán, como es evangelio corto, aquel adagio: En casa del tamborilero todos son danzantes. Porque esto de cotilla, aguja de plata, basquiña con cola, y delantal con farfalaes es cosa muy extraña de una casa donde se profesa tanta virtud como en la tuya. A esta no te descubrirás en ninguno de los capítulos contenidos en esta mónica secreta. Haz lo que ahora te diga, porque importa. Luego que hayas cenado opíparamente, que para eso y para mucho mas da de si la práctica de estos documentos, dirás á tu ama beata que te encienda dos velas en tu altarito, para tus ejercicios espirituales de oracion y disciplina. Te cerrarás por dentro con llave ó aldaba; no te quito ni te aconsejo que dejes de rezar el rosario de nuestra Señora; y no sabiendo la beata si tu oracion es vocal ó mental, ella lo atribuirá á lo mas perfecto. Coge luego tus disciplinas, y da con ellas donde te se antojase, con tal que no sea en tus nalgas, de modo que la beata lo oiga. Luego te acostarás en tu cama de colchones, y mientras el sueño no te rondase las orejas, ten cuidado de hacer algunas ruidosas exclamaciones á Dios, ya amorosas, ya penitentes; habla recio, fingiendo que hablas con otra persona, ofreciendo ayudar con tus oraciones y espirituales ejercicios, y creará la beata que estás hablando con el ánima mas sola, que viene del otro mundo á mendigar tus oraciones; pero luego que te venga la gana de dormir, duermeme á pierna suelta, hasta que harto ya de sueño, despiertes, aunque no haya salido el sol, á las nueve de la mañana.

Luego que te levantes harás tu cama, de modo que la beata crea que has dormido en la cama de la penitencia, porque la de los colchones la has de dejar de modo, que parezca que nadie ha llegado á ella. Luego abrirás la puerta, y irá tu beata con un jicaron de chocolate y dos bizcochazos como el puño. Y preguntado de ella cómo has pasado la noche, responderás que de todo ha habido; algunos ratos de sequedad y desamparo en la oracion; y otros, apiadado Dios de tu con-

formidad, te ha favorecido con algunas espirituales delicias, etc. Cuando tu beata te lleve á la mesa algun plato delicado de regalitos que te enviarán, darás un suspiro, diciendo: ¡Oh válgame Dios, de cuán buena gana alargara yo este plato á un pobrecito! Paciencia, primero es obedecer. Entonces apretar con ello de modo, que dejes poco que hacer á la fregatriz. El fruto de la práctica de este documento es mas de lo que tú piensas, porque su norte no es para cabezas redondas como la tuya.

Enviarás á tu ama beata á casa de los señores, con ligero motivo de cuidado, á saber cómo estan; por rigurosa ley de cortesía le han de preguntar por la salud del hermano Carlos del niño Jesus. Aquí entra el conjuro: sin que la déen tormento dirá que está pasmada de la vida que traes; que lo poco que comes es á fuerza de ruegos que ella te hace y por la obediencia de tu confesor; que todas las noches duermes sobre unas desnudas tablas, y por cabecera una piedra, sin conciliar mas sueño que suspiros, y hacerte el cuerpo una salchicha á disciplinas; y para descanso toda la noche es entrar y salir ánimas; que del otro mundo vienen á pedir tus oraciones; y esto que lo ha oido ella, y si la aprietan un poco, lo jurará por el hábito que trae. La encargarás que no dé puerta franca á todas las visitas que te vayan, sino es que sepa distinguir de colores; esto es, á los que en el vestido se conoce que no pueden dar de sí, que les responda: Está su merced en la oracion, y no se le puede entrar ahora recado. A la gente de estofa, que pase adelante; y ojo á que te encuentren siempre con el rosario en la mano, ó con el librito *Manojito de Flores*, ó las obras de Kempis. Está advertido en que cuando mas engolfado estés en el tragar y cuando mejor te sepa lo que comes, te has de enderezar, sentado como estás en tu silla, darás á la cabeza cuatro ó cinco veces á un lado y á otro, y has de decir: No puedo, no puedo; no tiene remedio; ¡sobre no poder entrar! Entonces tu beata; sobrestante de tu mesa, te acudirá diciendo: Vaya, señor, por la hiel y vinagre que dieron al Señor, otros cuatro bocaditos, que está el guisado que lo pueden comer los ángeles. Entonces apachugar con ello, hasta roer los huesos. Todo esto lo dirá ella, y aun algo mas sin que tú se lo encargues.

DOCUMENTO XVIII.

No has de dar paso en que no llesves por delante el aumento de tu buena opinion. En las procesiones públicas que suele fomentar la devocion cristiana, para el socorro de las públicas necesidades, como de sequedad, epidemia, langosta, etc., seas tú el primero que asistas á ellas, y cuidado con agarrar la cruz, ó á lo menos menos la campanilla, un cordel de esparto, con sus nudos, al pescuezo, y tu coronita de espinas; esto es cosa que no duele ni quita las ganas de comer, y encantarás con esto al mas distraido pecador. No será malo que así que cojas la campanilla, antes que el sacristan entone, la antifona ó *Kyrie eleison*, des dos

campanillazos, llamando la atención del pueblo, y en tono de publicar mision cantes una jaculatoria. Esta es linda:

En la casa del que jurá
No faltará desventura.

Las mujeres mal casadas, que entre tempestades de votos y juramentos suelen llevar algunos puntapiés en lo delgado de la rabadilla, te lo agradecerán, diciendo: Bien haya tu pico; y finalmente, sabrán todos que estás allí.

No incurras en la vulgar costumbre de ser penitente de azote los juéves ni viérnes Santos en las procesiones solemnes de esos días, porque esa es una penitencia que el mas bergante la suele hacer; no adelantas nada con eso, y puede ser que te haga daño, y á lo menos, aunque no es mucho, suele doler algo la pelotilla de cera y vidrio. Fuera de que no es razon que un espíritu como el tuyo, en la opinion digo, que en lo demás yo te discorro dos dedos menos que ateísta; se univoque en tales acciones de virtud que hacen ó suelen hacer los rufiancillos, por especie de galanteo, á sus chuscas. Ahora bien, lo mas que puedes hacer, para que se sepa que en todo lo bueno te hallas, es ponerte un alba con tu cíngulo y el dicho cordel de esparto, con tu corona de espinas, unos grillitos con su cordelito, para ir aliviando su peso, el pelo encenizado, dividido en dos peluchones; que caigan por encima del hombro al pecho, que te tapen parte de la cara, y esto á cara descubierta y sin capuz, la cabeza torcida, y los ojos bajos, parecerás una verdadera efigie de un *Ecce homo*; y dirán las mujeres compasivas, en voz de lamentacion: Dios te lo reciba, Dios te lo reciba. ¿Y es todo esto? Pues todo esto no duele nada, cuesta poco, y vale mucho.

DOCUMENTO XIX.

Ya es rara la ciudad en España que no tiene erigida escuela de Cristo, religiosa y loable fundacion del señor san Felipe Neri; luego te declararás por pretendiente de tan santa congregacion; y no dudo que según tu buena opinion, serás provisto en la primera vacante que haya. Ya que estés en posesion, está advertido en cuanto te llamen á ser ejercitado; siempre has de decir que por la misericordia de Dios no has faltado en ejercicio alguno de los establecidos por la santa escuela; y que en órden á los afectos, las pocas veces que los has sentido ó llegado á conocer (aquí tácitamente publicas tus sequedades, desamparos y tinieblas interiores), moneda muy corriente entre los grandes espíritus) han sido de perseverar en el camino que has comenzado (y dile que falte por el repulgo), y deseos de ser de todos abatido, aunque en la realidad tus deseos sean de que te la pague quien te la hiciese, y si no fuese el partido igual por la magnitud del ofensor, á lo menos menos un cantazo por detrás, pues por grande que sea el contrincante, de eso no lo podrá librar la madre que lo parió. Te introducirás con los ancianos de la santa escuela, porque en cosas de virtud tienen especial voto

para acreditarte; á pocos meses te harán diputado mayor ó menor, y serás uno de los de la junta, y te hallas de manos en la masa; harás ostentacion de que no eres aceptador de personas; y así, en las juntas donde se trate de la correccion ó castigo de algun hermano de la congregacion, justicia seca en él, echarle la ley á cuestras y salga fuera; pero si fuere pariente tuyo, ó bien quirierte, entonces no ha de haber para tí mas ley que el extremo á que tu pasion te inclina, á pesar de todas las constituciones y acuerdos contenidos en el libro de decretos; y sobre esto no te des á partido ni cedas á nadie, aunque el mismo san Felipe Neri se empeñe en convencerte. Mas esto con tanta maña, que sin descubrir que procedes apasionado, logres tu gusto y empeño, á pesar de todos y de la razon. Sobre esto ya te daré dilatada instruccion cuando llegue el caso.

Ten cuidado de traer entre manos siempre una máxima espiritual, y parlarla en alto estilo. Ahí tienes las *Moradas de santa Teresa*, y hay bravos bocaditos. Ten habilidad para contraerlos, de tal forma, que juzgues tus oyentes que son inteligencias que has adquirido en la oracion. La mas frecuente de la que has de usar, por ser de mas dificil práctica, es ó será esta: Quien quisiere negocios conmigo hágame agravios. ¡Ah, buen imitador de Cristo! dirá el mas zafio. Diráslo así; pero en todo caso ten cuidado de que cuando te lleguen á dar el Viático, no tengas que perdonar á nadie agravio alguno, sino es chigo ó grande, que lo tengan ya purgado en esta vida; y como tú seas hombre de habilidad, puedes vengarte de quien quisieres, con capa de virtud, y este es el mayor primor de la tramoya, diciendo: Porque no se pierda esta alma, mas vale que viva corregida en esta vida que no el que la muerte la coja obstinada; y dar un cañutazo contra él, que lo levantes cien varas en alto, como si le arrimaras un barril de pólvora. El superior te lo agradecerá, por el motivo y la ocasion en que lo pones de asentarle la mano en el bolsillo ó en la persona; quedas acreditado de celoso de la honra de Dios, y al mismo tiempo te ves vengado de quien te hizo la fechoría disonante.

DOCUMENTO XX.

Síguese ahora dar respuesta á tus consultados pensamientos. Al primero de quitarte el pelo, digo que respecto de ser cosa que redunde en conveniencia de invierno y verano, cebo del amor propio, y en aumento de la opinion de virtud, soy de parecer que luego lo hagas, pero sin afectacion de guedejitas, sino es, como tú dices, á rapa terron, y aunque te dejen algunos trasquiloncillos no importa; con eso publicas cierto dejamiento ó renuncia de tí mismo. El segundo pensamiento es como parto de tu necedad. Ven acá, hombre, ¿no ves que eso de echarle el sayal es la ejecutoria de embustero, y cualquiera que te vea te hará una higa, diciendo: Cata aquí la cruz antes que á mí llegues? siendo así que nuestro instituto es el ocultar lo artificioso del embuste y publicar la virtud. ¡Jesus, y qué delirio! Yo aseguro que si salieras con ese disfraz, no hubiera

alma que te creyera, aunque con una navaja te llenaras la frente de cruces; no, hijo mio, eso menos. Vísiete de paño bueno, tu valoncita sin encajes, á lo viudo y estilo antiguo, tu sombrero negro sin forro, con un cordoncito, como sombrero de fraile, y tendremos una efígie de un místico que se podrá regalar con ella por Navidad al mismo Heródes. El tercer pensamiento es bueno, pero ahora no es ocasion; lo uno porque aun eres muy mozo para escribir libritos; lo otro porque ahora anda una tempestad de escribir los médicos unos contra otros, los astrólogos contra los médicos, y estos contra los astrólogos, que no encontrarás prensa desocupada; deje pues que se acabe esta tempestad, que luego entraremos nosotros con la nuestra. Ya te avisaré yo.

Si te llamasen á ser medianero y compositor de alguna discordia, no te niegues á eso, porque es relumbron de un místico ser el fris de su pueblo y el *Pax vobis* de las quimeras. Lo que puedes hacer es estar con ambas partes, y á cada una decirle que le sobra la razon; con eso los dejas peor que estaban, y no te malquistarás con nadie.

Aunque sepas que tu beata hace sus ciertas frituras de torreznos para merendar, haz la vista gorda, y no te des por entendido, aunque luego al cenar diga que ella con un huevecito tiene que le sobra; disimula el engaño, porque si todo lo quisieres llevar por sus derechas veredas, llegará el caso de que anden los cojos á muleta; y así, lo que conviene es callar, y callemos, que sendas tenemos.

Una solución tengo que suministrarte á una dificultad, en que todos los días te verás de piés en ella; y es que esa vida regalona con tu porte de bribon te saldrá á la cara; estarás gordo como un cebon bien cebado, y colorado como un tomate bien maduro. Tus amigos, cuando te saluden, te dirán: ¡Válgame Dios qué gordo y colorado está el hermano Carlos! A este no has de responder: Sí, gracias á Dios; porque en fuerza de esta respuesta quedarás convicto de poco mortificado, y se cae todo el andamio de todas tus tramoñas, y quedas descubierto en vista y revista, en la esencia y existencia de hipócrita bribon. Tampoco responderás: Esto lo hace la gracia de Dios; quita allá, esta es respuesta de beata fullera, que al primer folio está todo el inventario de sus zorrerías. Yo te daré otra respuesta que pueda engañar ó hacer suspender el juicio al médico mas diestro; y así, luego que te ponderen tu gordura y buenos colores, responderás diciendo: ¡Cuerpo de Cristo! estos colores, que á ustedes les parecen buenos, son mi mayor enfermedad; estos colores son el

verdugo de mi salud, porque son originados de un intensísimo incendio de hígado que me carrea unos grandes dolores de estómago, que me impiden el tener las dilatadas horas de oracion que mi alma desea, con mas el trabajo de una suma destemplanza fria de estómago, que si no bebiera un traguito de lo de Peralta, en veinte y cuatro horas no pudiera cocer ni digerir el poco alimento que tomo. Aunque parece que estoy gordo, la cara me engaña el cuerpo; si este me lo vieran ustedes, me verian las costillas pegadas al espinazo. Cata aquí que dirás en esto un disparate, y creerán que tu cuerpo es una verdadera efígie del esqueleto del hospital general, á continuadas disciplinas y cilicios. Finalmente, hijo mio, estos documentos se reducen á que consigas la felicidad que contienen esos dísticos de Ciceron, que me los tradujo de latin en castellano cierto amigo músico, y dicen así:

Tenga yo salú,
Con paz y quietú,
Dinerillos que gastar,
Vestir y calzar,
Y ándese la gaita
Por el lugar.

Luego que tengas trecientos doblones de hucha, avísame, para que, juntos con los que yo tengo, se compren unas heredades y un cortijo, para fundar el mayrazgo á Martinico. Si tú salieras tan diestro como lo ha salido una discípula que tengo aquí, moriria consolado; pero eres un zote, y no tengo mucha confianza en tu práctica. Adios, hijo, que te guarde muchos años. Granada y junio 10 de 1729.

Tu padre, que te estima mucho,

DON ALEJANDRO GIRON.

PROTESTA DEL AUTOR.

Aunque el título de esta obra podia servir de protesta, no obstante, protesto nuevamente que toda proposicion negativa que en el sentido literal se oponga á los dogmas cristianos, buenas costumbres y máximas de perfeccion cristiana, es mi ánimo que tenga la inteligencia de proposicion afirmativa; y la afirmativa que mostrase tener la misma disonancia, quiero que se entienda por negativa; y esa oposicion protesto que es solo en fuerza de la frase que sigo. Asi lo siento y afirmo como cristiano católico. Madrid y junio 11 de 1729.

DON FULGENCIO AFAN DE RIVERA.

LA VENGADA A SU PESAR,

POR DON ANDRES DE PRADO, natural de Sigüenza.

UNA noche de las tenebrosas de invierno, que con horrores de densas nubes y fúnebres sombras causaba espanto al mas denodado pecho, ocasionadas de lo proceloso de una deshecha tempestad que con torbellinos de truenos y borrasca de relámpagos obligaba á temor y anunciaba tímidas aventuras, caminaba Periandro por lo encumbrado de una montaña en el reino de Leon, en un lucido hijo de Erbonas, tan noche en la color, que parece esta le tomó por dechado para parecer mas lúgubre. Solo caminaba, mas no tanto que sus pensamientos no le sirvieran de crueles camaradas en su nunca imaginada partida: digo no imaginada por haber sucedido el caso que á esto le obligaba tan repentino. Bajaba pues por lo angosto de una senda, deseoso de hallar algun pobre albergue para guarecerse de tan impensado suceso, á tiempo que oyó una voz que de lo oculto de unas intrincadas matas le decia: Si hay piedad en los cristianos pechos, y tú, cualquiera que seas, la tienes, socorre á una desdichada y congojada mujer, que este nombre te puede obligar cuando no te mueva ni voz, que desfallecida te avisa de la pena que mi cuerpo padece. Desmontó apresurado el valeroso jóven, y desnudando la luciente cuchilla, terciando al brazo la capa, fué siguiendo estos últimos ecos; mas llegando al puesto de donde la voz salia, vió en él un bulto que con diversos vuelcos daba muestras de su ahogado espíritu; procuró levantarle, y viendo no ser posible, lo acomodó para que tomara algun aliento; pero quiso el cielo, que siempre socorre á los que afligidos le invocan, divisase algo léjos una pajiza choza, de la cual salian muchos resplandores de encendidas teas; parecióle que para descanso de aquel fatigado cuerpo seria mejor llevarle adonde la luz se divisaba; y tomando su caballo, acudió al referido puesto con la diligencia que fué posible; dió cuenta á los rústicos habitantes de la presente desdicha, los cuales vinieron al ya dicho sitio, y acomodando en sus fornidos brazos á la lastimada señora, la llevaron á ella, con cuya diligencia cobró algunos alientos su fatigado espíritu, dando muestras de agradecida con humildes señas, por tener la lengua ocupada de la modestia que la

causaban tres penetrantes heridas que en su rostro y gallardo cuerpo por las manchas de la sangre mostraba. Acudieron piadosos á su cura; y habiendo cocido salutíferas plantas en mediano, si no acendrado vino, se las lavaron y aplicaron las yerbas, dándole alguna aunque rústica refeccion á su postrada persona, dejándola quieta para que pasara sosegada lo que de la noche restaba. Recogióse nuestro Periandro, y los rústicos algo retirados para hacer lo mismo hasta que el día, bien deseado de todos, les diera luz para buscar el conveniente remedio para aquella afligida señora.

Amaneció lucido el príncipe de los astros y padre de las luces, siendo hora para que nuestro caballero, que cuidadoso habia estado de saber cómo se hallaba la herida, se levantase, y llegando adonde la habia dejado la noche antes, la halló, viendo en su rostro un prodigio de perfeccion; y habiéndola saludado cortés, á que correspondió agradecida, la preguntó cómo se hallaba de sus heridas; á que respondió que con mucho alivio por la diligencia de su amparo, cura y asilo. Quisieron los rústicos dar cuenta al lugar cercano de esta desgracia, mas no lo consintió Periandro, pareciéndole que con el movimiento se le podian nuevamente alterar las heridas á la dama; y á la verdad no era sino pena de que se apartase de su vista aquella que con la suya le habia hecho de libre esclavo de sus lucientes rayos.

¡Oh, amor, de cuántos ardides te vales y vales por ardid! A piedad mueves cauteloso, y es cautela para precipitar el corazon incauto á que ame y pretenda atrevido: tal era la centella que se habia introducido en el pecho de este caballero así que vió la beldad de la herida dama. Fueron los villanos á su cotidiano ejercicio, y en el ínterin pidió Periandro á su nuevo empeño le diera noticia de su desgracia, de su patria, estado y nombre; á que se excusó diciendo era aumentar su achaque referir lo que le pedia; y por no disgustarla, remitió el saberlo para mejor ocasion. A esta sazón pasaba un cirujano del lugar vecino á otro á cierta cura, y avisado de los pastores, Periandro le suplicó viese las heridas á la dama, ofreciéndole satisfacer, á que el cirujano se ofreció con mucho gusto, por haber

visto en nuestro héroe un no sé qué de autoridad oculta. Visitóla, y viendo las heridas, dijo no ser de cuidado, cuya alegre nueva satisfizo este caballero con una rica sortija que en su mano traía; y habiéndole aplicado nuevos remedios, se despidió, ofreciendo volver otro día, y otros si fuese menester hasta dejar del todo sana á esta señora, con que siguió su camino.

Gustoso quedó Periandro viendo habia hallado el remedio á su deseo sin entrar en poblado, y enviando á uno de los pastores, que esta era su ocupacion, al pueblo, dándole dineros suficientes, mandó le trajeran los regalos necesarios para la asistencia de la enferma, á que ella correspondió con muchas gracias del cuidado que su valedor le mostraba en su regalo y cura. Aquí entre las corteses razones vino á descubrir nuestro héroe un mas que mediano ingenio, acompañado de modestos y finos agasajos, incentivos de la voluntad, y redes del albedrío, que sirvieron de alimentar la nueva aficion y recien nacida voluntad, para que llegara á crecer gigante y conservarse firme, como se verá.

Ocho días pasaron, en los cuales no sucedió accidente alguno, hallándose muy mejorada esta dama con las visitas del cirujano, que las hizo con mucho cuidado, bien gratificadas de nuestro Periandro, al cual un día que se halló á solas le dijo esta dama cómo era forzosa su ausencia; mas viendo el sentimiento que por ello hacia, le consintió que la acompañara, si bien con el pretexto que no habia de pasar de los límites de la cortesia, que nuestro caballero ofreció con juramento. Satisficéronles la buena obra á los pastores, con lo cual se partieron por una inculta senda, yendo la dama á las ancas, y Periandro gobernando su orgulloso caballo en la silla. Bien habian andado mas de tres leguas, cuando Periandro le pidió á su ya mejorado dueño le refriese la causa de haberla hallado en aquel sitio, á tales horas, tan herida y lastimada; á que la dama satisfizo diciendo:

«Cuatro leguas poco mas de aquí dista, oh noble caballero, la siempre ilustre Segovia, ciudad rica y abundante, habitada de nobles y ricos caballeros como de discretas y bellisimas damas: esta es mi patria; mi nombre Anarda, tan desgraciada, que pudiera por autonomia llamarme la propia infelicidad. Nací hija única de heróicos y ricos ascendientes; pero ¡qué le importa la riqueza á la que nació sin dicha! Créi-me de tiernos años con mis padres, que en breve pasaron de este á mejor siglo, heredando yo, junto con la calidad, un cuantioso mayorazgo, que pasa de seis mil ducados de renta; quedé sujeta á una hermana de mi difunto padre, señora ya mayor, ejemplo de virtud y archivo de perfeccion. De este modo lo pasé hasta los tres lustros de mi edad, que trató esta señora darme estado, viendo los muchos pretendientes que me salian, ya movidos de mi hermosura, ó ya de mi hacienda, como ellos decian.

Habitaba pared en medio de mi cuarto un caballero, mozo en la edad, galan en la persona, y rico en los bienes de naturaleza, si bien en los de fortuna muy pobre,

recien venido de Indias á ciertas pretensiones: á este un día vi entrar en su posada desde unas celosías, y os aseguro me aficionó su talle y gallarda presencia, porque luego sentí dentro del pecho un volcan en que el corazon dulcemente se abrasaba, víctima que en holocausto ofrecia el alma á su gentileza; reprimí mis deseos, recogí mis pensamientos, y á mí misma me dije libre, desordenada y otras razones para moderarme; pero ¡qué vale la correccion donde está la fuerza del hado! Propuse el no salir á mis ventanas, juré no abrirlas, y traté á mi memoria condenarla á perpetuo olvido; pero ¡ab! inconstante ofensa! pues ella misma me inclinaba y excitaba á hacer lo contrario. Pasé algunos días hasta que uno festivo salí acompañada de mi tía y un gentilhomme, criado antiguo de mis padres, á cumplir con las obligaciones de cristiana, á tiempo que don Antonio, que este es el nombre del forastero, estaba acabándose de vestir en un cuarto bajo, cuyas celosías salian á la principal calle por donde habiamos de pasar; fué fuerza vernos, y, ó ya sea curioso, ó ya motivado de nuestra vista, salió en breve siguiéndonos hasta la iglesia, en la cual todo el tiempo que estuvimos no apartó un punto los ojos de mi persona, diciéndome con ellos su deseo; los míos os aseguro que, aunque cubiertos del sutil manto, deseaban, por mas que los apartaba, hacer lo mismo.

Acabóse la fiesta y con ella esta amorosa batalla; siguiéronos don Antonio, y sabiendo nuestra casa, fué vigilante centinela en inquirir quién yo era, mi calidad y estado; fué informado, muy á su satisfaccion, por una criada mia, la mas allegada; trató declararse por un papel que llegó á mi mano por las de mi sirviente, y aunque al principio la reprendí y rehusé, fueron tantas sus persuasiones, que me obligaron á tomarle; mas con el presupuesto de no responder, y abriéndole, vi que decia:

«Quien padece sin declarar su mal, no busca el remedio á su dolencia; yo, hermosísima Anarda, os adoro con tan casto amor, que solo se dirige á haceros dueño de mi persona, pues lo sois de mi alma; atrevido juzgaréis mi pensamiento si reparais en vuestros méritos; pero ellos mismos disculpan mi arrojo, por haber sido el motivo, que quien busca lo mejor no es digno de castigo, sino de premio; este esperaré yo de vuestra mano, pues ella podrá premiar mi esperanza, si la consigo, para que os merezca esposa quien os venera esclavo.

» DON ANTONIO.»

Leí este papel delante de Leonisa, que este es el nombre de mi criada, la cual me exageró las prendas, condicion y calidad de este caballero con tantos hipóboles, que pudiera tenerla celos, á no ver la desigualdad que habia entre las dos. Hice desprecio del papel, y mandéle no me tratara mas de esta materia, si queria estar en mi compañía, á lo cual se disculpó ofreciendo no darme enfado. Acertó á venir á visitarme una amiga, por lo cual, dejando á Leonisa, salí á mi estrado á cum-

plir con aquella obligacion forzosa; llegó doña Juana, que este era el nombre de mi amiga, algo melancólica, y despues de haber pasado los corteses cumplimientos, la pregunté la causa de su tristeza, ofreciéndole, ya que no del todo el alivio, al menos lo que yo pudiese hacer para sublevarle en parte su fatiga; á que respondió agradecida, dándome cuenta de su pasion con algunos sollozos, en las siguientes razones:

Dos años ha, discreta Anarda, que como sabes mudó su casa mi padre de la gran Sevilla á esta ciudad, en los cuales no ignoras la amistad que las dos hemos profesado; tambien tienes noticias, amiga mia, y has visto en mí el recogimiento que siempre he guardado. Pues has de saber que habrá como tres meses vino á sus pretensiones don Antonio de Leiba, vecino tuyo, el cual en Sevilla me miró con las atenciones debidas á las mujeres de mi calidad; este pues ha como algunos dias que se ha entibiado en su amor, tanto, que me ha movido á saber por tu medio, si es posible, la causa de que nacen estos desvíos; por lo cual estimaria que Leonisa le llevase un papel de mi parte, para entender el origen de su olvido. Esto es lo que me tiene sin gusto, esto lo que me aqueja, y esta, en fin, es la inquietud que el alma padece; y pues me ofreciste remedio, ese te pido:

Cuál yo quedé, bien lo podeis colegir de quien estaba tan á los principios de su voluntad, y aunque tan arraigada, disimulé mi pena, ofreciendo hacer lo que me pedía; y llamando á Leonisa, hice llevase el papel de doña Juana á don Antonio, que ella llevó muy contenta, imaginando ser mio; mas luego salió de esta dula, como veréis, porque habiéndosele dado y conocido la letra, la despidió desabrido, diciéndola, respondiera á doña Juana no estaba para obedecerla por cierta ocupacion; y de paso le dijo: Advertid á la señora Anarda no se emplee mas en estas diligencias, pues no conoce los sugetos que las piden, que no hablan verdad en lo que informan, ni tienen razon de lo que se quejan.

Esta fué la respuesta de don Antonio, y aunque yo, viendo el desaire, pude quedar satisfecha, no obstante, siempre tuve algun recelo de si me trataba con verdad. Cesó la visita con el dia, yéndose doña Juana con la misma tristeza, á mi parecer, del desprecio referido. Pasamos Leonisa y yo lo que de él restaba en ponderar el desaire hecho, y ella de su parte me encareció lo que don Antonio le habia dicho á la despedida. Al cabo de algunos dias volvió mi amante á insistir en su pretension, y viendo mi desprecio, me envió unas décimas glosando esta cuartilla, que se habia hecho á una dama de palacio del propio nombre:

*Pues es ya mi vida Anarda,
Y ella no quiere que viva,
Yo me muero porque estoy
Sin esperanza de vida.*

Salamandra mi aficion,
Porque ve cuánto intercesa,
Se solicita pavesa
En tan rara perfeccion;
Y alegre mi corazon,

Que al mirarla se acobarda,
Dice (con ansia gallarda,
Que ánimos puede infundir):
No temas, que he de morir,
Pues es ya mi vida Anarda.

Amoroso me importuna
A que os adore rendido,
Porque siempre al atrevido
Favorece la fortuna;
Todo mi valor se auna
Para adoraros esquivá;
Y con esta llama activa
Que me llega á persuadir
Vuelvo, señora, á vivir,
Y ella no quiere que viva.

Yo estoy herido con gusto
Del arpon de vuestros ojos,
Y entre tan dulces enojos,
Me parece el rigor justo;
No esperéis que llame injusto

Este ceño desde hoy,
Que á vuestra presencia voy,
Donde podré blasonar,
Si otros mueren por no estar
Yo me muero porque estoy.
No espero, no, mejor suerte,
Sino que logreis el tiro,
Pues que con ansias aspiro
A tener vida en tal muerte;
Dulce fin mi amor advierte
En dicha tan conocida,
De mi fe bien merecida,
Pues podrá blason tener,
Que por vos se llegó á ver
Sin esperanza de vida.

Estas décimas, juntó con su retrato, llegaron á mi poder por órden de Leonisa, que me dijo que, aunque perdía mi casa, no habia de pasar en silencio las penas que yo le causaba á don Antonio, pues por mis desvíos habia estado casi en los umbrales de la muerte. Asegúroos, señor Periandro, que lo sentí, y que me pareció no era razon dejar de aplicar el remedio sabiendo el achaque, y que se originaba por mi desprecio. Obligóme por esto á favorecerle, enviándole una banda verde con puntas de oro, para que con su color cobrara esperanza y sustentara el brazo, por estar sangrado, y las puntas para asegurarle de mi firmeza, juntamente con un papel respondiendo al primero. Aquí le pidió nuestro caballero lo refiriese, á que con algunos colores lo hizo, que le ocasionaron sus memorias y recato natural, diciendo:

«Arrojo os parecerá, señor don Antonio, el escribir
»una doncella á un caballero libre; pero no lo juzgueis,
»sino entended que, movida de la pena que referís, lo
»hago solo para que no me noteis cruel, dándoos li-
»cencia para que me veáis, con el respeto debido á las
»mujeres como yo; ahí os envío esa banda para el des-
»canso de vuestro brazo; yo le tendré si tratais de pe-
»irme á mi tia por esposa; pues no siendo así vuestro
»intento, dudaré de la verdad que acreditais por el
»vuestro. Dios os guarde.

»ANARDA.»

Este papel llevó Leonisa muy contenta, por haber alcanzado lo que le pareció imposible de mi condicion, y mas por las albricias que don Antonio le dió, que fueron algunos doblones, que no es pobre amor favorecido en sugeto deseoso de alcanzar lo que pretende. Hizo extremos de alegría viendo le daba licencia para verme; y concertando con Leonisa la hora, la despidió, previniéndose para el dia siguiente de una costosa gala, que lo bien tallado de su persona le daba nuevos realces al adorno. Volvió Leonisa con tanto alborozo, que dudé si acaso era la interesada, y nuevamente me encareció la afabilidad, cortesía y trato de mi nuevo dueño, diciéndome que el dia siguiente estaria muy puntual á visitarme; encarguéle el silencio, á que se ofreció con muchas maldiciones, con que le fié mis ansias, que hasta entonces las habia tenido ocultas, dándole cuenta de mi amorosa pasion y de lo sucedido cuando le vi entrar en su posada, y juntamente el habernos seguido hasta la iglesia, con lo demás que ya sabeis.

Vino el día y con él la hora señalada en que había de venir don Antonio, que fué tan puntual como ella; y siendo avisada de Leonisa, dejando á mi tía en su oratorio, salí á recibirle, exagerándome su dicha con tan amorosas razones, que engañaran á la mas prevenida; díle crédito, quedando entre los dos ajustada la correspondencia con la condicion referida, que revalidó con muchos juramentos. Algunos días duró nuestro amor sin zozobras; pero ¡cuándo no suceden á los infelices, y mas á quien lo era como yo! Sucedió pues que, llegando á noticia de doña Juana nuestra voluntad, trató su venganza de esta suerte.

Vivia frente de mi casa una señora, ya de mucha edad, y con tan gran miseria, que lo pedia para poderse sustentar, á la cual diversas veces yo habia socorrido con tanta liberalidad, que su boca era la que me ponía límites; esta pues tenia entrada á todas horas en mi cuarto; vió en él un día á don Antonio, y habiéndole saludado, le preguntó su estado y calidad, á que le satisfizo dándole noticia muy á su gusto, de que recibí mucho contento Matilde, que este es su nombre, y habiéndole dicho don Antonio su intento, lo aprobó, ponderando cuán acertada era su pretension por mi hacienda, nobleza y méritos, ofreciéndose seria nuestra estafeta en el interin que no se concluía el casamiento, trayendo los papeles que se ofreciesen. Agradecile este agasajo, y dióle don Antonio algunos reales; despidióse gustosa, llevando estáis nuevas á doña Juana, que se las pagó con mucha largueza, valiéndose de esta mujer para vengarse de mí. Encargóle el secreto de su mal deseo, ofreciéndole grandes premios si lo conseguia, alentándola Matilde con el seguro de su favor, con cuya oferta se dispuso á solicitarme todos los disgustos posibles. Con este intento viniendo á visitar á mi tía, le dió noticia de mi amor y cuán adelante estaba la correspondencia entre don Antonio y yo. Hizo mucho sentimiento doña Bárbara, que este es su nombre, con esta nueva, tratando de saber por mas menudo la verdad, siendo de ahí adelante un árgos en la custodia de su casa y mi persona, sin darse por entendida hasta averiguar la verdad.

Con estos inconvenientes pasaron algunos días que no pude ver á don Antonio, y enviando á Matilde á saber la causa de su olvido, la dió un papel en quien venia un retrato que habia hecho en ecos, háto difícil metro, al asunto de haberle yo despedido por no aumentar los cuidados de mi tía, viendo que si aseguraba sus recelos, habia de ser la que padeciese mas zozobra. El papel decia:

« No podrán, bellísima Anarda, los azares que suceden en mi amor ser equivalentes á borrar del pecho tu imágen; tanta perpetuidad le aseguran mis cariños y tanto merece el idolatrado dueño de mis potencias; tan fija vives en mi memoria, que el tiempo, que todo lo consume, y el olvido, que todo lo borra, han perdido del todo sus fuerzas para conmigo, que te amo firme y tolero constante,

» DON ANTONIO. »

Este, junto con el retrato, vino á mi poder por Matilde, que regocijada me lo trajo, diciéndome cuán lastimado quedaba don Antonio por no poderme ver. Aquí le pidió Periandro refiriese el retrato, si se acordaba, é que Anarda satisfizo diciendo: Si mal no me acuerdo, era este.

RETRATO DE ANARDA EN ECOS.

Tu heldad que me despiere
Pide á mi amor que se añe,
Niña, que te haga un retrato,
Trato mi alicion codicia.
Principio por tu cabello,
Bello prodigio que aviva,
Viva esta fe que renace,
Nace de solo su vista.

A tu frente mariposa
Osa mirarla atrevida,
Vida que se pierde en ella,
Ella se gana á sí misma.

Tus cejas que en dos arpones
Pones, con que amor esgrima,
Grima publican y enojos,
Ojos por saetas vibran.

De azabache negras flechas
Hechas, y aunque se retiran,
Tiran el alma tras sí,
Si que son de iman tus niñas.

La nariz que te conviene
Viene porque amor lo afirma,
Firma bien proporcionada,
Nada grande, nada chica.

Porque ella al abril socorre,
Corre, y en su rostro admira,
Mira entre bellos desmayos,
Mayos hechas tus mejillas.

La grana en labios provoca
Boca breve que fulmina,

Mina de Tiro y Sidon,
Don que tributan las Indias.

Su cuello atlante divino
Vino á ser, pues su porfia
Fia que sustente un cielo,
Hielo que su aliento anima.

En su talle que se ajusta,
Justa la razon lasciva,
Iba á decir que el donaire
Aire en su garbo publica.

Tan ajustado prepara,
Para, mueve y solicita,
Cita á todo humano pecho,
Hecho á sentir sus heridas.

Tus bellas manos, zagala
Gala que el abril mendiga,
Diga que la dan prestado
Estado á su bizarría.

El vestido que descubre
Cubre para mis desdichas
Dichas que lograr espero;
Pero no llega su día.

A tus piés llegué postrado.
Hado feliz me seguía,
Guia que supo en un punto
Punto poner en dos cifras.

Retrato bello de Anarda,
Arda esta llama que avivas,
Vivas cual fénix ingrata,
Grata mi amor te consiga.

Exageró Periandro lo bien escrito, que no fué poco para quien estaba enamorado alabar en presencia del objeto amado otro sugeto; pero no quiso lucir ponderando faltas ajenas, que es de muy ruines pechos acreditarse con pérdida del favorecido; tienen los tales la propiedad del camello, que al tiempo de beber enturbia con las piés las aguas, no sé si es por no verse, ó porque le parece que les da mayor claridad: ¡oh condicion brutesca de muchos que entienden que ellos solos son los entendidos, siendo la misma ignorancia!

Viéndome pues alabada y cortejada de este caballero, como tengo dicho, determiné resolverme, á pesar de mi tía, á darle entrada en mi casa por una puerta falsa que de un jardín salia á otra calle mas retirada del concurso y trato; y avisándole con Matilde para la siguiente noche, habiéndole dado la llave para que se la entregara, la despedí diciéndole que yo le esperaria entre dos sauces junto á su fuente con Leonisa, que estaria avisada de todo.

Vino la hora, y dejando retirada á mi tía, me bajé al jardín á esperar á don Antonio, el cual vino, y siendo avisada de Leonisa, sintiendo abrir la puerta, le salí á recibir con los brazos, y él con los suyos me correspondió con muy amorosas razones, exagerándome su dicha, y pidiéndome con ruegos premiara sus deseos, volviendo á revalidar la palabra que me habia dado de ser mi esposo, haciendo testigos á los cielos y á Leonisa de su cumplimiento, con que le di entera posesion de mi honor. No tuvimos tan cumplida esta dicha que

no sucediese que dándole un dolor de ijada á mi tia, achaque que padecia de ordinario, no despertase, y llamándome, conociendo mi falta, se levantó, y saliendo á una vistosa galería cuyas ventanas salian al jardin, viesse, por estar Cintia en su plenilunio, nuestras personas, y dando muchas voces llamase á los vecinos á su socorro: quien se ofreció mas apriesa fué Matilde, que, como tengo dicho, vivia frontero, por lo cual fué de las primeras que acudieron á las voces de doña Bárbula. No se tardó mucho doña Juana con sus padres, por vivir muy cerca, llenándose en breve la casa, siendo fuerza á toda priesa el ausentarnos don Antonio y yo por la misma puerta del jardin, sin mas prevenicion que la que nos dió lugar el suceso tan impensado de todos.

Llevóme á una casa de una deuda suya, y sin decirle quién yo era, prevenidos dos caballos, salimos de Segovia antes del amanecer, siguiendo inusitados caminos para no ser hallados si acaso nos siguiesen: llegamos á una poblacion, distante de la ya dicha ciudad cinco leguas, y en esta, previniendo lo necesario para nuestra jornada, estuvimos dos dias, en los cuales pedí á don Antonio hiciera nos desposase el cura, el cual me dió por disculpa que era fuerza verme alguno de mi patria, que por ser tiempo de feria acudian muchos mercaderes á este lugar á hacer sus empleos, remitiendo esta diligencia, bien deseada de mí, para Sevilla, adonde dijo era nuestro viaje. Salimos pues de este pueblo un mártes, que para mí lo fué, ya puesto el sol, y habiendo andado á mi parecer dos ó tres leguas, llegamos al bosque donde me hallásteis, cuando el cielo comenzó á fulminar gran copia de truenos y cantidad de relámpagos, que nos obligó á retirarnos entre lo oculto de unas coposas matas para guarecernos de tan repentino accidente.

Bien habria mas de una hora que allí estábamos, cuando, llegándose á mí don Antonio, sacando la daga, me dió sin poderme defender las heridas que visteis, y tengo por sin duda me acabara si á este tiempo no sintiera ruido de unos arrieros que pasaban; con lo cual subiendo en su caballo y cogiendo del diestro el que para mí habia comprado en Segovia, se partió á toda priesa, dejándome desmayada, hasta que á largo espacio volví, y no hallándolo y viendo que me iba desangrando, di voces sin provecho; pero el cielo os trajo, y sintiendo los relinchos de vuestro caballo, os llamé, hallando en vos el amparo que en el interin que el cielo me diere vida confesaré para agradecerlo con las obras que tan desdichada mujer puede á quien debe la vida que goza.

Aquí llegaba la discreta Anarda, cuando vieron bajar de la cumbre de un monte dos gallardos mancebos en dos famosos andaluces brutos; los cuales, así que fueron vistos de Anarda, fueron conocidos, el uno por doña Juana, y el otro por Leonisa. Admirada de verdad quedó la dama de verlas en aquel traje; pero disimulando al tiempo que emparejaron con ellos, cubierto el rostro Anarda, les preguntó Periandro adónde ruminaban,

respondiéndole que á Sevilla, de donde eran naturales, y que venian de Segovia; aquí les preguntó lo que habia de nuevo, ofreciéndoles su compañía junto con la de la dama hasta la misma ciudad; respondióle doña Juana agradecida á su oferta diciendo: Lo que en Segovia hay de nuevo, Señor, es que ha faltado una dama muy principal y rica de la casa de una tia suya, yéndose con cierto caballero sevillano, que dicen la sacó una noche por la puerta de un jardin; por cuya falta la tia de esta señora ha muerto de sentimiento, nombrándola heredera universal, con tal que se case con el sevillano; tambien se decia que de allí á dos noches faltó una doña Juana de Silva, que era grande amiga de esta dama, junto con una criada llamada Leonisa; no hemos sabido yo y este criado otra cosa, por partirnos muy apriesa á nuestra patria.

Disimuló cuanto pudo Anarda su sentimiento, y llegaron á un lugar, una jornada de Sevilla, donde descansaron, ofreciendo Periandro no desamparar á Anarda hasta dejarla casada ó vengada, dándole cuenta ella de quién eran los pasajeros, y ofreciendo este caballero el disimulo hasta su tiempo.

Aquí le preguntó la dama quién era á Periandro, que aunque sabia su nombre, ignoraba su calidad y estado y la causa que le obligaba á dejar su patria; pues el traje lo publicaba extranjero, aunque el valor lo acreditaba propio; el cual, por pagarle la que le habia dado, estando ambos solos, satisfizo de esta suerte:

Roma, cabeza de la militante Iglesia, digna corte del supremo vice-Dios, es mi patria; célebre en grandeza, magnífica en suntuosos templos, madre y refugio de peregrinos, centro de la nobleza, y epílogo universal de la hermosura; mi calidad la que un tiempo se vió en la cumbre de la felicidad, alcázar de la dicha, y en el sagrado monte de la mayor grandeza; esto es decir, tuve ascendientes que ocuparon la excelsa silla de Pedro, sin segundo y primado apóstol. Dejo de referiros mi educacion, pues no se puede poner duda seria en todo correspondiente á mi naturaleza; pasando á lo mas importante, para no cansaros con mi narracion, rico en bienes de fortuna, traté de los acostumbrados divertimientos que los de mi edad cursaban, como son damas, hacer mal á caballos y acudir á las casas de juego, si bien esto último fué lo que menos arrastró mi natural, inclinándome mas á los dos primeros vicios en que la ociosa juventud se ejercita; por lo cual habiendo llegado á los cuatro lustros de mi edad, me cautivó la voluntad una principal señora y de la mas conocida nobleza que se hallaba en mi patria; á esta, cuyo nombre es madama Victoria, de la esclarecida casa Farnesia, vi, quedando tan pagado de su hermosura como cautivo de su discrecion: fui bien admitido á los principios, si bien fueron presagio de desastrosos fines. Habia otro caballero aleman y de los de mayor calidad en aquel reino, cuyo nombre era Oracio Picolomi, mi igual en sangre, aunque no en riqueza, pero en las partes personales muy aventajado; este puso los ojos en el blanco de mi deseo, imán de mi

voluntad, y centro de mi amor; por lo cual llegué á sentir el severo rigor de los bastardos hijos del vendado cipriota; era mi competidor dichoso, con que os digo que fué bien admitido. Cursábamos la calle de mi esquivo dueño, procurando cada uno aventajarnos en el lucimiento, haciéndole yo conocidas ventajas por hallarme con mas posibilidad. Acaeció pues que hallándonos un día en la plaza del embajador de Francia, mi competidor quiso oponérseme en cierta disputa, y aunque yo á los principios procuré obviar este lance, anduvo tan poco atento, que me obligó á desmentirle, de que resultó el salir á campaña, donde nos acometimos tan valerosamente, que pudiéramos poner envileña al guerrero Marte; pero como estaba de mi parte la razón, tuve tanta dicha, que lo dejé mortalmente herido; y viendo el riesgo que corría mi persona si me detenía, acudiendo á mi posada, tomé el dinero y las joyas que pude hallar, partiéndome á toda priesa para España, dejando un papel escrito para mi dama, en donde le daba cuenta de este suceso. Llegué al cabo de algunos meses á la corte, en quien fui agasajado de algunos príncipes de mi nación, y en particular del nuncio apostólico, por sér cercano deudo mio; solicitó este príncipe mi perdón del prudente monarca Felipe, pero no se pudo conseguir por ser la parte poderosa. En medio de estos ahogos supe cómo un deudo de mi enemigo había llegado de secreto á Madrid con intento de darme la muerte; esta nueva me dió un criado que se vino conmigo, el cual queda en la corte para informarme de los designios de mi contrario y mi deudo solicitando nuestras amistades y el perdón. Yo, viendo mi riesgo, me determiné poner tierra en medio, y con ese caballo hice de noche mi ausencia hasta que llegué á Segovia, donde descansé dos días, en los cuales tuve aviso por mi criado cómo otro de mi contrario me seguía; por lo cual á toda priesa dejé la ciudad, siguiendo inusitadas sendas hasta que perdí el camino, llegando al monte donde pude serviros, dando gracias al cielo de haber sido tan dichoso.

Mucho gusto recibió la bella Anarda con la relacion que Periandro la hizo de sus sucesos, dándole las gracias de haberla hecho depósito de su secreto. Pasaron aquel día en este pueblo, y puesto el sol, trataron proseguir su viaje: vió doña Juana á Anarda sin rebozo, y quiso conocerla; pero no descubrió su pecho, por hallarla algo demudada con la señal de la herida y en poder de Periandro, hombre que ella jamás había visto; lo mismo le sucedió á Leonisa, que aunque muchas veces quiso llamarla, lo excusó, imaginando no era posible fuese Anarda la que veía. Así pasaron sin declarar sus persuasiones hasta que llegaron á Sevilla, madre de tantos naufragios, y archivo de tantas flotas.

En esta ptes hicieron su asiento, y tomando Periandro posada competente, se acomodaron, despidiéndose de doña Juana y Leonisa, por decirles ir en casa de un deudo suyo que los tenía prevenida posada en la de un perulero, hombre rico y de los de mayor crédito en aquella ciudad; quedando en que el tiempo

que estuviesen en Sevilla se visitarían y asistirían en lo que se les ofreciese, sospechando Anarda si doña Juana venía en busca de su fugitivo amante. Cuidó Periandro con toda diligencia buscar á don Antonio en aquel laberinto de forasteros, sirviéndole de hilo para salir con su intento la introduccion que tuvo, así con naturales como con extranjereros, con su natural bizarro y cortés agasajo. Hallólo en uno de sus muchos garitos ocupado en sus ejercicios, vicios que había de privar con toda severidad la república, como fuentes de los que ocasionan, que son deshonor y pobreza al que los cursa; que habiéndole avisado lo había menester en el arenal, puesto acomodado para su propósito, se levantó don Antonio, diciendo á los tahures le traían una partida, y que el que se la había de dar se iba, causa de no poder proseguir, pero que volvería en breve con ella y proseguiría con mucho gusto, á que los camaradas le dijeron acudiese, y de paso uno le acordó la galantería que usaba en esperarle lo que le debía para conseguir la paga. Con esto salieron los dos al puesto dicho, y Periandro rompió el silencio con estas razones.

Por saber no podeis negar lo que os preguntaré, os he sacado á este puesto. Y mostrándole los papeles que Anarda le dió que don Antonio había escrito, le dijo: ¿Conoceis esta letra? ¿Sabeis las obligaciones que á esa dama debeis? Responded. A que don Antonio turbado dijo no conocerla, ni menos la dama que le decia. Volvió Periandro á decirle: No conoceis á la señora Anarda, que, creyendo vuestros fingidos halagos, os dió posesion de su persona, de vos tan agradecida, que la heristeis de muerte en lo oculto de un monte, y la dejásteis burlada procediendo contra las obligaciones de caballero, que decís que sois, y yo dudo, viendo las acciones tan contrarias que decís? Aquí respondió don Antonio no debía tal, y que le satisfaría con la espada, á que Periandro satisfizo con la misma, dándole dos estocadas, de que cayó pidiendo á voces confesion á tiempo que venian dos religiosos forasteros de la orden del humano Serafin, los cuales llegaron, con cuya venida se ausentó Periandro; y sin decirle la causa, previno para mudarse á Triana, dando por excusa que no le contentaba aquella posada. Dejemos acupados á estos caballeros, y volvamos á nuestro herido don Antonio, el cual, viendo que por instantes fallecia su espíritu, le reveló al religioso todo lo que queda dicho, y le dió la mano para que en su nombre se la diera á Anarda, si es que el cielo le daba noticia de su persona, ofreciendo el alma á su Criador en los brazos de aquel padre espiritual, el cual llegó á Sevilla, y dando cuenta al asistente, se enterró el malogrado don Antonio, haciendo diligencias para hallar el agresor; mas no fué posible por haberse mudado, como dijimos, á Triana.

No se descuidó fray Alvaro Cruillas, que este era su nombre, en buscar á Anarda; é informándose de su casa secretamente y de cómo se había mudado á Triana, la fué á visitar, hallándola en compañía de Periandro, que luego conoció al religioso, pero disimulando, vió cómo despues de haberlos saludado le dijo á Anarda:

Todos los que ofenden al cielo tienen seguro el castigo, y particularmente aquellos que á las doncellas virtuosas y modestas inquietan; de esto os pudiera decir muchos ejemplos para su crédito; pero ¿qué mayor que el presente, pues, á no venir yo á la sazón, pudiera ser padeciera el alma de vuestro difunto esposo eternas penas? Pero Dios, padre benigno, me trajo á tan buen tiempo, que satisfizo como pudo vuestro honor; para cuyo cumplimiento, señora, yo en su nombre os revalido la palabra que os dió, y juntamente os doy el pésame de su muerte.

Aquí comenzó á hacer grandes sentimientos Anarda, muestras de su amor, á que acudió el religioso con entrañables remedios para moderar su pena; en esto estaban cuando se vieron salteados de un tropel de ministros de justicia, que asiendo de Periandro, le llevaron en un coche preso á Sevilla, y á Anarda á casa del asistente, por ser esta la órden que traian, ofreciendo el religioso hablarle é informarle de todo.

Ya á esta sazón doña Juana y Leonisa habian mudado de traje; y habiendo ido á buscar á sus camaradas, no hallándolos, fueron informadas cómo se habian mudado á Triana; y supieron estar Periandro preso, y Anarda en casa del asistente por la muerte de don Antonio. Hizo muchos sentimientos doña Juana así que le dieron tal nueva; muchos mas hizo Leonisa, por no haber conocido á su señora, volviéndose á Sevilla á ver en qué paraban estas cosas.

No se descuidó el religioso de su oferta, pues habiendo vuelto á Sevilla, se fué al asistente, y le dió cuenta de lo que don Antonio le habia dicho, y le suplicó fuera servido de librar á Periandro; estando en esta súplica, fué avisado el asistente cómo dos damas embozadas pedian licencia para hablarle, á que respondió luego se les daria, despidiendo al religioso, ofreciéndole haria todo lo posible por servirle. Salíó á una antecala, y dando silla á la embozada, oyó que decia:

Mi nombre es doña Juana de Silva; mi patria esta gran ciudad; bien conocidos en ella mis padres por su riqueza y calidad notoria. Mudaron su casa á Segovia por ciertas disensiones que tuvieron con los Almagros, venticuatro muy antiguos, llevándome consigo, bien contra mi gusto, por quedar en ella don Antonio de Leiba, caballero en quien yo habia puesto mis pensamientos. Poco mas de dos meses habia que en Segovia estábamos, cuando este caballero nos vino siguiendo, en donde proseguimos nuestros amores, con la palabra que me dió de ser mi esposo. Así pasé algunos dias, en los cuales se entibió su amor, de suerte que me motivó á sospechar si tenia nuevo empleo; valíme de una dama vecina mia, y á esta, declarándole mi pasión, la pedí se sirviera de que en mi nombre le llevara un papel una criada suya, que es la que viene conmigo, á que respondió con mucho despego, por tener empleada su voluntad en esta dama vecina mia, cuyo nombre es Anarda. Aquí refirió doña Juana todo lo que queda dicho, hasta el hallarla con Periandro demudada por la señal del

rostro, y prosiguió: He sabido pues, señor, cómo el caballero que le acompañaba lo ha muerto por lo que á Anarda debia; y pues ha sido tan justo el castigo, me ha parecido informar á vuestra señoría para que como juez piadoso ponga en libertad á este caballero, junto con Anarda, pues tan inocente padece.

Aquí llegaba doña Juana con su relacion y súplica, cuando, levantándose el asistente, mandó llamar un escribano para que tomase por testimonio lo que doña Juana decia, y habiéndose hecho, la despidió ofreciéndola hacer con mucha brevedad lo que le pedia. Suplicóle doña Juana al asistente le diera licencia de ver á Anarda, y él se la dió, avisando á su mujer para que la recibiera como á dama de su calidad; y siendo avisada que podria entrar, se despidió del asistente, que no la quiso dejar hasta ponerla en el estrado de doña Melchora de Guzman, que este era el nombre de aquella señora, la cual salió á recibirla con Anarda hasta la puerta de la pieza, cortejo debido á señoras de su calidad.

Pasaron grandes pláticas Anarda y doña Juana, en las cuales le dijo cómo de allí á dos noches de su fuga con el malogrado don Antonio se habia salido secretamente con Leonisa, que desde su falta habia estado en su compañía; y valiéndose de Matilde, ella les habia buscado los vestidos y comprado los caballos, habiendo empeñado una rica cadena que doña Juana le habia dado, y que no pudiendo sufrir su ausencia Leonisa, y ella la de su Vireno, habian seguido el camino de Sevilla, habiendo primero escrito á un deudo suyo para que las tuviera prevenida posada; el cual le habia reprendido su arrojo, pero que se habia ofrecido disculparla con su padre para volverla en su gracia.

Mucho se holgó doña Melchora de conocer á doña Juana, por ser muy cercana deuda suya; envió un recado á su deudo diciéndole cómo quedaba en su compañía hasta volver á Segovia, de que don Gaspar, que así se llamaba, recibió mucho contento, ofreciendo iria á cumplir con su obligacion. Pasaron las damas muy contentas, y Anarda contó lo que queda dicho que le sucedió con don Antonio en el monte, hasta el haber sido socorrida de Periandro, su agasajo y cortés proceder; y queriendo doña Melchora que aquella tarde fueran en la carroza á divertirse en su compañía, entró un criado del asistente, diciendo á Anarda que su señor la esperaba para dar sentencia en su negocio; alborozada salió, y llegando á su presencia, vió á Periandro junto con fray Alvaro Cruillas y dos caballeros forasteros con la insignia de Alcántara á los pechos, los cuales pidieron al asistente declarara, y él dijo:

Por haber sabido quién es la persona del señor Periandro Colona, esto dijo quitándose el sombrero, y prosiguió, el cual se ausentó de su patria por haber dado la muerte á don Oracio Picolomi, caballero de igual sangre y naturaleza, en desafío con armas iguales, por la cual muerte el Rey, mi señor, lo ha perdonado, como consta por su real consejo, de que estos caballeros, esto dijo señalando á los del hábito, me han hecho

relacion; y habiendo visto que con iguales armas dió la muerte en esta ciudad á don Antonio de Leiba, por ocasion de la señora Anarda de Bustos: con consejo, y usando de la potestad que el Rey mi señor me ha dado, en su nombre declaro y doy por libre al dicho Perian-dro Colona, junto con Anarda de Bustos, para que ha-gan lo que les pareciere. Y aquí, mudando la severidad de juez en palabras de amistad, les dijo que su parecer era que Perian-dro diese la mano á Anarda, la cual con algunas lágrimas se resistió por haber perdido á don Antonio: tanto era el amor que á este caballero tuvo; pero viendo que se lo suplicaba de rodillas Perian-dro y aquellos caballeros, junto con el asistente, la dió; en

cuyos desposorios se halló doña Melchora y doña Juana, que tambien se desposó con don Gaspar, habiendo pri-mero precedido la dispensacion de su Santidad, volvien-do todos cuatro á Segovia, casando Anarda á Leonisa conforme á su estado, y doña Juana socorriendo á Ma-tilde todo la que duraron sus dias con mucha largueza, gozándose sus padres por ver á su hija tan á su gusto acomodada; tomando posesion Anarda de su herencia por haber probado el cumplimiento de la palabra que don Antonio le dió con fray Alvaro Cruillas, varon ilus-tre en letras y santidad, haciéndose en Segovia grandes saraos, donde concurió toda la nobleza á cortejar á tan grandes caballeros.

ARDID DE LA POBREZA,

Y ASTUCIAS DE VIRENO,

POR DON ANDRES DE PRADO, natural de Sigüenza.

ZARAGOZA, imperial y siempre augusta ciudad, corona del fidelísimo reino de Aragon, amparo de las extranjeras naciones, archivo de la justicia, enriquecida con el sin segundo templo que á la reina de los angélicos coros erigió el peregrino Apóstol, patron de la celebrada España, que hoy en un pilar, columna firme á sus vaivenes, benigna le asiste; erario y sublime mausoleo de tantos ilustres mártires, que por ser tantos el número no comprende, ni la aritmética alcanza; patria y madre de venerados santos y de heroicos varones, que con lo prodigioso de sus hechos han hecho inmortales sus nombres; en esta pues por la muchedumbre de mendigos que la inquietan, moscas á todos tiempos de las casas, sin hallar invierno que las ahuyente, se juntaron en las orillas del ya dicho rio cuatro pobres cosarios de toda dádiva, y representantes eternos de la miseria en el teatro de la vida.

Era el uno andaluz, segun decia; este contaba haber estado en Flándes, y que en cierta batalla que tuvo con un tercio de valones sobre un desgarro que tuvieron con el Tiempo, general antiguo de su milicia, se vieron en tanto aprieto, que si él no las socorriera con dos mangas perdidas de su tercio, era imposible escaparlos del rigor del capitan Polilla, enemigo capital suyo, con quien tuvo tanta hinchazon su persona, que aun le duraba en una pierna, columna en quien sustentaba su cuerpo, cuba de Sahagun, siempre respetado por puro, de cuya puridad tenia un ojo tan señalado, que parecia haber nacido en vendimias por criarse tan lagar. Tenia grandes habilidades, pues hacia cantar gallos sin ser media noche, dando con ambas manos y remedando su canto, y esto era para descubrir dónde habitaban las que él no comia, aunque pescaba, por haber nacido tan valiente.

Era el otro un estudiante que había cursado en Grecia, porque nadie lo entendia, aunque él se entendia demasiado; este contaba que había estado á pique de ser canónigo, y era tanta verdad, que á no faltarle el dinero, lo hubiera sido por Yepes y Madrigal y la calle de la Harza, tan celebrada de aquel famoso esbribano, afrenta de Morante, y terror de Casanova; gran cofrade

de los pan y vinos, gentileshombres de su estómago; era maravilloso herbolario, y curaba muchas enfermedades del bazo con su cotidiano ejercicio; y si alguno moria, solia decir: Así convino para el descanso de su alma. Llamábase por antonomasia el Dómine, renombre que había adquirido por su pura severidad.

El tercero, que lo podia ser de cualquiera renegado por sus flores, iba hecho un cajon de sastre en su persona, por tanta diversidad de remiendos en capa y vestido de diferentes colores; este decia haberse visto en su patria bien acomodado, y no mentia, por haber andado lo mas á caballo por su oficio, que había sido cochero tan diestro, que por dar una vuelta por las cortinas del coche, sin llevar medias ni vueltas, lo habían puesto de vuelta y media en solfa bien cantada, si mejor entendida de los que le vieron, cuando le cortejaron doscientos cardenales que el papa Correa le envió el día de su mayor lucimiento, por ser persona digna, como constaba, de su compañía, en cuyo día se vistió un jubon, que lo hizo sudar por ajustado, gala que le dejó el talle liso como la palma, gracias á sus hijos, digo los dátiles, que pusieron todo cuidado en su adorno; algunos maliciosos dijeron iban corridos los cardenales; y es que se encendian y mudaban colores, viendo la dicha de este caballero; pero ellos no se fatigaron, que fueron con mucha orden y concierto.

Era el cuarto y último de esta junta una estantigua por lo flaco y figura de la parca; este cantaba, y contaba, por hablar en tiple, que había sido lucido ingenio en sus verdes años, que el tiempo había agostado con sus vueltas; decia haberse visto cortejado y requerido, así de damas como de galanes, por haber sido célebre poeta, y de los de nombre, habiendo oscurecido con el suyo á los mas memorables de nuestros tiempos; y á la verdad era un remendon de Helicon, y pato en las corrientes cristalinas de Aganipe.

Estos cuatro pues se habían juntado á decretar el modo que tendrian para sustentarse á costa de la diligencia de los otros pobres, harto mas necesitados que no ellos por sus verdaderos achaques. Dijo el Sargento, que este era el nombre del primero, era su parecer que

el señor estudiante fuera el secretario, por cuya cuenta corriese el tomar por arancel todos los nombres de los otros mendigos, y que los forasteros estuvieran obligados á registrarse para saber cuántos se aumentaban en tan honrado colegio, dándole oficio de pesquisidor y visitador de parajes al cochero, para que descontara á pié lo que habia vivido á caballo, pues tenia noticia dónde le apretaba el jubon, y no los zapatos, porque no los traia por no ponerse en puntos con vinagres, por lo que tienen de cuero. Diéronle la plaza de entretenido en todos puestos al poeta, nombre propio de mendigo, pues ninguno es rico con haber hecho tan linda hacienda que se ve alabada de muchos, cantada de algunos, y codiciada de otros, adquiriendo siempre el nombre de buen caudal, sin tener un cuarto. Quedándose para sí el Sargento con la sobrebevia, digo soberanía, el título de archipobre, como si dijéramos archipoltron en esta vida descarada, pues no se les cae, pidiendo siempre. Distribuyendo las calles por cédulas, como puestos en fiestas de toros en la corte para que no se toparan estos pozales humanos al sacar, dándoles el método de su mano, y refrendado del secretario en la forma siguiente:

Primeramente, sea estatuto inviolable entre nosotros que todos nuestros colegiales y compañeros se hagan sordos al «Dios te perdone»; porque los tales viven, y esa es rogativa para los finados.

Item, que ninguno tome tabaco en público, por quitar la comun costumbre á los oyentes del «Dios te ayude», y se lo llevan cabo adelante al tiempo que les pedimos, imaginando que estornudamos, siendo nuestras voces las que les obligan á estornudar á sus bolsas.

Item, ninguno pida cantando como aleman, pues estos mas provocan á risa que á lástima; y solo sea lícito á las damas que viven cantando, y á los clérigos que se sustentan de lo que otros lloran, juntamente con los médicos y cirujanos.

Item, sea lícito á nuestros colegiales el fingir llagas, remedar cojos, y remedar mancos, sin que por ello sean castigados, pues son juros de la pobreza aprobados y consentidos.

Item, en las sopas de los conventos y de casas particulares el que mas veces pudiere tomar, lo haga, pues ve que todas las cosas se mudan, y en los áridos, etc.

Item, bien mirado que somos muchos, me ha parecido repartir las calles mas principales; y valiéndome de la facultad que tengo, las distribuyo en esta forma.

La calle de la Ilarza sea reservada para mi persona tan solamente, pues en ella tengo mi gozo, que no será aguado mientras no salga.

Tambien la de San Pablo con sus bodegas y cubas, en las cuales no puedan entrar mis colegiales sino con mi persona, pagándome los gastos que en ellas hiciere.

Lo restante de la parroquia sea visitado de nuestro secretario sin inquietud ninguna; la del Coso, con sus callejuelas de Santa Catalina, sea de nuestro hermano el poeta, para que tengan algun alivio las musas en sus fatigas.

Y la callejuela de Monserrate, con la plaza de Santa Marta, quede para el cochero, sin entrar en la calle Mayor, por no traerle á la memoria sus prosperidades, y ocasionarle se desvanezca de pensar en ellas con los que suelen ir por esta tan bien cortejados, que los salen á ver de propósito, alabando sus talles y gentileza.

Así repartió el archipobre las calles, quedándose con facultad de enmendar y corregir dichas constituciones, que juraron sobre la hortera de guardar los dichos colegiales, quedando de verse cada ocho dias en el mismo puesto, á que dieron nombre de nuevo arcópag, para conferir sus leyes, despidiéndose cada uno para acudir á sus puestos señalados.

CASOS RAROS QUE LE SUCEDEN AL LICENCIADO VIRENO, LLAMADO EL DOMINÉ POR ANTONOMASIA.

Vivia en una de las calles de nuestro licenciado una señora viuda, al parecer, con dos hijas doncellas, probadísimas y codiciadas de muchos, sirviéndoles la madre de sombra, para que los rayos de la malicia no las ofendieran y para que á esta tuvieran sus entretenimientos, que no eran muy lícitos. Llamábase la mayor Olimpa, si no tan burlada como la de su nombre, tan gozada de muchos y deseada de otros. La segunda, y menor en la edad, era su nombre Lucrecia, pero sin Tarquino, pues nadie le habia hecho fuerza á su entereza ó rotura. A estas vió nuestro licenciado, y llegando con la sumision ordinaria á pedirles limosna, Olimpa, que era de su natural caritativa, desnudando la blanca mano, le dió al pobre licenciado un cristalino cintarazo, que le llegó á las niñas de los ojos, á que el dicho, viéndose herido, hizo esta redondilla:

Para que el mundo te aclame.
Serán el mas humano,
Con tan peregrina mano
No me hieras, pero dame.

No lo dijo tan bajo que no lo entendiera Olimpa, y alabando la lisonja, le pidió si queria enseñarlas á leer á ella y á su hermana, á que se ofreció muy gustoso, diciendo que ese habia sido su ejercicio en Madrid en casa de los mayores señores, de quienes se habia visto estimado, y que por ciertos intervalos estaba con ja miseria que le veian; pero que algun tiempo podria ser volveria á verse en su primer estado, ofreciendo traerles dos libros para que aprendiesen los primeros rudimentos, á que doña Sofia, que así se llamaba la madre, le dijo, dándole cuatro reales: Usted los compre y acuda á casa, que yo le satsifaré su trabajo. Con esto se despidió Vireno, quedando en volver á la tarde, entrándose las damas en su casa alabando Lucrecia y Olimpa el buen modo de Vireno, diciendo doña Sofia: Ya teneis, niñas, lo que deseábais, pues este señor os enseñará todo lo que tanto habeis pretendido.

Llegó la hora de las cuatro, en que nuestro estudiante fué á esta casa con dos romanceros que habia comprado, alabando la claridad de su autor, y ponderando el romance de Valdovinos, las traiciones de Galalon y astucias de Carloto, con los amores del conde Claros,

que con mucho regocijo fué recibido de Olimpa, que la halló sola, por haber ido doña Sofia con su hermana á cierta visita; y habiendo tomado silla á su lado, la comenzó á exagerar su hermosura y de paso alabarle un rosario de finos arambres que al brazo tenía con una preciosa imagen de oro de nuestra señora del Pilar, esmaltada con algunos rubíes, á que Olimpa, desasiéndole del brazo, se le ofreció, diciéndole se sirviera de él; algo rehusó nuestro Vireno; pero notando que al segundo envite no le tuviera en su mano, y habiéndolo besado muchas veces, se lo puso en la faldriquera diciendo era echarle una cadena para confesarse esclavo de su liberalidad, en tanto que el cielo le diese vida. En esto estaban, cuando fué avisada que le venia una visita, y preguntando Vireno si embarazaba, fuéle respondido que no, por ser una amiga de muchos dias y muy entretenida; por lo cual componiéndose la esperó nuestro licenciado.

Entró Tirse, que este era su nombre, haciendo paraiso la pieza, y habiendo sido saludada de Olimpa y Vireno, les preguntó en qué se entretenian, á que respondió Olimpa ser el señor licenciado célebre poeta. No le contentó mucho á Tirse el renombre, por ver estaria baldía su habilidad, que era la de sacar con tanta admiracion, que á Midas y á Salazar los hubiera hecho Alejandros; pero consolóse con que el poeta, si queria, le podía dar á una dama las perlas de Ceilan para los dientes, el oro de Arabia para los rizos, la nieve de los Alpes para el rostro y manos, el blando céfiro para el garbo del talle, el azabache para cejas, ojos y pestañas, con todos los atributos para una perfecta belleza; y mudando el ceño que le habia ocasionado su facultad en halagüeño cortejo, le dijo: Mucho me huelgo estés tan bien acompañada de este caballero, pues yo ha muchos dias deseaba hallar uno de sus prendas para empeñarle en ciertos versos que me ha de hacer, dándole el asunto, que es alabar la liberalidad de una amiga mia, que es en tanto grado su largueza, que no solo regala y acaricia con los favores, sino tambien con las dádivas; pues se extiende hasta darle los cortes de diversas telas para su adorno, de que estoy admirada. No tiene usted de qué estarlo, replicó Vireno, que en las historias antiguas y modernas se halla no ser esa dama el fénix, pues vemos que dieron estas, no solo favores, pero dádivas, y yo que soy el mas mínimo de los hombres, pudiera decir he hallado deidad, que no solo me ha favorecido, pero dado alguna alhaja de valor. Bien hubieran hecho estas razones salir colores á Olimpa, si no los reprimiera por estar Tirse delante, la cual dijo: No tiene usted que encarecerlo, que yo, con ser en la edad rapaza, he conocido algunas. No lo digo por tanto, acudió Tirse, que yo lo creo, y suplico se me haga favor de los versos que le he pedido. Respondió Vireno: El nombre de esa dama y caballero he menester, que lo demás correrá por mi cuenta. A que Tirse dijo: El nombre de la dama se encubre con el de Anarda, y el del caballero se disimula con el de Fuentes, apellidado del valeroso conde de ese título, cuyos ardi-

mientos han dado tantos timbres á nuestro monarca. Está bien, dijo él, quedando al otro día el dar las décimas, de que se mostró muy gustosa Olimpa, por haber acreditado lo que habia dicho á Tirse. Así pasaron entretenidos hasta que se llegó la hora en que habia de venir doña Sofia con Lucrecia, con cuya venida se ausentó Vireno, quedando volver al día siguiente; diciendo á las hermanas tuvieran prevenida la leccion.

No estaban á esta sazón baldíos los camaradas de nuestro licenciado, pues el Sargento no habia dejado de hacer de las suyas, y el cochero por su paraje de dar sus vueltas, y el poeta con su entretenimiento habia juntado muy buenas blanquillas, pero no tan buenas para pañales á recién nacidos como para su estómago. Habia este héchose villancista, con que no lo dejaban los ciegos, con quienes tenia hecho asiento, y le iba muy bien. Componia en tono grave, y enseñaba á rezar con eco y gesto de facciones, que era cosa bien ridícula; hizo unos versos á san Jerónimo, que habian hecho tanto ruido como su poeta, que, si mal no me acuerdo, decian:

LETRA Á SAN JERÓNIMO, DOCTOR DE LA IGLESIA, ETC.

Anque el discurrir me aqueja,
Cantaré por ejercicio
De aquel santo que aconseja
Para vivir con juicio
Tenerlo siempre á la oreja.
En un monte solitario
Grande penitencia hacia,
Huyendo del mundo vario;
Y en Roma entonces podía
Estar como un vicario.
Con un pedernal herir
Solia á veces su pecho;
Y así quiso persuadir
Que le hizo gran provecho,
Pues lo pudo digerir.
De una espina un leon herido,
A este gran doctor llegó,
Y siendo de él socorrido,
Hecho un cordero quedó
Para servirle valido.
Era gran eclecioniano,
Y amigo de leer en él,
Siendo en este error humano,
Y para sacarle de él
Mandó Dios darle una mano.
Si al dormir de Dios el ceño
Lo sacó de horrores tales,
Al mirar su desempeño
Conoció por las señales
Que no era cosa de sueño.
Penitencia de tal suerte
Por vicios del mundo hacia,
Que en su retrato se advierte
Que en este mundo tenia
Muerte en vida, vida en muerte.
Hizo en diversos lugares
Altars al Rey del cielo,
Dando al demonio pesares,
Que le murmuró en el suelo,
Aun viéndole hacer altars.
Y viendo tanta rencilla,
Jerónimo á su contrario
Quiso darle una papilla;
Armóse con su rosario,
Y metióse en la capilla.

Disimularon los oyentes los yerros que advirtieron en la letra, y él prosiguió.

Ya á esta sazón Vireno habia hecho los versos, yén-

dose en casa de Olimpa, en la cual halló á Tirse, que ya le esperaba cuidadosa de si cumplia lo que le habia ofrecido, el cual saludándolas cortés, y habiéndose sido correspondido, sacando del pecho unas cartas viejas, les dijo: Ya tienen ustedes, mis señoras, lo que me han mandado, si bien se habrá de copiar, por estar en borrador y hacer yo la letra no muy buena: achaque de mi calidad encubierta. Detuvieron la risa, oyendo la ponderacion en un hombre que de todo lo que llevaba no se podia hacer una mecha á un candel; pero él, arqueando las cejas, dijo: Atencion, por mi amor, que las décimas dicen:

Anarda la dadivosa,
En el mundo singular,
Que es mucho que llegue á dar
Una mujer siendo hermosa:
De amor prenda generosa,
Que con manos excelentes
Hoy tu riqueza en corrientes
Raudales la desperdicias,
Y con tan grandes primicias
Crecen los rios y fuentes.
Crece tu liberal mano,
Por dar á tu madre un yerno,
El terciopelo en invierno,
El tafetan en verano;
El te busca cortesano,
Y tú sustentas su porte;
Mas justo es que se reporte
Aquí tu accion liberal,
Que este mal no es tan gran mal
Que necesite de un corte.
Dádivas quebrantan peñas,
Suele el adagio decir,
Pero suele divertir
Al que conoce sus señas:
Mira bien á qué te empeñas,
Y no te des á partido,
Porque es afan deslucido
Del amor, y no lo dudo,
Que él le pretenda desnudo,
Y tú le busques vestido.
Tirse, tu amiga, dirá,
Si aquesto la comunicas,
Que es bajeza, pues te aplicas
A quien te tiene, y no da:
Concluida quedará
Aquí tu razon, sin duda;
Y si es que acaso te acuda
A responder por tí sola,
Dirá que rueda la bola,
Que á quien muda Dios le ayuda.

Estimó mucho Tirse las décimas, y encareció lo bien escrito con algunos hipérboles, muestras de su agradecimiento, ofreciendo traer algunos versos del correspondiente de Anarda para otro dia; y para agradecer á Vireno el cansancio, le dijo se sirviera de una curiosa sortija que en su mano lucia á vista de los esplendores que ostentaba cándido hechizo de los ojos y perfeccion atractiva de la voluntad, á que Vireno hizo esta redondilla:

Niña, que el amor prohija,
Y á serviros me abalanza,
No diréis solis mala lanza,
Pues me llevo la sortija.

Con mucha risa fué aplaudida la redondilla de las damas, y queriendo despedirse Tirse, le suplicó Vireno la diera licencia de acompañarla, que por pedirlo Olimpa, hubo de consentir; y habiendo pasado la tarde con

algunos chistes, se despidieron, quedando en verse para el dia siguiente.

Iba nuestro licenciado acompañando á Tirse, y sucedió haber de pasar por una de las calles del presidente, y por no descubrir á Tirse sus pactos, hubo de hacerlo, aunque contra su voluntad, porque acertó á topar con el Sargento, que llegándose á ellos, les dijo: Usted, mi señora, socorra á un pobre soldado, que en servicio de su rey ha recibido muchas heridas. Rióse Tirse de oírle contar batallas, cuando sabia que jamás las habia tenido sino con Longares y Carriñena, en donde se habia señalado mucho, pues todo lo habia tomado á pechos, diciéndole: Bien se conoce que usted ha peleado mucho y con muchos, pues las pintas del rostro nos lo dicen. ¿Y cómo, mi señora? Esto del ojo fué una bala de artillería, que si no fuera ser valientes mis pestañas, que con un abrir y cerrar la ahuyentaron, lo hubiera perdido. A fe que tiene mal ganado, respondió Tirse, pero quédese á Dios, y tome para que les pueda dar fuerza. Esto dijo dándole unos dineros que el Sargento recibió, diciéndole: Loado sea el hijo de María, que á los postres del dia tope un hombre el principio de lo que desea; y se entró en una ermita á dar gracias. Fuéronse dando carcajadas Tirse y Vireno, y llegando á su posada, dijo: Esta es, señor licenciado, mi pobre choza, para lo que se le ofreciere. Despidióse, quedando verse el dia siguiente y acordando los versos á Tirse.

Gustoso al parecer estaba, pero como todos los gustos son vísperas de pesar, le sucedió que pasando por una esquina, le ceceasen de una reja baja, á la cual se llegó, y oyó que decían: ¿Es don Francisco? A tiempo que mudando algo la voz, respondió: El mismo. Pues esa es la muestra; usted haga como la concierten, que mi señora doña Anastasia lo estimará. Y á este tiempo le pusieron en la mano una bolsa de ámbar, cairelada de oro, que el licenciado tomó, y dijo haria la diligencia, y cerrando la ventana, se quiso ir, á tiempo que se vió embestir de un bulto que con una espada y un broquel á toda priesa le seguia; mas dejándose caer, dijo no debía ser él á quien buscaba, á cuyas razones el contrario conoció su inadvertencia, y diciéndole se levantase, se despidió; pero diciéndole estar herido, le pidió perdonase, y conociéndolo por pobre, le dió un bolsillo con algunos de á ocho para su cura; así se retiró á su posada Vireno, y llamando á un cirujano, le halló una pequeña herida en la mano izquierda, que le curó, dejándolo hasta otro dia.

Pasó algo inquieto la noche, cuidadoso de qué podia venir dentro de la bolsa, y luego que amaneció la miró, hallando en ella una muestra de reloj harto curiosa, si bien de poco valor; consolóse con la segunda, por hallar en ella hasta cien reales en moneda doble, que aunque estos le costaron sangre, los estimó mas, por ser adagio comun que lo que vale mucho, etc. Vino el cirujano, y diciéndole no ser cosa lo de la mano, se vistió con intento de no dejar de oír los versos del galán de Anarda; y habiendo comprado una banda negra

para sustentar el herido brazo, llegada la tarde, se fué en casa de Olimpa, que la halló algo melancólica, y preguntándole la causa, dijo ser haberle hecho falta cierta paga que le habian de hacer, y hallarse empeñada en dar veinte de á ocho por un treudo que aquella casa hacia; á que el licenciado respondió: No se fatigue usted, que yo me atrevo á buscar el dinero. Cierta lo estimaré, respondió Olimpa, y correrá por mi cuenta la satisfaccion, pero mire que se han de dar cuanto antes se pudiere: ¿no le parece á usted que como se den el domingo estará bien? Sí, señor, respondió Olimpa; pues descuide. Aquí llegaban de su conversacion, cuando entró Tirse, tan bella como ella misma, que no hay mas que encarecer; y habiendo tomado asiento, dijo: Ya tengo acá los versos. Pues veámoslos, pidió Olimpa. Diciendo Tirse: El asunto es el no poder ver á su dama un galan por estar indispuerto del achaque de habérsele encarnado una uña del pulgar del pié derecho; los versos dicen:

Temiendo, Anarda, tu enojo,
La disculpa te he de dar,
Que no irte á visitar
Es por andar de pié cojo.
De un dedo carne me araña
Una uña desigual,
Que he dado en quererla mal,
Siendo los dos carne y uña.
Mas en mi desdicha veo
Te tienes, niña, de holgar;
Pues llegarás á alcanzar
Saber del pié que cojea.
Porque bien claro se ve
Que, aunque lo llegue á encubrir,
No ha de llegar á sufrir
Esta duda estar en pié.
Y aunque estoy muy satisfecho,
Remedio no he de tener,
Que estoy en pié á padecer
Condenado por derecho.
Pero conté mas, pues
Me dicen y me dan gusto,
Que suele al que calza justo
Irsele este mal por piés.
Yo colijo de su trato
Y de su buen proceder
Que quiere darme á entender
Dónde me aprieta el zapato.
Pero dicen mis barruntos,
Viendo sus grandes aceros,
Que un hombre hace mal con cueros
Llegar á ponerse en puntos.

Celebró mucho Vireno las redondillas, diciendo: A vista de esto, ¿qué quiere usted luzca, siendo todo resplandores? Bueno, bueno, dijo Tirse; dejemos eso, y diganos qué le motiva el traer esa banda. Eso mismo quería yo preguntar, dijo Olimpa, que me ha hecho novedad. No es cosa, respondió Vireno, lances que suceden á los hombres. Siempre habrá sucedido por alguna dama, dijo Olimpa, que las mujeres de muy antiguo nos viene el ser origen del daño. Levantóse Vireno, y quitándose el sombrero, dijo: No habia reparado, perdonadme, Señor, que estaba divertido, pues diciendo el Evangelio, me estuve con tanto descuido. Bueno, bueno, dijo Tirse, bien acredita usted lo que es tan contra las señoras mujeres. Esto ha sido chanza, respondió, que ya saben les soy muy aficionado. Pues

¿qué ha sido lo de la mano? volvió á preguntar Tirse. A que respondió: Yo lo diré en una redondilla.

Lo de la mano es muy llano
Que fué caso contingente,
Pues por hallarme corriente,
Pude ponerlo en la mano.

Vitor, dijeron las damas; llévase usted el laurel de los poetas. Cese, dijo Vireno, la alabanza, que es poner ramo, etc.

No espere el lector que diga que nuestro licenciado les dió de merendar á estas damas, aunque me oiga decir que las regalaba con estos platos compuestos, pues los poetas no dan manjar menos costoso. Básteme decir que él tomara si le dieran, como se ha visto; y habiendo recostádole el sol en las bien mullidas espumas, trataron de irse cada uno á su posada.

No se descuidó de hacer la diligencia que Olimpa le tenia encomendada, y para buscar los veinte de á ocho se valió de esta astucia.

Tenia, como hemos dicho, aquella muestra de reloj Vireno, y para buscar los veinte de á ocho hizo esto: llegóse en casa de un famoso relojero de los mas hacendados, y habiéndole saludado, le mostró la muestracilla, diciendo: ¿Qué le parece á usted, señor maestro, de esa muestra? Buena, respondió; pero se ha de limpiar, que está algo tomada del tiempo, y es poca curiosidad tenerla así. Pues usted lo haga, que yo volveré por ella. Está bien, dijo el maestro; siempre que usted quisiere podrá, que esto es negocio de media hora. Despidióse con esto, volviendo muy puntual; y habiéndola alabado y exagerado su fineza, le satisfizo y le dijo: Usted me ha de hacer favor de tenerla á la vista, porque yo querría deshacerme de ella. ¿Pues cuánto diríamos? preguntó el relojero. ¡Oh señor mio! respondió, es alhaja que la estimacion hace el precio; pues cierto que he vendido yo otras algo mejores por cinco escudos. Guarda la cara, dijo Vireno; no, señor, mas me costó á mí en Venecia de un insigne artífice: no la ha de dar usted menos de treinta de á ocho, y es darla por un pedazo de pan, y á mas que si no se vende, esta no le puede á usted hacer gasto: téngala á la vista, y á quien diere lo que digo, déla, que yo satisfaré el agasajo. Está bien, dijo el maestro, pero juzgo será tarde. No importa, ¿qué le hemos de hacer? respondió el licenciado. Y con esto se despidió, y trató la venta de la muestra de esta suerte.

Pasaba á la sazón por Zaragoza un caballero sevillano, llamado don Francisco de Chaves, del hábito de Santiago, el cual iba á hacer las pruebas de este hábito para don Rodrigo Arbizu, que á la sazón se hallaba en Sevilla, á Pamplona, cabeza del nobilísimo reino de Navarra; á este vió nuestro Vireno con grande acompañamiento de pajes salir de Nuestra Señora del Pilar; y llegándose á uno de ellos, tuvo noticia de la calidad, nombre y prendas de este caballero; y haciéndosele contradizo, lo saludó diciendo: ¿Es posible, señor don Francisco, que tengamos tanta dicha de verle á usted por esta tierra? ¿Cómo queda el señor don Alonso

de Chaves? Admirado quedó el forastero de oír su nombre y el de su padre, en hombre, que á su parecer, jamás había visto, preguntándole: ¿Pues quién es quien tantas honras me hace? No me admiro que usted no me conozca, que ha muchos días que falta de Sevilla; pero si el señor don Alonso me viera, presto me conocería; yo soy hijo segundo de don Baltasar Alderete, veinticuatro bien conocido. Y como que lo es, respondió don Francisco, y el mayor amigo que tiene mi padre; y usted debe ser el señor don Juan, que ha tantos años que allí no se sabe de su persona. El mismo, acudió Vireno, que travesuras de mozo me tienen en este estado. Ciertamente que me he holgado mucho, por llevar tan buenas nuevas al señor don Baltasar de que se me haya ofrecido esta comisión, dijo don Francisco. Yo soy el que he tenido la dicha, respondió Vireno, y mas por hallarme en cierto empeño de que usted me ha de sacar. Y como que sacaré, dijo el forastero; todo lo que usted tarde en declararse será hacerme muy poca merced. Pues, señor, el caso es que cierta dama ha apetecido una muestra de reloj que está en casa del artífice; el cual llegando yo á comprarla para servir á esta dama, me ha pedido un excesivo precio, tanto, que me he llegado á enfadar viendo su necedad, porque os aseguro que no vale de treinta de á ocho adelante, y él me pedía cuarenta con un desuello increíble; por lo cual, amigo y señor, vos me habeis de hacer favor de ir, y concertarla en treinta de á ocho, dando estos seis de señal, dejando dicho que al que llevare la resta se le entregue. Esto dijo, dándole á este caballero los seis referidos, que aunque lo rehusó diciendo que él los daría, no quiso consentir, diciendo: para mayores cosas quiero yo los amigos, que esto es una chuchería. Y dándole las señas de la muestra y de la bolsa, se despidió, habiéndole dicho la casa del relojero, quedando verse á la tarde en Nuestra Señora ó en Santa Engracia, adonde dijo este caballero podría ser iría á visitar aquel *Non plus ultra* de los erarios y archivo de las mayores reliquias del mundo.

Fué don Francisco á la casa del relojero, y habiendo visto la muestra, y conociendo ser aquella por las señas de la bolsa, la concertó en los treinta de á ocho, dando los seis de señal, y dejando dicho que se la diesen al que trujera la resta, y se partió á ver lo mas notable de aquella ciudad.

Admirado quedó el relojero de ver que se había vendido aquella muestra en tan excesivo precio; y así, quiso tener algun logro en ella, diciendo no haberla vendido sino en veinte y ocho de á ocho; pues le pareció era repagarla, y que dándole á Vireno esta cantidad luego, no haría reparo, y él no podía perderla por tener la señal dicha. Estando discuriendo esto, acertó á pasar Vireno, al cual llamó y le dijo: ¿Qué le parece á usted, señor licenciado? ya tiene vendida su alhaja. Siempre habrá hecho usted de las suyas, dijo el licenciado. ¿Cómo? replicó el maestro, juro á Dios que se la han repagado á usted. ¿Y en cuánto ha ido? le replicó riéndose. En veinte y ocho de á ocho, que le ase-

guro que no entiendo en qué puede estar tanto valor; cierto es que usted no lo entiende, que si lo entendiera, no hubiera hecho tal disparate; quédese á Dios, que voy de prisa. Oye usted, dijo el maestro, ya está hecho, paciencia; si quiere el dinero véalo. Echelo acá, dijo Vireno, que yo le aseguro sea la última alhaja que á usted le encargue. Y habiendo recibido los veinte y ocho de á ocho, le dió dos diciendo: Tome para unas perdices, que aunque me ha desabrido, no quiero se queje de mi galantería; y adios, que me esperan; dejándole muy contento por ver cuán bien le había salido su traza.

Sin detenerse se partió en casa de Olimpa, á quien dió los veinte de á ocho, que ella recibió con muchos eucarecimientos, diciendo: Muy puntual sirve usted á quien tan poco debe. Déjate, niña hermosa, de eso, y perdona la llaneza. Bueno está eso por mi vida, dijo Olimpa; así gusto yo que me traten los que me hacen favor. Estimo el agasajo, respondió el licenciado, y dándole licencia, me voy poco á poco á comer. Si usted es servido, ya sabe que la olla de viuda no puede ser muy regalada. Yo lo estimo como si lo comiera, dijo él; quédate á Dios hasta la mañana, que esta tarde estoy un poco ocupado. Está bien, dijo Olimpa. Yéndose á su posada, de la cual salió en busca de don Francisco dadas las cuatro, guiando por la calle de la Pelota á Santa Engracia: no se detuvo en esta, lo uno, por no ser aficionado, y lo otro, por no ver murmurar faltas ajenas á los que viven tan descuidados de las suyas.

Llegó á aquella portentosa fábrica, y habiendo encontrado á don Francisco en la portalada, despues de haberle saludado, le dió las gracias de la puntualidad con que había ejecutado lo que le suplicó, y se pusieron ambos á mirar y admirar juntamente aquel sin segundo milagro de alabastro y portentosa ejecución del arte; visitaron lo mas célebre de este templo, y se admiraron viendo en las argentadas lámparas un milagro continuado, pues, siendo el fuego causa de dos efectos, allí solo se advierte el de lucir sin sombra por faltarles el humo, que don Francisco celebró con debidas admiraciones; adoraron las sagradas testas de aquellos tíe y sobrina, honor y lustre de la nacion lusitana, junto con la del famoso Labrador Lamberto, cuya heroica planta se cortó en buena luna, pues goza del eterno sol; tambien el *lignum crucis*, pectoral que fué del santo rey don Fernando Católico, catecismo de nuestra fe; las masas tan celebradas de aquellos fieles sin número, la preciosa imágen del corifeo de los ángeles Miguel, cuya hechura es preciosa por su materia, y sin precio por su dibujo, timbre del arte, dechado de la perfeccion; pasaron al interior de la casa, celebrando la librería por la diversidad de sus cuerpos y composura de libros. Bajaron á sus claustros á hora que ya la noche se venia, con que se despidieron de los religiosos, dándoles las gracias de haberles mostrado tanta grandeza; y queriendo irse á su posada, no lo consintió don Francisco, diciéndole que por ser la última noche que había de estar en Zaragoza, le honrase sirviéndose

de su mesa; hubo de consentir nuestro licenciado, yendo á la posada de don Francisco, en donde hallaron una espléndida cena; y despues de haber cenado, se fué á su posada Vireno, quedando, que si acaso volviá don Francisco por Zaragoza, podria ser irse en su compañía á su patria, y á la despedida lo abrazó este caballero, diciéndole habia de partirse antes del amanecer. No se holgó poco cuando oyó era tan apriesa su partida, temiendo que por este medio podria ser, si se estaba mas dias, se sabria lo del reloj; fuese gustoso á su posada á esperar el dia, para con él ver á su Olimpa, juzgando estaria quejosa de tanta ausencia.

Levantóse muy de mañana, y al tiempo de salir de su posada topó con el visitador de parajes, el cual le dijo no dejase de acudir á la junta el domingo, que era el dia siguiente, porque habia muchas novedades, pena de incurrir en la desgracia del archipobre, y que se haria un castigo ejemplar en su persona si faltaba; ofreció hacerlo, y despidiéndose de él, guió á la casa dicha; entró en ella, siendo recibido de doña Sofia y sus hijas con mucho regocijo, llamándole su valedor, su amparo y remedio; tanto adquiere un agasajo hecho en oportunidad; y habiendo tomado asiento, le pusieron una bien compuesta mesa con dos pastelones, uno de salmón, y otro de anguilas, diciéndole tomase aquel desayuno, y perdonase el atrevimiento. Bueno, bueno, dijo Vireno, esto es mucho para quien tan poco merece como yo. Déjese usted de eso, dijo doña Sofia, y almuerce, que esta es corta paga para lo que le debemos; almorzó con mucho gusto, y á los postres vino doña Tirse, que fué bien recibida de todos, á quien nuestro Vireno hizo esta redondilla:

To venida, Tirse mia,
No me ha cogido en ayunas;
Que tan lindas aceitunas
Pueden ser postres del dia.

Con encarecidos hipérboles celebraron la bien dicha redondilla, diciendo Tirse: Siempre los postros suelen ser los mejores, aunque por mí no se puede decir, pues al fin de las mayores finezas he hallado el mas infeliz postre que se pudo dar á mi voluntad. ¿Pues cómo? dijo Vireno; ¿tan mal ha correspondido? No es posible sea hombre de obligaciones. Aun por tener tantas hechas, me veo con tantos ahogos, respondió ella. Cierito me pesa, dijo Olimpa, pues no eres digna de tales enfados. ¿Qué quieres, amiga! dijo ella, somos desdichadas las que nacemos enamoradizas. Y como que lo son, dijo Vireno: yo tuve un afianzado mio de mucha edad, y tan cabido con las damas, que ninguna le cerró la puerta; y esto era por haber guardado toda su vida tres cosas. ¿Y cuáles eran? preguntó curiosa Olimpa. Las de no querer, creer, ni burlar á una dama. No me parecen muy mal, dijo Tirse, las dos, segunda y tercera, pero la primera no apruebo, porque donde no hay voluntad, mal se ejecutan las obras; las dos quisiera que se me explicaran. Las tres explicaré brevemente, y atencion.

Querer á una mujer, decia, no lo haga ninguno,

porque son tales como la mona, que conociendo que un hombre la teme, lo que es en la mujer quererla, lo araña, lo cuca y lo muerde: esto es en la mujer, se burla, se mofa y hace chanza de sus amenazas, pareciéndole le tiene tan presa la voluntad, que no se la de poder desasir por mas que haga, por no privarse de sus cariños.

Creerla, menos, porque ninguna habla verdad; esto no se entiende con las mujeres de pundonor, como ustedes, y los mismos cariños usan con Juan que con Francisco en pagárselos, que hasta esto lo han hecho granjería.

Burlarla, tampoco, porque los tales perros suelen llevar maza, que á puros golpes avisan á los demás, con que la que una vez se ve burlada, no se deja engañar segunda.

Y en cuanto lo que usted ha dicho del quererla, digo que será justo que se quiera, pero que no se diga, y sáqueme de este abogo Góngora, donde dice:

Manda amor en su fatiga
Que se sienta y no se diga,

Porque yo no he de seguir la conclusion que dice:

Pero á mí mas me contenta
Que se diga y no se sienta.

Por ser esto último el crédito de la segunda propuesta de mi amigo.

A fe que no era bobo el tal que llama usted bobo; podia leer cátedra á los novicios en el arte; era perro viejo, y sabia mucho. ¿Y cómo que sabia? dijo Tirse; yo me hubiera holgado conocerle, para no haber dado en este barranco de aficion tan ciega, que por serlo se pasa con perros, que le sirven de guiaria al precipicio; pero yo abriré los ojos, que mas vale tarde que nunca, pues dice el adagio: Quien yerra y se enmienda, etc.

Así pasaron hasta la hora del medio dia, en que se despidió nuestro licenciado, diciendo tenia mucho que escribir aquella tarde por haberse de hallar en cierta junta el domingo, donde habian de concurrir los mayores hombres del mundo y haber de dar su parecer.

Aquí fué donde tuvieron por hombre sabio en leyes al señor licenciado estas señoras, á causa de no entender su facultad, cobrándole nueva aficion, porque á esta gente jamás le faltan barajas, acariciándolo de nuevo Tirse, por si acaso se le ofrecia haberlo de menester en sus trabajos; que las tales siempre tienen uno de cada facultad para sustentar su arte. Despidióse dejándolas gustosas de su empleo.

Llegó el domingo, y con él la hora en que se habia de hallar con sus camaradas, que ya lo esperaban, y el Sargento sacando un papel, leyó:

CARGOS QUE SE LE HACEN Á NUESTRO SECRETARIO,
EL DOMINE POR OTRO NOMBRE.

Primo, ha delinquido nuestro secretario en entrar en una de mis calles, y yo soy el testigo, que le topé. Tambien dijo no ser culpa suya, sino el ir acompañando á una dama. No obstante, replicó el presidente, ha de pagar usted la mitad de lo que yo gasté. Está bien, soy

contento, dijo el secretario; dígalo usted con verdad, pues ve me fio de ella. Señor, yo bebí cinco tazas sencillas, que á buena cuenta tocan á usted las dos y media, y media por haber incurrido, son tres. No son sino dos y media, replicó. Si son; y de unas razones en otras se empeñaron, con que dándole un sopapo nuestro licenciado, se alborotó el cortijo; y el archipobre voceando: Resistencia y ayuda al colegio, acudieron todos. No lo apaciguaron tan á solas que no se hallaran dos ministros de alguacil que habian salido á caza de gangas, y topando esta, se metieron á desplumarla, los cuales asiendo de nuestro licenciado, y del Sargento, que estaba amostazado hasta las narices, los quisieron llevar adonde la sal es lo mejor que tiene; pero reconociéndole las faldriqueras á Vireno, le hallaron el bolsillo, que ellos dijeron ser hurtado y que conocian al dueño, y que se le habia de acordar; mas dándoles dos rempujones de buen aire, se les escurrió, acogiéndose

á los palacios de Castellan de Amposta, donde se aseguró de aquel riesgo.

Estuvo en este palacio hasta la noche, que salió con intento de verse con Olimpa y trazar el modo que tendria para cobrar los veinte del préstamo ya referido. Por las mas ocultas calles que pudo se fué á su casa, y hallándola cerrada, admirado preguntó á los vecinos la causa, y fuéle respondido estar la madre y las hijas presas y muy apretadas, la madre por tercera, y las hijas por primas de la música de Cupido; y que juntamente habian preso á otra dama por haber sido la total ruina de un hombre casado, llamada Tirse. No quiso saber mas nuestro licenciado, y yendo á su posada, dijo que se quedaba á cenar con un amigo, ausentándose de Zaragoza sin gasto de carruaje, por poder decir con verdad lo del caracol: *omnia mea mecum porto*; ofreciendo, si acaso me escribe sus travesuras, dar fin con sus hechos en la segunda parte.

EL HERMANO INDISCRETO,

POR DON DIEGO DE AGREDA Y VARGAS,

NATURAL DE MADRID.

GRANADA, la mas insigne ciudad de España, tanto por sus magníficos y suntuosos edificios como por la copiosa muchedumbre de ciudadanos que la habitan, acompañados de serafines que en forma humana gozan del mas amable privilegio de naturaleza, conocida y reputada generalmente por paraíso de España, cuyos amenos carmines exceden los jardines hibleos, los celebrados pensiles de Persia; hechizo general de forasteros, donde con agradable emulacion igualmente compiten los estimables dones del cielo, salubres aires, abundancia, riquezas y hermosura, centro de grandezas y comodidades, que bastaran á hacer opulento y amable al mas célebre reino del orbe. En esta ciudad, ó mas propiamente paraíso de deleites, vivia un caballero mayorazgo, cuyo nombre era don Alonso de Vargas, de moderada hacienda y grandiosa virtud, tan adornado de la librea de la muerte, cuanto desengañado de la inconstante fragilidad de las humanas miserias, y con la certidumbre del fin del destierro, como prudente, prevenia el cierto como temeroso camino, la forzosa y estrecha cuenta del recibido talento. Gozaba de una hija y un hijo, cuyo nombre era don Juan, y el de ella doña Isabel, siguiendo el apellido de su padre; eran el único consuelo de sus cansados años, que como vivas imágenes de su alma representaban en su vista la agradable prorogacion de la frágil naturaleza, de los hombres tan deseada, siendo ellos generalmente amados por la buena memoria de sus progenitores, y doña Isabel particularmente por su honesto recato y prudencia, como él por su cortesía y buenas partes; porque si en la ciudad se ofrecian fiestas, era el regocijo de ellas; si disensiones, el que á costa de su comodidad y hacienda las componia y ajustaba; y finalmente, era cortés, liberal y cumplido con sus amigos é iguales, familiar y pródigo con los inferiores, con que llegó á ser un general hechizo de las voluntades. De la suya dependian las mas grandiosas y humildes; en ella, sobre una conocida virtud, competian cordura, recato, hermosura y agrado, causa de que cuando se ofrecia ha-

blar de sus méritos, todo era en sus alabanzas, tan justamente merecidas.

Frecuentando don Juan, como es ordinario, la conversacion y trato de otros caballeros mozos, hizo particular amistad con uno, que se llamaba don Diego Machuca, descendiente de aquel famoso que en la conquista de Sevilla por la falta de la espada hizo con el ramo de olivo tan valerosos hechos; y como suelen ser unas mismas las cosas que los afectos dictan en iguales años, no se hallaban un punto divididos, juntos gozaban de los entretenimientos, si no forzosos, mas comunes á la juventud. En el discurso de esta amistad don Juan dió cuenta á su padre y hermana de la que con don Diego profesaba, y el buen viejo, que conocia la virtud y calidad del caballero, que cuando acompañan á un sugeto de pocos años son dignas de veneracion, y mas en este siglo, donde la juventud hace gala de los vicios, de que debiera afrentarse. Aprobó don Alonso el buen acierto; rogóle que lo continuase, y dejándole á solas con la hermana, se retiró á su cuarto; y don Juan, como uno de aquellos á quien la falta de que hablar suele hacer notable daño, prosiguió indiscretamente encareciendo los merecimientos de su amigo, bazaría, liberalidad y discrecion, pintándole el mas perfecto caballero del mundo; de modo que la vana curiosidad, tan peligrosa en las mujeres, despertó en doña Isabel el deseo de verle, llevada de la novedad de tanta perfeccion, que la que mas recato profesa, pocas veces ocasionada sabe librarse; y así, á las doncellas es imprudencia alabarles hombres, sino mujeres que estén en opinion de virtuosas, cosa que raras veces causa envidia, porque loarlas, en presencia de damas, de bizarras, entendidas y hermosas, en el mas estrecho parentesco viene á ser grosería, y en la mas entendida engendra sospecha de algun desprecio, cosa que notan con particular cuidado, dándose por ofendidas del mas pequeño descuido, y calificando por imprudente al que en algo falta de la que tienen recibida por ley de cortesía; pues disimulando como saben en las ocasiones, que en esto llevan notable ven-

taja á los hombres, respondió que se holgaba mucho de verle tan bien empleado; porque demás del crédito que á él se le debía, le tenía en el debido lugar desde el punto que vió la aprobacion de su prudente padre; y que así le rogaba la continuase, y el lo prometió así, y prosiguió diciendo que era tanto lo que lo deseaba, que gustara que su amigo fuera á propósito para que el estrecho lazo de parentesco enlazara el de su correspondencia; á quien ella, adornado el rostro de las afectuosas colores, de que con mucha facilidad se valen en los tiempos que les parecen á propósito, representándolos tan vivos, que pocos hombres, aunque advertidos de su inconstancia, hay que no los crean, y no obstante que deseaba lícitas ocasiones de su visita, respondió: Señor y hermano, no hubiera cosa hoy en el mundo que estando dependiente de mi albedrío no la remitiera á vuestro gusto, así por lo que yo os amo como por vuestros merecimientos; pero ni yo estoy en edad de semejantes ocasiones, ni cuando lo estuviera, tengo dispuesta la voluntad; porque desde el punto que pude hacer en mi eleccion, la tengo dirigida á mejor esposo, si ya nuestro padre, como verdadero dueño de mi disposicion, no ordenase otra cosa; que segun la voluntad con que me hace merced, creo que por ser tan justo el intento mio, no le opondrá el estorbo de su mandamiento, y mas teniendo, como tiene, á quien dejar en su lugar por cabeza y señor de su casa. Replicó él diciendo que lo propuesto era solo gastar el tiempo en lo referido como se habia de gastar en otra cosa, que llegando el de su determinacion, hablaba con la cordura que de tanta virtud y entendimiento podia esperarse, dejando su eleccion dependiente del acertado juicio de su padre, de lo que él se sentia nuevamente obligado. Y despidióse diciendo que esperaba en Dios que conociese algun dia, ya que en todo le parecia imposible, alguna pequeña parte de sus deseos, dejándola con muchos de ver el alabado caballero. El se fué á buscar á don Diego, á quien dió larga cuenta del pasado coloquio, pintándole á su hermana, su hermosura, discrecion y intento; y él muy agradecido á tanta merced, procuraba mostrarse con corteses palabras; y siendo del amigo igualmente correspondido, los dos se dieron por satisfechos.

Representándole á don Diego su imaginacion la hermosura de doña Isabel, junto con la ocasion que de servirla se ofrecia, solicitada mas de su próspera fortuna que de su diligencia, animábale la igualdad que entre los dos habia para facilitar toda ocasion amorosa que á su propósito pudiese ofrecerse; y así, propuso en su ánimo de remitir á la vista lo que la fama decia, y prosiguiendo en varias pláticas la conversacion, su amigo se apartó de él, que, como si le importara la vida, hizo una amplia relacion á su hermana de lo que con don Diego habia pasado, tornando á fomentar el fuego que habia encendido el viento de sus indiscretas palabras. Ya solo pensaba cómo sin ofensa de su recato podría verle, y ofreciéndosele mil imposibles, solo le servian de tormento viendo tan léjos el efecto de su pro-

tension, que en las mujeres tiene la aprension de lo que aman ó aborrecen notable fuerza, dejándose oprimir de la furia de los afectos. Pues don Diego, que combatido de pensamientos varios le proponia su deseo diversos caminos, vino á dar en el que por nuestros pecados en estos tiempos es ordinario, que es verla en una iglesia, cosa mal entendida y peor remediada, y en esta ocasion. De una noble y honrada doncella, en cuyo sugeto no se podia esperar sino justas y honestas pretensiones, aunque no es lícito, parece menos culpable; pero esto anda tan libre, que con las que en sus casas por su pública desenvoltura no tienen dificultad ni inconveniente, hace gala la juventud de que en los templos se vea su pública libertad é irreverencia. ¡Ay de los magistrados y eclesiásticos que lo consienten!

Aguardó don Diego con cuidadoso desvelo á que fuese dia de fiesta; puso espías á don Juan, aguardando á que saliese de su casa, y luego fué á buscarle por tener mas ocasion de informarse de los criados; y ofreciéndole la fortuna la que deseaba á su propósito, encontró con uno á quien preguntó por él, y diciéndole que habia salido fuera, replicó que adónde le podria hallar, si acaso, como era justo, iba acompañando á mi señora doña Isabel, porque sentiria que le dejase por otra compañía; á que él respondió que don Juan huia de su compañía, porque la oia su señora en aquel monasterio de enfrente, y que su padre le acompañaba como uno de sus escúderos, y que esto solia ser tan temprano, que ella y el alba se levantaban á un tiempo; que hoy ignoraba la causa de su detencion, juzgándolo él á favor de su fortuna; y por no dar sospecha con tantas informaciones, se despidió diciendo que le importaba hablar á su amigo don Juan. Dijo el criado que le avisaria para que le buscase y cumpliese con sus obligaciones, que es el primero que deseó cumplir las de su dueño, que suelen hacer aborrecibles, y particularmente á los señores; y así, deben procurar que sus criados sean generalmente corteses y agradables, y el mejor modo de que lo sean es que no vean lo contrario en ellos. Despidióse, y aguardando á que saliesen de casa, como que volvía á proseguir la propuesta diligencia, entró en la iglesia, donde al descuido, mientras hizo oracion, fingiendo que no los veia, elevado en la prodigiosa hermosura de doña Isabel, fué mas larga de lo que semejante ocasion pedia. El padre y la hija, que no quitaban de él los ojos, alababan la buena eleccion de don Juan, confirmando con nuevo crédito la opinion que de él tenían; y como los afectos amorosos son un rayo á cuya imitacion dan en la vista, y dejándola sana rompen y sujetan el corazon, ó segun otros, conformidad de aspectos, y mas propriamente de la juventud é igualdad para trazar la comodidad propia, que hoy está el mundo de manera, que hay pocas voluntades que no sea este el principal blanco de su intento, si bien los hombres con la natural libertad que naturaleza les concedió son mas fáciles en el amar si menos firmes; y las mujeres por el contrario, oprimidas del freno de la vergüenza, son mas tardas; pero forzadas de la pasion y resueltas, son mas firmes

en su determinacion, rompen mayores dificultades é imposibles, porque no les concedió naturaleza que variasen en la eleccion ni que segunda vez probasen su fortuna, poniéndoles por freno de su fragilidad la comun desestimacion que por el perdimiento del honor adquieren, que no hay amor que le sufra, ni obligaciones que la sobrelleven. A un tiempo heridos los dos de la venenosa flecha, al descuido se miraban, cuando el anciano padre, rompiendo el silencio de los amantes, llamó á don Diego, preguntándole la causa de honrar sus barrios, y asimismo de no le haber hablado, á quien él, despues de los debidos cumplimientos que el lugar requeria, ofreciéndose criado de la que ya era dueño de su alma y por aficionado servidor suyo. Doña Isabel, con mucha cortesía, pocas palabras, variacion de colores, le dió las debidas gracias, y prosiguió don Diego: Señor mio, prendas vuestras son causa de que yo gocé del gusto de acudir á vuestros barrios, obligado de la que del señor don Juan recibo, que pudiera obligarme el no carecer de ella, no á tan corto viaje, sino á pisar los mas remotos climas, á navegar los mas procelosos mares, sin que mi amor dejara de trocar todas estas dificultades en conteptos y descansos procedidos de su compañía. Desde esta mañana lia que le busco, que he juzgado por siglos los instantes de su ausencia, casi celoso, que sufre este lenguaje tan verdadera amistad, de la causa que pueda divertirle de la mia; y así, no sosiego hasta que le vea, ni le tendré hasta que tenga de él larga relacion de lo que digo; y prendas vuestras son, señor, las que en la presente ocasion han dado causa á que muestre algun género de remision en mis obligaciones, á que hubiera acudido desde el punto que entré en esta iglesia, que os vi desde que entré en ella. Mas viendo á vuestro lado á mi señora doña Isabel, no me atreviera á besaros las manos, si no fuera con el apremio fuerte de vuestro mandamiento. Esta misma causa lo ha sido de que en vuestra casa no busque á mi amigo, que aunque me pudiera dar osadía el lugar que ha dado á mis pocos merecimientos, y la merced con que sé que honrais siempre á los que se precian de vuestros, es cortedad mia, de que en primer lugar os pido perdon, el usar con moderacion de las mercedes de los amigos.

Quedó la dama cuspensa y obligada del cortés razonamiento, y tan rendida, que solo trazaba en su imaginacion de verse á solas con su querido don Diego; y dejando el lugar á la venerable presencia de su padre, que alegre de verle tan entendido, como de la eleccion de su hijo, le respondió: Grandes són las obligaciones que tengo á mi hijo por la obediencia grande que siempre me ha mostrado, por las pocas pesadumbres de que me ha sido causa, por la afable cortesía con que como galán sirve á su hermana, dirigiendo las demás, y esta accion á mi gusto, sabiendo que es ella la cifra de todas en las que puede ágradarme; y cuando creí que no pudiera obligarme mas, hallo que los juicios humanos yerran, pues me hallo mas obligado á ver el buen acierto de haberos escogido por amigo, de

que puedo decir que se le puede tener envidia; si la hermosura es carta de recomendacion del cuerpo, las palabras cuerdas lo son del alma; ved cuánto será mas estimada la de tan poderoso superior. Estimo en tanto vuestra cordura, que hallaréis en mí el amor igual que á don Juan debo, y sentiré que no se ofrezcan muchas ocasiones en que experimenteis que mis palabras shlen de mi corazon, y de aquí adelante tendré por frivola la excusa de vuestra cortedad en visitar mi casa, que haré mucha estimacion de que acudais á honrarla, no solo por ser amigo, sino por mí, que quiero que me tengais en el número de los que mas os estiman. Dijo entonces doña Isabel: Y yo tambien os lo suplico, tanto por mi propio interés como por el gusto que conozco en don Alonso, mi señor, que estimo en el grado que en mis obligaciones piden. Don Diego con notables muestras de agradecimiento estimó á padre y á hija tan notable merced, teniendo á felicísimo suceso la recomendacion de la que tenia su voluntad escogida por señora de su alma. Y estando en esto, vino don Juan, que habia sabido que su amigo le buscaba, y hallándole como digo, le dió breve cuenta y disculpa de su ausencia, y prosiguiendo le dijo: Vuestras cortedades pienso que han de ser quien acabe nuestra amistad; quejoso estoy que useis conmigo de cumplimientos, cosa entre amigos tan excusada. Y él prometiendo la enmienda que sumamente deseaba, se fueron acompañando á doña Isabel, que con cuidadoso recato no quitaba los ojos de don Diego, siendo igualmente correspondida; y despedidos los dos con las debidas ceremonias, sin un punto de sosiego, se valió don Diego de un paje que don Juan tenia, de quien se fingió pariente, por llevar adelante su intento. Pues el paje, agradecido del nuevo parentesco, que no hay nadie que, aunque sepa lo contrario, excuse lo que le está bien, prometió en su servicio grandes imposibles, no perdonando la vida y otros impertinentes encarecimientos, nacidos siempre mas de propio interés que de verdadero amor. Doró su yerro el pretendiente, facilitando con semejante diligencia, tanto su parentesco como su pretension. Sucedióle á este criado lo que á algunos maridos, que viendo aparecer en sus casas, no lo que sufre su caudal, sino lo que nó se pudiera juntar entre todo su linaje, siempre dan crédito á su buena fortuna. Quedó entre los dos concertado que este negocio, por el peligro que tenia, se tratase con mucho recato, porque los principios son los que yerran ó aciertan los mas importantes casos. El ofreció que iria descubriendo tierra y avisando de las ocasiones en que sin peligro pudiese presentarse á sus ojos y darse á entender que, ganada la puerta de la comunicacion, tiene facilidad ganar la del alma; despidiéronse, y pasáronse algunos dias, en que con los avisos del criado gozó don Diego la comunicacion y honestos favores de doña Isabel; y llevando los dos el intento que deben, los igualó la suerte, aunque ella le parecia cosa fácil por la disposicion que juzgaba en quien le tocaba la suya. Con todo eso dilataron que la pudiese á su padre hasta mejor ocasion que la presente.

Don Juan, obligado de la frecuencia del amigo y de verle acudir sin gusto á las mocedades que antes solia, el oir en su hermana tantas alabanzas, y algunas sin tiempo, que en los que bien se quieren es imposible la disimulacion, causó en él tan fuertes sospechas, que juzgándolas por ciertas, solo sentia que don Diego no le hubiese dado parte; que cuando hay igualdad, no es agravio de amistad verdadera enlazarla con parentesco, y si puede haber alguno, es el ocultarlo, qué en caso que estén bien, deben los que son cuerdos anteponer á sus amigos. Con esta sospecha andaba cuidadoso de su casa, colgado de sus palabras, examinando sus pasos, que don Diego con mucho cuidado procuraba divertirle y asegurarle. En la ciudad era público este caso, porque estos recelos habian despertado la vana curiosidad de algunos que en las repúblicas, sin que les importe, no dejan vivir á nadie, y son la gente mas perniciosa de ellas, causa de escandalosos alborotos. En este tiempo sucedió un caso, que acabó de declarar este negocio, y dió fin á la amistad de estos dos amigos, siendo causa de muy penosos sucesos; y fué que en honra y fiesta del Precursor divino en la ciudad se corrían unos toros, cosa por cierto bárbara y mal entendida en hombres políticos y cristianos, y peor que la apliquen en servicio de los santos, que es cosa cierta que se ofenden con todo aquello que se desirve la Majestad divina, á quien es certísimo que no agradan por la multitud de almas que en semejante caso se ponen á peligro. Si bien esta fiesta podia permitirse que se hiciese con gente de á caballo, por ser de menos peligro y porque los caballeros mozos se ejerciten.

Despues que la plaza estuvo adornada de varios y lucidos colores y del mas precioso adorno de las ciudades, que son las damas, cuya hermosura emulaba la misma nobleza, aventajándose entre todas doña Isabel del modo que se aventajaba el sol á las estrellas, entraron en ella don Diego y don Juan en gallardos caballos lucidamente enjaezados, acompañados de muchos lacayos, vestidos de bizarras y vistosas libreas, llevándose generalmente los ojos del vulgo y de las damas, particularmente de sus dueños; que cuando no hubiera esta ocasion, los regocijos públicos obligan á los caballeros que los honren y solemnecen; que por eso sus repúblicas les dan en la ocasion el lugar que se les debe, y los nobles, como sea para fin honesto, es muy bien que sirvan damas, porque los hace cortesanos, entendidos, liberales, animosos y de grandiosas acciones, y con el mismo intento lo permiten los príncipes en sus palacios. Entraron tambien algunos de los que en las ciudades ayunan un año por hacer un dia de estos un acto caballeroso. A este propósito dijo un famoso predicador en una fiesta que hacia un hombre, que en materia de su vida no se tenia muy buena opinion; vióle en el discurso del sermon pintado en un retablo de rodillas y muy devoto, y hablando con él, le dijo: Fulano, ó vivir como os pintais, ó pintaos como vivís. Ciudadano honrado, que quizá vuestros abuelos fueron oficiales, si no podeis vivir como os pintais, por-

que no sois caballero, ¿para qué os pintais en la plaza como tal? ¿Qué! pintaos como debeis, y vivid como nacisteis, ahorrareis de costa y murmuraciones, y tendrá cada cosa su lugar.

Así como don Diego y don Juan se vieron cada uno con una banda atravesada por el pecho, insignia de su empleo, que el don Juan servia á cierta dama doncella, cuyo nombre era doña Ana, con quien de secreto estaba desposado, y porque don Juan le habia dado cuenta, era de don Diego conocida. Esta era hermana de otro caballero muy amigo de los dos, cuyo nombre era don Sancho, con cuyo consentimiento se habia efectuado el desposorio, y por gusto de don Juan gustaba que estoviese secreto, porque, aunque iguales en calidad, no lo era en bienes de fortuna. A este, por ser forzoso, dió parte don Diego del justo fin del empleo de doña Isabel, valiéndose de su favor, porque ella visitaba como particular amiga á su hermana, que tambien con tal confianza habia comunicado con ella sus deseos y secreta correspondencia que con don Juan tenia; y siendo pagada de doña Isabel con darle parte del suceso, algunas veces, como por modo de visita, con ocasion de venir á buscar á su hermano, habia hablado á doña Isabel, á que el mismo don Sancho, sabiendo lo que pasaba, habia dado lugar, deseoso de enlazar con tal parentesco la amistad de los tres. Sucedió que, así como los dos se vieron, salió don Juan de toda sospecha, creyendo con certeza que don Diego le solicitaba la hermana, porque reconoció que la banda, aunque no era suya, era de sus colores, y que don Diego en otras ocasiones no usaba de ellas, y haciendo memoria de lo pasado, confirmaba lo presente, determinando, aunque desobligado de su proceder, obligado de su amistad, dar cuenta á su padre; y pues que á todos estaba bien que se efectuase, y despues de esta prudente determinacion, incitado de su ira, ocasionada de su desengaño, decia consigo mismo: ¿Seré de tan poco valor que como si fuera tierna doncella he de dar cuenta á mi padre para que remedie las cosas que me tocan, como es la injuria del que con la capa de amistad quiso cubrir su deseo sin darme cuenta, ya que no por la engañosa correspondencia, por dueño de la prenda? ¿Pasaré por el perdido respeto de la que sin mi gusto pretendió casarse, que es al fin mi hermana, y no puede entenderse, ni es justo creer otra cosa? Mas en las que tienen sus obligaciones, aunque elijan igual compañía, es cosa indigna dar oídos á su disposicion, si no es por el gusto y eleccion de sus deudos. Viven los cielos, que hasta que de los dos tome la debida satisfaccion, junto con los demás que hallare culpados, que no se ha de saber mi intento, ni aunque me aventajase con el parentesco del mas poderoso príncipe; ni le estimo ni le quiero; que los caballeros no han de pasar por cosa que, aunque para sí queden satisfechos, no tengan sus mayores enemigos general satisfaccion; que toda la ciudad debe ya de estar llena de este suceso; que siempre son públicos los que han de dar disgusto; Dió vuelta á la plaza, donde despues que salió á ella un

valiente toro, que escarbando la tierra la arrojaba al cielo, prevenidos los dos amantes de rejonés, él se retiraba, no temeroso, sino previniendo la ejecución de su furor. Paróse delante de la ventana donde las dos amigas veían las fiestas, deseando cada uno mostrarse en la ocasión que tan á propósito había ofrecido la fortuna, y ellas temerosas del suceso por la ferocidad del animal; y toda la plaza en una muda suspensión, sucedió que determinándose el toro, arremetió con don Juan, que le aguardaba cuidadoso. Pues don Diego, viendo que no podía mostrarse delante de su dueño, tomando ocasión de favorecerle, se metió en medio, haciendo una suerte tan á su salvo, que así como se retiró el irracional con la furia de la muerte, cerró con don Juan, que colérico de verse defraudado de la ocasión que su fortuna le ofrecía, y mas furioso de saber la causa, estaba tan descompuesto y fuera de sí, que aunque con el repentino acontecimiento procuró prevenirse, no fué posible; salió tan mortalmente herido el caballo, que él sin culpa suya desocupó la silla, y cuando quiso, como le tocaba intentar la venganza, ya el toro, falto de los vitales espíritus, media con el valiente cuerpo la arena; fué el efecto de su ira furioso, considerando que ya el vulgo murmuraba la causa; que las acciones públicas son insufribles, y no lo menos de temer en ellas lo que se dice; y procurando disimular su enojo, como el que pensaba satisfacerle, al contrario de aquellos que, buscando lo que les falta, desean las ocasiones donde pueda haber impedimento, para solo adelantar las palabras.

Llegó don Diego á su socorro, á quien él con razones equívocas dió gracias del cuidado, que no dejó á los demás poco sospechosos. Acabadas las fiestas, tratando del suceso con algunos amigos que culpaban su cólera, abonando la intención del amigo, dijo que con evidencia conocía su desgracia, pues le estorbó quien deseaba ayudarle, y que la opinión puesta en opiniones estaba muy cerca de perderse. Entró en esto don Diego diciendo: Hanme dicho, don Juan, que teneis queja de mí, cosa que, si fuese cierta, conocerá mi voluntad por notorio agravio y contraria al deseo que siempre mostré de serviros, que nuestra amistad creí yo que estribaba sobre mas firmes fundamentos; perdonadme si hablaros así es ofenderos. A quien don Juan, mudando el color del rostro, respondió: Bien fueran excusadas vuestras razones; que si tengo ó no sentimiento, sé cuando quiero declararlo; que si no publico como los demás vuestras alabanzas, es por no recibir de nuevo mayor injuria; que aunque no puede llamarse el recibido, agravio, permitido es á los amigos el sentir las sinrazones, siquiera para excusarlo; y si gustais, se quede aquí esta plática, por ofenderme, como es justo, la memoria de mi descuido. Metiéronse los amigos de por medio, al modo de algunos que con la paz indiscretamente alteran las mas sosegadas voluntades, á quienes don Diego replicó: ¿Es posible que tan poca experiencia tengais hecha de mi amistad que oiga yo semejantes palabras? Don Juan le dijo: Las obras son los ver-

daderos afectos del corazón; un golpe de popular aplauso rompe la correspondencia mas firme, y pueden los amigos adelantar su opinión sin ofensa de la ajena, porque el mas verdadero modo de alabanza es adquirir gloria en la propia virtud. En fin, si no me engaño, todo el rodeo de vuestras razones, dijo don Diego, tiran á decir que os ofendí, no porque en mí halleis culpa, mas porque, segun veo, deseais hallarla; y si esto es deseo de que se deshaga nuestra amistad, no le busqueis, sino reportaos, considerando que os soy amigo. No sé si tenga de vos la misma opinión, porque el que no se fia del que lo es, él mismo se hace sospechoso; y tenedme por tan leal, que si tuviera ocasión ó pensamiento de ofenderos, excusara las satisfacciones. Pues don Juan, que no deseaba sino esta ocasión, respondió á las posteriores palabras de tan honrosa satisfacción. Cuando fuera importante á mi honor, la supiera tomar del que se juzgue por mas valeroso, que sé mejor satisfacerme de caballero á caballero que con el toro. No sé qué os diga, dijo don Diego, sino que debeis desear romper del todo. Tornáronse los amigos á poner en medio diciendo que eran sin fundamento tantas palabras. Estando las cosas con tanta igualdad, advirtieron á don Juan que era muy apasionado modo de proceder; y él dijo á los que le reprendían: Pensad lo que quisiéredes, y culpadme; y volviendo el rostro á mirar á don Diego, prosiguió: Yo buscaré ocasión en que se declaren dudas; á quien él replicó: En las que buscáreis, conoceréis que iguala mi valor á mi cortesía. El se fué furioso, sin que bastasen á tenerle, y reportando á don Diego, le ofrecieron el mismo oficio con don Juan, á quien él rogó que en ningún modo metiesen la mano en nada, porque ocasiones comenzadas, aunque en sí importasen poco, de no fenecerlas podrían nacer penosos disgustos. Dejéronle solo, y él confuso y melancólico, pensando en lo que había sucedido, entró el criado de doña Isabel, y le dijo cómo su señora iba de visita esta tarde á las cuatro en casa de doña Ana, la hermana de don Sancho, que no perdiese la ocasión; á quien él se mostró agradecido con palabras y generosas dádivas, que suelen no consentir descuido en semejantes embajadas. Apenas había pasado esto, cuando entró un paje á decirle que don Juan quería hablarle, y el criado, por no ser visto, se despidió; y como criado, deseando llevar las nuevas, cuya falta es bien ordinaria, y pienso que mayor la de los que las escuchan, se quedó oculto á escuchar lo que resultaba, porque ya eran públicos sus disgustos. Entró él con la cortesía que es justo en los caballeros en la ocasión de mas aprieto, y dijo: Los hombres nobles es bien que procuren siempre que sus palabras y obras lleven por blanco la verdad, porque desdicen mucho de su nobleza los que se obligan á decir con sus corazones lo que contradicen con sus obras. Y recompénsase mal una ofensa pública con una compuesta arenga, y para mí y para todos los que sienten bien de las cosas, es forzoso que como caballeros lo determinen en el campo las espadas. Y así, esta tarde, á las cuatro de ella, os guar-

do junto al río Genil. Traspasóle el alma á don Diego semejante resolucion, y viendo que la hora que aplazaba era en la que habia de ver á doña Isabel, le dijo : Pues no quereis obedecer el juicio de nuestros amigos, sino que el de las armas determine lo que gustais, que á mi pesar sea ofensa, digo que lo acepto; y solo os suplico que mudeis la hora, porque tengo á la que me mandais un negocio tan forzoso, que será imposible dejar de acudir á él. Bien digo yo, replicó don Juan, que jamás procedisteis conmigo con llaneza; nuevo agravio recibo del desprecio de esas palabras : ¿qué cosa puede haber en el mundo que impida negocio en que está vida y honra? Pero no importa, que no es esto solo de lo que tengo que satisfacerme; y mientras lo procurare, obligado de mas agravios, llevaré mas de mi parte la razon. Yo esperaré á la hora que digo hasta que vayais. Caballero sois, obligaciones os corren, id á la que quisiéreis, y os aseguro, dijo don Diego, que será lo mas presto que yo pueda, y que moriré consolado á vuestras manos por dejar satisfecho el mayor de mis amigos. Apartáronse, y el criado fué al punto á dar cuenta á su señora de lo que pasaba, que con mucho sentimiento no estaba tan temerosa del suceso de su hermano como de don Diego, y nuevamente obligada de la cortesía del amante, pareciéndole que toda procedía de su respeto y amor, le causó en ella de modo, que cuando no estuviera dispuesto su corazón, solo este suceso le dispusiera. Y así, fué á su visita deseosa de hablarle, porque ya el criado, obligado de su señora, tambien procuraba servirla, que este género de enemigos solo el interés es el norte de su intencion.

Quedó don Diego suspenso del suceso, considerando que de cualquiera manera que la fortuna lo dispusiese, no conseguia su intento. Y estando en esta penosa imaginacion, entró don Sancho preguntándole qué habia sucedido, á quien él dijo : Si, debajo de palabra que guardaréis secreto, quereis saberlo, lo diré. Proseguid, replicó don Sancho, que, aunque ya imagino el fin á que tiran vuestras palabras, los que lo son verdaderos, siempre á la comodidad anteponen la reputacion de sus amigos. Pues á quien tan bien sabe sus obligaciones, bien puedo fiar lo que no hiciera de otro, dijo don Diego : yo estoy desafiado. Y prosiguió contando todo lo que con don Juan le habia pasado, á quien don Sancho le preguntó si pensaba salir, porque, á su parecer, semejante locura no podia obligarle; demás que tambien le excusaba, si no queria llamarla obligacion, el ser hermano de doña Isabel, á quien respondió don Diego que se echaba de ver lo que le cegaba la pasion de su amistad, y que esto lo veria en que el respeto referido, tan digno por sí de toda veneracion, no habia de ser por él respetado. Replicó él : Pues dejad que yo meta la mano en pacificar este negocio, pues nadie podrá presumir que vos me habiais dado cuenta por haberme yo hallado al principio de la pendencia. El le dijo : Si no quereis que en mis muchas obligaciones haya la falta á que me obliga mi honor, os suplico que no habléis en ello, y que nos vayamos hácia vuestra casa, donde sé que

ha de estar de visita doña Isabel, que temerosa de est suceso, me ha enviado á aplazar para otro desafio mas temido de mi alma que el de su hermano, cuyo enojo tiene en su pecho mayor fundamento que en la pequeña ocasion de las fiestas. Así lo pienso, y aun lo sospecha toda la ciudad, respondió don Sancho. Y hablando en este y otros negocios, llegaron á su casa, de donde ya doña Isabel salia acompañada de solo el criado, dueño del peligroso secreto, por serle forzoso no confirmar sospechas de su hermano con larga visita, y acudir á las cosas que la tocaban; y encontrándola en la escalera de la casa, bajaron acompañándola hasta el portal, donde puestos á la puerta don Sancho y el criado para prevenir lo que pudiera ofrecerse, doña Isabel, con profundos sentimientos, hablando con los hermosos soles de su rostro, cuyas preciosas perlas regaban la venturosa tierra que ocupaban sus plantas, habló así : No quiero dejar de confesar lo poco que os deben de tener obligado mis cortos merecimientos; pero quiero certificaros que, si hubieran de medirse con mi voluntad, fueran los mas aventajados del mundo; tendré lo que me durare la vida particular queja de mi corta fortuna, que bien sé que es ella la causa de tanta desventura, que mal podré creer otra cosa de vuestra mucha nobleza y cortesía, de la correspondencia que en vos han hallado mis bien empleados deseos, no obligados de fuerza de estrellas, sino de tantos merecimientos. No teneis que referirme lo que pasó con vos y mi hermano, que solo de lo que tengo queja es de que lo haya sabido primero de otro que de vos; pero el medio que tiene escogido nuestra justa correspondencia será el que importe para pedirle á mi padre su hija haberle quitado el hijo; bien pienso que os debo de tener ofendida, pues tal género de desventura en vos viene á ser venganza, y en mí castigo. Y sin poder proseguir adelante, suspendieron su lengua los caudalosos cristales que eclipsaron la hermosa luz de sus ojos. Bien sé, señora, lo que os debo, respondió don Diego; bien sé que fuera ingratitud y rudeza no haberme dedicado desde el punto que os vi á vuestro servicio; y creed que el lazo de mi voluntad, la muerte, último fin de los mortales, no bastará á romperle; sabe el cielo lo que excusé el daros disgusto, y que el no haberos dado cuenta de este negocio ha llevado el mismo fin. Si temeis la muerte de vuestro hermano, teneis poca razon, que él es tan valiente caballero, que se puede mas justamente temer la mia; demás que os aseguro que cuando fuera al contrario, negara á mi persona la debida defensa, sacrificando mi vida á vuestro gusto. Plegue á Dios, replicó ella, que si en esta ocasion me ha pasado tal por el pensamiento, que me suceda la mayor desventura, que es perderos. Suspended las armas; vea yo en vos lo que vierades en mí, si yo pudiera servirlos. No será posible, dijo el amante, que es fuerte la ocasion donde se atraviesa honra, y no dudo que vos misma siendo quien sois, desestimeis para prenda y compañía al que le faltase la mas importante. Lo que os prometo es procurar todo lo que en mí fuere con palabras y satisfacciones, si bien

no indignas de mi nobleza, sosegar su alterado corazon. Pues con esa palabra, dijo ella, quedaré mas sosegada, y con que me la déis, en este suceso tendréis memoria de mí, que quiero prometerme de vuestra cortesía muchos favores para que se temple tanta desventura. En este y en el mas próspero que me suceda, replicó don Diego, cuando os diera palabra de lo contrario, fuera imposible que el alma consintiera su cumplimiento. Despidiéronse con esto, y apartándose los dos amigos con palabra, don Sancho de que no habria novedad en aquel negocio hasta que tornasen á verse, y así fué confiado de remediarlo por lo mucho que le tocaba, y don Diego, solo con intento de divertirle, arrepentido de haberle comunicado el caso, con ser la mitad de su alma, que tanta fuerza tienen en los caballeros, y es justo que la tengan, los casos de honra. Fuése á tomar un ferriuelo de color, y procurar huir el rostro á estorbos, y no ser el postrero á cumplir sus obligaciones. Llegó doña Isabel á su casa, donde, como es ordinario en mujeres, y mas cuando están recelosas, sabiendo que su hermano estaba retirado en su cuarto, empezó, llevada de su curiosidad, á acecharle, y viendo que andaba entre algunas que tenia previniendo una espada, no pudiendo sufrirlo su corazon, quiso ver si podrian sus palabras disminuir en algo su enojo, que para persuadir son eficacísimas las mujeres; porque no obstante que diversas veces se les niegue lo que piden, jamás pierden ocasion de volverla á proponer hasta que la alcanzan, y esto es forzoso, porque no todas las veces están los hombres disgustados; y así, una vez que otra conceden lo mismo que aborrecen, obligados de una continua persuasion. Entró fingiendo otra cosa donde estaba, y haciendo que se turbaba de la vista del acero, como si tuviera la edad de su padre, le empezó á dar una larga reprension de sus mocedades, exhortándole á la paz y quietud, poniéndole delante la vejez, sentimiento y obligaciones que á su padre tenia, acompañando sus palabras con disimuladas caricias de su amor, cosa que á don Juan confirmó mas en su sospecha; y juzgándolo por demasiada libertad, la respondió que no rodease con varios discursos su intencion, porque espantarse de lo que no la amenazaba no era creible, porque su recelo no debía ser de su peligro, que él se declararia al tiempo que tuviese puesto el conveniente remedio, y que advirtiese lo que fiaba de su entendimiento, pues le daba cuenta de cosas tan importantes. Y sin esperar ninguna réplica, llamó el criado, y le mandó en secreto que le llevase en casa de doña Ana una espada que le dió y capa de color, porque tomándola allá, quiso divertir que no supiesen en su casa dónde iba; y con esto se fué, y doña Isabel le preguntó muy congojada qué le habia dicho; y él como criado la dió cuenta de todo, diciendo que pues habia hablado á don Diego, no habia que temer, por lo que él deseaba no disgustarla. Ella, cierta de que su hermano salia, empezó á afligirse, y pensando una traza que solo pudiera caber en pecho de mujer que amaba, dijo al criado que llamase á su padre para darle cuenta de lo que pasaba, y

que dejase allí la espada, que hasta que lo supiese no consentiria que la llevase, y que tuviese cuidado de saber adónde salian á reñir, y volviése á avisar; él lo prometió, suplicándola que no permitiese que no llevase la espada, pues sirviéndose de la que allá tenía, serviria solo de desacreditar su lealtad. Ella le prometió que se haria de modo que no faltase un punto de lo que debía, que no queria que suspendiese el llevarla mas de cuanto sirviese de testigo de su verdad. Hizo lo que le mandaba, y entró á llamarle, y entre tanto ella la puso de modo, que la dejó inútil para lo que su dueño la deseaba; y así como entró don Alonso, ella, como que la escondia, la entregó al criado, que partió en busca de don Juan.

Doña Isabel dió cuenta de lo referido, y afligiéndose el viejo por no hallar medio para atajar tanta desdicha, entró don Sancho muy alborotado á preguntar por don Juan, refiriendo de nuevo el suceso, y quejándose de que le hubiese engañado don Diego; y estando los dos dudosos, vino el criado diciendo cómo su señor no habia hecho mas que tomar la espada, y mandándole que le dejase, que él le habia seguido hasta la salida de la ciudad, y le pareció que salian al rio, y por no ser visto, no se atrevió á pasar adelante; entonces determinaron de que con algunos amigos fuesen á buscarlos. En este tiempo don Diego y don Juan se hallaron en el campo; el uno tan deseoso de reñir, cuanto el otro de sosegarle, poniéndole delante su amistad, á que don Juan replicaba que su enojo era deseo solo de castigar lo mal que de ella habia usado. No le déis ese nombre, dijo don Diego, que cuando fuera verdad lo que sospechais en caballero mozo, vuestro igual y amigo, cuando deseaba enlazar estas obligaciones con el lazo del parentesco, no le podiais juzgar por agravio; pero si quereis ver cuán injustamente juzgais, volved los ojos á su virtud, á su ánimo generoso, que, si no ofusca la niebla de vuestra pasion la luz clara de sus merecimientos, veréis que sin causa culpais mi amistad y su inocencia. Dijo don Juan: Confieso la igualdad que decís; pero cuando fuera yo vuestro inferior, me habiais agraviado en tratar sin mi orden semejante negocio, que no la amistad da jurisdiccion á los amigos para que dispongan sin gusto de quien les toca de tan estimables cuanto peligrosas prendas; y cuando los caballeros llegan á la última prueba de sus intenciones, como lo es la campaña, jamás hubo bastante satisfaccion sino esta. Y poniendo mano á la espada, á los primeros tres ó cuatro golpes cayó la mitad de ella en el suelo, oprimida de la diligencia que en ella habia hecho doña Isabel, y él no por eso dejó valerosamente de proseguir su intento; y don Diego, que mas reportado solo buscaba ocasion de salir bien del caso, viendo la que se ofrecia, le dijo: Caso es de fortuna el que os ha sucedido; procurad igualarme en las armas como me igualais en el valor y nobleza, para que yo pueda contra mi voluntad cumplirlo la palabra.

Don Juan, viendo por las señales de su espada que no habia sido acaso el quebrarse, turbado y confuso del

efecto, imaginando la causa, dijo: Aquí veréis si mis sospechas son justas y mis agravios claros, pues la evidencia de ellos no da lugar á que calle el que ahora veo. En mi casa no vivo seguro, mas pues quiere mi desdicha que en la mejor ocasion falte el instrumento de mi venganza, pues no hay ofensa que obligue á desagradecimiento, sino á satisfaccion, estimo y estimaré eternamente la cortesía que me ofrecéis, hija digna de vuestras muchas obligaciones; yo iré á suplir este defecto, de modo que mi victoria ó castigo no pueda poner nota en tan honrosa opinion; solo os suplico que como os doy palabra de volver presto, me la déis de aguardarme. El se la dió pesaroso de que tan fuerte ocasion, tanta nobleza no hubiese templado algo del pasado enojo; y juzgando á doña Isabel por dueño de la hazaña, receloso que la cortés cuanto honrada resolucion de no valerse de ella no la disgustase, si puede disgustar la noble correspondencia, considerando tan bastante prueba de amor, combatido de varios pensamientos, y afligido de la propia imaginacion, la divirtieron de ella dos hombres que llegaron á este tiempo, y que les habian venido siguiendo, de estos que por la propia comodidad suelen vivir de la incomodidad ajena; y en fin, como gente vil, viéndolos apartados de la ciudad, no se habian atrevido á acometerlos juntos, mas visto la pendencia, sin meterlos en paz, por conseguir su intento, sin saber la causa por qué don Juan se apartaba, así como le vieron ido, llegaron, diciendo desde lejos: Alargue, caballero, la capa con lo demás que tuviere.

Don Diego, no turbado del impensado acaecimiento, previniéndose para la defensa, procuraba con el ajeno daño evitar el propio, cuando á las primeras venidas se sintió herido, y vió uno de los que le acometian, que midiendo la tierra habia ya rendido el espíritu, y el otro que, mas prevenido de su daño que deseoso de la venganza del camarada, daba señal de que cedia el campo á su contrario; pues como se hallase aguardando á don Juan, y con un hombre muerto á sus piés, y sin mas testigos que los levantados fresnos, cuyas puntas pudieran barrenar los cielos, y los fugitivos cristales que presurosos como todas las cosas del mundo procuraban el fin para que fueron determinados, resolvióse en fiarles el secreto, encomendándoles el cuerpo del difunto, y al punto que él lo ponía en ejecucion, por lo alto de un peñasco se descubrieron don Alonso, don Sancho y los demás amigos que habian salido á estorbar el desafío, que reconociendo á don Diego, y que despeñaba al rio un cuerpo, creyendo lo que podia ser, y teniendo por muerto á don Juan, el padre con tiernas lágrimas, con lastimosos alaridos lamentaba tanta calamidad; y llegando todos, como hallaron á don Diego solo y herido de nuevo, tuvieron por cierta su sospecha, sin que bastasen sus disculpas ni darles cuenta del suceso, y de como por habérsele á don Juan quebrado la espada le esperaba, haciendo el padre notables estratagemas para sacarle la verdad, diciéndole que si valerosamente le habia muerto, no

impiamente le negase la sepultura, que como no le tratase engaño, no temiese, que desde luego le ofrecia el perdon; y si recelaba de hacer testigos del cometido delito los que le escuchaban, eran sus amigos, y él era parte. Ayudando á esto los demás con notable porfía, y él con la misma, defendiéndose con la verdad, decia que con la venida de don Juan, á quien esperaba, saldrian todos de duda, y que no se le haria mucha cortesía en aguardar tan breve plazo.

En esto don Juan, que venia al sitio, se detuvo suspense, no de ver los que con don Diego hablaban, porque no ignoraba la causa de su venida, mas con espanto de verle herido; y esperando á ver en qué pararia, vió que todos se volvian, y él coligiendo lo que podia ser, viéndose imposibilitado de la deseada venganza, temiendo las forzosas paces, determinó de no entrar en poblado hasta vengar su agravio, y mudando de sitio, se metió desconocido en unas caserías de pastores, donde vivió con el dinero que llevaba, prevenido para lo que resultase del suceso de su pendencia. Pues como los demás llegaron á la ciudad, y no pudieron descubrir mas nuevas de don Juan, como se habia ausentado, aplicándole los vistos indicios, se certificó de manera su muerte, que ya la justicia hacia públicas diligencias, prometiendo, entre otras, mil ducados al que pusiese en sus manos á don Diego, que ya por el caso andaba ausente, por consejo de sus amigos.

Sucedió en este tiempo, viendo la presente ocasion en lo mas penoso de las tristezas de don Alonso y doña Isabel, que don Sancho, que tambien creyó la muerte de don Juan, y pareciéndole la hermana que era á propósito para su mujer, por ser única, y como tal heredera del mayorazgo de su padre, y él por su vejez imposibilitado de sucesion, y que don Diego con la sucedida desgracia, que todos juzgaban por cierta, se habia privado de semejante pretension; y así, un dia dió cuenta á don Alonso de su deseo y tambien del oculto casamiento que don Juan con su hermana habia hecho, encareciendo para facilitar su intento que él mismo, aunque eran iguales, habia estorbado, viendo que no intervenia su voluntad, que lo supiese, por no disgustarle; á quien el noble viejo, considerando que don Sancho era caballero, rico y mozo y con quien justamente podia honrarse, con breves cuanto cortesés palabras respondió así:

Siéntome tan obligado como agradecido á tantas mercedes recibidas de vos, que no sé cómo responderos; y digo solo que los que tienen honra saben darla, como por experiencia se ve de la mucha vuestra y de la que yo he recibido; solo estoy, y con razon, quejoso de que en cosa que yo ganaba tanto, no se me comunicase, y quiero conocer de vos si me deseáis hacer merced en dos cosas: la primera, en que se publique este oculto casamiento, y mi señora doña Ana venga á honrar mi casa por último consuelo de mi vejez, para que, ya que la fortuna me negó á mi hijo, vea yo á mis ojos prendas que lo fueron de los suyos; y la segunda, que vos vengáis á ocupar el lugar que mi desdicha

quité á mi único consuelo, siendo amparo de su padre, y remedio de mi hija, porque con tan esclarecida sangre se honre y adelante mi linaje.

Respondió don Sancho aceptando lo que deseaba con tantos encarecimientos, que podía juzgarlos el que los viera á falta de juicio, y poniendo en ejecucion lo referido, juzgándose pacífico dueño, él y doña Ana se vinieron á vivir en casa de don Alonso; y don Diego, que por momentos tenia aviso de lo que en ella pasaba, fué tanto el furor de sus celos, que olvidando la consideracion de su peligro, que no son verdaderos los que dejan libre el juicio para prevenir el daño, se entró en casa de su enemigo, y dando quejas á su inculpable dueño de tantos agravios, sin que con él bastasen las muchas disculpas de la fuerza de su padre recibida, junto con ofrecerle que primero que consintiese la ejecucion de su agravio padecería mil muertes en prueba de su fidelidad y correspondencia, no lágrimas ni caricias, con que suelen las mujeres encender la mas helada voluntad y abrasar la mas encendida, fueron bastantes para que huyese de tanto peligro. Dió lugar con su tardanza á que el criado que habia sido participe en sus correspondencias, á quien tentó la codicia del prometido interés, olvidando tantos beneficios, que tiene esta pasion naturalmente imperio sobre gente de pocas obligaciones, dió noticia á don Alonso, y él al corregidor, que como andaba haciendo diligencias, con ocasion de ser una de las mas esenciales tomar la confesion de doña Isabel, si bien con el respeto que se debía al recato de semejante persona, diciendo que venia á eso, y como al descuido entró en su casa, y hallando el cuarto en que los dos estaban hablando abierto, que la turbacion y desdicha les habia quitado la advertencia de que se cerrase, admirado el corregidor de ver á don Diego, le pesó de su prision, aunque para sí parece que se enteró del cometido delito, propia accion de pechos nobles, que aunque les es forzoso el castigo del reo, les pesa de su desdicha: no como otros ministros indignos del magisterio que ejercitan, que se encarnizan de modo en los delinquentes, como si ellos fuesen los agraviados, y no la república, pues no es por su defensa, sino porque aspiran con la sangre de los miserables llegar á mayores puestos, si ya no es por otros mas bajos respectos. La crueldad con los que no tienen defensa es prueba de pechos viles, de ruin intencion y de bajo nacimiento, que Dios, á quien todos deben imitar, iguales son en su omnipotencia, su misericordia y su justicia; pero la experiencia de nuestros defectos puede ser buen testigo que se sirve mas de su misericordia. Llegó con muy corteses palabras, diciendo: Pésame, señor don Diego, de hallaros en este lugar, caballero en efecto, que importa mucho que lo sean los que administran justicia, que es villanía y prueba de mala sangre no usar los jueces en toda ocasion de cortesía, que es menester que entiendan que no dan los príncipes con los magistrados poder para injuriar la nobleza, que son los verdaderos pilares de las repúblicas, que se hallan muchos

para que la gobiernen, y pocos para que la defiendan.

A este propósito, aunque yo salga del mio, sucedió que llegó el señor don Rodrigo Vazquez de Arce, caballero del hábito de Alcántara, y clavero mayor de su religion, que fué presidente del Consejo Real de Justicia y del Consejo de Estado, sugeto para cuyas virtudes eran menester copiosos volúmenes; solo diré que, habiendo servido sesenta años en los mas grandiosos oficios que se conocen, murió pobre, y fué tan libre de codicia, que no aceptó mas de quinientos mil ducados de merced, tan merecida de sus servicios, cuya vida y hechos particulares pienso algun día sacar á luz, porque no pueda la envidia sepultar con olvido tanta virtud y méritos, y porque goce nuestra patria de uno de los hijos que mas la ilustró, y la jurisprudencia de un sugeto que dignamente pueda imitar en sus acciones, tan dignas que se publiquen por todo el orbe. A este caballero se llegó á quejar un ministro de que otro, no de muy claro linaje, le habia tratado mal, y despues que él le consoló dándole la culpa, y al ministro, á quien oyó, le hubo dado una repension conveniente á su desórden, dijo: ¿Qué diferentes serán los hijos de don Fulano de los del que le trató mal? Fué, en efecto, hechura del segundo Filipo, santo monarca, gloria de España, y amparo de la cristiandad.

Prosiguió el corregidor diciendo: Ya echaréis de ver que es forzoso en semejante ocasion que yo acuda á las debidas diligencias de mi oficio. El, sin responder palabra, daba tácito consentimiento, á cuyas razones se alborotó toda la casa; vino don Alonso y los nuevos huéspedes. Causó en don Diego tanto furor ver presente la causa de su enojo, que viendo que no podia seguir la deseada venganza, desesperadamente dijo: Sabed los presentes y sepa todo el mundo que el justo cielo no deja, si suspende, sin castigo la ingratitud; yo, aunque como debe un caballero, en el campo maté á tu hijo y á mi amigo, privándole del último consuelo de tu vejez. Allí de nuevo se vieron diversos afectos, lágrimas en los unos, suspension en los otros; el lastimado padre lloraba el perdido hijo, doña Ana el difunto esposo, doña Isabel la diligencia malograda que dió causa á la pérdida del hermano y á la muerte del amante. El corregidor y don Sancho estaban suspensos y confusos, ponderando lastimados adónde puede llegar la última desesperacion; y don Diego prosiguiendo dijo: No os espante la confesion de mi delito, que lo que no pudieran acabar conmigo los mas rigurosos tormentos, acabó en un punto la mal pagada esperanza mia, causa, como habeis visto, de que aborrezca la vida. El corregidor le llevó preso con general disgusto, y particularmente de doña Isabel, que el repentino suceso la habia dejado fuera de sí; y procurando, ya que á su parecer se habia rematado su amante, que no peligrase su honor, prenda en las mujeres nobles mas digna de estimacion que la vida, dijo á su padre:

Señor, la causa has dado de la prision de don Diego, y pienso que la darás de mi fin; no creas, aunque parece verisimil su confesion, que dió á mi hermano la

muerte, sino que la fortuna, cuando previene fatales desventuras, ataja los términos de la razon humana para mostrar aparentes los engaños. Confieso que sin tu gusto traté con don Diego mi casamiento, causa justa por donde me vienen semejantes castigos, y que ha producido tan contrarios efectos como los presentes; pero es bien que adviertas que, fuera de lo que he dicho, no he contravenido al honor y justas obligaciones con que nací. El casamiento que deseabas que yo efectuara con don Sancho alcanzó á saberle don Diego por mi desdicha, y celoso vino á representar en el teatro de tu casa la miserable tragedia de su muerte.

Quedaron todos conmovidos y lastimados del suceso, y mas el padre, que culpaba á doña Isabel, mas que la falta de su voluntad, el faltar el efecto, pareciéndole, como era verdad, que eso habia sido la causa de tantos daños. Y el corregidor, haciendo las jurídicas diligencias, sirviendo con los pasados indicios de bastante probanza su confesion, en breves dias le condenó su teniente, y lo confirmó el superior tribunal, á quien toca, á que le fuese cortada la cabeza, y sin que bastasen con el ofendido padre ruegos ni persuasiones, le fué forzoso que se previniese para la irremediable ejecucion, y puesto en aquel cruel y temeroso paso, con el consentimiento de doña Isabel, que bien puede creerse, porque le amaba mas que á sí propia, á persuasion de su padre, que por evitar lo que el vulgo previene en semejantes ocasiones, habia tenido modo y diligencia para que los religiosos que en esta ocasion prevenian su jornada le advirtiesen que no dejase de cumplir la deuda que tan justamente debia á doña Isabel, de lo cual podria haber que decir, tanto con la prosecucion de sus deseos, como con la inadvertida como temeraria confesion, que hallándole dentro en su casa habia hecho, y alcanzando su consentimiento, que dió con muchas muestras de cumplir lo que se le advertia, se trazó con su padre que diese doña Isabel un poder, y efectuándolo, por él se desposó con don Diego, cerrando las puertas con esto á mil inconvenientes, dignos en toda ocasion de excusarse.

Estando las cosas en este estado, y habiendo tenido don Juan aviso de cómo doña Ana, con orden de su padre, estaba en su casa, y que ya él estaba informado de todo su suceso, y tambien como el casamiento de su hermana estaba concertado con don Sancho; apretado de amor y necesidad, dos contrarios poderosos para los hombres, habiendo gastado lo que traia, á que ayudó el juego, que no falta tan virtuoso ejercicio en la mas pequeña aldea, determinó de ir á su casa á ver á su prenda y á informarse del estado de las cosas, para ver el medio mas conveniente que pudiese tomar en la disposicion de sus intentos y traer dineros para pasar en aquellas aldeas, ó siendo conveniente hacer mas larga ausencia, hasta que del todo cumpliese el mayor de sus deseos; y al anochecer, poniendo los que al presente tenia en ejecucion, con el hábito desconocido en que andaba, caminó hácia Granada, y llegando á su casa le fué fácil la entrada, porque como mozo tenia llave

para entrar y salir á deshoras; y entrando con mucho recato, con el primero que encontró su buena suerte fué con su criado, con quien disimuló el enojo del pasado agravio, guardando para tiempo mas conveniente su venganza; y viendo que le habia visto, y que se alborotaba por no ser descubierto, asíóle, y con la daga en la mano le amenazó si no callaba; y él, despues que desmayado, temeroso y confuso, efectos de su mala conciencia, reconoció á don Juan, se acrecentó su temor de ver delante de sí vivo al que ya en su imaginacion juzgaba por muerto, y volviendo en su acuerdo del pasado susto, prometió todo lo que se le propuso, que el miedo siempre fué liberal, y no fuera malo que ocupara á los poderosos. Lo primero que ofreció fué secreto, cosa, al parecer, en criados imposible; pero no era él el que prometia. Sosególe don Juan, y mandóle que le pusiese en el cuarto donde doña Ana vivia, y que la avisase de su venida con mucho recato, porque su vista no le causase algun repentino accidente. El lo hizo así, cumpliendo con lo que se le mandaba, y mucho mas cosa bien contraria á lo que se usa en el mundo, aun en los de mas obligaciones. Avisó á doña Ana despues de haber dejado encerrado en su cuarto á don Juan. Ella dudaba lo que oia, con el contento del cobrado esposo, como por parecerle que habia de ser causa de librar de la muerte al inocente don Diego, en quien ya tenia el verdadero desengaño; que la pasion de los celos le habia reducido á tan miserable estado, cuya vida habia de tener fin el dia siguiente. Disimulando lo mejor que pudo, fingió una indisposicion de poco cuidado, y retirándose á su estancia, se enlazó en los brazos de su esposo, que la recibió con el gusto como quien la amaba y habia estado ausente. Informábase de sus sucesos, casi dudosa del presente, que lo que se desea, cuando se alcanza sin esperarlo, se duda con facilidad, y dándose cuenta de todo lo que pasaba, con piadosas lágrimas le suplicó que la diese licencia para ganar las albricias de tan venturoso suceso como el presente, y poder socorrer en el último trance á don Diego; á que don Juan respondió así: Amada prenda mia, único consuelo de mis trabajos, las cosas que me has contado he holgado infinito de oirte, y mas que don Diego esté tan en lo último, cosa que es muy á mi propósito; porque las que con él he pasado han sido de modo, que creyendo que estuviese en diferentes términos, yo le venia á quitar la vida, no digo aunque aventurase la mia, sino el perderte, que estimo en mucho mas. Y pues la fortuna ha prevenido la venganza que por su poca fe me es tan debida, haciendo que la justicia la tome por mí, siendo indigno de que yo le mate como caballero, no pienso perder ocasion tan á mi propósito; porque es llano que aunque es mas de mis obligaciones que como lo intenté primero me satisfaga, ya no ha de ser posible por la publicidad que tiene este negocio; socórreme con las joyas y dineros que pudieres antes que el alba esparza por el mundo los aljófares hermosos de su rubia madeja, y guarda secreto si no quieres perderme; porque te juro por la prision hermosa en que tienes mi alma de no

volver á pisar estos umbrales y de no presentarme á tu presencia hasta que me vea vengado del que con la fingida capa de su amistad cubrió tantas sinrazones y facilitó tantos agravios. Respondió doña Ana que solo su gusto era el norte por donde se regia su alma, y que no solo con su secreto facilitaria su intento, sino que le guardaría, cuando la muerte de su hermano don Sancho fuera lo que causara su disgusto. Y abriendo un escritorio, le dió todas las joyas y dineros que en él tenía, ofreciéndole que dispusiese de su vida, si en algo fuese de importancia para el cumplimiento de sus deseos; y después de las debidas gracias, lo restante gastaron, como es ordinario entre los que bien se quieren, en amorosos encarecimientos.

En este tiempo ya el criado había dado cuenta de lo que pasaba á doña Isabel, que al principio no le dió crédito, creyendo que fuese mas por divertirla de sus justas melancolías que no porque fuese cierto; mas ofreciéndole que saliese con la probanza de su vista del yerro de su incredulidad, aceptó el partido, y visto, lo dudaba, que tan dudosas son las buenas nuevas cuando se desean, como ciertas las malas que se temen. Cerró por defuera el cuarto, y envió á dar cuenta al corregidor de lo que pasaba, que tan dudoso como alegre vino con la mayor diligencia que le fué posible, y avisando de su venida, bajaron á recibirle don Alonso, don Sancho y doña Isabel, que cada momento de su tardanza era en su imaginacion un siglo, y apartándole con su acostumbrada cortesía, le dijo: Señor don Alonso, yo vengo á suplicaros una merced que no habeis de negar, y si me mandáseis la cosa mas dificultosa, hallaréis en mi voluntad el cumplimiento de la vuestra. El buen caballero, que no era menos cortés que agradecido, le dijo que dispusiese á su gusto de su casa y persona, pues me dáis licencia para que vea la vuestra. Es mi deseo, replicó el corregidor, asegurándoos que ha de resultar de esta merced la cosa para vos de mayor gusto que jamás hayais tenido, y porque no quiero perdonar nada de lo que me ofrecisteis, gustaré que me la asegure vuestra persona, porque quiero llevar á mi lado tan segura compañía como la del señor don Sancho y los demás que están presentes. Y como venia informado y advertido, se fué al cuarto de doña Ana, donde no se había sentido nada, porque él industriosamente, aunque sabía que estaba seguro don Juan, había procurado que se hiciese con quietud, y haciendo que don Alonso llamase, así como dentro se sintió su voz, tuvieron por desbaratada su traza, y respondieron, y saliendo don Juan, haciendo de la necesidad virtud, reventando porque imaginó al punto de dónde venia semejante prevencion, don Alonso con el contento de ver impensadamente á su hijo, quedaron suspensos sus sentidos, la hermana llegó á abrazarle, á quien él no resistió por no dar indicios de su mal intento, si bien le diera mejor la muerte que los brazos.

Llegó el criado con las muestras mismas que si le tuviera muy obligada, y don Juan no le apartaba los ojos, viendo la desvergüenza con que disimulaba. Llegó don

Sancho, el corregidor y los demás con mil demostraciones alegres, y el padre, que á este punto había cobrado el uso de los sentidos, dió tan notables muestras de su alegría como el que le amaba, y teniéndole con certidumbre por muerto, sin saber cómo le había cobrado. Todos generalmente se holgaron tanto de verle como de ver que don Diego se había librado de la injusta muerte que padecía, prueba que acreditó por verdadero su amor, pues temeraria y inconsideradamente le había puesto en tanto peligro. El corregidor envió luego á mandar que se le trajesen allí con el respeto y decencia que su sangre y poca culpa pedía: fueron con suma diligencia los ministros á ponerlo en ejecucion, deseando cada uno ser el primero, no de virtud, sino que la codicia es muy diligente; llegaron, y dándole cuenta de lo referido, tuvo la alegría que solo podrán ponderar los que se hubieren visto puestos en tan penoso trabajo, aunque si á muchos por los varios sucesos de la inconstante diosa les sucedió restaurar la vida puesto el cuchillo al cuello, pienso que á pocos lo que á don Diego, que de los mismos términos tan penosos como se pueden imaginar de lo que se ha visto saliese á gozar el bien de su alma tan deseado, hallándose con el no imaginado casamiento, en la posesion de su prenda amada, que, aunque sin culpa suya, había sido causa de tantos trabajos, y le había tenido tan cerca de ver el último. Entre tanto que esto pasaba en la cárcel, rogó el corregidor á don Juan que le contase dónde había estado y cómo había dejado llegar las cosas á tales términos, junto con la causa de su pendencia; que don Alonso y su hija estaban tan absortos con el contento de haber cobrado tan amables prendas, que no apartaban de él un punto los ojos; y si acaso los movian á mirar á otra parte, volvian con mucha presteza, temerosos de apartarle de su vista, creyendo no fuese sueño lo que miraban. Don Juan respondió á la pregunta que se le hizo: Despues, señor, que por vanas y mal fundadas sospechas, mas ocasionadas de mi mocedad que de su culpa, saqué al campo á don Diego, sin que para tal resolucion se atravesase caso de honra, prueba bastante de lo que digo, sacamos las espadas... Y prosiguió contando todo lo que con él le había pasado como se ha referido; y que volviendo á lo concertado, desde una espesa arboleda le había visto herido, y á su padre y amigos que con él volvian á la ciudad, de que ignoraba la causa, y aquí don Sancho prosiguió contando el cuento de los ladrones, que ya la experiencia le acreditaba; y don Juan en prosecucion de su historia dijo: Pues yo creyendo, como era forzoso, que sabido nuestro disgusto, los justos medios que siempre se interponen donde no hay caso que obligue, habian de estorbar el fin que yo deseaba que tuviese mi pendencia, propuse, mudando el hábito en que me veis, de no entrar en la ciudad hasta hallar ocasion de proseguirla, que hay casos que cuando la honra no obliga, los aprieta el disgusto y mala voluntad de la persona. En este tiempo de mi ausencia me faltó el dinero, y viniendo á mi casa con secreto para hablar á mi hermana, fuendo

mi intencion de su cordura para que remediasse mi necesidad, hallé tantas novedades, y á don Sancho y á doña Ana, mi esposa, en ella. Refiriendo agui todo lo que el cuñado habia dicho á don Alonso, y prosiguiendo, dijo: Yo ha un momento que llegué, y así como supe el peligro en que don Diego estaba, quise al punto ir á vuestra casa á manifestarme del modo que veis, porque en él se excusara tan evidente como no merecido castigo: la causa de haberme prevenido vuestra diligencia no fué otra sino que no me consintió doña Ana, supuesto que una hora mas ó menos no corría el temido peligro, que fuese á veros sino en hábito decente, con deseo infinito de que, pues ya parentesco enlazó nuestra antigua amistad, que vuelva á su punto, pues para satisfaccion de un enfado bastan tantos como nos han sucedido, acompañados de tan graves peligros. El padre y don Sancho, como quien no sabian cuán diferente era su intento, tuvieron por bastante la disculpa. El corregidor, doña Isabel, doña Ana y el criado juzgaron como quien lo sabia bien al contrario de la compuesta arenga.

Ya se habia divulgado por toda la ciudad el suceso, y todos lo habían solemnizado con general alegría, que por sus buenas partes lastimaba la muerte de tan agradable cuanto generoso caballero, que importa mucho ser bien quisto y liberal, para no solo ganar las voluntades, sino para no hacerse aborrecible: A este propósito habia un caballero que por sus canas y autoridad pensaba que todos le debian obediencia; no quebrantara ninguno de los mandamientos de no prestarás, convidarás ni darás aun á los mismos á quien tenia usurpado parte de lo que gozaba, que antes rompiera uno de los de la Iglesia. Todas sus quejas eran: Ya no me parece nada bien de lo que ahora cuarenta años me lo parecia; todos me dejan. Acompañaba á este un dia otro caballero, y encareciendo esto mismo, dijo: Hasta vuesa merced me ha dejado. A que respondió el otro cerrando la mano: Señor, quien es así (y tornándola á abrir, y alzando un solo dedo), es forzoso que se ande así. Pues viejo de bien y niño de cien años, con otros tantos millares de ducados sobrados, ganados, como tú y el mundo sabe, ¿en esa edad quieres tener el gusto que de veinte y cinco? ¿Verte idolatrado como el tiempo que tiránicamente lo eras, guardoso y acompañado? Pasó su dia, no conviene, ni puede ser. ¿Sabes qué pienso? Que en castigo de lo mal que lo adquiriste, permite el cielo que no lo gastes, y que lo que te pudo hacer amable, por fuertes aduladores que piensan participar de tus tesoros, para tí inútiles, granjeando tu miserable voluntad con alabar tu miseria, eso mismo te hace enfadoso y cansado y que el vulgo te señale. Para comer un hombre, cien ducados le bastan; no le da Dios siete ó ocho mil de renta á uno solo para que se los coma ni los guarde, sino para que los reparta y redima su mal acquisto, sus peores costumbres.

Ya los amigos habian acudido á la cárcel, y con su acompañamiento y de los ministros que por él habian

ido entraron todos á ver el preso caballero, donde fueron tantos los parabienes y abrazos, que pueden imaginarse mejor que escribirse, y con el mismo modo llegaron donde el corregidor y los demás aguardaban. Don Juan y don Diego se abrazaron, y volvieron á su primera amistad, que no fué poco en los que una vez la quiebran siendo cuerdos; mas aquí parece que con el parentesco cesaba la causa de tan desdichados efectos. El corregidor y los demás le cargaron de enhorabuenas y parabienes, en ocasion que no es poca cordura, que conozco yo aquí uno de estos que vinculan cintillo y cadena, que á todos cuantos conoce, sea el tiempo que fuere, si los encuentra en las calles cien veces cada hora, no dejará de darle las pascuas, volver á acompañarlos, si le costase la vida; pero son los efectos como de quien tiene tantas palabras; y reprendiéndole esto, dice que en él es imposible la enmienda, porque esto nace de equidad, y es cortesía natural: Dios lo remedie. El pidió las manos á don Alonso, que le levantó con mucha cortesía, y con la misma llegó despues á pedir las á doña Isabel, que con alegre y honesto rostro le hizo los lícitos favores que el presente lugar pedia. Allí se concertó que dentro de ocho dias se hiciesen las bodas, siendo el corregidor y su mujer padrinos, que era casado con una nobilísima dama de la casa de Guzman, ofreciéndose la tercera, porque á don Sancho le dieron una hija suya, por conocerle rico y virtuoso caballero, que de este modo trueca la fortuna las cosas de esta vida; pues de donde necesariamente se esperaban trágicos llantos, tristezas y desventuras, se vieron bodas, parentescos, amistades y regocijos. En el breve tiempo que digo, de unas partes á otras se previnieron vistosas galas, ricas é inestimables joyas, y se efectuaron los casamientos con el mayor aplauso de fiestas cómicas y otros regocijos públicos, opulencia de espléndidos banquetes que fué posible, junto con la asistencia de la nobleza de toda la ciudad, con la mayor parte de la jurisprudencia de aquel insigne senado, que en celo cristiano, letras y buen gobierno exceden á los mas celebrados de la antigüedad, igualando á los mas famosos de nuestros tiempos que asistieron á honrarlas, y despidieron, junto con los demás que habian acudido á semejante efecto, todos contentos y quietos gozaron de sus deseos. Don Alonso pagó al criado los mil ducados prometidos, y él, viéndose con bastante caudal para retirarse, no seguro de lo que en las dos ocasiones con don Juan le habia sucedido, y no menos temeroso de que alcanzase su buena diligencia don Diego, se fué á su tierra muy satisfecho y cargado de dones y mercedes que recibió de sus señores, merecidos de sus servicios, si no por su mucha lealtad, por el buen suceso de sus avisos.

En don Alonso se nos muestra un viejo cuerdo, prudente, y puntual en lo que debe serlo un caballero que, cumpliendo con las obligaciones de su edad, ya aprobando la amistad de su hijo, y atrasando el casamiento de su hija, y procurando cumplir la obligacion que le pareció que el difunto hijo tenia, dió verdaderas mues-

tras de amor paternal, usando cuerda de todas sus acciones.

En don Juan se nos enseña un mozo poco advertido, porque con las hermanas no es lícito, sino pocas, medidas y honestas palabras, que obliguen á respeto, excusándoles que alcancen las propias mocedades, y que no oigan alabanzas de hombre, aunque sea deudo. El agravio que sintió de verse impedir la suerte, enseña el extremo con que se siente delante de la dama que se sirve, y mas en público, cualquiera pequeña demostración. Excusar la amistad cuando vino á su casa, queriendo ocultarse, el poder y fuerza que tiene un odio arraigado, pues quiso, siendo tan indigno de la nobleza, recibir por la justicia la venganza.

Pasar don Sancho por el oculto casamiento de su hermana, nos avisa que sufren muchas veces los nobles por sus propias comodidades muchas cosas indignas. Aceptar el casamiento de doña Isabel, y solicitarle creyendo que era amada de su amigo, denota que raras veces hay amistad segura, si hay interés de por medio.

El deseo de ver doña Isabel á don Diego, por las alabanzas sin tiempo de su hermano, denota generalmente cuán inclinadas son todas las mujeres á novedades, y cuánto se les deben excusar. Ponerle la espada de modo que se le quebrase al hermano, enseña que el amor del esposo olvida y desprecia la sangre propia.

Solicitar don Diego á doña Isabel por alabanzas de su hermano, advierte el peligro que hay en alabar las mujeres que nos tocan, particularmente los maridos, que es plática digna de excusarse al mayor amigo, y cuánto deben los que tienen obligaciones de mujeres en sus casas excusar de llevar hombres á ellas, particularmente mozos, porque el amigo igual no ofende la ley de la amistad cuando ocasionado del amigo pretende hermana ó parienta para casamiento, si bien no es cortesía, que esto no se sigue por el mismo que le dió la ocasion. Adelantarse en las fiestas, que nadie fie en la amistad fundada sobre propio interés. Suspender don Diego la pendencia cuando se le quebró á don Juan la espada, es acto generoso que obliga á todo caballero, porque ninguno que lo sea debe valerse de ventaja, aunque sea, como dicen los del duelo, caso igual; pero no es digno que usen de él los nobles. Sucederle el acometerle los

ladrones, matar uno, y por encubrirle el engaño del padre y amigos que le puso en tanto peligro, nos advierte que tal vez los hombres por hacer lo que deben les suceden desgracias; pero que confíen en Dios, que les sacará de todas; y que así como es mejor ser castigado sin culpa que libre con ella, obren siempre virtuosamente en todo acontecimiento, y no podrán ser defraudados. Meterse don Diego en la casa del propio enemigo, aplicándose el delito que no habia cometido, denota la furia de la celosa pasión.

Venderle por interés el criado que de él habia recibido tantos beneficios, nos advierte el poder del interés, y cuánto puede en la mala inclinacion de este género de enemigos. Fiar la espada que su dueño le encomendó de doña Isabel, la poca fidelidad y amor con que sirven. Ponerse en cobro con tiempo, teniendo la retribucion de los daños que habia hecho, es cordura, porque no puede esperar provecho quien hace mal. Recibir premio por lo que merecia castigo, nos advierte la falta comun de los poderosos, que raras veces premian la virtud, como lo que sucede en las repúblicas, que se premia tal vez por buena razon de estado, por algunos justos respetos, á los que conociéndolos dignos de castigo, desearan dárselo.

El pesar que mostró el corregidor de la prision y castigo de don Diego, advierte á los ministros que deben aborrecer el delito, y considerar que son hombres, teniendo piedad del que le comete, que hagan lo que les toca sin encarnizarse en la sangre de los miserables, porque haciendo lo contrario, cometen grave pecado.

Doña Ana en casarse ocultamente nos advierte de la temeridad que hace una mujer noble en fiar el honor, mas que piense aventajarse, de la inconstante voluntad humana, porque si una vez sucede bien, suele muy raras veces tener el suceso que desea, y es justo castigo de tanto atrevimiento.

El trocarse tantas desdichas en alegres casamientos, nos muestra que los sucesos humanos, sin alcanzar los hombres por dónde, muchas veces los mas alegres se truecan en tristes, y por el contrario, como se vió en esta ocasion, porque no hay cosa firme ni estable debajo del globo de la luna.

EDUARDO,

REY DE INGLATERRA,

POR DON DIEGO DE AGREDA Y VARGAS.

EDUARDO, rey de Inglaterra, tan cruel enemigo de la corona de Francia, como las crónicas publican, tuvo reñida guerra con los escoceses, retirándolos y restringiéndolos en lo mas íntimo de su reino; esta tuvo fin, como otras suelen, con el casamiento del Rey con la hija del de Escocia, de quien tuvo algunos hijos, y entre ellos el primogénito, que del nombre del padre se llamó Eduardo, segundo príncipe de Gales, que reinó después de sus dias, tan belicoso, que no cedió en las armas á ninguno de su tiempo, y aventajó á muchos de los mas famosos capitanes del pasado. Tuvo este un vasallo, cuyo nombre era Guillermo de la Roça, tan valeroso y práctico capitan, que por su consejo, como por su valor, llegó al deseado fin las mas dificultosas empresas, que le dieron honroso lugar en el inmortal templo de la fama. A este, después que el valeroso Príncipe, por la muerte de su padre, heredó el reino, en pago de sus servicios le dió el condado de Salveri, en el confin de Escocia, y casóle con una nobilísima dama, hija del marqués de Belflor, cuya belleza entre las de aquel reino era juzgada por mas que humana, y á pocos dias pasados de los alegres desposorios, como hombres necesarios para negocios importantes del servicio de su rey, fué forzoso que el Marqués y Conde hiciesen ausencia tan sentida en el alma de sus esposas, cuanto disimuladas de las muestras exteriores; despidiéronse, no dando aun en el último trance muestra de que se les pudiese conocer menos que un ánimo varonil. El Conde, que sumamente amaba su nuevo empleo, tanto por su hermosura como por sus merecimientos, partió atravesada el alma, anteponiendo, como los nobles deben, el servicio de su rey á sus mayores comodidades. No hubieron pasado veinte dias de su ausencia, quando vino nueva que el rey de Francia, émulo antiguo de la corona de Inglaterra, por trato que tuvo, como á hombres tan importantes, porque no le fuesen de impedimento á sus designios, los puso en una cuidadosa prision, cosa que igualmente fué de la madre y hija sentida, y tam-

bien del Rey, á quien hacian notable falta; y así como se publicó, los escoceses con furioso ímpetu asaltaron el castillo de Salveri, donde la Condesa vivía, por ser fuerza muy importante de sus confines y parecerles que estaba falta de defensa. Ella, olvidando la femenil flaqueza, se mostró en su defensa una valerosa Camila, una valiente Pantasilea, capitaneando con mucho valor y gobierno sus soldados, proveyendo lo que juzgaba mas forzoso, y avisando al Rey del peligro en que se hallaba, que como agradecido, viendo el gran riesgo que corría por la falta de los que por venir á servirle estaban en prision, acudió á socorrer ocasion tan forzosa como lo deben hacer los buenos reyes, repartiendo sus favores y mercedes con los que los sirven apartados de su presencia, mas beneméritos que los que inútilmente en sus cortes los lisonjean. Los escoceses, conociendo la infructuosa batería por el visible daño, junto con estar avisados de sus espías de la venida del Rey, como del intento que traía de hacer jornada, con poca ganancia y menos reputacion se retiraron, de que avisado el Rey, y asimismo de la batería que el enemigo habia hecho, prueba de la obstinada determinacion de su voluntad, como de la defensa que se le opuso, admirado del valor de una mujer, quiso ver por sus ojos lo que á sus oidos parecia increíble; y hallándose cerca, prosiguió su camino, de que avisada la Condesa en el pequeño espacio que la breve dilacion concedia, hizo la prevencion posible, porque la Marquesa se habia retirado, por hallarse indispuesta, á otro lugar suyo á gozar de mas saludables aires; y teniendo aviso de que ya llegaba, le salió á recibir, haciendo abrir todas las puertas de la ciudad y castillo, dejando prevenido para su entrada que á un tiempo se hiciese una salva real, para que el violentado plomo, impelido del fuego por el instrumento del temeroso metal, avisase de la venida de su dueño.

Era la Condesa la mas hermosa y gentil dama de toda la isla, y tanto, que á todas las señoras de ella exce-

dia en hermosura, honestidad, recato y gentileza. Como el Rey la vió tan ricamente aderezada, dando luz, ser y maravilla á su natural compostura, y la belleza incomparable de que estaba dotada, hicieron en él suspension sus sentidos, y admirando tanta gentileza, quedó tan enamorado, que inclinándose ella para besarle la mano con la debida reverencia, él con mucha humanidad y con sobrado amor la recogió en los brazos, y levantándola del sue'lo, valiéndose de la usanza de la tierra, la besó en el rostro. Los caballeros que le acompañaban, admirados y suspensos, no apartaban de ella la vista, y el Rey, fijos en ella los ojos sin desviarlos un punto, con evidentes muestras las daba de su ánimo apasionado; y ella, que gozaba de igual discrecion que de donaire, con discretas palabras y conocidas lisonjas dió gracias al Rey del socorro, diciendo que los escoceses con sola la certidumbre de su venida, sin osar esperarle, no solo habian dejado el cerco, mas desampararon los últimos términos de la tierra, amedrentados de solo el glorioso nombre de su valor; y prosiguiendo para entremeterle en la plática de lo sucedido en el cerco, entraron en el castillo como triunfantes, donde el Rey se hospedó, y mientras se aprestaban las mesas, el que vino á ver enemigas baterías, de los poderosos rayos de sus hermosos ojos se halló tan cautivo, que cuanto mas procuró valerse de los repiros de su autoridad y obligacion, se hallaba con menos defensa, y ya en su determinada voluntad, expuesto al albedrío de tan agradable enemigo y dueño, pensando solo en el aqusto de la voluntad, arrimado el brazo á una ventana, sobre la mano reclinado el rostro, y señales ciertas de no fingida melancolía. Cuando la Condesa le vió tan triste y pensativo, llegando á él con el debido respeto é igual gracia, acompañada de un atractivo donaire, le dijo: Señor, en el tiempo que es razon mostraros tan alegre á vuestros vasallos, cuando, sin sacar la espada, solo con la sombra de vuestro valor se confiesan vuestros enemigos vencidos, muestra cierta de que aquí no tiene lugar la lisonja, que no es poco que por breve término huya de los palacios, cuando debieran alegrarse vuestros soldados y pueblo, que depende de vuestras acciones estarlo, ¿es cuando vos, que sois su padre y cabeza, les mostrais el rostro triste? El Rey, mas obstinado en su propósito y al encanto de las suaves palabras, pareciéndole la presente buena ocasion de descubrirle el penetrante veneno de su hermosura y las abrasadoras llamas que le atormentaban... ¡Oh portentosos efectos de aquella ciega, si poderosa deidad! Que el que preso de tu poder noche y dia, con impetuoso corriente de palabras en sus ojos y boca, se queja de su mal, determinado de pedir su justicia en el tribunal que le agravia, teme delante de la causa del modo que el discípulo de pocos años en la presencia del riguroso maestro, el que delante de los mas valientes enemigos atrevidamente sabe defender lo que le toca, teme y enmudece de una mujer; otros, así como sienten el peligroso veneno, descubriéndole previenen remedio. De este modo, como fluctuante bajel impelido de dos contrarios vientos, es-

taba Eduardo, que el que sin impedimento puede decir lo que siente, no es verdadero rigor el que padece, sino inflamado deseo de lo que espera... Advirtiéndole que la Condesa callando daba muestras de esperar su respuesta, los ojos hechos lenguas del alma, le dijo: ¡Ay, hermosa Condesa, prenda inestimable del venturoso que puede alcanzar el poder de vuestros merecimientos! ¡Misero yo, cuán apartados están mis pensamientos de aquello que vos podeis imaginar! Yo tengo en el alma un cruel enemigo que me atormenta, y no es posible apartarle de ella; nació despues que llegué aquí, y no acierto á resolverme. Callaba la Condesa viendo en el Rey semejantes rodeos de sus conocidos pensamientos, cuando él, prosiguiendo con un piadoso suspiro, la dijo: ¿Qué decís, señora? ¿No sabréis darme algun alivio á tanta pena? Ella disimulando dijo: Señor, mal podré dar remedio ignorando el daño. Y desviándose de quererle dar por entendida, prosiguió: Si estais triste porque el enemigo ha talado la tierra, el daño no es tan grande que sea capaz de tanto sentimiento como el vuestro, y á Dios gracias, que estais en estado que con muchas ventajas podeis tomar la debida satisfaccion de su atrevimiento, pues tantas veces la habeis tomado con mucho honor vuestro. El Rey, algo mas alentado, replicó: ¡Ay, señora mia! Si es que estimo mi vida, es forzoso que os manifieste la ocasion de mi mal; supla vuestra discrecion las faltas de mi atrevimiento, pues nació de la honrosa causa de vuestro respeto, porque me pareció conveniente que nadie, sino es vos y yo, sepa este secreto. Así como llegué á vuestra casa y os vi acompañada de tal belleza, de tan prudentes y honestos modos, de tanta gracia, gentileza y valor, que como piedras preciosas engastadas en oro finísimo resplandecen en el amable engaste de vuestra hermosura, de modo me abrasaron los rayos hermosos de vuestros ojos, tiranía agradable de los mas libres pensamientos, que para disponer de mí no estoy en mi poder; todo depende del vuestro, y es de suerte, que mi vida ó mi muerte está en vuestra mano; y si agradecida á mi amor, teniendo compasion de mí me recibiereis por vuestro, viviré el mas contento del mundo, y si, como lo creo de vos, ingrata á tanta aficion, negáreis el socorro al inmenso dolor que como cera al fuego me consume, brevemente fenecerán mis dias, que del mismo modo puedo vivir sin vos que un cuerpo sin alma. Con esto dió fin á su razonamiento, y con el temor que el reo espera la última sentencia, suspenso en las palabras que la pronuncia, de quien depende su vida ó muerte, con esta misma suspension aguardaba el Rey la respuesta de la Condesa, que como vió que esperaba, con grave y honesto rostro, á quien los mas encendidos claveles pudieran envidiar, que su vergüenza depositó en sus hermosas mejillas, con una majestuosa y respetable severidad respondió: Señor, si las razones que me habeis dicho entendiera que no eran mas que por aliviar en parte los trabajos del pasado camino, como me las habeis significado, la mas cortés respuesta que pudiera dar era no responderos; mas obligame á creer lo que digo pensar

que tan católico y generoso príncipe en todas las ocasiones gustará, conforme á su grandeza, dar antes honor que quitarle, y mas cuando se os representen los muchos servicios de mi padre y esposo, hechos en tan importantes ocasiones contra el mayor de vuestros enemigos. Lo que os suplico es que quede aquí sepultado este injusto como licencioso deseo, no porque puede padecer detrimento mi reputacion, que en todo tiempo vivirá segura con los que conocieron así mis obligaciones como la puntualidad con que yo acudo á su cumplimiento, sino por el peligro que puede correr vuestra opinion en el juicio de los que no os son muy afectos, cuando se alcanzase á saber lo que me habeis significado, que no solo se usaba de sinrazon conmigo, quebrantando la ley del hospedaje, mas de ingratitud con las prendas mías, que por vuestro servicio están presos en Francia; y pues os hizo Dios tan valeroso que sabeis sojuzgar poderosos enemigos, venced los mas importantes, que son vuestros mal regidos deseos, atendiendo solo, como es justo, á nuestro amparo y al gobierno del reino. En esto avisaron al Rey que la comida le aguardaba; sentóse, comió poco, pensativo y melancólico, procurando con recato cuidadosamente no apartar la vista de su daño, como el enfermo que ordinariamente apetece lo que le causa la dilacion de su enfermedad, y tal vez el fin miserable de su vida. Estuvo aquel dia en Salverí considerando la batería, de que con los suyos habló largamente, mas por satisfacerlos que por su satisfaccion; que los príncipes como son de todos mas que propios, es forzoso que á todos satisfagan, y mas á la gente de la milicia, dueños de los mas poderosos imperios en ocasiones, que en esto hacen conocida ventaja á los profesores de letras, pues dan las leyes que ellos ejecutan, y para mandar y gobernar en la paz sobran hombres, mas para conquistar y defender las monarquías se hallan muy pocos, y son menester muchos.

No apartaba un punto de su consideracion el Rey la respuesta de la Condesa, que cuanto mas la consideraba imposible, mas le atormentaba su resistencia. Es ordinario en los amantes alabar la honestidad y recato en las mujeres, virtud en ellas tan dignamente estimada; pero si en las que aman conocen ánimo casto, voluntad firme, dales notable disgusto, dándoles nombres de ásperas é intratables, como las querrian con los otros, mas para sí fáciles, blandas y amorosas, pareciéndoles que con ellos son crueles, soberbias é inhumanas. Tal estaba Eduardo, que viendo que su dama como incontrastable roca á las furiosas olas de sus persuasiones perseveraba firme, mostrando con sus desprecios notable valor, la culpaba junto con su fortuna. Al fin, por no dar sospechas, como por forzosos negocios que le ocurrian, remitiendo para mejor ocasion la prosecucion de sus pensamientos, el dia siguiente se despidió cortesmente de la Condesa, dejándola largos recados y cumplimientos para su madre, y suplicándola que pensase con mas acuerdo su remedio. Ella le respondió con mucha gentileza, agradeciendo la recibida merced, y suplicando á Dios que le diese vic-

toria contra sus enemigos. Fué el Rey, y de allí á dos dias vino su madre, á quien dió larga cuenta de todo el suceso, y ella como prudente, previniendo los futuros daños, como otros por el contrario los desean, temia semejante favor.

En este tiempo el rey de Francia dió licencia de que el marqués de Bellfor fuese á Lóndres á tratar ciertos acuerdos con el Rey, y no teniendo efecto, volviese á la prision, de que habiendo mandado que hiciese pleito homenaje, hizo su camino, llegó á la corte de Inglaterra, y escribiendo á su mujer y hija su llegada, dándoles larga cuenta de sus trabajos y peregrinaciones, consolándolas con que presto iría en persona á darlas mas amplia relacion. Fué para ellas de notable alegría la carta, pareciéndoles que se iba facilitando camino para que sus deseos con la libertad de sus dueños tuviesen buen suceso, y aunque sabian por las cartas que esta dependia de la voluntad del Rey, jamás le quisieron escribir suplicánselo, cosa que él deseó, y no viendo el efecto, no le causó pequeño disgusto su entereza. Respondieron al Marqués, acompañando las cartas con algunos regalos femeniles en tal acasion, que mas es prueba de amor que remedio de necesidad de quien no la padecia. Fué el Marqués muy bien recibido del Rey, dándole muy buenas esperanzas de los acuerdos que venia á tratar, en que consistia la libertad de su yerno, junto con la relacion del aprieto en que se habia visto aquella fuerza, la puntualidad de su socorro, como el valor de la Condesa. El le dió por tantas mercedes infinitas gracias, dando por bien empleados los trabajos que en su prision habia padecido por su servicio, y por bien remunerados con los favores en su ausencia recibidos; y pidiéndole licencia para ir á ver su casa, le pareció á Eduardo que la fortuna le favorecia y ayudaba su intento, facilitándole la vista de la que tanto amaba, y honrándole de palabras, que lo saben hacer muy ampliamente los poderosos cuando les importa, respondió así: Marqués, ya sabeis la mucha estimacion que el Rey, mi señor y padre, que esté en el cielo, hizo de vos, y que yo que heredé sus obligaciones os tengo en la misma; la falta que me ha hecho vuestra ausencia, solo la dejo al tiempo, que con la prosperidad de mis sucesos acreditaré mis palabras. Yo trato al presente en mi consejo la mas importante resolucion que por ventura haya tenido, ni pienso que podrá ofrecérsele á esta corona. Esto ha de durar muchos dias; y así, estoy determinado, por ser tan conforme á razon el agradecimiento, particularmente en los príncipes, que los trabajos que por mi causa ha padecido vuestra casa tengan fin con la libertad del Conde; y pues vos sois de mi consejo, y vuestra persona tan importante á la mia, como os he significado, y la causa de que hubiere desamparado vuestra casa la corte, y hallaros ausente, paréceme que vencida esta dificultad con que hayais venido, con su venida podrian excusaros de trabajosos caminos, y á mí de la incomodidad que en una apretada ocasion podria causarme el hallarme ausente. Fué tanto el contento

que el Marqués recibió de las engañosas palabras, que con el cebo de la lisonja traian escondido el mortal anzuelo de su pretension, que creyendo que todos aquellos favores fuesen dignos de sus méritos, porque el amor propio raras veces deja de juzgar apasionadamente; y así, le pidió licencia para ir por su casa, y él, pareciéndole que con la comunicacion seria fácil que se descubriese su engaño, con mas apretados encarecimientos comenzó á poner las mismas dificultades, y el Conde agradecido envió al punto cartas con orden de que su casa se viniese luego á Lóndres con la mayor brevedad posible. Aunque fueron al punto obedecidas, con evidentes sospechas, como encarecia en ellas tanto el favor del Rey, de que semejante jornada fuese trazada por orden suya.

En este tiempo llegaron al Marqués cartas de Francia dándole cuenta cómo en breves dias el conde de Salverí habia pasado á mejor vida, y con ellas su testamento, en que deja heredero al Rey del condado que le habia hecho merced, encargándole que por sus servicios amparase á la Condesa, queriendo obligarle por este camino para que le hiciese merced de él. Venian asimismo cartas del Rey, que conmovido á lástima del suceso, le daba por libre del pleito homenaje con que habia salido de la prision, ya tuviese ó no el esperado suceso el negocio que venia á tratar, á que el Marqués respondió con el agradecimiento que debia á tan no esperada merced; y dándole cuenta de todo al Rey, que aunque fingió tristeza de semejante desgracia, sumamente alegre por parecerle que ya tenia su pretension segura, ó por lo menos en mejor estado, deseando granjear la gracia del Conde, le envió á visitar, y junto con el pésame la merced del estado que por el testamento le tocaba para la viuda Condesa, con largas promesas de mayores mercedes, y despues fué él en persona con muchas muestras de sentimiento, vestido de luto, procurando consolarle; de qué el Marqués, dando las debidas gracias á tan particulares mercedes como las recibidas, se sintió tan favorecido, que templó en parte el suceso del yerno, pareciéndole tal merced pronóstico de mas grandioso empleo en su hija, que avisada una jornada de Lóndres del lastimoso suceso, no obstante el grande sentimiento, mostró en las públicas acciones el invencible ánimo de su corazon. Entró de noche en su casa, que era muy cerca de palacio, y avisado el Rey de un camarero suyo, con quien solo descansaba de su amorosa pena, trazó de ir á verla, que para facilitar esta visita habia hecho la de su padre, y comunicándolo con él, le besó la mano, así por la pasada merced como por el presente favor, y disponiendo las cosas de su casa, fué á acompañar al que con el color de honrarle daba ya que decir, viendo tantas mercedes donde habia tan hermosa causa.

Llegó el Rey, y fué recibido de la Condesa y su madre con humildes cortesías, y despues de las palabras de cumplimiento que de una parte á otra pasaron, estando algo apartado con la viuda Condesa, en sumisa voz la dijo: El presente suceso nos muestra que co-

mo justo parece que favorece el cielo el deseo que en vos tengo tan bien empleado; pues habiendo procurado contenerme de amaros, no porque yo lo deseo, pues fuera desear el fin de mi vida, sino por obedecer la primera cosa que quisisteis mandarme, pues tengo con vos tan poca fortuna, que en ella parece que cifrásteis toda vuestra voluntad, mas me abraso mientras mas diligencias intento por serviros; y os doy mi palabra que en lo que padezco por mis pasiones, todos conocen que amo, pero todos ignoran la causa. Al punto que os veo, de nuevo os adoro y os estimo por única señora mia. Ella respondió agradecida que hacia la debida estimacion de la recibida merced como de su rey y señor, pero que entendiase que en ningun tiempo la estimaria de otra manera; que si fuera verdadero su amor, como decia, llevara solo por fin el de su honor; pero que el que en algo excediese en esto, ni podia tener buen suceso, ni en su pecho ni voluntad tendria jamás estimable correspondencia. Despidióse muy desconsolado el Rey, haciendo las mayores diligencias que en un hombre muy enamorado y poderoso pueden imaginarse; y despues que madre y hija vieron que el mal del Rey era irremediable, por no dar alguna ocasion en que el poder violentase el respeto y su determinacion, procuraban con mucha instancia que el Marqués las volviese á su tierra; y viendo que anhelante y engañado con el favor del Rey, no solo no descendia con ellas, mas le disgustaba el oírlo, no osaban declararse; y así, tomaron por remedio el que suele ser en este caso el mas importante, que era el evitar todas las ocasiones que se le pudiesen dar al Rey de amarla, excusando el salir de casa, el gozar de las ventanas y aderezarse con tan poco cuidado, que pudiese en parte disminuir su hermosura. Todas estas cosas encendian mas el ánimo del apasionado Rey; y vióse tan apretado de la desesperacion, que alentado de su poder admitió por último remedio el de la violencia; mas como el que de veras está enamorado es como el delincuente que con el mas grave delito jamás desespera de su vida, antes con astucias y diligencias procura prevenir su remedio, tantas hizo el enamorado Eduardo, que aunque fueron con el mayor secreto que le era posible, y ellas con el mismo salian muy pocas veces de su casa; tenia aviso de todas, y poniéndose dos ó tres veces delante, alimentaba la vista de aquel amable cuanto deseado veneno, y con ser su hábito mas conforme al de monja que de viuda, cuyo monjil negro y largas tocas, en las que se usan, cubren el dia de hoy una florida primavera de colores, que generalmente disculpan todas con el humor melancólico, aunque conocidamente le sabe que nace del alegre. El Rey estaba de modo, que todas estas diligencias eran para él infructuosas, y en la verdad comunmente lo son; porque el diamante engastado en plomo no pierde un punto los brillantes rayos de su resplandor, que antes sale mas por la poca contradiccion que halla en el bajo metal, como se mostró en el presente. No le aprovecharon á Eduardo promesas, dejando el cumplimiento

de ellas en su voluntad buenas palabras, favores ni humana diligencia para que ella perdiese de vista su primer propósito, que cuando las mujeres vienen á volver la primera voluntad en obstinacion, ni hay peligro que las espante, ni beneficio que las obligue. Pues el Rey, como enamorado, que quien lo está raras veces deja de ser sospechoso, parecióle que aunque el padre disimulaba, que no fuese él la ocasion de tanto desden, juzgando por imposible que en el pecho de una mujer cupiese tanto rigor si no fuese alimentado de persona que con autoridad pudiese obligar á la observancia de sus documentos. Esta sospecha le causaba una profunda melancolia, porque es al poderoso cruel injuria el defenderse de la injusta voluntad que desea con justa y cortés resistencia. Combatido de varios pensamientos, despues de mil imaginarios discursos, llevado de la ceguedad y furia de su mal gobernado deseo, se resolvió en uno, el mas inaudito é inhumano que puede creerse, y tal, que por castigo venia á ser en persona tan calificada cruelísimo, y fué en hablar al Marqués libremente, acompañando sus razones de favores, caricias y promesas, aunque aventurase en la conquista de la deseada posesion su estado, pues con la dilacion de su deseo aventuraba lo mas importante, que era su vida; y habiendo pensado muy despacio un cumplido razonamiento, y comunicándole con su camarero, le pidió su parecer, y él le dijo que parecia cosa fuera de toda razon que con persona de tanta autoridad y servicios como el Marqués se le perdiese tan conocidamente el respeto; y que á lo que entendia, no podia creer que él supiese que los favores hasta allí recibidos corriesen por semejante camino, porque los excusara; y que era bien advertir que al mismo punto que alcanzasen semejantes deseos se tendria en él un poderoso contrario, y que tambien se debía mirar que era un hombre valeroso, y que él y su padre se habian criado en la corte, donde siempre habian tenido honrosa reputacion y habian salido bien de dificultosas empresas, y que era amado el Marqués, y respetado generalmente. Todo esto fué de poco provecho para el Rey, que determinado de poner en ejecucion su intento, le envió á llamar diciendo que tenia que conferir con él cosas importantes: el Marqués vino al punto, y halló que el Rey le esperaba en un secreto camarín, donde así como entró le mandó que cerrase la puerta.

Estuvo Eduardo sobre una camilla de campo, y quiso que junto á él se sentase en ella el Marqués, que por el debido respeto no obedecia; viendo que el Rey le obligaba, se sentó, aguardando lo que le mandase, y él se estuvo un pequeño espacio sin hacer movimiento; y despues, los ojos con infinitas señales de lágrimas, con profundos suspiros interrumpidos de las palabras, le habló así: Marqués, padre y amigo, hícenos llamar á mi presencia para comunicar con vos el mas importante negocio que jamás ha ocurrido, pues no me importa menos que la propia vida, y en muchos que se me han ofrecido peligrosos no me he visto nunca en tan gran peligro, porque me siento combatido de mortales con-

gojas, tan vencido de mis propias pasiones, que sin duda, si con la brevedad que tanta pena pide no se me aplica el conveniente remedio, vendré á padecer la mas desesperada muerte que el mas miserable de los humanos hasta hoy ha padecido.

Dichoso puede llamarse solo aquel que con el freno de la razon puede gobernar sus apetitos, y con la justa medida de la justicia regular sus acciones, que esto es solo lo que de los brutos nos diferencia, que ellos, siguiendo su natural instinto, corren tras su apetito, y nosotros con la razon podemos elegir y escoger justamente, y cuando nos apartamos del verdadero y derecho camino, la culpa es nuestra, pues dejandonos llevar de una falsa y aparente delectacion, nós dejamos precipitar en los abismos profundos de los vicios. Misero yo, que todas estas cosas comprendo y veo, y conociendo cuán violentamente me lleva fuera de camino mi propia pasion, ni puedo ni me atrevo á retirarme al verdadero amparo, que conozco ser el que me conviene; digo que puedo, y mas propiamente podria decir que no quiero, pues me dejo arrastrar de mis pasiones. Soy como el cazador que llevado de la codicia de seguir una fiera por un intrincado y espeso bosque, se halla tan adelante en su seguimiento, que cuando quiere dejarla, no halla el camino, y mientras mas porfia buscarle, mas se imposibilita de lo que desea. Todo esto me he dicho, Marqués, no porque no conozco mi error, mas porque conociendo vos que no soy mio, que carezco de libertad, y no está en mi mano el prevaleirme, tengais de mí compasion. Yo, que gloriosamente por tierra y mar vencí mis enemigos, y en Francia hice el nombre inglés respetable y temido, me siento tan rendido y ligado de una depravada voluntad, de un desordenado deseo, que no me puedo desatar ni contenerme; y mi vida, que mejor puedo llamar muerte, la veo tan acompañada de penas y angustias, que soy el verdadero receptáculo de las miserias y desdichas. ¿Qué excusas tendrá mi yerro que disculpen mis obligaciones, pues compensándolas, no hallaré ninguna que no sea frívola y de poco fundamento? Sola una hallo, que es el ser viudo y mozo, causa que parece que la misma naturaleza defiende, y haber hecho de mi parte los posibles esfuerzos, y habiéndolos hallado todos inútiles remedios á tan desesperado accidente, el último que me queda ya como desconfiado de mi salud es rogaros que me digais á qué está obligado un vasallo cuando la vida de su rey depende de su mano. El Marqués le dijo: Corrido estoy de que me preguntéis eso, pues se obligacion es poner por su salud, no solo su hacienda y vida, sino lo mas importante, que es su honor. Y si voluntad de vasallo os tiene en tal punto, no dudeis que mas importa vuestra vida que todo lo referido; y esto se entienda empezando de mí al primero. ¡Oh fuerza de la adulation! Oh consejo injusto! Oh bien merecido castigo de quien un punto se aparta de la verdad, pues nadie debe ser obedecido sino en lo justo y honesto! Quedó suspenso Eduardo, y al fin de un pequeño espacio dijo: ¡Ay, Marqués amigo, cuán alentado me

dejan vuestras herosas razones! Ya no dudo de ponerme en vuestras manos, porque ¿quién mejor que yo sabe que en el tiempo de mi padre y mio habeis sabido derramar vuestra noble sangre y mucha de los enemigos en nuestro servicio, y en las mas peligrosas ocasiones nos habeis ayudado con prudentes consejos, no menos convenientes para conseguir las dificultosas empresas que los valerosos hechos de ese invicto brazo, y no una vez, sino infinitas, no solo os he hallado incansable, sino siempre que se me ha ofrecido, con nuevo aliento y fuerzas de servirme? ¿Por qué en mi mayor necesidad no esperaré de vos todo el favor y ayuda que un hombre de otro esperar pueda? ¿Cómo creeré que me pueda negar sus palabras el que no ha sabido negarme las obras mas importantes, su propia sangre? Solo de ellas tengo ahora necesidad, Marqués; porque sé con certidumbre que si de veras quereis servirme, ellas solas harán el fruto que deseo.

En cambio de lo que os ruego, porque no penseis que serviré á señor ingrato, os ofrezco que partiré con vos mi reino; y si lo que yo os pidiere os parece difícil de poner en ejecucion, considerad que si se ofreciera, lo hiciera yo por vos, y que el servicio tanto es mas agradecido cuanto tiene en sí mas dificultad; mayor prueba hace el amigo de voluntad cuanto mas aventura por su amigo, porque las que solo se hacen con las palabras, con ellas mismas tienen condigna satisfaccion. Considerad, os ruego, lo que es disgustar un rey, de quien haciendo lo contrario, podréis disponer á vuestra voluntad; si me dejó vuestro yerno por heredero del condado de Salverí, me dejó mi padre por señor de este reino, y con la liberalidad con que os di aquel, os ruego que dispongais de este. Vos teneis cuatro hijos varones, á quien es imposible dar el estado que vuestra calidad pide; yo os doy la palabra de dársele tal, que no les quede ocasion de envidiar al mas poderoso; ya vos sabeis cómo sé gratificar á quien me sirve; y así, pareciéndoos condescender con mi deseo, veréis en breve el fruto que os sigue; que si á los que con pequeños servicios me obligaron no he sido ingrato, menos lo seré con vos, en cuyas manos pongo mi vida. Aquí los profundos suspiros y lágrimas que procuraron, queriendo mostrarse, aprobar por verdadero el sentimiento del Rey, suspendieron sus palabras, y el Marqués, que le amaba, viendo las evidentes señales de la pasion que tenia, ignorando la causa de verse rogar con tanta instancia, y deseando el aumento de sus hijos, conmovido de piedad, hizo una grande oferta, prosiguiendo: Señor, empleadme sin respeto ninguno, que empeño de nuevo mi palabra que desde que os juré por rey y señor os tengo por pleito homenaje empenada, que en todo aquello que con mi entendimiento, fuerzas y lengua valiere para servirlos, seréis de mí con la debida fidelidad servido; y si fuere conveniente, no solo la vida que tengo, mil que tuviéramos yo y mis hijos, las emplearíamos en servirlos. ¿Quién con semejantes ruegos á un rey poderoso que le tenia obligado con sus favores, respondiera al contrario? ¿Cómo tan honrado va-

sallo pudiera creer que se le propusiera semejante demanda? Mas en toda ocasion los hombres deben ser cuerdos en lo que prometen, que si el Marqués midiera sus pocas fuerzas con el poder de quien le rogaba, con pequeño acuerdo pudiera sospechar que solo el tesoro de su sangre depositado en el frágil vidrio de una hermosura corria peligro en tan fuerte ocasion.

Las palabras del Marqués cubrieron el rostro del Rey de mil colores, y animado de amor, con temerosa voz le dijo: La Condesa, vuestra hija, es quien me tiene en el estado que os digo; ella sola me aborrece porque la adoro; sin ella ni puedo vivir ni quiero; si deseais servirme, si deseais que viva, haced que me ame. ¿Creeis vos que á tan leal vasallo, á tan verdadero amigo sin mucha fuerza de pasion me atreviera á lo que os ruego? Mi yerro es inexcusable, discúlpeme con vos amor; que si habeis en algun tiempo pasado por el rigor de su tiranía, bastantemente pienso que estoy disculpado. Acuérdeseos cuántas veces vos y el Duque, mi primo, me habeis reprendido lo mucho que ocupaba el tiempo en la caza, advirtiéndome el daño que podria causarme el viento, lluvias y vigiliass, nieve y hielo; no por mi gusto, como ajeno de juicio, corrí los montes y los valles, sino con intento de sujetar mis pasiones, ó por lo menos tener con ellas alguna tregua; y viendo que nada me aprovechaba, acudí al último socorro; tened lástima de mí, y si castillos, villas, tierras, tesoros quereis, ú otra cosa que en mi poder sea, aquí teneis en blanco mi firma, dispoused á vuestra voluntad. El Marqués como noble habló lo que se le ofrecia, diciendo: Señor, yo me hallo reducido al mas estrecho paso que pudo verse hombre de mi calidad, porque cualquiera resolución que tome ha de ser en mi daño; hálleme obligado por el vínculo de mi promesa, si agraviado de que con dádivas y promesas me trateis como á hombre bajo. Yo estoy determinado, porque primero que falte mi palabra, querria que falte mi vida, no obstante que no ignoro que no debe quedar obligada sino en lo que fuere justo; pero veo de por medio vuestra vida. Yo le diré á mi hija cuanto me habeis pedido, como de vós lo entiendo, advirtiéndole que puedo rogar, y no obligarla con la fuerza; basta que de mí entienda vuestro deseo cuando yo os tuviera muy ofendido; mas, señor, antes que me ausente os quiero suplicar que ante vos me sea lícito el deciros mi sentimiento antes que formar quejas ante otro. ¿Es posible que en vos haya cabido pensamiento de manchar sangre que para vuestro servicio y acrecentamiento jamás excusó el derramarse? Este es el premio que yo y mi casa esperamos de nuestros servicios? ¿Qué pudiéramos esperar del mas ofendido enemigo? ¿Vos, señor, á mi hija el honor, á mí el alegría, á mis hijos la libertad de poderse dejar ver en público, y el mayor de los agravios, pues quereis que sea el ministro de mi vituperio? Advertid que os toca, cuando otro intentara agraviarme, salir á mi defensa; si vos me ofendeis, ¿á quién podré quejarme? Solo á vuestra prudencia constituyo por juez de mi agravio; que tengo

de vos tal confianza, que si os juzgo parte en este caso, no creeré jamás que apasionado juzgueis tanta desdicha. Estas son las gracias que rendís al cielo por vuestras victorias, volviendo el reino que Dios os encargó, con semejantes excesos, un peligroso bosque de latrocinios; que donde falta la justicia y asiste la violencia, ¿qué puede hallarse que no sea confusion? Si vos con promesas, caricias y dádivas podeis vencer la firme voluntad de mi hija, ¿podréme quejar de ella? Mas si la solictais, con mas razon me podré quejar de que el cielo la dotó de mas prudencia y obligaciones: la mayor merced que de vos puedo recibir es que no me hagais ninguna, que mientras mas alto lugar ocupare, seré con mas irrisión y venganza señalado de mis enemigos; y si lo que he dicho pareciere demasia, atribuidlo mas á mi voluntad que á poco deseo de serviros; y con vuestra licencia voy á poner en ejecucion lo que me habeis mandado. Y sin aguardar otra respuesta se fué.

De modo obraron en el Rey las prudentes razones del Marqués, que rompiendo la poderosa fuerza de la verdad los velos de tanta pasion, conoció su injusta demauida, y estuvo para desasirse de tan penosa prision; mas volviendo la consideracion á su empleo, mudaba de opinion, diciendo: ¿Cómo inconsideradamente procuro romper tan indisoluble lazo? Si nació para que la amase, estimaréla siempre. El Marqués es su padre, y habló como le tocaba; soy su rey, él mi vasallo; ni soy el primero, ni seré el último. Pero despues, alumbrado de algun rayo de razon, dificultaba y reprimia sus pasiones, y combatido de mil contrarios pensamientos, se mostró á los suyos con alegre rostro, encubriendo la pasion del ánimo, accion de las más penosas que los hombres hacen, y el Marqués llegó á su casa pensando en lo que el Rey le habia dicho; y despues que consigo mismo discurrió del caso, por no ser comunicable, envió á llamar á la Condesa, que vino luego á su presencia, y haciendo que se sentase á su lado, la dijo: Qué cierto estoy, amada hija mia, que lo que ahora os dijere os ha de causar notable admiracion, y mas cuando juzgueis con vuestro raro entendimiento, acompañado de vuestro recato, lo poco que á mí me toca: mas que de dos males que forzosamente se haya de padecer el uno, es cordura elegir el menos dañoso, no tiene duda; y así, no dudo yo que vos como discreta, valiéndoos de lo que digo, aprobeis la eleccion que yo tengo hecha. Yo desde el tiempo que alcancé uso de razon hasta el presente estimé siempre mas el honor que la vida, porque segun mi opinion, es mejor morir inocente que vivir culpado hecho fábula del vulgo, juez severo de las humanas acciones; el trabajo de vivir debajo de ajeno imperio, no solo obliga, mas en muchas ocasiones fuerza á ejecutar lo contrario que los hombres desean, atendiendo á la calidad de los tiempos y á la voluntad de los que gobiernan, vistiéndose forzosamente el hábito de sus deseos; digo pues que hoy me llamó el Rey, y así como llegué á su presencia, despues de largos preámbulos, poniéndre en mi mano la conservacion de

su reino y vida, me pidió favor. Nací su vasallo, y prometí de hacer cuanto me mandase, y él, valiéndose de mi liberal cuanto inadvertida promesa, acompañando sus palabras de ardientes suspiros y de copiosas lágrimas, me contó cuán sin remedio os amaba: ¿quién imaginara jamás que á mí podia comunicármese caso semejante? Y prosiguió contando todo lo que con él habia pasado: aquí veréis, dijo, á qué términos me han reducido una oferta indiscreta, una depravada voluntad; respondíle, como es verdad, que puedo rogaros, forzaros no; yo os ruego que ameís á nuestro Rey, que con esto ocasionaréis que sean vuestros hermanos poderosos señores en esta isla. Yo le dicho lo que habeis oido por no faltar á mi palabra; pues sois prudente, no dudo que, considerado lo referido, hagais eleccion de lo mas conveniente. Calló el Marqués, y la Condesa, lo que duraron sus palabras, de honesto desden y vergüenza tenia de modo encendido el rostro, que no dudo que á los que en tal punto la miraran pareciera mas herinosa, y al fin de una breve suspension respondió:

Padre y señor, si por largas experiencias no conociera vuestro valor, acompañado de la mucha merced que me habeis hecho, y el amor que siempre me habeis tenido, con justa razon me admiraran vuestras palabras. Por excusaros el enojo que era forzoso que os causasen semejantes desvarios, procuré siempre apartarlos de vos, como de mí la voluntad de quien tan injustamente me persigue, haciendo todas las diligencias que á mis fuerzas han sido posibles. Si como el Rey lo es de este limita'o reino lo fuera del mundo, tuvieran el mismo efecto sus deseos, porque mas que el humano imperio estimo vuestra honra, la de mis hermanos y mis obligaciones; y esto es lo de menos estima á quien se debe guardar respeto. Que mas se le debe á aquel señor á quien nuestras obligaciones son infinitas, y se deben anteponer las primeras. Es verdad que nacimos sujetos; pero el albedrío tan libre, que aun el mismo que nos le dió le dejó á nuestra disposicion; pues ¿qué cosa seria sujetarle á hombre humano contra el precepto de quien nos comunicó tanto beneficio, el poder, las riquezas y señoríos que me ofrece? Yo confieso que adquiridas por justo medio son estimables, cuanto por el contrario aborrecibles; porque aquel á quien faltase la vida, ¿qué le podrian aprovechar los humanos tesoros? Pues al que le faltase la mas importante, que es el honor, cosa vana y de poco fundamento se le ofreceria. Yo estimo vuestros mandamientos en lo que debo, y tengo tomada firme resolucion de ofrecer mil vidas que tuviera primero que dejar la mas pequeña mancha en mis obligaciones.

Conmovido el padre, lleno el venerable rostro de piadosas lágrimas, la abrazó, alabando la discreta y magnánima respuesta de su hija, loando consigo mismo tal valor y grandeza de ánimo, dando gracias al cielo por tanto beneficio, despidióse de ella, que dió larga cuenta á su madre de lo referido, y entre las dos alabaron la prudencia del viejo, dando la Marquesa á la hija muchas gracias por tan honrosa determinacion; y el Mar-

qués, consultando consigo mismo lo que al Rey debía responder, fué á palacio, y con él á solas, le dijo: Señor, en cumplimiento de lo que os prometí, os juro por la fe que á Dios y á vos debo, que hablé con la Condesa declarándola vuestra voluntad; y rogándola que la cumpliese, se resolvió, despues de largos razonamientos, á que perderia antes la vida que tal le pasase por el pensamiento. Al principio advertí que podia rogarla y no serviros con la fuerza; ya hice lo que me mandásteis, cumpli con lo que os he prometido, y para que conozcais en mí hay mayores muestras que me acrediten, con vuestra licencia querria retirarme á mi tierra para prevenir, como quien por mi larga edad está tan de camino, algunas cosas importantes para mi jornada. El Rey, conociendo el yerro de haberse declarado, mal satisfecho, se la concedió, quedando melancólico, revolviendo varias cosas en su imaginacion.

El dia siguiente el Marqués salió de Lóndres acompañado de sus hijos varones, y se fué á sus castillos triste y pensativo, considerando su desgracia, junto con el perdido respeto, tan indigno de su lealtad y servicios, sin atreverse á llevar á la hija, por no disgustar al Rey; y así, fué forzoso quedar su madre en su compañía, no mas que por buenos respetos, que su honesto recato y entereza podia dar segura contianza en caso que por su misma seguridad, del Rey no podia temerse violencia, que así como entendió la partida del Marqués y que habia dejado la hija, se enteró en lo que sospechaba de la diligencia del padre. Llegó á tanta desesperacion con el impedimento y resistencia de su voluntad, que en él los dias y las noches eran iguales, pues siempre carecia de reposo, comia poco, y con suspiros continuos huia la compañía de sus mas familiares con la aprension de la constante crueldad de la Condesa, mudando con la mudanza del ánimo de modo las costumbres, que de tres dias que daba en la semana audiencia pública, sin dejarse ver, la daba por sus ministros, cosa que con los principes destruyen las provincias; porque importa todo el buen gobierno de ellas que todo pase por su mano, que entiendan las quejas y súplicas de sus súbditos y la vida de sus ministros; que si en esta parte sienten descuido, se hacen públicos tiranos de los oficios que administran. Y digo, en fin, que á los reinos es mas conveniente tolerar los yerros de su natural señor que gobernarse por los mas conocidos aciertos de los vasallos; porque cuando yerra el príncipe, ¿quién hay tan mal intencionado que dude que fué con buena intencion y deseo de acertar, yerro que no es digno de juzgarse por agravio? Y por el contrario, el que está puesto en su lugar y en sus mas loables resoluciones mira siempre al norte de sus particulares intereses; y si yerra, raras veces deja de ser de malicia, levado del deseo de venganza ó de codicia, ó por adelantarse á sus iguales, ó por oprimir á sus inferiores, y ninguno puede ser tan amado como el príncipe, á quien Dios adelantó. Naturalmente los hombres aborrecen que se les oponga ó aventaje el mas amigo, el mas amable y propincuo deudo: pues ¿qué sentirán de ver que

N-a.

se les adelante el que no nació, ó no juzgan su igual, ó el que si les es superior desaman y aborrecen por la propia tiranía ó por la que usan aquellos que dependen por varios caminos de su poder? Porque raras veces suelen ser los mejores los que alcanzan las privanzas de los reyes; y así no caminan por el camino real de la virtud, porque el propio natural los guia por los atajos de la inclinacion del príncipe, de la adulacion, del interés, de la hipocresia, hasta verse tan apoderados de lo que desean, que llegados á conocer sus defectos, hay dificultad en el deshacerse de ellos, por el peligro que tienen los desaciertos de los que de nuevo se han de hacer capaces, aunque tengan buena intencion; y así, la piedra fundamental del gobierno es examinar con cuidado la vida de aquellos con quien se ha de comunicar, porque es forzoso ser todo gobierno comunicable.

Todas las cosas que al Rey solian ser de gusto le disgustaban, como eran justas, tirar bohordos, ejercitar las armas y la caza. Tenia cerca de su palacio una casa de recreacion sobre el Támesis, famoso río de Lóndres, y habiendo de ir á ella por tierra ó por agua, que por las dos partes se podia ir, era forzoso pasar por la casa de la Condesa, que advertida de que por su ocasion frecuentaba mas que debiera este camino, excusándole ella cuidadosamente todas las ocasiones, él la veia raras veces, de que notablemente se entristecia, sin dejar de proseguir su camino, contentándose con solo ver las paredes que ocultaban su tesoro; y como la privacion enciende el deseo, comenzó á continuar de manera su viaje, que lo que á todos era oculto, fué en muy breves dias público á toda la ciudad, que sabiendo la entereza de la Condesa, que ellos llamaban rigor, y lo que el Rey padecia, la culparon de ingratitude, y la aborrecian, deseando que remediasse tantas penas por su causa padecidas, que generalmente son todos liberales de aquello que no les importa, que siempre el vulgo está pronto en vituperar la virtud, como en aprobar lo que no lo es; y puede tanto la lisonja, que muchos hicieron grandes diligencias, solo á fin de mostrarse favorecidos; y viendo la invencible constancia de la Condesa, aconsejaron al Rey que usase de su poder, valiéndose de la violencia, ofreciéndose á ser los ejecutores de traer á efecto semejante tiranía. Quiso el Rey primero ver el ánimo de la Marquesa antes que se valiese de los consejos, que no le parecian mal; y así, la envió á hablar con su camarero, que instruido de todo, despues de haber ido á su casa y hecho las cortesias que se pueden imaginar que haria quien iba á rogar cosa tan deseada, la dijo: Señora Marquesa, el Rey os besa las manos, y de su parte os asegura que os desea todo bien, y de la mia os certifico que mas que otra cosa en el mundo deseo el buen suceso de estos negocios, no tanto por su gusto como por ver que contra toda razon, de donde podia esperarse premio, se puede temer una desdicha. Digo pues que dice que él ha hecho todo lo posible, y aun lo no conveniente á su decoro, por aquistar la gracia de mi señora la Condesa con el secreto y re-

putacion que se debe á tantas prendas y á tanto amor, cuyas vanas demostraciones puso en boca del vulgo lo que estuviera excusado, pues no será este el primero ni último suceso que en este caso haya sucedido, que tambien sabe que esto ha sido tal vez ocasion de muchas muertes de príncipes, desolacion de imperios, y que tendria por mas piadoso que llegase la suya que padecer lo que injustamente por vuestra causa padece, pues gustais de tenerle por enemigo. Usando de su poder públicamente llevará á palacio lo que desea con poco honor vuestro y menos estimacion suya, y en lugar de mostrarse amigo del Marqués y de su casa y hacerle merced, hará que con su destruccion conozcan en él obras de capital enemigo, efectos de su ira y justo rigor; porque tiene deliberado, no solo por su parecer, sino por muchos, tan doctos como desapasionados, que no es bien que él muera por una obstinacion mal fundada de una mujer, poniendo con la falta de su persona en evidente peligro sus estados; y en caso semejante debe prevaler la causa pública, aunque peligre cualquiera particular, y de dos daños con evidencia forzosos, es puesto en razon elegir el que pareciere menos dañoso, y con esto quedad con Dios, que ocasion es esta de valeros de vuestra prudencia. La Marquesa, oyendo la no esperada respuesta acompañada de tan injusta y tiránica resolucion, oprimida del temor, le parecia que ya á sus ojos veía la violencia de su hija, y que sus oídos oían las lastimosas quejas de sus agravios; y ocupada de copiosos diluvios de lágrimas, temblando suplicó al camarero que la conservase en la buena gracia del Rey, y de su parte le suplicase la suspension de tal desdicha hasta que ella, advirtiéndole á su hija de las obligaciones con que todos habian nacido de servirle, procurase conservarle en la primera resolucion, y desviarle en todo de la segunda. El prometió servirla, y partió alegre con tal respuesta á ganar en albricias la gracia de su dueño, que incrédulo dudaba de cuanto le decia, y haciendo mayores extremos que le habian costado sus desdenes, esperaba la deseada respuesta, midiendo el tiempo por minutos, y haciéndosele cada uno siglos de dilacion. En este tiempo la Marquesa fué al cuarto de su hija, á quien halló entretenida con sus criadas en su labor, cosa en nuestros tiempos conveniente, muy lícita y forzosa, no solo en las mas comunes mujeres, sino en las mayores señoras, que no es excusa la grandeza para gastar mal el tiempo, cosa de que nacen las dificultades y desórdenes que se saben, y quedándose con ella á solas, le contó todo lo que con el camarero la habia pasado, acompañando sus razones de copiosas lágrimas, y abrazándola tiernamente prosiguió de esta suerte:

Amada hija mia, ya alcancé tiempo en que, viéndote la mas hermosa y recatada de nuestro reino, me juzgué por madre felicísima, creyendo que los rarísimos dotes de que te adornó naturaleza nos fueran causa de honrosos acrecentamientos. ¡Mas ay, cuán raras veces aciertan los juicios humanos, pues pienso que naciste para nuestra universal destruccion! Vence en algo la

dureza de tu condicion, no en nada que no sea lícito y honesto, que esto mas vale padecer mil muertes que exceder un punto de las honrosas obligaciones con que naciste, sino templando el rigor de modo que la justa defensa no se juzgue desprecio; porque si como te digo te dejas gobernar de la ocasion y el tiempo, trocarás mi dolor en alegría. No sabes que mas que á todos tus hermanos te amo, y que las obras pueden contigo haber acreditado mis palabras. Déjate guiar de tu madre, que te estima y adora, y piensa que el Rey es poderoso y que, no solo está enamorado, sino loco; que tu virtud, indignamente juzgada crueldad, le tiene puesto á peligro de perder la vida, y que somos aborrecibles á todos los que desean su salud, y que sola tú no la deseas. Acuérdesete las injurias y maldiciones que hemos oído del ignorante vulgo y del adulator cortesano. Si esto es verdad, en pago de la deuda natural que nos debes, no quieras ser nuestra destruccion, pues puede remediarse valiéndose de una honesta prudencia, de un agrado cuidadoso. Los reyes, cuando ven despreciados sus ruegos de aquellos á quien pueden mandar, velen del poder. No quieras que la última cuanto injusta resolucion de un poderoso ocasionese nuestro vituperio. Mira tus hermanos y padre desterrados, yo viuda, porque todos temen al Rey, y mas á tí, que has de ser causa de su afrenta, á que es forzoso que se siga la venganza que ha de ocasionar su destruccion. Dichosa yo si el primero día de tu vida fuera el último ó el postrero mio, ó si en lugar de tu esposo ocuparas un mármol. No des ocasion á que justamente me queje, que te dé nombre de cruel, de ingrata, y sobre todo de descortés, contra tu propia sangre.

Cesó con esto oprimida de un mortal desmayo que la dejó tan helada é inmóvil, que se tuviese por cierto que la hubiesen desamparado los vitales espíritus. Lloraba la Condesa amargamente tanta desventura, enternecida de maternal afecto y oprimida de tantas persecuciones, pues la padecía aun de los mismos obligados á su defensa, si bien no se podian llamar tales, por ser siempre debajo del pretexto de su honrosa defension, mas nunca su invicto ánimo dudó de proseguir en su determinada voluntad. En mano de tantos contrarios, combatida como peñasco en medio del mar, firme al continuo contraste del fluctuante cristal, mas movida á compasion, determinó de librar á los suyos de tantos trabajos con la mas valerosa determinacion que se ha visto en los presentes siglos, ni se oyó en las mas celebradas matronas de la antigüedad, ni podrán esperarse de los venideros; que una alma generosa, cuando injustamente se conoce ofendida y estimulada de la ira, de tal modo se enciende en la venganza, que aunque conozca su total ruina, produce furiosos efectos; y las mujeres en toda determinacion son mas fáciles, intrépidas é invencibles, una vez determinadas; pues con la última determinacion, siendo solo de sí misma, que importa mucho para que las que se desean tengan efecto en no comunicarlas; despues que con los remedios y caricias vió libre del peligroso desmayo á la Mar-

quesa, enviando á las criadas fuera, á quien para ayuda del remedio del inopinado accidente habia llamado, y consolándola, respondió: Amada señora y madre, á quien por tantas mercedes recibidas tan justamente debo este título, enjugad las piadosas lágrimas, bastantes á ablandar el corazon mas fiero, el mas inaccesible peñasco y el mas firme diamante, que ya mi ánimo está dispuesto á que no se le dé nombre de cruel ni á ser causa de vuestros disgustos, como de la calamidad de mi padre y hermanas, pues si careciera de remedio, con mi muerte procurara su vida. Sabe el cielo que la que intento por serviros es para mí la mas penosa; pero con vuestros consejo, salvo mis obligaciones, que conservaré antes que mi vida, podrémos remediar nuestro daño, sin recibir el que mas debe temerse. Cesen las lágrimas, y sin que intervenga mas que vos y yo, como á quien les importa, quiero que veamos al Rey y que acaben tantos inconvenientes. La madre, con la no esperada respuesta, tan fuera de sí de contento como antes la habia tenido el pesar, dudaba de haber oído semejantes palabras, dando gracias al cielo por tan grande beneficio, como muchos ignorantes que de los mismos sucesos con que le ofenden por propia malicia le dan agradecimiento, como si él fuese inspirador de maldades, sino fuente abundante y perenne de donde procede todo bien, y abrazando á la hija lloraba de contento: tal es la locura de los mortales que solemnizan su propia desventura como en otros sugetos la fuerza de la codicia, que no perdona la propia sangre, tan imitado en nuestra miserable edad, donde, sin ser solicitadas, se solicita el precio miserable de propias y ajenas culpas.

Era esto por la mitad de julio, cuando el Padre universal de los mortales, en el medio dia, con las furiosas saetas de sus rayos obligaba á los humanos á general sosiego, en cuyo tiempo la Marquesa hizo prevenir un pequeño batel para ir al jardin ó casa de placer donde el Rey estaba por gozar de mas sosiego, que, como está dicho, era cerca de su casa. La Condesa mientras esto se previno se retiró á su oratorio, y sin valerse de otros preciosos adornos que de un cerrado cuchillo para la mas apretada ocasion, considerando que en las últimas y forzosas por flacas manos de mujeres habia Dios confundido la obstinacion de mas pertinaces y feroces enemigos, llena de confianza del feliz suceso por las dos causas que ocurrían en el presente caso, que eran la defensa del divino precepto y su honor, se puso de rodillas delante de una devotísima efigie de aquella Señora que antes de los siglos en la mente divina fué preservada de la original culpa para que gozase de la dignidad de su madre. Tenia asimismo en sus santísimos brazos la imagen de su santísimo Hijo y señor nuestro, ante quien con devoto y humilde corazon dijo: Señora mia, hija del Padre, madre del Verbo, y esposa del Espíritu Santo, que os escogió para tan alto ministerio: Cosa es cierta que si pudiera ser que fuérais madre de tan inaccesible Señor, menos que con el don inestimable y precioso de vuestra santísima pureza, no admitiárais

tan grandiosa dignidad; y siendo esto tan cierto como es, las causas que piden la conservacion de castos deseos, como madre piadosa de los mortales, os toca su defensa. Esta parece, Señora, que mas propiamente os incumbe su patrocinio. Ya os consta de la presente necesidad, y asimismo como quien de tan cerca mira la divina Esencia, en quien se ven todas las cosas, lo mas oculto de mi corazon, favoreced delante de aquel Señor, ante quien hallásteis tanto favor, lo que os suplico y veis que esta ocasion pide, sin permitir que por mis culpas prevalezca la parte injusta y depravada de las mortales pasiones de nuestra fragilidad. Acabado este breve razonamiento, confiada en la que pueden confiar el remedio todos los que le pidieren para las cosas justas, salió donde la Marquesa su madre la aguardaba, y las dos, cortando la plata del caudaloso Támesis con el pequeño esquife, llegaron á las riberas del deleitoso jardin, que estaba de tal modo fabricado, que por sola una puerta podia entrarse en él, porque todo lo demás lo circundaba un altísimo muro en torno. La puerta estaba acaso abierta, porque el Rey, como estaba melancólico, se entretenía en las riberas de aquellos cristales, y el camarero algo desviado no perdía de vista la puerta, sentado debajo del dosel que fabricaban las copadas ramas entretreídas de unos ancianos robles, gozando de la fresca respiracion de las crespas olas, y tambien por evitar que nadie entrase, advirtiéndole la ocupacion del Rey.

Llegaron madre y hija, ordenando al que guiaba el pequeño barco que de allí no le moviese, y pisando las doradas arenas del caudaloso corriente, las ninfas sacaron las hermosas cabezas coronadas de ovas, espadañas y lirios, admirando con particular suspension tanta belleza; ellas pisaron las gradas de la puerta, vistiendo de nueva luz los deshabitados pórticos. Como el camarero las vió, desengañado de su vista, lleno de notable espanto, recibíéndolas con la debida cortesía, con mil caricias las saludó, preguntándoles qué mandaban. Respondió la Marquesa: Venimos á ver y hacer reverencia á nuestro natural señor, como ha poco que os dije que lo procuraria. El con suma alegría hizo meter el estrecho leño en que venían en un pequeño escaño, que hecho á mano, servia de guardar los que el Rey tenía para su recreacion y servicio; cerró la puerta, y entreteniéndolas con la vista de las curiosidades que allí habia, las fué guiando hasta donde el Rey estaba, no considerando la crueldad de su dama, que cuando le informaron de lo que pasaba, salió alegre sobremanera á recibirlas, dudando de su vista, pareciéndole ilusion de su fantástica imaginacion lo que tenia presente. Recibiélas con las muestras de voluntad y agradecimiento que pedia semejante visita, y la Condesa, así como vió al Rey, discurrió por sus venas un imprevisto hielo; á un mismo tiempo se le encendió el rostro de un modo, que se le acrecentó hermosura, si mas era posible de la que antes tenia; y él, sin haber podido hasta entonces hablar palabra, ocupándole el repentino accidente los sentidos; y cuando volvió en sí

con mucha humanidad las dijo que fuesen muy bien venidas, prosiguiendo : ¿Qué buená estrella mia, qué suceso feliz os ha traído con esta siesta á que goce yo la vista de esta deseada presencia? Y entonces la Marquesa, haciéndole la debida cortesía, que la Condesa, ocupada de la vergüenza y temor, no pudo hablar palabra, le dijo : Señor, viene mi hija con deseo de servir, como disgustada de haberse mostrado rigurosa y de haber perdido un instante vuestra gracia. Mostróse el Rey sumamente agradecido, y haciendo las honestas caricias á la Condesa que la presencia de su madre pedia, á que ella se mostró siempre desdenosa, no levantando los ojos del suelo; eran iguales el contento en el Rey y el disgusto en la Condesa, que no pienso que puedan de otro modo encarecerse tan contrarios afectos.

Juzgando el Rey á vergonzoso encogimiento su desvío, ordenó al camarero que entretuviese á la Marquesa, y él con varias pláticas se retiró á su cuarto, y llegando á su mismo aposento con la Condesa, cerró las puertas, y ella, así como las vió cerradas, temiendo alguna violencia, viéndose inadvertidamente en el lugar que jamás pensó y desamparada, arrojóse de rodillas á sus piés, y le dijo : Señor, nuevo intento del que habeis imaginado me ha conducido al término en que me veis; pero pues solo vuestra salud me ha obligado á servir, como mujer deseo saber si son hijas del alma tan exquisitas diligencias, suplicándoos una merced, que para vos será fácil, y para mí me obligará eternamente. El Rey, que con la congoja y afecto le pareciera mas hermosa, juzgó por tanta ventura que le pidiese algo, como la del fin de su pretension, y con los mas execrables juramentos que pudo confirmó su palabra de cumplir todo aquello en que le emplease, como no fuese dejar de amarla, porque eso sabía que no habia de poder cumplirlo; y queriéndola levantar del suelo, no lo consintió, antes besando sus manos por el prometido favor, sacó el cuchillo, y con piadosas lágrimas que adornaban sus hermosas mejillas dijo : Señor, la merced que yo os suplico es que me ameís lo que os durare la vida, y que con este instrumento acabeis la mia antes que yo vea mi afrenta, pues tengo parte de vuestra sangre; y si no cumpliéredes lo que prometisteis, delante de vos llegará mi muerte, y el cuerpo sin el vital aliento podrá quedar en vuestro poder; pero no el alma, que mientras le animare, ¿cómo podrá consentir hacer caricias á su mayor enemigo? Cesó con esto inundando por los hermosos soles de su rostro dos océanos; y el Rey con nueva admiracion de tanta y tan hermosa resistencia, mas perdido mientras mas la miraba, nuevamente enamorado de tan piadosa accion, y enterrecido, como quien la amaba, de sus trabajos, viendo que sin ella no podia vivir, resuelto en su última determinacion, considerando que, como decia, era su sangre, y los grandes servicios de sus pasados, con la debida cortesía la levantó, diciendo :

Señora, no quiera Dios que yo quiebre mi palabra y que agravié á la prenda que mas que á mí mismo quie-

ro; pues antes al que conociese, no digo deseoso de tal ejecucion, sino solo con el intento de ella, procuraria yo acabar la vida como á mi mortal enemigo. Cesen ya las honrosas resistencias de vuestro valor, y venganzan, que es justo, las injustas diligencias de mis deseos, porque yo quedaré muy consolado con que me hayais dejado la libertad de amaros, que tanta es la obligacion en que me tiene puesto vuestra virtud, que sin ella, aunque sé que habia de ser á costa de mi vida, no me atreviera á disgustaros; pero yo pienso hacer de modo, con vuestra licencia, que seais un vivo ejemplo al mundo de lo que debe estimarse la honra, pues por la justa estimacion que habeis tenido y teneis de la vuestra, quiero que alcanceis diferente fin del que todos podian esperar de mi locura; y creed que el indigno amor que os tuve está ya tan fuera de mi alma, que aun del tiempo que señoreó mi pecho estoy corrido, y que ha entrado en su lugar el justo y verdadero.

La Condesa entonces, dando infinitas gracias á aquella Señora, por cuyo medio es de creer que en tan breve tiempo hubo tal mudanza de voluntad, abrió la puerta, y entrando el camarero y la Marquesa, que estaba con la pena que puede imaginarse, viendo cómo su hija se la habian apartado de sí, temerosa de alguna desgracia, si confiada de su valor, hizo que las dos se sentasen, y habló con él en secreto, dándole la orden conforme al intento que tenia, y él partió á ejecutarla, y entreteniéndose el Rey con ellas en varias pláticas, en breve espacio entraron todas sus criadas, y luego la nobleza de las damas de la corte, y despues el obispo voracense, hombre docto, y por cuyo expediente pasaban los mas graves y árduos negocios, y en su acompañamiento los mas importantes señores del reino, todos admirados de ver sentadas al lado del Rey aquellas señoras, y que la viuda tenia los ojos no en todo libres de los copiosos diluvios que la pasada ocasion le habia causado. Callaban todos esperando el fin para que fuesen llamados, cuando el Rey, interrumpiendo el confuso silencio, dijo: Nobles y fidelísimos vasallos míos, aquí os he juntado para que veais que puede alabarse mi reino que posee mas valerosas damas que cuantas nos celebra la antigüedad, como lo dirá la historia que hoy tenemos presente. Y contando por extenso toda la referida hasta el estado presente, prosiguió : Y tambien quiero que conozcaís que si hay valor, virtud en ellas tan digna de que ciña sus hermosas frentes el lauro de la inmortalidad, digno premio de sus hazañas, es justo que sepáis que teneis Rey que sabe premiar en algo, ya que en todo es imposible, alguna parte de ánimo tan valeroso, de constancia tan invencible como os lo ha dicho el presente suceso, que por notorio no refiero. Hoy teneis delante vuestra reina y mi esposa, como la que mejor lo merece. A que todos respondieron con una profunda cortesía, y llamando al obispo que se acercase, hizo que hiciese la forma del sacramento; y acabado con alegres parabienes y aclamaciones, la besaron todos la mano, y Eduardo hizo algunas mercedes. El contento de la Condesa fué grande, como quien

había llegado á tal dignidad por los propios méritos y virtud; que los que las alcanzan por otros caminos no gozan de la verdadera posesion de ellas, sino de la injusta tiranía con que las usurpan. En poco espacio la fama de tanta novedad se habia extendido por la corte, que con suma alegría la recibieron todos generalmente, alabando la prudente resolucion del Rey.

El Marqués y sus hijos habian venido á Lóndres, deseosos, el uno de ver á su mujer é hija, y los demás á su madre y hermana; y apenas entraron por la puerta de la ciudad, cuando la nueva, como si fuera mala, salió á recibirlos, y sin ser conocidos, se informaron del zofuso tropel del vulgo, y llegando á su casa ciertos de la verdad, dejando el de camino, se pusieron en hábito decente, y con uno de sus hijos envió el Marqués á dar aviso al Rey de su venida, suplicándole que le diese licencia de besarle la mano, cuya respuesta fué enviar al príncipe de Gales, su primogénito, acompañado de los infantes y nobleza que ya habian besado la mano á la Reina para que le acompañasen, y él con igual contento que en otra ocasion tuvo pesar tan sin culpa suya, porque no hay persecucion que, como no proceda de propias culpas, no la compense el cielo con la suma liberalidad que paga buenos intentos, que no quiere con los sucesos prósperos ó adversos sino encaminar lo que no nos conviene, que cuando sucede al contrario, en nosotros está la culpa, porque no usamos como debemos de sus favores. Despues de las forzosas cortesías y alegres parabienes que de una parte á otra pasaron, con excesivos favores fué del Príncipe, infantes y caballeros llevado á palacio, donde le salió á recibir el Rey, y honrándole le hizo sentar al lado de su hija, y le mandó que la hablase. El llegó á quererla besar la mano, y ella no lo consintió, y se abrazaron tiernamente; y como estaban con el referido acompañamiento, salieron en público por toda la ciudad, donde con mil bendiciones y muestras de amor fueron nuevamente aclamados, y se hicieron las mas grandiosas fiestas que jamás se vieron, acompañadas de infinitas mercedes y perdon general de todos los delitos que sin parte dependian de la voluntad real; toda la nobleza del reino procuró mostrarse liberal, haciendo increíbles gastos por el gusto y servicio de su Rey, que dió grandiosos premios á los que los ganaron en las justas, honrando particularmente á los extranjerós, que á la novedad del caso, de diversas partes acudieron muchos. Ocupó el Rey á su suegro y cuñados en los mas preeminentes oficios, y con el tiempo él y todo su reino conocieron la acertada eleccion, siendo la Reina un verdadero ejemplo de adquirir la verdadera fama, donde solo se llega por el camino de la virtud, como ella llegó; de modo que cuando no sea por el eterno premio que con certeza se espera, digno de tanta estimacion en quien alcanza el verdadero conocimiento, por los buenos sucesos y felicidades presentes se debe vivir bien, creyendo con certeza que aquel Señor que tanto nos ama, si tal vez consiente la persecucion de los suyos, no les pone lazos, sino ocasiones, deseoso de que se aprovechen de ellas como

deben para que ganen el premio de la inmortal corona.

En Eduardo se nos muestra un rey agradecido, pero demasiadamente curioso, pues el suceso de su amor procedió de ir donde no importara su presencia; nos enseña con cuánto cuidado deben los reyes huir las visitas de las mujeres hermosas, y particularmente de las casadas; la prudencia con que procuró encubrir su grande pasion, la obligacion que los superiores tienen á no dar mal ejemplo. El declararse á la Condesa, teniendo á su padre y esposo tantas obligaciones, la fuerza de esta pasion. Hablar el Rey sin su voluntad con los suyos en la batería, y otras materias de milicia, la satisfaccion que deben dar á todos los reyes, porque generalmente son de todos. Los favores del Marqués para facilitar su pretension hasta llegarse á valer de él mismo y de la Marquesa, y del propio poder para usar de violencia, perdiendo el respeto á su obligacion y decoro, la furia con que las propias pasiones señorean los poderosos á quien todos sus deseos y acciones parecen y juzgan lícitos. El verse vencido y obligado de tan honrosa resistencia, y despues recibirla por mujer, nos enseña que así como el amor que consigue el ilícito fin suele siempre tener mal suceso, así la que solo permitió el lícito abrió los ojos de la razon y conocimiento en el Rey, de modo que le llegó el debido premio á la virtud.

Partirse el Conde dejando á su esposa moza y recien casada, nos avisa que no es cuerda resolucion casarse los que están sujetos á ausencias que dependen de ajena voluntad.

Recibir la Condesa al Rey sin la compañía de su madre y esposo, avisa á las mujeres casadas que huyan la vista de los hombres, particularmente la de los poderosos, en toda ocasion, pues se gana mas honra con el huir de ser vistas que con la mas honrosa resistencia. Las diligencias que hizo para desviar la voluntad del Rey, las persecuciones que tuvo mostrándose á todas firme, enseña las obligaciones que las mujeres nobles tienen de estimar en mas el honor que la vida. Acudir por remedio á Dios por la intercesion de su santísima Madre, nos avisa que quien se valiere de tan poderosos como justos medios, si le conviniera, tendrán sus deseos feliz suceso, como este le tuvo.

Las diligencias de los vasallos, el deseo del vulgo nos enseña la fuerza de la adulacion y cuán liberales son todos de lo que no les importa.

Dejar la Marquesa sola á la Condesa cuando el Rey vino, advierte á las madres el cuidado que deben tener, pues muchas veces en unas el descuido, y en otras el mucho cuidado es causa de los infelices sucesos de la juventud, de que darán estrecha cuenta y recibirán riguroso castigo.

El Marqués, que ignoró tantos favores y apretados ruegos, denota los imprudentes que, no midiendo sus pocas fuerzas, como ignorantes, todo les parece que se debe á su ingenio, prudencia y merecimientos. Prometer sin saber lo que se le pedia es cosa inexcusable é indigna, y mas el hacer caso de honra el cumplir la promesa cuando no es justa, pues no solo no obliga, sino

que es bajeza de ánimo su cumplimiento. Dejar él y sus hijos la corte cuando se ven ofendidos del mismo á quien tocaba su amparo, nos enseña que, ya tengamos ó no razon, es cordura huir el rostro á los poderosos. Volver á su casa y hallar tan impensadamente tan alegre suceso, de donde podia esperarse tan infeliz, nos advierte que

muchas veces se guian las cosas tan diferentes del juicio humano, que tal vez los mas encumbrados sin saber cómo se hallan en mil penosas calamidades, y otros, sin alcanzar por dónde, de en medio de las persecuciones y trabajos, se ven exaltados y favorecidos en el mas sublime grado de la fortuna.

NADIE CREA DE LIGERO,

POR DON BALTASAR MATEO VELAZQUEZ.

Nadie crea de ligero,
O por locura ó ignorancia,
Que el mirarlo es de importancia.

Vivia en una aldea de aquellas sierras de la montaña de Buitrago un labrador ó serrano, que todo podemos decirselo, mozo en edad, pero casado con mujer de años mayores. La desigualdad de las edades, y aun de las condiciones, causaba entre ellos una lastimosa y bien inquieta vida, especialmente en la mujer, que como el casamiento hubiese sido de su parte de ella por enamorada del buen talle del mozo, y de la parte de él por gozar de la mucha hacienda que poseía, y él diese en gastar y en aborrecerla, y ella en lastimarse de la pérdida de su hacienda y en celarle de otras mujeres mozas á quien él visitaba, verdaderamente su modo de cohabitar y estar juntos era una perpetua guerra y continuada discordia, pero nada de esto era poderoso, aunque la pobre vieja veía desengaños notables á sus ojos, para que dejase de amar al marido tierna y entrañablemente.

Cierto que la filosoffa amorosa, que enseña que cada igual ame á su igual y semejante, y que esta pasion de amar que se apoya y asienta mejor en la sangre hirviendo y en los años mozos que no en las personas y corazones quebrantados con los trabajos y rendidos con los muchos años y tiempos que ya pasaron por ellos, que dijo bien, porque la mocedad toda es amar y hervir, toda es enloquecerse y pretender; pero como esto es verdad, tambien lo es que si en un viejo de años decrepitos, ó en una mujer ciega de alguna pasion entra esta del amor y se arraiga de veras, peores son de curar estos locos que los otros, porque si hemos de defender la opinion del otro poeta y filósofo que queria que consistiese el amar en apetecer lo que no tiene quien ama, como la ancianidad no tiene lo que halla en la juventud, fáltale brio, y hállalo; busca hermosura, y alcázala; quiere deleite, y consíguelo; apetece regalo y ternura, y descúbrela. Con eso no le sacarán á la vejez de esas Indias con que se ha encontrado en la mocedad, los mayores desengaños ni los peores escarmientos. De aquí pienso que nacia que nuestra casada, que se llamaba Polonia, estoviese tan enamorada de su velado y marido, cuyo nombre era Pascual; pero él se daba por

tan poco obligado del desvelo de Polonia, con que en su vestir y comer cuidaba tanto, que se olvidaba de sí propia, por acudir al olvidado dueño de su vida y hacienda. El, como villano y bárbaro, áspero en la condicion, y rústico en la correspondencia, porque entre esta manera de gente el agradecimiento no es moneda que corre, ni saben qué es deber, ni se les acuerda qué es pagar; aquella su bestialidad y bruta conservacion los entontece aun mas con el uso que con la naturaleza, y por donde fueron los padres corren los hijos; y como lo que oyen es bestias, y á lo que hablan bestias, y con quien comunican bestias, pégaseles el trato como de bestias; y cuando alguno sobresale de aquí, en vez de dar en saber, da en temer y sospechar, porque su prudencia no es sino astucia, y su sabiduria malicia. De todo tenia Pascual, bien comido y mas regalado, querido de su mujer, y envidiado de sus vecinas. Dió en quererle una de ellas, llamada Brígida, moza rolliza, gruesa de facciones, de ojos grandes, y tez moreno, que para alabarla á fuer de su territorio era mujer que amasaba tres hanegas de pan en un dia, y se comia la una. Esta acudia á los prados adonde llevaba Pascual sus bueyes á llevar sus vacas; allí se decian motes, se referian consejos. Esto de la mucha conversacion aun en los muy cortesanos ahorra de cortesias, y hace desenvueltos á los cobardes, y no perdona á los labradores y aldeanos toscos; si por acá regala carne, par allá piedras, y el mucho fuego tan bien arde en la estopa por hilar como en el hilado. Pascual y Brígida vinieron á quererse, y si la seda y el brocado no saben encubrir al amor, ¿qué ha de hacer el sayal, que tiene menos perejiles con que disfrazarlo? Y aun el amor urbano va por sus términos á la larga, como la ejecucion en bienes raíces; pero el amor del aldea es con resolucion como quínola al primer descarte. Llegó este negocio á tanto rompimiento que Polonia vino á entenderlo, y fué tal la desesperacion y rabia que causó en ella, que la puso casi en el extremo de la vida. Convaleció de la enfermedad, digo de la del cuerpo, que del rabioso accidente de celos siempre padecia, porque tenia la cau-

sa presente en Brígida, y á Pascual tan enamorado como siempre. Esto llevó Polonia á no poder mas, ya con pesadumbre, ya sin ella, unas veces usando de medios suaves, regalando al marido y haciéndole los mejores tratamientos que ella alcanzaba; y aun llegó á tanto el desear la pobre casada el asiento de este negocio, que se hizo amiga de Brígida, y le pidió le dejase á su marido en paz, mezclando algunas lágrimas que derramó en su presencia: promesas de consideracion como cumpliese lo que ya Brígida le habia prometido, que era de no oír ni ver mas á Pascual; pero á la verdad, ni del jugador que lo tiene por vicio, ni á persona amante que ha hecho hábito á estar ciego, ni se puede creer palabra, ni afianzar seguro que dé ni prometa.

La buena de la Brígida cumplió tan mal lo que puso con Polonia, que antes se quejó al marido ajeno y galán propio, y le pidió venganza del agravio: que tenia por tal de haber venido su mujer á su casa á darle quejas y pedirle celos. De donde resultó que, indignado de nuevo Pascual con Polonia, la dió no sé qué torniscones y empezó á desvergonzarse y á poner las manos en ella á menudo, que cuando llega sin ocasion la libertad y poder del marido á tanto rompimiento, ni hay que esperar de su cortesía, ni con qué asegurarse de sus obligaciones. Tal estaba la pobre Polonia de rendida y acabada con tantos repasos de aporreos y malos tratamientos, que, si no estuviera tan ciega de enamorada de su marido, hubiera tratado, como ya se lo aconsejaron, de apartarse de él, á lo menos de la cohabitacion, que es lo que le permitia el derecho; pero ni para la necesidad bastan leyes, ni para el amor cuando es de veras causas razonables; y así, la triste vivia muriendo, teniendo por alivio cualquiera palabra oída de la boca de su Pascual, como no fuese para maldecirla. Unas veces se volvía contra sí misma, diciendo que si no se casara tan vieja y con hombre tan mozo, que pudiera ser que no llevara tan mala vida; pero pues que ella lo buscó y lo quiso, que se tomase lo que se tenia, pues quiso y gustó de ser casada cuando estaba mas para la sepultura que para el tálamo, y para acabar de consolarse, una vez remataba esta relacion de desdichas y este proceso de desengaños con el fin del pregon de los ahorcados: quien tal hizo que tal pague.

Muchos dias y meses vivió engolfada en este mar de pesadumbres la pobre Polonia, y jamás acabó de dar con todo el juicio al traste, hasta que pasando un dia por delante la puerta de Brígida, que era fiesta, y ella salia para ir al baile, como dicen, de veinte y cinco alfileres, volviendo á mirarla con atencion, la vió al cuello, entre otras cosas de plata, un joyel que Pascual habia dado á Polonia el dia que se casaron, y habiéndole echado menos los dias atrás, por haber sido dádiva de su esposo, y en semejante ocasion no osaba decir que le faltaba, pero viéndole sobre los pechos de Brígida, aquí se le acabó toda la paciencia y el seso, y mas cuando se acordó que cada dia iba echando muchas cosas menos en su casa y hacienda; y con este testigo, aunque singular, dió por verdadera la informacion de que todo

cuanto en su casa se desaparecia iba á la de Brígida. Con esto Polonia se fué á la suya, y hallando al marido en ella, empezó á dar tan grandes gritos y voces, y él á responderla con tanta ira y cólera, que de las palabras vinieron á las manos y alborotaron, no solo la vecindad, pero todo el pueblo; y aunque á Pascual le obligaron los vecinos á sosegar, reprendiéndole sus desórdenes y amenazándole la justicia, como el negocio era público, con la pena y castigo de los adúlteros; pero á Polonia no habia hacerla callar ni sosegar, porque tras del mal de los celos se juntaba en ella otro, que es intolerable en los viejos, como dijo Aristóteles en el libro iv de sus *Éticas*, que es el de la avaricia, porque ver ella gastar y disipar su hacienda con aquella mozueta, la habia trastornado todo el juicio, de suerte que decia desatinos extraordinarios contra el marido, y entre otras plegarias y súplicas que liizo al cielo empezó á decir: Justicia venga por este traidor, que si yo fuera ruin mujer como él es mal hombre, ya no me pudiera sufrir el mundo; desdicha es esta grande para las mujeres casadas, que siendo en razon de pecado tan grave el que comete el marido que es adúltero, como la mujer que es adúltera, no solo las leyes humanas hayan establecido tan desiguales y diferentes penas para el uno que para el otro, sino que tambien en la opinion de los hombres y del mundo es tenido por infame y afrentado el marido que tiene mujer adúltera, y no lo es la mujer que tiene el marido adúltero, tanto, que á ella se contenta el vulgo con llamarla desdichada y mal casada, pero á él le llaman ciervo, buey, venado y otros nombres ridículos y indignos de un hombre que sabe qué es honra. Justicia del cielo y castigo venga de arriba para este traidor; y plega á Dios, enemigo, que pues tú me haces padecer tanto, que los cuernos que yo habia de tener los tengas tú, y que como por tus deshonestidades adúlteras yo vengo á ser la vaca, el venado y el buey, que por milagro y justo castigo del cielo antes que Dios amanezca te conviertas en venado y en ciervo, y que lo vean mis ojos.

Pascual, oyéndola tantas locuras y desatinos, unas veces reia, y otras rabiaba, hasta que, cansada Polonia de dar voces y llorar, se quedó dormida sobre una mala camilla en que se habia echado. El marido enfadado y aun corrido de lo que habia sucedido el dia antes, presente todo el pueblo, y viendo que ya no podia entrar en casa de Brígida si no era á mucho peligro y riesgo de ser castigado por la justicia, y aun perseguido de sus parientes, tomó una resolucion propia de un hombre tan apasionado como mal entendido, que fué irse y perder la tierra, pues le obligaban á perder el gusto; y reconociendo que su mujer dormia profundamente quitándole las llaves sin que lo sintiese, le abrió las arcas y le sacó unos realejos que ella tenia guardados, y se fué como á la mitad de la noche, dejándose la puerta de la casa de par en par abierta, porque al cerrarla hacia ruido, y no despertase Polonia y le estorbase el emprendido viaje, con que tuvo lugar para irse y desaparecerse.

Es aquella tierra de suyo frigidísima, y suele hacer unos inviernos terribilísimos de nieves y hielos, y era esta noche una de las del mes de diciembre, y habian caído y caian tantas nieves, que no solo los animales domésticos, pero las fieras campesinas y las aves de rapiña se suelen acoger á las casas de las aldeas y encerrarse debajo de los cobertizos de ellas, porque en lo despoblado se caen muertas á manadas. Habíase venido hácia lo poblado una bandada de venados y ciervos á valerse del amparo de las casas del aldea; y uno de ellos, de unas astas y cuernos bien grandes, como halló aquella puerta abierta, entróse á la cocina y echóse sobre la ceniza de la lumbre. A este tiempo ó poco después de como el ciervo entró despertó Polonia, y como amaba tan tiernamente al desagrado de Pascual, quisiera que le hiciera alguna caricia, porque con cualquiera se desenojara; pero conociendo su desgracia, y estando cierta de que si ella no empezaba á ablandarse él no se humanaría, empezó á llamarle y á decirle: Ea, hermano, seamos amigos; perdóname, que como es tanto el amor que te tengo, han sido tantas las locuras que he dicho y hecho. Pero como no le respondiese, toda alborotada y asustada se levantó, y acudiendo á la puerta, y hallándola abierta, juzgó lo que era verdad, que se habia ido, y persuadiéndose á que por ventura estaria en casa de Brígida, la volvió á cerrar con ánimo de encender luz, y no hallando al marido, llamar á la justicia y cogerlos juntos; con esto se fué derecha al fuego para encenderla, y la bestia que estaba allí echada, sintiendo pasos se levantó, y por salirse la dió dos ó tres vueltas muy bien dadas. Ella, que al tocar los cuernos vió y conoció que eran de ciervo, empezó á dar gritos y á pedir á Dios misericordia, creyendo que su maldicion se habia cumplido y que su marido verdaderamente se habia convertido en ciervo, no pudiendo caer en que realmente lo fuese ni el modo y causa de haberse entrado allí; y así, teniéndolo por milagro, ar-

repentida de las maldiciones que habia echado á su marido, desasiéndose como pudo del ciervo, bien aporreada de él, huyó hácia la puerta y le abrió, y salió dando gritos. El animal que vió luz por la puerta, para salirse de la casa salió tras de ella; aquí fué donde á Polonia se le acabó el ánimo, y pareciéndole que era el marido que la perseguía en aquella figura y forma, se cayó desmayada sobre la nieve sin género de sentido, y como la frialdad era tanta y ella estuviese tan descalabrada y maltratada con los muchos años, poco fué menester para que se le acabase la vida; con todo eso, los vecinos, que habian despertado al ruido y voces, salieron de sus casas, y llegaron á tiempo que, haciéndola los remedios imaginables, le ayudaron á volver algo en sí, con que pudo contar su desgracia; pero estaba tal, que solo vivió lo que fué forzoso y necesario para acabar como cristiana. Al fin murió Polonia, muerte que muchos la lloraron, aunque la malicia humana es tal, que si bien lloraron la muerte, no faltó quien riese el suceso; del cual siendo buscado su marido y avisado de él, no quiso volver jamás á su tierra, juzgándose por tan aborrecido como malquisto de los herederos de Polonia y de los parientes de Brígida, que desengañada de su olvidadizo amante, por quitarse de malas lenguas y pagarle en la propia moneda, se casó con un boyerizo ó guardavacas, que vengó á Polonia, porque era el villanzote tan celoso y tan lleno de malicias, que como le eran notorias las flaquezas pasadas de Brígida, no venia fiesta á mudar camisa que por hazte allá las pajas, como dicen, no la mudase á ella el pellejo de las espaldas á puros palos, tanto que sobreviniéndole sobre una paliza un calenturon desaforado, acabó de repente siguiendo los pasos de la celosa Polonia, todo originado y nacido del ruin principio de aquel desigual casamiento, aunque los mayores daños los trajo la facilidad en el creer Polonia tan fácilmente que su maldicion se habia cumplido y Pascual se habia convertido en ciervo.

LA MUERTE DEL AVARIENTO,

Y GUZMAN DE JUAN DE DIOS,

POR DON ANDRES DEL CASTILLO,

NATURAL DE LA VILLA DE BRIHUEGA, EN EL ARZOBISPADO DE TOLEDO.

De varios sucesos que llegaron á mi noticia en el tiempo que asistí en la ciudad de Sevilla, que sería pocas de dos años, por ser casi todos asimilados á escritas y noveladas tragedias, no me determiné á poner en este libro mas que los acaecidos con Valeriano, extranjero de nacion, avariento de generosidad, si rico de dinero y caudal que lo valia. El cual era tan corto, mísero y poco gastador, que para encarecer su mezquindad me bastará decir que en la harto tasada olla que para su no excusado sustento mandaba cada día hacer á una gruñidora vieja que por ama tenia, quien se ajustaba á sus miserables acciones, metia un muy pequeño pedazo de tocino enhebrado en un hilo por el espacio de media hora, y cuando le parecia que ya habia tomado el caldo algun gusto de él, lo hacia sacar y guardar para que al otro día sirviese de lo mismo, y de esta suerte hasta que de puro cocido al tirar de la cuerda se deshacia y quedaba dentro, que era la señal de no poder servir en otra olla. Y supuesto lo dicho, se conocerá cuán abatido traia su regalo, siendo idólatra de su copiosa hacienda, para cuyo destrozo le dió la fortuna un espurio hijo, habido en una mujer casada, que ausente su marido en los reinos del Perú, siendo él mancebo, lo habia tenido en ella; y por quitarlo de ajena servidumbre, para hacerlo á sus mañas traidolo á su casa, adonde le crió en vez de sobrino.

Llamábase Fernando de Guzman, al cual hizo doctrinar en su niñez por la virtuosa enseñanza de los padres de la Compañía.

Creció Fernando, dejando los estudios, como dicen, á media tijera; y aunque el caduco logrero le habia impuesto, por gastar menos, en traer medias de lana, vestidos de mala jerguilla, diciéndole que mas valia subir poco á poco á la estimacion y á fijarse en ella que no de golpe, y faltando el caudal caer luego: como echaba de ver á lo que tiraba, que era á lo ahorrativo, que ya se lo entendia todo, con lindo arte, haciendo con unos y otros sus conocidos mil mohatras, vendiéndoles

muchas piezas de telas holandas y otras cosas que hecho un sutil Caco hurtaba del almacén, dándolas á menos precio para adornarse de lucidas galas que se ponía, y ostentar con lascivas mujeres y amigos de su edad espléndidos banquetes que cada día ordenaban, con que al ordinario y corto de casa no procuraba enmienda. Y luego que con la edad fué entrando mas en el conocimiento de la miseria y avaricia del viejo, solo á fin de investigar y darle ahogado mate, fingiendo con él grandísima humildad, y diciéndole que la que conocia por madre le acariciaba y daba para lucirse de aquel modo, por solo afrentarlo convidaba á comer cada día á unos y otros sus paniaguados, á quien daba cuenta de su ficcion, que llevados á casa, lo sentia su tío en el alma, por haber de ocasionarse añadir siquiera un ochavo de rábanos para postres, de que nunca era mayor piñata. Y entre varios que en diferentes veces llevó á lo dicho fué un gracioso jóven muy recíproco suyo, á quien llamaban don Tomás Bravo, y por otro nombre Metegorras, al cual instruyó en que le dijese á la avarienta senectud en el discurso de la conversacion algunas razones que le obligasen á borrar de sí aquel corto estilo que en tratarse y alimentarse tenia. Y apenas hubo llegado el bueno del convidado á su presencia y saludádole, cuando trayendo por los cabellos el caso melosamente, y acariciando al extranjero con lisonjeras palabras, le aduló de modo, que le obligó á enviar con la anciana cocinera por un cuarto de aceitunas, que fué como sacar fuego del mar, y á decirle que le pesaba mucho de no estar tan prevenido como era necesario para tal persona. A que le respondió el bien advertido y fisgador congregado que no eran necesarios con él ningunos cumplimientos, pues por la amistad de su sobrino era tan de casa, que con un buen asado y unos sazonados pasteles, un jigotillo, un poco de estofado de ternera, una cazuela de buenas aves, unas albondiguillas y la cumplida olla, con dos ó tres tortas de dulces y sazonados postres y buen vino que tendria, no era necesario

otra cosa. Que oyendo Valeriano tal letanía de guisados, asustado como si desembolsara su valor, le replicó que no variaba su gusto en tantas diferencias de comida por no criar diferente humor en el cuerpo que le estimulase la salud; y que así, no tenía mas que la acostumbrada olla, la cual sacaron y comieron, dejándole hacer pocas bazas al desdentado viejo, bebiéndose el vino con mas priesa que era necesario, hallándose Valeriano sin refrigerio para su atragantado gaznate, que rematando en las aceitunas sevillanas, por darse priesa á hacer otra entrada en ellas, se quedó con una mal machacada de sus encías atravesada en la garganta, que le obligaba á hacer acciones de parasismos, con que dieron fin al convite.

De esta suerte se burlaba el bellacon de Fernando de su guardoso padre, mas no por eso mudaba de paso en nada, á quien cogiéndole todas las llaves de baules y arca, puertas y escritorios, que juntas traía, una tarde mientras dormía la siesta, que por descuido se las habia dejado sobre un bufete, y Elena, que así se llamaba el ama, no las alcanzó á ver, en un papel blanco, con pluma y tinta, á solas en su aposento, señaló el modo de las importantes, volviéndolas despues al lugar donde las habia hallado; y dando la escrita similitud á un cerrajero conocido suyo, le hizo otras que ajustaban famosamente á las seguras cerraduras, y de noche, con poco temor de su conciencia y menos rumor, haciéndose dueño de las encerradas bolsas de doblones, les daba crueles golpes y impiadosos socabones; y tanto, que echando menos un día el tío en una grande arca de bolsas de reales de á ocho una de ellas, y no la que menos tenia, perdiendo el juicio por la falta de ella, deseoso de saber quién era el violentador de aquella urna que idolatraba, y cargándola á su inquieto hijo, que bien queria, por no indicarle y alborotarle sin saber con certidumbre la verdad.

Una noche antes que el jóven se recogiese á dormir, le dijo á su ama que tomase aquella llave que le daba, que era de la ya dicha arca, y luego que él se metiese en ella, que por ser capaz muy bien cabia con los alivios que Fernando le habia dado, y si su sobrino, venido que fuese preguntase por él, respondiese que se habia acostado indispuerto y que reposaba. Hizose como lo ordenó, y tendiéndose el bárbaro codicioso sobre los talegos que habia, á riesgo de ahogarse con el calor de su misma respiracion, en que no reparó su mal talento, llegó el inquieto mozo á casa con pérdida de quinientos escudos que habia jugado sobre su palabra, que como en otras ocasiones la habia cumplido tan bien á costa de los presos patacones, hijos de la avaricia, no faltó quien jugase á su crédito, y preguntando por su señor, le fué dada por la vieja la ya advertida respuesta, con que se halló muy contento por considerar tendria mucho mejor lugar y ocasion de poder ejecutar el lance que deseaba. Elcual, despues que fué media noche, no quiso hacer en la arca de la plata, por ser demasiado el peso de la cantidad de que necesitaba, sino en un cofre que estaba junto á ella con muy gruesa partida de

doblonos. Pues como el encerrado viejo oyó junto á él el ruido, conociendo el robo que se le hacia, estaba indeterminable si daria voces, ó sagazmente se estaria quedo por no dar á entender á Fernando su mañoso desvelo; pero pudo tanto con él su sentimiento y el demasiado dolor de su cosquilloso corazon, que con alta y fingida voz, pensando con ella asustarlo y darle temor con que dejase la presa, dijo desde su encierro y prision: No abras ese cofre, que importa á tu vida, ven á esta arca que tambien hay aquí doblones. Y aunque mudó el eco, sin embargo le conoció el sobreseguro agresor, y concibiendo de presto en el pensamiento quién estaba dentro del vecino y maderal nicho de acuñado metal, con astuta cautela le respondió: A mí me da la vida el licor que aquí está encerrado, y el oro que allí tiene guárdele usted, señor fantasma, para mañana en la noche, que á cada puerco le llega su san Martín, y para ahora de aquí llevaré lo que hubiere menester. Y tomando el dinero que sacó, que antes fué mas cantidad que menos de la que debia, á toda priesa se fué á su aposento, y por lo que suceder podia, lo escondió, oyendo que así como él se partió de la sala y sitio del hurto dió voces el caduco á la prevenida criada, la cual fué de presto con luz, y abriéndole, salió de la pecuniaria tumba medio ahogado dando tremendos suspiros, aunque no publicaba de qué. Desde entonces, por haber conocido el ladron de casa, mudó su dinero secretamente á diferentes partes, sin acelerar el ánimo del juvenil despejo que miraba ni darle á entender que sospechaba nada de él, si bien lastimado su avariento corazon, quitándole la ocasion de que habia gozado de delante de los ojos y de las afiladas uñas, le procuraba halagosamente reducir á que se inclinase al trato y contrato en que él habia adquirido aquella suma de ducados que tenia, considerando que hacia en una dos cosas, que eran sacarle de los vicios de la ociosidad, que no son pequeños, haciéndole dueño de caudal ganado por su mano, le estorbaria el atreverse á arrojar-se, por verse falto de él, á hacerle otros arañales robos como los pasados.

Y habiendo llevado Fernando los doblones á quien los debia, oida la proposicion de su tío, la aceptó simulada y fingidamente, diciéndole que él no habia de poner tienda pública, sino en algun conveniente y ganancioso empleo, como hombre de lonja, procurar el acrecentamiento que pudiese á lo que se le entregase. Con que juntos el codicioso y el tramposo le dió liberalmente, cual nunca habia andado, dos mil ducados de plata, con los cuales le dijo comenzasé á obrar, y que siendo de mas cantidad la compra que hiciese, necesitando de dinero para ella, se lo daria y supliria, diciéndole no le entregaba mas por no verle ejercitado en aquel modo de vivir á que se conducia. Tomólos y llevólos á un aposento del cuarto bajo de la casa que se le diputó como hombre de negocios, bastantemente aseado, desde donde en lugar de llevarlos al multiplico, los fué gastando en sus ordinarios desvelos, juegos y entretenimientos, con que en espacio de dos meses quedó el

nuevo mercader tan limpio de dineros como un calvo está de pelo; y descubriéndole la flaqueza el celador Valeriano, se disgustó con él con tanto sentimiento de su malbaratada plata, que riñendo desabridamente los dos, se salió Fernando de su compañía, que trocó por la de Metegorras, su amigo. Ya dije que el día que su tío olvidó las llaves, tomando la señal de ellas en papel, hizo otras para usar sus alfarrachados lances, entre las cuales falseó las de las puertas, así de la calle como de algunos aposentos. Usaba de ordinario el lacerado viejo hacer que durmiese junto á sí, á un lado de su cama, la arrugada guisadora, porque como no tenia mas compañía que á ella, le acudiese á servir en lo que menester hubiese, y porque muy continuo le daban unos recios dolores de ijada, á cuya cura le acudia con el socorro necesario; y como su distraído hijo no ignoraba esto, viéndose fuera de la gracia de su padre, y que habia mas de tres meses que no le comunicaba ni poseia un real de que valerse para la continuacion de las mocedades de que usaba, por haber perdido su crédito con haberle visto descompadrado de él, trazó hablando á un grande amigo suyo, alguacil de los veinte de aquella ciudad, hacerle por su medio una burla de las que usaba, con que arrancarle algun pedazo del ahuchado dinero para los dos. Y así, una noche, estando atento detrás de la casa en la parte donde caia el aposento en que dormia el cuitado Valeriano, le oyó que se quejaba de suacheque ordinario; y hallando ocasion de dar asiento á su guzmanada, llamando á toda priesa al diligente ejecutor, abriéndole las puertas con sus llaves falsas, y quedándose él en el zaguán, subieron dos corchetes con el que los ministraba, y viendo desde la primera sala la vela encendida, aunque ellos la llevaban en una secreta linternilla, caminando hácia donde estaba, entraron hasta la cama del anciano dolorido, á quien hallaron que el esqueleto y talega de huesos, criada suya, estaba casi encima de él aplicándole unos paños calientes y perfumados sobre la parte donde mas el mal de que se quejaba le afligia; y dando asustadamente con ellos, le dijo el instruido alguacil que qué modo era aquel de vivir dos viejazos que estaban cada día esperando la mortaja, á que mas cercanos los veia por sus años, si en todos no excusada; que se vistiesen, y ambos con él se fuesen á la cárcel, que tal orden tenia muchos dias habia, y de presente la traia de uno de los alcaldes del crimen de aquella audiencia, quien tenia noticia de aquel antiguo amancebamiento en que él los habia cogido besándose sin estorbo de los dientes, que ninguno los tenia, injuriándolos con otras razones oprobiosas.

Quedó espantado y sin sentido el conchudo barbado oyendo tales razones; y viendo aquella cavilosa gente junto á sí, habiendolo dejado cerradas todas las puertas y ventanas de su casa, y con mayor admiracion cuandose vió lleno de dolores é imputado de lo que por no gastar medio real, cuando sus fuerzas no estuvieran tan flacas, habia mucho tiempo que no usaba, y dando gritos, tanto de sus dolores como de coraje, sin saber quién fuese el artífice de aquel desasosiego, le dijo al ministro se fue-

sen con Dios y le dejase con sus trabajos, pues cuando no fuera falso el delito de que le hacia cargo, siendo su edad y la de su criada no convenientes á intentar tales cosas, sus grandes y continuas lacras se lo impedian, quien habia dado causa á haber hallado á Elena tan cerca de él, á quien culpaba de que se habria dejado por descuido abierta la puerta principal y las demás, diciéndole debia de estar borracha, pues veia delante de sí á los que por ella habian entrado. Pero el mañoso alguacil, como iba bien industriado de Fernando, quien sabia le escuchaba, le apretó en que se vistiese, y no replicase mas, que por excusarlo, mascando acibar entre sus despobladas encías, le ofrecia el tal doliente un par de reales, y le parecia se alargaba mucho; pero riéndose de la oferta los presentes, haciendo burla de él, porfiaron en que se levantase. Hízolo así Valeriano, entrapajado como estaba, y mandando á Elena tomar su manto, los bajaron ambos despues de haber cerrado todas las puertas, y dejándole á él las llaves para que no les acusase algun robo, á llevarlos adonde tenian concertado los de la ficcion. Y aunque uno de los corchetes, por hacer mas bien el papel, se llegó por un lado, y al oido, como á excusa de los demás, le dijo al estítico extranjero que por no verse en semejante lance un hombre tan honrado, de su edad y calidad, y en la presencia de un juez, donde le llevaban á padecer, cuando no pena, mucha vergüenza, usase de su generosidad, y no fuese tan corto en darle á su amo lo que justo fuese, que él haria le dejase en su casa, no le fué posible, porque estimaba mas un real que toda cuanta reputacion y honra habia en el mundo. Y ya que llegaban á ir fuera de casa, habiendo salido de ella Fernando mediante su astucia, como que acaso por allí pasaba haciéndose muy de nuevas en lo que veia, agregándose á la turba multa, preguntó la causa de aquella que la parecia prision de su padre y criada, que siéndole dada con disimulo por el ministro, cual si no lo supiese, se espantaba, haciéndose mil cruces, diciendo seria mentira, que él, á no ser tan interesado, lo defenderia; pero que pues les oia los habian hallado juntos, y ellos no se disculpaban, le hacia grande fuerza creerlo, mas que aquella vieja hechicera mala hembra no podia hacer menos que ser parte en la afrenta de que los llevaran delante del alcalde, á que se debia atender en una persona de tantas partes, y estando él de por medio mostrándose como afligido y penoso de lo visto; y así, sin mas dilacion, quitándose de debajo de la ropilla unas cuatro vueltas de cadena de oro que pesaba trescientos ducados, se las dió al alguacil, que para hacer aquel fingimiento se las habia prestado, rogándole desistiese de aquella prision, y no dijese que tal habia intentado, pues seria en toda Sevilla tan mal recibida, y de descrédito para su señor, el cual con aquella falsedad podria quedar reputado de hombre liviano, y mas con un monton de tierra sucia como su ama, y que aunque fuera aquella cadena de diamantes, la daba por bien empleada, pues caia en manos de un hombre tan cortés, y quedaria mas agradecido de lo que imaginase.

Recibióla el alguacil sin gastar mas preámbulos, y se despidió; y volviéndose adentro Fernando con los viejos, cerradas las puertas, se subieron arriba, adonde como si hubiese sido verdadero el negocio, le reprendía á Valeriano, advirtiéndole que ya sus años no estaban para tales divertimientos; además de ser justo excusar cualquiera ofensa de Dios, y recogerse á procurar con su aprisionada moneda hacer bien á pobres y huérfanos, pues llegada la muerte, le habia de pedir cuenta nuestro Señor de las buenas obras que podia haber hecho por su amor; y que para quitar aquella carnal ocasion de junto á sí echase de su compañía aquella viejona; pues bien echaba de ver que de no haberse metido él de por medio en aquel negocio, pues su buena fortuna le habia traído á tal tiempo, se habia de ver oprobiosamente tratado en el juicio de una plena sala, adonde era forzoso si le hubiesen llevado haberle de visitar con su concubina; y que qué pareceria en un hombre de sus canas y honra hallarse en tal afrenta, porque él hubiera dado, cuando la cadena que cedió no bastara, hasta la camisa que traía vestida; y esto hablaba con tanto seso y arte, que parecia un orador muy prudente, sin que se pudiese sospechar lo malicioso y cauteloso de su disposicion. A que le respondió disculpándose en cuanto al delito, y que en lo demás que decia, ya tenia pensada una cristiana expedicion, si bien con harto furor amelinado contra quien le habia levantado aquel testimonio; pero Fernando le rogó se quietase, y lo padeciese por Dios, y viese cuán bueno era tener tales personas como él en su compañía, pues por su respecto se habian aventajado tantos disgustos, y seria lo mismo aunque fueran de mayor cantidad, con que disponiéndole la cama en su acostumbrado cuarto, se fueron todos á recoger, pasándose mas de una hora sin que Fernando admitiese el sueño, muerto de risa de considerar el bien pegado chasco, ya que no se le habia podido dar hurtándole algo de casa, pues tenia las llaves falsas para abrirla. Pero, como ya dijimos, habia mudado lo importante á la custodia de otras diferentes, no habia tenido ocasion de ello; y habiendo amanecido, oyendo el jóven á su cuidadoso padre andar como solia, poniendo y quitando alhajas y trastos de una parte á otra, con un nuevo modo de enmienda en sus vagamundas acciones, en calzon y jubon le salió á ayudar á limpiar y componer lo que él vió era necesario, con que le agradó mucho, y le dió á pensar que seria bastante la necesidad que Fernando habria pasado fuera de su casa quizá á reducirse á entender y ejercitarse en cualquier ejercicio, sin alcanzar en el calumnioso modo con que lo hacia. Y acabando de vestirse unos y otros, hablando el burlador mancebo al ya desenojado caduco, le dijo :

Bien vió vuesa merced la accion que usé anoche con aquel ministro de justicia dándole la cadena á título de redimirle y sacarle de aquel aprieto en que le hallé, lo cual hice con el celo de la conservacion de ese venerable honor que tanto estimo, pues ya como mas desengañado conozco las obligaciones á que debo acudir, y

con deseo, como lo tengo propuesto, de tratar verdad de aquí adelante, le suplico no haya sido parte mi liberalidad á padecer en una rigurosa cárcel alguna molesta prision por el valor de ella, pues le hago saber es de un grande amigo mio que me la dió en confianza para empeñarla por mi órden y pagar una deuda que debia. Y yo, viendo á usted enojado y excusarle el daño y descrédito que le podria venir, usando de cortés generosidad, se la entregué; y así, le ruego no dé lugar á que yo caiga en tal trabajo, pues de no acudir á darle el valor de ella al ejecutor para que él la pueda volver, y yo á su dueño satisfacerle haciendo lo que me encargó, como tengo obligacion, será ocasion de quedar yo infamemente reputado, y que juzguen que la he vendido y empleado su monto en los acostumbrados vicios que de mí saben, cosa á que usted, por ser su sangre y causa propia en lo que la consumí, no debe dar lugar; que si me hallara con caudal para poder hacer esto sin darle cuenta de ello, crea de mi advertido conocimiento, en que ya he caído, lo hiciera, trocando con mucha voluntad el quedarme destituido de remedio por excusarle este disgusto.

Quedó Valeriano, oyendo este soliloquio, pasmado, porque todo lo que era pedirle aun seis maravedis le causaba notable desconsuelo, y tanto, que reventando de sentimiento, daba gritos como un loco, diciéndole á Fernando que quién le habia metido á él en hacerse tan magnífico á costa de bolsa ajena, y que no servia de mas que de darle pesados disgustos, pues él hubiera compuesto la ejecucion á que aspiraba el alguacil con cuatro reales mas de los dos que le habia ofrecido si á él no le hubiera traído su mala suerte en aquella ocasion, haciendo muy de la majestuosa persona semejantes traiciones contra la idolatrada plata, que con el enojo que tenia no habia reparado en la dádiva. Y oyendo el fingido mancebo este alboroto, callaba humilde y simuladamente, aunque decia que á lo hecho no habia mas remedio que mostrar valor, si bien él estaba muy pesaroso de haberle dado pena con lo mismo que imaginó que mas le agradaba, pero que su mala fortuna no daba lugar á que sus obras pareciesen buenas, y que así él se ausentaba de la ciudad para no ponerse á padecer los daños que por aquello le podrian venir, desterrándose de su patria á trueque de que él guardase su avariciable dinero. Con que el lastimado mohatrero, gimiendo por la que ya juzgaba difunta cantidad, se la entregó con mil maldiciones, diciendo que si él fuera á dar cuenta á un juez superior, no se hicieran con é aquellas bellaquerías; pero que lo excusaba por no aventurar, ni su reputacion ni la del ministro, quien podria ser le fuese causa de mayores daños si tal hacia. Tomóla Guzman, y en breve tiempo la partió con el ejecutor, contándole graciosamente las cosas que habia dicho su tío, desposeyéndole de ella, quedando Valeriano dando mil nuevas trazas para hacer alguna crecida logreria para suplir aquel que decia habia sido hurto á letra vista. No se descuidaba Fernando de darle pesadumbres á su anciano padre, antes se las procuraba

por diferentes y no usados medios, á título de acortarle los pocos dias de vida que su senectud prometia, por entrar de hoz y de coz á gozar de toda la recogida pella con nombre de su hijo natural, de que ya habia hecho artificiosamente una falsa informacion para echarse sobre todo luego que, como dicen, cerrase el ojo, suponiendo en ella ser su madre una criada de la que le habia parido, habiéndole habido en ella quitándole su honestidad.

Y así, luego que se volvió á agregar á su compañía, trató un dia de sacarle á holgar á una heredad de campo cerca de la ciudad, que era de un conocido suyo, quien le dijo le habia dado licencia para hacerlo, proponiéndole al avaro extranjero desear divertirse de sus muchos y cansados negocios que juzgaba le damnificaba la salud, dándole á entender cómo hacia el gasto de aquel festejo otro su conocido por el cumplimiento de sus floridos años, quien le habia convidado, y pedídole le llevase á él al convite. Siendo así que el bellaconazo le costeaba todo solo á fin de efectuar sus pensadas burlas, si no sucedia como imaginaba en la salida, teniendo avisados á los de la confederacion que si á las seis de la mañana no estaban allá con ellos, no los esperasen. Y aunque el viejo le replicó por no dejar sola á Elena en casa, le redujo Fernando á que madrugarian, y volverian temprano á ella, pues ya le tenia buscada una buena cabalgadura en que fuese, muy mansa y de lindo y aseado paso. Con que viendo Valeriano el ruego y que solo aventuraba en aquella ida el gastar algo mas sus encías comiendo de mogollon, pues los dientes y muelas ya habian pasado su carrera, dijo se prevendria para el domingo siguiente, que era cuando su hijo decia habian de hacer el alegre viaje.

En el interin que se llegó la hora de la plazada fiesta, se fué Guzman al meson que llaman del Blanquillo, que está en el barrio del Candilejo, donde sabia se aposentaba de ordinario un mozo de mulas conocido, llamado Animacolorada, al cual contándole la buena obra que á su padre le queria hacer, le rogó le diese la caballería que de mas malas mañas y resabios tuviese, y aderezada con una silla y guarniciones que él le daria, para el domingo que se seguia se le llevase muy de mañana á casa del engañado viejo, diciendo que don Juan, su señor, le enviaba, pues con esto pensaba acabar de una vez con él para salir de duelos en lo temporal, sin reparar en el delito que cometia contra Dios, ni riguroso castigo que suele dar á quien no pone enmienda en sus pecados, entrando mediante la buena diligencia del cosquilloso y molhino animal, del que ya juzgaba difunto de algun buen porrazo que le diese. Aprendió el mozo, mas bellaco que bobo, la instruccion que se le dió cogiendo un doblon por paga, y con tanta atencion estuvo, que llegada la hora señalada, fué á casa del avariento extranjero con una aderezada y peinada mulita, tan compuesta y aseada, que parecia una oveja mansa; y dándole á Fernando el supuesto recado, al punto trató de que se pusiesen á caballo, tomando él uno harto brioso que á la puerta tenia, haciendo subir al desani-

mado viejo en la maliciosa galiciana, ayudándole á ello Animacolorada, á quien como á su dueño conocia el receloso animal, y de quien se dejaba sujetar, y no de otra persona si no era con mucha dificultad, menos que yendo en mucha tropa de cabalgaduras. Y apenas hubo aderezado en la silla á Valeriano, cuando de intento se desvió de junto á él, y á toda priesa se encubrió traspasando la esquina de la primera calle; y conociendo la mula el liviano costal de huesos que tenia á cuestras y mala sujecion de freno que se le ponía, cuando empezó á saltar de piés y manos, dando tan temerarios corcovos, bufidos y vueltas, que traia al viejo bailando sobre los lomos, dando dos mil gritos á su hijo, que de astuto intento se habia dejado ir á buen paso con su caballo á título de que guiaba. Y como era la salida luego que amaneció, no habia en toda la calle persona que le favoreciese, de manera que, asido de la silla y clines, rendido como un atun sobre el arzon, se dejó ir adonde la coceadora irracional le llevó, que á toda carrera partió al meson de donde la habian sacado y tenia su compañera; y al entrar de la puerta, atajándola el mozo de paja y cebada, levantando las ancas por quitar el estorbo que se le oponia, dió un brinco tan alto, que, despidiendo la carga, le hizo medir el suelo con cabeza y piés al arrepentido caminante. Y viendo la gente de casa aquel anciano espectáculo tan maltratado, decian que habia andado muy mal el mozo de mulas en dar aquel endemoniado animal á persona de tanta edad. Y ya que cargaban al bueno de Valeriano para llevarlo á una cama, llegó Fernando á toda priesa, haciendo muy del sentido, diciendo que semejante engaño pedia un cruel castigo, dándole á entender á su padre y á los demás que allí estaban haberle engañado á él quien le prestó la cabalgadura, pues le habia dicho que era suya y no de alquiler, y tan mala, disculpando al mozo dueño de ella, que como se veia habria sido mandado de don Juan, quien á él se lo prometió, por no darle en la que de ordinario andaba. Y no dilatando el remedio que pedia el daño y tormento recibido de su tío, desistiendo con aquella droga de la ida al campo, y mas por cumplimiento que amor ni pena, le hizo llevar en una silla de manos que buscó á su casa, adonde fué en via recta, llevando un médico y cirujano que le vieses y hiciesen sangrar, como se ejecutó así, viéndole lleno de cardenales, y no de Roma. Mas Fernando lo hacia con fin de enfriarle las venas y dar con él segunda vez adonde la mula, de suerte que en tres ó cuatro dias que le duró el molimiento de los acabriolados corcovos estuvo muy al cabo de la vida, y mas con ayuda de costa de los físicos, que por voto de Guzman dieron en sangrarle muchas veces, por haberle oido á él habia mas de treinta años que no se le habia roto vena de su cuerpo. Pero sin embargo del buen deseo de su hijo, mejoró poco á poco, teniendo en el interin que cobró bastantes fuerzas á Fernando en la inteligencia y manejo de sus fraudulentos cambios, mostrándose en ello para con el dolorido convaleciente muy fiel y puntual, de donde, como á quien andaba entre la miel, sacó pegados

no pequeña cantidad de reales de á ocho, que despues desperdió en pocos dias, con cuya burla ocasionó á los chulos de la ciudad á que cantasen públicamente estos versos :

Salió la misma avaricia
Una mañana en disanto
En una mula mohina
A dar langosta á los campos.
Y conociendo la peste
Quién llevaba cargado,
Que hay bestias que huelen luego
El hedor de algun contagio,
Bailando como arlequin
Sobre maromas de esparto,
Al señor amo traia
Sobre la silla danzando.
Tomó las de Villadiego,
Que muchos las han calzado,
Y en lugar de obedecerle,
Quiso quebrarle los brazos.
A la puerta del meson,
Que es su aposento ordinario,
Le dijo aquello de *in terra*,
Mas no paz, pues fué rodando.
Entre los piés le traia
Al misero Valeriano,
Sin que alli le aprovecharen
Plata ni bolsas de cuartos.
Acuérdate que eres tierra,
Le dijo huyendo y bufando,
Y en la frente se la puso
El golpe de un gran guijarro.
Acudió la mesonera
Compasiva de aquel caso,
Y en pié le puso, que algunas
A ratos hacen milagros.
A su casa le conducen
En una silla de manos,
Y de seguidillas muere
Que el hijo le está cantando.
Que hacienda que no aprovecha
De servir á Dios ni al diablo,
Si no se vuelve carbonos,
Será una causa de espanto.

Ya estaba medianamente opinado Fernando con su padre por haberle visto tan compadecido de su achaque, pues fingia querer llamar á desafio á quien decia haberle dado tan maliciosa mula, engañando al viejo, el cual se afligió notablemente, y le rogó que dejase aquel intento, que él daba por muy bien pasados los golpes, coces y manotadas de la bestia á trueque de que no se aventurase á perder la vida en el aplazo, proponiéndole serian para él duplicadas desdichas; si bien lo hacia temiéndose de que, si era verdad el caso, como creia, matando Fernando al don Juan que habia dicho que era dueño de ella, le habia de costar su dinero, que sentiria harto; y si él quedaba en la estacada, le causaria no pequeña pena, aunque no sé si tan grande como la contraria, que oyéndole Guzman pedirle lo mismo que él habia de procurar fingir por algun camino, le dijo cesaba solo por darle gusto, aunque pensando habia de armarle otra burlasca zancadilla, si no se le estorbara, con que sacarle un par de bien embutidos talegos; mas ya que no pudo por aquel medio, no contentándose con lo que le rapaba en lo que vendia, y siendo sucesor entrar á ser dueño de todo, la ejecutó en la forma que se dirá.

Sabia el bellacon de Fernando cómo Valeriano tenia

un hermano en el ducado de Borgoña, de donde era natural, el cual habia que no comunicaba con él mas de veinte años, á causa de haber estado en varias y dilatadas provincias, donde no tenia seguridad de tiempo para entablar continua correspondencia con él, si bien guardaba algunas antiguas cartas suyas entre muchos papeles que los dos habian manejado, de donde con linda maña contrahizo la firma en una que escribió falsa, y la llevó y echó por una rejuela en la sala que el correo mayor de la ciudad tenia, donde recibia y daba las que llevaban y traian sus diligentes postillones sobrescrita para Valeriano; y hallada que fué por el oficial del despacho, la puso entre las demás del número de Gibraltar, que era el dia que habia llegado aquella posta, imaginando que al sacar las demás de la balija se habia caido en el suelo; y viéndola entre las otras en el usado cartel que llegó á mirar el engañado viejo, que buscaba las que le venian de sus correspondientes, la tomó, y abierto que la hubo, se le fué á los ojos la asimilada firma de su hermano, y sobre tantos años que no habia sabido nada de él, se alegró sumamente, y dando de mano á muchas que tocantes á sus cambios habia recibido, leyó la fingida, si de é creida por verdadera misiva, que comenzaba como se sigue :

«Hermano y señor mio : Porque no pide la priesa y riesgo en que me hallo dilacion, no me alargó en esta mas que á dar cuenta á usted como desde la provincia de Sicilia y puerto de Mesina, sin intencion ni registro para tomar este, me ha traído el tiempo y fortuna á él, donde habiendo escapado del naufragio, cuando no procuraba salvar mas que la vida, fué Dios servido que no perdiese mi caudal, que serán hasta cincuenta mil ducados en mercaderías, tan corrientes como poco voluminosas, para cuyo cobro necesito que nos veamos con brevedad; y porque quedo con un fatigado achaque, de que no queria dar cuenta por la pena que sé recibirás, mas considerando tendré mejora de bienes y salud solo con el gozo de nuestra comunicacion, por prometérmela temprana, si dilatada á mis deseos, no hiperbolizo ni canso. Salud, etc.

» Gibraltar, 18 de mayo.

» GUILLERMO BATIBILA. »

Y luego que dió fin á la falsa firmada, le saltaba el codicioso corazon de placer, no por ver á su hermano, de quien no ponía duda que era, sino por entrar de hecho al manejo de aquel número de ducados que referia y hacer con ellos veinte montas mayores de marca cada hora; y ya se consideraba con lo que él tenia pobre y descaudalado, anhelando con ansia de agarrar lo que pensó verdadero. Y así que muy al disimulo se le puso delante Fernando, le dió parte de todo con grandísima alegría, diciendo no adquirirla por otra cosa mas que á él le quedase con que sustentar el honroso pundonor en que su natural le habia puesto, juzgándose dueño de lo que cuando fuera verdadero era ajeno; á

que Guzman le respondió que lo estimaba como debía, y mas por conocer á su tío, de quien tantas veces le habia oído referir sucesos varios, tratando de que no se dilatase el viaje, que era lo que á él le importaba; y aunque se halló Valeriano embarazado con haber de dejar su casa y almacén sin la guarda conveniente, cosa que le entibiaba su placer, dieron orden de variar las mercaderías de él; y por no dejar en confianza á nadie venderlo todo si hubiese quien lo pagase de contado, ó aunque fuese la mitad al fiado, como en dos ó tres días, por solicitud y disposición del mañoso hijo se hizo y entregó á Fabricio Távares, un rico portugués, quien se obligó despues de pagado lo que de presente pudo, por el resto que quedaba que lo daría á Fernando dentro de un año, de que le otorgó escritura. Hizolo así el civil avaro por haber visto en él las simuladas y de él ignoradas muestras de recogimiento, queriendo por aquel camino, haciendo de ladron fiel, asegurarle y darle á entender eran principios de lo que deseaba acreditarle, con que se saboreaba el gastador mancebo. Y de esta suerte efectuado, quedó la despoblada casa con solo el anciano fuste y malas ordinarias alhajas que tenia, reduciendo toda la plata y joyas que estaban sepultadas por mano de Valeriano á estimados doblones por moneda de menos bulto y embarazo, y porque con ellos llevaba pretension yendo á puerto de tantas ocasiones, si acaso la hallaba á su propósito, arrojarle á hacer un grueso empleo con que acrecentar seis ó ocho mil ducados, á mas de cuarenta mil, que eran los que en nueve talegos que encerró en una fuerte, si no moderada, arca de incorruptible cedro, donde pensó que iban bastante seguros; y de este modo dispuesto, encargando el cuidado de aquella que quedaba desierta morada á la antigua sierva, una tarde se embarcaron en el rio Guadalquivir en una fletada y bien dispuesta falúa, y en menos de veinte y cuatro horas se pusieron en la ciudad de Sanlúcar de Barrameda, adonde, procurando pasaje para Gibraltar, hallaron un barco luengo, capaz y famosamente aderezado, que iba de allí á cuatro dias á aquel puerto á cargar de diferentes mercaderes cantidad de hacienda.

En estos pues ordenó Fernando que á la posada donde se habian aposentado, como que iban á visitarle á él, fingiendo conocimiento antiguo, fuesen dos maestros, uno de carpintero, y otro de cerrajero, y con atención vieses la velada arca, aunque estuviese allí su padre, que un punto no se desviaba de junto á ella, y á toda prisa hiciesen otra de su mismo tamaño, chapada como estaba, y de suerte que de la vista á la que habian de hacer no hubiese diferencia, prometiendo pagarles la apresurada diligencia, trabajo y secreto, que les encargó guardasen, diciéndole al cerrajero que en cuanto á las guardas y tamaño de la llave fuesen las que pedia una que él le dió, que fué de las que antiguamente habia falseado, para que haciendo la de su padre á la nuevamente forjada arca, dudase la causa del suceso que le parecia. Y con esta instruccion dentro de dos dias la tenian los bien pagados artífices hecha tan

N-2.

asimilada en tamaño, madera, labor y color, que no habia diferencia de una á otra; y sin mas dilacion, llenándola parte de trapos viejos y pedazos de pesada madera, carbones y tierra, de suerte que no excediese al peso la otra, poniéndole sobre todo ello un atemorizador epitafio, la cerraron y dejaron cual los cofres del Cid en casa del herrero hasta la hora que conviniere su movimiento.

Descubrióse Fernando al arraez del barco, diciéndole que por haberle hallado persona de capacidad y secreto le fiaba el suyo, contándole el deseo que de quitarle el oro trocándole la caja al guardoso viejo tenia, pidiéndole favor y ayuda para ello, prometiendo pagarle espléndidamente, y que facilitándolo él, no tenia que tener escrúpulo de ello, pues por ser su padre y sin otro heredero interesado, bien podia arrojarle á hacerle aquel tiro, que todo al cabo de sus dias habia de ser suyo, y solo se adelantaba á quitárselo por verle tan mezquino, y que no le acudia con lo necesario para sus gastos, y otras tramoyas, como formadas de su frauduloso y sutil ingenio. Y viendo el maestro de la hija de Neptuno su proposicion, asentaron que el dia y hora que se hubiesen de partir enviase la suya á bordo del barco, la cual esconderia de manera que no se viese; y luego á la primera noche de la navegacion, dormido que fuese Valeriano y marineros, entre los dos con linda maña se la quitarian de junto á los piés del cadelecho, donde decia que la habia de llevar, y le pondrian en su lugar la sin provecho, dándole por memoria á Fernando que en Gibraltar, llegados que fuesen, la habia de entregar en una casa que le señaló, donde acudir por ella pudiese cuando quisiese, sin que le faltase un clavo de todo, con que quedó contento el mancebo, quien sin otra dilacion envió la arca que él mandó hacer, recibíendola el barquero y poniéndola adonde ordenado tenian. A la siguiente mañana trató de partirse, disponiéndose Guzman y su padre con bueno y sobrado matalotaje, como cosa que él habia comprado para regalarse, y al ir refrescando la tarde los recibió el asalitrado cristal en sus hombros. Fueron navegando con favorable galerno toda aquella noche, en la cual usaron el arraez y Fernando de su confederado arbitrio; y al ir sacando el arca de los doblones y á ponerle la de las inmundicias pareció que entre sueños decia Valeriano: Llénenlo, que como se ganó se va. Ellos entendiendo que los habia oído responderon: No la llevamos, sino la mudamos hácia la proa por igualar el peso al barco; ¿quiere vuesa merced que lo hagamos? Y como no respondió mas, aunque prosiguieron en quitarla y poner la otra, se llegó Guzman á él y le tocó, y como vió que dormia y habia hablado soñando, y no á ellos, aunque á propósito en el delito que ambos cometian se aseguraron del temor que habian cobrado de ello.

Dieron fin con brevedad á su navegacion llegando á Gibraltar, y tomando posada, si bien al archivo del oro se la dió el arraez y piloto en la parte que habian conferido. Y deseando Valeriano saber dónde se aposen-

taba Guillermo, su hermano, el cual tenia y creia, como hemos dicho, que le llamaba, preguntándolo al huésped de casa, y si sabia de unos mercaderes que derrotados pocos días habia, habian llegado allí desde Mesina, le dijo cómo aquella naveta se habia vuelto á hacer á la mar el día antes á causa de haber tenido los interesados en ella una muy gran discordia con el corregidor, y estado á riesgo de haberles dado por perdido todo lo que traian, imaginando el informador mesonero que otra á quien le habia sucedido lo que le contaba era la por que preguntaban; de que Valeriano recibió grande pesar por entender haber perdido algun gran pillaje; y aunque muy dolorido de ello, creyó esta nueva por ser mala, si bien Fernando se holgó mucho por venirle aquello á su propósito para encubrir su traza dada, cuando de él algo se sospechase. Y saliendo otro día de casa, se informaron mucho mejor de algunos hombres, ricos mercaderes, á quienes se dió á conocer diciéndolos á qué habia ido, y le respondieron lo mismo que su huésped, aunque no le dieron relacion del conocimiento de su hermano, porque dijeron que no habian estado los cargadores del navío en la ciudad mas que dos días. Sintiólo mucho el desvanecido extranjero, y su bastardo hijo tambien mostraba sus ceremonias de disgusto, diciendo que lo causaba el ver así á su padre, con que el ansioso Valeriano aun tenia necesidad de consolarle; y queriendo volverse á Sevilla, trazaron de no hacerlo sin emplear el caudal que llevaron en algunos géneros que de extraños reinos habia en aquel puerto para restaurar los gastos del viaje, y menos valor de la hacienda que habian vendido, y á todo callaba Fernando, el cual se reia de las proposiciones de su padre, quien en breve espacio efectuó hasta cuarenta mil ducados de plata, comprando cosas ricas y varias, de que juzgó sacaria una gruesa ganancia; y dejando en casa de sus dueños la hacienda apartada hasta remitir á cada cual lo que se debiese en los bien bruñidos doblones que pensó tenia en la posada, yendo á ella, y abriendo la trocada arca, halló sobre las sucias y referidas inmundicias un pedazo de bayeta negra con una calavera de papel blanco curiosamente cortada, y cosida con dos huesos hechos de lo mismo en forma de cruz, y todo como Fernando lo habia puesto, y unos versos que decian:

Luego que de aquella caja
Se convirtió su metal
En este civil caudal,
Se vistió aquesta mortaja:
Tu codicia aquí se ataja,
Valeriano, pues se queda
Mal comida y sin moneda;
La avaricia la ha causado;
Y así, en su mismo pecado
Pobre y castigado queda.

Falto de razones se halló el confuso viejo, y tanto, que cayéndose de su estado, dió un gran golpe desmayado en la tierra, á que Guzman acudió con fingidas lágrimas, dando voces á la gente de la posada, que subió arriba; y sabiendo lo pasado y viendo atemorizado

y lastimado al cauteloso mozo, se maravillaban del caso, y animándole como si lo hubiera menester, hizo que volvía en sí, y Valeriano con temerarios suspiros decia: ¡Ay hacienda mía, y cuánto os habia yo guardado! Y ayudábale Fernando con otros clamores al mismo tono, haciéndose muy del compadecido diciendo: Yo soy quien pierdo todo esto. Y conociendo los presentes que mas convenia se acordase su padre del alma que no que imaginativo en su pérdida se enajenase del juicio con el pesar de ella, llevado de la aprension de aquella falta en que el demonio ayudaria su parte para apoderarse de él, le comenzaron á exhortar en que no se acordase de los bienes temporales de esta vida, pues eran perecederos y sin provecho, y mas cuando no se usaba bien de ellos, sino que sosegado su espíritu, puesto en la verdadera riqueza, que es Dios, le pidiese buena muerte y conocimiento con dolor de sus pecados; y haciendo á su hijo que le desnudase, se halló arrepentido de haber hecho aquel robo, viendo el espectáculo de su padre, que no entendió sucediese tal, si bien por no afrontarse no quiso volver el dinere, aunque pudo; y llevando á la cama al viejo, le miró quieto un rato, no tardando de saberse en toda la ciudad aquel caso, de que echaban unos y otros varios juicios sabida la vida del enfermo extranjero.

Llegó tambien á noticia de los mercaderes que le habian vendido la cantidad que se oyó, con que se hallaron desistidos del efecto del trato; y tambien lo supieron algunos religiosos, que en un instante llegaron á la posada de Valeriano, á quien hallaron fatigadísimo y solo con su hijo y causador de su daño que le acompañaba; y viéndole que todo era suspirar por su dinero, los virtuosos varones le amonestaron se divirtiese de aquel pensamiento, y hicieron que con uno de ellos se confesase con mucho dolor de sus culpas y que diese grandes gracias á nuestro Señor por todo lo que le habia sucedido, como lo hizo con muestras de un verdadero arrepentimiento. Y luego al punto habiendo sido visitado de un docto médico, quien dijo que la fiebre de aquel repentino achaque le habia accidentado y maltratado el corazon, y que le sentia muy falto de pulsos, y ordenó que le diesen los santos sacramentos, como sir dilacion se ejecutó, y hizo su testamento, dejando por heredero de los pocos bienes que pensó le habian quedado á Fernando, y luego aquella noche murió; con que el travieso mancebo, haciendo excesos de público sentimiento con muestras de mucho amor, le hizo un grandioso entierro y decir muchas misas por el alma de su difunto padre, para quedar acreditado, viéndole tan compasivo y pesaroso. De allí á cuatro días trató de volver á Sevilla, habiendo pagado todos los gastos hechos con el valor de unas vueltas de cadena que de un dinario traia el viejo debajo de la ropilla. Y hablando con el patron del barco, le dió nueva de aquel caso, y le aseguró mas el que no tenia que formar escrúpulo en lo del arca, pues ya como á hijo heredero le competia, si bien habia muerto el dueño de ella con la armada de costa del susto que se le dió; y sabiendo que

» aquella tarde se habian de partir, asentando que sin embargo se metiese la arca con todo secreto para conducir la riqueza de ella á su poder, sin temor de persona alguna que se lo estorbase, no reparando en el de Dios, que justamente juzga las obras de los mortales; y así, aquella noche dieron la gruesa lona al viento, y apenas habian entrado una legua á la mar, cuando les sobrevino impensadamente una furiosa tempestad que los tuvo anegados, clamando á Dios y á sus gloriosos santos por el favor y misericordia que con los pecadores usa, ofreciendo unos y otros enmienda de sus vidas, misas y visitas de milagrosos santuarios, con que fué Dios servido se aplacó la tormenta y castigo que les amenazaba; y habiendo amanecido, se hallaron mas de veinte leguas la mar afuera para donde habian puesto la proa la noche antes, aunque con poca vela, por no dar á la costa, donde se harian pedazos; y viéndose desvalidos, porque cuanto habia en el barco habian echado á la mar y el arca de la riqueza, pues el arraez decia que ella era la causa, como otro Jónas, de su trabajo, muy enojado con Fernando porque le habia metido en ello, adonde dieron con dos galeotas de moros cosarios, que embistiendo con ellos con poca fuerza, los cautivaron á todos, y llevaron á la ciudad de Argel á tan buen tiempo, que estaba un religioso de la orden de la Merced tratando del rescate de muchos; y procurando Fernando verle por saber habia ido á consolar los cristianos presos, que luego corrió la voz del pillaje, le dijo cómo tenia en España cantidad de hacienda con que poder pagar lo que por él diese, y le ofrecia añadir algo mas para ayuda á aquella limosna, rogándole con grandísimas muestras de afliccion procurase sacarle entre los demás rescatados, haciendo que los demás compañeros tambien se lo pidiesen, y particularmente al patron del barco, el cual le dijo al padre redentor cómo era hombre poderoso Fernando, y que le habia prometido á él enviarle luego que volviese á Sevilla lo que costase el sacarle de allí, por haber conocido tener tanta culpa en aquella desgracia á todos sucedida; con que el compadecido conventual trató luego con el amo de Guzman, que ya estaban él y todos los demás repartidos, del precio de su libertad; y dándole trescientos ducados de plata, quedó en su compañía libre, y los demás por falta de dinero apisionados y puestos en público pregon; y volviéndole á asegurar Fernando á su arraez que no se descuidaria de enviar por él, de allí á dos dias se embarcó en compañía del religioso con todos los redimidos, si bien él fuera del número de la limosna, como tratado habian. Llegaron á Orán, y de allí á Sevilla, donde habiendo ido el mancebo á la casa de su difunto padre, se apoderó de ella como de cosa suya, si bien se lo procuró resistir Elena, que ya habia sabido la muerte y suceso de su amo, diciendo que aquella posesion la habia comprado su señor con dinero que ella le habia dado á guardar recién venido de su patria muy pobre; y como Guzman no enseñaba los papeles y testamento que habia sacado en Gibraltar por habérsele perdido con lo

demás en el naufragio, hacia piernas la embelecadora vieja; pero con el primer correo escribió Fernando al mesonero donde habia muerto su padre, á quien habia dejado bien pagado; y dándole cuenta de sus trabajos, le envió otro traslado del testamento del difunto avariento, con que se frustró el intento de la engañosa Celestina, que pretendia por aquel camino tomar venganza de la mala tercería que el mozo la habia hecho en el lance del amancebamiento; y vendiendo Fernando la escritura de obligacion que el portugués le habia otorgado de las mercaderías cuando fueron á Gibraltar, le dieron aquella cantidad, si bien con algo de pérdida por haber de esperar el que la tomó á que se cumpliese el plazo. Remitió Fernando al padre redentor la cantidad de su rescate y mil reales mas de limosna, cumpliendo su palabra, y con lo que le quedó, sin acordarse de la dada al patron del barco, volvió á continuar sus malos vicios y gastos, como si no hubiera visto el rostro airado de la fortuna y el pago que el mundo ofrece sin temor de la ofensa de Dios, cuando en menos de dos meses jugó y gastó todo su caudal, y solo quedaba la lóbrega casa, desierta de toda composura y puesta en almoneda; y el desdichado patron metido en una mazmorra despues de haber perdido su barco y hacienda, sin tener razon de su libertad, que hubiera intentado por otros medios si Fernando no se lo hubiese prometido, aunque le habia escrito dos ó tres cartas que habia recibido encaminadas por Orán, no habia hecho caso de ellas; de manera que considerando el trabajado cautivo que no le respondia ni hacia caso de él, le escribió á un grande amigo suyo lo que pasaba para que le disculpase con los dueños de la hacienda que habia cargado, y cómo aquel mal hombre, despues de haber sido causa del daño de tantas personas, pues él no lo atribuía á otra cosa, no habia cumplido con la palabra que le habia dado de enviarle para su rescate, pidiéndole se viese con él y le hablase sobre aquel caso.

Ejecutóse así, y sacado Guzman al campo por el conocido del patron, le fué pedida la causa de aquel descuido que se le escribia; pero Fernando, que se hallaba como aburrido de verse cada dia con malos sucesos, le respondió tan agriamente con tanta cólera, que obligando al contrayente que delante tenia á sacar la espada, y él la suya, recibió dos estocadas que le dió el contrario; y llevado á su casa por la gente que acudió, no se pudo averiguar quién se las habia dado, por haberse ahuyentado con priesa el agresor, ni él querer por su propio honor decirlo, por no sacar á luz las tramoyas pasadas, aunque estuvo muy apretado de las heridas. Mejoró un poco, y haciendo venir allí á su amigo don Tomás, que ya era sacerdote, abrevió en la venta de las casas, como se hizo en cantidad de cuatro mil ducados, y de ellos remitió el rescate del arraez, que fueron doscientos y ochenta en plata, por orden del mismo padre redentor que á él le habia traído, como quien sabia en la parte que estaba, y dos mil gastó en misas y sufragios por su alma y la de su padre, y

doscientos le dió á la antigua criada, y con lo demás que le quedó, despues de hechas algunas pequeñas restituciones que debia, se fué á la casa y hospital de San Juan de Dios de Granada, donde tomó el hábito de hermano lego, y haciendo harto penitente vida sirviendo á nuestro Señor en el ejercicio de la caridad y cuidado

de curar á los pobres que allí llevaban y pedir con mucho afecto y amor limosna para ellos, se halló gustoso reconociendo los peligros en que por sus pecados se habia visto, dando infinitas gracias á Dios de que le hubiese abierto los ojos y dado tanta luz del conocimiento de sus yerros.

NO HAY DESDICHA QUE NO ACABE,

POR UN INGENIO DE ESTA CORTE.

CAMINABA por aquel cerrado monte que llaman de la Rabida, y tiene su sitio entre la opulenta ciudad de Lisboa y la grande é ilustre villa de Setubal, un caballero portugués de los mas ilustres en sangre y mas rico de renta de aquel reino, acompañado de solo un criado, en sendos rocines de campo, que por tener en aquellos contornos algunas jurisdicciones se permitia á la ausencia de la corte, gastándola en el beligeró ejercicio de la caza. Cogióles la noche, que por ser á la entrada del erizado noviembre vino con ceño, amenazando con su oscuridad y tinieblas ocultar sus sendas al mas advertido y cursado en ellas. Receloso caminaba el caballero, cuyo nombre era don Vasco de Almada, de lo que le sucedió, pues en breve tiempo se halló fuera del camino sin determinarse en la eleccion de los pasos; y despues de algunas vueltas que dieron al intrincado y áspero obelisco, que siendo árbitro de la tierra es atalaya del mar, sin hallar salida alguna, resuelto don Vasco á esperar el dia en aquella maleza, se apeó de su caballo, y asimismo su compañero, y atándolos á un carrasco, de que se inunda la espesura, se sentaron sobre un peñasco, mudo testigo de su fatigado espíritu. Pequeñas treguas habian dado al descanso cuando los alteró el ver pasar y atravesar el monte un bulto blanco. Asombrado quedó el criado viendo la no pensada figura; pero don Vasco, á quien la sangre no permitia algun género de cobardía ni de temor, sacando la espada, le siguió algunos pasos diciendo: Fantasma ó sombra temerosa de estos escollos, águarda; á cuyas razones se detuvo el temeroso y horrible bulto, en quien poniendo la punta del trasparente acero, le dijo así: Suspended, 'gallardo jóven, el hierro noble, que no soy como imagináis fantasma ó sombra, sino un hombre á quien desdichas nunca escuchadas de humano oído persiguen y han puesto en este triste y miserable estado. Pues ¿cómo, le replicó, en este te hallas? Si no tuviéades molestia, dijo el desdichado bulto, en oír mis naufragios, yo los refiriera, porque si no remedio, lágrimas daríais al escucharlos. Mas sintiera, replicó don Vasco, ignorar tus males que perder en perlas la margarita, la plata en flores, y el oro en minas; y así, lleguemos allí donde está un criado mio, guarda de unos caballos que están libando en la menuda grama con dientes de marfil es-

meraldas menudas, y allí con piadosa atencion los escucharé. Llegaron al sitio referido, y viendo el criado el bulto, que pensaba ser alguna alma ó vestigio de aquellas selvas, se apartó de allí, huyendo por entre los jarales, dando voces, sin valerle las que don Vasco le daba para que volviese; y viendo que era en vano, le dejó por entonces, hasta que el alba le descubriese; y así, sentado el extraño peregrino, con voz lastimada, atendiéndole el caballero, comenzó de esta suerte:

En Setubal, villa famosa de Lusitania, celebrada así por sus jaspeados muros como por su famoso puerto, edificios y maravillosas fortalezas, que dista de aquí legua y media, nací, no para la vida, ni para una muerte, pues esta conseguida, no padeciera tantas como en el discurso de mi historia oiréis. Soy de aquellos que en los tales lugares tienen el título de escuderos, que cuando en la propia tierra se llega á decir Fulano es noble, no hay mayor calificación de bien nacido. Faltaron mis padres á las puertas de mi oriente, para que en la misma ternura empezase la fortuna contraria á perseguirme con sus rigurosos y mortales efectos. Dejéronme con su muerte cuatro mil ducados, que su hacienda no era tanta como su honra. Estos y mi persona quedaron á cargo de quien dió muy mala cuenta de mí y de ellos. Era este un hombre honrado de la villa, igual á mi calidad, cuyo nombre era Juan de Melo; quedé en su casa en los brazos y á los pechos de una ama, donde alimenté mi tierna vida. Tenia Juan de Melo una hija de mi edad misma, con quien en los arrullos de la cuna imitaba principios de la vida; y saliendo los dos de la edad balbuciente, fuimos entrando en la puericia, uniéndose las almas con los juguetes, y siendo los dos sola una alma y una voluntad. Fué el tiempo creciendo, y en mí el sentimiento y el amor, en Fenisa el recato y el olvido, que como mi suerte era adversa, apenas me vió con el conocimiento de la razon, cuando comenzó á manifestar su venenoso efecto en mí.

Tenia Fenisa once años, y viendo su padre que aquella edad y la mia eran ya puertas para deseos mas gigantes, díjole un dia que yo, aunque estaba en lugar de hermano suyo, no lo era, y que ya estábamos en edad indecente para tanta union; y como ya en Fenisa hubiese entendimiento, conoció el riesgo, y obediente á

la intencion de su advertido padre, se retiró, si no de mi vista, á lo menos del trato hasta allí dichoso, para quien ha experimentado como yo el rigor de su falta. Miraba yo á mi dueño con mas sentimiento entonces que nunca, que siempre la privacion de la cosa amada dobla la actividad del fuego. Bien quisiera yo alguna vez decirle mi tormento y el estado de mi abrasado corazón, pero en mi corta edad eran menos las razones que los deseos. Padeciendo yo en este silencio, y Fenisa firme en sus retiros, llegamos los dos á edad de tres lustros, creciendo tanto en la hermosura como yo en adorarla: ¡quién pensara que despues de tantos años de finezas y union no habia de ser galardonado mi amor, mi constancia y mis afectos! Pues no quiso Fenisa ser excepcion de las demás mujeres en el nombre de mudables y ingratas. La fama de su belleza, no solo se dilató en nuestro lugar, sino en todos los demás circunvecinos, donde era tenida por hermoso milagro de naturaleza, emulacion de Vénus, vida de las estrellas, y muerte de los hombres; y así, los mozos mejores de la tierra rompian sus paredes y abrian sus ventanas, unos con suspiros, otros con músicas, siendo para mí los ecos puñales azules, y venenos las consonancias, que unos y otros me atravesaban el alma. Entre todos ellos el que mas se señalaba era Fabio, mancebo gallardo, noble y con bienes de fortuna. A este pagó Fenisa en cuatro meses de galanteo, desvelos con permisiones, y afectos con voluntades. ¡Ay de mí! que lo que no merecí en quince años, alcanzó mi enemigo en tan pocos días.

Eran mis rabias y tormentos tan grandes, que me arrojé á buscar ocasion de hablar á Fenisa y decirle mi sentimiento, por ver si se dolia de mis males; y hallándola, la dije de esta suerte:

Ingrato dueño mio, ¿cómo es posible que, olvidada de lo que soy y fuiste, te acuerdes solo de quitarme la vida? ¿Qué te hizo mi dolor, que no bastándole el padecer de tu olvido, le aplicas el penar de tu rigor con el desprecio de tu desden? ¿No soy yo el que desde los primeros arrullos de la cuna rendí mi libertad á la tuya, y como estrella á tus rayos participé tu aliento y claridad? Pues ¿cómo, fiera á mi llanto, helada á mi fuego, y ingrata á mi razon, entregas á ajeno dueño la libertad que el mismo cielo no niega ser mia? ¿Han de poder mas contigo cuatro meses de un cuidado que tres lustros de union hermanable? Mira que tienes mas de ángel que de mujer, y no será razon ostentar lo menos con la mudanza, por dejar lo mas con la piedad. Yo me abraso, ingrato dueño; muévate la causa que mi amante pecho publica; mira que si no lo haces, que diré á voces tu crueldad, tu mudanza, y con tan sentidas quejas, que solicite venganzas á ese azul pavimento contra tí.

La respuesta que me dió, si no fué la mayor desdicha para mí, fué la mayor disculpa para ella; en suma fué esta: Menos debes, Cardenio, á tu suerte que á mi tibieza, pues no sé qué fuerza oculta me aprisiona la razon que tengo para corresponder á tus finezas, que pone en olvido su satisfaccion, y así, quéjate de los as-

tos, y no de mí, que algunas veces he querido sentirme obligada, y este pensamiento apenas es recién nacido cuando es gigante el olvido; no puedo negarte que lo siento, pero quiero ganar esta disculpa á costa de tu desengaño: en lo demás de que te quejas no puedo darte satisfaccion alguna, que supuesto que no soy tuya, ni tu suerte quiere que lo sea, no hay para qué solicitarla.

¿Quién no quedara con este suceso desengañado, ó por lo menos conociendo la adversa fuerza de su estrella con determinacion de olvidar? Pues no fué así, que con mayor violencia me embistió la ardiente flecha de los celos, cuya activez dió en el polvorin de mi amor, y hallando tierno el pecho de mi juventud, reventó por los ojos su efecto en algunas lágrimas; y así, saliendo á la calle, apenas puse en ella los piés, cuando lo primero que vi fué á Fabio, que este es el nombre de mi venturoso enemigo, hecho argos de su cuidado y mi desdicha. Pudo tanto conmigo aquel colérico afecto de mis averiguados celos, que entrando en un aposento de mi tutor, tomé una espada suya, y salí á buscar á Fabio, que viéndome venir con ella desnuda, sacó la suya, y juntándonos los dos, como dos coronados leones, despues de algunos lances, fuí entonces mas venturoso para mayores desdichas, que alcanzándole una punta por cerca de los pechos, dió indicio de su desmayo, esmaltando con su sangre el suelo. A los golpes de las espadas habia salido Fenisa á una ventana, y viendo el desgraciado suceso de su amante, olvidada de mis dolores, empezó á convocar contra mí los vecinos, y con voces á la justicia, mezclando algunas palabras en mi ofensa. Llegó lo que deseaba, y sin resistencia alguna, entre algunos ministros me llevaron á un calabozo, y á Fabio á su casa con un mortal accidente. Supo mi tutor este suceso, y como él vivia ya con la mala intencion de pegarme la cantidad que mis padres me dejaron, holgóse de mi prision y desgracia, y empezó á decir mal de mí con desprecio en muchas ocasiones, solicitando mi ruina. Dieron buenas esperanzas de la vida de Fabio los que le curaban; y segun me dijeron, Fenisa le regalaba en su enfermedad con grande continuacion y cuidado. En este estado estaban mis desdichas, y en mí el amor mas firme; y así, olvidado de mi desengaño, quise escribir á Fenisa desde mi prision las noticias de mis cuidados y desgracias, pensando enternecerla con ellas. Tomé la pluma, y mas con llanto que razones, le dije de esta suerte:

Oiga quien alegre vive
Males de quien triste muere,
Para que si los leyere,
No ignore quién los escribe;
Y tú, dulce ingrata bella,
A quien adorando vivo,
Advierte en lo que te escribo
La desgracia de mi estrella.
Por ausente y por rendido
Merezca, señora, yo
Que lo que el labio dictó
Lo permitas á tu oído.
No espero de tu rigor
Piedad ni algun dulce engaño,

Porque bien sé que á mi daña
Nunca aplicas el dolor.
Si me acuerdo que te adoro,
Conociendo tu rigor,
Tan fuerte viene el dolor,
Que me abraso si no lloro.
Y aun no se apaga mi fuego
En este fuerte pesar,
Ni me da vida el llorar,
Porque en mi llanto me anego.
Que son del infierno cuantas
Penas padezco apercibo,
Pues que muchas veces vivo
A morir otras tantas.

No es mía mi voluntad,
Pues vive en prision ajena,
Y le sirve de cadena
Mi misma infelicidad.

El adorar un desprecio
Disculpa sea á mi llanto,
Que es fuerza que lllore tanto
Quien hace de un daño aprecio.
Vivo en prision tan contento,
Aun viéndome aborrecido,
Que por tí lo padecido
Da placer, siendo tormento.

¡Ay, Fenisa hermosa, en quien
A pesar de mi dolor,
Ayay es que hiela el rigor,
Hielo es que abraza el desden!
¡Oh si pudieran mis ojos
A tu belleza presentes
Mostrar entre sus corrientes
Las olas de sus enojos!
No lo dice mi dolor,
Señora, por obligarte,

Que si es posible el amante,
No el merecer tu favor.
No pido clemencia, no,
A tu crueldad en mi suerte,
Porque en brazos de mi muerte
La vida se alimentó.

En carácter convertida
Vive la memoria en mí
Desde el día en que perdí
Con tus amores la vida.

Mucho pudo tu deseo,
Y mas mi corta ventura,
Pues que ya de tu hermosura
Tan apartado me veo.

No admiro, no, la distancia,
Si advierto la diferencia

Que hay entre males de ausencia
Y el amar una inconstancia.

Yo no quiero algun contento
En esta triste prision,
Que á mi enfermo corazon
Solo es victima el tormento.

Llegó á las manos de Fenisa este papel, tan desgraciado como su dueño, pues sin leerle le admitió y arrojó en una gaveta, archivo secreto de mis males. Seis meses habian pasado en que viví muriendo en mi prision, y Fabio convalenciendo de su herida: en este tiempo se me fueron ofreciendo algunas necesidades que me obligaron á pedir á mi tutor alguna parte de mi hacienda para mi socorro; en efecto, por no cansaros con digresiones, mi tutor me negó la cantidad que ya os diré. Con esta nueva quedé fuera de sentido, y estuve muchas veces para tomar con mis manos venganza de mí mismo; quise obligarle con rigor de justicia; halléle padre de mi enemiga adorada; y así, por este último concepto me dispuse á desistir de mi pretension y dinero, y dejarlo en las manos de aquel que todo lo sabe, y á sus secretos juicios no hay nada que se oculte.

Tratóse de mi sentepcia con la salud de Fabio, y fué que saliese desterrado de la patria por cuatro años; sacáronme de la cárcel, y mi tutor, como por misericordia, me dió algun dinero, bastante para solo mi jornada, solicitándome agradecimientos. Logrólos á mi pesar, y puesto en una mula yo y mis cuidados, salí de Sebtal, dejando el alma en dos mitades partida, la una en Fenisa, y la otra en mi naturaleza; llegué á la corte de Lisboa, segunda Babilonia del orbe, mapa de señores, asombro de puertos, pasmo de ciudades, erario de diamantes, mar inmenso de plata y oro, y últimamente, emulacion de Atenas, envidia de Chipre, afrenta de Flándes, y crédito del mundo. Era en ocasion de levass para las fronteras, y pareciéndome esta buena para conseguir mi intento con mi muerte en las enemigas balas, senté plaza en una compañía que marchaba, deseo de hallar piedad en alguna; mas como era buen suceso para mi afligido corazon, me las negó la suerte, no por hacerme lisonja con la vida, sino para darme mas tormentos que sentir.

Cuatro años continué en la guerra, y puedo aseguraros que en todos ellos fui siempre de los mas arrojados al peligro, con no mas ambicion que procurar mi ruina. Concluidos estos, volví á Lisboa, adonde por premio de mis servicios me dieron una jineta; creció en mí el deseo de ver mi patria y el amor de Fenisa, que pu-

diendo mas en mí este afecto, me partí á ella, y aunque no hay mas que la distancia de seis leguas, las juzgaba siete mil. Entré por la villa á las cuatro de la tarde, á tiempo que en una parroquia vi entrar y salir concurso de gente; y preguntando la causa, la informacion que me dieron fué que Fenisa se estaba desposando con Fabio, mi enemigo; entré desesperado en la iglesia, y viendo en eterno lazo los dos objetos de mi rabia, y yo con otro en la garganta, zozobrando entre mi vida y mi muerte, loco, desatinado y furioso, saqué la espada, y dando golpes á todas partes, sin atender á cosa alguna, sacaron los hombres algunas suyas, quedando la iglesia hecha palestra de Marte ó laberinto de armas. En esta Babel confuso, no puedo asegurar que fué la mia, una punta llegó á ejecutar su furor en el rostro de Fenisa, esmaltando sus mejillas con su púrpura; conociendo entonces mi riesgo, me salí de allí y del lugar, y entrando por este monte con intencion de acabar en él mi triste vida en alguna gruta y en compañía de las fieras que la cursan, esta noche, que fué la siguiente de mis tragedias, hallé una cabaña, albergue al parecer de algunos pastores, y en ella no habia mas compañía que unas teas encendidas. Entré dentro, y hallando hospicio en tan remoto y oculto lugar, desnudé las ropas que me molestaban, por ser aquellas que saqué para mi última desgracia. Estaba en este pobre albergue un sayo pastoril, calzones y abarcas, y pareciéndome á propósito para habitar aquella maleza, quise trasformarme en el buriel, y estando de la suerte que ahora me veis, desnudo y horroroso, en solo el lienzo de esta camisa, me vino un sueño tan profundo, que entregado en él, quedé fuera del uso de los sentidos. Pasóse algun tiempo en mi sueño, cuando en él se me representaba que estaba ardiendo en un volcan de llamas; fué tan fuerte y tan cierto, que despertando del letargo, me vi cercado de fuego por todas partes; y fué el caso que de las encendidas teas se habia pegado á unas ramas de que la cabaña se formaba, y caminando por ellas fué creciendo hasta abrasar la silvestre morada. Salí del fuego huyendo, no por escapar la vida, sino por tener tiempo de pedir al cielo socorro y piedad en mis culpas, y no morir como bárbaro anegado en ellas; y viéndome fuera del voraz incendio, vine quedar desnudo, y vi abrasarse mi vestido, que el pulsado tenia, y el de mi remedio, que cuando las desdichas empiezan, se van eslabonando unas en otras, sin que se las pueda hallar el fin. Comencé á romper ese azul zafir con quejas, el aire con suspiros, y el eco con voces; y llegando á esta parte, hallé vuestra piedad, agrado y cortesía de la manera que me veis, adonde mas estoy para entre fieras que para entre hombres; y así, ruego al cielo que os guarde, y á vos que me deis engolfar por esta maleza, la cual será centro de mis males y depósito de mis penas.

No permitia el cielo, dijo el caballero, que yo os deje habiendo llegado á merecer mi piedad; el alba empieza ya á descubrir los horizontes guarnecidos de aljófara, y en las flores el líquido rocío; poneos en ese caballo,

y dándole un gaban, que en el de su criado venia, para que se cubriese, prosiguió así: Venid conmigo, hidalgo, que á pesar de vuestra fortuna, yo os quiero ayudar á vencerla, y os prometo de no faltaros mientras el hilo de la vida no diere el último vale. Cortés y agradecido quiso Cardenio, que este era el nombre del desgraciado peregrino, besar al caballero las manos por tan ilustre y generosa accion, y excusarse de aceptarla, pero un empeño bizarro en pecho ilustre aviva la diligencia. Porfió el caballero, y no pudiendo excusarse Cardenio á tan ilustres ruegos, se puso el gaban, y subiendo en el caballo del criado, y el caballero en el suyo, porque ya el admético pastor con rayos de escarlata descubria el pabellon donde se acuesta, y así empezaron á caminar por entre aquellos carrascos, buscando el camino con la claridad de la aurora. Procuró el caballero ver la disposicion y talle del peregrino Cardenio, y vió uno de los buenos talles, rostro y gentileza que pudiera imaginar, cuya edad serian veinte y dos años. Pagado iba de tan buenas partes como reconocia en él, cuando vieron atravesar á poca distancia al criado, que viendo que era hombre lo que imaginó fantasma, menos medroso que cansado, se llegó, previniendo disculpas á su dueño; y puesto en las ancas de su caballo, salieron á la estrada, y desde allí caminaron hasta una quinta que en aquellos contornos está, donde recibieron al caballero sus cuidadosos criados, lastimados de su pérdida y mala noche. Hospedaron á Cardenio, á quien al punto trajeron un vestido, y quedó con él tan galan como muchos, y mas que ninguno.

En aquella casa de placer estuvieron algunos dias, ya entretenidos en la caza, ya en visitar parte de la hacienda que allí tenia el caballero, hasta que cansado dispuso su viaje para Lisboa, centro y patria suya (¡qué mucho si aun de los extranjeros lo es!). Era mozo gallardo y de los amarrados á la concha de Vénus, siendo ocasion el no haber dado consorte á su juventud. Atravesaron el Tajo en una de aquellas marítimas carrozas que todos los dias esguazan sus cerúleos cristales; y llegando á la ciudad de Ulises, lo primero que hizo el caballero en entrando en su casa fué nombrar salario á Cardenio, bastante á su lucimiento y gasto ordinario y cotidiano. No vivia muy seguro de ser buscado de la justicia de su tierra, ó acosado en la de Lisboa por el pasado fracaso de la iglesia, y dando cuenta de su temor al caballero, él le ofreció su favor y aseguró en sus temores.

Tenia el generoso caballero una prima en su casa, tan hermosa, que nunca halló competencia sino en sí misma, tan discreta, que ella sola era bastante aplauso á su entendimiento; su nombre doña Serafina; toda ella formaba un cielo, encerrando en su rostro todo el sol, en sus ojos todas las estrellas, en su garganta y frente la luna, en sus cabellos el metal de Arabia, y en sus manos la nieve. Esta pues, olvidada de lo divino que ostentaba, y entregada á lo humno, que no tenia, puso los ojos en su nuevo huésped; pudo asegurar puso los ojos, digo, de manera, que viéndolos en ajeno dueño,

nunca los quitaba de él por cobrarlos. ¡Oh enigma de amor! Lloraba su perdicion viendo tan inferior el dueño que se los tenia usurpados, y resuelta muchas veces en quitárselos, salia de su clausura á ver el tirano; y cuando pensaba en la vista amada cobrar lo que por él habia perdido, se hallaba mas presa y con menos prendas del alma: ¡ay de mí! decia, ¿qué se hizo mi libertad? Mi altivez ¿qué se hizo? Mi valor y mi corazon ¿cómo se rinden á un amago, á un eco y á un suspiro? ¡Yo á un criado de mi primo! Muera yo, pues solo este remedio puede excusarme un pesar ofreciéndome una lisonja.

De esta suerte iba creciendo el incendio en el tierno pecho de aquella hermosura, á quien la consideracion de su arrojamiento daba mas vuelo á las velas de su naufragio. Ordenó un dia á todos los criados de casa que hiciesen una academia en que cada uno diese muestra de su ingenio, con intencion de ver el de su amante y tener en su poder cosa suya. Quedó dispuesto fuese cada uno á escribir, y asimismo Cardenio; y despues de haber dado todas las flores de su ingenio al campo del papel, cada uno segun su caudal, mandó doña Serafina á un secretario de su primo que recogiese los papeles y pusiese el nombre de su dueño en cada uno. Ejecutóse así, y teniéndolos juntos, poniéndoles los nombres segun cuyos eran, quiso la suerte que al poner el nombre de Cardenio erró el papel suyo, y puso otro nombre en su lugar. Llegaron á manos de la enamorada señora, que con el deseo de su corazon buscó luego aquel dulce nombre, y hallándole vió que decia estos desconcertados versos:

Ausente estuve algun dia,
Mas ya me veo presente,
Y pues que no estoy ausente,
Ya no tengo que sentir.
Cuando me quise partir
Sentí el irme de mi tierra,
Y volviendo de la guerra,
Entré en casa de mi tío.
Y cuando miré aquel brio
De aquella ninfa que adoro,
Mucho mas es lo que lloro,

Porque si yo no la amara,
Pienso que no me matara
Con aquellos lindos ojos,
A quien rindo por despojos
Toda mi vida y mi alma.
No quise quedar en calma,
Sino decirla mi amor,
Porque aquel grande dolor
Que yo amándola sentia,
Pienso que mé moriría
Si yo no se lo dijese.

No quiso pasar de aquí la engañada señora, quejándose nuevamente de su rigorosa estrella: Si fué yerro, decia, ó inadvertencia del secretario, de la pluma ó de la envidia, que los versos mal limados de otro acumulaba á mi amante injusto. En este sucesó se verifica cuánto la fortuna se extremaba en su mengua, desprecio y ultraje, pues aun los yerros ajenos manchaban la pureza de sus aciertos. Buscaba doña Serafina el olvido; pero imposibilitada de su descarte, atenta á que habia tomado posesion de su pecho, no daba crédito al yerro de los versos; quiso muchas veces decirle su amor y su cuidado, pero atendiendo á la desigualdad, se retraía á su silencio, y resuelta á callar antes de publicarlo, vivia muriendo. El caballero hacia particulares favores á Cardenio por desempeñar la palabra que en el monte le habia dado; y así, era su compañero de noche en sus entretenimientos y secretos y tambien por haber conocido en muchas ocasiones bastante valor en su persona.

para cualquier acontecimiento. Así, fuéronse los dos á pié con solas sus espadas y broqueles, entrando por las puertas de San Anton; serian las diez cuando al emparejar con la iglesia de la Anunciada les salió al paso una mujer-tapada, y llegándose á ella, le preguntó el caballero dónde iba y si necesitaba de compañía. A lo que ella respondió así: El cuidado que debeis á quien padece los rigores y largos plazos de vuestra ausencia no se paga con tan dilatado olvido. Oyó estas razones Cardenio, y pareciéndole que la mujer se recataba de él, se apartó á un lado por no ser causa de su silencio. Así estarían un cuarto de hora, cuando la tapada dejó al caballero, y empezó á caminar por la calle de la Fe. Dijo á Cardenio que se fuese á casa, que un negocio que tenia presente necesitaba de ir sola su persona, ó que le esperase en aquel sitio, y con esto fué siguiendo la misma calle de la tapada. Era Cardenio tan leal como desgraciado, y tan valiente como poco venturoso; y así, aunque le pareció desobediencia, no juzgó por acierto dejar ir solo á su dueño expuesto á los rigores de aquella corte, y así resolvió seguirle oculto, no dándose á conocer. Fué siguiéndole á lo lejos, y despues de haber atravesado algunas calles, vió que entraba en una casa siguiendo los pasos de la que allí le conducía, y últimamente vió que cerraron la puerta. Llegó á ella, y resuelto de esperar oculto á su dueño, se entró en un portal oscuro que enfrente había; y habiendo estado una hora larga sin que ninguna cosa alterase su espíritu ni le diese que temer, comenzó la memoria á atormentarle, que no hay mas amarga cicuta ni veneno mas penetrante que está. ¡Ay, Fenisa de mis ojos! decía, tirano é ingrato dueño, que en ajenos brazos logras el premio de mis tormentos; vive á pesar de mis penas, que mas me importa tu vida que mi descanso; sola una cosa pediré al cielo, aunque es en daño tuyo y mio, que tu venturoso novio te goce muchos años, que no puede dejar de ser necio quien fué tan dichoso que pudo merecerte. Pero ¿qué digo? No le goceis sino mucho menos de lo que quisierdes, que muy discreto fué quien supo agradarte; muera, y muera yo, que bien sé que ni con su muerte alcanzaria mi dolor alguna piedad de tu esquivo y ingrato pecho; ¡ay, dueño mio, que muero á manos de tu desden!

Pasara adelante el afligido Cardenio en sus amorosas imaginaciones si á este mismo punto no le divirtieran de ellas los violentos y apresurados pasos de un hombre que corriendo por la calle abajo venia. Pasó por él sin detenerse, y habiendo pasado aquel, vió que en su seguimiento venian algunos, que conoció ser ministros de justicia, los cuales iban pidiendo favor al rey, y asimismo vió que otro hombre valerosamente se defendia de los otros. Quiso Cardenio recogerse á lo oscuro del portal por excusar los debates que podia tener con la justicia y por no faltar al cuidado en que le tenia la persona de su dueño; pero apenas lo quiso hacer, cuando el hombre que con la justicia peleaba se entró defendiendo y retirando al mismo portal. Bien quisiera Cardenio atropellar y romper por todos y ponerse en salvo

en la calle; pero viendo que era imposible por estar la puerta atajada de aquellos ministros, quiso subirse por la escalera que á tienta halló; salióle en vano esta diligencia, que á quien es desdichado, por demás es querer evitar los daños; apenas hubo subido diez escalones, cuando por la puerta de un cuarto principal salieron dos hombres con espadas y broqueles, que oyendo pedir favor á la justicia, venian á dársele, con ellos un paje con una hachá encendida, con que se hizo patente el recato de Cardenio; y habiendo tenido mas dicha aquel que buscaban, se les habia ocultado en un sótano; y así, viendo á Cardenio á la luz de la antorcha, coligieron que aquel era; y diciendo que se diese á la prision ó que le matarian, viéndose cercado por una y otra parte, se determinó á no dejarse prender, aunque le costase la vida; y así, con su broquel y su espada, ocultando el rostro lo mejor que pudo, hizo camino por mas de seis que le defendian. Libre se halló en la calle, pero no tanto de su daño que no llevase una estocada, si bien de poca consideracion; fueron siguiéndole, mas presto los dejó frustrados de su intento y inquietud, pues dando vuelta á algunas calles, se vió libre de los que injustamente le perseguian. Ajustó un pañuelo en la herida, dando gracias al cielo que le habia librado, aunque á costa de su sangre, de mayor desgracia. Apenas lo hubo hecho, cuando se vió metido en otro empeño grande. Fué el caso que oyendo ruido de espadas dentro de una casa de aquella calle adonde se habia retirado, y viendo que entre el estruendo de los aceros y el furioso rumor de los golpes se articulaban palabras, puso el oido en la puerta, adonde oyó estas razones: ¡Ah, cobardes! cómo en vuestra traicion dais á entender vuestra infame razon! La mia os dará á conocer, aunque sois tres, que sois infames. Si no se hallara en diferente calle de aquella donde entró su dueño, juzgara que él era el mismo que así se quejaba, y asimismo oyó que le respondian: Bastante razon nos mueve al exceso que veis; conocemos vuestro valor, y para vencerle es fuerza buscaros con desigual partido. Aquí acabó de entender que era el caballero dueño suyo, y discursando en su duda, halló que aquella era puerta falsa de la casa en que le vió entrar, que á otra calle salia, y que en ella le tenian prevenida alguna traicion. Metió mano á su espada y broquel, y llamando á la puerta, al primer golpe se abrió, porque de industria estaba solamente juntada: subió por una escalera medianamente angosta, que á la luz de una lamparilla no se ocultó, en cuyo remate vió al caballero defendiéndose de tres hombres que denodadamente le procuraban quitar la vida, y lo consiguieran á no llegar Cardenio á tan buen tiempo. Vistióle Marte, y embistiendo como rayo de Júpiter tonante á los tres, se puso al lado del caballero, de manera que, no pudiendo resistir su fuerza, se fueron encaminando hácia la escalera, donde apretándoles mas su valor y el del caballero, que con el nuevo socorro se habia reforzado, tropezando unos en otros se arrojaron por ella.

No pudo conocer el caballero su gallardo ayudador, el cual salió hasta la calle siguiendo á los tres, y tanto

se empeñó en el alcance, que se halló en el Rocio; el caballero quisiera ver lo mismo, pero estaba tan fatigado de su batalla, que lo procuró en vano; y lastimado de no saber á quien debía la vida, pretendió seguir el rastro, mas quitóle el intento el ver venir un hombre con la espada desnuda por la misma parte que los otros fueron; era este uno que viniendo acaso por aquella parte, y viendo la fuga de los otros, pensando ser otra cosa, había sacado la espada, y así se venia siguiendo su camino, viendo que no le importaba nada el suceso. Vióle venir el caballero, y juzgando ser quien le favoreció, haciendo conjetura que si fuera de los tres no volviera por aquel sitio, le dijo así: Caballero, ¿venís herido? Decídmelo, para que pueda pagaros la vida que me habeis dado. Ni vengo herido, ni hice cosa alguna, respondió el hombre; y pasara adelante con su verdad si el mismo caballero no le atajara con éstas razones: ¿Tanto es vuestro valor que aun lo mucho que por mí habeis hecho aun os parece poco, siendo no menos que librarme de la muerte á manos de tres homicidas? Entendió el encubierto el engaño, y tratando darle fuerza le respondió: El veros, caballero, en tan conocido peligro como era el reñir con tres, me dió el aliento que visteis; solo quisiera saber de vos la ocasion de vuestro peligro. Esa es capaz de mayor digresion, dijo el caballero, que la que pide nuestro desvelo; y sacando una cadena, prosiguió: Tomad esta corta satisfaccion de lo obligado que estoy á vuestro valor, y porque espero ser mas agradecido y mostraros quién soy, mañana á las diez del dia estaréis en el terrero de palacio, adonde esta cadena en vuestro cuello será señal para que pueda conoceros, y vos á mí por vuestro servidor en cuanto viviere. Señor, dijo el venturoso y cauto Ulises, no pagueis tan presto y tan generosamente á quien tan poco hizo por vos en el socorro presente, y que tiene de costumbre favorecer á los que en semejantes empeños se ven. Excusábase con esto tibiamente de tomar la joya; pero insistiendo el caballero, acabó de aceptarla, diciendo que él estaria donde le ordenaba. Con esto se fué, llevando el premio que el desgraciado Cardenio merecia.

En este tiempo iba Cardenio siguiendo el alcance de aquellos tres que pretendieron dar muerte al caballero: habian los dos de ellos apartádose mucho de su diligencia, y el otro, por ser menos ligero, se habia quedado mas atrás; y no pudiendo seguir la carrera, pudo Cardenio alcanzarle al tiempo que volviéndose á él el fugitivo le dijo: Caballero, detened el brioso acero, que no se podrá alabar de bizarro con una mujer; no me mateis violentamente, pues me riendo á vuestro alentado corazon. Suspendió el golpe que iba ejecutando perplejo y confuso en lo que veia y escuchaba, conociendo que lo que siguió precipitado le detenia absorto, pues atento á los acentos de la voz, conoció ser mujer, á quien respondió: De suerte me tienes, oh enigma fugitivo, que ni sé si crea lo que publica tu voz, ó si dé crédito á tu atrevimiento. Dime quién eres y la causa del exceso á que te ponias esta noche y por qué pretendias darle la

muerte á quien ya escapó de tus deseos homicidas. Es tanto tu valor, respondió, que no dudo hallar en él toda cortesía y buen pasaje en mi desdicha, pues juzgándome despojo de vuestra victoria, alcanzaré por mujer y ofendida el permitir que no diga la causa de mi disfraz temerario y arrojamiento indecente; no permitas que descubra mis males, que si quieres alguna venganza de mí, el dejarme con ellos es el mayor daño que mi corazon puede imaginar. Aunque mi piedad me manda, respondió Cardenio, que por mujer no te disguste, una razon secreta me fuerza saber de tí, aunque me cueste la vida, la ocasion de tus desvelos; no la niegues, que en vano es excusarlo. Pues ya que no me permites, respondió ella, ocultar mis pesares, llévame á tu casa, si es posible entrar en ella, que yo como mujer y flaca estoy aquí con sobresalto y disgusto, y tambien porque mis sucesos son largos. Parecióle á Cardenio muy buena ocasion esta de mostrar su fineza, pues entrándola en su aposento, podia luego entregarla á su dueño, y así le dijo: Paréceme muy bien, señora, lo que decís; venios conmigo, que con el respeto debido á vuestra persona, seréis de mí venerada y servida. Así partieron de aquel sitio y llegaron á la casa del caballero, que por ser de las grandes, y que no se cierran nunca, la toparon abierta; y entrando por ella luego en el aposento de Cardenio, sin ser de nadie sentidos, comenzó la disfrazada á hablar de esta manera:

No será nuevo á vuestros oídos, valeroso hidalgo, el presente suceso de mi cuidado, por la similitud que tiene con tantos como las historias nos cuentan y en las humanas letras se celebran; quiero decir de valerosas acciones de mujeres y honradas venganzas que han hecho algunas, olvidando el mujeril brio y vistiendo el limpio acero, que el agravio en generoso corazon es viento que mas enciende el fuego cuanto mas sopla.

En una villa, no de las mas apartadas de esta ciudad, si bien de las buenas del reino, cuyo nombre no digo por ciertos respetos, nació; pluguiera al cielo que la primera aurora de mi vida fuera el acaso de mi muerte. Puedo asegurar que mi sangre y nobleza son de lo mejor que se conoce en la corte y de aquella con que se ilustra una altiva familia. El mayorazgo de mi padre, que por su muerte espero poseer, son seis mil ducados de renta; en su paternal compañía servia yo de hija y esposa á un tiempo; digo esposa, porque veia mi padre en mí el retrato de mi madre difunta, y porque en el gobierno de casa y de la hacienda era yo la obedecida como señora absoluta, siendo hiedra amorosa en la barba cana de mi padre, entre cuyo verdor rejuvenecia envuelto en gusto y llanto.

Estando yo un dia con mis criados, bien descuidada de mi desdicha, entró un paje mio donde yo estaba, y me dijo: Señora, tu padre ha tenido una pesadumbre muy grande; ánimale lo que pudieres, porque ha sido cosa con que puede perder la vida en el pesar. Dízeme lo que ha sido, le dije ya casi sin alma, á lo que replicó: Señora, no permitais que yo te lo diga, que como fiel criado tuyo tambien el dolor se anuda en mi garganta;

otro te diga lo que yo no puedo; y con esto me dejó. Juzgad vos de qué manera quedaria una mujer y sola en brazos de un triste éxtasi; quise, vuelta de él, salir como loca á buscar á mi padre, pero mis criadas me dejaron solo llegar á una ventana; y en ella á poco tiempo vi venir el coche de mi padre cerradas las cortinas, y sus criados macilentos, indicios de algun fracaso. Llegó á la puerta, véole apear con vida, cosa que me volvió en mí de un mortal desmayo; salgo á la escalera diciendo: ¿Qué es esto, señor? Decidme qué teneis, no os halte mudo quien os admira cuidadoso; rompan vuestros labios el silencio que me quita el aliento poco á poco. A lo que me respondió: ¡Ay, hija, yo vengo sin honor! En fin, por no cansaros con digresiones, yo supe de mi padre cómo un fidalgo de esta corte, que en aquella ocasion era huésped en aquella patria, ó por mejor decir pasajero, que visitando unos lugares suyos en aquel contorno andaba, sobre unas razones que con mi padre tuvo en la diferencia de algunos términos de tierra, le tomó la muleta en que arrimaba la carga de sus años, y repitió con ella ofensas poco bizarras en vrios ya desmayados; deciros de la suerte que quedó mi desmayado espíritu con esta nueva, no cabe en razones ni encarecimientos humanos. Desde aquel dia ocupó mi padre una cama, que el pesar junto con la copia de los años son dos contrarios tan fuertes, que se duda de la vida del que lo padece. Lloraba tan incesantemente su desgracia, y el no tener hijo que buscara su honor perdido, que viendo su llanto, me arrojé despechada al intento de tomar venganza; como lo pensé me resolví, y salí de mi casa dejando á mi padre en su cama una noche con dos criados míos, de quien tenia mas satisfaccion. Dejé mi patria habrá doce dias en el traje que veis.

Ya habia yo el nombre del fidalgo mi enemigo, porque mi padre me habia informado; llegué á esta corte dispuesta á fuscarle y castigar con su muerte su arrojamiento, lavando con su sangre la mancha que puso en la mia, aunque por este atrevimiento aventurase dos mil vidas. Seis dias habrá que supieron mis dos criados la casa de mi enemigo, porque se dieron tan buena mañana en solicitarlo, que no solo supieron esto, pero tambien una donde pasaba entretenido las noches con una gallarda dama, donde fué el teatro de mi poca suerte, pues el primero intento vi frustrado por vuestro valor, que sin duda alguna si no fuera por él consiguiere mi venganza.

Resta ahora un miedo que me ocupa el alma, y es el imaginar si sois ¡oh generoso hidalgo! de la parte de mi enemigo, criado ó pariente, pues llegásteis en aquella ocasion, aunque dos cosas me han quitado esta sospecha, y son que si fuérais esto que temí y viniérais con él, no entraríais por la puerta falsa; lo otro, que como las mujeres de aquella calidad no tienen la fe en uno solo, pudiérais ser uno del número de su escuela, y en esta imaginacion estuve mas firme siempre.

Aquí llegaba doña Mayor, que este era su nombre, con la historia de su empresa, cuando una lamparilla

que daba luz al aposento, ó por algun afe que entró, ó por acabársele el alimento de su llama, se apagó, dando ocasion á nuestro desgraciado á que tomando una bujía saliese á la calle á encenderla en la lámpara de una cruz que estaba á una esquina; habia cerca de ella una reja de hierro cerrada, y pareciéndole que por allí podia subir á encender la luz, fué subiendo, y apenas estuvo arriba, cuando por aquella calle que le ocultaba la esquina salió la justicia, que viéndole subido en la reja, levantando la voz con estas injurias: ¡Ah, ladron, escalador de casas, favor á la justicia! Tuvo este el desdichado por el mas apretado y peligroso lance que en el discurso de su vida experimentó; y aunque con disculpas los satisfacía, y con la verdad los solicitaba en su inocencia, no por eso pudo mover aquellos corazones de bronce á su razon, y así le llevaron á la cárcel, donde le pusieron en un calabozo á muy buen recaudo, con título de ladron limpio, que este le dan á los de buena capa; ejemplo se ve en este infelice jóven de cuánto pueden los males cuando se encadenan unos en otros, que parecen golpes en la hidra, que á cada uno nacen nuevas cabezas. Dicha fuera perder la vida de una vez aquellos que carecen de la buena fortuna; pero aun esto les niega la fuerza de su estrella errante, para que sientan los males futuros.

Al tiempo que llevaron preso á Cardenio llegó á su casa el caballero, y por contarle á Cardenio sus sucesos, se fué á su aposento, y hallando la puerta abierta, pero á oscuras, llamó por él algunas veces.

Habia la afligida doña Mayor entregado los sentidos en brazos de Morfeo, sentada en una silla, con cuya ocasion no fué respondido. El caballero volvió á llamar, y conociendo no haber nadie en el aposento, abrió con una llave maestra una cuadra de su cuarto, tomó una luz, que en ella esperaba luciente todas las noches su venida, y volvió á examinar la estancia de doña Mayor, á quien halló de la manera que oísteis, siendo luego conocida por mujer, aunque en traje diferente, porque la nieve y delicadeza de sus manos, la grana de sus labios, las perlas de sus dientes, el rizado cabello, que con disimulacion encogia, no dieron lugar á la duda. Abrasado quedó el caballero ó rendido al veneno dulce del nieto de la espuma, y discurriendo por la idea mil diversidades de juicios, decia: ¿Si será esta belleza aquella que despreció á Cardenio, ó alguna dama á quien merezca estos favores? Así, llevado mas del fuego en que se abrasaba que de la averiguacion de sus dudas, fué á tocar la blanca mano al mismo tiempo que ella, despertando y conociendo á su enemigo, arrancó de un puñal catalan que á su lado traia, y si el caballero con ligereza no le suspendiera el golpe, cogiéndole el brazo, se viera despojo fatal de aquella que era incendio de su alma.

De esta suerte se puso de rodillas, y dijo estas razones: ¿Por qué ¡oh hermosa homicida! quieres escribir con sangre mi muerte? ¿No basta ya una vez morir á tu belleza, que dos derramando púrpura á la lumbré de tus ojos se abrasa? Dime quien eres ¡oh ene-

miga celestial! Dimelo, que yo prometo á tu hermosura poner sin resistencia mi pecho, aunque será corta victoria tuya matarme estando ya rendido. A cuyas amorosas razones respondió esto doña Mayor: Pues mi suerte no ha querido en dos lances darme venganza, dame la muerte que te solicité. Yo soy doña Mayor, la infelice hija de aquel á quien tú con el báculo enturbias el líquido coral de su sangre estando ausente de su casa; yo soy la que intenté lavar con la tuya el borron de mi honor siempre altivo; mátame, digo otra vez, pues sin duda el cielo mas procura mi muerte que la tuya; toma este mismo puñal que había de ser tu homicida, y escóndele en este pecho para que no publique el desdichado intento suyo. No quiera Dios, respondió el caballero, que en tu femenil y hermoso objeto derrame líquida grana quien enamorado de tu arrojamiento rinde la libertad á tu belleza; y porque veas cuánto me toca tu deshonor y cuánto yo mismo le definiendo y procuro, digo que soy tu esposo, para que en la ley del duelo se vea que siéndolo, no puedo ser tu ofensor, con que yo quedo logrando dos efectos, que son ser dueño de tu hermosura y haberte vengado de mí mismo. Tu padre queda con su honra, tú consiguiendo dos victorias, la de rendirme y la de prenderme, que sin duda lo estoy en tus celestiales ojos, en cuyo Argel no pretendo libertad, pues mi cautiverio será la mayor gloria y la mas dulce prision que puede darme el acierto. Preguntóle la causa de su venida á aquella parte, y doña Mayor le contó todo el suceso hasta llegar allí con Cardenio, con que quedó conocido

del caballero por verdadero socorredor suyo. Pues porque veas, prosiguió, que lo que te he dicho y el haberlo son una misma cosa, quédate en mi cuarto, en cuanto voy á buscar á quien nos despose, que ya la aurora, precursora de mis dichas, viene comunicando luces y ilustrando los chapiteles de las mas levantadas torres. Pues si mi venganza surte efectos por ese camino, dijo doña Mayor, yo me tengo por dichosa en ser tuya. Y así, tomándola por la mano, la llevó á una galería de su cuarto, y despues á una antecámara, todo tan lleno de riquísimos adornos, que entretenida estuvo la hermosa dama el tiempo que el caballero dispuso en traer al cura de su parroquia, que los desposó, quedando en eterno lazo.

Trajeron en este tiempo aviso de cómo Cardenio estaba preso, y yendo el caballero á la cárcel con toda diligencia, informado de todos los sucesos de su desgracia, dióse tan buena maña, que á las diez del dia estaba el preso Cardenio en su casa libre. Era este príncipe un retrato de Alejandro, porque en su cantidad hizo iguales cosas en el discurso de su vida; quiso pues pagar á nuestro desgraciado lo que le debía, y hallando que nada era bastante segun su generosidad, le dió por esposa á su prima doña Serafina, la cual á este tiempo amaba tiernamente á Cardenio, y padecía en el piélago del silencio, y declarado el primo con ambos, tuvo efecto el dichoso himeneo, y fin las desdichas de Cardenio con una suerte tan poco esperada de sus infelicidades, dando á entender las estrellas que nadie se llame desdichado hasta el último vale.

SUCESOS Y PRODIGIOS DE AMOR,

NOVELAS COMPUESTAS

POR EL LICENCIADO JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

LA VILLANA DE PINTO.

AL DOCTOR DON GUTIERRE,

MARQUÉS DE CAREAGA, CORREGIDOR DE ALCALÁ DE HENÁRES.

CUANDO me puse á escribir estas novelas no habia visto en Francisco Petrarca el diálogo sesenta y cuatro, donde, tratando de los que con poca experiencia y estudio dan sus obras á la imprenta, dice : *Omnes sibi usurpant scribendi officium, quod paucorum est*. Bien sé que me atrevo á mucho, y que alguno me pagará el deseo de entretenerle con murmuraciones y sátiras, que son las injurias del entendimiento ; con razon injurias, pues por eso lo son, segun Ulpiano, *quoniam sine jure fiunt*. Desaire y aun poca nobleza parece ofender á quien desea acertar, y mas cuando no yerra en todo. Verdad es que algunos lo merecen, porque tienen á los demás tan ofendidos su lengua y presuncion, que solo se espera á que tomen la pluma para marginarles sus escritos. Estos tales no pueden tener queja, porque á los agravios no corresponden encomios; consejo es de Séneca : *Si vis amari, ama*. Yo tengo muy gran consuelo en saber que hablo de todos con tanta modestia, que nunca he llegado á presumir que compito con el menor; á todos alabo, estimo y reverencio; plegue á Dios que me valga. Esta novela escribí estando en la villa de Alcalá de Henáres, donde vuestra merced es Licurgo y Apolo, gobernándola con tanta cordura y acierto, que en profecía lloran su ausencia los que merecen comunicarle (justo afecto á su sangre, virtud y letras). Cuando quisiere vuestra merced malograr algun rato, puede pasarla, siquiera porque ha querido valerse de su autoridad, no sin misterio, pues con tal asilo tendrá por el dueño lo que desmerece por el padre. Guarde Dios á vuestra merced largos años.

Su aficionado servidor,

El licenciado JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

LA VILLANA DE PINTO.

Vestido estaba el cielo de diversos diamantes, y el hermoso planeta que es lisonja de la noche y tiene segundo lugar en las esferas se mostraba tan liberal de rayos, que parecía que el sol no se habia despedido, ó empezaba otro; la noche estaba en brazos de su sosiego, y el dia daba lugar á que heredase su presencia el que le seguia en la sucesion, siendo fénix de breves horas, cuando Albanio, dejando un pequeño rebaño de ganado que apacentaba á los regalos de la yerba, se quejaba tiernamente de su corta dicha, rogando á los piadosos cielos le quitasen un amor justo que tenia, ó que le diesen ejercicio mas á propósito para poder gozarle. Amaba á una pastora que le dió el cielo por compañera; víase lejos de sus brazos, amante de sus ojos, y ausente de su hermosura, que el amor tambien visita los campos y suele vivir entre las peñas. Sentóse junto á la orilla de un arroyuelo, que con piés de plata iba por márgenes de rosas pisando arenas de oro, siendo vida de unos pequeños árboles, que en confianza de su corriente pensaban ser gigantes á pocas primaveras. Divirtiése con las imaginaciones de su gloria, que el pensamiento es un hechizo para quien quiere bien y no ve lo que quiere; y estando entretenido con las hermosas flores y traviesos cristales, sintió no muy lejos de donde estaba una voz que con lástimas y suspiros llamaba la muerte y enamoraba los aires. Púsose Albanio en pié, y enternecióle el alma, que no tenia tan rústico el pecho que huyese la cara á la piedad, ni era de tan humilde corazon que se consintiese rendir al miedo: era alentado aunque pastor, y compasivo aunque villano. Y empezando á discurrir por la márgen de aquella sucesiva plata, se acercó á la parte en que le parecia que estaba el dueño de aquellas ansias. Llegó á una pequeña isleta, tan coronada de espesos árboles, que apenas en su distrito tenia jurisdiccion el dia, y entrando por el apacible bosque, vió una dama de gallarda presencia, que, desmayada con los dolores de un recio parto, casi se iba olvidando de su propia vida. Acercóse á ella, y vióla sin mas compañía que el infinito número de sus congajas y el lado de un ángel que poco antes habia tenido lugar en sus entrañas, y ya gozaba de menos abrigo entre las esmeraldas de la yerba. Tomóle en los brazos dándole algun calor con su pobre capa, porque los agravios de la noche no se atreviesen á su tierna vida;

y acudiendo á la casi difunta madre, la despertó de la breve muerte preguntándola quién era y animándola con las razones que le habia enseñado una discreta piedad y una cristiana cortesía. Reparó la dama en el caritativo pastor, y atribuyó á clemencia del cielo haberle enviado en aquella ocasion; y esforzándose cuanto pudo, le rogó que la acompañase hasta dejarla donde habia salido. Hizolo así Albanio, y ella, agradecida á su piedad, le dijo en la distancia del camino desta suerte:

Yo soy una mujer que me puedo calificar de hermosa, si acaso es cierto que las desdichas acompañan á la belleza; nací de nobles padres, aunque demasiadamente crueles conmigo, porque desde mis tiernos años se determinaron de ofrecerme á la religion, consultando este pensamiento, no con mi inclinacion, sino con mi obediencia, diciendo que no ha de haber en el gusto de los hijos mas eleccion que el albedrío de sus padres; y la razon no fuera desatino si el cielo atendiera á estas leyes y las voluntades tuvieran una misma calidad, pues aunque se forman en una turquesa, suelen inclinarse á diferentes fines; yo nací con otra estrella, y aunque lo intenté, jamás pude alcanzar de mi voluntad que se dejase sacrificar al deseo de mis padres. No aprovechaba con ellos la disculpa de mi contrario pensamiento, pareciéndoles que en defenderme los ofendia, y aun enojaba á Dios, pues llevaba tan mal los consejos de ser su esposa: atribuyeron á liviandad mi resistencia, y resolvieron en no darme estado alguno con gusto mio, pues tampoco les obedecia en el suyo. Pasábase con estas discordias la lozanía de mi juventud, sin deberles la menor memoria de lograrla, y erraban verdaderamente, pues no advertian que estamos en tiempo que las mujeres apenas lo son cuando se casan ellas: viame desesperada, porque esto sucedia en tiempo que ya yo habia empleado los ojos en un caballero que merecia por su persona cualquiera estimacion, y la que yo hacia de sus prendas pasaba de amor á locura; que las flaquezas tambien se atreven á mujeres principales, porque el alma no puede excusarse de las pasiones comunes. Era mi amante callado en sus intentos, prudente en sus determinaciones, afable con todos, enamorado conmigo, galan sin preciarse de serlo, y discreto sin haber nacido desgraciado ó pobre: tenia ocasion bastante para verme á todas horas, porque

de día estaba en frente de mi casa, y de noche dentro della. Creció la voluntad porque creció la comunicacion, que es peligroso en la mujer mas recatada estar siempre con quien la adora ó por lo menos se lo dice. Víame perseguida de mis padres y rogada de quien yo queria; en las manos estaba cualquiera liviandad, si lo es hacer á un hombre absoluto dueño de mi honra con seguridad de ser mi esposo: gozóme una noche, quedando yo con mas amor, y él con mayores obligaciones. Su padre era natural de Salamanca, ciudad insigne, madre de las ciencias, y gloria de Castilla; quería casar con una deuda suya, que los padres no tienen por casamiento acertado el que no se determina con su consejo; mi esposo los entretenia con palabras, y por mi ocasion dilatava su partida. Sucedió pues que á mi padre, por sus muchas letras y continuos estudios, le dió su majestad una plaza en Granada, que fuera de la corte es de los mejores premios. Tuvo á dichosa suerte la mejora de estado, y empezó á tratar de su ausencia cuando mi esposo no se podia resolver á efetuar lo mismo que deseaba, por haber venido su padre á solicitar su partida y tratar juntamente el casamiento con aquella dama que le habia escrito tantas veces: yo tampoco me atrevia, porque los míos eran de tan terrible condicion y escuchaban tan mal las cosas mías y mas enderezadas á casamiento, que fuera muy posible quitarme la vida si supiesen que disponia de mi voluntad, menos que con un hábito y una celda; y lo que mas me afligia era el verme con algunas señales de preñada: lloré mi poca ventura, tanto, que en mil ocasiones quise matarme, y pienso que lo hubiera hecho á no mirar que peñigraba con mi vida la de mi esposo, que me adoraba, y la de ese ángel, que apenas conozco, aunque me cuesta infinitos dolores. Entreteve la partida cuanto me fué posible fingiéndome enferma de otros achaques de mujeres, contando al médico la verdad para que ayudase mi fingimiento y pudiese disimular en la cama lo que no sería tan fácil encubrir de otra manera; pero mi padre, que se desvelaba poco en mi regalo, y le afligia menos mi falta de salud, informándose de mi cara, no de mis pulsos, y pareciéndole que mi achaque mas era meliadre de dama que disposicion de enferma, ordenó su viaje, y sin darme mas lugar para despedirme de mi dueño que la brevedad de un papel, en el cual mas á fuerza de lágrimas que de razones encarecí mi desgracia, mi triste ausencia, mi corta dicha y los peligros que me aguardaban, hizo de modo que hoy á medio día salimos de la corte, dejando en ella no menos que la libertad y el gusto. Despedíme de mi amante con los ojos, y harto le dije, si me quiso entender, con ellos. Llegamos esta noche á Pinto, que aunque no es derecho camino para nuestro viaje, fué forzoso para la disposicion de un pedazo de hacienda que en él tenemos; y apenas los de mi casa se habian vencido del primer reposo, cuando sentí algunos dolores, que me parecieron menos de lo que eran, por tener otros que me afligian el alma; pero crecieron de manera, que conocí declaradamente que eran premisas ciertas de mi parto, y de-

jando á una criada que sabía mis flaquezas en mi cama, por si acaso despertaban mis padres, sola, turbada y animosa remití mis congojas al campo, y en este aposento de flores, que sin duda le hizo el cielo tan oculto porque estuviese mas callado mi delito, sin mas ayuda que la de un árbol y sin mas descanso que mis suspiros, animándome la necesidad, he dado envuelto en púrpura ese parto de mis entrañas, y estando á tiempo que la mucha falta de sangre me tenia casi entre los brazos de la muerte, llegaste piadoso y compasivo para remedio de dos vidas, y lo que mas es, para que con tu amparo pueda encubrir la falta de mi honra, volviéndome á la parte donde salí, si acaso me dieren lugar las pocas fuerzas de mi ánimo, para que ya que me quiten la vida mis desdichas, no sea con infamia de mi opinion y menoscabo de mi decoro.

Todo esto escuchaba Albanio tan enternecido como la misma que lo decia, porque desdichas, lágrimas y mujer pondrán piedad hasta en las mismas piedras; y preguntándole la dama su nombre y adónde residia, sacó un bolsillo con algunos escudos, y se los dió diciéndole hiciese criar aquella hermosa prenda, que tendria cuidado de avisar á su ausente esposo para que acudiese con puntualidad á satisfacer el presente favor y la crianza de aquel ángel. Prometió obedecerla con infinito cuidado, y dejándola en la parte que por las señas decia era su casa, se despidió admirado del peregrino suceso, y particularmente del gran valor que habia tenido sola y en tan conocido peligro; pero ¿qué no hará una mujer porque no se entiendan sus flaquezas? Qué imposible no intentará porque viva encubierta su deshonor? Llegó el pastor á su pobre casa, y refiriendo á su esposa lo que habia sucedido, diera materia para algunos maliciosos celos, si no la desengañara el oro que traia, que en todas ocasiones es el crédito que tiene mas jurisdiccion en los oidos; y acordándose que una vecina suya habia parido pocos dias antes tan desgraciadamente, que apenas un hijo que le dió el cielo pisó los umbrales de la vida cuando acrecentó el número de los ángeles, fueron al punto para que intentase criar la belleza de una niña que pudiera el cielo codiciarla por serafin en la inocencia y hermosura, y dejándola en sus brazos, trataron á siguiente dia de comprar las cosas necesarias para el adorno forzoso de su limpieza. Ya su padre en este tiempo, viendo que faltaba de sus ojos su adorado dueño, habia dado la vuelta á Salamanca, y sabiendo por cartas ciertas el suceso de aquella noche, escribió á Albanio, enviándole bastante agradecimiento de su diligencia, y aunque por una desgracia que en ella le sucedió le fué forzoso pasar á Italia, dejó primero á cargo de un amigo el cuidado desta obligacion, el cual lo hacia tan liberalmente, que en pocos años se halló Albanio contento y rico, gozando una vida descansada. Creció Silvia, que así se llamaba la disfrazada labradora, y apenas tenia cumplida la necesaria edad para poder usar del matrimonio, cuando los que valian mas en el lugar la amaban y obligaban para mujer propia. Era tan blanca, que la nieve perdia

delante de su cara la opinion que habia cobrado en la region del aire; los cabellos pudieran serlo del sol, y acercábanse tanto á la tierra, que parecia, como eran oro, que querian volverse otra vez á su centro; tenia los ojos alegres, aunque negros, tan señores en lo que miraban, que pocas veces pagaron lo que debian; las mejillas no consentian artificio, porque con naturales rosas se mezclaba graciosamente el alabastro con la púrpura, y la plata con los claveles; la boca era una pequeña herida que remataba con hermosa sangre el animado cristal donde estaba hecha; la manos eran dos azucenas vivas, que dejaron de ser nieve porque no se les atreviese el sol en nada. Era de condicion agradable y llana, si bien tenia unos pensamientos tan hijos de su nobleza, que se espantaba de verse con alma tan cortesana teniendo engaste tan humilde. Pareciale bien la bizárra de muchos caballeros que pasaban de camino, no por liviandad, sino porque la decia el corazon, aunque confusamente, su ilustre nacimiento, que tambien con la sangre suelen heredarse las inclinaciones. Y estando una tarde de verano dejándose gozar del fresco viento que para llevar olor á las flores se favorecia de su boca, acertó á pasar un caballero de Madrid, llamado don Diego Osorio, en compañía de amigos y criados, y miró aquella deidad, que, aunque guarnecida de paredes toscas, daba lugar al entendimiento para que reparase en sus divinos rayos: pasó adelante, y aunque mil veces quiso volverse, se resistió, pareciéndole poco valor rendirse á una villana, como si el diamante perdiese de su precio porque estuviese guarnecido en plomo ó cercado de piedras falsas. Venció, en fin, por entonces aquel deseo, que era firmeza de la voluntad, y llegó á Aranjuez, donde negoció lo que pretendia con mas brevedad que imaginaba, por volverse á Madrid ó quedarse en Pinto, que allí está la corte para un hombre donde está su gusto. Fué á ver á Silvia para que juzgasen sus amigos si tenia disculpa; informáronse de un labrador honrado, que se tuvo por dichoso en servirlos, y sabiendo que estaba entretenida en una huerta con otras amigas suyas, fueron todos á verla. Salió Silvia cuando ya el sol con una noche demasiado oscura habia desamparado el dia; saludóla don Diego con el respeto debido á su recato, y viendo que la noche animaba su cortedad, se atrevió á decirla alguna parte de su cuidado; pero aunque á Silvia no le desagradaban las personas de su porte, no quiso dar ocasion respondiéndole á parecer, si no liviana, por lo menos bachillera, que en habiendo desigualdad, la conversacion parece descompostura, porque no hay intento que la disculpe, ni fin honesto que la acredite. Fué sin volver los ojos, por cumplir con su recato y no dar venganza á muchos, que como conocian su demasiada tibieza, quisieran que resbalara en algo, para que no fuese mas señora de su voluntad que todas ellas. Quedó don Diego por una parte contento de haber visto lo que deseaba, y por otra desconfiado de su fortuna; mas advirtiéndole que aquel disfavor no seria desprecio de su fortuna, sino estimacion de su vergüenza, se

determinó á probar si con menos testigos se mostraba mas piadosa, y en la mitad de la noche con los instrumentos que habia buscado la curiosidad de su deseo, arrimado á las paredes de Silvia y alabando entre las demás perfecciones de su cara su hermosa boca, que lo era tanto, que para rendir los corazones apenas habia menester sus ojos, cantó, ayudándole otros dos criados músicos, desta suerte:

Clavel dividido en dos,
Tierna adulation del aire,
Dulce ofensa de la vida,
Breve concha, rojo esmalte,
Puerta de carmin por donde
El aliento en ámbar sale
Y corto espacio al aljófár
Que se aposenta en granates,
Depósito de albedríos,
Hermosa y purpúrea imagen
Del murice que en la concha
Guarda colores de sangre,
Cinta de nácar con quien
Tiro se muestra cobarde,
Y aun sentida, porque el cielo
Puso mas en menor parte,
Justo aplauso de los ojos,
Hermosa y pequeña cárcel,
Muerte disfrazada en grana,
Si hay muerte tan agradable,
Tiranía deleitosa,
Cuyo vergonzoso engaste
Es mudo hechizo á la vista,
Siendo un imperio suave,
Guarnicion de rosa en plata
Y de nieve entre corales,
Discreta envidia á las flores
Que un mayo miran constante,
Y en fin, cifra de hermosura,
Si permitis que os alabe,
Decidme vos de vos misma
Porque os sirva y no os agravie.
Mas la empresa es infinita,
Yo muy vuestro, perdonadme,
Porque solo sé de vos
Que habeis sabido matarme.

Oyóla Silvia, y conoció que era el caballero que la habia hablado aquella noche; quisiera abrir la ventana por no acreditarse de villana en la cortesía, pero tenia miedo á alguno que lo pudiera ver, y aun dijera mas de lo que habia visto; agradábala en don Diego el talle, la cortesía y el entendimiento, y pareciale que estuviera empleada á gusto suyo si el que llegara á merecerla fuera de aquellas partes; pero acordándose de su humilde nacimiento, despidió de la memoria estas imaginaciones, y remitió, aunque no tan presto, estos develos al olvido. Confirmó don Diego su desgracia, pues aun oyendo alabanzas suyas, habia disimulado el agradecimiento; fuése á su posada mas inquieto que prometia su buen juicio, pidiendo á la industria alguna traza para vencer aquel desden, y no la hallaba, porque quedarse en el pueblo era publicarse por amante suyo y ofenderla con lo que pudiera obligaría; porque en un lugar corto está peligroso el secreto destes cuidados, y una mujer suele rendirse á los deseos de quien la adora viendo que solamente el cielo sabe su delito; mas cuando conoce que aquellos pensamientos son públicos, se va á la mano en agradecerlos por librarse de los rigores del vulgo, que está aguardando que tropiece en su facilidad para tener conversacion á costa de su fama; irse

á Madrid, que era el mejor medio para olvidarse de todo, no se lo consentía su amor y la belleza de Silvia. En efeto, el enamorado caballero discurría en estas cosas tan desesperado y perdido, que se puso á imaginar si mudando traje la agradaría mas, pues era posible que la hacia desdeñosa, no su talle, sino su diferente calidad; que si una esperanza es desigual, no abre de buena gana la puerta al agradecimiento, y parecióle que si le viera Silvia, no adornado de locas galas, sino vestido de humildes paños, por su igual siquiera le amaría; durmió sobre este pensamiento; y resolvióse á buscar por todos caminos remedio; llamó al dueño de la casa, y contándole su mucho amor y la poca esperanza que le daba la tirana condicion de Silvia, le refirió el intento que habia pensado para conquistarla, y que advirtiese que de ser con su favor, que él le prometia satisfacerlo; decia esto con tanto afecto y tan verdaderos suspiros, que el viejo, obligado de la promesa y enternecido á sus pesares, le prometió hacer de su parte cuanto le fuera posible, y acordándose que habia tenido un hijo que apenas conoció la primavera de sus años cuando dejó su patria, sin tener hasta entonces nuevas de su fortuna, le dijo que él echaria fama de que habia venido, y desta manera podria seguramente pretender el dichoso fin que deseaba. Agradecióle don Diego con infinitos abrazos la merced, y avisando á sus compañeros desta trasformacion, se partió á Madrid á componer sus cosas, y haciendo vestidos curiosos, aunque villanos, y mudando el nombre de don Diego en Cardenio, volvió una noche á la casa de su nuevo padre, el cual divulgó por todo el lugar la venida del no esperado hijo, y todos le dieron mil parabienes, viendo que despues de haberse librado de los trabajos de criarle le hallaba tan mejorado y tan hombre. Empezó Cardenio á darse á conocer con los mejores del lugar, y como sabia tan bien los términos de la cortesía y era tan galan en aquello que permitia la humildad del traje, todos le envidiaban, y de todos se llevaba la voluntad. Vivía alegre y satisfecho de su buena suerte, porque en efeto á todas horas podia mirar á Silvia, á quien servia con recato, y celebraba con seguridad, y con la ocasion de recien llegado la visitaba algunas veces; dieron en decir algunos curiosos de las acciones ajenas, que en todas partes sobran, que Cardenio amaba á Silvia, porque los ojos disimulan poco, y á cualquiera parte que ella iba seguía sus pasos como sombra de su resplandor. Advirtiolo tambien ella con algun cuidado, no porque se le hizo novedad el verse amada, sino porque ninguno merecia con tanta razón ser correspondido. Era Silvia discreta, y como tal conocia las gracias y entendimiento de su nuevo amante; parecíale bien, porque lo bueno imaginado como tal es imposible que desagrade; y así, poco á poco iba olvidando su natural esquivo, descubriendo su corazon, que si no amaba, por lo menos agradecia, que viene á ser lo mismo, porque quien empieza á agradecer, no agradece para despreciar; consideróse igual á Cardenio, querida de Cardenio, y envidiada de muchas que en su presencia le alababan; parecióle que seria delito tratar mal á

N-II.

quien la queria bien; muchas veces podia Silvia haber hecho esta consideracion con muchos que la adoraban, pero nunca una mujer se lastima de lo que padecen otros hasta que ella pasa por el propio desasosiego; ya Silvia amaba, y como amaba se compadecia; y estando una noche tratando estos cuidados solamente con su pensamiento, su viejo padre, que hasta entonces en su opinion Albanio merecia este nombre, habiéndose informado de que Cardenio y otros muchos la estimaban, temiendo no hiciese alguna locura con que malograrse su nobleza, para que se librase del peligro que podia tener, la contó el verdadero suceso de su historia, y enseñándola algunas cartas de las que habia recibido, la dió por nuevas que cuando menos imaginase se habia de ver en diferente estado, y así mirase lo que hacia, porque no la culparian á ella de cualquier desatino que intentara, sino al poco cuidado que él habia puesto en defenderla, y que pues habia nacido con tal ingenio como hermosura, y sobre todo con muestras de natural virtud, la rogaba que se acordase siempre de la sangre que habia heredado, y le pagase el amor que la tenia con no dejarse conquistar de quien neciamente la sollicitaba, pues ninguno la merecia. Con notable suspension escuchó Silvia las verdades de Albanio y su secreto nacimiento, y prometiéndole obedecer sus consejos, le aseguró de sus sospechas, quedando tan confusa como desengañada. Acordóse de Cardenio, y viéndose con algun estorbo para ser suya, sintió el perderle; mas considerando que amarle era enojar á Albanio y ofender su sangre, se determinó, aunque no con mucho gusto, á olvidar aquella apariencia de deseo y esperar el dia en que se conformase su inclinacion con su calidad; y estando Cardenio adorando una tarde las paredes de su casa, la vió salir sola, y que enderezaba su camino hacia el hermoso y alegre prado, ó á divertirse de algun desvelo que traía, ó á entretener las dilatadas tardes del apacible mayo; fuése por otra parte para cogerla descuidada, haciendo de modo que el encontrarla pareciese que habia sido premio de su deseo, y no curiosidad de prevencion; llegó la disfrazada Diana, y sentóse entre un jardin de comunes flores que la naturaleza sin cuidado habia producido con el ayuda de un arroyuelo que tenian por vecino, que acaso lo era porque siempre murmuraba, y admirada de lo que aquella noche la habia contado Albanio por su desdicha, consideraba la poca ventura que tenia, pues cuando pudo emplearse en un caballero que la estimaba y merecia, la sirvió de impedimento el verse tan inferior á sus prendas, y cuando la agradaba Cardenio, igual suyo y digno de cualquier cuidado, la estorbaba el estar advertida de su nobleza; y viéndola Cardenio tan divertida, que no habia reparado en que le tenia delante, quiso decirle su voluntad de manera que ella la supiese, sin que imaginase que se la decia, y disimulando haberla visto, y pidiendo licencia á su turbacion, dulce y enamorado cantó así:

Selvas, no vengo á quejarme;
Alegre y contento vengo,

Que si está en necios la dicha,
En mi vida fui mas necio.
Quiéroos contar mis venturas,
Y no es poco si las cuento,
Que estoy tan hecho á desdichas,
Que á mí mismo no me creo.

Amor tengo, selvas mías,
Pero es tan divino el dueño,
Que solo en haberle amado
He parecido discreto.

Bien conoceréis á Silvia,
La que con dos soles negros
Todo cuanto mira rinde,
Mas diréis tales son ellos.

Aquel hechizo del valle,
A quien pienso que dió el cielo
La comision de matar,
Y á mí me topó el primero.

No penseis que os miento, selvas,
Que en viéndola diréis luego:
Bien haya tanta hermosura;
Buen gusto tiene Cardenio.

Mírame con buenos ojos,
Aunque no es favor muy cierto,
Pues si mira con los suyos,
Claro está que han de ser buenos.

Silvia, en fin, me abraza el alma,
Y aunque muero si la veo,
Por hacer gusto á mi amor
Sus estrellas miro y muero.

Y así cuantos verla quieren,
Lástima me dan y celos;
Lástima porque los mata,
Y celos porque la quiero.

Háceme salir colores
Cuando á sus ojos me atrevo,
Que como la quiero mucho,
La tengo mucho respeto.

Es un ángel, selvas mías,
Y como no la merezco,
Mientras se duele de mí,
Con quererla me contento.

Selvas, aquesto es verdad,
Esto paso, aquesto siento;
Prestalde mi amor á Silvia,
O quitadme el que yo tengo.

Cantó tan sentido el enamorado Cardenio, que puso en cuidado á Silvia, y no quiso volverse á su casa sin hablar con el dueño de la voz y de los pensamientos; salióle al paso Cardenio, como admirado de la novedad de verla; y Silvia se receló como temerosa del peligro que la amenazaba su voluntad. Parecióle mas galán, porque le miraba como imposible de gozarle, y preguntóle si era él acaso quien tan dulcemente habia referido sus ansias á las selvas. Bien sabia Silvia que era Cardenio, porque él mismo habia dicho su nombre, pero estaba ya de manera, que por escucharle segunda vez se lo preguntaría muchas. Respondió que él era, aunque desgraciado; quiso irse Silvia por no escuchar cosas que la pudieran hacer salir colores y aun obligarla á que se perdiese mas de lo que estaba. Detúvola Cardenio, aunque fué menester poco, y advirtiéndola que se daría por pagado de su amor si le escuchaba parte de su sentimiento, la dijo desta suerte: Silvia, si pensara que amándote habia de ofenderte, así en la opinion como en el gusto, sabe Dios que me quitara yo mismo esta triste vida, si acaso no es tuya, para que me faltara con ella la ocasion de enojarte; pero como tengo por cierto que el amor de un hombre, cuando no es con perjuicio, no ofende, me animo á llevar adelante mis pensamientos sin comunicarlos mas que al

secreto destos árboles, que son amigos que no hablan. Yo estaba, como has visto, cantando ó llorando, que en quien ama tan cierto es lo uno como lo otro, y pienso que me oiste; mas si es así, no te pese, que bien puedes pasar por el gusto de ser querida, pues yo paso por el tormento de amar, siendo mal pagado. No te pido, Silvia mia, que me quieras; pero solo te suplico que no te enojos de que te ame, pues se precia mi amor de tan poco interesado, que apenas tengo atrevimiento para desearte, porque pienso que el amor que no llega á los brazos, si no es el mas gustoso, por lo menos es el mas perfeto. Ya estaba Silvia tan enternecida á las razones de Cardenio, que confiaba poco de su desden, y aunque queria, no acertaba á irse; mas resistiéndose con valor de mujer principal, le respondió tan rigurosa, que no pudiera hacer mas si la hubiera dicho que la aborrecia; fuése en efeto llorando por lo que dejaba, y huyendo de lo que apetecía; ya le pesaba de haber sabido su desdichado aunque ilustre nacimiento. ¡Ay Cardenio! decía por el camino, volviendo los ojos algunas veces, ¿quién pudiera pagarte esa voluntad sin aventurar la nobleza que tengo heredada? Y ¿quién pudiera recabar con el cielo que te diera la calidad que te falta, para que yo te ofreciera un alma que me sobra? Así se ausentaba y se quejaba tan piadosa, que quiso atreverse á su vergüenza y volver á consolar al que quedaba con mas amor, aunque con menos esperanza. No la quiso seguir Cardenio por no enojarla, pensando que se habia ofendido de veras. Era discreto por ser desconfiado, y como amaba temia, y como temia, tuvo por cierto el desden de Silvia. Confirmó su poca ventura considerando que no hallaba modo para agradarla, pues siendo caballero, la habia ofendido, y viéndose villano, la habia enojado. Bien quisiera poder quitarse la noble sangre con que habia nacido, para poder con mas libertad pedirla por suya; mas procurando consolarse, remitió á sus ojos su sentimiento; y viendo entre los demás árboles uno que habia sido tan desgraciado parto de la primavera, que como si hubiera probado los rigores de diciembre, estaba falto de galas y hermosura, pareciéndole que habia hallado con quien hablar y contar sus lástimas, pues era compañero suyo en las desdichas, cantó con envidia de las aves desta suerte:

Arbol que en tus verdes años
Fuiste blanco de venganzas,
Pues te faltan esperanzas
Y te sobran desengaños,
Ten á ventura tus daños,
Que en fin tu suerte acabó
Y el cuidado te quitó
De temer lo que has dudado,
Pues no teme un desdichado
Cuando ve lo que temió.
En tí mis desdichas vi,
Pues yo tambien esperé,
Aunque mi tormento hallé
Donde menos le temí;
Lo mismo pasa por tí,
Pues la primavera trata
De tu muerte y te maltrata
Cuando puede darte el ser,
Que es en efeto mujer,
Y no se libró de ingrata.

Apenas fuiste del suelo
Lisonja cuando un rigor
Fué injuria de tu verdor,
Fué parca de tu desvelo,
Desdeñoso anduvo el cielo,
Aun antes de castigarte,
En lucirte y adornarte,
Pues pudiste sospechar
Que te gustaba de dar
Para tener que quitarte.

Tú estás con muerta esperanza,
Y yo con vivo cuidado;
Tú lloras el bien pasado,
Yo la presente mudanza;
No hay humana confianza
Estable, firme y segura;
Dióte el cielo esa hermosura,
Y fuera mucha extrañeza
Vivir con tanta belleza
Y tener mejor ventura.

El cielo á tí te quitó
La vida, pero yo á mí,
Pues quise ver lo que ví,
Y vi lo que me maló:
En mi pena solo yo
Me doy el mayor castigo,
Yo mismo á mí me persigo,
Aunque mi muerte recele,
Que tal vez un hombre suele
Tratarse como enemigo.

Cuando lloras tu caída,
Yo siento mi suerte triste;
Tú la esperanza perdiste;
Yo la esperanza y la vida;
Los dos la vemos perdida,
Que el cielo lo quiso así;
Tú fuiste lo que yo fui,
Gozaste lo que gocé,
Tú viviste, yo esperé,
Tú acabaste, yo cai.

Llegó la noche, y Silvia estuvo aguardando á Cardenio, sin quitarse de la ventana, el cual apenas vino, cuando encerrándose en su aposento y dejando el grosero hábito, se vistió las mejores galas que tenía entre muchas que trujo, por lo que pudiera sucederle, y cuando todos estaban entregados á la quietud de la noche, salió de su casa, y fué á la de su ingrata Silvia, que con el calor del tiempo y el que había cobrado aquella tarde no podía alcanzar del sueño que la divirtiese de aquella agradable pesadumbre. Acercóse Cardenio con intencion de saber segunda vez si mudando traje se mejoraba su fortuna; reparó Silvia en él, y viendo que no pasaba adelante, sino que daba á entender que la esperaba para hablarla, consultando con su recato la respuesta, se dispuso á cerrar la ventana y cumplir con la obligacion que á sí se debía, y antes que lo hiciese, la dijo Cardenio mirase que por escucharle dos palabras no perdía tanto que fuese menester valerse de sus tiranías; y por no perder la ocasion que tenía entre las manos, prosiguió diciendo: Yo soy, señora, un caballero que pasando por este lugar vi vuestra divina hermosura; pluguiera á Dios hubiera nacido sin ojos para que me excusara de lo que por su ocasion padezco; vila, en fin, por mi desdicha, que desdicha parece amar un hombre á quien sabe que no le paga, y volviendo á veros, os hablé una noche en mi cuidado, y hallé tan poco lugar en vuestros ojos, que aun no les debí que por descuido me mirasen; procuré divertir esta voluntad en la corte, y lo hubiera hecho si vos fuéades menos

hermosa; mas hallando por imposible olvidaros, quise volver á saber de vos si acaso gustais de que me empeñe con mas fuerza en quereros, dándome alguna esperanza, ya que no de amarme, siquiera de agradecerme una voluntad tan noble; este desengaño espero de vuestra boca, que aunque salga contrario á mi deseo, me servirá de saber que nació para llamarme vuestro, pero no para mereceros por mía. Oyóle Silvia, mas por ver si se olvidaba de Cardenio que porque gustaba de escuchar ajenos cuidados; y como quien ama tiene hecho el gusto á las palabras de su dueño, acordándose del que lo era suyo, la desagradó cuanto escuchaba entonces. ¡Oh fuerza de la pasion de quien quiere bien! Cardenio fué el que habló á Silvia la pasada tarde y el que la habla agora; entonces villano, y agora caballero; el mismo entendimiento tiene, y aun mejor, porque está en hábito mas á propósito para la inclinacion de Silvia; pues cómo le desagrada el mismo que le ha parecido bien? Milagros son de la voluntad, que todas las cosas que mira en el sugeto que estima las califica por acertadas y cuerdas; en un hombre querido todo es gracia, los errores son aciertos, los disparates agudezas, y las ignorancias donaires; el ejemplo tenemos en las manos, pues Silvia estaba tan pagada de su Cardenio, que, con ser el mismo el que la estaba hablando, solo porque le imaginaba como otro la ofendia, y tanto, que le respondió resueltamente no se cansase, porque fuera de que su calidad era desigual á su estado, en un lugar corto está tan sobrada la malicia, que cualquiera cosa, por limitada que viesen, habian de atribuir á liviandad; y lo que mas la quitaba las esperanzas de pagarle era verse cautiva de una voluntad que no la dejaba admitir otra en su honesto pecho, porque ella amaba, y un corazon con poco gusto lleva sobre sí mas de un cuidado, que repartirle en diferentes dueños es no tenerle de ninguno; y así, la perdonase, y procurase, si la queria, no venir tercera vez donde ella le viese y los demás le notasen, y despidiéndose, cerró la ventana. Quedó Cardenio tan desengañado de su corta dicha, que ya le pesaba de haber sabido tan á su costa lo que había de ser principio de su muerte. Mirábase, no solo amando sin ser correspondido de Silvia, sino que escuchaba della que tenía voluntad, y que no sería á él, pues le trataba con tantos rigores; y como si el vestido fuera causa de sus penas, le hizo pedazos por testigo de sus ofensas y por no haber sacado con él sino desengaños que le atormentaban. Maldecia su fortuna, y pedia al cielo le quitase la vida, porque aunque Silvia le había muerto, era de manera, que le dejaba vivo para el sentimiento, y difunto para la esperanza; y viendo que estaban cerrados todos los pasos para agradaarla, y que con ruegos no se obligaba, porque no era noble, ni con finezas, porque se preciaba de ingrata; con galas no, porque había nacido grosera; con vestirse de sayal tampoco, porque era altiva; con amores menos, porque queria en otra parte, se acordó de las veces que los celos han hecho milagros en la voluntad mas tibia, porque una mujer suele descuidarse amada, y amar aborre-

cida; resolvióse á obligarla con agravios, ya que no se dejaba conquistar con verdades, y procurar conocer el labrador venturoso que la merecía, como si no fuera él solo el dueño de su albedrío, pues él solo era á quien amaba, y con él mismo le daba celos; y para esto ordenó mostrarse públicamente agradecido á una labradora de gentil brio, de mucha riqueza y de razonable calidad, que se preciaba de entendida, y habiéndole escuchado algunas veces, se habia aficionado á su entendimiento; y en cualquiera ocasion que podia hablarle daba á entender que no le quería muy mal. Empezó Cardenio á mostrarse amante suyo, y ella á tenerse por dichosa en pensar que merecía sus desvelos; escribíala discreto, aunque mentiroso, y ella respondía bacheliera, aunque agradecida; y esto á tiempo que ya Silvia, olvidada de su fuerte condicion, le amaba con tantas veras, que lo pagaba su salud, porque advirtiéndole que era noble, se le hacia mas lástima juntar su sangre con quien habia de mancharla, y mirándole á él, la parecia imposible pasar la vida sin sus brazos; de manera que ni se atrevia á quererle, ni se determinaba á olvidarle. Así estaba la hermosa Silvia cuando llegó á sus oidos el nuevo empleo de su mudable amante, y como la halló tan dispuesta para cualquiera desdicha, fué mucho que la dejasen con vida los celos. Quiso castigar su amor y trocarse en aborrecimiento, mas no pudo, que el amor con nuestra voluntad se toma, mas no se deja. Quisiera darle á entender su pesadumbre en viéndole, y no se atrevia, porque si amaba á otra, era poner en contingencia su estimacion; en fin, la pareció mejor callar su sentimiento, si pudiese, aunque sufrir los celos sin dar voces era demasiada mortificacion en el gusto; y una tarde, que porque saliese á honrar los campos la convidaba un fresco viento, se fué á comunicar con la soledad sus congojas, y á dar parte á las aves de sus pensamientos, porque si se preciaban de parleras, le dijesen á Cardenio lo que padecía; y volviendo los ojos hácia la falda de un pequeño monte que servia de diadema hermosa á lo demás del campo, vió que tres hombres alevosamente injuriaban la vida de uno solo que bizarro se defendia, y animándose cuanto pudo, fué á impedir con sus ruegos y su hermosura el riguroso fin que prometian tan desatinados atrevimientos, y por mucha prisa que se dió para cumplir con la piedad de su deseo, ya cuando llegó fué tan tarde, que los enemigos del valiente mancebo, aunque heridos peligrosamente, iban huyendo por dejarle, á su parecer, muerto ó con poca esperanza de vida. Llegó Silvia, y vió entre los brazos de una hermosa zagala al triste mozo, que bañado en su sangre con un mortal desmayo, daba á entender que le faltaba poco para rendirse á la muerte. Reparó Silvia, antes de preguntar el trágico suceso, en que la mujer que le acompañaba era la causa de sus celos; y volviéndose al dueño de la vertida sangre, vió que era no menos que su traidor amante, su falso Cardenio y su querido ingrato. Bien tomara por partido que pudiera tanto el sentimiento de la presente desdicha que la matase con brevedad, para que sus celos duraran menos; y

preguntando á la enemiga de su sosiego la ocasion de aquella desgracia, respondió turbada y llorosa que Cardenio, á quien amaba con extremo, estando con ella á la sombra de aquellos árboles, habia tenido cierto disgusto con un hombre mas poderoso que bien nacido, sobre envidia de su fortuna y celos de su voluntad, y pareciéndole que era disparate sufrir que un hombre humilde y recién venido se aventajase á todos y fuese causa de que no le amase, habiéndole visto salir con ella aquella tarde, le siguió cautelosamente, y cuando estaban mas seguros de su traicion le acometió con otros dos que le acompañaban, y sin que bastase ponerse ella misma delante de las espadas para defenderle de sus crueldades, le habian dejado en sus brazos de la manera que miraba. Disimuló Silvia, no el sentimiento que la rasgaba el corazon, sino los celos que la abrasaban el alma, y díjola que fuese al momento y avisase de aquella desgracia en el lugar para que se procurase su remedio. Quedóse Silvia sola y cercada de mil pensamientos, por que con los celos que tan claramente tenia averiguados deseaba la muerte á quien era su misma vida; y por otra parte, como sabia de sí que le adoraba, mirábase con el ansia de verle padecer, y venia á pesar mas el amor que la eternecia que los celos que le enojaban. Alzó Cardenio los ojos, y conociendo á Silvia, espantado de verse libre de quien habia sido causa de aquella tragedia, casi estimó el rigor que con él habian usado sus enemigos, por parecerle que Silvia, de lástima siquiera, habia de olvidarse por entonces de sus asperezas; pero acordándose de que tenia secreto dueño de su gusto, deseaba que las heridas fuesen tales, que bastasen á quitarle la vida, pues con la muerte por lo menos no hay fortuna que se tema; mas viendo que solo en la cabeza tenia la herida que habia esparcido tantos granates, porque de los demás le defendió un colete que traia debajo de aquel disimulado traje, se determinó á vengarse de los ofensores por el agravio que le habian hecho en dejarle vivo, sin duda para que le matase mas poco á poco el martirio de su sospecha y el tormento de su desengaño. Y despues de satisfacerse Silvia de que la herida de la cabeza era sola la que producía aquella caliente púrpura, y no de tanto peligro como se imaginaba, aunque para quien le amaba como ella cualquiera dolor suyo, por pequeño que fuese, la atravesaba el pecho, habiéndole limpiado con sus manos alguna sangre que estaba detenida en el rostro, y apretándole un lienzo en la parte por donde el rojo humor fugitivamente salia, le preguntó el suceso, diciéndole que se espantaba que teniendo de su parte á un ángel que le defendia, se hubiese atrevido la menor ofensa, porque si ella viera á su galan en semejante estado, ó le habian de dejar sin agraviarle, ó habia de probar ella primero los aceros, para que si despues le acertasen al pecho, pareciese favor y no venganza. Tuvo Cardenio á novedad que á Silvia le pesase tanto de su desgracia, que la compasion está muy cerca de parecer amor, y para confirmar mas bien esta verdad, la refirió lo mismo que Silvia habia escuchado, aunque la historia no era para

oída dos veces, pues celos para matar basta que de repente se imaginen; dijo, no que amaba á la labradora que habia visto, sino que ella con una honesta voluntad le queria, porque lo primero fuera agravio para Silvia, y lo segundo era crédito para Cardenio; y si dijera que la amaba, diera ocasion á Silvia para cualquier desprecio, que aunque muchas con celos y desdenes aumentan su amor, otras suelen resfriar el deseo; y advirtiéndole Silvia que si callaba lo que padecía seria fuerza que Cardenio prosiguiese en aquel cuidado antes que viniese gente que la estorbaba, fingiendo una disimulada risa, que si fueran necesarias lágrimas no habia menester fingirlas, le dijo desta suerte:

Prométote, Cardenio, que me suele dar ocasion á que me ria ver en los hombres en tan poco tiempo tan diferentes y varios pareceres, y que habiendo nacido con alma poco firme y voluntad menos constante, os andeis quejando de nosotras toda la vida: ¿por ventura hay mudanza en alguna mujer que no proceda de culpa vuestra? Trato de las mujeres principales, que en las demás la inconstancia no es novedad, porque es costumbre. ¿Has oído decir alguna vez que una mujer admitiese otro cuidado siendo bien correspondida? No por cierto, porque la que aventura su recato, ó es por amor, ó por interés; desto segundo se libra la que es noble, pues queriendo bien y teniendo amor á su gusto, ¿qué mujer hay tan necia que le quiera perder, y mas estando su reputacion de por medio? Dirásme que, como se ve por la experiencia, la que es mas noble no suele permanecer en un empleo; y á eso respondo lo que al principio, pues no tienen ellas la culpa, sino quien las obliga á que intenten desatinos. ¿Qué culpa tendrá la mujer que se ve ofendida de un ingrato en la honra y en el gusto, si por verse libre de su memoria se olvida tal vez de su nobleza? Qué ha de hacer la que, llevada de su amor y movida de las lágrimas de un hombre, le da lugar en el pecho, y de ahí pasa á cuanto desea, que una vez rendida la voluntad, todo lo demás es fácil, si despues de gozar lo que alcanzaron ruegos y lástimas, como se ve querido y tiene segura á la desdichada que le adora, apetece cuanto mira, y lo peor es que no para hasta matarla á pesadumbres y dejarla con las ofensas á los ojos? Pregunto, Cardenio, ¿esta mujer tendrá disculpa en intentar cualquier flaqueza? ¿Acaso las mujeres nacimos con obligacion de sentir vuestros agravios, sin buscar la venganza dellos? No teneis vosotros vergüenza de ofendernos, ¿y hemos de regatear nosotras el vengarnos? Quien tiene mas entendimiento, que es el hombre, no huye de ser inconstante, y ¿quieres que una mujer tenga cordura para sufrirle? Y si no, dime por tu vida, ó por la de aquella dama que te quiere tanto, que consiente que te la quiten, ¿acuérdate que no ha muchos dias que te hallé contando á las selvas, no sé si mis cuidados ó tus mentiras, y despues no me encareciste que te debía suspiros y te costaba desvelos? ¿No me dijiste que si se dilatara tu vida á infinitas edades, ni podias dejar de quererme, ni acertarias á saber olvidarme? Pues si esto es cierto,

como lo sabes tú y aquesos árboles, y agora te hallo en brazos de otra hermosura, que por lo menos te cuesta sangre y mas lo que está encubierto, dime, ¿qué confianza se puede tener del mejor hombre, ó qué mas hicieras si hubieras estado ausente algunos años, y yo despues de haberte querido te dejara? ¿Tan presto te he parecido fea, y sin haberme gozado? ¿Tan presto te cansaste de rogar á quien muchos ruegan? ¿Piensas acaso que vives en la corte, donde en el pedir y el conceder no hay mas distancia que la falta de ocasion? ¿Presumiste que era alguna mujer comun, que me habia de rendir á los primeros engaños, que todas las palabras lo son cuando está á los principios la voluntad? Y si por dicha no pensaste tan mal de mí, dime, si, como era posible, aunque no ha sucedido, despues de haber escuchado tus mentiras, me hubiera agrado de tu talle, y sobre todo de tu ingenio, ¿parécete que quedara buena, y parécete que tuviera culpa en vengarme de tus sinrazones y en publicar que eras ingrato, fácil y desconocido? ¿Fuera entonces yo la mudable en agraviarte ofendida, ó tú en ofenderme sin agraviarte? Cardenio, Cardenio, mira que es peligrosa cualquiera ofensa en las mujeres que son honradas, porque como sienten con mayor fuerza la injuria, intentan con menos piedad el castigo; lástima tendré de aquí adelante á la pobre que te quisiere, porque yo, aunque te tuviera en mis brazos, temiera que alguna vez habias de ananecer ajeno. ¡Ay de mí! si te hubiera creído, ¡qué de disgustos me prometiera! Libre Dios mi voluntad de tus engaños, que pueden salirle á una mujer á los ojos; mucho te importara, ya que eres tan discreto, estar menos confiado de tus méritos, que á muchos les echó á perder, no el entendimiento que tienen, sino el saber que le tienen; y no creas que eres tan perfeto que has de rendir cuanto mirares, que visto de espacio, tienes muchas faltas que no conoces, porque te ves en el espejo de tu propia pasion.

Ya Silvia se iba enojando, aunque tan amorosamente, que con lo que le ofendia le enamoraba; pidióse Cardenio albricias, no de que Silvia le quisiese, porque los celos que tenia y lo que habia oído aquella noche no le dejaban creer cosa en provecho suyo, sino de verla tan afable y humana, y por satisfacerla de su firmeza y darla á entender que ella habia sido la primera ocasion de su mudanza, la dijo: ¿Para qué, Silvia, puede ser bueno encarecerme que todos los hombres són ingratos? Por decirme que yo lo he sido. En eso sahen los cielos que hay mucho que averiguar. Es verdad que me hallaste repitiendo á estos campos lo que me debes, y aun lo que agora tan poco me pagas, pero no es verdad ni lo puede ser que me haya olvidado de aquella primera voluntad, aunque te digan otra cosa tus sospechas, que yo que la siento sé que te engañas, y pluguiera al cielo, hermosa Silvia, que fuera verdad lo que has imaginado, pues á tí te importara poco, y yo viviera con mas descanso. Dices que estás contenta de no haberme creído ni querido, porque agora te hallaras tan mal pagada como bien quejosa. ¡Ay ingrata! no lo creas, ni hagas

ese agravio á mi voluntad, que si te parece que he sido mudable, puede ser que lo haya hecho por darte gusto; que cuando una mujer quiere bien, suele agradecer que no la traten de otros cuidados. Yo sé, Silvia, que tienes amor; y so sé que te desvelan otras penas, y esto de tan buen original, que hay quien lo ha escuchado de tú boca; pues dime, ¿es mucho que yo me entretenga de burlas si tú me estás ofendiendo de veras? ¿No sé cómo te has lastimado tanto desta pequeña herida, y tienes ánimo de darme la muerte por mil caminos. ¿No bastaba quererte, Silvia? No bastaba ser despreciado por quien tú sabes, sino querer que prosiguiera en amarte, y me viera perdido, cuanto ni tú me pudieras remediar, ni mi cordura me pudiera favorecer? Vete á la mano, y advierte que no es gallardía dejar que un hombre se vaya encendiendo cada día para darle con el desengaño en los ojos, á tiempo que no tenga mas consuelo que su desesperacion. Déjame probar si puedo olvidarte, pues te importa poco que yo te ame.

Confusa escuchaba la enamorada Silvia á Cardenio, y cuando iba á satisfacerle de aquel indigno pensamiento, la estorbó alguna gente, que con las nuevas del suceso venia á saberle con mas certidumbre, para que se previniese su remedio; y contentos todos de que la herida no era demasiada, si bien la falta de la sangre hacia mayor su desgracia, llegaron al lugar donde con general tristeza fué sentida, porque su cortesía le habia hecho tan bienquisto, que solo los celos, que ni miran á la piedad, ni atienden á la razon, tuvieran ánimo para ofenderle. Estuvo en la cama algunos dias, regalado de Silvia y tan agradecido á sus favores, que con no tenerlos por seguros, hizo por ella una fineza, que á parecer de Silvia era muy grande, y fué escribir un papel á la que habia sido causa de su divertimento, diciéndola que él era en aquel lugar mas forastero que natural, porque aunque habia tenido en él la primera cuna, la ausencia le habia hecho extraño; y así, no queria disgustar á las personas con quien era forzoso vivir; y en efeto la desengañó claramente de que no habia de proseguir en su amor; y Silvia quedó tan gustosa, que le envió á decir con una criada de quien ella hacia confianza que en hallándose con fuerzas para salir de casa le queria hablar acerca de muchas cosas que pudiera ser que no le pesase de escucharlas. Contaba Cardenio las horas, deseando el dichoso dia para pedirla descubiertamente que le desengañase: Silvia tambien rogaba por la mejoría de Cardenio, para hablarle menos esquivo y mas amorosa, porque ya le queria de suerte, que con ver que si sus padres supieran que se empleaba tan bajamente, no la habian de admitir por hija, y se habia de quedar toda su vida en aquel humilde traje, estaba resuelta á ser suya y á vivir con él, aunque perdiera mayores intereses. Y una noche que estaba el viejo Albanio riñéndola porque no daba crédito á la nobleza que no conocia, llamó á la puerta un hombre que preguntaba por Albanio, diciendo que un caballero le queria hablar. Bajó Albanio, y quedóse Silvia tratando con su pecho de la gallarda determinacion

que tenia; y apenas llegó el viejo á preguntar quién le buscaba, cuando una dama de lindo talle y gentil presencia se fué á sus brazos, y con mas admiraciones que palabras le dió á entender que era la madre de Silvia, que como la habia heredado la belleza no fué dificultoso conocerla presto; y luego su esposo que la acompañaba, con el deseo de ver á su hija, sin detenerse en otros cumplimientos rogó le llevasen á conocerla; subieron todos, y hallaron á Silvia que, espantada de aquella novedad, casi no consentia en los amores que le hacia su padre; y despues de haber solemnizado con regocijos y admiraciones aquella ventura tan deseada y lo mucho que debia á Albanio, le dijo la madre de Silvia cómo despues de haberla dejado del modo que sabia y haberle salido todo á satisfaccion de su deseo, estuvo muchos años sin ver á su esposo, si no es por la comunicacion de papeles y cartas, que son las visitas de los ausentes, porque dió muerte en Salamanca á un caballero de los mas principales della; y así, le fué forzoso ausentarse á parte donde pudiera estar sin peligro, hasta que con un perdon de su majestad habian cesado sus pleitos y destierros, y que volviendo á su patria y viéndose con la nobleza de un hábito y con hacienda suficiente para poder honrarle, movido de su voluntad, que, si es verdadera, no conoce al olvido, y confesando sus obligaciones, se habia ido á Granada para ver si habia remedio de gozar su esposa, y viendo los dos que su padre perseveraba en su desatino, se resolvieron en dejar una noche á Granada, y venirse á Madrid, llevando de camino á Silvia. Y encareciendo el peligro en que estaban si se detenian, porque su padre ó sus deudos fuera posible que los alcanzasen, dijeron á Albanio que sin mas prevencion era fuerza que Silvia se fuese con ellos, para llegar á Madrid antes que amaneciese. Nuevas fueron estas que desmayaron á Silvia tanto, que tuviera por muy gran dicha haber nacido de humildes padres, si la habia de costar el verse, no solo desigual de quien adoraba, sino en parte que no habia de pagarle aun con los ojos. Replicó Silvia á tan rigurosa y fuerte determinacion, pero no la valió, porque sus padres estaban con temor y amor; el temor no les consentia detenerse, y el amor no les daba lugar á que la dejasen; y obedeciendo á la cruel sentencia, bañada en lágrimas y llevando traspasado el corazon por lo que dejaba, se despidió de Albanio en compañía de aquella criada que sabia sus desvelos, para descansar con ella y tratar de que Cardenio supiese la triste causa de su ausencia y procurase verse con quien tanto le amaba. Quedó Albanio encargado del secreto, aunque Silvia le rogó al despedirse, por el amor que la tenia, dijese á Cardenio de su parte lo que habia pasado, y él por consolarla se lo prometió, aunque despues, viendo que no podia estar bien á su calidad, le pareció que acertaria en no decirlo. Llegó Silvia á Madrid como se puede creer de quien iba muriendo, y con cada paso miraba mas lejos de sus ojos á quien era alma de sus pensamientos. Consideraba cuán al revés se habia cumplido el deseo de verse con su dueño; imaginaba tambien cuán injustamente

ofenderia su voluntad, sabiendo su ausencia. Apenas faltó Silvia, cuando todos echaron menos su hermosura, como era la joya de mas importancia; y estando Cardenio cuidadoso del descuido grande que tenia en avisarle de la ocasion en que le habia de hablar, porque ya se miraba con bastantes brios para hacer valentías en su salud, le vinieron á decir cómo faltaba de la casa de su viejo padre, y que se imaginaba que se habia ido con un hombre que la gozaba de secreto, que el vulgo nunca se contenta con decir lo que pasa. No quiso Cardenio dar crédito á estas nuevas por no agraviar á Silvia, que pensar mal del recato de una mujer sin informacion bastante es ofenderla en el honor y hacer poca confianza de su virtud; pero viendo que todos lo murmuraban y que en su casa no parecia, tuvo por cierta su imaginacion, y sospechó que el decirle que le tenia que hablar habria sido para consultar á solas el fiero desengaño de su determinacion, yéndose con el oculto mercedero de su belleza. Volviase loco, quejábase al cielo, llamaba á la muerte, y maldecia, no solo á Silvia, sino á las demás mujeres, que en semejantes casos la mudanza de una la pagan todas. ¡Ay, decia ciego de su pasion, crueles homicidas, rigurosas para quien os ama, y apacibles para quien os aborrece! ¡Quién pudiera vivir sin vosotras, para librarse de vuestros engaños y mudanzas! Siempre me acuerdo de aquellas palabras que decia Marco Aurelio hablando contra vuestra malicia: Mujeres, en acordarme que nací de vosotras desprecio la vida, y en pensar que vivo con vosotras amo la muerte; habló como discreto y como filósofo, y mas si pasaba entonces por la ingratitud de Faustina. Decís siempre que somos mudables, y estoy por creerlo, no porque cabe en el hombre delito de ingratitud, sino porque lo pudimos aprender en el tiempo que estuvimos en vuestras entrañas. Vosotras sois siempre las quejosas, y nosotros los ofendidos, que como teneis fuerza en los ojos para mover á lástima, acreditais con lágrimas lo que disimulaís con engaños. De todos nosotros decís infamias, y á cada uno de por sí haceis halagos. Yo te oí, Silvia, decir una tarde tantas injurias contra quien admitia mas de un desvelo en su corazon, que pensé que habia resucitado Lucrecia, ó que vivia Penélope; mas ya conozco que fué solamente querer acreditarte de buen gusto, porque como al vicioso, aunque lo sea, le agrada la virtud, así vosotras, aunque seais mudables, os parece bien la firmeza, y os quereis preciar de lo mismo que os falta. ¡Ay Silvia! eres mujer, y no puedes olvidar tu naturaleza; si amabas á otro, ¿para qué te entretenías conmigo? Si te desvelaban otras ausias, ¿para qué te lastimabas de mis heridas? Y si pasabas por tanta mudanza, ¿por qué culpabas mi poca firmeza? ¿Es posible que amando una mujer en una parte, aun le queda ánimo para querer en otra? Yo confieso que tuve por cierto que me amabas, pero engañéme, ó tú me engañaste, que no tiene un hombre obligacion de estar advertido de que las mujeres principales mienten; y ¿quién habia de pensar que no era muy seguro tu amor, si te vi casi llorar

de celos? Mas dime, ¿cómo fué posible confesarte celosa y librarte de tenerme amor, pues lo uno presupone lo otro? Mas pareceme que no fueron celos, sino envidia, pues á tí no te debió de pesar de verme con otra porque me amabas á mí, sino porque te parecia que era desestimarte á tí. ¡Ay, ingrata, qué mal cumpliste con la obligacion que debias á mi voluntad! Por tí, Silvia, dejé gustos, amigos y nobleza, pues me olvidé de lo que soy, por igualarme á tu ser; por tí vine á estas soledades convertido en villano, que Ovidio y el amor me animaron á semejantes desatinos; pues alguna paga merecia esta fineza; pero ya veo que soy loco en pedir agradecimiento á quien nunca supo conocer los beneficios. Así se quejaba el ausente Cardenio de su adorada Silvia, aunque sin razon, porque le amaba con tanta verdad que no vivia un punto sin su memoria, si bien desconfiada de su amor, porque como los agravios se toman mas atrevimiento en cualquier ausencia, y á Cardenio no le aborrecian en el lugar, temia y con razon, no fuese ingrato al mucho amor que la debia. Solia ir Albanio á la corte, y preguntábale si habia dicho á Cardenio que estaba en Madrid, y él respondia, por apartarla de aquel pensamiento, que sí, y que ya se cansaba de rogarle viniese á verla, porque vivia tan divertido en cuidados nuevos, que apenas le daba respuesta. Creyóle fácilmente Silvia, y empezó á injuriar la fácil condicion de Cardenio, vengándose con infinitas lágrimas de sus hermosos ojos, que como ellos son los primeros que tropiezan para que caiga la voluntad, son tambien los que sienten con mayor afecto la culpa de su caída. Ya todo esto sucedia en ocasion que los padres de Silvia andaban muy cerca de desposarse, y ella había trocado el traje de villana por las costosas galas que pertenecian á su calidad, con las cuales estaba tan hermosa y desenfadada como si toda su vida se hubiera criado en ellas. Tambien Cardenio vivia en Madrid, porque en viendo que faltaba Silvia, dejó de ser villano, y volvió á su centro; y bajando acaso una noche hacía el Prado en compañía de cierto amigo suyo, que sabia reñir de noche, y callar de día, vieron una dama que iba sola y con algun susto. Llevaba en la cabeza un tafetan leonado, que la defendia la cara para no ser conocida, y descubierto un faldellin que no se supo de qué era, porque la mucha guarnicion no daba lugar á que se manifestase la tela; el olor daba á entender que era principal, ó por lo menos de buen gusto. Y llegándose á ella, la preguntaron si mandaba que la fuesen sirviendo. Que me sigais entrambos quisiera, respondió la dama, porque me importa dar unos celos á un hombre que me ha hecho cierto pesar en la comedia, y me holgara que me le pagase en otro tanto, hiriéndole por los mismos filos. Cogieronla en medio, y dieron vuelta por todo el Prado, sin ballar á quien buscaban, y cuando ya se venian á su casa, les obligó á pararse un coche, que con cuatro músicos y otros tantos caballeros estaba junto al monasterio del Espíritu Santo, cantando á cuatro voces extremadamente. Sentáronse en las gradas de la iglesia por escucharlos con

ams comodidad, y después de haber puesto fin á la música, y que ya el cochero guiaba á las fuentes de San Jerónimo, uno de los que venían dentro, que acaso reparó en la dama, mandando que parase, se echó del coche, y fué á reconocerla. Levantóse Cardenio y detúvole, diciendo que aquella demasia no la enseñaba la corte. Yo me precio, respondió el caballero, de tan compuesto y cortesano, que ninguno me ganará en esa materia; pero el amor, y mas si se aconseja con los celos, no repara en esos puntos; la dama que viene con vos lo es mia; si por cierto disgusto que la he dado quiere dármele, ya está conocida la treta. Lo que yo sé, replicó Cardenio, es que agora está conmigo, aunque no es mia. Pues ¿qué importa, dijeron los que venían en el coche, que esté ó deje de estar con él? Váyase agora solo á su casa, y agradezca que no es á la de un barbero. Parecióle á Cardenio y á su amigo que era mucha cordura sufrir tantas demasías, y sacando las espadas, se empezó la pendencia, dándoles, aunque eran tantos, bien en qué entender. Cúpole á Cardenio reñir con dos, mas á pocos lances el uno cayó á sus piés, diciendo á voces que le habian muerto. Empezaron los unos y los otros á recelar el peligro de la justicia, que en Madrid es milagro haber pesadumbre donde no se halle, y pareciéndole á Cardenio que el huir era dar ocasion á que le siguiesen, dejando aquella calle, hizo sagrado de la primera casa, y se entró en ella, pidiendo le diesen favor para poder deslumbrar á los que le quisieran ofender. Entonces un criado de la misma casa, que habia sido testigo de su valentía, le llevó al último cuarto, que estaba algo apartado, y tenia una puerta por la cual se podria pasar al de sus señores, para que si la justicia hiciera diligencias de buscarle, pudiera con facilidad defenderse de sus intentos, y dejándole cerrado, se volvió á ver el fin que habia tenido la pendencia para prevenirle de lo que habia de hacer. Quedó Cardenio algo temeroso del suceso; vióse á escuras y solo, sin saber adónde estaba, y después de considerar su adversa fortuna y las desdichas en que le iba poniendo cada momento, vino á parar en la liviandad de Silvia y en el tiempo mal empleado que le costaba, y estando aconsejándose á sí mismo que olvidase un amor tan necio, sintió cerca de donde estaba pasos, y escuchando con atencion, oyó que una mujer con ansias y suspiros daba licencia á sus tristes ojos para sentir alguna lastimosa tragedia. ¡Ay! decia anegada en diluvios de perlas, ¿de qué me ha aprovechado mi hermosura, si acaso la tengo, habiéndome sujetado á quien ya trata tan descuidadamente? ¿De qué ha servido mi resistencia honrada á tantos ruegos y finezas si en fin acaba en querer bien á quien me paga tan mal? ¿Qué me ha importado disimular mi amoroso desvario, si al cabo le confesé, para quedarme con la vergüenza de haberme rendido y vivir sin el premio de haber amado? ¡Ay, Cardenio mio! si acaso lo puede ser quien está tan ajeno de escucharme y de corresponderme, ¿quién pensara que mujer que pagó con desprecio tantas verdades se hubiera de sujetar tan fácilmente á tus men-

liras? Discreto eras para persuadir, pero muy necio te halló en agradecer; noble pareces en las palabras, pero como villano has procedido en las obras. Castigo es este que merece mi condicion ingrata, que siempre la que se precia de tratar mal á todos, llega á tiempo que la desprecia quien menos imagina. Admirado quedó Cardenio de oír su nombre en tan extraña parte, pero bien echó de ver que otro seria la causa de aquellas quejas, que tuviese su nombre, aunque no su fortuna. Volvió el criado para avisarle que podia salir seguramente, porque la justicia se habia contentado con prender á uno de los contrarios, y Cardenio, agradecido á la merced que le habia hecho, después de pagarle su cuidado con algunos escudos, le preguntó el dueño á quien servia, y él entonces le respondió que á un caballero que venia á desposarse con una dama á quien habia años que amaba y confesaba obligaciones, y que traia consigo una hermosa hija que se habia criado tres leguas de la corte, viviendo siempre encubierta, hasta que sus padres pudieran seguramente llamarla suya.

Todas estas cosas escuchaba Cardenio tan fuera de sí como admirado de la historia de Silvia, y volviéndose al criado, le dijo: Sin duda es esa dama una que poco ha oí quejarse tiernamente. Si seria, le respondió, porque después que vino del lugar donde estaba son tantas las locuras y sentimientos que hace, que con ser mucha su virtud, no ha faltado en casa quien piense que sus tristezas nacen de algun amor que deja en Pinto, porque aunque ella dice que solamente el verse sin Albanio, que es á quien ha tenido en lugar de padre, le tiene descontenta, yo creo otra cosa, porque algunas veces la he oído quejarse de un hombre que llama Cardenio, y por esto presumo que no es solo el amor de Albanio el que la tiene tan triste. Harto fué que Cardenio pudiese sufrir el gusto de tan alegres nuevas; pero disimulando cuerdamente, le rogó que, si fuese posible, llevara un recaudo de su parte á aquella dama, diciendo que un caballero que habia vivido muchos años con Cardenio la suplicaba le diese lugar para poder verla y darla una carta suya. Bien echó de ver el criado que era atrevimiento ir con este recaudo á su señora; pero como sabia que cualquiera cosa disimula una mujer por escuchar á quien la trata en su amor, fué á Silvia, que ya se llamaba doña Juana, y la contó el suceso. Admiróse Silvia, y viendo que aventuraba poco, y que podia desencañarse en mucho, hizo que se abriese aquella puerta, y fué á verse con él.

Igual fué la suspension de entrambos cuando llegaron á verse en tan distinto hábito; el amor le decia á Silvia que el que tenia presente era su dueño, mas el traje no la consentia que lo creyese. Tambien Cardenio, viéndola en tan diferente hábito, se suspendia; mas Silvia, con agudeza de mujer, imaginó que sin duda, sabiendo Cardenio su nueva nobleza, para no desenamorarla, habia hecho aquella trasformacion, y así empezó luego á encarecer lo poco que la obligaban aquellos disfraces, porque ella se habia inclinado, no á las humildes galas, sino al noble corazon, no á la corteza villana,

sino al entendimiento cortesano, no al pobre vestido, sino á la rica voluntad, y que no se desvelase en las exteriores apariencias, que son accidentes para quien ama, pues mas le quisiera villano y constante que galán y falso; y así, que se volviese á entretener con quien él sabía, que ella procuraria que le diese poco de un hombre que no la merecia, pues con su humilde nacimiento la deshonoraba, y con su inconstante trato la ofendia; pero que advirtiese que no le dejaba por verle tan inferior á su sangre y á su fortuna, sino porque le hallaba tan desigual á su honesto amor y firme correspondencia, aunque se consolaba con que sabria morir, sufrir y callar sus penas, por no llegar á verse en los brazos de un hombre que, avisándole cada dia de donde estaba, y rogándole que la viniese á ver, no solo no lo hacia, sino que respondia con desprecios á quien le trataba en ello.

Mas dijera Silvia si la dejaran sus hermosos ojos, porque con la fuerza grande del sentimiento reventaba por descansar llorando. Suspendióse Cardenio, viendo las injustas quejas que tenia de su voluntad, pues desde el dia que se ausentó de Pinto, ni habia tenido recaudo suyo, ni por parte de Albanio habia sabido dónde estaba, y así la respondió que si queria emplearse en quien mejor la mereciese, no era menester valerse de excusas, que él viviria muy contento con verla, aunque fuese en otro poder, como supiese que era gusto suyo; pero que se desengañase de que él niera Cardenio ni villano, aunque tanto tiempo lo habia parecido, sino don Diego Osorio, que para crédito de su nobleza bastaba decir que tenia alguna sangre en la casa de Lémos, y que él era quien pasando por Pinto se enamoró de su hermosura, y la habló cierta noche, aunque por ser demasiado oscura no le habia conocido, y que despues por verla y por obligarla á su amor se habia disfrazado de aquella suerte, y que cómo podia quejarse de su descuido, pues nunca supo la mudanza de su estado, porque al punto que se murmuró que faltaba, viendo que Albanio ni otra persona daban nuevas della, sino que todos se encogian de hombros y respondian suspirando, como no le tenia en el lugar más que su belleza, y acabándose el fin cesa la voluntad de los medios; se habia venido á la corte; y saliendo aquella noche con un amigo le sucedió un disgusto, y huyendo del rigor de la justicia, se habia favorecido de su casa, en la cual oyendo su nombre entre suspiros y lágrimas, se habia informado de tan peregrino suceso, y así no la queria obligar á nada que no fuese con mucho gusto suyo, ni queria pedirle mas que licen-

cia para pretender servirla; y para informarse de su mucho amor, considerase quién habia hecho mas, él en olvidarse de su nobleza y quererla imaginándola tan desigual, ó ella en querer librarse de su amor, por imaginarle villano. A lo cual respondió Silvia que aunque un hourado viejo, á quien tenia en opinion de padre, la habia dicho la nobleza que tenia, con todo eso, sin reparar en este inconveniente ni en los consejos que le daba su recato, su virtud y su calidad, le habia amado siempre; que la noche que escuchó de su misma boca decir que tenia amor, era muy cierto, porque si queria acordarse, habian estado toda aquella tarde juntos, y desde entonces empezó á tener principio su voluntad; y para que echase de ver cómo habia podido mas con ella su amor que su calidad, leyese aquella carta que tenia escrita para que se la llevase Albanio, y sacándola por abono de su firmeza, se la dió, y Cardenio vió que decia:

«Si con el nuevo hábito hubiera perdido el amor que
»te tengo, yo pienso que me lo agradeciera mi sangre,
»mas ha sido tan al revés, que nunca estuve tan resuel-
»ta á ser tuya. Quien te diere esta te dará razon de mi
»casa y calidad, que aunque hay entre los dos tanta
»distancia, mi amor te hará noble, que bien podrá con
»lo que tiene de rey.

»DOÑA JUANA OSORIO.»

No tuvo Cardenio con tan verdaderos desengaños que dudar, ni á Silvia con amor tan conocido la quedó qué temer, y quedándose Cardenio aquella noche en el mismo cuarto, por el peligro que podia tener si salia, y porque la voluntad de Silvia no llevaria bien otra cosa, á la mañana habló Silvia á sus padres, y les refirió toda la verdad del suceso; y como ellos tenian tan fresco el suyo y sabian los desatinos que causa querer impedir á una mujer su voluntad, lo recibieron con mucho gusto, y su padre conoció á Cardenio, que por sus costumbres y nobleza lo era en la corte. Vinieron de Granada los que imaginaban sus enemigos, y viendo, no solo empleada tan noblemente á su hija, sino hallando una nieta tan hermosa que se llevaba los ojos de cuantos la miraban, trocaron en paz el enojo, y en contento la pesadumbre. Gozó Cardenio de su amada Silvia, y publicándose por la corte una invencion de amor tan nueva, celebraron la mucha ventura de Cardenio y la divina belleza de Silvia, ya hermosa dama de la corte, si algunos años humilde villana de Pinto.

LOS PRIMOS AMANTES,

POR EL LICENCIADO JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

AL LICENCIADO FRANCISCO DE QUINTANA.

CUANDO á vuestra merced no le amara por amigo y contemporáneo, por su virtud y divino ingenio lo hiciera; y así, llegándose á lo primero esto segundo, viene á ser interés mio que se conozca el afecto que á vuestra merced y á sus padres he tenido siempre. Por diosa veneraron los antiguos á la amistad, y aunque en la eleccion de dioses fueron bárbaros, pues cada cosa que habian menester tenian el suyo diferente, tanto, que afirma Hesiodo, poeta, que pasaban de treinta mil los que habia en Roma, aquí anduvieron menos ciegos, por ser la amistad útil y aun forzosa en la naturaleza. *Ad usum vitae necessaria* la llamó Aristóteles en el octavo de sus *Éticos*, y mas claramente lo dijo Manilio en el libro II de *Astronomía* :

*Idcirco nihil ex semet natura creavit
Pectore amicitiae majus, nec rarius unquam.*

Gran suerte es de un hombre hallar amigo verdadero; y aunque Tulio en lo que escribió desto mismo no quiere confesar que le haya, paréceme que no lo negara por imposible, sino por dificultoso, pues yo pudiera desengañarle, y él tambien viniera á contradecirse tácitamente, como se puede colegir de la amistad que tuvo con Pomponio Atico. Entre otras cosas que admiro en vuestra merced despues de sus muchas letras, así divinas como humanas, la que mas me enamora es su humildad y natural desconfianza, ornamento de los hombres entendidos. Siempre se lleva los ojos esta virtud, y mas cayendo en quien tiene dadas fianzas de sus méritos, no como muchos, que apenas saben escribir una carta, y por milagro han acertado una vez en su vida, cuando su soberbia no les deja caber en el mundo y no se pagan de cuanto los otros escriben. ¡Qué lástima, siendo ellos ignorantes! Destos son los que por fuerza quieren que les tengan por doctos, andándose por las librerías con un lugar estudiado que encajan á cualquier ocasion, aunque no esté cortado para ella. Pero no les tengamos envidia, que en fin la presuncion y la hipocresia son vicios, y la verdad los suele pagar de contado, que no siempre pasa por desatinos. De sus muchas prendas de vuestra merced tratara de espacio si no me hiciera sospechoso mi amor, fuera de ser peligroso decir alabanzas en cartas, donde para loar á uno se habla atrevidamente de los demás, desafiando á todos los ingenios (¿quién lo creyera siendo tantos?). Pero ¿qué importa que se diga, si quien lo lee, ó se enfada ó se duerme? La disculpa de Horacio comun es, mas viene á propósito, *pictoribus atque poetis*, y esto basta. Esa novela de los *Primos amantes* remito á vuestra merced para que en su aposento la corrija, y en la calle la defienda. El caso es verdadero, y por esta razon digno de leerse con mas piedad. Vuestra merced me desengañe de lo que le pareciere todo el libro, que aunque le han aprobado personas doctas, como he vivido con vuestra merced, me ha pegado la desconfianza, no la ciencia. Yo he procurado ajustarme con todos los que hubieren de leerle, hablando en un lenguaje que, ni á los discretos ofenda por humilde, ni a los vulgares por altivo. Los versos he puesto como para novelas, dejando otros de mas ingenio y estudio por no venir tan á propósito. Los avisos, sentencias y conceptos van mezclados de modo, que sin apartarse de la narracion hacen su oficio. Y aunque, por ser los gustos tan diferentes, pudiera temer lo que Crispo, cuando rehusaba el magistrado: *Si male administravero, deos; si bene, cives habebó iratos*, imagino que ha de agradar á cualquiera por la razon dicha, como no sea de los mal intencionados, que con los tales no quiero crédito, y pues san Agustin llama en sus confesiones *dimidium animae* al perfeto amigo, vuestra merced tome á su cargo el mio como propio. Y déle Dios la vida que deseo en compañía de sus padres.

Amigo de vuestra merced,
El licenciado JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

LOS PRIMOS AMANTES.

En la ciudad de Avila, edificio que en grandezas y antigüedad no debe nada á cuantos se alistan en la jurisdiccion de España, nació Laura de padres nobles (porque como las armas suelen dar principio á la nobleza, y en aquella ciudad ha florecido tanto la milicia, tuvieron sus pasados ocasiones bastantes para ilustrar con su propia sangre la que habia de proceder en sus descendientes). Eran moderadamente ricos, y amaban á Laura con extremo, por ser única prenda suya, y porque sus muchas partes merecian cualquier afecto. Tenia una hermosura tan honesta, que á un mismo tiempo se dejaba querer con la belleza, y se hacia respetar con la compostura. Era tan bien entendida, que pudiera preciarse de fea, á no desmentirla las perfecciones de su cara. Mirábanla muchos con intento de merecerla por esposa, unos fiados en su fortuna, otros en su gallardía, y algunos en su riqueza; que si hay confianza discreta, esta pudiera tener el primer lugar en la disculpa; pero Laura ofendíase de escuchar alabanzas suyas, si se encaminaban á que reconociese alguna voluntad. No le sonaban bien conversaciones de casamiento, que no es poco milagro en mujer hermosa y que tenia cumplidos diez y seis años. Aumentábanse con su resistencia los extremos de sus amantes; que el desden nacido del recato, y mas en la que ha de ser mujer propia, en lugar de entibiar el desco, pone espuelas á la voluntad. No era de las doncellas que al caer el sol dejan la almohadilla, visitan la ventana, y á media noche aguardan la música, y reciben el papel, que suele ser el primer escalon de su deshonra. Laura ni escuchaba ni apetecía, pero ¿qué mucho si tenia en el alma quien se lo es torbase? Laura amaba, Laura estaba perdida, y Laura era principal; que basta para no admitir nuevos empleos, habiendo puesto los ojos en quien la merecia. Tenia su padre un hermano recién viudo, que de muy rico pasó al extremo de la necesidad, y para dar á entender su pobreza, baste decir que casó con mujer gastadora, que era noble y hacia fianzas. Vióse tan alcanzado, que con una licencia para las Indias desamparó su casa, pensando mejorase en donde no le conociesen; y para hacerlo mejor dejó un hijo que tenia, llamado Lisardo, encomendado á su hermano, el cual le recibió como á sangre tan suya, haciendo cuenta que le habia dado el cielo un hijo para que despues de dar estado á

Laura quedase en su compañía y le consolase en los trabajos que suelen seguir á la senectud. Tendria Lisardo cuando se ausentó su padre la misma edad que Laura; era hermoso, bien criado, de ingenio vivo, y tan gracioso en las travesuras, que ya su tio apenas le diferenciaba en el amor que tenia á su hija, con la cual se crió en igualdad de hermanos y con amor de primos. Queríanse los dos con aquella voluntad que permite la inocencia; no hacia Laura cosa sin gusto de Lisardo, ni Lisardo tenia pensamiento que no comunicase con ella, y en los dos parecia que se ensayaba la voluntad para mayores finezas. Dejó de ser niña Laura, y Lisardo empezó á descubrir su divino ingenio, aventajándose á todos, así en las bizarrías de caballero como en las acciones de entendido. Era galan y brioso, y tan cortés y bien hablado, que se hacia querer aun de los mismos que le envidiaban. Amaba á su prima mas de lo que pedia su cordura; mirábala ya con otros ojos, atrevíanse los deseos, dábale voces la voluntad, y finalmente, la pasión iba creciendo al paso de los años. Laura tambien, por otra parte, se dejaba llevar de su natural inclinacion, vivia con esperanza de gozarle, aunque tenia miedo á su padre, porque era viejo y estaba cerca de codicioso, y sobre todo tenia un amigo y el mas poderoso de aquella tierra, el cual procuraba que un hijo suyo gozase la hermosura de Laura, porque era su amor tan demasiado, que se recelaba algun peligro en su salud. Su padre hacia buena cara á esta pretension, porque Octavio, que este era el nombre del enfermo amante, era hombre de conocida nobleza, y cuando le faltara esta calidad, se pudiera suplir fácilmente con dos mil ducados de renta. Tenia Laura no le venciese á su padre el oro, que es peligroso su poder, y tiene particular imperio en todos. Decia ella que harto rico era quien no deseaba riquezas y se contentaba con su fortuna; pero estas filosofías no hallan acogida en las personas que con los muchos años se han olvidado de amar. A Laura la movia la voluntad, y á su padre le desvelaba la ambicion. A ella quitaban el sueño cuidados de Lisardo, y á él le inquietaba el verse con mayores aumentos. Oíale hablar muchas veces en su remedio, si se llama con este nombre quitar á una mujer el gusto, y aunque no se lo decia á Lisardo, por no darle pesadumbre, en viéndose á solas lloraba como

amante. En efecto, despues de pasados algunos dias, se determinó el viejo en darla á Octavio, que para ella fuera mas apacible á un sepulcro, y viendo en su sobrino tantas muestras de prudente, quiso primero aconsejarse con su entendimiento, y una vez que estaban los dos en el campo, sin mas testigos que los árboles y el agua, le dijo desta suerte:

Bien sabes, Lisardo, la grande voluntad que me debes, pues, ya que no eres mi hijo en la naturaleza, yo he sido tu padre en la crianza; en mi casa quedaste de pocos años, y en ella has vivido con el respeto y regalo que todos saben, pues nadie te juzga sino por hijo propio, y sabe el cielo que me tengo por dichoso en esta imaginacion, porque todos conocen tu ingenio, alaban tu virtud, y estiman tu persona. Dígotte todo esto para que adviertas lo mucho que me ha obligado tu cordura, pues no me he querido fiar de mis años, y me dejo aconsejar de tu discrecion; siéntome viejo y con achaques, esperando por puntos el último término de mis dias; desveláme el ver sin estado á tu prima, y quisiera que no me hallara la muerte en tiempo que fuera forzoso dejarla sin dueño; y muriera con escrúpulo de no haberla remediado pudiendo. No tengo tan sobrada hacienda que pueda descuidarme con seguridad de su ventura; el dote que tiene es moderado, si bien su mucha virtud es bastante crédito de su remedio; pero en este tiempo anda tan poco válida, que suele ser en un casamiento lo postrero que se pregunta. Así discurría el padre de Laura, y Lisardo escuchaba la tragedia lastimosa de su voluntad, sin poder responderle como quisiera; retiró algunas lágrimas que habia llamado el sentimiento, y calló algunos suspiros, guardándolo todo para que en mejor ocasion Laura lo viniese á saber, y los dos se ayudasen á llorar: disimuló cuanto pudo, y luego su tio ó su homicida prosiguió diciendolo: Has de saber pues que ha muchos dias que Octavio quiere á Laura; esto con tanto extremo, que su mismo padre con ruegos y regalos me alienta para que se efectúe: tiene la riqueza que sabes, y hágole pocas ventajas en la nobleza; no quisiera perder esta ocasion, porque no tengo de hallar otra tan á propósito. Yo pienso hacer mañana las escrituras, que bien tengo entendido de la obediencia de Laura que no tiene mas gusto que mi albedrío, ni mas ley en su pecho que mi voluntad; pero primero le he querido comunicarlo contigo, porque aunque sé que acierto, por lo menos tendré mas seguridad de mi eleccion.

Tan lastimado escuchaba Lisardo á su tio, que apenas tenia aliento para apelar de su sentencia. Quisiera dar voces y llamar al cielo, que es el último alivio que tiene un desdichado, pero no le dejaba ni su obligacion ni su desdicha; víase morir, y sin poder quejarse, pues le cerraba la boca el mismo que le ofendia en el alma. Pero aprovechándose de su buen juicio, le respondió con la mayor blandura que pudo, advirtiéndole los daños que suelen traer consigo las repentinas resoluciones, que parecia temeridad dar un hombre palabra que no estaba en sus manos el cumplirla, pues aunque Laura

tenia tan de su parte la obediencia, muchas veces no puede una mujer conformarse con lo que contradice el cielo, y pues era ella la que habia de hacer vida con él, lo mejor era darle parte, saber su pensamiento, entender su gusto, y prevenirla del aumento que se le seguia.

Decia esto Lisardo con ánimo de fiar en la dilacion el remedio de la desdicha que le aguardaba. No le desagradó á su tio el parecer, y así se resolvió á declararse con Laura, aunque haciendo de manera que en el proponer y el ejecutar no se gastase mas de un tiempo. Quedó Lisardo tan confuso, que le parecia que cuanto habia oído era ilusion de su descuido ó sueño de su fantasia: fuése á casa batallando con sus pensamientos, y recibióle Laura con los brazos, pero estaba de suerte, que no le agradó el favor, por parecerle que tenia algo de despedida; solian hablarse por el aposento de una criada, la cual en viendo á sus señores dormidos, avisaba á los dos amantes, y se gozaban hasta que llegaba el dia, sin que Lisardo tomase en sus amores mas licencia de la que le permitia una voluntad honesta y un amor desinteresado. Dijo Lisardo á su prima que aquella noche queria verse con ella, y cuando lo hizo, pensando que ya la tenia perdida, y considerándola en otros brazos, sin poder hablarla, porque el dolor no se lo consentia, la empezó á decir con infinitas lágrimas la determinacion de sus padres, y antes que él acabase, le salió ella al camino y dijo todo lo que sabia. Sintieronlo entrambos justamente, porque es un tormento sin piedad dividir dos almas que nacieron para un lazo. Pero corrida Laura de haber dudado lo que era imposible á su voluntad, consoló á Lisardo, y le aseguró que primero se dejaria quitar aquella triste vida que consentirlo. Despidiéronse los dos llevando el dolor mas templado; llegó la mañana, y sus padres la llamaron, porque casi toda la noche se habian entretenido en dar trazas contra la voluntad de la pobre Laura. Empezaron á obligarla, diciendo el cuidado y solicitud que tenian de darla estado; dijéronla tambien que la tenian casada con Octavio, hombre que la merecia por muchas causas. Oyólo Laura, y procuró desviarlos de aquel intento diciendo que por ningun marido se aventuraria á dejarlos; fuera de que su edad era muy poca, y queria servirlos y gozar de su juventud, sin tener que contentar á un hombre que no conocia, y sin entregarse á tantos desvelos como siguen al matrimonio, donde los cuidados de los hijos, el amor del esposo y el gobierno de una casa la habian de obligar á no gozarlos como quisiera, porque en casándose una mujer, aun con sus mismos padres es ingrata, y mas si el marido sale á gusto. Bien quisiera decirles la principal ocasion que la movia, pero temia que atribuyesen á liviandad lo que habia sido fuerza de inclinacion, y temia tambien no les enojase su resolucion y le quitasen de los ojos á Lisardo. En fin, lo dispuso con tal ingenio, que sus padres la dejaron por entonces, y ella quedó satisfecha de su amor y pagada de lo bien que se habia defendido. Contóselo á su primo, el cual pagó en abrazos la honrada resistencia; pero apenas se habia le-

vantado el viejo, cuando vieron entrar al padre de Octavio quejoso y determinado, diciendo que su hijo estaba loco, y se temía de su desesperacion su muerte. Disculpa tenia Octavio, que amaba donde no le admitian, y parecíale demasiado rigor del cielo que para un hombre rico hubiese imposibles; tuvo por cierto el padre de Laura que el haberse excusado ella seria vergüenza de su recato, no verdad de su disgusto, y fiado en la obediencia y virtud de su hija, le dió palabra de que al otro día habian de quedar hechas las escrituras. Erró como ambicioso, pues no hay ley que obligue á obedecer en las cosas que tiene peligro el gusto. ¡Oh codicia indigna del corazón de un hombre noble, qué de disgustos has causado! Bien te llama Séneca enfermedad fuerte y peligrosa, que no tiene remedio ni admite yerbas para curarse. Yo quisiera saber qué pretende un padre necio que dispone de la voluntad que ignora. ¿Acaso esta potencia del albedrío su re violencia? ¿Hay ingenio que basta para obligar á que parezca bien lo que se aborrece? ¿Por ventura las inclinaciones sujétanse á mas dueños que al cielo y á quien las ejercita? Y cuando no hubiera otra informacion, ¿no bastaba mirar que el mismo Dios, con ser absoluto dueño de todo, parece que en el albedrío del hombre se limitó el poder, pues nunca le fuerza, aunque siempre le inclina? Volvió pues el desconsiderado padre á tratar con mayor fuerza destas cosas, y Laura volvió á defenderse con palabras y razones, que el amor suele enseñar retórica. Túvose fuerte, y su padre se mostró algo enojado, aunque lo procuró desmentir, por no disgustar á quien habia menester. Parecióle que seria mejor camino hablar á Lisardo, que como discreto y que podia tanto con Laura, seria fácil alcanzarlo de su terrible condicion; llamóle aparte y contóle la necesidad de su prima, aunque era tal, que á Lisardo le parecia de perlas. Rogóle que la fuese á ver y riñese, trazándolo de modo, que no hubiese menester usar de otras diligencias y rigores, porque á todo estaba dispuesto. Prometióle Lisardo hacer cuanto pudiese por reducirla, mas no se contentó con esta promesa, sino que quiso dos cosas: la primera, que lo pusiese luego á ejecucion, y la segunda, que él mismo lo habia de oír para ver el cuidado que ponía en sus cosas y el intento que tenia Laura; y para esto imaginó un engaño discreto, aunque peligroso, y fué hacer que una criada la llamase diciendo que su primo la queria hablar, y él se escondiera detrás de las cortinas de una cama para oírlos y salir de sus dudas. Replicó Lisardo como corrido de que hiciese dél tan poca confianza; pero el viejo porfió como tal, y sin escuchar respuesta envió á llamar á Laura, la cual vino bien ajena de aquel engaño, y Lisardo empezó á volverse loco, viéndose tan confuso, que no hallaba salida conveniente á su amor y á sus obligaciones. Con el silencio se hacia sospechoso; con la obediencia se daba la muerte; dar á entender su voluntad era perder á Laura; pues decirle que diese la mano á otro dueño ¿quién lo pudiera acabar consigo queriendo bien y sabiendo sentir? Quisiera avisar á su

prima con alguna seña hurtada, y no era posible, porque su padre le estaba notando las acciones. Espantóse Laura de aquella novedad, y ofendida de su silencio, le iba á decir algunas injurias, que entre amantes suelen pasar por requiebros, y Lisardo, mirando lo que podia resultar, la estorbó diciendo:

Ya sabes, hermosa Laura, de cuánta importancia es en los hijos para que se logren la obediencia y el agradecimiento, particularmente cuando los padres les procuran estado conveniente á su calidad. Yo he sabido de los tuyos el deseo que tienen de remediar tus años, para que, faltando ellos, como es fuerza, ya que sientas su muerte, no echés menos la falta de su amparo, sustituyendo á sus canas el amor de un marido que te estime. Quéjense de que respondes con alguna tibieza á sus intentos, y yerras verdaderamente, porque Octavio te ama y te merece; toda esta ciudad le mira con particular amor; tu edad no es muy desigual á la suya; su entendimiento respetan cuantos le tratan, y su grande hacienda le acredita mas: partes todas que le hacen digno de tí; y cuando no hubiera de por medio ninguna destas razones, basta ser gusto de quien te ha dado el ser. Tu padre te casa, tu padre ha dado la palabra á Octavio, y quiere darte un estado tan venturoso, que pueda una vez la belleza desmentir á la desdicha. Esto ha de ser, y esto te conviene; toda la ciudad espera el día de mañana, y yo con las mayores veras que puedo te suplico dés este gusto á tus padres, que para mí será la mayor lisonja que puedes hacerme. Todo esto decia Lisardo tan fuera de sí, que cada palabra era veneno, y con cada razon se daba la muerte; pero ¿qué mucho si está pidiendo y aconsejando lo que habia de costarle la vida? Mirábase Laura tan confusa, que le parecia que cuanto escuchaba era sueño, porque habia creído que su primo la amaba, y amarla y rogar que quisiese á otro, no parece que se conciertan. Sosegóse Laura, y volvió á pensar en lo que habia oído; dió mil vueltas á las palabras de Lisardo, y decia consigo misma: Pues ¿cómo, cuando yo atropello el respeto de mis padres y paso por el martirio de tantas amenazas, Lisardo habla tan libre y me pide que ame á otro? Pues esto ¿qué puede ser sino poca estimacion mia? Quien tiene ánimo para decirme que me deje gozar de Octavio, no se mata demasiado por perderme. Quien me aconseja que le olvide, claro está que se ofende de que le ame. Pues ¿cómo una mujer principal y de entendimiento se ha de morir por quien tiene ánimo de vivir sin ella? ¿Quién duda que Lisardo se habrá cansado de mis finezas? Que cuando un hombre está seguro de que le estiman, como tiene el temor dormido, procede en sus amores menos galan y mas descuidado. Los hombres se mudan, la voluntad se resfria, y todo vive sujeto en su género á la variedad y á la inconstancia; Lisardo es hombre, vese querido, y habrá hecho como los demás; sabe que le adoro y que estoy loca, y prueba mi paciencia con desprecios y pesadumbres; y lo peor es que sin duda debo de tener poco lugar en su memoria, porque hombre que habla tan

cuerto y me consuela tan prudente, claro está que se sabrá consolar á sí propio. Pues viven los cielos, que esta vez me he de vengar de su ingratitud, y le han de salir los consejos á los ojos; yo haré verdad lo que no imaginé posible, que las mujeres principales nunca se olvidan de lo que son. Esto es sin duda dársele poco de mí, esto es despreciarme conocidamente; mal haya yo si no me lo pagare. Gócame Octavio, gócame un enemigo, que por lo menos quedará vengada, aunque á costa mia. ¡Oh pobre Laura! detente y mira que te pierdes, y pierdes á quien te ha obligado con lo propio que te ha ofendido. ¿Quién pudiera decirte lo que padece Lisardo y avisarte de que te está escuchando tu padre ó tu verdugo? Laura, vete á la mano; Lisardo es firme, Lisardo te adora; pero ¿quién podrá meter por camino á una mujer enojada y que se le habia puesto en la cabeza aquella injusta imaginación? Y para acreditarla mas sucedió haber sabido que una dama de aquella ciudad, no de las menos hermosas, queria bien á Lisardo, porque ella misma la habia comunicado su deseo, pareciéndola que como amiga suya y prima de Lisardo alcanzaria cualquiera cosa de su amante. Bien conocia Laura que Lisardo, aunque sabia esta voluntad, no habia tenido primero movimiento de agradecerla; pero coligió que pues él mismo la persuadia á que diese la mano á Octavio, seria la causa haber visto alguna cosa en la otra que le agradase, y así deseaba verse libre para gozarla. Vinieron estos celos en ocasión fuerte, confirmaron las sospechas, é hicieron verdad lo que hasta entonces apenas tenia opinion de apariencia. Echólo todo á la peor parte, y atropellando su mismo gusto, negando los oidos á cualquier desengaño, sin mas interés que su venganza, le dijo á Lisardo que estaba muy pagada del nuevo empleo, que bastaba quererle él para allanar el mayor inconveniente, que á Octavio queria, que á Octavio estimaba; y así, les dijese á sus padres que se daba por muy contenta de aquel amor, pues aunque le habia resistido, no era por no quererle, sino por el sentimiento que habia de tener de verse sin ellos. Y despidiéndose de Lisardo, sin esperar respuesta, se retiró á llorar su poca ventura, unas veces pagada de lo que habia hecho, y otras arrepentida por haberse hecho á sí misma la ofensa, pues habia de entrar en poder de un hombre que, aunque no le aborrecia, bastaba para vivir muriendo querer á otro y no gozarle. Salíó su padre dando mil abrazos á Lisardo, y partióse al punto á referir aquellas nuevas á sus deudos y á los de Octavio; previniéronse fiestas y galas, y Lisardo quedó como se puede imaginar de un hombre que queria bien y miraba perdido en una hora lo que habia granjeado en tantos años. Parecióle facilidad en Laura haberse determinado tan presto, pero bien conoció que fué mas cólera de su pasión que fuerza de su voluntad. Quisiera ir á hablarla y á decirle la causa que le habia movido para rogar lo que habia de ser espada rigurosa contra su triste vida, mas ya era tarde; fué al campo á llorar, que es el sitio mas acomodado para sentir bien una tristeza; vino el padre de

Laura á su casa, loco de contento, y con el novio á gozar de la divina presencia de su esposa. Recibióle Laura con los ojos en el suelo; Octavio entendió que era honesta vergüenza; pero los ojos de Laura no decían eso, porque estaban disimulando algunas perlas que, ya que no salian, por lo menos asomaban. Alegróse Octavio con que á otro día quedaria su esperanza en brazos de la posesión, y Laura, llevando adelante su enojo, huía de Lisardo, no porque no le amaba, sino porque estaba corrida de su ingratitud. Mil veces se dispuso Lisardo á hablarla, pero no se lo consentia ni su sentimiento ni la entereza de su prima. Pasóseles la noche á los dos amantes, como á quien miraba tan cerca su desdicha, y en tres dias de fiesta, que parece que la desgracia los habia traído juntos para acabar mas brevemente á Lisardo, se hicieron las publicaciones. En este tiempo Lisardo y Laura apenas se habian hablado, si no es tal vez que los ojos se tomaban alguna licencia. Laura disimulaba, y Lisardo padecía; los dos callaban, y los dos reventaban por decir su tormento: acercábase el desposorio, murmurábanse los regocijos, y todos andaban inquietos con la prevencion de las galas, si no es Lisardo que llamaba á la muerte, que no venia porque la llamaba; y hallándose una tarde á solas con ella, dejándose llevar de la corriente de sus ansias y de la fuerza de sus penas, la refirió en breves palabras la firmeza de su amor y el engaño que trazó su rigoroso tio para que él mismo fuese procurador de su muerte, y esto con tantas lágrimas y verdaderos suspiros, que cuando no fuera tan verdad, lo creyera Laura. Luego empezó á estar su dolor mas vivo viendo cuán injustamente le perdía; disculpáronse los dos, y repasaron algunos gustos que habian tenido; que cuando se pierden siempre se acuerdan. Abrazóse Laura de Lisardo, pareciéndola que era sagrado para defenderse de un padre que la perseguia y de un marido que no la agradaba; despidiéronse casi sin hablarse, porque las muchas visitas y el demasiado alboroto no les dejaba lugar aun para sentir lo que habian de perder. Llegó el dia mas infeliz para Lisardo, y reparó en que aquella noche habia de merecer Octavio los brazos de Laura: consideracion que fué milagro dejarle vivo; salióse de casa, y fué á la de un amigo, llamado Alejandro, que era secretario de sus desdichas, y refiriéndole aquella desgracia, le pidió un caballo, de algunos que tenia, para huir del golpe, diciendo que queria sentir la herida, pero no ver la mano que se la daba, y que estaba determinado de irse á Sevilla para negociar alguna orden de embarcarse, y llegar á la ciudad de los Reyes, en donde habia sabido que su padre asistia; porque un hombre noble y que amaba no habia de mirar en otros brazos prendas que habian merecido los suyos. Parecióle á Alejandro que no erraba en ausentarse, pues la ausencia suele ser el comun remedio contra la memoria; y antes que se partiese, porque le quedase á Laura alguna de quien habia querido tanto, la envió una banda negra que habia tenido, con cifras de su nombre, y para darla á entender cómo quedaba, y sin decir que se

partía, tomó la pluma, y le escribió estos versos, que para mas crédito de su desdicha los sabia hacer con algun acierto; el caso los pedía mas tiernos que cultos, y así decían :

Recibid, hermosa Laura,
En este triste color
De mi esperanza la muerte,
De mi muerte la ocasion.

Negro el favor os ofrezco,
Para que os diga el favor
Que el alma se viste luto
Porque su dueño murió.

Si lo negro penas dice,
De negro sale mi amor,
Porque es la mayor librea
Para un triste corazon.

Yo quedo sin vos, bien mio,
Porque mi suerte gustó
Que otros brazos os merezcan,
Que no hay desdicha mayor.

Y así mi nombre os envío
En ese triste blason,
Pues que ya de lo que he sido
Solo el nombre me quedó.

Tristes los dos viviremos,
Pues esperamos los dos,
Vos el veros sin ser mia,
Y el estar sin veros yo.

Mas consuélame, bien mio,
Ver que puede tal rigor
Obligarme á no gozaros,
Pero á no quereros no.

No nacistes para mí,
Que era, Laura, mucho error
Pensar que merezca un ángel
Quien tan poco mereció.

Y así dice el alma mia,
Viéndose morir sin vos,
Que la ha costado bien caro
El teneros tanto amor.

Dicenme que algun disgusto
Recibís por mi ocasion,
Y deso me pesa mas
Que de mi propio dolor:

No tengais vos pesadumbre,
Mi bien, aunque muera yo,
Porque me veré sin vida.
Si con pena os miro á vos.

No lloréis, señora mia,
Que matais al corazon,
Y le bastan sus desdichas
Sin que sienta las de dos.

Vos no perdeis en perder me,
Pues tendréis dueño mejor,
Yo sí, que pierdo la vida
A manos de mi passion.

Mas os quisiera decir,
Pero las lágrimas son
Tantas, que las letras borran,
Y no puedo mas : adios,

Diéronle á Laura el recaudo de su primo, y leyó el papel enternecida, que bien lo merecian las verdades con que venia escrito; reparó de espacio en la triste vida que la aguardaba sin Lisardo; consideró que amarle y estar en ajeno poder era peligroso en su recato; acordóse de la dama que le quería, y echó de ver que si ella se casaba, era fuerza que Lisardo pagase su cuidado, ó movido de amor, ó con intento de darla pesadumbre; cogióla con estos pensamientos la noche; miró la casa llena de ruido y de infinita gente; sus deudos eran muchos, porque era noble, y los de Octavio mas, porque era rico; preguntó por Lisardo, y dijéronla que estaba en casa de aquel amigo que ella conocia; apretósele el corazon, y parecióle imposible aventurarse á querer á un hombre que no fuese Lisardo; dió en este pensamiento, aconsejóse con su deseo, que la decia se pudiese en manos de su primo, pues de aquí se seguía vivir con gusto, gozar de su primo, huir de la muerte, y pagar con una mano tantos años de buena voluntad. Nole desagradaba á Laura lo que la prometia su esperanza; pero temía el rigor de sus padres y el escándalo que suelen causar sucesos semejantes; mas luego volvía en sí, diciendo : Yo soy hija única, y no hay padre tan cruel que con el tiempo no se deje vencer de la piedad y ruegos : ¿qué puede decir el vulgo viéndome en poder de quien es mi esposo? Por ventura, ¿no será peor ponerme á riesgo de que me murmure despues de casada? Porque una mujer sin gusto está muy cerca de hacer cualquier locura; ánimo pues, corazon, que no tengo de consentir otro dueño en tu monarquía; de Lisardo eres, para Lisardo naciste, y no han ser bastantes respetos necios á quitarme de una vez la vida y el gusto; y resuelta gallardamente á morir con Lisardo,

primero que vivir con el tirano que la esperaba, viendo que la gente que habia acudido era mucha, tomó de prestó su manto, y recogiendo en un pañuelo las joyas que tenia, sin ser vista de alguna persona, se metió entre las disfrazadas que habian venido, y casi sin imaginarlo se halló en la calle, y fué á la casa de Alejandro, al cual halló mas triste que quisiera; preguntóle por su esposo, que ya no le llamaba primo, porque quien venia á buscarle y con alguna muestra de facilidad habia menester otro nombre que la disculpase mas. Respondióle Alejandro que habia tres horas que en un caballo, hijo del viento, se habia partido á Sevilla, huyendo de su patria y desconfiando de tanta ventura. Oyólo Laura, y fué mucho que la dejasen con vida nuevas que de justicia pedian cualquiera desesperacion; hurtó un desmayo algunas rosas á su cara, que se precieron de azucenas, habiendo pasado opinion de claveles. Quiso Alejandro remitir á dos caballos el consuelo de Laura, pero no se atrevió porque á ella le faltaba poco para difunta, y habia menester mas repararse de aquella pesadumbre que poner en contingencia su vida, fuera de que en conociéndose la falta, era forzoso acudir á los caminos, y seria muy posible caer en manos de sus enemigos; y así, le pareció mas seguro llevar á Laura, como lo hizo, á casa de una parienta suya, que por su prudencia merecia confianza, la cual la recibió y regaló con infinito gusto, porque era muy grande amiga suya, y cuando no lo fuera, su cara aun tenia jurisdiccion en las mujeres para mover á voluntad. Hizo esta diligencia Alejandro con intento de partirse de allí á dos dias en busca de Lisardo, para que no prosiguiese su viaje y volviese á conocer que no era tan desgraciado como presumia. A este tiempo ya la casa de Laura estaba vuelta, Octavio loco, sus deudos corridos, los padres de Laura confusos, y todos haciendo diligencias sin provecho; mas advirtiéndole en que faltaba tambien Lisardo, lo atribuyeron á traicion suya, y confirmaron que era la principal ocasion de aquella desdicha. Determinóse el padre de Laura de vengarse buscándole para hacerle castigar rigurosamente, conforme á la gravedad de su delito. Quiso acompañarle Octavio, por ver si su amor se dejaba vencer de engaños tan manifestos, y porque habia dicho Lisardo que tenia gran deseo de ver á la insigne villa de Madrid, corte de Felipe IV, dignísimo monarca de las Españas, se resolvieron de venirle á buscar en ella, cuando á él le llevaban sus ansias á la muerte, y sus pensamientos á Sevilla. Holgóse en extremo Alejandro de que fuesen tan encontrados, y despidiéndose de Laura, la dijo que quería ir á buscarle, porque tenia por cierto que si se detenía seria posible no hallarle adonde imaginaba. Parecióle á Laura muy bien la fineza de Alejandro, pero no quedarse ella sin acompañarle; y así, concertaron salir de la ciudad, como lo hicieron, caminando de noche por el riesgo que habia en ser conocidos. Llevaba Alejandro un criado solo de quien se fiaba, y bien prevenido de dineros, por si acaso la jornada no se acabase con la brevedad que quisieran.

Bien lejos estaba Lisardo desta gloria, porque iba tan cansado de su vida, que parece que el cielo, movido de sus ruegos, se la quiso quitar, pues á la entrada de un lugar pequeño tropezó el caballo tan desgraciadamente, que cogiéndole descuidado, cayó sobre una pierna, y se la atormentó de manera, que receló alguna notable desdicha, porque fué imposible poderse menear, hasta que unos labradores, compadecidos de sus muchas quejas, desampararon el trabajo, y le llevaron en los brazos á solo un meson que habia, en el cual se curó, y fué tan riguroso el golpe, que en mas de ocho dias no se pudo poner en camino, hasta que sintiéndose con fuerzas bastantes, volvió á proseguirle á tiempo que ya Laura y Alejandro le llevaban dos jornadas de ventaja, y aun habian pasado por el mismo lugar en que se quedaba curando; y estando cierta noche en una posada, tan triste como la causa lo pedia, tomó una guitarra, y refiriendo su historia á las paredes de su aposento, comenzó á cantar aquestos versos:

A llorar su amarga ausencia
Salió Lisardo una tarde,
Enamorado y celoso,
Dós desdichas harto grandes.

Y viendo que ya le espera
El tormento de ausentarse
De aquel bien que tanto quiso,
Y es fuerza siempre adorarle,
Adios, patria, dice á voces,
Que madrastra es bien llamarte,
Pues despues de veinte abriles
Como á extraño me trataste.

Adios, campos, en quien Flora
Viste perlas y corales,
Espira olores y aromas,
Brotó claveles y azares.

Adios, deudos, que del alma
Alcanzastes tanta parte,
Que en mí tuvistes amigo,
Y en vosotros hallé padre.

Adios, divinos ingenios,
Sin fortuna que os levante,
Que es maldicion de discretos
No tenerla de su parte.

Adios, bellisimas damas,
Ante cuya hermosa imágen
Fea parece la diosa
Que en Chipre adornan altares.

Adios, academia ilustre,
Fénix de aquestas edades,
A quien debe mi ignorancia
El no parecer tan grande.

Adios, calles apacibles,
Donde Narcisos galanes
La noche pasan y el dia
Por bellezas Anaxartes.

Adios, estrecho aposento,
Que tantas veces me hallaste
Llorando esperanzas vivas,
Que murieron sin gozarse.

Adios, queridos amigos,
Que la fortuna inconstante
Quiere por matarme presto
De vosotros desterrarme.

Adios, pasados placeres,
Que vivis para matarme,
Pues solo de tantos gustos
La memoria me dejastes.

Y en fin, patria, campos, deudos,
Academia, ingenios, calles,
Damas, aposento, amigos,
Y gustos que ya pasastes,
Sentid mis penas y llora mis males,
Pues muero ausente cuando adoro un ángel.

Y tú, Laura, Laura mía,
Aunque no es razon te llame
Mia, sabiendo que ya
Goza tu cielo otro Atlante.
Adios, que ya me dividen
De tus ojos celestiales
Mis desdichas, envidiosas
Quizá de que los gozase.

Yo muero, aunque no quisiera,
Porque temo que te mate
La muerte, si muero yo,
Que en mí estás y ha de toparte.

Huye del pecho, bien mio,
Vive tú, muera quien nace
Indigno de tanta luz,
Incapaz de glorias tales.

Yo moriré porque pongan
En mi sepulcro: Aquí yace
Un hombre que supo amar,
Aunque á costa de su sangre.

Nadie culpará mis penas,
Y mas, Laura, los que saben
Que me voy para no verte,
Cuando vivo con mirarte.

Y por si acaso, señora,
Mis desdichas son tan grandes
Que sea esta vez la postrera
Que en tus ojos me mire,
Abrazame, Laura mía,
Y á Dios, que mil años guarde
Tu vida porque yo viva,
Si puedo ausente y amante.

No podia Lisardo acabar con su memoria que le dejase de atormentar un instante; acordábase de Laura (¿quién lo duda?); considerábala en brazos de Octavio, y sin hacer memoria de su amor, que al mas fuerte, en habiendo ausencia de por medio, se le atreve cualquier olvido, llegó á Adamuz una tarde temprano, y no quiso acostarse, aunque lo habia menester, que no hay descanso para quien tiene siempre vivas sus congojas. Salió del lugar en la mitad de la noche, la cual era tan demasiado oscura, que aun no permitia á los ojos que conociesen distintamente la tierra por donde caminaba; la luna se habia recogido con vergüenza de una nube que se quiso oponer á su resplandor, que á la misma luz se atreven las tinieblas, mas no sin castigo, pues luego conocen, aunque á costa de su menoscabo, que son vapores de la tierra y que se opusieron á la claridad del cielo; pero ¿qué no intentará la ignorancia apasionada de su misma idea, ó lo que es mas cierto, envidiosa de los méritos que no alcanza? ¿Quién no se rie de ver á un hombre (que porque no sabe mas de un poco de gramática, se puede llamar gramático simple) satisfecho de su buen juicio, y pagado de sus buenas letras, hablar y tomar la pluma contra quien alaban todos? Hombre ó gramático, ó lo que fueres, que bien poco pueda ser quien se deja vencer de su envidia, ¿de qué te sirve deslucir al sol y oponerte á sus divinos rayos, si naciste nube, y es fuerza que su mismo calor te venga á deshacer? ¿Qué importa que se atreva tu ingenio, si acaso le tienes, á vituperar los escritos que todo el mundo estima, si nadie te escucha, porque no tienes autoridad sino para contigo? Escribe algo; intenta algun poema, que no se gana la opinion propia solo con censurar los trabajos ajenos; pero Séneca te disculpa, porque un envidioso ¿qué ha de hacer sino consumirse y ladrar, porque le falta á él lo que mira en

otros? Mas dejemos esto, que los desengaños por lo que tienen de verdades no agradan todas veces. La noche, finalmente, era tan oscura, que Lisardo se halló con algun recelo por saber que aquella tierra era peligrosa; y estando en esta confusion, sintió cerca de sí ruido que, por ser á tal hora, le alteró el ánimo, y obligó á que arrojándose del caballo, se previniese de la espada, y en breve espacio descubrió un bulto que con el favor de la noche se pudo ocultar mas cautelosamente entre unas ramas; y preguntarle quién era y ponerle la espada á los pechos fué en Lisardo una misma accion; pero el hombre sin alterarse le dijo que si queria conservar la vida, se dejase quitar cuanto llevaba, porque hacer otra cosa era perderse y dar ocasion á que le hiciesen pedazos sus compañeros, que eran mas de los que imaginaba; parecióle á Lisardo que podia ser estratagema del ladron la amenaza de ser muchos para hacer su hecho, y remitiendo la respuesta á su espada y á su valiente corazon, le empezó á tirar con tan gallardo brio, que le fué forzoso retirarse para defenderse, y en poco tiempo á la seña de un silbo y al ruido de las espadas se juntaron mas enemigos que presumia. Acudieron todos á ofenderle, y el pobre caballero empezó á resistir sus intentos retirándose y defendiéndose con la destreza que la necesidad le enseñaba; y uno de sus mismos enemigos, viendo en Lisardo tantas muestras de valor, y pareciéndole que era lástima que muriese violentamente quien tan bien sabia defender su vida, se puso á su lado, deteniendo con la espada y las voces á sus compañeros; y volviéndose á Lisardo, le dijo que el intento principal de todos los que miraba era robar la hacienda, pero no quitar la vida, aunque cuando la resistencia era con exceso, la codicia se convertia en venganza, y la ambicion en declarada injuria; y así, le suplicaba, porque le habia aficionado su generoso ánimo, no se precipitase á su muerte, y se viniese con ellos aquella noche, siquiera por huir de las amenazas del cielo, y porque le curasen una pequeña herida que en la propia mano de la espada le habian dado. Lisardo entonces le respondió que no estimaba la vida tanto que tuviese á demasiada suerte que se la dejasen, pero que por no acreditarse de ingrato con quien se la daba tan noblemente, recibia por infinita merced el partido, y rindiéndole su espada y señalando hácia la parte en que dejó el caballo, se fué con ellos considerando los lances en que su contraria estrella le iba poniendo, aunque como estaba acostumbrado á pasar por la desdicha de perder lo que amaba, todo le parecia breve tormento. Llegaron á unas secretas cuevas, edificio que habia labrado la misma naturaleza para casa de algunos pastores que por diciembre son blanco de los diluvios del cielo, y por julio se consienten abrasar del sol, y metiéndole en una dellas, aplicaron á la herida un poco de bálsamo, remedio general y saludable para todas las ocasiones repentinas. Quitáronle tambien cuanto tenia, que la piedad de un ladron llega á permitir la vida, pero no á descuidarse con la hacienda. Quedó el pobre Lisardo solo y acompañado de sus continuos

pensamientos, y viendo tantas desdichas juntas, decia: ¡Ay Laura! ¿quién pensara que no solo me habia de ver sin la gloria de merecerte, sino que me habia de perseguir tan rigurosamente mi fortuna? Yo me vi en tus brazos, yo escuché de tu boca mil ternuras, yo gocé tus favores, y fui sin duda el primero que estuvo contento con su estado, aunque me quiera contradecir Ovidio diciendo que la voluntad del hombre no quiere consentir sosiego, porque siempre le falta qué alcanzar, y le sobra qué apetecer. Enterneciase con esto Lisardo, y llamaba á Laura diciendo: Deja, prima querida, esta vez los regalos de tu esposo; excúsate á los amorosos lazos de quien te merece; olvida el blando sueño, y ven á consolar á un hombre que fué desgraciado aun en merecerte; porque gozar la dicha para perderla es vincular un sentimiento para toda la vida. Así llamaba Lisardo á Laura, aunque la consideraba bien léjos, mas no erraba mucho en llamarla, porque estaba tan cerca, que pudiera escuchar sus quejas y responder á sus voces, pues entre los dos no habia mas distancia que el pedazo de una peña que los dividía. A los dos habia seguido una misma fortuna, que como las dos almas vivian en su voluntad, no podia el cielo injuriar á Laura sin ofender á Lisardo, ni atreverse á Lisardo sin enojar á Laura, la cual pasando la noche antes por aquel mismo sitio en compañía de Alejandro, con el ansia de llegar á verle, les salieron seis hombres al paso, y sin poder Alejandro revolversse para dar á entender que habia nacido caballero, aunque en tales casos la defensa es temeridad y no valentía, le quitaron la espada y lo demás que llevaba, y cuando pensó que hiciéran lo mismo con Laura, sucedió que uno de los que les acometieron y el mas alentado de todos puso los ojos en ella, y pareciéndole que era obligarla no usar con ella la violencia que se podia temer de su codicia, no consintió que ninguno se atreviese á quitarla ninguna cosa, y volviéndola á poner en la mula, guió hácia su sitio con intento de gozar aquella noche su belleza, la cual viéndose sin su Lisardo y en poder de aquella infame gente, llamó con mas veras á la muerte, y volviendo los ojos al cielo, decia locuras, haciendo tantas lástimas y llorando tan graciosamente, que viendo su enemigo que aun estando enojada no habia perdonado el ser hermosa, se encendió con mas fuerza y se previno de su impiedad para cualquier injusto atrevimiento. Llegaron al desabrido albergue, que era el que estaba vecino á la prision de Lisardo, y luego el lascivo amante la empezó á regalar con algunas cosas que á costa de los vecinos lugares tenian sobradas; vióse Alejandro con ellos, que aunque pudo tener libertad, no la quiso, viendo á Laura de la manera que quedaba; tratáronle con alguna cortesía por no disgustarla á ella, que habia dicho que era su hermano. Temblaba la hermosa doncella de verse en poder de tiranos, y que si aquel hombre intentaba alguna violencia, era forzoso matarse ó perderse; pero tuvo tanta dicha, si acaso la podia tener quien se via de aquella suerte, que el capitán de todos ellos, hombre de resolucion y de muchas

manos, se aficionó tanto de su cara, que viéndose envidioso y que no podía merecerla, por no haber sido presa suya, y porque el que la tenía consigo era casi tan poderoso como él, se dispuso á defenderla, para estorbar que la gozase otro, ya que él no podía, atribuyendo á piedad de ánimo lo que era envidia ó celos de su camarada. Holgóse Laura desta competencia, porque el uno la defendería del otro, hasta que el cielo trazase por algun camino el remedio de su libertad; y estando los dos cosarios de aquella tierra procurando alegrar y divertir sus divinos ojos, la llevaron á ver sus ranchos, asegurándola primero el capitán de cualquier miedo en cosa que no fuese mucho gusto suyo; llegaron á la parte en que estaba Lisardo, que vencido de un piadoso sueño, daba licencia al descanso forzoso, y estando la cobarde dama atendiendo á algunas cosas que la enseñaban, mas por contentar á los dos amantes que por tener gusto en lo que miraba, les vino nueva de que la justicia de un lugar, que no les debía ninguna buena obra, procuraba su destruición. Alborotáronse todos, y acudiendo á la defensa, olvidaron el amor, y fueron á reconocer el campo, que donde tiene riesgo el honor ó la vida, pocas veces persevera la voluntad, y mas cuando no tiene echadas raíces con el trato, aunque en habiendo de por medio amor de años ó de obligaciones, no hay imposible que no intente, ni temeridad á que no se oponga. Quedó Laura sola, aunque no tanto que á pocos pasos no pudiera hallar cuanto quisiera pedirle su deseo; entró mas adentro, considerando la miserable vida de aquellos hombres, pues libraban su felicidad en la desventura ajena, parecidos en esto á los envidiosos, de quien solo se libran los desdichados, porque no tienen fortuna que los dé pesadumbre, aunque no debe de ser mala, pues viven seguros de sus dañadas entrañas. Así estaba discurriendo, cuando sintió junto á los pies un bulto que la hizo tropezar, aunque pienso no era la primera vez. Reparó Laura, y vió un hombre que pagaba el necesario tributo á su cansado cuerpo; bajó la luz para reconocerle, que el pecado de la curiosidad jamás deja á una mujer, aunque se mire en el extremo de sus pesares; miróle y alteróse, volvió á mirarle con mas atención, y hallóle en las manos un pequeño retrato; quitósele dellas, y llevóle á los ojos, los cuales hallaron á su mismo dueño; dióle mil vueltas, pensando que el naípe tenía por encima algun pedazo de cristal que la retrataba. Volvióse al que dormía para que le dijese la verdad, reconoció su prenda, halló á Lisardo. Pidióse albricias, y temió por sospechoso el nuevo contento, acordándose de las veces que ha quitado la vida un placer ni esperado ni prevenido. Sentóse junto á su primo, el cual, al ruido de algunos abrazos mezclados con suspiros de alegría, despertó, y tuvo por novedad el ver luz en parte que pocas veces se comunicaba el sol. No habia reparado Lisardo en Laura, que si esto dijera despues de verla, fuera agraviar sus ojos; cubrióse ella el rostro con una toca, que era velo de plata para su hermosura, y nube de seda para su resplandor, por darle el contento menos repentino. Extra-

ñó Lisardo la nueva compañía, y advirtiendo en que el traje y los adornos prometían alguna nobleza oculta, la rogó que se descubriese, ó por lo menos le contase el rigor de fortuna que la habia puesto en tan miserable estado, que él se obligaba á satisfacerla el favor, refiriendo, si ella gustase, el infinito número de desdichas que le atormentaban, que eran tantas, que la menor le parecia verse en poder de aquellos bárbaros, teniendo la vida al albedrío de su voluntad. Entonces ella por no deberle el contento que podia darle, se descubrió y abrazó dél; y Lisardo quedó mirándola tan suspenso, que se puso á imaginar si era cierto que habia despertado. Unas veces daba crédito á los ojos, y otras no se podia persuadir aun á lo mismo que tocaba; pero venciendo la verdad sus discretas dudas, estuvieron los dos muy gran rato, sin que el contento les diese licencia para preguntar la causa de verse en aquel lugar, y despues de haber hecho cada uno memoria de sus trabajos, dijo Lisardo que pues estaban solos, seria acertado huir de tan conocido peligro; y cuando empezaban á salir de la cueva para avisar á su amigo Alejandro, que estaba bien ajeno de aquella novedad, volvieron los temerosos ladrones asegurados de que el aviso habia sido incierto, aunque se engañaron, porque la justicia de Córdoba los habia buscado toda la noche, y por ser tan oscura y espantosa, se habian perdido sin poderse encontrar los unos ni los otros, hasta que con el día dieron la vuelta, y llegando hácia la parte que estaban informados, oyeron ruido, y conocieron que allí era sin duda la defensa de los atrevidos salteadores, y cercándolos, los prendieron, sin que pudiesen huir ni ampararse de la menor defensa. A este tiempo ya el uno de los amantes de la infelice Laura, que era el capitán, vencido de su apetito y confiado en su mucho imperio, la habia llevado á la cueva donde estaba Alejandro, poniendo primero una pistola al pecho de Lisardo, que como galán la amaba, y como honrado la defendía. Pero viendo el tirano capitán que le amenazaba una desastrada muerte si se dejaba poner en manos de la justicia, tomó una yegua que tenia prevenida para semejante fortuna, y saliendo por una secreta parte de la misma cueva que hacia correspondencia á un valle, cogió á Laura, que por estar sin sentido y haber visto á Lisardo en tan manifesto peligro, aun no tenia ánimo para defenderse, y corriendo por el campo dejaba burlados á los que le seguían. Lisardo fué tan desgraciado, que iba en el número de los presos, sin que aprovecharse decir su nobleza, porque algunos de los delinquentes procuraron defenderse, diciendo que no eran ellos de los ofensores, sino de los desdichados á quien habían quitado la hacienda y tenían en aquellas cuevas para quitar la vida; y la justicia, por no poner en contingencia la verdad de los unos y la culpa de los otros, haciéndolos iguales, los llevó al primer lugar, y de allí á la cárcel pública de la ciudad de Córdoba, en la cual se vió el pobre Lisardo disculpando su inocencia y dando voces por su justicia; pero como no tenia ni amigos que le acreditasen ni dineros que le favoreciesen, su pleyto

estaba mudo, los procuradores sordos, y los jueces mal informados. Aflijale tambien el no tener nuevas de su amada Laura ni de su fiel amigo Alejandro, tan amigo en todo, que viendo al atrevido bandolero llevar con tan resuelta tiranía á la hermosa Laura, movido de su nobleza y sufriendo mal que un infame profanase su hermosura tomó el mismo caballo que habian quitado á Lisardo, y por la propia parte que vió salir al codicioso ladron le empezó á seguir tan bizarro como animoso, y como llevaba de su parte la razon, y á los ladrones sigue siempre el temor y la cobardía, le alcanzó aun con mas brevedad que él imaginaba. Y apenas el injusto Atlante de aquel cielo con alma vió que Alejandro venia en su seguimiento, cuando advirtiendo que si se detenía á defender el hermoso tesoro era dar lugar á que la justicia le alcanzase y lograrse su deseo, para poder huir con mas comodidad, arrojó de sí á Laura, como suele el castor que advertidamente se hace pedazos, lisonjeando á los cazadores con lo que desean para que no le persigan; mas no le aprovechó, porque á pocos pasos le cogieron unos labradores, y llevaron con los demás compañeros para que con una muerte satisficiese tantas.

Imposible será decir los encarecimientos con que Laura agradeció al animoso Alejandro aquel a gallardía, mas baste saber que era discreta y que no sabia ser ingrata. Llegaron los dos al lugar, é informándose de cómo Lisardo iba con los demás culpados, tomaron el camino de Córdoba, y estando Lisardo una mañana discurrendo sobre sus desdichas, que eran tantas, que ya tenia por novedad el no tenerlas, y pensando el dia en que la fortuna se cansase, vió que un hombre y una mujer tapada se llegaron con voluntad igual á darle infinitos abrazos; conoció á Alejandro, y despues coligió fácilmente quién podia ser la que le acompañaba; echóse á los piés de entrambos, que los hombres en las desdichas suelen estimar mejor los beneficios, y hablando los tres largamente, trataron de la sultura de Lisardo, para lo cual y para otras cosas necesarias dió Laura á Alejandro algunas joyas de las que traia, rogándole procurase venderlas. Hízolo así Alejandro, aunque perdiendo mucho del precio en que se habian comprado, pension de quien vende con necesidad y en la platería; la informacion quedó hecha aquella noche, por ser cosa tan conocida y haber dinero, que es la mejor espuela para los que escriben; y cuando Lisardo estaba ya para salir de la cárcel, porque los jueces advirtieron la bellquería de tener afrentosamente á un caballero en la cárcel pública, vino un auto en que le mandaban embargar por otras causas. Admiróse Lisardo, lloró Laura de nuevo, afligióse Alejandro, y quedaron todos confusos y temerosos; pero sacólos desta duda Lisardo, que reparando en dos hombres que entraban por la puerta, conoció que eran Octavio y el riguroso padre de Laura, la cual rindiéndose á un temor justo, nacido de su respeto y vergüenza, quedó difunta, pero de mucho si via presentes tantos males: por una parte á Lisardo con mas prisiones, en tierra ajena, y sin mas favor que la

disculpa de su voluntad; por otra á su padre, que con el enojo que vendria era fuerza atropellar las honradas disculpas de Lisardo, y lo que mas la afligia era ver á Octavio, por haber sido el principio de su desventura; dudaba del intento que les traia, aunque bien echaba ver que como los dos faltaron en un dia, colegirian que Lisardo la traia robada. Lo ciertó es que el viejo, tanto por el amor de su hija como por la venganza de su sobrino, en compañía de Octavio los habia ido á buscar á la corte, y no hallando aun señas de ninguno, quiso acercarse á la Andalucia, buscándole por las principales ciudades della; y entrando aquel mismo dia en Córdoba, y hallando en ella á un grande amigo suyo, que en sus tiernos años vieron á Flándes juntos, le preguntó por algunas novedades de aquella ciudad, y entre otras le dijo que estaba en la cárcel un caballero á quien unos salteadores habian robado, y que seria fuerza conocerle porque en sus confesiones decia que era natural de la ciudad de Avila. Alteróse el viejo, é informándose mas particularmente, supo que el caballero preso era el enemigo que buscaba, y sabiendo que estaba ya para salir de la cárcel, habló á los jueces, querellándose de su sobrino, y contando la traicion que habia cometido contra su sangre, y así mandaron luego, no solo que no le diesen libertad, sino que le pusiesen en parte que estuviere mas seguro. Y despues de haber hecho esta diligencia, venia con Octavio á visitarle para saber lo que respondia; y Laura, aprovechándose de su discrecion, si acaso la hay cuando vienen las desdichas tan aprisa, se encubrió lo mas que pudo, y Alejandro hizo lo mismo apartándose de Lisardo, y poniéndose á conversar con otros presos. Llegaron los dos, y despues de saludarle, le preguntaron por Laura, y él respondió que no solo no la habia traído, pero que en su vida se habia atrevido á tal imaginacion, y decia bien, porque aunque la quiso siempre con tanto amor, nunca tuvo ánimo de anteponer su gusto á su respeto, huyendo de parecerse á muchos que se precian de querer á una mujer, y por lograr su gusto intentan cosas en que es forzoso aventurar con su vida su reputacion. Decia Lisardo que estos tales no atienden al honor de la dama, sino á la comodidad de su gusto; y así, no pueden tener amor verdadero, porque amar tan inconsideradamente que por gozar de una mujer atropellen su opinion y consientan en su deshonra, no es estimarla, sino aborrecerla. Finalmente, Lisardo negó, porque en todo caso es lo mas seguro, y mientras se prueba se gana tiempo. Encolorizóse el viejo pareciéndole que aquello era preciarse de darle pesadumbre, y Octavio le dijo algunas injurias, porque los celos, el amor y el ver á su enemigo de manera que no se podia defender, le daba ánimo y aun disculpa; y remitiendo entrambos á la fuerza de la justicia la confesion de lo que negaba, se fueron, y Lisardo contó lo que le habia sucedido, y Alejandro les aconsejó que se resolviesen á desposarse, pues así cesarian las pretensiones de Octavio y enojos de su padre; pareciéles bien á los dos, pero dificultaron el estorbo de la sangre y la falta de las diligencias. Mas Alejandro dijo que se animasen, que todo

había de tener feliz suceso, porque aquel día era de ordinario, y él tenía en Madrid un tío que era oidor del Real Consejo de su majestad, al cual escribiría hiciese la diligencia de la dispensación con brevedad. Hízolo así Alejandro, encareciendo á su tío el peligro en que estaban los dueños de aquella causa. Luego el padre de Laura empezó el pleito bien solicitado de entrambas partes, porque en cualquiera sobraba el dinero. Dejó Alejandro á Laura en casa de una señora principal, que por forastera y por dama le favoreció, y tomando una mula, se partió al lugar en que Lisardo había estado tan peligroso de la caída, y haciendo una información muy honrada, en que juraban todos el tiempo que estuvo indispuesto sin traer en su compañía mas de su persona, se vino, y la entregó al procurador, el cual aconsejó á Alejandro que se escondiese, porque los salteadores en sus dichos habían declarado que ellos cogieron una noche á una mujer que se llamaba Laura, pero no en compañía de Lisardo, sino de un caballero cuyo nombre no sabían, porque siempre se había recatado de decirle. Parecióle á Alejandro que corría peligro su persona, y escondióse en un monasterio, porque de la amistad que tenía con Lisardo fuera fácil colegir que él era el dueño de aquella empresa. Duró el pleito algunos meses, y viendo el padre de Laura tan resuelto á Lisardo en negar aquello que en su opinión era cierto, se determinó á que confesase en el tormento lo que con engaños y traiciones disimulaba. Tenía el viejo mas autoridad con los jueces, y no faltó quien por debajo de la cuerda informase contra Lisardo, y como los indicios eran grandes, se determinaron, Dios sabe si con justicia, á darle tormento ó dársele á Laura, que deshaciéndose en lágrimas, la faltaba paciencia para sufrir tantos rigores, y así se resolvió, antes que llegase la ejecución injusta, á manifestarse, diciendo que ella sola, sin mas favor que su voluntad y sin mas causa que la de huir de un marido que aborrecía, se había ausentado de su casa, teniendo á mas fortuna dejar su opinión al albedrío del vulgo que vivir con quien era forzoso desearse la muerte para tener algun descanso, y que el hombre con quien la toparon no le conocía de mas que haberla amparado por mujer y sola.

Así estaba Laura contando los instantes de las horas con el temor de ver injuriado por su causa á Lisardo, y él con los bríos del valor que tenía heredado dispuesto á cualquier exceso de desdicha; pero el cielo tuvo lástima de tan justo amor, y lo dispuso de otra suerte, porque Alejandro envió un recaudo con su procurador avisando á Laura de que la dispensación había venido con los demás papeles, y dando Lisardo un poder, le desposaron, y luego se notificó á la parte contraria cómo Lisardo era marido de Laura, y así la podía tener donde le pareciese, y llevando un escribano consigo, que daba fe de que la había visto, y enseñando juntamente la dispensación y lo demás, se quedó el viejo tan corrido y afrentado, que negándose á la piedad que debía tener con su propia sangre, y considerando la riqueza que perdía en Octavio por su sobrino, le empezó

á seguir con mayores veras, encareciendo á los jueces la ofensa que su casa había recibido, aunque fuese con intento de ser su esposo; y entonces Alejandro, presumiendo que ya no tendría peligro, pues Lisardo había confesado que la tenía y el desposorio estaba concluido, salió públicamente, y fué á contradecir la nueva acusación del vengativo viejo, el cual apenas lo supo, cuando le hizo una causa criminal, que le obligó á quedarse con Lisardo, porque luego trajo información de que había él sido el instrumento principal que ayudó al escalamiento de su casa, y él fué á quien toparon con su hija, y esto encareciéndolo con tantos accidentes y palabras, que lo que había sido fuerza de amistad hicieron delito de traición; que la calidad de las culpas suele consistir en las circunstancias con que se acusan, porque hay palabras que las hacen mayores.

Quedóse Alejandro con su amigo, casi agradecido á la nueva ofensa, por mostrar mas bien lo que le estimaba: los dos lo pasaban mejor, porque Laura también parecía presa, y en todo el día no salía de la cárcel, que la voluntad la había enseñado esta fineza, que no es pequeña para una mujer de sus años, de su hermosura y de su modestia; pero quien tiene amor, poco se debe en las cosas fáciles. Crecieron los pleitos y los gastos, acabáronse las joyas de Laura, con ser muchas, y descuidáronse los parientes de Alejandro; pareciéndoles que mas tenía de lecura que de amistad gastar su hacienda con quien no podía pagarle aquella liberalidad. Vióse Lisardo perseguido de quien pensaba ser amparado, en la cárcel y pobre, tres cosas que cualquiera basta para quitar la vida: miraba á su amigo Alejandro en tan diversas fortunas por su causa, y no sentía menos el ver á su esposa llena de trabajos, aborrecida de su padre y sin mas regalo que pesadumbres, y en fin, había llegado á tiempo que fué necesario quitarse ella las galas que traía, vistiéndose mas humildemente para defenderse de la mala intención de su padre. Todo lo miraba Lisardo, y todo lo remitía á su sentimiento. Laura le consolaba, y aun se ofendía de verle tan apasionado, diciéndole que no se afligiese por ella, porque no podían ser sus desdichas mas que su voluntad, y que la quedaba ánimo para sufrir aun mayores rigores, como fuesen enderezados á servirle.

Escuchóla Lisardo y dióla infinitos abrazos; alabó su hermosura, encareció su firmeza, y confirmó á las mujeres por agradecidas y constantes; y si se ha de decir verdad, no les neguemos que en determinándose á querer bien, son ellas las que olvidan con mas dificultad: á lo menos Laura mucho acreditó esta verdad, porque amar á un hombre cuando le persiguen trabajos, prisiones y pobreza, es un milagro que pocas veces se ve en el mundo.

Así lo pasaban los amantes primos, y una tarde quiso Laura probar por todos caminos á conocer si era tan desdichada como hermosa, y con el deseo que tenía de que tuviesen remedio las temeridades de su padre, rogó á una señora que se había dado por amiga suya que enviase á decir á Octavio que en una parte

determinada del campo le esperaba una mujer, que aficionada de su gallardía quería saber si el alma correspondía al talle, y la lengua á la persona. Quiso Laura con esto tener ocasión de hablar á Octavio y obligarle por el atajo de la cortesía para que se cansase de perseguirla. Parecióle buen medio á la amiga, y le envió con una criada un papel muy á propósito. Leyóle Octavio, y juzgó que seria aquel favor verdad infalible, que las desconfianzas, y mas en esta materia, no tienen entrada con un hombre que se preciaba de galan y tenia opinion de rico; fueron las dos en un coche, y Octavio contó su buena suerte al padre de Laura, y aun le llevó consigo para que le acompañase, por si acaso no venian, y habia sido engaño de alguna dama que queria burlarse dél por forastero, pero presto conoció que era él que habia tardado; y viendo ellas que llegaba solo, le rogaron se entrase en el coche, y luego Laura con suspiros y razones le encareció los trabajos y disgustos que padecia por su causa, advirtiéndole que no le habia ofendido en no quererle, por haber dias y aun años que tenia dueño, y que á no tenerle, le confesaba que fuera cierto ser suya, porque sus partes merecian mayor empleo. Dijo tambien el extremo á que habia venido de necesidad, pues si no fuera por aquella dama y las joyas que habia traído, aun no hubiera sido posible sustentarse, y que actualmente Lisardo estaba preso, pobre y sin mas esperanza que su piedad, y así se lastimase de su amor, y mostrase lo que habia querido en no ayudar á su ingrato padre, el cual, viendo que tardaba Octavio, se acercó al coche, y conociendo á su hija y acordándose de las pesadumbres que le costaban sus infamias, que así llaman los viejos lo que en otro tiempo atribuian á mocedades, que como no hay espejos que representen lo pasado, suelen juzgar de los delitos temerariamente; y acordándose tambien de lo mucho que perdía en Octavio, que este era el paradero de sus cóleras, que la ambicion de la hacienda suele venir con los muchos años, quiso atreverse á su hija, remitiendo á las manos la venganza que no habia conseguido con pleitos y prisiones: dió voces Laura, amparóla Octavio, y la señora en cuya compañía venia se ofendió justamente del poco respeto que la habia tenido; y en fin, era tanto el ruido que hacian todos, que obligó á un caballero que pasaba en un coche de camino con su esposa á que se apease, y con él algunos criados que acudieron á saber la causa de aquella discordia. Llegó el caballero, que era hombre de gentil presencia, y con alguna libertad de soldado, viendo las demasías que hacia el padre de Laura, y con mujeres, que es cosa tan aborrecible para los hombres que nacen con términos honrados, se abrazó con él para que no pasasen adelante. Volvió el viejo á conocer quién le detenia, y volvieron todos, porque su disposicion gallarda podia mover á respeto, y suspenso el padre de Laura, le miró con algun sobresalto; pero el caballero, que como estaba sin cólera tenia obligacion á conocerle mejor, echó de ver que el que miraba era su hermano, y la que tenia presente Laura, su sobrina; y con un rendi-

miento noble, efeto de su amor, viendo sangre que lo era tan suya, los abrazó á los dos, aunque el viejo no le recibió muy apacible; y entonces el padre de Lisardo le preguntó qué causa podia ser bastante á recibirle con aquel desabrimiento despues de tantos años de ausencia y en tiempo que de tantas leguas le venia buscando, que no era poco para un hombre que venia rico. Llegóse Laura á su tío y refirióle todo lo que habia sucedido, y cómo ella, por haberse criado con su primo, le habia querido con tanto extremo, que le obligó á lo que hemos visto. Entonces el piadoso tío con mil abrazos agradeció tan honrada voluntad, y contó brevemente cómo él se fué á la ciudad que en las Indias llaman de los Reyes, porque ciudad de plata bien merece tan ilustre nombre, y que allí sirvió á un cacique de agente de su hacienda, que pasaba de ochenta mil ducados, con fidelidad, que suele ser el mejor caudal de los que no tienen, y despues muriendo él y quedando su esposa viuda y con alguna aficion á su persona, se determinó á que ocupase el lugar del difunto esposo, y viéndole con deseo de volverse á España, dejó patria y parientes por venir con su esposo, y que pasando su coche con alguna prisa para llegar á Córdoba, oyeron el ruido, y habia salido á ver lo que no imaginaba. Volviéronse todos á abrazar, y bajando á su sobrina del coche, fué con los demás á ver á la hermosa indiana, que lo era en demasía, que los muchos regalos y la vida descansada disimulan muchas veces los años. Vieron tambien un hijo que traia, que habia nacido para aumentar aquella tan justa correspondencia; luego la pasaron al coche de la amiga de Laura, la cual los llevó á su casa, y contenta de su buena suerte, quiso gozarla, regalando tan honrados huéspedes. Todos iban contentos, y solo el padre de Laura corrido de que su hermano hubiese reparado en la tiranía que usaba con su sobrino, y apenas se apearon, cuando fueron á avisar á Lisardo de la venida de su padre. Agradeció al cielo tan nuevo beneficio, advirtiéndole la ventura tan grande que habia tenido, pues cuando menos esperaba se compadecia de sus desdichas. Vino á verle su padre, y lastimado de mirarle en tanta miseria, aunque tan hombre y de las partes y gracias que ya le habian informado, sin detenerse á contarle nada de sus cosas hasta verle libre de la cárcel, fué al momento con los demás, é hicieron tan buena diligencia, que saliendo por fiador su mismo padre, le dieron libertad aquella misma noche, en compañía de su amigo Alejandro; y en viéndose libre, fué á ver á Laura y á su nueva madre, la cual, mirando la nobleza de todos, no estaba arrepentida de haber dejado su propia patria. Gozó Lisardo de su amada prima, pues le costaba llegar á sus brazos tantos disgustos. Consolóse Octavio viendo que el no gozar de aquella dicha no era falta de méritos, sino voluntad ajena. El padre de Laura quedó contento por haber salido todo tan á gusto de su deseo, y advirtiéndole Lisardo las obligaciones que tenia á su amigo, y sabiendo que venia en compañía de su padre una hermana de su esposa, á quien miraba Alejandro con algun cuidado, trató de

casarle con ella, que por ser hermosa, y su dote de mas de treinta mil ducados, fué amistad, y no castigo. Tomaron el camino de Avila, en donde vivió Lisardo con su prima tan amante como pagado, dándoles á entrambos el amor hermosos hijos, y teniendo á ventura

haber pasado tantos trabajos, llegando á gozar tan felizmente el fin que deseaban, porque cuando lo que se intenta se alcanza, todo viene á parar en aumento del gusto, confirmacion del deseo y descanso de la voluntad.

EL CASTIGO DE LA MISERIA,

POR DOÑA MARIA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR.

A servir á un grande de esta corte vino de un lugar de Navarra un hijodalgo, tan alto de pensamientos como humilde de bienes de fortuna, pues no le concedió esta madrastra de los nacidos mas riqueza que una pobre cama, en la cual se recogia á dormir y se sentaba á comer: este mozo, á quien llamaremos don Márcos, tenia un padre viejo, y tanto, que sus años le servian de renta para sustentarse, pues con ellos enterrecia los mas empedernidos corazones. Era don Márcos cuando vino á este honroso entretenimiento de doce años, habiendo casi los mismos que perdió á su madre de un repentino dolor de costado, y mereció en casa de este príncipe la plaza de paje, y con ella los usados atributos, picardía, porquería, sarna y miseria; y aunque don Márcos se graduó en todas, en esta última echó el resto, condenándose él mismo de su voluntad á la mayor laceria que pudo padecer un padre del yermo, gastando los diez y ocho cuartos que le daban con tanta moderacion, que si podia, aunque fuese á costa de su estómago y de la comida de sus compañeros, procuraba que no se disminuyesen, ó ya que algo gastase, no de suerte que se viese mucho su falta. Era don Márcos de mediana estatura, y con la sutileza de la comida se vino á trasformar de hombre en espárrago. Cuando sacaba de mal año su vientre era el dia que le tocaba servir la mesa de su amo, porque quitaba de trabajo á los mozos de plata, llevádoles lo que caia en sus manos mas limpio que ellos lo habian puesto en la mesa, proveyendo sus faltriqueras de todo aquello que sin peligro se podia guardar para otro dia. Con esta miseria pasó la niñez, acompañando á su dueño en muchas ocasiones dentro y fuera de España, donde tuvo principales cargos. Vino á merecer don Márcos pasar de paje á gentilhombre, haciendo en esto su amo con él lo que no hizo el cielo. Trocó pues los diez y ocho cuartos por cinco reales y tantos maravedís; pero ni mudó de vida ni alargó la ración á su cuerpo, antes como tenia mas obligaciones, iba dando mas nudos á su bolsa. Jamás se encendió en su casa luz, y si alguna vez se hacia esta fiesta, era el que le concedia su diligencia y el descuido del repostero, algun cabo de vela, el cual iba gastando con tanta cordura, que desde la calle se iba desnudando, y en llegando á casa, dejaba caer los vesti-

dos, y al punto le daba la muerte. Cuando se levantaba por la mañana tomaba un jarro que tenia sin asa, y salia á la puerta de la calle, y al primero que veia le pedia remediase su necesidad, y esto le duraba dos ó tres dias, porque lo gastaba con mucha estrechez. Luego se llegaba donde jugaban los muchachos, y por un cuarto llevaba uno que le hacia la cama, y si tenia eriado se concertaba con él que no le habia de dar ración mas de dos cuartos y un pedazo de estera en que dormir; y cuando estas cosas le faltaban, llevaba un pícaro de cocina que lo hacia todo, y le vertiese una extraordinaria vasija en que hacia las inexcusables necesidades; era al modo de un arcaduz de noria, porque habia sido en un tiempo jarro de miel, que hasta en verter sus excrementos guardó la regla de la observancia. Su comida era un panecillo de un cuarto, media libra de vaca, un cuarto de zarandajas, y otro que daba al cocinero porque tuviese cuidado de guisarlo limpiamente; y esto no era cada dia, sino solo los feriados, que lo ordinario era un cuarto de pan y otro de queso. Entraba en el estrado donde comian sus compañeros, y llegaba el primero, y decia: Buena debe de estar la olla, que da un olor que consuela, en verdad que la he de probar; y diciendo y haciendo, sacaba una presa; y de esta suerte daba la vuelta de uno en uno á todos los platos, que hubo dia que en viéndole venir, el que podia se comia de un bocado lo que tenia delante, y el que no, ponía la mano sobre su plato. Con el que tenia mas amistad era con un gentilhombre de casa, que estaba aguardando verle entrar á comer ó cenar, y luego con su pan y queso en la mano entraba diciendo: Por cenar en conversacion os vengo á cansar, y con esto se sentaba en la mesa, y alcanzaba de lo que habia. Vino, en su vida lo compró, aunque lo bebia algunas veces en esta forma: poníase á la puerta de la calle, y como iban pasando las mozas y muchachos con el vino, les pedia en cortesía se lo dejaran probar, obligándoles lo mismo á hacerlo. Si la moza ó muchacho eran agradables, les pedia licencia para otro traguillo. Viniendo á Madrid en una mula y con un mozo, que por venir en su compañía se habia aplicado á servirle por ahorrar de gasto, le envió en un lugar por un cuarto de vino, y mientras que fué por él se puso á caballo y se partió,

obligando al mozo á venir pidiendo limosna. Jamás en las posadas le faltó un pariente, que haciéndose gorra con él, le ahorra la comida. Vez hubo que dió á su mula paja del jergon, que tenia en la cama, todo á fin de no gastar. Varios cuentos se decian de don Márcos, con que su amo y sus amigos pasaban tiempo, tanto, que ya era conocido en la corte por el hombre mas regalado de los que se conocian en el mundo. Vino don Márcos de esta suerte, cuando llegó á los treinta años, á tener nombre y fama de rico, y con razon, pues vino á juntar á costa de su opinion y hurtándose al cuerpo, seis mil ducados, los cuales se tenia siempre consigo, porque tenia mucho las retiradas de los genoveses, pues cuando mas descuidado ven á un hombre, le dan manotada como zorro. Y como don Márcos no tenia fama de jugador ni de amancebado, cada día se le ofrecian varias ocasiones de casarse, aunque lo regateaba temiendo algun mal suceso; pareciales bien á las señoras que lo deseaban para marido, y quisieran mas fuese gastador que guardoso, que con este nombre calificaron su miseria. Entre muchas que desearon ser suya, fué una señora que no habia sido casada, si bien estaba en opinion de viuda, mujer de buen gusto y de alguna edad, aunque lo encubria con las galas, adornos é industria, porque era viuda galan, con su monjil de terciánela, tocas de reinas, y su poquito de moño. Era buena señora, cuyo nombre es doña Isidora, muy rica en hacienda, segun decian todos los que la conocian, y su modo de tratarse lo mostraba. Y en esto siempre se adelantaba el vulgo mas de lo que era razon. Propusiéronle á don Márcos este matrimonio, pintándole á la novia con tan perfectos colores, y asegurándole que tenia mas de catorce ó quince mil ducados, diciéndole haber sido su difunto consorte un caballero de lo mejor de Andalucía, que asimismo decia serlo la señora, dándole por patria á la famosa ciudad de Sevilla, con la cual nuestro don Márcos se dió por casado. El que trataba el casamiento era un gran socarron, tercero, no solo de casamientos, sino de todas mercaderías, tratante en grueso de buenos rostros y mejores bolsas, pues jamás ignoraba lo malo y lo bueno de esta corte, y era la causa haberle prometido buena recompensa; ordenó llevar á don Márcos á vistas, y lo hizo la misma tarde que se lo propuso porque no hubiese peligro en la tardanza. Entró don Márcos en casa de doña Isidora, casi admirado de ver la casa, tantos cuadros, tan bien labrada y con tanta hermosura; y miróla con atencion, porque le dijeron que era su dueño la misma que lo habia de ser de su alma, á la cual halló entre tantos damascos y escritorios, que mas parecia casa de señora de título que de particular, con un estrado tan rico, y la casa con tanto aseo, olor y limpieza, que parecia, no tierra, sino cielo, y ella tan aseada y bien prendida, como dice un poeta amigo, que pienso que por ella se tomó este motivo de llamar así á los aseados. Tenia consigo dos criadas, una de labor, y otra de todo y para todo, que á no ser nuestro bidalgo tan compuesto y tenerle el poco comer tan

mortificado, por solo ellas pudiera casarse con su ama, porque tenian tan buenas caras como desenfado, en particular la fregona, que pudiera ser reina si se dieran los reinos por hermosura. Admiróle sobre todo el agrado y discrecion de doña Isidora, que parecia la misma gracia, tanto en donaire como en amores, y fueron tantas y tan bien dichas las razones que dió á don Márcos, que no solo le agradó, mas le enamoró, mostrando en sus agradecimientos el alma, que la tenia el buen señor bien sencilla y sin doblez. Agradeció doña Isidora al casamentero la merced que le hacia en querer emplearle tan bien, acabando de hacer tropezar á don Márcos en una aseada y costosa merienda, en la cual hizo alarde de la vajilla, rica y olorosa ropa blanca, con las demás cosas que en una casa tan rica como la de doña Isidora era fuerza hubiese. Hallóse á la merienda un mozo galan, desenvuelto, y que de bien entendido picaba en pícaro, al cual doña Isidora regalaba á título de sobrino, cuyo nombre era Agustinico, que así le llamaba su señora tia. Servia á la mesa Inés, porque Marcela, que así se llamaba la doncella, por mandado de su señora tenia ya en las manos un instrumento, en el cual era tan diestra, que no se le ganara el mejor músico de la corte, y esto acompañaba con una voz, que mas parecia ángel que mujer, y á la cuenta era todo. La cual con tanto donaire como desenvoltura, sin aguardar á que la rogasen, porque estaba cierta que lo haria bien, ó fuese acaso ó de pensado, cantó así:

*Claros fuecencillas,
Pues murmurais,
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.*

Murmurad que vive
Libre y descuidado,
Y que mi cuidado
En el agua escribe;
Que pena recibe
Si sabe mi pena,
Que es dulce cadena
De mi libertad:
*Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.*
Murmurad que tiene
El pecho de hielo,
Y que por consuelo
Penas me previene;
Responde que pene
Si favor le pido,
Y se hace dormido
Si pido piedad:
*Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.*
Murmurad que llama
Cielos otros ojos,
Mas por darme en ojos
Que porque los ama;
Que mi ardiente llama
Paga con desden,
Y querle bien
Con quereme mal:
*Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.*
Y si en cortesía
Responde á mi amor,
Nunca su favor
Duró mas de un día,
Do la pena mia
Rie lisonjero,

Y aunque ve que muero,
No tiene piedad:
*Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.*
Murmurad que has días
Tiene la firmeza,
Y que con tibieza
Paga mis porfias;
Mis melancolias
Le causan contento,
Y si mudo intento,
Nuestra voluntad:
*Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.*
Murmurad que he sido
Eco desdichada,
Aunque despreciada,
Siempre le he seguido;
Y que si le pido
Que escuche mi queja,
Desdeñoso deja
Mis ojos llorar:
*Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.*
Murmurad que altivo,
Libre y desdeñoso
Vive, y sin reposo,
Por amarle, vivo,
Que no da recibo
A mi eterno amor,
Antes con rigor
Me intenta matar:
*Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.*
Murmurad sus ojos
Graves y severos.

Aunque bien ligeros
Para darme enojos,
Que rinde despojos
A su gentileza,
Cuya altiva alteza
No halla su igual:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que ha dado
Con alegre risa
La gloria á Belisa,
Que á mí me ha quitado,
No de enamorado,
Sino de traidor,

Que aunque finge amor,
Miente en la mitad:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad mis celos
Y penas rabiosas,
Ay, fuentes hermosas,
A mis ojos cielos,
Y mis desconuelos,
Penas y disgustos,
Mis perdidos gustos,
Fuentes, murmurad,
Y también á Narciso
Que no sabe amar.

Suelen publicar salud
Cuando muriéndose están,
Mas no alegro que es cordura
El saber disimular.
Esconderse por no verla,
Ni de sus cosas hablar,
Ni tarde de su alabanza,
Indicios de salud á.
Pero de vivir contenta,
Y ella en secreto llorar,
Llevar mal que mire á otras,
De amor parece señal.

Lo que por mí teología
He venido á pergeñar
Es que aquel que dice injurias
Cerca está de perdonar.
Préciese Menga de noble;
No sé si querrá olvidar,
Que una vez elección hecha,
No es noble quien vuelve atrás.
Mas ella me ha dicho á mí
Que en llegando á averiguar
Injurias, celos y agravios,
Afrenta el verle será.

No me atreveré á determinar en qué halló nuestro don Márcos mas gusto, si en las empanadas y hermosas tortadas, lo uno picante, y lo otro dulce, sin el sabroso pernil y fruta fresca y gustosa, acompañado todo con el licor del santo remedio de los pobres, que á fuerza de brazos estaba vertiendo hielo, siendo ello mismo fuego, que por eso llamaba un aficionado á las cantimploras remedio contra el fuego; ó en la dulce voz de Marcela, porque al son de su letra él no hacia sino comer, tan regalado de doña Isidora y de Agustinico, que no lo pudiera ser mas si él fuera el rey, porque si en la voz hallaba gusto para los oídos, en la merienda recreo para su estómago, tan ayuno de regalos como de sustento. Regalaba tambien doña Isidora á don Agustín, sin que don Márcos, como poco escrupuloso, reparase en nada mas de sacar de mal año sus tripas; porque creo, sin levantarle testimonio, que sirvió la merienda de aquella tarde de ahorro de seis días de ración, y mas con los buenos bocados que doña Isidora y su sobrino atestaban y embutían en el baul vacío del buen hidalgo provision bastante para no comer en mucho tiempo. Fenecióse la merienda con el día, y estando ya prevenidas cuatro bujías en sus hermosos candeleros, á la luz de las cuales y al dulce son que Agustinico hizo en el instrumento que Marcela habia tocado bailaron ella é Inés lo rastreado y soltillo, sin que se quedase la capona olvidada, con tal donaire y desenvoltura, que se llevaba entre los piés los ojos y el alma del auditorio, y tornando Marcela á tomar la guitarra, á petición de don Márcos, que como estaba harto queria bureo, feneció la fiesta con este romance:

Fuése Bras de la Cabaña;
Sabe Dios si volverá;
Por ser firmísima Menga,
Y ser muy ingrato Bras.
Como no sabe ser firme,
Desmayóle el verse amar,
Que quien no sabe querer,
Tampoco sabe estimar.
No le ha dado Menga celos,
Que no se los pudo dar,
Porque si supiera darlos,
Supiera hacerse estimar.
Es Bras de condicion libre,
No se quiere sujetar,
Y así, viéndose querido,
Supo el modo de olvidar.
No solo á sus gustos sigue,
Mas sábelos publicar,
Que quiere á fuerza de penas
Hacerse estimar en mas.
Que no volverá es muy cierto,
Que es cosa la voluntad

Que cuando llega á trocarse
No vuelve á su ser jamás.
Por gustos ajenos muere,
Pero no se morirá,
Que sabe fingir pasiones
Hasta que llega á alcanzar.
Desdichada la serrana
Que en él se viene á emplear,
Pues aunque siempre alicion,
Solo penas cogerá.
De ser poco lo que pierde,
Certísima Menga está,
Pues por mal que se aventure,
No puede tener mas mal.
Es franco de disfavors,
De tibieza liberal,
Pródigo de demasías,
Escaso de voluntad.
Dice Menga que se alegra,
No sé si dice verdad,
Que padecer despreciada
Es dudosa enfermedad.

Al dar fin al romance se levantó el corredor de desdichas, y le dijo á don Márcos que era hora de que la señora doña Isidora reposase; y así, se despidieron los dos de ella y de Agustinico y de las otras damiselas, y dieron la vuelta á su casa, yendo por la calle tratando lo bien que le habia parecido doña Isidora y descubriendo enamorado don Márcos, mas del dinero que de la dama, el deseo que tenia de verse ya su marido; y así, le dijo que diera un dedo de la mano por verlo ya hecho, porque era sin duda que le estaba muy bien, aunque no pensaba tratarse despues de casado con tanta ostentacion y grandeza, pues que aquello era bueno para un príncipe, y no para un hidalgo particular como él era, pues con su ración y alguna cosa mas habia para el gasto; y que seis mil ducados que tenia y otros tantos que mas podia hacer de cosas excusadas que habia en casa de doña Isidora, pues bastaba para la casa de un escudero de un señor cuatro cucharas, un jarro, una salvilla y una buena cama, y á este modo cosas que no se pueden excusar; todo lo demás era cosa sin provecho, que mejor estaria en dineros, y puestos en renta, vivirían como un príncipe, y podían dejar á sus hijos, si Dios se los diese, con qué pasar muy honradamente, y cuando no los tuviesen, pues doña Isidora tenia aquel sobrino, para él seria todo, si fuese tan obediente que quisiese respetarle como á padre. Hacia estos discursos don Márcos tan en su punto, que el casamiento lo dió por concluido; y así, le respondió que él hablaria otro día á doña Isidora, y se efectuaría el negocio, porque en estos casos de matrimonio tantos tienen deshechos las dilaciones como la muerte. Con esto se despidieron, y él se volvió á contar á doña Isidora lo que con don Márcos habia pasado, codicioso de las albricias; y este á casa de su amo, donde hallándolo todo en silencio, por ser muy tarde, sacando un cabo de vela de la faltriquera, se llegó á una lámpara que estaba en la calle alumbrando una cruz, y puesta la vela en la punta de la espada, la encendió, y despues de haberle suplicado con una breve oracion que fuese la que se queria echar á cuestras para bien suyo, se entró en su posada y se acostó, aguardando impaciente el día, pareciéndole que se le habia de despintar tal ventura. Dejémosle dormir, y vamos al casamentero, que vuelto á casa de doña Isidora, le contó lo que pasaba y cuán bien le estaba. Ella, que lo sabia mejor que no él, como adelante se dirá, dió luego el sí, y cuatro escudos al tratante por principio, y le rogó que luego por la mañana volviese á don Márcos, y le dijese cómo ella tenia á gran suerte el ser suya, que no le dejase de la mano,

antes gustaria que se le trajese á comer con ella y su sobrino, para que se hiciesen las escrituras y se sacasen los recados. ¡Qué dos nuevas para don Márcos, convidado y novio! Y con ellas, por ser tan buenas, mandó el casamentero, y dió los buenos días á nuestro hidalgo don Márcos, al cual halló ya vistiéndose, que amores de blanca niña no le dejaban reposar. Recibió con los brazos á su buen amigo, que así llamaba al procurador de pesares, y con el alma la resolucion de su ventura, y acabándose de vestir de las mas costosas galas que su miseria le consentia, se fué con su norte de desdichas á casa de su dueño, su señora, donde fué recibido de aquella sirena con la agradable música de sus caricias, y de don Agustín, que se estaba vistiendo, con mil modos de cortesías y agradios; donde en buena conversacion y agradecimiento de su ventura y sumisiones del cauto mozo, en agradecimiento del lugar que de hijo le daba, pasaron hasta que fué hora de comer, que de la sala del estrado se entraron á otra cuadra mas adentro, donde estaba puesta la mesa y aparador, como pudiera en casa de un gran señor. No tuvo necesidad doña Isidora de gastar muchas arengas para obligar á don Márcos á sentarse á la mesa, porque antes él rogó á los demás que lo hiciesen, sacándolos de esta penalidad, que no es pequeña. Satisfizo el señor convidado su apetito en la bienazonada comida, y sus deseos en el compuesto aparador, tornando en su memoria á hacer otros tantos discursos como la noche pasada, y mas como veia á doña Isidora tan liberal y cumplida, como aquella que habia de ser suya, le parecia aquella grandeza vanidad excusada y dinero perdido. Acabóse la comida, y preguntaron á don Márcos si queria en lugar de dormir la siesta, por no haber en aquella casa cama para huéspedes, jugar al hombre. A lo cual respondió que servia á un señor tan virtuoso y cristiano, que si supiera que criado suyo jugaba, ni aun al quince, no estuviera una hora en su casa, y que como él sabia esto, habia tomado por regla el darle gusto; demás de ser su inclinacion buena y virtuosa, pues no tan solamente no sabia jugar al hombre, mas que no conocia ni una carta, y que verdaderamente hallaba por su cuenta que valia el no saber jugar muchos ducados por año. Pues el señor don Márcos, dijo doña Isidora, es tan virtuoso, que no sabe jugar (¡qué bien le digo yo á Agustínillo que es lo que está mejor al alma y á la hacienda!), ve, niño, y dile á Marcela que se dé prisa á comer, y traiga su guitarra, é Inesita sus castañuelas, y en eso entretendrémos la siesta hasta que venga el notario que el señor Gamarra, que así se llamaba el casamentero, tiene prevenido para hacer las capitulaciones; fué Agustínico á lo que su señora tia le mandaba, y mientras venia prosiguió don Márcos, y asiendo la plática desde arriba: Pues en verdad, dijo, que puede Agustín, si pretende darme gusto, no tratar de jugar ni salir de noche, y con eso serémos amigos; de hacerlo habria mil rencillas, porque soy muy amigo de recogerme temprano la noche que no hay que hacer; y que en entrando, no solo se cierre la puerta, mas se

clave, no porque soy celoso, que harto ignorante es el que lo es teniendo mujer honrada, mas porque las casas ricas nunca están seguras de ladrones; no quiero que me lleven con sus manos lavadas lo que á mí me costó tanto afán y fatiga el ganarlo; y así, yo le quitaré el vicio, y sobre esto seria el diablo. Vió doña Isidora tan colérico á don Márcos, que fué menester mucho de su despejo para desenojarle; y así, le dijo que no se disgustase, que el muchacho haria todo lo que fuese de su gusto, porque era el mozo mas dócil que en su vida habia tratado, que al tiempo daba por testigo. Esto le importa, replicó don Márcos, y atajó la plática don Agustín y las damiselas, que venian cada una con su instrumento, y la desenvuelta Marcela dió principio á la fiesta con estas décimas:

Lauro, si cuando te amaba,
Y tu rigor me ofendia,
Triste de noche y de dia,
Tu ingrato trató lloraba;
Si en ninguna parte hallaba
Remedio de mi dolor,
Pues cuando solo un favor
Era paz de mis enojos,
Siempre en tus ingratos ojos
Hallé crueldad por amor.
Si cuando pedí á los cielos
La muerte por no mirarte,
Y maltratarme y culparte
Eran todos mis desvelos;
Supe seguida de celos,
Mereciendo ser querida,
Quise quitarme la vida,
Dime, ¿cómo puede haber
Otro mayor mal que ser
Cruelmente aborrecida?

Yo lo tengo por mayor
Que no vivir olvidada,
Que siéndolo, no te enfada
Como otras veces mi amor;
Tengo el verte por favor,
Que tu descuido me ofrece
La paz que aquel que aborrece
Niega al que adorando está;
Luego el olvido será
Mayor daño que parece.
Y así, á pedirle favor
Con disfavor me convidas,
Porque al fin como me olvidas,
No te ofendas de mi amor;
Que alguna vez tu rigor
Vendrá á tomar por partido
Amar en lugar de olvido;
Y si has de aborrecer,
Mas quiero, Lauro, no ser,
Que aborrecida haber sido.

No sabré decir si lo que mas agradó á los oyentes fué la suave voz de Marcela ó los versos que cantó; finalmente, á todo dieron alabanza, pues aunque las décimas no eran las mas cultas ni mas acendradas, el donaire de Marcela les dió tanta sal, que supliera mayores faltas; y porque mandaba doña Isidora á Inés que bailase con Agustín, le previnó don Márcos que fenecido el baile volviese á cantar, pues lo hacia divinamente, lo cual Marcela hizo con mucho gusto, dándosele al señor don Márcos con este romance:

Ya de mis desdichas
El colmo veo,
Y en ajenos favores
Miro mis celos.

Ya no tengo que esperar
De tu amor, ingrato Ardenio,
Aunque tus muchas tibiezas
Mida con mi sufrimiento.

Que ya en mi fuego te hieles,
Ni que me encienda en tu hielo,
Que mueran mis esperanzas,
Ni que viva en mi tormento.
Como en mi confusa pena
No hay alivio ni remedio,
Ni le busco, ni le pido,
Desesperada padezco.

Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en ajenos favores
Miro mis celos.

¿Qué tengo ya que esperar,
Ni cómo obligar pretendo

A quien de solo matarme
Atrevido lleva intento?
A los hermanos imito,
Que por pena en el infierno
tienen trabajo sin fruto
Y servir fuera de tiempo.
Acaba, saca la espada,
Pasa mi constante pecho,
Acabaré de penar,
Si no es mi tormento eterno.

*Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en ajenos favores
Miro mis celos.*

Quiérote bien, ¡qué delito
Para castigo tan fiero!
Pero tú te desobligas
Cuando ya obligarte pienso.
¿Quién creyera que mis partes,
Que alguno estimó por cielos,
Son infiernos á tus ojos,
Pues de ellas andan huyendo?
Siempre decís que buscáis
Los hombres algun sugeto
Que sea en aquesta edad
De constancia claro ejemplo.
Y si acaso hallais alguno,
Le haceis tal tratamiento,
Que aventura por vengarse,
No una honra, sino ciento.
Míralo en tí y en mi amor,
No quieras mas claro espejo,
Y verás como hay mujeres
Con amor y sufrimiento.

*Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en ajenos favores
Miro mis celos.*

Hasta aquí pensé callar,
Tus sinrazones sufriendo,
Mas pues voluntad publicas,
¿Cómo callaré con celos?
Sepa el mundo que te quise,
Sepa el mundo que me has muerto,
Y sépalo esa tirana
De mi gusto y de mi dueño.
Poco es brasas, como Porcia,
Poco es, como Elisa, acero,
Mas es morir de sospechas,
Fuego que en el alma siento.

*Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en ajenos favores
Miro mis celos.*

Poco puedo, Ardenio ingrato,
Y hoy pienso que puedo menos,
Pues sufriendo no te obligo,
Ni te obligué padeciendo.
Yo gusto que tengas gustos,
Pero tenlos con respeto
De que me llamaste tuya,
O de veras, ó fingiendo.
Cuando en tus ojos me miro,
En ellos miro otro dueño,
Pues ¿qué has menester decirme
Lo que tengo yo por cierto?

*Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en ajenos favores
Miro mis celos.*

Ingrato, si ya tus glorias
No te caben en el pecho,
Guárdalas, que para mí
Son, mas que gloria, veneno.
Mas tú debes de gustar
De verme vivir muriendo,
Que el querer y aborrecer
En tí viene á ser extremo.
Y si de matarme gustas,
Acaba, márame presto;

Pero si celosa vivo,
¿Para qué otra muerte quiero?

*Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en ajenos favores
Miro mis celos.*

Como era don Márcos de los sanos de Castilla, y sencillo como un tafetan de la China, no se le hizo largo este romance, antes quisiera que durara mucho mas, porque la llaneza de su ingenio no era como los fileteados de la corte, que en pasando de seis estancias, se enfadan. Dió las gracias á Marcela, y le pidiera que pasara adelante, si á este punto no entrara el buen Gamarra con un hombre, que dijo ser notario, si bien mas parecia lacayo que otra cosa, y se hicieron las escrituras y conciertos, poniendo doña Isidora en la dote doce mil ducados y aquellas casas; y como don Márcos era hombre tan sin malicia, no se metió en mas averiguaciones, con lo que el buen hidalgo estaba tan contento, que posponiendo su autoridad, bailó con su querida esposa, que así llamaba á doña Isidora. Cenaron aquella noche con el mismo aplauso y ostentacion que habian comido, si bien todavia el tema de don Márcos era la moderacion del gasto; pareciéndole, como dueño de aquella casa y hacienda, que si de aquella suerte iba, no habia dote para cuatro dias, mas hubo de callar hasta mejor ocasion. Llegó la hora de recogerse, y por excusar trabajo de ir á su posada, quiso quedarse con su señora, mas ella con muy honesto recato dijo que no habia de poner hombre el pié en el casto lecho que fué de su difunto señor mientras no tuviese las bendiciones de la Iglesia, con lo que tuvo por bien don Márcos de irse á dormir á su casa, que no sé si diga que mas fué velar, supuesto que el cuidado de sacar las amonestaciones le tenia ya vestido á las cinco. En fin, se sacaron, y en tres dias de fiesta que la fortuna trajo de los cabellos, que á la cuenta seria el mes de agosto, que las trae de dos en dos, se amonestaron, dejando para el lunes, que en las desgracias no tuvo que envidiar al martes, el desposar y el velarse todo junto, á uso de grandes; lo cual se hizo con grande aparato y grandeza, así de galas como en lo demás, porque don Márcos, humillando su condicion y venciendo su miseria, sacó fiado, por no descabalar los seis mil ducados, un rico vestido y faldellin para su esposa, haciendo cuenta que con él y la mortaja cumplia, no porque se le vino al pensamiento la muerte de doña Isidora, sino por parecerle que poniéndosela solo de una Navidad á otra, habria vestido hasta el dia del juicio. Trajo asimismo de casa de su amo padrinos, que todos alababan su eleccion y engrandecian su ventura, pareciéndoles acertamiento haber hallado una mujer de tan buen parecer y tan rica, pues aunque doña Isidora era de mas edad que el novio, contra el parecer de Aristóteles y otros filósofos antiguos, lo disimulaba de suerte, que era milagro verla tan bien aderezada. Pasada la comida, y estando ya sobre tarde alegrando con bailes la fiesta, en los cuales Inés y don Agustín mantenian la tela, mandó doña Isidora á Marcela que la engrande-

ciese con su divina voz, á la cual, no haciéndose de rogar, con tanto desenfado como donaire cantó así:

*Si se rie el alba,
De mí se rie,
Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.*

Quando el alba miro,
Con alegre risa
Mis penas me avisa,
Mis males suspiro;
Pero no me admiro
De verla reir,
Ni de presumir
Que de mí se rie;
*Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.*

Riese de verme
Con cien mil pesares,
Los ojos dos mares,
Viendo aborrecerme;
Quando ingrato duermo
Mi querido dueño,
Mi dolor el sueño
Triste despidió;
*Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.*

Rie el ver que digo
Que no tengo amor,
Quando su rigor
De secreto sigo,
Por haber sido obligado
A tratarme bien,
Al mismo desden
Que en matarme vive;
*Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.*

Rie que me alejo
De aquello que sigo;
Llamado enemigo
Por lo que me quejo,
Que pido consejo,
Amando sin él;
Despido cruel
Lo que no me sigue;
*Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.*

Rie el ver mis ojos
Publicar tibieza,
Quando mi firmeza
Les da mil enojos,
Ofrecer despojos
Y encubrir pasion,
Mirar á traicion
Unos ojos libres;
*Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.*

Rie el que procura
Encubrir mis celos,
Que estoy sin desvelos
Quando miento y juro,
El descuido apuro,
Lo que me da pena,
Porque amor ordena
Mi muerte triste;
*Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.*

Llegóse en estos entretenimientos la noche, principio de la posesion de don Márcos, y mas de sus desdichas, pues antes de tomarla empezó la fortuna á darle con ellas en los ojos, y así fué la primera darle á don Agustin un accidente; no me atrevo á decir si le causó el ver casada á su señora tia; solo digo que puso la casa en alboroto, porque doña Isidora empezó á desconsolarse, acudiendo mas tierna que fuera razon á desnudarle, para que se acostase, haciéndole tantas caricias y regalos, que casi dió celos al desposado, el cual viendola ya al enfermo algo sosegado, mientras su esposa se acostaba, acudió á prevenir con cuidado que se cerrasen las puertas y echasen las aldabas á las ventanas; cuidado que puso en las desenvueltas criadas de su querida mujer la mayor confusion y aborrecimiento que se puede pensar, pareciéndoles achaque de celoso; y no lo era cierto, sino de avaro; porque como el buen señor habia traído su ropa, y con ella sus seis mil ducados, que aun apenas habian visto la luz del cielo, queria acostarse seguro de que lo estaba su tesoro. En fin, él se acostó con su esposa; las criadas, en lugar de acostarse, se pusieron á murmurar y llorar, exagerando la prevenida y cuidadosa condicion de su dueño. Empezó Marcela á decir: ¿Qué te parece, Inés, á lo que nos ha traído la fortuna, pues de acostarnos á las tres y á las cuatro, oyendo músicas y requiebros, ya en la puerta de la calle, ya en las ventanas, rodando el dinero en nuestra casa, como en otras la arena, hemos venido á ver á las once cerradas las puertas y clavadas las ventanas, sin que haya atrevimiento en nosotras para

abrir las? Mal año abrir las, dijo Inés; Dios es mi señor, que tiene traza nuestro amo de echarle siete candados como á la cueva de Toledo; ya, hermaná, esas fiestas que dices se acabaron, no hay sino echarnos dos hábitos, pues mi ama ha querido esto; que poca necesidad tenia de haberse casado, pues no le faltaba nada, y no ponernos á todas en esta vida, que no sé cómo no la ha enternecido ver al señor don Agustin cómo ha estado esta noche, que para mí esta higa si no es la pena de verla casada el accidente que tiene; y no me espanto, que está enseñado á holgarse y regalarse, y viéndose ahora enjaulado como jilguerillo, claro está que lo ha de sentir como yo lo siento; que malos años para mí, que me pudieran ahogar con una hebra de seda cendali. Aun tú, Inés, replicó Marcela, que sales fuera por todo lo que es menester, no tienes que llorar; mas triste de quien por llevar adelante este mal afortunado nombre de doncella, ya que en lo demás haya tanto engaño, ha de estar padeciendo todos los infortunios de un celoso, que las hormiguillas le parecen gigantes; mas yo lo remediaré, supuesto que por mis habilidades no me ha de faltar la comida. Mala pascua para el señor don Márcos si yo tal sufriere. Yo, Marcela, dijo Inés, será fuerza que sufra, porque si te he de confesar verdad, don Agustin es la cosa que mas quiero; si bien hasta ahora mi ama no me ha dado lugar de decirle nada, aunque conozco de él que no me mira mal, mas de aquí adelante será otra cosa, que habrá de dar mas tiempo, acudiendo á su marido. En estas pláticas estaban las criadas, y era el caso que el señor don Agustin era galán de doña Isidora, y por comer, vestir y gastar á título de sobrino, no solo llevaba la carga de la vieja, mas otras muchas, como eran las conversaciones de damas y galanes, juegos y bailes y otras cosillas de este jaez, y así pensaba sufrir la del marido, aunque la mala costumbre de dormir acompañado le tenia aquella noche con alguna pasion; pues como Inés le queria, dijo que queria ir á ver si habia menester algo mientras se desnudaba Marcela, y fué tan buena su suerte, que como don Agustin era muchacho, tenia miedo, y así la dijo: Por tu vida, Inés, que te acuestes aquí conmigo, porque estoy con el mayor asombro del mundo, y si estoy solo, en toda la noche podré sosegar de temor. Era piadosísima Inés, y túvole tanta lástima, que al punto le obedeció, dándole las gracias de mandarle cosas de su gusto. Llegóse la mañana, mártir al fin, y temiendo Inés que su señora se levantara y la cogiese con el hurto en las manos, se levantó mas temprano que otras veces, y fué á contar á su amiga sus venturas; y como no hallase á Marcela en su aposento, fué á buscarla por toda la casa, y llegando á una puertecilla falsa que estaba en un corral, algo á trasmano, la halló abierta, y era que Marcela tenia cierto requiebro, para cuya correspondencia tenia llave de la puertecilla, por donde se habia ido con él, quitándose de ruidos; y apostó, por dar á don Márcos tártago, la habia dejado abierta; y visto esto, fué dando voces á su señora, á las cuales despertó el miserable novio, y casi muerto de congoja

saltó de la cama, diciendo á doña Isidora que hiciese lo mismo, y mirase si le faltaba alguna cosa, abriendo á un mismo tiempo la ventana; y pensando hallar en la cama á su mujer, no halló sino una fantasma ó imagen de la muerte, porque la buena señora mostró las arrugas de la cara por entero, las cuales encubria con el afeite, que tal vez suele ser encubridor de años, que á la cuenta estaban mas cerca de cincuenta y cinco que de treinta y seis, como habia puesto en la carta de dote, porque los cabellos eran pocos y blancos por la nieve de muchos inviernos pasados. Esta falta no era mucha, merced á los moños y á su autor, aunque en esta ocasion se la hizo á la pobre dama, respecto de haberse caido sobre las almohadas con el descuido del sueño, bien contra la voluntad de su dueño; los dientes estaban esparcidos por la cama, porque, como dijo el príncipe de los poetas, daba perlas de barato, á cuya causa tenia don Márcos uno ó dos entre los bigotes, demás de que parecían tejado con escarcha, de lo que habian participado de la amistad que con el rostro de su mujer habian hecho. Cómo se quedaria el pobre hidalgo, se deja á la consideracion del pio lector, por no alargar pláticas en cosa que pueda la imaginacion suplir cualquiera falta; solo digo que doña Isidora, que no estaba menos turbada de que sus gracias se manifestasen tan á letra vista, asió con una presurosa congoja su moño, mal enseñado á dejarse ver tan de mañana, y atestósele en la cabeza, quedando peor que sin él, porque con la prisa no pudo ver cómo le ponía, y así se le acomodó cerca de las orejas. ¡Oh maldita Marcela! causa de tantas desdichas, no te lo perdone Dios, amen. En fin, mas alentada, aunque con menos razon, quiso tomar un faldellín para salir á buscar su fugitiva criada, mas ni él ni el vestido rico con que se habia casado, ni los chapines con viras, ni otras joyas que estaban en una sala, porque esto y el vestido de don Márcos, con una cadena que valia doscientos escudos, que habia traído puesta el día antes, la cual habia sacado de su tesoro para solemnizar su fiesta, no pareció, porque la astuta Marcela no quiso ir desapercibida. Lo que haria don Márcos en esta ocasion, ¿qué lengua bastará á decirlo, ni qué pluma á escribirlo? Quien supiere que á costa de su cuerpo lo habia ganado, podrá ver cuán al de su alma lo sentiría, y mas no hallando consuelo en la belleza de su mujer, porque bastaba á desconsolar al mismo infierno. Si ponía los ojos en ella, veía una estantigua; si los apartaba, no veía sus vestidos y cadena, y con este pesar se paseaba muy aprisa así en camisa por la sala dando palmadas y suspiros. Mientras él andaba así, doña Isidora se fué al Jordan de su retrete y arquilla de baratijas; se levantó Agustín, á quien Inés habia ido á contar lo que pasaba, riéndose los dos de la vision de doña Isidora y la bellaquería de Marcela, y á medio vestir salió á consolar á su tío, diciéndole los consuelos que supo fingir y encadenar, mas á lo socarrón que á lo necio. Animóle con que se buscaria la agresora del hurto, y obligóle á paciencia el decirle que eran bienes de fortuna, con lo que cobró fuerzas para

volver en sí, vestirse; y mas como vió venir á doña Isidora tan otra de lo que habia visto, que casi creyó que se habia engañado y que no era la misma. Salieron juntos don Márcos y don Agustín á buscar por dicho de Inés las guaridas de Marcela; y en verdad que si no fueran, los tuviera por mas discretos, á lo menos á don Márcos; que don Agustín para mí pienso que lo hacia de bellaco mas que de bobo, que bien se deja entender que no se habia puesto en parte donde fuese hallada. Mas viendo que no habia remedio, se volvieron á casa, conformándose con la voluntad de Dios, á lo santo, y con la de Marcela, á lo de no poder mas, y mal de su grado hubo de cumplir nuestro miserable con las obligaciones de la tornaboda, aunque el mas triste del mundo, porque tenia atravesada en el alma su cadena. Mas como no estaba contenta la fortuna, quiso seguir en la prosecucion de su miseria. Y fué de esta suerte, que sentándose á comer, entraron dos criados del señor almirante, diciendo que su señor besaba las manos de la señora Isidora, y que se sirviese enviar la plata, que para prestada bastaba un mes, que si no lo hacia, la cobraria de otro modo. Recibióla señora el recado, y la respuesta no pudo ser otra que entregarle todo cuanto habia, platos, fuentes y lo demás que lucia en casa, y que habia colmado las esperanzas de don Márcos, el cual se quiso hacer fuerte, diciendo que era hacienda suya, y que no se habia de llevar, y otras cosas que le parecia á propósito, tanto, que fué menester que un criado fuese á llamar al mayordomo, y el otro se quedase en resguardo de la plata. Al fin la plata se llevó, y don Márcos se quebró la cabeza en vano, el cual ciego de pasion y de cólera empezó á decir y hacer cosas como hombre fuera de sí; quejábase de tal engaño, y prometia la habia de poner pleito de divorcio; á lo cual doña Isidora con mucha humildad le dijo, por amansarle, que advirtiese que antes merecia gracias que ofensas, que por granjear un marido como él cualquiera cosa, aunque tocase en engaño, era cordura y discrecion, y que pues el pensar deshacerlo era imposible, lo mejor era tener paciencia. Húbolo de hacer el buen don Márcos, aunque desde aquel día no tuvieron paz ni comían bocado con gusto. A todo esto don Agustín comia y callaba, metiendo las veces que se hallaba presente paz, y pasando muy buenas noches con Inés, con la cual reía las gracias de doña Isidora y desventuras de don Márcos. Con estas desdichas, si la fortuna le dejara en paz, con lo que le habia quedado se diera por contento, y lo pasara honradamente. Mas como se supo en Madrid el casamiento de doña Isidora, un alquilador de ropa, dueño del estrado y colgadura, vino por tres meses que le debía de su ganancia, y asimismo á llevarlo; porque mujer que habia casado tan bien, coigio que no lo habria menester, pues lo podia comprar y tenerlo por suyo. A este trago acabó don Márcos de rematarse; llegó á las manos con su señora, andando el moño y los dientes de por medio, no con poco dolor de su dueño, pues le llegaba el verse sin él tan á lo vivo. Esto y la injuria de verse maltratar tan recien

casada la dió ocasion de llorar y hacer cargos á don Márcos por tratar así á una mujer como ella, y por bienes de fortuna, que ella los da y los quita; pues aun en casos de honra era demasiado castigo. A esto respondió don Márcos que su honra era su dinero; mas con todo esto no sirvió de nada para que el dueño del estrado y colgadura no lo llevase, y con ello lo que le debía un real sobre otro, que se pagó del dinero de don Márcos, porque la señora, como ya habia cesado su trato, no sabia de qué color era. A las voces y gritos bajó el señor de la casa, la cual nuestro hidalgo pensaba ser suya, porque la mujer le habia dicho que era huésped, y que le tenia alquilado aquel cuarto por un año. Le dijo pues que si cada dia habia de haber aquellas voces, que buscasen casa y fuesen con Dios, que era amigo de quietud. ¿Cómo ir? respondió don Márcos, él es el que se ha de ir, que esta casa es mia. ¿Cómo vuestra? dijo el dueño; loco atreguado, idos con Dios, que yo os juro que si no mirara que lo sois, la ventana fuera vuestra puerta. Enojóse don Márcos, y con la cólera se atreviera si no se metieran de por medio doña Isidora y don Agustín, desengañando al pobre don Márcos, y apaciguando al señor de la casa con prometerle desembarazarla á otro dia. ¿Qué podía don Márcos hacer aquí? O callar ó ahorcarse; porque lo demás, ni él tenia ánimo para otra cosa, y con tantos pesares estaba como atónito y fuera de sí. Y de esta suerte tomó su capa, y se salió de casa, y don Agustín por mandado de su tia con él, para que le reportase. En fin, los dos buscaron un par de aposentos cerca de Palacio, por estar cerca de la casa de su amo; y dando señal, quedó la mudanza para otro dia, y así le dijo á don Agustín que se fuese á comer, porque él no estaba por entonces para volver á ver aquella engañadora de su tia. Hizolo así el mozo, dando la vuelta á su casa, y contando lo sucedido á doña Isidora, entre ambos trataron el modo de mudarse. Vino el miserable á acostarse rostrituerto y muerto de hambre; pasó la noche, y á la mañana le dijo doña Isidora que se fuese á la casa nueva para que recibiese la ropa, mientras Inés traía un carro en que llevarla. Hizolo así, y apenas el buen necio salió, cuando la traidora doña Isidora y su sobrino y criada tomaron cuanto habia, y lo metieron en un carro, y ellos con ello se partieron de Madrid la vuelta de Barcelona, dejando en casa las cosas que no podían llevar, como platos, ollas y otros trastos. Estuvo don Márcos hasta cerca de las doce esperando, y viendo la tardanza, dió la vuelta á su casa, y como no los halló, preguntó á una vecina si eran idos. Ella respondió que rato habia. Con lo que pensando ya estarían allá, tornó á toda prisa porque no aguardasen; llegó sudado y fatigado, y como no los halló, se quedó medio muerto, temiendo lo mismo que era, y sin parar tornó donde venia, y dando un puntapié á la puerta que habia dejado cerrada, y como la abrió y entró dentro, y viese que no habia mas de lo que nada valia, acabó de tener por cierta su desdicha, y empezó á voces y carreras por las salas, dándose de camino algunas calabazadas por las paredes, diciendo: Desdichado de

mi, mi mal es cierto, en mal punto hice este desdichado casamiento, que tan caro me cuesta. ¿Adónde estás, engañosa sirena y robadora de mi bien y de todo cuanto yo, á costa de mí mismo, tengo granjeado para pasar la vida con algun descanso? Estas y otras cosas decia, á cuyos extremos entró alguna gente de la casa; y uno de los criados, sabiendo el caso, le dijo que tuviese por cierto el haberse ido, porque el carro en que iba la ropa y su mujer, sobrino y criada era de camino, y no de mudanza, y que él preguntó que dónde se mudaba, y que le habian respondido que fuera de Madrid. Acabó de rematarse don Márcos con esto; mas como las esperanzas animan en mitad de las desdichas, salió con propósito de ir á los mesones á saber para qué parte habia ido el carro donde iba su corazón entre seis mil ducados que llevaban en él, lo cual hizo; mas su dueño no era cosario, sino labrador de aquí de Madrid, que en eso eran los que le habian alquilado mas astutos que era menester, y así no pudo hallar noticia de nada, pues querer seguirlo era negocio cansado, no sabiendo el camino que llevaban, ni hallándose con un cuarto, si no lo buscaba prestado, y mas hallándose cargado con la deuda del vestido y joyas de su mujer, que ni sabia cómo ni de dónde pagarlo. Dió la vuelta, marchito y con mil pensamientos, á casa de su amo; y viniendo por la calle Mayor, encontró sin pensar con la cauta Marcela, y tan cara á cara, que aunque ella quiso encubrirse, fué imposible, porque habiéndola conocido don Márcos, asíó de ella, descomponiendo su autoridad, diciendo: Ahora, ladrona, me daréis lo que me robásteis la noche que os salistes de mi casa. ¡Ay, señor mio! dijo Marcela llorando, bien sabia yo que habia de caer sobre mí la desdicha desde el punto que mi señora me obligó á esto. Oigame, por Dios, antes que me deshonne, que estoy en buena opinion y concertada de casar, y seria grande mal que tal se dijese de mí, y mas estando, como estoy, inocente; entremos aquí en este portal, y óigame de espacio, y sabrá quién tiene su cadena y vestidos, que ya habia yo sabido cómo usted sospechaba su falta sobre mí, y lo mismo le previne á mi señora aquella noche; pero son dueños, y yo criada. ¡Ay de los que sirven, y con qué pension ganán un pedazo de pan! Era don Márcos, como he dicho, poco malicioso; y así, dando crédito á sus lágrimas, se entró con ella en el portal de una casa grande, donde le contó quién era doña Isidora, su trato y costumbres y el intento con que se habia casado con él, que era engañándole, como ya don Márcos lo experimentaba bien á su costa; díjole asimismo cómo don Agustín no era sobrino suyo, sino su galán, y que era un bellaco vagamundo, que por comer y holgar estaba como le veia amancebado con una mujer de tal trato y edad, y que ella habia escondido su vestido y cadena para dárselo junto con el suyo y las demás joyas; que le habia mandado que se fuese, y pusiese en parte donde él no la viese, dando fuerza á su enredo con pensar que ella se lo habia llevado. Parecióle á Marcela ser don Márcos hombre poco pendenioso, y así se atrevió á decir tales cosas, sin temor de

lo que podría suceder, ó ya lo hizo por salir de entre sus manos, y no miró en mas, ó por ser criada, que era lo mas cierto. En fin, concluyó su plática la traidora con decirle que viviese con cuenta, porque le habían de llevar, cuando menos se pensase, su hacienda. Yo le he dicho á usted lo que me toca y mi conciencia me dicta; ahora, repetía Marcela, haga usted lo que fuere servido, que aquí estoy para cumplir todo lo que fuere su gusto. A buen tiempo, replicó don Márcos, cuando no hay remedio, porque la traidora y el ingrato mal nacido se han ido, llevándome cuanto tenía; y luego juntamente él contó todo lo que habia pasado con ellos desde el dia que se habia ido de su casa. ¡Es posible! dijo Marcela. ¡Ay tal maldad! ¡Ay señor de mi alma! y cómo no en balde le tenía yo lástima, mas no me atrevía á hablar, porque la noche que mi señora me envió de su casa quise avisar á usted viendo lo que pasaba, mas temí; que aun entonces, porque le dije que no escondiese la cadena, me trató de palabra y obra cual Dios sabe. Ya, Marcela, decía don Márcos, he visto lo que dices, y es lo peor que no lo puedo remediar, ni saber dónde ó cómo puedo hallar rastro de ellos. No le dé eso pena, señor mío, dijo la fingida Marcela, que yo conozco un hombre, y aun pienso, si Dios quiere, que ha de ser mi marido, que le diré á usted dónde los hallará como si los viera con los ojos, porque sabe conjurar demonios y hacer otras admirables cosas. ¡Ay, Marcela, y cómo te lo serviría yo y agradecería si hicieses eso por mí! Duélete de mis desdichas, pues puedes. Es muy propio de los malos, en viendo á uno de caida, ayudarle á que se despeñe mas presto, y de los buenos creer luego; así creyó don Márcos á Marcela; y ella se determinó á engañarle y estafarle lo que pudiese, y con este pensamiento le respondió que fuese luego, que no era muy léjos la casa. Yendo juntos, encontró don Márcos otro criado de su casa, á quien pidió cuatro reales de á ocho para dar al astrólogo, no por señal, sino de paga; y con esto llegaron á casa de la misma Marcela, donde estaba con un hombre que dijo ser el sabio, y á la cuenta era su amante. Habló con él don Márcos, y concertáronse en ciento y cincuenta reales, y que volviese de allí á ocho dias, que él haría que un demonio le dijese dónde estaban, y los hallaría; mas que advirtiese que si no tenía ánimo, que no habria nada hecho, que mejor era no ponerse en tal, ó que viese en qué forma lo quería ver, si no se atrevía que fuese en la misma suya. Parecióle á don Márcos, con el deseo de saber de su hacienda, que era ver un demonio ver un plato de manjar blanco. Y así, respondió que en la misma que tenía en el infierno, en esa se le enseñase, que aunque le veía llorar la pérdida de su hacienda como mujer, que en otras cosas era muy hombre. Con esto y darle los cuatro reales de á ocho se despidió de él y Marcela, y se recogió en casa de un amigo, si los miserables tienen alguno, á llorar su miseria. Dejémosle aquí, y vamos al encantador, que así le nombraremos, que para cumplir lo prometido y hacer una solemne burla á miserable, que ya por la relacion de Marcela

conocía el sugeto, hizo lo que diré. Tomó un gato y encerrólo en un aposentillo, al modo de despensa, correspondiente á una sala pequeña, la cual no tenía mas ventana que una, del tamaño de un pliego de papel, alta cuanto un estado de hombre, en la cual puso una red de cordel que fuese fuerte; y entrábase donde tenía el gato, y castigábalo con un azote, teniendo cerrada una gatera que hizo en la puerta, y cuando le tenía bravo, destapaba la gatera, y salía el gato corriendo, y saltaba la ventana, donde cogido en la red, le volvía á su lugar. Hizo esto tantas veces, que ya sin castigarle, en abriéndole, iba derecho á la ventana. Hecho esto, avisó al miserable que aquella noche en dando las once le enseñaría lo que deseaba. Había, venciendo su inclinacion, buscado nuestro engañado lo que faltaba para los ciento y cincuenta reales prestados, y con ellos vino á casa del encantador, al cual puso en las manos el dinero, para animarle á que fuese el conjuro mas fuerte; el cual despues de haberle apercebido el ánimo y valor, se sentó de industria en una silla debajo de la ventana, la cual tenía ya quitada la red. Era, como se ha dicho, despues de las once, y en la sala no habia mas luz que la que podía dar una lamparilla que estaba á un lado, y dentro de la despensilla, todo lleno de cohetes, y con el mozo avisado de darle á su tiempo fuego y soltarle á cierta seña que entre los dos estaba puesta. Marcela se salió fuera porque ella no tenía ánimo para ver visiones. Y luego el astuto mágico se vistió una ropa de bocacá negro y una montera de lo mismo, y tomando un libro de unas letras góticas en la mano, algo viejo el pergamino, para dar mas crédito á su burla, hizo un cerco en el suelo, y se metió dentro con una varilla en las manos, y empezó á leer entre dientes, murmurando en tono melancólico y grave, y de cuando en cuando pronunciaba algunos nombres extravagantes y exquisitos, que jamás habian llegado á los oidos de don Márcos, el cual tenía abiertos, como dicen, los ojos de un palmo, mirando á todas partes si sentia ruido para ver el demonio que le habia de decir todo lo que deseaba. El encantador heria luego con la vara en el suelo, y en un brasero que estaba junto á él con lumbr e echaba sal, azufre y pimienta, y alzando la voz decía: Sal aquí, demonio Calquimorro, pues eres tú el que tienes cuidado de seguir á los caminantes, y les sabes sus designios y guaridas, y di aquí en presencia del señor don Márcos y mía qué camino lleva esta gente y dónde y qué modo se tendrá de hallarlos; sal presto, ó guárdate de mi castigo; estás rebelde, y no quieres obedecerme, pues aguarda, que yo te apretaré hasta que lo lagas, y diciendo esto, volvía á leer en el libro; á cabo de rato tornaba á herir con el palo en el suelo, refrescando el conjuro dicho y zahumerio, de suerte que ya el pobre don Márcos estaba ahogándose. Y viendo ya ser hora de que saliese, dijo: Oh tú que tienes las llaves de las puertas infernales, manda al Cerbero que deje salir al Calquimorro, demonio de los caminos, para que nos diga dónde están estos caminantes, ó si no, te fatigaré cruelmente. A este tiempo ya el mozo que es-

taba por guardian del gato habia dado fuego á los cohetes y abierto el agujero, que como vió arder, salió dando aullidos y truenos, brinco y saltos, y como estaba enseñado á saltar en la ventana, quiso escaparse por ella, y sin tener respeto á don Márcos, que estaba sentado en la silla, pasó por encima de su cabeza, abrasándole de camino las barbas y cabellos y parte de la cara, y dió consigo en la calle, con cuyo suceso, pareciéndole que no habia visto un diablo, sino todos los del infierno, dando muy grandes gritos, se dejó caer desmayado en el suelo sin tener lugar de oir una voz que se dió en aquel punto, que dijo: En Granada los hallarás. A los gritos de don Márcos y aullidos del gato, viéndole dar bramidos y saltos por la calle, respecto de estarse abrasando, acudió gente, y entre ellos la justicia; y llamando, entraron, y hallaron á Marcela y su amante procurando á fuerza de agua volver en sí al desmayado, lo cual fué imposible hasta la mañana. Informóse del caso el alguacil, y no satisfaciéndose, aunque le dijeron el enredo, echaron sobre la cama del encantador á don Márcos, que parecia muerto, y dejando con él y Marcela dos guardas, llevaron á la cárcel al embustero y su criado, que hallaron en la despensilla, dejándolos con un par de grillos á cada uno á título de hombre muerto en su casa. Dieron á la mañana noticia á los señores alcaldes de este caso, los cuales mandaron salir á visita los dos presos, y que fuesen á ver si el hombre habia vuelto en sí, ó si habia muerto. Á este tiempo don Márcos habia vuelto en sí, y sabia de Marcela el estado de sus cosas, y se confirmaba el hombre mas cobarde del mundo. Llévoles el alguacil á la sala, y preguntado por los señores de este caso, dijo la verdad, conforme lo que sabia, trayendo al juicio el suceso de su casamiento, y cómo aquella moza le habia traído á aquella casa, donde le dijo que sabia los que llevaban su hacienda dónde los hallaria, y que él no sabia mas, sino que despues de largos conjuros que aquel hombre habia hecho leyendo en un libro que tenia, habia salido por un agujero un demonio tan feo y tan horrible, que no habia bastado su ánimo á escuchar lo que decia entre dientes y los grandes aullidos que iba dando; y que no solo esto, mas que habia embestido con él y puéstole como veian; mas que él no sabia qué se hizo, porque se le cubrió el corazon, sin volver en sí hasta la mañana. Admirados estaban los alcaldes, hasta que el encantador los desencantó contándoles el caso como se ha dicho, confirmando lo mismo el mozo y Marcela y gato que trajeron de la calle, donde esta-

ba abrasado y muerto; y trayendc tambien dos ó tres libros que en su casa tenia, dijeron á don Márcos conociese cuál de ellos era el de los conjuros. El tomó el mismo, y le dió á los señores alcaldes, y abierto vieron que era el de *Amadis de Gaula*, que por lo viejo y letras antiguas habia pasado por libro de encantos; con lo que enterados del caso, fué tanta la risa de todos, que en gran espacio no se sosegó la sala, estando don Márcos tan corrido, que quiso matar al encantador, y luego hacer lo mismo de sí, y mas cuando los alcaldes le dijeron que no se creyese de ligero ni se dejase engañar á cada paso. Y así, los enviaron á todos con Dios, sabiendo tal el miserable, que no parecia el que antes era, sino un loco. Fuése á casa de su amo, donde halló un cartero que le buscaba con una carta, que abierta, vió que decia de esta manera:

«A don Márcos Miseria, salud. Hombre que por «ahorrar no come, hurtando á su cuerpo el sustento «necesario, y por solo interés se casa, sin mas informacion que si hay hacienda, bien merece el castigo «que usted tiene y el que le espera andando el tiempo. «Vuesa merced, señor, no comiendo sino como hasta «aquí, ni tratando con mas ventaja que siempre hizo á «sus criados, y como ya sabe, la media libra de vaca, «un cuarto de pan y otros dos de racion al que sirve y «limpia la estrecha vasija en que hace sus necesidades, «vuelva á juntar otros seis mil ducados, y luego me «avise, que vendré de mil amores á hacer con usted «vida maridable; que bien lo merece marido tan aprovechado.

»DOÑA ISIDORA VENGANZA.»

Fué tanta la pasion que don Márcos recibió, que le dió una calentura, que en pocos dias le acabó los suyos miserablemente. A doña Isidora, estando en Barcelona aguardando galeras en qué embarcarse para Nápoles, una noche don Agustin y su Inés la dejaron durmiendo, y con los seis mil ducados de don Márcos y todo lo demás que tenia se embarcaron, y llegados que fueron á Nápoles, él asentó plaza de soldado, y la hermosa Inés puesta en paños mayores se hizo dama cortesana, sustentando con este oficio en galas y regalos á su don Agustin. Doña Isidora se volvió á Madrid, donde, renunciando el moño y las galas, anda pidiendo limosna, la cual me contó mas por entero esta maravilla, y me determiné á escribirla, para que vean los miserables el fin que tuvo este, y viéndolo, no hagan lo mismo, escarmentando en cabeza ajena.

LA FUERZA DEL AMOR,

POR DOÑA MARIA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR.

En Nápoles, insigne y famosa ciudad de Italia por su riqueza, hermosura y agradable sitio, nobles ciudadanos y gallardos edificios, coronados de jardines y adornados de cristalinas fuentes, hermosas damas y gallardos caballeros, nació Laura, peregrino y nuevo milagro de naturaleza, tanto, que entre las mas gallardas y hermosas fué tenida por celestial extremo; pues habiendo escogido los curiosos ojos de la ciudad entre todas ellas once, y de estas once tres, fué Laura de las once una, y de las tres una. Fué tercera en el nacer, pues gozó del mundo despues de haber nacido en él dos hermanos tan nobles y virtuosos como ella hermosa. Murió su madre del parto de Laura, quedando su padre por gobierno y amparo de los tres gallardos hijos, que si bien sin madre, la discrecion del padre suplió medianamente esta falta. Era don Antonio, que este es el nombre de su padre, del linaje y apellido de Carrafa, deudo de los duques de Nochera, y señor de Piedrablanca. Criáronse don Alejandro, don Carlos y Laura con la grandeza y cuidado que su estado pedía, poniendo su noble padre en esto el cuidado que requeria su estado y riqueza, enseñando á los hijos en las buenas costumbres y ejercicios que dos caballeros y una tan hermosa dama merecian, viviendo la bella Laura con el recato y honestidad que á mujer tan rica y principal era justo, siendo los ojos de su padre y hermanos alabanza de la ciudad. Quien mas se señalaba en querer á Laura era don Carlos, el menor de los hermanos, que la amaba tan tierno, que se olvidaba de sí por quererla; y no era mucho, que las gracias de Laura obligaban, no solo á los que tan cercano deudo tenian con ella, mas á los que mas apartados estaban de su vista. No hacia falta su madre para su recogimiento, demás de ser su padre y hermanos vigilantes guardas de su hermosura; y quien mas cuidadosamente velaba á esta señora eran sus honestos pensamientos, si bien cuando llegó á la edad de discrecion no pudo negar su compañía á las principales señoras, sus deudas, para que Laura pagase á la desdicha lo que debe la hermosura. Es costumbre en Nápoles ir las doncellas á los saraos y festines que en los palacios del virey y casas particulares se hacen, aunque en algunas tierras de Italia no lo aprueban por acertado, pues en las mas de ellas se les niega ir á misa, sin que basten á derogar esta ley que

ha puesto en ellas la costumbre las penas que los ministros eclesiásticos y seglares les imponen. Salíó, en fin, Laura á ver y ser vista, tan acompañada de hermosura como de honestidad, aunque á acordarse de Diana no se fiara de su recato. Fueron sus bellos ojos basiliscos de las almas, su gallardía monstruo de las vidas, y su riqueza y nobles prendas cebo de los deseos de mil gallardos y nobles mancebos de la ciudad, pretendiendo por medio de casamiento gozar de tanta hermosura.

Entre los que pretendian servir á Laura se aventajó don Diego de Piñatelo, de la noble casa de los duques de Monteleon, caballero rico y galan. Vió, en fin, á Laura, y rindióle el alma con tal fuerza, que casi no la acompañaba sino solo por no desamparar la vida; tal es la hermosura mirada en ocasion; túvola don Diego en un festin que se hacia en casa de un príncipe de los de aquella ciudad, no solo para verla, sino para amarla, y despues de amarla darla á entender su amor tan grande en aquel punto como si hubiera mil años que la amaba. Usase en Nápoles llevar á los festines un maestro de ceremonias, el cual saca á danzar á las damas, y las da al caballero que le parece. Valióse don Diego en esta ocasion del que en el festin asistia; ¿quién duda que seria á costa de dinero? pues apenas calentó con él las manos al maestro, cuando vió en las suyas las de la bella Laura el tiempo que duró el danzar una gallarda; mas no le sirvió de mas que de arderse con aquella nieve, pues apenas se atrevió á decir: Señora, yo os adoro, cuando la hermosa dama, fingiendo jasto impedimento, le dejó y se volvió á su asiento, dando que sospechar á los que miraban, y que sentir á don Diego, el cual quedó tan triste como desesperado, pues en lo que quedaba del dia no mereció que Laura le favoreciese siquiera con los ojos. Llegó la noche, que don Diego pasó revolviendo mil pensamientos, ya animando con la esperanza, ya desesperando con el temor, mientras la hermosa Laura, tan ajena de sí cuanto propia de su cuidado, llevando en la vista la gallarda gentileza de don Diego, y en la memoria el yo os adoro que le habia oído, ya se determinaba á querer, y ya pidiéndose estrecha cuenta de su libertad y perdida opinion, como si en solo amar se hiciese yerro, arrepentida se reprendia á sí misma, pareciéndole que ponía en condicion, si amaba, la obligacion

de su estado, y si aborrecia, se obligaba al mismo peligro. Con estos pensamientos y cuidados empezó á negarse á sí misma el gusto, y á la gente de su casa la conversacion, deseando ocasiones para ver la causa de su descuido; y dejando pasar los días, al parecer de don Diego, con tanto descuido, que no se ocupaba en otra cosa sino en dar quejas contra el desden de la enamorada señora, la cual no le daba, aunque lo estaba, mas favores que los de su vista, y esto tan al descuido y con tanto desden, que no tenia lugar ni aun para poderle decir su pena, porque aunque la suya la pudiera obligar á dejarse pretender, el cuidado con que la encubria era tan grande, que á sus mas queridas criadas guardaba el secreto de su amor. Sucedió que una noche, de las muchas que á don Diego le amanecia á las puertas de Laura, viendo que no le daban lugar para decir su pasion, trajo á la calle un criado, que con un instrumento fuese tercero de ella, por ser su dulce y agradable voz de las buenas de la ciudad, procurando declarar en un romance su amor y los celos que le daba un caballero muy querido de los hermanos de Laura, y que por este respeto entraba á menudo en su casa. En fin, el músico, despues de haber templado, cantó el romance siguiente :

Si el dueño que elegiste,
Activo pensamiento,
Reconoce obligado
Otro dichoso dueño,
¿ Por qué te andas perdido,
Sus pisadas siguiendo,
Sus acciones notando,
Su vista pretendiendo?
¿ De qué sirve que pidas
Ni su favor al cielo,
Ni al amor imposibles,
Ni al tiempo sus efectos?
¿ Por qué á los celos llamas,
Si sabes que los celos
En favor de lo amado
Imposibles han hecho?
Si á tu dueño desearas
Ver ausente, eres necio,
Que por matar, matarte,
No es pensamiento cuerdo.
Si á la discordia pides
Que haga lance en su pecho,
Bien ves que á los disgustos
Los gustos vienen ciertos.
Si dices á los ojos
Digan su sentimiento,
Ya ves que alcanzan poco,
Aunque mas miren tiernos.
Si quien pudiera darte
En tus males remedio,

Que es amigo piadoso
Siempre agradecimiento;
Tambien preso le miras
En ese ángel soberbio,
¿ Cómo podias ayudarte
En tu amoroso intento?
Pues si de sus cuidados,
Que tuvieras por premio,
Si su dueño dijera:
De ti lástima tengo.
Mira tu dueño, y miras
Sin amor á tu dueño,
¿ Y aun este desengaña
No te muda el intento?
A Tántalo parecés,
Que el cristal lisonjero
Casi en los labios mira;
Y nunca llega á ellos.
¿ Ay Dios, si mereciera
Por tanto sentimiento
Algun fingido engaño,
Por tu muerte temo!
Fuera de purgatorio
Tus penas, pero veo
Que son sin esperanza
Las penas del infierno.
Mas si elección hiciste,
Morir es buen remedio,
Que volver las espaldas
Será cobarde de hecho.

Escuchando estaba Laura la música desde el principio de ella por una menuda celosía, y determinó á volver por su opinion, viendo que la perdía, en que don Diego por sospechas, como en sus versos mostraba, se la quitaba; y así, lo que el amor no pudo hacer, hizo este temor de perder su crédito, y aunque batallando su vergüenza con su amor, se resolvió á volver por sí, como lo hizo, pues abriendo la ventana, le dijo: Milagro fuera, señor don Diego, que siendo amante no fuerais celoso, pues jamás se halló amor sin celos; mas son los que teneis tan falsos, que me han obligado á lo que jamás pensé; porque siento mucho ver mi fama en

lenguas de la poesía y en las cuerdas de esa laud, y lo que peor es, en boca de ese músico, que siendo criado, será fuerza ser enemigo; yo no os olvido por nadie, que si alguno en el mundo ha merecido mis cuidados, sois vos, y seréis el que me habeis de merecer, si por ellos aventurase la vida. Disculpe vuestro amor mi desenvoltura y el verme ultrajar mi atrevimiento, y tenedle desde hoy para llamarnos mio, que yo me tengo por dichosa en ser vuestra. Y creedme que no dijera esto si la noche con su oscuro manto no me excusara la vergüenza y colores que tengo en decir estas verdades. Pidiendo licencia á su turbacion, el mas alegre de la tierra quiso responder y agradecer á Laura el enamorado don Diego, cuando sintió abrir las puertas de la propia casa y saltarle tan brevemente dos espadas, que á no estar prevenido y sacar tambien el criado la suya, pudiera ser que no le dieran lugar para llevar sus deseos amorosos adelante. Laura, que vió el suceso y conoció á sus dos hermanos, temerosa de ser sentida, cerró la ventana, y se retiró á su aposento acostándose, mas por disimular que por desear de reposo. Fué el caso que como don Alejandro y don Cárlos oyesen la música, se levantaron á toda prisa, y salieron, como he dicho, con las espadas desnudas en las manos, las cuales fueron, si no mas valientes que las de don Diego y su criado, á lo menos mas dichosas, pues siendo herido de la pendencia, hubo de retirarse, quejándose de su desdicha, aunque mejor fuera llamarla ventura, pues fué fuerza que supiesen sus padres la causa, y viendo lo que su hijo granjeaba con tan noble casamiento, sabiendo que era este su deseo, pusieron terceros que lo tratasen con el padre de Laura. Y cuando pensó la hermosa Laura que las enemistades serian causa de eternas discordias, se halló esposa de don Diego. ¿ Quién viera este dichoso suceso y considerara el amor de don Diego, sus lágrimas, sus quejas y los ardientes deseos de su corazon, que no tuviese á Laura por muy dichosa? Quién duda que dirán los que tienen en esperanzas sus pensamientos: ¡ Oh quién fuera tan venturoso que mis cosas tuvieran tan dichoso fin como el de esta noble dama! y mas las mujeres que no miran en mas inconvenientes que su gusto? Y de la misma suerte, ¿ quién verá á don Diego gozar en Laura un asombro de hermosura, un extremo de riqueza, un colmo de entendimiento y un milagro de amor, que no diga que no crió otro mas dichoso el cielo? Pues por lo menos siendo las partes iguales, ¿ no es fácil de creer que este amor habia de ser eterno? Y lo fuera, si Laura no fuera como hermosa desdichada, y don Diego como hombre mudable; pues á él no le sirvió el amor contra el olvido, ni la nobleza contra el apetito, ni á ella la valió la riqueza contra la desgracia, la hermosura contra el remedio, la discrecion contra el desden, ni el amor contra la ingratitud, bienes que en esta edad cuestan mucho, y se estiman en poco. Fué el caso que don Diego, antes que amase á Laura, habia empleado sus cuidados en Nise, gallarda dama de Nápoles, si no de lo mejor de ella, por lo menos no era de lo peor, ni tan falta de bie-

nes de naturaleza y fortuna, que no la diese muy levantados pensamientos, mas de lo que su calidad merecia, pues los tuvo de ser mujer de don Diego; y á este título le habia dado todos los favores que pudo y él quiso; pues como los primeros dias y aun meses de casado se descuidase de Nise, que todo cansa á los hombres, procuró con las veras posibles saber la causa, y dióse en eso tal modo en saberla, que no faltó quien se lo dijo todo; demás que como la boda habia sido pública, y don Diego no pensaba ser su marido, no se recató de nada. Sintió Nise con grandísimo extremo ver casado á don Diego; mas al fin era mujer y con amor, que siempre olvida agravios, aunque sea á costa de opinion. Procuró gozar de don Diego, ya que no como marido, á lo menos como amante, pareciéndole no poder vivir sin él; y para conseguir su propósito solicitó con palabras y obligó con lágrimas á que don Diego volviese á su casa, que fué la perdicion de Laura, porque Nise supo con tantos regalos enamorarle de nuevo, que ya empezó Laura á ser enfadosa como propia, causada como celosa, y olvidada como aborrecida; porque don Diego amante, don Diego solícito, don Diego porfiado, y finalmente, don Diego que decia á los principios ser el mas dichoso del mundo, no solo negó todo esto, mas se negó á sí mismo lo que se debía; pues los hombres que desprecian tan á las claras están dando alas al agravio; y llegando un hombre á esto, cerca está de perder el honor. Empezó á ser ingrato, faltando á la cama y mesa; y no sintiendo los pesares que daba á su esposa, desdeñó sus favores, y la despreció diciendo libertades, pues es mas cordura negar lo que se hace que decir lo que no se piensa. Pasa como Laura veia tantas novedades en su esposo, empezó con lágrimas á mostrar sus pesares, y con palabras á sentir sus desprecios, y en dándose una mujer por sentida de los desconciertos de su marido, dése por perdida, pues como era fuerza decir su sentimiento, daba causa á don Diego para, no solo tratar mal de palabras, mas á poner las manos en ella. Solo por cumplimiento iba á su casa la vez que iba; tanto la aborrecia y desestimaba, pues le era el verla mas penoso que la muerte. Quiso Laura saber la causa de estas cosas, y no faltó quien le dió larga cuenta de ellas. Lo que remedio Laura fué el sentir las mas, viéndolas sin remedio, pues no le hay si el amor se trueca. Lo que ganó en darse por entendida de las libertades de don Diego fué darle ocasion para perder mas la vergüenza, é irse mas desenfrenadamente tras sus deseos, que no tiene mas recato el vicioso que hasta que es su vicio público. Vió Laura á Nise en una iglesia, y con lágrimas la pidió desistiese de su pretensión, pues con ella no aventuraba mas que perder la honra y ser causa de que ella pasase mala vida. Nise, rematada de todo punto, como mujer que ya no estimaba su fama ni temia caer en mas baja que en la que estaba, respondió á Laura tan desabridamente, que con lo mismo que pensó la pobre dama remediar su mal y obligarla, con eso la dejó mas sin remedio y mas resuelta á seguir su amor con mas publicidad. Per-

dió de todo punto el respeto á Dios y al mundo, y si hasta allí con recato enviaba á don Diego papeles, regalos y otras cosas, ya sin él ella y sus criados le buscaban, siendo estas libertades para Laura nuevos tormentos y firmisimas pasiones, pues ya veia en su desventura menos remedio que primero, con lo que pasaba sin esperanzas la mas desconsolada vida que decirse puede. Tenia celos; ¡qué milagro! como si dijésemos rabiosa enfermedad. Notaban su padre y hermanos su tristeza y deslucimiento, y viendo la perdida hermosura de Laura, vinieron á rastrear lo que pasaba y los malos pasos en que andaba don Diego, y tuvieron sobre el caso muchas rencillas y disgustos, hasta llegar á pesadumbres declaradas. De esta suerte andaba Laura algunos dias, siendo mientras mas pasaban mayores las libertades de su marido, y menos su paciencia. Como no siempre se pueden llorar desdichas, quiso una noche que la tenian desvelada sus cuidados y la tardanza de don Diego, cantando divertirlas, y no dudando que estaria don Diego en los brazos de Nise, tomó una arpa, en que las señoras italianas son muy diestras, y unas veces llorando, y otras cantando, disimulando el nombre de don Diego con el de Albano, cantó así:

¿Por qué, tirano Albano,
Si á Nise reverencias,
Y á su hermosa ofresces
De tu amor las finezas;
Por qué de sus ojos
Está tu alma presa,
Y á los tuyos su cara
Es imagen bella;
Por qué si en sus cabellos
La voluntad enredas,
Y ella á ti agradecida
Con voluntad te premia;
Por qué si de su boca,
Caja de hermosas perlas,
Gustos de amor escuchas,
Con que tu gusto aumentas;
A mí, que por quererte
Padezco inmensas penas,
Con deslealtad y engaños
Me pagas mis finezas?
Y ya que me fingiste
Amorosas ternezas,
Dejárame vivir
En mi engaño siquiera.
¿No ves que no es razon
Acertada ni cuerda
Despertar á quien duerme,
Y mas cuando pena?
¿Ay de mi desdichada!
¿Qué remedio me queda
Para que el alma mia
A este su cuerpo vuelva?
Dame el alma, tirano,
Mas ¡ay! no me la vuelvas,
Que mas vale que el cuerpo
Por esta causa muera.
Mal haya, amen, mil veces,
Cielo tirano, aquella
Que en prisiones de amor
Prender su alma deja.
Lloremos, ojos mios,
Tantas lágrimas tiernas,
Que del profundo mar
Se cubran las arenas.
Y al son de aquestos celos
Instrumentos de quejas,
Cantáremos llorando
Lastimosas endechas.

Oíd atentamente,
Nevadas y altas peñas,
Y vuestros ecos claros
Me sirvan de respuesta.
Escuchad, bellas aves,
Y con harpadas lenguas
Ayudareis mis celos
Con dulces cantinelas.
Mi Albano adora á Nise,
Y á mi penar me deja;
Estas si son pasiones,
Y aquestras si son penas.
Su hermosura divina
Amoroso celebra,
Y por cielos adora
Papeles de su letra.
¿Qué dirás, Ariadna,
Que lloras y lamentas
De tu amante desvios,
Sinrazones y ausencias?
Y tú, aligido Fenicio,
Aunque las carnes veas
Con tal rigor comidas
Por el águila fiera;
Y si, atado al Cáucaso,
Padeces, no lo sientas.
Que mayor es mi daño,
Mas fuertes mis sospechas.
Desdichado Ixion,
No sientas de la rueda
El penoso ruido,
Porque mis penas sientas.
Tántalo, que á las aguas,
Sin que gustarlas pue das,
Llegas, y no alcanzas,
Pues huyen si te acercas;
Vuestras penas son pocas,
Aunque mas se encarezcan;
Pues no hay dolor que valga,
Sino que celos sean.
Ingrato, plegue al cielo
Que con celos te veas
Rabiando como rabio,
Y que cual yo padezcas.
Y esta enemiga mia
Tantos te dé, que seas
Un Midas de cuidados,
Como él de las riquezas.

¿A quién no enterneciera Laura con quejas tan dulces y bien sentidas, sino á don Diego, que se preciaba de ingrato? El cual entrando al tiempo que ella llegaba con sus endechadas á este punto, y las oyese, y entendiéndose el motivo de ellas, desobligado con lo que pudiera obligarse, y enojado de lo que fuera justo agradecer y estimar, empezó á maltratar á Laura de palabras, diciéndola tales y tan pesadas, que la obligó á que vertiendo cristalinas corrientes por su hermoso rostro, le dijese: ¿Qué es esto, ingrato? ¿Cómo das tan largas alas á la libertad de tu mala vida, que sin temor del cielo ni respeto alguno te enfadas de lo que fuera justo alabar? ¿Correte de que el mundo entienda, y la ciudad murmure tus vicios tan sin rienda, que parece que estás despertando con ellos tu afrenta y mis deseos. Si te pesa de que me queje de tí, quítame la causa que tengo para hacerlo, ó acaba con mi cansada vida, ofendida de tus maldades. ¿Así tratas mi amor? Así estimas mis cuidados? Así agradeces mis sufrimientos? Haces bien, pues no tomo á la causa de estas cosas, y la hago entre mis manos pedazos. ¿Qué espera un marido que hace lo que tú, sino que su mujer, olvidando la obligacion de su honor, se le quite? No porque yo lo he de hacer, aunque mas ocasiones me des, que el ser quien soy y el grande amor que por mi dicha os tengo no me darán lugar; mas temo que has de darlo á los viciosos como tú, para que pretendan lo que tú desprecias; y á los maldicientes y murmuradores, para que lo imaginen y digan: Pues ¿quién verá una mujer como yo, y un hombre como tú, que no tenga tanto atrevimiento como tú descuido? Palabras eran estas para que don Diego, abriendo los ojos del alma y del cuerpo, viese la razon de Laura; pero como tenia tan llena el alma de Nise, como desierta de su obligacion, acercándose mas á ella y encendido en una tan infernal cólera, la empezó á arrastrar por los cabellos y maltratarla de manos, tanto, que las perlas de sus dientes presto tomaron forma de corales bañados en la sangre que empezó á sacar en las crueles manos; y no contento con esto, sacó la daga para salir con ella del yugo tan pesado como el suyo, á cuya accion las criadas, que estaban procurando apartarle de su señora, alzaron las voces dando gritos, llamando á su padre y á sus hermanos, que desatinados y coléricos subieron al cuarto de Laura, y viendo el desatino de don Diego y la dama bañada en sangre, creyendo don Carlos que la habia herido, arremetió á don Diego, y quitándole la daga de la mano, se la iba á meter por el corazon, si el arriesgado mozo, viendo su manifesto peligro, no se abrazara con don Carlos, y Laura haciendo lo mismo le pidiera que se reportase, diciendo: ¡Ay, hermano! Mira que en esa vida está la de tu triste hermana. Reportóse don Carlos, y metiéndose su padre por medio, apaciguó la pendencia, y volviéndose á sus aposentos, temiendo don Antonio que si cada día habia de haber aquellas ocasiones, sería perderse, se determinó no ver por sus ojos tratar mal á una hija tan querida; y así, otro día tomando su casa, hijos y hacienda, se fué á Piedrablan-

ca, dejando á Laura en su desdichada vida tan triste y tierna de verlos ir, que la faltó poco para perderla. Causa por que oyendo decir que en aquella tierra habia mujeres que obligaban por fuerza de hechizos á que hubiese amor, viendo cada dia el de su marido en menoscabo, pensando remediarse por este camino, encargó que le trajesen una.

No fué muy perezoso el tercero á quien la hermosa y afligida Laura encargó que le trajese la embustera, y le trajo una, á quien la discreta y cuidadosa Laura, despues de obligada con dádivas, sed de semejantes mujeres, enterneció con lágrimas, y animó con promesas, contándole sus desdichas, y en tales razones la pidió lo que deseaba, diciéndola: Amiga, si tú haces que mi marido aborrezca á Nise, y vuelva á tenerme el amor que al principio de mi casamiento me tuvo, cuando él era mas leal y yo mas dichosa, tú veras en mi agradecimiento y liberal satisfaccion de la manera que estimo tal bien, pues pensaré que quedo muy corta con darte la mitad de toda mi hacienda. Y cuando esto no baste, mide tu gusto con mi necesidad, y señálate tú misma la paga de este beneficio, que si lo que yo poseo es poco, me venderé para satisfacerle. La mujer, asegurando á Laura de su saber, contando milagros en sucesos ajenos, facilitó tanto su peticion, que ya Laura se tenia por segura, á la cual la mujer dijo habia menester, para ciertas cosas que habia de aderezar para traer consigo en una bolsilla, barbas, cabellos y dientes de un ahorcado, las cuales reliquias con las demás cosas harian que don Diego mudase la condicion, de suerte que se espantaria, y que la paga no queria que fuese de mas valor que conforme á lo que sucediese. Y creed, señora, decia la falsa enredadora, que no bastan hermosuras ni riquezas á hacer dichas, sin ayudarse de cosas semejantes á estas, que si supieses las mujeres que tienen paz con sus maridos por mi causa, desde luego te tendrías por dichosa, y asegurarias tus temores. Confusa estaba la hermosa Laura, viendo que le pedia una cosa tan difícil para ella, pues no sabia el modo cómo viniese á sus manos; y así, dándole cien escudos de oro, le dijo que el dinero todo lo alcanzaba, que los diese á quien la trajese aquellas cosas. A lo cual replicó la taimada hechicera, que con esto queria entretener la cura, para sangrar la bolsa de la afligida dama y encubrir su enredo, que ella no tenia de quién fiarse, demás que estaba la virtud en que ella lo buscaba y se lo diese, y con esto, dejando á Laura en la tristeza y confusion que se puede pensar, se fué.

Discurriendo estaba Laura cómo podia buscar lo que la mujer pedia, y hallando por todas partes muchas dificultades, el remedio que halló fué hacer dos rios caudalosos sus hermosos ojos, no hallando de quién poderse fiar, porque le parecia que era afrenta que una mujer como ella anduviese en tan mecánicas cosas. Con estos pensamientos no hacia sino llorar; y hablando consigo misma decia, asidas sus blancas manos una con otra: Desdichada de tí, Laura, y cómo fueras mas venturosa, si como le costó tu nacimiento la vida á tu madre,

fuera tambien la tuya sacrificio de la muerte. ¡Oh, amor enemigo de las gentes! Y qué de males han venido por tí al mundo, y mas á las mujeres, que como en todo somos las mas perdidosas y las mas fáciles de engañar, parece que solo contra ellas tienen el poder, ó por mejor decir, el enojo. No sé para qué el cielo me crió hermosa, noble y rica, si todo habia de tener tan poco valor contra la desdicha, sin que tantos dotes de naturaleza y fortuna me quitasen la mala estrella en que nací. O ya que lo soy, ¿para qué me guarda la vida? Pues tenerla un desdichado, mas es agravio que ventura. ¿A quién contaré mis penas que me las remedie? ¿Quién oirá mis quejas que se enternezca? Y ¿quién verá mis lágrimas que me las enjague? Nadie por cierto, pues mi padre y hermanos por no oírlas me han desamparado, y hasta el cielo, consuelo de los afligidos, se hace sordo por no dármele. ¡Ay, don Diego! Y ¿quién lo pensara? Mas si debiera pensar si mirara que eres hombre, cuyos engaños quitan el poder á los mismos demonios; y hacen ellos lo que los ministros de maldades dejan de hacer. ¿Dónde se hallará un hombre verdadero? ¿En cuál dura la voluntad un día? Y mas si se ven queridos. Mal haya la mujer que en ellos cree, pues alcabo hallará el pago de su amor, como yo le hallo. ¿Quién es la necia que desea casarse viendo tantos y tan lastimosos ejemplos? ¿Cómo es mi ánimo tan poco, mi valor tan afeminado, y mi cobardía tanta, que no quito la vida, no sólo á la enemiga de mi sosiego, sino al ingrato que me trata con tanto rigor? ¡Mas ay, que tengo amor! Y en lo uno temo perderle, y en lo otro enojarle; ¿por qué, vanos legisladores del mundo, atais nuestras manos para las venganzas, imposibilitando nuestras fuerzas con vuestras falsas opiniones, pues nos negais letras y armas? ¿Nuestra alma no es la misma que la de los hombres? Pues si ella es la que da valor al cuerpo, ¿quién obliga á los nuestros á tanta cobardía? Yo aseguro que si entendiérais que tambien habia en nosotras valor y fortaleza, no os burlaríais como os burlais; y así, por tenernos sujetas desde que nacemos, vais enflaqueciendo nuestras fuerzas con los temores de la honra, y el entendimiento con el recato de la vergüenza, dándonos por espadas ruelas, y por libros almohadillas. ¡Mas triste de mí! ¿De qué sirven estos pensamientos, pues ya no sirven para remediar cosas tan sin remedio?

Lo que ahora importa es pensar cómo daré á esta mujer lo que pide. Diciendo esto, se ponía á pensar qué haría, y luego volvía de nuevo á sus quejas. Quien oyerá las que está dando Laura, dirá que la fuerza del amor está en su punto, mas aun faltaba otro extremo mayor, y fué que viendo cerrar la noche y viendo ser la mas oscura y tenebrosa que en todo aquel invierno habia hecho, respondiendo á su pretension su opinion, sin mirar á lo que se ponía y lo que aventuraba si don Diego venia y la hallaba fuera, diciendo á sus criadas que si venia le dijese que estaba en casa de alguna de las muchas señoras que habia en Nápoles, poniéndose un manto de una de ellas, con una pequeña linternilla se

puso en la calle, y fué á buscar lo que ella pensaba habia de ser su remedio.

Hay en Nápoles, como una milla apartada de la ciudad, camino de Nuestra Señora del Arca, imagen muy devota de aquel reino, y el mismo por donde se va á Piedrablanca, como un tiro de piedra del camino real, á un lado de él, un humilladero, de cincuenta piés de largo, y otros tantos de ancho, la puerta del cual está hácia el camino, y enfrente de ella un altar con una imagen pintada en la misma pared. Tiene el humilladero estado y medio de alto, el suelo es una fosa de mas de cuatro en hondura, que coge toda la dicha capilla, y solo queda al rededor un pozo, de media vara de ancho, por el cual se anda todo el humilladero. A estado de hombre, y menos, hay puestos por las paredes unos garfios de hierro, en los cuales cuelgan á los que ahorcan en la plaza; y como los tales se van deshaciendo, caen los huesos en aquel hoyo, que como está sagrado, les sirve de sepultura. Pues á esta parte tan espantosa guió sus pasos Laura, donde á la sazón habia seis hombres, que por saltadores habian ajusticiado pocos dias hacia, la cual llegando á él con ánimo increíble, que se lo daba amor, tan olvidada del peligro, cuanto acordada de sus fortunas, pues podia temer, si no á la gente con quien iba á negociar, á lo menos caer dentro de aquella profundidad, donde si tal fuera, jamás se supiera de ella.

Ya he contado cómo el padre y hermanos de Laura, por no verla maltratar y ponerse en ocasion de perderse con su cuñado, se habian retirado á Piedrablanca, donde vivian, si no olvidados de ella; á lo menos desviados de verla. Estando don Carlos acostado en su cama, al tiempo que llegó Laura al humilladero despertó con riguroso y cruel sobresalto, dando tales voces, que parecia se le acababa la vida. Alborotóse la casa, vino su padre, acudieron sus criados; todos confusos y turbados y solemnizando su dolor con lágrimas, le preguntaban la causa de su señal, la cual estaba escondida aun al mismo tiempo que la sentia. El cual vuelto mas en sí, levantándose de la cama, y diciendo: En algun peligro está mi hermana, se comenzó á vestir á toda diligencia, dando órden á un criado para que luego al punto le ensillase un caballo, el cual aperebido, saltó en él, y sin querer aguardar que le acompañase algun criado, á todo correr de él partió la via de Nápoles con tanta prisa, que á la una se halló en frente del humilladero, donde paró el caballo de la misma suerte que si fuera de piedra. Procuraba don Carlos pasar adelante, mas era porfiar en la misma porfía, porque atrás ni adelante era posible volver, antes, como arrimándole la espuela queria que caminase, el caballo daba unos bufidos espantosos. Viendo don Carlos tal cosa, y acordándose del humilladero, volvió á mirarle, y como vió luz que salia de la linterna que su hermana tenia, pensó que alguna hechicería le detenía, y deseando saberlo de cierto, probó si el caballo queria caminar hácia allá, y apenas hizo la accion, cuando el caballo sin apremio alguno hizo la voluntad de su dueño; y llegando á la puerta con

su espada en la mano, dijo: Quien quiera que sea quien está ahí dentro salga luego fuera, que si no lo hace, por vida del Rey, que no me he de ir de aquí hasta que con la luz del día vea quién es y qué hace en tal lugar. Laura, que en la voz conoció á su hermano, pensando que se iría y mudando cuanto pudo la suya, le respondió: Yo soy una pobre mujer, que por cierto caso estoy en estelugar; y pues no os importa saber quién soy, por amor de Dios, que os vayais; y creed que si porfiais en aguardar, me arrojaré luego al punto en esa sepultura, aunque piense perder la vida y alma. No disimuló Laura tanto la habla, que su hermano, que no la tenía tan olvidada como ella pensó, dando una gran voz, acompañada con un suspiro, dijo: ¡Ay, hermana! Grande mal hay, pues tú estás aquí; sal fuera, que no en vano me decia mi corazón este suceso. Pues viendo Laura que ya su hermano la había conocido, con el mayor tiento que pudo, por no caer en la fosa, salió arrimándose á las paredes, y tal vez á los mismos ahorcados; y llegando donde su hermano lleno de mil pesares la aguardaba, no sin lágrimas se arrojó en sus brazos, y apartándose á un lado, supo de Laura en breves razones la ocasión que había tenido por venir allá, y ella de él la que le había traído á tal tiempo; y el remedio que don Carlos tomó fué ponerla sobre su caballo, y subiendo asimismo él, darla vuelta á Piedrablanca, teniendo por milagrosa su venida, y lo mismo sintió Laura, mirándose arrepentida de lo que había hecho. Cerca de la mañana llegaron á Piedrablanca, donde sabido de su padre el suceso, haciendo poner un coche, metiéndose en él con sus hijos é hija, se vino á Nápoles, y derecho al palacio del virey, á cuyos piés arrodillado le dijo que para contar un caso portentoso que había sucedido, le

suplicaba mandase venir allí á don Diego Piñatelo, su yerno, porque importaba á su autoridad y sosiego. Su excelencia lo hizo así; y como llegase don Diego á la sala del virey, y hallase en ella á su suegro, cuñados y mujer, quedó absorto, y mas cuando Laura en su presencia contó al virey lo que en este caso queda escrito, acabando la plática con decir que ella estaba desengañada de lo que era el mundo y los hombres; y que así no quería mas batallar con ellos, porque cuando pensaba lo que había hecho y dónde se había visto, no acababa de admirarse; y que supuesto esto, ella se quería entrar en un monasterio, sagrado poderoso para valerse de las miserias á que las mujeres están sujetas. Oyendo don Diego esto, y negándole al alma el ser causa de tanto mal, en fin, como hombre bien entendido, estimando en aquel punto á Laura mas que nunca, y temiendo que ejecutase su determinación, no esperando él por sí alcanzar de ella cosa alguna, segun estaba agraviada, tomó por medio al virey, suplicándole pidiese á Laura que volviese con él, prometiendo la enmienda de allí adelante. Hizolo el virey; mas Laura, temerosa de lo pasado, no fué posible que lo aceptase, antes mas firme en su propósito, dijo que era cansarse en vano, que ella quería hacer por Dios, que era amante mas agradecido, lo que por un ingrato había hecho; con que este mismo día se entró en la Concepcion, convento noble, rico y santo. Don Diego desesperado se fué á su casa, y tomando las joyas y dineros que halló, se partió sin despedirse de nadie de la ciudad, donde á pocos meses se supo que en la guerra que la majestad de Felipe III tenia con el duque de Saboya había acabado la vida.

EL JUEZ DE SU CAUSA,

POR DOÑA MARIA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR.

Tuvo entre sus grandezas la nobilísima ciudad de Valencia, por nueva y milagrosa maravilla de tan celebrado asiento, la sin par belleza de Estela, dama ilustre, rica y de tantas prendas, gracias y virtudes, que cuando no tuviera otra cosa de qué preciarse sino de tenerla por hija, pudiera alabarse entre todas las ciudades del mundo de su dichosa suerte. Era Estela única en casa de sus padres, y heredera de mucha riqueza, que para sola ella les dió el cielo, á quien agradecerlos alababan por haberles dado tal prenda. Entre los muchos caballeros que deseaban honrar con la hermosura de Estela su nobleza fué don Carlos, mozo noble, rico y de las prendas que pudiera Estela elegir un noble marido, si bien Estela, atada su voluntad á la de sus padres, como de quien sabía que procuraban su acrecentamiento, aunque entre todos se agradaba mas de las virtudes y gentileza de don Carlos, era con tanta cordura y recato, que ni ellos ni él conocían en ella ese deseo, pues ni despreciaba cruel sus pretensiones, ni admitía liviana sus deseos, favoreciéndole con un mirar honesto y un agrado cuerdo, de lo cual el galán satisfecho y contento seguía sus pasos, adoraba sus ojos y estimaba su hermosura, procurando con su presencia y continuos paseos dar á entender á la dama lo mucho que la estimaba. Había en Valencia una dama de mas libres costumbres que á una mujer noble y medianamente rica convenia, la cual viendo á don Carlos pasar á menudo por su calle, por ser camino para ir á la de Estela, se aficionó de suerte, que sin mirar en mas inconvenientes que á su gusto, se determinó á dárselo á entender del modo que pudiese. Poníasele delante en todas ocasiones, procurando despertar con su hermosura su cuidado; mas como los de don Carlos estuviesen ocupados y cautivos de la belleza de Estela, jamás reparaba en la solicitud con que Claudia, que este era el nombre de la dama, vivía; pues como se aconsejase con su amor y el descuido de su amante, y viese que nacía de alguna voluntad, procuró saberlo de cierto, y á pocos lances descubrió lo mismo que quisiera encubrir á su misma alma, por no atormentarla con el rabioso mal de los celos. Y conociendo el poco remedio que su amor tenía, viendo al galán don Carlos tan bien empleado, procuró por la vía que pudiese estorbarlo, ó ya que no pudiese mas, vivir con quien adoraba, para que su vista aumentase

su amor, ó su descuido apresurase su muerte. Para lo cual, sabiendo que á don Carlos se le había muerto un paje, que de ordinario le iba acompañando, y le servía de fiel consejero de su honesta afición, aconsejándose con un antiguo criado que tenía, mas codicioso de su hacienda que de su hermosura y quietud, le pidió que diese traza cómo ella ocupase la plaza del muerto sirvo, dándole á entender que lo hacía por procurar apartarle de la voluntad de Estela, y traerle á la suya, ofreciéndole, si lo conseguía, gran parte de su hacienda. El codicioso viejo, que vió por este camino gozaria de la hacienda de Claudia, se dió tal maña en negociarlo, que el tiempo que pudiera gastar en aconsejarla lo contrario, ocupó en negociar lo de su traje en el de varón y en servicio de don Carlos y su criado con la gobernación de su hacienda y comision de hacer y deshacer en ella; venció la industria los imposibles, y en pocos dias se halló Claudia paje de su amante, granjeando su voluntad de suerte que ya era archivo de los mas escondidos pensamientos de don Carlos, y tan valido suyo, que solo á él encomendaba la solicitud de sus deseos. Ya en este tiempo se daba don Carlos por tan favorecido de Estela, habiendo vencido su amor los imposibles del recato de la dama, que á pesar de los ojos de Claudia, que con lágrimas solemnizaba esta dicha de los dos amantes, le hablaba algunas noches por un balcón, recibiendo con agrado sus papeles, y oyendo con gusto algunas músicas que le daba su amante algunas veces. Pues una noche que entre otras muchas quiso don Carlos dar una música á su querida Estela, y Claudia con su instrumento había de ser el tono de ella, en lugar de cantar el amor de su dueño, quiso con este soneto desahogar el suyo, que con el lazo al cuello estaba para precipitarse.

Goce su libertad el que ha tenido
Voluntad y sentidos en cadena;
Y el condenado en amorosa pena,
El dudoso favor que ha prevenido.

En dulces lazos, pues leal ha sido,
De mil gustos de amor el alma llena,
El que tuvo su bien en tierra ajena
Triunfe de ausencia, sin temor de olvido.

Viva el amado sin favor celoso;
Y venza su desden el despreciado,
Logre sus esperanzas el que espera.
Con su dicha alegre el venturoso,
Y con su prenda el victorioso amado,
Y el que amare imposibles cual yo, muera.

En este estado estaban estos amantes, aguardando don Carlos licencia de Estela para pedirla á sus padres por esposa, cuando vino á Valencia un conde italiano, mozo y galán, pues como su posada estaba cerca de la de Estela, y su hermosura tuviese jurisdicción sobre todos cuantos la llegasen á ver, cautivó de suerte la voluntad del Conde, que le vino á poner en puntos de procurar remedio, y el mas conveniente que halló, fiado en ser quien era, demás de sus muchas prendas y gentileza, fué pedirla á sus padres, juntándose este mismo día con la suya la misma petición por parte de don Carlos, que acosado de los amorosos deseos de su dama, y quizá de los celos que le daba el Conde viéndole pasear la calle, quiso darles alegre fin. Oyeron sus padres los unos y los otros terceros; y viendo que aunque don Carlos era digno de ser dueño de Estela, codiciosos de verla condesa, despreciando la pretension de don Carlos, se la prometieron al Conde; y quedó asentado que de allí á un mes fuesen las bodas. Sintió la dama, como era razón, esta desdicha, y procuró desbaratar estas bodas; mas todo fué cansarse en vano, y mas cuando ella supo por un papel de don Carlos cómo había sido despedido de ser suya. Mas como amor, cuando no hace imposibles, le parece que no cumple con su poder, dispuso de suerte los ánimos de estos amantes, que viéndose aquella noche por la parte que solían, concertaron que de allí á ocho días previniese don Carlos lo necesario, y la sacase y llevase á Barcelona, donde se casarian, de suerte que cuando sus padres la hallasen fuese con su marido, tan noble y rico como pudieran desear, á no haberse puesto de por medio tan fuerte competidor como el Conde y su codicia. Todo esto oyó Claudia, y como le llegasen tan al alma estas nuevas, recogióse en su aposento, y pensando estar sola, soltando las corrientes á su ojos, empezó á decir: Ya, desdichada Claudia, ¿qué tienes que esperar? Carlos y Estela se casan, amor está de su parte, y tiene pronunciada contra mí cruel sentencia de perderle. ¿Podrán mis ojos ver á mi ingrato en brazos de su esposa? No por cierto, pues lo mejor será decirle quién soy, y luego quitarme la vida. Estas y otras muchas razones decía Claudia quejándose de su desdicha, cuando sintió llamar á la puerta de su estancia, y levantándose á ver quién era, vió que el que llamaba á la puerta era un gentil y gallardo moro, que había sido del padre de don Carlos, y habiéndose rescatado, no aguardaba sino pasaje para ir á Fez, de donde era natural, que como le vió, le dijo: ¿Para qué, Hamete, vienes á inquietar ni estorbar mis quejass si las has oído, y por ellas conoces mi grande desdicha y aflicción? Déjamelas padecer, que ni tú eres capaz de consolarme, ni ellas admiten ningún consuelo. Era el moro discreto, y en su tierra noble, que su padre era un bajá muy rico, y como hubiese oído quejar á Claudia, y conocido quién era, le dijo: Oído he, Claudia, cuanto has dicho, y como aunque moro soy en algún modo cuerdo, quizá el consuelo que te daré será mejor que el que tú tomas, porque en quitarte la vida, ¿qué agravio haces á tus enemigos, sino darles lugar á que se gocen sin estorbo? Me-

jor sería quitar á Carlos y Estela, y esto será fácil si tú quieres; para animarte á ello te quiero decir un secreto que hasta hoy no me ha salido del pecho; óyeme, y si lo que quiero decirte no te pareciere á propósito, no lo admitas; mujer eres, y dispuesta á cualquier acción, como lo juzgo en haber dejado tu traje y opinión por seguir tu gusto. Algunas veces vi á Estela, y su hermosura cautivó mi voluntad; mira qué de cosas te he dicho en estas dos palabras. Quéjaste que por Carlos dejaste tu reposo; dasle nombre de ingrato, y no andas acertada, porque si tú le hubieras dicho tu amor, quizá Estela no triunfara del suyo, ni yo estuviera muriendo. Dices que no hay remedio, porque tienen concertado robarla y llevarla á Barcelona, y te engañas, porque en eso mismo, si tú quieres, está tu ventura y la mía. Mi rescate ya está dado, mañana he de partir de Valencia, porque para ello tengo prevenida una galeota que anoche dió fondo en un escollo cerca del Grao, de quien yo solo tengo noticia. Si tú quieres quitarle á don Carlos su dama y hacerme á mí dichoso, pues ella te da crédito á cuanto le dices, fiada en que eres la prianza de su amante, ve á ella, y dile que tu señor tiene prevenida una nave en que pasar á Barcelona como tiene concertado, y que por ser segura, no quiere aguardar el plazo que entre los dos se puso, que para mañana en la noche se prevenga; señala la hora misma, y dándola á entender que don Carlos la aguardará en la marina, la traerás donde yo te señalare, y llevándomela yo á Fez, tú quedarás sin embarazo, donde podrás persuadir y obligarle á amarte, y yo iré rico de tanta hermosura. Atónita oyó Claudia el discurso del moro, y como no mirase en mas que en verse sin Estela y con don Carlos, aceptó luego el partido, dando al moro las gracias, quedando de concierto en efectuar otro día esta traición, que no fué difícil; porque Estela dando crédito, pensando que se ponía en poder del que había de ser su esposo, cargada de joyas y dineros, antes de las doce de la siguiente noche ya estaba embarcada en la galeota, y con ella Claudia, que Hamete la pagó de esta suerte la traición.

Tanto sintió Estela su desdicha, que así como se vió rodeada de moros, y entre ellos el esclavo de don Carlos, y que él no parecía, vió que á toda prisa se hacían á la vela, y considerando su desdicha, aunque ignoraba la causa, se dejó vencer de un mortal desmayo, que le duró hasta otro día; tal fué la pasión de ver esto, y mas cuando, volviendo en sí, oyó lo que entre Claudia y Hamete pasaba; porque creyendo el moro ser muerta Estela, teniéndola Claudia en sus brazos, le decía al alevoso moro: ¿Para qué, Hamete, me aconsejaste que pusiese esta pobre dama en el estado en que está, si no me habéis de conceder la amada compañía de don Carlos, cuyo amor me obligó á hacer tal traición como hice en ponerla en tu poder? ¿Cómo te precias de noble si has usado conmigo este rigor? Al traidor, Claudia, respondió Hamete, pagarle en lo mismo que ofende es el mejor acuerdo del mundo, demás que no es razón que ninguno se fie del que no es leal á su

misma nación y patria : tú quieres á don Carlos, y él á Estela; por conseguir tu amor quitas á tu amante la vida, quitándole la presencia de su dama; pues á quien tal traición hace, como dármele á mí por un vano antojo, ¿cómo quieres que yo me asegure de que luego no avisarás á la ciudad, y saldrán tras mí, y me darán la muerte? Pues con quitar este inconveniente, llevándote yo conmigo aseguro mi vida y la de Estela, á quien adoro. Estas y otras razones como estas pasaban entre los dos, cuando Estela, vuelta en sí, habiendo oído estas razones ó las mas, pidió á Claudia que le dijese qué enigmas eran aquellos que pasaban por ella; la cual se lo contó todo como pasaba, dando larga cuenta de quién era y por la ocasion que se veian cautivas. Solemnizaba Estela su desdicha, vertiendo de sus ojos dos mil mares de hermosas lágrimas, y Hamete su ventura, consolando á la dama en cuanto podia, y dándola á entender que iba á ser señora de cuanto él poseia, y mas en propiedad si quisiese dejar su ley; consuelos que la dama tenia por tormentos, y no por remedio, á los cuales respondió con las corrientes de sus hermosos ojos. Dió orden Hamete á Claudia para que mudando traje sirviese y regalase á Estela, y con esto haciéndose á lo largo se engolfaron en alta mar la vuelta de Fez. Dejémoslos ahora hasta su tiempo, y volvamos á Valencia, donde siendo echada menos Estela de sus padres, locos de pena, procuraron saber qué se habia hecho, buscando los mas secretos rincones de su casa con un llanto sordo y semblante muy triste. Hallaron una carta dentro de un escritorio suyo, cuya llave estaba sobre un bufete, que abierta, decia así :

«Mal se compadece amor é interés, por ser muy contrario el uno del otro, y por esta causa, amados padres míos, al paso que me alejo del uno, me entrego al otro; la poca estimacion que hago de las riquezas del Conde me lleva á poder de don Carlos, á quien solo reconozco por legitimo esposo: su nobleza es tan conocida, que á no haberse puesto de por medio tan fuerte competidor, no se pudiera para darme esta- do pedir mas ni desear mas. Si el yerro de haberlo hecho de este modo mereciere perdon, juntos volverémos á pedirle, y en tanto pediré al cielo las vidas de todos.

»ESTELA.»

El susto y pesar que causó esta carta podrá sentir quien considerare la prenda que era Estela y cuánto la estimaban sus padres, los cuales dando orden á su gente para que no hiciesen alboroto alguno, creyendo que aun no habrían salido de Valencia, porque la mayor seguridad era estarse quedos, y que haciendo algunas diligencias secretas sabrían de ellos, dando aviso al virey del caso, la primera que se hizo fué visitar la casa de don Carlos, que descuidado del suceso, le trasladaron á un castillo, á título de robador de la hermosa Estela y escalador de la nobleza de sus padres, siendo el consuelo de ellos y su esposo, que así se intitulaba el Conde. Estaba don Carlos inocente de la causa de su prision,

y hacia mil instancias para saberla; y como le dijese que Estela faltaba, y que conforme á una carta que se habia hallado de la dama, él era el autor de este robo y el Júpiter de esta bella Europa, y que él habia de dar cuenta de ella, viva ó muerta, pensó acabar la vida á manos de su pesar; y cuando se vió puesto en el aprieto que el caso requería, porque ya le amenazaba la garganta el cuchillo, y á su inocente vida la muerte, si bien su padre, como tan rico y noble, defendia, como era razon, la inocencia de su hijo. Quédesese así hasta su tiempo, que la historia dirá el suceso; y vamos á Estela y Claudia, que en compañía del cruel Hamete navegaban con próspero viento la vuelta de Fez, que como llegasen á ella, fueron llevadas las damas en casa del padre del moro, donde la hermosa Estela empezó de nuevo á llorar su cautiverio y la ausencia de don Carlos; porque como Hamete viese que ni con ruegos ni caricias podia vencerla, empezó á usar de la fuerza, procurando con malos tratamientos obligarla á consentir con sus deseos por no padecer, tratándola como á una miserable esclava, mal comida y peor vestida, y sirviendo en la casa de criada, en la cual tenia el padre de Hamete cuatro mujeres, con quien estaba casado, y otros dos hijos menores. De estos dos el mayor se aficionó con grandes veras de Claudia, la cual segura de que si como Estela no le admitiese la tratarian como á ella, y viéndose tambien excluida de tener libertad ni de volver á ver á Carlos, cerrando los ojos á Dios, renegó de su santísima fe, y se casó con Zaide, que este era el nombre de su hermano; con lo cual la pobre dama pasaba triste y desesperada vida, y así pasó un año, y en él mil desventuras, si bien lo que mas le atormentaba eran las persecuciones de Hamete, quien continuamente la molestaba con sus importunaciones.

Desesperado pues de remedio, pidió á Claudia con muchas lástimas diese orden de que por lo menos, usando de la fuerza, pudiese gozarla; prometiéndolo Claudia, y así un dia que estaban solas, porque las demás eran idas al baño, le dijo la traidora Claudia estas razones : No sé, hermosa Estela, cómo te diga la tristeza y congoja que padece mi corazón en verme en esta tierra y en tan mala vida como estoy; yo, amiga Estela, estoy determinada á huirme, que no soy tan mora que no me tire mas el ser cristiana, pues el haberme sujetado á esto fué mas de temor que de voluntad; cincuenta cristianos tienen prevenido un bajel, en que hemos de partir esta noche á Valencia; si tú quieres, pues viniémos juntas, que nos volvamos juntas, no hay sino que te dispongas, y que nos volvamos con Dios, que yo espero en él que nos llevará en salvamento, y si no, mira qué quieres que le diga á Carlos, que de hoy en un mes pienso verle; y en lo que mejor puedes conocer la voluntad que te tengo es en que, estando sin tí, puede ser ocasion de que Carlos me quiera; y para lo contrario me ha de ser estorbo tu presencia; mas con todo eso me obliga mas tu miseria que mi gusto. Arrojáse Estela á los piés de Claudia, y la suplicó que pues era esta su determinacion, que no la dejase, y veria con las veras

que la servia. Finalmente, quedaron concertadas en salir juntas esta noche, despues de todos recogidos, para lo cual juntaron sus cosas, por no ir desapercebidas. Las doce serian de la noche cuando Estela y Claudia, cargadas de dos pequeños lios en que llevaban sus vestidos y camisas y otras cosas necesarias á su viaje; se salieron de casa y caminaron hácia la marina, donde decia Claudia que estaba el bergantin ó bajel en que habia de escapar, y en su seguimiento Hamete, que desde que salieron de casa las seguia. Y como llegasen hácia unas peñas, en donde decia que habian de aguardar á los demás, tomando un lugar el mas acomodado y seguro que á la cautelosa Claudia le pareció mas á propósito para el caso, se sentó, animando á la temerosa dama, que cada pequeño rumor le parecia que era Hamete. De esta suerte estuvieron mas de una hora, pues Hamete, aunque estaba cerca de ellas, no se habia querido dejar ver porque estuviese mas segura. Al cabo de esto llegó, y como las viese, fingiendo una furia infernal, les dijo: ¡Ah, perras mal nacidas, qué fuga es esta! Ya no os escaparéis con las traiciones que teneis concertadas. No es traicion, Hamete, dijo Estela, procurar cada uno su libertad, que lo mismo hicieras tú si te vieras de la suerte que yo, maltratada y abatida de tí y de todos los de tu casa; demás que si Claudia no me animara, no hubiera en mí atrevimiento para emprender esto, sino que ya mi suerte tiene puesta mi perdicion en sus manos, y así me ha de suceder siempre que fiare de ella. No lo digas burlando, perra, dijo á esta ocasion la renegada Claudia, porque quiero que sepas que el traerla esta noche no fué con ánimo de salvarte, sino con deseo de ponerte en poder del gallardo Hamete, para que por fuerza ó por grado te goce, advirtiéndole que le has de dar gusto, y con él posesion de tu persona, ó has de quedar aquí hecha pedazos.

Dicho esto, se apartó algun tanto, dándole lugar al moro, que tomando el último acento de sus palabras, prosiguió con ellas, pensando persuadirla, ya con ternezas, ya con amenazas, ya con regalos, ya con rigores. A todo lo cual Estela, bañada en lágrimas, no respondia mas sino que se cansaba en vano, porque pensaba dejar la vida antes que perder la honra. Acabóse de enojar Hamete, y trocando la terneza en saña, empezó á maltratarla, dándole muchos golpes en su hermoso rostro, amenazándola con muchos géneros de muerte si no se rendia á su gusto. Y viendo que nada bastaba, quiso usar de la fuerza, batallando con ella hasta rendirla. El ánimo de Estela en esta ocasion era mayor que de una flaca doncella se podia pensar; mas como á brazo partido anduviese luchando con ella, rendidas ya las débiles fuerzas de Estela, se dejó caer en el suelo; y no teniendo facultad para defenderse, acudió al último remedio y al mas ordinario y comun de las mujeres, que fué dar gritos, á los cuales Jacimin, hijo del rey de Fez, que venia de caza, movido de ellos, acudió á la parte donde le pareció que los oia, dejando atrás muchos criados que traia; y como llegase á la parte donde las voces se daban, vió patente la fuerza

que á la hermosa dama hacia el fiero moro. Era el Príncipe de hasta veinte años; y demás de ser muy gallan, tan noble de condicion y tan agradable en las palabras, que por esto y por ser muy valiente y dadiovo era muy amado de todos sus vasallos, siendo asimismo tan aficionado á favorecer á los cristianos, que si sabia que alguno los maltrataba, lo castigaba severamente.

Pues como viese lo que pasaba entre el cruel moro y aquella hermosa esclava, que ya á este tiempo se podia ver, á causa de que empezaba á romper el alba, y la mirase tendida en tierra, y con una liga atadas las manos, y con un lienzo la queria tapar la boca el traidor Hamete, con airada voz le dijo: ¿Qué haces, perro? ¿En la corte del rey de Fez se ha de atrever ninguno á forzar las mujeres? Déjala al punto, si no, por vida del Rey, que te mato. Decir esto y sacar la espada todo fué uno. A estas palabras se levantó Hamete y metió mano á la suya; y cerrando con él, le diera la muerte si el Príncipe, dando un salto, no le hurtara el golpe, y reparara con la espada; mas no fué con tanta presteza que no quedase herido en la cabeza. Conociendo pues el valiente Jacimin que aquel moro no le queria guardar el respeto que justamente debia á su Príncipe, se retiró un poco, y tocando una cornetilla que traia al cuello, todos sus caballeros se juntaron con él al mismo tiempo que Hamete con otro golpe queria dar fin á su vida. Mas siendo, como digo, socorrido de los suyos, fué preso el traidor Hamete, dando lugar á la afligida Estela, con quien ya se habia juntado la alevisa y renegada Claudia, á que se echase á los piés del príncipe Jacimin, á quien como el gallardo moro viese mas de espacio, no agradado de su hermosura, sino compasivo de sus trabajos, la preguntó quién era y la causa de estar en tal lugar. A lo cual Estela, despues de haberle dicho que era cristiana, con las mas breves razones que pudo contó su historia y la causa de estar donde la veia; de lo cual el piadoso Jacimin enojado, mandó que á todos tres los trajesen á su palacio, donde antes de curarse dió cuenta al Rey su padre, del suceso, pidiéndole venganza del atrevimiento de Hamete, quien, juntamente con Claudia, fué condenado á muerte, y este mismo dia fueron los dos empalados. Hecha esta justicia, mandó el Príncipe traer á su presencia á Estela, y despues de haberla acariciado y consolado, la preguntó qué queria hacer de sí. A lo cual la dama, arrodillada ante él, le suplicó que la enviase entre cristianos, para que pudiese volver á su patria. Concedióle el Príncipe esta peticion, y habiéndola dado dineros y joyas y un esclavo cristiano que la acompañase, mandó á dos criados suyos la pusiesen donde ella gustase. Sucedió el caso referido en Fez, á tiempo que el César Carlos V, emperador y rey de España, estaba sobre Túnez contra Barbaroja.

Sabiendo pues Estela esto, mudando su traje mujerial en el de varon, cortándose los cabellos, acompañada solo de su cautivo español, que el príncipe de Fez le mandó dar, juramentándole que no habia de decir quién

era, y habiéndose despedido de los dos caballeros moros que la acompañaban, se fué á Túnez, hallándose en servicio del Emperador y siempre á su lado en todas ocasiones, granjeando, no solo la fama de valiente soldado, sino la gracia del Emperador, y con ella el honroso cargo de capitán de caballos. Hallóse, como digo, no solo en esta ocasion, sino en otras muchas que el Emperador tuvo en Italia y Francia, quien hallándose en una refriega á pié, por haberle muerto el caballo, nuestra valiente dama, que con nombre de don Fernando era tenida en diferente opinion, le dió el suyo, y le acompañó y defendió hasta ponerle en salvo. Quedó el Emperador tan obligado, que empezó con muchas mercedes á honrar y favorecer á don Fernando, y fué la una un hábito de Santiago, y la segunda una gran renta y título. No habia sabido Estela en todo este tiempo nuevas ningunas de su patria y padres, hasta que un dia vió entre los soldados del ejército á su querido don Carlos, que como le conoció, todas las llagas amorosas se la renovaron, si acaso estaban adormecidas, y empezaron de nuevo á verter sangre; mandóle llamar, y disimulando la turbacion que le causó su vista, le preguntó de dónde era y cómo se llamaba. Satisfizo don Carlos á Estela con mucho gusto, obligado de las caricias que le hacia, ó por mejor decir, al rostro, que con ser tan parecido á Estela, traia cartas de favor; y así, la dijo su nombre y patria y la causa por qué estaba en la guerra, sin encubrirle sus amores y la prision que habia tenido, diciéndola cómo cuando pensó sacarla de casa de sus padres y casarse con ella se habia desaparecido de los ojos de todos ella y un paje, de quien fiaba mucho sus secretos, poniendo en opinion su crédito, porque tenia para sí que, por querer mas que á él al paje, habian hecho aquella vil accion, dándole á él motivo á no quererla tanto y desestimarla; si bien en una carta que se habia hallado escrita de la misma dama para su padre decia que se iba con don Carlos, que era su legítimo esposo, cosa que le tenia mas espantado que lo demás; porque irse con Claudio, y decir que se iba con él, le daba que sospechar, y en lo que paraban sus sospechas era en creer que Estela no le trataba verdad con su amor, pues le habia dejado expuesto á perder la vida por justicia, porque despues de haber estado por estos indicios preso dos años, pidiéndole no solo el robo y escalamiento de una casa tan noble como la de sus padres, viendo que muerta ni viva no parecia, le achacaban que despues de haberla gozado la habia muerto, con lo cual le pusieron en grande aprieto, tanto, que muriera por ello si no se hubiera valido de la industria, la cual le enseñó lo que habia de hacer, que fué romper las prisiones y quebrantar la cárcel, fiándose mas de la fuga que de la justicia que tenia de su parte; que el otro año habia gastado en buscarla por muchas partes, mas que habia sido en vano, porque no parecia sino que la habia tragado la tierra.

Con grande admiracion escuchaba Estela á don Carlos, como si no supiera mejor que nadie la historia; y á lo que respondió mas apresuradamente fué á la sos-

pecha que tenia de ella y del paje, diciéndole: No creas, Carlos, que Estela seria tan liviana que se fuese con Claudio por tenerle amor ni engañarte á tí, que en las mujeres nobles no hay esos tratos; lo mas cierto seria que ella fué engañada, y despues quizá la habrán sucedido ocasiones en que no haya podido volver por sí; y algun dia querrá Dios volver por su inocencia, y tú quedarás desengañado. Lo que yo te pido es que mientras estuvieres en la guerra acudas á mi casa, que si bien quiero que seas en ella mi secretario, de mí serás tratado como amigo, y por tal te recibo desde hoy, que yo sé que con mi amparo, pues todos saben la merced que me hace el César, tus contrarios no te perseguirán, y acabada esta ocasion, darémos órden para que quedes libre de sus persecuciones; y no quiero que me agradezcas esto con otra cosa sino con que tengas á Estela en mejor opinion que hasta aquí, siquiera por haber sido tú la causa de su perdicion; y no me mueve á esto mas de que soy muy amigo de que los caballeros estimen y hablen bien de las damas. Atento oyó Carlos á don Fernando, que por tal tenia á Estela, pareciéndole no haber visto en su vida cosa mas parecida á su dama; mas no llegó su imaginacion á pensar que fuese ella; y viendo que habia dado fin á sus razones, se le humilló, pidiéndole las manos y ofreciéndose por su esclavo. Alzóle Estela con sus brazos, quedando desde este dia en su servicio, y tan privado con ella, que ya los demás criados estaban envidiosos. De esta suerte pasaron algunos meses, acudiendo Carlos á servir á su dama, no solo en el oficio de secretario, sino en la cámara y mesa, donde en todas ocasiones recibia de ella muchas y muy grandes mercedes, tratando siempre de Estela, tanto, que algunas veces llegó á pensar que el Duque la amaba, porque siempre le preguntaba si la queria como antes, y si viera á Estela, si se holgaria con su vista, y otras cosas que mas aumentaban la sospecha de don Carlos, satisfaciendo á ellas, unas veces á gusto de Estela, y otras veces á su descontento.

En este tiempo vinieron al Emperador nuevas cómo el virey de Valencia era muerto repentinamente, y habiendo de enviar quien le sucediese en aquel cargo, por no ser bien que aquel reino estuviese sin quien le gobernase, puso los ojos en don Fernando, de quien se hallaba tan bien servido. Supo Estela la muerte del virey, y no queriendo perder de las manos esta ocasion, se fué al Emperador, y puesta de rodillas le suplicó le honrase con este cargo. No le pesó al Emperador que don Fernando le pidiese esta merced, si bien sentia apartarle de sí, pues por esto no se habia determinado; pero viendo que con aquello le premiaba, se lo otorgó, y le mandó que partiese luego, dándole la patente y los despachos. Ve aquí á nuestra Estela virey de Valencia, y á don Carlos su secretario, y el mas contento del mundo, pareciéndole que con el padre alcalde no tenia que temer á su enemigo, y así se lo dió á entender su señor. Satisfecho iba don Carlos de que el Virey lo estaba de su inocencia en la causa de Estela, con lo cual ya se tenia por libre y muy seguro de sus promesas.

Partieron, en fin, con mucho gusto, y llegaron á Valencia, donde fué recibido el Virey con muestras de grande alegría. Tomó su posesion, y el primer negocio que le pusieron para hacer justicia fué el suyo mismo, dando querrela contra su secretario. Prometió el Virey de hacerla. Para esto mandó se hiciese informacion de nuevo, examinando segunda vez los testigos. Bien quisieran las partes que don Carlos estuviera mas seguro, y que el Virey le mandara poner en prision. Mas á esto los satisfizo con decir que él le fiaba, porque para él no habia mas prision que su gusto. Tomó, como digo, este caso tan á pechos, que en breves dias estaba de suerte, que no faltaba sino sentenciarle. En fin, quedó para verse otro día. La noche antes entró don Carlos á la misma cámara donde el Virey estaba en la cama, y arrodillado ante él, le dijo: Para mañana tiene vuestra excelencia determinado ver mi pleito y declarar mi inocencia; demás de los testigos que he dado en mi descargo y han jurado en mi abono, sea el mejor y mas verdadero un juramento que en sus manos hago, pena de ser tenido por perjuro, de que no solo no llevé á Estela, mas que desde el dia antes no la vi, ni sé qué se hizo ni dónde está; porque si bien yo habia de ser su robador, no tuve lugar de serlo con la grande priesa con que mi desdicha me la quitó, ó para mi perdicion ó la suya. Basta, Carlos, dijo Estela, vete á tu casa y duerme seguro; soy, tu dueño, causa para que no temas; mas seguridad tengo de tí de lo que piensas, y cuando no la tuviera, el haberte traído conmigo y estar en mi casa fuera razon que te valiera. Tu causa está en mis manos, tu inocencia ya la sé, mi amigo eres, no tienes que encargarme mas esto, que yo estoy bien encargado de ello. Besóle las manos don Carlos, y así se fué dejando al Virey y pensando en lo que habia de hacer. ¿Quién duda que desearia don Carlos el dia que habia de ser el de su libertad? Por lo cual se puede creer que apenas el Padre universal de cuanto vive descubria la encrespada madeja por los balcones del alba, cuando se levantó y adornó de las mas ricas galas que tenia, y fué á dar de vestir al Virey para tornarle á asegurar su inocencia.

A poco rato salió el Virey de su cámara á medio vestir; mas cubierto el rostro con un gracioso ceño, con el cual y con una risa á lo falso dijo mirando á su secretario: Madrugado has, amigo Carlos; algo hace sospechosa tu inocencia y tu cuidado, porque el libre duerme seguro de cualquiera pena, y no hay mas cruel acusador que la culpa. Turbóse don Carlos con estas razones, mas disimulando cuanto pudo, le respondió: Es tan amada la libertad, señor excelentísimo, que cuando no tuviera tan fuertes enemigos como tengo, el alborozo de que me lie de ver con ella por mano de vuestra excelencia era bastante á quitarme el sueño; porque de la misma manera que mata un gran pesar, lo suele hacer un contento; de suerte que el temor del mal y la esperanza del bien hacen un mismo efecto. Galán vienes, replicó el Virey, ¿pues el dia en que has de ver representada tu tragedia en la boca de tantos tes-

tigos como tienes contra tí te adornas de las mas lucidas galas que tienes? Parece que no van fuera de camino los padres y esposos de Estela en decir que debiste de gozarla y matarla, fiados en los pocos ó ninguno que te lo vieron hacer; á fe que si pareciera Claudio, vil tercero de tus travesuras, que no sé si probaras inocencia; y si va á decir verdad, todas las veces que tratamos de Estela muestras tan poco sentimiento y tanta vileza, que siento que me debe mas á mí tu dama que no á tí, pues su pérdida me cuesta cuidado, y á tí no. ¡Oh qué pesados golpes eran estos para el corazón de Carlos! Ya desmayado y desesperado de ningún buen suceso, le iba á dar por disculpa el tiempo, pues con él se olvida cualquiera pasion amorosa, cuando el Virey, con un severo semblante y airado rostro le dijo: Calla, Carlos, no respondas. Carlos, yo he mirado bien estas cosas, y hallo por cuenta que no estás muy libre en ellas, y el mayor indicio de todos es las veras con que deseas tu libertad. Diciendo esto, hizo señas á un paje, el cual, saliendo fuera, volvió con una escuadra de soldados, los cuales quitaron á don Carlos las armas, poniéndose como en custodia de su persona. Quien viera en esa ocasion á don Carlos no pudiera dejar de tenerle lástima; tenia mudada la color, los ojos bajos, el semblante triste, y tan arrepentido de haberse fiado de la varia condicion de los señores, que solo á sí se daba la culpa de todo. Acabóse de vestir el Virey, y sabiendo que ya los jueces y las partes estaban aguardando, salió á la sala en que se habia de juzgar este negocio, trayendo consigo á Carlos cercado de soldados. Sentóse en su asiento, y los demás jueces en los suyos: luego el relator empezó á decir el pleito, declarando las causas é indicios que habia de que don Carlos era el robador de Estela, confirmándolo los papeles que en los escritorios del uno y del otro se habian hallado, las criadas que sabian su amor, los vecinos que los veian habiarse por las rejas, y quien mas le condenaba era la carta de Estela, en que rematadamente decia que se iba con él. A todo esto los más eficaces testigos en favor de don Carlos eran los criados de su casa, que decian haberle visto acostar la noche que faltó Estela, aun mas temprano que otras veces, y su confesion, que declaraba debajo de juramento que no la habian visto; mas nada de esto aligeraba el descargo, porque á eso alegaba la parte que pudo acostarse á vista de sus criados, y despues volver á vestirse y sacarla; y que los habia muerto aseguraba el no parecer ella ni el paje, secretario de todo, y que seria cierto que por lo mismo le habia tambien muerto, y que en lo tocante al juramento, claro es que no se habia de condenar á sí mismo.

Viendo el Virey que hasta aquí estaba condenado Carlos en el robo de Estela, en el quebrantamiento de su casa, en su muerte y la de Claudio, y que solo él podia sacarle de tal aprieto, determinado pues á hacerlo, quiso ver primero á Carlos mas apretado, para que la pasion le hiciese confesar su amor y para que despues estimase en mas el bien; y así, Estela le llamó, y como llegase en presencia de todos, le dijo: Amigo Carlos,

si supiera la poca justicia que tenias de tu parte en este caso, doyte mi palabra, y te juro por vida del César, que no te hubiera traído conmigo, porque no puedo negar que me pesa, y pues lo solemnizo con estas lágrimas, bien puedes creerme, siento en el alma ver tu vida en el peligro en que está, pues si por los presentes cargos he de juzgar esta causa, fuerza es que por mi ocasion la pierdas, sin que yo halle remedio para ello; porque siendo las partes tan calificadas, tratarles de concierto en tan gran pérdida como la de Estela es cosa terrible y no acertada y muy sin fruto; el remedio que aquí hay es que parezca Estela, y con esto ellos quedarán satisfechos, y yo podré ayudarte; mas de otra manera, ni á mí está bien, ni puedo dejar de condenarte á muerte. Pasmóse con esto el afligido don Carlos, mas como ya desesperado, arrodillado como estaba, le dijo: Bien sabe vuestra excelencia que desde que en Italia me conocí, siempre que trataba de esto lo he contado y dicho de una misma suerte, y que si aquí como á juez se lo pudiera negar, allí como á señor y amigo le dije la verdad, y de la misma manera lo digo y confieso ahora. Digo que adoré á Estela. Di que la adoro, replicó el Virey algo bajo, que te haces sospechoso en hablar de pretérito y no sentir de presente. Digo que la adoro, respondió don Carlos, admirado de lo que en el Virey veía, y que la escribía, que la hablaba, que la prometía ser su esposo, que concerté sacarla y llevarla á la ciudad de Barcelona, mas ni la saqué ni la vi, y si así no es, aquí donde estoy me parta un rayo del cielo. Bien puedo morir, mas moriré sin culpa alguna, si no es que acaso lo sea haber querido una mudable, inconstante y falsa mujer, sirena engañosa, que en la mitad del canto dulce me ha traído á esta amarga y afrentosa muerte. Por amarla muero, no por saber de ella. Pues ¿qué se pudieron hacer esta mujer y este paje? dijo el Virey. ¿Subiéronse al cielo? ¿Bajáronse al abismo? ¿Qué sé yo? replicó el afligido don Carlos. El paje era galán, y Estela hermosa; ella mujer, y él hombre; quizá... ¡Ah traidor! respondió el Virey, ¡y cómo en ese quizá traes encubiertas tus traidoras y falsas sospechas! ¡Qué presto te has dejado llevar de tus malos pensamientos! Maldita sea la mujer que con tanta facilidad os da motivo para ser tenida en menos; porque pensáis que lo que hacen obligadas de vuestra asistencia y perseguidas de vuestra falsa perseverancia, hacen con otro cualquiera que pasa por la calle; ni Estela era mujer, ni Claudio hombre; porque Estela es noble y virtuosa, y Claudio un hombre vil, criado tuyo, y heredero de tus falsedades. Estela te amaba y respetaba como á esposo, y Claudio la aborrecía, porque te amaba á tí; y digo segunda vez que Estela no era mujer, porque la que es honesta, recatada y virtuosa, no es mujer sino ángel; ni Claudio hombre, sino mujer, que enamorada de tí quiso privarte de ella, quitándola delante de tus ojos. Yo soy la misma Estela, que se ha

visto en un millon de trabajos por tu causa, y tú me lo gratificas en tener de mí la falsa sospecha que tienes. Entonces contó cuanto le habia sucedido desde el día que faltó de su casa, dejando á todos admirarlos del suceso, y mas á don Carlos, que corrido de no haberla conocido y haber puesto dolo en su honor, como estaba arrodillado, asido de sus hermosas manos, se las besaba, bañándose las con sus lágrimas, pidiéndola perdon de sus desaciertos; lo mismo hacia su padre y el de Carlos, y unos con otros se embarazaban por llegar á darla abrazos, diciéndola amorosas ternezas. Llegó el Conde á darla la enhorabuena y pedirla se sirviese cumplir la palabra que su padre le habia dado de que seria su esposa; de cuya respuesta, colgado el ánimo y corazon de don Carlos, puso la mano en la daga que le habia quedado en la cinta, para que si no saliese en su favor, matar al Conde y á cuantos se lo defendiesen, ó matarse á sí antes que verla en poder ajeno. Mas la dama que amaba y estimaba á don Carlos mas que á su misma vida, con muy corteses razones suplicó al Conde la perdonase, porque ella era mujer de Carlos, por quien y para quien queria cuanto poseía, y que le pesaba no ser señora del mundo para entregárselo todo; pues sus valerosos hechos nacían todos del valor que el ser suya le daba, suplicando tras esto á su padre lo tuviese por bien. Y bajándose del asiento, despues de abrazarlos á todos, se fué á Carlos, y enlazándole al cuello los valientes y hermosos brazos, le dió en ellos la posesion de su persona. Y de esta suerte se entraron juntos en una carroza, y fueron á la casa de su madre, que ya tenia nuevas del suceso, y estaba ayudando al regocijo con piadoso llanto. Salió la fama publicando aquesta maravilla por toda la ciudad, causando á todos notable novedad, por oír decir que el virey era mujer y Estela. Todos acudían, unos al palacio, y otros á su casa. Despachóse luego un correo al Emperador, que estaba ya en Valladolid, dándole cuenta del caso, el cual mas admirado que todos los demás, como quien la habia visto hacer valerosas hazañas, no acababa de creer que fuese así, y respondió á las cartas con la enhorabuena y muchas joyas. Confirmó á Estela el estado que la dió, añadiéndole el de princesa de Buñol, y á don Carlos el hábito y renta de Estela, y el cargo de virey de Valencia. Con que los nuevos amantes, ricos y honrados, hechas todas las ceremonias y cosas acostumbradas de la Iglesia, celebraron sus bodas, dando á la ciudad nuevo contento, á su estado hermosos herederos, y á los historiadores motivo para escribir esta maravilla, con nuevas alabanzas al valor de la hermosa Estela, cuya prudencia y disimulacion la hizo severo juez, siéndolo de su misma causa; que no es menos maravilla que las demás que haya quien sepa juzgarse á sí mismo en mal ni bien; porque todos juzgamos faltas ajenas, y no las nuestras propias.

TARDE LLEGA EL DESENGAÑO,

POR DOÑA MARIA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR.

Si mis penas pudieran ser medidas,
No fueran penas, no, que glorias fueran;
Con mas facilidad contar pudieran
Las aves que en el aire están perdidas.

Las estrellas á cuenta reducidas,
Mas cierto que ellas número tuvieran
Por imposibles, fáciles se vieran
Contadas las arenas esparcidas.

Sin tí, dulce y ausente dueño mío,
La noche paso, deseando el día,
Y en viendo el día, por la noche lloro.

Lágrimas donde estais. con gusto envío;
Gloria siento por tí en la pena mía,
Cierta señal que lo que pierdo adoro.

Espero, desespero, gimo y lloro,
Que sin tí, dueño amado,
Me cansa el río y entristece el prado.
¿Cuándo llegará el día

En que te vuelva á ver, señora mía,
Que hasta que yo te vea,
No hay gusto para mí que gusto sea!

Así cantaba para divertir su pena, siendo tan grande como quien sabe qué es ausencia, don Martin, caballero mozo, noble, gulan y bien entendido, natural de la imperial ciudad de Toledo, á quien deseos de aumentar honor habian ausentado de su patria, y apartado de una gallarda y hermosa dama, prima suya, á quien amaba para esposa: cuando navegaba la vuelta de España, honrado de valerosos hechos, y acrecentado de grandes servicios, adquiridos en Flándes, donde habia servido con valeroso ánimo y heróico valor á su católico rey, y de quien esperaba, llegando á la corte, honrosos premios, ligando de camino el libre cuello al yugo del matrimonio, lazo amable y suave para quien le toma con gusto, como él esperaba hacerlo con su hermosa prima, juzgando el camino eterno, por impedirle llegar á gozar y poseer sus amorosos brazos, pareciéndole el próspero viento con que la nave volaba perezosa calma. Mas la fortuna, cruel enemiga del descanso, que jamás hace cosa á gusto del deseo, habiendo cerrado la noche oscura, tenebrosa y revuelta de espantosos truenos y relámpagos con furiosa lluvia, trocándose el viento apacible en rigurosa tormenta, los marineros temerosos de perderse, queriendo amainar las velas porque la nave no diese contra alguna peña y se hiciese pedazos, no les fué posible, antes empezó á correr sin orden ni camino por donde el furioso viento la quiso llevar, con tanta pena de todos, que viendo no tenían otro remedio, puestos de rodillas, llamando á Dios que tuviese misericordia de las almas, ya que los

cuerpos se perdiesen; y así, poniendo el timon la via de Cerdeña, pareciéndoles no medrarian muy mal si llegasen á ella, perdidas las esperanzas de quedar con las vidas, con grandes llantos se encomendaba cada uno al santo con quien mas devocion tenia; y es lo cierto que si no fuera por el valor con que don Martin los animaba, el mismo miedo los acabara, mas era toledano, cuyos pechos no le conocen; y así, haciendo la misma cara al bien que al mal, poniendo todas sus esperanzas en Dios, esperaban con valor lo que sucediese.

Tres dias pasaron de esta suerte, sin darles lugar la oscuridad y el ir engolfados en alta mar á conocer por dónde iban; y ya que esto les aseguraba el temor de hacerse pedazos la nave, no lo hacia el dar en tierra de moros, cuando al cuarto dia descubrieron tierra, poco antes de anochecer, mas fué para acrecentarles el temor, porque eran unas montañas tan altas, que antes de sucederles el mal, ya le tenían previsto; y procurando amainar, fué imposible, pues la triste nave venia tan furiosa, que antes que tuviesen lugar de hacerlo que intentaban, dió contra las peñas y se hizo pedazos, con lo que viéndose perdidos, acudió cada uno como pudo á salvar la vida, y aun esa tenían por imposible librarla. Don Martin, que siguiendo el ejercicio de las armas, no era esta la primera fortuna en que se habia visto, animosamente asió una tabla, haciendo cada uno lo mismo, con cuyo amparo y el del cielo lograron, á pesar de las furiosas olas, tomar tierra en la parte donde mas cómodamente pudieron; y como en ella se vieron, aunque conociendo su manifiesto peligro por llegar las olas á batir en las mismas peñas por estar furiosas y fuera de madre, dieron gracias á Dios por las mercedes que les habia hecho.

Buscando, como pudieron, dónde ampararse don Martin y otro caballero pasajero, que los demás enderezaron hácia otras partes, se acogieron á un hueco ó piedra que en la peña habia, donde por estar bien cóncavo y cavado no llegaba el agua. Estuvieron hasta la mañana, que habiéndose sosegado el aire y quitándose al cielo el ceño, salió el sol, y dió lugar á que las olas, retiradas á su cerúleo albergue, descubriesen una arenosa playa, de ancho hasta dos varas, de modo que se podia muy bien andar al rededor de las peñas. Viendo esto don Martin y su compañero, temerosos de que no

les hallase allí la venidera noche, y deseosos de saber dónde estaban, y menesterosos de sustento; por no haber comido desde la mañana del día pasado, salieron de aquel peligroso albergue, y caminando por aquella vereda, iban buscando si hallaban alguna parte por donde subir á lo alto, con harto cuidado de que no fuese tierra de moros, donde perdiesen la libertad que el cielo les habia concedido, aunque les parecia mas civil muerte acabar la vida á manos de la hambre. No sé qué dulzura tiene esta triste vida, que aunque sea con trabajos y desdichas, la apetechemos. Dábales á don Martin y su camarada mas guerra la hambre que el esperar verse cautivos, y sentian mas la pérdida de los mantenimientos, que con la nave se habian perdido, que los vestidos y ropa que se habian anegado con ella, si bien á don Martin no le hacian falta los dineros, porque en un bolsillo que traia en la faltriquera habia salvado buena cantidad de doblones y una cadena.

Mas de medio dia seria pasado, cuando caminando orilla del mar, descubrieron una mal usada senda, que á lo alto de la Peña subia, y entrando por ella, no con poca fatiga, á cosa de las cuatro de la tarde llegaron á lo alto, desde donde descubrieron la tierra llana y deleitosa, muchas arboledas muy frescas, y en ellas huertas de agradable vista y muchas tierras sembradas, y en ellas, ó cerca, algunas hermosas caserías; mas no vieron gente alguna, con lo que no pudieron salir de sus dudas de si estaban entre enemigos; mas al fin sujetos á lo que la fortuna quisiese hacer de ellos, como hallasen que comer, siguieron su camino, y á poco mas de una legua, cuando ya queria anohecer, descubrieron un grande y hermoso castillo, y vieron delante de él andarse paseando un caballero, que en su talle, vestido y buena presencia pareció serlo. Tenia sobre un vestido costoso y rico un gaban de terciopelo carmesí, con muchos pasamanos de oro, y al uso español, de que no se alegraron poco nuestros mojados y hambrientos caminantes, dando mil gracias á Dios de que ya que con tanto trabajo lo habia guiado hasta allí, fuese tierra de cristianos, porque hasta aquel punto habian temido lo contrario. Yéndose para el caballero, que se paró á esperarlos, juzgando en verlos venir así lo que podia ser, y como llegasen mas cerca, pudieron ver que era un hombre de hasta cuarenta años y algo moreno, mas de hermoso rostro, el bigote y cabello negro y algo encrespado. Llegando pues mas cerca, con semblante severo y alegre los saludó con mucha cortesía, y prosiguió diciendo: No tengo necesidad, señores, de preguntaros qué ventura os ha traído aquí, que ya juzgo en el modo que venís, á pié y mal enjutos, que habeis escapado de alguna derrotada nave que en la tempestad pasada se ha perdido, haciéndose pedazos en estas peñas; y no ha sido pequeña merced del cielo en haber escapado con las vidas, que ya otros muchos han perecido sin haber podido tomar tierra. Así es, respondió don Martin, despues de haberle vuelto las cortesés saludes, y suplicoos, señor caballero, me hagais merced de decirme qué tierra es esta, y si hallaremos cerca al-

gun lugar donde poder repararnos del trabajo pasado y del que nos fatiga, que es no haber comido dos dias ha. Estais, señores, respondió el caballero, en la gran Canaria, si bien por donde la fortuna os la hizo tomar es muy dificultoso el conocerla, y de aquí á la ciudad hay dos leguas; y supuesto que ya el día va á la última jornada, será imposible llegar á ella á tiempo que os podais acomodar de lo que os falta, y mas siendo forasteros, que es fuerza ignoreis el modo; y supuesto la necesidad que teneis de sustento y descanso, porque me pareceis en la lengua españoles, y tener yo gran parte de esta dichosa tierra, que es de lo que más me honro, os suplico acepteis mi casa para descansar esta noche y todo el tiempo que mas os diere gusto, que en todo podeis mandar como propia, y yo lo tendré por muy gran favor; que despues yo iré con vosotros á la ciudad, donde voy algunas veces, y os podréis acomodar de lo que os faltare para vuestro viaje. Agradecieron al noble caballero don Martin y su camarada con cortesés razones lo que les ofrecia, aceptando, por la necesidad que tenian, su piadoso ofrecimiento; y con esto todos tres y algunos criados que habian salido del castillo se entraron en él; y cerrando y echando el puente, por ser ya tarde, y aquellos campos mal seguros de salteadores y bandoleros, subieron á lo alto.

Iban notando nuestros héroes que el caballero debía ser muy principal y rico, porque todas las salas estaban muy aliñadas de ricas colgaduras y excelentes pinturas y de otras cosas curiosas que decian el valor del dueño, sin faltar mujeres, que acudieron á poner luces y ver qué se les mandaba tocante al regalo de los huéspedes que su señor tenia, porque salieron, habiéndolas llamado, dos doncellas y cuatro esclavas blancas herradas en los rostros, á quienes el caballero dijo que fuesen á su señora, y la dijesen mandase apercibir dos buenas camas para aquellos caballeros, juntas en una cuadra, y que se aderezase presto la cena, porque necesitaban de comer y descansar; y mientras esto se hacia, don Martin y el compañero se quedaron con el caballero contando de su viaje y del modo que habian llegado allí, juzgando por lo que á las criadas habia dicho dijesen á su señora que el caballero era casado. Aderezada la cena y puestas las mesas, ya que iban á sentarse se les ofrecieron á la vista dos cosas, de que quedaron bien admirados, sin saber qué les habia sucedido; y fué que diciéndoles el caballero que se sentasen, y haciendo él lo mismo, sacó una llave de la faltriquera, y dándola á un criado, abrió con ella una pequeña puerta que en la sala habia, por donde vieron salir, cuando esperaban ó que saliesen algunos perros de caza ú otra cosa semejante, salió, como digo, una mujer, al mismo tiempo que por la otra donde entraban y salian las criadas otra, que la vista de cualquiera de ellas causó á don Martin y su compañero tan grande admiracion, que suspendidos no se les acordó de lo que iban á hacer, ni entendieron á que el caballero les daba prisa que se sentasen. La mujer que por la pequeña puerta salió parecia tener hasta veinte y seis años, hermosísima con

tan grande extremo, que juzgó don Martin, con haberlas visto muy lindas en Flándes y España, que esta las excedia á todas; mas tan flaca y sin color, que parecia mas muerta que viva ó que daba muestras de su cercana muerte. No traia sobre sus blanquísimas y delicadas carnes sino un saco de una jerga muy basta, y este le servia de camisa, faldellín y vestido, ceñido con un pedazo de sogá. Los cabellos, que mas eran madejas de Arabia que otra cosa, partidos en trenza, como se dice, al estilo aldeano, y puestos detrás de sus orejas, y sobre ellos arrojaba una toca de lino muy basto. Traia en sus hermosas manos, que parecian copos de nieve, una calavera. Juzgó don Martin, harto enternecido de verla destilar de sus hermosos ojos sartas de cristalinas perlas, quasi en aquel traje se descubrian tanto los quilates de su belleza, que en otro mas precioso fuera asombro del mundo; y como llegó cerca de la mesa, se entró debajo de ella. La otra, que por la otra puerta salió, era una negra tan tinta, que el azabache era blanco en su comparacion, y sobre esto tan fiera, que juzgó don Martin que si no era el demonio, que debía ser retrato suyo, porque tenia las narices tan romas, que imitaban los perros bravos que ahora están tan validos, y la boca con tan grande hocico y bozos tan gruesos, que parecia boca de león, y lo demás á esta proporcion. Pudo muy bien don Martin notar su rostro y costosos aderezos en lo que tardó en llegar á la mesa, por venir delante de ella las dos doncellas con dos cancleros de plata en las manos, y en ellos dos bujías de cera encendidas. Traia la fiera y abominable negra vestida una saya entera, con manga en punta, de un raso de oro encarnado, tan resplandeciente y rica, que una reina no la podia tener mejor; collar de hombros y cintura de resplandecientes diamantes; en su garganta y muñecas gruesas y albisimas perlas, como lo eran las arracadas que colgaban de sus orejas; en la cabeza muchas flores y piedras de valor, como lo eran las sortijas que traia en sus manos. Así que llegó, el caballero con alegre rostro la tomó por la mano, y la hizo sentar á la mesa, diciendo: Seais bien venida, señora mia, y con esto se sentaron todos, la negra á su lado, y don Martin y su camarada enfrente, tan admirados y divertidos en mirarla, que casi no se acordaban de comer.

Bien notó el caballero la suspension, mas no por esto dejó de regalar y acariciar á su negra y endemoniada dama, dándole los mejores bocados de su plato; y á la desdichada belleza que estaba debajo de la mesa los huesos y mendrugos, que aun para los perros no eran buenos; pero como tan necesitada de sustento, los roia como si fuera uno de ellos. Acabada la cena, la negra se despidió de los caballeros y de su amante ó marido, que ellos no podian adivinar qué fuese, y se volvió por donde habia venido, con la misma solemnidad de salir las doncellas con las luces, y saliendo de debajo de la mesa la maltratada hermosura, un criado de los que asistian á servir, en la calavera que traia en las manos le echó agua, y volviéndose á su albergue, cerró el criado la puerta con llave, y se la dió á su señor. Pasado

pues esto, y los criados idos á cenar, viendo el caballero á sus huéspedes tan suspensos, pensando en las cosas que en aquella casa veian, sin atreverse á preguntar la causa, les habló de esta suerte. Si bien, buenos amigos, el trabajo pasado en la mar os ha hecho necesario mas el descanso y reposo que el oír sucesos, véoos tan admirados de lo que en esta casa veis, que estoy seguro que no os pesará el oír el mío y la causa de los extremos que veis, que los juzgaréis eucantamientos de los que se cuentan habia en la primera edad del mundo; y porque salgais de la admiracion en que os veo, si gustais de saberla, con vuestra licencia os contaré mi prodigiosa historia, asegurándoos que sois los primeros á quienes la he dicho y han visto lo que en este castillo pasa; porque desde que me retiré á él de la ciudad, no he consentido que ninguno de mis deudos ó amigos que me vienen á ver pasen de la primera sala, ni mis criados se atreverán á contar á nadie lo que aquí pasa, pena de que les costará la vida. Antes, amigo y señor, respondió don Martin, te suplico que lo digas, y me saques de la confusion en que estoy, que no puedo tener el descanso que dices que mi fatiga ha menester sin saber primero la historia que encierra tan prodigiosos misterios. Pues supuesto eso, os la diré, dijo el caballero: estadme atentos, que pasa así:

Mi nombre es don Jaime de Aragon, que este mismo fué el de mi padre, quien fué natural de Barcelona, en el reino de Cataluña, y de nobles caballeros de ella, como lo dice mi apellido. Tuvo mi padre con otros caballeros de su patria unas competencias sobre el galanteo de una dama, y fué de suerte, que llegaron á sacar las espadas, donde mi padre, ó por mas valiente, ó mas bien afortunado, dejando uno de sus contrarios en el último vale, se escapó en un caballo al reino de Valencia, y embarcándose allí, pasó á Italia, donde estuvo algunos años en la ciudad de Nápoles sirviendo al rey como valeroso caballero, donde llegó á ser capitán, y ya cansado de andar fuera de su patria, volviéndose á ella, con tormenta derrotado como vosotros en esas peñas, y salvando la vida por el mismo modo, estándose reparando en la ciudad del trabajo pasado, vió á mi madre, que habiendo muerto sus padres, la habian dejado niña y rica. Finalmente, al cabo de dos años que galanteó, vino á casarse con ella. Tuviéronme á mí solo por fruto de su matrimonio, que llegando debajo de su educacion á la edad floreciente de diez y ocho años, era tan inclinado á las armas, que pedí á mis padres la licencia para pasar á Flándes á emplear algunos años en ellas y ver tierras. Tuviéronlo por bien mis padres, porque no perdiese el honor que por tan noble ejercicio podia ganar, aunque con paternal sentimiento me acomodaron de lo necesario, y tomando su bendicion, me embarqué para Flándes, que llegando á ella, asenté mi plaza, y acudí á lo que era necesario en el ejercicio que profesaba, y en esto empleé seis años, y pienso que estuviera hasta ahora si no me hubiera sucedido un caso el mas espantoso que habréis oído. Tenia yo á esta sazón veinte y cuatro años, el talle conforme á la floreciente edad

que tenía, las galas como de soldado, y las gracias como de mozo, acompañando á esto el valor de la noble sangre que tengo. Pues estando un día en el cuerpo de guardia con otros camaradas y amigos, llegó á mí un hombre anciano, que al parecer profesaba ser escudero, y llamándome á un lado, me dijo que le oyese una palabra, y despidiéndome de mis amigos, me aparté con él, que en viéndome solo, me puso en la mano un papel, diciéndome que leyese, y de palabra le diese la respuesta. Me leí, y contenía estas razones:

«Tu talle, español, junto con las demás gracias que te dió el cielo, me fuerzan á desear hablarte: si te atreves á venir á mi casa con las condiciones que te diré, te aseguro que no te pesará de haberme conocido. Dios te guarde.»

Viendo que el papel no decia mas, y que se remitía á lo que dijese el criado, le pregunté el modo de poder obedecer lo que en aquel papel se me mandaba, y me respondió que no había que advertirme mas de que si me resolvía á ir, que le aguardase en dando las diez en aquel mismo puesto, que él vendría por mí y me llevaría. Yo, que con la juventud que tenía, la facultad que profesaba y ayudado de mi noble sangre, no miraba los riesgos ni temía peligros, pareciéndome que aunque fuese á los abismos no aventuraba nada, porque no conocía la cara al temor, acepté la idea, respondiendo que le aguardaría. Advirtiéndome el sagaz mensajero que en este caso no había mas riesgo que el de comunicarlo con nadie, y que así me suplicaba que ni á camarada ni á amigo lo dijese, que importaba á mí y á la persona que me enviaba. Asegurado de todo y sin sosiego hasta ver el fondo á un caso con tantas cautelas gobernado, apenas vi que serían las diez, cuando hurtándome á mis camaradas, me fui al señalado puesto, y dando el reloj las diez, llegó mi viejo en un valiente caballo, que por hacer la noche entre clara se dejaba ver, y bajando de él, lo primero que hizo fué vendarme los ojos con un pañuelo, de que venia apercebido, de cuya accion unas veces dudaba fuese segura, y otras me reía de semejantes trasformaciones, y diciendo que subiese en el caballo, subió él á las ancas, y empezamos á caminar, pareciéndome en el tiempo que caminamos que habíamos andado dos millas, porque cruzando calles y callejuelas, como por ir tapados los ojos no podía ver por dónde iba, muchas veces creí que volvíamos á caminar lo que habíamos andado. En fin, llegamos al cabo de mas de una hora á una casa, y entrando en el zaguan, nos sentamos, y así tapados los ojos como estaba, me asió de la mano, y me subió por unas escaleras. Yo os confieso que en esta ocasion tuve algun temor, y me pesó de haberme puesto en una ocasion, que ella misma, que iba fundada en tanta cautela, estaba amenazando un grave peligro; mas considerando que ya no podía volver atrás, y que no era lo peor haberme dejado mi espada y una pistola pequeña que llevaba en la cintura, me volví á cobrar, pues juzgué que teniendo con qué defenderme, ya que muriese podía matar. Acabamos de subir, y en medio de un corredor, á lo

que me pareció por haber tentado las varandas, con una llave que traía abrió una puerta, y trasladando al entrar por ella mi mano que en la suya llevaba á otra, que al parecer del tacto juzgué mejor, sin hablar palabra volvió á cerrar y se fué, dejándome mas encantado que antes, porque la dama á quien me entregó, segun juzgué por el rugir de la seda, fué conmigo caminando otras tres salas, y en la última, llegando á un estrado, se sentó, y me dijo que me sentase. Animéme cuando la oí hablar, y dijele: Gracias á Dios, señora mia, que ya sé que estoy en el cielo, y no como he creído que me llevaban á los infernales abismos. Pues ¿en qué conocéis que aquí es el cielo? me replicó. En la gloria que siento en el alma y en el olor y dulzura de este albergue, y que aunque ciego, ó yo soy de mal conocimiento, ó esta mano que tengo en la mia no puede ser sino de un ángel. ¡Ay don Jaime! me volvió á replicar, no juzgues á desenvoltura esto que has visto, sino á fuerza de amor, de que he querido muchas veces librarame, y no he podido, aunque he procurado armarme de la honestidad y de la calidad que tengo; mas tu gala y bizarría han podido mas, y así han salido vencedoras, rindiendo todas cuantas defensas he procurado poner á los pies de tu valor, con lo cual, atropellando inconvenientes, te he traído de la manera que ves, porque tanto á tí como á mí nos importa vivir con este secreto y recato; y así, para conseguir este amoroso empleo, te ruego que no lo comuniques con nadie, que si alguna cosa mala teneis los españoles es el no saber guardar secreto. Con esto me desvendó los ojos, aunque fué como si no lo hiciera, porque todo estaba á oscuras; y yo agradeciéndole tan soberanos favores, con el atrevimiento de estar solos y sin luz, empecé á procurar por el aliento á conocer lo que la vista no podía, brujuleando partes tan realzadas, que la juzgué en mi imaginacion por alguna deidad.

Hasta dada la una estuve con ella gozando regaladísimos favores cuanto la ocasion daba lugar, y pareciéndole hora, como me hubiese dado un bolsillo grande y con buen bulto, pues estaba tan lleno que apenas se podia cerrar, se despidió de mí con amorosos sentimientos, y volviéndome á vendar los ojos, diciendo que la noche siguiente no me descuidase de estar en el mismo puesto, salió conmigo hasta la puerta por donde entré, y entregándome al mismo que me había traído, volviendo á cerrar, bajamos donde estaba el caballo, y subiendo en él caminamos otro tanto tiempo como á la ida hasta ponerme en el mismo puesto de donde me había sacado. Llegué, en yéndose el criado, á mi posada, y hallando en ella ya acostados y durmiendo á mis camaradas, me entré á mi aposento, y haciéndome millares de cruces del suceso que por mí pasaba, abrí el bolsillo, y habia en él una cadena de peso de doscientos escudos de oro, cuatro sortijas de diamantes y cien doblones de á cuatro. Quedé absorto, juzgando que debía de ser mujer poderosa, y dando gracias á mi buena dicha, pasé la noche, dando otro día cadena al cuello, y á las manos: elumbrones, jugando

largo y gastando liberal con los amigos, tanto que ellos me decían que de qué Indias había venido, á quienes satisfacía con decir que mi padre me lo había enviado; y á la noche siguiente aguardando en el puesto á mi guía, que fué muy cierta á la misma hora, á quien recibí con los brazos y con darle lo que merecía su cuidado, con esto de la misma suerte que la noche pasada fuí recibido y agasajado y bien premiado mi trabajo, pues aquella noche me proveyó las faltriqueras de tantos doblones, que sería imposible el creerlo.

De esta suerte pasé mas de un mes, sin faltar noche alguna mi guía, ni yo de gozar mi dama encantada, ni ella de colmarme de dineros y preciosas joyas, que en el tiempo que digo largamente me dió mas de seis mil ducados, con que yo me trataba como un príncipe, sin que en todo este tiempo que he dicho permitiese dejarse ver; y si la importunaba para ello, me respondía que no nos convenia, porque verla y perderla habia de ser uno; mas como las venturas fundadas en vicios y deleites perecederos no pueden durar, cansóse la fortuna de mi dicha, y volvió su rueda contra mí; y fué que como mis amigos y camaradas me veían tan medrado y poderoso, sospecharon mal, y empezaron á hablar peor, porque echando juicios y haciendo discursos de dónde podia tener yo tantas joyas y dineros, dieron en el mas ínfimo, diciendo que era ladrón ó salteador, y esto lo hablaban en mis espaldas tan descaramadamente, que vino á oídos de un camarada mio, llamado don Baltasar; y si bien en varias ocasiones habia vuelto por mí y puéstose en muchos riesgos, enfadado de verme en tan mala opinion, y quizá temiendo no fuese verdad lo que decían, me apartó una tarde de todos, y sacándome al campo, me dijo: Cierto, amigo don Jaime, que ya es imposible el poder excusar deciros mi sentimiento, para lo que aquí os he traído, y creedme que el quereros bien lo ocasiona, porque siento tanto el oír hablar mal de vos, como se hace entre todos los que os conocen y os han visto no tan sobrado como estais; y para decirlo de una vez, sabed que despues que os ven con tantos aumentos y mejorado de galas y joyas, como haceis alarde de unos dias á esta parte, entre los soldados, todos juntos, y cada uno de por sí, haciendo conjeturas y juicios de dónde os pueden venir, dicen públicamente que lo teneis de donde yo me avergüenzo de decirlo, mas ya no es tiempo de que se os encubra; dicen, en fin, que debeis de hurtar y capear, infiriéndolo de que os ven faltar de casa todas las noches: yo he tenido por volver por vos muchos enfados, mas es caso dificultoso poder uno solo contra tantos. Ruégoos, por la amistad que entre los dos hay, que es mas que parentesco, me saqueis de esta duda, para que ya que los demás estén engañados, no lo esté yo, que soy tambien hombre, y puede ser que viendo que os guardais y cautelais de mí, crea el mismo engaño que los demás creen, y sabiendo yo lo contrario, pueda seguramente volver por vuestra perdida opinion y sustentar la mia.

Reíme muy de voluntad, oyendo á don Baltasar lo

que me decia, y quise disculparme, dando diferente color al caso, por no descubrir el secreto de mi amada prenda, que ya á este tiempo con las cargas de las obligaciones que la tenia, aunque no la veia, la queria; mas al fin don Baltasar apretó tanto la dificultad, que pidiéndole por la amistad que habia entre los dos me guardase el secreto, avisándole el riesgo que me corria, le conté todo lo que me habia sucedido y sucedia. Admiróse y tornóse á admirar don Baltasar, y despues de haber dado y tomado sobre el caso, me dijo: ¿Es posible, amigo, que no hemos de saber esta casa dónde es, siquiere para seguridad de vuestra vida? Dudoso lo hallo, dije yo, por el modo con que me llevan. No muy dudoso, dijo don Baltasar, pues se puede llevar una esponja empapada en sangre, y esta acomodada en un vaso, y haciendo con ella al entrar ó salir una señal en la puerta, será fácil otro dia que hallemos por ella la casa. En fin, para abreviar, aquella misma noche llevé la esponja, y señalé la puerta, y otro dia don Baltasar y yo no dejamos en toda la ciudad calle ni plaza, rincon ni callejuela que no buscamos; mas nunca tal señal pudimos descubrir, y volviéndonos ya á la posada, cansados y admirados del caso, no á veinte casas de ella, en unas muy principalísimas, vimos la señal de la sangre, de que quedamos confusos y atónitos, y que el rodear cuando me llevaban tanto juzgamos era por deslumbrarme, para que juzgase que era muy léjos. Informámonos cuyas eran las dichas casas, y supimos ser de un príncipe y gran potentado de aquel reino, ya muy viejo, y que solo tenia una hija heredera de todo su estado y riqueza, viuda, mas muy moza, por haberla casado niña, y de las mas bellas damas de aquel país. Mirámonlo todo muy bien, y notamos que aunque habia muchas rejas y balcones, todas estaban con muy espesas celosías, por donde se podia ver sin ser vistos.

Recogímonos á la posada hablando del caso, y despues de haber cenado nos salimos, yo á mi puesto, para aguardar mi guía, y don Baltasar á ocultarse en la misma casa lista satisfacerse, y al fin nos enteramos de todo, porque venidomi viejo norte, yo me fui á mis oscuras glorias; y don Baltasar aguardó hasta que me vió entrar, con que se volvió á la posada, y yo me quedé con mi dama, con la cual, haciéndole nuevas caricias y mostrándole mayores rendimientos, pude alcanzar, aunque contra su voluntad, dejarse ver; así ella misma fué por la luz, y sacando entre sus hermosos dedos una bujía de cera encendida, vi, no una mujer, sino un serafín, y sentándose junto á mí, me dijo: Ya me ves, don Jaime, quiera el cielo no sea para perderme; madama Lucrecia soy, princesa de Erne; no dirás que no has alcanzado conmigo cuanto has querido, mira lo que haces. ¡Ay qué desórdenes hace la mocedad! Si yo tu viera en la memoria estas palabras, no hubiera llegado al estado en que estoy, y le tuviera mayor, porque matando la luz, prosiguió diciendo: Mi padre es muy viejo, no tiene otro hijo sino á mi, y aunque me salen muchos casamientos, ninguno acepto ni aceptaré hasta que el cielo me dé lugar para hacerte mi esposo. Be-

sóle las manos por las mercedes que me hacía y las que de nuevo me ofrecía; y siendo hora, colmado de dichas y dineros y muy enamorado de la linda Lucrecia, me vine á mi posada, dando cuenta á don Baltasar de lo que habia pasado, si bien cuidadoso de que conocí en Lucrecia quedar triste y confusa.

Otro dia por la mañana me vestí aun con mas gala y cuidado que otras veces, y con mi camarada salimos á la calle, segun costumbre, y como mozo mal regido y enamorado, empezamos á dar vueltas por la calle, y hacía arriba, y ya abajo, mirando á las ventanas, porque ya los ojos no podian excusarse en buscar la hermosura que habian visto, y despues de comer gastamos la tarde en lo mismo. ¡Ay de mí! y cómo ya mi desdicha me estaba persiguiendo, y mis venturas, cansadas de acompañarme, me querian dejar; porque no habiendo en todo el dia visto ni aun sombra de mujer en aquella casa, llegamos á la mia, y mientras don Baltasar fué al cuerpo de guardia, yo me quedé á la puerta. Era poquito antes de anochecer, como se dice, entre dos luces, cuando llegó á mi una mujer en traje flamenco, con una mascarilla en el rostro, y me dijo en lengua española, que ya la saben todos en aquel reino por la comunicacion que hay con españoles: Mal aconsejado mozo, salte de la ciudad al punto, mira que no te va menos que la vida, porque esta noche te han de matar por mandado de quien mas te quiere; y por la lástima que tengo á tu juventud y gallardía, con harto riesgo mio te aviso; y diciendo esto se fué como el mismo viento, sin aguardar respuesta mia ni yo poder seguirla, porque al mismo tiempo llegó don Baltasar con otros amigos que posaban con nosotros; y si os he de decir la verdad, aunque no vinieran, no la pudiera seguir, segun cortado y desmayado me dejaron sus palabras, si bien me colegí que fuese mi amada señora el juez que me condenaba á tan precisa y cercana muerte; con todo eso, como llegaron los amigos, me cobré algo, y despues de haber cenado aparté á don Baltasar, y le conté lo que me habia pasado, que echando mil juicios, unas veces temiendo, y otras con el valor que requerian tales cosas, estuvimos hasta los tres cuartos de las diez, que ya cansado de pensar qué sería, con la soberbia que mi valor me daba dije: Las diez darán; vamos, amigo, y venga el mundo, que aunque me cueste la vida, no dejaré la empresa comenzada. Salimos, llegué al puesto, dieron las diez, y no vino el que esperaba; aguardé hasta las once, y viendo que no venía, dije á don Baltasar: Puede ser que si acaso os han visto, no lleguen por eso; apartaos y encubrios en esta callejuela, veamos si esta es la ocasion; y apenas don Baltasar se desvió donde le dije, cuando salieron de una casa mas abajo de donde yo estaba seis hombres armados y con máscaras, y disparando dos de ellos dos pistolas, y los otros metiendo mano á las espadas, me acometieron, cercándome por todas partes; de las pistolas la una fué por alto, mas la otra me acertó en un brazo, que si bien no encarnó para hacerme pedazos, bastó á herirme muy mal; metí mano, y quise defen-

derme, mas fué imposible, porque á cuchilladas y estocadas, como eran seis contra mí, me derribaron herido mortalmente. Al ruido volvió mi camarada, y salieron de las casas vecinas gentes, y de mi posada los amigos, que aun no estaban acostados, por haberse puesto á jugar, y los traidores, viendo lo que les importaba, se pusieron en fuga, que si no, tengo por sin duda que no se fueran hasta acabarme. Llévanome á la posada medio muerto, trajeron á un tiempo los médicos para el alma y para el cuerpo, que no fué pequeña misericordia de Dios quedar para poderme aprovechar de ellos. En fin, llegué á punto de muerte; mas no quiso el cielo que se ejecutase entonces esta sentencia.

Púsose tanto cuidado en mi cura, como me hallé con dinero para hacerlo, que vine á mejorar de mis heridas y estar ya para poderme levantar; y cuando lo empezaba á hacer me envió el general á decir con el sargento mayor que tratase de salir luego de aquel país, y me volviese á mi patria, porque me hacia cierto de que quien me habia puesto en el estado que estaba aun no estaba vengado, que así se lo avisaban por un papel que le habian dado, sin saber quién; y que le decian en él que por loco y mal celador de secretos habia sido; que no hiciese juicios, que de mano de una mujer se habia todo originado. En esto conocí de qué parte habia procedido mi daño; y así, sin aguardar á estar mas convalecido, me puse en camino, y con harto trabajo, por mi poca salud, llegué á mi patria, donde hallé que ya la airada parca habia cortado el hilo de la vida á mi madre, y á mi padre viejo y muy enfermo, por lo que dentro de un año siguió á su amada consorte. Quedé rico, y en lo mejor de mi edad, pues tenía á la sazón treinta y tres á treinta y cuatro años. Ofreciéronseme luego muchos casamientos de señoras de mucha calidad y hacienda, mas yo no tenia ninguna voluntad de casarme, porque aun vivía en mi alma la imágen adorada de madama Lucrecia, perdida el mismo dia que la vi, pues aunque habia sido causa de tanto mal como padecí, no la podia olvidar ni aborrecer; hasta que una semana santa, acudiendo á la iglesia mayor á los divinos oficios, vi un sol, poco digo, un ángel; vi, en fin, un retrato de Lucrecia, tan parecido á ella, que mil veces me quise persuadir á que arrepentida de haberme puesto en la ocasion que he dicho, se habia venido tras mí; vi, en fin, Elena, que este es el nombre de aquella desaventurada mujer que habeis visto comer los huesos y migejas de mi mesa; y así como la vi no la amé, porque ya la amaba; la adoré, y luego propuse, si no habia causa que lo estorbase, á hacerla mi esposa; seguila, informéme de su calidad y estado; supe que era noble, mas tan pobre, que aun para una medianía le faltaba; era doncella, y sus virtudes las mismas que pude desear, pues el dote de la hermosura se allegaba al de honesta, recogida y bien entendida; no tenia padre, que habia muerto un año habia, y su madre era una honrada y santa señora.

Contento de todo, haciendo cuenta que la virtud y hermosura era la mayor riqueza, y que en tener á Elena

tenia mas riquezas que tuvo Midas, me casé con ella, quedando madre é hija tan agradecidas, que siempre lo estaban repitiendo; y yo como mas amante me tuve en merecerla por el mas dichoso de los hombres. Saqué á Elena de la mayor miseria á la mayor grandeza, como habeis visto en esta negra que ha estado á mi mesa esta noche, dando envidia á las mas nobles damas de toda la gran Canaria, tanto con la hermosura como con la grandeza en que la veia, luciendo tanto la belleza de Elena con los atavíos y ricas joyas, que se quedaban embelesados cuantos la veian; y yo cada dia mas y mas enamorado buscando nuevos rendimientos para mas obligarla, amábala tan ternísimamente, que las horas sin ella juzgaba siglos, y los años en su compañía instantes. Elena era mi cielo, Elena era mi gloria, Elena era mi jardin, Elena mis holguras, y Elena mi recreo. ¡Ay de mí, y cómo me tendréis por loco viéndome recrear con el nombre de Elena, y maltratarla como esta noche habeis visto! Pues ya es Elena mi asombro, mi horror, mi aborrecimiento; fué mujer Elena, y como mujer ocasionó sus desdichas y las mías. Murió su madre á los seis años de casada Elena, y sentílo yo mas que ella: ¡pluguiera al cielo viviera, que quizá á su sombra fuera su hija la que debía ser!

Tenia Elena un primo hermano, hijo de una hermana de su padre, mozo galan y bien entendido, mas tan pobre, que no tenia para poder seguir sus estudios y dedicarse á la Iglesia; y yo, que todas las cosas de Elena las estimaba mías, para que pudiera conseguir los estudios le traje á mi casa, comiendo, vistiendo y triunfando á costa mia, y se lo daba yo con mucho gusto, porque le tenia en lugar de hijo. Ya habia ocho años que éramos casados, pareciéndome á mí que no habia una hora; vivíamos en la ciudad, si bien los veranos nos veníamos á este castillo á recoger la hacienda del campo, como todos hacen; y aquel verano, que fué en el que empezó mi desdicha, sucedió no estar Elena buena; y creyendo que fuesen achaques de preñada, como yo lo deseaba, no la consentí venir aquí; vine yo solo, y como el vivir sin ella era imposible, á los ochos dias, instándome el deseo de verla, volví á la ciudad con el mayor contento que puede imaginarse; llegué á sus brazos, y fui recibido con el mismo. Cuando considero las traiciones de una mujer se me acaba la vida; ¡con qué disimulacion me acarició, pidiéndome que si habia de volver al castillo no la dejase, que estando apartada de mí no vivia! Pues apenas estuve sosegado en mi casa, me llamó aparte esta negra que aquí veis, que nació en mi casa de otra negra y un negro, que siendo los dos esclavos de mis padres, los casaron, y me dijo llorando: Ya, señor, no será razon en encubrirte la maldad que pasa, que fuera negarme á la crianza que tus padres y tú hicisteis á los míos y á mí y al pan que como: sabe Dios la pena que tengo en llegar á decirte esto, mas no es justo que pudiendo remediarlo, por callar yo, vivas tú engañado y sin honra; y por no detenerme, que temo no será mas mi vida de cuanto me vean hablar contigo, porque así me han ame-

nazado, mi señora y su primo tratan en tu ofensa é ilícito amor, y en faltando tú, en tu lugar ocupa su primo tu lecho; yo lo habia sospechado, y cuidadosa lo miré, y es el mal que lo sintieron. Yo te he avisado de la traicion que te hacen; ahora pon en ello el remedio.

Cómo quedé, buenos amigos, el cielo solo lo sabe, y vosotros lo podeis juzgar. Mil veces quise sacar la lengua á la vil mensajera, y otras no dejar en toda la casa nada vivo; mas viendo que era espantar la caza si lo hacia, me reporté, y disimulando mi desventurada pena, traté otro dia, no teniendo ya paciencia para aguardar á ver mi agravio á vista de mis ojos, de que nos viniésemos aquí; y dando á entender que me importaba estar aquí mas despacio que otras veces, envié todo el menaje de casa, criados y esclavos primero, y luego partimos nosotros. Elena, con gusto de lo que yo le tenia, aunque fuese por cautela y disimulacion, que estoy en que lo era, y aunque no lo fuese, pues al honor de un marido solo que él lo sospeche basta, cuanto mas habiendo testigo de vista, convino en todo placentera. Lo primero que hice, ciego de furiosa cólera, en llegando aquí fué quemar vivo al traidor primo de Elena, reservando su cabeza para lo que habeis visto, que es la que traia en las manos, para que le sirva de vaso en que beba los acíbares, como bebió en su boca las dulzuras. Luego llamando á la negra que me habia descubierto la traicion, la di todas las joyas y galas de Elena delante de ella misma, y la dije por darle mas dolor que ella habia de ser mi mujer, y como á tal se sirviese y mandase de la hacienda, criadas y criados, durmiendo en mi misma cama, aunque esto no lo ejecuto, pues antes que Elena acabe la he de quitar á ella tambien la vida. Queríase disculpar Elena, mas no se lo consentí. No la maté luego, porque una muerte breve es pequeño castigo para quien hizo tal maldad contra un hombre, que sacándola de su miseria, la puso en la alteza que os he contado. En fin, de la suerte que veis ha dos años que la tengo, no comiendo mas de lo que hoy ha comido y bebido, ni teniendo mas de unas pajas para cama; ni aquel rincón donde está es mayor que lo que cabe su cuerpo echado, que aun en pié no se puede poner; su compañía es la calavera de su traidor y amado primo, y así ha de estar hasta que muera, viendo cada dia la esclava que ella mas aborrecia adornada de sus galas y el lugar que ella perdió en mi mesa y á mi lado. Esto es lo que habeis visto y lo que os tiene tan admirados. Consejo no os lo pido, que no le tengo de tomar aunque me le deis, y así podeis excusaros de ese trabajo; porque si me decís que es crueldad que viva muriendo, ya lo sé, y por eso lo hago. Si dijéredes que fuera mas piedad matarla, digo que es la verdad, que por eso no la mato; porque pague los agravios con la pena, y los gustos que perdió y me quitó con los disgustos que pasa; con esto idos á reposar sin decirme nada, porque de haber traído á la memoria estas cosas estoy con tan mortal rabia, que quisiera que fuera hoy el dia en que supe mi agravio, para poder de nuevo ejecutar el castigo.

Mañana nos verémos, y podrá ser que esté mas humana mi pasión, y os oiré todo lo que me quisiéredes decir, no porque he de mudar de propósito, sino por no ser descortés con vosotros.

Con esto se levantó de la silla, haciendo don Martín y su compañero lo mismo, y mandando á un criado los llevase adonde tenían sus lechos, dándoles las buenas noches, se retiró don Jaime adonde tenía el suyo. Espantados iban don Martín y su compañero del suceso de don Jaime, admirándose cómo un caballero de tan noble sangre, cristiano y bien entendido, tenía ánimo para dilatar tanto tiempo tan cruel venganza en una miserable y triste mujer, que tanto habia querido, juzgando, como discretos, que tambien podia ser testimonio que la maldita esclava hubiese levantado á su señora, supuesto que don Jaime no se aseguró de ello; y resuelto don Martín en dárselo á entender otro dia, se empezaron á desnudar. Don Jaime ya retirado á otra cuadra en donde dormia, con la pasión como él habia dicho, de truer á la memoria los naufragios de su vida, se empezó á pasear por ella, dando suspiros y golpes una mano con otra, que parecia que estaba sin juicio. Estando en esto, Dios, que no se olvida de sus criaturas, y queria, habiendo ya dado, como luego se verá, el premio á Elena de tanto padecer, que no quedase el cuerpo sin honor, ordenó lo que ahora oiréis, y fué que apenas se habian recogido todos, cuando la negra, que acostada estaba, empezó á dar grandes gritos diciendo: ¡Jesus que me muero, confesion! y llamando á las criadas por sus nombres, á cada una decia que le llamasen á su señor. Alborotáronse todas, y entrando donde la negra estaba, la hallaron batallando con la cercana muerte. Tenia el rostro y cuerpo cubierto de un mortal sudor, y tras esto con un temblor, que la cama se estremecia, y de rato en rato se quedaba amortecida, que parecia que ya habia dado el alma, y luego volvia con los mismos dolores y congojas á temblar y sudar á un tiempo. Viendo pues que decia que le llamasen á su señor, que le importaba hablarle antes de partir de este mundo, le llamaron, y así él como don Martín y su compañero habian al alboroto de la casa salido fuera; y entrando todos tres y algunos de los criados que vestidos se hallaron en donde la negra estaba, notó don Martín la riqueza de la cama en que la abominable figura dormia, que era de damasco azul, goteras de terciopelo, con franjas y flecos de plata, que á la cuenta juzgó ser la cama misma de Elena, que hasta de aquello la habia hecho dueña el mal aconsejado marido.

Así que la negra vió á su señor, le dijo: Señor mio, en este paso en que estoy no han de valer mentiras ni engaños; yo me muero, porque á mucha priesa siento que se me acaba la vida; yo cené, y me acosté buena y sana, y ya estoy acabando; soy cristiana, aunque mala, y conozco, aunque negra, con el discurso que tengo que ya estoy en tiempo de decir verdades, porque siento que me está amenazando el juicio de Dios; y ya que en la vida no le he temido, en la muerte no ha de ser de ese modo; y así, te juro, por el paso riguroso

en que estoy, que mi señora está inocente, y no debe la culpa por donde la teneis condenada á tan rigurosa pena; y que no me perdone Dios si cuanto dije no fué testimonio que la levanté, que jamás yo la vi cosa que desdijese de lo que siempre fué, santa, honrada y honesta; y que su primo murió sin culpa, porque lo cierto del caso es que yo me enamoré de él, y le andaba persuadiendo fuese mi amante, y como veia que siempre hablaba con mi señora, y que á mí no me queria, di en aquella mala sospecha que se debian de amar, pues aquel dia mismo que tú viniste, riñendo mi señora conmigo, la dije no sé qué libertades en razon de esto, que indignada de mi libertad, me maltrató de palabra y obra, y estándome castigando, entró su primo, de quien sabido el caso, ayudó tambien á maltratarme, jurando entrambos que te lo habian de decir, y yo temiendo tu castigo, me adelanté con aquellas mentiras para que tú me vengases de entrambos, como lo hiciste; mas ya no quiere Dios que esté mas encubierta mi maldad; ya no tiene remedio lo hecho; lo que ahora te pido es que me perdones y alcances de mi señora lo mismo para que me perdone Dios, y vuélvela á su estado, porque por él te juro que es sin culpa lo que está padeciendo.

Si haré, dijo á esta última razon don Jaime, los ojos bermejos de furor; este es el perdon que tú mereces, engañadora y mala hembra, y pluguiera á Dios tuvieras mas vidas que esa que tienes para quitártelas todas; y diciendo esto, se acercó de un salto á la cama, y sacando la daga, la dió tres ó cuatro puñaladas, ó las bastantes para acelerar mas presto la muerte. Fué hecho el caso con tanta presteza, que ninguno lo pudo prevenir ni estorbar, ni creo lo hicieran, porque juzgaron bien merecido aquel castigo. Salióse, hecho esto, don Jaime fuera, y muy pensativo se paseaba por la sala, dando de rato en rato unos profundos suspiros. A este tiempo llegó don Martín, y muy contento le dijo: ¿Pues cómo, señor don Jaime, en dia de tanta alegría, en que habeis ganado honor y mujer, pudiendo hacer cuenta que hoy os casais de nuevo con la hermosa Elena, haceis extremos, y el tiempo que habeis de gozaros en sus brazos le dejais perder? No teneis razon; volved en vos, y alegraros como todos nos alegramos; dad acá esa llave, y saquemos á esta triste é inocente señora.

Aquietóse algo el pobre caballero, y sacando la llave, la dió á don Martín, el cual abriendo la estrecha puerta, llamó á la dama, diciendo: Salid, señora Elena, que ya llegó el dia de vuestro descanso, y viendo que no respondia, pidió le acercasen la luz, y decia bien, que ya Elena no la tenia, y entrando dentro, vió á la desgraciada dama muerta echada sobre unas pobres pajas, los brazos en cruz sobre el pecho, la una mano tendida, que era la izquierda, y en la derecha, formada con sus hermosos dedos una perfecta cruz; el rostro, si bien flaco y macilento, pero tan hermoso como un ángel, y la calavera del desdichado é inocente primo junto á la cabecera á un lado. Fué tan grande la compasion que le sobrevino al noble don Martín, que

se le arrasaron los ojos de lágrimas, y mas cuando llegó, y tentándola la mano, vió que estaba fria, que á la cuenta, así como desde su penosa cárcel debió de oír á su marido contar su lastimosa historia, fué su dolor tan grande, que bastó, lo que nunca pudo alcanzar la penosa vida que pasaba, viendo el crédito que daba á tan grande engaño, á acabarle la vida. Viendo pues que ya no habia remedio, despues de haberle dicho con lágrimas el buen don Martin: Dichosa tú, Elena, que ya acabaste con tu desgraciada suerte; y desdichada en que siquiera no supieras cómo ya el cielo volvió por tu inocencia, para que partieras de este mundo con algun consuelo; llamó á don Jaime, diciendo: Entrad, señor, y ved de lo que ha sido causa vuestro cruel engaño; entrad, os suplico, que para ahora son las lágrimas y los sentimientos, que ya Elena no tiene necesidad de que vos le déis el premio de su martirio, pues ya Dios se le ha dado en el cielo. Entró don Jaime alborotado y con pasos descompuestos, y como vió á Elena de la suerte que estaba, llorando como flaca mujer el que habia tenido corazon de fiera, se arrojó sobre ella, y besándole la mano, decia: ¡Ay, Elena mia, y cómo me has dejado! ¿Por qué, señora, no aguardabas á tomar venganza de este traidor, que dió mas crédito á una falsedad que á tus virtudes? Pídesela á Dios, que cualquier castigo merezco. Don Martin, viéndole con tanta pasion, acudió advertido á quitarle la daga que tenia en la pretina, temiendo no hiciese alguna desesperacion; y es lo cierto que la hiciera, pues echando la mano á buscarla, y no hallándola, empezó á darse puñadas y arrancarse las barbas y cabellos y á decir muchos desaciertos. Acudieron todos llorando, y casi por fuerza le sacaron fuera; mas por cosas que hacian no le pudieron aquietar, hasta que rematadamente perdió el juicio, que sobre las demás lástimas vistas, esta echó el sello; y cuantos estaban presentes, soltando las riendas al dolor, daban gritos, como si á cada uno le faltara la prenda mas amada de su alma, en particular las doncellas y esclavas de la difunta Elena, que cercadas la tenian, llorando y diciendo mil lastimosas razones, abonándola y publicando su virtuosa vida, quienes por no haberlas querido su señor oír no lo habian hecho antes.

Viendo don Martin la confusion, mandó que las mujeres se retirasen adentro, y por fuerza entre él y los criados llevaron á don Jaime á su cama y le acostaron, atándole porque no se levantara y se arrojase por alguna ventana, que esa era su temía, que le dejasen quitarse la vida para ir donde estaba Elena, mandando á

dos criados no se apartaran de él ni le dejaran solo. Informóse si don Jaime tenia algun pariente en la ciudad, y diciéndole tenia un primo hermano, hijo de una hermana de su madre, caballero rico y de mucha calidad y nobleza, despachó luego uno de los criados con una carta para que viniese á disponer lo necesario en tantos fracasos; y sabido el caso por don Alejandro é informado de todo, él y su mujer, con mucha gente de su casa, así criados como criadas, con otros caballeros que supieron el caso, vinieron al castillo de don Jaime, donde hallando tantas lástimas, todos juntos lloraban de ternura; y mas de ver á Elena, que cada hora parecia estar mas hermosa. Sacáronla de donde estaba, que hasta entonces no habia consentido don Martin tocar á ella, y puesta en una caja que se mandó traer de la ciudad, despues de haber enterrado á la negra, que parecia un retrato de Lucifer, allí en la capilla del castillo; con don Jaime, el cuerpo de Elena y todo lo demás de hacienda y gente se vinieron á la ciudad á casa de don Alejandro, y don Martin y su camarada con ellos, á quien todos hacian mucha honra; y despues de sepultada Elena con general sentimiento, se trató con médicos afamados dar remedio á don Jaime, mas no fué posible. Allí estuvo don Martin un mes aguardando si don Jaime se aliviaba, y visto que no tenia remedio, despedido de don Alejandro, se embarcó para España, y tomando próspero puerto, llegó á la corte. Visto por su majestad las ocasiones en que le habia servido, se lo premió como merecia, y llegando á Toledo, se casó con su amada prima, con quien vive hoy contento y escarmentado en el suceso que vió por sus ojos para no engañarse de enredos de malas criadas y criados; y en las partes que se hallaba contaba el suceso que habeis oido de la misma manera que yo le he dicho, donde con él queda bien claramente probada la opinion de que en lo que toca á la crueldad son los hombres terribles, pues ella misma los arrastra de manera que no aguardan á segunda informacion; y se ve asimismo que hay mujeres que padecen inocentes, pues no todas han de ser culpadas, como en la comun opinion lo son. Vean ahora las damas si es buen desengaño considerar que si las que no ofenden pagan, como pagó Elena, ¿que harán las que, siguiendo sus locos devaneos, no solo dan lugar al castigo, mas son causa de que infamen á todas no mereciéndolo? Y es bien advertir que en la era que corre estamos en tan adversa opinion con los hombres, que ni con el sufrimiento los vencemos, ni con la inocencia los obligamos.

INDICE.

BOSQUEJO HISTÓRICO SOBRE LA NOVELA ESPAÑOLA.

EL CURIOSO Y SABIO ALEJANDRO, FISCAL DE VIDAS AJENAS, POR ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO.	1
VIDA DEL MALVADO VARON, A QUIEN EL VULGO DIÓ EL NOMBRE DE PANZA DICHOSA. Escríbese para ser oída, no imitada.	2
VIDA DEL RIDÍCULO VARON, A QUIEN EL PUEBLO DIÓ EL TÍTULO JUSTO DE EL MAJADERO PULIDO Y LIMPIO AFECTADO. Propónese, oh piadoso lector, mas para la compasion que para la risa.	4
VIDA DEL VARON INFELIZ Y PERVERSO, JUSTAMENTE LLAMADO EL PLEITEANTE MOLEADOR Y TRAMPOSO. Hallaráse en ella tanto desengaño como lástima.	7
VIDA DE UN HOMBRE QUE FUÉ SOBRA Y TRASTO DE LA REPÚBLICA, A QUIEN ELLA DIÓ EL ESCANDALOSO NOMBRE DE MALA LENGUA, MALOS PIÉS Y MALAS MANOS.	12
VIDA DEL CAMALEON CORTESANO. Pone á los que gustaren de leerla mucha atencion, y con mas que atencion recelo y recato.	16
VIDA DEL TRAMOYERO RIDÍCULO.	17
EL DIABLO COJUELO. VERDADES SOÑADAS Y NOVELAS DE LA OTRA VIDA, TRADUCIDAS Á ESTA POR LUIS VELEZ DE GUEVARA.	21
LA PICARA JUSTINA, NOVELA COMPUESTA POR EL LICENCIADO FRANCISCO LOPEZ DE UBEDA, NATURAL DE TOLEDO.—PRÓLOGO SUMARIO RE LA PICARA JUSTINA.	47
PRÓLOGO AL LECTOR.	48
INTRODUCCION GENERAL PARA TODOS LOS TOMOS Y LIBROS, ESCRITA DE MANO DE JUSTINA, INTITULADA LA MELINDROSA ESCRIBANA.	51
LA PICARA JUSTINA.—LIBRO PRIMERO.—LA PICARA MONTAÑESA.	60
CAPÍTULO PRIMERO. De la Escribana asgada.	id.
CAP. II. Del abolengo alegre.	64
CAP. III. De la vida del meson.	69
LA PICARA JUSTINA.—LIBRO SEGUNDO.—PRIMERA PARTE.—LA PICARA MORENA.	79
CAPÍTULO PRIMERO. De la Romera bailona.	id.
CAP. II. La Vigornia burlada.	89
LA PICARA JUSTINA.—LIBRO SEGUNDO.—SEGUNDA PARTE.—LA PICARA ROMERA.	96
CAPÍTULO PRIMERO. De la jornada de Leon.	id.
CAP. II. Del Fullero burlado.	105
CAP. III. De las dos cartas graciosas.	111
CAP. IV. De la Romera de Leon.	115
LA PICARA JUSTINA.—LIBRO SEGUNDO.—TERCERA PARTE.—LA PICARA ROMERA.	126
CAPÍTULO PRIMERO. De la mirona gustosa.	id.
CAP. II. De la bizma de Sancha Gomez.	151
CAP. III. Del bobo atrevido.	157
LA PICARA JUSTINA.—LIBRO TERCERO.—LA PICARA PLEITEISTA.	145
CAPÍTULO PRIMERO. De la hermana perseguida.	id.
CAP. II. De la marquesa de las Motas.	147
CAP. III. De la vieja morisca.	150
CAP. IV. De la heredera inserta.	152
CAP. V. Del sacristan importuno.	154
CAP. VI. De la partida de Rioseco.	155
LA PICARA JUSTINA.—LIBRO CUARTO.—LA PICARA NOVIA.	156
CAPÍTULO PRIMERO. Del pretendiente tornero llamado Maximino.	id.
CAP. II. Del pretendiente disciplinante.	158
CAP. III. De los pretendientes que ni quiero ni creo.	160
CAP. IV. De las obligaciones de amor.	162

CAP. V. De la boda del meson.	165
LA GARDUÑA DE SEVILLA, Y ANZUELO DE LAS BOLSAS, POR ALONSO DE CASTILLO SOLORZANO.	169
CAPÍTULO PRIMERO. Cuéntase quiénes fueron los padres de la Garduña, cuyo nombre propio era Rufina, y su educacion.	id.
CAP. II. Cásase Rufina; burla que la hizo un jóven que la galanteaba, y la muerte de su padre Trapaza.	171
CAP. III. Galantean á Rufina dos jóvenes; desafio que tuvieron, en el que murió el que la burló al principio; enviuda Rufina.	172
CAP. IV. Queda Rufina viuda y pobre; se reúne con un antiguo amigo de su padre llamado Garay; entre los dos tratan de robar á un indiano llamado Marquina, y medios de que se valen para conseguirlo.	175
CAP. V. Verifícase el hurto; engaña tambien Rufina á Garay, y ambos unidos toman el camino de Madrid.	179
CAP. VI. Descubre Marquina el robo; cuéntase el viaje de Rufina y Garay; personas con quienes se reunieron en Carmona; da principio un pasajero á la novela de <i>Quien todo lo quiere, todo lo pierde</i> .	183
CAP. VII. Prosigue el pasajero la novela de <i>Quien todo lo quiere, todo lo pierde</i> .	186
CAP. VIII. Donde el pasajero da fin á la novela.	189
CAP. IX. Llegan Rufina y Garay á Córdoba; los ponen presos, y Rufina cae mala, y esto les proporciona conocimiento con un rico genovés, que se los lleva á su quinta para que aquella convaleciese.	194
CAP. X. Garay y Rufina se proponen robar al genovés, y entre los dos discurren los medios de llevarlo á cabo; lo logran, y huyen á Málaga.	195
CAP. XI. En el camino de Málaga encuentran Garay y Rufina á unos ladrones, los escuchan, sin que ellos lo adviertan, el plan de un robo, que debian depositar en un ermitaño; discurre Rufina el robarlo; lo pone en ejecucion, y se queda á vivir en la ermita con el ermitaño Crispin.	201
CAP. XII. Llegan los ladrones con el robo; se ponen á cenar, y despues de la cena empieza uno á contar la novela de <i>El conde de las Legumbres</i> .	204
CAP. XIII. Prosigue el ladrón la novela de <i>El conde de las Legumbres</i> .	207
CAP. XIV. Da fin el ladrón á la novela de <i>El conde de las Legumbres</i> .	211
CAP. XV. Rufina da á Crispin un narcótico; durante el sueño lo roba, y huye con Garay á Málaga; avisa con un anónimo al corregidor que Crispin es encubridor de ladrones, y sale con Garay para Toledo; escápase Crispin de la cárcel, y se encamina tambien á Toledo, en donde ve á Rufina, y prepara el modo de vengarse del robo que le hizo.	215
CAP. XVI. Sigue Crispin disponiendo los medios para robar á Rufina; se vale para ello de su compañero Jaime, que se enamora de ella.	218
CAP. XVII. Jaime, para divertir á Rufina, da principio á la novela de <i>A lo que obliga el honor</i> .	221
CAP. XVIII. Prosigue Jaime la novela de <i>A lo que obliga el honor</i> .	224
CAP. XIX. Se da fin á la novela; Jaime se descubre á Rufina; entre los dos tratan de robar á Crispin; lo veriñcan; marchan á Madrid, en donde se casan; prenden y ahorcan á Crispin; sorprenden en un hurto á Garay, y es sentenciado á galeras en donde acaba la vida.	228

CAP. XX. Saben Rufina y su marido que un autor de compañía de comedias tenía en su poder dos mil escudos, y disponen entre los dos el robárselos; lo logran, y marchan á Zaragoza, en donde se establecen, poniendo una tienda de sedería, viviendo como honrados hasta su muerte.

LA INCLINACION ESPAÑOLA, POR ALONSO DEL CASTILLO SOLORZANO.

EL DISFRAZADO, POR ALONSO DEL CASTILLO SOLORZANO.

VIDA DE DON GREGORIO GUADAÑA, POR ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ.

CAPITULO PRIMERO. Cuenta don Gregorio su patria y genealogía.

CAP. II. Cuenta don Gregorio su nacimiento prodigioso.

CAP. III. Viaje de don Gregorio, de Sevilla á Madrid, y lo que le sucedió en Carmona.

CAP. IV. Lo que le sucedió á don Gregorio, saliendo á andar con el juez de Carmona.

CAP. V. Lo que le sucedió á don Gregorio hasta salir de Carmona.

CAP. VI. Sale de Carmona don Gregorio, y cuenta lo que le sucedió en una venta de Sierra Morena.

CAP. VII. Llega don Gregorio á Madrid, y da cuenta de lo que le sucedió con un pariente suyo y con un alguacil de corte, y otros sucesos.

CAP. VIII. Cuenta don Gregorio la desgracia que le sucedió con el alguacil Torote, por cuya causa le prendieron.

CAP. IX. De lo que le sucedió á don Gregorio hasta salir de la cárcel.

CAP. X. De lo que le sucedió á don Gregorio con los amigos de don Cosme y el juez.

CAP. XI. De lo que le sucedió á don Gregorio con el juez sobre el suceso del antecedente capítulo.

CAP. XII. De lo que le sucedió á don Gregorio con el alguacil Torote y sus amigos.

VIDA Y HECHOS DE ESTEBANILLO GONZALEZ.—DEDICATORIA.

PRÓLOGO.

CAPITULO PRIMERO. En que da cuenta de su nacimiento, estudios y travesuras, y de un chiste donoso que le sucedió con un valiente, y el viaje que hizo de Roma á Liorna.

CAP. II. En que se refiere su embarcacion y llegada á Mesina, y viaje á Levante, y lo que le sucedió en el discurso de él y en la ciudad de Palermo, hasta tanto que se ausentó de ella.

CAP. III. Adonde se declara el viaje que hizo á Roma, lo que le sucedió en ella, estando por aprendiz de cirujano. Cómo se volvió á huir tercera vez; entró á servir de platicante y enfermero en el hospital de Santiago de Nápoles, y cómo se salió de él por pasar á Lombardia con pueste de abanderado.

CAP. IV. De cómo llegó á España, y viaje que hizo á Zaragoza, Madrid, y peregrinaje á Santiago de Galicia, y otros ridículos sucesos que le pasaron en Portugal y Sevilla, hasta que entró á ser mozo de representantes.

CAP. V. En que se hace relacion de la ausencia que hizo de Sevilla á ser soldado de leva, y los varios acacimientos que le sucedieron en Francia é Italia, y de cómo estuvo en Barcelona sentenciado á muerte.

CAP. VI. En que da cuenta del presidio que tuvo en Rosas, el viaje que hizo á Milan, y cómo pasó á la Alsacia, y se halló en la batalla de Norlinguen.

CAP. VII. Que trata del viaje que hizo á los estados de Flándes; una pendencia ridicula que tuvo con un soldado; la junta que hizo con un vivandero, y otros muchos acacimientos.

CAP. VIII. En que declara la vuelta que dió á los estados de Flándes sirviendo de correo, y lo que le sucedió en el socorro y batalla que dió su amo en Tionvilla, y de cómo fué recibido en el servicio de su alteza serenísima el Infante Cardenal, y otra mucha variedad de sucesos.

CAP. IX. Donde prosigue el fin que tuvo la referida máscara, la salida que hizo á campana cuando se sitió á Ar-

ras, el chiste que le sucedió con un vivandero, lo que pasó á la retranca con su dama, y su nueva campaña de Aire, enfermedad y muerte de su alteza, y su partida á Alemania en busca de su amo el duque de Amalfi.

CAP. X. En que prosigue el fin que tuvo aquel sitio y del viaje que hizo al reino de Polonia, y de lo que le sucedió á la vuelta en la batalla de Leipsic, que dieron los imperiales á los suecos, y un reencuentro que tuvo con un trozo de vivanderos, y de la vuelta que dió á Flándes, y despues al imperio.

CAP. XI. En que cuenta el segundo viaje que hizo al reino de Polonia, el desafio que tuvo con un estudiante polaco, la llegada á Viena y partida á Italia, y lo que le sucedió en el camino con un capitán alemán, y los viajes que hizo á Roma y Nápoles hasta llegar á España.

CAP. XII. En que prosigue su llegada á España, y de dos ridiculos casos que le sucedieron con una moza de posadas y un moderno ingeniero; de la merced que le hizo su real majestad, y de un nuevo galanteo que le sucedió en ella, y de los demás acacimientos que tuvo hasta llegar á San Sebastian.

CAP. XIII. En que prosigue el viaje que hizo á Flándes, los naufragios que le sucedieron en el camino, y los palos que le dieron en Inglaterra, la llegada á Brusélas, y la despedida para Nápoles.

LOS TRES HERMANOS, NOVELA ESCRITA SIN EL USO DE LA A, POR FRANCISCO NAVARRETE Y RIBERA.

EL CABALLERO INVISIBLE, NOVELA COMPUESTA EN EQUIVOCOS BURLESCOS.—ANÓNIMA.

DIA Y NOCHE DE MADRID, DISCURSOS DE LO MAS NOTABLE QUE EN EL PASA, POR FRANCISCO SANTOS.

VIRTUD AL USO Y MISTICA A LA MODA, POR DON FULGENCIO AFAN DE RIBERA.

PRÓLOGO AL LECTOR.

CARTA PRIMERA. Don Alejandro Giron á su hijo el hermano Carlos del Niño Jesus.

CARTA II. El hermano Carlos del Niño Jesus á su padre don Alejandro Giron.

CARTA III. Respuesta de don Alejandro Giron á su hijo el hermano Carlos del Niño Jesus.

LA VENGADA A SU PESAR, POR DON ANDRÉS DE PRADO, NATURAL DE SIGÜENZA.

ARDIZ DE LA POBREZA Y ASTUCIAS DE VIRENO, POR DON ANDRÉS DE PRADO, NATURAL DE SIGÜENZA.

EL HERMANO INDISCRETO, POR DON DIEGO DE AGREDA Y VARGAS, NATURAL DE MADRID.

EDUARDO REY DE INGLATERRA, POR DON DIEGO DE AGREDA Y VARGAS.

NADIE CREA DE LIGERO, POR DON BALTASAR MATEO VELAZQUEZ.

LA MUERTE DEL AVARIENTO Y GUZMAN DE JUAN DE DIOS, POR DON ANDRÉS DEL CASTILLO, NATURAL DE BRIHUEGA.

NO HAY DESDICHA QUE NO ACABE, POR UN INGENIO DE ESTA CORTE.

SUCESOS Y PRODIGIOS DE AMOR, NOVELAS COMPUESTAS POR EL LICENCIADO JUAN PEREZ DE MONTALVAN.—DEDICATORIA.

LA VILLANA DE PINTO.

LOS PRIMOS AMANTES.—DEDICATORIA.

LOS PRIMOS AMANTES.

EL CASTIGO DE LA MISERIA, POR DOÑA MARÍA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR.

LA FUERZA DEL AMOR, POR DOÑA MARÍA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR.

EL JUEZ DE SU CAUSA, POR DOÑA MARÍA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR.

TARDE LLEGA EL DESENGAÑO, POR DOÑA MARÍA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR.

863.08 R81N V02



a39001



008148770b

149846

863.08

R81n

v.2

